Tomo XX

COMPRE "PUCKY" y GANE $ 10.--

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Junio 8
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 245

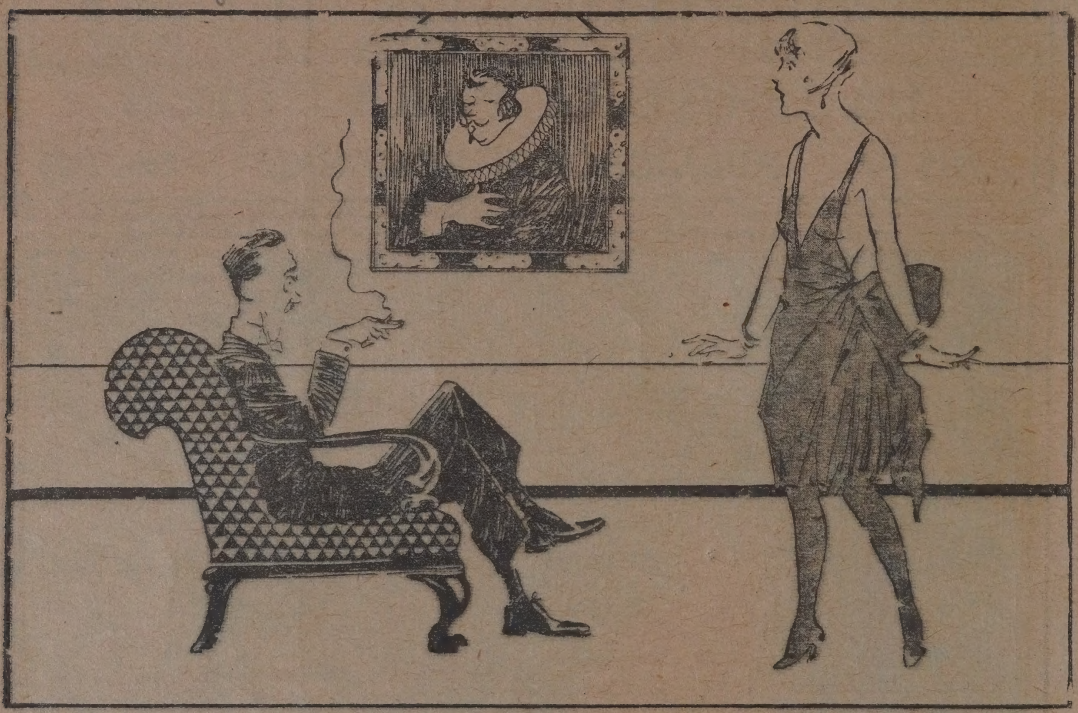
Lea

"AMIGOS"

EN ESTE NUMERO

805 | u
PU
v.20:245-257
1928 Je-Ag

LA NUEVA MODA



—Pues lo que es esta noche, no salgo contigo como no te subas el escote.

—¿Así?

SUMARIO

805
PU
v.20:245-257
1928 Je-Ag

AMIGOS

Una novela corta interesantísima y atrayente, traducida del original inglés, de Marjorie Pickthall, especialmente para este magazine.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Continuación de la notable novela corta de Guy Thorne, traducida especialmente para "Pucky".

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU CABEZA

Un relato curioso y originalísimo, por Elliot Flower, para este magazine.

TARZÁN DE LOS MONOS

Contiuación de esta notable obra novevedosa y extraordinaria, originalísima, que "Pucky" publica por especial autorización de sus editores.

ROCAMBOLE

Prosecución de "Una sociedad anónima", con la que continúan las atrayentes aventuras del gran Rocambole, por el vizconde Ponson du Terrail.

Sección humorística en negro y color

Diversas páginas de historietas y chistes de variados orígenes y todos ellos divertidos y muy amenos.

EN LAS PAGINAS 34 Y 35

Vea la cuarta serie de letras de las que debe usted elegir cinco para formar la palabra que le dará derecho al premio de

DIEZ PESOS

Este juego pone esta suma al alcance de todos los lectores asiduos de "Pucky". No hay razón alguna para que usted no la gane. Junte las letras.

No puede tomar parte en este concurso ninguna persona empleada en "Pucky", "Tit-Bits" o "El Diario" o relacionadas con ellas.

No se entra en correspondencia ni se da, sobre este concurso, más explicaciones que las publicadas por el aviso correspondiente.

UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP. DE UVAS)

Para **ESTREÑIMIENTO**

LOS NIÑOS
LA COMEN CON
EL PAN, LA TOMAN
COMO POSTRE.

Excelente regulador intestinal. De acción segura totalmente inocua y de sabor agradable.

Preparada por el

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes: RIVADAVIA 1745 - Bs. Aires.

YA TENIA UNO

—¿Es usted el que ha publicado un anuncio diciendo que vende un loro?
—Sí.
—Pues vengo a decirle que yo ya tengo uno.

VEA USTED EN LAS PAGINAS 34 Y 35 EL CONCURSO DE "PUCKY" QUE LE DA DERECHO A UN PREMIO DE PESOS 10 MONEDA LEGAL.

AMIGOS

POR

MARJORIE PICKTHALL

TRADUCCION DEL INGLES

ESPECIAL PARA

"PUCKY"

—¿Por qué pegastes a ese chico?

He aquí la primera pregunta que Loch recordara haber hecho, referente a Jimsy Lewis. La contestación no había sido irrazonable.

—Un chico así hay que pegarle.

Pero la razón no es siempre la que ha de guiarnos en nuestras acciones.

—Perfectamente; pero no has de pegarle más, porque ese chico es mi amigo. Cuando seamos grandes, correremos juntos las aventuras, ¿verdad, Jimsy?

Y los chicos de un día fueron hombres después, dotados de la tenaz vitalidad escocesa-canadiense. A los diecinueve años, Loch era un muchacho de seis pies de altura, de anchos hombros, tan silencioso como un indio, y de carácter afable, a juzgar por las opiniones de sus tías de Calyedoniaville. Sus padres le llevaron al Far West, iniciándolo allí en los negocios y Jimsy los acompañó. Pero Loch no resistió la vida del Oeste y volvió a la vida civilizada, haciendo lo mismo Jimsy. Después se enroló en el ejército como voluntario y fué a la guerra en Sud Africa, llevando a Jimsy consigo, con la misma facilidad con que un huracán lleva consigo el techo de un granero. Ellos, conjutamente con un soldado de Wolf Creek, fueron separados del resto de la tropa, pasando una semana en la selva, siendo detenidos después y hu-yendo finalmente a Himberley, a tiempo para participar en las cosechas.

Cuando la guerra terminó, el hombre de Wolf Creek arrendó un campo en Natal, dedicándose al cultivo de las piñas. Jimsy hubiera querido hacer lo mismo, pero Loch ingresó en el cuerpo de personal del Gran Ferrocarril, y nuevamente llevó consigo a su compañero. Su trabajo los llevó siempre más al Norte, a una nueva parte del Africa, hasta entonces desconocida para ellos, un país cubierto de grandes bosques y extensas llanuras, con días de caor infernal y noches de invierno. Y allí aprendieron a conocer las dichas y miserias del trabajo.

Inicióse la estación de las lluvias, un mes más tarde que de costumbre y entonces comenzaron los sinsabores para la gente que se hallaba ocupada en la construcción de la gran vía férrea, que fuera la visión de un hombre, al parecer iluso. Los elefantes arrancaron los postes de telégrafo y la fiebre comenzó a atacar a los habitantes de aquellas regiones.

Jimsy había logrado destacarse por su trato bondadoso y fué puesto al cargo de un desvío, equipándosele con un aparato telegráfico, seis libros de cuentas y dos ayudantes.

Loch, por el contrario, se reveló como un hombre de condiciones extraordinarias para dirigir el personal y así no tardó en ser nombrado jefe de la estación de Grondoko. Du-

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 25 de este número

rante toda una estación; los dos amigos estuvieron separados. Jimsy, además de las tareas inherentes a su cargo, e ocupaba en juntar mariposas y en pensar en su amigo, mientras que Loch apenas pensaba en su compañero, a causa del enorme trabajo que le tenía constantemente ocupado.

Pero todos los sábados por la noche dedicaba unos minutos a Jimsy, comunicándose con él por el telégrafo.

—¿Estás bien, chico?

—Sí.

Seguían después una conversación general sobre distintos temas relacionados con la construcción de la nueva línea férrea y sus inconvenientes, pero siempre la conversación termiaba así:

—Ya sabes, Jimsy, cuando me necesites, llámame, y correré a tu lado.

—Muy bien, Loch.

—Hasta la vista, Jimsy.

—Buenas noches...

Después, Loch se dirigía a su casucha construída en acero y barro, y se acostaba con el revólver debajo de la almohada, en previsión de posibles ataques por parte de las fieras o de los negros rebeldes.

Durante el segundo año, Loch tuvo una seria dificultad con los negros encagados de abastecer de combustible a la línea férrea, cortando astillas. Un tren había destruído un fetiche, consistente en un trapo colorado y dos plumas y que había sido colgado a un costado de la vía. Los negros huyeron, aterrorizados y nadie podía decidirlos a volver a sus puestos. Por otra parte, la fiebre habíale atacado más fuertemente que de costumbre. Hubo necesidad de traer las astillas de otra región, hasta tanto la superstición de los negros quedara satisfecha.

Pero Loch, con su ingenio y haciendo uso de los más variados aparatos, entre ellos una linterna mágica, logró conformar a los nativos, volviendo un sábado por la noche a Kondoko, con la satisfacción de haber vencido el obstáculo.

Era la tercera semana de la estación de las lluvias y Loch se hallaba intensamente afiebrado. La última dificultad le había quitado varios años de vida, en energías físicas y morales.

Echó una mirada al cielo, donde la luna, formando un gran disco blanco en medio de una aureola de vapor de agua, anunciaba la proximidad de una gran tormenta, y, a su memoria, volvieron los recuerdos de su lejana juventud, allá en el Canadá...

Pero, pronto, volvió a la realidad, recordando que estaba en medio de la selva africana, y que sólo le quedaba, en medio de todos los sinsbores, la satisfacción del deber cumplido.

Su ayudante principal, un presidiario fúgado de la cárcel, vino a su encuentro, saludándolo.

—Llamó el señor Lewis, señor, — dijo.

Loch se detuvo. Era cierto, no había recordado que era sábado, ni que existía Jimmy. Sólo sabía que tenía necesidad urgente de alimentos y descanso. Dió un fuerte puntapié en el suelo, y el ex presidiario tembló como la hoja de un árbol.

—¿Dejó algo dicho el señor Lewis?

—No, señor. La línea está mal. Probablemente, los elefantes habrán hecho sus destrozos. Williams recibió el mensaje y sólo pudo descifrar el llamado de Gondoko y la palabra "Lewis".

—Gracias.

Loch fué a la casilla de hierro, en que se hallaba el aparato telegráfico. Sentóse frente a la mesa del operador y comenzó a llamar: "Lewis, Lewis, Lewis".

Llamó por espacio de varios minutos, esperó, llamó nuevamente. Ya comenzaba a olvidar su fiebre y su cansancio.

El instrumento transmitió el llamado; pero la contestación tardaba en llegar.

Finalmente, empero, llegó.

—¿Es usted, Gondoko?

—Sí... Gondoko... ¿Me ha oído usted? ¿Es Jimsy?

Loch sintió una serie de signos incomprensibles; pero, después, interceptó claramente estas palabras:

—Loch, quiero...

Un silencio absoluto siguió a estas dos palabras.

Loch siguió llamando por espacio de otros cinco minutos, pacientemente, pero nadie respondió a su llamado.

Durante otros cincos minutos, Loch permaneció pensando. Ocupaba solamente su mente aquel muchacho, que fuera su compañero inseparable desde la infancia, su mejor amigo. Y lo veía, en su mente, gritándole "Loch, te necesito, Loch"...

Después, Loch salió a la plataforma de la estación y llamó a su ayudante, quien había tomado allí en Africa el nombre de Hateh.

—¿Hay alguna locomotora lista?

—Sí, señor, está la No. 8, — contestó Satch.

Hatch se expresó con verdadero orgullo. La locomotora número 8 era un compuesto de accesorios viejos, procedentes de todas las regiones del mundo y armado en Gondoko.

—Está preparada para llevar el tren de carga a Banda a la media noche.

—Desenganchela, entonces, — dijo Loch, — la necesito.

—¿Le pasa algo grave al señor Lewis, señor?

—Eso es lo que quiero ir a ver.

—¿Me permite que haga las veces de foguista, señor, estoy franco de servicio...?

Pocos minutos después la locomotora No. 8 salía de Gondoko, con Loch en los controles del maquinista y Hatch haciendo de foguista.

—Hasta dentro de cuatro horas no para, señor, — dijo Hatch.

—No precisaremos tanto tiempo, — dijo Loch con convicción.

Solo unos segundos bastaron para perder de vista la licalidad de Gondoko. La vieja locomotora llevada al máximo de velocidad por Loch, crujía en todas sus partes. Una fuerte lluvia se desencadenó y los true-

nos y rayos hacían más tétrico el conjunto.

Hatch, que conocía perfectamente la vieja locomotora, avisó varias veces a Loch de que no le imprimiera demasiada velocidad, para evitar una explosión en las calderas.

Pero Loch no escuchaba sus advertancias. Ante sus ojos sólo veía un cuadro, el de su amigo Jimsy, y corría en su ayuda...

—Ya voy, Jimsy, ya voy,—decía el hombre en voz alta, mientras la fiebre iba apoderándose cada vez más de su cuerpo. El sudor corría por su frente a gruesas gotas.

También Hatch estaba rendido; pero no quiso contrariar a su superior.

De repente, un choque formidable atontó por espacio de un segundo a ambos hombres los que se sintieron lanzados por el espacio, en medio de un montón de trozos de acero, de carbón, de vapor de agua, etc.

Loch volvió en sí, hallóse envuelto en tinieblas, sobre un suelo frío y húmedo. Alguien estaba arrodillado a su lado. Era Hatch quien le miraba indignado.

Loch quiso hablar; pero nó pudo recordar lo que quería decir.

—¿Qué ha pasado? — preguntó finalmente.

—Hemos chocado...

—¿Chocado? ¿Con qué?

—Con un árbol tirado en la vía, y caído, seguramente, a consecuencia de la misma tormenta. La locomotora ha quedado completamente destrozada. Debemos haber volado por el aire como pájaros.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Unos cuarenta minutos, señor. Acabamos de pasar por Bouda y tendremos que volver a pie hasta allí...

—¿Volver? — dijo Loch. — Jamás, debemos seguir... Yo, por lo menos, debo seguir, para ver lo que ocurre a Leivis.

—Bueno, de todos modos la distancia hasta ambos puntos es casi igual...

Y los dos hombres, heridos y maltrechos, continuaron a pie su marcha por la vía.

* * * *

Un hombre joven hallábase sentado frente a su mesa de trabajo, ocupado en coleccionar insectos en varias cajas. Una lámpara iluminaba su alegre y simpático rostro. De tanto en tanto, iba diciendo palabras en latín y apuntándolas en un pequeño pedazo de papel.

Un perro fox-terrier y un negrito dormían en un rincón de la habitación.

Repentinamente, el negrito se levantó de un salto y el perro comenzó a ladrar furiosamente, mientras entraban en la habitación dos hombres cubiertos de sangre y de lodo.

—Loch, — gritó Jimsy, adelantándose.

—¿Pero entonces estás bien, chico? Ya te ví a través de la ventana.

—Sí, estoy bien, — contestó sorprendido Jimsy.

—¿Y tu mensaje?

—¿Mi mensaje? Por Dios, Loch, no te inquietes así. Sólo te quería decir que necesitaba unos vidrios para estas cajas de insectos y el aparato se descompuso en la mitad del mensaje. Loch, Loch...

Loch comenzó a reir aliviado, mientras se apoyaba en la mesa.

—¿Pero qué ha sucedido, Loch? ¿Qué has hecho?

—Nada ha sucedido, chico, — dijo Loch, — sólo pensé que me necesitabas y... he... venido... lo... antes... que... pude..

—Cuidado, señor, — gritó en es momento Hatch.

Pero la mesa estaba entre Loch y Lewis y éste no llegó a tiempo para sostener a su amigo quien cayó en los brazos de Htach

MARJORIE PICKTHALL.

¿Vivirá Marjorie hasta la fecha en que ha de ser la mujer más rica del mundo? ¿Cumplirá O'Rourke su promesa? Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky", cuidando de encargar a tiempo su ejemplar a su vendedor.

Poco a poco esta revista irá transformándose en

EL NUEVO PUCKY

Una revista en la que habrá DE TODO PARA TODOS, la más interesante del mundo.

ARREGLO

—¿Han avisado ya al fontanero para que arregle esto?
——Sí; ya se le ha dicho a ese árabe Alá-Limón que se ha roto la fuente.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el Castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantado de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envío de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las auaoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Rourcke todo lo acontecido, con todos sus detalles, inormándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas, para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Rourke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas

Continuación de la narración de Charles O'Rourcke

Pero, además, de todas estas cosas, tenía que atender a mis propios asuntos, y, entre ellos, había algunos que distaban mucho de ser agradables.

La fotografía de Marjorie, en un gran marco de plata, estaba colocada en el centro de la mesa, y , a cada instante, mis ojos se posaban sobre ella, como atraídos por un rodeoso imán. Sabía que ella me amaba y la vida había adquirido para mí más valor, desde el instante en que ella me lo había confesado.

Sentíme arrepentido, por un momento, de haberle hablado a ella de mis sentimientos. Era bien cierto que, desde el punto de vista social, mi familia era tan buena como la de sir Roland Morstone, mi superior y padre de Marjorie, pero era el caso que yo sólo tenía una renta anual de cien libras esterlinas, además de mi sueldo; y, por de pronto, no tenía tampooc muchas perspectivas de aumentar esa renta.

Era cierto, también, que sir Roland tenía depositada en mí toda su confianza.

Marjorie era su única hija y no tenía hijos varones, ocupando ya, en mi carácter de apoderado general de él ese puesto en su corazón durante los últimos años; pero cuando le dije que me interesaba por su hija, con en fin de contraer enlace con ella, el anciano había dado ciertas muestras de desagrado.

Los Morstone llevaban una vida muy retirada y muy pocos eran los jóvenes que entraban en su suntuosa residencia. La señora de Morstone era una de esas señoras apáticas, que poco o ningún interés mostraba por las

cosas del matrimonio, que corrían enteramente por la cuenta del jefe de la casa.

Mi solicitud de la mano de la joven heredera de los Morstone, aunque no contestada con una negativo, no había sido tomada en cuenta, mayormente, colocádome en esa casa en una situación bastate difícil, que me había decidido a tratar de abandonar aquella región, por grande que fuera el sacrificio, con el fin de olvidar mi amor por Marjorie.

Estaba yo pensando en estas cosas, cuándo llegó de Morstone Hall un enviado, anunciadome que la precaria salud del señor Morstone iba empeorando y que la señora y la joven me mandaban buscar con urgencia, por encargo del jefe de la familia.

Sin perder un minuto, tomé un automóvil y pocos instantes después llegaba a la casa de mi superior.

Marjorie salió a mi encuentro sollozando y por la expresión que observé en todos los rostros, pude comprender que la enfermedad del señor Morstone había tomado un curso peligroso.

Consolando lo mejor que pude a la joven, penetré en la habitación en que estaba el enfermo, quien, al notar mi presencia, me hizo un ademán de que me acercara, y disponiendo de inmediato el retiro de todas las demás personas presentes en la habitación.

Su gesto serio me hizo comprender que se trataba de una conferencia muy seria que el hombre quería tener a solas conmigo, y, en espera de lo que pudiera decirme, me ubiué enq un sillón a su lado.

Contra todo lo que esperaba, el señor Marstone entró de inmediato a hablarme del tema que más mei nteresaba, es decir ,de Marjorie. Principió por decirme que en ninguna forma era contrario a que yo me interesara por ella, y que, muy al contrario, viendo que su fin se acercaba, sólo me pedía que me casara con ella, para hacerla feliz. Pero, antes, dijo, quería ponerme en antecedentes de un secreto referente a su persona, y que ni ella misma sabía.

El hombre veía que sus minutos estaban contados y entró de inmediato en materia. Y es que el secreto era, en verdad, sensacional.

—Si mi hija vive hasta la Navidad de este año, — dijo el señor Morstone, — será la persona de mayor fortuno en todo el mundo, siendo su capital muy superior al de todos los millonarios que actualmente existen en Estados Unidos y Europa.

Yo lo miré atónito.

En seguida, el moribundo me refirió en pocas palabras que, hacía varios siglos un antepasado de él, había dejado, al morir, una fortuna considerable al gobierno de la Gran Bretaña, disponiendo que el capital conjuntamente con sus intereses fueron devueltos a la mujer soltera de mayor edad, que probara su descendencia el día de Navidad de ese año. La fortuna ascendía a varios centenares de millones de dólares, según cálculos aproximados. En su testamento, el antecesor que se llabama sir Jacob Chayne, había dispuesto que si en la fecha indicada no se hallaba a la heredera de aquella colosal fortuna, ella debía ingresar en el tesoro real.

Las autoridades británicas, en vista de la proximidad de la fecha, habían hecho todas las investigaciones necesarias para comprobar quién era la heredera de la enorme fortuna, llegando a la conclusión de que ella correspondía, por derecho propio, a Marjorie.

Yo creí perder el habla, por efecto del asombro.

Morstone, comprendiendo mi estupefacción, me hizo prometer formalmente, que cuidaría especialmente la vida de la joven, para que no fuera víctima de algún atentado criminal. Después, me aconsejó que, una vez casado con Marjorie, y en cuanto entrara ella en posesión de esos bienes, tratara de deshacerme de ellos, distribuyéndolos equitativamente, y guardando solamente algunos millones para poder vivir sin privaciones.

Hecha esta promesa, el anciano moribundo mandó llamar a Marjorie, dándonos su bendición. Pocos minutos después, había fallecido...

(Continuará).

OPINIONES DE UN OBISPO

El obispo de Birmingham, — Inglaterra, — ha manifestado: "Hay exceso de "yo" en la vida actual. Ustedes deben matar antes ese egoísmo si la sociedad ha de volver a la condición que tenía antes de la guerra".

EL AUTOMOVIL CONTRA EL FERROCARRIL

En el Estado de Melbourne (Australia), llama la atención la competencia, cada vez más intensa que hacen al ferrocarril los transportes automóviles.

* * * *

En Tasmania el Estado había empleado más de seis millones de libras en la construcción de vías férreas, cuya explotación viene saldándose siempre con déficit.

Esperábase que al aumento de población y el desarrollo de la actividad económica harían desaparecer el déficit, pero se lucha con la competencia del auto.

El ministro de Obras Públicas ha declarado que en la explotación de las once nuevas líneas los ingresos apenas alcanzan para cubrir los gastos y en algunos casos son insuficientes y sostiene la conveniencia de construir carreteras anchas y fuertes para efectuar los transportes por medio de camiones.

UN RELATO CURIOSO

EL HOMBRE QUE VENDIO SU CABEZA

HISTORIA DE UN GRAN NEGOCIO

Por ELLIOT FLOWER

—¡Vaya una cabeza notable! — dijo el doctor Linscott. — Me gustaría tenerla.

—Si le puede servir de algo, — contestó Eugenio Freer tristemente, — tómela usted, ¡para lo que me sirve a mí!

Freer estaba descorazonado. Era un hombre algo pusilámine, se había pasado la vida empleado, pero la casa donde estaba había cambiado de dueño y él se había quedado sin empleo, cosa que le tenía afligido. Cuando un hombre que no es joven ni viejo y que ha pasado toda la vida entre las cuatro paredes de una oficina pierde su colocación, ya no le queda mucho que esperar. Los patrones no toman sino hombres jóvenes para los empleos que no requieren los conocimientos especiales que se adquieren con la experiencia, y por consiguiente Freer no encontraba colocación y estaba atravesando una verdadera vía crucis, por lo cual ya no comprendía que su cabeza pudiera servirle de algo.

El doctor Linscott opinaba, sin embargo, de muy diferente manera. Freer había ido a visitarle para que le recetara algo contra una antigua dolencia y al entrar en el consultorio le había caído encima de la cabeza una maza guerrera india que se hallaba suspendida sobre la puerta. El hecho de que el golpe no le causara la menor molestia, excitó extraordinariamente la curiosidad el doctor. Sus ojos de hombre experto se fijaron inmediatamente en la forma extraña de la cabeza de su visitante. El cráneo parecía tener dos pulgadas de espesor y además tenía otras peculiaridades que solamente podían ser apreciadas por un médico dedicado al estudio del desenvolvimiento anormal de los cráneos.

—¡Oh, aun puede servirle para algo! — dijo el doctor en respuesta a la lamentación de Freer. — ¿Cuánto quiere usted por ella?

Freer se quedó estupefacto.

—¿Para qué me servirá el dinero si me quedo sin cabeza? — preguntó el aludido.

—Es que estoy dispuesto a pagársela por adelantado, — dijo el doctor — y por lo tanto puede usted tenerla en usufructo por el momento. ...

—¿Y hasta cuándo? — preguntó Freer.

—Hasta que no le sirva a usted para nada.

—No me agrada mucho que sea usted dueño de mi cabeza. Vivir constantemente con el temor de que el día menos pensado se le ocurra pedirme la cabeza, me sería realmente insoportable.

—No se preocupe por eso, — se apresuró a interrumpir el doctor. — Confieso que su cabeza, puesta en sus hombros, no vale gran cosa, y — en esto se parece a otras muchas cabezas de este mundo, — pero en cambio creo que en mis manos de cirujano sería de un valor considerable para la ciencia médica. Me agradaría examinarla a mi gusto por dentro y por fuera, ver exactamente que fuerza se necesita para romper el cráneo; investigar la causa de su forma peculiar, — sí, señor, se podría hacer un gran número de experimentos con su cabeza y luego la incorporaría como ejemplar precioso a mi colección de cráneos extraños y curiosos. Pero como no me gusta ser exigente y comprendo perfectamente que le desagrade la idea de que su cráneo vaya a figurar en el estante cuando todavía le puede servir de algo, le pido por ahora únicamente que me transmita su propiedad para cuando usted haya muerto.

—¿Y no me fijará usted plazo para morir?

—No, señor. Le doy todo el tiempo que quiera.

—Es usted verdaderamente generoso.

—Sí. Hay personas a quienes no les gusta prestar a otro una cosa propia por tiempo indefinido, pero yo he sido siempre generoso y considerado. Si usted me vende su cabeza podrá usted usarla mientras viva, sin que yo le cobre alquiler.

—¿Y si usted muriera antes que yo?

—En ese caso la transmitiría en mi testa

mento a un amigo médico en quien tengo plena confianza.

—No me entusiasma, francamente, la idea de que mi cabeza aparezca en un testamento ante los tribunales de justicia,—dijo Freer —El juez podría insistir en nombrarle un curador o en que fuese depositada en un banco.

¡Cualquiera sabe lo que haría un juez!

—Ya veríamos de redactar las clausulas testamentarias en forma que le eviten toda clase de molestisa.

—¿Cuánto me da usted por mi cabeza?

—Quinientas libras esterlinas.

—¿Al contado?

—No; no me es posible pagarle todo al contado, pero le daré cinco libras semanales, y además, mi asistencia médica gratuita, y le entregaré ahora un mes de anticipo.

—Bien, deme las veinte libras,—dijo Freer tomando una pronta determinación,—y firmaré el contrato en seguida que esté redactado. Veinte libras son ahora para mi una suma considerable y un individuo con cinco libras semanales no se muere de hambre en ninguna parte.

Cuando Freer abandon óel consultorio del doctor con el dinero en el bolsillo, estaba alegre y satisfecho de la vida, pero su alegría no duró mucho tiempo y pronto comenzó a precocuparse seriamente por el paso que acababa de dar. Le parecía que un individuo que no tiene cabeza propia es un ser desgraciado, digno de la conmiseración de los demás, y que ningún hombre que se aprecie un poco se compromete a dar una parte tan importantísima del cuerpo. Había destruído por completo su independencia; de allí en adelante no podría hacer nada por sí mismo y tendría que emplear una cosa ajena, debida a la generosidad de un extraño para casi todo.

Era con la cabeza propiedad del doctor con la que podía leer. Si estudiaba no hacía otra que perfeccionar las facultades mentales de una cabeza ajena. El trabajo que realizaba era resultado de una especie de combinación, — utilizaba sus manos es verdad, pero éstas eran regidas por el cerebro de Linscott y si se enteraba de la marcha del trabajo era valiéndose de los ojos del doctor.

A veces se sorprendía de que el doctor no le reclamase la mitad de la plata que ganaba en los pocos trabajos que hacía, pero el recuerdo de la promesa de aquél de que nunca le haría pagar alquiler por la cabeza terminaba siempre por tranquilizarle. Sin embargo, era bastante humillante para un hombre tener que hacer un uso tan personal de una propeidad ajena.

—De cualquier modo — se arguyó a sí mismo — ha sido un buen negocio, pues tengo además, médico gratis. Ahora bien, si caigo enfermo... Freer se detuvo bruscamente. ¡Santo cielo! — exclamó un instante después — ¿no sería una locura por parte mía permitir que me asista el propietario de mi cabeza? Si por una casualidad se impacientara y quiere adquirir su plena propiedad, ¿quién haría de mí? Matarme, para quitarme su cabeza cuanto antes!

Torturado por esta idea, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para informar al doctor de que nunca acudiría a él en demanda de sus servicios profesionales.

—¿No tiene usted acaso confianza en mi talento médico? — preguntó Linscott.

—Por el contrario, tengo demasiada confianza en él, — contestó Freer. — Puede usted necesitar mi cabeza y no quiero tentarle poniéndola al alcance de sus manos.

—Pero si esa cabeza es mía, — arguyó el doctor, — y tengo derecho a ver si es objeto del cuidado y las atenciones que necesita. Si a usted le duele un riñón o una extremidad cualquiera, puede usted recurrir a otro médico si se le antoja, pero si le ocurre algo a mi cabeza, debe usted traérmela.

—Puede usted someterla a un reconocimiento de tiempo en tiempo para ver si está en buenas condiciones y recibe todos los cuidados necesarios, — dijo Freer, — pero realmente estoy yo tan interesado como usted en velar por su cabeza.

—Es verdad, — admitió el doctor, — pero sus intereses están divididos en este caso, pues no es sólo mi cabeza la que requiere todos sus cuidados y ésta es la razón por la que yo debo velar por ella. Si usted quiere romperse un brazo o unr pierna, puede hacerlo, pues es un asunto que no me incumbe, pero debe usted poner especial cuidado de que no vaya a caer un ladrillo sobre mi cabeza. Como guardián de mi propiedad, serán pocas cuantas precauciones adopte. Pues, si se estropeara lo más mínimo la cabeza, perdería su valor para mí.

—Y para mí, — se apresuró a decir Freer.

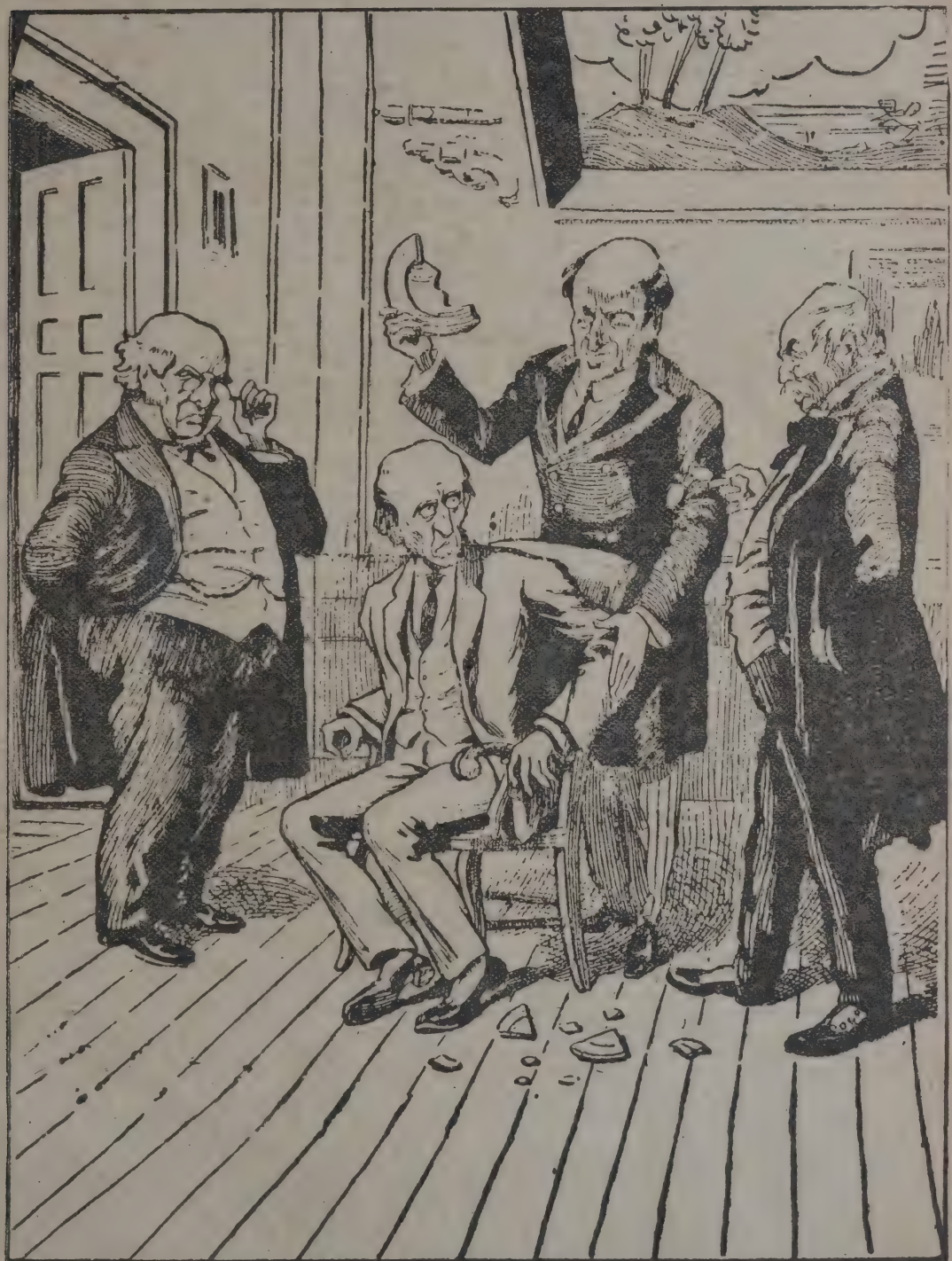
—Naturalmente, naturalmente, — asintió el doctor. — En fin, me contentaré con reconocerla de vez en cuando.

Durante algunos días todo marchó admirablemente hasta el punto de hacerle creer a Freer que había realizado un gran negocio. Era un hombre feliz en lo que cabe, pues no tenía otro trabajo que el de ir todas las semanas al despacho del doctor a cobrar sus cinco libras. En un principio éstas le fueron pagadas a rajatabla sin la menor vacilación, pero a medida que avanzaban las semanas el doctor se volvía irritable e injusto. Y esto era seguramente debido a que cada día le costaba más la cabeza y por consiguiente le parecían mayores los peligros que amagaban a su cabeza por doquiera. Un sábado que Freer se presentó con un ojo amoratado a consecuencia de una discusión, el doctor no pudo reprimirse y se montó en cólera.

—Está ustd abusando de mi cabeza,—exclamó él, — y yo no estoy dispuesto a tolerárselo. Usted no tiene derecho a exponerla a los peligros porque se le antoje pelearse con otro. Piense en lo perjudicados que serían mis intereses si el otro individuo le hubiese hecho un chichón

En otra ocasión el doctor llamó a Freer en uno de los cafés más concurridos:

—¡Eh, tráigame mi cabeza aquí! — lo que hizo que todo el mundo se volviese y contemplase a Freer, con gran disgusto de éste. Y, para colmo de males, el doctor le dió entonces por decirle que no pasara por debajo de los andamios en que trabajaban sus obreros:



Y Freer tenía que someterse a un reconocimiento y escuchar una discusión científica, después de la cual el doctor sacaba un plato y lo rompía en la cabeza de Freer. ("El hombre que vendió su cabeza").

—¡Supóngase usted que uno de ellos deja caer un martillo en mi cabeza! — exclamó el doctor. — Permítame que le diga que no me trata usted como es debido en este caso. Usted se burla de mí, exponiendo mi cabeza a semejante peligro.

Naturalmente, estas palabras congregaron un enjambre de curiosos.

—¡Dios mío! ¿Cuándo me dejará en paz este loco? — replicó Freer.

—Si no quiere cuestiones, ¿por qué no me entrega mi cabeza de una vez? — preguntó el doctor. — Es usted tan avaro que estoy seguro que piensa vivir hasta que le haya pagado todo, solamente para fastidiarme. La ciencia no es nada para usted: el hecho de que el mundo está ansioso por conocer el descubrimiento que voy a hacer en esa cabeza no le preocupa lo más mínimo. No tiene usted consideración ningnua; no piensa usted más que en el dinero. Es menester, pues, que tenga más cuidado de aquí en adelante, o de lo contrario, le llevaré ante los tribunales, y le haré multar por hacer uso impropio de mi propiedad.

A medida que pasaba el tiempo, el doctor daba visibles muestras de una impaciencia creciente. Dondequiera que encontraba a Freer, le ordenaba perentoriamente que sometiera su cabeza a reconocimiento, con gran asombro de los extraños, y cuando era llamado para cobrar las cinco libras consabidas, hallaba frecuentemente al doctor en compañía de otros médicos. En estas ocasiones el doctor demostraba sus derechos de propietario sobre la cabeza en una forma bastante enojosa.

—¿Qué opinan ustedes de mi compra? — preguntó un día. Tráigala aquí, Freer.

Y Freer que tenía que someterse a un reconocimiento y escuchar una discusión científica, después de la cual el doctor sacaba un plato y lo rompía en la cabeza de Freer.

—¡No tiene usted derecho para hacer eso!

—¡Oh, no se preocupe usted, — contestaba el doctor. Naturalmente, es un poco peliroso el experimento, pero he querido convenecr a estos escépticos en una forma que no deje lugar a dudas.

Entonces los conducía a todos a una pieza interior, en donde se veía una fila de cráneos sobre un estante. — Hay aquí ejemplares muy curiosos, pero, — y colocaba su mano en la cabeza que llevaba Freer, — éste es el más notable de todos y como podrán ver, le tengo reservado el sitio de honor,—y al decir esto señalaba un espacio vacante en el centro de la estantería. Cuando este hombre tenga a bien entregarme mi propiedad, me consideraré muy dichoso con que me ayuden ustedes a realizar las primeras investigaciones. Les aseguro que será una tarea entretenida e instructiva.

Freer abandonaba entonces el consultorio del doctor, obsesionado por una idta poco tranquilizadora; le parecía vér ya su cráneo en el sitio de honor y se figuraba después a aquellos tres impasibles doctores realizando tranquilamente todo género de experimentos en él. Vivir constantemente con una idea como ésta no es, en verdad, una cosa muy agradable para un hombre. Añádase a esto el fastidio y la humillación de no tener cabeza propia en vida y se comprenderá su situación desesperada. De aquí un día se fué nuestro buen hombre a la comisaría en demanda de ayuda.

—No creo que podamos hacer nada,—dijo el comisario cuando Freer le hubo expuesto el caso. — La cabeza de un hombre vale lo que usted puede conseguir por ella y ahora si la vende o no, no es cosa que nos incumba. Si otra persona hubiese vendido la cabeza de usted, entonces sería otra cosa. Nosotros no podemos permitir que nadie especule en cabezas vivas, por interés público, pero...

—Eso es, — exclamó bruscamente Freer. —¡Interés público! Un negocio como éste es contra el interés público y, de consiguiente, nulo!

—Tal vez, — contestó el inspector, — pero en este caso es menester encontrar una ley qu así lo estatuya. Para ello tendrá usted que meterse en el laberinto de las leyes y dudo mucho de que su trabajo obtuviera un resultado satisfactorio. Según entiendo, si usted muere antes de que se le haya pagado lo estipulado, el doctor gana lo que quede sin pagar.

—Sí, se queda con la cabeza sin pagar el precio completo, — dijo Freer, — y lo que me pone de mal humor es que el doctor cree que yo ya debía morirme ahora.

—En este caso, — afirmó el inspector,— tal vez se trate de un juego y de un juego de azar.

—¿Y no puede usted impedir que se lleve a cabo? — preguntó Freer ansiosamente.

—Sí; pero la dificultad está en que nosotros nos hallamos obligados a apoderarnos de todo lo que pertenece al juego, y en este caso habría que incluir la cabeza en el secuestro.

—¡Por Júpiter divino! — exclamó Freer. — No faltaba más sino que me secuestraran la cabeza.

—En fin, me parece que lo mejor que se puede hacer es comprar su cabeza.

¿Pero acaso podría Freer comprar su cabeza? El doctor pediría probablemente una prima, y ¿dónde iba él a encontrar el dinero necesario? Aparentemente, la única cosa de valor que tenía era la cabeza y no podía hipotecarla, pues el título quedaría en manos de otro, eso en el supuesto de que hallase una persona a quien le conviniera el negocio.

—Y además, — continuó Freer diciéndose a sí mismo, — con esto no resolvería nada. Si no puedo adquirir el derecho a mi cabeza, más vale dejársela al doctor. Quien sabe si un nuevo propietario resultaba aún más desagradable que él. No; no hay esperanza para mí. No volveré nunca a tener cabeza propia y verdaderamente es poco agradable el tener que usar la de otro hombre. Si por una casualidad me casara ahora, cualquiera adivinaba lo que diría mi esposa a un marido sin cabeza. Es un caso de lo más extraordinario y complicado. Porque al fin y al cabo, no tuviera que ir con la cabeza del doctor a todas partes, podría exponerme en los barracones de las ferias como el hombre sin cabeza y ganar suficiente plata para comprar lo que necesito para ser un hombre completo.

Así pasó un año, durante el cual el único pensamiento de Freer fué el de hacerse per-

sona completa, pues el doctor se había vuelto cada día más dictatorial e insufrible. Pero al fin vino el consuelo en la forma de una herencia. No se trataba nada más que de diez mil libras, legadas a Freer por un pariente a quien jamás había visto, pero aquella lluvia inesperada de oro rebasaba con creces todos sus sueños de ambición.

—¿Qué es lo que va usted a hacer con ese dinero? — le preguntó el albacea después de haberle felicitado por su buena suerte.

—Comprar una cabeza, — contestó Freer.

—¿Qué clase de cabeza? — le preguntó el abogado, sorprendido.

—Una cabeza humana

—¿Pero de quién?

—Mire, la cabeza que quiero comprar es la que yo llevo. Antes era mía, pero ahora perteence al doctor Linscott. Sin embargo, siempre la he tenido en gran afecto y es menester que la recupere.

—Usted perdone, — dice el albacea solícitamente, — pero, ¿ha estado usted alguna vez en el manicomio?

—Nunca.

—Bueno, bueno, — dijo el hombre con tono de duda, — pero esto de comprar una cabeza cuando ya se tiene una...

—¡Qué voy a tener! Y sin embargo, a todo individuo le gusta ser dueño de la cabeza que usa, ¿no es verdad?

—Naturalmente. Nunca he conocido un hombre que no fuera propietario de su cabeza.

—Pues bien, ya conoce a uno, — exclamó Freer irritado. — Esta cabeza que llevo, no es mi cabeza.

—¿No?

—No; no soy propietario de mi cuerpo más que de la nuca para abajo.

—¿Entonces quién es el que me habla? — preguntó el abogado.

Y he aquí un nuevo y peliagudo problema. La cabeza era naturalmente la que hablaba.

—¡Por los clavos de Cristo! — gritó Freer, — no vayamos a embrollar este asunto más de lo que está ahora. Hace un año que estoy metido en él y ya estoy casi loco.

—Lo creo, — dijo el abogado, — pero desgraciadamente no puede mezclarme en el destino que dé usted a este dinero. Sin embargo, le daré a usted un consejo: si quiere que no lo metan en un manicomio, no diga a nadie nada acerca de la pérdida de su cabeza.

—¡Bah! — replicó Freer. — Dentro de veinticuatro horas la habré recuperado.

—Eso espero, — dijo el abogado, que sentía tentaciones de mandar buscar inmediatamente a un alienista amigo suyo.

En cuanto Freer hubo depositado el dinero en el banco, fué a ver al doctor Linscott.

—Necesito comprar mi cabeza, — le anunció sin más preámbulos.

—"Mi" cabeza, querrá usted decir, — se apresuró a corregir el doctor.

—Bueno, su cabeza, entonces.

—¿Cuál de ellas? — preguntó el doctor.

—Deseo comprar la que tengo sobre los hombros, para servirme de ella, — replicó Freer agriamente, — y además la que tiene usted sobre los suyos, para jugar con ella al football.

—Pues no pienso desprenderme de ninguna de las dos, — dijo el doctor.

—No sea usted tan avaro y egoísta, — exclamó Freer. — Solamente un hombre tacaño por excelencia es capaz de tener dos cabezas, cuando hay un individuo que tiene verdadera necesidad de una de ellas. Diga precio.

—Sólo las autoridades constituídas tienen el privilegio de poner precio a la cabeza de un hombre, — contestó el doctor. — Además, el valor de sa cabeza es incalculable para la ciencia.

—Si usted no me la vende, — dijo Freer en tono de amenaza, — me gastaré las diez mil libras de la herencia que acabo de cobrar en viajes interoceánicos.

—¡Cielos! — gritó el doctor, — si usted se ahogase, se perdería entonces la cabeza.

—Eso es, — dijo Freer.

—Supongamos que le doy autorización para que haga de su cabeza todo lo que le dé la gana, libre de toda intromisión y crítica, — dijo el doctor.

—No me conviene. Necesito tener absoluto dominio de mi cabeza. Usted no puede darse cuenta de mi situación porque nunca ha estado sin cabeza, pero yo no me puedo contentar sino la poseo por completo.

El doctor se quedó turbado. No quería desprenderse de la cabeza y sin embargo...

—Mi primer viaje de recreo, — dijo Freer, — será dar la vuelta al mundo en un barco a vela.

—¿Podemos acaso comprometer la cabeza en esta forma? — se preguntó el doctor a sí mismo.—Le cederé la propiedad plena de esa cabeza, si usted me la trasmite en su testamento y me exonera del pago de más cuotas.

—¿Y será totalmente mía?

—Sí.

—¿Y usted no tendrá nada que decirme durante el término de mi propiedad?

—Ni una palabra.

—Entonces convengo.

El doctor respiró entonces con tranquilidad, lo mismo que Freer. Además, este último se puso tan contento que, una vez que se redactaron y firmaron los documentos necesarios se fué sin pérdida de tiempo a ver al albacea.

—Ahora ya tengo mi propia cabeza, — le dijo.

—Pues es exactamente igual a la que tenía antes, — afirmó el hombre.

—Es la misma, — dijo Freer, — pero que usted se confundió antes tanto, cuando le hablé de este asunto, que pensé que debía venir y decirle que ahora no es mía.

El albacea meditó largo tiempo sobre aquél intrincado problema sin hallar una clave que le descifrara el misterio. Pero si alguna vez se pusiera en tela de juicio ante los tribunales el equilibrio mental de Freer y la sentencia se basara en el testimonio del albacea, el día en que éste declarara sería indudablemente un día muy triste para Freer.

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO VII

LA LUZ DEL SABER

Después de una temporada que al enfermito le pareció una eternidad, pudo Tarzán echar a andar de nuevo, y desde entonces su mejoría fué rápida, de tal suerte, que en otro mes vino a estar tan fuerte y tan activo como siempre.

Durante su convalecencia había recordado muchas veces su lucha con el gorila y su primer pensamiento fué recobrar el arma que le había transformado, de débil criatura sin esperanza alguna, en un ser superior que podía ser el terror de la selva virgen.

Además, sentía ansiedad por volver a la choza y continuar la investigación de su maravilloso contenido.

Así, pues, una mañana temprano, partió solo para proseguir su propósito. Después de un rato de buscar, encontró los mondos huesos de su adversario el gorila y muy cerca, enterrado entre las hojas caídas halló el cuchillo, rojo de orín por su exposición a la humedad, del suelo y por la sangre seca del mono.

No le hizo gracia el cambio sobrevenido en su antes brillante y pulida superficie; pero seguía siendo un arma formidable, y Tarzán se propuso usarla ventajosamente cada vez que se le presentara ocasión. Tenía la idea de no volver a huir de los temibles ataques del viejo Tublat.

Un momento después estaba en la cabaña y al cabo de breve rato había descorrido el cerrojo y entrado. Su primer cuidado fué aprender el mecanismo de aquél, lo cual hizo examinándolo mientras la puerta estaba abierta, de manera que pudo averiguar qué era exactamente lo que le hacía agarrarse al marco, y por qué medios se soltaba al tocarlo sus manos.

Vió que podía cerrar y echar el pestillo por la parte de dentro, y así lo hizo, con objeto de que no hubiese probabilidad de que le molestaran mientras se hallara practicando sus investigaciones.

Comenzó un registro sistemático de la cabaña; pero pronto atrajeron su atención los libros, que parecían ejercer sobre él una extraña y poderosa influencia; tanto que apenas podía atender a ninguna otra cosa por el señuelo del maravilloso enigma que le ofrecía el objeto de aquéllwos.

Entre los libros había una cartilla, algunos de lectura para niños, muchos de grabados y un gran diccionario. Tarzán los examinó todos, pero lo que más le llamó la atención fueron los grabados, y eso que los extraños bichejos que cubrían las páginas, donde no había de aquéllos, excitaban su admiración y sus más hondas reflexiones.

En cuclillas sobre la mesa de la choza que su padre había construído, con el cuerpecillo desnudo, flexible y moreno, inclinado sobre el libro que descansaba en sus delgadas y fuertes manos, con la gran mata de pelo largo y negro que caía sobre su bien formada cabeza, y con sus brillantes e inteligentes ojos, Tarzán de los Monos, niño-hombre primitivo, ofrecía un cuadro que inspiraba a un tiempo lástima y esperanza; una figura alegórica de los primeros pasos por la negra noche de la ignorancia en busca de la luz de la ciencia.

Su semblante estaba contraído en su absorto interés, porque acababa de dar en parte, y en forma vaga y nebulosa, con los rudimentos de una idea que había de ser la clave y solución del enigmático problema que entrañaban los extraños bichejos.

En las manos tenía una cartilla, abierta por el grabado de un mono pequeño parecido a él, pero cubierto, salvo en las manos y en la cara, de extrañas pieles de colores, que tal le parecían ser la chaquetilla y los pantalones. Debajo del grabado había cuatro bichejos.

Niño

y Tarzán descubrió muy pronto que en el texto de la página aquellos cuatros bichos se repetían muchas veces en el mismo orden.

Otra cosa averiguó: que eran relativamente pocos los bichos individuales; pero éstos se repetían muchas veces, en ocasiones solos, pero más a menudo en compañía de otros.

Lentamente fué volviendo hojas, buscando en los grabados y en su texto una repetición de la combinación "niño". Pronto la encontró debajo de un grabado de otro mono pequeño y un animal raro que estaba en cuatro patas como el chacal y que se le parecía no poco. Debajo de aquel grabado los bichejos estaban dispuestos así:

Un niño y un perro

Allí estaban los cuatro bichos que siempre acompañaban al mono pequeño.

Y así fué progresando lenta, muy lentamente, porque era una dura y laboriosa tarea la que se había impuesto sin saberlo, — tarea que a nosotros nos parecería imposible; — la de aprender a leer sin tener el más leve conocimiento de las letras ni del lenguaje escrito ni la más pequeña idea de que tales cosas existieran.

No lo consiguió en un día, ni en una semana, ni en un mes, ni en un año; pero lentamente, muy lentamente aprendió, después de haber entrevisto la posibilidad encerrada en aquellos bichos; de manera que al llegar a los quince años conocía las diversas combinaciones de letras que acompañaban a cada figura de la cartilla, y de las que había en uno o dos de los libros de grabados.

Del significado y uso de artículos y conjunciones, de verbos, adverbios y pronombres, no tenía sino las ideas más débiles y nebulosas.

Un día, cuando contaba alrededor de doce años, encontró unos cuantos lápices en un cajón que no había visto hasta entonces, debajo de la mesa, y al rascar en ésta con uno de ellos, se quedó encantado al ver la línea negra que dejaba tras sí.

Tan asiduamente trabajó con aquel nuevo juguete, que la tapa de la mesa fué pronto una mancha de engarabitados lazos y líneas irregulares y la punta del lápiz estuvo completamente gastada, hasta la madera. Luego cogió otro lápiz, pero vez ya con un fin concreto a la vista.

Quería intentar la reproducción de algunos de aquellos bichos que serpeaban sobre las páginas de sus libros.

Fué una tarea difícil, porque sostenía el lápiz como si empuñase una daga, lo cual no aumentó gran cosa la facilidad de la escritura ni la legibilidad de sus resultados.

Pero perseveró durante meses, en las ocasiones en que podía ir a la choza, hasta que al fin, por repetidos ensayos, encontró una manera de tener el lápiz que era la que mejor le permitía guiarlo y vigilarlo; de modo que al fin pudo reproducir toscamente algunos bichejos.

Así comenzó a escribir.

El copiar las letras le enseñó otra cosa: su número. Y aunque no sabía contar tal como nosotros entendemos esta operación, sin embargo vino a tener una idea de la cantidad, siendo la base de sus cálculos el número de dedos de una de sus manos.

Su examen de los varios libros le convención de que había descubierto todas las distintas clases de bichos que más se repetían en combinación, y los dispuso en orden conveniente con gran facilidad por la frecuencia con que había recorrido la fascinadora cartilla con grabados.

Su educación progresaba; pero sus mayores hallazgos tuvieron su lugar en el inagotable almacén del gran diccionario ilustrado, porque aprendió más por medio de los grabados que por el texto, aun después de haberse hecho cargo de la significación de los bichos.

Cuando descubrió la disposición de las palabras por orden alfabético, se deleitaba buscando y encontrando las combinaciones que le eran familiares; y las palabras que las seguían, las definiciones que le entraban más adentro en los laberintos del saber.

Cuando vino a tener diecisiete años, había aprendido a leer la sencilla cartilla para niños y comprendía plenamente el verdadero y maravilloso objeto de los bichejos.

Ya no le inspiraba verguenza su cuerpo lampiño ni sus facciones humanas, porque ahora su razón le decía que él era de una raza diferente de sus salvajes y peludos compañeros. El era un H-O-M-B-R-E y ellos eran M-O-N-O-S; y los monos pequeños que jugueteaban en lo alto de los árboles de la floresta eran M-I-C-O-S. Sabía también que la vieja Sabor era una L-E-O-N A. Histat una S-E-R-P-IE-N-T-E y Tantor un E L E F-A-N-T-E. Y así aprendió a leer.

Desde entonces sus progresos fueron rápidos. Con ayuda del gran diccionario y de la activa inteligencia de un cerebro sano, dotado por herencia de facultad razonadora más notable que de ordinario, vino perspizcazmente a conjeturar muchas cosas que no podía entender, y lo más frecuente fué que sus conjeturas se acercaron mucho al blanco de la verdad.

Muchas interrupciones sufría su educación, debidas a las costumbres emigratorias de su tribu; pero aun estando privado de recurrir a sus libros, su activa mente continuaba investigando los misterios de su fascinadora distracción.

Pedazos de corteza, hojas grandes y aun espacios llenos de tierra desnudas le suministraban sitios donde poder copiar, rascando con la punta de su cuchillo de monte, las lecciones que iba aprendiendo.

Tampoco descuidó los más apremiantes deberes de la vida mientras seguía su inclinación, que le impulsaba a desentrañar los misterios de su biblioteca.

Practicaba con la cuerda y jugaba con su agudo cuchillo, que había aprendido a tener afilado rozándolo contra piedras blancas.

La tribu había crecido desde que Tarzán vino a caer en ella, porque bajo la jefatura de Kerchak había podido asustar a las tribus hasta expulsarlas de su parte de selva, de manera que tenían mucho que comer, y

DIA DE SOL

El: — Hay que aprovechar este día de sol tan espléndido. ¿Dónde podríamos ir?
Ella: — ¿Y si fuésemos al cine?

apenas experimentaban pérdidas por las rapaces incursiones de las vecinas.

De aquí que los machos jóvenes, cuando llegaban a ser adultos, encontraban más cómodo tomar parejas de su propia tribu, o bien si capturaban alguna de otra tribu vecina, llevársela a la banda de Kerchak y vivir en amistad con éste, más bien que tratar de fundar un nuevo establecimiento propio, o luchar con el temible Kerchak por la supremacía de su tribu.

En ocasiones un mono más feroz que sus compañeros solía intentar esta última alternativa, pero aun no había habido ninguno que arrancase la palma de la victoria al feroz y brutal Kerchak.

Tarzán ocupaba en la tribu una situación peculiar. Los monos parecían considerarle uno de ellos, y sin embargo, diferente en cierto modo. Los machos más viejos hacían caso omiso de él, o bien le odiaban con tanto encono, que, de no haber sido por su maravillosa agilidad y ligereza y por la terrible protección de la enorme Kala, lo habrían despachado hacía mucho tiempo.

Tublat era su más importante y constante adversario; pero a Tublat se debió que, cuando Tarzán tenía unos trece años, cesara súbitamente la persecución de sus enemigos y le dejaran en paz y en el mayor aislamiento, salvo en las ocasiones en que uno de ellos atacaba a ciegas, presa de uno de esos extraños y feroces acceso de loca ira que suelen asaltar a los machos de muchas fieras de las selvas vírgenes. En tales ocasiones nadie estaba seguro.

El día que Tarzán estableció su derecho al respeto, la tribu estaba reunida en torno de un pequeño anfiteatro natural que la selva virgen había dejado libre de lianas y enredaderas, en una hondonada situada entre unos cerros de poca altura.

El espacio libre era casi de forma circular. A cada lado se elevaban los poderosos y gigantescos de la no hollada selva, con la intrincada maleza tan entretejida entre los gruesos troncos, que la única manera de entrar en la plazoleta era atravesar las ramas superiores de los árboles.

Allí, libres de toda interrupción, se reunían con frecuencia los monos de la tribu. En el centro del anfieteatro había uno de esos singulares tambores o cilindros de tierra que construyen los antropoides para sus extraños ritos, cuyos sones han oído los hombres en la aspereza de la selva, pero que nadie ha presenciado nunca.

Muchos viajeros han vitso los tambores de los grandes monos, y algunos han oído los sones de su batir y el ruido de la singular y feroz orgía de sus primeros señores de la selva virgen. Pero Tarzán, lord Greystoke, es indudablemente el único ser humano que ha tomado parte jamás en la bacanal feroz, alocada, emborrachante del Dum-Dum.

El día que Tarzán consiguió emanciparse de la persecución que le había amenazado implacable durante doce de los trece años de su vida, la tribu, compuesta ya de un centantes acontecimientos en la vida de la tripor las más bajas ramas de los árboles de la selva hasta dejarse caer sin ruido al suelo del anfiteatro.

Los ritos del Dum-Dum señalaban importantes acontecimientos en la vida de lat ribu: una victoria, la captura de un prisionero, la matanza de algún grande y feroz habitante de la selva, la muerte o el advenimiento de un rey; y eran practicados con arreglo a un rígido ceremonial.

Aquel día se trataba de la muerte de un mono gigante, miembro de otra tribu; y cuando los monos de Kerchak entraron en el anfiteatro, se habría podido ver a dos enormes machos que conducían entre ambos el cuerpo del vencido.

Dejaron su carga delante del tambor y luego se agacharon a su lado, como guardianes, en tanto que los demás individuos de la comunidad se acomodoban en lugares cubiertos de césped, para dormir hasta que la naciente luna diera la señal del comienzo de su salvaje orgía.

Durante horas reinó el más absoluto silencio en el pequeño raso. Sólo de cuando en cuando lo interrumpían las discordantes notas de los loros de brillantes plumaje, o el piar y gorgear de las mil aves que sin cesar revoloteaban entre las vívidas orquídeas y las pintadas flores suspendidas como festones de las mil ramas, cubiertas de musgo, de los reyes de la selva.

Por fin, cuando cayeron las sombras sobre la floresta, los monos comenzaron a rebullir y no tardaron en formar un gran círculo, y enfrente de ellos se colocaron los machos adultos. Ante el tambor estaban sentadas tres hembras viejas, armadas con sendas ramas nudosas de quince a dieciocho pulgadas de largo.

Lentamente y en silencio empezaron a golpear sobre la resonante superficie del tambor, cuando los primeros rayos de la naciente luna platearon las copas de los árboles circundantes.

A medida que fué aumentando la luz en el anfiteatro, las hembras acrecentaron la frecuencia y la fuerza de sus golpes, hasta que muy pronto una barahunda rítmica y salvaje recorrió con sus sones la enorme selva en muchas millas a la redonda. Las fieras más grandes y temibles cesaron en su caza, con las orejas levantadas y las cabezas erguidas, para escuchar el sordo rumor que revelaba la celebración del Dum-Dum de los monos.

De cuando en cuando, una profería un estridente grito o su atronador rugido como un reto que respondía al feroz estrépito de los antropoides, pero ninguna se acercaba a investigar ni a atacar, porque los monos reunidos con todo elp oder de su número, llenaban de hondo respeto el corazón de sus vecinos de la selva virgen.

Cuando el ruido del tambor de tierra llegó a hacerse casi ensordecedor, Kerchak saltó al centro del espacio abierto, entre los agachados machos y las hembras que tocaban.

Manteniéndose erguido echó hacia atrás la cabeza y mirando de lleno a la naciente luna, se golpeó el pecho con la peluda manaza y profirió su terrible grito de guerra.

Una, dos, tres veces repercutió el pavoroso

alarido en la absoluta soledad de aquel mundo indeciblemente vivo, y sin embargo increíblemente muerto. Luego, poniéndose a cuatro manos, Kerchak comenzó a recorre en silencio el círculo, manteniéndose bastate alejado del cadáver que yacía ante el tambor altar, pero clavando en él, cada vez que pasaba, sus ojuelos rojos, feroces, perversos.

Después otro macho saltó al ruedo y repitiendo los terribles gritos de su rey, siguió los paseos de éste. Otro y otro le imitaron en rápida sucesión, hasta que la selva repercutió con las notas casi incesantes de su sanguinarios gritos. Era el reto y la caza.

Cuando todos los machos adultos se hubieron unido a la línea de bailarines en círculo, comenzó el ataque. Kerchak agarró una gran porra del montó que al efecto estaba a mano, y se abalanzó furiosamente sobre el mono muerto, al cual asestó un tremendo golpe, emitiendo al propio tiempo gruñidos y gritos de combate. El ruido del tambor aumentó entonces, así como la frecuencia de los porrazos, y los guerreros, conforme iban acercándose a la víctima de la caza y propinándole golpes, se incorporaban al loco torbellino de la Danza de la Muerte.

Tarzán formaba parte de la salvaje horda de saltarines. Su cuerpo moreno, musculoso, bañado en sudor chorreante, brillaba a la luz de la luna, reluciendo flexible y gracioso entre los toscos, torpes y peludos brutos que le rodeaban. Nadie había más astuto y más silencioso en la pantomima, nadie más feroz que él en el salvaje ímpetu de la caza, ni nadie que saltara más alto en la Danza de Muerte. Conforme fué aumentando la fuerza y la rapidez del tambor, los bailarines parecieron emborracharse con el extraño ritmo y los salvajes aullidos, y aumentaron sus saltos, mientras sus desnudos dientes goteaban saliva y su labios y pecho quedaban cubiertos de espuma. Durante media hora prosiguió la extraña danza hasta que, a una seña de Kerchak, cesó el ruido de lso tambores, y las hembras que los tocaban se dispersaron apresuradamente, confundindose en la línea de los bailarines, hacia el borde exterior de los agachados espectadores. Entonces, como uno solo, los machos se precipitaron ciegamente contra el cadáver, reducido ya por sus terroríficos golpes a un montón de peluda papilla.

La carne rara vez llegaba a las quijadas de los monos en cantidad suficiente y satisfactoria; de modo que un digno final de su feroz orgía era el paladeo del animal recién muerto y ahora dedicaba su atención a devorarlo. Grandes dientes se hundieron en el cadáver, arrancando enormes porciones. Los monos más fuertes fuero los que se llevaron los bocados escogidos, en tanto que los más débiles se colocaban en círculo en el extremo exterior de la rugiente cuadrilla de luchadores, esperando su turno de acercarse o de arrebatar una piltrafa caída, o de pescar un hueso antes que todo desapareciese.

Tarzán, más que los monos, deseaba y necesitaba carne. Descendiente de ua raza de carnívoros, jamás en su vida, creía él, había llegado a saciar su apetito de alimento animal; de manera que su ágil cuerpecillo se abrió paso por entre la masa de monos que luchaban y desgarraban con el intento de obtener por mañana una parte que su fuerza habría sido incapaz de conseguirle.

De su costado pendía el cuchillo de monte de su desconocido padre, en una vaina hecha por él mismo, a imitación de una que había visto entre los grabados de su tesoro de libros.

Por último llegó al festín, que iba desapareciendo rápidamente y con su agudo cuchillo cortó una parte mucho más grande de lo que él había esperado, un peludo antebrazo entero, que asomaba bajo los pies del forzado Kerchak; el cual estaba tan ocupado en perpetuar la prerrogativa de mondar los huesos, que no llegó a notar aquel acto de lesa majestad. Así Tarzán se escabulló por debajo del tropel de monos, apretando la envidiable presa contra su pecho. Entre los que rondaban en vano por los alrededores de los cofensales se hallabá el viejo Tublat, el cual había sido de los primeros en acudir al festín, pero se había retirado con una magnífica porción para comérsela tranquilamente y ahora volvía en busca de más.

El viejo macho espió a Tarzán cuando el muchacho salió de la muchedumbre de apiñados monos, con el peludo antebrazo de la víctima fuertemente apretado contra su cuerpo.

Los menudos ojos de cerdo de Tublat, muy juntos e inyectados de sangre, lanzaron perversos rayos de odio al clavarse en el objeto de su aversión. En ellos se veía también la codicia del excelente bocado que llevaba el muchacho.

Pero Tarzán vió con igual rapidez a su mayor enemigo, y adivinando lo que la fiera iba a hacer, dió un elástico brinco hacia donde estaban las hembras y los hijos, con la esperanza de esconderse entre ellos. Pero como Tublat le iba a los alcances, Tarzán no tuvo ocasión de buscar un lugar de refugio, sino que no le quedó otro remedio que escapar.

Rápidamente se lanzó hacia los árboles circunilantes, y de un agilísimo salto ganó con una mano una de las ramas bajas, y luego, pasándose la carga a los dientes, trepó rápidamente, seguido de cerca por Tublat.

Siguió subiendo hasta el oscilante pináculo de un ingente monarca de la selva, adonde su pesado perseguidor no osaba seguirle. Allí se acomodó, lanzando pullas e insultos al enfurecido animal, que vomitaba espuma a cincuenta pies más abajo.

Entonces Tublat se volvió loco.

Con aterradores gritos y rugidos se precipitó al suelo, entre las hembras y los hijos, y comenzó a hincar sus poderosos dientes en una docena de frágiles cuellos y arrancar grandes túrdigas de la espalda y pecho de las hembras que caían en sus garras.

A la brillantez de la luna presenció Tarzán aquella locura rabiosa del mono, y vió que las hembras y los jóvenes se desperdigaban buscando el seguro de los árboles. Entonces los grandes machos del centro del anfiteatro sintieron los fuertes dientes de su enloquecido compañero, y como por un solo impulso se disolvieron en las negras sombras de la selva.

No quedó más que un ser en el anfiteatro además de Tublat; una hembra retrasada que corría rápidamente hacia el árbol en cuya copa estaba Tarzán, perseguida muy de cerca por el terrible mono. Era Kala.

No bien vió Tarzán que Tublat iba ganando terreno a la mona, se dejó caer de rama en rama con la rapidez de una piedra, en dirección a su madre adoptiva.

Esta se hallaba ya debajo de las salientes ramas, y muy cerca, encima de ella, estaba agachado Tarzán, esperando el resultado de la persecución.

La mona dió un salto y agarró una rama baja, pero casi encima de la cabeza de Tublat; tan cerca había llegado ya éste. Kala habría podido ya estar en seguridad; pero de pronto se sintió un ruido de rotura, y la rama se desgajó, y precipitó a Kala sobre la misma cabeza de Tublat, derribándolo al suelo.

Los dos se levantaron en un instante; mas a pesar de su rapidez, mayor había sido la de Tarzán; de manera que el enfurecido mono se halló frente al niño-hombre que se interponía entre él y Kala.

Nada habría podido agradar más a la fiera, que, con un rugido de triunfo, se lanzó sobre el pequeño lord Greystoke. Pero sus dientes no llegaron a cerrarse sobre aquella carne de color de nogal.

Una musculosa mano avanzó y se aferró a la peluda garganta del mono, en tanto que otra hundía una docena de veces en el enorme pecho, un afilado cuchillo de caza. Los golpes se sucedieron como el rayo, y sólo cesaron cuando Tarzán sintió que el inerte cuerpo del mono se desplomaba debajo de él.

Al rodar Tublat al suelo, Tarzán de los Monos puso el pie sobre el cuello de su eterno enemigo, y alzando los ojos a la luna llena, echó hacia atrás la altiva y juvenil cabeza y profirió el terrible grito salvaje de su tribu.

Uno a uno los individuos de ésta se descolgaron de sus arbóreos retiros y formaron círculo en torno de Tarzán y de su vencido enemigo. Cuando todos hubieron llegado, Tarzán se volvió hacia ellos.

—¡Yo soy Tarzán! — exclamó. — ¡Soy un gran matador. ¡Respeten todos a Tarzán de los Monos y a Kala su madre! No hay entre vosotros ninguno tan poderoso como Tarzán ¡Tengan cuidado sus enemigos!

Con la vista clavada en los perversos ojos encendidos de Kerchak, el joven lord Greystoke se golpeó el fuerte pecho y profirió una vez más su estridente grito de desafío.

CAPITULO VIII

EL CAZADOR EN LOS ARBOLES

En la mañana sigiente al Dum-Dum emprendió la tribu el camino de regreso al través de la selva hasta la costa.

El cuerpo de Tublat quedó donde había caído, porque la tribu de Kerchak no comía a sus propios muertos.

La marcha no fué más que una descansada busca de alimento. En abundancia hallaban **palmas reales y ciruelas** grises, "pisang" y escitamíneas, con piñas silvestres, y a veces mamíferos pequeños, aves, huevos, reptiles e insectos. Partían las nueces con las poderosas quijadas, o cuando eran demasiado duras las rompían golpeándolas entre piedras.

Una vez la vieja Sabor, al cruzarse en su camino, los envió dispersados al seguro de las más altas ramas, porque si bien ella respetaba su número y sus agudos dientes, los monos, por su parte, tenían en igual estimación su cruel y potente ferocidad.

En una rama muy colgante estaba sentado Tarzán, inmediatamente encima del majestuoso y flexible cuerpo del animal, que en silencio se abría camino por medio de la espesa selva. El muchacho lanzó una piña a la vieja enemiga de su tribu. El gran animal se detuvo, y volviéndose vió la figura de arriba, que seguía lanzándola improperios.

Dando un furioso latigazo con la cola, enseñó los amarillos dientes y frunció los enormes labios en un espeluznante rugido, que arrugó su cerdoso hocico en apretados surcos y cerró sus perversos ojos hasta convertirlos en dos estrechas rajas que vomitaban ira y odio.

Con las orejas amusgadas, miró Sabor de lleno a los ojos de Tarzán de los Monos, y profirió su feroz y estridente reto.

Y desde el seguro de su prominente rama,

DE EXCURSION

—Diga, guía, somos seis excursionistas y no veo aquí más que cinco burros. ¿Cómo es eso?
—No se apure: cuando llegue el momento habrá tantos burros como turistas, no le quepa duda.

el niño-mono le contestó con la temerosa respuesta de su tribu.

Un momento estuvieron los dos contemplándose en silencio, y luego el enorme felino se volvió hacia la selva, que la devoró como devora el océano una piedra que se le arroja.

Pero en la mente de Tarzán surgió de pronto un plan soberbio. Puesto que había matado al terrible Tublat, ¿no era un poderoso luchador? Pues bien, seguiría el rastro de la astuta Sabor y la mataría de la misma manera. Sería también un cazador temible.

En el fondo de su corazoncito de inglés latía el gran deseo de cubrir su desnudez con "ropas", porque había aprendido en sus libros de grabados que todos los "hombres" iban así vestidos, al paso que los "micos" y los "monos" y todos los demás seres vivientes iban desnudos.

Las "ropas", por lo tanto, debían de ser una verdadera insignia de grandeza; la insignia de la superioridad del "hombre" sobre todos los demás animales; porque seguramente no podía haber otra razón que los impulsara a llevar una cosa tan fea.

Muchas lunas atrás, cuando Tarzán era harto más chico, había deseado la piel de Sabor, la leona, o de Numa, el león, o de Sheeta el leopardo, para cubrir su lampiño cuerpo y evitar que siguiera pareciéndose a la repugnante Histah, la culebra; mas ahora estaba ufano de su lisa piel, porque era el signo de que descendía de una poderosa raza, y en su corazón alternaban en la primacía los antagónicos deseos de ir desnudo, como una altiva prueba de su linaje, o de acomodarse a las costumbres de su propia especie, llevando feas e incómodas ropas.

Mientras la tribu continuaba su lento viaje por la selva virgen después del paso de Sabor, Tarzán sentía hervir en su cabeza el magnífico plan de matar a su enemiga; y en muchos días después no pudo pensar en otra cosa.

Pero aquel día tuvo otros intereses más inmediatos para atraer su atención.

De pronto pareció caer la media noche. Los ruidos de la selva cesaron; los árboles se quedaron inmóviles, como en paralizada expectación de algún desastre inminente. Toda la naturaleza esperó... pero no largo tiempo.

Débilmente, a distancia, se sintió un apagado y triste gemido que fué acercándose más y más, y creciendo en intensidad y en volumen.

Los grandes árboles se inclinaron a una, como si alguna potente mano los oprimiese contra el suelo. Y hasta la tierra se inclinaron más y más, y siguió todavía sin oírse sonido alguno, salvo el hondo y pavoroso gemir del viento.

Luego, los gigantes de la selva volvieron súbitamente a su primera posición, sacudiendo las grandes copas con airada y ensordecedora protesta. Una luz vívida y deslumbrante brotó de las arremolinadas nubes de color de tinta.. El profundo cañonazo del trueno lanzó a los vientos su terrible reto. Cayó el diluvio, p el infierno entero se desencadenó sobre la selva virgen.

Los monos de la tribu se hicieron sendos ovillos, tiritando bajo la fría lluvia, en las bases de los grandes árboles. El rayo y el relámpago en la negrura permitían ver ramas que oscilaban con furia, quebradas líneas de fuego y tronco que se doblaban.

De cuando en cuando algún antiguo patriarca de los bosques, destrozado por un rayo, se derrumbaba hecho pedazos entre los árboles circundantes, arrastrando consigo mil ramas y a muchos vecinos más pequeños, que aumentaban la enmarañada confusión de la selva tropical.

Ramas grandes y chicas, descuajadas por la ferocidad del tornadá, caían violentamente entre la verdura que se agitaba con furia, llevando la muerte y la destrucción a un sin fin de desdichados habitantes del mundo de la selva, tan densamente poblado.

Durante horas la furia de la tormenta continuó sin amainar, y la tribu de monos siguió agazapada, tiritando de miedo. En constante peligro por la caída de los troncos y de las ramas, y paralizados por la vívida luz del rayo y del relámpago y por el retumbar del trueno, estuvieron hechos una verdadera lástima hasta que pasó la tormenta.

El final fué tan repentino como el principio. Cesó el viento, brilló el sol, y la naturaleza volvió a sonreír.

Las goteantes hojas y ramas, y los húmedos pétalos de las espléndidas flores, sonrieron al esplendor del día que retornaba. Y así como olvidaba la naturaleza, olvidaron también sus hijos. La bulliciosa vida continuó como se había deslizado antes de la oscuridad y del espanto.

Pero para Tarzán había venido una luz de alba a explicar el misterio de las "ropas". ¡Qué a gusto habría estado bajo la pesada capa de Sabor! Y así vino a añadirse un incentivo a su aventurero propósito.

Varios meses permaneció la tribu merodeando cerca de la playa en que estaba la cabaña de Tarzán, y los estudios de éste le emplearon la mayor parte del tiempo; mas siempre, cuando andaba por la selva, llevaba su cuerda, y fueron muchos los animales menores que cayeron en la trampa de su lazo, tan rápidamente manejado.

Una vez cayó el nudo sobre el cuello corto de Horta, el oso, y el enloquecido salto que dió éste para recobrar su libertad, derribó a Tarzán de la prominente rama en que se hallaba en acecho, y desde la cual había lanzado su sinuosa arma.

El potente animal se volvió al sentir el ruido de la caída de Tarzán; y viendo que era sólo la fácil presa de un mono joven, bajó la cabeza y se lanzó férozmente contra el sorprendido mozo.

Tarzán, por fortuna, no se había hecho daño al caer, pues dió en el suelo como los gatos con las cuatro extremidades, para amortiguar el golpe de la caída. Se puso en pie al instante, y saltando con la agilidad de un verdadero mono, ganó el seguro de una rama baja, al tiempo en que Horta, el oso, se precipitaab en vano contra el tronco.

Así fué cómo Tarzán vino a aprender por experiencia tanto las limitaciones como las posibilidaes de su extraña arma.

En aquella ocasión perdió una larga cuerda; pero comprendió que, de haber sido Sabor la que le hiciera caer de su altura, el re-

jultado habría podido ser muy diferente, porque nidudablemente le habría costado la vida.

Muchos días tardó en trenzar una cuerda nueva; mas cuando al fin lo consiguió, salió de intento a cazar y a ponerse en acecho entre las tupidas frondas de una gran rama, que caía justamente encima de una senda trillada que conducía al agua.

Varios animales menores pasaron por debajo de él sin recibir daño. No quería Tarzán una caza tan insignificante. Se necesitaba un animal fuerte para poner a prueba la eficacia de su nuevo plan .

Por fin llegó la que Tarzán quería, con los flexibles músculos hinchados bajo la brillante piel; gruesa y lustrosa apareció Sabor, la leona.

Sus grandes patas acolchadas caían suaves y silenciosas sobre la estrecha senda. Llevaba alta la cabeza, con atención siempre despierta, y su larga cola se movía lentamente en constantes y graciosas ondulaciones.

Más y más se fué acercando al sitio en que Tarzán de los Monos estaba agazapado en su rama, con las espirales de su larga cuerda preparadas en la mano.

Como un objeto de bronce, inmóvil como la muerte, estaba Tarzán. Sabor pasó por debajo de él. Dió un paso más allá, otro, otro, y la silenciosa cuerda salió disparada encima de ella.

Un instante el nudo estirado estuvo suspendido sobre la cabeza de la leona como una enorme culebra, y luego al levantar Sabor los ojos para ver el origen del sibilante ruido de la cuerda, ésta cayó en torno de su cuello. De un rápido tirón apretó Tarzán el nudo sobre la reluciente garganta, y luego soltó la cuerda y se agarró a su sostén con ambas manos.

Sabor estaba presa.

De un salto el asustado animal se volvió hacia la selva; pero no era Tarzán hombre que volviera a perder otra cuerda por la misma causa. La experiencia le había enseñado. La leona no había dado más que su segundo salto cuando sintió que la cuerda se apretaba sobre su cuello, dió una vuelta completa en el aire y cayó al suelo con estrépito, panza arriba. Tarzán había atado firmemente el extremo de la cuerda al tronco del árbol en que se hallaba.

Hasta entonces su plan había resultado a la perfección; pero cuando agarró la cuerda, afirmándose antes en la horquilla de dos gruesas ramas, vió que era tarea harto difícil el arrastrar a aquella potente e inquieta masa de músculos de hierro, que mordía, daba zarpazos y rugía, hasta lo alto del árbol, para suspenderla de él.

El peso de la vieja Sabor era inmenso y cuando clavaba en alguna parte sus gruesas patas, nadie que no fuera Tantor, el elefante, habría podido moverla.

MOSTACILLA

La India inglesa tiene rentas que importan 74.500.000 libras esterlinas por año.

* * * *

Para hermosearse, las mujeres hindúes se pintan los dientes de negro. En Japón y en China, las mujeres se pintan el rostro de blanco y se dan rojo en los carrillos.

* * * *

El color de los libros oficiales franceses es amarillo; el de los españoles rojo, el de los alemanes blanco, de los italianos verde, de los portugueses blanco, de los austriacos rojo y de los ingleses y argentinos azul.

La leona estaba otra vez en la senda, desde donde podía ver al autor de la indignidad que con ella se había cometido. Rugiendo de rabia atacó súbitamente, para lo cual pegó un gigantesco salto en el aire en dirección a Tarzán; pero cuando su enorme cuerpo dió en la rama en que Tarzán había estado, el muchacho ya no se hallaba allí.

En vez de ello se había subido a una rama más pequeña, a veinte pies de altura sobre la que había alcanzado su furiosa cautiva. Un momento estuvo Sabor con medio cuerpo colgando de la rama, mientras Tarzán se reía y le tiraba frutos a la no protegida cabeza.

De pronto el animal se volvió a dejar caer al suelo y Tarzán acudió vivamente a agarrar la cuerda. Pero Sabor se había dado ya cuenta de la delgadez del vínculo que la sujetaba, y, agarrándola con los dientes, la cortó antes que Tarzán pudiera apretar por segunda vez el nudo corredizo.

El niño estaba de muy mal humor. Su bien trazado plan había fracasado. Quedóse pues allí, chillando contra la rugiente leona que seguía abajo, y haciéndole muecas de burla.

Sabor permaneció horas dando paseos de un lado a otro por debajo del árbol; cuatro veces se agachó y saltó contra el inquieto duende que tenéa arriba; pero lo mismo hubiera sido que quisiera asir el engañoso viento que murmuraba entre las copas de los árboles.

Por fin Tarzán se cansó del juego, y con un rugdio final de reto y un fruto maduro bien apuntado, que reventó blanco y viscoso sobre la rugiente cabeza de su enemiga, se lanzó rápidamente ntre los árbols, a cien pies por ncima del suelo, y en breve tiempo se halló entre los individuos de su tribu.

Allí refirió los detalles de su aventura, con el pecho hinchado y con tantas bravatas, que lleg óa impresionar a:n a sus más enconados enemigos, en tanto que a Kala le faltaba poco para bailar de júbilo y de orgullo.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

UNA SOCIEDAD ANONIMA

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

TOMAD una de estas lámparas El alemán obedeció.

—¿Qué debo hacer?

—¡Pardiez! Colocarla en medio de la ventana.

—Comprendo, dijo Goezmann, haciendo lo que le ordenara Rocambole.

—¡Esa pobre criatura! Esto le proporcionará un momento de alegría.

Goemann se había vuelto a sentar y esperaba con la pluma en la mano.

Más tarde vamos a saber el resultado de este trabajo. Ahora hemos de suplicar al lector quiera seguirnos a la casa en que fué a instalarse la marquesa de Santares para esperar el resultado del odioso complot tramado por ella contra la mujer del banquero.

Aquella casa, situada a cincuenta pasos de la suya, era a la vez restaurant y hotel, y alquiló un cuarto por toda la noche, Lo que no dijo Goezmann, y lo que tal vez ignoraba, era que estaba sola allí. El banquero estaba con ella en la pieza, alumbrada sólo por una lamparita que fué bajada a propósito.

Sentados uno enfrente del otro, cerca de la venta abierta, hablaban en voz muy baja, dejando caer a menudo la conversación. La marquesa echaba frecuentes miradas del lado de su quinta, y cada vez golpeaba el suelo con el taco, en señal de impaciencia.

El señor Taureins era presa de una gran agitación que se traducía por el desconcierto de sus frases y la profunda alteración de su fisonomía.

—¡Pero, hombre! — dijo de pronto Nanina. — ¿Sabéis, mi querido amigo, que os encuentro de una debilidad deplorable, por no decir vergonzosa? Pretendéis adorarme; sólo soñáis, según vos, en sacrificios y abnegaciones; os quejáis de los estorbos que pone a nuestro amor una unión tan cargosa como legítima; todos los días estáis deseando desembarazaros de una esposa tan afable como insignificante, que empieza a parecer un corderito; sólo le falta el balar, lo que no puede tardar en venir y el día que encontramos por fin la manera de colmar vuestro deseo por medio de una estratagema... inocente, quedáis triste y desconsolado como si os sucediese una desgracia. Cantad, claro, pues, por fin: ¿queréis decididamente, si o no, una separación?

—¡Eh! y por supuesto que la quiero; bien lo sabéis, si os lo tengo dicho mil veces.

—Entonces, quien desea el film desea los medios.

—¡Los medios! He aquí, precisamente lo que no me conviene.

—¡Una gran simple comedia! ¡Un simulacro de seducción! Qué cosa tan horrorosa, ¿no?

—Si os he de decir cuanto sienta, no tengo una absoluta confianza en ese alemán.

—Pues bien, lo juzgáis mal. Yo lo conozco mejor que vos y os puedo responder de él. No pasará de los límites convenidos, no tengáis cuidado.

—Estoy completamente tranquilo; no porque me fíe lo más mínimo del alemán, sino porque he tomado mis precauciones.

—¿Cuáles son? — preguntó la rubia vivamente.

—Recomendé a Rascal, uno de los falsos lacayos, que estuviese de centinela a la puerta del salón, que escuchase, y que tan pronto Valentina estuviese dormida, que se precipitara adentro.

La rubia estrujó tan violentamente uno de sus puños, que arrancó parte del encaje

—¡Válgame Dios, y cuánta previsión! ¡Qué de solicitud! Se diría que sois la perla de los maridos queridos.

Y añadió en voz baja, dirigiendo una mirada encendida de rabia hacia las ventanas de la villa que permanecían cerradas:

—¡Ah, ya comprendo ahora!... No es una demora. ¡Todo ha fracasado!

El hijo de Salomón

1 — "¡Por Jacob! ¡Alguien me ha robado las tres bolas que indican la ubicación de mi casa!" exclamó el judío Salomón. "¿Cómo hago ahora.

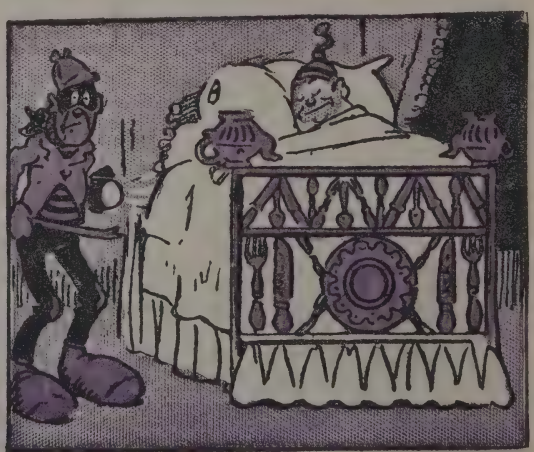
2 — "No le importe, Salomón, — le dijo Juancito, — yo le voy a arreglar el asunto con mis pompas de jabón en unos pocos momentos ',

3 — Y así fué. Las tres bolas ocuparon de nuevo su puesto de antes. "¡Lindo y buen muchacho! — exclamó Salomón. — Bien puedes decir que me sacaste de un apuro.

Ardid contra los ladrones

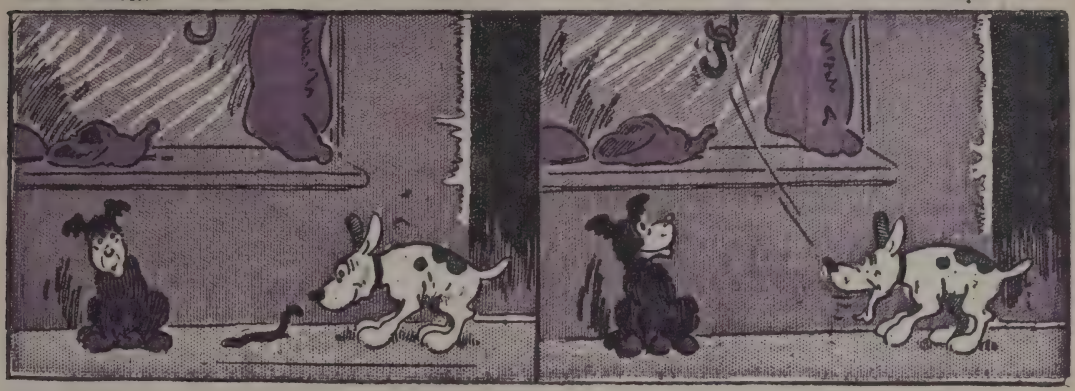
1 — "¡Dios mío! ¡Un la... ladrón! — exclamó don Próspero Parrilla. — ¿Qué haré para poner a salvo mis objetos de plata y de oro. ¡Ah! ¡Ya tengo una idea!".

— Y colocando toda su platería en la cama y en otros sitios lo hizo con verdadero arte de manera que nadie notaría su presencia.



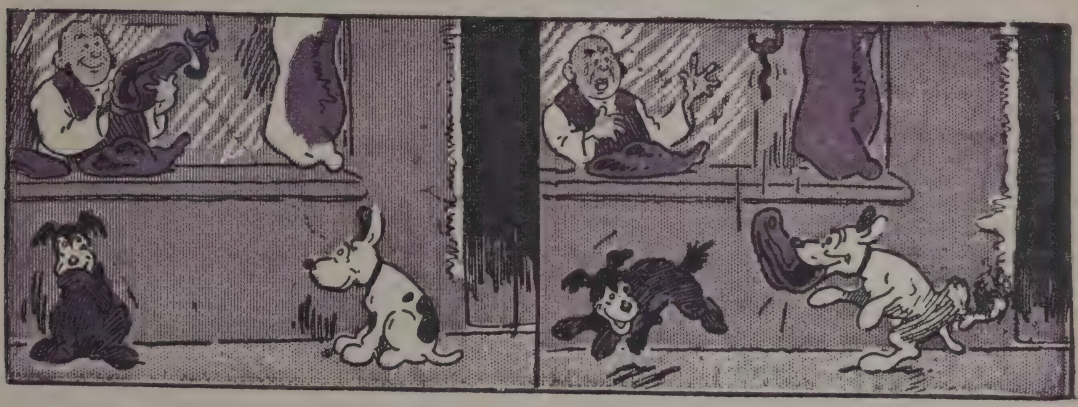
— A tal punto que cuando llegó Caco Cocón el gran ladrón, se encontró con que allí no se veía nada que robar en absoluto. ¡Vivo don Próspero!

LOS DOS PICAROS PERROS



—Pichicho y Pocholo estaban dando su paseo matutino. Llegaron a una carnicería y dijo Pichicho: "Se me ha ocurrido una idea".

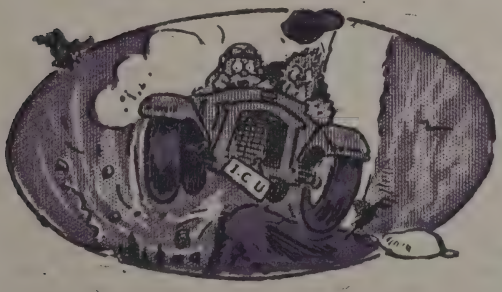
—"Pondré este gusano en mi hocico y lo pondré a modo de garabato a aquel trozo de carne'. Así lo hizo el hábil can y la carne cayó del gancho. "¡Buena puntería!" — dijo Pochocho.



—Pero el gusano empezó a moverse y en el mismo momento apareció el carnicero. "Pondré aquí adelante este trozo excelente", se dijo.

—Más se equivocó en el peso, se le escapo de las manos y los dos perros aprovecharon la ocasión para salir corriendo con su presa. ¡Es que Pichicho y Pochocho son muy vivos!

AUTOMOVILISMO



—Me parece que las dos ruedas de la derecha se han salido del camino.
—Ya lo noté. Vamos a matarnos. ¡Qué clavo! ¿No?

COSAS DEL TEATRO

—¡Qué conflicto Dios mío!
—¿Qué pasa?
—Que el traidor se ha enamorado de la joven y ya no quiere matarla en el cuarto acto.

Y dirigiéndose bruscamente a Taureins:

—Pero, entonces, ¿de qué proviene vuestra inquietud? No me la explico.

—Me temo que las consecuencias de este asunto solo caigan sobre mí; y luego, aun en el caso de salir todo bien, de semejante proceso resultará un escándalo, cuya idea me aterra.

—¡Pardiez! Quisiera saber qué es lo que no os aterra; pasáis la vida en...

Pero repentinamente se interrumpió para dar un grito de alegría.

—¿Qué hay? ¿Qué tenéis? — le preguntó el banquero, estupefacto.

—Fijáos en mi casa. ¿Qué veis allí?

—Una ventana abierta.

—¿Y en la ventana?

—Una lámpara.

—Bueno. Pues os voy a decir lo que significa. ¿La señora Taureins tiene la madre viva?

—Sin duda, ¿pero?...

—¡Y bien, querido! Desde hace cinco minutos, ya no es digna de abrazarla, He aquí lo que significa esa lámpara.

Y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

El banquero se volvió horriblemente pálido.

—¿Tendríais por casualidad la idea de desmayaros? — continuó Nanina, envolviéndole en una mirada de odio, sería curioso poder deshacer lo hecho, pero no tengo tiempo de golpearos las manos. Por el momento tenemos otros gatos que peinar.

Y fué a tomar el sombrero de Taureins que le colocó ella misma en la cabeza.

—¡Ea! ¡vámonos! — le dijo.

—¿A donde?

—¡A mi casa, pardiez!

—¿Y para qué? — preguntó el banquero todo turbado.

—¡Cómo! ¿Y la escena de las constataciones, pues?

XXVI

LOS ENEMIGOS FRENTE A FRENTE

Pocos minutos después, Nanina llegaba a su quinta acompañada, o más bien, seguida por el banquero, que, agobiado bajo el macanazo que acababa de recibir, apenas podía regular su paso por el de ella.

Encontraron la verja abierta, lo que no dejó de sorprender de momento a la marquesa.

Atravesaron el jardín. Una vez en el cuerpo del edificio, encontraron igualmente abierta la puerta principal.

—¿Pero en qué estarán pensando? — murmuró Nanina, y entró.

—¿Nadie en la antesala?

Y llamó:

—¡Rascal!

Nadie respondió.

—¿Qué significa esto? — exclamó enojada; debía, no obstante, estarnos esperando aquí con sus compañeros.

Y volviéndose a Taureins:

—¿Qué os parece esto?

—Nada, — respondió él con voz lacónica

—Pero no sé qué tenéis hoy, estáis de un humor...

—Subamos, — dijo el banquero en el mismo tono.

—Tenéis razón, al menos arriba estamos seguros de encontrar a alguien.

Y subieron.

La puerta del salón estaba cerrada a doble vuelta pero por fuera. La marquesa la abrió y entró dep ronto seguida del banquero.

Pero quedó atónita a la vista del desconocido que estaba allí, parado en medio de la pieza, y cuya mirada de acero, al caer en ella, la dejó como clavada en el umbral de la puerta.

—¿Qué venís a buscar aquí, señora? — le preguntó Rocambole.

—¡Lo que vengo a buscar! — exclamó la marquesa, mirándolo insolentemente de los pies a la cabeza. Yo estoy en mi casa, señor, y me sorprende el encontraros en ella, no teniendo el honor de conoceros.

—Todavía no habéis llegado al fin de vuestras sorpresas, señora. Os preparo muchas otras.

—Podéis preparar lo que gustéis en otra parte, pero empezad, por de pronto, por salir de mi casa, después de haberme dicho, sin embargo cómo y por qué os habéis introducido en ella.

—¿Cómo? — respondió Rocambole. — pero, señora, muy sencillamente, como todo el mundo, por la puerta. ¿Qué por qué? ¡Ah esto ya requiere más largas explicaciones.

Iba a continuar, cuando Nanina, fijándose en el alemán, que continuaba sentado en el escritorio, exclamó de repente:

—¡Pero, gran Dios! ¿qué tenéis, pues, en la cara? Cómo os han puesto en ese estado?

—Lo que tiene en la cara, se anticipó a decir Rocambole, es la marca indeleble de dos latigazos, y el que lo ha puesto en ese estado soy yo.

La marquesa dirigió una mirada al alemán, luego a Rocambole y después, por fin, a su alrededor, una mirada en que se retrataba a la vez el estupor, la indignación y la rabia. Luego exclamó de pronto:

—¡Pero en fin! ¿qué es lo que pasa aquí?

—Lo que pasa aquí, señora, — respondió Rocambole, envolviendo en una terrible mirada a Nanina y al banquero, — lo que pasa aquí os lo voy a decir, pero os costará trabajo creerlo, tan horrible es y tan monstruoso. Había en este mundo tres seres infames, amalgama de todos los vicios, de todas las bajezas, de cuanto instinto perverso se puede concebir, tan feroces, tan cobardes, tan inmundos, que el destino había tenido buen cuidado de hacerles nacer en diferentes países, en previsión de los males que podría acarrear la reunión de esos monstruos. El uno nació en Francia, el otro en España y el tercero en Alemania.

La marquesa se estremeció. Pero en seguida replicó:

—¿Pero a dónde queréis venir a parar,

señor, y qué necesidad tenemos de vuestras historias?

—¡Y bien! señora, — continuó imperturbable Rocambole, — la precaución que el destino había tomado de aislar esos tres seres malhechores, se encontró burlada. La potencia de atracción que ejercían uno sobre otro era tanta, que se atraían mutua e irresistiblemente a través de los espacios y un día llegó en que se encontraron reunidos en un mismo punto, en París. Aquí pronto se encontró presa en la red de sus pasiones infames una mujer joven, bella, pura, criatura afectuosa y cándida, digna de todos los respetos y de todas las consideraciones, que una de esas uniones absurdas y culpables llamadas matrimonios de conveniencia, ató para siempre a la suerte de uno de esos monstruos. Ahora, ¿queréis saber, señora, la horrible combinación de esos tres corazones deprovados? El marido de esta dama encantadora, impulsando por su querida, — una especie de tigre que desde la edad de dieciséis años había ya asesinado a un hombre, — ese marido, que era el amante de esa furia, entró en un complot que tenía por objeto entregar a la infeliz dama a las pasiones brutales del más vil de los miserables. ¡Y bien! señora, ¿qué me decís de todo esto¿ ¿No es verdad que es monstruoso a punto de ser inverosímil? Pero puedo nombraros las máscaras, el marido es un banquero que se llama el señor Taureins, la mujer es una española a quien llaman indiferentemente Nanina la Rubia o marquesa de Santarés y el ruín canalla que se había atrevido a levantar la vista sobre la dama, y a quien la echaban como pasto, es un alemán, llamado Goézmann, muy digno, por otra parte de entrar en el brillante trío, puesto que ha pasado cinco años en el presidio.

—¡En el presidio! — exclamó Taureins horrorizado.

—Sí, señor Taureins, cinco años, es decir, tres años más que la señora marquesa en el presidio de las Colonias, y la mitad de tiempo tal vez que vos mismo pasaréis como quebrado fraudulento.

—¡Hein! — balbuceó el banquero, aterrado bajo la mirada centellante de Rocambole.

—¡Ya volveremos a hablar de eso dentro de un momento, señor, y vos sobre todo, bella Nanina, vos no me pedís noticias de la señora Taureins, por la que debéis interesaros tanto, sobre todo en este momento.

Nanina no respondió.

—En realidad — continuó Rocambole — ya sabéis a que ateneros; esa lámpara os ha hecho saber a los dos que podíais regocijaros del resultado de la emboscada y la traición; ya os ha dicho que una dama noble y pura acababa de ser mancillada con los brazos de un infame canalla, y ambos, el marido sin alma y la concubina miserable, os dijísteis: ¡Por fin está perdida! ¡Por fin está ultrajada! y entonasteis en vuestra alma un cántico de victoria sobre la vergüenza de esta tierna y hermosa criatura. ¡Y os habréis representado, riendo, sus lágrimas y su desesperación al despertarse, en el momento de serle revelada la espantosa realidad! Pero todo esto no bastaba todavía, su desgracia no era aún bastante completa, su verguenza no era suficientemente ruidosa; era preciso constatar su deshonra, era menester arrastrarle delante de los tribunales y echarla, muerta de vergüenza, a las miradas y a los insultos de la multitud; tales son los sueños que esa lámpara ha despertado súbitamente en vuestro hermoso cerebro, ¿no es verdad noble pareja? y acudisteis apresuradamente, pensando: Vamos primeramente a constatar el hecho, luego mondaremos en busca del magistrado que anotará, uno por uno, los repulsivos detalles del adulterio, minuciosamente referidos por nuestro dignísimo compañero Goezmann, detalles desarrollados después delante del tribunal, en presencia de un auditorio ávido de escándalo, en presencia de la culpable, que a consecuencia de una infamante sentencia morirá de vergüenza, desenlace que nos permitirá unir legalmente nuestros destinos, después de unir nuestras nobles almas. ¿No es verdad, noble Taureins? ¿No es eso, estimable Nanina? ¿que estos graciosos cuadros se han presentado sucesivamente a vuestro espíritu después de ver la lámpara ahí?

El banquero, inclinando la cabeza bajo el peso de este insultante apóstrofe, era incapaz de pronunciar una palabra.

Pero respecto de la marquesa, no sucedía lo mismo. En el misterio que se cernía sobre aquella escena, un hecho se le aparecía claro y evidente y la hacía fuerte para todo lo demás; y este hecho el feliz resultado de su emboscada, resultado que corroboraba aquel hambre mismo, evidentemente enemigo.

Echó una mirada a Goezmann, esperando que confirmaría por alguna seña las palabras de aquel hombre. Pero el alemán fijaba una mirada delante de sí en la que era imposible leer nada; ni volvió siquiera la vista del lado de la marquesa.

Suficientemente convencida, no obstante, Nanina levantó la cabeza con descaro y mirando de frente a su enemigo.

—Señor — le dijo — no voy a perder el tiempo en levantar las ridículas calumnias que acabáis de proferir a mi respecto, y dejaremos para luego la explicación de vuestra presencia aquí y del interés, bastante comprometedor para ella, que os tomáis por la señora Taureins. Por el momento, lo que tengo que deciros es esto, lo que quedará a cargo de la justicia a despecho de cuanto podáis inventar para la justificación de vuestra interesante protegida. Al volver a su casa, de regreso de los Italianos, el señor Taureins ha quedado muy sorprendido al saber que su mujer no había aparecido aún. Esperó una hora inútilmente; inquieto con razón de semejante tardanza, ha inquirido, ha buscado, y acabó por encontrar en el aposento de su mujer una carta del cajero Goezmann de la que se desprendía en primer lugar que entre ambos existía relaciones culpables, y luego que ella debía acudir al salir de los Italianos a la quinta Santarés donde la esperaría el cajero. Puesto así sobre la pista de los culpables, el marido ofendido aquí para cerciorarse de la verdad antes de man-

dar a buscar al Comisario de Policía. Tal es la pura verdad que todos vuestros esfuerzos no podrán destruir. Y ahora, señor, puesto que os habéis incautado de mi casa, con un fin que explica claramente el interés que os inspira la bella Valentina, es a vos que nos corresponde preguntaros: ¿Dónde está la señora Taureins?

XXVII

CAIDOS EN EL LAZO

—¿Conque tenéis mucho interés en ver a la señora Taureins?

—Tengo... es decir, que el señor Taureins quiere verla inmediatamente. Tiene impaciencia...

—Por constatar el flagrante delito, ¿no? único medio de llegar a un rompimiento, que es la condición que habéis impuesto para continuar vuestras relaciones con él y que él tuvo la cobardía de aceptar.

—Señor, — gritó el banquero, estimulando por una mirada de indignación de Nanina.

—¡Oh! señor! — le dijo Rocambole, — estoy dispuesto a daros razón de mis epítetos, pero aquí, para inter nos, me parece que no tendréis mucho empeño en ello. Cuando a una señora como la vuestra se prefiere una mujer como Nanina la Rubia, se tiene el alma muy ruín para resentir vivamente una injuria y mucho menos para vengarla con peligro de la vida.

—Continuad, señor — dijo Nanina con tono de lesprecio, soy una mujer y no tenéis nada que temer de mí.

—En cuanto a vos, señora, — repuso Rocambole,— si en vez de mujer fueseis hombre, me negaría a daros satisfacción de ninguna clase antes de que me hubieráis explicado el origen de esos círculos rosados que veo adornan vuestras muñecas.

Nanina escondió a toda prisa las manos entre los puños de encajes que llevaba.

—Pero volvamos a lo que nos interesa, a la señora Taureins, de la que, permitidme que os lo diga, os preocupáis mucho más que su marido.

—Ha de estar ahí, estoy segura de ello, — dijo la rubia, mostrando la puerta del domitorio.

—En efecto, señora, si el honrado programa dispuesto entre vos y vuestro digno compañero Goézmann se ha cumplido al pie de la letra, no puede estar sino ahí. Pasad, ya que estáis en vuestra casa.

Nanina corrió al dormitiorio, cuya puerta había quedado entreabierta.

El banquero no la había seguido. Quedó como petrificado en su sitio.

Al cabo de un minuto se sintió un ruido ronco. En seguida reapareció Nanina con la vista echando fuego y sus facciones contraídas por un furor que las hacía espantosas.

—¡No está! ¡no está! — tartamudeó, con voz ahogada.

Y se echó en un sillón, pálida y anhelante.

El despecho la ahogaba.

Rocambole le dijo con burla:

—Parecéis muy emocionada, señora.

Ella se volvió hacia Rocambole con la furia de una leona y con centellante mirada:

—¿Dónde está ,pues? — preguntó con voz entrecortada; ¡puesto que lo sois todo aquí, puesto que todo está en vuestra mano, responder! ¿dónde está?

Rocambole quedó inmóvil como prestando el oído a algún rumor exterior.

—Voy a decíroslo, señora, — respondió por fin, — ¡escuchad!

La rubia se levantó y escuchó. Y entonces se sintió el rodar de un carruaje.

—¿Qué es? ¿Qué es eso?

—Es la señora Valentina que se va en su carruaje.

—¡Ella! — grito Nanina como una furia, — golpeando el suelo con el pie.

—¡Ay! sí, señora, ella misma.

Nanina añadió después de una pausa:

—Después de todo, ¿qué importa eso? Vuelve a su casa de madrugada, y su marido ha hecho constatar su ausencia por los domésticos a la una de la noche.

—Puede, si quiere, hacerlo constatar de nuevo y cuantas veces la plazca, porque no vuelve ni volerá ya a su casa. Hay allí habitantes demasiado peligrosos.

—Tanto mejor, — exclamó la rubia muy contenta, — aunque la aventura de esta noche sea más que suficiente para convencerla de...

—Siento en el alma quitaros una ilusión que parece seros tan cara, — interrumpió Rocambole irónicamente, — pero esta aventura ha sido lo más inocente del mundo, y la señora Valentina sale de aquí tan pura como ha salido del teatro de los Italianos.

—¡Vamos, hombre! — exclamó Nanina, volviendo involuntariamente la vista hacia la lámpara.

—¡Ah! sí, — dijo Rocambole, — esa era la señal convenida entre vos y vuestro cómplice. ¡Y bien! mi señora "marquesa", esta señal ha sido una pequeña mistificación que me permití a vuestro respecto.

—¡Es falso! — gritó Nanina.

Y dirigiéndose al cajero:

—¡Y bien! ¿Acabareis de hablar por fin? ¿Qué ha pasado?

—Bien lo veis, — contestó el alemán con mal modo; — que recibí dos latigazos que me han desfigurado la cara.

—¿Antes o después? — preguntó la rubia en un tono especial.

—¡Oh! antes.

Hubo un instante de silencio.

—Conque, veamos, señor, — dijo por fin Nanina a Rocambole; — y podremos saber los motivos del vivo interés que os tomais por la señora de Taureins?

—Sin la menor dificultad, señora. Supe por una feliz casualidad que una mujer joven, hermosa, honrada, digna de todas las simpatías, se encontraba tomada en el engranaje de una espantosa maquinación de la que su honor debía salir mancillado para satisfacción de tres monstruos asociados para

perderla y en tales circunstancias, impulsado por un instinto particular de mi naturaleza resolví, no solamente salvar a la víctima amenazada, sino volver a hundir en el fango del que jamás debieron salir, a los infames verdugos de la que tomaba ya en adelante bajo mi protección.

—¡De veras! — gritó la marquesa con una mofa feroz, — ¡sois pues, un personaje muy temible!

—Yo soy el señor Portal, rentista y nada más.

—¿Y siendo tan poca cosa pensais triturarnos a nosotros?

—Ya lo hice.

—¡Toma! — dijo Nanina con una sonrisa de hiena que la volvía espantosa; — me gustaría conocer de cersa esa historia.

—No será larga.

—Ya os escucho.

—Desde hace tres años que sois tan bondadosa para con él, el señor Taureins, qué conoce vuestro corazón y sabe cómo poderse atraer una naturaleza delicada como la vuestra, ha pagado vuestro amor a razón de doscientos mil francos por año, es decir, seiscientos mil francos en tres años: una linda suma, muy poco, sin duda, para una afección tan sincera, pero en fin, lo repito, una magnífica suma. De esto ha resultado un vacío en la caja, muy pronunciado, que se hubiera podido tapar, sin embargo, renunciando a ese amor de lujo. El señor Taureins no tuvo valor para ello, y se encontró muy pronto acorralado en un callejón de donde sólo podía salir de dos maneras: con un arreglo honorable con sus acreedores, pero ruinoso, o bien una quiebra fraudulenta. Y eligió el medio que debía indicarle a la vez sus propios instintos y un consejero como vos: la quiebra fraudulenta.

—¡Insultais y calumniais al señor Taureins, — gritó Nanina..

—Voy o continuar, — dijo Rocambole. — El señor Taureins está en vísperas de presentar su balance; y sus libros, arreglados por el más hábil de los falsarios, que es vuestro amigo Goezman, pueden salir en realidad con los del Banco de Francia. Saldrá, pues de este negocio blanco como la nieve, pagará un veinte por ciento a sus acreedores, enternecidos por este acto de probidad y se encontrará con una ganancia de tres o cuatro millones a consecuencia de esta habilísima operación financiera. Pero como es preciso preveerlo todo, y como las mujeres de vuestra... profesión están dotadas de una previsión enteramente excepcional, habeis hecho comprender al banquero que como el examen de los libros podría acarrear entre vosotros una separación momentánea... por causa del presidio, sería un acto de delicadeza de parte suya el poneros al abrigo de una situación difícil por medio de una graciosa oferta de medio millón. El señor Taureins que tiene apego a vuetro corazón y que no se le puede atraer por medio de favores de colon de rosa, encontró la pretensión muy justa y tiene en reserva el medio millón, que os entregará en dinero contante el mismo día en que presente su balance, es decir, dentro de cinco días. ¡Y bien! señora marquesa, no sé si sereis de mi parecer, pero para mí es un buen golpe, lo que se llama un lindo golpe.

—¿Pero quién os ha referido esos cuentos tan absurdos? — exclamó Nanina que se había puesto horriblemente pálida.

—Prosigo; a menos de no verme obligado por el mismo señor Taureins, yo no tengo nada que hacer con su pequeña bancarrota; es cuestión a ventilar entre él y sus acreedores; y en cuanto a la reserva del medio millón, la apruebo completamente.

—¡Ah!

—Sí, únicamente que me voy a permitir cambiar su destino.

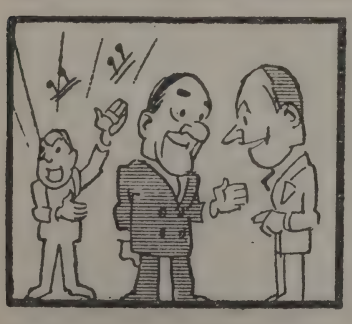
—¿De veras?

—Si esto os es indiferente, esos quinientos mil francos representan la dote de Valentina, y se los daremos a ella.

A estas palabras, Nanina lanzó una furibunda mirada a Rocambole. Pero conteniéndose de pronto, se volvió al banquero y le dijo con bastante calma:

—¿Es ese vuestro parecer, señor?

—Disculpad, — dijo Rocambole, — yo no pido la opinión de nadie. Lo que expreso es mi voluntad, a la que hay que someterse y que voy a reasumir en dos palabras. Mañana temprano, tomará de su caja los quinientos mil francos que están depositados en billetes de banco y nos trasladaremos juntos a casa de su notario, al que se los entregará



—¿Estará cantando o le dolerá el estómago?

—Yo creo que le duele el estómago.

—Entonces vamos a recomendarle que tome el famoso "Hierro Quina Disleri".

nombre de su mujer, dando por motivo de sta determinación, una amistosa separación. Como todo el mundo sabe las encantalosas relaciones que mantiene con Nanina la rubia, este paso parecerá lo más natural.

—¡Qué lindo! ¡Lndísimo el plan! — exclamó la marquesa con una carcajada que parecía una mueca.

Y encarándose con Rocambole:

—¿Y si se rechazaban vuestras voluntades?

—Entonces mañana temprano habría tres cartas en poder del procurador fiscal. La primera denunciando la falsificación de los libros de comercio del banquero Taureins; la segunda dando cuenta del asesinato de un viajero español en un sitio llamado "La Hornalla", y la tercera dando a conocer a la pretendida marquesa de Santarés como una aventurera peligrosa, condenada a cinco años de presidio por causa de un asesinato, de los que debe tres todavía a la justicia de España, de la que logró escapar al cabo de dos años. En apoyo de estas tres denuncias acompañaré una memoria justificativa que vuestro estimable cómplice acaba de escribir bajo mi dictado y en que se hallan relatadas además circunstanciadamente todos los detalles del infame complot que habíais tramado contra el honor de la señora Taureins.

Y apoderándose de la memoria, que se metió en el bolsillo, dijo:

—Ahora me retiro a esa pieza para dejaros reflexionar, pero os prevengo que en esta casa estais con centinela de vista, de donde saldremos juntos, mañana temprano para ir, Goezman y vos Nanina, a donde os plazca; el señor Taureins a la caja, acompañado del señor Portal, para de allí ir a casa de su notario, conforme se acaba de decir. ¡Conque, hasta luego y buenas noches!

Y pasó al vecino dormitorio

XXVIII

EL DESPERTAR DE VALENTINA

Al día siguiente, como a mediodía, en casa del señor Portal, en la calle de Amelot, sucedía lo siguiente:

Nizza, a quien encontramos ahora con la fisonomía serena, el cutis fresco y puro y vestida con una elegante sencillez que hacía resaltar más todavía su linda figura, con una gracia ingenua y casi infantil, Nizza, decimos, se hallaba ocupada en acomodarlo todo, en poner todo en orden en el saloncito de mamita, porque era así como nombraba a Vanda.

Terminada su tarea, estaba en vías de examinarla con aire y con señales de aprobación, cuando se abrió la puerta.

Volvióse vivamente y corrió en seguida a echarse en los brazos de la persona que acababa de aparecer en el umbral.

Era Vanda.

Nizza le mostró el salón, le explicó por medio de su mímica lo que acababa de hacer y le pidió su opinión con un aire de seguridad y de contento que no admitía casi la crítica.

De manera que Vanda le aseguró que su trabajo era una monada y que nada absolutamente había que tocar ni rehacer, y después le preguntó:

—¿Y por qué hoy has tenido tanta prolijidad en todo esto, puesto que nunca te preocupas de estos cuidados?

Entonces Nizza señaló el techo con el dedo, inclinó la cabeza sobre la palma de la mano, haciendo el simulacro de dormir, y pasando las manos a lo largo de su cuerpo con demostraciones de orgullo y admiración, dió a comprender que se refería a una persona elegante y bella.

—Ya comprendo, — dijo Vanda sonriendo, — ¿te has tomado todo este trabajo por la hermosa dama que traje anoche y que está durmiendo allá arriba?

La muda hizo una señal afirmativa, y añadió por mímica que la señora estaría muy satisfecha al despertar, de encontrar un salón tan hermoso y bien arreglado.

—¡Pobre mujer! — dijo Vanda, con la expresión de una viva inquietud, — ¡con tal que se despierte!

Entró un hombre en aquel momento. Era Milón.

—¿Y...? — dijo Vanda con ansiedad

—Todavía nada; permanece sumida en este sueño que se prolonga de una manera desesperante.

—Tal vez sería bueno mandar por un médico.

—He pensado en ello, pero no me atrevo a hacerlo sin orden de Rocambole.

—¡Y él, que todavía no vuelve!

—Es cierto. Ha querido quedarse solo con esos tres miserables, y siento que no me haya hecho quedar con él.

—Ha creído que tu presencia seráa más necesaria aquí, para protegernos en un caso de necesidad, a mí, y sobre todo a lá señora Taureins, que podría estar expuesta a algún nuevo peligro, y ha tenido razón.

—No importa. Esta tardanza empieza a inquietarme.

—Y yo, — repuso Vanda, — estoy completamente tranquila; Rocambole es tan prudente como esforzado, tan astuto como intrépido; toda su vida ha intervenido con gente mucho mejor templada que esos tres miserables y todos han encontrado en él un superior.

El ruido de la verja del jardín cerrada bruscamente, le hizo mirar hacia allá.

—Mira, ¿qué te decía? — exclamó Vanda. — Ahí lo tienes.

En efecto, era Rocambole que atravesaba el jardín apresuradamente y muy pronto entraba en el salón.

—¿Y la señora Taureins? — preguntó, después de estrechar la mano de Vanda.

—Continúa siempre dormida.

—Esto empieza a volverse inquietante; pero se explica en parte, porque después de haber absorbido primeramente el soporífero en un frasco de sales, lo tomó en seguida bajo otra forma, es decir, en un vaso de agua, que bebió precipitadamente con la es-

peranza de combatir así el sueño que la invadía, y que sólo sirvió para precipitar el efecto más rápido y pesado.

La puerta se volvió a abrir, y esta vez era Lisa, la camarera de Vanda, que ésta dejó junto a la señora de Taurenis con orden de no moverse de allí.

—¡Y bien! — le dijo Vanda, — ¿cómo es qué...?

—Señora, — interrumpió Lisa con cierta agitación; — dejé a la dama para venir a avisaros que sin duda se va a despertar, porque se agita en la cama, lanza de vez en cuando gritos desgarradores, murmurando, como espantada, palabras sin sentido; en fin, parece estar bajo el imperio de alguna horrible pesadilla, y evidentemente se cree amenazada de algún inmenso peligro.

—Vuelve a su lado, Lisa, — dijo Vanda, — yo voy allá.

Cuando Lisa estuvo fuera, se puso a reflexionar y dijo a Rocambole:

—La pobre mujer tiene sin cesar presente en su imaginación el espantoso peligro al cual al dormirse creyó sucumbir, y esa horrorosa escena la persigue hasta en su letargo. Es preciso que al despertar tenga a la vista un cuadro completamente distinto; una familia entera agrupada a su cabecera y velando por ella con la misma solicitud que si fuera la suya propia.

—Es una inspiración feliz la vuestra, Vanda, — dijo Rocambole.

—¿Y yo, entro en el cuadro? — preguntó Milón.

—Seguramente; tu hermosa cabeza de perro de Terranova no puede menos de producir un excelente efecto.

—¿Y yo? — señaló la mudita, encantada a la idea de representar un personaje y de que contasen en fin con ella para algo.

—Tú sobre todo, hija mía — dijo Vanda, acariciando con la mano su hermosa cabellera castaña de reflejos leonados.

Y mirándola con ternurá, añadió:

—Ua niña de fisonomía graciosa, risueña y encantadora como ésta, ¡qué de más simpático y tranquilizador a la vez para poner a la vista de la joven al despertar!

—Subamos, — dijo Rocambole.

Un instante después, todos estaban reunidos en el aposento de Valentina.

Era una pieza bastante capaz, tapizada al gusto de Persia, con un precioso dibujo, lleno de flores y de pájaros; y cuyas ventanas, que daban al jardín, dejaban entrar en abundancia la luz del día.

Valentina continuaba dormida, pero su fisonomía más colorada que de costumbre denotaba una viva agitación.

—¡Oh! ¡Perdón!... ¡perdón!... — murmuró al poco rato. — ¡Tomad aquí teneis mis joyas, mis diamantes, mi fortuna, todo cuanto poseo... pero ¡perdón! ¡Oh! ¡tened piedad de mí!

—Pobre mujer, — murmuró Vanda, — sufre lo mismo que el momento de caer vencida por el sueño a los pies del miserable.

Y diriéndose a los que estaban allí:

—Ya no puede tardar en despertarse. Coloquémonos alrededor de la cama. Mirad vos, Rocambole, a sus pies. Milón a la cabecera yo y Lisa a pocos pasos de la cama, y Nizza, pegada a ella, de modo que su primera mirada aperciba tres mujeres antes que todo, el semblante risueño de una niña.

Terminada esta colocación de efecto esperaron.

La espera fué de corta duración.

Valentina se revolvió un instante en la cama, sus labios se agitaron convulsivamente sin poder proferir ninguna palabra, luego se entreabrieron sus ojos que paseó a su alrededor con una mirada inconsciente y vaga. Después, en fin, los fijo en el grupo formado por Vanda, Lisa y la mudita. Su fisonomía contraída se dilató poco a poco, serenándose ya por fin bajo la influencia visible de una satisfacción interior.

—¡Oh! pero yo sueño todavía, — murmuró pasándose la mano por la frente; — toda esa gente me es desconocida... esta pieza... estos muebles... nunca he estado aquí... sí, yo sueño o estoy loca... ¿Loca? ¿Por qué? Tengo aquí en el corazón como el sentimiento de un sufrir horrible. ¿Dónde me dormí, pues?

De repente volvió a contraerse su frente, su fisonomía se transtornó con una expresión de horror y de espanto y sumió la cabeza entre las manos exclamando con una voz que partía el corazón:

—¡Ah! ¡ya sé!... ya me acuerdo ahora de todo. ¡Ah, estoy perdida! ¡Gran Dios! ¡Estoy perdida

En presencia de aquel inmenso dolor, Nizza prorrumpió en sollozos sin poderse contener, y echando los brazos al cuello de la dama, se puso a acariciarla, dejando oír pequeños gemidos, que, según su idea, debían suplir las palabras de consuelo.

Al mismo tiempo, Rocambole se aproximaba al lado de la cama para tomar una mano de la señora Taureins y estrecharla entre las suyas.

—Tranquilizaos y levantad la cabeza, señora, — le dijo, — no tenéis para qué ruborizaros ni afligiros.

Valentina se volvió hacia él, y clavándole una mirada en que se leía la ansiedad y la confianza:

—¿Qué quereis, señor? — balbuceó con voz temblorosa. ¡Oh ¡hablad, hablad!

—Quiero decir, señora, que yo me encontraba en la pieza vecina de donde pasaba la horrible escena que ahora os vuelve a la memoria, y que, en el mismo instante en que Goezman, al veros caer dormida a sus pies, lanzaba un grito de triunfo, yo me precipité entre vos y él y le crucé la cara con dos horribles latigazos, después de entregaros en manos de Vanda, que es esta señora que veis aquí y la misma que os ha acompañado a mi casa.

—¿Esto es bien verdad, señor, me lo jura? — exclamó Valentina con una exaltación de bienestar que daba como una aureola a su hermosa frente.

GRAN CONCURSO DE "PUCKY" CON PR

HAY QUE FORMAR UNA PALABR

No remitan sus soluciones has

En cinco sucesivos números de "Pucky" se publicará una serie de cinco letras que el lector debe guardar para formar con ellas una palabra conocida, pegando las letras en los cuadritos que están en la página de enfrente. No deben enviar el boletín antes de haber construído la palabra, si consiguen construirla, lo que no les será difícil.

4a. SERIE

H	J	D	L	Z

Para todo asiduo lector de "Pucky" tiene que resultar lo más sencillo del mundo el reunir las letras necesarias para formar el título de un magazine que ellos conocen muy bien, de modo que número tras número podrán encontrar la letra que les haga falta. Hay que ir cortando las letras y pegándolas en el cuadro de la página de enfrente, en los correspondientes cuadritos.

Este concurso exige de de los lectores asiduidad y constancia en la lectura de "Pucky", pues solamente reuniendo los cinco números consecutivos podrán llegar a formar la palabra que les dará derecho al premio indicado. Reuniendo la palabra es casi seguro obtener el premio, porque los premios son muchos y serán repartidos todos.

CADA uno de los lectores de este magazine que remita formada la palabra en la debida forma, con las letras pegadas en los cuadritos y con su firma y señas bien claras, puestas al pie, tendrá derecho a un premio de

$ 10 m/n

que recibirán en efectivo y sin necesidad de más trámite.

Es esta la primera vez que una revista argentina establece un concurso en el cual los lectores están enteramente seguros de obtener el premio si forman la sencilla palabra que constituye la solución. Corte, pues, las letras a medida que las encuentre y forme la palabra y escriba bien claro su dirección.

ES este el concurso más fácil de ganar que haya publicado revista alguna hasta la fecha. Las letras que constituyen la solución irán apareciendo entremezcladas con otras, pero el lector inteligente sabrá sin duda separarlas y pegarlas luego en el cuadro donde debe figurar la solución.

MIOS EN DINERO PARA LOS LECTORES

CON LAS LETRAS PUBLICADAS

a la terminación del concurso

Sólo hace falta reunir las cinco letras para tener derecho a uno de los premios de $ 10 que ofrece este magazine a sus lectores fieles. Junte usted las letras que irán apareciendo en el cuadro de la página anterior, entremezcladas con otras, y cuando tenga la palabra pegue las letras en el cuadro que va más abajo.

Indicaciones para el lector.

PARA ganar los diez pesos moneda legal, en efectivo, que constituyen cada uno de los premios de este gran concurso de "Pucky", sólo es necesario cumplir fielmente las condiciones que se indican en la página precedente. Cuando usted tenga reunidas las cinco letras que constituyen la solución, péguelas en los cuadritos que van más abajo y envíe este boletín, bajo sobre, dirigido al

Señor Administrador de "Pucky",
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

El envío debe ser hecho antes de que transcurran ocho días del día en que aparezca la 5.ª serie de letras.
Corte con tijeras por la línea de puntos y envíe su solución al sitio indicado.

Boletín de envío.

Corte con tijeras por la línea de puntos.

En estos cuadros debe usted pegar las letras.

Firma.

Nombre de la persona que envía este boletín:

Domicilio: Calle y número.

Localidad,

Provincia o Ferrocarril,

—Os lo juro por cuanto tengo de más caro y sagrado, señora.

—¡Oh, señor! ¡señor! — balbuceó entonces Valentina. a través de los sollozos que le cortaban las palabras. ¡Oh! es de rodilla y con las manos juntas como quisiera daros las gracias, como se dan a Dios mismo.

Y llevando a sus labios las manos de su salvador. las cubrió de besos y de lágrimas ardientes.

XXIX

UNA NOTICIA FELIZ

Así que estuvo un poco calmada, la señora Taureins dijo por fin, dirigiendo a su alrededor una mirada radiante de serenidad y confianza:

—De manera, pues, que no soñaba, como creí, al ver a mi alrededor, al despertarme. estas graciosas y excelentes fisonomías, espiando con inquieta solicitud mi vuelta a la vida, porque debíais pensar que este largo y pesado sueño era el eterno.

—No, señora, esto no es un sueño. respondió Vanda, viniendo a tomar al lado de ella el puesto de Rocambole, que se retiraba; aquí os halláis rodeada de amigos, que os protegerán y os harán olvidar, a fuerza de cuidados y cariño, las terribles pruebas que acabáis de atravesar, y permaneceréis con estos amigos todo el tiempo que gustéis.

—¡Oh! pero aquí es el paraíso, murmuró Valentina, paseando por su alrededor una mirada embelesada. Aquí se respira la calma, la confianza, la afección, todo aquello ¡ay de mí! que me falta desde hace tanto tiempo; y se disipan ya en medio de estos corazones fieles que me rodean aquellas sombrías impresiones que me envolvían como un velo fúnebre.

Luego, contemplando el grupo de las tres mujeres inclinadas sobre ella:

—¡Qué cambio! dijo con una afable y vaga sonrisa, ¡se diría que una buena hada me ha tocado con su varita mágica, transformándolo todo a mil alrededor! En vez de tres monstruos que me perseguían sin tregua ni descanso, atrayéndome hacia abismos espantosos, encuentro al despertar — que debía ser tan horrible — tres ángeles que me sonríen, prometiéndome un porvenir de calma y bienestar. Pero, decidme, pues, señora, ¿cómo se ha operado este cambio

—El señor Portal, vuestro salvador, fué puesto al corriente de los infames proyectos de Goezmann y de la vergonzosa complicidad de vuestro marido, por un joven, que desde luego se puso a ayudarlo con todas sus fuerzas en la empresa que acaba de tener un éxito tan feliz; ese joven se llama Pablo de Treviannes.

—¡Ah! hizo Valentina, cuya cara se cubrió de un vivo rubor al oir ese nombre.

Vanda fingió no reparar en ello.

—Desde aquel momento, continuó diciendo, el señor Portal se puso a espiar todos los pasos del digno trío, el señor Taureins, el alemán y la marquesa de Santarés, y anoche en los Italianos, a donde fué con este objeto sólo, adquirió la certidumbre de que aquellos tres miserables iban a poner anoche mismo en obra el odioso complot, cuyo resultado, constatado por un juez, debía traer la separación tan ardientemente deseada por la marquesa.

—¡Qué horror! exclamó Valentina, tapándose la cara con las manos; ¡de modo que no contentos con deshonrarme, querían hacer mi vergüenza pública!

—Tan pública y ruidosa cuanto fuera posible, es decir, por los tribunales. y en seguida naturalmente por la prensa.

—¡Oh! ¡Cuánta infamia, gran Dios!

—Pero antes de salir de los Italianos, ya el señor Portal conocía todos los detalles de la emboscada, y tomó tan bien sus medidas, que después de asistir, detrás de una puerta, a la horrible escena que debía terminar con vuestra perdición, cayó sobre el miserable alemán en el mismo momento en que os creía a su discreción.

—¡Ah! señor, exclamó Valentina, con una explosión de gratitud, ¡os debo más que mil vidas!

Después su frente se nubló de repente y exclamó con un sentimiento de terror profundo:

—Pero, ahora me acuerdo, mi marido puede obligarme a volver bajo su techo; la ley lo favorece y no dejará de aprovecharse de ello, y entonces volveré a caer en las garras de esos monstruos, más implacables que nunca encarnizados en mi perdición.

Y añadió con el acento de la mayor desesperación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! me apresuré demasiado en creerme feliz!

—Tranquilizaos, señora, dijo Rocambole no teneis nada que temer de vuestro marido; nada puede contra vos.

—¿Es posible? preguntó Valentina, mirando a Rocambole con espanto.

—¿Creéis acaso, señora, que os habría arrancado de las manos de esos miserables sin contar con los medios de sustraeros para siempre a su rencor y a su venganza? ¡Ah! no, no; los tengo a los tres en mi poder, Ni uno solo chistará, ni uno solo se atreverá ya en adelante a intentar ni lo más mínimo contra vos; y en cuanto a vuestro marido especialmente, no solamente no usará del derecho de obligaros a reintegrar el domicilio coyugal, sino que si vos lo deseáis, y mismo puedo obligarlo a consentir en una separación exigida por vos.

—Y¿n.abra;có.iH.s lndhkc- om

—¿Y cómo haréis para decidirlo?... No, jamás, jamás consentirá.

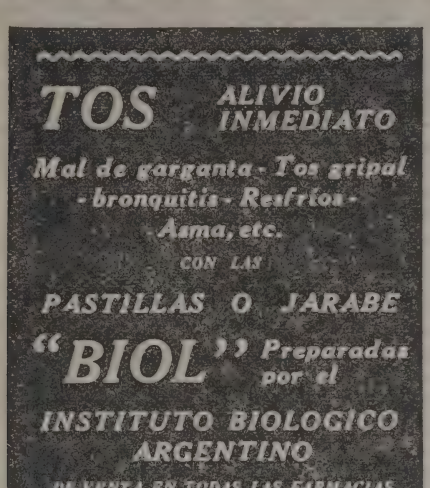
—¿Lo creéis así? dijo sonriendo Rocambole.

Y añadió en seguida:

—Bueno. ¿Sabéis de dónde salgo. hace apenas una hora? De casa de su notario.

—¿Para qué preguntó Valentina sorprendida.

—A consecuencia de circunstancias de que



creo inútil hablaros por el momento, el señor Taureins tenía en caja una reserva de quinientos mil francos que debía llevar uno de estos días a la marquesa de Santarés.

—¡Ah! ¡desgraciado! exclamó indignada Valentina.

—Pues bien; yo le decidó, en presencia de ella misma, a ir a depositar esta suma en casa de su notario, a vuestra orden.

—¿Y consintieron? preguntó Valentina estupefacta.

—Mirad, aquí tenéis el recibo en toda forma, de puño y letra del mismo notario.

Y así diciendo, Rocambole se sacó un papel del bolsillo y lo entregó a la señora Taureins, que lo recorrió rápidamente.

—¡Pero esto es prodigioso! murmuró.

—De manera que, no solamente vuestro marido renuncia para siempre a hacer valer sus derechos sobre vos, sino que os asegura vuestro porvenir restituyéndoos la dote aportada al matrimonio. Este resultado os dará una idea del poder que ejerzo sobre él y de todo cuanto le puedo exigir.

—No puedo volver de mi asombro.

—Y ahora, como no tengo ningún empeño en pasar por brujo ni hechicero a vuestros ojos, voy a deciros por medio de qué talismán dirijo a mi gusto la voluntad del señor Taureins, de Goezhamnn y de Nanina la Rubia, la más peligrosa de los tres. Este talismán no es otra cosa que una especie de memoria escrita por el alemán bajo la inspiración de mi revólver, y en la que se revelan además del terrible complot del que por poco fuisteis víctima, todos los crímines y todas las infamias de que son culpables los tres cómplcies. Hay en ese papel como para mandarlos a todos a presidio.

—¿A todos? exclamó Valentina entremecida.

—A todos, hasta al señor Taureins, por ciertos malos manejos que, más tarde os daré a conocer. Ellos saben esto. Saben que yo, con una palabra, puedo entregarlos a manos de la justicia, y he aquí por qué, sabiendo que soy implacable, ni uno chistará. Pues bien; por este mismo proceder espero decidir al señor Taureins a una separación basada, no en un escándalo de que vos seríais culpable, según el plan que habían tramado, sino motivada por una queja vuestra a causa de las relaciones públicas y notorias con la pretendida marquesa de Santarés, que sería vuestra ruina.

—¡Oh! señor, ¡cuánta sería mi gratitu si podíais romper los vínculos que me unen a ese hombre!

—Contad con ello, os lo juro, y trataré de que se realicen vuestros votos antes de que llegue el caso de que vuestro marido tenga que ir a sentarse en los bancos d la Policía Correccional, a lo que va a exponerse el dia en que presente su balance.

—¡Cómo! ¡Ha llegado ya ese caso! exclamó Valentina, en el colmo del estupor.

—He aquí a donde se llega fatalmente cuando se asocia el destino a una Nanina la Rubia; unos sólo dejan la fortuna, otros pierden ahí cuanto hay: fortuna, honor y existencia; y mucho me engaño, o ese será el caso de vuestro marido.

El ruido de la campanilla interrumpió bruscamente esta conversación.

—Llaman a la verja, dijo Vanda.

Y dirigiéndose a la mudita:

—Anda a abrir, Nizzita.

Nizza se lanzó a fuera, encantada de poder escapar, por esta distracción, al aburrimiento de aquella conversación tan seria para sus años.

Algunos instantes después, volvía en un estado de agitación extraordinaria.

Entonces Nizza puso más orden y más método en sus señas; Vanda acabó por comprender que se refería a la taberna de la "Providencia" y a Rascal, al hombre de los brazos manchados de sangre; luego, por fin, que se trataba de la hermosa señora del medallón, cuya belleza, lindo traje y gritos de dolor, impresionaron tan vivamente su tierna imaginación.

—¿Qué quiere decir? preguntó Valentina, para quien aquel lenguaje mímico era completamente nuevo.

—Nos anuncia precisamente la visita de una persona a quien vos conocéis mucho, respondió Vanda.

—¿Quién es? — preguntó Valentina algo inquieta.

—La condesa de Sanabria

—¡Mi parienta y amiga!

—Tendrá alguna cosa que comunicarme, dijo Rocambole; voy corriendo a recibirla, y en cuanto hayamos hablado del asunto que la trae, la introduciré aquí, si es que lo deseáis.

—¡Oh! con el mayor gusto.

Rocambole se apresuró a bajar al salón, en donde encontró a la condesa, que le hizo saber que la noche antes había recibido en el palco la visita de sir Ralph, como lo temía, que le pidió una prórroga obtenida con mucha dificultad, pero jurándole aquél que si al vencimiento de los diez días no estaba la

suma pronta, pondría sus amenazas inmediatamente en ejecución.

—Estaremos prontos, dijo Ricambole.

—¿A pagar?

—¡Qué esperanza! sino a juzgar a sir Ralph una pasada de mi invención.

En seguida invitó a la condesa a seguirle al primer piso, en donde —le dijo— la pondría en presencia de una persona que ella estaba muy lejos de esperar encontrarla allí.

XXX

UN TALENTO DESCONOCIDO

Cuando llegaron a la pieza ocupada por la señora Taureins, Rocambole abrió la puerta, después de haber llamado, y dejó pasar a la condesa.

—¡Rita!

—¡Valentina!

Tales fueron los dos gritos que se oyeron a un tiempo y la condesa fué a echarse en los brazos de su amiga.

Esta, entonces, presentó a sus nuevos amigos Vanda y Rocambole, es decir, el señor Portal, pues lo conocía por este nombre.

—Si tú supieras, querida Rita, le dijo en seguida, todo cuanto les debo y el peligro de que me han salvado. Ya te contaré esto, y sólo entonces comprenderás la deuda de gratitud que he contraído con ellos.

Vanda pensó que la presencia de personas extrañas a su alrededor impedía sólo a las dos amigos confiarse sus secretos, e hizo una seña a Rocambole, que este comprendió.

—Vámonos, dijo Vanda, volvamos cada uno a nuestras ocupaciones y dejemos solas a estas señoras.

Todo el mundo salió, pero no sin que la mudita hubiese querido abrazar a la condesa a quien quiso explicar por señas dónde la había conocido. Pero Vanda se lo impidió dándole a comprender que le serían desagradables aquellos recuerdos dolorosos.

La niña fué a besar también a Valentina, que le tendió los brazos, y se retiró por último corriendo al jardín.

Rocambole, Vanda y Milon volvieron bajar al salón del piso bajo.

—Otra víctima que habéis arrancado de las manos de sus verdugos, dijo entonces Vanda a Rocambole. ¡Pobre señora! ¡Qué alegría! ¡Qué alborozo! ¡Qué arranques de gratitud! Yo me siento feliz con su dicha.

—Sí, esa ya está salvada, Dijo Rocambole. Ahora quedan la condesa y la bella Tatiana, no menos amenazadas que la señora Taureins.

—¿Ignoráis todavía el peligro que corre Tatiana

—Sí. De cuatro a cinco me esperará en el cho hoy una visita a los Mauvillars, y hara de modo a quedarse algunos minutos a solas con la joven para preguntarle la causa de la violenta emoción que experimentó anoche al estar oyendo las palabras de sir Ralph.

—¿Y hoy mismo veréis al pintor?

—Sí. De cuatro a cinco me esperará en el taller.

Luego, dirigiéndose a Milón:

—Oye, ¿estás seguro del domicilio de tu "amigo"? le preguntó Rocambole, recalcando la última palabra.

—Segurísimo.

—Calle de Foin-Saint-Jacques...

—Número 5.

—¿Es preciso hablar al portero?

—No hay portero.

—¿Qué piso?

—Cuarto.

—¿En qué época estuvo en Tolón?

—De 1860 a 1864, época en que fué indultado por el resto de pena que le quedaba.

—¿Qué número tenía

—150.

—¿Y dices que se llama Roberto...?

—Duval.

—¿Es su nombre verdadero?

—Sí. Pero no es el que tienen ahora

—Naturalmente.

—Ahora se hace llamar mister Robertson.

—Quiere pasar por inglés ¿no?

—Precisamente.

—¿Entonces se oculta?

—Con el mayor cuidado.

—¿Tiene algo a cargo de la conciencia?

—Desde su vuelta a la sociedad ha cometido algunos pecadillos que, en vista de sus antecedentes, muy bien podrían mandarlo otra vez allá abajo y ya está harto de ello.

—¿Falsificando siempre

—¡Ah! sí. Es su especialidad.

—Y muy hábil, ¿no?

—¡Admirable! Ya os he citado...

—Sí, me acuerdo. Y es justamente lo que me llamó la atención. ¿Dónde os encontrásteis?

—En la plaza de la Bastilla.

—¿Hora y día?

—Anteayer, a las diez de la mañana.

—¿Y lo has convidado con vino blanco?

—Sí, en el despacho de vinos que hay en la esquina de la misma calle de Charênton. Me acordé que había hecho una tontería en no abordar a mi ex compañero, el alemán, de quien tan útiles informes hubiéramos podido sacar para el asunto que acabáis de terminar tan felizmente; y no quise volver a caer en la misma falta.

—¿Y qué le dijiste de tu posición actual?

—Se la pinté lo peor posible, dándole a entender que iba detrás de un asunto, a fin de proporcionarme un motivo para preguntarle su domicilio y poderlo ver en caso de necesidad.

—Y has estado muy inspirado, porque ese caso se presenta justamente hoy; y a propósito, ¿con qué nombre te conoce él?

—Milón.

—Como comprederás, necesito saber todos estos detalles para inspirarle confianza en el caso de qué me interrogase.

—Con tanta más razón cuanto que el tipo es desconfiado como un diablo.

—Bueno. Entonces, escríbeme estas cuatro líneas de recomendación, mientras voy a adoptar un traje de circunstancia.

—"Te recomiendo a mi amigo Bautista, doméstico de casa grande; tiene un magnífico negocio. Mucha "brasa" una vez dado el golpe, y empieza por "alumbrar".

"MILON"

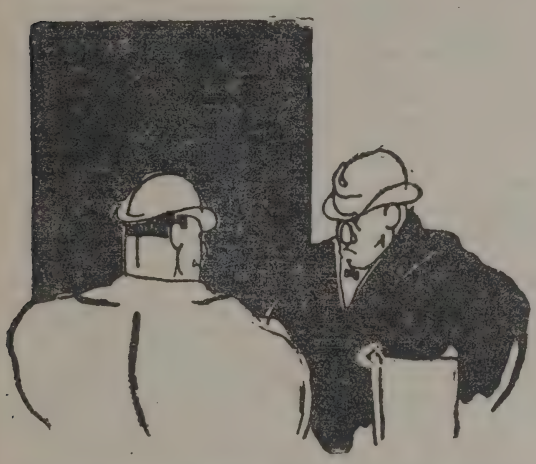
"Destruir el billete inmediatamente".

Rocambole se fué a su cuarto y al cabo de un cuarto de hora volvía con una pequeña librea de "matinée". Casaquita y pantalón grises, polainas de paño marrón y un casquete escocés del mismo color. Además llevaba unas patillas rubias. Estaba completamente desconocido.

—¿Está eso? — preguntó a Milón.

—Aquí lo tenéis.

Una opinión terminante



—¡Que si yo he leído su artículo publicado ayer? ¡Ya lo creo! ¡Tres veces nada menos!

—¡Ah! ¡Tres veces! ¡Cuánta bondad!

—No ha sido bondad. Ha sido que ni aún la tercera vez he logrado entenderlo.

Rocambole tomó el papel, lo recorrió de una mirada, lo guardó en el bolsillo y se fué.

Tal como iba transformado, podía salir sin temor de ser reconocido por los vecinos.

Cuando estuvo en el boulevard, tomó un fiacre y se hizo llevar a la calle de Saint-Jacques, esquina a la de San Severino.

La calle Foint-Saint-Jacques está muy cerca de allí. Encargó al cochero que lo esperase en dicho lugar y algunos momentos después se metía en el zaguán de la casa número 5, en la última de las calles nombradas.

Era un zaguán largo, estrecho, oscuro y fétido, especialidades que se pueden aplicar casi a todos los de esa calle.

Se puso a trepar escalera arriba, escalera muy desigual y mal alumbrada por medio de pequeñas aberturas que dejaban entrar menos luz que exhalaciones.

Cuando llegó al cuarto piso se paró en el rellano, en el que había una puerta sola.

Golpeó discretamente pegando el oído al agujero de la llave.

Entonces sintió un ruido vago, casi imperceptible. Era el ruido de pasos rozando apenas las baldosas.

Pero la puerta permaneció cerrada.

Rocambole volvió a llamar y sacándose del bolsillo el billete de Milón, lo deslizó por debajo de la puerta.

Transcurrieron todavía dos minutos más hasta que por fin se abrió la puerta; pero lentamente y con precaución.

—Entrad, — dijo la voz de un individuo a quien se distinguía vagamente en la entrada de un pasadizo oscuro.

Rocambole entró y aquel individuo entonces volvió a cerrar la puerta con doble llave; tomó la mano al visitante y lo acompañó hasta una pieza en donde por fin se pudo ver la cara de aquel hombre, puesto que aquella pieza era clara.

Era un hombre de unos cincuenta años, de fisonomía fuertemente acentuada, frente deprimida y cabellos rudos e incultos.

—¿Conocéis a Milón? — preguntó a Rocambole, escrutándolo con una mirada recelosa.

—Estuvimos juntos allá abajo; lo conocí en 1865, seis meses despusé de salir vos de Tolón. Allí fué donde oí hablar de vuestro talento para la escritura. Talento que hoy os podría proporcionar un excelente negocio.

—¿De qué se trata? — preguntó míster Robertson, estudiando siempre la fisonomía del pretendido Bautista.

—Se trata de eso: mi patrón necesita efectuar una pequeña modificación en cierto documento de gran importancia; ahora bien, Milón me asegura que por medio de no sé qué procedimientos químicos podrías dejar neta y blanca completamente una hoja de papel cubierta de escritos y despus volver a escribir en aquella página todo cuanto se os quisiera dictar, y hasta imitando a la mayor perfección el mismo carácter de letra que hubiéseis borrado.

—Y Milón dijo la verdad.

—Bueno, pues esto es lo que os vengo a pedir.

—¿Y cuánto pagarán por esto?

—Mil francos.

—¿Pero quién me garantiza?...

—Mirad, aquí tenéis tres líneas escritas en este papel; hacedme este trabajo en clase de ensayo, y aquí tenéis cien francos.

—Bueno. Me conviene.

Míster Robertson empezó por guardarse el billete de banco en el bolsillo; luego se aproximó a una mesa, destapó un frasquito y desparramó sobre los caracteres que había en lo alto de la hoja de papel un líquido límpido como el agua cristalina, que hizo correr con el dedo por toda la escritura.

Dos minutos después mostraba la hoja a Bautista, que quedaba estupefacto. La escri-

ura había desaparecido completamente.

—Poned el papel contra el cristal de la ventana.

Rocambole obedeció y mirando la transparencia del papel, no se distinguía el menor rastro de escritura.

—Esto es admirable, — dijo

Luego añadió:

—Ahora falta la segunda parte de la experiencia, que consiste en poner otro escrito en el mismo lugar que ha quedado limpio.

Míster Robertson tomó la hoja de papel y escribió otras tres líneas en el mismo lugar que ocupaban las que había borrado.

—Esto es prodigioso, — dijo Rocambole; — ahora ya puedo garantizar el éxito a mi patrón, y dentro de unos días vendré a buscaros.

Y dejando a míster Robertson fué en busca de su carruaje que lo estaba esperando en la esquina de la calle de San Severino.

—Calle de Bac, esquina a la calle de Varennes, — dijo al cochero.

XXXI

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

En aquella época había en la calle de Varennes, muy cerca de la de Bac, un café de modestísima apariencia, pero muy concurrido, y cuya clientela se componía casi exclusivamente de la aristocracia de los sirvientes.

Allí era donde acudían a informarse mutuamente sobre el valor moral e intrínseco de sus patrones respectivos, todos los cocheros, lacayos, jefes de cocina, mayordomos, y criados de todos los grandes hoteles de la vecindad.

Y debemos convenir en que todos, sin excepción, después de largas discusiones sobre el asunto, siempre inagotable, acababan por declarar en coro y de común acuerdo, que su casa era un burdel.

Uno de los más asíduos clientes de aquel café, que tenía por enseña "A la reunión de los amigos", era Francisco, el cochero de la condesa de Sanabria. Por la mañana iba para matar la lombriz, como dicen; por la tarde para tomar el absinthe; y de noche para "desollar" a sus patrones.

Ahora bien, esa mañana, como a las once, a la hora en que Bautista, es decir, Rocambole, entraba en el establecimiento, Francisco estaba allí.

Ya sabemos que Rocambole había ido varias veces a visitar a la condesa en su hotel; que conocía al cochero de vista y hasta había participado a su patrona la poca confianza que tenía en aquel tipo.

Fué derecho a él y tuvo buen cuidado, al abordarlo, de completar su transformación por medio de un acento meridional muy pronunciado que acababa de hacerlo desconocible.

De manera que Francisco no se podía imaginar, ni remotamente, que Rocambole era el mismo personaje que había visto dos o tres veces en el hotel

—El señor Francisco, ¿no? — le dijo Rocambole, saludándolo.

—Yo mismo, — dijo el cochero, echando una mirada a la librea de su colega.

—¿El señor Francisco quisiera hacerme el honor de aceptar un "madera"?

—A condición de volver la recíproca, — respondió Francisco, que se jactaba de poseer las grandes maneras del aristocrático arrabal.

—Convenido, — dijo Bautista, yendo a sentarse acto continuo en un rincón del café, que en aquel momento tenía muy pocos clientes.

El mozo acudió para saber lo que debía servir a esos señores.

—Dos "moderas" y pronto, — respondió Francisco.

Cuando estuvieron servidos, Bautista se inclinó al oído del cochero y bajando la voz:

—¡Pero hombre! — le dijo. — ¿A que no adivinas de parte de quién vengo?

—¡Bah! — hizo Francisco, colocándose en el mismo diapasón de su colega. — ¿Y por qué no vino él mismo?

—Es que ha habido muchas historias a su respecto y le ha parecido que uno de los "rojitos" le andaba rondando cerca en estos días. Por lo demás, nosotros somos como una y carne, y yo conozco el asunto de la condesa tan bien como él.

—¡Ah! — hizo el cochero, con la evidente intención de sondear a su hombre. — ¿Os dijo en qué sitio de recreo fué a pasar dos días?

—Y lo que fué a hacer allí también; conozco la historia del chico; en cuanto a ese pobre Rascal, no puede consolarse de la pérdida de la taberna de la "Providencia", a la que no puede volver a poner los pies desde el asesinato del agente.

—Vamos, ya veo que estáis al corriente, — dijo Francisco, trincando; — ahora ya podemos hablar con toda franqueza.

—Es como si habláseis con él.

—Bueno, pues; veamos: ¿de qué se trata?

—De esto. Por de pronto debo deciros que Rascal es un pillo.

—Hace tiempo que lo sé.

—Mirad lo que ha venido a imaginar y el razonamiento que se ha hecho: sir Ralph y Macield, ha pensado, son dos extranjeros, dos aventureros, dos intrigantes sin casa ni hogar, aun cuando hagan alguna ostentación, y el día menos pensado, así que tengan la empanada pronta, a costa nuestra, que habremos sido la pantalla, se desvanacerán como el humo y nosotros seremos los que pagaremos los platos rotos.

—Este razonamiento no es tonto.

—Pero todavía hay algo más; según pequeñas observaciones que he podido hacer aquí y allá, a la callandita, ha llegado a pensar que detrás de esos dos caballeros de industria debía ocultarse algún personaje de importancia, el verdadero autor de la famosa combinación en que se dejó caer a la condesa

—No tiene mal olfato ese Rascal, — dijo el cochero, sentenciosamente.

—Ahora bien, — se dijo; — si conociésemos a ese personaje, que debe tener los talegos, ser afincado y gozar de alta posición, en una palabra, lo que se llama en sociedad persona espectable, daríamos un golpe maestro, dejando a nuestras dos aves de paso, para ir directamente a ese marchante, que, delante de una amenaza de denuncia, no vacilaría en solar la mosca.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!—murmuró Francisco, tomándose la punta de la barba con la mano, lo que lo ayudaba sin duda a reflexionar. — ¡Pero sabéis que no es mala idea esa!

Y añadió, golpeándose la frente:

—Y hasta estoy por decir que es una idea magna...

—Sí, pero, — repuso Bautista; — ¡cómo poder descubrir a ese personaje! Ese debe ser un pillo y no será muy fácil...

—Los hay más pillos que él, — dijo el cochero, acariciándose la barba con aire fatuo.

—¡Bah! Es que sospecharíais...

—Algo más que eso.

—¿Lo conocéis?

—Un poco, compañero.

—¿Quién es?

Francisco se inclinó por completo encima de la mesa y hablando a la misma oreja de Rocambole, que le escuchaba con una atención ansiosa:

—Es el pariente mismo de la señora condesa.

—¡Imposible!

—Como os lo digo.

—¿Y se llama?

—Señor Badoir.

—¡Me dejáis atónico! — exclamó Rocambole estupefacto.

—¿Y por qué? ¿Lo conocéis acaso?

—Absolutamente. Pero he oído hablar de él.

—¿Y os lo han pintado como un santo, como un modelo de probidad

—Justamente.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta!

—¿Parece que se engañan con él?

—El mismo imaginó todo el plan

—¿Y cómo supesties eso?

—Yo mismo fuí a quien él tomó por cómplice y quien lo pronorcionó todos los informes que necesitaba.

—Ya comprendo, necesitaba un espía dentro la plaza.

—Y me echó la vista a mí.

—Y no podía elegir, mejor Vos tenéis el golpe de vista americano, sin que esto sea lisonja.

—¡Caramba! uno no pasa por tan tonto, — hizo el cochero, balanceándose ligeramente.

Y después de atragantar su copa de Madera, añadió:

—Por lo demás había un motivo más importante para que me diese la preferencia a cualquier otro.

—¡Ah! ¿sí?

—Sí. Nos conocíamos de muy antiguo.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS

—Y hasta le presté un servicio en cierta circunstancia muy... delicada.

—Es por instruirme que os pido esto. ¡Mirad! Rascal me lo decía todavía hoy al mandarme a comunicaros su plan. Si quieres instruirte y volverte un pillo consumado, escucha bien a Francisco y aprovecha sus lecciones, es el rey de los ladinos.

El cochero saboreó esta alabanza con una sonrisa en la que se habría buscado inútilmente el menor rastro de modestia.

—De manera, — continuó Bautista, dirigiendo a su colega una mirada de admiración respetousa; — si os pido que me contéis esa historia, no es porque, en sí misma, ella me interese en lo más mínimo, sino para que me sirva de lección, porque desde el momento que vos habéis intervenido en ella, debistéis desplegar prodigios de finura y de habilidad, y seguramente no encontraría una ocasión como esta para instruirme.

—No digo que no, no digo que no, — repetía Francisca, pasándose siempre las manos por la barba, — pero os lo repito compañero, es un asunto muy grave, y luego, pmometí el secreto.

—¡Bah! — hizo Rocambole, sin resentirse de lá familiaridad con que lo trataba su maestro, — con un novicio como yo hay peligro ninguno.

—Esto es verdad, — dijo el cochero, con la ingenua satisfacción de su superioridad.

—¡Vamos! ya está dicho, — hizo Rocambole frotándose las manos de contento.

Y en un arranque de entusiasmo, gritó:

—¡Mozo, dos Maderas!

—Yo soy quien pago, — dijo Francisco, — metiéndose la mano en el bolsillo con un apresuramiento algo exagerado.

—Señor Francisco, ¿queréis hacerme enojar? — preguntó Rocambole, haciéndose lastimado.

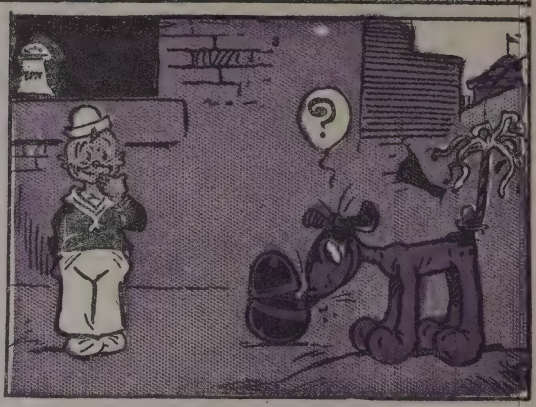
—Lo sentiría mucho, compañero.

—Bueno. Pues entonces, por ser la primera vez de encontrarme en vuestra amable compañía, dejadme la satisfacción de pagar el gasto.

—Es por complacerte, camarada, — di-

HECTOR EL PERRO ATORRANTE

— Pepín el pícaro vió la otra tarde a Hector y pensó en hacerle víctima de una diablura. En una vieja lata de queso de Holanda...



2 ... echó buena cantidad de pimienta. Llegó Hector y como es lógico, olfateó. ¡Nunca lo hubiera hecho...

3 ... la pimimenta le cosquilleó su perruna pituitaria y experimentó un estornudo cuya consecuencia fu que la lata de queso de Holanda...

4 ... fuese a dar un recio golpe a las narices re Pepín de modo y manera que fué él quien resultó víctima de la broma.

¡QUE VERGÜENZA!

—¡No hagan tanto ruido! ¡Dice el patrón que no puede leer!

—¡Qué ignorancia! Yo a los cinco años ya leía de corrido.

SI Y NO

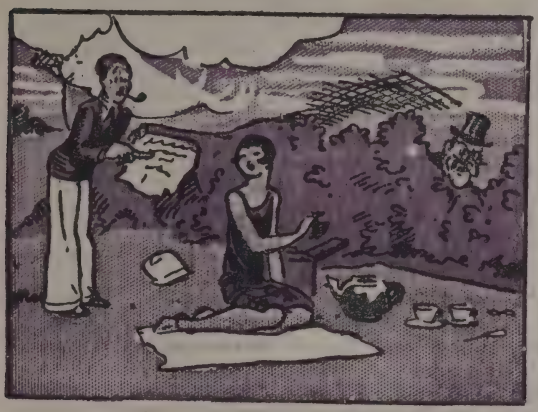
—El patrón no está en casa. Puede dejar la cuenta no más.

—Yo no hago cuenta. Vengo a visitarlo no más.

—Entonces el patrón está. Pase no más.

NUESTRA PAREJA CINEMATOGRAFICA

Harry, el noble y hermoso — Vernon, el vil traidor



1 — Harry y Susi habían ido en busca de un tesoro escondido y acababan de hallar el sitio cuando Vernon los encontró. "¡Ah!" ¡Yo debo tener participación en eso!", dijo el vil. — "Pero primero he de suprimir a esos dos".

2 — Y mientras la bella joven veía como trabajaba nuestro héroe, Vernon echó una bomba en la tetera. "Me iré sin que me vean, — díjose Vernon, escondiéndose detrás de unos arbustos haciendo menos ruido que una sombra"..

3 — Mientras el traidor se restregaba las manos de gusto Harry seguía las indicaciones del plano. "Dos pasos a la derecha... tres a la izquierda"...

4 — ¿Qué sucedió después? ¡Oh! ¡Qué emoción! Harry vió de improviso que la tetera volaba entre las plantas ¡Como que tenía la bomba!

5 — La bomba había estallado antes de lo que Vernon lo esperaba y el vil traidor voló por los aires. "¡Eso no es un tesoro!" díjose Harry. "¡Es cosa de Vernon! ¿Sabrá lo del tesoro?

6 — "¡Dios mío! ¡El estallido de la bomba ha dejado visible el tesoro! ¡Ahí está! ¡Miralo Susi! ¡Vernon, queriendo dañarnos nos ha favorecido. ¡Lo que son las cosas del mundo!".

fo Francisco, atemperándose sin trabajo a esta súplica; por lo demás, no he de ser esta la única vez que nos veamos. Con que ahora te voy a contar la historia de que se trata.

XXXII

UN PARAISO TERRENAL

Francisco empezó su relación:

—Hace como unos diez años, acababa yo de salir de la cárcel, en donde había pasado dos años a consecuencia de uno de esos errores que comete la justicia tan a menudo respecto de los pobres diablos como nosotros, cuando un día veo entrar un señor muy respetable en la miserable casa amueblada en que yo vivía a razón de diez francos por mes. Aquel caballero formaba parte una sociedad de beneficiencia instituída con el objeto de auxiliar a los infelices que salían de la cárcel y que desprovistos de todo recurso, se hallaban expuestos, de consiguiente a nuevas tentaciones. Habló largo rato conmigo, y me dejó dándome veinte francos, con la promesa de buscarme un empleo y de volved pronto a verme.

Al cabo de ocho días, volvía, en efecto anunciándome con pesar que no me había encontrado nada.

—Pero, —añadió, — mientras esperamos una colocación, que no puede tardar en presentarse, en este momento tengo una oportunidad de haceros ganar una buena suma.

Le rogué que se explicase, y he aquí lo que me propuso:

—Mirad, amigo mío, — me dijo, — nuestra misión no no se limita únicamente en socorrer a los desgraciados que la justicia devuelve a la sociedad sin poder procurarles los medios de vivir en ella honradamente, no, es más extensa y elevada. Deseando prevenir el mal atacándolo en su raiz, se afecta, sobre todo al niño, estudia su familia, con el mayor cuidado, el medio que le rodea, y hace cuanto puede para arrancarlo a los centros viciosos en los cuales sus buenos instintos podrían pervertirse.

Confieso que me sentí llenó de admiración por este nuevo San Vicente de Paul.

—¿Queréis ayudarme en esta tarea? — me preguntó después de estudiar en mi fisonomía el efecto de sus palabras?

—¿Cómo que si lo quiero? — exclamé, ¡pero si será un gran honor para mí, señor Badoir! porque ya me había dicho su nombre.

—Perfectamente, basta con lo dicho, ra que comprendáis el objeto que nos proponemos y que deseamos alcanzar por todos los medios posibles, ahora sabréis ya a qué ateneros el día que pongáis mano a la obra.

Cuando gustéis, señor Badoir.

—Estad pronto pues para dentro de unos días.

Volvió al cabo de tres o cuatro días.

—Hoy es el día, — me dijo, — nos está esperando un carruaje, venid.

Partimos y al cabo de una hora llegábamos a Fontenoy-aux-Roses.

Yo lo había interrogado inútilmente sobre lo que tendría que hacer. Siempre me respondía: más tarde lo sabréis.

Almorzamos en Fontenoy, luego dejamos el carruaje en la posada y me llevó al extremo del pueblo, en un sitio lleno de casitas de recreo. Había una sobre todo que estaba materialmente cubierta de rosas. No solamente la ramazón de los rosales cubría toda la fachada, que desaparecía por completo debajo de los flores, sino que trepaban por encima del techo, de donde volvían a bajar casi hasta el suelo.

El jardín que precedía a aquella deliciosa mansión estaba igualmente acribillado de flores. Por todas partes no se veían sino flores. Estuvimos contemplando aquella especie de paríso terrenal a través de un seto muy espeso, en que había un claro pequeño que parecía haber sido hecho a propósito en el follaje como punto de observación.

—Mirad, — me dijo de pronto el señor

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

Badoir, — mirad del lado de la casa.

—Y es lo que hice.

La casa estaba separada del jardín por un peristilo de cuatro pellaños cuyas rampas de piedra habían casi desaparecido bajo el desborde de la profusión de capuchinas y pensamientos que las inundaban.

A lo alto del peristilo vi aparecer una señora joven con una criatura.

Era una niñita de unos cuatro años, con la tez deslumbrante de blancura, de ojos negros y cabello castaño que le caía en rizos por todo al rededor de la frente.

La señora llevaba un elegante vestido de mañana. Era una dama de talle fino y flexible, de un andar gracioso y negligente, y los ojos de un azul obscuro.

Tenía de la mano a su hijita que hubiera querido franquear de un salto los cuatro peldaños del perestilo y que sujeta por la madre se veía obligada a bajarlos uno a uno a disgusto suyo.

Pero en cuanto llegaron al suelo, la criatura se desprendió de la mano de su madre y se lanzó al jardín dando gritos de alegría.

La joven madre la siguió con la vista, dejando asomar una vaga sonrisa y nada podría dar una idea de la mezcla de felicidad y de ternura que se reflegada en el fondo de sus grandes y bellos ojos. Aquellos dos seres, madre e hija, parecían no formar sino un todo con las flores que las rodeaban por todas partes, a las que superaban en gracia y en frescura.

Era el cuadro más encantador que se pudiese imaginar.

—¿Veis esa señora? — me dijo el señor Badoir, quien, en vez de recocijarse, observé que fruncía el ceño con una expresión de dureza que nunca le había visto.

—Sí, señor, la veo y me parece hermosa como un hada.

—Como físico, sí, confieso que tiene algún encanto.

—¡Cáspita! sois difícil de contentar, señor. Pero entonces debéis haber pasado vuestra juventud entre las hurís del pararso de Mohoma. ¿Algún encanto, decís? Disculpad..

—Es que yo, — replicó el señor Badoir secamente, veo su belleza a través de las impurezas de su alma.

—¡El! ¿impura? ¡imposible! — le dije.

—Saber, pues, que esa mujer no está casada.

—Lo siento por ella, pero francamente, esto a mis ojos no la cambia en lo más mínimo. La encuentara bellísima de todos modos.

—Bella o fea, poco me importa, es una mujer perdida y mi deber, como miembro de la sociedad moralizadoira de que formo parte, me obliga a tomar respecto de ella una medida severa.

—¿Y qué le queréis hacer a esa pobre dama?

—Su ejemplo sería inevitablemente fatal a esa criatura.

—¿Os parece así?

—Segurísimo: y yo faltaría a la misión que he aceptado, al solemne juramento que presté al ingresar en la sociedad, si permitía que esa niña se gangrenase al contacto impuro de una madre semejante.

—¿Qué intención es, pues la vuestra? — pregunté con una vaga inquietud.

—Es preciso separarlas.

—¡Ah! ¡pobre mujer! ¡pobre criatura! se me oprime el corazón no más de pensar en ello.

—Y a mí, eso me tiene sin el menor cuidado; no siento piedad ninguna por las almas corrompidas.

—En fin, ¿cuál es vuestra intención?

—Quitar la hija a la madre, junto a la cual llegaría a perderse tarde o temprano.

Al oir las palabras quitar la hija a la madre, me recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo. Las contemplaba a una y a otra en medio de aquella pdofusión de flores salpicadas en gotas de rocío que centelleaban al sol como si hubiera caído una lluvia de diamantes, la veía en el seno de la quietud y apacible silencio que envolvía la impresión primaveral que se sentía por todas partes, y por la primera vez de mi vida, sentía despertarse en mí toda clase de suaves emociones que jamás pude sospechar, y que, debo confesarlo, jamás he vuelto a sentir.

—¡Canarios! — dije al señor Badoir, sabeéis que vuestra proposición me hace horrorizar. ¡Esa pobre joven! ¡Mirad, pues cómo acaricia con sus dulces miradas a la tierna criatura! ¡Mirad, cómo la graciosa chiquiina se da vuelta a cada paso para mirar y sonreir a la madre! ¡Qué bien se comprende al mirarlas que estos dos seres encantadores no viven sino el uno para el otro y que el mundo entero para ellas, se reduce a este pequeño paraíso de flores!

—Nada; nada, no está casada y el deber me obliga a arrancar esta niña del contacto impuro de una madre corrompida.

Le dí una mirada de reojo y tuve impulsos de echarme encima de él y estrangularlo.

—¡No está casada! ¡No está casada! — repetía yo, — pero tiene un aspecto tan casto y tan honrado. ¡Quién sabe si no hay circunstancias atenuantes!

—No puedo admitir ninguna. Yo no transijo con el vicio.

En aquel momento la joven madre, que vino a sentarse a pocos pasos de nosotros, llamó a la niñita que corría detrás de una mariposa.

—¡Juana! — gritó.

La niñita acudió, echándosele en los brazos.

Estaba colorada como una amapola y le corría el sudor por la frente.

—Ya estás toda empapada, — —le dijo la madre, mirándola con una ternura inquieta. Ya me lo temía. Siempre te encargo que no corras tanto, pero todo tu gusto es hacer enojar a mamita.

—No me retes, mamá, ya no lo volveré a hacer, — dijo la criatura, besándole las manos.

La señora se sacó entonces un pañuelo de batista y se puso a secarle el sudor de la cara con toda delicadeza.

La niña tuvo un poco de tos.

—¡Bueno! ¡Lo ves! Ya estás tosiendo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! — dijo la madre sobresaltada.

Se volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó una cajita de dulces, tomó una pastilla de goma, que ella misma metió en la boca de la niña. En seguida de otro bolsillo se sacó un pañuelito de seda blanco que le rodeó el cuello, diciéndole:

—Vamos, anda a jugar, pero no corras tanto.

Y Juanita se lanzó de nuevo a través del jardín.

La recomendación había sido ya olvidada.

Y nosotros estábamos en acecho, espiando el momento de robar esa hija a su madre.

XXXIII

EL RAPTO

Francisco continuó su historia así:

Trancurrió una hora, durante la cual la joven madre, con la mirada fija constantemente en la criatura, dejaba traslucir frecuentemente la inquietud que le causaba su excesiva turbulencia y el desenfrenado ardor con que se entregaba a sus juegos infantiles.

—Juana, no saltes en ese banco; me asustas.

—¡Juana, descansa un poco!

—¡Juana, quítate de los rayos del sol!

Tales eran las recomendaciones que se dejaban sentir a cada momento.

Y siempre en vela, siempre ansiosa e inquieta, se estremecía haciendo un movimiento impulsivo para lanzarse en pos de ella, al más ligero grito, al menor paso en falso que le veía dar.

—¡Oh, qué diablito! — murmuró por fin; — imposible de tenerla tranquila; y sin embargo, le es preciso algún descanso; sino se me enfermaría.

—¡Juana! — le gritó.

—¡Mamá! — respondió la niña sin moverse de su sitio

—¡Ven acá?

—¿Para qué?

—¡Ven, pues, te digo!

Y la niña vino corriendo junto a la madre, apartándose de la cara los abundantes cabellos que flotaban a derecha e izquierda.

—¿Qué me quieres, mamá? — preguntó cuando estuvo al lado de ella.

—Primero, enjugarte el sudor de la cara. Ya estás otra vez bañada.

Cuando le hubo pasado de nuevo el pañuelo para secarla, le dijo:

—¿Has rezado tu oración esta mañana?

—Se me olvidó, — dijo Juanita toda turbada.

—¡Oh! Muy mal hecho eso, señorita, ¿sabéis? Muy mal hecho.

—¡Oh! Pero esta noche...

—No, es preciso rezarla ahora mismo; mira, será muy lindo en medio de tantas flores y debaje de ese hermoso cielo y arrodillada delante de mamita ¿quieres?

—¡Qué lindo! — exclamó la niña, toda contenta, sin sospechar que aquello no era más que una treta de su madre para obligarla a permanecer quieta.

—Mira, arrodíllate ahí, en ese banco de madera; junta las manitas, apóyate en mí, y empieza.

La niña obedeció y se puso a recitar su oración en alta voz.

—"Dios mío, os pido que veléis por mi papá, que está muy lejos, muy lejos".

Se interrumpió de pronto y elevando sus hermosos ojos hacia la madre, le dijo:

—Oye, mamá ¿y por qué está papá tan lejos?

—Para trabajar, hija mía, para ganar dinero y poderte comprar vestidos lindos, — respondió la madre, ahogando un suspiro.

Juanita continuó:

—"Dios mío, haz que papá salga bien en su empresa".

Nueva interrupción.

—Mamá, ¿qué quiere decir una empresa?

—Eres muy pequeña para comprenderlo. Vamos, continúa.

—"Dios mío, velad también por mamita".

Interrupción.

—¿Y si yo le decía al buen Dios cómo te llamar para que no velara para otra?

—Es inútil, hija mía. Dios nunca se equivoca.

—¡No importa! De todos modos se lo voy a decir.

Y continuando su oración:

—"Velad también por mi mamita, que se llama Luisa Prevot. Tomad, oh Dios mío, mi corazón y haced...".

De repente volvió vivamente la cabeza exclamando:

—¡Mamá, ahí está, es la misma!

—¿Qué cosa? — preguntó la joven atónita.

—Mi mariposa, te aseguro que es ella. La reconozco; era toda amarilla.

—Vamos, — dijo Luisa sonriendo, — ya veo que es preciso renunciar hoy a hacerte rezar la oración. Siéntate en el banquito y y te voy a contar un cuento.

—¡Eso es! — gritó la niña, encantada de no continuar la oración.

Y estaba ya sentada antes de que su madre hubiera concluido la frase.

—Veamos, ¿qué cuento quieres?

—"El gatito calzado; no, la Piel de asno", sino "La cenicienta", o mejor será "La bella dormida en el bosque".

Luego, no pudiendo de ninguna manera decidirse a elegir entre tantos lindos cuentos que había oído cien veces, y que todos la divertían igualmente, añadió volviéndose a su madre:

—¿Cuál es el que más te gusta a tí, mamá?

—Es "El gatito calzado".

—¡Bueno, eso es! cuéntame el "Gatito".

Interrumpida continuamente por las observaciones, las sorpresas, las reflexiones y las carcajadas de la chiquilina, el "Gato calzado", duró mucho rato.

Entonces Juanita pidió "La cenicienta".

Y la joven, con aquella paciencia y abnegación de que sólo es capaz una madre

se puso a referir la admirable epopeya de "La Cenicienta".

Luego vino la "Piel del asno".

Después también "La bella del bosque", que acababa cuando el sol ya declinaba hacia el horizonte.

—Vamos, Juanita, — dijo entonces la madre, levantándose; — pronto va a venir la noche y podrías resfriarte; volvamos a casa.

En cuanto a mí, había quedado todo enternecido y como deslumbrado por lo que acaba de ver y oir. Nunca había sospechado nada parecido y la impresión que recibí ese día quedó grabada por mucho tiempo en mi corazón.

Y hasta mucho tiempo después, he visto pasar por mi imaginación todos los detalles de aquella escena, aquella madre encantadora con su preciosa niña hundida por decirlo así, en aquel lecho de flores de las que parecía que ellas formaban parte; la pequeña Juanita arrodillada delante de su madre recitando su oración, tan frecuente y graciosamente interrumpida con sus preguntas y observaciones infantiles y aquella tierna solicitud de la joven madre por su hija; sí, todo esto me ha vuelto muy a menudo al espíritu como un sueño que uno se complace en evocar.

Cuando hubieron desaparecido me volví al señor Badoir.

——Y esa es la que llamais impura? — le pregunté.

—¡Ah! — me respondió con una sonrisa desdeñosa, — bien sabía yo que la encontraríais perfecta; los hombres siempre se dejan seducir por la envoltura; pero yo, os lo repito, yo voy más allá, y en esa que os parece un ángel, descubro un mostruo. En una palabra os digo que la niña está en peligro bajo la dirección de una madre como esa; mi misión es salvarla, y la sabré cumplir.

—¿Y quereis quitársela?

—Esta misma noche.

—Pues bien; yo por mi parte, no me siento capaz para ello.

Me dirigió una mirada tremenda.

—Está bien, — me dijo — me dirigiré a otro. No faltan desgraciados que se hallen en vuestro mismo caso y que acogerán con mil amores la ocasión de ganarse quinientos francos y además una magnífica colocación de cochero o de lacayo en alguna casa buena del arrabal de San Germán.

¡Cochero en una gran casa! ¡Era mi sueño dorado! Tenía que elegir: eso, o ¡la misera, privaciones, el hambre! Me sentí vencer. Después reflexionando que mi negativa no impediría nada, consentí por fin.

—Pero, — dije al señor Badoir, — ¿me asegurais que es en interés de la niña y que al menos será feliz?

—Completamente feliz.

——Bueno, entonces, consiento. Decidme qué hay que hacer.

—Oyeme bien. A las ocho acuestan a la niña de manera que a las diez puedes comprender, no la despertaría ni un cañonazo.

—Comprendo. ¿Y luego?

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

—La pieza donde duerme, que es el dormitorio de la madre, da a este camino, en el que a las nueve de la noche ya no pasa un alma viviente, y la joven trabaja con su camarera hasta las once de la noche en un saloncito del piso bajo.

—¿De manera que la chiquilina se encuentra absolutamente sola y dormida profundamente de diez a once de la noche?

—Eso es.

—Ya me hago cargo de vuestra idea. Pero, ¿cómo poder penetrar en ese dormitorio?

—Todo está preparado para facilitaros los medios.

—¡Bah!

—Es preciso que sepais que yo conozco a esa señora y soy recibido en su casa.

—¡Es posible!

—Anoche mismo la he visto; quise ver a la criatura en su camita, y apoyándome en la ventana, he forzado el resorte por medio del cual se cierra de manera que esta noche no habrá más que empujar para abrirla.

—Y una escalera ¿verdad?

—Es inútil; el jardín está muy bajo del nivel de la callejuela, de manera que el dormitorio en el primer piso, por este lado queda a la altura del piso bajo por el lado de la callejuela.

En una palabra, volvimos al pueblo para comer y llegada la noche, esperamos que dieran las diez.

A las diez en punto, en tanto que el señor Badori estaba de centinela, yo penetraba en la habitación donde dormía la niña, para lo cual no tuve que hacer sino empujar la ventana que no pudieron cerra.

¡Pobre niña! me parece estarla viendo todavía. A la luz de un velador que ardía a pocos pasos la contemplé dormida en su camita nueva, toda blanca, teniendo al alcance de la mano, para que la viese al despertar una hermosa muñeca de cabellos rubios.

Me parecía aún más hermosa dormida que cuando la vi riendo y corriendo por entre las flores y por un momento me faltó el valor. ¡Ah! ¡Si hubiera podido sospechar lo que iba a sucederle, ni por una fortuna hubiera consentido en... en una cosa tan horrible que todavía se me vuelve a presentar en sueño! pero... yo no sabía nada. Me aproximé, la tomé en los brazos, arrancándola del lecho junto con la cobija en que la envolví; luego, volviendo a la ventana, se la pasé al señor Badoir, que estaba esperando afuera.

Cuando estuve a su lado en el callejón:

—Ahora, partamos pronto, — me dijo.

Y nos alejamos apresuradamente.

Y la pobre criatura dormía en los brazos de aquel malvado con tanta tranquilidad y confianza como en su camita blanca.

VXXIV

EL PARAISO PERDIDO

—El señor Badoir, — continuó el cochero, — sin duda había reflexionado que aquel rapto atraería la intervención de la policía, que el cochero del carruaje que nos había conducido podría llegar a ser un testigo peligroso, y que, por consiguiente sería una imprudencia servirse de aquel mismo coche para semejante expedición; de modo que a la hora de la comida lo despidió, declarando que en lugar de volver a París, habíamos determinado dar un paseo hasta Chatillón.

Recorríamos, pues, a pie el mismo camino que hicimos en carruaje y aquel camino nos conducía a París.

La noche era negra, el cielo encapotado y no veíamos nada a diez pasos de distancia.

Al cabo de un cuarto de hora de camino apresurado, durante el cual no habíamos cambiado una sola palabra, el señor Badoir se detuvo y dirigiéndose a mí:

—Estoy rendido, — me dijo con voz desfallecida, — tomad vos la criatura ahora.

Y me la puso en los brazos.

La pobre niña estaba toda destapada. Absorbido enteramente por el móvil que lo hacía obrar había dejado caer la mitad de la cobija, que ya no cubría sino los hombros de la niña, de manera que no tenía para garantirse del frío de la noche más que su camisa de dormir, que le daba el aspecto de un pequeño fantasma.

La envolví bien en la frazada y volvimos a continuar nuestro camino. El señor Badoir iba delante, estimulándome a cada momento para que acelerase el paso.

¡La criatura continuaba en su sueño apacible y dulce, soñando tal vez en su muñeca o en la madre!

Habíamos atravesado hacía ya tiempo las fortificaciones, y nos acercábamos a la iglesia de Montrouge, cuando de repente sentí una conmoción tan violenta, que me ví obligado a pararme.

El reloj de aquella iglesia estaba dando las once.

—Las once... la misma hora en que la pobre madre entraría en su aposento abriendo la puerta con precaución, caminando de puntillas para no despertar al querubín de sus entrañas aproximándose con la sonrisa en sus labios para contemplarlo en su sueño angelical... y encontrando la cama vacía y la ventana abierta!

Al asaltarme aquella idea, al pensar en el horrible cuadro que se me representó de pronto en mi imaginación, tuve como un aturdimiento y sentí que mis piernas se negaban a llevarme.

Sólo tuve tiempo de llamar al señor Badoir y ponerle la criatura en los brazos.

—¡Y bien! — me dijo, — ¿qué es lo que os pasa? Estais todo tembloroso.

El no se había fijado en la hora y ni siquiera sospechaba lo que pasaba en mí.

—No es nada, — le dije; — una especie de debilidad. Esto pasará.

Me arrimé a una pared y así estuve unos cinco minutos antes de reponerme, con gran impaciencia del señor Badoir, que me repetía angustiado sin cesar:

—Vamos, hombre! un esfuerzo. Mirad que tan pronto como se haya descubierto el rapto van a lanzar la policía sobre nuestras heullas, en todas direcciones, y especialmente en la de París y estamos en el camino. ¡Ea! ¡Un poco de ánimo!

Pude ponerme otra vez en marcha y al cabo de diez minutos volvía a tomar la niña en mis brazos.

Cuando llegamos a los Cuatro Caminos, el señor Badoir enfiló por la Calzada del Maine. Así que estuvo más en las cercanías del Campo de Asilo, torció bruscamente a la izquierda. Era la calle de Vanves.

La recorrimos en toda su longitud. Es una calle fangosa y mal empedrada; cuando llegamos a su extremo, yo estaba rendido de fatiga. Llegados allí, el señor Badoir volvió a torcer a la izquierda y se dirigió por un sendero, en el que me hundía hasta el tobillo, hacia una casa baja donde brillaba una luz vaga. Aquello empezaba a sorprenderme y a darme en qué pensar.

Siempre habría creído, en vista de la misión moralizadora en nombre de la cual pretendía obrar aquel hombre, que llevaríamos la niña a algún asilo de mujeres, donde estaría cuidada esmeradamente.

—¿Pero qué es eso? — le pregunté; — ¿dónde diablos nos metemos? Esto respira vicio y miseria hasta por los poros.

—Tranquilizaos, — me dijo él, — yo sé lo que hago; por el momento sólo se trata de esconder la niña.

Y así diciendo, llamaba a la puerta de aquella casa que me había parecido tan sospechosa.

Abrióse la puerta y quedé a la vez aterrado y disgustado por el cuadro que se ofreció a mi vista.

Era una pieza vasta cuyo piso ni ciquiera tenía baldosas, cuyo mobiliario se componía de tres o cuatro escaños a guisa de sillas, de una mesa de pino blanco toda salpicada de manchas de vino azul y en el que se consumía en una gran chimenea sin travesaños un fuego de polvo de estiercol cuyo humo atacaba la garganta.

Alrededor de aquella mesa había un hombre y una mujer en vías de tomar aguardiente.

La mujer tenía las facciones tan fuertemente acentuadas, un aire tan duro y algo de tan bestial en la expresión de su fisonomía, que de momento se preguntaba uno si no sería un hombre, y los extraños hara-

pos de que iba cubierta no hacían más que confirmar la duda.

—Por fin, — dijo aquel monstruo con voz ronca y mal modo, — ¡Es una suerte! Hace ya una hora que esperamos.

—Bebiendo, — dijo el señor Badoir, con una sonrisa complaciente.

—¡Un miserable litro! Bien es preciso distraerse.

La desgraciada estaba ebria.

—Aquí esta la criatura — dijo el señor Badoir tomándola de mis brazos.

—¿Y decís que hay que ocultarla?

—A todo precio, tío Claudio.

Esta se volvió hacia su marido.

—Dime, pues. Tu amigo el saltimbanqui que parte mañana para Chartres, ¿qué me dices de eso?

—¡Valiente tipo! Tiene la mano dura, sí, pero no tiene rival para educar criaturas.

Dislocar sin romper; tal es su divisa.

Yo estaba confundido.

Ahora por fin veía claro el juego de Badoir, y comprendía demasiado tarde que su pretendida misión moralizadora consistía en hacer desaparecer una criatura cuya existencia debía ser perjudicial a sus intereses. a menos que no debiera atribuirse aquel acto de barbarie a algún sentimiento de celos o de venganza.

—Convenido — dijo la vieja; — mañana partirá con Jaime, llamado "El terror de los Alcides", y le hará una linda carrera a esta niña.

Y en seguida repuso, frunciendo las cejas:

—¡Sí, pero con tal de que durante el viaje no vaya a charlar! Esto podría acarrear para Jaime algo de perverso; y hasta para nosotros mismos.

—Vigilándola bien — dijo Badoir.

—¡Caramba! es una mujer y basta. Esta grita y charla siempre a pesar de todo — dijo la Claudio. — No. Esto me fastidia.

En aquel momento la niña se despertó en los brazos del señor Badoir.

Paseó a su alrededor una mirada atónita, después, pasando de la sorpresa al espanto, al aspecto de aquella guarida y de los siniestros semblantes que se ofrecían de repente a sus miradas, se echó al suelo gritando:

—¡Mamá! ¿dónde está mamá? Quiero ver a mamá.

Luego, por fin, aumentando su terror en las miraban impasibles, que le parecían otras tantas apariciones fantásticas, empezó a correr, descalza como estaba, en todas direcciones, buscando una salida y prorrumpiendo en gritos agudos.

—¡Ira de Dios! — exclamaba la vieja con voz ronca y avinada.

—¡Ah! pero llevadla — dijo Claudio a su vez.

—Sus gritos podrían echarnos la "roja" encima; se nos acusaría de complicidad en el rapto y acabaría mal para nosotros.

—¡Lleváosla pronto!

—¡Gracias! replicó bruscamente la Claudio — es cuestión de quinientos francos. No la largo. Ya sabré hacerla callar yo.

Se lanzó sobre la criatura, la tomó por las muñecas, y clavándole sus ojitos grises a los que el abuso del alcohol daba un brillo espantoso:

—¡Cállate en seguida, o te estrangulo!— le gritó.

Juanita quedó aterrada; pero en vez de callarse, empezó a dar gritos tan agudos que debían oirse a una gran distancia.

La vieja furiosa la miró un instante con un furor reconcentrado. Con las facciones contraidas y todo el cuerpo agitado por un temblor nervioso, era de un aspecto horripilante.

Después tomando a la criatura en los brazos, se la llevó a la otra pieza, murmurando con voz sorda:

—Es necesario que esto acabe.

Los gritos de la niña redoblaron. Después cesaron de pronto.

—¡Gran Dios! ¿La habrñn muerto? — dije yo al señor Badoir, que estaba, él mismo, todo confuso.

Yo esperaba con una angustia mortal la vuelta de la tía Cladia, hasta que por fin reapareció más lívida y siniestra que cuando se fué.

—¡Ya no hablará más! — murmuró envolviéndonos a todos con una mirada sombría.

Entonces reparé que traía entre los dedos una cosa encarnada chorrando sangre.

—¡Ya no volverá a hablar más! — repitió con el mismo tono lúgubre.

Y arrojó lejos de sí lo que traía entre los dedos.

—¿Sabeis lo que era?

Francisco calló un momento. Se había puesto muy pálido.

—¡Y bien! — repuso con voz turbada.— ¡Era la lengua de la niña!

XXXV

UNA REVELACION

A este desenlace, tan horrible como inesperado, Rocambole se puso de pie como movido por un resorte.

Se pasó la mano por la frente y permaneció un instante mudo e inmóvil.

Luego, inclinándose poco a poco su emoción, dejó caer la mano, se volvió a sentar frente al cochero y con voz estremecida:

—¿Y decís que hace diez años que pasó esto?

—Sí, diez años.

—¿Y la edad de la niña?

Cuatro años.

—¿De suerte que hoy tendría catorce años?

—Precisamente.

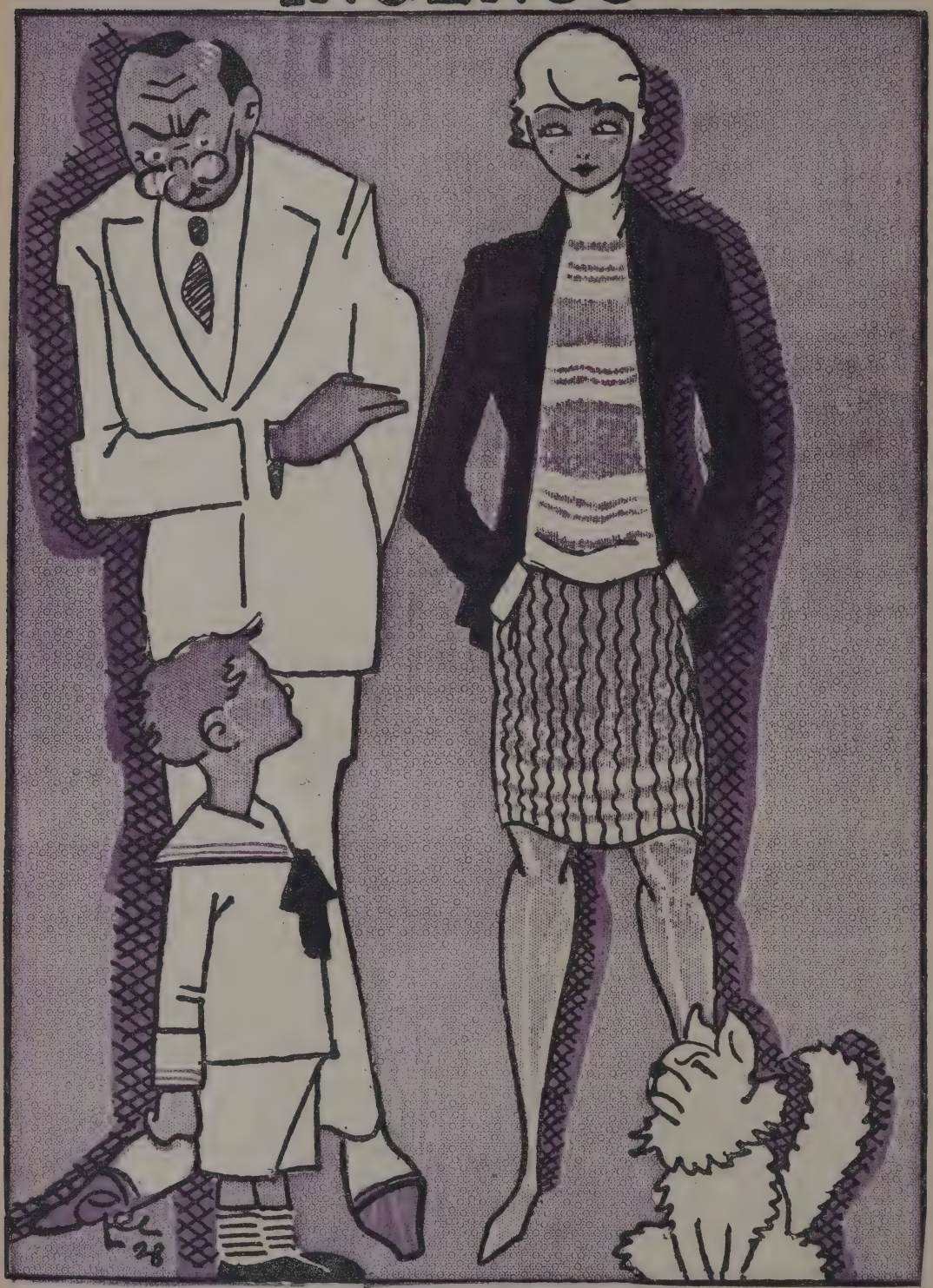
—¡Sí será ella! — pensó Rocambole. — Todo coincide para creerlo: la edad de la niña, la mutilación extraordinaria... Y luego, ahora me acuerdo, ella nos dijo un día que esta desgracia remontaba a su niñez.

Y dirigiéndose al cochero:

—¿Y que sucedió después?

—Después de unos minutos de aniquilamiento, durante los cuales me pareció que

INGENUO



—¿Entonces tú, papá, serías muy travieso de chico?
—Porque fuí muy juicicsa de nena...
—Mamita, ¿por qué eres tan linda?

me había quedado paralítico de los pies a la cabeza, la horrible realidad se presentó de repente, irguiéndose delante de mí; acometido de una especie de vértigo, que más bien parecía un ataque de locura, me aavlancé a la horrible arjía que acababa de cometer aquella espantosa mutilación y le lancé tan furioso puntapié en los riñones, que fué a caer de cabeza en un rincón de la pieza, en donde quedó sin movimiento; en seguida de un salto gané la puerta y salí corriendo sin saber a dónde iba.

Durante aquella carrera desenfrenada dos cuadros tuve constantemente a la vista: por una parte, aquella joven madre buscando desesperadamente a su hija robada, y por otra parte, y a la misma hora, aquella misma criatura horrorosamente mutilada y después entregada a un saltimbaquis que la iba a dislocar y se la llevaría por el mundo, haciéndola "trabajar" por las ferias y mercados!

Cuando llegué a mi posada, empezaba a aclarar el día. Lo que hice durante esa noche no podía decirlo, pero debí recorrer un trayecto considerable, porque quedé aniquilado de fatiga.

—Y de aquella infortunada madre, ¿ignoráis su paradero?

—Quise saberlo. Ocho días después me fuí a Fontenoy-aux-Roses; no sin haber titubeado mucho tiempo, retenido por el temor de que pudieran reconocerme, puesto que me vieron rondando el pueblo el mismo día del rapto de la niña. Fué pues, con alguna aprensión, que me dirigí hacia el lindo pueblecito y llegué a la quinta donde tan hermosos cuadros se habían desarrollado a mi vista. ¡Qué cambio, Dios Santo! La casa estaba cerrada herméticamente de arriba abajo. las flores habían caído todas mustias y la hierba llenaba el jardín; se hubiera dicho una inmensa tumba en medio de un cementerio. Hubiera querido informarme con algún vecino del pueblo, pero temí llamor la atención. Iba ya a alejare de allí, cuando oí la voz de dos mujeres que se acababan de parar en frente de la quinta.

—¡Cómo!—decía una,—¿y no se ha sabido nunca más de lo que se ha hecho de la pobre chiquilina?

—Jamás, — respondió la otra. Por otra parte, esto no tiene nada de extraño Nunca se veía a nadie en casa de la madre. Decían que no tenía familia.

—Y ella, lo pobre madre, ¿qué ha sido de ella?

—¿Qué queréis que haya sido? Su hija era toda su vida. Sucedió lo que era de esperar: Al día siguiente de la desgracia, estaba loca.

¡Loca! esto me dió un golpe tan violento que temiendo llamar la atención sobre mí, me fuí sin querer saber nada más.

Rocambole quedó unos momentos pensavo. Parecía estar bajo el imperio de una profunda agitación.

—¿Y el señor Badoir, — repuso por fin, — cuándo lo volvisteis a ver?

—Quince días después; sin duda quiso dejarme el tiempo suficiente para calmarme. Me trajo los quinientos francos convenidos y me anunció que me había encontrado una excelente colocación. Yo me hallaba en la miseria y lo necesitaba, así fué que no le hice ningún reproche, considerándome feliz por poder acomodarme al fin de cochero en una gran casa, en donde, gracias a su recomendación, entré desde el siguiente día.

—¿Y después?

—Se pasaron muchos años sin haber oído hablar de él, cuando un día, hará cosa de seis meses, vino a encontrarme en casa de un nuevo patrón, en donde me descubrió no se cómo, y me propuso entrar en casa del conde de Sanabria.

—Ya estaba meditando el asunto, en que le habéis dado tan lindo golpe de mano.

—Es lo que pensé después.

—¡Y bien! ¿Qué me decís de la idea de Rascal?

—Amigo, puedes decirle que cuente con mi aprobación. Yo no he visto la bolsa de papá Badoir; pero sé, por haberlo oído decir al señor conde de Sanabria, que debe ser algo como millonario. Seríamos pues muy tontos en no hacerlo "sudar". Dile a Rascal que me venga a ver y arreglaremos juntos este negocio.

Rocambole se levantó, agradeció calurosamente a su colega el haber querido honrarlo con una conversación tan interesante, y después de pagar el gasto, se fué.

Tomó un fiacre en la calle Varennes y se hizo llevar a su casa para sacarse el disfraz. Allí encontró a Alberto que acababa de llegar.

—Vengo de Aubervilliers, — le dijo éste.

—¿Qué hicisteis por allá? — preguntó Rocambole.

—Logré obtener informes sobre nuestro hombre.

—¿Y son?

—Excelentes... bajo nuestro punto de vista.

—¿Es decir, detestables?

—Es jugador y borracho.

—¡Superior! ¿Y cuánto gana?

—Mil quinientos francos.

—Mucho es para un dependiente de oficina.

—Es el máximo.

—Y debe estar acribillado de deudas.

—Tiene su sueldo embargado. De modo que está en peligro de perder el empleo.

—¿Le has hablado?

—Sí, pero sin precisar. He puesto algunos jalones.

—¿Y cómo lo ha tomado?

—A las mil maravillas; estoy segurísimo del éxito.

—Será preciso verlo uno de estos días y jugar con las cartas a la vista. Hay que saber cuánto debe y comprometerlo a pagar todo una vez hecho el negocio.

—Una hora después Rocambole había vuelto a ser el señor Portal.

A las cuatro subía en un carruaje y se hizo llevar a la calle Duperré. Era allí que tenía cita con Santiago Turgis.

El joven lo esperaba en su taller, en donde lo encontró delante de una tela, con la paleta y los pinceles en la mano.

—Qué lindo paisaje, — dijo Rocambole, estrechándole la mano.

—Decid admirable, — respondió Santiago.

Y como Rocambole lo miraba con alguna sorpresa.

—¿No veis que estoy sacando una copia? ¡Ved! aquí tenéis el original. el Ruysdael más bello que hay tal vez en el mundo.

Y le mostraba un cuadro montado en un caballete ,delante de él.

—¿Y de quién es? — preguntó Rocambole.

—De un negociante de cuadros de la calle

UNA OCASION

—¡Cinco mil dólares! ¡Maravillosa ocasión, es una cabeza del Tiziano!
—Ya veo, ya veo que es maravillosa! ¡Por eso la ha pintado calva!

Laffitte, que lo ha comprado en cincuenta mil francos.

—¡Eso! ¡Cincuenta mil francos! — exclamó Rocambole estupefacto.

—Le ofrecen sesenta mil y no los acepta

—¿Y estáis seguro de que no haga una tontería?

—¡El! es el marchante más rapaz y especulador; nunca ha hecho un mal negocio.

—Tanto mejor para él. Pero, a propósito de negocios, hablemos, pues, del que os interesa.

—¿Visteis a la señorita Tatiana?

—Y le hablé también.

—Y... ¿qué hay?

—¿Sabéis lo que le estaba diciendo ese miserable? — exclamó Santiago con una cólera repentina; — le hablaba de su amor, y solicitaba de ella la autorización para pedirle la mano a su tío, y como ella se la negó, él le declaró en un tono de amenaza que pronto sería su mujer, a despecho de todos y de ella misma. Habría dado un mundo para poder ir a abofetearlo en seguida en su misma casa, pero tenía prometido no hacer nada sin consultaros.

—Y habéis hecho muy bien en recordar vuestra palabra. Pero entonces ¿sabéis dónde vive?

—Sí, pues; en la calle Cassette, en casa de su socio.

—¿Cómo se llama ese socio?

—Señor Badoir.

Rocambole se estremeció.

—El hombre más honrado del mundo. — me dijo Tatiana, y evidentemente engañado a propósito de sir Ralph.

—Tal vez, — murmuró Rocambole.

—¡Cómo! ¿dudaríais de la probidad...?

—No, no, yo no dudo de nada; ya sé a qué atenerme a este repecto; y estoy muy contento con ese dato que acabáis de darme; pronto veré al señor Badoir. Y en cuanto a sir Ralph, todavía no está casado, ¡tranquilizaos!

XXXVI

EL TALLER DEL PINTOR

—No es esto todo, — continuó Santiago. — Sir Ralph ha declarado además a Tatiana que siendo su amor por mí la verdadera causa de su negativa, por más que ella afirmaba lo contrario, esto atraería sobre mi cabeza las más espantosas catástrofes, si ella se obstinaba en rechazarlo; esto es, sobre todo, lo que más ha trastornado a la pobre niña.

—No despreciéis esas amenazas y procurad estar siempre en guardia, — dijo Rocambole.

—Ese hombre es capaz de todo.

—¡Ah! ¡si el cielo le inspiraba la idea de atacarme francamente y a cara descubierta!

—¡Pardiez! no sois difícil de contentar. Pero no contéis con ello; el cielo no os enviará ese gozo. Ese hombre no ataca nunca cara a cara. Conozco sus procedimientos, porque he tenido ocasión de verlo con las manos a la obra, y os puedo asegurar que es hombre peligroso, muy peligroso.

—¿Pero no me dijisteis que a su respecto conocíais las cosas más comprometedoras?

—Con que mandarlo a presidio, y hasta más lejos... quiero decir, más alto.

—¿Entonces, por qué no desenmascararlo? Bastaría decir una palabra al señor Mauvillars para mandarlo echar de su casa.

—Dsegraciadamente no puedo pronunciar esa palabra.

—¿Qué os detiene?

—Tiene entre sus manos la vida y el honor de una pobre señora, tan bien envuelta entre las redes que le ha tendido, que puede mandarla a los bancos de la Corte de Justicia y hacerla condenar irremisiblementee, aun cuando es inocente del crimen que le imputarían; y el mismo día en que denunciásemos a sir Ralph, su cólera se descargaría sobre ella, porque es a ella sola a quien atribuiría la revelación del pasado. a tiene ya advertida. He aquí lo que me impide atacarlo.

—¿Pero cuánto tiempo os veréis constreñido a esos acomodamientos?

—Hasta tanto que no haya encontrado el medio de arrancar de sus manos a esa pobre señora de quien os hablo.

—¿Y eso puede tardar?...

—Ocho o diez días. Es el vencimiento fatal en que el drama debe tener un desenlace cualquiera que sea.

—¿Y durante ese tiempo, — exclamó el artista, — podrá ver y hablar a Tatiana?

—Delante de la familia, porque fácil le será a la niña evitar, como quiera que sea, el hallarse a solas con él, y siendo así, ¿qué os importa?

—¡La idea de saber que ese ángel tan cándido y tan puro va a estar expuesto a las miradas y a los cumplimientos de ese miserable, me subleva!

Y exclamó después de un momento:

—¡Pero es imposible! Las enormidades que tiene sobre la conciencia deben causarle perpetuas angustias, y es increíble que en semejante situación tenga la audacia de pedir la mano de la niña.

—Tal vez sea todo lo contrario. Porque en ese casamiento debe ver una tabla de salvación. Es lo que estoy por creer.

—Pero ¿cómo?

—Ved. No sé si me equivoco, pero me parece haber adivinado el plan que tiene. Asociado con el señor Badoir, hombre de una honorabilidad incontestada, si no incontestable, yerno del señor Mauvillars, archimillonario y recomendable en todos conceptos, ve ahí una muralla de honor y de probidad detrás de la cual es imposible sospechar a un aventurero cubierto de crímenes, y se cree estar seguro, de todos modos, de encontrar mil probabilidades de salvación en la alta influencia de los dos personajes, directamente interesados en sacarlo de apuros por todos lo smedios posibles.

—¡Pero esto es espantoso! — exclamó el pintor, fuera de sí; ¿y queréis que yo deje por más tiempo a ese infame en contacto con Tatiana?

—Os pido prudencia y circunspección, y nada más. Os lo reito de nuevo: yo he adquirido la convicción de que teníamos por delante enemigos temibles y de una espantosa habilidad para el mal. Debemos combatirlos con sus propias armas: tal es el único medio de vencerlos.

Ahora os dejo para ocuparme de vuestros

asuntos. Salgo enriquecido con tres datos que me van a servir de mucho: 1o. La resolución de sir Ralh de casarse con Tatiana, aun a pesar de ella. 2o. La asociación de sir Ralph y de lord Mac-Field con el señor Badoir. 3o. En fin, el domicilio de este último. Vamos, hasta luego, señor Turgis, y acordaos de mi recomendación, permaneced constantemente en guardia; confiad absolutamente en mí por lo que hace a velar por los manejos de sir Ralph, y absorbeos en vuetro Ruysdael. Es lo mejor que tenéis que hacer en vuestro propio interés en el de la señorita Valcresson.

Y echando una mirada a la copia del artista, añadió:

—Encuentro esto hermosísimo, tan bello como el original; pero me pregunto por que extraño capricho un artista de vuestro talento puede emplear en hacer una copia el tiempo que podría emplear mucho mejor en crear una obra original que le procuraría honra y provecho.

—La clave de este enigma os la voy a explicar, — contestó Santiago. — Chaumont, el marchante de cuadros a quien pertenece esta tela, me prestó algunos servicios en una época en que yo no tenía la seguridad de comer todos los días, servicios que él se reembolsaba con fuertes intereses, es cierto, vendiendo a precios fabulosos lo que me compraba por un pedazo de pan, pero a lo cual yo siempre le he quedado agradecido, puesto que, a pesar de todo, él me salvó la vida. Ahora bien, hace pocos días, un extranjero rico, un inglés creo, entró en la tienda de Chaumont, preguntándole por el precio de su Ruysdael, que estaba expuesto en la vidriera. "Ochenta mil francos", — respondió el negociante. Esta cifra pareció desanimar al aficionado, que después de reflexionar un momento dijo: — ¿Conocéis a Santiago Turgis, el pintor? — ¡Qué si yo lo conozco! — exclamó Chaumont. Si yo fuí quien lo formó. Es la pretensión de Chaumont el haber formado a cuanto artista hay de algún renombre. ¿No os parece, como a mí, — continuó el inglés, — que hay alguna analogía entre su método y el de Ruysdael? Chaumont, que tiene tres telas mías en su galería, olfateó el negocio inmediatamente. "Una analogía sorprendente, señor, — exclamó; — ya ya veo que trato con un perito, porque la opinión que acabáis de emitir ahora es la de todos los paisajistas. Mirad, Corot me lo decía todavía hace pocos días, es admirable la semejanza que hay entre las telas de Turgis y las de Ruysdael." — "A mí me ha llamado mucho la atención", — repuso el inglés. — "Caramba, señor, — continuó Chaumont, — es el caso de deciros que llegáis a tiempo. Justamente tengo en mi galería tres telas de Santiago Turgis, en las que ese parecido con el estilo de Ruysdael es particularmente notable, y hasta fué por esto que las compré; venid, os las voy a mostrar, y estoy seguro que..." — "No, es inútil, — respondió el inglés, — lo que me gusta es ese Ruysdael". —"Pero, puesto que no quereis ponerle precio y estimáis el talento de Turgis, llamado el moderno Ruysdael..." — "Y con razón, — dijo el inglés. Bueno, ved la pequeña combinación que voy a proponeros: Puesto que no puedo tener la tela original, y ya que la manera de pintar de Turgis tiene una semejanza notable con la del paisajista holandés, quisiera una copia de esta tela hecha por el joven francés." El tío Chaumont empezó por poner el grito en el cielo, asegurando que un artista de mi valía jamás iba a consentir en hacer una copa. Era la vuelta que buscaba para obligar al inglés a pagar muy cara la copia declarada imposible. La estratagema tuvo sin duda el mejor éxito, porque el mismo día Chaumont vino a proponerme este negocio, ofreciéndome un precio razonable, es decir, completamente fuera de lo que acostumbra. Acepté, y ya os dije la razón que me determinó. Ahora ya sabeis por qué estoy haciendo esta copia.

—Y no tengo más que aprobarlo otra vez os recomiendo que no os ocupéis sino de esto. Vuestros negocios saldrán beneficiados. Ahora me volveréis a ver cuando os necesite, o bien cuando tenga algo nuevo que comunicaros. Adiós.

—Adiós, señor Portal.

Era a la caída de la tarde cuando éste salía del taller, y el crepúsculo empezaba a extender su obscuro manto. En la calle se cruzó con dos individuos de blusa, a los cuales no hizo ninguna atención, pero que ellos, en cambio, se dieron vuelta en cuanto hubo pasado y lo vieron alejarse con la expresión de una profunda sorpresa.

—¡El señor Portal! ¿Es posible! — exclamó uno de ellos. — ¡El señor Portal en casa de Santiago Turgis? ¡Cómo diablos se entiende eso? ¿Lo conoce? ¿Qué vendrá a hacer aquí?

Y vlviéndose a su compañero:

—Decidme, pues, tío Vulcano, ¿alguna vez vuestro hijo ha nombrado al señor Portal?

—Jamás. Y estoy seguro que no se conocen

—Así me parece también. Y el asunto es bastante serio para que entremos a alguna parte a discutirlo. ¿Qué me decís a esto, sir Ralph?

—Os lo iba a proponer, tío Vulcano, con tanta más razón cuanto que el pequeño plan de que tenemos que hablar no se puede discutir al aire libre.

Luego, dirigiendo una mirada a su alrededor:

—Vos que habéis vivido en este barrio, — dijo sir Ralph al ex modelo, — ¿conocéis por acá algún despacho de vinos aceptable?

—Todos son buenos; mirad, entremos en este de la esquina de la calle Fontaine.

—Entremos, pues; pero ya lo sabéis, ¿no? ¿Estáis completamente decidido a vengaros del ruín proceder de un hijo ingrato para con un padre que se ha sacrificado toda la vida por él y a quien debe la gloria?

—Ya os lo dije, — mi hijo es un canalla, un sacripanto, un monstruo de ingratitud, y no tendré piedad de él, como él no la tuvo del autor de sus días.

—¡Enhorabuena! Veo que tenéis sangre en las venas; vos; no sois un tío Casandro.

—Basta. Va a ver lo que es la falta de respeto hacia su padre, negándole hasta el ajenjo. Pero aquí tenéis el despacho de vi-

nos. Entremos y explicadme vuestro plan.

Más tarde vamos a saber en qué consistía el plan de sir Ralph y por qué necesitaba el concurso del tío Vulcano.

XXXVII

UN PADRE MODELO

Eran ya las seis de la tarde cuando Vulcano y sir Ralph, vestido éste de blusa como su compañero salían del marchante de vinos en donde acababan de tramar el complot que conoceremos después por sus resultados.

Iban a bajar por la calle Fontaine, en dirección al boulevard, cuando sir Ralph, tomando del brazo al ex modelo, y mostrándole a un joven que subía aquella misma calle, como para salir a los boulevares exteriores, le dijo:

—Mirad, tío Vulcano, ¿conoceréis por ventura a ese tipo que va allí?

—¡Pero, hombre! Si no me engaño, es Santiago, — respondió el tío Vulcano.

—Así me parece.

—¿No se diría que es el hijo de un príncipe? ¡Ved, pues, qué gracia, cuánto garbo, qué chic!

—Sí, sí, es muy lisonjero para vos. Nadie sería capaz de sospechar que es hijo vuestro.

—Muy posible, — respoudió el tío Vulcano, poco encantado de semejante cumplimiento; — pero después de todo, ¿a quién le debe todo eso?

—A vos, esto es innegable; tenía en su padre un ejemplo que le ha sido de gran provecho, en este sentido, que no tuvo sino hacer exactamente todo lo contrario de lo que hizo éste, para llegar a ser un gran artista y un hombre distinguido.

—Sir Ralp, — contestó el ex modelo con aire mortificado, — no me gusta que me rebajen.

—Es simplemente una broma, tío Vulcano, porque vos también sois una ilustración en vuestro género, y dejaréis un nombre en la historia de los modelos.

—Y me lisonjeo de ello.

—Pero decirme, ¿no os parece que vuestro hijo tiene algo de triunfante en su porte?

—Esto no me llama la atención.

—Pues a mí sí, y hasta me sugiere hacer una reflexión.

—¿Cuál es?

—Que en vista de su modo de andar y de las divinidades que habitan las alturas hacia las que se dirige, me pregunto si no irá en este momento a descansar en una belleza menos cándida, del porte melancólico y distinguido que se ve obligado a mantener delante de la ingenua y pura Tatiana.

—¡Caramba! — dijo el padre Vulcano, — estoy cansado de ver eso. Se quema incienso a los pies de la una y se fuma la pipa junto a la otra, y el caso es que se vuelve siempre a la que se contenta con el humo del taabco.

—Habláis como un filósofo, tío Vulcano; de manera que estoy por creer que el hermoso romántico de la afable Tatiana se va ahora en busca de alguna virgen aficionada al humo del tabaco.

—No digo que no; es un lindo galantuomo, gracioso y original, que se ha hecho muchos estragos en esa clase de corazones. y puede ser que le queden algunos incendios que extinguir antes de encender la antorcha del himeneo.

—¡Ah! ¡Si pudiera sorprenderlo en flagrante delito de unión equívoca! Si tuviera un nombre y un domicilio que poder presentar a la encantadora Tatiana, y a su tío, qué macanazo le asestaría a mi afortunado rival.

¡Qué base para mí... y para vos también, tío Vulcano!

—Y le estará muy bien empleado, porque de seguro que si se casaba con esa pimpollita, me encontraría de más en sus reuniones.

—En tanto que yo os invito desde ahora.

El ex modelo estrechó silenciosamente la mano de sir Ralph.

—Pero, ya sabéis, — dijo, — la casaca con cola de bacalao no existe en mi guardarropa.

—Yo me encargo de procurarla.

Mientras iban hablando así, seguían de lejos a Santiago, que caminaba pensativo y no con aire triunfal como había dicho sir Ralph.

Cuando llegaron al boulevard, el joven torció a la izquierda.

Sir Ralph y el tío Vulcano continuaron siguiéndolo a cierta distancia.

—¿Conque ese hijo desnaturalizado os ha echado a la calle? — continuó diciendo sir Ralph.

—No puedo decir eso, — dijo el tío Vulcano, — eso sería exagerar; sólo que, como creo haberos dicho, quería imponer condiciones a su padre, despreciaba a mis amigos, encontraba inconveniente que viniesen a fumar una pipa conmigo y a tomar el ajenjo en el taller, bajo pretexto de que aquello lo perjudicaba en el concepto de los negociantes que venían a verlo y de su clientela de artistas y grandes damas.

—En una palabra, despreciaba a su padre.

—Y me despreciaba hasta el punto de querer pagar él mismo mi comida en el restaurant, en lugar de entregarme el dinero en manos propias, diciendo que yo me lo gastaba en bebida y que me quedaba sin un cobre antes de llegar a medio mes.

—Calumnias, ¿verdad?

—Puras calumnias; ¡no es que esto no me hay sucedido alguna vez, pero vamos! Uno es artista o no lo es; y luego, como dice Alejandro Dumas en "Kean": ¿Orden? ¿y qué haría el genio? En pocas palabras, él quería imponerme una vida de ostra, antipática a mi naturaleza y a mis inclinaciones, y por esto rompimos.

Habían llegado a la barrera Blanca.

Santiago atravesó la calzada.

—¡Ah! — dijo sir Ralph, — ¡y cómo se apura! La bella no ha de estar lejos.

Y su fisonomía expresaba un contento extraordinario. No dudaba que un artista joven, buen mozo y célebre ya como Santiago, tuviese algunas relaciones en aquel barrio, y contaba sacar un partido inmenso de aquel descubrimiento.

—¡Y bien! no, — exclamó de pronto el tío Vulcano. — Os equivocáis completamente.

—¿Qué queréis decir? — preguntó sir Ralph.

—Quiero decir que habéis tomado el rábano por las hojas.

—Veamos, explicaos.

—Que no se trata de amor en este momento.

—Os parece así,

—Estoy seguro de ello.

—¿Sabéis, pues, donde va?

—¡Y cómo no!

—¿Y bien?

—Va a comer.

—¡Ah!

—¡Mirad! ¿veis enfrente aquella tienda tan bien iluminada?

—Perfectamente.

—Es la mesa redonda en donde come.

—Y estais seguro de...

—Varias veces he ido con él.

—Entonces, está bien, — dijo sir Ralph con la expresión de un vivo desengaño; — me equivoqué.

—Y no tenemos más que volver brida,— dijo el ex modelo.

Y diciendo esto, hizo un movimiento para volver sobre sus pasos. Sir Ralph iba a hacer lo mismo, cuando una idea le atravesó el espíritu repentinamente.

—Un momento, — dijo.

—¿Qué hay? — preguntó el tío Vulcano.

—Que tal vez no esté perdida la partida.

—¡Cuando os digo que va a comer!

—Ya comprendo, pero yo conozco un poco las costumbres de mis señores artistas; casi nunca hacen un misterio de sus amores, y hasta los pregonan muchas veces, llevándose generalmente a la pensión en que comen, a sus esposas de alquiler.

—Es verdad, asimismo eso que decís,—repuso el ex modelo, — y en esa mesa redonda de allá en frente he visto muchas veces parejas de esas.

—Sería preciso poder entrar.

—¿Y quién os lo impide?

—Yo, sí, ¿pero vos? Qué diría vuestro hijo?

—¿No es más que por eso? N otengais ningún cuidado, — repuso el tío Vulcano atravesando la calzada.

—¿Qué pensáis hacer?

—Hay un café contiguo a la sala del restaurante.

—Comprendo; podemos instalarnos en el café sin temor de ser vistos.

—Algo mejor que esto.

—¿Qué cosa?

—No solamente no seremos vistos, sino que podremos ver y oir.

—Mganífico. Entonces vamos a entrar.

—Dejemos que entre Santiago, y se instale.

El tío Vulcano no se había equivocado. Después de atravesar la calzada, Santiago entró en el establecimiento que su padre había designado a sir Ralph.

Cinco minutos después entraban estos últimos.

El establecimiento estaba dividido, en efecto, en dos piezas. La una la más vasta estaba afectada al restaurant. De la otra habían hecho el café.

Para ir a la mesa redonda era preciso atravecar el café, y las dos piezas estaban divididas por un tabique de vidrieras, adornado con cortinas tan transparentes que permitían distinguir a los huéspedes perfectamente. Además, la puerta que daba paso de una pieza a la otra estaba abierta sin duda para dejar penetrar el aire en una pieza que contenía una veintena de personas; de manera que se podía oir todo lo que se decían entre sí.

Sir Ralph empezó por pedir dos ajenjos.

Luego, pegando la cara a la vidriera:

—A ver si se ha sentado al lado de una mujer; — murmuró.

No tardó en ver al artistaá pero, nueva decepción, se había sentado entre dos hombres.

Mujeres no faltaban. Las había de todas edades y condiciones, es decir, de toda clase de toilettes porque eran las señoras que concurrían allí eran todas de una misma condición; únicamente que ocupaban un rango más o menos distinguido.

—Todavía nos queda una esperanza, — dijo sir Ralph al tío Vulcano, — prestemos el oído y tal vez sabremos algo.

Acababa apenas de decir esto, cuando una voz exclamó de pronto.

—Y bien, amigo Santiago, ¿cómo van esos amores?

Sir Ralph tuvo un estremecimiento de alegría.

¡Tuve razón en esperar, — exclamó alborozado; — ya lo tenemos.

Y frotándose las manos añadió:

—¡Nos vamos a divertir, tío Vulcano.

XXXVII

LA TIA ALEJANDRA

Sir Ralph esperó con ansiedad la respuesta que el pintor iba a dar a aquella pregunta: — ¿Cómo van esos amores?

Santiago sonrió.

—Malísimamente, — dijo con un énfasis burlón; — hace mucho tiempo que rompí con todos los lazos que me ataban a la tierra para refugiarme en el solo amor verdadero: el amor del arte.

—¡Todos son igualas! — exclamó una linda muchacha que vestía de un modo muy raro y tenía las maneras en sí es no es desenvueltas; cuando tratan de dejarnos, siempre es el mismo estribillo: ¡el arte!

Durante seis meses se mueren por nosotras y nos agobian con amabilidades y monadas mi gatita blanca, mi conejito, azul, mi perrito de azúcar, no hallan palabra digna de nosotros en el vocabulario del amor. Luego, el día menos pensado, nos convertimos en los lazos que los atan a la tierra y ¡pataplum! nos dejan ahí plantadas para refu-

giarse en el cielo del arte. ¿Acabarás con tu cielo?

El arte por aquí, el arte por allá, el arte por todas partes. ¡Mirad! ¿queréis que os hable francamente?

Pues bien, quisiera ver el arte en los profundos abismos del infierno. Así pienso yor del arte.

Una estrepitasa carcajada de los comensales acogió aquel anatema de la estética.

—¡Por la virgen de Belén! exclamó un joven imberbe. ¡Y cómo recuerda esto las imprecaciones de Camila recitadas por la Raquel.

—Mireyra, añadió otro, ¿habeis leído Colomba?

—No, nada de eso. Tienes alas. ¡Y bien! Leer Colomba. Ya veréis que cuando estéis cansada de París, encontraréis un empleo ya pronto en Córcega: el de vociferatriz.

—¡Ah! Con que yo vocifero ahora, ¿eh? Gracias. Sois muy gracioso, vos, repuso Mireyra, que desde hacía dos años se había sacado su nombre propio de Sofía, para adoptar el de la heroína del poema provenzal.

Luego, dirigiéndose bruscamente hacia su vecino, un joven rubio, a quien sus furores hacían desternillar de risa:

—¡En cuanto a tí, amor mío, el día en que me quieras hacer pasar al estado de lazo que te ata a la tierra, te prometo que iré a abrirte un boquete en tu cielo de arte! ¡Como te lo cuento, mi alma! ¡Y que no te vayas a enmohecer en él!

—Mireyra, amiga mía,—replicó el joven, riéndose respetuosamente a las narices,—desde que frecuentas el teatro de las Bagnolles descuidas lastimosamente tu estilo. ¿Qué es, ¡ay! de aquel bello lenguaje que era uno de tus atractivos en la época en que tuve la suerte inaudita de flechar tu corazón a fuerza de suspiros, de atenciones y de amor?

—Y de mobiliario, — murmuró una voz.

—¡Ta, ta, ta! — exclamó el joven que había interrogado a Santiago, vamos a dejar los amores de Edgardo y de Mireya, que brillan libremente al gran sol del mediodía bajo las miradas del buen Dios, y volvamos a mi interpelación a la que mi amigo Turgis no ha contestado absolutamente nada.

—Al contrario, ya te he dicho que sólo el arte, de hoy en adelante...

—Perfectísimamente, querido, pero entendamos; ¿dónde tomas tú el arte? ¿No sería por casualidad en los ojos de una preciosa niña, que atraía todas las miradas en una de las últimas representaciones de los Italianos, que particularmente fijaba las tuyas?

Santiago se había puesto serio de repente.

—He mirado bastante a esa señorita, no lo puedo negar, — respondió, — pero como todo el mundo, puesto que tú mismo reconoces que llamaba la atención de toda la sala.

—Sí pero toda la sala no la miraba con tus mismos ojos ni con iguales sentimientos que tú; toda la sala no palidecía de celos al ver que estaba conversando con un individuo a quien ella parecía escuchar tan emocionada, emoción penosa, es cierto, y que debía tenerte perfectamente tranquilo la manera como eran acogidos sus homenajes.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y bien? Sí, — respondió Santiago con voz grave; — confieso que miraba a esa joven con un sentimiento de admiración y entusiasmo que no debían experimentar los demás espectadores; pero de ahí a quererla hay mucha distancia. Por lo demás, el sentimiento que me ha inspirado es de aquellos que uno creería profanar exhibiéndolos a las miradas de todo el mundo, exponiéndo a las ocurrencia de una mesa de restaurant, y ruego a los que quieran no serme desagradables a no volver sobre este asunto, del que guardo el secreto en el fondo de mi alma y no saldrá jamás de ella.

—A menos que no lo arranquen a pesar vuestro, — dijo una voz.

Era de una mujer de una cincuentena de años, cuyos atavíos raros acusaban el desorden y el mal gusto, más bien que la penuria. Todo cuanto llevaba encima, incluso los cabellos grises, salía evidentemente de algún carnaval.

Sus facciones angulosas y del color de la caparrosa, conservaban las huellas de una vida agitada, sacudida alternativamente por la miseria y por las pasiones; y los ojos en los que brillaba una llama misteriosa, traducían un estado permanente de exaltación, extraño e inexplicable por quien no supiese la singular profesión a que se dedicada.

—¡Bueno! — dijo Mireya. — Ya tenemos a la tía Alejandra que mete la cuchara. Nos vamos a reír un poco.

—Sois una tontita, querida, — dijo la tía Alejandra, con una mirada de reojo, y pronto os convencereis si el señor Turgis consiente...

—A todo cuanto querais, tía Alejandra,— dijo el pintor; — yo no tengo la irreverencia de dudar de vuestra ciencia, y aun creo en el magnetismo, hasta cierto punto, pero también creo que soy un sujeto recalcitrante poco susceptible de sufrir su influencia, de manera que os autorizo con mucho gusto a intentar lo que querais.

—De manera que es cosa convenida. ¿Me permitís obligaros a revelar aquí mismo y en alta voz el secreto que estais decidido a guardar en el fondo de vuestro corazón?

—No creo correr gran peligro si os otorgo amplia libertad sobre este punto, — respondió Santiago soriendo — arrancadme, este secreto y todos cuantos os plazca mientras esteis en la tarea.

—Perfectamente; venid a sentaros aquí, cerca de mí, para más comodidad.

—En cuanto a eso, no; aquí estoy, y aquí me quedo.

—Perdonad, yo no pregunto si esto os conviene; yo digo que vais y vendreis.

—Comprendo, es a la fuerza.

—Justamente.

—Bueno, manos a la obra, tía Alejandra; enviad vuestro fluído.

Y se cruzó de brazos, siempre conriendo, fijando la vista en la magnetizadora.

Todos miraron igualmente a la tía Alejan-

dra con una sonrisa de incredulidad.

Esta permanecía impasible.

—Retiraos de aquí, — dijo al joven que tenía sentado al lado; este sitio es para el señor Turgis. El joven se retiró, riendo como los demás.

Entonces la tía Alejandra, poniendo los codos encima de la mesa y la cabeza en las dos manos, clavó en Santiago una mirada centellante como la de una víbora.

Reinaba un silencio profundo.

Así transcurrieron cinco minutos. Después de este tiempo, la sonrisa se fué borrando poco a poco de los labios del pintor. Un instante después, su mirada tomaba un brillo vidrioso y permanecía fija.

Después se levantó de la silla, y dando vuelta a la mesa con algo de automático en su andar, vino a sentarse al lado de la magnetizadora, se volvió hacia ella y la miró cara a cara.

Ya nadie reía, y una curiosidad emocionada se leía en todos los semblantes.

La tía Alejandra tomó la mano del pintor y sin dejar de mirarlo fijamente:

—¿Amais a esa joven? — le preguntó.

—Sí, — dijo Santiago.

—¿Le habeis hablado?

—A menudo.

—Entonces ¿sois recibido en la familia?

—Sí.

—¿Y ella? ¿creeis que os ame ella?

—Estoy seguro.

—¿Cómo se llama?

—Tatiana.

—Esto no es un nombre francés.

—Es un nombre italino, que le viene de padrino.

—¿Quisierais casaros con ella?

—Es mi más ardiente deseo

—¿Confiáis en ello?

—Si... aunque...

—Sobre esto estáis inquieto. Explicaos.

—La niña está expuesta a las persecuciones de un miserable que...

La magnetizadora, al llegar a este punto fué interrumpida por varias voces:

—¡Basta! tía Alejandra, ¡basta! — le gritaban. — —Ya estamos convencidos ahora, y sería indiscreto llevar más lejos vuestras preguntas.

—Como queráis.

Y ordenó a Santiago:

—Volved a vuestro lugar.

El artista obedeció.

Cuando estuvo ya en su silla, ella lo volvió a mirar haciendo dos o tres pases.

Santiago tuvo un estremecimiento, paseó a su alrededor una mirada sorprendida y fijándose en la tía Alejandra:

—¡Y bien! — le dijo, — ya lo veis; no me he movido de mi puesto.

—Es decir que acabáis de regresar a él, después de pasar diez minutos a mi lado.

—¡Vamos, pues!

—Preguntadlo sino a todos los que acaban de asistir a nuestra conversación, lo que habéis dicho relativamente a la señorita Tatiana.

—¡Tatiana! — exclamó Surgis todo trastornado, — ¿he nombrado a Tatiana?

—¡Caramba! todos lo ignorábamos.

—¡Es espantoso! — balbuceó el pobre pintor.

—¡Y bien, monada! ¿Qué me decís de esto ?— preguntó la magnetizadora a Mireya.

—Digo que me hacéis el efecto del mismo diablo en persona, — respondió ésta, — mirándola con espanto.

—¡Qué mujer! — decía por su parte sir Ralph, aterrado como los demás de la potencia de la magnetizadora; me acordaré bien de esta escena.

Y ahora, ¡vámonos! ya no tenemos más nada que hacer aquí.

XXXIX

VANAS ESPERANZAS

Cuando estuvieron afuera, sir Ralph dijo al tío Vulcano:

—¡No tiene querida! He aquí todo lo que hemos sacado de nuestro espionaje. Justamente lo contrario de lo que deseábamos.

—¡Es cierto, no tenemos suerte! — exclamó el tío Vulcano, sacándose del bolsillo una pipa cargada hasta la boca.

—Lo mismo da; no siento haber presenciado ese espectáculo; es curioso e instructivo; he conocido el magnetismo de que me burlaba, como tantos otros, sin haberme dado cuenta de sus efectos. ¡Qué mujer esa tía Alejandra! ¡Quién sería capaz de creer que un tipo tan vulgar estuviera dotado de tanta potencia!

—Yo todavía estoy aplastado, — dijo el ex modelo, — apretando el tabaco dentro de la pipa.

—En fin, por desagradable que sea el resultado de nuestra excursión, siempre debemos felicitarnos de saber ahora a qué atenernos, porque así estamos convencidos de que es preciso perseverar en el pequeño plan que tenemos combinado entre los dos.

—Y que haría honor a un diplomático; no temo afirmarlo, — dijo Vulcano.

—¿De modo, — dijo sir Ralph, — que está bien entendido que tenéis franca la entrada?

—Puedo irlo a ver cuando quiera; es sólo mi dignidad lo que me retrae hacerlo.

—Bueno.

—¿Y cuándo ponemos manos a la obra? — preguntó el viejo.

—Pronto lo sabré. Esto depende de una respuesta que espero de un momento a otro.

—Cuando queráis. Por mi parte me es igual — dijo el ex modelo, con ese descuido bestial que debía tanto a su propio natural como al abuso del ajenjo.

—De todos modos, — le dijo sir Ralph, — entro de tres días estaréis en casa del marchante de vinos de la calle Fontaine, como a las cinco de la tarde; yo estaré allí y determinaremos la hora y el día.

—Convenido.

Allí se separaron. Sir Ralph tomó un fiacre en el boulevar cerca de la barrera blanca. ¿Dónde se hizo llevar? Es lo que no podríamos decir, pero una hora después se presentaba en casa del señor Badoir, desembarazado de su traje de obrero y en una toilette de las más elegantes. Allí no encontró sino a

Mac-Field, que estaba instalado en una pieza de un confortable lujoso.

Ya se sabe que, para más seguridad, al fundar ambos cómplices la casa de comercio Badoir y Compañía, habían tenido buen cuidado de domiciliarse en la misma casa de su asociado.

—¿Y...? — preguntó vivamente sir Ralh, — ¿el señor Badoir?

—No ha vuelto todavía.

—Mala señal.

—¿Cómo se entiende?

—Si hubiera tenido alguna buena noticia que traerme, se hubiera apresurado.

—¡Pero hombre! — exclamó su compañero, — ¿pensáis acaso inspirar a esta niña otra cosa que no sea una profunda aversión?

Sir Ralph, a esta palabra, se estremeció.

—Yo no he contado nunca con su amor, puesto que ya sé que quiere al pintor, pero confiaba que en el mismo interés de éste y a fin de substraerlo al efecto de mis amenazas, consentiría al fin.

Puede ser, después de todo; hasta ahora no sabemos nada, pero tengo malos presentimientos.

—Me causaría un gran pesar; porque, os lo digo, amo a esa niña perdidamente, y no es sólo un negocio lo que he tenido en vista al pedirla en matrimonio.

Mac-Field iba a replicar cuando llamaron a la puerta.

—Entrad, — dijo.

Se abrió la puerta. Era el señor Badoir. Venía en traje de reunión.

—¿Y bien? — le preguntó sir Ralph, yendo delante de él con todas las muestras de una violenta agitación.

—Negado, — respondió el banquero, dejándose caer en un asiento.

Hubo una pausa, que rompió sir Ralph con voz trémula.

—¿Y Tatiana estaba allí?

—Estaba.

—¿Os fijásteis en la impresión que le causaba vuestra demanda;

—Naturalmente.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Se puso pálida y agitada en extremo.

—¿Y después?

—Hecho mi pedido, el señor Mauvillars me respondió:

"Mi querido Badoir, yo no conozco mucho a sir Ralph, pero os conozc a vos; sé que sis el honor mismo, y que sólo os habéis po-

ECONOMIA

El: — ¡Gastamos demasiado y hay que cambiar de vida! Economicemos.
Ella: — Ya lo había empezado. Acabo de comprarme un auto para economizar calzado.

dido asociar a un hombre de honor. Debéis habido rodearos de todos los informes, de todas las garantías imaginables antes de celebrar un contrato que os hace solidario, no solamente de todos los actos, sino hasta del mismo pasado de vuestro socio; ese título es, pues para sir Ralph, la mejor de las recomendaciones; yo no exijo otro y estoy pronto a acoger su demanda; pero no soy yo quien se casa; es Tatiana, es ella la que compromete su vida entera en esta unión; es, pues, a ella a quien le corresponde decidir si acepta aquel de quien va a depender desde hoy su destino y bienestar."

Y dirigiéndose a la joven:

—"Tatiana, ya acabas de oir al señor Badoir: quien debe responder eres tú. Yo te dejo completamente libre."

—¿Y entonces? — preguntó sir Ralph con sorda cólera.

—La niña estaba sumamente pálida, como digo, y evidentemente esperaba la contestación de su tío con la mayor ansiedad. Mientras éste estuvo hablando, tenía clavada en él una mirada febril y era tan violenta su agitación que a cada momento yo temía verla caer al suelo desmayada.

—Detalles muy lisonjeros para mí, — dijo sir Ralph con voz nerviosa, — pero tengo empeño en conocer la verdad por completo; continuad, pues, señor Badoir.

El banquero prosiguió:

—Su agitación se calmó un poco cuando oyó que su tío le dejaba en libertad de elegir y declarar que era la única a tomar una determinación en tales circunstancias. De modo que cuando su tío la invitó a cointestarme, lo hizo con un poco más de aplomo.

—Señor Badoir, — me dijo, — dignáos decir a sir Ralph que su demanda me honra mucho, pero que yo estoy rueselta a no casarme.

—Es la misma respuesta que me dió a mí mismo, — dijo sir Ralph lleno de cólera.

Y añadió, dando con el pie en el suelo:

—Otra es la que reserva para Santiago Turgis; ¡ah! ¡pero yo también le reservo algo a ese!

Dió algunos pasos presa de una agitación que hacía temblar todo su cuerpo.

—¡A él y a ella! — añadió, parándose de pronto; — no solamente voy a hacer imposible ese casamiento, sino que, ya que me obliga a emplear la astucia y la violencia para conseguir que sea mía, la pondré, como le dije, en la absoluta obligación de aceptar esta mano que hoy desprecia. ¡Oh! ¡será algo de espantoso! ¡Pero ya se lo previne: ella lo habrá querido, que se atenga, pues a las circunstancias y que no culpe sino a sí misma!

Estas amenazas parecían poner al señor Badoir en un tormento.

—Pero veamos, sir Ralph, calmáos y os lo ruego, renuncinad a esos proyectos de venganza que me hacen temblar y de los cuales yo asumiría una parte de la responsabilidad por el paso que me habéis obligado a dar cerca del señor Mauvillars. Después de todo, ¿qué falta ha cometido Tatiana a vuestro respecto? Decís que ama al pintor; enhorabuena. Yo lo he observado después y también lo creo como vos. Pero ya lo conocía hace tiempo y lo amaba antes de conoceros. ¿Qué teneis que reprocharle? No os pido que seais generoso, sino simplemente justo; encarad con calma e imparcialidad la conducta de Tatiana y os veréis obligado a convenir que no tenéis contra ella ningún resentimiento real.

Hubo unos instantes de silencio.

Luego, sir Ralph, que estuvo paseándose arriba y abajo, vino a pararse deante del banquero y le dijo irónicamente:

—Señor Badoir, os encuentro magnífico. Predicáis la genorosidad, el perdón de las injurias y el olvido de las ofensas con una elocia verdaderamente conmovedora... únicamente permitidme preguntaros qué haríais en mi lugar.

—Lo que os aconsejo a vos mismo.

—En una palabra, ¿sois partidario de la clemencia debe ser cosa fácil tratándose de una niña a la cual, — os lo répito, — nada tenéis que reprochar.

Sir Ralph se quedó mirándolo en silencio. Pero la ironía impresa en sus facciones se acentuó con tal energía, que el señor Badoir se quedó sumamente mortificado.

—Pero qué tenéis, pues, — le dijo al fin, — para mirarme de esta manera?

—Me hallo bajo el imperio de una sorpresa profunda, señor Bador.

—¿Y la causa de esa sorpresa?

—Esos sentimientos que manifestáis son hermosísimos seguramente y no puedo menos que admirarlos, pero...

—¿Pero qué?

—¿Pero podríais darme razón de Luisa Prevot y de su hija Juanita?

A estas palabras, el usurero se levantó bruscamente, se puso pálido de un modo espantoso y luego volvió a caer en su asiento como fulminado por un rayo.

XL

ENTRE SOCIOS

Sir Ralph guardó silencio por algunos momentos. Parado siempre delante del señor Badoir, parecía encontrar un singular placer contemplándolo aterrado bajo el rudo golpe que le acababa de asestar.

—¿Luisa Prevot?... — tartamudeó el banquero, — no sé... Ignoro lo que queréis decir.

—¿De veras? — repuso sir Ralph en tono de mofa,—y os trastornais de esa manera al solo nombre de una persona que no conocéis!

Badoir no encontró nada que replicar.

—¡Pues bien! — continuó sir Ralph, — yo estoy más adelantado que vos, y puedo explicaros quién es Luia Prevot.

—¡Vos! — hizo el banquero estupefacto.

—Luisa Prevot era una mujer joven y encantadora que estaba casada con un miserable acribillado de vicios, después de haberla sumido en la miseria, la impulsaba descaradamente a sacar provecho de su belleza, cuando ella encontró un joven, que, puesto al corriente de aquella horrible situación por una amiga de la infeliz mujer, le procuró los medios de poder huir de aquel marido infame, haciéndose cargo de un establecimiento de costurera.

Aquel protector tan delicado como generoso, sólo veía muy raramente a su protegida.

y aun cuando se sentía impresionado por su belleza y sus desgracias, le ocultó por mucho tiempo los sentimientos que le inspiraba. Pero esta última no tardó en adivinarlos, y la nobleza con que procuraba disimular su amor produjo en ella mucho más efecto que la más ardiente de las declaraciones. La situación estaba llena de peligros y debía fatalmente hacer explosión un día u otro; y es lo que sucedió. Al cabo de un año Luisa era madre, y dos años más tarde, su protector, a quien llamaremos—si no lo tomais a mal—Pedro Valcresson, la dejaba para ir a América a buscar fortuna, no vacilando en imponerse el dolor de una larga separación con objeto de asegurar el porvenir de Luisa y de su hija.

Por otra parte, se proponía mandarlas llamar junto a sí tan pronto como hubiera tenido algún éxito en sus negocios, no deseando exponer a su muy querida Luisa por mucho tiempo a las angustias de aquella separación. Además, se fué tranquilo respecto de ella, pues había dejado a su lado al partir a un amigo fiel y pariente a la vez, a un tal señor Badoir, corazón leal, alma generosa, naturaleza de primer orden, en quien tenía una absoluta confianbza. ¿No es cierto, señor Badoir, que es una suerte contar con amigos de esa clase?

—Pero, — repuso el banquero, — ¿quién os ha dicho que yo haya faltado a los deberes de la amistad?

—Yo no soy quien lo digo, y menos ahora. Ya veremos eso luego. Al cabo de un año de permanencia en América los negocios de Valcresson empezaban a prosperar, y para colmo de fortuna le cayó del cielo una herencia, gracias a la cual, con su inteligencia, sus relaciones y su conocimiento del país, contaba ganar algnuos millones a a vuelta de algunos años. Es lo que escribió a su excelente amigo y pariente, señor Badoir, enviándole una cierta suma y una carta para su querida Luisa, a quien rogaba que se le reuniera lo más pronto posible. Ahora bien; ¿qué hizo el señor Badoir, ese modelo de amigo? Se guardó la suma y la carta, y en vez de su querida Luisa y de su hija, que esperaba con tanta impaciencia, Pedro Valcresson recibía muy pronto una horrible noticia. Su pariente y amigo le hacía saber que Luisa Praevot había abandonado la quinta de Fontenoy-aux-Roses, en un acceso de enajenación mental; que todo hacía suponer que se había llevado la niña consigo, y que él — Badoir — había hecho las más activas diligencias para encontrar sus huellas.

El pobre Valcresson experimentó tan violenta conmoción con semejante noticia, que su corazón se quebrantó, y sus negocios, tan prósperos hasta entonces, y tan brillantes, empezaron de repente a tomar un mal aspecto. Disgustado de la vida, debilitado su espíritu por una catástrofe tan terrible como inesperada, que le ofrecía en el porvenir una existencia sin objeto y sin interés, caminó rápidamente a su ruina, y en pocos años tuvo que quebrar dos veces. Por fin, logró sobreponerse a la desesperación que por tanto tiempo lo tuvo agobiado y echándose entonces a los negocios en cuerpo y alma, absorbiéndose en ellos para olvidar sus dolores, reparó pronto todos sus desatres, y llegó a ser uno de los principales comerciantes de gún misterioso corresponsal que lo tenía al rriente de las alternativas que experimenta a la ofrtuna de aquel "tío de las Indias"; y cuando supo que aquella fortuna estaba ya asentada sobre sólidas bases y se contaba por millones, fué cuando resolvió hacer desaparecer a un mismo tiempo por la trampa de la tía Claudio a la condesa de Sanabria y al niño que llevaba en las entrañas, coherederos con él de una parte de esos millones. Aquí tenéis la historia de Valcresson y de Luisa Prevot; esto es, al menos, lo que yo sé, y ya os diré dentro de poco cómo he sabido estos detalles; pero primero me gustaría saber qué se han hecho la joven y su hija, y he creído que vos podríais informarme al respecto si queréis consultar vuestros recuerdos.

—¡Yo! — exclamó Badoir. — Yo lo ignoro completamente. No sé otra cosa acerca de Luisa sino lo que vos mismo acabáis de contar.

—¿Por qué, pues, habéis temblado y palidecido hace un momento, cuando yo he pronunciado este nombre? Nada justifica semejante turbación en cuanto acabo de referir.

—Pero... — repuso el banquero con embarazo, — es la sorpresa. ¡Estaba tan lejos de suponer que conocieseis a esa mujer!

—¿Entonces no sabéis nada más, absolutamente nada?

—Nada absolutamente.

—¡Vamos! ya veo que es preciso que venga también en ayuda de vuestros recuerdos.

Badoir miró a sir Ralph con una inquietud que en vano procuraba disimular.

Este último continuó:

—Pues bien, señor Badoir, Luisa se fué de la quinta de Fontenoy-aux-Roses, en un acceso de locura, sí; pero la causa de sa locura, ya que es preciso hacérosla saber, fué el rapto de su hija, sacada de la cama durante el sueño, por... ¿será preciso también nombraros el raptor? ¿Será preciso también designaros el innoble antro a donde fué llevada la pobre Juanita dormida? Será preciso nombraros a la familia de bandidos que fué entregada? Finalmente; ¿queréis que os relate la horrible escena que se desarrolló al despertarse la criatura y la espantosa mutilación de que la hizo víctima... la tía Claudio?

A medida que sir Ralph desarrollaba sus recuerdos, el banquero iba volviendo la cara cada vez más, y al oir las últimas palabras, se levantó de un salto retrocediendo algunos pasos.

—Cuando me acuerdo, — exclamó sir Ralph, con una mofa insultante; — cuando pienso en que os hacíais el melindroso con nosotros, que nos encontrabais demasiadas tachas para acordarme el honor de asociar nuestro nombre al nombre muy honorable de Badoir, y que hace un momento aun me reprochabáis como un crimen el querer unir mi nombre mancillado al de una joven pura! Cuando pienso en todo esto, señor Badoir, no sé si debo reirme o indignarme de tanta impudencia. ¿Y quién os ha impulsado a esos actos salvajes, a ese doble crimen cien veces más espantoso que el que nos reprochabais? El mismo móvil que os ha de-

terminado a suprimir a la condesa de Sanabria y a su hijo. Naturalmente, toda la fortuna de Pedro Valcresson debía pasar a Luisa Prevot, que no hubiera dejado de ser su esposa a la muerte del marido. Esto era la ruina de todas vuestras esperanzas, y el único medio de conjurar el peligro, por un hombre de una lógica tan rigurosa, tan rígido como sois, era desembarazarse del hijo y de la madre, y bien sabíais que, arrebatando la niña, llevabais a la madre a la locura o a la muerte. Aquí, tenéis todo lo que sé de esa siniestra historia, — dijo sir Ralph al terminar, — y no podéis negar que me hallo perfectamente informado, pero ignoro lo que ha sido de la madre y de la niña, y es lo que tal vez que podáis revelar vos.

—Os juro que lo ignoro, — respondió Badoir.

—Quiero creeros. Y ahora, mi querido señor Badoir, yo, que no me pico como vos de fino y de misterioso en todos los actos de la vida, voy a deciros francamente en qué fuente he bebido todos los informes que acabo de daros.

El señor Badoir escuchó, demostrando viva curiosidad.

—Allá, en América, cerca de Pedro Valcresson, tenemos un amigo, un cómplice si queréis, que nos tiene al corriente de toda la vida del millonario. Este cómplice, que es su criado de confianza, escudriñando por todas partes en casa de su patrón, descubrió toda la correspondencia de Luisa Prevot y la vuestra, hasta la noticia de la desaparición de la madre y de la hija inclusive, y todo me lo ha enviado. Esto, en cuanto a la primera parte. Por lo que respecta a la segunda, concerniendo al rapto de la niña, y todos los detalles que a ella se refieren, debemos su comunicación a la complacencia de un personaje muy bien situado para estar al corriente de este asunto, porque es Francisco mismo, vuestro cómplice.

Badoir quedó aplastado.

—Para terminar, os guardo una buena noticia, señor Badoir, — añadió sir Ralph. ¿Qué sabéis de la salud de Pedro Valcresson?

—Según la última carta que recibí en días pasados, es excelente.

—Bueno, ¿qué hora es ahora?

—Hombre, — dijo Badoir, mirando el reloj de la chimenea, — son las nueve y media.

—¡Pues bien! hace dos horas que debe haber muerto Pedro Valcresson.

XLI

BALANCE SOCIAL

También esta vez el señor Badoir experimentó una violenta sacudida.

—¡Muerto! — vociferó, — ¡Pedro Valcresson muerto!

Desde hace dos horas, como acabo de decíroslo, — respondió sir Ralph con la mayor tranquilidad.

—¡Cómo es posible! ¿a qué atribuir una muerte tan repentina, llegándose a saber con tal precisión y cómo podríais prever desde tan lejos un acontecimiento tan extraordinario que nada hacía sospechar, puesto que recibí hace poco buenas noticias de su salud?

—Voy a daros la explicación de todo esto que os parece imposible, señor Badoir, — respondió Ralph, — porque no solamente no quiero rodear este asunto de sombras misteriosas, sino que, por el contrario, tengo el mayor empeño en ilustraros sobre todo cuanto hacemos, Mac-Field y yo, con un objeto que nos es común a los tres, a fin de uniros a nosotros en una estrecha complicidad.

Esta declaración pareció impresionar desagradablemente al usurero, quien, desde ese momento, esperó con más angustia que curiosidad las explicaciones de su asociado.

—Nosotros también, mi querido socio, — continuó diciendo sir Ralph, — nosotros también, como vos, estamos dotados de una lógica rigurosa, en virtud de la cual marchamos directamente al fin que nos hemos propuesto sin preocuparnos de las ruinas y desastres que podemos dejar a nuestro paso, Pues bien, nosotros nos hemos hecho el siguiente razonamiento, cuya precisión os ha de llamar la atención, así lo espero al menos: ¿qué es lo que buscamos en esta unión con la señorita Tatiana Valcresson, fuera del amor que me ha inspirado? Una parte de la herencia de su tío.

¿Cuál es el medio más seguro y más práctico para heredor de un hombre? Suprimirlo. Si algo hay en el mundo claro, lógico e indiscutible, me parece que es este razonamiento. Por consiguiente, y además, inspirados por vuestro ejemplo en el caso de Luisa Prevot y de su hija, que vos ejecutastéis con una resolución, una energía que hacen el mayor honor a la firmeza de vuestros principios, en consecuencia, digo, se decidió entre nosotros que yo escribiría una carta a nuestro amigo Carlos Durant, concebida en estos términos: "Ha llegado el momento, el tiempo apremia, es preciso concluir el 4 del mes próximo, por la noche".

El sabía ya lo que significaba la palabra "concluir". La carta salió y debe haberla recibido el día primero de mes. Ahora, ved cómo han pasado las cosas, porque el programa había sido meditado, discutido y definitivamente acordado entre nosotros tres antes de tener que emprender la fuga a consecuencia del asesinato de los esposas Christiani. El señor Valcresson tiene costumbres muy metódicas; todo el día lo consagra a trabajo y de noche, después de comer, descansa, recorriendo los diarios, fumando un cigarro y tomando un grog, qué le prepara su fiel doméstico Carlos Durand. Este Carlos, una especie de aventurero que un día cayó en poder de una tribu de pieles rojas, en donde por de pronto tuvo el sentimiento de ser "escalpado" y pasó algunos años en la tribu, donde lo iniciaron en el secreto de ciertos venenos tanto más peligrosos cuanto que no dejaban rastro de ninguna especie. Había uno, entre otros, que producía exactamente los mismos efectos que la apoplejía fulminante.

Este es el que mereció los honores de nuestra elección, se convino en que Carlos lo emplearía tan pronto como recibiría la orden de "concluir". Como se comprende, esta orden sólo deberíamos enviarla, el día en que uno y otro fuésemos copartícipes, a cualquier título, en la herencia de Valcresson. Nuestro primer cuidado al llegar a París, fué de consiguiente, ponernos en busca de la familia de este nombre, con el objeto de enterarnos de su posición y de penetrar en los secretos de cada uno de sus mimbros, a fin de sacar partido de ellos. Ahí tenéis la clave del misterio que hizo encontrarnos juntos en el caso de la condesa de Sanabria, casualidad feliz para ésta, puesto que sin mí, hoy estaría enterrada en el fondo del sótano de los cónyuges Claudio. En seguida nuestra atención se fijó en otras dos familias, los Taureins y los Mauvillars, estos en vista de Tatiana, futura heredera de Pedro Valcresson, porque para mí no tenía otra cosa hasta el día en que la vi en el baile dado por su tío; los Taureins con la esperanza de una catástrofe, acarreada por las relaciones del marido con Nanina, la Rubia, criatura espantosa de la que todo se podía esperar, y que, por el cebo de la fortuna era capaz de llegar a todo hasta la complicidad en un crimen, ya dispuesto y tan hábilmente combinado que al suprimir a Taureins, se hacían recaer todas las sospechas en su mujer misma que en adelante, quedaría enteramente a nuestra discreción y no hubiera podido negar su mano a mi compañero Mac Field.

El usurero estuvo escuchando a sir Ralph con un estupor que llegó muy pronto hasta la estupidez.

Aquel montón de crímenes, de monstruosas combinaciones aglomeradas, entrelazadas la una a la otra, le producía el efecto de una espantosa pesadilla, y al ver las miradas idiotizadas que dirigía a todas partes, se hubiera dicho que su razón se empezaba a extraviar.

—¡Pero todo eso es horrible, — exclamó por todo esto es sobrepujado por dramas horrendamente, — todo eso es asqueroso y repulsivo!

—No digo que no, — repuso sir Ralph, — pero todo esto es sobrepujado por dramas horripilantes que se titulan: uno "La condesa de Sanabria", otro, "Luisa Prevot y la pequeña Juanita"; y el autor de estos dramas me parece que lo conocéis bien, señor Badoir.

El usurero inclinó la cabeza.

—Continúo, — dijo sir Ralph. — Uno de los dos negocios que habíamos combinado y que debía asegurarnos a cada uno una parte de la herencia de Valcresson, el negocio Taureins, ha fracasado, al menos por el momento, a consecuencia de la traición de un individuo, con quien contábamos y que todo lo ha trastornado por una loca pasión que le había inspirado la señora Taureins.

Es un alemán llamado Goézmann, muy fino, muy astuto, a quien el amor ha vuelto imbécil y que, en lugar de favores, ha recibido en la cara dos tremendos latigazos que lo han desfigurado para siempre. Este castigo le fué infligido por un hombre de quien os he hablado ya, el señor Portal, nuestro enemigo común.

—Nunca tuve que hacer con ese hombre, — dijo el señor Badoir, — no veo por qué...

—¿Lo hallaríais en vuestro camino? Sin embargo, lo vais a encontrar, no os quede la menor duda. El es quien sorprendió el complot urdido contra la señora Taureins por Nanina la Rubia y su propio marido; él es quien salvó a Valentina de un suplicio que para una naturaleza fina y delicada como la suya, era cien veces peor que la muerte, y tengo motivos para sospechar que se halle al corriente del asunto de Sanabria .Afortunadamente, por ese lado están muy bien tomadas todas nuestras precauciones; tengo a la condesa aplastada bajo un conjunto de pruebas que la ponen tan absolutamente a mi discreción, que desafío a quien quiera que sea a que me la arranque de las garras. Pero, volvamos a nuestro propósito; decía pues, que de dos negocios, hay uno que momentáneamente nos escapa, porque lo volveremos a emprender de nuevo, y no desespero de ver algún día, muy pronto tal vez, a la señora Taureins llevando el hermoso apellido de Mac Field; pero, en cuanto al otro negocio, o sea a mi casamiento con la señorita Tatiana Valcresson, está en buen camino, estoy seguro del éxito y desde el día en que tuve la certidumbre de figurar pronto entre los herederos de Pedro Valcresson, fué que le escribí a nuestro amigo Carlos Durand que propinara en fin a su patrón el veneno apoplético de que os he hablado y que a la hora presente debe haber hecho ya su efecto.

Después de un silencio prolongado, sir Ralph repuso:

—Pero esto no es todo; hay otro negocio del que nada os he hablado hasta ahora.

—¡Todavía más! — exclamó Badoir espantado.

—¡Oh! tranquilizáos; se trata de un personaje que os inspira muy poco interés.

—¿Cómo se llama?

—El señor Pontif.

—¡Pontif! ¿Qué le queréis? ¿De qué puede serviros? ¿Deseáis algo de él?

—El señor Pontif y Tatiana Valcresson representan entre los dos una parte a la futura herencia; son como cuatro millones a repartir... y que me gustaría no repartirlos.

—¿Entonces deseáis su muerte? — exclamó el usurero fuera de sí.

—¡Oh! por medios suaves, inocentes, completamente anodinos.

—¿Y cómo entendéis eso?

—Tengo pensadas primeramente una serie de pequeñas persecuciones que lo vuelvan imbécil por de pronto; y está ya tan próximo a serlo que poco trabajo costará completar la obra. Una vez idiota, irá decayendo poco a poco, y acabará por extinguirse suavemente sin apercibirse de ello siquiera. Veamos, señor Badoir, ¿hay nada más envidiable que esto, y no os parece que mis procedimientos están llenos de humanidad, comparados con el que empleasteis respecto de Juanita?

Badoir se estremeció al oir aquel nombre.

—Os lo suplico, señor, — dijo, — no me recordéis más ese horrible suceso; vos no sabéis cómo pasó, y os juro que soy menos culpable de lo que os imagináis.

—Es posible; no soy vuestro juez y no tengo ningún empeño en profundizar el asunto. En cuanto al señor Pontif, debo de-

giros que llegó a mi conocimiento una noticia que hace muy grave su caso, y me obliga a ocuparme de él en el plazo más breve posible.

—¿Qué hay, pues?

—Piensa casarse.

—¡Imposible! Tiene sesenta y siete años.

—Ya sabéis que es su idea fija y esta vez la cosa toma proporciones muy serias, porque se trata de una alumna del conservatorio que quiere un marido rico a toda costa y tan próximo a la tumba como sea posible. En cuanto a mi ejecutor de las altas obras, especialmente encargado de las consabidas persecuciones, ya lo conocéis, es Arturo, el digno hijo del matrimonio Claudio. Le alquilé un cuartito en el quinto y último piso, precisamente encima del señor Pontif. Allí está instalado desde ayer y debe haber empezado ya a "trabajar" a su vecino.

He aquí la altura en que nos hallamos. Y ahora, mi querido señor Badoir, vamos a reasumir nuestro balance.

XLII

UNA TRANSFORMACION

Esta conversación parecía poner a Badoir en un suplicio.

Después de haberse hecho culpable de los crímenes que ya conocemos, él hubiera querido borrarlos de su memoria, y tal vez hubiera llegado a creer que eran un sueño a fuerza de alejarlos de su pensamiento. Pero he aquí que en el momento mismo en que había logrado casi adormecer su conciencia, venía un hombre a sacar brutalmente del olvido en que los tenía sepultados a todos aquellos cuadros horrorosos; he aquí que se complacía en hacer desfilar ante su vista, como amenazadoras fantasmas, todas aquellas víctimas de su concupiscencia, y le sacudía el remordimiento del foddo de su alma, sacudiéndolo a rigor de sollozos y de lamentos.

Entonces, por primera vez, tuvo horror de sí mismo p se sintió helado de espanto al recordar cuanto había hecho.

De modo que con una mezcla de cólera y temor exclamó:

—¡Oh! basta sir Ralph, basta sobre este asunto.

—No, por cierto, — exclamó éste, — es necesario que yo reasuma los hechos realizados y que distribuya su parte de herencia a cada uno a proporción de los servicios prestados. Reconozcamos desde luego que esta herencia nos escapaba a todos si Luisa Prevot y su hija hubiesen vivido; porque es indudable que Pedro Valcresson habría reconocido a la una casándose con la otra, a quien habría dejado su inmensa fortuna. Sois, pues, vos, señor Badoir, quien, acarreando la locura primero, y después la desaparición en la imposibilidad de revelar nunca ni su nombre, ni su domicilio, ni ningún detalle que pudiese establecer su identidad, nos habéis conservado los millones del tío Valcresson. Ya sé yo que también he prestado un inmenso servicio a la sociedad fijando un plazo breve al reparto de esta fortuna, de la que tal vez jamás habríamos visto un cobre a no ser por el enérgico partido que me decidí a tomar; pero, en fin, es preciso que reconocer, efectivamente, que nada había que hacer y que todo estaba perdido para nosotros, sin la feliz inspiración del señor Badoir relativamente a Luisa y a la chiquilina. De manera, pues que para recompensar a nuestro digno asociado según sus méritos y la importancia del servicio prestado, propongo que una vez hecho el reparto le asignemos un millón sobre la que nos corresponda a Mac Field y a mí.

—Aprobado, — dijo Mac Field.

—¡No quiero nada! ¡no quiero nada! — exclamó Badoir, levantándose de repente poseído de una especie de vértigo.

—Comprendemos toda la generosidad de esta negativa, — repuso sir Ralph, fingiendo una admiración irónica; — pero tenemos harto arraigado el sentimiento de la justicia para no insistir en nuestra determinación.

—Vuestro sentimiento de justicia, ¡oh! ¡no me engañareis, no! — dijo el banquero; esa recompensa no tiene más objeto que establecer mi complicidad en el asesinato de Pedro Valcresson y en cuantos crímenes habéis cometido.

—Hay algo de verdad en eso que decís, señor Badoir, — replicó sir Ralph, y me es forzoso reconocer que no carecéis de perspicacia; pero observad que al obligaros por este medio a carga con una parte de responsabilidad por nuestros... actos, nosotros también tomamos una parte de los vuestros, ya que una vez constatada esta complicidad, nos hace a los tres solidarios uno de otro; y confesad que si se pudiera analizar exactamente la calidad de todas nuestras pequeñas infamias, en ese reparto forzoso toda la ventaja sería de vuestra parte. Pero me parece conocer dónde os aprieta el zapato y os lo voy a decir.

Cuando empujabais a la condesa de Sanabria hacia la trampa de la caverna de la calle de Vanves; cuando echabáis a la pequeña Juanita en manos de la mujer de Claudio, para que hiciera con ella lo que sabéis, no teníais más que un sólo cómplice, que estaba interesado, como vos en guardar el secreto, y que, una vez desligado del asunto por vos, mediante una pequeña renta vitalicia, os dejaba tranquilo y gozando en paz, sin molestias ni inquietudes del fruto de vuestros trabajos. Entonces, por poco que hubierais tenido los instintos algo bucólicos, y que participaseis del bien sabido gusto de las gentes virtuosas para la salida del sol, o hubierais retirado en alguna espléndida casa de campo adornada con un hermoso parque de árboles seculares; y allí hubierais pasado tranquilamente el resto de vuestros días, tan sereno, tan completamente feliz y tan bien rodeado de la estima y consideración generales, que vos mismo hubierais acabado por creer en vuestros merecimientos y por considerar el paso como un sueño. Tal era la suave y cómoda existencia que os habríais preparado; tal es el encantador y confortable edificio que habríais construído con las lágrimas, la desesperación, las torturas, la muerte de algunas víctimas sacrificadas a vuestra felicidad, y preciso es convenir en que era muy seductor. Mas, ¡ay! aparecemos nosotros, venimos a mezclarnos en vuestros negocios y con un

soplo dispersamos a los cuatro vientos ese precioso oasis que edificabais en sueño.

En vez de un cómplice subalterno, sumiso, humilde, fácil de relegar a algún rincón por medio de un pequeño sacrificio, os encontrabáis asociado, ligado indisolublemente, a dos hombres resueltos, determinados, marchando siempre adelante, arrastrándoos en pos de sí, de agrado o por fuerzado, en la vía siniestra ya recorrida, y bien decididos a no detenerse sino el día en que alcanzarán el fin ya marcado en el libro del Destino: ¡o la fortuna o el cadalso!

A esta última paalbra, el banquero se paró de un brinco, lanzándose al extremo opuesto de la pieza, presa de un vértigo que hacía chocar sus dientes y temblar sus miembros, y arrimándose a la pared con la vista extraviada y las facciones descompuestas:

—¡No! ¡No! — exclamó con voz ahogada; — ¡no quiero, no quiero seguiros, no quiero complicidad, no quiero nada, renuncio a mis derechos, tomadlo todo!

Y encogiéndose de pronto en sí mismo, como se hubiera querido desaparecer completamente, se metió la cara entre las manos, para escapar de la visión espantosa que acababan de hacer brillar tan inopinadamente delante de su imaginación. Y repetía en el colmo del terror:

—No quiero nada ¡dejadme, dejadme! no quiero nada.

Sir Ralph se lo miró un momento con una piedad despreciativa.

Al cabo de un rato repuso:

—Pero nosotros, señor Badoir, somos cómplices leales, no somos gente capaz de romper una asociación contraída libremente por todos, en el mismo momento en que va a producir sus resultados. No, no; vos nos habeis juzgado mal si no creisteis capaces de semejante indelicadeza; respetaremos hasta el fin el contrato que nos une, partiremos con vos lo que habremos ganado con vuestro concurso tan activo e inteligente, y el reparto será igual, excepto la prima de un millón que nos acordaremos Mac Field y yo, y que tan bien haber merecido.

Badoir quedó como fulminado.

Por fin levantó la cabeza y dirigiendo a sir Ralph una mirada en la cual se hubiera creído ver los reflejos pálidos de la agonía:

—Oídme, — dijo, — ya os acabo de decir que renuncio a todo, que nada quiero de la herencia de Valcresson; pues bien...

Y se pasó la mano por la frente como si le escapasen las ideas.

—Pues bien, oídme — continuó; — os abandono hasta mi parte, lo que me corresponde a mí legalmente, y sólo os pido en cambio que rompamos nuestras sociedad, y me devolvais mi libertad; nada más. No podeis rechazar esta proposición, puesto que todas las ventajas están de vuestra parte, ¿no es verdad?

Sir Ralph tuvo el cruel placer de hacer esperar su respuesta al banquero, que le clavaba una mirada llena de ansiedad.

—Mi querido señor Badoir, — le dijo por fin, — nosotros no podemos aceptar esta oferta generosa, y vais a comprender el por qué.

—¿Rehusais, rehusais?? — exclamó el usurero con la expresión más desesperada.

Luego, saliendo del rincón en que estaba arrimado y lanzándose de repente sobre sir Ralph que se puso en guardia, creyéndolo atacado de locura.

—¡Oídme, oídme! — balbuceó con voz estridente, entrecortada y que el temblor continuo de su quijada hacía casi ininteligible; tengo otra proposición que haceros, y esta es imposible que no la acepteis.

—Veamos, eso, — dijo sir Ralph friamente y con calma.

—Pues bien; oíd: las más hábiles combinaciones fracasan a veces, y lo mismo puede suceder con esta que debe entregarnos los millones de Valcresson. Pues bien, devolvedme mi libertad y además de todos mis derechos sobre esa fortuna eventual, os daré las tres cuartas partes de la mía, es decir, un millón.

Y con la vista ardientemente fija en sir Ralph, esperó su respuesta con tanta zozobra como si se tratase de una sentencia de vida o de muerte.

XLIII

UNA VIA PELIGROSA

Sir Ralph empezó con una carcajada.

—Pardiez, señor Badoir, — dijo por fin. — es preciso confesar que estais dando en este momento un espectáculo curioso. Hace diez añose que estais empollando la herencia de vuestro pariente y amigo Pedro Valcresson; hace diez años que amontonais crímenes sobre crímenes, atrocidades sobre atrocidades, para alcanzar este objeto, que ha llegado a ser vuestra idea fija, y en el momento de realizar este sueño, por tanto tiempo y tan ardientemente perseguido; cuando por un azar inaudito, inesperado, el hombre cuya fortuna codiciais muere de repente, en lugar de hacérosla esperar diez años todavía, como debíais temerlo, renunciais bruscamente a esta herencia! Y no es esto todo. No solamente no quereis tocar un cobre de estos millones que os causaban vértigos, sino que de la noche a la mañana llevais vuestro desprendimiento de las riquezas hasta querer despojaros de casi toda vuestra fortuna, fortuna adquirida poco a poco, pacientemente, a rigor de tiempo y de trabajo, de economía, de usura y de privaciones. ¡Vamos hombre! Esto es una cosa rara, confesadlo, señor Badoir!

—Ya os lo he dicho, — repuso este último; — no hay sacrificio que yo no haga para recobrar mi libertad, para romper la asociación que nos liga, a fin de dejaros, además de todos mis derechos a la herencia de Valcresson, toda la responsabilidad de lo que ha sido hecho en vista de esa fortuna. Os lo suplico, sir Ralph, no rechaceis mi proposición, y si esto no basta todavía, ¡y bien! tomadlo todo y dejadme sólo cinco o seis mil libras de renta con que vivir ignorado en algún rincón.

—Lo siento señor Badoir, — repuso sir Ralph, — pero no puedo acceder a vuestra demanda.

A esta respuesta el señor Badoir vaciló y se apoyó en un mueble, como atacado de un alucinamiento.

—Comprendo, — murmuró, — quereis perderme.

—De ninguna manera, y voy a explicaros el motivo de mi resolución. Yo cuento con ser marido de Tatiana antes de tres semanas y no es fácil que se reciba antes de ese tiempo la noticia de la muerte Valcresson. Pero supongamos por un instante que yo venga a fracasar en la combinación que tengo pensada para obligar a la joven a concederme su mano, suposición que considero de todo punto inverosímil, desde hace algunos días sobre todo, pero que siempre es prudente admitir; ¿qué títulos tendríamos entonces para ir a reclamar algo de esa herencia, que es obra nuestra, puesto que sin nosotros, os lo repito, se hubiera podido estar esperando todavía por diez, veinte y hasta por treinta años, es decir, hasta la muerte inclusive de todos los coherederos No tendríamos que hacer más que cruzarnos de brazos y mirar a los demás cómo se repartían una fortuna que nosotros habríamos puesto en sus manos arriesgando nuestra cabeza. Vos, por el contrario, vos podríais hacer valer valerosamente vuestros derechos y abogar, en caso necesario y recoger, en gran parte al menos, todo cuanto nosotros habríamos sembrado; bien comprendeis, pues, que está en nuestro absoluto interés conservaros como socio y dejaros vuestra parte de responsabilidad como estimulante.

Pero todavía tengo otro motivo para guardaros entre nosotros.

—¿Cuál es? — preguntó inquieto el banquero.

—Calculando siempre las probabilidades de un fracaso cerca de Tatiana, quiero teneros aquí, a mano, para encargaros de decidir a la joven que me acepte como marido. Recordad bien esto, señor Badoir, necesito a Tatiana, primero, porque la amo, y luego, porque este matrimonio es una prenda de seguridad contra las persecuciones a que estamos continuamente expuestos, Mac-Field y yo, y cuyas consecuencias serían la deshonra de la familia Mauvillars, y vuestra pérdida, señor Badoir; porque, es preciso que lo sepais bien para vuestro gobierno: el día en que nosotros cayésemos en manos de la justicia, el día en que nuestra cabeza estuviese en peligro, no titubearíamos un solo instante en arrastraros con nosotros al abismo.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

JUGADOR

—Chico, qué fastidio. Hoy no doy una. Cualquiera diría que no he jugado nunca...
—¡Ah! ¿Pero habías jugado otras veces?

Se han elevado globitos que llevaban instrumentos automáticos para registrar las condiciones de la atmósfera hasta una altura de treinta kilómetros; a esa altura estallaron y los instrumentos, con sus anotaciones, descendieron mediante un paracaídas, sin estropearse.

Una nueva invención francesa puede hacer que una mujer de cincuenta años tenga el rostro como una de quince. La piel de la cara es estirada mediante un procedimiento que hace desaparecer por completo todas las arrugas.

EL DIARIO

Av. de Mayo 662 - Bs. Aires

REGALA CADA JUEVES

INTERESANTES FIGURINES EN COLORES DE LOS MODELOS DE ULTIMA MODA.

REMITA EL CUPON A

EL DIARIO

y recibirá a vuelta de correo los figurines que le interesan.

Señor Administrador de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C.

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:
1 año, $ 5.-; 6 meses $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

COMPRE "PUCKY" y GANE $ 10.--

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Junio 15
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 246

Lea

El suicidio y la sociedad

EN ESTE NÚMERO

DIA DE FRIO CERQUITA DEL POLO NORTE

—¡No sabes la rabia que me da imaginar que mi difunta suegra, con lo mala que era, estará ahora tan calentita en el infierno!

SUMARIO

EL SUICIDIO Y LA SOCIEDAD

Una intensa y vibrante novela breve, traducida del inglés especialmente para este magazine.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUR

Varios de los más interesantes relatos del gran autor Jack London.

TARZÁN DE LOS MONOS

Continuación de la más estupenda y original novela de nuestra época.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Prosecución de la notable novela de Guy Thorne, traducida expresamente para el presente magazine.

LA DEAMBULOGRÁFIA

Los principios de una ciencia nueva explicados con dibujos adecuados a la misma por un sabio francés que guarda el incógnito. Algo sumamente interesante y original.

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en color de historietas y chacarrillos de diversos orígenes, pero todos divertidos y amenos.

ROCAMBOLE

Sigue la publicación de la notabilísima novela, de fama mundial, que tanto ha gustado a los lectores de este magazine.

EN LAS PAGINAS 34 Y 35

Vea la quinta y última serie de letras de las que debe usted elegir cinco para formar la palabra que le dará derecho al premio de

DIEZ PESOS

Este juego pone esta suma al alcance de todos los lectores asiduos de "Pucky". No hay razón alguna para que usted no la gane. Junte las letras.

No puede tomar parte en este concurso ninguna persona empleada en "Pucky", "Tit-Bits" o "El Diario" o relacionadas con ellas.

No se entra en correspondencia ni se da, sobre este concurso, más explicaciones que las publicadas por el aviso correspondiente.

Vd. está intoxicado

porque no mueve bien su vientre. Los purgantes lo alivian momentáneamente, pero aumentan su intoxicación, porque irritan sus mucosas gastro - intestinales y las hacen más permeables a las toxinas.

La UVALINA BIOL

NO ES PURGANTE - ni contiene sustancias tóxicas. Está preparada con uva y lubrificantes. Es como el aceite y el combustible para la máquina nueva. Suaviza e impide la absorción de las toxinas. Desinfecta y descongestiona.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

PRECAVIDO

—¡Mamá, que te has olvidado de comprarnos los caramelos para cuando lloremos en el paseo!

El Suicidio y la Sociedad

Por WILLIAM CAINE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Mr. Whymper bajó su revólver.

—No, — dijo en voz alta, — no puedo hacerlo, o, por lo menos, no puedo hacerlo esta noche. Soy el esclavo miserable de un instinto brutal. Mi razón, la única parte de mi mismo, por la que no siento un odio profundo, me convence de que la vida es un fraude y una miseria; pero, al mismo tiempo me dice que no debo apretar el gatillo de este revólver. Como filósofo, serio y pesimistas, con la desagradable posibilidad de tener que llevar esta existencia miserable durante cuarenta o cincuenta años más, siento realmente piedad de mi mismo. Esta noche, empero, no puedo levantarme la tapa de los sesos. Será mejor que vaya a cenar opíparamente, de modo que mañana tenga más fuerza para llevar a cabo mi propósito. En todo caso, bien vale la pena hacer la prueba.

Mr. Whymper tomó su sombrero, informó a su mayordomo de que no regresaba para cenar, salió de su departamento y se encaminó a su restaurant favorito.

El maitre d'hotel le saludó con una reverencia, como testimonio de la admiración que sentía por el distinguido y cotidiano cliente, y, poco tiempo después, Mr. Whymper hallábase sentado en su rincó favorito, con una serie de delicados manjares a su alcance.

Una copa de whisky con soda, y una buena cantidad de chartrense hallábase también sobre la mesa.

... ...

En la mesa contigua a la que ocupaba Mr. Whymper hallábase sentado un caballero de ya alguna edad, vestido con un traje de color púrpura, y que en esos momentos se hallaba sumamente atareado en leer el diario de la noche a través de sus grandes anteojos mientras que, subconscientemente iba comiendo una docena de ostras despusé de otra. Mr. Whymper sintióse fascinado por el apetito tan descomunal, olvidando al punto los manjares que estaban en su propia mesa, para dedicarse, por completo, a mirar al desconocido.

Mientras Mr. Whymper se hallaba abstraído en la observación de su vecino, éste, que había terminado la vigésimacuarta y última docena de ostras, lo miró interrogante. En ese momento, el mozo trajó al futuro suicida una fuente, conteniendo un apetitoso asado.

—Discúlpeme, señor — díjole su vecino, — si me dirijo a usted, sin tener el gus-

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 41 de este número

to de conocerle; pero es que quiero felicitarle sinceramente por su disposición para comer semejante cantidad de alimentos. A su edad yo también comía mucho; pero creo que, ante un menú como el suyo, no hubiera tenido el valor de decidirme. Hoy realmente un verdadero arte de combinación, en la selección de ese menú. Debe usted tener un estómago a toda prueba.

—No lo crea, — dijo Mr. Whymper, — no soy un ser extraordinario, ni puedo decir que mi estómago sea realmente fuerte. Por el contrario, a menudo me siento mal, pero, de todos modos, no me importa, pues mañana mismo, si me permite la metáfora, estaré en el Reino de las Hadas.

—Disculpe usted mi curiosidad de anciano; pero en ese caso...

—¿Me quiere preguntar usted por qué motivo como hoy, entonces, tan opíparamente. Pues no tengo ningún inconveniente en decírselo. Sólo quiero estar mañana en un estado de ánimo tal que pueda llevar a cabo mi propia destrucción, lo que constituye mi más sincero deseo, porque ha de saber usted que está hablando con un filósofo serio y pesimista.

—Ah, — dijo el anciano, — ya comprendo. A igual de tantos otros muchachos, de nuestra juventud adinerada moderna y degenerada, usted ha llegado a odiar la vida; pero cuando llega el momento de quitársela, le falta el valor necesario. No es verdad?

—Sí, — dijo Mr. Whymper.

—Ya me parecía. Bueno, creo que usted, lo mismo que yo, no creerá en la Providencia...

—Ni que hablar.

—Sin embargo, — continuó su vecino, — en este encuentro puede usted ver uno de esos ejemplos, que parecían confirmar la existencia y el poder de la Providencia. Permítame que le dé mi tarjeta y comprenderá usted perfectamente lo que he querido decirle.

El anciano, con estas palabras, entregó a Mr. Whymper una tarjeta de visita en la que podía leerse esta inscripción:

Dr. GREATOREX

Director Gerente de la Sociedad de Ayuda a los Suicidas

Plaza Portland 704.
Consultas de 10.30 a 17.

—¿Qué me dice usted de eso? — dijo el anciano, mientras se reclinaba en su butaca, encendiendo un gran cigarro.

—Que se trata de una extraordinaria coincidencia, — dijo Mr. Whymper, — por más que no veo en ella, por cierto, una demostración de la existencia de la Providencia.

—Bueno, no importa, — dijo el doctor,— no vale la pena perder el tiempo en discusiones, que, sin duda, resultarán inútiles. Hablemos de negocios. Usted quiere morir y no tiene el valor necesario para matarse, ¿verdad? Pues bien, mi compañía se encarga, precisamente, de esas cosas, entendiéndose que usted debe abonar ciertos honorarios. Estoy seguro que usted apreciará las ventajas que le brinda nuestra organización. Pero este no es el lugar apropiado para estas conversaciones. Ya han terminado mis tareas de hoy, y no quiero haer otra cosa que descansar. Mañana por la mañana, empero, a las once y media, le espero en mi oficina, para hablar claramente del asunto, siempre que la cena de esta noche no se encargue de cumplir esta misma noche sus deseos. Una entrevista conmigo no le trae a usted ningún compromiso. Nuestros clientes están absolutamente seguros antes de haber pagado sus honorarios. Pero en el caso que venga usted a verme, le aconsejo que traiga su talonario de cheques, pues no me cabe la menor duda que llegaremos a un acuerdo. Puedo esperarle a las once y media, siempre que...?

—Sí, — dijo firmemente Mr. Whymper.

* * * *

Mr. Whymper acudió a la oficina del doctor Greatorex con la puntualidad de un cronómetro. El anciano le recibió con suma amabilidad; pero su aspecto había variado un tanto. El hombre de negocios había reemplazado por completo, al anciano genial que Mr. Whymper conociera la víspera.

—Ya veo que tiene usted aun el propósito de quitarse la vida, — dijo el doctor Greatorex, — y que la comida de anoche no logró cortar su existencia.

—Tiene usted razón, — dijo Mr. Whymper, — no he podido resolverme aun a cortar mi vida. Sufrí atrozmente; pero, por suerte, pude sobrellevar mis tormentos y ahora me encuentro bastante aliviado. Sin embargo, aun tengo el propósito de morir. Como soy un ser racional, no tengo motivos para seguir viviendo y, por eso, confío en su sociedad, para treminar de una vez.

—Perfectamente, — dijo el doctor, — tome asiento y en pocas palabras le explicaré nuestros métodos.

Mr. Whymper obedeció la orden.

—Vea, caballero, — dijo el doctor Greatorex, — todos sabemos que algún día hemos de morir, pero ese conocimiento no nos tortura el alma, por la sencilla razón de que no sabemos cuándo nos llegará el día. En cambio, puedo citarle, por ejemplo, el caso de los condenados a muerte, los que, como usted sabe, sufren horriblemente, llegando solamente al día de la ejecución, sin estar locos, por mediar muy poco tiempo entre el día de la sentencia y el de la ejecución. Nuestra sociedad se funda precisamente en ese razonamiento. Cuando un cliente acude a nosotros, le aseguramos la muerte; pero sin fijarle ninguna fecha, sino que, por ejemplo, establecemos un plazo determinado, como ser de seis meses, en que el cliente va a morir. Por lo tanto, Mr. Whymper, lo único que usted debe hacer es extendernos un cheque al portador por mil libras esterlinas, y, de hecho, nos comprometemos a sacarlo a usted de este mundo, antes de haber transcurrido seis meses, pudiendo ello ser dentro de diez minutos, lo mismo que el último día del plazo fijado. Ello tiene para usted la ventaja de darle la seguridad de que

sus tormentos no han de durar más de seis meses, al mismo tiempo que le brinda una tranquilidad absoluta, por no conocer la hora exacta en que ha de terminar su vida. Para llevar a cabo nuestros compromisos, disponemos de un personal competente, que podría llamarse "cuerpo de asesinos" y que desempeñan los cargos más diversos. Muchos de los accidentes de tráfico, que figuran diariamente en las crónicas rojas de los grandes rotativos, son, en verdad, ocasionados por nuestra sociedad.

—Pero no inician ustedes sus trabajos antes de haber hecho efectivo mi cheque, ¿verdad?

—Eso no puedo decírselo, señor, porque en muchos casos confiamos ciegamente en la firma de nuestros clientes. En cambio, si usted resuelve anular el convenio, no tiene más que venir a quí a verme, y de inmediato daré las órdenes pertinentes a mi personal y entendiéndose sin embargo que no tiene usted en ese caso derecho ninguno a reclamos. ¿Está usted conforme?

—Sí, — dijo Mr. Whymper resueltamente, mientras sacaba su talonario de cheques, entregándole luego al doctor Gveatorex.

Pocos minutos después, completamente aliviado, Mr. Whymper salió de la oficina del doctor Greatarex, dirigiéndose a una plaza pública y tomando asiento en un banco.

En un momento, en una de las calles vecinas al parque, reventó el neumático de un camión, haciendo un ruido semejate al de un tiro. Mr. Whymper saltó sobre el banco, creyendo que había llegado su último momento. Como un loco, echó a correr por el parque., tardando casi un cuarto de hora en convencerse de que no se trataba de un atentado contra su vida, a la que, recién en ese momento, empezó a apreciar en todo su valor

Completamente extraviado, Mr. Whymper acertó solamente a entrar en un café, pidiendo al mozo un aperitivo.

El nombrado dirigióse al mostrador, donde otro empleado comenzó a preparar inmediatamente la bebida solicitada.

Mr. Whymper siguióle con la mirada, pensando en el "cuerpo de asesinos", de que le había hablado el doctor Gveatorex. ¿Y sí ese hombre pertenecía también al mencionado cuerpo?

Mr. Whymper no esperó más tiempo. En la duda de que el hombre pudiera mezclar algún veneno en la bebida, el suicida decidido no esperó siquiera que el cocktail llegara a su mesa, levantándose repentinamente y saliendo del café apresuradamente, no sin antes dejar abonado el aperitivo.

Los que en ese momento estaban en el café miraron extrañados al excéntrico individuo, quien, sin mirar a nadie ,cruzó la ancha avenida, faltándole sólo muy poco para ser alcanzado por un camión, cuyo conductor se vió obligado a hacer una brusca maniobra.

Mr. Whymper no se preocupó por el hombre, decidiendo, en cambio, y considerando lo sucedido como una nueva tentiva contra su vida, de ir al punto a casa del doctor Greatorex, con el fin de rogarle la suspensión de la orden.

Con ese motivo tomó la calle de Portland, dirigiéndose hacia el número 704.

Lea
PUCKY
todos los viernes

En el camino, vió que un hombre, llevando sobre la cabeza un enorme vidrio, dirigíase en sentido contrario, al suyo, y de inmediato, creyó que se trataba de otro agente del doctor Greatorex, que tenía intención de guillotinarlo.

Fué tal el gesto de terror d eMr Whymper, que el hombre del vidrio se atemorizó, dejando caer su delicada carga.

Mr. Whymper, creyendo que el doctor en cuestión había rodeado su domicilio con una guardia, con el fin de impedir su llegada al número 704, decidió, al punto, entrar en una peluquería con objeto de hacerse afeitar la barba, y cambiar así de aspecto.

El barbero preparó el jabón y lo aplicó a su rostro, comenzando de inmediato a asentar la navaja.

En ese preciso momento, Mr. Whymper recordó que había puesto su vida en manos de ese hombre, que quizá era también un miembro del "cuerpo de asesinos", y como en las ocasiones anteriores, salió apresuradamente de la peluquería, sin preocuparse del jabón que cubría su barba.

El peluquero lanzó una exclamación de asombro, y los transeuntes, creyendo que ese hombre estaba loco, llamaron la atención del agente de policía apostado en la esquina próxima.

Pero el representante de la autoridad no tuvo tiempo de intervenir, porque Mr. Whymper tomó de inmediato un automóvil de alquiler, haciéndose conducir al número 704.

Una vez llegado a la casa del doctor Gveatorex, entró apresuradamente en el despacho de éste.

—Doctor, — dijo, — vengo a anular nuestro convenio. ¿Puedo considerarme seguro ahora?

—Perfectamente.

—¿Y las mil libras esterlinas ?

—Ya las he cobrado, gracias.

—¿Y el "Cuerpo de asesinos"?

—No existe, señor.

—Entonces, usted es un estafador vulgar. ¿Cómo es posible que no lo hayan denunciado aun a la policía?

—Porque todos mis clientes se han portado como usted... y creo que no ha ntenido el tiempo suficiente, ni las pruebas para hacerlo. Negocio es negocio, compañero, y dé gracias al cielo que le he sacado a usted la tarea de suicidarse, como se lo había prometido.

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

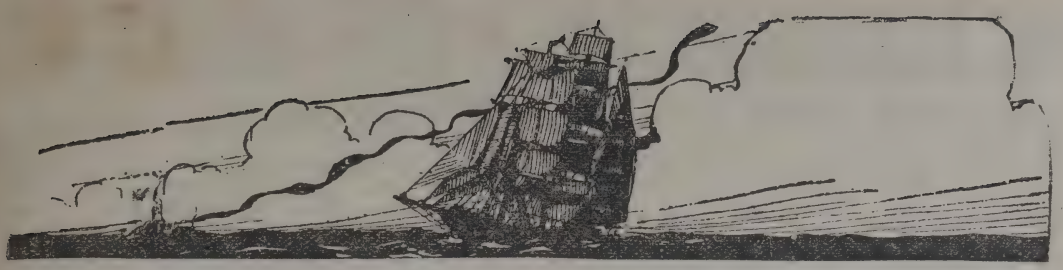
AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.



CUENTOS
DE LOS
MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

La casa de Mapuhi

A pesar de la vulgaridad de su líneas, la "Aorai" maniobra muy bien con la ligera brisa, y su capitán la manejaba a satisfacción, dirigiéndola hacia la playa. Hikueru tenía una dársena natural de poca profundidad, un círculo de arena color coral de unas cien yardas de anchura, veinte millas de circunferencia rodeando la isla y de tres a cinco pies de profundidad. En el fondo de esta enorme laguna había muchas ostras perlíferas, y desde el puente de la goleta se podía ver muy bien cómo los buzos trabajaban bajo el agua. La laguna no tenía entrada ni para una goleta mercante. Con brisa favorable, los barcos de poco calado podían entrar sorteando las tortuosidades del canal, pero las goletas tenían que quedarse fuera y mandar sus pequeños botes.

La "Aorai" destacó con rapidez una de sus lanchas, en la que iban remando seis marineros de tez bronceada, vestidos con una especie de bañador rojo. En la popa de la barca iba un joven luciendo el clásico traje blanco de los europeos, pero no era europeo; el tono dorado de su piel y sus pómulos algo salientes delataban al indígena de la Polinesia, a pesar de sus brillantes ojos azules. Se llamaba Raúl, Alejandro Raúl, hijo menor de María Raúl, riquísima mujer semieuropea, dueña de media docena de goletas como la "Aorai".

Al extremo del banco de coralinas arenas, cubiertas de espuma por las olas, la lancha se abrió paso hacia el lago tranquilo que circundaba la isla, semejando un espejo. El joven Raúl saltó sobre la fina arena y dió un apretón de manos a un indígena alto, de pecho y hombros magníficos; pero el muñón de su brazo derecho, del que se percibía un hueso blanco por el tiempo y desprovisto de carne, denotaba bien a las claras que un encuentro con un tiburón había puesto fin a sus días de intrépido buscador, convirtiéndole en un intrigante mediador de favores de menor cuantía.

—¿Se ha enterado usted, Alec? — fueron sus primeras palabras.—Mapuhi ha encontrado una perla. ¡Qué perla! Nunca se ha visto una así en Higueru, ni en todo el Paumotus, ni en el mundo entero; cómpresela, la tiene todavía; y acuérdese de que he sido yo quien le ha dado la primera noticia; es un loco, y la podría usted obtener barata... ¿Tiene usted tabaco?

Cruzando la playa, Raúl se dirigió a una choza que bajo unos árboles había al otro extremo. Era el sobrecargo de la goleta, y su misión consistía en acaparar cuantas perlas, nácar y productos indígenas valieran la pena en todo el Paumotus. Muy joven, este era el segundo viaje que efectuaba, y sufría interiormente por su inexperiencia en tsar el valor de las perlas.

Cuando Mapuhi le enseñó la perla, tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su sorpresa y adquirir una expresión de indiferencia comercial. La perla le causó asombro; era del tamaño de un huevo de paloma, perfectamente redonda, de una blancura tal, que tenía reflejos opalescentes de todos colores; parecía que estaba viva; nunca había visto cosa parecida. Cuando Mapuhi la dejó caer en sus

manos, se quedó sorprendido de su peso; éste demostraba que era una gran perla; la examinó con detención ayudándose con una lupa de bolsillo. No tenía defectos, era de una pureza sin igual, y en la sombra aparecía luminosa como luz de luna, tan translúcida, que cuando la echó en un vaso de agua le costó trabajo encontrarla, por lo rápida y vertical que cayó al fondo, lo cual le convenció de que su peso era excelente.

—Bien, ¿qué es lo que quieres por ella? — preguntó con estudiado aire de indiferencia.

—Quiero... — empezó diciendo Mapuhi, al que servían de marco y coro las bronceadas cabezas de dos mujeres y una muchacha que ocupaban con él la choza y hacían gestos de asentimiento cuando hablaba — quiero una casa — continuó Mapuhí, — y tendrá un techo de hierro galvanizado y un gran reloj de péndulo; deberá tener un patio alrededor, un cuarto muy grande en el centro; con una mesa redonda en medio, y el reloj en la pared; tendrá cuatro alcobas, dos a cada lado del cuarto grande, y en cada una de ellas una cama de hierro, dos sillas y un lavabo. En la parte de atrás estará la cocina, con cacerolas, cacharros y un horno, y quiero que me haga usted mi casa en mi isla, que es Fakarava.

—¿Eso es todo? — preguntó Raúl con incredulidad.

—También debe haber una máquina de coser — dijo Tefara, mujer de Mapuhí.

—Y que no se olvide del reloj — añadió Nauri, madre de Mapuhí.

El joven Raúl se echó a reir de un modo estrepitoso, pero mientras reía, calculaba mentalmente. El nunca había edificado una casa, y las nociones que tenía respecto a la construcción eran muy vagas; pero podía calcular el coste del arrastre de materiales de Taití, el valor de los mismos, lo que costaría el desembarco, y construirla; sería aproximadamente cuatro mil dólares, los cuales equivalían a unos veinte mil francos. Era imposible. ¿Cómo iba él a calcular el valor de una perla?... ¡Veinte mil francos parecían muchos francos, y... además, procedían de su madre!

—¡Mapuhí, — dijo, — eres un perfecto idiota! Ponle un precio en dinero.

Pero Mapuhi movió negativamente la cabeza, y a éste le acompañaron con igual gesto toda la familia.

—Quiero la casa, y ha de tener un patio que la rodee...

—Sí, sí — interrumpió Raúl, — ya sé todo lo referente a su casa, pero yo no puedo; te doy mil dólares.

Los cuatro movieron la cabeza y corearon una negativa.

—Quiero la casa.

—¿Pero para qué quieres la casa — le preguntó Raúl, — si al primer huracán que venga te quedarás sin ella? Ya debías saberlo; el capitán Raffy dice que se aproxima uno.

—No en Fakarava — dijo Mapuhi; — allí la tierra es mucho más alta; en esta isla cualquier huracán puede barrer Hikueru; pero yo tendré mi casa en Fakarava y tendrá un patio rodeándola...

Raúl tuvo que escuchar otra vez la historia de la casa; pasó varias horas intentando alejar de Mapuhi la idea obsesionante de la casa; pero su mujer y su madre, junto con su hija, le incitaban para que no desistiera de la casa. Por la puerta abierta, y mientras escuchaba por vigésima vez pacientemente la detallada descripción de la casa, vió el segundo bote de su goleta que, separándose de ésta, se dirigía a la playa.

Los marineros permanecieron con los remos en la mano y con manifiestos deseos de volver rápidamente al barco. El piloto de la "Aorai" saltó a tierra, y después de cambiar breves palabras con el indígena de un sólo brazo, que aún permanecía en la orilla, se dirigió apresuradamente adonde estaba Raúl. El cielo se puso oscuro de repente, como si un inmenso obstáculo interceptara los rayos solares. A lo largo de la laguna, Raúl pudo ver la línea de espuma que anunciaba un fuerte vendaval que se aproximaba.

—El capitán Raffy dice que como siga usted aquí va a ir a parar a los infiernos — este fué el saludo del piloto. — Si hay alguna perla que interese para comprar, ya se tratará más tarde; el barómetro ha bajado hasta los veintinueve setenta.

Una fortísima avalancha desgajó unas palmeras y arrancó varios cocos, que cayeron con violencia sobre la tierra. La lluvia avanzaba sobre el lago, dándole un aspecto que parecía hervir. Cuando Raúl se levantó, las primeras gotas azotaban con fuerza los árboles.

—Mil dólares ahora al contado, y doscientos más cuando la vendas.

—Yo quiero una casa... — volvió a repetir el otro.

—¡Mapuhí — gritó Raúl para hacerse oir, — eres un idiota!

Salió rápidamente de la casa, acompañado del piloto, y se dirigieron apresuradamente a la playa en busca de la lancha; no la divisaron al principio, a causa de la lluvia. Una silueta apareció a través de la cortina de agua. Era Huru-Huru, el indígena de un solo brazo.

—¿Consiguió usted la perla — le gritó al oído a Raúl.

—¡Mapuhi es un idiota! — fué la contestación, y se separaron de él, yendo en dirección al bote.

Media hora después, Huru-Huru vió cómo iban las lanchas a bordo de la goleta y ésta enfilaba mar adentro. Cerca de ella apareció otra; Huru-Huru la conocía muy bien: era la "Orohena", que pertenecía al mestizo Toriki, el cual hacía los negocios por su propia cuenta, y que seguramente vendría él mismo remando en la lancha que había destacado. Huru-Huru se echó a reir; sabía que Mapuhi le debía a Toriki dinero por mercancías que éste le había dado a crédito el año anterior.

Lo tormenta había pasado, y el sol parecía quemar ahora, haciendo la atmósfera tan densísima que dificultaba la respiración.

—¿Se ha enterado usted de la novedad, Toriki? — fueron las primeras palabras de Huru-Huru. — Mapuhi ha encontrado una perla. ¡Qué perla! Nunca se ha visto una así en Hikueru, ni en todo el Paumotus, ni en el mundo entero; cómpresela, la tiene todavía; y acuérdese que he sido yo quien le ha dado la primera noticia; es un loco, y la podría obtener barata... ¿Tiene usted tabaco?

Hacia la choa de Mapuhi se encaminó Toriki; era un hombre de voluntad de hierro y nada tenía de tonto. Con aparente indiferencia miró la perla breves instantes, y con la misma tranquilidad que la vió se la echó en el bolsillo.

—Tiene suerte — le dijo. — Es una perla bonita; te concederé crédito en mis libros.

—Yo quiero una casa, — empezó a decir Mapuhi con gran alarma.

—¡Qué casa ni qué narices! — fué la respuesta del traficante. — Tú lo que quieres es pagar lo que debes, tus deudas, eso es lo que quieres; me debes mil doscientos dólares, y así en paz... ya no me debes nada; además, tienes concedido crédito por otros doscientos, y si cuando vaya a Taití la perla se vende bien, te daré crédito por otros cien dólares más, lo cual te hace un total de trescientos; pero entendido que si se vende bien, pues pudiera darse el caso de que yo perdiera dinero en el negocio.

Mapuhi dejó caer desconsoladamente sus brazos. ¡Le habían quitado la perla! ¡No había hecho más que pagar una deuda!...

—¡Eres un idiota! — fué la recriminación que tuvo que oír de su familia.

—¿Y qué iba yo a hacer? — replicaba Mapuhi. — Le debía dinero... no tenía mas remedio...

Huru-Huru, que continuaba de centinela en la plaza, vió una tercera goleta que había anclado. Era la "Hira", perteneciente a Levy, el judío alemán, el más importante de todos los negociantes de perlas de Taití, en dónde era dios y protector de los pescadores y ladrones.

—¿Sabe usted las nuevas? — le dijo Huru-Huru tan pronto como Levy descendió trabajosamente de la barca debido a su gordura. — Mapuhi ha encontrado una perla. No hay otra como ella en Hikueru, ni en Paumotus, ni en el mundo entero. Mapuhi es tonto, la ha vendido a Toriki es también tonto y se la puede usted comprar barata. Acuérdese que he sido yo quien le ha dado la primera noticia... ¿Tiene usted algo de tabaco?

—En casa del capitán Lynch, bebiendo absenta; lleva allí cerca de una hora.

Y mientras Levy y Toriki bebían absenta y discutían acerca de la perla, Huru-Huru, que estaba escuchando fuera, se enteró con gran sorpresa de que Levy le daba veinticinco mil francos por ella.

Al mismo tiempo, las dos goletas, la "Orohena" y la "Hira", empezaron a hacer disparos y señales y a hacerse a la mar apresuradamente. Los tres hombres salieron rápidamente y vieron que aparejaban con gran prisa.

—¡Bah! Ya volverán cuando la tormenta pase. Me temo que el barómetro haya descendido más aún — dijo el capitán Lynch dirigiéndose al interior de la casa.

Era de edad avanzada, con barba y cabellos blancos; estaba convencido de que con su asma no podía vivir tranquilo más que en Hikueru.

—¡Dios mío! — oyéronle exclamar; y corriendo hacia él, vieron consternados que el barómetro marcaba veintinueve veinte.

Volvieron a salir y consultaron ansiosamente el mar, que volvía a encresparse de modo alarmante, el sol se enssombreció de nuevo y la densidad de la atmósfera dificultaba la respiración. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por los rostros y principalmente por el del capitán Lynch, a quien le era casi imposible llenar sus pulmones de aire, a causa del asma que padecía.

Toriki y Levy echaron a correr hacia sus botes; este último parecía un hipopótoma poseso de terror. Cuando las lanchas llegaban cerca de los barcos, se cruzaron con la Aorai que volvía. En la popa, y animando a los remeros, iba Raúl. Obsesionado por la visión de la famosa perla, volvía para aceptar las condiciones estipuladas anteriormente por Mapuhi. Cuando estuvo en la playa, era tan densa la atmósfera producida por la vaporización de las olas que con furia chocaban entre sí, que tropezó con Huru-Huru sin verlo.

—Demasiado tarde — le gritó éste. —Mapuhi se la ha vendido a Toriki por mil cuatrocientos dólares, y Toriki se la ha vendido a Levy por veinticinco mil francos; ahora Levy la venderá en Francia por cien mil... ¿Tiene usted algo de tabaco?

Raúl notó la sensación del que se quita un peso enorme de encima; ya no tenía que preocuparse más de la perla. No creía aún de todo en lo que le había dicho Huru-Huru Es posible que Mapuhi se la hubiera vendido a Toriki por mil cuatrocientos dólares; pero que Levy, gran entendedor en cuestiones perlíferas, hubiese pagado por ella veinticinco mil francos, le parecía imposible. De todos modos, resolvió informarse por el capitán Lynch, y cuando llegó a su casa lo encontró mirando con expresión de asombro, no desprovista de miedo, el barómetro colgado en la pared.

—¿Qué lee usted ahí? — preguntó el capitán Lynch ansiosamente, mientras limpiaba con energía los critales de sus gafas.

—Veintinueve diez — dijo Raúl. — En mi vida lo he visto tan bajo.

—Ya lo creo que no — replicó gruñendo el capitán. — Llevo cincuenta años de navegación, y en mi vida he visto descender tanto el barómetro.

Salieron fuera de la casa, observaron el mar, vieron balancearse calmosamente la "Aorai" y un bote con un marinero como señal de la entrada de la rada natural que el banco de arena coralífera formaba. Muy preocupado, movía la cabeza el remero.

—Me parece que voy a tener que pasar la noche con usted, capitán, — dijo Raúl.

Y volviéndose al marinero que esperaba órdenes, le dijo que él y sus compañeros

pusieran la lancha a salvo y se proporcionaran alojamiento.

—¡Veintinueve justos! — exclamaba angustiosamente el capitán Lynch, saliendo de nuevo de la casa después de haber examinado el barómetro.

—Lo que me extraña es que esté el mar tan alborotado y no haya viento, — dijo Raúl.

—No se impaciente, muchacho, — contestó el capitán. — Dentro de poco tendrá usted más aire del que necesite para respirar el resto de su vida.

Permanecieron sentados en sus sillas; sus respiraciones se hacían penosísimas, y sobre todo el viejo capitán tenía la frente cubierta de sudor.

Un hombre y una mujer, seguidos de su prole y cargados de una colección de objetos raros que formaban abigarrado conjunto difícil de describir, llegaron adonde estaban los demás sin pronunciar palabra se sentaron en el suelo, colocando sus bártulos junto a ellos. Al cabo de unos minutos llegaron más indígenas y también se sentaron, rodeados de varias cosas que traían y que parecían restos de un hogar.

El capitán Lynch los interrogó, y entre quejas e imprecaciones dijeron que el mar se había llevado sus casas y que ellos se habían salvado viniendo allí, que era el sitio más alto de la isla.

—Unos mil cuatrocientos, entre hombres, mujeres y niños, hay en ésta isla, — dijo el capitán Lynch. — ¿Cuántos quedarán mañana? ¡Sólo Dios lo sabe!...

De repente, una ola más fuerte que las demás causó una pequeña inundación debajo de los asientos, provocando la huída de gatos y gallinas hacia el techo de la casa del capitán. Parecía que ante el peligro común habían pospuesto estos animales sus instintos.

—Veintiocho sesenta, — decía Lynch, volviendo de inspeccionar el barómetro.

Traía consigo un rollo de cuerda, del que cortó dos trozos, dió uno a Raúl, quedóse otro, y repartió pequeños pedazos entre los allí congregados, recomendándoles que subieran a los árboles cercanos y se ataran a sus ramas. Una ligera brisa del Nordeste empezó a soplar, reanimando a Raúl, Este pudo observar que su goleta, la Aorai, aprovechaba la brisa y se hacía mar adentro. Sintió con todas las fuerzas de su alma no encontrarse a bordo de ella.

—Veintiocho veinte, — dijo el viejo marino. — Dentro de poco, esto será un verdadero infierno.

El aire se hizo cada vez más denso, la atmósfera, irrespirable, silbaba con sonidos como crujidos semepantes a los que prrecelen a los terremotos. La casa trepidaba, y una puerta, al cerrarse sola, golpeó con tal violencia, que todos los cristales cayeron destrozados. Una bocanada de aire formidable estremeció a los presentes y los muros de la casa parecían hincharse como si fuesen las paredes de un globo. Una ola monstruosa alcanzó el edicio, azotándolo de tal suerte que parecía quererle arrancar de sus cimientos.

Raúl salió, y con un gran esfuerzo consiguió echarse al suelo para no ser arrastrado por el creciente ciclón. El capitán Lynch salía con grandes preauciones de su casa; fué arrojado con violencia contra un árbol Dos de los marineros de la Aorai, que habían visto a su patrón en peligro y que estaban subidos en un cocotero, acudieron en su socorro con riesgo de sus vidas, ayudáronle a levantarse y a encaramarse en un árbol. Se ató a las ramas junto a la copa con el trozo de cuerda que el capitán le había dado. Este, que tenía las coyunturas demasiado rígidas, costó inmenso trabajo izarle a la copa de un cocotero, donde con grandes esfurzos se le ató fuertemente. La lluvia empezó con tal violencia, que las gotas de agua parecían balines de plomo.

Desde su árbol Raúl hacía señas al capitán, y el venerable anciano le saludaba con cariño. Los indígenas continuaban en el suelo, se habían agarrado en apretado grupo; otros se habían atado con cuerdas a los troncos de los árboles que circundaban la casa del capitán. En una palmera había un pastor mormón, que con sus preces exhortaba a sus fieles para que imploraran de la Divinidad clemencia para si y los suyos Raúl no distinguía bien, pero estaba seguro de que la abigarrada multitud que a sus pies había cantaba himnos dirigidos por el cura mormón, el cual esperaba aplacar la furia de las Divinidades.

Al cabo de un rato, uno de los árboles fué arrancado de cuajo con todo su cargamento, que cayó a tierra con sus ramas cargadas de seres humanos que a ellas se habían asido, y una ola enorme y rugiente se los llevó mar adentro para sepultarlos. Todo sucedió con gran rapidez; el huracán furioso continuaba arrancando árboles y segando vidas. El de Raúl empezaba a tambalearse también de un modo lastimoso. La fuerza del aire arreció de tal forma, que Raúl veía cómo iba desapareciendo la gente de los árboles que caían al suelo y eran en el instante mismo barridos por las olas.

Mapuhi era hombre de suerte. Fué arrojado al suelo sobre la arena, y sangrando por diez heridas, todavía conservó fuerzas bastantes para amparar a Ngakura, cuyo brazo izquierdo estaba roto, los dedos de la mano derecha aplastados y la frente y mejilla izquierda abiertas de tal forma, que se le veían los huesos.

A las tres de mañana el temporal empezó a amainar, el aire disminuyó en violencia, hasta convertirse en una especie de fuerte brisa. De los mil cuatrocientos habitantes de la isla que existían la noche anterior, quedaban solamente trescientos. El pastor mormón, que por una especie de milagro vivía, y un gendarme, hicieron la estadística. La laguna de entrada a la isla estaba repleta de cadáveres. Algunos sacos de harina calados de agua fueron recuperados. No quedó agua potable, los pozos de isla se anegaron de agua de mar y quedaron inservibles. Los indígenas se aprovecharon de los pocos cocos que había y rompiéndolos, bebían su agua con avidez, que era fresca y dulce.

Entretanto, Nauri, que había sido separa-

da de su fámilia violentamente por los desencadenados elementos, apareció en la playa. Se había agarrado a uno de los muchos arbustos que flotaban y que llenos de espinas la habían herido en innumerables sitios; un coco que cayó con fuerza le lastimó la espalda. Pero era una mujer valiente del Pamotus, y a pesar de sus sesenta años, tuvo energía suficiente para resistir, y cogiendo varios cocos que a la deriva flotaban junto a ella, improvisó una especie de flotadores, que le ayudaron a salir a la playa, malherida, pero con vida, para reponerse de la aventura.

Al pronto no reconoció la playa, hasta que, tras algunos esfuerzos y arañando en la arena con sus manos y pies sangrando, pudo incorporarse. Estaba en la isla de Takokota, a quince millas de su casa. Alrededor de ella flotaban multitud de cadáveres. Haciendo un supremo esfuerzo, empezó a reconocerlos: la mayor parte eran de su isla. Infortunados que no habían podido o sabido preservarse de la furia de los elementos. Buscó cocos que le proporcionaran agua y alimento, pero no los halló, sorprendiéndose de que el mar arrojase más muertos que cocos.

Cuando más distraída estaba distinguió el cadáver de Levy, el cual, sin duda debido a la cantidad de agua que había tragado, estaba deforme y parecía una boya; se acordó de repente de que era él quien había comprado a Toriki la perla de su hijo Mapuhi, y haciendo un esfuerzo sobrehumano se arrastró hasta el cadáver, empezando por reconocerlo. Estaba bien muerto. Sus ropas rasgadas dejaban ver pegado a la carne un cinturón de cuero, en el que sin duda guardaría las cosas de valor. Mucho trabajo le costó desabrocharlo, pero cuando lo consiguió, con gran alegría suya, en uno de los bolsillos adheridos al cinturón, halló una sola perla, la de su hijo Papuhi. No le concedió gran valor intrínseco cuando la tuvo en sus manos, la miró, tornó a mirarla, la sopesó en la palma de su mano, pero ella sabía que esa perla significaba una casa cómoda para el resto de su vida y el orgullo de su familia.

Desgarró un trozo de su vestido, metió en él la perla y lo anudó a su cuello. Luego trató de buscar salida. Imposible. No tenía medio de transporte. Vagando por la isla encontró una canoa medio destrozada que las aguas habían arrojado a la playa y una caja de madera. Con grandes esfuerzos consiguió abrir la caja, que contenía una docena de latas de salmón. A fuerza de golpes dados contra una piedra consiguió abrir una, comió su contenido con avidez, y pensó en el problema de transportarse a su isla Hikueru, que era lo más difícil. Intentó poner a flote la canoa que hacía agua por todas, pero no por ello se desanimó la valiente mujer. Con su pelo, que cortó con una hoja de la lata de salmón, hizo, mezclándolo con barro, una masa, con la que taponó los agujeros y grietas de la vieja canoa, y cuando creyó que todo estaba en condiciones, la lanzó al agua, y ayudada de una rama de palma, a guisa de remo, empezó intrépida su viaje de quince millas en busca de su hogar.

La mayor parte del tiempo tuvo que emplearlo en achicar la frágil embarcación pues aun cuando tuvo la precaución de taponarla, hacía agua de un modo alarmante. Al amanecer del octavo día de su aventura divisó las costas de Hikueru. Estaba más cerca de lo que ella pudo imaginarse. Una corriente favorable la había empujado hacia la isla.

Al anochecer consiguió, por fin, a fuerza de maniobrar con el remo de palma, acercarse a su isla. Ya próxima a ella, una corriente de agua, con inusitada violencia, hizo zozobrar la frágil embarcación, teniendo la pobre mujer que nadar, haciendo un esfuerzo supremo dado su general quebrantamiento. Y así llegó por fin, casi sin conocimiento, a la playa de Hikueru.

Cuando después de recobrar sus sentidos se dió cuenta de que estava en una cueva natural hecha por las aguas al socavar constantemente las rocas, al cabo de un rato oyó voces humanas, y poco a poco fué distinguiendo lo que hablaban.

—Si hubiesese hecho lo que yo te advertí, — decía Tefara por milésima vez, — habrías

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

escondido la perla sin que le supiera nadie, y ahora la tendrías en tu poder.

—Pero Huru-Huru estaba presente cuando abrí la concha, ya te lo he dicho un millón de veces — repetía resignadamente Mapuhi.

—Ya no tendremos casa; hoy me decía Raúl que si no se hubiese vendido la perla a Toriki él te hubiese hecho la casa como tú la querías.

—Yo no la vendía a Toriki, me la robó — insistía pacientemente el pescador de perlas.

—Tendríamos diez mil dólares, — replicaba la mujer.

—Toriki ha debido morir, — dijo Mapuhi, — no se ha vuelto a ver ni a oír hablar de su goleta.

—Pues por eso has hecho una tontería; a nadie se le ocurre pagar deudas a los muertos, — le decía ingenuamente Tefara.

Cuando estaban más entretenidos en este diálogo, oyeron una voz que les llenó de estupor.

—¿Desde cuándo los hijos no se acuerdan de su madre?...

Mapuhi y Tefara experimentaron un terror inexplicable. Creyéndose que se trataba de un espíritu, empezaron a invocar a sus dioses, viendo con creciente espanto una forma blanca que ante ellos se erguía. El fantasma decía:

—¡Ya podeis dar a vuestra madre un poco de agua!

—Dala de beber, — decía Mapuhi medrosamente a Ngakura, que ya estaba curada de su heridas.

El fantasma se aproximó a ellos, dejándose ver de tal modo, que los asustados habitantes de la playa adquirieron la convicción de que se trataba de una persona verdarera y no de un espíritu. La alegría de volverse a ver fué indescriptible, máxime cuando la anciana madre de Mapuhi exhibió la perla envuelta en trapos y arrollada a su cuello.

—Ahora nos edificará Raúl la casa, — decía Tefara. — Le costará cuatro mil francos, y tendrá reloj y cuatro habitaciones y un patio circular.

—¡Dadme algo de comer !— exclamaba la pobre vieja. — Tengo mucha hambre.

Y después de comer algo que sus hijos le proporcionaron, dijo con gran calma:

—Vamos a dormir; estoy cansada, y mañana trataremos de nuestra casa con Raúl.

EL DIENTE DE BALLENA

En los primeros días de las islas Fidji, John Starhurst entró en la casa-misión del pueblecito de Rewa y anunció su propósito de propagar las enseñanzas de la Biblia a través de todo el archipiélago de Viti Levu. Viti Levu quiere decir "País grande", y es la mayor de todas las islas del archipiélago. Aquí y allá, a lo largo de las costas, viven del modo más precario un grupo de misioneros, mercaderes y desertores de barcos balleneros.

La devoción y la fe que profesaban muy poco, nada, y algunas veces, los al parecer convictos arrepentíanse de un modo lamentable. Jefes que presumían de ser cristianos, y eran por tanto admitidos en la capilla, tenían la desperante costumbre de dar al olvido cuanto habían aprendido para darse el placer de participar del banquete en el que la carne de algún enemigo servía de alimento. Comer a otro o ser comido por los demás era la única ley imperante en aquel país, la cual tenía trazas de perdurar eternamente en aquellas islas. Había jefes como Tanoa, Tuiveikoso y Tuikilakila, que se habían comido cientos de seres humanos. Pero entre estos glotones descollaba uno, llamado Ra Undreundre. Vivía en Takiraki y registraba cuidadosamente sus banquetes. Una hilera de piedras colocadas delante de su casa marcaba el número de personas que se había comido. La hilera tenía una extensión de doscientos cincuenta pasos y las piedras sumaban un total de ochocientas setenta y dos, representando cada una de ellas una de las víctimas. La hilera hubiera llegado a ser mayor si no hubiese sucedido el que Ra Undreundre recibió un estacazo en la cabeza en una ligera escaramuza que hubo en Somo Somo, a continuación de la cual fué servido en la mesa de Naungavuli, cuya mediocre hilera de piedra alcanzó tan sólo el exiguo total de ochenta y dos.

Los pobres misioneros atacados por la fiebre trabajaban arduamente esperando que el fuego de Pentecostés iluminara las almas de los salvajes. Pero los canivales de Fidji se resistían a dejarse civilizar mientras tuvieran provisiones abundantes de carne humana. Por aquella época fué cuando John Starhurst proclamó su intención de enseñar la Biblia de costa a costa y su propósito de penetrar en las montañas del interior, al Norte de Rewa River. Los maestros indígenas lloraban silenciosamente.

Sus compañeros misioneros trataron en vano de disuadirle. El rey de Rewa le advirtió que seguramente los montañeses le aplicarían en cuanto lo vieran el "kai kai" — esto es, que se lo comerían, — y que el rey de Rewa como cristiano, no tendría más remedio que declarar la guerra a los montañeses que lo vencerían, a él se lo comerían y luego entrarían a saco en Rewa, y por lo tanto esta guerra costaría cientos de víctimas. Más tarde, una comisión de jefes indígenas de allí mismo se entrevistaron con él. Starhurst les escuchó pacientemente, pero no cambió un ápice su decisión y modo de pensar. A sus compañeros los misioneros les dijo que él no tenía vocación de mártir, pero que estaba seguro de que enseñando la Biblia en todo el Viti Levu no hacía más que cumplir un mandato divino, y que se creía el escogido por Dios para tal fin. Los mercaderes apelaron a objeciones y grandes argumentos para disuadirle de la idea, a todo lo cual él contestó:

—Vuestras observaciones no tienen para mí valor alguno, están inspiradas en el temor de los daños que en vuestras mercaderías se puedan causar. Vosotros estáis muy interesados en ganar dinero y yo en salvar

almas. Hay que salvar los habitantes de estas islas negras.

John Starhurst no era un fanático. Hubiera sido él el primero en negar esta imputación. Era un hombre eminentemente sano y práctico, estaba seguro de que su misión iba a ser un gran éxito, pues tenía la certeza de que la luz divina alumbraría las almas de los montañeses, provocando una sana revolución espiritual en todas las islas. En sus suaves ojos grises no había destellos de iluminado, pero sí se veía una inalterable resolución emanada de la fe que tenía en el Poder Divino, que era quien le guiaba.

Un hombre tan sólo aprobó la decisión de Starhurst. Era Ra Vatu, que lo animaba en secreto y le ofreció guías hasta las primeras estribaciones de las montañas. El corazón de Ra Vatu, que había sido uno de los indígenas de peores instintos, comenzaba a emanar luz y bondad. Ya había hablado en varias ocasiones de querer convertirse en "lotu" (cristiano), y hubiera tenido acceso a la pequeña capilla de los misioneros a no ser por sus cuatro mujeres, a las cuales quería conservar; pero había asegurado a Starhurst que sería monógamo tan pronto como su primera mujer, que a la sazón estaba muy enferma, muriese. John Starhurst comenzó su gran empresa por el río Rewka en una de las canoas de Ra Vatu. A distancia, recortándose la silueta en el cielo, divisábanse las montañas, en las que se veían varias columnitas de humo.

Starhust las contemplaba con cierta impaciencia. Algunas veces rezaba en silencio, otras uníase a sus rezos un maestro indígena que le acompañaba. Narau, que así se llamaba, era loco desde hacía siete años que su alma había sido salvada del infierno por el doctor Jaime Ellery Brown, el cual le había conquistado con unas plantas de tabaco, dos mantas de algodón y una gran botella de un licor balsámico. A última hora, y después de cerca de veinte horas de solitaria meditación, Narau había tenido la inspiración de acompañar a Starhurst en su viaje de predicación por las montañas inhospitalarias.

—Maestro, con toda seguridad te acompañaré, — le había anunciado.

El misionero lo abrazó con gran alegría; no cabía duda de que Dios estaba con él, ya que con su ejemplo había decidido a un hombre tan pobre de espíritu como Narau, obligándole a seguirle.

—Yo realmente no tengo valor, soy el más débil de los siervos del Señor — decía Narau durante la travesía del primer día de viaje en canoa.

—Debes tener, mucha fe, — replicaba animándole Starhurst.

Otra canoa remontaba aquel mismo día el río Rewa, pero con una hora de retraso a la del misionero, y tomaba grandes precauciones para no ser vista. Iba ocupada por Erirola, primo mayor de Ra Vatu y su hombre de confianza. En un cestito, y siempre a la mano, llevaba un diente de ballena. Era un ejemplar magnífico; tenía seis pulgadas de largo, de bellísimas proporciones, y el marfil, con los años, había adquirido tonalidades amarillentas y purpúreas. El diente era propiedad de Ra Vatu, y en Fidjiu, cuando un diente de esa calidad intervenía en las cosas, éstas salían siempre a pedir de boca, pues en ésta la virtud de los dientes de ballena. Cualquiera que sea el que acepta este talismán, no puede rehusar lo que se le pida antes o después de la entrega, y no hay un sólo indígena capaz de faltar al compromiso que al aceptarlo contrae. La petición puede ser desde una vida humana hasta la más trivial de las alianzas o peticiones.

Más allá, río arriba, en el pueblo de un jefe llamado Mongondro, John Starhurst descansó al final del segundo día de canoa. A la mañana siguiente y acompañado por Narau, pensaba salir a pie hacia las humeantes montañas, que ahora, de cerca, eran verdes y aterciopeladas. Mongondro era viejo y pequeño, de modales afables y aspecto de elefantíasis; por lo tanto, la guerra con sus turbulencias no le atraía. Recibió al misionero con cariñosas demostraciones, lo sentó a su mesa y discutió con él de materias religiosas. Mongondro tenía espíritu muy inquisitivo y rogó a Starhurst que le explicase el principio del mundo. Con verdadera unción y palabra precisa, relatóle el misionero el origen del mundo de acuerdo con el génesis, y pudo observar que Mongondro estaba muy afectado. El pequeño y viejo jefe fumaba silenciosamente una pipa, yquitándola de entre sus labios movió tristemente la cabeza.

(SEGUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

EQUIVOCO

—Anoche dí de cenar sopas de leche a mi muñeco de cartón, y esta mañana estaba hablando...

—¿Pero es posible que estuviese hablando?

—¡No; si digo que estaba blando todo el cuerpo porque la leche había humedecido el cartón!

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO IX

HOMBRE Y HOMBRE

Varios años estuvo viviendo Tarzán en aquella existencia salvaje de la selva virgen, con muy poco cambio, salvo que se hizo más fuerte y más sabio, y aprendió en sus libros cada vez más de los extraños mundos que había fuera de su selva, no sabía dónde.

Para él la vida no era nunca monótona ni tediosa. Siempre podía coger Pish, los peces, en los muchos arroyos y en los pequeños lagos, y Sabor y sus feroces primos exigían inceantemente que estuviera alerta, en lo cual se animaban todos los instantes que Tarzán pasaba en el suelo.

A menudo las fieras le daban caza, pero con más frecuencia las cazaba él; y si bien no llegaron nunca a tocarle con sus crueles y afiladas garras, había ocasiones en que apenas había podido pasarse una hoja un poco gruesa entre sus zarpas y la lisa piel de Tarzán.

Ligereza tenía Sabor, la leona, y ligeros eran Numa y Sheeta, pero Tarzán era un rayo.

De Tantor, el elfante, se hizo amigo. ¿Cómo? No me lo preguntéis. Pero todos los habitantes de la selva virgen saben que, muchas noches de luna, Tarzán de los Mono y Tantor, el elefante, paseaban juntos, y cuando el camino estaba despejado, Tarzán lo recorría montado en la fuerte espalda de Tantor.

Todos los demás seres de la selva eran enemigos suyos, salvo en su propia tribu, donde tenía a la sazón infinidad de amigos.

Muchos días en aquellos años pasó Tarzán en la cabaña de su padre, donde yacían aún, intactos, los huesos de sus progenitores y el diminuto esqueleto del hijo de Kala A los dieciocho años, leía Tarzán de corrido y comprendía casi todo lo que leía de los muchos y variados volúmenes de los estantes.

Sabía también escribir, con letras de imprenta, rápida y claramente; pero no había aprendido el manuscrito, porque, si bien había varios cartapacios en su tesoro, era tan poco el inglés manuscrito de la cabaña, que no vió a que venía molestarse en aprender aquella otro forma de escritura, aunque con trabajo podía llegar a leerla.

Así nos encontramos a los dieciocho años a Tarzán, lord inglés que no sabía hablar su idioma pero sí leerlo y escribirlo. Jamás había visto Tarzán a más seres humanos que él mismo, porque el pequeño espacio que recorría su tribu no era regado por ningún río grande que pudiera llevar a la playa a los indígenas salvajes del interior.

Altos cerros lo encerraban por tres lados, y el mar por el cuarto. El espacio aquel estaba lleno de leones, leopardos y culebras venenosas. Sus intactos laberintos de entretejidas malezas no habían invitado hasta entonces a salir de sus fronteras a ningún osado explorador humano.

Pero, hallándose un día Tarzán de los Monos en la cabaña de su padre, desentrañando los misterios de un nuevo libro, el antiguo refugio de su selva virgen quedó roto para siempre.

En el remoto límite oriental llegó en fila india una extraña cabalgata hasta la cumbre de un cerro poco elevado.

Delante iban cincuenta guerreros negros, armados con delgados venablos de madera, de punta endurecida a fuego lento, y con largos arcos y flechas envenenadas. A la espalda llevaban escudos ovalados y grandes aros en las narices, y de la ensortijada lana de sus cabezas salían manojos de vistosas plumas.

En la frente llevaban tatuadas tres líneas de color paralelas, y en cada tetilla tres círculos concéntricos. Sus amarillos dientes estaban limados en agudas puntas, y sus

grandes y prominentes labios aumentaban aun más la bestial brutalidad de aspecto.

Siguiéndolos iban varios centenares de mujeres y niños, llèvando las primeras sobre la cabeza grandes bultos con cachorros de cocina, utensilios domésticos y marfil. A retaguardia formaban un centenar de guerreros, semejantes por todos estilos a los de la vanguardia.

Que temían más un ataque por la retaguardia que a cualesquiera enemigos desconocidos que pudieran acechar su paso, se veía claro por la formación de la columna; y así era en verdad, pues iban huyendo de los soldados de los hombres blancos, los cuales tanto los habían molestado en busca de caucho y de marfil, que ellos se habían vuelto un día contra los conquistadores y habían matado a un oficial blanco y a su pequeño destacamento de tropos negras.

Durante muchos días se atracaron de carne, más de pronto llegó un cuerpo más fuerte de tropas, y cayó de noche sobre su aldea para vengar la muerte de sus camaradas.

Aquella noche los soldados negros del hombre blanco habían tenido carne en abundancia; y aquel pequeño resto de la tribu poderosa antaño se había lanzado a la sombría selva virgen en busca de lo desconocido y de la libertad.

Pero lo que significaba libertad y la busca de la dicha para aquellos negros salvajes, significaba la consternación y la muerte para muchos de los irracionales habitantes de su nueva morada.

Durante tres días el pequeño ejército recorrió lentamente el interior de la desconocida y no hollada selva, hasta que finalmente, el cuarto día, temprano, llegaron a un lugar, cerca de las orillas de un riachuelo, que parecía menos densamente poblado de árboles que los demás que hasta entonces habían encontrado.

Allá se pusieron a construir una nueva aldea, y en un mes habían hecho un gran calvero, erigido chozas y empalizadas, y plantado plátanos, ñames y maíz, y habían ranudado su antigua vida en el nuevo sitio. Allí no había hombres blancos ni soldados, ni caucho o marfil que cosechar para crueles y desagradecidos capataces.

Varias lunas pasaron antes que los negros se aventuraran lejos del territorio que rodeaba su nueva aldea. Algunos habían caído ya bajo las garas de la vieja Sabor; y como la selva estaba infestada de esos y otros feroces y sanguinarios felinos, los guerreros de ébano vacilaban en arriesgarse lejos del seguro de sus empalizadas.

Pero un día Kulonga, hijo del viejo rey Mbonga, se alejó bastante adentro de aquellos densos laberintos, en dirección Oeste. Cautelosamente fué avanzando, con el delgado venablo siempre en ristre, y con su largo escudo en forma de óvalo bien agarrado con la mano izquierda y pegado al delgado y negro cuerpo.

A la espalda el arco, y en la aljaba, sobre el escudo, muchas flechas delgadas y rectas, bien untadas de la densa, oscura y viscosa substancia que hacía mortal su más leve rasguño.

La noche sorprendió a Kulonga muy lejos de las empalizadas del pueblo de su padre; pero aun en dirección Oeste. El guerrero negró trepó a la horquilla de un gran árbol, donde hizo una tosca plataforma y se acomodó para dormir.

A tres millas al Oeste de él dormía la tribu de Kerchak.

A la mañana siguiente, muy temprano, despertaron los monos, que empezaron a andar por la selva en busca de alimento. Tarzán, según su costumbre, se lanzó a buscarlo en la dirección de la cabaña; con lo cual, yendo despacio y cazando por el camino, tenía el estómago lleno cuando llegó a la playa.

Los monos se diseminaron de uno en uno, o de dos en dos, o de tres en tres, en todas direcciones, pero siempre sin el menor sonino ni señal de alarma.

Kala se había dirigido lentamente hacia el Este, por el sendero trazado por el paso de un elefante, y estaba muy dedicada a revolver unas ramas y leños podridos, en busca de bichos y de hongos comestibles, cuando una ligerísima sombra de ruido extraño la puso en guardia.

En cincuenta varas hacia el camino que seguía era recto, y al final de aquel túnel de follaje vió la figura de un ser extraño y temible, que vanzaba cautelosamente.

Era Kulonga.

Kala no esperó a ver más, sino que dió media vuelta y retrocedió rápidamente por el sendero. No corría, pues, según uso de su tribu cuando no está excitada, trataba más de huir que de esquivar.

Muy cerca de llegaba Kuonga. Aquello era carne. Podía matarla y festejar bien el día. El guerrero negro corrió con el venablo apercibido en la diestra.

En una revuelta de la senda volvió a ver a la mono en otro espacio recto. Su mano derecha se echó hacia atrás con el venablo, y sus músculos se hincharon bajo la lisa piel El brazo avanzó y el arma partió hacia Kala.

¡Mala puntería! El venablo no hizo más que rozarle el costado.

Lanzando un grito de rabia y de dolor la mona se volvió contra su rival. En un instante los árboles crujieron bajo el peso de sus semejantes, que rápidamente se precipitaban hacia la escena del sucso, en respuesta al grito de Kala.

Al atacar ésta, Kulonga cogió su arco y le puso una flecha con rapidez casi increíble. Tiró de la cuerda y lanzó el envenenado proyectil contra el mismo corazón del gran antropoide.

Con un terrible grito Kala cayó de bruces ante los asombrados miembros de su tribu.

Rugiendo y gritando se precipitaron los monos sobre Kulonga; pero este cauteloso salvaje estaba ya huyendo por el sendero como un antílope asustado.

Conocía algo de la ferocidad de aquellos hombres salvajes y peludos, y su único deseo era poner entre ellos y su persona tan-

CURIOSIDAD

—¿Qué haces? ¿Estás leyendo un libro de pedagogía?
—Sí. Quiero saber si estoy bien educado o no.

OPINION

—¿Qué opinión tienen tus padres de mí?
—No lo sé realmente; mi padre no dice nada y mi madre está esperando la opinión de mi padre para opinar contra él.

tas millas de distancia como le fuera posible.

Los monos le siguieron, corriendo por los árboles en largo trecho, pero al fin uno a uno abandonaron la caza y volvieron al lugar de la tragedia.

Ninguno de ellos había visto jamás a un hombre que no fuera Tarzán, y por eso se preguntaron vagamente qu extraña clase de animal podía ser el que había invadido su selva virgen.

En la playa, junto a la cabaña, Tarzán oyó los débiles ecos del conflicto, y pensando que algo grave ocurría en la tribu, se encaminó rápidamente hacia donde sonaban los gritos.

Cuando llegó se encontró a toda la tribu reunida, entre lamentos, en torno del cadáver de su madre.

La pena y la ira de Tarzán no reconocieron límites. Una vez y otra lanzó a los aires su espeluznamente reto. Con los puños cerrados se golpeó el pecho, y luego cayó sobre el cadáver de Kala y exhaló en sollozos la pena de su solitario corazón.

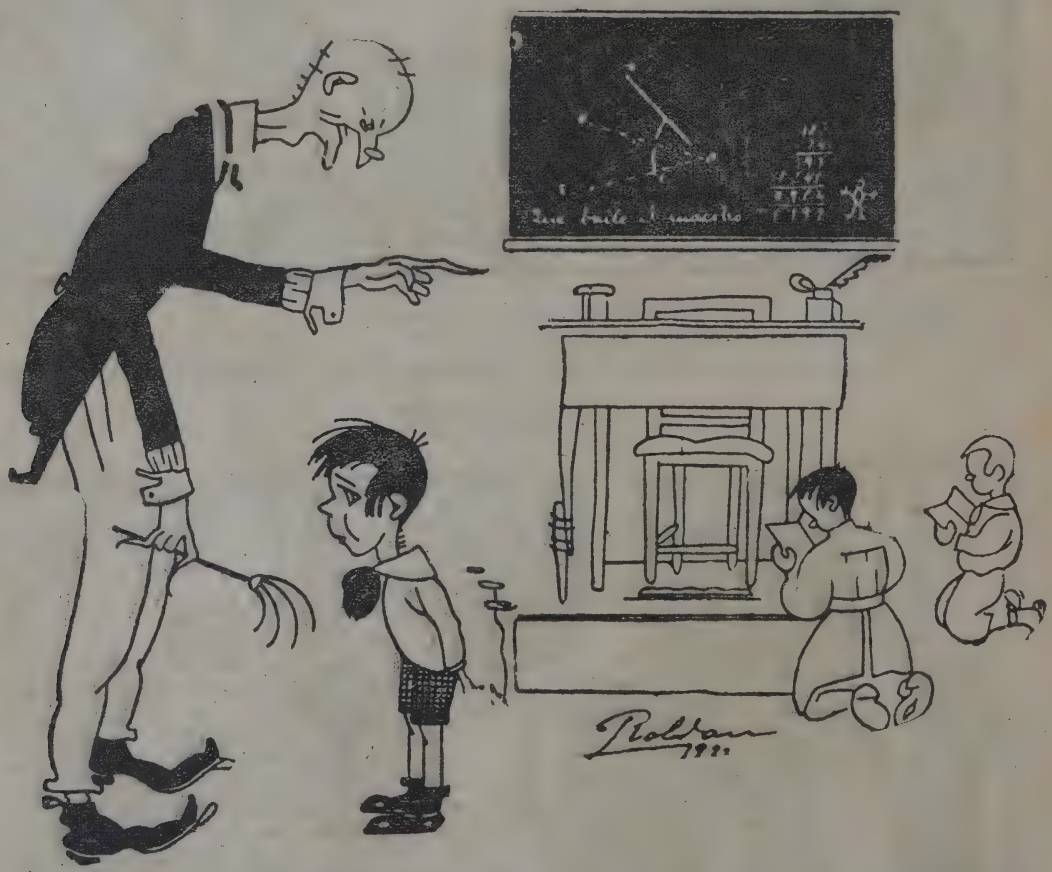
Era un desconsuelo enorme perder a la única criatura de todo el mundo que le había manifestado amor y afección.

¿Qué importaba que Kala fuera una mona feroz y repugnante? Para Tarzán había sido buena, había sido hermosa.

A ella le había consagrado, sin darse él mismo cuenta de ello, toda la reverencia, respeto y amor que un niño inglés normal profesa a su madre. Nunca había conocido a otro, y así Kalo dió, aunque en silencia, todo lo que, de haber vivido, habría pertenecido a la bella y amable lady Alicia.

Después del primer estallido de dolor.

IGUALDAD



—Vamos a ver, señor Gutiérrez: Más por más, ¿a qué es igual?
—Igual a... ¡No lo sé!... ¡Pero me es igual!...

Tarzán se dominó con gran esfuerzo, y por preguntas que hizo a los miembros de la tribu que habían presenciado la muerte de Kala, supo todo lo que podían contarle con su escaso vocabulario.

Pero fué lo bastante para lo que él quería, pues le hablaron de un extraño mono negro, lampiño, con plumas que le crecían en la cabeza, y que dió la muerte a Kala con una rama delgada, y luego echó a correr, con la rapidez de Bara, el ciervo, en dirección al sol saliente.

Tarzán no esperó más; se lanzó a las ramas de los árboles y cruzó rápidamente la selva. Conocía las revueltas del rastro del elefante por el cual había huído el matador de Kala, y así pudo atajar por la selva virgen para interceptar al negro guerrero, que indudablemente seguía los tuortuosos recovecos de la senda.

A su lado llevaba el cuchillo de caza de su desconocido padre, y al hombro las vueltas de su larga cuerda. Al cabo de una hora llegó de nuevo a dar con el sendero, y entonces bajó al suelo y lo examinó.

En el blando lodo de la orilla de un arroyuelo encontró pisadas como las que sólo él dejaba siempre en la selva virgen, pero mucho más grandes que las suyas. Su corazón latió con fuerza. ¿Podría ser que aquel fuera un "hombre", uno de su propia raza?

Había dos series de huellas en dirección opuesta. De manera que el ser a quien el perseguía había pasado ya por la senda en su regreso. Mientras examinaba una de las huellas, una partícula de tierra cayó desde su borde hasta el fondo de la pequeña depresión. ¡Ah! El rastro era reciente, y su presa debía de haber pasado hacía poco.

Tarzán se lanzó de nuevo a los árboles, y con silenciosa rapidez viajó a gran altura sobre la senda.

Apenas había recorrido una milla cuando dió con el guerrero negro que se hallaba en un pequeño claro de la selva. En la mano tenía el delgado arco, al cual había puesto una de sus mortíferas flechas.

Delante de él, al otro lado del calvero, se hallaba Horta, el oso, con la cabeza baja y los colmillos cubiertos de espuma, pronto a abalanzarse.

Tarzán contempló con admiración al extraño ser que tenía debajo, tan parecido a él por su forma, y sin embargo, tan diferente de cara y de color. Sus libros pintaban al "negro", ¡pero cuan diferente había sido la pintura, mate y muerta, de aquella cosa repugnante y lisa, de color de ébano, que latía de vida!

Mientras el hombre estaba allí con el arco tenso, Tarzán reconoció en él no tanto al "negro" como al "arquero" de su libro de grabados: "A es inicial de arquero".

¡Qué maravilloso! Tarzán casi traicionó su presencia por la honda excitación de su descubrimiento.

Pero debajo de él iban comenzando a suceder cosas. El musculoso brazo negro había tendido el arco. Horta, el oso, se abalanzaba sobre él. De pronto el negro soltó la saeta envenenada, y Tarzán la vió partir con la rapidez del pensamiento y hundirse en el carnoso cuello del oso.

Apenas había partido del arco la flecha, Kulonga le puso otra; pero Horta, el oso, se le echó encima con tal rapidez, que no le dió tiempo de descargarla. De un salto el negro rodó sobre la enfurecida fiera, y volviéndose con increíble rapidez clavó otra flecha en la espalda de Horta.

Luego Kulonga saltó a un árbol cercano.

Horta dió una vuelta para abalanzarse de nuevo sobre su enemigo; pero sólo anduvo una docena de pasos, y de pronto vaciló y cayó de lado. Un momento sus músculos se pusieron rígidos y se relajaron convulsivamente; luego se quedó quieto.

Kulonga bajó de su árbol.

Con un cuchillo que pendía de su costado cortó varios grandes pedazos del cuerpo del oso, y en el centro del sendero hizo fuego y coció y comió todo lo que necesitaba, dejando lo restante donde había caído.

Tarzán contemplaba todo esto como espectador interesandísimo. Su deseo de matar ardía con furia en su salvaje pecho, pero su deseo de aprender era todavía mayor. Seguiría a aquel hombre un trecho y sabría de donde llegaba. Más tarde lo mataría a su placer, cuando se desprendiera del arco y de las mortíferas flechas.

Cuando Kulonga hubo terminado de comer y desapareció detrás de un próximo recodo del sendero, Tarzán se dejó caer sin ruido al suelo. Con el cuchilo cortó varias tiras de carne de Horta, pero no las guisó.

Habaí visto el fuego, pero sólo cuando Ara, el rayo, destruía algún añoso árbol. Que una criatura de la selva pudiera producir los dientes rojos y amarillos que devoraban la madera y no dejaban nada sino fino polvo negro, sorprendía a Tarzán en extremo; y lo que no llegaba a comprender era por qué el guerrero negro había estropeado su comida metiéndola en el calor abrasador de las llamas. Quizá fuese Ara un amigo con quien el arquero compartía el alimento.

Mas, fuese como flese, Tarzán no quería estropear la carne buena de una manera tan tonta, de manera que la embauló cruda en gran cantidad, y enterró lo demás del oso al lado de la senda, en un sitio en que pudiera encontrarlo a su regreso.

Luego lord Greystoke se secó los grasientos dedos en los desnudos muslos y volvió a seguir el rastro de Kulonga, el hijo del rey Mbonga; en tanto que muy lejos, en Londres, otro lord Greystoke, hermano menor del padre del verdadero, devolvía las chuletas al "chef" del club porque estaban poco hechas, y al acabar de comer sumergía las yemas de los dedos en un lavafrutas de plata con agua de olor, y se las secaba en un pedazo de nievo damasco.

Todo el día estuvo Tarzán en seguimiento de Kuloga, pasando por cima de él de árbol en árbol, como un espíritu maligno. Dos veces más le vió lanzar sus flechas de destrucción, una vez a Dango, la hiena, y otra a Manu, el mico. En ambos casos los

animales murieron casi instantáneamente, porque el veneno de Kulonga era muy reciente y mortífero.

Tarzán no cesaba de pensar en aquel maravilloso método de matar, a medida que avanzaba lentamente a bastante distancia de su presa. Sabía que la menuda picadura de la flecha no podía despachar tan rápidamente a aquellas fieras de la selva virgen, que con frecuencia se desgarraban la piel de una manea horrible al luchar contra sus vecinos, y se quedaban por lo general tan tranquilas como si nada.

Algo misterioso debían de encerrar las delgadas astillas de madera que daban la muerte sólo con un rasguño. Era preciso estudiar aquello.

Llegada la noche, durmió Kulonga en la horquilla de un robusto árbol, y muy encima de él se agazapó Tarzán de los Monos.

Cuando despertó Kulonga vió que su arco y sus flechas habían desaparecido. El guerrero negro sintió a un tiempo furia y susto, pero más lo segundo que lo primero. Buscó por tierra en torno del árbol, pero no vió rastro del arco, ni de las saetas, ni del ladrón nocturno.

Kulonga se sintió asaltado por el terror. Había lanzado su venablo contra Kala y no lo recobró; y ahora que habían desaparecido su arco y sus flechas, estaba inerme, salvo un triste cuchillo. Su única esperanza era llegar al pueblo de Mbonga tan rápidamente como pudieran llevarle sus pies.

Estaba seguro de no hallarse lejos del pueblo, de manera que emprendió el camino a trote rápido.

De una gran masa de impenetrable follaje, a pocas varas de distancia, salió Tarzá de los Monos, para lanzarse silenciosamente en su seguimiento.

El arco y las flechas de Kulonga quedaban muy bien atados en la copa de un árbol gigante, del cual había arrancado Tarzán un pedazo de corteza, cerca del suelo, por medio de un agudo cuchillo, y había casi desgajado una rama que quedaba colgandoo a cosa de cincuenta pies más arriba. Así marcaba el hombre-mono los senderos de la selva y sus escondrijos.

Kulonga proseguía su viaje. y Tarzán se fué acercando a él hasta llegar casi encima de la cabeza del negro. Llevaba enrollada la cuerda en la mano derecha; estaba pronto para matar.

El instante sólo se demoraba porque Tarzán tenía ansiedad por poner en claro el destino del guerrero negro y no tardó en verse satisfecho, porque de pronto llegaron a la vista de un gran calvero, a un extremo del cual había muchas extrañas madrigueras.

Tarzán estaba precisamente encimá de Kulanga cuando hizo el descubrimiento. La floresta terminaba súbitamente, y más allá había unos campos cutivados entre la selva y el pueblo.

Tarzán necesitaba obrar con rapidez, para que no se le escapara su presa; pero su género de vida dejaba tan poco espacio entre la decisión y la ejecución, cuando se veía enfrente de algo imprevisto, que no cabía ni la sombra de un pensamiento entre una y otra.

De manera ue cuando Kulonga salió de las sombras de la selva, un lazo de cuerda voló sinuosamente por cima de él desde la rama más baja de un soberbio árbol que se erguía en el mismo filo de los campos de Mbonga y antes que el hijo del rey hubiera dado una docena de pasos en el calvero, se estrechó un nudo en torno de su garganta.

Tan vivamente tiró hacia atrás de su presa Tarzán de los Monos, que el grito de alarma de Kulonga se ahogó en sus labios. Brazada tras brazada, Tarzán fué arrastrando a sí al negro, que no dejaba de resistirse, hasta que lo tuvo en el aire colgado del cuello; entonces, el hombro-mono trepó a una rama más alta, e izó a la víctima, que seguía agitándose, hasta lo más alto de la protectora verdura del árbol.

Allí ató bien Tarzán la cuerda a una recia rama, y en seguida bajó y hundió su cuchillo de caza en el corazón de Kulonga. ¡Kala estaba vengada!

Tarzán examinó minuciosamente al negro; nunca hasta entonces había visto otro ser huhano. El cuchillo con su vaina y su cinturón le llamaron la atención poderosamente, y se los apropió. También se la llamó una ajorca de cobre, y se la pasó a su propia pierna.

Examinó y admiró el tatuaje de la frente y del pecho, y se maravilló de ver los lindos dientes afilados. Contempló y se apropió el adorno de plumas de la cabeza, y luego se dispuso a entrar en materia, porque Tarzán de los Monos tenía hambre y allí había carne; carne matada por él, que la ética de la selva virgen le permitía comer.

¿Cómo, y con arreglo a qué modelos, podríamos juzgar a aquel hombre-mono, con corazón, cabeza y cuerpo de caballero inglés, y con educación de animal salvaje?

Tublat, a quien odiaba y que le destestaba, había sido vencido y muerto por él en lucha leal, y sin embargo Tarzán no había tenido ni un segundo la idea de comerse la carne de Tublat. Esto habría sido tan repugnante para él como para nosotros el canibalismo.

Pero ¿quién era Kulonga para no podérselo comer lo mismo que a Horta, el oso, o a Bara, el ciervo? ¿No era sencillamente otro de los innumerables seres salvajes de la selva que se acechaban unos a otros para satisfacer las exigencias del hambre?

De pronto una extraña duda detuvo su mano. ¿No le habían enseñado los libros que él era un hombre? ¿Y no era un hombre también el arquero?

¿Se comían los hombres a los hombres? ¡Ay! Tarzán lo ignoraba! Entonces ¿a qué su cavilación? Una vez más intentó el esfuerzo, pero de pronto sintió unas náuseas aniquiladoras. No comprendía aquello.

Lo único que sabía era que no podía comer la carne de aquel hombre negro. Y así el instinto hereditario, que tenía siglos de existencia, usurpó las funciones de su inculta mente y le salvó de transgredir la ley universal cuya misma existencia ignoraba.

Rápidamente bajó el cuerpo de Kulonga al suelo, le quitó del cuello el nudo corredizo, y se lanzó otra vez a lo alto de los árfboles.

CAPITULO X

EL FANTASMA DEL MIEDO

Desde una elevada rama contempló Tarzán las cabañas de techo de bálago que se alzaban al otro lado de la plantación.

Vió que en un punto el bosque tocaba con el pueblo, y hacia aquel sitio se dirigió, atraído por una curiosidad febril de contemplar animales de su propia especie, y aprender más de sus costumbres, y examinar las extrañas madrigueras en que vivían.

Su salvaje vida entre las feroces bestias de la selva virgen no le dejaba pensar que aquéllos pudieran ser otra cosa que enemigos. La semejanza de figura no le indujo a formar ning9n concepto erróneo de la acogida que se le dispensaría si lo descubrieran aquellos seres, los primeros de su raza que veía.

Tarzán de los Monos no era sentimental. No sabía nada de la fraternidad de los hombres. Todos los seres ajenos a su propia tribu eran sus enemigos mortales, con las pocas excepciones de que Tantor, el elefante, era señalado ejemplo.

Y se hacía cargo de todo esto sin malicia ni odio. Matar era ley del salvaje mundo en que vivía. Pocos eran sus primitivos placeres, pero el mayor de todos era cazar y matar; por lo cual concedía a los demás el derecho a albergar iguales deseos que él, aunque pudiera ser él mismo el objeto de su caza.

Su extraña vida no le había hecho ni arisco ni sanguinario. Que le divirtiera matar y matara con alegre carcajada en los labios, cosa era que no denotaba crueldad inata. Con la mayor frecuencia mataba para procurarse alimento; pero, siendo hombre, a veces lo hacía per puro placer, lo cual no lo hace ningún otro animal; porque ha quedado sólo para el hombre, entre todos los seres, eso de matar a tontas y a locas, por mero gusto de infligir sufrimientos y dar la muerte.

Y cuando mataba por venganza o en propia defensa, lo hacía también sin histeria, pero era un procedimiento expeditivo que no admitía bromas.

Así fué que, al acercarse a la aldea de Mbonga, estaba apercibido a matar o a que lo mataran en caso de ser descubierto. Avanzaba con extraordinaria cautela, porque Kulonga le había enseñado a tener gran respeto a las agudas astillitas de maderas que tan rápida y certeramente daban la muerte.

Por fin llegó a un gran árbol, recargado de espeso follaje y de pendientes lazos formados por gigantes plantas trepadoras. Desde aquel casi impenetrable escondrijo de encima del pueblo, se puso, agazapado, a contemplar la escena que tenía a sus pies maravillándose ante cada detalle de aquella nueva y extraña vida.

Unos niños desnudos corrían y jugaban en la calle del pueblo. Una mujeres molían llantén seco en bastos morteros de piedra, en tanto que otras hacían tortas con la harina pulverizada. En el campo veía Tarzán a otras mujeres que estaban cavando, sellando o recolectando.

Todas llevaban en torno de las caderas, salientes cinturones de hierba seca, y muchas iban cargadas de ajorcas, brazaletes y pulseras de latón y de cobre. En torno de más de una negra garganta se veían hilos de alambre curiosamente enrollados, y algunas iban además adornadas con grandes aros nasales.

Tarzán de los Monos miraba con creciente pasmo a todas aquellas extrañas criaturas. Vió a varios hombres que dormitaban a la sombra en tanto que en los extremos del calvero aparecían de cuando en cuando vislumbres de guerreros armados, que en apariencia estaban protegiendo al pueblo contra un ataque por sorpresa de cualquier enemigo.

Observó Tarzán que sólo las mujeres trabajaman. Por ninguna parte se veía rastro de hombres que estuvieran cultivando los campos ni desempeñando ninguno de los quehaceres domésticos del pueblo.

Finalmente sus ojos se fijaron en una mujer que estaba precisamente debajo de él.

Ante ella había, sobre un fuego escaso, un caldero pequeño, en el cual burbujeaba una masa viscosa, rojiza, densa. A un lado de la mujer se veía un montón de flechas de madera, cuyas puntas iba aquélla sumergiendo en la hirviente sustancia, para dejarlas luego en un estrecho astillero de ramas que tenía al otro lado.

Tarzán de los Monos estaba fascinado. Allí se escondía el secreto del terrible y mortífero efecto que producían los diminutos proyectiles del arquero. Observó el extremo cuidado con que la mujer procuraba que aquella sustancia no le tocara la piel; y una vez que una gotita le salpicó los dedos, vió que sumergía la mano en una vasija de agua y vivamente secaba la manchita con un puñado de hojas.

Tarzán de los Monos no sabía nada de venenos, pero su agudo razonar le dijo que aquella sustancia era lo que mataba y no la flechita, pues ésta no era sino el mensajero que hacía penetrar a aquélla en el cuerpo de su víctima.

¡Cómo le gustaría poseer más de aquellas mortíferas astillas! Si la mujer dejara su trabajo un instante tan sólo, podía descolgarse, coger un puñado y volverse a su árbol antes que aquélla se diera cuenta.

Cuando estaba tratando de fraguar algún plan para distraer la atención de la negra oyó un tremendo grito la otro lado del raso. Miró y vió un guerrero plantado debajo del mismo árbol en que una hora antes había matado él al verdugo de Kala, su madre.

El hombre aquel gritaba, blandía el venablo sobre su cabeza, y de cuando en cuando señalaba algo en el suelo delante de él.

La aldea fué toda tumulto instantáneamente. Hombres armados se precipitaban fuera de muchas chozas y corrieron enloque-

cidos a través del calvero hasta el puesto del excitado centinela. Tras ellos salieron los en un momento quedó la aldea desierta.

Tarzán de los monos comprendió que habían encontrado el cadáver de su víctima, pero esto le interesaba menos que la circuntancia de que no quedaba en el pueblo nadie que le impidiese coger provisión de las flechas que tenía debajo.

Rápidamente y sin hacer ruido se descolgó al suelo junto a la caldera del veneno y permaneció un momento inmóvil escrutando con los vivos y brillantes ojos el interior de la empalizada.

No había nadie a la vista. Los ojos de Tarzán se fijaron en la puerta abierta de una cabaña próxima, y se le ocurrió echar un vistazo a su interior, para lo cual cautelosamente se acercó al chato edificio del techo de bálago.

Un momento estuvo fuera, escuchando atentamente. No se oía nada, y Tarzán se deslizó a la semioscuridad del interior.

Colgaban armas de las paredes; largos venablos, cuchillos de extrañas formas, y un par de escudos estrechos. En el centro de la estancia había una olla, y en el extremo un lecho de hojas secas cubierto de esteras entretejidas, que evidentemente servían a sus dueños de camas y cobertones. En el suelo se veían varios cráneos humanos.

Tarzán de los Monos palpó todos los objetos, levantó los venablos y los olió, porque "veía" muchas cosas por medio de su sensible y adiestradísimo olfato. Resolvió poseer uno de aquellos largos y puntiagudos palos, pero no pudo llevárselo inmediatamente por causa de las flechas que se proponía arrebatar.

Uno por uno, a medida que descolgaba cada artículo de las paredes, los iba colocando en un montón en el centro del cuarto, y encima de todo puso la olla, invertida, y sobre ella uno de los cráneos, al cual sujetó el tocado de plumas del muerto Kulonga.

Luego retrocedió y ontempló su obra, sonriendo. ¡Tarzán de los Monos era un bromista!

Mas de pronto oyó, fuera ruido de muchas voces, y unos gemidos largos y plañideros, altamente doloridos. Se sobresaltó. ¿Habría estado allí demasiado tiempo? Vivamente llegó a la puerta y miró por la calle del pueblo a la verja de la misma.

No se veía aun a los indígenas, aunque Tarzán los oía acercarse por la plantación. Debían de estar muy cerca.

Como un rayo saltó Tarzán hasta el montón de flechas. Cogió todas las que pudo llevar debajo del brazo, volcó el hirviente caldero de un puntapié, y desapareció encima, entre el follaje, en el momento en que el primero de los indígenas que regresaban atravesaba la verja que cerraba el extremo de la calle de la aldea. Luego se volvió para observar lo que ocurría abajo, preparado, como cualquier ave silvestre, a apelar a la fuga a la primera señal de peligro.

Los indígenas desfilaron por la calle arriba, llevando entre cuatro el cadáver de Kulonga. Detrás se arrastraban las mujeres, profiriendo extraños grtos y macabros lamentos. Así llegaron hasta frente a la choza de Kulonga, la misma en que Tarzán había efectuado sus depredaciones.

Apenas habían entrado media docena de indígenas en el edificio cuando se precipitaron fuera en horrible confusión y vociferando una jerizonga endiablada. Los demás se apresuraron a apiñarse en torno. Todos se volvía manotear, señalar y charlar con la mayor excitación; luego varios de los guerreros se acercaron a mirar el interior.

Finalmente un viejo con muchos adornos de metal en brazos y piernas, y un collar de manos humanas secas pendiente del pecho penetró en la cabaña.

Era Mbonga, el rey, el padre de Kulonga.

Unos momentos estuvieron callados. Luego salió Mbonga, con expresión de ira y de supersticioso temor en el horrible semblante. El rey dijo unas cuantas palabras a los guerreros reunidos, que, al instante salieron corriendo por todo el pueblo, para registrar minuciosamente todas las chozas y rincones de dentro de la empalizada.

Apenas había comenzado el registro cuando descubrieron el caldero derribado, y al propio tiempo el robo de las envenenadas flechas. No hallaron nada más, y pocos momentos más tarde un grupo de salvajes, en el colmo del pavor, vino a apiñarse en torno de su rey.

Mbonga no podía explicar ninguno de los extraños incidentes ocurridos. El hallazgo del cuerpo aun caliente de Kulonga, en el mismo borde de sus campos y a tiro de piedra de la aldea, apuñalado y despojado, en la misma puerta de la casa de su padre, era por sí solo bastante misterio; pero los terribles descubrimientos últimos dentro del pueblo, en el interior de la misma choza del muerto, llenaban su corazón de desaliento, y sólo despertaban en los pobres cerebros de los salvajes las explicaciones más temibles y supersticiosas.

Formaban reducidos grupos que hablaban en voz baja, y sin cesar lanzaban miradas de susto hacia atrás, con ojos enormes y desorbitados.

Tarzán de los Monos los estuvo observando un rato desde su elevada posición en el árbol. En la conducta de aquellos seres había mucho que no podía él comprender, porque no tenía el menor concimiento de las supersticiones, y del miedo en cualquier forma no poseía más que un concepto vago.

El sol estaba alto en el cielo. Tarzán no se había desayunado aquel día y quedaban muchas millas hasta el sitio en que había enterrado los apetitosos restos de Horta, el oso.

Volvió, pues, la espalda a la aldea de Mbonga y se esfumó entre la frondosa espesura de la selva virgen.

CAPITULO XI

REY DE LOS MONOS

No era todavía de noche cuando llegó Tarzán a la tribu, aunque se detuvo una vez para exhumar y devorar los restos del oso que había escondido el día anterior, y otra para

tomar el arco y las flechas de Kulnga de lo alto de la copa del árbol en que los había ocultado.

Bien cargado iba Tarzán cuando se dejó caer de las ramas de los árboles al centro de la tribu de Kercchak.

Con el pecho henchido de orgullo narró las glorias de su aventura y exhibió los despojos de su conquista.

Kerchak se apartó refunfuñando, porque sentía celos de aquel individuo extraño a su cuadrilla. En su perverso cerebro buscaba algún pretexto que le permitiera desahogar su cólera contra Tarzán.

Al día siguiente se hallaba éste practicando con su arco y sus flechas al lucir por primera vez el alba. Al principio perdía casi todos los tiros que disparaba, mas finalmente aprendió a dirigir las menudas flechas con bastante tino, y antes de un mes era un tirados bastante aceptable; pero su práctica le había costado casi toda su provisión de flechas.

La tribu continuaba hallando buena caza en las proximidades de la playa, y así Tarzán de los Monos alternaba sus ejercicios de arco con nuevas investigaciones en el pequeño pero selecto surtido de libros de su padre.

En este período fué cuando el joven lord inglés encontró escondida en el fondo de uno de los armarios de la cabaña una cajita de metal. La llave estaba en la cerradura, y unos momentos de examen y de experimentos fueron recompensados con la feliz apertura del recipiente.

En él encontró una descolorida fotografía de un joven de franco semblante, un medallón de oro engarzado con brillantes y unido a una cadenita, unas cuantas cartas y un libro pequeño.

Tarzán lo examinó todo minuciosamente.

Lo que más le gustó fué la fotografía, porque sus ojos eran risueños y las facciones proporcionadas y correctas. Era su padre.

También el medallón hubo de llamar su atención poderosamente; y se lo colgó del cuello por la cadena, a imitación de adorno que había visto era corriente entre los negros. Las brillantes piedras lucían extrañamente sobre su lisa y morena piel.

Las cartas apenas pudo descifrarlas, porque había aprendido poco o nada de la escritura manuscrita; las volvió, pues, a dejar en la caja con la fotografía y dedicó su atención al libro.

Hallábase éste cubierto casi totalmente de finas letras; pero aunque los bichitos le eran todos familiares, su disposición y combinaciones eran extrañas y completamente incomprensibles.

Había Tarzán aprendido hacía mucho tiempo el uso del diccionario, pero con gran pesar y no poca perplejidad resultó que no le servía de nada en aquella contingencia. Ni una sola pudo encontrar de las palabras escritas en el libro, de manera que volvió a dejarlo en la caja de metal, aunque con la resolución de investigar más tarde sus misterios.

¡Pobre hombre-mono! ¡Si él hubiera sabido que aquel pequeño misterio encerraba entre sus cubiertas selladas la clave de su origen, la respuesta al extraño enigma de su extraña vida!

Tarzán volvió a dejar la caja en el armario, pero en lo sucesivo llevó siempre en su corazón las enérgicas y sonrientes facciones de su padre, y en la cabeza la firme resolución de resolver el misterio que encerraban las extañas palabras del negro librito.

Por entonces tenía asuntos más importantes entre manos, porque su provisión de flechas estaba agotada, y necesiriamente había de ir a renovarla a la aldea de los negros.

A la mañana siguiente muy temprano partió y recorriendo el camino con rapidez, llegó al calvero antes del mediodía. Una vez más se situó en el gran árbol y como antes, vió a las mujeres en el campo y en la calle del pueblo, y el valdero de hirviente veneno debajo de sus pies. Horas estuvo acechando la oportunidad de descolgarse sin que lo vieran y de coger las flechas porque había ido; pero no ocurrió nada que llamara a los negros fuera de su hogar. Transcurrió el día, y todavía Tarzán de los Monos estaba agazapado encima de la confiada mujer del caldero.

De pronto volvieron las que trabajaban en los campos. Los guerros cazadores salieron del bosque, y cuando todos hubieron estado dentro de la empalizada, se cerraron y atrancaron sus puertas. En el pueblo se veían muchas ollas. Delante de cada choza una mujer presidía un guisado hirviente, y en todas las manos se veían tortas de llantén y de casabe.

De pronto se sintió una voz en el borde del calvero. Tarzán miró. Era una partida de entusiasmados cazadores que volvían del Norte, y que traían, medio a rastras y medio a cuestas, un animal que se resistía.

Cuando se acercaron al pueblo se abrieron las puertas para admitirlos, y en seguida, no bien la gente vió a la víctima de la caza, un grito salvaje subió a los cielos, porque la caza era un hombre. Cuando éste fué arrastrado, resistiéndose aún, por la calle del pueblo, las mujeres y los niños se ablanzaron contra él con piedras y palos, y Tarzán de los Monos, joven y salvaje animal de la selva virgen, se maravilló de la brutalidad de su propia raza.

Sheeta, el leopardo, era el único que entre toda la gente de la selva torturaba a su presa. La ética de todos los demás daba a sus víctimas muerte pronta y piadosa.

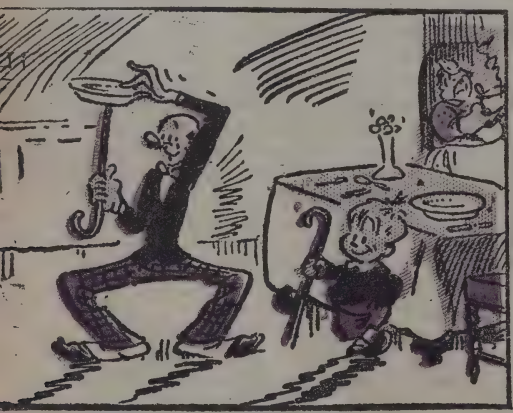
Tarzán había leído en sus libros sólo pequeños fragmentos referentes a la manera de proceder de los seres humanos. Cuando siguio a Kulonga por el bosque, esperaba llegar a una ciudad de casas extrañas sobre ruedas, con nubes de negro humo que salían por un gran pedazo de árbol puesto en el techo de una de ellas, o a un mar cubierto de flotantes edificios que, según había aprendido, se llamaban de varias maneras, buques, botes, vapores y embarcaciones. Se había llevado un gran desencanto con la pobre aldea de los negros, escondida en su propia selva, y sin una sola casa que se acercara, por el tamaño, a su propia choza, en la distante playa.

Vió que aquellos negros eran más malos que

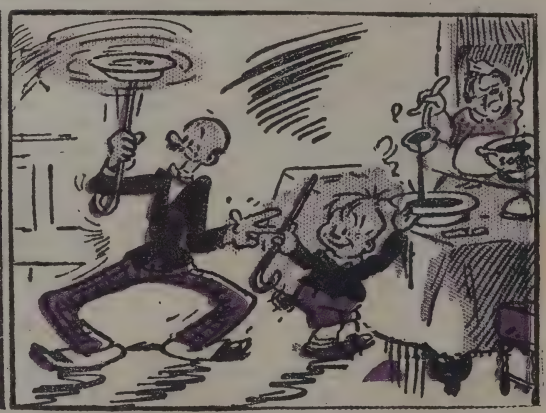
PARA UN PAPA VIVO UN HIJO MAS VIVO

1 — "Eso no me parece muy difícil", — le dijo Papá a su Nene mirando el ejercicio que hacía el artista Laparrilla en el escenario del Casino, — ya verás como lo hago yo en cuanto estemos en casa.

2 — "Mírame: quizás llegue a hacerlo estando dormido", dijo Papá al Nene. "Sin duda alguna, — manifestó el Nene, — yo también voy a ser capáz de hacerlo en cuanto se me de la gana. ¡Como no!"

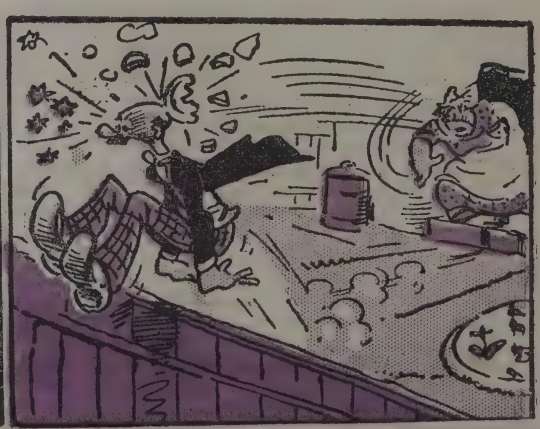


3 — "Empezaré a hacer el ejercicio con un solo plato. Ahora verás como se balancea en la punta de mi bastón de estoque. — Si es lo más simple y sencillo. — ¡Voilá! — agregó expresándose en taquigrafía".



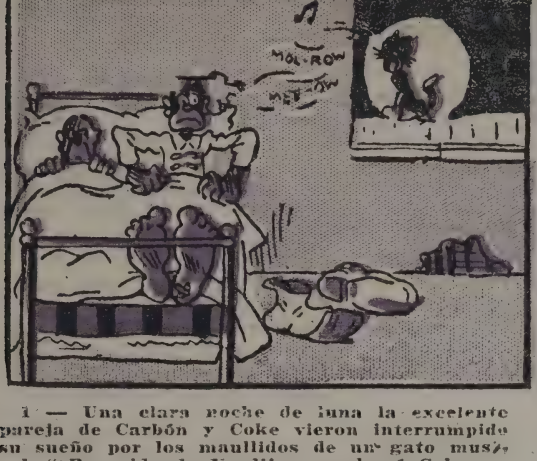
4 — "No va mal', dijo el Nene. — Tan bien va que yo también voy a probarlo con una taza de café. — "¡Si esto es admirable! — agregó el Nene. — Como sigamos así podremos presentarnos dentro de poco en el Casino".

5 — Pero de pronto se produjo la más inesperada y terrorífica de las catástrofes. El plato de Papá salió volando por los aires y la taza del Nene se hizo trizas contra el suelo como era de esperar.



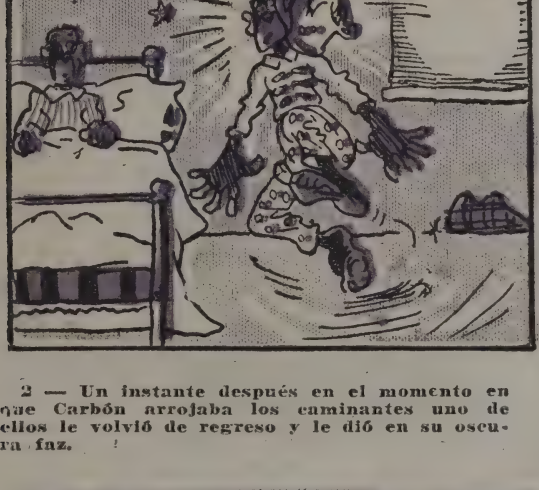
6 — La dueña de casa al ver destruída su vajilla se puso furibunda y gritó como un energúmeno. El bochinche que se armó fué fenomenal. Los vecinos de la casa mandaron preguntar si se había declarado la guerra.

AVENTURAS DE CARBON Y COKE

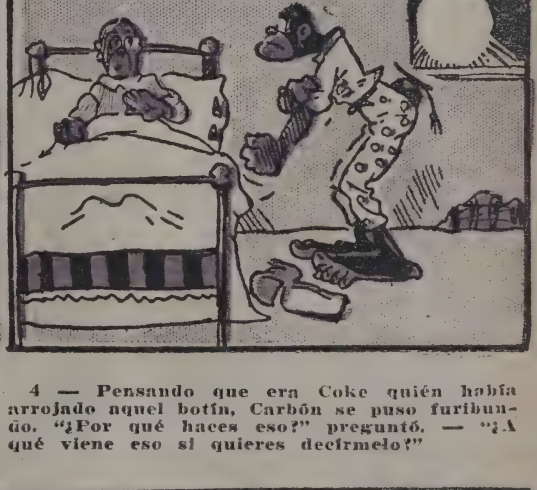


1 — Una clara noche de luna la excelente pareja de Carbón y Coke vieron interrumpido su sueño por los maullidos de un gato musical. "¡Por vida de Verdi! — exclamó Coke. — ¡Ese gato está en la tapia del jardín"

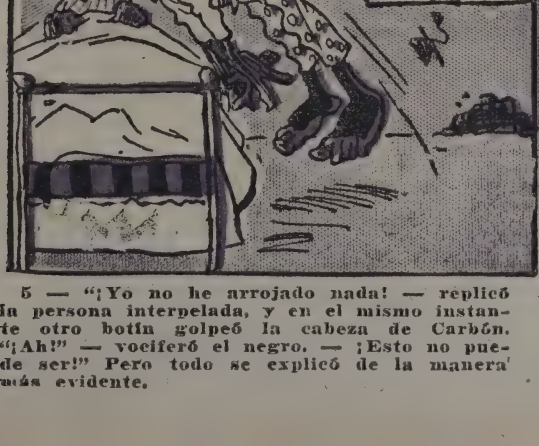
2 — "Voy a hacerlo escapar de ahí — dijo Carbón. — Empezaré por arrojarle un par de caminantes por la ventana a ver si consigo hacer que se vaya del sitio donde se encuentra ese cantante nocturno".



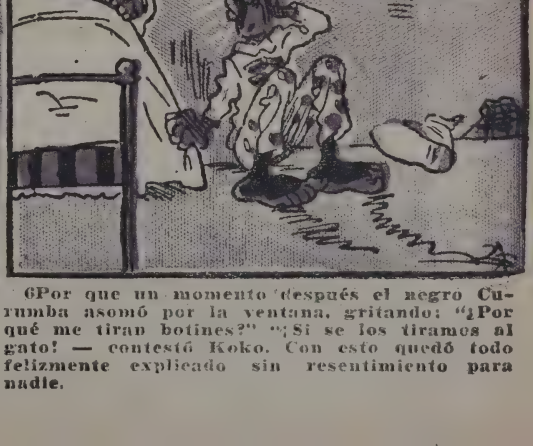
2 — Un instante después en el momento en que Carbón arrojaba los caminantes uno de ellos le volvió de regreso y le dió en su oscura faz.



4 — Pensando que era Coke quién había arrojado aquel botín, Carbón se puso furibundo. "¿Por qué haces eso?" preguntó. — "¿A qué viene eso si quieres decírmelo?"



5 — "¡Yo no he arrojado nada! — replicó la persona interpelada, y en el mismo instante otro botín golpeó la cabeza de Carbón. "¡Ah!" — vociferó el negro. — ¡Esto no puede ser!" Pero todo se explicó de la manera más evidente.



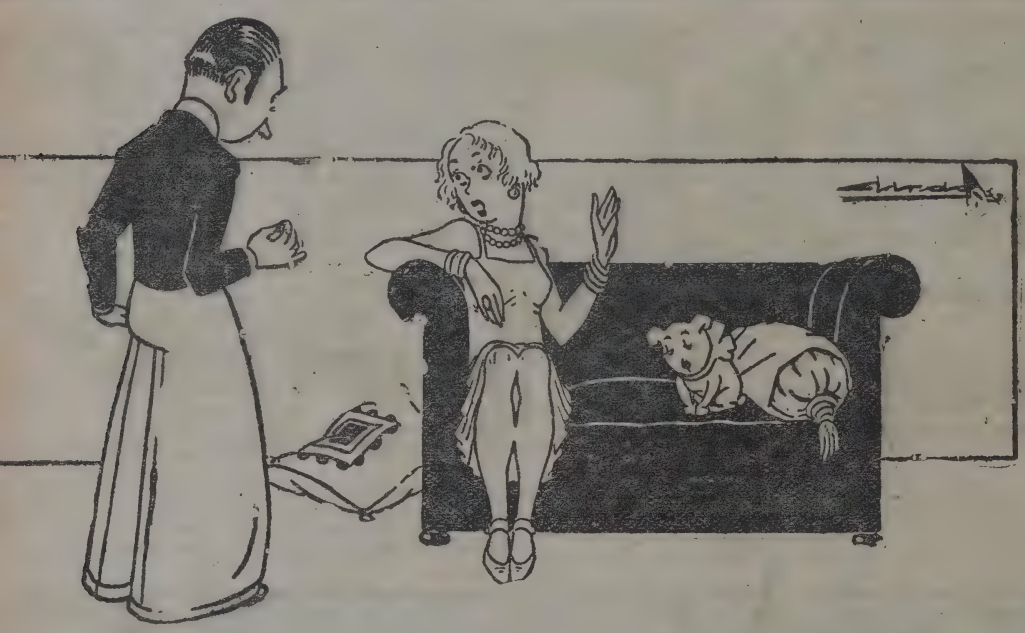
6Por que un momento después el negro Curumba asomó por la ventana, gritando: "¡Por qué me tiran botines?" "¡Si se los tiramos al gato! — contestó Koko. Con esto quedó todo felizmente explicado sin resentimiento para nadie.

propios monos, y tan salvajes y crueles
no la misma Sabor. Tarzán empezó a sen-
muy poca estimación por su propia raza.
os negros habían atado a su pobre víctima
n gran poste, cerca del centro del pueblo,
tamente ante la choza de Mbonga, y allí
maron un círculo de guerreros que bailan-
y chillaban al paso que blandían cente-
ntes cuchillos y amenazadores venablos.
n círculo más grande estaban agazapados
mujeres, chillando y golpeando tambores.
o trajo el Dum-Dum a la memoria de Tar-
, que ya sabía lo que podía esperar, y se
salvajismo y en las crueles indignidades con
que torturaban al preso, aun no desmayado.

Entonces fué cuando Tarzán de los Monos
vió la ocasión que esperaba. Todos los ojos
estaban clavados en el emocionante espectácu-
lo de la estaca. La luz del día había cedido
su puesto a la oscuridad de una noche sin lu-
na, y sólo las fogatas de los inmediatos alre-
dedores de la orgía proyectaban una luz de
inquietos fulgores sobre la animada escena.

Sin hacer ruído, el ágil muchacho se descol-
gó a la blanda tierra en el extremo de la ca-
lle del pueblo. Rápidamente cogió sus fle-

DEVANADERA



—¿Qué haces siempre sentada en ese diván, que no has pagado todavía.
—¿Qué voy a hacer? "Dinvanarme" los sesos.

guntó si se abalanzarían sobre su comida
ntras ésta estaba todavía viva. Los monos
hacían una cosa semejante.
os guerreros que rodeaban en círculo al
eliz cautivo se acercardoi más y más a su
sa, mientras bailaban con desenfreno fe-
y salvaje a la enloquecedora música de
tambores. De pronto partió un venablo e
ió a la víctima. Aquella fué la señal de
s cincuenta. Así lo pincharon ojos, oídos,
zos y piernas; todo el cuerpo retorcido y
traído que no cubría un órgano vital fué
nco de los crueles lanceros.
Las mujeres y los niños expresaban a gri-
su júbilo. Los guerreros se relamían los
ugnantes labios pensando en el festín que
n a celebrar y rivalizaban mutuamente en

chas; esta vez todas porque había llevado con-
sigo unas cuantas fibras largas para hacerlas
un manojo. Sin prisa las envolvió con todo
cuidado, y antes de volverse para partir, el
diablo del capricho penetró en su corazón:
Tarzán miró en torno en busca de alguna ju-
garreta terrible que poder hacer a aquellas
extrañas y grotescas criaturas, para que se
dieran cuenta de su presencia entre ellas.

Dejando caer el manojo de flechas al pie del
árbol, Tarzán se deslizó entre las sombras,
por un lado de la calle, hasta que llegó a la
misma choza en que había entrado cuando su
primera visita. Dentro de ella todo era oscu-
ridad, pero tentando con las manos pronto
encontró el objeto que buscaba, y sin más di-
lación se volvió de nuevo hacia la puerta.

Pero no había dado un paso cuando sus finos oídos percibieron son de pisadas inmediatamente fuera de la choza. Un instante después oscurecía la entrada de ella la figura de una mujer. Tarzán retrocedió en silencio hasta la pared más lejana y sus manos buscaron el largo y afilado cuchillo de caza de su padre. La mujer llegó prontamente al centro de la cabaña y allí se detuvo un instante, tentando en busca de lo que deseaba. Evidentemente no estaba en su acostumbrado lugar, porque la negra siguió explorando cada vez más cerca de la pared junto a la cual se hallaba Tarzán. Tan próxima estaba que el hombre-mono sintió el calor animal de su desnudo cuerpo. Subió el cuchillo de caza y en aquel momento la mujer se volvió a un lado, y pronto un "ah" gutural proclamó que por fin su búsqueda había tenido buen éxito.

Inmediatamente salió de la choza y al pasar la puerta vió Tarzán que lo que llevaba en la mano era una olla.

Siguió el mozo muy cerca a la salvaje, y mirando desde las sombras de la puerta vió que todas las mujeres del pueblo entraban a salían de sus chozas respectivas con ollas y calderos. Llenabanlos luego de agua y los colocaban sobre unas cuantas hogueras cerca de la estaca, de la cual colgaba ya la moribunda víctima, convertida en una inerte y ensangrentada masa de sufrimientos.

Eligiendo un momento en que parecía no haber nadie cerca, Tarzán corrió al manojo de flechas debajo de su gran árbol, al final de la calle del pueblo. Como en la primera ocasión, derribó el caldero, antes de saltar, sinuoso y felino, a las ramas inferiores del gigante de la selva.

En silencio trepó a gran altura hasta encontrar un punto en que, por una brecha del follaje podía contemplar el cuadro que quedaba debajo.

Las mujeres estaban preparando al preso para sus ollas, mientras que los hombres yacían echados en torno, descansando de la fatiga de su desenfrenada orgía. En el pueblo reinaba relativa calma.

Tarzán levantó el objeto que había hurtado de la choza, y con puntería certera, por la práctica adquirida en muchos años de arrojar frutos y cocos, lo lanzó hacia el grupo de salvajes.

En medio de ellos cayó, dando a uno de los guerreos en la cabeza y derribándolo al suelo. Luego rodó entre las mujeres y se paró al lado del cuerpo medio descuartizado con el cual se disponían a refocilarse.

Todos los miraron consternados un instante, y luego, como de común acuerdo, se dispersaron corriendo hacia sus chozas.

Era un cráneo humano lo que, haciendo muecas, lo miraba desde el suelo. La caída de aquello desde los cielos era un milagro muy a propósito para despertar los supersticiosos terrores de los salvajes.

Así Tarzán de los Monos los dejó llenos de pavura ante aquella nueva manifestación de la presencia de algún poder maligno, sobrenatural e invisible, que acechba en el bosque, en los aledaños de su aldea.

Más tarde, cuando descubrieron el volcado caldero, y notaron que otra vez les habían robado las flechas, comenzó a cundir entre ellos la idea de que habían ofendido a algún potente Dios, que gobernaba aquella parte de la selva virgen, al instalar allí su aldea sin habérselo propiciado previamente. Desde entonces colocaron todos los días una ofrenda de alimentos debajo del gran árbol de donde habían desaparecido las flechas, en su esfuerzo por conciliarse al omnipotente espíritu.

Pero la semilla del miedo había penetrado muy hondo. No sabía Tarzán que había echado los cimientos de gran infelicidad futura para sí mismo y para su tribu.

Aquella noche durmió en el bosque no lejos del pueblo, y a la mañana siguiente partió despacio hacia sus monos y se detuvo por el camino para buscar que comer. Sólo unas cuantas bayas y de cuando en cuando algún gusano recompensaban su trabajo; y estaba medio hambriento cuando, al alzar la vista desde el leño bajo el cual había estado escarbando, vió a Sabor, la leona, a menos de veinte pasos de él, en el centro del sendero.

Los grandes ojos amarillentos estaban fijos en Tarzán con ominoso brillo de perversidad, y la roja lengua lamía los afanosos labios. Agazapada, Sabor se abría cautelosamente camino, con la tripa pegada a la tierra.

Tarzán no intentó escapar. Por el contrario, acogió gustoso la oportunidad que estaba buscando en los días pasados, no armado ya con una sola cuerda de hierba.

Rápidamente cogió su arco y le puso una flecha bien impregnada. Y al dar Sabor el salto, el delgado proyectil partió para recibirla en el aire. En el mismo instante, Tarzán de los Monos saltó a un lado, y cuando el gran felino dió en el suelo más alla de él, otra saeta de mortífera punta se hundió profundamente en sus lomos.

Lanzando un potente rugido, la fiera se volvió y atacó de nuevo, pero sólo para recibir la tercera flecha en un ojo; aunque esta vez estába demasiado cerca del hombre-mono para que éste pudiera soslayar el ímpetu del cuerpo que le atacaba.

Tarzán cayó debajo de la enorme masa de su enemiga, pero empuñando el reluciente cuchillo y golpeando atinadamente con él. Un momento estuvo tendido, pero en seguida se dió cuenta de que la inerte mole que yacía sobre su cuerpo no podía ya causar el menor daño ni a hombre ni a mono.

Con trabajo logró zafarse de debajo de aquel enorme peso, y cuando se levantó y contempló el trofeo de su habilidad, una poderosa ola de exaltación invadió su alma.

Con el pecho henchido, puso el pie sobre el cuerpo de su poderosa enemiga y, echando hacia atrás la fina y juvenil cabeza, rugió el pavoroso reto del mono victorioso.

Resonó en el bosque el salvaje grito de triunfo. Las aves se quedaron inmóviles, y los animales mayores y las fieras se deslizaron furtivamente alejándose, porque eran pocos los de la selva que quisieran tener que ver con los grandes antropoides.

Y en Londres otro lord Greystoke estaba

hablando a sus semejantes en la Cámara de los Lores; pero ninguno temblaba al oír el sonido de su voz.

Sabor resultó una comida insípida aun para Tarzán de los Monos; pero el hambre fué el disfraz más eficaz de la dureza y del gusto rancio, y antes de mucho, con el estómago lleno, el hombre-mono estuvo presto a dormir de nuevo. Antes de esto, no obstante tenía que quitar la piel al animal, porque no menos para esto que para otros fines deseaba desde hacía tiempo la destrucción de la leona.

Diestramente desolló a Sabor, pues había practicado este arte con frecuencia en los animales más pequeños. Cuando hubo terminado su tarea, llevó su trofeo a la horquilla de un elevado árbol, y allí, haciéndose un ovillo en una bifurcación de ramas, cayó en profundo sueño.

Entre el poco dormir anterior, el duro ejercicio y la tripa llena, Tarzán de los Monos durmió las veinticuatro horas y se despertó al mediodía siguiente. En seguida se dirigió al cuerpo de Sabor, pero vió que sus huesos estarían ya mondos por obra y gracia de otros hambrientos moradores de la selva.

A la media hora de avanzar despacio por el bosque vino a dar con un ciervo joven y antes que el animal se diera cuenta de que tenía cerca un enemigo, una delgada flecha se había alojado en su cuello.

Tan de prisa obraba el veneno que, al cabo de una docena de saltos, cayó el ciervo muerto sobre la maleza. De nuevo Tarzán tuvo un festín excelente, pero esta vez no durmió.

En vez de ello, corrió hacia el punto en que había dejado a su tribu, y cuando la encontró exhibió orgullosamente la piel de Sabor, la leona.

—¡Mirad — exclamó, — monos de Kerchak! ¡Mirad lo que ha hecho Tarzán, el potente matador! ¿Quién de vosotros ha matado nunca a uno de la gente de Numa?

Al llegar aquí se detuvo, porque el lenguaje de los antropoides no tenía palabra para designar al hombre, y Tarzán no sabía más que esribir el vocablo inglés, pero no pronunciarlo.

La tribu se había agrupado a su alrededor para contemplar la prueba de su maravillosa proeza y escuchar sus palabras.

Sólo Kerchak se quedó atrás, entregado a su odio y a su furor.

El aceite de oliva es el mejor alimento para hacer engordar a las personas.

* * * * *

Un reloj de bolsillo tiene cerca de ciento setenta piezas; algunos tienen más, pocos tienen menos.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Precios de suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

De pronto, algo estalló en el perverso cerebro del antropoide, que un espantoso gruñido se precipitó en medio de la reunión.

Mordiendo y pegando con las enormes manos, mató y lisió a una docena de monos antes que los demás pudieran escapar a las ramas superiores de la selva virgen.

Echando espumarajos y dando gritos en la insania de su furia, Kerchak miró en torno buscando el objeto de su mayor odio, y allí, en una rama cercana, lo vió sentado.

—¡Baja, Tarzán, gran matador! — gritó Kerchak. — ¡Baja y sentirás los dientes de otro más grande! Los luchadores poderosos ¿huyen a los árboles a la primera proximidad de peligro?

Y dicho esto Kerchak lanzó a los vientos el tremendo reto de su tribu.

Tranquilamente se dejó caer Tarzán al suelo. La tribu, que, sin respirar apenas, seguía en sus altas guaridas, vió cómo Kerchak, rugiendo aún, se precipitaba sobre el cuerpo relativamente delicado de su odiado enemigo.

Casi siete pies alzaba del suelo el rey de los monos, a pesar de sus cortas patas. Sus enormes hombros estaban hinchados y redondeados por los potentes músculos. Su corta nuca era un solo bloque de hierro que sobesalía de la base del cráneo, de manera que su cabeza parecía una pelota que saliera de una montaña de carne.

Sus contraídos y rugientes labios dejaban ver sus enormes dientes de luchador, y los malvados ojillos sanguinolentos brillaban con el horrible reflejo de su locura.

Esperándolo estaba Tarzán, que era también un ser de poderosos músculos; pero sus seis pies de statura y sus fuertes brazos parecían lastimosamente incapaces de sostener la prueba que los aguardaba.

A cierta distancia quedaban su arco y sus flechas, donde los había dejado caer mientras mostraba la piel de la leona a sus compañeros; de manera que hizo frente a Kerchak con sólo su cuchillo de monte y su superior inteligencia para equilibrar las fuerzas colosales de su enemigo.

Cuando éste se lanzó rugiendo sobre él, lord Greystoke sacó su gran cuchillo de la vaina, y con una respuesta al reto, no menos horrible y espeluznante que el grito del animal a quien hacía cara, se precipitó a afrontar el ataque. Era Tarzán demasiado listo apra dejar que le ciñeran aquellos largos y peludos brazos; por lo cual, en el momento en que los cuerpos de ambos iban a chocar, Tarzán de los Monos asió una de las muñecas de su agresor, y dando un ligero salto a un lado, hundió su cuchillo hasta el puño en el cuerpo de Kerchak, debajo del corazón.

Antes que pudiera arrancar lt hoja del cuerpo, el rápido movimiento del mono para alcanzar a Tarzán obligó a éste a soltar el mango de su arma.

Con la palma de la mano asestó Kerchak un tremendo golpe a la cabeza del hombre-mono; golpe que, si le hubiera dado, habría dejado aplastado el cráneo de Tarzán.

Pero éste anduvo listo, y agachándose debajo de su rival, asestó también un terrible puñetazo en la boca del estómago.

Vaciló el antropoide, que ya con la mortal herida del costado casi se había desvanecido, pero, con poderoso esfuerzo, logró reponerse un instante, lo suficiente para permitirle arrancar la muñeca de la mano de Tarzán y abrazarse en terrible apetón con su membrudo adversario.

Así lucharon, el uno para arrancar la vida a su antagonista con los terribles dientes, y el orto para cerrar por siempre la garganta del mono en su fuerte apretón, al paso que apartaba de sí propio la terrible y rugiente boca.

La mayor fuerza del mono iba poco a poco prevaleciendo; y los dientes de la feroz bestia estaban apenas a una pulgada de la garganta de Tarzán, cuando, con súbito temblor, el asqueroso corpachón quedó un instante rígido, y luego cayó inerte al suelo.

Kerchak había muerto.

Retirando el cuchillo que tan a menudo le había hecho vencer a musculaturas más poderosas que la suya, Tarzán de los Monos puso el pie en el cuello de su muerto rival, y otra vez, reciamente, sonó en la selva virgen el feroz y salvaje grito del vencedor.

Y así llegó el joven lord Greystoke a ser rey de los monos.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el Castillo de Mostone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mecionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envío de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Rourcke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas, para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y solicitando de O'Roucke fuera al castillo.

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y, en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Rourcke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

VEA USTED EN LAS PAGINAS 34 Y 35 EL CONCURSO DE "PUCKY" QUE LE DA DERECHO A UN PREMIO DE PESOS 10 MONEDA LEGAL.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo, y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

Continuación de la narración de Charles O'RourKe

CAPITULO II

Una semana después del sepelio de los ristos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repetina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anonadada por la desaparición de su esposo, y, por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administrba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcane para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesicnal tiene su orgullo, y yo también tengo el mío. Debo confesar que en un asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yo me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

—¿Está usted seguro que no es posible hallar ningún indicio revelador en todo el asunto?

—He interrogado a centenares de personas y no he podido averiguar nada. Sólo puedo decirle que él o los individuos, culpables de estos hechos misteriosos, persiguen un fin bien definido, y que no van a terminar los atentados, mientras ellos no hayan logrado su objeto.

—Pero en los últimos días no volvieron a repetirse.

—En efecto; pero tiene que tener en cuenta que la vigilancia es sumamente estricta. Solamente hemos podido constatar que, todas las noches, se oyen ciertos ruidos misteriosos, que pareecn zumbidos, ¿no debe usted si ello ocurría también antes de los atentados y que, en ese caso, serían producidos por algún fenómeno de la naturaleza?

—Jamás se oyeron antes; pero, esta noche voy a ir con usted para oirlos personalmente. Y ahora, señor Peters, hasta las diez en Carn Malva.

¿Llegará O'Rourke a desenmascarar a los misteriosos asesinos del pantano? Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky" cuidando de encargar a tiempo su ejemplar.

Poco a poco esta revista irá transformándose en

EL NUEVO PUCKY

Una revista en la que habrá DE TODO PARA TODOS, la más interesante del mundo.

GRAN CONCURSO DE "PUCKY" CON PR

HAY QUE FORMAR UNA PALABR

No remitan sus soluciones ha

En cinco sucesivos números de "Pucky" se publicará una serie de cinco letras que el lector debe guardar para formar con ellas una palabra conocida, pegando las letras en los cuadritos que están en la página de enfrente. No deben enviar el boletín antes de haber construído la palabra, si consiguen construirla, lo que no les será difícil.

5a. SERIE

R	O	P	H	I

Para todo asiduo lector de "Pucky" tiene que resultar lo más sencillo del mundo el reunir las letras necesarias para formar el título de un magazine que ellos conocen muy bien, de modo que número tras número podrán encontrar la letra que les haga falta. Hay que ir cortando las letras y pegándolas en el cuadro de la página de enfrente, en los correspondientes cuadritos.

Este concurso exige de le los lectores asiduidad y constancia en la lectura de "Pucky", pues solamente reuniendo los cinco números consecutivos podrán llegar a formar la palabra que les dará derecho al premio indicado. Reuniendo la palabra es casi seguro obtener el premio, porque los premios son muchos y serán repartidos todos.

CADA uno de los lectores de este magazine que remita formada la palabra en la debida forma, con las letras pegadas en los cuadritos y con su firma y señas bien claras, puestas al pie, tendrá derecho a un premio de

$ 10 m/n

que recibirán en efectivo y sin necesidad de más trámite.

Es esta la primera vez que una revista argentina establece un concurso en el cual los lectores están enteramente seguros de obtener el premio si forman la sencilla palabra que constituye la solución. Corte, pues, las letras a medida que las encuentre y forme la palabra y escriba bien claro su dirección

ES este el concurso más fácil de ganar que haya publicado revista alguna hasta la fecha. Las letras que constituyen la solución irán apareciendo entremezcladas con otras, pero el lector inteligente sabrá sin duda separarlas y pegarlas luego en el cuadro donde debe figurar la solución.

IIOS EN DINERO PARA LOS LECTORES

CON LAS LETRAS PUBLICADAS

la terminación del concurso

Sólo hace falta reunir las cinco letras para tener derecho a uno de los premios de $ 10 que ofrece este magazine a sus lectores fieles. Junte usted las letras que irán apareciendo en el cuadro de la página anterior, entremezcladas con otras, y cuando tenga la palabra pegue las letras en el cuadro que va más abajo.

Indicaciones para el lector.

PARA ganar los diez pesos moneda legal, en efectivo, que constituyen cada uno de los premios de este gran concurso de "Pucky", sólo es necesario cumplir fielmente las condiciones que se indican en la página precedente. Cuando usted tenga reunidas las cinco letras que constituyen la solución, péguelas en los cuadritos que van más abajo y envíe este boletín, bajo sobre, dirigido al

Señor Administrador de "Pucky",
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

El envío debe ser hecho antes de que transcurran ocho días del día en que aparezca la 5.ª serie de letras.

Corte con tijeras por la línea de puntos y envíe su solución al sitio indicado.

Boletín de envío.

Corte con tijeras por la línea de puntos.

En estos cuadros debe usted pegar las letras.

Firma.

Nombre de la persona que envía este boletín:

Domicilio: Calle y número.

Localidad.

Provincia o Ferrocarril.

BUEN VINO

La señora: — ¿No es usted el mismo a quien le dí un vaso de vino añejo el viernes pasado?

El mendigo: — Sí, señora, yo soy, y vengo a ver si me quiere usted vender una botella.

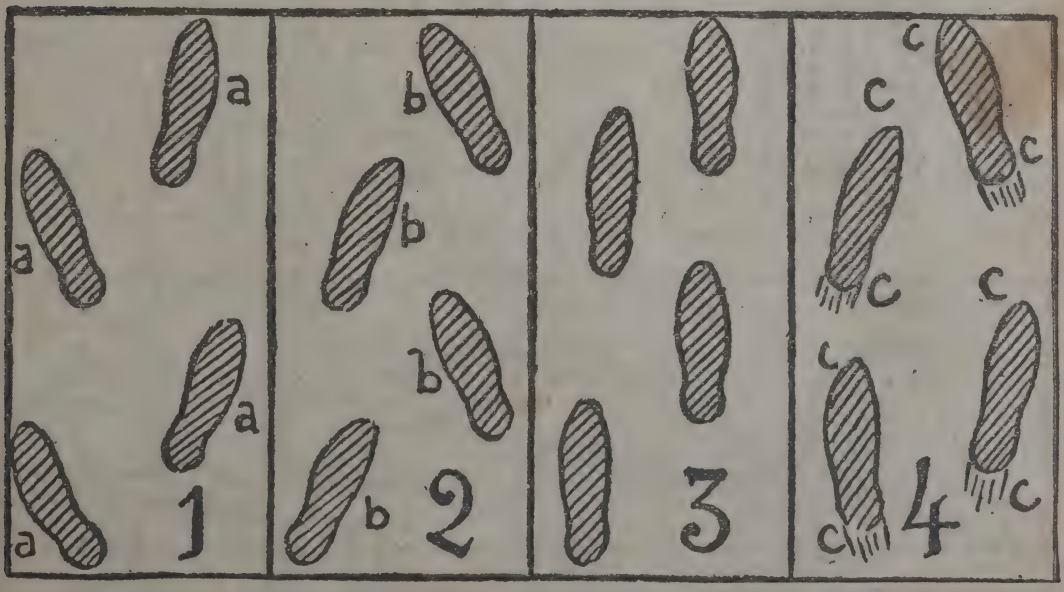
LOS PRINCIPIOS DE UNA CIENCIA NUEVA

LA DEAMBULOGRAFIA

Puede apreciarse, aun cuando sólo sea en forma sintética, en qué consiste esta nueva ciencia, leyendo el artículo que se publica a continuación y a cuya mayor claridad contribuyen los dibujos que acompañan a las explicaciones del autor, que es, sin duda, un hombre de ingenio y que sabe observar debidamente las cosas que lo rodean en este mundo.

¿Se ha fijado usted en el modo de caminar de alguna persona en momentos en que ella no se siente observada? ¿Ha examinado usted las huellas que dejan sus pisadas. el modo que tiene de apoyar los pies en el suelo?... ¿de dirigir sus piernas?...¿ Se ha fijado usted en el movimiento de sus hombros, de sus caderas, el porte de su busto mientras avanza? ¿Ha probado usted el efecto que le hace un llamado inesperado? ¿No? Pues usted no ha comenzado todavía a iniciarse en los secretos de la ciencia de la deambulografía?

ESTUDIO DE LAS HUELLAS DE LOS PIES



Pues bien, vamos a tratar de que le interese a usted esta nueva ciencia, presentándole como ejemplo los casos de los pasos más comunes y las deducciones generales que pueden sacarse de cada uno de ellos. Y digo "generales" porque el modo de caminar de un individuo puede ser modificado por taras físicas, por el estado de su salud. En estos casos el estado de su salud se averigua fácilmente mediante la observación de las huellas que dejan sus pisadas.

Hemos hecho figurar aquí, en forma sumamente esquemática, lo que se ve más comunmente. Usted puede perfeccionarse más adelante por medio de sus observaciones personales, variadas y divertidas y siempre curiosas.

ACTITUD DE LOS PIES Y DE LAS PIERNAS

1. — Marcha con las puntas de los pies hacia afuera, regular pero apoyada en el lado externo del pie: a) indica carácter activo y resuelto a la vez que emprendedor.

2. — Marcha con las puntas hacia adentro regular, pero apoyada en el lado interno: b) timidez, recelo, debilidad, indecisión.

3. — Marcha recta, regular paralela: es la del hombre correcto, enérgico y ponderado.

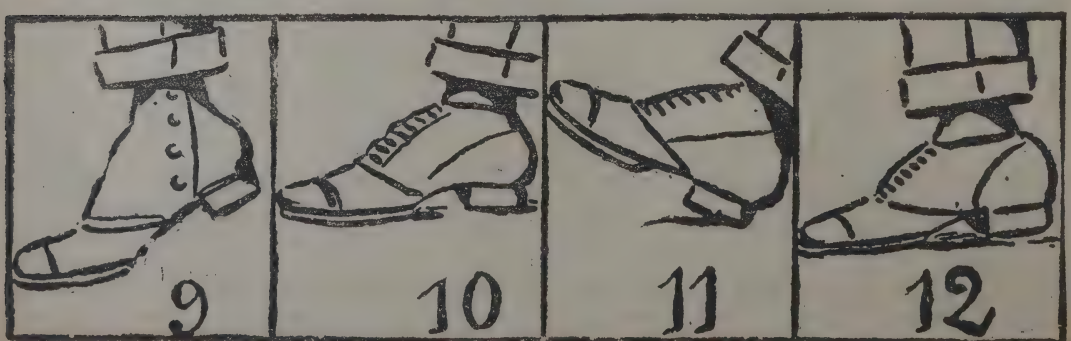
4. — Marcha indecisa, irregular, pasos desiguales, con rastro en la parte de atrás: individuo enfermizo, indeciso y desconfiado.

5. — Piernas arqueadas, ordinariamente con las puntas de los pies hacia afuera; señal de irresolución, de capricho, a veces de afición sportiva.

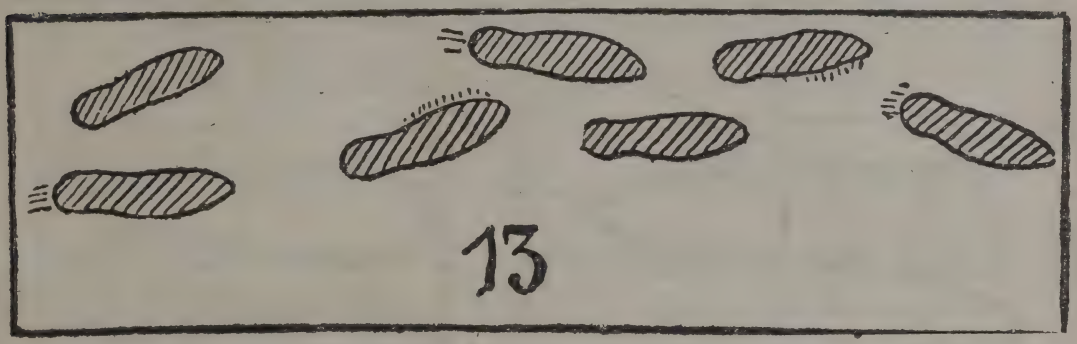
6. — Piernas torcidas, con las puntas de los pies hacia adentro; denuncian a una persona tímida, borrosa, timorata y débil.

7. — Piernas derechas, andar rectilíneo: espíritu equilibrado, justo, sincero y exacto.

COMO SE APOYA EL PIE

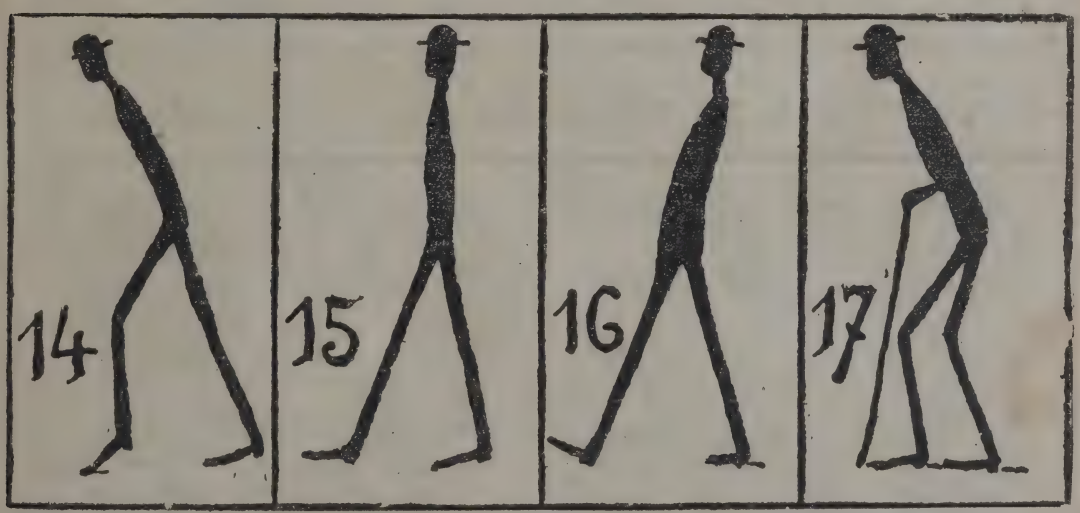


8. — Piernas vacilantes, andar irregular: persona disimulada, imprecisa, desconfiada, hipócrita, tal vez enferma.
9. — Caminar con la punta del pie: delicadeza, habilidad, astucia.
10. — Caminar con el pie chato: rectitud, lealtad, franqueza.
11. — Caminar con el taco: fuerza, voluntad, energía, ambición.
12. — Marcha deslizante vacilante: enfermedad, hipocresía, disimulo.



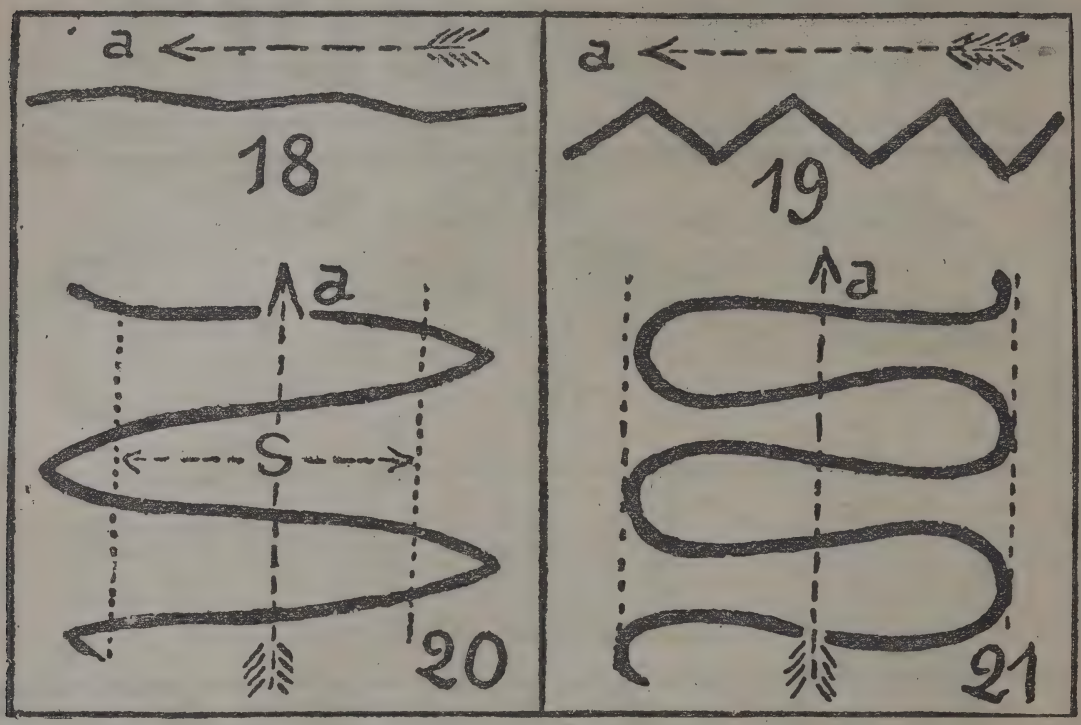
13. — Marcha que tiene todos los defectos del número 4 y además es irregular en la longitud de los pasos: es la de un desequilibrado, tarado, peligroso, disimulado e hipócrita.

ACTITUD DEL CUERPO

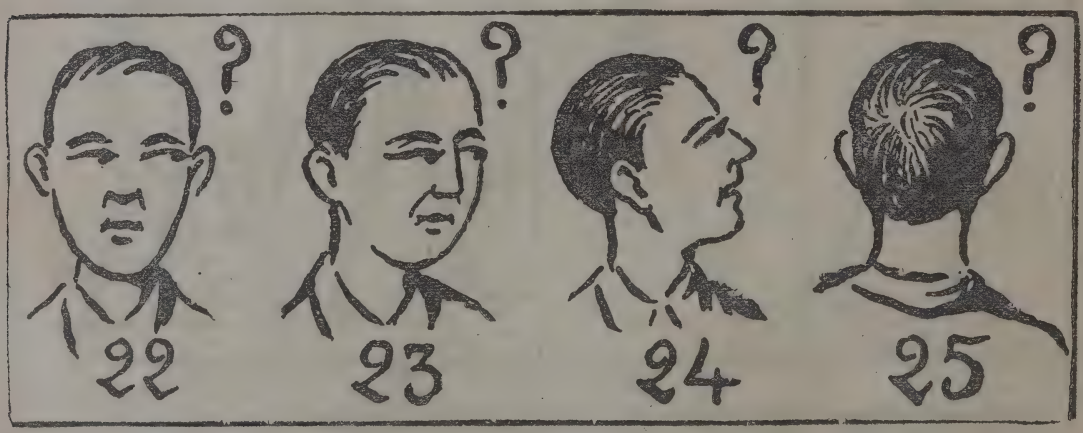


14. — Hacia adelante: actividad, voluntad, energía, salud.
15. — Vertical: gravedad, ponderación, calma, equilibrio.
16. — Hacia atrás: orgullo, fatuidad, suficiencia, obesidad.
17. — Inclinado hacia adelante, encorvado: debilidad, enfermedad, simulación.
18. — Avance recto, con la cabeza y los hombros casi inmóviles: rectitud, salud, estabilidad.
19. — Avance a saltitos: ligereza, aturdimiento, nerviosidad.
20. — Avance balanceándose, movimiento lateral de los hombros: fantasía, irreflexión, capricho.
21. — Avance ondulante, con movimiento de caderas: afectación, orgullo, tontería.
22. — Si la persona vuelve solamente los ojos y sigue caminando: disimulo, hipocresía, apatía.
23. — Si la cabeza sigue el movimiento de la mirada, pero sigue la marcha: vacilación, timidez, temor.
24. — Si vuelve la cabeza hacia el sitio de donde lo llaman y mengua la velocidad de la marcha: sensibilidad, franqueza, curiosidad.

AVANCE



RESPUESTA A UN LLAMADO BREVE E IMPERSONAL



25. — Si da una media vuelta completa y se para bruscamente: nerviosidad, impresionabilidad, irritabilidad.

Con los precedentes ejemplos queda presentada, — al menos en sus rasgos principales, — la "deambulografía" que el lector podrá perfeccionar y enriquecer a su manera mediante sus propias observaciones.

LEA "PUCKY" TODOS LOS VIERNES

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

UNA SOCIEDAD ANONIMA

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

BADOIR quedó aterrado.

Los motivos que hacía valer sir Ralph le demostraban bien a las claras que se hallaba para siempre ligado a esos hombres.

—Pero, — repuso Badoir, profundamente turbado, no es solamente por lo concerniente al asunto Valcresson por lo que teméis las persecuciones de la justicia; hay otro, al que yo soy completamente extraño, el asesinato de los esposos Christiani.

—Por el que, como os he dicho, han mandado dos detectives de Nueva York a París y nos están buscando activamente en el momento presente. No, vos nada tenéis que ver en este asunto; pero ya que hemos puesto en común todos nuestros pequeños delitos, ¿por qué no añadir ese también a la masa común? Es lo que tenemos decidido, Mac-Field y yo; y así como nosotros aceptamos la responsabilidad de lo que cometisteis solo con Luisa Prevot y su hija, vos podéis muy bien cargar con el asunto de Nueva York.

—¿Qué queréis decir? — exclamó Badoir clavando en sir Ralph una mirada terrorífica.

—Quiero decir que siendo en adelante todo común entre nosotros, contamos con vos para que nos salveis de este peligro.

—Pero yo no puedo impedir que lleguen a descubriros.

—Es especialmente para ponernos al abrigo de este percance que concebimos la idea de fundar la casa Badoir y Compañía, en la que nos parece estar al abrigo de todas las pesquisas.

—Pero, en fin, ¿si no bastaba esta precaución?

—Lo sentiría en el alma por nosotros, primero, y no menos contrariado por vos, mi querido señor Badoir.

—¡Por mí! Pero eso no me incumbre, vosotros no podéis sin embargo acusarme de complicidad en un crimen realizado en América, en donde yo no he estado nunca y en una época en que no os conocía aún.

—Es absolutamnte imposible, tenéis razón; pero como no se tiene sino una sola cabeza que perder, una vez condenados, estamos dispuestos a entrar por la vía de las confesiones, como dicen los diarios, y entonces todo lo declararemos, no solamente por lo que respecta al asesinato de los Christiani, sino también lo relativo al asunto Valcresson, sin olvidar ninguno de los episodios accesorios, no dudando que el tribunal, enternecido por tanta franqueza no firme inmediatamente un recurso de apelación o al menos una conmutación de pena a favor nuestro.

—¡Oh, pero esto es espantoso! ¡Es espantoso! — exclamaba Badoir dejándose caer agobiado en un asiento.

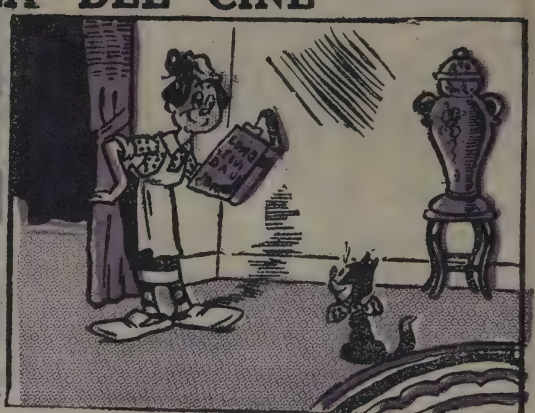
—Sí, — continuó sir Ralph con una irónica sonrisa, la situación que os hemos creado, está muy distante de aquella dulce y tranquila existencia que teníais soñada y que hemos venido a turbaros tan brutalmente. Pero ¿qué queréis? nosotros también teníamos nuestros sueños hechos, y siendo así, es preciso que uno u otros sean sacrificados. Nuestro sueño, nuestra idea fija, es salvar nuestra cabeza, y para ello nos hemos fijado en vos. Ahora bien, desde el momento en que estaréis bien convencido de que nuestra cabeza y la vuestra deben caer en el mismo canasto, estoy seguro de que podremos contar con vuestra fidelidad, y que velaréis por nosotros con la misma solicitud que si fuéramos hijos vuestros.

—¡Pero eso que hacéis es odioso! — vociferó el banquero desesperadamente. En este momento sois buscados los dos por la policía americana; cuyos agentes os pueden descubrir mañana mismo, hoy quizás, puede ser dentro de una hora, y queréis hacerme responsable de este arresto. Veamos, reflexionad, ¿qué puedo hacer yo para impedirlo? Trocad los papeles, poneos en mi lugar, ¿qué harías vosotros?

—Lo ignoro completamente, y hasta es muy probable que me hallaría sumamente embarazado, — respondió sir Ralph con toda flema; — pero cuando uno tiene que defender la propia cabeza, es de una fuerza extraordinaria, y puesto que la vuestra está interesada en el asunto, estoy bien persuadido que realizaréis verdaderos milagros para es

SERAFINA LA DEL CINE

1 — "El otro día entré de mucama en casa del señor Serrucho, el famoso anticuario. Toma este jarrón — me dijo, — pero con mucho cuidado por que vale más de cincuenta mil pesos".

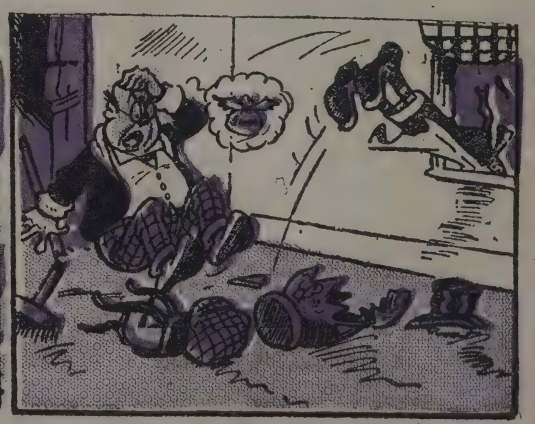


..2 — Después de haber barrido la alfombra me puse a estudiar como se debe proceder para evitar que se rompa un jarrón que vale nada menos que cincuenta mil pesos moneda legal

3 — "Para que nadie pudiese confundir el jarrón y hacerlo trizas aproveché el momento para formar con él un espléndido monigote y lo vestí con robe de chambre y sombrero de felpa".

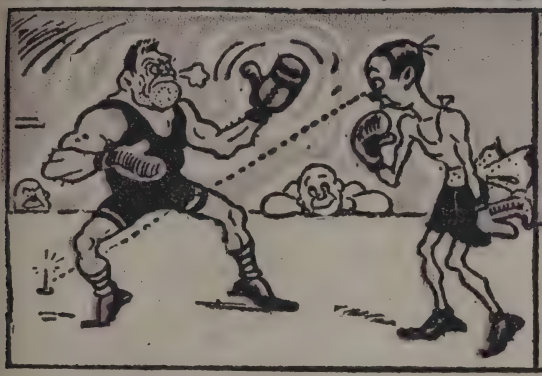
4 — "Pero el señor Serrucho me vió ensayando frente al muñeco una escena de "Los hijos sin madre", que es una obra muy difícil de hacer y se arrojó furibundo contra mí enarbolando el escobillón".

5 — "¿Qué sucedió? Que el escobillón dió en el famoso jarrón que valía cincuenta mil pesos y lo hizo numerosos pedazos, que era precisamente lo que se deseaba evitar como quedó dicho".



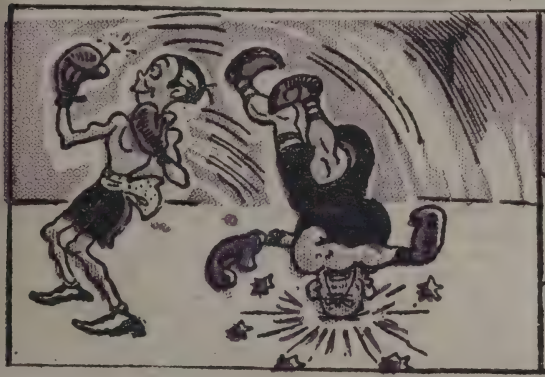
6 — "Asustada yo ante semejante catástrofe grité ¡Buenas noches! y salí disparando por la ventana, con lo que perdí el empleo o conchabo de mucama en casa del señor Serrucho. ¡Qué desgracia!

EL ARDID DEL BOXEADOR DELGADO

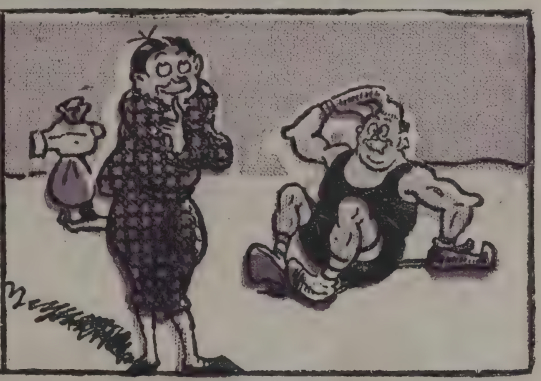


1 — "¡Que salgan los padrinos del ring, que voy a darle una tunda a este fideo!" dijo el boxeador gordo mirando al delgado y no fué así porque el flaco esquivó el golpe echándose al suelo

2 — Pero al verse en el suelo encontró algo que le llamó la atención ¡Era un clavo! Cuando le tocó volver a pelear se lo metió en el guante: ¡y que golpes le dió al gordo!



3 — El gordo tuvo que darse por vencido porque el flaco le pegaba de un modo atroz. El gordo vió las estrellas y el flaco cobró...



4 — ... la bolsa llena de dinero que constituía el premio instituído por la sociedad de boxeo "Me alegro de verte bueno", muy popular en Cañuelas.

EL CHALECO Y EL RELOJ DE CUCO

—Don Caralampio quería leer y el reloj de cuco no lodejaba en paz A cada momento cantaba la hora.

—Entonces, el viejo puso un frasco de tinta delante del pajarito para que no pudiera salir a cantar como otras veces.

—¡Pero lo que sucedió fué que el frasco de tinta cayó sobre el señor don Caralampio y le estropeó su hermoso chaleco de fantasía!

piar, prevenir, velar, alejar, por todos los medios imaginables, el peligo que tenemos, y que, desde ahora, no es común a los tres. Es una inmensa responsabilidad para vos, señor Badoir, convengo en ello, y hay en esta combinación algo que choca con la justicia y hasta con el sentido común, es indiscutible, pero, ¡qué seguridad para nosotros, de qué resguardo y solicitud vais a rodearos desde hoy! Considerar la cuestión bajo este punto de vista, y tendréis que convenir con nosotros en que la ingeniosa idea Badoir y Compañía, ha sido una feliz inspiración.

El banquero quedó por fin convencido de que era inútil discutir ni suplicar más.

Se calló, quedando inmóvil y mudo en su sillón.

En ese momento llamaron a la puerta.

Era el sirviente del señor Badoir, que entró entregando una tarjeta a sir Ralph. Este la miró y vió que tenía un nombre escrito: Goezmann.

—¿Están esperando? — preguntó sir Ralph.

—Sí, señor; en el gabinete.

—Está bien.

Salió para trasladarse al gabinete del banquero.

Allí estaba el alemán, más repugnante que nunca, con sus mejillas atravesadas por las rojas cicatrices.

En aquel momento su fisonomía descolorida expresaba una alegría feroz.

—¿Y...? — le dipo sir Ralph, — ¿qué hay de nuevo?

—He descubierto su domicilio, — dijo el alemán con una voz estridente.

—¿El domicilio de quién?

—De la señora Taureins.

—Bueno. ¿Y dónde vive?

—En casa de nuestro amigo.

—¿El señor Portal?

—Sí. De modo que nuestro odio podrá dirigirse a los dos a la vez.

—Venid conmigo. Vamos a ponernos de acuerdo con Mac-Field.

Y salieron juntos.

XLIV

DOS ANTIGUOS AMIGOS

Tenemos motivos para no hacer asistir a lector al conciliábulo que tuvieron esa noche, a propósito de la señora Taureins, sir Ralph, Mac Field y el alemán, convertido este último en enemigo mortal de la infeliz señora y del hombre que le había infligido un castigo tan terrible. Franquearemos un espacio de veinticuatro horas, dirigiéndose a la calle Duperré entre cuatro y cinco de la tarde. Allí asistiremos al encuentro de dos personajes muy equívocos de aspecto y de maneras, que lanzan un grito de sorpresa al apercibirse mutuamente.

—¡Tío Vulcano!

—¡Arturo!

El pálido rapaz de la calle Vanves está desconocido. La blusa, el pantalón de brin y la gorra chata, han sido reemplazdos por un paletó verde manzana, un chaleco abierto amarillo, un pantalón a dobleces, llamado a lo Jocko y un sombrero trombón, todo a la última moda de 1840, comprado por diez y seis francos cincuenta céntimos en un cambalache.

De manera que dejó atónito al tío Vulcano, que le daba vueltas alrededor con respetuosa admiración.

—¡Canarios! — decía, — ¡es todo una ropería lo que traes encima, compañero! Discúlpame. Pero, ¿has heredado a algún tío?

—No, — respondió Arturo con un tono enfático. —Encontré un empleo.

—¡Bah! auditor del consejo de Estado, tal vez?

—¡No! Soy auditor en el teatro del Ambigú. Eso sería incompatible.

—Pero, en fin, ¿qué empleo tienes?

—El de importuno.

—¿Heim? ¿Cómo dices?

—Digo importuno.

—Conozco muchos, pero ninguna es pagado por esto.

—Es que no son bellacos.

—En fin, explícate.

—Con mucho gusto; pero siento como un principio de pepita... ¿si rociásemos un poco el relato?

—Me gustaría mucho; pero en cuanto a brasa, por el momento, mi viejo, el cielo se junta con la tierra, lo confiesa.

—¡Oh! no hay cuidado por esto, — repuso el pilluelo.

Y con un ademán lleno de fatuidad, metió las manos en los bolsillos de su pantalón a pliegues, sacudiendo fuertemente. Se sintió entonces un retintín argentio que hizo poner las orejas del ex modelo más tiesas que las de un caballo en momentos de peligro.

—¡Es posible!—exclamó Vulcano.—¿Tienes, pues, entrada en los subterráneos del Banco de Francia?

—Sería preciso tomarme el trabajo de recoger la plata; este cuidado se lo dejo a mi proveedor de fondos.

Mientras iban conversando, llegaron a la puerta de un marchante de vinos.

—¡Honor al dios Plutón! — dijo el padre del pintor, que habiendo pasado sucesivamente por todos los dioses del Olimpo, se jactaba de conocer su mitología.

Y se paró al lado de la puerta para dejar pasar al rapaz.

—Absolutamente; hacedme el favor de pasar primero, a vos os corresponde, — dijo este último con toda urbanidad, apartándose al otro lado de la puerta e indicándole que pasara adelante.

Este concurso de urbanidad terminó como de costumbre, es decir, que acabaron por entrar los dos a la vez. Cuando estuvieron instalados en un gabinete y con una botella de ajenjo delante, que también era la bebida favorita de Arturo, este último volvió a tomar la palabra.

—¿Conocéis a sir Ralph, tío Vulcano?

—Y la prueba es que precisamente ayer mismo estuvimos hablando como dos antiguos camaradas en el despacho de vinos de la esquina. Lindo tipo, ¿no?

—Bueno. Pues el otro día vino a hacernos una visita, y después de presentar sus home-

najes a mamita, sin llegar, por supuesto, hasta besarle la mano, me dijo a boca de jarro, como no recuerdo en qué pieza de Ambigu:

—Arturo, ¿tienes corazón?

—¡Caramba! — le dije yo, no tanto como para que estorbe, pero en caso necesario sé en dónde encontrarlo.

—Bueno. Esto basta para el caso. Se trata de esto: tengo un viejo amigo que padece de una enfermedad muy rara.

Se le pone la sangre espesa de una manera extraordinaria, pero hasta el punto de que acabaría por cuajársele dentro de las venas si no se sacudiese continuamente por medio de fuertes emociones, buenas o malas, poco importa, pero sin embargo, es preferible que sean malas; éstas son las más eficaces en opinión del médico.

—¡Qué endemoniada enfermedad! — exclamé yo, mirando a mi señor sir Ralph.

—Pues bien, Arturo, — repuso él, — he contado contigo para hacer circular la sangre de mi viejo amigo en sus viejas venas.

—Lo haré con mucho gusto, — le dije yo: — pero es la primera vez que me emplean en esa clase de...

—Eres inteligente, — me interrumpió; — y un poco de imaginación basta para encontrar medios de emoción; ya sé que puedo contar contigo.

—Bueno, pero ¿dónde vive vuestro viejo amigo?

—Calle Duperré 17.

—¿Y se llama?

—Señor Pontif.

—Está bien. Iré a rondar por allá y veré.

—Nada de esto, — exclamó sir Ralph; — te tengo alquilada una pieza en su misma casa, encima de su departamento.

—¡Es posible! ¿Me alojaré allí?

—Y amueblado como un príncipe.

—Es un sueño.

—Y además tres francos diarios para comer y divertirse.

—¡Tres francos! ¿para mí? ¿para mí solo? ¿para gastarlos a mi antojo?

—Absolutamente.

—Venid a mis brazos.

Se negó a precipitarse en ellos, y añadió, teniéndome a distancia:

—Sin contar las gratificaciones que sacarás del viejo Pontif, al cual podrás prestar una porción de pequeños servicios, que él aceptará sin desconfianza, porque tiene la inocencia de un niño.

—Basta. Voy a agotarla.

—¡Ah! me olvidaba; en la misma casa hay una joven, alumna del conservatorio, que vive con la madre y tienen ideas matrimoniales respecto del señor Pontif y es ahí que el desgraciado encuentra sus emociones dulces que le son tan fatales. Se trata de poner muchos obstáculos en las ruedas por ese lado.

—Se pondrán.

Y sir Ralph, que en tratándose de negocios tiene la benéfica costumbre de "alumbrar", se desprendió de veinticinco francos, diciéndome:

—Sería preciso cambiar la decoración. Un aspecto decente es de rigor para inspirar confianza.

Entonces me acordé de un marchante de trapos cuya tienda no tiene importancia, pero que en la trastienda tiene cuanto hay de más petimetre en hecho de trajes para hombre. No es de la moda de ayer, lo que se encuentra en su casa, sino de la de mañana. En efecto, ¡al salir de su barraca me fuí a pasear por el boulevard de los Italianos, y no encontré ni un solo individuo vestido como yo! ¡Miseria humana! Todos estaban retrasados de veinticuatro horas. De modo que cuando fuí a Tortoni para tomar un café con leche, todos me miraban riéndose a carcajadas que disimulaban la envidia que yo les causaba. Y no es muy caro; traje completo, incluso el sombrero, por dieciseis francos cincuenta, ¿eh? Me aseguran que es mucho más caro en casa Dusautoy.

—¡Eh! no, no por cierto, esto no es caro, — dijo el tío Vulcano, examinando al galopín de pies a cabeza; — porque te lo garantizo, compañero, estás podrido de elegancia. ¡Vamos! ¡Un verdadero hijo de familia!

Luego añadió, tocándose la frente:

—Pero, ahora me acuerdo, ¿dices que ese señor con el cual has de representar el rol de importuno vive en la calle Duperré

—Sí, pues.

—¿Número

—17.

—Eso es. Bueno, pues allí mismo vive mi hijo.

—¡Ah! sí, un pintor; oí hablar de eso.

—Y hasta iba a su casa cuando te encontré.

—Creí que estabais algo frío.

—Y no te engañabais; pero, ¿qué quieres? uno tiene corazón de padre.

—Y el cielo que se toca con la tierra, ¿no? — añadió Arturo riendo.

—Arturo, eres muy escéptico. Sólo el sentimiento paternal habla en mí.

—Esto no me admira, vos sois capaz de todo, tío Vulcano, hasta de perdonar a vuestro hijo, que se debe haber portado muy mal con vos.

—Esto lo tengo olvidado, — dijo el ex modelo, haciendo un gesto lleno de nobleza.

—Tío Vlucano, os daría un abrazo de buena gana, si no tiemiese arrugarme la camisa planchada que me puse nuevecita hace unos ocho días.

Y añadió, sacándose del bolsillo una pieza de cinco francos.

—Pero ya hemos conversado bastante; es preciso que me vaya junto al señor Pontif, que me encargó le llevase tabaco rapé, y cuyas narices deben estar impacientes.

—Bueno, pues, — dijo tío Vulcano, — vamos juntos, puesto que yo tengo que ir allí mismo.

Arturo había golpeado fuerte en la mesa con su pieza de cinco francos. Cuando vino el mozo le echó la moneda con un gesto regio, diciendo:

—¡Mozo, pagaos!

El mozo salió.

—¿Y tu madre? — preguntó el viejo.

—Está triste.

—¿Por qué?

—Tenía la costumbre de golpearnos a mi hermana y a mí cada vez que le subía el vino a las narices; era una manía de la pobre viejita.

—¿Y ahora?

—Ahora mi hermana está de camarera y yo dejé a mamita por el señor Pontit.

—Comprendo.

—Y no teniendo a nadie a mano, quise desquitarse con mi padre.

—¿Y...?

—Y mi padre la primera vez le aplastó los hocicos con una patada.

—¡Sacramento!

—Y en la segunda le ha destruído una quijada por el mismo procedimiento; ya no le quedan fichas en la parte de delante. Tiene incompleto el juego de dominó.

—¡Qué poca suerte, la viejecita!

—Y esto la disgustó del juego.

—¿De manera que ahora no tiene a quien golpear?

—Y esa es la causa de su melancolía.

El mozo venía ya con la vuelta. Arturo le dejó dos sueldos encima de la mesa y salió seguido del tío Vulcano.

XLV

LAS PEQUEÑAS MISERIAS DEL SEÑOR PONTIF

Pocos momentos después, el tío Vulcano penetraba en la casa en que vivía su hijo.

Iba acompañado siempre de Arturo.

—Buenos días, mamá Citárea, — dijo el galopín a la portera, una tía gruesa, de cara rubicunda y contraída, cuya barba adornada de un pequeño bosque de pelos amarillentos acababa de darle una sorprendente semejanza con un bulldog.

—Buenos días, señor Arturo, — contestó la señora Citárea, continuando su barrido de la casilla; — ¿y bien? ese excelente señor Pontif...

Se interrumpió de pronto para dirigir la palabra a una inquilina que entraba, y se deslizaba con la evidente intención de pasar desapercibida.

Pero si la señora Citárea tenía la cabeza de un bulldog, la vista la tenía de lince, y además, la lengua de víbora, lo que constituía un fenómeno bastante singular, pero menos raro de lo que se cree, y hasta se encuentran con bastante frecuencia en las porterías de París.

Tal vez sea preciso atribuir esta anomalía al aire mefítico que en ella se respira.

La locataria no escapó, pues, al ojo de lince de la portera, quien, asomándose afuera de la puerta, le gritó con una sonrisa espantosa:

—¡He B!uenos días, señora Torcheboeuf, ¿cómo estais hoy? ¿Está contenta la señorita? He oído hablar de su éxito en el conservatorio; lo he visto en el "Fígaro", que no trata más que de la señorita Torchebeouf.

La inquilina volvió la cara con presteza y con la cara encendida y la mirada centeliante:

—¡Señora Citárea!... — exclamó.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Pero, sea que la cólera la ahogase, o bien que estuviese persuadida de la imposibilidad de formular sus resentimientos con la portera, se interrumpió, continuando rápidamente escalera arriba.

—¿Pero qué diablos tiene? — preguntó Arturo.

—Bien lo sé yo lo que tiene, — contestó la portera, aspirando ruidosamente un polvo de rapé, del cual la mitad le cayó sobre los pelos amarillos de la barba; — lo que tiene es que no le gusta que la nombren por su apellido. ¡Caramba! ¿Tengo yo la culpa acaso de que se llame Torcheboeuf? ¿Es su nombre o no lo es? Entonces no puedc llamarla Montmorency, cuando se llama Torchoboeuf. ¡Y es viuda de un carnicero por añadidura. ¡Ja, ja, ja! yo me río como una loquita. ¡Ah! sí, que su hija ha tenido un éxito en el Conservatorio, es cierto. ¡Qué broma, hijos míos, qué broma! El "Fígaro" la ha tomado por su cuenta. Dice que su hija tiene cien mil libras de renta en la garganta. Estarán en el fondo de todo, entonces, porque ahora sólo he oído ahullidos de gato. Nunca se habían oído semejantes en el Conservatorio. Uno se pregunta cuándo acabará eso. ¡¡Sin embargo, no es la serenidad lo que le faltaba! Si cae alguna vez enferma, no ha de ser de pudor. ¡Ah! pobre señor Pontif. ¡Aquí teneis uno que verá todos los matices del arco-iris! No tiene más que pedírselo. "Eso" lleva tapados, terciopelos, sombrillas de moda, tacones Luis XV, cargamentos de cabellos, y "eso" da diez francos de aguinaldo a la pobre portera! ¡Qué os parece! Que se los guarden, pues sus diez francos. Gracias a Dios, no he llegado todavía a ese extremo.

—Bueno, — dijo Arturo, — ya empiezo a comprender.

Y dirigiéndose a la portera con un tono bonachón:

—Veamos, señora Citárea, — no os de-

tengais. Decid todo lo que tengais en el pecho. ¿Por qué callaros?

—¡Yo! — repuso la portera, — yo no tengo nada que decir de mis inquilinos; no me meto en asuntos ajenos. Gracias a Dios, soy muy conocida en el barrio y saben que no me gustan los enredos. Pero no se debe ser vanidoso cuando no se tiene con qué dar propinas a su portera. En cuanto a su nombre, ¿de qué se queja? Pues bien, sí, se llama Torcheboeuf. ¿Puedo yo remediarlo?

Y cambiando de repente de tono.

—¡Ah! pero, decidme vos, señor Arturo, parece que andais dando vueltas alrededor de mi sobrina, ¿eh? Os prevengo que no estoy por eso. Luisita es una muchacha honrada, inocente como una criatura recién nacida; y si teníais intención de desviármela, ¡basta! acabo de comprar un cabo de escoba nuevecito, no os digo nada más.

—Y esto me basta, — dijo Arturo, — voy a respetar la inocencia de Luisita, os lo juro por vuestras barbas rojas.

Y sin esperar la respuesta de mamá Citárea se lanzó por la escalera arriba.

El tío Vulcano lo siguió con un paso más lento.

Cuando llegaron al segundo piso se encontraron con un personaje que acababa de llamar a una puerta y que se enderezaba cuan largo era antes de entrar, porque acababan de abrir la puerta.

En el umbral había una joven con aire muy desenvuelto y vestida con bastante excentricidad, y dirigía al visitante una sonrisa significativa: era la señorita Isolina Torcheboeuf, la joven alumna del Consertario.

—¡Hola !el señor Pontif, — exclamó Arturo.

Y deslizando la mano al bolsillo de su paletó verde manzana.

—Vengo de la Civette, — dijo, — y os traigo un cuarto de...

El señor Pontif le hizo una seña que significaba claramente:

—¡Silencio! ni una palabra más delante de esta niña.

—¿Hein? ¡Qué! — hizo Arturo que había comprendido perfectamente.

—Más tarde hablaremos de eso, — dijo Pontif disponiéndose a entrar.

—No, no, tomadlo ahora mismo, — dijo el pilluelo, poniéndole en la mano el paquetito que acababa de sacarse del bolsillo, la señorita sale bien que a vuestra edad se tienen ciertas manías; por lo demás, esto no es muy sucio si se tiene la precaución de limpiarse las narices...

—Vamos, basta, — dijo el señor Pontif tomando el paquetito y metiéndoselo en el bolsillo.

—¡Caramba! — repuso Arturo, — no se llega así no más a sesenta y siete años, sin adquirir ciertos pequeños defectos, y os debiais considerar dichoso por no contar sino con esa enfermedad de la piel...

—Imbécil! — murmuró el señor Pontif, echándole una mirada terrible.

—En cuanto a la dentadura nueva, no os incomoda, ¿verdad? — continuó el galopín; es lo esencial; con tal que funcione bien...

—¡Pero, que! ¿No me dejareis en paz? — exclamó el hombre fuera de sí.

—¿Pues qué tiene, pues? ¿Pero qué tiene, pues? — hizo Arturo, con aire de candidez muy bien fingido.

Después añadió, en el momento en que el vejete iba a desaparecr:

—¿Señor Pontif?

—¿Qué hay aún? — dijo éste.

—Vengo de la lavandera; mañana temprano os atrerá el corsé. En cuanto a la cincha...

—¡Animal! — le gritó el vecino, lanzándose hacia la señorita Torcheboeuf.

—Os la entregarán pasado mañana. Al mismo tiempo que el parche sudorífugo; tan eficaz contra los sudores extraordinarios de que tanto padece el señor, le gritó el pilluelo antes de que la puerta se volviese a cerrar.

Luego, echándose a reír y dirigiéndose al tío Vulcano:

—¿Qué os parece? — le dijo; — si ella le toma asco, no será por culpa mía. Pero esto no es todavía nada. Estas son aguas de rosas; luego empezaremos por lo serio, y va a ser muy curioso.

—¿En qué piso vives? — le preguntó Vulcano.

—En el quinto, precisamente encima del viejo verde, a fin de no perderle de vista. ¿Y vuestro hijo?

—En el tercer piso.

—Ya estamos.

—Entonces, hasta la vista.

Y el tío Vulcano llamó a la puerta, en tanto que Arturo continuó subiendo la escalera.

—¡Entrad! — gritaron desde adentro.

Vulcano reparó entonces que la llave estaba en la cerradura.

Abrió y entró. Santiago estaba solo, trabajando en su copia, que casi estaba concluída.

—¡Hola! ¿Eres tú, papá? — exclamó avanzándose hacia él con la mano extendida; ¡cuánto tiempo hacía que no te veía!

—Es cierto, — dijo el modelo, estrechando la mano de su hijo con una expresión de humildad que afectó a este último.

—¿Y por qué has tardado tanto en venir a verme?

—¿Qué quieres? — respondió el padre, bajando la frente; — me había portado como un perdulario, como un canalla, respecto a tí, y cuando por fin comprendí la indignidad de mi conducta, me dió tanta vergüenza que no me atrevía a volver.

—Hiciste mal, papá, — replicó Santiago, con acento afectuoso; — y yo me alegro tanto de volverte a ver, cuanto que estoy seguro que me vienes convertido enteramente.

—¡Ah! sí, te lo juro, Santiago.

El joven, al dirigir una mirada a la blusa, el pantalón destrozado y los zapatos descosidos del modelo, añadió:

—Hoy mismo pasaremos a ver a mi sastre.

—¡Tu sastre! ¡Vamos hombre! No, hijo; en todo caso, a un bazar de confecciones, ya que eres tan bueno...

—¡Oh! basta, papá.

—Y mientras espero encontrar trabajo, sea como modelo o cualquier otra cosa, — repuso Vulcano con aquel tono humilde y compungido que tanto enternecía al artista, — vendré aquí para calentarme, hacerte compañía y hacer algún mandado si es necesario.

—Tú harás lo que quieras, papá, menos el trabajo, a lo que me opongo; estás en edad de descansar, y yo gano bastante para subvenir a tus necesidades.

—¡Eres muy bueno! — exclamó el viejo, estrechando de nuevo la mano de su hijo. ¡Ah! mira, me haces sonrojar; tú merecías tener otro padre.

—¡Bah! olvidemos el pasado, y ahora que has vuelto al buen camino, no pensemos sino en el contento de vernos juntos.

Y con una sonrisa muy indulgente, añadió:

—Pero, ahora me acuerdo, esta es la hora del ajenjo.

—¡Ajenjo! — exclamó Vulcano con un gesto de horror, — no me hables más de eso; es lo que me había desgradado, y he renunciado a él para siempre; de no ser así no me hubieras vuelto a ver.

—¡Ah! papá, si supieras cuánta alegría me das.

Y estrechándolo en sus brazos, lo tuvo un buen rato contra su pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Ah! ¡Qué agradable es cumplir con su deber, — dijo el viejo, enjugándose los ojos que tenía perfectamente secos; ahora empiezo a comprenderlo!

—¡Ah! ahora sí, — exclamó el artista volviendo a tomar paleta y pinceles; — ¡ahora sí que trabajaré con ánimo!

XLVI

PREPARATIVOS

Al día siguiente, a la caída de la tarde, Arturo salía para ir al pequeño restaurant donde comía todos los días. Allí, por veintión sueldos se atracaba de comida como un Sardanápalo. Puchero, dos platos a elección, postres, una botellita de vino y pan a discreción.

Y todo le parecía suculento. Nunca había conocido semejantes festines.

Al bajar por la calle Fontaine, en donde estaba el benemérito restaurant, se paró de pronto enfrente de la vidriera de un boticario donde había unos grandes frascos rojos y azules.

Acababa de atravesarle el espíritu una inspiración.

Entró, se hizo servir una droga de que hablaremos después, y salió de allí con una sonrisa mefistofélica.

Después, a pocos pasos más allá, entraba en su restaurant.

Todavía había algunos clientes.

Antes de sentarse, reconoció toda la sala con una mirada y encontró sin duda lo que buscaba, porque en seguida se dirigió a un rincón que estaba casi a oscuras.

Había un solo cliente sentado en una mesa. Era sir Ralph.

—¿Y bien? — hizo Arturo, — ¿qué os parece mi pequeño restaurant?

—Francamente, si he de juzgar las viandas por los olores, no me dicen nada bueno; dudo mucho que Lúculo hubiera comido aquí. Por lo demás, responde exactamente a la opinión que me había formado.

—Ya veo en qué consiste eso. Teneis prevenciones por los restarants a veintiún sueldos.

—Lo confieso; y acabo de ver servir unos sesos que no hacen más que corroborarme en mi idea. Eran rojos, azules, amarillos, verdes, y todos jaspeados de una línea violáceas; una verdadera geografía. ¡Qué ramillete!

—Y bien, habeis juzgado por las apariencias. Aquí todo es exquisito. Vos mismo vais a juzgar.

—Prefiero atenerme a su opinión. Y ya que encuentras exquisita esta cocina, te cedo mi parte.

—¡Oh! yo no soy melindroso. Acepto.

—Pide, pues, dos comidas, tú solo las vas a consumir.

—Convenido.

Y acto continuo, Arturo pidió dos "julienes".

—Conque, — dijo sir Ralph, — ¿qué me dices del señor Pontif?

—Una gran noticia; va a dar un almuerzo al que ha invitado muchos amigos.

—¿A propósito de qué?

—Es para presentarles a la señorita Isolina Torcheboeuf. Como si dijéramos un almuerzo de esponsales.

—¡Tan pronto! — exclamó sir Ralph.

—El buen hombre está enamoradísimo.

—¿Y la niña?

—Muy apurada para casarse con quien quiera que sea, con tal que traiga la bolsa repleta; no obstante, no es por culpa mía si conserva todavía alguna ilusión acerca de su novio.

Y le contó la escena de la víspera.

—Pero es inútil, — continuó el pilluelo; — aun cuando le probasen que estaba leproso, lo tomaría igualmente, después de lo que acaba de suceder en el Conservatorio.

—Sí, ya he leído eso en el "Fígaro" — dijo sir Ralph, — de donde he deducido que ahora va a redoblar sus esfuerzos para fascinar al tonto de Pontif.

—Está loco de atar.

—¿Y tienes algún plan para impedir...?

—Tengo veinte, pero muy vagos. Voy a ver. Estudiaré, espiaré, y como siempre estoy en acecho en la escalera o en su casa misma, pronto sabré encontrar alguna ocasión. En fin, contad conmigo.

—¿Y sabes que si sale bien habrá una linda recompensa?

—No es cosa de despreciar.

—Bueno, tengo confianza en tí; pero tú

no tienes empeño en que te vea comer hasta el fin, ¿verdad?

—¡Caramba! a menos que no os divierta...

—Es curioso, pero tengo que hacer en otra parte. En el mostrador voy a pagar tu comida y la mía.

—Bueno. Yo no soy susceptible.

—Tan pronto como se dé el almuerzo de esponsales, me lo escribes y me das una cita. Me interesa conocer todos los detalles.

—Convenido. Y no tengais cuidado; os pondré al corriente de todo. Yo estaré allí y no me escapará ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada.

—¡Hasta pronto, pues!

Sir Ralph se levantó, fué al mostrador a pagar y salió.

Cuando estuvo fuera, remontó la calle Fontaine hasta la de Duperré y entró en casa del marchante de vinos que forma la esquina de ambas calles.

Allí fué, cómo se recordará, donde había tenido una entrevista con el tío Vulcano.

Este lo estado esperando, siempre acompañado de la botellita de ajenjo, por el que la víspera había manifestado tan profundo horror.

Su porte había sufrido una transformación tan completa como la de su amigo Arturo, pero mucho menos excéntrica.

Iba vestido convenientemente, lo que de pronto hizo que sir Ralph no lo reconociera, por más que estaba solo en el gabinete donde lo esperaba.

—¡Canarios! tío Vulcano, — le dijo por fin, después de haberlo examinado de cerca; — estais hecho un verdadero dandy.

—Sí, sí, — dijo el modelo, pavoneándose un poco; — tengo el aspecto algo decente no es eso? ¿

—¿Se ha hecho, pues, algún buen negocio?

—Ayer fuía ver a mi hijo como habíamos convenido.

—¿Y...? ¿Cómo os recibió?

—Con los brazos abiertos.

—¡Bah!

—¡Como os lo digo! Si llega a tener una vaquillona gorda en el talle, la mata.

—¿Para festejar la vuelta del padre pródigo?

—Y su conversión.

—¡Ah! le hicisteis creer...

El tío Vulcano se encogió de hombros.

¿entonces no he de saber representar yo mi comedia? ¿Soy acaso algún nene, algún bestía...?

—Vamos, — dijo con aire de fatuidad

—Pero, en fin, ¿que ha pasado?

—Entré en su casa con la frente baja y el rubor en la cara, como un monaguillo que se ha bebido el vino de la vinajeras del cura; confesé mis pecados con la compunción de una vieja devota; me traté a mí mismo de atorrante, de haragán, de canalla, de padre-padrastro, indigno de tener semejante hijo. ¡Vamos! la gran escena de "Tartufo", ya sabeis.

—¿Y no ha sospechado nada?

—Ha caído en la trampa como un ratón cae al sentir el queso. Nada fuerte, mi pobre hijo, nada fuerte, — añadió el modelo, jactándose vanidosamente.

A pesar de su depravación, sir Ralph tuvo trabajo para disimular la profunda repulsión que le inspiraba aquel padre, vanagloriándose de haber abusado de la buena fe y de la generosidad de su hijo.

—No es esto todo, — continuó el ex modelo, regocijándose como si estuviese refiriendo un rasgo heroico. — Una vez hecha la paz, he aquí que el pobre mozo, por lástima de mi debilidad, me propuso el ajenjo, él que no lo ha probado jamás. ¡Ah! aquí si que estuve sublime, sir Ralph, aquí si que hubieras debido verme! En ese momento fué cuando estuve digno de ser contemplado por cuarenta siglos desde lo alto de las pirámides de Egipto ¡El ajenjo! — exclamé con una indignación que me hacía temblar la voz, porque en efecto temblaba, — ¿ese licor infame que me ha perdido, que me ha degradado, que todo lo ha muerto y extinguido en mí, hasta el sentimiento paternal? ¡Jamás! ¡No me volvais a hablar de él, no volverá a manchar mis labios!

—¿Y qué dijo a eso?

—Se le llenaron los ojos de lágrimas y se arrojó en mis brazos. ¡Era preciso haber visto eso. Jamás actor ninguno ha hecho nada semejante. El artista quedó aplastado ante la debilidad de su altar. Soy viejo pero no caduco, ¡ah! ¡no lo creais!

Sir Ralph contemplaba al ex modelo presa del mayor estupor. Quedó petrificado delante de una ausencia tan absoluta de todo sentido moral y ni siquiera tuvo valor para felicitar a su cómplice.

—Y... — repuso al cabo de un momento, — ¿fué a consecuencia de esa linda escena que resolvió vestiros de pies a cabeza?

—¿Y qué menos podía hacer?

—Entonces nuestro objeto se ha llenado, nuestra causa está completamente ganada si teneis libre acceso en su casa.

—Allí pasaré los días, está convenido así.

—Y, — preguntó sir Ralph con alguna duda, — ¿nada hay cambiado? Nuestro plan subsiste siempre, ¿verdad?

—¡Cómo no — repuso Vulcano con una sorpresa cínica que acabó de dejar atónito a sir Ralph.

—En efecto, — dijo éste disimulando la impresión, — no hay ningún motivo para ello.

Y añadió levantándose:

—Voy a Montmartre a la calle del Emperador, ¿quereis venir?

—No tengo inconveniente, — respondió el modelo apurando de un trago el resto que quedaba en la botella del ajenjo.

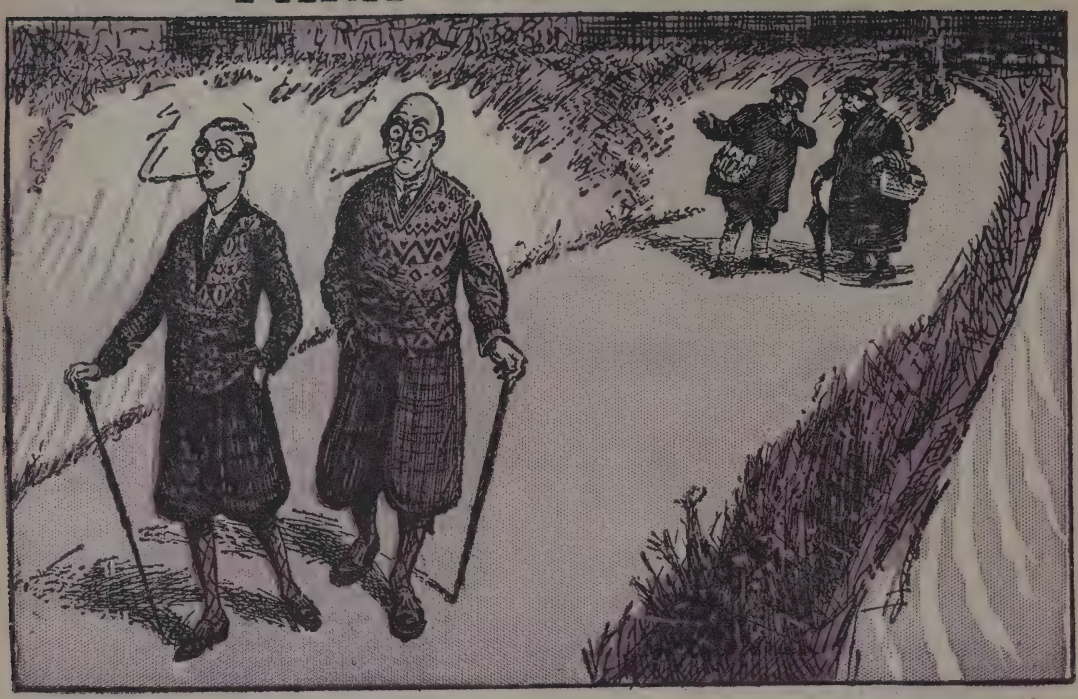
Diez minutos después subían juntos la calle del Emperador, que conduce a la meseta de la colina de Montmartre, después de haberla contorneado.

Eran las ocho, ya completamente de noche. Como a la mitad de la calle, sir Ralph se detuvo delante de una casita de un solo piso aislada de las otras por un jardín.

—Aquí os, — dijo a Vulcano.

Y llamó. Al cabo de un momento se oyó

PARA DISTINGUIRLO



El peatón de correos (contestando a una pregunta). — Son el señor y la señora de Peck, los nuevos inquilinos de la granja. El señor Peck es el que no lleva pelo en la cabeza.

FAMILIA PREOCUPADA

—Su familia se preocupa mucho de usted, amigo Basilio.
—¡Oh, terriblemente! Todos los días me esperan en casa a la hora del almuerzo.

una voz de mujer que preguntaba:

—¿Quién hay?

—La persona que os anunció su visita para estan oche.

—¿Sir Ralph?

—Sí.

—Entrad.

La puerta se abrió y sir Ralph se metió adentro, diciendo a su compañero:

—Tardaré como un cuarto de hora; esperadme aquí.

—¡Qué raro! — murmuró Vulcano cuando quedó solo, — me parece haber oído esta voz en alguna parte y no hace mucho tiempo.

Pero se quebró inútilmente la cabeza para poderse acordar cuándo y cómo había oído ya aquella voz de mujer. Pasados quince minutos, sir Ralph volvía a salir.

—Con que estamos de acuerdo, — dijo éste a la mujer que lo acompañó hasta la puerta que tenía siempre entreabierta, de manera a que no la viesen desde fuera; ¿estareis a mi disposición el día que me parezca?

—Sí, a condición de escribirme la víspera — respondió la mujer.

—Así lo haré, y por la noche vendrá un carruaje a buscaros.

La puerta se volvió a cerrar.

—Ahora, — dijo sir Ralp, al tío Vulcano, — volvamos a París.

XLVII

AMOR Y PINTURA

Santiago Turgis estaba en tren de afirmarse en su Ruysdael, mientras conversaba con su padre que fumaba un cigarro sentado en un gran sillón y con los pies arrimados al fuego de la chimenea, cuando llamaron a la puerta.

—¡Entrad! — gritó el pintor.

Era la señora Citárea, que siendo de mañana venía con una bata corta con inmensos bolsillos como sacos de yesos.

Traía una carta en la mano que entregó al pintor diciéndole:

—Señor Santiago, debo advertiros que está en la portería desde las ocho, pero tuve que hacer una diligencia en "ultra-minos...

—¿Hein? ¿Qué decís? — hizo Santiago estupefacto.

—Digo "ultra-minos". A vos mismo os lo oí decir un día que ibais a Neuilly.

—"Extra-muros", es, señora Citárea, — dijo el pintor, sonriendo.

—Cada uno pronuncia a su modo, señor, yo digo "ultra-minos". Tuve que ir a Romainville por una punta de mezquindades que quiere hacerme la familia de mi finado esposo a propósito de una herencia, cuyos derechos tengo todos de mi parte, pues debeis saber que yo me casé bajo el régimen "sacerdotal". Es preciso que sepais también que hacía un tiempo de perros. Se podía decir " Otempora! o mores". Oh tiempo de los moros. En fin, el caso es que no tenía tiempo que perder; tomo mi ómnibus que me lleva a Belle-Ville...

Dos golpes dados a la puerta interrumpieron a la locuaz portera, que acudió a abrir y se escurrió al mismo tiempo.

Entró un individuo de unos sesenta años de mirada dura y ávida, de grosera y brutal fisonomía que se dirigió al artista en seguida:

—¿Y bien? ¿Cómo está eso?... — le dijo, dirigiendo sucesivamente su mirada de gavilán sobre cada uno de las telas, la copia y el original.

—Ya lo veis, señor Chaumont, — respondió el artista, — cuarenta y ocho horas de trabajo y asunto concluído.

—¿De modo que dentro de tres días puedo mandar por ambas telas?

—Eso es, dentro de tres días.

—Vuestra copia es exacta, — dijo el marchante, después de examinar cuidadosamente el trabajo de Santiago.

Hice cuanto pude por reproducir el original con toda exactitud.

—De tal manera que se podrían confundir.

Y añadió mirando el original con el mismo cariño que otro hubiera podido contemplar una querida:

—Esta mañana he visto a un aficionado que estuvo en su casa por la vigésima vez. Está enamorado de mi Ruysdael. ¿Sabéis cuánto me da por él?

—No puedo adivinar.

—Ochenta mil francos.

—Justamente el precio que vos queréis.

—¡Como que yo lo voy a ceder por ese precio! No saldrá de mi casa por menos de cien mil francos.

—Y el día de os den cil mil, pediréis ciento veinte mil.

—¡Y los vale! — exclamó el judío con acento de convicción.

—Bueno. ¡Ya estamos! — repuso Santiago, soltando una carcajada. — Vale ciento veinte mil francos. Ni un cobre menos.

—¡Quién sabe! — hizo Chaumont, moviendo la cabeza.

Luego, estrechando la mano del artista:

—Conque, lo dicho: dentro de tres días vengo por las dos telas. Adiós, querido Turgis; estoy encantado por vuestra copia, es una verdadera obra maestra.

Y salió, frotándose las manos.

—Vamos a ver qué me trae esta gran carta, — dijo e pintor cuando estuvo solo.

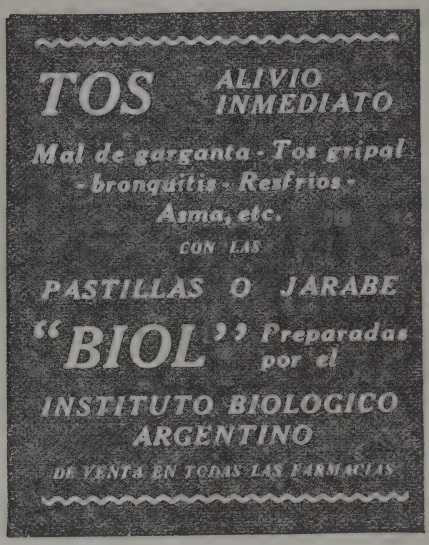
Era una invitación para un baile que daba dentro de dos días la baronesa de Villarsay.

—Me parece que esta invitación está retardada, — se dijo.

Se fijó en la fecha: era de tres días atrás. Reflexionó un momento y sus facciones expresaron una viva emoción.

Acababa de hacerse este razonamiento:

La baronesa de Villarsay, íntima amiga de la señora de Taureins, está relacionada también con toda la famila de ésta, y especialmente con los Mauvillars. Ahora bien, ¿quién sabe si en la lista de los invitados no se habría omitido el nombre del pintor, y si después aquel nombre no le habría sido recordado por Tatiana con esa finura que distingue a la inocencia cuando le inspira el amor?



Esta manera de explicar el retardo que habían puesto en el envío de la invitación lo embelesaba demasiado para que dudase darle aquella interpretación, y desde el fondo de su corazón daba las gracias a la baronesa por un olvido que le valía una nueva prueba de amor por parte de Tatiana, de su querida y adorada Tatiana.

El tío Vulcano echaba miradas a hurtadillas a su hijo, mientras fumaba su cigarro, pues pretendía haber renunciado a la horrible pipa al mismo tiempo que al absinthe, y no le escapó la alegría de su hijo.

—Parece que esta carta te anuncia una buena noticia, porque pareces muy contento.

—Sí, papá, me hace muy feliz.

—¿Un encargo tal vez? ¿Alguna tela que te pagarán bien?

—¡Oh! ¡si no fuera más que eso!

—Es algo, no obstante, para un artista.

—Es que ahora no se trata del artista, sino del hombre.

—No comprendo.

—Pues bien, papá, esta buena noticia es simplemente una invitación a un baile.

—¿Nada más que eso?

—Sí; pero en ese baile voy a encontrar una persona que...

—Bueno. ¡Ya caigo! Amoríos. Yo también supe lo que era eso en mi tiempo.

—No, papá, nada de amoríos superficiales, sino una pasión profunda, tan sería como pura; pero muy pronto me parece que tendremos ocasión de hablar de eso más detenidamente.

—¡Ah! ¡vamos! hay "conyugo" en perspectiva.

—Todavía no, pero confío en ello.

Y añadió, volviéndose a poner a su trabajo:

—¡Y bien! papá, ¿has encontrado alguna pieza por esta vecindad?

—Algo más que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que encontré mi conveniencia aquí mismo, en esta casa.

—¡Cómo! si la portera me dijo que todo estaba ocupado.

—Sí, pero yo sé de una habitación amueblada, que ella tiene alquilada a un joven que yo conozco y me avisó en confianza que dentro de pocos días la dejaría.

—¡Superior! — exclamó Santiago, todo contento; esto viene a pedir de boca; estarás por fin instalado convenientemente, en lugar de acostarte todas las noches aquí en el taller, encima de un colchón, lo que hubieras podido evitar, por otra parte, yendo a dormir al hotel, como te lo aconsejaba.

—Era un gasto inútil, — repuso Vulcano; — yo no tengo costumbres de damita, y aquí estoy perfectamente. Por lo demás, ocho o diez días se pasan como quiera.

Ya se comprenderá cuán largas se le hicieron al artista las cuarenta y ocho horas que lo separaban de aquella fiesta, en que iba a encontrar a Tatiana, porque no dudaba que ella iría también.

Da manera que para engañar a su impaciencia se puso a trabajar con un redoblamiento de ardor en la conclusión de su obra. Y como estaba inspirado, y cada pincelada no tenía necesidad de retoques, al subsiguiente día por la mañana había ya terminado.

—¡Por fin! — exclamó satisfecho al dar el último toque. — Ahora ya puedo entregarme por completo a mi felicidad.

Salió para hacer algunas compritas, y llegó más tarde que de costumbre a su pensión, donde, contra su costumbre, la tía Alejandra no estaba esa tarde, lo que expuso a algunas bromas por parte de sus amigos sobre la pasión que le había hecho revelar la magnetizadora.

Luego, como a las nueve, se fué a su habitación, situada en la misma calle Duperré, pero un poco más arriba, y procedió a una minuciosa toilette.

Eran como las diez y media cuando mandó a buscar un coche por su portera y a las once se apeaba en el patio del hotel de la joven baronesa, calle de Miromenil.

Transcurrieon todavía más de veinte minutos antes de que pudiera penertar al interior del hotel, tanta era la aglomeración de invitados en el patio, peristilo y antesala; y sería difícil de mencionar la cantidad de maldiciones que descargó sobre los que todavía le hacían retardar el momento de volver a ver a su linda Tatiana.

Por fin la multitud fué pasando poco a poco, y pudo entrar en el salón de baile. Después de saludar a la dueña de casa, se apresuró a recorrer la sala; pero Tatiana no estaba allí.

La familia Mauvillars aún no había aparecido.

XLVIII

UN MISTERIO

El pintor quedó desconcertado al reconocer que Tatiana no estaba en la fiesta. Se puso a pasear alrededor de los bailes, pensando que, después de todo, no había motivo para desesperarse si Tatiana no había

llegado cuando los salones de la baronesa de Villarsay estaban medio vacíos.

Y para calmar su impaciencia se aproximó a los que bailaban y procuró interesarse en una cuadrilla de lanceros que en aquel momento desarrollaba sus extrañas y elegantes figuras.

Pero después de otra media hora, pasó de la impaciencia a la inquietud, y por más que continuaba mirando a los danzantes, no distinguía ya sino una especie de torbellino confuso e inexplicable que se enroscaba y desenroscaba a la resplandeciente luz de las bujías como una fantástica visión.

Esperó todavía, sin embargo, y esperó por mucho tiempo, pero cuando después de consultar su reloj, se fijó en que era media noche, se sintió atacado de un horrible presentimiento y no pudo resistir por más tiempo la angustia que lo devoraba. Después de vacilar algunos minutos, se dirigió a la baronesa de Villarsay, y aprovechando un momento en que estaba sola:

—Señora baronesa, — le dijo, con algún embarazo, — ¿estarán enfermos el señor Mauvillars o la señora?

—¿Por qué, señor Turgis? — respondió la interpelada, con una ligera sonrisa.

—Es que... como sé que acostumbran a venir muy asiduamente a vuestras fiestas, y habiéndolos visto todavía, a pesar de ser más de media noche...

—Estáis inquieto por el señor y la señora de Mauvillars, ¿no es verdad? — preguntó la baronesa en el mismo tono.

Y añadió casi en seguida:

—Tranquilizaos, señor Turgis, la señorita Tatiana no está enferma.

El joven quedó algo avergonzado de haber sido comprendido con tanta facilidad.

Sin embargo, la graciosa e indulgente sonrisa de la baronesa le dió algún aplomo y replicó:

—Entonces si no hay nadie enfermo en la casa, este será sólo un retardo, y vendrán, ¿verdad?

—Permitidme haceros observar que tocáis las cuestiones con alguna ligereza, — le dijo la joven baronesa, — ¿quién os dice que nadie está enfermo en la casa de Mauvillars? Yo no he sido por cierto.

Santiago la miró todo turbado, y con voz confusa balbuceó:

—Pero al menos no es la señorita Tatiana, puesto que acabáis de asegurarme...

No tuvo valor de concluir.

—Pero no hay sólo Tatiana en el mundo, como vos parecis creerlo, señor Turgis; hay otras personas en el globo y particularmente en casa del señor Mauvillars.

—Tenéis razón, señora, — dijo el artista.

—De modo que yo me interesaba por toda la familia, y si pronuncié el nombre de la señorita...

El fin de la frase no acababa de venir.

—Es que os interesais por ella algo más que por los otros, es lo que hay, — dijo la baronesa con una complacencia algo irónica.

Y añadió en seguida, con sonrisa deliciosa:

—Vamos, disculpadme por haberme divertido un poco con vuestros terrores de enamorado, y tranquilizaos, señor Turgis, nada desagradable le ha sucedido a la señorita Tatiana... personalmente.

—¿Habrá entonces alguna persona de la familia enferma? preguntó Santiago con una viva inquietud.

—Desgraciadamente, sí, dijo la baronesa.

—De manera que...

—No vendrá, como adivinásteis.

—¡Ah! hizo el artista.

—La querida niña me escribió una carta hace pocas horas no más, por la que me hace saber que como su abuelita no puede venir a la reunión, a causa de hallarse indispuesta, se ve privada ella también de concurrir, por más que la pobre señora hizo lo que pudo para oponerse. Pero sabe que sus abuelos no pueden vivir sin ella, y es tan sumamente buena la pobre niña, que no ha titubeado en renunciar a una fiesta que, me consta, tenía para ella muchos atractivos.

—En efecto, a esa edad el branle es un gran placer, insinuó Santiago.

—Vos bien quisiérais hacerme hablar, le dijo la baronesa, pero yo no digo sino lo que quiero y no lo que me quieran hacer decir. Sin embargo, para consolaros un poco de la ausencia de Tatiana, quiero contaros un pequeño incidente, muy insignificante en apariencia, pero que no os desagradará, estoy segura de ello. Mi amiguita me vino a ver, hace dos días, por la mañana, y, ocupándonos en la conversación de mi tertulia, a la que entonces contaba, muy contenta, con poder asistir, me dijo: "Como siempre, tendréis una sociedad elegida; los más hermosos hombres en todos los géneros; me gustaría conocerlos anticipadamente. Dejadme recorrer, pues, la lista de vuestras invitaciones". Es preciso que sepáis que Tatiana es aquí tratada como una niña mimada; todo se le puede permitir, y ella lo sabe perfectamente. Le doy, pues, mi lista, la recorre con la mayor atención, y al devolvérmela: "Es lindísima, me dijo, sobre todo el arte está muy bien representado; la pintura histórica, la pintura religiosa, la pintura de género, la marina..." Yo la interrumpí con un ademán. La había comprendido. "Falta un género y un nombre, le dije yo, y gracias a tí, querida, puedo reparar aún un olvido desagradeble". Tomé yo una carta de invitación, y haciéndola sentar enfrente de mi escritorio: "Escribe una dirección en esta carta", le dije. Mojó la pluma en el tintero y quedó esperando toda emocionada. Ella también había comprendido. Yo le dicté: "Señor Santiago Turgis, pintor paisajista, calle Duperré No. 17". ¿Y ahora, añadí, encuentras mi lista completa? "Pero replicó sonriendo y poniéndose colorada, ahora me parece que ya no falta nada más". ¡Y bien! ¿Qué me decís de este episodio, señor Turgis?

—Digo que vos sois la mejor y más seductora de las mujeres, respondió el pintor, con una emoción contenida.

—Entonces os dejo con vuestra dicha y voy a ocuparme un poco de los demás.

Y se alejó, dejando al artista presa de un entusiasmo indescriptible.

Bajo esta nueva impresión, la fiesta que le parecía monótona y casi lúgubre, se le apareció repentinamente brillante y llena de animación.

Estaba entretenido en admirar las toilettes que parecían del mejor gusto, cuando su vista tropezó de pronto con una cara que lo impresionó desagradablemente.

Aquella cara era la de Mac-Field, que recordó vagamente haber visto en la fiesta de de Mauvillars. En aquel momento Mac-Field miraba al pintor y se dibujaba en sus labio una sonrisa siniestra.

La expresión de aquella cabeza, poco simpática naturalmente, tenía algo de tan espantoso en aquel momento, que el artista quedó fuertemente impresionado. Aquella sombría y fatal sonrisa, aquella mirada clavada en él con una expresión de diabólico contento, parecían anunciarle alguna desgracia.

Acababa de volver la cabeza para librarse de aquella funesta impresión, cuando de golpe quedó estático de estupor, oyendo estos dos nombres anunciados con una voz retumbante:

—¡Sir Ralph Litson!

—¡La señorita Tatiana Valcresson!

—¡Oh! habré oído mal; ¡Tatiana sola aquí, y llegando inmediatamente después de ese hombre! no; esto es imposible.

Y se lanzó a la puerta del salón.

Pero entonces le pareció que le atacaba de repente un acceso de locura ante el espectáculo que se ofreció a su vista, espectáculo tan extraño, tan prodigioso, tan inverosímil, que la asamblea entera quedó estática mirando lo que pasaba a su vista con tanto azoramiento como si hubieran visto surgir del suelo de repente alguna aparición sobrenatural.

Es que, en efecto, era permitido a todo el mundo dudar del testimonio de sus propios ojos al ver avanzarse lentamente por entre los invitados, que se apartaban estupefactos, a Tatiana de Valcresson apoyada en el brazo de sir Rlph.

Y lo que más aumentaba la sorpresa de que todo el mundo se sentía invadido; lo que afirmaba a Santiago en la idea de si estaría loco, y que le parecía estar mirando lo que no podía ser sino el producto de una alucinación de su espíritu en delirio, era la fisonomía de Tatiana.

Nunca quizás su tez había estado tan fresca y serena; jamás su sonrisa, que era uno de sus mayores encantos, había radiado tan pura y atrayente sobre su graciosa fisonomía; jamás había atravesado la multitud de sus admiradores con un aire más virginal y candoroso.

En cuanto a sir Ralph, sus facciones evidenciaban a la vez el orgullo y la felicidad. Pasaba por entre el gentío altanero y satisfecho.

—¡Oh! sí, sí; sueño o estoy loco, murmuraba Santiago, pasándose lentamente la mano por la frente; pero voy a saber si todo esto existe o no; si es efectivamente Tatiana, o bien un fantasma creado por mi imaginación, y entonces...

Tatiana pasó cerca de él.

Lo vió y no se estremeció ni un músculo de su cara, y conservó serena y radiante la inalterable expresión de su fisonomía.

XLIX

DONDE EL MISTERIO AUMENTA

Las tres cuartas partes de los invitados de la baronesa de Vilarsay conocían a Tatiana y a la familia de Mauvillars; de manera que a la sorpresa de ver a la joven entrar dando el brazo a un desconocido, se agregó en seguida la de no ver detrás de ellos a ningún miembro de la familia.

Todo movimiento se había parado; la orquesta tocaba un vals, pero nadie valsaba. Todos los danzantes se habían reunido en un mismo punto, y formaban a todo lo largo del salón dos hileras compactas, en medio de los cuales pasaban los recién venidos.

Era un extraño espectáculo, casi fantástico, ver aquella pura y fresca niña, alegre y sonriente, dando el brazo a aquel desconocido a través de la compacta multitud elegante y distinguida, inmóvil y presa de estupor, bajo la deslumbrante luz de las bujías, que hacía brillar los diamantes a su paso, a los acordes de aquella orquesta, tocando un vals que parecía un dulce sueño; se hubiera creído ver realizado uno de esos cuentos de hadas que se imprimen tan resplandecientes y maravillosos en las tiernas imaginaciones de los niños.

Hubiérase dicho una de aquellas graciosas e interesantes princesas, víctimas inocentes de un hada maligna, atravesando, del brazo de un siniestro genio, los espléndidos salones de algún palacio encantado, caminando con la alegría en la frente y la inocencia en el alma, en dirección a algún horrible y misterioso destino.

La baronesa de Villarsay estaba tan pálida y casi tan trastornada como Santiago Turgis. Amiga de la familia y al corriente de cuanto pasaba en ella de alguna importancia, sabiendo cuánto quería Tatiana al pintor, y el horror que le inspirabta sir Ralph enterada por fin de la formal negativa con que la joven había acogido las pretensiones de aquel desconocido, negativa confirmada después por el señor Mauvillars, quedaba perturbada, petrificada delante de lo que pasaba a su vista, no acabándolo de creer, y se preguntaba también, como Santiago, si no estaría bajo el imperio de un sueño.

Por fin, no obstante, los ligeros rumores, los cuchicheos que corrían por entre la sorprendida concurrencia, la arrancaron del estupor bajo el cual todas sus facultades habían quedado como aniquiladas.

—Fué, y se encaró con sir Ralph.

—Señor, le dijo ella, permitidme pediros la explicación de un hecho del que todo el mundo se halla tan sorprendido como yo misma, y que debéis haber notado.

—¿A cuál hecho alude la señora barone-

se repuso sir Ralph con la mayor tranquilidad.

—Me pregunto, señor, cómo puede haber venido sola con vos la señorita Tatiana.

Sir Ralph se sonrió. Después, con una serenidad impeturbable, respondió:

—Habría efectivamente en ello una enormidad de que hubierais tenido el derecho de sorprenderos y hasta de algo más, señora baronesa, pero tranquilizaos, yo soy tan incapaz como la misma señorita Tatiana de semejante inconveniencia.

—Decid de semejante escándalo, señor, porque no se puede calificar de otra manera lo que pasa en este momento, si no lograis explicarlo satisfactoriamente.

Al pronunciar estas palabras, la baronesa dirigió a Tatiana una mirada severa. Pero con la mayor sorpresa, vió que la joven en vez de turbarse bajo aquella mirada, permanecía impasible en su serenidad.

—La explicación que me pedís, es muy sencilla, señora, respondió sir Ralph, y hasta me admiro de que no háyais adivinado la verdad.

Todas las miradas estaban fijas en él, y cada uno de los circunstantes, esperaba con una impaciencia rayana en la ansiedad, la explicación que debía disipar las penosas impresiones originadas por un incdente tan insólito.

—Hablad, pues, señor, dijo vivamente la baronesa.

—Pues bien, señora, respondió friamente sir Ralph, he entrado sólo en vuestro salón con la señorita Tatiana, es cierto, pero hemos venido con el señor Mauvillars y toda mi falta está en no haberlo esperado para entrar.

—¡Cómo! exclamó la baronesa, ¿está aquí el señor Mauvillars?

—Y cómo no, señora, ¿estaría aquí la señorita sin él?

—¿Dónde está, pues, y cómo se explica...?

—Habiendo resbalado en el patio uno de los caballos del señor Mauvillars, en el momento de llegar aquí, me ha suplicado que lo precediese con la señorita Tatiana mientras él iba a examinar con su cochero si es que el caballo se había lastimado. Yo hubiera debido esperarlo en la antesala, convengo en ello, pero lo creía ya próximo a venir, y en la convicción de que lo precedíamos sólo de algunos segundos, me pareció poder entrar con la señorita.

—Pero, repuso la baronesa ¿entonces la señora de Mauvillars, en vez de acompañar a su sobrina, tuvo también que ir a informarse de si el caballo estaba herido?

—La señora Mauvillars se quedó en su casa, señora baronesa; no creyó poderse separar de su mamá que está algo indispuesta.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . „ „	12.00 „

—Ya lo supe, en efecto, pero el señor Mauvillars tarda mucho en venir, dijo la baronesa, mirando hacia la puerta.

—Es la reflexión que me hacía yo también, dijo sir Ralph.

—Voy a su encuentro; estoy impaciente por averiguar...

—Permitidme que vaya con vos, señora; me extraña esa tardanza que debe preocupar a la señorita.

Si la joven estaba realmente inquieta, nada en su actitud ni en la expresión de su fisonomía lo dejaba suponer. Aquella expresión continuaba la misma sin variar desde su entrada. La baronesa, que la examinaba con creciente sorpresa, creyó por fin haber encontrado la explicación de aquel obstinado mutismo y de aquella inmutable placidez.

—Evidentemente, pensaba la baronesa, este hombre, rechazado hace algunos días, ha encontrado el medio de hacerse aceptar por el tío y de decidirlo a forzar la voluntad de su sobrina, cuya razón probablemente ha sido perturbada con este golpe; es la única interpretación posible a un silencio tan obstinado en semejantes circunstancias.

Iba a dirigirse hacia la puerta del salón seguido de sir Ralph y de Tatiana, cuando este nombre se sintió pronunciar de repente con un sollozo tan desgarrador, tan desesperado, que toda la concurrencia se sintió estremecida.

—¡Tatiana! ¡Tatiana!

Y al propio tiempo, Santiago, con los ojos llenos de lágrimas, con las facciones pálidas y descompuestas, acababa de caer a los pies de la joven.

Y acto continuo, tomándole una mano y levantándo hacia ella una mirada extraviada:

—Tatiana, balbuceó, con un acento lastimero y dolorido, ¡Oh! ¿quién os obligó a venir aquí del brazo de ese hombre? ¿Qué es lo que pasa, gran Dios! ¡Explicadme este espantoso enigma! Hablad, Tatiana. ¡Oh! ¡hablad por piedad!

Al sonido de aquella voz se manifestaron emocionadas las facciones de la joven, que de pronto se puso muy seria. En sus ojos azules brilló como un relámpago, y su brazo se levantó por encima de la cabeza del pintor con un ademán lleno de piedad afectuosa, en tanto que su hermosa frente se contraía ligeramente como si tratase de retener algún lejano recuerdo.

Sir Ralph seguía el proceso de aquella emoción con todas las señales de una angustia violenta.

—¡Tatiana! ¡Tatiana! repetía el desgraciado artista en el paroxismo de la desesperación, ¡Oh! ¡hablad! ¡hablad! miradme, soy Santiago, decídmelo todo; pero primero rechazad a ese hombre con horror, es un miserable! ¡Tatiana! ¡Cómo! ¿no me reconocéis Soy Santiago, que os ama.

¡Tened piedad de mí, Tatiana! ¡Tened piedad de mí!

Entonces la joven inclinó lentamente la mirada hacia él, su semblante se turbó y abrió la boca para hablar.

Pero de su boca no salió sonido alguno.

En el colmo de la ansiedad, sir Ralph dirigió una mirada a su alrededor rápidamente.

Era Mac.Field.

Los dos cómplices cambiaron una mirada de inteligencia.

—¡Tatiana! miradme a vuestros pies ¡oh! ¡hablad! ¡contádmelo todo, os lo suplico! continuaba el pobre pintor.

Y tomando el extremo de sus vestidos, los cubría de lágrimas y besos.

—¡Pero no veis que ese hombre está loco, loco rematado! exclamó de pronto Mac Field.

Y precipitándose sobre Santiago, lo arrancó de los pies de la joven, llevándoselo a una ventana distante de allí.

—No, yo no estoy loco, yo no estoy loco; —gritaba Santiago, resistiéndose violentamente y con tanta rabia que hizo participar a todo el mundo de la opinión manifestaba por Mac Filed.

Durante este tiempo, sir Ralph, siempre con Tatiana del brazo, se apresuró a ir a la antesala en compañía de la baronesa.

Cuando llegaron allí, la dueña de la casa preguntó a uno de los lacayos si habían visto al señor Mauvillars.

Este respondió negativamente.

—Quién sabe si está todavía en el patio, — dijo la baronesa, dirigiéndose al peristilo.

Pero cuando iba a poner el pie en la primera grada:

—No os toméis una molestia inútil, señora — dijo sir Ralph.

—¿Qué queréis decir, señor? — preguntó ella sorprendida

—Quiero decir, señora, que hace un momento, delante de vuestros invitados, he mentido por consideraciones a esta niña.

—¡Cómo! — exclamó la baronesa aterrada, — el señor Mauvillars...

—Duerme en su casa tranquilamente, y yo vine solo con la señorita Tatiana.

La baronesa lanzó una exclamación de asombro y quedó un momento como aturdida.

—¡Gran Dios! — exclamó con un acento desesperado, — ¡será posible!

—Informaos, señora, y os dirán que el señor Mauvillars no ha aparecido por aquí.

—Pero, entonces, señor, ¿qué queréis que piense de esto?

—Todo cuanto gustéis, señora, — respondió sir Raph con la flema más irónica y desvergonzada y llevándose a Tatiana.

Y antes de que la baronesa hubiese podido volver en sí del rudo golpe que le acababa de hacer vacilar su espíritu, ya los dos habían desaparecido.

L

CONSUELOS

Al día siguiente por la mañana, como a las once y media, Santiago se presentaba en casa de la baronesa de Villarsay y pedía hablar con ella.

El doméstico a quien se dirigió, lo miró

con un aire tan perturbado como si le hubiese hablado de la luna.

—Pero señor, — le dijo, — vos no penseais en lo que pedís; la señora baronesa no recibe nunca antes de las dos, y todavia. ¡Pero a las once y media y al día siguiente de una fiesta! Apenas si se habrá despertado.

—Sé perfectamente que presentándome a esta hora, choco con todas las costumbres y conveniencias, — respondió el artista, — y sin embargo, me permito insistir, porque se trata de un asunto gravísimo.

—¡Caramba! señor, os acompañaré junto a la camarera de la señora baronesa y le podreis hablar.

Le hizo atravesar varias piezas y lo introdujo en una salita de espera.

Entonces el lacayo apretó el botón de un timbre y casi en seguida Santiago vió entrar a una joven.

—Ana, — dijo el doméstico, — el señor quisiera hablar con la señora baronesa.

Y se fué.

—Señorita, — dijo entones Santiago a la camarera, — yo no ignoro que nadie se presenta a estas horas en casa de una señora como la baronesa de Villarsay; más, sin embargo confío en que ella tendrá a bondad de recibirme cuando sepa quién soy.

Y entregó su tarjeta a Ana, que pasó la vista por ella.

La camarera conocía el incidente de la víspera y sabía el papel que había tenido en él Santiago Turgis. De modo que se sintió invadida por una viva simpatía por el amante desesperado que tanto interés despertó entre todas las mujeres.

Y luego, Santiago venía horriblemente pálido, tenía los párpados colorados y los ojos abatidos como un hombre que no los ha pegado en toda la noche, y sus facciones cansadas llevaban impreso el sello de una tristeza mortal.

Todas estas circunstancias le ganaron en seguida la voluntad de la camarera.

—En efecto, señor, — le contestó, con su más afable voz, — la señora baronesa no os habría podido recibir a una hora semejante, pero por un azar completamente excepcional, y del cual ignoro la causa, la señora está levantada y vestida, de manera que no ha de ser imposible... en fin, voy a pasar la tarjeta a la señora.

Y salió inmediatamente.

Un momento después se volvía a abrir la puerta de la salita y entraba la misma baronesa en persona.

—Señora baronesa, — dijo Santiago adelantándose a su encuentro y estrechando la mano que ella le tendía, — permitidme antes de todo que me disculpe...

—¡Oh! exscusad ceremonias, — le respondió ella, interrumpiéndole; — sé que sufrís, no pudisteis esperar más, y me venís a pedir la explicación de nu suceso que os destroza el corazón, ¿no es verdad?

—Habéis estado acertada, señora.

—Pues bien, hicisteis perfectamente en haber venido, señor Turgis y no solamente os disculpo, sino que estimo en lo que vale el sentimiento que os ha hecho oir ante todo la voz de vuestro corazón, que debe sufrir cruelmente.

—¡Ah! señora, — murmuró el artista, dejándose caer en un asiento enfrente de la baronesa.

—Desfraciadamente, — repuso esta última después de un momento de vacilación, —tengo el sentimiento de confesaros que lejos de poder verter algún bálsamo reparador en vuestra herida, voy, por el contrario, a revolver el puñal dentro de la llaga.

Santiago le dirigió una mirada tan angustiosa y tan profundamente desgarradora, que la señora de Villarsay se sintió el corazón oprimido. Pero el pintor no pronunció ni una palabra.

Ella fué la que contiuó;

—Lo que voy a hacer ahora es muy cruel, es una tarea de verdugo; pero para llegar apenetrar el misterio que rodea este asunto, es preciso que sepais la verdad.

—Por eso he venido, señora, y estoy dispuesto a oirla, — repuso Santiago con un temblar que revelaba su emoción.

—No dudo de vuestra resolución — le dijo la baronesa. — Sin embargo, armáos de valor, porque os prevengo que tendréis necesidad de él.

—Hablad, señora, hablad, os lo suplico, — dijo Santiago, — cuya turbación iba en aumento.

—No creáis que yo haya permanecido indiferente a vuestro dolor, señor Turgis, no; yo me hallaba cerca de vos cuando volvisteis a la razón, cuando os arrancasteis con un sentimiento de cólera y de horror de los brazos de Mac Field, quien, sin embargo...

—Perdonad, señora, perdonad, — dijo Santiago interrumpiendo vivamente a la baronesa. — ¿Cónocés a ese lord Mac Field?

—Sólo por haberlo encontrado en dos o tres fiestas, entre ellas en la de Mauvillars.

—¿No está unido a sir Ralph?

—En efecto, los he visto a menudo juntos.

—Y yo me acordé de repernte haberos visto conversar íntimamente en un rincón de la sala de baile del señor Mauvilars, y he aquí por qué rechacé a ese hombre con horror, porque ayer esos dos hombres se entendían, lo juraría, y sería indudablemente obedeciendo a una consigna convenida entre ellos de antemano que ese Mac Filed se ha precipitado sobre mí, arrancándome de los pies de Tatiana en el momento mismo en que se ella se inclinaba hacia mí para hablarme.

—Es posible, — respondió la baronesa — porque todo en este acontecimiento es misterioso e incomprensible. Pero ya volveremos sobre este incidente y las sospchas que os ha inspirado. Yo estaba pues, cerca de vos, cuando, recobrando alguna sangre fría, habéis dirigido la vista a vuestro alrededor, murmurando: ¿y ella, dónde está? Y si entonces no os abordé, era porque en ese momento erais incapaz de oir nada. Otra señora os respondió: "Se ha ido". Entonces corristeis a la puerta, y yo os dejé partir reservándome escribiros al día siguiente para haceros saber lo que voy a deciros verbalmente, y declararos que me ponía a vuestra disposición por todos

cuantos servicios pueda prestaros en esta triste circunstancia.

—¡Oh! ¡gracias! gracias, señora, — exclamó Santiago, besando la mano de la baronesa en un arranque de gratitud; — porque, ¡ay! ¿qué sería de mí sin vos? Quién me hablaría de Tatiana? ¿quién me diría...

—Calmáos y oidme, — interrumpió la baronesa, — adivino fácilmente el objeto de vuestra preocupación, y a decir verdad, yo no me sorprendí mucho hace un momento cuando recibí vuestra tarjeta y me avisaron que estabais aquí.

—Pues bien, señora, — dijo el pintor con una triste aprensión; ¿qué es lo que sucedió durante aquellos diez minutos de delirio en que no distinguía nada de lo que pasaba en mi alrededor? ¿Qué os ha dicho el señor Mauvillars, y estoy impaciente. Voy a su encuentro después de Tatiana, conforme lo anunció sir Ralph?

—Precisamente tocáis el punto más difícil, señor Turgis.

—Hablad, señora, y no me ocultéis nada, porque ya lo dijisteis hace un momento; en

SACRIFICIO

El oculista: — Este muchacho sufrirá toda su vida de la vista si usted sigue llevándole al cine.

La mamá: — ¡Pero yo no lo puedo dejar sólo en casa, doctor! Esto sería muy cruel.

interés mío, como en el de Tatiana, necesito saber toda la verdad.

—Pues bien, oidme. Cuando os llevaron, yo dije a sir Ralph: "Mucho tarda el señor Mauvillars, ye stoy impaciente. Voy a su encuentro". El me siguió, siempre teniendo a Tatiana del brazo que continuaba obedeciendo a su impulso, maquinalmnete, pasivamente, sin pronunciar una palabra, sin abandonar por un momento aquella inexplicable calma, que sólo pudo turbar unos instantes vuestra desesperación. Cuando llegamos al peristilo, y mientras yo me informaba del señor Mauvillars, sir Ralph me dijo: — "Es inútil que lo busquéis, señora, no está aquí; se ha quedwado en su casa y yo vine solo con la señorita". A estas palabras lancé un grito de asombro, y le dije: — ¿Y qué debo pensar de esto, señor? — Todo lo que os plazca, señora, respondió fríamente. Y se fué llevándose a Tatiana, que lo siguió con aquella misma docilidad que sólo puedo explicarme por algún trastorno del cerebro.

Santiago era presa de una violenta agitación. De pálidas que estaban, sus facciones se habían puesto lívidas y su mirada fija brillaba con un resplandor sobrenatural.

—¡Sola! — balbuceó por fin. — ¡Vino sola con él! ¡Y se volvieron solos!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he de creer? ¿Qué hay en el fundo de este horrible misterio?

Y después de un momento de silencio, volvió a exclamar con acento desgarrador:

—¡Sola! ¿Sola con él? ¡Ah! ¡está perdida! ¡perdida para siempre para mí!

La baronesa le tomó la mano y con una voz suave y penetrante:

—Señor Turgis, — le dijo, — ¿sabeis por qué estoy levantada y vestida a una hora tan matinal?

El joven apenas comprendió lo que le decía.

—No, no, no señora, — respondió maquinalmente.

—Voy a casa de Tatiana, por la que me intereso tanto como vos mismo.

—¿Vais a verla, señora? — exclamó el joven con un arranque. — ¡Oh permitidme que vuelva luego a preguntaros...

—Algo mejor... venid conmigo. Me esperais en el coche mientras yo estaré en la casa, de suerte que antes de una hora ya sabréis... todo cuanto pueda sacar de ella.

—¡Oh! ¡cuán buena sois, señora!

Unos momentos después, el cohe de la baronesa los llevaba a los dos en dirección al hotel del señor Mauvillars.

LI

EN CASA DE LA FAMILIA

La intención de la baronesa de Villarsay, al transladarse a la casa de los Mauvillars era hacerse acompañar a la habitación de Tatiana, a fin de tener una explicación con ella.

La pieza de Tatiana estaba situada en el ala opuesta de donde tenían las suyas el señor y señora de Mauvillars, de manera que parecía fácil llegar a ellas sin ser vista ni oída por estos últimos. Pero apenas hubo entrado en el patio, dejando como hemos dicho, a Santiago en su carruaje, cuando vió que venía a ella un antiguo doméstico de la familia con aspecto azorado.

—¡Ah! señora baronesa, — le dijo — ¡qué a tiempo llegáis!

—¡Cómo! ¿Qué hay? — preguntó ella estupefacta.

—El señor se disponía a ir a vuestra casa.

—¡A mi casa! ¡Tan temprano! — exclamó la dama más asombrada cada vez.

—Si la señora baronesa se digna seguirme, voy a introducirla al salón, es que se halla reunida toda la familia.

—¿Y la causa de esa reunión?-

—Lo ignoro, pero sucede algo extraordinario, porque todo el mundo parece consternado.

—¿Y la señorita forma parte también de la reunión?

—No, señora baronesa.

—Entonces acompañadme.

Al cabo de un momento el doméstico abría la puerta del salón, anunciando:

—La señora baronesa de Villarsay.

Sentadas en el centro del salón había cuatro personas en actitud triste y abatida. Eran los esposos Mauvillars y los abuelos.

Al anuncio de la baronesa, los cuatro se levantaron como movidos por un mismo resorte, dirigiédo la mirada de ansiedad y de estupor.

El señor de Mauvillars se adelantó hácia ella, la tomó la mano y con una mirada en que se reflejaba una profunda tristeza:

—¿Vos aquí, a semejante hora? — le dijo. — ¿Entonces es verdad lo que se dice?

La baronesa quedó un momento confusa no sabiendo en rigor como interpretar aquellas palabras un si o un no es enigmáticas y no atreviéndose a aventurar un paso, con el temor de cometer alguna inconsecuencia.

—Explicaos con más claridad, amigo mío, y entonces os podré responder.

—Hacedme el favor de sentaros entre nosotros, — dijo el señor Mauvillars avanzándole un asiento entre su esposa y su padre.

Todas las manos se extendieron a las de la baronesa que las estrechó en silencio y se sentó poseída de una profunda emoción.

—Ved la carta que acabo de recibir, — dijo entonces el señor Mauvillars a la baronesa.

Y abrió una carta y leyó:

"Señor: ayer en la fiesta dada por la señora baronesa de Villarsay, ha pasado un hecho que creo de mi deber participároslo yo el primero. Pero primeramente permitidme una corta explicación. Yo amaba a la señorita Tatiana Valcresson, vuestra sobrina y tuve el honor de haceros pedir su mano por el señor Badoir, vuestro pariente y amigo y a pesar de todas las garantías que encontrabais en la amistad con que me honra ese hombre tan respetable, tuve el inmenso dolor de ver mi demanda rechazada. Si solo hubiese visto un asunto de interés material o de conveniencias, en la unión que solicitaba, hubiera podido resignarme; pero yo adoraba a la señorita Tatiana y soñaba en

esa unión con una felicidad a la cual no me sentía con el valor de renunciar. A partir de aquel momento, resolví no perdonar medio alguno para conseguir aquella dicha que se me había negado después de mi leal pedido y a consecuencia de esa resolución, ayer me presenté al baile de la señora baronesa de Villarsay, llevando del brazo a la señorita Tatiana Valcresson.

"Nuestra entrada no podía menos de ser notada, todos los bailes cesaron a nuestra aparición, todos los invitados se han aglomerado a nuestro paso, y así atravesamos dos veces el salón bajo las otónitas miradas de doscientas personas de las que sois más o menos conocido y que hoy esparcirán la noticia por todo París.

Y a consecuencia de este hecho, que me coloca ante vos en una situación completamente nueva, es que vengo por segunda vez a solicitar la mano de la señorita Tatiana Valcresson. Es inútil añadir, después del acontecimiento que acabo de referiros, que se ha operado una completa revolución en los sentimientos de la señorita Tatiana a mi respecto y que ahora la encontrareis enteramente dispuesta a aceptar la demanda que rechazó anteriormente. Sólo me falta conocer vuestra decisión, y tendré el honor de ir personalmente a pedírosla hoy mismo.

"Dignaos aceptar, señor la seguridad de mi más alta consideración. — sir Ralph Litson".

Cuando hubo terminado la lectura de esta carta, el banquero se volvió hacia la baronesa.

—¿Y bien? — le dijo, — ¿qué hay de verdad en lo que acabais de oír?

—Desgraciadamente, — respondió gravemente la interpelada, — todo es verdad, al menos en cuanto al hecho material referido por sir Ralph, porque ignoro absolutamente a qué móvil haya obedecido Tatiana al realizar un acto tan contrario a su carácter como a los sentimientoes que muy a menudo le oí manifestar a propósito de sir Ralph.

La declaración de la baronesa fué acogida con un doloroso y melancólico silencio.

—¡De manera que el hecho es cierto! — balbuceó en fin el señor Mauvillars, — ya no podemos dudar más.

Y repuso después de un instante de silencio.

—Permitidme que os dirija algunas preguntas, señora, porque todo esto es tan horrible, tan inverosímil, que tengo necesidad para hacerme bien cargo de todo que me sean precisados los detalles.

—Interrogadme, señor, — contestó la baronesa, — estoy dispuesta a satisfacer vuestras preguntas.

—¿Estabais vos presente en el momento de su entrada?

—Estaba, sí, y oí anunciar a sir Ralph y Tatiana; primeramente muy sorprendida de oir los dos nombres juntos, pero convencida de que los recién venidos entraban solos, hice un movimiento para ir al encuentro de Tatiana y quedé petrificada al verla entrar apoyada en el brazo de sir Ralph.

—¡Ah! — exclamó el señor Mauvillars, llevándose la mano a la garganta como si se hubiera estado ahogando.

En cuanto al abuelo, dejó caer la cabeza sobre el pecho, en tanto que su mujer se llevaba el pañuelo a los ojos enrojecidos ya por las lágrimas.

—¿Y los vió todo el mundo, como él dice? — repuso Mauvillars.

—Todos los invitados corrieron a su encuentro escalonándose a su paso, tan estupefactos y casi tan desolados como yo misma porque no había ni uno entre ellos con cuyas simpatías no contara Tatiana.

—Pero, entonces, — exclamó Mauvillars — ¿que habeis pensado vos? ¿Qué habeis dicho?

—Pedí una explicación a sir Ralph.

—¿Y qué respondió?

—Delante de la concurrencia dijo que vos estabais allí y que ibais a entrar en seguida; pero a mi me declaró que había venido solo con Tatiana, y después se fué con ella, dejándome tan trastornada, que no me ocurrió detenerlo sino cuando ya se habían ido.

—¿Pero, y ella? ¿Tatiana? ¿Qué decía, que aspecto y maneras eran las suyas?

—¡Ella! no ha pronunciado una sola palabra, permaneciendo tan serena y tan risueña como si hubiera estado rodeada de toda su familia.

—Estoy muy triste. Figúrate que se escapó mi mujer, con mi amigo Carlos.

—Eso te apena. Y... creo que te han hecho un favor.

—Desde luego, lo que siento más es que se llevó también mi botelle del famoso reconstituvente "Hierro Quina Bisleri".

—¡Cómo! pero no comprendía la infamia....

—¡No! ¡No digáis eso! ¡No digais eso! — exclamó el abuelo, levantándose de repente pálido y tembloroso; no pronunciéis esa palabra tratándose de Tatiana; sería calumniarla. No comprendo nada de todo esto, no sé cómo ha sucedido. Pero dígase lo que se quiera, pruébese lo que se quiera contra Tatiana, yo la conozco ¿sabeis? A la pobrecita conozco la inocencia de su alma, y aun ante la evidencia, diré que es falso, que se engaña todo el mundo y que no es culpable.

—¡Y dirás la verdad, José! — exclamó la abuela con un sollozo.

—También soy de este parecer, — dijo a su vez la baronesa; — yo también tengo una fe ciega en la inocencia de Tatiana, y hasta la misma serenidad que conservaba en semejantes circunstncias, es la prueba más concluyente, para mí, de que no podría ser culpable

—Pero no por eso está menos perdida en el concepto de la sociedad, — exclamó el señor Mauvillars, con acento desesperado; y además, por mucho pesar que tengamos nosotros, sea cual fuere nuestra confianza en la inocencia y en los principios de Tatiana, no podríamos jamás admitir que ella haya consentido en asistir a una fiesta sola con un desconocido, sin comprender la gravedad de una acción semejante. He aquí lo que todo lo domina y de lo que necesitamos una inmediata explicación.

Y tiró del cordón de una campanilla.

—Pedro, — le dijo al criado que se presentó, — ¿habéis visto hoy a la señorita?

—No señor, — dijo Pedro, — pero acabo de hablar con Malvina, la camarera, y me dijo que todavía dormía.

—Decidle a Malvina que la vaya a despertar y que le avise que estamos aquí esperándola.

—Voy, señor, — dijo Pedro, saliendo lentamente.

—Todo cuanto podíamos hablar nosotros ahora sería inútil, — dijo el señor Mauvillars; — no haríamos más que perdernos en conjeturas. Esperemos.

Todos comprendieron lo razonable de aquella observación, y esperaron sin pronunciar ni una palabra.

Hacía como un cuarto de hora que el salón estaba sumido en un lúgubre silencio, cuando la puerta se abrió suavemente.

Era Tatiana que entraba.

LII

EL TRIBUNAL DE FAMILIA

Las cinco personas que estaban esperando a Tatiana en el salón, quedaron estupefactas al ver aparecer aquella encantadora cabeza, fresca, cándida y risueña como de costumbre.

Turbada un momento en presencia de aquellas caras graves, la joven dió un grito de alegría al fijarse en la baronesa de Villasay, y corriendo a ella:

—¿Vos aquí, mi querida Celina? — exclamó

Pero un brazo la detuvo en aquel arranque. Era el del señor Mauvillars.

—¿Parecéis muy sorprendida de ver aquí a la baronesa? — le dijo, — clavándole una mirada severa.

—Muy sorprendida, — respondió Tatiana, sin reparar en la expresión de aquella mirada, — después de la fatiga que debe haberle causado su baile, creí que estaría aún durmiendo.

—¿Y no adivinais el motivo de su presencia aquí a semejante hora?

—Absolutamente.

Se hizo un silencio.

Mauvillars contemplaba a su sobrina con un sentimiento de estupor indescriptible, y todo el mundo parecía tan sorprendido como él del aspecto de candor y placidez que conservaba después de los acontecimientos de la noche anterior. Y es que nunca aquella seductora expresión había brillado con tanto encanto en su lindísima fisonomía.

Despertada por Malvina y urgida para que se presentase a la invitación de su tío, se puso a toda prisa un batón, descuidando su hermosa cabellera blonda, cuya mas, formando un tupido bosque alrededor de su infantil semblante, aumentaba aún el carácter ingenuo y leal de su fisonomía.

—Sentaos ahí, delante de nosotros, — le dijo su tío, — y responded a mis preguntas.

Esta vez a Tatitna le llamó la atención el tono empleado por su tío al dirigirle la palabra, y la expresión triste y severa que estaba impresa en todos los semblantes.

Naturaleza tierna, delicada y profundamente impresionable, se turbó de momento al observar aquellas fisonomías, que en vez de sonreir al aproximarse ella, le quedaban, por decirlo así, cerradas, y se le erguían enfrente hostiles y siniestras; y fué con el corazón dolorosamente oprimido que ocupó el asiento indicado por su tío.

—Tatiana, — le dijo éste por fin, — ¿dónde habéis pasado la noche?

A esta pregunta, Tatiana se quedó mirando a su tío con el mismo aire que si le hubiera hablado en un idioma extraño, incomprensible para ella.

—¿Os negáis a responder? — preguntó aún el señor Mauvillars.

—¡Oh!, no no, tío, — exclamó Tatiana con el tono más natural del mundo; es que... he oído mal.

—Os repito, pues, mi pregunta, y os ruego me digáis dónde pasasteis la noche.

En lugar de turbarse, de ponerse colorada o de parecer confusa y avergonzada, como era de esperar, la joven sólo manifestó una profunda sorpresa.

—Pero tío, — respondió con una vaga sonrisa, — ¿de dónde queréis que la haya pasado si no en mi cama, de la que me levanto en este momento?

Aquella absoluta ausencia de turbación, el acento de perfecta serenidad con que respondía, la sorprsa tan ingenuamente expresada, llevaron al mayor grado de de asombro a las personas que la estaban escuchando

De manera que el señor Mauvillars, al volver a tomar la palabra, no lo hizo sino con cierto embarazo.

—Acabáis de levantaros de la cama, es evi-

dente, — dijo; — pero ¿podríais decirme dónde estabais desde las doce a la una de la noche?

—Pero también en mi cama, tío, puesto que me acosté a las diez, al mismo tiempo que mis abuelitos, — respondió Tatiana, con una sonrisa cuya expresión muy particular dejaba traslucir que ella de creía víctima de alguna mistificación.

—Entonces, — repuso el tío, — ¿cómo se explica que os hayan visto, de doce a una, en el baile de la señora baronesa de Villarsay?

—¡Yo! ¡yo! en el baile de... ¡Ah! ¡pero esto es ya demasiado!

Y poco faltó para no prorrumpir en una carcajada.

Pero al dirigir la mirada a las cuatro personas que tenía delante, se contuvo de repente. Todas tenían tan solemna gravedad, manifestaban una tristeza tan conmovedora, que la pobre niña quedó aterrada.

—Pero, — murmuró con una voz que se hizo pronto temblorosa. — ¿Qué es lo que hay? ¿Qué pasa? ¿Qué quieren de mí?

Sus frescos colores acababan de desaparecer, como un sol que se pone y paseaba a su alrededor miradas turbadas.

La baronesa se sintió conmovida de lástima. Se levantó, se aproximó a ella y tomandole afectuosamente la mano entre las suyas:

—Hija mía, ¿por qué negar que has estado en mi fiesta cuando yo misma te he visto y te he hablado?

La joven también se levantó bruscamente, y mirando a la baronesa de hito en hito, le puso una mano en el hombro.

—¿Me habéis visto en vuestra fiesta? ¿Os habéis hablado conmigo? — murmuró, con una voz alterada por la emoción.

—Sí, hija mía, — respondió la señora; — has atravesado mi salón por entre mis doscientos invitados, estupefactos de verte allí sin tu familia.

—¿De modo, — repuso Tatiana, — que habría ido allí completamente sola?

—¡Sola! ¡Oh! ¡No, desgraciadamente! — dijo Mauvillars.

—No comprendo nada, — balbuceó la niña.

—Habéis entrado al baile dando el brazo a un hombre, un desconocido.

—¡Yo! ¡Yo!

—Y ese hombre era sir Ralph.

—¡Sir Ralph!

Tatiana había lanzado este nombre con tal grito de horror, que hizo estremecer a todos los circunstantes.

Luego permaneció inmóvil, con las facciones pálidas y descompuestas, y murmurando con aire extraviado:

—¡Sir Ralph conmigo! ¡En el baile! ¡Anoche!

Guardó silencio por unos instantes, con la vista fija en el suelo y la cabeza inclinada sobre el pecho. En seguida, saliendo poco a poco de aquella torpeza y paseando lentamente sus hermosos ojos azules a todo su alrededor:

—Os lo suplico, — dijo con acento reposado y suave; — responded a la pregunta que voy a haceros, y fijáos bien en una circunstancia que me preocupa seriamente: ¿Estoy loca, o en posesión de mi juicio?

—¿Loca, hija mía? ¡Qué idea! — le contestó la baronesa.

—Entonces, puesto que no estoy loca, puedo afirmar que me acosté a las diez, que no me he movido de la cama hasta hoy por la mañana, es decir, hace diez minutos, y que estáis equivocada, vos, al asegurar que me habéis visto en el baile.

—Pero, hijita de mi alma, — contestó la baronesa; — suponiendo que yo hubiera podido cometer una equivocación tan prodigiosa, no se podría admitir que doscientas personas hubieran podido ser víctimas de igual engaño, y todo el mundo te ha reconocido, como yo.

—Todo el mundo se ha equivocado, — exclamó Tatiana, — porque me es mucho más difícil suponer, a mí, que yo no he pasado la noche en mi cama y que pueda, sobre todo, haber asistido a vuestro baile en compañía de sir Ralph. Unicamente la pérdida de la razón podría explicar semejante olvido de todo pudor y de los sentimientos que me animan, y, lo repito, puesto que no estoy loca, no puede ser eso.

La baronesa de Villarsay guardó silencio unos momentos. Se adivinaba que acababa de concebir un proyecto y vacilaba en ponerlo en ejecución.

—¡Vamos! — dijo por fin, con ademán resuelto; — es preciso que se haga la luz; es necesario, a cualquier precio.

Y volviéndose al señor Mauvillars:

—Hacedme el favor de tocar la campanilla, ¿queréis?

El banquero obedeció, y un momento después apareció Pedro, el antiguo sirviente de la casa.

La baronesa fué a su encuentro y le dijo algunas palabras al oído.

—Está bien, señora baronesa, — dijo el criado, retirándose.

—¿Qué pretendéis hacer? — dijo Tatiana a su amiga.

—Es un secreto, — respondió ésta.

—¡Semejante acusación a mí! — exclamó la joven, con más asombro que desesperación. — ¡Oh! ¡Pero esto es inicuo! ¡Esto es odioso!

Luego, después de un momento de reflexión, exclamó, dirigiéndose a la baronesa:

—Pues bien. Ya que me habéis visto, ¿cuál es la toilette que llevaba?

—El vestido de faya rosa que te ví hace unos dos meses en el baile de la señora de Treviannes.

—Bueno, — replicó vivamente Tatiana. — Hace quince días que lo tengo en casa de la modista y es el único que tengo de ese color.

—¿De veras? ¿Me dices la pura verdad, Tatiana? — preguntó la baronesa, con un rayo de esperanza en la mirada.

—Venid a ver mi ropero; hacedme el favor de venir, tía, y si encontráis en mi casa el vestido de faya rosa, creed entonces lo que queráis.

—Está bien. No deseo más que convencerme, dijo la baronesa.

Y salieron los tres del salón.

Aquella prueba debía ser decisiva, de modo que la joven estaba toda contenta.

Un instante después habría la puerta de su dormitorio, diciéndoles:

—¡Mirad! Ved primero en esta pieza.

Las dos mujeres registraron la pieza, sin encontrar nada.

—Aquí nada, — dijo la tía con aire satisfecho.

—Ahira veamos en mi tocador, — dijo Tatiana, abriendo apresuradamente la puerta de aquella pieza.

Pero apenas hubo abierto la puerta, cuando quedó clavada en el umbral dando un grito inexplicable. El primer objeto que se ofreció a su vista fué el vestido de faya rosa colgado de una percha.

—¡Desgraciada criatura! — exclamó la señora Mauvillars con acento desesperado. — ¡Pero ahí tienes el vestido!

Tatiana se llevó la mano a la frente, murmurando:

—¡Sí; sí, debo estar loca!

—Vamos, mi querida Tatiana, — dijo la baronesa, obligándola a apoyarse en su brazo; — nos esperan en el salón; es preciso bajar.

Tatiana la siguió maquinalmente, sin pronunciar una palabra.

—¿Y bien? — dijo el señor Mauvillars al verlas.

—¡El vestido rosa está ahí! — dijo tristemente su mujer.

—Volved a vuestro sitio, Tatiana, — dijo fríamente el tío a la joven, que obedeció con una melancólica resignación.

En aquel momento se abría la puerta, entraba Pedro y decía a la baronesa:

—Señora baronesa, aquí esta la persona.

—Introducidla, — dijo ella.

Pedro anunció:

—El señor Santiago Turgis.

—¡El! ¡El! — exclamó Tatiana, ocultándose entre las manos la cara cubierta de un súbito rubor.

LIII

UN NOBLE CORAZON

Entró Santiago y parecía sumamente emocionado; pero al ver a Tatiana sentada delante de cinco personas de aspecto sombría y desolado, como un criminal ante sus jueces, se detuvo todo confuso y poseído de una profunda angustia.

—Amigos míos, — dijo entonces la baronesa, dirigiéndose a toda la familia; — os presento al señor Santiago Turgis, artista pintor, hombre de corazón y talento, cuyo testimonio es de gran importancia en el asunto que nos ocupa, porque ama a Tatiana.

—¡Ah! — hizo Mauvillars, fijándose en el pintor.

—La ama con una pasión profunda, respetuosa y discreta, — continuó la baronesa, — porque él no es quien me ha confiado sus sentimientos; soy yo que se los sorprendí; y si hoy os los revelo es para daros a comprender el valor que debemos conceder a sus más mínimas palabras en estas circunstancias.

Y añadio, despues de haber permanecido un instante pensativa:

—El señor Turgis asistió a mi fiesta, y como yo, ha visto a Tatiana presentarse apoyada en el brazo de sir Ralpn. ¿No es cierto, señor Turgis?

A esta pregunta, Tatiana levantó la cabeza, la volvió lentamente hacia Santiago, fijó en él una mirada a la vez inquieta y ansiosa y espero con todas las señales de una violenta agitación.

Santiago permaneció un momento silencioso, mirando alternativamente a Tatiana y a sus jueces, y presa evidentemente de una incertidumbre motivada por el temor de afligir a la joven.

La baronesa de Villarsay adivinó aquel sentimiento, y dirigiendo en seguida la palabra al pintor:

—Señor Turgis, — le dijo; — en este asunto hay un misterio que puede perder a Tatiana si no logramos descubrirlo; es, pues, en interés de ella misma, que os intimo a decir la verdad sin acomodos ni reticencias, como acabo de hacerlo yo misma, y ya sabéis cuánto quiero a esta niña.

—Responded, señor, — le pidió a su vez Mauvillars; ¿habéis visto a mi sobrina Tatiana Valcreson, entrar anoche, después de las doce, en el salón de la baronesa de Villarsay, del brazo de sir Ralph?

Tatiana esperó la respuesta de Santiago con una aprensión que volvió la palidez a su semblante. Es que tenía una fe ciega en su amor y en su lealtad y pensaba: — Cuando él haya hablado sabré, por fin, si a pesar mío contra mi voluntad, y por decirlo así, sin mi participación, he cometido el acto inaudito de que me acusan.

—Acordáos de lo que acabo de deciros, señor Turgis, — dijo la baronesa; — pensad que la honra, que el destino entero de Tatiana se hallan en peligro en este momento, y que sólo hay un medio de salvarla; es de decir y de buscar la verdad por todos los medios posibles.

—Pues bien, sí, señor, — respondió por fin Santiago, volviéndose al señor Mauvillars; — sí, he visto a la señorita Tatiana presentarse a la fiesta de la señora baronesa apoyada en el brazo de sir Ralph.

Y, después de esta declaración, articulada lentamente, palabra por palabra, con visible esfuerzo, se dejó caer agobiado en el asiento que le adelantaban.

—¡Me ha visto él! — murmuró Tatiana, con el acento de una sombría desesperación; —entonces será verdad; yo estaba allí... allí... ¡y con ese hombre! ¡Oh! ¡qué vergüenza, gran Dios! ¡qué vergüenza!

—Y bien, Tatiana — dijo entonces el señor Mauvillars — ¿qué tenéis que responder a esto?

—Lo mismo que antes, tío, — respondió la niña. — Yo no me he movido de mi cuarto. No tengo más que decir.

—¿Entonces ponéis en duda la buena fe del señor Turgis?

—¡Dios me libre de ello! tío, estimo demasiado el caracter del señor Turgis para dudar de su palabra; pero, aun cuando el universo entero se uniese a él para afirmar que he sido vista en el baile, siempre daría la misma respuesta: no he salido de mi cuarto.

Y cambiado pronto de tono:

—Vamos a ver, tío, mi buena tía, mis queridos abuelos — dijo con la voz alterada por los sollozos que le subían a la garganta —todos vosotros, que queréis a vuestra Tatiana; vosotros que, siguiéndola desde la infancia, la habéis visto desarrollar a vuestros ojos hora por hora; vosotros, a quienes ha abierto siempre su corazón, y en el que habéis podido ver azotar, a medida que ella misma los sentía, todos sus sentimientos y todas sus ideás, veamos, decidme, ¿creéis que sea capaz de mentir? ¿Creéis que haya podido dejar, de noche, a escondidas, este lecho, debajo del cual ha crecido, en la pureza y en la inocencia, para ir, ¿adónde? en plena fiesta llena de amigos relaciones que al día siguiente debían denunciarla? ¿Y con quién? ¡Cielo Santo! ¿con un hom're que no le inspira sino horror, cuya mano acababa de rechazar pocos días antes? Veamos, queridos parientes, reflexionad y decidme si esto cabe en lo posible.

Estas palabras, pronunciadas con voz suave y penetrante, y que hacían más conmovedoras aún las lágrimas que corrían por su hermoso semblante, en el que se reflejaba con tanto esplendor la franqueza y la ingenuidad de su alma, produjeron una profunda impresión en todos los que la escuchaban.

—¡No¡ — exclamó el abuelo con una explosión — esto no es posible. Mi querida Tatiana es incapaz de mentir; yo no veo sino esto y no creo más que a ella.

Y no pudiendo contenerse por más tiempo corrió hacia ella y la estrechó en sus brazos, mezclando sus lágrimas a las de ella.

Santiago no estaba menos conmovido que el anciano. Hubiera querido ir a arrojarse a los pies de la joven pidiéndola perdón por el dolor que acababa de causarle al declarar que la había visto con sir Ralph; pero, obligado a contenerse se contentaba con mirarla de lejos, y sólo la contracción de sus facciones revelaba la profunda agitación de que se hallaba poseído.

—¡Ay! — dijo por fin el señor Mauvillars rompiendo el silencio que había sucedido a los transportes del abuelo; — yo también conozco la inocencia de Tatiana; también sé que es incapaz de mentir; pero, en fin, cuando vienen de todas partes a deciros: "Estaba en ese balie; iba del brazo de Ralph yo la he visto". Y cuando semejante declaración procede de las personas que más la quieren, que darían todo lo del mundo para poder probar su inocencia. ¿Qué hacer en este caso? ¿Cómo dudar delante del testimonio de doscientas personas que vienen a confirmar los hechos atestiguados en la cara de ese sir Ralph?

—Tenéis razón, tío, — repuso Tatiana, enjugándose las lágrimas, — todo está contra mí, todos los testimonios se levantan para aterrarme, y sólo tengo mi palabra que oponer a esas pruebas. Podéis, pues, rendiros a la evidencia que me condena. Yo no tengo nada más que hacer, y renuncio ya a defenderme.

—¡Pero desgraciada! — exclamó Mauvillars, — ¡no comprendes la terrible situación que se nos ha creado! Que nosotros consintimos en absolverte, nosotros, que conocemos tu nobleza y el candor de tu alma, no por ello quedarías menos perdida en el concepto de la sociedad, que ha visto y no puede creer sino aquello que ha visto.

—Comprendo perfectamente, tío, — replicó la niña, — pero yo nada puedo hacer para remediarlo. Víctima de no sé qué espantosa e incomprensible fatalidad, sólo puedo inclinar la frente ante el estigma que me hiere injustamente y esperar sumida en las lágrimas, que me maten la vergüenzza y el dolor.

—¡Dios mío! Dios mío! — murmuraba la señora Mauvillars poseída de una desesperación profunda. ¿De qué manera salir de esta espontosa situación? ¿Cómo penetrar el horrible misterio que nos envuelve? ¿No será posible arrancar a esta pobre criatura del abismo en que ha caído y en el que va a parecer si èl cielo no viene en su auxilio

Santiago se levantó.

—Señora, — dijo con acento grave y conmovido, — tal vez haya un medio sino de traer la luz a las tinieblas que rodean este asunto, por lo menos de atestiguar a los ojos de todo el mundo la inocencia de la señorita Tatiana y probar altamente que a despecho de todas las apariencias que se elevan en contra de ella, su consideración no ha sufrido nada en la opinión de los qué la conocen y se encuentran en aptitud de poderla apreciar.

—¿Y ese medio? — preguntó el banquero vivamente.

—¡Oh! Hablad, señor, — dijo la niña con temblorosa voz.

Todas las miradas se habían vuelto hacia el artista, y cada uno esperaba con ansiosa emoción la palabra que iba salir de sus labios; la vía de salvación que iba a indicar.

—Señor Mauvillars, — continuó Santiago; — permitidme que haga aquí mi propio elogio; las circunstancias lo exigen. Nacido de una condición la más humilde, tuve que atravesar aquellas pruebas, en que muchos, y de los más bravos, dejan siempre algo de su consideración o de su dignidad; y salí, yo sin abandonar nada de que mi conciencia tenga que ruborizarse; he desprendido mi nombre del crisol de la miseria, puro y sin tacha he pagado muy caro la poca fama conquistada en mi arte y el puesto que he sabido conquistarme en la sociedad; pero nunca al precio de una bajeza o de una concesión a la probidad; en fin, señor, consultad a mis amigos, a mis compañeros, a mis maestros y todos os dirán con qué cuidado escrupuloso he velado siempre por mi honor: todos os jurarán que

soy hombre para sacrificarlo todo a mi honra, hasta mi propio corazón, hasta la más imperiosa de las pasiones; ¡y bien!, señor Mauvillars; yo os pido la mano de la señorita Tatiana Valcresson.

En el silencio que se siguió a estas palabras, se oyó la voz de la niña pronunciar el nombre de Santiago con voz muy baja y profundamente enternecida.

Los dos abuelos, con las facciones radiantes y los ojos llenos de lágrimas, parecían resistir con grandes esfuerzos la tentación de levantarse y correr a echarse en los brazos del noble joven.

La señora de Mauvillars y la baronesa dejaron desbordar, también ellas, el sentimiento de admiración de que se sentían penetradas hacia el artista.

El señor de Mauvillars, impasible, atraía las miradas de todas, que parecían preguntarse con inquietud lo que pasaba en su espíritu, cuando levantándose bruscamente, se dirigió al artista y con una voz que en vano procuraba disimular la fuerte emoción que sentía:

—Señor Turgis, — le dijo; — dejadme estrecharos la mano; sois un noble corazón.

A este inesperado movimiento, Tatiana se había regocijado, y con aquella encantadora ingenuidad, que formaba uno de los rasgos más característicos de su expansiva naturaleza, se dejaba ya abandonar a la esperanza, cuando la puerta se abrió suavemente, y Pedro apareció en el umbral anunciando:

—¡Sir Ralph Litson!

LIV

LA INVESTIGACION DE LA VERDAD

A la entrada de sir Ralph, Tatiana se levantó de repente, dirigiendo miradas azoradas hacia el lado de la puerta.

Luego, poseída de una repentina debilidad, y sintiendo que las piernas le flaqueaban, se volvió a dejar caer en su asiento pálida y temblorosa.

En cuanto al recién venido, estaba sereno o intentaba aparecerlo. Se adelantó con paso lento y grave, fingiendo no ver las sombrías e irritadas miradas que le dirigían de todas partes.

Llegado a la mitad del salón, a pocos pasos de las personas que se hallaban sentadas y teniendo a Tatiana a su izquierda y a Santiago a su derecho, al que afectó no prestar la menor atención, saludó en silencio, esperando que lo invitasen a tomar asiento.

No fué, por cierto, por ahí, que empezó el dueño de casa.

—Señor, — le dijo el banquero con fría altivez; — la señorita Tatiana, mi sobrina, ha heredado de su padre una fortuna de trescientos mil francos que desde hace doce años que yo la recibí en depósito, ha fructificado entre mis manos y ha casi doblado.

—¡Señor! — hizo sir Ralph con un gesto de nobleza que significaba claramente: For favor, dejemos a un lado las cuestiones de

Cuando el presidente Carnot dió en París una comida a 15.000 alcaldes, senadores, diputados y otros funcionarios el año 1889, se ocuparon de la cocina y el servicio 195 cocineros y 1050 mozos. Se sirvieron 80.000 fuentes, 30.000 panes, 23.000 botellas de vino, 1.500 litros de sopa, 3 toneladas de pescado, 12 de carne, 7.200 aves y seis toneladas de arroz y legumbres.

—Dejadme continuar, — dijo Mauvillars con sequedad. Y repuso:

—Esto no es todo. Yo poseo ciento cincuenta mil libras de renta y no tengo hijos; siempre he considerado a Tatiana como a una hija, y todo el mundo sabe que heredará un día mi fortuna. os habéis sido puesto al corriente de todos estos detalles, de los que nunca hice un misterio para nadie, y me hicísteis pedir la mano de mi sobrina. Habiendo sido rechazada vuestra demanda, debíais haberos atenido a ello, y es lo que habría hecho un hombre honrado, pero no un caballero de industria en busca de una fortuna y decidido a conquistarla por todos los medios posibles. Entonces fué cuando imaginásteis no sé qué infernal combinación, para obligarme a otorgaros la mano de Tatiana; entonces fué cuando tratásteis de comprometerla públicamente de modo que ella no tuviese otra alternativa que elegir entre la deshonra y vos, es decir, entre dos vergüenzas. He aquí vuestra obra. ¡Y bien! Permitidme que os diga mi pensamiento en dos palabras: sino escuchara sino a los sentimientos que me inspiráis, ya os habría mandado arrojar a la calle.

Sir Ralph había escuchado este cumplimiento con aparente resignación, que desmentían su palidez y la contracción de sus facciones.

—Señor Mauvillars, — replicó; — no tengo más que una palabra que contestar a un apóstrofe, que, debéis reconocerlo, no brilla al menos por la moderación: yo os pido a la señorita Valcresson, sin dote alguna.

El señor Mauvillars respondió con una irónica carcajada.

—¿De veras? ¡Qué grandeza de alma a bajo precio! — le dijo. — Tatiana tiene una fortuna personal de seiscientos mil francos, de la que nadie la puede privar, y estáis bien convencido de que nosotros la queremos demasiado para no dejarle al menos las tres cuartas partes de nuestros bienes.

—Os aseguro, señor, que el amor es el único móvil que he tenido en esta circunstancia.

—Dejemos esto de lado, señor, y hablemos de otra cosa. Me escribísteis para hacerme saber lo que había pasado en casa de la señora de Villarsay, la que me ha confirmado el hecho denunciado en vuestra carta; pero agregáis que debo ver en este hecho una prueba de que los sentimientos de mi sobrina a vuestro respecto han cambiado completamente, y que ya en adelante estaría dispuesta a aceptar la mano que rechazara anteriormente.

—¡Oh! — exclamó Tatiana, con un sentimiento de horror indescriptible.

—Ahí tenéis su respuesta, señor, — dijo Mauvillars; — y no solamente este deplorable suceso no ha cambiado nada a los sentimientos que le inspiráis, sino que afirma, además, no haberse movido de su cuarto en toda la noche, negando, de consiguiente, haber aparecido de vuestro brazo en el baile de la señora baronesa de ViVllarsay.

—A esto tengo una contestación bien sencilla que dar, — dijo sir Ralph; — que se pronuncie la señora baronesa, y me comprometo, desde luego, a atenerme a su declaración.

—Ya os lo acabo de decir; la señora baronesa confirma el hecho; luego, es indiscutible. Por otra parte, Tatiana, que es incapaz de mentir, declara haber pasado la noche entera en la cama; ahora bien, vos sólo, señor, que habéis arrastrado a esa niña al seno de una fiesta con el deliberado propósito de comprometerla públicamente; vos sólo podéis dar la explicación de ese misterio y os intimo a declarar la verdad.

—¡Oh! ¡señor, os lo ruego, os lo suplico, exclamó de repente Tatiana volviéndose a sir Ralph con las manos juntas y la mirada suplicante; hacednos conocer la verdad de este horrible asunto.

Hubo un momento de silencio. Sir Ralph parecía titubear y sus facciones demostraban un embarazo que dió alguna esperanza a la pobre niña.

—¡Oh! os lo pido como una gracia, señor, decid la verdad y os perdonaré del fondo de mi alma todo el daño que me habéis hecho.

—¡Válgame Dios! señorita, dijo por fin sir Ralph; estoy desolado de la respuesta que voy a daros, pero ella es evidente. No solamente entramos juntos a esa fiesta, sino que todo el mundo pudo notar que veníais sin la menor violencia; que fuísteis de vuestra única y buena voluntad; que os apoyábais en mi brazo con la frente serena y la sonrisa en los labios, y que el sentimiento dominante en la expresión de vuestra fisonomía era una expresión de bienestar; la verdad que me pedís os diga, la conocés, pues, tan bien como yo, y si hay algún misterio en este asunto para los que nos oyen, no existe más para vos que para mí mismo.

—¡Oh! ¡desgraciado! ¡desgraciado! exclamó Tatiana, golpeándose la frente con un gesto desesperado, ¡quiere hacer creer que yo soy su cómplice!

Luego, dirigiéndose otra vez a él:

—Veamos, señor, le dijo con voz trémula, responded a las preguntas que voy a haceros, si no es por mí, al menos por mi familia y por mis amigos, que son mis jueces en este momento. Decidles, pues, os lo ruego otra vez, cómo habéis penetrado hasta mí, por qué medios pudisteis resolverme a seguiros y cómo se explica que yo haya podido llegar a la casa de la señora baronesa en traje de baile sin tener conciencia de ello y sin conservar el menor recurdo.

—¡Ay! señorita, respondió sir Ralph, comprendo perfectamente el objeto a que tienden estas preguntas, pero siento en el alma no poderme rendir al deseo que dejan adivinar y que me es absolutamente imposible satisfacer. ¿Cómo queréis, en efecto, que yo haga creer que no venisteis conmigo a ese baile cuando lo han presenciado doscientas personas? ¿Cómo podría yo afirmar que no teníais conciencia de vuestros actos, cuando todos han admirado en vuestra fisonomía la expresión de serenidad que le es habitual? En cuanto a decir toda la verdad delante de vuestra familia, es a lo que no podría resolverme, y me parece explicarme con bastante claridad de vuestra familia, es a explicarme con bastante claridad cuando declaro que estoy dispuesto a reparar el daño que hice a vuestra reputación.

—¡Oh! ¡es espantoso! ¡espantoso! exclamaba Tatiana, retorciéndose desesperadamente.

Después levantándose de pronto:

—Tío, parientes, amigos todos, dijo en voz entrecortada por la emoción; os juro por cuanto tengo de más caro, por el recuerdo de mi madre, os juro que miente, que miente, que miente para perderme y para obligarme a que lo acepte por marido.

—Señor Mauvillars, dijo a su vez Santiago, la señorita Tatiana ha adivinado los deseos de ese hombre; la mentira y la infamia están escritas con todas sus letras en su cara, y ahora, más que nunca, después que él la ha calumniado, estoy convencido de la inocencia de Tatiana, cuya mano os pido de nuevo.

Sir Ralph se volvió lentamente hacia el artista y clavándole una mirada rencorosa:

—Vos no sois el tío de la señorita Tatiana, señor, y os pediré cuenta de vuestras palabras.

—Con el mayor gusto os haré este honor, respondió Santiago. Y mañana mismo.

—¡Oh! dijo sir Ralph con una irónica sonrisa, yo no tengo tanta prisa como vos; antes de pediros una reparación, tengo que acordar una aquí; ésta será primero, si no tenéis inconveniente.

—¡Pero yo no quiero! ¡no quiero! exclamó Tatiana, prorrumpiendo en sollozos; ¡prefiero la muerte a semejante unión; la muerte o un convento en donde pasaré el resto de mis días!

El 4 de julio se gasta en Estados Unidos, para festejar el aniversario de la independencia, más de dos millones de dólares en cohetes y triquitraques.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

EN EL BANCO

El empleado: — ¿Quién es el imponente?
El de fuera: — Yo.

Señorita: Adelántese a sus amigas y sea Vd. la primera que estrene entre ellas el más elegante modelo de moda.

Suscríbase a EL DIARIO que cada Jueves publica primicias de los figurines de modelos del más refinado gusto.

Guiada por los figurines en colores y las descripciones que de los mismos, publica EL DIARIO, Vd. podrá vestirse con la misma elegancia que si pidiera su ropa al más afamado modisto de Paris.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela. Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de "El Diario"

Av. de Mayo 662, Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido .....

Domicilio .....

Localidad ..... F. C. .....

EDICION DIARIA APARECE A LA HORA 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
INTERIOR:
1 año, $ 28.-; 6 meses $ 14.50; 3 meses $ 7.50
CIUDAD: $ 2.— por mes.

Precios de suscripción a la edición de los jueves:

1 año, $ 5.-; 6 meses $ 2.60; 3 meses $ 1.50.

COMPRE "PUCKY" y GANE $ 10.--

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Junio 22
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

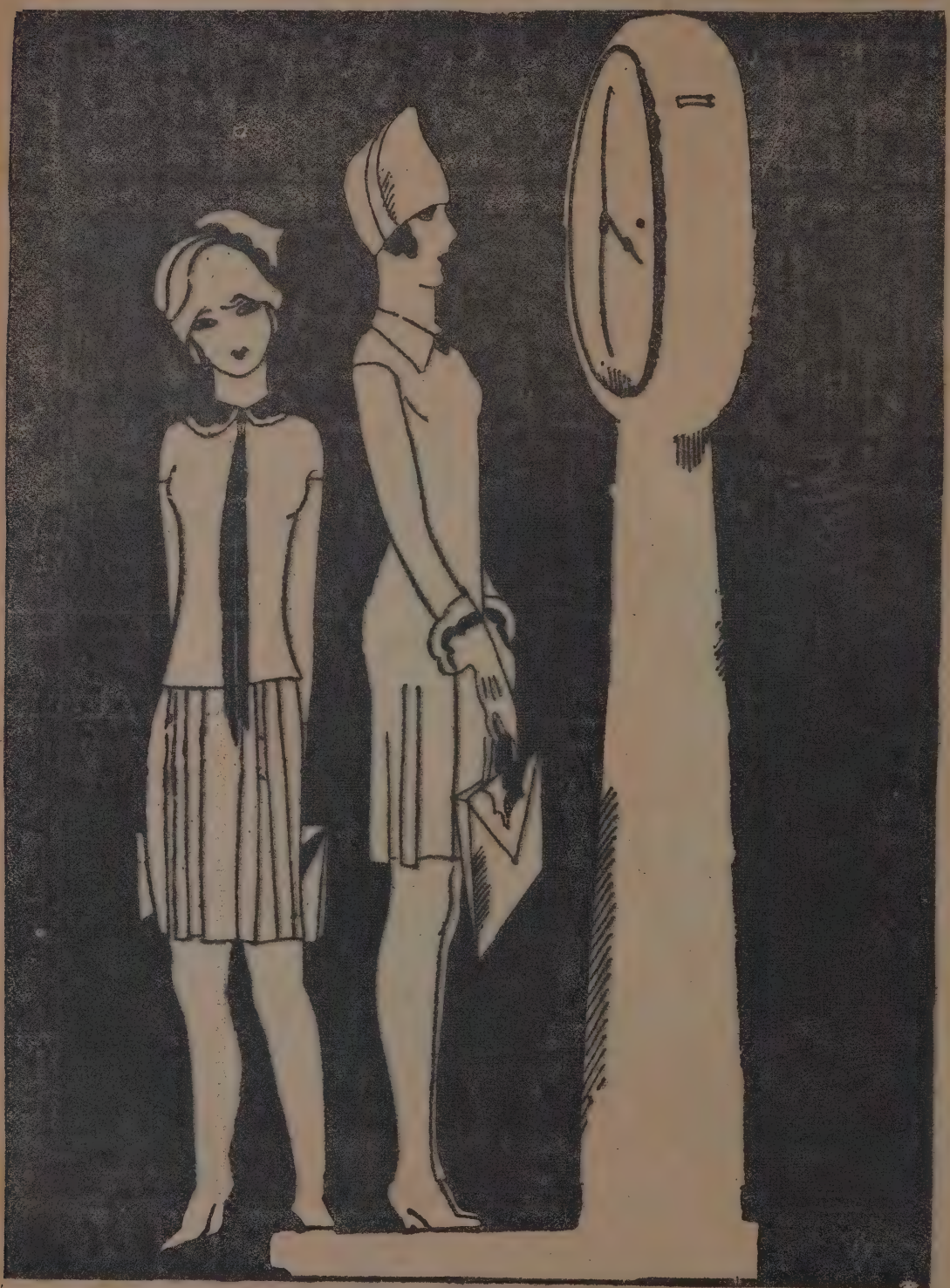
AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 247

Lea

"BOTELLA N.° 21"

EN ESTE NUMERO

BUEN SISTEMA



—No te preocupes porque peses más. ¿Sabes lo que he hecho yo para no engordar?

—¿El qué?

—No pesarme.

SUMARIO

LA BOTELLA NÚMERO 21

Una interesantísima novela corta, por Charles y Annie O. Tibbits, traducida del inglés especialmente para "Pucky".

EL MISTERIO DEL PANTANO

Continuación de esta novela de notable interés, que ha sido traducida del inglés especialmente para este magazine.

TARZAN DE LOS MONOS

Nuevos capítulos de la producción más novedosa de la literatura moderna, considerada como la obra más atrayente de cuanto se ha escrito en los últimos años.

EL CAMARERO DEL "PLANET"

Un relato de grandísimo atractivo escrito en inglés por J. J. Bell y traducido para este magazine, cuyos lectores lo encontrarán sin duda de grandísimo interés y gran originalidad.

DE TODAS PARTES

Una sección de variedades interesante para todos los lectores, grandes y chicos.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUR

Algunos relatos del grán cuentista Jack London, cuya habilidad para describir las escenas de mar y tierra no tiene comparación con ningún autor de su época.

ROCAMBOLE

Sigue la publicación de la notabilísima novela de fama mundial que tanto ha gustado a los lectores de este magazine y cuya conclusión se encuentra cercana ya, aun cuando falten aun algunos capítulos de sumo interés.

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en color reproduciendo muy interesantes chistes e historietas recogidos por "Pucky" en diarios y revistas de todos los países del mundo.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

En el próximo número de este magazine se dará cuenta exacta del resultado que ha tenido el concurso de "Pucky". Lo único que puede adelantarse por el momento es que la palabra solución es PUCKY, así que es indispensable presentar el cupón con esa palabra: PUCKY, para tener derecho al premio de diez pesos.

Recordamos que ningún empleado de "El Diario", "Tit-Bits" o "Pucky", ni persona emparentada con él puede aspirar a ese premio.

No se entra en correspondencia ni se dan sobre este concurso más explicaciones que las ya publicadas.

UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP. DE UVAS)

Para **ESTREÑIMIENTO**

LOS NIÑOS
LA COMEN CON
EL PAN, LA TOMAN
COMO POSTRE.

Excelente regulador intestinal. De acción segura totalmente inocua y de sabor agradable.

Preparada por el

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes: RIVADAVIA 1745 - Bs. Aires

AVERIGUANDO

—¿Y tú crees todo lo que dicen de Luisito?
—¡Anda, ya lo creo!... ¿Y qué dicen?

LA BOTELLA NUMERO 21

For CHARLES Y ANNIE O. TIDBITS - (Traducción del inglés especial para "Pucky")

Nadie, por exaltada que tuviera la imaginación, hubiera podido asociar en su mente el principio de una tragedia con la parada de aquel coche, tirado por un cansado caballo, delante de la puerta de la respetable Pensión.

Sobre el techo del coche, tres cajas y dos baúles indicaban que el pasajero que viajaba en ese vehículo, era una persona de posición acomodada.

Por la ventana del coche, una mujer había estado mirando continuamente la numeración de las casas, como si hubiera desconfiado del cochero.

Cuando el coche llegó frente a la puerta de la Pensión Baysivater, la mujer que viajaba en el interior del coche, dió repetidos golpes con la empuñadura de su sombrilla en el cristal, llamando así la atención del cochero, quien frenó inmediatamente su carruaje.

No había duda que la viajera había sido esperada en la Pensión Baysivater; porque, apenas se detuvo el coche, cuando la puerta de la casa se abrió, saliendo una serie de mucamos para ayudar al cochero a descargar los equipajes; mientras que la viajera bajaba del vehículo, abonando el precio del viaje y dando al conductor una buena propina.

Miss Isabella Banks había llegado a la pensión que eligiera para nueva residencia, teniendo en cuenta que se trataba de una casa seria, especialmente adecuada para una persona como ella, que, ante todo, exigía una buena cocina, una limpieza intachable y una esmerada atención por parte de la servidumbre, a la vez que buscaba una pensión habitada exclusivamente por caballeros y damas de edad madura, y honradas costumbres, capaces de sostener una conversación decente y racionada.

Y en efecto, la Pensión Baysivater tenía esas características. Tratábase de una casa que siempre había puesto el mayor cuidado en la selección de sus pensionistas, oponiéndose tenazmente a la admisión del elemento joven y frívolo, para conservar incólume su prestigio de casa seria.

Como es natural, en una pensión de esa naturaleza, la llegada de un huésped nuevo, era siempre el tema para largas conversaciones, y cuando se supo que iba a llegar miss Banks todos los pensionistas comentaron su posible personalidad, mucho ante de haberla visto, siquiera.

No era extraño, pues, que todos los huéspedes esperaran ansiosos el toque del gong, que

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 48 de este número

los llamara al comedor, para conocer a la recién llegada.

Finalmente llegó el instante tan anhelabo por todos, y, cuando bajaron al comedor, llegó también a él miss Banks.

Era una pensionistas bastante elegante, de porte distinguido y cuyo cabello, de un color rubio juvenil contrastaba con el resto de su figura, de la que había desaparecido la juventud hacía ya bastante tiempo.

La dueña de la pensión de apresuró a presentarla a sus huéspedes:

—Y este caballero, señorita Banks, — dijo, por fin, — es el doctor Smethurts, una verdadera maravilla en su profesión y un hombre de extraordinaria amabilidad.

El doctor se inclinó. Era un hombre de baja estatura, con bigotes y cabellos de color arena, y que, por cierto, denotaba muy poc interés por el cuidado de su apariencia externa. Su dignidad profesional parecía manifestarse únicamente por el severo corte de su traje, de color negro y sus zapatos de charol. En cambio, el doctor Smethurst se hacía inmediatamente simpático, por su voz suave y tono convincente. Sus ojos eran chicos y grises, y según la opinión de algunos, poseían un extraño poder que parecía haberles ido conferido expresamente para que el médico pudiera atemorizar con él a sus pacientes, obligándoles a seguir al pie de la letra sus instrucciones.

—Encantado de conocerla, señorita Banks, — dijo el doctor Smethurst con una leve reverencia, — y espero que su permanencia en esta excelente pensión sea lo más agradable posible.

El doctor Smethurst poseía una habilidad excepcional para mantener conversaciones triviales. Antes de la llegada de miss Banck, habíase mostrado un tanto curioso, logrando averiguar así por la dueña de la pensión que la soltero poseía una pequeña fortuna, se hallaba distanciad del resto de su fmilia y que, por esa razón, habíase visto condenada a vivir constantemente en pensiones. Además, había averiguado por la misma dueña de la pensión que miss Banks se hallaba en un estado de continuo malestar, que, si bien no era nunca grave, contribuía, en cambio, a hacer menos atractiva para ella su monótona existencia.

—Le he dicho, — dijo la dueña de la pensión al doctor Smethurs, — que contaba entre mis pensionistas con un buen médico, y ello pareció agradarle mucho.

Posiblemente, pues, la amabilidad del doctor Smuthurt hacia miss Banks se debía a que el médico viera en ella a una futura cliente.

Hacía varios meses que el doctor Smethurst y su esposa habían llegado a aquella pensión, y, por cierto, se trataba de una pareja que había llamado la atención desde el primer día.

No podía haberse imaginado un contraste tan acentuado entre el médico y su esposa, quien, de una complexión cadavérica, parecía estar constantemente preocupada por cumplir hasta los menores deseos de su esposo, sentándose para ello en algún rincón y clavando sus ojos en el doctor Smethurst, adivinaba sus pedidos antes de que él mismo los manifestara.

Por otra parte, la señora Smethurst era una mujer de ya bastante edad, por más que ella hacía cuanto podía por aparecer más joven.

La esposa del doctor Smithmset, por último, era de mucho mayor edad que éste, a tal punto que a los ojos observadores de una persona conocedora, aparecía claramente con una edad de unos setenta años.

En la pensión había algunos pensionistas a quienes resultaba bastante antipático el doctor Smethurst y había hasta quien sentía por él verdadera repugnancia, al ver que se preocupaba siempre de cosas triviales. Pero con las mujeres, el hombre gozaba de favor.

Hacía ya algún tiempo que miss Banks estaba en la pensión Brayswater y desde el momento de su presentación, el doctor Smethurst no se había apartado de su lado, deshaciéndose en amabilidades con ella, mientras que su esposa, sentada en un rincón, los miraba silenciosa.

Teniendo en cuenta la seriedad del establecimiento, fácil es comprender que la conducta del doctor Smethurst mereció inmediatamente el juicio desfavorable de todos los huéspedes, llegando las cosas a un punto tal, que la dueña de la pensión llamó aparte a miss Banks, para llamar su atención sobre las murmuraciones de que era objeto. La solterona, como es lógico, sintióse ofendida en lo más profundo de su amor propio, y pidió inmediatamente un coche para retirarse de la pensión. Pocos días después, el doctor Smethurst y su esposa, también se retiraban de la pensión Bayswater.

El médico había anunciado inmediatamente de producido el escándalo, su intención de abandonar la pensión y llevó a cabo su promesa sin pérdida de tiempo.

Tres semanas después se efectuaba una sencilla boda en una pequeña iglesia de Londres. No había invitados, reduciéndose la concurrencia a la sencilla ceremonia a los dos testigos y los novios.

Una vez efectuada la ceremonia, la novia firmó en el registro con el nombre de Isabel Banks, soltera, y el novio con el de Thomas Smetrust, médico, soltero.

Unos días antes, el doctor Smethurst había instalado a su anterior esposa en una pensión de Londres, llevando ahora a miss Banks a otra pensión, situada en Richmond.

El invierno ya había terminado y este suburbio hallábase en su mayor esplendor.

Pero la flamante señora de Smethurst no tardó en sentirse enferma, y su mal fué agravándose cada día más.

El médico, su esposo, manifestó al principio, sus esperanzas de que la enferma mejorara al llegar el verano, pero esas esperanzas resultaron completamente vanas.

Un día, la dueña de la pensión, haciendo uso de su mayor política, manifestó al doctor Smethurs que su esposa, en una de sus breves ausencias, había manifestado deseos de ver a otro médico. El doctor Smethurs accedió inmediatamente al pedido, llamando

al mejor facultativo de Richmond, el doctor Julius.

Este, al ver que la paciente, después de varios días no mejoraba consultó con su colega, el doctor Bird.

Este, después de un prolijo examen, manifestó al doctor Julius, que había algo de misterioso en ese caso. Los dos médicos comenzaron de inmediato a hablar libremente del asunto, llegando a la conclusión de que todos los síntomas parecían indicar la presencia de un veneno, aplicado en dosis progresivas.

Naturalmente, ninguno de los dos médicos médicos pudo llegar a una denuncia formal, sino que tomaron la resolución de consultar con un perito en la materia.

El doctor Smethurst, a quien manifestaron esta última resolución, mostróse en todo de acuerdo con ella, proponiendo que fuera llamado el doctor Todd, la mayor autoridad en la materia.

El doctor Todd llegó al fin, y después de observar atentamente a la paciente, manifestó a sus colegas este diagnóstico.

—La pobre señora ha sido envenenada.

Al mismo tiempo, dos frascos sellados fueron enviados para su análisis a Londres al doctor Sivanie Taylor, el más famoso de los químicos británicos de aquella época, para que viera si había veneno en ellos.

Y mientras el hombre de ciencia efectuaba su análisis, el doctor Smethurst entró en la habitación de su esposa.

—Querida — dijo, — aquí tienes el hombre que va a hacer tu testamento.

El documento fué corto y decía así:

"Lego todos mis bienes, sin excepción, a mi querido y sincero amigo Thomas Smetrurst. — Firmado, Isabella Banks."

—Es el caso, señor — explicó el doctor Smethurst al abogado, — que no estamos realmente casados.

Al día siguiente, en momentos en que la pseudo-señora de Smethurst cerraba definitivamente los ojos, con un último beso al hombre a quien ella había amado tan sinceramente, dos agentes de investigaciones golpearon a la puerta de la pequeña casa de Richmond, llevando una orden de detención contra el doctor Smethurst, acusado de homicidio por envenenamiento, en la persona de miss Bank, de acuerdo con el informe médico legal, presentado a las autoridades por el doctor Todd y del análisis de la "Botella No. 21", practicado por el doctor Sivaine Taylor, y que había dado como resultado el hallazgo de vestigio de arsénico. La botella número 21, era, pues, la prueba del delito....

UN JUEGO DIVERTIDO PARA LOS NIÑOS

El geniecito del bosque salió de paseo. ¿En quién montaba? Tracé una línea del 1 al 2 y otra del 2 al 3. Otra del 3 al 4, hasta trazar una del 43 al 44 y habrá trazado el animal que montaba el geniecito del bosque.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

VEA USTED EN LAS PAGINAS 34 Y 35 EL CONCURSO DE "PUCKY" QUE LE DA DERECHO A UN PREMIO DE PESOS 10 MONEDA LEGAL.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envía de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Roucke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y solicitando de O'Roucke fuera al castillo.

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Roucke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo,

y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

Una semana después del sepelio de los restos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repentina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anodada por la desaparición de su esposo, y por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administraba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcance para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesional tiene su orgullo, y yo tahmbién tengo el mío. Debo considrar que e también tengo el mío. Debo considerar que nu asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yo me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

—¿Está usted seguro que no es posible hallar ningún indicio revelador en todo el asunto?

—He interrogado a centenares de personas y no he podido averiguar nada. Sólo puedo decirle que él o los individuos, culpables de estos hechos misteriosos, persiguen un fin bien definido, y que no van a terminar los atentados, mientras ellos no hayan logrado su objeto.

—Pero en los últimos días no volvieron a repetirse.

—En efecto; pero tiene que tener en cuenta que la vigilancia es sumamente estricta. Solamente hemos podido constatar que, todas las noches, se oyen ciertos ruidos misteriosos, que parecen zumbidos, ¿no sabe usted si ello ocurría también antes de los atentados y que, en ese caso, serían producidos por algún fenómeno de la naturaleza?

—Jamás se oyeron antes; pero, esta noche voy a ir con usted para oirlos personalmente. Y ahora, señor Peters, hasta las diez en Carn Malva.

CONTINUACION DEL RELATO DE CHARLES O'ROURKE

Me despedí de Peters, dirigiéndome en seguida a Mendillion.

Era esta una pequeña villa, al pie de Caru Malva, y, a alguna distancia, sobre esta colina, hallábase una vieja construcción, en parte habitable y, en parte, en ruinas, conocida con el nombre de Torre de Mendillion. La construcción había sido en un tiempo un monasterio, cosa por cierto rara en la provincia de Cornwall. Había pasado por varias manos, habiendo permanecido deshabitada por espacio de los últimos diez años.

Sin embargo, hacía unos seis meses, habían llegado a la vieja construcción una serie de trabajadores, sabiéndose, entonces, que la vieja casa había sido alquilada.

Después de algún tiempo supimos mayores detalles acerca del recién llegado. Era, en cierto modo, un hombre famoso, y era conocido con el nombre de profesor Ogiloy, diciéndose con contaba entre los primeros naturalistas de su tiempo, habiendo efectuado varios viajes de exploración a las regiones de las selvas vírgenes de Sud América.

Era autor de varios libros de Historia Natural, especializados en la fauna y flora de Sud América.

Pues bien, ese hombre tan distinguido había resuelto, por fin, radicarse definitivamente en Inglaterra, alquilando, por tal motivo, la Torre de Mendillion.

Los Morstone habían tenido la intención de ir a visitarle desde hacía bastante tiempo ya, pero nunca habían podido efectuar la visita debido a la enfermedad de sir Roland.

El profesor Ogilvy era viudo y tenía una hija, y la señora de Morstone había creído que su hija Marjorie hallaría una amiga distinguida en la hija del profesor.

Cuando llegué a la vieja casa, pude ver que, en efecto, había sufrido importantes cambios. Los muros del jardín habían sido refaccionados, una nueva verja de hierro había ocupado el lugar de la antigua y los caminos del interior del jardín habían sido cubiertos por completo con pedregullo nuevo. La vieja puerta de roble había sido nuevamente lustrada y una campanilla instalada a un lado de la misma.

Cuando llamé, la puerta se abrió inmediatamente, produciéndome la primera sorpresa de las muchas que iba a experimentar aun, después, aquella misma tarde.

Un hombre, correctamente vestido, abrió la puerta. Pero un hombre que se distinguía por completo del resto de los seres humanos, que yo había visto en mi vida; pues su

tez, que cubría los huesos de la cara, tenía un color semejante a la membrana de un tambor.

Un negro verdadero no me hubiera producido ninguna impresión; pero aquel hombre de raza indefinible, hízome sobresaltar.

Sin embargo, al preguntarle por el dueño de casa, me contestó con la mayor amabilidad que estaba en casa, llamando de inmediato con una campanilla a otro sirviente, para que se hiciera cargo de mi caballo.

En seguida, el mayordomo me hizo pasar a un gran hall, en que se veían muebles por cierto un tanto exóticos. Pero no tuve mucho tiempo para mirar los objetos que me rodeaban, pues a los pocos segundos se abrió una puerta, y el dueño de casa vino a mi encuentro.

Era un hombre de estatura baja, tez bronceada, ojos azules y de modales sumamente delicados.

En una palabra, no parecía estar en absoluto de acuerdo con la imagen que había formado en mi mente acerca de la personalidad del explorador sudamericano.

El hombre me estrechó afectuosamente la mano, entrando a conversar conmigo desde el principio, con la misma soltura, como si hubiéramos sido viejos amigos.

Conversamos de distintos temas, yendo por fin a caer el tema en el pantano, que se hallaba tan cerca de la Torre de Mendillion en que vivía el profesor Ogilvy.

—Pues es cierto, — dijo el dueño de casa, — han pasado cosa realmente horribles allí. Es un misterio verdaderamente desagradable.

—Siento que esas cosas hayan comenzado justamente cuando usted se radicó aquí profesor — dije — porque seguramente no habrá quedado usted muy bien impresionado del lugar.

—No crea — contestó Ogilvy — por suerte, ya estábamos nosotros aquí, cuando empezaron esas cosas Creo que, de haber comenzado con nuestra llegada, ustedes nos hubieran echado como a pájaros de mal agüero. A propósito, ¿usted es de los que más se interesan en desentrañar ese misterio, verdad?

—Sí, es cierto. Desde la muerte de sir Roland yo he quedado encargado de todos sus asuntos, como también del desempeño de sus cargos honoríficos, entre los que estaba precisamente, el de juez de este distrito.

—Me han dicho que ha organizado usted todo muy bien, para llegar al esclarecimiento del misterio.

—He hecho cuanto he podido, con la cooperación de todos los habitantes de la región.

—Muy bien, — dijo el profesor, saltando de la silla, — yo también quiero cooperar con usted en el esclarecimiento de ese misterio.

Lo miré durante un segundo, como queriendo decirle que ponía seriamente en duda, lo que él pudiera hacer en pro del esclarecimiento del famoso misterio del pantano; pero el hombre pareció adivinar mis pensamientos, puesto que sus infantiles facciones tomaron una expresión de resolución y dijo:

—Señor O'Rouke, usted seguramente no conocerá mis condiciones; pero he de decirle que en muchas ocasiones he perseguido a hombres hasta alcanzarlos. Las selvas vírgenes de Sud América no tienen secretos para mí. Quiero conocer hasta en sus menores detalles la organización que usted ha creado para poder tomar parte, de tanto en tanto, en la vigilancia nocturna del pantano.

Agradecí su mucha voluntad.

—Señor O'Rourke, — continuó diciendo el profesor, — el misterio de este pantano me ha interesado vivamente, y, por ello he resuelto ayudar en su esclarecimiento. Trae a mi memoria el recuerdo del puma sudamericano, que, durante todo el día, persigue a su víctima, hasta que, entrada la noche, la ataca de improviso y...

En ese momento entró la hija del profesor dando muestras de alegría y la conversación que había versado sobre un tema tan trágico, quedó, de inmediato, interrumpida.

En el próximo número de "Pucky" continuará "El misterio del pantano". No deje de leer la continuación de esta novela, llena de interés y emoción, y que terminará en forma realmente inesperada.

Poco a poco esta revista irá transformándose en

EL NUEVO PUCKY

Una revista en la que habrá DE TODO PARA TODOS, la más interesante del mundo.

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO XII

LA RAZON DEL HOMBRE

Uno había en la tribu de Tarzán que se permitió poner en duda la autoridad del muchacho y fué Terkoz, el hijo de Tublat; pero el mono temía de tal manera el agudo cuchillo y las mortíferas flechas de su nuevo señor, que limitó la manifestación de sus objeciones a menudas desobediencias y a irritantes modales. Tarzán sabía, sin embargo, que el mono no aguardaba más que una ocasión para arrancarle el reino mediante algún súbito golpe traicionero, por lo cual se mantenía siempre en guardia contra cualquier sorpresa.

Durante meses la vida de la pequeña cuadrilla continuó lo mismo que antes, salvo que la superior inteligencia de Tarzán y sus facultades de cazador les abastecieron con más abundancia que antes. Por consiguiente, los más de ellos estaban satisfechísimos con el cambio de jefe.

Tarzán los llevaba por las noches a los campos de los negros, y allí, avisados por la superior sabiduría del muchacho, comían sólo lo que necesitaban, y no destruían nunca lo que no podían comer, como tiene por costumbre Mau, el mico, y la mayor parte de los monos.

Así, si bien los negros se encolerizaban por los continuos saqueos de sus campos, no los desalentaban en sus esfuerzos por cultivar la tierra, como habría ocurrido si Tarzán hubiera permitdo a su gente que devastara inútilmente las plantaciones.

Durante este período, Tarzán hizo muchas visitas nocturnas al pueblo, donde renovó con frecuencia su provisión de flechas. Pronto observó el alimento colocado siempre al pie del árbol que le servía de camino para la empalizada, y al cabo de algún tiempo comenzó a comer todo lo que allí ponían los negros.

Cuando los atemorizados salvajes repararon en que la comida desaparecía por las noches, se llenaron de consternación y de terror, porque una cosa era poner manjares para propiciarse a un dios o a un demonio, y otra muy distinto que el espíritu llegara realmente a la aldea y se los comiese. Semejante cosa era inaudita, y llenó sus supersticiosos espíritus de toda clase de vagos temores.

Y no fué eso todo. La desaparición periódica de sus flechas, y las extrañas picardías cometidas por invisibles manos, los habían puesto en tal estado, que la vida era una verdadera carga en su nueva residencia; y entonces fué cuando Mbonga y sus primates comenzaron a hablar de abandonar la aldea y de buscar otro sitio más lejano en la misma selva virgen.

Pronto los guerreros negros comenzaron a alejarse más y más al Sur, internándose en el corazón de la selva cuando iban de caza en busca de un sitio para emplazar el nuevo pueblo.

Más a menudo se vió perturbada la tribu de Tarzán por aquellos errantes cazadores. Ahora la tranquila y huraña soledad de la selva virgen era interrumpida por nuevos y extraños gritos. Ya no había seguridad para aves ni fieras. ¡Había llegado el hombre!

Otros animales pasaban día y noche por la selva: fieras crueles y terribles; pero los más débiles vecinos no hacían sino huir de los inmediatos alrededores para volver de nuevo cuando pasaba el peligro.

Con el hombre es cosa distinta. Cuando él llega, muchos de los animales mayores por instinto dejan la región, para volver raras veces o no volver nunca; y así ha pasado siempre con los grandes antropoides. Huyen del hombre como el hombre huye de la peste.

Durante breve tiempo la tribu de Tarzán se quedó en las proximidades de la playa, porque su nuevo jefe no podía resignarse a de-

jar para siempre los tesoros de la cabaña. Pero cuando un día un miembro de la tribu descubrió negros en gran número en las márgenes de un pequeño arroyo que había sido un abrevadero durante muchas generaciones, y vió que se disponían a abatir árboles en la selva para erigir cabañas, los monos se negaron a permanecer allí más tiempo, por lo cual Tarzán los condujo, en muchas jornadas, a un lugar hasta entonces no holiadó por humana planta.

Una vez cada luna se alejaba Tarzán rápidamente por las ramas de los árboles para pasar un día con sus libros, y para reemplazar su repuesto de flechas. Esta última tarea iba siendo cada vez más difícil, porque los negros habían dado en ocultar su provisión por la noche en graneros y chozas habitadas Esta exigió a Tarzán vigilar de día para descubrir dónde se escondían las flechas.

Dos veces había entrado en las chozas por la noche, cuando los habitantes estaban durmiendo en sus camastros, y había robado las saetas del mismo lado de los guerreros. Pero comprendía que este procedimiento encerraba demasiado peligro, y así empezó a coger cazadores solitarios por medio de su largo lazo corredizo, para quitarles sus armas y adornos y dejar caer sus cuerpos desde lo alto de un árbol a la calle del pueblo, durante sus vigilias nocturnas.

Estas diferentes fechorías volvieron a aterrar de tal modo a los negros que, sino hubiera sido por el respiro mensual entre las visitas, en el cual tenían ocasión de renovar la esperanza de que cada incursión sería la última, pronto habrían abandonado su nuevo pueblo.

Los negros no habían llegado todavía a la choza de Tarzán en la distante playa, pero el hombre-mono vivía en constante temor de que, mientras él estaba alejado con su tribu, descubrieran y saquearan su tesoro. Así vino a pasar más y más tiempo en los alrededores de la última morada de su padre y menos con su tribu. Pronto los individuos de ésta empezaron a resentirse de su descuido, porque continuamente surgían disputas y riñas que sólo el rey podía zanjar pacíficamente.

Por último, algunos de los monos viejos hablaron a Tarzán del asunto, y el muchacho, durante el mes siguiente, permaneció sin separarse de la tribu.

Los deberes de reinar entre los antropoides, no eran muchos ni muy difíciles.

Por las tardes, a veces, llegaba Thaka, a quejarse de que el viejo Mungo le había robado a su nueva esposa. Entonces Tarzán tenía que convocarlos a todos, y si encontraban que la esposa prefería a su nuevo señor, ordenaba que las cosas quedaran como estaban, o quizás que Mungo diera en cambio a Thaka una de sus hijas.

Cualquiera que fuese su decisión, los monos la aceptaban como definiti a y satisfechos volvían a sus ocu aciones. p

Llegaba luego Tana, gritando y agarrándose el costado, del cual fluía sangre. Gunto, su marido, la había mordido cruelmente. Gunto, llamado, decía que Tana era una perezosa que no le llevaba nueces ni bichos, ni le rascaba la espalda.

Entonces Tarzán les reñía a los dos, y amenazaba a Gunto con las mortíferas astillas si seguía maltratando a Tana; y a Tana, por su parte, la obligaba a prometer el mejor cumplimiento de sus deberes conyugales.

Se trataba, pues, principalmente, de pequeños disgustos de familia que, de no ser arreglados, solían parar en una escisión facciosa más importante, y hasta en la desmembración de la tribu.

Pero Tarzán se cansó de ésto cuando vió que el ejercicio de su realeza menoscababa su libertad. Anhelaba verse en la costa, junto al mar besado por el sol, y en el fresco interior de la bien construída choza, y entre las interminables maravillas de los muchos libros.

A medida que crecía, se había ido sintiendo más apartado de su gente. Los intereses de los monos y los suyos, estaban muy distantes. Ni ellos le habían seguido en sus progresos, ni podían entender nada de los muy extraños y prodigiosos sueños que pasaban por el activo cerebro de su humano rey. Tan limitado era su vocabulario, que Tarzán no podía siquiera hablar con ellos de las muchas verdades nuevas, de los grandes campos de pensamiento que la lectura había abierto a sus afanosos ojos, ni de las grandes ambiciones que estremecían su alma.

Entre la tribu no tenía ya amigos y compañeros como antaño. Un niño pequeño puede hallar compañía en muchos animales extraños y sencillos; pero para un hombre hecho y derecho, debe haber cierta apariencia de igualdad intelectual como base de un trato agradable.

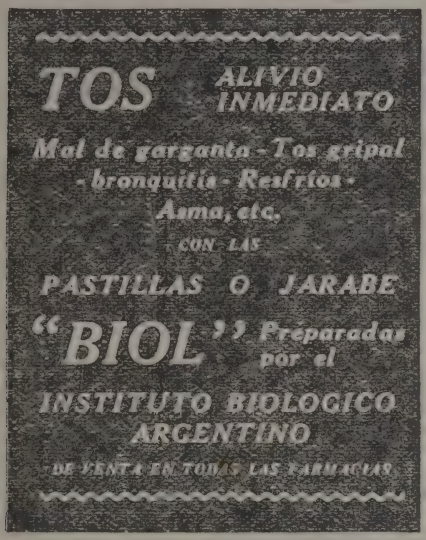
Si Kala hubiera vivido, Tarzán habría sacrificado todo esto para estar cerca de ella; pero una vez que había muerto, y los juguetones amigos de su niñez se habían convertido en feroces y huraños brutos, Tarzán prefería en gran manera la paz y soledad de su choza a los tediosos deberes de la jefatura sobre una horda de bestias feroces.

El odio y los celos de Terkoz, hijo de Tublat, hicieron mucho por contrarrestar los efectos del deseo de Tarzán de renunciar a su reino entre los monos, porque, siendo como era un joven inglés obstinado, no podía reducirse a desaparecer ante un enemigo tan maligno.

Que Terkoz sería elegido jefe en un lugar lo sabía Tarzán muy bien, porque más de una vez el feroz bruto había afirmado su supremacía física sobre los pocos machos que osaron ofenderse por sus salvajes bravatas.

Tarzán habría querido dominar a la repugnante fiera sin recurrir al cuchillo ni a las flechas. Tanto habían aumentado su enorme fuerza y agilidad en el período que siguió a su madurez, que había llegado a creer que le sería posible vencer al temible Terkoz en una lucha cuerpo a cuerpo, si no fuera por la terrible ventaja que los enormes dientes del antropoide le daban sobre él, tan pobremente armado.

Esta cuestión se resolvió un día por la



fuerza de las circunstancias, y el porvenir quedó abierto para Tarzán, de tal manera que podía irse o quedarse sin mancha de su salvaje blasón.

Ocurrió el hecho de la manera siguiente:

La tribu estaba tranquilamente comiendo, esparcida en considerable extensión de terreno, cuando un fuerte grito se oyó a cierta distancia, al Este de donde Tarzán se hallaba, tendido de boca al lado de un límpido arroyo, y tratando de coger un escurridizo pez con las rápidas y atezadas manos.

Como por un solo impulso toda la tribu se lanzó rápidamente hacia donde sonaban los gritos de espanto, y allí encontraron a Terkoz que sostenía por el pelo a una hembra vieja y despiadadamente la tundía a golpes.

Al acercarse Tarzán levantó la mano para que Terkoz desistiera de su actitud, porque la hembra no era suya, sino que pertenecía a un pobre mono viejo cuyos días de pugnacidad habían pasado hacía mucho tiempo y que, por lo tanto, no podía defender a su familia.

Terkoz sabía que iba contra las leyes de su raza el pegar a la hembra de otro; pero como era matón, se había valido de la debilidad del marido de la hembra, para castigar a ésta porque se negaba a darle un tierno roedor que había capturado.

Cuando Terkoz vió que Tarzán se acercaba sin sus flechas, continuó pegando a la pobre mona, con el estudiado esfuerzo de afrentar a su odiado jefe.

No repitió Tarzán su señal de advertencia; en vez de ello se precipitó sobre Terkoz, que le esperaba.

Nunca había sostenido el hombre mono una batalla tan terrible desde el remoto día en que Bolgani, el gran rey gorila, le había maltratado tan horriblemente antes que el cuchillo recién hallado pinchara, por casualidad, el corazón del salvaje mono.

Pero en la presente ocasión el cuchillo de Tarzán apenas equilibraba las relucientes fauces de Terkoz; y la escasa superioridad que el mono tenía sobre el hombre en fuerza bruta estaba casi compensada por la admirable rapidez y ligeraza del último.

Más en la suma total de sus puntos el antropoide tenía una sombra de ventaja en la batalla, y si no hubiera habido otro atributo personal que influyera en el resultado definitivo, Tarzán de los Monos, el joven lord Greystoke habría muerto como había vivido; siendo un desconocido salvaje en el Africa ecuatorial.

Pero había algo que le había elevado sobre sus compañeros de la selva virgen: esa chispa que significa toda la diferencia entre el hombre y el bruto: la Razón. Esta fué la que le salvó de la muerte bajo los músculos de hierro y las desgarradoras fauces de Terkoz.

Apenas llevaban luchando dos segundos cuando estaban ya rodando por el suelo, pegándose, desgrarrando, como dos grandes animales feroces que luchan a muerte.

Terkoz tenía una docena de puñaladas en la cabeza y en el pecho, y Tarzán estaba herido y manando sangre con el cuero cabelludo arrancado de la cabeza en un lugar de tal forma que un gran pedazo caía sobres sus ojos, impidiéndole la visión.

Pero hasta entonces el joven inglés había podido apartar los terribles dientes de su yugular, y de pronto en un momento en que luchaban con menos ferocidad para recobrar el aliento, Tarzán formó un plan verdaderamente astuto. Se las compondría para pasar a la espalda de su adversario, y agarrándose a ellas con uñas y dientes, le atacaría con su cuchillo hasta que Terkoz dejara de existir.

La maniobra se cumplió con más facilidad de lo que Tarzán esperaba, porque el estúpido animal, ignorando lo que intentaba el muchacho, no hizo particular esfuerzo por impedir la realización de sus propósitos.

Mas cuando finalmente se dió cuenta de que su antagonista se había aferrado a él en tal sitio que los puños y los dientes no le servían de nada para combatirle, Terkoz se revolcó por el suelo tan violentamente que Tarzán no pudo sino agarrarse como un desesperado al cuerpo del mono; éste no cesaba en sus saltos, vueltas y contorsiones; y antes que Tarzán pudiera dar un golpe, el cuchillo salió de su mano a consecuencia de un rudo choque, y el muchacho se encontró inerme.

Durante las volteretas de los pocos minutos siguientes, Tarzán hubo de soltarse una docena de veces, hasta que por fin en una de las rápidas e incesantes evoluciones vino a agarrár con la derecha una nueva presa, que, como vió el muchacho, era en absoluto incontrastable.

Tenía el brazo pasado debajo del de Terkoz, por la espalda, y con el antebrazo y la mano ceñía el cuello del antropoide. Era la llave semi-Nelson de la moderna lucha la que había encontrado empíricamente el hombre-mono; pero la divina razón le mostró al instante el valor de aquello que había descubierto. Para él era la diferencia entre la vida y la muerte.

Y así luchó por conseguir una presa aná-

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

loga con la mano izquierda, y a los pocos momentos el cuello de toro de Terkoz crujía bajo la presión de una llave Nelson completa.

Habían cesado de revolcarse, y los dos permanecían inmóviles en el suelo, Tarzán sobre la espalda de Terkoz. Lentamente el muchacho iba apretando la cabeza de mono cada vez más contra el pecho.

Tarzán sabía cuál había de ser el resultado. Dentro de un instante se partiría la columna vertebral. Pero entonces acudió a salvar a Terkoz lo mismo que le había llevado a tan duro trance: la facultad razonadora del hombre.

—Si lo mato, — pensó Tarzán, — ¿qué ventaja voy a sacar? ¿No privaré a la tribu de un gran luchador? Y si Terkoz muere, no conocerá nada de mi supremacía; al paso que vivo, será un ejemplo para los toros monos.

—¿Ka-goda? — silbó Tarzán al oído de Terkoz; lo cual, en el lenguaje de los monos y traducido libremente quiere decir: "¿Te rindes?".

En unos instantes no obtuvo respuesta, y Tarzán aumentó un poco la presión, que arrancó un horrorizado grito de dolor al enorme animal.

—¿Ka-goda? — repitió Tarzán.

—Escucha, — repuso Tarzán aflojando un poco, pero sin soltar su presa. — Yo soy Tarzán, rey de los monos, gran cazador, gran luchador. Tú me has dicho "Ka-goda", y toda la tribu lo ha oído. No vuelvas a pelearte con tu rey, ni con tu gente, o la primera vez te mataré. ¿Comprendes?

—¡Huh! — asintió Terkoz.

—¿Y estás conforme?

—¡Huh! — repitió el mono.

Tarzán lo soltó, y a los pocos minutos estaban todos en sus respectivos puestos, como si no hubiera ocurrido nada que interrumpiera la tranquilidad de sus guaridas de la selva virgen.

Pero en lo hondo de la mente de los monos estaba arraigada la convicción de que Tarzán era un potente luchador y una extraña criatura. Extraña porque, habiendo tenido en su poder la muerte de su enemigo, le había permitido vivir... sin hacerle daño.

Aquella tarde, cuando se congregó la tribu, como solía hacerlo antes de oscurecer en la selva, Tarzán, lavadas sus heridas en las límpidas aguas del arroyuelo, llamó a sí a los machos viejos.

—Hoy habeis vuelto a ver que Tazán de los Monos es el más grande de vosotros, — dijo.

—¡Huh! — replicaron a una. — Tarzán es grande.

—Tarzán — continuó éste, — no es mono. No es como su gente. Sus cosas no son las cosas de ellos, y por eso Tarzán se vuelve a la guarida de su propia raza junto a las aguas del gran lago que no tiene orilla de allá. Teneis que elegir a otro para que os gobierne, porque Tarzán no volverá.

Y así el joven lord Greystoke dió el primer paso hacia la meta que se había propuesto: el hallazgo de otros hombres blancos como él.

CAPITULO XIII

SU PROPIA RAZA

A la mañana siguiente Tarzán, cojeando y con el dolor de las heridas que había sacado de su batalla con Terkoz, partió hacia el Oeste en dirección a la costa.

Fué muy despacio, durmió en la selva y llegó a la cabaña al otro día bastante tarde.

En varios días se movió muy poco de ella, y sólo el tiempo preciso para coger frutos que satisfacieran el requerimiento del hambre.

A las dos semanas estuvo completamente sano, salvo la terrible cicatriz medio curada que, partiendo de encima del ojos izquierdo, corría por lo alto de la cabeza y terminaba en la oreja derecha. Era la marca dejada por Terkoz cuando le rasgó el cuero cabelludo.

Durante su convalecencia, trató Tarzán de hacerse una capa con la piel de Sabor, que había estado todo aquel tiempo en la choza. Pero vió que la piel al secarse, se había puesto tan rígida como una tabla; y no sabiendo nada de curtidos, se vió obligado a abandonar su acariciado proyecto.

Luego determinó hurtar las prendas que pudiera a uno de los negros de la aldea de Mbonga, porque Tarzán de los Monos había resuelto señalar su evolución desde una capa inferior, por todos los medios posibles, y nada le parecía más distinguida insignia de hamanidad que los adornos y la ropa.

A este fin, por lo tanto, reunió varias armas y ornamentos de piezas quitados a los guerreros negros que habían sucumbido a su rápido y silencioso nudo corredizo, y se lo puso todo a la manera como se lo había visto llevar a ellos.

De su cuerno pendía la cadena de oro con el medallón de su madre, lady Alicia, engarzado en brillantes. A la espalda llevaba una aljaba colgada de una correa de cuero, trofeo también de algún enemigo vencido.

Se puso un cinto de delgadas tiras de cuero bruto, hecho por él mismo, para sostener la tosca vaina del cuchillo de monte de lord Greystoke. Del hombro izquierdo le colgaba el largo arco que había sido de Kulonga.

Su erguida y bella figura, musculosa como la mejor de los antiguos gladiadores romanos, y sin embargo con las suaves y sinuosas cursas de un dios griego, decía a la primera mirada la maravillosa combinación de enorme fuerza con la agilidad y la ligereza.

Era Tarzán de los Monos la personifica-

ción del hombre primitivo, del cazador, del guerrero.

Con la noble actitud de su hermosa cabeza sobre sus anchos hombros, y el fuego de la vida y de la inteligencia que resplandecía en los hermosos ojos azules, podía muy bien haber personificado Tarzán a cualquier semidiós de un pueblo salvaje y belicoso, ya extinguido, de aquella misma selva virgen.

Pero en estas cosas no pensaba Tarzán; el cual estaba preocupado porque no tenía ropas que indicaran a todos los animales de la selva que él era un hombre y no un mono; y a veces le asaltaban graves dudas acerca de si no acabaría siendo mono.

¿No le estaba empezando a salir pelo en la cara? Todos lo tenían, pero los hombres negros eran completamente lampiños, con muy raras execpciones.

Cierto que él había visto, en sus libros, grabados de hombres con grandes masas de pelo en el labio, en las mejillas y en la barba; más, no obstante, Tarzán tenía miedo. Casi diariamente afilaba su agudo cuchillo y se rascaba y cortaba la naciente barba para extirpar aquel degradante emblema de la condición de mono.

Y así aprendió a afeitarse: ruda y penosamente, es cierto, pero con eficacia.

Cuando de nuevo se sintió fuerte, después de su sangrienta batalla con Terkoz, Tarzán salió una mañana en dirección a la aldea de Mbonga. Iba sin cuidados por un tortuoso sendero de la selva, en vez de avanzar por los árboles, cuando de pronto se encontró de manos a boca con un guerrero negro.

La expresión de sorpresa del salvaje fué casi cómica; y antes que Tarzán pudiera descolgar del hombro su arco, el sujeto aquél había dado vuelta y apelado a la fuga por el sendero, gritando de susto como dirigiéndose a otros que tuviera delante.

Tarzán se lanzó a los árboles para perseguirle, y a los pocos momentos se encontró unos hombres que la desesperada trataban de escapar.

Eran tres, que en fila india corrían enloquecidos por entre la densa maleza.

Tarzán los dejó atrás sin dificultad, y los salvajes no vieron su silencioso paso por encima de sus cabeza, ni se fijaron en la figura agazapada en una rama, bajo la cual pasaba el sendero que ellos llevaban.

Tarzán dejó que los dos primeros pasaran por debajo de él, pero cuando llegó el tercero, el silencioso lazo cayó en torno del negro cuello. De una rápida sacudida se puso tensa la cuerda.

Sintióse un grito de agonía de la víctima, y sus compañeros se volvieron al instante y vieron su cuerpo, que resistiéndose, se elevaba como por magia entre el denso follaje de los árboles.

Con gritos de espanto se volvieron una vez más y siguieron corriendo en sus esfuerzos por escapar.

Tarzán despachó a su prisionero rápida y silenciosamente; le quitó las armas y los adornos y... ¡Oh, la alegría más grande de todas!. un hermoso taparrabo de piel de gamo, que prontamente trasladó a su propia persona.

Ahora iba ya verdaderamente vestido como los hombres. Ya no habría nadie que pudiera dudar de su alto origen. ¡Cómo le habría gustado volver a la tribu para ostentar ante las envidiosas miradas de los monos todas aquellas magnificencias!

Echándose el cadáver al hombro, se encaminó lentamente por entre los árboles al pueblecillo, porque necesitaba nueva provisión de flechas.

Al aproximarse al cercado vió a un grupo excitadísimo que rodeaba a los dos fugitivos, los cuales, temblando de cansancio y de miedo, apenas podían contar los terribles detalles de su aventura.

El negro Mirando, dijeron, que iba a corta distancia delante de ellos, había llegado súbitamente a su lado gritando, y diciendo que un terrible guerreo blanco y desnudo le iba a los alcances. Los tres habían corrido hacia el pueblo lo más rápidamente que pudieron sus piernas.

Otra vez el estridente grito de mortal terror de Mirando les había hecho volver la vista hacia atrás, y entonces habían presenciado el más horrible espectáculo: el cuerpo de su compañero que, haciendo mil contorsiones, volaba hacia los árboles, azotando el aire con brazos y piernas, y con la lengua salida. No exhaló ningún otro ruido ni en torno de él se vió a otra criatura.

Los del pueblo llegaron en tal estado de temor que rayaba en pánico, pero el prudente y viejo Mbonja fingió sentir gran escepticismo respecto de la narración, y atribuyó todo el lance al espanto de sus vasallos frente a algún peligro real.

—No contáis ese cuento,—dijo,—porque no os atrevéis a decir la verdad. No os atrevéis a confesar que, cuando cayó el león sobre Mirando, vosotros echasteis a correr y le abandonasteis. ¡Sois unos cobardes!

Apenas había cesado Mbonja de hablar cuando un gran crujido de las ramas sobre su cabeza les hizo levantar la vista con nuevo terror. Lo que entonces vieron sus ojos produjo un estremecimiento al mismo Mbonja porque dando vueltas y retorciéndose en el aire, cayó el cuerpo muerto de Mirando, que rebotó con terrible choque en el suelo a los pies de los negros. De común acuerdo los salvajes apelaron a la fuga y no se detuvieron hasta que el último de ellos se perdió en las densas sombras de la selva virgen.

De nuevo bajó Tarzán al pueblo, renovó su provisión de saetas o se comió los alimentos que como ofrenda habían puesto los negros para aplacar su cólera. Antes de irse llevó el cuerpo de Mirando a la verja del pueblo, y lo arrimó a la empalizada, de tal suerte que la cara parecía asomar por el borde del poste que sostenía la verja en el sendero que llevaba al bosque. Luego volvió Tarzán, cazando, siempre cazando, a la cabaña de la playa.

Una docena de tentativas costó a los despavoridos negros el volver a entrar en su pueblo, pasando junto a a la horrible figura de su compañero muerto. y cuando vieron que el

alimento y las flechas habían desaparecido, pensaron que, como se temieron, Mirando había visto al maligno espíritu de la selva virgen. Esto les parecía ya la explicación lógica. Sólo los que veían al terrible dios de la selva eran los que morían, porque ¿no era lo cierto que ninguno de los vivos del pueblo le había visto nunca? Por consiguiente, los que morían a sus manos debían haberle visto, y pagado su culpa con la vida.

Mientras le proveyeran de flechas y de alimento no les haría daño, salvo que lo miraran; por lo cual ordenó Mbonja que además de la ofrenda de manjares, le pusieran otra de flechas y así lo hicieron en adelante.

Si por casualidad pasáis alguna vez por el remoto pueblo de Africa, aun veréis ante una choza pequeña, construída precisamente fuera del pueblo, un calderito de hierro en que se ve una cantidad de alimento, al lado de una aljaba de bien impregnadas flechas.

Cuando Tarzán llegó a la vista de la playa en que estaba su choza, se encontró con un extraño e insólito espectáculo. En las plácidas aguas de la rada flotaba un gran barco y en la playa estaba atracado un botecillo.

Pero, lo más curioso de todo, era que unos cuantos hombres, blancos como él, se movían entre la playa y su cabaña. Tarzán vió que en muchas cosas eran como los hombres de sus libros de grabados. Se fué acercando cautelosamente entre los árboles hasta llegar sobre las cabezas de los desconocidos.

Eran diez hombre, atezados, robustos, de catadura rufianesca. Se hallaban a la sazón reunidos en torno del bote y hablaban con voz recia y airada, manoteando mucho y amenazando con los puños. De pronto, uno de ellos, un hombrecillo de delgadas facciones y barba negra, cuya cara recordó a Tarzán la de Pampa, la rata, puso la mano sobre el hombro de un gigante que estaba cerca de él, y con el cual habían estado discutiendo y peleándose todos los demás. El hombrecillo señaló el interior de la tierra, y el gigante se vió obligado a apartarse de los otros para mirar en la dirección indicada. Al volverse, el del delgado rostro sacó un revólver del cinturón y disparó contra el gigante por la espalda. El hombretón levantó las manos sobre su cabeza, se le doblaron las rodillas, y sin exhalar un grito cayó de boca sobre la playa, muerto. El disparo del arma, el primero que Tarzán había oído, le llenó de pasmo; pero ni aun aquel insólito ruido pudo estremecer sus saludables nervios inspirándoles una apariencia de miedo.

La conducta de aquellos blancos desconocidos era lo que le ocasionaba la mayor perplejidad. Sus cejas se enarcaron en reflexión profunda. Bien estaba — pensó, — no haber dado rienda suelta a su primer impulso d eabalnazarse hacia adelante y saludar aquellos blancos como a hermanos.

Evidentemente no eran distintos de los negros, ni más civilizados que los monos, ni menos crueles que Sabor.

Un instante los otros estuvieron mirando al hombrecillo de la cara delgada, y al gigante muerto en la playa.

Luego uno de ellos rompió a reir y dió al uequeñín unos golpes en la espalda. Volvieron a charlar y manotear lo mismo que antes, pero sin pelearse.

De pronto acercaron el bote a tierra, y todos se metieron en él y remando se alejaron hacia el gran buque, donde Tarzán veía otras figuras que se movían sobre cubierta.

Caundo hubiero subido a bordo, Tarzán se descolgó al suelo detrás de un árbol muy grande y se deslizó hasta su choza, siempre teniéndola entre él y el buque.

Al penetrar por su puerta encontró que todo lo habían saqueado. Sus libros y lápices sembraban el suelo, y sus armas y escudos y demás provisión de tesoros estaban esparcidos por doquiera.

Al ver lo que habían hecho, invadió su pecho una inmensa oleada de ira, y la reciente cicatriz de su frente sobresalió de pronto como una barra de inflamado carmín sobre la curtida piel.

Corrió a su armario y miró el entrepaño inferior. ¡Ah! Exhaló un suspiro de satisfacción al sacar la cajita de hojalata, y ver que sus mayores tesoros estaban intactos.

La fotografía del sonriente joven de enérgicas facciones, y el misterioso librito negro seguían allí.

¿Qué era aquello?

Su aguzado oído había perdido un ruido débil, pero desconocido.

Corrió Tarzán a la ventana y miró hacia el muelle. Entonces vió que del gran buque estaban arriaido un bote junto al que ya estaba el agua. Pronto observó que mucha gente saltaba por los costados del buque grande y se descolgaba a los botes. Volvían en mayor número.

Un momento más estuvo Tarzán vigilando mientras arriaban a los botes una infinidad de cajas y bultos; y luego, cuando se apartaron del costado del buque, el hombre-mono agarró un pedazo de papel, y con un lápiz estuvo haciendo letras unos momentos, hasta que trazó unas cuantas líneas de caracteres recios, bien hechos, casi perfectos como letras.

Con una aguda astillita de madera clavó aquel cartel sobre la puerta. Cogiendo luego su preciosa caja de hojalata, sus flechas, y tantos arcos y lanzas como pudo llevar, corrió a la puerta y desapareció en la floresta.

Cuando los dos botes atracaron a la plateada arena, fué la más ábigarrada colección de seres humanos la que saltó a tierra.

Serían en conjunto unas veinte almas, a podía afirmarse que poseyeran esa centella inmortal los quince toscos y villanescos marinos, ya que formaban en verdad un conglomerado repugnante y sanguinario.

Los demás de la partida tenían aspecto muy diferente.

Uno de ellos era un anciano de pelo blanco y gafas de grueso aro. Cubría su espalda, ligeramente encorvada una levita de mal corte, pero de limpieza impecable; un reluciente sombrero de copa aumentaba la incongruencia de su porte en una selva virgen de Africa.

—¡Qué bárbaro! Tiene más trompada que Monte Munn.
—Que quiere Tomando del HIERRO QUINA BISLERI no hay rival que aguante.

saltó a tierra era un joven alto, vestido de dril blanco, detrás del cual venía inmediatamente otro anciano de frente despejadísima y de modales bulliciosos y excitados.

Seguíale una negra enorme, vestida como Salomón, en cuanto a los colores, con grandes ojos que giraban con evidente terror, primero mirando hacia la selva y luego hacia la maldiciente banda de marineros, que estaban sacando de los botes los fardos y cajas.

La última de la partida que desembarcó fué una muchacha como de diecinueve años, y fué el joven el que se plantó al lado del bote para levantarla en peso y dejarla sin mojarse en tierra. Ella le dirigió una valerosa y linda sonrisa de gracias, pero no se cruzaron palabras entre ambos.

En silencio avazó la partida hacia la cabaña. Era evidente que, cualesquiera que fuesen sus intenciones, habían tomado su resolución antes de salir del buque; y así llegaron a la puerta, los marineros con los fardos y cajas, y seguidos por los cinco de tan diferente catadura y clase. Los hombres dejaron la carga, y entonces se fijó uno en el cartel que Tarzán había puesto.

—¡Hola, compañero! — exclamó. — ¿Qué es eso? Hace una hora no estaba puesto ese cartel. No me cabe duda. ¡Eh, profesor! — llamó. — ¡Venga acá y lea este maldito aviso!

Así interpelado, el anciano llegó solamente adonde estaban los marineros, seguidos por los demás individuos de su partida. Ajustóse las gafas y miró un instante el cartel; luego se apartó de la puerta, y se alejó diciendo para sí:

—¡Rarísimo... rarísimo!

—¡Eh, viejo fósil! — gritó el hombre que primero había pedido su auxilio. — ¿Cree usted que lo que queríamos era que leyera usted solo el cartel? ¡Venga acá y leálo en voz alta, viejo percebe!

El anciano se detuvo, y volviendo dijo:

—¡Ah, sí señor mío! ¡Mil perdones ¡!No sé dónde he tenido la cabeza! ¡Rarísimo, rarísimo!

De nuevo se puso frente al cartel y lo leyó de cabo a rabo; e indudablemente se habría apartado otra vez para rumiar sobre él, si el marinero no lo hubiera cogido bruscamente por el cuello gritándole en el oído:

—¡Léalo en alta voz, viejo idiota!

—¡Ah, sí, sí, es verdad! — replicó suavemente el profesor; y ajustándose otra vez las gafas, leyó en alta voz:

"Esta es la casa de Tarzán, el matador de fieras y de muchos hombres negros. No toquen las cosas que pertenecen a Tarzán. Tarzán vigila. — Tarzán de los Monos."

—¿Quién diablos es Tarzán? — exclamó el marinero que primero había hablado.

—No cabe duda de que habla inglés — dijo el joven.

—Pero ¿qué quiere decir Tarzán de los Monos? — exclamó la muchacha.

—Lo ignoro, miss Porter — replicó el joven — a no ser que hayamos topado con un simio escapado del Jardín Zoológico de Londres, y que se haya traido una educación europea a su morada de la selva. ¿Qué le parece a usted, profesor Porter? — añadió volviéndose al viejo.

El profesor Arquímides Q. Porter se arregló las gafas:

—¡Ah, sí, sí, en efecto! ¡Rarísimo, rarísimo! — exclamó; — pero nada puedo añadir a lo que he tenido ya el honor de observar como aclaración de este incidente, verdaderamente de gran importancia, — añadió; y dicho esto se volvió en dirección a la selva.

—Pero, papá! — exclamó la muchacha. — ¡Si no nos has dicho nada todavía!

—¡Calla, calla, niña; calla, calla, — respondió el profesor Porter con acento bondadoso e indulgente. — No preocupe su linda cabecita con tan graves y abstrusos problemas.

Y de nuevo se alejó lentamente en otra dirección con los ojos clavados en el suelo, y las manos cruzadas detrás de los flotantes faldones de su levita.

—Creo que ese viejo emplasto no está más enterado que nosotros — gruñó el marinero de cara de rata.

—¡Hable usted con cortesía! — exclamó palideciendo de ira ante el insultante acento del marinero. — Han asesinado ustedes a nuestros oficiales y nos han robado. Estamos en absoluto en poder de ustedes; pero o trata con respeto al profesor Porter y a su hija, o le romperé a usted la crisma sólo con las manos, sin pistolas ni rifles.

Y al decir esto, el joven se acercó tanto al marinero de la cara de rata, que éste, aunque llevaba al cinto dos revólvers y un cuchillo de pavoroso aspecto, retrocedió avergonzado.

—¡Maldito cobarde! — exclamó el joven. — ¡No te atreverás a matar a un hombre como no sea a traición! Y aun así te atreverás a matarme a mí, — añadió, volviéndose de espaldas a marinero con toda cal-

El segundo miembro de la partida que

ma y alejándose muy despacio como para ponerle a prueba.

La mano del marinero se deslizó furtivamente a la culata de uno de los revólvers, y sus perversos ojos contemplaron vengativamente al joven inglés que se alejaba. Las miradas de sus compañeros estaban fijas en él. Pero él seguía vacilando. En el fondo de su corazón era aún más cobarde de lo que William Cecil Clayton había imaginado.

Lo que habría hecho no se sabrá nunca, porque andaba rondando por allí otro factor que ninguno de la partida conjeturaba que pudiera tener tanta intervención en los problemas de su vida cotidiana en aquella inhospitalaria costa de Africa.

Unos ojos estaban observando cada movimiento de la partida desde las frondas de un árbol cercano. Tarzán vió la sorpresa causada por su cartel, y si bien no podía entender una palabra del lenguaje hablado de aquella extraña gente, sus gestos y la expresión de sus semblantes le dijeron mucho.

El acto del marinero de la cara de rata al matar a uno de sus camaradas había despertado en Tarzán gran antipatía; y luego al verlo disputar con el joven de tan bella figura, su animosidad se despertó más aún.

Tarzán no había visto nunca los efectos de un arma de fuego, aunque sus libros le habían enseñado algo de ellas; pero cuando vió al de la cara de rata llevar la mano al revolver, pensó en la escena que había presenciado tan poco rato antes, y naturalmente, esperó ver asesinado al joven como aquel mismo día había muerto el enorme marinero.

Tarzán, pues, puso una saeta envenenada en su arco y apuntó al rufián de la cara de rata; pero el follaje era tan denso que pronto advirtió el hombre-mono que las hojas o las ramas desviarían el tiro, por consiguiente, en lugar de flecha, tomó un grueso venablo del árbol en que los había dejado.

No había dado Clayton más de una docena de pasos, cuando el marinero sacó su revólver, mientras los demás observaban atentamente la escena.

El profesor Porter había desaparecido ya en la selva virgen, adonde le seguía el bullicioso Samuel P. Philander, su secretario y ayudante.

Esmeralda, la negra, estaba entresacando el equipaje de su señorita de entre el montón de fardos y cajas que había al lado de la choza, y miss Porter se había vuelto para seguir al joven Clayton, cuando algo le hizo volver la cabeza para mirar al mirinero.

Y entonces ocurrieron tres cosas casi a un tiempo. El marinero sacó su arma y apuntó a la espalda de Clayton; miss Porter lanzó un grito de advertencia, y un largo venablo con punta de metal llegó como un rayo desde arriba y atravesó de parte a parte el hombro derecho del bribón de la cara de rata.

El revólver disparó al aire sin hacer daño y el marinero dió un salto profiriendo un grito de dolor y de espanto.

Volvióse Clayton y corrió al lugar del suceso. Los marineros formaban un asustado grupo, con las armas preparadas y mirando al interior de la selva. El herido se retorcía y gritaba en el suelo.

Clayton, sin que nadie lo viera, cogió el revólver caído y se lo guardó; luego imitó a los marineros en lo de mirar confundido y perplejo hacia la selva virgen.

—¿Quién puede haber sido? — cuchicheó Jane Porter; y el joven al volverse la vió a su mismo lado con los ojos abiertos de asombro.

—¿Apostamos a que Tarzán de los Monos nos está vigilando efectivamente? — respondió él en tono dubitativo. — Pero ¿para quién iría destinado ese venablo! Si era para Snipes, entonces nuestro mono es verdaderamente amigo. ¡Pero demonio! ¿Dónde están su padre de usted y Philander? En esa selva hay alguien o algo, que, sea lo que sea, dispone de armas! ¡Eh! ¡Profesor! ¡Mister Philander — gritó el joven Clayton. Pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué vamos a hacer, miss Porter? — continuó con el rostro ensombrecido por un entrecejo de apuro y de irresolución. — No la puedo dejar a usted aquí sola con esos bandidos, y no puede usted tampoco aventurarse conmigo en la selva; sin embargo, es preciso ir en busca de su padre de usted. Lo más probable es que ande vagando al tuntún, sin tener en cuenta el peligro ni la dirección; y mister Philander no le aventaja mucho como hombre práctico. Perdone usted mi brusquedad; pero nuestras vidas están en riesgo aquí; y cuando hayamos encontrado a su padre, hemos de hacerle comprender el peligro a que la expone a usted y se expone él mismo por sus distracciones incesantes.

—Estoy conforme con usted — replicó la joven, — y no me ofendo ni mucho menos. Mi pobre papá sacrificaría su vida por mí sin vaciliar un instante, siempre que fuera posible hacerle fijar la atención de un segundo en una cosa tan frívola. No hay más que un medio de tenerlo seguro, y es atarlo a un árbol. El pobrecito es tan poco práctico...

—¡Ya lo tengo — exclamó súbitamente Clayton. — Usted sabe manejar un revólver, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

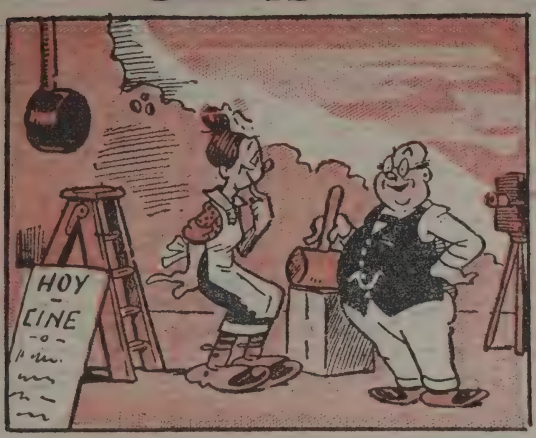
—Yo tengo uno. Con él estarán usted y Esmeralda relativamente seguras en esa choza, mientras yo busco a su padre y a mister Philander. Vamos, llame usted á esa mujer y yo echaré a correr. No pueden haber ido muy lejos.

Jane Porter hizo lo que el joven indicaba, y cuando Clayton vió que la puerta se cerraba tras ella se dirigió tranquilizado hacia la selva virgen.

Algunos de los marineros estaban quitando el venablo de la herida de su camarada, y al acercarse Clayton preguntó si podían prestarle un revólver mientras él registraba la selva en busca del profesor.

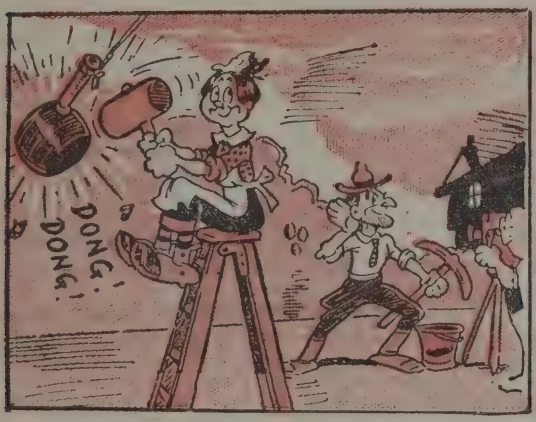
El de la cara de rata al ver que no se moría, recobró su aplomo, y con una rociada de ternos dirigidos a Clayton se negó en

SERAFINA LA DEL CINE

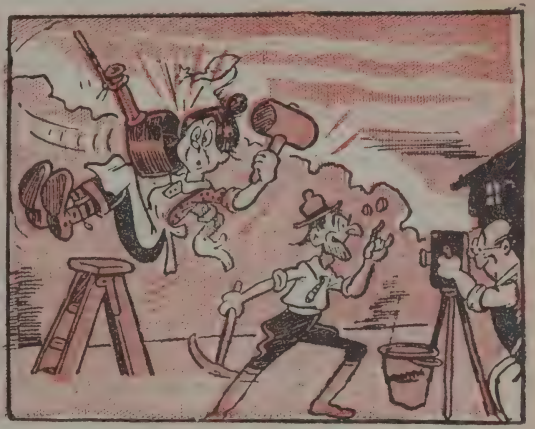


1. — "Amigos míos: Ofrecí generosamente mis servicios a don Camilo el directos de la Gran Compañía Peliculística, hace dos días y Pepe Bete el directos de escena no me trató bien. Realmente no me trató bien" "¡Hola hola", dijo.

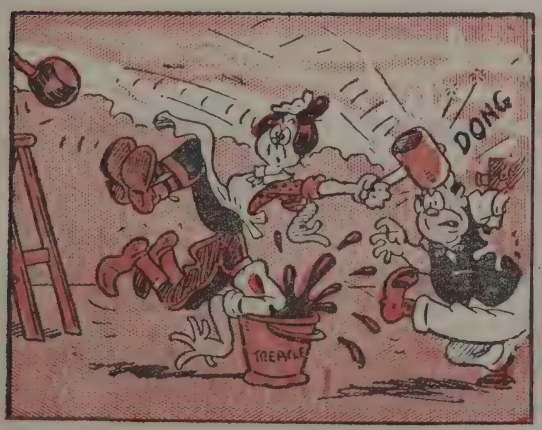
2. — "Usted puede servir para tocar la campana" "Creo que puedo servir para eso y para algo más", dije yo. "Pero en mi juventud. — añadí, — toqué más de una vez la campana y supongo que no se me habrá olvidado".



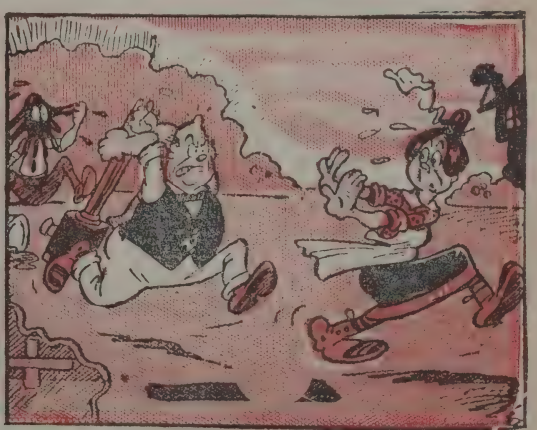
3. — "Empecé a campanear con un martillo de madera y una cacerola. "¡Muy bien!", dijo entusiasmado mi acompañante.



4. — "Est sonido me entusiasma", — agregó. — Me parece verme en mi pueblo en la chacra donde nací y donde había vacas y novillos".



5. — "Pero nos entusiasmamos de tal modo que el balanceo tomó un vuelo terrible. Yo le dí al director en la cabeza con el martillo y mi compañero hundió el cráneo en un balde de alquitrán...



6. — ...En resumen resultó que se enojaron conmigo y Pepe Bete quiso destruirme el físico con la cámara fotográfica. Fugué. Debido a esa sencilla razón estoy otra vez sin colocación. ¿Me necesitan ustedes?

nombre de sus compañeros a dar al joven ningún arma de fuego.

Aquel Snipes había asumido el papel de jefe desde que mató a su anterior cabecilla, y tan poco tiempo había pasado, que ninguno de sus compañeros se atrevía aún a poner en tela de juicio su autoridad.

La única respuesta de Clayton fué encogerse de hombros; pero al dejar a los marineros arrancó el venablo que había atravesado a Snipes, y tan primitivamente armado, el hijo del que a la sazón era lord Greystoke penetró en la densa floresta .

A cada minuto llamaba por sus nombres a los extraviados. Las mujeres que esperaban en la cabaña de la playa oyeron que su voz se iba tornando más y más débil, hasta que por fin quedó devorada por los mil ruidos del bosque virgen.

Cuando el profesor Arquímides Q. Ponter y su ayudante Samuel T. Philander, tras mucho insistir este último, volvieron por fin grupas en dirección al campamento, estaban irremediablemente perdidos en el silvestre y enmarañado laberito de la selva, si bien no se daban cuenta de ello.

Debióse a mero capricho de la fortuna que se encaminaran hacia la costa occidental de Africa en vez de dirigirse hacia Zanzíbar, al lado opuesto del Negro Continente.

Cuando al poco rato llegaron a la playa, y vieron que no había campamento ninguno, Philander estaba seguro de que se hallaba al norte de su verdadero destino, siendo así en realidad que estaban a unas doscientas varas al sur del mismo.

A ninguno de aquellos dos abstraídos teorizantes se les ocurrió una sola vez ni dar gritos que pudieran atraer la atención de sus compañeros. En vez de ello, con todo el aplomo que le daba el razonamiento deductivo partiendo de una premisa falsa, mister Samuel T. Philander agarró fuertemente del brazo al profesor Arquímides Q. Porter, y arrastró al anciano, que protestaba débilmente, en dirección a la ciudad del Cabo, que estaba al sur a mil quinientas millas de distancia.

Cuando Jane Poster y Esmeralda se encontraron seguras detrás de la puerta de la choza, la primera idea de la negra fué atrancar la entrada por dentro. A este fin se volvió para buscar algo con que armar una barricada; pero su primera mirada al interior de la cabaña arrancó un grito de terror a sus abios, y, como niña asustada, la enorme negra corrió a enterrar la cara en el hombro de su ama.

Jane Porter, volviéndose al oír el grito, vió la causa de él, que yacía tendida boca arriba en el suelo delante de ella: era el blanqueado esqueleto de un hombre. Otra mirada le reveló un segundo esqueleto en la cama.

—¿En qué horrible lugar estamos? — musitó la aterrorizada niña. Pero en su susto no había pánico.

Por fin, desasiéndose de la frenética y chillona Esmeralda, Jane Porter cruzó el aposento para echar una mirada a la cuita, sabiendo lo que iba a encontrar allí aun antes que el pequeño esqueleto se le revelara en toda su lastimosa y patética fragilidad.

¿Qué espantosa tragedia revelaban aquellos pobres huesos desnudos La muchacha se estremeció al pensar en lo que podía esperarla a ella y a sus amigos en aquella malhadada cabaña; una ronda de espíritus misteriosos, quizá hóstiles. Rápidamente, golpeando el suelo de impaciencia con elececito, trató de sacudir todo funesto presagio y, volviéndose a Esmeralda, le ordenó que cesara en su gemir.

—¡Calla, Esmeralda, calla ahora mismo! — exclamó. — No haces más que empeorar la situación. En mi vida he visto un nene tan grande.

Pronunció la joven sus últimas palabras con voz temblorosa, al pensar en los tres hombres, de los cuales dependía para que le prestaran protección, y que andaban vagando por las profundidades de la pavorosa selva.

Pronto vió que la puerta estaba provista por dentro de una recia barra de madera, y después de varios esfuerzos, la fuerza combinada de las dos mujeres les permitió colocarla en su sitio, por primera vez, al cabo de veinte años.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

EL CAMARERO DEL "PLANET"

Por J. J. BELL

(TRADUCCION DEL INGLES)

La cena había sido agradable. El anfitrión mostróse muy simpático, prima María estuvo de buen humor y el vecino de la izquierda no había cesado de flirtear. Debido a tan felices circunstancias, no fué sino al terminar la fiesta cuando Isabel Hereford se fijó en el camarero que les había servido aquella noche.

Isabel retuvo el aliento, una mirada de asombro brilló en sus ojos azules y en sus mejillas florecieron dos rosas. Tan rápidamente como habían surgido desaparecieron, y la muchacha bajó los ojos, escuchando, al parecer, lo que le decía en aquel momento su adorador.

El camarero, un joven alto, de tez morena, bien proporcionado, no reveló emoción alguna; tan sólo se dibujó en sus labios un gesto de firmeza. Para él ya había pasado el momento de la emoción; después de la sorpresa de aquel casual encuentro, había tenido tiempo de serenarse, sirviendo a aquellos clientes con la misma indiferencia que a los demás.

—Bien, — dijo el anfitrión después de consultar su reloj: — ¿qué hacemos? ¿Vamos a ver esa película de que les he hablado? Se trata de algo realmente interesante.

Algunos minutos después instaláronse los tres en la Sala Imperio, y a pesar de que prima María hizo todo lo que pudo porque Isabel pudiera hablar a solas con su adorador Alan Masters, para lo cual hasta salió del palco algunos momentos, la esperada conversación no llegó a iniciarse.

Isabel quejábase de un fuerte dolor de cabeza y, al terminar la función, insistió en regrecsar a su casa. Su prima María se empeñó en acompañarla, a pesar de las protestas de Isabel, y el pobre Alan Masters, que tanto se prometiera de aquella fiesta, hubo de resignarse con cara agridulce a ver cómo se iban las dos jóvenes.

Estas guardaron silencio por el camino. Isabel no tenía, al parecer, nada que decir, y María, por primera vez en su vida y un tanto asombrada, no hizo ninguna pregunta.

—Gracias a Dios que mamá se ha acostado un día temprano. Por lo visto no han jugado esta noche al "bridge", — observó Isabel al entrar en el vestíbulo de la hermosa villa, arreglado con lujo discreto. — Ven a mi cuarto, María, pues tengo algo que contarte.

En la chimenea de la elegante habitación de Isabel chisporroteaba alegremente el fuego, que habían encendido a pesar de que el aire de aquella noche de septiembre no era muy frío.

—Siéntate y fuma si quieres, — dijo Isabel, quitándose el abrigo y sentándose en una butaca.

Y después de mirar unos minutos fijamente al fuego, continuó:

—Ya sé que esperabas que te lo dijera; por eso no quiero torturarte más. En los pocos minutos que saliste del palco, Alan se declaró y... le dí calabazas. No puedo casarme con él.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Porque no puedo. No lo quiero... lo bastante.

María se encogió de hombros.

—Hija, no sé qué decirte. Creí que le amabas y aun me parece que él también estaba seguro de ello. Tu conducta...

—No, María, no lo digas.

—Sí, Isabel, sí. ¿Cómo no había de estar seguro de tu amor, si hace ya dos años que te pretende y tú nunca le has demostrado antipatía? Al contrario...

—Yo no le he dado nunca esperanzas.

—¿Estás segura? Cuando menos, le has preferido a todos los demás. Sé franca, Isabel, puesto que no serlo no es de tu carácter, y dime sinceramente por qué has rechazado al pobre Alan.

—No lo sé, — repuso Isabel.

Y parecía que se le iban a saltar las lágrimas.

—¡No digas eso! Sea lo que sea lo que te hizo cambiar de pensamiento, ha de haber sucedido hace muy poco. ¿Cuándo fué? Juraría que cuando tomábamos el postre aun estabas enamoradísima de Alan...

—Nunca he estado enamorada de él, — replicó Isabel levantando la cabeza con movimiento decidido. — Admito que me haya sido simpático, que me gustara más que otros; pero ahora comprendo que esos sentimientos no estaban tan arraigados como suponía.

—¡Caramba!... — exclamó irónicamente María.

—No sé explicarlo de otro modo, — repuso su prima, recostándose nuevamente como si se sintiera abatida.

—Pero si él se te hubiese declarado, por ejemplo, una hora antes, es casi seguro que no le habrías rechazado... Verdad que no?...

—Tal vez no. ¿Cómo podré decirlo... ahora?

—¿Qué fué lo que te hizo cambiar de sentimientos hacia él?

—No hay nada de eso. Sólo que descubrí que no le quería lo bastante para ser su mujer.

—¿Sí, eh? Y... — insistió prima María. — ¿cuál fué la causa de tan sorprendente descubrimiento?

—Acaso fuera la reflexión. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, no. Algo ha pasado, estoy segura. ¿Qué ha sido?

Isabel alzó las manos hacia María.

—Querida, no puedo decírtelo.

—Di mejor que no quieres decírmelo.

—No, no puedo... porque no tengo absoluta certeza. He de meditar antes mucho.

—Consúltalo con la almohada, — aconsejó la joven levantándose. — Veo que te conviene estar sola, — añadió amablemente. — Si quieres, me lo dices mañana, y si no, ya sabes que seguiré siendo tu mejor amiga. Sólo me guiaba el deseo de poderte ser útil.

Después de dar un beso a su prima, María se dirigió hacia la puerta.

—¡Qué buena eres! — exclamó Isabel.— ¡María!

—¿Qué? — dijo la joven deteniéndose.— ¿Qué quieres, Isabel?

—¿Te importaría quedarte mañana aún en Londres y cenar conmigo en el mismo restaurante? Tú y yo solas.

—¿En el restaurante Planet?

Isabel asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues me encanta la idea y, desde luego, me quedaré. Pero... ¿los motivos?

—Di que es un capricho.

María arqueó las cejas, un poco asombrada.

—Bien, querida, como quieras. ¡Buenas noches!

Y se dirigió nuevamente a la puerta.

—¡María!

—¿Qué?

—Dime: ¿te fijaste en el camarero que nos ha servido esta noche? Ya sé que es una pregunta tonta, pero se me ha ocurrido en este momento. ¿Te fijaste en él?

—¡Naturalmente! Un joven muy simpático. Pero ya le conocía de vista.

—¡Cómo! Si dijiste a Alan que hasta hoy nunca habías ido al Planet.

—Y así es. Sin embargo, su cara me era familiar.

—No me digas que... le conoces de otro sitio...

—¡Qué tontería!... Sin embargo, el caso es interesante, y si yo tuviera vena romántica... Pero mejor será que lo dejemos... Tú conoces el pequeño café de la señora Brown, en la calle Shaftesbury, ¿verdad?

Isabel asintió.

—Sí, sí. Continúa.

—No te emociones, chiquilla. También sabes que vengo cada semana a Londres para la lección de canto.

—Sí, sí.

—Pues bien: después de la lección suelo ir a aquel café para tomar una taza de té. Y siempre a la misma hora, a eso de las tres de la tarde.

—¿Y qué?

—Siempre que voy encuentro allí a ese camarero tan simpático... tomando café y fumando cigarrillos. Claro está que allí es cliente y en nada se parece a un camarero. Supongo que no tendrá nada que hacer a aquella hora y... Bien: esto es todo. Y me parece que ya es hora de que te acuestes. Tienes mala cara. Tómate una aspirina. ¿Las tienes a mano?

—Sí, sí. Y dime: ¿notaste si te reconoció esta noche?

—¿Por qué había de demostrar que me reconocía, aunque me haya visto en el café? Además, un camarero bien puede ser también un caballero.

—Y un caballero un camarero, — murmuró Isabel.

—¿Qué dices? — preguntó María desde la puerta.

—¡Oh, nada! Ni yo misma sé lo que digo, — exclamó Isabel fingiendo un bostezo. — Buenas noches, prima. Mañana seguramente me encontraré mejor.

María contempló a su prima con sonrisa maliciosa. Pareció que iba a hablar, mas, pasado un momento, saludó nuevamente y se marchó.

Isabel acercó más la butaca al fuego y, recostándose en ella, se quedó contemplando la llama del hogar con los ojos medio cerrados. Obsesionábala el recuerdo de una escena acaecida cinco años atrás, y el recuerdo de esa escena se confundía en una melodía.

* * * *

A las ocho de la noche del día siguiente, el camarero mayor del restaurante Planet llevó a las dos primas a una mesa, de la que quitó un cartel que decía "Resrevada". El joven camarero de servicio en aquel departamento hizo una grave reverencia y se dispuso a cumplir su cometido.

—¡Cómo! — exclamó María. — Si es la misma mesa de anoche.

—En efecto, — repuso Isabel.

Y haciendo un esfuerzo añadió:

—Llamé esta tarde por teléfono para que nos la reservasen.

—¡Ah! — profirió la prima mientras su mirada iba desde Isabel al camarero, que traía platos de una mesa auxiliar.

—María, — suplicó Isabel, — ten paciencia conmigo. Habla de cualquier cosa, menos de lo que en este momento estés pensando, y no dejes de hablar ni un momento.

María sonrió.

—Raro es el encargo, pero haré lo que pueda.

Y así lo hizo y la cena transcurrió sin incidente alguno. A la hora del café Isabel aprovechó la aparición del camarero mayor, que iba en ronda de inspección, para hacerle señas de que se acercara.

Inmediatamente sacó un lápiz del bolso y escribió breves líneas en el dorso de la carta.

—¿Sería posible, — preguntó al camarero mayor, sonriendo deliciosamente, — que la orquesta tocara esto... ahora... como número extraordinario?

El camarero mayor leyó las líneas: "Serenata de "Millones de Arlequín".

—Ciertamente, señorita, — contestó solícito. — Es una melodía favorita de esta orquesta, aunque hace tiempo que nadie la ha pedido.

—Si hay que abonar algo... — apuntó la joven.

El camarero mayor la interrumpió con un ademán de grandeza.

—Dentro de dos minutos oirá usted la serenata, señorita, — exclamó. — Y estoy seguro de que aplaudirá a nuestros músicos.

Dicho lo cual, hizo una gran reverencia y se marchó.

—¿Esa pieza has pedido? Es preciosa, pero... tan sentimental, — dijo María. — ¿Cómo se te ocurrió pedirla?

Isabel se inclinó hacia su prima. Estaba más nerviosa y pálida que antes.

—María..., cuando empiece la orquesta, ¿quieres fijarte en el camarero? Quiero saber si esa melodía significa algo para él. ¡No me mires así, querida! Después responderé a todas tus preguntas.

—¡Muy bien! — repuso María con tono de resignación. — Anoche fué una película de misterio y hoy una cena misteriosa.

A las primeras notas de la dulce melodía, Isabel bajó la cabeza y empezó a jugar nerviosamente con la copa entre las manos. Sentía deseos vehementes de mirar al camarero, que estaba a pocos pasos esperando órdenes; más sólo se atrevió a mirar de soslayo y lo único que logró verle fueron las manos.

Sin embargo, lo que vió o creyó que veía pudo interpretarlo como efecto de la música. La mano que sostenía la servilleta se abría y cerraba con nerviosidad.

—Isabel, —dijo a poco María: — el...

—No, ahora no, María. Luego me lo dirás.

Al terminar la serenata, resonó una salva de aplausos. Isabel abrió el monedero, puso dinero sobre la mesa y llamó al camarero con una seña. Este presentó la nota, recogió el billete, que colocó encima de la bandejita, y se retiró.

—Isabel, — preguntó María con agitación apenas contenida, — ¿quién es?

—Después..., después. No pongas cara de asombro por nada que yo pueda hacer.

Y, al decirlo, se llevó la mano al corazón.

El camarero volvió y puso sobe la mesa la bandeja con el cambio.

—Muchas gracias, — le dijo Isabel retirando hasta la última moneda.

Más tarde declaró María que el camarero había dado un gran susipro de alivio. Probablemente, cuando retiró la bandeja vacía musitó:

—Gracias, señora..., muchas gracias.

—¡Oiga! — le llamó Isabel sin levantar los ojos.

—Mande usted, señora.

—Nos gusta este restaurante y es posible que volvamos... con frecuencia... y... preferiríamos esta mesa. ¿Quiere decirnos su nombre?

—Con mucho gusto, señora. Federico para servirla.

Sin poderlo remediar, ella le echó una mirada de incredulidad. Luego, ruborizada, bajó los ojos.

—Federico Morland, señora, — añadió él con gravedad.

—Perdón... ¡Oh, muy bien!... — balbuceó la joven.

Y se volvió, buscando auxilio, hacia su prima, diciéndole:

—¿No es hora de que nos vayamos?

—¡Vaya! — contestó María secamente, al levantarse. — ¿Verdad que dejamos los abrigos en la guardarropía? — añadió irónicamente.

Isabel también se levantó.

—Buenas noches, — dijo con dulzura y dignidad.

—Buenas noches, señora, y... muchas gracias, — contestó el camarero inclinándose.

—Buenas noches, — agregó a su vez María con sonrisa maliciosa. — Ha sido una cena deliciosa.

—Encanta...

El camarero se interrumpió, sonrojado.

—Buenas noches, señora.

* * * *

Isabel no quiso hablar hasta hallarse de nuevo en su casa, en la intimidad de su habitación. Su madre había salido para visitar a una familia amiga con intención, acaso, de jugar al "bridge".

—Ahora, — ordenó María con firmeza,— te vas a echar en el diván y me contarás todo lo de ese Federico.

—No puedo estar echada. Estoy demasiado nerviosa. Nunca en mi vida me he encontrado tan decaída y tan desamparada. Y, la verdad, me porté como una tonta acabada cuando me dijo que se llamaba Federico.

—¿Qué nombre esperabas oír?

—Roberto, naturalmente... Roberto Mo-

rriman. Supongo que Federico será su nombre de guerra.

—¡Merriman! — exclamó María abriendo desmesuradamente los ojos. — ¿No es aquel muchacho del que me hablaste hace un siglo?... ¿El sobrino de aquel Merriman que se casó con tu tía Ana? ¡Pobres, qué tragedia la suya! El hombre que nos sirvió anoche y hoy...

—¡Es Roberto Merriman y no otro!

—El mismo muchacho del que te enamoraste hace cinco años.

—Trataré de no juzgar mal a nadie, querida, — contestó su prima brindándole la mano. — Siéntate a mi lado, porque paseándote así llegarás a ponerme también nerviosa y me parece que se trata de un asunto que requiere mucha calma.

—Veo que tienes razón, — asintió Isabel sentándose en el diván; — aunque no puedo dominar la cólera que siento al pensar en la injusticia cometida. Pues bien, he aquí de qué se trata: El día del baile, hace cinco años, mi familia se enteró de que nuestra tía Ana se había casado en Italia con el señor Merriman. Roberto... —, le llamó Roberto para evitar la confusión con su tío, — también recibió noticias del enlace y los dos estuvimos comentando bastante el caso. Recuerdo que Roberto lo tomó en broma. Los dos viejos se habían encontrado en un hotel, se enamoraron el uno del otro y se casaron inmediatamente.

—¿Roberto no se enfadó? — preguntó María.

—De eso estoy absolutamente segura. Parecía querer mucho a su tío, al que, según dijo, le debía todo. Esperaba ansiosamente el día del regreso, que era el siguiente al del baile, para felicitar efusivamente a la "joven pareja", como él los llamaba. Pasaron una semana en Londres, yo vi a la tía Ana una vez, mamá varias veces, pero no llegamos ninguna a conocer al señor Merriman. Luego se marcharon a pasar algunos meses en Irlanda. Durante la travesía, el barco, debido a la densa niebla...

—Sí, ya recuerdo. ¡Fué terrible! El señor Merriman se ahogó...

—Se hundió con el barco. Tía Ana, aunque pudo salvarse, murió pocas horas después.

Isabel calló un instante y continuó a poco:

—Pero ahora llegamos, María, al nudo gordiano. El señor Merriman, debido a un testamento hecho después de la boda, dejó toda su fortuna a tía Ana. ¡Fíjate: todo! Y tía Ana, por un testamento hecho años antes, lo dejaba todo a su única hermana, mi madre. Bien sabes tú lo que la herencia significó para nosotros. Después de pasar durante años tantas estrecheces, nos vimos de pronto extraordinariamente ricas con la inesperada fortuna. No es que mi madre se volviese tacaña ni avara, pero desde entonces siempre teme que de un modo u otro puedan quitarle el dinero.

María asintió con un movimiento de cabeza, dando a entender que comprendía perfectamente.

—¿Tienes idea de por qué Roberno no recibió un céntimo? — preguntó.

—Muchas veces me lo he preguntado yo misma. Si no fuera porque oí lo que Roberto dijo durante el baile, sospecharía que riñó con su tío a causa de la boda. Pero, así, estoy segura de que no hubo ninguna discusión acerca de ella.

—Y tu madre, ¿qué hizo con Roberto?

—No olvides que mi madre no conocía a Roberto: supo de él tan sólo por mediación de los abogados y... por mí. Recuerda también que yo no tenía más que diez y ocho años y que mi madre aun me trataba como a una chiquilla.

—Entonces... ¿no hiciste nada?

—María, — exclamó Isabel, incorporándose, — hice lo que pude. Traté de persuadir a mamá de que le diera parte de la herencia y no quiso ni oir hablar de ello. Después procuré convencerla de que debía concederle una pensión, como había hecho su tío, y mamá me prometió que así lo haría. Tardé mucho tiempo en saber lo que le ofreció, por mediación de los abogados. Fué un verdadero insulto lo que ella le hizo. Más tarde supe que Roberto había salido del ejército para irse al extranjero, sin que volviese a verle hasta anoche. Y esto es todo.

—Ahora comprendo, — dijo María, — por qué el pobre Alan no tuvo suerte anoche. No has dejado nunca de pensar en tu Roberto.

—¡No digas tonterías! En este asunto no se trata de sentimientos..., no vayas a figurarte otra cosa, María.

—¡No hay sentimiento en el asunto! Entonces ¿a qué vino lo de la serenata?

—¡Por favor, cállate! ¿No comprendes que me atormentas? Durante cinco años él ha sido pobre o, cuando menos, ha carecido de lo que siempre creyó suyo de derecho, mientras que yo he nadado en la abundancia, gracias al dinero que en todo o en parte le pertenece. Es una vergüenza para mí y no puedo soportarla.

—Olvidas a tu madre, Isabel.

—Mamá es diferente. No hace falta traerla aquí. No comprendería mi modo de ver las cosas. Mas no vayas a figurarte que me trata a mí con tacañería. Sabes, María, que me da ochocientas libras esterlinas al año y que me las gasto todas?

—No puede negarse que es una renta considerable. Ya me figuré que tendrías mucho dinero a tu disposición, porque más de una vez he visto cómo las gastabas..., conmigo, por ejemplo.

María encendió un cigarrillo egipcio y reflexionó. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Cenar una vez por semana en el Planet, conmigo por compañera, y dejarle un billete de diez libras debajo de la servilleta?

—¡No tomes las cosas en broma! Mi intención es obligar a Roberto a que acepte parte de mi renta. A mí me basta con la mitad.

—¡Qué criatura más rara me resultas!... ¡Si tú no le conoces más que de haber bailado con él una vez!

—¡Bailamos casi toda la noche! Por otra parte, casi somos parientes. ¿De qué te ríes?

—Me he tragado un poco de humo, — dijo María y, para probarlo, tosió con fuerza. — ¿Y tú crees que él aceptará el dinero?

—¿No te digo que el dinero es de "él"?

—Aunque lo sea, ¿lo aceptará?

—El aceptarlo implica la oferta, y yo no he dicho que fuera a ofrecérselo. He dicho que haría que lo tomase.

—Recuerdo un viejo refrán acerca de un caballo que no tiene sed...

—¡Estupideces! María... ¿querrás ayudarme?...

—De mil amores..., pero hacer de correveidile... no sé... no sé si sabré...

—No se trata de que vayas a ver a Roberto ni de que tengas ninguna comunicación con él. ¿Me ayudarás?

La voz de Isabel denotaba creciente ansiedad.

—¡Claro que sí!

—Gracias, querida. Pues bien...

Hubo una pausa.

—¡Acabemos! — ordenó María.

—¡Oh! La cosa es muy sencilla para tí. He sentido ahora un momento que el valor me flaqueaba. Pero... lo haré..., es preciso. ¡María!

—Dí, querida.

—Mañana, muy temprano, quiero que me presentes a tu amiga la señora Brown, la dueña del pequeño café, y...

—Eso es fácil. Pero ¿qué piensas hacer?

—No te preocupes. Además, me vas a prometer que no volverás más a ese café hasta que yo te autorice. ¡Esto es todo!

Esta vez María se tragó realmente el humo del cigarrillo.

* * * *

Isabel, después de ser presentada, llegó fácilmente a un acuerdo con la señora Brown.

Roberto Merriman, sentado en el rincón habitual del pequeño café, quedó asombrado al levantar los ojos del periódico y ver delante de él a Isabel, que vestía el traje de camarera. Ella estaba demasiado nerviosa para sonrojarse, y fué a Roberto a quien se le subieron los colores a la cara. Por un instante pareció que iba a sonreir, más pronto se repuso.

—Trálgame café con leche, — ordenó.

Y volvió a mirar al periódico, aunque no pudo leer.

—En seguida ,señor, — contestó Isabel con voz apenas perceptible, y se marchó.

Pronto regresó con el café, parte del cual había desparramado en la bandeja a causa de su nerviosidad.

—No importa, está bien. Gracias, — murmuró Roberto sin levantar los ojos... hasta que ella le hubo vuelto la espalda, al irse.

Isabel no se acercó más a su mesa durante aquella tarde. Sentíase incapaz de ello y los miembros le dolían como si hubiese hecho un trabajo muy pesado. Sin embargo, al día siguiente reunió todo su valor y se presentó ante la mesa de él para recibir sus órdenes. El las dió sin mirarla, y ella le trajo el café sin verter apenas una gota.

—Gracias. — volvió a murmurar Roberto muy bajo.

Al tercer día, Isabel trató de entablar conversación, mencionando casualmente la bondad del tiempo; más fué tal su nerviosidad, que se retiró sin pronunciar siquiera una palabra.

—Hermoso día hoy, ¿verdad?

—Sí, — asintió él, mirando hacia la ventana, pero no a la joven.

Al día siguiente, domingo, Roberto no compareció. Esto bastó para que la muchacha se pasara todo el día preguntándole constantemente si no estaría haciendo tonterías y si Roberto no volvería más al café dode ella por capricho hacía de camarera.

Sin embargo, el lunes Roberto volvió a ocupar su habitual rincón, atrincherándose como siempre tras el diario.

A Isabel, que experimentó un gran alivio, se le ocurrió que, como discreta insinuación de sentimientos amistosos, podría llevarle el servicio de café sin ir antes a pedir órdenes. Así lo hizo, y por cierto, sin que vertiese una hola gota. Hasta tuvo la suerte de poderlo colocar en la mesa antes de que ocurriera lo inesperado.

Roberto dejó a un lado el periódico y se quedó mirándola con sus ojos francos y bondadosos.

—Señorita Hereford, — dijo suavemente, — ¿por qué hace usted esto?

La señorita Hereford, a pesar de que suponía que tarde o temprano el joven le haría esta pregunta, no supo qué contestar, dominada por la emoción. Sin embargo, pronto se serenó y, haciendo un esfuerzo, replicó:

—Señor Merriman, ¿qué hace usted en el restaurante Planet?

—Estoy allí porque es mi oficio, — repuso él gravemente; — pero lo que hace usted aquí no le corresponde en modo alguno.

Ya que el hielo se había roto, sintióse Isabel más seguro de sí misma.

—No quisiera ser impertinente... — empezó.

—Le aseguro que nunca lo es usted, — la interrumpió amablemente Roberto.

—Entonces, dígame, señor Merriman: ¿por qué es aquel su oficio?

—Se lo diré en una palabra: por la necesidad. ¿Puede usted ahora contestar a mi pregunta con la misma sencillez?

—Sí, señor: yo también estoy aquí por la necesidad.

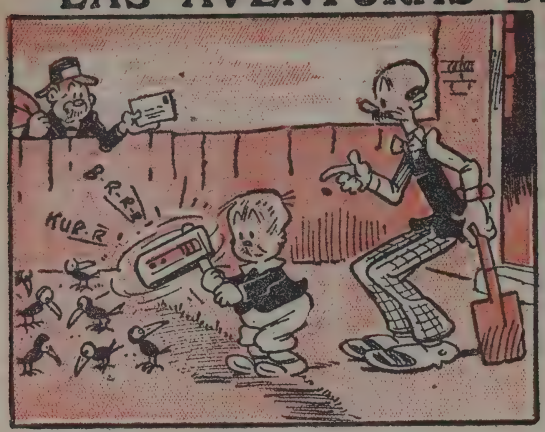
Merriman contempló un momento su cigarrillo y luego observó:

—Parece lo mismo; sin embargo, es totalmente distinto.

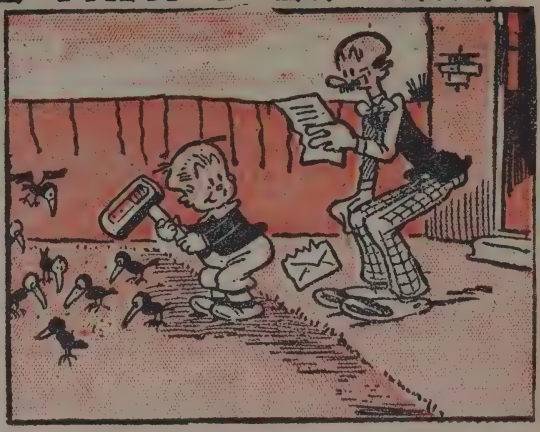
—Sí, mi caso es mucho peor que el suyo.

—Imaginación, — exclamó Roberto. — Espero que no se enfadará usted si le digo

LAS AVENTURAS DE PAPA Y EL NENE

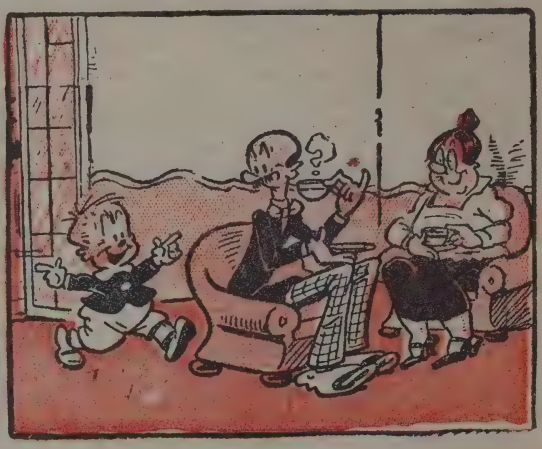


1. — "¡Malditos pájaros! ¡No hay modo de espantarlos! — dijo Papá al Nene. — Si no encontramos el modo de alejarlos nos destruirán todas nuestras plantas de mermelada". "¡Es verdad, Papá!" dijo el Nene.

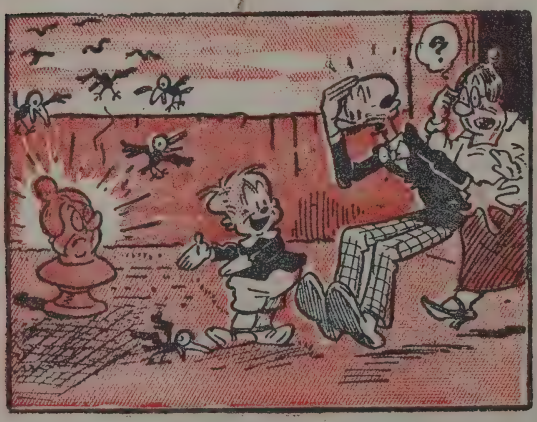


El Nene hizo un ruido terrible con una matraca pero los pájaros no se fueron. Ya pensaba Papá en llamar a una cuadrilla de aeroplanos cuando llamaron a la puerta de la casa. "¿Quién será?" dijo el Papá asombrado.

3. — Abrió la puerta y entró la tía Nicolasa una tía de Papá que había prometido dejarlo heredero de unos centavos si se portaba bien con ella En aquel instante el Nene tuvo una feliz idea



4. — Salió en Nene al jardín y regresó poco después. "Papá, — dijo, — ya he encontrado un modo de hacer que se vayan los pájaros. Ven al jardín si quieres verlo. Es algo verdaderamente notable.



5. — Salieron al jardín junto con la tía Nicolasa y ¿qué vieron? ¡Que no había allí un solo pájaro. Pero ¿qué los espantaba? ¡Un busto en terracotta de la tía Nicolasa. Al ver a su busto sirviendo de espantapájaros la tía se indignó

6. — "¿Eso haces con el busto que te regalé?" — preguntó. "¡Pués puedes contar que te he desheredado!" — agregó la tía Nicolasa. Después dijo una porción de palabras violentas y por último salió de la casa diciendo: "¡Te desheredo!".

LO COMPRABA DEL BARATO

—¡Como! ¡Quince francos el kilo de pescado!
—Sí, señora; y eso que no lo traigo del fresco.

ASPIRACION INFANTIL

—Periquito: ¿qué harás tú cuando seas grande como yo?
—Adelgazar.

que reconozco en ello mucha bondad para conmigo.

Isabel se irguió.

—No se trata aquí de bondad. Admito que sea yo quien eligió este camino para relacionarme con usted, supuesto que escribirle me parecía inútil, pero cónstele que yo jamás le hubiera dirigido la palabra si no hubiese sido usted quien empezó.

—¡Ah! ¿Fuí yo quien habló primero?

—Naturalmente. Usted dijo: "Tráigame café con leche".

—Es verdad, — asintió el joven gravemente. — Entonces, ¿puedo yo hacer algo por usted, señorita Hereford?

—Sí, señor.

—¿Usted cree que yo lo puedo hacer?

—No sólo puede usted hacerlo, sino que tiene la obligación de hacerlo.

Al decirlo, la joven había vuelto rápidamente la cabeza, por lo que no vió la sonrisa irónica de Merriman. El café se iba llenando de gente. Volviéndose nuevamente hacia él, Isabel dijo a prisa:

—No podemos hablar aquí, señor Merriman.

—Así es, en efecto. Y tampoco es posible que yo continúe sentado mientras usted está de pie. No me levanté antes porque...

—Lo comprendo, lo comprendo. ¿Pero qué hemos de hacer?

Ella no se atrevió a invitarle a su casa, debido al modo que tuvo su madre de portarse con el joven.

—Voy a hacerle una proposición, aunque es posible que la rechace. ¿Quiere usted comer conmigo mañana? — preguntó.

Y con débil sonrisa añadió:

—Como es natural, no iremos al Planet, sino a un pequeño restaurante de la Newport Street. Yo estaré esperándola allí a la una. Desfraciadamente, como a las cuatro empieza mi servicio, no tengo las tardes libres.

—Gracias, — balbuceó Isabel. — Estaré allí a la una.

—¿Y no volverá usted más aquí? — preguntó Merriman con dulzura.

La pregunta reanimó a la joven, perdió su temor y contestó rápidamente:

—Estaré aquí de camarera todo el tiempo que siga usted de camarero en el restaurante Planet. ¡Buenas tardes!

* * * *

Durante la comida y a ruegos de ella, Roberto contó a Isabel, en pocas palabras, su vida en aquellos cinco años que no se habían visto.

—Poco después de la tragedia supe que por mi delicada salud no me era posible continuar en el ejército, y, como no tenía aptitudes para el comercio, decidí expatriarme. Un amigo me ofreció asociarme a su negocio de granjería, más aparte de que por la herida que recibí en el brazo izquierdo, no era apto para el trabajo del campo, aquella granja parecía un pozo sin fondo. Yo perdí todo el dinero y mi amigo tuvo que vender el negocio. Al cabo de tres años volví a Londres, decidido a buscar un empleo cualquiera. Hace diez meses aun andaba buscándolo, cuando casualmente me encontré con un amigo de la guerra, con quien había estado en las trincheras, circunstancia que une más que el trato social. Ocupa ahora la subdirección del restaurante Planet y le fué fácil colocarme allí de camarero. Le aseguro, señorita Hereford, que no es tan malo el empleo.

—¿A usted le gusta? — preguntó ella rápidamente.

—Bastante más que estar sin empleo. Acaso lo único que sienta es que aquella orquesta toque de cuando en cuando piezas que me recuerdan cosas que sucedieron cuando aun no era camarero.

A Isabel le supo mal que el rubor le invadiera las mejillas.

—No me ha dicho usted, — exclamó para ocultar su azoramiento, — nada de su tío. Tengo entendido que se enfadaron ustedes. Mas tal vez sea indiscreto preguntarle acerca de eso.

—Fué cuestión de una pequeña diferencia. El pobre hombre se enfadaba fácilmente, aunque por lo general olvidaba con la misma facilidad.

—¿Es cierto, — preguntó Isabel con timidez, — que la discusión no tenía nada que ver con la boda con mi tía?

—Nada en absoluto, señorita Hereford. Estoy seguro de que su tía de usted y yo hubiéramos llegado a ser grandes amigos. A decir verdad, me complació la boda, porque mi tío necesitaba una buena esposa.

—Y... ¿no es verdad que usted cree que a su tío le hubiese pasado el enfado de haber vivido unos días más?

—¿Quién sabe? ¿Para qué preocuparnos de eso, señorita, después de tantos años?

—Aunque sea tarde, es preciso hablar de ello, señor Merriman. Se ha cometido con usted la mayor de las injusticias, y de ella tenemos mucha culpa mi madre y yo. Si no ha llegado usted a odiarnos...

—¡Por favor!

—¡Es preciso que lo diga! Será necesario que yo haga lo que...

—¡No! — replicó Roberto con firmeza.— Usted no ha de hacer... ¡nada! Y le ruego — continuó, — que no estropee la hora más feliz que he tenido en muchos, muchos meses. Me ha dispensado usted un gran honor aceptando mi humilde invitación. No me humille, pues ahora. Bien sabe usted que me era imposible resistir la tentación de hablarle después de tantos años. No me haga pensar que, además de mostrarme débil, hice mal en venir aquí.

—No quiero echar a perder nada, — repuso Isabel, después de guardar largo silencio. — Sólo quisiera poner las cosas en su lugar. ¿Acaso el orgullo de usted vale más que mi conciencia?

—Usted confunde la conciencia con su corazón rebosante de bondad, señorita, — contestó dulcemente Merriman.

—Eso lo dice usted porque soy una mujer.

—Sí, porque es usted una mujer. Y

ahora veamos qué postre vamos a tomar.

Isabel sonrió a pesar suyo.

—Dígame, cuando menos, una cosa, — insistió. — ¿La discusión con su tío fué por alguna causa seria?

—Sí, muy seria para mí, — replicó el joven. — Pero aun hoy no comprendo por qué la tomó él tan en serio. Naturalmente, no ignoro que le disgustaba sobremanera que se le llevara la contraria en nada.

—Entonces..., usted no le ofendió, ¿verdad que no?

—De ninguna manera; en ese punto no tengo nada que reprocharme.

—Perdóneme que se lo haya preguntado, — suplicó Isabel. — Y comprenda también

ROPA VIEJA

—¿Tiene su marido algún traje viejo?
—Sí, pero lo lleva puesto.

lo que significa su contestación. No cabe ya ninguna duda de que ha sido usted tratado con injusticia y que es su deber aceptar alguna repara...

—Señorita Hereford, me hace usted más daño de lo que se figura. ¡Por amor de Dios, cese ya en su bondadosa idea de...!

—¡No cejaré, señor Merriman!... Pero... por ahora le dejaré en paz. Temo haber sido una invitada demasiado grosera. ¿Quiere ordenar que me traigan bizcocho helado?

Isabel hizo aún otro esfuerzo para conseguir su objeto y, un poco después de que Merriman hubo abonado la nota, se atrevió a insinuar:

—Aunque no haya tenido usted instrucción comercial, creo que, poseyendo capital, hubiera podido entrar como socio en cualquier casa y aprender el negocio poco a poco, ¿no es verdad?

—Así es, en efecto, — respondió el joven gravemente. — Con todo ¿no le parece que como camarero no hago mal papel?

Ya en la calle, Merriman preguntó a la joven dónde iba.

—Al café de la señora Brown.

—Entonces ¡adiós! — dijo, y se marchó.

* * * *

La noche del mismo día, Isabel asistió a un baile, y al regresar, temprano todavía, halló a su madre aun levantada.

—No, mamá, Alan no ha estado allí, — dijo, contestando a una pregunta de aquélla. — Y para que no sigas barruntando, mamá, te diré que he descubierto que no deseo casarme con Alan Masters.

—Siempre te pasa lo mismo. A cada momento estás descubriendo que no quieres casarte con tal o cual, — replicó de mal humor, porque había perdido algunos chelines jugando al "bridge".

—No siempre, querida mamá, — observó Isabel. — A propósito de la pensión que tan generosamente me conedes, ¿de dónde proviene? Quiero decir que si son los intereses de alguna inversión que hiciste para mí.

—Creo que proceden de unos empréstitos de guerra; no sé exactamente el importe total; dije a nuestro abogado que los separara para tí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No sería lo mismo que yo tuviera las obligaciones de esos empréstitos de guerra?

La señora Hereford olvidó de pronto su pérdida en el juego.

—Pero, hija mía, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que me gustaría mucho que me entregaras esas obligaciones. Quisiera tenerlas a mano por si me caso el día menos pensado.

—¡Casarte! — exclamó la buena señora y se restregó los ojos. — ¿Quién es él? — preguntó fríamente.

—Un camarero.

—Un ¿qué?

—Un camarero, mamá. Se llama Roberto Merriman, con cuyo dinero estamos viviendo desde hace cinco años.

—¿Cómo te atreves, Isabel?... ¡El dinero era de mi pobre hermana! Y en cuanto a ese joven engreído, que, según me refirió mi abogado, se rió de mi generosa oferta, tenía entendido que se marchó al extranjero. ¿Dónde está ahora?

—En el restaurante Planet.

—¿Y le has visto?

—Muchas veces. Hoy he comido con él.

—¡Dios mío!... ¿Cómo es posible, hija mía, que seas tan sentimental?... Y... ¿él tuvo la desvergüenza de tratar de... cazarte?

—Al contrario, mamita: soy yo la que quiere cazarlo. Si pide mi mano, me casaré con él. Es lo menos que puedo hacer.

—¡Casarte con el camarero de un restaurante! Hija, tú estás loca.

—A veces un camarero es más persona que el cliente a quien sirve. El mío lo es, cuando menos.

—Ese, lo que quiere es tu dinero..., nada más, — exclamó la señora de Hereford.

—Lo malo del caso, mamá, es que no quiere mi dinero, — replicó su hija. — Pero lo tendrá, sea como sea. El único medio que veo es que se case conmigo. Así es, querida mamá, que si mañana temprano no quieres darme una carta para tu abogado...

—Lo que haré es suspenderte la pensión... Eso es lo que haré, — gritó furiosa la madre.

—Eso, mamá, no impedirá que yo me case con él..., si él quiere. Yo le amo... esto no se puede remediar... y si nos casamos pobres tendré que abrir una tienda de verduras o algo similar para ayudarle a sostener la casa.

—¡Isabel!

—Pero si, después de la boda, Roberto descubre que cuenta además con diez mil libras, tal vez se decida a dejar de ser camarero. ¿Comprendes?

—¡Isabel, por favor, ten más seriedad!

La muchacha se encaró de pronto con su madre, exclamando:

—¿Acaso no la tengo, mamá? ¡Mírame bien!

La señora de Hereford contempló a su hija y enmudeció. El rostro pálido, los ojos entristecidos y el gesto doloroso de la boca fueron una revelación para ella. Al fin y al cabo era su hija, la única que tenía. Y amorosamente le abrió los brazos.

* * * *

Al día siguiente, después de celebrar una conferencia con el abogado de su madre, Isabel se dirigió muy alegremente al café de la señora Brown. Pero Roberto no compareció. Pasaron los días y no se le vió más en el sitio de costumbre.

La joven se preguntó si estaría enfermo y una noche indujo a su prima María a que fuera al Planet. María informó después a su prima que Merriman servía como siempre en el restaurante, pero que no ju-

raría que su salud fuera tan excelente como antes.

Entonces llegó el momento en que Isabel empezó a desalentarse. Había prometido servir en el café todo el tiempo que Roberto trabajara en el Planet, y la espera se le hacía eterna. Y se sintió muy sola. Su madre, pasada la breve efusión de amor maternal, había vuelto a caer en su ofuscamiento con el juego de "bridge". María acabó por perder la paciencia y se marchó con una familia amiga a París.

Ya habían transcurrido cinco semanas, cuando Roberto Merriman volvió a entrar en el café. Isabel enrojeció de alegría, más inmediatamente palideció, al ver el aspecto triste y cansado de Roberto.

Ella le sirvió el café, sin verter ni una gota.

Y, sin darle las gracias, Merriman exclamó:

—He venido para suplicarle que cese en su empeño

Isabel volvió temprano a su casa y se puso el traje más bonito. Cuando, más tarde, se encontraron, Roberto pidió perdón por no ir vestido de tiqueta: no quería parecer camarero en aquel momento. Los dos se echaron a reír y les pareció buen augurio la risa.

—Seamos felices una vez al menos, — murmuró el joven.

—Por mí no quedará, — repuso ella.

Un camarero le quitó el abrigo. Isabel se detuvo un momento erguida delante de Roberto, quien contempló con el corazón dolorido aquella elegante mujer. ¿Era mucho más bella aun que cinco años atrás! Y hubo de hacer un esfuerzo para dominar la emoción.

La cena transcurrió alegre y feliz, aunque seguramente ninguno de los dos hubiera podido decir por qué. Cuando terminaron, Roberto preguntó si quería ir al teatro o al cine.

—Me gustaría más dar un paseo, — con-

Pucky

Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscrición en toda la República (52 números)

$ 9.-- m/n.

—¿Cómo? — exclamó Isabel con fingida viveza. — ¿Ahora que ya empezaba a tomarle el gusto?

—Está usted consumiéndose, señorita. Tiene usted mala cara. Lo que ha hecho demuestra entereza, pero...

—¿No esperaba usted hallarme aquí?

—Sí. La he estado observando día por día desde la última vez que nos vimos. Prométame no volver más aquí.

—¿Dejará usted de servir en el Planet?

—No.

—Entonces...

—Un momento, se lo ruego. Esta noche no tengo servicio, estoy libre. He venido para rogarle que cene conmigo en aquel otro restaurante, a las siete y media. ¿Accede?

—Sí, — contestó la joven.

Y le volvió la espalda, húmedos los ojos.

Después de dejar el dinero encima de la mesa, Merriman abandonó el café.

testó Isabel; — la noche es maravillosa.

Pasearon, pues, por Dios sabe dónde, hasta que, al cabo de una hora, se encontraron en el arrabal de las casitas con jardines, a donde no llega el barullo de la ciudad y donde, excepto algún que otro gramófono, todo es silencio. La conversación entre ambos paseantes aun se deslizaba por el terreno neutral, pero iba languideciendo.

De pronto dijo Merriman:

—Es hora de que la lleve a su casa, más antes quisiera decirle una cosa.

Y como si fuera por tácito acuerdo, detuviéronse a la sombra de un árbol de ancha copa. A través de una ventana, no muy lejos, oíanse las notas de un "fox-trot" anticuado.

—Quiero decirle, — continuó el joven,— que he decidido marcharme otra vez de Londres, y, como quien dice, sin pérdida de tiempo. Puedo dejar mi empleo en el Planet avisando con un día de anticipación.

¡Ah! ¡De modo que él la había vencido al último! En mucho rato, Isabel no supo de qué hablar, dominada por la humillación de la derrota. Sin embago, poco a poco se serenó y se aprestó nuevamente a la lucha, preguntando fríamente:

—¿Qué va usted a hacer en el lugar a donde vaya?

—Creo que no tardaré en hallar ocupación.

—Se ha cansado así, de pronto, de ser camarero.

—Probablemente continuaré siéndolo en otra ciudad.

—¡Oh! — exclamó la joven, comprendiendo que por causa de ella se marchaba. — Pues, entonces, yo continuaré sirviendo en el café de la señora Brown.

—De ninguna manera. Usted sólo dijo que serviría allí mientras yo estuviese en el Planet, y usted sabe cumplir su palabra, como ya lo ha demostrado bastante. Mañana, pues, será el último día que yo esté en el Planet.

—Pero... ¿es necesario que se vaya usted de Londres solamente para derrotarme?

Merriman nada contestó y durante la pausa, el gramófono dejó de tocar.

—¿Quiere usted decirme, — suplicó Isabel con dificultad, — cuándo tomó esta decisión? Ha de haber sido después de vernos esta tarde en el café.

—Ha sido, — empezó Merriman, desviando la mirada, — esta noche... cuando se quitó usted el abrigo.

La joven guardó silencio, pero el gramófono volvió a las suyas. ¡Bendito gramófono, mil veces bendito! Con la dulzura y suavidad que permite una placa gastada, emitió las notas plañideras de la serenata, consiguiendo con ella unir dos corazones separados por la tribulación.

—¡Isabel, mi Isabel!

—¡Oh, Roberto!

Y con la última nota...

—Pero, Isabel, no es posible: tú no puedes casarte con un camarero.

—Si no me lo pide, claro que no; pero ¿verdad, tontín, que me lo pedirás?

Más tarde, en el taxi, de regreso a su casa, Isabel exclamó:

—Oye, Roberto: no puedo quitarme de la cabeza lo de tu tío. Debes de haberle contrariado mucho.

—Mucho, — contestó Roberto: — hace cinco años ya te quería.

—¡No sé! Me cuesta trabajo creerte, pero te hablaba de tu tío.

—También pensaba yo en él, pobre. Porque ahora puedo decirte el motivo de nuestra discusión. Cuando le ví, al día siguiente del baile memorable, lo primero que me dijo fué que me había elegido una mujer y que me había de casar con ella...

—¡Oh! ¿Quién era? ¡Dímelo pronto!

—No lo sé. ¿No ves, tontina, que tuve que decirle que había llegado tarde?

—Entonces... Roberto... ¡Toda la culpa era mía!

—Toda tuya, sí, amada mía.

J. J. BELL.

DE TODAS PARTES

Si un marino chino salva a un hombre que se ahoga queda obligado, por la ley china, a mantenerlo durante eu resto de su vida.

* * * *

La tarjeta postal, — dice una revista inglesa, — se puso en circulación por primera vez en Inglaterra en el mes de octubre de 1870.

* * * *

El 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Fernando fué asesinado y a los cinco años, el 28 de junio de 1919, se firmaba la paz.

* * * *

Dice un policía que en el ochenta por ciento de los robos que se cometen en casi todo el mundo, los ladrones entran por ventanas dejadas abiertas o mal cerradas.

* * * *

En el Museo Británico se conserva una inmensa trenza de pelo, cuyo peso es de cerca de dos toneladas. Se construyó este original postizo para uno de los emperadores del Japón.

* * * *

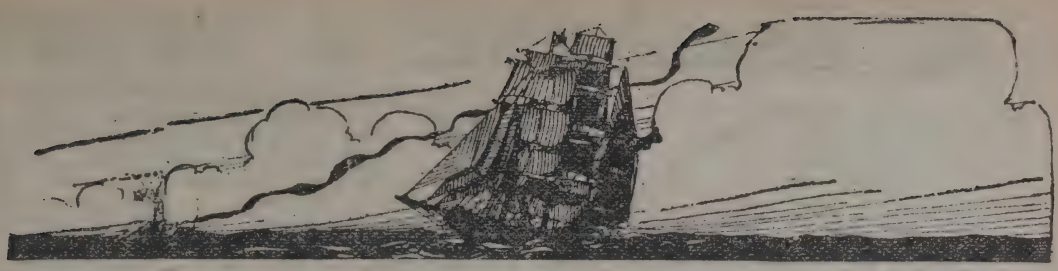
El río Lema, en el Norte de Siberia, es quizá el más recto que existe en el mundo, puesto que fluye en una extensión de 1480 kilómetros sin una sola curva en todo su trayecto.

* * * *

Los primeros libros se imprimieron en un solo lado del papel, pegando luego una hoja a espalda de otra, para formar las hojas del libro.

* * * *

El lugar de Londre s al cual se llama Covent Garden, donde se halla el más hermoso mercado de flores del mundo, fué en un tiempo el jardín de un convento de los monies de Westminster



CUENTOS
DE LOS
MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

—No puede ser, — dijo. — Yo, Mongendro, en mi juventud era un excelente carpintero, y aun así tardé tres meses en hacer una canoa, una pequeña canao, muy pequeña. ¡Y tú dices que toda la tierra y toda el agua la ha hecho un solo hombre!...

—Ya locreo; han sido hechas por Dios, por el único Dios verdadero, — interrumpió Starhurst.

—¡Es lo mismo — continuó Mongondro — que toda la tierra, el agua, los árboles, los peces, los matorrales, las montañas, el sol, la luna, las estrellas, hayan sido hechos en seis días! No, no y no. Ya te hé dicho que en mi juventud era muy hábil, y tardé tres meses en hacer una pequeña canoa y eso es una historia para chicos, pero que ningún hombre puede creerla.

—Yo soy un hombre, — dijo el misionero.

—Seguro, tú eres un hombre; pero mi oscuro entendimiento no puede adivinar lo que tú piensas y crees.

—Pues yo te aseguro que creo firmemente que todo fué hecho en seis días.

—Eso dices tú, eso dices — replicaba humildemente el viejo caníbal.

Cuando John Starhurst y Narau se fueron a dormir, entró en la cabaña Erirola, el cual después de un discurso diplomático, entregó el diente de ballena a Mongondro.

El jefe lo examinó; era muy bonito y deseaba poseerlo, pero adivinando lo que le iban a pedir no quiso aceptarlo y se lo devolvió a Erirola con grandes excusas.

Al amanecer del día siguiente, Starhurst se dirigió a pie, calzado con sus hermosas botas altas de una sola pieza, precedido de un guía que le había proporcionado Mongondro hacia las montañas. Seguíale el fiel Narau y una milla detrás y procurando no ser visto iba Erirola, siempre con el cesto, en el que llevaba guardado el famoso diente de ballena. Durante dos días fué siguiendo los pasos del misionero y ofreciendo el diente a todos los jefes de los pueblos por donde pasaban, pero ninguno quería aceptarlo, pues la oferta era hecha tan inmediatamente después de la llegada del misinero, que sospechando todos la petición que les iban a hacer a cambio del diente, rechazaban el magnífico presente.

Ibanse internando demasiado en las montañas y Erirola optó por dirigirse, aprovechando pasos secretos y directos, a la residencia de Buli de Gatoka, rey de las montañas. El Buli no tenía noticias de la llegada dencia de Buli de Gatoka, rey de las montabio y bello talismán, fué aceptado con grandes muestras de júbilo por parte de todos los que lo rodeaban. Los asistentes estallaron en una especie de aplausos al posesionarse del diente el Buli y grandes voces cantaban a coro:

—¡A, woi, woi, woi! ¡A, woi, oi, oi! ¡A tabua levu! oi, oi! ¡A mudua, mudua, mudua!

—Pronto llegará aquí un hombre blanco — comenzó a decir Erirola después de una breve pausa. — Es un misionero y llegará de un momento a otro. A Ra Vatu le gustaría tener sus botas, pues quiere regalárselas a su buen amigo Mongondro, y también desearía qe los pies se quedasen dentro de las botas, pues Mongondro es un pobre viejo y tiene los dientes estropeados. Asegúrate, gran Buli, de que los pnes se quedasen dentro. El

EL ASALTANTE A LA MODA

Se pega todo el dibujo en un cartón y una vez bien seco, se recortan con cuidado las
Tome entonces la sección que tiene la cara del hombre y por la parte de adelante deslícela
un brochecito. Después tome la tira larga y, por la parte de atrás deslice el extremo que tie
pleto. Para que funcione hay que mover suavemente la manija de un lado a otro.

ANTIGUA --- Divertido juguete para armar

MANIJA

ersas piezas. Hecho eso recorte la hendija de A a B. Corte luego la hendija de C a D. la hendija A - B. Empújela hasta que el punto 2 quede detrás del 1 y asegúrela con al asaltante por la hendija C - D. Coloque el 4 detrás del 3 y el juguete estará com-

resto del misionero se puede qudar aquí.

La alegría del regalo del diente se aminoró con tal petición, pero ya no había medio de rehusar, estaba aceptado.

—Una pequeñez como es un misionero, no tiene importancia, — replicó Erirola.

—Tienes razón, no tiene importancia — dijo en alta voz el Buli. — Mongondro, tendrás las botas; id vosotros tres o cuatro y traedme al misionero, teniendo cuidado de que, las botas no se estropeen o se vayan a perder.

—Ya es tarde — exclamó Erirola. — Escuchad, ya viene.

A través de la maleza espesísima, John Starhurst, seguido de cerca por Narau, apareció. Las famosas botas se le habían llenado de agua al vadear el río y arrojaban finísimos surtidores a cada paso que daba. En la mirada del misionero se leía la voluntad y el deseo de vencer. Tan convencido estaba de que su misión era inspiración divina, que no tenía ni la más ligera sombra de miedo, a pesar de que sabía que él era el primer hombre blanco que se había atrevido ap enetrar en los inexpugnables dominios de Gatoka.

John Starhurst vió al Buli salir de su casa segundo de su séquito de montañeses.

—Te traigo buenas nuevas — dijo saludando al misionero.

—¿Quién ha sido el que te ha enviado? — preguntó el Buli sorda y pausadamente.

—Dios.

—Ese nombre es nuevo en Viti Levu — replicó el Buli. — ¿De qué islas, pueblos o chozas es jefe ese que tú dices?

—Es el jefe de todas las islas, pueblos, chozas y mares — contestó solemnemente Starhurst. — Es el supremo dueño y señor de cielo y tierra, y yo he venido aquí a traerte su palabra.

—¿Me envía por tu conducto dientes de ballena? — replicó insolentemente el Buli.

—No; pero mucho más valioso que los dientes de ballena es...

—Entre jefes esa es la costumbre — interrumpió el Buli. — Tu jefe o es un negro despreciable o tú eres un gran idiota, por haberte atrevido a venir a estas montañas con las manos vacías. Mira, fíjate: otro mucho más generoso ha venido a verme antes que tú.

Y diciendo esto, le mostró el diente de ballena que acababa de aceptar de manos de Erirola.

Narau empezó a desfallecer a sentirse angustiado.

—Es el diente de ballena de Ra Vatu — le dijo al oído de Starhurst. — Lo conozco muy bien, y ahora sí que no tenemos vación.

—Un obsequio muy estimable — contestó el misionero pasándose la mano por sus largas barbas y ajustándose las gafas. — Ra Vatu se las ha arreglado de modo que seamo bien recibidos.

Pero Narau no las tenía todas consigo, y disimuladamente empezó a alejarse de Starhurst, olvidando sus promesas de fidelidad hechas al empezar la temeraria aventura.

—Ra Vatu será "lotu" dentro de muy poco tiempo — empezó a decir el misionero, — y yo he venido a que tú también te hagas "lotu".

—No necesito nada de ti — contestó orgullosamente el Buli, y es mi decisión que mueras hoy mismo.

El Buli hizo una seña a uno de sus montañeses, quien avanzó haciendo filigranas en el aire con su maza de guerra. Narau, viendo el pleito perdido, corrió a ocultarse entre unas chozas donde estaban las mujeres y los chicos; pero John Starhurst se abalanzó hacia su ejecutor por debajo de la maza y consiguió rodearle el cuello con sus brazos. En esta ventajosa posición comenzó a argumentarle. Defendía su vida, ya lo sabía, pero la defendía sin nerviosidades ni miedo.

—Cometerás un pecado muy grande si me matas — decía a su verdugo. — Yo no te he hecho ningún daño ni a ti ni al Buli.

Tan bien agarrado estaba al cuello del montañés, que los demás no se atrevían a dejar caer sus mazas por miedo a equivocarse de cabeza.

—Soy John Starhurst — continuó con calma. — He estado trabajando tres años, sin aceptar remuneración alguna, en las islas Fidji. He venido aquí para vuestro bien, ¿por qué me queréis matar? Mi muerte no beneficiará a ningún hombre.

El Buli echó una mirada a su diente de ballena. Estaba bien pagada la muerte del misionero. Este se encontraba rodeado de una masa de salvajes desnudos que hacían grandes esfuerzos por acercarse a la presa. El canto fúnebre predecesor del banquete de carne humana empezó a dejarse oír, adquiriendo tales tonalidades que ahogaban por completo la voz del misionero. Tan hábilmente plegaba éste su cuerpo al del montañés, que no había medio de asestarle el golpe de gracia.

Erirola sonría y Buli se exasperaba.

—¡Fuera vosotros! — gritó. — Heroica historia para que la vayan contando por la costa una docena de hombres como vosotros, y un misionero sin armas tan débil como una mujer puede más que todos juntos.

—¡Oh, gran Buli, y podré más que tú también! — gritó Starhurst, dominando a duras penas el griterío de los salvajes. — Mis armas son la Verdad y la Justicia, y no hay hombre que las resista.

—Ven hacia mí entonces — contestó el Buli. — La mía no es más que una pobre y miserable maza de guerra, y según tú dices, no es capaz de vencerte.

El grupo separóse de él, y John Starhurst quedó solo frente al Buli, que se apoyaba en su enorme y nudosa maza guerrera.

—Ven hacia mí, hombre misionero, y vénceme — gritaba el rey de las montañas desafiándolo.

—Aun así, te venceré — contestó John, limpiando los cristales de sus gafas y guardándolas cuidadosamente mientras avanzaba.

El Buli levantó la maza.

—En primer lúgar, te diré que mi muerte

no te proporcionará provecho alguno.

—Dejo la respuesta a mi maza — contestó el Buli.

Y a cada tema que el misionero tocaba, respondía en la misma forma, sin dejar de observarle con atención para prevenirse del habilidoso abrazo. Entonces, y únicamente entonces, comprendió John Starhurst que su muerte era inevitable; pero llevado de su arraigada fe, se arrodilló y empezó a invocar al cielo, como si esperase algún milagro.

—Perdónalos, que no saben lo que hacen — decía como si estuviese en contacto con la Divinidad. — ¡Dios mío, ten compasión de Fidji! ¡Oh, Jehovah, óyenos! ¡Por El, por su hijo, compadécete de Fidji! ¡Tú eres grande y Todopoderoso para salvarlos! ¡Sálvalos, oh Dios mío! ¡Salva a los pobres caníbales de Fidji!

El Buli, impaciente, dijo:

—Ahora te voy a contestar.

Levantó la maza sobre la cabeza del misionero, asiéndola con las dos manos.

Narau, que estaba escondido, oyó el golpe de maza contra la cabeza y se estremeció intensamente.

Después, la salvaje y fúnebre sinfonía volvía a resonar en las montañas, y comprendió Narau que su amado maestro había muerto y que su cuerpo era arrastrado a la hoguera para ser condimentado. Escuchó y percibió las palabras de la fúnebre canción:

¡Arrástrame suavemente, arrástrame suavemente!
¡Soy el campeón de mi patria!
Dad las gracias, dad las gracias!

A continuación, una sola voz contaba?

¿Dónde está el hombre valiente?

Cien voces contestaban a coro

¡Será arrastrado a la hoguera y asado!

Y cantaba de nuevo la voz queh abía interrogado:

¿Dónde está el hombre cobarde?

Y las cien voces vociferaban:

¡Se ha ido a contarlo, se ha ido a contarlo!

Narau gemía angustiado. Las palabras de la canción salvaje eran ciertas. El era el cobarde; ya no le restaba más que huir, correr ...ir a acontar lo sucedido.

Mauki

Pesaba ciento diez libras. Su pelo era crespo y negro, y él era negro, de un negro peculiar, ni negro mate, ni azulado, ni purpúreo. Se llamaba Mauki y era hijo de un jefe Tenía tres tambos. Tambo es la palabra melanesia equivalente a polinesia taboo y quiere decir superstición. Los tres tambos de Mauki eran: no estrechar nunca las manos de una mujer ni consentir que ninguna pusiera sus manos sobre su persona ni sobre las cosas de su uso peronal;; no comer vegetales ni nada que estuviera condimentado con ellos; no tocvar un cocodrilo, ni ir en canoa donde hubiese la menor partícula de dicho reptil, aunque fuese pequeña como un diente.

De distinta tonalidad negra eran sus dientes, de un negro profundo, semejante al humo de un incendio devastador. Se los había teñido así su madre una noche, poniendo sobre ellos compresas de un polvo mineral que ella misma había extraído en unas excavaciones de los alrededores de Port Adams. Port Adams es un pueblo de agua salada de Malaita, y Malaita la isla más salvaje del archipiélago Salomón, tal salvaje, que ni mercaderes ni pescadores habían conseguido hollarla con su planta. Los indígenas de las islas próximas más civilizados, trabajaban en las plantaciones y había algunos que hasta eran propietarios de varias de ellas.

Mauki tenía agujereadas las orejas, en las que llevaba colgadas pipas de escaycla. Poseía también una navaja de bolsillo, que guardaba cuidadosamente entre su pelo, que le servía como de vaina; pero el más preciado de sus tesoros era acaso una taza de porcelana china, la cual, engarzada en una anilla de concha, atravesaba y pendía del cartílago de su nariz.

Hacía grandes esfuerzos para embellecerse y tenía una cara agradable, en realidad bonita, y dentro de su raza melanesia no cabía duda de que era extraordinariamente bello. Su única falta era que no tenía fuerza; sumamente afeminado, delicadas sus facciones, pequeña boca y leve su barbilla. En sus ojos se veían alguna vez destellos de energía y fuerzas ocultas que pugnaban por ponerse de manifiesto.

Mauki, hijo de un jefe de un pueblo próximo a Port Adams, era casi un anfibio; conocía perfectamente la vida de los peces y de las ostras; las rocas y peñascos de la costa na tenían secretos para él. Manejaba con destreza una canoa, aprendió a nadar cuando apenas tenía un año, y a los siete podía nadar en el fondo del mar, pudiendo llegar hasta treinta pies de profundidad. A los ocho años fué robado por indígenas del interior, que habitaban chozas primitivas en las costas de las intrincodas selvas, fué esclavo de Fanfoa que era el reyezuelo de las aldehuelas allí diseminadas.

Lo único que denunciaba a los navegantes de aquellos mares la existencia de habitantes era el humo grisáceo que en columnas salían de los hogares, elevándose al cielo como para ofrendarse lentamente en los días de calma.

Los hombres blancos no penetraban en Malaita. Lo intentaron una vez, cuando la fiebre del oro los indujo a penetrar en todas partes, pero sus cabezas quedaron de siniestro adorno en los techos de das cabañas de los hombres de la selva.

Cuando Mauki llegó a los diez y siete años se le acabó a Fanfoa su provisión de tabaco. Eran muy malos los tienpos y las aldeas de sus subditos atravesaban penosamente aquella

gran crisis. Entonces Fanfoa cometió un gran error. Apareció por entonces en Suo, pequeña ensenada de poco calado, una barcaza en la que había dos hombres blancos. Iban a reclutar gente para llevarlas a trabajar en las plantaciones de las islas inmediatas, y llevaban gran cantidad de provisiones y numerosas pastillas de tabaco, además de tres rifles y numerosas municiones; los hombres blancos hicieron un gran negocio y el primer día que acudieron los hombres de la selva reclutaron hasta veinte de ellos. El viejo Fanfoa firmó también su contrato, pero aquel mismo día los indígenas cortaron la cabeza a los dos hombres blancos, asesinaron a toda la tripulación del barco en que se hallaban y acto seguido quemaron la nave. Durante tres meses tuvieron tabaco y provisiones para todo el consumo de las aldeas de la selva, pero al cabo de este tiempo aparecieron dos barcos de guerra y se dedicaron a arrojar granadas sobre la isla, dispersando a sus habitantes, provocando incendios y destruyendo albergues. Pasados estos dos días, los barcos enviaron a tierra unos cuantos hombres, que lo arrasaron todo y pasaron a cuchillo a todos sus habitantes, talando los diversos cocotero y apoderándose del ganado.

Fué una gran lección para Fanfoa, el cual al poco tiempo volvió a quedarse sin tabaco, y decidió vender a Mauki a los barcos que venían a reclutar gente, pidiendo por el en concepto de adelanto una caja de tabaco, cuchillos, hachas, telas y cuentas de vidrio, todo lo cual lo prestaría Mauki con la prestación de su trabajo en las plantaciones. Mauki estaba muerto de miedo cuando fué conducido a bordo. Era una res llevada al matadero. Los hombres blancos eran seres feroces para él; además, tenían unos rifles infernales que disparaban muchos tiros seguido y no dejaban tiempo para defenderse. Sus barcos, sin duda debido a algún poder infernal, podían navegar sin que hiciese viento y a una velocidad increíble. Mauki había oído contar que un hombre blanco tenía un poder tan grande, que podía quitarse y ponerse los dientes a voluntad. Todo esto y una caja que hablaba y reía como los hombres que Mauki vió a bordo, hiciéronle estremerse de espanto.

En el puente había un hombre blanco que hacía guardia, llevando dos revólveres a la cintura, y abajo en la cabina, adonde lo condujeron, había otro hombre blanco, que estaba sentado delante de una mesa escribiendo en un papel signos y trazos raros. Miró a Mauki como quien mira a un animal cualquiera, le levantó los brazos y examinó sus axilas; luego escribió algo en un papel y tendió a Mauki la pluma, que al ser tomada ligeramente con los dedos, comprometió al pobre negro a trabajar durante tres años en las plantaciones de la muy poderosa empresa Moongleam Soap Company. Claro que no le explicaron que para impedirle faltar al contrato estaba la férrea voluntad del hombre blanco y detrás de éste todo el poderío de la Gran Bretaña.

Había más negros a bordo, y a una señal del hombre blanco se apoderaron de Mauki, le arrancaron la pluma que llevaba en la cabeza, cortáronle el pelo al rape y le pusieron una prenda entre faja y taparrabos de una tela amarilla y brillante.

Después de varios días de travesía, fué desembarcado en Nueva Georgia, donde lo destinaron a talar monte bajo. Hasta entonces no supo Mauki lo que era trabajar, y en realidad no le gustaba. Además, comía muy mal y se cansaba de la monotonía del menú. Durante semanas enteras le daban para comer patatas dulces, después otras tantas semanas arroz, y vuelta otra vez a las patatas. Un día lo castigaron y lo pusieron a trabajar en la construcción de un puente y luego en una carretera. Otras veces iba de remero en los balleneros o acompañando a los hombres blancos en sus excursiones cuando marchaban a pescar con dinamita.

Entre otras cosas, Mauki aprendió a hablar en la jerga especial de los marineros ingleses, y pudo así entenderse con todos los otros negros que formaban parte de la tripulación, pues de otro modo hubiera tenido que aprender varis dialectos. También aprendió algo de los hombres blancos, principalmente a cumplir lo que prometían. Si le decían a un muchacho que le darían una pastilla de tabaco, se la daban; si le decían que le tundirían el cuero, si hacía algo que no querían ellos, se lo tundían inevitablemente. También supo que nunca los hombres blancos pegaban a nadie si no tenían algún motivo, ni aun cuando estaban borrachos, lo cual ocurría con mucha frecuencia.

A Mauki no le gustaba el trabajo en las plantaciones, lo odiaba, y sabía además que era hijo de un jefe. Hacía diez años que lo habían robado de Port Adams y sentía toda la nostalgia de su casa. Decidió escaparse. Se internó en la selva con la idea de dirigirse hacia el Sud de la Costa y robar una canoa para irse en ella a su casa de Port Adams, pero la fiebre se apoderó de él, fué capturado y devuelto a las plantaciones, más muerto que vivo.

Por segunda vez se volvió a escapar, en compañía de dos muchachos de Malaita. Anduvieron veinte millas a lo largo de la costa y llegaron a un poblado, donde se ocultaron en la casucha de un malaita que hombre libre. Por la noche llegaron dos hombres blancos y llamaron a la puerta, tundieron el cuero de los tres fugitios y al dueño de la casucha lo debieron tratar con muy poca amabilidad a juzgar por los dientes que le faltaron y los muchos cardenales que cubrían su cuerpo. No le quedaron ganas de volver a auxiliar a ningún compatriota durante el resto de su vida. Ataron a los tres escapados como si fueran tres cerdos y los llevaron a bordo para emprender el camino hacia las plantaciones.

Durante un año Mauki trabajó sin descanso. Lo hicieron criado, y entonces su trabajo fué mucho más llevadero; no tenía que hacer más que la limpieza de la casa y servir whisky y cerveza a los hombres blancos durante todo el día y casi toda la noche. Todavía le quedaban dos años que servir, pero, para él, que sentía cada vez con más fuerza

la nostalgia de su país, se le hacían interminables, y como se había vuelto precavido debido a los servicios que prestaba, aprovechó una ocasión. Tenía a su cargo la limpieza de los rifles, sabía dónde se colgaba la llave de las provisiones y planeó la fuga. Una noche, diez muchachos de Malaita, y uno de San Cristóbal escaparon de las barracas y arrastraron al agua una ballenera. Mauki les dió la llave que abría el candado que supetaba el bote y él mismo llevó a bordo una docena de winchesters, una cantidad enorme de municiones, una caja de dinamita con sus detonadores y mecha, más de diez cajas de tabaco.

Soplaba el noroeste, y se dirigieron hacia el Sud, navegando durante toda la noche, ocultando la barca, internándose ellos durante el día en las islas deshabitadas que encontraban a su paso. De esta forma llegaron hasta Guadalcanar y cruzaron el estrecho hacia la isla de la Florida. Allí fué donde mataron al muchacho de San Cristóbal, conservaron la cabeza y guisaron y comieron el resto del cuerpo.

Las costas de Malaita no distaban ya más que veinte millas, pero un viento fortísimo y las corrientes submarinas les impedian acercarse. Al día siguiente, y cuando ya no les faltaba más que ocho o nueve millas para ganar la costa de Malaita, apareció un gran barco en el que iban dos hombres blancos, que, sin asustarse de los once muchachos de Malaita armados de rifles, los capturaron y los subieron a bordo, llevándolos de nuevo a Nueva Georgia, donde fueron ondenados a pagar una multa de quince dólares cada uno, amén de una paliza que les dieron por la escapatoria. Todo ello se tradujo en otro año de castigo en las colonias, pero esta vez le quitaron el empleo de criado y lo pusieron a trabajar en las carreteras.

De nuevo se escapó y fué cogido en el mismo momento en que intentaba fugarse, y entonces fué llevado a presencia de Mr. Haveb, director de la Moongleam Soap Company en la isla, quien juzgó el caso y lo declaró incorregible. La Compañía tenía plantaciones en la isla Santa Cruz, a cientos de millas de distancia, y allí enviaba a los que consideraba irreductibles en las islas Salomón. Mauki fué enviado allí, pero no llegó a su destino. El vapor hacía escala en Santa Ana, y Mauki, aprovechando la oscuridad de la noche, se arrojó al agua, nadando hacia la costa. Fué capturado en tierra y llevado a bordo, donde lo maniataron y lo devolvieron a Nueva Georgia.

—Lo tendremos que enviar a Lord Howe, — dijo Mr. Haveby. — Bunster está allí, y dejaremos que se arreglen entre ellos, pues siento curiosidad por saber quién vencerá, si Mauki o Bunster.

Lord Howe es una circunsferencia de tierra sobre una base de coral, está a ciento cincuenta millas de Meringe Lagoon, en la isla Isabel, tiene unas ciento veinte millas de circunsferencia, y Lord Howe no pertenece a las islas Salomón ni geográfica ni etnológicamente. Es una isla solitaria y aislada, y sus habitantes y su idioma son el candado sus habitantes y su idioma son el polinesios mientras que los de las islas Salomón son melanesios.

Lord Howe o Otong Java, como algunas veces se la llama, es una isla no frecuentada por la raza blanca. Sus cinco mil habitantes son pacíficos y está en estado primitivo.

Max Bunster era el único hombre blanco que habitaba la isla y hacía comercio en ella a las órdenes de la poderosa Moongleam Soap Company. Bunster fué enviado a Lord Howe como medio de quitárselo de encima, y si la compañía no lo había despedido ya era porque no encontraba sustituto para esa isla. Era un alemán muy corpulento y con el cerebro algo trastornado, provocador y cobarde, mucho más salvaje que los negros primitivos e incivilizados que habitaban la isla. Siendo un cobarde, sus brutalidades eran traicioneras y ruines. Cuando entró al servicio de la compañía, fué destinado a Savo, y queriendo la compañía favorecer más tarde a un pobre empleado indígena que estaba tuberculoso, lo envió a Savo a relevar a Bunster. Tan proito como desembarcó, Bunster lo golpeó de tal modo que tuvieron que llevarlo a bordo medio muerto y falleció a os pocos días.

Mr. Haeby le envió entonces una especie de gigante de Yorkshire para que lo relevara pero Bunster no quería peleas entonces y se comportó como un corderito durante diez días, al cabo de los cuales el de Yorkshire fué atacado de fiebre y disentería. Débil como estaba, fuí golpeado sin piedad por Bunster, quien temiendo por su vida en el caso de que el otro sanara, huyó de Savo. La compañía lo destinó a Lord Howe, y su primera hazaña en cuanto desembarcó fué a retar a los indígenas, prometiéndoles una caja de tabaco al que fuera capaz de derribarle al suelo en lucha libre. Pronto derribó a tres indígenas, pero el cuarto lo venció, llevándose en lugar de una caja de tabaco ofrecida como premio, una bala de revólver en los pulmones.

Tres mil indígenas vivían en la principal población de la isla, pero ésta quedaba desierta aun en pleno día cuando pasaba Bunster. Era el terror de los habitantes, y hasta los animales huían al advertir su presencia.

A Lord Howe fué a parar el pobre Mauki, con la obligación de trabajar a las órdenes de Bunster durante ocho años y medio. Para bien o para mal, Bunster y Mauki tenían que estar juntos durante todo aquel tiempo. El primero pesaba doscientas libras y el segundo ciento diez. Bunster era bruto, degenerado, pero Mauki era salvaje primitivo. Tenían, por lo tanto, cada cual dotes especiales que hacían interesante saber quién vencerá a quien.

Mauki no tenía la menor idea de quién iba a ser su amo. No estaba advertido, y creyó que servir a Bunster sería igual que servir a cualquier otro hombre blanco. Darle de beber mucho whisky, cerveza y respetar las órdenes que le diera, creyendo que si cumplía con su deber no lo castigarían. Bunster, al

contrario, sabía todo lo concerniente a Mauki y estaba deseando que llegara, para comprobar si era tan fiero. Se las prometía muy felices y estaba seguro de domesticarlo bien pronto. El cocinero estaba enfermo, tenía un brazo roto y un hombro dislocado gracias a unas caricias propinadas por Bunster, y el mismo día que Mauki llegó lo nombró su cocinero.

Supo entonces Mauki que había hombres blancos que sólo merecían llamarse así por el color de su piel, nunca por ser raza civilizada, pues eran más salvajes que los más crueles indígenas. En cuanto zarpó el barco que trajo a Mauki, Bunster le envió a que comprara un pollo a Samisee el misionero, tongalés nativo; pero Samisee estaba de excursión por la isla y no volvería hasta pasados tres días. Mauki regresó con la noticia. Subió las escaleras (la casa estaba edificada sobre maderos apilados y a una altura de doce pies) y entró en la habitación a explicar lo ocurrido. El traficante preguntó por el pollo, y Mauki abrió la boca para empezar su relato; pero Bunster, que no estaba para explicaciones, alzó el puño y dió a Mauki un tremendo golpe en da boca, arrojándolo contra la barandilla de la escalera, que crujió ruidosamente al romperse, y rodando Mauki por la escalera fué a parar a la arena. Su boca era una masa informe de sangre, carne macerada y dientes rotos.

—Eso te enseñará a no valver a contarme historias y a obedecer a lo que te mando, — gritaba rojo de ira desde lo alto de la escalera apoyándose en la barandilla rota.

Mauki no había conocido nunca un hombre blanco tan brutal, y resolvió andar con mucho cuidado y no dar jamás motivo para que Bunster tomara represalias. Mauki sabía que tres muchachos de los que trabajaban en los botes habían pasado tres días encerrados y encadenados, sin comer ni beber, por el horrible crimen de romper un escálamo mientras remaban. Pronto se enteró en el pueblo de las historias que circulaban respecto a su amo. Se había casado tres veces y las dos primeras mujeres habían muerto a consecuencia de sendas palizas que el cariñoso marido les propinó, y Mauki pudo comprobar que la tercera vivía de milagro, pues raro era el día que la pobre mujer no recibía una buena tanda de golpes del bestial Bunster.

Mauki esperaba estoico una oportunidad para vengarse de su amo; no encontraba por entonces el medio, pues Bunster vivía alerta, día y noche, y su revólver estaba siempre montado y a la mano. No permitía que nadie pasase por detrás de él, cosa que Mauki aprendió después de haber recibido varias palizas por dicho motivo. Bunster sabía por instinto que tenía que guardarse mucho más de Mauki, á pesar de su mansedumbre, que de la población entera de Lord Howe, y por ello, despechado, arreciaba con él sus crueldades y bárbaros castigos. Mauki recibía golpes con una resignación aparente, casi seráfica, pero en su interior bramaba y ardía en deseos de vengarse, y esperaba, esperaba siempre.

Uno de los actos favoritos de Bunster era agarrar a Mauki por el pelo y golpearle la cabeza contra las paredes. Otras veces aprovechaba las distracciones del muchacho y le aplicaba sobre la carne el cigarro encendido. A esto Bunster le llamaba la vacuna, y el paciente Mauki tenía que sufrir esta vacunación varias veces al día.

La piel del tiburón es parecida al papel de lija, pero la piel de la raya es mucho más fuerte y hace las veces de una garlopa. Los indígenas la utilizan para pulir las maderas con que construyen sus canoas y los remos. Bunster se hizo fabricar un guante como los de friccionar, pero de piel de raya, y tan pronto lo tuvo en su poder lo estrenó en Mauki. De un manotazo le arrancó la piel de la espalda hasta la axila, y encantado con el éxito que había obtenido, fué a probarlo de nuevo en su mujer, y sucesivamente con cuantas víctimas tenían la desdicha de caer bajo su férula. El cacique del pueblo, que había ido a comprar unas cosas a casa de Bunster, quiso reconvenirle, pero tuvo que tomarlo como si fuera una gracia, ante el temor de que hiciera con él otro tanto.

—¡Ríete, condenado, ríete! — le decía amenazador Bunster, esgrimiendo su guante de piel de raya.

Mauki era el qeu más disfrutaba de esta clase de caricias, siendo raro el día que transcurría sin sentir sobre su piel tan suave contacto. Pero seguía esperando. Tenía la seguridad de que más tarde o más temprano el momento llegaría. Ya sabía para entonces lo que tenía que hacer, hasta los más pequeños detalles los tenía estudiados, y se recreaba en ellos por anticipado pensando en el placer de la venganza.

Un día Bunster se levantó de peor humor que de costumbre, y con pretexto de que el café estaba mal hecho, estrelló la taza llena del humeante líquido en la cara de Mauki, causándole varias heridas y quemaduras. Durante el almuerzo aumentó sus crueldades con todos, y hacia las diez de la noche se hallaba tiritando como un azogado y con atroz angustia. Media hora más tarde tenía una fiebre altísima. Estaba atacado de las fiebres del país, parecidas al paludismo, y se manifestaban con temperaturas altísimas que dejaban al paciente completamente aniquilado, cuando se curaba, cosa que rara vez ocurría con tal enfermedad.

Los días pasaban, y Bunster, que no abandonaba el lecho, estaba cada día más débil. Mauki seguía aguardando y su piel había vuelto a reponerse casi por completo. Dió orden a los demás muchachos para que aparejasen la goleta, y esa orden fué cumplimentada creyendo que provenía de Bunster, el cual yacía sin conocimiento en la cama. Esta era una oportunidad para Mauki; no quiso aprovecharse de ella y esperó todavía.

Pasados algunos días, la enfermedad hizo crisis y Bunster entró en la convalecencia, pero estaba tan débil como un niño recién nacido. Mauki empaquetó sus cosas y se fué a ver al rey de aquellas islas, al que encontró rodeado de todos sus caciques.

—Vosotros no quereis al amo blanco, ¿verdad que no?

—Aquí nadie lo quiere, todos le odiamos, ——fué la respuesta franca y unánime.

—Bueno, — dijo Mauki. — Os voy a librar de él, pero vosotros tenéis que ayudarme. Llevadme trescientos cocos a la goleta, y si oís gritar al amo, fingid que estáis dormidos, pues voy a aplicarle una medicina para curarle antes de llevármelo a bordo.

Una vez de acuerdo, se dirigió a los muchachos indígenas que componían la tripulación, y con las mismas palabras o parecidas los convenció para que le obedecieran y no se acercaran a la casa, oyesen lo que oyesen.

Dirigióse a la habitación, y dijo a la mujer que se marchase a casa de sus padres, lo que la infeliz hizo de muy buen grado, y una vez solo con su amo, que estaba adormecido, le quitó con sumo cuidado el revólver que nunca abandonaba, y se colocó en la mano el guante de piel de raya. Al primer intento, de un rasponazo Mauki le despellejó la nariz a Bunster, el cual despertó violentamente al sentir tamaña caricia.

—¡Ríete, maldito, ríete! — le decía Mauki a cada manotazo que le daba con el guante de piel.

Bunster, al principio intentó defenderse, pero estaba tan débil, que no pudo ni incorporarse en el echo.

Tan a conciencia hizo su trabajo Mauki, que al cabo de dos horas no quedaba un solo centímetro de piel en el odiado cuerpo de su amo. Los indígenas cumplieron lo prometido haciéndose los dormidos y no escuchaban los gritos e imprecaciones que lanzaba el hombre blanco cada vez que Mauki le acariciaba con el guante.

Al darse por vengado, Mauki procedió a cargar por completo su goleta de innumerables rifles, municiones, víveres y cajas de tabaco. Estaba acupado en estos preparativos, dando órdenes a sus tripulantes, cuando cayó rodando por la escalera, hata llegar a sus pies, una repugnante masa humana informe y sangrienta, que depués de breves y horrendas convulsiones quedó inmóvil sobre la arena. Era Bunster, que, haciendo un esfuerzo supremo, había conseguido, al salir de su desmayo, levantarse de la cama, y arrastrándose por el suelo llegar hasta el borde de la escalera, por donde, exhausto de fuerzas, cayó rodando.

Agonizaba, y Mauki, acercando su cara a la de su amo, que estaba totalmente sangrando, le repetía pletórico de placer:

—¡Ríete, maldito, ríete!

Era ésta la frase que su amo le decía cuando con el famoso guante lo mondaba. Ahora le tocaba la revancha, y saciaba su odio reconcentrado y contenido tanto tiempo.

Tuvo acto seguido unos momentos de duda; pero inmeditamente se rehizo, y cogiendo un machete, de un solo tajo le cercenó la cabeza envolvióla con sumo cuidado entre unos trapos y se la llevó a bordo como quien lleva un trofeo.

Consiguió llegar sin novedad a Port Adams, donde desembarcó con una riqueza inmensa en rifles, tabaco y víveres. Ningún hombre en aquellas islas había poseído otro tanto. Como había cortado la cabeza a un hombre blanco, no tenía más remedio que refugiarse en las enmarañadas y umbrías selvas; allí mató a Fanfoa, cortó la cabeza a una porción de caciques y se proclamó rey de las selvas. Cuando murió su padre, heredó su hermano el mando de las tribus de la costa, y los dos hermanos reunieron el contingente guerrero más poderoso de aquellas islas.

Temía Mauki, más que al gobierno británico a la poderosa Monglean Soap Company, y un día recibió un mensaje, al que contestó favorablemente. Después apareció el apacible, el inevitable hombre blanco, capitán de un barco de guerra, el cual fué el primero de su raza que salió con vida de las selvas, y además con setecientos cincuenta dólares en monedas de oro que Mauki le entregó para saldar su cuenta con la Moongleam Soap Company.

Mauki es hoy el reyezuelo más temible de aquellos contornos salvajes. Cuando sale a batallar con sus numerosas huestes guerreas, siempre es él el vencedor. A solas, en sus interminables horas de aislamiento, después de las luchas, cuando reposa en su vivienda, saca de un saquito, que guarda religiosamente, una cabeza humana perfectamente momificada, desprovista de piel en absoluto, la contempla largamente, y en sus ojos de reflejos acerados replandece un vivo fulgor que pregona el inmenso placer de su venganza.

La cabeza es considerada en todas aquellas islas como el más poderoso talismán de la raza negra.

"Yah! Yah! Yah!"

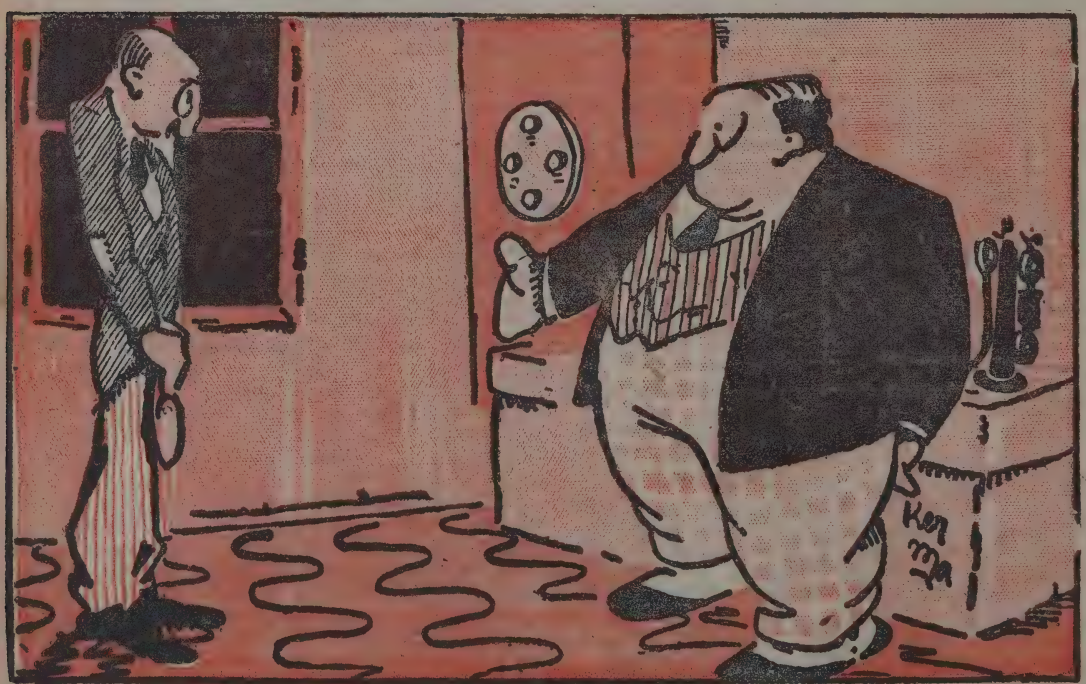
Erase un escocés gran bebedor de whisky, que hacía su primera libación a las seis en punto de la mañana, y durante todo el día, con pequeños intervalos, bebía sin cesar hasta la hora de acostarse, que era siempre después de las doce de la noche. No dormía más que cinco horas, y las diez y nueve restantes se las pasaba disfrutando su plácida borrachera. Pasé con él ocho semanas en Oolong Atol, y nunca le ví sereno ni un solo minuto, pues como dormía tan poco, no tenía tiempo de despejarse. Era un borracho tranquilo, amante del orden, cosa que constituía su cualidad característica, su virtud más apreciable, y resultaba un tipo tan raro como curioso .

Se llamaba McAllister. Ya era viejo y temblón; sus manos se movían continuamente como si estuviese azogado, y cuando cogía el frasco para servirse el whiskp, sea dicho en honor de la verdad, nunca le ví derramar una sola gota. Había vivido veintiocho años en Melanesia, dando tumbos desde la Nueva Guinea alemana hasta las islas Salomón, y tanto se había identificado con esa porción del mundo, que solía emplear en su conversación gran número de frases propias de los indígenas que éstos habían aprendido y luego transformado de los marineros ingleses. Cuando hablaba conmigo, me de-

VALEROSO SALVAMENTO

—No te muevas. Espera que voy a buscar socorro

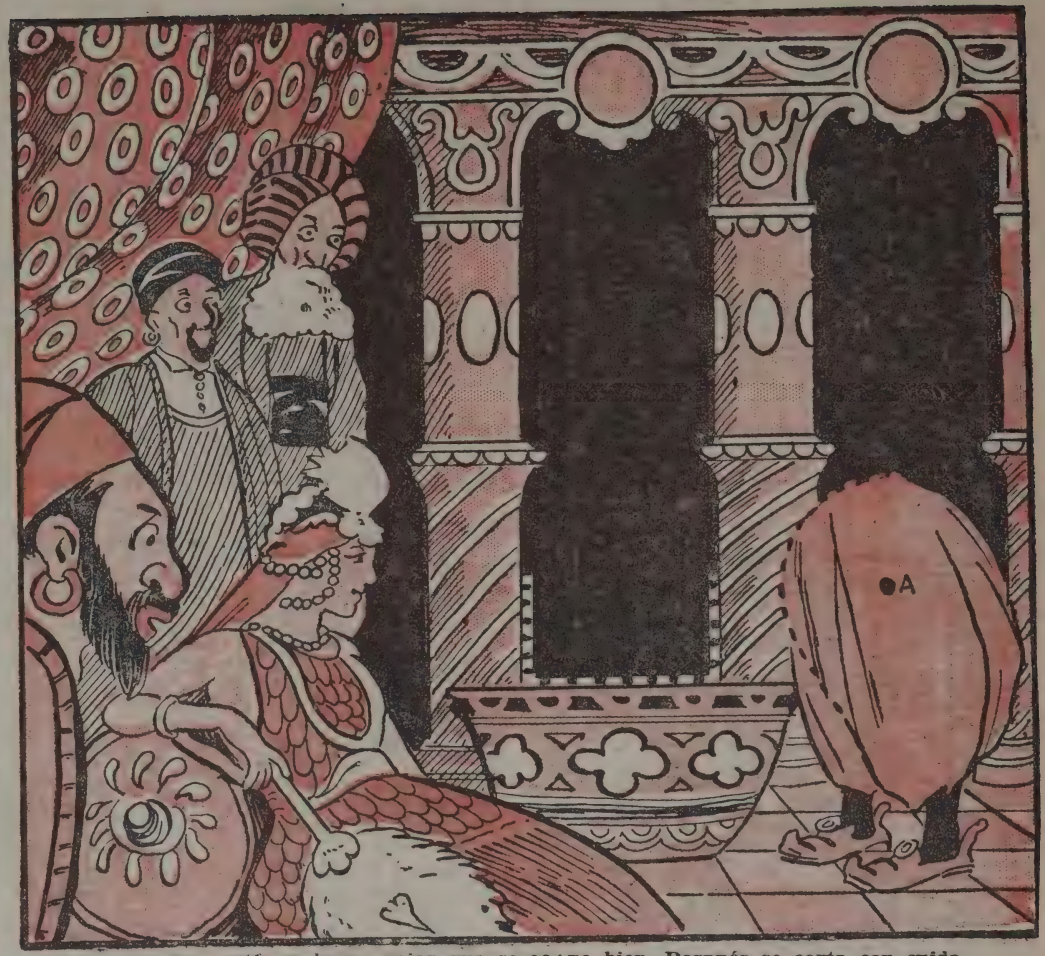
ANTES Y AHORA



—¿Se queja de que no puede ir más que una vez por semana al cinematógrafo? ¿Crée usted que los siervos de la Edad Media que ganaban tres centavos por día podrían ir muchas veces más?

LA MAGIA DEL INDOSTAN

Un ingenioso juego para armar



Primero debe pegarse todo el dibujo en un cartón y luego dejar que se seque bien. Después se corta con cuidado cada pieza. Luego se abre la hendija marcada por una línea de puntos en las bombachas del mago y las demás hendijas marcadas en el recipiente. Se coloca la pieza que dice Manija deslizándola por detrás de modo que el punto B quede detrás del punto A y se asegura con un brochecito. Lo que falta hacer es levantar el fondo negro del recipiente de modo que el arbolito quede delante de él. Para que funcione el juguete hay que mover la manija y se verá de que modo mágico nace la planta en el recipiente vacío.

cía: "Sol él se levanta", lo cual quería decir que llegaba el alba; "kai-kai" él para significaba "la comida está servida" y "vientre se pasea a mí perteneciente", que representaba, en lenguaje corriente, que le dolía el estómago. Era pequeño y delgado, abrasado por dentro y por fuera gracias al alcohol y al fuerte sol de aquellos parajes. Parecía estar momificado y andaba con los rígidos movimientos de un autómata. Pesaba noventa libras.

Lo más notable en él era el poder inmenso con que gobernaba. Oolong Atoll tenía ciento cuarenta millas de circunferencia y estaba habitada por unos cinco mil polinesios, hombres y mujeres, altos, fuertes y guerreros por temperamento; tenían muchos de ellos seis pies de altura y doscientas libras de peso.

Oolong Atoll distaba doscientas cincuenta millas de la tierra más próxima. Dos veces por año recalaba allí un pequeño vapor que se dedicaba al comercio de cabotaje por cuenta de una Compañía. El único hombre blanco que existía en Oolong era McAllister, comerciante en pequeño e incansable bebedor. Gobernaba la isla y sus cinco mil salvajes con mano de hierro. Los llamaba, y acudían al instante; decía marcharse, y salían corriendo presurosos; nunca discutían su voluntad ni sus determinaciones; era muy terco, todo lo que puede serlo un escocés viejo. Intervenía constantemente en los asuntos de sus súbitos. Cuando Nagu, la hija del rey, quiso casarse con Hannan, que vivía al otro extremo de la isla, el padre dió el consentimiento, pero a McAllister se le antojó decir que no, y la boda se deshizo. El rey quiso en cierta ocasión comprar un extenso terreno al gran sacerdote; era un islote cercano, pero McAlliter no consintió. El rey debía a la Compañía ciento ochenta mil cocos, y hasta que no acabase de pagar no le permitiría que gastará un solo centavo en ninguna otra cosa.

El rey y su pueblo no quería a McAllister. En verdad, lo odiaban de un modo terrible y tuve noticias de que durante tres meses el rey y el pueblo entero, con sus sacerdotes a la cabeza hacían rogativas a los dioses para que les concediera la muerte del tirano. Le echaban maldiciones y practicaban sortilegios; pero todo fué inútil, pues mientras McAlister no creyera en ellos, no tenían eficacia sobre su persona. Con un escocés borracho no se puede intentar nada, todo es nulo. Tenía una salud extraordinaria, ni siquiera se constipaba. La fiebre y la disentería eran cosas desconocidas para él. Yo creo que estaba tan saturado de alcohol, que los gérmenes no encontraban en su cuerpo alojamiento propio para desarrollarse. Ni los microbios le querían; él, por su parte, no quería tampoco a nadie más que a su whisky, y esto le sostenía.

Yo estaba maravillado; no podía comprender cómo los cinco mil salvajes aguantaban con tanta mansedumbre la tiranía despótica de aquel viejo alcoholizado.

Una tarde calurosísima hallábame sentado en la terraza de la casa con McAllister, contemplando el mar con sus variantes tonalidades turquesas y esmeralda, reflejándose el sol en ellas refulgente y opalino. El calor era abrazador.

—Los bailes y danzas de estas gentes no valen nada, — dijo McAllister.

Dió la casualidad que días antes yo había dicho que los bailes de los polinesios valían mucho más que los de los papúes, y McAllister negábalo rotundamente, sin mas razón que la de su propia testarudez. Hacia demasiado calor para discutir, y no conteste; además, yo desconocía los bailes de la gente de Oolong.

—Voy a demostrale a usted que tengo razón — me dijo; y dirigiéndose a un muchacho negro, natural de Nueva Hanóver, el cual hacía las veces de criado y cocinero: — ¡Eh! muchacho, vete y dile al rey que venga a verme ahora mismo!

El chico salió, y volvió acompañado del primer ministro, que venía temblando y dando una serie de excusas manifestó que el rey estaba durmiendo y no era cosa de molestarlo.

McAllister se encolerizó de tal modo, que el ministro salió corriendo y al poco tiempo volvió con el rey en persona. Hacían una pareja magnífica. El rey alcanzaba unos seis pies de estatura, y su cara tenía una expresión parecida a la de las águilas, cosa muy frecuente en los indios de América del Norte, Los dos habían nacido para mandar. Los ojos del rey centellaban mientras escuchaba a McAllister, pero con toda humildad se dispuso a complacerle y a que trajeran del poblado doscientos bailarines de ambos sexos, los cuales estuvieron bailando por espacio de dos horas mortales bajo un sol de fuego que aquella tarde aniquilaba. Cuando se cansó de verlos danzar, los despidió despectivamente.

En una ocasión estaba yo desesperado porque en la compra de unas ostras perlíferas de una tonalidad anaranjada, maravillosa, no pude llegar a ponerme de acuerdo con el indígena que las poseía. Ofrecíale yo doscientas pastillas de tabaco y él quería trescientas. El par de conchas lo mismo podían valer cinco que seis mil libras en Sydney. Hablé del asunto casualmente con McAllister, manifestando mi pesadumbre, y él, inmediatamente, mandó llamar al propietario de las ostras y le obligó a que me las vendiera por cincuenta pastillas de tabaco, no consintiendo que le diera ni una más. El pobre diablo marchóse casi contento al ver que había salido tan bien librado de la entrevista con el amo y señor, y yo resolví hacerme un nudo en la lengua y no volver a contarle nada más. Seguía yo tratando de inquirir cuál sería la causa del poder sin límites de aquel hombre sobre los salvajes y como no daba con la clave, decidí interrogarle. Me guiñó un ojo y se quedó con la vista fija en mí, al mismo tiempo que apuraba un vaso de whisky. Esta fué toda su respuesta.

Estaba yo una noche pescando en el lago con Oti, el indígena a quien McAllister había despojado de sus conchas, y a quien yo, particularmente, había regalado ciento cin-

cuenta pastillas de tabaco, razón por la cual me respetaba extraordinariamente, creyéndome algo superior a pesar de que el indígena me doblaba la edad, y mientras paseábamos dije a Oti:

—¿Todos vosotros, los kanakas y los pickannys, respetais inmensamente a ese hombre blanco? Pero él es un solo hombre, y vosotros sois muchos; no puede comeros, no tiene dientes para ello; ¿por qué diablos os asustáis tanto de él?

El amor propio de Oti fué herido por mis palabras. Desgarró su "lana-lava" (especie de taparrabos) y me mostró la enorme cicatriz producido por un balazo, y cuando iba a empezar a hablar, su caña fué sacudida violentamente. Intentó tirar de ella, pero pronto se dió cuenta de que el pez había dado vuelta a un banco de coral, enganchando allí el sedal del aparejo. Me dirigió una mirada de reproche por haberle distraído con mi conversación, y acto seguido se tiró de cabeza al agua. Tenía aquel paraje unas seis brazas de profundidad, y mi buen salvaje nadó hacia el fondo, saliendo a la superficie al cabo de unos instantes con un hermoso pez parecido a un bacalao, de unos cinco kilos de peso. El anzuelo estaba todavía fuertemente clavado en la boca del pescado.

—Ya he visto, — dije volviendo a mi tema, — que eres un valiente, y ese es el motivo por el cual no comprendo por qué toleráis la tiranía del hombre blanco.

—Voy a decir la verdad, y sabrá por qué tenemos miedo, — díjome Oti.

Y yo, lector, voy a transmitir su relato en lenguaje correcto, porque el que Oti usaba no lo entienden más que los que estamos habituados a él y los indígenas.

—Nosotros, — empezó diciendo, — nos sentimos orgullosos de nuestros tiempos guerreros. Siempre que algún barco llegaba a la costa, íbamos a él en nuestras canoas, subíamos a bordo, lo atacábamos o matábamos a toda la tripulación, lo saqueábamos y luego prendíamosle fuego por los cuetro costados. Estas victorias nos enardecían; muchos de los nuestros morían en ellas; pero ¿qué importaba comparado con la enorme riquzea que encontrábamos a bordo? Esto nos compensaba con creces. Un día, hará veinte años quizá veinticinco, llegó un gran barco de tres mástiles. El él iban cinco hombres blancos y unos cuarenta hombres para los botes; todos eran negros de Nuega Guinea. Venían a pescar en nuestras costas; echaron el ancla frente a Pauloo, cerca de aquí, y sus botes empezaron a diseminarse preparados para la pesca. Habían armdo campamentos en la playa; allí curaban el pescado que cogían, Se separaron mucho unos de otros y también del barco, hasta llegar a los campamentos distaban lo menos cincuenta millas.

"Nuestro rey y sus consejeros se reunieron para tomar acuerdos, y yo pasé toda la noche en mi canoa de un lado a otro, avisando a la gente de Pauloo que a la mañana siguiente atacaríamos al mismo tiempo los campamentos y el barco para apoderarnos de él. Los que habíamos llevado estas órdenes estábamos fatigadísimos a causa de haber remado mucho. pero no obstante tomamos parte también en el ataque. Sorprendimos al patrón con tres de sus negros en la playa, lo matamos, pero antes de morir el blanco mató con su revólver a ocho de los nuestros. Luchamos con todos cuerpo a cuerpo y por fin los vencimos. Al ruido de la lucha dióse cuenta el contramaestre de lo ocurrido, puso víveres y agua en un bote, colocóle una vela y se hizo a la mar, para llegar a su barco y defenderlo contra todos nosotros. Seríamos unos mil los que nos dirigimos contra el barco, invadimos el mar con nuestras canoas, en las que íbamos tocando las caracolas marinas de guarra y cantando himnos triunfales, remando a todo remar. ¿Qué victoria podría alcanzar un solo hombre blanco y tres negros? Ninguna; el contramaestre lo sabía bien.

"Pero los hombres blancos son el diablo, y yo, que soy ya un hombre viejo, he llegado a comprender por qué se han apoderado de todas las islas de los mares. Usted es casi un muchacho, y no muy listo, porque todos los días le digo cosas que ignora. Cuando yo era un pequeño pickannínny, sabía todo lo relativo a los peces, hasta sus costumbres, mucho más de lo que usted sabe ahora. Soy viejo y puedo nadar hasta el fondo del mar, y usted no es capaz de seguirme. ¿Para qué vale usted? No me lo explico, como no valga para la lucha... No le he visto nunca luchar, pero me figuro que servirá, porque usted será el demonio, igual que sus hermanos, y tan loco como ellos. Nunca saben cuándo están vencidos, siguen peleando hasta morir, y claro, entonces ya es demasiado tarde para darse cuenta. Voy a referirle lo que hizo el contramaestre.

"Tan pronto como nos vió llegar hasta el barco en nuestras canoas, sonando las caracolas, se refugió en el bote con tres muchachos negros y empezaron a remar buscando la salida. Esto probaba que era un loco, pues ningún hombre cuerdo se había atrevido a lanzarse mar adentro en un bote tan pequeño. Los costados del bote sobresalían del agua unas cuatro pulgadas escasamente. Veinte canoas de las nuestras volaban hacia él, y en ellas iban doscientos de nuestros más bravos guerreros. Mientras los remeros del contramaestre remaban desesperados, nosotros, avanzábamos cinco veces más camino que ellos. De pie en su bote, empezó el contramaestre a hacernos fuego con su rifle; no era buen tirador, pero, según nos íbamos acercando, varios de los nuestros cayeron muertos y heridos por sus balas. Sin embargo, él no podía salvarse. Durante todo aquel tiempo estuvo fumando un cigarro.

"Cuando nos faltaban solamente cuarenta pies para llegor a él, arrojó el rifle y cogiendo un cartucho de dinamita lo encendió con el cigarro y lo tiró acto seguido; repitió la operación varias veces y nos lanzó muchos cartuchos encendidos; debían ser de mecha muy corta, pues algunos estaliaban en el aire, pero la mayoría reventaban en nuestras canoas y cada vez que explotaba uno, la canoa quedaba destrobzada y de las veinte apenas quedaron la mitad. La que yo ocupaba voló en pedazos y con ellos los dos hombres que iban a bopa. Dues el cartucho reventó entre los

los. Las canoas que quedaron viraron en redondo y huyeron. Entonces el contramaestre gritaba: "Yah! Yah! Yah!", dirigiéndose a nosotros. Disparó su rifle nuevamente y muchos de los nuestros cayeron heridos mortalmente por la espalda mientras huíamos, y los tres negros seguían remando, remando siempre. Ya vé usted como le digo la verdad cuando afirmo que el contrameastre era el verdadero demonio.

"No fué sólo eso, pues antes de abandonar su barco le prendió fuego, amontonando en un sitio oculto toda la pólvora y dinamita para que explotase a un tiempo. Cientos de los nuestros estaban a bordo, tratando de apagar el fuego, mientras explotaba el barco. Así, pues, cuanto botín esperábamos coger se perdió por completo, además de muchos de los nuestros que murieron en el barco. Cuantas veces, aun ahora en mi vejez, he soñado con el contramaestre, le oigo gritar "Yah! Yah! Yah!" Todos dos negros del barco que acamparon en la playa los matamos. ¿Era posible que un bote tan pequeño, tripulado por cuatro hombres, pudiese luchar con las encrespadas olas del océano?

"Transcurrió un mes y una mañana hizo su aparición en nuestras aguas una goleta, que ancló frente a nuestro poblado. El rey y sus súbditos celebraron consejo y acordaron apoderarse de la goleta en el espacio de dos o tres días. Entretanto, según era nuestra costumbre, nos fingimos sus mejores amigos y nos fuimos acercando con nuestras canoas a ofrecer en venta cocos, gallinas y cerdos; pero cuando estaban situadas a lo largo del costado del barco, los hombres de a bordo empezaron a disparar sus rifles. Mientras huíamos, ví al contramaestre que creíamos muerto, loco de alegría sobre la cubierta, gritándonos con toda la fuerza de sus potentes pulmones, hasta enronquecer: "Yah! Yah! Yah!"

"Aquella tarde destacáronse de la goleta tres botes llenos de hombres blancos, vinieron al poblado y mataron a todos los hombres que encontraron, gallinas, cerdos y cuanto hallaron con vida. Los que pudiemos escapar, nos refugiamos en las pocas canoas que quedaron y nos hicimos a la mar; donde vimos arder todas las casas. Nos cruzamos con otras canoas que venían de Nihi (extremo opuesto de la isla), y nos dijeron que también allí habían hecho lo mismo, pues otra goleta había anclado para causar los mismos destrozos.

"Durante la noche oimos llantos y lamentos de mujer y vimos muchas canoas que venían de Pauloo, donde otro barco arrasó también aquel poblado. Ya ve usted, el contramaestre y sus tres negros no habían muerto y fueron a las islas Salomón a decir a sus hermanos blancos que había que castigarnos, y uniéronse todos para aquel exterminio.

"Tres días estuvo la goleta sin dejarnos tranquilos ni en el mar, pero nosotros éramos muchos y ellos pocos. Intentábamos atacarles y con los rifles nos mataban a montones. Conseguimos al fin llegar al costado del buque, nos tiraron cartuchos de dinamita, y volaron destrozadas las canoas. Disparaban desde el barco incesantemente sobre los que trataban de ponerse a salvo nadando. El contramaestre, subido en el techo de la cabina de mando, gritaba al vernos sucumbir: "Yah! Yah! Yah!". Cesó por fin la matanza, y establecieron un cordón de vigilancia para evitar que nos escapáramos. Como habían matado las gallinas y los cerdos y habían cegado los pozos, el hambre y la sed se apoderaron de nosotros, pues los cocoteros estaban bajo el fuego de los blancos para que no nos pudiéramos alimentar con su fruto. Tanto la sed, que fuímos a ofrecernos a los blancos a cambio de que nos dieran algún alimento. Dijeron que creían que aquello nos serviría de lección para siempre; nosotros aseguramos que lamentábamos mucho lo sucedido y que nunca más daríamos motivo para otra represalia semejante. A cambio de nuestra libertad nos hicieron trabajar llenándoles la goleta de cocos, copra y pesca desecada al humo.

"Durante varias semanas toda la isla fué una constante hoguera para desecar pescado, que nosotros mismos pescábamos y llevábamos a bordo.

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

(SEGUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

ERA SORDO

—¿Su profesión?...
—¿Eh?...
—¿Que qué es usted?...
—¡Sordo!

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

UNA SOCIEDAD ANONIMA

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

Ni la muerte ni un convenio os devolverían el honor, Tatiana, dijo su tío gravemente.

La baronesa tomó la palabra en ese momento.

Amigo mío, dijo a Mauvillars, puesto que sir Raiph, por un sentimiento de delicadeza que me permito encontrar excesivo, se niega a darnos a conocer la verdad, es preciso buscarla en otra parte, y acabo de pensar en una persona cuyo testimonio podría quizás arrojar alguna luz en estas tinieblas?

—¿Quién es? preguntó vivamente la joven.

Sir Ralph esperó, frunciendo ligeramente las cejas.

—Malvina, tu camarera, respondió la baronesa.

—En efecto, dijo Tatiana ¿cómo no habíamos pensado en ella?

Al nombre de Malvina la frente de sir Ralph se volvió a serenar y paseó por sus labios una equívoca sonrisa.

El señor Mauvillars había llamado, dando orden a Pedro, que vino en seguida, de enviarle a Malvina.

La joven camarera entró un momento después.

El lector recordará sin duda que Malvina era la hija de los esposos Claudio, de Vanves, y que fué colocada de camarera junto a Tatiana por la misteriosa influencia de sir Ralph y de Mac-Field.

—Malvina, le dijo el señor Mauvillars, anoche fuísteis llamada por la señorita Tatiana, ¿no es cierto

—No, señor, respondió la camarera, después de dirigir una mirada a sir Ralph; al menos, si la señorita me ha llamado, le suplico me disculpe; no he oído nada.

—¿De manera que estáis segura, completamnte segura de no haberos levantado como a media noche, para ir junto a vuestra patrona?

—¡Oh! segurísima, señor; me acosté como a las diez, me dormí en seguida y no me desperté hasta las siete de esta mañana.

—Está bien; es cuanto reía que preguntaros, podéis retiraros.

Y cuando estuvo fuera:

—Vos podéis hacer otro tanto, señor, dijo a sir Ralph; voy a continuar la investigación de la verdad que vos os negáis a darnos a conocer, y muy pronto recibiréis noticias mías.

Sir Ralph saludó y salió.

LV

RESPLANDOR DE ESPERANZA

Después de la salida de sir Ralph hubo un silencio prolongado. Tatiana fué quien lo rompió:

—¿No es verdad, mi querido tío, dijo al señor Mauvillars, que no creéis en las calumnias de ese hombre?

—Lo creo capaz de todo y entreveo en este asunto alguna maquinación diabólica, respondió el tío; pero siempre tenemos este hecho terrible, aplastador, inexplicable tú has sido vista entrando sola con él al baile de la señora baronesa, paseándote risueña y tranquila entre los invitados, estupefactos y encandalizados de semejante espectáculo; ¿qué quieres que responda a los que han sido testigo de esta enormidad, y que quieres que piense yo mismo?

—Tenéis razón, tío, dijo Tatiana, con la expresión de un desconsuelo desesperado; hay aquí motivo para confundir la razón y convengo en que es imposible poner en duda lo que uno ha visto con sus propios ojos, y es como si vos mismo l hubiéseis presenciado este hecho inaudito, increíble, puesto que os es atestiguado por mi amiga, por el señor Turgis, y hoy mismo os será repetido quizás por otras cien personas.

—Permitidme, señor Mauvillars, dijo entonces Santirgo; en este momento nos encontramos en presencia de dos afirmaciones enteramente contradictorias, e igualmente dignas de fe la una y la otra. Por una parte, la

señora baronesa de Villarsay y sus doscientos invitados declaran haber visto a la señorita Tatiana entrar en el baile apoyada en el brazo de sir Ralph; por otra. la señorita Tatiana jura solemnemente que ha pasado toda la noche en su cama; y bien; si queréis creerme a mí, no abramos juicio ninguno, no decidamos nada antes de haber descifrado este misterio impenetrable; si tengo el honor de inspiraros alguna confianza, permitidme reunir mis esfuerzos a los vuestros para llegar a este resultado.

—Os doy las gracias y acepto vuestro ofrecimiento, señor, dijo Mauvillars; pero con estas condiciones: si, a pesar de cuanto vamos a intentar, este misterio permanecía impenetrable, el honor exig que Tatiana, perdida por sir Ralph, sea su esposa; sí. por el contrario, lográis probar pública y altamente que Tatiana, víctima de un complot infame, es inocente, y si lo demostrais de manera que no se pueda jamás elevar la menor sombra de duda en su reputación, entonces habréis conquistado a mi sobrina,, y será vuestra.

—¡Ah! ¡señor!... exclamó Santiago, echándose sobre la mano del señor Mauvillars y estrechando la mano con efusión.

—¡Querido tío! exclamó a su vez la joven, en un transporte de alegría que la puso en seguida toda turbada.

—¡Ay! hijos míos, respondió Mauvillars, moviendo tristemente la cabeza; nos os apresuréis demasiado en regocijaros; la tarea que vamos a emprender es bien difícil, por no decir imposible, y si fracasamos, si seré inflexible: se casará con sir Ralph.

—Sostenido por la fe en la inocencia de la señorita, y animado por la perspectiva de la felicidad prometida, exclamó Santiago con exaltación, estoy seguro del éxito.

—Pero es preciso fijarnos una época; ¿cuánto tiempo queréis pedir?

—Ocho días, dijo el artista.

—Yo digo quince y voy a escribir en seguida a ese hombre que, transcurrido el plazo, le participaré mi resolución; si el cielo está con nosotros en esta empresa en que vamos a engolfarnos, yo soy quien me encargo del castigo de ese miserable.

—Pero, observó Santiago, es a mí a quien ha provocado.

—¡Está bien, está bien! ya veremos eso llegado el caso; por el momento no pensemos sino en la tarea que nos hemos impuesto, que ofrece bastantes dificultades pero absorbernos por completo. Somos dos, es verdad, pero...

—Seremos tres, dijo el pintor.

—¿Quién será el tercero?

—Un enemigo de sir Ralph, un hombre tan hábil como determinado, que ha jurado su perdición, y cuyos consejos y ayuda nos serán de un gran recurso. Se llama el señor Portal y es rentista; os lo voy a presentar y nos pondremos de acuerdo los tres para combinar un plan.

—¿Tenéis, pues, una gran confianza en ese hombre

—Una confianza ciega. de la que vos mismo participaréis tan pronto como lo háyais conocido, a pesar de los obstáculos casi insuperables que se nos presentan, yo respondería del éxito si él consiente en prestarnos su concurso, y visto el odio que lo anima contra sir Ralph, estoy casi seguro de obtenerlo.

—¡Y bien! id pues a ver a ese señor Portal y entendeos con él. No tenemos un minuto que perder.

Santiago se separó de la familia Mauvillars con el corazón lleno de alegría y esperanza, pero sin desconocer por esto la inmensas indificultades que se elevaban ante él y la realización de su sueño.

Media hora después, llegaba a la calle de Amelot, a casa de Rocambole, para él, el señor Portal.

Lo encontró con Pablo de Treviannes, quien desde el día en que tan milagrosamente había sido salveda la señora Taureins, del infame lazo que le habían tendido, venía muy a menudo allí para saber noticias de ella.

Le había hablado algunas veces, pero siempre en presencia de Vanda, que no obstante le costó mucho consentirlo, y solo lo acordaba muy raramente aquel favor, pues no quería, decía ella, ni aún a sus propios ojos que pudiera ver nada de equívoco en la protección de que el señor Portal rodeaba a aquella señora arrancada por él de los peligros que corría al lado de su infame marido.

Al ver entrar a Santiago, Pablo de Treviannes se iba a retirar después de estrecharle la mano, cuando Rocambole lo detuvo con un gesto.

—Quedaos, le dijo. Podéis y hasta debéis asistir a nuestra conversación, porque los tres tenemos que hacer con los mismos enemigos, nuestros intereses están íntimamente ligados los unos a los otros y tenemos una gran ventaja en ayudarnos mútuamente confiándonos las maquinaciones que dirigen contra nosotros nuestros comunes enemigos.

Y dirigiéndose en seguida a Santiago:

—Por lo demás me parece adivinar ya el asunto que os trae aquí, y si, como creo, se trata del escándalo causado ayer por la entrada de la señorita Tatiana del brazo de sir Ralph en casa de la baronesa de Villarsay, no tenéis nada que ocultar sobre este asunto al señor de Treviannes, porque él asistió al baile y me manifestaba hace un momento la dolorosa sorpresa que le causó aquel insólito espectáculo.

—Entonces, repuso vivamente el artista, tengo empeño en que el señor oiga todo lo que tengo que deciros, porque ha debido concebir una opinión enteramente equivocada d la señorita Tatiana, y tengo interés en destruirla.

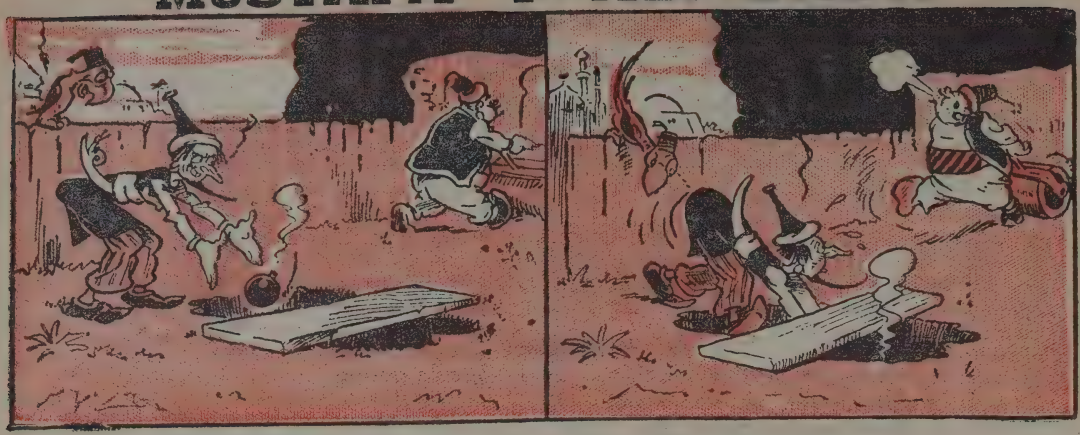
En seguida se puso a referir circunstanciada y minuciosamente las escenas que hemos desarrollado a la vista del lector.

Al terminar su relato dijo a Rocambole:

—¡Y bien! ¿entrevéis alguna luz en estas tinieblas?

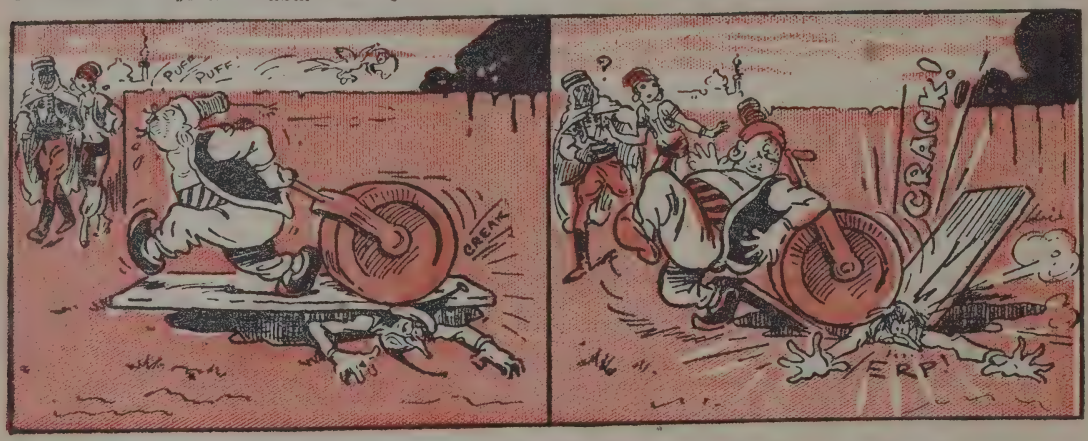
—No he visto a la señorita Tatiana sino una sola vez y este asunto me parece absolutamente incomprensible. porque participo

MUSTAFÁ Y ALÍ BABÁ



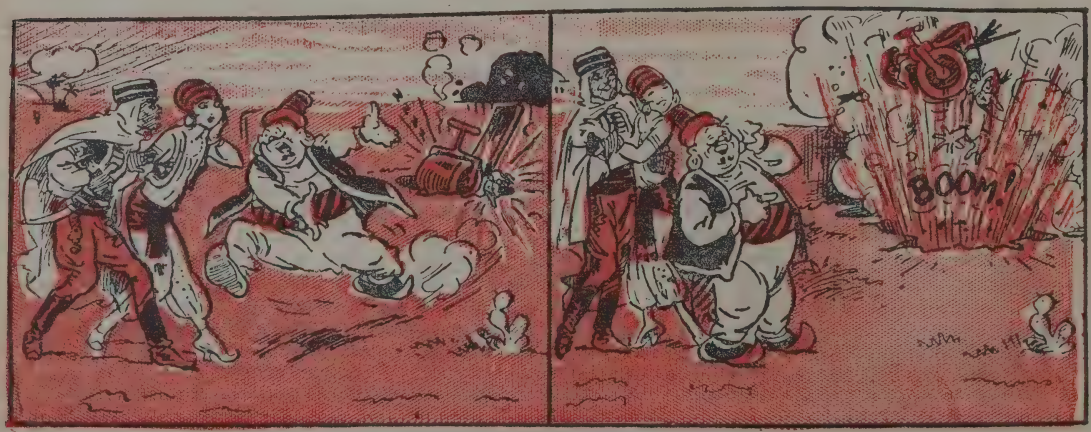
1. — Mustafá y Alí Babá son enemigos. La otra tarde, Mustafá estaba pasando el rodillo al césped del jardín y Alí Babá aprovechó la ocasión para colocar una bomba explosiva en un hoyo que estaba tapado por una tabla. "Cuando Mustafá pase por la tabla "¡que salto dará!" se dijo Alí Babá.

2. — Después de haber ido hacia un lado, Mustafá volvió para el otro y silbando "El relicario" avanzó hacia el hoyo y pasó por la tabla en el momento en que Alí Babá estaba debajo metido en el hoyo. Es de suponer el estropicio que se produjo entonces.



3. — El rodillo de Mustafá rueda tan pronto como se le presenta ocasión y es tanto su peso que rompe la tabla con una rapidéz fabulosa.

4. — Al ver que el rodillo retrocede, Mustafá se lleva un susto mayúsculo y Alí Babá grita como un condenado quejándose de dolores diversos.



5. — Mustafá se va a quejar de lo que pasa y muestra como ha quedado su rodillo dentro del hoyo después de romper la tabla que tapaba el hoyo. Pero ¿y la bomba? Ahora veremos algo a su respecto.

6. — ¡Ahora va! ¡Zas! Llega el momento. Estalla la bomba. Alí Babá salta por los aires como salta el rodillo y la tabla. ¡Qué catástrofe! ¡Y qué plancha la de Alí Babá!

a su respecto de vuestr amisma opinión; tengo una completa confianza en su inocencia y buena fe.

—¿Pero a vos no os queda duda, verdad, de que no sea víctima de alguna infame y tenebrosa maquinación?

—Con tanto mayor motivo, cuando comprendo de todo lo que es capaz ese hombre; conoco una intriga suya, un complot no menos extraordinario, no menos impenetrable y no menos perfectamente urdido que ese en que ha caído Tatiana; pero como he llegado a hacer la luz en este de que os hablo, no desespero de llegar también a desenredar los hilos de esa nueva maquinación.

—¡Ah! ¡que el cielo os oiga! exclamó Santiago, os debería más que la vida, más que el honor mismo, porque coloco el suyo encima del mío.

—Veamos, repuso Rocambole; es preciso andar paso a paso y metódicamente por entre estas tinieblas; es el único medio de no emprender un camino falso y llegar a encontrar la verdadera vía. Procedamos pues por orden, siguiendo el método que yo he adoptado siempre y que siempre me ha llevado al éxito en asuntos de esta clase, es decir, empecemos por estudiar el personal de la casa sobre la que debemos llevar nuestras investigaciones, y especialmente sobre el servicio, que encontrándose en inmediato contacto con la víctima, deben conocer tal vez el asunto y hasta tal vez tenido un rol en él. ¿La señorita Tatiana tiene afectada a su servicio alguna camarera?

—Sí, — respondió Santiago.

—La joven no ha de haberse vestido sola, sobre todo para un baile.

—Es lo que se ha creído y Tatiana misma entreviendo una esperanza de hallar la luz por ese lado, ha pedido que fuese interrogada; había olvidado este detalle.

—¡Y bien! ¿Qué resultó de esto?

—Una oscuridad más profunda aún, porque Malvina, que así se llama la camarera, ha declarado haber dormido toda la noche, desde las diez hasta las siete de la mañana.

—¿Malvina? — preguntó Pablo de Treviannes. — ¿Decís que se llama Malvina?

—Sí.

—Es que yo he conocido una muchacha de ese mismo nombre, en circunstancias bien extraordinarias...

Pablo recordaba su novelesca excursión por la calle de Vanves, y el antro en que había sido arrastrado poco a poco, y después salvado por una joven que oyó llamaban Malvina. Pero, acordándose del sitio en que la había visto y de la horrible familia a que pertenecía, murmuró en seguida:

—¡No, imposible! ¡No puede ser esa!

Si hubiera referido su historia, si hubiera pronunciado el nombre de la calle de Vanves, si hubiera nombrado a sir Ralph, luego al matrimonio Claudio, hubiera arrojado desde luego una gran luz en el ánimo de Rocambole, quien, en el mero hecho de estar colocada aquella joven como camarera de Tatiana, hubiera adivinado inmediatamente la mano de sir Ralph.

Pero guardó silencio y no se hizo la luz.

—¿Qué edad tiene esa camarera? — preguntó Rocambole.

—Unos veinte años.

—¿Y sus costumbres?

—No sé nada al respecto.

—Pues yo pronto voy a saber a qué atenerme, y mucho me engaño, o es ahí donde tenemos que excavar. Esa joven ha debido mentir; es imposible que no sepa nada. Yo habré sondeado el terreno hoy mismo, esta noche a más tardar; volved, pues, mañana, y espero tener algo que comunicaros.

Santiago dió las gracias calurosamente a Rocambole, y se despidió de él.

XVI

UN ANTROPOFAGO EN PARIS

Al salir de casa de Rocambole Santiago se sentía casi feliz. Y no obstante, nada había cambiado en la horrible situación creada a su adorada Tatiana; ningún resplandor había penetrado en el sombrío abismo en que se agitaba ella, amenazando también hundirse todos sus sueños, su alma y su vida, porque ¿cómo soportar la existencia sin Tatiana?

Pero el señor Portal le había prometido ayudarlo a desvanacer las tinieblas que envolvían aquel asunto misterioso, y, como todos cuantos se aproximaban a este personaje singular, tenía en él una confianza tan ciega y tan completa, que desde luego ya le parecía el éxito asegurado.

Y el éxito era la felicidad, porque recordaba con transporte las palabras del señor Mauvillars: "Si lográis salvar a Tatiana, la habréis conquistado, y os la doy". Palabra preciosa, a la que se mezclaba un adorable recuerdo; el grito de alegría con que su querida Tatiana había acogido aquella promesa.

De modo que era con la alegría en el alma y la frente radiante que Santiago se dirigía a su habitación, cuando al embocar la calle Duperré observó una considerable aglomeración de gente inmediata a la casa en que vivía. Pronto reconoció que era efectivamente enfrente del mismo número 17 donde se había estacionado el gentío, llamándole la atención, sobre todo, la extraordinaria agitación que notaba en los grupos.

A los animados ademanes a que se entregaban los diversos individuos que componían aquella multitud; a la extremada animación que expresaban sus semblantes; a los mil dichos y ocurrencias que se cambiaban entre sí, llenando la calle con un ruidoso e incesante murmullo, muy semejante al rumor continuo de la marejada rompiendo en la playa, era evidente que sucedía algo extraordinario.

No pudiendo romper la masa compacta que llenaba la calle, Santiago preguntó cuál era la causa de aquella especie de motín.

—¡Ah, señor! — respondió una señora vieja que llevaba un perro debajo del brazo; — un suceso sorprendente, como nunca se ha visto en París.

—¿Es posible?

—Un salvaje, señor, un salvaje; una especie de piel roja escapado de las islas Marquesas y que acaban de descubrir en esta casa.

—No, señora, — dijo a su vez un personaje de enorme abdomen, con un tono doctoral y enfático; — no estáis al corriente de lo que pasa. — Los salvajes de las islas Marquesas son benignos e inofensivos, mientras que este es de un aspecto terrible. Según lo que dicen de él, estoy más bien inclinado a creer que es un indígena del Africa Central y septentrional del Sur del Ecuador, comarca fértil en antropófagos, como se sabe.

—Dicen que lleva un aro de oro en la nariz, — dijo un mozo carnicero, que esperaba obstinadamente la aparición del salvaje, — cargando treinta kilos de carne a cuestas.

—Y trae un diamante del tamaño de una nuez, — repuso una cocinera.

—Esto no tendría nada de extraño, — contestó el hombre ventrudo; — en aquellos países las criaturas juegan al huesito con piedras preciosas.

—¿Y en dónde se ha refugiado? — preguntó Santiago, que oía todos aquellos detalles, sin reirse.

—No se sabe a punto fijo, — respondió la señora del perro; — lo que hay de positivo es que todos los inquilinos se han parapetado y fortificado en sus habitaciones, y que están poseídos de terribles angustias, esperando por momentos verse atacados por el salvaje, que, según dicen, es de una fuerza hercúlea, un toro, ¡vamos!, capaz de derribar con un espaldazo todas las puertas y todos los muebles que puedan oponerse detrás. De manera que ¡ya lo véis!, todos están en las ventanas tan pálidos que se creerían empolvados como payasos.

En efecto, todas las ventanas estaban llenas de locatarios, con las caras lívidas y con aire espantado.

—¿Dónde está? — preguntaba la gente de la calle a los inquilinos del primero y segundo piso.

—No sabemos, — respondieron dos ancianos del primer piso, cuyas quijadas temblaban de tal manera, que se oían chocar como castañuelas.

—¿Estáis bien parapetados?

—Hemos arrastrado la cama y el armario detrás de la puerta, pero según dicen es de una fuerza terrible.

—¡No tendrá ni para un bocado!

—¡Señor! ¡Jesús! ¡Virgen Santa! — murmuró la vieja, vacilando sobre sus piernas.

—¿Y sabéis que es antropófago?

—Ya nos lo han dicho, — respondió el viejo; — ¡pero como nosotros somos tan flacos!

—Razón de más; sois apetitosos y hay antropófagos que prefieren eso; ese parece que tiene soberbios colmillos.

—¡Zenobia! — murmuró el viejo; — tráeme mi paletó de pelo y la gorra de nutria; y tú te pones el pantalón de punto.

—¿Tenéis carne? — les gritó el carnicero.

—Tenemos un gigote.

—¿Cocido?

—No.

—¡Tanto mejor!

—¿Por qué?

—Ese gigote puede salvaros.

—¿De qué manera?

—Si el salvaje os hunde la puerta, le tiráis el gigote entre las piernas, y mientras él se arroje encima para devorarlo, os podeis escapar.

—Linda idea, joven; muchas gracias.

—¡Caramba! Es preciso ser razonables. Si ese hombre no se ha comido a nadie desde que salió del Sur del Ecuador hasta París, no es extraño que tenga un hambre realmente "devoradora".

De repente se sintieron gritos agudos y desgarradores de todos los pisos de la casa, pero sucesivamente, como una gama descendente, partiendo del quinto piso para llegar al primero. Las mujeres daban notas tan desesperadas y agudas, que parecía llegado el fin del mundo, y en su azoramiento se asomaban a sus ventanas respectivas, exclamando:

—¡El salvaje! ¡El salvaje! ¡Ahí está! ¡Misericordia!

—¡Zenobia! ¡Zenobia! — exclamaba el viejecito del primer piso, corriendo hacia todos lados como un insensato; — ¡mi gorra de nutria, mi paletó de pelo!

Y en el egoísmo del miedo, se olvdaba del pantalón de punto que debía garantizar las piernas de su cara mitad de los colmillos del antropófago.

En el mismo momento en que se producía aquel pánico, bajaba rápidamente la escalera un joven de un pantalón a pliegues, chaleco amarillo y paletó verde manzana.

En seguida se echó a la calle y mezclándose entre la multitud gritaba:

—¡Acabo de verlo! ¡Acabo de verlo!

—¿Y no os ha dado algún mordisco? — le preguntó alguien.

—Le arrojé el sombrero y está entretenido en devorarlo.

—¿Y cómo es? — le preguntaron todos.

—Por lo pronto anda desnudo, peró lo que se llama desnudo, al pelo.

—¡Ah, desvergonzado! — exclamó la señora del perro, — con un gesto lleno de pudor.

—Es lo que ha hecho que lo reconociese desde luego la sobrina de la portera, porque ella fué la primera en descubrirlo, y la que dió la voz de alarma.

—¿Y es verdad que trae una argolla en la nariz?

—¿Y una diamante en el anillo?

—¡Fabuloso! Y lanza reflejos que se creerían veinte mecheros de gas.

—Pero en fin, ¿cómo es él?

—Por de pronto, tiene la piel toda roja.

—Naturalmente.

—Y está todo tatuado de pies a cabeza con mil dibujos extravagantes.

—Esto da escalofrío sólo de pensarlo — dijo la mujer del perro.

—Tiene un sol en la espalda y en el pecho una gran pipa toda cargada, lo que me hace pensar que pertenece a la tribu de los pipardos.

—La tribu más feroz del Sur del Ecuador, — respondió gravemente el personaje del tono doctoral.

—¿Y cómo está armado? — preguntó una voz.

—Con una macana enorme que está blandiendo constantemente con rechinamiento de dientes, como un lobo hambriento, — respondió Arturo, a quien el lector habrá reconocido, desde luego.

En aquel momento se aproximaba a la multitud una tía gruesa, de facciones cortas y cuadradas, recogidas como las de un bidog, y el labio adornado de pelos amarillos espesos, erizados y salpicados de tabaco.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que hay en esa casa? — preguntó frunciendo las espesas cejas.

—¿Cómo, qué hay? — hizo la señora del perro, — ¿no sabéis? ¡hay un salvaje!

—Esto no podía faltar, — repuso la comadre de los pelos amarillos. Cada vez que yo tengo que ir ultra-minos, sucede algo de particular, esta vez es un salvaje. ¡Ah! ¡bueno! ¡espero un poco, espera, ya será buen salvaje el que yo te propine!

Y rompiendo el gentío a rigor de codazos, — decía:

—Dejadme pasar, yo soy la portera de esta casa.

Gracias a este énergico proceder, pudo llegar hasta la portería.

—¡Cuidado! señora Citárea, — le gritaron varias personas, es un salvaje del Ecuador, todo cuanto se conoce de más feroz y armado de una enorme macana.

—¡Y yo también tengo una macana! y nuevecita mirad! — dijo sacando un mango de escoba.

—¡Eso es! — gritó Arturo, — estrenadlo en las costillas del salvaje. Prefiero eso.

—¡Un salvaje! — exclamó la señora Citárea, blandiendo su palo de escoba como un sable, — espera un poco, ahora verás si te enseño a ensuciarme las escaleras y venir a meter barullo en una casa tranquila vas a mudarte más que volando y regresar a tus ecuadores.

—¡Tía, tía! — gritó una voz al fondo de la portería.

—¿Qué es? ¿qué hay? — preguntó la portera.

Del lado de la cama salía una cabeza pálida y descompuesta.

Era la de Luisita.

—¡No vayáis allí, tía! — gritaba con voz trémula. Es un antropófago. Eso se come a la gente.

—Yo me le atravesaré en el camino, — respondió la portera, — y veremos si se

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bollvia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . „ „	12.00 „

atreve a pasar. ¿Dónde está, vamos a ver, ese antropófago?

—En el cuarto piso, tía, pero no vayáis, no os dejará sino los huesos.

—A no ser que yo le rompa los suyos. Esto es lo que vamos a ver.

Y con su mango de escoba trepó escalera arriba, — murmurando:

—¿Habráse visto nunca un salvaje semejante? ¡Elegir precisamente mi casa para venir a hacer sus orgías!

Mientras ella subía, Arturo se frotaba las manos, diciendo, por lo bajo:

—Ahora nos vamos a reir un poco, esto hará bien a la melsa, que tenía necesidad de esto.

LVII

CRITICA SITUACION

Nos es forzoso retroceder algunas horas para referir al lector la historia del salvaje de la calle Duperré.

Era el día elegido por el señor Pontif para dar a sus amigos aquel gran almuerzo a cuya conclusión debía presentarles a la señorita Isolina Torcheboeuf como a su prometida.

Y como la hora del almuerzo, era la una, por la mañana adoptó el partido de tomar una taza de café con leche. Resolvió así mismo reclamar los servicios de Arturo para ayudar al cocinero que debía traerle un almuerzo de casa Potel y Chabot.

Finalmente, siendo el señor Pontif, de aquellos que saben contar y que no echan el dinero por la ventana, se hizo el siguiente razonamiento, puesto que ocupo a Arturo y que lo tendré todo el día a mi disposición mediante tres francos, muy lindo dinero para un rapaz de su edad, ¿por qué no me haría mi café con leche, puesto que está enferma mi ama de llaves?

Y recomendó a Arturo que viniese desde las ocho de la mañana.

¡Funesta inspiración!

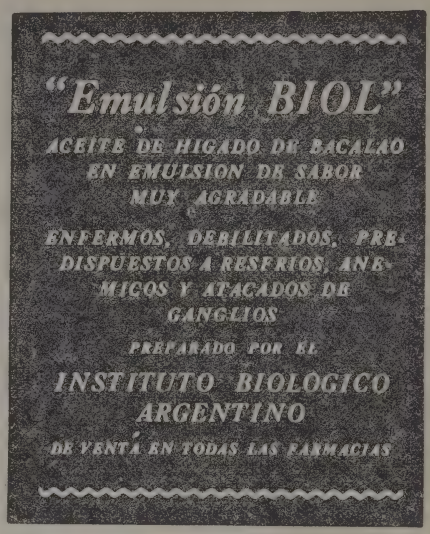
Mientras preparaba el café con leche, y en tanto que el señor Pontif muellemente acostado en la cama, soñaba con los encantos de la hermosa Isolina, Arturo se sacaba del bolsillo aquella droga que había comprado unos días anaes en una botica de la calle Fontine y la mezcló perfidamente al café, mnentras tatareaba su canción favorita, para inspirar confianza al ex-jefe de oficina:

Je reviens d'enterrer ma tante,
Je l'ia mis dans un p'tit cercueil
P. Q.

Después llevó la taza de café al señor Pontif, que se sintió muy grato a aquella atención.

De pronto encontró al café cierto amargo extraño, pero habiéndole hecho notar Arturo que ese era el gusto del verdadero moka, terminó su taza con delicia.

En seguida Arturo le pidió retirarse, a fin de irse a vestir para poder honrarlo en presencia de sus convidados, y entonces el señor Pontif se decidió a levantarse para proceder él mismo a una toilette digna de las circunstancias.



Como a las once de la mañana, acababa de ponerse unos canzoncillos colorados de franela, un chaleco de la misma clase y color, era una de sus pequeñas coqueterías, cuando sintió salir de dentro de sus entrañas unos insólitos riudos que parecían en parte gemidos de un recién nacido y en parte ahullidos de un gato furioso.

Una duda horrible atravesó su espíritu.

—¡Gran Dios! — pensaba, — ¿acaso sería hoy precisamente, cuando espero a mi novia!....

¡Oh! ¡no! ¡es imposible! El destino no sería tan cruel!...

Un dolor violento, rápido como un rayo procedente del mismo punto de que partían los ahullidos, fué la respuesta del destino:

No había ya cómo equivocarse; era eso.

Quiso vestirse para ir a meditar en otra parte acerca del fenómeno que se le presentaba. Pero la otra parte estaba en el rrellano de la escalera y las manifestaciones se reproducían rápidas y potentes.

—Sin embargo, me es imposible ir en este estado, se decía el infeliz, presa de unas angustias que lo hacían ponerse de mil colores alternativamente.

Y se precipitó sobre su camisa que había extendido cuidadosamente encima de una silla.

Pero apenas la había tocado cuando se enderezó de pronto, presa de una crisis que lo puso lívido y amenazaba con hacerle saltar los ojos fuera de las órbitas. Y acto continuo, presa del vértigo, renunciando bruscamente a la idea de ponerse la camisa, como a una empresa loca, atravesó corriendo las piezas de su departamento, abrió la puerta que daba a la escalera, franqueó el rrellano como una exhalación y se lanzó de un salto a la puerta de salvación.

Estaba salvado.

Pero inclinado arriba a la baranda de la escalera en el piso superior, estaba Arturo

en acecho y una idea infernal acababa de atravesarle la mente.

Bajó a paso de carga. Y en tanto que el señor Pontif saboreaba la delicia de poderse ya entregar sin preocupaciones al recuerdo de sus amigos y prometida, sintió un ruido seco que le hizo poner la piel de gallina, y a continuación del ruido estas palabras pronunciadas por la voz de Arturo:

—¡Qué viento! ¡Canario! ¡qué viento!

Miró por una abertura practicada a la altura de un hombre en la puerta que lo ocultaba a la vista de los profanos, y entonces se puso espanutosamente pálido, al conocer la explicación del ruido seco.

Era su puerta que acababa de cerrarse sola, y la llave estaba dentro.

¡Y sus amigos iban a llegar, y con ellos la señora Torcheboeuf y la encantadora Isolina.

¡Y lo encontraían allí en calzoncillos y caminando de franela colorada!

Así que se hubo dado cuenta de su verdadera situación, los cabellos se le erizaron.

¿Qué hacer? ¿Cómo salir de aquella horrible posición?

Era cosa de volverse loco.

Si Arturo hubiese estado allí, hubiera podido aventurarse — él Pontif — a franquear un piso en aquel traje para irlo a prevenir que lo sacase del apuro.

Pero Arturo acaba de salir.

—¿Qué hacer? Dios mío, ¿qué hacer? — murmuraba el pobre, rascándose la cabeza con las uñas, porque todavía no se había puesto la peluca, una peluca linda, rubia, que lo rejuvenecía de veinte años. ¿Qué hacer? ¿Ir ya mismo en busca de un cerrajero? No puedo ni pensar en ello, me vendrían detrás todos los pilluelos del barrio, sin contar los policianos que muy bien podrían llevarme al cuartelillo. ¿Pasar la mañana en esta jaula!... es igualmente imposible. Además de que otros tienen derechos que yo debo respetar, dentro de media hora todo el ejército del restaurant con su batería van a inundar la escalera y el rrellano, se cansarán de llamar a la puerta, acudirán los vecinos, en fin, una verdadera bacanal, durante la cual llegarán mis amigas la señora Torcheboeuf con la púdica y candorosa Isolina, la multitud de amigos; ¡me llamarán, me buscarán por todas partes, acabarán por descubrirme... aquí... a su vista... con este traje!...

A esta idea por poco se desmaya.

Es preciso confesar que la situación era tirante y que las desconsoladores perspectivas que tenía por delante eran como para perturbar un cerebro más sólido que el suyo.

De manera que acabó por caer en un abatimiento que hubiera alarmado a sus amigos, si hubiesen estado presentes. Eran los primeros síntomas de la locura.

Primero pronunció algunas palabras incoherentes. Después se dibujó en sus labios una sonrisa idiota. Luego, por fin, creyéndose en un expléndido paisaje de América, se le figuró ser negro, y empezó la danza de los Cocos, saltando en el mismo sitio y balanceándose de derecha a izquierda, con el índice de cada mano levantado a la altura de la cabeza y murmuró con una voz dulce y quejumbrosa esta conocida canción:

Dansez, Bamboula
Maitre n'est pas lá.

visto el lugar en que pasaba, este espectáculo era desgarrador.

En una palabra, la locura invadía el cerebro. Sir Ralph alcanzaba ya el fin que se propuso al confiar a Arturo su delicada misión, cuando de repente el infeliz se detuvo en equilibrio en el cartilago del pie izquierdo.

En la casilla que quedaba todavía lucida en su cerebro acababa de atravesar una idea.

—¡Si llamaba a la señora Citárea! — exclamó golpeándose la frente.

Esta idea luminosa era su salvación.

La portera acudiría a su llamamiento, mandaría a buscar un cerrajero, la puerta estaría abierta antes de un cuarto de hora, correría triunfante a su casa, precedería a su toilette y se encontraría pronto a tiempo de recibir primero los marmitones y luego a sus amigos y por último a la interesante Isolina.

—¡Salvado! ¡salvado! Gracias, Dios mío! —exclamaba, lanzando instintivamente aquel grito que en el boulevard corona todos los desenlaces felices.

Abrió en seguida con toda discreción la puerta del retrete, prestó el oido atentamente, y dirigiendo una prudente mirada a derecha e izquierda, se adelantó de puntillas hasta una ventana de la escalera que daba al patio, inclinóse a fuera y gritó con voz retumbante:

—¡Señora Citárea!

—¿Quién me llama? — respondió una voz de mujer.

—El señor Pontif, subid pronto.

Y temiendo llamar la atención de algún inquilino con aquel grito, corrió de nuevo a su refugio.

Desgraciadamente, como sabemos, la portera tuvo que ir a "ultra minos"; esta circunstancia fué la perdida del pobre Pontif, sobre el que se encarnizaba la fatalidad aquel día. Al cabo de pocos momentos ruido de pasos en la escalera.

—Pasos de mujer; es ella — pensó todo contento.

No era la portera, sino su sobrina Luisita, recién venida hace poco del campo.

—Poco importa, — dijo sir Pontif; — bien sabrá buscar un cerrajero.

Y olvidándose de lo ligero del traje en que se hallaba, abrió bruscamente la puerta y se adenlantó hacia la joven.

A su aspecto, aterrada de pronto y paralizada por el miedo, se lanzó muy pronto escaleras abajo dando gritos espantosos y atrayendo a los inquilinos en todos los rellanos de los pisos bajos.

—¿Qué hay? ¿qué hay? — preguntaban de todas partes.

—¡Un salvaje en la casa! — respondía Luisita, quien desgraciadamente había visto

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

en la feria de su país un Caribe de la calle Mouffetard comiendo gallinas crudas.

Y continuaba bajando la escalera a grandes saltos y repitiendo:

—¡Un salvaje aquí en la casa ¡Un salvaje aquí en la casa!

Al mismo tiempo, Arturo, que no andaba lejos, recorría la escalera alarmando a todos los vecinos y repitiendo:

—Acabo de verlo; es un antropófago; ¡pronto! meteos dentro y asegurad bien las puertas con muebles.

A los primeros gritos de Luisita, el señor Pontif se precipitó otro vez en el retrete, más muerto que vivo al sentir aquel alboroto.

LVIII

LAS TORTURAS DEL SEÑOR PONTIF

La señora Citárea llegaba a su portería en momento álgido de aquel alboroto causado por el miedo de Luisita y las recomendaciones de Arturo a los inquilinos relativamente al antopófago.

Ya hemos visto que su primer movimiento, al oir hablar del intruso que venía de tan lejos para ensuciar su escalera y alarmar a sus inquilnos, había sido desprender el mango de una escoba nuevecita y lanzarse valientemente al encuentro del enemigo.

Recorrió así todos los pisos sin encontrar nada.

Iba a subir al quinto piso, cuando se abrió de pronto una puerta y oyó una voz que la llamaba:

—¡Señora Citárea!

Volvise bruscamente y al aspecto de aquel hombre en canzoncillos y camiseta roja, ella también dió un salto atrás, lanzando gritos de terror.

—No tengáis miedo, señora Citárea; soy yo, vuestro inquilino, le gritaba el falso salvaje:

La portera cesó de pronto de gritar, se acercó al jefe de oficina, lo examinó, le tomó el olor, lo palpó y en seguida exclamó encolerizada:

—¡Sl señor Pontif! ¡y disfrazado de salvaje! ¡Vamos no os faltba más qeu eso! ¡Pero hombre! ¿Cuándo va a acabar eso? ¿No será todavía la última comedia? ¡Sería tiempo ya de acabar con eso, vamos a ver! ¡Ya empiezo a estar cansada! ¡A vuestra edad perder el tiempo en farsas y mistificaciones! ¡Oh! por más que finj;is estar indignado, Arturo me lo contó todo.

—Señora Citárea, — exclamó Pontif, tomando la mano de la portera, que la rechazó con un ademán lleno de pudor; yo me disculparé más tarde de esa infame acusación; por el momento no tengo más que un cuidado, una preocupación, volver a mi casa.

—¿Quién os lo prohibe?

—Yo estaba ahí, cuando el viento cerró la puerta y la llave estaba dentro; me vi obligado a llamar, vino Luisita y...

—¡Y os tomó por un salvaje, he aquí lo que buscabáis, una farsa más! ¡Ah! pero os lo repito, señor, ¿es que acabaremos de una vez de tanta calaverada? Os advierto que ya me empieza a subir la mostaza a las narices, y que no sosportaré ya más que alboroten así mi casa, atormentando a todos los vecinos.

—¿Qué hace falta para ir al cielo?
—Morirse.
—¿Y para morirse?
—Dejar de tomar el famoso HIERRO QUINA BISLERI.

La portera estaba furiosa. Su voz había adquirido, que llegó a oídos de algunos inquilinos que, con el oído pegado a la puerta, esperaban con ansia mortal los ataques del antropófago.

Al oir la voz de su portera se tranquilizaron un poco, y se fueron entreabriendo algunas puertas, dejando ver caras de hombres y mujeres pálidas y asustadas.

A su vista, el señor Pontif se sintió desfallecer.

—Señora Citárea, — murmuraba, acercándose a ella con ademán suplicante.

—No os aproximéis, hombre depravado, — exclamó ella, levantando el palo de escoba, — deberíais avergonzaros de presentaros delante de una persona de mi sexo en semejante traje.

Y apercibiendo las cabezas que asomaban tímidamente en algunas puertas:

—¡Venid! ¡venid! — les gritaba aquí lo tenéis a vuestro otro-prógfogo que revuelve toda la casa y promueve un motín en la calle. Es el señor Pontif. Otra farsa de las que acostumbra, pero venid pronto, acudid todos, el espectáculo bien vale la pena.

—Señora Citárea, os lo ruego, señora Citárea... — bulbuceaba el presunto salvaje, arrimándose a ella para hablarle al oído.

—¡No os arrimeis, viejo hereje — exclamó la portera, echándose atrás; ¡sólo os faltaba ahora eso, comprometerme!

Mientras todos los inquilinos del cuarto piso, hombres y mujeres iban saliendo de sus respectivos departamentos y se agrupaban en el rellano.

El señor Pontif estaba aterrado.

—¡Estoy perdido! ¡Estoy deshonrado! — murmuraba mirando a todos con aire turbado.

Acabó por perder la cabeza cuando sintió que se abrían y se cerraban las puertas de los pisos inferiores, y viendo que iban lle-

gando sucesivamente todos los inquilinos de la casa, que muy pronto formaron un círculo compacto a su alrededor.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso? — exclamaban entonces muchas voces indignadas, ¡es el señor Pontif el autor de todo este escándalo.

—¿Pero está muy bien así, el señor Pontif decían algunas mujeres, conteniendo a duras penas las carcajadas, se comprende que quiera exhibirse en ese traje que es de una tremenda elegancia.

El infeliz hubiera querido estar a cien pies bajo tierra. Paseaba a su alrededor miradas azoradas buscando inútilmente un rincón donde poderse esconder, preguntándose angustiado cuándo y cómo iba a terminar esta horrible escena, poseído de alucinaciones que le mostraban bajo una faz fantástica el círculo que lo rodeaba y las risotadas de que era objeto.

—¡Pero, hombre! señor Pontif, le dijo por fin un inquilino, ¿sabeis que ha sido una idea singular esa que habeis tenido?

—Señor, respondió el infeliz, que tartamudeaba por la emoción; os juro... os juro... ci carácter... en fin, señor, ved lo que ha sido...

Fué interrumpido de pronto por un ruido de herrajes, procedente de la escalera.

—¡Gran Dios! — murmuró, — ¡son los maritornes del restáraunt!

Y dirigiéndose a la portera que, apoyada en su palo de escoba, lo contemplaba con aire burlón:

—Os lo suplico, señora, mandad por un cerrajero; la puerta está cerrada y la llave quedó adentro.

—¿El señor Pontif? — preguntó el cocinero desde la escalera, que subía al frente de sus pinches, armados de la batería de cocina:

—¡Aquí lo teneis! — dijo la portera en tono zumbón.

El concinero y su gente miraron estupefactos al señor Pontif.

—¿Dónde entramos? — preguntó el cocinero.

—Aquí es el departamento del señor, — dijo la portera.

—Entonces, — repuso el cocinero, — si el señor quiere hacerme el bien de introducirme, por que no tenemos tiempo que perder, puesto que según tengo entendido estamos retardados de media hora.

—¿Qué hora son? — preguntó el señor Pontif.

—La una menos cuarto, señor.

El jefe de la oficina quedó espeluznado.

—La hora en que estoy esperando a mis convidados! — exclamó consternado.

Luego, dirigiéndose a uno de los pinches:

—Amigo mío, — le dijo — la puerta de mi casa está cerrada, corre en busca de un cerrajero, lo traes en seguida y te prometo una buena recompensa.

La portera que sintió ruido de pasos en la escalera, se inclinó para ver quién subía y exclamó con aire triunfante:

—¡Y bien! ¡Ahí vienen unos que no están retardados, ellos! Bien se conoce que se trata de yantar.

El falso salvaje perdió el color.

—¿Qué decís? ¿Qué quereis decir, señora Citárea? — preguntó con una angustia que contraía todas sus facciones.

—Una buena noticia, señor Pontif, — dijo ella por toda respuesta. — Ahí teneis a la señora y señorita Torcheboeuf que suben.

El señor Pontif cerró los ojos y extendió los brazos en busca de un punto de apoyo. Sentía que todo daba vuelta a su alrededor y que las piernas se negaban a sostenerlo.

—Viene magnífica, señor Pontif, — continuaba la portera, desde aquí se siente el olor de los perfumes de que está inundada la bella Isolina y trae rosas blancas en los cabellos, emblema de su inocencia. ¿Creeis que es todo? ¡Bah! contemplad el vestido de la señora. ¡Es cuanto hay que ver! Se ha puesto el chal-carpeta en obsequio a lo plausible de las circunstancias. Se ve que todo es fresco, recién salido de casa de la "tía", a la que se lo da a guardar hasta en el invierno.

—¡Es preciso ver cómo se cuadra! Parece una custodia. ¡Ah! ahora sé para hacer hinchar el vestido de su hija por detrás, ¡es cuaro! ¡quiere llamar la atención sobre sus ventajas naturales! ¡Caramba! es preciso cuidar eso, vieja intrigante. ¡Bah!

Y añadió casi en seguida:

—¡Hola! ¡hola! empieza ya el desfile; van llegando todas en fila; ¡señoras, muy bien! ¡por cierto,espléndidas toilettes! ¡Chales de Cachemira! ¡Sólo que el tapete de madame Torcheboeuf va a hacer una linda figura al lado de eso.

—¿Ahí están? ¿Están ya todos, decís?— exclamaba el señor Pontif, sin saber dónde meterse.

Y asaltado por una inspiración de la que se arrepintió casi en seguida, atravesó la multitud y se refugió en el retrete, cuyo cerrojo pasó.

Esta deseperada resolución excitó las ruidosas carcajadas de la maliciosa portera, de los locatarios y de la gente del restaurant; de modo que las Torcheboeuf y todos los invitados hicieron irrupción en el rellano en medio de aquel concierto singular.

Nada podría dar idea de estupor al encontrarse en aquella asamblea que se moría de risa, apretándose los ijares, arrastrándose por las paredes, entregándose a las contorsiones más diversas, con todas las apariencias de una verdadera locura.

Pasado el primer momento de sorpresa, la madre de Isolina, aplastando con una mirada de desprecio a la portera, su enemiga mortal, que había venido a reírsele a las narices, atravesó majestuosamente aquella alocada multitud, fué a la puerta del señor Pontif y tiró del cordón de la campanilla.

—¡No está ahí, se ha mudado! — dijo la portera con tono irónico.

—¿Cómo, se ha mudado?

—Sí, ahora tiene su domicilio allí.

Y señalaba el retrete en que se había refugiado Pontif.

—¿Qué significa esta broma de mal género?

Entonces todos los circunstantes, con las manos extendidas como un coro de apereta prestando un juramento solemne, se pusieron a cantar el "aria de Las Lamparitas":

¡Está allí! ¡Está allí!
¡No se moverá, no de allí!
&., &.

No se fácil imaginarse la cara que pondría a todo esto el ex jefe de oficina.

Habiendo la señora Torcheboeuf llamado por repetidas veces inútilmente, los invitados empezaron a sorprenderse.

—Cuando os digo que está ahí,—insistió la portera.

Entonces uno de los invitados se aproximó a la puerta del retrete.

—Vamos, señor Pontif, responded — le dijo.

Primero se sintió un gemido, después la puerta se abrió, y a la mirada de los circustantes se presentó un espectáculo lastimoso.

El dueño de la casa, de pie en el umbral del refugio, con los brazos a lo largo del cuerpo, la cabeza caida sobre el pecho, con las facciones lívidas y la vista apagada, tenía el aspecto más de un muerto que de un vivo.

—Isolina, daos vuelta — dijo públicamente la madre de la niña.

—¿Pero qué diablos hacéis ahí con ese traje y en semejante actitud? — le preguntó el invitado.

El interpelado iba a responder, cuando se oyó una voz gritar:

—¡Aquí está el cerrajero!

Era Arturo, que se lanzó al señor Pontif diciéndole:

—Yo soy quien os ha salvado.

—Demasiado tarde, — dijo el infeliz, señalándose la frente; — he recibido un golpe aquí.

—Apoyaos en mi brazo; es el de un amigo.

Habiéndose abierto la puerta, el desgraciado señor Pontif, apoyado en el brazo de su amigo Arturo y segundo de todos sus invitados, pudo entrar por fin en su casa.

LIX

EL RUYSDAEL

Ya dijimos que Santiago Turgis había llegado a la calle Duperré en lo más fuerte de la emoción causada por la presencia de un salvaje en la casa gobernada por la señora Citárea.

En la disposición de espíritu en que se hallaba, se divirtió algún tiempo con las extrañas ocurrencias cambiadas entre el gentío de la calle a propósito del antropófago, y después se decidió a subir a su habitación para cambiase el traje por un vestido de trabajar.

Ya se sabe que vivía en la misma calle, pocas casas más arriba. Estaba allí hacia como una hora, cuando sintió llamar a la puerta ruidosamente:

—He aquí un tipo bien apurado, — se dijo.

Y fué a abrir en seguida.

Inmediatamente se precipitó un hombre dentro del cuarto, y parándose delante de él con la mirada feroz y las facciones trastornadas:

—¿Y el cuadro? ¿Y el cuadro? — le preguntó con voz ronca.

Aquel hombre era Chaumont, el negociante de cuadros.

—¿Vuestro cuadro? — dijo Santiago, contemplándolo sorprendido. — ¡Y bien! está en el taller; lo podeis mandar a buscar con la copia.

—¡En el taller! — murmuró el marchante, dándose una palmada en la frente; — ¿decís que está en el taller? ¿No está aquí?

Y dejándose caer como una masa en un sillón:

—¡Estoy perdido! — murmuró con voz desfallecida; — ¡perdido!

—¿Pero qué es eso? ¿Qué teneis? — le preguntó el pintor, — ¿qué os ha sucedido? Parece que hoy estay medio transtornado. ¿Estará enferma vuestra mujer?

—¡Oh! ¡Si no fuera más que eso! — exclamó el marchante, agitándose en su asiento.

—Sería algo, sin embargo — respondió Turgis, sonriendo.

Chaumont saltó de su asiento, y viniendo junto al artista, golpeó el suelo con el pie.

—¡No se trata de mi mujer! — aullaba como una bestia feroz, y clavándole una mirada furibunda, — ¡se trata de mi cuadro, que me han robado!

—¡Robado! ¿Eso es lo que tenéis, señor Chaumont? ¿Y cómo se os ocurre tan rara idea?

—Acabo de pasar por el taller y no esta allí.

—¡Vamos, hombre! — hizo Santiago, sonriendo, — ¡es imposible!

Y añadió:

—¿Hablasteis con mi padre?

—No estaba allí.

—¿Y cómo pudisteis entrar en el taller?

—La llave estaba en la puerta.

—¿Y mi padre no estaba?

—No.

—Habría salido a alguna diligencia.

—No sé. ¿Pero y mi cuadro? — vociferó de nuevo, dando patadas en el suelo; — ¡mi cuadro no está allí!

—Es decir, que no está en su sitio de costumbre, — dijo Santiago; — esto depende de que mi padre se hace la cama todas las noches en el taller, y se ve obligado a arrimar los dos cuadros en un rincón.

—No he visto cama ninguna.

—Que la habría levantado sin arreglar el taller, es todo lo que hay. Tranquilizaos, pues, mi querido señor Chaumont; vais a volver a ver vuestro estimado Ruydael y os lo podeis llevar en seguida junto con la copia terminada ya.

Y poniéndoes su camiseta de paño rojo:

—¡Vamos! — dijo, — vamos a bajar.

El marchante de cuadros lo siguió algo menos irritado, pero siempre poseído de una gran agitación.

—De todos modos, — dijo al pintor cuando bajaban, — teneis que confesar que vuestro padre es bien imprudente en dejar la llave a la puerta de un taller que tiene una tela como esa.

—Os repito, señor Chaumont, que mi padre sólo ha podido ausentarse por algunos minutos. ¡Mirad! como es fumador, apostaría que bajó para ir al marchante que queda precisamente delante del número 7.

Cuando estuvieron en la calle vieron que ya se había desvanecido la especie de motín originado por la aventura del señor Pontif.

—Subamos, — dijo Santiago; tengo prisa por disipar las nubes que se han aglomerado en vuestra frente y que, os lo aseguro no os rejuvenecen por cierto.

Trepó rápidamente al tercer piso donde tenía su taller. La llave estaba aun en la cerradura. Santiago abrió la puerta y en seguida entró el mercader.

—¡Cómo! — dijo el pintor un poco turbado; — mi padre todavía no ha vuelto.

—¡Y bien! ¿Dónde está mi cuadro? ¡Mostrádmelo! — dijo bruscamente Chaumont

Santiago recorrió el taller con una mirada.

Entonces una palidez mortal se extendió por sus facciones, levantó las manos por encima de su cabeza dando un grito ronco, y se desplomó encima de un asiento que afortunadamente tenía a mano.

—¡Ah! ¡Gran Dios! — decía el mercader de cuadros, mirando al pintor con espanto — ¡Dios mío! ¡No me había engañado pues es verdad que lo han robado!

El artista no respondió; ni siquiera se movía. Con el cuerpo caído y los brazos colgando de un lado y otro del sillón, con la cabeza caída sobre el pecho, tan pálido y tan absolutamente inmóvil que parecía una figura de cera, tenía todas las apariencias de la muerte.

Chaumont se apercibió de que el artista había perdido el conocimiento: pero poco se emocionó por ello. Sólo se preocupaba de su cuadro, y ni siquiera pensaba en llamar a la vida al desgraciado artista que tenía allí inanimado delante de sí.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

..... de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

—¡Mi cuadro! ¡Mi cuadro! — exclamaba, recorriendo el taller, y golpeándose la frente como un loco furioso, — ¡mi cuadro ha sido robado, robado!

Se paró de pronto, y cruzándose de brazos con un gesto lleno de violencia:

—¡Ochenta mil francos! — gritó con una carcajada de salvaje ironía, — ¡rechace ochenta mil francos!

Y volviendo a recorrer el taller a grandes pasos:

—¡Imbécil! ¡Imbécil! — exclamaba, acentuando cada sílaba con rabia.

Después, parándose de pronto delante del artista que continuaba inmóvil:

—¡Mucho tiempo se toma este para su desmayo! — dijo, clavándole una mirada implacable.

Y añadió al cabo de un momento de reflexión:

—Es preciso, no obstante, que me ocupe de él si quiero que me ayude a encontrar, si no mi cuadro, al menos las huellas del ladrón.

Dirigió una mirada a su alrededor, y habiendo visto en un rincón una fuente con una tinita y una servilleta colgada de un clavo, corrió a ella.

Y vino luego con la tinita llena de agua y la servilleta. Desabrochó en seguida el cuello de la camisa del artista y habiéndole sacado la corbata, se puso a reflescarle las sienes, los puños y la frente con agua fresca.

Estimulado por el deseo de ponerse cuanto antes en busca de su cuadro, continuó prodigándole los cuidados con nua paciencia y una solicitud de las más apremiantes, hasta el momento en que la piel, coloreándo poco a poco, indicaba, en fin, el retorno de la vida.

Santiago, al abrir los ojos, paseó a su alrededor una mirada vaga e inconsciente, luego, reparando en el mercades arrodillado cerca de él con una servilleta en la mano:

—¡El señor Chaumont! — murmuró.

Y mirándolo fijamente:

—¿Qué haceis en esa posición? — le preguntó.

—¡No os acordais de nada, pues! — exclamó el marchante de cuadros, parándose de repente; — ¿y mi cuadro?

A esta palabra, que le recordaba brutalmente la terrible verdad, Santiago estuvo por desmayarse de nuevo.

—¡Vamos! ¡vamos, valor! — le dijo suavemente el mercader, comprendiendo la imprudencia que acababa de cometer; tal vez todo no esté perdido, si nos ponemos activamente en busca del ladrón.

—Sí, sí, teneis razón, — dijo Santiago, recobrando muy pronto el uso de sus entidos y la lucidez de espíritu; — no tenemos un instante que perder.

Se levantó, y aunque muy débil todavía, empezó a poner algún orden en sus vestidos.

—Pero, ¿y mi padre? ¿mi padre? — exclamó de repente, — ¿cómo puede estar tanto tiempo ausente, habiendo dejado la llave puesta?

Y añadió en seguida:

—Pero ¡ahora caigo! tal vez se habrá apercibido del robo y habrá salido sobre la pista del ladrón. Sólo así se explica este descuido.

—Puede ser, — dijo Chaumont, — pero no debemos contar sino con nosotros mismos; bajemos pronto.

Cuando llegaron abajo.

—Podría ser que mi padre hubiese hablado con la portera, — dijo el pintor; — voy a informarme.

La portera estaba precisamente al umbral de su puerta.

—Señora Citárea, — dijo el pintor, — ¿a qué hora salió mi padre?

—Para salir, — respondió aquélla, — sería preciso que hubiera entrado antes.

—¿Qué queréis decir? — preguntó Santiago alarmado.

—Quiero decir que salió anoche y todavía no ha vuelto.

—¿Anoche? ¿a qué hora?

—A las once.

—¿Y decís que pasó la noche fuera?

—Dios mío, sí. Y hasta me ha sorprendo mucho ver esta mañana la llave en la puerta.

—¿Y al salir ayer no os dijo nada?

—Absolutamente nada. Pero bien debéis saber donde iba; puesto que salía por vos.

—¿Cómo lo podeis saber, puesto que no dijo nada?

—¡Caramba! Era fácil de ver que se trataba de alguna comisión vuestra, ya que iba cargado con un cuadro a cuestas.

Al oir estas palabras el pintor abrió la boca para dar un grito, pero la voz expiró en la garanta, y permaneció delante de la portera, inmóvil, y con la baca bierta, la vista fija y como herido de un rayo.

—¡Es él! ¡Es él! — exclamó el marchante de cuadros, después de un momento de estupor.

LX

EL MARCHANTE DE CUADROS

—¡Y bien! ¿qué? ¿qué hay? — preguntó la portera asustada del aspecto del artista; — ¿qué es lo que os pasa, señor Santiago? Me parece que os sentís mal; entrad a sentaros y tomaréis alguna cosa; tengo un licorcito que hago yo misma, que es rico contra la debilidad. Luisita, prepara una copita de...

—Gracias, gracias, — dijo vivamente Santiago, recobrando el uso de la palabra; —esto no es nada, un síncope que pasó ya.

—Si quereis creerme, — le dijo Chaumont, — volvamos a subir al taller. Después de lo que acabamos de oir, tenemos que hablar y aquí estamos mal para ello.

—Sí, sí, subamos, — dijo el pintor.

—Y si teneis necesidad de mí para algo, —dijo la portera, — no os incomodeis, señor Santiago; hay un poco de viveza, pero el corazón en la mano, ¡ya sabeis! ¡Ah! es que sois un joven como pocos y que se respeta. ¡Vamos! no sois de los que hacen venir criaturas sin pudor para que les sirvan de modelo, por el "conjunto" como dicen; es que yo he visto esto cuando vuestro an-

tecesor, una vez que entré en el taller, y todavía tengo los pelos de punta. ¡Y se dejan decir que el gobierno lo había condecorado por esas orgías, cuando debía haberlo mandado a galeras!

Santiago estaba ya en el segundo piso, que todavía la portera seguía conversando, y la oía aun abrir la puerta del taller.

—¡Vamos! — le dijo el señor Chaumont, —sentaos ahí y reaccionad sobre vuestra situación; no es el momento de perder la cabeza; todo lo contrario.

Santiago obedeció maquinalmente. Pero absorbido su espíritu por la terrible catástrofe de que era víctima, ni siquiera oía lo que le estaba diciendo el marchande de cuadros.

—¡Robado! ¡robado por mi padre! — exclamaba el pintor, ocultándose la cabeza entre las manos. — ¡Ah! ¡esto es horrible! ¡horrible

—¡Sí, es espantoso! convengo en ello,— decía el marchante, pero permitidme que os diga que habéis sido muy imprudente en fiaros del tío Vulcano. ¿Pero, no sabíais, por ventura, que desde hace tanto tiempo llevaba una vida de atorrante, por no decir de algo más, y que se le encuentra siempre en las tabernas más sospechosas, ei compañía de gentes de la peor catadura?

—¡Perdido, arruinado, deshonrado por mi propio padre! — exclamaba el pobre joven. —¡Oh! ¡qué vergüenza! ¡qué vergüenza!

—Vamos, mi querido Santiago, — le dijo el marchante, poniéndole la mano en el hombro; me veo obligado a recordaros que la situación es grave y exige toda vuestra energía y toda vuestra atención.

—Teneis razón, señor Chaufont, — dijo el joven, — ya os escucho, y estoy completamente a vuestra discreción por cuanto estimeis necesario hacer.

—¡Dios mío! — replicó el mercader, — no puedo ocultaros que lo primero que hay que hacer en semejantes casos es trasladarse inmediatamente a la comisaría de policía y declarar...

—¡Denunciar a mi padre! — exclamó horrorizado Santiago, — pero no pensais en...

—Sí, comprendo vuestra repugnancia... Sois su hijo, pero yo, que no tengo ningún motivo para compadecer al hombre que me ha robado, voy a hacer por mí mismo la declaración al comisario para que ponga inmediatamente a la policía en persecución del tío Vulcano.

—Señor Chaumont, os lo ruego, no hagais eso, — exclamó el joven con la vista extraviada y las facciones descompuestas; ¡comprendo no sintais ninguna lástima por mi padre, pero a mí, a mí! ¿Qué os hecho yo para deshonrarme, para romper mi carrera echando sobre mi nombre, que he mantenido siempre honrado y puro, una vergüenza indeleble, uno de esos escándalos infames a los que no puede sobrevivir una alma delicada?

—Desgraciadamente, — repitió Chaumont quien desde que habían vuelto al taller estudiaba el efecto de cada una de sus palabras en la fisonomía del artista; — es cierto que lo vergonzoso no faltaría en este asunto, y quedaríais horririzado si pudierais sospechar el género de vida que lleva vuestro padre desde hace mucho tiempo y sobre todo la clase de gente que frecuenta. ¡Mirad! — añadió bajando la voz, — es preciso que os lo haga saber, para que conozcais todo el horor de la situación que nozcais todo el horror de la situación que ciones se componen casi exclusivamente de ex presidiarios.

Santiago dió un grito de horror a esta terrible revelación.

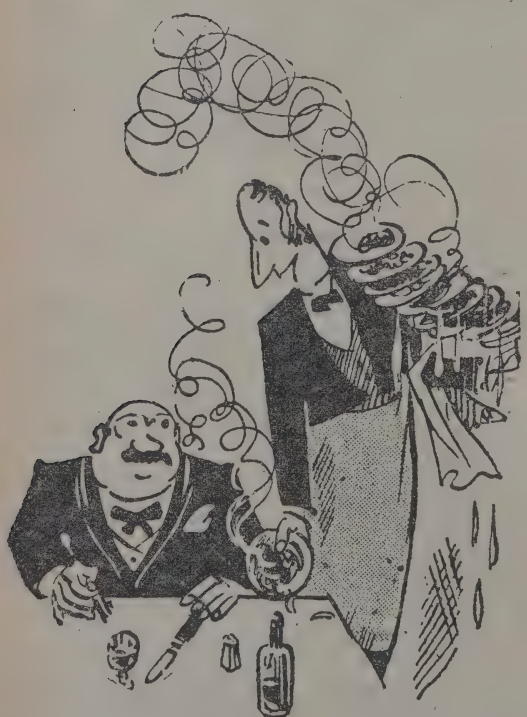
—Nunca os lo había dicho, — repuso el mecader con un acento lleno de bonhomia, — pero yo supe esto hace mucho tiempo, por un ex modelo, antiguo compañero del tío Vulcano que la casualidad puso al corriente de la vida que éste llevaba.

—¡Oh! ¡Tatiana! ¡Tatiana! — murmuró el artista hundiendo la cara entre las manos. — ¡Se acabó! ¡Estás ya perdida para mí!

El señor Chaumont continuó, clavándole una mirada dura y ávida:

—Y es preciso no hacerse ilusiones, mi querido Santiago, el escándalo que teméis, es inevitable

Una salsa "picante"



—¡Mozo! En el primer plato que me ha servido usted he encontrado un alfiler.

—Eso no tiene nada de raro, señor; como que se trataba de una verdadera salsa "picante".

—¡Inevitable! — exclamó el artista levantando bruscamente la cabeza.

—Sí; os lo voy a probar. La gente con quien vive desde hace mucho tiempo el tío Vulcano, y de las cuales ha tomado los usos y costumbres, no "trabajan" nunca aisladamente, para emplear su lenguaje; encuentran en la asociación facilidades inmensas; no hacen nada sin ponerse de acuerdo, y para mí es evidente que el regreso del tío Vulcano junto a su hijo, es el resultado de un complot concertado entre él y sus amigos, es decir, sus cómplices. Se han distribuido los roles y naturalmente el tío Vulcano se encargó de introducirse en la plaza por medio de una reconciliación y de "alimentar el muñeco", es decir, olfatear y preparar un buen golpe. Y es lo que ha hecho. Ha visto en el Ruysdael la ocasión que esperaba y no la ha dejado escapar. Se ha llevado el cuadro. Pero su rol termina ahí y empieza el de los cómplices, que una vez con la prenda entre las manos, deben buscar su colocación. Porque ya podeis ver en seguida la marcha y las peripecias del asunto: denunciado por mí el tío Vulcano y agarrado en seguida por la policía, de la que es conocido por muchas entradas en la cárcel, pronto sabrá dónde encontrarlo. Una vez preso, no ha de tardar en hacer confesiones a consecuencia de las cuales se echa pronto la mano al encubridor sobre el que ha vendido el cuadro. Luego, de confesión en confesión y de pesquisa en pesquisa se llega a dar con una banda de malhechores, ex presidiarios, entre los cuales figura un tal Turgis (Juan) por apodo el tío Vulcano, acusado de haber robado un cuadro en el taller de su hijo Santiago Turgis y condenado por aquel hecho y por complicidad en las fechorías cometidas por la banda de los ex presidiarios. Os lo repito, no os hagais ilusiones, tal es el asunto tal como se va a desarrollar en seguida por ante los tribunales de la justicia correccional.

Santiago quedó aterrado.

A medida que hablaba el señor Chaumont sus facciones se iban descomponiendo, al representarse aquel terrible cuadro que desarrollaba ante sus ojos y por el que le probaba con toda claridad que su nombre no podía salir de allí sino vergonzosamente, ignominiosamente mancillado.

—Escuchadme, señor Chaumont, — dijo a éste después de unos instantes de silencio, — vos todavía ignorais las consecuencias que un escándalo de esta naturaleza podría tener en mi destino. Os voy a confesar toda la verdad, y entonces confío en que renunciareis a perseguir este asunto.

—Ya os escucho, mi querido Santiago, pero no obstante, me parece muy difícil que me resigne a no intentar nada para recobrar un cuadro que estimo en ochenta mil, o tal vez cien mil francos.

—Señor Chaumont, — repuso el pintor, —yo amo a una joven que pertenece a una excelente familia; la amo con todo mi corazón y tengo la dicha de ser correspondido; he puesto en ella el sueño de toda mi vida, todas mis esperanzas de felicidad, y si me fuera preciso renunciar a la realización de mi sueño, no sobreviviría a ello, os lo juro. Me podría consolar de todo menos de la pérdida de mi adorada Tatiana. Ahora bien; ya comprendeis que sería perdida para siempre, para mí, después de toda la infamia que reflejaría sobre mi nombre a consecuencia de tan innobles debates.

El mercader había escuchado esta confidencia aparentando el más vivo interés, pero al mismo tiempo un resplandor extraño había brillado en su mirada.

—Vuestra situación es de las más interesantes, mi querido Santiago, — replicó, estrechando efusivamente la mano del pintor entre las suyas, cuya mirada se iluminó con un reflejo de esperanza con esa muestra de simpatía; y aunque muy lejos ya de esa edad, recuerdo todavía bastante las emociones de mi juventud para comprender vuestras torturas y compartirlas, pero, en fin, os lo pregunto, ¿qué queréis que haga, y qué haríais vos mismo en mi lugar?

El pintor permaneció callado algunos instantes, embarazado evidentemente ante aquella pregunta.

—Desgraciadamente, — respondió al fin, — no me hallo en condiciones de poderos proponer la única solución que podría arreglarlo todo: el pago del cuadro robado. He tenido largos años de prueba, durante los cuales he contraído deudas rápidamente decupladas por los intereses usurarios que me era preciso aceptar; pero en fin, estas deudas están pagas, me he hecho un nombre, mis telas empiezan a venderse a buen precio, de ocho a diez mil francos, vos lo sabéis mejor que nadie, y si quisierais, podríamos entrar en arreglos.

—Mirad — exclamó de pronto el mercader, con una expresión de bonhomia perfectamente simulada; — siempre me habéis inspirado interés, y os lo voy a probar, consintiendo en un arreglo peligroso, absurdo, porque en fin, la vida y la muerte Dios sólo la tiene; vos podéis morir mañana y entonces me quedaría como único consuelo un pedazo de papel mojado. Pero en fin, voy a correr este riesgo en obsequio vuestro.

—¡Ah, querido señor Chaumont, cuánta gratitud! — exclamó el pintor en un transporte de alegría.

—¡Bah! no hablemos de eso. Por una cosa de estas no se hace nunca una sesión corrida; voy a reflexionar esto en casa para nuestros mutuos intereses, y luego os lo envío para que pongáis vuestra firma.

Y salió, dejando a Santiago contentísimo con este inesperado desenlace.

Esta alegría se habría atemperado mucho

Lea
PUCKY
todos los viernes

si el joven pintor hubiera reflexionado en que Chaumont era el más duro, el más empedernido y más rapaz de todos los negociantes de cuadros, y si se hubiera fijado en que, desde su vuelta al taller, había cambiado completamente de tono y de maneras, como un hombre que ha concebido un proyecto y se ha propuesto realizarlo.

LXI

EL TIO MARDOCHEE

Tal vez el lector tenga curiosidad de saber el destino del Ruysdael que acaba de desaparecer del taller de Santiago Turgis.

Vamos a satisfacer este deseo.

La víspera, como a las diez de la noche, en el momento en que Santiago Turgis se trasladaba al baile de la baronesa de Villarsay, sin sospechar absolutamente la catástrofe que se armaba sobre su cabeza en aquel enprovisoriamente le servía de dormitorio. provisoriamente le servía de dormitorio.

Había pasado la velada con algunos amigos, y como de costumbre, el ajenjo hizo el gasto de la fiesta.

Regresaba, pues, un poco "achispado", y la portera, que lo miraba del rabo del ojo, le recomendó que no sacudiese tanto el pasamano, en el que se apoyaba con la energía de un hombre que no tiene la mayor confianza en la solidez de sus piernas.

Llegado al taller, empezó por prender una vela y en seguida, colocándose delante de Ruysdael:

—En realidad, — murmuró, echando en la tela una mirada estúpida, mi amigo Collin tiene razón, ¿por qué tendría que preocuparme? En primer lugar, sólo vine aquí para esto, únicamente que yo creía llevarme una tela de Santiago y el azar me envía una tela de un maestro; prueba que la Providencia está de mi parte. Y luego, mi hijo es un haragán, un inútil y un ingrato, que se viste como un agente de cambios y come a razón de dos francos por cabeza, en tanto que su pobre padre lleva la blusa del proletario y se alimenta con inmundicias, cuando no es del aire del cielo. Esto no podía durar mucho tiempo así; esto clamaba venganza, el cielo se enojó por fin y ha sonado la hora de venganza. Vamos a "limpiar" el cuadro y a darnos un poco de buena vida; cada uno a su turno. Basta de penurias, vamos a regocijarnos un poco. ¿Quién sería capaz de reprochármelo? Después de todo, yo soy su padre, yo estoy en apuros y él está podrido en "braga". Podría pedirle pensiones alimenticias y me contento con una simple tela. Bien es preciso, sin embargo, echarse algo entre los dientes. ¡Vamos, mi valiente Rusdael! Ven conmigo, mi viejo; te puedes vanogloriar hoy de tener la gratitud de un par de tunos.

Y tomando por fin el cuadro, se lo echó a la espalda. Luego, después de tener la precaución de apagar la vela, salió del taller, cerró la puerta dejando la llave en la cerradura, y emprendió la peligrosa tarea de bajar la escalera con su carga.

Tropezando a cada escalón, y con el peligro, veinte veces, durante aquel temible descenso de saltar de cabeza en el vacío llegó por un abajo, sin duda para confirmación de aquel proverbio de que hay un dios especial para los borrachos.

Llegó, pues, sano y salvo a la portería, y pidió el cordón de la puerta.

La portera, que se había estremecido veinte veces al sentir los crujidos del pasamanos, su constante preocupación, se apresuró a servirlo, contenta ya por fin de verlo atravesar el umbral de la puerta.

Una vez fuera, el tío Vulcano dió vuelta a la derecha, ganó el boulevard, se dirigió hacia el baile de la Reina Blanca y se metió en la tienda de un marchante de vinos, especie de sótano obscuro, de tres gradas bajo el nivel del suelo y alumbrado lúgubremente por un solo mechero de gas.

Después de atravesar la tienda, completamente viuda de clientes, pasó a un gabinetito, en donde había dos hombres sentados en una mesa, delante de una botella de aguadiente.

Uno de aquellos hombres, que el lector

El sentimiento de un queso

—¡Mozo! ¡Este queso de Gruyere llora!
—Usted sabe, señor, que en esta época del año el buen Gruyere llora siempre.
—Pues entonces deme uno que ya se hay: consolado

conoce ya desde el principio de esta historia, en la taberna de la Providencia, era Collín, el amigo íntimo de Vulcano. El otro era el tío Mardochée, cuya nariz encorvada la mirada falsa y astuta, la barba larga y puntiguda, de un gris sucio, como su larga cabellera lacia y grasienta, recordaban el tipo de aquellos judíos de la edad media que se enriquecían por la usura y pasaban su vida agobiados por los ultrajes y las humillaciones.

El tío Mardochée hacía poco más o menos todos los oficios, tenía una particular predilección por el comercio de cuadros y poseía en alto grado el secreto de dar a las telas nuevas los tonos obscuros y ahumados que distinguen las obras maestras de los maestros antiguos.

—Pucho cuitado, amico mío, — decía Collin en el momento en que entraba el tío Vulcano; — pepéis temasiado; esto es malísimo para la salud.

—Sí, y además, cuesta dinero, ¿no tío Mardochée?

—Sí, no, pos no me tombredeis, — dijo el viejo judío; es por interés puestro...

—Sí, sí, el interés, o mejor, los intereses es vuestra especialidad; ya sabemos esto, — repuso con irónica sonrisa.

—Os curo, mi puen amico...

—Vamos, dejaos de picardías; conmigo esto no cuela; confesad que sois un viejo ladrón y que vuestra sangre no hace más que dar una vuelta a cada copita que yo bebo y no hablemos más de ello.

El viejo Mardochée iba a disculparse de nuevo de aquel reproche de avaricia, cuando entró el tío Vulcano cargado con su cuadro.

—¡Ira de Dios! — dijo, poniendolo en el suelo — empezaba a cansarme el lomo.

—Feamos, feamos, ese Ruysdael, — exclamó el judío, levantándose bruscamente.

En sus pequeños ojos negros se acababan de encender todos los fuegos de la concupiscencia; se estremecía de alegría pensando en la adquisición que iba a hacer, y al tomar la vela para alumbrar todas las partes de la tela, le temblaba la mano de emoción.

En su entusiasmo no perdía, sin embargo, de vista las pequeñas economías.

—Mi puen amico, — dijo al tío Vulcano, — podeis peper mi vaso; casi no he tocado a él.

—Gracias, no estoy tan sediento, — dijo el modelo. — Por lo demás, mi religión me prohibe beber después de un judío. Y luego, ¡aguardiente! Vamos, que eso ni siquiera rasca la garganta.

Golpeó la mesa ruidosamente.

—¡Una chopusa de ajenjo! encargó al mozo que había acudido.

El judío se estremeció, pero sin atreverse a hacer ninguna observación. Y recomenzó a estudiar la tela que tenía a la vista.

—Muy linto, muy linto, — murmuraba en voz baja de manera que no lo oyesen los bebedores.

Cuanto más miraba, más crecía su entusiamos. Pero se guardaba muy bien de dejarlo adivinar.

—¡Y bien! ¿Qué es parece eso, tío Mardochée? — le preguntó Collin.

—¡Eh! ¡eh! — hizo el judío con una mueca desdeñosa, — es un Ruydael es evidente, yo no tigo que no, pero es un Ruysdael de la primera época.

—¿Qué me quereis cantar ahí con vuestras épocas? — replicó bruscamente el ex modelo. — El señor Chamount, que es un tacaño y que sabe lo que hace, lo ha pagado en sesenta mil francos y le dan ochenta mil; lo que prueba que es una linda época.

—El señor Jaumont es un ricachón que puede pagarse estos caprichos y que tiene una glientela de millonarios, en tanto que yo...

—Vamos, basta de zalamerías como esas; no tenemos tiempo para charlar demasiado; ¿qué es lo que dais por esa tela?

Mardochée se puso a examinar de nuevo el cuadro, para darse el tiempo de reflexionar.

—¡Y bien !cuando gusteis... — dijo el tío Vulcano, impacientado.

—Bues pien; yo doy... bues pien, sí, yo doy... cinco mil prancos.

—¡Cinco mil francos! ¡Por un cuadro que vale ochenta mil! ¡Jamás!

—Notad pien, mi caro amico, que yo no buedo penderlo en París, primero porque ya es conocido de dodos los marchandes de cuadros y luego porque el señor Jaumont irá a hacer en seguida su declaración a la policía.

—Eso es verdad.

Explicación

—¿Este es el cráneo de Richelieu? ¡No embrome! ¡Si Richelieu tenía una cabeza enorme!

—Sí, pero este es el cráneo de Richelieu a los catorce años.

—Es preciso que cho barta en seguida a tenderlo en Igladerra antes de que seban el ropo... quiero decir la desaparición de un Rsysdael; esto ocasiona grantes gasdos; gasdos de fiage, tembalaque te transporde y después que los Ruysdael no se tenden pien en Ingladerra.

—¡Viejo farsante! ¡Va!

—Y tespués, ca vin, cho corro alcunos riesgos de bolicía gorrecrionar.

—Absolutamente. Un hijo no persigue a su padre, o sería un monstruo; me causaría horror a mi mismo y renegaría de él. Ahora bien, desde el momento que yo no soy inquietado no correis peligro ninguno.

—Fuestro hijo no berseguirá a su badre. bero el señor Jaumont...

—¡Diablo! Es cierto, — dijo el tío Vulcano, cuya frente se obscureció de repente; — ¡yo no había caído en eso, a fe!

—En pin; es cuando cho bueto hacer; bero bodeis brobonerlo a odros.

Era el argumento supremo del viejo judío en esa clase de asuntos. Y el golpe era de un efecto seguro.

—Sí, gracias — dijo el tío Vulcano. — Ir con esto triunfalmente de puerta en puerta para hacernos cobar el guante inmediatamente. ¡Oh! no; no hay cuidado. !Oh! bien sabe que nos tiene ensartados por ahí, el viejo macaco.

Y dirigiéndose al judío:

—¡Ah! viejo canalla—exclamó el tío Vulcano. — Bien lo conocía ya el Ruydael haberlo visto en la vidriera de Chaumont; y tomó sus medidas para no dejarlo escapar.

—Apsolitamente, cho no lo gonocía, — replicó el judío, sacándose una bolsita de cuero.

Desató la piola que ataba la bolsa y la vació encima de la mesa.

No contenía más que piezas de oro, cuya vista hizo brillar sus ojos, y fué contando y alineando las monedas con mano temblorosa.

—¡Eso es! — dijo cuando hubo contado y recontado la suma.

—Sí, sí, la cuenta es exacta, — respondió el tío Vulcano. Y ahora lo vamos a llevar a vuestra casa.

—No, no — exclamó vivamente Mardochee — yo me encargo.

—Es pesado, y de aquí a vuestra casa de la calle Buttes, es lejos.

—¡Oh! ¡Cho soy todafía puerte.

Y tomando el cuadro con tanto respeto como si hubiera sido una reliquia, se lo echó al hombro y se fué.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.— m/n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

—

8 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

Justificada espera

—¡Vamos, hombre! ¡Salte pronto!... ¿A qué espera?
—Es que mi señora está durmiendo y no sé cómo despertarla. Cuando le diga que hay fuego, de seguro me pega. Porque, ¡con lo que le molesta a ella el humo!

En Buenos Aires, aparecen muchos diarios de la tard PERO HAY UNO SOLO QUE SE LLAMA

EL DIARIO

4a. EDICION

que aparece desde hace 48 años y es "EL DIARIO" el que Vd. debe comprar y no otro; si es que usted quiere leer la más nutrida y mejor información de football, boxeo y otros deportes la que está a cargo del prestigioso redactor Sr. Miguel A. dos Reis.

Si el vendedor de su pueblo no lo tiene pida un ejemplar con este cupon.

Señor Administrador de "EL DIARIO"

Av. de Mayo 662 — Buenos Aires.

Para conocer la sección deportes y demás material informativo de "EL DIARIO" acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . .

Lectura para gente de buen gusto

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Junio 29
de 1928

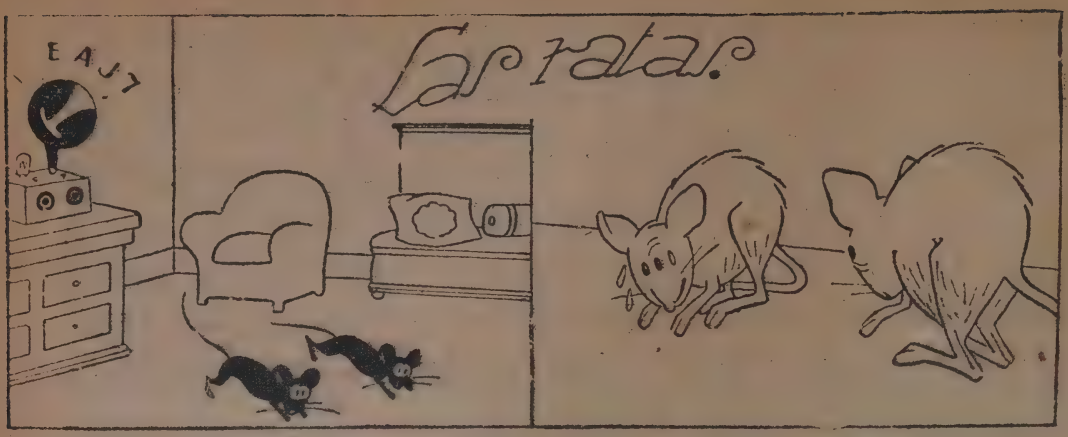
LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 248

LEA EN ESTE NÚMERO:

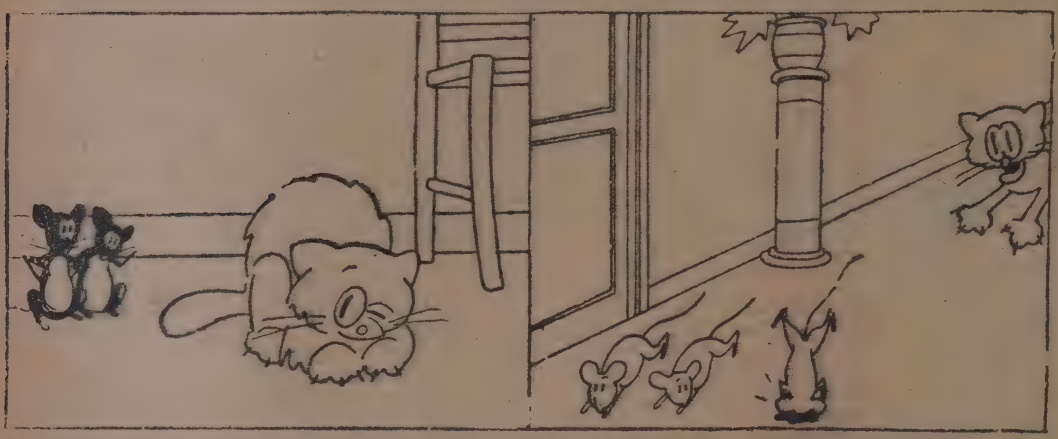
EN LA SELVA

Un relato vibrante e interesante traducido para este magazine.



¡Sálvese el que pueda!

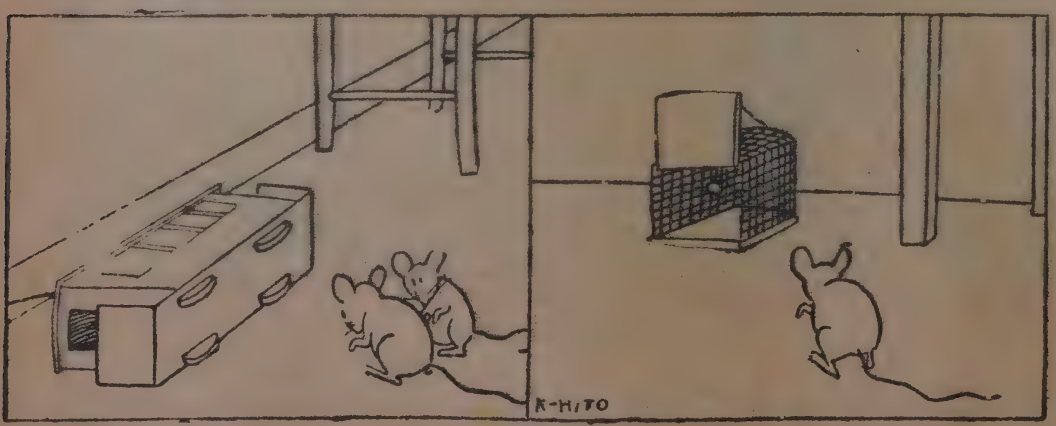
—¿Qué has comido, hija?
—El libro de poesías que estamos leyendo.
—Y te has tragado algún endecasílabo, como si lo viera.



EL GATO DE MAL GENIO

—Sí, sí. Ya pueden meter ruído. ¡No pienso dirigirles ni el saludo!

—Que no es por ahí, Elisa. Que eso no es un agujero, ¡que es una mancha de tinta!



—No es ratonera, no. Es el tranvía del niño.
—Pues, anda. Vámonos, que habrán ido por un gato para levantarlo.

—A mí problemas de la vivienda, no.

(De "Nuevo Mundo").

SUMARIO

EN LA SELVA

Interesantísima narración de Henry Stace, traducida del inglés especialmente para este magazine. (Corresponde a este artículo el dibujo en colores de la primera página de este número de "Pucky").

EL DESERTOR

Nueva hazaña del detective X. Crook, traducida del inglés especialmente para "Pucky" e ilustrada por un famoso dibujante.

TARZAN DE LOS MONOS

Continuación de la novela más notable del mundo; la que todos deben leer porque es de intenso atractivo.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Nuevos capítulos de esta narración atrayente y misteriosa novela que "Pucky" ofrece como una primicia de extraordnario interés a sus lectores.

DIVERSION PARA LOS NIÑOS

Una diversión infantil que puede hacerse con buenos lápices de color.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUR

Varios relatos del gran escritor Jack London, el famoso pintor de cuadros de las regiones de los mares del Sur.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas de Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

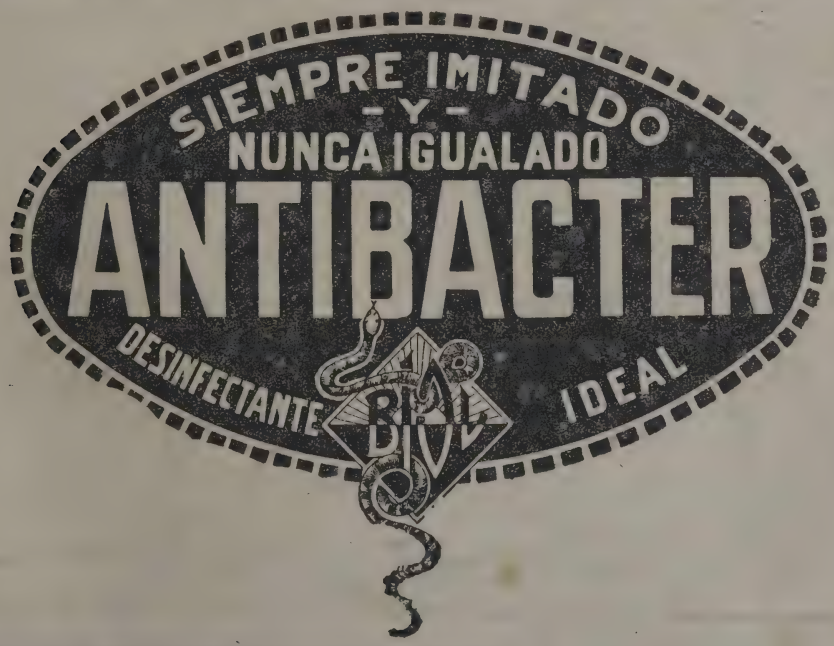
Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés.

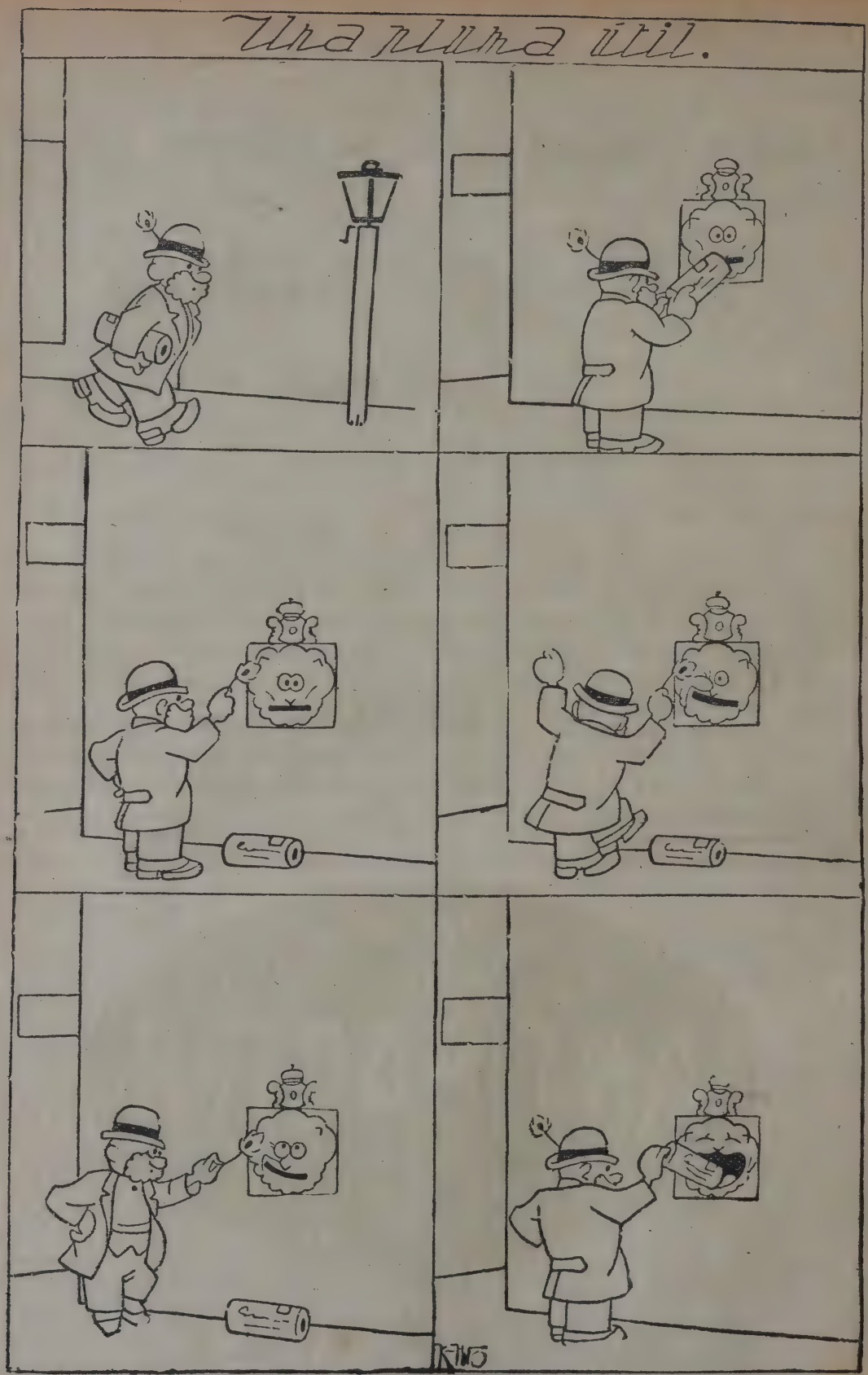
EL CONCURSO DE "PUCKY"

Por razones ineludibles no podrá publicarse en este número el resultado definitivo del concurso de "Pucky", porque muchos lectores han incurrido en una lamentable confusión de letras. Lo único que puede adelantarse por el momento es que la palabra solución es PUCKY, así que es indispensable presentar el cupón con esa palabra: PUCKY, para tener derecho al premio de diez pesos.

Recordamos que ningún empleado de "El Diario", "Tit-Bits" o "Pucky", ni persona emparentada con él puede aspirar a ese premio.

No se entra en correspondencia ni se dan sobre este concurso más explicaciones que las ya publicadas.





(De "Nuevo Mundo").

Vea el dibujo en colores de la primera página

En la selva

Por HENRY STACE

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

A ua íz de la luna, en medio del claro del bosque, los tres aventureros yacían en el suelo en actitud de descanso, acostados alrededor de los restos de la hoguera. Tenían la barba crecida, la ropa degreñada y sucia. Kemp, un hombre alto y e tostada tez, estaba recostado sobre las espaldas, con las manos a los lados de su cuerpo y el ocuro pecho apareciendo a través de su camisa desgarrada. Mc Cullagh estaba tirado también en el suelo a una distancia aproximda de unos tres metres y dando la espalda a la luna. Entre ellos estataba London Charlie, un hombre de baja estatura y color de ratón, recostado sobre el pecho y escondiendo el rostro entre las manos

El claro del bosque, iluminado completamente por lál uz de la luna, estaba en esos momentos completamente silencioso y la oscuridad e la selva, a esas horas de la noche, se asemejaba a un cortinado negro.

Charlie levantó lac abeza y prestó atencion Hacía más de dos horas que había estado allí, recostado, pero despierto y en la espera de poder llevar a cabo el plan traicionero que en su cerbroh abía estado madurándose durante las pasdas semanas. Kemps, como de costumbre, se había dormindo en cuanto se acostara, y, seguramente, no despertaría hasta la mañana siguiente, siempre que alguien se encargara entonces de despertarlo. Pero Mc Cullagh noh abía podido dormirse al principio. Durante bastante tiempo había estado despierto y Charlie, haciéndose el dormido, había estado observándolo. Pero ahora hacia ya una hora que dormía. Cuando estuvo bien segurao que los dos hombres dormían, Charlie comenzó a arrastrarse por el suelo, como una culebra. Entre sus dientes llevaba el puñal que afilara aquella misma tarde; Kemps ol observarle en momentos en que había estado afilando su puñal, le había preguntado si deseaba luego afeitarse con él, y Charlie pensando en el motivo que le impulsaba realmente, no había contestado a la burla de su compañero, conformándose con sonreír levemente.

Mc Cullagh llevaba las piedras preciosas por las queh abían pasado tantas necesidades en los últimos meses. Estaban en una bolsita dec uero, que colgaba de su pescuezo y Charlie, conociendo este detalle, se dirigió primeramente a él. Cuando estuvo cerca de su compañero dormido, se detuvo, sacando la daga de entre los dientes y pasándola a la mano. Después, centímetro por centímetro fué acercándose cada vez más al hombre que allí estaba durmiendo.

Con lo mayor cautela. púsose luego de rodiulas detrás de Mc Cullagh, mirando por encima de los hombros de éste yestudiando bien, la posición de la bolsa conteniendo las piedras preciosas y la forma más cómoda para cortar las cintas que la sujetaban al cuello del aventurero dormido.

El puñal posóse luego sobre cu pecho de Mc Cullagh, listo para matarlo en cuanto despertara, mientas que, al mismo tiempo, Charlie desataba cuidladosamente alb olsita de cuero.

Pero Mc Cullagh no despertó. Charlie, después de apoderarse de la bolsita y de ponerla en uno de sus bolsillos, colocóse nuevamente la daga entre los dientes, arastrándose luego por el suelo end irección contraria a aquella en que había venido.

Con los ojos fijos en los compoñeros dor-

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 53 de este número

midos, Charlie llegó nuevamente al lugar en que estaban los restos de la hoguera, y allí se apropió de una gran parte de los comestibles, que habían sido calculados para los tres. Recordó entonces que le sería imposible salir de aquella selva inmensa sin la ayuda de la brújula y acercóse cautelosamente a Kemp, sacándole este aparto que llevaba en el bolsillo del cinto. Completamente equipado, Charlie se propuso entonces abandonar a sus compañeros. Todo lo que llevaba representaba un peso por cierto, considerable, pero ello no importaba a London Charlie, acostumbrado como estaba a hacer el papel de burro de carga de sus compañeros.

De inmediato acercóse con cautela a los frondosos árboles de la selva, que rodeaban aquel claro. Sabía que, una vez entre ellos, sus compañeros serían incapaces de encontrarle, y, para estar más seguro, se propuso caminar lo más posible aquella misma noche, antes de que amaneciera el día.

Llegó a la selva y se internó en ella, resuelto, pero procurando no hacer ruido. Hubiera querido corrrer, pero la oscuridad era allí completa y no se veían ni los troncos de los árboles. En su afán de apresurarse, topó con una raíz y cayó al suelo, levantándose, sin embargo, de inmediato. Antes de seguir adelante, quedó unos segundos parado, y escuchó atentamente, para cerciorarse de que el ruido de su caída no había despertado a sus compañeros; pero no pudo oir nada.

Aleccionado por la caída, prosiguió su camino aun con mayor cautela y llevando los brazos extendidos hacia adelante, para saber la posición de los árboles, que no alcanzaba a distinguir en aquella oscuridad. Su marcha se hizo, en consecuencia, sumamente lenta y a menudo estuviera a punto de caerse. Pero después de unos minutos, sus ojos parecieron habituarse a la oscuridad, pudiendo distinguir entonces, aunque con dificultad, los troncos, cuando sólo estaban a pocos centímetros de sus ojos. Su fuga se hizo, entonces, un poco más rápida, pero siempre con la lentitud natural.

Tenía prisa en alejarse lo más posible de sus antiguos compañeros; pero le era imposible adelantar con la prisa con que hubiera querido hacerlo.

Pronto sintióse fatigado y bañado en sudor; pero no se atrevió a descansar aún, por temor a que sus compañeros pudieran alconzarlo. Aún le quedabn tres horas de la noche, y en ellas pensaba poder alejarse, por lo menos, unos ocho kilómetros del claro en que se hallaban Kemp y Mc Cullagh. Una distancia como ésta, bastaba, a su criterio, para considerarse completamente a salvo. Recién al amanecer, pues, descansaría una hora.

Sabía que sus compañeros no podían seguir sus huellas, pues, si bien en la húmeda pisada del claro en el bosque, no lo era menos que en la selva la tierra era completamente dura y cubierta por una gruesa capa de hojas secas, en la que las pisadas no se marcaban.

Por otra parte, aún en el caso de que hubieran poseído otra brújula, no lo encontrarían, pues él, en el deseo de alejarse de ellos, no había cuidado exactamente la ruta. Una vez llegada la mañana, y lejos de Kemp y Mc Cullagh tendría tiempo suficiente para orientarse con ayuda de la brújula y tomar una dirección, para llegar cuánto antes a la costa y escaparse.

Después de seguir caminando por espacio de más de unas horas, sintió que sus fuerzas amenazaban abandonarle y se vió obligado a descansar, sentándose al efecto en el suelo, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol. Creía estar por lo menos, a seis kilómetros de distancia del lugar en que se hallaban Kemp y Mc Cullagh; pero, en verdad, y dada la lentitud con que había tenido que caminar, se hallaba solamente, a la mitad de la distancia que él se imaginaba. Estaba muy cansado, y tan pronto cerró los ojos, quedó profundamente dormido.

Debía haber dormido unas cuantas horas, porque, cuando despertó, vió que el sol ya se hallaba cerca de su punto de culminación. Hallábase en medio de una multitud de árboles, enormes troncos, completamente desprovistos de ramas hasta una cierta altura, y que, dada su proximidad formaban con sus copas, reunidas, una bóveda verde, por la que los rayos solares no llegaban jamás directamente hasta el suelo, haciendo allí imposible la vida de los insectos y pequenos vegetales.

En cualquier dirección que se llevara la vista, se observaba que los árboles crecían tan cerca lods unos de los otros, que a cincuenta metros, cerraban por completo la vista. Charlie conocía las selvas. Sabía que aquel bosque presentaba el mismo aspecto durante kilómetros y más kilómetros.

Solo de tanto en tanto, donde la falta de árboles había formado un claro, allí los rayos solares hacía posible la vida en el suelo.

Charles se estiró, comenzando en seguida a comer. Estaba satisfecho de sí mismo, sabiendo que ya no les sería posible a sus ex compañeros, perseguirlo. En su mente veía la furia de Mc Cullagh y Kemp al notar la jugada que él les había hecho.

Los odiaba a ambos, porque, aprovechando su mayor debilidad, ellos siempre lo habían despreciado en toda forma. Pero ahora era él quien reía. Tenía en su poder las piedras preciosas y la brújula. Ellos podían considerarse en verdad, felices, si lograban salir alguna vez de aquella selva.

Cuando hubo comido, sacó de su bolsillo la bolsita de cuero, vaciándola y observando con interés las piedras preciosas. ¡Quién hubiera dicho, al verlas allí, que ellas representaban una verdadera fortuna !

Después de echarle una mirada de codicia, Charlie volvió a colocarlas en la bolsita, guardando esta nuevamente en su bolsillo.

Pero el tiempo corría, y Charlie comprendió la necesidad de seguir su camino, por lo que quiso tomar primero posición y seguir luego la dirección de la costa.

Con esta intención, llevó su mano al cinto

para buscar la brújula. Pero en ese momento, la expresión de satisfacción que hasta pocos momentos antes se reflejara en su rostro, trocóse en estupefacción y después en temor.

Nervioso, al no encontrar la brújula en el lugar en que la colocara, al salir por la noche del claro en la selva, llevó sus manos al bolsillo en que estaban las piedras preciosas, para ver si no la había p pero pronto tuvo que convencerse que no estaban tampoco allí.

Entonces se echó al suelo, fuera de sí, comenzando a buscar nerviosamente, para ver si el instrumento no había caído allí, pero el resultado fué igualmente negativo.

Por fin se levantó. Estaba pálido como un cadáver. Sabía que la pérdida de la brújula equivalía a su sentencia de muerte. Sin la ayuda del precioso instrumento le sería absolutamente imposible salir de la selva, ni tampoco encontra el río, que tenía que seguir para volver a la civilización. No había medios para salvarse de una muerte segura.

... ...

Sin rumbo fijo, Charlie comenzó a caminar al azar por la inmensa selva, tratando de convencerse a sí mismo de que no podía extraviarse, por más que, en el fondo, sabía perfectamente que ya se había perdido. No tenía bastante valor para mirar a la verdad, cara a cara.

La selva con su trágica monotonía no ofrecía ningún punto de orientación. Solo de tanto en tanto un pequeño claro, lleno de vida y vegetación, por efectos del sol que allí llegaba hasta la tierra, sin encontrar antes la resistencia del follaje de los árboles, ofrecía un pequeño cambio en el aspecto de aquella selva.

Pero Charlie escapaba de esos claros, pues su relativa alegría aumentaba aun mas su pesadumbre interior.

Sus ropas estaban empapadas en sudor y el cansancio fué dominándolo; pero, no obstante, siguió adelante. Pero, después de corto tiempo sus nervios comenzaron a traicionarle, y creyóse objeto de persecuciones, deteniéndose a cada instante. La oscuridad que no tardaría en tender su manto sobre el bosque, hizo que sintiera desagradables escalofríos, al solo recordarla.

Mc. Culagh fué el primero en despertar. Como todos los días, llevó inmediatamente su mano al cuello, para ver si aun estaba allí la bolsita con las piedras preciosas; cuando notó que ella no estaba allí, restregóse los luego, púsose de pie, de un salto.

Inmediatamente notó la desaparición de Charlie y corrió a despertar a Kemp, a quien puso en antecedentes de lo que había ocurrido.

Kemp levantóse de un salto. Era más lento en sus reacciones, pero, mientras que Mc. Cullagh se deshacía en maldiciones, en los ojos de Kemp apareció la expresión del crimen.

Los dos hombres comenzaron de inmediato a inspeccionar el claro; y no tardaron en descubrir las pisadas dejadas allí por Charlie, pero, cuando llegaron al interior de la selva, esas pisadas desaparecieron y resolvieron separarse para tratar de encontra algún indicio de la diección seguida por el prófugo.

De repente Mc. Cullagh lanzó una exclamación y cuando Kenmp acudió a él, vió que el hombre había encontrado la brújula, que Charlie dejara caer al tropezar con la raíz del árbol.

Los dos hobres, entonces, tomaron la dirección de la costa, para salir de aquella selva, convencidos de que el ladrón no hallaría la salida sin ese instrumento.

Ya estaba bien adelantada la tarde, cuando los dos aventureros, oyeron de repente, al acercarse a un claro, una voz humana, que cantaba, pudiendo reconocer la voz de Charlie. Ocultándose detrás de un árbol, Mc. Cullagh y Kemp vieron entonces a su compañero, quien, completamente loco de desesperación, ejecutava un baile exótico, acompañando sus movimientos con una canción popular. Llevaba el pecho adornado con una guirnalda de flores, seguramente recogidas en alguno de los claros del bosque.

Kemp y Mac Cullagh se miraron en silencio, comprendiendo que su compañero había perdido el sano juicio; después, el primero tomó su rifle y lo dirigió contra el traidor.

Una detonación hízose sentir y el hombre cayó de bruces al suelo. Kemp y Mac Cullagh se acercaron a él, sacándole las piedras preciosas del bolsillo, y arrimándole contra el tronco de un árbol, lo dejaron solo en aquella selva...

—Estaba loco, — dijo Mc. Cullagh. — Hemos hecho un servicio al eliminarlo de este mundo.

Kemp asintió y los dos compañeros siguieron su marcha hacia la costa...

Poco a poco esta revista se va transformando en

EL NUEVO PUCKY

Una revista en la que habrá DE TODO PARA TODOS, la más interesante del mundo.

COSAS DEL CINE

—Nosotras vamos todos los días al "cine".
—Sí; ya sé que sois muy "cínicas".

(De "Nuevo Mundo").

LOS CASOS DEL DETECTIVE X CROOK

POR J. Jefferson Farjeon.

TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY"

EL DESERTOR

El detective consideró a la muchacha como una de tantas jóvenes que ganan tres libras semanales; capaz, aun que no inteligente; bien arreglada pero no costosamente vestida y con los atractivos propios de la juventud, sin llegar a ser tampoco una beldad.

Su evidente exitación nerviosa habíale dado un ligero toque de carmín a sus mejillas y sus ojos brillaban con ansiedad.

—¿Es usted el detective Crook? — preguntó ella mientras se hundía en un sillón colocado frente al escritorio.

—Yo soy, — respondió el detective. — ¿Y puedo saber quien es usted?

—Sí... desde luego, — replicó ella, como disculpándose. — No se lo comuniqué a su mayordomo porque... bueno, usted habría de saberlo de todos modos y además... que yo he venido aquí para tratar con usted un asunto privado. Mi nombre es Elsa Denton. — Ella hizo una pausa. — Y no he venido por mí.

—¿Por alguna persona conocida suya, quizá?

—Sí, eso es. Mi prometido. El se encuentra en un grave apuro. ¡Oh, cuanto necesitamos que usted nos ayude, Mr. Cook.

—Supongo que me comunicará de lo que se trata, — exclamó el detective. — Solo así podré opinar.

—Claro está. Le ruego que me perdone si no lo he hecho ya. Parezco una tonta al ponerme a hablar sin comenzar por el punto que más interesa y por el cual estoy aquí.

—Pues bien... he de decirlo de una vez. Mi prometido no es lo que debiera ser, Mr. Crook. Ha hecho una cantidad de cosas bastante censurables, pero inducido por otros. Siempre ha vivido malamente y nunca creyó que pudiera vivir de otra forma, hasta que me encontró a mí.

—Ya comprendo, — opinó el detective. — ¿Y ahora que la encontró a usted desea reformarse

—Sí. ¡Con qué rapidez ve usted las cosas! Claro está que todo esto se lo digo a usted dentro de la más estricta reserva.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? Mi segundo deber pertenece a mis clientes pero antes que nada tengo que servir a la justicia y a la humanidad.

Hubo un silencio durante el cual ella consideró estas palabras.

—Yo pensaba, — dijo ella, al fin, — que así como usted se ha... se ha reformado, podría usted mostrar simpatía hacia un semejante que también está tratando de volver por el buen camino.

—Yo les profeso gran simpatía a todos los que no son como él, miss Denton, — aseguró Crook, luego añadió: — si su prometido es uno de ellos, no tendrá nada que temer de mí.

Miss Denton lo miró algo más animada y después exclamó:

—Hace ya mucho tiempo que él quiere cambiar de vida pero los otros no se lo permiten.

Ahora mismo lo han amenazado. Ya ve usted, ellos piensan que él quiere denunciarles pero él no hará eso. Todo lo que él desea es apartarse del mal camino y emprender otro género de vida; pero los otros insisten en que ha de seguir con ellos. Es cierto que les ha sido muy útil. Esta noche lo han comprometido para que les ayude y le han dicho que si se resiste le matarán.

—¿Y por qué no da usted aviso a la policía?

—Eso no es posible. Jim ha sido perseguido en otras ocasiones y sería entregarse él mismo.

—Con todo no estoy muy seguro de que sea cierto cuanto me dice usted de él. Un hombre que desea empezar un futuro honesto, comienza, antes de nada, por ajustar sus cuentas con el pasado.

No obstante, Miss Denton, yo no soy un predicador y sabiendo que hay la perspectiva de una prisión, soy el primero en conceder el perdón que ansía, al que no desea entrar en ella. Pero dígame: ¿por qué no vino a verme su prometido, en lugar suyo?

—El está vigilado. Por eso no se atrevió a venir aquí.

—De todos modos tendré que verle si es que quiere que le ayude. Al menos... Crook se detuvo y miró y la joven bondadosamente... al menos que, como yo me imagino, ustedes hayan concebido algún plan,, sin que lo sepa el jefe.

—Pues sí, — dijo miss Denton. — Yo no sé si a usted le parecerá bien pero yo desearía que usted estuviera presente en el momento del asalto; en tal caso pudiera ser que usted encontrara el medio de prender a los otros y...

—...Y dejar escapar a Jim, — interrumpió Crook, sonriendo. — En ese caso sería necesario que también estuviera presente la policía.

En los ojos de la muchacha se reflejó el temor.

—¡Oh, no! eso no, — protestó ella. — La policía podría echarse sobre Jim.

Y la joven apretaba las manos y lanzaba contra el detective miradas de súplica.

—Jim no será arrestado, Mis Denton, si él no está presente.

—Pero es que si se niega a ir, los otros caerán en sospecha. ¡Oh, es horrible, horrible!...

Miss Denton se cubrió la cara con las manos.

El detective Crook guardó silencio por un momento, durante el cual se oía el débil llanto de la muchacha.

—¿Cómo se llama su prometido?

—Jim Endlis.

—¿Tiene algún otro negocio entre manos, aparte del que ahora va a realizar?

—No.

—¿Y a qué se va a dedicar cuando logre separarse de sus compañeros ¿De qué forma va a conseguir dinero?

—Todavía no lo sé. Ese es otro problema. Ya veremos.

El detective sonrió.

—¿Supongo que usted tendrá algún empleo? — preguntó Crook.

—Creo que todo lo que se refiera a mí, no tiene nada que ver en lo que ahora interesa. Yo no soy la que tiene que arreglar su situación.

—Sin embargo me agradaría saber a qué se dedica usted. Usted parece taquígrafa.

—Efectivamente. ¡Qué inteligente es usted!

—¿Y a dónde trabaja usted?

—En Selfridge. Me gustaría que Jim pudiera conseguir una colocación como la mía. Y a él también le agradaría mucho.

—Bien; por ese lado yo ya vería si puedo hacer algo, — dijo el detective; luego volvió a preguntar: — ¿Quienes y cuantos son los compañeros de su prometido?

—Dos solamente; los que esta noche van a trabajar con él. Por Jim, sé que uno se llama Smith pero desconozco el nombre del otro.

—¿Y dónde piensan dar el golpe

Ella dudó un instante pero al fin habló bajando algo la voz.

—Jim me dió la dirección. Es en la Residencia Exeter, Greystone Road, Horrow. Hay un gran jardín al fondo que tiene una pared no muy alta. Se han citado para acudir allí esta noche o mañana de madrugada, a eso de las dos. ¿Puede usted estar allí a esa hora?

—Sí, estaré, — prometió Crook. — Voy a tomar nota de la dirección.

—¿No será algo imprudente hacerlo así? —interpuso ella cuando Crook se disponía a escribir.

—¿Y por que?

—Alguien podría verlo y...

—Se me ocurre una idea. Lo escribiré en taquigrafía.

Crook tomó un lápiz y cuando concluyó de escribir, le entregó el papel a la muchacha, para que constatara si estaba bien.

—Me dijo usted Residencia Exeter, Greystone Road, Horrow? ¿no es eso?

—Si está bien, — contestó ella devolviendo el papel.

Hubo otra pausa. El detective parecía preocupado por algún pensamiento y la joven no dejaba de observarlo.

—¿Estaría meditando algún nuevo plán — pensó ella. Miss Denton hubiera querido leer lo que pasaba en aquel momento por la imaginación de Crook.

De repente se puso de plé, algo nerviosa, comprendiendo que su misión había terminado y que lo demás ya vendría a su debido tiempo.

Pero el detective la miró fijamente y la detuvo con una nueva pregunta.

—¿Dónde está ahora su prometido?

La muchacha le dijo al detective que aunque ella no podía decirle exactamente donde se hallaba él, podría indicarle, al menos, el sitio donde acostumbraba a ir a comer.

—¿Con usted, miss Denton?

—No, con ellos. Es en Lockhart, en Rice Lane.

—Gracias. ¿Y cómo haré para conocer a su prometido? Puede que decida ir a Lockhan, en Rice Lane.

—¡Oh, pero ellos no deben verle a usted!

—Si me ven no me reconocerán, pero yo tengo que reconocerlos a ellos. ¿Tiene Jim Endlis alguna característica especial por la cual yo pueda identificarlo?

—Es bajo de estatura y afeitado. Tiene cabello rubio y rizado, y le verá usted vestir un traje gris. ¿Es ésto suficiente?

—Sí; aunque no hay seguridad de que lleve ese traje gris.

—Esté usted seguro. El no tiene otro.

—Pues entonces, Jim Endlis no es un maestro en su arte, — comentó el detective Crook. — Para el trabajo a que él se dedica, tendría que tener toda clase de trajes, aparte de una o dos pelucas. Felizmente yo estoy mejor provisto.

Crook se levantó y caminando hacia la puerta, la abrió. Ella miró al detective, con algo de duda y un poco indecisa, balbuceó apenas las gracias. Súbitamente subió a su mejillas un tinte rosado cuando dejó el gabinete de Mr, Crook.

El observador volvió la cabeza sonriendo picarescamente en el instante en que una joven entró en el salón. "¡Hola, Ana!" exclamó él. — "Venga y examine nuestro nuevo habitante, pescador de oficio. ("El Desertor").

La misión de miss Elsie Denton no había resultado muy afortunada.

Durante una hora luego que ella se marchó el detective permaneció en su estudio entregado a la meditación. Después se dirigió a su dormitorio, del cual surgió al mediodía, un individuo de aspecto miserable, de cabellos obscuros y enmarañados y de mejillas pálidas. Al rato abandonó la casa y una hora después penetraba en Lockhart y después de pasar por entre las mesas que ocupaban el local, fué a sentarse en la última que encontró.

Mientras caminaba parecía no dar importancia a las personas que iba dejando detrás y sin embargo ninguno de los que a había pasó desapercibido para él.

Cuando se hubo sentado ordenó:

—¡Una taza de café y rápido señorita porque no tengo ganas de estar esperando toda la noche!

—¡Insolente! — exclamó la camarera.— Se la traeré cuando deba.

—Como no sea pronto, — gruñó el andrajoso individuo, — reduciré su propina a un chelín.

La camarera se alejó protestando mientras su cliente sacaba una pipa que empezó a cargar de tabaco.

Cerca de él, oyó voces. De nuevo pareció no interesarse.

—Yo les prevengo que quiero dejar esta vida, — dijo una voz, con algo de súplica.

—Yo te aseguro Jim, que nosotros no permitiremos que abandones la partida, — replicó otro con voz grave y algo grosera que denotaba una amenaza.

—¿Qué me sucederá? — dijo el otro.

—¡Funeral! — fué la contestación de un tercero, que acompañó con una carcajada.

—¡Vamos!... — murmuró el primero que había hablado. — ustedes no harán eso; — pero en la voz se notaba cierto temor.

Hubo un silencio durante el cual, el hombre que escuchaba la conversación, recibió una taza de café y una sonrisa de la camarera.

—¿He venido pronto? — preguntó esta.

—Más que un relámpago, — contestó el individuo.

La camarera se retiró y la conversación de los tres hombres fué reanudada.

Por la altura que tenían los respaldos de los asientos, los ocupantes de una mesa no podían ver a los de la otra, pero el individuo que escuchaba la conversación, ya había pasado revista a los concurrentes al local.

—Bueno; demos vuelta a la hoja,—exclamó Jim. — Pero ya les he dicho que tengo una novia y ella quiere que yo vaya por mejor camino.

—¿Ella quiere?... pues, nosotros no. — insistió la voz grosera de antes.

—Tú lo que quieres es separarte de nosotros y una vez libre entregarnos a manos de la justicia. Pero no lo conseguirás. De modo que como sigas en tu idea, puede que tú nos dejes a nosotros, pero también tendrás que dejar este planeta. ¿Men entiendes Bueno, entonces hablemos ahora de nuestro trabajo de esta noche. Tú vendrás con Bill y conmigo. Tenemos que estar reunidos a las dos de la madrugada. Por ahora bebamos y no hablemos más del asunto.

Cuando más entusiasmados se hallaban en beber, el individuo harapiento se levantó y salió del establecimiento. No dirigió ni una sola mirada al trío cuando pasó junto a ellos y éstos por su parte no pusieron atención en él.

Una hora más tarde, el detective Crook estaba de nuevo en su casa y volvía a tomar su acostumbrado aspecto.

—¿El qué? — preguntó Tomás. Era disculpable en él, que algunas veces omitiera el calificativo de "señor". Crook sabía disculparlo todo.

—Cualquier cosa; lo que usted quiera, Tomás, — contestó el detective. — Lo dejo a su elección. Lo único que le exijo es que esa cosa la compre en Seldfridge, y que mientras esté allí entregue ésta carta.

Tomás sonrió.

—¿Tiene contestación? — preguntó éste.

—Sí, — dijo Crook — y muy importante. Ahora mándeme a Pip.

Pip, lustrador de calzado y encargado de dar brillo también a los cuchillos, apareció momentos después con cara radiante y con un tiznón enorme sobre la nariz.

—¿Cuántas veces te he dicho, Pip, que es necesario ir limpio? — indicó el detective, Crook.

—Es que vine tan pronto como usted me mandó llamar y no tuve tiempo de nada más. Usted tampoco puede hacer dos cosas a un tiempo.

Crook celebró la ocurrencia.

—Quizá tenga usted razón. De cualquier manera admito que es usted bastante vivo.

El semblante del muchacho parecía ahora más radiante. — Lo que yo deseo, — continuó Crook, — es que vaya usted inmediata-

Durante la conferencia de Lugones.
—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Muy bien!
—¿Qué ha dicho?
—Que el HIERRO QUINA BISLERI es el mejor aperitivo reconstituyente.

mente a Hovron, Pip. Al llegar allí, diríjase a Greystone Road y una vez allí llégue se hasta la Aesidencia Exter. Recórrala toda alrededor y venga en seguida a decirme todo cuanto haya visto.

—Está bien, señor.

—Y tenga mucho cuidado de que nadie lo vea. Una expresión de desprecio apareció en la cara del muchacho; el detective añadió:

—Yo también creía, en un tiempo, que era tan inteligente y tan vivo como usted pero, una vez me sorprendieron y me costó diez años.

La expresión de desagrado desapareció en Pip, y con gesto de humildad salió a cumplir la misión encomendada por Crook.

Hasta la hora del té, el detective permaneció sentado en su despacho, fumando. La mente solo estaba ocupada con el problema de la noche pero no podía concretar nada hasta que no regresaran sus dos emisarios.

El primero en volver fué Tomás, quien llegó a las cinco y media e hizo entrega a su amo de una brocha de afeitar y de una carta.

—¿Algo más, señor? — preguntó Tomás.

—No; nada más, por el momento, — contestó Crook. — Más tarde es probable que le necesite.

El detective leyó la carta y dió fin a su cigarro. A las seis ya estaba de vuelta su segundo emisario.

—¿Y bien?... — interrogó Crook.

—El jardín tiene una pared de cinco pies y dos pulgadas de alto, — comunicó Pip, y entornó los ojos para describir los detalles. — Del otro lado hay unos arbustos. Hay que tener cuidado porque uno de ellos pincha. Hay mucha yerba y también un camino de avena... después más arbustos... y la pared rodea todo el jardín; en los costados es tan alta como yo.... Hacia la derecha hay un manzano.

—¡Muy bien! — exclamó el detective Crook — Ese es el primer paso. ¡Es usted un muchacho listo, Pip. ¿Y en cuanto a la casa?

La descripción de Pip, de la casa, fué tan interesante como el relato del jardín. Y al final de la narración, agregó:

—Nadie me ha visto.

A las dos a. m. tres figuras vagamente definidas se acercaban a la pared que Pip había calculado muy acertadamente en cinco pies y dos pulgadas de alto.

—¡Adelante! — susurró el más corpulento. — y no hagamos ruido.

Las figuras se deslizaron cautelosamente contra la pared y escalaron el muro con el sigilo y la seguridad de quien está acostumbrado a ello.

—¡Maldición! — murmuró el más bajo.

—¿Qué pasa, Jim?... — preguntó el hombre corpulento.

—Espinas, — replicó Jim.

Sus compañeros rieron débilmente.

—¡Qué imbecilidad plantar arbustos con espinas precisamente debajo de una pared, — volvió a hablar Jim.

—Parece que volvieras a sentir pena, igual que esta mañana en Lockhart. Yo opino que en este momento vamos a ralizar el trabajo más lucrativo de nuestra vida. — Y el jefe agregó: — ¿Dónde está Bill?

—Aquí, — le contestó éste. — ¿Qué hay que hacer ahora?

El jefe guardó silencio un momento y miró a su alrededor. Entonces contempló la casa que se alzaba silenciosa en el otro extremo del jardín.

—Tendremos que ir con mucho cuidado — dijo. — A lo mejor el asunto es más complicado de lo que nosotros creemos. — Y sacando un cuchillo de su bisillo, examinó la planta y volvió a guardarlo, mientras los otros lo observaban fascinados.

—¿Habrá que usar eso? — preguntó Jim refiriéndose al arma.

—Será muy probable, — gruñó el jefe. — ¡Hola! ¿qué es eso?...

Observó, a la distancia, un sendero en medio de unos arbustos. Por allí había sonado como el crujido de algún junco.

El detective Crook, no muy lejos de allí, también oyó el ruido y miró intrigado alrededor suyo. Un ligero temor se dibujó en su rostro y su mano acudió rápidamente a su bolsillo interior.

Creía haber colocado a todos los actores de este pequeño drama pero, el sonido del junco parecía desbaratar todos sus planes. Dentro de la obscuridad vió una figura que se le acercaba. Aquélla se detuvo un momento como dudando y luego siguió avanzando.

El detective, sigilosamente retrocedió y fué a ocultarse detrás del tronco de un árbol. Pero era evidente que la figura lo había visto a él. Después de otro momento de indecisión siguió avanzando, ahora con más precipitación. Era la figura de una joven. Crook la observaba sorprendido.

—¡Miss Denton! — dijo para sí. — No sé qué tiene que hacer aquí. — añadió.

Un momento después ella se hallaba parada delante de él y a pesar de la oscuridad pudo observar su agitación.

—¡Pronto! — murmuró ella. — ¡Márchese!

Crook consideró el caso. Ella había apoayado su mano sobre el brazo del detective. De repente hizo un gesto con la cabeza, y le indicó que la siguiera, internándose por entre unos matorrales.

Ahora estaban los dos del lado de afuera.

—¿Y bien? — dijo él con ansia.

—¡Váyase de una vez! — contestó ella en voz baja. — Es su única oportunidad.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Todo es un complot para atraparle a usted. ¡Oh,no me mire usted, por favor, estoy avergonzada!

—Pero él no la miró y cuando lo hizo su expresión era casi dulce.

—Usted ha tratado de hacer un bien, — contestó él, — viniendo aquí para prevenirme Pero, calcula usted el riesgo que usted está corriendo?

—Sí y hasta no sería difícil que ellos me mataran.

—No le harán a usted nada, miss Denton, — interpuso el detective Crook, — y algo en su tono hacía que ella lo miraba vivamente.

Hubo una pausa.

—Y he estado en comunicación con Selfridge hoy. Allá no tienen ningnua secretaria en sus oficinas que se llame Elsie Denton, — habzló Crook.

—Entonces... usted sabía... ella murmuró.

—No era difícil adivinarlo. Cuando yo supe que la Residencia Exter era una casa vacía, pensé que difícilmente son éstas las casas que eligen los asaltantes. Comprendí en seguida que su visita de esta mañana era una farsa y que la conversación que pude oir en Lockhrt era, igualmente, otra farsa. Sé que tengo muchos enemigos, miss Denton, desde que cambié mi antigua vida por esta que llevo ahora, pero tal vez de ahora en adelante yo no tenga que contarla a usted entre éstos. Ella levantó la cabeza para preguntar:

— Y qué le hizo a usted caer en todo eso?

—Pues la cosa más sencilla. Yo escribí la dirección que usted me indicó, en taquigrafía y usted lo corroboró. — Aqu íel detective añadió sonriendo: — Y yo no sé más taquigrafía que usted, miss Denton.

También en la cara de la muchacha se reflejó una ligera sonrisa, pero, en seguida fué reemplazada por una mirada de terror.

—¿Qué es eso? — exclamó ella, llevándose una mano al pecho.

—Tres peligrosos criminales que en este momento son arrestados, como usted ve, por la policía y de los cuales ninguno tiene intención de reformarse. Ya le dije antes que no tenía nada que temer de sus compañeros. Y ahora puedo devolverle el favor y prevenirle a usted como usted me previno a mí.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?...

—Que le estoy ñando la oportunidad de salvarse,—respondió Crook. — ¿Por qué no la aprovecha? Usted conoce mi profesión y sabe que mi obligación es tratar de ayudar a los que como yo desean borrar sus contiguas faltas.

—¡Dios le bendiga— murmuró la muchacha y al momento desapareció.

EL DESPERTADOR Y LOS SORDOS

Para uso de las personas sordas, para las cuales no sirve el reloj despertador con timbre que todos utilzan, se ha inventado una pelota de goma que golpea al durmiente hasta que se despierta, a la hora escogida. No se conoce en qué forma funciona ese mecanismo.

NUEVO CALENDARIO

Algunas casas de Estados Unidos, varias de Canadá y por lo menos una de Inglaterra, emplean para su uso privado el nuevo calendario, que consiste en trece meses de veintiocho días cada uno con un día suelto llamado "día anual", que se fija para después del 28 de diciembre.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA QUE TODO EL MUNDO DEBE LEER

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO XIV

A MERCED DE LA SELVA

Cuando Clayton se hundió en la selva, los marineros — amotinados del "Arrow" — empezaron a discutir lo que debían hacer; pero en una cosa estaban todos conformes y era en trasladarse inmediatamente al anclado buque, donde por lo menos se hallarían seguros contra los venablos de su invisible enemigo. Y así, mientras Jane Porter y Esmeralda se parapetaban dentro de la choza, la cobarde tripulación de forajidos se lanzaba rápidamente a su buque en los dos botes que los habían llevado a tierra.

Tantas cosas había visto Tarzán aquel día que su cabeza era un verdadero vórtice de pasmo. Pero lo más maravilloso de todo era para él el rostro de la linda joven blanca.

Allí por fin uno de su propia raza; de esto estaba seguro. Y el mozo y los dos viejos eran también como él se había figurado a su propia gente.

Pero indudablemente serían tan feroces y crueles como los otros hombres que él había visto. El hecho de que sólo ellos fueran sin armas de toda la partida, podía explicar que no hubieran matado a nadie. Acaso serían cosa muy distinta en cuanto estuvieran armados.

Tarzán había visto que el joven recogía el revólver del herido Snipes y se lo guardaba en el cinto; y también le había visto dárselo furtivamente a la muchacha al entrar ésta en la cabaña.

No comprendía qué móviles impulsaban lo que había visto; pero sin saber cómo, intuitivamente le gustaban el joven y los dos ancianos, y por la muchacha sentía un extraño anhelo que apenas podía contener. En cuanto a la enorme negra, como era evidentemente tenía relación íntima con la muchacha, le gustaba también.

Hacia los marineros, especialmente Snipes, sentía en su interior un odio colosal Sabía por su ademanes amenazadores y por la expresión de sus perversos semblantes que eran enemigos de los demás de la partida, y por eso decidió observarlos de cerca

Preguntábase Tarzán por qué los hombres se habían metido en la selva, y no se le ocurría que nadie pudiera perderse en el laberinto de maleza, que para él era tan claro como la calle principal de nuestro pueblo puede ser para nosotros.

Cuando vió que los marineros remaban en dierección al buque, como sabía que la muchacha y su compañera estaban seguras en el interior de la choza, Tarzán decidió seguir al jovenal interior de la selva y averiguar cuál podía ser su propósito. Al instante se fué por los árboles en dirección que había tomado Clayton, y al poco rato oyó débilmente a lo lejos las llamadas, cada vez más distantes, del inglés a sus amigos.

Pronto llegó Tarzán a alcanzar al blanco quien, casi desfallecido estaba apoyado contra un árbol y se secaba el sudor de la frente. El hombre-mono, oculto tras una pantalla de follaje, observaba atentamente aquel nuevo ejemplar de su propia raza.

A intervalos Clayton llamaba a gritos, y finalmente Tarzán atinó en que estaba buscando a los viejos.

Disponíase ya el hombre-mono a reanudar la busca, cuando vió la amarilla vilumbre de una lisa piel que se movía cautelosamente por la selva virgen en dirección a Clayton

Era Sheeta, la pantera. Tarzán oyó el tenue doblegarse de las hierbas, se preguntó cómo no se ponía sobre aviso el joven aquel. ¿Era que no había notado la proximidad, a pesar del ruido? Porque jamás había visto Tarzán a Sheeta tan torpe como entonces.

No, el hombre blanco no oía. Sheeta estaba agazapada para el salto, cuando de pronto, estridente y horrible, sonó en el silencio de

la selva el espantoso grito de desafío del mono, y la pantera se volvió entre la maleza con estrépito de hojas y ramas.

Clayton se enderezó sobresaltado, y se le heló la sangre en las venas. En toda su vida no había herido sus oídos un sonido tan pavoroso. No era cobarde; pero si algun hombre sintió alguna vez en su corazón los glaciales dedos del temor, fué aquel día William Cecil Clayton, el hijo mayor de lord Greystoe de Inglaterra, en la espesura de la selva africana.

El ruido de un cuerpo enorme que hacía crujir la maleza tan cerca de él, y el aterrador y congelante grito de arriba pusieron a prueba el límite el valor de Clayton; no podía éste saber que era precisamente a aquella misma voz a la que debió su vida, ni que el ser que la había proferido era su propio primo carnal... el verdadero lord Greskstoke.

Terminaba la tarde, y Clayton, descorazonado y abatido, sentía terribles dudas respecto de lo que debía hacer; si seguir buscando al profesor Porter, a riesgo de su casi segura muerte en la selva durante la noche, o volver a la choza, donde siquiera podía servir para proteger a Jane Porter de los peligros que por todas partes la rodeaban.

Desagradábale volver al campamento sin el padre de la joven; pero más aún le aterraba la idea de dejarla sola y sin defensa en poder de los amotinados del "Arow", o a merced de los mil ignotos peligros de la selva.

También era posible, pensó, que a aquellas horas el profesor y míster Philander hubieran vuelto al campamento. Sí, esto era más que probable. Por lo menos volvería a cerciorarse de ello, antes de continuar lo que prometía ser una empresa casi infructuosa. Y así echó a andar, tropezando entre la densa maleza enmarañada, en la dirección en que creyó que estaba la cabaña.

Con sorpresa de Tarzán, el joven se encaminó al interior de la selva, poco más o menos hacia el pueblo de Mbonga, y el perspicaz hombre-mono se convenció de que estaba perdido.

Para Tarzán esto apenas era comprensible pero su razón le decía que ningún hombre se arriesgaría a aventurarse en dirección al pueblo de los crueles negros, sin más armas que un venablo que, a juzgar por la torpe manera de llevarlo, era evidentemetne un arma a la cual no estaba acostumbrado aquel blanco. Tampoco iba siguiendo el rastro de los dos viejos, pues lo había cruzado y dejado atrás mucho rato antes, aunque para Tarzán no podía estar más claro y evidente.

Tarzán estaba perplejo. En muy poco tiempo la terrible selva haría fácil presa de aquel inerme desconocido, si no se le guiaba hacia la playa.

Sí, allí estaba Numa, el león, que iba siguiendo al joven en dirección paralela, a diez o doce pasos de distancia por la derecha.

Clayton oyó el riudo del cuerpo que seguía su mismo camino y de pronto sintió en el aire vespertino el rugido atronador de la fiera. El hombre se detuvo con el venablo levantado y plantó cara a la maleza de que salía la pavorosa voz. Las sombras se condensaban e iba cayendo la noche.

¡Dios! ¡Morir allí solo, destrozado por las fauces de las bestias feroces! ¡Ser descuartizado y desgarrado! ¡Sentir en la cara el ardiente aliento de la fiera cuando le aplastasen el pecho las enormes patas!

Un momento estuvo todo inmóvil. Clayton se mantenía rígido con el venablo en ristre. Pronto un débil roce de la maleza le avisó la cautelosa proximidad del animal, que se agazapaba para dar el salto. Por fin lo vió Clayton, a menos de veinte pies de distancia. Vió el largo, flexible y musculoso cuerpo y la melenuda cabeza de un león enorme.

La fiera tenía la tripa pegada al suelo, y avanzaba muy lentamente. Cuando sus ojos se posaron en los de Clayton, se detuvo y deliberadamente, cautelosamente, preparó las patas traseras para saltar.

El hombre esperaba lleno de angustia, temiendo lanzar su venablo, y sin facultades para huir.

Oyó ruido en los árboles en cima de él. Algún nuevo peligro — pensó; — pero no se atrevió a apartar los ojos de los globos amarilloverdosos que tenía delante. Se sintió de pronto un sonido penetrante, como la rotura de una cuerda de guitarra, y al propio tiempo una flecha se clavó en la amarilla piel del agachado león.

Con un rugido de dolor y de ira saltó la fiera, pero Clayton, sin saber cómo, se echó a un lado, y al volverse de nuevo para hacer frente al enfurecido rey de los animales, le dejó pasmado el espectáculo que vieron sus ojos. Casi en el mismo momento de volverse el león para renovar el ataque, un gigante desnudo se descolgó de los árboles sobre la misma espalda de la fiera.

Con velocidad de rayo, un brazo que parecía un montón de músculos de hierro, rodeó el grueso cuello del león, y éste se levantó sobre las patas traseras, rugiendo y azotando el aire, con la misma facilidad con que Clayton habría levantado a un perrillo.

La escena que presenció en la profundidad crespuscular de la selva africana quedó para siempre grabada a fuego en la memoria del joven inglés.

El hombre que tenía delante era la encarnación de la perfección física y de la fuerza hercúlea, y sin embargo, no era de ésta de lo que dependía en su lucha contra el enorme felino, pues, por muy fuertes que fueran sus músculos, no eran nada en comporación con los de Numa. A su agilidad, a su talento, a su largo y afilado cuchillo debía su supremacía.

Su brazo derecho tenía rodeado el cuello del león, en tanto que el izquierdo hundía repetidas veces el cuchillo de monte en el indefenso costado ed la fiera, detrás de la paletilla izquierda. El enfurecido animal, levantado hasta quedar plantado sobre las patas traseras, luchaba impotentemente en aquella posición antinatural

Si la batalla hubiera tenido unos segundos más de duración, el resultado hubiera tenido distinto; pero todo pasó tan rápidamente, que el león apenas tuvo tiempo de reponerse de la confusión de su sorpresa cuando estaba ya tendido sin vida en el suelo.

Luego la extraña figura que lo había vencido se plantó erguida sobre el cuerpo de la fiera y echando atrás la descuidada y hermosa cabeza dió a los vientos el temeroso grito que pocos momentos antes tanto hacía sobresaltado a Clayton.

Ante sí vió éste la figura de un joven desnudo, salvo el taparrabo y unos cuantos adornos bárbaros en brazos y piernas; en su pecho un valiosísimo medallón de brillantes relucía sobre la desnuda y parda piel.

El cuchillo de caza había vuelto a su tosca vaina, y el hombre estaba recogiendo su arco y sus flechas del sitio en que los había arrojado cuando saltó a atacar al león.

Clayton habló al desconocido en inglés, para darle las gracias por su valeroso auxilio y felicitarle por la maravillosa fuerza y destreza que había desplegado; pero la única respuesta que recibió fué una mirada firme y un débil encogimiento de los poderosos hombros, que lo mismo podía significar leve desdén del servicio prestado, que ignorancia del lenguaje de Clayton.

Cuando se colgó del hombro la aljaba y el arco, el salvaje — porque ya Clayton sabía de tal era — sacó una vez más su cuchillo y diestramente cortó doce largas tiras de carne cruda y chorreantes, pero Clayton no pudo reducirse en compartir la no guisada vianda con aquel extraño antitrión; en vez de ello lo observó, y pronto llegó a adquirir la convicción de que era Tarzán de los Monos, cuyo aviso había aquella mañana en la puerta de la cabaña.

En tal caso, debía de hablar inglés.

De nuevo intentó Clayton entablar conversación con el hombre mono, pero las respuestas de éste, ahora vocales, fueron en una lengua extraña, que se parecía a los gritos de los monos, mezclados con el gruñir de alguna fiera.

No, aquel no podía ser Tarzán de los Monos, porque evidentemente el ingls le era por completo desconocido.

Cuando Tarzán hubo concluído su comida se levantó, y señalando en dirección muy distinta de la que Clayton había seguido, echó a andar por la selva, hacia el punto que había indicado.

Clayton, asombrado y confuso, vaciló en echar tras él, porque creía que le conducían a más profundidad en el laberinto de la selva; pero ely hombre-mono, al ver que no quería seguirle, volvió, y cogiéndole por el traje le arrastró hasta convencerse de que Clayton entendía lo que se quería de él. Luego le dejó que le siguiera voluntariamente.

El inglés, después de llegar a la conclusión de que estaba prisionero, no vió más alternativa que la de acompañar a su captor, y así anduvieron lentamente por la selva virgen en tanto que caía en torno de ellos el negro manto de la noche en la impenetrable espesura, y el cauteloso pisar de las acolchadas patas de las fieras se mezclaba con la rotura de ramas y los salvajes gritos de aquella vida que Clayton sentía pulular en torno suyo.

De pronto oyó el joven el distante disparo de un arma de fuego: un solo tiro, y luego silencio.

En la choza, junto a la playa, las dos mujeres en el colmo del terror, se agarraban una a otra acurrucadas en el banco y rodeadas de la creciente oscuridad.

La negra sollozaba histéricamente, lamentando el malhadado día en que había partido de su amado Maryland, en tanto que la joven blanca, con ojos secos y tranquila al exterior, se sentía desgarrada por internos temores y presagios. No temía más por sí misma que por los tres hombres a quienes sabía vagando por las terribles honduras de la selva, de la cual oía salir constantemente rugidos y gritos, aullidos y gruñidos pertinaces, proferidos por los aterradores habitantes del bosque al merodear en busca de presas.

Y de pronto sintieron el ruido de un pesado cuerpo que rozaba el lado de la choza. Jane Porter percibió fuera el pisar de las enormes y acolchadas patas. Luego, en un instante, todo fué silencio; los ruidos de la selva expiraron hasta convertirse en débil murmulló; luego la joven sitió claramente al animal que resoplaba fuera junto a la puerta, a menos de dos pasos de donde ella estaba. Instintivamente Jane se estremeción y se arrimó más a la negra.

—¡Silencio! — cuchicheó. — ¡Calla, Esmeralda!

Porque los sollozos y gemidos de la negra parecían haber atraído a aquello que olfateaba fuera, al otro lado de la delgada pared.

Se sintió en la puerta un débil arañar. La fiera trataba de forzar la entrada; pero pronto cesó aquelo, y de nuevo oyó Jane las enormes patas que cautelosamente rodeaban la choza. Otra vez se detuvieron, entonces debajo de la ventana, en la cual asomaban los aterrados ojos de la doncella.

—¡Dios santo! — exclamó ésta, porque recortada contra el cielo, bañado por la luna, había visto por el cuadradito de la enrejada ventana la cabeza de una enorme leona. Los brillantes ojos de la fiera estaban clavados en ella con terrible ferocidad.

—¡Mira, Esmeralda! — susurró Jane.— Por amor de Dios, ¿qué haremos? ¡Mira! ¡Pronto !¡La ventana!

Esmeralda, arrimándose más aún a su ama, lanzó una mirada de susto hacia el cuadradito de luz, en el momento enque la leona emitía un apagado y feroz rugido.

Lo que había visto la negra fué demasiado para sus nervios, tan estremecidos ya.

—¡Angel Gabriel — exclamó; y cayó al suelo sin sentido y como inerte masa.

Durante un rato, que pareció una eternidad el enorme bruto estuvo con las patas delanteras apoyadas en la reja, mirando al interior de la habitación, más no tardó en probar con las garras la fuerza del enrejado.

La doncella había dejado casi de respirar

cuando, con gran alivio, observó que la cabeza desaparecía, y sintió que las pisadas de la fiera se alejaban de la ventana. Pero de pronto volvió a llegar a la puerta y comenzó a arañar de nuevo, esta vez con creciente fuerza, hasta que el enorme animal empezó a levantar astillas de la recia tabla, en su frenético afán por apoderarse de sus indefensas víctimas.

Si Jane Porter hubiera conocido la inmensa resistencia de aquella puerta, hecha pieza por pieza, habría sentido menos temor de que la leona llegara a alcanzarla por aquel medio.

Poco imaginó John Clayton, cuando hizo aquel tosco pero resistente amparo que un día, veinte años más tarde había de servir a una joven norteamericana, no nacida aun de parapeto contra los dientes y garras de un animal carnicero.

Veinte minutos largos estuvo la fiera olfateando y arañando alternativamente en la puerta y lanzando de cuando en cuando un grito feroz de chasqueada rabia. Pero al fin renunció a sus tentativas, y Jane oyó que volvía a la ventana, bajo la cual se detuvo un rato, y luego lanzaba su enorme cuerpo contra la reja, ya estropeada por el tiempo.

La joven sintió que las barras de madera crujían al recibir el choque; pero resistieron, y el enorme cuerpo se dejó caer al suelo.

Una y otra vez la leona repitió esta maniobra, hasta que finalmente la horrorizada prisionera vió que una parte de la reja cedía, y al instante una pata enorme, y la cabeza del animal penetraron por el hueco.

Lentamente las poderosas paletillas y el cuello de la leona fueron ensachando los barrotes, y el flexible cuerpo penetró más y más en la choza.

Como arrebatada, la joven se levantó con la mano sobre el pecho, y los desorbitantes ojos clavados con horrorizada expresión en la rugiente boca del animal, que apenas estaba a diez pasos de ella. A sus pies yacía el inerte cuerpo de la negra. Si pudiera reanimarla, acaso sus esfuerzos combinados lograrían que retrocediera el feroz y sanguinario intruso.

Jane Porter se bajó a coger por un hombro a Esmeralda, y la sacudió vivamente.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! — exclamó. — ¡Ayúdame o estamos perdidas!

La negra abrió los ojos, que, como primer objeto vieron la espumajosa boca de la habrienta leona.

Lanzando un grito de horror, la pobre mujer se puso a gatas y en esta posición corrió por la estancia, gritando: — ¡Angel Gabriel, Angel Gabriel! — con toda la fuerza de sus pulmones.

Esmeralda pesaba unos ciento diez kilogramos, lo cual aumentaba por cierto la gracia de gacela de su andar cuando iba erguida; y su extremada prisa, unida a su descomunal corpulencia, producía un efecto sorprendente cuando a Esmeralda le dió por andar a cuatro patas.

Un momento la leona permaneció quieta, con la intensa mirada clavada en la aturdida Esmeralda, cuya meta parecía ser el armario, en el cual trató de introducir su enorme masa, pero los entrepaños no estaban sino a nueve o diez pulgadas de distancia, solo consiguió meter la cabeza entre ellos después de lo cual, con un grito postrero, a cuyo lado resultaban insignificantes todos los de la selva, se desmayó de nuevo. Al callar Esmeralda, la leona renovó sus esfuerzos por pasar el enorme cuerpo a través de la reja, que cada vez cedía más.

La doncella, pálida y rígida contra la pared más remota, buscaba con creciente terror algún medio de fuga. De pronto su mano, apretada contra el pecho, sintió el duro contorno del revólver que Clayton le había dejado aquel mismo día.

Vivamente lo sacó de su escondite, y apuntando a la cabeza de la leona, apretó el gotillo.

Hubo un fogonazo, una detonación, y en respuesta un rugido de dolor y de ira.

Jane Porter vió que el cuerpo de la fiera desaparecía de la ventana, y después se desmayó también, y el revólver cayó a su lado.

Pero Sabor no estaba muerta. La bala no le había hecho más que una dolorosa herida en una de las paletillas. Era la sorpresa del deslumbrante fogonazo y del ensordecedor estampido lo que había originado su presurosa aunque temporal retirada.

Un instante después estaba otra vez en la reja, y con renovado furor arañaba en la abertura, aunque con menos eficacia, porque el miembro herido estaba casi inútil.

Veía a las dos mujeres desmayadas en el suelo; ya no había ninguna resistencia que vencer. Su comida estaba delante de ella, y Sabor no tenía más que deslizarse por entre la reja para cogerla.

Lentamente fué forzando el enorme cuerpo, pulgada por pulgada, por la abertura. Primero pasó la cabeza, luego una pata y el brazuelo.

Con todo cuidado levantó el remo herido para introducirlo suavemente entre los barrotes que la oprimían.

Un momento más, y pasados los dos brazuelos, el largo y sinuoso cuerpo y las estrechas ancas se deslizarían rápidamente detrás.

Y en aquel momento fué cuando Jane Porter volvió a abrir los ojos.

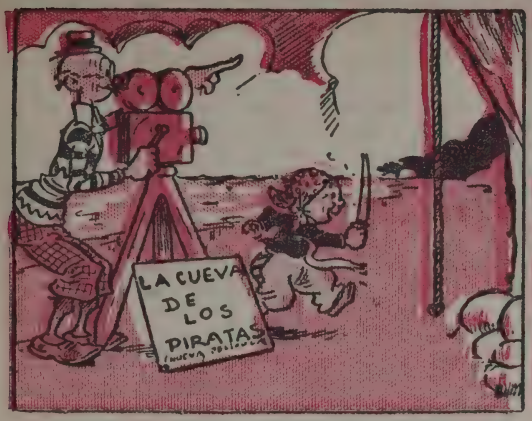
CAPITULO XV

EL DIOS DE LA SELVA

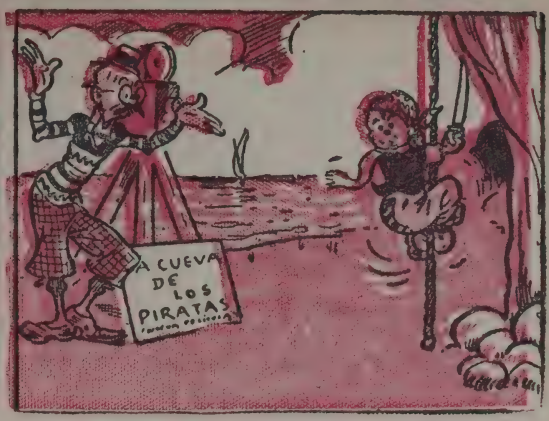
Cuando oyó Clayton la detonación del arma de fuego se sintió invadido por una agonía de temor y de recelo. Creyó que uno de los marineros podría ser el autor del disparo, pero el haber dejado el revólver a Jane Porter, unido a la sobrexcitada situación de sus nervios, le inspiró la morbosa convicción de que la joven estaba amenazada de un gran peligro, y que quizá aun entonces, estaba tratando de defenderse contra cualquier hombre o animal salvaje.

Clayton sólo vagamente podía conjeturar

LAS AVENTURAS DE PAPA Y SU NENE

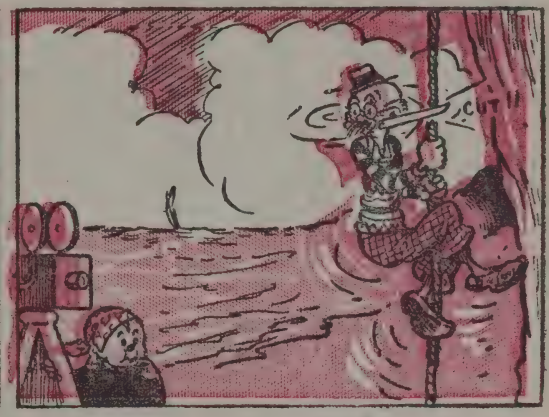


1. — Hace pocos días Papá fué con el Nene a la playa con una máquina fotográfica de cinematógrafo con el objeto de fotografiar una escena de desembarco de piratas. El Nene era el pirata y Papá daría vueltas a la manija de la máquina fotográfica.



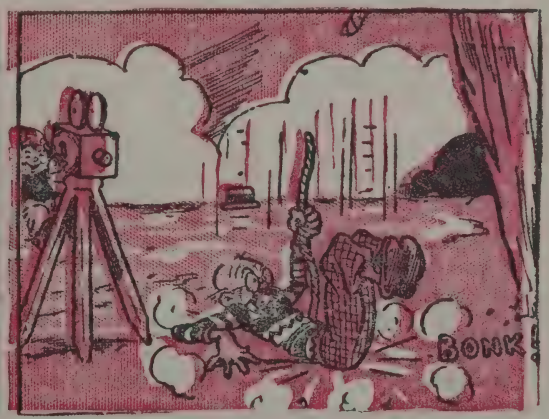
2. — El Nene comenzó a hacer de pirata pero a Papá no le gustó su modo de representar. "¡No! ¡No es así! — gritó Papá. — El pirata que desciende por la sogag colgante debe tener el facón entre los dientes. Yo te voy a enseñar de qué modo es necesario proceder en

3. — Después de haber subido a lo más alto de la costa acantilada Papá tomó el facón entre los dientes y comenzó a descender por la soga. "¿Ves? Así es como se hace, — dijo Papá entre dientes y mientras el Nene lo miraba con grandísima atención.



4. — Pero cuando menos se piensa salta la liebre, según dice el refrán. El Papá dió de vuelta la cabeza cuando menos se lo esperaba y el filo del facón dió en la soga colgante ¡¡ la cortó! Esto tuvo una terrible consecuencia Cortada la soga por el filo del facón...

5. — ... le faltó el sostén y dando una vuelta en el aire el Papá fué a dar en la arena de la playa que aun cuando blanda tenía entre ella algunas piedras que le causaron un efecto deplorable.



6. — "¡Así no me gusta, Papá!", dijo el Nene al ver lo que acababa de pasar. — "Lo del cuchillo es muy lindo pero esa caída debe resultar un poco dolorosa. Papá y prefiero no representar así esa escena de los piratas".

cuáles serían los pensamientos de su extraño captor y guía, pero era evidente que había oído el tiro y que se sentía de algún modo afectado por él, porque avivó el paso de tal manera que Clayton, que a ciegas iba tropezando detrás de él, se caló doce veces en otros tantos minutos en su vano esfuerzo por seguirle, y pronto quedó irremediablemente detrás. Temiendo perderse otra vez en la selva, dió voces al salvaje que le precedía, y al momento tuvo la satisfacción de verlo caer desde las ramas de arriba.

Un instante Tarzán miró al joven de cerca, y como indeciso sobre lo que procedía hacer; luego, inclinándose delante de Clayton, le hizo seña de que se le agarrara al cuello, y con el blanco a la espalda, se lanzó a los árboles. Los pocos minutos siguientes fueron tales que el poven inglés no los olvidó nunca. Por las alturas, entre las ramas que se inclinaban y se mecían, se vió transportado con lo que a él le parecía increíble rapidez, en tanto que Tarzán rabiaba por la lentitud de su avance. Desde una elevada rama la ágil criatura se lanzaba con Clayton describiendo un vertiginoso arco, hasta un árbol vecino y luefo en un centenar de varas, sus firmes pies hollaban un laberinto de entretejidas ramas, balanceándose como un funámbulo muy por encima de las negras profundidades de verdura que quedaban en el suelo.

De la primera sensación de terror glacial, pasó Clayton a otra de honda admiración y envidia de aquellos músculos gigantescos, así como del maravilloso instinto o conocimiento que guiaba al dios de la selva por la negrura de tinta de la noche, con tanta soltura y seguridad como la que habría tenido Clayton al ir a las doce del día por una calle de Londres. A veces entraban en un lugar en que el follaje de arriba era menos denso, y los brillantes rayos de la luna iluminaban ante los asombrados ojos de Clayton la extraña senda que iban atravesando.

En aquellas ocasiones el hombre casi reprimía el aliento al ver los horrendos abismos que tenían debajo porque Tarzán tomaba el camino más fácil, que con frecuencia lo llevaba a un centenar de pies sobre a tierra.

Y sin embargo, con toda su aparente velocidad, Tarzán no hacía sino tentar el camino con relativa lentitud, y buscaba continuamente ramas de la fuerza necesaria para el sostenimiento de su doble peso.

Pronto llegaron al calvero de delante de la playa. Los finos oídos de Tarzán habían percibido los extraños sones que hacía Sabor al esforzarse por entrar al través de la reja.

Al descolgarse, le pareció a Cioyton que habían caído a tierra desde una altura de cien pies; tan de prisa descendió Tarzán. Y, sin embargo, cuando llegaron al suelo, apenas experimentó sacudida alguna; y no bien se soltó de la espalda del hombre mono, vio a este precipitarse como una ardilla hacia el lado contrario de la cabaña. El inglés saltó rápidamente tras él, a tiempo de ver los cuatro traseros de un enorme animal que estaban a punto de desaparecer por la ventana de la choza.

Cuando Jane Porter abrió los ojos y vió el nuevo e inminente peligro que la amenazaba, de su valeroso corazón juvenil desapareció el último vestigio de esperana. Volvió, no obstante, a buscar a tientas el arma con desesperado intento de defensa, en el preciso instante en que Sabor lanzaba un aullido espantoso. Con el sobresalto, Jane Porter oprimió el gatillo del revólver; mas la bala no hizo blanco, y ya se disponía la doncella a disparar por segunda vez cuando con sorpresa vió que el enorme animal se retiraba lentamente de la ventana, ya la luz de la luna que iluminaba el exterior, divisó las cabezas y hombros de dos personas. Cuando Clayton dió la vuelta a la esquina de la cabaña y vió que el animal desaparecía en su interior, vió también al propio tiempo al hombre mono que agarraba la larga cola con ambas manos, y haciendo fuerza con los pies contra la pared de la choza, empleaba su enorme musculatura en el esfuerzo por retirar a la fiera.

Clayton acudió prontamente a ayudarle, pero el hombre mono le dijo en perentorio tono de mando una jeringoza que Clayton comprendió que debía ser una orden, aunque no pudo entenderla.

Por fin, bajo sus esfuerzos combinados, el enorme cuerpo empezó a aparecer más y más fuera de la ventana, y entonces vino a comprender Clayton la temeraria bravura del acto de su compañero.

Para un hombre desnudo, el tirar de una fiera para sacarla de una ventana, agarrándola po la cola, con el fin de salvar a una joven blanca desconocida, era en verdad la última palabra del heroísmo.

En lo que a Clayton se refería, era una cuestión muy distinta, puesto que la muchacha no sólo pertenecía a su propia clase y raza, sino que además era la única mujer del mundo a quien él amaba.

Aunque sabía que la leona pronto los habría quitado de en medio a ambos, tiró de ella con la voluntad de apartarla de Jane Porter. Y luego recordó la lucha que había presenciado poco tiempo antes entre aquel hombre y el gran león de melena negra, y comenzó a sentir mayor seguridad.

Tarzán estaba aún dando órdenes que Clayton no entendía.

Estaba tratando de decir a aquel estúpido hombre blanco que hundiera sus flechas envenenadas en la espalda y costados de Sabor y que llegara al feroz corazón con el largo y delgado cuchillo de caza que colgaba del cinto de Tarzán; pero el hombre no quería entenderle y Tarzán no se atrevía a soltar su presa para hacer las cosas por sí mismo, porque sabía que aquel enclenque hombre blanco no podría sostener ni un sólo instante a la fuerte Sabor.

Lentamente iba saliendo la leona de la ventana. Por fin asomaron sus brazuelos.

Y entonces vió Clayton una cosa que ni siquiera los eternos cielos habían visto jamás. Tarzán deshaciéndose los sesos en busca de algún medio de luchar solo contra la rabiosa fiera, había recordado súbitamente su batalla con Terkoz; y cuando los anchos brazuelos de la leona asomaron fuera de la ventana, de manera que el animal quedó colga

do de su alféizar, sólo por las patas, Tarzán la soltó súbitamente .

Con la rapidez de una serpiente de cascabel se tiró cuan largo era sobre la espalda de Sabor y con los recios brazos buscó y halló una llave Nelson completa sobre el animal como lo había aprendido aquel día durante su sangrienta y disputada victoria sobre Terkoz.

Lanzando un rugido la leona se volvió completamente sobre la espalda, con lo cual cayó de lleno sobre su enemigo; pero el gigantesco blanco no hizo más que apretar con mayor fuerza.

Golpeando y dando zarpazos a la tierra y el aire, Sabor daba vueltas y se revolcaba a un lado y a otro en su esfuerzo por quitarse de encima a aquel extraño antagonista; pero con más fuerza le apretaban entonces las tiras de hierro que la iban obligando a bajar cada vez más la cabeza sobre el peludo pecho.

Los férreos antebrazos del hombre-mono iban subiendo más y más por detrás del cuello de Sabor. Y cada vez eran más débiles los esfuerzos de la leona.

Por fin vió Clayton, a la plateada luz de la luna, que los inmensos músculos de los hombros y brazos de Tarzán se convertían en nudos como de cuerda. Aquello fué un esfuerzo supremo y sostenido del hombre-mono.. y las vértebras del cuello de Sabor se partieron en áspero crugido.

Un instante después estaba Tarzán en pie y por segunda vez aquel día oyó Clayton el salvaje rugido de victoria de los monos machos. Luego sintió el grito de angustia de Jane Porter:

—¡Cecil!... ¡Míster Clayton...! ¡Oh! ¿qué pasa? ¿qué es?

Clayton corrió a la puerta de la choza y gritó a la joven que no tuviera cuidado, y que podía abrir. Lo más de prisa que pudo levantó Jane el gran barrote, y casi arrastró a Clayton al interior.

—¿Qué ha sido ese horrible grito? — susurró, arrimándose mucho a él.

—Ha sido el grito de matanza del hombre que acaba de salvarle a usted la vida, miss Porter. Espere, que voy por él para que pueda usted darle las gracias.

La aterrada joven no quiso quedarse sola, por lo cual acompañó a Clayton al lado de la choza en que yacía el cuerpo de la leona.

Tarzán de los Monos había desaparecido.

Clayton llamó varias veces, pero no recibió respuesta, y así los dos se volvieron a la mayor seguridad del interior de la cabaña.

—¡Qué grito horrible! — exclamó Jane Porter. — Sólo de recordarlo me estremezco. No me diga usted que una garganta humana ha podido proferir un sonido tan horrible y aterrador.

—Así es la verdad, miss Porter, — replicó Clayton, — y si no era una garganta humana era la de un dios de la selva.

Y luego le refirió sus aventuras con aquel extraño ser: cómo dos veces le había salvado la vida el salvaje, su maravillosa fuerza, agilidad y bravura su morena piel y su bello rostro.

—No puedo acabar con este enigma, — terminó. — Al principio pensó que podía ser Tarzán de los Monos; pero ni habla inglés ni lo entiende; de manera que mi hipótesis es insostenible.

—Bueno; quienquiera que sea,—exclamó la joven, — le debemos la vida. ¡Dios le bendiga y le proteja en esta feroz y pavorosa selva!

—¡Amén — exclamó Clayton fervorasamente.

—¡Angel Gabriel! ¿no estoy muerta?

Volviéronse los dos y vieron a Esmeralda, que se había sentado en el suelo, y con los enormes ojos miraba a un lado y otro, como si no pudiera creer el testimonio de aquéllos respecto de donde se hallaba.

Y luego vino la reacción para Jane Porter, que se dejó caer sobre el banco chillando con histérica risa.

A varias millas al Sud de la choza, en una faja de arenosa playa, se hallaban dos ancianos discutiendo. Ante ellos se extendía el vasto Atlántico; a su espalda tenían el negro continente; en torno se veía la impenetrable espesura de la selva virgen.

Bestias feroces rugían; asaltaban los oídos de los dos hombres continuos ruidos raros y pavorosos. Habían andado millas y millas en busca de su campamento, pero siempre en dirección equivocada. Estaban tan irremediablemente perdidos, como si súbitamente los hubieran transportado a otro mundo.

En semejante ocasión, hasta la última chispa de sus inteligencias combinadas, debiera haberse concentrado sobre la cuestión del momento: la cuestión, de vida o muerte para ellos, de desandar lo andado para volverse al campamento. Estaba hablando Samuel T. Philander.

—Pero, mi querido profesor — iba diciendo, — yo sostengo todavía que, a no ser por las victorias de Fernando e Isabel sobre los moros de España, en el siglo XV, el mundo estaría adelantado un millar de años en relación con lo que está ahora. Los moros eran una raza esencialmente tolerante y liberal de agricultores, artesanos y mercaderes...

—¡Alto, alto, querido míster Philander!— interrumpió el profesor Porter. — Su religión excluía terminantemente esa posibilidad que usted sugiere. El islamismo era y será siempre una rémora para el progreso científico, que ha marcado...

—¡Perdone, profesor! — interpuso míster Philander, que había vuelto la vista hacia la selva — Parece que se acerca alguien.

El profesor Arquímides Q. Porter se volvió en la dirección indicada por el mismo Philander.

—¡Vamos, amos, míster Philander! — le dijo riñéndole. — ¿Cuántas veces habré de apremiarle a usted a que busque la concentración absoluta de sus facultades mentales, única que le permitirá dedicar los más altos dones de la inteligencia a los importantísimos problemas que corresponde resolver a los espíritus superiores? Y ahora se acaba usted de hacer culpable de una flagrante infracción de la cortesía al interrumpir mi erudito dis-

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

curso, para lamarme la atención hacia un mero cuadrúpedo del género Felis. Como iba diciendo, míster...

—¡Cielos, profesor! ¿Un león? — exclamó míster Philander forzando los débiles ojos en dirección a la confusa figura que se veía contra las malezas de la selva tropical.

—Sí, sí, míster Philander, ya que se empeña usted en emplear una palabra vulgar en su discurso. Un "león". Como iba diciendo...

—Pero, profesor,— interrumpió de nuevo míster Philander, — permítame advertirle que sin duda los moros vencidos en el siglo XV, continuarán en su lamentable condición siquiera por ahora, aunque aplacemos la discusión de esa calamidad mundial hasta que logremos esa encantadora vista de la Felis carnívora que, según es voz proverbial, sólo procura la distancia.

Entre tanto el león se había aproximado con tranquilo andar hasta unos diez pasos de los dos hombres, y allí se había quedado mirándolos curiosamente. La luz de la luna inundaba la playa, y el extraño grupo se destacaba en audaz relieve sobre la amarilla arena.

—¡Muy reprensible! ¡Reprensible en alto grado! — exclamó el profesor Porter con débil vestigio de irritación en la voz. — Nunca míster Philander, nunca en mi vida he visto que se permita a esos animales andar fuera de su jaula. No dejaré de poner esa irritante infracción de la ética en conocimiento de los directores del jardín zoológico más próximo.

—Dice usted muy bien, profesor — convino míster Philander; — y cuanto más pronto lo hagamos, mejor. ¡Partamos al instante!

Y cogiendo al profesor del brazo, míster Philander echó a andar en la dirección que había de poner la mayor distancia posible entre el león y ellos. Poco trecho habían avanzado cuando una mirada hacia atrás reveló a los horrorizados ojos de míster Philander que los iba siguiendo. Con lo cual apretó más el brazo del profesor, que no cesaba de protestar, y aumentó su velocidad.

—Como iba diciendo, míster Philander... — repitió el profesor Porter.

Míster Philander lanzó otra presurosa mirada hacia atrás. El león había avivado el paso, y pertinazmente se mantenía a distancia invariable de los dos hombres.

—¡Es que nos sigue! — exclamó míster Philander echando a correr.

—¡Alto, alto, míster Philander! — reprochó el profesor.—Esa prisa es cosa que no sienta nada bien a un par de eruditos como nosotros. ¿Qué pensarán nuestros amigos, si están fuera de casa y presenciar estas frívolas rarezas nuestras? ¡Sírvase usted ir con más decoro!

Míster Philander lanzó otra mirada de observación a popa.

¡Horror de horrores! El león había avanzado a saltos, apenas a cinco pasos de distancia. Míster Philander soltó el brazo del profesor y rompió en una loca orgía de velocidad que habría hecho honor a cualquier equipo de carreras universitario.

—Como iba diciendo, míster Philander... — gritó el profesor Porter, en el preciso momento de echar igualmente a correr. El también había visto, mirando atrás, los crueles ojos amarillentos y la boca entreabierta en pavorosa proximidad a su persona.

Con los faldones de la levita volando y con su reluciente sombrero de copa, el profesor Arquímides Q. Porter echó a correr pisando los talones a míster Samuel T. Philander.

Delante de ellos un paraje de la selva corría por un estrecho promontorio, y al refugio de unos árboles que allí veía era adonde mister Samuel T. Philander dirigía sus prodigiosos saltos y brincos, en tanto que, en las sombras de aquel mismo paraje atisbaban unos perspicaces ojos, que llenos de interés contemplaban la escena.

Era Tarzán de los Monos el que observaba con el rostro contraído en una sonrisa, aquella carrera desenfrenada y ridícula.

Sabía que los dos hombres estaban a salvo de ataques en cuanto al león se refería. El mismo hecho de que Numa hubiera dejado escapar tan fácil presa, convencía a Tarzán, tan ducho en la vida de la selva, de que la panza del león estaba ya llena.

Numa podía seguirlos hasta que tuviera otra vez hambre; pero lo más probable era que, si no se le encolerizaba, pronto se cansara del juego, y se fuera a su guarida de la selva.

Realmente el gran peligro era que alguno de los hombres tropezara y se cayese, porque entonces el amarillo demonio se lanzaría contra él al instante, y la alegría de matar sería tentación demasiado fuerte para resistirla.

Así, Tarzán se lanzó vivamente a una rama baja sobre el sendero que seguían los fugitivos; y cuando Samuel T. Philander llegó jadeando y dando resoplidos debajo de él, ya emasiado agotado para alcanzar el seguro a la rama, Tarzán se estiró hacia aba-

jo y cogiéndolo por el cuello de la chaqueta, lo subió a la rama a su lado.

Un momento después llegó el profesor al radio de acción del amistoso brazo, y el también se vió izado hasta lugar seguro, en el momento en que el chasqueado Numa, con un rugido, daba un salto para recobrar su presa que se esfumaba.

Un momento los dos hombres estuvieron, jadeantes, agarrados a la enorme rama, en tanto que Tarzán se ponía en cuclillas, con la espalda apoyada en el tronco del árbol y les observaba con mezcla de curiosidad y alborozo.

Fué el profesor el primero que rompió el silencio.

—Me apena honduamente — dijo, — míster Philander, que haya usted demostrado tanta falta de valor varonil en presencia de un ser de categoría inferior, y que con su rasa timidez me haya obligado a hacer tan grandes esfuerzos para poder reanudar mi discurso. Como iba diciendo, míster Philander, cuando me ha interrumpido usted, los moros...

—Profesor Arquímides Q. Porter — interrumpió míster Philander en tono glacial, — ha llegado el momento en que la paciencia se convierte en un crimen. Me ha acusado usted de cobardía. Ha insinuado usted que ha corrido para alcanzarme, no para huir de las garras del león. Andese con cuidado, profesor Arquímies Q. Porter. ¡Soy un desesperado! Si se le excita, haciéndole sufrir mucho tiempo, hasta el gusano se vuelve contra su hostigador.

—¡Alto, alto, míster Philander, alto, alto! — previno el profesor Porter. — ¡Que se va usted del seguro!

—No me he ido todavía, profesor Arquímides Q. Porter. Pero, créame que estoy a punto de olvidar la encumbrada posición de usted en el mundo de la ciencia y las canas de su cabeza.

El profesor alargó en la oscuridad su masilencio, y la oscuridad ocultó la severa sonrisa que arrugó su semblante. Luego habló y dijo con belicoso acento:

—¡Olga, Samuel Philander! Si lo que usted busca es una gresca, quítese la americana, baje al suelo, y le daré unos puñetazos en la cabeza, como los daba hace sesenta años en el callejón trasero de la granja de Porky Evans.

—¡Arquímides! — exclamó el asombrado míster Philander. — ¡Cielos, qué bien suena eso! Cuando se pone usted humano, Arquímides, le quiero a usted; pero parece que se ha olvidado usted de ser humano en estos veinte últimos años.

El profesor alargó en la oscuriad su mano sarmentosa y temblona, hasta encontrar el hombro de su amigo.

—Perdóneme, Samuel, — dijo dulcemente. — No han sido veinte años justos, y sólo Dios sabe cuánto me he esforzado por ser "humano", no sólo por Jane, sino por usted, desde que El se me llevó a otra Jane.

Otra vieja mano partió del costado de míster Philander para empuñar la que tenía posada sobre el hombro y no podía haber mensaje alguno que transladara mejor la voz de un corazón al otro.

No habló ninguno de ellos en algunos minutos. Abajo el león daba nerviosos paseos. La tercera persona del árbol estaba oculta por las densas sombras cerca del tronco. Ella también estaba silenciosa e inmóvil como una imagen de talla.

—La verdad es que me ha subido usted al árbol en el preciso instante — dijo por fin el profesor. — Quiero darle a usted las gracias. Me ha salvado usted la vida.

—Yo no le he subido a usted, profesor — dijo míster Philander. — ¡Caramba! La excitación del momento me había hecho olvidar que a mí también me han subido una fuerza desconocida y exterior. En este árbol debe de haber alguien o algo con nosotros.

—¿Eh? — exclamó el profesor Porter. — ¿Está usted completamente seguro, míster Philander?

—Segurísimo, profesor, — replicó el secretario. — Y creo — añadió — que debíamos darle las gracias. Es posible que esté ahora sentado al lado de usted, profesor.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Alto, míster Philander, alto alto! — dijo el profesor Porter cautelosamente arrimándose más a su amigo.

En aquel moemnto se le ocurrió a Tarzán de los Monos que Nnuma llevaba ya bastante rato dando vueltas por debajo del árbol; por lo cual irguió la juvenil cabeza hacia los cielos, y a los aterrados oídos de los dos viejos llegó el horrible reto del antropoide.

Los dos amigos, acurrucados y temblorosos en su precaria posición en la rama, vieron que el león cesaba en su incansable paseo en cuanto llegó a sus oídos aquel grito que helaba la sangre, y luego se metía vivamente en la selva, para perderse de vista al instante.

—¡Hasta el león tiembra de miedo! — cuchicheó míster Philander.

—¡Rarísimo, rarísimo! — musitó el profesor Porter, agarrándose frenéticamente a míster Philander para recobrar el equilibrio que el repentino espanto había puesto en tan gran peligro.

Por desgracia para ambos, el centro de gravedad de míster Philander estaba en aquel momento suspendido del áspero borde de la rama, de manera que no necesitó más que el suave empuje que originó el peso adicional del profesor Porter para tirar al adicto secretario desde lo alto de la rama.

Un instante estuvieron bamboleándose, y luego, con mezcla de gritos muy poco académicos, cayeron de cabeza desde lo alto del árbol, unidos en estrecho abrazo.

Pasaron algunos momentos sin que ninguno de ellos se moviera, porque ambos estaban seguros de que el intentarlo revelaría tantas fracturas y contusiones que les impedirían seguir avnzando.

Por fin el profesor Porter trató de mover una pierna, y con sorpresa vió que respondía a su voluntad como en los pasados días. Entonces dobló la compañera y la estiró de nuevo.

—¡Rarísimo, rarísimo! — refunfuñó.

—¡Gracias a Dios, profesor! — cuchicheó míster Philander fervorosamente. — ¿No se ha muerto usted?

—Calle, calle, míster Philander — previno el profesor Porter, — porque todavía no lo sé con seguridad!

Con infinita solicitud el profesor Porter procuró mover el brazo derecho. ¡Oh júbilo! Estaba intacto. Sin aliento levantó el brazo izquierdo por encima de su postrado cuerpo... y pudo agitarlo.

—¡Rarísimo, rarísimo! — dijo.

—¿A quién hace usted señas, profesor?— preguntó excitado míster Philander.

El profesor Porter no se dignó dar respuesta a esta pueril interrogación. En vez de ello levantó la cabeza del suelo, y la movió a un lado y otro una docena de veces.

—¡Rarísimo! — exclamó. — Está intacta

Míster Philander no se había movido del sitio en que cayó; no se atrevía a intentarlo. ¿Cómo iba uno a poder moverse cuando se le habían roto brazos y piernas, sin contar la columna vertebral?

Tenía un ojo hundido en la blanda tierra, y el otro, mirando de soslayo, estaba clavado con temor en las extrañas evoluciones del profesor Porter.

—¡Qué triste! — exclamó míster Philander casi en voz alta. — Traumatismo del cerebro, que induce a la absoluta aberración mental. ¡Qué triste en verdad! ¡Y para una persona todavía tan joven!

El profesor Porter rodó sobre la tripa, y cautelosamente arqueó la espalda hasta parecerse a un enorme gato en las proximidades de un perro que gañe. Luego se sentó y empezó a tantearse diversas partes de su anatomía.

—¡Todo está en su sitio! — exclamó. — ¡Rarísimo!

Después de lo cual se levantó, y lanzando una mirada de soslayo al cuerpo aun tendido de míster Samuel T. Philander, dijo:

—¡Alto, alto, míster Philander! No es esta ocasión de perecer. Es preciso que se levante usted y partamos.

Míster Philander alzó el otro ojo de la tierra, y lo clavó con inefable rabia en el profesor Porter. Después trató de levantarse; y no pudo recibir mayor sorpresa que la de ver que sus esfuerzos eran coronados por un triunfo inmediato.

Pero estaba todavía reventado de coraje por la gran injusticia que encerraba la insinuación del profesor Porter; y ya se disponía a dar una contestación aceda, cuando sus ojos se clavaron en una figura extraña que estaba a pocos pasos de distancia, observándolos atentamente.

El profesor Porter había recobrado su reluciente chistera, que se había vuelto a poner, después de haberla cepillado con todo esmero con la manga de la levita. Y cuando vió que míster Philander señalaba a algo de detrás de él, se volvió y vió un gigante, sin otra ropa que el taparrabo y unos cuantos adornos de metal, que se mantenía inmóil delante de él.

—Buenas noches, caballero, — dijo el profesor quitándose la chistera.

Por toda respuesta el gigante les hizo señas de que le siguieran, y echó a andar playa arriba en la dirección de la cual habían llegado los dos sabios.

—Me parece que la discreción ordena seguirle — dijo míster Philander.

—¡Alto, alto, míster Philander! — respondió el profesor. — Hace poco rato que exponía usted argumentos muy lógicos en apoyo de su suposición de que el campamento estaba al Sud. Yo no lo creía y usted ha acabado por convencerme; de manera que ahora estoy seguro de que hacia el Sud hemos de ir para alcanzar a nuestros amigos. Por lo tanto, yo seguiré hacia el Sud.

—Pero, profesor Porter, ese hombre puede estar mejor enterado que nosotros. Parece ser indígena de esta parte del mundo. Vamos a seguirle un breve trecho.

—¡Alto, alto, míster Philander! — repitió el profesor.

—Yo soy un hombre difícil de convencer, pero una vez convencido mi resolución es irrevocable. Continuar en la dirección conveniente, aunque tenga que dar la vuelta a todo el continente africano para llegar a mi destino.

Cortó la discusión Tarzán, quien, al ver que aquellos dos hombres tan raros no le seguían, habían vuelto a su lado.

De nuevo les hizo señas, pero ellos continuaban con la discusión.

Pronto perdió el hombre mono la paciencia con la estúpida ignorancia de aquellos sujetos. Cogió al asustado míster Philander por un hombro, y antes que el digno caballero supiera si lo mataban o lo lisiaban de gravedad, Tarzán había atado fuertemente un cabo de su cuerda al cuello de míster Philander.

—¡Alto, alto, míster Philander! — reprochó el profesor Porter. — No le sienta a usted nada bien el someterse a semejante indignidad.

Pero apenas habían salido estas palabras de su boca cuando él también se vió cogido y bien atado por el cuello con la misma cuerda. Luego Tarzán partió hacia el Norte, guiando al profesor y a su secretario, otra vez llenos de miedo.

En mortal silencio avanzaron durante un tiempo que pareció varias horas a los dos fatigados e inermes ancianos; mas de pronto, al llegar a lo alto de una loma, se regocijaron extraordinariamente al ver su choza a menos de un centenar de varas de distancia.

Entonces los soltó Tarzán y señalando hacia el pequeño edificio, dió media vuelta y desapareció en la selva.

—¡Rarísimo, rarísimo! — exclamó el profesor con la boca abierta. — Pero ya ve usted, míster Philander, que yo estaba en lo cierto, como de costumbre. A no ser por la terquedad de usted, nos habríamos librado de una serie de accientes humillantes en extremo, por no decir peligrosos. Sírvase en lo sucesivo dejarse guiar por un espíritu madu-

ro y más práctico cuando necesite sabios consejos.

Míster Samuel T. Philander estaba demasiado contento por el feliz suceso de su aventura para darse por ofendido ante la cruel lanzada del profesor. En vez de ello cogió el brazo de su amigo y lo hizo ir a vivo paso hacia la cabaña.

Gran consuelo sintieron los individuos de la partida al verse juntos. El alba apuntó cuando aun estaban refiriendo sus aventuras y haciendo cábalas acerca de la personalidad del extraño guardián y protector que habían encontrado en aquella salvaje costa.

Esmeralda estaba segura de que no era otro que el ángel Gabriel, enviado especialmente para velar por ellos.

—Si le hubieras visto devorar la carne cruda del león, Esmeralda — dijo Clayton riendo, — habrías pensado que era un ángel demasiado de carne y hueso.

—Eso no sé yo, míster Clayton — repuso Esmeralda; — pero supongo que al Señor se le olvidó darle fósforos, porque lo mandó demasiado de prisa a velar por todos nosotros. Y claro es que no puede asar la carne sin fósforos.

—Su voz no tenía nada de celestial — dijo Jane Porter con leve estremecimiento, al recordar el espantoso rugido que había seguido a la muerte de la leona.

—Tampoco estuvo muy de acuerdo con mis anteriores ideas sobre la dignidad de los mensajeros divinos—observó el profesor Porter, — cuando el... ¡ah! el caballero ató a dos respetables y eruditos sabios por el cuello y tiró de ellos por la selva como si se tratara de dos bueyes.

CAPITULO XVII

ENTIERROS

Como ya era completamente de día, la partida, ninguno de cuyos individuos había comido ni dormido desde la mañana anterior, comenzó a rebullir para preparar alimentos.

Los amotinaos del "Arrow" habían desembarcado una pequeña provisión de carnes saladas, de sopas y verduras en lata, de galleta, habían abandonado. Todo ello salió prontamente a relucir para satisfacer las exigencias de un apetito largo tiempo excitado.

La tarea siguiente fué la de haber habitable la choza, para lo cual se decidió quitar en seguida los macabros restos de la tragedia allí ocurrida en tiempos pasados.

El profesor Porter y míster Philander se dedicaron con el mayor interés al examen de los esqueletos. Los dos más grandes, dijeron, habían pertenecido a un varón y una hembra, de una de las razas blancas más civilizadas.

Al esqueleto pequeño no le dedicaron sino una atención pasajera, pues su posición en la cuna no dejaba duda de que era el hijito de aquella desdichada pareja.

Mientras preparabn el esqueleto del varón para enterrarlo, Clayton vió un grueso anillo que había adornado el dedo de aquél al tiempo de su muerte, porque uno de los delfados huesos de la mano estaba aún rodeado por el áureo objeto.

Al examinarlo de cerca, el joven lanzó un grito de asombro, porque el anillo tenía el blasón de la casa de Greystoke.

Al propio tiempo, Jane Porter descubría los libros del armario, y al abrir uno de ellos por la anteportada, vió escrito: "John Clayton, Londres". En otra libro que examinó apresuradamente se veía sólo este nombre: "Greystoke".

—¿Qué significa esto, míster Clayton? — exclamó. — En estos libros están los nombres de su familia de usted.

—Y aquí — replicó el joven gravemente, — está el gran anillo de la casa de Greystoke que se perdió cuando desapareció mi tío, John Clayton, el anterior lor Greystoke, al parecr en un naufragio.

—Pero, ¿cómo se explica usted que estas cosas estén aquí, en esta selva africana? — exclamó la joven.

—No hay más que una manera de explicarlo, miss Porter — dijo Clayton. — El difunto lord Greystoke no se ahogó. Murió en esta cabaña, y eso que vemos en el suelo son sus restos mortales.

—Entonces esa debió ser lady Greystoke, — dijo Jane Porter reverentemente, señalando el pobre montón de huesos de la cama.

—La hermosa lady Alicia, — replicó Clayton, — de cuyas muchas virtudes y personales encantos he oído hablar mil veces a mi padre y a mi madre. ¡Pobre, desgraciada dama! — musitó tristemente.

Con honda reverencia y solemnidad los restos mortales de los difuntos lord y lady Greystoke fueron sepultados al lado de su cabaña africana, y entre ellos colocaron el menudo esqueleto del hijo de Kala, la mona.

Mientras míster Philander estaba colocando los huesitos del pequeño en un pedazo de lona, examinó minuciosamente el cráneo. Luego llamó el profesor Porter y ambos estuvieron unos minutos hablando en voz baja.

—¡Rarísimo, rarísimo! — dijo el profesor Porter.

—Es preciso que al punto — dijo míster Philander, — pongamos en conocimiento de míster Clayton lo que acabamos de descubrir.

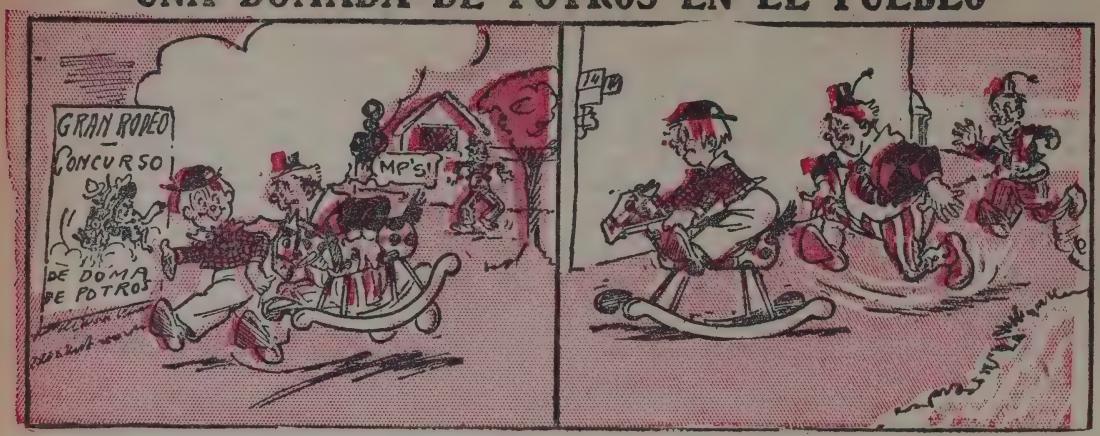
—¡Alto, alto, míster Philander, alto, alto! — reprochó el profesor Arquímides Q. Porter. — Deje usted que el pasado entierre sus muertos.

Y así el anciano de pelo blanco leyó el servicio fúnebre sobre aquella extraña tumba, mientras sus cuatro compañeros le rodeaban con las cabezas inclinadas y descubiertas.

Desde los árboles Tarzán de los Monos observaba la solemne ceremonia; pero lo que más observaba era la dulce cara y la graciosa figura de Jane Porter.

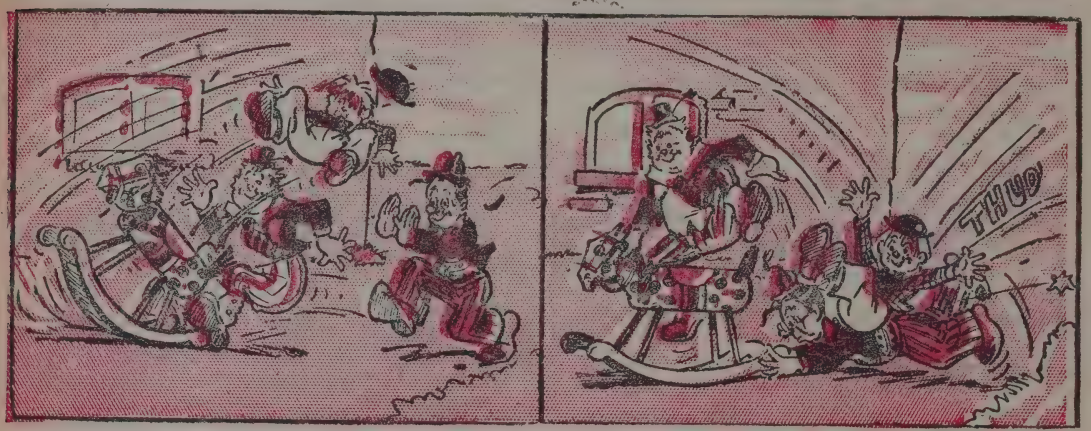
En su salvaje y no educado corazón empezabn a agitarse nuevas emociones. No podía comprender qué era aquello. Se preguntaba por qué sentía un interés tan grande por aquella gente y por qué se había tomado tanto trabajo por salvar a los tres hombres. Lo que no

UNA DOMADA DE POTROS EN EL PUEBLO



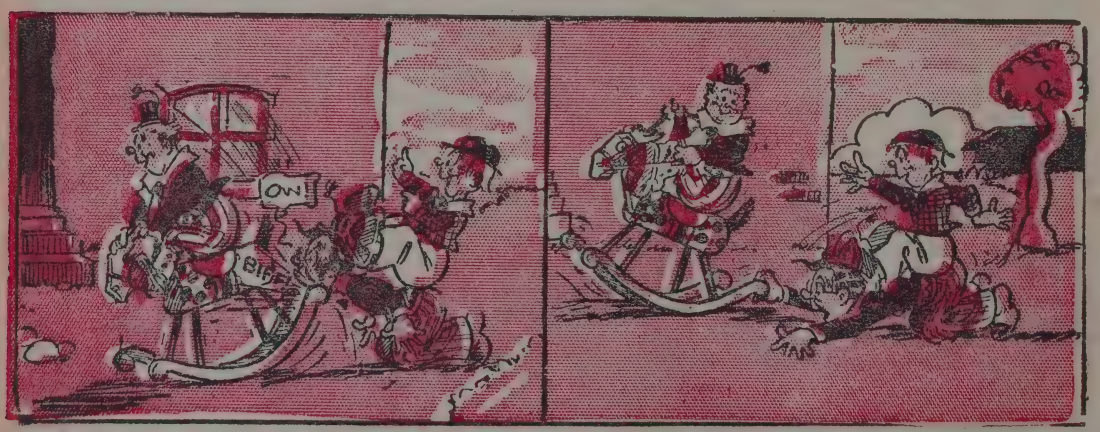
1. — Nuestros amigos Recado y Cojinillo se enteraron de que en el pueblo de su residencia se realizaba un gran rodeo con doma de potros y concurso de jineteada y con la mayor rapidez que les fué posible se dirigieron al sitio donde se realizaba en acto en cuestión.

2. — "¡Estas son las fiestas que me gustan a mí!" exclamó Cojinillo. "¡Y las que a mí me gustan hace tiempo!", manifestó Recado. Pero no contaban con la mala voluntad de Estribo, que les tenía una envidia grandísima y resolvió fastidiarlos lo más que le fuese po-



3. — Entonces, aprovechando que el caballo de los amigos era de balancín, se acercó a él silenciosamente y con la mayor precaución les aplicó un ggolpe con todas sus mayores fuerzas.

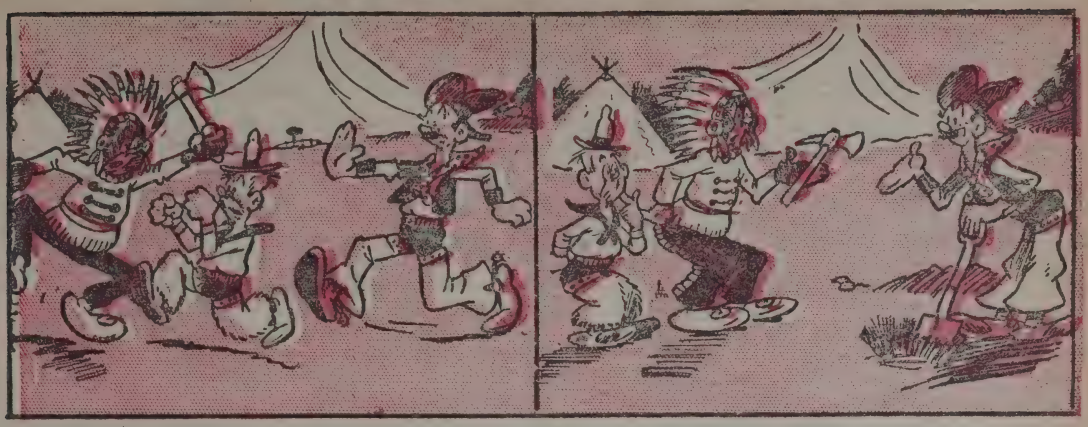
4. — ¿Qué sucedió? Que se armó un entrevero de los peores salvándose de la catástrofe tan solo uno de los jinetes mientras los demás rodaban por la capa de polvo que cubría el mal cuidado camino.



5. — Galopando alegremente en su caballo de balancín Cojinillo siguió su vertiginosa marcha hacia el campo donde había de celebrase el torneo de doma de potros. El viejo pingo se condujo admirablemente. "¡Ji... up!" le gritaba Cojinillo.

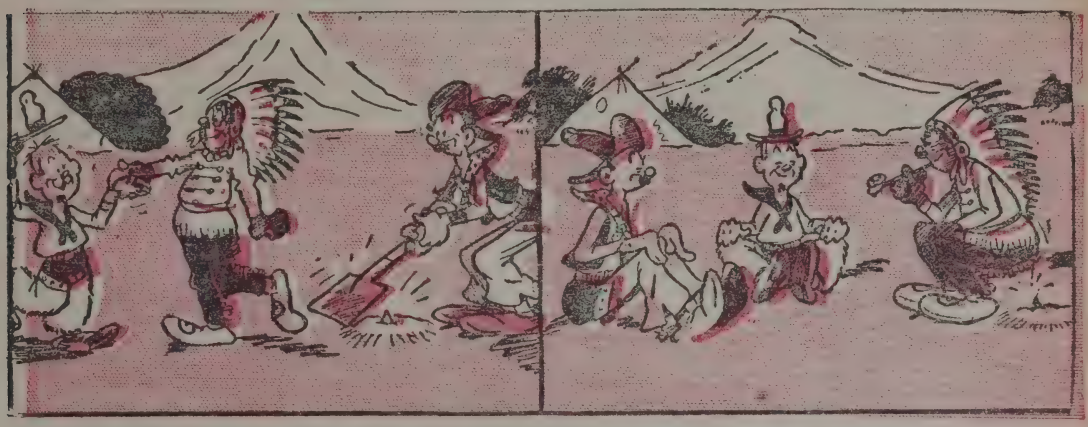
6. — Pero los demas compañeros no admitieron semejante situación. "¡Alto!", le gritó Recado. "¡Yo tengog derecho a ir también en ese flete!" "¡En este caballo no monta nadie más que yo!", replicó Cojinillo. Se armó una nueva trapatiesta y si no interviene Estribo, de fijo se produce un lamentable suceso.

UN SUCESO DEL FAR WEST



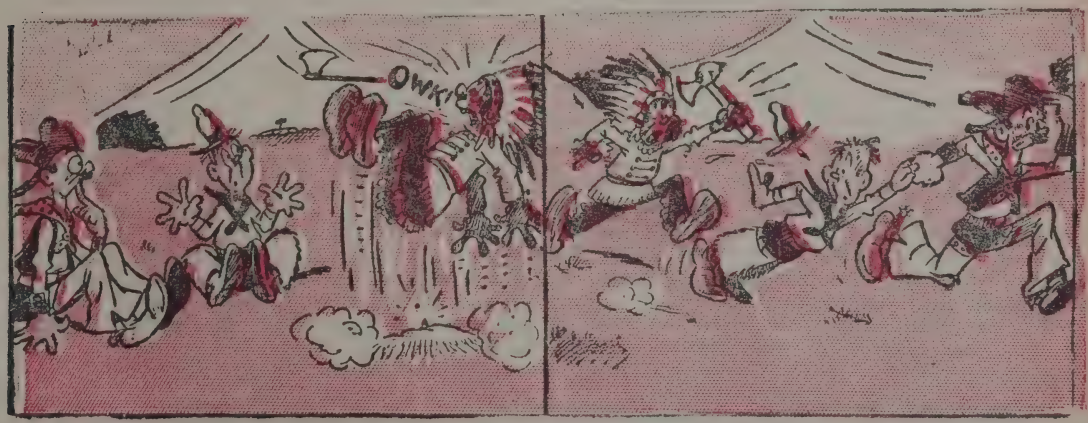
1. — Les he contado alguna vez, amigos míos, la historia de Cabeza de Cerdo el gran jefe y de Panchito, el jefe de los cowboys del ranch de don Pipo. ¿No? Pues voy a contársela inmediatamente como es debido.

2. — Panchito fué un día a ver a Cabeza de Cerdo y le dijo: "La Liga de las Naciones ha dispuesto que haya paz en el mundo así que cada uno de los jefes indios debe entregarme un hacha para enterrarla.



3. — Procediendo de acuerdo con la disposición de la Liga de las Naciones, Panchito enterró el hacha de Cabeza de Cerdo con toda limpieza. Entonces el indio le pidió a Panchito que hiciese otro tanto. ¡Claro!

4. — "Lo que haremos ahora será fumar la pipa o "calumete" de la paz", dijo Panchito. Llenó su pipa como es debido y el indio se puso a fumar con toda la tranquilidad propia de su tranquila raza.



5. — Pero al moverse, estando sentado, se pinchó con la punta del hacha enterrada por Panchito. El indio sintió que la punta del hacha le penetraba en su individuo y dió un terrible salto. "¡Ay" — gritó. — ¿Esta es la paz de la Liga de las Naciones? Pues no me gusta nada".

6. — Volvió a empuñar su hacha de guerra y revoleándola corrió tras de Panchito y su amigo Virola pronunciando palabras bastante violentas. Debido a eso se produjo un drama bastante violento en la región del Far West donde tantos dramas se habían producido ya en diversos tiempos y en diferente épocas de la historia estadounidense.

le preguntaba era por qué había apartado a Sabor de las tiernas carnes de la extraña joven.

Indudablemente los hombres eran estúpidos, ridículos y cobardes. Hasta Manu, el mico, era más inteligente que ellos. Si aquellos eran los seres de su propia raza, dudaba Tarzán que estuviera justificado su pasado orgullo de hombre.

Pero la muchacha..., ¡Ah! La muchacha era cosa distinta. Aquí Tarzán no razonaba. Sabía que había sido creada para que la protegieran, y que a él le habían creado para protegerla.

Se maravillaba de que hubieran hecho un hoyo tan grande en el suelo sólo para enterrar huesos secos. Esto no tenía sentido ninguno; a nadie se le había ocurrido robar los huesos.

Si hubieran tenido carne, Tarzán habría comprendido, porque únicamente así se podía preservar la comida contra Danga, la hiena, y contra los otros ladrones de la selva.

Cuando la tumba estuvo llena de tierra, los de la partida se volvieron a la choza, y Esmeralda, llorando aún copiosamente por los dos seres de quienes jamás había oído hablar hasta aquel día, y que llevaban muertos veinte años, miró por casualidad hacia la rada. Instantáneamente cesaron sus lágrimas.

—¡Mírenlos, mírenlos allí! — chilló, señalando de nosotros, desde esa maldita isla.

Y era cierto que el "Arrow" se dirigía hacia el mar libre, lentamente, por la entrada de la caleta.

—Nos habían prometido armas de fuego y municiones — dijo Clayton. — ¡Fieras inicuas!

—De fijo que eso es obra de ese individuo que llamaban Snipes, — dijo Jane Porter. — King era un bandido, pero tenía algunos sentimientos de humanidad. Si no le hubieran matado, estoy segura de que él habría hecho que nos proveyeran de lo necesario antes de abandonarnos a nuestra suerte.

—Siento que no nos hayan visitado antes de zarpar — dijo el profesor Porter. — Yo me había propuesto pedirles que nos dejaran el tesoro, porque si se pierde estaré arruinado.

Jane Porter miró tristemente a su padre.

—No le importe, papá de mi alma. No te habría servido de nada pedirlo, porque únicamente por el tesoro mataron a sus oficiales y nos han dejado en esta horrible costa.

—¡Alto, alto, niña, alto, alto! — replicó el profesor Porter. — Eres una mocita excelente, pero inexperta en cosas prácticas.

Y dicho esto dió media vuelta y se alejó lentamente hacia la selva, con las manos cruzadas a la espalda y la vista clavada en el suelo.

Miróle su hija con sonrisa de compasión en los labios, y luego, volviéndose a míster Philander, cuchicheó:

—Haga usted el favor de no dejerle que se aleje como ayer. Con usted contamos para que no lo pierda de vista.

—Cada día es más difícil de manejar — replicó míster Philander con un suspiro y moviendo la cabeza. — Sospecho que ahora se ha ido a comunicar al director del jardín zoológico que uno de los leones andaba suelto anoche. ¡Ah, miss Jane, no sabe usted con quién tengo que habérmelas!

—Sí que lo sé, míster Philander; pero si bien todos le queremos, usted es el más indicado para manejarle, porque, dígale lo que le diga, respeta el gran saber de usted, y, por lo tanto, tiene inmensa confianza en su juicio. El pobre no sabe establecer diferencia entre la erudición y la sabiduría.

Míster Philander, con expresión de asombro, se volvió para seguir al profesor, y entre tanto iba revolviendo en cu magín la cuestión de si debía sentirse lisonjeado u ofendido por el cumplido de miss Porter.

Tarzán había visto la constestanación pintada en los semblantes del pequeño grupo cuando presenciaron la partida del "Arrow"; y como el buque era una novedad enorme para él, determinó correr a la punta de la tierra que había al Norte de la rada, y ver más de cerca la embarcacion, así como averiguar, si era posible, la dirección de su huída.

Saltando de árbol en árbol con gran agilidad, llegó a la punta un momento después de haber salido el buque de la rada, de manera que vió a su sabor las maravillas de aquella extraña casa flotante.

Había unos veinte hombres corriendo de acá para allá en cubierta, y tirando y halando de cuerdas.

Soplaba ligera brisa de tierra, y el buque había pasado por la boca de la rada con muy poca cantidad de trapo; mas, una vez que habían dejado atrás la punta, tendían todos los pedazos de lona de que disponían para llegar a la alta mar lo más pronto que les fuera posible.

Tarzán, lleno de admiración extática y con el anhelo de estar a bordo de él, observó los graciosos movimientos del buque. De pronto sus penetrantes ojos divisaron un débil vestigio de humo en el lejano horizonte, por la parte Norte, y se preguntó cuál sería la causa de aquello en la extensa porción de agua.

Al mismo tiempo, poco más o menos, debieron de ver el humo los trípulantes del Arrow, porque a los pocos momentos vió Tarzán que cambiaban y acortaban las velas. El buque dió una virada y el hombre mono se percató de que estaba volviendo hacia tierra.

Un hombre en la proa hundía constantemente en el mar una cuerda a cuyo extremo iba atado un pequeño objeto. Tarzán se preguntó cuál podría ser el propósito de aquella acción.

Por fin el buque vino a tomar directamente el viento; se largó el ancla y se bajaron las velas, y en seguida se sintió gran rebullicio en cubierta.

Arriaron un bote p metieron en él un cofre muy grande. Luego una docena de marineros tomaron los remos y bogaron rápidamente hacia el sitio en que se hallaba Tarzán, agazapado en las ramas de un árbol.

En la popa del bote, cuando llegó más cerca, vió Tarzán al hombre de la cara de rata.

Unos minutos después el bote tocó tierra, y los hombres saltaron de él y levantaron el cofre, hasta dejarlo sobre la arena. Estaban en la parte norte de la punta, de manera que su presencia no podía ser advertida por los de la choza.

Los hombres discutieron airados un momento. Luego el de la cara de rata, con varios compañeros, subió a la pequeña eminencia en que se alzaba el árbol que ocultaba a Tarzán, y miraron todos unos cuantos minutos.

—Este es buen sitio, — dijo el de la cara de rata, señalando a un lugar debajo del árbol de Tarzán.

—Lo mismo que otro cualquiera, — replicó uno de sus compañeros. Si nos pescan con el tesoro a bordo nos lo confiscarán de todos modos. Más vale que lo enterremos aquí, con la esperanza de que alguno de nosotros se libre de la cárcel y venga más tarde a gozar de él.

El de la cara de rata llamó entonces a los hombres que habían quedado en el bote, y lentamente subieron por la playa con picos y palas.

—¡Daos prisa, malditos! — exclamó Snipes.

—¡Cuidado con la lengua! — replicó uno de los hombres con acento sombrío. Ten en cuenta que no eres ningún... almirante.

—¡Aquí soy el capitán, tenlo entendido, sinvergüenza! —gritó Spines, con una rociada de ternos.

—¡Calma, muchachos! — previno uno de los hombres que no había hablado hasta entonces. De nada nos va a servir pelearnos unos con otros.

—Cierto, — replicó el marinero que se había resentido ante el tono autoritario de Snipes. Pero tampoco vamos a conseguir que a nadie de la cuadrilla se le suba el humo a la cabeza.

—Vosotros, cavad aquí, — dijo Spines, señalando al lugar elegido debajo del árbol. Y mientras caváis, Pedro podrá sacar un dibujo o mapa del sitio para que volvamos a encontrarlo. Tú, Tom, y tú Bill, a ver si con otros dos vais a buscar el cofre.

—¿Y tú, qué vas a hacer? — preguntó el del altercado anterior. ¿Nada más que mandar?

—Trabaja tú, — gruñó Spines. ¿Es que te has creído que tu capitán va a manejar una pala?

Todos los hombres levantaron la vista coléricos. A ninguno de ellos le gustaba Snipes, y su desagradable alarde de autoridad desde que había asesinado a King, el verdadero jefe y cabecilla del motín, no había hecho más que avivar las llamas de su odio.

—¿Es que no vas a tomar la pala y a echarnos una mano? Al fin y al cabo no tienes tan malo el hombro, — dijo Tarrant, el marinero que antes había hablado.

—¡No lo verán tus ojos! — replicó Spines, agarrando nerviosamente la culata de su revólver.

—Entonces, ¡por Cristo! — replicó Tarrant, — si no quieres tomar una pala ahí tienes un pico.

Al decir estas palabras levantó el pico sobre la cabeza, y de un fuerte golpe enterró una de sus puntas en el cerebro de Snipes.

Los hombres estuvieron un momento callados, contemplando el resultado del mal humor de su huraño compañero. Luego habló uno de ellos y dijo:

—Le ha estado bien empleado a esa comadreja.

Uno de los otros comenzó a hincar el pico en tierra. Como ésta era blanda, soltó el instrumento y tomó la pala; entonces los otros se incorporaron a él. No se hizo más comentario sobre el crimen, pero los hombres se pusieron a trabajar en mejor estado de ánimo que cuando Snipes asumía el mando.

Cuando tuvieron un hoyo del tamaño suficiente para enterrar el cofre, Tarrant indicó que lo agrandaran con el objeto de sepultar a Snipes encima de él.

—Eso podría contribuir a engañar a cualquiera que quisiera cavar aquí — explicó.

Vieron los otros la astucia de la indicación y así agrandaron el hoyo lo necesario para meter en él el cadáver, e hicieron en el centro una depresión más honda para el cofre; éste fué primero envuelto en lona y luego bajado a su sitio, con lo cual quedó a un pie más abajo de la superficie del fondo de la tumba. Luego echaron paladas de tierra y la apisonaron en torno y encima del cofre, hasta que el fondo de la tumba quedó liso y uniforme.

Sin la menor ceremonia los dos hombres rodaron hasta el hoyo el cadáver del de la cara de rata, después de haberlo despojado de sus armas y de algunos otros objetos que algunos codiciaban para sí mismo.

Luego llenaron la tumba de tierra y la apisonaron hasta que no pudieron echar más.

Lo que quedaba de tierra suelta fué desperdigado por los hombres que acabaron poniendo un montón de maleza muerta de la manera más natural sobre la reciente huesa, para borrar todo vestigio de haber sido removido el terreno.

Hecho esto, los marineros se volvieron en el bote, y remaron rapidamente hacia el Arrow.

La brisa había aumentado en gran manera y como el humo en el horizonte se veía en gran volumen, los amotinados, sin pérdida de tiempo, desplegaron todas las velas e hicieron rumbo hacia el sudoeste.

Tarzán, espectador interesantísimo de todo lo que había ocurrido, pérmanecía haciendo conjeturas acerca de las extrañas acciones de aquellos extravagantes seres.

Los hombres eran en realidad más tontos y más crueles que las fieras de la selva. ¡Qué suerte tenía el que vivía en paz y el seguro del inmenso bosque!

Tarzán se preguntaba que podía contener el cofre que habían enterrado. Si no lo querían ¿por qué no se limitaban a tirarlo al agua? Eso habría sido mucho más fácil.

¡Ah! — pensó de pronto. — Debía de ser por que lo querían. Lo habían escondido por que pensaban volver por él más tarde.

Tarzán se descolgó al suelo y comenzó a

examinar la tierra en torno de la excavación Estaba mirando haber si aquellas extrañas criaturas habían dejado caer algo que a él le gustara poseer. Y pronto encontró una azada escondida entre la maleza que los hombres habían colocado sobre la tumba.

Cogióla Tarzán y trató de usarla como había visto hacer a los marineros. Era un trabajo pesado, y le hacía daño en los desnudos pies, pero perseveró hasta que llegó a descubrir parte del cadáver. Tiró luego de él, lo sacó de la tumba y lo dejó a un lado.

Luego continuó cavando hasta que desenterró el cofre, y también tiró de él hasta colocarlo al lado del cuerpo. volvió a poner en el a empes y echó otra vez tierra en torno y ensima de él. Por fin lo cubrió todo con la maleza y volvió al cofre.

Cuatro marineros habían sudado de firme al llevarlo; pero Tarzán de los Monos lo cogió lo mismo que si se hubiera tratado de un cajón de embalaje vacío y con la azada al hombro por medio de un pedazo de cuerda, se llevó el cofre a la parte más espesa de la selva.

No era posible que se lanzara a los árboles con aquel, extraño fardo por lo cual decidió seguir por los senderos y avanzar todo lo que podía.

Varias horas estuvo andando en dirección nordeste. hasta que llegó a una impenetrable pared de vegetación espesa y entrelazada.Entonces se lanzó a las ramas inferiores, y en quince minutos más estuvo en el anfiteatro donde se reunían los monos en consejo o para celebrar los ritos del Dum-Dum.

Cerca del centro del raso, y no lejos del tambor o altar, comenzó su excavación. Esto era más trabajo que el quitar la tierra recién removida de la tumba; pero Tarzán de los Monos era perseverante, y, continuó en su labor hasta que se vió recompensado por la existencia de un hoyo de la suficiente profundida para contener el cofre y dejarlo bien oculto a la vista.

¿Por qué había tomado todo este trabajo sin saber el valor contenido del cofre?

Tarzán tenía figura y cerebro de hombre, pero era mono por educación y por el medio ambiente. Su cerebro le decía que el cofre contenía algo de valor, pues de lo contrario los hombres no lo habrían ocultado, su educación le había enseñado a imitar todo lo que era nuevo e insólito, y ahora su curiosidad natural, que es tan común a los hombres como a los monos, le impulsaba a abrir el cofre y examinar su contenido.

Pero la fuerte cerradura y los recios flejes de hierro chasquearon tanto su astucia como su inmensa fuerza de manera que se vió obligado a enterrar el cofre sin haber visto satisfecha su curiosidad.

Cuando llegó Tarzán de regreso a la vecindad de la cabaña, deteniédose para comer en el camino. era ya noche cerrada.

Dento del pequeño edificio ardía luz. porque Clayton había encontrado una lata de petróleo sin abrir, que permanecio intacta durante veinte años, y que formaba parte de las provisiones que Miguel el Negro depó a los Clayton. Las lámparas estaban también en buen uso, y así el interior de la choza parecía tan claro como el día al asombrado Tarzán.

Muchas veces le había maravillado el verdadero objeto de aquellas lámparas. Sus lecturas y sus grabados le habían dicho lo que eran, pero no tenía la idea de cómo se le podía hacer producir la admirable luz del sol que algunos de los grabados le habían representado como difundida sobre todos los objetos circunstantes.

Al acercarse a la ventana vió que la choza había sido dividida en dos compartimientos mediante un tosco tabique de ramas y iona.

En la habitación de adelante estaban los tres hombres; los dos mayores discutiendo acaloradamente, y el más jóven, la pared y sobre un taburete improvisado, profnudaabsorto en unos de los libros de Tarzán.

Sin embrago, a éste no le interesaban gran cosa los hombres. Por lo cual se dirigió a otra ventana. Allí estaba la muchacha. ¡Qué hermosas sus facciones! ¡Qué delicada su piel de nieve!

Estaba sentada en la propia mesa de Tarzán, debajo de la ventana. Sobre un rincón de hierbas en el rincón más remoto de la habitación, estaba la negra, dormida.

Una hora permaneció Tarzán solazando la contemplación de Jane Porter, mientras esta escribía. ¡Cuánto anhelaba hablarle! Pero no se atrevía a intentarlo, porque estaba convencido de que, como el joven no le entendería. a demás temía asustarla.

Por fin se levantó Jane, dejando su manuscrito sobre la mesa, y se drigió al lecho, sobre el cual se habían tendido varias capas de finas hierbas, a cuyo arreglo procedió.

Luego soltó la suave y área masa de pelo que coronaba su cabeza. Como una reluciente casacada de metal bruñido por un sol moribundo, cayó el pelo sobre el ovalado rostro de la joven, y en ondulante líneas se despeñó debajo de su cintura.

Tarzán estab hechizado. Luego aJre apagó la lámpara, y todo el interior de la choza quedó envuelto en profunda oscuridad.

Tarzán siguió observando fuera. Agazapado debajo de la ventana esperó escuchando cerca de media hora. Por fin se vió recompensado por el sonido de esa respiración regular que denota el sueño.

Cautelosamente metió Tarzán la mano entre los barrotes de la reja, hasta que tuvo el brazo dentro de la cabaña. Con el mayor cuidado tentó sobre la mesa, y por fin llegó a coger el manuscrito que Jane Porter estaba escribiendo, y con la misma precaución retiró el brazo y la mano, sosteniendo su precioso tesoro.

Dobló Tarzán las hoja sen un paquetito. que metió en la aljaba con sus flechas, se esfumó en la selva virgen, tan suave y silenciosamente como una sombra.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

VEA USTED EN LA PAGINA 4, LO QUE DICE DEL CONCURSO DE "PUCKY" QUE LE DA DERECHO A UN PREMIO DE PESOS 10 MONEDA LEGAL.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roueke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envia de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Roucke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y soncitando de O'Roucke fuera al castillo

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Roucke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo, y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

Una semana después del sepelio de los restos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repentina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anodada por la desaparición de su esposo, y por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administraba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcance para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesional tiene su orgullo, y yo tahmbién tengo el mío. Debo considrar que e también tengo el mío. Debo considerar que nu asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yo me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

—¿Está usted seguro que no es posible hallar ningún indicio revelador en todo el asunto?

—He interrogado a centenares de personas y no he podido averiguar nada. Sólo puedo decirle que él o los individuos, culpables de estos hechos misteriosos, persiguen un fin bien definido, y que no van a terminar los atentados, mientras ellos no hayan logrado su objeto.

—Pero en los últimos días no volvieron a repetirse.

—En efecto; pero tiene que tener en cuenta que la vigilancia es sumamente estricta. Solamente hemos podido constatar que, todas las noches, se oyen ciertos ruidos misteriosos, que parecen zumbidos, ¿no sabe usted si ello ocurría también antes de los atentados y que, en ese caso, serían producidos por algún fenómeno de la naturaleza?

—Jamás se oyeron antes; pero, esta noche voy a ir con usted para oirlos personalmente. Y ahora, señor Peters, hasta las diez en Carn Malva.

Me despedí de Peters, dirigiéndome en seguida a Mendilion.

Era esta una pequeña villa, al pie de Carn Malva, y, a alguna distancia, sobre esta colina, hallábase una vieja construcción, en parte habitable y, en parte, en ruinas, conocida con el nombre de Torre de Mendillion. La construcción había sido en un tiempo un monasterio, cosa por cierto rara en la provincia de Cornwall. Había pasado por varias manos, habiendo permanecido deshabitada por espacio de los últimos diez años.

Sin embargo, hacía unos seis meses, habían llegado a la vieja construcción una serie de trabajadores, sabiéndose entonces que la vieja casa había sido alquilada.

Después de algún tiempo supimos mayores detalles acerca del recién llegado. Era, en cierto modo, un hombre famoso, y era conocido con el nombre de profesor Ogiloy, diciéndose que se contaba entre los primeros naturalistas de su tiempo, habiendo efectuado varios viajes de exploración a las regiones de las selvas vírgenes de Sud América.

Era autor de varios libros de Historia Natural, especializados en la fauna y flora de Sud América.

Pues bien, ese nombre tan distinguido había resuelto, por fin, radicarse definitivamente en Inglaterra, alquilando, por tal motivo, la Torre de Mendillion.

Los Morstone habían tenido la intención de ir a visitarle desde hacía bastante tiempo ya, pero nunca habían podido efectuar la visita debido a la enfermedad de sir Roland.

El profesor Ogilvy era viudo y tenía una hija, y la señora de Morstone había creído que su hija Marjorie hallaría una amiga distinguida en la hija del profesor.

Cuando llegué a la vieja casa, pude ver que, en efecto, había sufrido importantes cambios. Los muros del jardín habían sido refaccionados, una nueva verja de hierro había ocupado el lugar de la antigua y los caminos del interior del jardín habían sido cubiertos por completo con pedregullo nuevo. La vieja puerta de roble había sido nuevamente lustrada y una campanilla instalada a un lado de la misma.

Cuando llamé, la puerta se abrió inmediatamente, produciéndome la primera sorpresa de las muchas que iba a experimentar aun, después, aquella misma tarde.

Un hombre, correctamente vestido, abrió la puerta. Pero un hombre que se distinguía por completo del resto de los seres humanos, que yo había vista en mi vida; pues su tez, que cubría los huesos de la cara, tenía un color semejante a la membrana de un tambor.

Un negro verdadero no me hubiera producido ninguna impresión: pero aquel hom-

bre de raza indefinible, hízome sobresaltar.

Sin embargo, al preguntarle por el deuño de casa, me contestó on la mayor amabilidad que estaba en casa, llamando de inmediato con una campanilla a otro sirviente, para que se hiciera cargo de mi caballo.

En seguida, el mayordomo me hizo pasar a un gran hall, en que se veían muebles por cierto un tanto exóticos. Pero no tuve mucho tiempo para mirar los objetos que

COMO SE DECIA "POR LA GRACIA DE DIOS"

—¡Pero, hombre!... Te doy un duro para que te cobres, y en vez de hacerlo, te pones a reir como un imbécil...

—Calle usted, señor: si es que este duro tiene la gracia de Dios...

(De "Buen Humor").

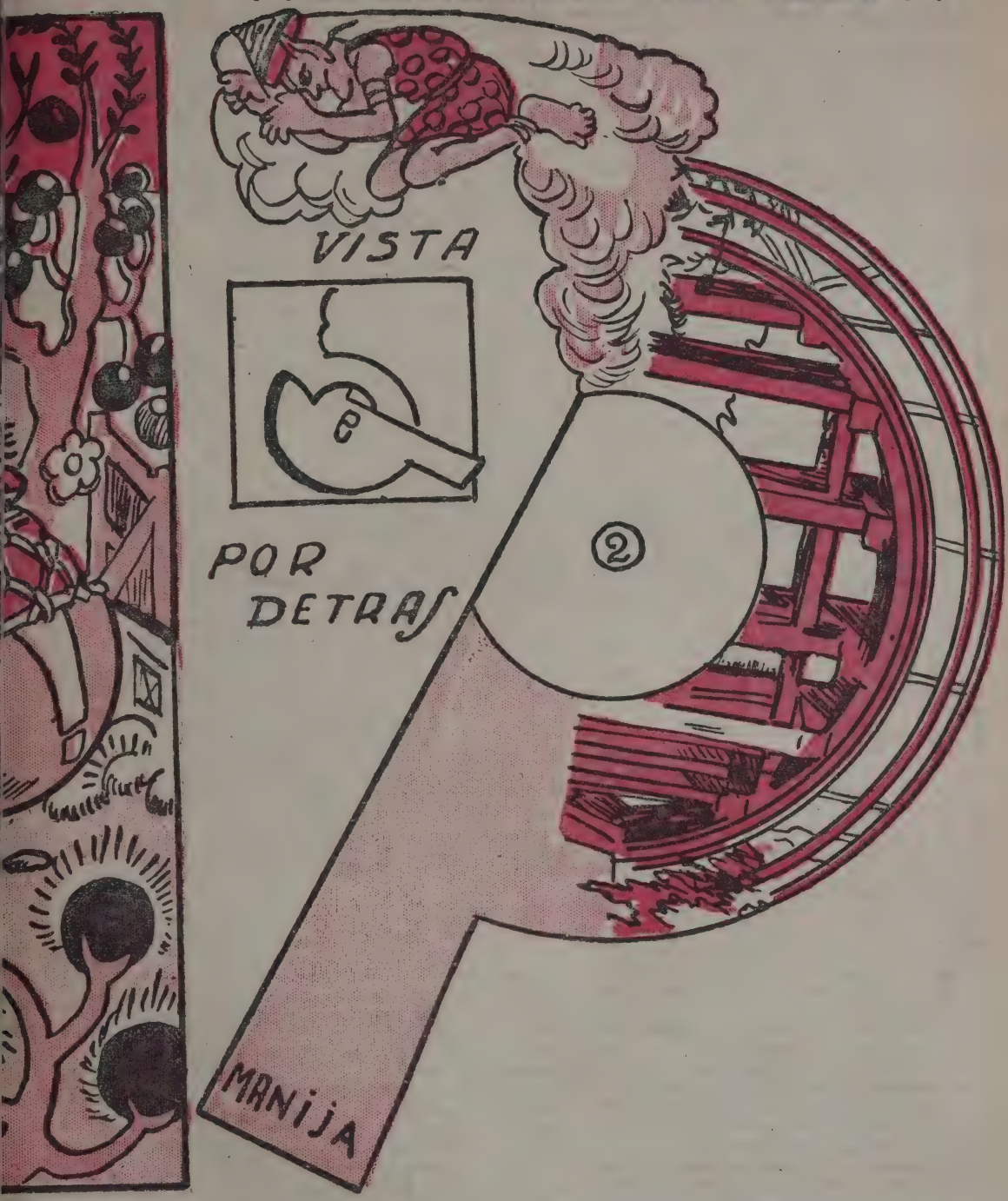
EL PUENTE MAG

INDICACIONES.—Primero hay que pegar todo el dibujo en un cartón y, una vez s
a B y luego las indicadas por las letras C a D y E. Hecho eso coloque el puente por l
recipiente, deslícelo por la hendija A y B. Haga que el punto 2 quede detrás del 1 y
el extremo marcado MANIJA de un lado a otro.

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY" LEA USTED LO QUE A
LA FORMA EN QUE DEBE TENERSE EN CUENTA LA FORMACION DE
DO CON LO MANIFESTADO EN LAS CONDICIONES DEL MENCIONA

CO

INTERESANTE Y NOVEDOSO JUGUETE : : DE MOVIMIENTO PARA ARMAR : :



cortar con sumo cuidado las dos piezas que lo componen. Después corte las hendijas A e de atrás, deslice el esclavo que tiene la lámpara por la hendija que está a lo alto del relo con un broche de modo que el juguete quede completo. Para que funcione mueva

---

CERA, RELACIONADO CON EL CONCURSO DE ESTE MAGAZINE Y CON PALABRA CLAVE QUE OBTIENE EL PREMIO DE LOS 10 $, DE ACUER- CONCURSO.

me rodeaban, pues a los pocos segundos se abrió una puerta, y el dueño de casa vino a mi encuentro.

Era un hombre de statura baja, tez bronceada, ojos azules y de modales sumamente delicados.

En una palabra, no parecía estar en absoluto de acuerdo con la imagen que había formado en mi mente aecrca de la personalidad del explorador sudamericano.

El hombre me estrechó afectuosamente la mano, entrando a conversar conmigo desde el principio, con la misma soltura, como si hubiéramos sido viejos amigos.

Conversamos de distintos temas, yendo por fin a caer en el tema del pantano, que se halIba tan cerca de la Torre de Mendillion en que vivía el profesor Ogilvy.

—Pues es cierto, — dijo el dueño de casa, — han pasado cosas realmente horribles allí. Es un misterio verdaderamente desagradable.

—Siento que esas cosas hayan comenzado justamente cuando usted se radicó aquí profesor, — dije, — porque seguramente no habrá quedado usted muy bien impresionado del lugar.

—No crea, — contestó Ogilvy, — por suerte, ya estábamos nosotros aquí, cuando empezaron esas cosas. Creo que, de haber comenzado con nuestra llegada, ustedes nos hubieran echado como a pájaros de mal agüero. A uropósito, ¿usted es de los que más se interesan en desentrañar ese misterio, verdad?

—Sí, es cierto. Desde la muerte de sir Roland yo he quedado encargado de todos susa suntos, como también del desempeño de sus cargos honoríficos, entre los que estaba precisamente, el de juez de este distrito.

—Me han dicho que ha organizado usted todo muy bien, para llegar al esclarecimiento del misterio.

—He hecho cuanto he podido, con la cooperación de todos los habitantes de la región.

—Muy bien, — djo el profesor, saltando de la silla, — yo también quiero cooperar con usted en el esclarecimiento de ese misterio.

Lo miré durante un segundo, como queriendo decirle que ponía seriamente en duda, lo que él pudiera hacer en pro del esclarecimiento del famoso misterio del pantano; pero el hombre pareció adivinar mis pensamientos, puesto que sus infantiles facciones tomaron una expresión de resolución y dijo:

—Señor O'Rouke, usted seguramente no conocerá mis condiciones; pero he de decirle que en muchas ocasiones he perseguido a hombres hasta alcanzarlos. Las selvas vírgenes de Sud América no tienen secretos para mí. Quiero conocer hasta en sus menores detalles la organización que usted ha creado para poder tomar parte, de tanto en tanto, en la vigilancia nocturna del pantano.

Agradecí su mucha voluntad.

—Señor O'Rouke, — continuó diciendo el profesor, — el misterio de este pantano me ha interesado vivamente, y, por ello he resuelto ayudar en su esclarecimiento. Trae a mi memoria el recuerdo del puma sudamericano, que, durante todo el día, persigue a su víctima, hasta que, entrada la noche, la ataca de improviso y...

En ese momento entró la hija del profesor dando muestras de alegría y la conversación que había versado sobre un tema tan trágico quedó, de inmediato, interrumpida.

CONTINUACION DEL RELATO DE CHARLES O'ROURKE

Contrariamente a lo que esperaba la señorita Ogilvy era una joven delgada, de formas casi perfectas, al punto que estoy por afirmar que era una de las jóvenes físicamente más bonitas que había visto en mi vida; pero en cambio, me produjo de inmediato una impresión de antipatía. Sus facciones eran hermosas; pero su aspecto era el de una persona enfermiza. Su color era casi verde. En cuanto la vi, noté que me había engañado al creer que aquella joven podría llegar a ser una amiga de Marjorie.

Pocos minutos después, accediendo a la invitación que me formulara el dueño de casa, me senté a la mesa para tomar el té, y, en esos momentos, la conversación recayó nuevamente sobre los misteriosos asesinatos del pantano.

a hija del profesor Ogilvy ya me había llamado la atención por su extraña conversación, pero mi sorpresa fué en aumento cuando observé que el tema que en ese momento abordamos pareció gustarle extraordinariamente, puesto que sus facciones cobraron una emotividad que no había notado en ellas anteriormente, y la joven quería que le explicara el asunto de los crímenes que tanto preocupaban en esos momentos a toda la ecmarca con los menores detalles, mostrando un interés por conocer todos los puntos desagradables de esos acontecimientos, que, después de poco tiempo, on pudo menos que asquearme.

Por tal motivo, aprovechando un momento en que el profesor hablaba de sus numerosos viajes de exploración por América, para cambiar el tema de la conversación, que, sin embargo, volvió a recaer ya hacia el final de mi visita nuevamente sobre los crímenes del pantano, puesto que el profesor, después de mostrame su valiosa colección de animales tropicales, y de referirse a su sirviente, diciéndome que era un indio descendiente de aquellos Incas del Perú, me informó que tendría el mayor gusto en acompañarme esa misma noche en mi jira por el pantano, en compañía del detective Paters, agregando que vendría con el indio de que me había hablado pocos momentos antes, y que, según sus declaraciones, poseía cualidades detectivescas extraordinarias. Tratándose de una personalidad como la del profesor, no pude oponerme a que fueran satisfechos sus deseos, conviniendo en que lo esperaría lo mismo que a su sirviente y compañero, en las ruinas de las minas que se hallaban en el medio del pantano, a las once de aquella misma noche.

Después me despedí del profesor, yendo nuevamente a mi casa, donde llegué a tiempo para cenar. Estaba ocupado en esa tarea

cuando llamaron a la puerta, y pocos momentos después, entró el detective en esa área, cuando llamaron a la puerta y pocos momentos después entró el detective Peters.

Su aspecto, en cuanto le ví, me causó temor, puesto que estaba intensamente pálido, y emocionado.

En pocas palabras me dijo que el ruido extraño del pantano había vuelto a ser oído esa noche, y que, seguramente tendríamos oportunidad de vivir un momento de verdadera emoción, en cuanto nos trasladáramos al pantano.

Por mi parte, le referí que había ido a visitar al profesor Ogilvy y que éste me había pedido como un favor especial que le permitiera acompañrnos esa noche al pantano, en compañía del indio, pedido al que no había podido oponerme.

El detective Peters me dijo que él, por su parte, no tenía tampoco ningún inconveniente en ello, tratándose del profesor Ogilvy, que era ua verdadera otoriedad, y que dado su extraordiario carácter no le extraña en absoluto que me hubiera formulado semejante pedido.

Est;bamos refiriéndonos brevemente a la curiosa personalidad del profesor y de su hija, cuando una motocicleta se detuvo frente a mi domicilio, y pocos minutos después, entraba en la habitación en que yo me hallaba en compañía de Peters, un agente de éste, con la noticia de que en el vecino pueblo de St. Ives habí asido detenido un individuo

UNA DIVERSION PARA LOS NIÑOS

SE HACE CON BUENOS LAPICES DE COLOR

Se pintan de amarillo los espacios marcados 1; con marrón los marcados 2; con rosa los 3; con rojo los 4; con verde los 5 y con azúl los 6. Los espacios no marcados se dejarán blancos y de ese modo obtendrá usted un hermoso cuadro un si es no es cubista, en bien combinados colores.

sopechoso, que no sabía dar pormenores sobre sus medios de vida ni su presencia en la región, coincidiendo además su llegada a Cornwall, con la iniciación de los crímenes cuyo esclarecimiento se procuraba en esos momentos.

El detective Peters preguntó si se tenían mayores informes sobre el individuo en cuestión, a lo que contestó negativamente el agente, terminando por pedir al detective que pasara por la comisaría de St. Ives a primera hora de la mañana siguiente, con el fin de interrogar personalmente al detenido.

Peters accedió al pedido del agente, retirándose éste nuevamente.

Pocos momentos después, y previa preparación de las antorchas eléctricas y de los revólvers, salí de mi casa en compañía de Peters, dirigiéndome al pantano, para ubicarme en los alrededores de las ruinas, donde debía esperar al profesor Ogilvy.

Todo estaba oscuro en derredor y sólo se oía de tanto en tanto el grito de algún animal propio del pantano, y el lejano rugir del mar. Estaba conversando con Peters, de repente, una mano posóse sobre mis hombros, llenándome de inmediato de terror y estupefacción. No había oído a nadie que se acercara a mí, y, sin embargo, sentía palpablemente el peso de la mano. Ya iba a tomar mi revólver para hacer fuego contra el desconocido, cuando éste se dió a conocer como el mismo profesor Ogilvy, quien riendo, me dijo:

—Ya ve, compañero, que en los viajes de exploración por Sud América se aprenden cosas extrañas. Ninguno de ustedes me ha oído, ni tampoco a mi compañero y, sin embargo, aquí nos tiene, dispuestos a ayudar a ustedes en sus intersantes pesquisas.

Por cierto me pareció de mal gusto la broma del profesor; pero pronto olvidé la emoción que pocos momentos antes me embargara, y comenzamos a ahblar con Ogilvy sobre distintos temas. Peters, por su parte, se despidió en esos momentos de nosotros, informándonos que tenía necesidad de efectuar la jira, con objeto de ver si todos sus hombres estaban en sus puestos.

Ogilvy y yo, quedamos solos, y el explorador reanudó, para pasar el tiempo, el relato de sus extraordiarias aventuras. El indio, por su parte, penetró en el pantano, dispuesto a hacer un reconocimiento por su cuenta.

Sería aproximadamente la media noche, cuando informé a mi compañero, que era conveniente que tambien nosotros hiciéramos un pequeño reconocimiento, convinendo que, al primer signo de peligro, cualquiera de nosotros llamaría la atención del otro, disparando varios tiros de revolver.

Lea
PUCKY
todos los viernes

Me interné, pues, en el pantano.

En ese momento, comencé, a sentir un silbido, al principio apagado; pero que se hizo cada ves más estridente, y que podía ser comparado al pue produciría una bala de gran tamaño, atravesando el aire a una velocidad extraordinaria. Era el ruido deque había hablado Peters, el tragiso ruido del pantano, que se acercaba siempre más a mi.

Sentí que un sudor frío recorría mi médula espinal, y, antes de que pudiera reaccionar, pude comprobar que había sido envuelto en algo así como un enorme remolino, que me hacía jirar sobre mi propio eje con extraordinaria velocidad. Nada se veía en derredor. El desmayo amenazó quitarme el conocimiento; pero, antes, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, logré sacar del bolsillo mi revólver y disparar tres tiros consecutivos. Después, no oí ni sentí ya nada...

Cuando voví en mi, me ví rodeado por un grupo de personas, tendido en el suelo. Comprendí que acababa de despertar del desmayo y que esas personas estaban haciendo todo lo que estaba a su alcance para devolverme el conocimiento. Poco tiempo después, ya con la mente despejada, pude preguntar al agente que estaba más próximo a mí lo que había pasado.

—¿No ha visto usted nada? — me preguntó.

—No, — contesté, — sentí el ruido y me ví envuelto en un aremolino, perdinedo, después el conocimiento.

—Pues eso mismo es lo que ha ocurrido en otras oportunidades antes de que otra vícitma, cayera fulminada por la tragedia del pantano.

—¿Cómo? — dije, — ¿hay otro muerto?

—Sí, — me contestó el hombre, — el detective Peters ha sido esta vez el elegido. El misterio, pues, se ha agravado...

En efecto, a pocos metros del lugar en que yo me hallaba, también en la carretera del pantano, el detective yacía, con la cara tapada por un pañuelo...

(Continuará).

En el próximo número de "Pucky" continuará "El misterio del pantano". No deje de leer la continuación de esta novela, llena de interés y emoción, y que terminará en forma realmente inesperada.

(CONTINUACION)

CUENTOS
DE LOS
MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

"Ese tiemyo fué el que tuvimos grabada la lección en nuestra memoria y en nuestro cerebro. No debíamos jamás matar un hombre blanco, puesto que tan mermados habíamos quedado. Cuando la goleta estuvo atestada de cocos, se despidieron de nosotros, y entonces reanudamos nuestras protestas de arrepentimiento, echándonos arena en la cabeza, en vista de todo lo cual nos dijeron que nos lanzarían una maldición para que nunca más volviéramos a acordarnos de ellos, y cinco hombres de nuestra isla, que hacía mucho tiempo que no los habíamos visto, nos los entregaron diciéndonos que ellos serían los portadores de la maldición.

—Y una enfermedad se extendió por toda la isla, — le interrumpí yo, que conocía el final. — Había viruelas a bordo y los cinco hombres desembarcados estaban atacados de ese terrible mal.

—Sí ,una gran plaga nos sobrevino, — continuó diciendo Oti. — Muchos de nuestros hombres viejos que no podían resistir aquella enfermedad tuvimos que matarlos para que no sufrieran. Y además de los muertos en el combate, murieron dos mil, más.

"Ese comerciante, — terminó diciendo Oti, — es una porquería como hombre, y como tal no le tenemos miedo; el temor que nos infunde es porque es blanco y no podemos olvidar la lección que antaño nos dieron, pues siempre tememos que vaya a presentarse el contramaestre, gritando con su voz estentórea de trueno: "¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!"

"Me parece que vamos a pescar muchos peces, — siguió diciéndome Oti, y terminó de este modo:

—Cuando se levante el sol le llevaré a ese comerciante blanco el pescado más grande.

EL IDOLATRA

Le encontré por vez primera en pleno huracán; y si bien habíamos corrido el temporal juntos en el mismo barco, no le eché la vista encima hasta que la goleta se hizo astillas bajo nuestros pies. Indudablemente, debí verle antes entre el resto de la thipulación indígena de a bordo, pero la "Pequeña Juana" iba abarrotada de pasaje y no me di cuenta de su existencia. A más de sus ocho o diez marineros kanakas, su capitán blanco, su oficial y sobrecargo y los seis pasajeros de cámara, zarpó de Rangiroa con unos ochenta u ochenta y cinco pasajeros de cubierta, paumotanos y taitianos, hombres, mujeres y niños, cada cual con su cofre, sin contar fardos de todas clases, esterillas, mantas y hatos de ropas.

La temporada perlera de las Paumotus había terminado y todos regresaban a Taití. Los seis pesajeros de cámara éramos compradores de perlas. Dos eran americanos, uno era Ah Choon, el chino más blanco que jamás he visto, uno alemán, otro judío polaco, y yo completaba la media docena.

Había sido próspera la temporada. Ni nosotros ni ninguno de los ochenta y cinco pasajeros de cubierta tenía motivos de queja. Todos habían hecho buen negocio y se refocilaban de antemano pensando en un descanso bien ganado, con alguna que otra correría en Papeete.

Naturalmente, la "Pequeña Juana" pasaba del límite legal marcado para la carga. Arqueaba setenta toneladas y no tenía derecho a llevar ni la décima parte del pasaje que llevaba. Además, su cargamento de copra y ostra perlífera, rebosaba hasta el borde de las escotillas. Incluso el salón de carga. Era milagroso que sus tripulantes pudieran maniobrar. Siendo punto menos que imposible circular por la cubierta, habían resuelto el problema gateando por las bordas.

De noche pisaban sobre los durmientes, que tapizaban el suelo a veces en capas de dos. Además, había cerdos y pollos y sacos de ñame, mientras que todo el espacio posible habitable estaba festoneado de ristras de cocos y plátanos. A ambos lados, entre los obenques, se habían improvisado unas retenidas, de las que pendían lo menos cincuenta racimos de plátanos.

Prometía ser una travesía desagradable, hasta haciéndola en los dos o tres días que se requerían si el viento Sudeste hubiera soplado fresco. Pero no soplaba. Pasadas las primeras cinco horas, se fué calmando hasta quedar reducido a ráfagas intermitentes. La calma continuó toda la noche y el día siguiente, una de esas calmas cristalinas, fúlgidas, en las que la sola idea de abrir los ojos para contemplarlas da dolor de cabeza.

El segundo día murió un hombre, un isleño, del Este, uno de los mejores buzos de a temporada en la laguna. Viruelas... ese fué su mal, y eso que Dios sabe cómo pudo aparecer a bordo un caso de viruelas, no habiendo ninguno conocido cuando zarpamos de Rangiroa. Pero así fué. Viruelas... un muerto y tres atacados más.

No había nada que hacer. No podíamos aislar a los enfermos ni cuidarlos. Ibamos como sardinas en banasta. No podía hacerse nada más que morirse. Es decir, no podía hacerse nada desde la noche después a la primera defunción. En esa noche, el oficial, el sobrecargo, el judío polaco y cuatro buzos indígenas huyeron en la ballenera. No se volvió a saber de ellos. A la mañana siguiente, el capitán hizo echar a pique los botes restantes, y... se acabó.

Ese día hubo dos muertos, el siguiente tres, después ocho. Era curioso ver vómo nos afectaba. Los indígenas, por ejemplo,, se sumieron en un estado de estupor aterrador. El capitán, que se llamaba Oudouse y era francés, se volvió voluble y en continuo estado de excitación nerviosa. Era un hombrón grueso, que pronto se convirtió en una temblorosa montaña de grasa.

El alemán, los dos americanos y yo acaparamos todo el whisky posible y procedimos a conservarnos en estado de continua borrachera. La teoría era que si nos manteníamos saturados de alcohol, los gérmenes de la viruela perecerían abrasados al penetrar en nuestro organismo. Y he de reconocer que la teoría surtió efecto, aunque confieso que ni el capitán ni Ah Choon se vieron tampoco atacados por la enfermedad. El francés no bebía nada y el chino se limitaba a un whisky diario.

Era delicioso. El sol, declinando hacia el Norte, caía a plomo sobre nosotros. No hacía viento alguno, salvo rachas frecuentes que soplaban violentamente durante unos cinco minutos y acababan en un chaparrón. Despusé reaparecía implacable el sol, levantando nubes de vapor de la anegada cubierta.

Y no era un vapor agradable. Era más bien un vapor mortífero, cargado de millones de miasmas y gérmenes. Cada vez que lo veíamos elevarse de entre los muertos y los moribundos, echábamos un trago y añadíamos dos o tres más por cada cuerpo que iba a servir de pasto a los tiburones que nos rodeaban.

Así pasamos una semana, al terminar la cual se agotó el whisky, afortunadamente para nosotros, pues de lo contrario no podría contarlo. Además, se requería estar muy sereno para librase de cuanto pasó después, como reconoceréis cuando os diga que solamente nos salvamos dos personas: El otro fué "el idólatra"... al menos así oí que le llamaba el capitán Oudouse cuando por primera vez me dí cuenta de su existencia. Pero no anticipemos.

A fines de la semana, cuando el whisky se había terminado y los compradores de perlas estaban serenos, se me ocurrió mirar el barómetro que colgaba en el pasillo de las cabinas. Su registro normal en las Paumotus era 29'90, y era frecuente verlo oscilar entre 29'85 y 30'00 y hasta 30'05; pero verlo como yo lo ví en 29'62 era suficiente para serenar al comprador más borracho de todo el Pacífico.

Llamé la atención del capitán Oudouse sobre ello, sin otro resultado que el de saber que hacía varias horas que lo había observado descender. No podía hacerce gran cosa, pero lo que pudo hacer lo hizo muy bien, si se tienen en cuenta las circunstancias. Plegó las velas pequeñas, rizándolas hasta dejar el aparejo en condiciones de correr el temporal y esperé que empezase el viento. El érror fué lo que hizo cuando empezó. Se puso al pairo por babor, que es lo acertado al Sur del Ecuador cuando, — y eso era lo gordo, — "cuando" uno "no" está en el camino directo del huracán, y nosotros estábamos en mitad de ese camino.

Podía apreciarlo por el aumento del viento y el contínuo descenso del barómetro. Quise convencerle de que virase y corriese el viento a babor hasta que el barómetro se detuviera en su descenso, y entonces se pusiese al pairo. Discutimos hasta la histeria, pero no pude convencerle ni conseguir que me secundasen los otros compradores. ¿Quién era yo, al fin y al cabo, para saber más de las cosas del mar que un capitán mercante?

Naturalmente, al arreciar el viento, el mar se embraveció torrorosamente. No olvidaré nunca los tres primeros golpes de mar que recibió la "Pequeña Juana". Niños, mujeres, plátanos y cocos, cerdos y enfermos, cofres y moribundos, todo al primer golpe fué barrido de la cubierta en una apretada y vociferante masa.

El segundo llenó la goleta de agua hasta

las bordas, y cuando al cabecear la popa se hundió y la proa apuntó al cielo, todo el mísero montón de humanidad y carga se corrió a popa como torrente humano, de pie, de cabeza, dando volteretas, rodando como barriles, retorciéndose; era una avalancha que nada ni nadie podía contener.

Me dí cuenta de lo que iba a pasar a tiempo de ponerme en salvo, saltando sobre la cabina y de ella al palo mayor. Ah Choon y uno de los americanos intentaron seguirme pero les gané de mano. El americano fué arrastrado como una paja a popa. Ah Choon se asió a una cabilla de la rueda del timón, pero una rolliza "vahine" (mujer) de Rarotonga chocó con él y se colgó a su cuello. Ah Choon, por su parte, se agarró al timonel, y en este instante la goleta dió un bandazo a estribor.

El torrente de cuerpos humanos y de agua que venía de babor entre la cabina y la borda varió de rumbo bruscamente y se precipitó hacia estribor. Y allá fueron todos... "vahine", Ah Choon, timonel, por la borda, pareciéndome que el chino se despedía con una filosófica sonrisa de resignación al desaparecer bajo las aguas.

El tercero no hizo tanto daño. Cuando llegó, casi todo el mundo estaba en la arboladura. En cubierta sólo quedaba una docena de infelices medio asfixiados rodando de un lado a otro, intentando ponerse a salvo. Fueron barridos por las olas junto con los dos botes restantes. Los otros compradores y yo logramos, aprovechando el espacio de calma entre cada golpe de mar, reunir en la cabina unas quince mujeres y niños y encerrarlos en ella. ¡De poco les sirvió al final!

¿Viento? Con toda mi experiencia, nunca creí que pudiera ventear de tal manera. Es imposible describirlo. ¿Cómo describir una pesadilla? Eso era el viento. Arrancaba las ropas de nuestros cuerpos. Digo arrancaba, y no exagero. No pretendo ser creído. Me limito a decir lo que ví y basta. A veces ni yo mismo lo creo. Lo pasé, y basta. Parecía imposible afrontar aquel vendaval y sobrevivirlo. Era algo monstruoso, y lo más monstruoso era que aumentaba y seguía aumentando.

Imaginad millones y billones de toneladas de arena. Imaginad esta arena volando a noventa, ciento, doscientos kilómetros por hora. Imaginad, además, esta arena, impalpable, invisible, pero conservando sus atributos de densidad y peso. Quizá así tendreis una idea de lo que era aquel viento.

Pero la arena no es comparación exacta. Considerad barro, invisible, impalpable, pero pescado. Es imposible. La palabra puede ser adecuada para expresar las situaciones ordinarias de la vida, pero no para una cosa tan enorme. Vale más no intentar descripción alguna.

Una cosa diré. El mar, que al principio se había alborotado, cedió ante la presión del viento. Más aun: parecía como si el océano entero hubiera sido aspirado por las fauces del huracán y escupido después en el espacio que había dejado libre el viento.

Naturalmente, nuestro velamen había pasado a la historia. Pero el capitán Ondouse llevaba en la "Pequeña Juana" algo que yo no había visto nunca a bordo de una goleta en los mares del Sur: un "áncora marina". Era un saco de forma cónica, cuya boca mantenía abierta un cerco de hierro. Esta áncora se ata poco más o menos como una cometa, con la diferencna de permanecer bajo la superficie del mar en posesión perpendicular. Una larga cuerda la unía a la goleta, y el resultado era mantener al barco de cara al viento y a las olas.

La situación, a no ser por el huracán, habría resultado favorable. Verdad que el viento arrancaba el velamen de sus tomadores, se llevaba los topes de los palos y hacía una maraña irreparable del cordaje; pero de todo hubiéramos salido con bien a no haber estado exactamente frente al huracán. Esto fué nuestra perdición. Personalmente estaba en un estado de semicolapso, atontado, paralizado a fuerza de resistir el choque del viento y dispuesto a darme por vencido y dejarme morir, cuando sobrevino el cambio Llegó el momento de absoluta calma, cuyo efecto fué terrible.

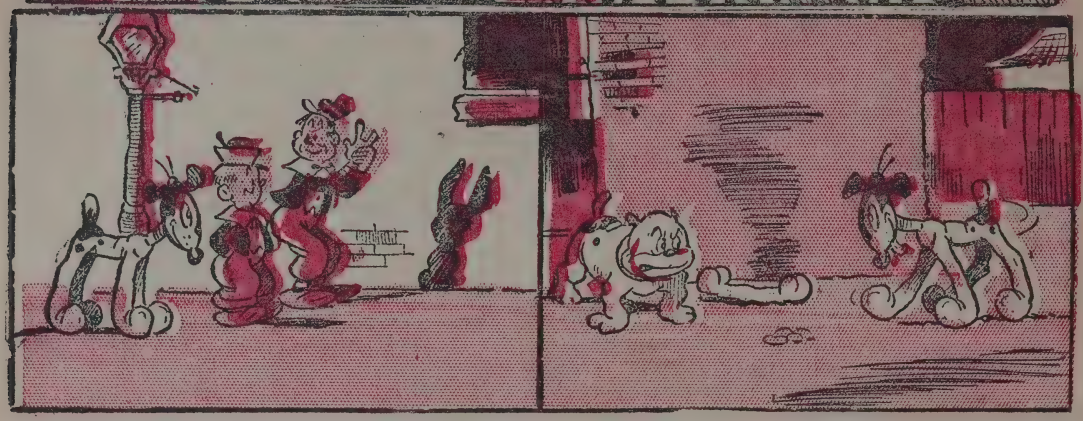
Durante horas enteras habíamos estado soportando la terrible tensión muscular necesaria para contrarrestar el ímpetu del viento y su presión. Y de repente esta presión desaparecía. Sentí como si me dilatase, como si mi cuerpo quisiera desmembrarse en varias direcciones. Pero sólo duró un instante. Sobre nosotros se cernía el fantasma de la destrucción.

Al faltar el viento y su presión, el mar, hasta entonces en calma, se levantó de nuevo. Parecía querer alcanzar las nubes. Desde cada punto de la brújula el viento soplaba, convergiendo en un centro de absoluta calma. El resultado era que el mar se alzaba en todas direcciones. Eran olas diabólicas, sin plan, sin orden, de más de ochenta pies de altura. No parecían a nada de lo que uno se puede imaginar.

Eran chorros momonstruoso de agua, de dimensiones inauditas, más altos que nuestros palos, entrechocándose, atropellándose unos a otros, juntándose para deshacerse después en verdaderas cascadas, en torbellinos inconcebibles. Era una confusión inexplicable, una anarquía, un infierno de agua enloquecida.

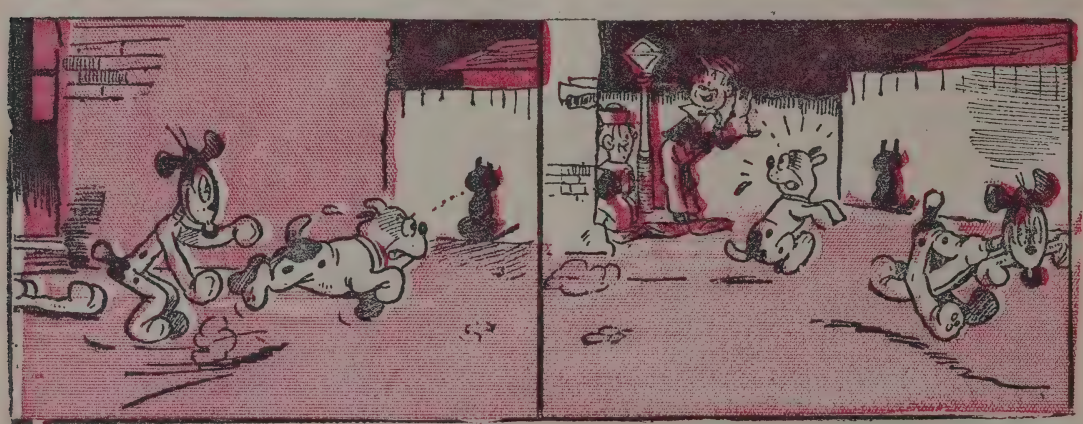
¿La Pequeña Juana? No sé. El idólatra me dijo después que él tampoco sabía. Se destrozó, literalmente hecha añicos, molida y machacada por las aguas, reducida a astillas, aniquilada. Cuando volví en mí, estaba en el agua, nadando automáticamente, aunque medio ahogado. No tenía idea de lo que había ocurrido Recuerdo el momento de la destrucción de la goleta, que debió coincidir con el de mi pérdida de sentio. El caso es que tenía que sacar el mejor partido posible de una situación que presentaba de momento muy pocas ventajas. El viento seguía, aunque más moderado, y por fortuna no había tiburones cerca. El huracán había dispersado la ham-

HECTOR EL PERRO ATORRANTE



1. — El simpático Hector, el perro atrorrante se encontró con dos chicos que se entretenían en hacer sombras chinescas en la pared a la luz de un farol.

2. — "¡Hola! ¡Qué lindo hueso! ¡Con que gusto me comería ese lindo hueso! — manifestó nuestro amigo Hector. De pronto el perro grande vió algo que le llamó la atención...



3. — "¡Un gato! [illegible] bulldog entusiasmado y salió corriendo a todo correr. Pero el gato que vió era una sombra hecha por los muchachos en la pared.

4. — "¡Qué chasco se ha llevado!" — exclamaron los muchachos. Mientras tanto Hector, aprovechando la ocasión, se apoderó del suculento hueso y se alejó con él entre los dientes

—¿Te acuerdas de aquel dentista que anunciaba que era "sin dolor"?

—Sí.

—Pues mentía. Le mordí un dedo y el grito que dió se oyó desde la otra cuadra

—El domingo pasado reinó en mi pueblo una temperatura de cero grados.

—¡Bah! ¡Eso no es nada!

—¿Que no es nada?

—¡Claro! ¿Acaso puede ser menos de cero?

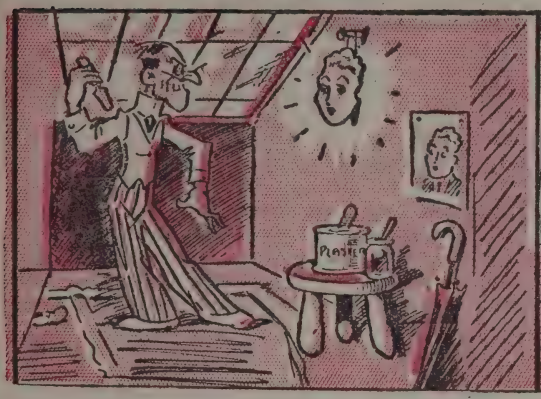
—Anoche estuvieron ladrones tratando de abrir la caja de hierro que usted me vendió

—Pero de fijo no se llevaron nada. Es una caja que se tarda dos días en abrirla.

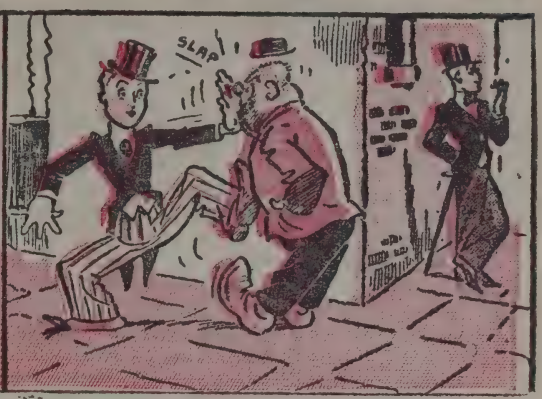
—Así será; pero se llevaron la caja

NUESTRA PAREJA CINEMATOGRAFICA

HARRY VERNON



1. — Vernon, el más vil de los traidores estaba tan contento con las infamias que había hecho últimamente que él mismo se tiró un beso al espejo. "¡Está bien, — díjose, — al fin he hecho una excelente máscara del pillo



2. — En [illegible] de la Avenida de los Amante donde Harry estaba esperando a su novia, Vernon que se había puesto la careta recién hecha, insultó al boxeador Firpón y lo abofeteó diciendo: "¡Salga de mi paso!".

3. — Hecho eso Vernon dió la vuelta a la manzana mientras Firpón, sacándose el saco gritaba pidiendo la sangre de quien lo había insultado. "¡Ya sé quien me insultó! — dijo. — ¡Fué el bello Harry!".

4. — "[illegible]" exclamó el traidor mientras Firpón arrojaba su saco a los pies de Harry. "¡Va a llevarse una de golpes!..." El boxeador se dispuso a golpear de verdad.

5. — Pero nuestro héroe no quiso que se le estropeara la ropa y se inclinó para levantar del suelo un pesado pedrusco que le sirviera de arma defensiva y esto fué la causa de todo lo que sucedió después.

6. — "Bueno, — díjose Firpón después de haberle aplicado un golpe terrible a Vernon. — Lo importante es que le he pegado a alguien". Y Vernon se revolcaba por el suelo dolorido y maltrecho mientras Harry abrazaba cariñosamente a su novia. ¡Así es el mundo, dijo Facundo.

hrienta horda que rodeaba al barco alimentándose de sus cadáveres.

Debió ser hacia mediodía cuando la Pequeña Juana se hizo pedazos, y sería como dos horas después cuando tropecé con la puerta de una de sus escotillas. Llovía torrencialmente, y nos reunió una pura casualidad. De una de las asas colgaba un trozo de cuerda y me felicité de poder, en estas condiciones, resistir un día más si los tiburones no volvían. Tres horas después, cuando sosteniéndome lo más cerca posible de la puerta concentraba, con los ojos cerrados, toda mi energía en la tarea de absorber el suficiente aire para respirar, evitando a la vez absorber agua en cantidad que acabase de ahogarme, oí voces. Había cesado la lluvia, y viento y mar se calmaban maravillosamente. A veinte pies, agarrados a otra puerta de escotilla, estaban el capitán Oudouse y el idólatra. Peleaban por la posesión de la puerta y al menos el francés.

—¡Paien noir! — le oí gritar a la vez que golpeaba al indígena.

El capitán había perdido sus ropas, excepto los zapatos, que eran fuertes y pesados. Fué un golpe cruel, porque alcanzó al kanaka en la boca y la barbilla, medio atontándole. Esperé verle vengarse, pero siguió nadando a unos diez pies de distancia. Cuando un golpe de mar los reunía, el francés, sosteniéndose con las manos, le golpeaba con los pies. Y acompañaba cada golpe con el epíteto de 'negro idólatra".

—¡Por dos céntimos, voy y te hago ahogar, animal! — le grité.

La única razón por la que no lo hice es por que estaba muy cansado. La sola idea de ir hasta él nadando me causaba náuseas. Llamé al kanaka y partí con él mi agarradero. Me dijo llamarse Otoo y ser natural de Bora Bora, la isla más occidental del grupo de las de la sociedad. Después supe que había sido él quien había encontrado la puerta, ofreciendo al capitán Oudouse partírsela, recibien en cambio de su oferta, una patadura.

Así fué como Otoo y yo nos conocimos. No era un luchador. Era todo dulzura y bondad a pesar de sus seis pies de estatura y de sus músculos de gladiador. No era un luchador, pero tampoco era un cobarde. Tenía un corazón de león y en años subsiguientes le he visto correr riesgos que yo jamás hubiera osado afrontar. Lo que quiero decir es que no era luchador en el sentido de provocar voluntariamente un encuentro. Pero si éste sobrevenía, no lo esquivaba. No olvidaré ni en cien años lo que hizo con Bill King. Fué en Samoa. Bill tenía la reputación de ser el campeón de los pesos fuertes de la escuadra americana. Era un espléndido animal, verdadero gorila de puños de hierro y sabiendo servirse de ellos. Provocó la querella, y por dos veces golpeó a Otoo antes de que éste juzgase necesario contestar. No creo que la lucha durase cuatro minutos, pasados los cuales Bill era el infortunado poseedor de cuatro costillas rotas, un antebrazo hecho astillas y un hombro dislocado. Otoo no tenía idea del boxeo científico, era simplemente un hombre que se defendía. Y Bill King tardó tres meses en reponerse de los resultados de esa defensa

Pero esto pertenece al porvenir. Nos partimos la puerta alternando. Uno de nosotros descansaba alargando sobre ella, mientras el otro, con el agua hasta el cuello, se sostenía con los brazos. Durante dos días seguimos así derivando por el océano. Hacia el final, estaba delirante casi todo el día y había ocasiones en las que oía a Otoo delirar también en su idioma nativo. Nuestra continua inmersión nos evitó el morir de sed; pero, en cambio, el agua salada y el sol se unieron para causarnos la combinación más agradable de conservar en salmuera y curtido.

Otoo me salvó la vida, porque recobré el sentido en una playa, tumbado en la arena a veinte pasos del agua y resguardado del sol por un par de hojas de cocotero. El estaba tendido junto a mí. Perdí de nuevo el conocimiento, y al recobrarlo era de noche; hacía fresco, y Otoo me daba de beber el agua de un coco. Eramos los únicos supervivientes de la Pequeña Juana. El capitán Oudouse debió perecer exhausto, porque algunos días después una puerta de escotilla arribó a la playa sin él. Otoo y yo vivimos con los naturales del país durante una semana, hasta que nos rescató un crucero francés, que nos llevó a Taiti. Mientras tanto, habíamos celebrado la ceremonia de cambiar de nombres. En los mares del Sud, tal ceremonia une más a los hombres que los lazos de la sangre. La iniciativa fué mía, y Otoo demostró gran alegría cuando se lo propuse.

—Está bien. — dijo. — Hemos sido compañeros durante dos días al borde de la muerte. — Y yo contestó sonriendo:

—Pero escapamos.

—Hiciste una gran acción, mi amo, — replicó, — y la muerte no tuvo la vileza de alcanzarte.

—Por qué me llamas amo? — pregunté fingiéndome ofendido. — Hemos cambiado los nombres. Para tí, soy Otoo. Para mí, tú eres Charley, y entre tú y yo, por siempre y para siempre, tú serás Charley y yo seré Otoo. Así es la costumbre. Y cuando lleguemos a morir, si es que después revivimos en otro sitio más allá de las estrellas y del cielo, aun serás Charley parax mí y yo Otoo par tí

—Sí, mi amo, — contestó, con los ojos radiantes de alegría.

—¡Otra vez! — grité.

—¿Qué importa lo que mis labios digan? arguyó. — Son solamente mis labios. Pero mi pensamiento es Otoo. Cuando piense en mí, pensar en tí. Cuando los hombres me llamen por mi nombre, pensaré en tí Y más allá del cielo y más allá de las estrellas, siempre y por siempre serás Otoo para mí ¿No es así, mi amo?

Disimulé una sonrisa y contesté afirmativamente.

Nos separamos en Papeete. Me quedé en tierra a reponerme, y él continuó en una escampavía hasta su isla Bora Bora. Seis meses más tarde estaba de vuelta. Me sorprendió porque me había dicho que deseaba re-

unirse a su mujer y pensaba renunciar a los largos viajes por mar.

—¿Dónde va mi amo? — preguntó.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil de contestar.

—Por el mundo, — le dije; — por todo el mundo y sus mares y las islas que pueblan sus mares.

—Iré contigo, — dijo simplemente. — Mi mujer ha muerto.

No he tenido nunca hermanos; pero, por lo que he visto de los de otras gentes, dudo que nadie tuviera un hermano que fuera para él lo que Otoo fué para mí. Era hermano y padre y madre a la vez. Y puedo decir que por él mi vida fué más recta y mejor. No me importa la opinión ajena, pero tenía que merecer la aprobación de Otoo. Por él no me atrevía a degradarme. Me hizo su ideal, a base de su propio afecto y su veneración hacia mí, y a veces estuve al borde del precipicio, en el que me hubiera dejado caer a no detenerme la ida de Otoo. Su orgullo entró en mi mismo, hasta que llegó a ser una regla inviolable del código de mi vida el no hacer nada que pudiera hacerme desmerecer en su estimación.

Naturalmente, no me di cuenta inmediata de sus sentimientos hacia mí. Nunca criticaba, nunca censuraba. Poco a poco, el lugar exaltado que ocupaba yo en su pensamiento se me fué apareciendo y fuí comprendiendo el dolor que podía causarle siendo o haciendo algo inferior a lo mejor.

Estuvimos juntos diez y siete años, durante los cuales siempre estuvo a mi lado vigilando mi sueño, cuidándome fiebres y heridas... recibiendo él mismo heridas por defenderme. Se enrolaba en los mismos barcos en que yo navegaba y junto recorrimos el Pacífico, desde Hawai a Sydney Head y de los estrechos de Torres a las Galápagos. Fuimos negreros en las Nuevas Hébridas y las islas de la Línea al Oeste de las Luisiadas, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Nueva Hanóver. Tres veces naufragamos en las Gilberts, en el grupo de las Santa Cruz y en las Fidji. Y comerciamos y negociamos donde hubiese un dólar a ganar en perlas o nácar, copra, espuma de mar, concha o restos de naufragio.

Empezamos en Papeete, inmediatamente después de anunciarme que iría conmigo. Había por entonces allí un club, en el que se reunían los perleros, negociantes, capita-

UNA GRAN VIRTUD

—Esa turquesa que me ofrece usted, ¿tiene alguna virtud?

—Indudablemente. Si se cae con ella puesta desde lo alto de ese puente usted se hace mil pedazos, mientras la piedra quedará entera y sana.

nes y la chusma de aventureros del mar del Sur. Se jugaba fuerte y se bebía más fuerte aún, y me temo que salí de él frecuentemente mucho más tarde de lo que era natural y conveniente. Fuera cual fuera la hora, Otoo me esperaba para acompañarme a casa.

Al principio sonreí; después le reprendí. Más tarde le dije escuetamente que no necesitaba más ama seca. Desde entonces dejé de verle al salir del club. Casualmente, ocho o diez días después averigüe que seguía acompañándome, ocultándose en la acera opuesta, entre los árboles. ¿Qué podía hacer? Lo que hice.

Insensiblemente, empecé a retirarme más temprano. En noches tempestuosas, cuando en el club estábamos en plena orgía de bebida y algazara, me venía a la mente la idea de Otoo montando la guardia en la calle bajo los chorreantes mangos. En verdad, hizo de mí otro hombre mejor. Y no es que él fuese remilgado. No sabía nada de moralidad cristiana. En Bora Bora todos eran cristianos; pero él era idólatra, un materialista, el único infiel de la isla. Su credo era la lealtad en todos los tratos. En su código la rastrería era tan punible como el homicidio, y hasta creo que respetaba más a un asesino que a un traficante metido en negocios sucios.

En lo que a mí personalmente se refería, encontraba censurable cuanto pudiera perjudicar. El jugar estaba bien. El mismo era jugador empedernido. Pero el trasnochar, me decía, era perjuidicial para la salud. Había visto hombres descuidados morir de fiebres. No era abstemio, pero sólo aceptaba bebida con moderación. Había visto muchos hombres morir, o lo que es peor, degradados por la bebida.

Tenía siempre mi bienestar a la vista. Pensaba por mí, analizaba mis planes, tomándose por ellos mayor interés que yo mismo. Al principio, cuando aún no me había dado cuenta de su actitud hacia mí, Otoo tenía que adivinar mis intenciones, como por ejemplo en Papeete, cuando proyectaba unirme en sociedad con un bribón compatriota mío, en un negocio de guanos. Yo no sabía que era un bribón, ni lo sabía nadie entre los blancos de Papeete. Otoo tampoco lo sabía, pero vió que íbamos siempre juntos e intimábamos, y suspicaz, practicó indagaciones sin decirme nada. En los muelles de Taití hay marineros indígenas que proceden de los cuatro rincones del mundo, y Otoo, entre ellos, reunió datos bastantes para justificar sus sospechas. ¡Era una preciosa historia la de Randolfo Waters! Cuando Otoo me la contó, no quise creerla ;pero cuando se la servía al propio Waters, la aceptó sin chistar y tomó el primer vapor para Auckland.

Confieso que al principio no pude evitar que me molestase la intromisión de Otoo en mis asuntos. Pero tuve que reconocer que obraba sin egoísmo alguno, y pronto hube de aceptar su discreción y su acierto. Estaba siempre al acecho de oportunidades para mí y era perspicaz y clarividente. Llegó a convertirse en un consejero prudente, hasta saber mis negocios más que yo mismo. En realidad, tenía más interés que yo por mi propia prosperidad. Yo tenía la magnífica indiferencia de la juventud por el dinero, prefiriendo la fantasía a los dólares, y los azares de la aventura a una posición asegurada, de modo que era un bien que alguien se cuidase de mí, pues de otra suerte quizá ya no estaría en este mundo.

Entre mil, os citaré un caso. Yo tenía cierta experiencia como negrero antes de ir a las Paumotus en busca de perlas. Otoo y yo estábamos "en seco" en Samoa, realmente en seco y sin esperanza de mejorar, cuando se me presentó una oportunidad de ir como agente reclutador en un bergantín negrero. Otoo se enroló como marinero, y durante seis años, en otros tantos buques, dimos tumbos por las salvajes regiones de Melanesia. Otoo se las arregló de manera que formase siempre en la dotación de mi bote. Nuestra costumbre era, al reclutar labor indígena, desembarcar al reclutador en la playa. El bote de protección quedaba a unos cien pies de la misma, mientras el del agente se acercaba cuanto podía, sin dejar de mantenerse a flote. Cuando yo desembarcaba con mis géneros de tráfico Otoo cambiaba de sitio, ocupando una posición a estribor, donde tenía un winchester a mano, oculto entre unas lonas. Los tripulantes del bote iban también armados de sniders, igualmente disimulados bajo unas lonas, que corrían a lo largo de las bordas. Mientras yo estaba ocupado arguyendo y tratando de persuadir a los lanudos indígenas que vinieran a trabajar a los plantíos de Queensland, Otoo vigilaba. Y frecuentemente, en voz baja, me prevenía de movimientos sospechosos o de traiciones inminentes. Otras veces, la voz de su rifle tumbando patas arriba a un negro era el primer aviso que yo tenía de que algo había descarrilado. Y al volver a bordo, siempre era su mano la que me ayudaba a subir. Recuerdo que una vez, en Santa Ana, mi bote encalló en el preciso momento que empezó el tumulto. El bote de protección voló a nuestra ayuda, pero el centenar de salvajes que nos rodeaba hubiera dado fin de nosotros antes de que pudiese llegar. De un salto. Otoo se plantó en tierra, y cogiendo las mercaderías a dos manos, esparció por la playa tabaco, cuentas de vidrio, cuchillos y piezas de tela.

Era demasiado para los lanudos. Su primer impulso fué precipitarse a recoger tanta riqueza, dándonos tiempo a desencallar el bote y poner entre ellos y nosotros unas cuarenta brazas de agua. Y en esa misma playa conseguí treinta reclutas pocas horas después.

Hay otro caso: en Malaita, la isla más salvaje de las Salomón, los indígenas se presentaron los más amigables del mundo. ¿Cómo podíamos saber que hacía dos años que el pueblo entero estaba ahorrando para reunir un fondo conque comprar una cabeza de blanco? Los miserables son cazadores de cabezas, y las de blanco tienen una especial estimación. El que la capturase recibiría la totalidad del fondo. Como digo, parecían estar en buena disposición hacia nosotros, y de mi bote, en la playa. Otoo me había prevenido y como siempre que no le hacía caso, me costó caro.

La primera sorpresa la tuve al ver volar del manglar una nube de lanzas en dirección mía. Lo menos doce hicieron blanco. Quise correr, pero me enredé con una de ellas, clavada en mi pantorrilla, y caí al suelo. Los lanudos se precipitaron sobre mí armados de "tomahawks", dispuesto a cortarme la cabeza. Era tal su afán de conseguirlo, que se atropellaban entre sí. Aprovechando la confusión, esquivé varias cuchilladas rodando por la arena.

Entonces llegó Otoo. Llevama una maza de combate, que es instrumento más mortífero que un rifle a corta distancia.

Se metió entre ellos para evitar que le atacasen a lanzazos. Luchaba por mí, y la forma en que blandía la maza era estupenda. Los cráneos se despachurraban como naranjas podridas, y se movía con tal rapidez que tan solo cuando me hubo cogido en brazos y al correr hacia el bote, fué cuando recibió las primeras heridas. Llegó a bordo con cuatro lanzazos, cogió su winchester y tumbó un hombre por cada disparo. Luego bogamos hacia la goleta para curarnos de las heridas.

Diez y siete años estuvimos juntos. Hizo un hombre de mí. Sin él, sería yo un sobrecargo, un reclutador o quizá tan sólo un recuerdo.

—Te gastas el dinero, y cuando se acaba vas y ganar más, — me dijo un día. — Eso ahora te es muy fácil. Pero cuando seas viejo y te hayas gastado lo que tienes, no podrás ir a ganar más. Lo se, mi amo. He estudiado las costumbres de los blancos. En estas playas hay muchos viejos que fueron jóvenes un día y que ganaron dinero tan fácilmente como tú. Ahora son viejos, no tienen nada, y han de merodear por la playa en espera de jóvenes como tú que les paguen un trago.

"El negro es un esclavo en los plantíos. Gana veinte dólares al año. Trabaja de firme. El capataz no trabajá tanto. Va a caballo y vigila el trabajo del negro. Gana mil doscientos dólares al año. Yo soy un simple marinero en la goleta. Gano quince dólares al mes. Y eso que soy un buen marinero. Trabajo de firme. El capitán se pasa el día bajo la toldilla bebiendo cerveza. No le he visto nunca tomar un rizo ni agarrarse a un remo. Y le dan cincuenta dólares al mes. Yo soy un marinero. El es un navegante. Mi amo, creo que le convendría aprender navegación.

Otoo me animó a ello. En mi primera goleta, zarpé como segundo oficial, y estaba más orgulloso de mi primer mando que yo mismo. Más tarde me dijo:

—Mi amo, el capitán tiene buena paga; pero le está confiado el barco y no se ve nunca libre de responsabilidad. En cambio el armador desde tierra dirige a su gente y hace girar el capital varias veces.

—En efecto; pero una goleta vale cinco mil dólares, de segunda mano, — le objeté. — —Seré viejo antes de tener cinco mil dólares reunidos.

—Para un blanco hay medios más rápidos de hacer dinero. — me respondió, señalando hacia tierra la franja de cocoteros que bordeaba la playa.

Estábamos entonces en las Salomón, cargando marfil a lo largo de la costa Este de Guadalcanar.

—Entre el delta de este río y el próximo hay dos millas — dijo. — La planicie se extiende hacia el interior. Ahora no vale nada. El año que viene... ¿quién sabe?... o el otro quizá, habra quien pague mucho dinero por esta tierra. El fondeadero es bueno. Los vapores más grandes pueden llegar hasta cerca de la playa. El viejo jefe te venderá cuatro millas de tierra por diez mil rollos de tabaco, diez botellas de ginebra y un snider, que en junto te costarán cien dólares. Después, depositar la escritura en manos del comisario, y el año que viene o el otro vendes y te haces armador.

Seguí su consejo, y sus palabras fueron como una profecía que se cumplió, no a los dos años, pero sí a los tres. Luego vino el negocio de los pastos de Guadalcanar. Veinte mi acres arrendados al gobierno por novecientos noventa y nueve años. Conseguí un plazo de noventa días y vendí el arriendo a una compañía por media fortuna. El fue quien me hizo contratar el salvamento del "Doncaster", comprando en subasta por cien libras y obteniendo tres mil de beneficios y gastos pagados. Me hizo aventurar en los plantíos de Savais y en la especulación de cacao de Upolu.

Ya no navegábamos tanto como antes. Era demasiado rico. Me casé, y mi manera de vivir mejoró; pero Otoo siguió siendo el mismo. No tenía modo de pagarle, salvo con mi afecto, y Dios sabe que en esta moneda le pagamos con creces yo y todos los míos. Mis hijos le adoraban.

—¡Los chicos! En realidad, él fué quien los encaminó en los primeros pasos de la vida práctica. Empezó por enseñarles a andar. Los velaba si estaban enfermos. Cuando eran unas criaturas los fué llevando uno por uno a la laguna, hasta hacerlos anfibios. Les enseñó más de lo que yo supe nunca de la costmbre de los pees y de la maneras de cogerlos. En la selva corría lo mismo. A los siete años, Tom tenía más práctica forestal que yo. Y cuando Frank tenía seis, podía recoger piezas de un chelín en la laguna a tres brazas de la superficie.

—Mi gente en Bora Bora, no quiere tratarse con idólatras... Son todos cristianos, y no me son simpáticos los cristianos de Bora Bora — me dijo un día en que yo intentaba hacerle gastar algo de lo que realmente era suyo en un viaje a su isla poniendo a su disposición una de nuestras goletas.

Digo "nuestras" aunque legalmente eran sólo mías entonces. Me costó un gran esfuerzo hacerle entrar en sociedad conmigo.

—Somos socios desde el día en que naufragó la "Pequeña Juana" — me decía. — Pero si tu corazón lo desea, nos asociaremos legalmente. No tengo trabajo alguno y mis gastos son grandes. Bebo y como y fumo mucho. No pago por jugar al billar, porque juego en tu mesa; pero así y todo... El pes-

car en el arrecife es un lujo de rico. Da horror lo que cuestan lods anzuelos y el sedal Seremos socios legalmente. Necesito dinero.

En consecuencia, se hizo la escritura y se registró la Sociedad. Un año después hube de quejarme.

—Charley, eres un granuja, un miserable avaro, un judío rapaz. Tu parte de beneficios este año ascienda a millares de dólares y el jefe de la capa me ha dado este papel. Al parecer, durante el año has retirado ochenta y siete dólares y veinte centavos.

—¿Y me queda aun algo? — preguntó ansiosamente.

—¿No te digo que millares de dólares? Su rostro se reanimó.

—Está bien, — dijo. — Cuídate de que el jefe de caja lo conserve. Cuando lo necesite, lo cecesitaré todo, sin faltar un centavo... Si falta — añadió ferozmente, — le deduciré de su sueldo.

Y mientras tanto, como supe después, su testamento, redactado por Carruthes, haciéndome a mí único beneficiario, estaba depositado en el consulado americano.

El final llegó, como llega a toda asociación humana. Ocurrió en las Salamón, donde en otro tiempo habíamos llevado a cabo las más descabellas empresas de nuestra juventus y donde nos hallábamos incidentalmente descansando y al mismo tiempo inspeccionando nuestras posesiones de Florida Island y de Mboli Pass. Estábamos anclados en Savo, e íbamos en busca de objetos curiosos.

Savo es un vivero de tiburones. La costumbre de los lanudos de sepultar sus muertos en el mar los atrae. Me tocó en suerte ir a bordo de una pequeña canoa indígena, y el trasto volcó. En ella, o mejor dicho, agarrado a ella, íbamos cuatro lanudos y yo. Empecé a gritar pidiendo un bote, cuando unod e los lanudos dió un alarido. Iba agarrado a uno de los extremos de la canoa y él y el extremo se hundieron bajo el agua varias veces. Luego, desprendiéndose, desapareció. Le había cogido un tiburón.

Los tres negros restante intentaron trepar a la canoa invertida. Les grité, los golpeé a puñetazos, pero inútilmente. Estaban desmoralizados por el miedo. La canoa, escasamente hubiera sostenido a uno de ellos. Bajo el peso de los tres, se ladeó y los echó al agua.

Me aparté de ellos y empecé a nadar hacia la goleta, esperando ser recogido por el bote antes de llegar. Uno de los negros decidió seguirme, y nadando en silencio, mirando a intervalos bajo el agua por si había más tiburones. Los gritos de uno de los que se habían quedado en la canoa nos advirtieron de que era otra víctima. Miré bajo el agua. Tenía lo menos diez y seis pies de largo. Llevaba al pobre negro cogido por el medio del cuerpo y a veces salía a flote, en remolinos de brazos y piernas, gritando desesperadamente. Lo arrastró así un centenar de pies y luego se sumergió con él.

Seguí nadando, confiando en que fuese el último tiburón, pero había otro. No sé si sería el que nos atacó primero u otro que ya había comido. El caso es que tenía menos prisa que los demás. Yo no podía nadar tan rápidamente, porque una gran parte de mi esfuerzo lo empleaba en seguirle. Le estaba observando, cuando me atocó por primera vez. Por fortuna, pude poner mis dos manos en su morro, y aunque su ímpetu me hizo sumergir, conseguí desviarle. La segunda vez me escapé con la misma maniobra. La tercera no me acertó ni él a mí ni yo a él. Se desvió un momento en que mis manos debían tocarle, pero su piel, áspera como papel de lija, me despellejó el brazo desde el hombro al codo.

Estaba ya rendido y empecé a perder la esperanza. La goleta aun distaba más de doscientos pies de mí. Tenía la cara dentro de agua, buceando para frustar un nuevo ataque, cuando ví un cuerpo oscuro pasar entre nosotros. Era Otoo.

—¡Nada hacia la goleta, mi amo! — me dijo. Y añadió, sonriendo como si se tratase de una partida de placer: — Conozco a los tiburones. Son mis hermanos.

Le obedecí nadando despacio, mientras él nadaba a mi alrededor, manteniéndome entre el tiburón y yo animándome.

—El bote se descolgó de sus pescantes antes de tiempo, y están arreglándolo, — me explicó, mientras repelía otro ataque.

La goleta estaba a cincuenta pies y yo me hallaba rendido. Apenas podía moverme. Desde a bordo nos tiraban cuerdas, pero todas caían cortas. El tiburón, viendo que no se le hacía daño se embravecía. Varias veces estuvo a punto de cogerme, pero cada ocasión Otoo lo evitaba en el momento preciso. Naturalmente, él podía haberse puesto en salvo mil veces, pero prefirió correr mi suerte.

—¡Adiós, Charley! ¡No puedo más! — grité con voz casi extenuada.

Comprendí que era el final y que de un instante a otro abandonaría la lucha y me dejaría hundir.

Pero Otoo se echó a reír, diciendo:

—Te enseñaré un truco. ¡Verás a ese tiblrón sentirse enfermo!

Se quedó atrás, donde el tiburón se preparaba a atacarme.

—¡A la izqueirda! — le oí gritar. — En el agua hay una cuerda. ¡A la izquierda, mi amo, a la izquierda!

Varié de rumbo y seguí nadando a ciegas, casi inconscientemente. Al agarrarme a a cuerda, oí una exclamación de a bordo. Me volví y miré. No se veía a Otoo por ninguna parte. Después salió a la superficie con las dos manos cercenadas por las muñecas chorreando sangre.

—¡Otto! — dijo suavemente; y en su mirada pude leer el cariño de su voz.

Entonces, y sólo entonces, al final de nuestra larga asociación, me llamó por su nombre.

—¡Adiós, Otoo! — gritó, desapareciendo bajo el agua, mientras a mí me izaban a bordo, donde perdí el conocimiento en brazos del capitán.

Así pereció Otto, que me salvó, me hizo hombre y acabó salvándome la vida. Nos encontrábamos también en el mar, con diez

y siete años de una camaradería que me atrevo a afirmar jamás ha existido entre dos hombres de diferente color.

Si Jehovah desde su alto trono ve caer al más insignificante pájaro, no será seguramente el último en entrar en su reino Otoo, el idólatra de Bora Bara.

LAS TERRIBLES SALOMON

No puede negarse que el grupo de las Islas Salomón es de mucho cuidado. Pero, por otra parte, peor se está en otros sitios del globo. Ahora, al novato que no tenga el don de comprender los hombres y la vida en bruto, las Salomón le parecerían terribles.

Cierto que la disentería y la fiebre están perpetuamente en el aire, que abundan repugnantes enfermedades cutáneas, que la atmósfera está saturada de un veneno que se infiltra por los poros, infecta la más pequeña herida, causando úlceras malignas, y que muchos hombres fuertes como castillos escapan de morir allá para volver a su patria hechos una ruina. Cierto que los indígenas de las Salomón son una pandilla de salvajes, con un voraz apetito por la carne humana y por coleccionar cabezas. Su más elevada idea de sport es sorprender de espaldas a la presunta víctima y propinarle un tajo con el tomahawk, que corta la espina dorsal al nivel de la base del cráneo. No es menos cierto que en algunas islas como Malaita, las altas y bajas de la contabilidad social se calculan en homicidios. Los cráneos son un medio de intercambio comercial y los de blanco poseen un valor inestimable. Frecuentemente media docena de pueblos reunen un fondo común, que van aumentando luna tras luna, en espera de que llegue un día en que un bravo guerrero presente una cabeza de un blanco fresca y chorreante y reclame su recompensa.

Todo lo dicho es cierto, y sin embargo hay blancos que han vivido más de veinte años en las Salomón y sienten añoranza al marcharse para siempre. Para vivir en ellas hasta ser cuidadoso y... tener suerte. Pero también hay que ser de un temperamento especial. El hombre ha de llevar impreso en su alma el sello de la inevitabilidad del blanco. Ha de ser inevitable. Ha de tener cierta magnífica indiferencia hacia los azares adversos, cierta colosal autosatisfacción y un egoísmo racial que le convenza de que un blanco vale durante la semana más que mil negros y que en los domingos supera a dos mil. ¡Ah! y otra cosa: el blanco que quiere ser ineludible, no solamente ha de despreciar las razas inferiores y creerse alguien, sino que ha de carecer de imaginación. No debe aspirar a comprender los instintos, costumbres y procesos mentales de los negros cimarrones, amarillos y mestizos, porque no es ni ha sido nunca así cómo la raza blanca se ha abierto paso en el mundo.

Bertie Arkwright no era ineludible. Era en exceso sensitivo, muy imaginativo y demasiado nervioso. El mundo le venía ancho, y por tanto, el sitio menos indicado para él eran las Salomón. No llegó con idea de quedarse. Supuso que cinco semanas de parada entre dos vapores serían suficientes para satisfacer el ansia de aventura que nacía vibrar todas las fibras de su ser. Al menos así lo dijo a los turistas del "Makembo", con diferentes palabras, y ellas le veneraron como a un héroe porque eran mujeres y turistas y sólo conocerían las Salomón desde la plácida cubierta del "Makembo".

Había a bordo otra persona de quien las turistas no hacían caso. Era un renacuajo de hombre, arrugado como manzana vieja, con una tez de color de caoba. Su nombre en la lista de pasajeros no hace al caso; pero su otro nombre, capitán Malu, era un nombre entre los negros que causaba espanto y convertía a los traviesos rapazuelos en modelos de virtud desde Nueva Hanóver a las Nuevas Hébridas. Había especulado en países salvajes y de entre las fiebres, las penalidades, el chasquido del snider y el restallar del látigo de sus capataces había sacado cinco millones de capital en forma de espuma de mar, madera de sándalo, concha y nácar, marfil y copra, pastos, puestos comerciales y plantaciones. El dedo meñique del capitán Malu (que por cierto estaba roto) era tan inevitable como la osamenta de Bertie Arkwright. Pero las turistas no podían juzgar más que por las apariencias, y Bertie era realmente un buen mozo.

En el fumadero, Bertie charló con el capitán Malu, confiándole su deseo de ver la vida roja y chorreante de las Salomón. El capitán admitió que era un propósito ambicioso y honorable. Tan sólo algunos días después empezó a interesarle Bertie, cuando este joven aventurero insistió en enseñarle una pistola automática calibre 44. Bertie le explicó el mecanismo, poniendo un cargador en su sitio.

—Es muy sencillo — dijo, haciendo resbalar el caño por las guías. — Se carga así, y después sólo hay que apretar el gatillo ocho veces, tan de prisa como pueda mover el dedo. Este es el seguro. Por eso me gusta, porque es muy seguro a prueba de todo. Ya lo ve usted — añadió, sacando el cargador.

Empuñaba la pistola, cuyo cañón apuntaba el estómago del capitán Malu, quien no apartaba de él sus ojos azules.

—¿Le sería igual a usted apuntar en cualquier otra dirección? — preguntó.

—Es absolutamente segura — le tranquilizó. — He retirado el cargador; no está cargada.

—Una pistola está siempre cargada.

—Pero ésta no.

—De todos modos, apunte a otro lado.

La voz del capitán Malu tenía un timbre metálico y monótono, pero su mirada no se apartó del cañón hasta que la línea de tiro se desvió de su cuerpo.

—Apuesto cinco libras a que no está cargada — propuso Bertie.

El otro movió la cabeza.

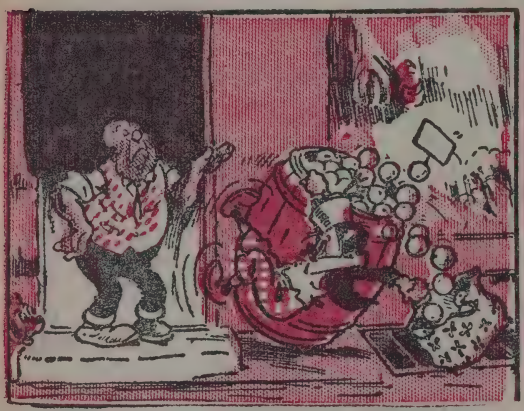
—Se lo demostraré.

Bertie inició la acción de apuntar a su propia sien con evidente intención de apretar el gatillo.

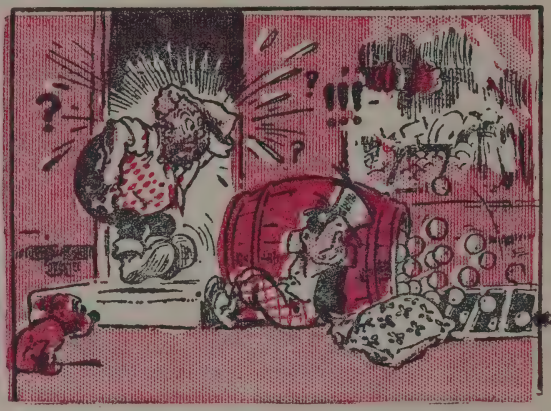
MARCELINO Y SU MAMITA

1. — [illegible] el pastel por que eres un glotón y te lo has comido todo. Si quieres tener postre para la hora de comer tendré que preparar un nuevo pastel así que empieza por ir a casa de don Guillermo a ver si quere fiarnos unas cuantas manzanas pues sin manzanas no hay pastel posible, Marcelino.

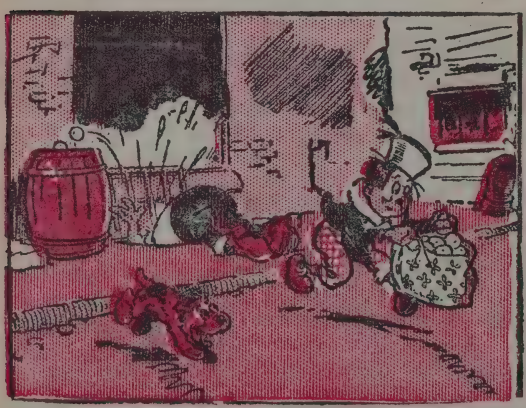
2. — Pero don Guillermo el almacenero, fratero, huevero y algunas cosas más, tenía el corazón tierno como un adoquín. "¡Manzanas fiadas? — exclamó. — ¡Ni pensarlo! Dile a tu madre que si desea algo de lo que tengo en mi negocio que mande a buscarlo con la plata ¿entiendes Marcelino? Sin dinero nada'!".



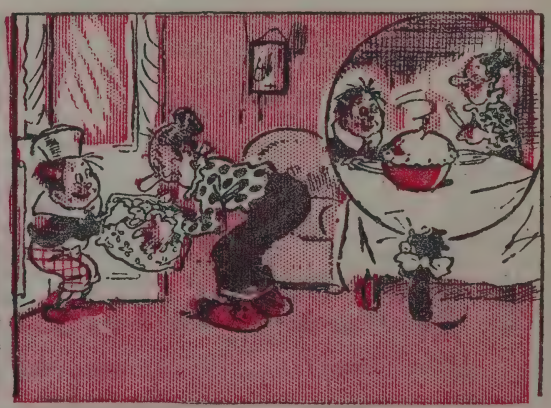
3. — Dicho eso le pegó un empellón a Marcelino y lo arrojó sobre el barril lleno de jugosas manzanas que estaba a un lado de la puerta del almacén. "¡Qué ocurrencia! — exclamó don Guillermo — ¡Pedirme manzanas fiadas! ¡Ja! ¡ja!".



4. — Desesperado el viejo almacenero vió entonces como sus ricas manzanas desaparecían por la reja que daba al sótano del almacen. "¡Pícaro muchacho! — vociferó. — ¡Como llegue a agarrarte te voy a dar una paliza como no la has visto en tu pícara vida!".



5. — Marcelino no esperó a que el almacenero repitiese su amenaza. Salió corriendo llevando en la bolsa una buena cantidad de manzanas. "¡Esto sí que va bueno! — exclamó Marcelino. — ¡Se embromó en almacenero! ¡Me llevo las manzanas y no pago nada! ¡Esto sí que es tener suerte!"



6. — "¡Muy bien, hijo mío!' dijo la mamá en cuanto lo vió llegar. — "¡Qué cantidad de manzanas has traído!" "El almacenero no quiso dármelas en el primer momento, — dijo el chico, — pero al fin cedió sin tratar de dinero". "Haré un gran pastel", — dijo la madre. "Más grande quería hacerlo el almacenero", dijo su hijo.

—Un momento, — dijo tranquilamente el capitán Malu,, extendinedo la mano. — Permítame que lo vea.

Apuntó hacia el mar y apretó el gatillo. Una formidable explosión se dejó oir, seguida instantáneamente el chasquido del mecanismo ejecutor al expulsar el casquillo. Bertie se quedó boquiabierto.

—¡Hice correr el cañón una vez!... —comentó. — Qué tontería, ¿verdad?

Sonrió forzadamente, sentándose en un sillón de cubierta. La sangre había abandonado su rostro, dejándole una intensa palidez en la que dos círculos negruzcos marcaban los ojos. Sus manos, casi incapaces de llevar el cigarrillo a los labios, temblaban. La visión de lo que podía haber ocurrido era excesiva para él, y se imaginaba a sí mismo tendido sobre cubierta con los sesos al aire.

—En verdad... — decía — en verdad...

—Es una arma bonita, — afirmó el capitán Malu, devolviéndole la pistola.

El comisario iba a bordo del "Makembe", de regreso de Sydney, y con su autorización se hizo alto en Ugi para desembarcar un misionero. En Ugi estaba fondeado el peche Arla, mandado por el capitán Hansen. El Arla era uno de los varios buques propiedad del capitán Malu, y gracias a él y por su invitación, Bertie pasó a bordo del peche para su crucero de cuatro días reclutando gente en la costa de Malaita. Después el Arla le dejaría en la plantación de Reminge, también propiedad el capitán Malu, y donde Bertie podría pasar una semana y seguir luego a Tulagi, asiento del gobierno, yallí sería huésped del comisario. El capitán Malu hizo además, dos indicaciones. Una al capitán Hansen y la otra a Mr. Marriwell, administrador de la plantación de Reminge. Ambas eran similares en su aspiración de conseguir que Mr. Bertram Arkwright pudiera ver la crudeza y la virulencia de la vida en las islas Salomón. Prometía una buena caja de whisky al característica.

—¿Usted no conoció a Swartz? — decía a míster Bertie el capitán Hansen. — Era un hombre demasiado tozudo. Llevó a cuatro de los tripulantes de su bote a Tulagi, a hacerlos azotar oficialmente, y después emprendió el regreso con ellos en la ballenera. Había mar gruesa, y el bote naufragó antes de la barra. Swartz fué el único que se ahogó naturalmente, por un accidente.

—¿De veras? — preguntó Bertie, mirando fijamente al timonel negro.

Ugi había quedado atrás y el Arla navegaba en un mar estival hacia los selváticos arrecifes de Malaita. El timonel que tanto atraía las miradas de Bertie ostentaba un clavo de diez centímetros de largo atravesado en la nariz como una broqueta. Del cuello le pendía un collar de botones de calzoncillo. Ensartado en los varios agujeros de las orejas llevaba un abrelatas, el mango de un cepillo de dientes, una pipa de yeso, el escape de un despertador y varios cartuchos de winchester. En el pecho, colgado del cuello, le pendía medio plato de loza. Unos cuarenta negros, enjaezados del mismo modo, rodaban por cubierta, de los cuales quince eran la tripulación del queche y el resto nuevos reclutas.

—Naturalmente, fué un accidente, — dijo el segundo oficial del Arla, Jacobs, un hombre delgado y de ojos negros, que más parecía un profesor que el oficial de un negrero. — A Johnny Bedip le pasó casi lo mismo. Traía varios negros de ser azotados y le hicieron volcar el bote. Pero sabía nadar tan bien como ellos y se ahogaron dos. Para defenderse se valió de un escálamo y del revólver. Naturalmente, fué un accidente.

—Y ocurren con frecuencia — asintió el capitán. — ¿Ve usted este timonel, Mr. Bertie? Es un antropófago. Hace seis meses, él y el resto de la tripulación ahogaron al entonces capitán del Arla. Aquí mismo en la cubierta, junto al palo de mesana.

—Y pusieron la cubierta que daba asco — dijo el oficial.

—¿Quiere usted decir...? — dijo Bertie.

—Exactamente — dijo el capitán Hansen. — Fué una asfixia accidental.

—Pero ¿sobre cubierta?...

—Ahí mismo. Confidencialmente le diré que se valieron de un hacha.

—¿Esta misma tripulación?

El capitán Hansen asintió con la cabeza.

—El otro capitán era muy descuidado, — explicó el oficial, — y le dieron lo suyo.

(SEGUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

I

ESPIONAJE

Rocambole se hallaba en su casa de la calle de Amelot, solo con la señora Taureins, en el saloncito del piso bajo, y, mientras conversaba con la joven, no cesaba de dirigir frecuentes miradas hacia el lado del jardín, como si hubiera estado esperando la llegada de alguien por momentos.

—¡Ah! señor Portal, — decía Valentina en ese momento,—no os podéis formar una idea de cuán feliz soy. Desde que atravesé los umbrales de vuestra casa, vivo, pienso, y respiro con una satisfacción, una calma y tranquilidad de las que había perdido hasta la memoria. Esto de poder ir y venir, comer y dormir, sin temblar continuamente, sin temor de hallar en el más insignificante incidente algún lazo horrible o alguna vergonzosa infamia, es tan dulce y tan nuevo para mí, que me parece estar en el cielo.

—Sí, sí, comprendo esto perfectamente,— contestó su interlocutor; — habéis sufrido tanto, que el reposo y la tranquilidad constituyen hoy para vos la felicidad suprema.

—No oir hablar ya de esos tres monstruos, no estar expuesta a volverlos a ver, qué dicha. ¡Gran Dios! ¡qué inmenso júbilo! — suspiró la joven dama con la expresión de la más profunda beatitud.

—¡Ah! — exclamó Rocambole acercándose a la ventana, atraído por el ruido de la puerta de calle que se abría.

Y añadió inemdiatamente con muestras de decepción:

—¡Es el cartero!

En efecto, el cartero entró casi en seguida, entregó una carta y se fue.

Era una carta dirigida a la señora Taureins.

—¿Quién puede escribirme? — hizo la joven abriendo la carta con cierta aprensión; porque después de las terribles pruebas porque había pasado todo se volvía para ella un motivo de inquietud.

La carta estaba concebida en estos términos:

"Señora:

"El señor Taureis, que acaba de salir de mi casa en este momento, me ha declarado que no solamente renunciaba a constreñiros a que volvieseis a vivir con él, sino que estaba enteramente dispuesto a entrar en vías de acceder a vuestros deseos relativamente a la separación de cuerpos y bienes. Unicamente desearía evitar el escándalo que trae consigo un debate judicial y me manifestó el deseo de que el asunto se arreglase amistosamente en mi estudio. Si tal es vuestra intención, como he creído que podría asegurárselo. dignaos, os ruego, encontraros en mi casa, pasado mañana a las tres de la tarde, a fin de que pudiéramos ponernos de acuerdo sobre muchos puntos, antes de que llegue el señor Taureins, que será como a las cuatro.

"Recibid, señora, las seguridades de mi alta consideración.

Héctor Chautard."

—¡Y bien! ¿qué pensais de esto, mi querido señor Portal? — preguntó Valentina.

—Creo que el señor Taureins, convencido de que el partido está perdido para él, renuncia a los infames proyectos que le había sugerido Nanina la Rubia, y que encuentra ventajoso el poder reconquistar sul ibertad devolviéndoos la vuestra. Esta idea debe haberle sido insinuada por su marquesa de Santarés a quien vuestra ausencia del domicilio conyugal dejará libre en adelante de todo control.

—¿Entonces, me aconsejáis que acepte la proposición de mi marido?

—Os tiende él mismo el puente, no debéis vacilar en pasarlo.

—No podéis figuraros cuánto me alegraré. Sólo me temo si no habrá en todo esto un nuevo lazo.

—La cita es en casa de vuestro mismo abogado, ¿qué podéis temer? ¿No estará allí para aconsejaros y hasta para protegeros en caso de necesidad?

—Tenéis razón; en estas condiciones nada tengo que temer. Voy, pues, a contestar-

le que estaré allí el día y hora señalada.

En aquel momento se volvía a abrir la puerta de calle.

—¡Ah! — dijo Rocambole, — ahora sí que es Vanda. Veremos qué trae.

En efecto, Vanda se presentó casi acto continuo.

—¿Y...? — dijo Rocambole, — ¿salisteis bien?

—¡Ay! no, — respondió ella.

—¡Cómo! ¿no pudisteis ver a Malvina?

—Al contrario.

—¿Qué ha sucedido, pues?

—Le hice ver que era imposible que no se hallase al corriente de lo que había pasado en la fatal noche en que sir Ralph comprometió tan odiosamente a la señorita Tatiana; le aseguré que ya nada tenía que temer de aquel hombre que tal vez la tenía aterrorizada con sus amenazas, traté de hacerle comprender toda la gravedad del crimen de que se hacía culpable, causando, por su complicidad o con su silencio la eterna desgracia de su joven patrona; ha permanecido completamente sorda a todas mis amonestaciones, y, a pesar de lo inverosímil de semejante suposición, estoy por creer que no sabe absolutamente nada y que se pasó toda aquella noche dormida, como me lo acaba de ratificar.

—Esto no puedo admitrlo, — dijo Rocambole, — me atengo a lo que dije desde un principio: sir Ralrph ha de poseer algún secreto comprometedor y por ahí la tiene sujeta. En fin, no quiere hablar, es imposible hacerle hablar por fuerza, y esto es tanto más desesperante cuanto que el plazo de quince días, al cabo del cual el señor de Mauvillarse se comprometió a dar una contestación a sir Ralph, vence hoy.

—Ya lo sabía; y por esto hice cuantos esfuerzos pude para obtener algún resultado.

—Será preciso buscar alguna otra combinación puesto que es preciso renunciar a ésta absolutamente. ¿Visteis a Milón?

—No.

—Está rondando con Alberto por los alrededores de la casa de Mauvillars, pero sin un plan determinado, contentándose con espiar a todo evento lo que pasa por allí y a la vaga esperanza de algún albur.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras cuando la puerta se volvió a abrir y entró Alberto de Prytavin.

—¿Y bien? — preguntó éste dirigiéndose a Vanda. — Habló la camarera?

—No.

—Yo confío en que hablará.

—¿Y en qué te fundas para ello? — preguntó vivamente Rocambole.

—¡He aquí lo que pasa! Milón y yo nos hemos dicho: Si el patrón ha acertado, como todo parece indicarlo, si es que Malvina conoce el misterio que procuramos descubrir, sólo dos motivos pueden impedirla revelarlo: la concupiscencia, estimulada por una generosa recompensa después del casamiento, o el miedo que pueda inspirarle sir Ralph, poseedor quizás de algún secreto importante capaz de perderla.

—Muy bien pensado, — dijo Rocambole, — ¿y...?

—Y yo me dije entonces: admitamos la hipótesis más probable, la de algún secreto comprometedor; es evidente que si logramos apoderarnos de este secreto, por medio del cual sir Ralph impone silencio a la joven podremos, nosotros también, servirnos de él para obligarla a hablar.

—Sí, ¿pero existe ese secreto?

—Durante estos cinco o seis días que estamos en acecho, empezábamos a desesperar...

—Y hoy crees...

—Hoy, es decir, desde hace una hora, estoy seguro de ello.

—¿Y cómo has podido saber?...

—Hice uso de un "truc" que no es nuevo, pero que siempre sale bien: me insinué para captarme la buena voluntad del portero por medio de algunas libaciones, cuyo resultado ha sido el de enternecerme, impulsándome a las confidencias íntimas hasta confesarle la inmensa pasión que me inspiraba Malvina, pasión honesta, con un motivo leal por base, pero atormentada por unos celos devoradores. En vista de la honradez de mis intenciones y estimulado también por la oferta de un casquete griego con borla dorada, que es su sueño dorado desde hace años, el portero comprendió mis intenciones de conocer a fondo la vida privada de la que quería hacer mi compañera, y se comprometió no solamente a darme aviso de las visitas que pudiese recibir, sino a comunicarme las cartas que se le dirigiesen. Este convenio ha durado cinco días sin resultado, pero esta mañana cuando estaba en vías de almorzar con Milón, en el depósito de vinos que elegí por domicilio mientras dure este asunto, veo llegar a mi portero, que una vez a solas con nosotros, se saca misteriosamente una carta del bolsillo y me la entrega. La dirección era a la señorita Malvina, camarera del señor Mauvillars. Estaba sellada con una simple oblea, débil cerrojo contra las indiscreciones. Pongo un instante el sello sobre el vaho de mi taza de café, abro la carta sin estrujar ni romper el papel y he aquí lo que he leído: "Malvina, esta noche te espero de nueve a diez en casa del marchante de vinos, en el número 10 de la calle. No faltes; es muy importante".

Esto era todo, sin firma alguna.

Una vez enterado de la misiva, la volví a cerrar tal como estaba y se la devolví al portero, acompañada de una pieza de cinco francos. Y mi hombre se fué.

—Esto promete, — dijo Rocambole; — hay algunos amorcillos de por medio.

—Así me parece. Pero no es esto todo. Lo más lindo de la cosa, es que el marchante de vinos, en donde dan cita a la camarera, es precisamente el mismo en que comemos todos los días Milón y yo.

—Lo que facilita el que podáis entenderos.

—Estamos ya de acuerdo.

—¡Ah! ¡ah!

—Le hablamos al marchante, quien deseoso de conservar los clietnes que creen de buena fe en la legitimidad de su añejo Po-

mard y lo pagan como tal, hasta se ha comprometido a ponernos en disposición de oirlo todo.

—¿Y es para esta noche? — preguntó Rocambole.

—De nueve a diez; me apresuré a comunicaros esta noticia y a preguntaros si os conviría asistir a la cita

—¡Oh! sí por cierto.

—Os acordaréis, ¿no? número 10. en la misma esquina...

—¿Y preguntaré?

—Por el señor Alberto.

—Hasta la noche, pues.

—Yo me vuelvo a mi observatorio. Tal vez me equivoque, pero tengo el presentimiento de que tenemos por ahí el medio de envolver a sir Ralph y salvar a la pobre Tatiana de la vergüenza de ser suya.

Cuando se fué Marouset, Rocambole dijo a la señora Taureins:

—Esta cita me hace recordar de la vuestra, señora, y recordando la gente con quien debéis tratar y de cuánta desconfianza debéis siempre andar provista, he resuelto acompañaros de lejos a la casa de vuestro abogado, esperaros a la salida, y volveros a acompañar hsta aquí. Con todas estas precauciones os podréis burlar de sus malas intenciones, si las tuvieren contra vos.

Ahora sigamos a Alberto de Prytavin a casa del marchante de vinos en donde debe asistir a la cita de Malvina.

II

UN RESPLANDOR EN LAS TINIEBLAS

Eran más de las nueve cuando Rocambole entraba en casa del marchante de vinos, cuyas señas le había dado Alberto y en seguida penetraba en el cuartito en que aquél lo esperaba esperando en compañía de Milón.

—¿Llego a tiempo? — preguntó Rocambole al entrar.

—Sí, todavía no ha venido nadie, — respondió Alberto.

—¿Qué es lo que se ha convenido con el marchante?

—Va a hacer entrar a sus clientes en una pieza contigua a ésta.

Rocambole paseó una mirada alrededor del cuarto.

—¿Pero de qué manera podremos oir aquí? No veo aquí sino la puerta que da al negocio.

—Por lo tanto, no es desde aquí, desde donde asistiremos a la conversación que va a tener lugar. La pieza en que van a ser introducidos la camarera y el que creemos sea un enamorado, es exactamente igual a esta y de consiguiente debe inspirarles una confianza absoluta; sólo que en el techo de aquella pieza hay una trampita que comunica con un dormitorio, que es del marchante de vinos, y abriendo aquel agujero se oye distintamente todo cuanto se hable abajo.

—¡Magnífica invención! — exclamó Rocambole.

—Tanto más superior, cuanto que nadie es capaz de maliciar; uno mira siempre a su alrededor, pero nunca al techo.

En ese momento llamaron a la puerta

—¡Adelante! — dijo Rocamabole.

Era el marchante de vinos.

Después de cerrar la puerta con toda precaución, se aproximó a Alberto y le habló en voz baja:

—¡Ya van tres! — le dijo.

—¿Cómo, tres? — exclamó Alberto estupefacto.

—Sí; dos hombres y una mujer.

—Entonces nos equivocamos, no se trata de amor. ¿Estais seguro que vienen por la camarera?

—Me dijeron: "Dadnos un gabinete en que podamos hablar con toda seguridad, sin temor de ser oídos ni estorbados; dentro de un momento vendrá una joven a preguntaros si hay alguien esperándola. Veinte años, traje de camarera muy esmerado: tales son las señas. Hacedla entrar y en seguida nos dejareis en paz hasta que se os llame. Mientras tanto, un litro de cognac, añejo y que rasque, no "fine-champagne", esto se deja para los tísicos del Café Inglés.

—¡Hola! ¡Hola! ¡tiene lindas relaciones la camarera!

El marchante de vinos iba a replicar cuando se oyó un campanillazo en la puerta del negocio.

Salió apresuradamente, pero su ausencia fué de corta duración. Al cabo de cinco minutos ya estaba de vuelta.

—Es la camarera, — dijo.

—¿La habéis introducido junto a los que la esperaban?

—Sí.

—Entonces ya podemos subir a vuestro cuarto.

—Venid.

Los tres se levantaron y siguieron al marchante de vinos. A los pocos minutos éste les abría una pieza del primer piso. En el centro del piso de baldosas coloradas de aquel aposento, se veía un cuadrado de madera de cedro. Era el judas.

El marchante de vinos se acercó a él de puntillas, recomendando a los que la acompañaban que caminasen del mismo modo; luego levantó suavemente aquella trampa.

Entonces invitó a Rocambole que se asomase al agujero que acababa de dejar libre.

Rocambole se acercó y vió que debajo de él había una pieza en cuyo centro estaba una mesa y alrededor de aquella mesa distinguió confusamente cuatro personas, — dos hombres y dos mujeres. La vela colocada en el centro de la mesa esparcía muy poca claridad para poder distinguir bien las fisonomías de aquellas cuatro personas.

El marchante de vinos acababa de salir. Rocambole se echó de bruces y metió la cabeza en el agujero del judas para no perder ni una palabra de la conversación que iba a tener lugar.

—Malvina, ya lo sabéis, — dijo una voz que hizo estremecer a Rocambole; — mañana es el día en que el señor Mauvillars debe darme a conocer su resolución, y como no está adelantado que quince días atrás, como que nada, absolutamente nada, se ha traslucido del misterio que trata de descubrir con el auxilio de Santiago Turgis, al cual, por otra parte, he creado preocupaciones que lo

van a distraer forzosamente de este asunto y a obligarlo además a renunciar a sus pretensiones conyugales; como en fin, queda probado para la sociedad que Tatiana me ha acompañado espontáneamente al baile de la baronesa de Villarsay, acto inaudito que no permite sino la más deplorable de las interpretaciones, los términos de la carta que voy a recibir del señor Mauvillars no pueden ser dudosos: lo tengo entre la espada y la pared y sólo puede escapar consintiendo en mi unión con su sobrina. Mi plan ha tenido un éxito completo y debo declarar que vuestra discreción ha entrado por mucho en este resultado. Voy a casarme pues con Tatiana: esta solución tan ardientemente deseada por mí, ha llegado a ser inevitable; pero el matrimonio no se ha realizado todavía y hasta entonces vais a estar expuesta a infinidad de tentativas de corrupción de parte de mis enemigos, si es que no han comenzado ya.

Hizo una pausa evidentemente intencional. Esperaba una respuesta a tal insinuación contenida en las últimas palabras.

—No; — respondió brevemente Malvina.

—Esto no puede faltar, — repuso sir Ralph, — y es en previsión de esto que he querido... que hemos querido veros esta noche.

—¿Qué tenéis que decirme? — preguntó la joven siempre en el mismo tono.

—Vuestros padres os van a responder.

—Hija mía, — dijo entonces una voz ronca y dura, en la cual, sin embargo, se reconocía un acento femenino. Sir Ralph es un joven digno, que con una palabra podría mandarnos a la plataforma de Charlot, pero que no dirá nada si sabes guardar el silencio hasta la consumación del matrimonio; ahora bien, tú no quisieras, ¿verdad?, tenerte que reprochar la muerte de tus excelentes padres, Malvinita mía? Así, que vas a darnos tu palabra de permanecer muda como un sepulcro hasta el día del matrinio, ¿no?

Hubo un momento de silencio.

—Eso es, — respondió por fin Malvina con voz trémula, de niña; — me habéis aterrado a rigor de malos tratamientos; de joven, me educasteis en medio de una atmósfera de vicios, quisisteis hacer de mí una muchacha perdida, una ladrona, y hasta cómplice de un asesinato, y yo hubiera sido todo eso, y habría pasado mi vida, mitad en la crápula y mitad en las cárceles, si no me hubiese salvado un sentimiento, del que es inútil que os hable porque no me comprenderíais.

—Sí, sí, ya sé, — dijo la vieja en tono de mofa; — aquel mozalbete que una noche nos entregaste, para arrancarlo de nuestras manos después, y que hoy es tu amante, sin duda.

—¡Calláos! — exclamó Malvina con voz vibrante de indignación.

Y repuso después de una pausa:

—No, no lo he vuelto a ver jamás, y tal vez no lo volveré a ver nunca, pero su imagen quedó grabada en mi corazón, y ella es la que me guía y me ilumina en la ida. es de ella de quien me vienen las inspiraciones; ella es quien ha regenerado mi conciencia, y si hoy permanezco honrada y pura. habiendo nacido de vosotros y educada por vosotros, a ella se lo debo también.

La joven había pronunciado estas palabras con una mezcla de exaltación y enternecimiento que conmovió profundamente a Rocambole y a sus compañeros.

Luego repuso:

—La Providencia, que se apiadó de mí, ha querido terminar su obra, poniéndome en contacto con una joven que Dios creó perfecta, a la que ha dado todas las gracias y todas las virtudes, tan buena y seductora, que es imposible acercarse a ella sin amarla; y esa joven por la cual daría toda mi sangre, se me obliga a entrar en un complot, cuyo objeto es echarla en los brazos de un hombre... que es amigo vuestro, ¡ y con esto está dicho todo!

—¡Ah! pero dime pues, — exclamó la vieja encolerizada, — ¿querrás por fin poner cuidado en lo que dices?

—¡Ah! ¡es infame! ¡es infame! — prorrumpió Malvina estallando ya de repente, — y yo he podido ser cómplice de este crimen. mil veces más horrible y más odioso que un asesinato, y esa joven pura, cándida e inocente como una niña, la sociedad la cree perdida y mancillada cuando con una palabra yo podría devolverle el honor, y sustraerla a la vergüenza más humillante y espantosa. ¡a la de pertenecer a semejante hombre! y todo esto ¿por qué? por salvaros del cadalso... que tan merecidamente tenéis uno y otro; mientras que ella, la querida y angelical criatura, que tanto me quiere y que día a día me da pruebas de su simpatía, ¿habío merecido acaso la desgracia que le prepara mi ingratitud? Pero, ¡ya se ve! Vuestras cabezas están en peligro, y para salvarlas es preciso que ella se muera de vergüenza y de dolor, ella, ¡la pobre e inocvente criatura! ¡Oh! Mirad, — exclamó fuera de sí y levantándose bruscamente — yo os execro y os maldigo por el crimen que me obligáis a cometer hoy.

Este apóstrofe violento, también fué seguido de un momento de silencio.

Sir Ralph fué quien primero lo rompio.

—¡Eh! ¡Dios mío! — hizo, — ¡y cuántas frases para tan poca cosa! ¿De qué se trata. después de todo? de un amor contrariado, de un amor de pensionista, del que no quedará ni rastro dentro de unos meses. Pero, ¡acabemos de una vez! Esta noche hemos querido veros a fin de recordaros el juramento que tenéis hecho y las terribles consecuencias que tendría un perjurio para los que en en último caso son vuestro padre y vuestra madre y en los cuales voy a vengarme inexorablemente de cualquier indiscreción que hiciese malograr mi casamiento, os lo prevengo. No hay más que dos personas que puedan revelar el misterio del cual depende mi felicidad y todo mi destino: vos y la tía Al...

Se interrumpió bruscamente; luego repuso;

—Esta tiene tanto interés como yo mismo en guardar el secreto; en cuanto a vos...

—Yo, — interrumpió Malvina vivamente,

—yo iré hasta el fin en la vía infame en que me habéis comprometido a entrar, y de la que sólo podría salir entregando dos cabezas al verdugo, poco dignas por cierto de lástima. Ahora ya estais tranquilos; es todo lo que queríais de mí, los tres, ¿no? entonces permitidme que no sufra por más tiempo vuestra compañía. ¡Adiós!

Y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—Yo también a mi vez tengo que hablar con vos, bella Malvina, — murmuró Rocambole levantándose apresuradamente de su observatorio.

Y abriendo la puerta del cuarto, dijo a sus dos compañeros:

—Quedaos aquí para oir lo que conversen estos tres tunantes y yo me voy corriendo en pos de la muchacha; acaba de revelar aquí muy buenos sentimientos y un profundo afecto para su joven patrona. Le hablaré al corazón y es imposible que no le arranque la verdad.

III

UNA PUNTA DEL VELO

Apenas Malvina había dado unos veinte pasos en la calle, cuando sintió una mano que le tocaba al hombro suavemente.

La noche era negra como boca de lobo y a esa hora la calle estaba solitaria, de modo que la joven dejó escapar un grito de espanto y quiso apresurar el paso.

—Tranquilizaos, Malvina, es un amigo, — le dijo una voz que no tenía nada de alarmante.

Y como ella parecía vacilar:

—Un amigo que viene a hablaros de la señorita Tatiana.

Completamente tranquilizada esta vez, la joven se detuvo y se volvió hacia el que le dirigía la palabra.

—¿Conoceis a mi joven patrona? — preguntóle Malvina.

—Y sobre todo conozco a Santiago Turgis, — respondió Rocambole.

—¡Pobre Joven! — balbuceó Malvina.

—Sí; es un pobre joven que morirá de desesperación si debe renunciar a su querida Malvina.

—¡Ah! — hizo la camararea, — ¿os ha dicho?...

—Sí. En cuanto a la señorita Tatiana, la he visto una vez, pero esto me bastó para interesarme por ella vivamente, porque, como dijistes hace un momento, es una naturaleza tan simpática y seductora, que es imposible verla sin amarla.

—¡Cómo! — dijo Malvina toda turbada, — ¿vos visteis?...

—Todo. Toda vuestra conversación con sir Ralph y con vuestros padres.

—¿Todo? — exclamó la joven con voz alterada cor la emoción.

—Sí. Había venido a propósito para ello y no he perdido una sola palabra de cuanto se ha dicho allí.

—Entonces, ¿he sido espiada?

—Vos lo habeis dicho.

—Pero, ¿con qué intención? — preguntó la joven que se puso a temblar.

—Con la intención de conocer la verdad sobre el horrible complot que amenaza en estos momentos a vuestra patrona.

Mientras iban hablando habían hecho un centenar de pasos en la calle de Miromenil.

—Mirad, — dijo Rocambole, indicando el boulevard Malesherbers, que esta desierto en aquella hora de la noche, — demos vuelta por acá, estaremos mucho mejor para poder conversar.

Y enfilaron al boulevard en dirección al parque de Monceaux.

Rocambole continuó:

—Esta conversación me ha revelado, entre otras cosas, que sentíais una grande y noble pasión, de la que emanan todas vuestras inspiraciones como de un purísimo manantial.

—¡Oh, señor! — balbuceó la joven toda turbada.

—No os avergonceis de ello, — repuso vivamente Rocambole, — este amor ha sido vuestro guía y vuestra salvaguardia, y él os inspirará, confío en ello, una resolución generosa.

—¿Qué quereis decir? — preguntó la muchacha.

—Malvina, — continuó Rocambole gravemente, — por las palabras cambiadas entre vos y sir Ralph se vè claramente que la señorita Tatiana no fué espontáneamente al baile de la baronesa de Villarsay en compañía de ese hombre: desgraciadamente esto es todo lo que sé; la explicación del siniestro misterio que envuelve ese extraño asunto y que yo esperaba con tan viva impaciencia no fué abordada, como yo creía, en vuestra conversación, y sólo me consta una cosa, y es, que a pesar de todas las apariencias que la condenan, vuestra patrona es inocente. Esto no me lo podeis negar, puesto que lo acabais de declarar con palabras de indignación contra los que os han forzado a ayudarlos en el complot organizado contra ella.

—Es cierto, — respondió Malvina.

—Aquí tenemos, pues, un hecho constatado probado, incontestable: la inocencia de la señorita Tatiana. Pero esto no basta, esto en nada cambia la situación de vuestra patrona; es necesario probar delante de la sociedad que la ha juzgado y condenado esta inocencia, explicando el lazo en que ha caído. Y esto es lo que yo espero de vos, Malvina.

—¡Es imposible! — respondió la joven resueltamente.

—¿Imposible? ¿Y por qué?

—Ya lo sabeis, puesto que lo habeis oído todo.

—En efecto, sé que sir Ralph os tiene sujeta por medio de una amenaza terrible, una amenaza de muerte suspendda sobre la cabeza de vuestros padres.

—Es cierto, — murmuró la joven.

—Es espantoso, y hay en efecto de que imponer silencio a una niña, cualesquiera que sean sus sentimientos para con sus padres, convengo en ello. Pero esta amenaza, sir Ralph no es capaz de ejecutarla.

—Os engañais. ¡Oh! Es capaz de todo.

—Sí; lo creo inexorable para con los de-

más, pero al mismo tiempo muy prudente cuando se trata de sí mismo. Y sir Ralph tiene, por lo menos, tantos derechos como vuestro padre a la plataforma de Charlot, como dice la señora Claudio.

—¡Ah! — exclamó Malvina vivamente, — ¿conoceis el nombre de mis padres?

—Perfectamente; y también sé dónde viven que es el extremo de la calle de Vanves.

—Eso es, ¿pero cómo lo sabéis?

—Ya hablaremos de esto luego; ahora de quien se trata es de la señorita Tatiana. Yo tengo resuelto arrancarla de manos de ese infame sir Ralph, se lo he jurado a Santiago Turgis, me lo he jurado a mí mismo, porque, ya os lo dije: me intereso por esa joven como si fuera hija mía; y ahora que acabo de convencerme de su inocencia, de la que tenía la íntima persuasión; ahora que acabais de revelarme el infame complot del que solo tenía un presentimiento, comprendereis que necesito saber toda la verdad.

—Os lo repito, señor, esto es imposible, y ya sabeis cuál es la razón que me impide hablar.

—¡Mucho cuidado! — replicó severamente Rocambole, — si os obstinais en negarme la explicación que os pido, me obligareis a haceros pasar por una humillación que os he querido evitar, porque tengo una profunda estimación por vuestro carácter.

—¡Una humillación! — exclamó la joven con sobresalto.

—Si no accedeis buenamente, si persistís en querer sumir en una desesperación sin límites a dos infelices cuyo destino teneis en vuestras manos, y que depende de vos sola, entonces yo mismo iré a encontrar a la señorita Tatiana y le revelaré, con el secreto de la horrible familia a que perteneces, todos los detalles de la escena que acabo de presenciar.

—¡Por Dios! señor, ¡oh! ¡os lo suplico, señor! no hagais eso; la señorita Tatiana me despediría y lo que es peor, me despreciaría.

Y en tanto que pronunciaba estas palabras con un acento que revelaba su profunda turbación, estrechaba efusivamente una mano de Rocambole entre las suyas.

—Será con pesar de mi alma y como último recurso si tomo este partido que sería vuestra perdición, lo comprendo, y cuyas consecuencas pueden ser para vos un martirio espantoso si llegase a saberlo el hombre que os supo inspirar un amor tan puro y tan intenso.

A estas palabras se escapó del pecho de la joven un grito ahogado y exclamó:

—¡Ah! ¡Si él llegase a saberlo!

—Yo acabaré por descubrirlo y se lo haré saber.

—¡Oh, señor! ¡Por piedad!

—No tendré piedad de vos, como vos no la tenéis de vuestra patrona.

—Pero, señor, puesto que me habéis oído, ya sabéis al extremo que la quiero, y sabéis también cuál es la imperiosa necesidad que me impide salvarla revelándole la verdad. ¡Ah, si sólo se tratase de mí... si yo pudiese con riesgo de mi vida!...

—Os sacrificaríais gustosa por ella, estoy convencido de esto; pero lo que queréis salvar a expensas suyas, es la cabeza de dos miserables; ¡y bien! he aquí lo que yo no puedo admitir. Oidme bien; esos no son de mi familia, yo no tengo motivos para interesarme por ellos, y acordáos bien de lo que os voy a decir: si esta noche os negáis a revelarme la explicación del complot de que formáis parte, mañana por la mañana, vuestros padres, denunciados por mí, serán arrestados.

—¡Oh! Pero esto es espantoso. ¡Es espantoso! exclamó Malvina, desesperada.

—No retrocederé delante de nada para poder salvar a la señorita Tatiana, os lo repito. He aquí, pues, la situación: si decís la verdad, sir Ralph denuncia a vuestros padres. Si os negáis a decírmela, yo soy el que los va a denunciar. Pero, al menos, en el primer caso, cumpliréis con vuestro deber y os evitaréis un remordimiento eterno.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer? — exclamaba la pobre Malvina retorciéndose los brazos de desesperación.

Quedaron un instante silenciosos.

—¡Mirad! — exclamó súbitamente Rocambole; — se me ocurre una idea que puede conciliarlo todo.

—Hablad, hablad, — dijo Malvina.

—Hace un momento que sir Ralph decía que solamente dos personas podrían revelar el misterio que yo trato de descubrir: vos y la tía Al... pero se detuvo bruscamente, y no pronunció el nombre de esa mujer. — ¡Y bien! Indicadme este nombre y a ella es a quien iré a reclamar la verdad que tenéis tan poderosos motivos para ocultarme.

—¡Oh! ¡Qué desgracia, Dios mío! — exclamó Malvina; — ese nombre que sería mi salvación, no lo sé; siempre han tenido la precaución de callarlo delante de mí.

—Lo lamento por vos, pero en ese caso me veo obligado a mantener las condiciones que os acabo de imponer.

Hubo una pausa prolongada, durante la cual, Malvina parecía entregada a profundas reflexiones.

—Mirad, señor, — dijo por fin la joven; — el caso es bastante grave para que os pida me dejéis reflexionar.

—Sí, lo comprendo.

—Dejadme pasar la noche.

—¿Y mañana?

—Mañana, habré tomado una resolución.

—¿Y cuándo debo ir por la respuesta?

—A mediodío. ¡Adiós, señor!

Y se alejó.

—¡Al fín! — suspiró Rocambole. — ¡Mañana lo sabré todo y la señorita Tatiana estará salvada!

IV

ESPERANZA FRUSTRADA

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, Rocambole recibía la visita de Santiago Turgis.

El semblante del joven aparecía inundado

—Mi casita está terminada. No me falta nada; tengo luz, ventilación y hasta varios cajones del famoso HIERRO QUINA BISLERI para poder comer más a gusto.

de una gravedad melancólica que alteraba profundamente la expresión habitual de su fisonomía, generalmente franca y risueña.

—Mi querido señor Portal, — dijo estrechando la mano de Rocambole; — recibí vuestra misiva; es digna de un lacedemonio: "Buenas noticias. Venid". Esto no dice nada, pero deja esperarlo todo, de modo que vengo lleno de confianza.

—Y esa esperanza no será burlada, mi querido señor Turgis.

Y le refirió todo lo que conocen nuestros lectores por los capítulos precedentes.

Cuando el señor Portal hubo terminado, Santiago exclamó:

—¡Ah, bien sabía yo que Tatiana no era culpable! Las más abrumadoras pruebas se acumulaban sobre ella, las más terribles; pero, aquí, en el fondo de mi corazón, había un testimonio mucho más fuerte, más elocuente y formidable que cuando se reunían para condenarla; y, al resplandor de esta claridad, veía brillar su inocencia tan pura como los astros del cielo.

—Yo también opinaba como vos, — dijo Rocambole; — y como vos, me felicito de poder atestiguar altamente su inocencia; pero, solamente hoy será completo nuestro triunfo, es decir, tan pronto como Malvina nos haya descorrido el velo que oculta la odiosa maquinación imaginada por sir Ralph para perder a Tatiana. He aquí, pues, ahora, cuál es mi proyecto y no dudo que merecerá la aprobación del señor Mauvillars.

Reuniremos en casa de éste, bajo pretexto de una tertulia, a todos los invitados del último baile de la baronesa de Villarsay, sin olvidar a sir Ralph, y entonces, delante de todos los testigos de la vergüenza de Tatiana, haremos que Malvina vuelva a referir los detalles completos del infame complot urdido por sir Ralph para perder a la joven y ponerla en la imposibilidad de rehusar su mano.

—¿Y a qué hora debe seros hecho esta preciosa revelación?

—A mediodía.

—¿Vendrá Malvina aquí?

—No; yo iré a su casa.

—Gracias, mi querido señor Portal; gracias por Tatiana, a quien habréis salvado de una vergüenza y una desgracia a las que no habría podido sobrevivir, — dijo Santiago profundamente emocionado.

—Gracias por Tatiana, está bien, — replicó riendo Rocambole; — pero me parece que también podríais agradecerme algo por vuestra parte, porque algún interés lleváis también en el asunto.

—No, señor Portal, — repuso el artista tristemente. — Tatiana está perdida para mí.

—¡Cómo! — exclamó Rocambole mirándolo fijamente. — ¿Acaso, a pesar de vuestras protestas a favor de su inocencia tendríais alguna sospecha?...

—¡Dudar yo de la inocencia de Tatiana! — exclamó Santiago. — ¡Oh! ¡Primero dudaría de mi honor!

—Entonces, no os comprendo. ¡Cómo! Nos lanzamos en persecución de un fin que parecía absolutamente imposible alcanzar. Logro, por un azar providencial, romper las impenetrables tinieblas que nos ocultan la verdad, y, en el instante mismo en que va a resplandecer, cuando tocamos por fin a la realización de este triple sueño: la confusión de vuestro enemigo, la rehabilitación de Tatiana, y vuestra felicidad de entrambos, me decís: "¡Tatiana es perdida para mí!" Vemos mi querido señor Santiago, dadme, os ruego, la explicación de este problema.

—Es una penosa confesión la que me pedís, mi querido señor Portal, — respondió el pintor; — pero habéis hecho tanto por mí, por mi querida y adorada Tatiana, que no podría tener secretos para vos; oidme, pues, y vais a saber por fin la causa de la infinita tristeza que habéis notado en mí desde un tiempo a esta parte. Ya recordaréis esa hermosa tela de Ruysdael que vísteis un día en mi taller, ¿no?

—Perfectamente. Un cuadro estimado en 80.000 francos, cifra que hasta yo tuve el entrometimiento de encontrar algo exagerada.

—Pues bien; el mismo día que regresé a mi casa tan contento por la promesa que me habíais hecho de ayudarme a salvar a Tatiana, cuando me disponía a salir de mi habitación para ir al taller y ponerme a trabajar, veo caer en mi casa al señor Chaumont, el negociante de cuadros a quien pertenecía aquella tela. Venía pálido, distraído y con voz desesperada me hace saber que su Ruysdael ya no estaba en mi taller, de donde venía en aquel momento. Corro con él allí creyéndolo equivocado, pero era demasiado cierta la noticia: el cuadro había desaparecido.

—¿Robado? — exclamó Rocambole

—Sí, señor Portal; robado, ¡y por quién!

—¡Ah! He aquí lo más horrible y espantoso en este asunto. ¡Robado por mi padre!

—¡Ah! Es horrible, en efecto, — murmu-

ró Rocambole con acento de profunda lástima.

Santiago continuó después de un instante de silencio:

—El señor Chaumont quería ir inmediatamente a la comisaría de policía; yo le rogué que nada dijese para ver si podíamos llegar a un arregla conmigo para el pago de su cuadro, lo que aceptó al fin, insistiendo con una singular complacencia, en las terribles consecuencias que tendría para mi nombre el escándalo de semejante asunto llevado a los tribunales. Se fué, prometiéndome que al día siguiente me enviaría un proyecto de contrato; y cumplió su palabra. Ese proyecto que traigo conmigo, es este:

"Entre los infrascritos, Miguel Chaumont, negociante en cuadros domiciliado en la calle Laffite, por una parte;

"Y el señor Santiago Turgis, artista pintor, domiciliado en la calle Duperreé, por otra parte;

"Se ha convenido en lo siguiente:

"1o.—El señor Chaumont consiente en no proceder contra el señor Santiago Turgis, a propósito de una tela de Ruysdael, confiada por el expresado Chaumont a dicho artista y que ho sido robada de su taller por un modelo conocido bajo el apodo de tío Vulcano".

—¡Vulcano! — exclamó Rocambole; — pero me parece que he oído hablar de él.

—Es mi padre, — dijo Santiago, — y comprenderéis el motivo por qué el señor Chaumont tuvo empeño en mencionar, en la cabeza del acta, el robo y el nombre del ladrón.

—Sí; ese hombre es prudente y precavido, bien lo veo.

Santiago continuó leyendo el acta.

"2o.—Para indemnizar al señor Chaumont de la pérdida de esta tela, por la que le habían ofrecido ochenta mil francos y que podía esperar a venderla en ciento veinte mil, pero la cual condesciende en justipreciar solamente en cien mil francos por consideración al señor Santiago Turgis, a causa de sus antiguas y excelentes relaciones, este último se compromete:

"(a) A proporcionar al señor Chaumont cuatro telas originales por año, de un metro de largo, por lo menos, al precio de dos mil francos cada una."

—¡Dos mil francos! — interrumpió Rocambole. — ¿A cómo las vendéis, pues?

—De ocho a diez mil.

—¡Pero ese no es un hombre; ese marchante de cuadros es un vampiro!

—Continúa, — dijo fríamente Santiago.

"(b) A hacer, para el señor Chaumont, cuatro copias por año en iguales proporciones a las telas originales, y al precio do quinientos francos cada una copia.

"(c) A trabajar exclusivamente para el señor Chaumont, quien por su parte se compromete a tomar a los precios mencionados todas las telas queda producir el señor Turgis.

"3o.—Que este contrato durará hasta cubrir el completo reembolso íntegro de la suma de cien mil francos, de la cual el señor Santiago Turgis se reconoce deudor con el señor Chaumont.

"4o.—Queda bien entendido que este contrato quedaría nulo y sin ningún valor en el caso en que el señor Chaumont volviese a entrar en posesión del Ruysdael que le ha sido sustraído por el llamado Vulcano.

"Y hacemos dos de un mismo tenor y de buena fe que firmamos en París a los 17 días del mes de Marzo de 186...

"MIGUEL CHAUMONT".

"SANTIAGO TURGIS".

—¡Sobre todo de buena fe! — exclamó alterado Rocambole; — ¡qué horrible beduino el tal marchante de cuadros!

Y dirigiéndose al artista:

—¿Y pudísteis aceptar eso?

—Esto, o mi nombre deshonrado; es decir, mi padre llevado ante el juzgado correccional, y condenado por este robo y otros delitos cometidos en complicidad con una banda de ex presidiarios: he aquí la elección que me quedaba.

—En efecto, — dijo Rocambole; — no era posible titubear.

—Comprenderéis igualmente, ¿no? que la situación que se me ha creado para lo sucesivo por este contrato, no me permite ya aspirar a la mano de Tatiana.

—Esto ya es otra cosa. Yo no lo puedo admitir sin beneficio de inventario.

—Reflexionad, pues, que durante ocho ó nueve años, durante el período más fecundo y potente de mi vida de artista, voy a ganar estrictamente para comer. Es una carrera perdida.

Rocambole no replicó.

No podía menos que reconocer que el artista tenía razón y que no había nada de exagerado en el sentimiento de delicadeza que lo determinaba a renunciar a la mano de la que amaba.

—Pero no por esto, — repuso Santiago, me intereso menos ardientemente por la salvación de Tatiana, y me alegraría tanto, os lo juro, como si debiese ser mi esposa.

—En ese caso, — dijo Rocambole, — venid conmigo; quiero que asistáis a la conversación que voy a tener con Malvina y podáis apreciar al mismo tiempo que yo, la verdad sobre este tenebroso asunto. ¿Qué hora es?

Consultó su reloj.

—Las once y media; es el momento de partir; con un carruaje, a mediodía, estaremos en la calle de Miromenil.

—¡Con tal que consienta en hablar!

—Sobre esto no me queda la menor duda le demostré que tenía ella misma el mayor interés en hacerme conocer la verdad, y lo comprendió perfectamente. La reflexión no habrá hecho sino confirmarla en esta opinón.

—Partamos, pues, — dijo Santiago, — estoy ansioso por saber a qué atenerme.

Un momento después, rodaban dentro de un coche en dirección a la calle Miromenil y como a mediodía se retenían en el hotel Mauvillars.

—¡Ya llegamos por fin! — murmuró Turgis temblando de emoción, — dentro de un momento se nos revelará el siniestro misterio.

Penetraron en el patio del hotel y dirigiéndose al portero, — preguntó Rocambole:

—¿La señorita Malvina?

—No está, — respondió el conserje.

—Pero vendrá ahora, sin duda, ¿no?

—No volverá.

—¿Qué quereis decir?

—Que salió por la mañana, y en su habitación se han encontrado escritas estas líneas dirigidas a la señorita Tatiana, en que le previene que se va para no volver.

Santiago palideció al oir estas palabras.

El mismo Rocambole quedó un momento confuso. Pero éste no era hombre para desanimarse facilmente:

—¡Vámonos! — dijo, y al oído del artista, — añadió. ¡Hay que empezar de nuevo!

V

UN MAL TERCETO

La marcha de los acontecimientos nos obliga a ocuparnos de tres personajes que habíamos dejado en la sombra hace algún tiempo.

Son el señor de Taureins, Goézmann y Nanina la Rubia, llamada marquesa de Santarés.

Pues bien, la víspera del día en que la señora Taureins recibía aquella carta de su abogado en la que éste le daba una cita en su estudio para ponerse de acuerdo con su marido sobre los términos de una separación amistosa, encontramos al honorable trío reunido en casa de la marquesa.

Esta, medio recostada en un sofá, con la frente nublada y las cejas fruncidas, parecía sumida en profundas meditaciones.

Sentado delante de ella en una amplia butaca, el señor Taureins con la vista fija en la hermosa Rubia, esperaba con vaga inquietud que ella se dignase tomar la palabra.

En cuanto a Goézmann, permanecía sentado en una silla a respetuosa distancia, según su costumbre, y sin manifestar ni inquietud ni impaciencia.

—¡Y bien! hermosa Nanina, — dijo por fin el señor Taureins, fastiado de ver el prolongado silencio de la marquesa, — nos habéis mandado a buscar a los dos para una comunicación importante, aquí nos tenéis, pues, esperando que os plazca darnos a conocer vuestras ideas

La marquesa le dirigió un amirada extraña y con una voz algo desdeñosa:

—Y apostaría, — dijo, — que ni siquiera hospecháis el asunto de que nos voy a hablar.

—Lo confieso, — respondió el señor Taureins.

—¿Y vos Goézmann? — hizo Nanina, sin dignarse volver la cara para el lado del alemán.

—Yo lo sospecho, — respondió éste friamente.

—¡Ah! ¿Sí? — dijo Nanina.

—Supongo que se trata de la señora Taureins.

—Y vos no adivinastéis esto, ¿no? — preguntó Nanina al señor Taureins.

—Ya estamos libres de ella, ¿qué más queréis?

La marquesa se encaró vivamente con el señor Taureins con un movimiento de leona furiosa y clavándole una mirada de fuego:

—¡Vive! — dijo con un acento que estremeció al banquero.

Hubo un instante de silencio .

—Vive, — repitió la Rubia en voz baja y acento siniestro, — ¡y decís que nos vemos libres de ella!

Pero, si vuestra ambición está satisfecha con tan poca cosa, no pasa esto con la mía. Cuando amo, no quiero repartir, cuando amo lo necesito todo de aquel a quien todo lo he dado, su corazón, su alma, su persona y hasta su nombre.

A esta última palabra, el señor Taureins, cuyo semblante se había iluminado ante aquel desbordamiento de celos que halagaba su vanidad, se [illegible]bó de repente.

—¡Mi nombre! — balbuceó, pero yo no puedo darlo a dos mujeres a la vez.

—Entonces soy yo quien lo rehusará, ¿no os dije ya que no quería reparto?

—¿Qué idea tenéis, pues? — explicaos.

—Es lo que voy a hacer. Ya que es preciso poneros los puntos sobre las ies, puesto que no tenéis en vuestro amor ni bastante abnegación, ni bastante energía para poner fin a una situación intolerable. Dos mujeres tienen derechos sobre vos, una que le arranca del corazón; otra que le proceden y os desprecia. ¡Y bien! una de las dos está demás y debe desaparecer.

—¿Por qué preocuparos de ella? — replicó el banquero; — ¿no está ya decidido que saldremos de Francia dentro de pocos días?

—Sí, primero en qué condiciones. Como fugitivos como criminales, ¡llevándonos dos millones que pertenecen a vuestros acreedores! ¡dejando en pos de nosotros un nombre mancillado! ¡y en tanto que ella, estimada de todo el mundo como una noble y sacrificada víctima, se hará de su nombre una corona de espinas y una aureola de mártir; yo a quien os dignáis favorecerme y adornarme con él, una vez ocultos y fugitivos en el extranjero, yo lo llevaré como un estigma de ignominia! ¡Ah! ¡hé aquí lo que quiero! — exclamó la marquesa brincando como una tigre, no; yo no quiero que existan dos señoras Taureins, ¿lo oís? ¡la una honrada y venerada como una santa y la otra agobiada bajo el peso de la vegüenza y despreciada como la criatura más ruín!

Luego, clavando en el banquero una de aquellas miradas de fuego que le hacían implacable y espantosa en sus cóleras.

—¡Ea! — gritó, ¡es preciso acabar de una vez.

Basta ya de vacilaciones como hasta ahora. Dejadme hacer, ya corro con todos los riesgos y responsabilidades.

Delante de aquella explosión de furor que no esperaba, el señor Taureins quedó como petrificado.

Entonces Nanina dirigiéndose al alemán:

—¿Y vos, tenéis alguna idea? — le preguntó.

—Sí, porque esperaba un día u otro el voto que aabais de manifestar.

—¿Veamos vuestro plan?

—Os lo daré a conocer tan pronto como me hayáis contestado a una pregunta.

—Hablad.

—Yo me fastidio en Francia y pido pasar al extranjero con vosotros.

—Es lo mismo que tengo pensado.

—Después del inmenso servicio que os voy a prestar en el que arriesgo mi cabeza, creo poderos pedir qué no me separaré nunca de vosotros, os seguiré por todas partes, y viviré vuestra misma vida bajo el pie de de una perfecta intimidad.

—¿Y podéis creerme tan ingrata para obrar de otra manera?

Y añadió, midinedo bien cada palabra intencionalmente:

—Yo tengo mil motivos para guardaros afecto y por estar interesada en conservaros a mi lado?

—Gracias por acordaros de eso, señora— respondió el alemán con una mirada y una sonrisa que expresaban a la vez desconfianza y amenaza.

Luego repuso:

—¡Y bien! mi plan es este: al salir de aquí el señor Taureins se traslada en casa del doctor Chautard, el abogado de su mujer.

—¿Para qué? — preguntó el banquero vivamente.

—Para hacer saber a la señora Taureins que, conforme a los deseos que ella ha manifestado tantas veces, vos consentiréis por fin en una separación de cuerpos y bienes amigablemente y que deseáis entenderos con ella personalmente en el estudio del abogado, cuyo arbitraje aceptais de antemano en caso de disidencia.

—¡De ninguna manera! — prorrumpió el banquero; — no tengo confianza en ese hombre, completamente adicto a los intereses de mi mujer, y no me conviene...

—Oidme hasta el fin, y después haréis vuestras objeciones, — dijo Goezmann.—Y continuó:

—De modo que concertaréis una cita en el estudio del abogado de vuestra mujer, y para inspirar todavía más confianza ésta. propondréis que la cita sea entre tres y cuatro de la tarde, es decir, en pleno día.

—¿Y luego? — preguntó estupefacto el señor Taureins.

—Os presentaréis en el día y hora convenidos, discutiréis vuestros intereses con el doctor Chautard, os mostraréis condescendiente, y acabareis por entenderos, con tanta mayor razón, cuanto que iréis decidido de antemano a hacer todas las concesiones que os exijan. Finalmente el abogado redacta un pequeño contrato y no tenéis más que firmar.

—¿Y prentendéis que yo firme?...

—Todo cuanto quieran.

—¿Y después? — preguntó Nanina.

—Cuando ambos hayáis puesto vuestras firmas al pie de ese contrato cuyas cláusulas serán todas a favor de la señora Taureins, sólo os quedará despediros de ella, diciéndole: Señora: me he portado muy mal con vos lo confieso; pero también reconoceréis, as lo espero, que lo he reparado lo mejor posible dándoos todas las ventajas en el contrato que acabamos de firmar; si esto no os basta estoy dispuesto a acordaros más todavía y sólo os pido en cambio el olvido de pasado y que me deis vuestra mano en señal de perdón en el momento de nuestra eterna despedida.

—¿Y nos separaremos? — preguntó el señor Taureins estupefacto.

—Esperad un poco. Después de la grandeza de alma de que habréis dado tan revelante prueba, la señora Taureins, afectada además por el acento conmovido que sabréis dar a vuestra voz no podrá prescindir de ofreceros la mano, la mano derecha, cuyo guante se habrá sacado para poder firmar, la que estrecharéis en la vuestra con verdadera efusión y por fin os despediréis de ella.

—¿Y...? ¿Después? — preguntó el banquero con aire atontado.

—¡Y bien! Después, es decir, al cabo de dos horas, seréis viudo.

—¡Hein! ¡viudo! ¿Cómo se entiende — exclamó Taureins.

—¡Ah! — respondió Goézmann sonriendo es que se me olvidada un detalle.

—Veamos, pues.

El alemán entonces se sacó del dedo anular una sortija adornada de una esmeralda y mostrándola al señor Taureins.

—Examinad esta piedra, — le dijo, — y observaréis que en lugar de formar una faceta lisa, se termina en una punta bastante aguda.

—En efecto.

—Tiene además otra particularidad, es hueca.

—¡Ah!

—Pero en el momento de ir a casa del doctor Chautard, estará llena de cierto veneno que yo sé y la llevaréis puesta en el

TOS ALIVIO INMEDIATO
Mal de garganta - Tos gripal - bronquitis - Resfríos - Asma, etc.
CON LAS
PASTILLAS O JARABE
"BIOL" Preparadas por el
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

dedo, pero con el broche vuelto hacia dentro. ¿Comprendéis ahora?

—Sí, poco más o menos.

—Al estrechar la mano de vuestra mujer le haréis en la mano un pequeño rasguño casi imperceptible, pero será lo suficiente para infiltrale el veneno en la sangre y la hermosa señora Taureins, regresará radiante a casa del señor Portal, sin sospechar que lleva la muerte consigo.

—¡Es muy ingenioso! — dijo fríamente la marquesa.

—Y sumamente agradable... para el que la emplea, — repuso Goézmann, porque este veneno no deja ningún rastro. Aprendí esto en la India, en donde he pasado muchos años. lo que prueba, como tan a menudo se repite, que los viajes forman la juventud.

Y añadió levantándose:

—Os dejo para ir a preparar mi líquido que sólo meteré en la esmeralda en el momento en que os dispongáis a ir a ver al abogado.

Y se fué llevandose una encantadora sonrisa de la marquesa.

Atravesó con paso fuerte y sonoro la pieza contigua a la que acababa de dejar, después, sacándose los zapatos con presteza, volvió atrás sin hacer ruido y pegó el oído a la puerta, y pudo oír este fragamento de diálogo:

—Tranquilizáos, — decía Nanina, — ya sé que no lo podéis sufrir, a mí me desagrada como a vos y nunca he tenido la intención de llevarlo.

—Pero, ¿cómo os deshareis de él?

—El día que convengamos la partida, nos iremos la noche antes y al irnos de París, voy a dejar una notita en la Prefectura de Policía, relativa al amigo Goézmann, que será preso y encarpetado sobre la marcha.

—¡Eso lo veremos! — murmuró el alemán.

Y se fué de puntillas con sus zapatos en la mano.

VI

LA GOTA DE SANGRE

Eran poco más o menos las dos de la tarde cuando Pablo de Treviannes se presentó en casa del señor Portal, prevenido por una carta de éste de la buena marcha que llevaban los asuntos de la señora Taureins.

Encontró a la joven ya vestida y conversando con Vanda y Rocambole en espera de la hora para ir a la calle de Provence, donde vivía su abogado.

Cuando entró Pablo, Valentina le tendió la mano sonriendo y le dijo:

—¿Ya sabéis la buena noticia?

—Y me apresuró a felicitaros por ello, — respondió el joven besándole la hermosa mano que le ofrecía.

Y con un tono grave e inquieto, añadió:

—¿Pero estáis bien segura de que ese no sea un nuevo lazo inventado por esa odiosa marquesa de Santarés?

—Es imposible, la cita es en pleno día, en el centro de París y en el estudio de mi agogado.

—En efecto. — repuso Pablo, — por mucha desconfianza que me inspire esa mujer y su infame cómplice, no veo qué peligro podríais correr en condiciones semejantes.

Por más que no haya nada de alarmante en todo esto, — dijo Rocambole, — he resuelto por exceso de precaución seguir de lejos el coche de la señora Taureins, vigilar las inmediaciones de la casa durante el tiempo que permanezca con el abogado y acompañarla asímismo durante el regreso hasta tanto que haya atravesado de nuevo los umbrales de esta casa.

—¿Queréis permitirme que os acompañe, señor Portal? — preguntó Pablo vivamente.

—Con mucho gusto, por más que no veo la necesidad de ello.

Por de pronto, me será grato, gratísimo velar por la señora.

—Sí. lo comprendo.

—Y luego mi concurso tal vez no os sea completamente inútil.

—En cuanto a ésto...

—Vos velaréis al rededor de la casa, ¿no?

—Sí.

—¿¿Pero estáis bien seguro de que no pueden organizar alguna emboscada en la escalera.

—Tenéis razón no había pensado en esto.

—Pues bien, allí es donde yo voy a estar de centinela. Así, protegida por vos en la calle, por mí en la escalera, y por el mismo abogado en su casa, qué peligro podría correr la señora Taureins?

—Me parece que está previsto todo y que no hay que temer.

—No, no ha de haber lazo ninguno, estoy convencida de ello. Al proponerme esta separación del señor Taureins obra de buena fe, y será la primera vez que tendré que elabar a esa marquesa de Santarés, quien estoy segura de ello, le habrá sugerido esta idea. Ella habrá querido romper todos los lazos que me unían al que quiere tener sola bajo su yugo, y no puedo sino felicitarme de esta inspiración, que va a deshacer casi por completo una unión, que ha llegado a ser para mí, hace mucho tiempo, una vergüenza y un suplicio.

—Habrá querido, esa buena marquesa, — dijo Pablo riéndose, hacer una buena obra siquiera una vez en su vida.

—¡Vamos! — dijo Vanda mostrando el péndulo que señalaba ya las dos y media; —puesto que es del agrado de todo el mundo, no perdáis la ocasión.

—En efecto, — dijo Rocambole levantándose; — a las tres debeis estar en casa del doctor Chautard, señora, no lo hagamos, pues, esperar. Aquí están ya los carruajes que se pidieron.

En efecto, dos coches se acababan de parar a la puerta de la calle.

—Vanda, — dijo Rocambole en el momento de partir; — de tres a cuatro debe venir la condesa de Sanabria; le suplicareis que tenga la bondad de esperarme.

Y tomando dos cartas de encima de su bufete:

—Sería preciso mandar echar estas cartas al correo, — dijo entregándoselas.

Una de aquellas cartas iba dirigida al señor Robertson, calle de Foin-Saint-Jacques. número 5. y la otra llevaba esta di-

cección que sin duda sorprenderá al lector: Señor Rascal, calle Des Partants, número 14.

En seguida salió acompañado de Treviannes y de Valentina. Esta subió en uno de los coches que partió en el acto.

Rocambole y Pablo subieron al otro, que dejó tomar al primero una ventaja de unos cien pasos.

—Vamos, — dijo Rocambole a Pablo;— me parece que se empieza a despejar el horizonte de nuestros amores.

—¡Ay! — respondió el joven; — para ella veo en este desenlace honroso y conveniente a una situación humillante y llena de peligros; pero, en cuanto a mí, personalmente, ¿qué ventaja podrá reportarme semejante separación? Ninguna. El lazo que la une a ese hombre, aunque muy aflojado en lo sucesivo, no por esto existirá menos; ella queda siempre encadenada a ese miserable, que siempre será un obstáculo a mi felicidad.

—En espera de una acontecimiento imprevisto que suprima ese obstáculo, y de vista del mdeio en que vive ese hombre espero siempre algún drama; mientras tanto, digo, podréis, visitar libremente a la señora Taureins que dentro de unos días vivirá en su casa.

—¿Quién sabe si querrá recibirme?

—Yo lo sé; os ama demasiado para cerraros su puerta.

—¿Me ama? ¡Oh! sí. lo creo... lo sé; pero esta situación de mujer separada va a imponerle una extrema circunspección; se sentirá vigilada más que nunca por sus enemigos, sobre todo por la marquesa, cuyo odio insaciable espiará incesantemente una ocasión de poderse vengar; de suerte que el acceso a su casa me va a ser tal vez más difícil que cuando vivía bajo el mismo techo que su marido.

Y añadió después de una pequeña pausa:

—Una idea horible se me ocurre en este momento.

—¿Qué es, pues?

—A la marquesa no puede bastarle una separación; esto no llenaría el objeto que se ha propuesto y que yo he adivinado hace mucho tiempo, y es que ella querría despojarse, — como de un traje deteriorado y sucio, — de ese nombre de marquesa de Santarés, que la relega en adelante y para siempre a la parte impura y gangrenada de la sociedad, y sueña con reemplazarlo por otro nombre que le abra de par en par las puertas de la alta siciedad, que hoy la repudia y la desprecia.

—¿Y creeis que la idea de un crimen?...

—No la detendría por cierto.

—También lo creo así, porque entró en la vida con un ascesinato cometido a la edad de diez y seis años; pero entonces, ¿por qué esta separación que tiene precisamente por resultado poner a la señora de Taureins al abrigo de sus golpes?

—Al contrario. Esto la pone a la disposición de ella.

—¿Cómo se entiende?

—La marquesa ha debido hacerse esta reflexión: a acometer por mí misma esta separación, porque bien sabe que se la atribuirían a ella, tranquilizo a la señora Taureins haciéndole creer que toda mi ambición se reduce a esto y así le inspiro una absoluta confianza. Thanquilizada en lo sucesivo respecto de mis intenciones, no creyéndose ya amenazada, se deja estar sin desconfianza, sin tomar ninguna de las precauciones de que hasta ahora se ha rodeado, y entonces, en el aislamiento en que va a vivir, me será fácil alcanzarla.

—Puede ser, en efecto, que estéis en lo cierto y que tal sea la esperanza de la marquesa, pero se habrá equivocado grandemente en sus cálculos; porque, lejos de adormecerme en una peligrosa confianza tengo resuelto el redoblar la vigilancia y la solicitud alrededor de la señora Taureins a partir del día en que salga de mi casa para instalarse en la suya. Ese día voy a darle por mayordomo y por hombre de confianza, encargado por de pronto de elegir el mismo y de vigilar a todos los sirvientes, a un individuo que será un excelente guardián, os lo juro, y en quien ella podrá contar como en mí mismo y ese es Milón.

—Lo conozco y sé que se puede descansar en él.

—Milón no se moverá de allí mientras ella esté en casa, y la acompañará por todas partes cuando salga; con semejante centinela bien puedo desafiar al odioso trío que desde hace tanto tiempo la persigue encarnizadamente. Pero, ya hemos llegado.

El carruaje de la señora Taureins acababa de detenerse. Rocambole hizo parar igualmente el suyo a cierta distancia y en seguida se apeó, lo mismo que Pablo.

Este corrió en seguida a la puerta coche ra que acababa de franquear Valentina, ésta apenas llegada a la mitad de la escalera, cuando Pablo ya estaba en los primeros escalones.

La escalera era ancha y clara y el abogado vivía en el primer piso.

Al aspecto de la casa de Pablo sintió disiparse toda sospecha de emboscada o de lazo, lo que no le impidió quedarse allí mismo hasta que la señora Taureins hubo entrado en el estudio.

Luego, reflexionando que el marido debía llegar también de un momento a otro, subió al segundo piso para evitar encontrarlo y permaneció en acecho en la escalera, donde resolvió esperar la salida de Valentina.

Hacía como media hora que estaba esperando, cuando sintió pasos en la escalera. Asomóse con precaución por encima de la baranda y reconoció al marido de Valentina, que, llegado a la puerta del abogado llamó y fué introducido.

Pablo permaneció inmóvil en su parada.

Al cabo de tres cuartos de hora, se volvió a abrir la puerta del abogado, y vió salir a Taureins que bajó rápidamente la escalera y desapareció.

Pocos minutos después, Valentina salía a su vez. Pablo bajó apresuradamente y la abordó:

—¿Y...? — le preguntó ávidamente.

—Todo ha ido perfectamente — respondió la joven radiante de contento: — es

preciso que haya serios disgustos para obtener la separación, y el señor Taureins, tengo que hacerle justicia, reconoció é hizo constar todas sus faltas con una franqueza y una claridad que no ha podido menos que conmoverme.

Mientras hablaban, llegaron al pie de la escalera, en donde Rocambole esperaba ya impaciente.

—Es asunto concluído, — le dijo Valentina anticipándose a sus preguntas; — la separación será aprobada sin dificultad ninguna; tal es la opinión del doctor Chautard.

Y mientras se enguantaba la mano derecha, Pablo de Treviannes le preguntó de repente, muy inquieto:

—¿Pero, qué es eso? ¿Os habéis lastimado? Veo que tenéis una gotita de sangre en la palma de la mano.

Valentina se miró la mano, se enjugó la sangre con el pañuelo, y dijo sonriendo:

—Un rasguño insignificante, no es nada; ni siquiera lo había sentido.

—Y ahora, — dijo Rocambole ,todo contento; — ¡en marcha para mi casa!

VII

CUENTAS CLARAS CONSERVAN LAS AMISTADES

Aquella misma noche, como a las nueve poco más o menos, habríamos encontrado a los tres cómplices en casa de la marquesa de Santarés, sentados en la mesa delante de un espléndido surtido de postres, por en medio de los cuales se veían aquí y allá algunas botellas de licores y de champagne.

La marquesa está muy animada; Goezmann ríe de vez en cuando, pero con aquella risa equívoca que le es peculiar y que tiene algo de inquietante.

Solamente el señor Taureins, a pesar de todos los estimulantes de que ha usado y abusado durante la comida, permanece impasible. Ni los platos suculentos y exquisitos, ni el champagne, ni el café, ni los licores, no han podido desarrugar su ceño, ni disipar la palidez de su semblante, que ha estado lívido desde el principio al fin de la comida.

—¡Pero hombre! — le dijo por fin la marquesa, — después de haber ensayado por mucho tiempo sin resultado, arrancarle una sonrisa, ¿cuándo acabaréis de ponernos esa cara de espectro?

—¡Un espectro! — murmuró el banquero estremecido a esta última palabra, única que había oído.

—¡Oh! ¡acabareis por fastidiarme con esos terrores perpetuos! — exclamó Nanina con un movimiento de impaciencia; veamos, procurad sobreponeros a esa debilidad indigna de un hombre, y responded por fin a la pregunta que os he hecho veinte veces desde hace una hora, sin obtener contestación; ¿cómo ha pasado el incidente final de vuestra entrevista con la señora Taureins?

—Bien, pues; — respondió con voz sorda, que parecía salir de su garganta con mucha dificultad, todo pasó... como habíamos convenido

—¡Oh, esto no me basta! Precisad, os lo ruego, precisad.

—¿Qué queréis que os diga? Una vez que el contrato fué redactado y firmado, le pedí que me diera la mano en señal de olvido y de perdón.

—¿Y consintió?

—No sin titubear.

—¿Y por fin?...

—Por fin me presentó la mano desnuda que yo le estreché de manera que se apoyase bien la punta de la esmeralda en ella y...

—¿Y no echó un grito de dolor?

—Sea que el dolor fuera insignificante, o que en aquel momento ella estuviera muy preocupada por lo que acababa de pasar, no manifestó sensación ninguna.

—¿Estáis seguro al menos de haber taladrado la epidermis?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y en qué os fundáis, puesto que no ha sentido dolor ni mal alguno?

—He visto un poco de sangre en la palma de su mano.

—¡Ah! entonces sí, el éxito es infalible! Y añadió, clavando en el banquero una mirada de desconfianza:

—Por lo demás, si el veneno ha hecho su efecto, lo sabremos mañana temprano, porque a esta hora todo debe haber ya terminado y en el caso en que por falta de energía, hubiérais fracasado, ¡y bien! sería entonces preciso volver a empezar de nuevo y nada más!

En aquel momento se sintió una risa seca y estridente.

La marquesa se dió vuelta sorprendida. El que reía era Goezmann.

—¿Qué tenéis, pues? — preguntó Nanina secamente.

—¿Entonces es mañana decididamente que partiréis, es decir, que partiremos? — preguntó el alemán.

—Sin duda, mañana, a las seis de la mañana, como os dije ayer.

—¿Para España?

—Sí, pues, para España.

—El país de los castillos en el aire, — exclamó el alemán con aquella misma risa discordante que tanto había llamado la atención a la marquesa.

—¡Hola! Parece que hoy tenéis raras expansiones,—le dijo la marquesa mirándole fijamente, — mi querido Goezmann, ¿estáis, pues, muy contento?

—Excesivamente contento, — respondió el alemán.

—¿Y la razón de esa alegría?

—Pues, la perspectiva de la feliz existencia que voy a llevar en adelante entre vosotros dos en esa hermosa tierra de España, que os ha visto nacer, bella marquesa.

Y añadió en seguida, cambiando de tono:

—Y luego también me reía de un raro sueño que tuve anoche.

—¿Es bien picaresco entonces ese sueño? — preguntó Nanina, con la vista siempre fija en el alemán, cuya sonrisa le parecía cada vez menos natural.

—Tiene mucha malicia y no tiene ninguna; esto depende de quien lo escuche.

—Contadlo, pues, ese sueño, porque yo

también tengo ganas de divertirme, — dijo la marquesa, acercándose al alemán.

—Primeramente veía pasar a la señora Taureins; volvía a casa de nuestro enemigo el señor Portal, y solamente allí, al sacarse el guante, notaba que en la palma de la mano tenía un ligero rasguño y una gota de sangre.

—¡Ah! — dijo alegremente la hermosa rubia.

—Habían pasado ya siete u ocho horas, — continuó Goezmann, — y con gran sorpresa mía, veía a la señora Taureins en su lecho, durmiendo tranquilamente con un sueño suave, tranquilo y regular, sonriéndose de algún sueño agradable y murmurando muy bajito un nombre: Pablo.

—Pablo de Treviannes, aquel a quien ella ama tanto como os aborrece a vos, — dijo Nanina volviéndose hacia el señor de Taureins con diabólica carcajada.

El banquero temblaba como si tuviese fiebre; su palidez adquiría matices cadavéricos y sus ojos de un brillo y de una fijeza inusitadas y extrañas, indicaban evidentemente una siniestra y misteriosa sobreexcitación.

—Después, — continuó diciendo Goezman como sucede a menudo en sueños, en que lo imposible parece muy natural, estaba mirando en el mismo aposento de la señora de Taureins, sentados frente y conversando tranquilamente sus pequeños asuntos, ¿a que no adivinais a quién? Al señor Taureins y a la hermosa marquesa de Santarés.

—En efecto, — dijo esta última riendo, — no dejaba de ser bastante original.

—Estaba hablando de vuestro humilde servidor, — continuó Geozmann, — y la hermosa rubia decía al banquero: "Tranquilizaos, me disgusta por lo menos tanto como a vos, y no tengo absolutamente la intención de llevármelo a España, como acabo de hacérselo creer. Partiremos, pues, la víspera del día convenido con él; como no podemos mostrarnos ingratos para con él después del servicio que acaba de hacernos desembarazándonos de vuestra mujer, es preciso, cuando menos, encontrarle alojamiento antes de partir, y al efecto escribiré cuatro palabras al señor Prefecto de Policía, quien, en vista de la manera especial con que voy a recomendarlo, se apresurará a buscarle un acomodo sano y seguro".

A estas palabras la marquesa se levantó sobresaltada, presa de un terrible temblor.

—¿Qué significa eso? — exclamó

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

....., ... de 1928

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

Precios de suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

VEJEZ

—Con el pelo cortado no parezco una mujer vieja, ¿verdad?
—No; pareces un hombre viejo.

EL DIARIO

5a. EDICION

Es el orgáno vespertino mejor informado. Además del servicio del extranjero y de sus corresponsales del interior, ofrece una no superada sección deportiva en que no solo se ocupa de box y foot-ball, dá además completa reseña de las actividades en golf, tennys, polo, pelota, destinando de 4 a 6 páginas diarias profusamente ilustradas.

Si a usted le interesa cualquier deporte, pida EL DIARIO.

EL DIARIO

Diario de la tarde fundado en 1881

Redacción y Administración:

Av. DE MAYO 662 - BUENOS AIRES

Si quiere lectura buena lea PUCKY

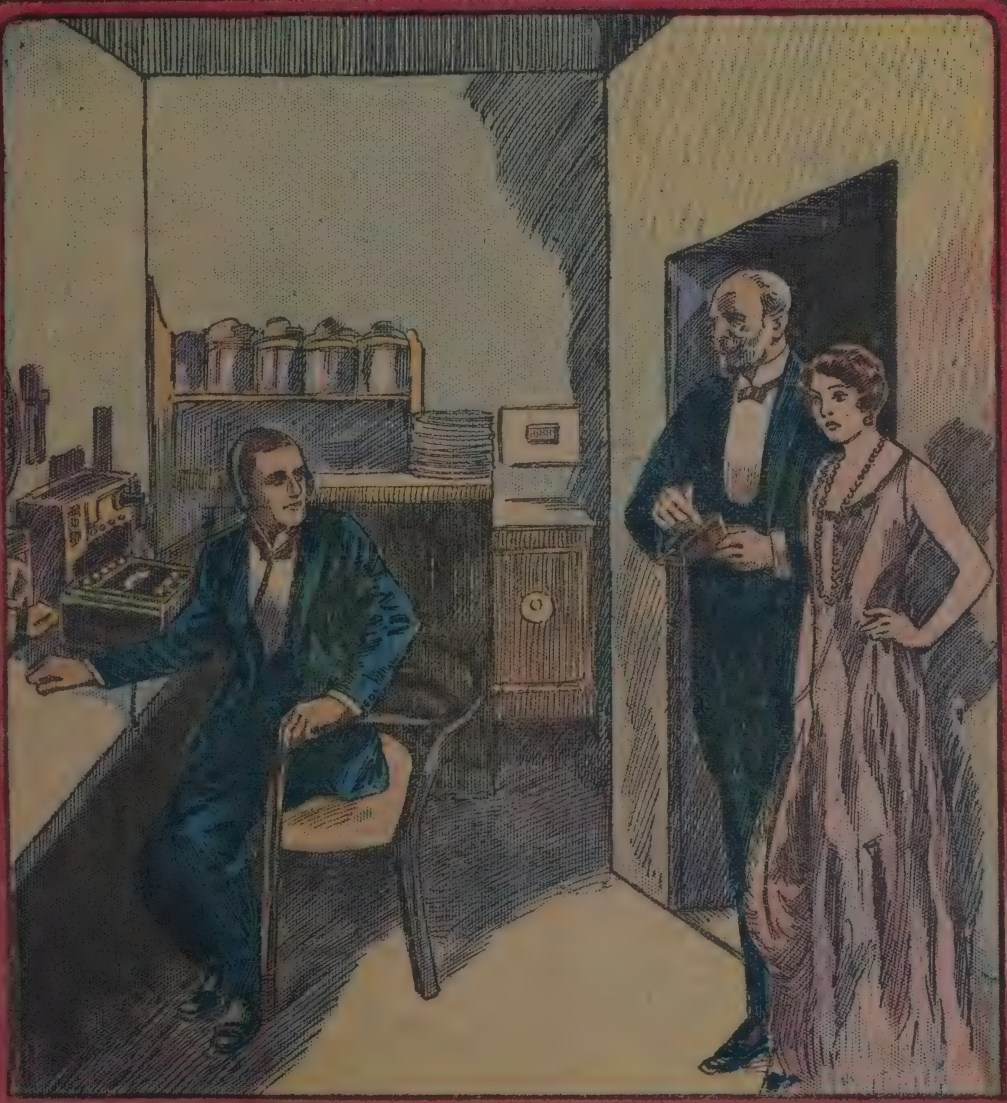
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Julio 6
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

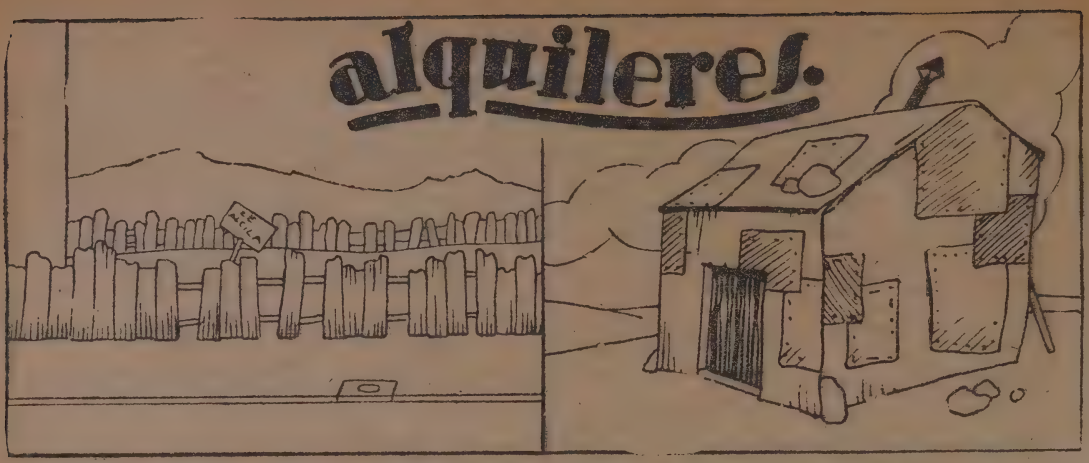
AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 249



Lea en este número la producción inédita de Williams Le Queux, traducida especialmente para Pucky, titulada:

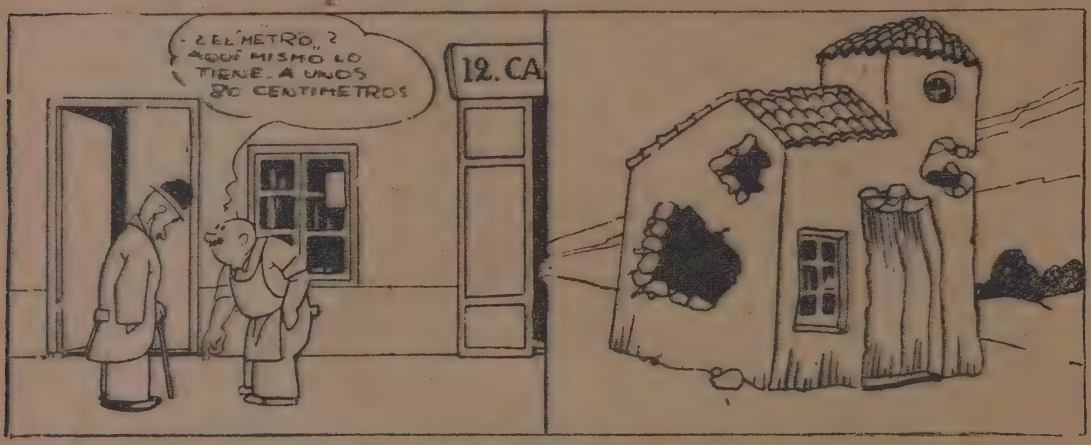
El pasajero de segunda clase

alquileres.



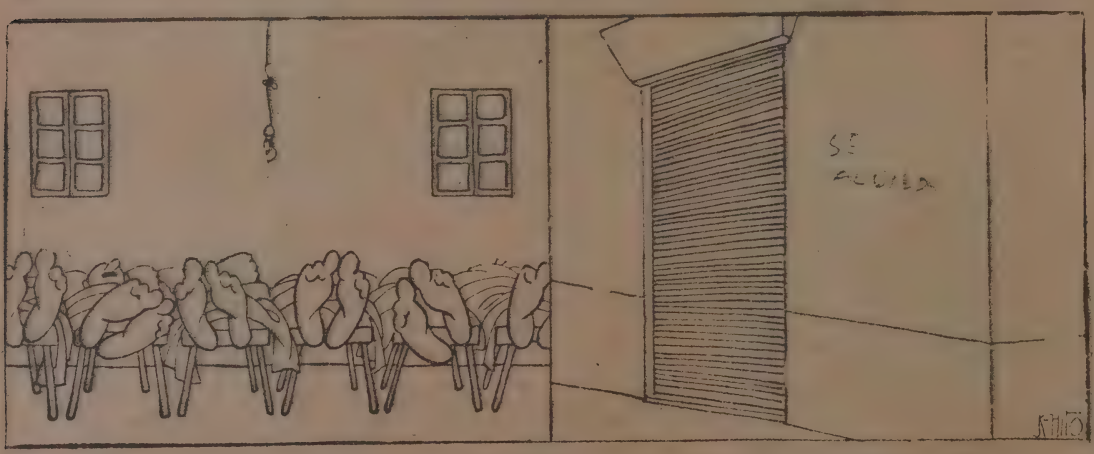
Alquilo hermoso exterior soleado, excelentes vistas, apropósito para familia numerosa.

Lindo hotelito, diez piezas verdad, alquilo barato.



Bajo baratísimo, junto al Metro, se alquila.

Cuarto tres huecas, ventilación, propio para matrimonio, él guardia de seguridad.



Sólo para dormir alquilo habitación amplia, 2.500 pies.

Tienda con agua abundante, propia para lechería o vinos.

(De "Nuevo Mundo").

SUMARIO

EL PASAJERO DE SEGUNDA CLASE

Novela corta escrita en inglés por William le Queux y traducida especialmente para este magazine.

CIENCIA RECREATIVA

Un artículo interesantísimo escrito por R. Garrido, e ilustrado por el mismo famoso dibujante español.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Nuevos capítulos de esta narración atrayente y misteriosa novela que "Pucky" ofrece como una primicia de extraordnario interés a sus lectores.

TARZAN DE LOS MONOS

Continuación de la novela más notable del mundo; la que todos deben leer porque es de intenso atractivo.

INVENCIONES MODERNAS

Explicación del famoso farol porta cigarrillos para uso exclusivo de los ciclistas que todavía existen en el mundo.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUR

Varios relatos del gran escritor Jack London, el famoso pintor de cuadros de las regiones de los mares del Sur.

NOTICIAS de TODAS PARTES

Una serie de novedades para todos los gustos, del país y del extranjero.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas de Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

Por razones ineludibles no podrá publicarse en este número el resultado definitivo del concurso de "Pucky", porque muchos lectores han incurrido en una lamentable confusión de letras. Lo único que puede adelantarse por el momento es que la palabra solución es PUCKY, así que es indispensable presentar el cupón con esa palabra: PUCKY, para tener derecho al premio de diez pesos.

Recordamos que ningún empleado de "El Diario", "Tit-Bits" o "Pucky", ni persona emparentada con él puede aspirar a ese premio.

No se entra en correspondencia ni se dan sobre este concurso más explicaciones que las ya publicadas.

UVALINA

(Mermelada de uvas compuesta)

NO ES UN PURGANTE

El único regulador de la función intestinal que no intoxica

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

EL PASAJERO

—¡Diablo! ¿Qué seguira a esto?

Estas palabras se escaparon de mis labios, en momentos en que estaba sentado cómodamente en la mesa del capitán del gran vapor de la línea Italia-Sud América "Arcangelo", una noche del último mes de Septiembre, mientras que la banda de música, reunida en la cubierta sobre el salón, interpretaba un trozo de "La Boheme", y los pasajeros se hallaban en amena tertulia.

Desde el puerto de Nápoles, el viaje por el Mediterráneo había sido espléndido. El transatlántico, que pertenecía a la rica empresa naviera "Societá Marrucci" de Génova, la más afamada de las líneas italianas a Sud América, era el buque predilecto entre los que efectuaban viajes regulares entre los puertos italianos y los del Atlántico Sur, haciendo escala en Plymouth. Yo había querido efectuar un viaje cómodo desde Alejandría a Plymouth y por ello había preferido embarcarme en el "Arcangelo" antes de encerrarme en los incómodos coches dormitorios de la línea férrea entre Brindisi y Calais.

Desde el día de la salida de Alejandría el viaje había sido bueno. El buque había hecho escala en Messina, Nápoles, Livornio y Marsella. El día anterior a la llegada a este último puerto, el radiotelegrafista, un joven llamado Nenci, habíase sentido súbitamente enfermo. Se quejaba de sentir fuertes dolores de estómago, y el méuico comprobó que había sido víctima de una intoxicación, por lo que se le llevó a la enfermería del vapor, dejándolo, después, en el hospital de Marsella.

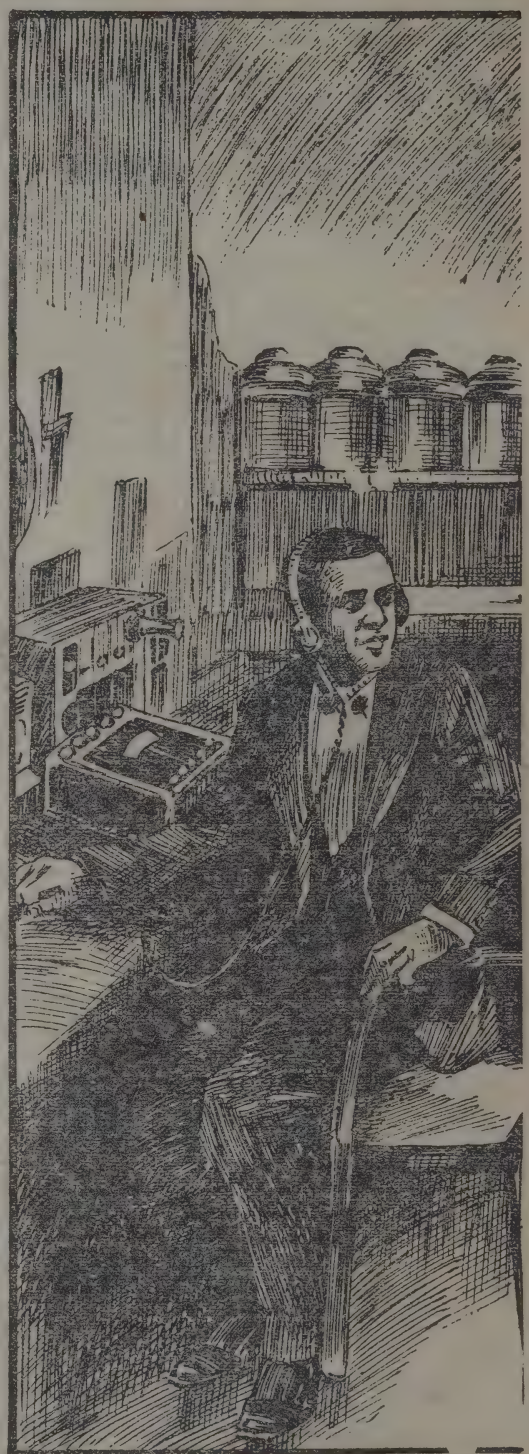
Por desgracia el segundo radiotelegrafista, un joven de nombre Vanni, al llegar el vapor a Génova, había desembarcado, no habiendo vuelto a su puesto, cuando el vapor dejó aquel puerto. El capitán esperaba que Vanni tomara el tren a Marsella, alcanzando así al "Arcangelo"; pero esto no había sucedido.

Comprendiendo la difícil situación en que se hallaba el capitán Montalto, yo me había ofrecido, voluntariamente para atender la estación radiotelegráfica de a bordo, hasta que la nave llegara a Plymouth, ya que conocía el manejo de las instalaciones de esta clase, poseyendo, además, el diploma de ingeniero en radio.

El capitán me había manifestado su mayor agradecimiento puesto que de otro modo, y teniendo en cuenta las disposiciones que rigen actualmente el transporte de pasajeros, no hubiera podido continuar el viaje, sin un operador de radio

Después, comprobamos que entre los pasajeros de segunda calse había un joven que había estudiado en el colegio de radiotelegrafistas de Nápoles y que conocía el código Morse.

Su nombre era Giovanni Corsini, y yo aconsejé al capitán, que contratara sus servicios como segundo telegrafista, con el fin de que pudiera atender el receptor a la espera de escuchar si alguna estación propalaba al llamado de nuestras iniciales N. Q. O.



Todos los vapores de pasajeros tienen sus iniciales, y los radiotelegrafistas tienen la obligación de permanecer constantemente, noche y día, con el auricular del receptor apliacado al oído, para ver si alguna estación ya sea de tierra o de otro vapor, quie-

DE SEGUNDA CLASE

Por WILLIAM LE QUEUX

"Habla la estación N Q O ... ¿Quién llama? Por tres veces repetí el llamado. Cuando volví la cabeza, vi que una hermosa joven y un anciano respetable, me miraban desde la puerta de la cabina...

re ponerse en comunicación con el barco, lanzando, al efecto, al espacio, las iniciales características.

Estaba justamente en los postres y bromeando con el capitán, cuando el joven Corsini entró en el comedor informándome haber oído el llamado "N Q O".

Me levanté de inmediato. salí a la cu-

Traducción del inglés especial para "Pucky"

bierta, en que se hallaba instalada la estación radiotelegráfica, aplicándome los auriculares y escuchando atentamente.

Escuché una cantidad de otras señales radiotelegráficas, no pudiendo distinguir, empero, el llamado "N Q O".

Durante diez minutos permanecí en mi puesto a la espera.

Habíamos pasado el día anterior el Estrecho de Gibraltar, y en este momento nos hallábamos en pleno Océano Atlántico, frente a la costa de Portugal.

Viendo que el llamado no se repetía, coloqué mi mano sobre el manipulador, haciendo funcionar al mismo tiempo, el transmisor y lancé al espacio este mensaje, repitiéndolo una serie de veces.

—Habla N Q O... contesta N Q O... ¿Quién llama?

Después, puse en función nuevamente el receptor, y escuché.

En ese momento volviendo la cabeza en dirección a la puerta, pude observar que en el marco de ella estaba una hermosa joven de oscuros cabellos, y vestida con un vestido de baile, y que habíase estacionado allí, seguramente atraída por el ruido del manipulador.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sonrió, ruborizándose ligeramente. Yo la había visto a bordo, varias veces. Viajaba en compañía de un anciano de distinguido porte, que sería seguramente, su padre.

—Entre, señorita, si le interesa la radiotelegrafía, — le dije en inglés.

—Sí mucho, — contestó ella en el mismo idioma.

—Alguien nos está llamando y trato de ponerme en comunicación con él, expliqué.

—Quizá esperaba algún mensaje de tierra. Es frecuente que los pasajeros esperen durante días enteros esta clase de comunicaciones, antes de recibirlas, en efecto, cuidadosamente encerrados en su correspondiente sobre.

Ella se apoyó en el escritorio, mientras yo, no escuchando ninguna contestación, repetí nuevamente el llamado.

—Seguramente nos han estado llamando — dijo — y no pudiendo ponerse de inmediato en comunicación con nosotros, volverán a llamar dentro de una hora. Tendremos que esperar, pues, aquí escuchando.

—¡Qué maravilla es la radio! — continuó ella. — ¿Puede usted transmitir también por radiotelefonía?

—No, señorita; el transmisor del buque solo puede lanzar al espacio señales del código Morse, pero en cambio, hay un receptor a válvulas, que permite escuchar la música de las estaciones de tierra. Tiene razón, este ha sido un descubrimiento colosal.

—Ciertamente, — dijo ella.

En ese momento, el padre de la joven, un anciano de aristocrático porte, apareció en el marco del la puerta del camarote. En cuanto lo ví, me dirigí a él, cortesmente, empleando el idioma italiano.

—Entre, señor, — dije mientras colocaba los auriculares en forma que uno de ellos quedara aplicado al oído, mientras que el otro me permitía escuchar la conversación de los presentes.

Como no recibiera contestación a mis señales, comenzamos a charlar. Yo sabía que se llamaba el anciano Arturo Murri, y, por la lista de pasajeros sabía que su hija se llamaba Elena.

De repente oí unas palabras por el auricular y echando una mirada sobre el reloj comprendí que ese era el momento en que la Torre Eiffel de París transmitía el pronóstico del tiempo. Hice girar lentamente el dial del condensador, hasta oír claramente la voz del operador de la Torre Eiffel.

—Aquí nos mandan las informaciones meteorológicas desde París, — dije, alcanzando a la joven los teléfonos suplementarios, al mismo tiempo que entregaba a su padre los míos.

El padre y la hija cambiaron una mirada de curiosidad.

—Es maravilloso — dijo la joven, — pensar solamente que la voz humana llega tan nítidamente a nuestros oídos a través de una distancia de un millar de millas.

—Sí querida, — dijo su padre, — es realmente maravilloso.

—Oh, — dijo la chica, — ahí repite sus palabras anteriores, informándonos que una tormenta va a desencadenarse sobre el Golfo de Vizcaya, en el que nos hallamos en este momento.

—Pues nos espera algo bueno, — repitió su padre, quitándose los teléfonos y entregándomelos.

La joven siguió escuchando atentamente, pudiendo observar yo en su rostro, de repente, un curioso cambio.

De repente lazó un leve grito, quitándose los auriculares y cayendo semiadormecida, como si hubiera sido víctima de un rayo.

Al principio creí que algún rayo había sido atraído por nuestra antena, pero, después, comprendí qeu aquella había oído quizá una voz familiar, que no esperaba.

—Díos mío, — dijo su aristocrático padre, — ¿qué ha pasado, Elena?

Durante unos segundos, ella permaneció en silencio, y un temblor recorrió todo su cuerpo.

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la pagina 51 de este número

—Nada, — dijo repentinamente. — Soy una tonta, discúlpeme, señor.

Yo miré a la joven, perplejo. ¿Qué le podía haber ocurrido?

—¿Oyó usted alguna cosa? — le pregunté.

—No, no, — dijo rápidamente. — no he oído absolutamente nada.

Por su agitación, comprendí que no me decía la verdad.

—Mi querida Elena, — dijo entonces su padre con tono convincente, — tú no estás bien. ¿Por qué no te retiras a tu camarote? Pero, cuéntame lo que ha pasado.

—Nada, papá, — dijo la joven, mientras sus ojos se paseaban nerviosamente por la cabina de la radio, denotando la mayor nerviosidad.

—Pero hay alguna cosa, — dijo el aristocrático italiano. — veo que me ocultas algo, hija.

¿Qué mensaje podía haber llegado en aquel momento, en que yo había descuidado el receptor. Sentíame culpable de esa falta de corrección.

—Espero, señorita, que no ha recibido usted una descarga eléctrica, ¿verdad? — dije, por más que sabía que ello no podía haber ocurrido.

—Efectivamente, no lo sé — dijo la joven, — sentí algo extraño en los oídos.

Yo la miré seriamente, pues sabía que ello no podía haber ocurrido. Solo podían atribuirse esos efectos a algún rayo, que hubiera sido atraído por la antena. Comprendí que la joven ignorando los detalles de la radio, trataba de inventar falsos síntomas para justificar su extraña actitud. un rayo no solo le hubiera producido ruido extraños en los oídos como ella decía. sino que, probablemente la hubiera matado, o por lo menos, la hubiera dejado paralítica.

—Ven a nuestro camarote, — dijo su padre, y ambos salieron, dejándome perplejo.

Volví a colocarme los teléfonos, pero la información meterieológica de la Torre Eiffel, o de la estación F L, como dicen los profesionales. ya había terminado y el operador se había retirado.

. . . . . .

Cuando el joven Corsini vino a la cabina en que se hallaba instalada la estación inalámbrica. le pregunté lo que había oído cuando fuera a llamarme.

—Era una estación a Chispa que nos llamaba continuamente con una longitud de onda de 600 metros — me dijo.

Era la longitud de onda usada por los vapores y comprendí que alguna estación de la costa había querido hablar con nosotros.

—¿Está usted seguro de que fueron nuestras iniciales y no las de la estación que llamaba? — pregunté seriamente a mi ayudante.

—Sí, señor — dijo el joven, — escuché el llamado, y me extrañó que el que manejaba el manipulador, parecía hallarse algo nervioso. No sé porque me parece que no era un operador profesional, para la lentitud del llamado y el cuidado que el hombre parecía tomar de ocultar la identidad de la estación.

—¿Entonces vió usted algo de misterioso en la estación?

—Sí, señor, ya le he contado todos los detalles.

—Muy bien, — le dije, — quédese aquí, entonces, y presté atención. Si oye usted nuevamente el misterioso llamado, avíseme en seguida. Estaré en el salón de baile.

Salí de la cabina y fuí paseando por los salones del "Arcángelo" con el objeto de encontrar al señor Murri y a su hija; pero no puede hallarlos en ningún sitio. Por uno de los mozos supe que habían resuelto retirarse a su departamento, el que tenía adjunto un pequeño saloncito de recibo.

¿Por qué se había alterado la joven en esa forma?

La gran campana de a bordo anunció la hora, en momentos en que yo pasaba por las seis ventanas, del departamento ocupado por el señor Murri y que estaba situado en cubierta. Una de ellas estaba entreabierta y por ella sentí que la joven decía en italiano a su padre:

—Bueno, si tú te rehusas, lo haré.

—Te lo prohibo, — gritó su padre.

—No tengo temor, — dijo.

—Bien, — dijo su padre, — si acontece algo grave, será por tu culpa. Sabemos la verdad y estamos sobre aviso.

Las palabras anteriores, como se comprenderá, me sorprendieron y me detuve para escuchar el resto de la conversación; pero no pude hacerlo, porque padre e hija se retiraron a la cabina, que se hallaba detrás del saloncito y no pude oir más nada.

Volví al salón, donde los pasajeros bailaban animadamente, y, por cierto, me hallé más turbado que antes.

Sabía que Elena Murri había recibido un aviso. ¿De qué se trataba y quién se lo había enviado?

En todo caso, el aviso debió ser tan sensacional, que ella estuvo a punto de desmayarse. ¿De qué naturaleza sería?

De nuevo subí a la cabina de la radio; pero mi joven ayudante aun no había escuchado nada. Estaba sentado tranquilamente, con los teléfonos al oído y fumando despreocupadamente un cigarrillo.

Tomé el otro par de teléfonos y escuché a mi vez.

Estaba justamente sintonizando el aparato, cuando oí una voz clara, que llamaba:

—Hola, hola... Arcángelo, Arcángelo... ¿Me oye? ¿Por qué no contesta? La situación se va agravando cada vez más... Hola... ¿N. Q. O.? ¿Por qué no contesta? Ya lo sabe... Tenga cuidado, Nenci... ¿No ha dado usted señales de vida? ¿Está aun a bordo?

Nenci era el nombre del primer radiotelegrafista del "Arcangels", que habíamos dejado en el hospital.

No supe que contestar al llamado, pero, como la situación me parecía misteriosa, obré como mandaron las circunstancias. Dí pues, vuelta la llave del transmisor, lanzando al espacio este mensaje en código Morse:

"Hable N Q O. Ocabo de recibir su men-

saje. Nenci transmite. Ruégole transmita instrucciones."

Después, esperé el mensaje de la misteriosa estación de tierra, que no se había dado a conocer antes de comenzar la transmisión. Esperé casi diez minutos. Después, oí, en Morse:

"NQO... NQO... NQO... Usted parece no comprender.... Espero la señal S. O. S."

Quedé perplejo, S. O. S. es el llamado de peligro. ¿Qué misterio era aquél? ¿Por qué debía transmitir el "Arcangelo" las iniciales S. O. S.?

Abajo, la música ejecutada en aquel momento, una canción popular de moda, y los pasajeros bailaban alegremente. ¿Cómo era posible que alguna personara esperara nuestra señal de S. O. S.?

Reflexioné y llegué a la conclusión de que algo se había tramado, con relación al "Arcángelo". ¿Estaría alguien interesado en que se perdiera la hermosa nave?

Por un momento pensé en correr a la cabina del comandante y ponerle en antecedentes de lo que había ecuchado; pero temí dedejar mi puesto, para evitar que la estación transmisora sospechara. Por lo tanto, decidí continuar la conversación.

¿Repita último mensaje?" — transmití, para tener tiempo a coordinar mis ideas.

"N Q O. ¿Ha olvidado usted las instrucciones?" — preguntó la estación transmisora por Morse.

"Lo siento — contesté en la misma forma. — He estado muy enfermo en estos días y mi ayudante ha tenido que re emplazarme."

Seguí escuchando.

De repente, unas señales en código Morse, llegaron nítidamente a mi oído.

"¿Quién está llamando a N Q O sin dar la característica de su estación? Conteste a G NI".

Reconocí a la estacióó, que era la que estaba instalada en Nitón, sobre la isla de Wight, encargada de controlar todas las comunicaciones inalámbricas en el Canal de la Mancha y Golfo de Vizcaya.

Un silencio absoluto siguió a las palabras de la estación G N I. Durante una hora entera, permanecé escuchando, sin que ningún sonido llegara a mis oídos. Por lo visto, la misteriosa estación había interceptado el aviso de la estación inglesa, la que, además, poseía aparatos especiales que le permitían establecer la identidad de una estación trasmisora, por radio de la dirección, de la que llegaban las señales.

Seguí escuchando; pero no pude oir nuevos llamados. Por lo visto, el aviso de Nitón había hecho callar a los que parecían estar tan interesados en el "Arcángelo".

Cuando la noche avanzó, el tiempo se hizo bastante malo y la gran nave comenzó a moverse, juguete de las olas. El Golfo de Vizcaya nos estaba mostrando el acierto de su fama de mar brava. Sabiendo que en el cuarto de navegación servían café caliente a las dos de la madrugada, me dirigí hacia ese lugar, encontrando en la guardia al primer oficial.

—¿Cuándo llegamos a Lisboa? — le pregunté mientras me servía el café.

—A eso de las nueve de la noche de mañana, — me dijo. — ¿Hay alguna novedad en la cabina de radio?

—Nada — contesté.

—Es posible que esta noche llegue un mensaje de nuestros agentes en Lisboa, — dijo el primer oficial, y, después, ambos salimos a cubierta, charlando de cosas sin importancia. Todo estaba en silencio, con excepción del ruído acompasado de las máquinas, que propulsaban la nave a través de las aguas del Atlántico.

Me dirigí yo nuevamente a la cabina de la radiotelefonía, cuando creí sentir a mis espaldas una voz débil, que partía de un rincón de la cubierta. Me detuve para prestar atención, pareciéndome haber reconocido la voz de la señorita Murri.

—Dígame la verdad, ahora, — oí que ella decía en voz baja.

—No puedo sinceramente, — le contestó el que estaba con ella. — No sé nada de todo este asunto, pero estoy seguro que no hay peligro.

—¿Me puede usted jurar que no sospecha nada?

—No sospecho nada, señorita, porque en caso contrario, hubiera sido el primero en avisarle, — prosiguió el hombre, queriendo infundir confianza a la joven.

—Perfectamente — dijo ella. — Si está usted seguro, quedo más tranquila. Sin embargo, lo que he oído esta noche, me indica que se está tramando alguna cosa grave. ¿Cree usted que alguien puede haber reconocido a mi padre?

—No; nadie puede haberlo reconocido porque su disfraz es perfecto.

—De haberlo reconocido, es posible que sus enemigos...

—No, — interrumpióle el hombre, riendo; — no tema nada. Espero que usted no le ha dicho nada a su padre sobre mi presencia a bordo, ¿verdad?

—No, — contestó la chica; — no se imagina ni siquiera remotamente, que viaja usted entre los pasajeros de segunda clase.

—Pues no lo debe saber hasta que haya llegado el momento, — dijo el hombre. — Y ahora, tengo que volver a mi camarote. Pero no se asuste usted por ese mensaje radiotelefónico. Seguramente debe haberse referido a otro asunto. Vaya, pues, a acostarse y esté tranquila. Adiós. Hasta mañana Que nadie nos vea juntos.

Desde el lugar en que yo me había oculta do, pude distinguir solamente la silueta del hombre; pero me fué imposible verle las facciones. Elena Murri, por su parte, bajó inmediatamente a su departamento, mientras que el misterioso personaje se dirigía a la segunda clase.

Comprendí, por lo que acababa de escuchar, que aquel pasajero de segunda clase debía tener un papel importante en el misterio que me venía preocupando. Había hablado de los enemigos del Señor Murri... ¿Cuáles serían éstos? ¿Por qué viajaba ese

señor bajo un nombre falso? El misterio iba haciéndose cada vez más impenetrable.

De nuevo pensé en relatar todo lo que conocía al capitán, pero me contuve, tratando de esclarecer el misterio por mis propios medios.

Después, me recosté en la litera, con los auriculares aplicados al oído. Durante unas horas, no oí nada; pero, ya entrada la mañana, sentí muestras iniciales...

Inmediatamente tomé el manipulador y contesté. Era la estación de Lisboa, que nos transmitía las instrucciones de nuestro representante.

Una vez redactado el mensaje, lo llevé hasta la cabina del capitán, quien, después de leerlas, me manifestó su agradecimientos por los servicios que le había prestado, atendiendo la estación radiotelegráfica e informándome que desde Lisboa telegrafiaría a Plymouth, para que la agencia en ese punto inglés, contratara los ervicios de dos radiotelegrafistas, para el resto del viaje, hasta Buenos Aires y vuelta.

Creí que era ese un momento apropiado para hablarle sobre la personalidad del señor Murri y le dije:

—Oiga, capitán, ¿ha visto usted qué simpática es la señorita Murri?

—Sí, — dijo Montalto — he tenido ocasión de conversar con ella y con su padre... Vienen de la Calabria y se dirigen a la Argentina...

—¿Los conoció usted antes de este viaje?

—No; los conocí a bordo.

Las palabras del capitán Montalto me demostraron que él ignoraba la verdadera identidad de aquellos extraños personajes.

Le miré en la cara, preguntándole luego, en italiano, en tono confidencial:

—Capitán Montalto, ¿no le parece extraño que los dos radiotelegrafistas hayan quedado en tierra?

—¿Extraño? No... ¿Por qué?

—Nada, sólo me había parecido un poco extraño...

—Tiene razón; pero creo que ha sido una coincidencia y nada más.

Estuve a punto de relatarle cuanto sabía sobre el misterioso asunto, que trataba de esclarecer; pero viendo que el capitán, no daba mayor importancia al detalle, me callé.

Por la mañana dejé al joven Corsini a cargo de la estación, pasando todo ese tiempo conversando con la señorita Murri y con su padre, con el propósito de obtenr indirectamente mayores detalles sobre el asunto que me interesaba; pero nada nuevo pude descifrar. Estaba sentado en la cubierta al lado del señor Murri, cuando Corsini se acercó a mí, anunciándome un llamado radiotelefónico. Apresuradamente subí a la cabina y me coloqué los teléfonos.

Cuando escuché el llamado del "Arcángelo" y comprendí que se trataba de la estación misterioso, transmití por Morse este mensaje:

"Habla N. Q. O. Arcángelo. Nenci atiende. ¿Quién es usted".

La estación, después de repetir yo por tres veces el mensaje, me contestó radiotelefónicamente, en italiano:

"Usted me conoce, Nenci ¿Por qué quiere que le diga mi nombre? ¿Por qué está usted aun a bordo? Vanni ha desembarcado... ¿Por qué ha quedado usted? Desembarque sin falta en Lisboa. Enrico lo mismo. Y tenga cuidado de la hermosa Elena".

Contesté en nombre de Nenci, informando al desconocido operador, que seguiría al pie de la letra todas las instrucciones.

"El tiempo apremia, — continuó la misteriosa estación, — no corra usted más riesgos. Desembarque en Lisboa y vuelva a Nápoles. Recuerde el veintidós. Addio."

Y, con esto, el mensaje quedó terminado.

Salí de la cabina, paseando un tiempo preocupado, por la cubierta, decidiendo por fin volver nuevamente a la cabina de radio. En ese momento, al entrar yo en la estación, un hombre se acercó a la puerta. Su silueta era muy semejante a la del sujeto que yo había visto en compañía de Elena, esa misma madrugada.

—Disculpe, señor, pero veo que ha quedado usted al cuidado de la radio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Puedo hablarle a solas, señor?

—Cuando guste.

El hombre entró, tomando asiento a mi lado.

—Quisiera hacerle una pregunta sobre un asunto muy importante, señor.

—Muy bien, a sus órdenes.

—Quisiera saber si ha recibido usted mensajes dirigidos al radiotelegrafista Nenci?

Lo miré con desconfianza y el hombre comprendió.

—No crea usted que le pregunto esto por mera curiosidad, — dijo. — sino porque estoy esclareciendo un asunto misterioso.

—Bien, — dijo, — efectivamente he recibido mensajes dirigos a Nenci.

Y le conté todo lo escuchado.

—¡Dios mío! Es veintidós. Hoy estamos a veintiuno! ¿Y avisaron a Nenci que desembarcara en Lisboa? Enrico... ¿Quién será?

—¿Qué sabe usted de este misterioso asunto? — le pregunté; — ¿de qué se trata?

—Aun no lo puedo decir nada, — contestó el hombre, — sospecho de una persona; pero aun no tengo ninguna seguridad.

—¿Se refería al señor Murri y a su hija? — le pregunté.

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó el hombre, sorprendido; — su nombre no ha sido mencionado.

—No; pero su hija ha oído un mensaje radiotelefónico, que no ha querido divulgar...

—Perfectamente, guarde silencio sobre todo lo que sabe. Me llamo Paolo Gori y viajo en la segunda clase. Ya volveremos sobre este asunto. Si habla nuevamente la misteriosa estación, le ruego me tenga al corriente.

Y el hombre salió de la cabina..

Faltaban sólo pocos minutos para las nueve de la noche y Lisboa estaba a la vista, cuando un mozo me informó que el capitán deseaba hablar conmigo en su cabina. Subí, pues, allá.

Cuando entré en la cabina, vi que estaban allí, además del comandante del "Arcángelo", el señor Murri, su hija, el señor Paolo

Gori, dos oficiales de la nave, que sostenían a un hombre correctamente vestido, y que formaba parte del pasaje de primera clase.

—Escuchen, — dijo Paolo Gori, — yo soy un comisario de la segurndad pública, y he podido establecr que usted, señor, es Enrico Zanabia, uno de los dirigentes de la Maffia y responsable de muchos de sus crímenes. Usted sabía que el ex ministro del Interior, senador barón de Vivaldi y su señorita hija, viajaban en este vapor y como usted y sus amigos tienen razones de sobra para odiar a este caballero, debido a la severidad de que ha dado pruebas en contra de los miembros de la Maffia, han resuelto hacer volar este vapor. Hay una bomba, a bordo, escondida en alguna parte, que esta preparada para explotar mañana, cuando nos hallemos en alta mar. Tenemos entre la carga varios cajones de explosivos destinados a Buenos Aires. La bomba debe estar colocada cerca de esos cajones. Yo quiero que usted me indique el lugar en que se halla.

El hombre lanzó una carcajada.

—No sé nada de todo eso, — dijo; — soy simplemente un pasajero, que ha tomado este vapor en Nápoles, para efectuar un viaje a Lisboa. Yo no sabía que el senador Vivaldi estaba a bordo...

El capitán Montalto, entonces, le interrumpió:

—Yo soy el que gobierna este buque. Tomen ustedes a ese hombre y llévenlo, atado con cables de acero, al lugar en que se hallan los explosivos. Si vuela el barco, él será el primero que lo pagará con su vida.

El individuo comprendió la difícil situación en que se hallaba colocado, y, pocas horas después, enseñó a los hombres que lo custodiaban, el lugar en que se encontraba la máquina infernal, la que fué sacada de allí con el mayor cuidado.

Un cuarto de hora, después, Paolo Gori, el hombre que, sospechando un atentado, se había embarcado en el "Arcángelo", autorizó a Zanabia que bajara libre en Lisboa, avisándole, empero, que sería inmediatamente detenido, si trataba de volver a Italia. El hombre desembarcó cabizbajo y taciturno. Una hora después de salir de Lisboa, la bomba, con el mayor disimulo, era echada al agua.

UN HOMBRE FAMOSO

—¿Quién es ese?
—¡Un hombre muy notable!
—¿De veras? ¿Por qué lo es?
—Es el inventor de los huevos fritos.

CIENCIA RECREATIVA

Fieles a nuestro lema de instruir deleintando — todo lo contrario de algunas cupletistas que enseñan pero aburren, — hoy vamos a someter a la consideración y aprecio de nuestros probos lectores unos cuantos experimentos científicos, llenos de encanto y sencillez, muy útiles para pasar agradablemente, en casa y sin radio, las largas veladas... primaverales.

El primero de estos doctos pasatiempos es ingeniosísimo, y está demostrado que, sobre todo en las oficinas del Ayuntamiento, la Hacienda y el Catastro, ha proporciondo muy largos ratos, — ¡un rato largo! — de esparcimiento y solaz. En algunas de ellas, ha sido tal el esparcimiento que ya no se cabe ni de pie.

Los otros sencillos experimentos, están basados en incontrovertibles leyes naturales y científicas y no es preciso para realizarlos con éxito ninguna preparación especial. Bastan algunos años, — de quince a treinta y siete, — de experiencia en el operador.

Veámoslos.

1.—Los dobleces geométricos.—

Tómese un trozo cuadrado de buen papel. —de barba mejor que de galán,—y dóblense los ángulos rectos D P M P como indica la figura 1 o, si es posible, un poco más simétricamente. Dóblese lo que resulte en forma análoga, haciendo coincidir con O los nuevos ángulos obtenidos (R. Pa R2). Redóblese el resto una vez más. Extiéndase dejándolo en la primitiva forma D P W P. Dóblense los picos Pa R2 juntando los lados D P P y W. Vuélvanse en sentido contrario uno de los otros picos, — lo mismo da R que R, — y ya no queda más que tomar el otro pico y acabar. El resultado de tan honesto entretenimiento será la grácil y elegante pajarita que revolotea en la figura 2.

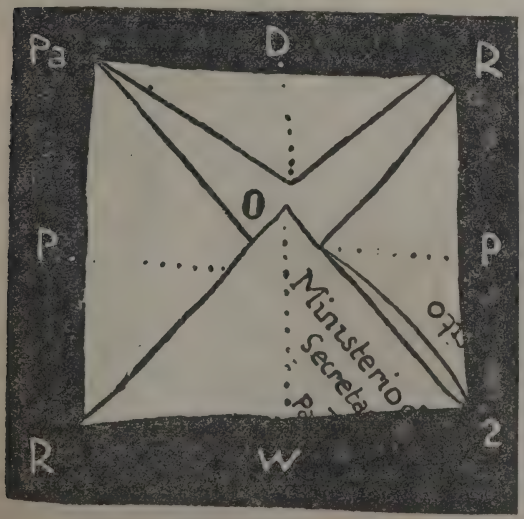


Fig. 1

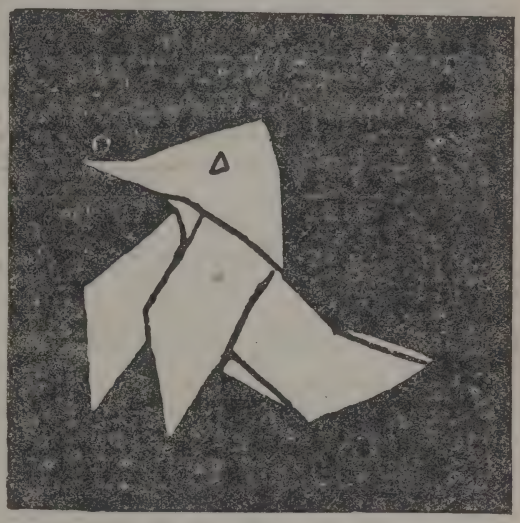


Fig. 2

Si el pasatiempo ha sido de nuestro agrado, no hay más que tomar un nuevo cuadrado de papel de venerable barba y repetir C por B los geométricos dobleces P Pa, etc., para obtener un nuevo volátil tan lindo como el anterior.

Y así hasta que haya una bandada.

2.—Cómo se parte una nuez sin partenueces

Para partir una nuez sin necesidad de partenueces, no hace falta más que un cuchillo grande de cocina, una silla resistente, un poco de aceite común (como un cuarto de litro), una gabardina color beige y un buen martillo. Si se dispone también de una apisonadora, se simplifica bastante la operación; pero no es absolutamente necesaria.

Con los sencillos ingredientes antes mencionados, se opera del modo siguiente: Clávese el cuchillo en el marco de una puerta, según indica la fig. 3. Extiéndase debajo, en el suelo, la gabardina color beige. En caso de no haberla de este color puede ponerse una gris plomizo o azul desfalleciente. Untese de aceite el mango del cuchillo y, al resbalar en gatas, obsérvese dónde caen, operación que facilitará notablemente el color claro de la prenda que las recibe. ¿Está ya?... Pues ya tenemos lo principal. Lo que falta es cuestión de un segundo.

Colóquese la nuez objeto del experimento sobre la mancha aceitosa. Encarámese ahora el operador, martillo en mano, a la resistente silla y golpée enérgica y repetidamente el marco de la puerta hasta que, impulsado por la vibración, se desprenda el cuchillo y, al dar con el mango en la nuez, la parta.

Y entonces ya no nos queda más que aba-

Fig. 3

lanzarnos sobre ella antes de que nos la masque el dueño de la gabardina de color beige.

3.—Las sombras animadas.—

He aquí el más sencillo e ingenuo de estos deliciosos pasatiempos. Basta colocar las manos en las actitudes que muestra la figura 4, interponiéndolas entre una bujía esteárica y una pared maestra para hacer el wagneriano cisne, la veloz motocicleta, el congrejo de mar o el indio natural y vecino del Far West.

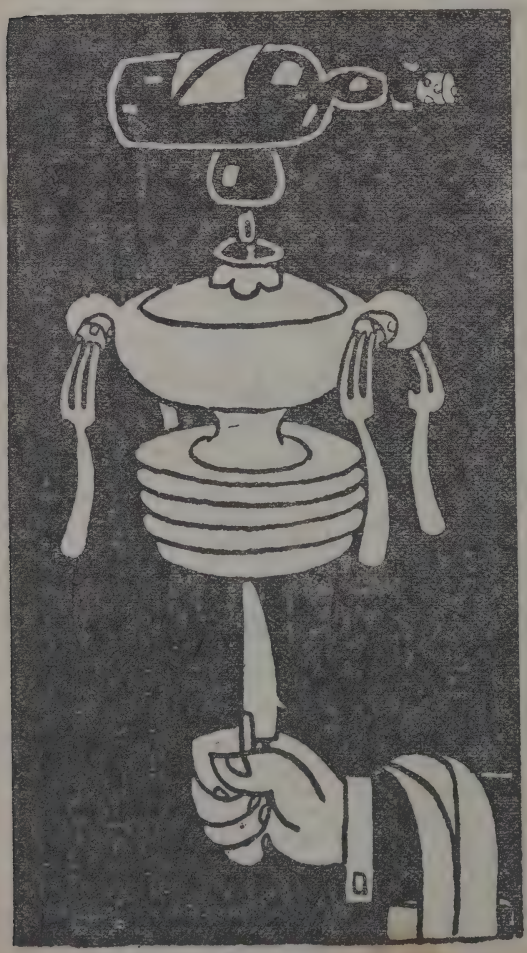


Fig. 4

4.—La inercia.—

Fig. 5

Todos conocemos esta ley, que es de las que se caen por su peso.

Pues bien; basándonos en ella y aprovechando un día que tengamos invitados, po

demos, mientras preparan la cena, boquiabrir a éstos de asombro y admiración realizando este sencillo e interesante experimento. Es decir, que pudiéramos llamar a éste un ejercicio para abrir boca. Veamos cómo.

Tómese, con la mejor intención, un cuchillo que termine en punta y sosténgase verticalmente, como se ve en la fig. 5. Colóquese sobre él un plato, haciendo que su centro coincida exactamente con la punta del cuchillo. Si esto se consigue es indudable que por uno de los artículos de la referida ley de la inercia, el plato se mantendrá en equilibrio, y entonces no hay más que ir colocando encima, con el mismo cuidado, todas las piezas de la vajilla, alguna de las cuales, como lo sopera, puede ser lastrada con tenedores clavados a los extremos de un corcho alcornocoso.

Los entusiastas aplausos de los presuntos comensales coronarán el éxieto de tan vistoso e inesperado espectáculo.

Lea
PUCKY
todos los viernes

Nota. — Es conveniente realizar este experimento con una vajilla de hormigón armado hasta los dientes para evitar el caso, de todo punto improbable de tener que fraternizar con nuestros invitados cenando todos en la palangana.

GARRIDO.

(Con monos del mismo).

(De "Buen Humor").

SOCIEDADES ANTIGUAS

Dos famosas asociaciones atléticas, el Ciclistas Touring Club y la Nacional Ciclistes Unión, celebran su jubileo. A estas corporaciones se debe que las bicicletas sean consideradas como vehículos y que los ciclistas tienen los mismos derechos que los demás vehículos en lo que se refiere al uso de las carreteras de toda Inglaterra.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año	$ 9.00 c/l.
Demás países . . . . . „ „	12.00 „

LA MINA DE GRAFITO

—Pepe dice que tiene una mina en Madera.
—¿Una mina en Madera?... ¡A ver si lo que tiene es un lápiz!

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, uña región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envía de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Roucke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y solcitando de O'Roucke fuera al castillo.

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Roucke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo, y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

Una semana después del sepelio de los restos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repentina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anodada por la desaparición de su esposo, y por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administraba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcance para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesional tiene su orgullo, y yo tahmbién tengo el mío. Debo considrar que e también tengo el mío. Debo considerar que un asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yo me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

—¿Está usted seguro que no es posible hallar ningún indicio revelador en todo el asunto?

—He interrogado a centenares de personas y no he podido averiguar nada. Sólo puedo decirle que él o los individuos, culpables de estos hechos misteriosos, persiguen un fin bien definido, y que no van a terminar los atentados, mientras ellos no hayan logrado su objeto.

—Pero en los últimos días no volvieron a repetirse.

—En efecto; pero tiene que tener en cuenta que la vigilancia es sumamente estricta. Solamente hemos podido constatar que, todas las noches, se oyen ciertos ruidos misteriosos, que parecen zumbidos, ¿no sabe usted si ello ocurría también antes de los atentados y que, en ese caso, serían producidos por algún fenómeno de la naturaleza?

—Jamás se oyeron antes; pero, esta noche voy a ir con usted para oirlos personalmente. Y ahora, señor Peters, hasta las diez en Carn Malva.

Me despedí de Peters, difigiéndome en seguida a Mendilion.

Era esta una pequeña villa, al pie de Carn Malva, y, a alguna distancia, sobre esta colina, hallábase una vieja construcción, en parte habitable y, en parte, en ruinas, conocida con el nombre de Torre de Mendillion. La construcción había sido en un tiempo un monasterio, cosa por cierto rara en la provincia de Cornwall. Había pasado por varias manos, habiendo permanecido deshabitada por espacio de los últimos diez años.

Sin embargo, hacía unos seis meses, habían llegado a la vieja construcción una serie de trabajadores, sabiéndose entonces que la vieja casa había sido alquilada.

Después de algún tiempo supimos mayores detalles acerca del recién llegado. Era, en cierto modo, un hombre famoso, y era conocido con el nombre de profesor Ogiloy, diciéndose que se contaba entre los primeros naturalistas de su tiempo, habiendo efectuado varios viajes de exploración a las regiones de las selvas vírgenes de Sud América.

Era autor de varios libros de Historia Natural, especializados en la fauna y flora de Sud América.

Pues bien, ese nombre tan distinguido había resuelto, por fin, radicarse definitivamente en Inglaterra, alquilando, por tal motivo, la Torre de Mendillion.

Los Morstone habían tenido la intención de ir a visitarle desde hacía, bastante tiempo ya, pero nunca habían podido efectuar la visita debido a la enfermedad de sir Roland.

El profesor Ogilvy era viudo y tenía una hija, y la señora de Morstone había creído que su hija Marjorie hallaría una amiga distinguida en la hija del profesor.

Cuando llegué a la vieja casa, pude ver que, en efecto, había sufrido importantes cambios. Los muros del jardín habían sido refaccionados, una nueva verja de hierro había ocupado el lugar de la antigua y los caminos del interior del jardín habían sido cubiertos por completo con pedregullo nuevo. La vieja puerta de roble había sido nuevamente lustrada y una campanilla instalada a un lado de la misma.

Cuando llamé, la puerta se abrió inmediatamente, produciéndome la primera sorpresa de las muchas que iba a experimentar aun, después, aquella misma tarde.

Un hombre, correctamente vestido, abrió la puerta. Pero un hombre que se distinguía por completo del resto de los seres humanos, que yo había vista en mi vida; pues su tez, que cubría los huesos de la cara, tenía un color semejante a la membrana de un tambor.

Un negro verdadero no me hubiera producido ninguna impresión; pero aquel hombre de raza indefinible, hízome sobresaltar.

Sin embargo, al preguntarle por el deuño de casa, me contestó en la mayor amabilidad que estaba en casa, llamando de inmediato con una campanilla a otro sirviente, para que se hiciera cargo de mi caballo.

En seguida, el mayordomo me hizo pasar a un gran hall, en que se veían muebles por cierto un tanto exóticos. Pero no tuve mucho tiempo para mirar los objetos que me rodeaban, pues a los pocos segundos se abrió una puerta, y el dueño de casa vino a mi encuentro.

Era un hombre de statura baja, tez bronceada, ojos azules y de modales sumamente delicados.

En una palabra, no parecía estar en absoluto de acuerdo con la imagen que había formado en mi mente acerca de la personalidad del explorador sudamericano.

El hombre me estrechó afectuosamente la mano, entrando a conversar conmigo desde el principio, con la misma soltura, como si hubiéramos sido viejos amigos.

Conversamos de distintos temas, yendo por fin a caer en el tema del pantano, que se hallba tan cerca de la Torre de Mendillion en que vivía el profesor Ogilvy.

—Pues es cierto, — dijo el dueño de casa, — han pasado cosas realmente horribles allí. Es un misterio verdaderamente desagradable.

—Siento que esas cosas hayan comenzado justamente cuando usted se radicó aquí profesor, — dije, — porque seguramente no habrá quedado usted muy bien impresionado del lugar.

—No crea, — contestó Ogilvy, — por suerte, ya estábamos nosotros aquí, cuando empezaron esas cosas. Creo que, de haber comenzado con nuestra llegada, ustedes nos hubieran echado como a pájaros de mal agüero. A propósito, ¿usted es de los que más se interesan en desentrañar ese misterio, verdad?

—Sí, es cierto. Desde la muerte de sir Roland yo he quedado encargado de todos susa suntos, como también del desempeño de sus cargos honoríficos, entre los que estaba precisamente, el de juez de este distrito.

—Me han dicho que ha organizado usted todo muy bien, para llegar al esclarecimiento del misterio.

—He hecho cuanto he podido, con la cooperación de todos los habitantes de la región.

—Muy bien, — djo el profesor, saltando de la silla, — yo también quiero cooperar con usted en el esclarecimiento de ese misterio.

Lo miré durante un segundo, como queriendo decirle que ponía seriamente en duda, lo que él pudiera hacer en pro del esclarecimiento del famoso misterio del pantano; pero el hombre pareció adivinar mis pensamientos, puesto que sus infantiles facciones tomaron una expresión de resolución y dijo:

—Señor O'Rouke, usted seguramente no conocerá mis condiciones; pero he de decirle que en muchas ocasiones he perseguido a hombres hasta alcanzarlos. Las selvas vírgenes de Sud América no tienen secretos para mí. Quiero conocer hasta en sus menores detalles la organización que usted ha creado para poder tomar parte, de tanto en tanto, en la vigilancia nocturna del pantano.

Agradecí su mucha voluntad.

—Señor O'Rouke, — continuó diciendo el profesor, — el misterio de este pantano me ha interesado vivamente, y, por ello he resuelto ayudar en su esclarecimiento. Trae a mi memoria el recuerdo del puma sudamericano, que, durante todo el día, persigue a su víctima, hasta que, entrada la noche, la ataca de improviso y...

En ese momento entró la hija del profesor dando muestras de alegría y la conversación que había versado sobre un tema tan trágico quedó, de inmediato, interrumpida.

Contrariamente a lo que esperaba la señorita Ogilvy era una joven delgada, de formas casi perfectas, al punto que estoy por afirmar que era una de las jóvenes físicamente más bonitas que había visto en mi vida; pero en cambio, me produjo de inmediato una impresión de antipatía. Sus facciones eran hermosas; pero su aspecto era el de una persona enfermiza. Su color era casi verde. En cuanto la vi, noté que me había engañado al creer que aquella joven podría llegar a ser una amiga de Marjorie.

Pocos minutos después, accediendo a la invitación que me formulara el dueño de casa, me senté a la mesa para tomar el té, y, en esos momentos, la conversación recayó nuevamente sobre los misteriosos asesinatos del pantano.

a hija del profesor Ogilvy ya me había llamado la atención por su extraña conversación, pero mi sorpresa fué en aumento cuando observé que el tema que en ese momento abordamos pareció gustarle extraordinariamente, puesto que sus facciones cobraron una emotividad que no había notado en ellas anteriormente, y la joven quería que le explicara el asunto de los crímenes que tanto preocupaban en esos momentos a toda la comarca con los menores detalles, mostrando un interés por conocer todos los puntos desagradables de esos acontecimientos, que, después de poco tiempo, on pudo menos que asquearme.

Por tal motivo, aprovechando un momento en que el profesor hablaba de sus numerosos viajes de exploración por América, para cambiar el tema de la conversación, que, sin embargo, volvió a recaer ya hacia el final de mi visita nuevamente sobre los crímenes del pantano, puesto que el profesor, después de mostrame su valiosa colección de animales tropicales, y de referirse a su sirviente, diciéndome que era un indio descendiente de aquellos Incas del Perú, me informó que tendría el mayor gusto en acompañarme esa misma noche en mi jira por el pantano, en compañía del detective Paters, agregando que vendría con el indio de que me había hablado pocos momentos antes, y que, según sus declaraciones, poseía cualidades detectivescas extraordinarias. Tratándose de una personalidad como la del profesor, no pude oponerme a que fueran satisfechos sus deseos, conviniendo en que lo esperaría lo mismo que a su sirviente y compañero, en las ruinas de las minas que se hallaban en el medio del pantano, a las once de aquella misma noche.

Después me despedí del profesor, yendo nuevamente a mi casa, donde llegué a tiempo para cenar. Estaba ocupado en esa tarea, cuando llamaron a la puerta, y pocos momentos después, entró el detective en esa tarea, cuando llamaron a la puerta y pocos moentos después entró el detective Peters.

Su aspecto, en cuanto le ví, me causó terror, puesto que estaba intensamente pálido, y emocionado.

En pocas palabras me dijo que el ruido extraño del pantano había vuelto a ser oído

esa noche, y que, seguramente tendríamos oportunidad de vivir un momento de verdadera emoción, en cuanto nos trasladáramos al pantano.

Por mi parte, le referí que había ido a visitar al profesor Ogilvy y que éste me había pedido como un favor especial que le permitiera acompañrnos esa noche al pantano, en compañía del indio, pedido al que no había podido oponerme.

El detective Peters me dijo que él, por su parte, no tenía tampoco ningún inconveniente en ello, tratádose del profesor Ogilvy, que era ua verdadera otoriedad, y que dado su extraordiario carácter no le extraña en absoluto que me hubiera formulado semejante pedido.

Est;bamos refiriéndonos brevemente a la curiósa personalidad del profesor y de su hija, cuando una motocicleta se detuvo frente a mi domicilio, y pocos minutos después, entraba en la habitación en que yo me hallaba en compañía de Peters, un agente de éste, con la noticia de que en el vecino pueblo de St. Ives habí asido detenido un individuo sopechoso, que no sabía dar pormenores sobre sus medios de vida ni su presencia en la región, coincidiendo además su llegada a Cornwall, con la iniciación de los crímenes cuyo esclarecimiento se procuraba en esos momentos.

El detective Peters preguntó si se tenían mayores informes sobre el individuo en cuestión, a lo que contestó negativamente el agente, terminando por pedir al detective que pasara por la comisaría de St. Ives a primera hora de la mañana siguiente, con el fin de interrogar personalmente al detenido.

Peters accedió al pedido del agente, retirándose éste nuevamente.

Pocos momentos después, y previa preparación de las antorchas eléctricas y de los revólvers, salí de mi casa en compañía de Peters, dirigiéndome al pantano, para ubicarme en los alrededores de las ruinas, donde debía esperar al profesor Ogilvy.

Todo estaba oscuro en derredor y sólo se oía de tanto en tanto el grito de algún animal propio del pantano, y el lejano rugir del mar. Estaba conversando con Peters, de repente, una mano posóse sobre mis hombros, llenándome de inmediato de terror y estupefacción. No había oído a nadie que se acercara a mí, y, sin embargo, sentía palpablemente el peso de la mano. Ya iba a tomar mi revólver para hacer fuego contra el desconocido, cuando éste se dió a conocer como el mismo profesor Ogilvy, quien riendo, me dijo:

—Ya ve, compañero, que en los viajes de exploración por Sud América se aprenden cosas extrañas. Ninguno de ustedes me ha oído, ni tampoco a mi compañero y, sin embargo, aquí nos tiene, dispuestos a ayudar a ustedes en sus intersantes pesquisas.

Por cierto me pareció de mal gusto la broma del profesor; pero pronto olvidé la emoción que pocos momentos antes me embargara, y comenzamos a ahblar con Ogilvy sobre distintos temas. Peters, por su parte, se despidió en esos momentos de nosotros, informándonos que tenía necesidad de efectuar la jira, con objeto de ver si todos sus hombres estaban en sus puestos.

Ogilvy y yo, quedamos solos, y el explorador reanudó, para pasar el tiempo, el relato de sus extraordiarias aventuras. El indio, por su parte, penetró en el pantano, dispuesto a hacer un reconocimiento por su cuenta.

Sería aproximadamente la media noche, cuando informé a mi compañero, que era conveniente que tambien nosotros hiciéramos un pequeño reconocimiento, convinendo que, al primer signo de peligro, cualquiera de nosotros llamaría la atención del otro, disparando varios tiros de revolver.

Me interné, pues, en el pantano.

En ese momento , comencé, a sentir un silbido, al principio apagado; pero que se hizo cada ves más estridente, y que podía ser comparado al pue produciría una bala de gran tamaño, atravesando el aire a una velocidad extraordinaria. Era el ruido deque había hablado Peters, el tragiso ruido de pantano, que se acercaba siempre más a mi.

Sentí que un sudor frío recorría mi médula espinal, y, antes de que pudiera reaccionar, pude comprobar que había sido envuelto en algo así como un enorme remolino, que me hacía jirar sobre mi propio eje con extraordinaria velocidad. Nada se veía en derredor. El desmayo amenazó quitarme el conocimiento; pero, antes, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, logré sacar del bolsillo mi revólver y disparar tres tiros consecutivos. Después, no oí ni sentí ya nada...

Cuando voví en mi, me ví rodeado por un grupo de personas, tendido en el suelo. Comprendí que acababa de despertar de. desmayo y que esas personas estaban haciendo todo lo que estaba a su alcance para devolverme el conocimiento. Poco tiempo después, ya con la mente despejada, pude preguntar al agente que estaba más próximo a mí lo que había pasado.

—¿No ha visto usted nada? — me preguntó.

—No, — contesté, — sentí el ruido y me ví envuelto en un aremolino, perdinedo, después el conocimiento.

—Pues eso mismo es lo que ha ocurrido en otras oportunidades antes de que otra vícitma, cayera fulminada por la tragedia del pantano.

—¿Cómo? — dije, — ¿hay otro muerto?

—Sí, — me contestó el hombre, — el detective Peters ha sido esta vez el elegido. El misterio, pues, se ha agravado...

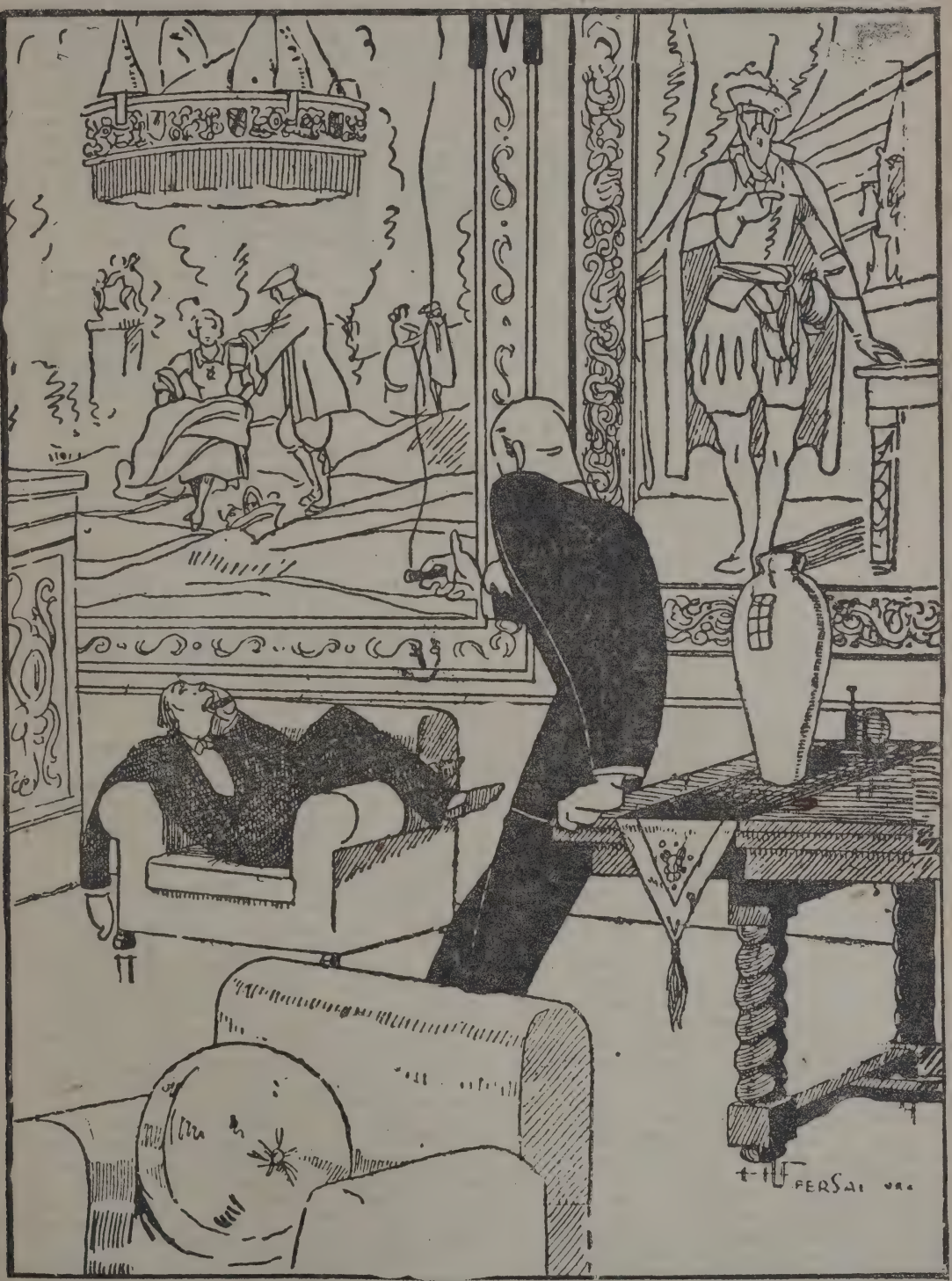
En efecto, a pocos metros del lugar en que yo me hallaba, también en la carretera del pantano, el detective yacía, con la cara tapada por un pañuelo...

SEGUNDA PARTE

La narración de Mr. Dudley Burdon, el periodista

Era muy fácil de ser arrestado. Yevons, el director del "Telégrafo", de Londres, me sugirió la idea, haciéndome presente que, con ello, sería posible agregar un capítulo muy interesante a las crónicas que yo escri-

Una variante



—Estoy harto de que te pases la vida tumbado en un sillón.
—¿Y qué querías? ¿Qué me tumbase en un cenicero?

día diariamente para el gran diario sobre "El misterio del pantano de West Cornwall". El título sólo "Nuestro enviado arrestado", llamaría la atención de los lectores.

Hacía tres días que había llegado a aquella región, resolviendo cambiar diariamente de alojamiento. No había tenido el menor contacto con ninguno de los miembros de la policía, ni con ninguno de los agentes especiales, que vigilaban la región, la que se hallaba, virtualmente, en un verdadero estado de sitio. Estaba seguro de que me resultaría más conveniente recolectar todos los datos de fuentes oficiosas, para evitar que fuera identificada mi misión de periodista.

Esta era la primera gran oportunidad que se me presentaba en mi carrera. Hacía aproximadamente un año que había ingresado en la redacción del más moderno de los grandes diarios ingleses. Quería demostrar mis condiciones. Al principio, Yevons, el director del "Telégrafo" no se había interesado mayormente por la idea de enviarme a Cornwall, debido a que los corresponsales locales y la Agencia de la Prensa suministraban a diario una serie de noticias al "Telégrafo". Pero, por fin, la cosa quedó resuelta y como Philipson, el jefe de la sección "Noticias de policía" se hallaba en Monte Carlo, con el fin de enviar crónicas sobre los ladrones del Casino, la tarea de ir a Cornwall recayó en mi.

Conseguí, finalmente, ser detenido a eso de las cuatro de la tarde, por un joven agente de policía de Tren Crom. Todos mis documentos y demás papeles, que hubieran podido servir a la policía para identificarme, los había escondido cuidadosamente en el patio de la casa de campo en que había pasado la última noche. Mi valija y mis ropas eran, pues, completametne enigmáticas. Como no hay ninguna ley que obliga a un detenido a dar detalles sobre su vida privada a la policía, yo me negué rotundamente a contestar las preguntas que, sobre este particular, me dirigieron los empleados policiales, y, como además, simulé estar algo nervioso, conseguí de inmediato ser alojado en el calabozo de la comisaría regional.

Era en tiempos de verano, y el calabozo estaba limpio, por lo que, mayormente, no me sentí muy incómodo en el mismo.

Los empleados superiores de la comisaría, habían sostenido largas conferencias sobre mi probable personalidad y estaban seguros de haber detenido, al fin, al terrible criminal, que tanto había dado que hacer a las autoridades con sus misteriosos crímenes.

Yo, por mi parte, sentía cierta satisfacción, al pensar en la cara que harían todos esos hombres, cuando yo les revelara mi misión.

A la mañana siguiente iba a ser llevado ante las autoridades judiciales; pero mi plan estaba ya preparado. Sabía que Charles O'Rourke, de quien había sido compañero de estudios en la Universidad de Cambridge, vivía sólo a cinco millas de allí, y pensé mandar a llamarlo a la mañana siguiente.

Comprendí que los empleados policiales se sentirían, naturalmente, perplejos y culpables por mi injustificada detención, y resolví hacerme amigo de todos ellos, diciéndoles que renunciaría a todos los daños y perjuicios, y que hasta me comprometía a no publicar en el "Telégrafo" el desagradable incidente, si ellos se declaraban conformes, en cambio de ella, de suministrarme todos los datos que fueran teniendo en adelante, antes que a los corresponsales locales y a la Agencia de la Prensa. El "Telégrafo" tendría, así, las noticias antes que los otros diarios.

Por la mañana, entró el carcelero, trayéndome el desayuno. Lo recibí con una sonrisa y le dije:

—Me alegro, amigo, que se haya usted acordado de mí. Los criminales también comen.

El hombre, un agente rústico, quedó perplejo y poco faltó para que dejara caer mi desayuno.

—Vea, señor, — me dijo confidencialmente. — Usted haría mejor en darse a conocer.

—Pues yo creía que ustedes me conocían; porque de otro modo no me explico que hayan tenido ustedes el valor de detenerme, sabiendo que yo puedo exigir daños y perjuicios...

—Pero usted no ha querido dar detalles sobre su personalidad, señor.

—No; pero se las voy a dar ahora, si usted lo desea. Soy el redactor del "Telégrafo", enviado especialmente por el director para recoger impresiones sobre los crímenes que se vienen cometiendo en esta región.

El hombre quedó como paralítico, dejando caer, en su estupor, mi taza de café con leche al suelo.

En ese momento se abrió nuevamente la puerta de la celda y entró mi amigo Charles O'Rourke, en compañía de un inspector.

Charles quedó como herido por un rayo.

—Hola, Charles, — le dije, — ¿qué le parece la acción de estos señores en mi perjuicio?

O'Rourke estaba rojo como una grana.

—¿Usted conoce a ese caballero? — preguntóle el inspector que le acompañaba.

—¿Si lo conozco? — dijo O'Rourke. — Ya lo creo. Es uno de mis mejores amigos y fué compañero mío de la Universidad de Cambridge. Actualmente, es redactor del "Telégrafo", de Londres.

—He venido de Londres para hacer una crónica sobre los sucesos de este pantano y fuí ilegalmente detenido por la estupidez de estos señores, — proseguí.

Como puede imaginarse, fuí puesto en libertad inmediatamente, y las autoridades policiales se deshicieron en disculpas, prometiéndome el mayor apoyo, en cambio de mi declaración de que no diría nada al "Telégrafo" sobre el desagradable incidente.

Un momento después, salí con O'Rourke en su automóvil, decidido a contribuir al esclarecimiento del extraordinario misterio, agravado por la muerte del inspector Peters, acaecida la noche anterior, casi ante los ojos del propio O'Rourke y de los guardianes del pantano.

(Concluirá).

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA QUE TODO EL MUNDO DEBE LEER

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO XVIII

EL DERECHO DE LA SELVA

A la mañana siguiente se despertó Tarzán temprano, y el primer pensamiento del nuevo día, como el último de la noche anterior, fué el maravilloso escrito que tenía escondido en su aljaba.

Apresuradamente lo tomó, esperando, contra toda esperanza, que podría leer lo que la hermosa joven había escrito la noche anterior.

A la primer ojeada sufrió el más amargo desencanto de toda su vida; nunca hasta entonces había sentido tanto afán por una cosa como el que ahora sentía por la facultad de interpretar un mensaje de aquella deidad del pelo de oro, que tan súbita e inesperadamente había entrado en su vida.

¿Qué importaba que el mensaje no fuera dirigido a él? Era una expresión de los pensamientos de ella, y esto era bastante para Tarzán de los Monos.

¡Y verse ahora chasqueado por unas caracteres extraños y extravagantes, cuyos iguales no había visto jamás! ¡Si hasta se inclinaban en dirección opuesta a todos los que había visto antes, en los libros impresos o en la dificultosa escritura de las pocas cartas que había encontrado!

Aun los bichejos del libro negro eran amigos familiares para él, aunque su disposición nada significaba; pero aquellos otros bichos eran nuevos e insólitos.

Veinte minutos estuvo meditando sobre ellos, hasta que de pronto comenzaron a adquirir formas conocidas, aunque desencajadas. ¡Ah, eran sus antiguos amigos, pero ligiados en extremo.

Entonces comenzó a entender una palabra aquí y otra allá, y sintió que el corazón le saltaba de alborozo. ¡Podía leer aquello y lo leería!

Media hora después hacía ya rápidos progresos, y salvo una o dos palabras excepcionales de cuando en cuando, el trabajo le parecía fácil.

He aquí lo que leyó:

"Costa occidental de Africa, a unos 10 grados de latitud Sur (según dice míster Clayton). — 3 de Febrero (?) de 190?.

"Queridísima Hazel: Parece una tontería escribirte una carta que quizá no leas nunca, pero es que necesito contar a alguien nuestras terribles aventuras desde que zarpamos de Europa en el malhadado "Arrow".

"Si no volvemos nunca a la civilización, como parece más que probable, esto será siquiera una breve apuntación de los hechos que nos han conducido a nuestro destino final, cualquiera que sea.

"Como sabes, salimos para una expedición científica en el Congo. Decíase que papá sostenía cierta teoría maravillosa acerca de una civilización increíblemente antigua, y cuyos restos andaban enterrados no sé en qué parte de la cuenca del Congo. Pero una vez que nos hicimos a la vela se traslució la verdad.

"Parece ser que un viejo ratón de biblioteca, que tiene librería y almacén de antigüedades en Baltimore, descubrió entre las hojas de un antiguo manuscrito español una carta escrita en 1550, que detallaba las aventuras de una tripulación de amotinados de un galeón español, el cual iba de España a la América del Sur con un gran tesoro de "doblones" y de "piezas de a ocho", creo yo, porque ciertamente suenan a cosa rara y de piratería.

"El autor de la carta era uno de los individuos de la tripulación, y se la dirigía a su hijo, que era, en la fecha de autos, capitán de un buque mercante español.

"Muchos años habían pasado desde que se traslucieron los acontecimientos que refería la carta, y el viejo había venido a ser respetable ciudadano de una oscura ciudad española; pero el amor al oro era aún tan fuerte en él, que todo lo arriesgó por dar a conocer

a su hijo los medios de conseguir para ambos la fabulosa riqueza.

"Refería el autor de la carta que, a la semana de salir de España, se amotinó la tripulación y mató a todos los oficiales y hombres que se le pusieron delante; pero con ello se perjudicaron a sí propios, porque no quedó ninguno competente para el gobierno del buque en el mar.

"Dos meses estuvieron dando tumbos de acá para allá, hasta que, enfermos, moribundos de mescorbuto, de hambre y de sed, naufragaron en una isla pequeña.

"El galeón fué lanzado contra la playa, donde se hizo pedazos, mas no antes que los supervivientes, que no eran más que diez, hubieran salvado uno de los grandes cobres que encerraban el tesoro.

"Parece ser que lo enterraron muy bien en la isla, y durante tres años vivieron en la constante esperanza de que los salvasen.

"Uno a uno fueron enfermando y murieron, hasta que no quedó sino el firmante de la carta.

"Los hombres habían construído un bote con los restos del galeón; pero no teniendo idea de cómo estaba situada la isla, no se atrevieron a lanzarlo a la mar.

"Cuando hubieron muerto todos menos él, la espantosa soledad hizo tanta impresión sobre la mente del único que sobrevivía, que no pudo soportarla más tiempo, y prefiriendo afrontar la muerte en alta mar que la locura en la solitaria isla, se hizo a la vela con su botecillo, al cabo de un año de soledad aproximadamente.

"Por fortuna hizo rumbo al Norte, y al cabo de una semana se hallaba en la ruta de los buques mercantes españoles que navegaban entre las Indias Occidentales y España, y fué recogido por uno de éstos que se dirigía a su patria.

"Lo que refirió fué únicamente una historia de naufragio, en el cual todos menos unos pocos perecieron y los demás, salvo él, murieron después de llegar a la isla. No habló palabra de la sublevación ni del cofre del tesoro enterrado.

"El capitán del buque le aseguó que, por la posición en que le habían recogido, y por los vientos que habían prevalecido en la semana anterior, no podía tratarse de otra isla que de una de las del grupo del Cabo Verde, el cual está ante la costa occidental de Africa, aproximadamente a 16 o 17° de latitud Norte.

"La carta describía minuciosamente la isla, así como la situación del tesoro, e iba acompañada del mapa más raro y gracioso que te puedes imaginar; con árboles y peñas, todos marcados con unas X temblonas para denotar el sitio exacto en que se había enterrado el tesoro.

"Cuando papá me explicó la verdadera naturaleza de la expedición se me cayó el alma a los pies, porque sé muy bien lo visionario y poco práctico que el infeliz ha sido siempre, y temía que le hubieran engañado otra vez; especialmente cuando me dijo que había pagado mil dólares por la carta y el mapa.

"Para aumentar mi disgusto, supe que había prestado diez mil dólares más a Robert Canler, y que le había dado pagarés por ellos.

"Míster Canler no había pedido garantía ninguna, y ya sabes, queridísima, lo que eso significaría para mí si papá no puede pagar esa cantidad. ¡Oh, cómo detesto a ese hombre.

"Todos tratábamos de ver el lado brillante de las cosas, pero Míster Philander y mister Clayton, — que se nos incorporó en Londres sólo por el placer de la aventura,— se sentían tan escépticos como yo.

"Bien; para abreviar, te diré que encontramos la isla y el tesoro, un gran cofre de roble con aros de hierro, envuelto en varias capas de lona aceitada, y tan fuerte y recio como cuando fué enterrado unos doscientos años atrás.

"Estaba sencillamente lleno de monedas de oro, y era tan pesado que cuatro hombres se encorvaban bajo él.

"Ese horrendo cofre parece no traer más que el crimen y la desgracia a los que se ponen en relación con él, porque tres días después de haber zarpado de las islas de Cabo Verde, nuestra tripulación se amotinó y mató hasta el último de sus oficiales.

"¡Oh! Fué la cosa más horrible que se puede imaginar. No tengo fuerzas ni para escribirlo.

"Iban a matarnos a nosotros también, pero uno de ellos, el cabecilla, un tal King, no quiso consentírselo; de manera que se dirigieron hacia el Sur, siguiendo la costa, hasta un lugar donde habían hallado una buena rada; y aquí nos han echado a tierra y nos han dejado.

"Se han hecho a la vela hoy con el tesoro, pero dice míster Clayton que encontrarán una suerte pareida a los amotinados del antiguo galeón, porque King, el único de a bordo que sabía algo de navegación, fué muerto en la playa por uno de los hombres el día que desembarcamos.

"Me gustaría que conocieras a míster Clayton, que es el hombre más simpático imaginable, y que, o mucho me equivoco, o está enamoradísimo de esta pobrecilla.

"Es el único hijo de lord Greystoke, y algún día heredará el título y los bienes. Además, es rico por su propio derecho; pero eso de que vaya a ser lord me entristece mucho, pues ya sabes cuál ha sido mi modo de pensar respecto de esas muchachas norteamericanas que se casan con extranjeros titulados. ¡Oh, si fuera sólo un caballero particular norteamericano!

'Pero no es culpa suya, pobrecillo, y en todo, menos en el nacimiento, sería una verdadera honra para mi querida patria; y este es el mayor cumplido que puedo hacerle.

"Hemos tenido las más raras aventuras desde que nos desembarcaron aquí. Papá y místre Philander se perdieron en la selva virgen, donde los persiguió un león de veras.

"Míster Clayton se perdió también y dos veces lo atacaron las fieras. Esmeralda y yo fuimos acorraladas en una vieja choza por una leona terrible. ¡Oh, era sencillamente "espantosísimo", como diría Esmeralda!

"Pero lo más raro de todo es la extraña criatura que nos salvó. Yo no la he visto, pero míster Slayton, papá y míster Philander sí, y dicen que es un hombre blanco guapísimo, curtido hasta parecer muy moreno; con toda la fuerza de un elefante salvaje, la agilidad de un mico y la bravura de un león.

"No habla inglés, y después de haber realizado alguna hazaña, desaparece tan rápida y misteriosamente como si fuera un espíritu desencarnado.

"Además tenemos otro vecino extraño, que nos hizo un cartel en letra impresa, en inglés, y lo clavó a la puerta de la cabaña que nosotros ocupamos, advirtiéndonos que no destrozáramos nada de lo que le pertenene, y firmando "Tarzán de los Monos".

"No lo hemos visto nunca, aunque creemos que anda cerca, porque uno de los marineros, que iba a herir a míster Clayton por la espalda, recibió un lanzazo en el hombro, con una lanza arrojada por un ser invisible de la selva.

"Los marineros no nos dejaron sino una cantidad escasa de alimento; de manera que como no tenemos más que un solo revólver con tres cartuchos, no sabemos cómo vamos a procurarnos carne, aunque míster Philander dice que podríamos subsistir indefinidamente con los frutos y las nueces que se encuentran en la selva.

"Estoy muy cansada, y me voy a acostar en mi graciosa cama de hierba que me ha preparado míster Clayton; pero iré añadiendo a esta carta lo que me vaya ocurriendo de día en día.

"Siempre tuya,

Jane Porter.

"A Hazel Strong, Baltimore, Md."

Tarzán permaneció reflexionando mucho tiempo después de acabar de leer la carta; la cual estaba llena de tantas y tan prodigiosas cosas, que su cerebro parecía un torbellino cuando trató de digeriras todas ellas.

¡Así, pues, no sabían que él era Tarzán de los Monos! El se lo diría.

En su árbol había construído un tosco refugio de hojas y ramas, debajo del cual, protegido de la lluvia había puesto los pocos tesoros llevados de la choza. Entre ellos había algunos lápices.

Tomó uno de ellos, y debajo de la firma de Jane Porter escribió 'Yo soy Tarzán de los Monos".

Pensaba que esto sería suficiente. Más tarde volvería la carta a la choza.

En punto a alimento, pensó Tarzán, no tenían por qué apurarse, pues él proveería. Y así lo hizo en efecto. A la mañana siguiente Jane encontró la carta que faltaba en el mismo sitio de que había desaparecido dos noches antes. La joven estaba confusa; pero cuando vió las palabras puestas con letra de imprenta debajo de su firma, sintió que por su espina dorsal corría un frío intensísimo. Enseñó la carta, o más bien su última hoja con la firma, el joven Clayton.

—¡Y pensar — dijo — que ese rarísimo ser estaba probablemente acechándome meintras yo escribía! ¡Uf! me estremezco sólo de pensarlo.

—Pero debe de ser amigo nuestro — dijo Clayton tranquilizándola, — porque le ha devuelto a usted su carta, y no le ha hecho a usted daño ninguno y, o mucho me equivoco, o esta noche pasada ha dejado una muestra muy substanciosa de su amistad en la puerta de la choza, porque al salir de ella me acabo de encontrar con un jabalí muerto.

Desde entonces rara vez pasó día sin que trajera la ofrenda de Tarzán en su casa u otros comestibles. Unas veces era un gamo joven, otros una cantidad de manjares extraños y cocidos — tortas de casabe hurtadas de la aldea de Mbonga, — ó un jabalí o un leopardo y una vez un león.

Tarzán gozaba, como no había gozado en su vida al cazar para proveer de carne a aquellos desconocidos. Pareciale que ningún delite de la tierra podía comparase con el de trabajar por el bienestar y la protección de la hermosa joven blanca. Algún día se aventuraría a comparecer a las horas de luz en el campamento ya hablar con aquella gente por medio de los pequeños bichejos que le eran familiares a ellos y a Tarzán.

Pero le costaba gran trabajo vencer la timidez de los salvajes pobladores de la selva. Y así pasó día tras día sin que se determinara a poner por obra sus buenas intenciones.

La partida del campamento, envalentonada por la costumbre, se alejaba más y más cada vez en el interior de la selva, en busca de nueces y frutos. Apenas pasaba día sin que el profesor Porter, en su preocupada indiferencia, estuviera a dos dedos de la muerte Mr. Samuel T. Philander, que no era lo que podríamos llamar robusto, adelgazó hasta convertirse en sombra de su sombra, por la incesante zozobra y la desolación mental resultante de sus hercúleos esfuerzos por salvar al profesor. Pasó un mes. Tarzán había resuelto al fin visitar el campamento a la luz del día. Era a prima tarde. Clayton se había ído al promontorio que constituía uno de los extremos de la rada para ver si pasaba algún buque. Allí tenía gran cantidad de leña, amontinada hasta muy alto, para pegarle fuego como señal en caso de que un buque apareciera en el lejano horizonte. El profesor Porter andaba vagando por la playa al sur del campamento, con míster Philander al lado, que le apremiaba para que volvieran grupas antes de verse otra vez ocasados por algún animal salvaje. Todos los demás, Jane Porter y Esmeralda se habían entrado en la selva a coger frutos, y en su busca se habían separado cada vez más de la choza. Tarzán esperó en silencio, delante de la puerta, hasta que volvieran.

Tenía los pensamientos fijos en la hermosa jovn blanca. Ya no podía pensar más que en ella. Preguntábase si ella le tendría miedo y esta idea estaba casi a punto de hacerle renunciar a su plan. Se iba impacientando ya al ver que no regresaban, retrasando el instnte en que sus ojos se alegrarían de verla y de estar cerca de ella, y en que acaso pudiera tocarla. El hombre mono no conocía

Dios ninguno, pero estaba tan cerca de adorar a aquella deidad, como puedn estarlo los demás mortales en su culto.

Mientras esperaba pasó el tiempo escribiendo un mensaje para la joven. No podía decir si se proponía dárselo en persona, pero le causaba infinito placer ver expresados sus pensamientos por medio de la escritura: en lo cual. al fin y al cabo, no dejaba de parecerse a la gente civilizada. Escribió esto:

"Soy Tarzán de los Monos. Te quiero. Soy tuyo. Tú eres mía. Vivimos siempre aquí juntos en mi casa. Te traeré los mejores frutos, los ciervos más tiernos, las mejores carnes que haya en la selva. Cazaré para tí. Soy el más grande de las cazadores de la selva. Lucharé por tí. Soy el más fuerte de los luchadores. He visto en tu carta que eres Jane Porter. Al ver esto conocerás que es para tí y que Tarzán de los Monos, te ama."

Mientras, erguido como un joven indio, estaba de pie junto a la puerta esperando, después de terminar de escribir, llegó a sus finos oídos un son familiar. Era el paso de un mono por las ramas bajas de la selva. Un instante estuvo escuchando atentamente, y luego se sintió en la espesura el grito de angustia de una mujer, y Tarzán de los Monos, dejando caer al suelo su primera carta de amor, se lanzó como una pantera al bosque.

Clayton oyó también el grito, lo mismo que el profesor Porter y míster Philander; a los pocos momentos todos llegaron jadeando a la choza, y al encontrarse se asaltaron a preguntas, llenos de excitación. Una mirada confirmó sus más graves temores. Allí no estaban Jane Porter ni Esmeralda. Inmediatamente Clayton, seguido por los dos hombres, se abalanzó a la selva, llamando a la muchacha. Durante media hora estuvieron dando tropezones por la maleza, hasta que Clayton, por mera casualidad, dió con el caído cuerpo de Esmeralda.

Se inclinó a su lado, tentándole el pulso, y escuchó después los latidos de su corazón. Vivía. Clayton la sacudió.

—¡Esmeralda! — gritó en su oído. — ¡Esmeralda! ¡Por amor de Dios! ¿Dónde está miss Porter? ¿Qué ha pasado? ¡Esmeralda!

Lentamente la negra abrió los ojos, y vió a Clayton y la selva que la rodeaba.

—¡Angel Gabriel! — gritó; y se desmayó de nuevo.

En esto habían llegado ya el profesor Porter y míster Philander.

—¿Qué vamos a hacer, míster Clayton?— preguntó el anciano. — ¿Dónde buscamos? No es posible que Dios sea tan cruel que me haya quitado ahora a mi niña.

—Primero hemos de hacer revivir a Esmeralda — replicó Clayton, — pues ella nos podrá decir lo que ha sucedido. ¡Esmeralda! —gritó de nueva sacudiendo fuertemente por el hombro a la negra.

—¡Angel Gabriel! ¡Quiero morir! — exclamó la pobre mujer con los ojos fuertemente cerrados. — Déjame morir, Señor, pero no me dejes que vuelva a ver aquella espantosa cara. ¿Para qué has mandado al diablo contra la yobre Esmeralda? Esmeralda no te ha hecho nada, ni ha hecho nada a nadie. Señor, de veras.

—Vamos, vamos, Esmeralda, — exclamó Clayton. — El señor no está aquí. El que está a quí es mister Clayton. Abre los ojos.

Esmeralda hizo lo que le mandaban.

—¡Gracias, Dios mío! — dijo.

—¿Dónde está miss Porter? ¿Qué ha pasado? — preguntó Clayton.

—¿No está aquí miss Jane? — gritó Esmeralda, sentándose con velocidad increíble dado su volumen. — ¡Angel Gabriel! ¡Ahora recuerdo! ¡Se la ha debido llevar! — exclamó la negra rompiendo en llanto y en lamentaciones.

—¿Quién se la ha llevado? — exclamó el profesor Porter.

—Un gigante enorme, todo cubierto de pelo.

—¿Un gorila, Esmeralda? — preguntó mister Philander; y los tres hombres apenas respiraban al expresar el ayudante tan horroroso pensamiento.

—Yo creía que era el demonio; pero ahora pienso que debió de ser uno de esos gorilas o elefantes. ¡Ah, pobre niña mía, mi pobrecita hija.

Y de nuevo rompió en irrefrenables sollozos.

Clayton se puso inmediatamente a buscar huellas, pero no pudo encontrar nada más que una confusión de hierba pisoteada en las inmediaciones; y su conocimiento de los bosques era demasiado escaso para traducir lo que veía.

Todo lo que quedaba de luz estuvieron buscando en la selva; más cuando cayó la noche se vieron obligados a renunciar a su intento con desesperación, porque ni siquiera sabían en qué dirección se había llevado el mono a Jane Porter.

Era mucho después de oscurecer cuando volvieron á la cabaña, y entristecidos y llorosos se sentaron rendidos en el interior del pequeño edificio.

Finalmente el profesor Porter rompió el silencio. Su acento no era ya el del erudito y pedante teórico sobre lo abstracto y lo abstruso; sino el del hombre de acción, acento resuelto, pero empañado al propio tiempo por una nota de indescriptible desesperanza y pesar, que arrancó una dolorida respuesta al corazón de Clayton.

—Ahora me voy a tender, — dijo el anciano, — y a tratar de dormir. Mañana temprano, en cuanto sea de día, me llevaré el adimento que pueda y seguiré buscando hasta encontrar a Jane. No volveré sin ella.

Sus compañeros no replicaron en seguida, pues cada cual estaba absorto en la tristeza de sus propios pensamientos, y todos sabían lo mismo que el viejo profesor, lo que significaban las últimas palabras de éste; es decir, que no volvería jamás de la selva.

Por fin se levantó Clayton y puso suavemente la mano sobre el encorvado hombro del viejo caballero.

—Yo iré con usted, por supuesto, — exclamó. — No necesito ni decirlo siquiera.

—Sabía que se ofrecería usted... que querría usted ir; pero no debe usted, mister

Clayton, Jane nò necesita ya auxilios humanos. Yo voy sencillamente para presentarme ante el Creador con ella, y para saber que mi hijita no está sola en esa espantosa selva. Quiero que nos cubran las mismas ramas y las mismas hojas, que las mismas lluvias bañen nuestros cuerpos; y cuando nos encuentre el espíritu de su madre, quiero que nos vea juntos en la muerte, como nos vió en vida. No, no. Voy a ir yo solo, porque era mi hija; era el único cariño que me quedaba en la tierra.

—Yo iré con usted, — dijo Clayton sencillamente.

El anciano levantó la vista, y miró fijamente las enérgicas y bellas facciones de Willian Cecil Clayton. Tal vez leyó en ellas el amor que anidaba en el corazón del joven el amor a su hija.

En los días pasados, había estado harto preocupado con sus propios pensamientos de

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

erudito para fijarse en los pequeños detalles, en las palabras sueltas, que habrían indicado a un hombre más práctico que los jóvenes se iban sintiendo cada día más atraídos uno a otro. Más en aquellos graves momentos todo ello volvió a la memoria del anciano profesor.

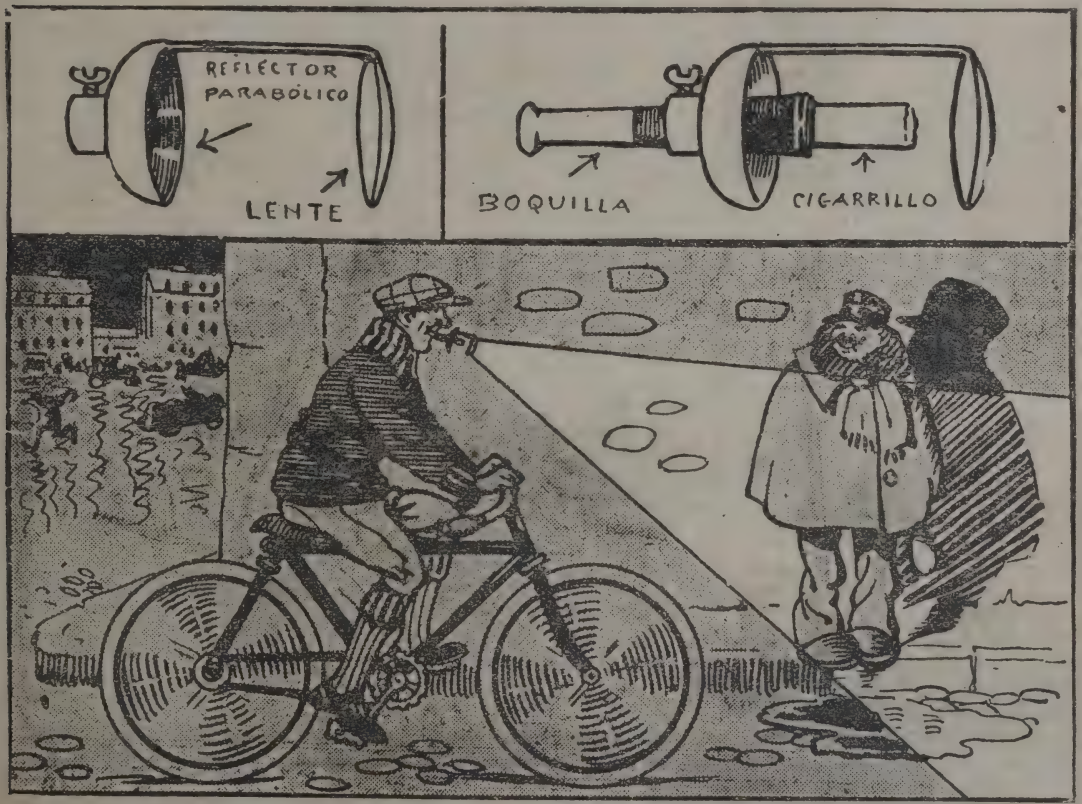
—Como quiera usted, — dijo.

—También puede usted contar conmigo, — añadió mister Philander.

—No, mi querido amigo, — dijo el profesor. — No podemos ir todos. Sería una

PORTENTOSAS INVENCIONES MODERNAS

FAROL PORTA - CIGARRILLO PARA CICLISTAS



El fuego del cigarro o del cigarillo es multiplicado por medio del reflector y del vidrio de aumento y de ese modo reemplaza el vulgar farolito de gas a acetileno. (Idea que se le ha ocurrido al señor Hachetey, de Nimes, Francia).

Dolorcito

—Me ducle mucho el estómago
—¿Has comido mondongo?
—Sí.
—Entonces lo que te ducle es el mondongo.

Buena tintura

—¿Dice usted que este tinte es bueno?
—Sí, señor; déselo esta noche y mañana tendrá el pelo negro.
—¿Y qué hago yo con el pelo negro si soy rubio?

crueldad muy grande dejar sola aquí a Esmeralda; y tres no conseguiríamos más que uno solo. Ya hay bastantes cosas muertas en el bosque. Ea... tratemos de dormir un poco.

CAPITULO XIX

DE LO PRIMITIVO

Desde que la abandonó Tarzán, la tribu de los grandes antropoides entre los cuales se había criado, se veía desgarrada por intestinas discordias y continuas riñas. Terkoz les resultó un rey cruel y caprichoso, de manera que, uno tras otro, la mayor parte de los monos más viejos y más débiles, en los cuales Terkoz solía singularmente desahogar su brutal naturaleza, cogieron a sus familias y buscaron tranquilidad y el seguro de un interior más remoto del país.

Más al fin los que quedaban se vieron impulsados a la desesperación por la prolongada truculencia de Terkoz, y fué entonces cuando uno de ellos recordó el aviso que Tarzán les había dirigido al partir:

—Si teneis un jefe que sea cruel, no hagais lo que hacen los otros monos, y no intenteis ninguno luchar contra él aisladamente. En vez de elío, atacadlo juntos dos o tres de vosotros. Si así lo haceis, ninguno de los jefes se atreverá a ser más que lo que debe, porque entre cuatro podreis siempre matar a cualquiera que os moleste con su jefatura.

Y el mono, que recordaba este prudente consejo, lo repitió a varios de sus compañeros, de manera que cuando Terkoz volvió un día a la tribu se encontró con una calurosa acogida.

No hubo formalidad ninguna. Al llegar Terkoz al grupo, cinco animales enormes y peludos se le echaron encima.

En el fondo de su alma era Terkoz un gran cobarde, lo cual suele ocurrir entre los matones, tanto si son monos como hombres; de suerte que no esperó a sus semejantes para luchar y morir, sino que se desasió de ellos lo más pronto que pudo y huyó a las ramas protectoras de la selva.

Dos tentativas más hizo para incorporarse a la tribu, pero en ambas ocasiones fué atacado y expulsado de ella. Por fin renunció a su intento, e hirviendo de rabia y de odio penetró en el interior del bosques.

Varios días estuvo vagando sin objeto, excitando cada vez más su propio despecho, y buscando algún ser débil en el cual desahogar su ira.

En este estado de ánimo fué cuando el terrible antropoide, al saltar de rama en rama, dió repentinamente con las dos mujeres en la selva.

Estaba precisamente encima de ellas cuando las descubrió; y la primera noticia que Jane Porter tuvo de su presencia fué cuando el enorme peludo cuerpo se dejó caer al suelo a su lado, y la joven vió la horrible cara y la rugiente y asquerosa boca a una paso de ella.

Un grito penetrante se escapó de los labios de la doncella al sentir que la fiera la agarraba del brazo. Luego se sintió arrastrada hacia aquellos horribles colmillos que buscaban su cuello. Más antes de haber tocado la suave piel de la joven, otra idea cruzó por la mente del antropoide.

La tribu se había quedado con sus hembras, y él necesitaba encontrar otras que los reemplazaran. Aquella mona blanca, y sin pelo sería la primera de su nueva tribu. Así, pues, se la echó sobre los anchos y robustos hombros, sin miramiento alguno, y saltó a los árboles, llevándose a Jane Porter a un destino peor mil veces que la muerte.

El grito de horror de Esmeralda se mezcló una vez con el de su ama, y luego la negra, como solía hacer en las ocasiones que mayor presencia de ánimo requerían, se desmayó.

Pero Jane Porter no perdió en seguida la conciencia en sí. Es cierto que la horrible cara, muy próxima a la suya, y el hedor del aliento del mono, que la daba en las narices, la paralizaron de terror; pero tenía el cerebro despejado, y comprendió todo lo que ocurría.

Con rapidez que le pareció maravillosa, la fiera la llevó por la selva; pero Jane no intentó gritar ni luchar. La repentina aparición del mono la había confundido hasta tal punto, que llegó a figurarse que la conducía hacia la playa.

Por esta razón conservó sus energías y su voz hasta que llegaron lo bastante cerca del campamento para poder pedir el socorro que necesitaba.

¡Pobre niña! Lo que no sabía era que el mono la iba llevando cada vez más adentro de la impenetrable selva.

El grito que había hecho acudir por la maleza dando tropezones, a Clayton y a los dos viejos, había conducido también en derechura a Tarzán, al lugar en que yacía Esmeralda; más no era la negra la que despertaba su interés, aunque, al detenerse a su lado, vió que no había recibido daño alguno.

Un momento estuvo examinando el suelo de abajo y los árboles que lo dominaban, hasta que el mono que latía en su interior por efecto de su educación y del medio ámbiente, combinado con la inteligencia que poseía por derecho de herencia, refirieron a su maravilloso conocimiento del bosque todo lo sucedido con tanta claridad como si lo hubiera visto ocurrir con sus propios ojos.

Y luego se lanzó vivamente a los árboles en persecución de la elevada pista que ningún otro ser humano habría podido descubrir, y mucho menos interpretar.

En los extremos de las ramas, donde el antropoide se lanza de un árbol al otro, es donde más cosas hay que marquen la pista y menos que indiquen la dirección; porque allí la presión es siempre hacia abajo, hacia el extremo de la rama, tanto si el mono al llega al árbol como si lo deja; pero más cerca del centro del árbol, donde son más debiles las señales del paso, la dirección está claramente marcada.

Aquí, en esta rama, una oruga ha sido aplastada por el enorme pie del fugitivo,

y Tarzán sabe por instinto dónde ha de tocar el otro pie en el nuevo paso. Allí mira y encuentra una pequeña partícula del chafado bicho, la cual, en ocasiones, no pasa de ser una manchita húmeda.

Otras veces, un pedacillo de corteza ha sido vuelto hacia arriba por la mano que lo ha arañado, y la dirección de la rotura indica la del paso. O bien una gran rama, o el mismo tronzo del árbol, han sido rozados por el peludo cuerpo, y un mechoncillo de pelo indica por la dirección en que está sujeto entre la corteza y el tronco, que se está sobre la verdadera pista.

Tampoco necesitaba Tarzán refrenar su rapidez para percibir estas débiles muestras del paso del animal fugitivo.

Para Tarzán resaltaban todas fuertemente contra las mil distintas cicatrices, rozaduras y signos que había en el frondoso camino. Pero lo más fuerte de todo era el olfato, porque Tarzán iba persiguiendo contra el viento, y sus adiestradas narices eran tan sensibles como las de un sabueso.

Hay quienes creen que las especies inperiores están dotadas especialmente por la naturaleza de mejores nervios olfatorios que el hombre, pero esto no es más que cuestión de desarrollo..

La supervivencia del hombre no depende tanto de la perfección de sus sentidos. Su poder razonador los ha aliviado de muchos de sus deberes y así hasta cierto punto se han atrofiado, lo mismo que los músculos que mueven las orejas y el cuero cabelludo meramente por falta de uso.

Los músculos existen, alrededor de las orejas y debajo de la piel del cráneo, lo mismo que los nervios que transmiten las sensaciones del cerebro; pero están en nosotros menos desarrollados porque no los necesitamos.

No le ocurría tal a Tarzán de los Monos. Desde su primera infancia, su supervivencia había dependido de la perspicacia de su vista, de la agudeza de su oído y de la finura de su gusto, tacto y olfato, mucho más que del órgano del razonamiento, desarrollado con harta mayor lentitud.

El menos perfeccionamiento de todos era en Tarzán el sentido del gusto, porque con igual apreciación comía maduros frutos que carne cruda largo tiempo enterrada; pero en esto se diferenciaba muy poco de los epicuros más civilizados.

Casi en silencio corría el hombre-mono sobre las huellas de Terkoz y su presa; pero el sonido de su proximidad llegó a sus oídos de la fugitiva fiera y la hostigó a mayor rapidez.

Tres millas recorrieron antes de alcanzarlos Tarzán, y entonces Terkoz, viendo que era inútil seguir huyendo se dejó caer al suelo en un pequeño raso, para poder revolverse y luchar por su presa, o para tener libertad de escaparse sin combatir si veía que su antagonista era superior a él.

Seguía sosteniendo a Jane Parker con un brazo cuando Tarzán saltó como un leopardo al circo que la naturaleza le suministraba para aquella lucha de seres primitvos. Cuando vió Terkoz que era Tarzán el que le perseguía, legó a la conclusión de que aquella era la hembra de su rival, ya que eran de la misma raza, blancos y sin pelos; y se regocijó ante la oportunidad que se le ofrecía de vengarse por partida doble de su odiado enemigo.

Para Jane Porter aquella extraña aparición de su dios de la selva fué como el vino para los nervios enfermos. Por la descripción que le habían hecho, Clayton, su padre y míster Philander, la joven pensó que debía de ser aquél el mismo ser prodigioso que los había salvado a ellos, y sólo vió en él a un protectos en una mezcla de horror, de fascinación, pujó rudamente a un lado para hacer frente al ataque de Tarzán, y Jane vió las grandes proporciones del mono y sus poderosos músculos y afilados dientes, el corazón le dió un vuelco. ¿Cómo podía ningún hombre vencer a tan poderoso antagonista? Como dos toros que se acometen, llegaron uno al otro, y como dos lobos se buscaron la garganta. Contra los largos caninos del mono se esgrimía la delgada hoja del cuchillo del hombre.

Jane Porter, con el cuerpo esbelto y juvenil aplastado contra el tronco de un enorme árbol, con las manos apretadas sobre su agitado seno y los ojos desmesuradamente abiertos en una mezcla de horror, def ascinación, de temor y de maravilla, observaba la lucha del mono con el hombre primitivo, por la posesión de una mujer... por ella. Y cuando los enormes músculos del hombre se hincharon como nudos por la tensión de sus esfuerzos, y los robustos biceps y antebrazos tuvieron en jaque a los potentes colmillos de la fiera, el velo formado por siglos de civilización y de cultura desapareció de la turbada visión de la joven de Baltimore.

Cuando el largo cuchillo bebió una docena de veces la sangre del corazón de Terkoz, y cuando el corpachón de éste rodó sin vida por el suelo, fué una mujer primitivá la que se abalanzó hacia adelante, con los brazos tendidos, hacia el hombre primitivo que había luchado por ella y la había ganado. ¿Y Tarzán?

Hizo lo que cualquier hombre de sangre roja hace sin necesidad de lecciones. Tomó a la mujer en brazos y cerró con besos sus abiertos labios.

Un momento estuvo Jane Porter en brazos de Tarzán con los ojos medio cerrados. Un momento — el primero de su vida, — supo el significado del amor. Pero tan repentinamente como se había descorrido, el velo volvió a caer, y la conciencia ofendida cubrió el rostro de la joven con su manto de escariata; y la mujer mortificada separó de sí a Tarzán de los Monos y escondió la cara entre las manos. Tarzán había sentido sorpresa al encontrar como voluntaria prisionera en sus brazos a la mujer a quien amaba de un modo vago y abstracto. Y de pronto le sorprendió aún más que ella le rechazase.

Se acercó otra vez a Jane y le cogió un brazo. Ella se volvió contra él como una fiera, y le golpeó el pecho con las menudas manos. Tarzán no podía comprender.

Un momento antes había sido su intento llevar a Jane Porter de nuevo a su gente, pero aquel momento se perdía ya en el turbio y distante pasado de las cosas que no han de volver a ser, y con él la buena intención se había ido al terreno de lo imposible.

Posteriormente, Tarzán de los Monos había sentido un cuerpo caliente y flexible muy apretato contra el suyo. Un aliento ardiente y dulce contra su mejilla y su boca había aventado una nueva llama del vivir en su corazón, y unos dulces labios se habían unido a los suyos en besos que habían dejado una marca indeleble en su alma: una marca que señalaba la existencia de un nuevo Tarzán.

Otra vez puso éste la mano sobre el brazo de la joven, la cual volvió a rechazarle. Y entonces Tarzán de los Monos procedió precisamente como lo habría hecho su primer antepasado. Tomó a su mujer en brazos y se la llevó a la selva virgen.

A la mañana siguiente, los cuatro personajes de dentro de la cabaña, fueron despertados por el estampido del cañón. Clayton fué el primero en precipitarse fuera y más allá de la boca de la rada vió anclados dos buques.

Uno de ellos era el Arrow y el otro un pequeño crucero francés. En los costados de este último estaban todos los tripulantes mirando hacia tierra, y para Clayton, lo mismo que par los demás, que se les habían unido ya, fué evidente que el cañonazo había sido disparado para llamarles la atención a ellos, si es que todavía estaban en la cabaña.

Los dos buques se hallabn a considerable distancia de la playa, y era dudoso que sus gemelos pudiern divisar los sombreros que se agitaban muy a lo lejos, entre las puntas de la rada. Esmeralda se había quitado el delantal rojo y lo agitaba frenéticamente sobre su cabeza; pero Claytan, teniendo que aun aquello fuera visto, corrió hacia el promontorio septentrional, donde tenía preparada la pira para prenderle fuego.

Tanto a él como a los que se quedaron esperando, les pareció que pasaba un siglo antes de llegar al gran montón de maleza y ramas secas. Cuando salió Clayton del denso bosque y volvió a ver los buques, se llenó de consternación al observar que el Arow se estaga haciendo a la vela y que el crurero se hallaba ya en marcha. Encendió Clayton rápidamente la pira en una docena de sitios y corrió a la punta extrema del promontorio, donde se quitó la camisa y, después de atarla a una rama, pasó largo rato haciéndcla ondear sobre su cabeza. Pero los buques continuaban de la misma manera; y ya había renunciado Clayton a toda aquella esperanza, cuando la gran columna de humo que surgía sobre eu bosque en un solo penacho vertical, llamó la atención de uno de los del crucero, e instantáneamente una docena de catalejos fueron asetados a la playa.

De pronto vió Clayton que los dos buques viraban de nuevo, y mientras el Arow se quedaba al pairo en el océano, el crucero se acercó lentamente a tierra. A cierta distancia se detuvo, arriaron un bote y lo despacharon hacia la costa.

Al atracar saltó a tierra un oficial joven.

—¿Monsieur Clayton, supongo? — dijo.

—¡Gracias a Dios que han venido ustedes! — fué la respuesta de Clayton. — ¡Y quiera Dios que no se ya demasiado tarde!

—¿Qué quiere usted decir, monsieur? — preguntó el oficial.

Clayton le refirió el rapto de Jane Porter y la necesidad en qeu se sentían de contar con hombres armados para ir en su busca.

—¡Mon diu! — exclamó el oficial tristemente. — Ayer no habría sido demasiado tarde. Hoy acaso sea mejor que no se halle a esa pobre señorita. ¡Es horrible, señor! ¡Demasiado horrible!

Otros botes habían partido ya del crucero, y Clayton, después de señalar la boca de la rada oficial, saltó al bote con él, y volvieron la proa hacia la pequeña bahía.

Muy pronto la partida entera había desembarcado en el sitio en que se hllaban el profesor Porter, míster Philander, y la llorosa Esmeralda.

Entre los oficiales de los últimos botes que partieron del crucero estaba el comandante del bueque, el cual, cuando se hubo enterado del rapto de Jane Porter, generosamente llamó a gente voluntaria para que acompañasen al profesor y a Clayton en busca de la doncella. No hubo un solo oficial ni un solo tripulante de aquellos valerosos y compasivos franceses que no pidieran prontamente permiso para ser de la partida.

El comandante eligió a veinte y dos oficiales, el teniente D'Arnot y el teniente Charpentier. Despacharon un bote al crucero en busca de provisiones, pertrechos y carabinas: los hombres estaban ya armados de revólveres.

Luego, á preguntas de Clayton de cómo habían venido a anclar a la vista de tierra y habían disparado un cañonazo de aviso, el comandante, capitán Dufranne, explicó que un mes antes había visto al "Arrow" poner proa al sudeste con muchísim otrapo, y que cuando le hicieron señas de que se acercara, el buque había respondido largando más trapo todavía.

Habían seguido al "Arrow" hasta la puesta de sol, disparando varios cañonazos, pero a la mañana siguiente no lo vieron ya por ninguna parte. Luego continuaron su crucero de un lado a otro de la costa durante varias semanas, y casi habían olvidado e lincidente de su reciente caza cuando, pocos días antes, por la mañana muy temprano, el serviola vió un barco combatido por la violenta mar y que evidentemente andaba sin gobierno alguno.

Cuando se acercaron más al buque en peligro les sorprendió observar que era el misma que había huído de ellos varias semanas antes. Sus velas de trinquete y mesana estaban izadas como si se hubiera hecho un esfuerzo por mantener el buque de proa al viento, pero las escotas se habían rota, y las velas estaban desgarradas por los zarpazos del huracán.

En la embravecida mar en que se hallaba el buque era tarea difícil y peligrosa el tratar de abordarlo; y como no se habían visto señales de vida sobre cubierta, se decidió es-

perar hasta que viento y mar amainaran; pero en aquel momento vieron una figura que se agarraba a la borda y hacía débiles señales de desesperación hacia ellos.

Inmediatamente se destacó un bote tripulado, y tuvo buena fortuna el intento de subir al "Arrow". Era tremendo el espectáculo que dió en ojos a los franceses cuando éstos subieron a bordo del buque.

Acá y acullá, a los balanceos, rodaban sobre cubierta una docena de muertos y moribundos, y los individuos vivos se mezclaban con los cadáveres. Dos de éstos aparecían devorados en parte como por lobos.

Los tripulantes del buque de guerra tuvieron pronto dominado al "Arrow" y llevaron a sus hamacas a los individuos supervivientes de la malhadada tripulación.

Envolvieron a los muertos en encerados y los ataron sobre cubierta para que los identificaran sus camaradas antes de lanzarlos al mar.

Ninguno de los vivos sonservaba el sentido cuando llegaron los franceses a la cubierta del "Arrow". Hasta el pobre diablo que había hecho las únicas señales de peligro se desvaneció antes de saber si habían dado su fruto.

No tardó el oficial francés en averiguar lo que había causado a bordo aquella terrible situación; porque cuando buscaron agua y aguardiente para reanimar a los hombres, se vió que no había rastro de ninguna de ambas cosas a bordo, y que además no quedaba tampoco ni migaja de alimento de ninguna clase.

Inmediatamente el oficial hizo señas al crucero para que enviase agua, medicinas y provisiones, y otro bote repitió el peligroso viaje hasta el "Arrow".

Cuando hubieran aplicado restaurativos, algunos de los hombres recobraron el sentido, y entonces revelaron todo lo pasado, parte del cual ya conocemos, hasta que partió el "Arrow", después del asesinato de Snipes y el entierro de su cadáver sobre el cofre del tesoro.

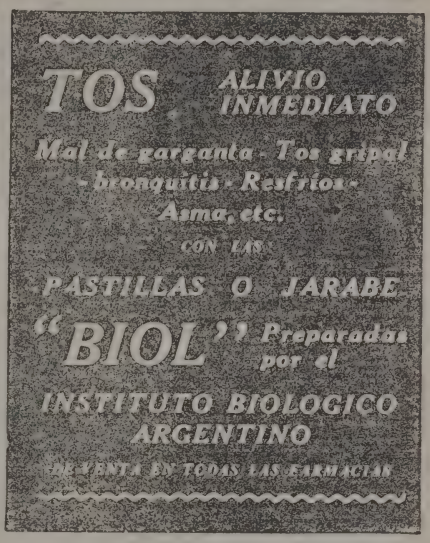
Parece ser que la repercusión por el crucero había aterrado de tal suerte a los amotinados, que después de perderlo de vista, habían seguido varios días surcando el Atlántico; pero al descubrir el escaso repuesto de agua y víveres que llevaban, dieron media vuelta hacia el Este.

Sin nadie a bordo que entendiera de navegación, pronto surgieron discusiones acerca de la situación del buque; y como, a pesar de navegar tres días con rumbo al Este no divisaban tierra, viraron al Norte, recelando que los fuertes vientos septentrionales que habían reinado los habrían empujado al Sur de la extremidad merdional de Africa.

Siguieron el rumbo nornoroeste durante dos días, y de pronto fueron asaltados por una calma que duró cerca de una semana.

Las cosas cambiaban rápidamente de mal en peor. Un hombre se volvió loco y se tiró por la borda. Otro se abrió las venas y se bebió su propia sangre.

Cuando murió lo arrojaron también al agua aunque muchos de ellos querían conservar los cadáveres a bordo, porque el hambre los trocaba de fieras humanas en fieras salvajes.



Dos días antes de ser recogidos por el crucero, habían llegado a tal extremo de debilidad que no podían ni gobernar el buque, y aquel mismo día murieron tres hombres. A la mañana siguiente se vió que uno de los cadáveres había sido devorado en parte.

Todo aquel día los supervivientes estuvieron observándose como animales de presa, y al siguiente dos de los cadáveres estaban casi por completo despojados de carne.

A pesar de su repugnante comida, los hombres no adquirían mayor fortaleza, porque les faltaba el agua y era la angustia mayor contra la cual tenían que luchar. Y entonces había aparecido el crucero.

Cuando se repusieron los que podían reponerse, se refirió toda la historia al comandante francés; pero los amotinados eran demasiado ignorantes para poder decirle en qué punto preciso habían abandonado al profesor y a su partida; de manera que el crucero había surcado lentamente el mar a la vista de la costa, disparando cañonazos de cuando en cuando y escrutando con los catalejos hasta la última pulgada de tierra.

De noche había echado anclas, para no perder una sola partícula de la línea de la costa; y sucedió que la noche anterior habían ido a parar a la misma playa en que estaba el campamento en cuya busca iban.

Los cañonazos de señal de la víspera no habían sido oídos por los de la costa, según se suponía, porque indudablemente se hallaban en lo más espeso de la selva buscando a Jane Porter, en sitio en que el ruido de sus propias pisadas en la maleza habría ahogado la detonación de un cañonazo distante.

Cuando las dos partidas hubieron referido sus carias aventuras, el bote del crucero volvió con provisiones y armas para la expedición proyectada.

A los pocos minutos, el pequeño cuerpo de sus varias aventuras, el bote del crucero en unión del profesor Porter y de Clayton, partieron a su desesperada y malhadada demanda en el interior de la inexplorada selva virgen.

CAPITULO XX

HERENCIA

Cuando Jane Porter comprendió que se la llevaba prisionera la extraña criatura del bosque que la había rescatado de las garras del mono, luchó desesperadamente por escaparse; pero los fuertes brazos, que la sostenían con tanta soltura como si hubiera sido una niña recién nacida, no hicieron sino apretarla un poco más fuerte.

De suerte que la joven pronto renunció al fútil esfuerzo, y se mantuvo quieta, mirando por entre los párpados semicerrados el semblante del hombre que sin esfuerzo alguno iba con ella a cuestas por la enmarañada maleza de la selva.

El semblante que Jane Porter veía era de extraordinaria belleza.

Era el perfecto arquetipo de la fortaleza masculina, no viciada por la disipación ni por pasiones brutales o degradantes. Pues, aunque Tarzán de los Monos era un matador de hombres y fieras, mataba como mata el cazador, desapasionadamente, salvo en las raras ocasiones en que había matado por odio; pero no por odio concentrado y maligno que marca con repugnantes líneas las facciones de quien lo experimenta.

Cuando mataba, Tarzán sonreía con más frecuencia que enarraba el ceño, y la sonrisa es el fundamento de la belleza.

Una cosa había reparado singularmente la joven cuando vió a Tarzán abalanzarse sobre Terkoz: en la raya de vivo color escarlata de su frente, que iba desde encima del ojo izquierdo al cuero cabelludo; más ahora, al escrutar sus facciones, observó que había desaparecido, y que sólo una delgada rayita blanca marcaba el sitio en que antes había estado.

Al ver que se quedaba más quieta en sus brazos, Tarzán aflojó un poco su presa.

Una vez miró a los ojos de la muchacha y sonrió; y Jane tuvo que cerrar los suyos para librarse de la visión de aquel brillo y atractivo semblante.

De pronto Tarzán se lanzó a los árboles, y Jane Parker, maravillándose de no sentir temor, comenzó a comprender que por muchos estilos no se había creído más segura en toda su vida que en aquellos momentos, en los brazos de aquel ser fuerte y salvaje, que la llevaba, Dios sólo sabía adónde o a qué destino, cada vez más al interior de la salvaje, impentrable e indómita floresta.

Cuando, con los ojos cerrados ,se puso a reflexionar acerca de lo futuro, y cuando su viva imaginación evocó pavorosos temores, no tuvo Jane más que levantar los párpados y mirar a aquel noble rostro, tan próximo al suyo, para disipar los últimos restos de miedo.

No, él no podía hacerle daño; de esto estaba segura la joven, al relacionar las bellas facciones y los francos y valerosos ojos con la caballerosidad que proclamaban.

Siguieron adelante por medio de lo que Jane Porter consideró una compacta masa de vegetación, pero que siempre parecía abrir a aquel dios de la selva, como por arte de magia, un paso que se volvía a cerrar detrás de ellos una vez que lo trasponían.

Apenas la rozó una hoja, y eso que arriba y abajo, delante y detrás, la vista no percibía nada más que una masa sólida de ramas y lianas inextricablemente entretejidas.

Conforme Tarzán avanzaba sin cesar, su mente estaba ocupada en muchos pensamientos nuevos y extraños. Allí tenía un problema cuyo semejante no había encontrado jamás, y él sentía, más que razonaba, que había de hacerle frente como hombre y no como mono.

El libre movimiento por entre las ramas medias, que era la ruta que él seguía en su mayor parte, había contribuído a enfriar la primera pasión desbordante de su recién hallado amor.

De pronto se dió cuenta de que estaba pensando en el destino que habría esperado a la joven de no haberla rescatado él de las garras de Terkoz.

Sabía por qué no la había matado el mono, y comenzó a comparar sus propias intenciones con las de Terkoz.

Cierto que la ley de la selva era que el macho tomara por fuerza a su compañera; pero ¿podía Tarzán guiarse por la ley de las fieras? ¿No era Tarzán un hombre? Y ¿qué hacían los hombres? Tarzán se quedó perplejo porque no lo sabía.

Deseaba poder preguntarle a la joven, pero de pronto se le ocurrió que ésta ya le había contestado en la inútil lucha que había sostenido para huir de él y rechazarle.

Habían llegado ya a su destino, y Tarzán de los Monos, llevando a Jane Porter en sus robustos brazos, se descolgó ligeramente al césped del anfiteatro en que los grandes monos celebraban sus consejos y bailaban la desenfrenada orgía del Dum-Dum.

Aunque habían recorrido muchas millas, no era todavía más que media tarde, y el anfiteatro estaba bañado en la media luz que se filtraba por el laberinto de frondas circundantes.

El verde césped parecía blando, fresco e invitador. Los mil ruidos de la selva sonaban muy distantes y apagados, hasta no formar sino un eco de embotados sones, que subían y bajaban como la resaca de una remota playa.

Una sensación de soñoliento sosiego invadió el alma de Jane Porter, al hundirse en la mullida hierba en que Tarzán la había colocado; y cuando miró la gran figura del hombre, que se había quedado en pie a su lado, se añadió a aquel sentimiento una extraña sensación de absoluta seguridad.

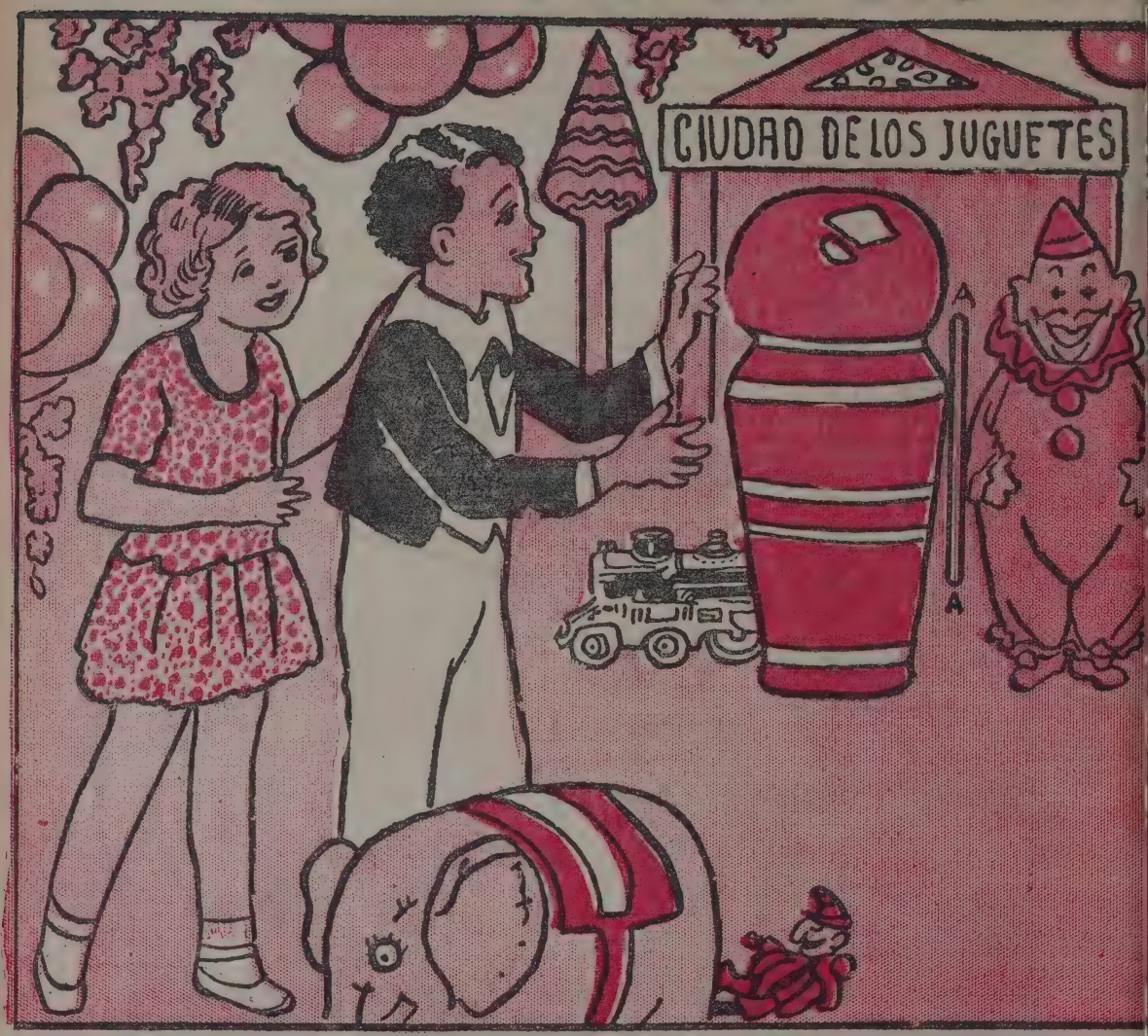
CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

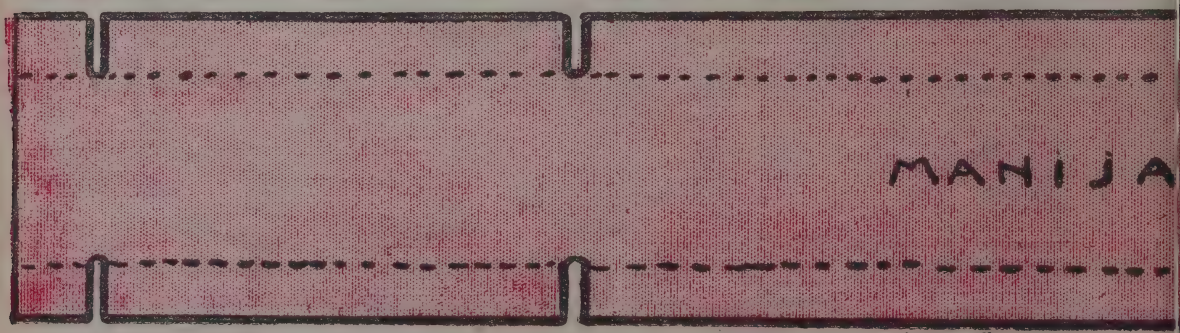
EJERCITANDOSE

—Le encuentro a usted muy débil, a pesar de que dice que está siempre haciendo ejercicio.

—Es que los ejercicios que yo hago son ejercicios de Trigonometría.

EN EL PAIS DE LOS JU



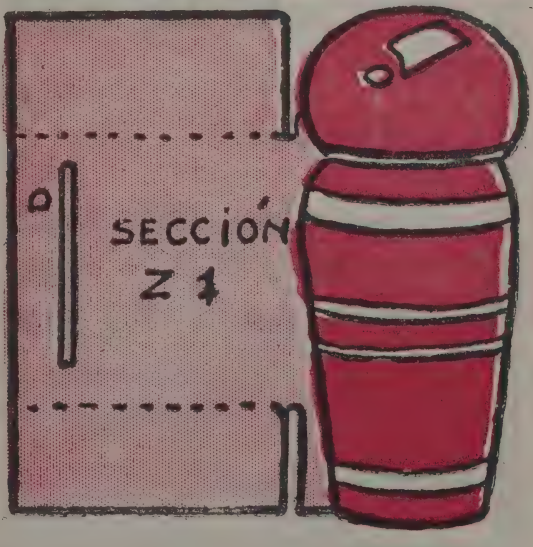


Después de haber pegado todo el dibujo en cartón o cartulina y de haberlo dejado secar bien recor distintas piezas según está marcado. Primero debe haber pegado las secciones 1 y 2 1 en cartón, red dolas una vez secas. Pegue luego las secciones Y 2 y 2 1 a la espalda de las secciones Y 1 y Z 2. T entonces dos piezas de doble faz. Corte luego las hendijas A-A y B-B del dibujo grande y deslice l dija C y la hendija D en las secciones Y 1 y Z 1. Tome las secciones Y 1 y Z 1, doble los bordes de de modo que las secciones queden sujetas. Luego enderece lo que ha doblado. Hecho esto tome l marcada MANIJA, corte las hendijitas que están marcadas en ella. Vuelva hacia atrás por las líne puntos. Enderécelas de modo que las secciones Y 1 y Z 1 entren en las hendijas de arriba y de abaj juguete queda hecho. Para que funcione mueva la punta marcada MANIJA y le llamará la atención funciona el juguete.

SECCIÓN
Y1

SECCIÓN
Y2

SECCIÓN
Z 2


SECCIÓN
Z 1

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leido aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

(CONTINUACION)

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

—No podemos evitarlo, — se lamentó el patrón. — El gobierno protege a un lanudo contra un blanco en todo momento. No le permite a usted disparar el primero. Hay que esperar que el negro dispare, o si no, el gobierno le llama a uno asesino y le manda a Fidji. Por eso hay tantos accidentes.

Tocaron a comer, y Bertier y el patrón bajaron al comedor, dejando al oficial de cuarto en el puente.

—No quite usted ojo a ese diablo de Auiki — recomendó el capitán. — No me gusta su actitud desde hace días.

—Está bien, — contestó el oficial.

Estaba mediado el amuerzo, y el capitán narraba la historia del ataque al "Scottish Chiefs".

—Sí — decía, — era el mejor barco de la costa. Pero perdió los estays, y ya antes de tocar el arrecife tenía encima a las canoas. Había cinco blancos a bordo, una tripulación de veinte santacruceños y samoanos, y sólo escapó el sobrecargo. Además, llevaban sesenta reclutas. Todos "kai-kai". ¡Oh, dispense! Quiero decir que se los comieron. También en el "James Edwards", una balandra...

En este momento se oyó una violenta imprecaución del oficial y un coro de gritos salvajes. Un revólver sonó tres veces y después se oyó un fuerte chapoteo. El capitán Hansen se había precipitado inmediatamente hacia la escalerilla, y la mirada de Bertie había seguido fascinada sus movimientos al verle sacar el revólver. Bertie subió más precavido, vacilando antes de asomarse a la cubierta. Pero no pasó nada. El oficial temblaba de excitación revólver en mano. Hubo un momento en que tuvo un sobresalto, dando un brinco como si algún peligro le amenazase por detrás.

—Un indígena ha caído al mar, — decía con voz angustiosa. — No sabe nadar.

—¿Quién es? — preguntó el capitán.

—Auiki.

—Pero yo oí tiros... — dijo Bertie, emocionado ante la aventura que, afortuadamente, había ya pasado.

El oficial se volvió hacia él, gruñendo:

—No es verdad. No se ha disparado ni un solo tiro. El negro cayó al agua.

El capitán miró a Bertie sin pestañear.

—Yo creí que.... — balbuceó Bertie

—¿Tiros? — dijo asombrado el capitán —¿Tiros? ¿Ha oído usted algún tiro, Mr. Jacobs?

—Ni uno —replicó Mr. Jacobs.

El patrón miró triunfal a su huésped, y añadió:

—Evidentemente, un accidente. Volvamos al comedor, Mr. Bertie, y terminemos el almuerzo.

Aquella noche Bertie dormió en el camarote del capitán, un pequeño salón situado en la cámara de popa. Uno de sus mamparos estaba decorado con un portarrifles. Bajo la litera había un cajón, que, al abrirlo, se vió que estaba lleno de municiones, dinamita y varias cajas de fulminantes. Bertie decidió pasar la noche en el sofá del lado opuesto. Sobre la mesa estaba el diario de a bordo del "Arla". Bertie no sabía que el capitán Malu lo había confeccionado expresamente para cualquier ocasión, y en él pudo leer que el 21 de septiembre la dotaciones de dos botes habían caido al agua, ahogándose. Bertie, leyendo entre líneas, su-

puso la verdad. Leyó que la ballenera del "Arla" había sido atacada en Su'u, perdiendo tres hombres, y que el patrón había sorprendido al cocinero guisando carne humana en la cocina de la tripulación, carne comprada por ésta en Fui; leyó como una descarga accidental de dinamita había matado a la dotación de otro bote, ataques nocturnos, sorpresas por indígenas de la selva en lagunas de manglares y por hordas de tribus lacustres. Una nota que aparecía frecuentemente era la de muertos por disentería. Y leyó también, con la consiguiente alarma, que dos pasajeros blancos, como él, del "Arla", habían muerto víctimas de la misma enfermedad.

—Oiga, capitán —dijo al día siguiente. —He estado hojeando el diario.

El patrón manisfestó cierta contrariedad por haberlo dejado encima de la mesa.

—Y esa de la disentería supongo será como los ahogados accidentales, ¿no? — continuó Bertie. — ¿Qué significa en realidad la disentería?

El capitán se maravilló de la perspicacia de su haésped. Intentó una negativa, y por último se dejó convencer.

—Verá usted, Mr. Bertie. Estas islas ya tienen bastante mal nombre. Cada día es más difícil enrolar un blanco. Supongamos que muere un hombre violentamente. La compañía tiene que pagar una prima para que otro le sustituya. Pero si muere de enfermedad, ya es otra cosa. Los novatos no se preocupan de las enfermedades. A los que tienen cierta aversión es a morir asesinados. Yo mismo creí que el anterior capitán del "Arla" había muerto de disentería cuando aceptó el cargo. Después, al saber la verdad, ya había firmado, y era tarde.

—Además — dijo Mr. Jacobs — hay demasiados accidentes, aunque no parezca natural. Es culpa del gobierno. Un blanco no tiene medios para defenderse de los negros.

—En efecto. Vea el caso del "Princess" y su segundo oficial yanqui — añadió el patrón. — Llevaba cinco blancos, además del agente del gobieno. El capitán, el agente y el sobrecargo bajaron a tierra en dos botes. No se salvó ni uno. El segundo y el contramaestre, con quince tripulantes, samoanos y tonganos, quedaron a bordo. Asaltó el barco un enjambre de negros. La primera noticia que tuvo el segundo de que algo anormal pasaba fué encontrarse al contramaestre y la tripulación asesinados. Se armó de dos cananas y dos winchesters y trepó a las crucetas. Era el único superviviente. y no puede censurársele por sus actos. La cubierta estaba llena de negros. La fué aclarando hasta dejarla limpia. Los cazaba al saltar la borda, al volver a sus canoas. Cuando aterrados se decidieron a huir a nado, los cazó en el agua. ¿Y qué le pasó?

—Siente años de cárcel en Fidji — replicó el oficial.

—El gobierno decidió que no estaba justificado el disparar sobre ellos cuando huian —añadió el capitán.

—Y por eso ahora mueren de disentería.

—Vaya, vaya — murmuró Bertie, sintiendo un cierto deseo de que terminase el viaje lo antes posible.

Más tarde habló con el negro que le habían señalado como caníbal. Su nombre era Sumassai. Había estado tres años en una plantación en Queensland, en Samoa, Fidji y Sydney, y como tripulante había navegado en bergantines negreros por Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, Nueva Guinea y las Almirantes. Era un bromista, y se había hehco pronto cargo de lo que el capitán quería. Sí; había comido muchos hombres. ¿Cuántos? No podía recordarlos. Sí; blancos también. eran sabrosos, muy sabrosos, a no ser que estuvieran enfermos. Una vez se había ocmido uno enfermo.

—¡Palabra! — exclamó al recordarlo.— ¡Yo malo por culpa de él! ¡Mi barriga bailaba demasiado.

Bertie sintió un escalofrío, y le preguntó por los cazadores de cabezas. Sí; Sumassai tenía varias ocultas, en buen estado, secadas al sol y curadas al humo. Una era la del capitán de un bergantín. Tenía luengas patillas. La vendía por dos libras. Cabezas de negro las daba por una libra. Y también algunas de muchacho, que dejaría en diez chelines por estar algo averiadas.

Cinco minutos después, Bertie se encontró en la escalerilla de cámara con un negro afectado de horrible enfermedad cutánea. Se alejó a paso largo, y posteriores investigaciones le informaron de que era lepra. Se precipitó en su camarote, lavándose con jabón antiséptico. Durante el día ésta fué su principal ocupación, porque no había indígena a bordo que no tuviera úlceras malignas de uno u otra clase.

Al acercarse el "Arla" a las marismas de manglares, pusieron a lo largo de sus bordas una doble hilera de alambre de espino. Esto presagiaba algo serio, y cuando Bertie vió las canoas armadas de lanzas, arcos y flechas y sniders, deseó más ardientemente que nunca que terminase pronto la travesía.

Por la tarde, los indígenas anduvieron remolones en abandonar el barco al caer el sol. Algunos de ellos se atrevieron a contestar al segundo cuando les ordenó regresar a tierra.

—No importa; yo los arreglaré, — dijo el capitán Hansen, bajando a la cámara.

Cuando reapareció, enseñó a Bertie un cartucho de dinamita atado a un anzuelo. Daba la casualidad de que un tubo vacío de aspirina envuelto en papel adecuado y con un trozo de mecha inofensiva en un extremo producía exactamente el mismo efecto. En este caso, engañó a Bertie y engañó a los indígenas. Cuando el capitán Hansen encendió la mecha y enganchó el anzuelo en el taparrabos de un negro, el deseo de éste de ganar tierra fué tan vehemente, que hasta se olvidó de arrancarse el taparrabos. Se precipitó a proa con la mecha crepitando y chispeando en el trasero y provocando una dispersión general de indígenas que ejecutaban maravillosas zambullidas por cima del alambre. Bertie estaba paralizado de horror. El capitán Hansen también, porque se ha-

bía olvidado que llevaba a bordo veinticinco reclutas por los que había pagado treinta chelines adelantados por cabeza. Corrieron asustados al ver que les seguía el que llevaba muy a su pesar el chisporroteante tubo de aspirina.

Bertie no lo vió explotar, pero el segundo, oportunamente, descargó un cartucho auténtico en la popa, donde no podía perjudicar a nadie, y Bertie hubiera jurado después, ante un tribunal del Almirantazgo, que había visto un negro explotar hecho cisco.

La fuga de los veinticico reclutas costaba al "Arla", en realidad, cuarenta libras, y como seguramente se habían internado en la selva, no había esperanza de recobrarlos. El capitán y el segundo procedieron a ahogar su disgusto en té frío. Este té se conservaba en botellas de whisky, de modo que Bertie no supo que era té lo que bebían. En su opinión, los dos hombres se emborracharon y arguyeron elocuente y largamente si el negro que había hecho explosión debía notificarse como un caso de disentería o como accidentalmente ahogado. Acabaron roncando los efectos del té y él se quedó montando precaria guardia, pues era el único blanco a bordo que estaba sereno, en continuo temor de un ataque desde tierra o una sublevación de la tripulación.

Tres días más tarde estuvo el "Arla" en costa, y tres noches después el capitán y el segundo dejaron solo a Bertie para que hiciera las guardias. Estaban ciertos de que podían contar con él, mientras él estaba cierto de que, si sobrevivía, daría cuenta al capitán Malu de la escandalosa conducta de sus subordinados. Después el "Arla" anció en la plantación de Reminge, en Guadalcanar, y Bertie desembacó en la playa con un suspiro de satisfacción, saludando al administrador Mr. Harriwell, que le esperaba, convenientemente advertido.

—No debe usted alarmarse si el parecen alicaídos mis dependientes, — dijo en tono confidencial. — Ha habido rumores de un motín, y algunos signos son sospechosos, lo reconozco, pero personalmente creo que es una falsa alarma.

—¿Cuántos... cuántos negros tiene usted? — preguntó Bertie, con el corazón realmente oprimido.

—Unos cuatrocientos — replicó M. Herriwell; — pero contando con usted naturalmente y con el capitán y el segundo, podemos hacer de ellos lo que queramos.

Bertie fué presentado a un tal Mc Tavish, guardaalmacén,, quien apenas se dió cuenta de la presentación, ansioso como estaba por presentar la renuncia de su cargo.

—Soy un hombre casado, Mr. Harriwell, y no puedo continuar más. Es evidente que se prepara algo. Los negros van a amotinarse, y tendremos otro horror como el de Hohomo.

—¿Qué es eso de Hohomo? — preguntó Bertie, después que el guardaalmacén se dejó persuadir para que permaneciese en su puesto hasta final de mes.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—¡Oh! se refiere a la plantación de Hohomo, en Isabel, — dijo el administrador. Los negros pasaron a cuchillo a cinco blancos, capturaron al bergantín, mataron al capitán y al segundo y se escaparon en masa a Malaita. Pero siempre he sostenido que los blancos de Hohomo eran muy descuidados. Aquí no nos cogerán dormidos. Venga Mr. Bertie, y verá la vista desde la galería.

Bertie estaba demasiado preocupado, cavilando cómo podría irse a Tulagi. Estaba en estas preocupaciones cuando sonó un disparo de rifle a su espalda, cerca de él. En el mismo instante, Mr. Harriwell casi se dislocó un brazo en su precipitación por arrastrarle dentro de la casa.

—¡Demonio! Amigo Betie, de buena se ha escapado, — dijo el administrador, palpándose todo el cuerpo para ver si estaba herido. — No sé cómo decirle cuánto lo lamento. Pero en pleno día... ¿quién iba a temer?...

Bertie empezaba a palidecer de un modo alarmante.

—¡Así mataron al otro administrador! — afirmó McTavish. — ¡Y era todo un hombre !Le saltaron los sesos en eeta misma galería. ¿No ha notado usted una mancha oscura entre la escalera y la puerta?

Bertie se disponía a probar el "cocktail" que Mr. Harriwell le había preparado, pero antes de poder beberlo, entró precipitadamente un hombre que llevaba pantalón de montar.

—¿Qué pasa? — preguntó el administrador. — ¿Se ha desbordado otra vez el río?

—¡Al diablo con el río!... Son los negros. Me acometió uno entre los cañaverales y a doce pasos disparó su snider. Pero yo pregunto: ¿quién le ha dado ese snider?... ¡Oh, mil perdones! Encantado de conocerle, Mr. Bertie.

—Mr. Brown es mi ayudante, — explicó mister Harriwell. — Y ahora prosigamos con ese "cocktail".

—Pero, ¿quién le ha dado ese snider? — insistió Mr. Brown. — Siempre he censurado tener tantas armas en casa.

—Aún está por ahí, — dijo Mr. Harriwell.

Mr. Brown se sonrió incrédulamente.

—Venga usted y véalo, — dijo el administrador.

Bertie se unió a ellos camino del despacho, en el que Mr. Harriwell señaló triunfalmente una gran caja en un rincón polvoriento.

—Bueno; pero ¿quién le ha dado ese snider?

McTavish levantó la caja. El encargado dió un brinco y abrió la tapa. La caja estaba vacía. Se miraron unos a otros en horripilante silencio. Harriwell dejó caer la tapa con ademán desalentado. McTavish lanzó una interjección.

—Lo que he dicho siempre. No debimos fiarnos de la servidumbre.

—Esto es muy serio, — admitió Harriwell, — pero saldremos con bien. Lo que esos negros necesitan es una lección. Les ruego a ustedes que traigan sus rifles para después de cenar, y usted Mr. Brown, prepare cuarenta o cincuenta cartuchos de dinamita. Procure que las mechas sean buenas y cortas. Haremos un escarmiento. Y ahora, señores, la cena está servida.

Bertie detestaba los guisos con arroz, y tomó en su lugar tortilla. Ya había terminado, cuando Harriwell se sirvió del mismo plato. Probó un bocado, que escupió en seguida, prorrumpiendo en grandes gritos.

—Es la segunda vez, — dijo siniestramente McTavish.

Harriwell seguía escupiendo y dando voces.

—¿Segunda vez de qué? — balbuceó Bertie.

—Veneno. Habrá que ahorcar a ese cocinero.

—Así acabaron con el tenedor de libros en Cape Marsh, — dijo Brown. — Fué una muerte horrible. La tripulación del "Jessie" aseguraba haberle oído quejarse a tres millas.

Meteré al cocinero en la cárcel, — anunció Harriwell. — Afortunadamente, lo hemos advertido a tiempo.

Bertie estaba horrorizado. Su rostro no tenía color. Intentó hablar, pero sólo consiguió producir un balbuceo inarticulado. Todos le miraban ansiosamente.

—¡No lo diga, no lo diga! — gritó McTavish.

—¡He comido... un plato lleno... — consiguió por fin gritar Bertie.

Hubo entonces un trágico silencio durante medio minuto, y leyó su sino en los ojos de los demás.

—Acaso no tuviera veneno, — dijo Harriwell desconsoladamente.

—Llamad al cocinero, — indicó Brown.

Era un sonriente negro, de nariz y orejas perforadas.

—Tú, Wi-wi, ¿qué es eso? — gritó Harriwell. señalando la tortilla.

Wi-wi estaba genuinamente asustado.

—Ella muy bona "kai-kai", — murmuró conciliador.

—Oblíguele a comerla, — sugirió McTavish, — es la mejor prueba.

Harriwell tomó un trozo de tortilla con el tenedor y se dirigió con aire feroz hacia el cocinero, que huyó despavorido.

—Ya está visto — anunció solemnemente Brown, — no quiere comerla.

—Mr. Brown, ¿quiere usted encerrar a ese hombre, cuidando de que no pueda escaparse? — dijo Harriwell; y dirigiéndose a Bertie, añadió: — No tema nada. El comisario intervendrá en este asunto y hará justicia. Puede usted estar bien tranquilo. Si llega usted a morirse, ahorcarán al cocinero.

—No hay que confiar demasiado en el gobierno, — dijo pesimista McTavish.

—Pero señores, — exclamó Bertie, — creo que más que de esas cosas, podían ustedes ocuparse un poco de mi estado, buscando el medio de salvarme.

Harriwell se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero de ser veneno, es un veneno indígena, y contra eso no se conocen antídotos. Procure calmarse, y si...

El ruido de dos disparos de rifle interrumpió el discurso, y Brown, entrando en aquel momento, volvió a cargar su arma y se sentó a la mesa.

—El cocinero acaba de fallecer de disentería, — dijo. — Ha sido un caso fulminante.

—Estaba diciendo a Mr. Bertie que no hay antídoto para los venenos indígenas.

—Excepto la ginebra, — advirtió Brown

Harriwell se desesperó por su mala memoria respecto al particular, y corrió en busca de la botella de ginebra.

—Pura, ha de ser completamente pura,— dijo a Bertie, quien se echó al coleto un vaso casi lleno de aquel licor terrible, y lagrimeando a su pesar.

Harriwell le tomó el pulso y la temperatura, acabando por exponer sus dudas de que la tortilla estuviera envenenada. En ellos asintieron Brown y McTavish, pero Bertie creyó percibir cierta falta de sinceridad en sus palabras. Perdió el apetito y se tomaba el pulso subrepticiamente por debajo de mantel. Era indudable que lo tenía alterado, pero no se le ocurrió que la causa pudiera ser la ginebra que había bebido. McTavish salió a la galería rifle en mano a dar un vistazo.

—Se están reuniendo en las cocinas, — anunció. — Y tienen un sinnúmero de sniders. Mi plan es escurrirnos por el otro lado y caer sobre ellos de flanco. Dar el primer golpe. ¿Viene usted, Brown?

Harriwell seguía comiendo, mientras Bertie descubría que su pulso aumentaba considerablemente. No pudo contener un sobresalto al oír el estampido de los rifles. Sobre el ruido seco de los sniders, podía distinguirse el crepiteo de los winchesters de McTavish y de Brown, mezclado todo con una algarabía de mil demonios.

—Los han cazado por sorpresa, — dijo

Harriwell, mientras el estrépito disminuía.

Regresaron Bron y McTavish, anunciando:

—Tienen dinamita.

—Pues los atacaremos con dinamita, — propuso Harriwell.

Se metieron media docena de cartuchos en los bolsillos y se proveyeron de cigarros encendidos, saliendo a la puerta Y entonces hubo una explosión bajo la casa, haciéndola oscilar en sus cimientos. La mitad de la vapilla se hizo añicos y el reloj detuvo su marcha después de ser zarandeado. Los tres hombres se precipitaron fuera, gritando venganza.

Cuando volvieron, Bertie había desaparecido. Se había arrastrado hasta el despacho, encerrándose en él, y desplomándose en tierra, presa de una terrible pesadilla de ginebra en la que sufrió cien muertes mientras la cruenta lucha seguía a su alrededor. Por la mañana, enfermo y dolorido, despertó, y al incorporarse se sorprendió de encontrar el sol aún en el cielo y sus compañeros vivos e indemnes.

Harriwell le instó para que prolongase su estancia en la plantación, pero Bertie insistió en zarpar inmediatamente en el "Arla" para Tulagi, donde no se movió de casa del comisario hasta la llegada del primer vapor.

Iban en él turistas femeninas, y Bertie fué de nuevo un héroe, mientras el capitán Malu pasaba, como siempre, completamente desapercibido. Pero el capitán desde Sydney envió dos cajas de whisky como agradecimiento muy expresivo para Hansen y Mr. Harriwell, en la imposibilidad de determinar cual de los dos había proporcionado a Bertie Arkwright la mejor sensación de la vida en las Salomón.

EL INEVIABLE BLANCO

Jamás el blanco entenderá al negro, ni el negro entenderá al blanco, mientras los blancos sean blancos y los negros sean negros, — dijo el capitán Woodward.

Estábamos en la taberna de Charley Roberts, en Apia, bebiendo una mezcla especial, cuya receta decía poseer directamente de Steevens, famoso por haber inventado el Abu Hamed bajo el influjo de la terrible ser que inspira el Nilo. Steevens, el de "Con Kitchener en Khartum", el que pasó a mejor vida en Ladysmith.

El capitán Woodward, bajo y rechoncho, tostado por cuarenta años de trópicos, poseedor de los ojos pardos más hermosos que he visto en un hombre, hablaba con pleno conocimiento de causa. La red de cicatrices que cruzaba su calva demostraba cierta intimidad con el tomahawk indígena, y la misma intimidad se revelaba en la cicatriz que corría de un lado a otro de la parte derecha de su cuello, marcando el paso de una flecha. En ocasión, según explicaba, la flecha le entorpecía para correr, y le pareció no tener tiempo de romper el astil para sacarlo en la misma dirección que había entrado. En el momento actual era capitán de "Savaii", vapor que reclutaba trabajadores en el Oeste para las plantaciones alemanas de Samoa.

—La mayor calamidad es la estupidez de los blancos, — dijo Roberts, mientras tomaba pausadamente un sorbo de su vaso. — Si el blanco se preocupara un poco de hacerse cargo de cómo funciona el cerebro del negro, se evitaría la mayor parte de los engorros.

—He conocido algunos que pretendían entender al negro — replicó el capitán Woodward, — y he notado que fueron los primeros en ser "kai-kai" (comidos). No tenemos más que ver los misioneros de Nueva Guinea y de las Nuevas Hébridas, la isla mártir de Erromanga y las demás. Recordad la expedición austriaca que fué acuchillada en las Salomón, en la selva de Guadalcanar, y ved los propios comerciantes, con años de experiencia, alardeando de que no hay negro que pueda con ellos, y cuyas cabezas adornan las chozas indígenas. Johnny Simons, veintiseis años en Melanesia, jurando conocer a los nefros como un libro y que nunca se sublevarían contra él, pereció en la laguna de Marovo, en Nueva Georgia, con la cabeza aserrada por una mujer y un viejo negro cojo. Billy Watts tenía una reputación horrible de matanegros, hombre capaz de asustar al diablo; recuerdo que en cierta ocasión, en Cape Little (Nueva Irlanda), los negros le robaron media caja de tabaco, por valor de tres dólares y medio. Para desquitarse mató seis negros, les destrozó las canoas de guerra e incendió dos poblados. Y en Cape Little, cuatro años después, se vió atacado con cincuenta negros Buku que le acompañaban, pescando espuma de mar, y en cinco minutos todos estaban muertos, con excepción de tres que pudieron escapar en canoa. No me vengais con entender al negro. La mision del blanco es dominar el mundo, y ya tiene con eso bastante trabajo. ¿Qué tiempo puede quedarle para enteder negros?

—Exactamente, — dijo Roberts. — Y además, no parece necesario entenderlos. El éxito del blanco en dominar el mundo está en proporción directa de su estupidez...

—Y de su habilidad en llevar el terror de Dios al corazón del negro, — prorrumpió el capitán. — Quizá tenga usted razón. Quizá en su estupidez la que le hace triunfar; ciertamente una fase de esta estupidez es su inhabilidad en entenderlos. Pero hay una cosa segura: el blanco ha de dominar al negro, lo entienda o no. Es inevitable, es fatal.

—Y naturalmente, el blanco es inevitable es el sino del negro, — interrumpió Roberts.

—Haced saber a un blanco que hay otro perlífera en una laguna infestada por diez mil hambrientos canibales, y hará rumbo hacia allá con media docena de buzos kanakas y un despertador por cronómetro, hacinados como sardinas en un cómodo queche de cinco toneladas. Murmurad que se ha encontrado oro en el Polo Norte, y la misma inevitable criatura de piel blanca emprenderá el

Un accidente

—El año pasado se cayó el criado al estanque porque se rompió la capa de hielo en que patinaba y el pobre murió helado.

—¿Cómo no iba a helarse habiéndosele roto la capa?

Lo que pasaba con los gemelos

—Por Dios, don Miguel; no hace usted más que mirar a los niños y los asusta.
—Sí, sí. ¡Es que a estos gemelos los tengo metidos en un puño!

camino, armado de pala y pico, una pena de tocino ahumado y la perforadora más moderna. Haced correr la voz de que hay diamante en los muros incandescentes del infierno, y el señor hombre blanco tomará por asalto esos muros y obligará a Satanás a empuñar una pala. Ese es el resultado de ser estúpido e inevitable.

—Pero yo pregunto, — interrumpí, — ¿que piensa el negro de esa inevitabilidad?

El capitán Woodward se echó a reir y en su mirada cruzó un relámpago de un recuerdo.

—Me estoy preguntando lo que los negros de Malu pensaron y aun deben pensar del inevitable blanco que llevábamos a bordo cuando los visitamos en el "Duchess".

Roberts mezcló tres Abu Hameds más.

—Fué hace veinte años. Se llamaba Stxtorph. Indudablemente era el nombre más estúpido que he visto, pero era tan inevitable como la muerte. Si algo sabía hacer bien, era manejar el arma. Recuerdo la primera vez que le ví aquí, en Apia, antes de sp tiempo, Roberts. Yo dormía en el hotel de Enrique el holandés, donde ahora está el mercado. ¿No habeis oído hablar de él? Hizo una fortunita vendiendo armas a los rebeldes, traspasó el hotel y lo mataron en Synney, seis semanas después, en una bronca de taberna.

"Pero volvamos a Saxtorph. Una noche me acababa de dormir, cuando un par de gatos empezaron a cantar en el patio. Me levanté y salí a la ventana, jarro en mano, oyendo entonces abrirse la ventana del cuarto de al lado. Sonaron dos tiros y la ventana se volvió a cerrar. Quienquiera que fué no perdió tiempo en ver el efecto de los disparos. Ventana que se abre, ¡pum,pum! dos tiros, ventana que se cierra. No puedo expresaros la celeridad de todo esto. Quien fuera, "sabía", ¿me entendeis? "sabía". Se acabó el concierto gatuno, y por la mañana allí estaban los dos gatos patitiesos. Para mí fué maravilloso y aún lo es todavía. No había más luz que la de las estrellas. Saxtorph disparó sin apuntar, disparó rápidamente, que los dos disparos casi parecieron uno. y finalmente supo que había hecho blanco sin necesidad, de comprobarlo.

"Dos días después vino a verme a bordo. Era yo entonces segundo en el "Duchess", un estupendo bergantín negrero de ciento cincuentas toneladas. Dejadme que os diga que en aquellos tiempos un negrero era un negrero. No había inspectores de gobierno ni el gobierno nos protegía. Era faena ruda, de toma y daca, y cazábamos negros en todas las islas del mar del Sur, cuando no nos echaban a puntapies. Saxtorph vino a bordo. Era un hombre pequeñito, de cabello pajizo, tez pajiza y ojos pajizos también. No tenía nada de particular. Su alma era tan neutra como su colorido. Dijo que estaba "en las últimas" y quería enrolarse. Fircaría como grumete, cocinero, sobrecargo, o simple marinero, aunque no sabía nada de ninguno de esos oficios que estaba dispuesto a aprender. No me hacía falta, pero me había causado tal impresión su manejo del revólver, que le enrolé como simple marinero. Sueldo, tres libras al mes.

"Es innegable que estaba dispuesto a aprender. Pero le era constitucionalmente imposible el aprender nada. Le era tan difícil el mantener el barco en su rumbo como a mí mezclad bebidas con la habilidad de Roberts. Y respecto a maniobrar.', me hizo encanecer. No me atreví nunca a confiarle el timón en momentos de temporal y las voces de mando eran chino para él. No sabía nunca distinguir la diferencia entre una vela y otra. Le decíais que arriase la mesana, y si os descuidabais arriaba un foque. Tres veces cayó al agua, y no sabía nadar. Pero siempre estaba alegre, nunca se mareaba, y era el ser más de buena voluntad que he visto. Jamás hoblaba de sí mismo. Su historia, por lo que a nosotros se refería, empezaba el día en que se enloró en el "Duchess". Sólo Dios sabe dónde aprendió a tirar. Pudimos deducir por su acento que era yanqui, pero nada más.

"Y ahora vamos a lo esencial. Tuvimos mala pata en las Nuevas Hébridas; catorce obreros, reclutados en cinco semanas, y corrimos el Sudeste hacia las Salomón. Entonces, como ahora, Malaita era un excelente campo de reclutamiento, y fuimos a Malu, en el rincón Noroeste. Hay allí un arrecife en la misma playa y otro en la bocana, y es mal sitio para anclar, pero lo conseguimos felizmente y disparamos unos cuantos cartuchos de dinamita como aviso a los indígenas para que vinieran y se dejasen reclutar. En tres días no ronseguimos ni uno. Los lanudos venían a nosotros en sus canoas a centenares, pero se reían en nuestras narices cuando les enseñábamos cuentas de vidrio y piezas de tela, y les hablamos de las delicias de la vida en las plantaciones de Samoa.

"Al cuarto día sobrevino un cambio. Unos cincuenta muchachos firmaron, y los acomodamos en el sollado, con libertad, naturalmente, de subir a cubierto. Pensándolo ahora fríamente, era sospechoso ese enrolamiento tan numeroso y tan súbito; pero entonces supusimos que algún poderoso jefe había levantado la prohibición de enrolarse. En la mañana del quinto día nuestros botes fueron a tierra como de costumbre, uno delante y el otro cubriéndole la retirada en caso de apuro. Los cincuenta negros estaban sobre cubierta, fumando o durmiendo. Saxtorph y yo, con cuatro marineros, fuimos los únicos en quedarnos a bordo. Los dos botes iban tripulados por negros de las islas Gilbert. En uno estaba el capitán, el sobrecargo y el reclutador, y en el otro, que era el de protección y quedaba a cien yardas de la orilla, el segundo de a bordo. Ambos botes iban bien armados, aunque no esperábamos complicaciones.

"Cuatro de los marineros, incluyendo Saxtorph, raían al pasamanos de la borda de popa. El quinto marinero, rifle en mano, montaba guardia junto al tanque del agua potable, ante el palo mayor. Yo estaba a proa,

—Estas marinas están muy bien pintadas. Mirarlas y marearme es la misma cosa.
—Eso es debilidad de estómago, si tomara el reconfortante tónico HIERRO QUINA BISLERI no le sucedería eso.

dando la última mano a un empalme que había hecho en un garfio. Me preparaba a encender la pipa, cuando oí un tiro en tierra. Me incorporé para ver de qué se trataba, y recibí un golpe en la nuca que casi me atontó, haciéndome caer sobre cubierta. Mi primer pensamiento fué que algo se había desenganchado en el cordaje; pero al caer, antes de llegar al suelo, oí los disparos de los rifles de los botes, y volviéndome de lado pude ver al marinero que montaba la guardia. Dos negros le sujetaban los brazos y un tercero de abría el cráneo a golpe de "tomahawk".

"Parece que aún lo veo; el tanque del agua, el centinela, los negros aferrados a él, la cuchilla cayendo sobre su nuca, todo bajo un sol implacable. Me fascinaba tal visión de la muerte. El "tomahawk" parecía no acabar nunca de caer. Lo ví entrar en contacto con el cuello y ví cómo la víctima se desplamaba. Los otros dos negros le sujetaron a fuerza de brazos para que su compañero pudiera rematarle. Entonces recibí dos trastazos más y me dí por muerto. Lo mismo debió creer el animal que me había herido. No podía moverme y permanecí en tierra viendo cómo los asesinos arrastraban al infeliz centinela, acabando de separarle la cabeza del tronco. Reconozco que lo hicieron bien; se veía que tenían práctica.

"El fuego de los rifles de los botes había cesado y no me cupo duda que sus tripulantes habían sido muertos y todo había terminado. Sería cuestión de momentos el que volestaban procurándose las de los marineros de popa. En Malaita las cabezas tienen gran valor, especialmente las de blanco, y ocupan el lugar de honor en los cobertizos de las canoas de los indígenas de la selva, pero las aprecian tanto como los costeños.

"Sin embargo, tuve la vaga idea de poder escapar; me arrastré hacia el cabrestante, y apoyándome en él, conseguí incorporarme. Desde allí podía ver la popa y ver también tres cabezas sobre el tejadillo de la cabina, las cabezas de los tres marineros a quienes había dado órdenes durante varios meses. Los negros me vieron de lejos y se precipitaron hacia mí. Busqué mi revólver, encontrándome con que me lo habían quisado. No puedo decir que tenía miedo. He estado a las puertas de la muerte en varias ocasiones, pero en ninguna me pareció tan inminente el peligro como entonces. Estaba medio atontado y nada parecía tener mayor importancia para mí.

"El negro que los capitaneaba se armó de una cuchilla de la cocina, y gesticulando como un mono, se preparó a despedazarme. Pero el golpe primero no llegó a caer. Se desplomó sobre cubierta como una masa, y de su boca ví brotar un chorro de sangre. Vagamente oí el disparo de un rifle seguido de otros disparos. Negro tras negro, se fueron desplomando. Mis sentidos empezaron a aclararse, y pude notar que no había un disparo que no fuera seguido de un blanco. Me senté en el puente junto al cabrestante y miré. Encaramado en la cruceta estaba Saxtorph. Cómo había logrado llegar hasta allí es para mí un misterio, porque llevaba dos fincheste rs y no sé cuántos cartuchos de municiones. Y hacía la única cosa en el mundo para la que estaba verdaderamente capacitado.

"He visto combates y encuentros, pero nunca ví cosa semejante. En mi estado de debilidad y semidesmayo, me parecía un sueño. ¡Pum, pum, pum! se oía el rifle, y ¡chop, chop, chop! caían desplomados los negros sobre cubierta. Era asombroso. Despusé de su primera carrera hacia mí, los negros, al ver caer los seis o siete primeros, se habían quedado como paralizados; pero Saxtorph no dejaba en paz el rifle. Por entonces las canoas y los botes llegaban a la playa armados de sniders y de winchesters capturados en los botes. La descarga con que saludaron a Saxtorph fué formidable. Afortunadamente para él, los negros sólo son temibles a poca distancia. No están acostumbrados a echarse el fusil a la cara. Esperan estar cerca de la presunta víctima y disparan con el arma apoyada en la cadera. Cuando un rifle se recalentaba demasiado, Saxtorph tomaba el otro. Por eso había cogido los dos al encaramarse a la cruceta.

"Lo extraordinario era la rapidez de sus disparos y que no fallasen nunca. Si hay algo en el mundo inevitable, lo era ese hombre en aquel momento. La rapidez hacía la matanza inaudita. Los negros no tenían tiempo ni de pensar. Cuando se dieron cuenta, saltaron por la borda atropelladamente, haciendo, naturalmente, zozobrar a las canoas. Saxtorph se detuvo. El mar estaba lleno de ellos y "¡pum, pum, pum! siguió persiguiéndolos con sus balas. Ningún tiro fallaba, y aseguro que podía oir el chasquido de la bala al chocar con el cuerpo.

"Los negros decidieron dispersarse, nadando hacia la orilla. No se veían más que cabezas flotantes y cabezas que dejaban de flotar. Algunos de los disparos fueron magníficos. Tan sólo un hombre llegó a la playa

Pero al tomar tierra, Saxtorph lo alcanzó también. Y cuando un par de negros corrieron a recogerlo, los tendió junto a su camarada.

"Creí que todo había terminado, cuando de nuevo volví a oir el rifle, y la escena se repitió con unos veinte negros que se habían refugiado en la cabina, a medida que iban saliendo para ganar la borda. Saxtorph esperó un rato para asegurarse de que no quedaba ninguna, y entonces bjó a cubierta.

"El y yo éramos todo lo que quedaba del complemento del "Duchess", y yo servía para poco en mi actual estado, mientras que el no servía para nada una vez terminado el tiroteo. Bajo mi dirección, me lavó las heridas de la cabeza y las cosió. Un buen trago de whisky me reconfortó lo bastante como para poder intentar zarpar. No podíamos hacer otra cosa. Todos los demás estaban muertos. Intentamos izar las velas, Saxtorph izando y yo aguantando el cabo, pero él volvía a ser el usual ignorante. No sabía izar, y cuando a consecuencia del esfuerzo me desmayé, la cosa se puso muy fea para nosotros.

"Al recobrar el sentido, Saxtorph estaba sentado en la borda, inerte, esperando que yo decidiese lo que se debía hacer. Le dije que inspeccionase los heridos, a ver si había alguno en condiciones de arrastrarse. Pudo reunir seis. Recuerdo que uno de ellos tenía una pierna rota, pero Saxtorph opinó que podía valerse de los brazos. Me recliné a la sombra, dirigiendo las operaciones, mientras Saxtorph capitaneaba su pandilla de hospitalarios. Que me maten sino hizo estirar a los infelices de cuantas cuerdas encontró en las bordas antes de acertar con las que se requerían. Uno de ellos soltó el cabo a medio izar y cayó muerto sobre cubierta; pero Soxtorph obligó a los restantes a continuar con la faena. Cuando la mesana y la mayor estuvieron izadas, le dije que dejase escapar la cadena del ancla. No sé cómo se las arregló, pero en lugar de hacerlo, soltó la otra, de manera que quedamos doblemente anclados.

"Por fin conseguimos soltar las dos cadenas y poner más o menos en orden el velamen, haciendo rumbo hacia la entrada de la bocana. Nuestra cubierta era un espectáculo. Por doquier, negros muertos o moribundos. Algunos habían ido a morirse en los sitios más inverosímiles. La cabina estaba llena de ellos. Ordené a Saxtorph que aclarase este cementerio, echando los cuerpos al agua, con gran regocijo de los tiburones. Allá fueron vivos y muertos. Naturalmente, hubimos de hacer lo mismo con nuestros cuatro marineros asesinados. No podíamos pensar en enterralos decentemente. Sin embargo, recogimos sus cabezas, poniéndolas en un saco que llenamos de hierro viejo antes de tirarlo al mar, para evitar quef uesen a la deriva a la costa.

"Decidí utilizar como tripulación a nuestros cinco prisioneros, pero ellos decidieron otra cosa. Esperaron una oportunidad y se arrojaron al agua. Saxtorph cazó dos con el revólver, y hubiera cazado los otros tres en el agua, si yo no lo hubiera evitado. Ya estaba cansado de tanta matanza, y además nos habían ayudado a sacar el bergantín de puerto. De todos moods fué inútil la huída porque se los comieron los tiburones antes de llegar a la playa.

"Cuando llegamos a alta mar, yo tenía fiebre cerebral o algo por el estilo. El "Duchess" estuvo al pairo durante tres semanas, hasta que me repuse lo bastante para poder seguir rumbo hacia Sydney. Pero los negros de Malu aprendieron para siempre que no es saludable el atreverse con los blancos. En su caso, Saxtorph fué ciertamente inevitable."

Charley Roberst dejó oir un prolongado silbido y dijo:

—¡Qué duda cabe!... ¿Y qué se ha hecho de Saxtorph?

Derivó hacia la pesca de morsas y durante seis años fué el "as" en las regiones de Victoria y San Francisco. El séptimo año, un crucero ruso capturó su bergantín en el mar de Bering, y la tripulación entera fué deportada a las minas de la Siberia. No he vuelto a saber de él.

—¡Dominar el mundo! — murmuró Roberts. — ¡Dominar el mundo! En fin... a su salud... alguien tiene que hacerlo.

El capitán Woodward se frotó las cicatrices de la calva.

—Yo he hecho mi parte, — dijo. — Este será mi última viaje. Después me iré a Europa a descansar.

—Apuesto lo que quiera a que no lo hace, — dijo Roberts. — Usted morirá al pie del cañón, no descansando en casa.

El capitán Woorward aceptó el rèto; pero, personalmente, creo que Charley Roberts tiene muchas probabilidades de ganarlo.

L ACARTA DE Mc. COY

El peso del cargamento de trigo que llenaba los flancos de hierro del Pyrences le hacía ir muy a ras del agua, siendo tarea fácil para McCoy abordarle desde una diminuta canoa. Cuando sus ojos llegaron a nivel de cubierta de modo que pudo ver dentro, le pareció discernir una indefinible neblina, algo así coco mi ante su vista se hubiera extendidc un tenue y casi impalpable velo, tan vago, que parecía una ilusión de los sentidos. Tuvo instintivamente deseo de pasarse la mano por los ojos para dispersarlo, y a la vez pensó qeu se hacía viejo y tendría que enviar a San Francisco a por unas gafas.

Al saltar de borda dirigió una mirada a la arboladura y después a las bombas. Estas estaban paradas. No parecía que ocurriera nada de particular en el barco, y sin embargo había izado la señal pidiendo auxilio. Pensó en sus apacibles indígenas y férvidamente deseó que no se tratase de epidemia. Acaso el buque estaba falto de provisiones. Saludó al capitán, cuyo fatigado rostro y mirar preocupado no disimulaban el peligro, fuera cual fuera. El recién llegado dióse

MUCHAS PALABRAS

—Mí marido me ha arrojado miles de palabras hirientes a la cabeza.
—¡Qué exageración! ¡Miles de palabras!
—¡Sí! ¡Nada menos que un diccionario así de grueso!

cuenta en este momento de un indefinible hedor.

Miró a su alrededor curiosamente. A veinte pasos, un marinero calafateaba la cubierta. Mientras sus ojos se posaban en el hombre, vió surgir de entre sus manos una ligera espiral de vapor o neblina que pronto se esfumó. Sus pies desnudos percibieron un calor sordo, pero pronto atravesó la callosidad de sus plantas. Ahora se explicaba la naturaleza del peligro en que se hallaba el barco. Su vista erró hacia proa, donde un grupo de marineros de aspecto fatigado le miraba expectante. Su mirada se posó sobre ellos como una bendición, calmándolos, haciéndoles sentir una extraña sensación de paz.

—¿Cuánto tiempo hace que arde? — preguntó el capitán en voz tan suave y tan plácida que parecía un arrullo.

Al principio el capitán se dejó también influir por esa sensación de placidez, pero el recuerdo de todo lo que había pasado y de lo que le quedaba por pasar cruzó por su mente y le perturbó de nuevo. ¿Por qué razón el solo aspecto de ese aventurero de calzones deshilachados y camisa de algadón le sugería paz y contenatmiento a su alma agotada y destemplada? El capitán no razonó así, pero un proceso subconsciente de emotividad causó todo esto.

—Quince días, — contestó secamente. — ¿Quién es usted?

—Mi nombre es McCoy, — fué la respuesta en tono que respiraba ternura y compasión.

—¿Es usted práctico del puerto?

McCoy posó la bendición de su mirada sobre la alta y poderosa figura de un hombre que acababa de presentarse y estaba junto al capitán.

—Soy tan práctico como cualquier otro, ticos, capitán. Conozco estas aguas pulgada a pulgada.

El capitán se impacientaba.

—Necesito entrevistarme con las autoridades; quiero hablar con ellas, y lo antes posible.

—Entonces puede empezar usted.

¡De nuevo esa insidiosa sugestión de paz, con el barco ardiendo como una tea bajo sus pies! El capitán arqueó las cejas impaciente y nerviosamente y su puño se crispó en una vaga amenaza indefinida.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy la primera autoridad, — fué la respuesta en un tono que seguía siendo lo más apacible del mundo.

El fornido personaje que se había unido al capitán soltó una áspera carcajada. Tanto él como el capitán miraron a McCoy con incredulidad y sorpresa. Era inconcebible que semejante desarrapado pudiera ostentar la más alta dignidad de la isla. Su camisa desabrochada dejaba entrever un hirsuto pecho y el detalle de que no podía ocultar su cabello gris y enmarañado. Sobre su pecho caía una barba patriarcal y descuidada. No valía ni dos chelines su indumento.

—¿Pariente del McCoy del Bounty? — pre-

—Era mi bisubuelo.

—¡Oh! — exclamó el capitán, y dándose cuenta al fin, añadió. Mi nombre es Davenport, y aquí, mi segundo, se llama Mr. Konig.

Se estrecharon las manos.

—Y ahora, al asunto, — prosiguió el capitán hablando rápidamente, como si la urgencia del caso influyese en sus palabras. Hace dos semanas que tenemos fuego a bordo. En cualquier momento hará irrupción por todas partes a la vez. Por eso hice rumbo a Pitcairn. Quiero encallar o echarle a pique y salvar el casco.

—Entonces habéis comentido un errror capitán. Hubierais debido ir a Mangareva, donde habríais encontrado una playa ideal en una laguna como una balsa.

—Pero estamos aquí, ¿no es así? — interrumpió el segundo. — Esa es la cuestión. Estamos aquí, y hemos de hacer algo.

—Aquí no pueden hacer nada, no hay playa. No hay ni fondeadero.

—¡Cuentas! — dijo el segundo. — ¡Cuen-

tos! — repitió al notar que el capitán le hacía signos de ser más circunspecto. — No me venga usted con esa clase de historias. ¿Dónde fondean ustedes sus propios botes, sus bergantines o sus balleneras o lo que sea, eh? Contésteme a eso.

Mc Coy sonrió al contestar. Su sonrisa era una caricia, un abrazo, que atrajo al segundo, intentando imbuirle la placidez de su propio corazón.

—No tenemos ni bergantín ni ballenera —replicó — y arrastramos nuestras canoas a la cumbre de la escarpa.

—Tendría que verlo para creerlo — gruñó el segudo. — ¿Cómo van a las otras islas? Diga usted.

—No vamos. Yo, como gobernador de Pitcairn, voy algunas veces. Cuando era más joven me asentaba con frecuencia, a veces en alguna goleta mercante, generalmente en el bergantín de los misioneros. Pero ya no existe, y ahora dependemos de los barcos que pasan. A veces tenemos hasta seis visitas en un año. Otras veces pasa un año entero sin que veamos un barco. El suyo es el primero en siete meses.

—Pretende usted decirme... — insistió el segundo.

Pero el capitán Davenport intervino.

—Basta de esto. Estamos perdiendo el tiempo inútilmente. ¿Qué podemos hacer, Mc Coy?

El anciano dirigió su mirada hacia el ria, y el capitán y el segundo lo imitaron, contemplando primero la solitaria roca que era Pitcairn, y después la tripulación agrupada a proa esperando ansiosa órdenes. Mc Coy no se dió prisa. pensaba lenta y reposadamente, paso a paso, con la seguridad de un cerebro que no perturba para nada la vida.

—El viento es ahora fresco — dijo finalmente. — Hay una fuerte corriente hacia el Oeste.

—Eso es lo que nos ha hecho derivar nacia el Este — interrumpió el capitán, deseoso de vindicar su pericia.

—Sí, eso es lo que les hizo derivar — prosiguió Mc Coy. — El hecho es que no se puede navegar contra esa corriente, y aunque pudierais, no hay playa. El barco se perdería totalmente.

Hizo una pausa, y el capitán y el segundo se miraron trágicamente.

—Pero se puede hacer una cosa. Por la noche, hacia las doce, el viento refrescará. ¿Veis esas nubes y esa neblina por barlovento? De ahí vendrá la brisa del Sudeste con fuerza. De aquí a Mangareva hay trescientas millas. Haced rumbo hacia allá. Encontraréis un magnífico fondeadero para vuestro buque .

El segundo sacudió la cabeza.

—Vamos a la cabina y daremos una ojeada a la carta de navegar — dijo el capitán.

En la cabina, Mc Coy halló una atmósfera angustiosa, irrespirable. Vahos de gases invisibles le causaban un escozor en los ojos verdaderamente doloroso. El puente estaba aun más caliente, casi irrestible a sus pies descalzos. El sudor corria por su cuerpo. Miró aprensivamente a su alrededor. la temperatura era horrible, siendo una maravilla que la carbina no estallase en llamas. Tenia la sensación de estar en un inmenso horno, en el que el calor podía ir aumentando hasta secarle como una hoja muerta.

Levantó un pie, restregándolo contra la pierna opuesta y el segundo rió de una manera salvaje y hosca.

—La antesala del infierno — dijo — El mismo infierno está bajó sus pies.

—Hace calor — exclamó Mc Coy, secándose el rostro con un pañuelo de colores.

—Aquí está Mangareva — dijo el capitán inclinádose sobre la mesa y señalando un punto diminuto en medio de la blancura de la carta — Y aquí, en el camino, hay otra isla. ¿Por qué no arribar a ella?

—Es Crescent Island — contestó Mc Coy sin mirar a la carta. — Está deshabitada y sólo sobresale dos o tres pies del agua, pero sin bocana. Mangareva es el punto más próximo y conveniente para vuestro propósito.

—Vaya por Mangareva — dijo el capitán Davenport, interrumpiendo las objeciones del segundo. — Reuna la tripulación a popa, Mr. Koing.

Los marineros obedecieron de mala gana, simulando una actividad que estaban lejos de sentir. Cada movimiento revelaba su agotamiento. El cocinero salió de su cocina para oir de qué se trataba y el grumete asomó también la cabeza.

(SEGUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

NOTICIAS

RECIBIDAS POR MEDIO DE:

LADRILLOS ECONOMICOS

En Nueva York se han vendido ladrillos, durante los últimos meses, a un precio inferior a su costo.

* * * *

UNA POBLACION BARATA

Durante algunos años los gastos generales de la aldea de West Stogumber, en West Somerset, Inglaterra, han llegado de 1 chelin dos peniques a 2 chelines seis peniques.

* * * *

PERROS EN BAJA

Los perros de Alsacia ya no se pagan tan caros como antes. Antes se pagaba por ellos de 3 a 5 libras esterlinas y ahora se paga escasamente una libra esterlina.

* * * *

SELLOS TRIANGULARES

La tentiva de implantar los sellos triangulares en Africa del Sud ha fracasado por completo. Esos sellos no estaban perforados y había que cortarlos con tijeras.

* * * *

AUTOMOVILES CERRADOS

Los automóviles cerrados son ahora tan populares que el 82 por ciento de los automóviles fabricados en Estados Unidos durante el año 1927 fueron de tipo cerrado.

* * * *

GOLF OBLIGATORIO

El juego de golf es ahora obligatorio en la Escuela Naval de Annapolis (Estados Unidos). Los guardiamarinas deben dar un curso de diez lecciones de golf antes de recibir su título.

* * * *

PARA GUARDAR AUTOMOVILES

Habrá local para 3000 automóviles en el garage de ocho pisos que se está construyendo en Londres, Los coches serán llevados a los distintos pisos por medio de ascensores.

LO QUE CUESTA ENSEÑAR

Inglaterra, gastará en educación primaria, el próximo año 1.017.790 libras esterlinas más que en el pasado año, mientras empleará 603.387 libras esterlinas adicionales en educación superior.

* * * *

HUEVOS EXTRANJEROS

En Inglaterra se consumen varios miles de huevos de procedencia extranjera por año en los mejores hoteles y restaurantes. Son un excelente producto y quitan del mercado los huevos de origen británico.

* * * *

MEDICO BARATO

Los empleados de la posesión que el rey de Inglaterra posee en Sandringham pueden disponer de los servicios de los médicos del rey pagando únicamente dos peniques por familia.

* * * *

ACCIDENTES DE TRAFICO

En los accidentes de tráfico acaecidos en el territorio de Gran Bretaña durante el pasado año, 24.000 personas han sufrido la muerte atropelladas por coches de un pasajero; 10.829 han sido víctimas de bicicletas y 352 han sufrido heridas producidas por sidecars.

* * * *

LOS ADORNOS DE UNA CATEDRAL

La Catedral de Wetminster, Londres, la catedral católica más grande del mundo, costó 250.000 libras esterlinas, pero en adornarla y decorarla se gastaron más de dos millones de libras esterlinas.

* * * *

FUMANDO POR POCO PRECIO

Hay muchas personas que meten monedas falsas o extranjeras en las máquinas automáticas para la entrega de paquetes de cigarrillos cuando no introducen discos de metal que no valen absolutamente nada. En vista de eso las cigarrerías del West End de Londres han suspendido el uso de esa clase de máquinas.

Dando cabezadas

—¡Qué cabezada tan bonita tiene tu caballo!
—Me la regaló ayer el señor...
—¿Y eso?
—Sí estaba durmiendo y ¡claro! todo se volvía dar cabezadas

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

DEJADME, pues terminar mi sueño, — continuó el alemán con su equívoca risita, sueño insensato de todos modos, puesto que muestra a Goezmann con el oído pegado a la puerta de la señora Taureins, y escuchando un diálogo entre el banquero y la marquesa.

—¡Vamos! — exclamó esta última esforzándo una sonrisa que se convirtió en una mueca sobre sus contraídas facciones, — teneis razón, vuestro sueño es un tejido de disparates.

—Habeis dicho la palabra, — prosiguió el alemán; — todavía no sabeis hasta que grado de locura llega; oídme si no. Se opera un cambio súbito de decoración y pasamos al aposento de la señora Taureins, a un comedor cuyo lujo y confort recuerdan.. este mismo, ¡mirad !Allí se encuentran reunidos en la misma mesa los tres personajes de mi sueño: el señor Taureins, la maquesa y Goezmann. Comen, brindan, se divierten cuando de repente este último se saca un revólver del bolsillo, y dice al banquero: "Mi querido señor, tengo el honor de participaros el casamiento del señor Fritz Goezman con la señorita Nanina, marquesa de Santarés, que fué muy famosa hace como seis años, en Barcelona; lo que autoriza a dicho Goezmann a levantaros la tapa de los sesos, en vista del grave atentado que llevais a su honor y consideración, entreteniendo públicamente a su mujer legítima desde hace varios años.

Y uniendo la acción a las palabras, Goezmann se había sacado un revólver, dirigiendo los seis tiros a la cabeza del señor Taureins.

—¡Ah! ¡pero cómo! ¿Qué dice? ¿Qué quiere decir? — exclamó este último echándose vivamente atrás.

Pero la marquesa no tenía palabra que volver. Horriblemente pálida y con los labios del color de la cera, se agitaba convulsivamente.

—Esto es lo que hay — respondió Goezman, quien, por su parte, permanecía completamente sereno; la bella Nanina, comprendiendo todos los servicios que podría prestarle un hombre abnegado y poco escrupuloso tuvo la idea tan profunda como poco común de ligarme irrevocablemente a su persona por medio del casamiento. Quédate en la sombra, déjame hacer fortuna por todos los medios permitidos y otros más, y cuando seamos ricos nos retiraremos los dos a alguna capital, en la que deslumbraremos a los imbéciles, riéndonos de los tontos que se habrán dejado desplumar por mí. Yo soy de una tierra en que no se es supersticioso en materia de moral. Acepté el convenio, y puedo hacerme justicia de que lo he cumplido fielmente en todas las cláusulas que me conciernen; contaba con una leal reciprocidad por parte de mi honorable y legítima mitad y he aquí que en el momento en que podemos ir por fin a gozar en paz del fruto de nuestras pequeñas economías, descubro que toda su gratitud se reduce a quererme recomendar a la solicitud del prefecto de policía. ¡Ah! ¡pero, no! Ese no es mi sueño; me rebelo, y puesto que quereis hacerme banda aparte, ved cuáles son mis condiciones: vosotros ireis juntos por vuestro lado, yo iré solo por el mío; pero para consolorme de mi soledad y poder curar las heridas inferidas a mi honor, necesito un millón. Vos, que sabes mejor que nadie que el honor no tiene precio, señor Taureins, vos sereis el primero en reconocer que mi demanda es muy modesta y no dudo que os apresurareis a satisfacerla.

El señor Taureins y Nanina estaban aterrados, y este discurso fué seguido de un silencio prolongado.

—Pero, — balbuceó el banquero, — ¿dónde quereis que encuentre un millón?

—¡Hombre! — repuso el alemán con la mayor tranquilidad, — en el cofrecito que habeis traído en la mano y que os he visto dejar en el café de enfrente, de donde yo estaba acechando vuestra llegada.

—¡Oh! — hizo Taureins,— os aseguro...

Goezmann montó el revólver y en seguida, con la mayor sangre fría:

—Vos partís a media noche con la señora, — dijo; — yo lo sé. Yo parto a las once, de modo que no tenemos tiempo que perder.

Y apuntando al banquero:

—Quiero el millón inmediatamente, o disparo el tiro; y para haceros comprender que esto va de veras, os advierto que traje conmigo la fe de matrimonio, que, os lo repito, me da el derecho de mataros como a un perro en casa de mi mujer y sin que mi pellejo corra el menor peligro; a no ser así, os tendría lástima, creedlo.

El vanquero comprendió que la amenaza era de veras y que no había que titubear.

Salió y vino luego con una cajita en la mano.

—¡Vamos! — suspiró al abrirla.

Estaba atestada de billetes de banco.

—Mirad, — dijo Goezmann, — dadme, sin contar. Y así lo hizo el banquero.

El alemán se levantó entonces, y sonriendo dijo:

—Y ahora, como habeis sido tan amables conmigo os prometo para muy pronto una buena noticia.

Y salió con su paquete de billetes debajo el brazo.

VIII

LAS MALICIAS DE GOEZMANN

El banquero y la marquesa tardaron mucho en reponerse de la emoción que acababan de experimentar.

—¡Un millón! — prorrumpió por fin el primero como condensando en una sola frase el principal motivo de las reflexiones que lo habían absorbido. ¡Ah! ¡miserable! ¡Me han robado un millón!

—¿Y qué quiere, señor? — exclamó Nanina —es preciso que uno sea justo y confiese sus faltas; Goezmann no es un miserable. Nosotros fuimos los imprudentes; nosotros hicimos mal en no haber desconfiado y haberle dejado sorprender una conversación que debía convertirlo en enemigo probándole que le hacíamos traición. El se ha vengado, nosotros salimos vencidos, resignémonos y tratemos de aprovechar la lección para lo sucesivo. Pero apresurémonos a terminar nuestros preparativos. Enviasteis ya la valija a la estación, ¿no?

—Es decir, que yo mismo la hice transportar en un carruaje público, y no salí de allí sino después de verla registrar.

—¡Bueno! las mías están listas; sólo tengo que aañdir algunas alhajas y partimos.

—Sí, sí, lo más pronto posible, — dijo Taureins, que no dejaba de estremecerse,— yo no podré respirar libremnte sino después que hayamos pasado la frontera.

—¡Pero, hombre! ¡tranquilizaos! — dijo la marquesa, encogiéndose de hombres, — ¿qué podéis temer? ¿Y cómo queréis que nadie tenga sospechas de vuestra fuga?

—Es imposible, porque tomé todas las precauciones y he dado como motivo de mi ausencia, un pequeño viaje de recreo.

—Pues bien, dentro de algunos días ya estaremos en Madrid, y cuando se descubra el tiesto de las flores, ya nosotros nos reiremos de la policía francesa.

—¿Qué hora es? — preguntó el banquero, dirigiendo una mirada inquieta al reloj.

—Las once, voy a mandar por un coche y partiremos.

—Sí, sí, partamos pronto, — murmuró el banquero enjugándose el sudor que le corría por la frente; — estoy muy a disgusto aquí, y quisiera ya hallarme en camino.

Y agitaba el pie febrilmente mientras hablaba.

—Pero, calmáos, pues — le dijo Nanina, — estáis pálido como un muerto y vuestro semblante expresa tan claramente las angustias que os devoran, que un agente de policía os arrestaría a ojos cerrados, convencido de que acabáis de dar un mal golpe.

—¡Un mal golpe! — balbuceó Taureins, dejándose caer en su asiento,— y no se engañaría. A estas horas mi mujer debe haber muerto, ¡muerta por mí!... Y quién os dice que no se haya traslucido.

Al pronunciar estas palabras, se sintió un fuerte campanillazo. El banquero se paró de un salto, y el estremecimiento que lo dominaba desde hacía dos horas redobló de pronto.

—¡Nanina! ¡Nanina! — tartamudeó el banquero, presa de una horrible angustia que le apretaba la garganta, — ¿qué es eso? ¿Qué puede ser eso? ¿Quién puede venir a esta hora?

—Reportáos, hombre, reportáos, el verdugo no ha de ser, — contestó la marquesa con acento despreciativo.

—¡El verdugo, el verdugo! — balbuceó Taureins, sintiendo que las piernas le flaqueaban. — ¡Qué palabras tenéis!...

La puerta acababa de abrirse.

—Os lo suplico, Nanina, andad a ver quién es.

—Bueno voy, — dijo ella saliendo

Un instante después volvía a entrar.

—¿Qué es? ¿Qué es ?— preguntó Taureins con impaciencia desde el sillón donde había vuelto a caer.

—Es la portera.

—¿Qué quiere?

—Trae una carta para vos.

—¿Para mí? — exclamó el banquero espantado, — ¿entonces saben que yo estoy aquí y?...

—Esta carta la acaba de entregar un mozo de café, suplicando a la portera que la subiese inmediatamente.

Y entregó la carta al banquero, que la abrió febrilmente y procuró leerla. Pero en seguida se la tendió a la marqueso, diciéndole:

—¡No puedo, no veo nada, no distingo una palabra, todo lo veo confuso; leed!

—¡Hola! — dijo Nanina estupefacta, — esta es la letra de Goezmann.

—Entaonces ha de contener algo terrible. Le tengo miedo, — dijo Taureins.

—Confieso que no espero nada agradable, replicó Nanina frunciendo las cejas.

Y leyó lo siguiente:

"Mi querido señor Taureins. — Vos y mi bella marquesa, me habéis herido en mi amor propio al negaros a llevarme a España, donde habríamos vivido los tres en una dulce y encantadora intimidad. De modo que, cediendo a un movimiento de despecho muy natural, me he vengado, por medio de una picardía... que estáis muy lejos de sospechar y que os voy a manifestar confidencialmente. Primeramente tuve la intención de denunciaros como el autor de la muerte de la señora Taureins, dando detalles sobre la naturaleza del veneno, sobre sus efectos y el modo cómo fué empleado; pero he renunciado a este proyecto, y tengo el placer de tranquilizaros sobre este punto, dandóos las mejores noticias sobre la salud de vuestra mujer, que no ha sido absolutamente envenenada, por la sencilla razón de que la esmeralda estaba vacía cuanpo os la dí.."

—¡Salvada! ¡salvada! — gritó la marquesa furiosa. — ¡Ah! ¡miserable! ¡cómo nos ha burlado! — Y continuó leyendo:

"Veo desde aquí esa querida marquesa saltar como una leona cuando le arrebatan la presa; pero continúo. Si he renunciado a esta venganza, como digo más arriba, es que encontré una pequeña bellaquería, infinitamente más divertida; no sé si seréis de mi parecer; en fin, aquí la tenéis. Después de haber recogido mi esmeralda vacía, tuve la idea de llenarla, con la esperanza de encontrar muy pronto el empleo de su contenido. La ocasión se presentó, efectivamente, casi en seguida. ¿Os acordáis, mi querido señor Taureins, que al llegar vos a casa de la marquesa, me apresuré a ayudaros a sacar el pardesus, y que con los apuros os hice en la mano un insignificante rasguño, que me valió de vuestra parte el epíteto algo fuerte de animal? ¡Y bien! aquel rasguño no era causado por la uña, como os lo hice creer entonces, sino por mi esmeralda, de la que vuestras venas acaban de absorber el contenido."

—¡Gran Dios! — exclamó el señor Taureins, parándose de repente y mirándose la mano en que todavía se notaban rasgos de sangre; — ¡pero entonces estaría perdido!

Y añadió, pasándose la mano por su frente abrasada:

—¡Oh! no, no, es imposible, ha querido espantarme y nada más.

—Es posible, dijo la marquesa mirando al banquero con singular expresión; yo os encuentro muy pálido; pero continuemos leyendo, y tal vez nos haga saber que todo esto no es más que una broma atroz.

Y leyó:

"Ignoro si mi veneno surtirá efecto, pero los signos para conocerlo son estos: 1o. escalofríos más y más violentos a medida que el sujeto se va acercando a la catástrofe final; 2o. palidez cadavérica, 3o. debilidad general; 4o. sudor muy copioso; 5o. en fin, y último síntoma, procediendo la muerte de diez minutos escasos, espantosa contracción de los músculos de la cara que se desfigura, se reduce, se arruga y se transforma hasta el extremo de no tener ya nada de humano y en medio de las más atroces torturas del sujeto".

—¡Ah! ¡estoy perdido! ¡estoy perdido, murmuró Taureins, levantándose bruscamente y corriendo como un loco a lo largo del comedor; todos estos síntomas hace una hora que los estoy sintiendo, y ya experimento en la cara...

Corrió a ponerse delante de un espejo y entonces lanzó un grito desesperado.

La boca empezaba a retorcérsele horriblemente.

—¡Ah! ¡esto es horrible! ¡esto es horrible! exclamaba enjugándose el sudor que inundaba su semblante descolorido.

Echóse encima de un sillón, en el que se retorcía presa de dolores que le arrancaban espantosos aullidos.

—Veamos, veamos, dijo la marquesa, cuya temblorosa mano, apenas podía sostener la carta; leamós hasta el fin y tal vez sabremos...

Y continuó la lectura:

"Moriréis al menos con esta idea consoladora que desde vuestro último suspiro datará la felicidad de vuestra mujer, quien en presencia de vuestro cadáver — cadáver poco interesante — no podrá menos que pensar en que ya nada la separa de su querido Pablo, nada más que el plazo legal de diez meses. Otra idea no menos agradable, y que suvizará singularmente las horrorosas torturas que os prometo antes de morir, vuestra digna compañera asistirá tranquilamente a esta agonía terrible, tal vez ni aguardará el fin para llevarse el millón que os queda, y que a su ojos, es vuestro único mérito, no os quede la menor duda. Y ahora que os he procurado una muerte tan horrible como puede desearla un enemigo. os quiero dejar una palabra consoladora para concluir. La amable criatura que no aprenderéis a conocer sino a la hora de pasar a un mundo mejor, va a tener, ella también, una pequeña sorpresa inventada por mí, que me valdrá, así lo espero, todo el odio y todas las maldiciones de que es capaz su benigna naturaleza."

Al terminar de leer la carta, la marquesa dirigió una mirada al señor Taureins.

Se estaba retorciendo en el suelo, dejando oir gritos sordos y roncos como una bestia feroz.

Ella lo contempló friamente. En seguida fué a tomar, de encima un mueble, el cofrecito de ébano de donde el banquero acababa de sacar el dinero para el alemán, y llamó a su camarera:

—María, ¿han bajado mis baules?

—Sí, señora.

—¿El coche está abajo?

—Sí, señora.

—Partamos.

Y pasando por encima del cuerpo del banquero, que se había arrastrado hasta sus pies, salió resueltamente con el cofrecito debajo del brazo.

IX

LA SORPRESA

Eran las once y tres cuartos de la noche cuando Nanina llegaba acompañada de su camarera a la estación del ferrocarril de Orleans.

No se había fijado, al salir, que a veinte pasos de sus casa se estacionaba un carruaje, el cual salió detrás del suyo y la siguió hasta la estación, donde igualmente se detuvo.

—¿La señora toma el tren de las doce? — le preguntó el changador que acudió a abrir la portezuela y a hacerse cargo de los baules.

—Sí, respondió la Rubia saltando del coche con su cofrecito de ébano en la mano.

—Entonces la señora no tiene un minuto que perder para hacer registrar el equipaje.

—Bueno. Andad pronto.

Y, dirigiéndose a la camarera:

—María, sigue a ese hombre mientras yo voy a tomar los boletos.

María se fué con el changador que llevaba un baúl a cuestas.

Algunos minutos después se le reunía su patrona, que, con los boletos en la mano, venía á hacer registrar sus valijas.

Terminada esta operación, dijo a María:

—Ahora, vámonos pronto al salón de espera.

Iban a alejarse de allí, cuando dos individuos que las seguían de lejos, desde su entrada en la estación, se aproximaron a ellas.

—Señora, le dijo uno de aquellos hombres, ¿sois efectivamente la marquesa de Santarés

—Sí soy, respondió Nanina mirando a aquél hombre de pies a cabeza.

—Entonces, señora, repuso éste, tened la bondad de seguirnos.

—¡Seguiros! exclamó la bella Rubia, dando un paso atrás, ¿a dónde, si os parece?

—Por de pronto, a vuestra casa, señora.

—¡A mi casa! ¿Y para qué? preguntó ella con altanería.

—Eso lo sabréis cuando estemos allí.

—¡Pero, señor, sin duda os engañáis, debo ser víctima de algún error, andad con cuidado!

—Sois la marquesa de Santarés, como vos misma acabáis de reconocer; no puede haber pues, error ninguno, y es en nombre de la ley que os intimo a venir conmigo.

—¡Y bien! señor, exclamó la marquesa que se había puesto pálida, pero que esperaba a intimidad al agente a fuerza de aplomo, os repito que este arresto es el resultado de algún error, y os declaro que os responsabilizo por las consecuencias que podría acarrear un retardo en...

—Perdonad, señora, interrumpió el agente con tono breve, no tenemos tiempo de discutir, hacedme, pues, el favor de seguirme.

—No; dijo Nanina, armándose de una indomable energía en el mismo peligro que presentía, sin sospechar todo el alcance; emprendo un viaje de la mayor importancia, no tengo nada que aclarar con la justicia y quiero partir.

—Señora, le dijo el agente de policía bajando la voz, sentiría en el alma tener que hacer uso de la violencia para obligaros a seguirme, pero empezamos a llamar la atención de la gente, y voy a verme obligado a pesar mío.

Efectivamente, se habían reunido ya una veintena de personas al rededor de ellos, lo que la espantó, y comprendiendo además que toda resistencia sería inútil y de funestas consecuencias para ella misma, dijo al agente:

—Os sigo, señor, pero acordaos de lo que os he dicho, cometéis un gravísimo error y os hago a vos responsable...

—Acepto la responsabilidad, pero partamos, señora.

El se puso a la derecha de la marquesa, su compañero se aproximó a la camarera, y se dirigieron así los cuatro hacia el carruaje que los esperaba en el patio de la estación.

—Perdonad, dijo el agente que acompaba a Nanina, permitidme que os desembarace de esa cajita que parece muy pesada y debe fatigaros.

—Son mil alhajas, dijo ella, tratando de sustraerse a aquel acto de cortesía.

—Ya os serán devueltas si hay lugar a ello, dijo el agente apoderándose casi a pesar de ella del precioso cofrecito.

Esta insistencia fué un rayo de luz para Nanina.

—¡Ah! ¡ahora lo comprendo todo! se dijo estremeciéndose. es la sorpresa con que me amenazaba ese miserable en su carta; ¡oh! ¡qué infame!

Llegados al pie del carruaje que los estaba esperando, los dos agentes se apartaron galantemente a un lado para dejar subir primero a las señoras, después se sentaron en frente de ellas, el cochero castigó a sus jamelgos, y el vehículo partió rápidamente.

Media hora, después, llegaba al extremo de la calle Blanca, a la puerta de Nanina.

Con gran sorpresa de esta última, la casilla de la portera estaba iluminada, y una quincena de personas había aglomeradas en el vestíbulo.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene! — cuchilleaban aquellas personas, en cuanto la vieron llegar.

—¿Qué gentes son esas? — murmuró Nanina con temor.

—Los inquilinos de la casa, respondió María.

Al mismo tiempo salía de la portería un hombre vestido de negro, y ceñido con una faja tricolor.

—Señor comisario, le dijo uno de los agentes, aquí está la señora marquesa de Santarés.

—Está bien, subamos, respondió el magistrado.

—¡El comisario! exclamó la marquesa poseída de un súbito temblor nervioso, ¿qué me quiere?

Llegados al segundo piso, que era donde

vivía Nanina, ésta fué requerida por el magistrado para que abriese la puerta.

Ella obedeció y pasó adelante, seguida del comisario, de los dos agentes y de la camarera.

Esta última provista de una palmatoria que le había proporcionado la portera.

—Sentaos, señora, dijo el magistrado a Nanina, que había perdido todo su aplomo.

Obedeció maquinalmente. En seguida, paseando a su alrededor una mirada inquieta:

—¿Qué quieren de mí? ¿Qué significa todo esto

—Señora, le dijo el comisario, se os acusa de haber envenenado al señor Taureins, con el objeto de apropiaros de una suma de un millón que traía consigo al venir esta noche a comer aquí.

—¡Yo! ¡yo! exclamó la marquesa horrorizada, ¿yo acusada de asesinato?

—El cuerpo de la víctima debe estar todavía aquí, repuso el magistrado haciendo una seña a uno de los agentes.

Este levantó la luz por encima de su cabeza, recorriendo con la mirada toda la pieza.

—Allí abajo, en aquel rincón, dijo, hay algo que parece un cuerpo humano.

Y se aproximó al objeto que señalaba, seguido de su colega y del comisario.

El cuerpo estaba tan extrañamente enroscado en sí mismo, que la cabeza se había doblado en las rodillas que tocaban a la nuc.

—Colocadlo de manera que se le pueda ver la cara, dijo el comisario al agente.

Este se arrodilló junto al cuerpo y trató de "desenroscarlo". Pero la rigidez de la muerte y quizá también la violencia del veneno, lo habían puesto tan tiesc que fué preciso grandes esfuerzos para enderezarlo. Cuando por fin, pudo el rostro estar expuesto a sus miradas, el comisario y los dos agentes dejaron escapar un grito de horror.

Es que era imposible reconocer allí un rostro humano.

Todas las facciones contraídas, trastornadas, estiradas y entreveradas unas con otras ofrecían un caos deforme y asqueroso, en que todo: la nariz, la boca, los ojos, la frente, las mejillas, los pómulos y la barba, formaban aquí y allí agujeros y bultos indescriptibles y horrorosos.

—¿Es ese, en efecto, el señor Taureins? — preguntó el comisario a la marquesa.

—Sí, señor, respondió ella echando una mirada rápida al lado del cadáver.

—Muerto envenenado, no podéis negarlo, pues basta mirar esta cabeza para...

—Sí, señor, respondió Nanina, con aire abatido.

—¡Ah! ¿conque confesáis, por fin, haberlo envenenado?

—¡Yo! ¡niego esto, es falso! ¡no fuí yo! exclamó Nanina, levantándose de repente.

—¿Dónde está el cofrecito de ébano? — preguntó el comisario al agente.

—Aquí está, respondió éste poniéndolo a la vista del comisario.

—¿Tenéis la llave de este cofrecito, señora? preguntó el magistrado a Nanina,

—Sí, señor.

Y sacándose la llave del bolsillo, se la pasó al comisario, que abrió el cofrecito.

—Señora, continuó diciendo el magistrado señalando los billetes de banco, ¿este cofre y su contenido pertenecían al señor Taureins

—Sí, señor, pero él me había...

—Permitidme hablar. ¿El señor Taureins viene a comer a vuestra casa con un cofrecito que contiene un millón, algunas horas después se le encuentra muerto en vuestro mismo comedor, que vos abandonáis precipitadamente llevándoos ese millón, sin preocuparos del cadáver que dejáis en vuestra casa, y pretendéis no ser la autora de este envenenamiento? Veamos, señora, ¿qué tenéis que oponer a las pruebas que se elevan contra vos?

—¡Lo que tengo que oponer! exclamó la Rubia Nanina, cuya frente se iluminó bajo el imperio de una inspiración súbita; un testimonio elocuente de mi inocencia, una carta del miserable que me ha denunciado, carta en la que se reconoce autor del envenenamiento del señor Taureins. Tomad, aquí está la carta, os la voy a mostrar.

Y con la cara radiante, se puso a buscar la carta del alemán.

Transcurrieron cinco minutos.

La carta no aparecía.

—¡María! ¡María! ¡ayúdame, pues, a buscar esta carta! ¡La necesito! gritaba Nanina con una impaciencia febril.

—Pero, dijo María después de buscar algún tiempo, ahora me acuerdo que la señora la echaba al fuego cuando yo vine a prevenirla de que el coche estaba esperando.

—¡Ah! es cierto, también lo recuerdo, exclamó la marquesa, retorciéndose los brazos desesperadamente; era aquella la carta, sí. ¡Ah! ¡desgraciada de mí, qué es lo que he hecho!

—Sólo podía ser esa la carta, dijo sonriendo el comisario.

Luego, cerrando el cofre y poniéndoselo debajo del brazo:

—Vamos, señora, es preciso partir.

—¿A dónde me lleváis, pues, señor? preguntó Nanina fijándole la vista con aire azorado.

—A la prefectura de policía, señora.

Al oir estas palabras, Nanina lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo, presa de un violento ataque nervioso.

X

REVELACION INESPERADA

Al día signuiente de aquel en que pasaron los acontecimientos que acabamos de referir, Rocambole, Alberto, Milón, la señora Tauseins y Vanda estaban en la mesa y acababan de almorzar, esta última teniendo a su lado a la pequeña mudita, cuando entró el doméstico y entregó a Valentina una carta que acababa de traer el cartero.

Estaba franqueada en París y traía este raro sobre:

"A las señora viuda Taureins
Calle Amelot, en casa
del señor Portal"

—¡Viuda! — exclamó Valentina; — ¿pero quién puede permitirse semejante broma?

—Sin duda una persona muy enterada de vuestros asuntos, — dijo Rocambole, — y que quiere aludir a vuestra reciente separación.

—Eso será, — dijo Valentina abriendo la carta.

La desdobló, diciendo a los que la rodeaban:

—Aquí no tengo sino amigos fieles, escuchad,pues, la lectura de esta carta, cuyo contenido quiero que conozcáis al mismo tiempo que yo, porque hasta ignoro quién la ha escrito, pues viene sin firma.

Y leyó lo siguiente:

"Señora, os habéis sentido conmovida de la grandeza de alma de que ha dado prueba el señor Taureins, en la entrevista que tuvisteis con él en casa del señor Chautard; conmovida hasta el punto de que consentisteis en darle la mano, como prenda de olvido y de perdón.

"Siento en el alma arrancaros una ilusión, señora, pero es preciso que conozcais el secreto de la generosidad el señor Taureins, y el verdadero móvil que lo impulsó a proponeros una cita en casa del abogado, bajo el pretexto de la seperación. Todas las medidas estaban hábilmente tomadas para inspiraros una absoluta confianza, ¿no es verdad, señora? p ño podíais sospechar que allí se encerraba una combinación diabólica cuyo verdadero objeto era llegar a aquel apretón de manos en el que vos no habíais visto más que un accidente sin importancia, y que debía daros la muerte con tanta seguridad como una puñalada en el corazón..."

—¡Gran Dios! — exclamó Valentina estremeciéndose.

—¡Enhorabuena! — dijo Rocambole. — Aquella generosidad me había desconcertado. Ahora ya reconozco a mi Taureins. Pero vamos a ver de qué manera podíais morir de un apretón de manos.

Valentina continuó leyendo la carta:

"Ved lo que había imaginado la marquesa de Santarés: posee un estuche con una alhajita única en su género: una esmeralda hueca tallada muy hábilmente en punta y conteniendo un veneno, que cuando se aprieta aquella punta en la epidermis, se infiltra en la sangre y ocasiona la muerte en menos de dos horas. Se había convenido entre la marquesa y vuestro marido, que éste, en el asunto que debía reuniros en casa del doctor Chautard, se portaría lo más noblemente posible par poneros en la imposibilidad de negarle la mano al despediros, y él la estrecharía con efusión de modo de hacer penetrar en la palma de vuestra mano la punta de la esmeralda que él llevaría puesta con la punta hacia dentro, es la suya. Es lo que debió suceder y debisteis notar un poco de sangre....

La señora Taureins se interrumpió, poniéndose pálida de repente.

—En efecto, — dijo — y aquella gota de sangre que vi en la palma de la mano!

—Tranquilizaos y continuad leyendo, — dijo Rocambole — Ese veneno mata en dos horas y vos gozáis de excelente salud.

Valentina continuo, no sin alguna aprehensión:

"Afortunadmente el que os escribe estas líneas y en quien vos habéis visto siempre vuestro enemigo mortal, había puesto la esmeralda inofensiva, caviándola antes de entregarla a vuestro marido, que os creía muerta a las dos horas de haberos dejado en el estudio de vuestro abogado. Pero ved, señora, los vaivenes de la muerte: aquella misma noche el veneno que debía mataros se infiltraba en las venas de otro, y ese otro, muerto en medio de torturas espantosas a la hora en que recibíais esta carta, era el señor Taureins. Y aquí tenéis la explicación del sobre.

"Señora viuda de Taurins"

—¡Muerto! ¡ha muerto! — exclamó Valentina.

Y se sintió en seguida atacada por un temblor nervioso a esta noticia tan inesperada.

—No os había dicho yo que en ese medio criminal e infame, estaba siempre amenazado de algún fin terrible? — hizo observar Rocambole.

Valentina no respondió. Había caído en un estado de estupor que por algunos instantes al menos, parecía entorpecerle el uso de sus facultades.

—Esta noticia os ha impresionado y os pone en la imposibilidad de continuar la lectura, señora, — le dijo Rocambole; — queris permitirme que yo continúe?

Valentina le tendió la carta sin decir nada.

Rocambole leyó:

"Naturalmente, la marquesá de Santarés, fué la encargada de esta pequeña operación, pero es preciso reconocer que el señor Toureins tuvo un poco de culpa. Tuvo la imprudencia de traer un millón con el cual debían trasladrse a España, en donde se casaría con ella, después de consetatar vuestra muerte. La marquesa, que sabe contar, ha preferido quedarse ella sola con el millón, cuyo cebo podía decidir a algún duque o grande de España a darle su nombre y su título, y esto es lo que la determinó a desembarazarse del señor Taureins, a quien, por lo demás, nunca había podido sufrir. Pero, según se dijo en alguna parte, el reinado de los malvados es de corta duración, y la exactitud de este axioma se va a comprobar esta misma noche en la persona de esta querida marquesa de Santars, quien, si he de creer ciertos presentimientos, podría muy bien ir a pasar la noche en la cárcel, en espera del patíbulo, o la cadena perpetua, término lógico de una vida como la suya, pero que está muy lejos de los sueños en que se había mecido, y que se hubieran realizado sin la inesperada intervención de ños importunos, yo y la Providencia. Regocijáos, pues, señora, nada os impide realizar vuestro sueño, casándoos con vuestro querido Pablo, y ya no teniés que temer el ser turbada en vuestra felicidad, ni por el señor Taureins, que ha muerto, ni por la marquesa que la ley obligará a pronunciar votos eternos, ni por mí, que me llevo a tie-

rra extraña el recuerdo "indeleble" de vuestras bondades: los dos surcos sangrientos impresos por el látigo del señor Portal.

—¡Es Goézmann! —exclamó Valentina.

—Ya lo había adivinado hace rato, — dijo Rocambol.

—¡Qué cosa tan extraña es el Destino! — murmuró Valentina. — En este momento yo debía estar en la sepultura, y de los tres miserables que querían perderme y no dejaron de perseguirme con su odio, el uno ha muerto, el otro va a ser castigado por la ley, y el tercero está fugitivo, expuesto también a caer en manos de la justicia; y todo esto en el espacio de pocas horas!

—Sí, — dijo Rocambole — quien hubiera podido pronosticar a ese terrible trío lo que les sucede hoy. Pero continuó:

"Ya estáis pues, señora, libre de tres enemigos mortales, pero no os creáis por esto fuera de todo peligro, sino que el peligro será de otra índole, y nada más."

—¡Todavía! — exclamó Valentina con un vivo sentimiento de terror.

—¿Qué otros enemigos podéis temer? — dijo Rocambole. — Veamos, Goézmann nos lo hará saber.

Y leyó aun:

"Antes de que la marquesa se encargase de suprimir a vuestro esposo, dos hombres me habían pagado para llenar esta tarea: se llaman sir Ralph y Mac Field.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! — hizo Rocambole. — Esto es otro cantar.

"Lord Mac Field quería haceros viuda a fin de ofreceros su mano; no porque codiciase la fortuna de vuestro marido, que sabía estaba muy enredada; no que estuviera enamorado de vos; es demasiado positivo para ello, sino porque esta unión entra en un vasto plan concebido por estos dos aventureros para acaparr la inmensa fortuna de cierto tío de América, llamado Valcresson: fortuna cuya quinta parte, o sean dos a tres millones, es vuestra parte de herencia. Es el mismo móvil que impulsa a sir Ralph, recomendado por el señor Badoir, a querer a todo precio, y de buen o mal grado, casarse con la señorita Tatiana Valcresson, que es por esto que acaba de comprometerla públicamente por no sé qué medio. Supe todo esto, por una conversación que sorprendí entre esos dos hombres y el señor Badoir, un día que Mac Field me esperaba para hablarme del señor Taureins, conversación en la cual se trataba también de una tal Luisa Prevot y de su hija, pero ignoro a propósito de qué."

Las facciones de Rocambole se iluminaron progresivamente a medida que fué leyendo esta última parte de la carta del alemán, y en sus ojos resplandecía la alegría del triunfo.

—¡Ah! ¡Pero, — exclamó — he aquí unas revelaciones tan preciosas como inesperadas! ¡Es todo un mundo nuevo que se abre delante de mí; es un torrente de luz que me llega y me alumbra la verdad que buscaba inútilmente desde hacía tanto tiempo! La herencia de Valcresson; doce o quince millones, parece. Esto lo explica todo: los dos complots organizados contra Tatiana y la marquesa de Sanabria; el rapto de la pequeña Juanita, hija del llamado Valcresson; la locura y la fuga de Luisa Prevot, resultado fácil de prever y ardientemente deseado, puesto que el matrimonio de ésta con su tío destruía todas las esperanzas. En fin, ya no camino en las tinieblas, ya sé lo que quieren, ya sé dónde voy y a dónde debo herir. ¡Ah! ¡si yo viese tan claro en el misterio que envuelve el drama urdido alrededor de Tatiana!

—Y es sumamente urgente, — dijo Alberto —porque tratn de hacer publicar las amonestaciones la semana próxima, y dentro de quince días se habrá realizado la odiosa unión. De modo que la pobre niña no sale de su cuarto, donde llora noche y día; su desesperación es tanta, que se teme por su razón.

En este momento se abrió la puerta y el doméstico anunció:

—El señor y la señora Mauvillars.

—Que pasen al salón, — dijo Rocambole

Pero como venían detrás del doméstico, entraron en seguida.

Eran los dos ancianos: los abuelos de Tatiana.

XI

LOS ABUELOS MAUVILLARS

Como de ocstumbre, los dos ancianos se distinguían por unos atavios, cuya moda remontaba a los tiempos de su juventud, que hacía resaltar aún más la expresión ingenua y profundamente venerable de toda su persona.

En aquellos vestidos de otra edad, brillaba una limpieza meticulosa y les daba aquella apariencia de los retratos de familia, perfectamente barnizados y cuidadosamente desempolvados.

La abuela llevaba al brazo izquierdo una especie de saco, conocido en otro tiempo con el nombre de "ridículo", y lo acariciaba con la vista, como si hubiese contenido algún objeto precioso.

Ambos parecían agobiados bajo el peso de una tristeza que comunicaba a su bondadosa y leal fisonomía, algo conmovedor.

Todo el mundo se había puesto de pie a su entrada y continuaba en la misma actitud.

—Os lo ruego, os lo ruego, señoras y caballeros, — dijo el abuelo, todo confuso con las atenciones de que era objeto, dignáos tomas asiento, siento infinito causar la menor incomodidad a nadie.

Por su parte, la abuela se deshacía en reverencias.

—Señor Mauvillars,—dijo Rocambole, dando un paso hacia la puerta, os han introducido aquí por equivocación; dignaos pasar al salón, voy a acompañaros.

—No, no, — repuso el anciano — aquí estamos perfetamente, y quiero hablaros delante de vuestros amigos; tal vez tenga necesidad de ellos para que intercedan en mi favor y apoyen la demanda que vengo a haceros.

Y añadió, mirándolo tímidamente.

—Porque vos sois efectivamente el señor Portal, ¿verdad?

—Sí, señor, — contestó Rocambole aproximando dos sillas.

—Gracias, señor, pero queremos permanecer de pie; venimos como peticionantes, y es la actitud que nos corresponde.

Y añadió a continuación:

—Señor Portal, ¿conocéis a nuestra nieta Tatiana?

—Sí, señor, — dijo Rocambole — tuve el honor de verla en el baile del señor Mauvillars, y, como todos los que la han visto sólo una vez...

—¿La queréis, verdad? — dijo vivamente el anciano.

Y volviéndose a su mujer, le dijo con una emoción que hacía temblar su voz:

—¿Yo oyes, Felicia? El señor Portal quiere a nuestra Tatiana; esto ya es de buen augurio.

—¿Y quién queréis que no la ame, a la pobrecita? — replicó la viejita.

—Señor Portal, — replicó el abuelo, — ¿tal vez conocéis la desgracia que ha sucedido a la pobre niña?

—¿Os referís a la extraña aventura con sir Ralph?

—Aventura que la obliga a aceptar por marido a un hombre que aborrece.

—Ya lo sé, señor.

—Pero ella es inocente, señor Portal, — exclamó el abuelo con energía.

—Yo lo sé mejor que nadie y lo juraría por lo más agrado que hay en el mundo, por más que me sea imposible producir una prueba de ello.

—¡Ah! señor, os partiría el corazón verla llorar porque no hace otra cosa noche y día, y la pobrecita a quien habéis conocido tan fresca y risueña, está tan triste y descolorida que no la reconoceríais. Si es preciso que se realice esa odiosa unión, no podrá sobrevivir, la pobrecita, señor, y no tenemos que hacer más que dejarla morir. ¿Qué queréis que sea de nosotros en este mundo si ella falta, nosotros que sólo vivimos para contemplarla, para regocijarnos con sus alegrías y llorar con sus dolores? Escuchadme, señor, voy a deciros lo que nos trae junto a vos. Conocemos al señor Santiago Turgis, un excelente y bravo mozo que ama a Tatiana casi tanto como nosotros, y nos dijo esta mañana: "No hay más que un hombre que pueda salvarla, si es posible hacerlo, y ese hombre es el señor Portal".

Entonces yo dije a mi mujer:

—Oyeme, Felicia, te vistes, nos vestimos los dos y nos trasladamos a casa del señor Portal. Nos arrodillaremos delante de él para rogarle que salve a nuestra adorada Tatiana. Somos viejos y tendrá lástima de nuestro dolor...

Un sollozo le cortó la voz.

Mientras estuvo hablando, se había sacado el pañuelo del bolsillo, con el que se enjugaba las lágrimas.

Era un gran pañuelo a cuadros, que comprimía entre sus manos de tal manera que le daba la figura de una bola y perfectamente lisa al exterior; especie de capricho que siempre le habían conocido y que, practicado en aquel momento solemne, en medio de aquel inmenso silencio, excitaba a la vez las lágrimas y las sonrisas.

—Amiga mía, — dijo el anciano a su mujer, junta tu voz a la mía para rogar al señor Portal.

Los dos cayeron en seguida a los pies de Rocambole.

—¡Ah! señor, señor, exclamaba la abuela sollozando, salvad a nuestra adorada Tatianita, y toda nuestra vida la pasaremos bendiciéndoos, y esto os traerá felicidad, señor, porque habreis hecho una buena acción.

—Señora, — exclamó Rocambole, inclinándose hacia ella para levantarla, — sentáos, os lo ruego.

—No, señor, no, — replicó el abuelo, — Felicia y yo permaneceremos así hasta que nos hayáis prometido salvarla.

Luego, dirigiéndose a su mujer, que había tomado una mano de Rocambole y la inundaba de lágrimas:

—Dame el saco, amiga mía.

La abuela le alcanzó el ridículo que llevaba en el brazo. El anciano sacó entonces un atado de papeles doblados y atados con un hilo, y ofreciéndolos a Rocambole:

—Tomad, señor Portal, toda nuestra fortunita está aquí; todas las economías de cuarenta años. Hal ciento veinte mil francos, aceptadlos, los sacrificamos con gusto por salvar a Tatiana.

—¡Ah! señor, podis tomarlos, nosotros no los necesitamos; soy viejo, pero todavía soy fuerte y puedo trabajar. Conozco la tenaduría de libros, tengo buena letra y puedo ganar dos mil francos anuales, ¿y qué más necesitamos para vivir? No tendremos sirvienta; pero mi pobre mujer tiene buenta salud y se sacrificará gustosa por su Tatianita.

—¡Ah! señor, — decía la anciana prorrumpiendo en sollozos,—con qué gusto serviría hasta en una casa extraña, si a este precio pudiera volver a ver la sonrisa en los labios de mi pobrecita nieta.

—Señores, — prosiguió a su vez el abuelo, secándose los ojos con el pañuelo, — que no cesaba de doblar y redoblar entre sus manos; — si supierais que buen corazón tiene y cuanta es su amabilidad y cuánto nos quiere. ¡Qué natural y excusable os parecería lo que hacemos por ella! ¡Lo primero que vemos al despertar es a ella, su hermoso semblante sonrosado y sonriente, que viene a abrazarnos y explicarnos todos sus sueños, todos sus pensamientos y sus impresiones de niña; todo esto sale espontáneamente de su inocente y cándido corazón, como sale el perfume del cáliz de las flores, porque ella no tiene nada que ocultar, la pobrecita, después nos vuelve a abrazar, y se va, dejándonos felices, pero tan felices que cada vez no hacemos más que mirarnos sin poder decir nada más que estas palabras: ¡pobra angelito! ¡pobre Tatianita! De modo, que así nos deberá la salvación a nosotros solos, y así lo hemos determinado. ¡Oh! ya sé que mi hijo no ha de querer que yo trabaje, ni que mi buena esposa se im-

ponga ninguna privación, y él es bastante rico para subvenir a todas nuestras necesidades, pero nosotros queremos sacrificarnos, todo nuestro orgullo y alegría consistirá en padecer por nuestra querida Tatiana.

Al ver a los dos ancianos de rodillas y sollozando a los pies del señor Portal, todos los testigos de aquella escena se habían conmovido profundamente.

El mismo Rocambole se hallaba poseído de una emoción que en vano trataba de disimular.

—Os lo repito, — dijo a los ancianos — siento el más vivo interés por la señorita Tatiana, — me ocupo ardientemnte de este asunto, y no perdonaré medio para salvar a vuestra nietecita de la desgracia de que se halla amenazada; pero, os lo suplico, levantáos por de pronto, y después, no me hagáis la afrenta de ofrecerme vuestra foruna para decidirme a hacer lo que considero como un deber.

Al decir esto, ayudaba a la abuela a levantarse. Su marido estaba ya de pie.

—¡Dios mío! señor, — dijo todo confuso y creyendo evidentemente haber lastimado a Rocambole, — no he querido ofenderos, creedlo, estaría desesperado si pudieseis creer mi ánimo ha sido ese... pero he creído que para llegar a descubrir la verdad, habrá que dar pasos... hacer gastos... ganar tal vez algún sirviente... en fin, fué únicamente con esta idea...

—No hablemos ya más de esto, señor Mauvillars, — dijo Rocambole sonriendo, — os habéis equivocado, y nada más; pero el móvil que os ha impulsado a hacerme este ofrecimiento, no puede ser más noble y generoso para que yo pueda guardaros ninguna clase de resentimiento.

—¿Y me prometeis salvorla? — preguntó el abuelo.

—Lo que puedo prometeros es hacer todo cuanto estará en mi poder y ocuparme de ella como si fuera, no mi hija, sino mi nieta; ¿no es cuanto se puede decir?

—Sois la bondad personificada, señor Portal, y os dejo lleno de confianza.

—Oidme, señor Mauvillars, si sólo se tratase de impedir esa unión, muy pronto estaría hecho; me transladaría a casa de vuestro hijo, esperaría allí a sir Ralph, y lo echaría a la calle con una sola palabra. Pero esta no es la cuestión; sea lo que fuere este hombre, el señor Mauvillars ha resuelto que, habiendo perdido la reputación de la señorita Tatiana, está obligado a rehabilitarlo, casándose con ella, que es precisamente el fin que se propuso el miserable con la infame maquinación cuyo misterio tratamos de descubrir; ahora bien, lo que hay que buscar y lo que yo busco es la explicación de ese misterio, de donde ha de salir, pura y sin tacha, la inocencia de la niña. Y solamente entonces, es cuando podré confundir al miserable.

—Y decidme, señor — contestó el abuelo, — dentro de quince días es cuando debe tener lugar esa fatal unión, y por una coincidencia extraordinaria, es en ese mismo día cuando nosotros debemos celebrar nuestras bodas de oro, porque ese día precisamente cumplen cincuenta años, señor, que me casé con mi querida Felicia y podremos repetirlo, esta ceremonia sería el día más feliz de nuestra vida si nuestra cara nieta fuese salvada; pero en el caso contrario...; ¡Oh! entonces nada de ceremonia, señor, no sería del caso, y luego que el dolor la mataría a la pobrecita y hasta nosotros mismos...

Se interrumpió para llevar a sus ojos el pañuelo de cuadros, más estrujado que nunca.

La pobre abuela se había echado a llorar.

—Vamos, señor Mauvillars, vamos, querida señora, calmáos, saldremos de este abismo, tengo un presentimiento tan vivo, que me tomo la libertad de invitarme a vuestras bodas de oro.

—¡Oh! ¡cómo seríais bien venido, señor Portal!

Y añadió en seguida:

—Pero bastante os hemos incomodado ya.

Luego se volvió a su mujer

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

—Vamos, Felicia, amiga mia, dame el brazo.

Y saludando a todo el mundo, salieron.

En la puerta se cruzaron con un joven que llegaba.

XII
RECUERDOS DE OTRO TIEMPO

Pablo de Treviannes venía a ver a Valentina.

Esta se apresuró a mostrarle la carta que acababa de recibir y ya se puede calcular cuál no sería la alegría del joven al saber la muerte de Taureins, cuyo terrible fin no podía causarle gran sensación después de la criminal tentativa que había hecho contra su propia mujer.

No obstante, era hombre demasiado educado para dejar explotar sus entimientos al respecto delante de la viuda, que todavía se hallaba el imperio de la fuerte emoción que le había causado la noticia.

Guardó pues, silencio sobre este punto. y se concretó a alegrarse de la manera trágica como terminaba su carrera la famosa marquesa de Santarés.

—Hijos míos, — dijo de pronto Rocambole levantándose de la meso, — os dejo para ocuparme de un asunto muy grave.

Y golpeando cariñosamente la mejilla de la mudita le dijo:

—Nizza, vas a venir conmigo

La niña se levantó toda contenta.

Vanda le puso el tapado y el sombrero, que se apresuró a traer. y salió con Rocambole que la llevaba de la mano.

—Dime. Nizzita. le preguntó aquél sonriendo de antemano, ¿y si tomásemos un coche? ¿Te gustaría?

Nizza saltó de alegría al oir aquella proposición y respondió con tres o cuatro signos de cabeza que no dejaban lugar a dudas.

Andar en coche era uno de sus mayores regocijos, y Rocambole lo sabía bien.

Tomó, pues uno en el boulevard y dió estas señas al cochero:

—Calle Cassette.

El carruaje salió, y Nizza hubiera querido que no acabase de llegar nunca.

No le gustaba estar quieta en ninguna parte.

Con la sonrisa en los labios, iba de una portezuela a otra, sentándose tan pronto enfrente tan pronto al lado de Rocambole, y en la expansión de su felicidad, de cuando en cuando venía y le echaba los brazos.

Esos arranques, esas exaltaciones de entusiasmo de alegría, que no iban acompañados de ninguna palabra, eran gratos y tristes a la vez, y Rocambole contemplaba aquella dicha grata y pura que brotaba de los hermosos ojos de la mudita, con una sonrisa llena de melancolío.

Por fin se detuvo el carruaje, e inmediatamente se reflejó en la fisonomía movible y expresiva de la niña un sentimiento de desencanto.

Rocambole se sonrió y bensándola en la frente:

—No te desconsueles, hija mía, le dijo; el coche nos va a esperar aquí y cuando salgamos de esta casa volveremos a tomarlo.

La mudita se puso de nuevo muy contenta.

—¿El señor Badoir? preguntó Rocambole a la portera.

—Segundo piso, a la derecha.

Subió a las señas indicadas y llamó.

La vieja bretona que ya conocen nuestros lectores, vino a abrir en seguida e introdujo a Rocambole en el gabinete de su patrón, haciéndolo pasar por el comedor, en cuya chimenéa lucían, siempre colocados bajo las campanas de metal. los dos candelabros dorados que tan vivamente habían llamado la atención de sir Ralph.

Se recordará tal vez que este último, hablando con el señor Badoir en le baile de Mavillars, le designó al señor Portal como a un enemigo terrible.

De manera que no lo vió entrar en su casa y con Mac-Field, únicos que estaban al cosin una viva inquietud.

Pero, convencido después con una rápida reflexión, de que era imposible que conociere riente de ciertos actos criminales de su vida, para todos pura e indiscutible, pronto se hubo repuesto y cubierto con aquella capa de dignidad fria y austera que tan bien cuadraba con su fingido carácter.

Siguiendo una costumbre y que era el resultado de un cálculo y qque siempre le daba buen resultdo con su ordinaria clientela, compuesta generalmente de solicitantes ávidos de dinero y resignados de antemano a todas las humillaciones para procurárselo, indicó con la mano un asiento a Rocambole, sin levantarse de su sillón para recibirlo. y en seguida le dijo con voz breve e impasible:

—¿¿Podréis decirme, señor, a qué debo el honor de vuestra visita?

—Es lo que voy hacer en pocas palabras, Respondió Rocambole en el mismo tono.

Y señalando con el dedo a Nizza, que estaba sentada a su lado:

—¿Os acrdáis de haber visto en alguna parte a esta niña, señor

—Absolutamente, señor, contestó el señor Badoir, dando una mirada indiferente a la mudita.

—Y no obstante, señor, vos la conocéis.

—No tengo el menor recuerdo de ello.

—Voy a tratar de venir en auxilio de vuestra memoria.

Y repuso después de una pequeña pausa, mirándolo fijamente:

—Señor Badoir, conocéis a historia del envenenador Desrues?

—¿Qué queréis decir, señor, repuso el banquero todo turbado, y qué relación puede haber entre yo... y ..

—¿Y el envenenador? Hay una, señor, y muy notable... porque ese Desrues, que por otra parte, tambien vivía, como vos, en el arrabal de San Germán, se había granjeado una repusacónn de probidad, de virtd y de devoción, comparable solo con la que vois estáis gozando en la actualidad, y de la que todo el mundo fué engañado, hasta el día en que se descubrió que todo aquello no era sino una máscara bajo la cual se ocultaba un monstruo de hipocresía y de ferocidad, camente Badoir? Yo no os reconozco...

—¿¿Y es con semejante hombre con quien pretendéis encontrarme una semejanza, se-

ñor exclamó el banquero con un tono lleno de altanería.

En vez de responder, Rocambole dejó caer sobre él una mirada de sombría ironía.

—Antes de indignaros, señor, hacedme el favor de responderme a las tres preguntas que os voy a dirigir.

—¿Y con qué derecho, señor? repuso vivamente Badir. Yo no os reconozco...

—Dejadme, pues, hablar, señor, o creeré que tenéis miedo de oirme, interrumpió vivamente Rocambole.

Y añadió casi en seguida:

—He aquí las tres preguntas a las que os ruego me contestéis. Primeramente, ¿podría decirqeu qué ha sido de Luisa Prevot, desde que desapareció de la quinta de Foutenoy-aux-roses?

Al oir el nombre de su víctima, el banquero no pudo reprimir un estremecimiento.

Rocambole fingió no apercibirse de ello.

—Luego, ¿podrías confiarme qué hicistéis de su hija después de arrebatársela a su madre?

—Pero, señor... balbuceó el señor Badoir más desconcertado cada vez.

—Por último, continuó Rocambole, ¿os verdrá bien comunicarme el motivo que os haya podido inducir a solicitar la mano de vuestra sobrina, la señorita Tatiana Valcresson. para sir Ralph, que sabíais probablemente era el autor de un asesinato cometido en New York, en complicidad con Mac-Field, y de los cuales, en todo caso, no podíais ignorar la infame emboscada que cometieron con la condesa de Sanabria, puesto que ibas a medias con ellos en este asunto?

Badoir no tuvo ni palabra para contestar.

Quedó como aplastado bajo el peso de aquella triple acusación, que poco esperaba ver salir de los labios del señor Portal. En efecto ¿de qué manera, por qué incomprensible azar podía estar al corriente del asunto de Luisa y de su hija?

Que esta aventura hubiese podido llegar a conocimiento de sir Ralph, esto se comprendía por las relaciones que podían haberse establecido entre éste y el cochero Fran-

ENTRE MEDICOS

—El otro día me llamaron para atender a tres enfermos y se produjo un hecho curioso. Cuando llegué dos tres habían muerto.

—Se conoce que habían considerado innecesario esperar

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

cisco, su antiguo cómplice en el rapto de la niña; pero ¿ese señor Portal a qué fuente podía haber bebido tantos informes?

—¿No me respondeis, señor? —preguntó por fin Rocambole.

Badoir permanecía callado.

—¡Y bien! señor, soy yo quien os voy a responder, sobre dos de las preguntas, al menos, porque respecto a la primera, la relativa a Luisa Prevot, confieso que no sé lo que vos mismo sabeis, es decir, su desaparición a consecuencia de un ataque de locura causado por el rapto de su hija, conforme lo habíais ya previsto. En cuanto a la niña, es diferente; puedo deciros lo que hicisteis con ella y lo que le ha pasado después. Despues de haberosla llevado dormida de la casa de la madre, la echateis en manos de dos monstruos, Claudio y su mujer, y esta ultima, más feroz aun que su marido, ha hecho sufrir a la pobre niña una mutilación, cuya sola idea me llena de horror, y esto a vuestra misma vista sin que vos tratasels de impedirlo.

Después de aquella espantosa tortura que privaba a la pobre criatura para siempre del uso de la palabra, la entregaron a una compañía de saltimbanquis, cuyo jefe, llamado el Terror de los Alcides, pero cuyo verdadero nombre era Jaime... Jaime Rascal, la llevo de pueblo en pueblo, haciéndola bailar en la cuerda tirante, hasta el día...

Se interrumpió de pronto para continuar en otro tono:

—En cuanto a esa, puedo deciros lo que se ha hecho.

—¡Ah! — hizo Badoir, mirando a Rocambole con sentimiento de viva aprehensión.

—Os puedo manifestar, por de pronto, que no ha muerto, como tal vez esperabas...

—Ah, señor!

—Sólo que ha estado perdida por mucho tiempo, como debía suceder, porque vos tomasteis todas las precauciones para que no pudiese jamás informarse de su madre, ni de sus amigos, ni del país de donde la habían arrancado.

—¿En fin? — preguntó Badoir con voz inquieta.

Rocambole se volvió hacia la mudita, que comprendiendo que hablaban de ella, fijaba en su protector miradas llenas de emoción y de curiosidad.

—Nizza, — le dijo, — acércate al señor y míralo cara a cara.

La niña obedeció.

—Ahora, abre la boca y muéstrasela.

Nizza también hizo lo que le ordenaba.

Entonces, a la vista de aquel tronco de lengua que había en el fondo de la boca el infame Badoir se puso espantosamente pálido, se tapó la cara con las manos y dejo escapar un grito ronco.

XIII

EL PADRE DE NIZZA

Espantada de la palidez y del terror de aquel hombre, la niña corrió a refugiarse en los brazos de Rocambole.

Este iba a dirigir de nuevo la palabra al banquero, cuando se abrió la puerta y la bretona apareció en el dintel anunciando:

—¡El señor Pedro Valcresson!

Al oír este nombre, Badoir se levantó repentinamente, y se hubiera dicho que una nueva palidez había caído como un sudario sobre sus lívidas facciones.

Inmóvil, con la vista fija y la frente contraída, había quedado como herido por un rayo.

Pero estó duró tan sólo algunos segundos.

Volviendo bruscamente en sí, corrió bruscamente a Rocambole y le dijo rápidamente:

—Salid, os lo ruego, más tarde...

Pero entró en aquel momento Pedro Valcresson.

Rocambole se quedó quieto.

Valcresson era un hombre de unos cincuenta años, alto de estatura, ancho de espaldas, flaco y nervioso, cuyas facciones bronceadas angulosas y enérgicas, tenían el selo de una profunda tristeza.

—¡Ah! ¡Mi querido amigo! — exclamó Pedro hciendo un movimiento para echarse en brazos de Badoir; que también quiso lanzarse al encuentro de él.

Pero Rocambole se levantó y se interpuso entre ambos.

—Señor, — dijo dirigiéndose al recién venido, hace como quince años que os separasteis del señor Badoir, ¿no es cierto?

—Poco más o menos, — dijo Valcresson, pero frunciendo ligeramente las cejas, ¿pero qué os importa?

—En quince años, señor se operan grandes cambios en los hombres, — —respondió gravemente Rocambole; — en los hombres y en las cosas, acordaos de esto, y antes de echaros en los brazos de este antiguo amigo, sabed primero lo que se ha vuelto, desde el día de vuestra separación.

El señor Valcresson miró sorprendido al que le tenía un lenguaje tan extraño y luego dirigiéndose a Badoir:

—¡Pero hombre! — le dijo, — ¿quién ese señor, y qué significan estas palabras?

—Escuchad primero la advertencia que os doy y luego, tendreis tiempo de abrazarlo si aun teneis empeño en ello.

Pedro Valcresson examinó al banquero, y fijándose en fin en su aire embarazado.

—Pero, ¿qué es lo que teneis, amigo? ¿Me explicareis este enigma?

—Ya os contaré esto cuando estemos solos, — repuso el banquero tratando de adoptar un aire de aplomo.

—Comprendo perfectamente, — repuso Rocambole, — es un desnido pero yo no

—...y en medio de la trifulca ¡zás! me metieron un golpe en la cabeza.
—¿Le habrá dolido?
—No, lo que más me dolió fué que se me cayó el vaso de HIERRO QUINA BISLERI que estaba tomando muy a gusto.

lo acepto señor Badoir y no os voy a dejar solo con el señor Valcresson.

—Le conviene que yo me quede, señor,— respondió friamente Rocambole, — y me quedaré.

El banquero no dijo nada.

Valcresson quedó atónito. Rocambole se volvió a sentar y dirigiéndose a Valrcesson le dijo:

—Os invito a hacer como yo, señor, porque tenemos que hablar.

—Señor, — dijo el banquero en voz baja y suplicante, dirigiéndose a Rocambole,—yo os suplico...

—¿Qué teneis que suplicarme? — dijo Rocambole, levantado a propósito la voz.

Y como Badoir no respnondía, añadió dirigiéndose a Valcresson:

—¿Queris que os diga, señor, cuáles son las personas de que ibais a hablar antes de todo con el señor Badoir? De Luisa Prevot y de Juana su hija.. y la vuestra.

—Es cierto, — respondió Valcresson estupefacto, — ¿pero quién os ha confiado el secreto más íntimo de mi vida?

—Una casualidad enteramente providencial, señor, y de la cual hablaremos luego. Lo que puedo deciros por el momento, es que ha sido una suerte el que me hayais encontrado aquí, porque habrais interrogado inútilmente al señor Badoir acerca de los dos seres que os interesan más en este mundo y no hubiera podido responderos, y yo sí puedo.

Y añadió:

—¿Qué os escribió vuestro amigo Badoir a propósito de la madre y la hija?

—Que mi hija había sido robada y que la madre, atacada de un acceso de locura había desaparecido.

—¿Y eso es todo?

—Absolutamente todo.

—¡Y bien! señor. Yo puedo completar estos informes.

—Señor, os lo ruego, — balbuceó Badoir volviendo haca Rocambole sus facciones descompuestas y con la expresión de una punzante angustia, — dejadme a solas con mi amigo Valcresson.

—Pero no antes de comunicarle lo que le interesa saber, — respondió Rocambole sin volver la cara.

El banquero no se atrevió a insistir.

—¡Oh! ya sé que os inflijo una espantosa tortura, pero interrogad vuestra conciencia y ella os dirá si la teneis merecida.

Y dirigiéndose de nuevo a Valcresson, que dirigía alternativamente miradas confusas a uno y a otro, tratando inútilmente de comprender lo que presenciaba.

—Aquí teneis, — le dijo, — la historia de vuestra hija y de aquella que considerais como vuestra mujer, de la que llamabais a vuestro lado estando en América, para darle vuestro nombre: Luisa Prevot, vivía en Fontenoy-aux-Roses, en una quinta preciosa, en donde era tan feliz como lo permitía su posición, y era imposible imaginar un cuadro más interesante y hermoso que el que ofrecían aquella joven madre y su hija cuando se paseaban juntas en aquel retiro lleno de flores. Hace diez años de esto; Juanita entonces tenía cuatro, y pasaba por una pequeña maravilla de gracia y hermosura.

Mientras estuvo hablando Rocambole, el señor Valcresson miraba a Niza con una mezcla de ternura y curiosidad.

—¡Diez años! — murmuró.

Y señalando a la mudita, añadió:

—¿Qué edad tiene esa niña?

—Catorce años, señor.

Un profundo suspiro se escapó del pecho del pobre padre.

—Si quereis permitirme interpretar vuestro suspiro, — repuso Rocambole, — significa: Es la edad que tendría ahora Juanita.

—Es cierto, señor.

—Nizza, siéntate al lado del señor, — dijo Rocambole a la niña.

Esta se acercó en seguida a Pedro Valcreson, que la tomó en sus brazos, y contemplando embelesado aquella hermosa cabeza, a la que su misma deformidad daba una expresión original de finura y penetración.

—¿Quieres estar un momento a mi lado, hija mía? — le dijo.

Nizza, que no era banal en sus afectos, y que jamás tomaba una determinación a la ligera, lo miró fijamente, como para darse cuenta antes de decidirse, de la clase de persona que le hablaba, respondió con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

—¿Qué tienes, pues? — preguntó Valcresson, sorprendido de aquella actitud.

—Es muda señor, — dijo Rocambole.

—¿De nacimiento?

—No, señor, porque en ese caso no oiría.

—¿A causa de un accidente, entonces?

—Sí, señor.

—¿Y cómo le sucedió esa desgracia?

—Después os lo contaré.

—¿Y hace mucho tiempo de eso?

—Diez años.

—¡Pobre niña! — murmuró Valcresson estrechándola suavemente contra su pecho.

Durante este diálogo, las más crueles y

diversas impresiones se sucedían en el espíritu de Badoir y trastornaban horriblemente sus lívidas facciones.

Rocamole continuó:

—¡Ay! la felicidad de la pobre madre tocaba a su término: una espantosa catástrofe iba a caer sobre ellas dos. Una noche que la adorada chiquitina dormía, como de costumbre, en su lecho blanco y celeste, los dos colores predilectos de su madre, dos hombres, que durante el día las habían estado espiando al través de los árboles del jardín todo lleno de flores, a los que no pudo enterneecr el interesante espectáculo de su mutua afección, se acercaron a la casa por los fondos que dan a un callejón, uno de ellos penetró en el dormitorio en el que descansaba la niña en tanto que su madre trabajaba en el piso bajo. Dormida como estaba, la llevaron en sus brazos, y al cabo de un cuarto de hora él y su infame compañero estaban lejos ya.

—¡Era mi hija! — exclamó Pedro Valcresson con una voz profundamente alterada, —esa pobre Juanita a quien no había visto, pero en la que pensaba continuamente, a la que seguía de lejos, de la que me había formado la imagen más seductora, a la que adoraba, y por quien tenía mis sueños más hermosos ¡era a ella a quien llevaban esos infames! ¡Ah! ¡pero esto es horrible! es horrible. ¡Gran Dios! ¿Y qué querían hacer con esa pobre criatura, pues?

—Es lo que os voy a referir, y para entonces es para cuando debeis reservar todas vuestras lágrimas, — continuó Rocambole, — porque cuando sabreis la verdad, no os cansareis jamás de llorar por vuestra hija.

Al oir aquellas palabras, un ligero temblor se apoderó de Valcresson.

—¡Dios mío ¡Dios mío! — exclamó, fijando en Rocambole una mirada extraviada, —¿qué hicieron, pues, de mi pobre Juanita?

—Es tan horrible que apenas me atrevo a comunicároslo.

Pero Valcresson se puso a temblar tan fuerte que Nizza, agitada violentamente en la rodilla en que estaba sentada, se lo miró con espanto.

—Y yo, señor, — murmuró con voz apagada, tengo miedo de interrogaros.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, Badoir, aterrado, anhelante, desfigurado por la angustia que lo consumía, parecía a cada intante a pnuto de caer desafallecido.

Después de una prolongada vacilación, dijo por fin Valcresson:

—Pero entonces la martirizaron a mi pobre Juanita.

—Sí, señor, la martirizaron, — respondió Rocambole casi en voz baja.

—¡Oh, pobre hija mía! ¡Pobre hija mía — exclamó el infeliz padre, prorumpiendo en sollozos.

Nizza lo miraba llorar con la expresión de una profunda lástima. No pudiendo contenerse por más tiempo, se inclinó hacia él y le pasó la mano por la mejilla, haciendo además de enjugarle las lágrimas.

—¡Pobrecita! — murmuró Valcresson con ternura, — ¡a mi Juanita tendría su misma edad!

Y pronto repuso con visible esfuerzo:

—En fin, señor, ¿qué leh icieron? ¡Quiero saberlo todo!

—Pues bien, señor, la llevaron a una guarida de bandidos, y allí una horrible mujer, una infame criatura, ebria de ajenjo, es verdad, irritada por los espantosos gritos que daba la niña y que podían denunciarlos a la policía, la arrastró a un rincón y con unas tijeras en la mano, le abrió la boca por fuerza... y un instante después, la desgraciada niña se hallaba privada del uso de la palabra.

—¿Le cortó la lengua? — preguntó horrorizado Valcresson, fijando en Rocambole una mirada azorada.

—Sí.

El desgraciado padre lanzó un grito desgarrador. Permaneció unos instantes inmóvil, sin saber lo que le pasaba, con la cabeza entre las manos. En algunos minutos la terrible emoción lo había desfigurado.

—Acabad, — dijo a Rocambole con aire atontado, por lo demás, adivino lo restante, murió, ¿no es cierto?

Rocambole se levantó y señalando con el dedo a la mudita, dijo:

—Ahora está en los brazos de su padre.

XIV

DESENMASCARADO

Pedro Valcresson parecía petrificado.

Pasaba de repente, sin transición, de una desesperación mortal, a una alegría desmedida; del fondo del infierno, al séptimo cielo.

Era demasiado, y su razón por un momento pareció bamboleante.

Alguien se estremeció de alegría, pensando en que era fácil que sobreviniese un acceso de locura.

Era en banquero, que con aquel imprevisto incidente se veía libre de repente de las angustias terribles bajo las cuales se sentía desfallecer desde hacía varios minutos.

Pero aquella esperanza fué de corta duración.

El vértigo que se había apoderado de Valcresson se disipó tan bruscamente como había venido. Su mirada se fijó en la mudita, y el velo que empezaba a obscurecer su razón, cayó como por encanto.

—¡Hija mía! ¡mi querida Juanita! ¡Es ella! — exclamó con voz llena de sollozos, y que la emoción hacía temblar.

Y tomándola estrechamente en sus brazos, la cubría con ardientes besos. Nizza se desprendió suavemente y volviéndose a Rocambole con una mirada inquieta e interrogante, le parecía preguntar qué significaba aquello.

—Sí, hija mía, sí, — le dijo — el señor es tu padre, vuelve de muy lejos, y ahora no se separará ya más de tí.

Valcresson la contemplaba con ternura mezclada de admiración, y repetía en voz baja:

—¡Hija mía! ¡Mi Juanita! ¡es ella!... pe-

ro ¿tanta felicidad, será posible? ¿No es un sueño?

Y dirigiéndose a Rocambole:

—Pero, ¿estáis seguro, señor, que es ella misma?

—Desgraciadmente, señor, hay una seña que no permite engañarse ni confundirla con otra, y es su deformidad, y sobre todo, la mutilación que la determinó.

—¡Oh! ¡Pobre hija mía! ¡Cómo te han martirizado! — murmuró Valcresson con los ojos llenos de lágrimas al pensar en el horrible suplicio que había sufrido su querida Juanita.

—Pero, ¿por qué, con qué fin esos miserables han robado la hija a su madre? Porque, en fin, no se cometen semejantes crímenes sin sentirse impulsados por un móvil cualquiera.

—Así, pues, el autor principal de ese execrable atentado, tenía uno.

—¿Cuál era?

—La codicia.

—No comprendo.

—Sin embargo, es muy sencillo; vos pasáis por tener una fortuna de quince millones, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Pues bien. Suponed que hay un heredero que cuenta cobrar por su parte dos o tres millones que le corresponderían, y que sabe de pronto que tenéis una hija, con cuya madre pensáis casaros; su primer impulso será desear la muerte de la madre y de la hija. es un heredero honrado, se concretará al deseo; si no, se robará a la hija, calculando que la madre, a consecuencia de aquel golpe, morirá o se volverá loca, lo que no puede dejar de suceder, y por hacerse culpable de asesinato, los dos obstáculos que amenazaban su fortuna.

—¡Un heredero, decís! Pero entonces el monstruo miserable que ha cometido estos crímenes, ¿sería de mi familia?

—Naturalmente.

—¡Un pariente! — exclamó Valcresson. cuyas facciones se animaron de repente de un sentimiento de odio y de una sed de venganza que lo hacían espantoso. — ¡Entonces sería un pariente a quien yo debería el encontrar a mi hija horriblemente mutilada y a mi querida Luisa desaparecida, perdida para siempre, loca, muerta quizás de hambre y de desesperación, y todo por el dinero!... ¡pero esto es horrible! ¡monstruoso! ¡infernal!

Luego, lanzándose a Rocambole y tomándole enérgicamente la mano, temblando todo él de rabia y echando chispas por los ojos:

—¡Su nombre, señor, su nombre! ¡os lo suplico en nombre del cielo!

Hubo un momento de silencio.

Entonces Valcresson oyó esta palabra, pronunciada detrás de él en voz baja.

—¡Perdón!

Dióse vuelta bruscamente, y quedó mudo y frío de estupor, al ver a Badoir echado de rodillas y con la cara entre las manos.

—¿Qué? ¿qué hace? ¿Qué significa esto? —preguntó.

—¿No comprendéis? — preguntó Rocambole.

—No; no sé por qué...

—¡Y bien! aquél cuyo nombre me preguntáis.

Pedro Valcresson dió un paso atrás, y echando a Rocambole una mirada azorada:

—¡Cómo! — tartamudeó. — ¿Sería?

—Es él mismo.

—¡Ah!

Esta exclamación salió de su pecho como una centella. En seguida la sangre le subió toda instantáneamente a la cabeza, sus ojos, dilatados extraordinariametne, clavaron en el culpable una mirada terrible, el cual continuaba arrodillado a sus pies, y con un sentimiento indescriptible de horror, de indignación y de asco, exclamó:

—¡El! ¡él! ¡que se llamaba mi mejor amigo! ¡El! ¡a quien yo había confiado a mi Luisa y a mi hija, y que me había jurado velar por ellas, traicionarme de esa manera! ¡Oh! ¡infame! ¡infame!

Paseó a su alrededor una rápida mirada, como buscando alguna cosa, y en seguida guitó con una voz ronca, alterada por la cólera:

—¡Oh! ¡no tengo necesidad de armas, quiero estrangularlo entre mis manos!

Y se abalanzó sobre Badoir para agarrarlo del pescuezo.

Pero Rocambole lo sujetó.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! — gritaba Valcresson con voz de trueno y focejeando entre los brazos de Rocambole, que lo había tomado de los puños y lo tenía como en un cepo.

Pero él daba saltos espantosos, tratando de desprenderse de aquella formidable compresión.

Pero sus puños parecían clavados en las manos de Rocambole, que no se conmovían más que si hubieran sido de bronce.

—Os pido dos minutos de atención, — le dijo por fin Rocambole, — y si después de oirme no quedais convencido de que vuestro interés está en dejarlo vivo, entones os dejaré en libertad le hacer lo que queráis.

—¡Sea! — dijo Valcresson haciendo un esfuerzo para calmarse, — consiento en escucharos... pero dudo mucho... En fin. Decid.

—Si lo matáis, os llevan preso, os juzgan y aun suponiendo, admitan las circunstancias más atenuantes, admitiendo toda la indulgencia posible por parte del tribunal, os condenarían por lo menos a cinco años de cárcel.

—¡Y qué me importa! — exclamó Valcresson fuera de sí.

—El goce de la venganza saciada os consolará de la pérdida de vuestra libertad. Enhorabuena. Comprendo esto. ¿Pero y Luisa Prevot, quién podrá dedicarse a buscarla? ¿Quién, pues, sino vos, encontrará bastante amor en su corazón, y la energía y la perseverancia necesarias para encontrarla, aun cuando se deba revolver todo París y aun la Francia entera si es necesario? La infeliz madre estará entonces perdida para siempre también de los cuidados que tal vez podrían devolverle la razón, la vida, la feli-

cidad, quizás porque vos hayais preferido a todo el goce amargo de la venganza?

Al nombre de Luisa Prevot la furiosa exaltación de Valcresson cayó de pronto, para dar lugar a un profundo abatimiento.

—¡Pobre Luisa! ¿Quién se ocuparía de ella en efecto, si yo no estuviera aquí? y hasta la misma Juanita, pobrecita...

—¡Oh! — dijo vivamente Rocambole, — en cuanto a Juana, a quien llamamos Nizza, por no haber sabido su nombre sino hace muy poco tiempo; Juana encontró en casa una buena familia que la ha adoptado de todo corazón y que no os la devolverá sino con gran sentimiento.

—¡Oh, gracias, señor, gracias! — exclamó Valcresson estrechando efusivamente la mano de Rocambole.

Y añadió dirigiendo una mirada a la mudita

—¡Pero, desde cuándo está con vos?

—Desde hace apenas tres meses.

—¡Tres meses!... ¿y qué ha sido de ella durante los diez años transcurridos desde que la robaron a su madre?

—¡Oh, señor, es horrible de contar.

—No importa, decid de todos modos, ahora ya puedo saberlo todo.

Sin embargo esperó la respuesta de Rocambole con señales de una profunda angustia.

—Inmediatamente después de haberle hecho sufrir la espantosa mutilación la entregaron a un saltimbanqui, y a partir de aquel día la obligaron a ejercitarse en toda clase de pruebas de agilidad, representando su rol en las ferias p bailando en la cuerda tirante.

Valcresson dió un grito de furor y volviéndose bruscamente a Badoir que continuaba arrodillado y con la cara tapada entre las manos:

—¡Miserable! — exclamó, — pronto accederá un nuevo arrebato para abalanzarse sobre él.

—Acordáos de la pobre Luisa, — le dijo Rocambole poniéndole una mano en el hombro. Y añadió señalando al criminal:

—En cuanto a ese hombre, puede sernos útil y es preciso sacar partido de él.

—¿Qué servicios puede prestarnos?

—Primeramente, a él se debe que Luisa se haya extraviado, a él le corresponde buscarla y le doy quince días de tiempo para ello.

Pero esto no es todo. Tiene otro crimen a reparar; ha urdido, en complicidad con otro miserable de la peor especie, un infame complot contra Tatiana Valcresson, vuestra sobrina y de él a fin de obligar a esa a casarse con un hombre a quien detesta y desprecia; es preciso que descubra toda la misteriosa maquinación imaginada por sir Ralph para...

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

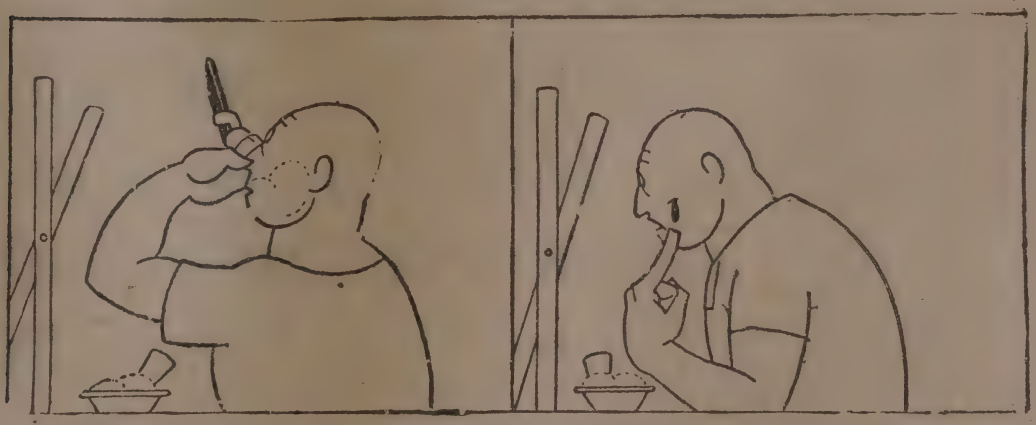
Precios de suscripción Ciudad e Interior

—

8 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

—No tengo más remedio que darme un repaso.

—Voy al banquete en honor de mi querído amigo don José Fernández, gran escritor...



... y debo presentarme pulcramente.

¡Caramba! ¡Qué contrariedad!

El tafetán todo lo tapa.

LA FOTOGRAFIA DEL BANQUETE EN LOS PERIODICOS DEL SIGUIENTE DIA

El gran escritor don José Fernández (x), en el banquete con que fué agasajado anoche.

(De "Nuevo Mundo").

EL DIARIO

5a. EDICION

Fundado en el año 1881

Redacción y Administración: Av. de Mayo 662 - Bs. As.

Independencia periodística no implica eterna e irreductible oposición. EL DIARIO que es el órgano vespertino más antiguo del del país sustenta ese concepto de independencia: critica y aplaude.

EL DIARIO puede orgullosamente declarar que en sus cuarenta y siete años de existencia no ha sostenido una campaña que no fuera por el bien público, que no fuera honesta, que llevara encubierta un propósito subalterno.

Lea el sumario y verá que material publica "PUCKY"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Julio 13
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 250

No deje de leer en este número la novela corta titulada:

LA MALDICION

Original del gran autor inglés **Rafael Sabatini** y traducida especialmente para este Magazine.

El funcionario de Hacienda don Críspulo González, que ha permanecido treinta y tres horas en un café céntrico sin hacer ninguna consumación.

Monsieur Durand, que se ha lanzado con un paracaídas de su invención desde una silla, y que según las últimas noticias continúa el viaje sin novedad, aunque luchando con fuertes corrientes de viento, por haberse dejado abierta la ventana de la cocina.

El notable modisto parisién M. Renard, llamado el rey del volante, que en las últimas carreras de automóviles ha presentado bellos trajes femeninos.

El bailarín Henry Serfied, que ha bailado a izquierdas 326 horas, con 93 parejas, y que la última lo ha llevado a la comisaría por seguir la dirección prohibida.

El notable aviador House, que piensa ir desde Estocolmo al fin de Africa (Cabo de Buena Esperanza), y que se cree que llegará al fin y al cabo.

El niño Pérez, que ha atravesado dos veces el Atlántico, en el mapa del colegio con un alfiler de cabeza negra.

(De "Nuevo Mundo").

SUMARIO

LA MALDICION

Una novela corta traducida del inglés especialmente para este magazine y que no tiene ni una sola línea que no sea atrayente y emocionante.

TARZAN DE LOS MONOS

Lea usted esta novela si desea usted leer lo mejor que se ha escrito en nuestra época y lo más original que ha producido la literatura en muchos años.

"6 DE AGOSTO"

Otra nueva hazaña del gran investigador X Crok, escrita por J. Jefferson Fargeon y traducida especialmente para este magazine.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUD

Varios relatos del gran escritor Jack London el famoso pintor de escenas de los mares del Sud.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Nuevos capítulos de esta narración atrayente y misteriosa que "Pucky" ofrece a sus lectores como una primicia extraordinaria.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas de Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

Por razones ineludibles no podrá publicarse todavía en este número el resultado definitivo del concurso de "Pucky", porque muchos lectores han incurrido en una lamentable confusión de letras. Lo único que puede adelantarse por el momento es que la palabra solución es PUCKY, así que es indispensable presentar el cupón con esa palabra: PUCKY, para tener derecho al premio de diez pesos.

Recordamos que ningún empleado de "El Diario", "Tit-Bits" o "Pucky", ni persona emparentada con él puede aspirar a ese premio.

No se entra en correspondencia ni se dan sobre este concurso más explicaciones que las ya publicadas.

"Emulsión BIOL"

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO
EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE

ENFERMOS, DEBILITADOS,
PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANÉMICOS
Y ATACADOS DE GANGLIOS

PREPARADO POR EL

Instituto Biológico Argentino

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

REJUVENECIENDOSE

Ella: — ¿Qué te parece mi nuevo vestido? ¿No crees que me quita lo menos veinte años de encima?

El: — ¿Veinte? ¡Lo menos cuarenta!

LA MALDICION

Por RAFAEL SABATINI

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

Es esta una novela de la antigua Alemania que recomendamos muy especialmente a nuestros lectores, por su extraordinaria acción y profunda emotividad, características de todas las producciones de Rafael Sabatini, el autor de "La Siega" y de otras novelas no menos interesantes, que hemos publicado oportunamente en este magazine.

De pie, con un gesto de desafío y apoyado en mi espada, aun manchada con la sangre de mi contrario, miré con desdén a los viles perros que me rodeaban, perros que ladraban; pero que no osaban morderme.

Dos de ello habían levantado mi contrario, vencido y sin conocimiento, y trataban inútilmente de detener la sangre que brotaba libremente de la herida que yo acababa de producirle. Todos los demás estaban allí, formando un círculo a mi alrededor sin que ninguno de ellos se atreviera a ponerse a mi alcance.

—Es una herida grave, — dijo uno de los hombres que habían levantado a mi contrario.

—El mismo se la buscó, — dije, — lo herí en un duelo justo. Si hay alguno de ustedes que se atreve a decir lo contrario, le demostraré que miente.

El vocerío de los circunstantes cesó como por encanto por la expresión resuelta de mi voz, por más que todas las miradas se habían dirigido sobre mí, llenas de odio.

—Y con esto, señores, — dije, mientras me dirigía hacia un lugar en que había menos curiosos, — ya que nadie duda de mis palbras, voy a retirarme.

Cuando me acerqué a los curiosos ví que ante mí se habría un paso; pero pude comprobar que no había sido yo el que lo había provocado.

* * * *

Un hombre delgado e insignificante, vistiendo el hábito de los monjes capuchinos, con el capuchón cubriéndole la cabeza, habíase abierto paso, a través de los curiosos, dirigiéndose hacia mí.

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 51 de este número

Sus ojos se posaron en los míos, con una mirada de compasión y odio.

—Ya veo que de nuevo habeis hecho una de vuestras locuras, — dijo. — Señor van Huldenstein, sois un perdido.

La voz del monje era solemne y sentí que la sangre afluía a mi cabeza.

—Usted confía en la seguridad de su hábito, — le dije.

—Y usted confía en la muerte del duque de Retzbach, — contestó el monje indignado, — demasiado sabe que en vida de él, hubiera recibido ya el castigo merecido, por su crimen, pagando su delito con la muerte a manos del verdugo de Schwarzbann. Pero tenga cuidado, señor, — continuó, levantado aun más la voz, — no va a poder seguir esa vida impunemente. Si es necesario hablaré con el mismo rey; pero, por fin, va a saber usted que aun existe la justicia en Schwerlingen.

Pálido de pasión, me acerqué a él; pero él me hizo un gesto de indignación. Sentí que mi lengua, siempre tan lista para contestar con desdén, quedaba muda.

El monje se inclinó sobre el hombre inconciente, mientras que yo lo seguí con la mirada, tratando de encontrar una respuesta apropiada.

De repente, el monje volvióse nuevamente hacia mí. Sus opos brillaban de un modo extraño:

—Este hombre va a morir, — dijo. — ¿Me oye usted?

—Entonces cumpla usted con su misión

REGIMEN ALIMENTICIO

El médico: — Ya habrá vitso que a la cabeza de su receta he puesto como régimen de alimentación: "huevos, puré y en caso fatal, nicho".
El enfermo: — Con poner lo último me parece que habría suficiente.

y adminístrele los sacramentos, — contesté con cinismo.

El asombro pareció dominarlo por un momento. Después, dijo:

—¡Or, Dios va a castigarle, hijo de Caín! Su propia espada criminal va a ser su perdición, y si alguna vez en su miserable existencia, tuviera la oportunidad de hacer una buena cosa, su espada será una barrera infranqueable. Y esa será la hora en que el castigo de Dios le alcanzará.

Las palabras del monse provocaron un temblor en la muchedumbre, y muchos de los presentes se santiguaron, como si aquel hombre hubiera sido el diablo en persona.

—Cállese, — le dije, — si no quiere usted obligarme a obrar en una forma que no quisiera hacerlo.

—Más, veo que en su alma hay más mal del que yo creía...

Se detuvo repentinamente, cuando vió que mi mano había sacado ya casi la mitad de la daga. El monje palideció y cayó desvanecido, alcanzando a pronunciar una unas palabras en latín.

Lanzé una carcajada irónica, al ver los temores del monje, y volviendo a aguardar el arma, dirigime hacia la ciudad, que abandonara media hora antes, en compañía de mi contrario, que ahora yacía a mis espaldas, moribundo...

* * * *

El sol se ocultaba ya, cuando cruzé la puerta de la ciudad, y en ese momento ni por la imaginación me cruzó la idea de todo lo que iba a suceder antes de que aquel mismo sol diera principio a un nuevo día.

Indudablemente, me dirigí a la Taberna de la Espada y la Corona, donde pensé pasar la noche distraído.

En mi corazón sentía un profundo odio contra aquel monje, que había lanzado contra mí su terrible mandición; pero ni siquiera pensé ni por un segundo en el pobre hombre que acababa de herir mortalmente....

Desde el lugar del duelo a la taberna, había caminado por el camino más corto; pero, no obstante, la noticia del hecho me precedió. En el momento en que pisé el umbral, el anciano Armstadt, se adelantó corriendo hacia mí. Su acostumbrada suavidad habíase trocado en un sentimiento completamente hostil, nuevo para mí.

—No entre en mi casa, señor von Huldenstein, — dijo, cerrándome el paso — no hallará usted nuevas víctimas bajo mi techo.

La ofensa no podía ser mayor. Yo, un caballero, desafiado en esa forma por un vulgar tabernero.

—Hágase a un lado — dije con voz de trueno, — no se atreverá usted a cerrar el paso...

—Esta casa es mía — interrumpióme insolentemente, — y yo soy el único que deba cuidar su reputación. ¿Cree usted que voy a permitir que se llame a la Taberna de la Espada y la Corona, el refugio de asesinos, y de los ofensores de Dios? ¡Salga de aquí!

* * * *

Por un momento quedé perplejo. Mi vanidad me obligaba a castigar a ese insolente, pero la prudencia me aconsejaba calma.

Cuatro o cinco curiosos ya se habían aglomerado, para ver el fin del curioso incidente, y comprendí que lo mejor era retirarme en seguida, para evitar que después, fuera mayor el desprecio. Así lo hice, mirando al mismo tiempo a los circunstantes, para ver si alguno de ellos se permitía burlarse de mí. Pero todos me conocían y permanecieron en silencio.

Claramente comprendí, entonces, que todo Schwerlingen me trataría en la misma forma. La ciudad estaba cerrada para mí. En todas partes, se me haría la misma recepción. Si permanecía, pues, en la capital de Sachsenber, tendría, que morir de hambre.

Comprendí, asimismo, que la maldición del capuchino, era la que había motivado esa animosidad contra mi persona, y el odio que sentía por aquel monje, fué, pues, en aumento.

Era aquella, en verdad, una situación incómoda; por más que la había esperado

Confusión de nombres

—¿Vive aquí el señor Perrupato?

—No, señor; aquí no vive ningún señor de ese nombre.

—No me extraña porque Perrupato soy yo.

Lea
PUCKY
todos los viernes

desde hacía ya mucho tiempo, comprendiendo que ese sería el fin de la vil existencia que había llevado, desde el día en que mis padres, justamente enojados, me habían echado de su casa.

Había visto acercarse esa hora. En mi camino, había seguido siempre más adelante por la pendiente de la vergüenza y el deshonor, sin que jamás se me ocurriera resistirme contra el dstino, que, en esa forma iba labrando mi perdición.

¿Había, acaso, aun alguna bajeza por la cual aun no había arrastrado el orgulloso apellido de los Huldenstein y mi escudo, que en otro tiempo fuera emblema de honor y caballerosidad? Me asemejaba a un hombre, hundido en el lado en forma tal, que le resultaba imposible salir de él, y tenía que esperar tranquilamente mi fin.

Pero no quería esperar el postrer momento en Schwerlingen, donde todo el mundo me conocía y donde todos los desaires equivaldrían para mí a insultos. Tenía que irmé inmediatamente de ese lugar. ¿Pero dónde iría?

* * * *

He aquí una pregunta de difícil contestación.

Por fin, de repente, tuve ansias de volver al castillo de mi padre, en Hattan. El tiempo quizá abría mitigado todos los resentimientosñ Allí estaba mi anciano padre ,mis hermanas y mi hermanito Francisco que, doce años atrás había sido un sido; pero ahora debía ya ser todo un hombre.

Esta resolución se hizo cada vez más fuerte en mí, al punto de franformarse en una verdadera obsesión. ¿Pero cómo iría a Hattan? No tenía caballo ni dinero...

Durante largo rato quedé pensando en la mejor forma de proporcionarme ambas cosas. Después, reí. Todo se reducía a agregar otra bajeza a las muchas que ya había cometido. Robaría el dinero necesario. Mi espada me proporcionaría así los medios para volar a la casa paterna.

Tomé por el oscuro callejón en que se hallaba situada la casa en qu eyo vivía...

Sólo me faltaban unos diez metros para llegar a la puert, cuando vi que, en dirección contraria, se acercaba un caballero, con todas las apariencias de un potentado.

Era un buen candidato.

Cuando estuvo frente a mí, saqué con la rapidez del rayo, mi espada y se la puse en el pecho.

—Si grita es hombre muerto, — dije.

El hombre me miró con frío desdén.

—No soy una mujer, — dijo.

—Muy bien, entonces podremos liquidar rápidamente nuestro négocio.

—¿En qué consiste?

—En que me entregue usted su bolsa y sus joyas.

—Muy bien.

El hombre se despojó de sus anillos, dejando caer uno de ellos en mi mano, y el otro al suelo. La codicia me hizo inclinarme para recogerlo, lo que el asaltado aprovechó para dar un salto atrás, sacar su espada y decir:

—Caballero ahora estamos en igualdad de condiciones para decidir sobre la propiedad de los bienes que llevo encima.

Un duelo siguió a estas palabras. duelo en el que pude apreciar las condiciones extraordinarias de mi adversario...

Pero, al fin, mi espada en un descuido de él pe penetróle profundamente en el pecho.

El hombre cayó al suelo, mortalmente herido. Yo me incliné sobre él, apropiándome de todo lo que llevaba encima, y penetré rápidamente en mi casa.

Allí, tembloroso y agitado, encendí un candil. y me ech a llorar amargamente, al pensar en el nuevo crimen que había cometido... ¿Cómo me atrevía ahora, por mi propia conciencia, a volver a pisar la honrada casa de mi padre?

Estaba pensando en ello, cuando sentí un débil golpe en la puerta, que me indujo a abrirla...

Con el mayor asombro ví, entonces, que el que había llamado era mi propia víctima. Apenas si había podido arrastrarse hasta mi puerta:

—Caballero, — dijo, — su luz me ha atraído He sido asaltado y gravemente herido. Voy a morir pronto; pero no quisiera hacerlo antes de cumplir mi misión. Así es que se lo voy a contar a usted. He venido a buscar a Caspar von Huldenstein, para decirle que su padre ha muerto. perdonándole, y dejándole, como herencia, su título y sus bienes...

—¿Pero quién es usted, entonces?

—Soy Francisco von Hunldenstein, el hermano de Caspar...

Sentí que, en ese momento, la vida escapaba a mi pecho. La terrible maldición del monje habíase cumplidoñ Con mi propia espada había matado a mi hermano. a quien dejara a los doce años, siendo un niño.

* * * *

Y cuando el so ldespuntó nuevamente, caí rendido en el umbral del convento de los capuchinos en Loebli...

Caspar von Huldenstein, el orgulloso y avenuturero hidalgo, había desaparecido, y en su lugar, Caspar, el monje, espera el momento en que ha de ser librado de las torturas del alma, que sólo tienen una cura: la muerte.

Rafael Sabatini.

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA QUE TODO EL MUNDO DEBE LEER

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

Mirándole tras los medio cerrados párpados, vió que Tarzán cruzaba el pequeño descampado circular en dirección a los árboles de más allá. Observó Jane la graciosa majestad de su porte, la simetría perfecta de su arrogante figura, y el continente de su bien formada cabeza sobre los anchos hombros.

¡Qué perfecta criatura! No podía haber nada de crueldad ni de bajeza bajo aquel hermoso exterior. Nunca, pensaba Jane, había vagado un hombre como aquel por la faz de la tierra desde que Dios creó al primero a su imagen y semejanza.

De un salto subió Tarzán a los árboles y desapareció. Jane Porter se preguntó adónde habría ido. ¿La habría dejado entregada a su destino en aquella solitaria selva?

Nerviosamente miró en torno. Cada mata, cada arbusto, le parecía ser el lugar de acecho de algún animal horrible y monstruoso, de alguna fiera que esperase para enterrar sus ansiosos colmillos en su blanca carne. Cada sonido era aumentado por su imaginación, o convertido en el cauteloso roce de un cuerpo sinuoso y maligno que se desliza.

¡Cuán distinto le parecía todo, ahora que él la había dejado!

Durante unos pocos minutos, que parecieron horas a la asustada niña, permaneció ésta con los nervios en tensión, esperando el salto de aquel ser agazapado que había de poner lastimoso fin a sus temores.

Casi rezó pidiendo la llegada de los crueles dientes que la dejarían desmayada y la libertarían de la angustia del miedo.

Oyó tras sí un sonido repentino y débil; y lanzando un grito se puso en pie para esperar su fin.

A su lado encontró a Tarzán, con un brazado de hermosos y maduros frutos.

Jane Porter vaciló, y habría caído al suelo si el hombre-mono no la hubiera sujetado en sus brazos, para lo cual dejó caer los frutos. No se desmayó la joven, pero se agarró fuertemente a él, y estremeida y temblorosa como ciervo asustado.

Tarzán de los Monos le acarició el suave pelo, y trató de consolarla y calmarla como lo hacía Kala con él cuando, como un mono pequeñín, lo asustaba Sabor, la leona, o Histah, la serpiente.

Una vez posó Tarzán los labios sobre la frente de ella, y no se movió, sino que cerró los ojos y exhaló un suspiro.

No podía analizar sus sentimientos, ni intentaba hacerlo. Estaba satisfecha de sentir la seguridad de aquellos fuertes brazos y con dejar al porvenir su destino; porque en las pocas horas últimas había aprendido a confiar en aquella extraña criatura de la selva, como habría confiado en muy pocos de los hombres que conocía.

Y al pensar en la extrañeza de esto, comenzó a alborear en su mente la idea de que había aprendido quizá algo que no conoció realmente hasta entonces: el amor. Al pronto se maravilló, y luego sus labios se fruncieron en una sonrisa.

Y sonriendo todavía rechazó suavemente a Tarzán y mirándole con expresión entre risueña y burlona, que comunicaba un hechizo inefable a su rostro, señaló a los frutos del suelo, y se sentó al borde del tambor de tierra de los antropoides, porque el hambre daba fe de su existencia. Tarzán cogió vivamente los frutos, y los depositó a los pies de la muchacha, y luego él también se sentó en el tambor al lado de ella, y con el cuchillo abrió y preparó para su comida los diversos manjares.

Juntos y en silencio comieron, mirándose al soslayo de cuando en cuando, hasta que finalmente Jane Porter rompió en una alegre risa, a la cual hizo coro Tarzán.

—Quisiera que hablara usted inglés, — dijo ella.

Tarzán movió la cabeza, y una expresión

de melancolía y patético afán puso serios sus risueños ojos.

Después Jane Porter trató de hablarle en francés, y luego en alemán; pero hubo de reírse de su torpe tentativa en esta última lengua.

—Al fin y al cabo — le dijo en inglés, — entiende usted mi alemán tan bien como me lo entendían en Berlín.

Tarzán había llegado hacía mucho tiempo a una decisión respecto a lo que había de ser su porvenir. Tuvo tiempo de recordar todo lo que había leído acerca de los procedimientos de hombres y mujeres en los libros de la choza. Obraría como se figuraba que los hombres de los libros hubieran obrado en su lugar.

De nuevo se levantó y se lanzó a los árboles, mas primero trató de explicar por medio de signos que volvería pronto, y tan bien lo hizo, que Jane Porter lo entendió y no tuvo miedo mientras él estaba fuera.

Sólo la asaltó una sensación de soledad, y con anhelosos ojos estuvo observando el lugar por donde él había desaparecido, a la espera de su regreso. Como antes, la advirtió la presencia de Tarzán un ruido suave detrás de ella, y al volverse lo vió llegar por el césped con un gran brazado de ramas.

Luego tornó otra vez a la selva y a los pocos minutos se presentaba de nuevo con una gran cantidad de blandas hierbas y helechos. Dos viajes más hizo, hasta que hubo reunido gran cantidad de materiales.

Tendió por el suelo los helechos y las hierbas, formando una cama lisa y suave, y alrededor de ella apoyó varias ramas juntas, de manera que se reuniesen a pocos pies de altura sobre su centro. Encima de ella tendió varias capas de hojas de la gran "oreja de elefante", y con más ramas y más hojas cerró un extremo del pequeño refugio que había construído.

Luego se sentaron junto al borde del tambor e intentaron hablar por signos.

El magnífico medallón de brillantes que pendía del cuello de Tarzán había sido un manantial de cábalas para el cerebro de Jane Porter. La joven señaló a la joya, y Tarzán se la quitó inmediatamente y se la entregó a ella.

Jane vió que era la obra de un hábil artista y que los brillantes tenían hermosas luces y estaban bien engarzados, pero su talla demostraba que procedían de tiempos antiguos.

También notó que el medallón se abría, y al oprimir el oculto resorte, las dos mitades se separaron y revelaron en cada parte una miniatura en marfil.

Una de ellas era una mujer hermosa, y el otro podía haber sido el retrato del hombre que estaba al lado de ella, excepto una sutil diferencia de expresión que apenas podía definirse.

Levantó la joven la vista para mirar a Tarzán, y vió que estaba inclinado sobre ella, contemplando las miniaturas con expresión de asombro. Alargó la mano y tomó el medallón de las de Jane, para examinar los retratos del interior, con inconfundibles señales de sorpresa y de nueva interés. Su actitud denotaba claramente que no los había visto nunca, ni se imaginaba que el medallón se abriase.

Esto indujo a Jane Porter a nuevas hipótesis, pero no le era posible imaginar cómo aquel hermoso joyel había llegado a poder de una criatura salvaje de las inexplorables selvas vírgenes de Africa.

Más admirable aún era pensar cómo contenía el retrato de un ser que podía ser humano, o, más probablemente, padre de aquel semidiós de la selva, que incluso ignoraba que el medallón se abriese.

Tarzán estaba aún mirando fijamente los dos retratos. Luego se quitó la aljaba del hombro, vació sus flechas en el suelo y del fondo del receptáculo sacó un objeto plano envuelto en muchas hojas blancas y atado con pedazos de largas hierbas.

Lo desenvolvió con el mayor cuidado, quitándole capa tras capa, hasta que por fin mostró en la mano una fotografía.

Señalando a la miniatura del hombre del medallón, entregó la fotografía a Jane Porter, poniéndole al lado la joya abierta.

La fotografía sólo sirvió para dejar más perpleja a la joven, porque era evidentemente otro retrato del mismo hombre pintado en el medallón, al lado de la miniatura de la bella y joven dama.

Tarzán miraba a Jane con expresión de pasmado asombro en los ojos. Cuando Jane lo miró a su vez, vió en sus labios lo que parecía un mohín de interrogación.

La joven señaló primero a la fotografía, luego a la miniatura y por fin a Tarzán, como para indicarle que a su parecer los retratos eran suyos; pero Tarzán sólo movió la cabeza, y encogiéndose de hombros, le tomó la fotografía y, después de envolverla otra vez con todo esmero, la volvió a poner en el fondo de la aljaba.

Unos momentos permaneció en silencio, con la vista clavada en el suelo, mientras Jane Porter seguía con el medallón en la mano, dándole vueltas, con el intento de hallar cualquier indicio que pudiera conducir a la identificación del singular poseedor de la joya.

Por fin se le ocurrió una explicación sencilla.

El medallón había pertenecido a lord Greystoke, y los retratos eran los de él y lady Alicia.

Aquel salvaje lo había encontrado sencillamente en la cabaña de junto a la playa. ¡Qué tontería que no se le hubiera ocurrido antes esta explicación del enigma!

Pero el explicar el extraño parecido entre lord Greystoke y aquel dios de la selva era empresa superior a sus fuerzas, y no es raro que no pudiera imaginar que aquel desnudo salvaje era en realidad un noble inglés.

Por fin levantó Tarzán la vista y se fijó en la joven, que seguía examinando el medallón. No podía conjeturar el significado de los retratos de dentro, pero sí leer el

UVALINA
(Mermelada de uvas compuesta)
NO ES UN PURGANTE
EL UNICO REGULADOR DE LA FUNCION INTESTINAL QUE NO INTOXICA
En todas las farmacias
Informes y prospectos al
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745

interés y la fascinación en el rostro del ser vivo que tenía a su lado.

Fijóse Jane en que Tarzán la estaba observando, y pensando que el salvaje deseaba la devolución de su joya, se la tendió. Tarzán la tomó, y asiendo con ambas manos su cadena, la pasó en torno del cuello de la joven, sonriendo al ver su expresión de sorpresa ante aquel don inesperado.

Jane Porter sacudió la cabeza con vehemencia, y trató de quitarse los eslabones de oro del cuello; pero Tarzán no quiso consentírselo. Tomando en las suyas las manos de la muchacha, cada vez que ella insistía en quitarse el medallón, las retuvo fuertemente para impedírselo.

Por fin desistió Jane, y con una risita se llevó el joyel a los labios, y levantándose le hizo una cortesía.

Tarzán no entendió a punto fijo lo que ella quería decir, pero se figuró acertadamente que era su manera de darle las gracias por el regalo; y por eso se levantó él también, y tomando el medallón, se inclinó gravemente como cualquier cortesano de antaño, y posó los labios en el sitio en que habían descansado los de la joven.

Fué un cumplido caballeresco y galante, realizado con la gracia y la dignidad de una absoluta falta de presunción. Era aquello el cuño de su nacimiento aristocrático, la cosecha general de muchas generaciones de buena educación, un instinto hereditario de gracia, que no podía haber extirpado toda una vida de tosca y salvaje crianza y de ambiente feroz y selvático.

Como se iba ya haciendo tarde, volvieron a comer frutos, que les servían a la vez de alimento y de bebida y luego Tarzán se levantó, condujo a Jane Porter a la especie de glorieta que había construído y le hizo seña de que entrara en ella.

Por primera vez en tantas horas invadió a Jane una sensación de temor, y Tarzán vió que se apartaba como si huyera de él.

El contacto de medio día con aquella mujer había convertido a Tarzán en cosa muy distinta de lo que era al salir el sol por la mañana.

Ahora, en todas las fibras de su ser, la herencia hablaba más alto que la educación.

No se había trocado, por rápida transición, en pulido caballero de salvaje hombre-mono; pero por fin predominaban los instintos del primero, y sobre todos ellos el deseo de agradar a la mujer que amaba, y de parecer bien a sus ojos.

Así Tarzán de los Monos hizo la única cosa que sabía había de tranquilizar a Jane Porter, infundiéndole seguridad. Se quitó de la vaina el cuchillo de caza, se lo entregó a la joven, presentándoselo por el puño, y de nuevo le hizo señas de que entrara en la glorieta.

La joven comprendió, y tomó el cuchillo; después de lo cual se tendió sobre la hierba, en tanto que Tarzán hacía lo propio por la parte de fuera de la glorieta.

Y así los encontró el sol a la mañana siguiente. Cuando despertó Jane Porter, no recordaba al pronto los sucesos del día anterior, y por eso se maravilló del extraño escenario que la rodeaba; la pequeña glorieta de ramas, las suaves hierbas de su lecho, y la no conocida perspectiva que contemplaba por el claro que quedaba a sus pies.

Lentamente penetraron en su mente las circunstancias de su situación. Y luego surgió en su pecho un inmenso asombro: una gigantesca ola de gratitud y reconocimiento porque, aun habiendo corrido tanto peligro, se encontraba todavía ilesa.

Se acercó a la entrada de su refugio para buscar a Tarzán. Este había desaparecido; pero entonces no la asaltó temor ninguno, porque sabía que el salvaje volvería.

En la hierba, a la entrada de la glorieta vió Jane la huella del cuerpo de Tarzán, que había estado allí tendido toda la noche para protegerla. Sabía Jane que el haber tenido allí al salvaje era lo único que le había permitido dormir con tan sosegada seguridad.

Con él cerca, ¿quién podría sentir temor? Se preguntó Jane si habría en la tierra otro hombre a cuyo lado pudiera una joven sentirse tan segura en el corazón de aquella selva virgen de Africa. Ya ni los leones ni las panteras encerraban para ella temor alguno.

Levantó la vista y vió que el ágil cuerpo de Tarzán se descolgaba sin hacer ruido de un árbol cercano. Cuando se fijó el hombre-mono en que Jane le miraba, su semblante se iluminó con la franca y radiante sonrisa que el día anterior se había granjeado la confianza de la joven.

Cuando se acercaba a ella, el corazón de Jane latía más de prisa y sus ojos se abrillantaron como no lo habían hecho nunca ante la proximidad de ningún hombre.

Tarzán volvía otra vez de coger frutos, que depositó a la entrada de la glorieta. Una vez más se sentaron juntos a comer.

La joven comenzó a preguntarse cuáles serían los planes de Tarzán. ¿Se la volvería a llevar a la playa o la conservaría allí con él? De pronto se dió cuenta de que este asunto no la preocupaba gran cosa. ¿Podría ser que no le importara?

Empezó a comprender también que estaba muy satisfecha de hallarse allí, al lado de

aquel risueño gigante, comiendo deliciosos frutos en un paraíso silvestre, en las intrincadas y remotas profundidades de una selva africana; y se dijo que se sentía contenta y muy dichosa.

No podía comprenderlo. Su corazón le decía que debía sentirse desgarrada por invasoras ansias, abrumada por horribles temores, agobiada por sombríos presagios; pero en vez de ello, su corazón cantaba y sonreían sus labios en contestación a la expresión interrogadora del hombre que tenía a su lado.

Cuando hubieron terminado su desayuno, Tarzán se dirigió a la glorieta y recobró su cuchillo, que la joven había olvidado por completo. Jane se dió cuenta de que esto se debía a que se le había olvidado también el temor que la indujo a aceptarlo.

Haciéndole señas de que le siguiera, Tarzán se encaminó a los árboles que había al borde del anfiteatro; allí la tomó con un brazo y se lanzó a las ramas. La joven vió que la llevaba otra vez con su gente, y no pudo comprender de súbito el sentimiento de soledad y pena que invadió su alma.

Varias horas estuvieron viajando por los árboles.

Tarzán de los Monos no se apresuraba, sino que trataba de extraer todo el placer posible de aquel viaje, con los amados brazos en torno de su cuello; y por eso se fué muy al Sur de la ruta directa de la playa.

Varias veces se detuvieron breves ratos a descansar, aunque no lo necesitaba Tarzán, y al mediodía se sentaron durante una hora en un arroyuelo, donde sacieron la sed y el hambre.

Estaba ya próxima la puesta del sol cuando llegaron al calvero, y Tarzán, después de descolgarse al suelo junto a un enorme árbol, entreabrió las altas hierbas de la selva y señaló a la joven la cabaña.

Ella le tomó de la mano para conducirle a su interior, y poder decir a su padre que aquel hombre la había salvado de una muerte horrible y de algo peor que la muerte, y que había velado por ella con tanto cariño como podría haberlo hecho una madre.

Pero de nuevo asaltó a Tarzán de los Monos la timidez de los seres salvajes ante las habitaciones humanas, y se retiró moviendo la cabeza.

La joven se acercó mucho a él, mirándole con suplicante ojos, pues, sin saber, cómo no podía soportar la idea de que Tarzán se volviera solo al corazón de la selva.

Otra vez movió Tarzán la cabeza, y finalmente, la atrajo a sí con toda ternura y se inclinó para besarla; pero antes se detuvo a mirar sus ojos y esperó para saber si a ella le agradaba o si iba a rechazarle.

Un solo instante vaciló Jane, y luego comprendió la verdad, y echándole los brazos atrajo a sí la cabeza de Tarzán y le besó... sin vergüenza alguna.

—¡Te quiero!... ¡te quiero! — musitó.

Muy a lo lejos sonaron las débiles detonaciones de muchos tiros. Tarzán y Jane Porter levantaron la cabeza.

De la cabaña salieron mister Philander y Esmeralda.

Desde donde se hallaban Tarzán y la joven, no les era posible ver los dos buques anclados en la rada.

Tarzán señaló hacia donde sonaban los disparos, se tocó el pecho y volvió a señalar. Jane comprendió, Tarzán se iba, y un no sé qué dijo a la joven que era porque pensaba que la gente de ella estaba en peligro.

El la besó de nuevo.

—Vuelve a mí — cuchicheó ella. — Te esperaré... siempre.

Se fué Tarzán... y Jane Porter dió media vuelta para cruzar el raso hasta la choza.

Míster Philander fué el primero en verla. Estaba oscuro y el secretario era muy corto de vista.

—¡Pronto, Esmeralda! — exclamó. — Vamos a meternos dentro, dodde estaremos seguros! ¡Es una leona! ¡Dios mío!

No se detuvo Esmeralda en comprobar la verdad de la visión de mister Philander. El acento de éste le bastaba. Hallábase la negra dentro de la choza, y había atrancado la puerta antes que el secretario hubiera acabado de pronunciar su nombre. El "Dios mío" le fué arrancado a mister Philander por el descubrimiento de que Esmeralda, en la exhuberancia de su prisa, le había dejado al mismo lado de la puerta en que estaba la leona que se acercaba.

Con furia golpeó la cerrada y recia reja.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! — grito. — ¡Déjame entrar! ¡Me devora el león!

Esmeralda pensó que el ruido de la puerta era debido a las tentativas de la leona para perseguirla, y como de costumbre, se desmayó.

Mister Philander echó una mirada de susto en torno.

¡Horror! Aquel ser se acercaba ya a muy poca distancia. El erudito señor trato de subirse por la pared de la choza, y consiguió agarrarse al tejado de ella.

Un momento estuvo colgado allí, pateando como un gato en una cuerda de tender ropa; pero de pronto se desprendió un pedazo del bálago del tejado y mister Philander, precediéndole, se precipitó de espaldas al suelo.

Y en el instante de caer surgió en su mente un notabilísimo detalle de historia natural. Se dice que, si se finge la muerte, los leones y las leonas no hacen caso de uno; así creía recordarlo la defectuosa memoria de mister Philander.

De suerte que éste se quedó como había caído, congelado hasta revestir el horrible aspecto de la muerte. Y como sus brazos y sus piernas estaban tendidos rígidamente hacia arriba cuando dió en tierra de espaldas, la actitud de la muerte era en verdad impresionante.

Jane Porter había estado observando estas extravagancias con suave sorpresa. De pronto rompió a reír, con una carcajada dulce, pero que fué bastante. Mister Philander rodó sobre un costado y miró en torno Por fin llegó a verla.

—¡Jane! — exclamó. — ¡Jane Porter! ¡Dios mío!

Se puso en pie tambaleándose y corrió hacia ella. No podía creer que fuera la joven... ¡y viva

—¡Dios mío! ¿De dónde sale usted? ¿Dónde diantres ha estado usted? ¿Cómo?

—Por favor, mister Philander, — le interrumpió Jane. — No puedo responder a tanta pregunta...

—Bueno, bueno! — dijo mister Philander. — ¡Dios mío! Estoy tan lleno de sorpresa y de júbilo al verla a usted sana y salva, que apenas sé lo que me digo: ¡de veras! ¡Pero, vamos, venga, y cuénteme lo que le ha ocurrido!

CAPITULO XXI

LA ALDEA DE LA TORTURA

A medida que avanzaba la pequeña expedición de marineros penetraba en la densa selva en busca de las huellas de Jane Porter, se iban convenciendo todos más y más de la inutilidad de semejante aventura; pero el dolor del anciano y la desesperanza que se reflejaba en los ojos del joven inglés impedían volverse atrás al bondadoso D'Arnot.

Pensaba éste que podía haber probabilidad de encontrar el cadáver de Jane, o restos de él, porque estaba seguro de que la joven había sido devorada por alguna fiera. Desde el lugar en que habían hallado a Esmeralda desplegó D'Arnot a sus hombres en guerrilla, y en esta formación se abrieron camino sudando y resollando fuerte, al través de las enmarañadas plantas rastreras y trepadoras.

Fué una labor muy lenta y al mediodía no habían avanzado sino unas pocas millas. Entonces se detuvieron para un breve descanso; y después de avanzar un poco mas; uno de los hombres descubrió un camino bien marcado.

Era el sendero de un elefante, y D'Arnot, después de consultar con el profesor Porter y Clayton, decidió seguir por él.

El sendero daba vueltas por la selva en dirección Noroeste, y por él marchaba la columna en fila india.

El teniente D'Arnot iba a la cabeza y andaba a paso vivo, porque el rastro era relativamente abierto. Inmediatamente detrás de él iba el profesor Porter, pero no podía seguir al otro, porque D'Arnot era más joven, y se mantenía a cien varas por delante de él. De pronto, surgieron ante el francés media docena de guerreros negros.

D'Arnot lanzó un grito de aviso a la columna cuando los negros cerraron sobre él, pero antes de poder sacar su revólver había sido preso y arrastrado a la selva virgen.

El grito había alarmado a los marineros, y media docena de ellos corrieron, dejando atrás al profesor Porter, en auxilio de su oficial.

Ignoraban la causa de aquel grito, y sólo sabían que era un peligro que había por delante.

Habían pasado ya corriendo por el sitio de la captura de D'Arnot, cuando un venablo lanzado del interior de la selva traspasó a uno de los hombres, y una rociada de flechas cayó entre ellos.

Alzando los rifles dispararon contra la maleza, en la dirección de que habían partido las saetas.

Para entonces habían llegado ya los demás de la partida, y hacían descarga sobre descarga contra el escondido enemigo. Aquellos eran los tiros que habían oído Tarzán y Jane Porter.

El teniente Charpentier, que iba guiando la retaguardia de la columna, llegó corriendo al lugar del suceso, y al oír los detalles de la emboscada ordenó a sus hombres que le siguieran, y se sumergió en la enmarañada vegetación.

Al instante entablaron una lucha cuerpo a cuerpo con unos cincuenta guerreros negros del pueblo de Mbonga. Las flechas y las balas volaban espesas y rápidas.

Extraños cuchillos africanos y culatas de revólveres franceses se mezclaron un momento en salvajes y sanguinarios duelos, pero pronto los indígenas huyeron al interior de la selva, dejando a los franceses que contaran sus pérdidas.

Cuatro de los veinte habían muerto, una docena estaban heridos, y el teniente D'Arnot había desaparecido. La noche caía rápidamente, y la situación de los europeos era todavía mucho peor, porque ni siquiera podían encontrar el rastro de elefante que habían ido siguiendo.

No les quedaba sino un recurso, y era acampar donde se hallaban hasta que fuera de día. El teniente Chapentier ordenó que se hiciera un pequeño calvero, y se construyera una tala circular de malezas en torno del campamento.

Esta obra no estuvo lista hasta mucho después de oscurecer, y los hombres armaron una gran hoguera en el centro del raso para que los alumbrara en su trabajo.

Cuando todo estuvo tan seguro como era posible ponerlo contra el ataque de las fieras y de los salvajes, el teniente Charpentier situó centinelas en torno del campamento, y los cansados y hambrientos hombres se tiraron al suelo para dormir.

El gemir de los heridos, mezclado al rugir y a los aullidos de las grandes fieras atraídas por el ruido y la luz del fuego, quitaban el sueño, salvo en su más terrible forma, a los fatigados ojos. Triste y hambrienta, la partida permaneció tendida toda una interminable noche, rezando porque llegara el alba.

Los negros que capturaron a D'Arnot no habían esperado a tomar parte en la lucha subsiguiente, sino que arrastraron a su prisionero un trecho a través de la selva, y luego buscaron el rastro mucho más allá del lugar en que sus compañeros estaban combatiendo contra los franceses.

Llevábanlo muy de prisa, y los ruidos de la batalla se iban debilitando cada vez más a medida que se apartaban de los combatientes. De pronto vió D'Arnot un calvero de bastante tamaño, a un extremo del cual había una aldea circunscrita en una empalizada.

Era ya de noche, pero los centinelas de

la cerca vieron a los tres hombres que se acercaban y advirtieron, antes que llegaran a las puertas, que uno de ellos era un prisionero.

Sonó un grito dentro de la empalizada, y una enorme muchedumbre de mujeres y niños se abalanzó al encuentro de la partida.

Y luego empezó para el oficial francés la aventura más aterradora que puede encontrar el hombre en la tierra; la recepción de un prisionero blanco en un pueblo de canívales africanos.

Para aumentar lo diabólico de su cruel salvajismo, tenían el punzante recuerdo de barbaridades aun mayores practicadas contra ellos y los suyos por los oficiales blancos de aquel archipócrita que se llamó Leopoldo II de Bélgica; atrocidades por causa de las cuales habían tenido que evacuar el Estado Libre del Congo, como lastimoso residuo de lo que antaño había sido poderosa tribu.

Cayeron sobre D'Arnot con uñas y dientes, y le golpearon con palos y piedras, y le desgarraron con mayos que parecían garfios. Arracáronle el último vestigio de ropa, e implacables golpes cayeron sobre su carne desnuda y palpitante. Pero el francés no profirió un solo grito de dolor. Se limitó a elevar al Creador una silenciosa oración para que le libertara pronto de aquella tortura.

Pero no iba a ser tan fácil que le dieran la muerte que pedía en su rezo, pues los guerreros apartaron del prisionero a las mujeres a fuerza de golpes. Había que salvarlo para un deporte más noble que aquél; y calmada la primera ola de su ira, se contentaron con acribillarle a pullas e insultos, y con escupirle por turno.

Pronto llegaron al centro de la aldea, y allí ataron a D'Arnot fuertemente a la gran estaca de la cual no se había desatado a ningún hombre vivo.

Unas cuantas mujeres se desperdigaron en dirección a sus respectivas chozas para buscar ollas y agua, en tanto que otras hacían una fila de hogueras en que hervir porciones del festín, mientras las demás se ponían a secar lentamente, en tiras para futuro consumo, porque esperaban que los demás guerreros habían de regresar pronto con más cautivos.

Los festejos se demoraron a la espera del retorno de los salvajes que se habían quedado a entablar la escaramuza con los blancos, de modo que era ya muy tarde cuando todos estuvieron en el pueblo y comenzó la danza de la muerte en torno del condenado oficial.

Medio desmayado de dolor y de agotamiento, D'Arnot observaba tras los párpados medio cerrados lo que parecía ser un frenesí de delirio, o una horrenda pesadilla de la cual habría de despertar pronto.

Las bestiales caras pintarreajadas de colores, las enormes bocas y gruesos labios colgantes, los amarillos y afilados dientes, los inquietos y diabólicos ojos, los relucientes cuerpos desnudos, los crueles venablos... Indudablemente no existían en la tierra criaturas como aquéllas. Debía de estar soñando.

Los salvajes y contorsionados cuerpos iban estrechando cada vez más el círculo en torno de él. De pronto, partió un venablo y le tocó en el brazo. El agudo dolor y la sensación de la sangre caliente que manaba su herida convencieron a D'Arnot de la terrible realidad de su desesperada posición.

Otro y otro venablo le hirieron. El teniente cerró los ojos y apretó los dientes, con la resolución de no proferir una queja. Era soldado de Francia, y enseñaría a aquellos bestias cómo moría un oficial y un caballero.

* * * *

Tarzán de los Monos no necesitó de intérprete que le tradujera el significado de aquellos distantes disparos. Con los besos de Jane Porter aun calientes en sus labios, se lanzó con increíble rapidez por los árboles del bosque hacia la aldea de Mbonga.

No le interesaba la situación de la lucha porque creía que pronto había de pasar. A los muertos no los podía él ayudar en nada y los que se libraran no necesitarían tampoco de su auxilio.

A los que quería llegar era a aquellos que no hubieran quedado muertos ni se hubieran escapado. Y sabía que los encontraría junto a la gran estaca, en el centro del pueblo del padre de Kulonga.

Muchas veces había visto Tarzán a los negros de Mbonga que regresaban del norte con prisioneros, y siempre había presenciado las mismas escenas en torno de aquella maldita estaca, y a la luz temblorosa de muchas fogatas.

Sabía también que rara vez perdían los negros mucho rato antes de consumar el diabólico fin de sus capturas y dudaba que pudiera llegar a tiempo para hacer algo más que vengar a las víctimas.

Tarzán había visto con complacencia sus anteriores orgías y sólo las había estorbado alguna vez por la diversión de asustar a los negros; pero hasta entonces las víctimas de los guerreros de Mbonga habían sido gente de su propio color.

Aquella noche era muy distinto. Hombres blancos, hombres de la misma raza de Tarzán, podían estar a la sazón sufriendo las agonías de la tortura en aquella maldita fortaleza de la selva.

Corrió hacia adelante. La noche había caído y Tarzán iba a mucha altura por las ramas superiores, donde la soberbia luna de los trópicos alumbraba el vertiginoso camino al través de las más altas hojas de las copas, que ondulaban débilmente.

Pronto percibió el reflejo de unas llamas distantes, que lucían a la derecha de su senda. Debía de ser la luz de la hoguera que los dos hombres habían hecho antes de ser atacados, pues Tarzán no sabía nada de la presencia de los marineros.

Tan seguro estaba el hombre-nomo de su conocimiento de la selva, que no se apartó de su ruta, sino que dejó atrás la luz a la distancia de media milla. Era la hoguera del campamento de los franceses.

A los pocos minutos Tarzán llegó a los árboles que dominaban la aldea de Mbonga. ¡Ah, no era aún demasiado tarde! ¿O lo

era en efecto? No podía decirlo. La figura de la estaca se mantenía muy quieta, y los guerreros negros no hacían más que darle pinchazos.

Tarzán sabía sus costumbres. No le habían asestado aun el golpe de muerte. Podía decir casi con un minuto de precisión a qué momento había llegado la danza.

Un instante después el cuchillo de Mbonga cortaría una de las orejas de la víctima,

LEA

TIT-BITS

TODOS LOS MARTES

UN PERRO CURIOSO

—¿Qué dibujas ahí, Ernesto?
—Un perro, papá.
—Pero... ¿y la cola?
—Todavía está en el tintero.

y esto marcaría el principio del fin, porque al poquísimo rato no quedaría más que un montón de carne mutilada.

Aun latiría la vida en él, pero ya sería la muerte la única misericordia que implorase.

La estaca se alzaba a unos cuarenta pasos del árbol más próximo. Tarzán enrolló su cuerda, y de pronto, sobre los diabólicos gritos de la danza, sonó el espeluznante reto del hombre-mono.

Los bailarines se detuvieron como si se hubieran convertido en piedra.

La cuerda voló silbando sobre las cabezas de los negros, completamente invisible a la temblroosa luz de las hogueras del campamento.

D'Arnot abrió los ojos, y un negro enorme, que estaba precisamente delante de él, se precipitó hacia atrás como si lo derribara una mano invisible.

Luchando y gritando, su cuerpo se apartó, rodando a uno y otro lado, hacia las sombras de debajo de los árboles.

Los negros con los ojos desorbitados de horror, miraban como hechizados.

Una vez debajo de los árboles, el cuerpo se alzó verticalmente en el aire y al desaparecer en las frondas de arriba, los aterrados negros, gritando de espanto, emprendieron una enloquecida carrera hacia la puerta del pueblo.

D'Arnot quedó solo.

Era hombre valeroso, pero se le habían puesto los pelos de punta al oír aquel extraño grito que sonó en el aire de la noche.

Cuando vió que el retorcido cuerpo del negro se hundía, como movido por un poder ultraterreno, en el denso follaje de la selva virgen, D'Arnot sintió un estremecimiento de hielo en su columna vertebral, como si la muerte hubiera surgido de alguna negra tumba y hubiera puesto en su carne un dedo frío y viscoso.

Mientras miraba D'Arnot el lugar por donde el cuerpo había entrado en el árbol, oyó ruido de algo que se movía.

Vacilaron las ramas como al peso de un hombre, se sintió un crujido, y el negro cayó otra vez al suelo, y se quedó inmóvil en el lugar de la caída.

Inmediatamente tras él cayó otra figura, un cuerpo blanco; pero éste cayó en pie.

D'Arnot vió que un joven gigante, de proporcionados miembros, salía de las sombras a la luz del fuego y se llegaba a él rápidamente.

¿Qué podía significar aquéllo? ¿Qué sería aquel hombre? Indudablemente un nuevo ser enviado para su tortura y su muerte.

El francés esperó, sin que sus ojos se apartaran del semblante del hombre que abanzaba. Los francos y claros ojos de éste no vacilaron ante la fija mirada del francés prisionero.

D'Arnot se tranquilizó, pero aún sin mucha esperanza y eso que por instinto se dijo que aquella cara no podía enmascarar un corazón cruel.

Sin decir palabra cortó Tarzán de los Monos las ligaduras del francés. Débil por los sufrimientos y por la pérdida de sangre, el

oficial se habría desplomado sino hubiera sido por los fuertes brazos que lo sujetaban.

Se sintió levantado del suelo; experimentó una sensación como de volar, y luego perdió toda conciencia de sí mismo.

CAPITULO XXII

LA EXPEDICION DE RESCATE

Cuando alboreó el día sobre el campamento de los franceses en el corazón de la selva, sus luces alumbraron a un grupo lleno de tristeza y desaliento. En cuanto hubo claridad bastante para verlo que los rodeaba, el teniente Charpentier destacó partidas de tres hombres en distintas direcciones para que buscaran el rastro del elefante, y a los cinco minutos lo hallaron, y la expedición corrió hacia la playa. Fué tarea muy lenta, pues llevaban los cadáveres de seis hombres (dos más habían muerto durante la noche) y algunos de los heridos necesitaban sostén para andar, aunque fuera muy despacio.

Charpentier había decidido volver al campamento por refuerzos, y hacer luego una tentativa de perseguir a los indígenas y rescatar a D'Arnot. Era ya muy avanzada la tarde cuando los exhaustos hombres llegaron al calvero cercano a la playa; pero para dos de ellos el regreso significó una alegría tan grande, que al instante les hizo olvidar todos sus sufrimientos y sus pesares desgarradores. Cuando la partida salió de la selva, la primera persona a quien vieron el profesor Porter y Cecil Clayton fué a Jane, que se hallaba junto a la puerta de la choza.

Lanzando un grito de júbilo y de consuelo, corrió la doncella a saludarlos, y echó los brazos al cuello de su padre, y rompió en lágrimas por primera vez desde que llegaron a aquella terrible y aventurada costa.

El profesor Porter pugnó virilmente por reprimir sus emociones, pero la tensión de sus nervios y de su vitalidad debilitada fueron demasiado para él, y por fin, enterrando el viejo semblante en el hombro de su hija, sollozó plácidamente, como un niño cansado.

Jane Porter le condujo a la choza y los franceses se volvieron a la playa, de la cual llegaron algunos de sus compañeros a su encuentro. Clayton, que deseaba dejar solos al padre y a la hija, se unió a los marineros y se quedó hablando con los oficiales hasta que el bote partió con rumbo al crucero, donde el teniente Charpentier tenía que dar parte del desdichado suceso de su aventura.

Luego Clayton se volvió lentamente hacia la cabaña, con el corazón lleno de felicidad. La mujer que amaba estaba ilesa.

Preguntábase por qué especie de milagro había quedado sana y salva. El verla viva le parecía casi increíble. Cuando se acercó a la choza vió que salía Jane Porter, la cual, no bien le divisó, se apresuró a correr a su encuentro.

—¡Jane! — exclamó el joven. — Dios ha sido muy bueno para nosotros. Dígame cómo se ha librado usted, qué forma ha tomado la Providencia al salvarla a usted para... nosotros.

Nunca la había llamado aun por su nombre de pila. Cuarenta y ocho horas antes un destello de placer habría inundado el corazón de Jane Porter el oír su nombre en labios de Clayton... pero ahora la asustaba.

—Mister Clayton — dijo suavemente y tendiéndole la mano. — Ante todo, permítame que le dé las gracias por su caballerosa fidelidad hacia mi querido padre. Me ha contado toda la nobleza y la abnegación de usted. ¡Cómo podremos pagarle nunca!

Clayton observó que la joven no correspondía en la misma forma a su familiar saludo, pero no sintió ningún recelo por esta causa. ¡Habían pasdo tantas cosas! No era aquél el momento de imponer su cariño; lo comprendió rápidamente.

—Estoy ya pagado — dijo. — Me basta con ver a usted y al profesor Porter otra vez sanos, salvos y juntos. No creo que hubiera de su pena sorda y sin quejas. Ha sido la aventura más triste de mi existencia, miss Porter. Y había que añadirle mi propio dolor... el más grande que he sentido en mi vida. Pero el suyo era tan desesperado, que daba verdadera lástima. El me ha enseñado que ningún amor, ni siquiera el de un hombre a su mujer, puede ser tan hondo, tan intenso y tan abnegado como el de un padre a su hija.

La joven bajó la cabeza. Quería hacer una pregunta, pero le parecía casi sacrílega en vista del amor de aquellos dos hombres, y de los terribles sufrimientos ue habían experimentado mientras ella estaba risueña y feliz al lado de la singular criatura de la selva comiendo deliciosos frutos, y mirando con amor unos ojos que le respondían lo mismo.

Pero el amor es un extraño dueño, y más extraña aún es la naturaleza humana; de manera que hizo la pregunta, aunque no tuvo la suficiente cobardía para justificarse ante su propia conciencia. Sentía odio a si misma; mas a pesar de ello formuló la pregunta:

—¿Dónde está el hombre de la selva que fué a salvar a usted? ¿Por qué no ha vuelto?

—No comprendo — dijo Clayton. — ¿A quién se refiere usted?

—El que nos ha salvado a todos... el que me salvó del gorila.

—¡Ah! — exclamó Clayton sorprendido. — ¿Fué él el que la salvó a usted? Es que no me ha contado usted nada de su aventura. Cuéntemelo usted todo.

—Pero ¿y el hombre del bosque? — apremió la joven. —¿No le han visto ustedes? Cuando oímos los tiros en la selva, muy débiles y muy lejanos, me dejó. Acabábamos de llegar a este raso, y él corrió en dirección al lugar de la lucha. Yo sé que fué a ayudarlos a ustedes.

Su acento era casi suplicante y su actitud violenta por la reprimida emoción. Clayton no pudo menos de observarlo, y se preguntó vagamente por qué estaba tan conmovida Jane y tan ansiosa por saber el paradero de aquella extraña criatura. No sospechab Clay-

ción la verdad. ¿Cómo iba a sospecharla?

Sin embargo, le acosaba un vago temor de algún pesar inminente, y en su pecho, sin que él se diera cuenta, nació el primer germen de los celos y las sospechas contra el hombre-mono a quien debía la vida.

—No le hemos visto — replicó. — No llegó a unirse con nosotros. Y después de un momento de pensativo silencio, añadió: — Es posible que se uniera a su propia tribu, a los hombres que nos atacaron.

No sabía Clayton por qué había dicho esto, porque no lo creía. ¡Pero el amor es un dueño tan raro!

La joven le miró con los ojos muy abiertos.

—¡No!—exclamó con vehemencia, con demasiada vehemencia a juicio de Clayton — No podía ser. Ellos eran negros... y él es blanco... y caballero.

Clayton la miró perplejo. El diablillo de los ojos verdes le acosaba.

—Es un ser extraño y semisalvaje de la selva, miss Porter. No sabemos nada de él. No habla ni entiende ninguna lengua europea, y sus adornos y armas son los de los salvajes de la costa occidental.

Hablaba Clayton con gran precipitación.

—No hay más seres humanos que salvajes en un centenar de millas a la redonda, miss Porter. Debe de pertenecer a la tribu que nos atacó, o a cualquiera otra igualmente feroz. Puede ser incluso canfbal.

Jane Porter palideció.

—¡No quiero creerlo! — susurró. — ¡No es verdad! Ya verá usted. — añadió dirigiéndose a Clayton, — ya verá usted como vuelve, y se convencerá de que está equivocado. Usted no lo conoce como yo. Le aseguro a usted que es un caballero.

Clayton era un hombre generoso y noble, pero algo de la apasionada defensa que la joven hacía de aquel hombre de la selva suscitaba en él unos celos irracionales; de manera que por un momento olvidó todo lo que debían a aquel silvestre semidiós, y respondió con cierto sarcasmo:

—Es posible que tenga usted razón, miss Porter; pero no creo que debemos ninguno de nosotros preocuparnos por nuestro conocido tragón de carroña. Lo más probable se nos olvidará más pronto, aunque no más eficazmente que nosotros a él. No es sino un animal de la selva, miss Porter.

La joven no respondió, pero sintió que se le encogía el corazón en el pecho. La ira y el odio contra quien amamos fortalece nuestro corazón, pero el desprecio o la compasión nos deja mudos y avergonzados.

Sabía que Clayton no hablaba más que lo que pensaba, y por primera vez se puso a analizar los cimientos de su reciente amor, y a someter al objeto del mismo a un examen crítico.

Lentamente se volvió y penetró en la choza. Allí trató de imaginarse a su semidiós sentado a su lado en el salón de un transatlántico. Lo vió comer con las manos, desgarrar el alimento como un animal feroz, y secarse los grasientos dedos en los muslos. Se estremeció.

Se vió a sí misma presentando a sus amigas a un ser tosco, analfabeto... un paluro... y este pensamiento la hizo cejar.

Había llegado ya a su cuarto, y sentada en el borde de su cama de helechos y hierbas con una mano apoyada en el palpitante seno, sintió el duro contorno del medallón de aquel hombre debajo de la blusa.

Sacólo y un momento lo tuvo en la palma de la mano clavando en él los ojos empañados por las lágrimas. Luego se lo llevó a los labios, y apretándolo contra ellos enterró la cara entre los blandos helechos, sollozando.

—¿Animal de la selva? — musitó .— Entonces que Dios me haga; a mí lo mismo; ¡porque, hombre o bestia, soy tuya!

No volvió a ver a Clayton aquel día. Esmeralda le entró la cena, y Jane mandó recado a su padre de que estaba indispuesta por la reacción que siguió a su aventura.

A la mañana siguiente Clayton partió temprano con la expedición de socorro en busca del teniente D'Arnot. Esta vez iban doscientos hombres armados, con diez oficiales y dos médicos y provisiones para una semana. Llevaban ropa de cama y hamacas, estas últimas para transportar a sus heridos y enfermos.

Era una compañía determinada y colérica, una expedición de castigo tanto como de socorro; poco después del mediodía llegaron al sitio de la escaramuza de la expedición anterior, porque iban por terreno ya conocido y no necesitaban explorar.

Desde allí el sendero del elefante conducía en derechura al pueblo de Mbonga. Y no eran más que las dos cuando la cabeza de la columna llegó al borde del calvero.

El teniente Charpentier, que mandaba las fuerzas, envió inmediatamente a una parte de las mismas al través de la selva del otro lado del pueblo. Otro destacamento fué despachado a un punto ante la puerta de aquél, en tanto que el teniente se quedaba con los demás soldados en la parte Sur.

Se dispuso que el destamento que había de situarse al Norte, y que sería el último en

—Me parece que se está comiendo varias letras.
—Que quiere. Cada vez que escribe HIERRO QUINA BISLERI me entra un apetito bárbaro y tengo que comerme algo.

llegar a su puesto, fuera el que comenzara el combate; su primera descarga sería la señal de un ataque combinado por todas partes, con el intento de tomar la aldea por asalto a la primera embestida.

Durante media hora los hombres que mandaba el teniente Charpentier estuvieron agazapados en el denso follaje de la selva, aguardando la señal. A ellos les pareció que esperaban horas enteras. Veían indígenas en los campos y otros que entraban y salían por la puerta del pueblo.

Por fin llegó la señal, un áspero fragor de fusilería; y en respuesta una descarga como hecha por un solo hombre partió de la selva al Oeste y al Sur.

Los indígenas de los campos dejaron caer sus aperos, y enloquecidos se lanzaron contra la empalizada. Las balas francesas los cegaban, y los marinos saltaban sobre sus postrados cuerpos en dirección a la empalizada del pueblo.

Tan súbito e inesperado había sido el ataque, que los blancos llegaron a las puertas antes de que los asustados indígenas pudieran impedírselo, y un minuto después la calle del pueblo estuvo llena de hombres armados que luchaban cuerpo a ceurpo en inextricable mezcolanza.

Unos momentos los negros mantuvieron su terreno dentro de la entrada de la calle, pero los revólvers, rifles y machetes de los franceses hicieron enorme mortandad entre los lanceros indígenas y derribaron a los arqueros negros antes que pudieran disparar.

Pronto la batalla vino a ser una terrible derrota, seguida de feroz matanza; porque los marineros franceses habían visto trozos del uniforme de D'Arnot en el cuerpo de varios guerreros que se le oponían.

Dejaron con vida a los niños y a aquellas de las mujeres a quienes no se vieron obligados a matar en defensa propia; pero cuando por fin se detuvieron, jadeantes, cubiertos de sangre y sudorosos, fué porque no quedaba ya para hacerles frente un solo guerrero de la aldea del salvaje Mbonga.

Con el mayor cuidado escudriñaron todas las chozas y rincones de la aldea, pero no pudieron hallar ni rastro de D'Arnot. Por señas interrogaron a los prisioneros, y finalmente uno de las marineros, que había servido en el Congo francés, vió que podía hacerles entender esa lengua bastarda que pasa por idioma entre los blancos y las más degradadas tribus de la costa; pero ni aun así pudieron averiguar nada concreto en relación con el destino de D'Arnot.

Sólo gestos de excitación y expresiones de miedo pudieron obtener en contestación a las preguntas referentes a su compañero; y por fin quedaron convencidos de que aquéllas no eran sino pruebas de la culpa de los demonios, que habían matado a su camarada y se lo habían comido dos noches antes.

Los abandonó todo esperanza, y se prepararon acompañar para pasar la noche allí mismo. Los prisioneros fueron amontonados en tres chozas, donde quedaron muy bien custodiados. En las puertas del pueblo pusieron centinelas, y finalmente todo quedó envuelto en el silencio del sueño, salvo el gemir de los indígenas por sus muertos.

A la mañana siguiente partieron para emprender el viaje de regreso. Su primitivo intento había sido quemar el pueblo, pero renunciaron a esta idea, y los prisioneros quedaron atrás, gimiendo y llerando, pero con techos que los cubrieran y con una empalizada como refugio contra las bestias feroces.

Lentamente volvió la expedición por el camino de ida del día precedente. Retardaban su marcha diez hamacas cargadas. En ocho de allas iban los más graves de los heridos, y las otras dos se combaban bajo el peso de sendos muertos.

Clayton y el teniente Charpentier llevaban la retaguardia de la columna. El inglés guardaba silencio ante el pesar del otro, porque Chapenrtier y D'Arnot habían sido compañeros y amigos desde su niñez.

Clayton no podía menos de ver que el francés sentía su pena tanto más hondamente cuanto que el sacrificio de D'Arnot había sido estéril, puesto que Jane Porter había sido rescatada antes que el oficial capera en manos de los salvajes, y además porque el sacrificio en que perdió la vida era ajeno a su deber y por causa de extranjeros y desconocidos; más cuando habló de esto al teniente, Charpentier movió la cabeza:

—¡No, monsieur! — le dijo. — D'Arnot habría elegido unamuerte como esa. Lo único que lamento es no haber muerto yo por él, o cuando menos con él. Quisiera que le hubiese usted conocido mejor, monsieur. Era oficial y caballero de veras; títulos que se dan a muchos, pero que tan pocos merecen. No ha muerto estérilmente, porque su muerte en defensa de una señorita norteamerica desconocida nos hará a nosotros, sus camaradas, afrontar nuestro fin con más bravura, cuando quiera que llegue.

Clayton no replicó, pero en su corazón nació un respeto por aquel francés, que no vino nunca a sufrir menoscabo.

Era muy tarde cuando llegaron a la choza de la playa. Un solo tiro antes de salir de la selva había anunciado a los del campamento lo mismo que a los del buque, que la expedición había llegado demasiado tarde; porque se había convenido previamente que cuando estuvieran a una o dos millas del campamento dispararían un tiro para denotar el fracaso y tres para indicar el triunfo, y en cambio dos indicarían que no habían encontrado rastro alguno de D'Arnot ni de sus negros raptores.

Era, pues, un entristecido grupo de hombres el que esperaba su regreso, y pocas palabras se cruzaron mientras los muertos y heridos eran depositados en botes que silenciosamente los llevaban hasta el crucero.

Clayton, exhausto por los cinco días de laboriosas marchas en la selva y por los efectos de sus dos batallas con los negros, se volvió a la cabaña a buscar un bocado de alimento, y la relativa comodidad de su lecho de hierbas, después de dos días pasados en la espesura.

En la puerta de la choza se encontró a Jane Porter.

—¿Y ese pobre teniente? — preguntó ésta — ¿No han encontrado rastro de él?

—Hemos llegado tarde, miss Porter, — replicó Clayton tristemente.

COMERCIO

La cliente: — Usted ha dicho que este género es lana y la etiqueta dice "algodón".
El vendedor: — No haga caso, señora: este letrero lo ponemos para engañar a la polilla.

ULTIMOS MOMENTOS

—¡Adios! ¡Está por sonar mi última hora!
—¡No, querido tío! Hace rato que paramos el reloj.

—Dígame usted. ¿Qué ha ocurrido? — preguntó ella.

—¡No puedo, miss Porter! ¡Es demasiado horrible!

—¿Es que lo torturaron? — cuchicheó ella.

—No sabemos lo que hicieron con él "antes" de matarlo, — respondió el inglés con el semblante desencajado de fatiga, y por el pesar que le inspiraba el pobre D'Arnot; y recalcó la palabra "antes".

—¡"Antes" de matarlo! ¿Qué quiere usted decir? Es que eran...

Pensaba en lo que había dicho Clayton acerca de las probables relaciones del hombre de la selva con aquella tribu, y no le era posible pronunciar la terrible palabra.

—Sí, miss Porter... Eran caníbales,—dijo, casi amargamente, porque también él había pensado en el extraño sujeto, y de nuevo le invadían los celos que había sentido dos días antes.

Y luego, con repentina brutalidad, tan ajena al natural de Clayton como la consideración y la cortesía son ajenas a un mono, estalló:

—Cuando la dejó a usted su dios de la selva, iba indudablemente a tomar parte en el festín.

Se arrepintió de estas palabras casi antes de decirlas, y eso que no sabía cuán cruelmente había ofendido a Jane. Su arrepentimiento obedecía a la rastrera deslealtad que aquéllas significaban para con el hombre que les había salvado la vida a todos, y no había hecho el menor daño a ninguno.

La joven alzó altivamente la cabeza:

—Esas palabras de usted no tendrían más que una contestación posible, — dijo con acento glacial; — y lamento, míster Clayton, no ser hombre para dársela.

Dicho esto, dió demia vuelta y entró en la choza.

Clayton era inglés, de manera que la joven había desaparecido de su vista antes que hubiera deducido qué respuesta le habría dado un hombre.

—¡A fe mía, — se dijo pesaroso, — me ha llamado embustero! ¡Y además me está muy bie nmpleado! — añadió pensativo. — Clayton, amigo mío, sé muy bien que estás cansado y muy nervioso, pero esa no es razon para que te hayas portado como un pollino. Mejor será que te vayas a la cama.

Mas antes de hacerlo llamó suavemente a Jane Porter al otro lado del tabique de lona, porque quería presentarle sus excusas; pero lo mismo habría sido que se dirigiera a una esfinge. Entonces escribió un pedacito de papel y lo metió por debajo del tabique.

Jane Porter vió el papelito y no le hizo caso, porque estaba muy colérica, ofendida y mortificada. Pero... era mujer, y así acabó por tomarlo y leer:

"Querida amiga: No he hecho bien al insinuar lo que he insinuado. Mi única excusa es que tengo los nervios de punta... lo cual no es excusa, desde luego.

"Procure usted, se lo ruego, pensar que no lo he dicho. Lo siento con toda mi alma. A "usted" no habría yo querido ofenderla por nada del mundo. ¡Dígame que me perdona! — Wm. Cecil Clayton."

—Lo pensaba cuando lo dijo, — raciocinó la joven. — Pero no puede ser verdad... ¡Oh, yo sé que no es verdad... ¡Oh, yo sé que no no es verdad!

Una frase de la carta la asustaba. "A usted" no habría querido ofenderla por nada del mundo."

Una semana antes esta frase la habría llenado de júbilo; pero ahora la deprimía.

Deseaba no haber conocido a Clayton. Sentía haber llegado a ver al dios de la selva... No, se alegraba. Y además, tenía aquella otra carta que había encontrado en la hierba delante de la cabaña al día siguiente de su regreso, la carta de amor firmada por Tarzán de los Monos.

¿Quién podía ser el nuevo pretendiente? Si era otro de los ciudadanos de aquel terrible bosque, ¿qué no podría hacer por reclamarla?

—¡Esmeralda, despierta! — exclamó. — ¡Me da tanta rabia verte dormir tan tranquila cuando sabes muy bien que el mundo está lleno de penas!

—¡Angel Gabriel! — gritó Esmeralda sentándose en su lecho. — ¿Qué es ahora? ¿Es un hipopoceronte? ¿Dónde está, miss Jane?

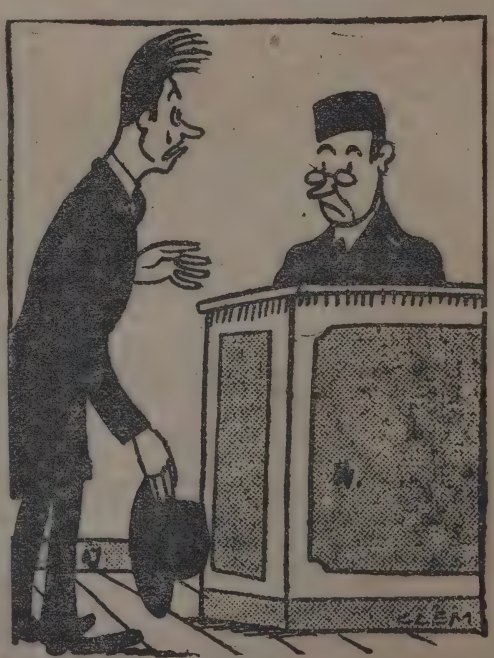
—¡Qué tontería, Esmeralda! No hay nadie Vuélvete a dormir. Mal estás dormida, pero mucho peor estás despierta.

—¿Pero qué te pasa, preciosísima? Parece que estás desquiciada esta noche.

—¡Ah, Esmeralda! ¡Esta noche estoy de un humor de perros! — dijo la doncella. — No me hagas caso. ¡Anda y duérmete!

—Pero tú también te vas a dormir, vida

VIDA CARA



—¡Quinientos francos por un entierra! ¡Qué caro! ¡Cómo sube el precio de la vida!

mía, que tienes los nervios de punta. Con esos hipopótamos y antripóforos que me ha estado diciendo Mr. Philander, no es maravilla que tengamos todos los nervios como cuerdas de violín.

Jane Porter cruzó al opesento, riendo, y besó las fieles y viejas mejillas de la negra, después de lo cual le dió las buenas noches.

CAPITULO XXIII

HOMBRES HERMANOS

Cuando D'Arnot recobró los entidos, se encontró tendido en una cama de blancos helechos y hierbas, bajo un doselete de ramas puestas en forma de A. A sus pies un claro daba a un espacio cubierto de verde césped, y a poca distancia más allá se alzaba la densa pared de selva virgen. Sentíase el francés agotado y débil, y cuando recobró la plena conciencia de sí experimentó el agudo padecimiento de muchas y muy crueles heridas, y se sintió dolorido en todos los huesos y músculos de su cuerpo, como resultado del tremendo trato de que había sido objeto.

Aun el volver le causaba unos dolores tan terribles, que permaneció largo tiempo inmóvil con los ojos cerrados.

Trató de recordar los detalles de su aventura hasta el momento en que perdió el sentido, para ver si explicaban su actual situación... y se preguntó si estaba entre amigos o enemigos. Por fin vino a su memoria toda la espeluznante escena de la estaca, y recordó la extraña figura blanca en cuyos brazos se había desmayado.

D'Arnot se preguntó qué destino le estaba reservado. No oía ni veía ningún signo de vida en torno. El zumbido incesante de la selva virgen, el roce de millones de hojas, el zumbar de los insectos, las voces de los pájaros y de los micos, le parecían mezclados en un ronquido extrañamente calmante, como si se encontrara aislado y muy lejos de aquella ida de miriadas de seres, cuyos sones llegaran a sus oídos únicamente como un eco embotado. Por fin cayó en tranquilo sueño, y no volvió a despertarse hasta por la tarde. Una vez más experimentó la extraña sensación de completo asombro que había marcado su anterior despertar, pero pronto recordó el reciente pasado, y, mirando por la abertura que tenía a los pies, ió la figura de un hombre en cuclillas. La ancha y musculosa espalda estaba vuelta hacia él; pero, a pesar de lo atezada que era, vió D'Arnot que era la espalda de un blanco, y dió gracias a Dios. El francés llamó débilmente. El hombre se volvió, se puso en pie y se acercó al herido. Su rostro era muy hermoso, el más hermoso, pensó el teniente, que había visto en su vida.

Inclinándose, el hombre de la selva se coló en el cobijo junto al oficial herido, y puso una mano fría sobre su frente.

D'Arnot le habló en francés, pero el hombre se limitó a mover la cabeza... con expresión melancólica, según creyó observar el teniente. Luego probó D'Arnot el inglés, pero Tarzán siguió moviendo la cabeza. Igual desencanto obtuvo con el italiano, el español y el alemán. D'Arnot sabía unas cuantas palabras de noruego, de ruso, de griego y también algo del lenguaje de una de las tribus negras de la costa de Africa... Pero el hombre - mono negó siempre.

Después de examinar las heridas de D'Arnot, dejó el refugio y desapareció. A media hora había vuelto con frutos y con un vegetal hueco, semejante a una calabaza, lleno de agua. El herido bebió y comió un poco. Sorprendíale ver que no tenía calentura. De nuevo trató de conversar con aquel extraño enfermero, pero su tentativa fué inútil.

Súbitamente Tarzán salió del refugio, para volver a los pocos minutos con varios pedazos de corteza — ¡oh, asombro de los asombros! — con un lápiz.

Agazapándose al lado de D'Arnot, escribió unos momentos en la lisa superficie interior de la corteza, y luego se la dió al francés.

Este se quedó de una pieza al ver escritas en caracteres claros, como de imprenta, estas palabras en inglés:

"Soy Tarzán de los Monos. ¿Quién es usted? ¿Sabe leer este idioma?"

D'Arnot agarró el lápiz... y de pronto se detuvo. Aquel extraño individuo escribía en inglés... inglés, pues, debía de ser.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.

Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

4a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

LOS CASOS DEL DETECTIVE X CROOK

POR J. Jefferson Farjeon.

TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY"

"6 DE AGOSTO"

—Quiero pedirle a usted que me ayude en un asunto muy extraordinario, — empezó diciendo Ricardo Appleton. — Ya sé que está usted acostumbrado a tratar asuntos de esta naturaleza perod udo que haya usted intervenido nunca en un caso tan asombroso como el que me preocupa.

—¿Entonces no se tratará de dar caza a una gallina silvestre? — dijo el detective Crook, sonriendo.

—¡Cazar una gallina silvestre! — exclamó el otro; entonces dirigió la vista hacia un calendario que se hallaba en la pared.

—¡Oh, la fecha! No, yo no quiero matar a nadie.

—Y sin embargo usted tiene un arma,— interpuso el detective.

Appleton lo miró fijamente.

—¿Cómo demonios hizo para saberlo?— exclamó.

—Yo lo sabía, — contestó Crook. — Lo he adivinado y parece ser que no me he equivocado.

—En ese caso ¿cómo lo adivinó?

—Por su agitación. Los hombres que están agitados, con frecuencia, llevan armas encima. La suposición era tres contra uno y sin embargo acerté. Reconozcamos que he tenido suerte.

Appleton sonrió.

—¿Suerte? Inteligencia, digo yo.

Shelock Holmes ya lo hacía antes que usted; él trataba de impresionar a un cliesnte mediante la facilidad que tenía para destacar el indicio más insignificante, pero de utilidad para su pesquisa.

El dectective escuchaba a Ricardo Appleton.. Este era un individuo alto y de agradable aspecto que esa misma mañana había enviado un S. O. S. a Crook.

Lo observó detenidamente y luego exclamó:

—Sí, siempre inspira onfianza el que yo pueda aparecer como un hombre inteligente, en los primeros cinco minutos, — confesó Crook. — Pero no puede decirse que haya dado ahora ninguna prueba de inteligencia. Espero que usted me dé oportunidad para ello.

—Pues, en tal caso tiene usted aquí ocasión para lo que desea, — dijo Appleton, y agregó: — ¿Ha mirado usted bien esta habitación? ¿Nota usted algo en ella?

El detective recorrió la vista por todo el cuarto. No contestó durante unos pocos segundos. Por el momento solo veía las cosas evidentes.

—Parece ser una biblioteca vulgar, — dijo — algo confortable aunque no está amueblada lujosamente. Tiene grandes ventanales que dan a un prado, pero esto no se diferencia de cientos de bibliotecas como éstas. Habrá unos mil libros, probablemente. Y la alfombra turca es de muy buena clase.

—Yo compré los muebles con la casa hace tres años. Y bien ¿eso es todo lo que usted nota?

El dueño de casa parecía algo contrariado.

—¿Debo notar algo más? — preguntó el detective.

Sí, hay algo más.

El detective movió la cabeza con inquietud.

—Definido, no hay nada, — dijo.

—¡Oh, sí! Noto algo indefinido. Hay una ¿eómo diré?... como una atmósfera siniestra, rodeando este cuarto? Pero no tenga muy en cuenta esto que digo, es que su aptitud, su arma, y el hecho de que usted dirigiera mis pensamientos hacia este cuarto, me hicieron suponer la posible existencia de algo siniestro sin tener ninguna otra causa para creerlo así.

—Y sin mbargo, esa otra causa existe — exclamó Appleton. — Este cuarto es, en efecto siniestro. Suceden aquí cosas muy extrañas.

—¿Qué clase de cosas? — inuirió el detective.

Appleton guardó unos momentos de silencio, luego se dirigió hacia el detective.

—Cuando usted entre en este cuarto mañana por la mañana, si es que entra, no lo encontrará usted tan ordenado como está

ahora. Se hallará en completa confusión. Los papeles estarán por el suelo, los libros desparramodos y los muebles en desorden y dados vuelta. — El señaló los ventanales. — Y esos vidrios estarán rotos.

—Eso es extraordinario, — asintió el detective. — Dígame, Mr. Appleton, ¿ocurre esto con mucha frecuencia?

—Una vez al año.

—¡Una vez al año! ¿Y esta noche es cuando cree usted que ocurrirá?

El miró el calendario como si por ahí fuera a descubrir el hilo del asunto.

—A la madrugada. El 6 de Agosto, — contestó Appleton. — Le aseguro que este cuarto ha sido arreglado la noche anterior en cada una de las dos ocasiones en que se ha producido el extraño acontecimiento. Pero cuando hemos entrado a la mañana siguiente ¡la confusión y el caos!

—¿Cómo se explica usted esto?

—¿Es usted sonámbulo? — sugirió Crook.

—No, — replicó Appleton. — Ni ningun otro lo es aquí. Ya he estado en todo eso.

—¿Y está al tanto la policía de lo que se trata?

Appleton hizo un visaje.

—El primer año que esto ocurrió, hace dos años, hacía solamente uno o dos meses que yo había comprado esta residencia. En aquella ocasión llamé a la policía. Pero no pudieron aclarar el misterio. Suponían que alguien había entrado aquí, pero asustado al creer que venían a sorprenderlo, había huído sin haber tenido tiempo de llevarse nada. De todos modos, nunca fué capturado ni se hallaron rastros suyos, aparte de las condiciones en que era hallada esta habitación.

—¿Eso fue el seis de Agosto de 192..? — preguntó Crook.

—Eso es. En seguida me dió que pensar el asunto y llegó a ser una preocupación general. Había habido unos cuantos asaltos y robos por estos contornos en aquella época y llegué a alarmarme. Pero al suceder la misma cosa el 6 de Agosto del año pasado entonces sí que me preocupé de veras.

Todos decían que había sido una mera coincidencia. Tal vez sea así, pero no dejaba de ser una cosa muy extraña.

—Así es, — agregó el detective. — ¿Y tampoco en esa segunda ocasión pudo usted descubrir nada?

—Nada absolutamente. Ahora nos hallamos en vísperas de la fecha fatal y sería el colmo que tan extraño visitante volviera a llevar a cabo otra nueva hazaña.

—Pues es muy probable que así suceda. Yo siempre pienso que no hay dos sin tres, — opinó Crook.

En tal caso, estaremos a la expectativa y veremos lo qué pasa aquí esta noche.

—Naturalmente, — dijo Appleton y añadió sonriente: — Con el revólver, ¿eh?

—De eso me encargaré yo. Con todo, no creo conveniente que cometamos un asesinato accidental por nuestra agitación.

Y esta fué, substancialmente, toda la historia que contó el dueño de casa.

Durante diez minutos ambos hombres discurrieron sobre el mismo asunto. Appleton sostenía que "alguien" venía en busca de "algo" que nunca encontraba. Pero lo que no se explicaba era por qué causa ocurría aquel hecho en la madrugada del 6 de Agosto, indefectiblemente.

—¿Se lo explica usted? — preguntó Appleton. — ¿No tiene alguna idea al respecto?

—Las tengo por docenas, — replicó el detective, — pero ninguna de ellas merece ser mencionada.

La tarde era muy avanzada y prometiendo volver, el detective dejó la residencia de su cliente para dirigirse hacia la ciudad.

La primera visita fué a la estación de policía. Allí le comunicaron lo mismo que le había referido Ricardo Appleton, además de ciertos informes oficiales relacionados con el mismo asunto.

—Creo que todo eso es la mano de algún bromista, — dijo el inspector.

—O de algún loco, — añadió el sargento.

—¿Entonces no atribuye usted la repetición del caso a una pura coincidencia? — preguntó Crook.

El inspector opinó:

—Eso es como se quiera mirar. Si usted coloca su dinero al No. 17 y el No. 17 sale, es una coincidencia.

—Pues si el 6 de Agosto fué una coincidencia, no tenemos por qué esperar esta noche la consabida visita, — observó el detective.

—Esta noche no habrá tal visita, créame, — afirmó el inspector.

—¡Quién sabe! — objetó Crook.

—Sería una locura pensar lo contrario, — murmuró el inspector. — No obstante.. es algo tan extraño...

Y abandonando el cuarto salió precipitadamente volviendo a poco rato con semblante que denotaba preocupación.

—Aquí hay algo interesante, — señaló.

—Dos años antes de que yo viniera a este distrito ocurrió un hecho desagradable para los Briars. El propietario fué encontrado muerto.

—¿Dónde? — interrogó Crook con interés. — ¿En la biblioteca?

—Eso no lo sé. No intervine en el asunto, de modo que desconozco los detalles, — hizo una pausa y luego dijo:

—La muerte fué el día 6 de Agosto.

Crook lanzó una exclamación.

—Llega usted un poco tarde con su descubrimiento ¿no le parece?

—Ya le dije antes que ese caso no me correspondió a mí. Ahora veo que el asunto es algo más que casual.

—Cuando el No. 17 insista en repetirse, usted tomará nota, — exclamó Crook.

El inspector se dirigió al sargento:

—¿Conoce usted algo de todo esto, Davis? ¿No estaba usted aquí en aquella época?

—Yo estaba, pero de cierta manera, pues estaba y no estaba, — replicó el sargento.

—¿Quién diablos te entiende?

—Digo que estaba y no estaba porque aunque ya pertenecía en ese tiempo a este distrito, me hallaba de vacaciones cuando ocurrió lo del 6 de Agosto.

—Y dígame, — dijo Crook volviéndose al inspector, — ¿qué año murió el propietario de los Briars?

Inspector consideró cuidadosamente la respuesta; luego respondió:

—En el año 1923.

—¿Y qué sucedió después en aquella casa?

—La familia se fué, señor. — esta vez el sargento fué quien habló.

—Tenían de nombre, Temple. Y como eran muy ricos se trasladaron a una de sus propiedades.

—En 1923, — pensó el detective.

—Y Appleton tomó posesión de la casa en 1925. ¿Qué habrá sucedido, entonces, el 6 de Agosto de 1924?

¿Estuvo la casa ocupada entre el tiempo que la dejaron los Temple y Appleton se trasladó a ella?

El inspector fijó la mirada en el sargento y éste dijo:

—Estuvo vacía, señor. Nadie quería ocuparla.

—Pero entonces habría algún casero a su cuidado.

—No había nadie. La casa estaba cerrada, — insistió el sargento.

—Está bien, gracias. Esta información puede ser muy importante.

Ahora dígame una cosa más, si es que la sabe. Cuando el nuevo inquilino, Mr. Appleton se trasladó allí en 1925, ¿arreglaron los cristales de los ventanales que hay en la biblioteca?

El sargento adoptó un gesto de gravedad y clavó la vista en el suelo para inspirarse mejor. Pero fué inútil. Resignadamente declaró que no sabía nada sobre ese particular.

—Pensó, sin embargo, que lo habrán hecho, — opinó el sargento.

—Usted podría obtener alguna información del agente.

—Eso es. ¿Quién es? — preguntó Crook.

—Yo estaba por decírselo antes.

Y le informó que el agente era un hombre llamado Riceland y que su oficina se hallaba en la ciudad próxima.

—Le avisaré mi visita, — exclamó Crook; y dos minutos después hablaba por teléfono con el agente, quien le decía:

—A, sí, ya sé de lo que se trata. Puedo darle todos los detalles. La casa estuvo desocupada desde Agosto de 1923, hasta junio de 1925. La adquirió Ricardo Appleton, de Brisbane.

—Ya he hablado con Mr. Appleton, — interpuso Crook. — Parece que es inglés.

—En efecto,—explicó el agente,—pero él ha estado en Australia cuarto o cinco años, antes de tomar la casa.

—Pues esto explica que no supiera nada de la pasada historia de los Briars.

—Es natural.

—Y usted como buen agente de casas, se guardó muy bien de decirle que se había cometido un crimen en la casa que le ofrecía.

—Exactamente. No había necesidad, — díjole el agente. — Mrs. Temple, que se había marchado al Norte, me escribió diciéndome que quería vender la casa, porque necesitaba dinero.

—¿Y mientras la casa estuvo desocupada, no hubo allí ningún casero?

—Durante un mes o dos, si hubo uno, si mal no recuerdo, pero Mrs. Temple decidió eliminar ese gasto.

—Está bien; ahora dígame ¿no sabe usted en qué condiciones se hallaban las ventas de la biblioteca, cuando Mr. Appleton se trasladó a la casa? Me imagino que usted le acompañaría el día que tomó posesión de la residencia.

—Desde luego; y recuerdo muy bien que el cristal de uno de los ventanales estaba roto.

—¿Y en qué estado se hallaba la biblioteca?

— exclamó el detective, con un interés que iba en aumento. — ¿Recuerda usted algo de esto?

Hubo una pasa. Entonces dijo el agente:

—Se hallaba algo desordenada. A mi se me ocurrió que algún vagabundo pudiera haber entrado allí para guarecerse. La casa está rodeada de arbustos, como habrá usted visto, si es que ha estado allí y no se alcanza a ver bien desde el camino. Por otra parte, esta ha sido la causa de que no se haya notado la presencia del supuesto vagabundo en aquella casa, porque de lo contrario, yo hubiera dado cuenta al dueño.

Hubo otro pausa. El agente preguntó al detective si necesitaba algo más de él.

Crook dirigió una nueva pregunta:

—¿Entonces usted no ha estado nunca cerca de la propiedad? — interrogó Crook rápidamente.

—Sí, una vez.

—¿Y estaban los ventanales rotos en ese tiempo.

—No.

—¿Cuándo estuvo usted por allí?

—Casi un año después que los Temple se fueron.

—¡Casi un año! — exclamó el detective. — Pero no del todo...

—Aguarde.

El agente tomó un gran libro. Poco después su voz se oyó agitadamente en el teléfono. Luego comunicó a Crook.

—Fué el 6 de agosto, — dijo. — Yo tenía algunos otros negocios por aquellos lugares; y me fijé en la residencia Briars al pasar.

—Una pregunta más y he terminado; — dijo Crook. — Su información es muy valiosa. ¿No sabe usted algo de los Temples y particularmente de Mr. Temple que fué encontrado muerto?

—¿Sería también valiosa esa información? — inquirió el agente dudando.

—Yo creo, Mr. Riceland, que esta puede ser la información más valiosa de todas. Ya sabe usted quién soy yo. A mí no me gusta hacer preguntas inútiles. ¿Qué sabe usted de eso?

—Pues bien,—contestó el agente con algo de disgusto. — Yo sé algo de Mr. Temple. Había una muchacha en mi oficina — una secretaria que yo tenía — quien mantenía una amistad muy estrecha con él. Creo que no sabía esto nadie más que yo. Este conocimiento vino de algunos negocios que nosotros teníamos con Mr. Temple.

—Bueno, sea sincero, — dijo el detective: — ¿él la engañó a la muchacha?

EXCELENTE AMISTAD

—Si es verdad lo que me cuentas, esa muchacha es repugnante.
—¡Y tan cierto!... ¡Soy su mejor amiga y no iba a calumniarla!

CASO EXTRAÑO

—¡Señor, una limósnita, que soy mudo!
—¿Eres mudo y estás hablando?
—Bueno, eso es porque domino la ventriloquía.

—Me parece que si la hubiera engañado no hubeira muerto, — murmuró Riceland. — ¿Es esto todo lo que ustew qniere saber?

Crook dudó unos segundos, pero de repente exclamó:

—Sí, y acepto los datos como algo de mucho valor.

—Y bien, ¿qué ha averiguado usted? — lemandó el inspector. — ¿Ya se acerca usted al fin?

—Creo que ya he llegado, — replicó Crook.

—¿Cuál es su solución, entonces?

Pero el detective movió la cabeza.

—Yo no tengo solución, — dijo. — Mi cuadro no es más que un bosquejo. Usted sabe, inspector que los detectives, a veces se equivocan. Y pueda ser que yo haya tomado estó demasiado en serio, después de todo.

Los dos hombres se miraron uno al otro, uno sonriente y otro enfadado. El inspector se hizo cargo de la situación:

—Bien, — dijo pausadamente, — mejor es, desde luego, no afirmar nada sobre los hechos. No olvide, Mr. Crook, que si usted nos precisa, estamos a vuestras órdenes.

—Así lo haré en caso de necesidad.

Crook hizo una nueva visita antes de regresar a Briars. eS dirigió a la oscura y polvorienta oficina de un escribano.

A las 6 en punto regresaba de nuevo a la biblioteca de Appleton, quien le manifestó ansiosamente.

—¡Ha estado usted ausente bastante tiempo! ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas?

—Parece que van bien, — contestó Crook Y en recompensa de lo que yo estoy haciendo por usted, deseo que usted haga algo por mí.

—Si es algo dentro de la razón... — agregó Appleton. — ¿Qué es ello?

—Yo desearía qus usted estuviera en cama y durmiendo antes de media noche.

—¡Oh! — gritó Appleton. — ¡Yo no puedo consentir que se quede vigilando usted solo!

—Entonces abandono este caso, — respondió Crook con decisión.

Appleton alzó los brazos.

—En ese caso, no insisto.

—Confío en usted, ya que su sabiduría es superior a la mía. Pero voy a exigirle una cosa.

—Si no es un imposible...

—¡Si no acepta usted seré yo qunien le elimine de este asunto! Se lo digo con toda seriedad, Crook. No quiero que corra usted ningún peligro, por lo tanto prométame, bajo su palabra, que colocará el "gong" del comedor en la bibliotecva y que lo hará sonar en el momento en que me precise.

—Se lo prometo, — exclamó Crook y luego le puso en conocimiento de lo que le había dicho al inspector.

—Usted sabe, Mr. Appleton, que también los detectives se equivocan; quizá yo he tomado muy en serio todo esto.

—¿Qué quiere darme a entender con eso?

—Quiero decir, — dijo Crook. — que estas extrañas visitas pueden no tener ningún significado, después de todo.

Quien sabe si no se trata de dos asaltantes que por casualidad han coincidido en la fecha al dar el golpe.

—En fin, ya veremos, — murmuró Appleton. — ¿Quiere que juguemos una partida de billar?

* * * *

Unas campanas distantes dieron la media noche. La casa se hallaba envuelta en el mayor silencio.

El detective Crook estaba atento al menor ruido. Sentado en un sillón, cerca de los ventanales, percibía el débil tic-tac de su reloj y las lejanas campanadas que se oían más claramente porque los ventanales se hallaban abiertos.

A su lado estaba el "gong" que el dueño de casa le había obligado a colocar allí y además tenía cerca suyo un volumen de una enciclopedia, el cual había tomado de uno de los estantes de la biblioteca.

Había estado estudiando un artículo medicinal para reforzar sus conocimientos.

Otro hombre se hubiera dormido, pero el detective sabía mantenerse bien despierto.

Oyó dar la media de las doce y la una.

Diez minutos después oyó otra cosa más: un ligero crujido en el prado.

Permaneció en silencio y sin moverse. El crupjido se oyó más cerca.

Una figura apareció por el lado de afuera de uno de los ventanales, con la mano levantada. En ella mantenía una enorme piedra, pero con un impulso instintivo desistió de su intento.

Era evidente que la piedra iba dirigida al cristal del ventanal, pero como éste se hallaba abierto de par en par resultó innecesario aquel recurso.

La figura dudó. Era una figura extraña; más bien alta y delgada y quedó temblando unos instantes, presa de angustiosa emoción.

La piedra cayó al suelo, y la mano que la había mantenido, se posó sobre la frente de la figura.

Entonces, de repente, la figura entró. Volvió a dudar unos segundos.

Su mirada chocó con la del detective que se hallaba sentado en el sillón.

Se oyó un suspiro. Un violento estremecimiento sacudió el cuerpo de la figura y en seguida ésta se avalanzó sobre el hombre con intención de estrangularlo.

Pero el detective lo había visto venir y suponiendo lo que pasaría pudo defenderse de aquel ataque.

Crook se levantó del sillón y esquivó la maniobra de su agresor.

El detective hubiera podido hacer sonar el "gong", pero no lo hizo.

Había tomado las manos del visitante y se las apretaba como si las suyas fueran de acero.

—¡No se mueva! — ordenó Crook con voz tranquila. — Yo no soy Mr. Temple. ¡Usted lo mató hace cuatro años, Mr. Riceland!

La figura no hizo más resistencia.

Pasaron cinco segunos que parecieron una eternidad

De repente, el hombre entró y viendo la inmóvil figura del detective, saltó hacia él y lo tomó por el cuello. ("6 de Agosto").

Entonces la figura murmuró:

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Usted está en la biblioteca de Mr. Temple repitiendo lo que hace cuatro años, quizá fuera razonable, pero ahora es innecesario, — contestó el detective. — Siéntese un momento y escuche un consejo que quiero darle: Si usted no abandona este distrito, su período de demencia puede convertirse en permanente. Su esposa, que un tiempo fué su secretaria, está muerta, ¿por qué permanecer aquí, entonces? ¡Váyase a tierras nuevas!

Riceland levantó la cabeza.

—Yo no omprendo como me hallo aquí, — dijo. — ¡Mi cabeza arde! ¿Qué significa esto? ¿Locura? Yo no recuerdo...

—Pero comprenderá porque llegó hasta aquí hace cuatro años, acosado por el temor del favoritismo de su esposa y la facilidad con que Mr. Temple sacaba ventaja de él.

Riceland se pasó la mano por la frente.

—Yo me doy cuenta de que usted no comprendía, — continuó Crook.

—No lo comprendía, como no lo comprende ahora. Ninguna de sus visitas aquí, aparte de la primera y trágica que hizo a esta casa, fué premeditada. Hizo una ausa y añadió para sí: — ¡Qué poco entendemos nosotros los secretos tormentos de la mente!

La mente, sin saberlo su poseedor, puede despertar a un hombre cada mañana a la misma hora y puede también llevar a una persona, aun sin saberlo y sin la voluntad de hacerlo, a un lugar determinado, en donde él haya cometido algún acto de gran emoción.

—¡Yo no estoy loco! — murmuró Riceland.

—Ahora no, — dijo el detective, a tiempo que oía un ligero murmullo en el jardín, —pero si usted no hubiera estado loco en esta noche, hace cuatro años, no le diría que puede marcharse tranquilamente por la puerta principal. De manera que váyase, pero dese prisa.

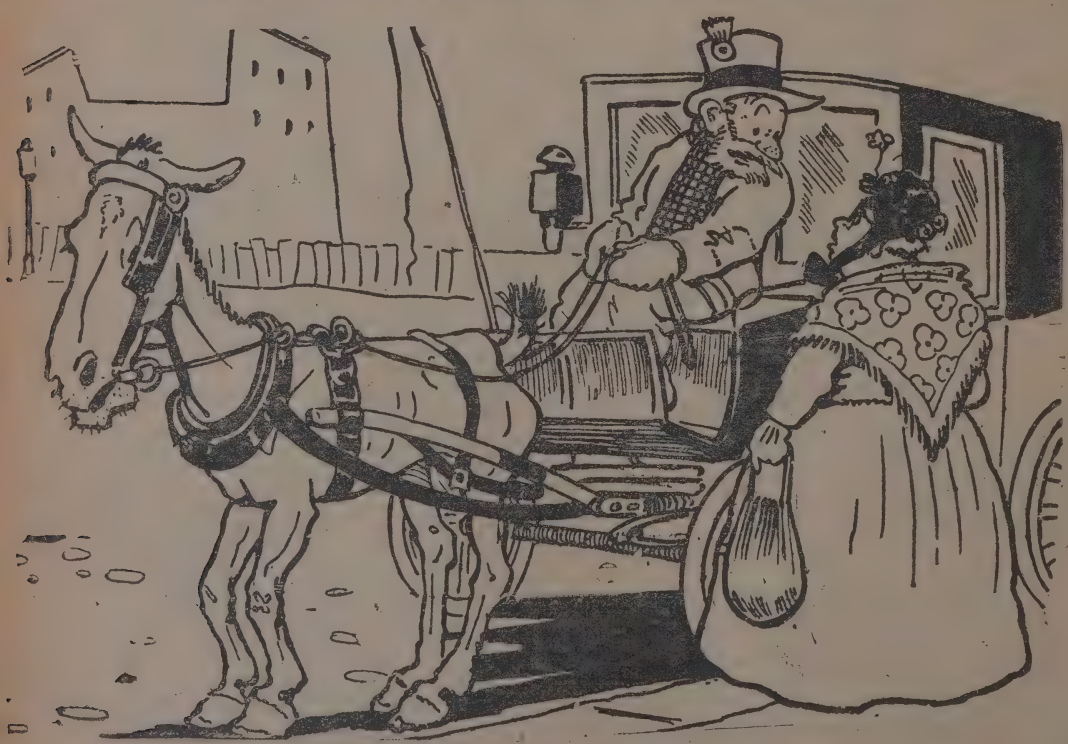
Riceland lo miró fijamente, luego desapareció.

Cinco segundos después, el inspector local asomaba la cabeza por el ventanal abierto.

—¡Hola! — murmuró. — Como usted ve, no he esperado que usted me mandara buscar para venir aquí.

—De todos modos ya sabía yo que usted iba a venir, — respondió Crook, — y me alegro mucho de verle aquí. Entre y acompáñeme a beber una copa, inspector.

UN CABALLO ANTIGUO



—Dígame: ¿Su caballo no se asusta de los automóviles?

—¡No, señora! Ni siquiera se asustó cuando vió el primer ferrocarril a vapor, en la época en que lo inventaron.

(CONTINUACION)

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

Cuando el capitán Davenport hubo explicado a sus hombres la situación y anunciado su intención de intentar para Mangareva, se elevó un general clamoreo. En un fondo de murmullos iracundos se oyeron algunos gritos de rabia y dos o tres interjecciones. Una aguda voz inconfundible acento londinense dominó por un instante el tumulto chillando: "¡Voto a...! ¡Después de estar quince días en este infierno, ahora quiere llevarlo flotando otra vez!"

El capitán no podía dominarlo, pero la presencia de McCoy pareció calmaruos, y los imprecaciones y los murmullos fueron amenguando, hasta que la tripulación entera, salvo algún descontento, contempló anhelosamente los picachos y la costa de Pitcairn.

Suave como un céfiro, la voz de McCoy se dejó oir:

—Capitán, me ha parecido oir a alguno de ellos decir que estaban hambrientos.

—Sí, —fué la respuesta, — así es. En los últimos dos días he tenido por todo alimento una galleta y una cucharada de salmón. Cuando descubrimos el fuego, lo primero que hicimos fué cerrar herméticamente las escotillas para ahogarlo. Y después nos encontramos con que en la despensa no había casi provisión alguna. Pero ya era tarde. No nos atrevimos a volverlas a abrir. ¿Hambrientos? Yo lo estoy tanto como ellos.

De nuevo dirigió a sus hombres y de nuevo se elevaron los murmullos y las imprecaciones en rostros convulsos de rabia. El segundo y el tercero oficial se habían unido al capitán, manteniéndolo detrás de él. Sus rostros inmóviles e inxpresivos parecían hastiados ante el espectáculo del motín. El capitán Davenport miró interrogativamente a su segundo, pero éste se limitó a encogerse de hombros en seññal de impotencia.

—No puede usted obligarles a abandonar la seguridad que les ofrece esa isla y hacerse a la mar en un barco ardiendo, — dijo el capitán a McCoy. Han estado demasiado expuestos a que el barco se convirtiera en su sepultura. Están agotados, están hambrientos, y sobre todo, están hartos del buque. Iremos a Pitcairn.

Pero la quilla del Pyrenees estaba cubierta de algas y moluscos que entorpecían su marcha y no podía navegar contra la fuerte corriente que venía del Oeste. Al cabo de dos horas había perdido tres millas. Los marineros trabajaban con buena voluntad, como si quisieran triunfar de los elementos adversos por la fuerza bruta. Iban derivando hacia el Oeste.

El capitán se paseaba inquieto. De cuando en cuando deteníasee para contemplar las espirales de humo que subían de cubierta y trataba de localizarlas .El capintero estaba constantemente ocupado en la misma tarea y cuando lo conseguía, calafateaba la rendija lo más fuertemente posible.

—¿Qué opina usted?—preguntó finalmente Davenport a McCoy, que miraba al carpintero con infantil curiosidad.

McCoy dirigó su mirada hacia la costa, que desaparecía en el horizonte brumoso.

—Creo que lo mejor sería hacer rumbo a Mangareva. Con la brisa que se prepara, estarían allí mañana por la tarde.

—Pero ¿y si el fuego se desenfrena? Puede acurrir en cualquier momento.

—Tened los botes preparados en los pes-

cantes. La misma brisa que llevará al barco llevaría a los botes a Mangareva.

El capitán Davenport reflexionó por un instante, y luego McCoy oyó la pregunta que no hubiera querido oír, pero que esperaba.

—No tengo carta de Mangareva. En la carta general es simplemente un punto. No sabría dar con la entrada de la laguna. ¿Quiere usted venir con nosotros y servirnos de práctico?

La serenidad de McCoy no se alteró.

—Sí, capitán, — dijo con la misma tranquilidad con que hubiera aceptado una invitación a almorzar. Iré con ustedes a Mangareva.

De nuevo llamó, a la tripulación a popa, y de nuevo el capitán les arengó:

—Como veis, lejos de ganar terreno, lo hemos perido. Derivamos en una corriente de dos nudos. Este señor es el honorable McCoy, magistrado en jefe y gobernador de la isla de Pitcairn. Vendrá con nosotros a Mangareva. Ya veis, por lo tanto, que la situación no es tan peligrosa. Si creyese que está expuesto a perder la vida, no se ofrecería a acompañarnos. Además, cualquiera que sea el peligro, se ofrece a afrontarlo por su propia voluntad, lo menos que podemos hacer es imitarle. ¿Cuántos hay que opinen por Mangareva.

Esta vez no hubo murmullos. La presencia de McCoy, la serenidad y la calma que parecían irradiar de su persona, produjeron su efecto. Cambiaron impresiones en voz baja. Virtualmente estaban todos de acuerdo, designado al londinense como portavoz. Este benemérito personaje, impresionado ante su propio heroísmo y el de sus compañeros, sólo supo exclamar:

—¡Voto a...! ¡Si él va, nosotros también!

La tripulación murmuró su asentimiento y se dispersó.

—Un momento, capitán, — dijo McCoy al ver que éste se preparaba a ordenar la maniobra a su segundo. Antes de ir a tierra.

Mr. Konig miró, estupefacto(a McCoy como si hubiera perido la razón súbitamente.

—¿A tierra? — gritó el capitán. ¿Para qué? Lo menos necesitaría tres horas en su canoa.

McCoy medió con la vista la distancia, y asintió:

—Sí, ahora son las seis. No podré reunir al pueblo antes de las diez. Cuando refresque la brisa esta noche, empiece a hacer rumbo, y me recogerá mañana por la mañana.

—En nombre de la razón y del sentido común — gritó el capitán fuera de sí. — ¿para qué quiere reunir al pueblo? ¿No sabe que mi barco está ardiendo

La placidez de McCoy no se alteró y la cólera del otro no produjo en él efecto alguno.

—Sí, capitán — respondió. — Me hago cargo de que su barco está ardiendo; por eso voy con ustedes a Mangareva. Pero he de pedir autorización para ir. Es nuestra costumbre. El hecho de que el gobernador abandone la isla tiene mucha importancia. Va en ello el interés del pueblo, y por eso tiene derecho a decidir con su voto si lo autorizan o no. Pero lo autorizarán, estoy seguro.

—¿Seguro?

—Completamente seguro.

—Entonces, si está usted seguro, ¿por qué molestarse en pedirlo? Piense en el retraso que supone... toda una noche.

—Es nuestra costumbre — fué la imperturbable respuesta. — Además, como gobernador, he de tomar algunas medidas relativas a la marcha de las cosas en la isla durante mi ausencia.

—Pero si sólo hay veinticuatro horas de aquí a Mangareva — insistió el capitán. — Aunque el regreso en la canoa le costase seis veces más, a fin de semana estará de vuelta.

McCoy sonrió benévolamente.

—Muy pocos barcos llegan a Pitcairn, y cuando lo hacen, es viniendo de San Francisco o de dar la vuelta al cabo de Hornos. Me consideraré afortunado si estoy de regreso dentro de seis meses. Quizá esté ausente un año y haya de ir a San Francisco para encontrar un barco que me traiga. Mi padre, una vez salió de Pitcairn con idea de estas tres meses ausente y tardó dos años en volver. Además, están ustedes faltos de provisiones. Si el tiempo se desbarata y han de tomar los botes, quizá tardarán días en llegar a tierra. Por la mañana traeré dos canoas llenas de provisiones. Lo mejor son bananas secas. Cuando refresque la brisa, vaya barloventeando. Cuanto más cerca esté, mayor cantidad de provisiones podré traerles. Adiós.

Extendió la mano, que el capitán estrechó, dejándole ir con cierta preocupación. Parecía confiar en su apoyo, como un náufrago confía en el salvavidas.

—¿Cómo sabe usted que estará de regreso por la mañana? — le preguntó.

—Eso es — añadió el segundo. — ¿Quién dice que no es un pretexto para salvar el pellejo?

McCoy no contestó. Les miró plácidamente, y pareció a los dos hombres que en la mirada les enviaba un mensaje imbuído de la tremenda seguridad de su alma.

El capitán le soltó la mano. Y con una postrera mirada a su alrededor, McCoy saltó la borda y bajó a su canoa.

El viento refrescó y el "Pyrenees", a pesar de la suciedad de sus fondos, pudo ganar unas seis millas contra la corriente occidental. Al amanecer, con Pitcairn a tres millas a barlovento, el capitán Davenport distinguió dos canoas haciendo rumbo en su dirección. De nuevo McCoy trepó por la borda y saltó al ardiente entarimado de cubierta, seguido de multitud de hatos de bananas secas en vueltas en hojas también secas.

—Y ahora, capitán — dijo, largue todas las velas y navegue, por su vida. No soy marino, pero si usted lleva el barco a Mangareva, yo lo pilotearé en la entrada. ¿Qué marcha le parece que llevamos?

—Once nudos — contestó el capitán dirigiendo una ojeada al agua.

—Once nudos; de manera que si continúa

a este paso, daremos vista a Mangareva entre ocho y nueve de la mañana. A las diez ya estará embarrancado o a más tardar a las once. Y entonces se habrán acabado sus inquietudes.

Tan sólo de oirle, tal era la persuación de su acento, el capitán sentía como si el feliz momento de que hablara hubiera llegado ya. Hacía dos semanas que estaba sufriendo el terrible martirio de mandar un barco ardiendo y la empezaba a desear que se acabase.

Una ráfaga de viento más fuerte que las demás le azotó la nuca. Midió su intensidad y miró por la borda.

—El viento aumenta continuamente —dijo, — y hacemos más bien doce nudos que once. Si continúa así, tendremos que recoger velas esta noche.

Durante todo el día, el "Pyrenees", con su cargamento de fuego embotellado, surcó raudo el mar. Al anochecer amainaron el sobrejuanete y los masteleros y siguieron volando en la oscuridad, perseguidos por grandes olas de blanca cresta. El favorable viento hacía su efecto en todos a proa y a popa, y era aparenete un visible cambio de espíritu. En el segundo cuarto alguien más despreocupado que los demás empezó a cantar, y pronto la tripulación entera siguió su ejemplo.

El capitán Davenport se hizo extender unas mantas en el puente.

—Había olvidado lo que era dormir — dijo a McCoy. — Estoy rendido. Pero despiértame si hay algo de particular.

A las tres de la madrugada le despertó una ligera presión en el brazo. Se incorporó rápidamente, apoyándose en el tragaluz, aún atontado de sueño. El viento silbaba en el cordaje, el mar zarandeaba al "Pyrenees", y el agua entraba por las bordas. McCoy le gritaba algo, cuyo significado no podía entender. Se aferró a él, acercándose a su rostro de forma que le puso el oído junto a los labios.

—Son las tres — dijo McCoy. — Hemos hecho doscientas cincuenta millas y estamos a unas treinta escasas de Crescent Island. No hay faro alguno, y si continuamos así, nos exponemos a estrellarnos y a estrellar el barco.

—¿Qué le parece que hagamos. ¿Ponernos al pairo?

—Sí; al menos hasta esperar el día. Nos retrasará solamente cuatro horas.

En consecuencia, el "Pyrenees" se detuvo en su carrera, con su carga de fuego, en los dientes del temporal, luchando y dejándose moler por las olas. Era un cascarón lleno de algo tremendo, y en cuyo exterior se sostenían precariamente unos hombres que tenían que luchar contra los peligros externos y los otros peligros, que no por ser invisibles eran menos temibles.

—Este temporal es imprevisto — dijo Mc Coy al capitán, al resguardo de la cabina. — En esta época del año, normalmente no hay mal tiempo. Pero todo lo relativo a la atmósfera es insólito, últimamente. Ha habido una paralización de los vientos alisios y ahora está venteando del cuarto opuesto — agitó su mano en la oscuridad como si quisiera penetrar en el misterio que encerraba. — Viene del Oeste. En algún sitio se está preparando algo gordo, un huracán o algo así. Tenemos mucha suerte al estar tan al Este. Pero sólo es por ahora una ligera brisa — añadió; — no hay probabilidad de que dure, se lo aseguro.

Al amanecer, el vendaval se había reducido a un viento normal. Pero la luz reveló un nuevo peligro. El mar estaba cubierto de una niebla espesa, o más bien de una bruma gris, que era niebla en cuanto a su densidad y a su efecto de entorpecer la visión, pero sutil como un velo sobre las aguas, ya que dejaba atravesar los rayos del sol.

La cubierta del Pyrenees humeaba más que el día anterior y la jovialidad había desaparecido en la tripulación y en los jefes. Al resguardo de la cabina, el grumete gimoteaba. Era su primer viaje, y el miedo a la muerte oprimía su corazón. El capitán erraba como alma en pena, mordisqueándose nerviosamente el bigote, la mirada torva, indeciso.

—¿Qué opina usted? — preguntó, deteniéndose junto a McCoy, quien desayunaba con bananas y un vaso de agua.

McCoy terminó su última banana, bebió el agua y miró a su alrededor.

—Capitán, creo que igual arderemos bogando que parados. Indudablemente la cubierta está más caliente que ayer. ¿No tendría usted un par de zapatos que poder prestarme? Empieza a molestar esto a mis pies descalzos.

El Pyrenees recibió dos nuevos golpes de mar, que hicieron expresar al segundo el deseo de poder meter toda sa agua en el sollado si pudiera conseguirse sin abrir las escotillas. McCoy agachó la cabeza, examinando el rumbo.

—Aguantaría algo más, capitán — dijo.— Cuando estábamos al pairo ha debido derivar.

—Ya lo he tenido en cuenta — contestó el capitán señalando la brújula.

—Este vendaval — insistió McCoy — ha acelerado la corriente más de lo que parece.

El capitán Davenport marcó un rumbo intermedio entre lo que él proponía y lo que McCoy aconsejaba, y subió a la cofa en su compañía y en la del segundo, a ver si conseguía divisar tierra. El Peyrenees tenía todas las velas desplegadas y marchaba a unos diez nudos. El mar ño se dispersaba y el capitán empezaba a estar inquieto. La tripulación se hallaba en su puesto, esperando anhelante la primera señal de tierra para virar el barco de cara al viento. Con la bruma era fácil que los arrecifes estuvieron peligrosamente cerca y no se dieran cuenta de ello.

Pasó una hora. Los tres vigías, en la arboladura, intentaban vanamente atravesar el velo de bruma.

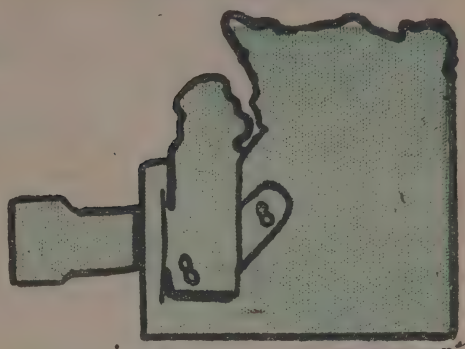
—¿Y si no acertamos can Mangareva? — preguntó bruscamente Davenport.

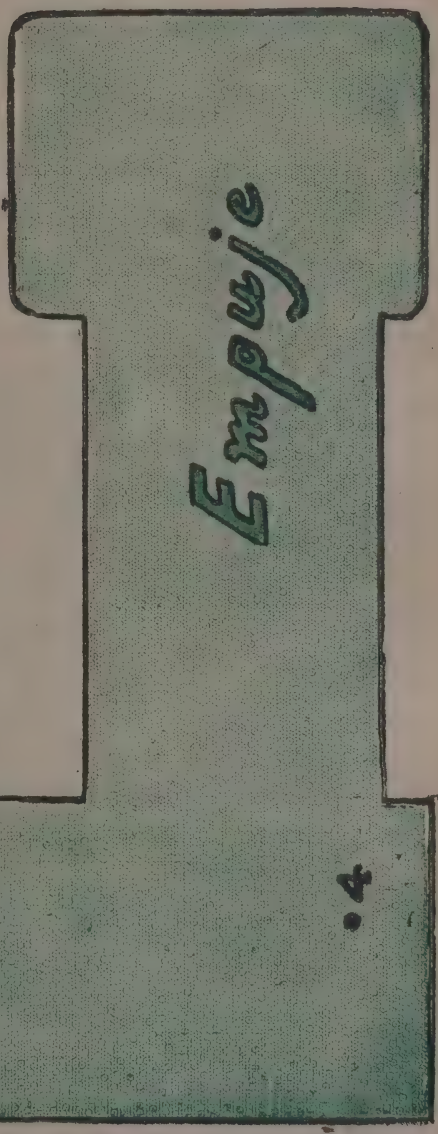
EL VENDEDOR DE FRUTA

Consejos: Primero pegue todo el dibujo en cartón y después de bien seco, recorte las piezas del frutero y corte después por la línea de rayas que hay a la derecha de la figura grande. Tom hendija curva de las piernas. Mueva entonces esa pieza hasta que el número 2 quede detrás del atrás meta el extremo que dice "Empuje" por el lado derecho de la pieza grande. Empuje hast juguete quedará completo. Para que el juguete se mueva como es debido, mueva suavemente la

LOS MONITOS

DIVERTIDO JUGUETE
DE MOVIMIENTO





mayor cuidado. Hecho eso corte en torno de la línea de puntos que hay en torno de las piernas
s la sección que tiene al hombre con la canasta y, por la parte de delante, deslícela por la
1 y sujete las piezas con un broche. Tome la sección que tiene el mono y por la parte de
4 quede detrás del 3 y sujete con otro broche de los de sujetar papel como hizo antes y el
marcada "empuje" y se verá algo muy divertido.

Sin dejar de mirar, McCoy contestó:

—Seguir navegando, capitán. Es todo lo que podemos hacer. Todas las Paumotus están frente a nosotros. Podemos navegar por mil millas entre arrecifes y escolleras. Necesariamente hemos de arribar a algún sitio.

—Adelante — el capitán Davenport inició su intención de bajar a cubierta. — Hemos errado Mangareva. ¡Dios sabe dónde está la tierra más próxima! ¡Ojalá le hubiera hecho caso al marcar el rumbo! — confesó poco después. — Este diablo de corriente echa por tierra todos los principios de navegación.

—Los antiguos navegantes llamaban a las Paumotus el Archipiélago Peligroso — dijo pausadamente McCoy cuando hubieron dejado a cubierta. — Esta misma corriente fué en parte el motivo de ese nombre.

—Una vez, hablando en Sydney con un marinero — dijo Mr. Konig, — me dijo que el seguro en estos parajes era un diez y ocho por ciento. ¿Es cierto?

—Los armadores — dijo McCoy sonriendo — deducen cada año el veinte por ciento del coste de sus bergantines.

—Eso es calcular en cinco años la vida de un bergantín — exclamó el capitán. — ¡Malos parajes, malos parajes! — añadió sacudiendo la cabeza.

De nuevo entraron en la cabina a consultar la carta general, pero la pestífera atmósfera les obligó a volver a cubierta.

—Aquí está Moerenhout Islan — dijo Davenport señalando un punto en la carta. — No puede estar a más de cien millas de barlovento.

—Ciento diez — McCoy movió la cabeza dudosamente. — Podría intentarse, pero es muy difícil. Quizá consiguiría embarrancar, pero también es posible que nos estrelláse-mos contra el arrecife. Mal sitio, muy malo.

—Corremos el riesgo — decidió Davenport, disponiéndose a calcular la derrota.

A media tarde recogieron velas para evitar sobrepasar la isla durante la noche, y en el cuarto siguiente, la tripulación pareción recobrar su tranquilidad. La tierra estaba cerca y por la mañana cesarían sus calamidades.

Pero el día amaneció claro, con un sol tropical. El alisio del Sudoeste había virado al Este y empujaba al Pyrenees a unos buenos ocho nudos. El capitán Davenport calculó su estima, haciendo generosa concesión por deriva y anunció que Moerenhout Island no estaba a más de diez millas. El Pyrenees navegó las diez millas y diez más y los vigías en las cofas sólo vieron el desolado mar bañado de sol.

—La tierra está allí, les digo — gritó el capitán desde la popa.

McCoy sonrió en silencio, pero el capitán le miró iracundo, y yendo a buscar su sextante hizo una observación cronométrica.

—Sabía que tenía razón — gritó cuando la hubo calculado. — Veintiuno cincuenta y cinco, Sur; uno treinta y seis dos, Oeste. Estamos a ocho millas a barlovento. ¿Qué resultado ha obtenido usted, Mr. Konig

El segundo oficial miró a sus cálculos, y dijo en voz baja:

—Veintiuno cincuenta y cinco, como usted; pero mi longitud es uno treinta y séis cuarenta y ocho. Eso nos sitúa considerablemente a sotavento...

El capitán acogió sus observaciones con un silencio tal, que el segundo rechinó los dientes, murmurando una imprecaución.

—¡Al largo! — ordenó al timonel. — Tres grados... firme... como va...

Y volvió a sumirse en sus cálculos, rehaciéndolos. El sudor corría por su rostro, se mordía el bigote, los labios y el lápiz, mirando fijamente a las cifras como quien ve visiones. De repente, con un feroz gesto nervioso, estrujó el papel, tirándolo al suelo y isoteándolo. Mr. Koring se sonrió rencorosamente, dando media vuelta contra la cabina en silencio, mirando a sotavento con una expresión de pensativa desesperación en el rostro.

—Mr. McCoy — dijo rompiendo bruscamente su mutismo. — La carta indica un grupo de islas, pero no dice cuántas, hacia el Norte o Noroeste, a unas cuarentas millas... ¿Cuántas son las islas Acteón? ¿Podríamos fondear en ellas?

—Son cuatro, todas bajas — respondió McCoy. — La primera, al sudeste, es Matuari, desierta sin entrada alguna. Después viene Tenarunga, donde solía haber una docena de indígenas, pero acaso ya no estén. De todos modos, no hay entrada para un barco... solamente un paso para canoas en una braza de fondo. Las otras dos son Vehauga y Teuararo. Sin entradas, desiertas, muy bajas. No hay fondeadero par el "Pyrenees" en ese grupo. Sería perderlo totalmente.

—¿Qué le parece? — exclamó el capitán Davenport, furioso. — ¡Desiertas! ¡Sin entradas! ¿Para qué diablos sirven esas islas?... Pero en fin, — exclamó súbitamente, — la carta señala un montón de islas hacia el noroeste. ¿Cuál de ellas tiene una entrada para que pueda fondear mi barco?

McCoy recapacitó lentamente. No dirigió ni una sola vez la vista hacia la carta. Todas aquellas islas, con sus arrecifes, bajíos, lagunas y entradas, estaban marcadas en la carta de la memoria. Las conocía como el habitante de una ciudad conoce sus edificios, calles y callejuelas.

—Papakena y Vanavana están hacia el Oeste a unas cien millas o más, — dijo. — La una está desierta, y he oído que los habitantes de la otra se habían pasado a Camus Island. En todo caso, ninguna de las dos tiene embocadura en la laguna. Ahunui está a unas cien millas al noroeste. Sin embocadura y desierta.

—¿Y las dos islas que hay caurenta millas más allá? — preguntó el capitán Davanport, levantando la cabeza de la carta.

McCoy movió la cabeza.

—Paros y Manuhungi, desiertas y sin embocadura, como igualmente Nengo Nengo. Pero ahí está Hao Island. Lo que nos conviene. La laguna tiene treinta millas de largo, por cinco de ancho. Está habitada. General-

mente se encuentra agua, y cualquier barco del mundo puede pasar por su embocadura.

Calló, mirando solícito al capitán Davenport, quien, inclinado sobre la carta con un par de compases en la mano, había lanzado un gemido.

—¿Hay alguna laguna con embocadura en algún sitio más cerca que Hao Island? — preguntó.

—No, capitán; es el más próximo.

—Son trescientas cuarenta millas — el capitán hablaba despacio y con decisión. — No puedo arriesgar la responsabilidad de todas estas vidas. Lo encallaré en las Acteón. Y es un buen barco, — dijo muy contrariado, concediendo más amplitud que nunca a la corriente occidental.

Una hora más tarde el cielo se nubló. El alisio del sudeste se aguantaba, pero el océano estaba agitado en varios puntos por violentas turbonadas.

—Llegaremos hacia la una — anunció confiadamente el capitán Davenport. — Lo más tarde a las dos. McCoy, embarránquenos en la que esté habitada.

A la una el sol no había reaparecido ni se veía tierra. El capitán Davenport miró a popa a la sinuosa estela del "Pyrenees".

—¡Gran Dios! — gritó. — ¡Una corriente del Este!

Mr. Koning demostró incredulidad. McCoy dijo que en las Paumotus no había razón por la que no hubiera una corriente del Este. Minutos después una turbonada hizo cesar el viento, dejando al "Pyrenees" a merced de las olas.

—¿Dónde está la honda de profundidad? — el capitán Davenport sostuvo su cuerda, mirándola desviarse hacia el noreste. — Convénzase usted por sí mismo

McCoy y el segundo lo comprobaron, sintiendo la cuerda vibrar rudamen al impulso de la corriente.

—Una corriente de cuatro nudos, — dijo mister Koning.

—Y del Este en lugar de venir del Oeste — añadió el capitán mirando con reproche a McCoy, como si fuera responsable de ello.

—Esta es una de las razones por las cuales el seguro es del diez y ocho por ciento, capitán — contestó McCoy. — No se puede afirmar nada en estas latitudes. Las corrientes cambian continuamente.

—Pero, entonces, cómo puedo saber mi situación? — gritó exasperado el capitán. — ¿Cómo me las he de arreglar para calcular la derrota?

—No lo sé, capitán, — respondió McCoy plácidamente.

El viento reapareció, y el "Pyrenees", la cubierta humeante, tomó el largo a sotavento.

Luego retrocedió, dando bordadas a babor y estribor, buscando las islas Acteón, que el vigía, en el palo mayor, no acertaba a descubrir.

El capitán Davenport estaba fuera de sí. Su rabia se manifestaba en un hosco silencio, y pasó toda la tarde paseándose por popa o reclinado en los obenques. Al anochecer, sin consultar a McCoy, varió de rumbo y enfiló al nordeste, y Mr. Koning y el gobernador, consultando subrepticiamente la carta y la bitácora, se dieron cuenta de que hacía rumbo hacia Hao Island. A la media noche cesaron las turbonadas y brillaron las estrellas. El capitán Davenport se regocijó ante la promesa de un día diáfano.

—Por la mañana tomaré la altura del sol — dijo a McCoy. — Aunque confiesa que el calcular la latitud es un rompecabezas. Usaré el método de Summer para resolverla. ¿Conoce usted la línea de Summer?

Y la explicó con todo detalle a McCoy.

En efecto, el día amaneció claro y el alisio sopló con la constancia suficiente para permitir al "Pyrenees" hacer sus buenos nueve nudos. Capitán y segundo determinaron su posición según la línea de Summer, coincidieron ambos y al mediodía repitieron la operación para comprobar la de la mañana.

—Veinticuatro horas y habremos llegado — aseguró el capitán a McCoy. — Es un milagro que la cubierta resista de este mo-

COLA DE PERRO

—¿Has leído lo que dice este diario sobre los exploradores que fueron al polo Norte?

—No. ¿Qué les ha pasado?

—Que no podían hacerles caricias a los perros, porque la cola se les ponía tan dura que cada vez que movían el rabo, como lo tenían tan duro, se les rompía.

do. Pero no puede durar. Es imposible. Mire usted cómo humea más y más cada día, y eso que cuando salimos de San Francisco estaba recién calafateada. Mire usted....

Calló, quedándose asombrado, contemplando una espiral de humo que serpenteaba y se enroscaba a veinte pies sobre cubierta, resguardada del viento por la mesana.

—¿Cómo diablos ha llegado hasta allí? — preguntó indignado.

Debajo de la espiral no había humo alguno. Probablemente fué un capricho de visibilidad el qeu la hizo materializar a tal altura, debido al resguardo de la mesana contra el viento. Por fin se disipó, deteniéndose antes un instante sobre el capitán, quien, respuesto de su asombro, prosiguió:

—Como iba diciendo, caundo se inició el fuego y cerramos las escotillas, me sorprendió mucho todo eso. Era una cubierta recién calafateada y sin embargo, se iba como un colador. Desde entonces hemos tenido que calafatear incesantemente. La presión interior ha de ser horrible para filtrar tal cantidad de humo.

Por la tarde el cielo volvió a cubrirse, iniciándose un período de lloviznas y turbonadas. El viento fué oscilando entre sudeste y nordeste y a media noche el "Pyrenees" recibió el choque de una turbonada del sudeste, desde cuyo caurto el viento soplaba entonces.

—No llegaremos a Hao hasta las diez o las once — dijo Davenport a las siete de la mañana cuando la promesa de un día de sol se había desvanecido, siendo sustituída por una masa de nubes hacia el Este. Y a renglón seguido añadió: — ¿Qué hacen ahora las corrientes?

Los vigías en las cofas no divisaban tierra alguna, y el día pasó entre períodos de calma y violentas turbonadas. Al anochecer empezó a llegar del Este una mar gruesa. El barómetro había bajado a 29'50. No hacía viento, y la marejada aumentaba por momentos. Pronto el "Pyrenees" se vió zarandeado por olas inmensas que se perseguían tumultuosas sin interrupción. Plegaron velas lo más de prisa que ambos cuartos pudieron efectuarlo, y cuando la rendida tripulación hubo terminado, pudo oirse en la oscuridad, cómo murmuraban, iracundos y quejosos. En ese momento los hombres de cuarto fueron requeridos para efectuar una maniobra, y manifestaron abiertamente su irritación y su desvío. Cada movimiento era una protesta y una amenaza. La atmósfera era húmeda y pegajosa y la falta de aire la hacía casi irrespirable. El sudor corría por sus rostros y brazos desnudos, y por vez primera el capitán Davenport se dejó invadir por una sensación de fatalidad inevitable.

—Hagamos rumbo a Oeste — dijo McCoy. — Así bordearemos el temporal.

Pero el capitán no se dejó convencer, y a la luz de una linterna leyó el capítulo de su Epítome relativo a la estrategia de los navegantes en los ciclones tempestuosos. De algún punto del barco llegaba hasta ellos el gimoteo del grumete.

—¡Silencio! — gritó el capitán con una energía que sobresaltó a todos, causando el terror en el culpable, que lanzó un alarido de pánico. — Míster Konig — dijo con voz que temblaba de ira, — ¿quiere usted ir a proa a tapar la boca de ese granuja con el palo de una escoba?

Pero fué McCoy quien se dirigió a proa, y pronto consiguió tranquilizar al muchacho y hacer que conciliase el sueño.

Poco antes de amanecer, se dejó sentir el primer soplo de viento del sudeste, convirtiéndose pronto en una fuerte brisa. La tripulación entera estaba sobre cubierta esperando ver lo que el día traía.

—Ahora vamos bien — dijo McCoy. — El huracán está hacia el Oeste y nos hallamos al Sud de su marcha. Esta brisa es la resaca. No aumentará. Puede usted largar más velas.

—¿Para qué? ¿Para ir dónde? Es el segundo día sin observaciones, y deberíamos haber dado vista a Hao ayer por la mañana. ¿Dónde está la isla? ¿Al Norte, sur, Este, Oste?... Dígame usted y haremos rumbo hacia ella en seguida.

—No soy navegante, capitán — dijo McCoy dulcemente.

—Yo creí que lo era — replicó el capitán — hasta que vine a estas Paumotus.

A mediodía, el grito de "¡Tierra a la vista!" se oyó desde la cofa. El "Pyrenees" se puso al pairo, recogiendo vela tras vela, haciendo frente a una corriente que amenazaba arrastrarle hacia los escollos. Oficiales y tripulación trabajaban como locos, y hasta McCoy, el cocinero y el grumete ayudaban como podían. Escaparon de milagro. Era una escollera muy baja, sobre la cual las olas rompían incesantemente, en la que un hombre no hubiera podido mantenerse y hasta las aves marinas huían. El "Pyrenees" pasó a unas cien yardas de ella, hasta que el viento lo alejó del peligro. La tripulación estalló en imprecaciones y maldiciones contra McCoy, que había venido a bordo para proponerles la ida a Mangareva, robándoles la seguridad que les ofrecía Pitcairn y lanzándoles, en cambio, a la destrucción. Pero McCoy no se perturbó. Les sonreía con graciosa benevolencia, y la gran bondad de su alma pareció penetrar de algún modo en las tinieblas de aquella ira de los tripulantes, avergonzándolos y haciendo acallar las maldiciones en sus labios.

—¡Malos parajes, malos parajes! —murmuraba el capitán Davenport.

Pero calló para contemplar la escollera, que debía haber quedado a popa y que aparecía a babor, tomando rápidamante pasición hacia barlovento.

Se dejó caer en un asiento, ocultando el rostro entre las manos. Y entonces el oficial y McCoy y la tripuación vieron la que él había visto. Al Sur de la escollera, una corriente del Este les había empujado hacia ella; al Norte, otra corriente se había apoderado del barco y lo llevaba irrestiblemente en su dirección.

—Ya había oído hablar de estas Paumotus antes — dijo Davenport sombríamente. —El capitán Moyendale me había explicado cómo perdió en ellas su barco, y me reí de

él a espaldas suyas. ¡Dios me perdone! ¿Cuál es esa escollera? — preguntó a Mc Coy.

—No lo sé, capitán.

—¿Por qué no lo sabe usted?

—Porque es la primera vez que la veo, y porque nunca he oído hablar de ella. Sé que no está en la carta; estas aguas no se han estudiado nunca por completo.

—Entonces, ¿no sabe usted dónde estamos?

—Sé tanto como usted — repuso cortésmente McCoy.

Serían las cuatro de la tarde, cuando los tripulantes descubrieron, a ras del horizonte, la siluetas de unos cocoteros que, al parecer, surgían de las aguas. Transcurridos unos momentos, comenzó a levantarse sobre el linde lejano del mar la llanada de un "atoll".

—Ahora sé donde estamos, capitán — dijo McCoy. — Es la isla de la Resolución. Nos encontramos a cuarenta millas más allá de Hao Island. El viento nos favorece.

—Entonces, rumbo hacia la playa, ¿no es así? ¿Por dónde cae la embocadura?

—¡Oh! Es demasiado estrecha, propia para una piragua solamente. Sin emabrgo, ya sé donde estamos, y a mi entender podríamos hacer rumbo a Barclay de Tolley. Es cuestión de unas cientos treinta millas nada más. Con la brisa que ahora sopla, lograríamos atracar allí a las nueve de la mañana próxima, hora más o menos.

El capitán Davemport consultó el mapa, refunfuñando y de mal talante.

—Si naufragásemos en estos parajas — añadía mientras tanto McCoy — habríamos de navegar con los botes hacia Barclay de Tolley. No hay más remedio.

Nuevamente dictó el capitán sus órdenes, y otra vez el "Pyrenees" emprendió la nueva ruta por aquel inhospitalario mar.

A la mitad del día siguiente, la tripulación estaba francamente amotinada. La corriente había acelerado, el viento flojeaba y el "Pyrenees" derivaba hacia el Oeste. El vigía divisó Barclay de Tolley hacia el Este, escasamente visible desde el palo mayor, y en vano el capitán trató de acercarse.

De nuevo él y McCoy consultaron la carta. Makemo estaba a setenta y cinco millas al Sud-este. Su laguna tenía trainta millas de longitud y era de una embocadura excelente. Cuando el capitán Davenport dió las oportunas órdenes a la tripulación, ésta se negó a obedecer. Declararon que ya estaban hartos de sentir el fuego del infierno bajo sus pies. Allí había tierra. ¿Qué importaba que el barco no pudiese arribar? Podían alcanzarla con los botes. Si el buque ardía, que ardiese. Sus vidas les era más preciosas. Hasta entonces habían servido fielmente al capitán, ahora les tocaba el turno a ellos.

Se abalanzaron a los botes, apartando al segundo y tercer oficial, que pretendían impedirlo. El capitán avanzó hacia ellos con revólver en mano, uando McCoy intervino.

Dirigióse a los marineros que, al oir los primeros arrullos de su voz dulce, como de paloma, se pararon a escucharle. Parecía comunicarles su serenidad inefable, su paz quieta que nada podía conturbar. La voz melifluа, los pensamientos sencillos, manaban en mágicos efluvios, y derramándose en el alma de los marineros, les apaciguaba, aun contra la voluntad de todos. Evocaban el recuerdo de lejanas añoranzas, las canciones rumorosas de la cuna, suaves como susurros de tórtolas, el sueño de la infancia, el gozo del reposo en brazos de la madre a la hora sosegada del atardecer... Ya no existían en el mundo ni fatigas, ni penas, ni peligros. Todas las cosas eran como debían ser. Por eso no había duda de que, volviendo las espaldas a la tierra vecina, deberían afrontar una vez más el mar, aun cuando un infierno de llamas ardiera bajo sus pies.

McCoy hablaba con sencillez, casi con simplicidad. Había en su persona más bien que en sus palabras, una elocuencia sugestiva que ningún vocablo podría contener ni trasmitir. Era, por así decirlo, una alquimia espiritual, sutil, oculta, honda; una misteriosa emanación del alma, seductora, humilde por la dulzura, imperiosa por la terrible energía que en ella palpitaba. Como si de súbito iluminaran las criptas tenebrosas de su alma, los marineros obedecían al impulso de aquella voz pura, suave, gentil, con mayor humildad y sumisión que si se tratara de los revólveres brillantes de la oficialidad.

La tripulación vaciló, y los que habíanme mpezado a descargar los botes de sus pescantes los volvieron a su sitio. Y uno a uno, vencidos, fuefon reintegrándose a sus puestos.

—Los ha hipnotizado usted — dijo Mr. Konig en voz baja.

—Son buenos — fué la respuesta —. Sus corazones son nobles. Han sufrido mucho y han trabajado con exceso, pero seguirán trabajando hasta el final.

—Mr. Koenig no tuvo tiempo de contestar. Estaba dando órdenes, la tripulación hallábase encaramada en la arboladura y el Pirenees viraba lentamente hasta tener proa en dirección a Makemo.

El viento era muy ligero y al atardecer casi cesó por completo. Resultaba insoportable la temperatura, y en vano procuraban los rendidos marineros conciliar el sueño. La cubierta estaba tan caliente que era insoportable tenderse sobre ella; los fétidos vapores que filtraban del sollado se textendían por todo el barco como malos espíritus, haciendo toser y estornudar sin cesar. Las estrellas titilaban en la bóveda celeste y la luna llena prestaba un fantástico aspecto a las espirales de humo que serpenteaban por la cubierta, se enroscaban por la arboladura y cubrían las bordas.

—¿Querría usted decirme de lo que fué de la tripulación del Bounty luego que llegaron a Pitcairn? — preguntó el capitán, restregándose con el dorso de la mano los párpados escocidos —. Según la narración que yo he leído, parece ser que tripulantes habían quemado el Bounty y que tardaron algunos años en ser descubriertos. ¿Sabe usted lo que sucedió mientras tanto? Siempre tuve curiosidad por averiguarlo. Creo que entre ellos habaí también algunos indígenas y también algunas mujeres, que debieron ser el nudo de

la discordia ¿no es así? Creo, además que eran gentes de armas tomar.

—Sí, hubo, hubo discordias — repuso MacCoy—. ¡Muy mala gente! No tardaron en reñir por un quítame allá la mujer. Dicen que uno de los amotinados, un tal Williams, perdió a su mujer. Todas las hembras eran taitians, ¿sabe? Se le cayó la mujer, cuando iba a caza de pájaros, desde el roquedal de un acantilado. Entonces, Williams arrampló con la hembra de un indígena. Se alborotaron éstos, y enfurecidos, pasaron a cuchillo a todos los blancos que pudieron hallar. Luego, algunos que salvaron la pelleja cayeron sobre los indígenas y los degollaron. Las mujeres ayudaron a esta matanza general. Todos andaban siempre a la zarpa ¿sabe? Ya le digo que eran muy mala gente. A Timiti lo asesinaron otros dos indígenes cuando todos tres estaban peinándose amistosamente las greñas. Los hombres blancos les habían mandado que tal hicieran; luego, estos mismos mataron a los dos indígenas. La mujer de Tulaloo degolló en una caverna al rufián de su marido, porque la buena mujer quería maridarse con un hombre blanco. Ya le digo que eran muy mala gente; unos perdidos a quien Dios había dejado de su santa mano. Al cabo de dos años no quedaba ni un sólo indígena y no más de cuatro blancos. Eran estos Young John Adams, mi tartarabuelo MacCoy y Quintal. Este también tenía malas entrañas, un día dicen que le arrancó la oreja de un mordisco a una de sus mujeres por que no le habían cogido suficiente pesca.

—¡Caramba! ¡Vaya una fieras! — exclamó mister Konig.

—No; si ya le he dicho que estaban dejados de la mano de Dios — asintió MacCoy, y prosiguió relatando la lujuria sangrienta de sus antepasados, siempre con voz serena y acariciadora. — Mi tartarabuelo se salvó de la inmolación, para morir luego a sus mismas manos. Con lars raíces del árbol fabricó una bebida alcoholizante. Quintal era su camarada en estos menesteres. En resumen, MacCoy atrapó un delirium tremens, se ató una soga al cuello, un peñasco a la soga, y se lanzó de cabeza al mar.

"La mujer de Quintal, la misma a quien le había mordido la oreja, se desplomó también a los acantilados. Entonces Quintal se acercó a Young y le pidió la mujer, fué en busca de Adams y la trajo... Adams y Young le temían. Y como no ignoraban que intentaría asesinarlos, se anticiparon a los pensamientos de Quintal, y de mutuo acuerdo le cortaron de un hachazo el hilo de la vida. Más tarde falleció Young y con él terminaron las discordias.

—Naturalmente — comentó bromeando el capitán Davenport —. ¡Si no quedaba nadie a quien asesinar!

—Ye ven ustedes como es verdad lo que digo: Dios le había dejado de su santa mano, — repuso dulcemente MacCoy.

Al amanecer comenzó a soplar hacia el Este un viento suave, incapaz de arrastrarles Sud de un modo apreciable. El capitán gruñía, paseando a grandes zancadas por la pista de babor. Le aterrorizaba aquella corriente que de tantos puertos de refugio le alejara.

Continuó la calma día y noche. Los marineros refunfuñaban contra la insuficiente ración de banana. Sentíanse débiles, agotados, dolorido el estómago por aquella dieta. La corriente de agua arrastraba el "Pyrenees" hacia Poniente. El viento dormido, en tanto, no les prestaba ni una sola ráfaga donde las velas se agarrasen para avanzar hacia el Sud. Divisáronse a lo lejos las siluetas de unos coteros que alzaban obre la superfície azul del mar sus cabezas empenachadas anunciando la llanada de un "atoll".

—Es la isla de Taenga — dijo McCoy. — Es preciso que esta noche sople el viento. Si no, perderemos también el refugio de Makemo.

—Pero ¿qué se ha hecho del alisio sudeste? — preguntaba el capitán. — ¿Cómo es que no sopla? ¿A qué obedece?

—Sí; es la evaporación de las grandes lagunas. ¡Hay tantas! A veces hacen que el viento retroceda y hasta provocan rachas y ciclones hacia el Sudoeste. No olvide, capitán, que estamos en el archipiélago de Nuestros Peligros.

(SEGUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envía de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Roucke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y solicitando de O'Roucke fuera al castillo.

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Roucke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo, y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

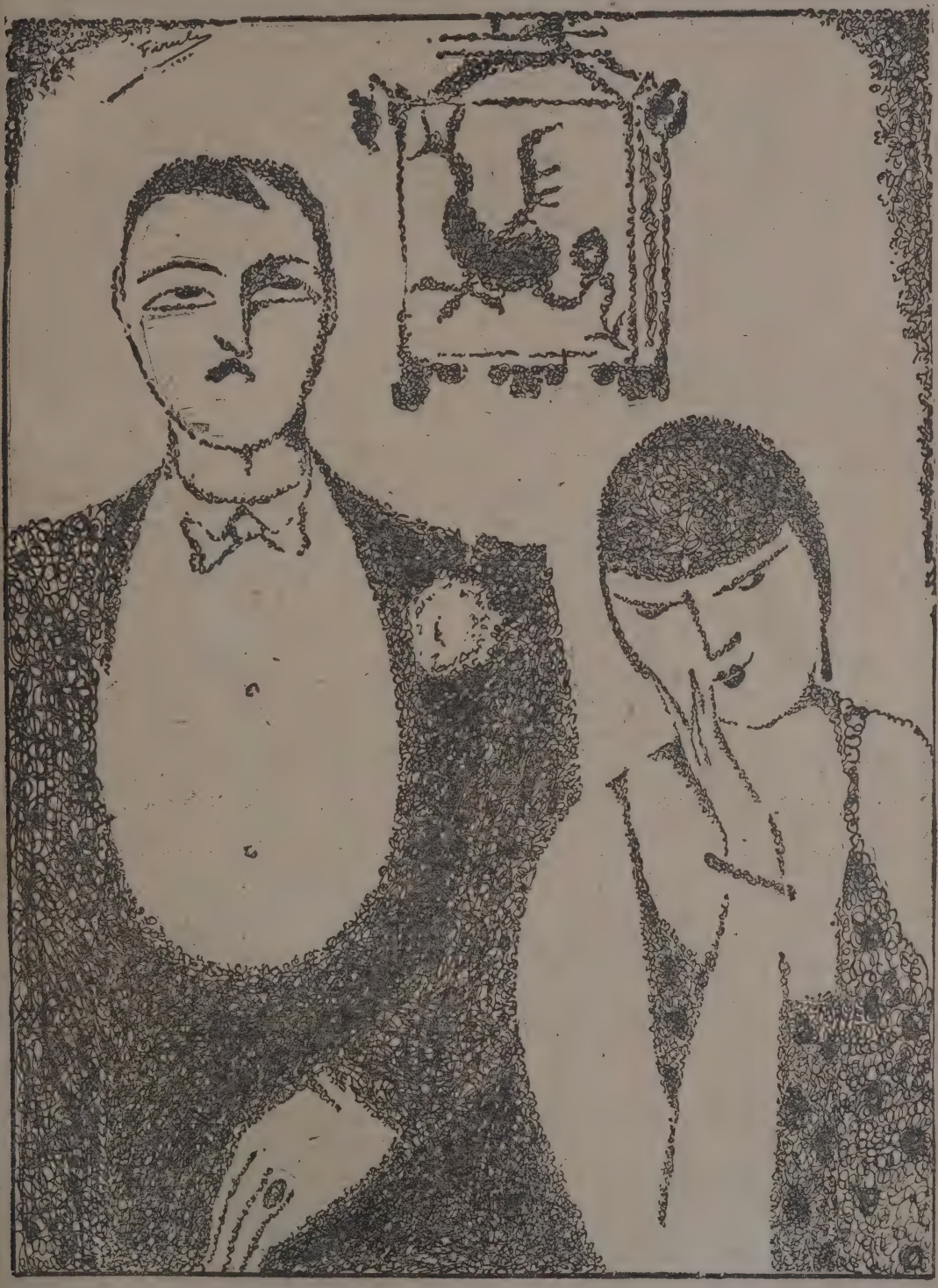
Una semana después del sepelio de los restos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repentina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anodada por la desaparición de su esposo, y por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

UN MARIDO INDIGESTO

—¡Qué indigesto debe de ser su marido! Siempre le tiene usted en la boca del estómago.

LABIOS EXCELENTES



—Finita, tienes una boca tan bonita, que de tus dos labios no sé cuál es el inferior, porque los dos son superiores.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administraba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcance para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesional tiene su orgullo, y yo tahmbién tengo el mío. Debo considrar que e también tengo el mío. Debo considerar que nu asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yó me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

—¿Está usted seguro que no es posible hallar ningún indicio revelador en todo el asunto?

—He interrogado a centenares de personas y no he podido averiguar nada. Sólo puedo decirle que él o los individuos, culpables de estos hechos misteriosos, persiguen un fin bien definido, y que no van a terminar los atentados, mientras ellos no hayan logrado su objeto.

—Pero en los últimos días no volvieron a repetirse.

—En efecto; pero tiene que tener en cuenta que la vigilancia es sumamente estricta. Solamente hemos podido constatar que, todas las noches, se oyen ciertos ruidos misteriosos, que parecen zumbidos, ¿no sabe usted si ello ocurría también antes de los atentados y que, en ese caso, serían producidos por algún fenómeno de la naturaleza?

—Jamás se oyeron antes; pero, esta noche voy a ir con usted para oirlos personalmente. Y ahora, señor Peters, hasta las diez en Carn Malva.

Me despedí de Peters, dirigiéndome en seguida a Mendilion.

Era esta una pequeña villa, al pie de Carn Malva, y, a alguna distancia, sobre esta colina, hallábase una vieja construcción, en parte habitable y, en parte, en ruinas, conocida con el nombre de Torre de Mendillion. La construcción había sido en un tiempo un monasterio, cosa por cierto rara en la provincia de Cornwall. Había pasado por varias manos, habiendo permanecido deshabitada por espacio de los últimos diez años.

Sin embargo, hacía unos seis meses, habían llegado a la vieja construcción una serie de trabajadores, sabiéndose entonces que la vieja casa había sido alquilada.

Después de algún tiempo supimos mayores detalles acerca del recién llegado. Era en cierto modo, un hombre famoso, y era conocido con el nombre de profesor Ogiloy diciéndose que se contaba entre los primeros naturalistas de su tiempo, habiendo efectuado varios viajes de exploración a las regiones de las selvas vírgenes de Sud América.

Era autor de varios libros de Historia Natural, especializados en la fauna y flora de Sud América.

Pues bien, ese nombre tan distinguido había resuelto, por fin, radicarse definitivamente en Inglaterra, alquilando, por tal motivo, la Torre de Mendillion.

Los Morstone habían tenido la intención de ir a visitarle desde hacía bastante tiempo ya, pero nunca habían podido efectuar la visita debido a la enfermedad de sir Roland.

El profesor Ogilvy era viudo y tenía una hija, y la señora de Morstone había creído que su hija Marjorie hallaría una amiga distinguida en la hija del profesor.

Cuando llegué a la vieja casa, pude ver que, en efecto, había sufrido importantes cambios. Los muros del jardín habían sido refaccionados, una nueva verja de hierro había ocupado el lugar de la antigua y los caminos del interior del jardín habían sido cubiertos por completo con pedregullo nuevo. La vieja puerta de roble había sido nuevamente lustrada y una campanilla instalada a un lado de la misma.

Cuando llamé, la puerta se abrió inmediatamente, produciéndome la primera sorpresa de las muchas que iba a experimentar aun, después, aquella misma tarde.

Un hombre, correctamente vestido, abrió la puerta. Pero un hombre que se distinguía por completo del resto de los seres humanos, que yo había vista en mi vida; pues su tez, que cubría los huesos de la cara, tenía un color semejante a la membrana de un tambor.

Un negro verdadero no me hubiera producido ninguna impresión; pero aquel hombre de raza indefinible, hízome sobresaltar.

Sin embargo, al preguntarle por el deuño de casa, me contestó on la mayor amabilidad que estaba en casa, llamando de inmediato con una campanilla a otro sirviente, para que se hiciera cargo de mi caballo.

En seguida, el mayordomo me hizo pasar a un gran hall, en que se veían muebles por cierto un tanto exóticos. Pero no tuve mucho tiempo para mirar los objetos que me rodeaban, pues a los pocos segundos se abrió una puerta, y el dueño de casa vino a mi encuentro.

Era un hombre de statura baja, tez bronceada, ojos azules y de modales sumamente delicados.

En una palabra, no parecía estar en absoluto de acuerdo con la imagen que había formado en mi mente acerca de la personalidad del explorador sudamericano.

El hombre me estrechó afectuosamente la mano, entrando a conversar conmigo, desde el principio, con la misma soltura, como si hubiéramos sido viejos amigos.

Conversamos de distintos temas, yendo por fin a caer en el tema del pantano, que se hallba tan cerca de la Torre de Mendillion en que vivía el profesor Ogilvy.

—Pues es cierto, — dijo el dueño de casa, — han pasado cosas realmente horribles allí. Es un misterio verdaderamente desagradable.

—Siento que esas cosas hayan comenzado justamente cuando usted se radicó aquí profesor, — dije, — porque seguramente no habrá quedado usted muy bien impresionado del lugar.

—No crea, — contestó Ogilvy, — por suerte, ya estábamos nosotros aquí, cuando empezaron esas cosas. Creo que, de haber comenzado con nuestra llegada, ustedes nos hubieran echado como a pájaros de mal agüero. A propósito, ¿usted es de los que más se interesan en desentrañar ese misterio, verdad?

—Sí, es cierto. Desde la muerte de sir Roland yo he quedado encargado de todos susa suntos, como también del desempeño de sus cargos honoríficos, entre los que estaba precisamente, el de juez de este distrito.

—Me han dicho que ha organizado usted todo muy bien, para llegar al esclarecimiento del misterio.

—He hecho cuanto he podido, con la cooperación de todos los habitantes de la región.

—Muy bien, — djo el profesor, saltando de la silla, — yo también quiero cooperar con usted en el esclarecimiento de ese misterio.

Lo miré durante un segundo, como queriendo decirle que ponía seriamente en duda, lo que él pudiera hacer en pro del esclarecimiento del famoso misterio del pantano; pero el hombre pareció adivinar mis pensamientos, puesto que sus infantiles facciones tomaron una expresión de resolución y dijo:

—Señor O'Rouke, usted seguramente no conocerá mis condiciones; pero he de decirle que en muchas ocasiones he perseguido a hombres hasta alcanzarlos. Las selvas vírgenes de Sud América no tienen secretos para mí. Quiero conocer hasta en sus menores detalles la organización que usted ha creado para poder tomar parte, de tanto en tanto, en la vigilancia nocturna del pantano.

Agradecí su mucha voluntad.

—Señor O'Rouke, — continuó diciendo el profesor, — el misterio de este pantano me ha interesado vivamente, y, por ello he resuelto ayudar en su esclarecimiento. Trae a mi memoria el recuerdo del puma sudamericano, que, durante todo el día, persigue a su víctima, hasta que, entrada la noche, la ataca de improviso y...

En ese momento entró la hija del profesor dando muestras de alegría y la conversación que había versado sobre un tema tan trágico quedó, de inmediato, interrumpida.

Contrariamente a lo que esperaba la señorita Ogilvy era una joven delgada, de formas casi perfectas, al punto que estoy por afirmar que era una de las jóvenes físicamente más bonitas que había visto en mi vida; pero en cambio, me produjo de inmediato una impresión de antipatía. Sus facciones eran hermosas; pero su aspecto era el de una persona enfermiza. Su color era casi verde. En cuanto la vi, noté que me había engañado al creer que aquella joven podría llegar a ser una amiga de Marjorie.

Pocos minutos después, accediendo a la invitación que me formulara el dueño de casa, me senté a la mesa para tomar el té, y, en esos momentos, la conversación recayó nuevamente sobre los misteriosos asesinatos del pantano.

a hija del profesor Ogilvy ya me había llamado la atención por su extraña conversación, pero mi sorpresa fué en aumento cuando observé que el tema que en ese momento abordamos pareció gustarle extraordinariamente, puesto que sus facciones cobraron una emotividad que no había notado en ellas anteriormente, y la joven quería que le explicara el asunto de los crímenes que tanto preocupaban en esos momentos a toda la comarca con los menores detalles, mostrando un interés por conocer todos los puntos desagradables de esos acontecimientos, que, después de poco tiempo, on pudo menos que asquearme.

Por tal motivo, aprovechando un momento en que el profesor hablaba de sus numerosos viajes de exploración por América, para cambiar el tema de la conversación, que, sin embargo, volvió a recaer ya hacia el final de mi visita nuevamente sobre los crímenes del pantano, puesto que el profesor, después de mostrame su valiosa colección de animales tropicales, y de referirse a su sirviente, diciéndome que era un indio descendiente de aquellos Incas del Perú, me informó que tendría el mayor gusto en acompañarme esa misma noche en mi jira por el pantano, en compañía del detective Paters, agregando que vendría con el indio de que me había hablado pocos momentos antes, y que, según sus declaraciones, poseía cualidades detectivescas extraordinarias. Tratándose de una personalidad como la del profesor, no pude oponerme a que fueran satisfechos sus deseos, conviniendo en que lo esperaría lo mismo que a su sirviente y compañero, en las ruinas de las minas que se hallaban en el medio del pantano, a las once de aquella misma noche.

Después me despedí del profesor, yendo nuevamente a mi casa, donde llegué a tiempo para cenar. Estaba ocupado en esa tarea, cuando llamaron a la puerta, y, pocos momentos después, entró el detective en esa tarea, cuando llamaron a la puerta y pocos moentos después entró el detective Peters.

Su aspecto, en cuanto le ví, me causó terror, puesto que estaba intensamente pálido, y emocionado.

En pocas palabras me dijo que el ruido extraño del pantano había vuelto a ser oído

esa noche, y que, seguramente tendríamos oportunidad de vivir un momento de verdadera emoción, en cuanto nos trasladáramos al pantano.

Por mi parte, le referí que había ido a visitar al profesor Ogilvy y que éste me había pedido como un favor especial que le permitiera acompañrnos esa noche al pantano, en compañía del indio, pedido al que no había podido oponerme.

El detective Peters me dijo que él, por su parte, no tenía tampoco ningún inconveniente en ello, tratádose del profesor Ogilvy, que era ua verdadera otoriedad, y que dado su extraordiario carácter no le extraña en absoluto que me hubiera formulado semejante pedido.

Est;bamos refiriéndonos brevemente a la curiosa personalidad del profesor y de su hija, cuando una motocicleta se detuvo frente a mi domicilio, y pocos minutos después, entraba en la habitación en que yo me hallaba en compañía de Peters, un agente de éste, con la noticia de que en el vecino pueblo de St. Ives habí asido detenido un individuo sopechoso, que no sabía dar pormenores sobre sus medios de vida ni su presencia en la región, coincidiendo además su llegada a Cornwall, con la iniciación de los crímenes cuyo esclarecimiento se procuraba en esos momentos.

El detective Peters preguntó si se tenían mayores informes sobre el individuo en cuestión, a lo que contestó negativamente el agente, terminando por pedir al detective que pasara por la comisaría de St. Ives a primera hora de la mañana siguiente, con el fin de interrogar personalmente al detenido.

Peters accedió al pedido del agente, retirándose éste nuevamente.

Pocos momentos después, y previa preparación de las antorchas eléctricas y de los revólvers, salí de mi casa en compañía de Peters, dirigiéndome al pantano, para ubicarme en los alrededores de las ruinas, donde debía esperar al profesor Ogilvy.

Todo estaba oscuro en derredor y sólo se oía de tanto en tanto el grito de algún animal propio del pantano, y el lejano rugir del mar. Estaba conversando con Peters, de repente, una mano posóse sobre mis hombros, llenándome de inmediato de terror y estupefacción. No había oído a nadie que se acercara a mí, y, sin embargo, sentía palpablemente el peso de la mano. Ya iba a tomar mi revólver para hacer fuego contra el desconocido, cuando éste se dió a conocer como el mismo profesor Ogilvy, quien riendo, me dijo:

—Ya ve, compañero, que en los viajes de exploración por Sud América se aprenden cosas extrañas. Ninguno de ustedes me ha oído, ni tampoco a mi compañero y, sin embargo, aquí nos tiene, dispuestos a ayudar a ustedes en sus intersantes pesquisas.

Por cierto me pareció de mal gusto la broma del profesor; pero pronto olvidé la emoción que pocos momentos antes me embargara, y comenzamos a ahblar con Ogilvy sobre distintos temas. Peters, por su parte, se despidió en esos momentos de nosotros, informándonos que tenía necesidad de efectuar la jira, con objeto de ver si todos sus hombres estaban en sus puestos.

Ogilvy y yo, quedamos solos, y el explorador reanudó, para pasar el tiempo, el relato de sus extraordiarias aventuras. El indio, por su parte, penetró en el pantano, dispuesto a hacer un reconocimiento por su cuenta.

Sería aproximadamente la media noche, cuando informé a mi compañero, que era conveniente que tambien nosotros hiciéramos un pequeño reconocimiento, conviniendo que, al primer signo de peligro, cualquiera de nosotros llamaría la atención del otro, disparando varios tiros de revolver.

Me interné, pues, en el pantano.

En ese momento , comencé, a sentir un silbido, al principio apagado; pero que se hizo cada ves más estridente, y que podía ser comparado al pue produciría una bala de gran tamaño, atravesando el aire a una velocidad extraordinaria. Era el ruido dequs había hablado Peters, el tragiso ruido del pantano, que se acercaba siempre más a mi.

Sentí que un sudor frío recorría mi médula espinal, y, antes de que pudiera reaccionar, pude comprobar que había sido envuelto en algo así como un énorme remolino, que me hacía jirar sobre mi propio eje con extraordinaria velocidad. Nada se veía en derredor. El desmayo amenazó quitarme el conocimiento; pero, antes, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, logré sacar del bolsillo mi revólver y disparar tres tiros consecutivos. Después, no oí ni sentí ya nada...

Cuando vóví en mi, me ví rodeado por un grupo de personas, tendido en el suelo. Comprendí que acababa de despertar del desmayo y que esas personas estaban haciendo todo lo que estaba a su alcance para devolverme el conocimiento. Poco tiempo después, ya con la mente despejada, pude preguntar al agente que estaba más próximo a mí lo que había pasado.

—¿No ha visto usted nada? — me preguntó.

—No, — contesté, — sentí el ruido y me ví envuelto en un aremolino, perdinedo, después el conocimiento.

—Pues eso mismo es lo que ha ocurrido en otras oportunidades antes de que otra vicitma, cayera fulminada por la tragedia del pantano.

—¿Cómo? — dije, — ¿hay otro muerto?

—Sí, — me contestó el hombre, — el detective Peters ha sido esta vez el elegido. El misterio, pues, se ha agravado...

En efecto, a pocos metros del lugar en que yo me hallaba, también en la carretera del pantano, el detective yacía, con la cara tapada por un pañuelo...

SEGUNDA PARTE

La narración de Mr. Dudley Burdon, el periodista

Era muy fácil de ser arrestado. Yevons, el director del "Telégrafo", de Londres, me sugirió la idea, haciéndome presente que, con ello, sería posible agregar un capítulo muy interesante a las crónicas que yo escri-

bía diariamente para el gran diario sobre "El misterio del pantano de West Cornwall". El título sólo "Nuestro enviado arrestado", llamaría la atención de los lectores.

Hacía tres días que había llegado a aquella región, resolviendo cambiar diariamente de alojamiento. No había tenido el menor contacto con ninguno de los miembros de la policía, ni con ninguno de los agentes especiales, que vigilaban la región, la que se hallaba, virtualmente, en un verdadero estado de sitio. Estaba seguro de que me resultaría más conveniente recolectar todos los datos de fuentes oficiosas, para evitar que fuera identificada mi misión de periodista.

Esta era la primera gran oportunidad que se me presentaba en mi carrera. Hacía aproximadamente un año que había ingresado en la redacción del más moderno de los grandes diarios ingleses. Quería demostrar mis condiciones. Al principio, Yevons, el director del "Telégrafo" no se había interesado mayormente por la idea de enviarme a Cornwall, debido a que los corresponsales locales y la Agencia de la Prensa suministraban a diario una serie de noticias al "Telégrafo". Pero, por fin, la cosa quedó resuelta y como Philipson, el jefe de la sección "Noticias de policía" se hallaba en Monte Carlo, con el fin de enviar crónicas sobre los ladrones del Casino, la tarea de ir a Cornwall recayó en mi.

Conseguí, finalmente, ser detenido a eso de las cuatro de la tarde, por un joven agente de policía de Tren Crom. Todos mis documentos y demás papeles, que hubieran podido servir a la policía para identificarme, los había escondido cuidadosamente en el patio de la casa de campo en que había pasado la última noche. Mi valija y mis ropas eran, pues, completametne enigmáticas. Como no hay ninguna ley que obliga a un detenido a dar detalles sobre su vida privada a la policía, yo me negué rotundamente a contestar las preguntas que, sobre este particular, me dirigieron los empleados policiales, y, como además, simulé estar algo nervioso, conseguí de inmediato ser alojado en el calabozo de la comisaría regional.

Era en tiempos de verano, y el calabozo estaba limpio, por lo que, mayormente, no me sentí muy incómodo en el mismo.

Los empleados superiores de la comisaría, habían sostenido largas conferencias sobre mi probable personalidad y estaban seguros de haber detenido, al fin, al terrible criminal, que tanto había dado que hacer a las autoridades con sus misteriosos crímenes.

Yo, por mi parte, sentía cierta satisfacción, al pensar en la cara que harían todos esos hombres, cuando yo les revelara mi misión.

A la mañana siguiente iba a ser llevado ante las autoridades judiciales; pero mi plan estaba ya preparado. Sabía que Charles O'Rourke, de quien había sido compañero de estudios en la Universidad de Cambridge, vivía sólo a cinco millas de allí, y pensé mandar a llamarlo a la mañana siguiente.

Comprendí que los empleados policiales se sentirían, naturalmente, perplejos y culpables por mi injustificada detención, y resolví hacerme amigo de todos ellos, diciéndoles que renunciaría a todos los daños y perjuicios, y que hasta me comprometía a no publicar en el "Telégrafo" el desagradable incidente, si ellos se declaraban conformes, en cambio de ella, de suministrarme todos los datos que fueran teniendo en adelante, antes que a los corresponsales locales y a la Agencia de la Prensa. El "Telégrafo" tendría, así, las noticias antes que los otros diarios.

Por la mañana, entró el carcelero, trayéndome el desayuno. Lo recibí con una sonrisa y le dije:

—Me alegro, amigo, que se haya usted acordado de mí. Los criminales también comen.

El hombre, un agente rústico, quedó perplejo y poco faltó para que dejara caer mi desayuno.

—Vea, señor, — me dijo confidencialmente. — Usted haría mejor en darse a conocer.

—Pues yo creía que ustedes me conocían; porque de otro modo no me explico que hayan tenido ustedes el valor de detenerme, sabiendo que yo puedo exigir daños y perjuicios...,

—Pero usted no ha querido dar detalles sobre su personalidad, señor.

—No; pero se las voy a dar ahora, si usted lo desea. Soy el redactor del "Telégrafo", enviado especialmente por el director para recoger impresiones sobre los crímenes que se vienen cometiendo en esta región.

El hombre quedó como paralítico, dejando caer, en su estupor, mi taza de café con leche al suelo.

En ese momento se abrió nuevamente la puerta de la celda y entró mi amigo Charles O'Rourke, en compañía de un inspector.

Charles quedó como herido por un rayo.

—Hola, Charles, — le dije, — ¿qué le parece la acción de estos señores en mi perjuicio?

O'Rourke estaba rojo como una grana.

—¿Usted conoce a ese caballero? — preguntóle el inspector que le acompañaba.

—¿Si lo conozco? — dijo O'Rourke. — Ya lo creo. Es uno de mis mejores amigos y fué compañero mío de la Universidad de Cambridge. Actualmente, es redactor del "Telégrafo", de Londres.

—He venido de Londres para hacer una crónica sobre los sucesos de este pantano y fuí ilegalmente detenido por la estupidez de estos señores, — proseguí.

Como puede imaginarse, fuí puesto en libertad inmediatamente, y las autoridades policiales se deshicieron en disculpas, prometiéndome el mayor apoyo, en cambio de mi declaración de que no diría nada al "Telégrafo" sobre el desagradable incidente.

Un momento después, salí con O'Rourke en su automóvil, decidido a contribuir al esclarecimiento del extraordinario misterio, agravado por la muerte del inspector Peters, acaecida la noche anterior, casi ante los ojos del propio O'Rourke y de los guardianes del pantano.

FIN DE LA NARRACION DE Mr. DUDLEY Burdon, el periodista

Mi viejo amigo estaba terriblemente nervioso e intranquilo. Noté claramente su extraordiaria excitación, mientras manejaba su coche. Yo, por mi parte, no había permanecido, tampoco, indiferente a los últimos acontecimientos; pero me conducía en diferente forma. Yo había venido para investigar. y triunfar si podía. En ocásiones anteriores había visto un sinnúmero de horrores. También debo hacer notar que, habiendo abordado mi misión, como un extraño, no tenía prejuicios de ninguna clase.

Al poco de iniciar el viaje, comencé a hablar a Charles de mis proyectos.

—Hemos de sostener una larga conversación, — le dije, — pues quiero preguntarle una serie de cosas, de que nadie le ha hablado, seguramente, hasta ahora.

—Comprendo sus deseos, Burdon; pero tenga en cuenta que Peters, el conocido detective, se perdió completamente en este misterioso asunto. No es humano resolverlo...

—Lo que una inteligencia humana ha edificado, otra es capaz de desentrañar. Ahora, escúcheme bien. Tengo la policaí de mi lado. Ellos no harán nada en contra de mí y me facilitarán todos los datos. Ese ha sido el motivo, por el cual les induje a detenerme. Ahora bien, yo quiero que usted me ubique en un lugar, donde pueda trabajar activamente, sin que sea conocida mi presencia...

—¿Por qué no viene a vivir conmigo en Zerrán?

—De ninguna manera. En un día, todo el mundo conocería mi presencia allí.

—Entonces venga conmigo a Morstone Hall. Lady Morstone le dará a usted hospitalidad y los sirvientes recibirán instrucciones de guardar silencia. A menudo hablé con Marjorie de usted.

—Perfectamente, ese lugar me parece más adecuado, siempre que lady Morstone no tenga inconvenientes en darme alojamiento.

—¿Conoce usted Morstone Hall?

—Hasta en sus menores detalles, Charles. He trabajado en los tres días que llevo aquí...

En es momento, nos detuvimos con el coche en la chacra de Tren Crom, donde busqué todas mis anotaciones, siguiendo luego a Morstone Hall.

Una vez llegado a la casa señorial de los Morstone. Charles me preesntó a lady Morstone y a Marjorie, manifestándose ambas encantadas en que yo eligiera la mansión como alojamiento; para dirigir desde allí mis esfuerzos, tendientes a desentrañar el extraordinario misterio.

Duránte toda la tarde, y mientras Charlie había salido, yo me entretuve paseando por los jardines con la joven Marjorie Morstone.

A la hora de la cena, mi amigo volvió, y, después de los postres, quedé solo con él en el salón de fumar.

Charles O'Rourke cerró cuidadosamente la puerta, y yo comencé la importante conferencia.

—Voy a ir derecho al grano, Charlie.

—¿Ha formado usted alguna hipótesis?

—Sí, dos o tres; pero pensando detenidamente, he llegado a la conclusión, que todos estos crímenes tienen el fin de eliminar a una determinada persona...

—Pero, ¿cómo se explica entonces que hayan sido varias las víctimas?

—Porque el medio que emplea el criminal aun no es perefecto. Puedo asegurarle, Charles, que es usted la persona a quien alguien tiene interés en eliminar. Anoche se hizo la tentativa; pero fracasó. En cambio, el criminal consiguió deshacerse de otro enemigo temible: el detective Peters. En cuanto a los medios de que se cale el criminal, lea usted esto.

Saqué de mi bolsillo un corto artículo de unas mil palabras, entregándoselo. Charles lo leyó con cuidado.

— Cómo? ¿Dice usted que ha sido ob-

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

servado en la costa un extraño yate? ¿Cómo ha podido usted recibir esas informaciones?

—No son informaciones exactas, sino que las he redactado para el "Telégrafo". Llegará allá mañana por la noche y lo publicarán el jueves por la mañana.

—¿Y con eso?

—Lo leerán los culpables y descuidarán su guardia durane dos o tres días, creyendo que estamos siguiendo una pitsa equivocada... ¿Tiene usted la tarjeta que acompañaba ese ramo de flores exóticas que había en el comedor y que lady Morstone me dijo que se lo había regalado un vecino?

Charlie contestó afirmativamente, entregándome la tarjeta del profesor Ogilvy, con el escudo de Medillion Tower.

—Buenó, Charles, como le iba diciendo. El criminal está interesado en la desaparición de una persona... ¿Qué le pasa? ¿Veo que palidece usted? Cuénteme, por favor, todo lo que sepa, O'Rourke, que sabré guardar el mayor secreto.

Después de pensarlo durante un largo tiempo, Charles O'Ruorke me refirió todo el relato que, antes de morir, le hiciera el anciano Morstone sobre la enorme riqueza de su hija, si ésta viviera hasta el día de Navidad.

Cuando Charlie terminó, le tomé la mano instintivametne.

—Charlie, — dije, — ¿no se le ha ocurrido jamás relacionar esos crímenes con el relato que acaba de hacerme?

—Lo he pensado pero no me he atrevido a pensar mayormente en ello.

Yo me puse de pie de un salto.

—Charlie, — dije, — proteja usted a Marjorie. Yo veo todo claro, ahora. Deme tres días y le resuelvo el misterio. ¿Tiene usted aquí su coche?

—Sí, en el garage.

Miré el reloj.

—Tengo tiempo suficiente para alcanzar el tren de la media noche, que va de Penzance a Londres, — dije.

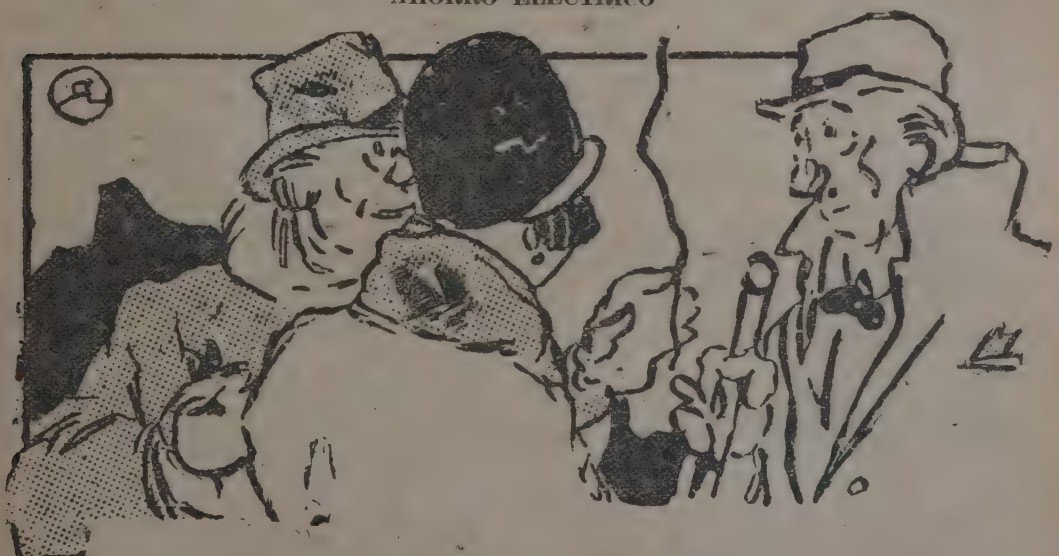
—¿Cómo, Dudley, nos va a dejar usted? —me preguntó Charles.

—Por un par de horas solamente, Charles. Tengo que ir a Londres, pues únicamente allí puedo averiguar una cosa, que me interesa saber. Es únicamente en Londres donde podemos hallar el eslabón necesario para completar la cadena. Llegaré a Londres a las seis de la mañana. Podré volver a tomar el tren después del almuerzo y estar de regreso aquí, mañana, antes de la media noche. Mientras tanto no descuide a Marjorie ni durante un segundo...

(Continuará).

En el número de "Pucky" de la semana próxima, publicaremos la solución del extraordinario misterio, dando, así, a nuestros lectores, la clave de "El Misterio del Pantano". No pierda usted de leer la última patre de esta novela.

AHORRO ELECTRICO



—Este mes hemos economizado mucho en la luz eléctrica
—¿Sí? ¿Cómo ha podido ser eso?
—Hemos ido todas las noches al cinematógrafo.

UNA VERDADERA SUERTE

—¡Es una suerte que hayan puesto este letrero! Si no lo hubiesen colocado ahí me hubiera sentado en el banco y me hubiera ensuciado el trajecito nuevo.

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

SIR Ralph! — interrumpió vivamente el señor Valcresson, — no es un hombre íntimamente ligado a un tal Mac-Field?

—Precisamente.

—Son dos asesinos. Pagaron a mi criado para que me envenenase.

—Pues bien, señor Valcresson, aquí tenéis su cómplice; porque este señor Badoir es el jefe de la casa Badoir y Cía., recientemente fundada, y los dos socios que se ocultan bajo el nombre de Compañía, son sencillamente sir Ralph y Mac-Field.

XV

LA QUINTA DEFONTENOY-AUX-ROSES

Pedro Valcresson quedó por unos instantes sin poder pronunciar una palabra.

Contemplaba a Badoir con esa curiosidad mezclada de horror que inspira la vista de algún monstruoso reptil.

—De modo, — exclamó por fin, — que este hombre cuyas virtudes me imponían el respeto y la confianza más ciega; este hombre a quien consideraba como un amigo fiel y adicto, ¿ha hecho todo esto? ¡Ha entregado a mi hija unos verdugos que la mutilaron horriblemente, ha impulsado a la locura, a la muerte tal vez, a la que yo profesaba un amor inmenso a la que quería hacer mi esposa y que había confiado a su lealtad; ha querido arrojar a su sobrina en brazos de su cómplice, a quien sabía ya culpable de un doble asesinato cometido en Nueva York; y en fin, para completar su obra, a la que faltaba este coronamiento para que pudiese recoger el fruto de todos sus crímenes, se ha entendido con dos miserables de su especie para hacerme envenenar por mi sirviente. ¡Vamos es preciso confesarlo, maese Badoir, he ahí una vida bien llenada!

El banquero habló por fin humildemente y levantó la frente.

—Os digo que merezco vuestro odio y vuestro desprecio, que he cometido fechorías que no merecen ni perdón, ni piedad; pero al confesar los crímenes de que me hecho culpable respecto de Luisa, de su hija y de Tatiana, he de jurar que no entré para nada en el complot urdido contra vos.

—¿Y sobre qué me juráis eso? — preguntó Valcresson con despreciativa ironía, — ¿será tal vez sobre vuestro honor?

—Aterradme, yo no tengo derecho de ofenderme, — repuso Badoir con tono resignado, —no déis crédito a mis palabras, es el justo castigo de mis faltas, y mi deber en adelante es inclinar la frente bajo el ultraje; pero os he dicho la verdad y lo repito.

—¿Y cómo quieres que te crean, miserable? ¿y de qué te hubiera servido desembarazarte de los que te privaban de tu parte de herencia, si hubieses dejado vivir a quien debías heredar?

—Todas las apariencias están en contra mía, lo sé y me callo.

—Levántate y espera que hayamos tomado una resolución respecto a tí, — dijo Valcresson.

El banquero se levantó, volvió a tomar su sitio en el sillón y esperó con la vista fija en el suelo.

—Señor Baodir, —le dijo entonces Rocambole, — estoy comprometido a salvar a la señorita Tatiana de la vergüenza de pertenecer a vuestro infame cómplice; para esto es forzoso que yo pruebe la inocencia de esa niña, descubriendo el medio de que se sirvió éste para decidirla a acompañarlo, sola y a media noche al baile de la baronesa de Villarsay; es imposible que vos ignoréis este medio y es intimo a que me lo reveléis.

—Como vos, señor Portal, — respondió el banquero, — también sospecho ahí alguna profunda maquinación, pero os juro que sir Ralph se ha negado siempre a comunicarme este secreto cuando se lo ha preguntado, y siempre me afirmó que Tatiana había consentido de buen grado en ir con él a aquella fiesta, no pudiendo ignorar que con esto se comprometía a ser su mujer.

—Ha mentido; yo lo sé por la misma camarera, la que desgraciadamente se ha concretado a jurarme que su patrona era absolutamente inocente, sin querer revelarme el

secreto de sir Ralph, y éste, habiéndola obligado desde el siguiente día a abandonar la casa de Mauvillars, me fué preciso renunciar a la esperanza que tuve un momento concebida de saber la verdad por boca de esa joven. Pero, lo repito, es imposible que sir Ralph, para quien pedisteis la mano de vuestra sobrina, sabiendo la clase de hombre a quien confiabais su destino, os haya hecho un misterio del complot que imaginó para perder a esa niña y obligarla a aceptarlo por esposo.

—No puedo hacer sino repetiros lo que os he dicho antes; sir Ralph se negó a confiarme su secreto, y ni siquiera sospecho el medio que pudo emplear para arrastrar a Tatiana al baile.

—Es posible, dijo Valcresson, porque entre cómplices no todo se confía; pero acordaos de lo que os voy a decir. Yo vengo a París con una declaración de mi doméstico delante de un magistrado, apoyada con una correspondencia que traigo conmigo, de donde resulta que sir Ralph y Mac-Field formaron un complot con el objeto de envenenarme. ¡Y bien! si dentro de ocho días no estáis habilitado para darnos sobre este misterioso asunto todos los detalles necesarios para probar la inocencia de Tatiana, y de descubrir el medio que empleó este miserable para perderla, os hago arrestar con ellos por esta tentativa de envenenamiento.

—Pero, — exclamó Badoir,—¿cómo queréis que yo imponga a sir Ralph?...

—¡Oh! ¡poco me importa! las dificultades, los obstáculos, eso corre de vuestra cuenta; yo os digo lo que quiero, y ya sabéis lo que os prometo en caso de fracasar. Basaos en esto y saber desde ahora que no tendré piedad de vos.

—Y no es esto sólo, dijo Rocambole, acordaos que se os han dado quince días para encontrar a Luisa Prevot.

—¡Quince días! exclamó Badoir desesperado; ¡pero pensad en que hace diez años que anda perdida!... ¿cómo queréis?...

—Vos habéis hecho el mal y os corresponde repararlo.

Durante toda esta escena, Pedro Valcresson no había cesado de estar poseído de una violenta agitación.

—Señor, dijo a Rocambole, ya no tenemos nada más que hacer aquí; salgamos, salgamos pronto, porque cuando veo a mi Juanita, la pobre, frente por frente de su verdugo, al mismo tiempo que verdugo de su madre, experimento una tentación irresistible de arrojarme sobre él y estrangularlo entre mis manos.

—Entonces, tenéis razón, señor, salgamos pronto.

—¡Ah! señor, continuó Valcresson, estrechando entre sus manos temblorosas la mano de Rocambole, ¡cuántas gracias doy al cielo por haberos encontrado! Sin esta casualidad providencial, no solamente no habría encontrado a mi pobre hija, sino que habría estrechado a ese hombre entre mis brazos, como al mejor de los amigos, hubiera continuado depositando toda mi confianza en él, y él, ¡infame! no se hubiera cansado de engañarme. ¡Ah! os lo repito, señor, es la providencia quien os trajo aquí al mismo tiempo que yo.

En seguida volviéndose a Badoir, caído en su sillón en un estado de completa postración:

—Una última advertencia quiero haceros, le dijo, guardaos bien de prevenir a vuestros cómplices de mi llegada a París; ellos me creen muerto a consecuencia del veneno que debía haber sido propinado por orden suya, en el día y hora designada en una carta que corre agregada al expediente. Dejadlos en esa creencia, que considerándose en completa seguridad, van a entregárnoslos atados de pies y manos, y no olvidéis que en el caso de que llegasen a fugarse, lo atribuiría a una indiscreción vuestra, y os haría responsable de ello.

—Os juro que guardaré el secreto, dijo Badoir.

—Partamos, dijo Rocambole.

Y dirigiéndose a la mudita que había asistido a toda esta escena con una sorpresa mezclada de inquietud:

—Nizza, le dijo, da la mano a tu padre.

La niña obedeció y salieron los tres.

Cuando estuvieron a fuera, Valcresson dijo a Rocambole.

—Decidme, señor, os ruego, el nombre de aquél a quien debo más que la vida.

—El señor Portal, calle de Amelot; por lo demás, voy a llevaros a mi casa para que conozcais a Vanda, que es la que ha servido de madre a vuestra hija desde que está entre nosotros.

—Tendré el mayor placer en conocerla y darle las gracias, señor; pero desde hace mucho tiempo, tengo un anhelo en el corazón, un sueño que se ha hecho más imperioso que nunca desde hace pocos momentos y vos lo vais a comprender. Este sueño es el de volver a ver la quinta en que mi querida Luisa y Juanita vivieron tranquilas y felices tanto tiempo.

—Comprendo vuestra prisa en ver aquella morada, señor, dijo Rocambole; y estoy a vuestra disposición si queréis ir en seguida.

—Será para mí una inmensa satisfacción señor; es deciros que no quisiera retardar ni un instante...

—Estoy a vuestras órdenes, señor; tengo aquí un carruaje, dignaos tomar asiento.

Hizo subir a Valcresson y a Nizza, encantada de volver a andar en coche, y dijo al cochero:

—A Fontenoy-aux-Roses.

El cochero siguió por la calle Cassette, al fin de la cual tomó a la derecha por la calle de Vaugirard.

Al cabo de una hora el coche se detenía a la entrada del pueblito.

—Esperadnos ahí, dijo Rocambole al cochero indicándole una posada, vamos a dar un paseo por el pueblo y dentro de una hora estaremos de vuelta.

Saltó en seguida a tierra, así como el señor Valcresson que recibió a la niña en sus brazos.

—¿Y sabéis dónde está situada la casa?

preguntó este último a su compañero.

—Sí, porque también tuve curiosidad de conocer la quinta en que se había criado Juanita; y luego, siempre alimenté una esperanza vaga de encontrar allí algún indicio que me pusiera sobre la pista de la infeliz Luisa.

—¿Y qué habéis descubierto? preguntó vivamente Valcresson.

—Nada; y en efecto, al reflexionar después en ello, comprendí en seguida que me había dejado mecer por una esperanza insensata. ¡Figuraos que han transcurrido diez años!

—Tenéis razón; era imposible.

Al cabo de diez minutos llegaba por fin a la quinta.

—Ahí está, dijo Rocambole.

El jardín estaba muy bien cuidado, pero como no era sino a fines de Marzo, no había más que algunas flores primaverales: violetas, primaveras y algunos racimos de lilas en capullo.

—La quinta está habitada, dijo el señor Valcresson.

—Al menos, el estado del jardín así lo indica, repuso Rocambole.

—Lo siento, mi intención era comprarla.

—Y podéis satisfacer vuestro capricho, señor, dijo una voz detrás de él.

Se dieron vuelta y vieron una campesina que estaba parada, como ellos, delante de la villa.

—¿Qué queréis decir, buena mujer? le preguntó Rocambole.

—Quiero decir que la casa no está alquilada, y que la propietaria hace conservar el jardín para darle vista.

—¿Y cómo es que una casa tan linda permanece deshabitada

—¡Ah! señor, hay motivo para ello, dijo la campesina bajando la voz.

—¿Y qué motivo es ese?

Esta vez fué con una voz enteramente baja que respondió la buena mujer.

—La casa es perseguida, señor.

—¡Bah! ¿y por quién?

—¡Por los espíritus, pues!

—¡Imposible!

—Todo el mundo lo sabe aquí en el pueblo, y ¡caramba! ya comprendéis que nadie tiene ganas de que vengan a tirarlo de los pies a media noche.

—Es incómodo, se comprende; pero; en fin, decidme quién es el propietario.

—Es preciso dirigirse al notario, señor.

—¿Que vive?

—En la plaza de la iglesia.

—¿Vamos allá? preguntó Rocambole a Valcresson.

—Seguramente.

Y dando las gracias a la paisana por sus informes, se trasladaron a la casa del notario.

XVI

RECUERDOS DE NIZZA

Algunos instantes después, Rocambole y el señor Valcresson estaban en casa del notario, y al cabo de dos horas de debates, o más bien, le explicaciones dadas por este último, relativamente a las cargas y a los servicios afectados a la propiedad, el negocio quedaba terminado, y la villa pasó a ser propiedad de Pedro Valcresson, quien no tuvo necesidad de visitarla para saber si le convenía, puesto que la quería conservar como un recuerdo solamente.

Cuando estuvo todo terminado, Rocambole dijo sonriendo al notario:

—Pero, señor Dufour, hay una carga que os olvidasteis de mencionar.

—¿Cual es preguntó el notario sorprendido.

—Parece que la casa está perseguida por un huésped misterioso, que tiene la mala costumbre de venir a estirar los pies de la gente durante la noche; he aquí lo que me parece un desagradable servicio.

El notario se sonrió a su vez.

—Sí, ya sé que la gente del país ha hecho correr este rumor ridículo, y yo lo atribuyo a la visita de algún atorrante que, sabiendo que la quinta está deshabitada, se habrá introducido y lo habrán visto entrar o salir de noche.

—Es un punto que hay que aclarar, dijo Rocambole, porque en fin, los espíritus son generalmente malignos, y es bueno saber a qué atenerse sobre el carácter y las costumbres que tiene ese.

Vamos a ver la casa, dijo el señor Valcresson, tengo prisa por recorrerla detenidamente, ya comprendéis por qué, mi querido señor Portal; tal vez tengamos la suerte de encontrar al espíritu que ya tomó posesión de ella sin desembolsar un cobre, y entonces le preguntaremos las intenciones que tiene para lo sucesivo.

—Es poco probable, repuso Rocambole, porque todo el mundo sabe que estos huéspedes misteriosos no se muestran sino durante la noche, cuando consienten en mostrarse.

Y dirigiéndose al notario:

—¿Cuándo podrá tener el señor Calcresson el testimonio de la escritura?

—Sólo estará pronto esta tarde, y se podrá mandar mañana a primera hora.

—¿Quién nos impide dar un paseo por estos alrededores, que son preciosos? dijo Rocambole, volveríamos esta tarde y hoy mismo podríamos llevar la escritura.

—Con mucho gusto, pero tal vez se alarmen en vuestra casa de una ausencia tan prolongada.

—De ninguna manera; esto me sucede con mucha frecuencia, y Vanda ya sabe que no tiene nada que temer por mí.

—Entonces es cosa resuelta. Quedémonos hasta la noche.

—Esperaremos a la noche para visitar la quinta y así tendremos alguna probabilidad de encontrar nuestro espíritu.

—¡Oh! yo quiero ir en seguida, dijo Valcresson, lo que no nos impedirá hacer más tarde una segunda visita. Hacedme el favor de las llaves, señor.

—Mi criado va a acompañaros, dijo el notario.

TOS ALIVIO INMEDIATO
Mal de garganta - Tos gripal - bronquitis - Resfrios - Asma, etc.
CON LAS
PASTILLAS O JARABE
"BIOL" Preparadas por el
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—No, respondió vivamente Valcresson, quiero ir solo con el señor Portal.

El notario le hizo dar las llaves y salieron los dos con la mudita.

Al cabo de un cuarto de hora, franqueaban la puerta de la villa, a continuación de la cual se extendía una calle de tilos que conducía al jardín.

—Empecemos por el jardín, dijo Valcresson profundamente emocionado.

Rocambole comprendió la causa de aquella repentina emoción, y se quedó un poco atrás para permitirle abandonarse a ella sin control.

Habrían dado apenas un centenar de pasos por entre los cuadrados plantados de violetas y jazmines, cuando Nizza dió de repente muestras de una viva agitación.

Primero abarcó con una mirada todo el conjunto del jardín. Después, deteniendo sucesivamente su mirada con varios parajes, mostró de repente a Rocambole un banco de madera cobijado bajo un enorme grupo de lilas, cargado entonces de capullos y de racimos de botones en flor que empezaban a colorearse de rojo.

—¿Qué hay? hija mía, ¿qué quieres decir? le preguntó Rocambole.

El rostro de Nizza se fué animando por grados, y por medio de una pantomima muy expresiva representó una señora joven, elegante y bella, paseándose por el jardín, luego una criaturita, jugando y saltando en aquel banco, y dió a entender que aquella niña era ella misma.

Pedro Valcresson se había parado y contemplando aquella mímica con enternecida curiosidad.

—Se diría que reconoce este jardín, dijo a Rocambole.

—¡Y cómo no! respondió éste, me está contando que se había paseado aquí y que jugaba mucho, acompañada de una señora joven y hermosa.

Y dirigiéndose a la mudita:

—¿Y te acuerdas bien, no, de aquella linda señora? le preguntó.

La niña contestó con dos o tres movimientos de cabeza afirmativos.

—¿Y la querías mucho continuó Rocambole.

Nizza se llevó vivamente la mano al corazón.

—¿Cómo te llamaba?

—La frente de la niña se contrajo ligeramente. Se comprendía que procuraba reunir sus recuerdos.

—¿Juana, tal vez? dijo Rocambole.

La vista de la niña brilló repentinamente como para dar un grito; después, con creciente agitación, hizo varias señas con la cabeza para indicar que efectivamente era así.

—Sí, sí, murmuró Valcresson, lo reconoce todo y se acuerda de su madre.

Continuaron recorriendo el jardín.

Nizza tomó la delantera y caminaba ligera, mostrando a su paso los arbustos, los cuadrados, los árboles grandes, el surtidor, todo aquello que sin duda evocaba otros tantos recuerdos de su niñez.

De pronto se detuvo delante de una glorieta que caía al camino que bordeaba la quinta. Rocambole lo reconoció acordándose del relato de Francisco. Era allí mismo que había pasado aquella escena entre la madre y la hija que conmovió al cochero profundamente.

Después de pararse un momento, Nizza entró en la glorieta con paso grave, se aproximó al banco, se arrodilló, juntó las manos, elevó sus hermosos ojos hacia un ser imaginario, que ella se representaba sentado en aquel banco, y movió los labios como si recitase una plegaria.

En seguida, volviéndose hacia los dos hombres que la contemplaban enternecidos, les indicó el banco, y les hizo, como un momento antes, el retrato de la señora joven y bella que se paseaba con ella en el jardín.

Su semblante estaba más animado que nunca y las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¡Lora! ¡pobre criatura! exclamó Valcresson, cuyos ojos se humedecieron también al ver aquello, ¿qué tiene? ¿qué quiere decir?

—Es que el banco y la glorieta le traen un triste recuerdo a la memoria, respondió Rocambole; el mismo día en que acechaban la ocasión propicia para robarla, Badoir y su cómplice la vieron arrodillada delante de su joven madre que le hacía rezar la oración matinal y pronunciabada el nombre de su padre, que "estaba muy lejos".

—¡Pobre niña! ¡Pobre Luisa! murmuró Pedro Valcresson, cuyas lágrimas, por largo tiempo comprimidas, brotaron de repente de sus ojos, al oir aquellas palabras.

Y lanzándose hacia la mudita, la levantó del suelo para estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos.

Nizza se lo miró, pareció sorprendida de ver correr sus lágrimas, y volviéndose a Ro-

cambole le preguntó el motivo por medio de un gesto que éste comprendió.

—Nizzita, — le dijo, — ¿te acuerdas de la oración que rezabas aquí, en las rodillas de tu madre, porque aquella linda dama era tu madre?

—Sí, sí, — hizo la niña en su lenguaje.

—¿Te acuerdas de aquella oración?

Trató de recordar algunos instantes, arrugando las cejas.

—No, significó por fin con un movimiento de cabeza.

—¿No te acuerdas que hablabas de tu padre, que estaba muy lejos?

La mudita volvió a reflexionar. Luego, brilló su mirada y dió a entender que sí.

—Pues bien, aquel padre que estaba tan lejos y por el cual rogabas aquí, de rodillas delante de tu madre, aquí lo tienes.

Esta vez la niña comprendió lo que significaba este nombre de padre, que cuando lo había oído en casa de Badoir la había dejado indiferente; y echado en seguida uos brazos al cuello de Valcresson, le devolvió con una especie de fiebre las caricias que éste le prodigaba.

Después de tenerla mucho rato abrazada así, la niña levantó de pronto la cabeza, y volviéndose a Rocambole, que sabía la comprendía, le preguntó dónde estaba su madre.

—Tu madre, hija mía, también partió para muy lejos, pero pronto volverá.

—¿Mañana? — preguntó por señas, porque la palabra "pronto" no tenía significación para ella.

—Sí, mañana, — dijo Rocambole.

Al oír esto, brilló en sus ojos un rayo de alegría.

Luego dió a entender que quería continuar su paseo.

Todo el jardín estaba visto.

Entonces penetraron en la casa, y a pedido de Valcresson, Rocambole lo condujo al dormitorio de la madre y de la hija.

Al entrar en aquella pieza sin muebles, Nizza de pronto dirigió a todos los lados miradas indecisas. No la reconocía, no viendo allí ni su camita ni el lecho de su madre.

Pero después de una detenida investigación, su vista se detuvo en la ventanita de cristales de color que caían en la callejuela.

La mostró con un vivo ademán. Luego, después de buscar un momento con la vista, señaló con el dedo el lugar en que estaba su camita y lo dió a entender colocando la cabeza sobre la mano abierta y cerrando los ojos.

—Aquí mismo es donde dormían las dos, — balbuceó Pedro Valcresson; — bien se comprende. Aquí mismo es donde la encontraron dormida y se la llevaron...

Y añadió al cabo de un instante:

—Salgamos de aquí. Me ahoga la emoción. Tengo necesidad de aire del campo, pero ya volveremos más tarde antes de regresar a París.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países „ „	12.00 „

XVII

LA CASA PERSEGUIDA

Cuando salieron de la quinta, Valcresson dijo a Rocambole:

—¿Qué haremos hasta la hora de comer?

—¿Quereis complacer a Nizza, o mejor, a Juana, porque es preciso por fin restituírle su nombre verdadero?

—Sí, por cierto, y es a ella a quien debemos agradar, porque la pobrecita ha pasado dos horas bien fastidiosas en casa del notario.

—En ese caso, le vamos a hacer dar un prolongado paseo en coche a través de la campiña, sin más guía que un solo capricho, y comeremos en donde nos encontremos entre cinco y seis de la tarde.

Y volviendo hacia la mudita que, con la mirada fija en él, lo escuchaba con la mayor atención:

—¿Qué dices a esto, mi Juanita, te conviene el plan?

Juana respondió por signos de cabeza afirmativos, y con una sonrisa cuya expresión lo dejaba lugar a dudas.

Se trasladaron, pues, a la posada en que habían dejado el coche y media hora después los tres viajeros eran arrastrados a través de la campiña, con gran regocijo de la niña, que señalando tan pronto un punto, tan pronto otro, según que la atrafa mas o menos su aspecto, hacía seguir al cochero el más extravagantes de los itinerarios.

La temperatura era suave y habían bajado los cristales del coche.

Juana paseaba a través de la campiña sus grandes ojos embelesados, mientras que Valcresson, él, toda su atención la concentraba en la niña, pues no se cansaba de admirar su cabeza encantadora, iluminada en aquel momento por la especie de éxtasis que le producía el espectáculo tan nueva para ella de los campos y de los montes que se extendían al infinito.

Aquel paseo se prolongó hasta las seis.

Empezaba a caer el día; Rocambole hizo notar a Juana que muy pronto ya no se vería nada, que además era ya hora de comer, y le mostra una posada de graciosa apariencia, preguntándole si quería ir a comer allí.

Entonces la niña, habiendo sin duda consultado su estómago, estimulado por el aire libre, y encontrando también la posada de su gusto, se apresuró a dar su asentimiento y entraron.

Estaban en Bagneux, pueblecito situado a poca distancia de Fontenoy aux Roses.

Allí también Valcresson quiso que todos los platos de la comida fuesen elegidos por Juanita, lo que produjo una comida de las más caprichosas.

Al cabo de una hora volvieron a subir al coche, y eran ya las ocho cuando llegaron a la casa del notario.

Después de tomar los documentos de la compra, Valcresson dijo a Rocambole:

—Ahora vamos a hacer otra visita a la quinta, y en seguida regresaremos a la calle de Amelot, en donde deben estar ya inquietos de vuestra tardanza.

Y añadió casi en seguida:

—Pero ya es de noche, y por más que hace luna, necesitaríamos una luz para andar por dentro de la casa.

—En la cocina encontraremos todo lo que nos falte — dijo Rocambole; — allí vi un candelero con una vela y unos fósforos, dejados sin duda allí por el jardinero, que debe necesitarlos cuando su tarea se prolonga hasta la noche.

Encontraron efectivamente todo esto y se pusieron a examinar la casa minuciosamente. A cada pieza que atravesaban, Valcresson iba reconstruyendo con el pensamiento la vida de aquellos dos seres que le era tan caros. En el comedor se figuraba ver a la querida Luisa sentada a la mesa con su querida Juanita y la sirvienta que cuidaba solícita de que nada les faltase. En el saloncito que había contiguo al comedor, se le representaba ocupada en una graciosa labor, en tal o cual fantasía destinada a su hija, mientras que ésta, queriendo imitar a su madre, vestía y desnudaba alguna muñeca, a la que no dejaría de reprender, ni de reconmendar lo mismo que su madre hacía con ella.

Después de visitar todo el piso bajo, iban a subir al primer piso, cuando Juana, que durante este tiempo había dado algunos pasos a la entrada del jardían, volvió de pronto al saloncito, y acercándose a Rocambole con un aire a la vez misterioso y asustado, lo tomó de una mano y lo atrajo suavemente hacia la puerta, haciéndole señas de que caminase con precaución sin dejarse ver de fuera.

Valcresson fué dertás de ellos.

Juana se detuvo en el umbral de la puerta que daba al jardín, y permaneciendo oculta en la sombra, extendió la mano hacia una dirección, llamando la atención de Rocambole hacia aquel lado.

Este dirigió una mirada al punto indicado, y volviéndose a Valcresson:

—La viejita campesina no se había equivocado — dijo.

—¿Qué queréis decir?

—¿No os advirtió que la casa era perseguida por los espíritus?

—¿Y bien?

—¡Y bien! Ahí teneis al huésped sobrenatural que toma posesión desde que llegan las tinieblas; Juanita es quien acaba de percibirlo.

—¿Dónde está?

—¡Mirad! se pasea a través del jardín con paso lento y solemne, como corresponde a una sombra.

Valcresson percibió, en efecto, una sombra negra que seguía los senderos del jardín.

—¿A qué sexo corresponderá esa sombra? — dijo. — ¿Es una mujer, o un hombre envuelto en una capa?

—Es lo que no se puede distinguir bien desde aquí.

—Lo siento por ella, pero voy a prevenirla que estando ya la casa habitada en adelante las sombras van a tener que mudarse cuanto antes.

—Esperemos aun; después de haber recorrido el jarín, ese personaje misterioso vendrá por aquí y entrará en la casa, en la que probablemente busca un refugio para

pasar la noche, porque estoy siempre convencido de que ha de ser algún atorrante, y entonces podremos mostrarnos y despedirlo.

—Bueno, entonces esperemos.

Durante este diálogo, el paseante nocturno había llegado a la glorieta, sin duda para descansar en ella y gozar en paz de la benigna temperatura, embalsamada entonces por el perfume de las violetas, porque permaneció algún tiempo allí.

Salió por fin, y se engolfó en un sendero que venía a parar a la puerta misma en que estaban Valcresson, Rocambole y la niña.

—Vamos, — dijo Rocambole, — ha llegado la hora fatal; — he ahí una sombra que se va a encontrar echada a la calle y muy pronto arrestada tal vez por vagabunda, a menos que no encuentre un refugio en las canteras de América, en donde encontrará muchas otras sombras de su misma especie.

El misterioso huésped de la quinta sólo quedaba a algunos pasos.

—¡Hola! — dijo Rocambole, — es una mujer.

—Efectivamente, — dijo Valcresson en voz baja.

—Tendría curiosidad por ver lo que hará, — repuso Rocambole, — dejémosla, pues, que entre y vaya y venga dentro de la casa antes de mostrarnos a ella.

—Sea.

—Y para no inspirar desconfianza, apaguemos esta luz.

Apagó la vela que estaba en el suelo, y tomando de la mano a Valcresson y a la niña, los condujo detrás de la puerta, donde los tres permanecieron inmóviles.

Un instante después se sentía el ruido de un paso lento y ligero, y se vió entrar una mujer vestida de negro.

Dió algunos pasos en la cocina, dirigió una mirada a su alrededor y después se dirigió hacia la escalera, que subió también con el mismo paso lento y regular.

—Esperemos aun, — dijo Rocambole en voz abja.

Pero en aquel momento sintió la mano de Juana que estrechaba la de él con una energía que traicionaba la impresión extraordinaria de que se hallaba poseída.

La pobre niña no comprendiendo nada de lo que pasaba, se sentía evidentemente espantada de aquel misterio y tal vez se figuraba estar amenazada de algún peligro.

Rocambo le se inclinó hacia ella y le murmuró al oído:

—No temas nada, hija mía, ¿no está con tu padre y tu amigo Portal que velan por tí?

La besó con ternura, y la niña, tranquilizada súbitamente por estas palabras y caricias, dejó de temblar y de estrecharle la mano febrilmente.

Rocambole y Valcresson escucharon atentamente, para darse exacta cuenta de lo que haría la, desconocida.

Sentían sus pasos rozando el piso y pudieron así seguirla de pieza en pieza, hasta que al fín cesó el ruido completamente.

—¿Dónde está? ¿Qué estará haciendo? — dijo Valcresson a Rocambole.

—Es lo que convendría saber, — respondió éste. — Ahora es el momento de mostrarnos y de trabar conocimiento con ella.

Arrastró a la mudita por la mano y los tres treparon por la escalera, subiendo de puntillas.

Cuando llegaron arriba, recorrieron las cuatro piezas sin verla. Por fin la encontraron en el dormitorio.

Estaba allí, arrodillada, con las manos juntas, rogando y llorando a pocos pasos de la ventanita con cristales de colores que tanto había llamado la atención de la mudita.

A una señal de Rocambole los tres se pararon en el umbral del cuarto y se quedaron escuchando.

—¡Hija mía! ¡Mi pobre hijita! — exclamaba la desconocida; — ¡querida Juanita! ¿Por qué volaste?

—¡Oh! Gran Dios, oh! ¡Gran Dios, qué es lo que oigo! — exclamó Valcresson; y se apretaba con ambas manos el corazón con fuerza. ¡Qué es lo que oigo! ¡Oh, Dios eterno! ¡Haced que no sea esto un sueño!

Después, lanzándose a través de la pieza corrió a abrir la ventanita por donde entró un raudal de la luz blanca de la luna y en seguida vino junto a la desconocida cuya cara quedó iluminada de lleno por aquel chorro de luz.

La besó con ternura y la niña, tranquilizada súbitamente por estas palabras y caricias, dejó de temblar y de estrecharle la mano febrilmente.

Rocambole y Valcresson escucharon atentamente para darse cuenta de lo que haría la desconocida.

Sentían sus pasos, rozando el piso, y pudieron así seguirla de pieza en pieza, hasta que al fin cesó el ruido completamente.

—¿Dónde está? ¿Qué estará haciendo? — dijo Valcresson a Rocambole.

—Es lo que convendría saber, — respondió éste. — Ahora es el momento de mostrarnos y de trabar conocimiento con ella.

Arrastró a la mudita por la mano, y los tres treparon por la escalera, subiendo de puntillas.

Cuando llegaron arriba, recorrieron las cuatro piezas sin verla.

Por fin la encontraron en el dormitorio.

Estaba allí, arrodillada, con las manos juntas, rogando y llorando a pocos pasos de la ventanita con cristales de colores que tanto había llamado la atención de la mudita.

A una señal de Rocambole los tres se pararon en el umbral del cuarto y se quedaron escuchando.

—¡Hija mía! ¡Mi pobre hija! — exclamaba la desconocida. — ¡Querida Juanita! ¿Por qué volaste?

—¡Oh! ¡Gran Dios! ¡Oh! ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que oigo? — exclamó Valcresson. — Y se apretaba con ambas manos el corazón con fuerza. ¡Qué es lo que oigo! ¡Oh, Dios eterno! ¡Haced que no sea esto un sueño!

Después, lanzándose a través de la pieza, corrió a abrir la ventanita, por donde entró

un raudal de luz blanca de la luna, y en seguida vino junto a la desconocida, cuya cara quedó iluminada de lleno por aquel chorro de luz.

XVIII

LA LOCA

La desconocida, que parecía tener unas treinta años, era muy pálida, de facciones fatigadas, surcadas por el dolor o por la miseria, por uno y otra quizás, y algunas arrugas precoces atravesaban su frente.

La dulzura y la tristeza impresas en su fisonomía le habían conservado un profundo encanto, a pesar de las borrascas que la habían alterado, y su mirada conservaba algo de indeciso y temeroso que comunicaba a toda su persona un no sé qué de interesante.

Al ver venir a Valcresson levantóse de repente y se escapó de su pecho un grito de horror. Entonces, éste, deteniéndola con una mano suavemente y contemplándola a los rayos de la luna, que la bañaban por completo, exclamó con una voz profundamente conmovida:

—¡Ella es! ¡Es mi Luisa tan amada!

Esta clavó en él sus grandes ojos azules y retirando la mano que él le retenía:

—¡Oh, dejadme, dejadme!—exclamó con una voz cuya penetrante dulzura iba hasta el fondo del alma y la agitaba dolosamente. — ¡Dejadme aquí; no me volváis a encerrar pues seré buena!

—Luisa, mi querida Luisa, — le dijo Pedro Valcresson inclinándose hacia ella con la mayor inquietud. — ¿No me reconoces? Yo soy Pedro Valcresson, tu esposo.

—¡Perdón! — repitió la mujer, pasándose la mano lentamnte por la frente; — sí, sí, ya sé...

Y añadió en el mismo tono, frunciendo ligeramente las cejas:

—¡Valcresson! Conozco ese nombre... Pero está tan lejos, tan lejos!

—¡Pobre joven! — dijo Rocambole. — Ha perdido la razón.

—¡Oh! ¡Es horrible! — exclamó Valcresson.

—Había mil probabilidades a que hubiese perdido la vida; dáos, pues, por dichoso, en volverla a encontrar aún en ese estado.

—Sí, soy feliz y doy gracias al cielo, aun cuando jamás debiese recobrar la razón, — respondió Pedro. — ¿Pero cómo puede haber vivido estos diez años? ¿Cómo se explica que vuelve a esta casa al cabo de un lapso tan largo tiempo, y quién habrá cuidado de ella en esa triste situación, en que, semejante a una criatura, no podía ni siquiera procurarse el alimento?

—Ciertamente, — dijo Rocambole; — este es un misterio incomprensible; procuremos hacerla hablar.

Pedro Valcresson le tomó de nuevo la mano, que ella le dejó esta vez.

—Veamos, mi querida Luisa, — le dijo. — ¿Qué vienes a hacer aquí?

La loca fijó en él una mirada penetrante y azorada, al mismo tiempo que lo escuchaba con una gran atención. Guardó un momento de silencia, reflexionando profundamente, como si tratase de darse bien cuenta y procurase entender lo que acababa de oir.

—¿Aquí?... — dijo por fin, paseando a su alrededor una mirada.

Luego su frente se iluminó repentinamente, una ingenua sonrisa se paseó por sus labios y murmuró, indicando con el dedo un sitio en el suelo:

—Aquí está la camita de la niña; ahora acabo de acostarla, y por eso estoy aquí. Ahora duerme.

Se inclinó hacia adelante, prestando el oído, se enderezó después, y volviéndose a Valcresson, con el dedo en los labios:

—Duerme, — repitió en voz bajita.

—Veamos, — dijo Rocambole; — procuremos herir su imaginación; quizás logremos hacer brotar una chispa de las tinieblas que envuelven su cerebro.

—Es posible. ¿Pero qué pensáis hacer?

—Vais a ver.

Dijo algunas palabras al oído de la mudita, la cual respondió con la cabeza que consentía en hacer lo que le pedían.

Entonces, saliendo de la sombra en que había permanecido oculta hasta entonces, se adelantó hasta el circulo de la luz proyectada por los rayos de la luna, y se tendió en el suelo.

Al verla, Luisa Preyot dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Una criatura! ¡Una niña! — murmuró con tierno acento.

Juana se le aproximó, no sin experimentar cierta aprensión, le tiró de la manga del vestido para obligarla a bajarse hacia ella, luego la enlazó por el cuello entre sus brazos dándole tres o cuatro besos en las mejillas, después de lo cual se tendió en el suelo cuan larga era, en el sitio mismo ocupado en otro tiempo por su cama.

Muy conmovida ya por los besos de la niña, Luisa la contempló cuando se acostaba en el suelo, permaneció algunos instantes en silencio, luego vino a arrodillarse a su lado, y murmuró en voz baja:

—Duerme, hija mía, duerme.

Se interrumpió de pronto, pareció hacer un gran esfuerzo de memoria, y dirigiéndose a la niña:

—¿Cómo te llamas? — le preguntó.

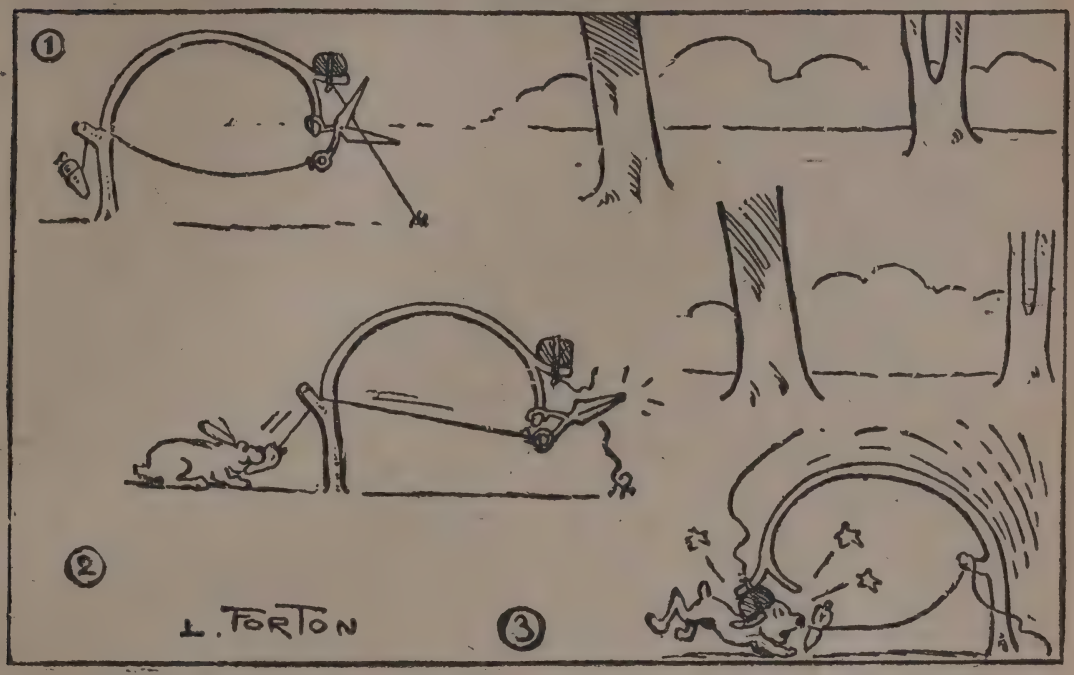
—Juana, — respondió Rocambole, bajando la voz también.

—¿Juana? — repitió la loca inclinándose hasta el suelo, para mirar bien a la niña;— yo la he conocido; pero un día, se fué; voló hacia el azul del cielo como la alondra, y ahora debe estar en el paraíso.

Mientras hablaba, envolviendo con sus hermosos ojos azules a la mudita, quien la contemplaba a su vez con gran curiosidad, Rocambole fué a abrir la ventana que daba a la callejuela.

Hecho esto, vino junto a la niña, la levantó en sus brazos y se fué otra vez con ella hacia la ventana, que fingió querer la saltar.

LAS INVENCIONES DE "PUCKY"



Pequeña trampa para conejos, sencilla y práctica. La zanahoria atada a las tijeras sirve de cebo (fig. 1). En el momento en que el conejo tira de la zanahoria para comérsela, las tijeras se cierran y cortan la piola que mantiene encorvada la rama (fig. 2). La rama una vez libre se pone tiesa y la piedra atada a la extremidad de la rama mata al desdichado e infelíz conejo.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . .de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Precios de suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

como si tratase de tirarse a la calle. Caminaba despacio y con la punta de los pies, dándose vuelta a cada momento con miradas inquietar a la puerta del dormitorio como si hubiese temido ser sorprendida.

Luisa había seguido aquellos movimientos, primero con aire sorprendido, después, con una visible inquietud que iba aumentando por momentos a medida que lo veía acercarse a la ventana con la niña en los brazos. Estaba anhelante y con la vista fija en la niña, expresando una angustia que pronto fué sufrimiento, porque sus facciones se contraían a ojos vistas.

Cuando, en fin, vió que Rocambole se inclinaba ya sobre el callejón, su pecho se hinchó, por su extraviada vista cruzó un relámpago de desesperación, y se lanzó hacia la ventana con un grito desgarrador:

—¡Juana, hija!...

Valcresson, para no distraer a Luisa de la comedia imaginada por Rocambole a fin de despertar su sensibilidad trayéndole a la memoria aquel recuerdo terrible, retirado en un rincón de la pieza, seguía con una emoción indescriptible todas las impresiones que se reflejaban en las facciones de la pobre loca. El corazón del padre desbordó de gozo cuando vió que Luisa corría hacia la niña, llamándola por su nombre y dando aquel grito que anunciaba el despertamiento del amor maternal.

Pero no fué más que un relámpago, y aquella alegría se cambió pronto en desesperación, cuando la vió vacilar, ponerse espantosamente pálida y extender los brazos hacia adelante, como buscando un apoyo en el vacío.

Corrió en seguida a ella, y llegó a tiempo para recibirla en los brazos.

—¡Ah, señor Portal! — exclamó todo trastornado. — ¡La hemos muerto!

Rocambole, que había dejado la niña en el suelo, se aproximó a Luisa y la examinó con la mayor atención.

—No, — repuso después de un momento de silencio; — he provocado una violenta sacudida moral, y ya hemos tenido un verdadero éxito al recordarle el nombre de la niña y la memoria del drama que le produjo la locura.

Hemos logrado emocionarla, y esta emoción ha determinado en el cerebro una sacudida saludable. ¡Mirad! Ahí la tenéis que empieza a recobrar los sentidos; no tenemos, pues, que concebir inquietud alguna, y si queréis creerme, vamos a intentar en seguida un nuevo experimento.

—Tengo miedo, — dijo Valcresson.

—Tranquilizáos; esta vez, el sentimiento que quiero reavivar en ella no puede provocar sino sensaciones dulces y lágrimas de alegría y bienestar.

—¡Oh, mucha prudencia, señor Portal! mirad que no ayamos a comprometer su vida, tratando de volverla a la razón.

—Confiad en mí; lo peor que puede sucederme es que fracase en mi tentativa, pero no puede menos que dar un feliz resultado, si me sale bien, como yo pienso.

—¿Qué proyecto es el vuestro, entonces?

—Ya está volviendo en sí, ¿verdad? Acompañadla al jardín.

—¿Y luego?

—Esta violenta emoción ha debido debilitarla; acompañadla a la glorieta, en donde podrá descansar; lo demás corre de mi cuenta.

—Pero me juráis...

—Que no hay peligro ninguno.

—Vamos. Voy a confiarme a vos, — dijo Valcresson, poniendo el brazo de Luisa en el suyo, que lo siguió sin resistencia, y sin siquiera darse vuelta hacia su hija, a la que parecía haber olvidado por completo.

La hizo bajar la escalera, sosteniéndola a cada escalón, porque de cuando en cuando le flaqueaban las piernas, y algunos instantes después los dos estaban sentados en el banco de la glorieta, que en aquel momento estaba alumbrada enteramente por los rayos de la luna.

Estaban allí hacía algunos minutos, cuando Valcresson vió aproximarse hacia ese lado al señor Portal, trayendo a Juanita de la mano.

Aquél permaneció a un lado, en tanto que Juanita entraba en la glorieta.

Se arrodilló en seguida en la arena, puso los codos encima de las rodillas de Luisa, juntó las manos, y levantando la vista hacia ella, se puso en actitud de recitar la oración de su infancia.

Luisa se fijó en la niña con una mirada llena de solicitud, y deslizando la mano en el bolsillo de su batón, se sacó un pañuelo que pasó suavemente por la cara y cuello de la niña, murmurando con un acento lleno de ternura:

—Siempre sudando; acabará por enfermarse.

Y bajándose hacia ella, la besó en la frente.

Juanita la miraba con una expresión extraordinaria.

—¿Reconoces a esa señora? — de preguntó Rocambole.

Juana dió a entender que se le parecía, pero que la otra era más joven y elegante.

En cuanto a Luisa, no cesaba de mirar a la niña con maternal anhelo.

—Ya lo véis, — dijo Rocambole a Valcresson; — la luz se va haciendo en el caos; los recuerdos van volviendo poco a poco; pronto la razón se abrirá paso, en cuanto Luisa se encuentre en un medio simpático y siempre junto a la niña. Pero, por el momento, convendría saber dónde vive y cómo vive.

XII

CARAS CONOCIDAS

—Sí, — repuso Valcresson; — quiero absolutamente conocer a las buenas almas que han recogido y alimentado a mi pobre Luisa, y si tengo la suerte de que me necesiten, será para mí una felicidad poderles venir en auxilio.

Y volviéndose a la loca:

— Luisa, — le dijo; — ya es hora de volver a tu casa, hija mía.

—Sí, — respondió dando una mirada a su alrededor; ya viene el día; es preciso volverme.

Se levantó y tomando el brazo de Valcresson, salieron los dos de la glorieta, seguidos de Rocambole que llevaba a la niña de la mano.

Lo loca se dirigió hacia una puertecita, que había a un extremo del jardín, que se cerraba por medio de un resorte secreto, allí apretó con el dedo la cabeza de un clavo que sobresalía en un tirante de la puerta, y ésta giró en seguida sobre sus goznes.

Todos salieron; ella cerró otra vez y se pusieron en marcha.

Luisa seguía siempre delante, del brazo de Valcresson, quien, no sabiendo qué rumbo tomar, se dejaba guiar por ella.

Al cabo de un cuarto de hora habían salido ya de los límites de Fontenoy, y caminaban en plena campiña, sin seguir ni caminos ni senderos señalados y sin titubear jamás sobre la dirección que debían tomar.

Después de media hora, estaban en las afueras de París, pero por caminos tan poco conocidos e impracticables, que Rocambole que conocía cuanto rincón había en París y sus alrededores, procuraba inútilmente darse cuenta de los barrios que atravesaban.

Luisa se detuvo por fin delante de una casa y dijo:

—Aquí es.

—Entremos, — dijo Valcresson.

Luisa lo miró con una mezcla de inquietud y de sorpresa; luego, después de un momento de reflexión, pareció decidirse y caminó resueltamente hacia la habitación que acababa de señalar.

Era una casa de un solo piso, aislada en un terreno baldío.

—Esperad, — dijo Rocambole en el momento en que Valcresson iba a llamar a la puerta.

—¿Qué queréis hacer?.— preguntó este último.

—Quiero saber qué clase de gente es la que vive aquí.

—En el mero hecho de haberla recogido prueban que no pueden ser sino almas buenas y honradas.

—Es posible, pero como no las conozco, tengo por principio, en semejantes casos, desconfiar primeramente, quedaos, pues, un poco atrás con ella y la niña y dejadme hacer.

Se aproximó a un postigo por el que filtraba un rayo de luz, y por aquella rendija pudo ver lo que pasaba en el interior.

Desde la primera mirada dejó escapar una exclamación de sorpresa Luego pegó el oído al postigo, con la esperanza de oir lo que hablaban dentro. Pero en seguida se convenció de que era preciso renunciar a ello.

No le llegaba ni una palabra, si siquiera un sonido de voz.

—Es preciso no obstante, que yo oiga lo que se habla ahí dentro, — murmuró Rocambole.

Y apartándose de la puerta dió vuelta a toda la casa escudriñándola de arriba abajo.

Se detuvo en fin, delante de un respiradero de sótano, y después de reflexionar un momento:

—Aquí está una entrada, dijo, pero una vez en el fondo del sótano, ¿dónde voy a salir? En fin, no hay cómo elegir, no veo ninguna otra salida, ensayemos.

Se sacó el sombrero, se desembarazó del paletó que tenía el doble inconveniente de estorbarle los movimientos y de aumentar el ancho de su cuerpo, y se metió en el respiradero que tenía el tamaño justo para dejarlo pasar. Por una feliz casualidad, los rayos de la luna caían de lleno en aquel agujero y por de pronto le sirvieron para medir la altura a que estaba del suelo, en el que pudo saltar sin temor. Después, una vez en el sótano, pudo distinguir los primeros peldaños de una escalera, que le hubiera sido muy difícil dinstinguir en las tinieblas.

Aquella escalera conducía naturalmente al piso bajo, pero ¿saldría precisamente a la pieza donde estaban las personas cuya conversación tenía tanto interés en escuchar?

He aquí lo que se preguntaba con inquietud, mientras la iba subiendo despacio y con la mayor precaución.

Había subido una quincena de peldaños cuando tocó con la cabeza a un piso de madera. Lo reconoció con las manos y no tardó en convencerse de que aquel piso era una puerta practicada horizontalmente, como las que acostumbra a haber en los depósitos de vinos.

Llegado allí, pudo distinguir con bastante claridad un rumor de voces.

Entonces se echó encima de los escalones, de manera que su cabeza tocara a aquella puerta y reparó en que, gracias a unas grandes rendijas practicadas por la acción del tiempo en la madera, no solamente el rumor de voces, sino que hasta las palabras y frases podían llegarle claramente a los oídos.

Se puso a escuchar con toda atención, y la voz que oyó primero lo hizo estremecer.

—Ved cómo ha sido el que os haya confiado la loca, puesto que lo queréis saber todo, decía aquella voz. Atraído por no sé qué potencia misteriosa hacia aquella casa que me causa horror, pues me recuerda dos hechos que daría todo lo del mundo para poderlos olvidar... me apercibo de una mujer que rondaba alrededor del jardín, y la miré con una curiosidad llena de emoción. Iba a seguir mi camino, cuando reparando en mí vino a mi encuentro y me dijo con extraño acento:

—¿Es aquí, verdad? ¿Es aquí que vive la niña? Hice un gran viaje para encontrar el pueblo y la casa, pero ahora ya le reconozco. Aquí es ¿no?

Quedé fría de estupor a la vista de aquella mujer, en la cual acababa de reconocer a Luisa la madre de la niña que...

—Que yo le quité la sin-hueso, — dijo una voz ronca y avinada. ¡Caramba! una no es más que mujer, pero tiene estómago.

Y añadió con risa salvaje.

—Y hasta me pagastéis quinientos mor-

lotes por la operación, como a un gran cirujano. Y no obstante, no hice estudios ni di exámenes. Es no más de instinto, por vocación, ¿qué quereis cada uno tiene sus inclinaciones?

—Voy a interrogarla, — continuó el narrador, — y me responde divagando, estaba loca. Para mí había un peligro en dejarla correr así a través de los campos. Mientras rondaba a un lado y otro, podía soltar mi nombre y revelar una parte de la verdad. Es por conjurar este peligro que me acordé de traerla aquí, esperando encontrar la ocasión de desembarazarme de ella por completo, llevándola lejos de París, bastante lejos para que no pudiera volver.

—En cuanto a nosotros, señor Badoir, lo mismo da. Vos no os fijáis en las brasas; por seis días que pasó aquí, noh dais cien francos; ¡es verdad que está bien alojada, bien alimentada, buena cama y muy atendida! Aguardiente a discreción, de lo que no abusa, es muy cierto; en fin, es por deciros que esto durará así hasta que os plazca.

—Esta mañana he visto a gentes que tienen por ella un vivo interés, y que, si llegaban a descubrirla, harían todo cuanto pudiesen para volverla a la razón, y si esto sucedía. Dios sabe lo que podría temer de esa madre cuando supiera la verdad.

Esa sería una leona, una furia, qque me perseguiría sin tregua, ni descanso, ni piedad, ni misericordia y quién sabe lo que podría temer.

—De manera que ... insinuó la vieja, con una voz que parecía hacer un llamamiento a los malos instintos.

—Pues bien, quisiera ponerme al abrigo de esos furores, sí, lo quisiera... a cualquier precio.

—Es muy sencillo, — repuso la arpía, — tengo un sotanico con secreto, ya lo sabéis, aquel que estaba preparado para la condesa... esto le convendría perfetamente a la loca. ¡Oh! nada más fácil, abro la puerta, saco una barra de hierro que sostiene la trampa, la reemplazo por una varilla sobre la que dejo caer suavemente las dos hojas, la loca entra, pasa por encima, creyéndola sólida como de costumbre, y ¡patupum! desaparece en los fondos del abismo. ¡Nada! un juego de niños. Vamos, ¿qué me decís? ¿conviene?

Badoir no dijo nada.

—Quien calla otorga... — dijo la vieja. Y añadió levantándose.

—No hay tiempo que perder, esta es la hora en que regresará la loca.

Y con paso duro y pesado se dirigió a la puerta del sótano que abrió, y al poco rato se sintió el ruido de una barra de hierro que caía rebotando contra la pared. Después salió de nuevo, dejó caer con precaución las dos hojas de la puerta y se volvió a sentar delante de su marido.

Badoir no habló palabra pero muy pronto se sintió el ruido de monedas de oro rodando encima de la mesa.

—¿Decís que va a volver? — preguntó.

—Ya debía estar aquí.

—No quisiera encontrarla; me voy.

—Andad y contad con nosotros, — dijo la furia.

—Mañana a la noche vendré a saber noticias vuestras, — dijo Badoir dirigiéndose a la puerta.

—Y seréis bien venido, señor Badoir.

Este último salió por fin. Un instante después llamaban a la puerta.

—Entrad, — gritó Claudio.

Era Luisa.

—¡Qué tarde venís, monada!—le dijo la Claudio. — ¿No os ha ocurrido nada, querida?

Luisa no respondió.

—Debéis estar muy fatigada, andad a acostaros, mi alma, — continuó la vieja mostrándole la puerta de su cuarto más allá de la trampa del sótano

XX
RECONOCIENTOS

Luisa Prevot se dirigó hacia su cuarto.

El recomendable matrimonio la seguía con la mirada, el marido con cierta ansiedad, su horrible consorte con una sonrisa feroz.

Ya no estaba más que a dos pasos de la trampa que se debía hundir bajo sus pasos, cuando hizo irrupción en la innoble guarida con la violencia del huracán, un hombre que se lanzó sobre ella como un rayo, la tomó del brazo y la volvió a llevar hacia el medio de la pieza.

Aquel hombre era Rocambole.

La pobre loca, espantada de aquella brusca aparición, y creyéndose amenazada, se puso a gritar, haciendo esfuerzos ianuditos para escapar de las manos de su salvador y lanzarse hacia la puerta de su cuarto, pasando por encima de la puerta del sótano.

—¡Hola! ¡Hola! ¿de dónde sale ese? — exclamó la vieja, con una botella en la ma-

Poco a poco esta revista se va transformando en

EL NUEVO PUCKY

Una revista en la que habrá DE TODO PARA TODOS, la más interesante del mundo.

no, avanzándose hacia Rocambole, con ánimo de romperle la cabeza, cuando éste, sin darse vuelta, la endosó tal patada en pleno estómago, que la echó seis pasos atrás.

—¡Vamos, pues, haragán! — gritó la vieja a su marido, ¿no ves que maltratan a tu mujer?

Claudio se echó encima del cuchillo.

Saltó encima de Rocambole mientras su mujer volvía blandiendo su botella.

Toamdo así entre dos adversarios terribles, determinados, y obligado al propio tiempo a luchar con la loca, que, creyendo encontrar en su cuarto un refugio contra el enemigo, luchaba desesperadamente y lo atría con la fuerza que da la desesperación hacia el abismo en que debían encontrar la muerte uno y otro, Rocambole se vió perdido. No podía salvarse sino soltando a la loca para hacer frente a sus enemigos, pero entonces la infeliz iba a pasar por encima de la puerta fatal para romperse la cabeza en la escalera del sótano.

Y prefirió arriesgar su propio vida, antes de permitir que la desgraciada Luisa encontrase tan horrible fin.

En aquella situación suprema, Rocambole tuvo una inspiración.

Levantando a Luisa en peso con una facilidad que para cualquier hombre hubiera sido imposible, franqueó de un salto las dos hojas de la trampa, encontrándose desde luego separado de sus enemigos por un obstáculo, delante del cual éstos se detuvieron estupefactos ante aquel golpe de audacia.

Fué una tregua apenas de un minuto, después de la cual los dos bandidos se prepararon a atacarlo cada uno por su lado. Pero aquella corta tregua, Rocambole la supo aprovechar, con la admirable sangre fría que no le abandonaba jamás. Abriendo bruscamente la puerta del cuarto donde quería refugiarse la loca, empujóla hacia dentro y la cerró con doble vuelta, en seguida libre ya de todo cuidado por ese lado ,metió la mano en el bolsillo del jaquet y se dió vuelta en seguida hacia sus dos adversarios; a los que contuvo alternativamente amenazándolos con las bocas abiertas de los cañones de un revólver que los hizo dar un salto para atrás a uno de y a otro.

Entonces, Rocambole, cruzándose de brazos y dejando caer en ellos una mirada irónica y despreciativa, les dija:

—¡Ah! ¡ah! parece que el juego ya no acomoda, ¿eh? Bueno. El partido ha terminado. Ahora, vamos a conversar.

—¿Conversar? — hizo la vieja, que no se espantaba fácilmente. ¿Y qué negocios tenemos con vos? ¿Qué venís a buscar a nuestra casa?

—Ahora la vais a saber, — respondió Rocambole.

Dió una media vuelta a la pieza, se sentó a horcajadas en una silla, y sin abandonar el revólver que tenía montado:

—Amiguitos míos; les dijo, yo no soy tan perverso como parezco, en el fondo por el contrario, soy muy buen muchacho, y yo os lo voy a probar, dejando a vuestra elección dos cuestiones que tienen su importancia.

Los dos cónyuges se miraron con cierta inquietud.

—Y antes que todo, — continuó Rocambole, — honor al sexo; empezaremos por las damas. Veamos, tía Claudio, ¿qué os sería más agradable, recibir una de estas balas en el pecho, o pasar por encima de esa puerta?

A esta imprevista proposición, la vieja sintió escalofríos.

—¡Oh! Os dejo reflexionar; yo no tengo prisa, — dijo Rocambole; — tenéis todavía cinco minutos de tiempo. Por lo demás, podéis arreglar el asunto entre vosotros mismos; la bala será para el uno, la puerta será para la otra. Vamos, concertáos y elegid.

—Vamos, hombre, — exclamó Claudio, fingiendo un aplomo que estaba lejos de tener; ¿qué significa esto? ¿Quién sois y con qué derecho nos hacéis esas amenazas?

—Mi querido maese Claudio, — dijo Rocambole; — responderé a esas preguntas con mucho gusto, cuando mi señora Claudio me haya querido explicar la especie de repugnancia que tiene a pasar por esa puerta, repugnancia bien extraordinaria, puesta que titubea entre ésto o una bala en el pecho.

—Aquí estamos en nuestra casa, — replicó Claudio; — mi mujer hace lo que quiere, y no está en el caso de obedecer a los antojos de un desconocido, y no tenéis el derecho...

Rocambole se levantó bruscamente y clavando en el viejo una de aquellas miradas que hacían temblar hasta a los más intrépidos:

—Me habláis de derechos, maese Claudio; ¿podríais decirme con qué derecho habéis enterrado una criatura en el fondo de ese sótano?

—¡Yo, yo! — exclamó Claudio, cuyas facciones se cubrieron de una súbita palidez al oir aquellas palabras.

Y volviéndose a la mujer:

—Y vos, tía Claudio, decidme, pues, por vida vuestra, ¿en qué derecho os apoyásteis para mutilar una pobre niña y privarla para siempre del uso de la palabra?

—Yo... yo no sé... no sé qué queréis decir, — balbuceó a su vez la horrible vieja; — ¿una criatura mutilada? ¡No, jamás!

—¡Ah! ¿Con que os habrán columniado? ¡Pobre tía!

—Sí, sí, es una calumnia; nunca he torturado niña ninguna; nunca ha venido ninguna aquí.

—Entonces voy a confundir ahora mismo al calumniador.

Y corrió a abrir la puerta.

Era una señal convenida entre él y Valcresson, que entró en seguida trayendo a Juana de la mano.

Los dos cónyuges se pusieron a mirar a los recién venidos con una mezcla de temor y desconfianza. La niña, sobre todo, les intrigaba, aunque ni una ni otro podían maliciar lo que aquello significaba. Además del cambio de fisonomía con los años transcurridos, hoy tenía un aspecto y unas maneras, unas facciones que hacían de ella un tipo completamente nuevo y era absolutamente imposible reconocerla.

Pero, ¿qué venía a hacer esa niña allí?

He aquí lo que se preguntaban, sobresaltados, marido y mujer.

—Hija mía, — dijo Rocambole, tomando a Juana por la mano; — mira primero bien esta casa, luego examina bien a esta mujer, y dime si una y otra no despiertan algún recuerdo en tu espíritu.

—¡Es ella! — pensó la vieja, temblando.

Acababa de reconocerla en sus ojos y en la cabellera, castaña con reflejos rubios, abundante, tupida y rizada naturalmente.

Después de recorrer lentamente la pieza con la vista, Juana se estremeció y estrechó fuertemente la mano de Rocambole.

Luego sus grandes ojos se fijaron en la vieja.

La miró apenas algunos minutos, y, poseída instantáneamente de un profundo terror, se puso horriblemente pálida y se echó temblando toda ella, en brazos de Rocambole.

—Tranquilízate, hija mía, y dime qué es lo que te hace temblar así, — dijo Rocambole. — Vamos, habla, ya sabes que a mi lado no tienes nada que temer.

Tranquilizada, en efecto, con estas palabras, Juana, con ademanes de una precisión clara y enérgica, señaló tres cosas una tras otra: la tía Claudio, la pieza en que Rocambole acababa de encerrar a la loca, y luego su boca abierta; es decir, el verdugo, el lugar del suplicio y el género de tortura que le habían infligido.

—¡Y bien! — dijo entonces Rocambole a la vieja; — ¿diréis todavía que se os calumnia? Aquí está la criatura a quien habéis mutilado, y no solamente la reconocisteis desde luego, que lo he leído en vuestros ojos, sino que ella misma, después de diez años, recuerda la horrible escena grabada en su memoria por la espantosa tortura; recuerda la cabeza innoble y asquerosa de la que fué su verdugo, y acaba de señalar, sin vacilación de ninguna clase, el lugar a que fué arrastrada por la infame criatura.

Luego, volviéndose a Valcresson, poseído de una emoción tan violenta que contraía todas sus facciones, y señalándole con el dedo a la vieja Claudio:

—Aquí tenéis, — le dijo, — el horrible monstruo que, después de hacer sufrir a vuestro hija la más espantosa mutilación hace diez años, ahora iba a precipitar a vuestra esposa al fondo de un abismo haciéndola pasar por esta puerta, como os lo acabo de decir; y ahora, cumplid con lo convenido.

A estas palabras se escapó un grito ronco del pecho de Valcresson, y saltando como un tigre, se echó encima de la horrible vieja, la levantó en peso con hercúlea fuerza, volvió con ella en brazos, y colocándola por encima de la trampa, gritó a Rocambole:

—¿Es hora ya?

Este esperó un momento a contestar para gozar con las angustias mortales que en aquel momento contraían las facciones lívidas de la asquerosa vieja.

—¡A mí! ¡Claudio, a mí! — gritó ésta con voz desfallecida.

—¡Un movimiento no más y eres cadáver! — dijo Rocambole, apuntando el revólver a la cabeza del marido.

Pero éste, más muerto que vivo, en lo que menos pensaba era en acudir en auxilio de su mujer.

—¡Hola! ¡Hola, mamá Claudio! — hizo Rocambole con mofa, en tanto que Valcresson la mantenía suspendida en el aire, y que ella esperaba por instantes verse precipitada en el fondo del abismo en que tenía mil probabilidades de ser destrozada; — ¡hola! ¡hola! los tiempos han cambiado bien; recordad, pues, diez años atrás, aquella siniestra noche en que esta niña se retorcía de dolor en vuestras manos y convendreis en que los papeles son bien diferentes.

Con la vista extraviada y las facciones descompuestas, la vieja no pensaba en responder.

—¿Es preciso soltarla? — preguntó Valcresson.

—Todavía no ¡colocadla al borde del abismo, — respondió Rocambole, — se echará dentro si se niega a responder a la pregunta que voy a hacerle.

El padre de Juana hizo lo que le ordenaba Rocambole.

—Ahora, — dijo éste a la vieja, — recordad lo que os voy a decir; si no queréis, y hasta si no podeis responder a esta pregunta, el padre de vuestra víctima ejecutará él mismo la sentencia que acabo de suspender.

—Responderé, — dijo la vieja aterrada.

—Hace algunos días, estabais vos, vuestro marido, sir Ralph y vuestra hija en casa de un marchante de vinos de la calle Miromenil, en donde tuvisteis una conversación relativa al próximo casamiento de la señorita Tatiana Valcresson, y algunas frases de aquella conversación me probaron que conocíais el misterioso complot urdido por sir Ralph para perder a esa niña y ponerla en la necesidad de aceptar su mano; y bien, es preciso revelarme por completo ese complot.

XXI

MADRE E HIJA

Pedro Valcresson tenía extendida a la vieja Claudio a lo largo de la trampa y la mantenía sujeta en aquella posición con la mano en el pescuezo.

—Dejadme al menos enderezar si quereis que hable, — dijo brutalmente la vieja.

El señor Valcresson retiró la mano y ella se incorporó.

—¡Y bien! — dijo Rocambole, — ¿qué tenéis que responder?

—Tengo que responder que no sé nada.

—¿De modo que afirmais que sir Ralph no os ha comunicado su secreto?

—No ha dicho ni palabra.

—Tanto peor para vos.

—¿Por qué así?

—Ya os lo dije; puesto que nada me podeis comunicar, vais a dar la voltereta a través de esta trampa que tenéis tan hábilmente perparada, sin sospechar para quién iba a servir.

—Pero, puesto que os digo que lo ignoro,

—Es lástima, porque era el único medio de salvar vuestra vida.

—¡Pero, hombre! ¡está curioso eso! ¿Quién sois, pues, para decidir así no más de la vida de la gente? — vociferó la vieja volviendo a su estado normal, que era la rabia.

—Soy el vengador de Juana y de su madre, a la que queríais precipitar hace un momento al fondo de ese sótano.

—Pero vos no sois de la Roja; vos no sois de la justicia, todo esto poco os importa; cuidad, pues, vuestros asuntos.

—Es que precisamente mis asuntos, y no tengo otros, consisten en vengar a las víctimas y en castigar a los verdugos, donde quiera que yo encuentre a unos y otros, ¿comprendeis? y nunca se me había presentado más linda ocasión de satisfacer esta doble inclinación, porque nunca había encontrado a la vez una víctima tan interesante como esta niña y verdugos tan asquerosos, tan feroces y tan repulsivos como vos y vuestro digno compañero. ¿De manera que estamos entendidos, vos no teneis nada que revelarme relativamente al medio empleado por sir Ralph para comprometer a Tatiana?

—Nada.

—No veo entonces ninguna razón para privarme del gusto de devolveros una parte de lo que habeis hecho sufrir a tantos desgraciados, aprovechando la ocasión preparada por vos misma contra esa pobre loca, que ya en este momento yacería sangrienta en el fondo de ese sótano si yo no hubiese llegado a tiempo para salvarla. Cuando lanzada a través de esta puerta por dos robustos brazos hayais caído dando rebotes al fin de la escalera, entonces sabreis por experiencia el efecto que produce semejante operación sobre el cuerpo humano, y la operación quedará tan bien hecha como posible, siendo confiada a los cuidados del señor Valcresson, el padre de esta criatura, que habeis mutilado tan horriblemente, y tiene que tomar una revancha espantosa:

—¿Llegó el momento? — preguntó Pedro Valcresson agarrando a la vieja uor la garganta.

—Sí, — respondió friamente Rocambole.

Valcresson trató de levantar la vieja en peso, pero tuvo que soltarla porque ella le dió un mordisco terrible.

Después, retorciéndose en el suelo como una víbora, gritaba:

—No me toqueis o me pongo a gritar, y como siempre anda policianos rondando por estas cercanías...

Y añadió dirigiéndose a su marido mientras continuaba retorciéndose entre los brazos de Valcresson:

—Claudio, pronto! corre y abre la puerta para que se oigan mis gritos desde afuera ¡pronto!

Claudio dirigió una mirada al revólver que Rocambole tenía entre las manos, y vaciló en obedecer la orden que le daba su mujer.

—No os tomeis ese trabajo, — dijo Rocambole, — yo mismo voy a abrir.

Y fué, en efecto a abrir la puerta.

—Ahora, — dijo a la vieja, — ya podeis gritar y pedir auxilio, y si se presenta algún agente de policía, ¡y bien! reiremos un poco.

La vieja dejó un momento de forcejear para preguntar a Rocambole:

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que voy a suplicar a ese agente que se procure una azada y que baje conmigo al sótano en donde no tardaremos en hacer un descubrimiento que muy pronto os pondría tal vez al frente de monseñor París.

—¡El verdugo! — exclamó la vieja aterrada.

—Sí, el verdugo, que os cortará lindamente la cabeza a uno y a otro, mientras que con una caída al sótano puede ser que salgais con una pierna rota o dos cuando mucho. Ahora, elegid lo que os convenga gritad si el corazón os lo pide; la puerta esta abierta de par en par, y estais segura de ser oída.

Luego, dirigiendo a Valcresson una mirada expresiva:

—Vamos — le dijo.

Paralizada por el miedo la vieja estaba descuidada. Valcresson aprovechó para levantarla rápidamente. La tenía en los brazos encima de la trampa donde la iba a soltar, cuando un grito de horror que sintió detrás de él, lo hizo volver la cara y apercibió en el umbral de la puerta a una joven que lo miraba llena de terror.

—Mi madre! — gritó mirando en seguida a la que estaban por sacrificar.

A esta palabra Valcresson renunció de momento a su proyecto en presencia de aquella niña que formaba tanto contraste con la vieja, y colocó a esta última en el suelo.

Entonces Malvina acercándose a Rocambole a quien acaba de reconocer le dijo toda conmovida:

—Dios mío, señor ¿qué es lo que pasa aquí?

—Un acto de justiscia, señorita, — respondió Rocambole. — Si hubierais llegado un segundo más tarde, esa horrible criatura iba a ser lanzada a través de esa trampa cuyos secretos debeis conocer.

De pálida que estaba, la joven se puso del color de púrpura.

—¿No os atreveis a pedirme el motivo de esta ejecución, verdad? Conoceis demasiado a vuestra madre para no temer venir en conocimiento de algo horrible!

Malvina guardaba un silencio embarazado.

—Este motivo no tendré la crueldad de hacérosio saber, — continuó Rocambole. — Os recordaría el tiempo en que viviais en este infame tugurio en medio de estos dos monstruos y reavivaría en vos recuerdos que quisierais poder borrar de vuestra vida, ya lo sé, pero puedo deciros, que hubierais sido culpable en parte del acto que se iba a realizar.

—¡Yo! — dijo la joven estupefacta.

—Yo me intereso por la señorita Tatiana y Santiago Turgis que la ama con toda su alma, vos lo sabeis; me dediqué con toda mi voluntad a la salvación de esa señorita, y no descansaré un minuto hasta descubrir

el secreto del complot, gracias al cual sir Ralph la tiene a su discreción. Este secreto os lo pedí y vos os negásteis a revelármelo, por más que os era conocido; ahora bien, yo sabía por una conversación tenida entre ellos y sir Ralph, que este hombre y esta mujer lo sabían igualmente y en el acto de castigar a este monstruo de un acto de crueldad que es inútil recordar, le prometí su perdón, en cambio de que me revelase el misterio que he jurado descubrir a toda costa. Me afirmó que me engañaba que ellos ignoraban el secreto de sir Ralph, y delante de la terrible venganza de que estaba amenazada y que iba a ejecutar, ha guardado silencio.

Malvina dirigió a su madre una mirada estupefacta, luego, volviéndose a Rocambole:

—Y sin embargo, — dijo, — este secreto lo conocen tan bien como yo.

—¡Cómo! — exclamó Rocambole en el colmo de al sorpresa, — ella lo sabe, y cuando con una palabra podía librarse de una ejecución terrible, de la muerte tal vez...

—¡Ah! es que tiene motivos muy graves para guardar silencio, — dijo la joven, — pero ya que ellos se niegan a hablar, yo voy a revelarlo todo.

—¡Miserable! — gritó la vieja con un rechinamiento de dientes que la volvía espantosa, — cállate o te rompo la cara a golpes de zuecos.

Y se bajó para sacarse un zueco de los que llevaba puestos; pero Valcressón se lo quitó de la mano arrojándolo lejos y le dijo:

—¡Silencio! vieja furia, estate quieta aquí, o yo seré quien te rompa la crisma.

Malvina miró a su madre cara a cara y dijo secamente:

—Hablaré.

Y añadió después de una pausa:

—Por lo demás, ya esta hecho.

—¡Cómo, ya! — aulló la vieja temblando de rabia.

—Ahora vengo de la casa de Pablo de Trevianens a quien se lo he revelado todo.

—¡Pablo de Treviannes! — exclamó la tía Claudia con una mofa grosera, — su amante; se entendieron los dos para enviarnos al patíbulo; ¡pardiez! eso no podía faltar, ahí debía llegar por el camino de la crápula.

—¡La crápula! — respondió la joven con una amarga sonrisa, — pude evitarla desde el día que abandoné esta casa, el día en que me aparté de mi padre y de mi madre que me empujaban al vicio. En cuanto al que llamais mi querido, es el alma más noble y delicada que se pueda encontrar. El fué quien me inspiró los nobles sentimientos que me hicieron tomar horror a los principios odiosos que había adquirido a vuestro lado. En fin, ha sido mi angel tutelar y doy gracias a Dios por haberlo puesto en mi camino.

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

—Hablad, Malvina, — dijo Rocambole impaciente por conocer la revelación que acababa de prometerle la joven.

—Dos motivos han impedido a mi madre de hablar, — dijo Malvina; — el miedo y la codicia. Sir Ralph les había prometido una cantidad considerable una vez concluido el matrimonio, y los amenazó con una denuncia, en caso de indiscreción por su parte o por la mía. He aquí por qué yo me callé también cuando me vinisteis a interrogar; pero este silencio que condenaba a mi joven y excelente patrona a una eternidad de vergüenza y de lágrimas, pesaba sobre mi conciencia de una manera cruel; y queriendo ilustrarme sobre la conducta que yo debía observar en tan difíciles circunstancias, fuí a consultar al hombre que más quiero en el mundo.

—¡Su amante! — refunfuñó la vieja entre dientes.

—Cuando se lo hube explicado todo, "Hija mía, me dijo, es preciso salvar a la señorita Tatiana, sin exponer la vida de vuestros padres, por más indignos de interés que sean uno y otro.

—¡Canalla! — murmuró la vieja.

—Y he aquí lo que hay que hacer: en cuanto a la señorita Tatiana esto corre de mi cuenta, yo me encargo de hacer conocer cuanto antes al señor Portal y a Santiago Turgis la verdad de lo ocurrido; y por lo que respecta a vuestros padres, pueden sustraerse a la venganza de sir Ralph, emigrando en seguida al extranjero.

—¡Al extranjero! — exclamó la vieja, — ¿y con qué?

—Con estos diez mil francos que traigo aquí, — respondió Malvina.

Y sacándose una cartera del bolsillo, la entregó a su padre.

—¡Enhorabuena! — dijo este último, — yo siempre me había dicho: "tiene el aire de buen muchacho".

—Después de todo, — dijo la vieja, — aspirando un polvo de rapé con fruición, —Malvina es bastante buena moza para...

—¡Madre! — exclamó la joven, que se puso colorada de indignación.

Luego, volviéndose a Rocambole:

—Salgamos, señor, salgamos pronto de aquí. Esta atmósfera me ahoga. A fuera lo sabréis todo.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

SENSIBLE PERDIDA

—Hoy hace cinco años que perdí a mi marido.
—¡Pobre!
—No; si lo perdí en un baile de máscaras.

EL DIARIO

Av. de Mayo 662 - Bs. As.

Cuarenta y siete años de vida periodística implican una tradición de honestidad y de colaboración popular.

Cuarenta y siete años de vida tiene "EL DIARIO" y no ha variado, ni variará en su concepto preciso de responsabilidad e independencia.

Pida "EL DIARIO" 5a. hará obra de patriotismo al contribuir al mantenimiento de la prensa sana.

El magazine de mejor lectura

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Julio 20
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 251

SI QUIERE LEER ALGO BUENO, LEA USTED:

LOS DIENTES del CACHORRO

La excelente novela de Andrew Souto, traducida especialmente para este magazine que se publica en este número.

ADIVINANZA

—¿Por qué estás tan triste?
—Verás: el otro día un adivino me dijo que mi mujer moriría dentro de poco
—No hagas caso. ¡Eso no tiene fundamento!
—¡Pues eso es lo que me apena!

SUMARIO

LOS DIENTES DEL CACHORRO

Novela corta de Andrew Soudor, traducida del inglés especialmente para este magazine.

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUD

Algunos relatos del gran novelista norteamericano Jack London, el más notable de los que ha descripto los mares del Sud y sus islas.

TARZAN DE LOS MONOS

Lea usted esta novela si desea usted leer lo mejor que se ha escrito en nuestra época y lo más original que ha producido la literatura en muchos años.

EL MISTERIO DEL PANTANO

Ultimos capítulos de esta narración atrayente y misteriosa que "Pucky" ofrece a sus lectores como una primicia extraordinaria.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas de Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

Por razones ineludibles no podrá publicarse todavía en este número el resultado definitivo del concurso de "Pucky", porque muchos lectores han incurrido en una lamentable confusión de letras. Lo único que puede adelantarse por el momento es que la palabra solución es PUCKY, así que es indispensable presentar el cupón con esa palabra: PUCKY, para tener derecho al premio de diez pesos.

Recordamos que ningún empleado de "El Diario", "Tit-Bits" o "Pucky", ni persona emparentada con él puede aspirar a ese premio.

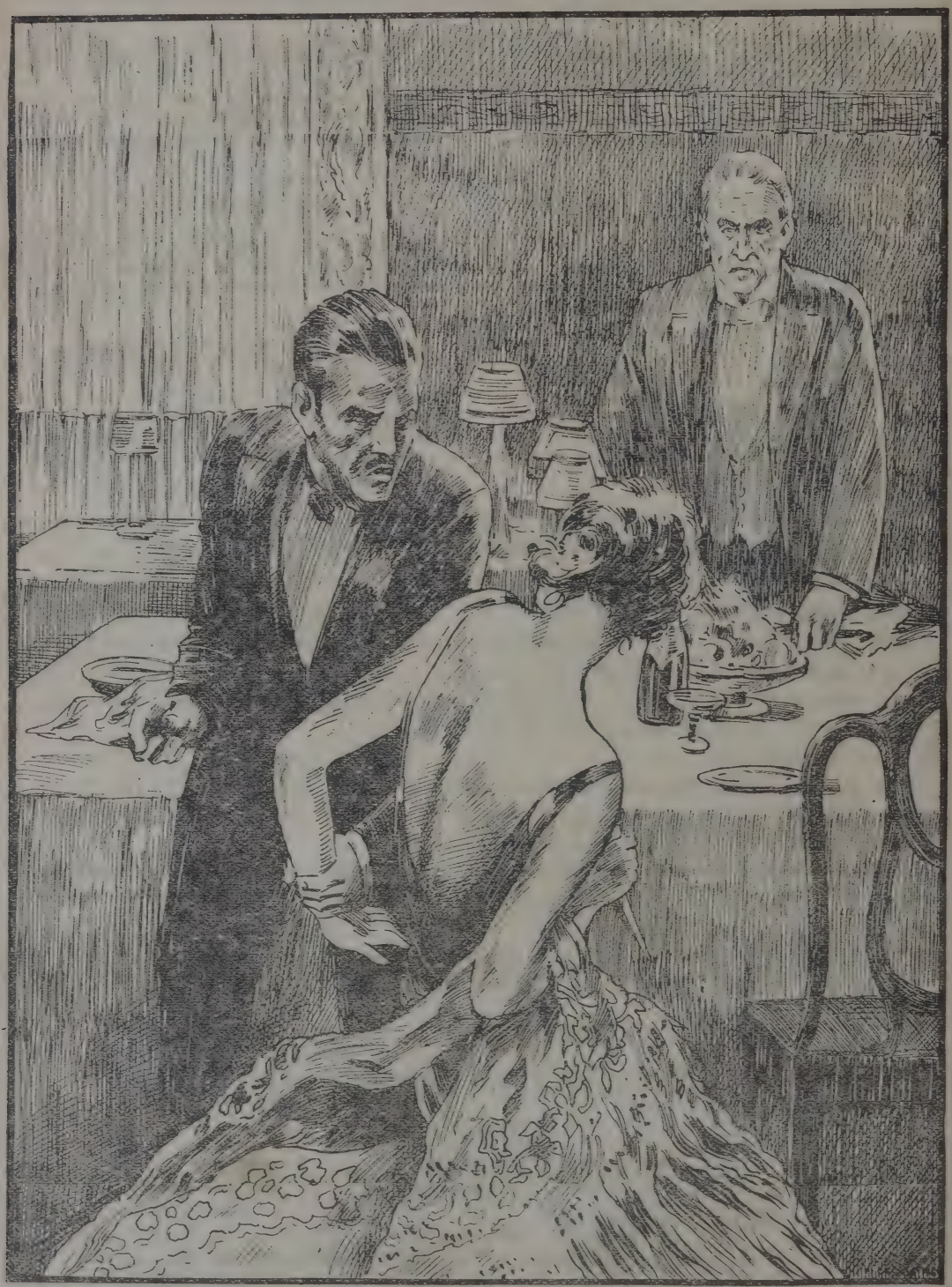
No se entra en correspondencia ni se dan sobre este concurso más explicaciones que las ya publicadas.

TOS ALIVIO INMEDIATO

Mal de garganta - Tos gripal - Bronquitis - Resfrios - Asma, etc.

con las PASTILLAS o JARABE "BIOL" Preparadas por el INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



—Tu amas a ese hombre — dijo Carlos — pero has de saber que prefiero matarte antes de perderte. Pero Inés sacó un puñal de entre sus ropas...

Los dientes del cachorro

Por ANDREW SOUTAR

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Las novelas que hasta ahora hemos publicado en este magazine, traducidas de originales ingleses de Andrew Soutar, siempre han resultado del agrado de nuestros lectores. En el relato que presentamos hoy, la magistral pluma de Soutar pónese de relieve, especialmente en la personalidad del protagonista Pedro Gómez, quién a la vez es el prototipo del hombre de mundo y del delincuente de guantes blancos.

En este relato el mismo Gómez aparece contando cómo se ingenió para quitar una fortuna a un hombre, con la ayuda de la hermosa Inés y de su cómplice Carlos.

Pedro Gómez, el más suave y simpático de los delincuentes que tuve oportunidad de conocer en mi larga carrera, me contó todo este asunto en una larga carta, que llegó a mis manos, a mi vuelta de los Estados Unidos. Quien hubiera conocido, como yo, a Gómez, no hubiera podido dejar de exteriorizar una enérgica protesta al leer aquella epístola escrita a manera de confesión, por él mismo.

Habíase encontrado envuelto en una intensa lucha cerebral de la que había salido vencido, al fin, pero no por ello había dejado de reconocer los méritos de quien había ganado la partida.

Y es que, un buen perdedor, siempre mereció mi mayor simpatía, mientras que por el contrario, nunca sentí más que desprecio por los que no supieron sufrir estoicamente la derrota. Pedro Gómez no era, por cierto, un delincuente vulgar. Había sido educado en uno de los mejores colegios, había viajado y conocía todos los detalles galantes de la etiqueta. Con verdadera maestría sabía cambiar su nacionalidad en el momento en que ello conviniera a sus planes. Tan pronto era un profesor alemán, con una larga serie de anécdotas y recuerdos de Heidelberg, como también se hacía pasar por un coleccionista de obras artísticas, con un conocimiento completo del barrio latino; o bien interpretaba el papel de un comerciante yanqui, todo ello sin despertar la menor sospecha, cuando, en su casa de Kensington, Londres, hacía las veces de un aristócrata inglés.

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 49 de este número

Pedro Gómez era, en una palabra, un ladrón de sociedad. Nunca efectuaba operaciones vulgares, sintiendo, por el contrario, el mayor desprecio por los ladrones que eran sorprendidos por la policía con armas en la mano o en momentos de valerse de medios violentos de cualquier naturaleza.

A mí mismo, durante una conversación de pocos minutos, en Lisboa, logró despojarme de unas cien libras esterlinas, haciéndome creer aun, que debía considerar un honor, el haber sido una de sus víctimas. Pero esto no viene al caso. Volvamos a la carta, que decía así: "Querido amigo. Mientras ha estado usted ausente de Inglaterra, he visto gravemente herido mi amor propio. Confío en que usted, con su razonamiento claro, sabrá comprender la gravedad de la lesión, en cuanto se haya enterado de lo que ha acontecido. Siempre lo ha estimado a usted, desde aquel día en que nos vimos por primera vez en Lisboa, y en que usted supo perder tan caballerescamente.

Por tal motivo, y si bien es cierto que usted sólo se ha dignado en muy pocas ocasiones a contestar mis cartas, he resuelto referirle lo que me ha pasado.

Yo también sé perder como un hombre; pero, este asunto me ha dejado muy preocupado y en el momento en que le escribo estas líneas, hay dos grandes lágrimas en mis ojos. Debe ser la edad que avanza, disminuyendo el valor de mi personalidad. No en otra forma puedo explicarse, por otra parte, que yo haya aceptado trabajar en compañía de Carlos, que no pasa de ser un sujeto enteramente vulgar.

Pero Carlos tenía un atractivo que es difícil de describir. Precisaba solamente mirar a una mujer, para que ella se transformara en su esclava. El me presentó a la hermosa Inés, y debo confesarles que si alguna vez he visto a un ángel, fué cuando él me presentó a esa mujer, en una comida en su departamento de la Rue Cannartin, con una compañera como Inés, yo hubiera podido labrar en pocos meses una fortuna colosal.

Pero, no es justo que critique a Carlos. El cinematógrafo, con sus producciones, he logrado desarrollar en tal forma la imaginación de la juventud moderna, que ya resulta difícil para un caballero que trabaja con la fineza con que lo hago yo, contar con su credulidad. Además, los detectives de Londres también han cambiado, de modo que ya no nos es posible reconocerlos, como en otros tiempos, por el tamaño e sus botas o el ancho de sus hombros. Todo ello me hace ahora mucho más difícil el trabajo, y si continuamos así, creo que pronto he de temblar ante la figura de un obispo.

Durante doce meses había estado ocioso en Niza. Dos años antes, había tenido el honor de enseñar al anciano lord Dumer, el arte de jugar a los naipes. El pobre hombre me pagó mis lecciones con la suma de 20.000 libras esterlinas y después tuvo el mal gusto de volver a Londres, donde se suicidó por no poder cumplir con un pagaré.

Yo hubiera tenido que tener el cuidado de administrar mis fondos con mayor cautela, pero es el caso que en Niza había encontrado a una serie de personas que me resultaron muy entretenidas, y al cabo de un año, mis banqueros me informaron que mi cuenta estaba a punto de agotarse. Fué entonces que Carlos se cruzó en mi camino. Y junto con él, llegué a conocer a Inés, la joven de cuya extraordinaria hermosura he hablado ya anteriormente.

Nos transladamos de Niza a París y allí Carlos instaló una casa de juegos; no tardamos en hacernoe de una buena clientela, que tenía especial predilección por la voz del croupiery el rodar de la mágica bolilla. Durante los primeros tiempos, el asunto fué a las mil maravillas, pero, después, ese loco de Carlos se puso celoso. Amaba a Inés. Le recordé en repetidas ocasiones su profesión, pero, durante días enteros no se preocupaba por los negocios, únicamente por seguir los pasos de la joven por París.

Una noche, Carlos siguió a Inés, hasta un pequeño restaurant, donde ella estaba cenando en compañía de un rico muchacho inglés. No pudiendo dominarse, al ver a la chica en compañía de otro, Carlos la tomó por la cintura, provocando un escándalo mayúsculo, puesto que el muchacho salió en defensa de ella, iniciando un matche de box, que seguramente hubiera terminado con la intervención de la policía, de no ser por la admirable sangre fría de Inés.

La joven explicó al inglés que Carlos era su tío y que sufría de una extraña aberración mental, que provocaba en él esas situaciones violentas. Inés volvió con Carlos al departamento de la Rue Caumartin y el inglés hasta aceptó en tenderle la mano y asegurarle que tendría el mayor gusto en cenar con él al día siguiente.

Una hora después, empero, tuve un serio disgusto con Carlos. Una botella de vino había bastado para encender nuevamente su pasión. Aseguró que Inés le traicionaba y que había visto las manos de ellas en las del joven, debajo de la mesa de aquel restaurant, y que el inglés Paul Esmond, habíale mirado con ojos de pasión. Inés, al oir sus palabras púsose de pie de un salto y con la mirada chispeante, le dijo:

—Tonto, conozco demasiado bien mi profesión para ocuparme en pequeñeces de esa naturaleza. Tú eres aun un novicio. Ese hombre es tan rico, que sería capaz de comprar el teatro de la Opera y transformarlo en un cinematógrafo, si le viniera en gana.

—No te creo, — gritó Carlos fuera de sí, mientras le mostraba los dientes, poniéndose al mismo tiempo de pie, — tú lo amas, — prosiguió, olvidando por un momento mi presencia, — prefiero matarte antes de perderte.

Antes de que yo pudiera intervenir, Carlos habíase abalanzado sobre Inés, y seguramente, la hubiera matado de no ser que ella sacara con la rapidez del rayo un puñal de su cintura, y lo clavara en su brazo izquierdo. Y, después, pasó toda la noche haciendo

cariacias a Carlos y lamentando su acción... ¡Quién entiende a las mujeres!

El joven Esmond llegó al departamento de la Rue Caumartin la noche siguiente. Lo presentamos a algunos de los presentes, para evitar que pudiera aburrirse. Carlos lo recibió con una sonrisa, en tanto que Inés le prodigó toda clase de amabilidades. Era un sujeto de lo más agradable, al punto, que en mi interior desee en ese momento, tener un hijo como ese. Era inocente como una joven cuando concurre a su primer baile.

Jugó unos quinientos francos en la ruleta, recibiendo tanto los golpes favorables como los adversos, de la suerte, con una sonrisa.

—Veo que tiene usted mala suerte — dije, cuando le vi perder.

Al oir mis palabras, echó una mirada sobre Inés.

—¿Le parece a usted que tiene razón el señor? — le preguntó.

Seguramente el joven hubiera perdido con la mayor satisfacción un millón de francos, de recibir después una sonrisa de la joven.

—Mañana debo volver a Londres, — dijo finalmente, al despedirse. — a eso de la una de la madrugada; no tengo por cierto mayores deseos de salir de París, pero es el caso que mis abogados no me dejan en paz, ansiosos de terminar de una vez con los trámites de unas propiedades que vendí recientemente.

Al querer retirarse el joven, Inés se ofreció para acompañarlo en su coche hasta el hotel, y por un momemnto ví que Carlos iba a producir otra escena de celos. Yo, por mi parte, comprendí inmediatamente que nuestra compañera quería obtener más datos sobre los bienes de fortuna del joven Esmond.

Cuando volvió, nos mostró un espléndido anillo que el muchacho le había regalado, dándonos al mismo tiempo la noticia de que sus bienes ascendían, más o menos a la suma de cien mil libras esterlinas.

—Creo que, si sabemos conducirnos con él en buena forma, no nos ha de ser muy difícil apropiarnos de todo su dinero, — dijo, —por más que, realmente, lo siento, porque es un muchacho tan bueno...

Por el tono de su voz, comprendí que Inés se había enamorado, aun sin quererlo, quizá, de aquel muchacho sajón.

—Mañana sale para Londrés, ¿verdad? — pregunté.

—Sí, — contestó ella, — y va a ser necesario seguirle.

—¿Todos? — preguntó Carlos sospechando

—Naturalmente, — replicó ella.

—¿Y qué hemos de hacer en Londres? — preguntó Carlos.

—Alquilar una espléndida mansión en Kesington; porque Esmond va a traer allí a sus amigos. Hoy ha perdido sólo poco dinero; pero allí jugará miles de libras esterlinas...

Un torrente de lágrimas cortó la voz de la joven, la que luego, en medio de lamentos, prosiguió:

DESPUES DEL NAUFRAGIO

El viajante de comercio (qus ha naufragado en una isla desierta): — ¡Qué suerte! ¡Soy el único de mi especialidad en este sitio!

—¡Dios mío! Me siento culpable... quisiera ser buena...

Hice una señal a Carlos para tranquilizar a éste, y respondí:

—Inés, usted debe estar convencida de que es buena; porque en nuestra profesión hay que llevar la vida en la forma en que lo hace usted, puesto que, de lo contrario, se pierde uno para siempre en alguna prisión. ¿Tiene alguna sospecha nuestro amigo?

—No. — dijo, — es un muchacho completamente inocente...

—¿Tiene dinero?

—Me aseguró que estaba sinceramente avergonzado por haber jugado una suma tan pequeña esta noche, y estoy segura que en Londres arriesgaría cantidades mucho mayores.

En las primeras horas de la mañana siguiente, hicimos rápidamente todos los preparativos para partir inmediatamente para Londres. Yo ya había combinado todos mis planes. Alquilaría una hermosa residencia en Kensington, y allí cultivaría la amistad del joven Esmond y de sus ricas amistades.

Pero fué Carlos quien echó por el suelo todos nuestros proyectos. El muchacho había cometido un vulgar fraude hacía algún tiempo, en Londres, y la gente de Scotland Yard tenía interés en su captura.

Cuando llegamos a Calais, poco antes de embarcarnos para la Gran Bretaña, un amigo profesional mío, me dió este informe, asegurándome que la compañía de Carlos podía perjudicarme.

Recibí su aviso con una sonrisa. No me importaba en absoluto que la policía se hiciera cargo de mi compañero, puesto que yo, por mi parte, conocía perfectamente a todos los hombres de Scotland Yard, y solo temía a uno de ello, un tal Bistick, que es un verdadero perro de policía.

Cuando llegamos a Londres tuvimos suerte de poder hallar inmediatamente una casa en Kensigton, que se prestaba maravillosamente para el uso pue nosotros pensábamos darle, y de inmediato nos instalamos en ella.

Al día siguiente, nos pusimos en comunicación telefónica con el joven Esmond, quien respondió a nuestra invitación, concurriendo esa misma noche a nuestra casa.

Durante unos días, jugamos a los naipes, amistosamente, hablando de nuestras respectivas propiedades, y, como es natural, dejé que el muchacho ganara la mayoría de las partidas. Por fin, llevamos la conversación sobre el tema de la suerte, poniéndonos de acuerdo en que al día siguiente, haríamos una partida fuerte, por dinero. El joven Esmond, alentado por las veces en que había estado ganando y por los augurios de buena suerte de Inés, aceptó encantado.

Esa misma noche, empero, recibí un aviso telefónico de un compañero de París poniéndome en guardia contra Bistick, por lo que, de común acuerdo con Inés y Carlos, decidimos llamar a Esmond, rogándole quisiera volver aquella misma noche, para que decidiéramos la suerte, ya que unos asuntos urgentes me obligarían a partir nuevamente para París al día siguiente. El muchacho, lejos de rehusarse, aceptó complacido, y, pocos minutos después, estaba en mi casa, con un montó de billetes de Banco.

Inés le aseguró que la suerte le acompañaría y el muchacho con una sonrisa, le prometió la mitad de las ganancias.

Esmond sacó los billetes de Banco, colocándolos sobre la mesa, y yo puse los míos que, entre paréntesis, eran fabricación propia.

En ese momento, me pareció advertir en el rostro del joven una expresión que me disgustó, al mismo tiempo que se oían algunos pasos en la escalera. Con el aviso de mis oídos, pensé en seguida en la llegada de Bistinck, y resolví guardar nuevamente los billetes, temiendo que el detective, al entrar, viera todos esos valores falsos, que, naturalmente, tenían que comprometerme seriamente.

Antes de que yo pudiera imaginármelo siquiera, se levantó en ese mismo momento el muchacho, y, con un revólver en la mano me gritó:

—¡Manos arriba!

Carlos, al ver el ademán se abalanzó sobre el joven, tratando de quitarle el revólver; pero recibió tan feroz puñetazo, que rodó al suelo, mientras que yo sentía que un escalofrío recorría mi médula.

En ese momento, los pasos llegaron a la puerta.

—¿Quién está allí? — pregunté al muchacho, quien me amenazaba con su revólver.

—Mi superior, — contestó.

—¿Bistick?

—Sí.

—¿Es usted de Scotland Yard?

—Sí.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el sargento de investigaciones Dumer, hijo de lord Dumer, quien se vió en la necesidad de suicidarse, porque usted le había robado toda su fortuna.

En ese momento, traté de apoderarme nuevamente de los billetes falsos. Mi contendor, al ver mi intención, dejó el revólver sobre la mesa, tomando al mismo tiempo los billetes. Yo, por mi parte, me adueñé del arma, abocándola sobre el joven.

El joven dió dos puntapies en el suelo, al mismo tiempo que, con la mayor tranquilidad, me decía:

—Haga fuego si quiere.

Apreté el gatillo; pero recién entonces vi que esta parte del revólver era de goma, y que, por lo tanto, no disparaba. Era un arma realmente cinematográfica, que en ese momento no me servía para nada. Mientras yo hacía esfuerzos por salir de mi situación, la puerta se abrió y entró en la habitación Bistick con dos agentes.

En fin, voy a cerrar mi carta, con los mejores saludos de Inés y Carlos, en la esperanza de que estas líneas le encuentre gozando de buena salud."

La carta había sido escrita en una conocida prisión... Naturalmente no me dí el trabajo de contestarla...

(CONTINUACION)

CUENTOS DE LOS MARES DEL SUD

Por

JACK LONDON

El capitán Davenport contenmpló el rostro del anciano, abrió la boca y estuvo en un tris de lanzar una blasfemia. Pero se contuvo. La presencia de McCoy parecía reprobar a aquellas palabrotas que hormigueaban en el cerebro del capitán y se estremecían, prontas a estallar en su garganta .La influencia de McCoy se había ido acrecentando por momentos durante aquellos días de convivencia. El capitán Davenport, que era un autócrata de los mares, que a nadie temía, que jamás refrenara su lengua, sentíase ahora incapaz de maldecir en presencia de aquel anciano de voz dulzona y de oscuros ojos femeninos. Y aquel anciano era tan sólo un descendiente de McCoy el amotinado del "Bounthy", huído de Inglaterra para eludir la soga del ahorcado, de McCol el poderoso malvado que había vivido durante aquellos días de sangre, de lujuria y de muerte en las islas de Pitcairn.

Aun cuando el capitán Davenport no fuese hombre religioso, sintió que una ola de emoción lo impulsaba a caer de rodillas ante los pies del anciano y de pronunciar una plegaria, no sabía cuál. No era un pensamiento coherente, no; era más bien un sentimiento profundo, irresistible, arrollador, que le revelaba su indignidad propia, su propia pequeñez ante aquel hombre viejo que poseía el don de la sencillez infantil y la gracia de una exquisita dulzura femenina.

Claro está que el cauitán no podía rebajarse a los ojos de la oficialidad y de los tripulantes. Aún temblaba en su garganta la ira que impulsó la blasfemia que no había pronunciado. De repente comenzó a dar puñetazos contra la cabina y se puso a gritar:

—Perdóname, anciano, pero no puedo contenerme. Estas Paumotus se han burlado de mí, me han engañado, me hacen enloquecer. Pero no, ¡vive Dios, que no han de poder más que yo! Navegaremos con el barco, boga que boga, aun cuando hayamos de cruzar el mar desde Paumotus hasta China; pero daré con una playa donde encallar el casco. Aun cuando todos me abandonen, yo seguiré a bordo. Las Paumotus no se han de burlar de mí. ¡Vive Dios, que no! ¿Me oyes?

—Sí, hijo mío, sí, — repuso McCoy. — Y yo permaneceré hasta el fin a vuestro lado.

Durante la noche alentaban las brisa del Sud, leves y engañosas. El capitán, frenético, con su cargamento de fuego, medía y observaba la corriente del mar, que arrastraba la nave hacia el Oeste; y a veces, a hurtadillas, donde McCoy no pudiese oirle, lanzaba en voz baja alguna que otra dulcificada blasfemia.

La luz del alba dejó ver hacia el Sud nuevos palmerales que surgían de las aguas.

—Es la punta sotavento de Makemo — dijo Mc Coy. — Unas pocas millas al Oeste, está Katiu. Allí podríamos atracar.

Pero la corriente absorbedora que avanzaba entre las islas arrastró el barco hacia el Nordeste, y los marinos vieron aparece y sumergirse de nuevo en el horizonte los palmerales empenachados de Katiu. Era la una del día.

Algunos minutos más tarde, cuando el capitán descubría que otra corriente nordeste había atrapado entre sus zarpas al "Pyrenees", el vigía anunció a gritos la aparición de otros palmerales al noroeste.

—Será Raraka — dijo McCoy. — No podremos llegar si no nos ayuda el viento. La corriente nos lleva en opuesta dirección. Estemos alerta, sin embargo, porque dentro de algunas millas, la corriente gira hacia el noroeste. Esto pudiera alejarnos de Fakarava, que es el lugar apropiado para atracar.

—Que pase lo que quiera — asintió tozudo el capitán. — En algún sitio habremos de dar con el atracadero, sea donde fuere. Lo mismo da.

Pero la situación en el "Pyrenees" llegaba a un punto culminante. La temperatura aumentaba de modo alarmante, haciendo pensar que algunos grados más causarían un desarrollo de la conflagración. En diversos puntos, las fuertes suelas de los zapatones de los marineros ya no le servían de protección alguna, teniendo que saltar de un sitio a otro. El humo había aumentado, haciéndose más acre, causando inflamaciones en los ojos y una tos seca y continua en todos. Por la tarde se bornearon los botes, equipándolos. En ellos alamacenaron los últimos hatos de bananas secas y los utensilios de los oficiales. El capitán Davenport puso hasta el cronóhetro en uno de los botes, temiendo que de un momento a otro hiciese explosión la cubierta.

Durante toda la noche estuvieron en esta tensión de ánimo, y a los primeros albores del nuevo día se miraron unos a otros: rostros desencajados, trágicos, como sorprendidos de que el "Pyrenees" aun resistiese y de estar aún con vida.

Rápidamente, a veces casi saltando, el capitán Davenport recorrió la cubierta de su barco, inspeccionándola.

—Es cuestión de horas — dijo, — si no lo es de minutos.

De la cofa del palo mayor llegó hasta ellos el grito de "¡Tierra!" Era aun invisible desde cubierta, y McCoy trepó al palo, mientras el cauitán aprovechaba la ocasión para desahogar la amargura de su corazón en unas cuantas imprecaciones. Pero éstas cesaron pronto al distinguir hacia el nordeste una línea oscura sobre los alisios, fuera de su ordinario curso, unos ocho grados más allá de lo que debían estar, pero al fin allí, cumpliendo con su deber.

—Aguante, capitán, aguante — dijo McCoy al regresar a popa. — Es el punto más al Este de Fakarava, y podremos cruzar el pasaje a toda vela con el viento en popa.

Una hora más tarde, los cocotero s y las palmeras se veían a simple vista desde el barco. La sensación de que el final estaba próximo pesaba sobre todos. El capitán Davenport hizo descolgar los botes, situándolos a popa al mando de un hombre cada uno, para que los mantuviesen separados. El Pyrenees bordeó la costa de dos cables de distancia escasos de los arrecifes.

—Prepárese a virar, capitán — avisó MacCoy.

Un minuto después, entre los escollos apareció un pasaje o embocadura, tras de la cual la laguna se extendía como un espejo treinta millas de largo y un tercio de ancho.

—¡Ahora capitán!

Por última vez el Pyrenees obedeció al timón, enfilando al pasadizo. Apenas lo había efectuado, cuando sin razón aparente la tripulación, abandonando su puesto, se precipitó a popa presa de loco terror. No había pasado nada, y sin embargo, tenían la seguridad de que estaba a punto de pasar. No podían decir por qué, pero lo sabían. Cuando McCoy se adelantó hacia proa a fin de ir dando instrucciones para el pilotaje, el capitán le detuvo.

—Hágalo desde aquí — le dijo; — sobre cubierta no estaría seguro. Pero... ¿qué pasa? ¡No avanzamos!

McCoy sonrió.

—Pasa que tenemos en contra una corriente de siete nudos, por ser marea baja.

Después de una hora, el "Pyrenes" había escasamente conseguido avanzar su propia longitud, pero el viento refrescó y empezó a ganar terreno.

—Mejor será que algunos de vosotros paséis a los botes — dijo el capitán Davenport.

Aún sonaba el eco de su voz y la tripulación se disponía a ejecutar su orden, cuando la parte central de cubierta hizo explosión entre una inmensa llamarada, siendo la salvación de los hombres el que el viento viniese de popa.

Abalanzáronse todos hacia los botes, arrastrador por el ciego impulso; pero la voz serena y dulce de McCoy les detuvo como si les transmitiera un mensaje de calma inacabable, de tiempo infinito...

—Tomad las cosas con tranquilidad — les decía. — Todo marcha a las mil maravillas. Que alguien ocupe el lugar del timonel.

Porque el timonel había desertado de su puesto. El capitán Davenport se adelantó de un salto, asióse a la rueda y estuvo en un triste de no poder impedir que el barco se alejara de la playa, absorbido por el arrastre de la corriente.

—Cuidad de los botes — dijo a Mr. Konig. — Remolcad uno de ellos hacia la cuadra de popa...

Mr. Konig estuvo indecido un momento, luego cruzó por cima de la barandilla y se dejó caer en la lancha. Toda la tripulación se apiñaba encima de los botes. El capitán Davenport estaba emocionado. Sentía tal vez el sobresalto de encontrarse a solas en el buque ardiente.

El Pyrenees era un horno encendido, llameante, sofocador. Exhalaba de su interior una masa enorme de humo compacto, que remontándose por encima de los mástiles, envolvía en densas nubes toda la embarcación.

Al abrigo de las jarcias de mesana, McCoy continuaba tranquilamente cumpliendo la difícil tarea de conducir el buque por el canal intrincado. El fuego cundía y las llamas avanzaban como si, partiendo del lugar de la explosión, se arrastrasen por la cubierta en todas direcciones. Las velas del palo mayor se convirtieron en una torre de coruscantes llamaradas, extinguidas de súbito como si se disolvieran en el aire. Aun cuando

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

la humareda cubría toda la proa, McCoy y el capitán sabían que las velas del palo delantero continuaban tirando del buque.

—¡Con tal de que no se prenda todo el velamen, antes de que logremos atracar en el puerto!... — gruñía el capitán.

—Atracaremos — afirmó rotundamente McCoy, con acento confiado. — Hay tiempo de sobra. Vamos viento en popa. Una vez en el puerto, el viento mismo nos librará del humo e impedirá que el fuego se propague hacia popa. Todo marcha a pedir de boca.

Una lengua de fuego se alargó entonces hasta el palo de mesana, como si buscara ansiosamente las velas inferiores. Luego se desvaneció, desleída en el aire, sin haber producido ningún daño.

Surgiendo de entre la torre de humo, desprendiéronse desde lo alto unos jirones encendidos, que vinieron a desplomarse sobre la espalda del capitán Davenport. Como quien siente el aguijón de una abeja, así el capitán dió una sacudida para quitarse de encima el ascua de fuego.

—¿Qué rumbo toma, capitán?

—Noroeste, por el Oeste.

—Pues orientadlo más a Poniente.

—Ya está.

—Ahora rumbo al Oeste.

El capitán, asido a la rueda del timón, obedecía las indicaciones de McCoy. Y así fué cómo el Pyrenees penetró en la laguna, describió una circunferencia y orientóse de nuevo viento en poca. McCoy dictaba, uno tras otro, los cambios de rumbo necesarios, serenamente, con la calma y seguridad de quien tiene un millar de años por delante.

—Otro rumbo más, capitán.

—Ya está.

El capitán Davenport hizo girar la rueda del timón, asida firmemente entre sus manos.

—Ahora mantened fijo el rumbo.

—Fijo. Adelante.

Aun cuando el viento desviaba las llamas hacia proa, era tan intenso el calor asfixiante, que el capitán Davenport hubo de apartar más de una vez la vista de la bitácora, y hasta tuvo que abandonar de vez en cuando la rueda del timón para restregarse el escozor de las mejillas.

A McCoy se le rizaban las barbas, tostadas. El tufo del pelo quemado era tan fuerte, que el capitán se volvía de vez en cuando para contemplarle con súbita inquietud, y mientras tanto, apartando las manos de la rueda, frotaba las palmas escocidas contra los pantalones. Una rtas otra, las velas de mesana fueron desvaneciéndose en el aire en una floración de llamas. Los dos hombres tenían que agazaparse para proteger el rostro contra el fuego.

—Ahora — dijo McCoy, lanzando una mirada hacia la playa. — Ahora cuatro rumbos al Norte, y dejad ir el buque a placer.

Llovían sobre los dos hombres trozos de maroma y jirones de lienzo encendido. El humo picante de una cuerda que ardía a los mismos pies del capitán, le hizo prorrumpir en un acceso violento de tos, sin que por eso abandonara ni un instante los ejes de la rueda entre sus manos crispadas.

El Pyrenees embarrancó; alzóse la quilla suavemente. Al choque desprendió una lluvia de ardientes fragmentos y chispas. El barco dió un nuevo empuje hacia adelante, y el coral frágil, rasgado por la quilla, crujió con un chillido prolongado.

—Firme y avante, — dijo McCoy.

Transcurrió un minuto de silencio. Luego preguntó con bondadosa y suave palabra:

—¿Firme y avante?

—No quiere obedecer, — repuso el capitán.

—Bien está. El barco se bornea de por sí — añadía McCoy, mirando a la playa. — La arena es blanca y fina. No podíamos desear nada mejor. Es un barco magnífico.

El Pyrenes giraba lentamente, balanceándose. El viento lanzó los hombres una bocanada de humo y fuego. El capitán abandonó el timón, presa de sofocante agonía, y se avalanzó hacia el bote que a popa les aguardaba; pero reparó de pronto en McCoy, que, desviándose a un lado, le dejaba pasar delante.

—Usted primero.

—No; primero usted — gritó el capitán, agarrándole con tal fuerza por el hombre que a poco más le hae rodar sobre la borda.

Pero las llamas y el humo no permitían ya semejantes cortesías. Los dos hombres saltaron por encima de la barandilla y se dejaron resbalas a lo largo de la maroma hasta el bote acogedor. Un marinero, sin aguardar órdenes de nadie, rasgó la cuerda de un navajazo, hincáronse los remos en el agua y el bote salió disparando.

—Es un barco magnífico, capitán — murmuraba McCoy mirando hacia atrás.

—Sí, sí, muy hermoso; pero gracias a usted...

Los tres botes, donde se hacinaban todos los tripulantes, bogaron hacia la playa blanca de coral molido por el oleaje de siglos. Tierra adentro, sobre los esbeltos troncos de unos cocoteros, una veintena de negros contemplaban boquiabiertos y asombrados el barco de fuego que se había presentado en sus playas.

Atracaron los botes, pusieron pie en tierra todos los tripulantes, y mientras tanto, McCoy decía con dulzura inalterable al capitán:

—Y ahora veremos cómo me las compongo para volver a Pitcairn.

EL SHERIFF DE KONA

No podrá usted por menos de quedar prendado del clima — observó Cudworth en contestación a los encomios que la contemplación de las costas de Kona me arrancara. — Era yo un mozalbete, recién salido del colegio, cuando vine aquí por primera vez, hace ya diez y ocho años, y no las he abandonado desde entonces, de no ser para alguna que otra breve visita. Se lo aviso por si de algo sirviera mi advertencia; no permanezcáis aquí mucho tiempo si amáis algún agradable rincón de la tierra, porque las costas

de Kona le parecerán mil veces más deliciosas y amables.

Acabábamos de tomar la cena, que nos sirvieron en el amplio lanai, a manera de abierta terraza, expuesta al relente de la noche, si es que puede hablarse de relente en tan delicioso clima.

Habían sido apagadas las luces. El ágil mozo japonés, vestido de blanco, se deslizaba como una sombra espiritual entre el mar de plata del claro de luna. Acercóse a nosotros, y después de ofrecernos algunos cigarros, volvió a esfumarse en las tinieblas del bungalow. A través del gran harnero de guineos y árboles de lehua contemplábamos a lo lejos algunas extensiones de mar tranquilo, entre los claros que dejaban los espesos matorrales de guayabos. Aún no había transcurrido una semana desde que desembarqué del menudo vapor costero que a Kona me condujera, y durante todos aquellos días trascurridos en compañía de Cudworth, ni un leve soplo de viento alborotó la tersa superficie del mar inmaculado. Unicamente habían alentado suaves brisas, céfiros gentiles y alados de los más agradables que pudieran aletear en los veranos isleños. Y más que vientos parecían suspiros... largos suspiros... largos suspiros embalsamados de un mundo de quietud y serenidad.

—Es el país del loto, — dije.

—Sí. Donde todos los días se asemejan entre sí; donde cada día parece el paraíso de los días — repuso. —Nunca ocurre nada extraordinario. Ni hace excesivo calor, ni se padece demasiado frío. Siempre el clima permanece en el justo medio de la templanza. ¿Habrá reparado tal vez en cómo la tierra y el mar se devuelven periódicamente el aliento de sus brisas?

Yo había echado de ver, en efecto, aquella respiración deliciosa, rítmica, de mar y tierra. Todas las mañanas había sentido la brisa marina, que comenzaba a soplar en la linde de la playa, y extendiéndose lenta y suavemente sobre el mar, rociaba sobre la tierra bocanadas de azono, tibias, blandas, sutiles. Jugueteaba sobre las aguas, rozando la superficie tersa del mar, ora cambiante y agitada, ora quieta y dormida, siempre pródiga en juguetones y caprichosos besos de aire. Y al atardecer, iba aletargándose la brisa marina, hasta reposar en celeste serenidad, mientras comenzaba a percibirse el susurro de la brisa del campo que suavemente caminaba sobre los árboles de café y enramadas de mímulos.

—Es és el país de la calma eterna — dijo. — ¿Hace aquí viento alguna vez, verdadero viento? ¿Sabe lo que quiero decir?

Cudworth engrameó la cabeza y señalando hacia Oriente, dijo:

—¿Como es posible que sople viento alguno, teniendo como tenemos, aquella barrera gigantesca?

Erguíanse a lo lejos, como enormes torres, las masas corpulentas del Mauna Kea y del Mauna Loa, que parecían cubrir la mitad del cielo estrellado y levantaban a trés mil metros de altura por encima de las nuestras sus frentes blancas, coronadas aún con el manto de nieve que el sol de los trópicos no había podido derretir.

—Estoy seguro de que a cincuenta kilómetros más allá sopla en estos mismos instantes un ciclón de a sesenta por hora.

Sonreí, un tanto incrédulo. Cudworth se acercó hacia el teléfono del lanai, llamó sucesivamente a las centrales de Waimea, Kohala y Hamakua. Las entrecortadas frases de su conversación me confirmaron sus sospechas.

—Un viento que corta, eh?... ¿Cuánto tiempo hace?... ¿Una sola semana?... ¡Hola, Abe!... ¿es usted??... Sí, sí, diga.... Planté, planté café en la costa de Hamakua ...¡Puede usted colgar su paravientos!.. ¡Adiós mis árboles!...

—Está soplando un huracán — añadió, regresando a mi lado, después de colgar en la alcayata el parato receptor del teléfono. — Suelo gastarle algunas bromas a mi amigo Abe sobre sus plantaciones de café. Tendrá sus dos mil y pico de hanegadas en cultivo, y puede creerme que hace maravillas para salvarlas del ciclón. No me cabe en la cabeza cómo se las pueda componer para que no se las desarraiguen los árboles. Nunca para el viento por el lado de Hamakua. A su vez, informan desde Kohala que una goleta acaba de estrellarse contra los arrecifes y bordean el canal de Hawai y Maui.

—Increíble parece — me atreví a objetar débilmente. — ¿No ocurre de vez en cuando que alguna vaharada del ciclón, siquiera sea leve, descienda hasta nuestras costas, ya por medio de algún remolino u otra circunstancia anormal?

—Ni una vaharada. Nuestras brisas se forman al lado de acá del Mauna Kea y del Mauna Loa. Ya lo sabe; la tierra irradia el calor más presto que el mar, y por eso, durante la noche, la tierra envía su aliento hacia el mar. Durante el día, el campo se vuelve más cálido y entonces la brisa vuelve del mar a la tierra... ¡Escuche! Comienza a sentirse el rumor de la brisa de campo; llega el aire de la montaña...

Anunciaba su advenimiento con rumores apagados al rozar dulcemente los árboles de café, al agitar los macizos de mímulos o al deslizarse com un suspiro alado por entre los cañaverales de azúcar. Aún reinaba el silencio en nuestro "lanai". De súbito, sentimos el primer soplo de aire montanero, sútil, embalsamado, fragante y resumando ambrosía y suave frescor; un frescor delicioso, sedeño, dulce, como sólo el aire montanero de Kona puede serlo.

—¿Se maravilla usted ahora de que me enamoraran las playas de Kona cuando las pisé por vez primera, hace diez y ocho años?...

Hoy me sería imposible abandonarlas. Pienso que me moriría si tal ocurriera. Sería terrible.

Hizo una pausa. Quedóse pensativo unos instantes y luego prosiguió diciendo:

—Pues aún hubo un hombre más enamorado que yo de estas playas; porque el mar de Kona le arrulló su primer sueño. Era mi

mejor amigo, mi mejor hermano, y más que hemano. Pero ¡hay! un día hubo de abandonar estos lugares, y no le costó lo vida, sin embargo.

—¿Motivos de amor? — pregunté, intrigado — ¿Alguna mujer acaso?...

Cudworth hizo con la cabeza un signo de negación.

—No regresará jamás, aún cuando su corazón permanecerá en Kona hasta el día de la muerte.

Hizo una pausa nuevamente y sus ojos se posaron sobre las luces titilantes de Kailua. Yo fumaba en silencio, esperando a que prosiguiera.

—Tenía relaciones amorosas... con su mujer. Tuvieron tres hijos, y los amaba con pasión. Ahora viven todos en Honolulú. El niño asiste al colegio.

—¿Acaso hizo alguna cosa poco meditada, tal vez se dejó llevar de algún arrebato? — pregunté al cabo de algunos instantes curioso e impaciente.

Mi amigo meneó la cabeza de nuevo:

—No fué acusado de crimen alguno, ni podría culpársele de nada delictivo. Era el "sheriff" de Kona.

—Amigo mía. Goza usted en dejarme perplejo con sus paradojas.

—Así parece a primera vista, y esto es la más horrible de todo.

Me miró de hito en hito durante breves instantes, guardando silencio. Luego, de súbito, comenzó a narrarme la historia como a continuación se relata.

—Era un léproso. No de nacimiento, porque nadie nace con tal estigma. Cayó sobre él como una maldición. Aquel hombre... pero esto no importa para lo que os voy a contar. Se llamaba Lyte Gregary. Descendía de la pura y sincera estirpe americana; pero la contextura y armazón de su corpulenta figura recordaba más bien a los caciques indígenas del antiguo Hawai. Tendría sus seis pies de altura, o sea alrededor de un metro ochenta, y no pesaba menos de cien kilos, de carne recia, todo hueso y fibra. Nunca he visto ni espero ver hombre de más fuerte contextura. Parecía un atleta antiguo, un gigante fabuloso, un dios de los mitos olvidados. Era mi mejor amigo, y mi amistad me dió ocasión de descubrir en él un alma tan grande y hermosa como su cuerpo.

"No sé que habría hecho usted en mi caso, viendo cómo su amigo y hermano se resbalaba al borde del precipicio, sin que usted pudiera evitarlo humanamente. Tal era mi situación; yo nada podía hacer; veía asomar cernirse sobre su frente la tragedia. Allí estaba, encima de sus ojos la huella macabra, cruel. Nadie la habría distinguido; sólo yo que le amaba supe descubrirla. No quería dar crédito al testimonio de mis sentidos. Era demasiado terrible para creerlo. Y sin embargo, allí estaba la bestia asomándose por aquella hinchazón de los lóbulos de la oreja, aquela hinchazón leve, casi imperceptible. Y así transcurrieron algunos meses. Luego, desesperado de toda esperanza, descubrí en la piel, por encima de las cejas un leve oscurecimiento como si fuera un toque ligero de sol. Lo hubiera tomado yor solanera, de no ser por el lustre casi imperceptible, como lejana lucecita que se desvaneciera aún no bien percibida. Yo quería convencerme, en vano, de que tenía la frente tostada de sol. Repito que nadie más qué yo se daba cuenta de todas estas cosas, y aun yo mismo, viendo cómo se acercaba el estigma horroroso, la maldición inevitable, quería engañarme y rehusaba pensar en el porvenir. Tenía miedo, me sentía imponente, vencido, y más de una noche lloré y clamé contra el Destino.

"Era mi amigo, mi verdadero amigo. Juntos pescamos tiburones en Nihau; juntos perseguimos a los rebaños salvajes de Mauna Kea y Mauna Loa, domamos potros, pusimos la marca a los novillos bravos de las dehesas Carter y unidos cazábamos a las cabras montaraces por los desfiladeros de Haleskala. El me enseñó a zambullirme y nadar, hasta que llegué a ser casi tan diestro como él en ambas habilidades, y él lo era más que cualquier kanaka o indígena. Más de una vez lo vi zumbullirse a quince brazos de profundidad y permanecer sumergido durante dos minutos.

"Tan montañés como marino, era capaz de encaramarse por donde las más atrevidas cabras osaran. No tenía miedo a nada ni a nadie. Cuando el naufragio del Luga, estuvo nadando treinta y seis horas seguidas por un mar alborotado y proceloso, hasta recorrer las treinta millas que le separaban de la playa. Era capaz de abrirse camino por entre las aguas precipitadas de los rompientes, que hubieran dejado hecho papilla a cualquier mortal como nosotros. Era enorme, glorioso como un hombre divino. Juntos pasamos la época de la Revolución y ambos fuimos románticos realistas. Dos veces le hirieron y sentenciaron a muerte, pero era sin duda demasiado hombre para que los republicanos le asesinaran. Se reía de ellos. Más tarde le honraron con el cargo de sheriff de Kona.

"Era ingenuo, simple como un niño eterno. No cabían en su cerebro ni intrincado concepciones ni laberínticos procesos mentales. Siempre iba derecho al fin, y sus fines nunca dejaron de ser sencillos y transparentes. Su temperamento sanguíneo le hacía el hombre más confiado, satisfecho y feliz de cuantos he conocido. Estaba contento con lo que la vida le concediera, y nada pedía ni se quejaba de cosa alguna. La vida na tenía con él deudas ni atrasos; todo se lo pagó contante y por anticipado. ¿Qué más podía desear que su magnífica figura, su constitución de acero, su inmunidad innata contra todo género de enfermedades corrientes y su alma sana, robusta y llena? En cuanto a lo físico, era aquel amigo mío la misma perfección. En la vida sufrió las molestias de un dolor de cabeza, ni supo nunca lo que fuese una enfermedad. A veces, cuando me veía presa de tales padecimientos, solía asombrarse de que existieran. Los torpes gestos de incomprendida tristeza con que quisisiera compartir mis dolencias me hacían reir por lo desmañados o impropios. No comprendía lo que fuese un dolor de cabeza, no podía comprenderlo.

'No es de extrañar su temperamento confiado y optimista, gozando como gozaba de aquella tremenda vitalidad y salud increíble.

"Voy a relataros un caso de su vida, para que comprendáis hasta dónde llegaban la fe que tenía en su gloriosa estrella y los sobrados motivos para tan firme certidumbre. Era todavía un mozuelo y acabábamos de hacer amistad, cuando en cierta ocasión se puso a jugar una partida naipes en Wailuyu. Actuaba de banquero cierto alemanote llamado Schultz, a quien la suerte favorecía como si tuviera el santo de cara. Ufanábase a gritos de su fortuna, acompañando cada nuevo triunfo con insoportables risotadas, cuando a Lyte Gregory se le ocurrió tomar parte en el juego. Schultz fué desplumando uno por uno a todos los jugadores, hasta quedarse a solas con mi amigo. Jugaban al siete y medio. Las puestas eran crecidas. Repartió Schultz las cartas. Lyte Gregory se plantó en la primera. Schultz alzó la suya, el cinco de espadas. Echó una más y eran cinco y media. Creyendo que Lyte Gregory, juzgar por la decisión con que se había plantado tendría un siete, o cuando menos, un seis, el alemán echó una nueva carta, que resultó ser excesivamente alta. Lyte Gregory descubrió la suya: era... ¡el rey de bastos! Tomó entonces las cartas entre sus manos, barajó y repartió una para Schultz y otra para sí. El alemán, que había puesto alto, pidió una carta; le dieron un siete y se plantó. Había hecho siete y medio. Gregory descubrió la suya. Era un cinco. Echó tres cartas seguidas, las tres eran figuras, que con la anterior sumaban seis y medio. Gregory tenía confianza absoluta en su suerte; echó una carta más, figura también... y luego otra... y eran siete y medio. El alemán escupió una blasfemia y dobló la apuesta. Todo fué inútil. Parecía o que Gregory conocía el juego a las mil maravillas o que colocaba las cartas a su gusto y placer. Ni una ni otra cosa; lo único cierto era la fe absoluta en su buena estrella, que reshultaba ser digna de tanta certidumbre. En una ocasión sacó mi amigo, carta tras carta, tres ases y las nueve figuras, con todo lo cual completó el siete y medio más fantástico que pudiera imaginarse. En resumen, el alemán tuvo que marcharse después de mucho vociferar y maldecir a voz en cuello, acalorado y con los bolsillos vacíos.

"—¿Pero tú sabes que has jugado a tontas y a locas? — le pregunté después de terminada la partida.

"—¡Bah! ni sé cómo he jugado, ni sé cómo se juega; lo único que sé es que había de ganar. Yo hubiera sido el primer sorprendido si aquellas nueve figuras no hubieran salido una tras de otra para completar el último siete y medio.

"Y así eran todas las cosas de Lyte Gregory. Esto le servirá para comprender su optimismo colosal. Donde ponía la mano, brotaban como por ensalmo el éxito y la prosperidad; y en el incidente que os he relatado, como en otros cientos de su vida, su buena estrella se mostró digna de la fe que Gregory en ella depositara. Por eso nada temía, ni creía que nada malo pudiera acontecerle, porque sólo cosas buenas le ocurrieron durante toda la vida. Cuando el naufragio del Luga, hubo de nadar durante dos noches y un día; pero en tan largas horas de ansiedad, jamás perdió la esperanza ni dudó un momento el felix desenlace. Sabía, estaba seguro, de llegar a poner pie en la playa lejana. Así me lo aseguró después, y estoy convencido de que me dijo la verdad.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

"Ya sabe qué clase de hombre era mi amigo Lyte Gregory. No parecía de la misma pasta que nosotros, los demás mortales, quejumbrosos, enfermizos y llenos de alifafes. El, por el contrario, semejaba un ser superior y señorial, a quien no osaban mancillar las vulgares enfermedades y desdichas. Conseguía cuanto deseaba. Le bastaba quererlo. Quiso conquistar a su esposa (una de las Caruthers, linda y menudita), y fué suya, a pesar de una docena de apuestos rivales que se la disputaron. Deseó un hijo, y lo tuvo. Quiso después una niña y otra muchacho y sus anhelos quedaron colmados. Todos sus hijos eran espléndidos y robustos, sin mácula, tara ni defecto; sus pechos combos como barrilitos, cual si hubieran heredado toda la salud y fortaleza del padre.

"Y luego vino el desenlace. La marca del gran monstruo se había posado sobre su frente. Durante todo un año me tocó contemplarlo, con el corazón rasgado de amargura. Ni él reparaba en nada, ni los demás lo imaginaban siquiera. Sólo aquel maldito "hapa haole" el mestizo Stephen Kaluna lo sabía. Yo ignoraba, sin embargo, que lo supiese. Tampoco le pasó inadvertido al doctor Strowbridge, médico federal, que había desarrollado la cualidad de sorprender al misterioso monstro de la lepra. Una de sus ocupaciones consistía en examinar a los sospechosos y

ordenar su traslado al lazareto de Honolulú. El mestizo Stephen Kaluna había desarrollado la facultad de descubrir la lepra a fuerza de verla en su propia casa. La enfermedad se había cebado cruelmente en su familia. Cuatro o cinco de los suyos residían entonces en el destierro de Moolkai.

"Recientemente, la marca de la bestia había comenzado a manifestarse en la hermana de Stephen Kaluna; pero apenas recayeron en ella las sospechas y antes de que el doctor Strowbridge pudiese ordenar su detención, el mestizo cuidó de ponerla a buen recaudo en algún lugar oculto. Lyte, como sheriff de Kona, tenía la obligación de encontrarla.

"Una noche estábamos reunidos en Hilo, en la taberna de Ned Austin. Allí encontramos a Kaluna, algo alumbrado y ansioso de camorra. Nos sentamos a su lado. Lyte comenzó a reirse de alguna ocurencia, con aquella risa sonora, amplia y confiada de un niño gigante. Kaluna escupía despectivamente en el suelo. Lyte lo vió, como lo vimos todos; pero no aparentó darse por aludido. El mestizo parecía ansioso de reñir, tal vez porque se considerase personalmente agraviado por la solicitud con que Lyte trataba de capturar y de detener a su hermana. De mil maneras distintas quería desmostrar el disgusto que la presencia de Lyte le causaba. Este no le hacía caso, tal vez por compadecerle desde el fondo del alma. El más duro deber que su cargo de sheriff le imponía era la captura de los leprosos. Comprenderéis que a nadie le resulta agradable tener que meterse en casa ajena y arrancar de los hogares a padres, madres e hijos que ningun mal hicieron, para mandarlos al perpétuo destierro de Molokai. Claro está que en el fondo era una medida de protección social. Lyte así lo comprendía, y estoy seguro de que no hubiera vacilado en detener a sus propios padres si hubiesen sido sospechosos de lepra.

"Al fin Kaluna reventó bruscamente, diciendo:

"—Oiga, Gregory: cree usted que conseguirá detener a Kalaniweo; pero yo le aseguro que se equivoca. ¡Se lo juro por estas!

"Kalaniwoe era su hermana. Lyte le miró al oir que pronunciaba su nombre; pero guardó silencio prudentemente. Kaluna estaba furioso, encolerizándose por momentos, hasta que exclamó a gritos:

"—¡Le juro que irá desterrado a Molokai antes que mi hermana a Kaliweo! Obra usted mal al estar en compañía de hombres honrados. Se ha llenado la boca mil veces charlando de sus deberes, para terminar mandando a Molokai miles de infelices leprosos, sabiendo como sabe que es usted más leproso que ellos.

"Más de una vez le he visto enfadado a Gregory, pero nunca como en aquel momento. Comprenderá que para nosotros no será la lepra cosa de juego. Dió un salto hacia Kaluna le asió del cuello y arrancándole de la silla, lo sacudió brutalmente y salvajemente entre las garras de sus atenazados dedos, hasta hacerle rechinar los dientes.

"—¿Qué quieres decir? ¡Escúpelo! ¡Habla o te ahogo!

"Kaluna no era ningún cobarde. Tan pronto como se sintió libre de aquellas tenazas que le estrujaban el cuello, replicó sin vacilar:

—"¿Qué quiero decir? Muy sencillo: que usted es un leproso.

"Lyte, al sentir la réplica, arrojó al mestizo en la silla de un empujón y estalló en una carcajada franca, sonora, honrada, como salida del corazón. Pero se rió solo. Callamos todos los demás, y al advertir nuestro silencio, pasó su vista por el círculo de amigos, escudriñando nuestros rostros. Me había llegado junto a él y en vano intentaba llevármelo. Ni siquiera reparaba en mí. Clavados los ojos en Kaluna, le contemplaba fascinado mientras que el mestizo, nerviosamente, como si quisiera cepillar la contaminación de los dedos, se frotaba la dolorida garganta, con un gesto espontáneo, instintivo e ingenuo.

"Lyte volvió a mirarnos uno por uno, lentamente, posando la mirada de rostro en rostro. Luego exclamó:

"—Dios mío! ¡Dos mío!

Y sus palabras parecían más bien inarticuladas y guturales ronquidos de pánico, de terror, que por primera vez vibraban en su garganta. Hasta aquel momento, jamás en la vida había sabido lo que fuese el miedo.

"Después, como si de nuevo se impusiera su optimismo colosal, volvió a reir a carcajada limpia.

"—¡Vaya una broma! ¿A quién se le ha ocurrido? La verdad; los vapores del vino se me han subido a la cabeza, y confieso que, ofuscado, me dejé amedrentar por un momento. Amigos míos, os suplicó que no volváis a gastarme, ni a mí ni a nadie, tan pesadas bromas. Es demasiado serio. En unos instantes he sufrido todo el dolor de mil muertes. Pensaba en mi esposa, en mis hijitos del alma, ...

"Ahogó sus palabras la ternura. El mestizo, que continuaba frotándose la garganta, atrajó nuevamente sus miradas. Lyte estaba confuso, apesadumbrado, deshecho.

"¡Juan! — balbuceaba, volviéndose hacia mí.

"Su voz retumbante vibró sonora en mis oídos, pero no pude responderle. Procuré disimular la turbación que asomaba a mi semblante.

"—¡Juan! — gritó de nuevo, dando un paso hacia mí.

"Y su voz era tímida, y en aquella timidez de sus palabras asomaban las más terribles pesadillas de insólitos y monstruosos horrores.

"—¡Juan! ¡Juan! ¿qué significa todo esto? — prosiguió, aún más tímido y apocado. — ¿Es una broma? ¿es verdad? ¡Juan! Aquí tienes mi mano. Si estuviese leproso, no te la ofrecería. Tú lo sabes. ¿Soy leproso, Juan!

"Y me tendió su mano con ansiosa expectación. Era mi amigo, mi compañero, mi hermano. Sin vacilar siquiera, la estreché entre las mías. Su rostro se iluminó con el destello luminoso de la esperanza.

"—Era en broma, Lyte — balbucí, con el corazón desgarrado —. Habíamos acordado de antemano gastártela; pero tienes razón

es asunto demasiado serio para jugar con él. No volveremos a repetirlo.

"Lyte no replicó, como antes, con una carcajada. Se limitó a sonreir, cual si despertara de un mal ensueño y aun estuviera abrumado por la trama de la pesadilla.

"—Bien está; no volváis a repetirlo y consagrémosnos de nuevo al vino agradable; pero debo confesaros, amigos míos, que por un instante me he visto bogando camino del destierro. Mirad como me habéis hecho sudar.

"Dejó exhalar un suspiro, enjugó el sudor que le bañaba la frente e hizo ademán de acercarse al mostrador.

"—Ni es broma. Le han engañado, — rugió Kaluna brutalmente.

"Yo le miré amenazador y hube de contenerme para no estrangularle allí mismo; pero no osé moverme ni responder por no precipitar la catástrofe que aún tenía esperanza de evitar.

"—No, no es broma. Usted es un leproso, Lyte Gregory. Usted no tiene derecho a tocar la carne limpia y sin mancha de un hombre honrado.

"Gregory comenzó a sulfurarse.

"—¡Ha ido ya demasiado lejos la broma! ¡Basta ya, si no queréis que le rompa la crisma!

—"Sométase al examen bacteriológico y luego rómpame la crisma si le engaño. Mírese en el espejo, mírese. Usted mismo puede verlo por sus propios ojos como cualquier otro. Vea el oscurecimiento de la piel de la frente; repare cómo comienza a ponérsele el rostro de león...

"Lyte se miró de hito en hito con trágica atención, y yo vi que le temblaban convulsivamente las manos.

"Nada veo, — dijo al fin. — Tienes el corazón negro, Kaluna. No me avergüenzo de confesarte que me has hecho concebir un terror que nadie tiene derecho a infundir a otro. Te cojo, pues, la palabra. Voy a poner las cosas en claro. Ahora mismo marchó a casa del doctor Strowbridge. Prepárate para recibirme a la vuelta, — dijo.

"Y sin mirarnos siquiera, saltó hacia la puerta.

"—Tú, espérame aquí, Juan, — añadió por toda despedida, prohibiéndome con resuelto ademán que le acompañara.

"Quedamos silenciosos, sentados, como grupo de fantasmas inmóviles.

"—Es la pura verdad, — dijo Kaluna. — Usteds mismos pueden verlo.

"Volviéronse todos a contemplarme interrogativamente; yo asentí, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

"Harry Burnley, que había levantado la copa, no llegó a tocarla con los labios y vertió sobre el mostrador la mitad de su contenido. Su boca temblorosa se retorcía en el gesto de un niño que va a romper en llanto. El tabernero, Ned Austin, golpeaba la nevera sin darse cuenta de lo que hacía. Todos guardábamos un silencio de muerte. A Harry Burnley le temblaban los labios más intensamente que nunca. De pronto le asomó al semblante cierta expresión horrorosa, cruel, maligna, y tendiendo el brazo asestó un tremendo puñetazo en el rostro de Kaluna. Se echó luego sobre el mestizo, propinándole una paliza soberana. Ni siquiera intentamos separarles. No nos interesaba la pelea. Además, estábamos todos tan aturdidos, que ni aún recuerdo cuándo ni cómo dejó escapar Burnley al pobre diablo.

"El doctor Strowbridge me contó más tarde lo sucedido. Estaba ocupado en redactar un informe, cuando Lyte penetró en su despacho. Había recobrado ya su imperturbable optimismo, y aunque un tanta enfadado con Kaluna, estaba contento y seguro de sí mismo.

—¿Qué podía hacer yo? — me decía el doctor. Hacía meses que seguía en su rostro los progresos del mal. No sabía qué contestarle. Debía guardar silencio unos instantes, vacilar, gritar. Todo menos decirle que sí. Lyte me pidió el examen bacteriológico. "Córteme un trozo de pellejo, doctor, — repetía una y otra vez; — córteme un trozo de pellejo y haga el análisis."

"El doctor se echó a llorar y Lyte lo comprendió todo. A la siguiente semana salía para Honolulú el vapor Claunine. Le encontramos cuando se dirigía a bordo con el propósito de entregarse en Honolulo al Consejo de Sanidad. No pudimos convencerle. Había enviado demasiado leprosos a Molakai para que ahora se perdonase así mismo. Le sugerimos la idea de que huyera al Japón; pero se negó rotundamente a oir nuestros consejos. "Tengo que apurar mi cáliz, amigos míos", — repetía una y otra vez, como si estuviese obsesionado por este pensamiento.

"Arreglo todos sus asuntos desde el lazareto de Honolulú, y luego le trasladaron al destierro de Molokai. No le sentó bien la nueva vida dolorosa. El médico de la residencia nos escribía que ni sombra era de su verdadero ser. Rebosaba de pesadumbre al recordar a su esposa y a los niños, aun cuando sabía que habíamos tomado a nuestro cargo el cuidado de los cuatro.

"Transcurridos unos seis meses poco más o menos, fuí a visitar la residencia de los leprosos. Me senté a un lado de la ventana, él al otro, y entre los dos una plancha de cristal. Nos veíamos a través del cristal y charlábamos por medio de una especie de tubo. Quise convencerle, pero fué en vano, estaba firmemente decidido a continuar en el destierro. Discutí con afán durante cuatro mortales horas. Todo en vano, me sentía exhausto, y ya la sirena del vapor me llamaba para emprender el regreso.

"Los amigos no supimos resignarnos. Tres meses más tarde fletábamos la Haycyon, goleta velera como ella sola y dedicada al contrabando de opio. Su contramaestre era un alemanote capaz, por dinero, de ejecutar las más atrevidas empresas. La Halcyon se hizo a la vela, saliendo de San Francisco. Algunos días más tarde dejábamos Burnley y yo la pendiente de Landhouse, y a bordo de un balandro de unas cinco toneladas a lo sumo, nos lanzamos mar aden-

tro, cubriendo cincuenta millas, viento en popa, sin mareos que en mi vida he padecido, ni contratiempos de ninguna especie. Ya en alta mar y alejados de la costa, subimos, sin ser vistos de nadie, a bordo de la Halcyon.

"Hicimos rumbo a Molokai. Era bien entrada la noche, cuando avistamos el destierro de los leprosos. Viró la goleta hacia la costa y desembarcamos en un bote ballenero junto a los rompientes de Kalawao, lugar donde, como usted, sabe, sucumbió el heroico padre Damián.

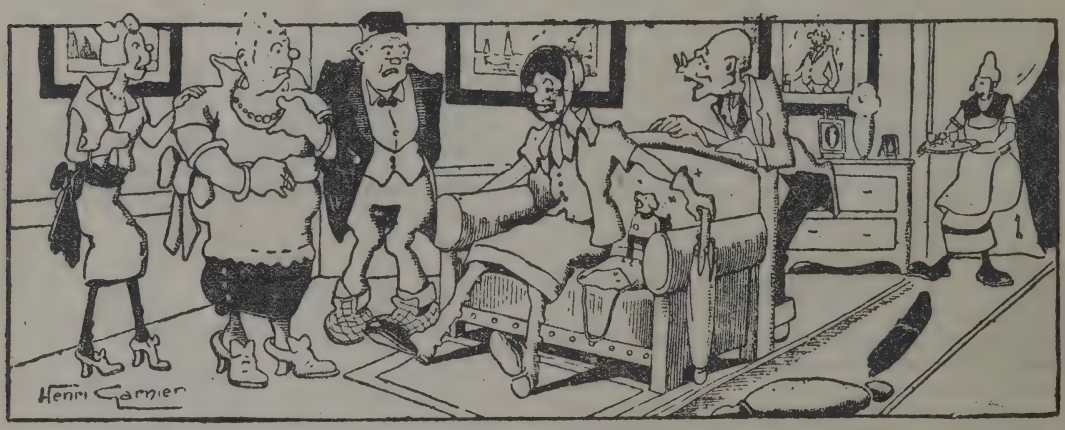
"El alemán nos proporcionó sendos revólveres, y juntos los tres, comenzamos a cruzar la península, recorriendo unos dos millas camino de Kalaupapa. Imagínese usted si es empresa de poca monta ir a caza de un hombre en aquella residencia donde se aglomeraban cerca de dos mil leprosos. Un grito de alarma, y estábamos irremisiblemente perdidos. En el suelo desigual se abrían hoyos y oscuras pendientes. Los perros de los leprosos, cual si brotaran entre la tiniebla de la noche, nos recibían con amenazadores ladridos. Y así estuvimos rondando, vacilantes y sin rumbo, como perdidos en la oscuridad.

"El alemán tuvo una ocurrencia salvadora Llegóse a la primera casa. Le seguimos. Penetramos en el interior, cerrando la puerta tras de nosotros, e hicimos luz. Seis leprosos dormían en la estancia. Se alborotaron al vernos; nuestras amenazas les hicieron quedar inmóviles y en silencio. Yo les hablé en lengua indígena, preguntándoles dónde podríamos encontrar algún kokua, esto es, un enfermero indígena, no tocado de lepra, de los pagados por el Consejo de Sanidad, puestos al servicio de los leprosos para curar sus heridas, lavar sus úlceras y otros menesteres semejantes. Burnley y yo permanecimos en la estancia vigilando a sus inquilinos, mientras que el alemán salió acompañado de uno de los leprosos en busca de un enfermero. Pocos instantes después volvía empujando a uno de ellos con el cañón de su revólver. No hubo necesidad de medidas extremas, porque el "kokua" se decidió voluntariamente a complacernos. Se quedó el alemán vigilando la casa; Burnley y yo marchamos a la de Lyte Gregory, en pos del enfermero. Lyte estaba solo, y al vernos entrar, dijo:

"—Sabía que vendríais, amigos míos; os esperaba. No me toques, Juan. ¿Cómo está Ned ¿y Carlos? ¿y mis nenes? Pero ahora no importa esto. Ya me informaréis luego de todo. Ahora partamos. Estoy decidido. He sufrido nueve meses de soledad en este destierro, y ya no puedo más. ¿Dónde está el barco?

"Regresamos en busca del alemán. Pero la alarma había cundido; encendíanse luces en todas las casas y se percibía el rechinar de puertas y ventanas. Nos habíamos comprometido a no disparar, a menos que fuese absolutamente necesario; por eso respondimos a uanto nos dieron el alto a puñetazos y golpes de ulata. Un hombrachón corpulento se arrojó sobre mí, y nos enzarzamos forcejeando, sin que ni aún golpondimos a cuantos nos dieron el alto a putármelo de encima. Tropezamos, caímos al suelo, y revueltos y confundidos fuimos rorando buen trecho, sin cejar en nuestros golpes, presas y arañazos. Alguien se acercó con una linterna en la mano, a cuyo resplandor contemplé la faz de mi enemigo. ¡Cómo describir el terror que se apoderó de mí! Aquello no era un rostro humano. Sólo quedaban ruinas de las destrozadas facciones. En una masa informe de carne lacerada, se abrían los hoyos de la nariz desprendida y de la boca sin labios. Una de

UNA PARTIDA DEFINITIVA

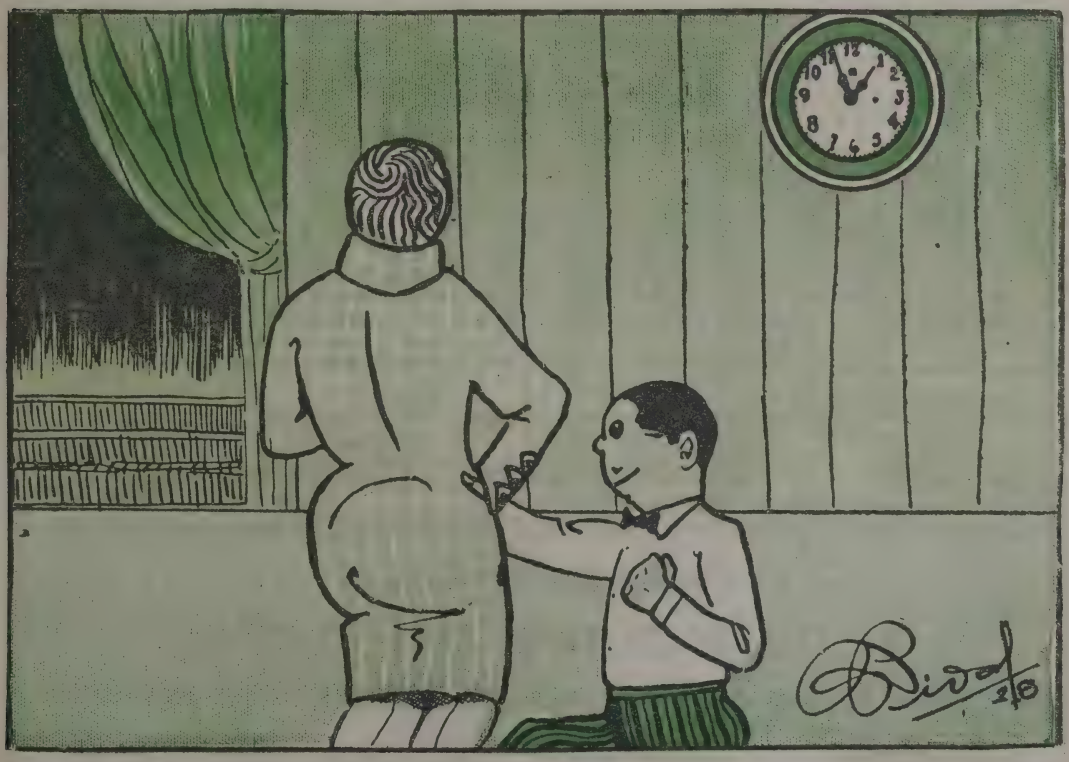


—¡Sí! Fué una grandísima decepción para nuestra amada hija. Figúrense ustedes... ¡un partido tan excelente!

—Comprendo. Un partido q[illegible]rtió y no volvió.

MALA INTERPRETACION

Ella (observando por el ojo de la llave). — Al fin te pillé con otra, tunante. ¡Ahora verás!



El (golpeándose el pecho con orgullo): — ¡Qué hermoso maniquí! Celebro el haberlo adquirido tan barato

las orejas, hinchada, descomunal e informe, pendía flácida sobre los hombros. Me sentí desfallecer. ¡Era demasiado horrible! La emprendí a culatazos, frenéticamente, para desasirme, y no sé cómo, cuando conseguía libertarme de sus garras, clavó en una de mis manos los dientes de su boca deslabiada y podrida. Le asesté un culatazo entre los ojos y cedieron los apretados dientes.

Cudworth me mostró la mano, y aún puede percibir las cicatrices al resplandor de la luna llena. La mano parecía como si hubiera sido desgarrada por la mordedura de un perro.

—¿ Y no tuvo usted pánico ? — le pregunté.

—¡Ya lo creo! ¡Siete años de miedo y ansiosa espera! Como usted sabe, la lepra tarda siete años en manifestarse. Aquí, en Kona, estuve esperándola día tras día, sin que por fin se presentara. Pero ni un solo día ni una sola noche de aquellos siete largos años dejé de contemplar esas montañas y ese mar.

Su voz temblaba. Guardó unos instantes de silencio, mientras que sus ojos se extasiaban en la visión del mar de plata, sobre cuya tersa superficie rielaba el resplandor de la luna y de las lejanas y enhiestas cumbres cubiertas de nieve.

—No podía soportar la pesadumbre de pensar que algún día hubiese de perder para siempre mi tierra amada de Kona. ¡Siete años! Por fin he permanecido limpio y sano; pero ¡cuántos pesares no me ha costado. Deshice mi boda proyectada, porque, en la duda, no me atrevía a contraer matrimonio. Mi prometida no podía comprender mi ruptura inesperada. Marchóse a los Estados Unidos, y allí se casaría. No volví a verla más.

"Terminaba de libertarme del policía leproso, cuando percibí un repiqueteo de cascos y una avalancha de corceles que llegaban como si fuera una carga de caballería. Era el alemán, que temeroso de que se armase la de San Quintín, había aprovechado el tiempo, consiguiendo por las buenas o por las malas que los leprosos de cuya custodia se encargara le proporcionasen cuatro caballos, con los cuales acudió en nuestra busca. Lyte dió buena cuenta de tres kokuas, ayudamos entre ambos a que Burnley se deshiciera de otros dos policías, y emprendimos la fuga. Toda la residencia estaba alborotada y en movimiento. Cuando partíamos a todo galope, alguien, que acaso fuera Jack McVeigh, superintendente de Molokai, hizo silbar las balas de un Winchester.

"¡Aquello era poner pies en polvorosa! ¡Vaya una cabalgata! Provistos de caballos, sillas, bridas y correaje de leprosos, nos abríamos paso por entre la oscuridad densa de la noche. Silbaban a nuestro alrededor las balas y el camino era pedregoso y difícil. El alemán cabalgaba por vez primera en su vida sobre una mula rebelde. Alcanzamos, sin embargo, la playa donde habíamos dejado el bote ballenero, y cuando bogábamos entre el oleaje del rompiente, rasgaban el aire de la noche los relinchos de los caballos, que, en nuestro seguimiento, comenzaban a descender las pendientes de Kalaupapa.

"Lyte se refugió en China. Cuando vaya usted a Shanghai no deje de visitar a mi amigo. Esta empleado en una casa alemana de aquella ciudad. Beban juntos unas copas del mejor vino pero no le deje pagar nada, porque lo necesita todo para su mujer y sus hijitos, que residen en Honolulú. Mándeme a mí la cuenta. Yo sé con cuanta estrechez vive, como un anacoreta, para poder enviar a su familia la mayor parte del sueldo. Y sobre todo, habléle de Kona, de su mar eternamente azul y sereno, de sus montañas cubiertas de nieve, de sus brisas perfumadas y rumorosas y de los murmullos del viento montanero al rozar los macizos de míulos y deslizarse como un suspiro alado por entre los cañaverales de azúcar. Porque el corazón de Lyte permanecerá en Kona hasta el día de su muerte.

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

COMPETENCIA DESLEAL

Los dos perros de ciego

EL CASO DE LA MORCILLA

Un robo muy ingenioso

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA QUE TODO EL MUNDO DEBE LEER

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

—Sí — dijo el oficial, — sé leer el inglés. También lo hablo, ahora podemos entendernos. Ante todo, he de darle a usted las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

El hombre se limitó a mover la cabeza y señaló al lápiz y la corteza.

—¡Mon Dieu! — exclamó D'Arnot. — Si es usted inglés, ¿cómo es que no sabe usted hablarlo?

Y de pronto se le ocurrió que aquel hombre era mudo... tal vez sordomudo.

De suerte que escribió la respuesta:

"Soy Paul d'Arnot, teniente de la marina de Francia. Le doy las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Me ha salvado usted la vida, y cuanto tengo es de usted. ¿Puedo preguntarle cómo un hombre que escribe inglés no sabe hablarlo?

La respuesta de Tarzán dejó al teniente más turulato todavía:

"No hablo más que el lenguaje de mi tribu, los monos grandes que fueron de Kerchak; habló también un poco de los lenguajes de Tantor el elefante, de Numa el león; y de los demás seres de la selva. Con un ser humano no he hablado nunca, salvo en una sola ocasión con Jane Porter, por señas. Esta es la primera vez que he hablado con otro de mi especie por medio de palabras escritas".

D'Arnot estaba confuso. Le parecía increible que pudiera vivir en la tierra un hombre adulto que no hubiera hablado jamás con un semejante, y todavía más absurdo que aquel hombre supiera leer y escribir.

Miró otra vez las palabras de Tarzán: salvo una sola ocasión con Jane Porter". Esta era la joven americana qeu había sido arrebatada a la selva por un gorila.

Una luz repentina comenzó a alborear en el cerebro de D'Arnot. Aquel hombre era "el gorila". Cogió el lápiz y escribió:

"¿Dónde está Jane Porter?".

Y Tarzán contestó debajo:

"Con su gente en la cabaña de Tarzán de los Monos".

—"¿No ha muerto, pues? ¿Dónde está? ¿Qué le ocurrió?".

—"No ha muerto. Se la llevaba Terkoz para hacerla su compañera, pero Tarzán de los Monos se la quitó a Terkoz y lo mató antes que pudiera hacerle daño a Jane Porter. Nadie de la selva puede batallar con Tarzan de los Monos y seguir viviendo. Yo soy Tarzán de los Monos... Gran luchador".

D'Arnot escribió:

"Celebro que esté sana y salva. Me molesta escribir. Voy a descansar un poco".

Y luego Tarzán:

"Sí, descanse. Cuando esté bien lo llevaré con su gente".

Mucho tiempo parmaneció D'Arnot tendido en su cama de blandos helechos. El segundo día se le presentó fiebre, y D'Arnot se imaginó que aquello era la infección y supo que iba a morir.

Se le ocurrió una idea, y le causó asombro que no le hubiera acudido antes a la mente.

Llamó a Tarzán e indicó por señar qué quería escribir. Y cuando Tarzán le llevó la corteza y lápiz, D'Arnot escribió:

"¿Puede usted ir por mi gente y traerla aquí? Escribiré una carta que podrá usted llevarles, y ellos le seguirán".

Tarzán movió la cabeza, y tomando la corteza escribió:

"Había pensado en eso el primer día; pero no me atreví. Los monos grandes vienen con frecuencia a este sitio, y si le hubieran encontrado a usted aquí, herido y solo, le habrían matado".

D'Arnot se volvió de lado y cerró los ojos. No quería morir, pero temió que se moría, porque la fiebre iba subiendo cada vez más. Aquella noche perdió otra vez el sentido.

Durante tres dias estuvo en delirio, y Tarzán, que permaneció al lado de él, le ba-

ñaba la cabeza y las manos, y lavaba las heridas.

El cuarto día cedió la fiebre tan repentinamente como se había presentado, pero dejó a D'Aront convertido en una sombra de lo que era antes, y muy débil. Tarzán tenía que incorporarlo para que pudiera beber de la calabaza.

No había sido la calentura resultado de la infección, como el teniente había creído, sino una de las que suelen atacar a los blancos en las selvas vírgenes de Africa, y que matan o desaparecen tan rápidamente como desapareció la del francés.

Dos días más tarde, andaba éste muy despacito por el anfiteatro, sostenido por el fuerte brazo de Tarzán, que le rodeaba para impedir que se cayera.

Sentáronse bajo la sobra de un gran árbol, y Tarzán encontró una corteza lisa que le permitió conversar.

D'Arnot fué el que escribió primero:

"¿Qué puedo hacer para pagar a usted todo lo que ha hecho conmigo?".

Y Tarzán contestó:

"Enseñarme a hablar el lenguaje de los hombres".

Y D'Arnot comenzó al punto, señalándole los objetos familiares y repitiendo sus nombres en francés, porque creyó que sería más fácil enseñar a aquel hombre su propia lengua, ya que era la que mejor sabía de todas.

Pero aquel idioma no significaba nada para Tarzán, por supuesto, porque no podía distinguir uno de otro; de manera que cuando señaló la palabra "hombre", que había sobre un pedazo de corteza, supo por D'Arnot que se pronunciaba "homme"; y de la misma manera le enseñaron que "mono" se pronunciaba "singe" y "árbol" "arbe".

Era un estudiante aplicadísimo, y a los dos días había aprendido tanto francés que podía decir frases cortas como "esto es un árbol", "esto es hierba", "tengo hambre" y otras por el estilo; pero D'Arnot experimentaba gran dificultad para enseñarle la construcción fracensa sobre un fundamento de inglés.

El teniente describía leccioncitas en lengua inglesa, y hacía que Tarzán las repitiese en francés; pero como la traducción literal solía dar un francés bastante malo, Tarzán se sentía muchas veces confuso.

D'Arnot comprendió que se había equivocado, más le parecía demasiado tarde para volver a empezar y obligar a Tarzán a desaprender lo que había aprendido, especialmente cuando se iban acercando a pasos agigantados a un punto en que les sería posible dialogar.

El tercer día después de rpeetir la fiebre, Tárzán escribió preguntando a D'Arnot si se sentía bastante fuerte para que lo llevara a la cabaña. Tarzán estaba tan ansioso para ir a ella como el mismo D'Arnot, porque anhelaba volver a ver a Jane Porter.

Por esto le había sido muy duro quedarse con el franés todos aquellos días, y el haberlo hecho sin nada de egoísmo hablaba en pro de la nobleza de su carácter con más elocuencia que su mismo rescate del oficial frances, cuando lo sacó de las garras de los secuaces de Mbonga.

D'Arnot que estaba harto dispuesto a intentar el viaje, escribió:

"Pero no es posible que me lleveis a cuestas toda la distancia por ese enmarañado bosque".

Tarzán rompió a reír.

—Mai oui, — dijo; y D'Arnot le hizo coro en su carcajada al oír en labios de Tarzán la frase que tan frecuentemente asomaba a los suyos.

Partieron, pues, maravillado D'Arnot; lo mismo que Clayton y que Jane Poraer, de la asombrosa fuerza y agilidad del hombre-mono.

A media tarde llegaron al calvero, y cuando Tarzán se dejó caer al suelo desde las ramas del último árbol, saltó su corazón y le golpeó las paredes del peho, por la ilusión de volver a ver tan pronto a Jane Porter.

No se veía a nadie dentro de la choza, y D'Arnot se sintió perplejo al notar que no estaban anclados en la bahía ni el crucero ni el "Arrow".

El ambiente de soledad que circundaba el paraje sorprendió súbitamente a los dos hombres cuando se encaminaron a la cabaña.

Ninguno de dos dos dijo una palabra; pero antes de abrir sabían ambos lo que encontrarían al otro lado.

Tarzán levantó el pestillo y empujó la gran puerta sobre sus goznes de madera. Era lo que había temido. La cabaña estada desierta.

Los dos hombres se miraron uno a otro. D'Arnot sabía que su gente debía de creerle muerto; pero Tarzán no pensaba más que en la mujer que le había besado con tanto amor y que ahora había huído, mientras él estaba favoreciendo a un ser de su propia raza.

En su corazón sintió una gran amargura. Se iría otra vez al interior de la selva a reunirse con su tribu. Nunca volvería a ver a nadie de su propia especie, ni podía tampoco soportar el pensamiento de regresar a la choza. Abandonaría ésta lo mismo que las grandes esperanzas que había tenido de encontrar allí a su propia raza y de convertirse en un hombre entre los hombres.

¿Y el franés? ¿Y D'Arnot? ¿Qué pasaría? El no podía bandearse como se había bandeado Tarzán. Este no quería volver a verlo. Quería desprenderse de todo aquello que le pudiera recordar a Jane Porter.

Mientras Tarzán se había quedado pensativo en el umbral, el teniente D'Arnot había entrado en la acbaña. Allí vió muchas cosas que habían dejado. Conoció muchos artículos del crucero, un horno de campaña, varios utensillos de cocina, un rifle y varias tiras de municiones, alimentos en conserva, mantas, dos sillas y un catre, y varios libros y periódicos, principalmente norteamericanos.

Deben de pensar en volver, — se dijo D'Arnot.

Se dirigió a la mesa que John Clayton ha-

bía construído tantos años antes para que le sirviera de escritorio, y en ella vió dos cartas dirigidas a Tarzán de los Monos.

Una de ellas era de letra enérgica y varonil, y no estaba cerrada. La otra, de mano de mujer, tenía sello.

—Aquí tienes dos carta, Tarzán de los Monos, — gritó D'Arnot volviéndose hacia la puerta; pero su compañero ya no estaba allí.

D'Arnot se acercó a la salida y miró. No se veía a Tarzán por ninguna parte. Llamó fuerte, pero no obtuvo respuesta.

—Mon Dieu! — exlamó el teniente. — ¡Me ha dejado solo! ¡Me lo da el corazón! ¡Se ha vuelto a la selva y me ha dejado solo

Y luego recordó la expresión del rostro de Tarzán al descubrir que la cabaña estaba vacía; la expresión que el cazador ve en los ojos del ciervo herido a quien ha derribado por capricho.

El hombre se había llevado un golpe rudo, así lo comprendía D'Arnot. Pero ¿por qué? No podía dar con ello.

El francés miró en torno. La soledad y el horror de aquel paraje comezaban a surtir efecto sobre sus nervios, ya debilitados por los padecimientos y la enfermedad que había sufrido.

¡Quedar allí solo al lado de aquella espeluznante selva!... ¡No volver a oír una voz humana ni a ver una cara de hombre... ¡Vivir en constante temor de las fieras y de hombres más salvajes que ellas, presa de la soledad y de la desesperación! ¡Era espantoso!

Y muy al este, Tarzán de los Monos se volvía por entre los árboles al lado de su tribu. Nunca había viajado con tan vertiginosa rapidez. Le parecía que estaba huyendo de sí mismo y que, cruzando la selva como una ardilla asustada, se escapaba de sus propios pensamientos. Pero por de prisa que fuera los había de encontrar siempre consigo.

Pasó por cima del sinuoso cuerpo de Sabor, la leona, que iba en dirección contraria; hacia la choza, — pensó Tarzán.

¿Qué podría D'Arnot hacer contra Sabor o contra Bolgani, el gorila, si cayera sobre él, o ontra Numa, el león, o contra la cruel Sheeta?

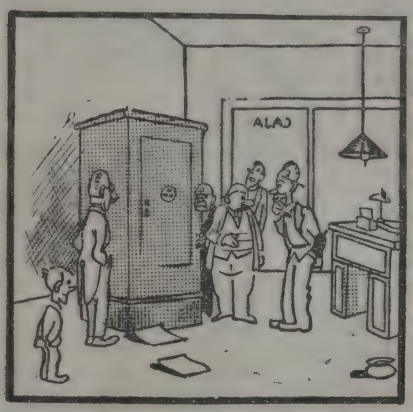
Tarzán se detuvo en su fuga.

—¿Qué eres tú, Tarzán? — preguntó en voz alta. — ¿Un hombre o un mono? Si eres un mono lo que los monos harían, dejar a uno de su raza en la selva, cuando les da el capricho de trasladarse a otra parte. Si eres hombre, volverás a proteger a tu especie. No huirás de uno de tu propia raza, porque otro de tu propia raza haya huído de tí.

D'Arnot cerró la puerta de la cabaña. Estaba muy nervioso. Aun los hombres valientes, y el francés lo era, se asustan a veces cuando se ven solos.

Cargó uno de los rifles y lo puso al alcance de la mano. Luego fué a la mesa y tomó la carta abierta dirigida a Tarzán.

Lo más probable era que dijese que los



—Dicen que el gerente guarda en esta caja un tesoro inmenso.
—¡Ya lo creo! Como que se trata del famoso aperitivo HIERRO QUINA BISLERI.

del crucero sólo temopralmente habían dejado la playa. Pensó que no sería ninguna falta de ética enterarse de aquella carta, de manera que tomó la hoja que contenía el sobre, y leyó:

"A Tarzán de los Monos: Le agradecemos el uso de su cabaña y sentimos que no nos haya usted concedido el placer de verle y darle las gracias en persona.

"No hemos estropeado nada, pero hemos dejado en cambio muchas cosas que le podrán servir a usted para estar más cómodo y más seguro en su solitaria morada.

"Si conoce usted al extraño hombre blanco que nos salvó la vida tantas veces y nos trajo alimentos, y si puede usted hablar con él, dele también las gracias por sus bondades.

"Zarpamos dentro de una hora, para no volver nunca, pero deseamos de usted y el otro amigo de la selva sepan que les estaremos siempre agradecidos por su bondades para con unos desconocido en este playa, y que habríamos hecho mucho más por recompensarles a ustedes si nos hubieran dado ocasión para ello. Muy respetuosamente.

"Wm. Cecil Clayton".

—¡Para no volver nunca! — musitó D'Arnot; y se arrojó sobre el catre boca abajo.

Una hora más tarde se incorporó, escuchando. En la puerta había algo que intentaba entrar.

Empuñó el francés su rifle y se lo echó al hombro.

Caía la oscuridad, y el interior de la choza estaba en densas sombras; pero el teniente vió que el pestillo se movía.

Sintió que se le erizaba el pelo.

Poco a poco la puerta se abrió, hasta que

HAY QUE APURARSE

El transeunte: — Caballero: dése usted prisa, si quiere que aparezca su nombre en los periódicos de la noche.

UN PARTIDO AMISTOSO

una rendija mostró algo que esta fuera de ella.

D'Arnot apuntó el cañón hacia la rendija de la puerta... y luego apretó el gatillo.

CAPITULO XXIV

TESORO PERDIDO

Cuando volvió la expedición, después de su inútil tentativa de socorrer a D'Arnot, el capitán Dufranne quiso hacerse a la mar lo más pronto posible, y todos, menos Jane Porter, prestaron su aquiesenia.

—No, — dijo ella resueltamente, — yo no me iré, ni se irán ustedes, porque hay en esa selva dos amigos que saldrán de ella cualquier día creeyndo que nosotros los estamos aguardando. El oficial de usted, capitán Dufranne, es uno de ellos, y el otro es el hombre que ha salvado la vida de todos los individuos de nuestra partida. El me dejó en el borde de la selva hace dos días para correr en auxilio de mi padre y de mister Philander, según creía, y se ha quedado en la espesura para rescatar al teniente D'Arnot. De eso estoy segura. Si hubiera llegado tarde para prestar auxilio al teniente, estaría ya de regreso. Para mí el no haber vuelto es prueba de que se ha entretenido porque está herido el teniente, o ha tenido que seguir a sus captores más allá de la aldea que han atacado los marineros.

—Pero el uniforme y todos los efectos del pobre D'Arnot fueron encontrados en la aldea. miss Porter — argumentó el capitán,— y los indígenas mostraron gran excitación cuando se les preguntó por la suerte del blanco.

—Sí, capitán, pero no confesaron que hubiera muerto; y en cuanto a que sus ropas y objetos estuvieran en poder de los negros, hemos visto, a pueblos más civilizados que esos pobres salvajes, despojar a sus presos de todo objeto de valor, tanto cuando pensaban matarlos como cuando no lo pensaban. Aun los soldados de mi amadísimo sur saqueaban no sólo a los vivos, sino a los muertos. Eso que usted dice son indicios vehementes, capitán, pero no una prueba positiva.

—Es posible que el hombre de la selva, como usted dice, fuera capturado o muerto por los salvajes — indicó el capitán Dufranne.

La joven rompió a reir.

—No lo conoce usted — replicó, sintiendo que un estremecimiento hacía vibrar sus nervios ante la idea de que hablaba de cosa suya.

—Confieso que valdría la pena de esperar a ese superhombre de usted — dijo riendo el capitán — Me gustaría muchísimo verlo.

—Entonces espérele usted, capitán — apremió la joven, — porque yo pienso hacerlo.

El francés se habría sorprendido muchísimo más si hubiera comprendido el verdadero significado de las palabras de Jane Porter.

Allí estaba el profesor, con mister Philander y Clayton, con el teniente Charpentier y dos de sus compañeros de armas, en tanto que Esmeralda permanecía en segundo término, aventurando de cuando en cuando opiniones y comentarios con la libertad de una criada vieja y muy consentida.

Los oficiales se levantaron y saludaron al acercarse su supuerior, y Clayton cedió su silla de campaña a Jane Porter.

—Estábamos hablando precisamente del destino del pobre Paul — dijo el capitán Dufranne. — Miss Porter insiste en que no hay prueba de su muerte, y es lo cierto que no la tenemos. Y por otro lado, sostiene que la prolongada ausencia del omnipotente y silvestre amigo de ustedes indica que D'Arnot necesita aún sus servicios, bien porque esté herido, o porque esté todavía preso en un pueblo indígena más distante.

—Se ha apuntado — se arriesgó a decir el teniente Charpentier, — que el salvaje puede ser miembro de la tribu de negros que atacó a nuestra partida, y que corría a ayudarlos "a ellos", a su propia gente.

Jane Porter lanzó una viva mirada a Clayton.

—Eso es cierto, — interpuso Clayton.— el profesor Porter.

—No estoy conforme con usted — objetó mister Philander. — Ha tenido infinidad de ocasiones de hacernos daño él en persona, o de guiar a su gente contra nosotros. En vez de ello, durante nuestra larga residencia aquí, ha seguido constantemente en su papel de protector y de providencia.

—Eso es cierto — interpuso Clayton. — Pero no debemos olvidar que, salvo él, los únicos seres humanos que hay en centenares de millas a la redonda son canfbales. El iba armado precisamente como ellos. lo cual indica que ha mantenido con ellos relaciones de cierta clase; tampoco debemos olvidar que el hecho de que él sea uno solo, tal vez contra miles, indica que esas relaciones no pueden menos de ser amistosas.

—Parece improbable que no tenga relación con ellos — observó el capitán. — Quizá sea miembro de su tribu.

—También puede ser — añadió otro de los oficiales, — que haya vivido suficiente tiempo entre los habitantes salvajes de la selva, tanto hombres como fieras, para haber llegado a conocer muy bien los bosques, o el uso de las armas africanas.

—Le juzgan ustedes según su propio criterio, señores — dijo Jane Porter. — Un hombre blanco vulgar, como cualquiera de ustedes (perdónenme, que ya saben lo que quiero decir), o mejor, un blanco superior a lo ordinario en físico e inteligencia, no podría, lo concedo, haber vivido ni un año solo y desnudo en esta selva tropical; pero ese hombre no sólo supera a los ordinarios en fuerza y en agilidad, sino que supera a nuestros atletas y "hombres fuertes" como supera a un niño recién nacido; y su valor y ferocidad en el combate son los de las bestias salvajes.

—La verdad es que se ha ganado un leal

campeón, miss Porter — dijo riendo el capitán Dufranne. — Estoy seguro de que ninguno de los presentes rehusaría afrontar la muerte cien veces, en sus formas más terroríficas, con tal de merecer los homenajes de una criatura tan leal como usted... y tan hermosa.

—No le maravillaría a usted que lo defendiera — dijo la joven, — si pudiera usted verle como le vi yo, luchando por mí con aquél horrible gorila. Si le hubiera usted visto abalanzarse contra el monstruo como se arrojaría un toro contra un oso gris, sin dar la menor muestra de temor ni de vacilación, le habría usted visto sus poderosos músculos reventar bajo la morena piel, si el hubiera usted visto forzar hacia atrás la pavorosa cabeza del mono, también usted le habría creído invencible. Y si hubiera usted visto su caballerosa conducta con una joven desconocida de una raza extraña, sentiría usted en él la misma confianza que yo siento.

—Ha ganado usted su pleito, mi hermosa abogada — exclamó el capitán. — Este tribunal juzga que el reo no es culpable, y el crucero esperará unos días más para que ese hombre tenga ocasión de volver a dar las gracias a la divina Porcia.

—¡Por amor de Dios, cariño! — exclamó Esmeralda. — ¿Es que vamos a estar en esta maldita tierra de animales carnívoros una vez que tenemos ocasión de escapar en el crucero?

—¿No te da vergüenza lo que dices, Esmeralda? — exclamó Jane Porter. — ¿Es esa tu gratitud al hombre que nos ha salvado la vida dos veces?

—Sí, será lo que tú dices; pero el Señor no nos crió para que estuviésemos aquí. Y él nos salvó para que pudiéramos irnos "lejos" de aquí. Creo que se incomodaría si viera que tenemos tan poco talento que nos hemos quedado después de darnos él ocasión de irnos. Yo esperaba que no tendría que dormir otra noche en este jardín "geológico" para escuchar todos esos solitarios ruidos que salen de la selva en cuanto oscurece.

—No te censuro, Esmeralda,—dijo Clayton, — y tienes razón cuando llamas "solitarios" a los ruídos de la selva. Yo no había podido encontrarles adjetivo adecuado; pero es verdad que son ruidos solitarios.

—Usted y Esmeralda harán bien en irse a vivir al crucero — dijo Jane Porter con sutil desprecio. — ¿Qué pensaría usted si tuviera que vivir toda su vida en la selva como ha hecho ese hombre?

—Paréceme que lo haría bastante mal en mi papel de salvaje — dijo Clayton, riendo de dientes afuera. — Esos ruidos nocturnos me ponen los pelos de punta. Quizá debiera darme vergüenza confesarlo, pero es la verdad.

—¡Quí sé yo! — dijo el teniente Charpentier. — Yo no he pensado mucho en el miedo, ni he tratado de determinar si soy cobarde o valiente; pero la otra noche, cuando estábamos en la espesura, después de la captura del pobre D'Arnot, y cuando los ruidos de la selva empezaron a sonar en torno de nosotros, me di a pensar que realmente era cobarde. No era el rugir y los gruñidos de las bestias feroces lo que más me afectaba, sino los ruidos cautelosos, los que de pronto se oyen cerca y cuya repetición se aguarda en vano; los inexplicables sonidos como de un cuerpo que se mueve casi sin hacer ruido, y el conocimiento de que no se sabe cuán cerca está, o si ha seguido deslizándose hacia uno después que ha cesado uno de oirlos. Eran esos ruidos... ¡y los ojos! "Mon Dieu!" Los veré ya toda mi vida en la oscuridad; los ojos que se ven, y los que no se ven, sino que se sienten. ¡Ah! ¡Esos son los peores!

Estuvieron todos callados un momento, y luego dijo Jane Porter, con un cuchicheo atemorizado:

—Y él está allí. Esos ojos le estarán mirando esta noche, y mirarán también a su camarada el teniente D'Arnot. ¿Pueden ustedes abandonarlos, señores, sin prestarle siquiera el auxilio pasivo de permanecer aquí unos cuantos días más, por si volvieran?

—¡Calla, calla, niña! — dijo el profesor Porter. — El capitán Dufranne está pronto a quedarse, y yo, por mi parte, estoy dispuesto, completamente dispuesto, como lo he estado siempre, a satisfacer tus caprichos de niña mimada.

—Podremos emplear el día de mañana en recobrar el cofre, profesor — sugirió mister Philander.

—Es verdad, es verdad, mister Philander; casi se me había olvidado el tesoro — exclamó el profesor Porter. — Es posible que el capitán Dufranne nos preste algunos hombres que nos ayuden, y uno de los presos para que nos indique la situación del cofre.

—Sí por cierto, querido profesor — dijo el capitán. — Estamos todos a sus órdenes.

Y así se convino que al día siguiente el teniente Charpentier tomaría un destacamento de diez hombres y con uno de los amotinados del "Arrow" en calidad de guía, iría a desenterrar el tesoro; y se convino también que el crucero permanecería una semana entera en la rada. Al fin de dicho tiempo deberían suponer que D'Arnot había muerto efctivamente, y que el hombre de la selva no volvería mientras ellos permanecieran allí. Luego, los dos buques zarparían con toda la partida.

El profesor no acompañó al día siguiente a los buscadores del tesoro; pero cuando hacia mediodía los vió volver con las manos vacías, se apresuró a su encuentro... Su preocupada indiferencia habitual había desaparecido por completo, para dar lugar a una actitud nerviosa y excitada.

—¿Dónde está el tesoro? — preguntó a Clayton cuando aún los separaba un centenar de pasos.

Clayton movió la cabeza.

—¡Desaparecido! — dijo al acercarse al profesor.

—¡Desaparecido! No es posible. ¿Quién podía llevárselo? — exclamó el profesor Porter.

—Sólo Dios lo sabe, profesor — —replicó

Clayton. — Podíamos haber pensado que el individuo que nos guiaba mentía acerca de la situación; pero su sorpresa y consternación al no encontrar el cofre debajo del cadáver del asesinado Snipes, eran demasiado reales para fingidas. Luego, nuestras azadas nos han indicado que "algo" se había enterrado debajo del cadáver, porque había habido un hoyo, y lo habían llenado con tierra suelta.

—Pero ¿quién ha podido llevárselo? — preguntó otra vez el profesor.

—La sospecha podría recaer, naturalmente, en los hombres del crucero, — dijo el teniente Charpentier — —si no fuera porque nuestro teniente Janviers asegura que ninguno ha bajado a tierra; que nadie ha salido de a bordo desde que anclamos aquí, salvo a las órdenes de algún oficial. No sé si recelarían ustedes de nuestros hombres, pero celebro que no haya ocasión de que sospechen de ellos, — terminó.

—Nunca se me habría ocurrido sospechar de los hombres a quienes tanto debemos — replicó cortesmente el profesor Porter. — Más pronto sospecharía de mi querido Clayton o de mister Philander.

Los franceses, tanto oficiales como marineros, sonrieron; era evidente que se les había quitado un gran peso de encima.

—El tesoro ha desaparecido hace algún tiempo — continuó Clayton. — Es más, el cadáver se nos deshizo cuando lo levantamos lo cual indica que se llevó el tesoro lo hizo estando el cuerpo todavía reciente, porque cuando nosotros lo descubrimos estaba intacto.

—Debieron de ser varios los ladrones— dijo Jane Porter, que se había unido a ellos. —Recuerden que se necesitaban cuatro hombres para llevar el cofre.

—¡Por Cristo! — exclamó Clayton.—¡Es verdad! Deben haber sido una cuadrilla de negros. Probablemente uno de ellos vió a los amotinados cuando enterraban el cofre, y volvió inmediatamente después con sus amigos, y se lo llevó.

—Es inútil hacer cálculos — dijo tristemente el profesor. — El cofre ha desaparecido. No lo veremos más, ni el tesoro que contenía tampoco.

Sólo Jane Porter sabía lo que la pérdida significaba para su padre, y nadie de los presentes sospechaba lo que implicaba para ella.

Seis días más tarde el Capitán Dufranne anunció que zarparían al día siguiente, por la mañana temprano.

Jane Porter habría solicitado un nuevo aplazamiento, si no hubiere sido porque empezaban a creer que su selvático amante no volvería más.

A su pesar empezó a abrigar dudas y temores. La sensatez de los argumentos de aquellos oficiales franceses comenzaba a convencer a la joven contra su voluntad.

No quería creer que aquel hombre fuera antropófago, pero la idea de que debía de ser miembro de alguna tribu salvaje fué poco a poco penetrando en su espíritu.

No podía admitir que hubiera muerto. Era imposible creer que aquel cuerpo tan perfecto, tan lleno de vida triunfante, pudiera cesar jamás de albergar la centella vital... Más fácil era creer que la inmortalidad era polvo.

Y cuando Jane Porter daba albergue a estas ideas, otras igualmente detestables se imponían por fuerza a su imaginación.

Si pertenecía a alguna tribu salvaje tendría una mujer salvaje también — una docena tal vez — —e hijos salvajes y mestizos. La joven se estremeció, y casi sintió alegría cuando le dijeron que el crucero se haría a la mar al día siguiente.

No obstante, ella misma indicó que se dejaran en la cabaña armas, municiones, víveres y objetos de comodidad, ostensiblemente para la inaccesible personalidad que se había formado de Tarzán de los Monos, y para D'Arnot, por si vivía aún; pero realmente, según esperaba ella, para su dios de la selva, aunque sus pies resultaran de barro.

Y en el último momento le dejó una carta, que había de transmitirle Tarzán de los Monos.

Jane Porter fué la última en salir de la cabaña, pues volvió a ella con cualquier pretexto trivial después que los otros hubieron partido hacia el bote.

Se arrodilló junto a la cama en que había pasado tantas noches y musitó una oración por la seguridad de su hombre pritivo. Luego, llevándose el medallón a los labios, dijo:

—Te amo, y porque te amo creo en ti. Pero aunque no creyera, siguiría amándote. Tenga Dios piedad de mi alma, para que yo lo reconozca. Si hubieras vuelto por mí, y no hubiera habido otro camino. te habría seguido a la selva... para siempre.

CAPITULO XXV

LA AVANZADA DEL MUNDO

Al sonar la detonación de su rifle vió D'Arnot que la puerta se abría, y la figura de un hombre se precipitaba de bruces sobre el suelo de la choza.

El francés, en su pánico, levantó el arma para disparar de nuevo contra el postrado cuerpo; pero de pronto, a la media luz que entraba por la puerta abierta, vió que el hombre era blanco, y un instante después se dió cuenta de que había disparado contra su amigo y protector, Tarzán de los Monos.

Con un grito de angustia saltó D'Arnot a su lado, y arrodillándose levantó la cabeza del caído en sus brazos, llamando en alta voz a Tarzán.

No obtuvo respuesta, y D'Arnot llevó el oído al corazón del hombre. Con gran alegría oyó su firme latir.

Cuidadosamente levantó a Tarzán hasta ponerlo en el catre, y después de cerrar y atrancar la puerta, encendió una de las lámparas y examinó la herida.

La bala, que le había pasado rozando el cráneo, dejó un rasguño superficial muy extenso, pero sin la menor señal de fractura.

D'Arnot exhaló un suspiro de alivio, y se puso a lavar la sangre del semblante de Tarzán.

Pronto el agua fresca le hizo revivir, y no tardó el hombre-mono en abrir los ojos y en mirar a D'Arnot con interrogativa sorpresa.

El teniente había vendado la herida con pedazos de tela, y cuando vió que Tarzán recobraba el sentido, se levantó, se acercó a la mesa y escribió unas líneas, que entregó al hombre-mono, explicándole la terrible equivocación que había cometido y cuán reconocido estaba a la Providencia al ver que no era más grave la herida.

Tarzán, despusé de leer sus línea, se sentó en el borde del catre y se echó a reir.

—No es nada — dijo en francés; y luego, como le faltaba vocabulario, escribió: "Si hubieras visto lo que me hicieron Bolgani, y Kerchak, y Terkoz, antes que yo los matara, te reirías de un arañazo como este".

D'Arnot entregó a Tarzán las dos cartas que habían dejado para él.

Tarzán leyó la primera con expresión de dolor. A la segunda le dió mil y mil vueltas, buscando la manera de abrirla, porque nunca había visto un sobre cerrado. Por fin se la dió a D'Arnot.

El francés le había estado observando, y sabía que el sobre tenía confuso a Tarzán. ¡Qué extraño que un sobre cerrado pudiese constituir un misterio para un hombre blanco! D'Arnot lo abrió y devolvió a Tarzán la carta.

Sentado en una silla de campaña, el hombre-mono extendió lá hoja escrita ante sus ojos y leyó:

"A Tarzán de los Monos: Antes de partir quiero añadir las gracias mías a las de mister Clayton por las bondades que ha mostrado usted al permitirnos el uso de la cabaña.

"Mucho hemos sentido que no se haya presentado usted a ser amigo nuestro. Nos habría agradado infinito ver a nuestro huésped y darle las gracias.

"Hay otra persona a quien quisiera dar las gracias también, pero esa no ha vuelto, aunque yo no puedo creer que haya muerto.

"No sé su nombre; pero es el gran gigante blanco que llevaba el medallón de brillantes en el pecho.

"Si usted le conoce y sabe hablar su lengua, dele las gracias de mi parte, y dígale que durante siete días he estado aquí esperando que volviera.

"Dígale también que en mi casa de América, en la ciudad de Baltimore, será siempre bien recibido si quiere presentarse en ella.

"Encontré una carta que me dejó usted entre las hojas de debajo de un árbol, cerca de la cabaña. No sé cómo ha llegado usted a quererme, cuando no me ha hablado usted nunca, y lamento mucho que sea verdad, porque he entregado ya mi corazón a otro.

"Pero le aseguro que será siempre su leal amiga.

Jane Porter".

Tarzán se quedó con la mirada fija en el suelo durante cerca de una hora. Para él era evidente, a juzgar por las cartas, que los firmantes de ellas no sabían que él y Tarzán de los Monos eran la misma persona.

—"He entregado ya mi corazón a otro"— se repitió una y mil veces.

¡Entonces no le amaba a él! ¿Cómo podía haber fingido amor, y haberle elevado a tal pináculo de esperanza, sólo para arrojarle luego a tan hondos abismos de desesperación.

Tal vez sus besos no habían sido más que muestras de amistad. ¿Cómo iba a saberlo él, que no conocía nada de las costumbres de los seres humanos?

Súbitamente se levantó, y dando las buenas noches a D'Arnot como había aprendido a hacerlo, se arrojó sobre la cama de helechos que había sido de Jane Porter.

D'Arnot apagó la luz y se tendió en el catre.

Durante una semana no hicieron casi más que descansar, mientras D"Arnot iba instruyendo a Tarzán en el uso del francés. Al cabo de la semana los dos hombres podían conversar con toda soltura.

Una noche, cuando estaban en la cabaña, sentados un momento antes de recogerse Tarzán se volvió a D'Arnot.

—¿Dónde está América? — le preguntó

D'Arnot señaló hacia el noroeste.

—A muchas millas al otro lado del mar — replicó. — ¿Por qué?

—Yo me voy a América.

D'Arnot movió la cabeza.

—Es imposible, amigo mío — contestó.

Tarzán se levantó, fué a uno de los armarios, y volvió con un atlas muy manoseado. Lo abrió por un mapamundi, y dijo.

—No he acabado de entender nunca esto. Explícamelo.

Cuando D'Arnot lo hubo hecho así, enseñándole que el color azul representaba toda el agua de la tierra, y los trocitos de otros colores los continentes y las islas, Tarzán le pidió que le señalara el paraje en que a la sazón estaba.

D'Arnot lo hizo así.

—Ahora enséñame América — dijo Tarzán.

Y cuando el francés señaló con el dedo la América del Norte, Tarzán sonrió y puso la mano sobre la página, cubriendo el gran océano que se extiende entre los dos continentes.

—Ya ves que no está muy lejos — dijo. —Apenas lo ancho de mi mano.

D'Arnot se echó a reir. ¿Cómo podría hacer comprender a aquel hombre?

Luego tomó un lápiz y señaló un punto de la costa de Africa.

—Este puntito, — dijo, — es muchísimo veces más grande en el mapa que tu choza en la tierra. ¿Comprendes ahora si está lejos?

Tarzán permaneció pensativo largo tiempo.

—¿Viven hombres blancos en Africa? — preguntó.

—Sí.

—¿Cuáles son los más próximos?

D'Aront señaló un lugar en la costa, al norte de ellos.

—¿¿Tan cerca? — preguntó Tarzán sorprendido.

—Sí, — contestó el teniente — pero no están tan cerca.

—¿Tienen barcos grandes para cruzar el mar?

—Sí.

—Entonces iremos mañana. — anunció Tarzán.

De nuevo sonrió D' Arnot moviendo la cabeza.

—Está demasiado lejos. Nos moriríamos antes de llegar a ellos.

—¿Deseas quedarte aquí para siempre? — preguntó Tarzán.

—No, — dijo D' Arnot.

—Entonces partiremos mañana. Esto no me gusta ya, Prefiero morir antes que estar aquí más tiempo.

—Bien, — dijo D' Arnot encogiéndose de hombros. También yo, amigo preferiría morir a permanecer aquí. Si tú te vas me iré yo contigo.

—Convenido, pues — dijo Tarzán. Mañana partiré para América.

—Y ¿cómo llegarás a América sin dinero? — preguntó D' Arnot.

—¿Qué es dinero? — interrogó a su vez Tarzán.

Largo tiempo tardó el teniente en hacerle comprender, aunque sólo a medias.

—¿Y cómo consiguen dinero los hombres? — preguntó Tarzán finalmente.

—Trabajan para ganarlo.

—No, amigo mío, — replicó D' Arnot. No necesitas apurarte por dinero, ni habrás de trabajar para ganarlo. Yo tengo bastante para dos, y aun para veinte; mucho más de lo que necesita un hombre; y tú tendrás todo el que te haga falta si alguna vez llegamos a sitio civilizado.

Así el día siguiente partieron hacia el norte por la costa, llevando cada una de ellos un rifle y municiones, además de ropa de cama y algo de alimento y utensillos de cocina.

Estos últimos le parecían un gran estorbo a Tarzán, por lo cuál tiró los suyos.

—Es preciso que aprendas a comer alimento guisado, amigo, — le reprochó D' Arnot. Ningún hombre civilizado come carne cruda.

—Bastante tiempo habrá cuando lleguemos a la civilización, — dijo Tarzán. No me gustan esas cosas, que no hacen más que estropear el sabor de la carne.

Durante un mes estuvieron viajando hacia el norte, hallando a veces alimento en abundancia y en cambio pasando hambre en otras ocasiones.

No vieron ni rastro de indígenas ni los molestaron las fieras. Su viaje fué un verdadero milagro de felicidad.

Tarzán hacía preguntas y aprendía rápidamente. D' Arnot le enseñaba muchos refinamientos de la civilización, incluso el empleo del cuchillo y del tenedor; pero a veces Tarzán los soltaba disgustado y tomaba la comida con los fuertes y atezados dedos, desgarrándola con los dientes como un animal salvaje.

Entonces D'Arnot le dirigía reproches, diciéndole:

—No debes comer como un bruto. Tarzán, cuando estoy yo tratando de convertirte en un caballero. "Mon Dieu!" Los caballeros no hacen eso... ¡es terrible!

Tarzán hacía muecas tímidamente, y cogía otra vez el tenedor y el cuchillo; pero en el fondo de su alma los detestaba.

Durante el viaje contó a D'Arnot lo del enorme cofre que había visto enterrar a los marineros, y le refirió cómo lo había desenterrado para llevárselo al lugar de reunión de los monos y enterrarlo allí.

—Debe ser el cofre del tesoro del profesor Porter — dijo D'Arnot. — Es una lástima, pero claro es que tú nada sabías.

Después Tarzán recordó la carta escrita por Jame Porter a su amiga: la que él había robado cuando por primera vez llegó la partida a su cabaña; y entonces supo lo que había en el cofre y lo que para Jane Porter significaba.

—Mañana volveremos por él — dijo a D'Arnot.

—¡Volver! — exclamó el teniente. — ¡Si llevamos ya tres semanas de marcha! Necesitaríamos tres más para volver al tesoro, y luego, con el enorme peso que, según tú dices, necesitaba cuatro hombres para llevarlo, tardaríamos meses en llegar otra vez a este sitio.

—Es preciso, amigo — dijo Tarzán insistiendo. — Tú puedes seguir tu camino hacia la civilización, y yo entre tanto volveré por el tesoro. Yo solo iré mucho más de prisa.

—Tengo yo un plan mejor, Tarzán — exclamó D'Arnot. — Iremos juntos hasta el primer poblado de colonos, y allí fletaremos un barco y volveremos a bajar por la costa en busca del tesoro, con lo cual los transportaremos fácilmente. Eso será más seguro, más rápido, y no exigirá que nos separemos. ¿Qué te parece el plan?

—Muy bien, — contestó el hombre-mono. El tesoro estara allí para cuando vayamos por él; y si bien yo podría ir recogerlo y estar otra vez contigo dentro de una a dos lunas, me sentiré más tranquilo por ti, sabiendo que no estás solo en camino. D'Arnot do veo lo poco que sabes valerte, D'Arnot me maravilla muchas veces de que la raza humana se haya librado del aniquilamiento en todas esas edades de que me has hablado. ¡Si Sabor, sola, podría exterminar a miles de vosotros

D'Arnot se echó a reir.

—Mepor idea tendrás de tu raza cuando hayas visto sus ejércitos y sus armadas, sus grandes ciudades y sus potentes obras de ingeniería. Entonces comprenderás, que es la inteligencia, y no los músculos, lo que hace al hombre más grande que todas las fieras de la selva. Solo y desarmado, el hombre no puede nada contra los animales más grandes, pero si se reúnen diez hombres, sabrán combinar su ingenio y sus músculos contra sus enemigos salvajes; en tanto que los animales, como no pueden reciocinar, no pensarán nunca en aliarse contra

el hombre. Si no fuese así, Tarzán, ¿Cuánto tiempo hubieras podido vivir tú en la espesura?

—Razón tienes, D' Arnot, — replicó Tarzán; — porque si Kerchak hubiera acudido en auxilio de Tublat la noche aquella del Dum-Dum, habrían acabado conmigo. Pero Kerchak no pensaba que podía valerse de aquella ocasión. Ni siquiera Kala, mi madre podía trazar planes para lo futuro. Se limitaba a comer la preciso, cuando lo necesitaba, y si los alimnetos eran escasos, aunque encontrara bastantes para varias comidas, no se le ocurría guardarlos. Recuerdo las veces que me llamaba tonto porque me cargaba con alimento de respuesto, y eso que le gustaba mucho comérselo conmigo, si uuestro camino no nos ofrecía nada de comer.

—¿Es que conociste a tu madre, Tarzán? — preguntó D' Arnot sorprenido.

—Sí. Era una mona muy grande y hermosa, más grande que yo, y que pesaba casi dos veces más.

—¿Y tu padre? — preguntó D' Arnot.

—A mi padre no lo conocí. Kala me dijo que era un mono blanco y sin pelo, como yo. Ahora comprendo que debió de ser un hombre blanco.

D' Arnot estuvo mirando largo rato a su compañero, con grave expresión.

—Tarzán, — dijo al fin, — es imposible que Kala, la mona, fuera tu madre. Si pudiera ocurrir semejante cosa, lo cual dudo habrías heredado tú algunas de las características del mono, y eso no ha ocurrido. Eres hombre puro, y yo diría que hijo de padres inteligentes y de elevado educación. ¿No tienes el menor indicio acerca de tu pasado?

—Ni el más mínimo, — replicó Tarzán.

—¿No encontraste en la choza ningún escrito que pudiera decir algo de la vida de sus primeros habitantes?

—He leído todo lo que había en la cabaña, con excepción de un libro, que ahora sé que está escrito en idioma distinto del inglés. Tal vez sepas tú leerlo.

Pescó Tarzán el pequeño diario negro del fondo de la aljaba, y se entregó a su compañero.

D' Arnot miró la página del título.

—Es el diario de John Clayton. lord Greystoke, noble inglés, está en francés, — dijo.

Y se puso a leer el diario escrito más de veinte años antes, y que contenía los detalles que ya conocemos; la relación de las aventuras; penalidades y dolores de John Clayton y de su mujer Alicia, desde el día en que salieron de Inglaterra hasta una hora antes de matar Kerchak al caballero.

D'Arnot leía en voz alta. A veces se quebraba su voz, y se veía obligado a detenerse ante la lastimera desesperación que se transparentaba entre las líneas del manuscrito.

De cuando en cuando miraba a Tarzán; pero el hombre mono estaba sentado en cuclillas, como una imagen de talla, y con los ojos clavados en el suelo.

Sólo al hablar del nene recién nacido, variaba el tono del diario, haciéndose distinto de la habitual nota de desesperación que se había infiltrado en él gradualmente después de los primeros meses en la playa africana.

Entonces los párrafos estaban teñidos de una felicidad apagada, que era todavía más triste que lo restante.

Uno de los asientos del diario mostraba un espíritu casi esperanzado:

"Hoy nuestro nene cumple los seis meses. Está en el regazo de Alicia, junto a la mesa en que escribo. Es un niño feliz, sano y hermosísimo.

"No sé cómo, contra toda razón, me parece verlo hombre crecido, ocupando el lugar de su padre en el mundo, como el segundo John Clayton, y aumentando los honores de la casa de Greystoke.

"Ahora, como para dar a mi profecía el peso de su aval, acaba de agarrar mi pluma con su puñito regordete, y sus menudos deditos manchados de tinta han impreso su sello en esta misma página".

Y, en efecto, al margen de la página, estaban las huellas medio borradas de cuatro deditos, y de la mitad exterior del pulgar.

Cuando D'Arnot hubo terminado de leer el diario, los dos hombres permanecieron en silencio durante unos minutos.

—¿Qué estás pensando, Tarzán de los Monos? — preguntó por fin D'Arnot. — ¿No te aclara este librito el misterio de tus padres? ¡Es evidente que eres lord Greystoke, hombre!

Tarzán movió la cabeza.

—Ese libro habla sólo de un niño, — replicó. — Su esqueleto estuvo en la cuna, donde debió de morir por falta de alimento, desde que por primera vez entré yo en la cabaña hasta que el profesor Porter lo enterró, con su padre y su madre, al lado de la choza. Ese era el niño de que habla el libro, y el misterio de mi origen es más hondo que antes; porque últimamente se me ha ocurrido la posibilidad de que la choza fuera el lugar en que nací. Pero mucho me temo que Kala dijo la verdad, — terminó tristemente.

UN BASTONCITO

—¿Cómo es que a nuestro barco le falta el palo mayor?

—Porque cuando llegamos a tierra el capitán lo desmonta para que le sirva de bastón.

PINTURERIA

—¡Ah! ¿es Gerardo el que te está pintando? A mí me hizo un pastel.
—¡Pues a mí, ya lo ves, me está haciendo un buñuelo!

D'Arnot movió la cabeza. No estaba convencido, y en su espíritu había surgido la resolución de probar la certeza de su hipótesis, porque había descubierto la clave que únicamente podía conducir a revelar el misterio, o dejarlo para siempre en el reino de lo inconjeturable.

Una semana más tarde los dos hombres dieron de pronto en un claro de la selva.

A lo lejos había varios edificios rodeados de una fuerte empalizada. Entre los dos amigos y ésta se extendía un campo cultivado en que trabajaban bastantes negros.

Los dos se detuvieron al borde de la selva virgen.

Tarzán puso en su arco una flecha envenenada, pero D'Arnot le sujetó el brazo.

—¿Qué vas a hacer, Tarzán? — le preguntó.

—Tratarán de matarnos si nos ven, — replicó Tarzán. — Prefiero ser yo el que los mate.

—Tal vez sean amigos, — apuntó D'Arnot.

—Son negros, — fué la respuesta del hombre mono.

Y de nuevo tendió el arco.

—¡No hagas eso, Tarzán! — exclamó D'Arnot. — Los hombres blancos no matan sólo por matar. ¡Mon Dieu! ¡Cuánto tienes que aprender! Compadezco al pendenciero que se te ponga por delante cuanto te lleve a París. ¡Chico, trabajo me va a costar librar tu cuello de la guillotina!

Tarzán bajó el arco y sonrió.

—No sé por qué he de matar a los negros de mi selva y no he de matar a los de aquí. Supón que Numa, el león, cayera de un salto en medio de nosotros. Según tú, yo tnedría que decirle: "Buenos días, señor Numa. ¿Cómo está madame Numa?"

—Espera a que salten sobre tí los negros, —replicó D'Arnot, — y entonces podrás matarlos. No pieneses que los hombres son tus enemigos hasta que lo demuestren.

—Vamos, — dijo Tarzán, — vamos a presentarnos a que nos maten. — Y se dirigió al través del campo, con la cabeza muy alta y expuesta al sol tropical, que de lleno azotaba su lisa y atezada piel.

Detrás de él llegó D'Arnot, vestido con ropas desechadas en la cabaña por Clayton cuando los oficiales del crucero francés lo equiparon en forma más presentable.

De pronto una de los negros levantó la vista, y al ver a Tarzán, se volvió, gritando, hacia la empalizada.

Al instante se llenó el aire de gritos de terror de los fugitivos jardineros, pero antes de llegar a la valla salió un blanco, rifle en mano, a descubrir la causa de aquel alboroto.

Lo que vió le hizo echarse el arma a la cara; y Tarzán de los Monos habría vuelto a probar el plomo si D'Arnot no hubiera gritado al hombre que apuntaba el rifle:

—¡No dispare! ¡Somos amigos!

—¡Alto, entonces! — replicó el hombre.

—¡Para, Tarzán! — exclamó D'Arnot.— Cree que somos enemigos.

Tarzán se detuvo, y él y D'Arnot avanzaron luego por la verja.

El colono los miró lleno de perplejidad y asombro.

—¿Qué clase de hombres son ustedes?— preguntó en francés.

—Blancos, — replicó D'Arnot. — Hemos estado mucho tiempo perdidos en la selva virgen.

El hombre, que había bajado el rifle avanzaba a la sazón con da mano extendida.

—Soy el padre Constantino, de la misión francesa de aquí, — dijo, — y celebro mucho acogerles a ustedes.

—Le presento a usted al señor Tarzán padre Constantino, — replicó D'Arnot señalando al hombre-mono; y cuando el sacerdote tendió la mano a Tarzán, añadió D'Arnot: — Y yo me llamo Paul D'Arnot, de la armada francesa.

El padre Constantino tomó la mano que le tendía Tarzán, a imitación del acto del sacerdote, en tanto que éste abarcaba de una mirada rápida y penetrante el soberbio cuerpo y el hermoso rostro del hombre mono.

Y así llegó Tarzán a la primera avanzada de la civilización.

Una semana permanecieron allí, y el hombre mono, que era perspicaz observador, aprendió mucho de las costumbres de los hombres, en tanto que las negras cosían unos trajes blancos de dril para él y para D'Arnot, con objeto de que continuaran el viaje decorosamente vestidos.

CAPITULO XXVI

LAS ALTURAS DE LA CIVILIZACION

Un mes después estaban en un grupito de edificios en la boca de un ancho río, y allí Tarzán vió muchos buques, y se sintió lleno de la timidez habitual en los seres salvajes a la vista de muchos hombres.

Poco a poco se había ido acostumbrando a los extraños ruidos y a las singulares costumbres de la civilización, de manera que ya nadie habría podido decir que, dos meses escasos antes, aquel guapísimo frances de inmaculado traje de dril, que se reía y charlaba con los más alegres hombres, había andado desnudo, saltando de rama en rama, por los bosques primitivos, para caer sobre alguna víctima desapercibida, que había de llenar, cruda, su salvaje estómago.

Tarzán manejaba ya tan exquisitmente como el pulido D'Arnot, el cuchillo y el tenedor que un mes antes había arrojado de sí con tanto desprecio.

Tan aprovechado discípulo había sido, que el joven francés había trabajado asiduamente para hacer de Tarzán de los Monos un cumplido caballero en lo que atañía a la finura de modales y de lenguaje.

—Dios te hizo caballero de alma, querido, — le había dicho D'Arnot, — pero es preciso que su obra trascienda también al exterior.

En cuanto llegaron al puertecito, D'Arnot cablegrafió a su gobierno que estaba sano y salvo, y pidió una licencia de tres meses que le fué concedida.

También puso un cablegrama a sus ban-

queros pidiéndoles fondos; y la forzosa espera de un mes, que a ambos los tuvo consumidos, se debió a que no les era posible fletar un buque para volver a la selva de Tarzán en busca del tesoro.

Durante su estancia en la ciudad costera "monsieur Tarzán" fué el asombro de blancos y negros, merced a varios incidentes que a él le parecieron las cosas más naturales del mundo.

Una vez un negrazo, enloquecido por la bebida, empezó a alborotar y aterrar a la ciudad, hasta que su mala estrella le condujo a la terraza del hotel en que se hallaba el gigantesco francés del pelo negro.

Subiendo, cuchillo en mano, los anchos escalones de la terraza, el negro se encaminó en derechura a un grupo de cuatro hombres sentados a una mesa, que tomaban su inevitable ajenjo.

Lanzando gritos de alarma, los cuatro se dieron a la fuga, y entonces el negro se fijó en Tarzán.

Con un rugido se abalanzó sobre el hombre-mono, en tanto que media docena de cabezas se asomaban a las protectoras ventanas y puertas para presenciar la matanza del pobre francés por el gigantesco negro.

Tarzán hizo frente al ataque con la sonrisa de luchador que arrancaba siempre a sus labios el júbilo de la batalla.

Cuando el negro llegó cerca de él, unos músculos de acero agarraron por la muñeca la levantada mano, y un solo tirón la dejó colgando del hueso roto.

Con el dolor y la sorpresa, la locura abandonó al negro, y cuando Tarzán se volvió a sentar en su butaca, el borracho, gritando de dolor, se precipitó ciego hacia la aldea indígena.

En otra ocasión, comiendo Tarzán y D'Arnot con otros blancos, recayó la conversación sobre los leones y su caza.

Estaban divididas las opiniones respecto de la bravura del rey de los animales, pues algunos sostenían que era un cobarde de siete suelas; pero todos convenían que experimentaban una sensación de mayor seguridad cuando empuñaban sus rifles al sentir que el monarca de la selva andaba rugiendo en torno de un campamento durante la noche.

D'Arnot y Tarzán habían convenido en mantener secreto el pasado de este último, de manera que sólo el oficial francés conocía

ALPINISMO

El guía: — Ustedes oirán el rugido de las cataratas en cuanto esas señoras cesen de charlar.

la familiaridad del hombre-mono con las fieras de la selva virgen.

—Monsieur Tarzán no nos ha dicho nada — exclamó uno de la partida. — Un hombre tan valeroso como él, que ha pasado largo tiempo en Africa, según tengo entendido, debe haber tenido aventuras con leones, indudablemente.

—Algunas, — contestó secamente Tarzán. — Lo bastante para saber que todos ustedes están en lo cierto respecto a las características de los leones... que han encontrado ustedes. Pero lo mismo se podría juzgar de los negros por el individuo que se volvió loco la semana pasada, o decir que todos los blancos son cobardes porque se ha encontrado con un blanco que lo era. Hay mucha personalidad en los animales inferiores, caballeros; casi tanta como en nosotros mismos. Hoy podemos salir al bosque y encontrarnos con un león que sea architímido, y que huya al vernos. En cambio mañana podremos encontrar a su tío, o a su hermano gemelo, y nuestros amigos se preguntarán por qué no volvemos de la selva. En cuanto a mí, yo he creído siempre que el león es feroz y por eso no me coge nunca desprevenido.

—Poco sería el placer de la caza, — repuso el primero que había hablado, — si le diera a uno miedo lo que va a cazar.

D'Arnot sonrió. ¡Tarzán tener miedo!

—No sé a punto fijo qué entiende usted por miedo, — dijo Tarzán. — Como los leones, el miedo debe ser cosa distinta en los diversos hombres; pero para mí el único placer de la caza es saber que el animal cazado tiene facultades para hacerme tanto daño como yo a él. Si yo saliera con un par de rifles y un escopetero y con veinte o treinta ojeadores para cazar un león no me parecería que éste tenía probabilidades de salir vivo y el placer de la caza se disminuiría en proporción al aumento de seguridad que yo sintiera.

—¿Entonces habrá que suponer que monsieur Tarzán preferiría ir desnudo a la selva, armado sólo con un cuchillo de monte, para matar al rey de los animales? — dijo el otro riendo jovialmente, pero con un dejo de sarcasmo en el acento.

—Y con un pedazo de cuerda — añadió Tarzán.

En aquel momento sonó en la lejana selva virgen el grave rugido del león, como retando a cualquiera que se atreviese a entrar con él en la palestra.

—Ahí tiene usted la ocasión, monsieur Tarzán, — dijo el francés con acento de zumba.

—No tengo hambre — contestó sencillamente Tarzán.

Los hombres se echaron a reir, todos menos D'Arnot. El solo sabía que un animal salvaje había hablado y expresado aquella sencilla razón por boca del hombre-mono.

—Pero le da a usted miedo como nos daría a cualquiera de nosotros ir allá desnudo y armado sólo con un cuchillo y un pedazo de cuerda — dijo el zumbón. — ¿No es cierto?

—No, — replicó Tarzán. — Sólo los locos realizan sus actos sin razón suficiente.

—Cinco mil francos podrán ser suficiente razón — dijo el otro. — Le apuesto a usted esa cantidad a que no es usted capaz de traer un león de la selva en las condiciones que hemos dicho: desnudo y armado sólo con un cuchillo y un pedazo de cuerda.

Tarzán miró a D'Arnot y movió la cabeza.

—Ponga usted diez mil francos, — dijo el teniente.

—Hecho, — contestó el otro.

Tarzán se levantó.

—Tendré que dejar la ropa al borde del poblado con objeto de tener algo que ponerme para ir por su calles si no vuelvo antes de ser de día.

—No se irá usted ahora de noche,—dijo el que había apostado.

—¿Por que no? — replicó Tarzán. — Numa sale de noche... será más fácil encontrale.

—No, — dijo el otro. — No quiero que caiga la sangre de usted sobre mi cabeza. Bastante temeridad será ya que vaya usted de día.

—Voy ahora — replicó Tarzán; y se encaminó a su habitación en busca del cuchillo y de la cuerda.

Los demás hombres lo acompañaron hasta el borde de la selva virgen donde Tarzán dejó sus ropas en un pequeño almacén.

Cuando se disponía a entrar en la negrura de la maleza trataron de disuadirle; y el que había apostado era el que más insistió en que abandonara su temerario propósito.

—Convengo en que ha ganado usted — dijo; — y los diez mil francos le pertenecen si renuncia usted a ese descabellado intento que sólo puede terminar en su muerte.

Tarzán rompió a reir y un moento después lo había devorado la selva. Los hombres permanecieron silenciosos unos momentos, y luego dieron despacio la vuelta y se volieron a la terreza del hotel. Apenas hubo entrado Tarzán en el bosque cuando se lanzó a los árboles y con triunfante sensación de libertad comenzó a moverse de una a otra rama.

¡Aquello era vida! ¡Ah, cuánto la amaba! La civilización no encerraba nada semejante en su estrecha y circunscrita esfera, ribeteada de restricciones y convencionalismos. Las mismas ropas eran un estorbo y una molestia.

Por fin estaba libre. No había comprendido anteriormente hasta qué punto era prisionero.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

EL MISTERIO DEL PANTANO

Por GUY THORNE

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Es esta una novela digna de ser considerada como extraordinaria, no solo por su argumento interesante sino también por la acción y el colorido, tan magistralmente interpretados a través de todo el relato por Guy Thorne, autor de varias novelas de este género, y que se han distinguido por el interés que despertaron enttre los lectores.

Resumen de lo publicado anteriormente

Charles O'Roucke es apoderado de sir Roland Morstone, un noble de Cornwall en Inglaterra, que habita el castillo de Morstone Hall, cerca de la localidad de Zerrán, en cuyos alrededores tiene también su casa O'Roucke.

Este último ha sido nombrado juez del mencionado distrito, en reemplazo de sir Roland Morstone, quien, desde hace algún tiempo, se halla gravemente enfermo.

En su carácter de magistrado, O'Roucke ha tenido que dirigir todas las diligencias llevadas a cabo con el fin de esclarecer cuatro crímenes misteriosos, llevados a cabo en un corto espacio de tiempo en la meseta donde se halla ubicado el pantano de Zerrán, una región completamente deshabitada.

En vista del misterio que rodea a los crímenes a que hacemos referencia, O'Roucke ha solicitado a la policía de la ciudad de Plymouth el envía de un detective competente para que trate de esclarecer los crímenes que han sido perpetrados en las personas de Isaiah Tresohella, hacendado de la región, la señorita Lucy Johus, y los habitantes Matthews y Mellon.

Las autoridades policiales envían entonces a Zerrán al inspector de detectives Peters, a quien relata O'Roucke todo lo acontecido, con todos sus detalles, informándole, al mismo tiempo que la población de Zerrán ha establecido un servicio nocturno de patrullas para vigilar la meseta del pantano.

Peters se retira del chalet de O'Roucke, asegurándole que él mismo va a practicar todas las investigaciones, y el juez, tranquilizado, dispónese a continuar sus cotidianas tareas.

En ese momento llega un enviado de sir Roland Morstone, anunciando que el dueño de Morstone Hall se halla gravemente enfermo, y solicitando de O'Roucke fuera al castillo.

Al llegar allí, O'Roucke halla a su superior en cama, y en cuanto sir Roland lo ve, le comunica que no tiene ningún inconveniente en acceder al pedido que O'Roucke le ha formulado acerca de la mano de Majorie, única hija de los esposos Morstone.

O'Roucke no puede creer la novedad, puesto que sir Roland siempre se ha opuesto a esas relaciones, pero su asombro se hace aun mayor, cuando el anciano Morstone le refiere un gran secreto acerca de la joven.

Cuéntale sir Roland que un antecesor, tres generaciones antes, había dejado una enorme fortuna en manos del Estado, disponiendo que fuera devuelta a su descendiente de más edad y de sexo femenino el día de Navidad de ese año.

O'Roucke queda estupefacto, y sir Roland le ruega quiera cuidar bien la persona de Marjorie, temiendo que sea víctima de algún atentado criminal.

O'Roucke le promete cumplir ese deseo, y sir Roland, después de llamar también a Marjorie, da a ambos la bendición y muere.

Una semana después del sepelio de los restos de sir Roland Morstone, pude preocuparme recién un poco de mis asuntos.

Todos los trastornos provocados por la repentina desaparición de sir Roland cayeron, naturalmente, sobre mis hombros. La señora de Morstone estaba completamente anodada por la desaparición de su esposo, y, por otra parte, jamás se había preocupado de la administración de sus propiedades.

Fué anunciado oficialmente mi compromiso matrimonial con Marjorie y tomé en mis manos todos los asuntos de la familia, por más que, prácticamente, yo ya los administraba desde hacía unos dos años antes.

Un sábado a la tarde, en que mis ocupaciones me lo permitieron, fuí a visitar al detective Peters, quien seguía hospedándose siempre en el mismo hotel.

Lo encontré cómodamente rellenado en un sillón.

—Y bien, Peters, — dije, — ¿qué novedades me cuenta usted en el asunto de los misteriosos asesinatos del pantano?

—No he podido averiguar absolutamente nada, — dijo, — todo está tan oscuro como cuando yo llegué aquí.

—¿Y no se explica usted tampoco esos crímenes?

—No, sólo puedo creer que sea la obra de algún fantasma, escapado del infierno.

Miré un tanto disgustado al hombre que contestaba a mis preguntas con esa calma, sabiendo que yo había puesto toda mi confianza en él; pero como si Peters hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Señor O'Roucke, he hecho todo cuanto estuvo a mi alcance para esclarecer este misterio. He establecido una guardia por toda la región del pantano, valiéndome de agentes, tan bien disfrazados, que los propios pobladores de Zerrán no los conocen. Me agradaría que usted me acompañase esta noche a recorrer los distintos puestos que he establecido, para cerciorarse personalmente de lo que he hecho en procura del esclarecimiento de este misterio. Señor O'Roucke, todo profesional tiene su orgullo, y yo tahmbién tengo el mío. Debo considrar que e también tengo el mío. Debo considerar que un asunto criminal, un detective sólo puede vencer o fracasar y yo me declaro, esta vez vencido. A las diez de la noche, podemos vernos en Carn Malva, para recorrer toda la región del pantano.

Me despedí de Peters, dirigiéndome en seguida a Mendilion.

Era esta una pequeña villa, al pie de Carn Malva, y, a alguna distancia, sobre esta colina, hallábase una vieja construcción, en parte habitable y, en parte, en ruinas, conocida con el nombre de Torre de Mendillion. La construcción había sido en un tiempo un monasterio, cosa por cierto rara en la provincia de Cornwall. Había pasado por varias manos, habiendo permanecido deshabitada por espacio de los últimos diez años.

Sin embargo, hacía unos seis meses, habían llegado a la vieja construcción una serie de trabajadores, sabiéndose entonces que la vieja casa había sido alquilada.

Después de algún tiempo supimos mayores detalles acerca del recién llegado. Era, en cierto modo, un hombre famoso, y era conocido con el nombre de profesor Ogiloy, diciéndose que se contaba entre los primeros naturalistas de su tiempo, habiendo efectuado varios viajes de exploración a las regiones de las selvas vírgenes de Sud América.

Era autor de varios libros de Historia Natural, especializados en la fauna y flora de Sud América.

Pues bien, ese nombre tan distinguido había resuelto, por fin, radicarse definitivamente en Inglaterra, alquilando, por tal motivo la Torre de Mendillion.

Los Morstone habían tenido la intención de ir a visitarle desde hacía bastante tiempo ya, pero nunca habían podido efectuar la visita debido a la enfermedad de sir Roland.

El profesor Ogilvy era viudo y tenía una hija, y la señora de Morstone había creído que su hija Marjorie hallaría una amiga distinguida en la hija del profesor.

Cuando llegué a la vieja casa, pude ver que, en efecto, había sufrido importantes cambios. Los muros del jardín habían sido refaccionados, una nueva verja de hierro había ocupado el lugar de la antigua y los caminos del interior del jardín habían sido cubiertos por completo con pedregullo nuevo. La vieja puerta de roble había sido nuevamente lustrada y una campanilla instalada a un lado de la misma.

Cuando llamé, la puerta se abrió inmediatamente, produciéndome la primera sorpresa de las muchas que iba a experimentar aun, después, aquella misma tarde.

Un hombre, correctamente vestido, abrió la puerta. Pero un hombre que se distinguía por completo del resto de los seres humanos, que yo había vista en mi vida; pues su tez, que cubría los huesos de la cara, tenía un color semejante a la membrana de un tambor.

Un negro verdadero no me hubiera producido ninguna impresión; pero aquel hombre de raza indefinible, hízome sobresaltar.

Sin embargo, al preguntarle por el deuño de casa, me contestó on la mayor amabilidad que estaba en casa, llamando de inmediato con una campanilla a otro sirviente, para que se hiciera cargo de mi caballo.

En seguida, el mayordomo me hizo pasar a un gran hall, en que se veían muebles por cierto un tanto exóticos. Pero no tuve mucho tiempo para mirar los objetos que me rodeaban, pues a los pocos segundos se abrió una puerta, y el dueño de casa vino a mi encuentro.

Era un hombre de statura baja, tez bronceada, ojos azules y de modales sumamente delicados.

En una palabra, no parecía estar en absoluto de acuerdo con la imagen que había formado en mi mente aecrca de la personalidad del explorador sudamericano.

El hombre me estrechó afectuosamente la mano, entrando a conversar conmigo desde el principio, con la misma soltura, como si hubiéramos sido viejos amigos.

Conversamos de distintos temas, yendo por fin a caer en el tema del pantano, que se hallba tan cerca de la Torre de Mendillion en que vivía el profesor Ogilvy.

—Me han dicho que ha organizado usted todo muy bien, para llegar al esclarecimiento del misterio.

—He hecho cuanto he podido, con la cooperación de todos los habitantes de la región.

—Muy bien, — djo el profesor, saltando de la silla, — yo también quiero cooperar con usted en el esclarecimiento de ese misterio.

Lo miré durante un segundo, como queriendo decirle que ponía seriamente en duda, lo que él pudiera hacer en pro del esclarecimiento del famoso misterio del pantano; pero el hombre pareció adivinar mis pensamientos, puesto que sus infantiles facciones tomaron una expresión de resolución y dijo:

—Señor O'Rouke, usted seguramente no conocerá mis condiciones; pero he de decirle que en muchas ocasiones he perseguido a hombres hasta alcanzarlos. Las selvas vírgenes de Sud América no tienen secretos para mí. Quiero conocer hasta en sus menores detalles la organización que usted ha creado para poder tomar parte, de tanto en tanto, en la vigilancia nocturna del pantano.

Agradecí su mucha voluntad.

—Señor O'Rouke, — continuó diciendo el profesor, — el misterio de este pantano me ha interesado vivamente, y, por ello he resuelto ayudar en su esclarecimiento. Trae a mi memoria el recuerdo del puma sudamericano, que, durante todo el día, persigue a su víctima, hasta que, entrada la noche, la ataca de improviso y...

En ese momento entró la hija del profesor dando muestras de alegría y la conversación que había versado sobre un tema tan trágico quedó, de inmediato, interrumpida.

Contrariamente a lo que esperaba la señorita Ogilvy era una joven delgada, de formas casi perfectas, al punto que estoy por afirmar que era una de las jóvenes físicamente más bonitas que había visto en mi vida; pero en cambio, me produjo de inmediato una impresión de antipatía. Sus facciones eran hermosas; pero su aspecto era el de una persona enfermiza. Su color era casi verde. En cuanto la vi, noté que me había engañado al creer que aquella joven podría llegar a ser una amiga de Marjorie.

La hija del profesor Ogilvy ya me había llamado la atención por su extraña conversación, pero mi sorpresa fué en aumento cuando observé que el tema que en ese momento abordamos pareció gustarle extraordinariamente, puesto que sus facciones cobraron una emotividad que no había notado en ellas anteriormente, y la joven quería que le explicara el asunto de los crímenes que tanto preocupaban en esos momentos a toda la comarca con los menores detalles, mostrando un interés por conocer todos los puntos desagradables de esos acontecimientos, que, después de poco tiempo, on pudo menos que asquearme.

Por tal motivo, aprovechando un momento en que el profesor hablaba de sus numerosos viajes de exploración por América, para cambiar el tema de la conversación, que, sin embargo, volvió a recaer ya hacia el final de mi visita nuevamente sobre los crímenes del pantano, puesto que el profesor, después de mostrame su valiosa colección de animales tropicales, y de referirse a su sirviente, diciéndome que era un indio descendiente de aquellos Incas del Perú, me informó que tendría el mayor gusto en acompañarme esa misma noche en mi jira por el pantano, en compañía del detective Paters, agregando que vendría con el indio de que me había hablado pocos momentos antes, y que, según sus declaraciones, poseía cualidades detectivescas extraordinarias. Tratándose de una personalidad como la del profesor, no pude oponerme a que fueran satisfechos sus deseos, conviniendo en que lo esperaría lo mismo que a su sirviente y compañero, en las ruinas de las minas que se hallaban en el medio del pantano, a las once de aquella misma noche.

Después me despedí del profesor, yendo nuevamente a mi casa, donde llegué a tiempo para cenar. Estaba ocupado en esa tarea, cuando llamaron a la puerta, y, pocos momentos después, entró el detective en esa tarea, cuando llamaron a la puerta y pocos mcentos después entró el detective Peters.

Su aspecto, en cuanto le vi, me causó terror, puesto que estaba intensamente pálido, y emocionado.

En pocas palabras me dijo que el ruido extraño del pantano había vuelto a ser oído esa noche, y que, seguramente tendríamos oportunidad de vivir un momento de verdadera emoción, en cuanto nos trasladáramos al pantano.

Por mi parte, le referí que había ido a visitar al profesor Ogilvy y que éste me había pedido como un favor especial que le permitiera acompañrnos esa noche al pantano, en compañía del indio, pedido al que no había podido oponerme.

El detective Peters me dijo que él, por su parte, no tenía tampoco ningún inconveniente en ello, tratándose del profesor Ogilvy, que era ua verdadera otoriedad, y que dado su extraordiario carácter no le extraña en absoluto que me hubiera formulado semejante pedido.

Est;bamos refiriéndonos brevemente a la curiosa personalidad del profesor y de su hija, cuando una motocicleta se detuvo frente a mi domicilio, y pocos minutos después, entraba en la habitación en que yo me hallaba en compañía de Peters, un agente de éste, con la noticia de que en el vecino pueblo de St. Ives había asido detenido un individuo sopechoso, que no sabía dar porfienores sobre sus medios de vida ni su presencia en la región, coincidiendo además su llegada a Cornwall, con la iniciación de los crímenes cuyo esclarecimiento se procuraba en esos momotos.

El detective Peters preguntó si se tenían mayores informes sobre el individuo en cuestión, a lo qué contestó negativamente el agente, terminando por pedir al detective que pasara por la comisaría de St. Ives a primera hora de la mañana siguiente, con el fin de interrogar personalmente al detenido.

Peters accedió al pedido del agente, retirándose éste nuevamente.

Pocos momentos después, y previa preparación de las antorchas eléctricas y de los revólvers, salí de mi casa en compañía de Peters, dirigiéndome al pantano, para ubicarme en los alrededores de las ruinas, donde debía esperar al profesor Ogilvy.

Todo estaba oscuro en derredor y sólo se oía de tanto en tanto el grito de algún animal propio del pantano, y el lejano rugir del mar. Estaba conversando con Peters, de repente, una mano posóse sobre mis hombros, llenándome de inmediato de terror y estu-

NO TIENE "LAZARILLO"

—¿Pero usted no era ciego?
—¡Sí, señora; pero se me perdió el perro!...

ERA RESISTENTE

—Es lo más nuevo que hay.
—Sí; pero perderá el color en seguida.
—No lo crea; hace diez años que lo tenemos en casa y no ha mudado nada.

pefacción. No había oído a nadie que se acercara a mí, y, sin embargo, sentía palpablemente el peso de la mano. Ya iba a tomar mi revólver para hacer fuego contra el desconocido, cuando éste se dió a conocer como el mismo profesor Ogilvy.

Por cierto me pareció de mal gusto la broma del profesor; pero pronto olvidé la emoción que pocos momentos antes me embargara, y comenzamos a ahblar con Ogilvy sobre distintos temas. Peters, por su parte, se despidió en esos momentos de nosotros, informándonos que tenía necesidad de efectuar la jira, con objeto de ver si todos sus hombres estaban en sus puestos.

Ogilvy y yo, quedamos solos, y el explorador reanudó, para pasar el tiempo, el relato de sus extraordiarias aventuras. El indio, por su parte, penetró en el pantano, dispuesto a hacer un reconocimiento por su cuenta.

Sería aproximadamente la media noche, cuando informé a mi compañero, que era conveniente que tambien nosotros hiciéramos un pequeño reconocimiento, convinendo que, al primer signo de peligro, cualquiera de nosotros llamaría la atención del otro, disparando varios tiros de revolver.

En ese momento , comencé, a sentir un silbido, al principio apagado; pero que se hizo cada vez más estridente, y que podía ser comparado al pue produciría una bala de gran tamaño, atravesando el aire a una velocidad extraordinaria. Era el ruido deque había hablado Peters, el tragiso ruído del pantano, que se acercaba siempre más a mi.

Sentí que un sudor frío recorría mi médula espinal, y, antes de que pudiera reaccionar, pude comprobar que había sido envuelto en algo así como un enorme remolino, que me hacía jirar sobre mi propio eje con extraordinaria velocidad. Nada se veía en derredor. El desmayo amenazó quitarme el conocimiento; pero, antes, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, logré sacar del bolsillo mi revólver y disparar tres tiros consecutivos. Después, no oí ni sentí ya nada...

Cuando voví en mi, me ví rodeado por un grupo de personas, tendido en el suelo. Comprendí que acababa de despertar de. desmayo y que esas personas estaban haciendo todo lo que estaba a su alcance para devolverme el conocimiento. Poco tiempo después, ya con la mente despejada, pude preguntar al agente que estaba más próximo a mí lo que había pasado.

—¿No ha visto usted nada? — me preguntó.

—No, — contesté, — sentí el ruido y me ví envuelto en un aremolino, perdinedo, después el conocimiento.

—Pues eso mismo es lo que ha ocurrido en otras oportunidades antes de que otra víctima, cayera fulminada por la tragedia del pantano.

—¿Cómo? — dije, — ¿hay otro muerto?

—Sí, — me contestó el hombre, — el detective Peters ha sido esta vez el elegido. El misterio, pues, se ha agravado...

En efecto, a pocos metros del lugar en que yo me hallaba, también en la carretera del pantano, el detective yacía, con la cara tapada por un pañuelo...

SEGUNDA PARTE

La narración de Mr. Dudley Burdon, el periodista

Era muy fácil de ser arrestado. Yevons, el director del "Telégrafo", de Londres, me sugirió la idea, haciéndome presente que, con ello, sería posible agregar un capítulo muy interesante a las crónicas que yo escribía diariamente para el gran diario sobre "El misterio del pantano de West Cornwall". El título sólo "Nuestro enviado arrestado", llamaría la atención de los lectores.

Hacía tres días que había llegado a aquella región, resolviendo cambiar diariamente de alojamiento. No había tenido el menor contacto con ninguno de los miembros de la policía, ni con ninguno de los agentes especiales, que vigilaban la región, la que se hallaba, virtualmente, en un verdadero estado de sitio. Estaba seguro de que me resultaría más conveniente recolectar todos los datos de fuentes oficiosas, para evitar que fuera identificada mi misión de periodista.

Esta era la primera gran oportunidad que se me presentaba en mi carrera. Hacía aproximadamente un año que había ingresado en la redacción del más moderno de los grandes diarios ingleses. Quería demostrar mis condiciones. Al principio, Yevons, el director del "Telégrafo" no se había interesado mayormente por la idea de enviarme a Cornwall, debido a que los corresponsales locales y la Agencia de la Prensa suministraban a diario una serie de noticias al "Telégrafo". Pero, por fin, la cosa quedó resuelta y como Philipson, el jefe de la sección "Noticias de policía" se hallaba en Monte Carlo, con el fin de enviar crónicas sobre los ladrones del Casino, la tarea de ir a Cornwall recayó en mí.

Conseguí, finalmente, ser detenido a eso de las cuatro de la tarde, por un joven agente de policía de Tren Crom. Todos mis documentos y demás papeles, que hubieran podido servir a la policía para identificarme, los había escondido cuidadosamente en el patio de la casa de campo en que había pasado la última noche. Mi valija y mis ropas eran, pues, completametne enigmáticas. Como no hay ninguna ley que obliga a un detenido a dar detalles sobre su vida privada a la policía, yo me negué rotundamente a contestar las preguntas que, sobre este particular, me dirigieron los empleados policiales, y, como además, simulé estar algo nervioso, conseguí de inmediato ser alojado en el calabozo de la comisaría regional.

Era en tiempos de verano, y el calabozo estaba limpio, por lo que, mayormente, no me sentí muy incómodo en el mismo.

Los empleados superiores de la comisaría, habían sostenido largas conferencias sobre mi probable personalidad y estaban seguros de haber detenido, al fin, al terrible criminal, que tanto había dado que hacer a las autoridades con sus misteriosos crímenes.

Yo, por mi parte, sentía cierta satisfacción, al pensar en la cara que harían todos esos hombres, cuando yo les revelara mi misión.

A la mañana siguiente iba a ser llevado ante las autoridades judiciales; pero mi plan estaba ya preparado. Sabía que Charles O'Rourke, de quien había sido compañero de estudios en la Universidad de Cambridge, vivía sólo a cinco millas de allí, y pensé mandar a llamarlo a la mañana siguiente.

Comprendí que los empleados policiales se sentirían, naturalmente, perplejos y culpables por mi injustificada detención, y resolví hacerme amigo de todos ellos, diciéndoles que renunciaría a todos los daños y perjuicios, y que hasta me comprometía a no publicar en el "Telégrafo" el desagradable incidente, si ellos se declaraban conformes, en cambio de ella, de suministrarme todos los datos que fueran teniendo en adelante, antes que a los corresponsales locales y a la Agencia de la Prensa. El "Telégrafo" tendría, así, las noticias antes que los otros diarios.

En ese momento se abrió nuevamente la puerta de la celda y entró mi amigo Charles O'Rourke, en compañía de un inspector.

Charles quedó como herido por un rayo.

—Hola, Charles, — le dije, — ¿qué le parece la acción de estos señores en mi perjuicio?

O'Rourke estaba rojo como una grana.

—¿Usted conoce a ese caballero? — preguntóle el inspector que le acompañaba.

—¿Si lo conozco? — dijo O'Rourke. — Ya lo creo. Es uno de mis mejores amigos y fué compañero mío de la Universidad de Cambridge. Actualmente, es redactor del "Telégrafo", de Londres.

—He venido de Londres para hacer una crónica sobre los sucesos de este pantano y fuí ilegalmente detenido por la estupidez de estos señores, — proseguí.

Como puede imaginarse, fuí puesto en libertad inmediatamente, y las autoridades policiales se deshicieron en disculpas, prometiéndome el mayor apoyo, en cambio de mi declaración de que no diría nada al "Telégrafo" sobre el desagradable incidente.

Un momento después, salí con O'Rourke en su automóvil, decidido a contribuir al esclarecimiento del extraordinario misterio, agravado por la muerte del inspector Peters, acaecida la noche anterior, casi ante los ojos del propio O'Rourke y de los guardianes del pantano.

Mi viejo amigo estaba terriblemente nervioso e intranquilo. Noté claramente su extraordinaria excitación, mientras manejaba su coche. Yo, por mi parte, no había permanecido, tampoco, indiferente a los últimos acontecimientos; pero me conducía en diferente forma. Yo había venido para investigar, y triunfar si podía. En ocasiones anteriores había visto un sinnúmero de horrores. También debo hacer notar que, habiendo abordado mi misión, como un extraño, no tenía prejuicios de ninguna clase.

Al poco de iniciar el viaje, comencé a hablar a Charles de mis proyectos.

—Hemos de sostener una larga conversación, — le dije, — pues quiero preguntarle una serie de cosas, de que nadie le ha hablado, seguramente, hasta ahora.

—Comprendo sus deseos, Burdon; pero tenga en cuenta que Peters, el conocido detective, se perdió completamente en este misterioso asunto. No es humano resolverlo...

—Lo que una inteligencia humana ha edificado, otra es capaz de desentrañar. Ahora, escúcheme bien. Tengo la policaí de mi lado. Ellos no harán nada en contra de mí y me facilitarán todos los datos. Ese ha sido el motivo, por el cual les induje a detenerme. Ahora bien, yo quiero que usted me ubique en un lugar, donde pueda trabajar activamente, sin que sea conocida mi presencia...

—¿Por qué no viene a vivir conmigo en Zerrán?

—De ninguna manera. En un día, todo el mundo conocería mi presencia allí.

—Entonces venga conmigo a Morstone Hall. Lady Morstone le dará a usted hospitalidad y los sirvientes recibirán instrucciones de guardar silencia. A menudo hablé con Marjorie de usted.

—Perfectamente, ese lugar me parece más adecuado, siempre que lady Morstone no tenga inconvenientes en darme alojamiento.

—¿Conoce usted Morstone Hall?

—Hasta en sus menores detalles, Charles. He trabajado en los tres días que llevo aquí...

En es momento, nos detuvimos con el coche en la chacra de Tren Crom, donde busqué todas mis anotaciones, siguiendo luego a Morstone Hall.

Una vez llegado a la casa señorial de los Morstone. Charles me preesntó a lady Morstone y a Marjorie, manifestándose ambas encantadas en que yo eligiera la mansión como alojamiento; para dirigir desde allí mis esfuerzos, tendientes a desentrañar el extraordinario misterio.

Durante toda la tarde, y mientras Charlie había salido, yo me entretuve paseando por los jardines con la joven Marjorie Morstone.

A la hora de la cena, mi amigo volvió, y, después de los postres, quedé solo con él en el salón de fumar.

Charles O'Rourke cerró cuidadosamente la puerta, y yo comencé la importante conferencia.

—Voy a ir derecho al grano, Charlie.

—¿Ha formado usted alguna hipótesis?

—Sí, dos o tres; pero pensando detenidamente, he llegado a la conclusión, que todos estos crímenes tienen el fin de eliminar a una determinada persona...

—Pero, ¿cómo se explica entonces que hayan sido varias las víctimas?

—Porque el medio que emplea el criminal aun no es perefecto. Puedo asegurarle, Charles, que es usted la persona a quien alguien tiene interés en eliminar. Anoche se hizo la tentativa; pero fracasó. En cambio, el criminal consiguió deshacerse de otro enemigo temible: el detective Peters. En cuanto a los medios de que se cale el criminal, lea usted esto.

Saqué de mi bolsillo un corto artículo de

unas mil palabras, entregándoselo. Charles lo leyó con cuidado.

— Cómo? ¿Dice usted que ha sido observado en la costa un extraño yate? ¿Cómo ha podido usted recibir esas informaciones?

—No son informaciones exactas, sino que las he redactado para el "Telégrafo". Llegará allá mañana por la noche y lo publicarán el jueves por la mañana.

—¿Y con eso?

—Lo leerán los culpables y descuidarán su guardia durane dos o tres días, creyendo que estamos siguiendo una pitsa equivocada... ¿Tiene usted la tarjeta que acompañaba ese ramo de flores exóticas que había en el comedor y que lady Morstone me dijo que se lo había regalado un vecino?

Charlie contestó afirmativamente, entregándome la tarjeta del profesor Ogilvy, con el escudo de Medillion Tower.

—Bueno, Charles, como le iba diciendo. El criminal está interesado en la desaparición de una persona... ¿Qué le pasa? ¿Veo que palidece usted? Cuénteme, por favor, todo lo que sepa, O'Rourke, que sabré guardar el mayor secreto.

Después de pensarlo durante un largo tiempo, Charles O'Ruorke me refirió todo el relato que, antes de morir, le hiciera el anciano Morstone sobre la enorme riqueza de su hija, si ésta viviera hasta el día de Navidad.

Cuando Charlie terminó, le tomé la mano instintivametne.

—Charlie, — dije, — ¿no se le ha ocurrido jamás relacionar esos crímenes con el relato que acaba de hacerme?

—Lo he pensado· pero no me he atrevido a pensar mayormente en ello.

Yo me puse de pie de un salto.

—Charlie, — dije, — proteja usted a Marjorie. Yo veo todo claro, ahora. Deme tres días y le resuelvo el misterio. ¿Tiene usted aquí su coche?

—Sí, en el garage.

Miré el reloj.

—Tengo tiempo suficiente para alcanzar el tren de la media noche, que va de Penzance a Londres, — dije.

—¿Cómo, Dudley, nos va a dejar usted? —me preguntó Charles.

—Por un par de horas solamente, Charles. Tengo que ir a Londres, pues únicamente allí puedo averiguar una cosa, que me interesa saber. Es únicamente en Londres donde podemos hallar el eslabón necesario para completar la cadena. Llegaré a Londres a las seis de la mañana. Podré volver a tomar el tren después del almuerzo y estar de regreso aquí, mañana, antes de la media noche. Mientras tanto no descuide a Marjorie ni durante un segundo...

Mr. CHARLES O'ROURKE TERMINA SU RELATO

Veinticuatro horas habían pasado desde el momento en que Dudley Burden abandonara Morstone Hall en viaje para Londres y aun no había tenido noticias de mi amigo, quien con su extraordinaria sagacidad, y no obstante el misterio que envolvía todo el asunto, había logrado explicarme todo con tan maravillosa claridad.

Había tomado todas las precauciones que mi amigo me aconsejara, estableciendo una guardia policial especial cerca de las habitaciones de Marjorie.

Eran las diez de la noche, y estaba yo en el hall de la mansión de los Morstone, esperando la vuelta de Burden, cuando sentí que alguien llamaba a la puerta. Llevé mis manos al revólver que llevaba en el bolsillo e invité al desconocido a que entrara. Con verdadero alivio, reconocí entonces a mi amigo, quien acababa de regresar hacía pocos minutos de Londres.

—He estado pascando por el pantano antes de venir y he encontrado allí, en compañía de uno de los agentes al profesor Ogilvy, a quien hice leer una crónica que va a aparecer mañana en el "Telégrafo". El hombre estuvo inmediatamente de acuerdo con mis declaraciones sobre el extraño yate, e hizo todo lo que estuvo a su álcance para encauzar las pesquisas en ese sentido. Yo, por mi parte, estaba convencido de que lo iba a hacer así...

—¿Y de tu viaje a Londres?

—Cuando tu me contaste la cuestión de le enorme herencia de Marjjorie Morstone pensé inmediatamente en el inmenso peligro en que se hallaba esa joven, y decidí averiguar si había alguna persona que pudiera justificar su parentesco con sir Jacob Chayne, aquel ricacho que legó la enorme fortuna, y que, por lo tanto, pudiera tener interés en la desaparición de Marjorie. Y bien en cuanto abrí el Herald's College, donde se hallan las documentaciones sobre todos los árboles genealógicos. Allí debía figurar naturalmente, la familia de Chayne con todos sus descendientes. Yo no tenía ningún motivo para sospechar de nadie; pero el hecho de coincidir la llegada del profesor Ogilvy con la iniciación de los crímenes, y, como este personaje, en su papel de cartas lucía una corona, indicio de nobleza, me propuse averiguar si él no estaba emparentado con los Chayne. Y, después de conscientes investigaciones, pude comprobar que, efectivamente, si bien no en línea directa, por lo menos, en colateral, el profesor era un descendiente de sir Jacob Chayne, y que, si Marjorie Morstone moría antes del día de Navidad, la hija del profesor sería la única heredera de la inmensa fortuna...

—Pero eso es imposible...

—No perdamos tiempo en discusiones inútiles. Puedo asegurarle que, esta noche Marjorie no se halla en peligro, porque todo el mundo cree en el cuento del yate, y el mismo profesor se halla en el pantano. Por lo tanto, Mendillion Tower se halla hoy completamente exento de vigilancia y lo mejor será que vayamos allá, para registrar la casa por completo y convencernos así de la inocencia del profesor, quien, por ahora aparece como el más probable culpable de todo.

Pocos minutos después, debidamente armados y con las mayores precauciones, llegamos a Mendillion Tower. La casa se ha-

llaba completamente a oscuras, e introduciéndonos por una ventana, nos fué fácil registrarla por completo, hallando toda clase de instalaciones extrañas, explicables si se consideraban las aficiones científicas del profesor. Por fin, llegamos a la torre, y cuando entramos en la pequeña habitación, pudimos comprobar allí la existencia de una instalación radiotelefónica completa...

Estábamos inspeccionando ese aparato, cuando sentimos ruido de pasos, e inmediatamente nos ocultamos detrás de un cortinado. Pocos segundos después, la puerta de la pequeña habitación se abrió y penetró en ella, Polilla, el sirviente indio del profesor Ogilvy. En su mano llevaba un recipiente lleno de un jarabe espeso, del cual habíamos visto varios tarros en el sótano, y en él flotaban unos trozos de carne cruda.

Inmediatamente de entrar el indio, y en momentos en que nos daba la espalda, Burden lanzóse sobre él y en pocos minutos nos fué posible tenderlo en el suelo, debidamente sujeto, mientras que mi activo compañero le aplicaba el caño de su revólver en la sien.

—Hemos descubierto todo lo que han estado haciendo ustedes, — dijo mi compañero, — y si quieres evitar de que te mate ahora mismo, muéstrame el arma que han utilizado ustedes para cometer sus crímenes.

el rostro del indio se asemejaba a una máscara; y, por más que, al principio, no quiso decir nada, pareció reflexionar después, y contestó:

—Es una avispa.

—Muéstramela.

Mi amigo puso al indio de pie y, de inmediato el curioso sujeto nos llevó en dirección a una pequeña puerta, que abrió, mostrando en el interior una pequeña habitación en la que se veía una jaula de madera, con una ventanilla de tejido de alambre en un costado y una puerta en otro. El indio, aterrorizado y deseando seguramente escapar de nuestras manos, abrió rápidamente la puerta, y entró en la jaula, volviendo a cerrarla nuevamente, después. Por un minuto, quedamos perplejos; pero, después, nos acercamos a la ventanilla, pudiendo ver entonces que, de un rincón de la pequeña habitación, salió una enorme avispa, del tamaño de una rata, aproximadamente, que, después de evolucionar sobre el indio, posóse sobre sus hombros.

Un segundo después, un aguijón penetraba en el cuerpo del infeliz, que cayó inmediatamente al suelo, rígido.

Sin perder un minuto, y cuando la avispa enorme abandonaba su víctima, Burden pasó el caño de su revólver por el tejido de alambre e hizo fuego sobre el monstruo. La bala dió en el blanco, y, pocos minutos después el animal moría...

* * * *

Cuando salimos de Mendillon Tower ya el dia comenzaba a aclarar. Era indudable que el misterio estaba a punto de esclarecerse Aquella avispa gigantesca era el arma que el profesor había empleado para deshacerse de los que consideraba peligrosos para el resultado final de su plan. La rigidez cadacérica de Polilla había sido en un todo semejante a la de las victimas del pantano...

Caminamos en dirección a la estación de policía en que había pasado la noche el profesor Ogilvy, completamente ignorante de nuestras investigaciones en Mendililon Tower. Pero, en medio del camino, nos encontramos con él.

Antes de que pudiera abrir la boca para saludarme, Dudley Burden le había enfocado con su revólver.

El profesor conservó admirablemente su sangre fría.

—Esa bestia que ha empleado usted en sus crímenes ha muerto, — le dijo mi amigo, — lo mismo que su sirviente...

—Cuantos accidentes. ¿Y mi hija?

—Está bajo vigilancia.

—Pues quiero hacerle presente que ella nada tiene que ver con este pequeño asunto... Y, ahora, seguramente querrán ustedes saber más detalles, ¿verdad? Pues bien, la avispa que ustedes han visto es un ejemplar que he criado después de quince años de continuas experiencias. Se trata del animal que posee el veneno más violento que se conoce. La perfección a que había llegado en mis estudios, me hacía posible, en el último tiempo, dirigir esa avispa por medio

DOBLE

—Usted acaba de ser padre: veo dos gemelos.

—Perdone, señora; de uno solo.

—Es verdad; pero como tengo doble vista todo lo que veo tengo que dividirlo por dos.

ACUSACION

—¿Cómo se me puede acusar de falsificar una firma, a mí, que no sé firmar?
—No se le acusa de haber falsificado su nombre sino el de Platón Platudis.

de las ondas hertzianas, desde la torre. Además, esas avispas se muestran irritadas por ciertos perfumes.

—Como ser el de las flores que envió a Marjorie Morstone, ¿verdad?
—Efectivamente, ya veo que han desentrañado ustedes todo el misterio.
—Y el de los bombones que usted me ofreció, ¿no es así?
—Efectivamente.

En ese momento, antes de que pudiéramos evitarlo, el hombre sacó de su bolsillo una cajita, y de ella sacó un confite, que tragó en menos de medio segundo. Un instante después, estaba muerto...
En el último momento, el astuto criminal se había burlado de nosotros...

* * * *

Y, después, toda Europa comentó el extraño misterio y veinte mil personas concurrieron al Museo de West Kensington, donde, en un recipiente de vidrio, se exhibía la enorme avispa, criada tan hábilmente...

Pero jamás llevé a Marjorie a verla, después de contraer enlace con ella.

GUY THORNE.

FIN.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . „ „	12.00 „

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

Y corriendo a abrir el cuarto en que se hallaba encerrada Luisa Prevot, la condujo de una mano y salieron todos, dejando solos a los dos viejos.

XXII

UN BUEN CONSEJO

Mientras llega el día en que juzgaremos a propósito dar a conocer al lector la conversación que tuvieron esa noche Rocambole y Malvina, es preciso ahora transportarnos al otro extremo de París, en la barrera de la Villette, y entraremos en el "Conejo Enamorado", uno de los marchantes de vino más acreditados de aquel barrio.

En el salón del primer piso, hormigueante de una clientela de ambos sexos, cuya mayor parte consumían ensaladeras de vino azucarado, última palabra de la galantería entre los caballeros de aquella clase social, notaremos a tres individuos sentados en una mesa cerca de la ventana, en donde están conversando mientras consumen un litro de a quince.

Estos tres personajes, conocidos del lector, son Collin, el tío Vulcano y Rascal, el ex patrón de la taberna de la "Providencia".

El tío Vulcano tiene el aspecto melancólico, Collin no está alegre, y en cuanto a Rascal, parece preocupado.

—¡Este canalla de dinero! — exclamó de pronto el tío Vulcano dando con el puño encima de la mesa, es sorprendente como se os funde entre las manos. Todavía hace apenas quince días, en plena grandeza, en el apogeo de la fortuna, tirando el oro a manos llenas, siendo el blanco de las miradas de esas damas del mostrador, el niño mimado de las hermosuras de la Barrera del Combate, jugando de lo lindo, arriesgando los billetes de Banco como un príncipe, comiendo conejos a diario, pero de los auténticos, en los más espléndidos restaurants de la Barrera de las Tres Coronas, pagando botellas de "embotellado" a todos los camaradas, todos los refinamientos, todas las glorias, todos los triunfos.. ¡Vamos! y hoy... ¡nada! ¡Se acabó! las deudas, las penurias, las humillaciones, las sobras por todo regalo, y el aire despreciativo de las damas del mostrador, a las que tan a menudo había invitado uno a matar la lombriz. ¡Tal es la vida! ¡Miseria humana! ¡Mirad! ¡Los hombres me dan asco!

—Sí, sí, — dijo Rascal, — ya supe por los otros que os habíais regalado de lo lindo, y todo esto, como un socarrón, sin acordarse de los amigos. Ved, tío Vulcano, ¿queréis que os hable francamente? Eso lo encontré de poco gusto: ¿beber solo? No lo hace un hombre galante.

—Acaso sabía por dónde andabáis vos? — respondió el ex modelo; — preguntadle a Collin si no ha tomado parte en todos mis festines, y si durante estos quince días lo dejé volver nunca a su casa con los bolsillos vacíos.

Collin tomó la mano del tío Vulcano, la estrechó fuertemente contra la suya y con una entonación a la que no era extraño el vino:

—Tío Vulcano, — le dijo, — te has portado como verdadero amigo, como un hermano; no has bebido un solo vaso de vino sin mí: y estas cosas, ¡mira! no se olvidan nunca.

Luego, sacudiéndole la mano con fuerza, añadió, con vox enternecida:

—¡Tío Vulcano! ¡A muerte y a vida!

—¡Pero hombre! — exclamó Rascal, — ¿habíais heredado, entonces?

—Sí, — respondió el ex modelo, — heredé... un cuadro.

—¡Un cuadro! ¡Cáspita! Hay algunos que representan una fortuna.

—¿Y a quién se lo contaréis! Aquél valía cien mil francos.

—Y os habéis comido cien mil francos en quince días.

—¡Eh, entendámonos! Los valía, pero no me dieron tanto.

—¿Pero, en fin, siempre lo habréis vendido en cincuenta mil?

—¡Ah, sí, sí; bien se ve que no conocéis al marchante que me lo compró.

—¿Y cuánto os ha pagado?

—Cinco mil francos.

—¡Pero eso es un robo!

—¡Pardiez! ¿pero qué quereis? Ya está he-

SPORT Y CANSANCIO

—¿Por qué le pega usted?

—Porque es un sinvergüeza. Ayer fuê a correr un "cross" de Madrid a Vallecas y ahora porque le mando por accite de ricino "pa" purgarlo no "quié" bajar la escalera.

cha la tontería. El vino está sacado, hay que beberlo.

—Desgraciadamente ya está bebido, he aquí el mal, — dijo Collin meneando la cabeza melancólicamente.

—¡Cómo! — exclamó Rascal, cruzándose de brazos. — ¿Habéis sido robado escandalosamente, estáis fundido hasta los huesos, cuando vuestro traje debía estar forrado de billetes de banco, y os contentáis con lamentaros? ¡Ah, vamos, tío Vulcano, sois cándido en demasía, y salvo el debido respeto, bien se ve que debíais tener el rol de palomo en la sociedad. Habíais nacido para ser desplumado.

El ex modelo contempló a Rascal con aire sorprendido y humillado a la vez.

—¿Y qué queréis que haga? — le preguntó, — ¿y cómo saldríais del paso, vos, que os hacéis el guapo?

—Nada más sencillo; iría a encontrar a mi hombre y le diría, poco más o menos: Mi viejito: dejémonos de historias; has abusado de mi inocencia para despojarme como un cordero; esto no puede ser; mi cuadro vale cien mil francos, pagándomelo en diez mil, haces un negocio loco; conque son cinco mil francos más que me vás a soltar en seguida; sino voy y te denuncio al dueño de la tela. Porque ya sabéis, tío Vulcano, eso de la herencia no me lo he tragado. Vuestros antepasados, no hay duda, eran muy ricos en virtudes, pero completamente desprovistos de galerías de cuadros.

—Rascal, — respondió el modelo gravemente, — es preciso hacernos justicia, — tenéis buen olfato; — el cuadro no proviene de un antepaasdo, al contrario, pero permitidme que os diga que vuestra idea no es tan viable como creéis.

—¡Bah!

—El comprador es un viejo zorro que me responderá a su vez: "Mi viejito, si quereis denunciar, denuncia cuanto te diere la gana, harás muy mal en privarte de ese placer; únicamente que no seré yo quien será ensartado, sino tú. Yo diré que ignoraba el precio del cuadro que te compré en cinco mil francos, y en todo caso el precio de una obra de arte es cuestión de puro capricho; en tanto, a tí te intimarán que declares dónde tomastes la tela, y no podrás contestar que te ha caído en el hombro cuando pasabas por debajo de las ventanas de un taller. ¡Y bien! mi pobre Rascal, ¿qué me dices de esto! ¡Lucido! ¿Eh?

—Absolutamente, pero apesadumbrado sí, — respondió el ex tabernero con una sonrisa algo desdeñosa; — si siento encontrar tan poco jugo en un caletre de cincuenta y cinco años.

—¿Y qué responderíais vos a eso, señor diplomático?

—Estas sencillas palabras: Mi viejo de mi alma: si dentro de cinco minutos no me has colocado tus cinco billetes de a mil en esta mano que ves aquí, antes de una hora estaré en casa del propietario del cuadro, al que yo mismo me voy a denunciar, añadiendo: Juradme que me perdonaréis y os acompaño en seguida a casa del viejo canalla que me ha aconsejado el golpe y me pagó cien mil francos por la tela. Encantado de volver a entrar en posesión de su cuadro, dicho propietario no vacilará en perdonarme, y tú serás, mi amado viejo, a quien ensartarán bajo la doble inculpación de cómplice y de encubridor.

—¡Hola, hola! — exclamó el tío Vulcano, clavando en Rascal una mirada de admiración; esa sí es una linda idea, ¿sabéis? para espantar a mi hombre y hacerle soltar la mosca.

—Pero, — repuso Rascal, — no basta una buena idea; — es preciso además servirse de ella, tener astucia y lengua suelta.

—Es positvo, — dijo el modelo, — y si yo conociese un abogado que quisiera encargarse de este asunto...

No hay que contar con ello; encontraría el asunto podrido, como dicen; el abogado devuelve con mucho gusto un asesino a la sociedad, sobre todo, cuando es uno bien cargado de crímenes; esto le da auge en el foro; pero los cuadros, jamás; es cuestión que no hace ruído.

—Es lástima; yo le habría ofrecido de buena gana cien francos y una comida en una barrera de su elección.

—Es incitante, — dijo Rascal.

Y añadió después de una pausa:

—¡Decidme, tío Vulcano!

—¿Qué hay?

—¿Decís que cien francos y una comida...

—En una barrera a elección. Conocería alguno famoso....

—Conocía uno que acaba de ser nombrado guardasellos y ya comprenderéis....

—Comprendo. No puede dejarlos, puesto que lo pagan para guardarlos.

—¡Y bien! escuchadme; yo nocozco a alguien que se encargaría del asunto con mucho gusto bajo dichas condiciones, y que os responde del éxito.

—¿Un abogado?

—Algo mejor que eso. El que ha concebido la idea.

—¿Vos, Rascal?

—¿Me creéis a mí peor que otro?

—No, a fe mía.

—Fijáos en que, siendo la idea mía, yo la comprendo naturalmente mejor que nadie y que, además, estimulado con el cebo de un billete de cien y de una comida a carta cabal, haré milagros por salir en bien.

—Y tenéis razón, — exclamó el ex modelo. — ¡Y bien! Convenido; vos quedáis encargado del negocio.

—Entonces, — dijo Rascal, — sería preciso poner manos a la obra inmediatamente, hoy mismo tal vez. Quién sabe si mañana sería demasiado tarde.

—Tenéis razón — exclamó el tío Vulcano golpeándose la frente — ahora me acuerdo que el viejo macaco debía ir a venderlo en Inglaterra; — ¡con tal que no haya partido ya!

—Bueno, pues, ni un minuto que perder, dijo Rascal.

Y levantándose bruscamente

—¿El domicilio del parroquiano?

—Mardochée, calle Des Buttes.

—¿Número?

—¡Diablo! nunca me fijé en el número.

—En la esquina de la calle de las Acacias, en casa del especiero.

—No os olvidáis más que del barrio.

—En Montmartre.

—Decís Mardochée, entonces es un judío; ¿es verdad?

—Precisamente.

—Voy corriendo, y dentro de media hora me veré cara a cara con mi hombre.

—Y dentro de dos horas podéis estar aquí.

—Sí, pero es preciso prever los obstáculos.

—En ese caso, hasta mañana por la mañana.

—¿Sitio?

—Aquí mismo, a las diez, almorzaremos.

—¡Vamos, me voy y contad con los cinco billetes de a mil.

Y partió, dejando al tío Vulcano deslumbrado con la perspectiva de las inumerables diversiones que veía ya elevarse en el horizonte.

XXIII

EN POS DEL CUADRO

Al salir del establecimiento del "Conejo enamorado", Rascal torció o la derecha y enfiló la calle de Flandes hasta el boulevard exterior. Cuando llegó allí, dirigió una mirada a derecha e izquierda, pretendiendo buscar a alguien. Apercibió por fin a un individuo que permanecía parado en la vereda, en una absoluta inmovilidad.

Fué derecho a él y pronunció este nombre:

—¡Christián!

El hombre de la blusa se dió vuelta; Rascal lo reconoció:

—¡Ya está! — le dijo.

—¿Conocéis al comprador? — preguntó vivamente el que respondía al nombre de Christián.

—Sí.

—¿Quién es?

—Un judío llamado Mardochee.

—¡Ah! ¡viejo canalla!

—¿Lo conocéis?

—De fama; es la Providencia de todos los aprendices de Rafael; les vende alhajas, adornos, cachivaches para sus queridas, en cambio de cuadros. Esta clase de pago hace a los artistas poco escrupulosos en cuanto al precio, y allí el viejo zorro realiza negocios estupendos.

—Por el estilo del que ha concluído con el tío Vulcano.

—¿Cuánto le pagó por el cuadro?

—Cinco mil francos.

Christián pareció quedar estupefacto.

—Vale ochenta mil. Está seguro de venderlo a un particular. ¿Dónde vive?

—En Montmartre, calle des Buttes.

—Es preciso verlo hoy mismo.

—Así me parece.

En el boulevard estacionaban cantidad de carruajes. Tomaron uno, recomendando al cochero que se apresurase, y al cabo de media hora estaban en Montmartre, en la calle mencionada. Rascal no tardó en dar con la casa que le había indicado el tío Vulcano.

—Entremos, — dijo — únicamente que vos quedaréis en la portería; podríamos asustar a nuestro parroquiano, presentándonos dor en su casa.

—Sí, es más prudente.

—¿El señor Mardochée? — preguntó Rascal al conserje.

—Acaba de salir, señor.

—¿A qué hora debe volver?

—No vuelve hoy.

—¡Cómo! ¿duerme fuera?

—Y por varias noches, porque comprende un viaje largo.

—¡Ira de Dios! — exclamó Rascal — ¡qué fatalidad!

—¿No llevaba algo consigo?

—Precisamente, un cuadro.

—¡Demasiado tarde! — dijo Rascal a su compañero con acento desesperado, — ha ido a venderlo.

—Maldición! — exclamó este último a su vez. Y dirigiéndose al portero:

—¿Sabéis a qué estación se ha dirigido?

—A la estación del Norte.

—Ya caigo, dijo Christian a Rascal, va a venderlo en Inglaterra.

—¡Quedamos lucidos!

—Tal vez.

—¿Qué quereis decir?

—¿A qué hora salió de aquí? — preguntó el amigo de Rascal al conserje.

Este dirigió una mirada al reloj.

Señalaba las ocho y media.

—Hace media hora justa.

—¡A las ocho! Sería preciso saber a qué hara sale el tren para Calais.

—Tal vez el señor lo encuentre en este libro que se le quedó a un antiguo inquilino y que el tío Mardochée consultó también antes de salir.

Aquel libro era una Guía Conti.

Christián la hojeó rápidamente y no tardó en encontrar lo que buscaba.

—No está todo perdido, — dijo.

—¿A qué hora sale el tren? — preguntó Rascal.

—A las nueve y veinticinco.

—Si nuestro caballo es duro, tal vez podríamos...

—No hay caballos malos. Lo que hay únicamente son propinas buenas y malas.

—Entonces, vámonos pronto

—Os compro esta Guía Conti, — dijo Christián.

Y tomando el libro, puso cinco francos en manos del portero que quedó encantdo de aquella pichincha.

Un instante después estaban en el coche y Rascal dijo al cochero:

—¡Estación del Norte! Hay diez francos de propina si llegamos en un cuarto de hora.

—¡Estaremos! — dijo el auriga recogiendo las riendas.

Y haciendo silbar el látigo por entre las orejas de su jamelgo:

—Vamos Coquito, — le dijo, para corregir por medio de una lisonja lo que aquella caricia tenía de duro; un pienso doble te prometo si me haces ganar estos diez francos,

¿eh? ¡Vamos! ¡Coco, vamos! ¡un lindo golpe de pechera! no se trata hoy de dormitar en el camino, es el momento de recordar a tus antepasados y los laureles que recogistes en otro tiempo en las carreras de Longchamps. ¡Ah! ¡pobre viejo! El buen tiempo concluyó para nosotros. Phaetón fulminado, caí también de mi tilbury hasta este pescante banal y poco lucrativo; y tú, ahí estás despeñado de los antiguos triunfos de las carreras, entre los pértigos de un mal fiacre. ¿Qué quieres? Así va el mundo, pobre viejo, es preciso resignarse.

Coco, que parecía comprender el lenguaje de ese hombre de caballo, víctima como él de los golpes de la suerte, encontró por un momento sus antiguas patas que tanto dinero habían hecho ganar a sus diversos amos, y el cuatro de hora había transcurrido apenas, cuando el coche se paraba delante de la magnífica fachada de la estación del Norte

Rascal echó pie a tierra, entregó quince francos al cochero y se precipitó con su compañero a la inmensa galería en que se paseaban los viajeros antes de entrar en las salas de espera.

En aquel momento había poca gente y no tardaron en convencerse de que Mardochée no estaba allí.

—¿Estais seguro de reconocerlo? — preguntó Christián.

—Segurísimo, — respondió Rascal. — Lo he visto una sola vez conversando con el tío Vulcano, y hace bastante tiempo de eso; pero tiene una de esas cabezas que no se olvidan.

—¿Y no hay nada aquí por ese estilo?

—No, no está aquí.

—Debe estar en el salón de espera.

—Indudablemente, — respondió Rascal, echando una mirada al cuadrante que había al extremo de la galería, porque el tren parte dentro de cinco minutos.

Y corrieron en seguida a la sala de espera.

—¿Los boletos, señores? — les preguntó el empleado que había en la puerta.

—No tenemos, — dijo Rascal; — andamos en busca de alguien que...

—Es demasiado tarde. No puedo dejaros entrar sin boletos.

—Corro a tomarlos, — dijo Christián.

Y dirigiéndose al empleado:

—¿Dónde está la taquilla?

—La primera a la derecha de la galería.

Christián salió corriendo.

Al llegar allí sintió un ruido seco que le indicó que cerraban la ventanilla.

—¡Señor!... ¡Señor! — gritó al empleado, — os lo suplico... un boleto... un asunto de la mayor gravedad... todo cuanto tengo está en peligro si...

Pero pedirle a un empleado que retarde un minuto de alegría de abandonar su oficina, es lo mismo que pedir peras al olmo; y quizás sería más fácil aun de obtenerlas.

El infeliz volvió corriendo a la sala de espera.

—La taquilla está cerrada, — dijo a Rascal.

—¿Qué haremos? — murmuró éste desalentado; ¿el viejo macaco está ahí a dos pasos, no tenemos más que estirar la mano, por decirlo así, y lo dejaremos ir?

—¡Oh! ¡de ninguna manera! — exclamó Christián.

Pero sólo quedaban tres minutos. En ese momento llegaba un viajero sofocado con su boleto en la mano.

—¡Tengo una idea! — dijo de pronto Crhistián, corriendo al encuontro de aquel hombre.

Era un obrero cuyo aspecto estaba lejos de denotar holgura.

—¿Cuánto habéis pagado por ese billete? —le preguntó.

—Veintidós francos.

—Os doy el mismo precio por un minuto solamente, y os quedan tres.

—Un minuto, — dijo el obrero estupefacto.

—El tiempo de entrar a la sala de espera y hablar dos palabras con un viajero.

—Bueno.

Entregó el billete y recibió el dinero.

—Tomad, — dijo Christián a Rascal, — vos que lo conceis, entrad.

Rascal mostró el billete al empleado, que lo dejó entrar.

Recorrió la sala y pronto descubrió en un rincón cerca de la puerta al viejo judío, que tenía encima de las rodillas el cuadro envuelto en un lienzo.

Lo abordó sin titubear.

—Maese Mardochée,— le dijo.

El judío tuvo un sobresalto.

—¿Qué me quereis? — preguntó, mirando de pies a cabeza al que le hablaba.

—Allá en la galería hay alguien que quiere hablaros.

—No buedo, el dren ba a bartir, — respondió Mardochée.

—Dajareis partir el tren.

—Imbosible, se drata de un negocio imbortante que boy a hacer a...

—A Londres, ya lo sé, pero es precisamente a propósito de ese asunto que os quiere hablar.

—Bero os digo que no buedo, — replicó Mardochée más y más turbado, — mirad pr apren las buertas.

Rascal se inclinó ail oído del viejo y le dijo:

—La persona que quiere hablaros es un agente de policía.

—¡Ah! — hizo el judío con súbito temblor, — agente de...

—De policía, y yo también.

—¿"Bero, borqué" quiere hablarme?

—Tiene que deciros dos palabras a propósito del cuadrito que tenéis sobre las piernas.

Mardochée se levantó lanzando un profundo suspiro y mirando al cuadro con aire

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

desconsolado. Un instante después salía de la sala de espera y el obrero volvía a entrar en posesión de su billete que acababa de alquilar en veintidós francos por un minuto.

XXIV

LAGRIMAS DEL CORAZON

Al cabo de pocos días de éstos sucesos, la señora viuda de Taureins, Valentina, recibía en la calle Amelot una carta en la que se la invitaba para transladarse al día siguiente al despacho del juez de instrucción, señor Gerard. Habían convenido con Rocambole para ir a instalarse en su casa esperaría que se terminase la liquidación de la casa de banca de su marido. Hasta entonces debía quedarse con Vanda, que llegó a ser su verdadera amiga.

Al día siguiente al que encontraron el cadáver de Taureins en casa de la marquesa de Santarés, Valentina fué llamada para reconocerlo y la impresión que recibió a la vista de aquella cabeza en la que no quedaba nada que recordase una figura humana, fué tan fuerte, que se temió le costase la pérdida de la salud. Le quedó un sentimiento de horror que no la abandonaba un instante, y que, reflejándose en su fisonomía, completaba la transformación que se había operado en ella.

Aquel traje negro hacía resaltar más su palidez y a esa impresión de que acabamos de hablar y que se había impreso, por decirlo así, en su semblante, se agregaba un tinte de melancolía que acababa de poetizar su tipo tan lleno de encanto y distinción.

—¡Dios mío! — decía a Rocambole y a Vanda, que estaban a su lado en aquel momento, — la idea de presentarme a ese magistrado de quien soy absolutamente desconocida, me trastorna y mortifica de antemano; quisiera poderme excusar.

—No hay que pensar en ello, — respondió Rocambole — y hasta es preciso acostumbrarse con tiempo a la idea de un encuentro que no podría sino aumentar vuestro malestar

—¡Un encuentro! — exclamó Valentina mirando a Rocambole con inquietud.

—Inevitablemente.

—¿Y con quién?

—Con la que está acusada de haber envenenado a vuestro marido.

—¡La marquesa! — exclamó Valentina estremeciéndose. — ¡Encontrarme cara a cara con esa mujer!

—Tranquilizáos, señora, no estaréis sola; yo estaré a vuestro lado.

—¿Vos, señor Portal? ¿Podríais acompañarme al despacho del juez?

—Así lo espero; voy a escribirle para pedirle que me oiga también a mí, pues tengo comunicaciones de la mayor importancia que hacerle relativamente al señor Taureins y a la marquesa de Santarés.

—Mucho me alegraría de no tenerme que encontrar sola en presencia de esa mujer; me da miedo.

—Ella es la que temblará y bajará la vista delante de vos.

—¡Quién sabe! es tan perversa y tan audaz, que todo hay que temerlo de semejantes criaturas,

—No temáis nada; yo estaré allí. Es imposible que el juez que instruye el sumario se niegue a oirme cuando le prometo revelaciones importantes en un asunto a su cargo.

En se momento se abrió la puerta, y Lisa, la camarera de Vanda, anunció:

—El señor Santiago Turgis.

Rocambole se adelantó a recibir al artista, y Valentina le tendió graciosamente la mano.

Había tenido ocasión de verlo a menudo desde que se refugió en casa de Rocambole, y luego él tenía un título a su buena voluntad, pues era amigo de Pablo de Treviannes, a quien había hecho, así como a ella misma, confidencia de su amor por Tatiana y de las torturas que le había causado la catástrofe que cayó sobre su dicha.

Había, además, entre el destino de ella y el de Tatiana, una similitud que contribuía a aumentar la simpatía que experimentaba por el pintor. Valentina se interesaba vivamente de aquel amor, tan contrariado por los obstáculos, hasta el punto de que parecía imposible para siempre la unión de aquellos jóvenes y hacía en secreto los más ardientes votos para que se desvaneciese la tormenta que los amagaba.

—Gracias por haber acudido a mi invitación, mi querido señor Santiago, — le dijo Rocambole, quien, como todos los amigos del pintor, había adquirido la postumbre de llamarlo por su nombre de pila.

—Esta invitación era demasiado amable y urgente para que pudiera vacilar en venir,— respondió Santiago con acento que revelaba una singular mezcla de dicha y de tristeza.

—Esta atención me prueba lo que por demás yo sabía, —dijo sonriendo Rocambole,— que sois un hombre cortés y bien educado. Pero permitidme que os hago observar que traéis un tinte de melancolía que no nos promete un comensal muy divertido.

—Llegó con una impresión muy triste, lo confieso; y os voy a explicar el motivo. Pasaba hace una hora por delante del hotel Mauvillars...

—¿Por casualidad?—preguntó Rocambole. —porque no será para abreviar camino que tomáis la calle Miromenil, para venir desde la Duperré al bulevard Beaumarchais.

—Pasaba, pues, por allí,—continuó el artista sin responder a la observación—cuando veo un carruaje descubierto que desembocaba del boulevard Malesherbes, y se metía en la calle Miromenil. En aquel carruaje venía el señor Mauvillars y la pobre Tatiana, tan pálida, tan triste y desfigurada, que poco faltó para no llorar al verla. Ella se puso más pálida aún al apercibirme, y también se le llenaron los ojos de lágrimas. Pasó como un relámpago mi pobrecita Tatiana, y tuve que contenerme con saludarla, cuando, por estrechar solamente su mano en la mía, para oir solamente su dulce y encantadora voz de-

cirme como antes, "¡Buenos días, señor Santiago!", hubiera dado...

Se interrumpió de pronto y exclamó con voz alterada:

—Perdonad, señor Portal, — exclamó pero no lo puedo remediar.

—¡Ah! mirad, señor Portal, — exclamó a su vez Valentina, — sois muy cruel en prolongar el dolor de este pobre señor Santiago, cuando con una sola palabra podríais alegrarle el corazón.

—Este placer os lo reservo, señora, — contestó Rocambole; — decirle la verdad.

Santiago había levantado la cabeza y se enjugaba las lgrimas.

—Pues bien, — dijo Valentina; — sabed que el señor Portal conoce por fin el medio infernal inventado por sir Ralph para decidir a la señorita Tatiana a acompañarlo al baile en que apareció con él delante de doscientas personas.

—Pero, — murmuró el artista fijando en Valentina una mirada a la vez contenta y ansiosa, cómo explicarse el aire feliz y risueño de Tatiana cuando...

—Todo se explica por la revelación de la misteriosa estratagema puesta en obra por sir Ralph.

—¿Y esa estratagema? — preguntó Santiago temblando de felicidad.

—Pronto la vais a conocer, — repuso Rocambole, — así que tenga a mano todo lo que necesito para confundir y aplastar al miserable; pero todavía me falta algo, y con un adversario como ese, la menor imprudencia podría echarlo a perder todo.

—Pero al menos. — exclamó el joven estrechando la mano de Rocambole, — apresuraos a comunicar esta buena noticia a Tatiana para poner fin a sus lágrimas y a sus crueles angustias.

—La señorita Tatiana, — replicó el señor Portal, — es demasiado ingenua para saber disimular; su alegría traicionaría cuantos esfuerzos pudiera hacer para contenerla, a a despecho de todas las recomendaciones, y es preciso para no comprometer el éxito, que sir Ralph no sospeche nada hasta el último momento.

—¡Pero a mí! a mí me lo podeis decir

—No, no mi querido Santiago, porque si os hallaseis en presencia de Tatiana, y si ella lloraba delante de vos, ninguna consideración sería bastante fuerte para impediros traicionar un secreto, con tal de ahorrarle una lágrima. Contentaos, pues, con saber que en adelante está ya salvada y que dentro de pocos días ningún obstáculo se opondrá a vuestra felicidad.

—¡Ay! señor Portal, bien sabeis que toda mi dicha en adelante, y será inmensa, se reduce a ver escapar a mi querida Tatiana de la desgracia y la verguenza de pertenecer a ese infame sir Ralph.

—En efecto, — repuso Rocambole — ya conozco los escrúpulos que os impiden ahora aspirar a la mano de la que amais y de la que sois correspondido, y aun cuando encuentro esos escrúpulos exagerados, los admiro y los respecto.

Y repuso después de una pausa:

—¿Pero os figurais, tal vez que os hice venir únicamente por el solo placer de que nos acompañaseis a comer?

—Me dejais atónito, señor Portal; pero el artista algo confuso.

—Pues bien, no; es, sobre todo, para pediros un servicio, y este aparente testimonio de amistad esconde en el fondo un horrible egoísmo.

—Me dejais atónito, señor Portal; pero de todos modos estoy contentísimo de encontrar una ocasión de poderos hacer por fin algún servicio, yo, que no he hecho sino recibirlos de vos hasta el presente. Veamos, ¿de qué se trata?

—De un cuadro que quiero comprar y sobre cuyo valor deseo conocer antes vuestro parecer.

—Decidme donde puedo verlo y mañana mismo...

—No, mañana no,, sino en seguida.

El cuadro está en mi cuarto. Venid y vos, señora, hacednos el favor de acompañarnos, os lo ruego.

Subieron al cuarto de Rocambole, en donde Vanda estaba en ese momento con Juanita.

Colgado de la pared había un cuadro cubierto con un lienzo.

—Mirad, — dijo Rocambole, — contemplad esta tela y dadme vuestra opinión.

Y sacó el linezo que cubría la pintura.

Del pecho de Santiago Turgis se escapó un grito formidable.

En seguida, poniéndose pálido y apoyándose en un mueble para no caer:

—¡Gran Dios! — balbuceó, — ¡pero ese cuadro... es mi Ruysdael!

—Sí, — dijo Rocambole, — vuestro Ruysdael que yo arranqué del poder de Mardochée, a quien lo había vendido alguien... que es inútil nombrar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Será posible! — murmuró el artista sin saber lo que le pasaba.

—Y dentro de un momento vereis llegar aquí a Maese Chaumont, que, con gran pesar suyo tal vez, va a tener que llevarse su cuadro en cambio del contrato que destruía vuestra carrera.

—¡Oh! pero entonces, — xclamó Santiago, cuyas facciones replandecieron de contento instantáneamente, Tatiana...

—Tatiana será vuestra mujer, antes de un mes.

—¡Ah! ¡señor... señor Portal! — exclamó Santiago poseído de un verdadero delirio.

—¡Bueno y qué! Es que vais a enfermaros ahora.

—¡Ah, señora! — balbuceó el pintor volviéndose a Valentina y besándola las manos.

—¡Está loco! — exclamó Rocambole echándose a reir para disimular su emoción.

—¡Ah! cómo os adivinó, quie querido señor Santiago, — dijo Valentina, tomándole la mano.

—¡Vamos! — exclamó Rocambole; — bajemos, y a la mesa! ya no quedan huellas de melancolía y me parece que ahora podemos contar con un convidado alegre.

XXV

UNA CONVERSION

Conforme lo esperaba Rocambole, la comida fué muy alegre y Santiago sobre todo, medio loco le feliciad, derrochó el talento y la verbosidad a manos llenas.

Dos convidados asistían a la pequeña fiesta; Pedro Valcresson y Pablo de Trevianes.

El regocijo de este último, a quien había colocado naturalmente al lado de Valentina, no era menor que el del artista, aunque menos expresivo; y el mismo Pedro Valcresson se sentía relativamente feliz porque tenía a su lado a la hija linda y rebosante de salud; y en cuanto a Luisa, un famoso médico alienista, a quien había llamado para que le prodigase sus cuidados, le dió la esperanza de que en un corto lapso de tiempo recobraría la razón. Puesto bien al corriente de las causas que habían determinado la locura de la pobre joven, el doctor consideraba que podría ejercer una benéfica influencia sobre su espíritu, volver a habitar aquella casa en que había pasado los cuatro años con su hija.

En aquel momento vivía en ella bajo la custodia de Milón, que se encargó de velar por ella durante las frecuentes ausencias de Valcresson, motivadas por un asunto del que se hablará más tarde.

Pero antes de ir más lejos, creemos de nuestro deber dar al lector la explicación de un hecho que le habrá parecido incomprensible. Se ha debido preguntar: ¿cómo era posible que el Ruysdael que Rascal había vuelto a tomar a Mardochée, cómplice e instrumento de sir Ralph, pudiera encontrarse al día siguiente en el cuarto de ...mbole?

Vamos a contestar a esta pregunta.

El lector recordará probablemente, que un día que la mudita fué a hacer limosna a un mendigo que había llamado en el portón de la calle de Amelot, volvió corriendo toda agitada, dando muestras de un gran espanto, y que, interrogada por Vanda, le dió a entender que el presunto mendigo no era otro que el hombre de los brazos ensangrentados, es decir, Rascal, el patrón de la taberna de la "Providencia".

A partir de aquel día, Rocambole, que olfateó en aquello un proyecto de secuestro, y no dudando que aquella tentativa sería renovada, se puso en guardia y en continua observación.

A los pocos días, vió al mismo mendigo que rondaba a cierta distancia de su casa, de la que no apartaba las miradas, mientras fingía pararse de puerta en puerta para pedir limosna.

—Bueno, — pensó Rocambole, — ahora ya sé a qué atenerme.

Y se propuso velar con más atención que nunca. Pero una tarde que había salido con Milón, y que Nizza, cediendo sin duda al deseo que tienen todos los niños de hacer aque-

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

Precios de suscripción Ciudad e Interior

—

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

llo que se les tiene prohibido, se había aventurado a unos cien pasos de la casa, se sintió arrebatada de pronto por dos brazos vigorosos que la metieron en un carruaje, el cual partió en seguida a la carrera.

Al cabo de media hora el coche se detenía en un barro asqueroso a la entrada de una inmunda calle.

Era la calle "Des Partants".

Llegado allí, Rascal, porque era él mismo el que secuestró a la muda, echó pie a tierra, y sujetándola bajo los brazos, se metió la mano en el bolsillo para pagar al cochero.

—¡Hola! — dijo sorprendido. — ¡Había un cochero y ahora son dos!

—Sí,—respondió el cochero, fácil de reconocer por su chaleco rojo y el sombrero encerado, — pasaba un camarada por allí cuando subisteis al coche, y trepó al pescante para que lo llevase.

—¡Bueno! Esto no me incumbre, — respondió Rascal, dándole dos francos.

Y entró en seguida en un zaguán tan oscuro, tan húmedo, y de tan lúgubre aspecto, que Nizza, horrorizada se puso a temblar convulsivamente.

Pero Rascal continuó su camino, sin preocuparse ya más de la muda, que si hubiese sido un fardo.

Al extremo del zaguán había una escalera tan estrecha y obscura como el mismo zaguán

Subió hasta el primer piso, abrió la puerta y entró.

Pero cuando iba a cerrar por dentro se quedó estupefacto al encontrarse con el cochero y su compapero que lo habían seguido cautelosamente hasta su cuarto.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué buscáis aquí vosotros? — les preguntó bruscamente.

En lugar de responderle, el cochero empujó a Rascal, entró seguido de su compañero y cerró la puerta a doble llave.

—¡Ira de Dios! — gritó Rascal furioso; — y soltando a la muda, que se fué a refugiar en un rincón, se arramangó las mangas del saco y se dispuso a caer sobre los dos intrusos.

Pero ya el cochero se había sacado el sombrero encerado, se arrancó las patillas y mostró a Rascal estupefacto las facciones bien conocidas del señor Portal.

—Si estás empeñado en ello, — le dijo éste tranquilamente arremangándose a su vez, — voy a aceptar el partido; pero acuérdate de la patada del "Café Parisién", y, ¡créame! más cuenta te tiene quedarte quieto, porque si me lo propongo seriamente, te voy a romper algo, ¿sabes?

Esta advertencia y el recuerdo que conservaba de Rocambole, parecieron impresionar un poco al ex tabernero, que, en lugar de empeñar el combate, se contentó en responder:

—¡Y bien! Veamos, ¿qué me queréis y por qué penetráis en mi casa por fuerza?

—¿Y por qué no me pregunta primero cómo se explica que yo me encontrase en el pescante del coche en que te llevabas a Nizza?

—¡Pardiez! bien veo que todo ello no ha sido más que una combinación preparada de antemano y que he sido burlado.

—Precisamente, sabía que necesitabas un fiacre y tuve uno a mano; hice salir expresamente de noche a la que tú acechabas hacía tiempo, y a la que se le recomendó que se dejase robar; después, en el momento en que creías llegar al fin, mi fiel Milón, aquel mismo que por poco te estrangula, ¿recuerdas? trepaba al pescante conmigo y salimos todos para esta calle.

—Sí, ya veo que he sido "fumado" 'como un animal; ¿pero a qué viene todo esto? ¿Qué es lo que os he hecho y qué intenciones tenéis respecto de mí?

—Empieza primero por confesar con qué objeto te llevabas a la niña.

—Estoy a vuestra discreción, y no podría ocultaros nada: obraba por cuenta de sir Ralph.

—Ya me lo temía. ¿Pero con qué objeto quiso apoderarse de Nizza?

—Ha adivinado en vos un enemigo, os cree al cabo de ciertos secretos y en aptitud de contrarestarlo en sus planes de fortuna, pues sabe le tenéis un gran afecto.

—¿Eso es todo?

Rascal titubeaba.

—Vamos, habla y te juro que no te arrepentirás.

—La verdad es que me inspiráis confianza vos, — dijo Rascal.

Estuvo un momento callado, y en seguida añadió:

—Pues bien, no; eso no es todo.

—¿Qué más quería sir Ralph?

—El y Mac-Field están de acuerdo con la marquesa de Santarés, que ha logrado hacerles llegar una carta en la que les promete doscientos mil francos en cambio de cierta memoria del alemán Goezmann que escribió bajo vuestras órdenes y que, en vista del modo como ella es tratada en ese documento ejercería la más terrible inquencia en el ánimo de sus jueces.

—¡En horabuena! — dijo Rocambole, — ya empiezo a comprender.

Miró fijamente a Rascal y al cabo de un momento le dijo:

—Oyeme bien, Rascal. Si te dejé secuestrar a la niña, es porque tenía interés en saber tu domicilio para poderte hacer arrestar o tomarte yo mismo cuando lo tuviese por conveniente, pero desde hace un momento que te examino, he cambiado de parecer y voy a hacerte una proposición. Soy bastante buen fisonomista, y en el fondo te creo mejor de lo que pareces.

—¡Caramba! — hizo Rascal — yo no he sido educado en la falda de duquesas, ni he frecuentando la sociedad; soy algo brutal y me he ganado la vida como he podido, y no siempre como he debido: pero, en el fondo, como vos decís, he preferido siempre el bien al mal, y no pediría más que vivir como todo el mundo: comiendo el pan tranquilamente sin estar siempre temblando.

—Vamos — dijo Rocambole — no me había equivocado. Escúchame, pues. En este momento te hallas en una pésima situación, pero tan mala, que tu cabeza está en peligro.

—¡Bah! — hizo Rascal palideciendo.

—Tú eres quién, en calidad de dueño del "Providencia", donde asesinaron a un agen-

:e de policía, que no salvó la vida sino por un milagro.

—Ya lo sé. Pero no fuí yo quién...

—Tú eres quién, en calidad de dueño edl establecimiento en que fué cometido el crimen, asumes toda la responsabilidad, a menos que puedas sustraerte a ella denunciando y entregando a los verdaderos culpables

—Y es verdad esto, de todos modos, — murmuró Rascal, vivamente impresionado.

—Pues bien; he aquí lo que te quiero porponer: quédate en apariencia como cómplice de sir Ralph, de Mac Field, y de todos sus instrumentos, tus peligrosos camaradas; pasa a mi campo y te servirás de tus antiguas relaciones para combatir a los mismos canallas que has ayudado hasta el presente, y que te conducirán inevitablemente a presidio o al cadalso, tarde o temprano; con toda seguridad, como te llevaré yo al reposo, a la calma y al bienestar por medio del trabajo y una vida honorable; hazlo así, y te vas a felicitar de haberlo hecho.

—No pido otra cosa, — exclamó Rascal, —y siento que no hubieseis tenido este lenguaje en el "Café Parisién", en vez de aquella patada en el estómago, que no se parecía absolutamente a una proposición aceptable.

—Bueno. Cada cosa a su tiempo; aquel puntapié fué la entrada en relaciones, de la que no te arrepentirás más tarde.

—Al contrario — replicó Rascal — bendigo la hora en que lo recibí, puesto que es el punto de partida de nuestra relación y de la nueva vida en que voy a entrar.

—Vamos, mañana me vienes a ver y nos pondremos de acuerdo sobre lo que hay que hacer.

Y volviéndose a Milón y a Nizza:

—¡Ea! hijos míos, volvamos a casa.

XXVI

HISTORIA DE UNA BOA

Después de la explicación que precede, el lector comprenderá fácilmente por quién Rocambole llegó a saber la complicidad de Francisco en el asunto de la condesa; cómo habiéndose presentado a este individuo en calidad de colega, honrado en la confianza de Rascal, se hizo dar todos los informes que le sirvieron paar ilustrar a Valcresson a propósito de Badoir, y sobre la doble catástrofe que lo había herido en lo que más amaba en el mundo: Luisa y su hija.

También habrá adivinado el lector que aquel personaje que bajo el nombre de Christián corrió con Rascal a la pesca del cuadro que Mardochée, llevaba a Inglaterra, no era sino Rocambole.

Cuando llegába la comida a su fin, éste dijo a sus comensales:

—Pero, amigos míos, ¿a qué no sabéis a quién debemos estas horas agradables que pasamos juntos en este momento

—A vos pues, me parece, — dijo Santiago.

—De ninguna manera, aquel a quien debemos esta feliz casualida y sin el cual jamás nos habríamos visto reunidos, es sir Ralph, nuestro enemigo común, sir Ralph que trató de hacen envenear al señor Valcresson, sir Ralph, que intervenía en el complot dirigido contra la señora Taureins por su marido, la marquesa de Santarés y el alemán Goezmann, sir Ralph, que con sus dos cómplices, Mac-Field y Badoir, imaginó la espontosa maquinación en lo que se ve envuelta en la actualidad la desgraciada condesa de Sanabria, como la paloma entre las garras del gavilán; sir Ralph, que con ese mismo Mac-Field, me asestaron un golpe que podía ser mortal si no llego a pararlo; sir Ralpr, en fin, el verdadero autor del robo de que fuisteis víctima vos, Santiago, porque él fué quien la imagino para poneros en la imposibiliidad de contrarrestar sus designios respecto de Tatiana, aplastándoos bajo el peso de una catástrofe, cuyas consecuencias eran incalculables y podían llegar hasta atacar vuestro honor, haciendo sospechas vuestra probidad.

—¡Miserable! — exclamarón todos en coro.

—No lo maldigamos en demasía, — dijo Rocambole, — nos ha hecho conocer a nosotros mutuamente y sólo habrá logrado,—así lo espero, — convertir en amigos a personas que no se conocían, y que, gracias a él, aprenderán a conocerse, y se concertarán para combatir el peligro común.

—¡Gran Dios! ¿Qué hubiera sido de mí sin vos? — exclamó Santiago. Mi carrera truncada, Tatiana perdida por mí, y lo que es peor, unida a un miserable de la peor especie. He ahí los espantosos desastres bajo los cuales me hubiera visto aplastado toda la vida.

—Y yo, — dijo a su vez Valentina, — si supiérais a qué horrible e infame emboscada pude escapar gracias a la inteligencia a la energía y desinterés del señor Portal.

—En cuanto a mí, — exclamó Pedro Valcresson, — me hizo encontrar a mi mujer y a mi hija a la que creía muerta, y que, sin él, hubiera sido siempre perdida para mí, ha desenmascarado en mi presencia al miserable que supo captarse mi confianza y al que debía todas mis desgracias, en fin de desesperado que estaba, me ha hecho un hombre feliz, casi consolado del pasado y lleno de confianza en el porvenir.

—¡Bah! — hizo Rocambole, — tenía en mi favor el buen derecho y la prudencia y debía triunfar, sin embargo, no nos apresuremos demasiado a cantar victoria, la batalla dura aún, y ¿quién sabe su resultado final? Valentina triunfó de sus enemigos el señor Volcresson tienec onsigo a los seres que le son más queridos y nada tiene que temer, perfectamente. Pero hasta el día en que habré aplestado la cabeza de la hidra, la suerte de Tatiana y de la condesa de Sanabria están siempre en tela de juicio.

Y dirigiéndose a Volcresson:

—Pero, contadnos, pues, os lo ruego, ¿cómo pudísteis escapara al veneno que debían administraros, a mil quinientos leguas de distancia, sir Ralph y Mac-Field, nuestros comunes enemigos?

—Ya os dije que Bautista, — así se llamaba mi criado, — era el cómplice de esos

dos hombres, que, gente práctica por excelencia, se comprometieron a darle una importante prima sobre mi herencia, de la que esperaban asignarse una gran parte, casándose, el uno con mi sobrina Valentina y el otro con mi sobrina Tatiana. Todas las noches, mientras leo los diarios tengo la costumbre de tomar un grog que Bautista tenía la orden de prepararme y ponerlo a mi alcance, y era en ese grog que debía ser mezclado de fatal brebaje.

Dos días antes del fijado por estos dos infames de quienes Bautitsta recibía las instrucciones tuve necesidad de hacer un viaje y me llevé al criado conmigo. Teníamos que atravesar una selva virgen, cuyos árboles más solidos y aproximados habían sido cortados a un metro del suelo y servían de base para colocar los rieles un día el tren tuvo que hacer un alto en el seno del monte donde habían improvisado una estación, y como hacía mucho calor y debíamos pasar una hora allí, todos los viajeros se habían echado al suelo y dormían a la sombra de una lujuriante vegetación. Se creía que no abría nada que temer de los animales feroces que pueblan la selva, puesto que el paso contínuo de los trenes los tiene atemorizados y se mantienen constantemente alejados de la línea.

Reinaba el más profundo silencio entre todos los viajeros, dormidos en su mayor parte, cuando de repente en sintió un grito agudo, desgarrador, cuyo acento indicaba un terror indescriptible.

Todo el mundo se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos y echó mano cada uno a su revólver, mientras se daba cuenta al mismo tiempo del peligro que parecía indicar aquel grito de espanto.

Entonces se ofreció a la vista de todos los viajeros un horrible espectáculo que los dejó helados de espanto. Una serpiente boa de regulares dimensiones se había enroscado al rededor del cuerpo de un joven, y con la boca abierta y los ojos chispeantes hacía silbidos siniestros, mientras balanceaba, a la altura de la cara de su víctima una cabeza horrible.

El desgraciado iba a ser destrozado por el espantoso y feroz reptil si se tardaba solamente dos minutos en acudir en su auxilio.

Pero el terror era general, nadie se atrevía a aproximarse y era imposible tirar a distancia sobre la boa que formaba un todo compacto con el hombre.

Si todos los viajeros estaban conmovidos podéis figuraros lo que sentiría ya, cuando en aquel desgraciado amenazado de una muerte tan espantosa e inevitable, reconocí a mi doméstico, al que profesaba un verdadero afecto.

—¡A mí! ¡Socorro! — exclamaba el infeliz con un lamento que partía el corazón con las facciones horriblemente contraídas, dirigendo a su alrededor miradas desesperadas, convulsionado por el terror: ¡oh! ¡no me abandonéis, no me dejéis morir así! ¡venid pronto, o estoy perdido!

Pero nadie se movía.

El gigantesco reptil volvía lentamente su horrible cabeza, y clavaba en el círculo que lo rodeaba unos ojos cuyo brillo extraño y chispeante helaba la sangre en las venas de los más osados.

Un nuevo grito agudo, penetrante, lleno de angustia se escapó del pecho del infeliz.

—¡Estoy perdido! ¡estoy perdido! — gritaba cerrando los ojos para escapar a la mirada fascinadora de la serpiente, que en aquel momento reconcentraba en él solo la rabia, ya siento los anillos que se cierran a mi alrededor, voy a ser destrozado...

Y añadió, con voz desfallecida, dejando caer para atrás la cabeza pálida y descompuesta:

—¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!

Entonces, yo, horrorizado como todos los demás, pero no escuchando más que la lástima que me inspiraba mi desgraciado sirviente, armé rápidamente mi revólver, me eché sobre el monstruoso reptil, y agarrandolo por debajo de la cabeza, cuyo continuo balanceo no me hubiera permitido apuntarle con precisión, le descerrajé a boca de jarro una bala en la boca que tenía abierta desmesuradamente.

En seguida la cabeza cayó inerte sobre el cuerpo del desventurado Bautista, se vió entonces que los anillos del monstruo se aflojaban a ojos vistas, luego deslizarse a lo largo del cuerpo, y por fin caer flojos e informes y extenderse por el suelo.

Mi sirviente estaba salvado. Pero la conmoción que acababa de experimentar, fué tan violenta, que apenas pudo darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, y sólo fué después de un buen cuarto de hora cuando comprendió que me debía la vida.

Con gran sorpresa mía, en lugar de deshacerse en efusiones de gratitud al darse bien cuenta de la que acababa de pasar, permaneció todo turbado, y sólo pudo murmurar algunas veces con aire a la vez conmovido y forzado:

—¡Oh! señor Volcresson, ¡gracias! ¡gracias!

Me resentí de aquella frialdad, en la que vi una falta de gratitud, y bajo tal impresión volví a tomar mi sitio en el tren, que volvió a emprender la marcha después de una hora de parada, y aquella noche llegábamos a nuestro destino sin más accidente.

Acababa de comer en la mesa redonda y me había retirado a mi cuarto para fumar mi pipa y tomar mi grog, según mi invariable costubre, cuando Bautista, después de dejar el vaso encima de la mesa, cayó de repente de rodillas y exclamó sollozando:

—¡Patrón, patrón, soy un monstruo, matadme! tenéis ese derecho y es lo que merezco.

Y mientras yo me quedé mirándolo y pensaba que quizás el exceso de terror le había perturbado la razón.

—Petrón, —añadió, — acabáis de salvarme la vida.

—Y me alegro mucho de ello, amigo.

—¡Pues bien! yo patrón, acecho todos los días el momento favorable para daros la muerte.

Entonces me explicó detalladamente el complot que habían formado contra mí y

me mostró toda la correspondencia de los dos cómplices, que, habiéndolo interesado en la criminal empresa por una fuerte suma, creían poder contar con su fidelidad. No habían previsto el extraño suceso que debía salvarme la vida y ponerlos a ellos en cambio a mi discreción, cambiando radicalmente los sentimientos del sirviente al respecto.

XXVII

EN EL JUZGADO DE INSTRUCCION

Al día siguiente, como a las tres de la tarde, Rocambole y Volentina salían de la calle Ameos para trasladarse al juzgado de instrucción donde eran llamados uno y otra.

Los vamos a preceder de algunos momentos en el despacho del magistrado y encontraremos allí a nuestra antigua conocida la marquesa de Santarés, en vías de sufrir un interrogatorio.

La marquesa siempre la bella rubia que ha excitado tantas pasiones, acarreando tantos desasstres, y que en todas partes, en el Bosque, en las correras, en el teatro, concentraba en ella todas las miradas y todas las admiraciones.

Aun cuando ese día adoptó un traje severo, de acuerdo con las circunstancias, desplegó, no obstante, en su arreglo una porción de pequeñas coqueterías, de las que únicamente los ojos de una mujer podían haber distingiudo los detalles y reconociendo la intención, pero cuyo conjunto debía seducir a un hombre sin darse cuenta de aquello que le producía la impresión.

Con aquel profundo arte que poseen las mujeres de esta clase, arrastradas, por su género de vida, a estudiar todos los caracteres y a transformarse sin cesar según las gentes con quienes deben tratar, supo imprimir ese día a sus facciones, un aire de dulzura, de resignación y de serenidad que debía ejercer en el ánimo del juez una misteriosa influencia.

En el transcurso de su agitada vida, Nanina, La Rubia aprendió, por numerosas experiencias que bajo la toga del magistrado como el bajo el uniforme del militar, siempre queda el hombre, a despecho de todo, y sometido a los atractivos de la belleza y a las seducciones de la mujer. Por lo demás el juez de instrucción era joven, lo que aumentaba para ella las probabilidades de triunfo en el duelo misterioso en que iban a entrar.

—Señora, — le decía en aquel momento el magistrado, en tanto que ella fingía ajustarse un broche del corpiño que difícilmente podía comprimir su pecho, del que se apercibía el nacimiento de una blancura deslumbradora; señora, estais presumida de haber envenenado al señor Taureins, con el cual manteniais culpables relaciones, con el objeto de apropiaros la suma de un millón de francos, como que ibais a partir en ferrocarril, dejando en vuestra casa el cadáver de vuestra víctima.

Renunciando en fin a dominar aquel broche, cuya única culpa era llenar demasiado escrupulosamente su púdica misión, Nanina volvió su hermosa cabeza iluminada con una vaga sonrisa, y dijo:

—Veamos, señor, miradme bien y decidme si yo tengo cara de envenenadora.

—Debo convenir en que no, — respondió el joven magistrado, — pero también hubiera podido decir otro tanto la marquesa de Brinvilliers, y ya sabeis...

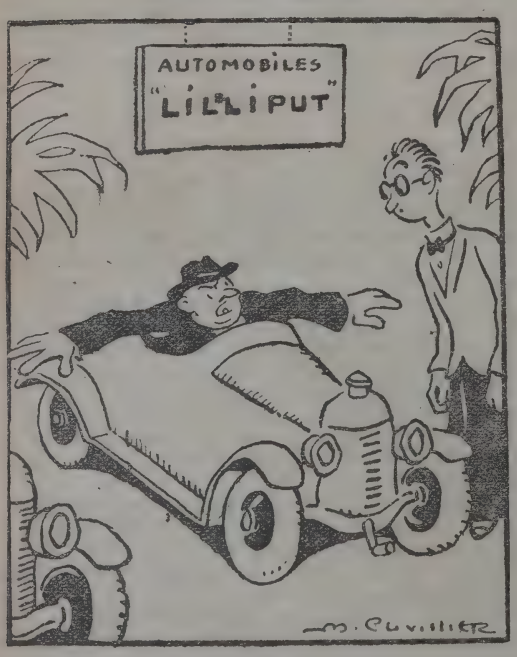
—Sí, sé su historia, — replicó Nanina, — pero la Brinvilliers era noble, era rica tenía ocios y una extremada afición a la químiea; hacía experimentos para matar el tiempo.

—¡Si no hubiera muerto más que tiempo!

—Tuvo muchas culpas, convengo en ello pero, en fin, tenía necesidad de ocuparse en algo, mientras que yo, es muy diferente; yo no he tenido nunca más que una sola preocupación, pero que ocupaba toda mi vida, y era la de agradar; y no sabeis, señor, el tiempo que requiere esto, todo lo que exige el estudio y meditaciones. Os juro que todas mis horas eran ocupadas por esta preocupación, infinitamente más grave y más absorbente de lo que vos creeis y que no me quedaba ni un minuto para pensar en venenos.

Se interrumpió por un momento para levantarse la manga del vestido y alcanzarse el brazelete que se había corrido hasta arriba del antebrazo, admirable de torneado y de blancura; luego, echando una mirada a hurtadillas al magistrado para darse cuenta del efecto que habían producido sus palabras, continuó:

De medida



—¿Entonces le conviene este automóvil?
—No; tiene que agrandarlo un poco del lado de los sobacos.

—Y luego, señor ¿por qué habría atentado a la vida del señor Taureins, cuyas bondades para mí fueron siempre inagotables hasta ahora y a quien podía pedirle todo, incluso el honor? Hubiera sido simplemente matar la gallina de los huevos de oro, y yo conocía demasiado a mi Lafontaine para cometer semejante tontería.

—En fin, señora, el hecho está ahí, palpable e innegable; el cadáver del señor Taureins enontrado en vuestra casa y el millón en vuestras manos en el momento en que ibais a salir de París para trasladaros a España; ¿qué teneis que responder a esto?

—Mi respuesta es muy senilla, señor juez y os voy a dar la prueba de mi franqueza, confesando todas mis culpas. Ese día el señor Taureins, a quien yo estaba esperando para comer, llegó a casa con la cara toda trastornada, trayendo en la mano un cofrecito de ébano, y me anunció que, estando sus negocios algo enredados, iba a dejar la Francia por algún tiempo y se iría a España conmigo. Añadió, mostrándome el cofrecito que allí tenía un millón, con el que me rogaba me adelantase de algunos días, prometiéndome venir a reunirse conmigo cuanto antes. Después, como expresó el deseo de pasar la noche en mi casa, pues, según decía, tenía razones particulares para no volver a la suya, no creí deber oponerme; y fué precisamente después de mi partida cuando habrá puesto en eejcución el funesto proyecto al que sin duda se vió impulsado por el mal estado de sus negocios.

—¿Y por que no dijisteis nada de esto al señor comisario de policía que os hizo sufrir un interrogatorio en vuestra misma casa y en presencia del cadáver mismo? — dijo el juez consultando un expediente que tenía abierto encima de su bufete. Aquí veo por el contrario, que interrogada por aquel magistrado, reconocisteis que el señor Taureins estaba ya muerto, o lo qeu es peor, casi muerto en el momento en que saliais, limitandoos a atribuir el crimen a un tal Goezmann, de quien decíais poseer una carta comprobatoria, de vuestra afirmación, y la cual no pudisteis encontrar.

Convencida de contradecirse en ambas declaraciones, Nanina, quedó turbada por un momento.

Y luego observó que, a pesar de su juventud el juez permaneía insensible a todas las seducciones que ponía en práctica para conmoverlo, y aquel fracaso, a que ella no estaba acostumbrada, contribuía también a disminuir su serenidad.

Se repuso pronto, no obstante, y respondió con calma aparente:

—¡Dios mío! señor juez, esta contradicción bajo la que me supones agobiada, nada prueba absolutamente contra mí.

—¿Cómo la explicais, entonces, señora?

—De la manera más natural. Mirad, señor, tomad la mujer más honrada, la más pura, la más inocente del mundo, arrestadla en el momento en que va a emprender un viaje, serena, tranquila, con la conciencia en paz; llevadla delante de un cadáver, diciéndole: ¡Señora, vos sois quien envenenasteis a ese hombre!

Haced eso y vereis la continencia de esa mujer: vereis si conservará la sangre fría suficiente para naceros el relato exacto de lo que haya pasado. Por poco que trate con lo que llamais un hombre hábil en el oficio, es deir, un magistrado bastante fino, bastante astuto para hacerle preguntas que la lleven a confesar lo que a él le parece ser la verdad, la arrastrareis a declararse culpable del crimen de que es inocente, y después, más tarde, puesta sobre sí, sin acordarse siquiera de lo que haya respondido en el primer momento, en su turbación y espanto, os tendrá un lenguaje completamente diferente, el de la verdad, esta vez; y entonces triunfareis; y aplastándola bajo la flagrante contradicción de los dos interrogatorios, exclamareis como ahora: Señora, habeis querido engañar a la justicia, sois culpable, no neecsito más prueba.

La marquesa había soltado esta tirada con calor y una fuerza de convicción que produjo cierta impresión en el magistrado.

Y repuso después de un momento:

—Veamos. señora; lo que queda evidente para mí en este asunto, es que vuestra dos versiones son completamente diferentes; hacedme, pues, el favor de elegir entre las dos y decidme a cuál de las dos os ateneis: ¿es a la primera o la segunda? Reflexionad antes de responder, porque esta vez vuestra delaración será bien meditada y no habrá que volver sobre ella.

Por el momento Nanina debió quedar bien convencida de que era preciso renunciar a turbar a su juez. La ponía en la situaión más crítica, la más difícil, obligándola a pronunciarse sobre una cuestión de la que dependería su destino.

De manera que se recogió en sí misma antes de responder, como se lo aconsejaba el magistrado.

Después de haber reflexionado, creyó deber mantener definitivamente su última declaración, renunciando a la verdadera.

Además de que, para sostener ésta, ya no contaba con la carta de Goezmann, en que él mismo se reconocía culpable de envenenamiento, carta que tuvo la imprudencia de quemar; sobresalía también de aquella primera declaración un hecho espantoso que no podía menos de sublevar en contra de ella la reprobación general, y era su fuga con el millón de Taureins y el abandono de éste en las convulsiones de la agonía y exhalando el último suspiro en el momento en que cerraba la puerta de su casa.

—¡Y bien! señora, — le preguntó el juez después de una pausa bastante larga, — ¿a que os ateneis?

—A decir verdad, señor, — respondió Nanina, mirándolo fijamente.

—¿Y cuál es definitivamente la verdad?

—La declaración que acabais de oír, señor, habiendo sido hecha la otra bajo el imperio de una emoción que me turbaba hasta el punto de privarme del uso de mis facultades.

—¿De manera que ya no se trata ahora de ese Goezmann, al que primero habíais imputado la muerte del señor Taureins?

—No, señor, — respondió la rubia, haciendo un esfuerzo y sintiendo no poder dejar sobre el verdadero culpable la acusación que le había echado encima primeramente.

—Está bien, — dijo el juez tomando nota de cada palabra de la marquesa.

Y repuso en seguida:

—Ahora, señora, he terminado el interrogatorio; sólo falta confrontaros con alguien que espera ahí para controlar vuestras declaraciones con la suya.

—¡Alguien — murmuró Nanina turbándose derepente; — ¿y quién es, señor?

Y como el juez permaneció callado:

—Os lo suplico, señor, — repuso con angustia, decidme, ¿quién está ahí?

—Lo vais a saber inmediatamente, señora, — dijo el juez tocando un timbre.

XXVIII

CAREOS

Acudió al llamado un escribiente.

—Que entren, — le dijo el magistrado.

Nanina clavó en la puerta una mirada inquieta.

Después de salir el escribiente, entraron dos personas, a cuya vista la acusada no pudo disimular su turbación.

Aquellas dos personas eran Rocambole y Valentina.

Humillada profundamente por la acusación de asesinato que pesaba sobre ella, en presencia de aquella mujer a quien había perseguido sin tregua ni descanso, la Rubia, pasado el estupor del primer momento, se miró a la viuda de los pies a la cabeza con un aire de altanería y desdén que disimulaba perfectamente la rabia que la devoraba.

—Señora, — dijo el magistrado, dirigiéndose a la viuda Taureins con muestras de deferencia que hacían palidecer a Nanina; tened la bondad de sentaros y de contestar a las preguntas que voy a dirigiros.

Se contentó con indicar al señor Portal un asiento inmediato al de la viuda.

—¿Conocéis a la señora? — preguntó el magistrado a Valentina, señalándole a Nanina.

—Sí, señor, — respondió aquélla sin mirarla.

—¿Había llegado a vuestro conocimiento que la que se hacía llamar marquesa de Santarés mantenía relaciones con vuestro marido?

—Lo sabía hacía mucho tiempo, señor juez. La señora nunca hizo nada para ocultármelo, al contrario.

—¿Antes del fatal acontecimiento que ha traído el arresto de la marquesa de Santarés, tuvisteis algún motivo de queja acerca de sus procederes a vuestro respecto?

—¡Oh, sí! — respondió Valentina con un suspiro muy significativo.

—¿Me será permitido dirigir una pregunta a la señora? — preguntó la marquesa.

—Os autorizo para hacerla, — contestó el juez.

—Sucedió a la señora una aventura bastante desagradable y que tuvo cierta resonancia, — dijo Nanina con una tranquilidad bajo la que se sentía vibrar el rencor. Yo conozco esa historieta, muy novelesca y hasta conmovedora, que ella ha inventado sobre el particular, y no dudando que os la ha de contar a su modo, quisiera poneros en guardia dando a conocer la verdad, con una prueba en apoyo de mis palabras.

—Aquí no estamos para esto, — dijo el juez. — Si la señora os acusa, responderéis.

—La señora debe daros gracias, señor, — dijo la marquesa con violenta ironía, porque al imponerme silencio le prestáis un servicio cuya importancia no podéis ospechar.

—Hablad, pues, señora, — dijo Valentina con una sonrisa despreciativa.

Entonces la rubia, sacándose una carta del bolsillo y entregándola al juez de instrucción:

—Tomad, señor, — le dijo, — aquí tenéis una carta que os edificará a propósito de la señora.

El magistrado leyó la carta en alta voz:

"Señora marquesa:

"Por fin mis votos se verán cumplidos. La señora Taureins, conmovida por mi amor, me concede una cita para esta noche; al salir de los Italianos nos esperará un coche para transportarnos a una casa de campo, de donde ella no regresará sino mañana por la mañana. Retened, pues, al señor Taureins, como me lo tenéis prometido, y os ofrezco mi eterna gratitud.

"Vuestro servidor. —Goezmann."

—¡Oh, qué infamia!— exclamó la señora Taureins levantándose indignada de su asiento y fulminando a la marquesa con una mirada terrible.

—Perdonad, señora, las palabras nada significan, — dijo Nanina, — en semejantes casos; tengo una prueba en apoyo de mis palabras. ¿Tenéis alguna otra que oponerme?

Rocambole se levantó a su vez y sacando él también, no una carta, sino un rollo de papel del bolsillo:

—Señor juez de instrucción, — le dijo, — servíos añadir la carta de la señora al expediente junto con este rollo de papel; es una pequeña memoria muy curiosa, escrita por ese mismo Goezmann de que se acaba de hablar, y que revela entre otros hechos curiosos, cierta carta escrita por él bajo el dictado de la marquesa de Santarés, y cuyos términos son la reproducción exacta de esta otra. Esta carta formaba parte del arsenal de calumnias forjado por la marquesa y dirigido contra la señora Taureins, a la que esperaba matar aplastándola bajo la vergüenza. Al efecto, y concertado con el señor Taureins y con Goezmann, que entonces eran sus ciegos instrumentos, concertó una celada, cuyos detalles mencionados en esta memoria, permiten medir el grado de violencia y de perversidad a que puede llegar la que se ha hecho una celebridad tan escandalosa bajo estos dos nombres de batalla: la marquesa de Santarés, y Nanina la Rubia. La descripción de esa aventura espantosa os mostrará a esa mujer bajo su verdadera faz y tal vez, después de su lectura, el crimen de que la acusan no tendrá nada de inverosímil.

—Tengo una pequeña observación que hacer señor, si me lo permitís, señor juez, — dijo Nanina.

—Hablad, señora.

—El señor Portal que no es pariente ni allegado de la señora, y que no tiene otro motivo para interesarse por ella más que su extremada belleza, y confieso que el motivo es suficiente, el señor Portal solo olvida un detalle en cuanto acaba de decir, pero un detalle importante.

—¿Qué es lo que olvido, pues, señora? — preguntó Rocambole.

—Os olvidáis de decir que este escrito, todo él de puño y letra de Goezmann, es cierto, el fué dictado por vos mismo bajo el cañón de un revólver.

—¿Es verdad esto? — preguntó el juez a Rocambole.

—Es verdad hasta cierto punto.

—¡Ah! — dijo el magistrado con aire sorprendido y severo a la vez.

—Es decir, que obligué al miserable de quien leeréis los altos hechos en esta memoria, a escribir, no lo que yo le dictaba, sino la verdad, todo lo que sabía sobre el infame complot de que la señora Taurenis hubiera sido víctima, sin mi intervención.

—En fin, él ha escrito esta memoria bajo el imperio de la violencia de un revólver apuntado sobre él.

—Sí, pero la señora marquesa también olvida un detalle: se olvida de decir en qué circunstancias pasaba esta escena, circunstancias espantosas que hacen estremecer de horror y que constan por completo en la memoria.

—Escrita bajo un revólver, lo que atenúa singularmente su valor, respondió fríamente el magistrado.

—Pero... señor... — repuso vivamente Rocambole.

—Perdonad, señor, — interrumpió el magistrado en tono breve, aquí no veo más que un incidente sobre el cual tendremos tiempo de volver luego; lleguemos al hecho esencial que es el crimen de que ha sido víctima el señor Taureins, y cuya responsabilidad pesa, por el momento sobre la marquesa de Santarés.

Luego, dirigiéndosce a la viuda Taureins con una deferencia menos marcada que al principio, detalle que no escapó a la marquesa y en el que ella vió una tendencia en favor suyo.

—Señora, — le dijo, — ¿tenéis algún motivo para creer que el envenenamiento de que ha sido víctima vuestro marido, pueda ser atribuído a esta señora?

—Sí, señor.

—¿Cuáles son esos motivos?

—Una carta que la acusa formalmente.

La marquesa se estremeció.

El juez de instrucción repuso:

—¿Esa carta está en vuestro poder?

—Aquí la tenéis, señor.

Y sacándola del bolsillo, se la entregó al magistrado.

La marquesa echó una rápida mirada al sobre y reconoció la letra.

—Esperemos, — dijo con indiferencia y antes de que el juez abriese el papel, — que esa carta no será del infeliz que se obligó pistola en mano, a escribir una memoria contra mí, y que no se habrá obtenido por los mismos medios.

El magistrado llevó en seguida la vista a la firma.

—Está firmada por Goézmann.

—¡Oh! entonces, — dijo Nanina con una sonrisa desdeñosa, — no es muy difícil adivinar lo que contiene.

La frente del magistrado se arrugó ligeramente a la vista de aquella firma.

Era cada vez más evidente que el señor Portal y Valentina perdían terreno en su concepto, desde que la marquesa obligó a aquél a confesar la violencia de que usó para Goezmann al hacerle escribir una memoria contra la marquesa.

—He aquí lo que contiene esta carta, dijo el magistrado, volviéndose a esta última.

Oid, señora.

Leyó la carta, que ya conoce el lector, por la que Goézmann acusaba a la marquesa de haber envenenado a Taureins, y explicaba al mismo tiempo la tentativa, absolutamente semejante, hecha por este último contra su mujer, crimen cometido también esta vez bajo la inspiración de la marquesa, y cuya ejecución impidió únicamente Goezmann.

Cuando el magistrado terminó la lectura de esta carta, la marquesa dijo sonriendo:

—¿Y no hay más que esto? De veras que el amigo de la señora se ha contentado con poca cosa, y por más ingeniosa que sea la invención de la esmeralda envenenada, invención por la cual podría solicitar un privilegio, porque es enteramente nueva, encuentro que esta vez ha sido muy modesto, contentándose con una carta para aterrarme, cuando, teniendo a ese Goézmann a su discreción, podría haberle dictado una memoria como la otra vez, siempre bajo la inspiración de un revólver... o de un billete de banco, si ya han hecho las paces, como parece.

—Lo cierto es, señor, — dijo el magistrado a Rocambole, — que después de la confesión que acabáis de hacer, esta hipótesis no tiene nada de inverosímil, y que estoy muy perplejo por decidir el caso que se debe hacer de esta carta, pero...

Se interrumpió para tocar el timbre y apareció el escribiente.

XXIX

UN MATRIMONIO EJEMPLAR

—Haced entrar, — dijo el magistrado.

Cuando salió el joven, las tres personas que había en el juzgado dirigieron la vista al mismo tiempo hacia la puerta, y una misma impresión se reflejó en todos los semblantes. Todos se dirigían evidentemente la misma pregunta:

—¿Quién será? ¿Quién puede estar ahí?

Por fin el personaje esperado con tanto afán, apareció en el umbral de la puerta.

Era Goézman.

El juez de instrucción, que espiaba en las tres fisonomías el efecto que había producido aquella aparición reconoció, sorprendido que, los tres traicionaban el mismo sentimiento

de aprehensión, de modo que aquel incidente en el que había esperado encontrar un indicio, no hizo más que acrecentar sus dudas y su perplejidad. Aquel hombre preocupaba a todos; ¿qué pensar de ella?

En efecto, los tres se preguntaban con ansiedad lo que podía nesperar de aquel hombre, de quien se sabían odiados, que tenía que tomar contra cada uno terribles represalias y que con una palabra, falsa o verdadera, haría inclinar la balanza del lado en que pesaría más su odio. Y luego, a la impresión de temor que habían sentido, se mezclaba el sentimiento de profundo estupor de que se sintieron sobrecogidos al aspecto de aquel personaje que suponían ya en seguridad más allá de la frontera de España. Por su parte, el alemán, por las miradas sorprendidas que dirigía a los presentes, se adivinaba que estuvo muy distante de creer encontrarse con semejante compañía en el juzgado de instrucción.

Paralizado un momento por la sorpresa que le asaltó al asomar en el umbral de la puerta, entró por fin, diciendo:

—Ya lo veis, os había anunciado mi viaje al extranjero, pero el hombre propone y Dios dispone de mí a favor de Madame Policía, pues dos de estos caballeros me cogieron con mucha delicadeza en la mesa redonda de un hotel de Burdeos, después de dejarme tomar café y copa, atención que no está por cierto en sus costumbres.

Y dirigiéndose al magistrado:

—En fin, señor juez de instrucción, puesto que de todos modos tenéis empeño en conversar conmigo, no me pesa haber hecho doscientas leguas para disfrutar de este honor, y aquí me tenéis a vuestras órdenes.

—Goézmann, — le dijo el magistrado, que no perdía un instante de vista desde que entró, — ¿de qué proceden esos dos surcos sangrientos que tenéis en las mejillas? ¿No será acaso un medio de desfiguraros para haceros difícil de conocer en las pesquisas de la policía?

—No señor juez, es más bien una especie de tatuaje, porque esto ha penetrado muy adentro de la piel; y el que me tatuó de esta manera ahí lo tenéis; es el señor Portal.

—Cómo ha podido, pues...

—¡Oh! no ha sido muy difícil, dos latigazos fuertemente descargados, uno a la derecha y otro a la izquierda y asunto concluído. Es una marca para toda la vida. Esto se llama el tatuaje instantáneo.

—¡Ah! — dijo vivamente el magistrado, — es verdad, entonces, como lo acaba de declarar la señora, que el señor Portal ha usado de violencias para con vos...

—Muy sensibles, sobre todo para mí, sí es cierto.

—¿Reconocéis haber escrito esta memoria?

El alemán echó una mirada al manuscrito que le presentaban.

—Sí, yo soy quien ha escrito esto.

—¿Espontáneamente?

—No por completo.

—¡Ah!

—Fuí bastante impuulsado a ello por la vista de las seis bocas de un revólver apuntando sobre mí.

—¿Ya lo oís, señor Portal?

—Perfectamente, señor, — respondió éste muy tranquilo, — lo que no impide que todo cuanto encierra la memoria sea la exacta verdad.

—¿Qué tenéis que responder a esto? — preguntó el magistrado dirigiéndose al alemán.

—He de responder... que me explicaré al respecto tan pronto como el señor juez me haya comunicado el verdadero motivo por el cual me ha hecho comparecer delante de él.

—Pues bien; este motivo es la muerte del señor Taureins.

—Ya me lo temía.

—Aquí está una carta vuestra en la que declaráis que ha muerto por el veneno, y que ese veneno le fué administrado por la marquesa de Santarés.

—También la reconozco como mía, — dijo el alemán.

—¿Habéis escrito esta carta libremente, o bien os ha sido arrancada por los mismos medios que os determinaron a escribir la memoria? Pesad bien vuestra respuesta porque es de la mayor importancia.

—Sí, comprendo perfectamente su alcance, — dijo Goézmann paseando lentamente su mirada sobre el señor Portal y las dos mujeres.

Una expresión diabólica se reflejada en la mirada de aquel personaje que parecía destilar la hiel y el rencor sobre cada uno de los que estaban contemplándolo.

Estos, comprendiendo la sed de venganza de que estaba dominado, esperaban con una ansiedad indescriptible, la palabra que iba a pronunciar, o más bien, la sentencia que iba a dictar, porque era él quien debía resolver la temible cuestión de que dependía en aquel momento el honor de Valentina y tal vez la vida de la marquesa.

En efecto, si declaraba que la carta le había sido impuesta y dictada por el señor Portal y de acuerdo con la señora Taureins, con el objeto de perder a la marquesa, lo que temían Rocambole y Valentina, sabiendo de qué violento odio debía estar animado el alemán contra ellos, los roles cambiaban de repente, de acusadores que eran, se iban a convertir en acusados, e inmediatamente iban a ser perseguidos como culpables de calumnia y de falso testimonio, y sabe Dios de qué manera interpretaría el abogado de la marquesa la abnegación del señor Portal para la señora de Taureins.

Si declaraba lo contrario, la marquesa estaba perdida; y ella también tenía serios motivos para temer del alemán alguna venganza terrible.

Después de una larga pausa, durante la cual, dotado de una viva penetración, había llegado a adivinar el sistema de defensa de la marquesa, Goézmann, paseando siempre sus miradas del señor Portal a la señora Taureins, y de ésta a la marquesa ,como si hubiera dudado sobre que cabeza iba a descargar su venganza, pareció por fin haber tomado una resolución.

Se volvió al magistrado sonriendo:

—Antes de responderos, señor juez de instrucción, le dijo señalándole la Rubia, permitidme que os presente mi mujer, mi legítima esposa, la señora marquesa de Santarés.

—¡Cómo! — exclamó el magistrado estupefacto, — vos sois el marido de ..

—De esa adorable criatura, sí señor.

—¿Es cierto esto, señora?

Nanina se había puesto de color púrpura por la vergüenza.

—Sí, señor. — respondió con voz turbada.

—Pero, ¿ignorabáis, entonces, las relaciones que existían entre vuestra mujer y el señor Taureins?

—No, señor — respondió tranquilamente el alemán.

—Pero entonces, cómo explicar...

—¡Ah! señor, es que nosotros somos naturalezas privilegiadas, nosotros dos; nosotros nos habíamos elevado por encima de las preocupaciones vulgares a las que se someten el común de los mortales, nuestra unión no era la de este mundo, era la unión de almas, y en esa asociación que se vitupera duramente con el nombre de matrimonio de tres; yo para mí solo, tenía la mejor parte; ¡tenía su corazón!

Goézmann había expedido este pequeño discurso con una exaltación estática, que constrastaba de la manera más grotesca con sus facciones repugnantes y la grosera y cínica expresión de su semblante.

Furiosa por sufrir semejante humillación delante de su rival, Nanina se mordía los labios hasta hacerse salir sangre y no se atrevía a levantar la vista, se podría afirmar que en aquel momento hubiera querido verse hundir el piso bajo sus pies.

—De modo que ella, a quien amaba, era a mí — repuso el alemán continuando su rol, — lo mismo que yo la adoraba y nunca dejé de adorarla, mi Naninita; ella se llama Nanina, pero es un nombre amistoso que yo le daba en la intimidad y que la volvía loca de felicidad.

Un suspiro casi insensible, ronco y sordo como un hipo, salió de los labios de la marquesa, de la que se oían crujir los dientes uno contra otro.

Goézmann que la miraba con una alegría feroz, — repuso casi en seguida:

—Nada, podría daros una idea de su ternura, señor juez, hasta el extremo de que la víspera del día en que debía abandonar a París en compañía del señor Taureins, le declaró terminantemente que estaba empeñada en que yo los acompañase a España, puesto que sin mí, los millones no eran nada para ella y que ninguna consideración humana podría resolverla a separarse de mí. ¡Ah! señor juez, estas son cosas que van al alma y que no se olvidan jamás.

—¿No es cierto mi adorada Nanina, que no podríais vivir sin Goezmannito?

De escarlata que estaba la marquesa, se puso lívida.

En el recuerdo que acababa de evocar con aquella ternura irónica, Goezmann hacía alusión a la conversación de les había sorprendido y en que declaraba a Taureins después de prometerle que se lo llevarían a España, que lo haría arrestar al día siguiente.

Comprendió entonces, llena de espanto que entre las tres personas destestadas, era ella la elegida, era ella la que iba a sacrificar a su venganza.

Sin embargo, confiaba aun, sin perder en absoluto la esperanza.

Goezmann repuso:

—Señor juez, tenía necesidad de explicaros todo esto, para haceros comprender con qué dolor de mi corazón me veo obligado en obsequio de la verdad, en insistir en el contenido de esta carta.

—¿De manera que reconoceis haber escrito esta carta espontáneamente y que persitis en acusar a la marquesa de Santarés de haber envenenado al señor Taureins?

—¡Ah! Sí, señor juez, — respondió el alemán afirmativamente y con cara contristada.

La marquesa se paró de un salto y pasando repentinamente del abatimiento a la indignacion:

—¡Miserable! — vociferó, — el que lo ha muerto eres tú; tú mismo lo declaraste en una carta...

—Que no podeis manifestar, señora, — le dijo severamente el magistrado; — ahora bien, una mujer como vos, no quema semejantes documentos como pretendeis haberlo hecho.

A esta revelación brilló en los ojos del alemán un relámpago de alegría feroz.

—¡Una carta mía! — dijo con aire estupefacto, — pero si yo nunca os he escrito mi hermosa Nanina.

—¡Infame! — exclamó la marquesa dando un paso hacia él con los puños cerrados y la vista lanzando rayos de ira.

—¡Ay! mi siempre adorada Nanina mía, — repuso el aleman, subrayando cada una de las palabras con marcada intención; — ¡cuánto siento veros en esa triste situación y cuánto mejor no esstaríamos los dos en España.

La marquesa iba a replicar, pero el magistrado se levantó diciendo:

—¡Basta por hoy! Dentro de algunos días se procederá a un nuevo interrogatorio.

XXX

UN NOVIO

Eran como las cuatro de la tarde, cuando se paró a la puerta del hotel Mauvillars un carruaje descubierto y se apeó un joven vestido con elegancia rebuscada, que subió el peristilo apresuradamente.

Era sir Ralph.

Bajo el aire despreocupado que afectaba se adivinaba cierta inquietud y contrariedad.

Era conocido de la servidumbre del hotel y como todos eran muy afectos a sus amos y sabía que traía la degracia a la familia, lo miraban con muy mal ojo cuando por casualidad se presentaba en el hotel.

De manera, que el viejo Antonio, que había visto nacer a su joven patrona y que

la adoraba como si hubiera sido una nieta suya, lo recibió con un aire casi amenazador cuando vino a pedirle que pasara a anunciarlo al señor Mauvillars.

Le volvió la espalda y se dirigió al salón sin decirle nada.

Luego abrió la puerta, lo anunció y se fué murmurando:

—¡Mal pájaro nocturno, ese!

Sir Ralph se encontró en presencia del señor Mauvillars y de su padre.

Saludó profundamente y esperó con visible apresión que le dirigiesen la palabra.

El señor Mauvillars se había levantado.

—¿Qué teneis que decirme, señor? — le preguntó mirándolo de la cabeza a los pies.

—Señor — respondió sir Ralph algo desconcertado con aquel recibimiento; — como estamos en vísperas de mi unión con la señorita Tatiana...

Se interrumpió en presencia de aquella cara glacial que tenía delante.

—¿Y... qué? — le preguntó friamente el señor Mauvillars.

—¡Y bien! señor, he creído que estando tan próximo a ser su esposo, podía y hasta debía presentarle mis respectos.

—¡Ah! ¿Creistes esto? — replicó el señor Mauvillars.

Tomó un cordón de campanilla que agitó dos veces seguidas.

Entró una mujer.

—¿Dónde esá vuestra joven patrona?— le preguntó Mauvillars.

—En su habitación, señor.

—¿Qué está haciendo?

—Como siempre, señor, esta llorando.

—Está bien, podeis retiraros.

Sir Ralph comprendió que aquella mujer era la camarera de Tatiana; pero entonces, ¿qué se había hecho Malvina, a quien creía siempre junto a la joven?

He aquí lo que se preguntaba con la mayor inquietud.

Pero no tuvo mucho tiempo para reflexionar.

—Ya lo habeis oído, señor, llora, siempre está llorando, y lo que la tiene sumida noche y día en un mar de lágrimas, vos lo sabeis bien, es la idea de llegar a casarse con un hombre como vos. ¡Y bien! señor, os parece este el momento más a propósito para irle a ofrecer vuestros respetos?

—Está bien, señor, me retiraré — dijo sir Ralph con una cólera reconcentrada, — pero permítame haceros observar que tanta altanería de vuestra parte, tanto desdén de parte de la señorita Tatiana, son tal vez muy imprudentes en el momento en que voy a ser yo el dueño de su destino.

El señor Mauvillars, que, como sabemos era de un temperamento sanguíneo e irascible se volvió colorado del enojo, y avanzando bruscamente a sir Ralph.

¡Amenazas! — exclamó.

—No, señor, — respondió fríamente sir Ralph, — sino una advertencia que os aconsejo aprovecheis porque dentro de algunos días vuestros derechos de tío y de tutor cesarán y empezarán los míos.

—¿Y entonces? — dijo Mauvillars mirando fijamente a sir Ralph.

—Entonces mi primer cuidado será llevarme a mi mujer lejos de una familia en que no he recibido sino afrentas.

—¡De veras! — hizo Mauvillars cruzándose de brazos, — ¿y dónde pensáis llevarla?

—A América.

—¡A América! — exclamó el abuelo poniéndose a temblar a semejante idea.

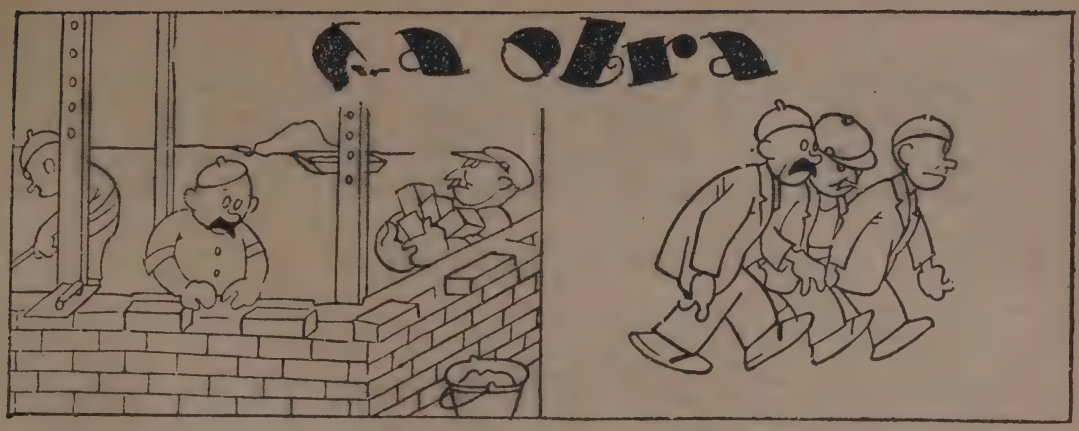
—¡Nada más que eso! — dijo Mauvillars con una impasibilidad bajo la que se sentía rugir la tormenta. — ¡Ah! ¡con que habremos criado una niña con un cuidado y una ternura infinita, la habremos cubierto de tal manera con nuestra afección que ha cruzado la vida al abrigo de todos los disgustos y pesares, sin que hubiera derramado una lágrima hasta el funesto día en que os encontró en su camino; hasta nosotros mismos nos hemos penetrado del encanto que ella esparcía a su alrededor hasta el punto de que su presencia nos es tan indispensable como a la planta los rayos del sol y que hay alguno entre nosotros que no sobreviviría a su partida, y todo para que vos os la llevéis lejos de nosotros nada menos que a ultramar! ¡Ah! ¿tal es vuestro proyecto, señor? ¡Y bien! yo, yo también os diré el mío, que se aparta de él singularmente.

—Hablad, señor, yo os escucho, — dijo sir Ralph con afectada indiferencia.

—Mi hotel es bastante grande para hospedar a dos matrimonios; el ala derecha está ya dispuesta y amueblada de arriba abajo para recibiros a vos y a Tatiana, porque la ley quiere que ambos esposos habiten bajo el mismo techo viviris, pues allí, pero teniendo cada uno su habitación apate, y todo está arreglado de manera a que cada uno goce de entera libertad, excepto la de que penetris en la habitación de vuestra mujer. La ofensa que habis hecho a su reputación exige, para ser reparada, que ella lleve vuestro nombre, hasta ya de esta vergüenza, le ahorraris a vuestra presencia y sobre todo la de vuestro amor. He aquí lo que he resuelto, y he aquí lo que se hará. Ahora, si esta situación lastimase vuestra dignidad, os ofrezco el medio de terminarla: os abonaría el dote de Tatiana, vos me daríais un recibo con el formal compromiso por escrito de no volver a presentaros jamás a su presencia y a renunciar a todos vuestros derechos de esposo, y entonces quedaris en completa libertad de partir para América, donde os acompañarán nuestros votos.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

La obra



El señor Nicéforo, el señor Eustaquio y el señor Ulpiano trabajaban en la construcción de una casa...

Y para reponer las fatigas y acabar con el gusanillo...

el señor Nicéforo se pagaba unas copas, y el señor Ulpiano correspondía con otra ronda, y luego el señor Eustaquio...

Al día siguiente reclamaba la iniciativa el señor Ulpiano y, como hay que alternar, luego el señor Eustaquio y el señor Nicéforo...

Y otro día el señor Eustaquio...

hasta que, por fin, un día se terminó la obra.

(De "Nuevo Mundo")

EL DIARIO

5a. EDICION

publicará en ediciones próximas cuentos de Paul Groussac, Martiniano Leguizamon, Benito Lynch, Horacio Quiroga, Mario Bravo, Belisario Roldán, Javier de Viana, etc., etc.

Todos los días ofrece UN CUENTO SELECTO, de autor francés, español o americano.

COLECCIONELOS

EL DIARIO

Diario de la tarde fundado en 1881

Redacción y Administración:

Av. DE MAYO 662 - BUENOS AIRES

Lectura para gente de buen gusto

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Julio 27
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 252

Lea la interesante novela:

RUFO

que se publica en este número.

—¿Por qué mordió Eva la manzana?
—Porque no tenía cuchillo para partirla.

SUMARIO

RUFO

Un relato misterioso y extraño escrito en inglés y traducido especialmente para "Pucky" de su original. Es algo nuevo y que ofrece escenas de verdadero interés para todos los lectores de este magazine por su diversidad de escenas y la originalidad de su desarrollo.

HOROSCOPO INFALIBLE

Modo de hallar el porvenir de las personas de la manera más fácil que puede imaginarse, creado por un notable sabio francés cuya reputación lo pinta como uno de los adivinadores más asombrosos de nuestros tiempos. La facilidad con que puede consultarse este oráculo lo hace aún más sencillo y de más fácil empleo.

TARZAN DE LOS MONOS

Le conviene a usted esta novela si desea apreciar lo mejor que se ha escrito en nuestra época y lo más original que ha producido la literatura en muchos años.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas de Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

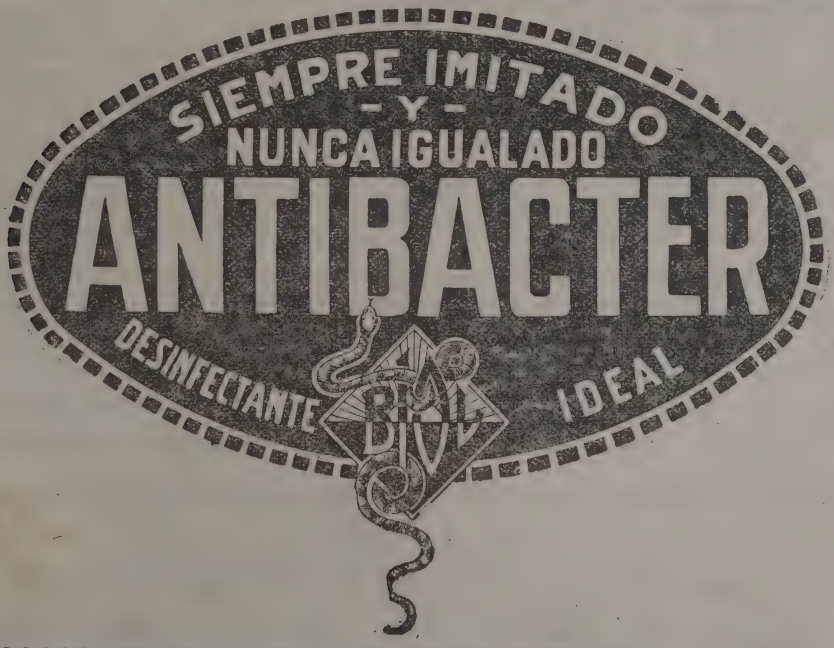
EL CONCURSO DE "PUCKY"

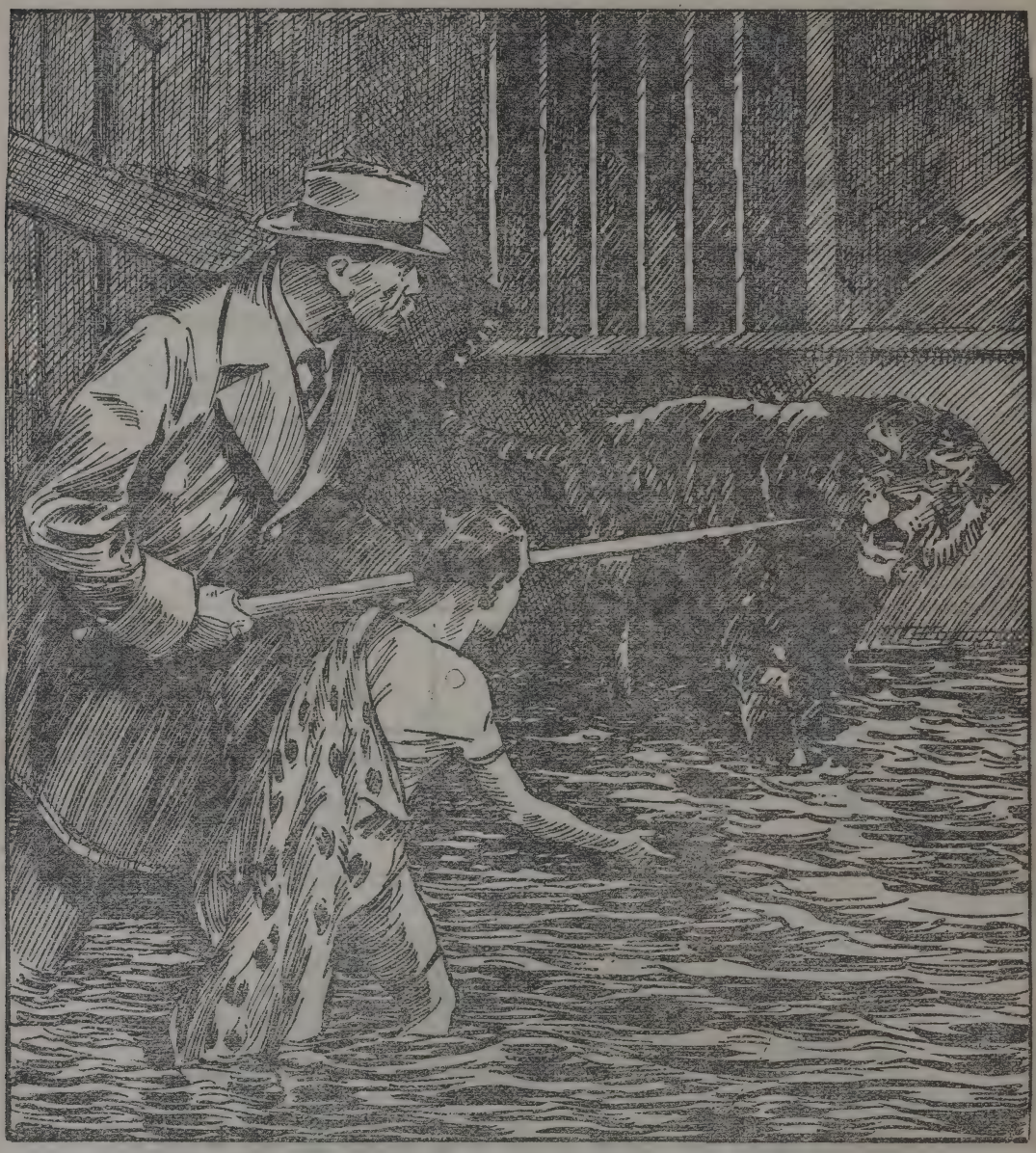
Todos los lectores de este magazine que han enviado la solución de acuerdo con el aviso publicado o sea formando con las letras grandes la palabra

P	U	C	K	Y

han recibido ya el premio que les correspondía. Los cupones con la palabra PUCKY no tienen valor alguno como parecen suponerlo algunos.

De acuerdo con lo que se publicó oportunamente, no se entrará en correspondencia respecto a lo que a este concurso se refiere ni darán más explicaciones que las que figuran en el correspondiente aviso.





Se recomienda muy especialmente el artículo que aparece a continuación y que ofrece muy extraños aspectos, desarrollándose en un instante original y curioso por todos los conceptos posibles.

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

RUFO

¿Qué fué de Rufo el Grande? ¿Aprovechó la ocasión que se le presentaba para vengarse de la crueldades sufridas y en cambio agradecimiento a la otra, pues siendo del mismo sexo se auxilian siempre, según lo dice alguno.

UU mes después de la gran inundación llegué a la ciudad de Ohio. La ciudad se hallaba aun en un estado e extraordinaria exaltación y todas los hombres copaces de la población trababajaban en lo que parecía una tarea destinada al fracaso, limpiando y componiendo todo lo destruído por el agua y por los incendios.

Una parienta lejana de quien no había tenido noticia durante muchos años me llamó desesperada. Su casita y todos sus queridos y autiguos muebles habían quedado destruídos y ella estaba viviendo en el Hotel del Aguila, abatida por las pérdidas sufridas y casi enloquecida a causa de ello.

Era una de las tantas miles de víctias. Mientras yo e ocupaba de sus asuntos me sentí asombrado e impresionado por los relatos de lo que había pasado a todos aquellos con quienes tuve ocasión de hablar. Pero sólo necesitaba mirar en redor para darme cuenta de que todos los relatos por extraños y tristes que fueran se dejaban atrás a la realidad. Algunos centenares de casas de junto al río habían sido arrancadas materialmente de sus cimientos; el barrio de los negocios presentaba el aspecto de una ciudad que ha sido invadida a incendiada por conquistadores brutales. Grandes masas de cien cubrían las casas semidestruídas y aun llenaban las calles. De las chimeneas destruídas a medias y de las ramas de los árboles colgaban trozos de tierra mojada de la que todavía caía agua, presentando el aspecto de extraordinarios y grotescos espantapájaros. Entre las ramas de un roble gigantesco había sido puesto, por la fuerza del agua, un piano de concierto; en una rama más alta se veía la muñeca de una niña colgando de una mano y dando la idea de que tuviera vida.

Oí muchos relatos de valerosos saltatajes. Respecto a estos salvatajes oí el relato del pequeño Rufo y del tigre y siempre me lo contaron alegremente. Su fascinación parecía más bien acrecentar que aminorar su atractivo. Desde el primer momento me di cuenta de que en ese relato había algo más de lo que sus narradores mencionaban.

* * * *

HAY, o mejor dicho había, antes de la inundación un teatro-circo de vaudevilles, — se llamaba Hyperion y en la ciudad le llamaban tan solo "el Hyp". — El número principal de su programa durante la semana en que se produjo la inundación era "Rufo", "el gran Rufo" con su tigre hembra, de Bengala llamada Mirza.

La troupe 'El gran Rufo" no era numerosa. Fuera de Mirza solo constaba de otro artista, — un niño de doce años, medio enano, que parecía tener seis o siete. — Se le conocía en el ambiente del circo como Rufito", probablemente para burlar las leyes que prohiben el trabajo de los menores. Impresionaba mucho al público al verlo tan chiquito frente a fiera tan poderosa y cruel a la que trataba con toda desenvoltura.

La actuación de Rufito en el número del gran Rufo — probablemente respetando las leyes del trabajo de los niños, — hacía que el gran Rufo lo presentase como hijo suyo. Rufito representaba la parte cómica del número y contribuía a representar el acto fi-

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 31 de este número

nal que dejaba al público estremecido de horror y temblando de miedo. Vestía igual que el gran Rufo, con mallas color cuero y una especie de capa que imitaba una piel de tigre, colgada de un hombro. El gran Rufo era hombre de estatura excepcional y su diminuto ayudante hacía reír, más que por otra razón por lo diminuto de su tamaño.

La representación se realizaba dentro de una gran jaula, — como las de los leones — hecha de barrotes de hierro. Mientras Rufo grande hacía que Mirza realizara sus evoluciones, Rufo chico le alcanzaba los diversos utensillos, — aros, banderas, lanzas, — y para demostra durante todo el número un nuevo cómico. Cuando se acercaba a Rufo grande con las rodillas temblorosas para darle, estirando el brado, un aro de papel o una pistola todo el público se desternillaba de risa. Y cuando Mirza rugía o alzaba una potente garra, Rufo chico huía de ella como un conejo asustado. Una risotada de aprobación acogía siempre tales salidas cómicas. Se comprende, por esta razón que Rufo chico valía para su patrón más que su peso en oro.

En el momento supremo del número era cuando Rufo chico resultaba de mayor importancia.

Precisamente en esta ocasión el payasito se aventuraba a acercarse más a las garras de la fiera, con rápido movimiento, se daba cuenta de la proximidad del niño, levantaba la cabeza y miraba a Rufo chico con ojos muy abiertos. En tal ocasión solía oírse un ¡Ah! a alguna espectadora y a veces de muchas a la vez. Entonces Mirza bajaba la cabeza hacia Rufo y el muchacho se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, sonriendo y abrazaba el cuello de la fiera. Caía entonces el telón en medio de entusiastas y largos aplausos.

Una lluvia como un diluvio comenzó en la noche de un martes y siguió sin parar todo el miércoles. El jueves por la mañana subía el nivel del río y los meteorólogos de la localidad predijeron una inundación.

Esto no tenía en verdad nada de alarmante. En aquella localidad se producen inundaciones todas las primaveras, cuando se derrite el hielo de las montañas. Pero no tardó en apreciarse que aquella era una inundación que no tenía nada de vulgar. La lluvia caía sin cesar y el río, después de subir con rapidez extraordinaria, se desbordó antes de que el vecindario pudiese darse cuenta de lo que pasaba en realidad. No cesaba la lluvia. A las cuatro de la tarde del jueves, el río había subido siete pies más que en las más altas crecidas que se recordaban. A las cinco de la tarde se hundió el puente del ferrocarril. A las seis, casi la mitad de la ciudad estaba debajo del agua. No se veía más que los pisos altos de las casas. La usina del gas y la usina eléctrica, se desplomaron y toda la ciudad estaba a oscuras.

Fue aquella una noche de terror que nadie olvidó, pero que también una noche de valentía y de sacrificios de parte de casi todos los habitantes de la ciudad. Se olvidó todo lo relacionado con la destrucción de la propiedad. Tanto los hombres como las mujeres y aun los niños, separados por la inundación por la oscuridad y por la furia de la tormenta, se refugiaron en los techos de sus destartaladas casas, estaban en peligro de muerte y era necesario salvarlos, costara lo que costara.

No había tiempo para calcular los riesgos y pocos fueron los que aquella noche no expusieron la vida para salvar la de los suyos.

Para agravar aun más la situación estalló un incendió poco después de las doce de la noche en la parte superior de un extenso depósito situado en un extremo de la calle principal. Ese incendio se exteidió por el barrio cercano. Las llamas, acrecentadas por la fuerza del viento progresaron, cada vez más, sembrando el terror y la confusión.

Fué precisamente al amanacer del siguiente día cuando Abe Marcus y Ben Simmons atacaron al fuego cerca de la calle Segunda, en las cercanías de la estación del ferrocarril. Se encontraron con Rufo Chico. Estaba colgado, — medio muerto de frío, pues no tenía puesta más ropas que las que se ponía para presentarse ante el público del circo,— de las ramas de nogal la punta de cuyo ramaje sobresalía un poco de la superficie del agua y era sacudido sin cesar por la fuerza de la correntada que hacía remolinos en todo sentido.

Rufo Chico no estaba solo en aquel árbol. En otra rama cercana estaba la tigre Mirza. Sus ojos amarillos brillaban sobre las turbulentas aguas. Parecía hallarse dispuesta a saltar hacia el muchacho a quien dominaba con sus agudas garras y estaba tan cerca de ella.

Ben Simmons, hombre delgado, musculoso y fuerte, que pertenecía al cuerpo de bomberos de la localidad, fué quien me contó lo que había sucedido.

"Era difícil, muy difícil, sostenerse allí haciendo frente a la corriente. Pero, Abe y yo nos atamos al árbol en el cual se encontraba la fiera. Sabíamos, ¡claro está!, que nuestra obligación era salvar a aquel muchacho, fuera como fuera. "Abe — le dije — si no sacamos del árbol a ese chico, esa tigre se los comerá en cuanto sienta un poco más de apetito". Abe se ha mostrado valiente muchas veces, pero en aquella ocasión tembló. Creo que yo también estaba temblando. De todos modos, le gritamos al chico que no se asustara, que íbamos a salvarlo. Entonces, cuando la corriente sacudió el castaño y Mirza lanzó un rugido como para ponerle el pelo de punta al hombre más valeroroso... No alcanzo a explicar como procedimos. Atamos una soga a una chimenea que no se había caído y le dije a Abe que atara al muchacho. Lo cierto fué que tiramos del chico y lo sacamos del árbol pasándolo al techo donde todavía quedaba un pedazo de caño.

"Abe lanzó varios juramentos, lo que no tiene mayor importancia. El chico cayó al agua y de allí lo pescamos. Después nos diri-

jimos al árbol. La tigre nos miraba y movía la cola. Le gritamos al chico que se echara al río. Creoque nos oyó.

"Pero, en respuesta, movió negativamente la cabeza. Nos figuramos que estaba asustado y como se trataba de un chico, no nos pareció extraño. Nosotros estábamos como locos. Abe miró a la tigre y se asustó aun más de lo que yo lo estaba.

"El chico, lo que hizo, fué abrazarse al cuello de la fiera. Como hacía en el circo. "¡No maten a Mirza!" — gritó al ver que yo sacaba el revólver y créalo, señor, aquel animal terrible hizo "ronron" como un gato mimoso.

"Volví a retirarme del árbol. Abe exclamó: "Si no matamos a esa fiera, se comerá a Rufo Chico".

"Hablemos con el muchacho, — dije a Abe. — Vamos a dejarlo con su tigre, — añadí y arréglese. Nos metimos en el bote que nos había llevado y nos separamos del árbol. La fiera acarició cariñosamente a Rufo Chico mientras nos alejábamos.

"Más tarde creímos que la tigre se había comido a Rufo Chico."

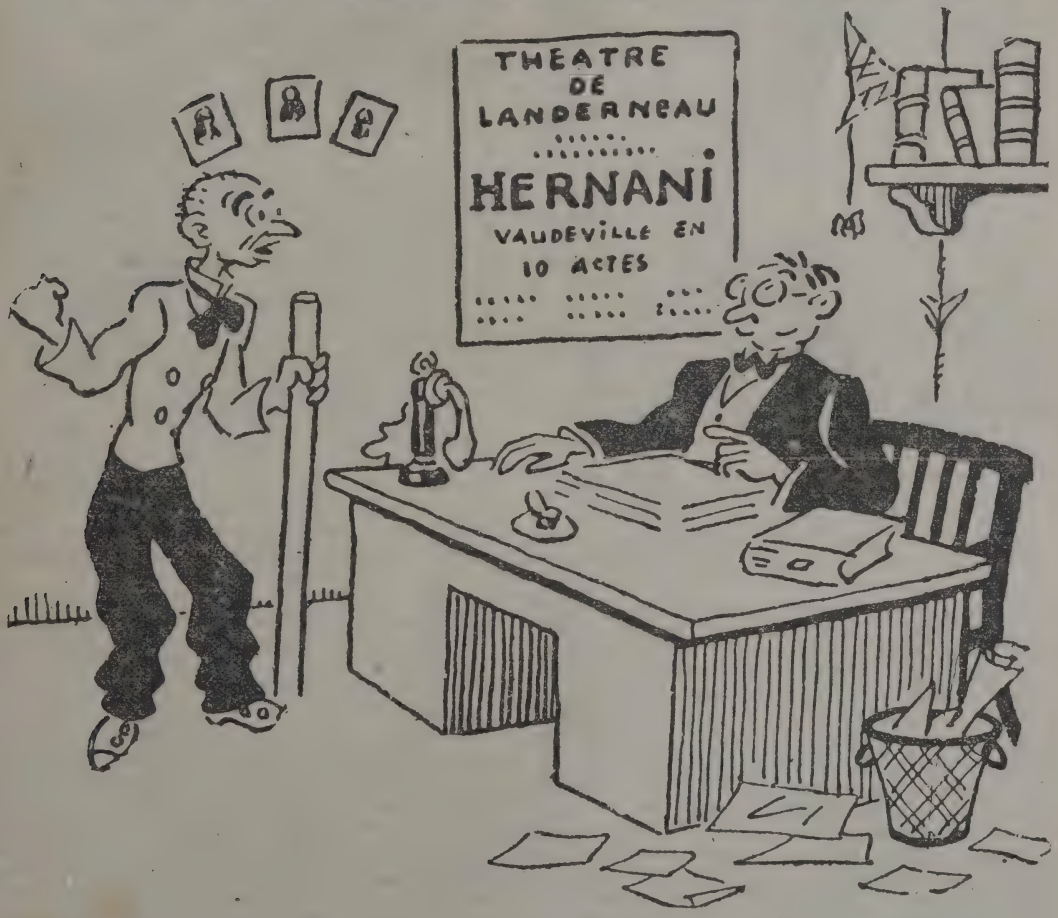
* * * *

Lo demás que le pasó a Rufo Chico, fué igualmente interesante.

Según parece Mirza, la fiera, más muerta que viva, consiguió llegar a un techo semisumergido. Una vez allí la mataron a tiros algunos vecinos asustados. El animal no se defendió. Su ejecución fué votada en nombre de la seguridad pública.

En cuanto a Rufo Grande, desapareció por completo. Había salido del hotel con Rufo Chico poco después de comer el día fatal.

EN UN TEATRO DE FRANCIA



El director de escena: — Señor director: no hay más que cinco espectadores en toda la sala esta noche.

El empresario: — Así no podemos dar la función: hay que devolver la plata.

El director: — ¡Imposible! Todos tienen entradas de favor.

Los dos vestían traje de saco. No se supo más de él. Figuró en la lista de los "desaparecidos".

¿Por qué fué interrogado Rufo Chico? Porque estaba en el hospital, a las puertas de la muerte. Ben lo llevó desmayado a su casa. Sadie, la muper de Ben, que no tenía hijos, lo cuidó como si fuera suyo. Aquí terminan las noticias a su respecto. A pesar de cuanto hizo la buena mujer, no pudo salvarlo de un repentino ataque de pneumonía.

* * * *

PUEDE ser que, al fin y al cabo, sea Sadie quien mejor sepa cómo finalmente, Rufo Chico ganó su combate contra la muerte, porque ella lo observó y la atendió día y noche durante largo tiempo. Deliró durante mucho tiempo y Sadie me manifestó cómo, a través del delirio, llamó repetndas veces a Mirza, la tigre, para que lo prategiese contra alguien cuyo nombre no pronunció, contra un enemigo al que siempre dió el nombre de "él".

—¡Figúrese al probre niño llorando, pidiendo la protección de una fiera porque no contaba con ningún ser humano que lo protegiera! — agregó ella. — ¡Es necesario haber sido testigo d cesas escenas para comprender lo qu puede hacer la fiebre!

Poco era lo que quedaba de Rufo Chico una vez pasada la crisis. Fué entonces cuando, acompañado por Ben Simmons, lo ví por vez primera. Su rostro no tenía más que ojos y sombras.

—Es curioso, — dijo Ben cuando salimos de la habitación, — de qué modo se le mete a uno un chico así en el corazón. Sadie y yo casi creemos que nos pertenece. Creo que es capaz de matar a Sadie si mi mujer llega a decirle que se vaya de su lado. No hemos podido hallar por parte alguna ni el menor rastro de su padre. Supongo que el cielo no querrá que el corazón si llega el momento en que se entere de que no tiene padre. Sadie ha pensado en tomarlo como hijo adoptivo.

Una semana más tarde Ben estuvo a verme en el Hotel del Aguila. Yo pensaba ausentarme aquella noche de aquella ciudad, pues ya había logrado poner en orden todos los enredados asuntos de mi tía. Pero noté algo en la voz de Ben que me hizo posponer algo en la voz de Ben que me hizo posponer el día de mi partida. Me dijo que él y Sadie se veían en dificultades con motivo del asunto del chico y me pidió que fuese a verlos. Fuí inmediatamente a su casa.

En lo primero que pensé fué en que Rufo Grande había aparecido y en cuanto a Ben abrió la puerta, pregunté por él.

—No, — me contestó Ben; — no hemos tenido noticia alguna de Rufo Grande. — Se notaba un exthraño modo de mirar en los grises ojos de Ben. — Tome usted asiento.

Me senté, llamándome la atención la actitud de Ben y acepté un cigarro, — oscuro y sin duda muy fuerte, — que me ofrecía. Encendimos los cigarros y él aproximó su silla a la mía a manera que sus rodillas tocaran con las mías.

—Señor Burt. — contestó con tristeza; — no se ha tenido noticia alguna a su respecto, — manifestó entonces Sadie con mucha tristeza. Pero el niño no tiene a nadie más que a nosotros en el mundo.

—Sadie y yo, — dij oBen, — no nos creemos capaces de cuidar de él... ahora.

—¿Por qué no, Ben?

—Porque Sadie afirma que el chico no está bien de la cabeza.

—¡Oh!

—No lo sé de seguro. A veces me parece comprenderlo con toda claridad. Pero, señor Burt, a veces parece que no tuviera sentimientos naturales ¿comprende usted?

—No lo entiendo, Ben.

—No me extraña. El caso es así. Ayer se sentó en la cama. Usted sabe que siempre ha hablado poco y que nosotros no le hemos preguntado mucho. Pero la noche pasada preguntó a Sadie de repente: ¿Está bien Mirza? ¿Dónde está Mirza? Eso ha sido lo primero que ha preguntado... respecto a la tigre feroz. No preguntó ni una palabra sobre su padre, como esperábamos nosotros. Bueno, cuando Sadie le dijo que la fiera había tenido que ser ultimada a tiros, se echó sobre la cama, chillando desesperado. Sadie se asustó y mandó por mí: "Oye, hijo, — le dije, — así tuvo que ser. ¿Comprendes?", — añadí. Le tomé de la mano diciéndole que así tenía que ser. "No es posible encontrar a tu padre por parte alguna y nadie ha podido encontrar a Mirza", le dije. Esta vez lloró y lloró silenciosamente. Sadie supone que llora tanto por que no puede hallar a su padre. Sadie no puede verlo llorar así sin afligirse también, ¡es tan buena! "Muchacho! — le dijo ella. — ¡Tal vez se encuentre a tu padre al fin y al cabo!". Al oir esas palabras replicó: "¡No! ¡No vendrá! Mirza se encargó de "despacharlo". — dijo él. "¿Qué quieres decir con eso, hijo mío?" — le pregunté. "Mirza es el único amigo que he tenido en el mundo", — dijo él, — y no pudimos sacarle ni una palabra más.

Entre nosotros reinó entonces, un largo silencio.

—¿Podría hablar con Rufo Chico? — dije yo.

Ben se levantó de su silla.

—¡Claro que sí, señor Burk! — exclamó. — Deseo eralmente que hable usted con él.

Y subimos por la oscura escalera que conducía a la habitación donde estaba el muchacho.

* * * *

Cuando bajé, media hora después, ya anochecía. Encontré a Ben y a Sadie uno junto a la otra sentados ambos en su salita, dándos la mana. — No se levanten, — les dije. Tenía en la garganta como un nudo que no me dejaba tragar la saliva. Le dije a Sedie que no encendiese la luz. — "Está todo bien", — agregué, dirigiéndome a sentarme en una silla vacía. — "Lo he comprendido todo y todo va bien. Si cuando termine de hablar ustedes no quieren adoptar a Rafo Chico, lo adoptaré yo.

"**Lo primero** qeu recuarda Rufo Chico es

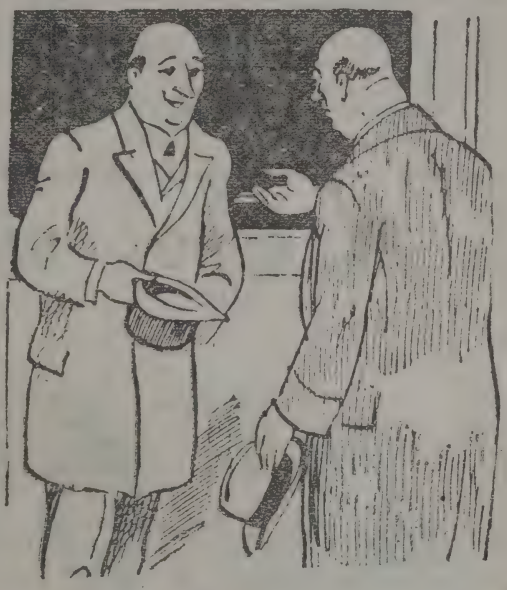
una enorme tienda de campaña blanca y muchos caballos blancos. Creció como "elemento" de alguna compañía de circo ambulante. Tal vez tuvo madre alguna vez; pero esto no es seguro. Lo que es seguro es que nunca tuvo padre de ninguna clase. La gente del circo no fué mala con él, pero cree que no perteneció a ninguno de esos en particular... hasta que un día Rufo Grande se unió a la compañía. No sabe por qué Rufo blasfemaba todo el día dirigiéndose a él en la misma forma en que se dirigía a Mirza. Algunas veces le pegaba con un palo o le golpeaba con un látigo sin razón alguna.

simo humor porque el agua se metía en el teatro y sería necesario suspender las funciones. Mirza estaba en una jaula chica debajo del escenario, no sabía en qué sitio. Debido a eso, después de la comida en el hotel, Rufo el Grande llamó a Rufo Chicov y le ordenó que subiera la jaula al escenario por si el agua inundaba el foso. Mirza tenía un gran valor y no quería correr el peligaro de perderla. Rufo Chico dice que no le dió importancia a esa orden, porque quería mucho a Mirza. Tanto Mirza como él odiaban a su patrón que era tan cruel con ellos.

"No recuerdo bien lo que aconteció. Ru-

CALVICIE

—¡Mira, mamita, los dos son calvos!
—¡Cállate, que pueden oirte!



—Y que puede tener eso de particular. ¿Acaso supones que ellos no lo saben?

Rufo era cruel con Mirza y con el muchacho y le dejaba los golpes marcados en la espalda, cuando Mirza no hacía lo que se le mandaba. Rufo Chico que Mirza le daba lástima y la quería aun cuando nunca dijo una sola palabra en su defensa.

"Por último Rufo el grande abandonó el circo e hizo que Mirza y él trabajaran para él dos veces al día en todo el país, presentándose al público metidos en una jaula. Rufo Chico que eso no le importaba mucho porque le gustaba estar con Mirza. Penell y Mirza odiaban a su patrón porque era cruel para los dos.

"No recuerdo con exactitud lo que pasó la noche de la lluvia, pero fué algo como lo siguiente: Rufo el Grande estaba de malífo el Grande estaba furioso porque el agua seguía ubiendo y creía necesario poner a Mirza con su jaula en sito seguro. Por eso me mandó cambiar de sitio la jaula en seguida de almorzar.

"Cuando llegamos al teatro, — agregó el muchacho enteramente empapado, — ya había tres pulgadas de agua en redor de la jaula y esta puso más furioso a mi patrón. Tomó de un brazo a Rufo Chico y lo metió debajo del escenario. No había nadis por all: todos se habían marchado; pero se oían, procedentes de la jaula, los rugidos de Mirza. Rufo el Grande comenzó a vociferar y a insultar: Rufo Chico descendió al foso detrás de él. Dijo que no tenía miedo, pero lamentaba lo que le pasaba a Mirza.

"Por suerte sólo había dos pies de agua debajo del escenario y encontraron a Mirza muerta de miedo, procurando salir por entre los barrotes de la jaula. Rufo el Grande sabía que no había tiempo qeu perder. Corió de nuevo escaleras arriba maldiciendo y en busca de alguien que le ayudara a abrir la trampa del escenario y a sacar la jaula. Rufo Chico se quedó atrás, en la oscuridad con el agua hasta la rodilla, y pensando en Mirza. Dicè que fué esa la única vez en que no hizo caso a lo que tenía que hacer. Cuando Rufo el Grande volvió estaba todavía más furioso que antes. No había encontrado a persona alguna y el agua seguía subiendo rápidamente. Empezó a insultar a Rufo Chico la presencia de Mirza y hast le tironeó de las orejas al muchacho.

Me puse mi traje de circo. Además había el peligro de que no me reconociese o no reconociese a los demás. Rufo Chico se paresuró a subir.

"Rufo Chico se cambió rápidamente de ropa. Rufo no tardó entones en presentarse en el circo.

"Rufo Chico baó. El agua le daba por debajo del brazo. Se disponía a abrir la luz y así lo hizo. Dice que Mirza no quería salir en el primer momento en ese coloquio. El entraba entonces en escena.

Mirza subió por la escalera rugiendo de un modo terrible.

Hubo un momento en que Rufo Grande esperó a Mirza con una lanza de hoja afilada. El agua parecía salir de todas partes. En cuanto la vió Rufo Grande le dirigió con la mejor voluntad.

* * * *

De todos modos el caso fué que en la salida oscura cuando pasada por frente a la otra salida lo vió a Sande.

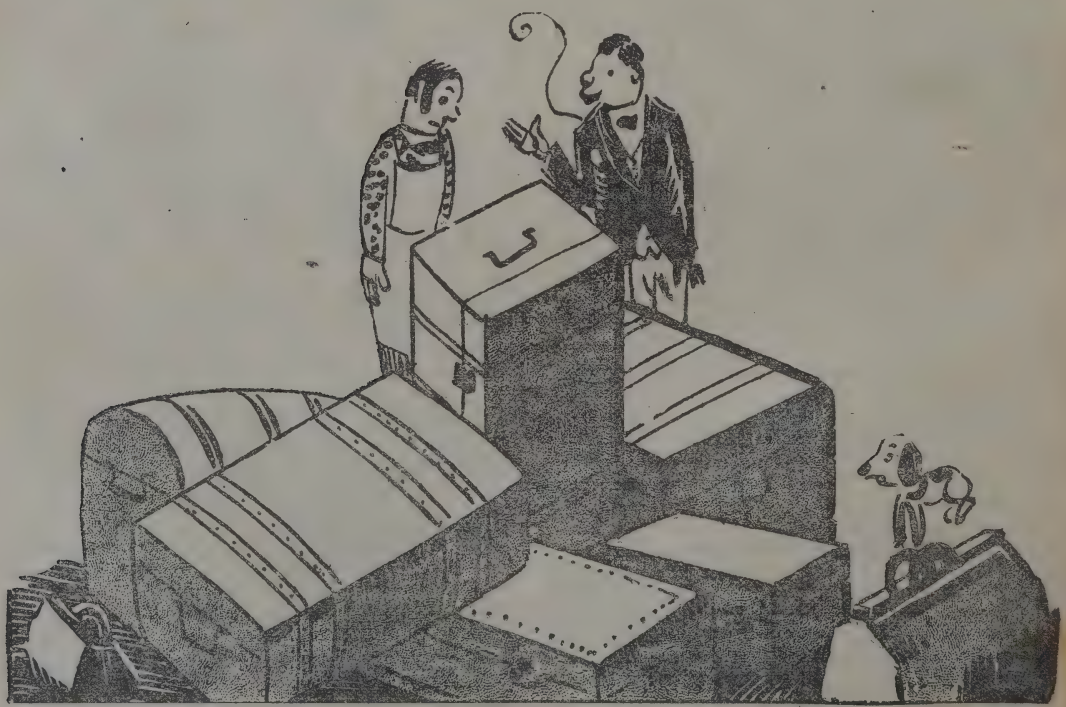
"El circo quedó enteramente destruído", —decía Ben con tristeza. — Tal vez cuando hayamos quitado todo el cieno que hay allí cambie todo de aspecto y tengamos que experimentar alguna sorpresa.

"—¿Eh?"

"—¡Tal vez!"

WILSON DODD.

EL SEÑOR EMPRENDE VIAJE



El sirviente: — ¿Es necesario, patrón, que pongan alguna dirección más en los baúles que forman su numeroso equipaje?

El patrón: — ¡No! ¿Para qué, Bautista! En el priemro de los baúles pones mi nombre, como te he dicho, y en los otros pones "ídem" y nada más.

PRECAUCION NECESARIA

—Conocí a mi esposa de manera muy original. Estuve a punto de aplastarla... y después...

—Si todos tuvieran que hacer otro tanto, los automovilistas pondrían más cuidado.

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

UNA LECTURA INTERESANTE Y AMENA

MODO DE CONOCER EL PORVENIR

HOROSCOPO INFALIBLE

POR EL PROFESOR SWASTIK

Puede decirse que casi todos los habitantes del mundo desean conocer que destino que les destina el porvenir. Para saberlo basta consultar el Horóscopo infalible que "Pucky" publica a continuación y los tres cuadros que a él se refieren.

Todos los sabios de todos los países han estado siempre de acuerdo en lo que se refiere a un punto: los números desempeñan un papel primordial en el destino humano; el porvenir de cada persona está regido por uno o varios números.

Por lo tanto, el que llegase a conocer el significado mágico de los números sería capaz de conocer el verdadero sentido del porvenir de las personas.

Pero... hay un pero como de costumbre, es casi imposible que una inteligencia humana llegue a asimilar en toda su integridad, el sentido de los números. El más sabio de los magos no logró jamás agotar esa ciencia admirable. Por eso resulta muy difícil saber con exactitud cuál ha de ser el destino de cada persona.

Pero sí, en sus detalles el conocimiento del porvenir es siempre problemático, en cambio no sucede lo mismo con las grandes líneas marcadoras del destino.

Debido a eso los lectores de esta revista hallarán a continuación un horóscopo extraordinario que ha sido elaborado especialmente para ellos por el profesor Swastis, autor también de un admirable estudio sobre el significado de los sueños.

Este horóscopo, — es suficiente consultarlo una vez para darse cuenta de su valor, — se basa exclusivamente en las virtudes de los números. Es muy fácil consultarlo si se le presta un poco de atención, ¡y vale la pena por cierto!

He aquí cómo se procede a consultarlo: Se suman los números siguientes:

1.° — El que forman las dos últimas cifras del año en que usted nació;

2.° — El número de centímetros de su estatura que pase de un metro (en los niños de menos de un metro el número de centímetros de su estatura);

3.° — La cantidad del día en que se hace la consulta;

4.° — El número 5 para las personas de cabello castaño oscuro. — El número 7 para los rubios y los de cabello bermejo.

La suma de esos cuatro números dará un quinto. Adicione las "cifras" del número obtenido de ese modo hasta dar con una cifra única. Esta cifra le indicará a usted en cada uno de los cuadros titulados: Felicidad, Salud, Fortuna, cuál es el que le concierne.

Si estas operaciones parecen complicadas en apariencia, son, en realidad, en extremo sencillas y fáciles de realizar. Algunos ejemplos pondrán en claro rápidamente el modo de proceder.

Supongamos que se trata de una persona de 1 m. 64 de estatutra, nacida en 1901 y que consulta nuestro horóscopo el 11 de Junio.

1.° — Dos últimas cifras del año de nacimiento.	01
2.° — Estatura.	64
3.° — Día de la consulta. . . .	11
4.° — Cabello	5
	81

5.° — Se suman las cifras del número hallado de esa manera: 8 más 1, igual a 9. El que consulta debe observar las indicaciones número 9 de los tres cuadros.

Otro nuevo ejemplo:

Una joven rubia de 1 metro 45, nacida

ESTOS SON LOS CUADROS QUE DEBE USTED CONSULTAR PARA CONOCER SU PORVENIR.

FORTUNA

1º. — Cambias demasiado tus planes para hacer fortuna.

2º. — La verdadera riqueza consiste en conformarse con lo que se tiene.

3º. — CCompra un billete de lotería y espera el sorteo.

4º. — Si golpea sin cesar en el mismo clavo se termina por clavarlo.

5º. — Ganarás más dinero del que te mereces.

6º. — Una pequeña herencia. Una suma inesperada... antes de tres años.

7º. — Nunca prestes dinero. No pidas jamás dinero prestado.

8º. — Desconfía de las promesas demasiado bellas. Alguien quiere aprovecharse de tí.

9º. — A veces, la inteligencia es portadora de la fortuna

SALUD

1º. — Comes demasiado de prisa y demasiada carne.

2º. — No es bueno comer en compañía de gente poco agradable.

3º. — El que no hace nada se enferma: quien trabaja demasiado se pone malo.

4º. — ¡Desconfía de lás noches frías!

5º. — No hallarás mejos médico que tu mismo.

6º. — ¿Quién tiene la culpa? Ya se te había avisado. Por suerte curarás pronto.

7º. — Si caminaras más y hablases menos, conocerías una vida nueva.

8º. — Las copitas de licor traen las grandes dolencias.

9º. — Vivirás cerca de 100 años. ¿Será un bien? ¿Será un mal?

FELICIDAD

1º — No esperes nada de los demás y mucho de tí mismo.

2º — Antes de que pasen tres lunas recibirás una suma de dinero que no esperas.

3º — A veces se paga muy caro el tener mal genio. Sin embargo si nada se ha perdido...

4º — Un negocio fracasará un negocio tendrá buen éxito. Dos desiluciones: una alegría inesperada durante el año.

5º — En vez de pensar siempre en el porvenir goza de la felicidad presente.

6º — Una imprudencia te dará buen resultado. Una reflexión larga te perjudicará.

7º — ¿A quien te dirigirás si todo no te sale bien?

8º — Tu vejez será lo contrario de tu juventud.

9º — Tendrás mucha suerte ¿te convendrá?

el año 1898 y que consulta el horóscopo el día 5 de diciembre.

1.º — Dos últimas cifras del año de nacimiento.	98
2.º — Estatura.	45
3.º — Nacimiento.	5
4.º — Cabello.	7
	155

5.º — Uno, más cinco, más cinco: total: once. Uno más uno: total 2.

La señorita rubia leerá su porvenir en las secciones 2 de los tres cuadros.

Otro ejemplo para terminar:

Un anciano (que tuvo el cabello castaño) de 1 m. 84, nacido el 1855 y que consulta el 10 de octubre:

1.º — Año de nacimiento	55
2.º — Estatura.	84
3.º — Día.	10
4.º — Cabello.	5
	154

5.º — Uno, más cinco, más cuatro; uno más cero, igual a uno.

Son las casillas que tienen el número 1 las que le dirán su porvenir a ese nuevo consultante.

¿HOMBRE o MONO? ¿MONO u HOMBRE?

LA OBRA MAS NOTABLE DE NUESTRA EPOCA, INTERESANTE Y ARREBATADORA QUE TODO EL MUNDO DEBE LEER

TARZAN DE LOS MONOS

Por EDGAR RICE BURROUGHS

¡Cuán difícil le sería volverse a la costa, y luego encaminarse hacia el Sud, a su propia selva y cabaña! De pronto percibió el olor de Numa, porque caminaba contra el viento, y a poco sus perspicaces oídos descubrieron el familiar ruido de las acolchadas patas y el roce de un enorme cuerpo cubierto de piel por entre la maleza. Tarzán, sin hacer ruido llegó encima de la fiera, que nada revelaba, y en silencio la fué siguiendo hasta llegar a un sitio bañado por la luz de la luna.

Luego el rápido nudo se posó y apretó sobre el peludo cuello y Tarzán, como había hecho centenares de veces en lo pasado, sujetó el extremo de la cuerda a una fuerte rama y, mientras la fiera luchaba y movía las garras en busca de la libertad, se dejó caer al suelo al lado de ella y saltando sobre la enorme espalda, hincó el largo cuchillo media docena de veces en el feroz corazón de Numa.

Luego, con el pie en el cuerpo de éste, lanzó la voz con el espeluznante grito de victoria de su salvaje tribu.

Un momento estuvo Tarzán irresoluto, vacilando entre los contradictorios sentimientos de su lealtad para con D'Armot y su invencible anhelo de volver a la libertad de su selva. Por fin, la visión de un hermoso rostro y el recuerdo de unos ardientes labios junto a los suyos hicieron que se esfumara el cuadro fascinador que se había trazado de su antigua vida. El hombre-mono se echó al hombro el caliente cuerpo de Numa, y se lanzó una vez más a los árboles.

Los hombres de la terraza permanecieron sentados una hora, casi en silencio. En vano habían intentado hablar de diversos tópicos, pues siempre lo que predominaba en el espíritu de cada uno de ellos había hecho que decayera la conversación.

—¡Mon dieu! — dijo al fin el que había apostado. — No puedo soportar esto por más tiempo. Me voy con el rifle a la selva y traeré a ese loco a la viva fuerza.

—Yo voy contigo contigo.

—Y yo, y yo, yo — repitieron los demás a coro.

Como si la indicación hubiera roto el hechizo de alguna espeluznante pesadilla, corrieron a sus respectivos alojamientos y no tardaron en encaminarse hacia la espesura, todos ellos armados hasta los dientes.

—¡Cielos! ¿Qué ha sido eso? — exclamó de pronto uno de la partida, un inglés, cuando llegó débilmente a sus oídos el salvaje grito de Tarzán.

—Eso mismo he oído otra vez — dijo un belga, — cuando estaba en la tierra de los gorilas. Mis guías dijeron que era el grito de un mono grande que había matado a algún enemigo.

D'Arnot recordó la descripción que le había hecho Clayton del espantoso rugido con que Tarzán anunciaba sus muertes y acaso sonrió a pesar del horror que le invadía al pensar que aquel pavoroso grito podía haber salido de una garganta humana... de los labios de su amigo.

Cuando por fin llegó la partida cerca del borde de la selva, discutiendo en cuanto a la mejor distribución de sus fuerzas, los sobresaltó una carcajada que sonó cerca de ellos, y al volverse vieron que avanzaba una figura gigantesca con un león muerto sobre los anchos hombros.

El mismo D'Arnot se quedó como herido del rayo, porque parecía imposible que el hombre mono hubiera podido despachar tan pronto a un león con las tristes armas que había llevado, y que él solo hubiese podido transportar el pesado cuerpo por la enmarañada selva. Los hombres se apiñaron en torno de Tarzán con muchas preguntas, pero la única respuesta de él fué un risueño menosprecio de su hazaña. Para Tarzán era como si se le

ocurriera a alguien alabar a un matarife por su heroísmo al matar una vaca; porque había matado tantas veces para defender su vida y hasta para buscar alimento, que aquel acto le parecía cualquier cosa menos digno de encomio. Sin embrgo, era en realidad un héroe a los ojos de aquellos hombres, acostumbrados a la caza mayor.

Incidentalmente, se había ganado diez mil francos, porque D'Arnot insistió en que se guardara toda la cantidad. Esto era cosa importantísima para Tarzán, el cual comenzaba a comprender el poder de aquellas piecesitas de metal y aquellos pedacitos de papel que siempre cambiaban de mano cuando los seres humanos viajaban, comían, dormían, se vestían, bebían, trabajaban, jugaban o se resguardaban de la lluvia, del sol y del frío.

Para Tarzán había venido a ser evidente que sin dinero estaba condenado a morirse. D'Arnot le había dicho que no se apurase, puesto que él tenía más de lo necesario para ambos; pero el hombre mono estaba aprendiendo muchísimas cosas, y una de ellas era que la gente miraba a cambio algo de igual nero de otro sin darle a cambio algo de igual valor. Poco después del episodio de la caza del león, D'Arnot consiguió fletar un viejo cacharro para el viaje costero hasta la rada de Tarzán. Fué una mañana feliz para ambos cuando el barquichuelo levó anclas y puso la proa al mar libre.

El viaje hasta la playa no tuvo acontecimiento ninguno digno de mención, y a la mañana siguiente de haber echado el ancla delante de la choza, Tarzán, vestido una vez más con su uniforme de la selva y con una azada, partió solo hacia el anfiteatro de los monos en que se encontraba el tesoro. Volvió tarde al siguiente día, con el enorme cofre al hombro, y al salir el sol el barquito volvió a atravesar la boca de la rada e hizo rumbo al Norte.

Tres semanas más tarde Tarzán y D'Arnot eran pasajeros de un vapor francés destinado a Marsella, y despus de unos días de permanencia en esta ciudad D'Arnot se llevó a Tarzán a París. El hombre mono tenía ansiedad por seguir a América, pero el teniente insistió en que le acompañara antes a París y no quiso divulgar la naturaleza de la urgente necesidad en que basaba de su demanda.

Una de las primeras cosas que hizo D'Arnot cuando llegaron fué visitar a un alto funcionario del departamento de policía, que era amigo suyo, y llevar a Tarzán con él.

Diestramente condujo el marino la conversación de un tema a otro, hasta que el de la policía hubo explicado al interesado Tarzán, muchos de los procedimientos en uso para capturar e identificar criminales.

No fué de lo menos interesate para Tarzán el papel que representaban las huellas en tan fascinadora ciencia.

—¿Pero cuál es el valor de esas huellas, — preguntó Tarzán, — cuando, al cabo de pocos años, las líneas de los dedos cambian por completo, por el desgaste del tejido viejo y el crecimiento del nuevo?

—Las líneas no cambian nunca. — replicó el funcionario. — Desde la infancia a la senectud, las huellas dactilares de un individuo varían sólo de tamaño, siempre que no haya heridas que alteren los lazos y las espirales. Pero si las huellas se han tomado del pulgar y de los cuatro dedos de cada mano, es preciso perder las dos por completo para librarse de ser identificado.

—¡Es maravilloso! — exclamó D'Arnot. — ¿A qué se parecerán las líneas de mis dedos?

—Pronto lo vamos a ver, — replicó el funcionario de la policía; después de lo cual tocó un timbre y llamó a un ayudante, a quien dió unas cuantas instrucciones.

Salió el hombre del despacho y no tardó en volver con una caja de madera dura que colocó sobre el pupitre de su superior.

—Ahora, — dijo éste, — tendrá usted en un segundo sus huellas dactilares.

Sacó de la cajita una plaquita cuadrada de cristal, un tubito de tinta espesa, un rodillo de goma, y unas cuantas tarjetas de nívea blancura.

Después de sacar una gota de tinta y echarla sobre el cristal, la extendió por todos lados con el rodillo de goma, hasta que toda la superficie de aquél estuvo cubierta a su satisfacción de una capa de tinta muy fina y uniforme.

—Ponga los cuatro dedos de la mano derecha en el cristal, así, — dijo a D'Arnot. — Ahora el pulgar. Eso es. Ahora colóquelos en la misma posición sobre esta tarjeta aquí... No, un poco más a la derecha. Hemos de dejar sitio para el pulgar y los dedos de la mano izquierda. Eso es. Ahora, haga lo mismo con la otra mano.

—Vamos, Tarzán, — dijo D'Arnot .— A ver cómo son tus huellas.

Obedeció Tarzán al instante, y durante la operación hizo infinidad de preguntas al funcionario de la policía.

—¿Muestran las huellas de los dedos algunas características raciales? — preguntó.— ¿Podría usted determinar, por ejemplo, únicamente por las huellas dactilares, si el individuo es negro o caucásico?

—Me parece que no, — replicó el funcionario, — aunque algunos pretenden que las de los negros son menos complejas.

—¿Pueden distinguirse las huellas de un mono de las de un hombre?

—Probablemente, porque las del mono han de ser mucho más sencillas que las de un organismo superior.

—Pero un cruce de hombre y mona podría mostrar las características de cada uno de los padres? — prosiguió Tarzán.

—Sí, me parece probable, — respondió el policía; — pero la ciencia no ha progresado lo suficiente para afirmar con exactitud una cosa semejante. No me gustaría aplicar sus descubrimientos a otra cosa que a la diferenciación entre los seres humanos. Esta es absoluta. No hay probablemente en todo el mundo dos personas que tengan en los dedos las mismas líneas. Es muy dudoso que una huella dactilar pueda ser repetida por ningún otro dedo que no sea el que originariamente la produjo.

—¿Requiere la comparación mucho tiempo o trabajo? — preguntó D'Arnot.

—Si las huellas son claras, ordinariamente sólo unos instantes.

El teniente sacó del bolsillo un librito negro y comenzó a volver sus hojas.

Tarzán miró el libro con sorpresa. ¿Cómo había ido a manos de su amigo?

Este se detuvo de pronto en una página en que había cinco menudos borrones.

Entregó al policía el librito abierto y le dijo:

—¿Son estas huellas similares a las mías o a las de monsieur Tarzán? ¿Puede usted decir si son idénticas?

Sacó el policía un potente lente de aumento de su mesa, y examinó cuidadosamente las tres muestras, sin dejar de hacer entretanto anotaciones en un taco de papel.

Tarzán comprendió entonces a qué había venido la visita al funcionario de policía.

En aquellas menudas marcas estaba la respuesta al enigma de su vida.

Con los nervios en tensión avanzaba el cuerpo en su asiento, pero de pronto se echó atrás sonriendo.

D'Arnot lo miró sorprendido.

—Olvidas que durante veinte años el cadáver del niño que dejó esas huellas estuvo en la choza de su padre, y que yo he visto su esqueleto toda mi vida, — dijo Tarzán amargamente.

El policía levantó la cabeza lleno de asombro.

—Siga adelante con su examen, capitán, — dijo D'Arnot, — que después le contaremos a usted el caso... si quiere monsieur Tarzán

Este movió la cabeza asintiendo.

—Estás loco, querido D'Arnot, — insistió. — Los deditos esos están enterrados en la costa occidental de Africa.

—No lo afirmaría yo tanto. Tarzán, — replicó el marino. — Es posible; pero si no eres tú el hijo de John Clayton. ¿cómo diantre fuistes a parar a aquella selva, olvidada de Dios, donde no había puesto nunca el pie más hombre blanco que John Clayton?

—Te olvidas de Kala, — dijo Tarzán.

—No la tengo en cuenta siquiera, — replicó D'Arnot.

Mientras hablaban los dos amigos se habían acercado a la ancha ventana que daba al bulevar y estuvieron largo tiempo contemplando la ajetreada muchedumbre de abajo, enfrascado cada uno de ellos en sus propios pensamientos.

Se lleva tiempo el comparar las huellas dactilares, — pensó D'Arnot, volviéndose a mirar al funcionario de la policía.

Con gran sorpresa vió que éste se hallaba recostado en su sillón, leyendo el contenido del diario de John Clayton.

D'Arnot tosió, y el policía alzó los ojos, y, al ver la mirada del teniente, levantó el dedo para prevenirle que guardara silencio.

El marino se volvió a la ventana, y de pronto habló el funcionario, diendo:

—¡Señores!

Ambos se volvieron hacia él.

—Hay evidentemente en juego muchas cosas que han de depender en mayor o menor grado de la exactitud absoluta de esta comparación. Por consiguiente, ruego a ustedes que dejen el asunto por completo en mis manos, hasta que vuelva nuestro perito monsieur Desquerc. Será cuestión de pocos días.

—Yo había esperado saberlo en seguida, — dijo D'Arnot. — Monsieur Tarzán parte mañana para América.

—Le prometo a usted que podrá cablegrafiarle el resultado dentro de dos semanas, — repuso el funcionario; — pero no me atrevo a decir cuál ha de ser éste. Hay semejanzas... pero... Mejor será que dejemos el problema para que lo resuelva monsieur Desquerc.

CAPITULO XXVII

OTRA VEZ EL GIGANTE

Un taxímetro, se detuvo delante de una antigua casa de los arrabales de Baltimore.

Un sujeto como de cuarenta años, bien plantado y de facciones enérgicas y regulares, se apeó del vehículo, pagó al mecánico y lo despidió.

Un momento más tarde entraba en el despacho de la vieja morada.

—¡Ah, mister Canler! — exclamó un anciano levantándose para saludarle.

—Buenas tardes, querido profesor — exclamó el hombre tendiéndole cordialmente la mano.

—¿Quién le ha abierto a usted?

—Esmeralda.

—Entonces ella dirá a Jane que está usted aquí — dijo el anciano.

—No, profesor — replicó Canler, —, porque he venido a verle a usted en primer término.

—¡Ah, tanto honor! — dijo el profesor Porter.

—Profesor — prosiguió Robert Canler con gran lentitud, como si meditara cuidadosamente sus palabras. — He venido esta tarde a hablarle a usted de Jane. Ya conoce usted mis aspiraciones, y ha sido usted lo bastante generoso para aprobar mi pretensión.

El profesor Alquímides Q. Porter se agitó en su butaca, pues el asunto le ponía siempre nervioso, sin poder entender por qué, pues Canler era un espléndido partido.

—Pero a Jane—, dijo Canler, —, no me es posible entenderla. Me va entreteniendo un día por una causa y otro por otra. Siempre me da la sensación de que exhala un suspiro de consuelo cada vez que me despido de ella.

—¡Alto, alto! — dijo el profesor Porter. —¡Alto, alto, mister Canler! Jane es una hija de lo más sumiso y dócil, y hará precisamente lo que yo le diga.

—¿Entonces puedo seguir contando con el apoyo de usted? — preguntó Canler, con acento en que se traslucía su consuelo.

—Sí por cierto, sí por cierto — exclamó el profesor Porter. — ¿Cómo ha podido usted dudarlo?

—Es que está ese joven Clayton,—apuntó Canler, — que lleva meses haciéndole la rueda. No sé si Jane le tiene afecto; pero, además de su título, dicen que ha heredado cuantiosos bienes de su padre, y no sería extraño que finalmente la conquistara. a

no ser... — y mister Canler se detuvo.

—Alto, alto, mister Canler. A no ser que...

—A no ser que usted considere oportuno que Jane y yo nos casemos al instante — dijo Canler con lentitud y claridad.

—Ya le he dicho a Jane que usted sería conveniente — contestó el profesor con triste acento, — por que no podemos seguir más tiempo sosteniendo esta casa y viviendo como sus relaciones exigen.

—¿Y qué ha contestado ella — preguntó Canler.

—Me dijo que no estaba todavía dispuesta a casarse con nadie — replicó el profesor Porter, — y que podíamos irnos a vivir a la granja del Wisconsin del Norte que le dejó su madre. La granja puede dar para vivir y algo más. Los colonos habían vivido siempre de ella, y además han mandado algo a Jane cada año. Jane está pensando que vayamos allá a principios de la semana que viene. Mister Phinlander y mister Clayton han partido ya para prepararnos las cosas.

—¿Ha ido Clayton? — exclamó Canler, visiblemente apenado. — ¿Por qué no me lo dijeron a mí? Yo habría ido de buena gana para cuidar de que todo estuviera a punto.

—Jane piensa que ya le debemos a usted bastante, mister Canler — dijo el profesor Porter.

Canler se disponía a replicar cuando en el vestíbulo sonaron pasos y entró Jane Porter.

—¡Ah, perdón! — exclamó, deteniéndose en el umbral — Creía que estabas solo, papá.

—Soy yo, Jane — dijo Canler que se había levantado; — ¿no quiere usted pasar y reunirse con el grupo de familia? Precisamente estábamos hablando de usted.

—Gracias — dijo Jane Porter, entrando y tomando la silla que Canler le presentaba. — Sólo quería decir a papá que Tobey viene mañana del colegio para recoger sus libros. Quiero que te fijes bien, papá, en todo aquello de que puedas prescindir hasta el otoño. Haz el favor de no llevarte toda la biblioteca a Wisconsin, como te la habrías llevado a Africa, si yo no hubiera puesto pies en pared.

—¿Ha estado aquí Tobey? — preguntó el profesor Porter.

—Sí, acabo de dejarle. El y Esmeralda están cambiando impresiones religiosas en el soportal de atrás.

—¡Hombre, hombre! Necesito verlo en seguida — exclamó el profesor. — Perdonadme un momento, hijos — añadió el tiempo de salir apresuradamente de la estancia.

En cuanto estuvo fuera de ella, Canler se volvió a la joven.

—Olga, Jane — dijo bruscamente. — ¿Hasta cuándo va a durar esto? No se ha negado usted a casarse conmigo, pero no lo ha prometido usted tampoco. Necesito sacar la licencia mañana mismo, para que podamos casarnos sin dar un cuarto al pregonero antes que salga usted para Wisconsin. No quieron ringorrangos ni cohetes, y estoy seguro de que usted tampoco.

La muchacha se quedó helada, pero irguió valerosamente la cabeza.

—Ya sabe usted que su padre lo desea — añadió Canler.

—Sí, lo sé.

Su voz apenas sonaba más que un susurro.

—¿Se hace usted cargo, mister Canler de que me compra usted — dijo al cabo de un instante, con voz fría y monótona. — ¿Qué me compra por unos miserables dólares? Claro que sí, Robert Canler; y la esperanza de que llegara esta situación es lo que tenía usted en la mente cuando prestó a papá el dinero para su descabellada aventura, la cual, a no ser por una circunstancia misteriosísima, habría salido bien contra toda lógica. Pero usted, mister Canler, habría sido el más sorprendido de su buen resultado. Usted no tenía idea de que la aventura saliera bien. Es usted demasiado buen negociante para prestar dinero destinado a la busca de un tesoro, y sin garantía además, a no ser que tenga usted un fin concreto a la vista. Usted sabía que, sin garantía ninguna, tenía usted más cogido el honor de los Porter que con ella. Sabía usted la única manera de obligarme a tomarle a usted por marido, sin que pareciera que me forzaba. No ha hablado usted nunca del préstamo. En otro hombre, eso me habría parecido sugerido por un carácter noble y magnánimo. Pero usted es astuto, mister Canler. Yo le conozco a usted mejor de lo que usted se figura. Es cierto que me casaré con usted si no encuentro otro remedio; pero vamos a entendernos de una vez para siempre.

Mientras hablaba, Robert Canler había pasado por alternativas de palidez y sonrojo, y cuando Jane terminó, se puso en pie y con sonrisa cínica en el enérgico semblante, dijo:

—Me sorprende usted, Jane. Creía que tenía usted más dominio sobre sí misma... más orgullo. Claro es que tiene usted razón. Claro es que la compro a usted, y yo sabía que usted no lo ignoraba; pero me figuraba que fingiría usted pensar otra cosa. Yo creía que el respeto que se tiene usted a sí misma y el orgullo de los Porter habrían apartado a usted de confesar, aunque fuera a sí propia, que se dejaba comprar. Pero sea como usted quiere, hija mía — añadió con indiferencia. — La cuestión es que sea usted mía; es lo único que me interesa.

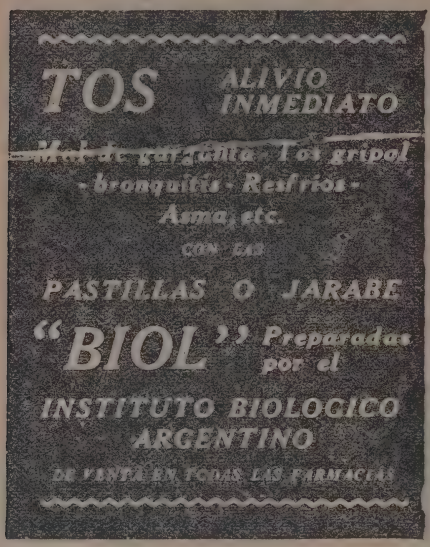
Sin decir una palabra más la joven dió media vuelta y salió del aposento.

Jane Porter no se casó antes de salir con su padre y con Esmeralda para su granja de Wisconsin, y cuando, al partir el tren, dijo friamente adiós a Robert Canler, éste le prometió que se reuniría con ellos al cabo de una o dos semanas.

En el punto de su destino los recibieron Clayton y mister Philander en un gran automóvil perteneciente al primero, y rápidamente se alejaron por los densos bosques

EXPLICACION

—¿Cuántos lados tiene un círculo, Juanito?
—Dos. El de fuera y el de dentro.



septentrionales en dirección a la granja que la joven no había visitado desde su niñez.

La granja, que se alzaba en una pequeña eminencia a un centenar de varas de la casa del colono, había sufrido una completa transformación durante las tres semanas que habían permanecido allí Clayton y mister Philander.

El primero había llevado un pequeño ejército de carpinetros y estuquistas, de plomeros y pintores, que fueron de una ciudad distante, y lo que no había sido más que un cobertizo destartalado cuando llegó él, era en la actualidad una linda casita de dos pisos, provista de todas las modernas comodidades que pudieron obtenerse en tan corto tiempo.

—Pero mister Clayton, ¿qué ha hecho usted? — exclamó Jane Porter, que sintió un vuelco en el corazón al comprender el probable importe de los gastos hechos.

—¡Silencio! — le previno Clayton. — Que no lo sospeche su padre de usted. Si usted no se lo dice él no se fijará. Es que yo no podía imaginármelo viviendo en la terrible suciedad y sordidez que encontramos aquí mister Philander y yo. ¡Eso es tan poco para lo que yo haría, Jane! Por su padre de usted, haga el favor de no volver a hablar de esto.

—Es que no podremos pagárselo a usted, y usted lo sabe — exclamó la joven. — ¿Por qué quiere usted encadenarme a tan terribles obligaciones?

—No diga usted eso, Jane — exclamó Clayton tristemente. — Si sólo se hubiera tratado de usted, créame que no lo habría hecho, porque sabía desde el primer momento que con ello no hacía más que perjudicarme a sus ojos; pero no podía consentir que el pobre anciano viviese en la madriguera que encontramos al entrar. ¿Por qué no cree usted que lo he hecho sólo por él, y me da así por lo menos esa migaja de placer?

—Le creo a usted, mister Clayton — dijo la joven, — porque se que es usted lo suficientemente grande y generoso para haberlo hecho por él solo. Y... ¡Ah, Cecil, ojalá pudiera yo pagarle a usted como usted se merece... como usted quiera!

—¿Por qué no puede usted Jane?

—Porque amo a otro.

—¿A Canler?

—No.

—¿Y va usted a casarse con él? Así me lo dijo cuando salimos de Baltimore.

—No le amo, — dijo la joven activamente, después de parpadear un instante.

—¿Es por culpa del dinero, Jane?

Ella dijo que sí con la cabeza.

—¿Entonces soy yo tanto menos apetecible que Canler? Yo soy bastante rico, y más de lo que necesitaríamos, — dijo amargamente.

—No le quiero a usted, Cecil,—dijo ella, — pero le respeto. Ya que tenga que despreciarme a mí misma al hacer un trato semejante con un hombre, prefiero que sea con uno a quien desprecio. Yo aborrecía al hombre a quien me vendiera sin amor, quienquiera que fuese. Será usted más feliz, — terminó, — solo, pero con mi respeto y mi amistad, que conmigo y mi desprecio.

No insitió el joven, pero si alguna vez sintió un hombre ganas de matar, fué William Cecil Clayton, lord Greystoke, cuando una semana más tarde, se presentó Robert Canler delante de la granja en su magnífico automóvil de seis cilindros.

Pasó una semana, una semana de gran tensión, sin acontecimientos, pero de desasosiego para todos los huéspedes de la pequeña granja de Wisconsin.

Robert Canler insitió en que Jane se casara con él al punto.

Al fin cedió la joven, por pura repugnancia de la continua y odiosa importunidad del ricacho.

Convínose que al día siguiente Canler iría a la ciudad y volvería con la licencia y con un pastor.

Clayton había querido partir tan pronto como se anunció el enlace, pero la fatigosa mirada de desesperación de Jane lo retuvo. No le era posible abandonarla.

Aun podía ocurrir algo, y Clayton trataba de consolarse pensándolo así. Y en el fondo de su corazón, sabía que no faltaría más que una chispa para convertir su odio a Canler en la sed de sangre del criminal.

A la mañana siguiente muy temprano partió Canler para la ciudad.

En el este se veía humo pegado a los bosques, porque había un encendio que lo devoraba todo desde hacía una semana, no lejos de allí, pero como el viento era todavía de poniente no los amenazaba.

A cosa del mediodía partió Jane Porter para dar un paseo, y no quiso que Clayton la acompañara. Necisataba estar sola, le dijo; y él accedió a sus deseos.

En casa el profesor Porter y míster Philander estaban absortos en la grave discusión

de algún abstruso problema científico. Esmeralda dormitaba en la cocina, y Clayton con los ojos cargados por el insomio de una noche, se echó en el sofá del gabinete y no tardó en caer en inquito sueño.

Al este las negras nubes de humo subieron más hacia los cielos, y súbitamente se arremolinaron y comenzaron a viajar rápidamente hacia el oeste.

Avanzaban cada vez más. Los colonos de la granja habían salido, porque era día de mercado, y no quedaba nadie que viera la rápida proximidad del demonio el fuego.

Pronto salvaron las llamas el camino hacia el sur y cortaron el regreso de Canlen. Una pequeña fluctuación del viento condujo la dirección del fuego de los bosques hacia el norte, luego sopló en sentido contrario, y las llamas se quedaron inmóviles, como si las sujetara una mano dominadora.

De pronto, por el nordeste, llegó un gran automóvil por la carretera.

Con una sacudida se detuvo delante de la choza, y un gigante de negro pelo saltó y corrió al soportal. Sin detenerse se precipitó en el interior de la casa. En el sofá encontró a Clayton. El recién llegado se sobresaltó, pero de un salto se plantó al lado del dormido.

Sacudiéndolo fuertemente por el hombro exclamó:

—¡Dios santo, Clayton! ¿Están ustedes todos locos aquí? ¿Sabe usted que están casi rodeados por el fuego? ¿Dónde está miss Porter?

Clayton se puso en pie de un salto. No conocía a aquel hombre, pero comprendió sus palabras y al instante se plantó en la terraza.

—¡Cielos! — exclamó. Y precipitándose de nuevo dentro de la casa gritó: ¡Jane! ¡Jane! ¿Dónde está usted?

Al instante Esmeralda, el profesor y míster Philander se unieron a los dos hombres.

—¿Dónde está miss Jane? — exclamó Clayton cogiendo a Esmeralda por los hombros y sacudiéndola con fuerza.

—¡Angel Gabriel, míster Clayton! Se ha ido de paseo.

—¿Y no ha vuelto todavía?

Sin esperar respuesta, Clayton se precipitó al patio, seguido por los demás.

—¿Qué camino ha tomado? — preguntó el gigante del pelo negro a la aturrullada Esmeralda.

—¡Por allí! — exclamó ésta, señalando hacia el Sur, donde cerraba la vista una potente pared de llamas.

—Haga subir a esa gente en el otro coche, — gritó el desconocido a Clayton, — en el que he visto al venir, y lléveselos de aquí por la carretera del norte. Deje el coche mío aquí. Si encuentro a miss Porter lo necesitaremos. Si no, no lo necesitará nadie. Haga lo que digo, — añadió al ver que Clayton vacilaba.

Y en seguida vieron que su flexible figura se alejaba a saltos por el espacio claro que conducía al noroeste, donde el bosque estaba aún libre de llamas.

Todos ellos experimentaron la inexplicable sensación de que les habían quitado de encima una grave responsabilidad, y una especie de implícita confianza en el poder del desconocido para salvar a Jane Porter, si era posible salvarla.

—¿Quién era? — preguntó el profesor Porter.

—No lo sé, — repuso Clayton. — Me ha llamado por mi nombre y conoce a Jane, porque ha preguntado por ella. También a Esmeralda la ha llamado por su nombre.

—Hay en él una cosa familiar y rarísima, — exclamó míster Philander, — y sin embargo, yo juraría que no lo he visto nunca.

—¡Hombre, hombre! — exclamó el profesor Porter. — ¡Es cosa muy singular! ¿Quién puede ser, y por qué pienso yo que Jone está segura, ahora que ha ido ese hombre en busca de ella?

—No puedo contestar a eso, profesor, — repuso Clayton gravemente; — pero yo tengo ese mismo sentimiento, por misterioso y raro que sea. ¡Pero, vamos! — añadió. — Es preciso que partamos de aquí en seguida, sino queremos vernos bloqueados.

Y todos se precipitaron al automóvil de Clayton.

Cuando Jane Porter dió media vuelta para emprender el regreso a su casa, se alarmó al notar cuán cerca parecía el humo del incendio, y cuando corrió hacia adelante, su alarma se convirtió casi en pánico al percibir que las devoradoras llamas se iban abriendo rápidamente camino entre ella y la quinta.

Por fin se vió obligada a penetrar en el denso bosque y a tratar de abrirse paso hacia el oeste, en un esfuerzo por dar un rodeo al incendio y volver a su hogar.

Al poco rato se convenció de la inutilidad de su intento, y vió que su única esperanza estribaba en desandar lo andado y huir hacia el sur, en dirección a la ciudad.

Los veinte minutos que tardó en volver a la carretera fueron los precisos para que el fuego no le cortara la retirada, lo mismo que le acababa de cortar el avance.

Una carrera por el camino la condujo a una situación horrible, porque se encontró delante de otra pared de llamas. Un brazo del incendio había partido a una milla al sur de su rama principal, para ceñir en mortífero abrazo aquella tira de camino.

Jane Porter vió que era inútil tratar de seguir abriendose paso por la maleza.

Lo intentó una vez sin poder conseguirlo. Y entonces pensó que sólo transcurrirían unos minutos antes que el espacio comprendido entre el enemigo del norte y el del sur fuera una hirviente masa de llamas.

Tranquilamente se arrodilló la joven en el polvo de la carretera y rezó al Creador pidiéndole fuerzas para afrontar con valor su destino, y que librara a su padre y a sus amigos de la muerte.

No se le ocurrió rezar por su salvación pro

pia; porque sabía que no había esperanza... y que solo Dios podía salvarla.

De pronto oyó que decían su nombre en voz alta en el bosque.

—¡Jane! ¡Jane Porter!

El nombre sonaba fuerte y claro, pero lo pronunciaba una voz desconocida.

—¡Aquí! — gritó ella en respuesta. — ¡Aquí! ¡En la carretera!

Luego, por entre las ramas de los árboles, vió una figura que corría con agilidad de ardilla.

Una virada del viento trajo en torno de ellos una nube de humo, y ya no pudo ver Jane al hombre que corría hacia ella; pero de pronto sintió que la ceñía un fuerte brazo. Luego se sintió levantada, y percibió el ruido del viento, y el roce de alguna rama a medida que la arrastraban lejos.

Abrió los ojos.

Muy debajo de ella estaban la maleza y la tierra dura.

En torno tenía el ondulante follaje del bosque.

De árbol en árbol se lanzaba la gigantesca figura que la llevaba, y a Jane Porter le pareció que vivía en sueños la aventura que había tenido en la remota selva africana.

¡Oh! ¡Si fuera el mismo hombre que la llevó tan rápidamente por entre las frondas la otra vez! Pero era imposible. Y sin embargo, ¿quién otro en el mundo había con la fuerza y agilidad necesarias para hacer lo que estaba a la sazón haciendo aquel hombre?

Lanzó una mirada súbita al semblante que tenía tan cerca del suyo, y dió un respingo de susto. ¡Era él!

—¡Mi hombre! — susurró. — No; es el delirio que precede a la muerte.

Debió de hablar en voz alta, porque los ojos que a veces se posaban en los suyos se iluminaron en una sonrisa.

—Sí, tu hombre, Jane Porter; tu salvaje, el hombre primitivo que ha venido de su selva a reclamar a su campañera... a la mujer que huyó de él, — aañdió casi con ferocidad.

—Yo no huí, — cuchicheó ella. — Sólo consentí en salir cuando hubimos esperado una semana a que tú volvieras.

Habían llegado ya a un punto lejano del incendio, y él se había vuelto al raso.

Uno al lado del otro se encaminaron a la quinta. El viento había cambiado otra vez y el fuego retrocedía sobre sí mismo. Una hora más, y el incendio quedaría apagado.

—¿Por qué no volviste? — preguntó ella.

—Porque cuidaba a D'Arnot, que estaba muy mal herido.

—¡Ah, me lo figuraba! — exclamó Jane. — Dijeron que te habías ido a incorporarte a los negros... que eran tu gente.

El se echó a reir.

—Pero, ¿tú los creíste, Jane

—No... ¿Cómo debo llamarte? — preguntó ella. ¿Cuál es tu nombre?

—Cuando tú me viste por primera vez, era yo Tarzán de los Monos, — dijo él.

—¡Tarzán de los Monos!—exclamó ella. —¿Fué tu carta la que dejé contestada al partir?

—Sí. ¿De quién creías que era?

—No lo sabía. Sólo sabía que no podía ser tuya, porque Tarzán de los Monos había escrito en inglés, y tú no entendías una palabra de esa lengua.

De nuevo rompió a reir.

—Es largo de contar, — dijo; — pero era yo el que escribía lo que no sabía hablar... Y ahora D'Arnot ha empeorado la situación enseñándome a hablar francés en vez del inglés. Ven, — añadió; — entra en mi auto, que es preciso que alcancemos a tu padre y los demás. Están poco más hacia adelante.

Y en el camino prosiguió el hombre-mono:

—Cuando dijiste en tu carta a Tarzán que amabas a otro... ¿pudiste referirte a mí?

—Pude, — contestó ella sencillamente.

—Pero en Baltimore... ¡Oh, cuánto te he buscado! Me dijeron que quizá estuvieras ya casada, que un hombre llamado Canler había venido para casarse contigo. ¿Eso es cierto?

—Sí.

—¿Le quieres tú?

—No.

—¿Y a mí, me quieres?

La joven escondió el rostro entre las manos.

—Estoy prometida a otro. No puedo responderte, Tarzán, — exclamó.

—Ya me has contestado. Ahora díme por qué te vas a casar con un hombre a quien no quieres.

Porque mi padre le debe dinero.

De pronto volvió a la memoria de Tarzán la carta que había leído, y el nombre de Robert Canler y los temidos disgustos de que hablaba aquélla, todo lo cual no había podido entender él bien entonces.

Sonrió Tarzán.

—Si tu padre no hubiera perdido el tesoro, ¿te verías forzada a mantener tu promesa a ese Canler?

—Podría pedirle que me librara de ella.

—¿Y si no quisiera?

—He dado mi palabra.

Tarzán estuvo callado un momento. El coche recorría la desigual carretera a paso vivísimo, porque el fuego seguía amenazando por la derecha, y otro cambio del viento podía lanzarlo con rabiosa furia por aquella única esperanza de salvación.

Finalmente dejaron atrás el punto de peligro, y Tarzán moderó la marcha.

—¿Y si yo se lo pidiera? — se aventuró a decir Tarzán.

—No sería fácil que accediera a la petición de un extraño, — replicó la joven, — especialmente cuando ese extraño me quiere para sí propio.

—También te quería Terkoz, — dijo Tarzán ceñudo.

Jane Porter se estremeció y miró con miedo al gigante que tenía al lado, porque sabía que se refería al gran antropoide a quien había matado por defenderla.

—Aquí no estamos en una selva de Africa.

Tú no eres ya un animal salvaje. Eres un caballero, y los caballeros no matan a sangre fría.

—En el fondo sigo siendo una bestia salvaje, — dijo él en voz baja, como para sí mismo.

De nuevo estuvieron callados un rato.

—Jane Porter, — dijo el hombre por fin, — Si fueras libre, ¿te casarías conmigo?

La joven no replicó al instante, pero Tarzán aguardó con paciencia.

Jane estaba tratando de recoger sus pensamientos.

¿Qué sabía ella de aquel extraño ser que tenía al lado? ¿Qué sabía él de sí mismo? ¿Quién era? ¿Quiénes eran sus padres?

¡Si su mismo nombre era un eco de su misterioso origen y de su vida salvaje!

No tenía nombre. ¿Podría ser ella feliz con aquel ser perdido en una selva ¿Qué podría hallar de común con un marido cuya vida se había pasado en las copas de los árboles de una espesura africana, jugando y luchando con los feroces antropoides, arrancando su alimento del palpitante costado de una presa recién meurta, hincando sus fuertes dientes en la carne cruda, y arrebatando su porción mientras sus compañeros gruñían y luchaban en torno de él para obtener su parte?

—¿Podría él elevarse a la esfera social de ella? ¿Podría ella soportar el pensamiento de rebajarse hasta la suya? ¿Serían felices uno y otro en aquella terrible "mesaliiance"?

—No me respondes, — dijo él. — ¿Te da pena hacerme daño?

—No sé qué respuesta dar, — dijo tristemente Jane Porter. Ni siquiera sé lo que pienso.

—¿Entonces no me quieres? — preguntó él con ahogado acento.

—No me preguntes. Tú serás más feliz sin mí. Tu no has nacido para los formalismos y las restricciones convencionales de la sociedad. La civilización te causaría tedio, y al poco tiempo anhelarías la libertad de tu antigua vida... una vida para la cual soy yo tan poco apta como tú para la mía.

—Creo comprenderte, — contestó él con toda calma. — No te apremiaré, porque prefiero verte feliz a tí más que ser feliz yo mismo. Ahora veo que no podrás ser feliz con... con un mono.

En su voz se traslucía un débil dejo de amargura.

—No, — reprochó Jane. — No digas eso. Tú no comprendes.

Mas antes que pudieran proseguir, una vuelta súbita los puso en el centro de una aldehuela.

Ante ellos se hallaba el coche de Clayton, rodeado de los individuos que habían ido en él desde la quinta.

CAPITULO XXXVIII

CONCLUSION

Al ver a Jane Porter brotaron de todos los labios gritos de consuelo y de júbilo y cuando el auto de Tarzán se detuvo al lado del otro, el profesor cogió a su hija en brazos.

En el primer momento, nadie se fijó en Tarzán, que ocupaba en silencio su asiento.

Clayton fué el primero en recordar, y, dando media vuelta, tendió la mano.

—¿Cómo podremos agradecerle a usted? — exclamó. — Nos ha salvado usted a todos. Me ha llamado usted por mi nombre en la quinta, pero yo no puedo recordar el de usted, aunque hay en usted algo familiar. Es como si le hubiera conocido a usted hace mucho tiempo en muy distintas circunstancias.

Tarzán sonrió al tomar la mano que le tendían.

—Tiene usted razón, monsieur Clayton, — dijo en francés. — Perdóneme que no le hable en inglés. Lo estoy aprendiendo ahora, y aunque lo entiendo bastante bien, lo hablo con mucha dificultad.

—Pero, ¿quién es usted? — insistió Clayton, esta vez hablando tambin en francés.

—Tarzán de los Monos.

—Clayton se echó hacia atrás lleno de sorpresa.

—¡Cielos! — exclamó. — Es verdad.

Y el profesor Porter y míster Philander se abalanzaron a añadir a las de Clayton sus expresiones de agradecimiento, y a manifestar su sorpresa y su placer al ver a su amigo de la selva tan lejos de su silvestre morada.

La partida entró luego en la modesta po-

LA MITAD DE LA DEUDA

—Exijo que me entregue los cien pesos que le presté, antes de dos días. ¡Queda usted prevenido!

—El hombre prevenido vale por dos, ¿no es eso? Entonces deme usted cincuenta pesos de mi parte.

sada, donde Clayton no tardó en tomar medidas para que los atendieran.

Hallábanse sentados en el pequeño y mal ventilado salón, cuando llegó a sus oídos el ruido de un automóvil que se aproximaba.

Philander, que estaba junto a la ventana, miró hacia fuera cuando apareció el coche, que se detuvo al lado de los otros dos.

—¡Dios mío! — exclamó míster Philander, con un dejo de disgusto en la voz. — ¡Es míster Canler! Yo esperaba que... había pensado que... que suerte sería que no lo pescara el fuego, — añadió torpemente.

—Calle, calle, míster Philander, — dijo el profesor Porter. — Muchas veces he advertido a mis discípulos que cuenten hasta diez antes de hablar. Yo en el pellejo de usted, míster Philander, contaría por lo menos hasta mil, y luego observaría un discreto silencio.

—Sí, tiene usted razón, — asintió míster Philander. — ¿Pero quin es ese caballero de aspecto clerical que viene con él?

Jane Porter se puso blanca.

Clayton se movió con inquietud en su asiento.

El profesor Porter se quitó nerviosamente las gafas, les echó aliento y... se las volvió a poner sin limpiarlas.

La ubicua Esmeralda gruñó.

Sólo Tarzán se quedó sin comprender.

No tardó Robert Canler en entrar en el cuarto.

—¡Gracias a Dios! — exclamó, — Temía lo peor, hasta que he visto el auto de usted Clayton. Me cerró el paso el fuego en la carretera del Sur y tuve que volverme a la ciudad, y luego partir hacia el este para coger este camino. Pensaba que no llegábamos nunca a la quinta.

Nadie pareció muy entusiasmado. Tarzán miró a Robert Canler como Sabora miraba a sus presas. Jane Porter le dirigió la vista y tosió nerviosamente.

—Míster Canler — dijo, — este señor es monsieur Tarzán, un antiguo amigo.

Canler se volvió y le tendió la mano. Tarzán se levantó e hizo un saludo como sólo D' Arnot se lo podía haber enseñado a hacer a un caballero, pero no pareció ver la mano de Canler. Tampoco pareció éste en su acción.

—Presento a usted al reverendo míster Tousley, Jane — dijo Canler, volviéndose al personaje eclesiástico que estaba detrás de él. — Míster Housley, miss Porter.

Míster Tousley saludó con una sonrisa beatífica. Canler le presentó a los demás.

—Podemos celebrar la ceremonia al instante, Jane, — dijo Canler. — Luego tomaremos los dos el tren de medianoche para la ciudad.

Tarzán comprendió el plan al instante.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

Con los ojos medio cerrados miró a Jane Porter, pero no se movió. La joven titubeaba. En el ambiente de la habitación se percibía la tensión de los nervios. Todas las miradas se volvieron a Jane Porter, esperando su respuesta.

—¿No podríamos aguardar unos pocos días? — preguntó. — Estoy tan excitada... He sufrido demasiado hoy.

Canler sintió la hostilidad con que le miraba cada uno de los presentes y se enfadó.

—He esperado todo lo que me proponía esperar,—dijo bruscamente. — Usted ha prometido casarse conmigo. No quiero servir de juguete más tiempo. Tengo la licencia y aquí está el pastor. ¡amos, míster Tousley! ¡Vamos, Jane! Testigos hay de sobra, más de los que necesitamos — añadió con desagradable tono; y cogiendo a Jane Porter por el brazo, se dispuso a conducirla ante el pastor, que aguardaba.

Mas, apenas había dado un paso cuando una pesada mano cayó sobre su brazo como unos garfios de acero. Otra mano le agarró del cuello y en un momento se vió sacudido muy por cima del suelo, como podría sacudir un gato a un ratón.

Jane Porter se volvió a Tarzán con horrorizada sorpresa. Y al mirarle a la cara, vió la línea carmesí de su frente, que había observado aquel otro día en la distante Africa, cuando Tarzán de los Monos se había agarrado en mortal combate con el gran antropoide, con Terkoz. Vió que el homicidio anidaba en aquel salvaje corazón, y lanzando un grito de horror, se abalanzó a suplicar al hombre mono. Pero sus temores eran más por Tarzán que por Canler, pues sabía el severo castigo que la justicia infligía al matador.

Mas, antes que pudiera la joven llegar a ellos, Clayton había saltado al lado de Tarzán e intentaba arrancar de sus manos a Canler. De un solo impulso el poderoso brazo del inglés fué despedido al otro extremo del aposento, y luego Jane Porter puso la blanca mano sobre la muñeca de Tarzán y le miró a los ojos.

—Por mí, — le dijo.

El hombre mono aflojó la mano que agarraba la garganta de Canler y miró el hermoso rostro que tenía delante.

—¿Quieres que viva esto? — preguntó sorprendido.

—No quiero que muera a tus manos, amigo mío, repuso ella. No quiero que te conviertas en asesino.

Tarzán quitó la mano de la garganta de Canler.

—¿Le releva usted de su promesa? — preguntó. — ¡Es el precio de su vida!

Canler, jadeando para tomar aliento, asintió.

—¿La dejará en paz sin molestarla más?

De nuevo asintió el hombre con la cabeza, contrado aún el semblante por el temor a la muerte que tan cerca había visto. Tarzán le soltó, y Canler se encaminó vacilando hacia la puerta. Un momento después había desaparecido, y el aterrado sacerdote con él.

Tarzán se volvió a Jane Porter.

—¿Puedo hablar contigo un momento a solas? — preguntó.

Afirmó la joven con un movimiento de cabeza y se encaminó hacia la puerta que conducía a la estrecha terraza del hotelito. Como salió a ella a esperar a Tarzán, no oyó la conversación subsiguiente.

—¡Alto! — exclamó el profesor Porter cuando Tarzán se disponía a seguirla. — Antes de pasar adelante, caballero, quisiera tener una explicación de los sucesos que acaban de ocurrir. ¿Con qué derecho, señor, se ha interpuesto usted entre mi hija y míster Canler? Yo le había prometido la mano de ella, y he de mantener la promesa, sin tener en cuenta las simpatías o antipatías de usted.

—Me he interpuesto, profesor Porter — replicó Tarzán, — porque su hija no ama a míster Canler... y porque no quiere casarse con él. Me basta saber eso.

—Usted no sabe lo que ha hecho — dijo el profesor. — Ahora indudablemente se negará él a casarse con ella.

—Naturalmente — dijo Tarzán con categórico acento. — Por lo demás — añadió. — no tema usted que se resienta su orgullo, profesor Porter, porque podrá usted pagar a ese Canler, todo lo que le debe en el momento en que llegue usted a su casa.

—¡Oiga, oiga, caballero! — exclamó el profesor Porter. — ¿Qué quiere decir?

—Que se ha hallado el tesoro de usted...

—¿Qué está usted diciendo? — gritó el profesor. — ¡Está usted loco, hombre de Dios! ¡No puede ser!

—Y sin embargo, es cierto. Fuí yo el que lo robé, sin saber ni su valor ni a quién pertenecía. Yo vi que los marineros lo enterraban, y, como un mono, hube de desenterarlo y volverlo a enterrar en otra parte. Cuando D'Arnot me dijo lo que era y lo que significaba para usted, volví a la selva y lo recobré. Ha ocasionado ya tantos crímenes, tantos padecimientos, tantas penas que D'Arnot consideró mejor no intentar traer el tesoro aquí, como hubiera sido mi propósito; de manera que, en lugar he traído una carta de crédito. Aquí la tiene usted, pofesor Porter — terminó Tarzán sacando un sobre del bolsillo y entregándoselo al pasmado profesor. — Son doscientos cuarenta y un mil dólares.

—El tesoro — prosiguió Tarzán al cabo de un instante, — fué debidamente valorado por peritos; pero si le quedara a usted alguna duda, le diré que D'Arnot lo compró y lo tiene a la disposición de usted, por si prefiere usted el tesoro al crédito.

—Al gran eso de las favores que le debemos a usted, caballero — dijo el profesor Porter con temblorosa voz, — se añade ahora el mayor de todos los servicios. Me ha dado usted los medios de salvar mi honor.

Clayton, que había salido del aposento un momento después de Canler, volvió a la sazón y dijo:

—Perdóneme. Creo más prudente que tratemos de llegar a la ciudad antes que oscurezca y procuremos tomar el primer tren para salir de estos bosques. Acaba de llegar

INCONSCIENCIA

ALMA BUENA

Ella: — ¡Cítame una buena acción que hayas realizado en tu vida!
El: — ¿Y el haber impedido que murieses soltera?

del Norte un indígena diciendo que el fuego avanza lentamente hacia aquí.

Este anunció interrumpió la conversación, y todos se dirigieron a los automóviles. Clayton, con Jane Porter, el profesor y Esmeralda, ocuparon el auto del primero; Tarzán llevaba en el suyo a míster Philander.

—¡Dios mío! — exclamó éste cuando el coche partió en pos de Clayton. — ¿Quién lo habría creído posible? La última vez que le vi a usted era usted un verdadero salvaje que iba por las ramas de una selva tropical; ¡y ahora me lleva usted por una carretera de Wisconsin en un automóvil francés! ¡Es singularísimo!

—Sí, — asintió Tarzán; — y dijo al cabo de un instante: — Míster Philander, ¿recuerda usted los detalles del hallazgo y del entierro de los tres esqueltos encontrados en mi cabaña de aquela selva africana?

—Muy claramente, — replicó míster Philander.

Míster Philander miró a Tarzán entornando los ojos.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para mí tiene gran interés el saberlo, — replicó Tarzán. — La respuesta de usted puede aclarar un misterio. Y en todo caso, lo peor que puede hacer es dejar que siga siendo un enigma. Llevo dos meses sospechando una cosa de esos esqueletos, y quiero que me responda usted a una pregunta como mejor sepa. ¿Eran humanos los tres esqueletos que enterraron ustedes?

—No replicó míster Philander; — el más chico, el que encontramos en la cuna, era el esqueleto de un mono antropoide.

—Gracias, — dijo Tarzán.

En el coche de delante, Jane Porter estaba pensando con más rapidez y furia que en su vida. Comprendió por qué Tarzán había querido hablar unas palabras con ella, y se dijo que debía prepararse para darle una respuesta en muy breve plazo.

No era Tarzán hombre con quien se pudieran gastar aplazamientos; y sin saber por qué, este pensamiento le hizo preguntarse si no temía realmente a aquel extraño ser.

¿Y podía amar a quien temía?

Comprendía el hechizo que había influído sobre ella en lo más recóndito de aquella distante selva, pero no había hechizo que valiera en el prosaico Wisconsin.

Tampoco el inmaculado joven francés ejercía influjo ninguno sobre la mujer primitiva que latía en ella, como lo había ejercido su membrudo dios de la selva.

¿Le amaba? No lo sabía... en aquel momento.

Miró a Clayton con el rabillo del ojo. ¿No era aquel un hombre educado en el mismo ambiente que ella, un hombre de posición social y de cultura como las que le habían enseñado a considerar ,base de toda asociación de caracteres? ¿No le mostraba su buen juicio a aquel joven inglés de noble alcurnia, cuyo amor sabía que era de los que anhela cualquier mujer civilizada, como el compañero más lógico de su vida?

¿Podía amar a Clayton? No veía la razón de negativa. Jane Porter no era fríamente calculadora por naturleza, pero la educación, el medio y la herencia se combinación para enseñarle a razonar en asuntos del corazón.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Que la hubiera llevado en brazos la fuerza de aquel joven gigante, cuando la tuvo abrazada en la distante selva africana, y otra vez aquel mismo días, en los bosques de Wisconsin, le parecían cosas achacables a una reversión mental por su parte al influjo psicológico del hombre primtivo sobre la primtiva mujer de su naturaleza.

Si él no la volviera a tocar otra vez, — razonaba Jane, — no se sentiría jamás atraída hacia él. Entonces es que no le había querido. No había sido más que una alucinación pasajera, fruto de la excitación y del contacto personal. Si se casaran, la excitación no les acompañaría siempre en sus futuras relaciones, y el poder del contacto personal se embotaría por la costumbre.

De nuevo miró a Clayton, el cual era hombre guapísimo de pies a cabeza. Ella se sentiría orgullosa de semejante marido.

Y en este momento habló él. Un minuto antes o un minuto después habría constituído un mundo de diferencia para tres vidas; pero se interpuso la casualidad, para indicarle a Clayton el momento psicológico.

—Ahora es usted libre, Jane, — dijo. — ¿No quiere usted decir que sí? Dedicaré mi vida a hacerla feliz.

—Sí, — respondió ella.

Aquella misma noche, en la salita de espera de la estación, Tarzán cogió a Jane Porter sola un momento.

—Ahora eres libre, Jane, — le dijo también — Y yo vengo de un pasado confuso y distante, desde la madriguera del hombre primitivo, para reclamarte. Por ti he llegado a ser hombre civilizado; por ti he cruzado mares y continentes; por ti seré lo que tú quieras que sea. ¿Quieres ser mi mujer?

Por primera vez comprendió Jane lo honda del amor de aquel hombre, todo lo que en tan poco tiempo había conseguido por tener el pensamiento puesto en ella. Volvió la cabeza y escondió el rostro entre las manos.

¿Qué había hecho? Porque temió sucumbir a las súplicas de aquel gigante, quemó sus naves; y por el infundado temor de cometer

una equivocación terrible había cometido otra peor.

-Y entonces se lo dijo todo: dijo la verdad, palabra por palabra, sin intentar defenderse ni atenuar su error.

—¿Qué podemos hacer? — preguntó él. — Has confesado que me quieres. Sabes que yo te quiero también; pero yo conozco la ética de la sociedad que te gobierna. Dejo la resolución en tus manos, porque tú sabes como nadie lo que ha de ser mejor para tu porvenir.

—No se lo puedo decir a él, Tarzán, — replicó Jane. — El también me quiere y es un buen hombre. Si me volviera atrás de mi promesa a míster Clayton, no podría mirarlo a la cara, ni a ti, ni a ninguna persona decente. Tendré que cumplirla... y tú me ayudarás a soportar ese paso, aunque no nos volvamos a ver.

Entraban ya los demás en la habitación, y Tarzán se volvió hacia la ventana.

Pero no vió nada por fuera. Dentro de sí vió un trocito de césped rodeado de compacta masa de magníficas plantas y flores tropicales, y aun más encima el azul de un cielo ecuatorial.

En el centro del césped una muchacha estaba sentada sobre un montoncillo de tierra, y a su lado se hallaba un joven gigantesco. Comían plácidamente frutos y se miraban risueños el uno a los ojos del otro. Eran muy felices, y estaban solos.

Interrumpió sus pensamientos un empleado de la estación, que entró preguntando si había allí un caballero llamado Tarzán.

—Yo soy monsieur Tarzán, — dijo el hombre-mono.

—Aquí tiene usted un parte, expedido de Baltimore; es un cablegrama de París.

Tomón Tarzán el sobre y lo abrió. El cablegrama decía: "Huellas muestras eres Greystoke. Enhorabuena. — D'Arnot".

Cuando acababa de leer entró Clayton y se acercó a él con la mano extendida.

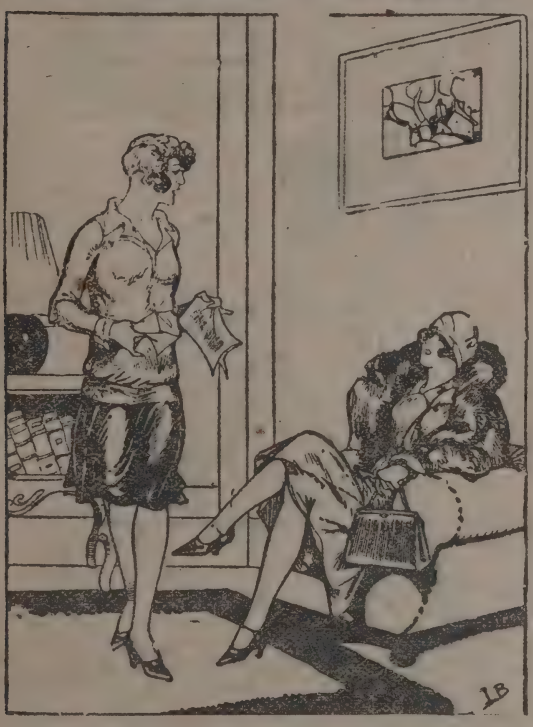
Aquel era el hombre que disfrutaba del título de Tarzán, y de los bienes de Tarzán y que se iba a casar con la mujer a quien Tarzán amaba, con la mujer que amaba a Tarzán. Una sola palabra de Tarzán significaría una diferencia enorme en la vida de aquel hombre.

Le quitaría su título, y sus tierras y sus castillos... y le quitaría también a Jane Porter.

—¡Oiga, amigo! — exclamó Clayton. — No he tenido aún ocasión de darle a usted las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. Parece que ha nacido usted nada más que para salvarnos la vida aquí y en Africa. Me alegro un horror de que esté usted aquí. Hemos de conocernos mejor. He pensado muchas veces en usted, y en las singulares circunstancias del medio que le rodeaba. Dirá usted que no me importa nara; ¿pero cómo diablos fué usted a parar a aquella maldita selva?

—Allí nací, — dijo tranquilamente Tarzán. — Mi madre fué una mona, y claro es que no me pudo contar gran cosa. No he sabido nunca quién fué mi padre.

UNA CONSULTA TARDIA



—¿No le vas a pedir consejo a tu marido en ese asunto de que me has hablado?

—Sí; pero después de haber resuelto lo que me parezca bien hacer.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO

CAUSA Y EFECTO

—¿Por qué no tiene cabello el pobre papá?
—Porque ha tenido mucho que reflexionar.
—Entonces ¿por qué tienes tú tanto cabello?

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. - (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

Sir Ralph estuvo escuchando al señor Mauvillars con una sonrisa irónica en los labios.

—Señor Mauvillars, — le dijo por fin,— habéis vivido tanto tiempo en América, que os olvidasteis de la legislación francesa.

—¿Os parece así?

—Es evidente, porque parece ignoráis el artículo de la ley que establece la obligación para la mujer de seguir siempre al marido.

—Os engañáis, señor, este artículo me es conocido. Unicamente no me acomoda conformarme con él, y nada más.

—¿Y os parece, señor, que yo no sabría reclamar el cumplimiento de una ley que ampara mis derechos.

—Por el contrario, estoy convencido de ello.

—¿Y entonces qué haréis?

—Pleitear.

—La ley es terminante. No encontraréis ni un abogado que se anime a patrocinaros en semejante causa.

—¿Quién sabe? Haría valer las circunstancias completamente especiales que han determinado el casamiento y la indignidad del marido.

—Razones insuficientes y por otra parte destituídas de pruebas; perderíais el pleito, aun suponiendo que lo pudieseis entablar; he aquí lo que puedo predeciros con toda seguridad; ahora bien, señor, os lo repito, ¿qué haríais en ese caso?

—¡Oh! algo muy sencillo.

—Veamos, porque la dificultad no me parece tan fácil de resolver como vos creéis

—Si la ley me obligase absolutamente a entregaros a Tatiana, a dejar que os la llevaseis lejos de nosotros; entonces, señor, convencido de que con un marido como vos sería condenarla a un porvenir de vergüenza y de desgracias, y bien resuelto a salvarla a toda costa de semejante destino, me decidiría a usar del único medio que quedaría a mi disposición: os levantaría la tapa de los sesos.

El señor Mauvillars pronunció estas últimas palabras con una determinación tan serena y fría, que hizo estremecer a sir Ralph.

—Perdonad, señor,—dijo éste por fin,— pero he de haceros observar nuevamente que os creéis todavía en Nueva York, donde, después de meter una bala en la cabeza de un hombre en plena calle, puede uno seguir tranquilamente su camino sin que nadie lo incomode. Pero aquí en Francia no sucede lo mismo. Así como hay leyes para hacer respetar los derechos del marido, las hay también para hacer respetar la vida de los ciudadanos, y ya sabéis la prima con que se castiga el asesinato.

—Lo sé perfectamente. De modo que mi revólver contendrá dos balas, una para vos y una para mí. Ya veis que todo está previsto y que estoy seguro de salvar a Tatiana.

—En efecto, — dijo sir Ralph turbado un momento, — pero antes de recurrir a tales extremos, se reflexiona.

—Y es lo que yo he hecho; he reflexionado. He reflexionado mucho antes de resolverme a tomar este partido, pero ahora que vos mismo acabáis de convencerme de que no hay otro, está bien arraigado en mi ánimo. He reconocido la necesidad que hay para la niña de ser legalmente vuestra mujer; pero he jurado sustraerla a la vergüenza y a la desgracia de perteneceros y cumpliré el juramento que me he hecho a mí mismo; para eso no hay más que suprimir a dos hombres, vos y yo, y el sacrificio está ya decidido. Pero después de esta pequeña explicación, no insistiréis ya para presentar vuestros respetos a Tatiana, ¿verdad? Sí, pues, nada más tenéis que decirme...

—Comprendo vuestra insinuación, señor, y me retiro, — repuso sir Ralph, pero previniéndoos que tomaré mis medidas para hacer valer mis derechos...

—Una palabra todavía antes de dejaros partir, — dijo Mauvillars — y retenedla bien. Os prevengo que el día de la boda, siempre como en América, llevaré el revólver conmigo y en el caso de que, como decís, hubierais tomado vuestras medidas para llevaros a Tatiana, ese día, nada podría salvaros de la

bala reservada para ese día, y ahora que ya os hice conocer mis intenciones, no quiero deteneros más.

Sir Ralph saludó y salió con una sonrisa de bravata en los labios, pero en el fondo, impresionado muy desagradablemente, porque se sentía la conciencia demasiado cargada para acudir a la justicia en demanda de ayuda y protección, la que podría haber sido prevenida a su respecto por los detectives americanos enviados en su busca, en cuyo caso equivaldría a irse a echar él mismo en la boca del lobo. Al salir de la casa de Mauvillars se transladó al despacho de vinos que había en la misma calle de Miromenil, en donde lo vimos un día con los esposos Claudio y Malvina, a la que había dado una cita para tener con ella una conversación, que, como se sabe, fué oída por Rocambole.

La había causado mucha inquietud verla reemplazada por otra camarera cerca de Tatiana, y tenía prisa por saber la causa de que hubiera dejado su servicio.

Cuando entró en casa del marchante de vinos, suplicó le hiciera el favor de servirlo personalmente en algún gabinete particular, pues deseaba hablarle cuatro palabras.

—¿Tenéis siempre como clientes a los sirvientes de Mauvillars? — le preguntó cuando quedaron solos.

—Sí, siempre, — respondió el marchante.

—Entonces debéis haber oído hablar de Malvina, la camarera de la señorita Tatiana.

—Supe que había salido de la casa.

—¿La despidieron o fué ella misma?

—Despedida, ¡oh! no. La señorita la quería demasiado para esto; fué ella la que salió una mañana, dejando una carta en que avisaba que no volvería más.

—¿Y no se sabe motivo alguno?..

—Ninguno.

—¿Y dónde ha ido, no se sabe?

—Dicen que se volvió con su familia.

—Gracias.

Sir Ralph pagó cinco francos por la botella de Volnay, a la que no había tocado, y salió diciéndose:

—Ahí anda algupna trapisonda del señor Portal, porque quiero saber a qué atenerme. Vamos a la calle de Vanves.

XXXI

MALOS PRESAGIOS

Media hora después el coche de sir Ralph se paraba al extremo de la calle de Vanves, donde lo dejaba con su cochero para engolfarse en aquel terreno baldío en que estaba la casa de Claudio.

Los postigos estaban abiertos como de costumbre, pero la puerta, igualmente abierta, sorprendió singularmente a sir Ralph, porque los esposos Claudio no eran de la opinión de aquel filósofo de la antigüedad, que hubiera querido que su casa fuera de cristal para que todo el mundo supiera lo que pasaba en ella. La digna pareja tenía motivos particulares para pensar de otra manera.

Sir Ralph entró.

La casa estaba desierta. Pero como todo estaba en su orden, o mejor dicho, en su desorden habitual, pensó que los dos esposos estarían en aquel momento en alguna taberna vecina, y se sentó convencido de que no podían tardar en volver, puesto que no habían tenido la precaución de cerrar la puerta.

Pero transcurrió un cuarto de oro sin que se presntase nadie.

—Veamos, — se dijo entonces, — tal vez mi señora Claudio se halla en vías de dormir su botellita de aguardiente.

Se levantó y fué a golpear la puerta de aquel cuarto que conoce el lector.

No recibiendo respuesta, abrió la puerta, a riesgo de encontrar a la madama en paños menores.

El cuarto también estaba vacío.

—¡Veamos! — se dijo, — decididamente están en casa del marchante de vinos.

Y se volvió a sentar.

Transcurrieron diez minutos más, y sir Ralph empezaba ya a fastidiarse, cuando vió que un individuo se paraba delante de la puerta.

A su aspecto y maneras conoció que era un habitante del barrio, y a la expresión innoble y embrutecida de su fisonomía, creyó que debía ser algún amigo de la "casa".

—¿Sois de aquí, del barrio, señor? — le preguntó.

—Sí señor; vecino de Claudio.

—He oído hablar de estos desgraciados, — dijo sir Ralph tomando un aire compasivo; me las recomendaron como personas dignas de lástima y venía a traerles algún socorro.

—¡Ah! — dijo vivamente el vecino, — venías a traerles... yo pensé todo lo contrario.

—¡Bueno! — dijo sir Ralph sonriendo, — ¿creisteis acaso que los venía a robar?

—No, pero al ver entrar en casa de los Claudio un señor tan bien vestido, yo me dije: ese no puede ser sino un alguacil.

—Os agradezco la buena opinión que os formasteis de mí, pero no la merezco. Yo no tengo el honor de ser alguacil. Pero, ¿podríais decirme dónde están ahora estas buenas gentes?

—No sé nada, pero aquí, para "inter nos" me temo que les haya sucedido alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia puede ser?

—Las persecuciones de la justicia..

—¡Ah! — dijo sir Ralph sumamente impresionado, — creéis que...

—Es lo que se dice.

—¿Tenían mala reputación, pues ?

—Absolutamente; eran la crema de la gente de bien, pero tenían muchos envidiosos

Esta candidez hubiera divertido mucho a sir Ralph en cualquier otra circunstancia pero no tenía muchas ganas ahora de reir en aquel momento.

Temblaba de espanto a la idea de que los viejos pudieran haber sido presos.

—Pero, — dijo disimulando su inquietud —¿qué es lo que os hace creer que puedan haber sido arrestados?

—¡Caramba! señor, van ya dos días que no se les ha visto y que la casa permanece abierta de día y de noche; y no se deja así no más abandonada una casa por pobre que sea.

—Sí, sí, tenéis razón, — dijo sir Ralph mirando fijamente delante de sí

Y repuso en seguida.

—¿De manera que hace dos días qué no se tiene noticia de ellos?

—Ninguna, señor.

—Es inquietante muy inquietante, — murmuró sir Ralph en voz baja y como hablándose a sí mismo.

Se levantó y dijo:

—¡Vamos! llegué demasiado tarde.

—De todos modos, — murmuró el buen hombre, examinando a sir Ralph con un sentimiento de profunda admiración, — hubiera creído que erais un alguacil.

Sir Ralph salió de la casucha poseído de las ideas más negras.

Cuanto más pensaba en ello, más verosímil le parecía la hipótesis de un arresto.

En efecto, ¿de qué manera explicar, la súbita desaparición de los dos viejos y el completo abandono de su casa, dejada abierta, a la discreción del primer venido?

Esta perspectiva era terrible para él: uno de ellos, hábilmente trabajado por algún agente o por algón "carnero", podía traicionarlo sin querer, porque estaban demasiado interesados en el éxito de sus diversas empresas para denunciarlo voluntariamente.

—Pero, si Malvina, refugiada en su casa, como decían, había sido arrestada al propio tiempo de ellos, ¿Cuánto no debían temer de aquella joven que le tenía un odio mortal por haberse visto obligada a traicionar a su patrona?

Y luego le atormentaba también otro idea. Suponiendo que la policía nada hubiese tenido que ver en todo esto y que los esposos Claudio no estuviesen arrestados, ¿quién podía tener interés en hacerlos desaparecer sino el señor Portal, con el fin de ponerlos al abrigo de la influencia de sir Ralph y de servirse de ellos mismos para combatirlos y desbaratar los complots en que estaban iniciados?

Fué en esta disposisción de espíritu que sir Ralph llegó al hotel Mauricio, en el que vivía desde hacía algún tiempo en compañía de Mac Field.

A éste lo encontró tan sombrío y tan abatido como él mismo.

—¿Qué tenéis, pues? — le preguntó.

—Tengo presentimientos tristes.

—¿Qué sucedió de nuevo durante mi ausencia?

—Primeramente he visto a Badoir.

—Bueno. ¿Y qué?

—Estaba en un estado de estupor, o mejor dicho, de estupidez tal, que presentí en seguida algún peligro. Lo quise hacer hablar, pero sólo obtuve de él respuestas evasivas, incoherentes, llenas de reticencias que me probaron que no me engañaba y que estaba bajo l imperio de una profunda turbación, causada por algún grave acontecimiento. ¿Qué clase de acontecimiento sería ese? No sé, pero debía interesarnos tanto como a él mismo, puesto que se hallaba comprometido en todos nuestros asuntos. Por lo demás le comprendí por algunas palabras que le escaparon de cuando en cuando y en las cuales se traslucía vagamente, expresadas en frases obscuras, enigmáticas y en seguida desmentidas, la adventencia de algún gran peligro y el consejo de sustraerme a él por medio de la fuga. Pero, apremiado para que se explicase y que me manifestase claramente su idea, respondió que nada tenía que hacerme saber, nada que aconsejarme, y que no sabía de otros peligros que aquellos de que estábamos instruídos también nosotros mismos, puesto que éramos nosotros los que los habíamos creado. Pero tengo la convicción de que ha sucedido algo de nuevo y de terrrible, y que le han impuestro el silencio, bajo la pena de algún castigo temible.

—¿Le mostrásteis la carta recibida de Nueva York

—Sí.

—¿Y qué ha dicho

—El anuncio formal de la muerte y del entierro de Pedro Valcresson, acontecimiento que debía colmarlo de alegría, puesto que lo va a poner inmediatamente en pasesión de la herencia tan largo tiempo codiciada, este anuncio lo ha dejado en una turbación que se parecía al idiotismo. Leía las frases, en seguida me miraba, luego paseaba a su alrededor miradas azoradas, acompañadas de exclamaciones inintiteligibles; en una palabra, daba señales de un espanto llevado hasta el delirio.

—Sí, tenéis razón — dijo sir Ralph inquieto — hay algún misterio en todo esto.

Y después de una pausa añadió:

—¿Y los treinta mil francos que necesito para el ajuar y otros gastos menudos?

—Me los prometió para mañana. Pero esto no es todo — repuso Mac Field. Tengo otro motivo de inquietud.

—¿Todavía más?

—Voy a llamar, va a venir un criado, examinadlo bien sin que lo eche de ver.

Y mientras hablaba, llamó.

En seguida vino el doméstico. Era un mozo de unos treinta años, los cabellos rojos y cortados a raíz, la barba enteramente afeitada, y con algo de británico en la fisonomía.

—¿El señor ha llamado? — preguntó con un ligero acento.

—Procuradme, pues, el "Times", — le dijo Mac Field.

—Inmediatamente, milord, — respondió el doméstico, y se fué.

—¿Lo habéis observado bien? — preguntó Mac Field a sir Ralph.

—Perfectamente.

—¿Y no os ha llamado nada la atención en él?

—Me parece vagamente haber visto esta cara en alguna parte.

—Y a mí también.

—Pero dónde, pues?

—Buscad bien. No sería anoche...

—¡Esperad! — exclamó de repente sir Ralp —¿no fué en el teatro de Variedades?

—Justamente.

—Vuestro vecino de la izquierda.

—Eso es.

—¿Pero con unas grandes patillas?

—¡Enormes, pardiez!

—Y el mismo que volvimos a ver en el café de Suecia, al salir del teatro.

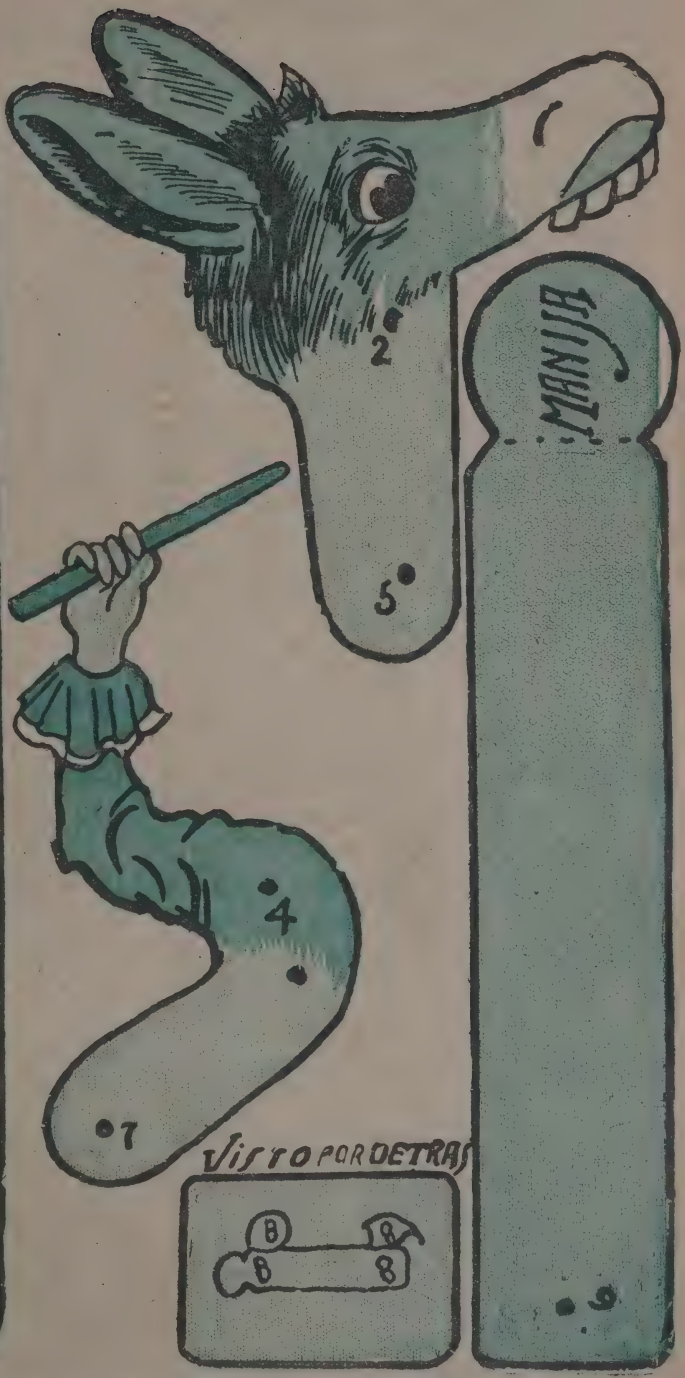
—Lo que de pronto nos había preocupado un poco.

UNA ESCENA EN LA PIST

Se empieza por pegar todo el dibujo en cartón y después dejarlo secar bien. Luego se por la línea de puntos de la gola del payaso de C a D. Tome el brazo del payaso y por la pa jelo mediante un brochecito. Tome el burro y por la parte de delante métalo por la hendij tonces la pieza que dice MANIJA y coloque el 8 detrás del 7 y el 6 detrás del 5. Asegure con manija.

DEL CIRCO

NOVEDOSO JUGUETE PARA ARMAR



las piezas que forman el juguete. Después se corta la línea curva que va de A a B. Corte luego delante deslícelo por la hendija C - D. Empújelo hasta que el punto 4 quede detrás del 3 y fí-. Empuje esta pieza hasta que el 2 quede detrás del 1 y asegúrela con otro brochecito. Tome en-dos broches más y el juguete estará comoleto. Para que funcione mueva suave y lentamente la

—¿De modo que os parece reconocerlo? — preguntó Mac Field, que se puso todo sombrío.

—Sí, por sus ojos amarillos claro y las pestañas tan espesas y esparramadas.

—Entonces no me equivoqué. Este hombre nos sigue la pista.

—¿Uno de los detectives enviados de Nueva Yorak a París? ¿no?

—Estoy seguro.

—En ese caso, el otro no debe andar lejos.

—Si es que no está ya en el hotel como su camarada.

—Entonces es cuestión de no parar aquí.

—Es preciso irnos al instante.

—¡Pero sin variar!

—Naturalmente.

—¿Y los baúles?

—Mandemos a buscar un coche, llevaremos a la mano lo que tengamos de más precioso, todo cuanto pudiera comprometernos, y mandaremos luego por los baúles entendindonos con el cochero para despistar a cualquiera que estuviese tentado a seguirlo.

—Esto va mal, Mac Field. Es tiempo ya de que partamos el millón de la condesa de Sanabria y de que me case cuanto antes con Tatiana a quien sabre llevarmé a despecho de Mauvillars, porque ella será mi salvaguardia contra él y contra todos nuestros enemigos.

XXXXII

DOS DESCUBRIMIENTOS

Al cabo de un momento se abría la puerta y el doméstico volvía con el 'Times" en la mano.

—Gracias, — le dijo Mac Field.

Y mientras el doméstico se dirigía hacia la puerta:

—¿Cómo os llamáis, amigo? — le preguntó.

Peters, milord.

—Pues bien, Peters, hacednos el favor de mandar venir un coche.

—Hay dos en el patio del hotel, milord.

—Bueno, pues, retenednos uno.

—Al instante, milord, — respondió Peters inclinándose.

Y salió.

—¡Lindo tipo de doméstico! — dijo Mac Field que lo había seguido con la vista hasta la puerta. Es preciso confesar que representa su rol a la perfección. Pero, ahora caigo, ¿y si fuera un vedadero sirviente? Si yo me hubiera equivocado creyendo reconocer...

Es preciso absolutamente que sepa a qué atenerme y lo sabré acto continuo. Es tanto más importante que salgamos de dudas al respecto, cuanto que si fuera nuestro detective, su colega no estaría muy lejos, y examinando con atención todas las caras que vamos a encontrar en el hotel, podríamos descubrirlo.

Se echó en un sillón y muy pronto pareció sumido en profundas reflexiones.

—¿No es verdad, — le dijo sir Ralph,— que lo miraba hacía un rato;— no es verdad que el horizonte no es de color de rosa?

—La situación es difícil, inquietante, pero no tiene nada de realmente espantoso, — respondió Mac Field; — con energía y serenidad y resolución, podemos salir triunfantes de los peligros que nos rodean. A partir de este momento, los acontecimientos se van a precipitarse a nuestro alrededor y dentro de tres días todo habrá concluído, la suerte estará echada y estaremos salvados o perdidos. Afortunadamente, en cuanto a los dos grandes asuntos de que depende nuestra fortuna, tenemos todas las bases en nuetras mano y el éxito está asegurado; me refiro a vustra boda y al millón que la condesa se ha comprometido a entregaros la víspera del casamiento. El tío Mauvillars, a despecho de la poca simpatía que le inspiráis y malgrado la violenta antipatía que siente para vos la bella Tatiana, reconoce la imposibilidad de negaros la mano de su sobrina, y es imposible que descubra el misterioso medio gracias al cual lo habéis obligado a daros su consentimiento. En cuanto a la condesa de Sanabria está tomada como entre los hilos de una red, aplastada bajo una superabundancia de testimonios más ruidosos el uno que el otro, y de los cuales, uno sólo bastaría, tomado al azar, para probar su culpabilidad. Está enteramente a nuestra discreción; no hay poder humano que pueda sustraerla a nuestro poder, y vindéose absolutamente perdida va a intentar esfuerzos desesperados para encontrar el millón que pueda salvarla. Sobre estos dos puntos podemos, pues, considerar el partido como ganado; nadie intentará siquiera disputárnoslo. Pero la medalla tiene un reverso, y este reverso son los dos detectives, cuya presencia sospechamos aquí; esta es nuestra piedra de estorbo; el grano de arena que puede estorbar nuestra fortuna. Es preciso, pues, antes de todo, verificar este punto capital, porque no podemos dar un paso adelante, mientras tengamos esta espada de Dámocles suspendida sobre nuestras cabezas. Si se realizan nuestras dudas, el partido que debemos tomar es bien sencillo: esperaban bestialmente que estos caballeros nos echen el guante, lo que llegaría a más tardar el día de la celebración de vuestra boda, o bien desembarazarnos del único obstáculo que intercepta en adelante nuestra fortuna, haciendo a estos dos señores lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; es decir, suprimiéndolos.

Sir Ralph se estremeció.

—¡Otra vez— murmuró.

—Ellos o nosotros, debemos elegir. Ved si amáis tanto a la policía como para elevaros a ese grado de abnegación.

—No, ciertamente; pero otro crimen...

—El crimen es inevitable; la sola cuestión está en saber cuáles serán las víctimas: ellos en un rincón de París, o vos y yo, en Nueva York en una plaza pública y la cuerda al cuello.

—¡Vamos! la suerte está echada; sepamos primeramente si nos equivocamos o no.

Los dos asociados salieron en seguida de su habitación después de haberse llenado

los bolsillos de todo cuanto tenían de precioso o comprometedor.

—Entremos primero en el escritorio, en donde veo al patrón del hotel, — dijo Mac Field.

—¿Para qué?

—Váis a saberlo.

Entraron.

—¡Ah, señor, — dijo Mac Filed al dueño de casa; — cuánto me alegro de encontraos!

El patrón se inclinó.

—Quería felicitaros sobre el doméstico que nos sirve.

—¿Cómo se llama, milord?

—Peters.

—Celebro mucho saber que estáis tan satisfecho de su servicio, milord.

—Sólo tengo elogios que hacer de él: ¿debe tener ya mucho tiempo de estar en la casa?

—¡Al contrario, milord!

—¡Ah!

—Entró aquí...

Se interrumpió para consultar su memoria.

—Ved, — dijo, — fué precisamente el día después que milor vino a habitar el hotel.

—¡Ah! ¡ah! — hizo Mac Field, dirigiéndo a su compañero una mirada de inteligencia.

—Sí, uno de mis domésticos, que cayó repentinamente enfermo, me recomendó a este mozo de quien podía respondermme, porque son primos, según parece, y, efectivamente, no puedo menos que felicitarme de su comportamiento desde que lo tengo en casa.

—Le encargué un carruaje.

—Os está esperando, milord.

Mac Field y sir Ralph salieron del escritorio.

—¡Y bien! — dijo el primero al oído de su amigo, — ¿qué me decís de este doméstico que entró aquí a las veintiuatro horas precisas de estar nosotros, y de ese primo, que cae precisamente enfermo ese mismo día, para cederle el lugar?

—Digo que no queda duda ninguna y que tenemos el enemigo sobre los talones.

—No hay, pues, que vacilar. Nos vamos del hotel para no volver más.

—¡Ya lo creo! aún cuando debiésemos dormir al aire libre.

—Y desde mañana es preciso quitarlo de encima.

—Lo mismo que a su colega; pero a ese otro no lo conocemos.

Habían llegado al vestíbulo.

—¡Jack, — gritó una voz, — avanzad!

Aquella voz era la de Peters.

Al mismo tiempo se adelantó hacia el vestíbulo, detenindose al pie de milord, un elegante coche guiado por un cochero que llevaba una librea confortable.

Los dos amigos subieron al coche, gritando al cochero:

—¡Al bosque!

El cochero excitó su caballo con un chasquido de lengua y el carruaje salió rodando lentamente por el asfalto del vestíbulo. Pero antes de alejarse, Jack cambió con Peters una señal y una guiñada casi imperciptibles.

El coche dió vuelta por la calle de Rivoli a la derecha, y al cabo de cinco minutos rodaba a todo trote por la gran avenida de los Campos Elíseos.

—¿Qué os parece nuestro cochero? — dijo entonces Mac Field a sir Ralph.

—Sabe guiar perfectamente.

—¿Pero qué pensáis de él?

—Qué queréis que piense, sino que me parece conocer su oficio a la perfección.

—Tiene tanto más mérito en esto cuanto que este oficio no es el suyo.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que este cochero es tan cochero, como Peters mozo de hotel.

—¿El otro detective?

—Justamente.

—¡Imposible!

—Os respondo de ello.

—¿Cómo lo sabéis?

—Preocupado siempre con la idea de conocer el colega de Peters, no he perdido un solo momento de vista a éste, desde el momento que lo he visto aparecer en el vestíbulo; pues bien, cuando subíamos al coche, ha elegido el momento en que me inclinaba para entrar, y cambió rápidamente con nuestro cochero alguna seña que yo he sorprendido.

—¡Qué suerte!

—Doble suerte en este sentido: primeramente nos ponemos en guardia respecto de este hombre y después que ya conocemos a nuestros dos enemigos.

—¿Qué hacer ahora?

—Adormecer su desconfianza, volviendo al hotel.

—¿Y luego?

—Luego escribir a Collin o al tío Vulcano dándoles cita para alguno de los marchantes de vino más inmediatos al hotel, porque es preciso que mañana a la noche, a más tardar, hayamos hecho desaparecer estos dos obstáculos; y por más que todavía no tengo un plan fijo, es seguro que necesitaremos de un auxiliar.

—Sí, pero, ¿dónde encontrar a Collin o al tío Vulcano?

—¿No estuvisteis en frecuentes relaciones con ellos hace quince días?

—Sí, y entonces conocía su dirección, que era una posada en la calle de Lorillón, en donde vivían juntos.

—¿Y por qué creéis que ya no vivirán allí?

—Porque desde el asunto del Ruysdael, tuvieron necesidad de cambiar de domicilio.

—¿Y no conocis su nuevo paradero?

—No.

Reflexionó un momento, y luego añadió:

—Pero conozco una horrible covacha de la barrera de las Tres Coronas, cuya patrona seducida por el lenguaje y las maneras del ex modelo, en el que ve un artista, le ha abierto un crdíto ilimitado, y si, como supongo, ya se ha comido con su amigo Collin el importe del cuadro, que había cedido por poca cosa al viejo Mardochée, ha debido vol-

ver a la taberna donde tiene la vista como dice.

—¿Cuándo se le puede encontrar?

—Lo más seguro es ir a la hora de comer.

—¿A qué hora se come en esos parajes?

—Toda al noche; primero comen y después se quedan bebiendo.

—Entonces es preciso ir luego, así que acabamos de comer.

—Convenido.

Habían llegado al Bosque.

Estaban cerca del lago, cuando su coche se cruzó con un jinete, cuya vista hizo estremecer a Mac Field.

—¿Quién es el que acaba de pasar? — le preguntó sir Ralph.

—Pablo de Treviannes.

—¡Ah! sí, el futuro esposo de la bella Valentina.

—¡Oh! todavía no es cosa hecha.

—Pero ya nada se opone, puesto que el señor Taureins le ha dado la sorpresa de dejarse morir; sólo es cuestión de tiempo.

—¡Quin sabe! basta un duelo para poner fin a todos los hermosos sueños de estos dos enamorados... y me preocupo de ello seriamente.

—¡Ah! ¡pobre Pablo! — dijo sir Ralph sonriendo.

XXXIII

LOS MISTERIOS DE LA GLORIA

El famoso restaurant en que el tío Vulcano tomaba sus comidas a la vista, como decía, era el más acreditado de la barrera de las Tres Coronas.

Tenía por enseña "Al salvaje", y era tenido por la viuda Follenfant, cuya enorme corpulencia, la cabeza redonda enteramente, la cara mofletuda y la nariz rubicunda, hacían algún juego con su nombre.

Hembra sesuda, aunque algo sujeta a las debilidades del corazón, la viuda Follenfant había hecho de su establecimiento, restaurant, taberna, sala de baile y concierto, lo que explicaba la gran popularidad que gozaba a un cuarto de legua a la redonda.

A continuación de la primera pieza, que servía de restaurant y de taberna, se elevaba en el fondo, más alta de tres escalones que el nivel de la primera pieza, una segunda sala afectada a los bailes y conciertos.

Se bailaba cuatro días por semana: lunes, jueves, sábados y domingo.

El baile alternaba con el concierto, bastante ruidoso para contentar los oídos más exigentes, porque la orquesta se componía de un trombón, de un cornetín de pistón, un clarinete, un fagot y de ocho tambores "trabajados" por un solo hombre: "el salvaje".

Este salvaje, de formas atléticas, que dibujaban netamente un traje de punto de color de carne, una barba negra que le llegaba al pecho, la frente ceñida de una corona de plumas de colores deslumbrantes, de ojos centelleantes y de mirada terrible; ejercía un singular prestigio sobre las mujeres que se pasmaban de verlo tocar ocho tambores a la vez.

Hasta se decía que la amable viuda no pudo permanecer insensible a tantas seducciones, y el tío Vulcano notaba, con negra melancolía, que de un tiempo a esta parte, la viuda Follenfant había abandonado su cofia blanca para adornarse la cabeza con otro cofia graciosa con cintas azules.

Encontramos ahora al ex modelo sentado en una mesa muy distante del mostrador de la viuda que le ha hecho servir un litro de a doce a esa distancia respetable, en vez de aproximarlo al mostrador, como era la costumbre antiguamente, antes del funesto día en que fué turbado su corazón por los efectos dtl busto y de las miradas incendiarias del salvaje.

Como de costumbre, estaban bebiendo en compañía de Collin, prestando poco el oído a la extraña melodía que dejaba sentir allá en el fondo, en que caían desgranados, como las cuentas de un rosario, las agudas y discordantes notas de salida de la boca el clarinete.

Por fin, el salvaje terminaba con un formidable trueno de gamas ascendentes y descendentes, asombrando a la concurrencia con un final que tenía toda la semejanza con una tempestad desencadenada.

—¡Ah! ¡Canalla! ¡Perverso! ¡Y qué chispa tiene el diablo de descamisado! — exclama la viuda, toda radiante de contento detrás de su mostrador.

Era la manera de manifestar su entusiasmo y todos estos nombres los reservaba para los que sabían encontrar el camino de su corazón.

De manera que el día en que el tío Vulcano, le oyó dar al salvaje, al terminar una de esas tormentas que eran su espcialidad, el cariñoso nombre de perverso, se dijo: "¡soy hombre al agua!"

Y su presentimiento no le engañó .

Al día siguiente era relegado a tres metros del mostrador de la amable viuda y la botellita de ajenjo, era reemplazado por un litro de a doce.

Y a partir de aquel fatal momento, todas sus posturas de artista, que hasta hacía poco, habían fascinado la muy sensible viuda; la dejaron completamente indiferentes.

En vano se echaba para atrás en su silla, con las manos metidas en los bolsillos, la corbata suelta, el chaleco desabrochado, el sombrero de castor echado descuidadamente tan pronto sobre la nuca, como sobre las cejas; ya sobre la oreja derecha, ya sobre la oreja izquierda. En vano imprimía sobre sus facciones pálidas y marchitas, el dolor, el sarcasmo mefistoflico o la ironía byroniana. En vano era qué imitando un famoso compositor de música, llevase el desprecio de las conversaciones burguesas hasta poner los pies encima de la mesa; ¡nada bastaba! Un redoble del Alcindor — era el nombre del salvaje — eclipsaba todas aquellas habias combinaciones, y la vida Follenfant no se fijaba ya más ni en las amargas sonrisas ni en el galante descoco del infeliz modelo.

Los músicas, teniendo algunos momentos

de entreacto, se precipitaron, unos al mostrador, y otros a las mesas, donde los esperaban los amigos.

Uno de ellos, con su clarinete en la mano, vino a sentarse en la mesa de Collin y el tío Vulcano.

Era Arturo, el digno vástago del matrimonio Claudio.

—El tiro se acabó,—dijo echando una mirada a la botenilla — y ni un vaso para los amigos.

—¡Qué bien os reconozco en eso!

Y golpeó con fuerza encima de la mesa.

—Un litro de a quince y yo pago, ¿eh?— gritó al mozo que vino al llamado.

El mozo se fué y volvió en seguida con el litro en la mano izquierda y extendió la mano derecha hacia adelante antes de poner nada en la mesa.

—¡Qué confianza! — dijo Arturo sacándose los quince sueldos del bolsillo.

Después llenó los tres vasos hasta el tope.

—¡Vamos! mi pobre viejo, — dijo al tío Vulcano. — ¡Venus te abandona, échate en brazos de Baco!

El modelo apuró concienzudamente su vaso, pero sin perder nada de su seriedad.

—De todos modos, — dijo Arturo, echando una mirada hacia donde estaba la patrona de la taberna, — confieso que debe ser difícil tener que renunciar a una tan encantadora criatura. ¡Mirad! contemplad aquella nariz; ¿vistéis nunca un color de cereza más vivo y más natural? Visto así de lejos, bajo aquella linda cofia de cintas azules, se diría una amapola en medio de coronillas; eso no es una cara, es un ángel!

—¡Cállate! — dijo el tío Vulcano malhumurado. ¡Cállate! no me hables de "ella".

—¿Has amado, tú?

—¡Ay! sí.

—¿A alguna cocinera?

—No, a su dependienta principal. Era una lavadora de vajilla que se había creado una reputación en el difícil arte de limpiar platos, y se lleva su secreto.

—¿A la tumba?

—No tan lejos; a una barraca de saltimbanquis a donde atrae al público por su admirable corpulencia; pesa ciento cincuenta kilos, ha causado la admiración de las Cortes extranjeras, sabe hablar todas las lenguas, incluso el auvernés, y hace las delicias de la gente, bien por su talento, sus maneras exquisitas y un surtido de expresiones que revelan su alto nacimiento. Precio de entrada 25 céntimos. Por cincuenta céntimos se permite tocarle los brazos, cuya forma de una incomparable pureza, desafía a los más bellos modelos de la antigüedad y es la desesperación de los escultores modernos. Los más célebres de ellos han ofrecido sumas fabulosas para sacar moldes; pero su pudor no le ha permitido nunca aceptar semejntes ofrecimientos. Y esto no es todo. Varios príncipes extranjeros han pedido su mano y hasta por algunos círculos diplomáticos; a todos los ha rechazado porque lo que ambiciona, sobre todo, es el sufragio popular; ¡el vuestro! ¡caballeros!

—¡Vamos! ¡entrad! entrad y veréis a la "Bella Española", que solo tiene que pasar algunas semanas en Europa, antes de trasladarse a la Corte del Shah de Persia, que arde en deseos de verla, porque nadie ignora aquí los honores especiales que se tributan a la gordura en aquellas comarcas tropicales.

Después de despedir con énfasis este pequeño discurso, Arturo se paró un momento. Luego continuó:

—He aquí al menos lo que dicen por toda Francia del antiguo objeto de mi amor; es algo alagueño para mi amor propio y si es preciso confesarlo, mi único objeto, al cultivar el clarinete, es ir a reunirme con ella, contratándome como músico de la compañía.

—No es mala idea. ¿Quién es tu maestro de clarinete?

—La naturaleza — respondió el tunante modestamente.

—¡Y bien! no es por alabarte, pero te aseguro que eres de primera fuerza en el falsete. Tengo oídos muchos clarinetes de ciego pero jamás...

Arturo lo interrumpió:

—Voy a deciros, desde que debuté en este instrumento, noté inmediatamente que una inclinación irresistible me llevaba al falsete. Entonces me hice este sencillo razonamiento: Arturo, amigo mío, ahí está tu vocación; no trates de resistirla, al contrario. Eres lo que se llama en arte, todo un temperamento; en lugar de combatir el falsete, afírmalo. Es lo que hacen algunos pintores y cierto compositor alemán y éstos les sale a las mil maravillas: los imbéciles caen de patas. Dicen de ellos: ¡oh! es un "temperamento". ¡Imítalos! Sigue con tu falsete. En lugar de soltar uno que otro tímidamente y á pesar tuyo, moltiplícalos audazmente. Entonces en vez de ver una debilidad, los tomarán por variaciones; serás un audaz innovador a los ojos de la multitud ignorante y de los presuntos peritos; primero harás escuela, y luego fortuna.

—Pero, hombre — dijo Collin contemplando a Arturo asombrado, ¿de dónde diablos sacas estas ideas?

—Leo los papeles y luego oigo a los chambones a quienes sirvo de modelo.

—¿Para los Ganimenes? preguntó Vulcano

—No, para los Tortillard.

—Esto ya es otra cosa.

—No os molestéis en quebraros la cabeza. Por lo demás, volviendo a mi sistema, esto me salió bien; los artistas vienen a oirme y soy discutido. Ya me llaman cretino, idiota farsante, asno albardo. Esto va bien, porque me hace prosélitos y mi reputación aumenta. Así es como han empezado todos los temperamentos, y así también se afirman: en una palabra, estoy en camino de la gglo-ria.

Arturo fué interrumpido por dos individuos de blusa que vinieron a sentarse familiarmente en la mesa en que estaban bebiendo los tres amigos. Arturo empezaba a mirarlos de reojo, cuando exclamó::

—¡Toma! ¡es sir Ralph!

—Y lord Mac-Field agregó Collin.

—No vale la pena de hacerlos saber a los que nos rodea, dijo vivamente sir Ralph.

—Estoy contentísimo de encontraros, repuso Arturo.

—¿Por qqué?

—Tengo derecho a la firma de cien francos para la propagación del idiotismo.

He tenido un éxito completo. El señor Pondif y a no es un hombre, es un cretino.

—Ya lo se y aquí tienes la suma prometida, dijo sir Ralpr sacándose un billete de banco de la cartera que entregó al rapaz.

Este se apresuró a metérselo en el bolsillo y corrió a reunirse con su orquesta en la que ya empezaban algunos acordes.

—Ahora, hijos míos, dijo sir Ralph a Collin y a Vulcano, tengo algo qque proponeros

XXXIV

UNA IDEA DE SIR RALPH

Al día siguiente, como a las ocho de la noche, sir Ralph entraba en un despacho de bebidas de la calle Sourdiére.

Allí fué donde había dado cita al tío Vulcano, a quien encontró en efecto, en un gabinete del establecimiento.

El ex-modelo estaba solo conforme convinieron la noche anterior.

Siempre melancólico, pero no menos sediento, no hay que decir que se hallaba en frente de una botellita de ajenjo, que bebía puro como de costumbre.

—Sir Ralph, dijo a éste en cuanto lo apercibió, mi hijo no tiene entrañas.

—No os digo lo contrario, repuso sir Ralp.

—Sí. Os digo que no tiene entrañas, repuso el tío Vulcano con una voz algo empastada; es preciso no tener alma para poner a su padre en la necesidad de robar un cuadro para subvenir a sus necesidadades. ¡Impulser a su padre al robo! ¡Qué depravación! ¡Consultad la historia, y hasta la mitología a ver si encontráis un caso igual!

—No digo que no, tío Vulcano; vos sois una víctima del amor paternal, no hay que hablar. Pero esta noche no he venido aqquí para dicerniros la corona del martirio. Hablemos, pues, del asunto por el cual os hice venir.

—Con mucho gusto; pero antes de todo, ¿hay brasas que sacar?

—Doscientos francos.

—Aceptado.

Y rascándose la cabeza añadió:

—¿Sería indiscreto preguntaros si se alumbra un poco?

—Es mi costumbre. Aquí tenéis dos luises.

—¡Cuarenta francos! exclamó el modelo haciendo relucir las dos monedas a la luz de la vela que alumbraba la pieza.

—Y el resto inmediatamente después de la operación bien hechas ;pero sería preciso hacerme saber en qué consiste esta operación.

—Naturalmente.

Y poniendo encima de la mesa dos objetos qque el viejo no había visto:

—Por de pronto, — dijo, — aquí tenéis los accesorios que necesitaréis.

Estos objetos eran unas pinzas grandes de hierro y un gran cartón negro de un metro cuadrado.

—¿Eh? ¡Buen Dios! ¿qué querels hacer con esto?

—Ahora os lo voy a decir.

Y mostrándole las pinzas:

Y antes de todo: ¿tenéis bastante fuerza para manejar esto?

El tío Vulcano las tomó en la mano.

—Son bastantes pesadas, dijo, pero lo mismo da, no falta muñeca para manejarlas. Pero ¿qué diablos pensáis hacer con esto?

—Tío Vulcano, ¿tenéis confianza en mí?

—Siempre me habéis pagado liberalmente yo no se nada más, sois ún hombre y tengo confianza en tí.

—Esa confianza es bastante grande, bastante ciega para hacer todo cuanto os mande sin tratar de comprender.

—Dadme solo la seguridad de que mi cabeza no corre ningún peligro en el asunto; es todo cuanto pido.

—Absolutamente ninguno.

—Entonces oidme bien; como a la mitad

—Entonces oidme bien: como ala mitad de esta calle hay una boca de cloaca.

—¡Cáspita! ¡conocéis a vuestro París por la punta de los dedos! ¡saber hasta las entradas de las cloacas! Es mucho.

—No conozco más que esa y es la única que me preocupa. Ahora bien, habéis notado de la manera que tienen los cloaqueros de levantar las tapas de hierro que tapan esas aberturas, ¿no?

—Con unas barrenas como esas; he visto eso veinte veces.

—Bueno. Ahora ya sabéis para que sirven las tenazas.

—¿Queréis que abra esa abertura de cloaca? — exclamó estupefacto el viejo modelo.

—Justamente.

—¿Pero qué quereis hacer?

—Me prometistéis una confianza ciega.

—¡Basta! Seré mudo como un pescado. Pero de todos modos es una idea muy singular.

—Una vez abierto el agujero permaneceréis allí de centinela para que no se acerquen los transeuntes.

—¡Ya lo creo! Un salto de diez metros no es muy agradable, sobre todo después de las lluvias torrenciales que acaban de caer sobre París, que han convertido cada cloaca en un verdadero río, un río amarillo, más amarillo que el de la China y más rájido que el de las cataratas de Nilo. ¡Caer allí dentro! Brr. Sólo de pensarlo os hace poner la carne de gallina.

—Como diversión esto deja algo que desear, convengo en ello; pero volvamos a nuestro asunto. ¿Os preguntaréis para que puede servir un gran pedazo de cartón negro, verdad?

—Me lo preguntó, sí.

—¿Cómo lo adivineis?

—Absolutamente.

—Pues bien; una vez abierto el caño, lo taparéis con este cartón.

—¡Bah! — hizo Vulcano atónito.

—¿Ya comprendéis?

—Menos que nunca.

—¡No importa! lo esencial es que os conforméis exactamente, minuciosamente, con todas mis recomendaciones.

—De todos modos, me gustaría saber...

—¡Otra vez! — hizo sir Ralph mirándole fijamente.

—Basta. Punto en boca.

—Os quedaréis, pues, allí, para alejar a los transeuntes, pero con la vista fija especialmente del lado de la calle de San Honorato.

—¡Bueno!

—No os moveréis de la parada hasta el momento en que veáis venir por ese lado y en la vereda junto a la cual se encuentra el caño de tormenta dos hombres que caminarán con paso ligero.

—¿Y luego?

—Cuando estarán cerca de vos, uno de aquellos hombres toserá; ved, de este modo.

Sir Ralph se puso a taser de una manera sonora y especial.

—La reconoceré — dijo Vulcano. ¿Qué deberé hacer entonces.

—Apartaros.

—¿Esto es todo?

—Sí. Vuestro rol habrá terminado y el mío empezará.

—Está bien. Ahora ya conozco el negocio. Contad conmigo.

—Salgamos. Porque es ahora mismo que tenéis que poner manos a la obra.

Sir Ralph tomó el barreno que ocultó debajo del paletó, el tío Vulcano se encargó del cartón y salieron ambos a la calle.

—Vamos a visitar juntos el sitio, — dijo sir Ralph.

Al salir de la taberna dieron la vuelta hacia la izquierda y se dirigieron hacia la calle Neuvedes Petits Champis.

La noche era tan negra y brumosa que apenas se veía nada a diez pasos de sí; pero la calle limpia por la abundante lluvia que había caído, inundando París durante más de dos horas, era de una nitidez que permitía caminar sin temor del barro.

—¡Mirad! — dijo sir Ralph a los pocos momentos. — Aquí está lo que buscamos.

Y mostró al tío Vulcano la chapa de hierro redonda que tapaba la boca de tormenta de la cloaca.

—¡Bueno! — dijo el viejo — dadme la herramienta y venid cuando queráis.

—¡Ved! — dijo sir Ralph que parecía reflexionar desde hacía unos momentos —ahí tenéis una obra en construcción que os prestará un gran servicio.

—¿Cuál es?

—Iréis a tomar una veintena de cascotes para esparramarlos en la vereda como a unos diez pasos antes de llegar al agujero.

—¡He aquí otra idea rara!

—No tratéis de comprenderla, es inútil. Vamos, os dejo y hasta luego, ¿eh? ya sabréis mis encargos.

Cinco minutos después, sir Ralph entraba en el hotel Mauricio, que como se sabe quedaba a unos doscientos pasos de la calle de la Sourdiére.

Iba a subir la escalera cuando oyó que lo llamaban.

Era el mayordomo.

—Señor — le dijo — debo avisaros que Spurofag — ccccme encuentres donde quier vais a encontrar a lord Mac Field sumamente afligido.

—¿Qué le ha sucedido? — preguntó sir Ralph muy inquieto.

—Se enfermó de repente hace como una hora y ahora está en la cama, con el cuerpo agitado por violentos escalofríos y la cara cubierta de espantosa palidez.

—¡Qué puede ser eso, gran Dios?

Y trepó rápidamente por la escalera arriba.

Un momento después volvía a bajar y entraba en el escritorio, anhelante y trastornado

—Mi amigo me parece estar muy mal — dijo al dueño del hotel; — corro en busca de un médico

—Aquí cerca hay nuo, señor, ¿si queréis que se mande llamar?

—No, gracias. En París tenemos un médico americano que es amigo nuestro y en el que lord Mac Field tiene una gran confianza, ese es el que desea y corro yo mismo en su busca Sólo que como conozco muy poco las calles de París. sobre todo de noche. quisiera hacerme acompañar por un criado.

—Con mucho gusto — —dijo el patrón.

Y se iba a lanzar fuera del escritorio.

—¡Ah! — dijo sir Ralph — quisiera ir con Peters. es de toda nuestra confianza.

—Bueno. lo voy a llamar.

—Por lo demás. poco va a tardar en volver; nuestro médico vive en la calle de la Sourdiére que creo no está lejos de aquí

XXXV

UN DRAMA EN UNA CLOACA

De manera que sir Ralph salió del hotel Mauricio, acompañado de Peters, quien para las circunstancias, había cambiado la librea por un saco.

—La calle de la Sourdiére no está muy lejos de aquí, ¿verdad? — dijo sir Ralph al doméstico.

—Muy cerca, milord — respondió éste bien convencido de que sir Ralph no protestaría por aquel tratamiento.

—Tanto mejor. porque el estado de mi pobre amigo me inspira la más viva inquietud.

—La verdad es — repuso Peters — que un cambio tan completo en menos de una hora anuncia algo muy grave.

—Así pues, tengo mucha prisa por saber lo que opinará el doctor.

—Ved, señor — repuso Peters — aquí entramos ya en la calle Sourdiére.

—En efecto. me parece reconocería aunque no he pasado sino de día.

Sir Ralp tomó por la vereda de la izquierda. y naturalmente. Peters lo acompañó.

Después de algunos pasos sir Ralph vió dibujarse a lo lejos la silueta de un hombre cerca de la vereda en la cual reconoció perfectamente al tío Vulcano.

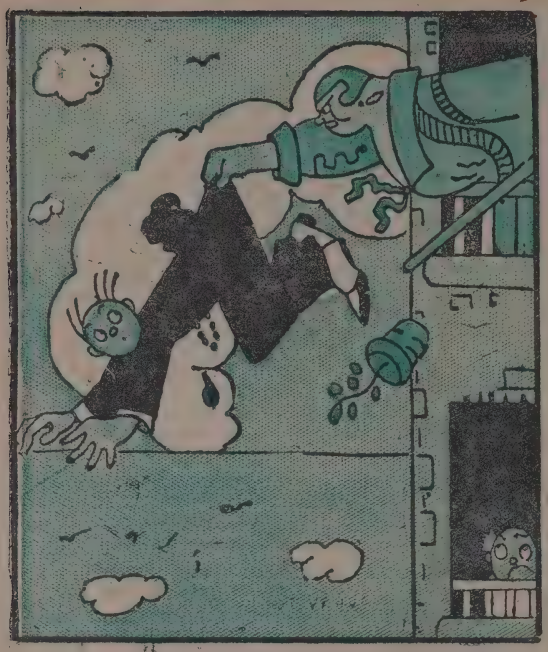
Dió todavía cincuenta pasos más.

Entonces tuvo un acceso de tos que le obligó a detenerse algunos segundos.

Cuando volvió a ponerse en marcha, el tío Vulcano había desaparecido

HUMORISMO VARIADO

EN COMPROMISO



El: — ¡Por favor, no me sueltes, Eugenia! ¡Ya sabes que soy muy casero!

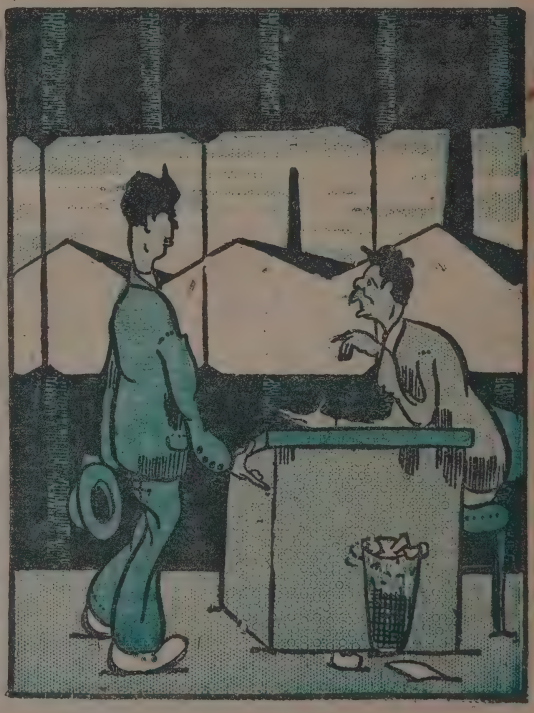
EMPLEO

—Unas veces estará usted dentro y otras fuera de la puerta.
—¿Y si la puerta se cierra?

POLITICA

—Hay que suprimir los ministerios.
—¡Si, señor! ¡Sobre todo el ministerio fiscal.

BUSCANDO PUESTO.



—¿Y usted que es? Dactilógrafo, taquígrafo...
—Soy de todo un poco pero especialmente gastrónomo.

LAS MENTIRAS VERIDICAS

El dueño del Hotel de los Viajeros está furioso contra el patrón del Hotel del Gallo que tiene un intérprte que habla inglés.

Pero como un día recibe cuatro viajeros: un alemán, un español, un italiano y un inglés...

... pone al día siguiente un letrero que desespera a su vecino.

Pero escudriñando con la vista todos los rincones de la calle lo apercibió pegado al marco de una puerta que quedaba frente por frente del sitio que acababa de dejar.

Había sonado el momento fatal. Se aproximaban al abismo encima del cual el tío Vulcano debió echar el cartón negro para hacerlo invisible.

—¿Qué es eso? dijo de repente sir Ralph, pilas de cascotes para que algún cristiano se rompa las piernas.

Saltó a la derecha y continuó caminando por la calzada.

Peters hizo lo mismo.

Dieron algunos pasos más.

De repente se sintió un grito espantoso.

Peters acababa de poner el pie y desapareció en el pozo de la cloaca.

Temiendo que no se agarrase de él si se quedaba al alcance de su mano, sir Ralph dió un tremendo salto hacia el medio de la calle en el momento en que lo vió al lado del precipicio.

Luego se detuvo para verlo caer dentro.

Pero se quedó estupefacto al ver la cabeza que salía al nivel del empedrado.

Por un movimiento instintivo, el infeliz Peters, al sentir que le faltaba el suelo bajo los pies, extendió sus brazos y con las manos se agarró de los bordes quedando suspendido sobre el abismo.

Desgraciadamente para él, la abertura de la cloaca era demasiado ancha para que se pudiera apoyar con los codos en el suelo de manera que sus brazos, extendidos cuan largos eran, no tenían fuerza para sostener el peso de su cuerpo que se hundía lentamente debajo el nivel de la calle.

Creyendo que era un accidente, el desgraciado se puso a gritar:

—¡Sir Ralph! ¡a mí! ¡socorro! ¡pronto sino estoy perdido ¡a mí, sir Ralph!

Sir Ralph se acercó y lo miró.

Estaba lívido y sus facciones trastornadas por el terror, se habían vuelto desconocidas en pocos segundos.

Hubo un instante de silencio, durante el cual se oía, en las profundidades del abismo, la siniestra y precipitada turbulencia del agua que corría con furia por la cloaca demasiado estrecha para poderla contener.

—¿Oís ese ruido? dijo sir Ralph tranquilamente al desgraciado Peters que lo miraba con ojos extraviados y llenos de súplicas ardientes; es el agua fangosa de las calles de París que se sumerge en la cloaca con la violencia y la rapidez de los más impetuosos torrentes. ¿Espantosa muerte, no? la que se encuentra en ese angosto substerráneo, más negro que las cavernas del infierno, sumergido en esas ondas fangosas, más furiosas que las del océano, y que os arrastran en impenetrable noche, hacia un horrible ignoto, golpeando vuestro cuerpo sin cesar contra esos muros que son los despeñaderos de ese mar subterráneo! ¡Y bien! esa es la muerte que mereceis, maese Peters, y vais a reconocer en seguida al hundiros en ese infernal abismo, que todo no es de color de rosa en el noble oficio de detective.

El desgraciado lo comprendió todo entonces, y dió un agudo grito, con la esperanza de llamar la atención de algún transeunte.

—Otro grito, dijo sir Ralph, y te hago desaparecer de una patada en el cráneo; sinó, si eres amable, dejaré que te vayas hundiendo despacito, con toda tu comodidad, hasta que agotadas tus fuerzas, des la zambullida por tí mismo, cuando llegue la hora y sin que nadie te obligue por fuerza. Esto te hará ganar tal vez un minuto, lo que es preciso para un hombre en tu situación y yo tendré el placer de ver prolongarse la agonía del que había hecho un viaje de mil y quinientas leguas exprofeso para echarme el guante, llevarme a Nueva York como un animal raro y dar a mis amables compatriotas el divertido espectáculo de una ejecución por la horca.

Mientras sir Ralph hablaba, el infeliz detective iba cayendo más y más dentro del pozo.

—¡Señor! ¡Milord! balbuceaba el pobre detective. ¡Perdón! ¡perdonadme y será vuestro por toda la vida; seré vuestro perro, vuestro esclavo! ¡Oh! ¡perdón! ¡perdón!

Y por su vida angustiada pasaban los reflejos de la agonía.

Y sus dedos crispados se contraían sobre el círculo de hierro en el que sólo se apoyaba por la desesperada energía que comunica el miedo de la muerte.

Pero sus brazos si iban aflojando y la cabeza se iba hundiendo por grados insensibles pero continuos.

De cuando en cuando recorría su cuerpo un escalofrío de horror al oir rugir con estrépito, en el fondo del negro precipicio, el torrente fangoso, cuyas confusas voces, espantosas sirenas, parecían llamarlo como una presa esperada.

En este momento, sintió de pronto una voz que decía sobre su cabeza:

—¡Ah! ¡eso no! ¡no quiero su muerte, no quiero su muerte; intervine en el asunto y mi cabeza corre peligro, no quiero!

Era el tío Vulcano que se había acercado poco a poco y que acababa de comprender el horrible drama que pasaba ante su vista.

—¡Ea! retiraos, esto sólo me incumbe a mí y yo asumo toda la responsabilidadfi le dijo sir Ralph rechazándole rudamente.

—¡Gracias! ¡no seréis vos el que me vaya a sacar de debajo de la cuchilla de la guillotina, si me envían a ella! exclamó el modelo; se trata de mi piel y os digo que no quiero nada de eso.

U precipitándose al orificio del pozo de la cloaca estiró el brazo con la idea de agarrar el agente por el cuello del saco. Este, cuyos oídos zumbaban y cuya razón se iba oscureciendo por momentos, no comprendió nada del diálogo que se cambiaba sobre su cabeza.

Oyendo dos voces, se le figuró que eran dos enemigos. Al sentirse tocar la espalda, una de sus manos se agarró como un garfio de hierro, en tanto que la otra continuaba a la orilla del piso.

—¡Soltadme! ¡pero soltadme pues! ¡o los

dos estamos perdidos! gritó de repente el tío Vulcano, con una voz llena de espanto; ¡soltadme que me arrastrais con vos!

Pero en ese instinto animal, furioso e inconsciente del hombre que se siente perdido, el detective creyó haber encontrado un medio de salvación y no quería soltarlo.

Y el tío Vulcano se sentía arrastrar al abismo por la fuerza irresistible de aquel desesperado.

—¡Sir Ralph! ¡gritó el modelo con alocado acento; !sujetadme! ¡retenedme! ¡me arrastra consido!

Pero sir Ralph no se movía, y la cabeza del agente estaba dentro del pozo.

—Tú lo has querido, imbécil, averiguate como puedas, respondió sir Ralph; además, sabes demasiado, bebes demasiado y hablas demasiado. Anda a dar una vuelta por las cloacas; es la tumbo de los secretos.

Acababa apenas de decir esto cuando se oyó un grito agudo.

El tío Vulcano acababa de desaparecer.

En aquel momento, sir Ralph vió que algunas personas desembocaban de la calle de San Honorato y entraban en la de la Sourdiére.

Corrió a la placa de hierro que Vulcano había levantado, la rodó hasta la boca de la cloaca y la ajustó con los pie.

Del fondo del abismo subió un grito sordo. Había en aquel grito un acento tan desgarrador que lo hizo estremecer.

Echó una mirada sobre la espantosa tumba en la que acababa de enterrar a dos hombres y a la orilla de la caja de hierro le pareció ver moverse algo.

Se aproximó, y al reflejo de un pico de gas lejano vió cinco dedos, que despendidos de la mano, se retorcían como cinco pedazos de víbora.

Era la mano del detective que había sido cortada.

XXXVI

EL OTRO

Cinco minutos después, sir Ralph estaba de vuelta al hotel Mauricio.

—¡Maldición exclamó entrando en el escritorio y golpeándose la frente con ademán desesperado; nuestro amigo no estaba en casa.

—Tomad al médico que está cerca de aquí, le dijo el dueño del hotel. Milord está tan enfermo, que...

—¡No! ¡no! no tiene confianza más que en nuestro amigo, el doctor Wilson, y corro a buscarlo.

—¿Y Peters?

—¡Ah! sí. Nos dijeron que el doctor había sido llamado a un tiempo por dos enfermos, de los que nos han dado los domicilios asegurándonos que seguramente lo encontraríamos en casa de uno de los dos. El uno vive en Neuilly y el otro en el boulevard Poisonniere. Para no perder tiempo encargué a Peters que fuera a este último domicilio, y yo he venido aquí para saber primero como sigue el enfermo, y luego para tomar un carruaje y correr a Neuilly. Acabo de ver a Jack el cochero que nos llevó ayer al bosque y me espera en el epscante; voy a subir un momento a ver a mi amigo y partimos en seguida.

Salió del escritorio y subiendo rápidamente la escalera, corrió al cuarto de Mac-Field.

Este estaba en cama; tenía el rostro lívido, pero su mirada era tan brillante como de costumbre y parecía estar muy tranquilo.

—¿Y bien preguntó a sir Ralph; ¿y Peters?

Sir Ralph fué a cerrar la puerta con doble vuelta y vino a sentarse a la cabecera.

—Si alguna vez somos arrestados, — dijo bajando la voz por exceso de precaución, — no será por él.

—¿Concluído? — preguntó Mac-Field.

—Concluído.

—¿Tan pronto?

—Diez minutos después de salir del hotel daba la zambullida en la cloaca y en vista de la rápidez de la corriente que lo lleva debe estar ya muy lejos en este momento. ¡Y en qué estado! Una estátua de barro. He aquí lo que encontrarán.

—Lo que hay de fastidioso en este asunto es habernos visto obligados a tomar confidente y por cómplice a ese barracho de Vulcano.

—¡Ah! — dijo sir Ralph con extraño acento, — yo os responde de él.

—No participo de vuestra confianza.

—Participaréis cuando os diga donde está.

—¿Dónde está?

—En el fondo de la cloaca, viajando lado a lado con nuestro enemigo.

—¡El! ¡el tío Vulcano! — exclamó estupefecto Mac-Field. ¿Cómo puede ser?

Sir Ralph le contó lo que había pasado.

—Después de todo, — dijo Mac-Field, — tenéis un cómplice de menos, y un cómplice barracho es siempre fatal.

—Pero ¿cómo explicar aquí la ausencia prolongada de Peters?

—Ya está explicada.

—¿De qué manera?

—Ha ido en busca de nuestro amigo, el doctor Wilson, fué por un lado mientras yo voy por otro.

—Perfectamente. Pero si no ha vuelto dentro de una hora o dos, su camarada Jack que os ha visto salir juntos y que estará espiando su regreso, se inquietaráp por él y podrá muy bien sospechar la verdad, lo que nos pondría en un caso bastante apurado.

—Dentro de una hora Jack será incapaz de concebir la menor sospecha.

—¿Qué proyecto tenéis ,pues, a su respecto?

—Me está esperando en el coche para ir a Neuille, a donde corro en busca del doctor Wilson que ha sido llamado por un enfermo, aquellos barrios de noche han de estar completamente solitarios, el cielo está negro, el viento sopla con violencia y cuento con que lloverá a torrentes, circunstancia todas favorables y que sabré aprovechar según la inspiración del momento. Ya com-

prendéis que la misma prudencia exige que Jack no sobrevirá a su compañero, cuya desaparición sería el primero en atribuirnos inmediatamente sabiendo de lo que somos capaces por el asunto de Nueva York, y comprendería en seguida que habíamos adivinado a nuestros enemigos en el criado y el cochero del hotel Mauricio.

—Sí, seguramente, en interés de nuestra misma seguridad es preciso que este hombre desaparezca esta misma noche, lo comprendo; ¿pero y yo?

—¿Qué queréis decir?

—¿Cómo voy a salir del paso? Me suponen clavado en cama por la enfermedad, me he arreglado un aspecto cadavérico, que sería capaz, de hacerme enterrar por muerto durante mi sueño; en fin, me es imposible ni siquiera intentar salir de aquí, puesto que hasta me creen en la imposibilidad de tenerme en pie, y sin embargo, yo no podré permanecer aquí ni cinco minutos después de la desaparición de estos dos hombres?

—¿Y por qué?

—¡Hombre! porque habiendo salido uno y otro con vos con un intervalo de un cuarto de hora, y no reapareciendo ni uno ni otro, es imposible que no vean en esto un doble crimen y más imposible aún que no recaigan inmediatamente las sospechas sobre vos, es decir, sobre nosotros, porque desde luego adivinarán en mi enfermedad una estratagena y un acto de complicidad.

—Quedaos en vuestra cama y tranquilizaos; no sucederá nada de eso.

—¡Cómo la desaparición de Peters...

—Se explicará con toda naturalidad, así como la de Jack.

—¿Sin que quedéis comprometido

—Absolutamente.

—¡Sabéis que es curioso!

—Oídme bien; dentro de dos horas, yo vuelvo al hotel con las facciones trastornadas, la ropa en desorden, todo destrozado, cubierto de barro y lo que voy a referir es esto; habíamos recorrido rápidamente los Campos Eliseos, la Avenida del Gran Ejército y acabá de franquear la barrera, cuando Jack detiene el coche de repente y me dice: "Milord, si queréis apearos yo no sigo más lejos". Le pido la explicación de aquel capricho. "Os la daré con tanto mayor gusto, me responde, cuanto que no debiendo va volver Peters al hotel, el cotarro pronto se va a descubrir. Sabed, pues que desde nuestra entrada en el hotel Mauricio hemos practicado diferentes operaciones en las cuales la justicia podría muy bien meter la pata, lo que nos acarrearía algunos disgustos. De manera que, no queriendo esperar la intervención de esos caballeros, hemos decidido fugarnos los dos el mismo día. Si os habéis fijado, Peters, para salir con vos, ha dejado su librea que hubiera facilitado a la policía seguir su pista a través de París, vestido de particular, ha podido circular libremente y trasladarse a cierto punto convenido de antemano entre nosotros, y a donde voy a juntarme con él. He aquí por qué me veo obligado a dejaros aquí".

Indignado de esta revelación, quiero obligar a Jack a que me lleve al domicilio que le había indicado, esperando encontrar en el trayecto algún guardián de la paz, con ayuda del cual lo habría hecho volver aquí con su coche, pero se negó a obedecerme. Primero un altercado, después sobrevino una lucha en la que he sido vencido, y cuando pude levantarme, quebrantado y con el traje hecho jirones, Jack estaba ya lejos con el carruaje.

—La historia es bastante verosímil, —dija Mac-Field, — después de un momento de reflexión, pero...

—Todo concuerda para que no se eleve la menor duda en mi relato, — repuso vivamente sir Ralph, — juzgadlo vos mismo.-Estos dos hombres son extranjeros, ingleses o americanos uno y otro, su acento no permite equivocarse. Han entrado el mismo día en el hotel, fingiendono conocerse, y en fin. Peters no tenía el menor lazo de parentesco con el doméstico a quien reemplazó y que lo hizo pasar por primo, mentira que será fácil de constatar buscando e interrogando a ese criado anterior que no podría negarlo. Con esto basta y sobra, convendréis conmigo, para probar que estos dos hombres son audaces rateros que habían tendido sus redes sobre uno de los hoteles más importantes de la capital, y no entraron en él sino para desvalijar a los viajeros.

—¡Superior! — dijo Mac-Field; — vuestro plan está sabiamente combinado, y habréis realizado un verdadero golpe de audacia llevando y suprimiendo a esos dos hombres en el espacio de una hora, sin que pueda recaer la menor sospecha sobre nosotros.

—Vamos, — dijo sir Ralph levantándose, — continuad vuestro rol de enfermo, yo voy a ocuparme de nuestro amigo Jack.

Dejó a Mac-Field y bajó al piso bajo.

Jack estaba ya en el vestíbulo, montado en su pescante con el látigo en la mano. Parecía preocupado.

—De todos modos, — decía a un criado con quien hablaba en aquel momento, es realmente raro que ese viajero haya vuelto sin Peters.

—Parece que lo mandó al boulevard Poissonniére en busca del médico. No ha de tardar en venir.

—No digo que no... pero en fin, por más que se diga, esto me parece singular.

Habiendo llegado sir Ralph en ese momento puso fin a las observaciones del cochero.

Tomó asiento en el carruaje que partió inmediatamente.

Empezaba a arreciar la lluvia y el viento soplaba con inaudita violencia haciendo vacilar los mecheros de gas dentro de los faroles metiéndose por entre los árboles del Jardín de las Tuileries con un ruido que se asemejaba al continuo bramido de las olar del mar cuando vienen a morir a la playa.

—¡Qué tiempo! — murmuró sir Ralph,—

ni que lo hubiera mandado a hacer de exprofeso me habría salido mejor.

Luego se sonrió siniestramente, al apercibirse de los escasos carruajes que surcaban la Avenida de los Campos Elíseos; y se hicieron mucho más raros aún cuando después de haber dado media vuelta al Arco de Triunfo se engolfaron en la Avenida del Gran Ejército.

Entonces se sacó un revólver del bolsillo, lo montó con precaución y lo colocó a su lado, en el cojín del coche. Después se arrimó a un rincón, y esperó cruzado de brazos.

Al cabo de pocos momentos el viento reboblaba de violencia y el agua caía en tanta abundancia como si toda las cataratas del cielo se hubiesen abierto a la vez.

La naturaleza entera parecía trastornada. Era un espectáculo lleno de horror sublime, un espantoso desencadenamiento de todos los elementos, algo de terrorífico y grandioso.

Sir Ralph hubiera querido orientarse, pero la noche era tan negra y tan impenetrable, que le hubiera sido imposible darse cuenta de donde se hallaba, a no apercibir en aquel momento la casilla del fielato, que el coche pasó rozando.

Diez minlutos después, sir Ralph pensó:

—Debemos estar a dos pasos del puente. Ha llegado el instante.

Se sacó el sombrero, tomó el revólver en la mano, con la otra bajó el cristal y asomando la cabeza por la portezuela, llamó al cochero:

—¡Jack! — dijo.

El cochero ciego por la lluvia y empapado de pies a cabeza como si hubiera salido de un río, volvió la cabeza.

—Jack, amigo mío, — le dijo sir Rolph, — queréis saber dónde está Peters?

—Pero, milord... yo...

—Está rodando desde hace una hora en el fondo de una cloaca, murió ahogado por el fango, y es la muerte que yo reservo a todo detective que como vos y él se atreve a atacarme a mí. ¡Ea! buen viaje, maese Jack y anda a ver lo que hay en el otro mundo.

A través de la lluvia y por entre las tinieblas el infeliz vió brillar el acero de los cañones del revólver.

Dió un grito haciendo un brusco movimiento para desviar el arma, pero dos explosiones sucesivas se sintieron en aquel momento, y el desgraciado agente extendió los brazos, vaciló a derecha e izquierda, después cayó de repente de cabeza desde lo alto del pescante y fué a parar en medio del camino donde quedó tendido cuan largo era.

El caballo se había parado.

Sir Ralph se metió el revólver en el bolsillo apeóse, se acercó al cochero y poniéndole la mano en el corazón.

—Todavía respira, — murmuró, — pero el Sena está a dos pasos de aquí, y se encargará de acabar la obra.

Tomó el cuerpo por debajo los brazos, la arrastró hasta el parapeto del puente, lo subió con gran trabajo sobre la baranda y lo arrojó al río.

Se sintió un chapoco en el agua, después nada más.

Todo había concluído.

XXXVII

TRIUNFO

Mac-Field, obligado a permanecer en cama para continuar en su rol de enfermo, procuraba absorberse en la lectura de los diarios, para ahuyentar de su espíritu las preocupaciones que lo asaltaban.

Como las ventanas de su cuarto daban a los jardines de las Tullerías oía silvar el viento furiosamente y sentía la lluvia como azotaba los cristales con siniestro retintin, pero aun cuando comprendía que aquel tiempo favorecía admirablemente los planes de sir Ralph, no por esto se hallabo menos inquieto sobre el resultado de una empresa cuyas consecuencias podían serle tan fatales.

En efecto, si en aquella lucha que se

DISTRACCION

—Señor: en la puerta está un pobre hombre con muletas.

—Dígale que no necesitamos muletas en esta casa.

iba a entablar en el camino entre él y el detective, llegase a resultar la ventaja para éste, su primer cuidado sería de correr al hotel Mauricio para hacer arrestar al presunto enfermo, conocido ya desde América como cómplice de sir Ralph en el crímen de la calle Diez.

Se comprende pues, cuáles debían ser sus angustias y con que ansiedad calcularía los minutos que lo separaban todavía del momento en que sir Ralph podía estar de vuelta en el hotel.

Acababa de echar una mirada al azar sobre los diarios esparramados encima de la cama cuando se estremeció de repente al leer un suelto de la crónica local.

La noticia debía ser grave porque permaneció algunos instante como absorto.

Luego, pasado el primer instante de aturdimiento, volvió a tomar el diario que le había caído de la mano y quiso volver a leer el artículo que lo había impresionado tan vivamente.

Pero en aquel mismo momento se sintieron pasos rápidos en la escalera y casi inmediatamente se abrió con estrépito la puerta del saloncito que precedía a su dormitorio.

Mac-Filed dirigió hacia aquel lado una mirada de sobresalto. ¿Quién iba a asomar por la puerta: sir Ralph o Jack?

Su compañero no acostumbraba nunca a entrar con aquella violencia. Era más bien los procederes de los agentes de policía a cualquier nación que perteñezcan.

Transcurrieron apenas cinco segundos antes de que abriesen la puerta de su aposento, pero aquel lapso de tiempo le pareció espantosamente largo.

Abrióse por fin y apareció un hombre en el umbral; era sir Ralph.

Mac Field respiró ruidosamente.

Pero sir Ralph estaba desconocido. Venía cubierto de barro, la ropa destrozada, el cabello sucio y en desorden y chorreando agua de la cabeza a los pies.

—¡Cómo volvéis! — exclamó Mac Field al verlo de aquella manera.

—¿No os advertí que volvería en este estado?

—Es cierto, pero es más completo el disfraz de lo que me esperaba.

Y repuso en seguida bajando la voz:

—¡Y bien! ¿Jack ya no es más temible ahora que su camarada Peters?

—¡Ah!... ¿qué ha pasado?

—Fué una cosa sencilla y pronta. Esperé que llegásemos junto al puente de Neuilly. Una vez allí, armé mi revólver, asomé la cabeza por la ventanilla, le hice saber a mi cochero que yo no ignoraba ni quién era ni lo que venía a buscar a París y después de hacerle saber la dolorosa pérdida que acababa de experimentar en la muerte de su colega y amigo Peters, le encajé dos balas en los sesos.

—¿Y qué hizo él?

—Lo que hubiera hecho cualquier otro en su lugar: dió una vuelta de carnero — como diría un pilluelo de París, — desde su pescante al suelo, y quedó en medio del camino como fulminao con la cara en un charco de barro espeso, porque parece que el destino de mis señores detectives, es morir así, en el barro.

—¡Qué imprudencia! esas dos detonaciones podían atraer a los transeuntes o a agentes de policía.

—Con semejante tiempo ni un transeunte, ni un agente podía encontrarse ni para un remedio en todos aquellos contoros. Y luego que en ese momento, descargó el temporal con tanta violencia, que todos los ruídos y todos los tiros de mi revólver, no podían oirse a diez pasos de distancia.

—¿Y lo dejasteis en el camino?

—¡Qué esperanza! No fué en balde que esperé para ejecutarlo, que nos hallásemos junto al puente.

—Comprendo, confiasteis su cuerpo al Sena.

—Que se encargó de recoger su último suspiro, porque cuando lo precipité al río, no estaba todavía bien muerto.

—¿Y la historieta?

—La acabo de referir tal como tenía proyectado.

—¿Y cómo fué recibida?

—Consternados.

—¿No se elevó duda alguna?

—Ni sombra; y como si el mismo cielo me protegiese en este asunto, un incidente inesperado viene a atestiguar de una manera ruidosa la autenticidad de mi relato y a probar hasta la evidencia que esos dos pretendidos domésticos eran dos pick-pockets de la peor especie.

—¿Qué incidente provincial es ese?

—Dos días después de haber entrado aquí Peters y Jack, le fué sustraída a un viajero inglés, una cartera conteniendo diez mil francos en billetes de Banco y ese robo, realizado en pleno día en el cuarto del viajero, no pudiendo atribuirse sino a alguno de los domésticos del hotel, eran vigilados desde hace algún tiempo. Ahora, ya sáben a qué atenerse, ha sido uno de ellos.

—Hagamos votos para el culpable verdadero.

—A menos que no se haga echar el guante por nuevos robos, pueden dormir a pierna suelta; en adelante están al abrigo de toda sospecha.

—Todo va bien por ese lado, — repuso Mac Field cambiando de tono; — pero por otros puntos las cartas se enturbian.

—¿Qué queréis decir? — preguntó vivamente sir Ralph.

—Tomad, leed este suelto.

Sir Ralph tomó el diario y leyó lo siguiente:

"Desde hace algunos días, dos individuos de pésimos antecedentes, los esposos Claudio, habian abandonado su casa, que es una especie de cobacha edificado en un terreno baldío al extremo de la calle de Vanves.

"La súbita desaparición de esa singular pareja, muy vigilada de tiempo atrás por la po-

licía, desaparición tan repentina, que ni siquiera se tomaron tiempo para llevarse el menor mueble, la detestable reputación de que gozaban en el barrio, no tardaron en dar lugar a rumores que pronto tomaron consistencia para determinar la intervención de la policía. La casa fué registrada de arriba a abajo, luego se bajó al sótano, donde, al decir de la gente, se habían enterrado criaturas vivas. De pronto estas pesquisas no dieron ningún resultado, pero cuando se iba a renunciar a ellas, algunos azadonazos pusieron en descubierto un objeto informe en el que pronto se reconoció, en vuelto en sórdidos trapos, el cuerpo de una criatura cuya muerte debía remontarse como a un mes atrás. Los esposos Claudio, son buscados activamente por la policía."

—¿Qué me decís de esto? — preguntó Mac Field a su cómplice; — he aquí un incidente menos favorable que el que se ha presentado tan a tiempo en apoyo de vuestra historia.

—Es muy inquietante, — repuso sir Ralph; — el descubrimiento de ese cadáver va a alborotar toda la policía, y es dudoso que los dos viejos puedan escapar por mucho tiempo.

—Que el destino nos favorezca sólo dos o tres días y están salvados.

Y luego añadió:

—¿Habeis escrito a la condesa de Sanabria?

—Mejor que esto. Hablé con ella.

Y el resultado de vuestra conversación?

—Cosas muy poco amables por su parte, pero mitigadas por la promesa del millón que le exijo para callarme. Convencida de la imposibilidad de salvarse de otro modo, ha realizado verdaderos milagros para procurarse esa suma que me entregará mañana a las tres.

—¿Y os ha dado su palabra?

—Formal; y la cumplirá, porque le he jurado por mi parte, que en el caso de que ella no se hallase en condiciones de cumplirla, me sera imposible acordarle un nuevo plazo, ni de una hora siquiera, y que entonces me veré obligado a revelar su secreto a su marido. Comprendió que esta amenaza era seria, de manera que estoy de seguro de salir mañana de su casa con el dinero en el bolsillo.

Hubo un momento de silencio.

—¡Ved! — dijo por fin Mac Field, — ¿queris creerme? Si tenemos la suerte de que este negocio se termine así, renunciad a vuestro casamiento y salgamos cuanto antes de París, salgamos de Francia con esta fortuna, sin perder una hora, sin perder un minuto.

—¡Pensáis en ello! ¿Yo renunciar a Tatiana? ¡Jamás!

—¡Andad con cuidado! Estamos rodeados de peligros y ese casamiento, os acarrea innumerables enemigos; tenemos ya bastantes asuntos a cuestas; veinte y cuatro horas más o menos, pueden ser para nosotros cuestión de vida o muerte

—Yo, por el contrario, veo nuestra salvación en este matrimonio, — repuso sir Ralph; porque, como os lo tengo dicho, no solamente el título de yerno del señor Mauvillars sería para mí una salvagaurdia, sino que por mucho odio que me tenga, se interesará, una vez que yo forme parte de la familia, a usar de todos los medios y su influencia, que son considerables, en favor mío en el caso de que me viese comprometido.

—No participo de vuestro parecer en esto punto; mi opinión es que nos contentemos con un semitriunfo y que partamos cuanto antes con el millón de la condesa. Reflexionad de aquí a mañana y no dudo que os rendiriés a mis razones.

—Veremos.

—Os aseguro que no estoy tranquilo, sir Ralph; tiemblo a cada paso que..

Dos golpes dados uno tras otro en la puerta lo hicieron estremecer.

—¿Qué es eso? — murmuró dirigiendo a la puerta miradas azoradas.

—¡Entrad! — gritó sir Ralph con voz firme, aunque poco tranquilo por su parte.

Apareció un doméstico introduciendo un personaje y dijo a sir Ralph:

—Aquí está el doctor que vive al lado y que milord ha dicho de mandar llamar.

—Es cierto, — respondió éste, dando a su compañero una mirada que significaba:

¡Hemos escapado con el susto!

XXXVIII

UNA PALOMA REVELADA

El médico llamado junto a Mac-Field declaró que el enfermo estaba atacado de una fiebre cuyo carácter no podía determinarse todavía y había ordenado una porción calmante.

Mac-Field echó la poción en la chimenea y se encontró perfectamente.

Al día siguiente estaba restablecido.

Hallábase por la mañana en vías de vestirse, conversando con sir Ralph, que acababa de entrar en su cuarto, cuando un criado vino a pedir noticias de su salud, de parte del dueño del hotel.

—¿Qué hace usted contra los microbios?
—Primero hiervo el agua, luego la filtro...
—¿Y después?
—Después tomo del famoso HIERRO QUINA BISLERI.

—¿No le he dicho a usted, María, que no quiero recibir lateros?
—Este no lo es, señor. Se lo he preguntado.

—Ya lo veis, — respondió Mac-Field, — la medicina del doctor ha echo milagros y me visto para salir.

El doméstico se retiraba cuando sir Ralph lo detuvo.

—¿Decidme, Bautista, hay noticias del coche de Jack?

—Sí, milord, un vigilante lo ha traído hace como una hora.

—¡Ah! ¿y dónde lo encontró?

—A la entrada del puente de Neuilly, milord.

—En triste estado, ¿eh?

—Lleno de agua y el caballo en un estado tan lastimoso que no esperan que se reponga más.

—¿Y, naturalmente, ninguna noticia de Jack?

—En cuato a Jack, se cree ha de haber sido asesinado.

Sir Ralph se estremeció.

—¿Y qué pudo dar lugar a semejante suposición?

—Primeramente, a pesar de la lluvia que ha estado lavando el coche toda la noche, han aparecido grandes manchas de sangre en el pescante y en una de las ruedas.

—¡Es horrible! — exclamó sir Ralph.

—No es eso todo. El comisario de policía que fué llamado en seguida por el sargento a quien llamaron la atención aquellas manchas, empezó a estudiar el terreno y encontró sangre en el barro hasta en el parapeto del puente, lo que hace suponer que el asesino arrastró el cadáver hasta allí y lo echó en el Sena, esperando así destruir todo rastro le su crimen.

—¿Y se tiene algún indicio del asesino?

—Sí, milord.

Sir Ralph tuvo necesidad de hacer una pausa antes de seguir con sus preguntas.

—¡Ah! — dijo, — se tienen sospechas...

—Sobre Peters, quien, según dicen, no era sino un pick-pocket, disfrazado lo mismo que Jack, con el cual tenían una cita esta misma noche. Se supone que ha asesinado él mismo a su compañero con la idea de apropiarse, para sí solo, el fruto de los robos que habían cometido juntos, y el comisario está convencido de que las cosas han debido pasar así, porque como dice él mismo, — así es como acaban siempre las asociaciones entre pillos de esa especie.

—También pienso como el comisario, — dijo Mac-Field acabando de vestirse. — Ha puesto el dedo en la llaga. El asesino de Jack no puede ser sino el cómplice con quien tenía cita esta noche. Es preciso confesar además que el tiempo era lo más apropiado para un asesinato.

—Milord tiene mucha razón, — repuso Bautista, — y la prueba es que anoche se ha cometido otro crimen.

—¿Dónde ha sido ese? — preguntó vivamente sir Ralph.

—En este barrio, milord.

—¡Ah! ¿Muy cerca de aquí?

—A pocos pasos. ¡Ved! Justamente en la misma calle que tuvo que ir milord anoche.

—¿Calle de la Sourdiére?

—Precisamente, milord.

—¿Se encontró un cadáver en esa calle?

—No. Un cadáver no, sinó la prueba evidente de un crimen atroz.

—¿Y esa prueba?

—Cinco dedos de una mano agarrados en la chapa de hierro que cierra una boca de tormenta.

—Lo que hace suponer, naturalmente... — dijo sir Ralph con voz turbada.

—Que echaron a un hombre de noche en esa cloaca.

—Teneis razón, Bautista, — hizo observar Mac-Field, viniendo en ayuda de sir Ralph a quien su emoción traicionaba, esto no puede suceder sino a la media noche o después de media noche, porque hubiera sido imposible ni a una hora avanzada de la velada abrir una cloaca y arrojar un hombre en ella.

—Imposible; así dice todo el mundo.

—Y, — repuso sir Ralph haciendo un esfuerzo para dominarse, — y no hay indicios que puedan poner sobre la pista de los culpables?

—Al contrario, hay muchos.

—¡Ah! hay mu...

Y no pudo terminar.

—Sí, por de pronto uno de los dedos llevaban sortija con un nombre inglés grabado.

—En efecto, — dijo Mac-Field con tono indiferente, — es un indicio esto.

—Pero hay algo más, — dijo Bautista.

—¿Qué cosa, pues?

—A pocas pasos de la cloaca encontraron una barrenas largas, semejantes a las que usan los empleados de cloacas, nuevas, lo que hace suponer que fué comprada exprofeso para la perpetración de ese crimen, y esa herramienta lleva el nombre del fabricante que la vendió.

—Mal negocio para el asesino si lo prenden,—dijo Mac-Field, — porue confrontando con el fabricante, será reconocido inmediatamente y delante de un testimonio abrumador como éste, su cuenta pronto estará saldada. Pero es preciso empezar por descubrirlo y eso no será muy fácil.

—¡Quién sabe! — dijo Bautista, — porque una vez que se escurra el agua, es decir hoy mismo, se van a sondar las cloacas en donde no podrá menos de encontrarse el cadáver, amparado por alguna rinconada; lo expondrán en seguida en la Morgue, en donde no tardará en ser reconocido y entonces la policía sabiendo el radio en que ha llevar la pesquisa, no tardará en echar la mano al culpable.

—Es cierto, — dijo Mac Filed; — el hallazgo del cadáver y el reconocimiento de su identidad prondrán naturalmente a la policía sobre la pista del criminal, el que careado con el fabricante que le vendió el barreno y reconocido por él, se verá obligado a confesar su crimen. Sí, sí, es un encadenamiento lógico y fatal al que es imposible puela escapar el culpable. Tenedme al corriente de ese asunto Bautista, es muy curioso y muy interesante.

—Así lo haré, milord, — dijo Bautista al retirarse.

Después que hubo salido, Mac Filed, se dió vuelta a sir Ralph.

—¡Y bien! — le preguntó. — ¿qué opinais de todos esos indicios, de todos esos rayos de luz que brotan de todas partes? ¿Comprendeis las consecuencias que pueden traer el descubrimiento y reconocimiento del cuerpo de Peters? Entonces toda la fábula inventada por vos y de la que se desprende naturalmente la convicción de que este último es el asesino de Jack, su cómplice, toda esa fábula, digo, se disipará como el humo, y sobre quien quereis que recaigan entonces las sospechas, si no sobre el mismo que la inventó y que se hizo acompañar primero a la calle de la Sourdiere, por Peters, precipitado en la cloaca de esa calle; y después a Neuilly, por Jack, asesinado allí mismo?

Sir Ralph estaba aterrado.

—Es verdad, — murmuró con desaliento, —si el cuerpo de Peters es hallado en la cloaca, estoy perdido.

—Y hasta sin eso.

—¿De qué manera?...

—La sortija encontrada en uno de los dedos de Peters, me parece una cosa bastante extraña para que haya sido observada por alguno de los sirvientes del hotel y no se necesita más para tener elc onvencimiento de que es él quien ha desaparecido en la cloaca de la calle de la Sourdiere, para que se sospeche en seguida del que se hizo acompañar expresamente por él y para que éste sea careado con el fabricante que vendió ese mismo dia el barreno encontrado a pocos jasos de la cloaca; lo demás se adivina.

—¡Mi historia estaba tan bien combinada y había salido tan bien! — exclamó sir Ralph, con nua mezcla de cólera y desespe-

PINTURA MODERNA

—¡Notable ese cuadro! Es algo extraordinario. ¿Qué representa ese personaje de la izquierda?

—¡Ah! ¿Ese? Es un plumero.

ración; — ¡todo había sido previsto! ¡Y he aquí que ahora sale esa sortija y esos cinco dedos cortados! ¡Ah! ¡nunca se piensa en todo en esos casos!

—Falta la sangre fría, — repuso Mac-Field, — la sangre fría, la más preciosa de las cualidades en el hombre que aspira a salir con bien a fuerza de audacia.

—Veamos, — replicó sir Ralph, — ¿qué es preciso hacer ahora? ¿qué me aconsejais?

—Lo que os aconsejaba ayer, partir no mañana, no esta noche, sino a las cuatro, si es que a las tres salís del hotel Sanabria con el millón prometido.

—Sí, sí, ¡oh! ahora estoy resuelto, porque el suelo de París me abrasa los pies y tengfo prisa por pisar el de Bélgica o el de Inglaterra.

—Enhorabuena. Veo que escuchais la voz de la razón. Pero ya estoy vestido, vamos a almorzar al café Riche, en seguida daremos un paseo por el bulevard y de allí estareis perfectamente dispuesto para trasladaros al hotel Sanabria.

—Vamos, pues, a almorzar, aun cuando a decir verdad, no tengo casi apetito.

—Eso se comprende. Pero creedme, no os hagais esclavo de los acontecimientos, contad siempre con alguna feliz casualidad para salir de los más graves compromisos, y sobre todo, quedad bien persuadido que no hay nada como una buena comida para daros el aliento y la audacia necesarios en las circunstancias difíciles.

Sir Ralph se dejó convencer de esa verdad y dos horas después salía del café Riche en las mejores disposiciones.

Eran las tres en punto cuando se presentaban en el hotel Sanabria.

Encontró a Francisco que se paseaba de arriba abajo en el vestíbulo del piso bajo.

—¿La señora condesa? — preguntó sir Ralph yendo vivamente a él.

—La señora condesa os está esperando, —respondió el cochero, — yo no estaba aquí sino para espiar vuestra llegada.

Las facciones de sir Ralph, obscurecidas por las preocupaciones, en el momento de abordar a Francisco, se animaron de repente al escuchar estas palabras.

—Vamos, — murmuró por lo bajo siguiendo a este último; — esto es de buen agüero.

Subieron al piso en que se hallaban las habitacioes de la condesa.

Fanny, la camarera, estaba en la atnesala y también parecía esperar.

—Esto va de bien en mejor, — se dijo sir Ralph.

—Tened la bondad de seguirme, señor,— le dijo Fanny acompañándolo hacia un saloncito que le era muy conocido.

La camarera lo introdujo y lo dejó diciéndole que iba a avisar a su señora.

Se sentó, esperando ya confiado en el éxito.

Un momento después se abría la puerta del saloncito y aparecía la condesa de Sanabria.

Venía muy pálida y parecía estar bajo el imperio de una violenta emoción, pero a fuerza de energía lograba dominarla y presentaba solamente un semblante sereno y frío.

—Señora condesa, — dijo sir Ralph corriendo hacia ella con un aspecto casi risueño; me permitireis que me felicite de...

—Basta de cortesías y banalidades, señor, — le dijo la condesa en un tono glacial; venís en busca del millón que me obligasteis a prometeros.

—Pero señora, — respondió sir Ralph un poco desconcertado; venía, en efecto...

—¡Y bien! señor, la suma que exigís de mí, no la tengo.

Las facciones de sir Ralph se oscurecieron de repente.

—¿No pudisteis proporcionárosla, señora? — preguntó cambiando de tono y de maneras.

—Ni siquiera la he buscado, señor.

—¿Y la razón, señora?

—Es que... yo tengo mis pobres, y esa limosna la encuentro superior a mis medios.

—Entonces, señora, — exclamó sir Ralph palideciendo de rabia, os...

—¡Me niego a todo! señor, — respondió la condesa irguiéndose de toda su talla, y fulminándolo con una mirada de desprecio; ¡me niego y os echo de aquí!

XXXIX

EL BUENO Y EL MAL GENIO

Al ver erguirse repentinamente delante de él, altiva, furiosa y amenazante a aquella tímida señora que estuvo siempre acostumbrada a ver temblorosa y azorada en su presencia, sir Ralph quedó por algunos instantes inmóvil de estupor.

Miraba a la condesa con aire turbado y se preguntaba si efectivamente habría comprendido bien. La condesa no tardó en sacarlo de la duda.

—¡Y bien! señor — repuso con el brazo extendido hacia la puerta; — ¿acaso no me habéis comprendido?

Sir Ralph se estremeció a esta nueva humillación. En seguida respondió con rabia mal comprimida.

—¿Bien, señora, me echáis? Perfectamente. Pero antes de salir del hotel tengo una pequeña confidencia que hacer al señor conde de Sanabria. Yo sé que a esta hora está en el Bosque o en el club, pero sé tener paciencia, cuando es preciso, y esperaré.

—No tendréis porque esperar, señor, pues casualmente, el señor conde está esta tarde en casa.

—¡Ah! — hizo sir Ralh que iba de sorpresa en sorpresa; — ¡ah! el señor conde...

—Está aquí, señor, y si tenis que hablarle, le mandaré a decir que venga.

—En efecto, tengo que hablarle señora, — dijo mirando fijamente a la condesa, — y os quedaría mup obligado si lo quisierais hacer llamar.

La condesa tiró del cordón de la campanilla y en seguida se presentó su camarera.

—Fanny — le dijo la condesa — iréis a

prevenir al señor conde que alguien que desea hablarle, lo está esperando aquí.

Acostumbrado a ver que sir Ralph era introducido siempre en el hotel con toda clase de precauciones y siempre en ausencia del conde, a conversar misteriosamnte con su patrona que cada vez dejaba temblando y aterrada, Fany miró a uno y a otro con la expresión de una profunda sorpresa, y en seguida salió preguntándose sin duda, qué significaba aquello. La conducta de la condesa era todavía mucho más extraña e inexplicable a los ojos de sir Ralph. Este, de cuando en cuando, le echaba una mirada de soslayo y quedaba atónito al ver la altanera indiferencia que conservaba en tan solemne momento.

Por un cambio de roles tan extraordinario como inesperado, hoy el más aterrado de los dos era él. Completamente decidido a vengarse sin piedad de la condesa por la cruel decepción que le hacía sufrir- se decía, sin embargo, que aquella venganza no le reportaría absolutamente nada, mientras que la pérdida del millón con el que había contado para montarse con lujo en el extranjero, lo iba a colocar en una violenta situación.

De manera que, resolvió hacer una suprema tentativa, para evitar una solución que le ofrecía una perspectiva de penuria, toda una vida de sinsabores y peligros.

—Señora ondesa, — le dijo acercándose a ella, — ¿habéis reflexionado bien en la determinación que acabáis de tomar?

—Sí, señor, — respondió Rita en tono seco

—Pensad en que las pruebas os aplastan, las pruebas más ruidosas, más palmarias, vuestro hijo vivo y la declaración de la partera que lo trajo al mundo, y por encima de todo, la inscripción en los registros del estado civil con el nombre de su madre, la condesa de Sanabria, testimonio temible, irrecusable, eterno, contra el que nada podéis.

Sir Ralph notó que, a despecho de la serenidad que afectaba, la condesa palideció y se había turbado a estas últimas palabras.

Y aprovechando de la vacilación a que la veía entregada, continuó:

—Oidme, señora, puede ser que sólo tengáis una parte de la suma que os tenía exigida y de la qué tengo una absoluta necesidad para salir de una situación terrible, que no puedo revelaros. Pues bien, me contentar con lo que podáis darme, y en cambio, os prometo una discreción sobre la que podéis contar con tanto mayor motivo, cuanto que dentro de pocos días estaré en camino para América, ad onde he decidido establecerme.

—¡Para América! — exclamó la condesa.

—¿Y Tatiana, con quien os casáis mañana?

—Le comuniqué las razones que me han determinado a tomar esta resolución, y las aprueba y consiente en seguirme.

Y añadió de pronto:

—El señor conde va a venir, señora; apresuraos a tomar un partido. Veamos cuánto podéis darme.

La condesa lo miró cara a cara y respondió resuelto:

—Nada.

—Lo que decís ahí, es vuestra pérdida cierta e inevitable, señora; pensad en ello.

—Os lo repito y lo tengo pensado.

En ese momento se sintieron pasos en la pieza vecina y la puerta se abrió.

El que entraba era el conde de Sanabria.

Hizo a sir Ralph uno de esos saludos vagos e indecisos que se dirigen generalmente a las personas que no se conocen y a las que se estudia mientras se saludan.

—Amigo mío, — dijo la condea designándole al desconocido, — sir Ralph Litsón, que desea tener una conversación con vos.

Y saludando a sir Ralph, se fué.

—Servíos tomar asiento, señor, — dijo entonces el conde en tono frío y digno que le era habitual, y acercando el sillón junto al que él acababa de tomar.

Sir Ralph empezó a sentirse muy embarazado e inquieto. Se sentó lentamente mieutras dirigía miradas furtivas al conde, pero cuanto más le observaba más helado se sentía

—Os escucho, señor, — dijo el conde con un acento que no permitía más demoras.

Quizá sir Ralph sentía haberse precipitado tanto, pero reconocía al propio tiempo la imposibilidad de retardar una explicación para la cual había venido exprefeso a ver al conde.

Después de recogerse un momento, empezó la historia del drama que sirve de introducción a nuestra obra y creemos inoficioso repetir una vez lo mismo.

Aquellos dos hombres estaban encerrados allí hacía como un cuarto de hora, cuando abrieron la puerta, después de haber llamado dos veces, y sin esperar la autorización para entrar. Era Fanny.

—Señor conde, os pido perdón de molestaros, pero hay una persona que pide ser introducida cerca de vos.

—Es imposible, — dijo el conde con una vivacidad que la camarera quedó muy sorprendida; en este momento estoy muy acupado.

—Es lo que yo respondí, — repuso Fanny, — pero ese señor no quiere escuchar nada, sino que desea absolutamente ser recibido por el señor conde.

—Y yo insisto en no recibirlo. — exclamó el conde; — llevadle mi respuesta y añadid...

—Es inútil añadir nada, señor conde, — repuso una voz detrás de la camarera; — aquí estoy, y es necesario absolutamente que os hable.

El conde de Sanabria estaba muy pálido y parecía hallarse bajo el imperio de una violenta agitación.

Se levantó y con voz breve e imperiosa, pero con tono medido, sin embargo:

—Señor, — dijo al desconocido. — no puedo oiros en este momento porque tengo una conversación con el señor...

—De la cual conozco el asunto, — interrumpió el desconocido, — y en la que es conveniente que yo tome parte en vuestro propio interés.

—¡Cómo! — exclamó el conde estupefacto, — pretendéis saber...

—Todo lo que acaba de tratar entre vos y ese hombre, señor conde.

—¿Quién sois pues, señor?

—Yo soy el señor Portal, rentista.

—Y yo, señor, os declaro que os engañáis, y que es imposible que los hechos que se me acaban de revelar puedan haber llegado a vuestro conocimiento.

—Los conozco tan bien, señor conde, que los niego y me comprometo a probar su falsedad.

—¡Ah, si vos hiciérais eso, señor! — murmuró el conde cubriéndose con las manos sus facciones pálidas y en las que se manifestaba una mortal angustia y ansiedad.

Y añadió en seguida:

—Pero, esto es imposible, señor, y el mismo compromiso que acabáis de contraer, me prueba evidentemente que ni siquiera sospechais la naturaleza de las terribles revelaciones que acabo de oir.

La camarera se había retirado.

El señor Portal fué a cerrar la puerta del saloncito con doble llave, después vino junto al conde y le dijo:

—Decidme, señor conde; en esas revelaciones bajo las que os encuentro agobiado, ¿no se trataría del señor de Coursel y de la condesa de Sanabria?

—En efecto, — respondió el conde mirando al señor Portal, con aire atónito.

—Ya véis, señor, que me hallo al corriente de la conversación que acabáis de tener con sir Ralph y que me doy exacta cuenta de la tarea que me impongo al comprometerme a probaros la falsedad de los hechos que os acaba de referir.

Sir Ralph, que por su parte también se puso pálido al ver a Rocambole, recobró al fin un poco de aplomo, y dirigiéndose al conde:

—Señor conde, — le dijo, — antes de permitir que el señor Portal se introduzca más adentro en esa extraña empresa, hacedme el favor de preguntarle cuál es el móvil que le impulsa a ocuparse de ella.

—Os lo voy a decir inmediatamente, — respondió Rocambole volviéndose hacia sir Ralph, — en todo tiempo me he sentido...

Se reportó:

He sentido desde hace mucho tiempo un odio ardiente por los malvados y una lástima no menos ardiente por sus víctimas, sobre todo cuando estas víctimas eran débiles, cuando eran mujeres, es decir, fáciles de turbarse delante de la amenazas más insensatas e inverosímiles; fáciles de explotar, cuando se les dice, como el ladrón en el monte, no "la bolsa o la vida", sino "la bolsa o el escándalo", "un millón o la vergüenza sobre vuestro nombre o vuestro deshonor proclamado ante los tribunales, de donde saldréis mancillada aún con una absolución". He aquí el móvil que me ha guiado, sir Ralp; y ahora que he respondido a vuestra pregunta, decidme, si os place, a vuestra vez: ¿qué interés encontráis en venir a contar a un marido la historia espantosa, desgarradora, que acabáis de contar al señor conde, aun cuando fuese verdadera, en vez de ser inventada desde el principio hasta el fin, como lo voy a probar?

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.80
1 año . . . „ 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

XL

DOS LUCHADORES

La pregunta de Rocambole pareció poner a sir Ralph en serios apuros.

—¿Verdad que es difícil encontrar un motivo disculpable a tan infame acción? — le dijo Rocambole. ¡Pues bien! ya que no podéis decidiros a hacérnoslo conocer, yo seré quien me encargaré de hacerlo.

Y dirigiéndose en seguida al conde:

—Señor conde, — le dijo, — en la posición que ocupáis en la clase social en que habeis nacido, y vivido siempre hay misterios de los que ni siquiera se sospecha la existencia, y hoy es cuando vais a ser iniciado en uno de esos misterios desconocidos inverosímiles a fuerza de ser ignominiosos. En las capas inferiores de la sociedad se hallan miserables, que nacidos sin otros medios de existencia que los más perversos instintos, pasan la vida queriendo resolver el problema de gozar de todo sin trabajar.

Los más astuto y más infames a la vez, son aquellos que se lanzan en persecución de un escándalo, de un secreto comprometedor, para "hacer cantar" las gentes que tienen una mancha en su pasado; pero los más malvados y fuertes entre todos, son aquellos que, después de haber buscado inútilmente esta vergüenza y ese escándalo que necesitan para vivir y gastar lujo, saben inventarlos y llevan la audacia hasta aproximarse a una señora rica y joven, de una reputación intachable, y le dicen: Señora, he imaginado sobre vos una historia de las más escandalosas; adulterio, realizado durante la ausencia de vuestro marido, alumbramien misterioso en una casa infame un poco antes del regreso del mismo, después de transcurrido un año; he tomado mis precauciones, supresión del niño, testimonio de la partera que lo sacó a luz, nada falta, y en mi plan, larga y minuciosamente combinado, hay todo lo que hace aflta para llevaros a los bancos de la corte de los Asises, de donde saldreis probablemente condenada, y en todo caso, hasta en el de la absolución, con la reputación perdida, porque si vuestro abogado consigue descartar la acusación de infanticidio, la del adulterio quedará cuando menos en la conciencia pública con detalles que redoblarán la vergüenza. ¡Y bien! señor conde, uno de estos hombres está aquí a vuestra vista, y la historia que ha inventado para hacer cantar a la condesa de Sanabria, está tan hábilmente arreglada, sembrada de incidentes que le dan un aspecto tal de verosimilitud y realidad, que ha logrado persuadiros de la culpabilidad de vuestra esposa, por más monstruosas que sean semejantes invenciones.

Seguro de su triunfo definitivo, sir Ralph había recobrado todo su aplomo y ovó hablar al señor Portal con una sonrisa provocativa.

En cuanto al conde, llevaba del uno al otro miradas irresolutas, preguntándose evidentemetne a cuál de los dos era preciso creer.

Sir Ralph tomó la palabra.

—Señor conde, — dijo a éste, — decíais hace un momento que era imposible que el señor Portal conociera la conversación que acabábamos de tener juntos; la conoce, sin embargo, en todos sus detalles; ahora bien, siendo esta historia una de aquellas que uno tiene escrupulosamente reservadas, ¿quién puede haberle hecho la confidencia sino la misma señora condesa? La única cuestión está en saber hasta dónde había llevado ella la franqueza, si habrá presentado el asunto tal como lo acaba de contar el señor Portal, o si le habrá hecho la confesión de su falta encargándole de pleitear como un gran abogado, es decir, negando todos los hechos y volviéndolos contra su mismo acusador.

—La señora condesa me ha confesado una cosa, — repuso Rocambole, — y es que os había encontrado en la sociedad a donde os lleva la naturaleza de vuestras operaciones, y que allí, en busca de una presa, habíais adquirido los mejores informes respecto de su fortuna y que muy pronto le tuvisteis el lenguaje que acabo de mencionar: "Señora, necesito un millón, dadmelo, si no voy a esparcir por la sociedad, antes de que llegue a los tribunales, la historia que os voy a referir, y que por extraordinaria que os parezca o más bien por esto mismo, será aceptada por noventa personas de cada cien.

—Ya lo oís, señor conde, — dijo entonces sir Ralph con aire triunfante, — es la señora condesa quien afirma que este relato es enteramente invención mía, ya sabéis ahora el caso que debéis hacer de las palabras de este señor.

—De modo, — repuso Rocambole, — que yo daría al señor conde un consejo que no vacilará en seguir, así lo espero.

—¿Y ese consejo? — preguntó sir Ralph con tono irónico.

—Es que no crea ni a mí ni a vos, y que se atenga sólo a las pruebas.

—Por el momento, estamos de acuerdo, — exclamó sir Ralph, — todos los argumentos del mundo no significan nada; sólo las pruebas merecen crédito y yo me comprometo a proporcionarlas.

—¿En qué consisten?—preguntó Rocambole, — porque os haré notar que han de ser lo más claras y convincentes posible.

—Serán de una evidencia tan palpable, — contestó sir Ralph, — que no dejarán la más ligera sombra de duda en el ánimo del señor conde.

—¿Las traéis con vos, esas pruebas? — preguntó Portal.

—¡Oh! no; tengo algo mejor que papeles escritos, que es un género de testimonios del que es permitido siempre dudar; tengo la palabra misma de las personas que han intervenido activamente en el drama conyugal que acabo de contar al señor conde.

—Con un objeto que os obstináis en mantener callado, porque no podéis admitir el verdadero móvil de vuestra acción, el pedido de un millón en cambio de vuestro silencio.

—Mi móvil es precisamente el vuestro, señor, — respondió sir Ralph, — el horror que debe inspirar a toda alma honrada una traición tan odiosa como la de que ha sido víctima del señor conde.

A estas palabras, Rocambole prorrumpió en una carcajada.

Luego recobrando la serenidad;

—Perdonad, señor conde, le dijo a este, pero cuando se conoce a sir Ralph como yo lo conozco, os aseguro que es imposible oirle expresar sentimientos nobles, sin una alegría loca.

—Perfectamente, — replicó sir Ralph con una tranquilidad irónica, — ya veremos dentro de poco si tendréis muchas ganas de reir.

Y volviéndose al conde:

—Señor conde, — le dijo, — partiremos cuando gustéis.

—¿A dónde, pues? — dijo el conde.

—Supongo que a la conquista de las pruebas prometidas, — dijo Rocambole.

—Precisamente, señor, — dijo sir Ralph.

El conde agitó el cordón de la campanilla y Fanny apareció en seguida.

—Decidle a Francisco que enganche, — ordenó el conde.

Cuando se hubo retirado la camarera, éste dijo a Rocambole:

—Hay un punto sobre el cual desearía una explicación vuestra, señor.

—Decid, señor conde.

—El sentimiento que os ha impulsado a intervenir en este asunto es muy honorable y quiero creer en él hasta la prueba en contrario; pero dignaos decirme de qué manera os habéis puesto en relación con la señora condesa, y sobre todo, cómo ha podido ella confiaros un asunto tan grave a vos, a quien apenas conocía.

—En efecto, — añadió sir Ralph con una ligera mofa, — es muy extraordinario y hasta algo incomprensible, a menos que el señor Portal no haga el oficio de que me acusaba hace un momento y que no sea conocido por pleiteador de causas perdidas y sacar las gentes de apuros al precio más económico, en cuyo caso es muy natural que la señora condesa, atraída por la fama de que goza, se haya dirigido a este especialista de un nuevo género: esto lo explicaría todo.

—Hay otra explicación del hecho de que os sorprendéis con mucha razón, señor conde, — repuso Rocambole, y es éste: Yo no tenía el honor de conocer a la señora condesa, y no es ella quien me ha hecho esta confidencia.

—He aquí una explicación que lo acaba de embarullar todo, — repuso sir Ralph, — porque exceptuando la señora condesa y yo, nadie sabía...

—Perdonad, — interrumpió Rocambole, — os olvidáis del señor de Coursol.

—En efecto, — dijo sir Ralph irónicamente, — estaba muy al corriente de ciertos detalles...

—De los cuales hay uno muy innoble y que no ignoráis vos por cierto; el también recibió la visita y las proposiciones de un miserable, mitad ladrón y mitad mendigo, que le prometió no esparcir la historieta de su invención, en la que le asignaba un rol bastante ruin, si se dignaba acordarle una limosna de quinientos mil francos. Ahora bien, el señor Coursol acaba de saber y precisamente por uno de sus amigos, una aventura del mismo género en la que yo tuve la suerte de hacer sufrir al miserable el castigo que reservo al señor, y él fué quien me vino a suplicar que combatiese a los enemigos de la señora condesa de Sanabria, que temblaba sólo a la idea del escándalo que la amenazaba y que él quería substraerla a esta vergüenza. He aquí, señor conde, de qué manera me encontré en relaciones con la señora condesa, a la que fuí, naturalmente, a pedir todos los detalles que necesitaba para desbaratar los proyectos del infame canalla que quería arrancarle un millón.

Sir Ralph, pálido de rabia, iba a replicar cuando se presentó Fanny para prevenir al conde que el carruaje estaba pronto.

Bajaron.

—¿Dónde vamos? — preguntó el conde a sir Ralph cuando subían al coche.

—A Aubervilliers.

—¿Calle?

—De la Goutte d'Or número siete.

—¿Quién vive allí? — preguntó Portal.

—La señora Morel.

—¿Y qué rol tiene la señora Morel en vuestro drama?

—Es la partera que asistió a la señora...

—Está bien, — dijo bruscamente el conde.

Y como subió al coche, dijo a Francisco:

—Calle de la Goutte d'Or número siete, en Aubervilliers.

XLI

LA PARTERA DE AUBERVILLIERS

Al cabo de tres cuartos de hora, el carruaje del conde, arrastado por dos excelentes caballos, había cruzado ya la barrera de la Villette y rodaba por el camino de Aubervilliers.

—Ahora me acuerdo — dijo entonces Rocambole; — en la historia que os ha contado sir Ralph, señor conde, ¿no tuvo la idea tan ingeniosa como inverosímil de colocar en un antro infame, en una taberna frecuentada por ladroes y asesinos, el sitio elegido por la señora condesa para ir a alumbrar clandestinamente de la criatura que tuvo ya la idea de suprimir tan pronto como vino al mundo, porque todo es amable y gracioso en la novelita de mi señor sir Ralph?

—En efecto, — respondió el conde — una taberna que tiene por enseña...

—¡Ah! ¿"La Providencia"?

—Eso es, y situada en una calle de siniestro aspecto.

—¿La calle del Pont Blanc?

—Justamente.

—Bueno, pues; ¿si empezáramos por visitar el teatro en que sir Ralph coloca la acción de su romance? confiesa que tendría mucha curiosidad por verlo; después de la descripción que oí hacer, esto tiene un sabor de los "Misterios de París", novela que ha debido inspirarse sir Ralph para componer la suya, y lo felicito por ello, porque no podía elegir más lindo modelo.

—Ya sabremos dentro de poco si me inspiré en los "Misterios de París", o, solamente, en la verdad, — respondió sir Ralph con magnífica indiferencia; — en cuanto a la taberna de "La Providencia", me proponía llevar al señor conde después de haber visto a la Morel, pero, puesto que sois del parecer de que

vayamos primero, vamos a la calle del Pont Blanc.

—Sí, empecemos por allí, — dijo el conde con acento triste y melancólico, en el que se traducían crueles angustias de que se hallaba poseído desde hacía una hora.

—Voy a indicar el camino a vuestro cochero, — dijo sir Ralph.

Y bajando uno de los cristales, se asomó a la portezuela, para indicar a Francisco el camino de la calle del Pont Blanc.

Conforme a sus instrucciones, el cochero siguió derecho hasta el fuerte; una vez allí, dobló por una calle a la izquierda, y se paró a la entrada de la primera calle, a la derecha, demasiado impracticable para que se atreviera a meterse en ella.

Era la calle de Pont Blanc.

—¿Es aquí? — preguntó Rocambole.

—Sí, ya estamos, — respondió sir Ralph.

Francisco bajó del pescante para abrir la portezuela y bajar el estribo.

Cuando los tres se hubieron apeado, sir Ralph dijo al conde:

—Hacedme el favor de seguirme, es a cuatro pasos de aquí.

Y tomó la delantera. El conde y Rocambole siguieron detrás. Cuando habían hecho una veintena de pasos, sir Ralph se paró de pronto y les dijo:

—Aquí es la taberna de "La Providencia".

La asquerosa tapera abndonada hacía más de dos meses, tenía un aspecto más repulsivo que nunca. El conde, que no pudo reprimir un estremecimiento a la vista de aquella infecta covacha, hizo observar que aquella casa no estaba habitada.

—Está abandonada hace más de tres meses, — dijo sir Ralph.

—Naturalmente—dijo Rocambole con una irónica sonrisa,—debía estar abandonada.

—Podis informaros con los vecinos, señor, —dijo vivamente sir Ralph;—os afirmarán que estaba habitada hasta hace poco tiempo.

—¿Pero el dueño de la taberna se ha mudado, entonces?—preguntó el conde.

—Fugó.

—¿Por qué? ¿A consecuencia de qué?

—A consecuencia de un asesinato de un agente de policía que tuvo lugar aquí.

—Pero, vos, que tenéis todos los hilos de este asunto, debéis saber dónde vive ese hombre,—preguntó Rocambole.

—Lo ignoro.

—¡Es extraño!

—De ninguna manera, puesto que a consecuencia de ese crimen es buscado por la policía.

—De suerte,—repuso Rocambole,—que la casa en donde la señora condesa dió a luz el niño fruto del adulterio, ha sido precisamente abandonaa algunos días espués, y por un azar todavía más extraordinario, el patrón de la taberna, cuyo testimonio en este asunto hubiera sido tai precioso, se ha evaporado como el humo, sin que sea posible encontrar rastro. ¡Ah! es preciso confesarlo, tuvisteis suerte en la elección de la casa en que colocáis el escenario de ese drama conyugal: ¡una casa abandonada y un propietario invisible e inallable! Era imposible elegir mejor. Y luego, ¡qué barrio! ¡qué calle! ¡qué tugurio! Y cuando, para completar el cuadro, uno se figura la taberna llena de bandidos, cantando, ahullando, querellándose y cayendo borrachos en el suelo, ¡qué bien se comprende que una condesa haya elegido semejante sitio para dar a luz un niño destinado a pasar de la vida a la muerte en medio de una banda de facinerosos avinados!

—Tranquilizaos, señor,—replicó sir Ralph — yo no evito la luz y si Rascal nos falla tenemos aún la partera, cuyo testimonio tiene por lo menos tanta importancia como el tabernero.

—Con tal que la casa donde vivía la partera no se haya incendiado, o derrumbado y que no sea necesario hacer excavaciones para encontrarla. A no ser que la casa se haya tranrformadc en matorral y la partera en rata, lo que la estorbaría mucho para darnos los informes que esperamos de ella. En una palabra: todo lo espero, menos verme cara a cara con esa madame Morel.

—Y yo os respondo de que la vamos a ver y hablarla, — respondió sir Ralph.

—Bueno, — repuso Rocambole, — pongámos en prosecución de la partera y esperemos tener más suerte por ese lado que con la fantástica taberna de la Providencia.

Volvieron a subir al carruaje.

—Ahora, — dijo el conde a Francisco,— calle de la Goutte d'Or.

—Y, volviéndose a sir Ralph:

—Queréis indicar a Francisco...

—Es inútil, — respondió éste, — acabo de informarme con un transeunte y conozco el camino.

—En marcha, pues.

Cinco minutos después, llegaban a la plaza de la Alaldin, se metía el coche por la calle de París, llegaba a la Goutte d'Or y se paraba en frente de la casa que tenía el número 7.

—La casa existe, — exclamó Rocambole con aire estupefacto.

Y añadió casi en seguida:

—Pero vais a ver como se ha mudado o que no está en casa en este momento.

—Esto no tendría nada de extraordinario, puesto que su profesión la llama continuamente fuera de casa, — replicó sir Ralph.

—¡Pardiez! — hizo Rocambole en tono burlón.

Bajaron del coche, y sir Ralph, con el aspecto sombrío y preocupado, se metió el primero en el zaguán en cuyo fondo aparecía vagamente, abierto bajo la escalera, una especie de antro, de aspecto negro y repugnante.

Era la casilla del portero.

Sir Ralph entreabrió la puerta y preguntó receloso:

—¿La señora Morel?

—Segundo, a la derecha.

—¿Está en casa?

—Sí.

Entonces se dió vuelta y dijo a Rocambole con aire triunfante:

—Aquí mismo es, y está en casa, señor Portal.

—Cuando la haya visto y tocado con el dedo, — respondió éste, — no tendré inconveniente en creerlo.

Subieron los dos pisos y sir Ralph llamó a la puerta de la derecha, siempre inquieto temiendo que la partera no hubiese salido sin ser vista por el portero.

Pero casi en seguida se abrió la puerta y apareció una mujer vieja en el umbral.

—¿La señora Morel, partera? — preguntó sir Ralph.

—Soy yo, — respondió la viejecita.

Abrió la puerta completamente y sir Ralph entró seguido del conde y de Rocambole.

La vieja pareció sorprenderse viendo entrar tres hombres en su casa.

—¿Se trata de un parto? — preguntó.

—No, señora, — respondió el conde, — se trata de un informe.

—Si queréis sentaros, señores, — dijo la partera.

—Gracias, señora, es cuestión de dos minutos.

Y repuso en tono grave:

—Señora, antes de todo he de rogaros que reunáis vuestros recuerdos para responderme con entera franqueza a la pregunta que os voy a hacer.

—Os lo prometo, señor.

—¿Recordais haber asistido un parto el día 31 de diciembre último?

—Como era la víspera del 1o. de año me acuerdo bien de lo que hice ese día.

—¿Y entones? — preguntó el conde con un ligero temblor de voz.

—Me acuerdo que asistí a un parto ese día.

Un resplandor de triunfo pasó por la vista de sir Ralph.

Rocambole permanecía impasible, al menos en apariencia.

En cuanto al conde se había puesto pálido y estuvo un instante sin poder tomar otra vez la palabra.

—¿De qué sexo era la criautra? — preguntó el conde.

—Era un varón.

Fué lo que sir Ralph había afirmado.

Se pasó el conde la mano por la frente y repuso después de una pausa mayor que la primera.

—¿Ese parto tuvo lugar en la calle del Pont Blanc, en la taberna de la Providencia?

—¿Hein? ¿Qué? ¿Cómo decís? — hizo la Morel.

—Digo la calle de Pont Blanc.

—¿En una taberna?

—En la taberna de la Providencia.

—Jamás he puesto los pies en la calle del Pont Blanc. En cuanto a la taberna de la Providencia, de la que oía hablar como de una guarida de bandidos, me hubiera guardado bien de atravesar el umbral de la puerta; ¿clientes de esa clase? Gracias. No quiero. Son muy peligrosos.

—¡Cómo! — exclamó el conde tomándole la mano con trasporte, — ¿no habéis asistido en una taberna a una joven dama, hermosa y elegante? ¿No habéis declarado vos misma en la alcaldía a la criatura con esta inscripción: padre, desconocido; madre, la señora condesa de Sanabria?

La partera miró al conde atónita:

—¡Eh! ¡misericordia, señor! Pero ¿con qué cuento me salís ahora? — exclamó.— ¡Una condesa alumbrando en una cueva de bandidos! ¡Pero, señor! ¡Dios Eterno! ¿Habéis perdido la cabeza?

—Pero señora, — dijo sir Ralph, que se puso muy pálido; — reunid bien vuestros recuerdos. Vos misma sois la que habéis asistido a la señora en esa taberna y luego declarado el infante como hijo de la condesa de Sanabria.

—Y yo, — exclamó la partera con extremada exaltación, — os declaro que es la primera vez que oigo nombrar a esa condesa, que jamás atravesó el umbral de esa infame taberna, que el 31 de diciembre asistí sólo a un parto, el de una quintera de la calle de París, y que ese día no he declarado criatura alguna en la alcaldía. Tal es la verdad, y no tratéis de hacerme decir otra cosa, porque sería inútil.

Los roles habían cambiado completamente.

Sir Ralph estaba aniquilado, paralizado por el estupor, en tanto que el conde estaba radiante de contento.

—Vamos, señor, — dijo entonces Rocambole, — la señora Morel ha contestado a todas vuestras preguntas, sólo nos falta darle las gracias y despedirnos de ella.

—Gracias, gracias, señora, — dijo el conde tomándole una mano, — que estrechó con efusión.

—¿Gracias de qué? — dijo la partera sorprendida, — he dicho la verdad. No podía hacer otra cosa.

—¡Señores! — dijo Roambole abriendo la puerta.

Y salieron los tres.

XLII

LAS PRUEBAS

Cuando estuvieron a fuera:

—¿Y bien ,señor? — hizo Rocambole a sir Ralph con tono zumbón, — ¿qué me decís de estas dos pruebas? Empezais por acompañarnos a la taberna de la Providencia donde pasó el drama, que vuestra conciencia de hombre honrado os impulsó a poner en conocimiento del señor conde y salimos de allí sin llevarnos el menor detalle.

Entonces decís, será en casa de la partera donde va a brotar la luz, allí van a producirse las pruebas tan claras y palpables, que la duda no será ya posible. En efecto, salimos de casa de la partera con una prueba terrible, aplastadora, pero no precisamente en el sentido esperabáis. Hasta ahora todos vuestros esfuerzos no han arribado a probaros sino una cosa, y es que sois el más audaz y desfachatado de los impostodores, y el más audaz de los malvados; creedme, pues

señor, quedáos aquí, después de estas desgraciadas tentativas, haced vuestro acto de contricción de rodillas delante el señor conde, quien tal vez os despreciará lo bastante para dejaros en libertad de ir a haceros ahorcar en otra parte, libertad de la que no tardaréis en aprovecharos, así lo espero.

Aquel imprevisto jaque que acababa de sufrir, había dejado a sir Ralph tan desconcertado, que quedó algunos momentos en una especie de aturdimiento.

Sin embargo, poco a poco, a medida que oía hablar a Rocambole, fué saliendo de aquel marasmo, y cuando éste hubo terminado:

—Os apresuráis demasiado en cantar victoria, señor Portal, — replicó con una rabia mal contenida; — no soy yo, señor, es esa mujer la que acaba de mentir descaradamente con un fin que me parece adivinar. Comprendió que había un drama misterioso en lo que sucedió en la taberna de la Providencia; al sentirse interrogada por el señor conde, en quien ha reconocido a un personaje de la alta sociedad y quizás un marido engañado, ha olfateado un asunto peligroso, y en el temor de hallarse comprometida en él, pensó que lo más prudente era ahogarlo negando todo, para vindicar a la gran dama, cuya prédica podría acarrear la suya.

Y añadió después de un momento de reflexión:

—Sí, es eso; no puede ser más que eso.

—He ahí un argumento de los más ingeniosos, — dijo Rocambole, — pero habéis dado ya tantas pruebas de inventiva que esta otra no me sorprende; únicamente permitidme recordaros lo que dijisteis poco antes: las palabras nada significan; sólo las pruebas tienen un valor y merecen consideración.

—Pues bien, yo tenía razón al hablar así, y os voy a poner en presencia de un testimonio que probará dos cosas a un tiempo; la mentira de la Morel y la perfecta autenticidad de los hechos que puse en conocimiento del señor conde.

—Pero, veamos, señor — dijo Rocambole. — Sería preciso acabar de una vez. El señor conde y yo no podemos andar toda la vida persiguiendo unas pruebas que declaráis irrefragables e irrecusables y que parezcan huir delante de nosotros. No conozco, ni siquiera sospecho, ese otro testimonio de que nos habláis; consiento, sin embargo, en someterme a él, y estoy seguro que el señor conde consentirá, como yo, pero es preciso que sea a una condición y es que esta prueba será la última; y si es tan convincente como decís, no debéis titubear en considerarla como a una sentencia definitiva y sin apelación en el asunto que pleiteamos juntos.

—Convenido, señor; sea cual fuera el resultado de esta nueva prueba, yo me someto de antemano, y si delante de ese último testimonio el señor conde titubea un solo momento en reconocer la culpabilidad de su mujer, me comprometo a retractarme de acto continuo de todo cuanto le he revelado y a proclamarme yo mismo impostor y calumniador.

—Tomo nota de este compromiso, — dijo Rocambole, — no sin haceros notar que también lo habríais tomado hace un momento al entrar en casa de la partera.

—Tenéis razón. Pero ahora ya no tengo que temer las pequeñas consideraciones que espantaron a la Morel y le impidieon declarar la verdad.

—¡Bah! Ya encontraréis algún argumento todavía para explicar la pretendida mentira del nuevo testigo con el que vamos a tratar.

—Es imposible, señor, porque esta vez no es a un individuo a quien vamos a interrogar, sino a una administración pública.

—¡Una administración! — exclamó Rocambole con un aire inquieto.

—Vamos a trasladarnos a la alcaidía, y

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

encontraremos inscriptos, en los libros del registro civil, el día del nacimiento del niño, con mención del nombre de la madre, la condesa de Sanabria, y el lugar del nacimiento, calle de Pont Blanc número 5, en que se halla situada la taberna de "La Providencia", todo ello declarado por madame Morel, partera, calle Goutte d'Or número 7; y cuando hayáis leído todo esto, como yo mismo lo he leído, entonces quizás os convenceréis por fin de la impostura de la Morel y de la autenticidad de mis revelaciones respecto de la señora condesa.

—Ciertamente que entonces sería insensata la duda, — respondió Rocambole, dejando de pronto aquel tono chacotón y burlesco que hasta entonces había empleado respecto de sir Ralph.

Y añadió en seguida:

—¿Y afirmáis haber visto y leído esto en los registros de la alcaidía?

—Perfectamente; ahora bien, se trata de un acto oficial, cuya autenticidad no podría ser puesta en duda.

—Lo confieso.

—Vámonos pues a la alcaidía, — dijo el conde subiendo al coche y haciendo una seña a Francisco, que se puso en marcha tan pronto como Rocambole y sir Ralph hubieron subido también.

El coche se paraba algunos minutos después a la puerta de la alcaidía.

Entraron en las oficinas.

—Señor — dijo el conde al empleado, — quisiera sacar una partida de nacimiento.

—¿La fecha del nacimiento? — preguntó el empleado que, envejecido bajo la albarda conocía demasiado el precio de las palabras y la importancia de sus funciones, para decir una palabra de más que no fuera rigurosamente necesaria.

El 31 de Diciembre último.

El empleado fué a tomar un libro grande entre cantidad de otros que había alineados en un casillero.

—¿El nombre del niño? — preguntó en el momento de abrir el registro.

—Vos que habéis leído la inscripción en ese registro, — preguntó el conde a sir Ralph — ¿con qué nombre fué inscripto?

—Enrique, — respondió sir Ralph.

—¿El nombre del padre? — preguntó el empleado.

—Padre desconocido.

—¿El nombre de la madre?

—La condesa de Sanabria, — respondió sir Ralph, echando a Rocambole una mirada de triunfo.

—¿En qué calle nació el niño?

—Calle de Pont Blanc número 5

—¿Cinco? — preguntó el empleado, cuyas facciones inmutables dejaron translucir una impresión de sorpresa.

Luego tartamudeó por lo bajo, mientras hojeaba le registro:

—¿En la tabena de "La Providencia"? ¿Una condesa? ¡Qué raro!

Daba vueltas a las hojas del libro con una calma y una impasibilidad que exasperaban al conde, poseído de una angustia indefinible, e impaciente por conocer la verdad encerrada allí, en los folios de aquel registro.

Por fin el empleado se detuvo.

—¡Ah! aquí está; aquí tenemos el 31 de Diciembre, — dijo con su voz monotona y con perfecta tranquilidad.

—Escuchad, señor Portal, — dijo sir Ralph inclinándose al oído de éste. — Vais a poderos satisfacer por fin.

Con la vista fija en el empleado, Rocambole fingió que no oía y no respondió.

—Parece que ya no tenéis ganas de reir, — repuso sir Ralph.

El empleado, siempre impávido, se aseguró los anteojos en la nariz y leyó:

—El 31 de Diciembre tenemos dos nacimientos.

El conde se dejó caer en un banco.

Sentía que le flaqueaban las piernas y le parecía que todo daba vueltas a su alrededor en el momento en que iba a ver brillar ante su vista las pruebas irrecusables del terrible drama que le habían revelado y de cual pudo dudar hasta ese momento.

El empleado leyó:

—Carlos Pedro Nicás Duchamp, hijo de Antonio Duchamp, negociante de vino, y de Claudina...

—No es ese, señor, pasad al otro, — gritó sir Ralph.

El empleado miró más abajo y leyó:

—María Laura Lefebre, hija de Estanislao Lefebre, chacarero, calle de París, y de...

—Pero ese no es, señor — exclamó de nuevo sir Ralph.

—No hay otro, señor — exclamó el empleado en tono seco.

—¿Cómo que no hay otro? — gritó sir Ralph echándose sobre el registro.

—¿Créeis que no sé leer? — repuso el empleado en tono brusco.

Sir Ralph, sin preocuparse del enojo del empleado, recorría todo el registro con una impaciencia febril.

—Y sin embargo,—exclamó poniéndose pálido, — yo lo he leído; aquí estaba la inscripción, en ese mismo lugar en que se lee que me la ha impreso en la memoria es en la de Carlos Pedro Nicolás Duchtamp, y el nombre de Josefina Rabasol que leo ahí, nombre cuya singularidad me llamó la atención y debajo del cual venía inmediatamente la inscripción de Enrique, hijo de la condesa de Sanabria, declarado por la señora Morel, partera, y otro testigo.

En un estado de agitación indefinible, sir Ralph insistía con furia, repitiendo sin cesar y señalando el registro con el dedo.

—Ahí estaba, os digo que estaba ahí, que yo lo he leído, que me parece verlo aún y que aquí hay...

—¿Que? ¿Qué queréis decir ?— exclamó el empleado poniéndose colorado de indignación; — ¿nos acusaríais de falsificar nuestros registros, señor?

—Tomadlo como queráis, señor; pero lo cierto es que la inscripción que buscamos

estaba ahí que ha desaparecido para dar lugar a otra.

—Es materialmente imposible, señor; y es preciso haber perdido el seso para afirmar...

—Señor, — dijo de pronto sir Ralph, — no se inscriben los nocimientos en dos registros?

—Sí, señor, dos registros, de los cuales uno queda aquí y el otro se envía al Hotel de Villa. Pero, justamente, mirad; todavía está aquí... aquí está, pronto vamos a ver...

—¡Ah! bueno, ahora ya estoy tranquilo, —dijo sir Ralph, — es en ese donde vamos a encontrar...

—Es difícil, señor, puesto que el uno es la copia fiel del otro. Sin embargo, veremos...

Fué a tomar otro registro, lo estuvo hojeando esta vez rápidamente, porque la indignación lo hacía salir de su carácter acostumbrado, y pronto encontró el folio que buscaba.

—Mirad, señor, — dijo a sir Ralph; — vedlo vos mismo; la inscripción que buscais tanto se halla en éste como en el otro.

Sir Ralph, que seguía sus acciones con la vista, supo pronto a qué atenerse.

—Es cierto, — balbuceó, dirigiendo a su alrededor miradas distraídas.

XLIII

DERROTA

Sir Ralph quedó por algunos instantes en un estado tal de abatimiento, que parecía haberle privado del uso de sus facultades.

—¿Estaré atacado de locura sin sospecharlo? — murmuró paseando a su alrededor miradas inquietas.

—¡Y bien! señor, — le dijo el empleado; quisísteis ver por vuestros propios ojos y ya habeis visto; ¿estáis al fin convencido?

—Señor, — respondió sir Ralpr, reponiéndose poco a poco, — estoy convencido de que la inscripción que yo creía encontrar aquí, ya no está: pero tengo una convicción no menos firme, y es que antes estaba y ha sido borraada, por lo que os ruego examinéis bien esta página y sobre todo ese pequeño cuadrado con una atención minuciosa.

—Lo haré sólo por complaceros, señor, — respondió el empleado, — pero es completamente inútil porque nadie toca aquí estos registros más que yo.

Y se puso a reconocer con un extremo cuidado la parte del folio que le indicaba sir Ralph.

—Señor — le dijo después de unos minutos de prolijo examen, — no veo aquí la menor sombra de raspadura, y la nitidez de la letra, absolutamente igual a la que cubre el resto de la página, me prueba claramente que no puede haber habido falsificación, como pretendéis, y puedo hablar con perfecto conocimiento de causa, porque la letra es mía.

—Y sin embargo, — exclamó sir Ralph golpeándose la frente. — os juro que el nacimiento del hijo de la condesa de Sanabria estaba aquí, en ese mismo lugar en que ahora leo el de Carlos Pedro Nicolás Duchamp.

—En fin, señor, qué queréis que os diga, el folio está aquí, a vuestra vista, y no encontráis lo que buscáis; es preciso, pues, rendirse a la evidencia.

—El señor tiene razón, y nada tenemos que hacer aquí, sir Ralph, — dijo Rocambole.

Y sin esperar su respuesta, salió este último seguido del conde, y luego después del mismo sir Ralph.

—Señor, — dijo el conde a Rocambole estrechándole la mano con una ardiente expresión de gratitud; — me habéis prestado un servicio demasiado grande, para que pueda pagároslo nunca, pero haré para ello todo cuanto esté en mi mano, y no me consideraré feliz, sino el día en que me hayáis dado la ocasión de poderos ser útil.

—¡Dios mío! señor conde, — replicó Rocambole, — exagerais mucho lo que he hecho en este caso; me concreté a dudar de la palabra de este hombre y a convencerlo de impostura obligándolo a producir las pruebas que pretendía poseer; tal ha sido mi único rol en este asunto, pero la inocencia de la señora condesa era demasiado fácil de probar, para que yo tenga mérito alguno en haberlo conseguido.

—¡Ah! señor, repuso el conde, lo confieso avergozado, ese hombre había logrado convencerme. No pensé absolutamente en poner en duda los testimonios en que apoyaba sus calumnias: nunca se me ocurrió la idea de ir por mí mismo a controlar las pruebas, y la condesa hubiera sido condenada por mí implacablemente. Vos sois pues, vos solo, el que nos salváistes a uno y a otro luchando cuerpo a cuerpo con este miserable.

Sir Ralph levantó la cabeza al oir aquel epiteto resonar en sus oídos.

EL ARBOL DESCONOCIDO

Este árbol, si creemos a los periódicos ingleses, se encuentra en el Africa del Sur, en el parque de Kolokoé, situado al Norte del distrito de Middleburg.

Este ejemplar de árbol es el único de su especie , y los indígenas le llaman el árbol que nadie conoce.

Acerca de él existe una leyenda. Fué plantado, hace muchísimos años, por un jefe de la tribu llamado Makadikoc, el cual, expulsado del país por su hermano rebelde, volvió triunfador algún tiempo después. Para celebrar el triunfo y perpetuar su recuerdo, Makadikoc plantó el árbol en cuestión, proclamando ante sus súbditos, reunidos en asamblea, que aquel árbol era y seguiría siendo eternamente único en el mundo.

"El árbol que nadie conoce" mide diez metros de alto, no da ningún fruto y segrega una savia que al contacto del aire toma un color rojo de sangre.

—Perdonad, señor, le dijo Rocambole, que dijisteis hace poco, cuando salíamos de la calle de la Goutte d'Or para venir aquí.

¿No dijisteis que sino proporcionabais en esta última prueba un testimonio ruidoso, irrecusable de cuanto habías avanzado, os confesarías a vos mismo culpable de la calumnia y de impostura? ¿Qué esperais, pues, para hacer semejante confesión? Después de lo que acaba de pasar aquí, ¿os atreveríais a negar que toda vuestra historia no sea un tejido de mentiras inventadas con el exclusivo objeto de abusar de una pobre mujer fácil de intimar, arrancándole un millón por temor del escándolo, demasiado admirablemente urdido para no aterrorizarla r esolviéndola a cualquier sacrificio? ¡Oh! sí, convengo en ello, vuestro plan es el de un hombre hábil, a la vez fuerte y audaz. Os habeis hecho esta reflexión: hiriendo la imaginación de la condesa, cuya juventud, bellesa y alta posición, harán más accesible que toda otra al temor de un escándalo ruidoso, mostrándoles atraves de qué vergüenzas y lodos voy arrastrarla a la vista de todo París, sea ante la sociedad que ella frecuenta, sea ante los tribunales; al desplegar ante su imaginación experimentada todas las pruebas con qué puedo apoyar mi acusación: testimonio del patrón del sitio infame en que me plazca colocar la acción de mi drama, testimonio de la partera, inscripción del niño en el registro de la Alcaldía, del hijo de cualquier madre declarado como el hijo de la condesa de Sanabria; con una combinación de esta fuerza que es imposible que no me salga con mi propósito. Pero supongamos que aconcecuencias de cualquier acontecimiento imprevisto viniera yo a fracasar. ¿Tendría algo que temer? Absolutamente nada.

El mismo conde, admitiendo que llegue a estar al corriente de mi tentativa, se guardará muy bien de perseguirme, pues demasiado sabe que no conviene remover la calumnia aún la más absurda, instruído al respecto por la palabra de Basilio, que siempre algo queda. Ahora bien: un millón a ganar en caso de éxito, nada arriesgar en caso contrario: ¿por qué dejaría de intentar la aventura? Y la habéis intentado, y una vez tomado vos mismo en las redes que habías tendido para vuestra víctima; una vez puesto en las alternativas de exhibir estas pruebas inventadas por vos para espantarlas, fuisteis descaradamente hasta el último extremo; nos llevasteis a la taberna de la Providencia, casa de partera Morel, a la Alcaldía; y todavía en este momento continuáis vuestra comedia fingiendo un estupor cada vez que las pruebas prometidas se vuelven contra vos.

—Sí, sí, estoy vencido y llevais la mejor parte en el juego, murmuró sir Ralph, aturdido todavía por el golpe que acababa de recibir; pero no he renunciado al partido; lo que llamáis impostura y calumnia es la pura verdad; el niño ha sido inscritpo en el lugar que yo os he señalado y desapareció de allí no sé como. En una palabra, hay en todo este asunto estratagemas cuyo origen sospecho y que yo sabré descubrir, nada más os digo, señor Portal.

—Perfectamente, señor, respondió éste. Pero, por el momento, me atengo a la palabra que nos habéis dado hace apenas un cuarto de hora, y os declaro qque sois un miserable impostor.

Y añadió, fijando en sir Ralph una mirada penetrante:

—Pero se me ocurre una reflexión.

—¿Cuál es?

—Que me admira que aceptéis tan facilmente vuestra derrota, cuando podeis poner a vuestra vista, en apoyo de vuestro relato, una prueba material, que esta vez sería irrecusable.

—No os comprendo, dijo sir Ralph mirando a Rocambole con una especie de aprensión.

—Desde el momento que ha nacido una criatura, que ha sido declarado e inscripta en los libros del Registro Civil, se sigue de ahí que esa criaturía existe: esto es rigurosamente lógico. ¿Cómo se explica, pues, que no se os ocurra ponernos a la vista ese testimonio vivo, irrecusable, de la falta de la señora condesa?

Delante de este argumento sir Ralph quedó un momento desconcertado. Pero pronto se repuso y contestó con acento irónico:

—¿Y para qué? Desde luego no dejarían de decir que había alquilado esa criatura para las necesidades de mi causa, como hacen ciertos mendigos.

—¡No importa! el señor conde, pensará como yo, que es un caso bien extraordinario dcoétj ,rbrof; o:aaaró oal¿r- -12)3. '5DDD

—¡Basta ya! dijo el conde, no tenemos nada más que hacer con este hombre; volvamos a París, por qque tengo urgencia en volver a ver a la condesa, con la cual me he hecho culpable de faltas muy graves, por más que ellas debía ignorarlas siempre.

Y fué a hablar con Francisco.

Aprovechando aquel instante en que se separó de ellos el conde, Rocambole se aproximó a sir Ralpr le dijo vivamente:

—¿Qué queréis que os diga por qué no presentáis al niño?

—Pero... dijo este último desconcertado, es porque...

—Por que sería preciso irlo a desenterrar del sótano del matrimonio Claudio, de donde saldría un poco desfigurado, ¿verdad?

Sir Ralph quedó como herido de un rayo.

XLIV

EL SALVADOR

Rocambole continuó hablando en voz muy baja a sir Ralph.

—Dos palabras todavía, en tanto que estamos solos, le dijo; sí, la condesa de Sanabria fué madre en lah taberna de la Providencia, a donde fué transportada por la fuerza y por orden vuestra; sí, la partera Moral recibió al niño y lo hizo inscribir en la Alcaldía de Auverbillers; sí, fué registrado en el mismo sitio indicado por vos, y estaba todavía allí tres días antes; pero yo he soplado sobre todo esos testimonios que hubiera sido la condenación y la desgracia de una mujer digna de piedad, y se han desvanecido, o mas

bien dicho, se han vuelto contra vos mismo. Ya veis, pues, de lo que soy capaz y de lo que se gana en luchar contra, mí.

Y mientras sir Ralph lo escuchaba atónito:

—Os admiraríes de mi franqueza, — continuó Rocambole, y quizás encontraréis hasta imprudentes mis confesiones, pero si os hablo ahí, es porque puedo hacerlo con toda confianza. Hablad una sola palabra de lo que acabo de revelaros y denunció a la justicia al asesino del niño expósito, hace tres días, en el sótano del matrimonio Claudio.

—Pero ese niño no ha sido asesinado, os lo juro, — exclamó sir Ralph aterrado con aquella amenaza.

—¿Por qué, entonces, lo trajisteis de Mendon, donde lo teníais a nodriza, para entregarlo a los esposos Claudio? ¿Y por qué estos lo enterraron en su sótano?

—Porque, como el niño murió de convulsiones, encontré un peligro igual en declararlo disimulando el nombre de la madre; y que para evitar el comprometerme, juzgué oportuno enterrarlo en la casa de Vanves, lejos de suponer que pudiesen encontrarlo allí algún día.

—Es posible y estoy inclinado a creeros porque no teníais ningún interés en suprimir esta criatura, al contrario; pero la justicia, que siempre desconfía, ve en ello un crimen y anda ya buscando al autor; que yo os denuncie y estaréis perdido, porque en vuestro expediente hay antecedentes que no abogarían mucho en favor vuestro, aun cuando no fuese más que el doble asesinato de los esposos Christiani.

A estas últimas palabras, sir Ralph no pudo reprimir un grito.

Y fijando en Rocambole una mirada llena de ansiedad.

—¡Christiani! — dijo, — no sé qué queréis decir.

—¡Ah! ¿ignoráis esa historia? Bueno. Más tarde os la voy a referir; tal vez muy pronto, porque no hemos de tardar en volvernos a ver cara a cara.

—Pero, señor, yo no tengo ningún motivo para entrar en lucha con vos en adelante — exclamó sir Ralph, espantado de cuanto acababa de realizar aquel hombre. — He sido vencido y me resigno, y os prometo que en adelante nada tenéis que temer de mí.

—Pero yo, — replicó Rocambole con un acento irónico — he tomado gusto al juego; si os plugo empezarlo, a mí no me conviene dejarlo ahí; y os lo repito, pronto nos volveremos a ver. Con que hasta la vista, sir Ralph.

—Cuando gustéis, señor Portal, — le gritó el conde en ese momento.

Rocambole se dirigió en seguida hacia el carruaje, en el que tomó asiento al lado del conde, y los caballos partieron.

—¡Ah! — exclamó este último, — ¡cuánto tendrá que perdonarme mi mujer por haber dado crédito a estas calumnias!

Rocambole no respondió. Reflexionaba.

Y se decía: Permitir que el conde vaya a echarse a los pies de su mujer para pedirle perdón de haberla creído culpable de una falta que..... ha cometido, es asunto grave. La cosa no tendría peligro tratándose de una mujer como Nanina la Rubia; lejos de turbarse, representaría la comedia de la inocencia calumniada y se aprovecharía hábilmente de las circunstancias para afirmar su posición sobre el corazón del culpuable; pero la condesa es una naturaleza noble y leal a despecho de su caída, y sería muy posible que a la vista de su marido, que caía a sus pies para excusarse, determinase en ella una explosión de remordimientos y le arrancase una exacta confesión de la verdad. Y esto es preciso evitarlo a toda costa. Para ello no hay más que un medio, y es disuadir al conde de su movimiento generoso.

—¡Y bien! señor Portal, ¿no me respondéis? — dijo el conde sorprendido de aquel silencio; — ¿me desaprobáis acaso?

—¿Desaprobaros? no, precisamente, — respondió Rocambole, pero, en fin, yo no lo haría.

—¿Por qué?

—¡Dios mío! señor conde, por mucha delicadeza que empléeis, no podríais abordar semejante asunto sin lastimar la susceptibilidad de la señora condesa, sin hacer sangrar una llaga tan dolorosa y tan viva aun, que lo más generoso y lo más prudente a la vez, es no tocarla. Al menos, tal es mi reflexión.

El conde reflexionó un momento.

—Me parece que teneis razón, — dijo por fin.

Y añadió en seguida:

—Sería preciso, no obstante, que sepa que ya no tiene nada que temer de ese miserable.

—Y no os parece que es más natural que sea yo el encargado de esta misión? Yo, que he sido su confidente, su consejero y apoyo en este asunto, soy tal vez el único que le pueda hablar de él sin causarle una impresión penosa.

—Pues bien, sea; encargaos, pues de comunicarle lo que ha pasado.

Mientras que estos sucesos tenían lugar en el pueblecito de Aubervilliers, la condesa de Sahabria se hallaba poseída de la más cruel angustia, como se puede suponer, si se piensa en todo lo que podía temer de la expedición que emprendía su marido en aquel momento, acompañado de Portal y de sir Ralph.

El lector habrá comprendido que el aplomo algo ficticio que demostró en su lucha contra sir Ralph, le fué inspirado por una conversación preliminar con Rocambole, y por la confianza que éste le inspiró en los medios que poseía para destruir todos los testimonios bajo los que ella se creía estar materialmente aplastada.

Pero, una vez sola, empezó a considerar la fuerza de aquellos testimonios, de los que, uno sobre todo, la inscripción del nacimiento del infante, declarado hijo de la condesa de Sanabria, le parecía indestructible e irrecusable a la vez, y entonces, creyendo firmemente en la imposibilidad de destruir di

aun combatir, semejantes pruebas; cayó en un profundo desaliento.

A medida que transcurría el tiempo, se exaltaba su imaginación por momentos, le mostraba desvanecidas una por una todas aquellas esperanzas con que se había mecido un instante, a cada paso que hacía su marido, en aquel odioso paraje en que ella habría sufrido mil muertes; primero en la sórdida taberna en que fué madre, luego en casa de la partera que la había asistido; sobre todo en la alcaldía, en aquel sitio fatal, en que estaba escrito su deshonor con todas las letras y para siempre. Y finalmente en casa de la nodriza de su hijo, delante de aquel testimonio vivo de su vergüenza; porque no habiendo sabido jamás el sintio en que sir Ralpr lo había ocultado, ignoraba la muerte de la inocente criatura.

Habían transcurrido dos horas desde la partida de su marido; ¡una eternidad! y desde hacía ya mucho tiempo exclamaba sin cesar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡no vuelven aún! ¿Qué estarán haciendo, pues ?

Y estaba yendo y viniendo, se volvía a echar en su sillón, volvía a recorrer su cuarto, murmurando palabras incoherentes, entre las cuales repetía continuamenae esta frase:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que hacen? ¡Dios mío! Pero, ¿qué pasa? ¿No volverán más?

Hacía estas exclamaciones por la centésima vez quizás, cuando de repente se abrió la puerta del cuarto.

Era Fanny, a quien había recomendado que la viniera a avisar tan pronto como viese entrar en el patio el coche de su marido.

Al verla, la condeso se paró de pronto, se puso espantosamente pálida y clavó en ella un mirada fija y penetrante, sin poder profesor una sola palabra.

—¡Ahí está! — dijo Fanny.

Sintió que las piernas le flaqueaban y le parecía que caía un velo delante de sus ojos.

La camarera apenas tuvo tiempo de recibirla en sus brazos.

—Reponéos, señora, reponéos; va a venir ahora mismo, y si llega a veros en este estado, estáis perdida. Esta turbación os va a traicionar.

—Entonces, estoy perdida, Fanny, porque sucumbo bajo el peso de mi emoción; no tengo fuerzas para dominarme.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Es él! — murmuró la infeliz, pasándose el pañuelo por la frente, en la que filtraba un sudor frío; — ¡es él! me siento morir. Anda a abrir y quédate a mi lado. No me dejes sola.

Fanny corrió a abrir la puerta.

Era Rocambole.

De una mirada, éste adivinó lo que pasaba; comprendió las torturas bajo las que estaba aterrada la pobre condesa, después de dos horas de dudas y de angustias.

Corriendo entonces hacia ella y tomándole las manos entre las suyas:

—Reportéos, señora, — le dijo con voz baja y conmovida: — estáis salvada.

Ella levantó la cabeza y fijando en él sus grandes ojos azules, a la vez turbados y radiantes:

—¡Salvada! ¿Decís que estoy salvada? — repetía estrechando nerviosamente las manos de Rocambole entre sus crispados dedos.

—Salvada para siempre, señora.

—Pero, ese hombre, ¿mi enemigo?

—¿Sir Ralph?

—Sí.

—Si lo encontráis, miradlo cara a cara, y pronunciad solamente mi nombre. El es quien temblará delante de vos.

—¡Señor! ¡ah! ¡señor! — exclamó Rita, de cuyos ojos brotaron repentinamente las lágrimas; dejadme que os dé las gracias de rodillas.

Y así diciendo, hizo un movimiento para caer a sus pies. Pero Rocambole la detuvo y la hizo sentar.

—Vos me habéis dado la ocasión para salvar a la vez dos personas de una desesperación eterna, a vos y a vuestro marido. El más dichoso de todos, soy tal vez yo, en este momento, señora.

XLV

CASTIGO

Así que sus terrores fueron completamente calmados, y que, además, Rocambole le hubo asegurado que ni siquiera debía temer el embarazo en que podría ponerla una conversación con su marido sobre aquel asunto, aunque éste le hizo una formal declaración de que nunca volvería a hablar de ello, la condesa después de una prolongada vacilación, se resolvió a dirigir a su salvador una pregunta que parecía costarle salir de sus labios.

—Señor Portal, — le dijo ruborizándose digeramente, — hay un punto del que no hemos dicho nada y que sin embargo debe haberse tratado de él.

—¿Qué queréis decir, señora?

—Entre los testimonios que se elevaban contra mí, hay uno que ese hombre no ha podido olvidar, que debió poner a la vista del conde y que por consiguiente debéis haber visto.

—¿De que queréis hablar, señora?

—Pero... de mi hijo..., — dijo Rita muy conmovida y bajando la voz.

Hubo un momento de silencio.

Viendo que él no respondía, levantó la vista hacia Rocambole y quedó sorprendida de la gravedad impresa en su semblante.

—¿Y bien ,señor — dijo toda trémula sin saber por qué, — ¿qué ha sucedido en presencia de ese niño?

—No lo he visto, señora.

—¿Cóhmo se explica que sir Ralph no haya pensado en presentarlo a mi marido?

—No podía haecrlo.

Rocambole pronunció estas palabras con un acento que hizo estremecer a la condesa.

Lo miró fijamente y le dijo con voz descompuesta por la emoción:

—Me espantais, señor, y ¿por qué no podía hacerlo?

—No insistáis, señora, creedme, y con-

entaos con la buena noticia que os acabo de lar.

—No, no, me ocultais algo, señor, algo le terrible, — dijo la señora con voz alte-ada; — pero yo quiero saber la verdad, ualquiera que ella sea; os lo suplico, se-or, hablad... es que...

Se detuvo de repente, y levantándose ›ruscamente clavó en Rocambole una mira-la azorada.

—¡Gran Dios! — balbuceó, — temo com-›render vuestro silencio; es que... habrá n...

Por toda respuesta, Rocambole dejó caer sobre la condesa una mirada, cuya expresión llena de lástima fué para ella un rayo de luz.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! — exclamó volviéndose a dejar caer en su sillón, en donde se retorció de dolor.

Rocambole no trató de consolarla con palabras banales.

La dejó llorar.

—¡Pobre criatura! — murmuraba la condesa enjugándose las lágrimas que le rodaban por las mejillas, — ¡qué destino ha sido el suyo! Venido al mundo en un sitio infame, en medio de las angustias de las lágrimas y de las torturas de nua madre que eshaba amenazada de muerte; privado de los besos de esta madre desesperada, de cuyos brazos lo arrancan apenas nacido para echarlo en manos de una extraña...

¡Pobre niño! ¡Qué suerte la suya en este mundo! ¿Por qué Dios ha permitido que viera la luz?

Y añadió elevando a Rocambole una mirada angustiada:

—¡Y quién sabe si su muerte no ha sido el resultado de un crimen! ¡Pobre angelito! Cuando pienso en el hombre que se apoderó de él, tiemblo de...

—No, señora, — respondió vivamente Rocambole, — tranquilizaos. Ha muerto como tantos otros a consecuencias de convulsiones.

—¡Ah! si su madre hubiera estado allí, ella hubiera disputado a la muerte y lo hubiera salvado; pero el pobrecito carecía de una madre junto a su cuna, su falta la condenaba a vivir lejos de él, y la inocente víctima es quien ha sufrido la pena de aquella falta. ¡Ah! señor, yo necesitaba un castigo y Dios me lo envía; llevaré aquí, en el corazón, un duelo eterno.

—Os dejo por completo a vuestro dolor, señora. Adiós y hasta pronto, porque tendré cuenta que rendiros y nuevas informaciones que daros.

Y añadió en el momento de salir:

—Permitidme una recomendación, señora.

—Decid, señor Portal.

—Pasado mañana tendrá lugar el casamiento de la señorita Tatiana Valcresson con sir Ralph y contra la costumbre, es mañana a la noche cuando el señor Mauvillarse celebra esa unión con una fiesta, un baile de máscaras, lo que por otra parte se explica por la determinación que ha manifestado sir Ralph de que quiere partir con su mujer, inmediatamente después de la ceremonia. ¡Y bien! señora, creedme; vos que habeis demostrado ya tanta energía, tanta fuerza de voluntad en las terribles pruebas que habeis tenido que pasar, haced un último, un supremo esfuerzo para reconcentrar vuestro dolor en vos misma, y mostraros en esa fiesta serena y risueña del brazo de vuestro marido.

—Gracias, señor Portal, gracias por vuestro consejo y haré todo lo que pueda para seguirlo.

Rocambole estrechó la mano que le tendía la condesa y salió.

Media hora después estaba de vuelta en la calle Ameliot.

Al entrar en el saloncito se encontró en presencia de un cuadro que le hizo sonreir y decir para sí:

—¡Quién lo hubiera creído nunca!

Es que aquel cuadro, muy extraño en efecto para el que conocía el pasado, representaba la mudita sumida en un vasto sillón, y delante de ella, sentado en un taburete, Rascal, el hombre de los brazos rojos, con los brazos alzados y los dedos ocupados por una madeja de lana, que Juana deesnvolvía para hacer un ovillo con la dignidad de una matrona.

—Ya veo que sois buenos amigos, — dijo Rocambole a Rascal.

—Es decir, — exclamó éste echando sobre la mudita una mirada embelesada, que esa niña haría de mí cuanto quisiera, y que me estoy preguntando a cada momento cómo he sido capaz de brutalizarla en otro tiempo en vez de adorarla como a un angelito.

—Esto prueba que antes eras un salvaje y que ahora eres un hombre. Pero tenemos que hablar. Es preciso dejar para luego esta grave ocupación.

Descontenta por verse incomodada, Juana, se paró de un salto, tomó la madeja de lana de manos de Rascal, dió a entender a Rocambole que no quedaba muy satisfecha de él y salió haciendo una mueca muy significativa.

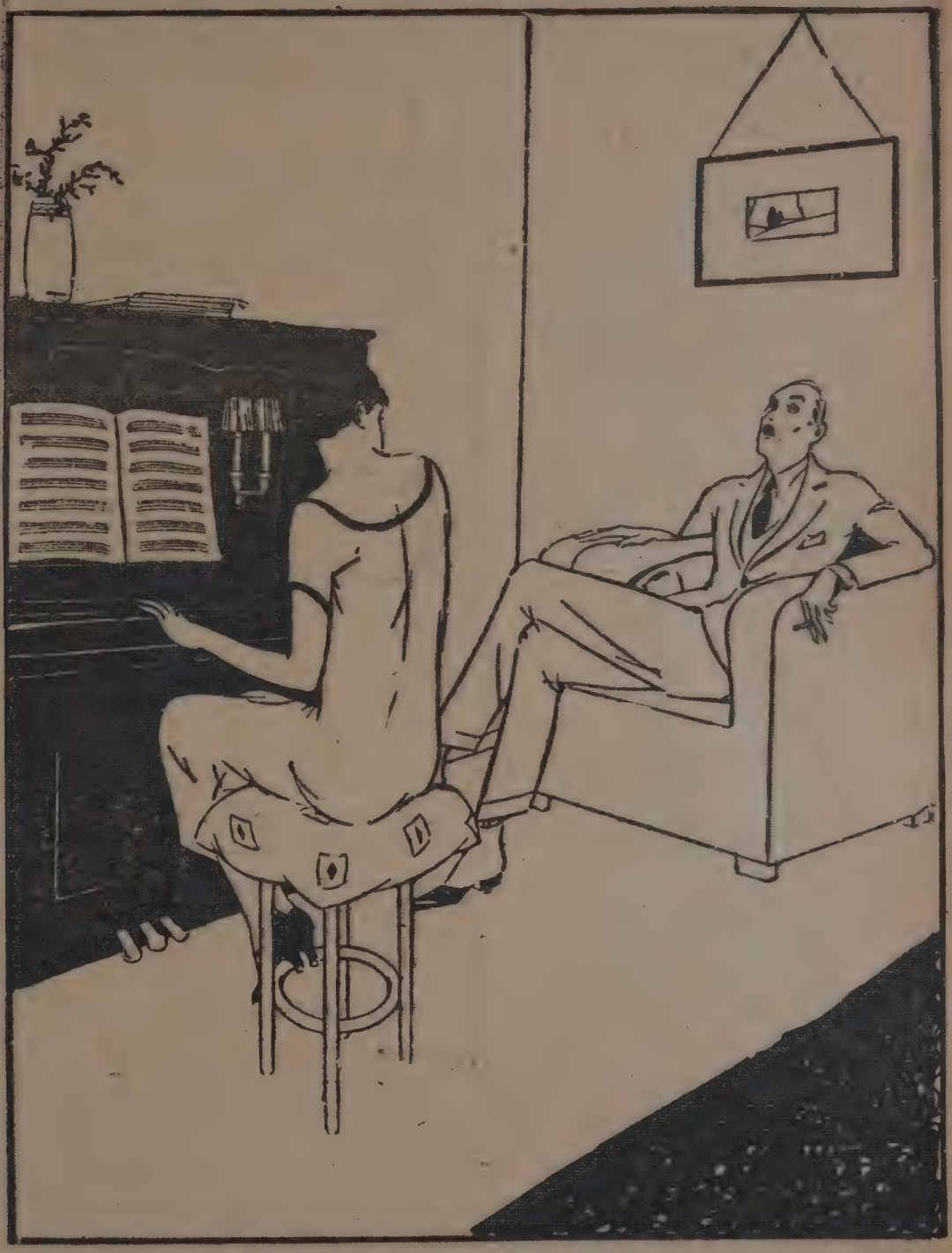
XLVI

ARREGLO DE CUENTAS

Cuando estuvo a solas con Rascal, Rocambole le dijo:

—He dejado a sir Ralph aplastado bajo el peso de las sucesivas sorpresas que le tenía preparadas, y aterrorizado con la amenaza de denunciarlo como asesino de la criatura encontrada en el subterráneo de Claudio. Estaba muy lejos de sospechar la fuente de donde tomé esta última información.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".



—Pero, hija mía, ¿cómo has de tocar afinada si te estás durmiendo?
—Papá, si lo que toco es un nocturno y hay que darle carácter...

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES

Proporciona cada tarde la más amplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

inserta cada Jueves, las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada.

Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:
1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION DE LOS JUEVES:
1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

Si quiere lectura buena lea PUCKY

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Agosto 3
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 253

Lea la vibrante narración

EL TRAIDOR

EN EL PRESENTE NUMERO

—¿De modo que no lo creés? ¡Es que no me conoces!

—Por eso que te conozco es por lo que no te creo.

SUMARIO

EL TRAIDOR

Una interesantísima y vibrante novelita inglesa del gran autor J. J. Bell y traducida especialmente para este magazine.

EL REGRESO DE TARZAN

Segunda parte de "Tarzán de l : Monos", la gran novela sensacional de nuestros tiempos, la obra que todos deben leer.

ROCAMBOLE

La novela "Las revanchas d. Rocambole", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Varias páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

CONCURSO PERMANENTE DE "PUCKY"

VARIOS CHISTES PREMIADOS CADA SEMANA

Desde la fecha que se indicará, — que será muy próxima, — los lectores de "Pucky" podrán enviar cuantos chistes deseen. De esos se publicarán cada semana los que elija la dirección y a los mejores de cada semana se les otorgará un premio de pesos 5.

Los chistes deben llegar, para mayor facilidad, escritos en tarjetas postales, en las que estará pegado el cupón que, con ese objeto, publicará este magazine.

No se limita el número de premios. Si una semana se presentan tres o cuatro o cinco chistes dignos de premio, todos serán premiados, si bien en las debidas condiciones.

La única condición que se debe tener en cuenta es la moralidad.

EL DIRECTOR.

"Emulsión BIOL"

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO
EN EMULSION DE SABOR MUY AGRADABLE

ENFERMOS, DEBILITADOS,
PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANÉMICOS
Y ATACADOS DE GANGLIOS

PREPARADO POR EL

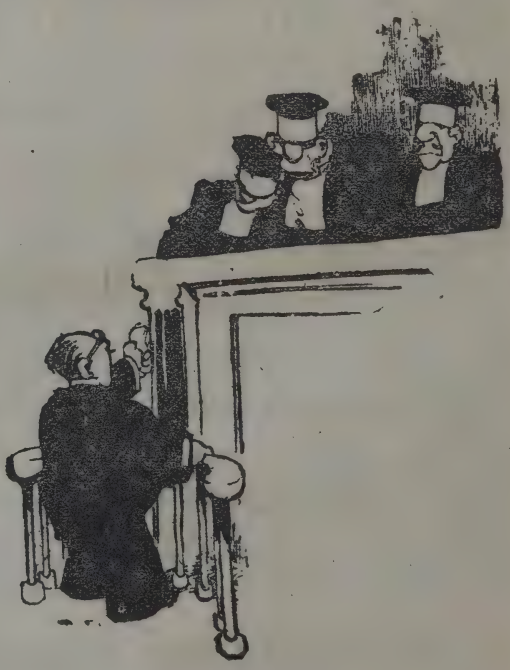
Instituto Biológico Argentino

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—¿Qué te pare ce tu tía, Juancito?
—No puedo decirlo, mamá; me pegarías después.

—Por ejemplo, yo puedo afirmar que las mujeres sufren el dolor con más facilidad que los hombres.
—¿Es usted médico?
—No; zapatero.

—Es un cuadro magnífico. Se lo dejo en ciento cincuenta pesos cincuenta.
—A ese precio soy yo quien se lo deja.



—¡Usted que ha matado a su padre y a su madre hace llamado a la clemencia del tribunal. ¿Con qué fundamento?
—Con el de que soy un pobrecito huérfano. ¡Ay infeliz de mí!

El traidor

Por J. J. Bell

Traducción del inglés especial para "Pucky"

Es este un episodio de la última guerra europea, basado en las actividades de espionaje, y en el que el autor ha sabido combinar magistralmente las distintas fases del relato, finalizándolo en forma inesperada y no menos interesante, a la vez que ha querido dar un alto ejemplo de valor de la virtud y del patriotismo.

I

pero, al parecer, inseguros pasos, de una permirada, alerta, en dirección a la puerta. Su sona que subía las escaleras, el hombre sentado frente a la mesa de aquella habitación, escasamente amueblada, guardó en el bolsillo una serie de papeles, adoptando una posición cómoda en su sillón, mientras que dirigía su mirada, alerta, en dirección al a puerta. Su edad podría haberse calculado en unos cuarenta años y, al parecer, era escocés. Su cuerpo, de tamaño algo desproporcionado en relación a la escasa longitud de sus piernas, estaba cubierto por un traje bastante gastado. Sin embargo, hablaba con una autoridad difícilmente relacionable con su apariencia de trabajador.

—Adelante — gritó, respondiendo a un ligero llamado a la puerta.

En ese momento, penetró en la habitación un hombre de elevada estatura, y con el rostro cubierto por una espesa barba. Por más que el día se había presentado un tanto crudo, podían verse algunas gotas de sudor en el rostro del recién llegado. Cerró la puerta con un gesto despreocupado, dejándose caer sobre una silla que allí se hallaba, desocupada. Durante unos segundos sus ojos permanecieron fijos en el otro hombre. Después miró el piso y la chimenea, y, por fin, revisó sus bolsillos con el objeto de encontrar un fósforo y encender su pipa.

—Ha estado usted quemando un montón de papeles, señor — dijo, por fin.

El interpelado no hizo caso de la observación.

—Ha llegado usted tarde, Carson — dijo — y ha tomado usted una copa, por más que me prometió usted...

—Lo necesitaba.

—No lo dudo... ¿Cuándo la ha tomado

—Cuando venía hacia aquí. A usted, por otra parte, no le interesa. He terminado.

—Eso falta verlo. Yo, por mi parte, temo que vuelva a ser usted el ebrio empedernido que era cuando lo descubrí y reformé, hace tres meses.

Carson, mientras encendía su pipa, fijó sus ojos en el que hablaba, con un gesto de reproche.

—Puede ser que haya sido un mejor hombre cuando bebía, — dijo.

—Cuando usted era un ebrio incorregible maltrataba en tal forma a su esposa, que su hijo mayor tuvo que llevarla a su casa, con el fin de quitarla de su lado. Era usted un hombre perdido para la sociedad. La policía ya tenía fijos los ojos en usted...

—¡Basta! He teminado mi trabajo y he venido a recibir el pago. Veinte mil marcos o mil libras esterlinas en billetes de cinco

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 23 de este número

libras, ha sido, la cantidad convenida, señor Hardy; por más que éste no sea su verdadero nombre.

El señor Hardy o Hardenberg, como le llamabn en su pueblo, sonrió fríamente:

—No tenga cuidado — dijo, — el dinero está listo Lo recibirá usted mañana a las 12.

Carson se levantó de la silla.

—Yo le he dicho que he terminado el trabajo, — dijo

—Yo no quiero ofenderlo, y, personalmente, estoy convencido de que ha cumplido usted su misión, — dijo, — pero no puedo entregarle el dinero antes de tener una prueba concluyente. No tiene mucho que esperar, pues solamente se trata de unas horas.

Las facciones de Carson se ensombrecieron.

—Le ruego,—dijo Hardenberg—que vuelva usted a sentarse, porque no ha de ganar nada con escándalos ni con violencias. Tan pronto tenga yo la prueba de que ha cumplido usted su misión correctamente, el dinero es suyo. No llevo los billetes encima y, aun en el caso de que los llevara, sabría guardarlos debidamente.

—Sin embargo, yo he estado jugando durante semanas con mi vida por usted.

—No, compañero. Usted ha arriesgado su vida por veinte mil marcos, que es un buen precio por su vida. Pero no vale la pena que nos peleemos ahora por eso, cuando ya todo ha terminado con tanta feliciadad. Acerque usted su silla a la mesa. engo que formularle aún algunas preguntas.

Carson obedeció lentamente.

—Déme uster una parte del dinero esta noche — dijo, mientras se acercaba a su interlocutor.

Hardenberg sacó de su bolsillo un papel y lo desdobló con cuidado, puesto que, de tanto manosearlo, estaba a punto de romperse.

—Vamos a echar aun una ojeada sobre este plano, Carson, — dijo.

—Creo que ese plano se me parecerá en todos los papeles que vea en mi vida — dijo Carson. — ¿Por qué habré hecho yo eso en mi vida?

—No se aflija, Carson. El whisky le hará olvidar y, por cierto, puede usted comprar una buena cantidad de botellas con mil libras esterlinas.

—Le ruego que no se burle de mí. Haga las preguntas y terminemos de una vez.

—Por fin vuelve usted a ser razonable.

Hardenberg miró el plano, que, a los ojos de un experto, hubiera aparecido inmediatamento como relacionado con la arquitectura naval. En verdad, se trataba de una porción del casco de uno de los nuevos cruceros acorazados. Hardenberg apoyó la punta del lápiz en un pequeño círculo rojo.

—Tendrá que asegurarme usted nuevamente que el trabajo fué efectuado en este lugar — dijo.

—Se lo aseguro — respondió Carson lentamente — todas las **cápsulas han sido** colocadas en ese lugar.

—¿Y la cajita?

—Está encima de las cápsulas.

—¿Y el polvo blanco?

—Lo he puesto en la forma ordenada por usted, sin dejar rastros.

—¿Estaba usted nervioso?

—He estado esperando la oportunidad durante diez semanas, — dijo, — pero le aseguro que, cuando llegó el momento, me sentí nervioso.

—¿Y está seguro que la válvula no cierra bien?

—Se lo aseguro.

—Está bien, — dijo Hardenberg, levantándose y dirigiéndose hacia la chimenea —Creo que mañana tendré que darle el dinero.

Tomó el plano y lo echó al fuego, permaneciendo en ese lugar hasta que el pape se hubo quemado completamente.

—Va a tener usted la prueba mucho antes del mediodía, — dijo Carson, ocultando la cabeza entre las manos.

—La botadura debe tener lugar a las once y cincuenta, ¿verdad?

Hardenberg se dirigió a la ventana.

La habitación se hallaba en la parte superior del edificio, y desde la ventana veíase los cercanos astilleros y el río. En el astillero, las luces de algunos puestos nocturnos comenzaron a verse, lo mismo que las de las oficinas y de los estudios de los ingenieros.

De repente, la mano de Carson cayó pesadamente sobre la mesa.

—Oiga, señor, ¿de qué está hablando usted? Usted sabe tan bien como yo, que la botadura no va a poder realizarse mañana

Hardenberg sonrió, sacando de su petaca un cigarro.

Carson continuó:

—Usted sabe que la explosión tendrá lugar mañana a primera hora. Además, recuerde usted que, conforme a lo que hablamos, no se deberá perder en ella ninguna vida humana. ¿Por qué está usted sonriendo?

Carson se levantó.

—Venga, — le dijo Hardenberg, encendiendo su cigarro.

Carson obedeció la orden, acercándose también a la ventana.

El otro le señaló con el fósforo.

—Ahí está su majestuoso crucero, Carson. ¿Dónde estará mañana a esta hora?

Durante unos segundos, Carson miró, sin balbucear una palabra, el enorme casco, que sobresalía de las demás construcciones navales del astillero.

Después, no pudiendo ya contenerse, dijo:

—¿Qué demonios quiere decir usted? Mañana estará donde está ahora, solamente que le faltarán algunas chapas, que harán necesaria una postergación de la fecha de la botadura. Eso es lo que usted me ha pedido. ¿Qué quiere usted hacer ahora?

Hardenberg permaneció completamente tranquilo.

—¿Qué le importa a usted lo demás, si cobra su dinero, como lo hemos convenido?

Carson quedó un momento pensativo. Se-

guramente las dos copas de whisky, después de la prolongada abstinencia, le habían producido un efecto mayor de lo que hubieran podido hacerle otrora. Pero se repuso rápidamente.

—El whisky me ha hecho pensar, — comenzó.

—Pues no ha bebido usted lo suficiente; porque el pensar sólo puede perjudicarte.

—He pensado que usted me ha estado engañando, y que no es sino un vulgar espía.

Carson había levantado la voz.

Hardenberg se irguió.

—Un espía sirve a su patria, — dijo, — pero tú sólo la has traicionado. Ten cuidado, compañero, que yo soy el que manejo las armas en este caso.

—¡Contésteme! ¿Me ha engañado usted?

—Si usted lo quiere así...

Carson estaba pálido. Levantó la mano para dejarla caer nuevamente. Después, la llevó a su cabeza.

—¿Qué tiene que hacer la válvula con todo esto? En seguida de haber entrado en el agua, se descubrirá que no cierra bien la válvula y, aunque así no fuese, el buque tardaría por lo menos un mes en hundirse. Quiero que usted me explique lo que tiene que ver una cosa con la otra.

Hardenberg contestó con el tono altivo del que ha logrado cumplir su misión.

—Además de muchas otras cosas, no sabe nada de química, pero quizá haya oído usted alguna vez que existen sustancias que se inflaman al mojarse. El polvo blanco es una de esas sustancias. Además, esa cajita que tan gentilmente colocó usted en el lugar que yo le indiqué, contenía un fulminante, que explota al calor; mientras que las numerosas cápsulas que ha puesto debajo de la cajita contienen todas una cantidad de explosivo, de la naturaleza más poderosa. El crucero no flotará muchos minutos, y, cuando vaya a pique, obstruirá por espacio de mucho tiempo el canal de salida. Ahí tiene usted, señor Carson, lo que sucederá. Usted nos ha prestado un servicio mayor de lo que creyó. Mañana asisitiremos a la botadura desde esta ventana y si todo sale bien, podrá retirarse usted, luego, con sus mil libras esterlinas. Mientras tanto...

En ese instante, Hardenberg sacó algo de su bolsillo y asestó con el objeto, que resultó ser un revólver, un terrible golpe sobre la cabeza de Carson, quien, en ese preciso momento, se disponía para saltarle al cuello.

Carson cayó al suelo, sin conocimiento.

Hardenberg miró a su víctima, y dijo:

—En todo caso, no hubiera podido perderlo de vista después que hubo probado el whisky; porque el alcohol tanto induce al arrepentimiento como al crimen. Ese hombre debe quedar aquí hasta que todo haya terminado y quizá más tiempo aun...

El hombre tan cobardemente atacado, recobró el conocimiento, en medio de la obscuridad. El dolor fué lo que primero sintió. En seguida, tuvo sed y comprobó que no poseía libertad de acción. Tenía las muñecas sujetas con esposas y las piernas atadas con una cuerda y sujetas a un anillo existente en el piso. Su cabeza se hallaba vendada. Por lo visto, el señor Hardenberg se había preparado para esa emergencia. Cuando recobró la lucidez mental, pudo comprobar por el escaso tráfico que se oía en la calle, que debía ser ya muy tarde, y poco tiempo después, oyó que un reloj cercano anunciaba las dos de la mañana. Ruidos que le eran familiares y que él sabía procedían de los astilleros, llegaban claramente a sus oídos, como si quisieran impedir que creyera estar soñando. Además, las ideas más amargas cruzaban por su mente. Un odio feroz le embargaba, multiplicándose con la comprobación de su impotencia, y al mismo tiempo, los remordimientos le torturaban el alma.

¿Cómo había sido posible que él llegara a cometer semejante villanía? No había comenzado, sin embargo, la vida como un maleante. Durante un período de tiempo bastante largo había trabajado incansablemente, subiendo gradualmente en la escala social. Pero después, su carrera se había detenido, comenzando su descenso. Tenía una esposa modelo, que jamás había perdido el ánimo, y cuatro robustos hijos, de los cuales el mayor trabajaba en los astilleros, mientras que sus tres hermanos menores servían a su patria, en tierra y mar. Quizá su esposa se preocupaba aún por él en sus pensamientos; pero tres de sus hijos ya lo habían abandonado definitivamente, viendo que la falta de voluntad para el trabajo se había apoderado de su espíritu. Estaba, pues, solo en el mundo, con excepción de los amigos, aventureros y perdidos como él, que constituían sus únicos compañeros.

Era una historia vulgar, tan vulgar como el mismo whisky. Su temperamento inconstante, su falta de puntualidad, su ineficencia siempre creciente, había hecho de él un elemento desechado por empleados y capataces.

Solamente la llegada de la guerra, y con ella, la del hombre, que hacía llamarse Hardy, había hecho posible su empleo en los astilleros. La guerra creó un lugar hasta para Carson y Hardy, que trabajaba en un astillero vecino, valiéndose de su infinita paciencia y de su constante vigilancia, como también de ciertas preparaciones químicas misteriosas, le había capacitado para llenar su puesto.

El alcohol, que había logrado embotar los sentidos de aquel hombre, era ahora combatido por Hardy por medio de sus drogas.

Carson, sin sentirse en lo menor agradecido había aceptado la ayuda de Hardy, y bajo la ilusión de las mil libras esterlinas, había ido obedeciendo al misterioso sujeto.

Sería demasiado extenso recordar todos los detalles de aquella obra nefasta y perjudicial, que Carson había ido llevando a cabo en el enorme monstruo de acero, siempre escudándose con el manto del trabajo honrado.

Carson no hubiera sido capaz de efectuar aquella peligrosa tarea, en que tantas veces había arriesgado la vida, de no haber sido por el poder de las drogas, por más que él siempre había creído que se trataba, según se expresara Hardy en distintas ocasio-

nes, solamente de un pequeño "golpe moral" para los confiados constructores.

Pero, ahora, todo parecía indicar, que el whisky que tomara después de terminar su misión, había restaurado en su alma, lo que anteriormente aniquilara, y lo que las drogas habían suspendido totalmente, y es la libertad de criterio.

Carson logró, después de muchos esfuerzos, adoptar una posición, sentado, apoyando la espalda contra la pared. Gritó, pero su voz era débil a causa de la sed. Su agonía mental era desesperante, e imposible de describir. En aquel momento, toda la villanía de su conducta aparecía ante sus ojos. No sólo había perjudicado a su patria, ayudando en cambio, a sus enemigos, sino que había puesto en peligro centenares de vidas humanas. Ante sus ojos apareció el cuadro de la última botadura, llevada a cabo en el astillero, y recordaba que en esa ocasión, su hijo Juan, el único que no había renegado de él, había tripulado el casco, al penetrar por primera vez en el agua. ¿Estaría su hijo también en la botadura del día siguiente en aquel puesto?

Un escalofrío recorrió la médula de Carson Ante sus ojos veía un cuadro horrible. Después de la botadura del crucero y, en momentos en que todos los presentes vitoreaban a la patria, una terrible y, a la vez, inexplicable explosión, había producido el pánico, el terror y la muerte...

Y todo eso era la obra de él. Era la obra de un hombre que en un tiempo había sido honrado y respetado, y que ahora había descendido al nivel de cometer un acto de salvajismo de esa magnitud, solamente para recibir como recompensa, un montón de libras esterlinas.

Hardenberg, llevando una antorcha eléctrica, había entrado en la habitación, silenciosamente. No se preocupó en absoluto de su víctima, hasta tanto no haber llenado una copa de agua, echando a ésta una substancia química.

—Haga el favor de tomar eso, — dijo, — mientras se acercaba a Carson.

La sed impulsó a este último a tomar inmediatamente toda el agua. Después, dirigióse a Hardenberg:

—Señor, deje usted que me marche, y no le pediré jamás un solo centavo, — dijo.

El espía lanzó una carcajada.

—Ni por un millón de marcos, le dejaba yo irse ahora, Carson: Tenga paciencia Mañana a mediodía; pero ni un minuto antes, podrá usted salir de aquí. ePro, escúche, he traído las mil libras esterlinas, para mostrárselas. Véalas.

Con estas palabras, Hardenberg iluminó los billetes de Banco:

—Puede usted quedarse con ellos, — dijo Carson, — pero, por amor de Dios, déjeme...

Su voz le falló.

—Buenas noches.

El espía partió.

Carson quedó profundamente dormido. Hardenberg le había administrado otra droga, y por cierto esta vez lo había hecho con cierto sentimiento humanitario.

III

El sol entraba alegremente en la pequeña habitación. Las agujas del reloj de Hardenberg marcaban las once y cincuenta. Volvió a guardarse el reloj en el bolsillo, y, desde la ventana, echó una mirada sobre su prisionero.

Carson, que había despertado de su sueño artificial solamente media hora antes, estaba sentado frente a la mesa, semiinclinado sobre la misma.

Ya no tenía ligaduras; pero en su apariencia, notábase el decaimiento moral. Sin embargo, su mente estaba más clara que en otras oportunidades. Frente a él había un plato con comida, sin tocar, y una botella de whisky, llena. Esa botella era un arma preciosa; solo faltaba esperar la mejor oportunidad para utilizarla. Carson pensó

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

que esa oportunidad llegaría en el momento de la explosión. El podría, así vengarse, y al mismo tiempo, habría un espía menos en el país. Después, ahí estaba el río para recibirlo en su seno, como prueba de su reducción.

—Ya ha llegado la hora, — dijo Hardenberg, — acérquese a la ventana, Carson El dinero ya está casi en sus manos.

Carson no se movió, conformándose con decir, brutalmente, al espía:

—Usted me ha perdido, ha arruinado mi alma; pero ya llegará la hora en que podré hacerle pagar.

Según las instrucciones impartidas por el gobierno, la botadura debía realizarse sin pompa y con la menor ceremoniosidad posible; pero, sin embargo, el puente que cruzaba el río, estaba completamente lleno de espectadores.

—Ya se mueve, — dijo Hardenberg, mientras encendía un cigarro. Sus manos temblaban de nerviosidad. Había llegado el momento culminante. El espía abrió la ventana y el ruido de las aclamaciones llegó hasta la pequeña habitación, en que se hallaban los dos hombres.

Carson se tapó los oídos con las manos.

—Dios mío, salva a ese buque y yo me declararé voluntariamente un traidor, — dijo en voz baja.

—Ahí se mueve...

Un prolongado silencio siguió a estas palabras.

—Ahora va ya más ligero.

Otro silencio, durante el cual el traidor sintióse morir varias veces...

—¡Ya flota!

La voz de Hardenberg se hizo extraordinariamente gruesa:

—¡Ya flota!

Carson suspiró profundamente, mientras que su mano tomaba la botella por el pescuezo.

—Flota... flota... y nada sucede... nada, mi amigo... — dijo el espía con amargura, a la vez que giraba sobre sus talones y escuchaba atentamente.

—Dios mío, — gritó Carson con el rostro bañado en sudor.

Hubo un ruido fuerte en ese momento. La puerta de la pequeña habitación había saltado de sus goznes, en pedazo, y algunos hombres penetraron en el cuarto. Uno de ellos, un joven capataz de los astilleros, gritó al ver a Carson:

—Traidor, infame, ¿creías que eras vigilado?

El revólver de Hardenberg se dejó oír una vez más, inútilmente, y un segundo después. caía de las manos del espía, por efecto de un botellazo. El espía se defendió desesperadamente con las manos, los pies y los dientes y sólo pudo ser sujeto cuando se hallaba ya casi fuera de la ventana.

Pero Carson, extendió sus manos, para recibir nuevamente las esposas en las muñecas, con un gesto de firme resolución, de alivio y de agradecicimiento.

LA IDENTIFICACION DE LAS JOYAS

Después de tres años de pacientes y minuciosos trabajos de laboratorio, tres investigadores, el uno perito joyero, el otro experto conocedor de piedras preciosas y el tercero especialista en fotografías científicas, han descubierto, y puesto en condiciones de ser ya utilizados, los medios de identificación de las joyas.

Este descubrimiento ofrece la posibilidad infalible de reconocer todas las piedras finas, de identificarlas, aun cuando hayan sufrido alguna transformación.

Así como, según el principio de Bertillon, no hay dos huellas dactilares semejantes, tampoco existen dos piedras preciosas o dos perlas idénticas. Cada una tiene su personalidad, es decir, sus defectos, su peso, sus medidas, su color, su refracción.

La piedra que se trata de de identificar es sometida a la investigación de un aparato fotográfico especial, que permite fotografiarla al vigésimo de milímetro y medir todos los ángulos, descubrir todas las manchas y todas las particularidades.

Esta primera operación se completa por otras dos: una de ampliación y otra de comparación, cuyo principio, de una simplicidad desconcertante, es, sin embargo, de un rigor matemático.

Las tres operaciones, que se completan la una por la otra, dan un resultado tal, que no es posible equivocarse, y que toda piedra que ha sido objeto de una alteración cualquiera, la acusa inmediatamente.

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

SEGUNDA PARTE

EL REGRESO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPITULO PRIMERO

EL INCIDENTE DEL TRASANTICO

"¡Manifique!" — exclamó la condesa de Coude entre dientes.

—¿Eh? — preguntó el conde, volviéndose a su joven esposa. — ¿Qué es lo magnífico?

Y el conde volvió la vista en varias direcciones en busca del objeto que despertaba la admiración de su mujer.

—¡Oh, nada, nada, marido! — replicó la condesa, en tanto que un leve rubor coloreaba momentáneamente sus ya rosadas mejillas. — No hacía más que recordar con admiración esos estupendos rascacielos, como los llaman, en Nueva York.

Y la bella dama se arrellenó más cómodamente en su silla de tijera y volvió a coger la revista que por aquel "nada, nada" había dejado caer sobre su regazo.

Su marido se enfrascó de nuevo en el libro que estaba leyendo, no sin cierto asombro, de que, a los tres días de haber salido de Nueva York, se hubiera despertado en su cónyuge una admiración repentina hacia los mismos edificios que muy recientemente calificaba de horrendos.

De pronto el conde soltó su libro y dijo:

—Esto es muy aburrido, Olga. Me voy a ver si cazo a otros que sientan el mismo tedio que yo, y tal vez encuentre bastantes para una partida de naipes.

—Poco galante, eres, marido, — replicó la joven, sonriendo; — pero como yo estoy tan aburrida como tú, te perdono. Anda a jugar a esa lata de las cartas, si te empeñas.

Una vez que se fué el marido, la dama volvió lenta y furtivamente los ojos a un joven alto, tendido indolentemente en otra butaca no muy distante.

—"¡Magnifique!" — exclamó una vez más entre dientes.

La condesa Olga de Coude contaba veinte años, y el conde cuarenta. Era una esposa hermosísima y muy fiel; pero como no había intervenido para nada en la elección de marido, nadie extrañará que no estuviera desenfrenadamente apasionada de quien el destino y su titulado padre ruso habían escogido para ella. Sin embargo, con sólo hallarla sorprendida hasta lanzar una suave exclamación de asombro al ver a un guapísimo joven desconocido, no debe inferirse que sus pensmientos fueran en modo alguno desleales para su consorte. La condesa se limitaba a sentir admiración, como habría admirado cualquier bello ejemplar de cualquier especie. Por lo demás, el joven era realmente muy guapo.

Mientras la mirada furtiva de la dama estaba fija en el perfil del joven, éste se levantó para alejarse de cubierta. La condesa de Conde hizo seña a un camarero que pasaba.

—¿Quién es ese caballero? — le preguntó.

—Figura en la lista, señora, como monsieur Tarzán, de Africa, — contestó el criado.

—Grande es la finca, en verdad, — pensó la joven; y su interés se despertó más todavía.

Mientras se dirigía despacio hacia el salón fumador, Tarzán se topó inesperadamente con dos hombres que, llenos de excitación, cuchicheaban fuera de aquél. No les habría dedicado ni siquiero un pensamiento, de no haber sido por la extraña mirada, como de

culpable, que uno de ellos arrojó en su dirección. Ambos recordaron a Tarzán los traidores de melodrama que había visto en los teatros de París. Eran los dos muy morenos, y esto, unido a los movimientos y furtivas miradas que acompañaban a su evidente intriga, prestaba una mayor fuerza a la semejanza.

Entró Tarzán en el fumador y buscó un asiento un tanto apartado de los demás personas que allí se hallaban. No estaba de humor de conversaciones, y mientras tomaba a sorbos de su ajenjo dejó vagar tristemente sus pensamientos por las pocas semanas últimas de su vida. Una y otra vez se preguntaba si había obrado cuerdamente al renunciar a los derechos de nacimiento en favor de un hombre a quien nada debía. Es verdad que le agradaba Clayton, pero... ¡ah! esta no era la cuestión. No era por William Cecil Cloyton, lord Greystoke, por quien había negado su origen. Era por la mujer a quien tanto él como Clayton amaban, y que por un extraño capricho del destino había sido para Clayton y no para él.

El saber que Jane le amaba hacía doblemente difícil de soportar la idea, y sin embargo, Tarzán sabía que no podía haber obrado de otro modo que como lo hizo aquella noche en el interior de la pequeña estación de ferrocarril perdida entre los remotos bosques de Wisconsin. Para él la felicidad de Jane era la primera de todas las consideraciones, y su breve experiencia de la civilización y de los hombres civilizados le había enseñado que, sin dinero y sin posición, la vida era insoportable para la mayor parte de aquellos.

Jane Porter había nacido para tener ambas cosas, y si Tarzán se las hubiera quitado al futuro marido de la joven, indudablemente habría sumido a ésta en una vida de infelicidad y de tortura. Ni por asomo se le ocurrió a Tarzán que Jane hubiera desdeñado, a Clayton, una vez que éste se viera despojado de su título y de sus bienes; porque el hombre mono atribuía a los demás, la misma honrada lealtad tan inherente a su naturaleza. Y en aquel caso, hay que confesar que no se había equivocado. Si alguna cosa podía haber ligado más aún a Jane Porter a la promesa que había hecho a Clayton, habría sido una desgracia como la que en tal caso hubiera caído sobre el joven.

Los pensamientos de Tarzán volaron de lo pasado al porvenir. Trataba de imaginarse invadido por agradables sensaciones al volver a la selva donde había nacido y pasado su niñez: la cruel y terrible selva virgen en que había vivido veinte de sus veintidós años. Pero entre los millones de seres de la selva, ¿quién o qué estaría aguardando su regreso? Ninguno. Sólo Tantor, el elefante, podía merecer el nombre de amigo. Los demás tratarían de darle caza o huirían de él de la misma manera que en tiempos pasados.

Ni siquiera los monos de su propia tribu le tenderían una mano de amistad.

Si otra cosa no había hecho la civilización por Tarzán de los Monos, le había enseñado hasta cierto punto a anhelar la compañía de su propia especie, y a sentir con verdadero agrado el íntimo calor de la sociedad. Y en la misma proporción había hecho desagradable para él toda vida que no fuera ésta. Era difícil imaginar un mundo sin un amigo, sin un ser viviente que hablase las nuevas lenguas a que Tarzán había llegado a aficionarse tanto. Y por estos motivos, el hombre mono miraba con muy poco afán el porvenir que él mismo se había trazado.

Mientras estaba meditando y fumando su cigarrillo, se fijaron sus ojos en un espejo que tenía delante y en él vió reflejada una mesa en la cual estaban jugando cuatro hombres. Uno de ellos se levantó para irse, y entonces se acercó otro; y Tarzán vió que éste se ofrecía cortésmente a ocupar la silla vacante, para que no se interrumpiese el juego. Era el más pequeño de los dos hombres a quienes Tarzán había visto cuchicheando fuera del fumador.

Este hecho fué el que suscitó un levísimo interés en el hombre mono; y así, mientras hacía cálculos sobre lo futuro, estuvo observando en el espejo el reflejo de los jugadores que se hallaban detrás de él en la mesa. Aparte del hombre que acaba de entrar en la partida, Tarzán sabía el nombre de uno solo de los jugadores. Era el que estaba frente del recién llegado, el conde Raoul de Coude, a quien un solícito camarero le había señalado como una de las celebridades del pasaje, pintándole como un hombre de elevada posición y emparentado con el ministro de la guerra francés.

De pronto la atención de Tarzán se fijó en el cuadro del espejo. El otro intrigante había entrado, y estaba en pie detrás de la silla del conde. Tarzán lo vió volverse y mirar furtivamente en torno del fumador, pero sus ojos no se posaron en el espejo el tiempo suficiente para notar reflejadas en el las vigilantes y atentas pupilas del hombre mono. El recién llegado sacó subrepticiamente algo del bolsillo, pero Tarzán no pudo ver qué era, porque lo cubría la mano de aquel sujeto.

Lentamente se acercó aquella mano al conde, y luego, con gran destreza, lo que en ella había pasó al bolsillo de aquél. El hombre se quedó en en el sitio desde el cual podía observar las cartas del francés. Tarzán estaba perplejo pero era ya todo atención, y no quería que se le escapara ningún otro detalle del incidente.

Después de esto el juego continuó como diez minutos, hasta que el conde ganó una importante postura al que acababa de incorporarse a la partida, y entonces Tarzán vió que el indivciduo que estaba a espaldas del aristócrata francés hacía una seña a su compañero. Instantáneamente el jugador se levantó y señaló con el dedo al conde.

—Si hubiera sabido que este individuo era fullero de profesión, no me habría sentado a jugar. — dijo.

Inmediatamente el conde y los otros jugadores se pusieron en pie.

El semblante del de Coude se puso lívido.

—¿Qué dice usted, caballero? — exclamó. — ¿Sabe usted a quién está hablando?

—Sé que estoy hablando, por última vez, a una persona que hace trampas con los naipes, — replicó el interpelado.

El conde se inclinó sobre la mesa, y golpeó con la palma de la mano la boca de su ofensor. Inmediatamente los demás se interpusieron.

—Debe de haber algún error, caballero, — exclamó uno de los otros jugadores. — Este señor es el conde del Coude, de la nobleza francesa.

—Si me he equivocado — dijo el acusador — presentaré mis excusas de muy buena gana; pero, antes de hacerlo, que nos explique el señor conde qué significan las cartas que le he visto guardarse.

Y en esto el hombre a quien Tarzán había observado cuando dejaba caer el objeto en el bolsillo del conde, se volvió para escurrirse del fumador, pero, con gran disgusto, vió que la salida estaba cerrada por un descomunal alto, de ojos azules.

—Perdón — dijo bruscamente el sujeto, tratando de pasar por su lado.

—Espere — dijo Tarzán.

—¿Para qué, señor? — exclamó el otro altivamente. — Permítame que pase.

—Espere — repitió el hombre mono. — Creo que este es un asunto en que indudablemente podrá usted dar las explicaciones.

El individuo había perdido ya la calma, y profiriendo un apagado terno agarró a Tarzán para echarlo a un lado. El hombre mono no hizo más que sonreír al obligar al sujeto aquel a dar una vuelta en redondo, y, cogiéndolo por el cuello de la americana, lo llevó hasta la mesa, mientras él luchaba, maldecía y manoteaba en inútil resistencia. Era la primera probatura que Nicolás Kokof hacía de los músculos que habían dado a su salvaje poseedor la victoria en diferentes encuentros con Numa, el león, y con Terkoz, el gran mono macho.

El hombre que había acusado al de Coude, y los otros dos jugadores estaban mirando con expectación al conde. Otros varios pasajeros habían acudido al sentir el alteacado, y todos esperaban el desenlace de la escena.

—Ese hombre está loco — exclamó el conde. — Caballeros, suplico a ustedes que uno me registre.

—No tiene usted más que meter la mano en el bolsillo de la americana del conde, y verán ustedes que la acusación es completamente seria — insistió el acusador, y luego, como los otros seguían titubeando en hacerlo:

—Bueno; lo haré yo, si no quiere hacerlo nadie.

Y dió un paso en dirección al conde.

—No, señor — dijo éste. — No puedo someterme a un registro sino por mano de un caballero.

—Es inútil registrar al conde. Los naipes están en su bolsillo. Yo mismo los he visto poner en él.

Todos se volvieron con sorpresa al que acababa de hablar, y vieron a un joven gallardísimo que, cogiéndolo por la nuca, sujetaba a un cautivo que se resistía.

—Esto es una conjura — exclamó airado el conde de Coude. — No hay naipes en mi bolsillo.

Y al decir esto se llevó la mano al sitio indicado. Entre tanto reinó un intenso silencio en el grupo. El conde se puso mortalmente pálido, y luego sacó lentamente la mano, en la cual había tres cartas.

Mirólas con muda y horrorizada sorpresa, y lentamente el rubor de la mortificación fué tiñendo su rostro. Lástima y desprecio expresaban las facciones de los que estaban asistiendo a la muerte del honor de un caballero.

—Es efectivamente una conjura, caballero — dijo el joven de los ojos azules, tomando de nuevo la palabra. — Señores. — continuó — el señor conde no sabía que esos naipes estaban en su bolsillo. Se los han puesto sin su conociento mientras él estaba jugando. De aquel asiento de allí, donde me hallaba yo lo he visto todo reflejado en el espejo que tenía delante. Este sujeto, a quien acabo de detener cuando quería escaparse, ha metido las cartas en el bolsillo del conde.

El de Coude había mirado primero a Tarzán y luego al sujeto que éste tenía agarrado por el cuello.

—¡Mon Dieu, Nicolás! — exclamó. — ¡Tú!

Luego se volvió a su acusador, y le miró atentamente un momento.

—Y a usted, señor, no le conocía con barba. Se disfraza usted muy bien, Paulovich Ahora comprendo. Todo está claro, señores.

—¿Qué hacemos con ellos, monsieur? — preguntó Tarzán. — ¿Se los entregamos al capitán del buque?

—No, amigo mío — dijo presuroso el conde. — Este es un asunto personal, y le ruego a usted que no lo prosiga. Baste que me vea yo libre de la acusación. Cuanto menos trato tengamos con semjantes sujetos, mejor. Pero, caballero, ¿cómo puedo agradcerle a usted el gran favor que me ha hecho? Permítame que le ofrezca mi tarjeta; y si llega ocasión en que pueda servirle a usted de algo, recuerde que estaré siempre a sus órdenes.

Tarzán había soltado a Rokkof, qquien con su cómplice Paulvich, se había apresurado a salir del fumador. En el momento de alejarse, Rokof se volvió a Tarzán.

—No le faltarán a este caballero ocasiones de arrepentirse de haberse metido en camisas de once varas.

Tarzán sonrió y luego, haciendo una cortesía al conde, le entregó su tarjeta.

El conde leyó.

M. Jean C. Tarzán

—Monsieur Tarzán, — dijo. — haría bien en desear no haberme protegido, porque le aseguro que se ha captado la enemistad de dos canallas de los más implacables de Europa entera. Evítelos usted, caballero, por todos los medios.

—He tenido enemigos mucho más temibles, mi querido conde, — replicó Tarzán con tranquila sonrisa; — y sin embargo estoy todavía vivo y sin menoscabo. No creo que ninguno de esos dos tenga nunca medios de hacerme daño.

—Esperemos que no, caballero, — dijo el Conde. Pero no estará de más que se ande usted alerta, y sepa que se ha ganado usted, hoy por lo menos, un enemigo que no olvida ni perdona jamás, y cuyo perverso cerebro está siempre fraguando nuevas atrocidades contra los que le han estorbado sus planes o le han ofendido. Decir que Nicalás Rokof es un diablo sería inferir un imperdonable insulto a la satánica majestad.

Aquella noche, al entrar Tarzán en su camarote, encontró en el suelo una esquela doblada que evidentemente habían echado por debajo de la puerta. La abrió el hombre-mono y leyó:

"Monsieur Tarzán: Sin duda no comprendía usted la gravedad de su ofensa, pues de lo contrario no habría usted hecho lo que ha hecho hoy. Estoy dispuesto a creer que ha obrado usted por ignorancia y sin intención ninguna de ofender a un extraño. Por esta razón tendré mucho gusto en permitir a usted que me presente sus excusas, y al recibir la seguridad de que no se volverá usted a meter en asuntos que no le atañen, olvidaré lo ocurrido.

De lo contrario... pero estoy seguro de que comprenderá usted lo prudente que es tomar el partido que le indico.

"Muy respetuosamente suyo.

Nicolás Rokof.

Por los labios de Tarzán vagó una sonrisa grave y fugitiva. Mas al instante desechó todo el pensamiento del asunto y se metió en la cama.

En un camarote próximo la condesa de Conde estaba hablando a su marido.

—¿Por qué estás tan serio, Raúl? — le preguntó. Has andado toda la noche fúnebre hasta más no poder. ¿Qué te preocupa?

—Olga, Nicalás está a bordo. ¿No lo sabías?

—¡Nicolás! — exclamó ella. ¡Es imposible, Raoul! ¡No puede ser! ¡Nicolás está preso en Alemania!

—Así lo creía yo hasta que lo he visto hoy, como también a ese otro canalla de Paulvich. Olga, no voy a poder soportar mucho tiempo su persecución. No, ni siquiera por ti. Tarde o temprano tendré que entregarlos a la justicia. Es más estoy casi tentado de explicar el caso al capitán antes que toquemos tierra. En un trasatlántico francés. Olga, será cosa muy fácil poner fin para siempre a esta pesadilla nuestra.

—¡Oh, no, Raoul! — exclamó la condesa cayendo de rodillas delante del marido, que estab sentado en el sofá con la cabeza baja. — No hagas eso. Recuerdo lo que me has prometido, dime que no harás semejante cosa, Roul. No lo amenaces siquiera, marido mío.

El de Coude tomó en las suyas las manos de su esposa, y antes de hablar estuvo, contemplando el pálido y turbado semblante como si quisiera arrancar a aquellos hermosos ojos la verdadera razón que le impulsaba a defender a aquel hombre.

—Sea como tu quieras, Olga, — dijo al fin. —Pero no alcanzo a comprender. Ha perdido todo derecho a tu lealtad y a tu cariño. Es una amenaza perpetua contra tu vida y tu honor de tu esposo. Quiera Dios que no te arrepientas nunca de haberlo defendido.

—Yo no lo defiendo, Raoul — le interrumpió ella con vehemente acento. — Creo que lo detesto tanto como tu, pero... ¡Ah, Raoul la sangre es más densa que el agua!

—Hoy habría querido yo probar la densidad de la suya — refunfuñó el de Coude con severo acento. Los dos han intentado liberalmente empañar mi honor, Olga. — Y le refirió a continuación todo lo que había ocurrido en el fumador. — Si no hubiera sido por ese desconocido — prosiguió — lo habría logrado porque ¿quién habría aceptado mi palabra, sin pruebas, contra la acusación de los naipes escondidos en mi bolsillo? Yo había empezado a dudar de mí mismo cuando ese señor Tarzán arrrastró entre nosotros a tu precioso Nicolás, y nos explicó toda la carallesca maniobra.

—¿Monsieur Tarzán? — preguntó la condesa con evidente asombro.

—Sí. ¿lo conoces. Olga?

—Lo he visto. Me lo ha enseñado uno de lo camareros.

—No creía que fuera una celebridad — dijo el conde,.

Olga de Coude cambió de asunto, pues de pronto se dió cuenta de que le sería difícil explicar la razón precisa de qque el camarero le hubiera enseñado al gallardo monsieur Tarzán. Tal vez se ruborizó un poco, porque ¿no estaba el conde, su marido, mirándo con una expresión extrañamente zumbona?

—¡Ah! — pensó la dama. — Una conciencia culpable es lo más receloso del mundo.

CAPITULO II

VINCULOS DE ODIO

Hasta muy avanzada la tarde siguiente no volvió a ver Tarzán a los compañeros de pasaje en cuyos asuntos se había inmiscuido impulsado por su amor al juego limpio. Y entonces dió de la manera más inesperada con Rokof y Paulvich en un momento en que para ambas habaí de ser la suya la compañía menos apetecible.

Hallábanse sobre cubierta en un sitio que temporalmente se había quedado desierto, y al llegar Tarzán a ellos los vió dismcutiendo acaloradamente con una mujer. El joven reparó en que ésta iba suntuosamente ataviada, y que en su esbelta y bien modelada figura denotaba la juventud, pero como iba cubierta con un tupido velo no le fué posible ver sus facciones. Los hombres se hallaban uno a cada lado de ella y todos daban la espalda a Tarzán, de manera que éste llego muy cerca sin que ellos se percataran de

su presencia. Observó Tarzán que Rokof parecía formular amenazas y que la mujer suplicaba; pero hablaban en una lengua extraña y que el hombre mono sólo por las apariencias podía colegir que la dama estaba suplicando.

En la actitud de Rokof se leía tan evidentemente la amenaza de la violencia física, que el hombre mono se detuvo un instante detrás de los tres, olfateando instintivamente una atmósfera de peligro. Apenas llevaba titubeando un minuto cuando vió que el hombre cogía brutalmente a la dama por la muñeca, y se la retorcía como si quisiera arrancarle una promesa por la tortura. Lo que después habría ocurrido de conseguir Rokof su objeto sólo puede ser materia de conjetura, porque el ruso no llegó a salirse con la suya ni poco ni mucho. Lejos de ello, unos dedos de acero le agarraron por el hombro, y sin ceremonias le hicieron dar una vuelta en redondo, para verse frente a frente de los fríos ojos azules del desconocido que le había estorbado sus mañas el día anterior.

—Sapriste! — exclamó enfurecido el ruso. — ¿Qué significa esto? ¿Está usted loco, que vuelve usted a ofender de este modo a Nicolás Rokof?

—Esta es mi contestación a la esquela de usted, monsieur, — dijo Tarzán en voz baja. Y dicho esto lanzó de sí al sujeto con tanta fuerza que Rokof fué a dar de narices contra la borda del buque.

—¡Maldición! — gritó Rokof. — ¡Esto te va a costar la vida!

Y una vez que se puso en pie, se abalanzó a Tarzán, hurgando entre tanto para sacar el revólver del bolsillo de la cadera. La joven retrocedió llena de terror.

—¡Nicolás! —, gritó. — ¡No, por Dios, no hagas eso! ¡Pronto, señor, váyase, huya, o le matará!

Mas, en lugar de huir, Tarzán avanzó para salir al encuentro de aquel individuo.

Y le dijo:

—No haga usted majaderías, monsieur.

Rokof, frenético de rabia por la humillación que le había infligido aquel extraño sujeto, consiguió al fin sacar el revólver. Se detuvo, y sin precipitarse apuntó el arma al pecho de Tarzán y apretó el gatillo. Este cayó en vano sobre la cápsula vacía... La mano del hombre mono partió hacia delante como una serpiente pitón encolerizada; realizó una violenta contorsión, y el revólver partió por encima de la borda del buque y cayó al seno del Atlántico.

Un momento estuvieron ambos hombres mirándose cara a cara. Rokof había recobrado el dominio de sí mismo y fué el primero en tomar la palabra.

—Ya dos veces le ha parecido conveniente monsieur meterse en asuntos que no le importan. Dos veces ha tenido la audacia de humillar a Nicolás Rokof. La primera ofensa se pasó por alto por presumir yo que monsieur había obrado por ignorancia; pero esta otra no puede echarse en saco roto. Si monsieur no sabe quién es Nicolás Rokof, este último golpe de descaro hará que tenga en lo sucesivo motivos para acordarse de él.

—Lo único que me interesa saber de usted — replicó Tarzán, — es que es usted un cobarde y un canalla.

Dicho esto se volvió a preguntar a la dama si el hombre aquel le había hecho daño, pero vió que había desaparecido. Y entonces, sin dignarse echar siquiera una mirada a Rokof y a su compañero, continuó su paseo por cubierta.

Tarzán no pudo menos que preguntarse qué clase de conspiración estarían tramando, y cuál sería el plan de aquellos dos hombres. Había observado algo familiar en el aspecto de la tapada en cuyo socorro había acudido, pero sin haberle visto la cara no podía estar seguro de conocerla. Lo único de ella que había observado de una manera especial era un anillo de singular trabajo, que llevaba en la mano agarrada por Rokof; y resolvió fijarse en los dedos de todas las pasajeras a quienes pudiera ver para descubrir por ellos la personalidad de aquella a quien el ruso perseguía, y enterarse de si él había seguido molestándola.

Tarzán se había acomodado en su butaca

CUESTION DE PELO

—¿Qué es eso, Juancito? ¿Por qué no te has peinado el cabello antes de venir?
—Porque mi padre no tiene peine.
—¿Y por qué no tiene peine?
—Porque no tiene pelo.

de cubierta, donde se hallaba haciendo consideraciones sobre los muchos ejemplos de crueldad, de egoísmo y de despecho que había presenciado entre los hombres desde aquel día, cuatro años atrás, en la selva virgen, en que por primera vez vieron sus ojos un ser humano: al negro y lampiño Kulonga, cuyo rápido venablo había hallado aquel mismo día los órganos vitales de Kala, la gran mona, y robado a Tarzán la única madre que había conocido.

Recordó la muerte de King por aquel marinero de cara de rata llamado Snipes; el abandono del profesor Porter y su partida por los amotinados del "Arrow"; la crueldad de los guerreros negros y de das mujeres de Mbonga con los cautivos que hacían; los menudos celos de los funcionarios civiles y militares de la colonia de la costa occidental en que por primera vez se había puesto en contacto con el mundo civilizado.

—¡Mon Dieu! — monologaba. — ¡Si son todos por el estilo! ¡Engaños, muertes, mentiras, luchas!... Y todo por cosas que las fieras de la selva virgen no se dignarían poseer: dinero para comprar los afeminados placeres de los seres canijos. Y con todo esto, ligados siempre por necias costumbres que los hacen esclavos de su desdichado destino, precisamente cuando más convencidos están de que son los señores de la creación y de que disfrutan de los únicos placeres verdaderos de la existencia. En la selva no habría nadie que se tendiera a la bartola mientras otro se le llevaba a su pareja. Este es un mundo necio, un mundo de idiotas, y Tarzán de los Monos fué un majadero al renunciar a la libertad y a la dicha de su selva para meterse en él.

De pronto, mientras permanecía sentado, experimentó la súbita sensación de que unos ojos lo miraban por detrás, y el viejo instinto de la bestia salvaje rompió por entre la delgada chapa de la civilización. Tarzán se volvió tan rápidamente, que los ojos de la joven, que furtivamente le había estado observando, no tuvieron tiempo de bajarse antes que las azules pupilas del hombre mono clavaran en ellos una mirada francamente interrogadora.

Sonrió Tarzán para sí como resultado de su propio acto, tan poco civilizado y galante, porque no había bajado los ojos al encontrarse con los de la dama. Esta era muy joven y de muy buen ver. Además, desprendía de sí algo familiar, que indujo a Tarzán a preguntarse dónde lo había visto antes. Volvió el hombre mono a su primera posición, y de pronto se dió cuenta de que ella se levantaba y se iba de cubierta. Al pasar, se volvió para contemplarla, con la esperanza de descubrir algún indicio que satisfaciera la leve curiosidad que la personalidad de aquella mujer le inspiraba.

Y no dejó por completo defraudado, porque al alejarse la dama se llevó la mano a la negra y ondulada masa de pelo del moño... ademán peculiar con que las mujeres confiesan darse cuenta de que unos ojos las están contemplando a sus espaldas, — y Tarzán vió en su dedo el anillo de extraña labor que observara poco tiempo antes en el anular de la tapada.

—¡Conque era la hermosa joven a quien Rokof perseguía! Tarzán se preguntó con cierta pereza mental quién podría ser ella, y qué relaciones podría tener un ser tan bello con el insolente y barbudo ruso.

Aquella noche, después de comer se dirigió Tarzán a proa, donde permaneció hasta después de oscurecido, de conversación con el segundo oficial, y cuando el servicio de éste le obligó a acudir a otra parte, el hombre mono se quedó distraídamente junto a la borda, contemplando el rielar de la luna sobre las aguas, levemente agitadas por la brisa. Estaba medio oculto por un pescante, de manera que los dos hombres que se acercaban por cubierta no le vieron, y cuando pasaron Tarzán pescó lo bastante de su conversación para decidirse a echar tras ellos y enterarse de qué diablura traían entre manos. Había conocido la voz de Rokof y su compañero era indudablemente Palvich.

Tarzán no percibió más que unas cuantas palabras: "Y si grita le aprietas la garganta hasta que..." Esto fué lo bastante para despertar en él el espíritu aventureo, por lo cual no perdió de vista a los dos hombres, que con vivo paso comenzaron a recorrer la cubierta. Al fumador los siguió, pero ellos no hicieron más que detenerse en su puerta lo suficiente, al parecer, para cerciorarse de que estaba allí dentro una persona de cuyo paradero querían tener seguridad.

Luego se encaminaron en derechura a los camarotes de primera que había sobre la cubierta de paseo. Allí le fué más difícil a Tarzán pasar inadvertido, pero lo consiguió no obstante. Cuando los dos rusos se detuvieron ante una de las pulimentadas puertas, Tarzán se escurrió a las sombras de un pasillo a diez pasos de distancia de ellos.

Al llamar los hombres, una voz de mujer preguntó en francés:

—¿Quién es?

—Soy yo, Olga, Nicolás..., — respondió Rokof, con su ya conocido acento gutural. —¿Puedo entrar?

—¿Por qué no cesas de perseguirme, Nicolás, — exclamó la voz de la dama al otro lado del delgado tabique. — Yo no te he hecho nunca daño.

—¡Vamos, vamos, Olga! — apremió el sujeto con acento propiciatorio. — No te pido más que media docena de palabras. No te haré daño ninguno, ni entraré en tu camarote; pero no te puedo decir lo que quiero al través de la puerta.

Tarzán oyó el ruido del pestillo cuando lo descorrieon por la parte de dentro, y entonces salió de su escondite lo preciso para ver lo que ocurría al abrirse la puerta, porque no podía menos de recordar las siniestras palabras que pocos momentos antes había oído sobre cubierta: "Y si grita le aprietas la garganta hasta que..."

Rokof estaba delante de la puerta, y Paul-

vich se había aplastado contra la pared de cuarterones del corredor. Se abrió aquélla y Rokof entró a medias en el camarote, quedándose de espaldas y se puso a hablar en voz baja a la dama, a la cual Tarzán no podía ver. Luego oyó el hombre-mono la voz de ella, apagada, pero lo bastante alta para poder percibir sus palabras.

—No, Nicolás, — estaba diciendo, — es inútil. Por mucho que amenaces, no accederé nunca a tu petición. Vete de aquí, te lo suplico; no tienes derecho a estar. Me has prometido que no entrarías.

—Está bien, Olga, no entraré. Pero antes de terminar contigo, desearás mil veces haberme hecho al instante el favor que te he pedido. Al final me saldrá con la mía de todos modos, de manera que más te vale ahorrarme molestias a tiempo, y evitar la desgracia tuya y de tu...

—¡Nunca, Nicolás! — interrumpió la condesa.

Y entonces vió Tarzán que Rokof se volvía a Paulvich, quien saltó vivamente a la puerta del camarote, y entró haciendo a un lado a su compinche, que le mantenía la puerta abierta. Este último salió fuera vivamente, y la puerta se cerró. Tarzán oyó el ruido del pestillo cuando lo corrió Paulvich por dentro. Rokof se quedó en pie delante de la puerta, con lo cabeza inclinada, como para pescar las palabras de las personas que quedaban dentro, y una siniestra sonrisa frunció sus peludos labios.

Tarzán oyó la voz de la condesa que mandaba a aquel individuo salir del camarote.

—¡Avisaré a mi marido, — exclamó, — que no tendrá piedad ninguna!

La sarcástica carcajada de Paulvich se oyó al través de la puerta.

—El comisario irá por su marido de usted, señora, — dijo. — Es más, ya se le ha advertido a ese comisario que detrás de la puerta cerrada del camarote tiene usted a un hombre que no es su marido.

—¡Bah! — exclamó ella. — Mi marido no lo creerá.

—Claro que el conde no lo creerá; pero lo creerá el comisario, lo mismo que los periodistas, que misteriosamente se enterarán de ello en cuanto ustedes desembarquen. Les parecerá que es una historia muy interesante, así como a todos sus amigos de usted cuando la lean a la hora del almuerzo...., —¿a ver, ¿Qué es hoy? ¿Martes? — pues cuando la lean el viernes por la mañana. Y no menoscabará el interés que sentirán todos ellos al saber que el hombre a quien "madame" tenía en su camarote era un criado ruso... es más, el lacayo de su hermano, para precisar.

—Alexis Paulvich, — exclamó la voz de la joven, fría e intrépida, — es usted un cobarde, y cuando yo le diga al oído un nombre, pensará usted mejor de las peticiones y de las amenazas que me dirige, saldrá usted de mi camarote a toda prisa, y creo que no volverá usted a molestarme más en toda su vida.

Y después de esto sobrevino un momento de silencio en el cual Tarzán pudo imaginarse a la dama acercándose al villano y cuchicheando en su oído lo que acababa de apuntar. Sólo un instante de silencio, y luego se sintió un sobresaltado terno del ruso, ruido de pies, un grito de mujer... y por fin silencio.

Mas apenas había cesado el grito cuando el hombre-mono saltó fuera de su escondite. Rokof echó a correr, pero Tarzán lo cogió por el cuelo yq lo arrastró hacia atrás. No hablaron palabra ni uno ni otro, pues ambos comprendían por instinto que se estaba cometiendo un crimen en el camarote, y Tarzán confiaba en que Rokof no había tenido intención de que su cómplice llegara tan lejos. Decíase que las miras de aquel malvado eran más hondas, más honas y aun más siniestras jue el brutal asesinato a sangre fría.

Sin entretenerse en preguntar a los de dentro, el hombre-mono arrimó el hombro de gigante contra la frágil puerta, y entre un diluvio de madera hecha astillas entró en el camarotefi arrastrando consigo a Rokof. Delanae de él yacía la dama sobre un diván, y sobre ella estaba Paulvich, apretando con ambas manos la hermosa garganta, en tanto que las de la víctima le golpeaban en vano el rostro y trataban desesperadamente de arrancar de su cuello los terribles dedos que le iban quitando la vida

El ruido de la entrada de Tarzán hizo que Paulvich se pusiera en pie, y se quedara mirando al hombre-mono con gesto amenazador. La joven se levantó tambaleándose y quedó sentada en el diván, con una mano en la garganta y respirando entre jadeos. Aunque con el pelo descompuesto y muy pálida, Tarzán reconoció en ella a la dama a quien había pescado mirándole en cubierta aquel mismo día.

—¿Qué significa esto? — djo Tarzán volviéndose a Rokof, a quien por instinto consideraba instigador de aquella villanía.

Pero el ruso continuó guardando silencio, con el ceño enarcado.

—Toque el timbre, haga favor, — prosiguió el hombre-mono;—es preciso que venga uno de los oficiales del buque. Este asunto ha ido ya demasiado adelante.

—¡No, no! — exclamó la joven poniéndose súbitamente en pie. — No haga eso, por favor. Estoy segura de que no han tenido verdadera intención de hacerme daño. Yo he encolerizado a este hombre, y le he hecho perder el dominio de sí mismo, pero nada más. No quisiera que trascendiese este asunto; se lo ruego, "monsieur".

Y su voz encerraba tal acento de súplica, que Tarzán no pudo seguir adelante, aunque su razón le decía que allí había algo en danza, de lo cual había que dar conocimiento a las autoridades competentes.

—¿Entonces no quiere usted que haga nada? — preguntó.

—Nada, por favor, — replicó ella.

—¿Se allana usted a que esos dos canallas sigan persiguiéndola?

Pareció la condesa no saber que respuesta darle, y se mostró muy turbada y llena de pesar. Tarzán vió que una maliciosa son-

risa de triunfo fruncía los labios de Rokof. Era manifiesto que la dama temía a aquellos dos hombres, y que delante de ellos na se atrevía a expresar sus verdaderos deseos.

—Entonces, — dijo Tarzán, — obraré por mi propio impulso y bajo mi exclusiva responsabilidad. A usted, — continuó dirigiéndose a Rokof, — (y lo que le digo a usted sirve también para su cómplice) puedo asegurarle que desde ahora hasta el fin del viaje tomaré sobre mi el no perderlos a usted de vista; y si por casualidad llegara a mi noticia un acto cualquiera de ustedes qeu pueda, aun remotamente, molestar a esta ma, tendrán ustedes que darme explicaciones de él, y les aseguro que las que les exija no tendrán nada de agradable. ¡Ahora largo de aquí!

Y al decir esto cogió a Rokof y a Paulvich por el cuello y los pasó a viva fuerza por la puerta, después de lo cual dió a cada uno de ellos un impulso adicional con la punta de la bota. Luego se volvió al camarote y a la joven, la cual le miraba con los ojos desorbitados de asombro.

—Y usted, señora, me hará un señalado favor si me da cuenta de cualquier molestia que le cause alguno de esos dos bribones.

—¡Ah monsieur! — respondió ella. — ¡Quiera Dios que no tenga usted que arrepentirse de la bondadosa acción que ha intentado! Se ha conquistado usted un enemigo perverso y de infinitos recursos, que no se detendrá ante nada con tal de satisfacer su odio. Debe usted tener mucho cuidado en adelante, monsiur...

—Perdone usted, señora: me llamó Tarzán.

—Mosieur Tarzán. Y porque no ha accedido a que diera usted cuenta de esto a los oficiales del buque, no vaya usted a crer que le estoy sinceramente agradecida por la valerosa y caballeresca protección que me ha dispensado usted. Buenas noches, monsieur Tarzán. No olvidaré nunca lo que le debo.

Y con una sonrisa de las más atractivas que mostró dos sartas de dientes perfectos, la joven hizo una cortesía a Tarzán, quien le dió las buenas noches y salió a cubierta.

Muy perplejo tenía al hombre-mono que hubiera dos personas a bordo — aquella joven y el conde de Coude, — —que sufrieran indignidades de manos de Rokof y su compañero, y que no quisieran que los bribones fueran entregados a la justicia. Antes de recogerse aquella noche, sus pensamientos volvieron muchas veces a la hermosa joven en cuya evidentemente enmarañada vida le había hecho intervenir la suerte de manera tan peregrina. De pronto se le ocurrió que no había averiguado su nombre. Que era casada lo había reparado en el anillo de oro que ceñía el anular de su mano izquierda. Involuntariamente se preguntó quién podría ser el dichoso marido.

Hasta muy avanzada la tarde del último día de viaje no volvió a ver Tarzán a ninguno de los actores del minúsculo drama de que había tenido una leve vislumbre. Entonces se topó de mano a boca con la dama cuando los dos iban a sentarse en sus sillas de cubierta, procedentes de opuestas direcciones. Ella le saludó con una agradable sonrisa, y le habló casi inmediatamente del asunto que había presenciado él en su su camarote dos noches antes. Era como si le hubiese molestado el pensamiento de que Tarzán hubiera interpretado sus relaciones con hombres de la calaña de Rokof y Paulvich como un desdoro personal para ella.

—Supongo que monsieur no me habrá juzgado — dijo — por el desdichado suceso de la noche del martes. Mucho me ha hecho sufrir esa idea... y esta es la primera vez desde entonces que salgo de mi camarote. Me daba verguenza, — añadió sencillamente.

—No se juzga a la gacela por los leones que la atacan — replicó Tarzán. — Yo había visto ya en funciones a esos dos sujetos; si no recuerdo mal, fué un día antes de agredirla a usted, en el fumador. Y por lo tanto, conociendo sus procedimientos, estoy convencido de que su enemistad es suficiente garantía de la honradez del ser a quien se la profesan. Hombres como ellos no pueden ser amigos sino de personas viles, y han de odiar todo cuanto signifique lealtad y nobleza.

—Es usted muy amable al pensar de ese modo — replicó la joven sonriendo. — Ya me he enterado del asunto de la partida de juego. Todo me lo refirió mi marido, quien me habló especialmente de la fuerza y del valor de monsieur Tarzán, con quien tiene una inmensa deuda de gratitud.

—¿Su marido de usted? — preguntó Tarzán.

—Sí. Soy la condesa de Coude.

—Estoy ya más que suficientemente pagado, señora, al saber que he prestado un servicio a la esposa del conde de Coude.

—¡Ah, caballero! Tengo ya tantas deudas para con usted, que no me es posible abrigar la esperanza de pagarlas algún día; le ruego, pues, que aumente mi agradecimiento.

Y le dirigió una sonrisa tan dulce que cualquier hombre — pensó Tarzán, — podría intentar sin escrúpulos cosas mayores que las realizadas por él, sólo por el placer de recibir la bendición de aquella sonrisa.

No volvió aquel día a ver a la condesa, y con las prisas del desembarco a la mañana siguiente la perdió de vista por completo; pero en la expresión de los ojos de la dama, cuando se separaron el día anterior, hubo algo que no cesaba de acosar a Tarzán. Aquella expresión casi melancólica cuando hablaron de lo extraño de las rápidas amistades que se contraen en una travesía por el Atlántico, y de la igual facilidad con que se pierden para siempre.

Tarzán se preguntó si la volvería a ver en su vida.

CAPITULO III

EL SUCESO DE LA RUE MAULE

A su llegada a París, Tarzán se había encaminado en derechura a casa de su amigo D'Arnot, donde el teniente de marina le había echado una terrible filípica por su decisión de renunciar al título y bienes que le correspondían legalmente por haber sido de su padre John Clayton, el difunto lord Greystoke.

—Debes de estar loco, amigo, — dijo D'Arnot — al tirar así por la ventana no sólo riqueza y posición social, sino la ocasión de demostrar, sin dejar resquicio a la duda, que por tus venas fluye la sangre noble de dos de las casa más honradas de Inglaterra y no la sangre de una mona salvaje. Es pasmoso que te hayan podido creer... ni un solo momento, ni siquiera en la espesura de tu selva africana, cuando desgarrabas con los dientes la carne cruda de los bichos que matabas, como cualquier bestia feroz, y te secabas en los muslos los dedos grasientos: Aun entonces, antes de tener la menor prueba de lo contrario, sabía yo que te equivocabas al creer que Kala era tu madre. Y ahora con el diario que escribió tu padre acerca de la terrible vida que él y su esposa llevaban en aquella desierta playa africana; con el relato de tu nacimiento y, como prueba definitiva y la más convincente, con las huellas de tus deditos de niño en las páginas del diario, me parece increíble que quieras quedarte siendo un vagabundo sin nombre y sin un céntimo.

—No necesito nombre mejor que el de Tarzán — replicó el hombre-mono; — y en cuanto a lo de ser un vagabundo sin un céntimo, no tengo semejante propósito. Es más, la primera molestia, y esperemos que sea la última, que me veré obligado a imponer a tu altruista amistad será la de que me busques un empleo.

—¡Bah, bah! — refunfuñó D'Arnot. — Ya sabes que no lo decía por eso. ¿No te he dicho mil veces que yo tengo bastante para veinte hombres, y que la mitad de cuanto tengo te pertenece? Y aunque te lo diera todo, Tarzán, ¿significaría eso ni siquiera la décima parte del valor que doy a tu amistad ¿Te pagaría siquiera los servicios que me prestaste en Africa? No se me olvida, amigo, que de no haber sido por ti y por tu maravillosa bravura, habría muerto atado a la estaca en el pueblo de los caníbales de Mbonga. Tampoco olvido que a tu abnegada adhesión debo el haberme repuesto de las terribles heridas que recibí de manos de los antropófagos. Más tarde he sabido algo de lo que significó para ti el quedarte conmigo en el anfiteatro de los monos, en tanto que tu corazón te apremiaba a ir a la costa. Cuando llegamos por fin a ella, y nos encontramos con que se habían ido miss Porter y su gente, empecé a comprender algo de lo que habías hecho por un perfecto desconocido. Y no pienses que trato de recompensarte con dinero, Tarzán. Es que precisamente ahora es dinero lo que necesitas; si hubiera de ofrecerte sacrificios sería lo mismo. Mi amistad será siempre tuya, porque nuestros gustos son muy parecidos, y porque te admiro. En otra cosa no puedo mandar. Pero en el dinero sí puedo, y mandaré.

—Bueno — contestó Tarzán riendo, — no nos pelearemos por dinero. Como necesito vivir, el dinero me hace falta; pero más me satisfará tener algo que hacer. No puedes mostrarme tu amistad en forma más convincente que en la de encontrarme trabajo, pues la inacción me mataría en poco tiempo. En cuanto a mis derechos de nacimiento, están en buenas manos. Clayton no me roba nada. El cree firmemente que es el verdadero lord Greystoke, y lo más probable es que él haga un lord inglés mejor que un hombre nacido y criado en una selva africana. Tú sabes muy bien que aun ahora estoy medio por civilizar. En cuanto veo rojo de ira un instante, todos los instintos del animal salvaje que realmente soy dominan a lo poco que poseo de cultura y de refinamiento. Por otra parte, si yo hubiera declarado mi personalidad, habría despojado a la mujer que amo de toda la riqueza y posición que le asegura ahora su matrimonio con Clayton. ¿Podías hacer yo eso, Paul? La cuestión del nacimiento no tiene gran importancia para mí — prosiguió sin esperar la respuesta de su amigo. — Dada mi crianza, no veo que ni hombres ni fieras tengan valor sino por virtud de sus propias hazañas, físicas o morales. Y así soy tan feliz pensando que Kala fué mi madre, como lo sería tratando de imaginarme a la pobre y desdichada joven inglesa que falleció al año siguiente de mi nacimiento. A su manera feroz y salvaje, Kala fué siempre buena para mí. Yo debí de mamar de su peludo pecho desde el momento en que murió mi madre. Ella luchó por mí contra los feroces habitantes de la selva y contra los feroces individuos de nuestra tribu, con toda la bravura de un amor verdaderamente maternal. Y yo, por mi parte, la quería, Paul. No comprendí cuánto hasta que me la robaron el cruel venablo y la flecha envenenada del guerrero negro de Mbonga. Yo era todavía niño cuando ocurrió eso, Paul, y sé que me tiré sobre su cuerpo muerto y lloré sobre él para desahogar mi angustia como podría llorar un niño sobre su madre. A tí, amigo, te habría parecido una criatura fea y repugnante; pero para mí era hermosa. ¡De tal manera transfigura el amor al ser querido! De suerte que me allano sin dificultad ninguna a ser toda mi vida el hijo de Kala la mona.

—No te admiro menos por tu lealtad — dijo D'Arnot, — pero día llegará en que te alegrarás de reclamar lo tuyo. Recuerda lo que te digo, y esperemos que cuando llegue el momento siga siendo tan fácil como sería ahora. Debes tener en cuenta que el profesor Porter y mister Philander son las únicas personas del mundo que pueden jurar que el esqueleto pequeño encontrado en la cabaña, con el de tu padre y el de tu madre, era el de un mono antropoide de poca edad

A LA EXPECTATIVA

—¿Es usted el que ayer me dió una bofetada?
—No, señor.
—¿No lo es?
—¡No; le digo que no, y basta!
—Entonces ¿quién es?
—Soy el caballero que se la dará hoy como fastidie mucho y basta.

y no el de un retoño de lord y lady Greystoke. El dato es importantísimo. Los dos son ancianos, y no pueden vivir ya muchos años. Y además, ¿no se te ha ocurrido que en el momento de saber la verdad, miss Porter rompería su compromiso con Clayton? Podías fácilmente conseguir tu título, tus bienes, y la mujer que amas, Tarzán. ¿No habías pensado en eso?

—Tú no la conoces — respondió Tarzán, moviendo la cabeza. — Nada podía ligarla más a su palabra que cualquier desventura ocurrida a Clayton. Procede de una vieja familia del sur de América, y los del sur se precian continuamente de su lealtad.

Pasó Tarzán las dos semanas siguientes renovando su breve conocimiento de París. Durante el día, recorría las bibliotecas y los museos de pintura. Se había convertido en un lector omnívoro, y el mundo de posibilidades que se le abrió en aquel centro de la cultura y del saber casi lo agobiaba cuando se le ocurría pensar en la migaja infinitesimal que de la suma total de los conocimientos humanos podía adquirir un hombre solo, después de toda una vida de estudios e investigaciones; pero él aprendía lo que le era posible durante el día, y por las noches se lanzaba a la busca del placer y de la diversión. Y no le pareció París campo menos fértil para sus empresas nocturnas.

Si fumaba demasiado cigarrillos y bebía demasiado ajenjo era porque tomaba la civilización como la encontraba, y hacía las cosas que veía hacer a sus civilizados semejantes. La vida era nueva y atractiva; y además, tenía en el pecho una pena y un inmenso anhelo que sabía no había de realizar nunca; y por eso trataba con el estudio y la disipación — los dos extremos — de olvidar lo pasado y de inhibirse de la contemplación de lo futuro.

Estaba una noche sentado en un "music hall", sorbiendo su ajenjo y admirando el arte de cierta famosa bailarina rusa, cuando vió la fugitiva mirada de unos ojos negros y perversos clavados en él. El dueño de aquellos ojos dió media vuelta y se perdió entre la muchedumbre que salía, antes que Tarzán pudiera contemplarle a su sabor, pero tenía la convicción de haber visto otra vez aquellos ojos, y de que no se debía a accidente pasajero que aquella noche se hubieran clavado en él. Experimentaba hacía rato la inexplicable sensación de que lo observaban, y en respuesta a este instinto animal, tan poderoso en él, era por lo que se había vuelto súbitamente y había sorprendido los ojos en el mismo momento de estarle observando.

Antes de salir del "music hall" se le había olvidado el incidente; y no reparó Tarzán en el atezado individuo que se hundió más en las sombras de un portal frontero cuando el hombre-mono salió de la sala de espectáculos, brillantemente iluminada.

Tarzán no lo sabía, pero muchas veces lo habían seguido a la salida de aquel y otros sitios de recreo, aunque rara vez había ido sin compañía. Aquella noche D'Arnot tenía otro compromiso, y Tarzán había ido solo.

Al volver en la dirección que solía tomar para dirigirse a su alojamiento, el espía del otro lado de la calle salió corriendo de su escondite y se lanzó hacia delante con igual rapidez.

Tarzán, al volver a su casa por las noches, tenía costumbre de atravesar la rue Maule, la cual, por ser muy tranquila y estar muy oscura, le recordaba más su amada selva africana que las bulliciosas y deslumbrantes calles que lo rodean. Si os es familiar París, recordaréis la angostura y el aspecto poco atractivo de la rue Maule. Si no os lo es, no tenéis más que preguntar a la policía, la cual os dirá que en todo París no hay calle que más deba esquivarse después de oscurecido.

Aquella noche había recorrido Tarzán, como dos manzanas por las densas sombras de las viejas y destartaladas casas que constituyen la lóbrega vía, cuando sintió alaridos y gritos de socorro que sonaban en el tercer piso de una casa de la otra acera. La voz de mujer. Antes que expirasen los ecos de sus primeros chillidos ya estaba Tarzán subiendo a saltos la escalera y precipitándose por los negros corredores en socorro de la que demandaba auxilio.

Al final del corredor del tercer rellano estaba entornada una puerta, al otro lado de la cual oyó Tarzán la misma voz que le había hecho subir desde la calle. Un instante después se halló en el centro de una habitación débilmente alumbrada. Un quinqué ardía en una chimenea alta y antigua, y lanzaba sus tenues rayos sobre una docena de figuras altamente repulsivas. Todos eran hombres, menos una mujer de unos treinta años, cuyo rostro, marcado ya por las bajas pasiones y la disipación, debió de ser bello en otro tiempo. Hallábase con una mano en la garganta y acurrucada contra la pared más distante.

—¡Socorro, monsieur! — exclamó en voz baja cuando entró Tarzán en el cuarto. ¡Me estaban matando!

Al volverse Tarzán hacia los hombres, vió en ellas las caras astutas y perversas de los criminales de profesión y se preguntó cómo no habrían hecho ninguna tentativa de huir. Un movimiento detrás de él le hizo dar media vuelta. Entonces vieron sus ojos dos cosas, una de las cuales le causó infinito asombro. Un sujeto se deslizaba furtivamente fuera de la habitación, y una mirada bastó para hacer ver a Tarzán que se trataba de Rokof.

Pero la otra que vió era de interés mucho más inmediato. Era la figura de un individuo fornido y brutal que se le acercaba de puntillas por la espalda empuñando un recio garrote. Y en el momento en que el hombre se vió descubierto, por todas partes se lanzaron los demás sobre Tarzán en un ataque concertado. Algunos de ellos sacaron cuchillos. Otros cogieron sillas, en tanto que el del garrote lo levantaba en alto con poderoso ímpetu, que habría aplastado la ca-

beza de Tarzán si hubiera llegado a caer el palo sobre ella.

Pero el cerebro, la agilidad y la musculatura que habían hecho frente a la prodifiosa fuerza y a la cruel astucia de Terkoz y de Numa en lo más hondo de su selva vírgen, no habían de ser vencidos con tanta facilidad como se imaginaban aquellos apaches de París.

Escogiendo a su más formidable antagonista, que era el individuo del garrote, Tarzán se abalanzó sobre él haciendo un regate para esquivar su arma, y de un terrible golpe en la barbilla lo derribó en redondo.

Luego se volvió a los demás. ¡Aquello era caza! ¡Era la alegría del combate y la sed de sangre! Y como si hubiera sido una quebradiza concha, que se rompiera al menor trato violento, la delgada costra de civilización se desprendió de el, y diez fornidos rufianes se encontraron acorralados en un cuarto pequeño con un animal feroz y salvaje, contra cuyos músculos de acero su escasa fuerza era poco menos que inútil.

Fuera, en el extremo del corredor, estaba Rokof esperando el resultado del lance. Deseaba cerciorarse, antes de partir, de que Tarzán había muerto, pero no entraba en sus planes ser de los que se hallaran en el aposento al ocurrir el crimen.

La mujer estaba todavía en el mismo sitio que al entrar Tarzán, pero su rostro había experimentado infinidad de cambios en los pocos minutos transcurridos. De la apariencia de apuro que había mostrado cuando la vió Tarzán por primera vez, había pasado a una expresión de astucia cuando observó que el joven se volvía a hacer frente al ataque de su espalda, pero Tarzán no había reparado en aquel cambio.

Más tarde una expresión de sorpresa y luego otra de horror dominaron a todos las demás. ¿Y qué maravilla? Porque el pulcro caballero a quien habían atraído sus gritos para lo que había de ser muerte, se había metamorfoseado súbitamente en un demonio de la venganza. En vez de músculos blandos y de una resistencia bébil estaba viendo a un verdadero hércules que se hubiera vuelto loco.

—Mon dieu! — exclamó. ¡Es una fiera!

Poque los fuertes y blancos dientes del hombre-mono habían encontrado la garganta de uno de los agresores y Tarzán luchaba como había aprendido a hacerlo con los grandes antropoides de la tribu de Kerchak.

Estaba en una docena de sitios a un tiempo, saltando acá y acullá en el cuarto en sinuosos brincos, que recordaban a la mujer la pantera que había visto en el jardín zoológico. Tan pronto se quebraba una muñeca en su garras de hierro como se dislocaba un hombro al forzar Tarzán el brazo de

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 0.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . „ „	12.00 „

la víctima hacia atrás y hacia arriba.

Lanzando gritos de dolor, los hombres huyeron al rellano de la escalera con cuanta prisa les fué posible; más antes que el primero, tambaleándose, manando sangre y con unos huesos rotos, hubiera salido del aposento, ya Rokof había visto lo bastante para convencerse de que no era Tarzán hombre que quedara muerto en la casa aquella noche; de manera que el ruso se apresuró a llegarse a un antro cercano y a telefonear a la policía que un hombre estaba cometiendo crímenes en el tercer piso de la rue Maule, 27.

Cuando llegaron los de la policía se encontraron a tres hombres gimiendo en el suelo, a una asustadísima mujer tendida en una sucia cama, con el rostro oculto entre las manos, y a un ser, que parecía ser un caballero joven y bien vestido, en pie en el centro de la estancia, aguardando los refuerzos que le habían parecido las pisadas de los policías que subían la escalera. Pero los policías se equivocaban al juzgarle por su aspecto, porque lo que tenían delante era una bestia feroz, que los miraba por entre los párpados entornados y con pupilas azules con reflejos de acero. Con el olor de la sangre, el último vertigio de civilización se había desprendido de Tarzán, el cual se hallaba ahora como un león acorralado por los cazadores, esperando el nuevo ataque y agazapado para arrojarse sobre su autor.

—¿Qué ha pasado aquí? — preguntó uno de los policías.

Tarzán lo explicó brevemente, pero cuando se volvió a la mujer para que confirmara sus palabras se quedó de una pieza al oír su respuesta:

—¡Mientes! — chilló ella con estridente voz y dirigiéndose a los policía. — Ha entrado en mi cuarto estando yo sola, y para nada bueno. Al ver que yo le rechazaba, me habría matado si mis gritos no hubiera atraído a esos caballeros, que pasaban por delante de la casa. Es un demonio, "messieurs". El solo ha dejado medio muerto a diez hombres, sin más que las manos y los dientes.

Tanto hirió a Tarzán la ingratitud ed la mujer aquella, que por un instante se quedó sin saber qué decir. Los policías se mostraban propensos a un pruden excepticismo, porque habían tenido otros tratos con aquella misma dama y con su amoroso corrillo de caballeros amigos. Sin embargo, eran policías y no jueces, por lo cual decidieron arrestar a todos los que se hallaban en la casa, y dejar que la autoridad competente separase a los inocentes de los culpables.

No obstante, pronto se convencieron de que una cosa era notificar a aquel bien vestido joven la orden de arresto, y otra muy distinta proceder a cumplirla.

—Yo no he cometido ninguna falta — dijo tranquilamente Tarzán. — No he tratado más que de defenderme. No sé por qué ha dicho esa mujer todo lo que ha dicho. No puede tener enemistad ninguna hacia mí, que no la había visto en mi vida hasta que he entrado hoy en este cuarto en respuesta a sus gritos.

—Bueno, bueno — dijo uno de los policías —hay jueces que oigan todo eso.

Y se adelantó para poner la mano en el hombro de Tarzán. Un segundo después estaba hecho un guiapo en un rincón del aposento; y cuando sus camaradas se lanzaron contra el hombre-mono, probaron el mismo bixcocho que habían catado tan poco rato antes los apches. Tan rápida y bruscamente los trató Tarzán, que no les dió siquiera ocasión de sacar los revólvers.

Durante la breve lucha, el joven había reparado en la ventana abmierta, y más allá en el tronco de un árbol o un poste de telégrafo, no podía precisarlo. Cuando cayó el último policía, uno de sus compañeros logró sacar su revólver, y desde su mismo sitio disparó contra Tarzán. Falló el tiro y antes que el agente pudiera disparar de nuevo, el hombre mono dió un manotazo al quinqué y la habitación quedó a obscuras.

Lo que vieron después fué una figura agilísima que saltaba al alféizar de la ventana y, como una pantera, se lanzaba de un brinco al poste que se alzaba 1 otro ldo de 1 acera. Cuando los policías se repusieron y llegaron a la calle, el presunto prisionero no asomaba por ninguna parte. No se anduvieron con grandes miramientos al tratar a la mujer y a los hombres que no habían huido, una vez que los tuvieron en la comisaría. Era un destacamento de policía en extremo dolorido y humillado, y les revolvía las bilis pensar que tendrían que dar parte de que un hombre solo y sin armas se había desembarazado de todos ellos juntos, acabando por escapárseles con tanta facilidad como si no hubieran existido. El agente que quedó en la calle juraba y perjuraba que nadie había saltado por la ventana ni había salido de la casa desde que sus compañeros entraron hasta que salieron. Sus camaradas se figuraron que mentía, pero no se lo pudieon pobar.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO

Lo que me pregunto es qué dirían esos tigres si pudieran hablar.
—¿Qué dirían? "Está usted equivocado, señor, somos chacales".

—Papá, ¿ese hombre que va por ahí es uno que va de medio luto, como se dice?

Incompleta

—Su declaración está incompleta, señor. Usted pone como profesión "hombre de letras", pero luego se olvida de contestar a la pregunta de si sabe leer y escribir.

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS REVANCHAS DE ROCAMBOLE

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

—El continúa viendo en mí un instrumento dócil y fiel, como era en la poca en que transportamos de Mendon a Vanves, la pobre criatura, muerta por las convulsiones, como os dije.

—¿Y qué has sabido de nuevo?

—Un doble asesinato ejecutado en las personas de dos sirvientes del hotel Mauricio, donde viven los dos cómplices, y en lo que me parece entrever la mano de sir Ralph.

—¿Qué te lo hace creer?

—Ha salido con uno y otro sucesivamente en el intervalo de media hora. Ni uno ni otro han vuelto a aparecer, y uno de los dos ha sido asesinado cerca del puente. Se sabe de cierto.

—¿Y el otro?

—El otro, según dice sir Ralph, debe ser el asesino de su camarada, lo que no me parece absolutamente probado.

—Bueno. Esta noche iré a dar vuelta por el hotel Mauricio y trataré de aclarar este misterio. Mientras tanto, vuelvo en seguida a Aubervilliers, en donde tengo cita con tres personas, entre seis y siete. ¿Quieres acompañarme?

—Con mucho gusto, patrón.

—Partamos, pues. El coche que me trajo está esperando en la puerta.

Un instante después, aquel coche los llevaba hacia la Villette, y al cabo de una hora se detenía en la calle del Fuerte, a la puerta de un marchante de vinos situado a poca distancia de la calle de Pont Blanc.

Rocambole pasó en seguida a un gabinete reservado, donde lo siguió el dueño del establecimiento, de quien parecía ser conocido.

—¿No ha venido nadie todavía? — le preguntó Rocambole

—Todavía no, señor.

—Rascal, — le dijo en voz baja a éste, — tú te vas a quedar ahí en la sala común; introducirás junto a mí el primero que llegue y harás de modo que los demás no conversen entre sí.

—Comprendido. — respondió Rascal — no conviene que charlen; podría ser peligroso. Me voy a fijar.

Rascal y el tabernero salieron, dejando solo a Rocambole en el gabinete, pobremente alumbrado por una vela de sebo.

Hacía apenas cinco minutos que estaba allí, cuando se abrió la puerta dejando asomar la cabeza de Rascal.

—¿Quién llegó? — preguntó Rocambole.

—El bello sexo.

—Que pase adelante.

Rascal se retiró y una mujer franqueó la puerta del gabinete.

Era la señora Morel.

Cuando ella hubo cerrado la puerta:

—Señora Morel — le dijo Rocambole, — habéis representado vuestra comedia con una inteligencia, un aplomo y una naturalidad digna de los mayores elogios; me habéis ayudado poderosamente en la misión que me había impuesto de reparar el mal causado por el miserable sir Ralph, y habéis ganado grandemente la recompensa que os había prometido.

Abrió un portamonedas, se sacó un billete de Banco y lo entró a la partera, diciendole:

—¿Estáis contenta?

Ella abrió el billete, lo miró, y sus facciones expresaron una gran alegría.

—¡Quinientos francos! — exclamó con tal entusiasmo como si los cielos se hubieran abierto delante de ella.

—Por una buena acción, dijo Rocambole. Lo que es muy raro, generalmente sólo se recompensan las malas.

—¡Oh! ¡gracias, señor, mil gracias! — dijo la Morel haciendo una gran reverencia; señor...

—Señor a secas, — interrumpió Rocambole,—por el momento no tengo otro nombre.

Y añadió como para darle a entender que podía retirarse:

—Vamos, hasta la vista, señora Morel.

La partera comprendió y se fué.

Un instante después la cabeza de Rascal reaparecía en la puerta entreabierta.

—Es el mozo de la oficina, — dijo,

Entró un hombre de unos cuarenta años. Dirigía miradas a derecha e izquierda y parecía no tenerlas todas consigo.

—No tembleis así,—le dijo Rocambole,—aquí no tenéis nada que temer, nadie puede oir lo que pasa entre vos y yo en este gabinete

—Es que, ved, señor — dijo el empleado — he cometido una acción muy grave abusando de la confianza que tienen depositada en mí, trayendo aquí los dos registros de nacimientos, sabiendo que era para hacer desaparecer una inscripción; una falsificación, señor, una falsificación por la que corría el riesgo del presidio.

—Afortunadamente — respondió Rocambole — todo ha salido a pedir de boca; — no habéis hecho mal a nadie, al contrario, y este acto de condescendencia va a sacaros de todos los apuros y peligros qué os acarreaban vuestras deudas.

Aquí tengo la lista—continuó sacándose un papel del bolsillo y echando una mirada en él, — total mil trescientos francos.

Y metiendo otra vez la mano en el portamonedas se sacó un billete de mil francos y tres de a cien francos cada uno, que entregó al empleado de la alcaidía, quien salió de allí no menos contento que la partera.

Poco después asomó Rascal, seguido de un individuo a quien hizo entrar.

Este era míster Robertson, como se hacía llamar aquel perito, demasiado perito en caligrafía, especie de talento, del que dió una prueba a Rocambole, como se recordará, un día que éste lo fué a visitar a su domicilio de la calle de Foint Saint Jacques.

—Señor Robertson, — le dijo Rocambole —habéis realizado un verdadero milagro; el viejo empleado de la alcaidía, después de un minucioso examen, ha tomado vuestra letra por la suya. Ahora, ved cómo me desquito de la deuda contraída para con vos: primero, por haber hecho el trayecto de París a Auvivilliers en una noche fría y lluviosa, quinientos francos; segundo, por haber pasado dos horas en este gabinete corrigiendo un error en dos registros, mil francos; tercero, regreso a París por un tiempo igualmente lluvioso y frío, quinientos francos, lo que forma un total de dos mil francos que os voy a contar inmediatamente si aprobáis mi liquidación.

—¡Aprobada! — exclamó Robertson, lleno de alegría.

—Aquí tenéis dos billets de a mil y buena suerte, señor Robertson.

—Y si alguna vez tenéis la necesidad de mí.. — dijo éste metiéndose el dinero en el bolsillo.

—Perded cuidado, me acordaré de vos.

XLVII

UN MAL DIA

Sir Ralph, por su parte, también volvió a tomar el camino de París, pero en una situación de espíritu tan triste como es de suponer. Hacia las nueve llegó al hotel Mauricio, en donde Mac Field lo esperaba con la más viva impaciencia.

La primera pregunta que le dirigió este último al verlo entrar, tradujo desde luego el objeto proncipal de sus precauciones.

—Y... — le dijo, — ¿traéis el millón de la condesa?

—Estamos lejos de él, — respondió sir Ralh dejándose caer en un sillón con muestras del mayor abatimiento

—¡Cómo! — exclamó Mac-Field estupefacto, — ¿se na negado?

—Sí, por cierto, y me ha echado de su casa, además.

—¿Y no la habéis amenazado con revelarlo todo a su marido?

—¡Y cómono no!

—¿Y bien?

—¡Y bien! ella misma lo mandó buscar y me ha dejado a solas con él, diciéndole qué yo tenía una comunicación que hacerle.

—¡Es estupendo! ¿Pero qué habéis hecho entonces?

—Viendo que nada se podía esperar de ella le dije todo al marido con la esperanza de sacr de él una buena suma comprometiéndome a no revelar nada de una historia que atacaba tan duramente su consideración.

—¿Y el golpe habrá hecho efecto?

—Completamente. Ya iba a imponer mis condiciones, cuando se hizo anunciar un hombre; entra apesar del conde, obliga a éste a escucharlo, declara que cónoce el asunto de nuestra conversación y se compromete a probar que mis pretendidas revelaciones no son más que infames calumnias.

—¿Y qué os importaban las declaraciones de ese hombre? ¿No estabais preparado para probar todo lo contrario?

—Al menos, así lo creía.

—¿Cómo? ¿Lo creíais? — exclamó Mac-Field; — ¡ah! ¡Pero, hombre! En qué estáis pensando! ¿No teníais, acaso, en apoyo de vuestras afirmaciones, dos testimonios aplastadores: la declaración de la partera de Aubervilliers, y sobre todo la inscripción del nacimiento de la criatura en los libros del Registro Civil?

—Sí, sí, tenía todo esto. La señora Morel, a quien había visto la víspera, estaba pronta a declarar toda la verdad, y los Registros del Estado Civil que me hice abrir algunos días antes, también contenían la inscripción de aquel nacimiento con mención de la madre, la condesa, declarada así por la misma partera.

—Bien, pues, y ¿entonces?

—Y entonces, la partera, cuando la hemos interrogado declaró no haber puesto jamás los pies en la taberna de la "Providencia", ni oído hablar de tal condesa de Sanabria.

—¡La miserable! Ha sido comprada.

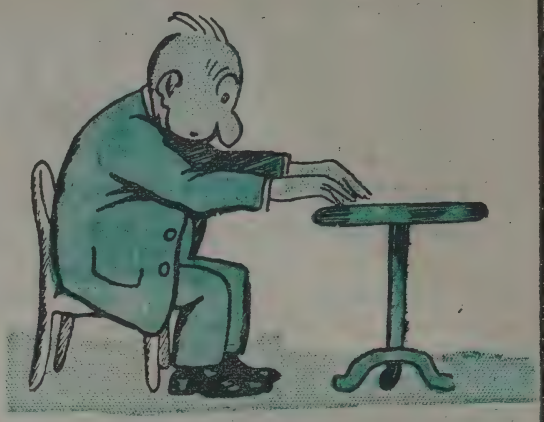
—Entonces corro a la Alcaldía, pedimos la partida de nacimiento del niño, inscripto bajo el nombre de Enrique, hijo de la condesa de Sanabria, y allí... creí haberme vuelto loco: aquella inscripción que yo había leído con mis propios ojos, había desaparecido de ambos registros y estaba reemplazada por otra.

—¿Qué decís? ¡Esto es inaudito! — exclamó Mac-Field aterrado.

—¿Y sabéis quién ha realizado este mila-

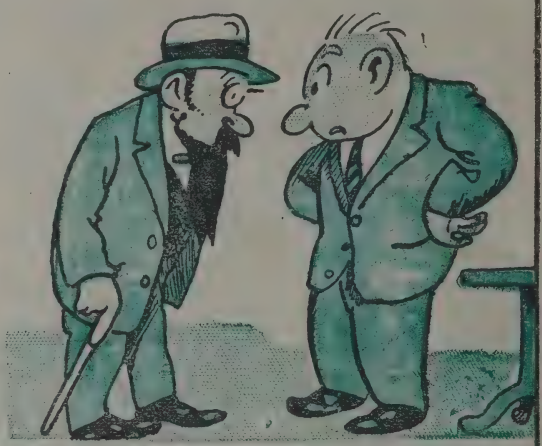
FENOMENO DE LEVITACION

Ustedes no lo querran creer, pero es verdad. Yo me interesaba por los fenómenos de levitación...

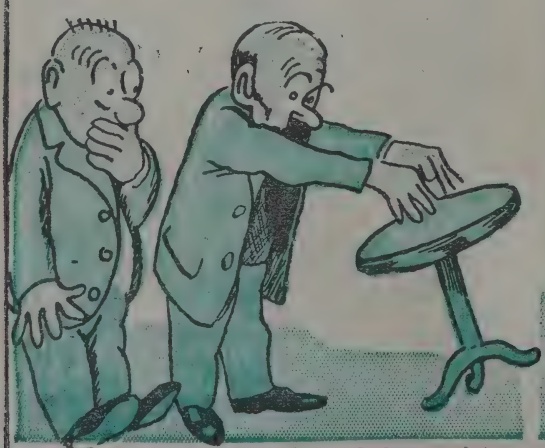


..Y me pasaba las horas muertas con el velador de tomar café aplicando los dedos sin resultado.

¡Nada! Ni por casualidad se movía el velador, ni mucho ménos se levantaba. ¡Era desesperante!



Hasta que un día amigo espiritista, que es un hacha para las levitaciones vino a casa.



...plico los dedos al velador, y éste se levanta con verdadero asombro mio, y me lo dejo en el aire.

¡Pues me he tenido que comprar una silla alta para tomar el café, porque no ha habido forma de bajarlo.

ULTIMOS MOMENTOS

—Augusto: si partes para el otro mundo, no olvides que allí volverás a verte dentro de poco.

—¿Por qué no me dejas morir en paz, Adelaida?

gro? — añadió sir Ralph; el mismo individuo que entró por fuerza en casa del conde para declararle que no habría ni una sola palabra de verdad en toda mi relación.

—Pero, ¿quién es, pues, ese hombre?

—Ese hombre es el señor Portal.

—¡El! ¡Ah! Bien dije yo que nos sería fatal! — exclamó Mac-Field con un rechinamiento de cólera.

Y añadió después de un momento de pausa:

—Pero ¿cómo ha podido hacer desaparecer de ambos registros...?

—¡Ah! Eso se ha guardado muy bien de decírmelo; se contentó con declararme que todas mis pruebas las había desvanecido con un soplo.

—¿Pero es un demonio ese hombre?

—Demonio temible, cuyo solo nombre me hace temblar, lo confieso. ¿Sabéis las palabras que me dijo cuando se iba? "A la menor tentativa contra mí, o contra los que yo protejo, os denuncio a vos y a vuestro cómplice Mac-Field como asesinos de los esposos Christiani.

—¡Sabe esto! — exclamó Mac-Field.

—Lo sabe todo hasta la muerte del hijo de la condesa y su traslación a la casa de Claudio, donde acaba de ser descubierto por la policía.

—Tenéis razón, — repuso Mac-Field, — ese hombre es un enmigo temible.

Y después de un momento de silencio añadió:

—Decididamente, sir Ralph, estamos atravesando en este momento una fase terrible, porque yo también tengo una noticia desagradable que comunicaros.

—¡También! — exclamó sir Ralph, turbándose de repente.

—Ya sabéis que pedí a Bautista que nos tuviera al corriente del drama de la calle de la Sourdiére, diciéndole que ese asunto me interesaba mucho.

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien; ha ido con un camarada a la comisaría de policía, donde estaban hace apenas algunas horas los cinco dedos de la cloaca.

—Y los ha visto.

—Sí, y su compañero ha declarado que le parecía reconocer el anillo que tenía uno de los dedos, como habiendo pertenecido a Peters, el doméstico inglés que ha desaparecido desde hace dos días.

—Efectivamente, — dijo sir Ralph. — esto es de mal agüero. Sin embargo no es sino una presunción, y si tenemos la suerte de que no aparezca el cuerpo en las cañerías este detalle pierde toda la importancia.

—Ha bastado no obstante para alarmar y sé que le dueño del hotel ha ido a la Morgue para ver el cadáver, si es que ha sido encontrado.

—¡Y si yo fuera también allí! — exclamó sir Ralph; — es de la mayor importancia que nosotros sepamos primero que nadie lo que ocurra osbre esto, a fin de obrar en consecuencia. Si el cuerpo de Peters ha sido hallado no nos queda más que un partido a tomar, y es marcharnos cuanto antes sin perder ni un minuto.

—¿Qué hace usted contra los microbios?
—Primero hiervo el agua, luego la filtro...
—¿Y después?
—Después tomo del famoso HIERRO QUINA BISLERI.

—Tal vez sea peligroso que uno de nosotros aparezca por allá, — dijo Mac-Field, — pero por otra parte es esencial, como decís, que sepamos cuanto antes a qué atenernos.

—Partamos, — dijo sir Ralph; — tomad todos nuestros papeles, yo entraré en la Morgue vestido de operario, vos me esperaréis en los alrededores, y si reconozco el cadáver de Peters, huímos.

Concertado este plan, se disponían los dos a salir cuando llamaron a la puerta del cuarto

Cambiaron entre sí una mirada ansiosa.

—Saben que estamos aquí, — dijo por fin sir Ralph; — negarnos a abrir sería una imprudencia gravísima, y por otra parte inútil.

Y gritó:

—¡Entrad!

Se abrió la puerta y entró un hombre.

Los dos cómplices quedaron tranquilizados en seguida. Era Baustista. Estaba pálido y parecía poseído de una fuerte emoción.

—Señor, — dijo a Mac-Field, después de haber cerrado la puerta, — me recomendásteis que os tuviera al corriente del asunto de la calle Sourdiére y vengo por eso.

Mac Field tuvo que hacer un gran esfuerzo para no descubrir su turbación.

—¡Ah, ah! — hizo con un acento indiferente, — ¿hay algo de nuevo?

—Sí, milord.

—Y bien, contadme eso, Bautista.

—Señor, vengo de la Morgue, adonde fuí con el patrón.

—¿Y qué habéis visto?

—¡Ah, milord! Algo terrible.

—¿Qué cosa? Hablad.

—Había muchos curiosos y esto se comprende, porque tendidos en losas estaban dos cadáveres.

—¿Y dónde fueron hallados esos dos cadáveres?

—En las cloacas.

—¡Ah! — hizo sir Ralph.

—¿Los dos? — preguntó Mac Field.

—Sí, milord, los dos.

—Y, — preguntó sir Ralph titubeando,

—¿Acaso Peters?...

—Sí, milord; uno de ellos era Peters.

—¿Lo habéis reconocido?

—Sí, milord, pero no por la cara.

—¿Cómo es eso?

—¡A, señor, qué cuadro aquel! El y su compañero no tenían cara, los ratones se las habían comido, y lo más horroroso es pensar que fueron mutilados así, de vivo en vivo.

—¿Y en que fundáis esta creencia?

—Por de pronto, Peters, cuando lo encontraron, tenía un ratón entre sus dedos rígidos, lo que prueba que hubo lucha, es decir, que él y su compañero han debido verse asaltados por una banda de esos animales, porque la repentina invasión del agua de las lluvias ha debido echarles junto a los caños de tormenta, en uno de los cuales cayeron los dos hombres. Se supone que éstos, al caer, han debido agarrarse de los barrotes que hay atravesados en cada caño y que forman una especie de escalera, y que allí, antes de sumergirse, tuvieron que sostener una lucha con un verdadero ejército de esos inmundos animales, furiosos, locos, rabiosos de hambre.

—¡Qué muerte horrible! en efecto, — dijo Mac Field.

—Pero—hizo observar sir Ralph,—¿cómo pudísteis reconocer a Peetrs en un cuerpo cuya cara ha sido devorada por las ratas?

—Lo reconocimos por la mano derecha, cortada justamente a raíz de los dedos.

—Lo que ha debido ser un gran inconveniente para él en su lucha con las ratas, — dijo Mac Field afectando la mayor indiferencia; — vamos, he ahí un pobre hombre que lo ha pasado bien mal en sus últimos momentos.

—¡Oh! sí, milord, — dijo Bautista horrorizado.

—Etonces, — repuso Mac Field — si este individuo es efectivamente Peters, es claro que no puede ser él quien asesinó a Jack, el cochero, como se suponía.

Evidentemente, milord.

—¿Y cómo se explica la buerte de Peters en esa cloaca?

—De esta manera; se supone que eran tres cómplices, tres asociados, que el tercero debía encontrarse con Peters en la cita de éste con Jack, y que suponiendo tal vez a Peters provisto de una fuerte suma, producto de los robos cometidos en común, lo habían seguido hasta la casa del doctor, a donde acompañó a sir Ralph, y que luego, viendo que salía solo, habrá encontrado el modo de atraerlo hacia esa boca de cloaca con el propósito de precipitarlo en ella y que, en la lucha había sido arrastrado por su víctima. En la absoluta imposibilidad de restablecer la verdad de los hechos, estas son las conjeturas a que se llega por el momento, pero, ahora mismo, mi compañero, el que ha reconocido la sortija del dedo, está en la prefectura de policía, donde ha sido llamado para suministrar todos los datos que pueda sobre el particular.

—¡Ah! — hizo vivamente sir Ralph, — ¿la policía se ocupa del asunto?

—Sí, milord, y si lo deseáis, puesto que esto os interesa, tan pronto como regrese mi compañero, os comunicaré lo que me diga.

—Con mucho gusto — dijo Mac Field — ese pobre Peters nos interesa. Era un excelente sirviente y sentíamos por él una verdadera simpatía.

—¿Necesitais de mis servicios, milord?

—Por el momento, no, Baustista.

Cuando el sirviente estuvo fuera:

—¡Y bien! — exclamó sir Ralph, — ¿qué me decís de la situación?

—Mi parecer es éste — repuso Mac Field: — la policía no creerá absolutamente en la fábula de ese tercer cómplice y de todas las conjeturas consiguiente. Lo que llamará sobre todo su atención, será este hecho singular: que dos hombres salidos del hotel sucesivamente en compañía de un tal sir Ralph, han sido aseinados uno y otro y esto en el intervalo de media hora; entonces, sin dejar translucir la menor sohpecha respecto de sir Ralph, sin aparentar absolutamente preocuparse de él, instaurará un sumario destinado a establecer la perfecta identidad de sir Ralph y de Mac Field primero, y de Peters y Jack, después. Esto podrá durar unos tres días, durante los cuales no tendremos nada que temer. Ahora bien, mañana a la noche es cuando tendrá lugar la gran fiesta de los esponsales, y pasado mañana vuestra boda; aceptado, mañana a las noche, lo que os propuso Mauvillars, la dote sin la mujer, os escurriríais inmediatamente después de la ceremonia, lo que no podrá sospechar la policía, y la misma noche nos encontraremos en Bélgica con la dote en el bolsillo.

—Sí, el plan es excelente, dijo sir Ralph.

—Y me parece segurísimo— repuso Mac Field, — pero estemos en guardia, y no vayamos a la fiesta de mañana, sino con un revólver cada uno, bien cargado, en el bolsillo.

XLVIII

VUELTA A LA QUINTA

Debemos ocuparnos de un personaje del que no hemos hablado hace mucho tiempo y de que el lector debe interesarse sin duda: Luisa Prévot, la madre de la mudita.

Ya sabemos, que por los cuidados de Pedro Valcresson, la graciosa quinta de Fontenoy-aux-Roses había recobrado el brillo y esplendor de los tiempos pasados.

Como entonces, estaba cubierta de rosas trepadoras que tapizaban el techo en toda su extensión y volvían a caer como inmesos cortinajes hasta pocas pulgadas de suelo. El jardín también volvía a ser aquel espléndido vergel florido que recordaba a los transeuntes embelesados la imagen del Paraíso Terrenal.

Y a fin de que la ilusión fuese completa y recordase continuamente a la pobre loca aquel pasado venturoso. Pedro Valcresson había vuelto a emplear el mismo antiguo jardinero, para que esparciese con profusión las mismas plantas qy flores que sabía eran las predilectas de la infortunada madre.

En ese encantdo medio en que vivía sin

cesar, Luisa Prevot había recobrado rápidamente la calma y la serenidad que la faltaban desde hacía tiempo, y su memoria, excitada constantemente por los objetos que la rodeaban y que le recordaban días mejores, fué poco a poco, por fragmentos confusos al principio y más y más luminosos después, restableciendo la imagen de su adorada hija.

El lector ha podido sorprenderse de ver a Juana permanecer con Rocambole y Vanda en tanto que sus padres vivían en Fontenoy. Es que así lo había ordenado expresamente el doctor alienista, quien, temiendo la acumulación de recuerdos e impresiones en aquel cerebro todavía débil, se había reservado juzgar más tarde cuál sería el momento oportuno par traer la niña junto a su madre.

Ese día llegó al fin.

En el cerebro de la pobre madre se había producido una completa apatía. Su mirada llena de dulzura y las facciones reposadas y tranquilas no ofrecían ya ningún síntoma de exaltación.

Desde hacía algunos días, hablaba de su hija con más frecuencia; recordaba todas sus gracias ingenuas, sus encantos y cariños con una emoción que se iba acentuando gradualmentes, pero se la representaba siempre en la infancia, siempre pequeña y alegre, aturdida y bulliciosa, como en la época en que se borró de su espíritu invadido por la locura.

—No, amiga mía, ya no es así, — le decía Pedro Valcresson, — ha transcurrido mucho tiempo desde que estás enferma, desde el día en que fué preciso llevarla lejos de aquí.

Y como ella no podía tener una idea de que su hija ya no fuese igual a como ella la había conocido y tal como había quedado grabada en su memoria, Pedro Valcresson le dijo, mostrándole un árbol de jardín:

—Mira, amiga mía, procura reunir tus recuerdos; aquí tienes un álamo, que ahora es muy grande y da mucha sombra; en otro tiempo, Juana es quien me lo ha dicho, ella lo podía abarcar con sus manecitas; ¡y bien! así es como Juanita se ha ido desarrollando; entonces era un arbusto, hoy es un arbolito.

Después le mostraba dos fotografías de la niña, la una hecha en la época en que tenía cuatro años, por un fotógrafo hábil a donde la llevó su madre, lo que recordaba bien; a otra hecha recientemente, cuya fisonomía conservaba algunos rasgos de la primera, pero de la que difería, no obstante sobre muchos puntos; y le decía:

—Aquí tienes a nuestra Juanita, tal como tú la has conocido, y esta otra es tal como está en la actualidad.

—¡No, no, ésta no es la misma! — decía Luisa sacudiendo tristemente la cabeza; la han cambiado, ya no es la misma.

Un día que estaba sentada en la glorieta al lado de Valcresson, conversaba con él, tan pronto razonablemente, como tan pronto divagando, y de pronto exclamó:

—Quisiera ver mis dos Juanas.

Valcresson, que siempre llevaba consigo las dos fotografías, a fin de mostrárselas frecuentemente, se las sacó del bolsillo y se las puso a la vista.

Luisa las estuvo contemplando mucho tiempo; luego, poniendo el dedo en la que databa sólo de algunos días:

—Sí, — dijo con voz enternecida, — sí, ha cambiado mucho. ¡No importa! Conozco que siempre la quiero y me gustaría verla.

Y volviéndose de pronto a Pedro:

—¿Dónde sstá, pues? — preguntó.

—Está en casa de unos amigos que la quieren y la cuidan como si fuera su hija.

—¿Y por qué no está conmigo?

—Porque tú estabas enferma, Luisa, y necesitabas un completo reposo.

—Sí, me acuerdo, — dijo ella tocándose la frente; — estuve muy enferma.

Y añadió al cabo de un rato:

—Pero ahora voy bien. Puede volver a mi lado.

—Mañana va a venir, amiga mía; al efecto, voy a escribir al señor Portal y a la señora Vanda, que han sido un padre y una madre para nuestra Juanita.

—Me gustaría conocerlos, — dijo Luisa.

Al día siguiente, Rocambole recibía una carta en la cual le rogaba que fuera a comer a la quinta acompañado de Vanda y la niña, añadiendo que le era agradable comunicadle que día a día empezaba a penetrar la luz en el cerebro de Luisa y que creía poder contar con un próximo y completo restablecimiento.

Rocambole se apresuró a comunicar la noticia a Juanita, que saltó de contento, a la idea de volver a ver a su madre, de la que Vanda le hablaba frecuentemente desde hacía algún tiempo y de poder correr en el lindo jardín que se destacaba como una encantadora visión en sus sueños infantiles.

Todas estas alegrías fueron aumentadas todavía por la perspectiva de una preciosa toilette preparada desde hacía días, en vista de alguna circunstancia extraordinaria y solemne y que ella iba a estrenar en esa ocasión.

A las tres estaba ya prontá y no faltaba más que el sombrero.

Por fin Rascal, que había ido a carrera tedida a casa de la modista, volvía a las cuatro con una caja de cartón que llevaba pendiente de un dedo como si hubiera sido de cristal.

En un transporte de alegría Juanita le echó los brazos al cuello, al hombre de los brazos colorados.

Eran cerca de das seis de la tarde cuando Rocambole, Vanda y Juanita llegaban a la quinta de Fontenoy.

La primera persona que encontraron al entrar fué a Milón, que, como sabemos, se había constituído en guardián y protector de la pobre loca durante las frecuentes ausenacis de Valcresson.

—¿Y bien? — le preguntó Rocambole,— ¿parece que nuestra pobre enfrema sigue mejor?

—Pero no desde hoy, — respondió Milón tristemente.

—¿Qué ha sucedido, pues? — preguntó vivamente Vanda.

—Nada de grave; pero la completa calma que se había notado en ella desde hacía algún tiempo y que el doctor consideraba como un excelente síntoma, ha desaparecido de repente para dar lugar a una agitación sombría. Recorre incesantemente la casa de arriba abajo y el jardín hasta en sus menores rincones, deteniéndose a cada momento, ora delante de una planta, ora delante de un árbol o de un banco de piedra y mirando cada objeto con una mezcla de sorpresa y de emoción, como si lo viese por la primera vez.

—¿Se ha dado aviso al doctor?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Vino, y la seguía por todas partes, estudiando sus gestos, sus miradas, la expresión de su fisonomía, y en seguida nos previno que se aproximaba una gran crisis, cuyo resultado era imposible de prever, pero que exigía de parte nuestra una vigilancia excepcional de todos los momenots. En una palabra, me pareció muy preocupado.

—¡Pobre mujer! — exclamó Rocambole.

—¡Quién sabe si no es la crisis suprema la que se prepara! ¡Ah! ¡El corazón no experimenta en vano tortturas semejantes!

En este momento llegó Valcresson.

Sus facciones tenían el sello de una profunda angustia.

—Milón os enteró de lo que pasa, ¿no? — dijo a Rocambole.

—Ya véis; estamos muy afligidos.

—No lo deis a conocer; su vista se fija en todo con una expresión que me inquieta. Observad, pues, disimulando y fingiendo que no os preocupáis de ella.

—Tranquilizaos. Seguiremos vuestras recomendaciones.

—Como la temperatura es tan benigna, mandé poner la mesa en el jardín, cerca de la casa, a fin de que tenga siempre a la vista un cuadro agradable, como desea el doctor; venid, pues, y sentémonos a la mesa sin dirigirle la palabra.

Pasaron al jardín.

Luisa estaba ya sentada a la mesa.

Todos se sentaron igualmente sin fijarse en ella.

Ella, por el contrario, dirigía la mirada a cada uno de los recién venidos y se fijaba en cada uno de ellos sucesivamente como si hubiera querido leer en su pensamiento.

De repente se sacó del bolsillo dos tarjetas; eran las dos fotografías de Juana, las contempló unos instantes con una viva emoción, luego, tendiendo bruscamente la mano hacia la mudita:

—¿Es Juana? — exclamó.

Y añadió, señalando el sitio que Rocambole ocupaba a su lado:

—¿Por qué no está aquí, a mi lado?

Rocambole se levantó, haciendo una seña a la niña para que viniera a ocupar su asiento.

Entonces Luisa, tomando a la niña por la barba la levantó suavemente la cabeza, diciéndole:

—Mírame de frente, que te vea los ojos.

Juana clavó en ella sus grandes y expresivos ojos, llenos de dulzura y penetración a la vez.

La pobre loca miró un buen rato.

Inmóvil, como si hubiera sido de piedra, clavando en la niña una mirada ardiente y profunda, recordaba vagamente la antigua Esfinge, planteando al viajero sus temibles enigmas.

—Sí, sí, — balbuceó Luisa de pronto con voz estremecida y con la vista iluminada de repente con su brillo extraordinario; sí, la reconozco, es ella, es mi Juanita, que corría en este jardín detrás de las mariposas.

Después, pasando lentamente su mano por la hermosa cabellera de la criatura:

—¿Y tú, — le preguntó, — me reconoces tú a mí?

La mudita también parecía muy conmovida. Aquella mirada maternal, tan tierna y tan profunda a la vez, ella la recordaba como un sueño.

Evocaba en ella todo un pasado radiante y vago como una visión, todo un mundo de recuerdos confusos y deliciosos, imágenes intangibles flotando en un azul transparente, luminosas arboledas en que se mezclaban de un modo raro ramilletes de flores, el revolotear de las mariposas, resplandores del sol brillantes, blancos claros de luna, gorjeos de pintados pajaritos; y cerniéndose por encima de tantos encantos, como un paraíso constantemente abierto, las suaves sonrisas y las cariñosas miradas de su madre.

Y aquellos hermosos ojos, que habían irradiado sobre el período de su infancia como un ángel tutelar, la niña los reconocía en aquel momento.

Entonces las lágrimas brotaron repentinamente de los suyos, y echándose al cuello de su madre, la estrechó con una arranque de ternura que transtornó a la pobre mujer y la hizo sollozar a su vez.

Pasaron algunos minutos en aquellas efusiones, y en seguida la madre apartó un poco a la niña para volverla a mirar, y le dijo:

—¿Me reconoces, entonces?

Juana respondió con un signo de cabeza afirmativo.

—¿Por qué no me habla, pues? — preguntó Luisa paseando sus miradas alrededor de la mesa.

—Es muda, — dijo Valcresson.

—No, es falso, — repuso Luisa; — antes hablaba, yo me acuerdo de su voz. Todavía resuena en mi corazón y en mis oídos.

Se calló y se puso a reflexionar. En seguida murmuró tocándose la frente:

—¡Muda!... Esperad... un día os oí contar una historia... o bien... ¿no había sido acaso un sueño? ¡ah, sí, sí... ¡Es demasiado horrible! Era un sueño.

Una niña arrastrada a una cueva de bandidos... una espantosa vieja, con unas tijeras en la mano, abriéndole la boca por fuerza... y...

Repentinamente se levantó de la silla, sus facciones se contrajeron por una expresión de horror, y clavando en los ojos de la niña una mirada brillante por la angustia:

—¡Abre la boca! ¡Déjame ver! — exclamó toda estremecida.

Juana obedeció.

Y entoces se escapó del pecho de la desventurada madre un grito terrible, desgarrador, en el que explotaba un sufrimiento sobrehumano.

Y cayó de espaldas al suelo, murmurando:

—¡Es ella! Ella, mi hija, la que sufrió...

La frase murió en sus labios.

Acababa de perder el conocimiento.

CLIX

LA LUZ EN EL CAOS

Pasaron más de diez minutos antes de que Luisa recobrase el uso de los sentidos.

La habían levantado y extendido en un gran sillón que Milón trajo a toda prisa de la casa.

Al volver en sí, paseó una mirada sorprendida por todos los que la rodeaabn; luego sus grandes ojos azules se fijaron en el jardín, que contemplaba con la expresión del más profundo embeleso. Permaneció así algunos instantes como en una especie de éxtasis, con las facciones impresas por esa suave y melancólica beatitud que irradía en el semblante de los convalecientes, y en seguida murmuró con voz penetrante:

—¡Oh! ¡cuán hermoso es todo esto, Dios mío! Esta tierra llena de flores y de perfumes, este cielo tan azul, ese horizonte inflamado, ¡oh! ¡qué lindo es todo eso!

Volviendo luego las miradas hacia los que agrupados a su alrededor la contemplaban con ansiedad:

—Tranquilizaos, les dijo con una sonrisa tranquilizadora; la noche que envolvía mi espíritu acaba de disiparse de repente y la que acaba de realizar este milagro es mi hija, mi querida Juanita; es ella la que, desgarrando el velo que oscurecía o desnaturalizaba todo lo que había a mi alrededor, ha dejado desbordar la sensibilidad en mi corazón y la luz en mi inteligencia. ¡Oh! ahora os reconozco a vosotros todos, que antes pasábais por mi lado como fantasmas y cuya voz hería mis oídos sin despertar mi pensamiento; yo os reconozco bien a vos, señor Portal, y a vos también, buena y amable Vanda, que veo hoy por primera vez, pero cuyos nombres he oído pronunciar tan a menudo como el de Juana, de quien habéis sido una madre; también te reconozco, mi excelente Pedro, tú que has atravesado los mares para traer la dicha y el bienestar a tu cara Luisa, y a ti también, pobre hija mía, te conozco, a ti que me arrebataron un día, día terrible, hora funesta, en que la desesperación cayó como un rayo en mi espíritu y produjo la noche en él. Ya véis bien, todos, que la pobre loca ha recobrado el uso de sus facultades, la lucidez de su espíritu y que hoy ve todas las cosas claras, que hasta ahora permanecían amontonadas y confusas en su pensamiento, en donde hasta hoy no formaban sino un sombrío e inextricable caos.

—¡Luisa! ¡oh, mi querida y adorada Luisa! exclamó Valcresson con un arranque de alegría que transformó de pronto toda su fisonomía, triste y grave desde su regreso.

UVALINA
(Alcrmelada de uvas compuesta)
NO ES UN PURGANTE
EL UNICO REGULADOR DE LA FUNCION INTESTINAL QUE NO INTOXICA
En todas las farmacias
Informes y prospectos al
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745

Y cayeron en brazos uno de otro, llorando los dos y balbuceando frases incoherentes, cuya misma confusión revelaba toda ternura.

—¡Ah! exclamó la pobre madre desprendiéndose en fin de los brazos de Pedro y atrayendo a la niña hacia sí, toda conmovida ella también de lo que pasaba a su vista; mi dicha sería completa ahora si mi querida Juanita, tan linda, tan graciosa, no fuera, por decirlo así, rechazada de la sociedad, como lo era yo también hasta hace poco por...

—No evoquemos tan tristes recuerdos, le dijo vivamente Valcresson; no hables nunca de ello, mi amada Luisa, olvida esos años de extravío mental, para no acordarte sino de la felicidad que nos espera en lo sucesivo.

—Y en cuanto a Juana, dijo Vanda a su vez, no la compadezcáis demasiado, ni penséis que se halle separada del mundo por esta deformidad, mucho menos grave de lo que creéis. Por de pronto, no se halla privada, como los otros mudos, de la facultad de oir, y esa es la privación, sobre todo, que eleva una barrera entre la sociedad y estos desgraciados; y luego, ella es tan inteligente y se expresa por gesto con tanta claridad, que se llega a dar a comprender tan bien como nosotros por la palabra.

—¡Hija mía! ¡ah! Ya no se separará más de nosotros ahora; es preciso que os resolváis a devolvérnosla, le dijo Luisa estrechando a Juana contra su seno.

—No será sin pesar, os lo juro, dijo Vanda, porque tiene tanto corazón como inteligencia, y todos la queremos como si fuera nuestra.

Juana sonrió a estas últimas palabras y envió desde lejos un cariño a Vanda.

En seguida le hizo varios signos que Vanda tradujo a Luisa, para quien aquel lenguaje era completamente nuevo.

—Me dice, — explicó Vanda, — que con-

siente en separarse de nosotros con la condición de que vengamos a verla.

—Así lo espero yo también, que le procuraréis a menudo este placer.

—La queremos demasiado para dejarlo de hacer.

—¡Pobrecita! — dijo Luisa besando la frente de la niña. ¿Qué hubiera sido de ella sin vosotros? ¡Ah! cuando pienso en el monstruo en cuyas manos había caído, en ese odioso Rascal, de quien tan a menudo he oído hablar, verdugo sin entrañas y sin...

Juana tomó de repente la mano de su madre, y mirándola fijamente, hizo con la cabeza varios signos negativos.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Luisa sorprendida.

—Quiere decir que no se debe decir ya mal de Rascal, — respondió Vanda.

—¡Cómo! ese miserable que ella indicaba con el apodo del hombre de los brazos rojos...

—Hoy el hombre de los brazos rojos, es su mejor amigo, ha experimentado la seducción de Juana como todos los que se le aproximan, y se ha vuelto un esclavo suyo, un perro sumiso y fiel, siempre atento a adivinar sus menores caprichos y pronto siempre a satisfacerlos, cualesquiera que sean, de manera que ya veis cómo ello lo difiende ahora, ella, cuyo solo nombre la hacía temblar en otro tiempo.

Durante este tiempo, he aquí las palabras que se cruzaron entre Valcresson y Rocambole:

—¿Os acordáis de que un día, — decía este último, — me habéis hablado de un tal Luis Dupré, al contarme la triste historia de Luisa?

—Sí, os dije que ese hombre, su marido era un miserable que...

—No digáis ya mal de él?

—¿Por qué?

—Os pedí con indiferencia su domicilio, me lo distéis, tomé informes, y....

—Bueno, ¿y qué?

—Que ha muerto.

—¡Ha muerto! — exclamó Valcresson con una emoción que no tenía nada de triste.

—Era el único servicio que podía prestar a su mujer, es preciso agradecérselo y no hablar ya mal de él, como os acabo de decir.

—¡Muerto! — murmuró Valcresson con mal reprimida alegría, al fin ya nada se opone a que mi querida Luisa llegue a ser mi esposa.

—Eso será un buen coronamiento de su felicidad, pero la cabeza todavía está débil esperad algún tiempo antes de darle esta noticia.

L

UN MAL CUARTO DE HORA

Puesto en buen humor, por la gran noticia que Rocambole le acababa de dar Valcresson dijo sonriendo:

—Se me ocurre una idea, ahora que todos estamos contentos, me parece que no es cuestión de dejarnos morir de hambre. ¿Si nos pusiéramos a comer? ¿qué os parece?

—¡Aprobado! exclamó Rocambole; la idea es excelente.

—Y yo que me olvidaba que tengo invitados, dijo Luisa.

—Voy a mandar que sirvan ahora mismo, dijo Milón.

Y corrió a la cocina.

Un momento después llegaba la sirvienta con la sopera humeante, y los convidados, hambrientos, desplegaban sus servilletas con un entusiasmo que anunciaba las más amenazantes disposiciones respecto de los manjares, cuando un ruido extraordinario, terrorífico, aunque inexplicable, se sintió el otro extremo del jardín.

Todas las miradas se dirigieron en seguida hacia aquel lado con un sentimiento de viva aprensión.

Al mismo instante, la puertecita de madera que cerraba el jardín por aquel lado saltó en astilas, y un grupo informe, tan extraña y singularmente unido que era imposible distinguir su naturaleza, hizo irrupción en medio de las flores con la violencia brutal e irresistible de un huracán.

Muy pronto se distinguieron dos seres enroscados el uno en el otro, que parecían formar sólo uno, algo monstruoso, que recordaba vagamente el centauro de la fábula.

Solo que de aquél grupo indescifrable, salieron dos ruidos distintos y muy diferentes, el uno un grito humano, y el otro una especie de gruñido sordo, furioso y siniestro.

—¡A mí! ¡a mí! ¡Socorro! gritó por fin una voz alocada, llena de terror.

Paralizados de momento, unos por la sorpresa y otros por el miedo, los comensales murmuraron en voz baja:

—¿Qué viene a ser eso?

—Voy a ver, dijo Rocambole, metiéndose la mano en el bolsillo del jaquet, de donde sacó un revólver que armó al instante.

Y en seguida se lanzó hacia aquel grupo indefinible que caracoleaba por entre las plantas, el uno lanzando gritos agudos y desesperados, mientras que el otro continuaba con sus gruñidos ahogados y espantosos.

Cuando estuvo ya a pocos pasos del grupo Rocambole, también dió un grito a su vez, y quedó inmóvil con el arma en la mano.

Parecía aterrado.

Lo que tenía delante de su vista era una mujer y un perro.

La mujer acababa de rodar sobre un césped lleno de primaveras, y el perro, echado sobre ella, le revolvía el cuello y la cara con sus agudos colmillos.

—¡Matadlo! ¡estoy perdida! ¡Matadlo! Está rabioso, gritaba la pobre mujer con acento lastimero y desesperado.

Efectivamente, una baba blanquecina bordaba la boca del animal y sus ojos sanguinolentos resplandecían como dos brasas de carbones encendidos.

Rocambole adelantó todavía dos pasos con el dedo puesto en el gatillo del revólver.

SIN DORMIR

—¿Y tu madre sigue sufriendo de insomnios?

—Sí, hijas: no hay noche que no llegue al amanecer a casa y que no esté esperándome.

ALGO INNECESARIO

—¿Qué? ¿Devolviste todas las cosas a tu novio?
—Sí. No me gusta quedarme con nada de un hombre a quien odio.
—¿Le has devuelto también la pulsera de brillantes?
—No. Porque, ¿para qué la quiere él?

Entonces hizo otro descubrimiento no menos extraordinario que el primero.

Aquella mujer que era presa del perro rabioso era la vieja Claudio.

—¡Oh! ¡matadlo! ¡matadlo! aullaba la desgraciada echanda la cara al suelo para evitar los mordiscos del animal furioso.

Rocambole se aproximó al perro, lo que podía hacer impunemente, porque encarnizado con su víctima el animal no veía nada a su alrededor.

Y le disparó un tiro a boca de jarro.

El animal rodó por sobre las plantas dando dos o tres tumbos.

Pero no estaba muerto.

Se volvió hacia su presa con la boca ensangrentada, hizo un esfuerzo para volverse a parar en sus patas y lanzarse de nuevo sobre ella, y no pudiendo conseguirlo se arrastró hacia aquel lado lanzando un hipo sordo y furioso.

Rocambole le disparó otra bala en la cabeza.

Entonces se retorció algunos instantes y ya no se movió más.

La vieja Claudio se lo miraba con unos ojos desmesuradamente abiertos.

La sangre corría por cinco o seis heridas que había recibido en el cuello y en la cara y se enjugaba maquinalmente con sus manos igualmente destrozadas por los colmillos del perro.

Era un espectáculo horrible, asqueroso y horripilante a la vez.

—¡Oh! no, no, balbuceaba la vieja, poseída de un terror que sacudía todos sus miembros y hacía chocar sus dientes unos con otros; ¡no! ¡no! era rabioso! ¡oh! no; ¡sería demasiado horrible! Dios no ha de querer enviarme una muerte tan espantosa.

—El perro era rabioso, le dijo gravemente Rocambole, y es la Providencia misma la que te envía una muerte que tanto temes y que tanto has merecido; ella es la que quiere que tú espíes aquí mismo, en esta casa, el más odioso de todos tus crímines. ¡Toma! ¿ves allá abajo aquella señora y aquella niña estrechadas una con otra. La niña es aquella tierna e inocente criatura, aquella pequeña Juana que mutilaste tan cruelmente. Hace de estos diez años. Después la entregaste a un saltimbanqui. La señora es la madre de esa niña. ¡Y bien! ¿Comprendes tú ahora que esa muerte, la más espantosa que puede soñar la imaginación, no es más que el justo castigo de tu barberie?

—¡La rabia! ¡La rabia! murmuró la miserable vieja con las facciones horriblemente contraídas; ¡la única muerte que me espanta! porque he visto una vez un desgraciado... ¡Ah! ¡sólo al recordarlo se me erizan los cabellos!

Luego, parándose de un salto:

—¡Oh! pero hay un medio... se queman las llagas con hierro candente..., voy corriendo.

—Los colmillos han penetrado en la garganta y el virus rábico circula ya por las venas, y la cauterización es imposible en esa parte del cuerpo. No; todo es inútil. Estás condenada; es preciso que te resigne a expiar con esta muerte terrible, todos los crímenes de que has manchado tu existencia.

La vieja oía aquellas palabras estremecida, paseando a su alrededor miradas inquietas.

De repente se lanzó a través del jardín, gritando con voz entrecortada:

—¡Salvadme! ¡salvadme!

Y desapareció por la puertecita que había hecho saltar para escapar a la persecución del perro rabioso.

LI

FATAL INSPIRACION

El lector, que se figuraba a la vieja Claudio en Bélgica, acompañada de su digno esposo, ha debido sorprenderse de verla aparecer de repente en la quinta de Montenoy; es, pues, necesaria una xplicación sobre este punto.

Ya sabemos que Pablo de Treviannes había hecho entregar con Malvina diez mil francos a sus padres, a fin de permitirles refugiarse en el extranjero, dejando así a su hija en libertad de revelar la odiosa maquinación de sir Ralph sin exponerla a su venganza.

De momento, atacado del vértigo, al verse en posesión de una suma semejante, los dos esposos resolvieron poner en ejecución cuanto antes la cláusula que les imponían y a la que se resignaban con tanta mayor razón cuanto que de algún tiempo atrás, por los motivos que conoce el lector, estaban en su casa con muy poca seguridad.

Partieron, pues, inmediatamente.

Estaban apenas a algunas leguas de París, cuando la tía Claudio, que, por lo que se ha podido juzgar en el curso de este relato, no se espantaba fácilmente, dijo a su marido, al terminar una comida en que no habían escaseado los licores espirituosos:

—Claudio, somos dos animales.

—¡Dos! respondió el marido; tal vez sea demasiado decir; exageras de la mitad.

—¡Ah! no se trata de chicanear; se trata de razonar y de no hacer tonterías.

—Veamos ¿dónde vas a parar?

—Se nos figura estar ricos porque tenemos diez mil francos; ¡pedazos de bestia! ¡qué linda vida! podremos pasar regularmente dos o tres años... ¿y después?

—¡Caramba! después...

—Moriremos de hambre o nos haremos condenar a trabajos forzados. No hay otro remedio.

—En fin, ¿dónde quieres venir a parar?

—Quiero decir que lo menos se necesita cuarenta mil francos para poder vivir de renta en Bélgica, como buenos burgueses, y que sólo depende de nosotros tenerlos

—¿De qué manera?

—¡Y bien! ¿y Badoir

—¡Toma! dices bien.

¿No es acaso nuestro cómplice en el asunto de la condesa de Sanabria, y no fué él mismo quien nos entregó la chiquitina que

garantí contra el peligro de la charla?

—¡Ya comprendo! Se trata de sacarle del bolsillo una buena suma.

—Que por lo demás, nos la ha prometido varias veces; treinta mil francos o se delata la cosa al prefecto de policía. Esta es la cuestión.

Claudio quedó un momento pensativo.

—Tu idea no es mala, — respondió al fin, pero tengo miedo.

—¡De la policía, pardiez!

—Encontrarán los pájaros fuera del nido.

—Razón de más; esto despertará sus sospechas, registrarán la casa, escudriñarán hasta el sótano, ¿y si llegan a encontrar el muñeco?...

—¡Oh! quien no se arriesga, no medra. Tú siempre andas con miedo. Por otra parte sólo se trata de una demora de veinte y cuatro horas, y nada más. Mañana a la tarde te llegas a la calle Cassete, vuelves aquí con la suma y de noche y antes de ser de día tomamos el tren en la estación más inmediata.

—Sí, sí, decirlo poco cuesta, pero... en una palabra... tengo malos presentimientos. Preferiría contentarme con la poca riqueza que tenemos, y mandarnos mudar cuanto antes.

—¡Quítate de ahí, gallina mojada!

—Está bien, seguiré tu consejo, pero me temo que te vas a arrepentir.

De manera que Claudio se puso en camino desde la tarde siguiente, pero presa de una viva inquietud.

La vieja estaba muy tranquila, sin preocuparse del peligro, como de costumbre, y a cien leguas de sospechar cuán cara le iba a costar semejante imprudencia.

Y todavía él la decidió a tomar algunas precauciones.

Convinieron en salir juntos de la posada para aproximarse a París y que Claudio la dejaría a ella en algún pueblecito de los suburbios, a donde la iría a buscar cuando hubiera cerrado la noche.

Y así lo hicieron desde el día siguiente.

Cuando estaban atravesando, al caer de la tarde, una calle desierta en que había algunas obras abandonadas, Claudio dijo a su mujer:

—¿Y si te escondieses por acá hasta mi regreso en vez de ir a alguna posada, en donde podríais dar de manos a boca con algún gendarme, provisto ya de la orden de arresto contra nosotros?

—Sí, es prudente, — dijo, — voy a acompañarsete un trecho más por esta calle y luego vuelvo a esperar en este sótano.

Había un extenso foso que procedía aquella especie de antro.

La vieja, después de acompañar a su marido hasta las primeras casas de Chatillon, volvía al foso y penetraba a la caverna con idea de echarse a dormir hasta el regreso de aquél, cuando sintió que salía de dentro un lúgubre ladrido, al mismo tiempo que veía brillar dos pupilas como dos brasas de fuego.

Poco después salía de allí precipitadamente, lívida de espanto, y se lanzaba a través de los campos, perseguida por un perrazo con el pelo erizado y la boca llena de baba.

Aquella carrera duró como media hora, al cabo de la cual iba a caer anhelante y sin fuerzas en plena quinta de Fontenoy.

Mientras tenía lugar entre el perro y la vieja Claudio el drama ya referido, el marido entraba en París, por la avenida de Orleans, tomaba el boulevar del Infierno y poco después llegaba a la calle de Cassete.

En el momento en que él se presentaba en casa de Badoir, éste tenía una conferencia con sir Ralph, quien se presentaba a requerirle los cuarenta mil francos que le había prometido para la compra del ajuar de novia y para los demás gastos que tenía que hacer con motivo de la boda.

—Lo siento muchísimo, — le dijo Badoir, — pero por el momento no tengo en caja los cuarenta mil francos.

—Entonces dadme treinta mil, — dijo sir Ralph malhumorado.

—Ni siquiera tengo esos.

—En ese caso, me bastarán veinte mil para mañana temprano, — repuso sir Ralph; — los proveedores se contentarán bien con una mitad a cuenta cuando les diga que me caso con la sobrina de Mauvillars; después pagaremos el resto.

—Ni treinta, ni veinte mil, — respondió Badoir, impasible; — mi caja está vacía.

Entonces sir Ralph miró al banquero de hito en hito y con un acento en el que vibraba una ira mal reprimida:

—¡Y bien! — le dijo. — ¿Qué significa esto, mi carísimo señor Badoir? ¿Queréis burlaros de mí?

—De ninguna manera.

—¿Insistiis siempre en vuestra negativa?

—Con mi mayor disgusto, pero insisto.

Sir Ralph se puso pálido.

—¡Y no teméis!... — exclamó con voz trémula por la ira.

—No temo nada, — desde que está decidido que os casaréis con Tatiana.

—¡Oh! — exclamó sir Ralph estupefacto.

—No; porque desde el momento que entraréis en posesión de una gran fortuna y ocuparéis una alta posición, estoy completamente tranquilo. Os guardaréis muy bien de perjudicar la reputación de vuestro socio, ligada demasiado íntimamente a la vuestra para que no la respetéis en lo sucesivo.

Sir Ralph se paró bruscamente.

—¡Ah! ¿con que es así? — exclamó fuera de sí y lanzando al banquero una mirada centelleante. — ¡Ah! ¡mucho cuidado, señor Badoir!

Y dió un paso hacia él, apretando los puños y con los labios lívidos y agitados de un temblor convulsivo.

—¡Cuidado con vos! — replicó fríamente el banquero. No levantéis tanto la voz y moderad los ademanes, permaneciendo a una prudente distancia, porque si no, tengo más que agitar este cordón y mi sirvienta, que está ohí en aceho, abre la puerta que da al zaguán, y se pondrá a gritar "¡al asesino!"

Sir Ralp iba a replicar cuando un campanillazo le cortó la palabra. Reinó un breve silencio, luego se abrió la puehta y asomó la vieja bretona.

—¿Quién ha llamado? — preguntó Badoir.

—Un individuo que pide hablar con vos.

—No tengo tiempo en este instante.

—El hombre dice que lo recibiréis tan pronto sepáis como se llama.

—¿Su nombre?

—El señor Claudio.

—¡Y bien! que entre.

Claudio fué introducido.

—¡Sir Ralph! — exclamó al verlo.

—Sí, sir Ralph, contentísimo de encontraros aquí, mi querido señor Claudio, — respondió aquél con irónica urbanidad.

—¿Qué tenéis que decirme? — preguntó Badoir.

—Pero... — respondió Claudio dirigiendo a sir Ralph una mirada desconfiada — tendría que hablaros dos palabras a solas.

—Dejáos de vueltas, señor Claudio, — dijo sir Ralph. ¿Cuándo venimos a ver un banquero no sabemos todos que es por un idéntico motivo, el dinero? En cuanto a mí, es lo que me trae y os doy el ejemplo de la franqueza. Podéis pues hablar sin temor ninguno.

—¡Y bien! sí, es por esto mismo que yo vengo a encontrar al señor Badoir, — exclamó Claudio resueltamente.

—Me lo había figurado al veros — dijo el banquero.

—¡Caramba! señor Badoir — os he ayudado en muchos operacioncitas que ahora me evponen a mil disgustos, soy grandemente buscado y no por motivos santos, por lo que he resuelto responder al empeño de la policía con una fuga lo más precipitada posible. Nos vamos a transladr yo y mi mujer al extranjero, pero no me disgustaría neutralizar los padecimientos del destierro con una vida la más arregladita desde el punto de vista material y como el pan el destierro es amargo, como bien sabéis, quisiera añadir algo encima. Es por esto que quisiera pediros tuvieseis la bondad de facilitarme una treintena de mil francos.

—¿Y si no?—preguntó fríamente Badoir.

—Si no, mi primer cuidado, tan pronto ponga el pie en tierra extranjera, sería el de mandar por escrito la confesión general de nuestros comunes pecados para el señor prefecto de policía.

—¡Qué extraño! — dijo el banquero sonriendo, — la misma suma y el mismo procedimiento de sir Ralph; parecía que os hubieráis puesto de acuerdo.

—No es así — respondió Claudio — y os juro que únicamente la más apremiante necesidad me obliga a haceros este pedido.

—Tengo demasiada buena opinión de vos para dudarlo, señor Claudio; pero el caso es que siempre me ponéis la pistola al pecho y venís a despojarme de lo poco que me queda, porque la verdad es que mi posición está muy lejos de ser tan brillante como lo créeis.

—¿Y la mía? — dijo Claudio.

—No trataré de haceros retroceder de vuestra resolución — dijo Badoir con un tono resignado; — comprendo muy bien que sería inútil, pero dadme entrambos vuestra palabra, que después de satisfacer vuestro pedido no tendré nada más que temer de parte vuestra.

—Os lo juro,—exclamó Claudio con ímpetu.

—Y yo también, — repuso sir Ralph.

—Está bien, — repuso Badoir, — os conozco y sé que puedo contar con vosotros.

Se sacó una llave del bolsillo y fué con ella a abrir la caja de hierro. Después de introducir la llave en la cerradura y haber hecho maniobrar con una extrema atención un mecanismo complicadísimo, se detuvo de golpe, y volviéndose a sus dos cómplices con aire agitado, les dijo:

—No, no puedo, absolutamente, esperad un poco.

Y salió, dejándolos sumamente perplejos. Al cabo de un rato vino la vieja bretona y les entregaba un billete concebido en estos términos: "No tengo valor para despoparme por mí mismo, tomad la suma convenida en tanto que estoy ausente, porque se me partiría el corazón.

—¡Esta es una verdadera salida de avaro! — exclamó sir Ralph.

—No importa; es un viejo canalla que podría hacernos alguna mala pasada. No perdamos tiempo.

Y diciendo esto, Claudio fué a echar mano a la llave, que hizo jugar en la cerradura.

Pero en el mismo momento se oyó un extraño gruñido y Claudio caía al suelo lanzando un grito espantoso.

De lo alto de la caja se acababa de desprender una cuchilla afiladísima, que cayó sobre la muñeca de Claudio, cuya mano yacía al pie, en medio de un charco de sangre.

LII

FULMINADO

Sir Ralph quedó horrorizado a la vista de aquella mano que yacía en el suelo y de aquella muñeca de la que brotaba la sangre en abundancia. Claudio no se daba cuenta todavía de lo que le acababa de suceder.

—¿Qué me ha caído en la muñeca? Toda la mano la tengo magullada.

—¡Tu mano, desgraciado! ¿Quieres verla? ¡Mirad!

La tomó por el índice y se la mostró.

—¡Qué! — balbuceó el infeliz palideciendo horriblemente — ¿Esa es mi mano propia? ¡Imposible!

En seguida dirigió una mirada a su muñeca, y de pálido que estaba, se puso lívido.

—¡Es cierto! ¡es cierto! — exclamó con voz lánguida. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué será de mí?

—Y para colmo de desgracia es la mano derecha, — dijo sir Ralph.

—¡Estoy perdido! — murmuró el desgraciado en cuyo semblante cadavérico se reflejó el espanto y el horror que le inspiraba su situación.

Y mirando con aire aterrado la sangre que manaba en abundancia de su herida y que formaba ya un reguero en el pavimento:

—¡Mirad! ¡mirad! — añadió — voy a per-

der toda la sangre, morir desangrado si no se llama un médico a toda prisa.

Mientra contemplaba la desesperación del mísero Claudio y se horrorizaba a la vista del río de sangre que fluía de aquel tronco como de un manantial, sir Ralph reflexionaba, preguntándose que haría con aquel hombre, cómplice suyo, y formaba entre sí mil proyectos que tenían por base su propia seguridad.

—En cuanto a haceros curar aquí, no hay que pensar en ello, — le dijo; — no es para acostaros blandamente en su propio lecho que Badoir os ha hecho semejante felonía.

—¡Oh! pero de todos modos, — exclamó Claudio con la vista fija en la sangre que cotninuaba fluyendo en abundancia, — de todos modos cerradme esta herida, os lo ruego por vuestra vida, ¡vendadme esta herida!

—¡Vendarla! es muy fácil decirlo, pero ¿dónde encontrar lencería necesaria para ello?

—¡Mirad! — dijo vivamente Claudio, — las cortinas que cuelgan en aquella ventana.

—En efecto, son a propósito, — dijo sir Ralph.

Eran cortinas de muselina bordada.

Sir Ralph corrió a la ventana, arrancó violentamente las cortinas y vino en seguida a hacerle el vendaje en la muñeca, no sin que le arrancase agudos gritos de dolor.

—Pero si ese miserable me arroja de su casa, — exclamó Claudio desesperado, — ¿qué hacer? ¿dónde ir para hacerme curar, ahora que ya no tengo domicilio?

—En el único sitio donde podréis encontrar amparo seguro y pronto: en un hospital.

—¡Un hospital! — exclamó Claudio aterrorizado. — ¿Pensais en ello? Para mí, en este momento, un hospital sería una "trampa". No sabeis que abandoné mi domicilio, y que ya la policía...

—No solamente lo sé, sino que también me consta que la policía ha hecho excavaciones en el sótano y ha encontrado la criatura; sa sabéis, el niño de la condesa.

—¡Y queréis que yo vaya a ún hospital! —replicó Claudio aterrado por la noticia; —pero el primer sentimiento que inspiraría un miserable vestido como yo y presentándose con una mano cortada, sería la desconfianza; el primer individuo que me vendría a visitar después del médico, sería un agente de policía. el cual pronto llegaría a saber quién soy, y la justicia, que se precia de humanitaria, esperaría pacientemente que el puño cortado estuviese completamente curado para mandarme cortar la cabeza. No, no; no me habléis del hospital.

—Tenéis razón, es peligroso; pero, entonces, ¿dónde llevaros?

—¡Oh! en cuanto a esto, sir Ralph, en vos confío, — le dijo con aire convencido: —Es gracias a vos y a Badoir que me encuentro en esta catástrofe y espero que me auxlIieis, si no me pongo a cantar y hago una confesión completa. Ya sabeis lo que resultaría de ello para vo"

Sir Ralph le dirigió una mirada siniestra Acababa de ocurrírsele una idea infernal.

—Sí, comprendo, — le dijo, — el hospital ofrece graves inconvenientes; se necesita una casa particular y po tengo lo que se necesita.

—¿Una casa donde estaré en seguridad!

—Completamente; un joven médico, a quien he prestado algunos servicios, y que con mi sola recomendación os recogerá y os curará en su casa, sin que cuide de averiguar quién sois ni de dónde venís...

—¿Y en qué barrio vive?

—En la calle de Boulart, junto a la del Camposanto, con una entrada en esta última, que está siempre solitaria apenas entrada la noche.

—No se podía encontrar nada mejor, entonces, salgamos pronto, no veo el momento de estar allí.

Antes de partir, sir Ralph recogió la mano del suelo y la puso en medio del escritorio de Badoir, encima de un gran libro en blanco.

Después ayudó a Claudio a pararse, le recomendó se apoyase en su brazo, porque había quedado extremadamente débil por la pérdida de la sangre, y salieron.

En la antesala encontraron a la bretona.

—¿Dónde está el señor Badoir? — le preguntó sir Ralph.

—Ha salido.

—Le direis que muy pronto volveré para manifestarle mi agradecimiento por el servicio que nos ha hecho.

—Haré cuanto me recomendais.

Apenas estuvieron en la calle, Claudio y sir Ralph se encaminaron a la plaza de San Sulpiciofi donde encontraron un carruaje.

—¡Al Camposanto! ¡junto al boulevar del Infierno! — gritó sir Ralph al subir al coche.

Al cabo de un cuatro de hora escaso habían llegado al sitio indicado.

Se apearon y sir Ralph pagó al cochero, que partió.

—Ahí está la casa del doctor, — dipo sir Ralph mostrándole una ventana en que brillaba una luz. Ahora voy a entrar por la calle Boulart y vuelvo en seguida.

Se internó en esta calle, que forma ángulo con la del Camposanto, estuvo ausente cinco minutos y volvió junto a Claudio, que había dejado apoyado en el muro del cementerio.

—¡Qué horrible sitio para un hombre en este estado! — murmuró Claudio como con presentimiento.

Cuando vió volver a sir Ralph:

—¿Y bien? —preguntó ansioso.

—Consiente, pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Antes de tomaros en su casa, y aun antes de dejaros pasar el umbral de la puerta, quiere reconocer la herida y asegurarse de que no corre el peligrao de veros morir en su casa.

—Comprendo.

—Dentro de un momento vendrá aquí, provisto de una linternita, y me rogó que pusiera la herida al descubeitro mientras tanto, para no perder tiempo.

"Emulsión BIOL"
ACEITE DE HIGADO DE BACALAO
EN EMULSION DE SABOR
MUY AGRADABLE
ENFERMOS, DEBILITADOS, PREDISPUESTOS A RESFRIOS, ANEMICOS Y ATACADOS DE GANGLIOS
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—¡Oh! no; no perdamos tiempo.

Sir Ralph desató con toda precaución el vendaje del puño de Claudio, que quedó al descubierto, al mismo tiempo que son todo disimulo se sacó un frasquito del bolsillo del pantalón, lo destapó con la mano derecha y dejó caer dos únicas gotas del contenido sobre la llaga viva.

El efecto de aquellas dos gotas fué fulminante.

Sin dar un grito, sin ni siquiera lanzar un suspiro, Claudio cayó como una masa inerte al pie del muro, y quedó inmóvil.

El líquido de que se había servido sir Ralph, y que llevaba siempre consigo para darse la muerte en caso de caer en manos de la justicia ,era el ácido prúsico.

—Ahora, dijo alejándose, no charlarás.

LIII

LA PESQUISA

Eran cerca de las diez de la noche cuando sir Ralph regresaba al hotel Mauricio, y se recordará que esa misma noche debía tener lugar el baile de máscaras que daba Mauvillars con ocasión del casamiento de su sobrina, que era fijado para el día siguiente.

Sir Ralph y Mac-Field debía trasladarse a la fiesta a las once. Al entrar en el escritorio para tomar la llave, sir Ralph vió allí al dueño del hotel.

—¡Y bien! señor, — le preguntó, — ¿se tiene algún indicio de los dos pobres diablos expuestos en la Morgue?

—Hasta ahora ninguno, milord; únicamente que siempre se sigue creyendo en que uno de ellos sea Peters, mi criado, porque algunos de sus compañeros han reconocido positivamente la sortija que hallaron en un dedo de la mano cortada.

—¿Y su cómplice? ¿No se sabe nada al respecto?

—Sí.

Sir Ralph tuvo un pequeño sobresalto

—¡Ah! ¿y quien es?

—Un ex modelo, una especie de atorrante muy conocido por la policía.

—Entonces, algún agente lo ha reconocido?

—No, un individuo que entró en la Morgue por pura curiosidad y lo reconoció por haberlo visto en algunos estudios de pintores.

—¿Y cómo pudo reconocerlo, pues que tenía la cara media roída por las ratas?

—Por un tatuaje que tenía en un brazo y que representaba uno de los dioses del Olimpo.

—¿Sería tal vez algún pariente suyo ese hombre?

—No, nada absolutamente.

—¿Y os ha dado estos informes a vos?

—No. Primero lo comunicó al guardián de la Morgue, a quien dejó el domicilio suyo; después fué al magistrado encargado de instaurar la causa, que lo hizo llamar, y nos encontramos juntos en el juzgado. Ha solicitado que se le informase de todo cuanto había revelado hasta entonces la pesquisa y, a petición del magistrado, le referí lo que había pasado en mi hotel. Después de escucharlo todo con la mayor atención, ha pedido permiso para manifestar su parecer.

—¿Y qué dijo? — preguntó vivamente sir Ralph.

—Dijo que, a su parecer, era preciso reconcentrar las investigaciones sobre dos puntos: el trayecto recorrido por Peters para ir a buscar al doctor de la calle de la Sourdiére en compañía de sir Ralph...

—¡Ah! ¿Pronunciaron mi nombre?

—Naturalmente.

—¿Y el segundo punto que indicó?

—El interrogatorio del doctor americano.

—Y estais seguro de que ese no es un agente de policía.

—Segurísimo. Delante de mí dió su nombre y domicilio, que recuerdo perfectamente: Portal, calle Amelot.

Al oír esto poco faltó para que a sir Ralph no se le escapase un grito de estupor.

Pero logró reprimirse y al cabo de un instante, preguntó:

—¿Y qué contestó el juez?

—Aprobó el parecer del señor Portal, declarando que después de algunos interrogatorios preliminares, opinaba, como él que todo el drama giraba sobre la casa de la calle de Sourdiére en la que cayeron las dos víctimas. Procurará, pues, desde luego, hacerse indicar la casa del doctor americano, a donde os acompañó Peters.

—Sí, sí, en efecto, se comprende, — respondió sir Ralph, que de pronto se puso muy caviloso.

Fué interrumpido por la entrada de un sirviente.

—Han traído esta carta, — dijo entregándola a su patrón.

Este, después de haber pasado la vista por el sobre, se la pasó a sir Ralph diciéndole:

—Es para vos, milord.

Este la tomó, retirándose en seguida bajo la impresión de un funesto presentimiento.

Antes de ir a su cuarto pasó al de Mac-Field, a quien encontró en casa.

En pocas palabras le refirió toda la conversación que acababa de tener con el dueño del hotel y luego añadió:

—Aquí traigo esta carta que me acaban de enviar; no sé por qué, pero presiento que no me va a anunciar nada de bueno.

—Entonces leedla pronto, — le dijo Mac-Field.

Sir Ralph rompió el sobre, abrióla y leyó lo siguiente:

"Señor, se os invita a presentaros mañana a las tres de la tarde al despacho del juez de instrucción Girad.

—¡Mal negocio! — murmuró Mac-Field.

—Malísimo, — respondió Sir Ralph, que palideció a la lectura de la carta, porque lo primero que me preguntará el juez será la dirección del doctor americano donde he ido con Peters y, como dicho doctor no ha existido nunca...

—¿Es para mañana a las tres, no? — preguntó Mac-Field.

—Sí.

—Bueno. Lo que debemos hacer es esto: pedir a Mauvillars que anticipe dos horas la ceremonia del casamiento; a las once todo habrá concluído y a las dos podríamos salir para Bélgica.

—Sí, pero ¿habrá tren a esa hora?

—Mañana al amanecer voy a informarme.

—Entretanto, vamos a vestirnos para concurrir al baile, donde quiero ostentar todo el brillo y vivacidad propias de un novio.

LIV

UN BAILE DE MASCARAS

Precedamos de algunos instantes a Mac-Field y a sir Ralph en el hotel de Mauvillars.

Son las once de la noche y ya una enorme multitud de invitados invade los salones donde las innumerables luces brillan sobre una abigarrada y admirable confusión de trajes de capricho, de una riqueza y admirable variedad, pues como se recordará la fiesta era un baile de máscaras.

Todo el mundo estaba disfrazado, menos dos personas: eran los abuelos Mauvillars, consternados, en medio de la animación general, entre aquel brillantísimo gentío lleno de animación de bullicio y movimiento.

Mauvillars llevaba un traje Luis XIV cuya gran riqueza y amplitud asentaba muchísimo a su notable corpulencia.

Entre la infinita variedad de trajes, se distinguían dos jóvenes por la distinción y desenvoltura con que llevaban, el uno un traje de la época de Francisco I y el otro un vestido violáceo extremadamente original.

Uno de ellos era Pablo Treviannes y el otro Santiago Turgis, a quien Rocambole no quiso comunicar todavía el fin trágico del autor de sus días.

Rocambole ostentaba un riquísimo vestido de gentilhombre español de la Corte de Felipe II y acompañaba a dos venecianas del siglo XVI enmascaradas como él: eran Vanda y Valentina.

Por lo demás, ésta última era fácil de reconocer por las miradas frecuentes que Pablo le dirigía poseído de una infiita ternura y admiración.

Como todo el mundo sabía el verdadero motivo de aquella fiesta, todas las miradas procuraban reconocer bajo los disfraces al héroe y a la heroina, que eran sir Ralph y Tatiana.

Pero todas las tentativas fracasaban.

La señora Mauvillars y Tatiana no habían comprecido aun y el mismo novio estaba en retardo. La multitud, como decimos, era ya enorme, por más que sólo eran las once, y a cada momento iban llegando nuevos invitados. Porque se recordará que Mauvillars había resuelto que la baronesa de Villarsay invitase a esta fiesta a todos cuantos habían asistido a la suya y habían, de consiguiente, sido testigos de la entrada de Tatiana dando el brazo a sir Ralph. Como todos los demás, en medio de una nsidead que no todos podían experimentar, Santiago buscaba con la vista a Tatiana entre la concurrencia y Pablo de Treviannes lo ayudaba del mejor modo que podía en la ardua empresa cuando se les reunió Rocambole, que enfilando su brazo por debajo del de Santiago, le dijo:

—¿Están todos en sus puestos?

—Todos, — respondió el pintor.

—¿La habéis visto?

—La acabo de encontrar y hemos fijado el sitio en que, llegado el momento oportuno, deberé encontrarla.

—Perfectamente. Y haced como hago yo, Vigilad sin cesar, porque es la hora decisiva.

—Contad conmigo; estoy demasiado interesado en el buen éxito para no vigilar hasta el último momento, lo mismo que mi amigo Pablo de Treviannes, que se consafra en cuerpo y alma a nuestra empresa como si la mirase como propia.

Y añadió bajando la voz:

—¿Sabéis dónde está Tatiana?

—Lo ignoro.

—Nosotros tratamos de reconocerla en medio de este gentío, pero por más que estudio cuantas blondas encontramos al paso, no encuentro en ninguna de ellas aquella fascinación y aquella gracia especial que la distingue entre todas.

—Naturalmente, dijo Rocambole sonriendo

—Pero, os lo suplico encarecidamente, continuó diciendo Santiago, pedidle al señor Mauvillars que os la haga conocer. Lo que a mí me negaría, lo hará sin vacilar en obsequio vuestro.

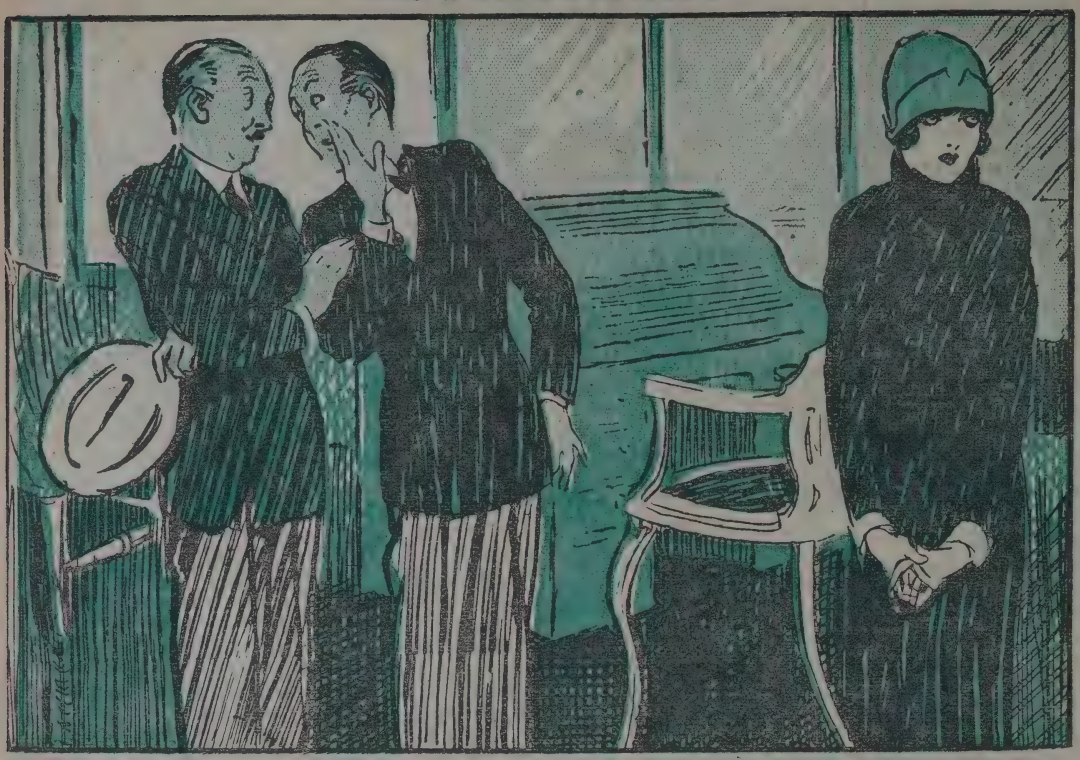
—Puede ser; pero lo voy a intentar para poner fin a vuestro matirio.

—Gracias; ¡mirad! precisamente el señor Mauvillars viene acercándose para este lado.

—Voy y vuelvo en seguida.

Pero cuando iba a aproximarse a Mauvillars, se abrió una puerta del fondo de la galería y aparecieron dos mujeres que entraron lentamente en la sala. Eran la señora Mauvillars y Tatiana. No se había sentido ningún rumor, y no obstante, como si hubiese la joven atraído hacia sí todos los corazones

ESTRATEGIA

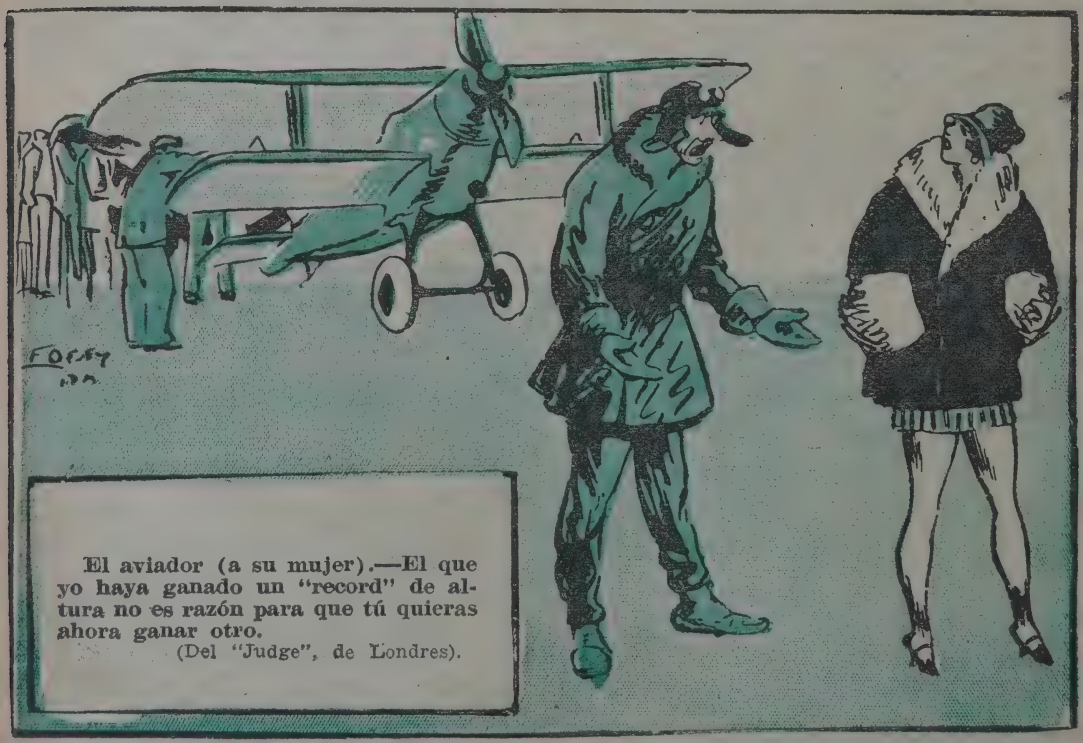


El amigo (al hombre de negocios que está contratando a una mecanógrafa). — Pero, ¿por qué te interesas tanto por si tiene los cabellos rojos?

El hombre de negocios. — Es el color de los cabellos de mi mujer.

(De "London Opinión", Londres).

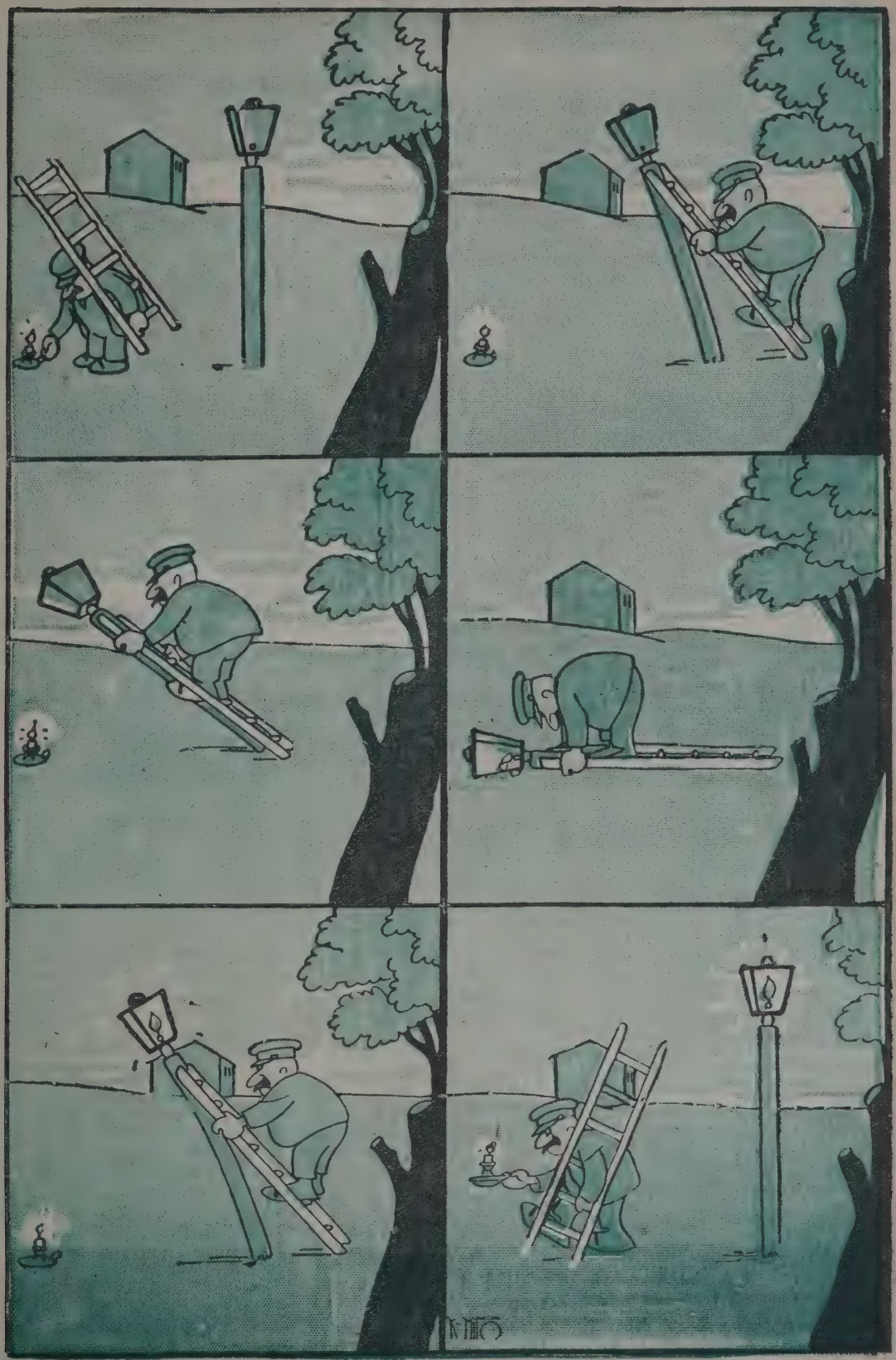
HACIA ARRIBA



El aviador (a su mujer).—El que yo haya ganado un "record" de altura no es razón para que tú quieras ahora ganar otro.

(Del "Judge", de Londres).

EL FAROLERO GORDO



por efecto de alguna misteriosa corriente de simpatía, la entrada de Tatiana llamó la atención de toda la concurrencia. Todas las miradas se dirigieron hacia ella, todo el rumor de las conversaciones cesó como por arte de encantamiento; luego, después del profundísimo silencio que impuso su aparición, se levantó un ligero murmullo que expresaba dos sentimientos a la vez: la admiración y la piedad. Y es que, en realidad, Tatiana no había parecido nunca tan bella y jamás ningún semblante había llevado impresa la impresión de un dolor más profundo y desgarrador. Ni ella ni su tía estaban disfrazadas

Ella llevaba un vestido blanco, adornado de cintas de color de rosa y su abundante cabellera blonda estaba sembrada de rosas silvestres. Con aquel traje primaveral, su pálido semblante formaba un contraste tan notable con su mezcla de dolor y resignación, que era imposible miraria sin sentirse oprimido el corazón por un sentimiento de profunda compasión. El dolor, un dolor mortal e incurable, estaba impreso, por decirlo así, en su noble fisonomía, que todo el mundo estaba acostumbrado a ver siempre embellecida por la sonrisa llena de encanto, por su gracia ingénita por aquel fugor de franqueza y alegría, que formaba el tipo perfecto, gentil y característico de la joven, libre de toda pena y que atravesaba la vida con la despreocupación y contento de la inocencia.

Al verla aparecer tan descolorida bajo tan fresco tocado, al verla entrar tan triste en medio de la fiesta, atravesando aquella abigarrada multitud bajo la fulgurante luz de las bujías, la fantasía evocaba, sin quererlo, una de aquellas víctimas conmovedoras que la antigüedad nos demuestra encaminándose a la muerte adornada de flores y cubierta de suntuosas vestiduras para espiar el delito de todo un duelo y calmar las iras de los dioses con el inocente sacrificio de su vida.

—¿La vistens jamás tan admirablemente bella? — preguntó en aquel momento una voz al oído de Santiago Turgis.

Se dió vuelta vivamente; era el señor Portal

—Su tristeza me parte el corazón — contestó el artista con una voz profundamente conmovida; — ya no veo su hermosura, no veo más que su dolor y a pesar de mi esfuerzo por reprimirme, temo cada momento prorrumpir en llanto. ¡Pobre Tatiana! ¡ah! ¡es hacerla sufrir demasiado! os lo ruego encarecidamente, señor Portal, permitidme que le hable; no me siento con valor para dejarla abandonada a su mortal tristeza, cuando podría disiparla con una palabra.

—Es imposible, mi querido Santiago — respondió Rocambole — sir Ralph tiene aquí indudablemente muchos espías, porque está siempre en guardia; estarán observando el aspecto de la señorita Tatiana; si la viesen que se serenaba repentinamente, le advertirían en seguida, temía una traición y seguramente se negaría a venir, y es indispensable que venga. Esperad un poco, y cuando llegue el momento, os avisaré.

Mientras atravesaba el gentío, la señora Mauvillars se esforzaba en sonreir a los numerosos conocidos que encontraba al paso.

Pero Tatiana era incapaz de un esfuerzo semejante y conserbaba el aspecto de una estatua de mármol.

De pronto, se afirmó, apoyándose con fuerza en el brazo de su tía, como si hubiese perdido las fuerzas y se llevó el pañuelo a la boca. Era que acababa de ver a Santiago Turgis, y al contemplar el horrible dolor impreso en su pálido y agitado semblante, ella también había sentido que se le oprimía el corazón y se llevó el pañuelo a los labios para contener la explosión de los sollozos.

El drama que tenía lugar entre dos corazones angustiados, no pasó desapercibido para Pablo de Treviennes.

—Venid — le dijo a Santiago apartándole del gentío; — ya lo véis, la pobre niña no puede resistir la emoción que le produce vuestro encuentro; alejémonos de aquí, porque estamos en su paso. Si llega a pasar por vuestro lado, la pobre Tatiana no podría soportar ya más el peso de su emoción y caería al suelo exámine.

Santiago era incapaz de responder; sofocábase, pero comprendió que su amigo tenía razón y se dejó llevar a donde quiso.

Mientras se alejaban anunciaron dos nombres que retumbaron como la explosión de un rayo en el profundo silencio que reinaba

Eran los nombres de sir Ralph y de MacField.

Entonces, todas las miradas se dirigieron hacia aquel lado, la multitud se abrió paso por un instintivo movimiento, se hizo un es-

Obediencia imposible

—¿Ha tomado la poción que le receté?
—No, señor; no fué posible. El frasco decía: "Consérvese el recipiennte bien tapado".

pacio libre delante de sir Ralph, quien desde luego quedó sin ningún obstáculo entre Tatiana y él. Y se encontraron así, de repente, a una distancia de unos diez pasos.

Para comprender el efecto de aquella escena que debía producir sobre los que la presenciaron, es preciso recordar que todos o casi todos los circunstantes habían asistido a la extraña e inexplicable entrada de Tatiana y de sir Ralph en la fiesta de la baronesa de Villarsay y todos veían en ésta la consecuencia de aquella prodigiosa aventura.

Entretanto, la tención general estaba violentamente sobreexcitada con los rumores que corrieron sobre que la niña se había negado obstinadamente por mucho tiempo a lo que exigía Mauvillars como forzosa reparación del escándalo que recaía sobre su nombre en aquella circunstancia, negando también que hubiese estado presente en el baile de la baronesa de Villarsay en compañía de sir Ralph, y afirmando además que no tenía el menor recuerdo de aquel hecho, declarando terminantemente que aquella noche la había pasado toda entera en su habitación.

De manera que por una parte la inocencia de Tatiana que nadie pensaba poner en duda, y por otra, la aseveración de muchos testigos que declaraban haberla visto en aquella fiesta con sir Ralph; personas todas que sentían la mayor simpatía por la joven, y consideraban aquel hecho cubierto de un misterio impenetrable. ¿Cuál sería pues el resultado de aquel drama incomprensible?

Era la pregunta que se hacía cada uno, y era tal el efecto que todos sentían por aquella pura y cándida Tatiana, que todos esperaban el resultado con verdadera angustia.

Este inspiraba un sentimiento completamente opuesto al que todos sentían por la niña, y aquel sentimiento explotó en un vago e imperceptible murmullo, cuando lo vieron dirigirse hacia el lado por donde ella venía con su tía.

Sir Ralph venía muy pálido y evidentemente agitado, lo que no hacía sino volver todavía más pronunciado el carácter equívoco y antipático de su cara.

—¡Tía, querida tía! — murmuró Tatiana al ver venir hacia ella aquel a quien consideraba como su verdugo; te lo ruego, haz de manera que no me dirija la palabra. Me moriría de vergüenza y de dolor.

La señora de Mauvillars no tuvo tiempo de responder. Sir Ralph acababa de llegar a su presencia.

—Señora, — dijo éste inclinándose profundamente, permitidme que os presente, así como también a la señorita Valcresson, mis respetuosos homenajes, y me complazca...

—Está bien, señor, — contestó fríamente la señora Mauvillars, — aceptamos vuestros homenajes, pero, por vuestra parte, permitidme que salude a los amigos que han tenido la bondad de honrar la fiesta con su presencia.

Y pasando adelante con Tatiana, a quien sentía temblar todo su cuerpo, dejó a sir Ralph estupefacto y como fulminado bajo el peso de aquella afrenta.

Se enderezó bruscamente, permaneciendo un instante como aturdido bajo el peso de semejante humillación, dirigiendo a su alrededor miradas confusas, y dejando traslucir en su lívido semblante la profunda rabia que lo dominaba.

LV

UN NOBLE CORAZON

Al dar una mirada a su alrededor, sir Ralph apercibió al señor Mauvillars entre las personas que habían sido testigos de la afrenta que acababa de recibir.

En seguida se dirigió a él:

—Señor Mauvillars, — le dijo, — ¿tendríais la bondad de concederme unos minutos de conversación?

—Con muchísimo gusto, señor.

Esta respuesta fué dada con una urbanidad a la que sir Ralph no se hallaba acostumbrado de parte de su futuro tío.

—Venid, — añadió Mauvillars, — busquemos algún sitio apartado donde podamos hablar sin ser oídos.

Se abrieron paso lentamente a través de la multitud y llegaron por fin a un saloncito, que en aquel momento estaba desierto, porque la entrada de Tatiana en el salón de baile había atraído para aquel lado a toda la concurrencia.

—Y bien, señor, — le dijo entonces Mauvillars a sir Ralph, haciéndole seña de sentarse y acomodándose él también en una butaca; — ya estamos solos; ¿qué teníais que decirme?

Sir Ralph tuvo una inspiración y fué la de aprovecharse de aquel incidente ocurrido, para motivar la propuesta algo embarazosa que se proponía hacer.

—Señor Mauvillars, — dijo adoptando una actitud digna y resignada al mismo tiempo, — acabáis de ser testigo de la humillación que me ha infligido la señora Mauvillars en presencia de todos los invitados, afrenta tanto más sangrienta para mí, cuanto que nadie ignora que esta fiesta es en celebración de mi casamiento con la señorita Tatiana, que será mi mujer dentro de algunas horas. Creo inútil repetir que amo apasionadamente a vuestra sobrina; pero por muy violento que sea ese amor no puedo hacerle el sacrificio de mi dignidad tan cruelmente ultrajada delante de todo el mundo, y menos puedo pensar de imponerme a una joven a quien sólo inspiro una profunda antipatía, de la que me acaba de dar una nueva y pública prueba; por esto es que me determino a haceros una propuesta que me lastima el corazón, pero que me impone la delicadeza.

—¿Y esa propuesta ,señor?... — preguntó Mauvillars.

—Es esta: me casaré con la señorita Tatiana para reparar la ofensa que hice a su reputación y algunas horas después de la ceremonia partiré para América, comprometiéndome por escrito a no volverla a ver jamás, y hasta dejándoos mi consentimiento a una reparación si es que la cosa no puede quedar así.

—En efecto, señor, — respondió Mauvillars con una imperceptible ironía; — es difícil

mostrar mayor delicadeza, ni más noble susceptibilidad en cuestiones de honor; acepto pues la proposición que me hacéis y creo poderos afirmar que, por su parte, Tatiana no la rechazará; pero con una condición.

—Hablad, señor.

—Espero que vuestra susceptibilidad no llevará las cosas hasta el extremo de rechazar la dote de la niña que os resignáis a dejar tan pronto realizada la boda.

—Nada en el mundo podría decidirme a aceptar semejante dote, — replicó sir Ralph con un gesto lleno de nobleza, si razones de...

—Que os dispenso de confiarme, — interrumpió el señor Mauvillars; la aceptais, y es todo lo que necesito saber.

—Creed, señor...

—Creo que esto es extremadamente penoso, pero la cuestión no es esa; mañana, inmediatamente después de la ceremonia, os abonaré la dote.

Hizo un movimiento para levantarse.

—Una palabra todavía, si gustais, — le dijo sir Ralph.

—Os escucho.

—Tengo que pediros un favor. ¿No podríais adelantar la hora de esa ceremonia?

—¿Qué hora os convendría?

—Las diez en vez de las doce, si es que...

—¿Teneis mucho empeño en ello?

—Lo confieso.

—Se hará como lo deseais. Todas las invitaciones son para mediodía, pero justamente esta noche tendremos aquí a todos nuestros amigos, de manera que será muy fácil avisarlos a todos, en el momento de la cena, de que la boda se ha anticipado dos horas.

—Os doy las gracias, señor Mauvillars.

Este se levantó diciendo:

Sir Ralph estuvo contentísimo de la maacuerdo y que todo motivo de disentimiento ha desaparecido entre nosotros, voy a reparar en lo posible, a la vista de nuestros invitados, la despreocupación un poco hiriente lo confieso, de que mi mujer ha hecho uso para con vos, y si os parece bien nos vamos a sentar justos a una mesa de juego.

—Con el mayor gusto, — contestó sir Ralph.

—Voy a ponerme de acuerdo con mi mujer respecto a ciertos detalles, y después me reuno con vos en la sala de juego.

Sir Ralp estuvo contentísimo de la manera con que el señor Mauvillars acogió su doble proposición y su buena fe no podía ponerse en duda respecto de la dote, ya que él mismo poco días antes le había hecho una proposición parecida.

Se apresuró pues a correr a buscar a Mac Field para comunicarle el resultado de sus gestiones.

Lo encontró en un rincón de la sala de baile, con el aspecto muy preocupado y paseando la vista por todos los grupos con una atención especial.

—¿Y...? — hizo Mac-Field cuando vió a su cómplice.

—¡Exito completo! — exclamó éste.

—La dote sin la mujer, ¿no?

—¡Oh! esta proposición ha sido aceptada con una prisa que en nada lisonjea mi amor propio.

—Esto es lo de menos, en nuestra actual situación.

Y añadió:

—¿Cuánto importa esa dote?

—Seiscientos mil francos.

—¿A qué hora será satisfecha?

—Tan pronto haya sido terminado la celebración del casamiento.

—¿Y ha consentido en anticipar?...

—Con la misma condescendencia que lo demás. Dentro de un momento oireis que Mauvillars anunciará que la boda que debía realizarse a mediodía tendrá lugar a las diez.

—¡Superior! Tod va a las mil maravillas, — dijo Mac-Field.

—Y no osbtante me pareceis estar preocupado.

—Y en efecto, lo estoy.

—¿Qué motivos teneis, para...?

—Primeramente todo lo que ha pasado en el hotel Mauricio.

—¡Oh! a la hora en que el juez de instrucción me esperará en su despacho, ya estaremos lejos.

—Y luego me parece leer en ciertas fisonomías un no sé qué de enigmático que no me puedo explicar y me preocupa.

—¿Qué fisonomías son esas?

—Santiago Turgis, el adorador de Tatiana, Pablo de Treviannes, el amigo del pintor, y en fin, el señor Portal.

—¿Portal está aquí? — preguntó sir Ralph emocionado.

—Sí, y cuando pienso la habilidad con que destruyó uno tras otro todos los testimonios en que la condesa de Sanabria se hallaba presa como dentro de una red; pienso además que tiene el mayor interés por Santiago y por Tatiana; cuando lo vuelvo a encontrar en el juzgado de instrucción encargado de proseguir el asunto de la calle Sourdiére, confieso que la presencia de este hombre aquí me inspira un verdadero terror.

Mientras tanto, Mauvillars, después de seguir con la vista a sir Ralph hasta que lo vió abordar a Mac-Field, se confundió entre el gentío para ir en busca de Rocambole, que se encontraba en el otro extremo del salón.

—Señor Portal, — le dijo, — ha llegado el momento crítico y no puedo ocultaros que me siento sumamente inquieto; veamos, ¿me podeis asegurar que saldremos bien?

—Lo que puedo afirmaros es que todas las probabilidades está a nuestro favor, pero el medio que vamos a emplear no es absolutamente infalible.

—¡Oh! ved, señor Portal, — dijo Mauvillards con voz conmovida; lo que me decís me hace estremecer; ¡y si fuéramos a fracasar! ¿si en vez de resultar un testimonio elocuente de la inocencia de Tatiana, esta prueba se volviese contra ella y arribase a un resultado absolutamente contrario?

—No puedo creerlo.

—Hasta entonces voy a estar temblando.

—Y yo confío.

—Al menos no descuidemos nada para salir en bien.

—Sobre este punto puedo tranquilizaros completamente; se han tomado las precauciones más minuciosas y nada se ha dejado a la casualidad.

—¡Vamos! — dijo Mauvillars conmovido. La suerte está echada, dentro de una hora mi pobre Tatiana estará salvada o perdida para siempre.

Y añadió:

—Voy a reunirme con sir Ralph, venid vos también y procurad que cada uno se halle en su puesto.

—Id pues, y tened confianza. Yo estaré allí.

Mauvillars se separó de Rocambole, que casi en seguida vió que se aproximaban dos jóvenes.

Eran Pablo y Santiago.

—Vamos llegando al momento crítico, ¿no? — preguntó el artista, que sentía todo el cuerpo agitado por un ligero temblor.

—Sí — respondió Rocambole.

—¡Dios mío! — balbuceó el joven artista palideciendo aun más de lo que estaba; — toda nuestra vida, todo nuestro bienestar se halla encerrado en estos pocos minutos. Gran Dios! USi la suerte nos fuese adversa!

Se pasó la mano por la frente y permaneció como aterrado bajo el peso de aquella idea.

—¡Vamos hombre, — exclamó Pablo de Treviannes, — ¿cómo podeis dudar? ¿Cómo es posible imaginarse que Dios favorezca a semejante miserable, sumiendo en una desesperación infinita a dos seres como vos y Tatiana? El espíritu se revela a semejante idea; creedme pues, amigo mío, ¡es imposibles, es imposible!

—¡Ah! necesito creeros, amigo mío — respondió Santiago, estrechando efusivamente la mano de Pablo.

Y añadió con una agitación febril:

—Y os creo; ¡oh! Dios no puede permitir... Os creo, amigo mío, os creo.

—Vamos pues, — le dijo Rocambole; — armaos de fe y de valor, no dudeis del éxito y permaneced sereno y atento hasta el fin.

—El señor de Mauvillars debe encontrarse ya en la sala de juego, en una mesa, con sir Ralph; id allá y yo voy a reunirme pronto con vosotros acompañado de nuestros "cómplices". Hay una mesa preparada con todo lo necesario junto a la que va a ocupar el señor Mauvillars; permaneced cerca de él y estad pronto a ocupar vuestro lugar una vez llegado el momento y a una seña que os voy a hacer.

Los dos jóvenes amigos se alejaron juntos, mientras que Rocambole se perdía entre la multitud, donde parecía buscar a alguien.

Mientras tanto, dos señoras jóvenes, vestidas lujosamente, abordaban a la señora de Mauvillars, que se hallaba en un rincón de la sala sentada con Tatiana, la cual inmóvil y con la vista fija, absorbida por una idea devoradora, rehusaba con una triste y pálida sonrisa a todos los jóvenes que venían a invitarla para el baile.

Eran Vanda y Valentina

—No podemos dejarlas solas, con lo que va a pasar, — dijo Valentina; — las haremos venir con nosotras para prepararlas poco a poco y hallarnos hasta en disposición de socorrerlas en el caso de que se llegasen a desmayar.

Así es que Valentina, inclinándose delante de la señora Mauvillars, le dijo.

—¿Quereis hacernos el favor de recorrer vuestros salones en compañía nuestra?

Y mientras tía y sobrina se la miraban sorprendida:

—Tenemos serios motivos para haceros esta invitación, — repuso Valentina con una amable sonrisa; — motivos que pronto vais a conocer.

—Aceptamos, ¿verdad tía? — dijo vivamente Tatiana, cuyo corazón se dilató al ver la sonrisa de la joven viuda, como si de aquella sonrisa hubiese brotado un rayo de esperanza.

La señora Mauvillars se levantó y tomó el brazo de Vanda, mientras que Valentina deslizaba debajo del suyo el de Tatiana, cuya mano acariciaba amigablemente.

LVI

UNA CONFIDENCA IMPREVISTA

La sala de juego en el hotel Mauvillars formaba una especie de rotonda, a la que daban acceso seis puertas, que comunicaban unas con el salón de baile y otras con amplios corredores, que circulaban a lo largo de un inmenso invernáculo, abierto a los invitados.

En esta sala de juego se habían instalado media docena de mesas destinadas a los jugadores, de las cuales una ocupaba justamente el centro de la pieza.

En esta fué en la que vinieron a sentarse sir Ralph y el señor Mauvillars.

Este último como se sabe, era un grande y espléndido jugador; de modo que al cabo de diez minutos, se veían los billetes de banco amontonarse y desaparecer con una rapidez vertiginosa.

Sea que aquel juego desenfrenado hubiera excitado la curiosidad de la concurencia, sea por cualquier otra causa, el caso es que se vió muy pronto, hombres y mujeres, desertar uno después de otro de la sala de baile, asomarse a las puertas del salón de juego y finalmente invadir la pieza que no tardó en estar atestada de gente.

La orquesta continuaba tocando, pero en la más absoluta soledad.

Todas las miradas estaban fijas en los dos jugadores, y todo el interés de la fiesta hasta para los jóvenes, siempre ávidos de bailes, parecía haberse reconcentrado allí.

Entre los que parecían especialmente preocupados con las peripecias del drama que los retenía en aquella mesa de juego, se podía notar ocho o diez personas, la mayor parte agrupada alrededor de sir Ralph.

Eran la señora Mauvillars y Tatiana, Vanda y la señora Taureins, dos mujeres con máscara, la una de dominó negro y la otra rosa, luego el señor Portal, después, sentados

en una mesa inmediata a la de los dos jugadores, Pablo de Treviannes y Santiago Turgir, todos fijando en sir Ralph unas miradas en que brillaba una ardiente y ansiosa curiosidad.

Hacía veinte minutos que duraba el partido con un silencio sobre el que se cernía una emoción vaga e indefinible, cuando de pronto se oyó murmurar a sir Ralph tirando una carta sobre el tapete:

—¿Y para qué? ¿Acaso no lo sabeis tan bien como yo?

—¡Hein! — hizo el señor Mauvillars.

Sir Ralph no respondió nada y miraba sus cartas.

Tiró otra carta y repuso después de una pausa:

—¿Para qué insistir? Os aseguro que esto me es desagradable.

El señor Mauvillars tiró otra carta a su vez con el aire más indiferente, como si no hubiese oído nada.

Se produjo un largo silencio, durante el cual sir Ralph, con la vista fija en sus cartas, no hacía el menor movimiento.

El señor Mauvillars se apoyó en el respaldo de su silla, poseído de una inquietud que en vano trataba de disimular.

Sir Ralph repuso en seguida:

—Os repito que no comprendo nada a ese capricho y os juro que esto me mortifica y me inquieta. Pueden oirme y entonces figuraos...

Se interrumpió, pero solamente algunos segundos, y en seguida volvió a tomar la palabra así:

—En fin, puesto que lo quereis absolutamente y me asegurais que no hay peligro ninguno...

Volvió a interrumpirse.

Sus facciones ligeramente contraídas revelaban una lucha interior.

—Me había propuesto no obstante jamás referir esta historia.

Luego pareció prestar oído, y añadió:

—¿Qué quereis? Era preciso salir a toda costa de una situación horrible; perseguidos, Mac-Field y yo, por el asesinato de los esposos Christiani, necesitábamos una grande y rápida fortuna para ir al extranjero a vivir con gran boato, con nombres supuestos y retumbantes, único medio de escapar a las persecuciones de la justicia.

Al oír esta imprevista revelación, un estremecimiento de horror recorrió toda la asamblea y las miradas de todos se dirigieron a Tatiana con una expresión de horror y de piedad.

Dos hombres sonreían: eran Rocambole y Mauvillars; otros dos estaban demasiado preocupados para entregarse a sus impresiones: eran Pablo de Trevianes y Santiago Turgis, delante de los cuales un criado acababa de traer plumas, papel y tinta y uno y otro transcribían cada palabra que caía de los labios de sir Ralph.

Toda la concurencia estaba herida de estupor al oir las palabras pronunciadas por sir Ralph. Convenían todos en que se hallaba sometido al imperio de alguna alucinación, y en efecto, no se podían atribuir sino a algún desarreglo del espíritu los conceptos verdaderos o falsos que acababa de dar a conocer.

Esta hipótesis era tanto más verosímil cuanto que — como se ha visto — parecía conversar con algún ser sobrenatural que nadie veía ni oía más que él.

Como quiera que fuese, la curiosidad no estaba menos sobrexcitada al grado más alto porque su actitud, su lenguaje, su acento, no tenían ninguno de los caracteres de la locura, y se creía generalmente que aquella especie de confesión debía atribuirse a un delirio pasajero causado por el remordimiento.

Toda la asamblea estaba como petrificada. Parecía que la varita de alguna hada los hubiese condenado a todos a la más absoluta inmovilidad, y todos esperaban ansiosos, anhelantes, el relato anunciado por sir Ralph, e impacientes por oirle revelar los terribles secretos que prometía aquel principio, pero sin sospechar ni remotamente lo que iba a salir de sus labios.

—¡Dios mío! — repuso por fin sir Ralph, con un tono familiar y como hablando consigo mismo; — jamás hubiera pensado en conquistar esa fortuna casándome con la señorita Tatiana Valcresson, sino hubiera contado por cómplice y enteramente a mi disposición a uno de sus parientes más próximos, al señor Badoir, quien a pesar de su repugnancia en dar a su sobrina semejante marido, no se podía negar a pedirla para mi.

Hubo un nuevo estremecimiento en todo el auditorio y todo el mundo dirigió la vista hacia Badoir, quien, empujado por el gentío, se encontraba a pocos pasos de sir Ralph.

El banquero estaba horriblemente pálido, y murmuró con voz trmula:

—Es falso; ¿no veis que se hombre está loco y divagando? Es preciso imponerle silencio.

—A vos es a quien lo impongo, señor Badoir, — dijo una voz que lo hizo temblar y estremecerse.

Era la voz del señor Portal.

Sir Ralph continuó así:

—Entre otros asuntos, en los cuales iba a medias con nosotros, había la tentativa de envenenamiento contra su pariente, Pedro Valcresson.

—Es cierto, — dijo una voz, la de Pedro Valcresson, que la casualidad había colocado a dos pasos del banquero.

Y éste no se atrevió a replicar. Inclinó la cabeza, paseando a su alrededor miradas, como buscando una salida para escapar.

Pero era materialmente imposible; la multitud era tan compacta, que fué preciso renunciar a ello.

Así lo comprendió él, y quedó clavado allí como una estaca, bajo las miradas de desprecio y repulsión que sentía sobre su frente.

—Desgraciadamente, — continuó sir Ralph — la señorita Tatiana amaba a alguien, a Santiago Turgis, un paisajista, quien por su parte la adoraba a ella hacía tiempo, obtáculo serio, insuperable, y del que, no obstante, era necesario desembarazarse. Para ello imaginé el siguiente plan: este joven ar-

tista tenía en su casa una tela, una obra maestra de gran valor, un Ruysdael estimado en cien mil francos por el negociante de cuadros que se lo había confiado para sacar una copia; este cuadro tuve la inspiración de hacerlo robar por su propio...

Santiago se puso lívido y es sintió desfallecer a la idea de oir revelar públicamente la vida vergonzosa de su padre.

Pero sir Ralph se había parado en seco; y con la cabeza inclinada, parecía estar escuchando alguna voz misteriosa.

—Sea, — dijo al fin; — como queráis.

Y continuó:

—Tuve la inspiración de hacérsela robar por su propio "modelo", con la esperanza de que aquel robo se lo atribuirían a él mismo, y que el asunto podría muy bien ir a la justicia correccional; en una palabra, que quedaría deshonrado para siempre. Desgraciadamente mi plan fracasó, y todo se redujo a tener que sufrir de parte de su marchante de cuadros, unas condiciones draconianas. Entonces fué cuando concebí otro designio; el de comprometer a la señorita Tatiana de una manera tan ruidosa que fuera imposible el que me negasen su mano. Este plan tuvo un éxito completo y creo poder afirmar que ha sido un rasgo de genio. Vosotros mismos lo vais a juzgar.

LVII

SE HACE LA LUZ

Por fin iba a descorrerse el velo del extraño misterio que caía con tan terrible peso sobre la pobre Tatiana.

Fácil es de comprender con qué angustias y congojas, y al mismo tiempo con qué ardiente curiosidad esperaría la joven el relato de aquella aventura de la que su espíritu había tan inútilmente tratado de sondear las impenetrables tinieblas.

Sobre el semblante profundamente alterado de Santiago Turgis se leían las mismas impresiones, y por su frente lívida filtraban las gotas de un sudor helado. Con la pluma en la mano y la vista fija en sir Ralph, esperaba tembloroso las palabras que iban a salir de su boca.

Y es que la relación que se iba a hacer delante de aquella especie de tribunal de la opinión, era para él mil veces peor que una sentencia de vida o de muerte; era la vergüenza o la rehabilitación de Tatiana, de Tatiana que estaba allí, expuesta a todas las miradas, y que podría morir de dolor bajo la indeleble mancha que tal vez ese hombre le iba a lanzar al rostro.

Además de los que hemos indicado como particularmente interesados en lo que pasaba, había allí otra persona que, desde el momento en que sir Ralph comenzó aquella confesión tan extraña como imprevista, estaba poseído de los torturas de una aprensión terrible: era la condesa de Sanabria.

El señor Portal le había dicho: concurrid a esa fiesta y mostraos en ella serena y risueña; es necesario, para disipar hasta la sombra de una sospecha en el ánimo de vuestro marido.

Ella siguió este consejo; y ahora estaba temblando a cada una de las palabras de sir Ralph, con las que podría destruir fácilmente los milagros de habilidad realizados por el señor Portal, para salvarla de una pérdida inevitable.

Y fué en medio de todas aquellas angustias que sir Ralph empezó el relato que la asamblea esperaba con indescriptible ansiedad.

—El señor Mauvillars no me quería por sobrino; la señorita Tatiana sólo experimentaba para mí una profunda antipatía; en fin, Santiago Turgis era amado y yo fracasé en la tentativa de hacer imposible su casamiento deshonrándolo; delante de semejante situación, cualquier otro hubiera renunciado a la lucha; pero, además de que yo no soy fácil de acobardarme, me era absolutamente necesaria la inmensa fortuna que constituía la dote de la joven; era para mí, y para mi cómplice Mac-Field, una cuestión de vida o muerte. Busqué, pues, resueltamente los medios de destruir, o más bien dicho, de apartar los obstáculos que se oponían a esta unión, y he aquí el plan que imaginé:

Por un movimiento espontáneo, la onda humana que rodeaba a sir Ralph se estrechó a su alrededor.

Tatiana, casi estaba desplomada sobre Valentina, como si no pudiera resistir la violencia de la emoción.

Y es que había llegado el instante crítico. Iba a brotar la verdad.

Pero ¿qué surgiría de ella? ¿La muerte o la vida?

Después de una pequeña pausa, durante la cual se hubiera podido oir en el salón el aleteo del más mínimo insecto, sir Ralph prosiguió de esta manera:

—Un día la casualidad me hizo presenciar la potencia magnética de una mujer muy conocida en Montmartre, llamada la tía Alejandra. Fuí a encontrarla y le propuse que viniera a magnetizar a una joven que yo amaba, de la cual era correspondido, y que la sumiera en un sueño bastante profundo para que yo la pudiera llevar, sin saberlo élla, en medio de una fiesta nocturna llena de amigos y relaciones. Sólo quería atravesar, con ella del brazo, el salón de baile, a fin de obligar a su familia, por medio de aquel escándalo, a que me acordase su mano.

Un murmullo de sorpresa acogió esta inesperada revelación.

—Vamos, reportáos y levantad la cabeza, — dijo en voz baja Valentina a Tatiana. — Ya se va aclarando la verdad.

—Todavía no lo ha dicho todo, — murmuró la joven con una mezcla de temor y de esperanza en su mirada; — escuchemos, escuchemos.

Sir Ralph prosiguió de esta manera:

—La tía Alejandra, debo decirlo en alabanza suya, empezó por hacerme jurar que

HOMBRE INGENIOSO

—Pero está usted pescando con una ma nzana en lugar del anzuelo?
—No, señor; pesco con anzuelo, pero pongo la manzana.
—Pero ¿y el gusano?
—El gusano va dentro de la manzana.

yo era amado de la joven y que mis intenciones a su respecto eran perfectamente honestas; y yo, debo declararlo para mi vergüenza, o no vacilé en hacerle cuantos juramentos me pedío. "Está muy bien, medijo entonces la tía Alejandra; el medio es muy ingenioso y hasta diré infalible, en lo que depende de mí. Pero, ¿cómo poder penetrar en la casa? ¿Cómo ponerme en contacto con la niña para magnetizarla sin que ella lo sepa? ¿Cómo vestirla con traje de baile, hacerla salir y volver sin que nadie lo eche de ver? Estos obstáculos me parecen insuperables.

Y que en efecto lo serían si yo no tuviese dentro de la plaza una amiga que los allanara todos sin la menor dificultad. La amiga a quien yo me refería, — continuó sir Ralph, — era una muchacha llamada Malvina, la camarera de la señorita Tatiana, de natural honesto, fiel y abnegado, pero cuya familia, poco escrupulosa, tenía sobre la conciencia algunos pequeños crímenes y delitos, entre los cuales una criatura sepultada en el fondo del sótano, el hijo de la...

Se interrumpió de repente y parecía estar escuchando aquella voz misteriosa con la que estaba en relación.

—Está bien, — dijo después de algunos instantes de silencio; — no hablaremos de esto; me limitaré a decir que esta familia, poco delicada, tenía derechos incontestables al patíbulo, y que amenazando a su hija de enviarlos a él, pude obtener de ella cuanto quise. Ahora bien; después de ponerme de acuerdo con ella y la tía Alejandra, fuí a buscar a ésta en un carruaje, a Montmartre, la mismo noche en que la señorita Tatiana debía asistir al baile de la baronesa de Villarsay y la traje a la calle de Miromenil al hotel Mauvillars.

Había quedado entreabierta una puertecita del jardín; entramos, e inmediatamente fuimos abordados por Malvina, que estaba acechando nuestra llegada. Vino derecha a mí y me dijo: "Escuchadme, señor; vos me obligáis a traicionar a mi joven patrona, por la que yo daría mi sangre. Es una infamia, más estoy obligada a obedeceros, pero con una condición. — Decidme cuál es. — Que no he de dejar a mi patrona y seré como su sombra, a partir de este momento, hasta la hora en que vuelva a su cuarto". Esta condición me contrariaba un poco, en este sentido: que dejaba la puerta abierta a una justificación que yo hubiera querido hacer imposible; pero me resolví a sufrirle absolutamente, comprendiendo que la camarera sería intransigente a este respecto. Cinco minutos después, estábamos los tres a la puerta del cuarto de Tatiana. Malvina abrió la puerta y entró seguida de la tía Alejandra, en tanto que yo permanecía en la antesala. La joven estaba durmiendo. La tía Alejandra la magnetizó, le mandó levantarse de la cama y entre ella y Malvina la ayudaron a vestirse. En la misma noche Malvina había hecho venir de casa de la modista, a escondidas de su patrona, una elegante toilette de baile tan fresca y tan vaporosa, que cuando al cabo de una hora y media ella apareció, por fin, quedé deslumbrado y atónito como si una hada hubiese bajado del cielo a la tierra. Se apoyó del brazo de Malvina y pasó delante de mí con una sonrisa encantadora que no dejó en toda la noche. Cinco minutos después ubía en un coche con la tía Alejandra y la camarera, en tanto que yo me sentaba en el pescante, y al cabo de un cuarto de hora llegábamos a casa de la baronesa de Villarsay. Entonces, Tatiana aceptó mi brazo con la mejor voluntad del mundo, y no pareció ni escandalizada ni sorprendida cuado, a una orden mía, el lacayo anunció "sir Ralph y la señorita Tatiana Valcresson". Y así atravesó de mi brazo la concurrencia estupefacta, sonriendo continuamente y muy distante de suponer que a partir de aquel momento estaba perdida para siempre.

No estando allí la tía Alejandra para mantenerla en el sueño ficticio que la volvía inconsciente del acto inaudito que realizaba en aquel momento, hubiera sido peligroso permanecer por más tiempo, y, por otra parte, yo no tenía ninguna necesidad; para las consecuencias que me proponía, bastaba que nos hubiera visto juntos en aquella fiesta, y por lo tanto, me apresuré a salir una vez alcanzado mi objeto. Volvimos a subir al coche que nos esperaba en el patio del hotel, y volvimos a partir como habíamos venido; las tres mujeres dentro del carruaje, y yo en el pescante con el cochero; una vez llegados al hotel Mauvillars, nos separamos, la camarera y su patrona para volver a su cuarto, y yo acompañé a la magnetizadora a su casa, en Montmartre. Tal es el relato exacto de esta aventura que ha hecho tanto ruido; tal es el daño que ha resultado de ella para la señorita Tatiana, a la que todo el mundo cree perdida y a la que guardada como estaba no me fué posible ni siquiera besar la mano.

Sir Ralph iba a abrir la boca para continuar, cuando se paró de repente, diciendo:

Está bien, sea; no sigo más. Por otra parte, el resto es insignificante.

rimentado el ultraje de la duda.

Tan pronto como sir Ralph hubo acabado de hablar, se hubiera creído sentir pasar por los aires como un inmenso suspiro de alivio, y sobre todos los semblantes apareció un reflejo de satisfacción.

Tatiana estaba salvada.

Su inocencia, de la que nadie quiso dudar, tanto era lo que resplandecía y elocuente y gloriosa en las facciones ingenuas y encantadoras de la niña, había no obstante experimetado el ultraje de la duda.

Entre aquellos mismos a quienes ella inspiraba la más viva simpatía y la más absoluta confianza, como la baronesa de Villarsay, tuvieron que rendirse a la evidencia de los hechos, demasiado palpables y denigrantes para que fuera posible ponerlos en duda; de manera, que al ver aquel resultado tan inesperado, fué inmensa la alegría en aquo-

llos para quienes la pureza y la fe de la joven habían debido ceder ante el testimonio brutal e indiscutible que la condenaba.

Y sin embargo, quedaba una especie de malestar en todos los espíritus.

Aquel asunto estaba todavía envuelto en una sombra; cada uno se preguntaba con cierta angustia bajo el imperio de qué sentimiento o de qué presión misteriosa un hombre como sir Ralph había podido resolverse a confesiones tan terribles, tan comprometedoras para él, y la asamblea entera llamaba con todos sus votos que la luz se hiciera sobre este punto oscuro, comprendiendo que sólo entonces la rehabilitación de Tatiana sería completa e irrevocablemente establecida a los ojos de todo el mundo.

Aquel deseo no debía tardar en realizarse.

De repente se vió a sir Ralph estremecerse de pies a cabeza, y en seguida pasear a su alrededor miradas inquietas.

Se preguntaba evidentemente el sitio en que se hallaba y procuraba darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

La memoria le volvió al fin, y dirigiéndose al señor Mauvillars, que veía sentado delante de él con la baraja en la mano:

—¡Y bien! — le preguntó. — ¿A qué altura nos hallamos?

—Vais a saberlo, — respondió el señor Mauvillars, con un tono muy singular.

Y volviéndose a Santiago Turgis:

—¿Queréis leer a sir Ralph el relato que acaba de hacernos?

—¡Yo, yo! — exclamó sir Ralph estupefacto; — ¿yo hice un relato?

—Muy interesante, y sobre todo mu instructivo.

—¿Pero cuándo? ¿De qué manera? ¿A propósito de qué? — preguntó sir Ralph con una vaga inquietud.

—¿Cuándo? Hace un instante. ¿A propósito de qué? Es lo que vos sólo podríais hacernos saber, porque de repente nos habéis encajado esta historia al tirar una cata y sin que nadie os invitase a hacerlo. Por lo demás, podéis juzgar del interés qeu ha insiprado a nuestros invitados, cuando los veis a todos reunidos aquí; ni uno se ha quedado en la sala de baile y, puedo afirmarlo, ni uno ha echado de menos la danza, al escuchar vuestro relato.

Sir Ralph había caído en un estado de turbación que lo ponía como idiota.

Fijaba en el señor Mauvillars una mirada constante y curiosa y por los esfuerzos que hacía para comprenderlo, se hubiera dicho que hablaba en chino.

—Por otra parte, — repuso el señor Mauvillars, — todas vuestras palabras han sido fielmente transcriptas, bajo la presencia de doscientos testigos que nos rodean, por los señores Santiago Turgis y Pablo de Treviannes, a fin de poder comprobar la exactitud comparando los dos manuscritos. Ahora, señor Turgis, hacedme el favor de leer, porque sir Ralph no parece quedar muy convencido de lo que le digo.

—Oid, pues, lo que acabáis de contar ahora mismo y delante de todo el mundo, — dijo fríamente Santiago a sir Ralph, que parecía continuar hallándose bajo el imperio de un sueño.

Y leyó.

A medida que se desarrollaba la confesión, sir Ralph, pasaba de la sorpresa a la inquietud y de la inquietud al espanto.

De repente exclamó, poseído de una especie de delirio:

—¡Eso es imposible! Nunca he podido referir historias semejantes. Todo esto el falso, absolutamente falso, y, por otra parte. ¿cómo es posible admitir que yo haya podido hacer semejantes confesiones, suponiendo que fuesen verdad? Esto sería una locura.

—Yo voy a daros la explicación de este misterio, — dijo una voz detrás de sir Ralph.

Este se volvió y se encontró delante del dominó rosa, que sacándose la máscara acto continuo, le mostró las facciones de la tía Alejandra.

—¡La tía Alejandra! — exclamó sir Ralph herido de estupor a la vista de la magnetizadora.

—Yo misma — respondió con una sonrisa de triunfo. Vos me habíais engañado, haciéndome creer que erais amado de la señorita Tatiana; la tía Alejandra, a la que vos hicisteis cometer una mala acción, hoy os lo juro, está muy contenta de poderos tomar en las mismas redes en que habiais hecho caer a esta pobre niña.

Sir Ralph dirigía a su alrededor miradas en las que se reflejaba a la vez la rabia y el terror.

Por fin exclamó, — volviéndose a la magnetizadora:

—Sois una vieja miserable, capaz de todo por el dinero, habéis sido pagada para obligarme, por medio de vuestro infernal poder, a referir esta absurda historia, pero tenéis muchas tachas para que se pueda dar fe a vuestras palabras.

—Enhorabuena, — respondió la magnetizadora, pero en esta historia se trata de un testigo que se quedó con la señorita Tatiana, desde el momento en que entramos en su habitación hasta la hora en que fué acompañada otra vez a ella. quien me vió que la magnetizaba, le quitaba su libre albedrío, someterla a mi voluntad, llamaba la alegría a su corazón y la sonrisa en sus labios; este testigo leal e irrevocable es Malvina, que ha traicionado a su patrona llorando y maldiciéndoos, vos lo sabéis muy bien.

—Ya lo sé, y porque es leal y franca no está aquí para sostener con su testimonio todas las fábulas que me obligastéis a producir, consignadas ahí cómo otras confesiones voluntarias de mi parte.

Entonces el dominó negro se adelantó a su vez hasta sir Ralph, y arrancándose la máscara que cubría sus facciones:

—¿Me reconocéis, sir Ralph?

Este no pudo contener un grito de sorpresa al reconocer a Malvina.

—¡Desgraciada! — murmuró al fin, bajando la voz, y no temes...

—No temo nada. — respondió fríamente la joven, — mi padre y mi madre ya no tienen que temer la terrible expiación con que

los amenazábais en caso de una indiscreción de parte mía, ahora han muerto uno y otro, y libre de consiguiente del odioso yugo que pesaba sobre mí. Así, pues, declaro altamente que todo es absolutamente verdad en la confesión que os ha arrancado la señora Alejandra y que el señor Santiago Turgis acaba de leer.

Sir Ralph comprendió que con aquel golpe la partida estaba perdida y ni siquiera replicó.

Al mismo tiempo un individuo que recordaba haber visto en el salón de baile, cuando entró, le tocaba el hombro familiarmente.

—Sir Ralph, — le dijo, — hace un par de horas que se encontró una meletita en la pieza que ocupaba Peters en el hotel de Mauricio, y de algunos papeles que se encontraron en ella resulta que tanto él como su camarada Jack, el cochero, eran dos detectives enviados de New-York en persecución de los llamados Mac Field y Sir Ralph, ahora, basta tanto que no se encuentren los asesinos de esos dos infelices, nos aseguraremos de vos y de vuestros compañeros, sospechados con mucho fundamento de esos crímenes.

—¡Yo! ¡un asesino! — exclamó sir Ralph.

—Tal vez os calumnian, — repuso el agente, — pero en París hay un paraje donde todo acaba por aclararse, y es la Prefectura de Policía, tened la bondad de acompañarme allí y no pudo que vuestra inocencia no sea puesta pronto en evidencia.

Sir Ralph se puso lívido.

Paseó miradas sombrías por toda la asamblea; luego, con las facciones horriblemente contraídas, por la rabia, que le daban el aspecto de un tigre.

—¡Ah! — exclamó con una voz retumbante, conque salís victoriosos, ¿verdad? ¡y os regocijáis de antemano al pensar en las torturas que tengo que sufrir en espera de la expiación suprema, expiación a la cual os prometéis venir a asistir como a una fiesta! Será muy lindo, en efecto, pero mientras os preparo este espectáculo, quiero dejaros a todos un recuerdo; a la famliia Mauvillars por su generosa hospitalidad y al señor Santiago Turgis por el trabajo que se ha tomado escribiendo la memoria, será una prenda indeleble de mi gratitud.

Y sacando del bolsillo del frac el revólver que había traído por consejo de Mac-Field, se volvió bruscamente hacia Tatiana, apuntó e hizo fuego.

LIG

DESENLACE

Al ruido de la detonación todas las mujeres se precipitaron hacia las puertas lanzando gritos agudos, y las salidas eran demasiado angostas para dejar pasar a la vez tanto gentío poseído del vértigo, y en un momento hubo una extraña aglomeración de vestidos, de encajes y de diamantes.

Después, como la explosión no se renovaba

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

y la misma aglomeración no permitía la salida de las señoras, obligándolas a permanecer en su sitio, el miedo se disipó poco a poco y cada una, entonces tranquilizada a su respecto propio, pensó en la pobre Tatiana, a quien iba dirigida la bala de sir Ralph.

Se había hecho un círculo repentinamente de aquel lado y en medio de éste círculo yacía una mujer ensangretada.

—Pero, cosa extraña y que dejó mudos de estupor a los testigos de esta escena, aquella mujer no era Titiana.

Era Malvina, la camarera.

Esta había visto a sir Ralph armar el revólver y dirigirlo a su joven patrona, y por un movimiento rápido como el rayo, se precipitó delante de ésta en el instante mismo en que el miserable apretaba el gatillo.

Recibió la bala en pleno pecho y perdía la sangre a chorro que se veía correr por sobre su dominó negro.

En cuanto a Tatiana, con las facciones cubiertas de una palidez mortal y el cuerpo agitado por estremecimientos convulsivos, fijaba en la infeliz Malvina una mirada llena de horror y de compasión.

—Aire, aire, me ahogo, — exclama la infeliz agitándose en el suelo.

—Pronto, pronto, que la transporten al invernáculo.

Se presentaron tres jóvenes inmediatamente, de los cuales uno dijo ser médico y que examinarían la herida. Los otros eran Pablo y Santiago.

Estos la tomaron uno por los pies y otro por los hombros y la transportaron al invernáculo, precedidos por Tatiana, Vanda y Valentina.

Allí la tendieron en un banco de hierro cerca de una de las ventanas abiertas, por las que entraba el aire fresco del exterior.

El joven médico se acercó a la paciente para apartarle los pliegues del dominó.

Pero Malvina lo rechazó suavemente, murmurando con voz lenta y debilitada:

—Es inútil, la herida es mortal. Voy a morir; siento llegado mi último instante.

Volviendo en seguida hacia Tatiana su mirada ya vaga y semiapagada, le hizo señal de acercarse.

Tatiana vino a arrodillarse a su lado y con los ojos llenos de lágrimas le tomó una mano, que estrechó efusivamente entre las suyas.

—No me compadezcáis, señorita, — le dijo Malvina, — cuya voz se debilitaba por momentos, he querido morir por vos... Había sido tan culpable, os había hecho tanto mal, a vos, tan buena... que he querido... pagar mi deuda, os he salvado y muero contenta.

Calló un instante.

Sus labios acababan de orillarse de una espuma rojiza.

—UOh! ¡no! no habléis de morir, os salvaremos, mi pobre Malvina, — le dijo Tatiana sollozando y besándola en la frente.

—¡Ay! — dijo el joven doctor, — ¡no tiene remedio!

—No, no, yo no debo vivir, — balbuceó Malvina con un esfuerzo, — sería muy desgraciada; doy gracias a Dios por enviarme la muerte.

Y añadió con una voz casi ininteligible, llevándose la mano al pecho.

—Tomad, tomad esto, pero que él no sepa nada... no conoce mi secreto, y quiero que la ignore, me salvó de la vergüenza... ¡Oh! es un noble corazón.

Y con mano temblorosa continuaba registrando en su seno.

—¡Ah! ¡aquí está! aquí está... — murmuró con suspiro doloroso, lo robé de su casa el día que fuí... ¡cuántas veces lo he regado con mis lágrimas!... Hoy está regado con mi sangre... Tomad... rompedlo y no le digáis nada... quiero que ignore siempre que le he am...

No pudo terminar.

El objeto que se había sacado del seno se escapaba de sus manos, en el mismo instante que exhalaba el último suspiro.

Aquel objeto era un retrato de Pablo de Treviannes.

Al ver que caía Malvina, bajo la bala destinada a su patrona, sir Ralph, decepcionado en su sed de venganza, estuvo tentado de satisfacerla a toda costa, enviando una segunda bala a Tatiana, parada siempre a tres pasos de él.

Pero sobrecogido al mismo tiempo por los peligros a que estaba expuesto y comprendiendo que en ese momento su vida dependía de un segundo, renunció en seguida a su odio, pensando en aprovecharse del tumulto y del pánico que acababa de la multitud y poder escapar del hotel.

Atraída y preocupada con el horroroso espectáculo que tenía a la vista, es decir, el cuerpo de la pobre Malvina desangrándose a sus ojos vistas, la asamblea entera había olvidado al asesino, y éste, desprendiéndose por fin de la muchedumbre que lo dejaba pasar sin mirarlo, iba a dirigirse hacia la puerta, cuando algunas personas, llamándoles la atención la prisa con que se iba, lo reconocieron en seguida.

—¡El osesino! ¡el asesino! — exclamarón entonces cinco o seis voces a la vez.

Todas las miradas se dirigieron hacia aquel lado y al mismo tiempo toda la masa de concurrencia se le precipitó encima como un torrente desbordado.

Algunas manos se extendían ya hacia él, cuando de pronto se sacó el revólver, apuntándolo resueltamente a los que lo amenazaban dando una vuelta sobre sí mismo.

Se hizo pronto un círculo que fué agrandándose lentamente, y en medio del silencio que se había hecho de pronto sir Ralph exclamó, dirigiéndose al señor Mauvillars:

Dadme vuestra palabra de que vais a dejarme salir libre de aquí y de que además me acompañaréis hasta encontrarme en lugar seguro, si no, hago fuego. En esta arma hay cinco balas, son cinco cadáveres que voy a hacer, cinco cuerpos ensangrentados que van a quedar aquí en el suelo acto continuo.

Al hablar así continuaba dando la vuelta, vigilando con una extrema circunspección todo el círculo que lo rodeaba.

El señor Mauvillars se hallaba poseído de

una profunda angustia. Procedente de semejante hombre una amenaza como aquella no era de despreciar.

Acusado de cuaro o cinco asesinatos de que era seguramente el autor, su cabeza estaba perdida de antemano.

No teniendo él nada que esperar, se podía esperar todo de él.

No vacilaría, pues, en hacer otras cinco víctimas y a esta idea el señor Mauvillars estaba aterrado.

—¡Y bien! sea, — respondió después de un silencio, consiento en tomar este compromiso para evitar nuevas desgracias en mi casa, convencido además de que nada perderéis con esperar.

—Esto, — respondió sir Ralph siempre en acecho, — es cuenta mía. Sacadme de aquí, es cuanto os pido, y lo demás poco os importa.

—¡Vamos, pues! — exclamó una voz entre el gentío, tratar con semejante miserable sería una vergüenza, yo solo me encargo de él y os voy a demostrar inmediatamente que este a quien teméis como a un tigre, no es más que un cobarde chacal.

Sir Ralph se estremeció al oir aquella voz, que reconoció en el acto.

Era la del señor Portal, la de aquel enemigo implacable que encontraba siempre en su camino.

Rocambole, pues, era él mismo quien había hablado, salió de entre la multitud, hizo dos pasos hacia sir Ralph que, siempre resuelto, aunque que muy pálido, le apuntó en seguida el arma, y cruzándose de brazos llamó en alta voz:

—¡ Santiago Turgis! ¡Pablo de Trevianes!

Los dos jóvenes se adelantaron.

—Oídme, — les dijo con toda tranquilidad, — voy a ir hacia ese miserable, si me hace fuego, caeréis sobre él con la rapidez del rayo, lo desarmáis y entonces, retened bien mis palabras, le romperéis la quijada con una bala, conservándolo precisamente en ese estado hasta entregarlo al verdugo. Sois dos, sois jóvenes y fuertes, ágiles y valientes, no podrá escaparos. Sobre todo, no lo matéis, haced lo que os recomiendo.

—Contad con nosotros, — respondieron los dos.

—¡Entonces, atención! — dijo Rocambole. Y con los brazos cruzados sobre el pecho fué avanzando a paso lento hacia sir Ralph.

Este sintió que le corría un estremecimiento por todo el cuerpo, cuando oyó las órdenes que Rocambole acababa de dar a su respecto, pero parecía inquebrantable en su resolución.

Sin embargo, sus facciones se fueron cubriendo de una palidez más y más lívida, a medida que su enemigo se le aproximaba, en tanto que éste, sereno e impasible, fijaba en él una intrépida mirada.

Inmóvil y ansiosa, la asamblea entera se estremecía a cada paso que daba hacia el arma que le puntaba directamente sir Ralph.

Pero por los labios de Rocambole se paseaba una ligera sonrisa profundamente desdeñosa.

Había visto que aquella arma temblaba en manos del asesino, y se decía: ¡No se atreverá! con una quijada rota, además de que la operación no tiene nada de agradable, ni esperanza de salvación, ni una probabilidad de evadirse. ¡Habrá reflexionado bien, y no se atreverá!

Llegado tan cerca de él que el revólver le tocaba al pecho, Rocambole ,sin hacer ningún ademán, dijo a sir Ralph:

—¡Y bien! ¿No tiráis, pues?

Sir Ralph no respondió nada.

Entonces Rocambole levantó la mano del arma, lentamente, sin apresurarse, la arrancó de manos de su enemigo, lo miro con aire indiferente, y, volviéndose a Santiago:

—Señor Santiago, — le dijo, — hacedme el favor de mandar venir un coche, subiremos a él acompañando a sir Ralph para hacerle los honores de la Prefectura de Policía.

En medio de todos estos acontecimientos, el lector se preguntará sin duda por el paradero de Mac-Field.

Mac-Field, estuvo en la fiesta hasta el momento en que sir Ralph, interrumpiéndose de repente en su juego, empezó a contar el extraño relato que de pronto se atribuía a un acceso de locura.

Estupefecto él mismo, al oir que su cómplice revelaba públicamente aquellos hechos que tanto interés tenían en guardar en el mayor secreto, Mac-Field, que conocía el medio de que se había valido sir Ralph para comprometer a Tatiana, no tardó en sospechar que su compañero se encontraba a su vez bajo el imperio de una fascinación parecida, y comprendiendo que la confesión provocada por el misterioso personaje que lo dominaba en aquel momento, iría hasta el fin, y no dejaría nada en la sombra, había juzgado prudente esquivarse en previsión de las revelaciones en que él mismo s hallaba gravemente comprometido.

En cuando a Badoir, después de sufrir las torturas de la picota todo el tiempo que duró la narración de sir Ralph, se apresuró a aprovecharse del pánico producido por la detonación del revólver, y cuando se hubo establecido la calma, lo buscaron inútilmente, había desaparecido.

Y lo encontraremos más tarde, así como a Mac-Field, en un acto en que reaparecerán igualmente dos personajes, de los que nos quedan algunas palabras que decir ante de cerrar esta primera parte, estos dos personajes son , el alemán y la Rubia, cuyos temibles instintos podrán desarrollarse a sus anchas en el espantoso drama que ha de formar la segunda parte de esta obra.

Desde el juzgado de instrucción donde los habíamos dejado, estos dos tipos fueron confinados a Mazas, en espera de la prosecución del sumario, y, al cabo de un mes, venían a sentarse en los bancos de la Corte de Assises.

Todas las celebridades del "demi-monde", que hasta hacía poco fueron amigas o rivales de la hermosa rubia, todos los hijos de familia que la habían tratado más o menos íntimamente, y hasta algunas grandes señoras a las que había aplastado con su lujo y de las cuales, algunas, la habrían admi-

rado en el Bosque, tal vez, o en los teatros, todos en fin, amigos y enemigos, habían acudido presurosos al espectáculo de esta reina del vicio que, después de haber deslumbrado, fascinado a la más brillante sociedad, tenía que venir a sentarse en el banco de los malhechores.

Toda esa gente acudió para contemplar su vergüenza y gozarse en ella.

Y aquel fué su castigo verdadero, mucho más cruel, mucho más humillante y duro que los diez años de presidio, que era la pena a que se veía condenada.

La pena de Goézmann fué de veinte años.

Se creyó que su carrera quedaba terminada allí, y conforme acabamos de decir, estaban destinados a reaparecer en la sociedad, que se creía libre de ellos, y a ejercer todavía una influncia la más perniciosa.

En esa segunda parte, volveremos a encontrar a Rocambole, con todo el aliento y los arranques ardorosos de su juventud, meznmezclado a tres o cuatro dramas de familia de los que él es el eje, volviendo a endosar a veces sus harapos de bandido para hacer frente a un grupo de malhechores encarnizados en su pérdida o en la de sus protegidos, multiplicándose bajo los encarnaciones más diversas para hacer frente a sus terribles enemigos, vencido a veces, nunca abatido, conservando hasta en presencia de la muerte aquella calma y serenidad de espíritu que, en todas las circunstancias, lo hicieron triunfar del destino.

LX

EPILOGO

Al cabo de un mes de estos sucesos encontramos a la mayor parte de nuestros personajes, casi todos aquellos a los que creemos se habrá inteersado el lector, reunidos en el hotel del señor Mauvillars, que ese día los había invitado.

La mesa la habían puesto bajo una avenida de tilos, cuyo follaje — de un verde tierno— estaba terminado el mes de Mayo — amparaba una bruma luminosa a través de la cual los convidados flotaban como los personajes de una comedia de magia, en los vapores de una apoteosis.

Estos invitados eran, por de pronto toda la familia de Mauvillars, después el tío Pedro Valcresson, Luisa Prevot, que era ya desde hacía ocho días la señora Valcresson, la cual recobró, junto con su razón toda la gracia y la belleza de otros tiempos; Juana, a quien hubo que poner al lado de Tatiana, por la que ha sentido una verdadera pasión tan pronto la conoció, Pablo, Valentina, Vanda, el señor Portal y la baronesa de Villarsy, íntima amiga de la familia Mauvillars.

En esta fiesta íntima faltaba un invitado, y bastaba observar la ligera nube que de tiempo en tiempo oscurecía la frente de Tatiana, para adivinar que el que faltaba era Santiago Turgis.

En el momento se sentarse a la mesa, el señor Mauvillars, había recibido una carta del artista que le rogaba lo disculpase de no poder asistir a la comida por tener que terminar un trabajo de mucho apuro.

—¡Es magnífico! ¡Es heroiico! — exclamó el señor Mauvillars, ardiente admirador de los laboratorios, pues no titubeaba en colocar el trabajo por encima del sentimiento. participaba del entusiasmo de su tío para aquella clase de heroísmo, pero se sobre-

Una encantadora mueca de la linda Tatiana, dió a entender claramente que no entiende que no se atrevió a protestar de otra manera.

—De todos modos, — dijo para sí al sentarse a la mesa. — me parece que un enamorado debería abandonar todos los trabajos del mundo en obsequio de la que ama.

Luego añadió en lo más íntimo de su corazón y con un ligero suspiro:

—Si en todo caso es verdad que me ama tanto como dice.

Se mentía evidentemente a sí misma al poner en duda aquel amor, pero no estaba contenta de él y quería darse un pretexto para ponerle mala cara interiormente.

La comida fué muy alegre, pero de esa alegría, suave y deliciosa, propia de las almas felices.

—Nos faltan tres personas, — dijo el señor Mauvillars, — para que esta fiesta sea completa, por de pronto nuestro amigo Santiago Turgis y luego nuestros parientes, el conde y la condesa de Sanabria.

—La condesa, a quien la salud de su marido inspira serios temores, — dijo Rocambole, — ha querido irse de París para establecerse en Pau, donde ha resuelto consagrarse exclusivamente a su querido enfermo.

—¡Qué buena es Rita! — dijo la señora Mauvillars. ¡Oh! es una noble y excelente naturaleza y no puedo menos de admirarla, no obstante, lo confieso, no dejo de experimentar una especie de aflición al verla abandonar la sociedad, siendo tan joven y hermosa.

—Es un corazón enfermo, — repuso Rocambole, — al que todo es indiferente, sobre todo la sociedad.

Habían llegado a los postres.

—Algunos momentos después, los invitados dejaban sus asientos y se dispersaban por los jardines a su capricho.

Tatiana había buscado el sitio más retirado para meditar libremente.

Era una especie de rond-point sombreado por grandes árboles, y al cual venían a morir varios senderos practicados en la espesura frondosa que lo rodeaba.

Desde el banco de madera en que se hallaba sentada, a través de un claro que había entre la arboleda, contemplaba la puesta de sol en el horizonte y el cielo como se incendiaba con sus ausentes rayos.

Estaba allí pensativo hacía unos diez minutos cuando le pareció sentir sobre su mano que pendía inerte a lo largo del respaldo del banco, algo como un vapor tibio. Iba a retirarla precipitadamente, espantada a la idea de que pudiese ser algún reptil, cuando una voz tímida, trémula, débil como un suspiro balbuceó detrás de ella muy bajito este nombre que le pareció encantador mur-

murado de aquella manera:

—¡Tatiana!

¡Oh! entonces ya no pensó en retirar su mano.

Aquel reptil, aquella serpiente tentadora, ella la reconoció y no se espantaba ya, al contrario lo mismo que su madre Eva, prestaba a sus tentaciones un oído complaciente.

—¡Tatiana! ¡mi adorada Tatiana! — repitió aquella voz con una ternura más acentuada.

La respiración de la joven, se había hecho anhelante, porque el tentador, enardeciéndose cada vez más estrechaba entre sus manos la mano que antes apenas osaba tocar.

Después envalentonado con el silencio de la joven, se había venido a sentar a su lado y le dijo con una emoción que se comunicó en seguida al corazón de Tatiana.

—Querida Tatiana, acabo de ver al señor Mauvillars, le recordé la promesa que me había hecho de acordarme vuestra mano el día en que vuestra inocencia, de la que jamás dudé, resplandeciera a los ojos de todo el mundo, me dijo que estaba dispuesto a cumplir este compromiso, pero con una condición...

No se atrevió a terminar.

—¿Y esa condición? — preguntó Tatiana con una voz que hacía temblar de emoción.

—¡Y bien es que vos... me confesaríais francamente, sin dudas ni vacilaciones... que me amabáis.

—¡Oh! señor Santiago! — exclamó Tatiana ruborizándose.

—¡Tatiana mía! yo no soy quien habla, no me atrevería, es vuestro tío, y pensad en que sin esta confesión, se niega a dar su consentimiento.

Hubo un momento de silencio.

—¡Tatiana! ¡Oh! mi querida y adorada Tatiana, — murmuró Santiago con voz baja y vibrante; ¡y bien! Oidme, no digáis esto si es pediros demasiado, pero para satisfacer a vuestro tío, sólo por esto, decid que sois feliz con mi amor, ¡oh! os lo ruego.

Y al hablar así, se había arrodillado delante de ella y cubría de besos sus finas manos, de tal manera que al fin, el corazón de Tatiana, trastornado, fuera de sí dejó escapar estas palabras:

—¡Oh! sí, ¡muy feliz!

—¡Y bien! Esto es todo cuanto yo deseaba, — dijo una voz detrás de los jóvenes.

Tatiana se dió vuelta dando un grito y entonces vió al señor y a la señora de Mauvillars así como a sus abuelitos, que se le miraban riendo de su turbación.

—Vamos, — exclamó entonces el señor Mauvillars, os amáis, esto es bien claro y cuando uno se halla atacado por esta enfermedad sólo hay un remedio para no morir de ella y es, casar. Y esto no será muy largo, os lo garantizo.

Luego, dirigiéndose a Santiago, radiante de felicidad.

—En cuanto a vos, señor artista, os prevengo que Tatiana está muy enojada con vos por no haberlo abandonado todo para venir a sentaros a su lado en nuestra mesa y sino tenéis algún justificativo muy bueno que alegar...

—Tengo uno que ha de valer el perdón, confío en ello, — respondió Santiago y si tenéis la bondad de seguirme...

—Con mucho gusto, ofreced vuestro brazo a Tatiana y pasad delante.

Santiago se apresuró a obedecer.

Un instante después, entraban en la casa y con gran sorpresa de la joven, Santiago la ocompañó a las habitacioes de los abuelos, no menos sorprendidos que su nieta.

Fué derecho al salón, abrió la puerta y dijo:

—Aquí tenéis mi disculpa, he aquí el trabajo que deseaba terminar antes de venir.

Este trabajo era el retrato de Tatiana, de cuerpo entero, hecho de memoria por el artista, y colocado en el centro de un paño de pared entre el de ambos abuelos.

Hubo en momento de silencio en presencia de aquella tela.

En seguida el viejo Mauvillars, exclamó de repente con una voz llena de sollozos:

—¡Ah! ¡señor Santiago! ¡señor Santiago! permitidme que os abrace.

Y se precipitó sollozando en los brazos del pintor.

—¡Pobre Tatianita, querida! — murmuraba entre tanto la abuela, enjugándose los ojos, ya no nos abandonará, siempre la tendremos aquí a nuestro vista, ¡Pero fíjate, amigo mío, mira cómo se le parece! ¡Es su misma encantadora sonrisa, tan ingenua y bondadosa, es su misma mirada leal y pura, es, en fin ella misma que está hablando!

—¿Entonces estoy perdonado? — preguntó Santiago.

—Os adoro, — le dijo la abuela con entusiasmo.

—¡Y yo os amo! — le dijo Tatiana al oído.

FIN DE LAS REVANCHAS DE LA VUELTA DE ROCAMBOLE

LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

PROLOGO

EL ASESINO

I

LA CORTE DE ASSISES

El 15 de Noviembre del año 1860 una inmensa multitud llenaba el recinto de la Corte de Assises de Versalles, y, al ver la extrema agitación que se leía en todos los semblantes se adivinaba que el asunto de que se trataba debía ser de los más interesantes.

Se podrá juzgar de él, escuchando lo que se decía en uno de los innumerables grupos en que se trataba del acusado, sobre el que discutían por todas partes con mucha ani-

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

mación.

El grupo de que hablamos se componía de tres personas: un hombre de unos cincuenta años, de aspecto vulga y aire importante, en el que era fácil conocer algún pepeño comerciante; una señora entrada en años, cuyo porte de una extremada limpieza, pero un tanto trasnochado, revelaba la vida modesta y las costumbres económicas de una pequeña rentista; y por fin, una especie de campesino vestido con la ropa de los días de fiesta, como de unos cuarenta años, con su paletó raído, cuyo corte grotesco, que debía datar del tiempo de Luis Felipe, dibujaba un cuerpo delgado y nervioso.

—Parece que va a juzgar un asunto "consecuente", — dijo este último abordando a los otros dos, después de un momento de vacilación.

—¡El asunto d'Estarbés, pardiez! — respondió el comerciante; — bien debeis caberlo vos, que vinisteis a propósito.

—No señor, — replicó vivamente el paisano; — yo vine por negocios a la ciudad, y viendo tanta gente en frente del Tribunal entré por curiosidad.

Luego tocándose la frente, añadió:

—¿Decís d'Estarbés? esperad un poco, ¿no es el asesino del señor Doutreville?

—Precisamente.

—Dicen que es jovencito.

—Veintiseis o veintisiete años.

—Y buen mozo el canalla, ¿no?

—Un Adonis, — dijo vivamente la señora vieja; — yo puedo hablar con certeza porque ha sido vecino mío cuando vivía en la calle Hoche. ¡Ah! ¡Cuánto me habría sorprendido entonces, si me hubieran dicho que algún día vería en los bancos de la Corte de Assises, a un joven "tan bien", tan distinguido!

—¿Me parece haber oído decir que se había casado hace poco? — repuso el paisano.

—¡Ah! sí. Hace apenas seis meses, una joven preciosa, ¡ah! se podía decir que era una linda pareja, y se querían que daba gusto verlos, siempre juntos en el teatro, a paseo, en la iglesia, donde iba, — decían, — mucho menos por oir misa que para no separarse de su mujer de la que estaba muy celoso.

—Pero, ¿la mujer no está también mezclada en el asunto?

—Sí, de una manera misteriosa.

Después de callar un momento el paisano respuso:

—¿Y qué se opina sobre el acusado?

—Yo juraría que es inocente, — exclamó la vieja rentista.

—Es la opinión general de todas las personas que lo conocen, — dijo el comerciante; pero se asegura que se elevan contra él presunciones gravísimas.

—¡Bah! la única presunción seria es su situación de acusado. Desde el momento que acusan a un hombre, todo el mundo está dispuesto a encontrarlo culpable; bien lo sabéis vos, señor Godard.

—Esto, es hasta cierto punto verdad, señora Bellamoin: por lo demás, yo debo decir en honor de la verdad, que jamás he tenido una queja de la familia, a la cual proveo de comestibles desde hace veinte años.

—¿Y se le conocía algún vicio, a ese joven? — preguntó el campesino; — tal vez sería jugador, o le gustaría mucho el dinero o el bello sexo?

—¡Avaro, él! ¡vamos, hombre! — exclamó la señora Bellemain; en cuanto al juego no tocaba jamás una carta; y por lo que respecta al bello sexo, lo adoraba, es cierto, pero en la persona de su mujer que por cierto es la rubita más mona que se puede imaginar.

—Entonces, ¿qué puede haberlo inducido a asesinar a ese pobre señor Doutreville?— preguntó el paisano. Porque, en fin, asesinato lo ha habido; esto es innegable.

—No hay duda, — se apresuró a decir la señora Bellemain; ¿pero hay alguna razón para que ese joven sea el asesino más bien que vos o el señor Godard?

—¡Ah! pero decidme, pues, señor, — exclamó el paisano enderezándose de repente; —deberiais andar con más cuidado en las palabras; yo no soy acusado, ¿sabéis?

—¡Eh! ¡buen hombre! ¡y cómo tomáis las cosas, vos! — le dijo el especiero; tranquilizaos, la señora Bellemain no trata de acusaros a vos.

Y añadió en seguida:

—En cuanto a mí, me parece que debía existir entre esos dos hombres, la víctima y el acusado, algún motivo de odio que sin duda revelarán los debates.

—Vuestra suposición prueba que no estáis al corriente de nada, señor Godard; — replicó la señora Bellemain. — Los debates no van a revelar nada de esto, puesto que el señor Doutreville era padrino de la joven, a quien había visto nacer, así como a su marido, y que en ese mismo Castillo de Vandray, donde ha sido asesinado, el joven matrimonio fué a pasar la luna de miel hace apenas unos seis meses.

—¿Y decís que el marido no dejaba nunca a la mujer? — insinuó el paisano con una parsimonia cautelosa.

—Casi nunca, — respondió la rentista.

—¿Algunas veces entonces? — dijo el paisano saltando sobre aquella palabra como sobre una presa.

—Cuatro o cinco veces al mes, para ir a ver a su madre que vive en París.

—¡Ah! ¡ah!

—¡Bueno y qué! ¿qué hay de malo en esto?

—Nada al contrario, es de un buen hijo ir a ver a su madre; únicamente acordaos de lo que decía un juez amigo que pasó toda su vida entre causas criminales: "¿Quién es ella?" Bueno, pues; un hombre joven, rico, elegante, buen mozo, que va a menudo a París, y que se encuentra solo allí, y, de consiguiente, dueño de sus acciones... en fin, quizás me equivoque, pero se me figura que se acabará por saber "quién es ella", y con ella la clave del misterio.

—Y yo, — repiicó la señora Bellemain con vivacidad; — os digo que...

Pero tuvo que interrumpirse desde luego a la voz del ujier que acabaza de pronunciar estas dos palabras:

—¡La Corte!

Se hizo un gran silencio; todo el mundo se descubrió y fueron entrando el presidente, asesores, el procurador general, todos vestidos de traje talar rojo, y se acomodaron en sus asientos respectivos.

Los jurados estaban ya allí.

Las conversaciones habían cesado de todos lados, y la vasta sala de los Asisses ofrecía entonces un golpe de vista imponente.

Todo lo que de cerca o de lejos tenía relación con la magistratura o el foro, los más notables personajes, las grandes señoras y las mujeres más lindas de la ciudad, todos se habían valido de mil intrigas y solicitudes para obtener el favor de un asiento en las tribunas reservadas; todos habían querido asistir al dramático y conmovedor espectáculo que se iba a desarrollar ese día en aquel Tribunal del Crimen, y ya era un cuadro curioso y emocionante el que ofrecía aquel público distinguido que esta vez llenaba el vasto recinto de la Corte.

Y es que, ese día, el que se iba a sentar en el banco de la infamia, en el que tantos horribles y atroces bandidos habían pasado, era uno de los suyos; es que todos, o casi todos los que acudían a ese punzante espectáculo, conocían más o menos al joven sobre quien recaía una acusación capital; es que todas aquelas damas habían danzado y valsado infinitas veces con aquel gran criminal.

De manera que todas las fisonomías se pusieron graves y conmovidas cuando vieron entrar a aquellos imponentes magistrados, árbitros supremos, muchas veces del destino de uno de sus semejantes, que pueden borrar con una plumada del libro de los vivos.

Los jurados habían entrado ya.

El presidente recorrió rápidamente algunas hojas de un expediente que tenía colocado delante; luego, después de pasear por toda la asamblea una mirada austera y fría:

—Que introduzcan al acusado! — ordenó.

A estas sencillas palabras, un ligero estremecimiento recorrió por todo el auditorio y hasta algunos semblantes habían palidecido ligeramente.

—Berta, — dijo una de las señoras de las tribunas inclinándose al oído de una amiga que tenía a llado; — ¿verdad que estais toda trastornada a la idea no más de ver comparecer aquí, como acusado, a ese pobre Carlos que hemos conocido tan alegre, tan franco, tan espiritual con todos, y tan bueno y amable con su pobre mujercita?

—Yo estoy toda trémula, respondió la dama llamada Berta, y no sé lo que daría para poderme ir de este puesto que he solicitado con tanto empeño.

En ese momento, un ligero murmurro casi imperceptible, pero cargado de emociones, se elevó de todos los puntos ed la sala y se oyeron estas palabras débiles como un sopio:

—¡Ahí viene!

II. — EL ACUSADO—

Todas las miradas se dirigieron al acusado con un sentimiento de viva curiosidad, pero con muy diversas impresiones: los que lo conocían, se preguntaban en qué estado lo iban a volver a ver, después de dos meses de prisión y bajo el peso de una acusación tan terrible como la que pesaba sobre su cabeza; los demás se prometían estudiar sus facciones y entresacar de sus líneas, cuya distinción se les ponderaba, los odiosos instintos que podrían explicar el crimen de que se había hecho culpable. Aquellos no dudaban de su culpabilidad y hacían interesar su amor propio en descifrar de antemano, en aquella pretendida naturaleza superior, las malas pasiones y las predisposiciones al crimen que, hasta entonces, habían escapdo a todas las miradas. El acusado entró, pues, en medio de un silencio imponente. La sala entera se sintió emocionada a su vista.

Su porte flexible y esbelto, sus maneras distinguidas, su cabeza noble y graciosa a la vez, encuadrada en una cabellera rubia, abundante y descuidadamente ecnada sobre las sienes, dejando al descubierto su frente blanca y bien proporcionada, todo este conjunto estaba por decirlo así, envuelto en un encanto que, en aquel momento sobre todo, inspiraba simpatía y conmiseración.

De manera que se pudo notar una especie de decepción o desencanto en los que se proponían leer en el semblante del acusado las pasiones y los instintos que debía revelar, según ellos, la naturaleza del criminal.

Entró el joven entre dos gendarmes que lo acompañaban a su puesto y se sentaron detrás de él.

Tenía las facciones y los párpados enrojecidos, pero su finonomía sellada con una tristeza mortal, expresaba a la vez algo de altivo y resignado que acabó de delibitar la convicción de los espectadores que estaban prevenidos desde luego, en contra suya.

Al dirigirse hacia el banco de los acusados acompañado por los guardias, abrazó toda la sala con una mirada, y en aquel rápido golpe de vista reconoció, sin duda, algunos amigos suyos, porque sintió un estremecimiento de la cabeza hasta los pies; pero muy pronto hubo dominado su conmoción, y a partir de aquel momento ya no dirigió más la vista del lado del público.

III.

EL ACTA DE ACUSACION

—Leed el acta de acusación, — dijo el presidente del tribunal, dirigiéndose al secretario.

El silencio se hizo más profundo aún y cada uno de los presentes, temiendo perder una sola palabra de los hechos que por fin iban a ser revelados netamente, esperó inmóvil la palabra del secretario, que leyó:

"Señores jueves. — Señores Jurados:

En diez de Septiembre último, se esparció el rumor en Chaville que se acababa de cometer un crimen en el municipio. Un rico comerciante de la comarca, el señor Doutreville, se encontró asesinado en su castillo de

Vaudray, donde residía con los dos domésticos y un jardinero, desempeñando este último igualmente, las funciones de portero.

La justicia se transladó inmediatamente al castillo, y el señor comisario de policía, llegado al dormitorio, se encontró en presencia de un espectáculo horroroso. La víctima, echada de espaldas, yacía en un lago de sangre con los puños cerrados, la cara contraída y con una horrible herida en el cuello, en la cual estaba todavía clavada el arma homicida. Era un cuchillo con cabo de carey guarnecido de plata, cuya hoja fina y puntiaguada penetró tan profundamente en la garganta, que había llegado hasta la columna vertebral, en la que quedó clavada. Según el informe médico legal del doctor Laurens, de quien se hizo acompañar el comisario de policía, aquella puñalada, cuya violencia atestiguaba la rabia del asesino, bastó para determinar una muerte inmediata. No fué así y sin embargo, se adquirió pronto la prueba descubriendo en el suelo y hasta en casi todas las partes del dormitorio, las huellas sangrientas de los pies desnudos de la víctima, la que, evidentemente había dado algunos pasos ensangrentada, para escapar a los golpes de su asesino.

Quién podía ser el asesino del señor Doutreville, uno de los hombres más queridos de la comuna de Chaville, y a quien no se le conocía un solo enemmigo? Es lo primero que se preguntó el magistrado mientras procuraba hacer brotar la luz de todos los testimonios materiales que lo rodeaban y que de momento nada le habían revelado, porque aquel cuchillo clavado en la llaga, de pronto no le decía nada. Los criados interrogados declararon que su patrón no tenía enemigo alguno, al menos que ellos supieran, y que no podían absolutamente hacer la más mínima suposición en cuanto al autor del crimen. Todos eran, pues, tinieblas en este asunto y ya el magistrado desesperaba de poder hallar el menor indicio, cuando a fuerza de recorrer con la vista todos los rincones de la pieza, acabó por reconocer que la huella sangrienta de los pies desnudos marcada sobre el piso, no era la misma en todas partes, y dedicándose sobre este punto un examen más profundo, adquirió pronto la convicción de que el asesino, antes de entrar en el dormitorio, debió sacarse el calzado para amortiguar el ruido de sus pasos. Una de aquellas huellas, pues, era la suya, y pronto la distinguió de la víctima, cuyo pie era más ancho y más largo.

Tomó el croquis exacto de aquel pie. Después pasó del dormitorio al vestíbulo y a la escalera, donde pudo seguir las mismas huellas hasta la entrada del jardín.

Allí se hacían más confusas y se mezclaban en la arena dos marcas de pies calzados con botines, un pie de hombre y uno de mujer. Aquel pie fino diminuto, aristocrático y calzado con botas finas, no podía ser el pie de la cocinera, única mujer que vivía en el castillo, y el comisario hizo la observación. Entonces el jardinero declaró sin vacilar que aquel pie lo reconocía como el de la señora d'Estarbés, demasiado pequeño para poderlo confundir con ningún otro.

—Por lo demás, — añadió el jardinero — estoy tanto más seguro de ello, cuanto que esta noche ha salido del castillo, como a las dos de la madrugada.

—¿Y no ha vuelto? — preguntó el magistrado estupefacto.

—No, señor, — respondió el jardinero.

—¿Y dónde podía ir a semejante hora?

—Es lo que le pregunté, cuando me dijo que le abriese el portón; de pronto no dijo nada; permanecía delante de mí con la vista fija, el cabello despeinado y algo de azoramiento en la fisonomía; después me dijo balbuceando y buscando las palabras, que su madre estaba enferma, muriéndose, y que como el tren iba a pasar, le abriese sin tardanza la verja. Y como yo le dije que en aquella hora de la noche podría extraviarse, me hizo observar que hacía un buen claro de luna, lo que era cierto, y renovó de tal manera sus instancias que tuve que dejarla salir. Solamente mucho después se me ocurrió reflexionar que no habiendo recibido noticia alguna esa noche, si lo hubiese sabido durante el día, no hubiera esperado a esas altas horas de la noche para ir a tomar el tren.

—¿Y qué hacía en el castillo de Vaudray la señora d'Estarbés? — preguntó el magistrado.

—Había venido a pasar quince días, mientras su marido estaba ausente, lo que le sucedía de vez en cuando, puesto que el señor Doutreville era un antiguo amigo de las dos familias y había visto nacer a marido y mujer, a los que quería como hijos.

"Después de mucho reflexionar, el magistrado creyó encontrar una misteriosa relación entre aquella salida extraña, inexplicable, y el crimen que acababa de tener lugar en el castillo. Se dijo que los gritos de la víctima, el ruido de la lucha, la caída del cuerpo, debieron ser sentidos por la joven, que en ese caso podía muy bien ser que acudiese al dormitorio del señor Doutreville, y que viéndole tendido y ensangrentado en el suelo, hubiese emprendido la fuga poseída de un vértigo, que, por el momento, pudo haber trastornado su razón.

"En esta hipótesis resolvió trasladarse en seguida a Versalles con el objeto de interrogar a la señora d'Estarbés, cuyo domicilio se hizo indicar por el jardinero. Dos horas después llamaba a la puerta, pero inútilmente, porque nadie vino a abrir. Entonces procedió a interrogar a los vecinos, y he aquí lo que se supo de uno de ellos, un viejo capitán retirado, que muchas veces iba a jugar a cartas con la madre de la joven.

"Estaba durmiendo profundamente, — dijo — cuando de repente, pareció sentir que golpeaban la puerta de mi joven amigo el señor d'Estarbés; escucho y golpean de nuevo; eran golpes violentos y precipitados que revelaban angustia, desesperación o espanto. Entonces me levanté apresuradamente, corrí a la ventana y ¿qué es lo que veo a la claridad de la luna, muy brillante en aquel momento? Una mujer pendiente del llamador, medio echada sobre el último peldaño de la escalera, y en aquella mujer de talle flexi-

ble y delgado, de cabellos descompuestos y los vestidos hechos girones, reconozco a la señora d'Estarbés".

"El magistrado preguntó al militar si había oído decir que estuviese enferma la madre de la señora d'Estarbés. El capitán respondió negativamente; añadiendo que todavía la víspera había hecho una partida de naipes con ella, durante la cual habían conversado largamente de la joven y su marido a quienes esperaba esa misma noche o al día siguiente. De manera, que la señora de Estarbés había inventado un pretexto para abandonar el castillo en las altas horas de la noche; he aquí lo que apareció claro y terminante al magistrado, y esta certidumbre lo confirmaba en la suposición que hizo nacer en él aquella precipitada fuga.

"Más que nunca estaba persuadido de que debía haber llegado al aposento de la víctima inmediatamente después de perpetrado el crimen, y que, poseída de un súbito terror, se habría lanzado afuera, al azar, sin rumbo ni objeto, bajo el imperio de un aturdimiento voluntario producido por aquella sangrienta visión.

"En su consecuencia determinó de interrogarla sin tardanza y un momento después volvía a su casa. Lo recibió la madre de ella, la señora Fiernas, y el magistrado le llamó desde luego la atención su palidez y el extraño brillo de sus ojos, además de la profunda agitación impresa en sus facciones. Cuando le hubo declarado el objeto de su visita, respondió que su hija estaba enferma y atacada de un delirio que la ponía en la imposibilidad de responder a sus preguntas. Insistió, no obstante, contándole el drama que acababa de pasar en el castillo de Vaudray, y que, según él, debió determinar la huída de la joven.

"A la noticia del crimen, la señora Fiernas manifestó primeramente una profunda sorpresa, y declaró en seguida con el tono más convencido, que aquello era absolutamente imposible, pero sin demostrar la menor lástima hacia el desgraciado anciano que, en todo tiempo, había sido tan bueno para ella y para sus hijos, circunstancia que llamó la atención del magistrado y que más tarde debía ayudar a la justicia en la investigación de la verdad. Aquel mismo día, la policía ponía una docena de agentes en campaña, y uno de ellos trajo muy pronto una revelación de la mayor importancia.

"Un paisano, vecino inmediato al señor Doutreville, habiéndose asomado a la ventana con la esperanza de calmar una fuerte jaqueca, quedó sorprendido al ver que salía un individuo precipitadamente del castillo de Vendray, atravesaba el jardín con todas las señales de una violenta agitación, y se lanzaba a través del parque a cuyo extremo hay una puertecita que sale al campo. Pero su sorpresa fué mucho mayor, cuando, en aquel individuo que de pronto tomó por un malhechor, reconoció al señor Carlos d'Estarbés, que había visto infinitas veces venir al castillo con su mujer.

"Interrogado sobre la hora en que había visto al señor d'Estarbés, Pedro Chenu (es el nombre del paisano) no pudo desgraciadamente dar un dato preciso al respecto, estando muy preocupado con el dolor que sentía para pensar en nada más. Añadió solamente que a la claridad de la luna había visto brillar en la mano derecha del joven un objeto en el que le pareció reconocer un revólver, pero que respecto a esto no podía afirmar nada positivamente. Aquella misma noche el señor d'Estarbés era llamado al juzgado de instrucción en donde era sometido a un interrogatorio que se transcribe, al pie de la letra, a continuación:

—Señor d'Estarbés, — le preguntó el magistrado; — ¿dónde estabáis durante la noche pasada?

—En mi casa, señor.

—¿A qué hora llegabáis a ella, puesto que no estábais durante la velada?

—Un poco antes de medianoche.

—¿Volvíais de un viaje que os tuvo algún tiempo alejado de Versalles? ¿Y antes de partir acompañasteis a vuestra esposa al castillo de Vaudray, en casa de vuestro amigo el señor Doutreville?

"El señor d'Estarbés no contestó inmediatamente, y con una voz muy alterada, responde por fin:

—Sí, señor, nuestro amigo.

—¿Qué hicisteis al lelgar a vuestra casa?

—Era tarde y estaba cansado. Me metí en la cama.

—¿No pasó nada de extraordinario?

"A esta pregunta el acusado, fué presa de repente de una emoción que le impidió proferir una palabra. Sus facciones se empurpuran súbitamente, un temblor convulsivo agitó todos sus miembros; luego, después que se hubo calmado esta agitación, dijo al magistrado que se preparaba a renovarle la pregunta:

—Es inútil que me interroguéis más, señor; estoy decidido a no responder.

—¡Cuidado! — le dijo el señor juez de instrucción; — vos no podéis ignorar, no ignoráis que el señor Doutreville ha sido asesinado anoche; ahora bien, debo preveniros que las sospechas recaen sobre vos...

—¡Sobre mí! — exclamó d'Estarbés levantándose bruscamente.

—Sobre vos, sí; y debo advertiros que vuestra negativa a responder a mis preguntas, no harán sino agravar los cargos ya gravísimos que pesan sobre vos.

—¡Ah! — exclamó el señor d'Estarbés con una sonrisa despreciativa, a mí es a quien acusan de haber asesinado...

—A vuestro amigo el señor Doutreville, sí, señor; y ahora que ya conocéis la gravedad de vuestra situación espero que comprenderéis la necesidad de disculparos de una...

—No somos de la misma opinión, señor, — respondió d'Estarbés con altanería; desprecio semejante acusación, y ahora que conozco el motivo por el que fuí llamado aquí me niego más que nunca a responder a vuestras preguntas.

"Y a pesar de todas las instancias del señor juez de instrucción para hacerle comprender los peligros de la vía en que se metía, se obstinó en guardar el silencio.

"La señora Fiernas y sus criados fueron interrogados sucesivamente por el juez de instrucción sobre el asunto de saber si d'Estarbés había vuelto a su casa aquella noche

del crimen, sobre la hora en que había llegado y si pasó la noche entera.

"La señora Fiernas respondió que su yerno había venido como a media noche, que se acostó y había pasado el resto de la noche en su cama.

Interrogada sobre el motivo que pudo determinar a su hija abandonar el castillo de Vaudry, a las dos de la madrugada, y a exponerse a las fatigas y a los peligros de tan larga caminata a pie, a través de campos y de montes, en esas altas horas de la tarde, la señora Fiernas respondió que había encontrado a su hija desmayada en la puerta de su casa, que se apresuró a meterla en la cama y que desde aquel momento se hallaba bajo el imperio del delirio de la fiebre, de suerte que ni siquiera había intentado obtener de ella una palabra de explicación sobre la causa de su vuelta repentina.

En cuanto a la sirvienta, afirma, que no tiene nada que decir, por la razón de que durmió como un tronco durante toda la noche, pues su patrona, sabiendo que estaba muy fatigada, no la quiso despertar ni para el señor ni para la señora.

Además de la señora Fiernas y su criada fueron llamadas tres personas a declarar en casa el juez de instrucción: el capitán retirado Lamberti y dos vecinos más del acusado.

El primero confirmó su primitiva declaración pura y simple, pero resulta del testimonio del señor Duranton, uno de los dos vecinos interrogados, un hecho de la más alta gravedad, porque asegura haber visto al asesino salir furtivamente de su casa durante la noche, cerrando la puerta con las mayores precauciones, declaración que se halla en contradicción con la de la suegra del acusado, puesto que esta dama pretende que el acusado pasó en su casa toda la noche.

IV

EL INTERROGATORIO

Había terminado el acta de acusación.

Refería todo el drama de Vaudray, es decir todo cuanto pudo recoger sobre aquel tenebroso asunto, por que aun después de la lectura de aquelal acta, ¡cuántas cosas quedaban en estado de misterio!

Además de la obscuridad que encubría muchos puntos, además de los horizontes que abría la curiosidad del auditorio aquel extraño rol que representaba la esposa en todo aquel sombrío asunto; la sola fisonomía del actor principal del drama protestaba elocuentemente contra el odioso acto que se le impugnaba.

En vano se elevaban contre él los cargos más abrumadores; en vano los hechos conocidos probaban su culpabilidad; su semblante leal y altivo, su mirada llena de franqueza y lealtad, la elegancia y distinción de toda su persona, gritaba más fuerte que todos los testimonios que aquel joven no podía ser un asesino; y los corazones más endurecidos, las conciencias más austeras se rebelaban contra la evidencia y probaban absolverlo.

Se hablaba en voz baja por todos los ámbitos de la sala, y todas estas impresiones manifestadas con ardor, producían en el recinto del Tribunal un sordo y continuo murmullo que atestiguaba el interés que despertaba aquella causa.

—Ya lo veis,, señor Godard, decíaí la vieja Bellemain al almacenero; todo el mundo está a favor del acusado y conforme dice el proverbio latino que he oído citar a menudo por mi padre: "Vox populi, vox Dei",, lo que quiere decir que raras veces se equivoca la opinión pública.

—¿A quién se lo decis, señora Bellamain? Por otra parte, os lo repito, nunca tuve una queja de la familia del acusado; jamás una cuenta demorada, jamás un sueldo de equivocación; no es en semejantes familias que se encuentran los criminales.

—Verdad, señor Gorard? — contestó la vieja rentista.

Y dando una mirada a su alrededor añadió:

—¿Dónde se habrá metido ese viejo zorro de paisano que se entregaba a toda clase de insinuaciones contra el pobre joven?

—Toma! Es verdad, ya no se ve más, — contestó el almacenero escrudriñando toda la sala.

—Lo siento. Me hubiera gustado confundirlo haciéndole ver que era el único en pensar así.

De repente se calló.

Se acababa de restablecer el silencio al oír estas palabras que acababa de pronunciar el presidente:

—Acusado, levantaos.

Iba a empezar el interrogatorio del acusado.

Todas las miradas se dirigieron hacia el con creciente interés.

¿Qué actitud asumiría? ¿Se negaría también a responder como había hecho ante el juez de instrucción?

Es lo que todo el mundo se preguntaba con inquietud, temiendo que no fuese a comprometer su causa negándose a responder.

—Acusado, — dijo el presidente, — ya acabais de oír el acta de acusación; sabeis el crimen que se os imputa y cuáles son los cargos a que debeis responder; ¿qué teneis que decir?

Un anhelo lleno de ansiedad se manifestó en el auditorio.

—Tengo que decir, señor presidente, — respondió Carlos de Estarbés, — que una extraña y deplorable fatalidad parece haberlo combinado todo para convencerme del crimen que me acusan; pero declaro que soy inocente y lo juro sobre el Cristo que veo encima de vuestras cabezas.

Estas palabras fueron pronunciadas con una firmeza digna y serena que acabó de ganar al acusado las simpatías del auditorio.

El presidente repuso, clavando en el acusado una mirada que parecía escrudiñarle hasta el fondo de la conciencia.

—¿De cunánto conoceis al señor de Doutreville

—De mi infancia, señor.

—¿Lo considerábais como vuestro mejor amigo, como un padre?

Después de una pasa, Carlos de Estarbés respondió con algún esfuerzo:

—Sí, señor.

—¿Y la prueba de que estos sentimientos eran los que sentíais por él, es que todos los años ibais a pasar a su castillo una parte de la buena estación en compañía de vuestra mujer?

—Es cierto.

—¿Estos sentimientos de veneración, de afecto casi filiar, eran compartidos por vuestra mujer, que el señor Doutreville habría visto nacer y a la que siempre manifestó una ternura de un padre?

Nueva pausa, nuevo esfuerzo del acusado para responder a esta pregunta.

—Sí, señor, — dijo al fin, casi en voz baja.

—¿Cuál es el motivo del viaje que os ha mantenido quince días alejado de vuestra casa?

—La enfermedad de una tía que creyéndose próxima a su fin, quiso verme antes de morir, y que afortunadamente recobró la salud.

—¿Volvisteis a vuestra casa el mismo día que tenía lugar el drama de Vaudray?

—Sí, señor.

—¿Cuándo y cómo supísteis este suceso?

A esta pregunta el acusado queda visiblemente turbado. Y después de un momento de vacilación y con voz insegura responde por fin:

—Al día siguiente, por el jardinero del castillo.

—Ese jardinero, hecho comparecer delante del juez de instrucción e intimado para decir cuanto sabía, no dijo nada de esto; hasta resultaría del mismo interrogatorio que no había salido del castillo hasta el día subsiguiente para trasladarse al juzgado de instrucción donde debía ser interrogado.

Algo turbado de momento, a esta observación del presidente, el acusado replicó luego:

—Es un olvido.

—Esta circunstancia era demasiado importante para admitir quep ueda ser un olvido.

El presidente echó una mirada al expediente, y en seguida añadió:

—¿A qué hora habéis entrado en vuestra casa de regreso del viaje de Bretaña?

—Un poco antes de media noche, como lo ha declarado la señora Fiernas.

—¿A qué hora llegaba el tren de París?

—A las once de la noche.

—Esta bien; debo decir jue todo esto ha sido controlado y concuerda perfectamente con vuestra declaración.

El presidente añade, después de una pausa:

—Volvísteis, pues, a vuestr acasa como a media noche; ¿a qué hora vuestra esposa venía a llamar al a puerta de vuestra casa?

A esta pregunta se apoderó repentinamente del acusado una conmoción violenta. Le subió al rostro un súbito rubor, se le pusieron húmedos los ojos, y con una voz pofundamente alterada, respondió:

Debían de ser las tres.

—A las tres, según las uposiciones que sugiese el acta de acusación, el crimen debía estar ealizado.

El acusado permaneció callado

El presidente continúa:

—Si pasásteis esa noche en vuestra casa, como lo declaró vuestra suegra, a las tres de la madrugada, debíais estar allí a la hora en que vuestr mujer regesaba a su vez, y en ese caso es po ella por quien debísteis saber el aseinato del señor Doutreville.

El acusado guarda silencio.

—¿Qué tenéis que responder? — le pregunta el presidente.

El joven parece poseído de una violenta perplejidad.

A la ansiedad que se reflejaba en su semblante se comrende que se traba en él una lucha interior, lucha grave, decisiva, de la que debe brotar alguna gran esolución y cuyo fin espean todos con angustia.

—Señor presidente, — dijo por fin el acusado con una voz grave y con un acento que hace estremecer a todo el auditorio; basta de mentiras y de disimulos, no quiero representar por más tiempo un rol que pugna con mi carácter y al que no le he consentido sino por debilidad y para calmar los temores de los que se interesan por mí; suceda lo que quiea, voy ac onfesar la yerdad.

V

REVELACIONES

Esta inesperada declaración produjo el efecto de un rayo en el auditorio, que, sorprendido a la vez de las palabras del acusado y del tono con que fueron pronunciadas, esperaba alguna grande revelación, quizás también la confesión del crimen del que se resistían a creerlo culpable, a pesar de todas las apariencias que lo acusaban.

El joven volvió, pues, a tomar la palabra en medio de la emoción general. Y después de una prolongada pausa, durante la cual parecía reconcentrarse, continuó así:

—Señor presidente, cuando dije hace un moento que había pasado en mi casa la noche en que fué asesinado el señor Doutreville, he mentido, y me acuso de ello públicamente.

Esta confesión, cuya gravedad impresiona a toda la asamblea y en la que se cree ver el preludio de una confesion completa, es acogida con un murmullo, cuyo sentimiento simpático al acusado, es una expresión de angustia y sobresalto.

El mismo presidente bajo la aparente impasibilidad que sabe dar a su rostro, no ha podido disimular por completo su emoción al oir salir de la boca del acusado una confesión comprometedora.

Y es que, él también conoce a Carlos d'Estarbés, con el cual se ha encontrado cien veces en la sociedad, y como todos cauntos ha-

bían tenido ocasión de poderlo apreciar se interesaba vivamente por el joven.

No obstante, ahoga acto continuo los sentimientos del hombre para no escuchar sino el debr del magistrado, y volviendo a continuar el interrogatorio con tanta severidad como si el acusado le fuera completamente desconocido:

—De modo, pues — le dijo — que os retractais de vuestra primera declaración y me reconocéis haber salido de casa en el curso de la noche del 10 de septiembre último?

—Sí, señor, lo reconozco.

—¿A qué hora de la noche, habéis salido?

—No lo podría precisar.

—Podéis decir, al menos, si era antes o después del regreso de vuestra mujer; no podríais olvidar esto.

—¡Oh! no, — murmuró el joven con voz trémula por la emoción.

Y añdió:

—Fué después de su regreso a casa.

—¿Mucho tiempo después?

—No.

—Precisad, si es posible.

—Como al cuarto de hora.

—No debéis ignorar la causa de un regreso tan imprevisto e inexplicable para una joven que, a no ser impulsada por una circunstancia extraordinaria, no se hubiera tal vez nunca atrevido a hacer ella sola cien pasos fuera del castillo.

En efecto, — dijo tu acusado; — yo conozco el motivo.

—En efecto-kfipz?x ETAO ETAO TAOINI Entonces hacedlo conocer.

—No puedo hacerlo.

Estas palbras pronunciads con un tono resuelto y tranquilo, produjeron una nueva sensación.

—Mucho cuidado! acusado, — dijo el presidente con una firmeza bajo la cual se traslucía un sentimiento de benevolencia; — vuestro deber es ayudar a la justicia a hacer la luz en todos los puntos oscuros de este asunto; vuestro deber y al propio tiempo vuestro interés, si es cierto que seis inocente, como acabáis de jurarlo solemnemente, responded, pues.

—No puedo — respondió el acusado, con voz firme y clara.

Y añadió en seguida:

—Pero estoy dispuesto en cuanto a lo demás a daros todas las explicaciones que me pidáis.

—Decís que habéis salido de vuestra casa un cuarto de hora después de la llegada de vuestra mujer; y habéis declarado antes, de acuerdo con vuestra suegra, que eran como las tres de la madrugada cuando las eñora d'Estarbés había llamado a lap uerta de su casa; debisteis, pues, salir entre las tres y cuarto y las trés y media.

—Creo que sí

—Encontrasteis a vuestra mujer desmayada en los escalones del peristilo, pálida como una muerta, los vestidos en jirones y según la declaración de su madre, poseída del delirio de la fiebre, desde que hubo recobrado el uso del oss entidos. ¡Y la dejáis en ese estado para salir en las altas horas de la noche! ¿Qué interés tan poderoso pudo, pues, dominar la inquietud de que debiais estar devorado, para resolveros a abandonar a vuestra mujer enferma, casi moribunda?

—¿Os negáis a responder?

—A esa pregunta, sí, señor presidente.

—Después volveremos á ella.

Y añadió en seguida:

—¿Dónde fuisteis al salir de vuestra casa a las tres de la madrugada, es decir, en plena noche?

—A Chaville.

—¿Al Cactillo de Vaudray?

—No, señor presidente.

Nuevo murmullo de sorpresa a esta respuesta.

Aquellos que se habían moctrado más simpáticos al acusado, están aterrados y su confianza empieza a vacilar.

—Es culpable.

—Ya no es posible dudar.

—Lo va a confesar todo

Tales son las frases que sec ambian en el auditorio, impersionado dolorosamente por este incidente.

—¿Qué ibais ah acer as emejante hora l castillo de Vaudray? — preguntó el presidente al acusado.

—Quería hablar al señor Doutreville.

—¿Era, pues, muy importante lo que teníais que decirle?

—Lo creía al menos así.

—¿Y entrasteis en el castillo?

—Entré.

—El portero no os ha visto: ¿de qué manera pudistéis penetrar en la propiedad?

—Por una poterna que sale al parque y que se puede abrir por medio de un resorte secreto.

—Decidnos ló que ha pasado ap artir de este momet to.

—Después de cerrar la puerta detrjás de mí, me dirigí hacia el castillo; una vez allí, me disponía a llamar a la ventana del cuarto de Julián el doméstico, cuando con gran sorpresa mía, e apercibo, primeramente de que la puerta principal estaba abierta, y después, de que había luz en la habitación del señor Doutreville. Sospechando desde luego, que eñ el castillo pasaba algo extraordinario, entro, subo rápidaente la escalera y llegó al cuarto, cuya puerta encuentro igualmente abierta. Me lanzo dentro... y me pao casi en seguida, horrorizado a la vista del espectáculo que se ofrecía a mis miradas: el señor Doutreville yacía en medio del aposento en medio de un charco de sangre. Me aproximo a él, le coloco la mano en el corazón; había cesado de latir y el frío de la muerte invadía ya todos sus miembros.

El joven calló, después de haber referido todo esto de corrido, en voz breve y animado acento.

—¿Y qué hicisteis entonces? — le preguntó el presidente.

—Entonces, señor presidente — respondió el acusado con una extrema agitación — pen-

sé en mi mujer a la que había dejado casi moribunda, como decíais hace un momento, en presencia de aquel horrible cuadro, de aquel hombre asesinado, en presencia de aquella sangre que se veía por todas partes en gran des manchas, en las sábanas, en las cortonas blancas, en la alfombra, donde quiera, como si hubiera pasado un río por aquel aposento; el vértigo se apoderó de mi cerebro; me represent éuna mujer rodeada de peligros, forcejeando bajo el puñal de los asesinos, herida en el corazón, derramando ella también chorros de sangre, arrastrándose por el suelo perseguida siempre por sus enemigos, y llamándome, llamándome siempre en los estertores de la agonía! Oía su voz... sí! la oía... yentonces e lancé fuera gritando: ¡Aquí estoy! esposa ma... mi querida esposa... Cecilia! aquí estoy!... y seguí corriendo hasta Versalles.

Después de pronunciar estas palabras con una voz ardiente, con creciente agitación y que al final rayaba en delirio, el desgraciado joven sumió su cabeza inflamada entre las manos y se dejó caer en el banco, en donde quedó como aplastado bajo el peso de sus violentas emociones.

VI

LA MUJER DEL ACUSADO

A consecuencia de esta explosión, la sala entera, los jueces mismos, quedaron bajo el imperio de una emoción qeu ocasiona la suspensión de la audiencia durante breves instantes.

A no ser algunos excépticos obstinados, nadie duda de la veracidad de este relato.

Los pechos, por largo tiempo oprimidos, se dilatan a esta revelación que, para casi todo el mundo prueba la inocencia del acusado y todos sei ndignan contra los pocos incrédulos que se atreven a lanzar su nota discordante en medio de la confianza general.

—¡Cómo! señor, — exclamó la señora Bellmann, furiosa contra uno de esos recalcitrantes; — después de lo que acabáis de oir, no estáis convencido todavía de la inocencia de ese pobre joven?

—Todavía no, señora — responde éste muy tranquilamente.

—¿Qué necesitáis, pues, señor?

vieja rentista; — esa retractación que tanto ensalzáis abogaría mucho en efecto en favor del acusado, si no hubiera sido forzosa.

—Forzosa! ¿Cómo se entiende, forzosa?

—Sí, señora, forzosa y os lo voy a probar. ¿Qué dice el acta de acusación, que el señor d'Estarbés escuchó con más atención que nadie yde la que no ha perdido una sola palbra, lo podéis creer. Dice, entre otras cosas, que

—¡Pruebas! señora.

—¡Pruebas! pero si salen de todas partes, si saltan a los ójos, señor!

—¿Dónde la veis, pues?

—En la misma lealtad d aeuscla,Vj.fahé|fi

—En la misma lealtad del acusado, quien después de declarar que pasó toda la noche en su casa, declaración que era muy fácil sostener, como hubiera hecho sin duda a ser culpable, se retracta de repente, cediendo a la voz de su conciencia y confiesa haber ido esa misma noche al castillo de Vaudray.

—Permitadme, señora, permitidme, — replicó el contradictor de la señora Mellain, con una calma que acabó de exasperar a la el acusado fué visto est noche por dos testigos que van a ser llamados a declarar dentro de un momento, en que atrevsaban;otro de un momento. Uno de ellos, vecino suyo, lo apercibió en el instante en que atravesaba el uhbral de su casa; el otro, un campesino, que vive en la comuna de Chaville, lindando con el dominio de Vaudray, lo percibió y distinguió perfectamente cuando salía del castillo; no tiene pues un gra mérito el confesar aquello qeu no podía negar; y en esa retractación, con la que queréis hacer honor a su franqueza, yo no veo, por mi parte, sino la prueba de una gran habilidad. ¡Cómo! ahí tenéis un hombre que vuelve de viaje el mismo día que asesinan al señor Doutreville, lo ven salir furtivamente del castillo la misma noche del crien, niega primero esta circunstancia, la confiesa cuando se ve obligado a hacerlo, pero sin relatar el móvil que lo impulsó a transladarse a Vaudray en plena noche; finalmente, por una coincidencia prodigiosa, su mujer se va también al castillo esa misma noche, atraviesa por entre montes donde quedan destrozados sus vestidos y viene a caer, loca de espanto, a la puerta de su casa, espanto cuya causa es perfectamente explicada en la acusación, y de todos estos hechos no veis desprenderse palpable y ruidosa la culpabilidad de ese poven? Vamos, señora, estáis ciega o bien os tapáis los ojos para no ver.

—Si hay algo aquí de tapado es vuestro entendimiento, señor — replicó descaradamente la señora Bellemain; — y os lo probaré a mi vez. Afirmjis, de acuerdo con la acusación, yen este punto particino por completo de vuestro parecer; pretendéis, digo, que la causa de la violenta emoción que ha trastornado a la señora d'Estarbés, hasta èl punto de precipitarla a altas horas de la noche a través de la campaña, no puede ser atribuída sino a la vista del señor Doutreville, tendido y ensangrentado, en medio del aposento?

—Me alegro mucho y no pido nada más, sinoq ue esta sea la prueba evidente de la inocencia del acusado.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

—No me asusta el amigaso... Los hombres de mi temple no palidecen tan fácilmente.

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES

Proporciona cada tarde la más ámplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

inserta cada Jueves, las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada.

Pida un ejemplar con este cupón

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:
1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION DE LOS JUEVES:
1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

Lea el sumario y verá que material publica "PUCKY"

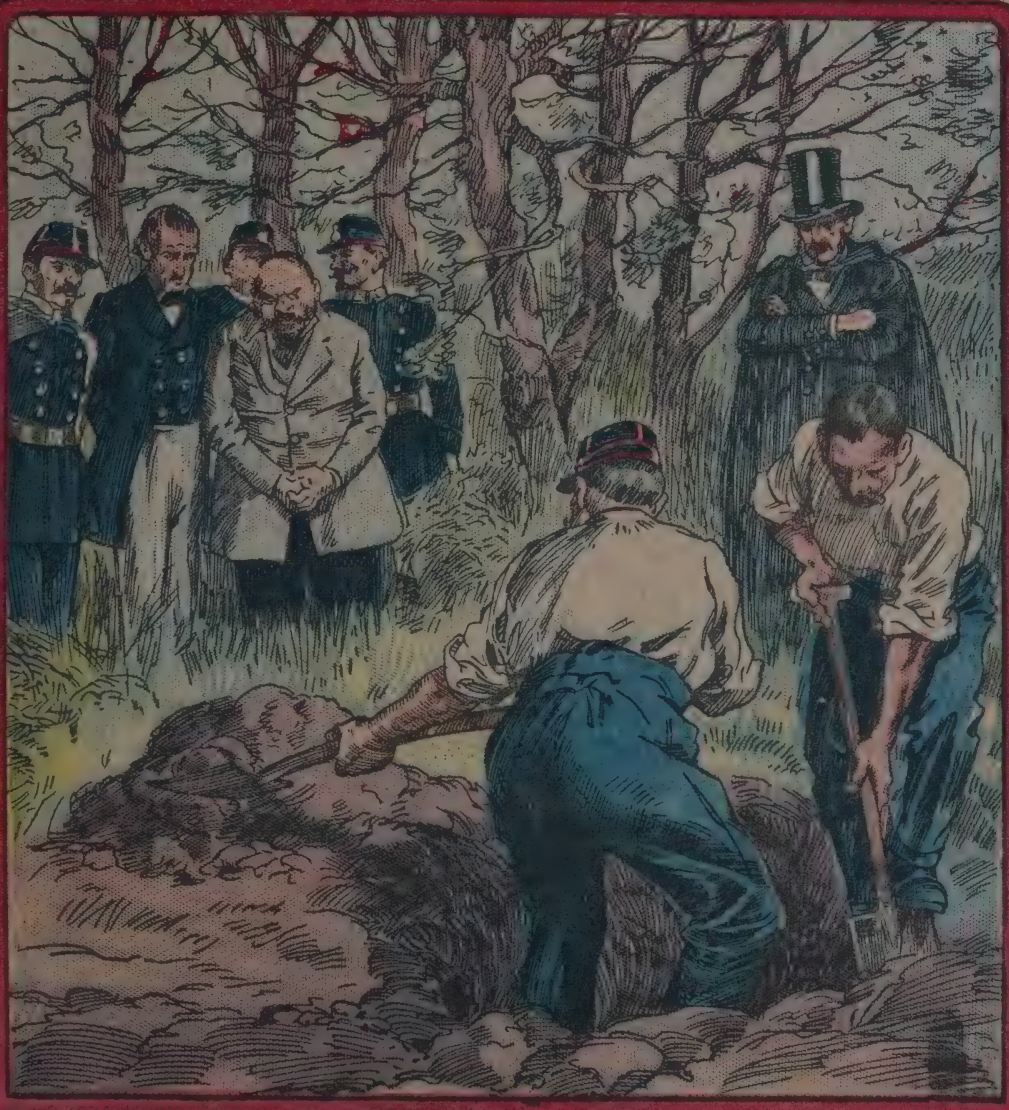
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Agosto 10
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 254



En este número lea usted

La sombra de la culpa

Un relato extraordinario y original

LA PRIMAVERA

El. — ¡Oh, cómo la amo!.... Siento por usted una pasión volcánica.
Ella. — Ya se le ve la erupción.

SUMARIO

LA SOMBRA DE LA CULPA

Más de una vez se ha dicho que es más extraña la vida real que la novela. El presente relato lo demuestra con toda claridad, con su misterioso interés y su atrayente misterio "La sombra de la culpa", escrito en inglés por C. J. y Annie O. Tibbits y que ha sido traducido especialmente para las páginas de "Pucky".

EL TERCER ACTO

Una nueva hazaña del gran detective X. Crook, traducida a propósito para "Pucky" y tan interesante y atrayente como todas las demás de tan popular personaje.

TARZAN DE LOS MONOS

Segunda parte, — titulada "El regreso de Tarzán", — de la más notable y sensacional de las novelas modernas. Esta obra plantea un extraño problema: "¿puede un hombre ser como un mono? ¿puede un mono ser como un hombre?"

TRADICIONES PERUANAS

Una de las más hermosas producciones de Ricardo Palma, el eminente escritor peruano y titulada "Los caballeros de la capa". Es atrayente del primero hasta el último párrafo y atrae al lector con el interés de su argumento y la galanura de su estilo.

ROCAMBOLE

La novela "Las tragedias del matrimonio", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

CONCURSO PERMANENTE DE "PUCKY"

VARIOS CHISTES PREMIADOS CADA SEMANA

Desde la semana próxima, los lectores de "Pucky" podrán enviar cuantos chistes deseen. De esos se publicarán cada semana los que elija la dirección y a los mejores de cada semana se les otorgará un premio de pesos 5.

Los chistes deben llegar, para mayor facilidad, escritos en tarjetas postales, en las que estará pegado el cupón que, con ese objeto, publicará este magazine.

No se limita el número de premios. Si una semana se presentan tres o cuatro o cinco chistes dignos de premio, todos serán premiados, si bien en las debidas condiciones.

La única condición que se debe tener en cuenta es la moralidad.

EL DIRECTOR.

LA FIEBRE AMARILLA

Unicamente se propaga por la picadura del mosquito.

Sin mosquito no hay fiebre. Lo mismo pasa con la Malaria (chucho). Pulverizando sus habitaciones con FU-FU (Líquido insecticida Biol) no hay posibilidad de contraer esa temible enfermedad. Ningún insecto resiste su acción.

Preparado en el

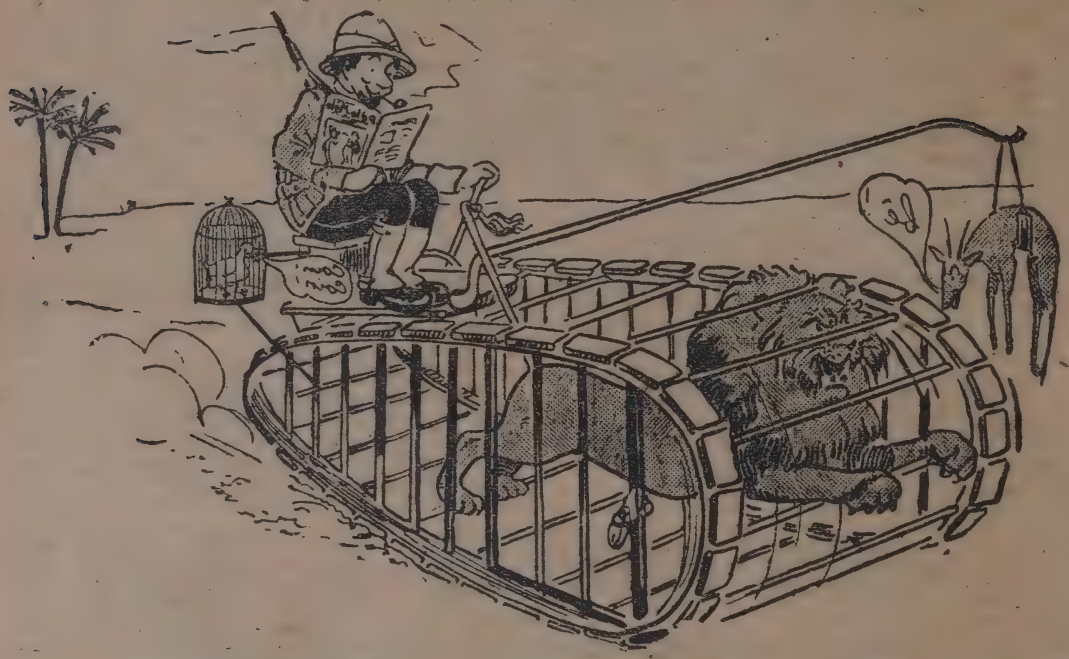
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

Pedidos a RIVADAVIA 1745

Buenos Aires

PORTENTOSAS INVENCIONES MODERNAS

LA TRAMPA AUTO-CAZADORA PARA EL SAHARA



El comandante Dupiton, amigo de "Pucky" y lector asiduo de este magazine, se ha inspirado en las invenciones ya publicadas y ha creado un vehículo moderno sistema "oruga". El león hambriento encerrado en la jaula movediza y atraído por la gacela, lo hace avanzar apoyándose furiosamente en las barras transversales. La cola del león atada a una palanca sirve de freno al vehículo, tirando del animal hacia atrás. Esta invención debe funcionar muy bien en el desierto de Sahara.

EL AUTOMOVIL DEL NUEVO RICO

—¡Cómo! ¿Qué número han puesto a mi automóvil? ¡Agréguenle en seguida tres o cuatro ceros lo menos!

LA SOMBRA DE LA CULPA

Por C. J. y ANNIE O. TIBBITS

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

Es este un relato de extraordinario interés por sus situaciones emocionantes y su argumento realmente notable. Como todas las producciones de los esposos Titbbits, este relato se basa en hechos reales, y no en ficciones. Todas las incidencias de "La Sombra de la Culpa", han sido tomadas de un crimen que, en su oportunidad, causó sensación en París.

¡Quiebra! La palabra era cruel; pero exacta. La pobreza se acercaba cada vez más, y un lobo hambriento parecía mirar constantemente desde detrás de aquellas hileras de botellas a Robert, quien, apoyado en el mostrador de su taberna, cavilaba incesantemente, buscando la forma de detener aquella lenta miseria que, a semejanza de una parálisis, lo iba matando con pasmosa lentitud.

Mientras tanto, la desesperación e impotencia de Robert frente a las fatales circunstancias, habían agriado siempre más su carácter, y los más siniestros pensamientos fueron tomando cuerpo en su mente, creando en ella un odio implacable hacia aquellas personas, más felices que él, y que no tenían dificultades financieras.

Pero, posiblemente, aquella amargura no se hubiera manifestado nunca en hechos, de no ser por Bastien, quien, conociendo el sabor del buen vino, no se conformaba con ninguna de las bebidas inferiores con que Robert se había visto obligado a llenar su comercio. Bastien, que siempre estaba allí, apoyado en el mostrador, charlando y comentando con el hombre que veía desaparecer su fortuna en forma lenta, pero imposible de detener.

Parecía completamente inútil tratar de poner fin a aquella desgracia; por más que Robert había hecho todo lo posible para conseguirlo. El hombre, innegablemente, había procurado por todos los medios evitar el derrumbe de su comercio de vinos, y, cuando fracasó, y se vió en la necesidad de venderlo todo, no se había mostrado, tampoco, inactivo; por lo que todo el mundo tenía que reconocer sus condiciones de hombre trabajador, no obstante lo que pudiera decir, al respecto, madame Houet.

Y, por cierto, tenemos que admitir que madame Houet decía mucho, contándose entre ello verdades, mentiras y palabras de venganza. Era una anciana amargada, tan avara como rica, incapaz de mover un dedo para ayudar a Robert y a su hija, que había contraído enlace con él; sino que, por el contrario, cuando hablaba de su hijo político, lo hacía siempre con una violenci extraordinaria.

—Algún día he de morir por culpa de ese

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 45 de este número

hombre, — decía, — pues él me desea la muerte a cada instante. Es un sinvergüenza, un canalla, un haragán, que fracasa en todo y no sabe hacer dinero con nada. Y mi hija ha sido lo suficientemente estúpida para casarse con ese hombre.

Madame Houet era, por demás, una mujer de mal carácter, desconfiada y apasionada y la sola idea de que algún día su hijo político Robert aprovecharía de su fortuna, ya que Josefina su hija podía considerarse única heredera, a causa de la idiotez de su hermano, le amargaba aun más la existencia y el temperamento.

—Yo no confío en ese hombre, — decía la anciana; — pero como jamás confiaba de nadie, los que la oían, no se sorprendían en absoluto de sus palabras.

Robert, después de la quiebra sobrevenida en su comercio de vinos, púsose de vidriero con la misma mala suerte que antes, y las palabras hirientes de madame Houet se constituyeron en algo así como un ácido, que, poco a poco, le fué corroiendo el alma.

Generalmente se observa en todas las personas una cierta felicidad, y, por lo mismo, es frecuente observar que las personas desgraciadas en los negocios, tienen suerte en el amor; pero en el caso de Robert esto no acontecía, sino que, por el contrario, parecía haber sido marcado por los dioses con el sello del infortunio, pues hasta en el amor mismo, parecía estar llamado a fracasar, y Bastien, su amigo y compañero, a quien había confiado hasta sus mayores secretos, lo engañaba. Pero, por el momento, los dioses parecieron compadecerse de él, y no le advirtieron esta última desgracia, guardando asimismo su esposa la mayor reserva sobre este particular.

Robert estaba demasiado absorto en sus dificultades financieras, como para poder darse cuenta de la admiración siempre creciente que su amigo comenzaba a profesar a su esposa.

La preocupación del dinero se había constituído en una verdadera obsesión para él, cubriendo sus ojos con un velo, y rodeando todos los personajes que le rodeaban de una especie de niebla. Solamente Bastien aparecía ante sus ojos con toda la nitidez; pero ni por la mente le cruzó que aquel amigo en quien confiaba tan ciegamente pudiera traicionarle. Robert no tenía tiempo ni siquiera para fijarse en ciertos detalles, por demás visibles y que no hubieran podido escapar a una persona menos preocupada que él. El dinero y el afán de poseerlo, lo tenían aprisionado en una red, y no le dejaban la libertad de criterio indispensable en todos los hombres.

Se sabe que una idea criminal es capaz de atar con lazos extraordinariamente fuertes a dos o más personas, al punto de que en los casos de guerra, llega hasta unir completamente a pueblos enteros. Además, Bastien conocía a su hombre, y conociendo las preocupaciones y los odios de Robert, sabía perfectamente que éste no se opondría a sus planes.

Por otra parte, los espíritus malignos que habían estado acechando a Robert desde detrás de las botellas de vino, comenzaron a mirarlo, a través de los cristales que ahora cortaba. Bastien, por su parte, avivaba la hoguera. Robert comenzó a vislumbrar una manera de terminar con todas sus dificultades de un solo golpe. Siempre había deseado una fuerte suma de dinero, que le permitiera deshacerse de una vez de todas las pequeñas deudas, que sólo hacían estragos en su reducido capital. ¿Qué no podría hacer él con una suma de dinero suficiente para librarse de ellas?

En esos momentos, Bastien parecía no tener el menor interés por la esposa de Robert. Ella podía esperar. Los dos hombres, Robert y Bastien, comenzaron a hablar detenidamente de sus planes, y poco a poco fueron discutiéndose los más siniestros proyectos alrededor de la personalidad de la anciana madame Houet de la Ruedes Maturins. La anciana, desconfiada como siempre, aceptó sin embargo la invitación que, como consecuencia de aquellos planes, le formuló su yerno, para que fuera a comer con ellos, como si hubieran sido los mejores amigos.

Pero al dirigirse a la casa de los Robert, madame Houet llevaba su mente ocupada con otros pensamientos. Jusson, su sirvienta, habíala atrasado, por haber llegado con la clásica indiferencia de su clase, una hora después de la acostumbrada, haciendo recaer en ella, con tal motivo, toda la furia de la patrona. Una disputa, aún más enérgica que de costumbre, había precedido su partida hacia la casa de su hijo político, situada en la Rue de la Harpe.

La paz y el silencio siguieron a la salida de la anciana, y Jusson, la sirvienta, sintióse sinceramente aliviada, cuando madame Houet hubo cerrado la puerta detrás de ella.

Desde ese momento, madame Houet no volvió, a aparecer jamás. Cuatro horas después, Jusson, ocupada en los quehaceres domésticos, se extrañó al ver que llegaba a la casa la señora de Robert, preguntando por su madre:

—¿Dónde está? — preguntó. — Tenía que haber venido a almorzar con nosotros. ... ¿A dónde ha ido?

Jusson, que aun se hallaba disgustada por la discusión que había sostenido con su patrona, respondió que ésta había salido y que quizá había ido más lejos de lo que había querido.

En verdad, el lugar a que se había dirigido madame Houet se hallaba mucho más allá de la Rue de la Harpe; pero era el caso que nadie podía esclarecer el misterio, que rodeaba el destino actual de la anciana. Había desaparecido. La tierra parecía haberse abierto para tomarla en su seno y todas las investigaciones que se realizaron fueron completamente inútiles. La policía, que en Francia se toma el mayor empeño en el esclarecimiento de los sucesos misteriosos, trabajó activamente para descubrir el paradero de la desaparecida, comenzando por arrestar a Robert y su esposa, lo mismo que a Bastien, considerando que ellos eran los únicos beneficiados con la muerte de madame Houet.

Pero las investigaciones que se llevaron

a cabo no tuvieron el menor resultado. La sospecha no puede ser considerada como evidencia, ni tampoco la misma certeza moral es suficiente para declarar culpable a una persona, si no existen pruebas evidentes, y éstas faltaban por completo en el actual caso. Dos cartas, una de ellas dirigida a su apoderado, y la otra al encargado de una casa que la anciana poseía en Versalles, habían llegado dos días después de su desaparición. Una de ellas había sido despachada en París y la otra, algún tiempo después en Saint Germain. Eran cartas realmente curiosas, que aparecían firmadas, al parecer, por madame Houet, por más que las autoridades creyeron que se trataba de documentos fraguados. Una de ellas hacía saber que la anciana había emprendido un viaje, del que no regresaría hasta pasados unos días y la otra, escrita en forma incoherente, parecía denotar que algo grave había ocurrido.

Robert se encogió de hombros, cuando le dieron a leer las cartas, diciendo:

—Ha desaparecido, ya sea con o contra su voluntad. Puede ser hasta que se haya suicidado, como consecuencia de su mal carácter, capaz de llevarla a determinaciones siniestras.

Sus palabras, su actitud y sus modales eran suficientes para despertar las sospechas y la desconfianza. No parecía, en efecto, estar ni alarmado ni afectado, ni siquiera sorprendido, al saber que su madre política había desaparecido. Sólo parecía, en efecto, tener interés en no dejar que su esposa se enterara.

Fué arrestado y puesto nuevamente en libertar y tanto él como Bastien siguieron sus habituales ocupaciones; ya que es una cosa muy distintas estar convencido de la culpabilidad de un hombre, y demostrar esa culpabilidad, máxime cuando el cadáver no aparece por ningún lado. Y el paradero de madame Houet, perdersa al parecer, aun cuando muerta, no aparecía por ninguna parte...

II

La única idea de Robert, era, ahora, la de la fuga. Quería escapar de todo lo que temía, de ese algo que le aterrorizaba constantemente. Tan pronto como la Corte de Primera Instancia decidió que no había pruebas que justificaran una acción criminal contra él, Robert se apresuró en partir de París en compañía de su esposa. Ya no podía seguir viviendo allí. La alegre ciudad había perdido, para él, todos sus atractivos. y, lo que era áun más extraño, era que ahora trataba por todos los medios de evitar la compañía de Bastien, que en un tiempo fuera su amigo inseparable. Quizá obedecía ello al motivo de que Robert hubiera llegado, por fin, a conocer bien al que anteriorriormente se había llamado su mejor amigo, quizá también, había llegado el momento en que Robert había logrado poner en claro el interés de Bastien por su esposa, y que trataba de evitar que pudiera quitarle su compañera.

Lo cierto es que, una vez avaluadas las propiedades de madame Houet y pasadas a poder de Robert, éste se apresuró en salir de París con su esposa, no preocupándose en absoluto de comunicar su nuevo domicilio a su antguo amigo Bastien. El matrimonio Robert alquiló una puequeña casa en Dannemoine, y allí, Robert comenzó a disfrutar de las delicias de lia vida fácil.

Pero, su verdadera agonia iba a empezar recién. Durante el primer año, después de su detención y su libertad vivió bastante tranquilamente. Madame Houet permanecía tranquila en su oculta tumba. Por lo vistó, Robert no tenía nada que temer; pero, sin embargo, una cierta intranquilidad le embargaba continuamente obligándole a seguir alquilando una pequeña habitación en el subsuelo de un edificio de la Rue de la Harpe, en París.

En Dannemoine ya se había rodeado Robert de un círculo de amistades. Había llegado a ser un hombre de cierta importancia y de peso en los últimos años. La suerte que antes siempre se había mantenido distante de él, le sonreía ahora, y, por fin, con el dinero de la anciana madame Houet había logrado deshacerse de todas sus deudas, librando su mente de la opresión que éstas ejercían en la misma.

Llevó a París, consigo, a un hombre, quien hacía las veces de administrador de las fincas de su desaparecida suegra, y, juntos los dos hombres se dirigieron a la habitación alquilada por Robert en la Rue de la Harpe.

Era un cuarto melancólico, sombrío y húmedo, y más de una vez se había preguntado el administrador de los bienes del señor Robert, lo que éste podría tener que ver con aquella vivienda miserable.

Pero Veron, el administrador, era un hombre discreto. El señor Robert le pagaba un buen sueldo, y él ya estaba acostumbrado a observar excentricidades entre las personas adineradas. Sin embargo, las originalidades de Robert eran, en cierto modo, alarmantes. Uno de sus primeros encafgos fué, que Veron tratara de ver a Bastien y que él entregara la suma de 250 francos, que dijo deberle.

En sí, el encargo no tenía nada de extraordinario, de no ser que Robert demotrara el mayor interés en evitar de encontrarse cara a cara con Bastien, lo que éste, por el contrario, parecía desear con todas sus fuerzas.

—Voy a volver otro día, — dijo Bastien — dígale a Robert que es necesario que yo lo vea.

Y Robert, no atreviéndose, o por lo menos, no deseando rehusar la cita, esperó, en efecto, a Robert.

Era oscuro en la habitación cuando los dos hombres se encontraron, dando orden Robert a Verón, de cerrar la puerta.

Lo que aconteció entre los dos hombres, no lo supo Veron; pero oyó que, casi instantáneamente, se originó entre ellos una acalorada discusión. Poco después, los dos contrincantes se fueron a las manos, y cuando Veron abrió repentinamente la puerta, vió

que Bastien tenía en sus manos el cuello de Robert, con el evidente propósito de ahorcarlo. Al ver que penetraba en la habitación Veron, Bastien soltó a Robert, retirándose, no sin antes decir a su contrario:

—Ya tendrás que pagarme. Te sacaré hasta el último centavo. Ya sabes que tengo armas para hacerlo.

—Se trata de un dinero que él me ganó en el juego, — dijo Robert para justificarse ante Veron, — y como se lo debo en ese concepto, no se lo quiero pagar. Ya veremos si puede obligarme.

Mientras Robert se ocupaba de arreglar el saco y el cuello, Veron se acercó con indiferencia a la pequeña mesa, que se hallaba en el centro de la habitación, pudiendo observar entonces, que sobre ella se hallaba una orden de pago sobre un Banco de París a favor de Bastien, por la cantidad de veinte mil francos; pero que, no obtante haber sido redactada hacía solamente unos minutos, no estaba firmada por Robert.

Este, por su parte, se apresuró en sacar de ese lugar el documento que nombrabramos, con el rostro intensamente pálido y desencajado.

La desesperación se había apoderado ahora de su mente. Bastien había vuelto a su vida, dispuesto a no dejarle ya ni un sólo minuto de tranquilidad.

Robert consideraba haber cometido un gran error al volver nuevamente a París y colocarse así en manos del que había sido su mejor amigo, y que, ahora era su peor enemigo. Pero, al mismo tiempo que aún estaba a tiempo para escapar y resolvió emprender la huída sin pérdida de tiempo.

Tembloroso, miró el hombre a su alrededor, temiendo que aquellas sombrías paredes, que habían sido el testigo mudo de la reciente conversación con Bastien pudieran dlatarle, y, por un momento, alucinado, creyó ver ante sus ojos a la anciana madame Houet, levantarse de su silenciosa tumba. para acusarlo.

—¿Por qué no se deshace usted de ese individuo, señor? — preguntó Veron. — ¿Por qué no deja usted que la ley lo proteja contra sus insolencias?

—No, no puedo. — contestó Robert, — fué solamente una discusión sin mayor importancia... No puedo dar a conocer este asunto, porque es estrictamente particular entre Bastien y yo.

Pero, con el correr de los días parecía que el poder de Bastien sobre Robert iba gradualmente en aumento. Robert ya no tenía la suficiente fuerza de voluntad para negarse a entrevistarse con Bastien ni a acceder a los pedidos de dinero que éste le formulaba continuamente. Bastien apenas lo perdía de vista, y cada vez más se extrañó Veron de la conducta de Robert, comenzando ya a sentir sincera curiosidad por averiguar la naturaleza del poderoso secreto que existía entre ambos.

Que este secreto era intolerable y terminaría por llevar a Robert a la locura, era evidente, pues una noche, fuera de sí de ira, sugirió a Veron la idea de ayudarle para deshacerse de Bastien, por medio de un asesinato a traición. Y es que la agonía de Robert estaba siguiendo su curso. Bastien, con sus instintos bajos, se había constituído en su verdadera sombra, especialmente cuando Robert estaba en París, llegando en algunas ocasiones hasta el extremo de exigirle dinero por medio de amenazas de muerte.

Veron, cada vez que Robert le hablaba de su desesperante situación, sugiría, inocente, la conveniencia de denunciar al individuo a la policía, para terminar de una vez con él, pero cada vez, Robert lo contestaba que eso era completamente imposible. El terror tenía ya, por completo aprisionado su corazón. Mismo, cuando regresó a Dannemoine, no encontró ya la tranquilidad de la que durante el primer tiempo disfrutara allí. La tranquila población, que hubiera podido ser para él un verdadero paraíso terrenal, no tenía ya valor para él, puesto que, atormentado por la culpa, no hallaba descanso moral en ninguna parte.

Tres años pasaron sin que Robert volviera a tener noticias de Bastien, y ya comenzó a creer que se había desecho definitivamente de él, cuando un día la mano de la ley vino a golpear a su puerta. La autoridad le informó que había recibido una carta anónima, en la que se le acusaba de ser el autor de la muerte de madame Houet, y por tal motivo, se le arrestaba, y llevaba a París, con el fin de que allí respondiera a los jueces, sometiéndose a un nuevo interrogatorio. También Bastien fué nuevamente detenido; pero la falta de pruebas hizo que la mano de la ley quedara nuevamente impotente, y los culpables fueron absueltos como la primera vez.

La vida, en esa situación, era terrible de llevar para Robert. A cada momento creía ver a un agente de la justicia dispuesto a detenerlo, por haberse comprobado su crimen, y cuando ya comenzaba a sentirse seguro de la ley, empezaban las amenazas de Bastien.

Después del segundo juicio, Robert hizo otro esfuerzo para escaparse del poder de su feroz enemigo, que compartía su terrible secreto.

Dannemoine ya no era segura para él, y misteriosamente, abandonó esa localidad, para instalarse en una casa de campo de Villeneuve, en compañía de su esposa. También en Villeneuve, el señor Robert era toda una prsonalidad, y todo parecía indicar que el pobre hombre había encontrado, por fin, descanso, cuando una noche alguien golpeó a la puerta: era Bastien.

Robert sintió que la tierra se abría debajo de sus pies. Bastien lo miró fijamente y una expresión de fría crueldad se dibujó en sus labios, cuando comenzó a dirigir la palabra a su antiguo amigo:

—Robert, — dijo, — hace seis años que ando vagando por el mundo y ya estoy cansado de esa vida. Es por eso que he pensado en instalarme en una localidad tranquila y llevar una vida apacible como tú.

Robert quedó mudo, y cuando comenzó a recobrar la tranquilidad y se disponía a contestar, Bastien colocó delante de sus ojos un pagaré completamente lleno por la suma de

mil libras esterlinas, a su orden, haciendo saber a Robert que tenía que firmarlo.

—Eres un asesino. — dijo Robert; — yo no tengo ese dinero. Sal de mi casa inmediatamente. No quiero tener nada que ver contigo. ¡Fuera!

La llama del odio comenzó a brillar en los ojos de Bastien, quien acercándose a Robert, le dijo:

—El asesino eres tú.... ¿No comprendes que puedo mandarte a la guillotina, si denuncio tu crimen.... si grito a los cuatro vientos que has asesinado a tu suegra?

Robert no vió otro medio para salir de la situación que escaparse nuevamente, y entrando a su casa, volvió a salir por una puerta del fondo, no regresando a su casa durante varios días. Bastien lo esperaba pacientemente; pero, al fin, viendo que su enemigo no daba señales de vida, abandonó su guardia.

El perseguido, habiendo sabido por alguien que su enemigo ya no le acechaba, regresó nuevamente a su casa. Pocas horas después, le fué anunciada la visita de un desconocido.

Robert no tuvo valor para negarse a recibirlo, y, en efecto, se encontró con un joven a quien no había visto antes en su vida, y que se dió a conocer como el procurador Gouvernant.

Sin rodeos, el letrado le informó que su cliente, el señor Bastien, le había entregado un pagaré por mil libras esterlinas, rogándole que se lo llevara a la firma. Robert, como es natural, se opuso enérgicamente a firmar el documento; pero, entonces, Gouvernant, con la mayor diplomacia le convenció de que era inútil negarse, acompañando sus palabras con un papel que extendió ante los ojos de Robert. Era el plano de un jardín, en el que había marcado un lugar con una cruz roja, indicando el lugar en que había sido enterrada la anciana madame Houet, después de haber sido asesinada por su yerno.

Robert, completamente loco de terror, estuvo a punto de perder el conocimiento, por lo que Gouvernant se apresuró a manifestarle:

—Señor, usted comprenderá que es ésta un arma, con la cual podremos obligar a usted a firmar ese documento, o en su defecto, enviarlo a usted a la guillotina. Piénselo usted. Tiene una hora de tiempo. Venga luego, a la taberna de la esquina por la contestación. El señor Bastien le esperará allí.

III

Bastien esperaba a su procurador delante de la casa de Robert, y cuando el letrado le refirió la contestación del culpable, el despreciable sujeto, completamente fuera de sí de ira, y viendo que su poder, con tanta espera, estaba a punto de desvanecerse, puesto que la ley, en Francia, no toma ya en consideración las acusaciones que se hagan después de diez años transcurridos desde el último interrogatorio, plazo éste que vencía dentro de pocos meses, dirigióse, como un loco, hacia la puerta de Robert, después de prguntar a Gouvernant:

—¿Me asegura usted que no me pueden hacer nada?

—Sí. La ley no puede proceder contra usted.

Bastien, satisfecho con las palabras del procurador, sacó resueltamente de su bolsillo una barra de tiza, y, con grandes letras, escribió en la maciza puerta de la casa de Robert estas palabras: "Robert ha asesinado a su suegra, madame Houet!"

No tardó en aglomerarse la población ante la puerta de la casa de los Robert, y de inmediato comenzaron a circular los más variados comentarios. La opinión general era que el acusado era inocente del crimen que se le imputaba, teniendo en cuenta su posición social y su habitual afabilidad con todo el mundo; pero, contrariamente a lo que todos esperaban, los Robert, lejos de defenderse contra esa acusación, desaparecieron como ladrones esa misma noche...

Bastien, creyéndose completamente seguro, dirigióse resuelta a la comisaría de policía de Villnueve, acusando abiertamente a su amigo de ser el asesino de madame Houet. Como es habitual sus palabras fueron redactadas, textualmente, en el sumario que se inició.

—Sí, señor comisario, yo acuso a Robert de haber asesinado a su suegra, — dijo Bastien, — y, para demostrarlo, le entrego este plano del jardín, en que fué enterrado el cadáver. El lugar marcado con la cruz roja, indica el sitio en que ustedes pueden encontrar los restos de la asesinada. Sí, señor.

INVITACION

—Oye, viejo, ¿quieres almorzar conmigo?
—Con mucho gusto.
—Pues entonces sube en seguida a tu casa y dile a tu mujer que ponga en la mesa un cubierto más para mí.

acuso a Robert y a su esposa de ser los autores de ese crimen...

—Perfectamente, serán detenidos. — dijo con la mayor calma el funcionario.

Bastien quiso retirarse, pero el funcionario le ordenó que quedara en ese lugar, y varios agentes lo sujetaron inmediatamente.

—Pero señor, usted no puede arrestarme.

—Eso lo veremos.

—Pues tenga usted, entonces, este documento, — dijo Bastien, entregando una carta al comisario, redactada por el procurador Gouvernant, y que decía: "La corte de Instrucción ha declarado con respecto a Bastien, que no existen pruebas de su culpabilidad, y, con respecto a Robert que no existen momentáneamente pruebas contra él. Esta resolución es irrevocable, en lo que se refiere a Bastien, quien no puede volver a ser juzgado por el mismo asunto, de acuerdo con el precepto legal "Non bis in idem". Aun en el caso de declararse él mismo culpable, no puede volver a ser juzgado, pues su situación legal ya ha sido completamente definida".

El magistrado ordenó el registro de las ropas de Bastien, echando luego una mirada sobre todos los papeles que este tenía en el bolsillo, y que, en verdad, lo comprometían seriamente. Después, hizo un gesto de desagrado:

—¿Quién le ha dicho que usted no puede volver a ser juzgado? — preguntó.

—El señor Gouvernat, que es un abogado...

—Usted querrá decir un "alucinado", — dijo. — Por suerte, para nosotros, esos llamados abogados, con sus consejos, se constituyen en nuestros más valiosos colaboradores, aunque ellos mismos no pretenden hacer lo.

Luego, volviéndose a los agentes, ordenó:

—Detengan a este hombre por complicidad en el asesinato de Madame Houet.

. . . . . .

Poco tiempo después, dos coches se detenían delante de una casa de la Rue de Vaugirad de París. Media docena de personas descendieron de los coches, entre ellas dos hombres, escoltados por agentes de policía.

Entraron en la casa y recorrieron el jardín, hasta detenerse en un lugar en que se hallaban dos obreros, con las palas en la mano.

Allí, uno de los señores, al parecer magistrado, dijo a su compañero:

—Señor Orfila, voy a necesitar su concurso para una extraña misión.

—¿De qué se trata, señor Dumontier, — contestó el interpelado que era uno de los médicos legistas más famosos de su tiempo — de alguna autopsia.

—No, de un caso de arqueología.

Pocos minutos después, los dos hombres que estaban allí, con las palas, comenzaron a abrir un hoyo. Robert y Bastien, que eran los dos detenidos, sentían que el sudor les corría por la frente. Poco después, apareció ante los ojos de los presentes, un esqueleto, perfectamente conservado, y el doctor Orfila después de un ligero examen, diagnosticó:

—Se trata de un esqueleto de mujer, de bastante edad. Los que la enterraron rodearon los restos con cal; pero cometieron el error de no apagarla, por lo que los despojos se han conservado en vez de desintegrarse...

. . . . . .

Por fin, había quedado esclarecido el misterio de la muerte de Madame Houet, y el brazo de la Justicia, que, durante tanto tiempo, había quedado paralizado, bajó por fin sobre los acusados. Pero no fueron llevados a la guillotina, sino que Robert y Bastien fueron condenados a prisión perpetua, librándose así, Francia, de dos de sus más trágicas figuras en la historia del crimen.

C. J. y ANNIE O.-TIBBITS.

Pucky

Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscrición en toda la República (52 números)

$ 9.-- m/n.

LOS CASOS DEL DETECTIVE X CROOK

POR
J. Jefferson Farjeon.

TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY"

EL TERCER ACTO

LA empresa del teatro Duque había prometido con el estreno de esa noche, un emocionante acontecimiento y en una nota fijada al pie del programa manifestaba que quien encontrara el tercer acto desamiado realista, podía dejar el teatro.

Crook había sonreído a esta nota. Estaba acostumbrado a tratar asuntos de una realidad espantosa y no iba a afectarse con la representación de un crimen, en un escenario.

La presencia de Crook en el teatro, aquella tarde, se debía, más que nada, al ruego del director de publicidad para que asistiera al estreno. Este hombre, lo mismo que él, había estado purgando una culpa en la cárcel pero ahora llevaba una vida mejor y más tranquila.

—¡Será una revelación para usted! — le había dicho el hombre de la publicidad. — Y además quiero saber su opinión.

Los dos primeros actos habían justificado todas las predicciones. El argumento trataba de una famosa actriz y su amante la víspera de una gran producción. El amante estaba celoso de la profesión de la actriz, y por lo tanto, de su fama; él quería que ella dejase su carrera por él. Mas ella rehusaba su proposición, con justa razón, porque su amante era entre otras cosas, una persona neurótica y volcánica. El segundo acto terminaba con una gran disputa, en la cual el celoso personaje declaraba su intención de presenciar el estreno, a la noche siguiente y matar a la actriz.

En medio de esta dramática escena cayó la cortina dejando al auditorio en gran expectativa y empezó a oirse el ligero murmullo de los que daban su parecer en tan escabroso tema.

El programa indicaba que el tercer acto representaba la citada noche del estreno.

La actriz saldría a escena sin hacer caso de la amenaza de su amante, y éste, por su parte, ocuparía una de las butacas, en la platea y en un momento dado sacaría el revólver.

Por el público corrían toda clase de comentarios. Todos sabían que la que hacía el papel de la actriz, — Edith Freyne, — era la esposa del que tenía a su cargo el rol del amante, y además que ambos, en su vida privada, discutían con alguna frecuencia.

La cortina volvió a alzarse para dar principio al tercer acto.

Los que habían dejado sus butacas para acudir a la confitería o para fumar unos cigarrillos, volvieron a ocupar sus asientos.

Crook notó que un indivio de cabellos grises que se hallaba sentado cerca suyo, mirara con cierto recelo la butaca vacía que tenía al lado.

Esta estaba en el centro de la platea y había permanecido vacía desde el principio del espectáculo.

Al empezar el tercer acto apareció en escena Edith Freyne, quien de un modo natural realizaba su papel en aquella comedia. En el momento en que la actriz, — según lo requería su parte, — daba a entender al público que no abrigaba ningún temor por las amenazas de su amante, entró por la platea un individio algo sospechoso.

Era el amante celoso, quien de acuerdo a su papel, ya en el acto anterior había amenazado a la actriz, se dirigió hacia la butaca vacía y antes de tomar asiento en ella, fijó la vista severamente en la actriz, que se hallaba en escena.

Cuando ella lo vió, se mostró algo inquieta pero de pronto volvió a recobrar la serenidad.

No sabía la menor duda que se trataba de una obra sumamente realista con la que se quería impresionar al público.

El amante por su lado, también cumplía con su rol, á las mil maravillas.

Figuraba hallarse algo ebrio y con una insolencia única encendió un cigarrillo, antes de sentarse.

Cuando una de las acomodadoras se acercó para llamarse al orden, el individuo, con una sonrisa, se sacó el cigarrillo de la boca. En seguida se quitó el sobretodo y con ostentación lo dejó caer sobre el respaldo de su asiento. Hubo medio minuto apenas de

obscuridad en la sala, porque así lo requería la obra.

Al volverse a prender la luz, el amante celoso se hallaba fuera de su asiento y llamaba a la acomodadora.

Ansiosamente acudió la misma joven de la otra vez.

—Deme un programa, — indicó el individuo, entre frecuentes hipos.

—¿Qué se sacaría con ver una comedia, si no se tiene un programa?.

El amante celoso volvió a ocupar su asiento y el hombre de cabellos grises que se hallaba a su lado vió aumentar su inquietud.

La comedia continuó.

No habían transcurrido ni tres minutos y los espectadores habían llegado al máximo de emoción.

Hubo un momento en que el mismo Crook dudó de si lo que veían sus ojos era realmente fingido.

Algo inexplicable le hacía abrigar ciertos temores y hasta llegó como a presentir el extraño momento que siguió.

El amante celoso volvió a moverse en su butaca y con gesto inseguro palpó su sobretodo y metió la mano en uno de los bolsillos. Al sacarla, algo había en ella que brillaba; este algo fué colocado en dirección al escenario e indudablemente al pecho de Edith Freyne.

Pero en ese momento sucedió una cosa asombrosa. Salió un tiro, pero en el mismo instante el brazo del hombre fué impulsado violentamente hacia arriba por la mano de otro hombre.

El chasquido de un vidrio que se rompe vino desde el techo y los pedazos de una bombilla de luz eléctrica, cayeron al suelo.

Edith Freyne, gritaba desde el escenario pero muchos de los espectadores interpretaban tales gritos como algo que pertenecía a la representación.

Pero pronto fué todo una confusión. El público dudaba entre si era aquello real o fingido.

En medio del alboroto, el amante celoso abandonó la platea, como también el individuo de cabellos grises y varios agentes de policía llegaron al lugar del hecho.

—¡Que prendan la luz de la sala! — alguien dijo, en el público.

¿Pertenecían esas palabras a la comedia o no? Nadie lo sabía.

La sala fué iluminada y la cortina cayó. Desde este instante todos comprendieron que algo raro e imprevisto debía haber sucedido.

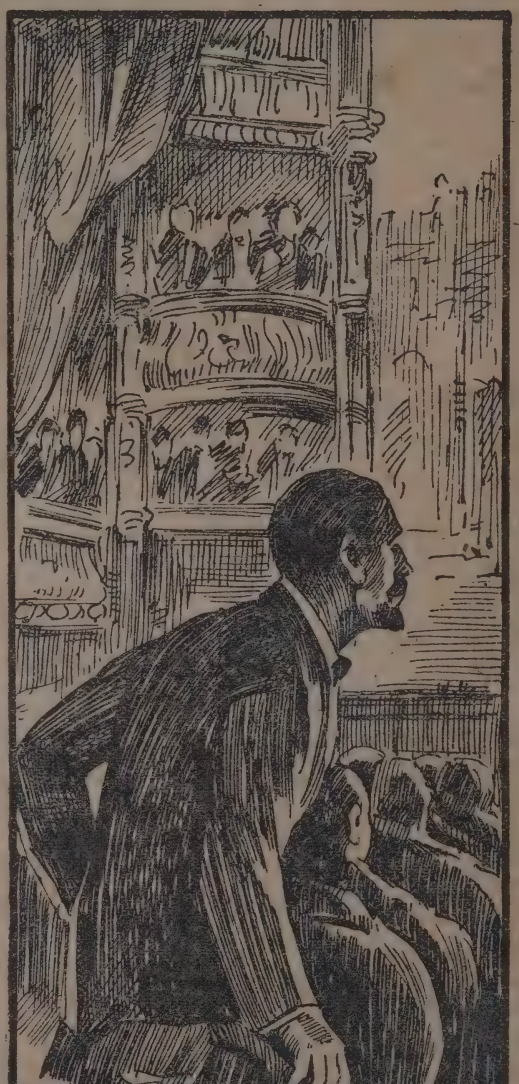
Una señora tomó a Crook de un brazo.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que pasa? — exclamó alarmada. — ¿Ese hombre quería...?

—Parece que todo es parte del argumento, — replicó Crook con intención de calmarla pero sin que él lo creyera así.

—El hombre sentado al lado suyo, era otro actor, probablemente y tendría que sujetar el brazo del otro en el momento preciso.

—¡Pero qué peligroso! ¡Una bala de veras! — añadió asombrada la señora.



Crook sintió una repentina nerviosidad y se levantó de su asiento.

Crook se apartó de ella y con viva ansiedad fué a reunirse a un grupo de personas que comentaban lo ocurrido.

El amante celoso, pálido y aturdido se había retirado de allí.

Crook comprendió que nada útil sacaría entre aquella gente que daba tan distintas opiniones y decidió entrar al escenario. Al llegar allí se encontró con el director de publicidad, quien se hallaba sumamente afligido.

—¿Está herida miss Freyne? — preguntó Crook?

Entonces sucedió algo emocionante. Se oyó un esampido pero al mismo tiempo la mano del amante celoso fué empujada hacia arriba por el hombre de cabello gris que se había sentado a su lado.

—No; la bala sólo fué hacia el techo, —respondió el hombre de publicidad.

—Ella se ha desmayado solamente, eso es todo. ¡Si ese individuo que estaba al lado de Freyne, no hubiera sujetado su mano, no sé lo que hubiera pasado!

Crook permaneció en silencio por un momento. Luego preguntó:

—¿Puede usted atenderme unos instantes, Hardinge? Me creo autorizado a mezclarme en este asunto. Dígame: ¿Qué es lo que tenía que acontecer en la obra?

—Venga a mi cuarto y se lo diré.

Hardinge condujo a Crook hasta un pequeño cuarto parecido a los camarines para los artistas y después de apurar unos tragos, explicó:

Todo salía según la anunciado en el programa. Hasta la escena del tiro pertenecía a la comedia. Vera usted:

Freyne entra en la platea con un revólver en el bolsillo de su sobretodo, el que como es natural no tiene que estar cargado. Se quita su sobretodo y lo deposita en el respaldo de la butaca, y en el momento oportuno saca el arma y apunta con ella.

Lo que debió haber sucedido, es esto: El tenía que haber hecho fuego contra Edith Freyne pero con un revólver que no estuviera cargado.

Ella, aparentemente herida, cae al suelo y el hombre, a quien hacen prisionero en la platea sube al escenario para purgar su culpa.

Sin embargo las cosas han salido de muy distinto modo y poco ha faltado para que una de las más inteligentes actrices de Londres cayera muerta sobre el escenario.

La puerta del cuarto se abrió y apareció la cabeza de un joven.

—¡Hola, Hardinge! — exclamó éste. — Necesitaría algunos detalles de lo ocurrido.

Una vez más, los periodistas acudían con toda prontitud al fiel cumplimiento de su deber.

—Aguárdeme cinco minutos, — replicó Hardinge. — Este es un asunto delicado al que todavía no sé que clase de publicidad conviene darle.

—Está bien. Volveré dentro de cinco minutos, — exclamó el joven. — Pero antes contésteme a esta pregunta: ¿Hubo alguna discusión entre Mr. y Mrs. Freyne, durante los ensayos?

—Ya le he dicho a usted que luego hablaremos.

La puerta se cerró y Crook sonrió.

—Me ha interesado la pregunta de ese hombre, — dijo el detective. — ¿No podría usted confiarme algo al respecto?

—Pues verá. Ha habido, en efecto una pequeña discusión entre ellos dos, pero, ya sabrá usted que es muy frecuente tales cosas en los ensayos. Sin embargo, por mucha importancia que parezcan tener esos arrebatos, no pasa mucho tiempo en volver todo a la normalidad y pronto queda olvidado cualquier disgusto.

—Con todo, es una lástima que ambos discutieran.

Hardinge movió la cabeza y pareció reflexionar un instante. Inmediatamente clavó la vista en el detective y le dijo:

—¿Cree usted que Mr. Freyne quiso matar a su esposa?

—Si el hubiera querido matarla, — respondió Crook sin comprometerse con su opinión, — no hubiera escapado a una prisión segura.

—Es que muchos como él, solo buscan dar su vida a cambio de la otra.

—Por ahora vamos a idear el modo más directo de aclarar todo esto. Salgamos de aquí y averigue si puedo hablar unas palabras con Edith Freyne. Creo que es lo más conveniente.

—Veré si es posible, — prometió Hardinge.

Y ambos tomaron el camino que conducía al cuarto de la actriz.

El director del teatro salía en ese momento de una puerta opuesta a la que acababan de salir los otros dos hombres. Su semblante denotaba visible inquietud y se llevó desesperadamente las manos a la cabeza, cuando Hardinge avanzó hacia él.

—¿Dónde está Freyne? — preguntó éste.

—Por ahí adentro, — replicó el director. — Está ofuscado y sin comprender lo que ha pasado. Insiste en asegurar que ignoraba que el revólver estuviera cargado. ¡Dios mío, que hubiera pasado si aquel otro hombre no le sujeta el brazo a Freyne!

—¿Y cree usted que el tampoco lo sabía? — interrogó Crook.

El director miró a quien así había hablado. Crook fué presentado. Entonces reconociendo a una autoridad en él, el director respondió:

—Yo mismo no se que creer. Se trata de un caso del asiado complicado.

—¿Ha eqaminado usted el revólver?

—Sí.

—¿Cómo estaban las otras cápsulas?

—Estaban todas cargadas. Cualquiera diría que se trata de un atentado criminal.

—¿Y cuál es el procedimiento usado con el revólver? ¿Me imagino que esa será el arma que le habrán entregado ustedes a Mr. Freyne para representar esa escena?

—Pues no, no es esa, — interpuso el director. — Crook y Hardinge lo miraron con extrañeza. — Es otra. La que estaba destinada para la obra y que tenía las cápsulas vacías, le fué entregada a Freyne por el propio dueño. Freyne mismo abrió el revólver delante suyo para comprobar en las condiciones en que se hallaba el arma, y al parecer en esa ocasión habrá sido sustituída por la que estaba cargada.

—¿Y entonces, dónde está la que debió haber usado? — preguntó Crook.

El director lo miró fijamente.

—¡Bendita sea mi alma! ¡No se me había ocurrido pensar en esto! — exclamó. — ¿Qué ocurre, Smith? — preguntó alarmado a quien con paso apurado venía hacia él.

—Se ha encontrado esto en una platea, señor, — contestó el recién llegado.

—Estaba en el suelo, señor. Por la fila quince, cerca del medio de la platea.

Y en su mano mantenía un revólver.

El director lo tomó y mirándolo atentamente se dirigió a Crook para decirle:

—Este es el que se le entregó al actor, —y repitió para sí: — ¡En la platea! ¿Cómo demonios habrá ido a parar allí?

Hubo una pausa. Entonces Croook sugirió:

—Podríamos inspeccionar el lugar.

Así lo hicieron.

Poco después se hallaban en el sitio donde se había producido el hallazgo. Smith señaló el lugar exacto en que fué encontrado el revólver.

Crook lo examinó cuidadosamente.

Luego bajó hasta la butaca D. 12, de la platea, que era la que él mismo había ocupado, pasando después a la B. 11, la cual había pertenecido al agitado espectador de cabellos grises que había sujetado el brazo de Freyne.

Todo fué observado por el detective, con gran interés, lo mismo que el asiento en que había estado sentado Freyne.

Cuando Crook dió por terminado su examen, preguntó si le sería posible ver a Edith Freyne.

—Yo lo averiguaré, — dijo el director.

Y todos regresaron al interior del teatro.

Los uniformes de los oficiales, allí presentes, presentaban un raro contraste con el ambiente de farsa y ficción que mostraba el escenario y los corredores que conducían a los camarines.

Al llegar frente al cuarto de Mr. Freyne, vieron que un inspector entraba en él.

—¿Si quiere usted ver primero a Freyne? — preguntó el director al detective.

—No. Tengo verdadera ansiedad en que sea a Edith Freyne a quien yo vea primero, —contestó Crook, — y tan pronto como sea posible.

El director dudó unos instantes.

No cabía la menor duda que estaba impresionado con el detective y se le ocurrió que la verdad podría venir más rápidamente por intermedio de este hombre que buscando otros medios y procedimientos.

—Bueno. Haré lo que usted indique,— dijo el director, firme ya en su idea.

Tres minutos después, el dectective Crook se hallaba sentado frente a la celebrada actriz, quien pocos momentos antes había recobrado el conocimiento; más sus grandes y expresivos ojos estaban sombreados por escondido temor.

—Usted... usted no creerá que... — exclamó la actriz precipitadamente.

—¿Que su esposo intentó asesinarla?

Por momentos, los ojos de la actriz reflejaban confianza, pero en esguida volvía a aparecer en ellos la duda.

—Entonces, ¿qué puede haber sucedido? — interrogó ella presa, de horrible angustia.

—Antes de que yo pueda contestar a eso, ¿podría yo saber su opinión?

—¿Mi opinión?... — exclamó la actriz.

Edith Freyne sufrió un ligero estremecimiento y cerró los ojos. Volvió a abrirlos y añadió:

—No, yo no creo que él tuviera intención de matarme.

Sin embargo, en el tono de su voz, persistía la misma duda.

—Usted no está segura, ¿verdad?

—¿Cómo puedo yo estarlo? — respondió.dió.

—Podría existir algún motivo.

Edith Freyne no contestó. Crook, observándola disimuladamente, continuó:

—A lo mejor, una discusión..., por celos profesionales..., pero, tampoco sería éste un motivo suficiente.

—Pues si eso no es suficiente, — respondió ella en voz baja, — no existe ninguna otra cosa más.

—No sabe cuánto me satisface oirle decir eso, — dijo Crook, — porque usted reafirma mi propia convicción de que su esposa es completamente inocente en este asunto. ¿Se ha enterado usted de que ha sido hallado en esta pletea el revólver que le fué entregado a su esposo para representar su papel?

—El director me lo ha dicho.

—Es muy extraño que estuviera allí.

—Es verdad. ¿Y cómo piensa usted que pueda haber ocurrido eso?

Pues sencillamente, por la razón de que cualquiera que fuera su poseedor, no le convenía que se lo encontraran encima de él — contestó Crook.

—Creo que fué dejado allí a propósito o que se haya caído tal vez, durante la confusión que siguió al disparo.

—¿Y quién habrá sido que lo habrá dejado en aquel sitio?

—Antes de responderle, permítame que le haga yo una nueva pregunta. ¿Cómo sabía el hombre que se hallaba sentado al lado de Mr. Freyne, que el revólver que tenía estaba cargado?

Los grandes ojos de Edith Freyne, se dilataron.

—Fué este el detalle que más me preocupó, — continuó Crook, — yo que me hizo que llamara a un agente de policía para indicarle que persiguiera a ese hombre, cuando descubrí que había dejado el teatro. Es cierto que un hombre, si es algo tímido, se comprende que desaparezca después de una hazaña para evitar el agradecimiento y el aplauso de sus semejantes. Pero hay también otro motivo para su desaparición, un motivo que no podré apartar de mi mente, mientras yo esté convencido de que ese hombre no sabía que el revólver estaba cargado.

—¡Pero tiene que haberlo sabido! — exclamó ella. — Sino, ¿para qué hubiera sujetado el brazo de mi marido?

—En efecto. Aunque un revólver siempre conserva el mismo aspecto de desconfianza, mirándolo exteriormente, tanto si está con balas adentro como estando vacío. Ahora bien; supongamos que él sabía en las condiciones en que se hallaba el arma. ¿Qué querría decir esto?

Edith Freyne se encogió de hombros.

—Y supongamos, — continuó Crook, — que su esposo lo ignoraba. Pues bien; si estas suposiciones son las que más se aproximan a la verdad, podremos creer que el hombre que estaba sentado al lado de su marido sustituyó un revólver por otro.

—Pero... ¿cuándo? — murmuró la actriz.

—Le han sobrado oportunidades para ello, — dijo Crook. — Las circunstancias le han favorecido admirablemente.

El detective se detuvo repentinamente y dió paso, en su cerebro, a varios pensamientos que acudieron a la vez.

—Su marido, en la escena de la platea tuvo que dejar su sobretodo sobre el respaldo de la butaca. Tuvo también que abandonar su asiento, durante un corto tiempo en que la sala permaneció oscura. ¿No pudo aquel hombre haber sustituído el revólver cargado, en aquellos momentos y haber arrojado el otro?

Edith Freyne miró a Crook fijamente.

—¡Pero esta noche era la primera vez que dábamos la obra! — manifestó extrañada —Ese hambre tendría que haber sabido el argumento...

El detective guardó unos segundos de si-

lencio y en seguida sacó un programa de su bolsillo.

—Mrs. Freyne, — dijo Crook, — esta obra está escrita por John Roach. ¿Quién es John Roach? Yo nunca lo he oído nombrar.

Una mirada casi de espanto brilló en los ojos de la actriz al sospechar el significado de la observación hecha por el detective.

—No, nadie le conoce, — murmuró ella, — la obra me fué enviada anónimamente... como un regalo de un admirador... y yo le gusqué un nombre.

Crook caminó unos cuantos pasos por la alfombra.

—¡Mrs. Freyne! — exclamó él. — ¡Escuche! Ese hombre que se sentó al lado de su esposo sabía una cantidad extraordinaria de cosas. El sabía, no solamente que el revólver estaba cargado, sino que el argumento de la obra le daba la oportunidad, deseada por él, de sustituir el arma cargada por la otra, — esto en el caso de que sigamos creyendo que fué él quien lo hizo.

¿Es posible que este hombre sea un admirador suyo, — el hombre que usted llamó John Roach, — y que en lugar de ser un amigo sea un enemigo?

Ella no contestó pero el terror aumentó en sus ojos.

—Hay un importante eslabón que se está saliendo de la cadena, — siguió Crook. — Ayúdeme usted a no perderlo. En primer lugar, ningún enemigo vulgar sabría cómo escribir una comedia. Si yo quisiera trazar este plan no podría hacerlo porque escribir comedias no es mi especialidad.

En segundo lugar; ningún hombre, al escribir una comedia para el teatro podría hacerlo de forma que se adaptase tanto a su temperamento artístico, como se adapta esta obra al suyo. Y esta es una obra en la que usted ha puesto interés para que se representara en seguida. — Crook agregó:— ¿Conoce usted a alguien que pudiera haber hecho esto y que haya tenido un motivo para hacerlo así?

En voz muy baja, pero inteligible, vino la respuesta.

—Yo he estado casada anteriormente, Mr. Crook, — dijo ella. — Hace dos años me divorcié de mi primer marido. El era autor teatral y... y un hombre muy desagradable.

Hubo una larga pausa.

Entonces Crook habló y su voz fué también demasiado baja.

—Sin embargo la más desagradable de las personas puede corregirse... en el momento oportuno.

Antes de terminar su entrevista, el detective pidió que le enseñaran el original de la obra.

Pocos minutos después, el director de escena accedía a su pedido.

A la mañana siguiente, Crook acudió a la casa de Mrs. Freyne para hacerle un pedido.

Le rogó que le mostrara alguna carta o algún escrito a máquina hecho por su anterior esposo, antes del divorcio.

Ella le presentó un cuento y cuando el detective corrió la vista por la primera página, no pudo por menos que sonreirse.

—Esto ha sido escrito con la misma máquina con que se ha escrito el original de la comedia, — dijo. — La ese mayúscula conserva la misma falla en ambos escritos.

Una peluca gris y unos bigotes postizos fueron hallados un día después en una calle de los alrededores del teatro Duque.

Pero las pelucas y los bigotes postizos son cosas muy lógicas en los distritos teatrales y ¿quién hubiera podido probar que las dos cosas habían pertenecido a un hombre cuyo corazón estaba lleno de amargura y rencor, que nunca más fué visto y cuyo conocido acto final había sido cometido bajo el nombre de John Roach?

J. JEFFERSON FARGEON.

SUEÑOS LETARGICOS

Según una reciente información, ha sido llevada al hospital Voldatienkow, de Moscú, una muchacha de diez y seis años que, desde hace seis, se halla sumida en un sueño letárgico.

Este caso, evidentemente muy curioso, no es el más extraordinario de los conocidos.

Se pueden citar, entre otros, el de Marguerite Boyenval, llamada "la durmiente de Thenelles", que durmió de un tirón veinte años justos, y el de Gesine M..., que estuvo durmiendo sin interrupción desde el 22 de Noviembre de 1886, hasta el 13 de Noviembre de 1903.

Y quizá el más curioso de todos es el caso de la sueca Caroline Karlsdatter, que se durmió cuando tenía trece años, en 1891, y no se despertó hasta 1923, después de un sueñecito de treinta y dos años. Insensiblemente, durante su sueño, la niñita de 1891 pasó a ser una robusta mujer de cuarenta y cinco años. Por cierto que se cuenta que al preguntarla un periodista, a los pocos días de despertar, cuáles eran sus proyectos para lo futuro, respondió sin vacilar: "¡Casarme lo más pronto que pueda!"

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

SEGUNDA PARTE

EL REGRESO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

Cuando Tarzán se encontró agarrado al poste de fuera de la ventana, siguió su instinto de la selva y miró hacia abajo en busca de enemigos antes de aventurarse a descender. Y fué bien que lo hiciera, porque abajo estaba el policía. En cambio, como arriba no vió a nadie, hacia arriba echó. La punta del poste caía enfrente del tejado del edificio; de suerte que fué obra de un instante para aquellos músculos, que durante años se habéan lanzado de copa en copa por los árboles de la selva, el salvar el pequeño espacio que mediaba entre el poste y el tejado. De un edificio pasó Tarzán a otro, y así sucesivamente, con mucho trepar, hasta que en una calle que cruzaba vió otro poste, por el cual descendió rápidamente al suelo.

Por espacio de una o dos manzanas estuvo corriendo, pero luego se metió en un café abierto toda la noche, y en su lavabo se quitó de las manos y de la ropa toda huella de su paso por los tejados. Cuando salió unos momentos más tarde fué para dirigirse con toda calma a su alojamiento.

No lejos de éste llegó a un bulevar bien iluminado que le era necesario cruzar. Mientras se hallaba debajo de un brillante arco voltaico, esperando que pasara un automóvil que se acercaba, oyó pronunciado su nombre por una dulce voz femenina. Al levantar la vista, se encontró con los sonrientes ojos de Olga de Coude, que avanzaba el cuerpo en el asiento trasero del coche. Hizo Tarzán una profunda reverencia en respuesta al amistoso saludo de la dama, y cuando se enderezó, el coche se la había llevado.

—¡Rokof y la condesa de Coude en la misma noche! — se dijo el hombre mono. — ¡Al fin y al cabo, París no es tan grande como dicen!

CAPITULO IV

LA CONDESA SE EXPLICA

—Tu París es más peligroso que mis selvas vírgenes, Paul — concluyó Tarzán, después de narrar sus aventuras a su amigo, en la mañana que siguió a su encuentro con los apaches y la policía en la rue Maule. — ¿Por qué me trajeron allá? ¿Tendrían hambre?

D'Arnot fingió un estremecimiento de horror, pero rompió a reír al escuchar la peregrina insinuación de su amigo.

—Es difícil elevarse sobre las normas de la selva y razonar a la luz de la civilización, ?verdad, querido?—preguntó dándole vaya

—¡La civilización! — exclamó Tarzán irónicamente. — En las normas de la selva no entran las otracidades inútiles. Allá matamos para comer o para defendernos o bien para conquistar compañeras y proteger a los pequeños. Siempre, como ves, de acuerdo con los dictados de alguna gran ley natural. ¡Pero aquí! ¡Puach! Tus hombres civilizados son más feroces que los brutos. Matan por capricho, y peor aún, se valen de un sentimiento tan noble como la fraternidad del hombre para atraer a la incauta víctima a su perdición. Fué la respuesta al llamamiento de un semejante lo que me hizo correr a aquella aseinos. Yo no comprendía, y sigo sin poder comprender, que una mujer pueda hunlirse en tal depravación moral que llegue a atraer a la muerte a quien se proponía salvarla. Pero así debió de ser, pues la presencia de Rokof allí, y el mentís que la mujer me dió ante la policía, hacen imposible interpretar de otra manera sus actos. Rokof debía de saber que yo pasaba con frecuencia por la rue Maule. Estaba en acecho esperándome y todo su

plan le salió bien en sus menores detalles, incluso el del cuento de la mujer, en caso de que sobreviniera en el programa un obstáculo como el que realmente sobrevino. Ahora lo veo todo perfectamente claro.

—Bien, — dijo D'Arnot. — Eso te enseñará, entre otras cosas, lo que no te he podido meter yo en la cabeza; es decir, que la rue Maule es sitio excelente pra evitarlo de noche.

—Por el contrario, — replicó Tarzán sonriendo, — me ha convencido de que es la única calle que vale la pena en todo París. No volveré a perder ocasión de atravesarla, porque me ha procurado la primera diversión de verdad que he tenido desde que salí de Africa.

—Puede que te dé mucho más de lo que desees aunque no le vuelvas a hacer otra visita, — dijo D'Anot. — Recuerda que no has acabado aun con la policía. Conozco lo bastante a la de París para asegurarte que no olvidará tan fácilmente lo que has hecho. Tarde o temprano te echarán el guante, mi querido Tarzán, y entonces encerrarán tras fuertes barrotes de hirro al hombre salvaje de los bosques. ¿Qué te parece?

—A Tarzán de los Monos no lo encerrarán jamás tras barrotes de hierro, — replicó Tarzán, ceñudo.

En su voz, al pronunciar estas palabras, había algo que obligó a D'Arnot a mirar penetrantemente a su amigo. Lo que vió en las apretadas mandíbulas y en los frios ojos de Tarzán inspiró al joven francés graves temores por aquel niño grande, que no podía reconocer ley más fuerte que sus soberbias hazañas físicas; D'Arnot se dijo que era forzoso hacer algo para poner a arzán a buenas con la policía antes que pudiera sobrevenir otro encuentro.

—Tienes mucho que aprender, Tarzán, — dijo gravemente. — Hay que respetar las leyes de los hombres, tanto si te gustan como si no. Ni tú ni tus amigos podéis esperar nada más que disgustos si persistes en retar a la policía. Yo puedo darle explicaciones una vez, y así lo haré hoy mismo en tu nombre, pero en adelante tienes que obedecer lo mandado. Si los representantes de la ley te dicen "ven", has de ir, y si te dicen "vete" has de largarte. Ahora vamos a ver a mi gran amigo de la inspección, y arreglaremos el asunto de la rue Maule. Vamos.

Media hora más tarde entraron juntos en el despacho del funcionario de policía, que se mostró muy amable. Recordaba a Tarzán por la visita que los dos amigos le habían hecho unos meses antes para la cuestión de las huellas dactilográficas.

Cuando hubo terminado D'Arnot la narración de los acontecimientos de la noche anterior, por los labios del policía vagó una sonrisa severa. Oprimió un timbre de su mesa, y mientras esperaba que el empleado respondiera a su llamamiento buscó entre los papeles uno que acabó encontrando.

—Aquí, Joubon, — dijo cuando entró el empleado. — Llame a esos agentes y que vengan a verme al instante; — y alargó al hombre el papel que había buscado. Luego se volvió a Tarzán y prosiguió, no sin bondad: — Ha cometido usted una grave falta, monsieur, y a no ser por la explicación que me ha dado su buen amigo D'Arnot me sentiría inclinado a juzgarle a usted con harta severidad. Por el contrario, me dispongo a hacer una cosa inaudita. He llamado a los agentes a quienes maltrató usted anoche. Haré que escuchen el relato del teniente D'Arnot y luego dejaré a su discreción el resolver si ha de encausársele a usted o no. Tiene usted mucho que aprender de las cosas de la civilización. Necesita acostumbrarse a aceptar hechos que le pueden parecer extraños o innecesarios, hasta que pueda usted juzgar los móviles que los inspiran. Los agentes a quienes usted atacó no hacían sino cumplir con su deber, y no podían obrar a su discreción en el asunto. Todos los días arriegan la vida para proteger las vidas o los bienes de otras personas. Lo mismo harían con usted. Son hombres valerosos, y los tiene mortificados en extremo que un hombre solo y desarmado los venciera y derrotara. Procure usted que les sea fácil olvidar lo que usted hizo. O mucho me equivoco, o usted es también hombre de valor; y los hombres de valor son proverbialmente magnánimos.

Interrumpió su ulterior conversación la llegada de los cuatro agentes. Cuando los ojos de éstos se fijaron en Tarzán, la mayor sorpresa se pintó en sus respectivos semblantes.

—Hijos míos, — dijo el funcionario, — aquí tenéis al caballero a quien encontrasteis anoche en la rue Maule. Voluntariamente ha venido a entregarse. Deseo que escuchéis con atención al teniente D'Arnot, que os referirá parte de lo historia de este caballero. Así podréis explicaros la actitud que anoche tomó con vosotros. Ande usted, mi querido teniente.

D'Arnot estuvo media hora hablando a los agentes. Les refirió algo de la silvestre vida de Tarzán; les explicó su salvaje crianza, que le habían enseñado a pelear como una bestia feroz para su propia defensa, y les hizo ver hasta la evidencia que el hombre-mono, al acometerlos, se había guiado más por el instinto que por la razón. No había comprendido los intentos de ellos. Para él apenas eran distintos de ninguno de los diversos seres con quienes se había rozado en su selva natal, donde prácticamente todos eran enemigos suyos.

—Ha quedado herido el orgullo de ustedes, — dipo D'Arnot como conclusión. — Lo que más les duele a ustedes es que este caballero los venciera a todos juntos. Pero no deben ustedes sentirse avergonzados. No tendrían que excusar su derrota si los hubieran encerrado en aquel cuartito con un león africano, o con el gran gorila de las selvas vírgenes. Y sin embargo, peleaban ustedes contra su musculatura que más de una vez ha combatido, y siempre victoriosamente, contra esos horribles seres del negro continente. No es deshonra caer bajo la fuerza sobre humana de Tarzán de los Monos.

GARABATOS KAITESCOS

UN CABLE

Y entonces, mientras los agentes estaban mirando primero a Tarzán y después a su superior jerárquico, el hombre-mono hizo lo que precisamente se necesitaba para borrar el último resto de animosidad que pudieran haber sentido contra él. Avanzó hacia ellos tendiendo la mano.

—Lamento mi equivocación, — dijo sencillamente. — Seamos amigos.

Y aquí terminó el asunto, salvo que Tarzán se convirtió en tema de abundantes conversaciones en los cuarteles de policía, y aumentó el número de sus amistades por lo menos en cuatro valientes.

A su regreso a casa de D'Arnot, el teniente encontró esperándole una carta de un amigo inglés, de William Cecil Clayton, lord Greystoke. Los dos se venían carteando desde que nació su amistad en la malhadada expedición en busca de Jane Porter, después del rapto de ésta por Terkoz, el feroz mono.

—Van a casarse en Londres dentro de dos meses, — dijo D'Arnot, después de haber leído la carta.

No necesitó Tarzán que le dijeran quiénes eran "ellos", y no replicó, pero estuvo muy callado y meditabundo en todo lo que quedaba del día.

Aquella noche fueron a la Opera. La mente de Tarzán estaba aún absorta en sus tristes pensamientos, y no prestaba atención a lo que ocurría en el escenario. Lejos de ello, no tenía más que la hermosa visión de una bellísima joven americana, ni oía más que una voz triste y dulcísima que confesaba la correspondencia del amor que él sentía. ¡Y se iba a casar con otro!

Se sacudió a sí mismo para desembarazarse de sus desagradables pensamientos, y en el mismo instante sintió unos ojos fijos en él. Con el instinto que poseía por virtud de su crianza, miró de hito en hito a las pupilas que lo contemplaban, y vió que relucían en la sonriente cara de Olga, la condesa de Coude. Cuando devolvió Tarzán el saludo de la dama, sintió la seguridad de que en su mirada se encerraba una invitación, casi una súplica.

El siguiente intermedio le halló al lado de ella en el palco.

—¡Tenía tantos deseos de ver a usted! — exclamó la condesa. — Me ha preocupado más de lo que usted se figura el pensar que, después de los servicios que nos prestó usted, tanto a mí como a mi marido, no le hemos ofrecido a usted una explicación adecuada de lo que debió parecer ingratitud nuestra, ya que no dimos los pasos necesarios para impedir la repetición de los ataques de aquellos dos sujetos.

—Me juzga usted mal, — dijo Tarzán. — Mis pensamientos respecto de usted han sido siempre de los más agradables. No piense usted que se me debe ninguna explicación. ¿Los han molestado a ustedes más?

—No paran nunca de hacerlo, — replicó tristemente la dama. — Pienso que necesito espontanearme con alguien, y no conozco nadie que merezca tanto como usted una explicación. Permítame que lo haga, y puede ser que le sirva a usted de algo, porque conozco demasiado bien a Nicolás Rokof para estar segura de que aun no ha terminado usted con él. El encontrará medios de vengarse de usted. Lo que yo deseo decirle, puede serle a usted útil para combatir cualquier plan de venganza que él pueda abrigar. No se lo puedo revelar a usted aquí, pero mañana estaré en casa para monsieur Tarzán a las cinco de la tarde.

—Me va a parecer una eternidad el tiempo hasta mañana a las cinco de la tarde, — dijo Tarzán cuando se despidió de la condesa.

Desde un rincón del teatro, Rokof y Paulvich vieron a monsieur Tarzán en el palco de la condesa de Coude, y los dos sonrieron.

A las cuatro y media de la tarde siguiente, un sujeto atezado y barbudo llamó a la puerta de servicio del palacio del conde de Coude. El lacayo que abrió la puerta levantó las cejas en señal de reconocimeinto al ver quién estaba afuera. Los dos hombres sostuvieron una conversación en voz baja.

Al pronto el lacayo pareció roncear ante cierto proposición del barbudo sujeto; pero un instante después, algo pasó de la mano del recién llegado a las del lacayo. Entonces este último dió media vuelta y condujo al visitante, dando un rodeo, a un pequeño entrante provisto de cortinas, en el aposento en que la condesa solía servir el té por la tarde a sus amigos.

Media hora después Tarzán era introducido en el aposento, en el que no tardó en entrar la señora de la casa, sonriendo y con la mano tendida.

—¡Cuánto celebro que haya usted venido! — exclamó.

—Nada podía impedírmelo, — replicó él.

Unos momentos estuvieron hablando de la Opera, de los tópicos que ocupaban entonces la atención de París, del placer de renovar la breve amistad que había comenzado en circunstancias tan peregrinas; y esto los trajo al tema que predominaba en la mente de ambos.

—Se habrá usted preguntado, — comenzó a decir la condesa, — cuál podía ser el objeto de la persecución de Rokof. Es muy sencillo. El conde conoce muchos de los secretos vitales del ministerio de Guerra. Con frecuencia tiene en su poder papeles por cuya posesión las potencias extranjeras darían una millonada; secretos de Estado por cuyo conocimiento sus agentes cometerían crímenes y algo peor. En la actualidad, tiene entre manos un asunto que podría hacer la gloria y la fortuna de cualquier ruso que se lo pudiera revelar a su gobierno. Rokof y Paulvich son espías rusos, y no se detendrán ante nada con tal de conseguir los informes que necesitan. El asunto del trasatlántico, — me refiero al de la partida de naipes, — no tenía más objeto que apoderarse por el "chantage" de los datos que intentan sacar de mi marido. Si les hubiera salido bien su acusación de que hacía trampas en el juego, la carrera del conde habría quedado segada en flor. Habría tenido que dejar el ministerio de la Guerra. Se habría sentido desterrado socialmente. Esos hombres pensaban tener suspendida esa espada sobre su cabeza; y el precio de su confesión de que

mi marido no era sino víctima de una conjura de enemigos que querían desdorar su nombre, habría sido la entrega de los papeles que buscan.

"Usted estorbó sus planes, y entonces ellos fraguaron el que había de echar por tierra mi reputación, en lugar de la del conde. Cuando entró Paulvich en mi camarote me lo explicó. Si yo me brindaba a conseguirles los datos que necesitaban, prometía no pasar adelante; de lo contrario, Rokof, que estaba afuera, avisaría al comisario que yo tenía en el camarote a un hombre que no era mi marido, y con la puerta cerrada. Había de decírselo a todos los que encontrara en el buque, y cuando desembarcáramos, había de contar toda la aventura a los periodistas.

"¿No era horrible? Pero yo sabía de monsieur Paulvich algo que lo mandaría a presidio en Rusia, si lo conociera la policía de San Petersburgo. Lo reté a que llevara adelante su plan, y entonces me acerqué a él y le dije un nombre al oído. En el mismo momento se lanzó a mi cuello como un loco, y me habría matado de no haber intervenido usted."

—¡Qué fieras! — dijo a media voz Tarzán.

—Son más que eso, amigo mío, — replicó la condesa. — ¡Son demonios hechos carne! Yo temo por usted, porque se ha ganado usted su odio, y desearía que estuviera usted en guardia continuamente. Dígame usted que por mí lo hará, porque no me perdonaría nunca si usted tuviera que sufrir por las bondades que ha tenido para conmigo.

—No los temo, — contestó Tarzán. — He sobrevivido a enemigos más feroces que Rokof y Paulvich.

Comprendió Tarzán que no sabía nada la condesa de lo ocurrido en la rue Maule, y no habló palabra de ello por no disgustarla.

—Por la seguridad de usted, — prosiguió, — ¿cómo es que no entregan ustedes a esos pillos a las autoridades? Creo que no les costaría gran trabajo ponerlos donde no hicieran más daño.

La condesa vaciló un momento antes de contestar.

—Hoy dos razones, — dijo al fin. — Uno de ellas es la que detiene al conde y le impide hacer lo que usted dice, La otra, mi verdadera razón para que me dé miedo denunciarlos, no la he dicho nunca, y sólo Rokof y yo la sabemos. Quisiera... — dijo, pero se detuvo, y se quedó mirando atentamente a Tarzán largo rato.

—¿Qué quisiera usted? — preguntó él sonriendo.

—Quisiera saber por qué siento deseos de decirle a usted esa cosa que no me he atrevido a revelar ni siquiera a mi marido. Creo que usted comprenderá, y que sabrá decirme lo que debo hacer. Pienso que usted no me juzgará con excesiva dureza.

—Me temo que iba a ser un triste juez, señora, — replicó Tarzán, — porque si fuera usted culpable de un homicidio, yo diría que la víctima debía sentirse agradecida por haber encontrado semejante fin.

—¡Oh, no, no por Dios! — exclamó la dama, suplicante. ¡No es tan terrible como eso! Pero primero déjeme decirle la verdadera razón que tiene el conde para no perseguir a esos sujetos; luego, si logro acopiar bastante valor, le revelaré a usted la de que yo no me atreva. La primera es que Nicalás Rokof es mi hermano Los dos somos rusos. Nicolás ha sido un mal hombre desde que yo tengo uso de razón. Lo expulsaron del ejército ruso, donde era capitán. El escándalo duró algún tiempo, pero por fin se olvidó en parte, y mi padre le consiguió un empleo en la policía secreta. Muchos delitos se han imputado a Nicolás, pero él siempre ha logrado esquivar el castigo. Ultimamente lo ha conseguido falsificando contra sus víctimas pruebas de traición contra el zar, y la policía rusa, que está siempre dispuesta a echar culpas de esa naturaleza sobre el primero que caiga, ha aceptado sus versiones y lo han exonerado siempre.

—Y tantos delitos intentados contra usted y su marido, ¿no han hecho perder a ese hombre los derechos que pudieran concederle los vínculos del parentesco? — preguntó Tarzán. El ser usted su hermana no le ha hecho retroceder al ir a empañar el honor de usted. No le debe usted lealtad ninguna, señora.

—¡Ah! No, pero hay otra razón. Si no le debo lealtad ninguna por ser hermano, no puedo desechar tan fácilmente el temor que me inspira por causa de cierto episodio de mi vida que él conoce.

"Bien puedo decírselo a usted, — prosiguió la condesa, después de una pausa — porque me bulle en el alma el deseo de hacerlo tarde o temprano. Yo me eduqué en un convento, y estando en él conocí a un hombre a quien creía caballero. Yo sabía poco a nada de los hombres y menos aún del amor. En mi loca cabecita se metió la idea de que quería a aquel hombre, y a su apremiante petición me escapé con él. Íbamos a casarnos.

"Estuve con él cuatro horas justas, todas ellas de día y en sitios públicos, estaciones de ferrocarril y en un tren. Al llegar a nuestro destino, donde teníamos que casarnos, dos individuos de policía se llegaron a mi acompañante cuando nos apeamos del tren y lo detuvieron. Hicieron lo mismo conmigo, pero cuando les referí mi situación me dejaron en libertad, sin hacer otra cosa que enviarme otra vez al convento al cuidado de una matrona. Parece ser que el hombre que me había hecho la corte no era caballero ni mucho menos, sino un desertor del ejército y al propio tiempo fugitivo de la justicia civil. Tenía antecedentes policíacos en casi todos los países de Europa.

"Las autoridades del convento echaron tierra al asunto. Ni siquiera mis padres llegaron a enterarse. Pero Nicolás conoció después al sujeto aquel y se enteró de todo lo ocurrido. Y ahora me amenaza con contárselo al conde si no hago lo que él quiere".

Tarzán rompió a reír.

—Es usted una niña, — dijo. Lo que acaba usted de contarme no puede empañar en modo alguno su reputación, y si en el fondo no fuera usted una verdadera chiquilla,

TOS ALIVIO INMEDIATO
Mal de garganta - Tos gripal - bronquitis - Resfrios - Asma, etc.
CON LAS
PASTILLAS O JARABE
"BIOL" Preparadas por el
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

pensaría usted lo mismo. Vaya esta noche a ver a su marido, y cuénteselo todo como me lo ha contado a mí. O mucho me equivoco, o él se reirá de usted por sus escrúpulos, y dará inmediatamente los pasos necesarios para que ese precioso hermano de usted vaya a parar a la cárcel, como merece.

—Mi mayor deseo sería atreverme a eso. —dijo ella, — pero me da miedo. He aprendido de muy joven a temer a los hombres. Primero a mi padre, después a Nicolás, después a los padres del convento. Casi todas mis amigas temen a sus maridos. ¿Cómo no iba yo a temer al mío?

—No parece bien que las mujeres teman a los hombres, — dijo Tarzán con expresión de perplejidad. Yo conozco mejor a la gente de la selva, y lo que suelo ocurrir casi siempre es todo lo contrario, salvo entre los negros, los cuales, a mi modo de ver, están por muchos estilos en escala más baja que las fieras. No, no comprendo cómo pueden las mujeres civilizados temer a los hombres que son los seres creados para protegerlas. A mí me disgustaría mucho pensar que una mujer me temía.

—No creo qe ninguna mujer le temiera a usted, amigo mío, — dijo Olga de Conde con dulce acento. Poco tiempo llevo de tratarle, y sin embargo, aunque parezca una tontería decirlo, es usted el único hombre que he conocido en mi vida a quien creo que no temería nunca... Y es cosa rara, porque es usted muy fuerte. Me llamó muchísimo la atención la soltura y la facilidad con que se quitó usted de delante de Nicolás y a Paulvich aquella noche en mi camarote. ¡Fué maraviloso!

Cuando se separó Tarzán de ella poco rato después, se preguntó con cierto asombro qué significaba el prolongado apretón de manos que le dió la condesa al despedirse, y la insistencia con que le arrancó la promesa de que volvería al día siguiente a verla.

El recuerdo de sus pupilas medio veladas y de sus hermosísimos labios cuando la dama le miró sonriendo en el momento de la despedida, no se apartó de la imaginación de Tarzán en todo lo que quedaba de día. Olga de Coude era una mujer hermosísima, y Tarzán de los Monos un joven harto solitario, con un corazón que necesitaba precisamente las medicinas que sólo una mujer puede suministrar.

Cuando se volvió la condesa a su aposento después de la partida de Tarzán, se encontró de manos a boca con Nicolás Rokof.

—¿Cuánto hace que estás aquí? — preguntó estremecida y apartándose de él.

—Desde la legada de tu amante, — respondió él con repugnante sarcasmo.

—¡Calla! — ordenó la condesa. ¿Cómo te atreves a decir una cosa como esa a mí... a tu hermana?

—Si no es tu amante, mi querido Olga, acepta mis excusas, pero si no lo es, no será ciertamente por culpa tuya. Si tuviera la décima parte que yo del conocimiento de la mujer, estaríais en sus brazos en este momento. Ha sido un mentecato, Olga. Tados tus palabras, todos tus actos, no han sido más que una invitación, y él es tan tonto que no lo ha visto.

La condesa se llevó las manos a los oídos.

—No quiero escuchar. Eres tan malvado que llegas a decir esas cosas. Puedes amenazarme con lo que quieras; pero tú sabes que soy una mujer honrada. Después de esta noche no te atreverás a molestarme más, porque todo se lo diré a Raoul. El me comprenderá y entonces, Nicolás, guárdate.

—No le dirás nada, — contestó Rokof. — Ahora tengo ya un cabo de este asunto, y con la ayuda de uno de tus criados, en quien puedo confiar, no faltará nada a la narración cuando llegue el momento de que los detalles de ella suenen en los oídos de tu esposo. El otro asunto sirvió muy bien para su objeto, pues ahora ya tenemos algo tangible sobre que trabajar, Olga. Un verdadero "affaire". ¡Y tú una mujer confiada, Olga! ¡Qué vergüenza!

Y la fiera terminó lanzando una carcajada.

De manera que la condesa no dijo nada el conde, y las cosas quedaron peor de lo que estaban, puesto que en lugar de un temor vago, pasó la dama a sentir uno muy tangible. También podría ser que la conciencia contribuyera mucho a aumentar sus proporciones.

CAPITULO V

LA CONJURA FRACASADA

Durante un mes fué Tarzán un devoto fiel y muy bien acogido del santuario de la hermosa condesa de Coude. Con frecuencia encontraba en él a otros individuos del selecto corrillo que solía acudir a aquél por las tardes. Pero más a menudo Olga hallaba medio de permanecer una hora a solas con Tarzán.

Una tarde estuvo asustada por lo que Nicolás había insinuado. No había pensado en aquel gallardo joven sino como ami-

go, pero después de la insinuación aventurada por las perversas palabras de su hermano, se había dado a pensar muchísimo en la extraña fuerza yue parecía atraer hacia aquel desconocido de los ojos azules. No quería amarle ni deseaba tampoco su amor

Era mucho más joven que su marido y, sin haberse dado cuenta de ello, anhelaba el puerto de una amistad con una persona que se aproximara a ella por los años. Los veinte son tímidos en su canje de confidencias con los cuarenta. Tarzán no tenía dos años más que ella, y la condesa se decía que podría entenderla. Además era pulcro, noble y caballeroso. A él no le temía. Desde el primer momento había sentido instintivamente que podía confiar en él.

A distancia había observado Rokof la creciente intimidad con una sonrisa de malicia. Después, desde que sabía que Tarzán estaba enterado de su condición de espía, ruso se añadió al odio que le inspiraba el hombre-mono un terrible pavor de que lo delatara. Ahora no hacía sino esperar que llegara el momento oportuno para dar un golpe maestro. Deseaba desembarazarse para siempre de Tarzán, y al propio tiempo conseguir una amplia venganza por las humillaciones y derrotas que de sus manos había sufrido.

Tarzán estaba lo más cerca de la alegría que se había sentido desde que la paz y tranquilidad de su selva virgen fueron rotas por el advenimiento de la partida de los Porter

Gozaba del agradable trato social con los amigos de Olga, y al propio tiempo la amistad que había anudado con la encantadora condesa era para él un inagotable manantial de delicias. Su corriente logró arrastrar y dispensar los sombríos pensamientos, y sirvió de bálsamo para su lacerado corazón.

A veces le acompañaba D'Arnot en sus visitas a casa de los condes, porque hacía mucho tiempo qeu era amigo de Olga, y de su marído. En ocasiones se presentaba de Coude, pero las mútiples ocupaciones de su cargo oficial y los incesantes requerimientos de la política le retenían fuera de casa ,por lo general hasta muy avanzada la noche.

Rokof espiaba a Tarzán casi constantemente a la espera de una ocasión en que fuera por la noche, al palacio de Coude, pero en esto estaba destinado a llevarse chasco. En varias ocasiones Tarzán acompañó a la condesa a su domicilio después de la Opera, pero invariablemente la dejó en el portal, con gran disgusto del devoto hermano de la dama.

Viendo que parecía imposible atrapar a Tarzán por algún acto propio y meditado, Rokof y Paulvich se pusieron en connivencia para forjar un plan que hiciera caer en el garito al hombre-mono, con todos los indicios de una posición comprometida.

Durante muchos días estuvieron leyendo los periódicos y observando los pasos del conde de Coude y de Tarzán. Por fin hallaron recompensa sus esfuerzos. Un periódico de la mañana hizo breve mención de un concierto que iba a dar la noche siguiente el ministro alemán. El nombre de Coude figuraba entre los invitados. Si asistía a la fiesta, esto significaría que estaría ausente de su casa hasta después de las doce.

En la noche del banquete, Paulvich esperaba en la acera delante de la residencia del ministro alemán, desde donde podía ver las caras de todos los invitados que llegaban. No tuvo que esperar mucho a que se presentará el de Coude, que se apeó de su automóvil y pasó por delante del espía. Esto era bastante, Paulvich corrió a su alojamiento, donde Rokof le estaba aguardando. Allí esperaron hasta después de las once, y entonces Paulvich agarró el receptor del teléfono y pidió un número.

—¿Es la casa del teniente D'Arnot? — preguntó cuando le hubieron puesto en comunicación. Es un recado para el señor Tarzán, si tiene la bondad de llegarse al aparato.

Hubo un minuto de silencio.

—¿Señor Tarzán.... ¡Ah, sí, señor! Soy Francois, al servicio de la condesa de Coude. ¿Tal vez el señor hará a Francois el honor de recordarle... Sí, señor. Tengo un recado, un recado urgente de la condesa, le ruega a usted que corra en seguida a su casa...Pues está en un apuro, señor... No, señor, Francois, no lo sabe. ¿Puede decir a madame que monsieur estará pronto a su lado...? Gracias, señor. Dios lo bendiga.

Paulvich no perdió tiempo en llegar a casa kof.

—Tardará treinta minutos en estar allí, — dijo éste. Si en quince logras ponerte en comunicación con el ministro de Alemania, el conde de Coude llegará a su casa en unos cuarenta y cinco minutos. Todo depende de que el muy necio se quede quince minutos más después de convencerse de que le han jugado una; pero o mucho me equivovo o no querrá Olga dejarle partir en tan poco tiempo. Aquí tienes la carta para el conde. ¡Corre!

Paulvich no perdió tiempo en legar a casa del ministro de Alemania, a cuya puerta entregó la carta a un lacayo.

—Para el conde de Coude. Urgentísima.Es preciso que se la entregue usted inmediatamente.

Y puso una moneda de plata en la propia mano del criado. En seguida se volvió a su casa.

Un momento más tarde el conde de Coude pedía perdón a su huésped al rasgar el sobre. Lo leyó le puso el rostro pálido y la mano temblorosa:

"Señor conde de Coude:

'Una persona que desea salvar el honor de usted le previene que en este momento la santidad de su hogar se halla en peligro.

"Cierto hombre que lleva meses de visitar continuamente su casa durante la ausencia de usted está ahora con su esposa. Si se

dirige usted al tocador de la condesa, los encontrará usted juntos.

Un amigo".

Veinte minutos después de haber llamado Paulvich a Tarzán, se ponía Rokof en comunicación con el teléfono particular de Olga, la doncella de ésta respondió a la llamada en el tocador de la condesa.

—Es un recado muy urgente y sólo para la condesa, — replicó Rokof. Dile que se levante y que se eche encima cualquier cosa para acudir al teléfono. Volveré a llamar dentro de cinco minutos.

Luego colgó el receptor, en el momento en que entraba Paulvich.

—¿Tiene el conde la carta? — preguntó Rokof.

—Debe de estar ya camino de su casa, — replicó Paulvich.

—¡Magnífico! Mi señora hermana estará en su tocador, bastante en negligé y dentro de un momento el fiel Jacques conducirá a monsieur Tarzán a su presencia, sin anuncio previo. Necesitarán unos minutos para darse explicaciones, Olga, que estaba encantadora con su traje nocturno, se sentirá sorprenida, pero no disgustada. Si al hombre le queda una gota de sangre en las venas, el conde interrumpirá una linda escena de amor dentro de unos quice minutos. Creo que lo hemos planeado maravillosamente, querido Alexis, Vámonos, y beberemos a la salud de monsieur Tarzán con el incomparable ajenjo del viejo Plancon, sin olvidar que el conde de Coude es uno de los mejores espadachines de París, y aun el primer tirador de pistola de toda Francia.

Cuando llegó Tarzán a casa de Olga, Jacques le estaba esperando en el portal.

—Por aquí, señor, — de dijo y le condujo arriba por la amplia escalinata de mármol. Un momento, después abrió una puerta, y retirando una pesada cortina, con obsequiosa reverencia hizo pasar a Tarzán a un aposento débilmente alumbrado. En seguida desapareció.

Al otro lado del aposento vió Tarzán a Olga sentada ante un escritorio en el cual tenía el teléfono. La joven golpeaba impaciente la pulida superficie de la mesita y no oyó entrar al hombre-mono.

—¡Olga! — exclamó éste. — ¿Qué pasa?

La condesa se volvió a él con un ahogado grito de susto.

—¡Jean! — exclamó. — ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha abierto? ¿Qué significa esto?

Tarzán se sintió como herido del rayo, pero al instante comprendió parte de la verdad.

—¿No ha enviado usted por mí, Olga?

—¿Si he enviado por usted a estas horas de la onche? "Mon Dieu"! Jean, ¿cree usted que me he vuelto loca?

—Francois me ha telefoneado que viniera en seguida; que estaba usted en un apuro y me necesitaba.

—¿Francois? ¿Quién es Francois?

—Me ha dicho que está al servicio de usted. Me ha hablado como si yo debiera recordarlo.

—No tengo a mi servicio a nadie de ese nombre. Alguien ha querido divertirse con usted, Jean, — dijo Olga echándose a reir.

—Temo que la diversión sea algo más siniestro, Olga, — replicó el hombre-mono.— En esto hay algo más que buen humor.

—¿Qué quiere usted decir? ¿No pensará usted que...?

—¿Dónde está el conde? — interrumpió Tazán.

—En la embajada alemana.

—Esto es otra hazaña de su estimable hermano. Mañana el conde se enterará de esto. Interrogará a los criados y todo parecerá denunciar que.., que es verdad lo que Rokof quiere que el conde crea.

—¡Canalla! — exclamó Olga.

Se había levantado y se acercó a Tarzán, cuyo semblante se quedó mirando. Estaba despavorida. En sus ojos se veía la expresión que el cazador observa en los de un pobre cervatillo aterrado: perplejidad, interrogación... Temblaba, y para afirmarse levantó las manos a los robustos hombros de Tarzán

—¿Qué vamos a hacer, Jean? — susurró — ¡Es terrible! Mañana todo París lo leerá Nicolás cuidará de ello.

Su aspecto, su actitud, sus palabras eran elocuentes al expresar la súplica, tan vieja como el mundo, de la mujer indefensa a su protector natural, el hombre. Tarzán tomó una de la cálidas manitas que se apoyaban en su pecho. La acción fué por completo involuntaria, y casi lo mismo el instinto de protección que le hizo pasar un brazo sobre los hombros de la condesa.

Raoul de Coude presentó precipitadas excusas al embajador después de haber leído el anónimo que el mayordomo de aquél puso en sus manos. No pudo jamás recordar el pretexto que dió. Todo fué una mancha para sus ojos hasta que se halló en el umbral de su propia morada. Entonces se serenó extraordinariamente, y procedió con calma y cautela. Por cierta razón inexplicable, Jacques tenía la puerta abierta antes que el conde estuviese a mitad de la escalinata. Entonces no le llamó esto la atención como cosa insólita, pero hubo de recordarlo más tarde.

Sin hacer ruido subió de puntillas la escalera y recorrió la galera hasta la puerta del tocador de su esposa. Llevaba un grueso bastón en la mano. En su corazón latía el crimen.

Olga fué la primera en verle, y con un grito de horror se desasió de los brazos de Tarzán; el hombre-mono se volvió en el momento preciso de parar en el brazo un terrible golpe que el conde dirigía a su cabeza. Una, dos, tres veces cayó el grueso palo con apidez de relámpago, y cada golpe coadyuvó a la transición del hombre-mono a su ser primitivo.

Con el apagado rugido gutural del mono macho saltó Tarzán contra el francés. Arrancóle el garrote de la mano, lo rompió en dos como si hubiera sido un fósforo de madera, y lo arrojó a un lado, en el momento en que, como enfurecido animal, se abalanzaba contra la garganta del adversario.

Olga de Coude, horrorizada espectadora de la terrible escena que se desarrolló en los pocos segundos siguientes, se abalanzó de pronto hacia el sitio en que Tarzán estaba asesinando a su marido, ahogándole entre sus manos, y sacudiéndole como un gato sacudiría a un ratón.

Frenéticamente se agarró a sus enormes manos.

—¡Madre de Dios! — exclamó. — ¡Le está usted matando! ¡Le está usted matando! ¡Oh, Jean, está usted matando a mi marido!

Tarzán estaba sordo de ira. De pronto lanzó el cuerpo contra el sueló, y poniéndole el pie en el pecho, alzó la cabeza. Luego, en el palacio del conde de Coude repercutió el espantoso reto del mono macho que ha matado a un rival. Desde los sótanos a las guardillas el horrible son llegó a los criados y los dejó lívidos y temblorosos. La dama del tocador se arrodilló junto al cuerpo de su maido, y sus labios se movieon en una plegaria.

Lentamente la niebla roja desapareció de los ojos de Tarzán. Las cosas comenzaron a tomar forma para él. Estaba recobrando la persepectiva del hombre civilizado. Sus ojos se posaron en la figura de la mujer arrodillada.

—¡Olga! — cuchicheó.

La dama levantó la vista, esperando ver la vesánica luz del crimen en los ojos que la dominaban. Mas en vez de ello vió el pesar y la contrición.

—¡Oh, Jean! — exclamó. — ¡Mire lo que ha hecho! ¡Era mi marido! ¡Yo le quería y usted le ha matado!

Muy suavemente levantó Tarzán el inerte cuerpo del conde de Coude y lo situó en un diván. Luego acercó el oído al pecho.

—Un poco de coñac, Olga, — dijo.

Lo trajo la dama, y entre los dos le echaron unas gotas entre los labios. De pronto un débil suspiro salió de ellos. La cabeza se movió y el conde de Coude exhaló un suspiro.

—¡No morirá! — dijo Tarzán. — ¡Gracias a Dios!

—¿Por qué ha hecho usted eso, Jean? — preguntó ella.

—No lo sé. Me ha pegado y me he vuelto loco. Siempre he visto que los monos de mi tribu hacían lo mismo. No le he contado a usted nunca mi vida, Olga. Habría sido mejor que la conociera usted, pues entonces no habría ocurrido esto. No conocí a mi padre. La única madre que tuve fué una mona feroz. Hasta los quince años no ví a ningún ser humano. Veinte tenía cuando por primera vez hallé a un hombre blanco. Hace poco más de un año, yo era una fiera desnuda en el interior de una selva virgen africana. No me juzgue usted con demasiada dureza. Dos años son muy poco tiempo para intentar en un índividuo el cambio que no se ha operado en la raza blanca sino en un período de muchos siglos.

—No le juzgo a usted de ningún modo, Jean. Toda la culpa es mía. Ahora váyase... que no le encuentre aquí cuando recobre el sentido. ¡Adiós!

Apenadísimo y con la cabeza inclinada salió Tarzán del palacio del conde de Coude.

Una vez fuera, sus pensamientos tomaron forma concreta, hasta que veinte minutos después entró en un cuartelillo de policía no lejos de la rue de Maule. Allí no tardó en encontrar a uno de los agentes con quienes había tenido el encuentro varias semanas antes. Al cabo de un momento de conversación, Tarzán le preguntó si había oído hablar de Nicolás Rokof y de Alexis Paulvich.

—Con mucha frecuencia, señor. Los dos tienen antecedentes policiacos, y si bien ahora no se les acusa de nada, nosotros no dejamos de saber dónde se les puede encontrar cuando llegue el momento. Es la misma precaución que tomamos cos todos los criminales. ¿Por qué lo pregunta "monsieur"?

—Los conozco, — replicó Tarzán. — Y deseo ver a "monsieur" Rokof por cierta cuestión de negocios. Si puede usted encaminarme a su casa, se lo agradecerá mucho.

Pocos minutos después decía adiós al agente de policía, y con un pedacito de papel que contenía ciertas señas de un barrio semirrespetable, se alejaba vivamente hacia el puesto de taxis más próximo.

Rokof y Paulvich se habían vuelto a sus habitaciones, y estaban haciendo cábalas acerca del resultado probable de los acontecimientos de la noche. Habían telefoneado a las redacciones de los periódicos de la mañana, de los cuales esperaban de un momento a otro redactores a quienes contarían el escándalo que había de estremecer de delicia a París a la mañana siguiente.

Sonaron fuertes pasos en la escalera.

—¡Qué prisa se dan esos periodistas! — exclamó Rokof; y cuando llamaron a la puerta de su aposento exclamó: — ¡Adelante.

La sonrisa de bienvenida se heló en el semblante del ruso cuando vió los duros ojos azules de su visitante.

—¡Maldita sea! — exclamó, poniéndose en pie de un salto. — ¿Qué diablos le trae a usted aquí?

—Siéntese, — dijo Tarzán, tan bajo que los dos hombres apenas pudieron pescar sus palabras, pero con acento que obligó a obedecer a ambos. — Ya saben lo que me trae — continuó con la misma voz apagada. — Debería de matar a ustedes, pero porque es usted hermano de Olga de Coude no lo haré... por ahora. Les voy a dar a usted ocasión de que salven la vida. Paulvich pinta poco, pues no es más que un instrumento estúpido y necio, y por eso no le mataré mientras le consienta vivir a usted. Pero antes de dejarlos a ustedes vivos en este aposento, tendrá que hacer dos cosas. La primera será escribir una confesión plena

EN EL RESTAURANT

—Mozo: estas ostras no están frescas.
—¿Qué quiere que haga, señor? Yo no estoy dentro de ellos.
—Eso demuestra que usted no ocupa su lugar.

EL CASO DE LA SALIVADERA

de su intervención en la conjura de esta noche... y firmarla. La segunda será prometer que ni una sola palabra de este asunto trascenderá a los periódicos. Si no hacen las dos cosas, ninguno de los dos estará vivo cuando yo atraviese aquella puerta. ¿Comprendido?

—Y sin esperar respuesta, añadió:

—¡De prisa! Aquí tienen ustedes papel, tinta y pluma.

Rokof tomó una actitud truculenta intentando por las bravatas mostrar lo poco que temía las amenazas de Tarzán, pero al instante sintió en la garganta la zarpa del hombre-mono, y Paulvich, que intentó escurrirse sin que lo vieran, fué materialmente levantado del suelo y arrojado sin sentido a un rincón. Cuando a Rokof empezó a ponérsele la cara negra, Tarzán lo soltó un instante y lo dejó caer en su silla. Al cabo de un momento de toser, Rokof se quedó mirando sombriamente al hobre que permanecía en pie delante de él. De pronto Paulvich recobró el sentido y cojeando se volvió a su silla por mandato de Tarzán.

—¡Escriba! — ordenó el hombre mono. —Si es necesario intervenir otra vez, no me contentaré con tan poco.

Rokof cogió una pluma y comenzó a escribir.

—Cuide de no omitir detalle, y de mencionar todos los nombres, — previno Tarzán.

Se sintió que llamaba a la puerta.

—¡Adelante! — exclamó el hombre-mono.

—Soy de "Le Matin". Tengo entendido que monsieur Rokof tiene que contarme algo.

—Se equivoda usted, caballero — replicó Tarzán.—No hay nada que pueda publicarse, ¿verdad, Nicolás?

Rokof, con el ceño enarcado, levantó la vista de lo que estaba escribiendo.

—No, — gruñó. — No tengo nada publicable... ahora.

—Ni nunca, querido Nicolás.

—Siento mucho que se haya molestado usted,—dijo Tarzán volviéndose al periodista. — Muy buenas noches le deseo.

Y condujo al gallardo joven fuera del aposento, cuya puerta cerró una vez que hubo salido.

Una hora más tarde, Tarzán, con un manuscrito bastante voluminoso en el bolsillo, dió media vuelta en la puerta que daba paso a la habitación de Rokof.

—En su pellejo, yo me iría de Francia,

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

Lea
PUCKY
todos los viernes

—— dijo, — porque tarde o temprano encontraré pretexto para matarle a usted sin comprometer a su hermana.

CAPITULO VI

UN DUELO

Estaba D'Arnot dormido cuando entró Tarzán en sus habitaciones después de dejar a Rokof. El hombre-mono no molestó a su amigo, pero por la mañana le refirió los acontecimientos de la noche anterior, sin omitir un solo detalle.

—¡Qué necio fuí! — terminó. — De Coude y su mujer eran amigos míos. ¿Cómo he pagado su amistad? Poco me faltó para matar al conde y he echado un borrón sobre el nombre de una mujer honrada. Lo más probable es que haya destrozado un hogar feliz.

—¿Amas a Olga de Coude? — preguntó D'Arnot.

—Si no estuviera seguro de que ella no me quiere, no podría responder a tu pregunta, Paul; pero sin cometer ninguna deslealtad con ella puedo decirte que ni la amo ni ella a mí. Un instante fuimos víctimas de una locura repentina — no era amor — que nos habría dejado, sin hacernos daño, tan súbitamente como nos asaltó, si no se hubiera presentado el marido. Como sabes, yo tengo muy poca experienria ron las mujeres. Olga de Coude es muy hermosa; eso, la media luz, el agradable ambiente y la súplica de protección de un ser indefenso, lo podría resistir un hombre más civilizado, pero mi civilización está todavía a flor de piel... Mejor dicho, casi no pasa de la pa. París no es sitio a propósito para mí. Aquí no haré más que dar tropezones y caer en simas cada vez más hondas y más peligrosas. Las restricciones que han ideado los hombres me aburren y fastidian. Siempre me considero como un preso. No puedo resistirlo, y por eso, amigo mío, me parece que me voy a volver a la selva, y llevar la vida que Dios quiso que yo llevara. El me puso allí.

—No lo tomes tan a pecho, Jean, — respondió D'Arnot — Has sabido salir del paso mucho mejor que muchos hombres "civilizados" si se hallaran en circunstancias parecidas. En cuanto a irte de París a estas horas, me figuro que Raoul de Coude no tardará mucho en tener algo que decir sobre el particular.

No se equivocaba D'Arnot. Una semana más tarde anunciaron a un señor Flaubert a cosa de las once de la mañana, cuando D'Arnot y Tarzán estaban almorzando. Monsieur Flaubert, que era un caballero desconcertante de puro político, con sin fin de reverencias y saludos entregó a monsieur Tarzán el cartel de desafío de monsieur el conde de Coude. ¿Tendría monsieur la extrema bondad de disponer flue un amigo se avistara con monsieur Flaubert lo antes que le pareciera conveniente, para poder arreglar todos los detalles a mutua satisfacción de los interesados?

—Sí, por cierto. Monsieur Tarzán quedaría encantado de poner su representación sin reserva en manos de mi amigo el teniente D'Arnot. Y así se convino que D'Arnot visitaría a monsieur Flaubert a las dos de aquella tarde, y el político monsieur Flaublet los dejó con otra infinidad de cortesías.

Cuando volvieron a estar solos, D'Arnot miró picarescamente a Tarzán.

—¿Qué dices, tu? — le preguntó.

—Que ahora he de añadir a mis pecados el homicidio o dejar que me maten — dijo Tarzán. — Estoy haciendo rápidos progresos en la vida de mis civilizados hermanos.

—¿Qué armas elegirás? — preguntó el teniente D'Arnot. — De Coude tiene fama de ser un maestro con la espada en la mano, y un tirador formidable.

—Entonces voy a elegir las flechas envenenadas a veinte pasos, o los venablos a la misma distancia, — replicó riendo Tarzán. — Elige la pistola, Paul

—Te matarán, Jean.

—No me cabe duda, — replicó Tarzán.— Pero algún día tengo que morir.

—Será mejor que elijamos la espada, — dijo D'Arnot. — El conde se contentará con herirte, y hay menos probabilidades de herida mortal.

—La pistola, — dijo Tarzán resueltamente.

D'Arnot trató de disuadirle de ello, pero sin resultado; y así se convino que el duelo fuera a pistola.

Volvió D'Arnot de su conferencia con monsieur Flaubert poco después de las cuatro.

—Todo está arreglado, — dijo, — a satisfacción de todos. Mañana por la mañana al romper el día. Hay un sitio retirado no lejos de Etampes. No sé por qué razón personal lo ha elegido monsieur Slaub no he puesto inconvenientes.

—Bueno, — fué el único comentario de Tarzán.

Este no se dignó volver a aludir al asunto ni aun indirectamente. Aquella noche escribió varias cartas antes de acostarse, y después de cerrarlas y dirigirlas las puso todas en un sobre destinado a D'Arnot. Cuando se desnudaba, le oyó el teniente tatarear una canción de music-hall.

El francés ahogó un terno. Sentíase de muy mal humor, porque estaba seguro de que el sol del día siguiente alumbraría el cadáver de Tarzán, y le hacía daño ver a éste tan tranquilo.

—Esta hora es muy poco "civilizada" para que se mate la gente — dijo el hombre-mono cuando le hicieron saltar de su confortable lecho en la oscuridad de las primeras horas de la mañana. Había dormido bien y así le pareció que apenas había tocado la almohada con la cabeza cuando el criado le despertó con toda deferencia. Su frase se dirigió a D'Arnot, quien estaba completamente vestido a la puerta de la alcoba de Tarzán.

El teniente apenas había pegado los ojos. Estaba nervioso y, por consiguiente, propendía a encolerizarse.

—Supongo que habrás dormido como un crío toda la noche, — dijo.

Tarzán rompió a reir.

—Por tu acento, Paul, infiero que no te hace gracia que haya dormido. Te aseguro que no lo he podido remediar.

—No, Jean, no es eso, — replicó D'Arnot sonriendo también. — ¡Es que tomas este asunto con una indiferencia tan infernal... ¡Es para exasperar! Cualquiera creería que va a tirar al blanco, más que a ponerte delante de uno de los mejores tiradores de Francia.

Tarzán se encogió de hombros y contestó:

—Voy a expiar un gran agravio, Paul, y una de las cosas necesarias para la expiación es la buena puntería de mi contricante. ¿Por qué, pues, voy a estar disgustado? ¿No me has dicho tú mismo que el conde de Coude es un tirador formidable

—¿Eso quiere decir que esperar que te mate? — exclamó D'Arnot horrorizado.

—No puedo asegurar lo que espero; pero confiesa que hay pocas razones para creer que no he de resultar muerto.

Si D'Arnot hubiera sabido lo que pasaba por la imaginación del hombre-mono, lo que tenía en la mente desde la primera indicación de que el conde de Coude le pediría cuentas en el terreno del honor, se habría sentido aún más horrorizado de lo que estaba.

En silencio subieron al gran automóvil de D'Arnot, y en silencio también volaron por la carretera de Etampes. Ambos iban enfrascados en sus propios pensamientos. D'Arnot se sentía muy triste, porque tenía verdadero cariño a Tarzán. La gran amistad surgida entre aquellos dos seres, cuya vida y crianza eran distintas, no había hecho más que estrecharse por el trato, porque los dos eran hombres a quienes seducían con igual fuerza los mismos altos ideales de humanidad, de valor personal y de honor. Los dos se entendían, y cada uno de ellos podía sentirse orgulloso de la amistad del otro.

Tarzán de los Monos estaba absorto en los pensamientos de lo pasado, recuerdos agradables de los instantes más felices de su antigua vida en la selva virgen. Recordaba las innumerables horas que había pasado con las piernas cruzadas sobre la mesa de la choza de su padre, con el moreno cuerpecito inclinado sobre uno de los fascinadores libros de grabados, con los que sin ayuda de nadie, había espigado los secretos de

lenguaje impreso mucho antes de sonar en sus oídos la primera voz humana. Una sonrisa de satisfacción suavizó su enérgico rostro al pensar en aquel día entre los días que pasó con Jane Porter en el corazón de su selva primitiva.

De pronto sus reminiscencias quedaron interrumpidas al detenerse el automóvil. Habían llegado a su destino. La mente de Tarzán volvió al negocio del momento. Sabía que estaba a punto de morir, pero en su corazón no anidaba el temor a la muerte. Para un habitante de la selva virgen, la muerte es una cosa vulgar. La primera ley de la naturaleza le obliga a aferrarse tenazmente a la vida y a luchar por ella; pero no le enseña a temer la muerte.

D'Arnot y Tarzín fueron los primeros que llegaron al campo del honor. Un momento más tarde se presentaron el conde de Coude monsieur Flaubet y otro caballero. Este último fué presentado a los dos amigos: era un médico.

D'Arnot y monsieur Flaubert estuvieron un momento hablando en voz baja. El conde y Tarzán se hallaban en sitios opuestos del campo. Luego los llamaron los testigos. D'Arnot y Flaubert habían examinado las pistolas. Los dos adversarios que había de ponerse frente a frente un momento más tarde se mantenían en silencio, mientras monsieur Flaubert decía las condiciones a que habían de ajustarse.

Tenían que ponerse espalda con espalda. A una señal de onsieur Flaubert, andarían en direcciones opuestas, con las pistolas caídas al lado. Cuando hubieran avanzado diez pasos cada uno, D'Arnot daría la señal definitiva, y entonces tendrían que volverse y disparar a voluntad hasta que uno cayera o hubieran gastado ambos las tres balas que se les concedían.

Mientras monsieur Flaubert hablaba, sacó Tarzán un cigarrillo y lo encendió. De Coude era la personificación de la serenidad. ¿No era acaso el primer tirador de Francia?

Luego monsieur Floubert hizo señas a D'Arnot y cada testigo puso a su apadrinado en la postura necesaria.

—¿Están ustedes prontos, señores? — preguntó monsieur Flaubert.

Tarzán asintió con la cabeza. Monsieur Flaubert dió la señal, y él y D'Arnot se retiraron unos cuantos pasos para ponerse fuera de la línea de fuego, mientras los dos rivales se alejaban lentamente uno de otro. ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! A los ojos de D'Arnot asomaron lágrimas. ¡Cuánto quería a Tarzán! Otro paso, y el pobre teniente dió la señal que tanto le repugnaba dar. Para él fué como la condena de su mejor amigo.

Rápidamente dió el de Coude medió vuelta y disparó. Tarzán se estremeció un momento. Su pistola seguía colgando al costado. El conde vaciló, como si esperara ver que su antagonista se desplomaba al suelo. El francés era tirador demasiado experto para no saber que había dado en el blanco. Tarzán siguió sin hacer ningún ademán de levantar la pistola. El conde disparó una vez más, pero la actitud del hombre-mono, la indiferencia completa que con tanta evidencia se leía en cada línea de su cuerpo, y el humo de su cigarrillo, que no alteró en lo más mínimo, habían desconcertado al mejor tirador de Francia. Esta vez Tarzán no se estremeció, pero en conde se dió cuenta de que había dado en el blanco.

De pronto caltó la explicación a su mente: su antagonista se estaba exponiendo estoicamente con la esperanza de que no fuera mortal ninguna de las heridas que recibiera del conde. Luego se tomaría tiempo para disparar contra él con toda calma, serenamente y a sangre fría. Un estremecimiento recorrió la médula del conde. El plan, era demoníaco, diabólico. ¿Qué especie de ser era aquel que así podía seguir tan impasible, con dos balazos en el cuerpo y esperando el tercero?

El de Coude, pues, apunto aquella vez con todo cuidado, pero le había abandonado la serenidad y le falló la bala. Ni un solo instante había alzado Tarzán la mano que mantenía la piostola junto al muslo.

Un segundo estuvieron los dos mirándose de hito en hito. En el semblante de Tarzán se veía una patética expresión de desencanto. En el del conde una creciente mueca de horror; sí, de horror.

El francés no pudo soportarlo por más tiempo.

—¡Madre de Dios! ¡Tire usted, caballero! — gritó.

Pero Tarzán de los Monos no levantó su pistola. En vez de ello, avanzó hacia el de Coude, y cuando D'Arnot y monsieur Flaubert, interpretando mal su intención, quisieron precipitarse entre ambos, levantó Tarzán la mano izquierda en actitud de reproche.

—No teman, — les dijo. — No le haré daño.

Esto era insólito, pero se detuvieron. Tarzán avanzó hasta llegar muy cerca del conde.

—Algo le debe de haber pasado a la pistola de este caballero, — dijo. — O quizá esté nervioso. Tome usted la mía, señor conde, y pruebe otra vez.

Y Tarzán ofreció su arma por la culata a su asombrado adversario.

—"Mondieu, monsieur", — exclamó éste. — ¿Está usted loco?

—No, amigo mío, — contestó el hombre-mono. Pero merezco morir. Es la única manera de reparar el agravio que he hecho a una dama honradísima. Tome usted mi pistola y haga lo que le pido.

—Sería un crimen, — replicó el conde. — ¿Pero qué agravio ha hecho usted a mi mujer? Ella me ha jurado que...

—No me refiero a eso, — dijo Tarzán vivamente. — Usted vió todo lo malo ocurrido entre nosotros. Pero eso fué bastante para arrojar una sombra sobre su nombre y para destruir la felicidad de un caballero, a quien yo no profesaba enemistad ninguna. La culpa fué completamente mía y por eso esperaba redimirla esta mañana muriendo. Me he llevado un chasco, porque no es este caballero un tirador tan admirable como me habían dado a entender.

—¿Dice usted que la culpa fué toda suya? — preguntó el conde con vehemencia.

—Toda mía, caballero. Su esposa de usted es una mujer purísima. Sólo le ama a usted.

La falta que usted vió fué toda mía. Lo que me llevó allí no fué culpa de la condesa ni mía. Aquí tiene usted unos papeles que se lo demostrarán positivamente.

Y Tarzán sacó del bolsillo la declaración que Rokof había escrito y firmado.

Tomóla el conde y la leyó. D'Arnot y monsieur Flaubert se habían acercado y contemplaban con el mayor interés aquel extraño final de un extraño duelo. Ninguno de ellos habló hasta que el conde hubo terminado de leer y se volvió a Tarzán.

—Es usted un hombre de valor y un caballero, — dijo. — Doy gracias a Dios por no haberle matado a usted.

El de Coude era francés y los franceses son impulsivos. Echó los brazos al cuello de Tarzán, y monsieur Flaubert hizo lo propio con D'Arnot. No hubo nadie que abrazara al doctor. Fué, pues, acaso el haberse picado lo que le indujo a intervenir y pedir que se le permitiera curar las heridas de Tarzán.

—Este caballero ha recibido por lo menos una herida, — dijo, — y acaso tres.

—Dos, — contestó Tarzán. — Una en el hombro izquierdo y otra en el costado; pero creo que las dos son superficiales.

Sin embargo, el doctor insistió en tenderle sobre el césped y en enredar con él hasta que le hubo limpiado las heridas y restañado la sangre.

Resultado del duelo fué que todos se volvieron juntos a París en el auto de D'Arnot, como los mejores amigo sdel mundo. El conde estaba tan aliviado por la doble seguridad que tenía de la fidelidad de su mujer, que no sentía el menor rencor hacia Tarzán. Es verdad que éste se había echado encima más parte de culpa de la que realmente le correspondía; pero si mintió un tanto es preciso perdonárselo, porque había mentido en servicio de una mujer y como un caballero.

El hombre-mono permaneció en cama varios días. El pensaba que esto era tonto e innecesario, pero el doctor y D'Arnot tomaron el asunto tan a pecho, que cedió por complacerlos, aunque le hacía reir pensar en ello.

—¡Es curioso! — dijo a D'Arnot. — ¡Quedarse en cama por una herida de alfiler! Cuando Bolgani, el rey de los gorilas, me hizo casi pedazos, no siendo yo más que un niño, ¿tenía yo una cama tan blanda? ¡No! No tenía más que la húmeda y podrida vegetación de al selva. Escondido debajo de unas protectoras malezas estuve días o semanas, sin más enfermera que Kala, la pobre y fiel Kala, que oxeaba los bichos de mis heridas y alejaba a las bestias feroces. Cuando pedía agua, ella me la llevaba en su misma boca, que era la única manera de transportarla que conocía. No había gasas esterilizadas, ni vendajes antisépticos. Lo único que habría vuelto loco a nuestro doctor si lo hubiera visto. Y sin embargo, me repuse. Me repuse... ¡para venir a meterme en cama por un arañazo que ninguno de los habitantes de la selva notaría, como no lo tuviera en la punta de la nariz!

Pero el tiempo pasó pronto, y antes de darse cuenta Tarzán se encontró otra vez en la calle. Varias veces había ido el conde a visitarlo, y cuando vió que Tarzán sentía ansiedad por encontrar trabajo de cualquier clase, prometió ver qué podía hacerse para encontrarlo.

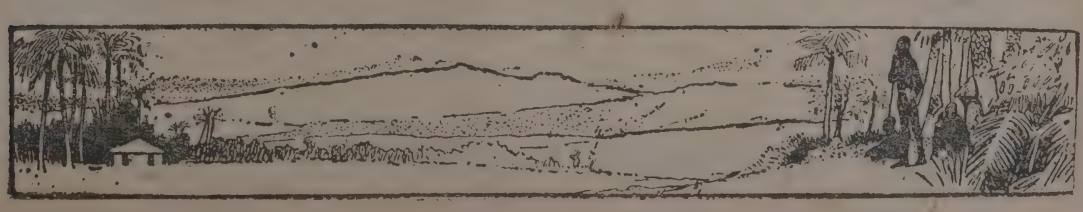
Fué el primer día que le permitieron salir a Tarzán cuando recibió éste un recado del conde pidiéndole que fuera a su despacho aquella tarde.

Allí encontró esperándole al aristócrata, que le dispensó una acogida cordial en extremo y le felicitó sinceramente por haber podido salir ya. Ninguno de los dos había mencionado para nada el duelo ni su causa desde aquella mañana en el campo del honor.

—Creo que he encontrado lo que más le conviene a usted, monsieur Tarzán, — dijo el conde. — Es un cargo de mucha confianza y responsabilidad y que además requiere gran valor y excelentes condiciones físicas. Para ese cargo no puedo imaginar un hombre en mejores condiciones que usted, Tarzán. Será preciso viajar, y es posible que más adelante le salga a usted un puesto mucho mejor... acaso en la carrera diplomática. Al principio, por poco tiempo, será usted agente especial al servicio del ministro de Guerra. Venga usted qúe voy a presentarle al caballero que tendrá usted de jefe. El le explicará a usted sus deberes mejor que yo y entonces estará usted en condiciones de apreciar si acepta o rechaza.

El mismo conde de Coude acompañó a Tarzán al despacho del general Rochére, jefe de la oficina a que quedaría agregado Tarzán si aceptaba el puesto. Allí lo dejó el conde después de hacer al general una brillante descripción de las muchas prendas que poseía el hombre-mono y que le capacitaban para el trabajo que de él se exigía.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO



Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

LITERATURA AMERICANA

Tradiciones peruanas

Por RICARDO PALMA

Ricardo Palma, nació en la ciudad de Lima el día 7 de Febrero de 1833. Educóse en el Convictorio de San Carlos, del que salió en 1853, después de haber cursado con aprovechamiento notable la Jurisprudencia; y el que debiera haber sido abogado, convirtióse, por extraño modo en marino. Por eso Cortés en su diccionario biográfico americano le llama el poeta y marino peruano, con gran extrañeza de los que ignoran que en la armada de su país prestó sus servicios como contador o comisario de diversos buques, hasta que en 1860, y a causa de una de esas revoluciones que tan frecuentes eran en el Perú como en el resto de América hasta hace poco, fué desterrado a Chile. Allí permaneció unos tres años dedicado al periodismo con aplauso del pueblo chileno.

Volvió luego a Lima, y en 1868 fué secretario general del caudillo revolucionario coronel Balta, a quien acompañó en los trances más difíciles. Triunfante la revolución y convertido Balta en presidente constitucional de la república, el nuevo jefe del Estado confióle el despacho de su secretaría particular puesto en el que permaneció cuatro años, siendo a la vez durante tres legislaturas senador por el departamento de Loreto.

Después de 1873, en que Palma cesó de ser miembro del Congreso, se alejó por completo de la política, consagrándose exclusivamente a las letras.

¿Qué son las Tradiciones" que hoy publicamos? Dice el distinguido escritor Simón Camacho: Las Tradiciones" son miniaturas cuya belleza no consiste en el tamaño, pues no aspiran ellas a proporciones colosales, sino en el parecido de la persona, que aun vista por la parte ancha del anteojo, al llegar al foco es de todos conocida, por el trasunto que es y lo hábimente pintada; en lo característico de la escena, que si no pasó debió pasar así y como lo dice el escritor; en los accesorios, que caen tan en sazón, que no traídos sino nacidos parecen sobre pintura; en el color de los tiempos, que a nosotros nos es tan difícil encontrar, y que un poco de costumbre y una dosis colmada de talento se me figura que apiñaran facilidades para ofrecérselo a quien tiene la vena inagotable para dar y prestar; sabor tan puro, tan castizo, que falta no tiene, ni jamás sale sin el afamado bouquet del vino que encierra mil encantos de imaginación para los buenos bebedores, aun desde antes que el líquido les proporcione la sensación material con que el gustarlo se deleitan".

Palma fué miembro de las Reales Academias Española y de la Historia, en la clase de correspondiente, y a él se debe la instalación de la del Perú que, con gran solemnidad, se inauguró en Lima el 30 de Agosto de 1887, pronunciando él el discuso de orden, pieza importante porque contiene noticias por todo extremo curiosas sobre la historia de las letras en el Perú.

LOS CABALLEROS DE LA CAPA

I

CRONICAS DE UNA GUERRA CIVIL

Quiénes eran los caballeros de la capa y el juramento que hicieron

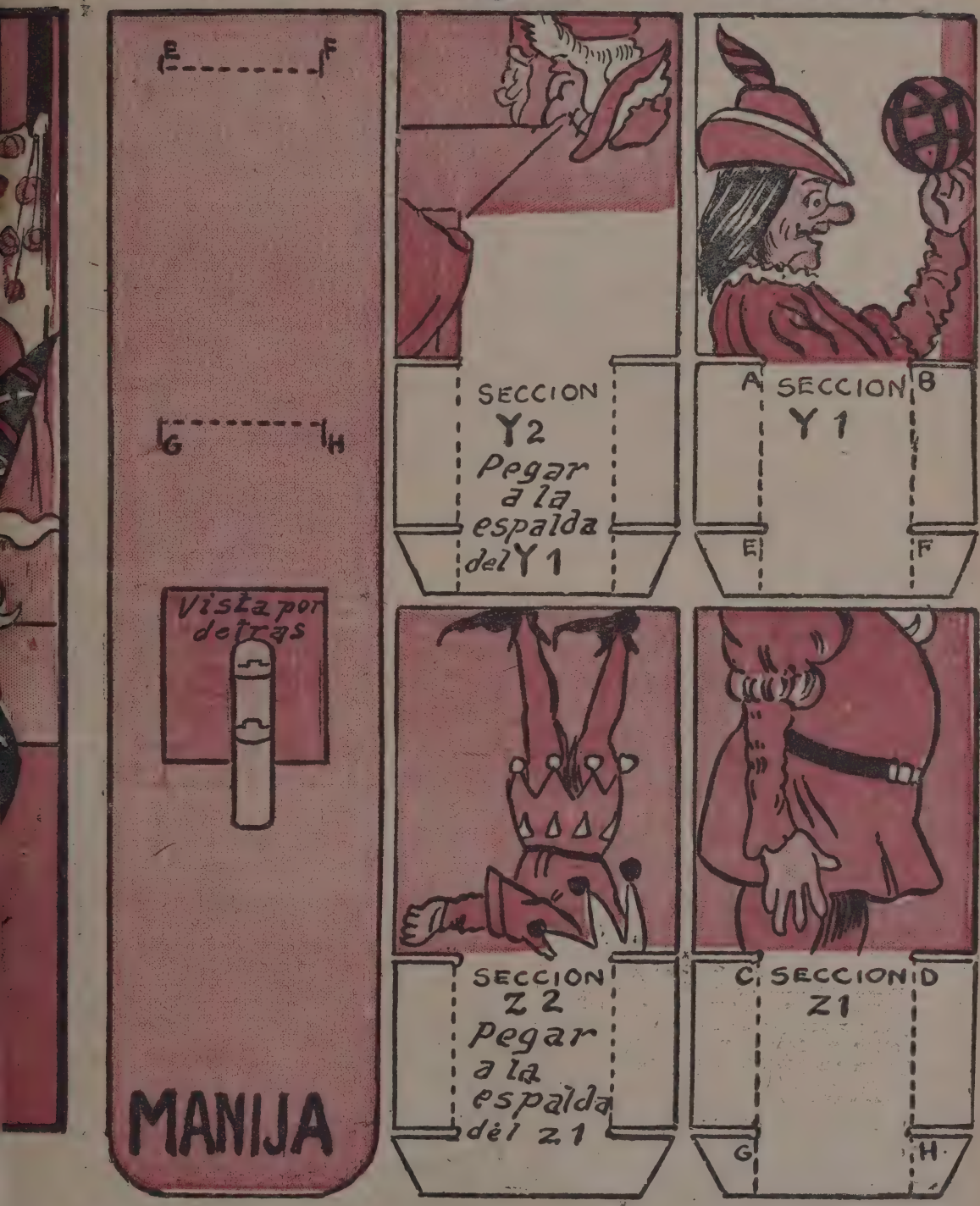
En la tarde del 5 de Junio de 1541 hallábanse reunidos en el solar de Pedro de San Millán doce españoles, agraciados todos por el rey por sus hechos en la conquista del Perú.

La casa que los albergaba se componía de una sala y cinco cuartos, quedando gran espacio de terreno por fabricar. Seis sillones de cuero, un escaño de roble y una mugrienta mesa pegada a la pared formaba el mue-

DE ENANO A GIGANT

Empiece por cortar el dibujo y pegarlo en un cartón, con excepción de las dos secciones Y 2 secciones Y 2 y Z 2 y péguelas a la espalda de las secciones Y 1 y Z 1. Tendrá usted entonces C a D. Tome la tira larga que dice "Manija" y corte por las líneas de rayitas de E a F y de G a Doble hacia atrás por las líneas de puntos, la tira que dice "Manija", deslice el extremo de la sec tira "Manija" y deslice el extremo por la hendija E - F y luego el extremo de la sección Z 1 por la

Un divertido juguete de movimiento



2. Una vez bien recortado, recorte con cuidado las partes pegadas en cartón. Tome entonces las ecciones de doble faz. Corte luego, siguiendo la línea de rayitas del trozo grande, de A a B y de echo eso tome las diez secciones de doble faz y corte las hendijas A - B, C - D, E - F y G - H. 1 por la hendija de A - B y luego el extremo de la sección Z 1 por la hendija C - D. Tome la a G - H. Enderécele y dóblelo y el juego quedará completo.

blaje de la casa. Así la casa como el traje de los habitantes de ella pregonaban a la legua una de esas pobrezas que se codean con la mendicidad. Y así era en efecto.

Los doce hidalgos pertenecían al número de los vencidos el 6 de Abril de 1538 en la batalla de las Salinas. El vencedor les había confiscado sus bienes, y gracias que les permitía respirar el aire de Lima, donde vivían de la caridad de algunos amigos. El vencedor, como era de práctica en esos siglos, pudo ahorcarles sin andarse con muchos perfiles; pero don Francisco Pizarro se adelantaba a su época, y parecía más bien hombre de nuestros tiempos, en qué al enemigo no siempre se mata o aprisiona, sino que se le quita por entero o merma la ración de pan. Caídos y levantados, hartos y hambrientos, eso fué la colonia y eso ha sido y es la república. La ley del yunque y del martillo imperando a cada cambio de tortilla, o como reza la copla:

> Salimos de Guate mala
> y entramos en Guate-peor;
> cambia el pandero de mano,
> pero los sonidos, no;

o como dicen en Italia: Librarse de los bárbaros para caer en los Barbarini".

Llamábanse los doce caballeros Pedro de San Millán, Cristóbal de Sotelo, García de Alvarado, Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Juan Rodríguez Barragán, Gómez Pérez, Diego de Hoces, Martín Carrillo, Jerónimo de Almagro y Juan Tello.

Muy a la ligera por la importancia del papel que desempeñan en esta crónica, haremos el retrato histórico de cada uno de los hidalgos, empezando por el dueño de la casa. A "tout seigneur tout honneur".

Pedro de San Millán, caballero santiagués, contaba treinta y ocho años y pertenecía al número de los ciento setenta conquistadores que capturaron a Atahualpa. Al hacerse la repartición del rescate del inca, recibió ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas onzas de oro. Leal amigo del mariscal don Diego de Almagro, siguió la infausta bandera de éste, y cayó en la desgracia de los Pizarros, que le confiscaron su fortuna, dejándole por vía de limosna el desmantelado solar de judíos, y como quien dice: "Basta para un gorrión una pequeña jaula'. San Millán, en sus buenos tiempos, había pecado de rumboso y gastador; era bravo, de gentil apostura y generalmente querido.

Cristóbal de Sotelo frisaba en los cincuenta y cinco años, y como soldado que había militado en Europa, era su consejo tenido en mucho. Fué capitán de infantería en la batalla de las Salinas.

García de Alvarado era un arrogantísimo mancebo de veintiocho años, de aire marcial, de instintos dominadores, muy ambicioso y pagado de su mérito. Tenía sus ribetes de pícaro y felón.

Diego de Méndez, de la Orden de Santiago, era hermano del famoso general Rodrigo Ordóñez, que murió en la batalla de Salinas mandando el ejército vencido. Contaba Méndez cuarenta y tres años y más que por hombre de guerra se le estimaba por galanteador y cortesano.

Don Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego de Hoces, Gómez Pérez y Martín Carrillo, sólo nos dicen los cronistas que fueron intrépidos soldados y muy queridos de los suyos. Ninguno de ellos llegaba a los treinta y cinco años.

Don Juan Tello el sevillano fué uno de los doce fundadores de Lima, siendo los otros el marqués Pizarro, el tesorero Alonso Riquelme, el veedor García de Salcedo, el sevillano Nicolás de Ribera el Viejo, Ruy Díaz, Rodrigo Mazuelas, Cristóbal de Peralta, Alonso Martín de Don Benito, Cristóbal Palomino, el salamanquino Nicolás de Ribera el Mozo y el secretario Picado. Los primeros alcaldes que tuvo el Cabildo de Lima fueron Rivera el Viejo y Juan Tello. Como se ve, el hidalgo había sido importante personaje, y en la época en que lo presentamos contaba cuarenta y seis años.

Jerónimo de Almagro era nacido en la misma ciudad que el mariscal, y por esta circunstancia y la del apellido se llamaban primos. Tal parentesco no existía, pues don Diego fué un pobre expósito. Jerónimo rayaba en los cuarenta años.

La misma edad contaba Juan Rodríguez Barragán, tenido por hombre de gran audacia a la par que de mucha experiencia.

Sabido es que, así como en nuestros días ningún hombre que en algo se estima sale a la calle en mangas de camisa, así en los tiempos antiguos nadie que aspirase a ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío o calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete cuanto en la fiesta de la iglesia. Por eso sospecho que el decreto que en 1822 dió el ministro Monteagudo prohibiendo a los españoles el uso de la capa, tuvo, para la independencia del Perú, la misma importancia que una batalla ganada por los insurgentes. Abolida la capa, desaparecía España.

Para colmo de miseria de nuestro doce hidalgos, entre todos ellos no había más que una capa; y cuando alguno estaba forzado a salir, los once restantes quedaban arrestados en la casa por falta de la indispensable prenda.

Antonio Picado, el secretario del marqués don Francisco Pizarro, o más bien dicho, su demonio de perdición, hablando un día de los hidalgos los llamó "Caballeros de la capa". El mote hizo fortuna y corrió de boca en boca.

Aquí viene a cuento una breve noticia biográfica de Picado.

Vinó éste al Perú en 1534 como secretario del mariscal don Pedro de Alvarado, el del famoso salto en Méjico. Cuando Alvarado, pretendiendo que ciertos territorios del Norte no estaban comprendidos en la juridicción de la conquista señalada por el emperador a Pizarro, estuvo a punto de batirse con las fuerzas de don Diego de Almagro, Picado vendía a éste los secretos de su jefe, y una noche, recelando que se descubriese su in-

famia, se fugó al campo enemigo. El mariscal envió fuerzas a darle alcance, y no lográndolo, escribió a don Diego que no entraría en arreglo alguno si antes no le entregaba la persona del desleal. El caballero Almagro rechazó la pretensión, salvando así la vida a un hombre que después fué funesto para él y para los suyos.

Don Francisco Pizarro tomó por secretario a Picado, el que ejerció sobre el marqués una influencia fatal y decisiva. Picado era quien, dominando los arranques generosos del gobernador, lo hacía obstinarse en una política de hostilidad contra los que no tenían otro crimen que el de haber sido vencidos en la batalla de las Salinas.

Ya por el año 1541 sabíase de positivo que el monarca, inteligenciado de lo que pasaba en estos reinos, enviaba al licenciado don Cristóbal Vaca de Castro para residenciar al gobernador; y los almagristas, preparándose a pedir justicia por la muerte dada a don Diego, enviaron, para recibir al comisionado de la corona y prevenir su ánimo con informes, a los capitanes Alonso Portocarreo y Juan Balsa. Pero el juez pesquisador no tenía cuando llegar. Enfermedades y contratiempos marítimos retardaban su arribo a la ciudad de los reyes.

Pizarro entretanto quiso propiciarse amigos aun entre los caballeros de la capa; y envió mensajes a Sotelo, Chávez y otros, ofreciéndoles sacarlos de la menesterosa situación en que vivían. Pero en honra de los almagristas es oportuno consinar que no se humillaron a recibir el mendrugo de pan que se les quería arrojar.

En tal estado las cosa, la insolencia de Picado aumentaba de día en día, y no excusaba manera de insultar a "los de Chile", como eran llamados los parciales de Almagro. Irritados éstos, pusieron una noche tres cuerdas en la horca con carteles que decían: "Para Pizarro, para Picado, para Velázquez".

El marqués, al saber este desacato, lejos de irritarse, dijo sonriendo:

—¡Pobre! Algún desahogo les hemos de dejar y bastante desgracia tienen para que los molestemos más. Son jugadores perdidos y hacen extremos de tales.

Pero Picado se sintió, como su nombre, picado; y aquella tarde, que era la del 5 de Junio, se vistió un jubón y una capetilla francesa, bordada con higas de plata, y montando en un soberbio caballo pasó y repasó, haciendo caracolear al animal por las puertas de Juan de Rada, tutor del joven Almagro, y del solar de Pedro de San Millán, presidencia de los doce hidalgos; llevando la provocación hasta el punto de que, cuando algunos de ellos se asomaron, les hizo un corte de manga, diciendo: "Para los de Chile", y picó espuelas al bruto.

Los caballeros de la capa mandaron llamar inmediatamente a Juan de Rada.

Pizarro había ofrecido al joven Almagro que quedó huérfano a la edad de diez y nueve años, ser para él un segundo padre, y al efecto lo aposentó en palacio; pero fastidiado él mancebo de oír palabras en mengua de la memoria del mariscal y de sus amigos, se separó del marqués y se constituyó pupilo de Juan Rada. Era éste un anciano muy animoso y respetado, perteneciá a una noble familia de Castilla y se le tenía por hombre de gran cautela y experiencia. Habitaba en el portal de Botoneros, que así se llamaban en Lima a los artesanos que en otras partes son "pasamaneros", unos cuartos del que hasta hoy se conoce con el nombre de callejón de los Clérigos. Rada vió en la persona de Almagro el Mozo un hijo y una bandera para vengar la muerte del mariscal; y todos los de Chile, cuyo número pasaba de doscientos, si bien reconocían por caudillo al joven don Diego, miraban en Rada el llamado a dar impulso y dirección a los elementos revolucionarios.

Rada acudió con presteza al llamamiento de los caballeros. El anciano se presentó respirando indignación por el nuevo agravio de Picado, y la punta resolvió no esperar justicia del representante que enviaba la corona, sino proceder al castigo del marqués y de su insolente secretario.

García de Alvarado, que tenía puerta esa tarde la capa de la compañía, la arrojó al suelo, y parándose sobre ella dijo:

—Juremos por la salvación de nuestras ánimas morir en guarda de los derechos de Almagro el Mozo, y recortar de esta capa la mortaja para Antonio Picado.

II.

De la atrevida empresa que ejecutaron los caballeros de la capa

Las cosas no podían concertarse tan en secreto que el marqués no advirtiese que los de Chile tenían frecuentes conciliábulos, que reinaba entre elos una agitación sorda, que compraban armas y que, cuando Rada y Almagro el Mozo salían a la calle, eran seguidos a distancia y a guisa de escolta, por un grupo de sus parciales. Sin embargo, el marqués no dictaba providencia alguna.

En esta inacción del gobernador recibió cartas de varios corregimientos participándole que los de Chile preparaban sin embozo un alzamiento en todo el país. Estas y otras denuncias le obligaron una mañana a hacer llamar a Juan de Rada.

Encontró éste a Pizarro en el jardín del palacio, al pie de un naranjo que aún existe; y según Herrera en sus "Décadas", medió entre ambos este diálogo:

—¿Qué es esto, Juan de Rada, que me dicen que andais comprando armas para matarme?

—En verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

—¿Pus qué causa os mueve ahora, más que en otro tiempo, a proveeros de armas?

—Porque dicen, señor, y es público que su señoría recoge lanzas para matarnos a todos. Acábemos ya su señoría y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué ha de tener respeto a los pies. También se dice que su señoría piensa matar al juez que viene enviado por el rey. Si su ánimo es tal y determina dar muerte a los de Chile, no lo

haga con todos. Destierre su señoría a don Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él adonde la fortuna nos quisiere llevar.

—¿Quién os ha hecho entender tan gran traición y maldad como esa? Nunca tal pensé, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar el juez, que ya estuviera aquí si hubiese aceptado embarcarse en el galeón que yo le envié a Panamá. En cuanto a las armas, sabed que el otro día salí de caza, y entre cuantos íbamos ninguno llevaba lanza; y mandé a mis criados qupe comprasen una, y ellos mercaron cuatro. ¡Plegue a Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin, y Dios ayude a la verdad!

Por algo se ha dicho que del enemigo el consejo. Quizá habría Pizarro evitado su infausto fin, si como se lo indicara el astuto Rada hubiese en el acto desterrado a Almagro.

La plática continuó en tono amistoso y al despedirse Rada, le obsequió Pizarro seis naranjas que él mismo cortó por su mano del árbol y que eran las primeras que se producían en Lima.

Con esta entrevista pensó don Francisco haber alejado todo peligro, y siguió despreciando los avisos que constantemente recibía.

En la tarde del 25 de Junio, un clérigo le hizo decir que bajo secreto de confesión había sabido que los almagristas trataban de asesinarlo y muy en breve. "Ese clérigo obispado quiere", respondió el marqués; y con la confianza de siempre, fué sin escolta a paseo y al juego de pelota y bochas, acompañado de Nicolás de Ribera el Viejo.

Al acostarse, el pajecillo que lo ayudaba a desvestirse le dijo:

—Señor marqués, no hay en las calles más novedad sino que los de Chile quieren matar a su señoría.

—¡Eh! Déjate de bachillerías, rapaz; que esas cosas no son para tí, — le interrumpió Pizarro.

Amaneció el domingo 26 de junio, y el marqués se levantó algo preocupado.

A las nueve llamó al alcalde mayor, Juan de Velázquez, y recomendándole que procurase estar al corriente de los planes de los de Chile, y que si barruntaba algo de gravedad, procediese sin más acuerdo a la prisión del caudillo y de sus principales amigos. Velázquez le dió esta respuesta que las consecuencias revisten de algún chiste:

—Descuide vuestra señoría, que mientras yo tenga en la mano esta vara, ¡juro a Dios que ningún dado le ha de venir!

Como su costumbre no salió Pizarro a misa, y mandó que se la dijesen en la capilla de palacio.

Parece que Velázquez no guardó, como debía, reserva con la orden del marqués, y habló de ella con el tesorero Alonso Riquelme y algunos otros. Así llegó la noticia de Pedro de San Millán, quien se fué a casa de Rada, donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabía y añadió: "Tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana, hoy nos hacen cuartos".

Mientras los demás se esparcían por la ciudad a llenar diversas comisiones, Juan de Rada, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Pedro de San Millán, Juan de Porras, Gómez Pérez, Arbolancha, Narváez y otros, hasta completar diez y nueve conjurados, salieron precitadamente del callejón de los Clérigos (y no del de Petateros, como cree el vulgo) en dirección a palacio. Gómez Pérez dió un pequeño rodeo para no meterse en un charco, y Juan de Rada lo apostrofó: "¿Vamos a bañarnos en sangre humana, y está cuidando vuesa merced de no mojarse los pies? Andad y volveos, que no servís para el caso".

Más de quinientas personas paseantes que iban a la misa de las doce había a la sazón en la plaza, y permanecieron impasibles mirando el grupo. Algunos maliciosos se limitaron a decir: "Estos van a matar al marqués o a Picado".

El marqués gobernador y capitán general del Perú, don Francisco Pizarro se hallaba en uno de los salones de palacio en tertulia con el obisto electo de Quito, el alcalde Velázquez y hasta quince amigos más, cuando entró un paje gritando: "¡Los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor!"

La confusión fué espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardín, y otros se descolgaron por las ventanas a la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velázquez, que para mejor asirse de la balaustrada se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que había hecho tres horas antes; visto que si el marqués se hallaba en atrenzos, era porque él no tenía la vara en la mano, sino en la boca.

Pizarro, con la coraza mal ajustada, pues no tuvo espacio para acabarse de armar, la capa terciada a guisa de escudo y su espada en la mano, salió a oponerse a los conjurados que ya habían muerto a un capitán y herido a tres o cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, a pesar de sus sesenta y tres años, se batía con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta, defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros, que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¿Por qué me quereis matar? ¡Qué vergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa! — gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada; y a tiempo que hería a uno de uos conjurados, que Rada había empujado sobre él, Martín de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú sólo pronunció una palabra: "¡Jesús!" y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo y besándola.

Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompjió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y don Francisco Pizarro exhaló el último aliento.

Con él murieron Martín de Alcántara y los

—Yo y mi esposo solo estamos de acuerdo cuando tomamos el famoso aperitivo HIERRO QUINA BISLERI.

dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron más tarde sacar el cuerpo de Pizarro y arrastralo por la plaza; pero los ruego del obispo de Quito y el prestigio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo, le vistieron el hábito de Santiago sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido; abrieron una sepultura en el terreno de la que hoy es catedral, en el patio que aun se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón de terciopelo con broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro bajo el altar mayor de la catedral. Por lo menos tal es la general creencia.

Realizado el asesinato, salieron sus autores a la plaza gritando: "¡Viva el rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Viva Almagro! ¡Póngase la tierra en justicia!" Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfacción diciendo: "¡Dichoso día en el que se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador!"

Inmediatamente fueron presos Jerónimo de Aliaga, el factor Illán Suárez de Carbajal, el alcalde del Cabildo Nicolás de Ribera el Viejo y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botín de la primera se estimó en cien mil pesos, el de la segunda en quince mil y el de la última en cuarenta mil.

A las tres de la tarde, más de doscientos almagristas habían creado un nuevo Ayuntamiento; instalado a Almagro el Mozo en palacio con título de gobernador, hasta que el rey proveyese otra cosa; reconocido a Cristóbal de Sotelo por su teniente gobernador, y conferido a Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced que, así en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesión y se apresuraron a reconocer el nuevo gobierno. Gran papel desempeñaron siempre los frailes en las contiendas de los conquistadores. Húbolos que corvirtieron la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de difamación contra el bando que no era de sus simpatías. Y en prueba de la influencia que sobre la soldadesca tenían los sermones, copiaremos una carta que en 1533 dirigió Francisco Girón al padre Baltasar Melgarejo. Dice así la carta:

"Muy magnífico y reverendo señor: Sabido he que vuesa paternidad me hace más guerra con su lengua, que no los soldados con sus armas. Merced recibiré que haya enmienda en el negocio, porque de otra manera, dándome Dios victoria, forzarme ha vuesa paternidad que no mire nuestra amistad y quien vuesa paternidad es, cuya muy magnífica y reverenda persona guarde. — De este mi real de Pachacamac. — Besa la mano de vuesa paternidad su servidor. — Francisco Hernández Girón".

Una observación histórica. El alma de la conjuración fué siempre Rada y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro, y el joven caudillo no tuvo en él más tarde que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velázquez, consiguió hacerlo fugar su hermano el obispo de Cuzco, fray Vicente Valverde, aquel fanático de la orden domínica que tanta influencia tuvo para la captura y suplicio de Atahualpa. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir a juntarse con Vaca de Castro; pero, en la isla de Puná, los indios los mataron a flechazos junto con otros diez y seis españoles. No sabemos a punto fijo si la Iglesia venera entre sus mártires al padre Valverde.

Velázquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no lo habrían tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de revolución Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme, y descubierto al día siguiente su asilo, fueron a prenderlo. Riquelme dijo a los almagristas: "No sé dónde está el señor Picado", y cono los ojos les hizo señas para que lo buscasen debajo de la cama. La pluma se resiste a hacer comentario sobre tamaña felonía.

Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada, y con anuencia de don Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró a Picado el agravio que de él hubiera recibido cuando era omnipotente cerca de Pizarro; luego le dieron tormento para que revelase dónde el marqués tenía tesoros ocultos; y por fin, el 29 de Septiembre, le cortaron la cabeza en la plaza con el siguiente pregón, dicho en voz alta por Cosme Ledesma, negro ladino en la lengua española, a toque de caja y acompañados de cuatro soldados con picas y otros dos con arcabuces y cuerdas encendidas: "Manda su majestad que muera este hombre por revolvedor de estos reino, e porqué quemó e usurpó muchas provisiones reales, encubriéndolas porque venían en gran daño al marqués, e porque co-

hechaba e había cohechado mucha suma de pesos oro en la tierra".

El juramento de los caballeros de la capa se cumplió al pie de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja a Antonio Picado.

III

El fin del caudillo y de los doce caballeros

No nos proponemos entrar en detalles sobre los catorce meses y medio que Almago el Mozo se mantuvo como caudillo, ni historiar la campaña que para vencerlo tuvo que emprender Vaca de Castro. Por eso, a grandes rasgos hablaremos de los sucesos.

Con escasas simpatías entre los vecinos de Lima, vióse don Diego forzado a abandonar la ciudad para reforzarse en Guamanga y el Cuzco, donde contaba con muchas partidarios. Días antes de emprender la retirada, se le presentó Francisco de Chávez exponiéndole una queja, y no recibiendo reparación de ella, le dijo: "No quiero ser más tiempo vuestro amigo y os devuelvo la espada y el caballo". Juan de Rada lo arrestó por la insubordinación, y en seguida lo hizo degollar. Así concluyó uno de los caballeros de la capa.

Juan de Rada, gastado por los años y las fatigas, murió en Jauja al principiarse la campaña. Fué este un golpe fatal para la causa revolucionaria. García de Alvarado lo reemplazó como general y Cristóbal de Sotelo fué nombrado maese de campo.

En breve estalló la discordia entre los dos jefes de ejército, y hallándose Sotelo enfermo en cama, fué García de Alvarado a pedirle satisfacción por ciertas habillas: "No me acuerdo haber dicho nada de vos ni de los Alvarados — contestó el maese de campo; — pero si algo he dicho lo vuelvo a decir, porque, siendo quien soy, me da una higa de los Alvarados; y esperad a que me abandone la fiebre que me trae postrado para demandarme más explicaciones con la punta de la espada". Entonces el impetuoso García de Alvarado cometió la villanía de herirlo, y uno de sus parciales lo acabó de matar. Así fué la muerte del segundo caballero de la capa.

Almagro el Mozo habría querido castigar en el acto al aleve matador; pero la empresa no era hacedera. García de Alvarado, ensoberbecido con su prestigio sobre la soldadesca, conspiraba para deshacerse de don Diego, y luego, según lo conviniese, batir a Vaca de Castro o entrar en acuerdo ci él. Almagro disimuló mañosamente, inspiró confianza a Alvarado y supo atraerlo a un convite que daba en el Cuzco Pedro de San Millán. Allí, en medio de la fiesta, un confidente de don Diego se echó sobre don García, diciéndole:

—¡Sed preso!

—Preso no, sino muerto, — añadió Almagro, y le dió una estocada, acabándolo de matar los otros convidados.

Así desaparecieron tres de los caballeros de la capa antes de presentar batalla al enemigo. Estaba escrito que todos habían de morir de muerte violenta y bañados en su sangre.

Entretanto, se aproximaba el momento decisivo, y Vaca de Castro hacía a Almagro proposiciones de paz y promulgaba un indulto, del que sólo estaban exceptuados los nueve caballeros de la capa que aun vivían y dos o tres españoles más.

El domingo 16 de Septiembre de 1542 terminó la guerra civil con la sangrienta batalla de Chupas. Almagro, al frente de quinientos hombre, fué casi vencedor de ochocientos que seguían la bandera de Vaca de Castro. Durante la primera hora, la victoria pareció inclinarse del lado del joven caudillo; pues Diego de Hoces, que mandaba una ala de su ejército, puso en completa derrota a una división contraria. Sin el arrojo de Francisco de Carbajal, que restableció el orden en las filas de Vaca de Castro, y más que esto, sin la impericia o traición de Pedro de Candia, que mandaba la artillería almagrista, el triunfo de los de Chile era seguro.

El número de muertos por ambas partes pasó de doscientos cuarenta, y el de los heridos fué también considerable. Entre tan reducido número de combatientes, sólo se explica un encarnizamiento igual teniendo en cuenta que los almagristas tuvieron por su caudillo el mismo fanático entusiasmo que habían profesado al mariscal su padre; y ya es sabido que el fanatismo por una causa ha hecho siempre los héroes y los mártires.

Aquellos sí eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener gran corazón. Los combatientes terminaban cuerpo a cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito.

Las armas de fuego distan tres siglos del fusil de aguja y eran más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete o arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la emcha. La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros o falconetes, si para algo servían, era para meter ruido como los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues, no conociéndose aún escala de punterías, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, así la mandaría como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma o pluma, y ello, al fin, debe su consuelo que se lleva el alma al otro barrio. Decididamente, hogaño una bala de cañón es una bala científica, que nace educada y sabiendo a punto fijo dónde va a parar. Esto es progreso, y lo demás es chiribitas y agua de borrajas.

Perdida toda esperanza de triunfo, Martín de Bilbao y Jerónimo de Almagro no quisieron abandonar el campo, y se lanzaron entre los enemigos gritando: "¡A mí, que yo maté al marqués!" En breve cayeron sin vida. Sus cadáveres fueron descuartizados al día siguiente.

Pedro de San Millán, Martín Carrillo y Juan Tello fueron hechos prisioneros, y Vaca de Castro los mandó degollar en el acto.

Diego de Hoces, el bravo capitán que tan gran destrozo causara en las tropas realistas logró escapar del campo de batalla, para ser pocos días después degollado en Guamanga.

Juan Rodríguez Barragán, que había quedado por teniente gobernador de Cuzco, fué apresado en la ciudad y se le ajustició. Las mismas autoridades que creó don Diego al saber su derrota se declararon por el vencedor para obtener indultos y mercedes.

Diego Méndez y Gómez Pérez lograron asilarse cerca del inca Manco que, protestando contra la conquista, conservaba en las crestas de los Andes un grueso ejército de indios. Allí vivieron hasta fines de 1544. Habiendo un día Gómez Pérez tenido un altercado con el inca Manco, mató a éste a puñaladas, y entonces los indios asesinaron a los dos caballeros y a cuatro españoles más que habían buscado refugio entre ellos.

Almagro el Mozo peleó con desesperación hasta el último momento en que, decidida la batalla, lanzó su caballo sobre Pedro de Candia, y diciéndole "¡Traidor!" forzó a emprender la fuga para ir a reunirse con el inca, y habríalo logrado si a Méndez no se le antojara entrar en el Cuzco para despedirse de su querida. Por esta imprudencia fué preso el valeroso mancebo, logrando Méndez escapar para morir más tarde, como ya hemos referido, a manos de los indios.

Se formalizó proceso y don Diego salió condenado. Apeló del fallo a la Audiencia de Panamá y al rey, y la apelación le fué negada. Entonces dijo con entereza: "Emplazo a Vaca de Castro ante el tribunal de Dios, donde seremos juzgados sin pasión; y pues muero en el lugar donde degollaron a mi padre, ruego sólo que me coloquen en la misma sepultura, debajo de su cadáver".

Recibió la muerte — dice un cronista que presenció la ejecución, — con ánimo valiente. No quiso que le vendasen los ojos por fijarlos, hasta su postrer instante, en la imagen del Crucificado; y, como lo había pedido, se le dió sepultura en la misma tumba que al mariscal su padre.

Era este joven de veinticuatro años de edad, nacido de una india noble de Panamá, de talla mediana, de semblante agraciado, gran jinete, muy esforzado y diestro en las armas, participaba de la astúcia de su progenitor, excedía en la liberalidad a su padre, que fué harto dadivoso, y como él, sabía hacerse amar con locura de sus parciales.

Así, con el triste fin del caudillo y de los caballeros de la capa, quedo exterminado en el Perú el bando de los de Chile.

RICARDO PALMA.

Lea "PUKCY"
todos los viernes

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

OBRA COMENZADA

—Hola, estimado autor. ¿Cómo va esa nueva obra?
—Adelanta. Ya tengo hechos los entreactos.

CANDIDEZ

—¿Es usted, María, la que ha tocado el barómetro?
—Sí, señora. Como hoy me toca salir lo he puesto marcando buen tiempo, así no llovera.

A ver el Vesubio

—Señorita: ¿le sería a usted agradable venir conmigo a ver el Vesubio? Si es que no le molesta el humo.

Tartarín en el Sahara

—¡Oh! ¡Si seré terrible! ¡En cuanto me he presentado en el desierto ha desaparecido todo bicho viviente!

Una dificultad

—Querido Augusto; lo siento mucho, pero no puedo bordarte los pañuelos que me diste.

—¿Por qué?

—Porqué no sé bordar la letra H.

En casa del marmolista

—Para mi tumba deseo mármol color de rosa. El blanco no me sienta bien.

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

—¿Y de qué manera, so gustáis, señora?

—De la manera más sencilla, señor, ¿en que momento salió de su casa el seqor d'Estarbés? Un cuarto de hora después de la llegada de su mujer, no? conforme acaba de verificarse. Bueno, pues, si como decís, y como yo creo, la vista del cadáver de la víctima, fué la causa del vértigo que determinó la fuga de la joven, es claro qûe el crimen estaba consumado cuando llegó al castillo el acusado, dos o tres horas después; ¿qué me respondéis a esto, mi querido señor?

—¡Dios mío! querida señora, — respondió el viejo terco afirmándose en la nariz sus lentes montados en oro; — digo que vuestro argumento cae por su base.

—¡Bah! ¡Bah!

—¿Quién dice que Carlos d'Estarbés había salido de su casa después de la llegada de su mujer? El mismo, y bien sabía él la que hacía al decir eso. ¡Oh! muy hábil, excesivamente hábil, el acusado! pero este punto importante se esclarecerá por medio de los testigos que lo han visto, y entonces...

La voz del presidente le cortó la palabra.

—De modo, — dijo al acusado tan pronto como éste le pareció que había recobrado un poco la serenidad — que pretendéis que al entrar en el aposento del señor Doutreville encontrastels a éste tendido en el suelo en medio de un charco de sangre y rígido ya con el frío de la muerte?

—¿Y no se os ocurrió llamar a los domésticos, o correr en busca del doctor Laurent, a a quien conocéis, y que vive a pocos pasos del castillo y cuyos auxilios hubiesen hecho recobrar quizás la vida a la víctima?

—No, señor presidente, os acabo de dar la razón. De pronto no pensé más que en mi mujer; la ví, a través de una sangrienta alucinación, rodeada también ella de asesinos y llamándome en su auxilio, y me lancé entonces afuera.

—Esto es desagradable, muy desagradable, — dice el presidente con un tono en el que se cree ver la sombra de una duda.

Y añadió en seguida, dirigiéndose al acusado:

—Sentáos; vamos a pasar a la audición de los testigos.

¡Los testigos! ¿Qué van a decir? ¿Qué solución saldrá de sus declaraciones?

Es lo que se preguntan todos con visible ansiedad, muy justificada por otra parte, en una causa en la que mucha gente sospechaba una mano misteriosa, un culpable oculto en la sombra.

No basta una declaración pérfida y hábilmente combinada para extraviar a la justicia y hacer caer la cabeza de un inocente!

Se estremecen todos al pensar en esto y esperan con una curiosidad ansiosa la llamada de los testigos.

El primer nombre que sale de la boca del secretario, es el de la señora d'Estarbés.

Todas las miradas se dirigen hacia el banco de los testigos. Todo el mundo está ansioso por conocer esa joven sobre la que se cierne un misterio extraño y una desgracia desconocida.

Pero nadie responde a esta llamada.

—No obstante, la señora d'Estarbés ha sido citada, — dice el presidente.

Se adelanta una mujer y con voz grave, estremecida, toda impregnada de tristeza:

—Señor presidente — dijo, — mi hija no se halla en estado de presentarse delante del tribunal.

—¿Cuál es el motivo que se opone a ello? — pregunta el presidente con benevolencia.

—Me veo obligada a revelar la verdad delante de su marido, a quien se lo oculté hasta hoy, lo que me causa una desesperación infinita — dice la señora de Fiernas.

A estas palabras, Carlos se vuelve hacia su suegra y le clava una mirada en la que se leen la angustia y la desesperación.

—Hablad, señora, — repuso el presidente con suavidad.

—Y bien, señor presidente, — dijo la señora Fiernas, dando una mirada llena de lástima a su yerno — mi hija... está loca.

A esta palabra, el infeliz da un grito que hizo horrorizar a toda la sala.

En seguida se siente ahogar por los sollozos que le suben a la garganta.

—¡Mi mujer! ¡Mi pobre Cecilia! — exclamó echándose a llorar amargamente.

VII

LOS TESTIGOS

La emoción que produjo este incidente tardó mucho en calmarse. Todo el mundo sentía una profunda conmiseración por este desventurado joven que, ya bajo el peso de una acusación capital, acusación que levantaba la duda en todos los espíritus y que hasta ese momento no había dado otro resultado sino atraerle todas las simpatías; acababa de verse bajo un golpe tan terrible, tan espontosa que todos se preguntaban si su razón la podría resistir.

Cuando se hubo restablecido la calma y el silencio, el presidente prosiguió su interrogatorio empezado por la señora Fiernas.

Es una mujer de unos cuarenta años, dotada de cierta gordura y cuyas facciones de notable belleza, pero sombría, austera y palpitante de vida y vigor, expresan en este momento un sentimiento indefinible, un no sé qué de misterioso y salvaje, que traduce con bastante exactitud uno de sus admiradores en el momento en que ella se levantaba para contestar al presidente.

—He aquí una mujer muy buena moza, pero que no tiene el aire muy cariñoso. Sólo con verla se me pone la carne de gallina.

Cuando interrogada por el presidente clava en él sus negros ojos, se diría que sale de su pupila una chispa de vez en cuando; tanta vida y tanto ardor es el que revelan sus miradas.

Su tez, ligeramente bronceada, indica su origen brasileño.

—Señora — le dice el presidente, — debo haceros observar primeramente que, contra lo que habéis declarado delante del juez de instrucción, se ha probado ahora que el acusado salió de su domicilio en la noche del 10 de septiembre para ir al castillo de Vaudray.

La señora Fiernas se turbó un poco al oir estas palabras, pero se reponte en seguida y responde con mucha serenidad:

—Habia salido durante mi sueño; lo supe después.

—Enhorabuena. Ahora, señora, tendremos un punto importante que aclarar, y para ello apelo a vuestra sinceridad. ¿Cnál fué la persona que abrió la puerta de calle cuando vino la señora d'Estarbés a llamar a las dos de la madrugada? ¿Vos o vuestro yerno?

Después de un momento de reflexión, la señora Fiernas responde:

—Llegamos juntos a la puerta.

—¿Quién fué de los dos el que salió al peristilo para tomar en los brabozs a la señora d'Estarbés desvanecida ?

—Fuí yo.

—¿De manera que el señor d'Estarbés permaneció en la sombra y no podía ser visto de los vecinos?

—No, señor.

—De modo que estáis bien segura que el señor d'Estarbés estaba allí cuando su mujer llamó a la puerta de su casa?

—Estoy segura.

—¿Podéis afirmar que no había salido antes de la llegada de su mujer?

—Lo afirmo.

—Reuna bien vuestros recuerdos, señora, porque se llamarán otros testigos a declarar sobre este punto, uno de los más delicados de la causa, y sería muy de sentir que vuestra declaración se encontrase desmentida por segunda vez.

—Yo no temo eso, señor presidente; mis recuerdos no pueden engañarme y digo la verdad.

—Hay otro detalle de extrema gravedad y sobre el cual, lo confío, no podréis informar; me refiero al motivo que ha determinado la huída hasta ahora inexplicable de la señora d'Estarbés.

—Sólo puedo repetir aquí lo que dije delante del juez de instrucción: lo ignoro. Puesto que mi hija no salió del estado de desmayo, sino para caer en el delirio de la fiebre.

—De manera, señora, que, según vuestro decir, la señora d'Estarbés, desde el momento en que la encontrasteis desvanecida en la puerta, hasta hoy, no habría recobrado un momento de lucidez, y de consiguiente, no habrá podido haceros ninguna confidencia sobre el incidente que nos ocupa?

—Esto es, en efecto, señor.

Y bien, señora, lo siento por vos, pero tengo motivos para creer, o que la memoria os es infiel, o bien que deseais ocultar la verdad.

La señora Fiernas echa una mirada inquieta al presidente, que continúa:

—Tengo la prueba de que ese motivo misterioso os ha sido confiado por vuestra hija y esta prueba la saco de las mismas palabras del acusado.

En efecto, ¿qué respondió hace un momento cuando lo he interrogado? No puedo decirlo, he ahí su respuesta, es decir, lo sé, pero no quiero responder a esta pregunta. Ahora bien, si la señora d'Estarbés ha podido confiar un secreto a su marido, junto al cual no permaneció sino dos días, puesto que el tercero fué arrestado, con mucho más razón habrá podido hablar con vos, que no os separásteis de ella durante dos meses.

Desconcertada por un momento, la señora Fiernas, pronto recobra su serenidad y responde:

—Cuando hizo esta confidencia a su marido, yo no estaba allí, y fué a partir de la prisión de éste que su razón empezó a oscurecerse de día en día, hasta la hora fatal en que se declaró la locura.

—Lo que más me llama la atención es el caso que nos ocupa, — repuso el presidente — es el esmero especial que lleváis vos y el acusado en no dejar traslucir este hecho importante: la causa de la fuga de vuestra hija del castillo de Vaudray: ahora bien, debo ad-

vertiros, señora, que en esto sólo veo una presunción demás en contra del señor d'Estarbés, y que por mi parte, voy a intentarlo todo para aclarar este punto esencial, convencido más que nunca que de ahí es donde ha de brotar la luz.

Después de estas palabras, el presidente invita a la señora de Fiernas a sentarse.

—¡Pedro Chenu! — grita entonces el secretario.

El testigo, en quien se reconoce inmediatamente un paisano, se levanta despacio, se adelanta pesadamente, con el sombrero en la mano, saluda torpemente a los jueces, a los jurados, luego al secretario, levantando uno de los pies hacia atrás; después, dando vueltas a su sombrero, que parece estorbarle enormemente entre las manos:

—Aquí estoy, señor presidente; Pedro de Chenu, cincuenta y dos años, domiciliado en Chaville, natural de Troyes, en la Champagne, labrador y negociante de cerdos, si puedo empresarme así, con permiso de los señores jueces y de toda la compañía y delante de la que juro decir toda la verdad y que levanto la mano delante de Nuestro Señor.

Y levantó la mano en medio de una hilaridad general.

—Pero, decidme — exclamó de repente el almacenero dirigiéndose a la vieja tentista; — ¿no es nuestro paisano?

—Y es cierto, a fe mía! — responde la señora Bellemain estupefacta; — ¡hola, hola, hola, mirad el viejo zorro! Y se callaba la boca de que era un testigo y que conocía el asunto mejor que nadie.

—Lejos de esto el socarrón pretendía haber entrado aquí por casualidad y que no sabía nada de lo que se trataba.

—¿Queréis que os diga, señor Godard? Ese labriego es más astuto él solo que todos cuantos se ríen de él y lo toman por un imbécil. Se hace el animal para mejor engañar al auditorio, y en cuanto a mí no sé si me engaña, pero desconfío de él como de la peste.

—En fin, esperemos — dice el señor Godard; — veremos cómo va a declarar.

El presidente procede al interrogatorio del testigo.

—Pedro Chanu, — le dice — ¿no tenéis vuestro domicilio junto al castillo de Vaudray?

—Estoy tocando a él, señor presidente; mi quinta está separada del camino y del parque por un sendero orillado de dos cercas; una del lado del castillo y la otra de mi propiedad.

—Contadnos lo que habéis visto en la noche del 10 de septiembre último.

—Con mucho gusto, señor presidente; — me parecéis un hombre excelente y nada tendré que ocultaros, porque no tendréis la intención de hacer daño a un pobre hombre que nunca os ha hecho nada. Por lo tanto, voy a hablaros con la inocencia de un corderito y contaros sencillamente, como si hablara al Padre Eterno en persona.

El auditorio se ha puesto serio y no piensa absolutamente en reírse de las simplicidades del paisano, porque recuerdan que aquel hombre es el mismo que vió al señor d'Estarbés que salía del castillo dando todas las señales de una profunda turbación, y todo el mundo comprende que se hallan ahora en manos de aquel rústico paisano.

VIII

PEDRO CHENU

En medio del más profundo silencio, Pedro Chenu hace la siguiente declaración:

—He aquí lo que hay, señor presidente; precisa deciros que ese día, que era lunes, había ido con cinco o seis amigos a la fiesta de Saint Cloud, donde nos divertimos como príncipes. Habíamos pasado el día haciéndones pesar y dando golpes de puño a todas las cabezas de Turco que había en la feria, que son mis diversiones favoritas, de modo que tuve la muñeca descompuesta por más de un mes. Naturalmente, acabamos por dar en la taberna, donde bebimos un vinito de a quince!... ¡ah! pero qué vino!... se diría una cinta de terciopelo que pasaba por la garganta. No, pero cuando paséis por allí, que es en el "Conejo Ronco", entrad a ver, y me contaréis maravillas. No obstante, dije por fin: hijos míos, son ya los diez, es hora de regresar a casa. Pagamos el gasto, me doy todavía cinco o seis golpes de puño a una cabeza de Turco y al cabo de una hora estaba ya en casa y acostado. Sí, pero ¿y el sueño? ¡qué esperanza! Me dolía la cabeza atrozmente, sentía un estorbo en el estómago. Al fin, sin embargo, me dormí; pero por desgracia mía, señor presidente, porque de repente siento un grito, ¡ah! pero un grito!... que me hizo despertar sobresaltado. Mi muter era quien lanzaba aquellos aullidos, y había para qué efectivamente; yo estaba soñando con las diversiones de Saint Cloud, y todavía me creía allí, ¡caramba! y descargué un gran golpe de puño gritando: ¡Quinientos! y había tomado la cabeza de mi pobre mujer por la cabeza de Turco. Podéis figuraros si...

—Testigo — interrumpió de pronto el presidente — dejáos de tantas divagaciones y llegad al hecho.

—Allá voy, señor presidente. Continuaba, pues, con un fuerte dolor de cabeza, menos que mi mujer, tal vez, pero en fin no podía cerrar los ojos; entonces me levantó y abro la ventana para tomar el fresco. Estaba allí hacía como media hora, cuando dirigiendo la vista del lado del castillo, quedé sorprendido al ver en la ventana del señor Doutreville que conozco muy bien, puesto que me había hecho el honor y el "insigne" a veces de recibirme, cuando estaba enfermo, el pobre! Estaba pues, en vías de "concubinarme" la imaginación a propósito de aquella luz cuando de repente veo salir un hombre del castillo y dirigirse al párque corriendo y haciendo mover mucho los brazos como alguien que está fuera de sí. Como la luna era muy clara, reconocí en seguida al señor d'Estarbés y entonces dije para mí: Ya supongo lo que puede ser; ese pobre señor Doutreville

debe estar sin duda enfermo, y el señor d' Estarbés que lo quiere como un hijo, corre en busac de un médico.

—Pero — dijo el presidente, — ¿no creísteis ver un revólver en la mano del acusado?

—Sí, señor presidente.

—Esto no concordaba mucho con la suposición que acabáis de hacer.

—¡Caramba! señor presidente; es preciso considerar que yo no estaba muy bien de cabeza y de consiguiente no es extraño que mis razonamientos no hayan llegado hasta ahí.

—¿Estáis bien seguro, al menos, de haber reconocido al señor d'Estarbés?

—En cuanto a esto, estoy seguro, así como de que tenía el aspecto muy azorado, como por lo demás, él mismo lo acaba de declarar, prueba de que yo no he tratado de "inducir" a la justicia cuando declaré lo mismo en el juzgado de instrucción.

—En efecto, veo que vuestra declaración delante del juez instructor viene enteramente de acuerdo con la que acaba de hacer el acusado.

—¡Oh! en cuanto a franqueza y buena fe y de respeto para los señores jueces y los señores jurados, puedo decir que nadie me gana, y aun cuando se tratase...

—¡Basta!

—Bueno, señor presidente; yo tengo urbanidad. No he venido aquí por contrariaros, y en cuanto a saberse callar, puedo decir que no me gana..

—¡Basta! y reflexionad mucho antes de responder a la pregunta que voy a haceros, porque es muy grave.

Pedro Chenu fija en el presidente una mirada astuta y socarrona y esperó.

—¿Qué horas eran cuando vistéis el acusado lanzarse fuera del castillo y dirigirse al porque con paso rápido y aire extraviado?

La respuesta del paisano es esperada con general ansiedad porque, como comprenden todos, ahí está el nudo del proceso.

En efecto, si el acusado ha sido visto allí a las cuatro de la madrugada, como él declaró, es evidente que pudo haberse hallado en su casa a las tres cuando vino su mujer a llamar, y atribuyéndole por la acusación la extraña fuga de la joven al espanto de que debió verse asaltada al ver el cadáver de la víctima, la inocencia del acusado se desprendería clara y lógicamente de esta contestación

—¡Y bien! — dijo el presidente a Chenu, — ¿no respondéis?

—Sí, por cierto; sí, por cierto, señor presidente — dice el paisano magullando su sombrero de fieltro entre sus manos rugosas.

—¿Qué horas eran, pues?

—La una, señor presidente.

Esta respuesta imprevista, aterradora, cayó como un rayo en medio del auditorio que, pasado el primer estupor, dejó oir un vago murmullo. Todas las miradas se dirigen al acusado y un sentimiento de profunda lástima se pinta en todos los semblantes.

Los mismos jueces y jurados, apenas pueden disimular la dolorosa sorpresa que les causa la declaración del testigo.

Pero el más estupefacto de todos es, con seguridad, el mismo acusado o, más bien dicho, no es la sorpresa, no es el estupor lo que se refleja en su semblante; es una especie de turbación que transforma toda su fisonomía, quedando de pronto inmóvil y azorado.

—¿Qué dice ese hombre? — murmuró pasándose la mano por la frente, como quien trata de darse cuenta de lo que acaba de oir.

Pero antes de que se reponga de su turbación, el presidente continúa el interrogatorio.

—De manera, — dice al testigo, — que afirmais sin vacilar que era la una; ¿no hay ninguna duda al respecto en vuestro ánimo?

—No hay la menor duda.

—¿Y cómo se explica que después de haber declarado en el juzgado de instrucción dos horas después del crimen, que no os acordabais de la hora en que habíais visto al acusado salir del castillo, cómo se explica, digo, que de repente os acordeis exactamente dos meses después?

—¡Ah, ah! — murmuran algunas voces al oír este argumento que levanta por todas partes un murmullo de satisfacción.

Pedro Chenu, a quien su sombrero parece estorbar cada vez más, acaba por dejarlo en el suelo, después de mirar a derecha e izquierda; luego tose dos o tres veces y por fin responde:

—El caso es este, señor presidente; ¿recordais el sendero entre dos cercas que pasa entre mi quinta y el dominio de Vaudray, y del que acabo de hablar hace un momento?

—Me acuerdo; ¿y qué?

—Es por ese caminito que pasa todos los días el coche de Vacheux para ir a París, en la Vallée, puesto que hace el tráfico de volatería

—Perfectamente. Pero ¿qué nos importa todo eso?

—¡Ah! Ahora vereis. Cuando volví a Versalles hace dos meses y conté a mi mujer la declaración que acababa de dar, que todavía tenía la cabeza bien enferma la pobre mujer: — Animal! me dijo ella, — ¿no te acuerdas que cuando salías a la ventana, pasaba un carruaje por el sendero? — —Y es verad que tienes razón así mismo, exclamo yo. — Aquel coche llevaba cascabeles. — Sí, me acuerdo, le dije, puesto que los cascabeles me resonaban en la cabeza como la campana de una catedral. — Bueno, pues, ¿cuál es el carruaje que pasa de noche por ese camino con cascabeles en la pechera del caballo?—¡toma y es verdad! el coche de Vacheux.—¿Y a qué hora pasa? —¡Caramba! todas las noches a la una "recta"; esto lo sabe todo el pueblo. — Ya ves pues, que no eres más que un animal! Y he aquí, señor presidente, de qué manera yo puedo afirmar hoy que era la una cuando el señor Carlos d'Estarbes salía del castillo ¡Oh! podeis informaros y ya vereis como el coche de Vacheux pasa por allí todas las noche a la una de la madrugada.

—Está bien. Volved a vuestro puesto.

—Ya sabeis, señor presidente; si todavía

teneis algo que preguntarme, no os incomodeis.

—Sentaos.

Cuando Chenu obedeció:

—¡Y bien! — dijo el presidente a Carlos d'Estarbés; — acaba de oir la declaración del testigo, ¿qué teneis que responder?

El joven cuya vista ha estado clavada en el paisano todo el tiempo que duró su declaración, responde con una voz serena y firme:

—Señor presidente, o ese hombre se equivoca, lo que no creo, o más bien, si he de atenerme a la impresión que me ha dejado el estudio de toda su persona durante el tiempo que respondía a vuestras preguntas, se entiende con el verdadero culpable para arrojar sobre mí cabeza la responsabilidad del crimen de que me hallo falsamente acusado.

—¿No teneis nada más que decir?

—No, señor presidente

—Que se haga venir al tercer testigo.

El secretario llama:

—Señor Roberto Doutreville.

Este testigo es hermano de la víctima.

IX

UNA TRISTE HISTORIA

El señor Roberto Doutreville se adelanta y todas las miradas se clavan en aquel testigo que, en su calidad de hermano de la víctima, excita una vivísima curiosidad.

Es un hombre de unos sesenta años, alto de estatura, sólidamente arqueado, de cabellos blancos y escasos, cuyos ojos negros brillaban poderosamente por entre las espesas cejas que los cubren a medias y cuyo cutis rosado indica una salud robusta y un vigor poco común a esa edad.

No lleva barba ni bigote y sus facciones angulosas, la conformación de su quijada inferior que sobrepuja de mucho a la superior, le constituyen una fisonomía más aspera que simpática.

—Testigo, — dice el presidente, — ¿sois hermano de la víctima?

—Su hermano mayor; sí, señor presidente — responde el testigo con uan gravedad un poco enfática.

—¿Conoceis al acusado?

—Mucho, señor presidente; nos encontrábamos muy a menudo en casa de mi hermano, a quien yo veía casi diariamente, porque estábamos muy unidos.

—Puesto que lo veíais con tanta frecuencia debíais estar en cierto pie de intimidad con el acusado.

—Sí, señor presidente; lo mismo que mi hermano, yo lo conocía también desde su infancia.

—¿Qué impresión os producía?

—La misma que a cuantos lo veían en el castillo de Vaudray; es decir, excelente...

Aquí el testigo corta su frase, balbucea algunas palabras ininteligibles, y en seguida se calla como decidido a no ir más lejos.

—¿Cuál era la opinión de vuestro hermano respecto de su joven amigo? — continúa el presidente.

—He aquí lo que vacilaba en decir,—respondió el testigo.

—Sin embargo es necesario, — repuso vivamente el presidente; — vuestro deber es revelar a la justicia todo cuanto sepáis.

—Así lo haré, puesto que lo exigís, señor presidente; pero me cuesta hacerlo, lo confieso; me cuesta mucho revelar hechos que pueden dar por resultado agravar la situación, ya tan punible del acusado, en el que, debo decirlo bien alto, yo no podría ver al asesino de mi desgraciado hermano, cuales-

UVALINA BIOL
MERMELADA COMP. DE UVAS
Combate el estreñimiento en todas las edades
NO ES UN PURGANTE
EL UNICO REGULADOR DE LA FUNCION INTESTINAL QUE NO INTOXICA
PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

JUANITO Y LOS DEPORTES

quiera que sean las presunciones que se levanten contra él.

Estas palabras impresionaron mucho más dolorosamente al auditorio, cuanto que el acento convencido con que son pronunciadas atestiguan el interés que el testigo siente por el acusado.

Este, por su parte, también está muy conmovido con este preámbulo; sin embargo, espera la continuación de la declaración con la vista fija en el testigo y con más curiosidad que inquietud.

—Continuad, — le dijo el presidente, — y acallad la voz de vuestras simpatías para no escuchar más que la de vuestra conciencia.

El testigo da un suspiro y continúa su declaración con una voz visiblemente conmovida:

—Un día que fuí a almorzar a Vaudray con mi hermano, a quien veía casi todos los días, porque estábamos muy unidos, como acabo de decir, noté que estaba muy triste y le pregunté el motivo. — La causa de mi tristeza, — me dijo, — es Carlos d'Estarbés.

—¿Qué le pasa, pues? — exclamé yo.

—Hace pocos días me vino a encontrar solo, sin su mujer, lo que no le sucede nunca. Le pregunté por qué no lo acompañaba y me respondió que tenía que confiarme un secreto que ella debía ignorar. Luego, tras muchas vacilaciones me confesó que jugaba cada vez que iba a París; que en su último viaje había perdido una suma considerable, y acabó por suplicarme que le prestase esa suma y me juró que no volvería a tocar jamás una carta.

Parecía tan desesperado, tan arrepentido, tan empeñado sobre todo en ahorrar aquel disgusto a su mujer ocultándole aquella falta, que estuve a punto de ceder. Sin embargo, no lo hice, porque algunas particularidades de su relato me inspiraron dudas sobre su buena fe, y pretextando que no tenía disponible una suma de aquella importancia, lo induje a que fuera a París al día siguiente para obtener de su acreedor un plazo de cuarenta y ocho horas mientras que yo, por mi párte, iría a ver a mi banquero.

Convinimos en que al día siguiente, yo esperaría en la estación de Chaville, el tren que él acostumbraba tomar en Versalles, es decir, al mediodía, lo que hicimos en efecto, de modo que llegamos juntos a la estación de San Lázaro. Acabábamos de bajar el peristilo que conduce al patio de la estación, cuando una mujer joven, hermosa, elegantemente vestida, se adelantó de repente hacia Carlos, que caminaba un poco delante de mí. Carlos la detuvo con una mirada, se vuelve en seguida hacia mí y me toma del brazo con la mayor indiferencia. La joven dama, pasa volviendo la vista a otro lado, pero era demasiado tarde. Yo lo había observado y comprendido todo.

Pero no me bastaba aquello; quería una prueba irrecusable y no tardé en procurármela. Carlos, creyéndome engañado, no se preocupó de tomar precaución alguna, y a los dos minutos de haberse separada de mí, volvió sobre sus pasos, se juntaba con la joven que lo estaba esperando en las galerías y subía con ella para subir a un carruaje que partió inmediatamente. Yo no lo había perdido de vista, lo espiaba, oculto en un coche cerrado, que siguió al suyo, y al cabo de un cuarto de hora ví que se detenían en un hotelito de los Campos Eliseos.

Aquella joven, según supe por unos vecinos, era una que se hacía pasar por viuda y gastaba enormemente, estaba acribillada de deudas y a punto de ser presa. Informaciones posteriores me pusieron al corriente de que aquella mujer era una de las "demi-mondaines" más seductoras y más peligrosas de París, capaz de todo para procurarse con que alimentar su desenfrenodo lujo, y cuya temible influencia había llevado al deshonor y a la ruina a muchos padres de familia y a jóvenes de la más alta aristocracia.

Al día siguiente, me dijo mi hermano al terminar, en vez de esperar a Carlos, le escribí una carta en la cual, después de referirle todo cuanto sabía, le declaraba terminantemente que no estaba dispuesto de ninguna manera a favorecer una relación vergonzosa para él y desesperada para su joven esposa. Aquella misma noche, su mujer, a quien el médico había recomendado los aires del campo, venía a instalarse aquí y me anunciaba que su marido había partido para la Bretaña a ver una tía. He aquí, señor presidente, la confidencia que me hizo mi hermano quince días antes de morir y que yo repito aquí muy a pesar mío.

Esta relación causó en el auditorio un verdadero estupor.

Una de las razones por las cuales se había interesado más el público por el joven era por el amor a su esposa, y he aquí que su más bello prestigio se hundía de repente en aquella vergonzosa unión. He aquí que su más tierno título a la consideración y simpatía de que lo rodeaban malgrado todos los cargos que le caían encima, se desvanecían para exhibirlo como engañado ridículamente por una loreta a la que sacrificaba a la más pura y encantadora de las esposas.

—¿Acabáis de oir lo que ha referido el señor Roberto Doutreville? — preguntó el presidente al acusado.

—Sí, señor, — responde éste, después de una pausa durante la cual pareció recobrar el uso de sus sentidos; — y me pregunto si estoy soñando o si me he vuelto loco, porque ese relato es una verdadera novela, en la que no hay ni una sola palabra de verdad; lo juro.

—¿Una novela? — repuso el testigo con un tono de suave conmiseración; — ¿quiere el acusado que le cite solamente algnuos nombres para probarle lo verdadero de mi historia?

—Os lo suplico, señor, — repuso el joven, — porque esos nombres pondrán tal vez fin a la pesadilla que se ha apoderado de mi cerebro.

—Y os convenceries de que no soñais,— repuso el señor Doutreville; — cuando os haya nombrado a Felina?

Al oir este nombre, Carlos d'Estarbes se

lleva la mano a la frente, como si acabase de recibir un macanazo.

—¿Queréis que os diga quién es Felina? —preguntó el testigo.

—¡Oh, no, no! — murmuró Carlos cuyas facciones se cubren de una mortal palidez.

X

EN BUSCA DE LA MUJER

De manera que aquella pobre joven cuyas misteriosas torturas habrán conmovido a todo el auditorio; aquella desgraciada que no pudo resistir al dolor de ver a su marido arrestado bajo una inculpación de asesinato, y cuyo martirio se acabó de completar con la locura, era traicionada infamemente; y ¿por quién? por una de esas desvergonzadas criaturas que hacen del amor un negocio y encuentran una feroz alegría en arrastrar por el fango en que han caído ellas mismas, a todas las víctimas que pueden fascinar.

Tales eran las reflexiones que se comunicaban los espectadores de tan extraño drama, y así es fácil ver que desde aquel momento todas las simpatías se retiran del acusado.

Y no es eso todo; una vez desengañado sobre los sentimientos que le atribuía respecto de su joven esposa, el público ya no cree en ningún buen sentimiento en aquel que hasta ese momento había sido su héroe, y sólo ve en él un monstruo de hipocresía y depravación.

Su palidez repentina al oir tan sólo el nombre de aquella mujer, de aquella Felina, de la que se acababa de revelar la infame vida y el odioso carácter, no permite ya dudar de su unión con semejante criatura que según dicen ha devorado ya tantas fortunas, y la audacia con que negó la intriga hasta el momento en que oyó pronunciar su nombre, revela una profundidad de disimulo que horroriza a toda la asamblea y la pone ya en guardia contra todo cuanto pueda alegar en su defensa.

El señor Roberto Doutreville, que como se ha visto se niega a creer en la culpabilidad del acusado, le echa una mirada llena de lástima y parece reprocharse la declaración bajo la cual parece haber quedado aterrado el infeliz.

Después de un prolongado silencio, el presidente es dirige de nuevo al señor Doutreville:

—Testigo, — le dice, — ¿tenéis más que revelar a la Corte?

—Tengo que hacer una simple observación, señor presidente.

—Decid.

—La víspera del crimen entregué en manos de mi hermano una suma de ochenta mil francos que me había prestado hace unos dos años, y de la cual tengo el recibo en el bolsillo de fecha 9 de septiembre. Esta suma, toda en billetes de banco, fué guardada inmediatamente en presencia mía en un pequeño escritorio de caoba que tenía en su aposento; ahora desearía saber si esos ochenta mil francos han sido hallados íntegros en el "secretaire" cuando se procedió al examen del sitio.

El presidente recorre el expediente que tiene delante, y responde en seguida:

—Aquí tengo el estado exacto del cuarto de la víctima y de los muebles que lo adornaban, y he aquí lo que se dice relativamente a ese mueble: "Este mueble se ha abierto y contiene papeles de familia, los títulos de dos chacras situadas en Normandía y de dos casas sitas en París; luego en el fondo de una gabeta secreta, dejada igualmente abierta, dos billetes de banco de a cien francos cada uno y seis monedas de oro de a veinte francos."

—¡Cómo! — exclama el testigo con vivacidad, — ¿no se hace mención de los ochenta mil francos?

—Absolutamente, — responde el presidente, — y una suma semejante, aun cuando sea en billetes de banco, forma un volumen bastante grande para que pudiera escapar a las pesquisas de las dos personas encargadas de esta misión.

—Es muy cierto, — dice el testigo estupefacto.

—Esta revelación, — continúa el presidente, — nos proporciona una preciosa indicación ilustrándonos sobre el móvil del crimen; es un gran paso dado en la investigación de la verdad.

—¡Oh! ¡esa mujer! ¡esa miserable Felina! — murmura el señor Doutreville con la expresión de un profundo desconsuelo.

—Esa mujer, — dice el presidente que oyó las palabras del testigo; — he ahí tal vez el origen a que es preciso remontarse.

Y dirigiéndose a Roberto:

—¿Vos sabríais quizá el domicilio de esa mujer?

—Sí, señor presidente; pero debo preveniros que ya no está en París.

—Cómo lo sabéis?

—Poco tiempo después del arresto del acusado, quise hablar con ella con la vaga esperanza de saber de ella misma que mi hermano y yo nos habíamos equivocado sobre la clase de relaciones que mantenía con Carlos d'Estarbés; pero encontré su hotel cerrado, y supe por los vecinos que algunos días antes había partido en un coche de alquiler, en vez de tomar su cupé, y que no había vuelto a aparecer.

—Y no pudisteis saber la dirección que había tomado?

—Obtuve un dato, pero de poca importancia.

—Decid, de todos modos.

—El marido de la portera a quien interrogué ocupa un pequeño puesto en la administración de Correos y lo obliga de vez en cuando a pasar la noche fuera de casa; pues bien, esa misma noche salía de la portería como a las doce, cuando vió a su elegante vecina subir al coche gritando al cochero: Estación Montparnasse!

—Montparnasse! dijo vivamente el presidente; pero es la estación para venir a Versalles y de consiguiente a Chaville.

—Sí, señor presidente.

—Y el día que esa mujer abandonó su hotel

—Lo ignoro, señor presidente; sólo sé que hace como dos meses.

—Epoca que concuerda poco más o menos con la que tuvo lugar el crimen, — hizo observar el magistrado.

—Acusado, le dijo, ¿cuál es el motivo que os llamaba a casa de esa mujer?

—No estuve sino raras veces, señor presidente.

—¿Reconocéis entonces haber ido?

—Le hice dos visitas en seis meses.

—Es decir, ¿desde vuestro casamiento?

—Sí, señor presidente.

—Ahora bien; en vista de las costumbres de esa mujer, puede afirmarse que era vuestra querida.

—¡Es falso! — exclamó el acusado.

—Decid, pues, lo que íbais a hacer en su casa

El acusado se turba, y luego responde con visible embarazo:

—¡Es imposible!

—¿Es imposible, decís? pero antes de dar semejante respuesta habéis pensado bien todas sus consecuencias? Es imposible! para vuestros jueces esto significa: confesar el motivo que me llevaba a casa de esa mujer, reconocer que era mi querida, es inspirar la idea de que los ochenta mil francos desaparecidos del secretaire de la víctima han debido pasar a las manos de esa mujer y que yo fuí quien, por saciar su insaciable concupiscencia...

—¡Oh! basta! basta! exclama el joven fuera de sí, ¡yo acusado de ladrón!

—Bien es necesario buscar el móvil del crimen que se os imputa, replicó el presidente con frialdad; ahora bien, la suposición que acabo de hacer se desprende tan naturalmente de la negativa de responder a mi pregunta, que se habrá presentado, desde luego, podéis creerlo, a la imaginación de cuantos nos escuchan aquí. Y ahora que estáis bien penetrado de la gravedad de la pregunta que os dirijo, decidme si os empeñáis en vuestra negativa en hacer conocer la naturaleza de vuestras relaciones con esa mujer.

A esta nueva demanda en la que se adivina por el acento, la súplico de un antiguo amigo bajo la severidad del magistrado, en la fisonomía del acusado se refleja una violenta angustia y se manifiesta agitado por una tortura moral que da a su vista algo de extravío.

Una horrible lucha tiene lugar en su interior, lucha en la que todos aquellos que no lo han condenado definitivamente. siguen con interés las peripecias, por decirlo así, visibles en sus facciones pálidas y contraídas.

—Y bien le pregunta el presidente con benignidad.

Entonces el desgraciado joven, agarrándose desesperadamente con las manos su espesa cabellera, exclama con voz desgarradora.

—¡No puedo! no, no, no puedo!

Esta respuesta, tan febrilmente esperada, produce en el auditorio una emoción profunda.

—Vamos, está perdido, murmuran algunas voces.

—Señora Fiernas, dice entonces el presidente; tengo que dirigiros una pregunta.

La suegra del acusado se levanta.

Ella también está espantosamente pálida y un ligero estremecimiento agita todo su cuerpo.

XI

UNA PIEZA DE CONVICCION

—Testigo, dice el presidente a la señora Fiernas, después de un momento de reflexión; me ha sido dado el ver muy a menudo en esta barra el espectáculo de profundas caídas y de sorprendentes degradaciones: no os sorprendáis pues de la pregunta que voy a dirigiros en el solo interés del acusado. ¿Conocéis acaso a esa Feliua, y no sería quizás por sentimiento de generosa lástima para una amiga caída, o bien por alguna pariente que el acusado se obstinaría en guardar silencio sobre lo que la concierne?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa mujer,—cuyo nombre, vergonzosamente célebre, a lo que parece, jamás llegó hasta mí, responde la testigo con altivez.

—Os felicito por ello, y lo siento al propio tiempo, dice el presidente; porque había entrevisto en esta hipótesis una explicación honorable del lazo que existen entre esa mujer y el acusado, contra quien subsiste en adelante la entera acusación del asesinato teniendo por móvil el robo.

Entonces la señora Fiernas levanta la cabeza con un movimiento lleno de orgullo, y con voz sorda y profunda:

—Señor presidente, dice, ignoro cuál será el desenlace de este lúgubre asunto; pero cual fuere la sentencia de este tribunal, os declaro que el acusado es el corazón más noble, el carácter más elevado que yo haya encontrado en el curso de mi vida. Esa nombre de Feilna, jamás lo ha pronunciado ni delante de mí, ni delante de su mujer, y siempre nos ocultó las visitas que le hacía; y no obstante, yo, cristiana y católica ferviente, no titubearía en jurar por mi salvación eterna, que jamás ha traicionado la fe conyugal y que el obstinado silencio que lo pierde en este momento no puede serle inspirado sino por algún gran sentimiento. El mismo juramento haría por lo que respecta a la doble acusación de robo y de asesinato que pesan sobre su cabeza, aun cuando las más palmarias pruebas se elevansen contra él; diré más: aun cuando él mismo hiciera la confesión de ese crimen, me resistiría a creer en él. Y ahora, señores, cumplid con vuestro oficio de jueces; pero creedme y tened bien presente en vuestro espíritu mi última palabra: si lo condenáis habrá un mártir más en el cielo.

Este apóstrofe, pronunciado con una fe

profunda y una convicción ardiente, arroja una extraña turbación en todos los espíritus y convierte a algunos de los que habían abandonado en su interior la causa del acusado.

—Podéis retiraros, señora, le dice el presidente con un tono que revela su estimación por el carácter de la testigo.

—Señor Duranton! llama entonces el secretario.

Este testigo se adelanta en seguida y hace esta declaración a petición del presidente:

—Volvía a mi casa al terminar una comida que había durado hasta muy tarde, cuando, al hallarme a unos cincuenta pasos de mi domicilio, situado enfrente de la casa del señor Carlos d'Estarbés, creo ver pasar por delante de mí a ese joven, a quien conozco mucho, pues tengo el honor de ser vecino suyo. Parecía muy agitado y hablaba consigo mismo mientras caminaba.

—¿Qué hora era? preguntó vivamente el presidente.

Todas las miradas se dirigen del lado del testigo para mejor oir su respuesta, porque toda la cuestión está ahí: en la hora.

Las tres es la absolución. La una es la sentencia de muerte.

—¡Caramba! hizo el testigo, debía ser algo así como las tres de la madrugada poco más o menos, no podría precisar un cuarto de hora más, un cuarto de hora menos.

La respuesta se repitió en seguida de boca en boca.

—¡Las tres! ¡ha dicho las tres!

Renace la esperanza en todos los corazones y se retrata en todos los semblantes.

—¿Y reconocéis al acusado en el individuo que pasó junto a vos? repuso en seguida el presidente.

—En cuanto a esto, señor presidente, repuso el testigo, ya es otra cosa.

—¡Cómo! ¿no acabáis de decir que lo habíais reconocido?

—Dije que me había parecido reconocerle, pero en cuanto a afirmarlo positivamente, no; no estoy bastante seguro para ello.

Al oir esto, se oyó en la sala un murmullo de desencanto.

—¡Imbécil! dijo la señora Bellemain, ¿y quien le obligaba a añadir eso? ¡Poder de Dios! y qué animales son los hombres!

—El testigo ha hecho bien, señora, respondió gravemente el espectador de los anteojos de oro; en asuntos de semejante gravedad nunca se es demasiado escrupuloso.

—Y yo, señor, os afirmo que el testigo carece de sentido común con sus escrúpulos. ¿Dónde estaría el mal aun cuando afirmase que había reconocido a ese pobre joven sin estar absolutamente cierto?

—¡Dónde estaría el mal! exclama el buen hombre elevando los brazos al cielo con muestras de la mayor indignación; pero, señora, ¿no sería acaso esto la subversión de todos los principios. No sabéis, entonces...

La voz del presidente lo interrumpe:

—De modo, dice el testigo, que consultando vuestros recuerdos, no encontráis en la voz, en el gesto, en el porte del individuo encontrado por vos, algo que os dé un trasunto de la persona del acusado? Reflexionad antes de responder.

Después de examinar un momento a Carlos d'Estarbés, el testigo responde con tono resuelto:

—No, decididamente, no me acuerdo de nada absolutamente; me parece de un modo vago que era él: es cuanto puedo decir.

—Está bien; retiraos.

Mientras que el testigo vuelve a su asiento, la señora Bellemain murmura entre dientes:

—Pedazo de cretino! Bah! ¿Valía acaso la pena de molestarse para eso? Para la tarea que acabas de llenar era igual haberte quedado en tu casa.

A este testigo sucede el capitán Lamberti, cuya declaración, que ya conocemos, no ofrece ningún interés, porque se limita a repetir que ha visto a la señora d'Estarbés llamar a la puerta y caer desmayada en el umbral.

A la pregunta del presidente sobre la hora, responde que debían ser las tres.

Queda para oir un solo testigo.

El jardinero, que es al mismo tiempo conserje del castillo.

Llaman a José Biou.

—Biou, le dice el presidente, ¿sois vos el que abristeis el portón del castillo a la señora d'Estarbés?

—Sí, señor presidente, responde el jardinero.

—¿A qué horas?

—A las dos.

—¿Fué ella misma quién os despertó

—Sí, señor presidente, y hasta creí de pronto que sería muy tarde, porque había un claro de luna que parecía de día.

—Decid lo que ha pasado.

—Al oir a la joven que me llamaba por la ventanilla con voz trémula, me vestí casi del todo y con mucha prisa, me precipité al jardín y la vi que estaba apoyada en un árbol, con la cara entre las manos y el cuerpo muy caído, como si las piernas se negasen a sostenerla. En cuanto me vió, vino directamente a mí con aire todo asustado, pálida como una muerta y la vista tan brillante que se hubiera creído una loca, y me dijo: — José, tengo que irme... en seguida... porque mi madre...

Se tomó la frente entre las manos como si recogiese las ideas, y luego repuso, parándose asimismo a cada palabra:

—Mi madre está enferma... muriéndose... No me hagáis perder el tren... abridme... abridme pronto. A fe mía! yo estaba muy fastidiado de que me hubieran despertado así, en sobresalto. Y luego, la joven tenía en su persona algo que me había trastornado, y entonces, ¿qué queréis? abrir la verja y se fué.

—Y en aquel momento habés reparado si había luz en alguna ventana del castillo?

—Sí, señor presidente.

—¿En cual de ellas?

—En la de la señora d'Estarbés.

—¿Y en otra alguna?

—En estos últimos tiempos habríais reparado algún enfriamiento entre el acusado y el señor Doutreville, vuestro patrón?

—Al contfario, señor presidente; mi patrón siempre manifestó la mayor amistad al señor d'Estarbés, a quien hizo hasta un regalo algunos días antes de su viaje a Bretaña.

—¿En qué consistía ese regalo

—En un cuchillo; hasta yo mismo estaba allí cerca de ellos, porque esto fué en el jardín: y al dárselo, le dijo: — "Tiene dos leguas de landas que atravesar, de noche, para llegar a la casa de campo de tu tía y esto podrá servirte en caso de un mal encuentro.

—¿Qué clase de cuchillo era?

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡mirad! enteramente igual a ese que está ahí; ¡oh! pero tan parecido que se diría absolutamente que es el mismo.

Y diciendo esto, el jardinero señalaba con el dedo, en la mesa donde había las piezas de convicción, el cuchillo mismo que se encontró clavado en el cuello de la víctima.

XII

EL SACRIFICIO

Una grande agitación sucede

A esta inesperada revelación, revelación tan terrible, tan aplastadora, si se reune a todos los cargos que preceden, que, por lo que es ahora, hasta los más ardientes partidarios del acusado no se atreven ya a volver por su defensa.

—Y bien, señora, dice el hombre de los anteojos de oro dirigiéndose a la vieja rentista, ¿qué me decis de esto? ¿De que manera nos explicaréis la presencia de ese cuchillo, propiedad de vuestro protegido, en la garganta de la víctima? Yo no soy curioso, pero me prometo divertirme viendo como vuestro héroe va a parar este golpe.

—Vos sois un monstruo, señor, respondió la señora Bellemain, pálida de cólora; y es una infamia alegrarse, como lo hacéis, de las desgracias ajenas! ¿Qué os ha hecho ese pobre joven para que lo persigáis así con vuestro odio?

—¿Yo, señora? yo no lo odio en manera alguna; yo estoy por el triunfo de la justicia y nada más. Y si el acusado es culpable, como creo, hago votos para que sea convicto... y retorcido; pero yo no le guardo el menor rencor.

—Ujier, dice el presidente por fin; presentad este cuchillo al acusado.

El ujier toma el cuchillo, del que toda la hoja y parte del mango están enteramente manchados de una materia negra y seca que es la sangre de la víctima, y lo entrega en manos del acusado.

Este lo toma sin vacilar y lo examina en todos sentidos con una calma y una atención que sublevan a la asamblea.

—¿Conocéis ese cuchillo? — le pregunta el presidente.

—Sí, señor presidente, — responde el joven sin turbarse.

—¿Es efectivamente el mismo que os entregó el señor Doutreville antes de partir para la Bretaña?

—Es el mismo, en efecto

—¿Lo confesais?

—Lo confieso... sólo que jamás estuvo en mi poder.

—¡Cómo! ¿pero no acabais de declarar...?

—Que me había sido entregado, sí; pero yo no lo conservé.

—Explicaos.

—Después de haber dado unos cincuenta pasos admirando esta arma de una labor preciosa, la devolví a su dueño, diciéndole: No acepto vuestro regalo, y eso por dos razones; la primera, es que para atravesar las landas tengo un excelente revólver, lo que vale más que cuantos puñales hay en el mundo.

—¿Y la segunda razón? — me preguntó el señor Doutreville.

—La segunda razón, — respondí yo riendo, — es que esa clase de regalos rompen las amistades, dicen y por más qeu yo no sea supersticioso, no me siento con valor para arrostrar esa preocupación.

—Pues bien, yo tampoco, — me dijo el señor Doutreville, estrechándome las manos y volviéndose a guardar el puñal en el bolsillo.

—Al menos, esa es vuestra explicación,— dijo el presidente clavando en el acusado una penetrante mirada.

—Juro que he dicho la verdad, — responde gravemente el joven.

—Señor Doutreville — dice el presidente a este testigo, — habeis declarado hace un momento que hasta el último día no dejasteis de ver a vuestro hermano.

—Sí, señor presidente.

—¿Recordais haber visto el cuchillo en su poder, después de la partida del acusado para Bretaña?

—No, señor presidente, y hasta afirmaría no habérselo vuelto a ver más.

—¿Y vos, José Briou? — pregunta el presidente al jardinero.

—Tampoco, — respondió éste.

—¿No se lo volvisteis a ver nunca?

—Jamás.

—Acusado, ¿qué teneis que decir a esto? — pregunta el presidente a Carlos d'Estarbés.

—Siempre lo mismo, señor presidente. Soy víctima de un conjunto inaudito de circunstancias aplastadoras, pero combinadas demasiado sabiamente, para que sea posible ver en ellas solamente la fatalidad.

—Explicad con claridad vuestro pensamiento.

—Pues bien, señor presidente; lo que nadie quiere admitir aquí, de lo que estoy convencido, yo, que sé que soy inocente, es que el verdadero asesino del señor Doutreville, interesado naturalmente en perderme puesto que mi pérdida asegura su salvación, tie-

ne la mano puesta en este asunto, y que entra por mucho en las presuntas pruebas que ha sabido agrupar contra mí.

—¿Qué quereis decir con eso? — pregunta el presidente. — ¿Pretendeis elevar dudas sobre la buena fe de los testigos?

—No, hasta en lo que han avanzado de falso contra mí, los creo de buena fe; pero declaro que han sido engañados, y que, tal vez sin sospecharlo, han experimentado una misteriosa influencia: la del verdadero culpable.

—Vuestro más funesto enemigo en todo este triste asunto, o más bien vuestro único enemigo, — replica severamente el presidente, sois vos mismo, y ningún testimonio os ha sido tan fatal como vuestra negativa a lustrar a la justicia sobre ciertos hechos de la mayor gravedad.

ENAGENACION MENTAL

—¿Sabe usted que ese infeliz de Augusto ha perdido tanto dinero que ha perdido la razón?

—¡Infeliz! Y ha pagado a sus acreedores?

—¡Oh! ¡Loco está, pero no para tanto!

—Me he negado a responder sobre dos puntos; pero por más que yo tuviese el mayor interés en dar a la justicia las explicaciones que me ha pedido, afirmo que en mi lugar todo hombre de honor habría obrado como yo.

—Enhorabuena; pero si como pretendeis, sois en este momento víctima de un error, sólo os debeis culpar a vos mismo.

Luego volviéndose hacia el banco de los testigos:

—Testigo Doutreville, — dice el presidente.

El señor Doutreville se levanta.

—Ya acabais de oír las palabras del acusado;—decidme si había llegado a vuestro conocimiento que vuestro hermano tuviese algún enemigo de quien pudiese temer el odio.

—Yo conocía casi todas las relaciones de mi hermano, — responde el testigo, — y puedo afirmar que no tenía enemigo alguno.

—Propietario de dos chacras y de tres casas, tenía negocios, transacciones, de donde podían originarse confusiones, pleitos y que, por consiguiente podían exponerlo a algún acto de venganza.

—Mi hermano era un propietario de los más contemporizadores; tenía horror a los pleitos, y todos sus locatarios rústicos y urbanos, nunca tuvieron motivos sino para alabarlo. Se podría tener una prueba consultando sus contratas al pie de las cuales se vería siempre la misma firma desde hace más de quince años.

—Ya lo veis, — dice el presidente al acusado; — con un hombre de semejante carácter es difícil admitir vuestra suposición de un enemigo misterioso, de un culpable oculto en la sombra. Si, no obstante, tuvieseis motivos serios para sospechar de alguno hacednos conocer las razones en que se basan esas sospechas, y las examinaremos.

—El culpable de que hablo — replica d'Estarbés, — es culpable oculto en la sombra, donde estapa a las miradas de la justicia, desde donde asiste a estos debates con las angustias del miedo, porque tal vez está aquí mismo, a vuestra misma vista, en el mismo seno de esta asamblea; este culpable existe. Pero, ¿quién es? Yo no lo sospecho, lo mismo que vos, y sólo tengo que confiar en la Providencia para que os lo haga conocer.

—¿No teneis nada más que añadir?

—No, señor presidente.

—Tiene la palabra el señor fiscal.

A estas palabras reina inmediatamente un silencio mortal, y con una inmovilidad imponente todo el mundo espera la palabra del hombre que va a hablar en nombre de la justicia.

Este se levanta, frío y austero; pero así que va a hablar, se produce un movimiento inexplicable en el banco de los acusados, y en seguida se lanza una mujer del lado del tribunal.

Es la señora de Fiernas.

Está muy pálida y parece poseída por una violenta agitación.

—¡No, no; es imposible! ¡Es imposible! — exclama con voz alterada y aire de azoramiento.

Luego se vuelve al acusado con la mano tendida y el cuerpo en temblor.

—Carlos, — le dice con voz breve y entrecortada; — yo no quiero dejar cumplir ese horrible sacrificio; Carlos, déjame hablar, déjame que lo diga todo.

Carlos d'Estarbés deja caer sobre su suegra una mirada a la vez firme y suplicante, y con solemne gravedad:

—¡No, mamá, no! — le dice; — ni una palabra, primero el patíbulo; es mi expresa voluntad.

Entonces la desgraciada se esconde la cara entre las manos y se vuelve a su asiento sollozando.

Esta escena ha conmovido profundamente el auditorio y tarda mucho en restablecerse la calma.

Reina por fin un profundo silencio, y el abogado general o sea el fiscal del crimen, toma la palabra.

XIII

LA REQUISITORIA

"Señores jueces, señores jurados, — dice el órgano del ministerio público; — asistimos hoy a un extraño espectáculo y de que rara vez he sido testigo durante el curso de mi carrera. En efecto, estamos en presencia de un hombre acusado del crimen más odioso, impulsado a ese crimen por el móvil más bajo, contra el cual se elevan los cargos más graves, los más aplastadores, y ¡cosa extraña! este acusado lejos de inspirar horror, excita la simpatía general. ¿Lo confesaré señores? Yo mismo me dejé llevar por esos sentimientos de profunda lástima inspirados a la asamblea en el curso de estos debates, de donde salía no obstante tan claramente, la culpabilidad de este acusado. Sí, señores, yo sufrí el arrastre general; y ¿cómo podría ser de otro modo? He aquí un joven perteneciente a una familia de las más honorables, que lleva un apellido aristocrático y hasta ahora sin tacha, dotado de todos los dones de la naturaleza y de todas las ventajas de la fortuna, amado de una mujer joven y hermosa, que él también adora; y este mortal afortunado, para quien la vida debió ser una dicha, a quien todo el mundo envidia, y que él, no tiene nada que envidiar a nadie, hélo aquí hoy sentado en el banco de los acusados, en ese sitio en que acostumbramos ver a los tipos más innobles y feroces, a esos bandidos de profesión cuya vida se ha arrastrado en el fango y en la sangre!

"¿Cómo, digo, no sentirse profundamente conmovido delante de un espectáculo tan desgarrador? Tal ha sido, pues, lo confieso, mi primera impresión en el curso de estos debates. Pero cuando acallando la emoción de la que nadie se ha visto libre aquí, he descendido al fondo de mi conciencia para juzgar friamente al acusado, he aquí las consideraciones que se han desprendido de este severo exámen. ¿Quién es en realidad ese joven por quien nos hemos interesado, puesto que lo conocemos todos, porque todos más o menos nos hemos codeado con él en la vida? Es un corazón corrompido, depravado, como tantos otros, por las facilidades y las seducciones de la vida parisién; un joven-viejo, quien, demasiado vicioso ya para comprender los goces de un amor casto y puro, va a pedir las excitaciones de una cortesana ávida y experimentada; y esto, señores después de pocos meses de casado!

"¿Qué pasa entonces? ¡Oh Dios mío! una cosa de la que somos testigos diariamente. Una cosa infame y muy sencilla. La cortesana tiene deudas, ama el lujo, los grandes trajes, los placeres; tiene necesidades inmensas y sin cesar renovadas, y llega un día en que, descubriendo a su amante el abismo que se ha abierto a sus pies por sus prodigalidades, le dice: "Es preciso llenar esto". El amante se desangra los cuatro miembros, pide prestado por todas partes, se dirige a todos los usureros... y el abismo se llena. Pero es por poco tiempo, porque aquello es el tonel de la Danáides, de donde todo se derrama a medida que se echa. Estos amores malsanos, arrastran a todo, señores; hemos visto cien ejemplos parecidos al actual; llega una hora siniestra, fatal, inexorable en la que agotados todos los recursos, el desgraciado tiene que elegir entre el abandono de esa criatura, que ha sabido atárselo a sí por medio de los lazos del vicio, o un crimen, para que aquella mujer pueda conservar siempre en su mano el cetro del lujo y de la elegancia que es su fuerza y su prestigio. Lucha por mucho tiempo, se resiste desesperadamente contra la temible necesidad, — pero esa unión culpable ha absorbido, poco a poco, sin echarlo de ver, todos los principios disolventes que se desprenden de aquella mujer perdida, de aquella alma envenenada, y ha quedado sin fuerza, sin impulso sin energía para resistir sus funestos consejos, y una noche, por fin, noche terrible, sale se desliza por entre las sombras, penetra descalzo en la vivienda de un anciano, un amigo, casi un padre, y le hunde en la garganta el cuchillo mismo, que éste, solícito, le había dado a él para defenderse. ¡He aquí, el drama tal como ha pasado, señores, y he aquí el asesino! termina el fiscal con el brazo extendido en dirección al acusado".

Carlos d'Estarbés se estremece al oír la fulminante acusación y el murmullo de horror que se levanta de todos los ámbitos de la sala.

El fiscal continúa después de una ligera interrupción:

"Lo que han asegurado algunos moralistas superficiales de la poca duración y la poca consistencia de estos amores criminales, es desgraciadamente falso, y tenemos otra prueba formidable, terrible, en la misma obstinación del acusado negando toda explicacion concerniente a la mujer que tan despiadadamente lo ha impulsado al asesinato.

"Su amor sobrevive a la más espantosa de las catástrofes, al más temible de los castigos, y hasta al pie del cadalso se negará a denunciar a la infame criatura que lo ha llevado hasta el crimen. — Ahora, señores, después de haber expuesto las causas de tan profunda desmoralización, tan prodigiosa, que cuesta trabajo creer en ella, ni aun teniendo a la vista sus más evidéntes efectos, más irrecusables, voy a examinar las pruebas materiales sobre las cuales he formado mi convicción. Sólo el cuchillo, ese cuchillo dado al acusado delante de un testigo, y que por una fatalidad providencial se encuentra en el cuello de la víctima; sólo ese cuchillo, digo, bastaría para denunciar al verdadero culpable; pero, además de este testimonio imponente, las pruebas se elevan de todas partes para nombrarlo. La sangre, la misma sangre que habla y lo denuncia a la justicia mostrándole la huella de sus pies reproducida por doquiera que el asesino ha perseguido a su víctima. Esta huella de los pies descalzos y la de los botines impresa en la arena, revelan la prudencia y la sangre fría del asesino, que tuvo la precaución de descalzarse antes de penetrar en el aposento en

que iba a herir a su anciano amigo, creyendo escapar con esa precaución a las investigaciones de la justicia. Pero una y otra huella han sido reconocidas como la reproducción exacta del pie y del calzado del acusado.

"¿Qué otras pruebas necesitamos? Ellas abundan bajo mil formas. Primero es el mismo acusado que, después de haber declarado que no salió de su domicilio durante la noche del crimen, se ve obligado después por la declaración del testigo Chenu a retractarse y a confesar que había ido esa misma noche al castillo de Vaudray. Después fué Pedro Chenu quien ha visto al acusado salir del castillo a la una de la madrugada, es decir, antes de la fuga de su mujer, fuga atribuída al vértigo que le causó la vista del cadáver de la víctima. Es, finalmente, la declaración del señor Roberto Doutreville, uno de los hombres más honorables de la comarca, adscripto a la prefectura de Chaville y presidente del Consejo de Beneficencia de esa comuna, en donde es universalmente estimado. lo repito, la culpabilidad del acusado es revelada por una superabundancia de pruebas, todas más evidentes las unas de las otras; de manera que no me queda ninguna duda, ninguna aprensión en mi espíritu al formular la conclusión de mi requisitoria; señores, el crimen que estáis llamados a juzgar, toma de las circunstancias en que se ha cometido y en la posición social del acusado, un carácter mucho más odioso aún que los que habitualmente vienen a desenlazarse delante de vuestro tribunal. Por esto que reclamo contra el acusado la pena más severa que pueda imponer la ley".

El fiscal se sienta después de pronunciar estas últimas palabras, con una visible emoción.

El acusado permaneció tranquilo.

El auditorio estaba poseído de una profunda agitación, en medio de la cual cada uno manifiesta su impresión por algunas palabras lanzadas en voz baja.

—¡Pide la pena de muerte!

—¡Caramba! El acusado es bien culpable.

—La requisitoria lo prueba.

—De todos modos, es muy fuerte.

—¡Pobre joven!

—Bueno; ¿y la víctima?

En ese momento se levanta el abogado del acusado para tomar su defensa.

XIV

LA SENTENCIA

El doctor Wallón, abogado de Carlos d'Estarbés, es uno de sus condiscípulos; de manera que cuando empieza a hablar, la emoción le hace temblar la voz.

Pero, a medida que va entrando en su alegato, se domina poco a poco, y entonces aquella emoción, en lugar de paralizar sus medios, se comunica a sus palabras y conmueve profundamente a su auditorio.

Primeramente declara que ha sido condiscípulo del acusado; después hace su biografía a partir de aquella época hasta hoy, y, siguiéndolo paso a paso en todas las fases de su existencia, lo muestra, siempre y por doquiera, no solamente estimado de sus numerosos amigos, sino citado por todos por la delicadeza de sus sentimientos y la lealtad caballeresca de su carácter.

—Ahora mismo acabáis de tener, — continúa el doctor Wallón, — una revelante prueba de la alta estima que merece de cuantos lo conocen; habéis visto a la señora Fiernas, su madre política, declarar delante de todas las apariencias de una infidelidad que hubiera debido exasperarla, que ella se negaría a creer en la existencia de esas relaciones aun cuando él mismo lo confesase. Y bien, señores, de esta alta y noble confianza participan también no solamente sus amigos, sino también los simples conocidos de Carlos d'Estarbés y no hay ni uno que, al símil de su suegra, no atribuyese a algunos sentimientos generosos, el obstinado silencio que ha guardado sobre algunos puntos de la acusación.

Pasando luego a las declaraciones de los testigos, hace notar las variantes que señalan la de Pedro Chenu y se admira de la facilidad con que el fiscal ha acogido las explicaciones con que pretende justificarlas.

En cuanto a la historia referida por el señor Doutreville, l eparece algún tanto novelesca, y a no ser porque el carácter y la posición bien conocidas del testigo le prohiben dudar de su buena fe, le es permitido al menos creer que el testigo, extraviado, a causa de su simpatín por la joven a quien ama como una hija, ha podido exagerarse los hechos y hasta verlos de un punto de vista absolutamente falso.

Resta el testimonio material, que por sí solo, en sentir del procurador general, bastaría para probar la culpabilidad del acusado; es decir, el cuchillo. Carlos d'Estarbés no niega que se le hubieran dado, o mejor ofrecido, por el Doutreville, pero niega haberlo conservado y las razones que alega en pro de su aserto son muy verosímiles.

Y luego, ¿cómo es posible admitir que un hombre cuya prudencia y sangre fría en el momento mismo del crimen, causan la admiración del señor abogado general, haya cometido la torpeza de dejar clavado en la garganta de la víctima un arma que había recibido de ella misma, y delante de un testigo? Esa arma dejada en la misma herida, ¿no prueba, antes el contrario, que fué entregada inmediatamente al mismo donante por carlos d'Estarbés como lo declara él mismo? Habría quedado en el mismo castillo y allí fué donde el asesino la habrá encontrado. Pero ese asesino, el culpable verdadero, ese cuya mano se siente en todo este asunto, conocía evidentemente el incidente sorprendido por el jardinero Briua respecto del cuchillo y ha explotado habilmente esta circunstancia.

Porque, en fin, si el acusado es inocente, y lo es, la juro sobre mi cabeza, ¿dónde está el asesino? Ah, señores! esto es lo que debiera buscar la justicia: he ahí donde de-

berían dirigirse todos sus esfuerzos! El asesino, señores, el asesino verdadero está libre; ¿ y sabéis el uso que hace de la libertad que se le ha dado a consecuencia de un lamentable error que se reconocerá, tal vez cuando sea demasiado tarde? Se sirve de ella para inventar mil medios de engañar a la justicia y de atraer sobre la cabeza de un inocente, el castigo que ha merecido él!

Está en todas partes, todo lo vigila, no descansará un momento mientras no tenga perfectamente asegurado el éxito de su infernal maquinación y quién sabe si no asiste a estos debates, felicitándose del sesgo que toman y esperando impacientemente la temible sentencia que asegurará su salvación! Sí, señores, lo presiento, lo adivino, el verdadero culpable está aquí, delante de nosotros todos, confundido entre la multitud, contando con su absolución, es decir, la condenación del inocente que él ha sabido empujar en su lugar, en ese banco infame en que debiera estar sentado en este momento.

Estas últimas palabras produjeron una visible impresión en los jurados, cuyas miradas se dirigieron involuntariamente hacia la multitud en dirección a donde indicaba la mano del defensor.

Este ha sabido hacer nacer la duda en sus espíritus, duda terrible, angustiosa para hombres que dentro de un momento, van a tener que pronunciar la más espantosa sentencia.

Esta duda, el abogado ha sabido comunicarla a toda la concurrencia, mucho más por la fuerza de su convicción, que por la potencia de los argumentos, puesto que en realidad, si ha combatido elocuentemente todos los cargos que se elevan contra el abogado, no ha destruído ninguno. Pero al oirlo, cada uno ha creído entrever aquella mano misteriosa obrando sigilosamente en las tinieblas, y cuando el doctor Vallón, con un gesto lleno de elocuencia, señala con el dedo a la multitud exclamando: El verdadero culpable está aquí! un estremecimiento recorre todo el auditorio y se miran azorados unos a otros con un sentimiento de horror y desconfianza.

—¡Bravo! — exclamó una voz femenina en medio del profundo silencio que siguió al elocuente alegato del defensor.

Es la voz de la señora Bellemain que no pudo contener su entusiasmo al escuchar aquella defensa, que era el eco fiel de sus convicciones, porque ella también cree en que es otro el culpable verdadero.

—¡Silencio! — le dice en voz baja el hombre de los anteojos de oro, — callaos, si no vais a hacer que os echen de aquí; no se hace esto en el recinto del pretorio.

—¿Qué me venís a mí con vuestras historias del pretorio? — respondió la vieja rentista con su habitual vivacidad. ¡Cómo! ahí tenéis un abogado que habla como un ángel, que prueba hasta la evidencia que existe otro culpable, porque ya ahora es imposible dudar, y espero que vos mismo estaréis convencido; y me sería prohibido gritar: ¡Bravo! Vamos hombre! eso no se habría visto nunca.

—Al contrario, señora, esto se ve todos los días, las muestras de aprobación o desaprobación son absolutamente prohibidas en el santuario de...

—¡Ah! bueno ahora salimos con santuario, y hace un momento era el pretorio, yo creía que era un tribunal.

—En fin, señora, habéis tenido una gran suerte de que el ujier no os haya mandado salir, y si queréis que os dé un consejo...

—Que me calle, ¿no? Muchas gracias, tengo lengua y es para emplearlo, ¿sabéis? y declaro en voz bien alta que la defensa de ese abogado está perfectamente; y la prueba es que el fiscal no se atreve a replicar, como tiene derecho.

—La verdad es que ha quedado tamañito el procurador general, — dijo el almacenero. Ya está bien servido, Me parece que tiene pocas ganas de habérselas con el doctor Vallón, bien lo dice su silencio. Se da por vencido.

—Sí, sí, — replica el hombre de los anteojos de oro, con un tono irónico, — a menos que no sea absolutamente lo contrario.

—¡Hein! ¿qué queréis decir? — preguntó la restista dándose vuelta de pronto con un movimiento de bulldog.

—Quiero decir que tal vez os engañéis completamente uno y otro, y que el fiscal juzge inútil responder porque ve su causa ganada.

—Eso sería una infamia, — respondió la señora Bellemain, poniéndose colorada de indignación; — es imposible que se encuentren jueces bastante... Pero ¿qué es lo que pasa ahora de nuevo?

De repente un profundo silencio había sucedido al cuchicheo de la conversaciones particulares.

—Ya veo lo que es, — dice el especiero, — es la vuelta del jurado que se había retirado a deliberar.

El almacenero tenía razón.

Eran los jurados que volvían a ocupar sus puestos, después de deliberar sobre la suerte del acusado.

¡Cuál era le sentencia que traían?

He aquí lo que se preguntaba cada uno de los personas, clavando en ellos miradas ansiosas y preguntándose con angustia, cuál sería el escreto que ocultaban aquellas caras frías y graves.

Por fin se levanta el jefe del jury y se dispone a hablar.

Presa de una tortura que trastornaba todas sus facciones, la señora Fiernas también se levanta y clavando en aquel hombre las chispas de sus ojos negros espera con espantosa inmobilidad la sentencia que va a salir de su boca.

El jefe del jury se pone la mano en el corazón y con una voz algo trémula por la emoción:

—Sobre mi alma y sobre mi conciencia, sí, el acusado es culpable, — dijo.

Y se vuelve a sentar.

La sentencia del jurado es muda sobre las circunstancias atenuantes.

XV

LA MUJER DEL ACUSADO

El auditorio se ha estremecido al escuchar las palabras del jefe del jury, y, delante de tan terrible golpe, todos los corazones se han sentido penetrados de lástima para el desgraciado d'Estarbés.

En cuanto a él, se ha puesto lívido, pero ni un músculo de su cara ha hecho movimiento, conservando en toda su actitud una dignidad imponente.

—¡Pobre mártir! — murmura la señora Bellemain, cuyos ojos se llenan de lágrimas.

Esta vez, el hombre de los anteojos de oro no juzga a propósito responder. Comprende que sería peligroso en este momento levantar la voz contra aquel que ha vuelto a conquistar todas las simpatías de la multitud.

Después del jefe del jurado, toca hablar al presidente del tribunal.

Va a levantarse, cuando se siente un rumor vago entre el público, y se ve entrar y dirigirse hacia el banco de los testigos a una joven, acompañada de un hombre de cierta edad, en cuyo brazo viene apoyada.

Ella camina penosamente con las facciones cubiertas de una palidez mortal, paseando lentametne a su alrededor una mirada vaga e indecisa.

Todo el mundo la reconoce y algunas personas pronuncian en voz baja su nombre con un sentimiento de profundo estupor, cuando de repente se oye una voz que exclama con grito desgarrador:

—¡Hija mía!... ¡Mi Cecilia!

Y la señora de Fiernas corre hacia la joven, que envuelve entre sus brazos y que se queda contemplando luego con una mezcla de espanto y de ternura.

Al mismo tiempo el acusado, que se había levantado al oír el grito de su suegra, se lleva la mano a la frente, vacila de repente y se deja caer en un banco murmurando en voz baja:

—¡Mi mujer! ¡Mi pobre mujer! Dios mío, ¿cómo se explica?

El presidente, que también ha reconocido a la señora d'Estarbés, pregunta con voz conmovida:

—¿Qué viene a hacer aquí esa desgraciada joven?

—Señor presidente, — responde el médico, que es el que le da el brazo para entrar en el tribunal; — os lo voy a decir. Yo sabía por el acta de acusación que oí al principio de la audiencia, que el acusado se negó ante el juez de instrucción a dar a conocer el motivo que había determinado la fuga de su mujer del castillo de Vaudray, y suponiendo, como todavía lo creo, que de la revelación de este misterio tal vez dependería su salvación, tuve la idea de intentar un supremo esfuerzo para hacer penetrar la luz en el es-

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

..... de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . .	$ 2.50
6 „	„ 4.80
1 año. . . .	„ 9.—

píritu de esta joven, convencido de que si yo lograba salir en bien, ella por su parte no vacilaría en declararlo todo a la justicia para salvar a su marido.

Entonces, saliendo apresuradamente del tribunal, fuí corriendo hasta su domicilio, le hablé, le repetí cien veces que su marido estaba acusado del asesinato del señor Doutreville, que su suerte estaba entre sus manos, que con una palabra ella podía salvarlo, que su silencio iba a determinar la condena de su muy amado Carlos, y que era ella, su adorada Cecilia, la que iba a entregar su cabeza al cadalso, sino hacía un esfuerzo para comprender y para venir a declarar la verdad a la justicia, y por fin, a fuerza de repetirle la misma frase, recargando las palabras que podían herirle la imaginación, tuve la alegría de ver que sus facciones se animaban, que un rayo de inteligencia brillaba en su mirada, y por fin que las lágrimas le brotaban de los ojos.

—He comprendido, lo he comprendido todo, — exclamó; — partamos; lo diré todo; quiero salvarlo, pero partamos pronto porque siento un caos en mi pobre cabeza y quién sabe si este relámpago de razón no va a desvanecerse muy pronto.

Aquí está, lo comprende todo, se acuerda de todo, y todo lo va a decir.

De pie enfrente del doctor, con la vista constantemente fija en él y la frente contraída por una prodigiosa retención de espíritu, la joven escuchaba con extrema atención y hacía un visible esfuerzo para seguir el curso de sus ideas.

—Sí, sí, — dijo por fin con gestos extraños y graciosos a la vez y dejaron flotar por la samblea una mirada indecisa y de singular dulzura; me han dicho que Carlos, mi pobre Carlos muy amado...

Se interrumpió como si la emoción le cortase la voz.

Y después añadió:

—¡Me han dicho que iba a morir!... si yo no quería hacer un esfuerzo para comprender. ¡Morir! él, mi Carlos, mi amigo, mi solo tesoro en este mundo... ¡y por culpa mía! ¿es posible? Entonces su nombre, su nombre adorado, repetido a mi oído sin cesar, acabó por penetrar en mi espíritu y ha disipado la tinieblas que había en él, como el sol disipa la bruma... y entonces comprendí. ¡Lo quiero tanto a mi Carlos! este amor debía hacer un milagro. En fin, aquí estoy, voy o decirlo todo, porque lo recuerdo.

De pronto, titubea, se turba y ocultando la cara entre las manos, grita con voz desgarradora:

—¡Oh! ¡horrible, horrible recuerdo!

Y queda inmóvil en aquella posición.

—Señora, señora, — le dice el doctor al oído; — ¡mucho cuidado! Dominaos, conservad la razón, si no, está perdido.

—¡Perdido! ¿quién, pues? — balbucea la joven paseando por su alrededor una mirada extraviada.

—¡Carlos, mirad! allí está, en el banco de los acusados, fijando la vista en vos para suplicaros que lo salvéis contándolo todo, todo lo que pasó allí en Vaudray, en la horrible noche.

Cecilia palidece estremecida. Luego añadé:

—Sí, era de noche, dormía y soñaba con él, que estaba lejos y a quien llamaba en voz baja. De repente me pareció sentirlo cerca de mí, quise despertarme para verlo; ¡hacía tanto tiempo! ¡quince días! Pero parecía que mis pupilas eran de pulomo, no podía levantarlas. Hacía grandes esfuerzos; abro por fin los ojos, y entonces... ¡Oh, qué horror! ¡el viejo!... ¡el viejo!...

Se interrumpe bruscamente, agitada por un estremecimiento convulsivo que hace temblar todo su cuerpo.

Después añade con voz baja y estremecida.

—¡El viejo estaba allí, junto a mí, en mis brazos!... ¡Oh infame! ¡infame y horrible, que me llamaba hija suya y que, después de procurarme un sueño pesado, me había violentado!...

El auditorio quedó aterrado.

La emoción era tal que no se oía el menor murmullo. Todas las miradas estaban jifas en la desventurada y no se sentía ni el aleteo de un insecto.

Se hubiera dicho que todas las respiraciones estaban en suspenso.

Después de una larga pausa la joven levantó la frente.

—Me tiré de la cama, — dijo con voz breve y entrecortada, — recorrí el aposento llorando y gritando, arrancándome los cabellos y maldiciendo al odioso viejo, dando vueltas entre mis manos el vestido que no acertaba a ponerme. Por fin, partí, arrojando al suelo violentamentee al viejo que se arrastraba a mis pies. Salí del castillo, ¿de qué manera? No lo sé. Atravesé la campaña, corriendo siempre, destrozándome los pies con los guijarros del camino, mis vestidos estaban en girones por los arbustos y sin buscar mi camino me encontré a la puerta de mi casa donde caí desmayada. Cuando recobré el sentido mi Carlos estaba allí, parado delante de mí, como un fantasma, yo me eché o llorar arrojándome a sus pies... me preguntó y le dije todo. Allí estaban los dos escuchándome horrorizados, y tan pálidos, que casi en mí razón ya oscurecida me parecía que la sangre se retiraba ya de sus venas y la vida de sus corazones.

Tal es la verdad, mi madre me abrazó, él también, pero sentí que sus dientes crujían, los músculos de su cuello estaban tirantes, como cuerdas... y en seguida fué a tomar un arma, un revólver, y partió... Estaba lívido, sus labios arrojaban espuma, y murmuraba en voz baja:

—Es preciso que yo lo mate.

Ignoro lo demás, oía voces confusas, veía que pasaban sombras y me parecía que en mi cráneo, todo abierto, caía una lluvia de

Tal es la verdad, para decirla he retenido la razón, siempre pronto a escaparse. pero ahora ¿qué me importa, ya que mi Carlos se salvo? Es inocente, bien lo veis; ¡devolvédmelo!

XVI

DESESPERACION

La pobre Cecilia calla entonces, y mirando alternativamente a los jueces y a Carlos d'Estarbés, espera con una confianza ingenua que le devuelvan a su marido.

Hay en sus miradas una dulzura, una serenidad, que conmueven profundamente al auditorio, todavía bajo la impresión de la sentencia del jurado, aquella sentencia que no deja esperanza alguna y que ignora la infeliz.

Cada uno espera temblando el drama que va a pasar cuando el presidente tome la palabra a su vez proclamando la aplicación del artículo del Código Penal que se desprende de la decisión del jurado, y esperan aquel momento fatal con verdadera angustia.

Sobre todo en las tribunas reservadas, ocupadas aquel día por las mujeres más elegantes de la ciudad, todas más o menos íntimamente ligadas con la familia del acusado, es donde es más intensa la emoción.

Entre las más conmovidas y aterradas, se notaban dos señoras jóvenes de una extremada belleza, a pesar de la mortal palidez que cubría sus facciones y alteraba su carácter.

La una, de unos veinticinco años, de estatura mediana y armoniosamente desarrollada, de ojos y cabellos negros, y de tez blanca mate, tenía una fisonomía grave y melancólica; la otra, de algunos años menos, flexible de talle y delgado, era notable por la abundancia y el tono exquisito de su cabellera blonda, por la limpidez y el profundo encanto de sus hermosos ojos azules, y finalmente por la expresión de bondad y gracia ingenua que se desprendía de toda su persona.

Una y otra son conocidas de nuestros lectores, que las han visto en "La Vueita de Rocambole", bajo los nombres de Valentina y Tatiana.

Las dos han cambiado de nombre desde que no las veíamos: la primera casándose con Pablo de Treviannes, y la segunda llegando a ser la esposa del artista Santiago Turgis.

—¡Pobre Cecilia! — dijo Tatiana a la señora de Treviannes; — ¡qué destino tan horrible! Ella, que era el alma y la algría de nuestras reuniones...

—Ved, Tatiana, — respondió Valentina; — no sé lo que daría por verla lejos de aquí, si ha de escuchar al presidente cuando pronuncie la sentencia de...

—¡Oh! — exclamó Tatiana estremeciéndose; — siento que a esta idea se me hiela el corazón dentro del pecho.

—Si yo hubiese adivinado la vuelta que tomaría este asunto, me hubiera guardado bien de venir aquí; pero ¡quién era capaz de imaginarse!... ¡Ah! ¡Pobre Carlos!... Y a pesar de todo, querida Tatiana, yo estoy siempre convencida de su inocencia.

—Como yo y como todos cuantos lo conocen; pero, ¡ay! ¿Qué importa nuestro sentimiento?

Luego, volviéndose a un joven colocado detrás de ella:

—Santiago, — le dijo, con una voz, cuyo timbre casi argentino era dulcísimo y seductor como una caricia; — ¿creéis que la relación que acaba de hacer Cecilia no podrá modificar la opinión de los jueces?

—Desgraciadamente no, mi querida Tatiana — respondió el pintor, — los jueces tiene evidentemente su opinión formada sobre este asunto, como vos y yo, pero ellos ni siquiera pueden manifestarla, su papel se concreta ya desde ahora, en aplicar la ley, de acuerdo con la sentencia pronunciada por el jurado.

—Pero Cecilia no podrá permanecer ahí, si esa sentencia se pronuncia delante de ella, podría morir de repente fulminada.

En el momento mismo en que la hermosa blonda se expdesaba así, Carlos d'Estarbés, que desde la llegada de su mujer no le había quitado la vista de encima un solo instante, acababa de hacer una seña a su abogado, que en seguida se le aproximó.

—Amigo mío, — le dijo, — ya sabéis como yo, la palabra que dirá el presidente dentro de un instante, os lo ruego haced por manera de que se lleven a mi mujer.

—Comprendo, — respondió el abogado con voz conmovida, tranquilizaos, voy a evitar ese dolor.

—Conozco a mi pobre Cecilia, — repuso el joven con los ojos llenos de lágrimas, caería ahí mismo, donde la vería retorcerse y gritar, llorando desesperadamente... Gracias, gracias, amigo mío, me ahorrais una verdadera tortura.

—Voy a hablar con la madre, y...

—No, no ella me quiere como un hijo propio, tendríamos que tener una explosión que revelaría a Cecilia la horrible verdad. No, no; es menester, por el contrario, engañarla a ella también haciéndoles creer a ambas que, según todo probabilidad, voy a salir del tribunal para ir a mi casa, en donde vamos a vivir unidos y dichosos, como...

Se calló repentinamente.

Los sollozos le subían a la garganta y le inmpedían hablar.

Su amigo lo comprendió y se fué en seguida.

Se dirigió directamente al médico que había acompañado a la señora de d'Estarbés, lo llamó aparte y le dijo algunas palabras al oído.

—¡Cómo! — exclamó éste estremecido, ¿creéis que la sentencia...?

—Sí, lo creo, apresuraos, pues.

Luego, dirigiendo una rápida mirada del lado del acusado.

—¡Mirad! — le dijo, — ved a nuestro infeliz, amigo, sus miradas se fijan en vos con terrible ansiedad. Ya no piensa en él en este momento, y se olvida de la terrible sentencia que lo amenaza, todas sus ideas, todas sus preocupaciones, todo su corazón y toda su alma están concentrados en su mu-

jer, y espera en medio de crueles angustias que la saquéis cuanto antes de este recinto donde va a resonar su sentencia de muerte.

Entonces el doctor aproximándose a la joven que, con la vista en su marido, esperaba con vaga sonrisa el momento en que le sería permitido salir con él del tribunal, le dijo en voz baja:

—Salgamos; lo esperaremos afuera.

—¿Por qué? — preguntó Cecilia, saldremos juntos.

—¿No os fijasteis en que el abogado vino a hablarme hace un momento?

—Ya lo he visto, ¿pero qué me importa?

—Venía de parte de vuestro marido.

—¿Para qué?

—Para pedirme que os sacase de aquí y no esperaseis en la plaza, donde vendrá en seguida a reunirse con vos.

—¡Ah! — exclamó la joven, ¿os mandó decir eso? ¡Y bien! sea puesto que él lo quiere. ¡Ah! es que, ved, doctor, yo estoy muy contenta cumpliendo su voluntad; ¡quiero tanto a mi Carlos!

Y añadió en seguida:

—¿Y mi madre?

—Yo, hija mía, — respondió ésta, que todo la había oído y comprendido, — yo tengo necesidad de quedarme aquí unos momentos todavía, pero pronto estaré contigo; anda, hija, anda con el doctor.

Cecilia fijó la mirada en uno y en otro con una expresión de duda y desconfianza. Luego, después de un momento de reflexión y como si tomase una repentina resolución:

—Salgamos, — dijo poniendo el brazo encima del brazo del doctor.

Se alejó con la cabeza vuelta hacia su marido, en el que tuvo la vista fija hasta que franqueó la puerta del tribunal.

Entonces brilló un rayo de alegría en la vista del acusado, cuyas facciones se serenaron de nuevo.

Se hubiera dicho que todos sus temores acababan de disiparse y que esperaba la libertad.

—¡Al fin! — suspiró Tatiana que lo mismo que su amiga y su marido, había comprendido toda aquella escena siguiéndola hasta el fin con viva ansiedad; ya está el pobre Carlos libre de todo cuidado por ese lado... y nosotras también, — añadió,— porque la desesperación de Cecilia nos hubiera partido el corazón.

Y en seguida, dirigiéndose a su marido:

—Quisiera irme, — le dijo toda conmovida; — me siento trastornada al pensar en lo que sucederá dentro de un momento.

—Con mucho gusto, — respondió Santiago, poseído también por violenta agitación; pero la dificultad estará en atravesar esta muralla de señoras y después en poder cortar la compacta muchedumbre que nos rodea por todas partes, y que en este momento sobre todo no se ha de querer mover.

—No importa, probemos, — repuso Tatiana con voz entrecortada y agitada por un temblor nervioso.

Y levantándose vivamente se disponía a pasar entre dos señoras, cuando de repente se hizo un silencio sepulcral y la sala entera quedó inmóvil.

Era que el presidente del tribunal se ponía de pie.

—Demasiado tarde, — balbuceó Tatiana cayendo otra vez en su asiento.

Las palabras del presidente del tribunal zumbaron vagamente en los oídos, que se negaron a escuchar, pero oyó distintamente, estremeciéndose, estas últimas palabras, que resonaron en su cabeza como una campana fúnebre:

—...Condenado el acusado Carlos d'Estarbés a la pena de muerte!

Apenas se acababa de pronunciar la última palabra de la sentencia, cuando las bóvedas del tribunal retumbaron con un grito tan terrible, tan agudo y desgarrador, que no podía salir sino de un alma fulminada. El auditorio quedó helado de espanto, y los mismos jurados, que permanecían en sus puestos, como petrificados.

En el instante mismo se precipitaba una mujer en medio de la sala, y allí, con desordenados gestos, con la vista echando llamas de fuego, con una voz retumbante, cortada por los sollozos y por los gritos de desesperación, exclamó con la mano extendida hacia Carlos d'Estarbés:

—¡A muerte, él, mi marido, mi querido Carlos, condenado a muerte! ¿Y creéis que yo lo abandonaré porque os place enviarlo a morir? ¡Jamás! ¿Y qué ha hecho él para eso? Ha muerto, decís. No lo sé, no sé lo que ha pasado, pero yo os pregunto, a todos cuantos me oyen, a vosotros mismos, jueces inflexibles, ¿qué hubierais hecho en su lugar?

¿Qué habríais hecho a ese viejo infame al encontrarlo allí, junto a vuestra mujer, mancillada, ultrajada por él?...

Lo habríais muerto, en el acto! Ya veis, pues, que es inocente; dejadlo, dejádmelo, ¡Dios mío! ¡Dios mío! Devolvedmelo, yo...

Callóse de repente y cayó al suelo, presa de una terrible crisis nerviosa que retorcía sus miembros y desfiguraba sus facciones.

XVII

UN NOMBRE CONOCIDO

Algunos instantes después, la multitud iba saliendo lentamente del recinto del tribunal, toda conmovida aun por la escena terrible que acababa de terminar aquella audiencia.

La última que salió era una mujer que iba vestida de paisana.

Tendría unos sesenta años, pero sus cabellos blancos, sus facciones pálidas y arrugadas, su estatura baja y ligeramente encorvada, la hacían aparecer, a primera vista, mucho más vieja de lo que era realmente.

Aquella cabeza magullada, descolorida, impasible como la de una muerta, hubiera pasado desapercibida, sin dos ojitos negros calados como un barreno debajo de las dos arcadas de espesas cejas que los sombreaban.

En aquellos ojos, pequeños y brillantes co-

mo dos diamantes negros, había tal potencia de vida, tal vivacidad de imaginación, y por decirlo así, un hormiguero de sentimientos extraños y de misteriosos recuerdos, que admiraban y forzaban a fijarse en ella, al que la veía por primera vez.

Llegaba de los primeros al recinto del tribunal, se colocó en la primera fila de los espectadores, y una vez allí, clavada en un rincón del extremo de la balaustrada, que le llegaba hasta la barba, ya no se movió más.

Con la vista fija alternativamente en el presidente, en los testigos, en el procurador general, en el condenado, al que miraba con más frecuencia, se hubiera tomado por alguna esfinge inmóvil y siniestra, en frente de la víctima que pretende fascinar.

Sea que tuviera una especial preferencia por esta clase de causa criminales, sea que tuviera algún motivo secreto para interesarse en ésta, había permanecido ocho horas seguidas allí, clavada, en el mismo sitio, en la misma posición, en la propia inmovilidad y tan completamente absorta, que parecía no tener ya conciencia del sitio en que se encontraba.

Y ¡cosa rara! aunque evidentemente tomase un gran interés en el drama que se desarrollaba a su vista, ninguna impresión se translucía en aquella cara de piedra.

Unicamente así que el presidente declaró que el acusado era sentenciado a la pena de muerte, una ligera turbación se dibujó en sus facciones, cuya palidez se puso casi lívida.

Pero esto fué todo.

Al salir del tribunal, su caminar fué más lento y parecía menos firme que a la llegada. Y hasta se detuvo un momento, agobiada por la fatiga o transida por la emoción; luego, después de dirigir una mirada a su alrededor, se encaminó hacia un café abierto que había a pocos pasos del tribunal.

Una vez allí, buscó el rincón más retirado y desierto del establecimiento y se sentó.

—¿Qué sirvo a la señora? — preguntó un mozo que acudió en seguida con la servilleta debajo del brazo y el aire apresurado.

—Agua azucarada, hacedme el favor, señor, — contestó la vieja, intimidada con los corteses maneras del mozo de café.

El establecimiento desbordaba de consumidores que habían acudido allí al salir del tribunal, y naturalmente, todo el mundo hablaba animadamente del drama que acababan de presenciar.

En uno de los grupos más inmediatos a la mesa de la paisana, había un personaje que llamaba especialmente la atención general.

Estaba muy rodeado; se disputaban a quién lo interrogaría y brindaría con él.

Aquel personaje era el testigo Pedro Chenu.

—Sabéis, señor Chenu, que habéis tenido un papel importante en este asunto?—le dijo uno de sus vecinos, un burgués de unos cincuenta años, a quien unas patillas espesas, a la americana, una casaca azul con botones dorados y unos anteojos con montura de oro daban un aire doctoral y una fisonomía especialísima.

—He dicho lo que sabía y nada más, — respondió el campesino con tono modesto y mientras jugaba con los dedos con las borlas de cuero de su bastón de algarrobo.

—¡Y nada más, y nada más! pero es que este nada más era sencillamente el nudo del asunto; porque la verdad es que si la Providencia no os pone allí a la ventana, expresamente para ver al asesino cuando salía del castillo a la una de la madrugada, el miserable escapa de la espada vengadora de la justicia.

—En cuanto a eso — dijo Pedro Chenu, — no puedo negarlo, tanto más cuanto que después de la "ortodoxia" del cadáver...

—El señor Chenu querrá decir autopsia.

—No quiero contrariaros, pero es la ortodoxia.

—Así debe ser; continuad.

—En una palabra, al decir de los médicos, la muerte de ese pobre señor Doutreville...

Se interrumpió para pasarse el pañuelo por los ojos. Después continuó:

—¡Perdonad, pero es que yo lo conocía tanto a ese pobre señor Doutreville! Y puedo asegurarlo, por su parte, él me quería mucho. "Pedro Chenu, me decía muchas veces; eres un hombre de bien, no me abstengo de decirlo, y si alguna vez necesitas un servicio, mi caja estará siempre abierta". Pero ¿qué queréis? Yo nunca necesitaba nada, siempre he andado perfectamente, en mis negocios; esto lo sabe todo el mundo, ¿por qué le hubiera ido a pedir dinero a ese pobre y bueno de señor Doutreville?

Se pasó de nuevo el pañuelo de cuadros por los ojos, que no parecía tener necesidad de ser enjugados.

—¿Dónde estábamos? — repuso después de una pausa; ¡ah! ya sé: decía que, según los médicos, la muerte de ese buen señor Doutreville...

Iba a levarse otra vez el pañuelo a los ojos por tercera vez, pero el hombre de los anteojos de oro lo detiene.

Entonces continúa:

—La muerte debía remontar a la una o las dos de la madrugada.

—Lo que prueba clarmente que en este asunto habéis desempeñado el papel de agente providencial.

—Es la pura verdad.

—¡Qué suerte! ¿no?

—¡Ya lo creo!

—Uno se estremece no más de pensar en lo que habría sucedido sin vos; la justicia hubiera podido extraviarse, las sospechas podían recaer sobre un inocente, y en tanto que éste hubiera pagado con su cabeza el crimen que no había cometido, este monstruo, porque es el único nombre que se puede dar al asesino de un bienhechor suyo, este monstruo hubiera gozado tranquilamente, en compañía de su infame concubina, de la fortuna robada a ese buen señor Doutreville.

—Tenéis muchísima razón, señor, — replicó Pedro Chenu; — y como decís muy bien, ese Carlos d'Estarbés es un monstruo, un verdadero monstruo.

—¡Es falso!

Estas dos palabras, lanzadas con una voz neta y cortante, hacen volver todas las cabezas del lado de donde han partido, y cada uno queda estupefacto a la vista de la vieja paisana, tan serena y tan impasible, que cuesta trabajo creer que sea ella quien las haya pronunciado.

Sin embargo, era imposible dudar, porque ella era la única persona que había en aquel rincón.

Pedro Chenu le dirigió una mirada malévola y solapada.

Luego, con una voz en que se translucía una cólera sorda:

—¡Ah! ¿vos decís que no es un monstruo, vos? — exclamó con tono amenazador; — ¡y bien! digamos que es un ángel, y que es la justicia la que hace mal.

—Es cierto — responde la vieja campesina siempre en el mismo tono, de tal manera que se diría que sus palabras salen de una boca de piedra.

—Cada uno tiene sus caprichos — replica Pedro Chenu con rencorosa ironía; — pero, de todos modos, para una persona que come el pan de la familia Doutreville, me parece algo fuerte.

La vieja paisana no se digna responder.

Permanece muda e inmóvil.

En cuanto a Pedro Chenu, por el contrario, queda bajo el imperio de un furor reconcentrado que hace estremecer sus descoloridos labios.

—¡Mirad — dijo por fin a la vieja, clavándole una mirada llena de odio y de hiel; deberíais avergonzaros de vuestra ingratitud y si no me contuviera...

Con los puños cerrados y el crujir de los dientes expresaba su pensamiento con una elocuencia espantosa.

—No os molestéis, Pedro Chenu — respondió por fin la viejecita lanzándole en los ojos una mirada fría y acerada como la punta de un estilete; no sería esta la primera vez que habríais golpeado a una mujer; únicamente que hoy no habría modo de decir que tomabais mi cabeza por una cabeza de turco.

El paisano se puso lívido de rabia. Pero conteniéndose en seguida por un poderoso esfuerzo de su voluntad:

—¡Mirad! — dijo, — yo mismo me despreciaría si conversaba por más tiempo con vos.

Y tomando bruscamente el bastón y el sombreo, se fué.

Eran las seis de la tarde; la hora de comer; muchos de los concurrentes al café saliendo fueron también, de tal manera que al cabo de cinco minutos ya no quedaba en aquel rincón del establecimiento sino dos personas frente a frente: la vieja paisana y el hombre de los anteojos de oro.

Este último se aproximó a la otra y le dijo, bajando la voz:

—¿Dudáis, pues, de la culpabilidad de Carlos d'Estarbés?

—Yo no dudo — respondió la vieja con aquel tono seco e impasible que le era peculiar.

—¿Qué queréis decir?

—Digo que es inocente.

—¡Ah! ¿Y qué motivo tenéis para interesaros por ese joven? ¿Sois pariente suya, quizá?

—Su nodriza.

Después de dirigir una mirada a su alrededor, añadió bajando aun más la voz:

—¿Dónde vivís?

—En Chauville.

—¿Calle?

—En el Castillo de Doutreville... el que ha declarado hace poco.

—Mañana me veréis.

—¿Cómo os llamáis?

Y añadió:

—Juanita Lorrain.

Y mirándolo fijamente, ella le preguntó a su vez:

—¿Y vos?

—Señor Portal

XVIII

JUANITA LORRAIN

Eran las nueve de la mañana y la temperatura muy agradable para la estación. El cielo estaba sin nubes y una ligera neblina flotaba sobre la campiña, blanca y luminosa bajo los rayos del sol matinal que la atravesaba.

Era una de esas mañanas de otoño, en que la naturaleza aparece revestida de un brillo y un encanto, más vivos y penetrantes que en los más hermosos días primaverales.

A los rayos de aquel sol un poco brumoso, los montes y los prados, las casas y aldeas tomaban una fisonomía especial, alegre y graciosa, cuya influencia experimentaban hasta las naturalezas más vulgares, y esta impresión parecía sentirla particularmente una familia de paisanos en cuyo seno vamos a entrar.

La casa, construída de ladrillos, tenía toda la fachada surcada por una parra, cuyas hojas habían tomado los tonos más diversos y resplandecientes: el verde, el amarillo, el rojo, el violeta, se confundían en admirable y deslumbradora confusión, cubriendo los dos pisos de la fachada con una inmensa alfombra y sin dejar más claros que las puertas y las ventanas abiertas de par en par para dejar penetrar aquel aire puro y vivificante, perfumado con el aroma de las hojas caídas.

En aquella casa iban y venían con un ardor que explicaban, por otra parte, sus caras rebosantes de salud, cuatro personas, que cada una tenía su ocupación.

Primero era el dueño de casa, un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, ancho de espaldas, de tez fuertemente coloreada, de potente musculatura, dotado de un pronunciado abdomen, pero que no

obstante no le quitaba nada de su actividad.

Una muchacha, bastante linda, trigueña, rebosante de salud, como su padre, sacudía una alfombra en la ventana del primer piso; en tanto que su madre, también sólida y corpulenta matrona, limpiaba y frotaba vigorosamente los muebles de nogal que adornaban aquella pieza.

Finalmente en el piso bajo, una sirvienta joven, cortada por el mismo molde de sus patrones, ponía la mesa en una cocina inmensa, toda impregnada de las exhalaciones aromáticas de un guiso de carnero con papas y nabos que hervía en una hornalla, y el cual ella vigilaba con un esmero especial, mientras colocaba los platos en la mesa.

—¡Hola! ¡eh! Pedrita, ¿está eso? — gritó de repente el patrón con voz estentórea; — son las nueve, y las ratas me corren por la barriga.

—Ya está, ¡patrón, ya está, — respondió Pedrita, — ya puede venir todo el mundo. Voy a poner el "ragout" en la mesa.

El paisano se apresuró a dejar su trabajo con una prisa que demostraba la fuerza de su apetito y corrió a la cocina, donde llegaban también su mujer y su hija con no menos buenas disposiciones de estómago.

Acababan de sentarse alrededor del ragout humeante, cuando dieron dos golpecitos en la puerta de la cocina.

—¡Entrad! — gritó el paisano.

La puerta se abrió y apareció una mujer en el umbral.

—¡Toma! es la tía Lorrain, — gritaron toda la familia a un tiempo, — entrad, pues, tía Lorrain.

—Caramba, — dijo la recién venida, — cerrando la puerta tras sí, no vine más que para eso.

Y sentándose en una silla de paja que le avanzaba Pedrita.

—Buenos días, señor Vacheux y toda la familia, — dijo; — y... ¿cómo va esa salud?

—Ya lo veis, pues, tía Lorrain.

—Sí, sí, ya veo que todos estáis en vías de hacer una buena obra.

—Bueno, pues, si el corazón os dice que sí, acomodaos aquí en la mesa y haced como nosotros.

—No sería de despreciar, porque tenéis ahí un guiso con un aspecto y un olor que convida, pero tan temprano no tengo nunca apetito.

—Como gustéis, tía Lorrain, como gustéis, — dijo Vacheux, que durante todo este diálogo no perdía bocado.

Y repuso después de tragar un buen vaso de vino:

—¿Y cómo sigue ese pobre señor Doutreville? ¿Debe estar muy afligido, eh?

—¡Oh! sí, muy afligido, como decís, señor Vacheux.

—¡Quería tanto a su hermano!

—Eran unidos como dos dedos de la mano, es muy cierto.

—Y a propósito, ¿parece que el asesino ha sido condenado a muerte?

—¿A quién se lo dices? Yo estaba en la audencia.

—¿Quién lo hubiera creído nunca de ese joven? porque yo lo conocía mucho. Lo había visto muy a menudo cuando llevaba aves al castillo, y hubiera jurado que era el hombre más honrado del mundo. ¿de qué puede uno fiarse, mi pobre tía Lorrain?

—Es lo que yo me decía al verlo ayer en el banco de la Corte de Assises.

Y añadió, después de una pausa:

—Pero me entretengo charlando y me olvido de que mi sobrina me espera con impaciencia.

—¿Vuestra sobrina?

—Sí, pues; Virgina, la hija del zuequero, está enferma desde hace ocho días.

—¿Y qué tiene pues la pobre Virginia? — preguntó la muchacha.

—¡No me habléis de ello! Tiene una bronquitis, que os arrancaría el corazón de oirla toser.

—Ya sé lo que es, — dijo Vacheux, — no he tenido otro enfermedad durante mi vida, pero me acordé bien, sí, creí que dejaba la piel.

—Era en efecto una bronquitis lo que vos tuvisteis, ¿no? Entonces no me engañaba.

—Eso era, eso, ¡ah! no es fácil que me olvide.

—Bien sabía yo que debía ser esto mismo, y para hablar con más franqueza, es lo que me trae hoy aquí.

—¡Ah! ¡ah! — hizo Vacheux sorprendido.

—Lo que hay ese esto, cuando ví que la tos de Virginia degeneraba en bronquitis, porque ya entiendo algo de esto, puesto que he sido enfermera más a menudo de lo que quería, me dije de pronto: "hay que llamar un médico".

—Naturalmente, — dijo Vacheux.

—Naturalmente, sí, — replicó la tía Lorrain, — pero los médicos cuestan caros, es lo primero que se me ocurrió, y entonces me acordé que vos también habíais tenido una bronquitis, y que no hace más de unos dos meses; ahora bien, como sois un hombre de orden y de economía, he pensado que debéis haber guardado la receta del médico para un caso de que volvieses a pillar la misma enfermedad, porque en el oficio que tenéis estáis expuesto continuamente.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de Pucky.

—Los ojos tan negros son heredados de mi padre.
—¿Qué oficio tenía?
—Era boxeador.

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES

Proporciona cada tarde la más amplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

inserta cada Jueves, las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada.

Pida un ejemplar con este cupón

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:

1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION DE LOS JUEVES:

1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

El magazine de mejor lectura

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Agosto 17
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 255

UNA DRAMÁTICA ESCENA DE

Zelie de Paris

Novela corta traducida a propósito para este magazine.

A LAS CUATRO DE LA MAÑANA

—¿Qué es esto, a estas horas?
—¡Un velador!

SUMARIO

ZELIE DE PARIS

Una vibrante narración traducida especialmente para este magazine.

LA CASA USURPADA

Divertido relato especial para los niños, escrito por el notable autor José Bruno.

TARZAN DE LOS MONOS

Segunda parte, — titulada "El regreso de Tarzán", — de la más notable y sensacional de las novelas modernas. Esta obra plantea un extraño problema: "¿puede un hombre ser como un mono? ¿Puede un mono ser como un hombre?

TRADICIONES PERUANAS

Una de las más hermosas producciones de Ricardo Palma, el eminente escritor peruano y titulada "Los caballeros de la capa". Es atrayente del primero hasta el último párrafo y atrae al lector con el interés de su argumento y la galanura de su estilo.

"Pucky" a través del mundo

Crónica novedosa e ilustrada, interesante para todos los lectores.

EL UNICO EJEMPLAR

Interesantísimo relato, original de Germaine Acrement, que atrae desde el primer párrafo hasta el último.

ROCAMBOLE

La novela "Las tragedias del matrimonio", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

CONCURSO PERMANENTE DE "PUCKY"

VARIOS CHISTES PREMIADOS CADA SEMANA

Dentro de pocas semanas, los lectores de "Pucky" podrán enviar cuantos chistes deseen. De esos se publicarán cada semana los que elija la dirección y a los mejores de cada semana se les otorgará un premio de pesos 5.

Los chistes deben llegar, para mayor facilidad, escritos en tarjetas postales, en las que estará pegado el cupón que, con ese objeto, publicará este magazine.

No se limita el número de premios. Si una semana se presentan tres o cuatro o cinco chistes dignos de premio, todos serán premiados, si bien en las debidas condiciones.

La única condición que se debe tener en cuenta es la moralidad.

EL DIRECTOR.

Vd. está intoxicado

porque no mueve bien su vientre. Los purgantes lo alivian momentáneamente, pero aumentan su intoxicación, porque irritan sus mucosas gastro-intestinales y las hacen más permeables a las toxinas.

Uvalina "Biol"

NO ES PURGANTE - no contiene substancias tóxicas. Está preparada con uva y lubrificantes. Es como el aceite y el combustible para la máquina nueva. Suaviza e impide la absorción de las toxinas. Desinfecta y descongestiona.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

LO MISMO QUE HIZO PULGARCITO

—¿Reconocerás el camina para regresar por él?

—Sí; no te preocupes; voy dejándolo marcado.

Zelie de París

Por VICTOR MAC CLURE

(Traducción del inglés especial para este magazine)

André Pellerin parecía hallarse violento.

—¿Por qué tratas tan bruscamen te a ese anciano? — preguntó a Zelie Vautel.

—Porque es un animal, — respondió secamente la joven.

—Pero, querida, — protestó André, — tiene una cara tan amable y una voz tan dulce...

—Pero es un vil animal, André, — repitió Zelie, acalorada, — y hasta estaría por decirte que es el ser más ruin que existe.

—Y, sin embargo, parece ser un santo.

—Las apariencias engañan, André, te contaré todo...

Y Zelie comenzó el relato de aquel viejo Ganard, André Pellerin quedó estupefacto. De no haber sido por la sinceridad que siempre había caracterizado las palabras de Zelie. André, en esta ocasión, hubiera dudado de ellas. Pero, aunque era apache, y por lo tanto cómplice de los malhechores, había en el carácter de la hermosa Zelie un arraigado sentimiento de modestia, que le movía, habitualmente, a evitar las discusiones acerca de ciertos temas, bastante frecuentes por cierto, entre los hombres y mujeres con los que estaba frecuentemente en contacto.

Además tenía Zelie la costumbre de no hablar jamás de otras personas, de no ser que sus afirmaciones fueran fácilmente demostrables, conformándose siempre con ocuparse de sus propios asuntos.

Por lo tanto, cuando André oyó el relato que ella le había hecho, con respecto a Ganard, supo que se trataba de verdades incontestables.

El anciano, que parecía ser un sacerdote sin sotana, no era sino un vulgar mercader de las miserias humanas, un despreciable traficante de carne humana. La mercadería con que Ganard ejercía su vil comercio era exportada a los lejanos puertos de Hamburgo y Buenos Aires; Port Said y Veracruz. Hasta llegaba al Japón, en algunas ocasiones. No había vicio humano, desconocido para Ganard y de todos ellos sacaba provecho.

—En una palabra, ese sujeto es el malvado más bajo que habita sobre la tierra, — término diciendo Zelie. — y, sinceramente, me gustaría verle algún día en la guillotina.

Zelie sonrió a su compañero; pero al recordar a Ganard, que acababa de retirarse, la sonrisa se borró inmediatamente de sus labios.

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 44 de este número

—Me parece que nada sería más justo que quitar a ese hombre una parte de su miserable dinero.

Este pensamiento pareció ocuparla tanto que, por un momento, olvidóse hasta de Ganard, para dedicarse por completo a su conversación con André Pellerin. Durante el tiempo que faltaba para terminar la comida, Zelie prosiguió su conversación sobre el mismo tema, acompañando luego a Pellerin hasta su vivienda-taller. Pero apenas hubo Zelie examinado los últimos libros encuadernados por Pellerin, salió del taller de éste, dirigiéndose apresuradmente al apartado garage, donde León, uno de los componentes de la banda y eficaz ayudante de Zelie, hacía las cosas más extraordinarias en materia de automóviles.

La joven conversó durante casi una hora con León, cómodamente arrellenada en el asiento posterior de un lujoso coche limousine, partiendo luego del garage.

Unos días después, cuando Ganard encontróse nuevamente con Zelie, delante de un café céntrico, pudo observar con verdadera sorpresa, que esta había cambiado por completo sus modales para con él. Ella estaba sentada, sola en una mesa. Aun no había mucha gente, pues la hora era aun temprana para almorzar. Con un gesto, Zelie hizo comprender a Ganard, que se sentara a su mesa.

—Buenos días, señorita Zelie, — dijo Ganard con tono angelical. — ¡Qué hermoso es ser joven y bella en un día tan espléndido!

Interiormente, Zelie sintió asco hacia el hombre, pero en apariencia, tomó sus palabras como un halago y contestó:

—Tan hermoso como ser anciano, buen mozo, lleno de salud, rico y puro en el corazón, Padre Ganard.

—¡Ah! — dijo Ganard con cierta duda, mientras echaba sobre la joven una mirada que distaba mucho de ser santa. — Me halaga usted demasiado, señorita; ¿quién sería capaz de poseer tantas cualidades al mismo tiempo. En lo que a la edad y la salud se refiere, tiene usted razón; pero, en cuanto a riqueza y a ser buen mozo, o puro de corazón? Bien, todos hacemos lo que podemos...

Ganard se detuvo, lanzando un suspiro, como si se resignara a ser pobre pero honrado.

Zelie, tratando de cambiar el tema de la conversación, sacó de su cartera una pequeña caja metálica y la entregó a Ganard, diciendo

—¿Qué opina usted de esto?

Ganard abrió la caja, que contenía un polvo blanco.

—¿Pero qué es esto, chica? — preguntó con tono enfadado.

—Ya sabe usted lo que es, Ganard, — respondió Zilie con impaciencia, — es cocaína. Deseo que usted opine sobre la calidad.

—Pero, chica, ¿cómo quiere usted que yo conozca la calidad?

—Vamos Ganard...

—Además, ¿de dónde sacó usted eso?

—De donde puedo obtener mucho más, de desearlo, — contestó Zelie fríamente.

—¿De veras? ¿Y por qué me muestra usted eso?

—Creí que podría hacer negocio con usted. — dijo Zelie.

—¡Ah! — respondió Ganard, mojando la yema de un dedo y apoyándola sobre el polvo. Una pequeña porción de la cocaína quedó adherida a la yema de su dedo, y Ganard la colocó sobre la lengua.

—Sí, — dijo por fin, — es una cocaína de buena calidad. ¿De dónde la sacó usted?

Ganard ya no simulaba desconocer la droga. Zelie sabía que la atención del anciano estaba fija en ella, pues su manifestación de que podría obtener grandes cantidades de la droga, seguramente no había gustado a Ganard, ya que los traficantes al por mayor de alcaloides eran muy pocos en número y uno de ellos era Ganard.

En contestación a la pregunta del anciano, ella sonrió misteriosamente.

—Voy a decírselo, Ganard,—dijo sonriendo; — como usted comprenderá se trata de una mercadería alemana; pero el detalle de quién me lo trae, me lo reservo. Yo le ofrezco a usted el producto a un precio que le permitirá realizar grandes utilidades.

—¿Cuál es el precio?

—Veinticinco francos por gramo.

—Es muy caro.

—Trate usted de comprarlo en otra parte a sesenta francos el gramo, — contestó Zelie.

—El precio, al por mayor, es de tres francos, como máximo.

—Pero ese precio rige para los que, como nosôtros, pueden comprarlo, — advirtió Zelie.

Ella sabía que el precio que había pedido por la droga era muy inferior al que Ganard estaba acostumbrado a pagar, y, que, como es natural, éste estaba intrigado.

—Bueno, — contestó Ganard. — ¿Cuánto tiene usted disponible para vender?

—Para empezar, — dijo Zelie con la mayor calma, — tengo cinco kilos.

Sería falso decir que Ganard perdió, al punto, toda su sangre fría; pues era ,en todo momento, dueño de sus emociones. Sin embargo quedó, por un momento, pensativo, mirando fijamente a Zelie.

—¿Cinco kilos? — dijo.

—Sí, para empezar, — contestó la joven, con modestia.

—Cinco kilos para comenzar, — repitió Ganard.

Después, en un tono bien distinto al que había usado hasta entonces, el traficante de alcaloides prosiguió:

—Oiga, señorita, es necesario que hablemos sobre este asunto.

—Es lo que iba a proponerle, precisamente, — respondió Zelie.

—Pero aquí no podemos hablar. El café va llenándose de público. Es mejor que vayamos a mi casa.

Zelie titubeó por un momento.

—Muy bien, — respondió al fin.

Unas horas después, Zelie hallábase nuevamente sentada en el asiento posterior de la limousine, en el garage de León.

—Estoy segura de estar en lo cierto, León, — protestó ella.

—Pero a mí no me gusta el asunto, — contestó el obscuro ingeniero, — me parece que corre usted demasiado riesgo. Zelie, aun

en el caso de tener razón. Es mejor que volvamos a nuestro primer plan.

—Es que la ganancia, en total, se elevará solamente a 125.000 francos, para ser repartidos entre todos, de resultar el plan, — dijo la joven. — Además, para cubrir todas las latas conteniendo ácido bórico con una capa de cocaína, tendremos que gastar, por lo menos, 15.000 francos, y eso, si conseguimos la cantidad de cocaína que nos hace falta

El despreciable sujeto se inclinó sobre ella y la hubiera tocado, de no haberse defendido Zelie con toda energía.

—La conseguiremos — respondió León; — no me gusta la nueva idea suya. No puede usted eestar segura de las intenciones de Ganard en contra de usted, Zelie.

—Si hubiera usted oído a ese canalla, León, no lo hubiera usted dudado.

—Me gustaría romperle la cabeza con una llave...

—Estoy segura que, de todos modos, Ganard intentará deshacerse de mí; ya que, una vez desaparecida yo, será casi seguro que el supuesto vendedor, ofrecerá su mercadería clandestina, directamente a Ganard.

—¿Y quiere usted meterse directamente en la trampa que él le ha preparado?

—¿Por qué no? Se que es una trampa y creo poder contar con la ayuda de ustedes.

—¿Pero si fallara el plan en algún detalle?

Zelie contra su voluntad, sintió estremecerse.

—No deben ustedes dejar salir de la casa de Ganard nada sospechoso, hasta no estar seguros del lugar en que yo me hallo. León, sólo quiero que usted no se fíe de nadie, sino que mirará por mí, personalmente.

—Puede usted contar conmigo. Ahora pondré al tanto a Becasse y a los otros. Espérome aquí, Zelie.

Mientras esperaba a los demás miembros de la gavilla, Zelie fué ordenando sus pensamientos. Sabía que su suposición, respecto de las intenciones de Ganard, eran exactas. Su primer plan tendiente a despojar al viejo canalla de su dinero, había sido conseguir que Ganard fuera a su casa en busca de las diez latas de cocaína, que en realidad sólo contendrán una capa de esa droga, siendo todo el resto, ácido bórico. El motivo principal había sido el de inducir a Ganard a llevar los 125.000 gramos a su casa.

El hecho de no querer Ganard, quizá pagar esa suma, antes de convencerse del contenido de las latas, había sido sido secndaria para Zelie. En el caso de objetar Ganard, la joven le hubiera dicho de llevarse las lafas a su casa para revisarlas. León hubiera dirigido el taxímetro que Ganard empleara, y éste despertara, probablemente en la calle o en algún hospital, sin su dinero y sin las latas de la supuesta droga. Pero Zelie creyó que su nuevo plan era mejor.

Por el interés que haba demostrado Ganard en que ella misma fuera, personalmente, a llevar las latas a su casa, y por la reputación del anciano de la inocente mirada, Zelie había comprendido que el deseo de éste era deshacerse de ella. El plan le asqueaba un tanto; pero, no obstante, pensó en qué forma podría utilzar las intenciones del miserable en forma de perjudicarlo a él mismo. Para ello comisionó, ante todo, a Becasse, que vigilara la casa del viejo mercader de vicios.

Becasse, era, por otra parte, el único miembro de la gavilla, que recibió instrucciones terminantes, todos los demás tenían que estar a diposición, para cualquier eventualidad.

Fué así que se supo que Ganard recibía en su casa de Panti a dos individuos sospechosos.

Durante los siguientes días, Zelie mantúvose constantemente en contacto con Ganard. A éste le había dicho que el vendedor de estupefacientes había vuelto a Alemania y que no regresaría hasta dentro de algunos días.

Ganard repetía sus invitaciones a Zelie, para que ésta fuera a visitarlo a su casa: pero la joven no concurrió a ella jamás, o una hora anteriormente determinada. Dos veces fué a la casa de Ganard; pero, de improviso, y con el fin de estudiar el terreno. Becasse, por su parte, informó que, puor medio de algunos copetines, haba logrado hacerse amigo de dos hombres que visitaban la casa de Ganard, frecuentemente.

Zelie, entonces, proyectó un ensayo. Púsose al habla con Ganard, prometiéndole de llevarle la cocaína a las ocho y media de una determinada noche. Esperó a que llegara la hora, enviando, después a Ganard un mensaje, diciendo que el vendedor de alcaloides aun no había regresado de Alemania.

Becasse informó que los dos hombres le habían pedido que los ayudara en la noche y hora convenida para que Zelie fuera a la casa de Ganard. Iban a tener que cargar algunas mercaderías en un rápido camión, que las llevaría hasta la costa. El camión había llegado esa noche a la casa de Ganard, a las diez, hora convenida de antemano; pero había sido despachado nuevamente, sin carga

Tres noches después, Zelie anunció nuevamente a Ganard, que iría a su casa. A las ocho y media llegó, en efecto, en el automóvil de alquiler de León.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa, Ganard abrió la puerta.

—¿Ha traído usted aquéllo? — preguntó.

—Sí, — dijo Zelie, — son diez latas de medio kilo cada una.

—Bueno, — dijo Ganard; — las llevaremos adentro para revisarlas. Tengo el dinero listo, señorita Zelie.

—No voy a despachar el coche, entonces, — respondió Zelie. — espere, chauffeur...

—No, no, — interrumpióla rápidamente Ganard; — la revisación de las drogas durará algún tiempo. Cuando se retire usted, le conseguiré otro coche.

Con estas palabras, el miserable pagó al chauffeur el precio del viaje.

—Como usted quiera,—contestó Zelie, sabiendo que León no iría muy lejos, y acompañando, luego a Ganard al interior de la casa.

—Lo siento, querida, — dijo Ganard, unos minutos después cuando hnubo revisado las latas, — pero su amigo alemán la ha engañado.

—¿Engañado? — preguntó Zelie. — ¿Qué quiere usted decír?

—Estas latas, chica, no contienen otra cosa que ácido bórico. No hay en ellas ni medio gramo de cocaína.

—¡Oh! — exclamó Zelie. — ¿Está usted seguro? No puede ser, señor Ganard; está usted bromeando. Pagué por eso todo el dinero que tenía...

Ganard se encogió de hombros.

—Es demasiado cierto, queritia, — dijo; — pero, venga, no llore, tome esta copa de vino que le hará bien.

El anciano quiso tomarla del brazo para acompañarla hasta la mesa, en que se hallaba el vso de vino; pero ella lo rechazó.

—Pues ha sido éste un golpe rudo para usted, — prosiguió Ganard; — ¿ha perdido usted todo su dinero? Pero no se aflija usted, las mujeres bonitas consiguen fácilmente di-

nero. Ninguna chica bonita es incapaz de conseguir lo que desea. Venga, Zelie, no llore, y tome este vino generoso, que le hará bien.

—Déjeme usted sola, por favor, Ganard... Tomaré el vino... Muchas gracias por su amabilidad.

—Bueno, trate usted de reponerse, Zelie.

Zelie no contestó. Sabía que aquel vino contenía un tóxico, destinado a anestesiarla.

La joven se había fijado bien hasta en los menoers detales de la habitación en que se hallaba. La silla estaba colocada frente a una gran mesa, debajo de la cual en la carpeta veíase un dibujo de color obscuro y de considerable tamaño. Allí iría a parar el vino, que Ganard le había dejado, servido en la copa.

El miserable había salido de la habitación; pero sin cerrar la puerta, y Zelie comprendió que la estaba observando desde afuera.

Sin perder la calma, simuló entonces, con habilidades de verdadera actriz, ir tranquilizándose.

* * * *

De repente, como si quiera olvidarse de todo, tomó el vaso de vino, que estaba sobre la mesa. En el momento en que el vaso se hallaba oculto por la mesa, de la mirada de Ganard, quien la espiaba desde la puerta, Zelie vertió una buena cantidad del líquido sobre la alfombra, acercando luego la copa a sus labios cerrados. No olvidó tampoco el detalle de ejecutar los movimientos de la deglución, y cuando el vaso volvió a la mesa, era evidente que su contenido había disminuído. Con pequeños intervalos repitió Zelie la misma función. Durante los días anteriores la joven se había ejercitado bien el arte de simular que bebía, bajo la hábil dirección de León.

Cuando la copa estuvo vacía, Zelie hizo como si fuera perdiendo el dominio de sus facultades mentales, tratando de ponerse de pie.

Por entre sus ojos entreabierto, empero, miraba hacia la puerta entornada, por donde en ese momento aparecía la lívida cara de Ganard.

Zelie dejóse caer en su silla, murmurando en voz baja. Su mano derecha entró en el bolsillo de su tapado, sacando de él un guante de acero, que León le había construído de exprofeso. Zelie dejó caer nuevamente el brazo, cuidando de que su mano no pudiera ser vista desde la puerta.

* * * *

La puerta de la habitación abriόse entonces más, y Ganard penetró en la alcoba. No había en ese momento nada de santo en su semblante. Su semblante estaba lívido. Su respiración era dificultosa. Durante un minuto permaneció tranquilo delante de Zelie. Después, el despreciable sujeto se inclinó sobre ella, y la hubiera tocado, de no haberse defendido Zelie con toda energía.

Zelie levantó la mano aplicando un recio golpe en el rostro de Ganard. Todas sus fuerzas se reconcentraron en aquel golpe con que la muchacha quiso vengar todos los ultrajes cometidos por aquel maleante en las personas de sus hermanas de sexo.

Ganard cayó pesadamente al suelo. Zelie, por su parte, levantóse de un salto. De un bolsillo sacó una botella, conteniendo un líquido transparente, el que virtió en la boca del desvanecido. Después, revisó los bolsillos de Ganard, sacando su manojo de llaves. Inmediatamente dirigióse a la llave de la luz eléctrica, prendiendo y apagándola tres veces sucesivamente.

Pocos egundos después estaba en la puerta de calle, abriéndola para que entraran León y otro compañero.

—¿Está todo bien? — preguntó el mecánico

—Todo conforme a nuestro plan, — respondió Zelie; — está tendido en el piso de la habitación de arriba.

Después, Zelie llamó la atención sobre un cajón que estaba cerca de la entrada.

—Creo que era destinado para mí, — dijo.

Los tres examinaron el cajón, que estaba completamente tapizado, interiormente, para poder encerrar en él, con comodidad a una mujer desvanecida.

—Muy bien — dijo Zelie, — ahora podemos subir y comenzar nuestro trabajo. Yo tengo las llaves de su caja de caudales.

Diez minutos después, la caja fuerte de Ganard estaba vacía, y ya iban a retirarse los tres, cuando alguien llamó a la puerta en forma conocida.

León bajó inmediatamente viendo entonces a tres hombres, que habían venido con con un camión, y uno de los cuales era Becasse.

—¡Ah! — dijo; — ¿vienen ustedes por el cajón, verdad?

—Sí.

—Pues ahí está. Con cuidado, muchacho. El viejo está ocupado y me ha encargado de entregar el cajón a ustedes.

* * * *

León quedó en la puerta, hasta que la luz posterior del camión hubo desaparecido.

Después, subió, hallando a Zelie delante de la caja abierta, con unos papeles en la mano; pero con la mirada fija en el lugar en que había estado tendido Ganard.

—Bueno Zelie, — dijo; — ya se ha ido. Ha emprendido el viaje que tenía proyectado para usted...

Zelie sintió un escalofrío.

—Era un sujeto vil e inhumano, — dijo con voz temblorosa, volviendo la atención nuevamente a los papeles; — en estos papeles pónese de relieve toda su bajeza. ¡No sé cómo pueden vivir hombres tan degradados!

—De acualquier manera ha cobrado el castigo de su villanía, — dijo el compañero de León. — Además, es éste el mejor golpe que hemos dado.

—Tiene razón, — contestó Zelie, — pero yo, por mi parte, hubiera preferido no haber tenido que hacerlo. Ese dinero está manchado por las lágrimas de la desdicha. ¡Yo no puedo tocarlo!

VICTOR MAC CLUSE.

LECTURA PARA LOS NIÑOS

LA CASA USURPADA

Por JOSE BRUNO

Era bonita aquella casa; bonita y bien cuidada, resplandeciente de limpieza y de luz, con un jardincillo lindo como paraíso de juguete.

Allí habitaba en felicidad un buen hombre, don Angel, con su esposa y sus hijos. Don Angel, al cabo de ahorror honradamente, había conseguido comprar la casita.

Cuando salía de su trabajo, mataba los ocios sacando agua del pozo, regando las flores y hortalizas y echando miga a todos los gorrionees del contorno.

El primer día, los gorriones, desconfiados, porque chicos de no buen sentimiento los habían apedreado algunas veces, no atendían al obsequio de don Angel. Luego, un gorrión, más atrevido o menos escarmentado, se atrevió a coger una miguita sin dejar de volar, y volando luego, amedrentado, como si fueran a atraparlo... Cuando los pajaritos se convencieron al fin de que don Angel tenía en el pecho esa cosa buena que se llama corazón, se fueron fiando de aquel hombre; y bajaron tres gorrioncetes, y uno de ellos se paseaba ya por el jardín, porque era suyo, como todos los jardines. Y otro día descendieron por migas seis gorriones; y después, doce; y después, un batallón de gorriones, con música. De seguir así, todos los gorriones del mundo acudirían sucesivamente al jardinillo de don Angel, como a una Jauja.

Los hijos de don Angel, a la vuelta de la escuela, y los domingos y días festivos, correteaban por el jardín gozosamente, o se dedicaban a placenteros juegos en aquellas habitaciones, donde entraba el sol y entraba la vida. El sol, padre y ayo de nuestro planeta, iluminaba sobre las limpias baldosas el brillante cuadro de la instrucción dee los soldadillos de plomo; la gran batalla naval, sin agua, en que evolucionaban, arrastrándose, los dos acorazados de madera contra la formidable escuadra de barcos de papel y cáscaras de nueces abanderadas del enemigo y, en fin, iluminaba la luz solar el gran teatro de cartón, el Gran Teatro de Calderón, donde se veía un alkázar real, una campiña con imponeente castillo, una calle de viejas casas, cuyo primer término figuraba tienda de "Vinos", y de donde salían dando traspiés todos los actores y actrices de cartulina: reyes, princesas, guerreros, nigromantes, bufones, criados, peregrinos, mendigos y coro general de monigotes.

Pero la vida y la alegría de un hogar depende de que el padre de familia se pueda desenvolver debidamente en su trabajo.

Y aqueella casa tan bonita y tranquila quedó nublada, un día, por una gravísima tristeza. Don Angel quedó cesante en sus obligaciones por ruina que destruyó el comercio de que vivía. Todo comenzó a escasear. Para que a los niños no faltara lo necesario, el pobre don Angel buscaba, como enloquecido, recursos con que acudir a las necesidades del día; la madre se quitaba de la boca su pan, y no sentía ella otra hambre que la de sus hijitos. Los días del invierno llegaron, y sufrían el frío, que en otros tiempos era evitado. Entonces, cuando la economía no bastaba, don Angel recurrió a pedir peréstamos a un usurero.

El prestamista, don Bruto Garduña, daba cuanto don Angel le pedía, pero hacíale firmar en un papel mucho más de lo que daba; no una ganancia lícita, sino un injusto aumento desmedido. Pero, en fin, aquel día del préstamo, los hijos de don Angel se alimentaban debidamente. Pasaba el tiempo; y aquellos papeles, sumando por días más y más dinero, abrumaban ya al desventurado don Angel. La vida se le hacía imposi-

Concurso permanente de chistes para los lectores de PUCKY

Todo lector del popular magazine semanal PUCKY puede aspirar a los premios de $ 5.— m/n., cada uno que se darán cada semana enviando los chistes para el concurso y ciñéndose a las siguientes condiciones:

✉ Todo chiste dirigido a PUCKY debe venir escrito en una tarjeta postal (no ilustrada: — En el correo las venden muy a propósito) y en la misma tarjeta debe llegar pegado el cupón correspondiente que aparecerá en PUCKY.

✉ El director eligirá cada semana los mejores chistes de los que reciba y los publicará en una sección especial. De esos chistes escogerá los mejores y los repetirá en el número subsiguiente del magazine. Cada uno de estos chistes, — sin límite de número, — será premiado con $ 5.— moneda legal que se enviará al remitente por giro postal. y no de ninguna otra manera, pues así quedará constancia del envío. Lo mismo puede ser uno solo el chiste premiado que diez o veinte.

✉ La única condición de los chistes, — además de ser graciosos y estar escritos con tinta y con letra clara ó a máquina, — es que no sean inmorales.

Compre usted "Pucky" desde la semana próxima y envie sus chistes. Nada le importa a "Pucky" la originalidad de los chistes pero deben venir firmados con nombre y apellido y con las señas del autor para poder, en caso necesario, enviar el premio.

Compre usted "Pucky" y gane $ 5.--

ble; había caído en la espantable adversidad de dar en garras de usurero.

Un terrible día, el prestamista don Bruto Garduña era dueño de la casita, del jardín y hasta de los muebles. Don Angel se quedó de guarda y portero de la finca.

¡Qué triste eran, desde entonces, la bella casita y el jardín!...

Como los chicos de don Angel molestaban al egoísta y malhumorado Garduña, fueron llevados a casa de unos parientes.

Don Bruto Garduña trasladó desde la covacha donde vivía su escaso y sucio mobiliario y lo juntó con los muebles que pertenecieron al despojado don Angel.

Pero el malo no cuenta nunca con el castigo: parecía correr un estremecimiento de indignación por paredes, techos y suelos. Apenas quedaron instalados los muebluchos del prestamista, se originó una conspiración por parte de los muebles de don Angel y de cuanto había en toda la casa.

¡Qué extraordinarias cosas comenzaron a ocurrir allí! La mesa del comedor se quedó coja, de pronto, y al suelo fueron una bandeja de cristal y un florero, hechos añicos. La figura de un cuadro antiguo miraba fieramente de un ladó a otro. Las sillas cambiaban de sitio, se caían, se levantaban, danzaban en dos patas; una de ellas saltó insolentemente sobre la mesa, y la mesa coja la rechazaba...

Don Bruto Garduña se quedó de una pieza, no queriendo dar fe a sus ojos.

El reloj marcaba las tres. y a los cinco minutos daba las siete; y después, las doce, con la campana ronca; el péndulo se detenía se precipitaba, golpeaba la caja... El reloj era el que llevaba la voz cantante de la rebelión. La máquina de coser disparaba frenéticamente las ruedas; el perchero comenzó a dar cornadas al sombrero del señor Garduña y lo hizo trizas. En el espejo asomaba la cabeza viva de un burro...

Una rinconera se tiró al suelo, el juguetero, de susto, dió un bote y rompió todo lo que soportaba sobre él.

La butacona, pesada, grande, atropelló el lavabo y el jabón fué a dar en las narices de don Bruto...

Entretanto, allá en la cocina se improvisó una orqueta de todos los diablos: ollas, cazuelas, cazos, espumaderas, tarros, platos, fuentes tazas, azucarero, artesa, mantequero..., promovían un escándalo ensordecedor, mientras se abría, solo, el grifo; y, desenchufada la chimenea, el humo se desparramaba espeso y fétido...

Don Bruto pidió auxilio al guarda. Don Angel acudió:

—¿Qué desea usted señor? ¿En qué debo servirle?

—¡Mira, mira lo que está sucediendo aquí...! ¿Qué es esto, miserable?

Don Anegl soportó el inmerecido insulto, y entró. Mágicamente, todo había cesado; todo permanecía ya donde estaba; y lo que se hubo roto, aparecía entero y ordenado...

Pensó entonces don Bruto que había sufrido un alucinación, se salió fuera, a que se le despejara la fantasía.

Como el señor Garduña no era capaz de dar a nadie un céntimo, como no fuera en préstamo usurario, se guisaba él solo la comida. Compró pan, huevos, pescado, cerillas, café, y regresó, a su casa.

Todo parecía, por completo, encalmado. Unicamente la figura del cuadro antiguo tenía cara de tan mal humor, que era cosa de no volverla a mirar.

Don Bruto encendió lumbre con mucho trabajo, porque de toda la caja tan sólo una cerilla tenía cabeza. Puso sobre la planta la sartén, echó el par de huevos cuando ya el aceite humeaba... De repente... ¡plaf...! Don Garduña se comió el par de huevos por la pechera de la camisa...

Con los pescados sucedió también una misteriosa contrariedad: que de la sartén dieron un salto al fregadero... Mientras tanto, la cafetera rompió a hervir y a pitar como locomotora loca, con tal fuerza, que empezó a patinar, y empujaba una cacerola un colador y el furgón decola de las parrillas.

—¿Pero qué casa del Demonio es ésta, don Angel? — pregutaba, enrabiado, don Bruto a su criado.

Este, que no veía nada de extraordinario le respondía:

—Señor, no sé qué quiere usted decir...

—¡Retírese de mi presencia...!

Peor para Garduña, porque en cuanto se retiró don Angel, todos los vasos, botellas, copas, especieros saleros platillos hueveros y el descarado molinillo del café se desplegaron en guerrilla y comenzaron una tremen-

da maniobra, de que no quedó títere con cabeza... El barómetro anunciaba lluvia, por más que era una tarde espléndida; y el paraguas, que estaba en un rincón, se abrió solo... El reloj señalaba las once y media, sonó las doce y retrocedió a las nueve...

Allá en el trinchero había una bronca, y en el aparador un jazz-ban. Los libros comenzaron a abrirse y a darse mamporros, en el estante, hasta que destrozaron un cristal con un "Quijote"... Roto el cristal, salieronse de su prisión "Fausto", "Ben-Hur", "El alcalde de Zalamea", "Gil Blas", "Bertoldo, Bertoldino y Casaseno" ;y siguieron golpeándose los lomos... hasta que don Bruto los separó de una patada.

¡Hola! Estábamos en 5 de marzo, ¡y el almanaque decía que era Nochebuena!...

La cortina ondeaba y echaba aire, hasta que estornudó el señor Garduña. El señor Garduña tenía la costumbre de soltar siempre catorce estornudos, ni uno más ni uno menos; pues bien, sólo pudo estornudar esta vez trece veces..., y el estampido número catorce no salía; se quedó picándole la nariz al prestambista y el pobre hombre se debatía desesperado, como si de catorce balas se le hubiese disparado una por la culata y le estuviera agujereando...

Vino la noche, y el desventurado Garduña se acostó, a ver si acababan sus tormentos.

¡Cataplún... raaa... ra... a..! La cama se abrió y don Bruto tuvo que resignarse a dormir en el suelo

La lámpara se encendía y se extinguía cuando le daba la gana... ¿Y quién podría dormir, con los topetazos que daba el péndulo del reloj, el motín del aparador y el trinchero; la revolución de toda la cocina, la tarea estrepitosa de la máquina de coser y la pelea de borrachos de las sillas?...

Rendido como un fardo, don Bruto pudo, al fin, lograr un poco de sueño... Al tercer ronquido le asaltó una pesadilla espantosa: soñaba que tenía sobre la panza el peso de un piano, y luego, el de una consola, y luego el de una estantería, y luego un sillón le propinaba cuatro patadas; y le daba una gran bofetada plana una mesa...

Pero la pesadilla de don Garduña cesó, por fortuna, porque el reloj despertador le llamó estrepitosamente... horas antes de que amaneciera... Y ya no pudo dormir más el señor usurero, porque el lavabo se enredó a boxear con el baúl, y todos los muebles coreaban la lucha...

Llegado el día, don Bruto se levantó de debajo de la cama, dispuesto a huir y abandonar aquella casa de duendes, o de lo que fuera, en tan mala hora usurpada. Pero al castigado usurero le aguardaba aún una contrariedad mayor y de más atroces consecuencias: su caja de caudales había simpatizado con la causa común de los demás muebles; y cuando don Bruto fué a coger dinero, se la encontró vacía!...

Llevándose las manos a la cabeza, clamó, despavorido, Garduña:

—Estoy arruinado!...

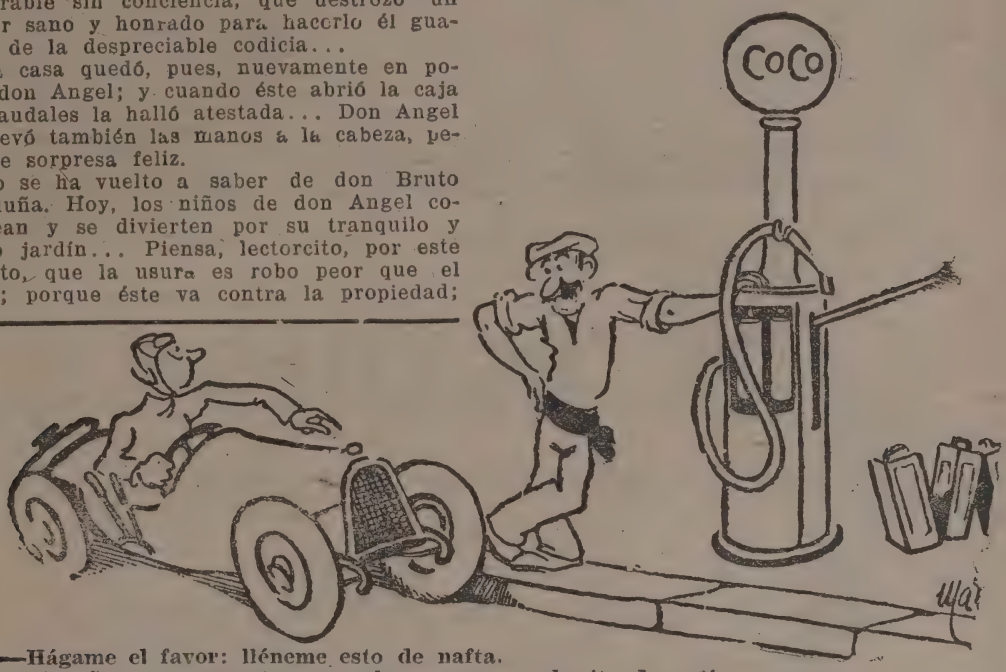
Y mientras todas las puertas se le iban abriendo a su paso, con galantería ofensiva, salió, huyendo, para no volver más, el miserable sin conciencia, que destrozó un hogar sano y honrado para hacerlo él guarida de la despreciable codicia...

La casa quedó, pues, nuevamente en poder don Angel; y cuando éste abrió la caja de caudales la halló atestada... Don Angel se llevó también las manos a la cabeza, pero de sorpresa feliz.

No se ha vuelto a saber de don Bruto Garduña. Hoy, los niños de don Angel corretean y se divierten por su tranquilo y claro jardín... Piensa, lectorcito, por este cuento, que la usura es robo peor que el robo; porque éste va contra la propiedad; pero la usura roba a la miseria, y es acción más baja y más cruel.

JOSE BRUNO.

(De "Blanco y Negro").



—Hágame el favor: lléneme esto de nafta.
—Sí, señor, un momento, voy a buscar una cucharita de café.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

.....

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nitidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

COMO SE PREPARA UNA REVISTA PARISIEN A LA MODERNA

1. — ¿Por qué las revistas modernas están siempre firmadas por tres autores?
—Porque es indispensable, mi joven amigo

2. — El primero escribe la obra.

3. — El segundo conoce al empresario y cena con

4. — ¿Y el tercero?
—El tercero es que paga las cenas.

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

SEGUNDA PARTE

EL REGRESO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

Media hora más tarde Tarzán salió del despacho, en posesión del primer empleo que había tenido en su vida. A la mañana siguiente había de volver por más instrucciones, aunque el general Rochére le dió a entender claro que podía prepararse para salir de París por tiempo indefinido, quizás al día siguiente.

Con el mayor entusiasmo corrió Tarzán a su casa a dar la buena noticia a D'Arnot. ¡Por fin iba a servir de algo en el mundo! ¡Iba a ganar dinero, y lo que era aún mejor, a viajar y a ver tierras!

Apenas pudo aguardar a estar dentro del gbinete de D'Arnot para gritarle las alegres nuevas. D'Arnot no se sintió tan satisfecho.

—Parece alborozarte la idea de salir de París y de que no volveremos a vernos acaso en meses. Tarzán, eres un animalucho ingratísimo.

Y el teniente rompió a reír.

—No, Paul; soy un chiquillo. Tengo un nuevo juguete y estoy entusiasmado.

Y así fué como a la mañana siguiente Tarzón salió de París "en route" para Marsella y Orán.

CAPITULO VII

LA BAILARINA DE SIDI AISA

La primera misión de Tarzán no prometía ser ni de gran excitación ni de considerable importancia. Existía cierto teniente de spahis de quien el gobierno tenía motivos para sospechar que estaba en relaciones ilícitas con una potencia europea. El tal teniente, llamado Gernois, y que a la sazón se hallaba destinado en Sidii-bel-Abbes, había sido agregado recientemente al estado mayor, donde, por a diaria rutina de su cargo habían llegado a sus manos ciertos informes de gran valor militar. Y eran éstos los que, según sospechaba el gobierno, estaban siendo objetos de tratos entre la expresada potencia y el teninte.

Fué a lo sumo cierta vaga alusión, que dejó caer una conocida parisiense en un momento de celos, lo que hizo que las sospechas recayeron sobre el teniente. Pero los estados mayores suelen ser muy celosos de sus secretos, y la traición es cosa tan grave que ni siquiera una insinuación de ella puede echarse en saco roto. Y así había llegado Tarzán a Argelia, a guisa de cazador y viaero norteamericano, para no perder de vista al teniente Gernois.

Había esperado con intenso júbilo volver a verse en su amada Africa, pero aquel aspecto septentrional del continente era tan distinto de su selva virgen de los trópicos, que, por lo que atañe a los estremecimientos de alegría que esperaba al volver a su tierra, lo mismo habría sido que se quedara en París. En Orán pasó un día vagando por los angostos y retorcidos callejones del barrio árabe y disfrutando de las extrañas y desconocidas vistas. Al día siguiente llegó a Sidi-bel-Abbes, donde presentó sus credenciales tanto a las autoridades civiles como a las militares; credenciales que no daban indicio alguno acerca de la verdadera misión que allí lo llevaba.

Tarzán poseía suficiente conocimiento del inglés para permitirle pasar, entre árabes y franceses, por norteamericano, y esto era todo lo que necesitaba. Cuando se encontraba con un inglés hablaba en francés para no hacerse traición; mas a veces se dirigía en inglés a los extranjeros que entendían este idioma, pero no podían observar sus ligeras imperfecciones de acento y de pronunciación.

HISTORIA SIN PALABRAS

UN

CASAMIENTO

ESTADOUNIDENSE

Allí se hizo amigo de muchos de los oficiales franceses y no tardó en ser íntimo de alguno de ellos. También conoció a Gernois, que le resultó un sujeto taciturno y dispéptico, de unos cuarenta años, que apenas tenía trato social con sus compañeros.

En un mes no ocurrió nada de importancia. Gernois, en apariencia, no tenía visitas, y las raras veces que iba a la ciudad no se ponía en contacto con nadie que diera motivo a fantasear, ni aun estando dotado de la mayor fantasía, que pudiese ser agente secreto de una potencia extranjera. Tarzán empezaba a abrigar la esperanza de que, al fin y al cabo, los rumores resultaran falsos, cuando de pronto Gernois fué destinado a Bu Saada, en el Pequeño Sahara, mucho más al Sur.

Una compañía de "spahis" y tres oficiales tenían que relevar a otra compañía ya estacionada allí. Por fortuna uno de los oficiales, el capitán Gérard se había hecho íntimo amigo de Tarzán, y así cuando el hombre-mono insinuó que iba a aprovechar la oportunidad para acompañarle a Bu Saada, donde esperaba encontrar caza, no suscitó la menor sospecha.

En Buiera el destacamento se apeó del tren y lo restante del viaje se hizo a caballo. Mientras Tarzán se hallaba regateando en Buira el precio de una cabalgadura, vió un instante a un hombre vestido a la europea que lo miraba desde la puerta de un café indígena; pero cuando Tarzán le dirigió la vista el hombre dió media vuelta y entró en el establecimiento que era un zaquizamí de barro muy bajo de techo. Y salvo la acosadora impresión de que el semblante o la figura de aquel individuo tenían algo de familiar, Tarzán no dedicó al asunto mayores pensamientos.

La marcha hasta Aumale fué fatigosa para Tarzán, cuyos ejercicios ecuestres se habían confinado a un curso de lecciones de equitación en una academia de París. Y así fué que pronto buscó el consuelo del lecho en el Hotel Grossat, en tanto que los oficiales y la tropa se acomodaban en el puesto militar.

Aunque llamaron a Tarzán a la mañana siguiente bastante temprano, la compañía de "spahis" estaba ya en marcha antes de terminar aquél su almuerzo. Comía de prisa para que los soldados no le dejaran demasiado atrás, cuando se le ocurrió mirar por la puerta que comunicaba con el comedor del bar.

Con sorpresa vió que Gernois se hallaba allí de conversación con el mismo desconocido a quien el día anterior había observado en el café de Buira. No cabía error, porque era la misma actitud, la misma figura, y eso que el hombre estaba vuelto de espaldas.

Mientras el hombre-mono tenía los ojos fijos en los dos sujetos, Gernois levantó los suyos y observó la atenta expresión del semblante de Tarzán. El desconocido estaba entonces en cuchicheos, pero el oficial francés le interrumpió inmediatamente, y los dos se alejaron hasta que Tazán los perdió de vista.

Este era el primer detalle sospecho que presenciaba Tarzán en relación con los actos de Gernois, pero estaba seguro de que los dos hombres se habían ido al bar sólo porque el teniente había pescado su mirada fija en ambos; a esto venía a añadirse la persistente impresión de familiaridad que le ocasionaba el desconocido, y que aumentaba la convicción del hombre mono, de que allí por fin había algo que valía la pena de vigilar.

Un momento más tarde entró Tarzán en el bar, pero los dos sujetos se habían ido y no nos volvió a ver en la calle, aunque encontró un pretexto para ir a varias tiendas antes de partir en pos de la columna, que le llevaba ya considerable delantera. No la alcanzó hasta llegar a Sidi Aisa, poco después del mediodía, donde los soldados se habían detenido para una hora de descanso. Allí encontró a Gernois con la columna, pero no vió ni rastro del desconocido.

En Sidi Aisa era día de mercado y las innumerables caravanas de camellos que llegaban del desierto y la muchedumbre de quisquillosos árabes de la plaza, llenaron a Tarzán de un deseo abrasador de quedarse allí un día, para observar más tiempo a aquellos hijos del desierto. Y así fué que la compañía de "spahis" salió sin él aquella tarde en dirección a Bu Saada. Tarzán pasó el tiempo hasta el oscurecer vagando por los alrededores del mercado en compañía de un joven árabe, un tal Abdul, que le había sido recomendado por el posadero como criado e intérprete digno de toda confianza.

Allí compró Tarzán una montura mejor que la que había escogido en Buira, y en su conversación con el majestuoso árabe, que se la vendía, supo que éste se llamaba Kadur Ben Saden y era jeque de una tribu desierta muy al Sur de Djelfa. Por mediación de Abdul, Tarzán invitó a aquel nuevo conocido a comer con él. Y mientras los tres se abrían paso por entre la muchedumbre de comerciantes, camellos, asnos y caballos que llenaban la plaza del mercado, con una confusa babel de ruidos, Abdul tiró de la manga a Tarzán.

—Mira, señor, detrás de nosotros.

Y se volvió, señalando a una figura que desapareció detrás de un camello al volverse el hombre-mono.

—Nos ha venido siguiendo toda la tarde, — prosiguió Abdul.

—No he visto más que de refilón a un árabe con albornoz azul oscuro y utrbante blanco, — replicó Tarzán. — ¿Te refieres a ese?

—Sí. Me ha dado que sospechar, porque parece extranjero aquí y no tiene otro oficio que el de seguirnos; lo cual no es lo que suele hacer un árabe honrado. También me ha llamado la atención que lleve tapada la parte inferior de la cara, y no enseñe más que los ojos. Debe de ser un mal hombre, pues de lo contrario tendría negocios limpios que le ocuparan el tiempo.

—Entonces está en una pista falsa, Abdul. — replicó Tarzán, — porque aquí nadie puede tener nada contra mí. Esta es mi primera visita a tu tierra, y nadie me conoce. Pronto descubrirá su error p dejará de seguirnos.

—¡Como no se proponga robarnos! — replicó Abdul.

—Entonces no podemos hacer más que esperar a que se le ocurra hacerlo, — dijo Tarzán riendo; — y yo te aseguro que quedará

parto de robar, ahora que estamos ya advertidos.

Y con esto desechó el asunto de su mente, aunque no había de tardar muchas horas en recordardo, gracias a un suceso de los más inesperados.

Kadur ben Saden, después de bien comido, se dispuso a despedirse de su anfitrión. Con dignas protestas de amistad, invitó a Tarzán a que le visitara en sus agrestes dominios, donde el antílope, el ciervo, el oso, la pantera y el león podían encontrarse aún en cantidades suficientes para tentar a un cazador fogoso.

Cuando se despidió del jeque, el hombre-mono, en compañía de Abdul, se lanzó a vagar por las calles de Sidi Aisa, donde no tardó en llamarle la atención un estrépito que salía por la abierta puerta de unos de los muchos "cafés moros". Eran más de las ocho y el baile estaba en todo su auge al entrar Tarzán. La sala se hallaba atestada de árabes, quo fumaban y paladeaban su cargado café caliente.

Tarzán y Abdul encontraron asientos cerca del centro de la sala, gracias al espantoso ruido producido por los tambores y flautas árabes, un sitio algo más apartado habría sido más grato al hombre-mono, tan amante del silencio. Una Uled-Nail de bastante buena traza estaba bailando, y al ver la ropa europea de Tarzán, olfateando una buena propina, le echó al hombro el pañuelo de seda, lo cual le valió un franco de recompensa.

Cuando otra bailarina ocupó el puesto de la primera, el perspicaz Abdul la vió ponerse de conversación con dos árabes que se hallaban en el extremo más lejano del salón, junto a una puerta lateral; éste daba a un patio interior, en torno de cuya galería se veían los aposentos ocupados por las jóvenes que bailaban en el café.

En el primer instante no se le ocurrió pensar nada del asunto, pero de pronto observó con el rabillo del ojo, que uno de los hombres hacía una seña en dirección a ellos y la joven se volvió y echó una mirada furtiva a Tarzán. Luego los árabes se esfumaron en la negrura del patio.

Cuando volvió a llegar a la joven en vez de bailar, se arrimó mucho a Tarzán y sólo al hombre-mono dedicó las más dulces de sus sonrisas. Más de una mirada ceñuda cayó sobre el gigantesco europeo, lanzada por los negros ojos de los atezados hijos del desierto, pero ni las sonrisas ni el ceño produjeron el menor efecto visible en Tarzán.

Otra vez la muchacha le echó el pañuelo al hombro y de nuevo recibió la recompensa de un franco. Cuando se lo llevaba a la frente, según costumbre de la gente de su jaez, se inclinó ante Tarzán y le dijo al oído unas palabras.

—Hay dos fuera en el patio, — susurró en mal francés, — que quieren hacer daño a monsieur. Al pronto les he prometido atraérselo, pero monsieur ha sido bueno y no puedo hacerlo. Vete pronto, antes que vean que les he dado chasco. Creo que son hombres muy malos.

...ge Nicolau, le ha salido una competidora que le batirá el record del baile.
—No me extraña, desde que conoce mi secreto y se tonifica con HIERRO QUINA BISLERI.

Tarzán dió las gracias a la joven y le aseguró que tendría cuidado. Y ella, cuando terminó de bailar, cruzó el salón hasta la puerta lateral y desapareció en el patio. Pero él no se fué del café, como ella le pedía.

Durante media hora más no ocurrió nada insólito; mas luego un árabe de huraño aspecto entró procedente de la calle, se situó delante de Tarzán y empezó a decir cosas injuriosas contra los europeos, mas como las decía en su lengua nativa, Tarzán no se dió la menor cuenta de su alcance, hasta que Abdul tuvo a bien enterarle.

—Ese hombre anda buscando camorra, — previno Abdul. — Y no está solo. En caso de alboroto, casi todos los presentes se pondrán contra tí, señor. Sería mejor que nos fuésemos en seguida.

—Pregunta a ese hombre qué se le ofrece, — ordenó Tarzán.

—Dice que el "perro cristiano" ha ofendido a la Uled-Nail, que le pertenece. Quiere armar cisco, señor.

—Dile que yo no he ofendido ni a esa Uleh Nail ni a ninguna otra y que deseo que se vaya y me deje en paz. Añade que no tengo por qué pelearme con él ni él conmigo.

—Dice, — replicó Abdul, después de traducir al árabe las palabras de Tarzán, — que además de ser un perro tú, eres hijo de una perra y que tu abuela fué una hiena. Además dice que mientes.

La atención de los espectadores próximos se había fijado ya en el altercado, y las risas de chanza que siguieron a este torrente de invectivas indicaban a las claras adónde iban las simpatías de la mayor parte del auditorio.

No le agradaba a Tarzán que se rieran de él, ni le hacían gracia los epítetos que le había dirigido el árabe, pero no mostró la menor señal de ira al levantarse de su asiento en el banco. Por sus labios vagaba una te-

nue sonrisa, pero de pronto un poderoso puño golpeó en la cara al ceñudo árabe, con toda la fuerza que le prestaban los formidables músculos del hombre-mono.

En el instante de caer el provocador, media docena de sujetos de feroz catadura penetraron corriendo al salón desde la calle, donde era evidente que habían estado aguardando una ocasión favorable. Y lanzando gritos de "¡matad al infiel!" y "¡abajo el perro cristiano!", se abalanzaron contra Tarzán.

Unos cuantos árabes jóvenes del café se pusieron de pie para unirse al ataque contra el desarmado blanco. Tarzán y Abdul se vieron acorralados contra un extremo del salón por la misma fuerza del número de sus agresores. El guía árabe permaneció leal a su amo, y desenvainando el cuchillo luchó a su lado.

De tremendos golpes derrivaba el hombre mono a todos los que se ponían a tiro de sus robustos brazos. Luchaba sin alterarse ni decir palabra, con la misma sonrisa en los labios que había tenido al derribar al que le insultó. Parecía imposible que ni él ni Abdul pudieran sobrevivir a aquel mar de puñales y cuchillos que los rodeaba, pero el mismo número de sus agresores fué el mejor baluarte de su seguridad. Tan apretada estaba aquella aulladora y maldiciente chusma, que ninguna arma podía esgrimirse con provecho y ninguno de los árabes se atrevió a usar armas de fuego por temor a herir a sus mismos compañeros.

Finalmente consiguió Tarzán agarrar a uno de los más persistentes de sus agresores. De un tirón rápido lo desarmó, y luego, manteniéndolo ante él y Abdul como un escudo, fué retrocediendo lentamente al lado de su guía hacia la puertecilla que daba paso al patio interior. En el umbral se detuvo un instante, levantó al árabe sobre su cabeza y lo lanzó, como despedido por una catapulta, contra sus agresores.

Luego Tarzán y Abdul salieron a la semioscuridad del patio. Las asustadas Uled-Nail se hallaban agazapadas en lo alto de las escaleras que conducían a sus habitaciones respectivas, y la única luz del patio era la procedente de las moribundas velas que cada muchacha había fijado, con su propia esperna, en la madera de su puerta, para ostentar, mejor sus encantos ante todos los que por casualidad atravesaran el negro recinto.

Apenas habían salido del salón, Tarzán y su criado, un revólver sonó a su misma espalda en las sombras de una de las escaleras, y cuando se volvieron para hacer frente a aquel nuevo antagonista, dos figuras enmascaradas se lanzaron hacia ellos, disparando sin cesar. Tarzán dió un salto para hacer frente aquellos dos nuevos agresores y el primero de ellos quedó tendido un segundo más tarde, en la pisoteada suciedad el patio, desarmado y gimiendo por el dolor de una muñeca rota. El cuchillo de Abdul halló las vísceras vitales del segundo en el momento en que el revólver de éste fallaba en su disparo, dirigido contra a frente del fiel árabe.

La enloquecida horda del interior del café se precipitaba ya en persecución de su presa. Las Uled-Nail habían apagado sus velas a un grito de una de ellas y la única luz del patio procedía débilmente de la puerta abierta y medio bloqueada del café. Tarzán había cogido la espada del agresor que había caído a los golpes de Abdul y se hallaba esperando el alud de enemigos que llegaba en busca de ellos por la oscuridad.

De pronto sintió Tarzán una mano leve que se posaba en su hombro por la espalda y percibió una voz de mujer que le decía:

—Pronto, monsieur, por aquí, sígueme.

—Ven, Abdul, — dijo Tarzán en voz baja a su criado, en ninguna parte podemos estar peor que aquí.

La mujer dió media vuelta y los condujo por la estrecha escalera que terminaba en la puerta de su alojamiento. Tarzán, que la seguía de cerca, vió dos brazaletes de oro y de plata en sus brazos desnudos, las sartas de monedas de oro que pendían de los adornos de su pelo y los colores chillones de su traje. Vió que era una Uled-Nail, e instintivamente comprendió que era la misma que le había dado el aviso al oído poco rato antes.

Cuando llegaron a la alto de la escalera, vieron á la encolerizada chusma que andaba por el patio.

—Pronto vendrán a registrar aquí, — cuchicheó la muchacha. Es preciso que no te encuentren porque, aunque luchas con la fuerza de muchos hombres, acabarían por matarte. ¡Corre! descuélgate a la calle por la ventana de mi cuarto. Antes que descubran que ya no estás en el patio de este edificio, podrás hallarte de vuelta en tu hotel.

Mas mientras decía esto, varios hombres habían comenzado ya a subir en lo alto de la cual se hallaban. Uno de ellos lanzó súbitamente un grito. Los habían descubierto. Vivamente se precipitó la chusma por la escalera. El primero de los agresores se abalanzó de un brinco hacia adelante, pero en lo alto se encontró con una espada que no esperaba. La víctima de las iras de la chusma estaba desarmada un momento antes.

Lanzando un grito, el agresor cayó de espaldas, sobre los que lo seguían y que, como bolos de un juego, rodaron por lyos peldaños abajo. La vieja y desartalada escalera no pudo resistir la tensión de aquel peso y y del patear incesante y con un crujido de madera que se rompe se derrumbó debajo de los árabes, dejando a Tarzán, a Abdul y a la joven solos en la frágil plataforma de lo alto.

—¡Ven! — gritó la Uled-Nail, — Ahora nos alcanzarán por otra escalera que sube a la habitación de al lado. No tenemos minuto que perder.

En el momento en que entraban en el cuarto, oyó Abdul y tradujo un grito que sonó en el patio de abajo, advirtiendo a varios que corrieran a la calle y cortaran la fuga por aquel lado.

—Ahora estamos perdidos,—dijo sencillamente la bailarina.

—¿Estamos? — preguntó Tarzán.

—Sí, monsieur, — respondió ella. A mí también me matarán. ¿No te he ayudado?

Esto daba aspecto dintinto a la cuestión. Tarzán se estaba divirtiendo casi por la excitación y los peligros del encuentro. Pero no había supuesto ni por un momento que Abdul ni la joven pudieran tener que sufrir como no fuera por casualidad, y sólo había retirado lo sufisiente para que no lo mataran. No tenía intención de huir hasta que viera que quedándose estaba irremediablemente perdido.

El solo se habría lanzado de un salto en medio de aquella compacta muchedumbre y procediendo como lo hacía Numa el león, habría llenado a los arábes de un temor tan grande que la fuga le habría sido fácil. Mas ahora tenía que pensar exclusivamente en sus dos fieles amigos.

Se dirigó a la ventana que dominaba la calle. Dentro de un minuto habría enemigos debajo de ella. Ya oía el ruido de la chusma que subía por la escalera de al lado y que estaría en la puerta de aquel aposento al segundo siguiente.

Tarzán puso el pie en el alféizar y se asomó, pero no a mirar abajo. Encima de él, al alcance de su brazo, vió el tejado del edificio. Llamó a la joven, que se plantó al lado de él, Pasó un fuerte brazo en torno de su cintura y se la echó al hombro.

—Espera aquí hasta que vuelva yo de arriba, — dijo a Abdul. Entre tanto, echa todo lo de la habitación contra esa puerta, pues tal vez los detenga bastante.

Luego se subió al alféizar de la ventana con la bailarina al hombro.

—Agárrate bien, — le previno, y un momento después estaba en lo alto del tejado con toda soltura y destreza de un mono. Depósito sobre aas tejas a la muchacha y se inclinó sobre el borde, llamando en voz baja a Abdul. Este corrió a la ventana.

—¡Dame la mano! — cuchicheó Tarzán.

—Abajo, los enemigos del otro aposento estaban dando golpes en la puerta. Esta se derrumbó con estrépito y rotura de astillas, en el mismo instante en que Abdul se sentía elevado como una pluma hasta el tejado. Y esto ocurrió en el momento preciso porque cuando penetró la chusma en la habitación que Tarzán y sus amigos acababan de dejar, doce hombres más daban vuelta a la esquina de la calle y llegaban corriendo a situarse bajo la ventana de la bailarina.

CAPITULO VIII

LA LUCHA EN EL DESIERTO

Mientras se hallaban los tres agazapados en la azotea sobre las habitaciones de las Uled-Nail, oyeron el airado maldecir de los árabes en el cuarto de abajo. De cuando en cuando, Abdul traducía sus palabras a Tarzán.

—Ahora están acusando a los de la calle, — dijo Abdul, — por habernos dejado escapar tan fácilmente. Los otros contestan que no hemos salido por ahí, que estamos aún en el edificio, y los de arriba, que son demasiados cobardes para atacarnos, están trtando de engañarlos haciéndoles creer que nos hemos escapado. Dentro de un momento van a pelearse unos con otros, como sigan vociferando.

De pronto los del edificio renunciaron a la busca y se volvieron al café, en tanto que unos cuantos se quedaron en la calle, fumando y hablando.

Tarzán se dirigió a la bailarina y le dió las gracias por el sacrifico que había hecho por él, al fin y al cabo, era para ella un perfecto desconocido.

—Me gustabas, — dijo ella sencillamente. No te pareces a los otros que van al café. Tú no me has hablado brutalmente, y tu manera de darme el dinero no fué un insulto.

—¿Qué vas a hacer después de lo de esta noche? — preguntó Tarzán. Al café no te es posible volver. ¿Podrás siquiera quedarte sin peligro de Sidi Aisa?

—Mañana se les habrá olvidado el lance, — replicó ella. Pero celebraría estar en situación de no volver nunca a ese café ni a otro. No bailaba en él por mi gusto, sino porque me tenían presa.

—¿Presa? — exclamó Tarzán con incredulidad.

—Esclava habría debido decir, — respondió la bailarina. Una noche me robó del aduar de mi padre una cuadrilla de ladrones, que me trajo aquí y me vendió al árabe dueño del café. Hace ya dos años que no he visto a ninguno de mi gente, que está mucho más al sur y no viene nunca a Sidi Aisa.

—¿Te gustaría volver con tu gente? — preguntó Tarzán. Si es así te prometo que por lo menos hasta Bu Saada irás segura conmigo. Allí podremos ponernos de acuerdo con el comandante, para que te acompañen lo que falte del camino.

—¡Oh monsieur!— exclamó ella. ¿Cómo voy a pagarte tanta bondad? No puedes proponerte en serio hacer tanto por una pobre Uled-Nail. Pero mi padre puede recompensarte y lo hará, porque es un gran jeque, se llama Kadur ben Saden.

—¿Kadur ben Saden? — exclamó Tarzán. ¡Si Kadur ben Saden está ahora en Sidi Aisa! ¡Esta misma noche ha cenado conmigo, hace pocas horas!

—¿Mi padre en Sidi Aisa? — gritó la bailarina. ¡Bendito sea Alá! ¡Entonces estoy salvada!

—Silencio — previno Abdul. Escuchad.

Abajo se oía ruido de voces, claramente perceptibles en el tranquilo aire nocturno Tarzán no comprendió las palabras, pero Abdul y la muchacha se las tradujeron.

—Ahora se han ido ya, — dijo la última. Eres tú el que les interesa, monsieur. Uno de ellos ha dicho que el desconocido que les ha ofrecido dinero por matarte está en casa de Akmed din Sulef con la muñeca rota, pero que alguien había ofrecido una recompensa todavía mayor al que se pusiera en acecho en la carretera de Bu Saada y te matara.

—Ese es el que ha seguido a monsieur por el mercado hoy mismo, — exclamó Abdul Lo he vuelto a ver dentro del café, a él y a otro, y los dos han salido al patio in-

terior después de hablar con esta muchacha. Han sido ellos los que nos han tirado al salir del café. ¿Por qué querrán matarte, [illegible]?

— No lo sé, — replicó Tarzán, y después de una pausa añadió: — A no ser que... [illegible]

Pero no terminó la frase, porque el pensamiento que había acudido a su mente, si bien le parecía la única solución racional del misterio, el propio tiempo se le antojaba falto de toda probabilidad.

No tardaron en largarse los hombres de la calle. El patio y el café quedaron desiertos. [illegible] se descolgó Tarzán hasta el alféizar de la ventana de la bailarina. La habitación estaba vacía. Volvió el hombre-mono al tejado, hizo bajar a Abdul y [illegible] descolgó a la joven hasta los brazos [illegible] que la separaba.

Desde la ventana saltó Abdul de un salto la escasa altura que le separaba de la calle, en tanto que Tarzán tomaba a la joven [illegible] otras [illegible] lo había hecho con un bulto en su [illegible] virgen. La joven profirió sin querer, [illegible] cayó [illegible] perceptible y la dejó en pie sana y salva.

La joven estuvo un momento asomada a él [illegible]

—¡Qué fuerte es monsieur, y qué ágil [illegible] El adrea el león negro, no lo [illegible]!

—Me gustaría encontrar a ese "el adrea" [illegible] dices, — contestó Tarzán. He oído hablar mucho de él.

—Si vas al aduar de mi padre lo verás, — respondió la joven. Vive en un estribo de [illegible] al norte de nuestro aduar, y baja de su madriguera por las noches para robar a mi padre lo que puede. Con un solo golpe de su poderosa pata aplasta el cráneo de un toro, y pobre del viajero extraviado que se encuentra súbito a "el adrea" por las noches!

Sin más percances llegaron al hotel, cuyo soñoliento dueño se oponía en un principio a mandar en busca de Kadur ben Saden hasta la siguiente mañana, pero una moneda de oro dió diferente [illegible] al [illegible] de suerte que, pocos momentos después, un criado había comenzado a recorrer [illegible] tos de las pasadas indígenas de menor importancia, donde podía esperarse que halla[illegible] campañía agradable un jeque del desierto. Tarzán consideraba necesario encontrar aquella noche al padre de la bailarina, por temor a que emprendiera el regreso demasiado temprano para poder alcanzarle.

[illegible] quizá media hora cuando volvió el criado con Kadur ben Saden. El anciano jeque entró en el aposento con expresión interrogadora en el [illegible]

[illegible] me ha hecho el honor de [illegible] decir, y de pronto sus ojos [illegible] en la muchacha y con los brazos [illegible] cruzó la estancia exclamando:

[illegible] ¡Alá es misericordioso!

[illegible] marciales ojos del viejo guerrero [illegible] en lágrimas.

Cuando hubieron referido a Kadur ben Saden el rapto y la liberación final de su hija, el jeque tendió a Tarzán la mano.

—Todo lo de Kadur ben Saden es tuyo, amigo mío, aunque sea su vida, — dijo la con la mayor naturalidad, pero Tarzán se dió cuenta de que no eran baldías sus palabras.

Decidióse que, si bien tres de ellos habrían de montar falto de sueño, era mejor partir muy temprano a la mañana siguiente, e intentar recorrer en un día todo el camino que los separaba de Bu Saada. Para los hombres esto sería relativamente fácil, pero para la bailarina representaba una jornada fatigosa en extremo.

No obstante, fué ella la que más afán mostró por partir, porque le pareció que siempre sería tarde cuando llegara a los brazos de su familia y amigos, de quienes llevaba dos años separada.

Creyó Tarzán no haber cerrado aún los ojos cuando le despertaron, y una hora después [illegible] estaba en camino hacia el sur, en dirección a Bu Saada. En unas cuantas millas el terreno [illegible] malo y [illegible] pedregoso [illegible] de pronto se encontraron con un desierto de arena, en la cual los caballos se hundían a cada paso hasta las [illegible]. Además de Tarzán, de Abdul, del jeque y de su hija, iban en la expedición cuatro de los [illegible] de la tribu del jeque que le [illegible] en el viaje a Sidi Aisa. Así con [illegible] tenían poco miedo a un ataque de [illegible] y si [illegible] habían de llegar a Bu Saada antes de la caída de la noche.

[illegible] lo envolvió en la voladora arena del desierto, que dió a Tarzán los labios resecos [illegible] podía ver de la comarca que los rodeaba distaba mucho de ser [illegible] una vasta extensión de país [illegible] que se elevaba en pequeños [illegible] estériles y [illegible] ofrecía matas de [illegible] arbustos. A lo lejos, por el sur, se [illegible] línea del Atlas del Sahara. ¡Qué diferente era aquel paisaje [illegible] de la exuberante África de sus mocedades!

Abdul, siempre alerta, miraba [illegible] atrás casi tanto como hacia delante. En lo alto de cada loma que subían detenía su caballo, y volviéndose escrutaba la campiña hacia atrás con la mayor atención. Por fin su escrutinio se vió recompensado.

—¡Mirad! — exclamó — allí detrás vienen [illegible]

—Son amigos de anoche, sin duda, monsieur, — dijo a Tarzán secamente Kadur ben Saden.

—Sin duda, — repitió el hombre-mono. [illegible] mi compañía ponga en peligro la [illegible] de vuestro viaje. En el próximo [illegible] me quedaré yo [illegible] interrogaré a esos [illegible], mientras vosotros seguís la marcha. No tengo necesidad de estar en Bu Saada esta noche, y aun es menos necesario que [illegible] otros con tranquilidad.

—Si te detienes tú nos paremos también nosotros, — dijo Kadur ben Saden. Hasta que [illegible] tú en seguridad [illegible] amigos, o hasta que tus enemigos hayan abandona-

do tu rastro, nos quedaremos a tu lado. No hay más que decir.

Tarzán no hizo sino asentir con un movimiento de cabeza. Era hombre de pocas palabras, y tal vez fuera por esta razón, más que por cualquier otra, por lo que a Kadur le había sido tan simpático, porque si alguien hay a quien desprecie el árabe es al hombre demasiado locuaz.

Están esperando la noche. — dijo Kadur ben Saden.

Y la noche cayó antes que llegara a Bu Saada. La última vez que Abdul miró a las ceñudas figuras recortadas de blanco que los iban persiguiendo, antes que las sombras hicieran imposible distinguirlas, vio claro que rápidamente acortaban la distancia que los separaba de su presunta víctima. Así se lo dijo en voz baja a Tarzán, porque no quería asustar a la joven. El hombre-mono iba detrás a su lado.

—Adelántate tú con los otros, Abdul, — dijo Tarzán.—Esto es cuenta mía. Y me esperaré en el primer lugar conveniente y hablaré con esos sujetos.

—Entonces Abdul esperará a tu lado, — replicó el joven árabe, a quien ni amenazas ni órdenes pudieron apartar de esta resolución.

—Está bien, pues, — replicó Tarzán. — Este es un sitio tan bueno como el mejor que podamos apetecer. Tenemos rocas en lo alto de esa loma. Podemos escondernos ahí y dar cuenta de esos caballeros en cuanto aparezcan.

Detuvieron sus caballos y desmontaron. Los otros, que iban delante, se habían ya perdido de vista en la oscuridad. Enfrente de ellos brillaban las luces de Bu Saada. Tarzán desolgó el rifle de su caballo y se aflojó el revólver en su funda. Luego ordenó a Abdul que se retirara detrás de las rocas con las monturas, de manera que éstas estuvieran protegidas contra las balas de los enemigos, si por acaso disparaban. El joven árabe fingió hacer lo qué se le ordenaba, pero una vez que hubo sujetado a los dos animales detrás de un arbusto, volvió deslizándose boca abajo a situarse a pocos pasos de Tarzán.

El hombre-mono estaba erguido en medio de la carretera, esperando. No tuvo que aguardar mucho tiempo. De pronto, oyó en la oscuridad, debajo de él, ruido de galope de caballos, y un momento después observó movibles manchas de color más ligero contra el fondo oscuro de la noche.

—¡Alto! — exclamó. — ¡Alto, o disparamos!

Las figuras blancas se detuvieron súbitamente y reinó un instante de silencio. Luego se oyó ruido de cuchicheos, y como sombras los fantásticos jinetes se dispersaron en todas direcciones. Otra vez se halló Tarzán rodeado del silencioso desierto, pero era un silencio ominoso, que presagiaba males.

Abdul se levantó sobre una rodilla. Tarzán aguzó los oídos, adiestrados en la selva y no tardó en percibir ruido de caballos que, en silencio y despacio, se acercaban por la arena, al Oeste, al Este, al Norte y al Sur. Los habían rodeado. De pronto son óun tiro en la dirección en que Tarzán estaba mirando, una bala silbó en el aire junto a su cabeza y el hombre-mono disparó contra el fogonazo del arma de su enemigo.

Instantáneamente, en el silencio del desierto resonó el rápido "staccato" de los disparos hechos por todas las manos. Abdul y Tarzán sólo disparaban contra los fogonazos, pues no podían ver a sus enemigos. De pronto percibieron claramente que los agresores iban estrechando el cerco y se acercaban cada vez más, no bien empezaron a darse cuenta del escaso número de la partida que les hacía frente.

Pero uno de ellos llegó demasiado cerca, porque Tarzán estaba acostumbrado a servirse de la vista en la oscuridad de las noches de la selva, que no reconoce otra mayor a este lado del sepulcro, y mientras resonaba un grito de dolor, quedó vacía una silla.

— Ya hay uno menos, Abdul. — dijo Tarzán con una carcajada.

Pero estaban todavía demasiado solos, y cuando los cinco jinetes restantes se abalanzaron sobre ellos, pareció que la batalla iba a tener súbito final. Tanto Tarzán como Abdul saltaron al resguardo de las rocas para poder mantener delante al enemigo. Se sintió un ruido ensordecedor de cascos que galopaban y una descarga de tiros por ambas partes, y los árabes se retiraron para repetir la maniobra; pero ya no eran más que cuatro contra dos.

En unos momentos no se oyó ningún ruido en la negrura que los rodeaba. Tarzán no podía decir si los árabes, satisfechos con sus pérdidas, habían renunciado a la lucha o si estarían esperando más allá para acometerles

¿De a dos o de a tres?

—Hace cinco minutos dejé aquí un telegrama al que deseaba hacerle un cambio... ¿Estoy a tiempo?

—¿Se trata de un despacho que dice: "Soy feliz, te anuncio el nacimiento de una niña"?

—Ese mismo. ¿Quiere tener la bondad de poner "dos" en vez de "una"?

—Ya está. ¿Desea usted que espere un poco más antes de expedir el telegrama?

CUIDADOSO

—Tu marido ha cogido la pulmonía porque no se ha querido cuidar...
—Ni se cuida; esta noche mismo, por más que le he regañado, se la ha pasao to-
siendo...

(De "Buen Humor").

BUEN CONSEJO

—A mí me gusta comer muy bien ¿sabes? toma esa propina y dime qué me aconsejas...

—¡Que se vaya usted a otro restaurante!

de nuevo cuando continuaran viaje hacia Bu Saada. Pero no estuvieron mucho tiempo en duda porque de pronto, en una sola dirección llegó el estampido de una nueva descarga. Mas apenas había hablado el primer rifle, cuando detrás de los árabes sonaron diez o doce disparos. Luego se oyó el ruido de una nueva partida que intervenía en la lucha y el patear de muchos caballos desde la carretera de Bu Saada.

No esperaron los árabes a enterarse de la personalidad de los recién llegados. Con una descarga final, hecha al precipitarse junto a la posición que sostenían Tarzán y Abdul, se lanzaron a galope tendido por el camino de Sidi Aisa. Un momento más tarde llegaron al lugar de la lucha Adur ben Saden y sus hombres.

El anciano jeque se sintió consoladísimo al ver que ni Tarzán ni Abdul haban recibido un solo arañazo. Ni aun sus caballos estaban heridos. Buscaron a los dos hombres que habían caído a los tiros de Tarzán, y al ver que habían muerto ambos, los dejaron donde estaban.

—¿Por qué no me dijiste que pensabas aguardar a esos bribones? — preguntó el jeque con acento ofendido. — Podramos haberlos quitado de en medio a todos si nos hubiéramos parado los siete a esperarlos.

—Entonces habría sido inútil esperar, — replicó Tarzán, — porque si hubiéramos seguido hacia Bu Saada, nos habrían atacado ahora y todos habríamos entrado en la refriega. Para impedir que de lo que de mí querían recayera en hombros distintos de los míos, es para lo que nos hemos detenido Abdul y yo, con objeto de interrogarlos. Ademas va con nosotros tu hija y yo no quería exponerla sin necesidad a los tiros de seis hombres.

Kadur ben Saden se encogió de hombros. No le agradaba que con engaños le hubiesen apartado de un combate.

Este, tan próximo a Bu Saada, había atraído a una compañía de soldados, con los cuales se encontraron Tarzán y su partida fuera de la ciudad. El oficial que los mandaba se detuvo para enterarse de la causa de los tiros.

—Una partida de merodeadores, — replicó Kadur ben Saden. — Han atacado a dos de los nuestros que se habían quedado atrás, pero cuando los demás hemos vuelto, los bandidos se han dispersado. Han dejado dos muertos. De los míos no ha habido herido ninguno.

Esto pareció satisfacer al oficial que, después d etomar los nombres de los que componían la partida, llevó a sus hombres al teatro de la escaramuza, para que trajesen a los muertos con el fin de identificarlos si era posible.

Dos días más tarde, Kadur ben Saden, con su hija y sus secuaces, se encaminó hacia el Sur, por el paso que se abre debajo de Bu Saada, con destino a su hogar, en las lejanas fragosidades. El jeque había instado a Tarzán a que lo acompañara y la joven había añadido sus ruegos a los de su padre, pero, aunque el hombre-mono no podía dar la verdadera explicación, ello es que sus deberes habían sido muy descuidados en los dos días anteriores y no podía pensar en abandonar su puesto por un instante. Sin embargo, les prometió ir más tarde si podía hacerlo, y con esta seguridad tuvieron que contentarse.

En aquellos dos días Tarzán pasó casi todo el tiempo con Kadur ben Saden y su hija. Interesábale vivamente aquella raza de fuertes y dignos guerreros, y aprovechó la oportunidad que su amistad le ofreca para aprender lo que pudiera de su vida y costumbres. Hasta comenzó a adquirir los rudimentos de su lengua bajo la agradable dirección de aquella joven de ojos pardos. Y con verdadera pena los vió partir, y permaneció montado en su caballo en el principio del paso montañoso, hasta donde los había acompañado, mirando a la pequeña partida, mientras no la perdió de vista.

Aquella era gente grata a su corazón. Su silvestre y tosca vida, llena de peligros y durezas, atraía a aquel hombre medio salvaje como no le había atraído nada en la afeminada civilización de las grandes ciudades que visitó hasta entonces. Aquella era una vida que superaba aún a la de su propia selva virgen, porque allí tendría la compañía de hombres de veras a quienes podía honrar y respetar, y sin embargo estaría cerca de la silvestre naturaleza que tanto adoraba. En su mente vagaba la idea de que, cuando hubiera terminado su misión, dimitiría y volvería a vivir lo restante de su existencia con la tribu de Kadur ben Saden.

Luego hizo volver grupas a su caballo y lentamente volvió a Bu Saada.

La parte delantera del "Hotel du Petit Sahara", donde paraba Tarzán en Bu Saada, estaba ocupada por el bar, dos comedores y las cocinas. Los dos comedores se abren directamente al bar, y uno de ellos se reserva para uso de los oficiales de la guarnición. Estando en el bar se puede ver el interior de ambas piezas.

Al bar fué donde se dirigió Tarzán después de despedir a Kadur ben Saden y los suyos. Era todavía muy temprano, porque el jeque quería avanzar mucho aquel día, de manera que, cuando volvió Tarzán, los huéspedes del hotel estaban aún desayunándose.

Cuando su mirada se dirigió por casualidad al comedor de los oficiales, Tarzán vió una cosa que arrancó una centella de interés en sus ojos. El teniente Gernois estaba sentado allí, y mientras Tarzán miraba, un árabe vestido de blanco se acercó a él, e inclinándose, cuchicheó algunas palabras al oído del teniente. Luego salió del edificio por otra puerta.

En sí mismo, esto no era nada, pero cuando el árabe se inclinó a hablar con el oficial, vió Tarzán una cosa al abrirse por casualidad el albornoz que llevaba... El hombre aquel tenía el brazo izquierdo en cabestrillo.

CAPITULO IX

NUMA "EL ADREA"

El mismo día en que Kadur ben Saden se encaminó hacia el Sur la diligencia del Norte trajo a Tarzán una carta de D'Arnot, que le reexpedían desde Sidi-bel-Abbes. La epístola abrió la vieja herida que Tarzán había querido olvidar, y, sin embargo, no sentía que D'Arnot le hubiera escrito, porque al menos uno de sus temas no podía cesar nunca de interesar al hombre-mono.

He aquí lo que decía la carta:

"Mi querido Jean. Desde que te escribí la última vez, he hecho una travesía a Londres por cuestión de negocios. No he estado allí más que tres días. Y no bien llegué me encontré con un antiguo amigo tuyo — inesperadamente — en Henrietta Street. Creo que ni por asomos te imaginarías quién era. ¡Nada menos que míster Samuel T. Philander! Es la pura verdad. Y no es esto todo. El hombre se empeñó en que volviese con él al hotel, y allí me encontré a los demás: al profesor Arquímedes Q. Porter, a miss Porter y a aquella enorme negra, la criada de miss Porter, Esmeralda, a quien recordarás sin duda. Mientras estaba yo allí llegó Clayton. Van a casarse pronto, mejor dicho, prontísimo, porque sospecho que de un día a otro recibiremos las participaciones. Por la muerte del padre de él la boda va a ser cosa reservada, solo asistirán los parientes consanguíneos.

"Mientras estaba yo solo con míster Philander, el hombre se me sintió altamente confidencial y me dijo que miss Porter había aplazado ya dos o tres veces la boda con diferentes pretextos. El piensa que la muchacha no tiene gran ansiedad por casarse con Clayton, pero esta vez parece que va en serio.

"Claro es que todos me preguntaron por tí, pero respetando tus deseos en cuanto a tu verdadero origen, no les hablé más que de tus asuntos presentes.

"Sobre todo miss Porter demostró extraordinario interés en cuanto yo dije de tí, y me hizo infinidad de preguntas. Me temo que me dí el gustazo, nada caballeresco por cierto, de insistir en pintar tu deseo y resolución de volverte a tu selva nativa. Después lo sentí porque parece que le causó verdadera angustia la idea de los horribles peligros a que deseas volver. — Y sin embargo — dijo — no sé, hay destinos más espantosos que los que esa terrible selva ofrece a monsieur Tarzán. Por lo menos, su conciencia estará libre de remordimientos. Y allí hay momentos de calma y sosiego durante el día y panorama de exquisita belleza. Le parecerá a usted raro que lo diga yo que he corrido tan espeluznantes aventuras en la espantosa selva; y sin embargo hay ocasiones en que deseo volver, porque no puedo menos de pensar que allí he pasado los momentos más dichosos de mi vida.

"En su semblante, al decir estas palabras, se leía una expresión de inefable tristeza y no pude menos de pensar que ella me sabe conocedor de su secreto y que aquel era su modo de transmitirte un postrer mensaje de ternura de un corazón que todavía podría abrigar tu memoria, aunque su dueña perteneciera a otro.

"Clayton se mostró nervioso y de mal humor mientras eras tú el tema de la conversación. Tenía aspecto de cansancio y preocupación, y sin embargo, en sus expresiones de interés por tí se mostró muy cariñoso. ¿Será que sospecha la verdad acerca de tu persona?

"Tennington llegó con Clayton. Son grandes amigos, como sabes. Tennington se dispone a hacer una de sus interminables travesías en su yate y apremiaba a toda la partida para que lo acompañase. Hasta a mí me quiso enredar. Esta vez está pensando en dar toda la vuelta a Africa. Yo le dije que su lindo juguete los mandaría cualquier día a él y a sus amigos al fondo del océano, como no se le quite de la cabeza que el yate no es un transatlántico ni un acorazado.

"Volví a París anteayer, y ayer me encontré en las carreras al conde y a la condesa de Coude, que me preguntaron por tí. El conde parece profesarte gran afecto, y al parecer no te guarda el rencor más mínimo. Olga está tan hermosa como siempre, pero un poco triste. Yo creo que contigo aprendió una lección que ha de tener presente durante lo que le quede de vida. Fué una suerte para ella y lo mismo para su marido, que se librara de tí y no de otro hombre más alambicado.

"Si tú hubieras hecho la corte al corazón de Olga, mucho me temo que no habría habido esperanza para ninguno de vosotros.

"Me pidió te dijera que Nicolás ha salido de Francia. Ella le ha pagado veinte mil francos para que se vaya y no vuelva. Se felicita de haberse desembarazado de él antes que tratara él de poner por obra la amenaza que le dirigió recientemente de matarte a la primera ocasión. Dijo que le horrorizaba pensar que tus manos se tiñeran en la sangre de su hermano, porque te tiene gran afecto, y no se recató de confesarlo delante del conde. Ni por un momento pareció ocurrírsele que podría tener otro resultado un posible encuentro entre Nicolás y tú. En esto el conde estaba conforme con ella; el marido añadió que para matarte a tí se necesitaba un regimiento de Rokofs. Tiene un respeto saludabilísimo a tus proezas.

"Me han destinado de nuevo a mi antiguo buque, que dentro de dos días zarpa de El Havre con órdenes en pliego sellado. Si me escribes dirigiendo el sobre al buque, tarde o temprano me llegará tu carta. Yo te escribiré tan pronto como se me presente otra ocasión.

"Tu sincero amigo.

Paul d'Arnot."

—Mucho me temo. — pensó Tarzán en voz alta — que Olga haya tirado a la calle sus veinte mil francos.

Leyó varias veces la parte de la carta que se refería la conversación del teniente con Jane Porter. Esto era para [illegible] una fuente de

felicidad dolorosa, pero que era mejor que no sentir nada en absoluto.

En las tres semanas siguientes, no ocurrió ningún suceso digno de mención. En varias ocasiones halló Tarzán al misterioso árabe, y una vez más le vió cruzar la palabra con el teniente Gernois, pero por más que espió y siguió, no pudo dar con el paradero del lisiado, cuyo albergue sentía gran ansiedad por averiguar.

Gernois, nunca cordial, se mantenía más apartado de Tarzán que de ordinario desde el episodio en el comedor del hotel de Aumale. Su actitud, en las diversas ocasiones en que se encontraron juntos, fué manifiestamente hostil.

Para poder mantener la apariencia del papel que representaba, Tarzán pasaba mucho tiempo dedicado a la caza en los alrededores de Bu Saada. Estaba días enteros en las laderas de las colinas, ostensiblemente buscando a la gacela, pero en las diversas ocasiones en que se le pusieron a tiro, dejó escapar a los hermosos animales sin hacerles el menor daño y aun sin echarse siquiera el rifle a la cara. El hombre-mono no hallaba diversión en matar a aquellos inofensivos e inermes seres, por el mero placer de matarlos.

En realidad, Tarzán no había matado nunca "por placer", ni encerraba para él placer ninguno el matar. Lo que le gustaba era la alegría de la batalla leal, el éxtasis de la victoria y la triunfante y entusiasmada caza en busca del alimento, que le hacía poner en choque su habilidad y su fuerza contra la astucia y la fuerza de otro ser; pero, ¡salir de una ciudad llena de alimentos para matar a una linda gacela de ojos dulces!... ¡Oh, esto era más cruel que el deliberado asesinato a sangre fría de un semejante! Tarzán no quería hacerlo, y así salía de caza él solo, para que nadie pudiera ver el engaño a que se entregaba.

Y una vez, probablemente porque iba solo, se vió a dos dedos de perder la vida. Cabalgaba despacio por un pequeño barranco, cuando oyó un tiro cerca de él y una bala atravesó el casco de corcho que llevaba. Aunque vol vió grupas al instante y galopó hasta lo alto del barranco, no pudo ver enemigo alguno, ni se echó siquiera a la cara a otro ser humano hasta que llegó a Bu Saada.

—Sí, — se decía al recordar el suceso. — Verdaderamente Olga ha tirado a la calle sus veinte mil francos.

Aquella noche acudió como invitado a una cena que daba el capitán Gerard.

—¿No ha tenido usted suerte en la caza? — preguntóle éste.

—No, — replicó Tarzán. — La caza de por aquí es tímida y yo no tengo gran afición a matar pájaros ni antílopes. Creo que me voy a ir más al Sur, a ver si encuentro esos leones argelinos.

—Está bien, — exclamó el capitán. — Mañana partimos hacia Djelfa, y puede usted tener compañía por lo menos hasta allí. El teniente Gernois y yo, con un centenar de hombres, tenemos orden de dirigirnos al Sur para patrullar por una región en que los merodeadores están dando mucha guerra. Acaso tengamos el placer de cazar el león juntos. ¿Qué dice usted?

Tarzán se sentía más que contento y no titubeó en decirlo, pero el capitán se habría quedado con la boca abierta si hubiera sabido la verdadera razón del placer de Tarzán. Gernois, que estaba sentado enfrente del hombre-mono, no pareció muy satisfecho de la invitación del capitán.

—Ya verá usted que la caza del león entusiasma más que la de la gacela y es bastante más peligrosa.

—También el tirar a la gacela tiene sus peligros, — replicó Tarzán. — Especialmente cuando se va solo. Así lo he descubierto yo. También he averiguado que, si bien la gacela es el más tímido de los animales, no es ciertamente el más cobarde.

Sólo de pasada se fijaron sus ojos en Gernois después de decir estas palabras, porque no quería que el teniente se diera cuenta de que le inspiraba recelos, o de que estaba sujeto a vigilancia, ni que pensara otra cosa ninguna. Pero el efecto de las palabras de Tarzán podía probar su relación con ciertos recientes acontecimientos o su conocimiento de ellos. Tarzán vió que un rubor mate subía al cuello de Gernois. Quedó satisfecho con esto y rápidamente cambió de conversación.

Cuando la columna partió de Bu Saada a la mañana siguiente, iban media docena de árabes llevando la retaguardia.

—No van agregados a la expedición, — replicó Gérard en respuesta a la pregunta del hombre-mono. — No hacen más que unirse a nosotros para que los acompañemos.

Durante su permanencia en Argelia, Tarzán había aprendido lo suficiente del carácter de los árabes para saber que no era este el verdadero móvil, porque el árabe no gusta excesivamente de la compañía de los extranjeros, y menos aún si éstos son soldados franceses. Por esta razón se despertaron sus recelos y decidió no perder de vista a la pequeña partida que marchaba detrás de la columna como a un cuarto de milla de distancia. Pero ni siquiera durante las paradas se acercaron lo bastante para que pudiera verles la cara.

Estaba convencido desde hacía mucho tiempo de que había asesinos pagados que le seguían la pista y no tenía grandes dudas de que Rokof fuera el alma de la conjuración. Si era por vengarse de las diferentes ocasiones pasadas en que Tarzán había frustrado susplanes y le había humillado, o si estaba relacionada en algún modo la persecución del ruso con su misión en el asunto de Gernois, era cosa que no podía Tarzán determinar. Si se trataba de lo último, — y así parecía probable desde que tenía la convicción de que Gernois recelaba de él, — era evidente que había de luchar contra dos poderosos adversarios, porque en las asperezas de Argelia a que se dirigían, habría mil ocasiones de despachar para el otro mundo a un rival, a la chitacallando y sin despertar sospechas.

Después de acampar en Djelfa durante do

días, la columna se encaminó al Sudoeste, donde sabían que los merodeadores estaban cometiendo sus desafueros contra las tribus cuyos aduares se hallaban al pie de las montañas.

La partida de árabes que les había acompañado desde Bu Saada desapareció repentinamente la misma noche que se dió la orden de preparar para el siguiente día la partida de Djelfa. Hizo Tarzán averiguaciones entre los soldados, pero nadie pudo decirle por qué habían partido ni qué dirección llevaban. No le gustaba el cariz de las cosas, especialmente porque había visto a Gernois de conversación con uno de los árabes media hora antes de dar el capitán Gérard sus instrucciones relativas a la nueva marcha. Sólo Gernois y Tarzán sabían hacia dónde se encaminaban. Lo único que los soldados conocían era que habían de estar dispuestos para levantar el campo a la mañana siguiente. Tarzán se preguntó si Gernois podría haber revelado su destino a los árabes.

Aquella tarde, ya al atardecer, acamparon en un oasis en el cual se hallaba el aduar de un jeque a quien robaban los rebaños y mataban los pastores. Salieron los árabes de sus tiendas de piel de cabra y rodearon a los soldados, haciéndoles una infinidad de preguntas en su lengua nativa, porque los soldados eran indígenas. Tarzán, que a la sazón, con el auxilio de Abdul, había aprendido ya un poco de árabe, interrogó a uno de los jóvenes que acompañaban al jeque, mientras éste presentaba sus respetos al capitán Gérard.

No, no había visto ninguna partida de seis jinetes que llegaran de la parte de Djelfa. Había otros aosis por allí desperdigados, y tal vez se habían encaminado a alguno de ellos. Podían ser los merodeadores de las montañas, que con frecuencia cabalgaban al Norte hacia Bu Saada en pequeñas partidas, y en ocasiones llegaban hasta Aumale y Buira. Podían muy bien ser algunos facinerosos que volvieran a su cuadrilla después de una excursión de recreo a una de dichas ciudades.

A la mañana siguiente muy temprano, el capitán Gérard dividió en dos su columna, dando al teniente Gernois el mando de uno de los grupos y conservando él el otro. Tenían que registrar las montañas por lados opuestos de la llanura.

—¿Y en qué destacamento irá monsieur Tarzán? — preguntó el capitán. — ¿O es que no quiere dar caza a los merodeadores?

¡—Oh, me encantará!—se apresuró a declarar el aludido, preguntándose qué excusa podía dar para acompañar a Gernois.

Su embarazo fué de corta duración y se vió aliviado por donde él menos pensaba. Fué el mismo Gernois el que habló.

—Si mi capitán quiere privarse por esta vez de la compañía de monsieur Tarzán, consideraré un honor que monsieur Tarzán venga hoy conmigo, — dijo, por cierto con acento que no carecía de cordialidad.

Es más, Tarán llegó a imaginarse que se había excedido un tanto, pero aun así, se sintió al propia tiempo asombrado y satisfecho y se apresuró a expresar su satisfacción por el arreglo.

Y así fué que el teniente Gernois y Tarzán cabalgaron uno al lado del otro a la cabeza del pequeño destacamento de spahis. La cordialidad del francés fué de corta duración. En cuanto se hubieron perdido de vista para el capitán Gérard y su gente, recayó en su acostumbrada taciturnidad. A medida que avanzaban el terreno iba siendo más quebrado. Constantemente subían hacia los montes, en los cuales penetraron por un estrecho desfiladero, ya cerca de las doce. Al lado de un arroyuelo, Gernois dispuso el alto del mediodía.. Allí los hombres prepararon y comieron su frugal comida y renovaron su provisión de agua.

Después de una hora de descanso, avanzaron de nuevo por el desfiladero, hasta que llegaron a un vallecillo del cual partían diversas gargantas peñascosas. Allí se detuvieron en tanto que Gernois, desde el centro de la depresión examinaba minuciosamente las alturas circundantes.

—Aquí nos separaremos, — dijo, — para ir unos cuantos por cada una de las gargantas.

Y luego comenzó a destacar a sus diferentes escuadrones y a dar instrucciones a los sargentos o cabos, y a luchar en filas como estuvo listo se volvió a Tarzán:

—Monsieur tendrá la bondad de permanecer aqu hasta que volvamos.

—El hombre-mono quiso oponerse, pero el oficial lo atajó diciendo:

—Es posible que haya lucha en alguno de los destacamentos y las tropas no deben tener durante el combate el estorbo de paisanos no combatientes.

—Pero mi querido teniente, — replicó Tarzán; — yo estoy dispuesto a ponerme bajo el mando de usted o de cualquiera de sus sargentos o cabos, y a luchas en filas como me manden. Para eso he venido.

—Celebraría pensarlo así, — replicó Gernois con un sarcasmo que no se tomó el trabajo de disimular, y añadió brevemente: — Está usted a mis órdenes y estos son que se quede usted aquí hasta que volvamos. Y no se hable más del asunto.

Dicho esto espoleó a su caballo y se alejó a la cabeza de sus hombres, y un momento más tarde Tarzán se encontró solo en medio de una desolada fortaleza de montañas.

El sol calentaba tanto, que Tarzán buscó el cobijo de un árbol cercano, donde ató a su caballo y se sentó en el suelo a fumar, echando venables por dentro contra Gernois por la jugarreta de que le había hecho víctima. Una venganza mezquina e innoble, — pensó, y de pronto se le ocurrió que el hombre no podía ser tan necio que le tratara de tal suerte por una molestia tan pequeña y trivial. Debía de tener algún móvil más hondo. Con este pensamiento se lenvantó y quitó el rifle del caballo. Examinó la carga y vió que la recámara estaba llena. Luego miró su revólver y, después de estas precauciones preliminares, escrutó las alturas que le rodeaban y la boca de los diversos desfiladeros, pues estaba resuel-

to a que no le cogieran desprevenido.

El sol se iba hundiendo más y más en el horizonte y no veía ni señal de que los spahis volvieran. Por fin el valle quedó envuelto en sombras. Tarzán era demasiado puntilloso para regresar al campamento hasta haber dado al destacamento todo el tiempo necesario para volver al valle, que a su juicio debía considerarse como lugar de cita. Al caer la noche se sentía más seguro contra cualquier ataque, porque entre las sombras estaba en terreno conocido. Sabía que nadie se podía acercar a él tan cautelosamente que no lo percibieran sus avisados y sensibles oídos; además, contaba con los ojos, porque veía bien de noche, y el olfato, si llegaran a favor del viento, le indicaría la proximidad de enemigos cuando aún se hallaran a bastante distancia.

Díjose, pues, que no corría gran peligro, y con esta sensación de seguridad se quedó dormido de espalda contra el árbol.

Debió estar varias horas durmiendo porque, cuando lo despertó un súbito relincho y el patear de su caballo, la luna iluminaba de lleno el valle, y allí, a pocos pasos de él se hallaba la terrible causa del miedo del animal.

Soberbio, majestuoso, con a graciosa cola estirada y temblorosa y los ojos de fuego clavados de lleno en su presa, se hallaba Numa "el adrea", el león negro. Un estremecimiento de alegría recorrió los nervios de Tarzán. Le pareció que se encontraba con un antiguo amigo después de años de separación.

Un momento permaneció sentado, rígido, contemplando el magnífico espectáculo de aquel señor de la espesura.

Pero Numa se agazapaba para el salto. Muy lentamente se echó Tarzán el rifle al hombro. No había matado jamás un animal grande con el rifle, pues hasta entonces había contado con su venable, sus flechas envenenadas, su cuerda, su cuchillo o sus manos limpias. Instintivamente lamentó no tener sus flechas y su cuchillo de monte, pues se habría sentido más seguro con ellos.

Numa estaba pegado al suelo, sin presentar más que la cabeza. Tarzán habría preferido dispararle un poco al lado, porque sabía el terrible daño que podía hacer el león si viviera dos minutos o un minuto solo después de ser herido. El caballo temblaba de miedo a espaldas del hombre-mono. Este dió un cauteloso paso a un lado y Numa se limitó a seguirlo con los ojos. Un paso más dió Tarzán y luego otro. Numa on se había movido. Ahora el joven podía disparar contra un punto entre el ojo y la oreja.

Apretó el gatillo y Numa dió el salto al propio tiempo de sonar el disparo. En el mismo instante el aterrado caballo hizo el último esfuerzo frenético por escapar, rompió la traba y al galope huyó por el desfiladero abajo, en dirección al desierto.

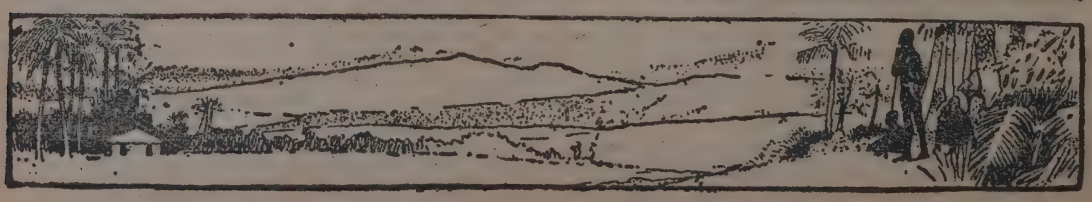
Ningún hombre ordinario habría pódido escaparse de aquellas espantosas garras, cuando saltaba Numa desde tan corto trecho, pero Tarzán no era hombre ordinario. Desde su más tierno infancia sus músculos se habían adiestrado, por las terribles exigencias de la vida, para obrar con la velocidad del pensamiento. Y a pesar de lo rápido que fué "el adrea", más lo fué todavía Tarzán, y el enorme animal chocó contra el árbol cuendo esperaba caer sobre la blanda carne del hombre, en tanto que éste, a dos pasos a la derecha, le disparaba otra bala, que trajo a su lado al león dando zarpazos y profiriendo rugidos.

Dos veces más disparó el hombre-mono en rápida sucesión, y por fin "el adrea" quedó inmóvil y cesó de rugir. Ya no era monsieur Tarzán: era Tarzán de los Monos el que puso el salvaje pie sobre el cuerpo de su salvaje víctima, y, alzando el semblante a la luna llena, dió suelta a su potente voz en aquel extraño y terrible reto de su tribu, el de un mono macho que ha matado a su rival. Y todos los animales salvajes de los montes se detuvieron en su merodeos y temblaron al oír aquella nueva y pavorosa voz, en tanto que en el desierto los hijos de aquellas asperezas salían de sus tiendas de piel de cabra y miraban hacia las montañas preguntándose qué nuevo y terrible azote había llegado a devastar sus rebaños.

A media milla del valle en que se hallaba Tarzán, una veintena de figuras de blancos trajes, con largas espigardas de malísimo aspecto, se detuvieron al oír el ruido y se miraron entre sí con interrogadores ojos. Pero, como el ruido no se repitió, siguieron su callada y cautelosa vía hacia el valle.

Tarzán tenía ya la seguridad de que Gernois no pensaba volver por él, pero no podía conjeturar la causa que había inducido al oficial a abandonarle, dejándole libre para que volviera al campamento. Perdido su caballo, se dijo que sería necio permanecer más tiempo en los montes, de manera que se encaminó hacia el desierto.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO



LITERATURA AMERICANA

Tradiciones peruanas

Por RICARDO PALMA

DESPUES DE DIOS, QUIROS

I

Dnode se prueba con la autoridad de la historia, que un rico de hoy es pobre de solemnidad al lado de nuestro protagonista.

Por los años de 1640 llegó a la villa imperial de Potosí el maestre de campo don Antonio López Quirós, castellano a las derechas, católico rancio, bravo, generoso y entendido. La fortuna tomó a capricho ampararlo en todas sus empresas; y minas como las de Cotamito, Amoladera y Candelaria, abandonadas por sus primitivos dueños como pobrísimas de metales, se declararon en "boya" apenas pasaron a ser propiedad de maestre. En Oruro, Augallas y Puno adquirió también minas qeu en riqueza y abundancia de metales podían competir con las de Potosí.

Tres mil "llamas" al cuidado de un centenar de indios tenía constantemente ocupados en transportar desde Arica hasta Potosí los azogues de Almadén y Huancavélica. No osando nadie hacerle competencia, puede decirse que, sin necesidad de real privilegio, nuestro castellano tenía monopolizado artículo tan precioso para beneficio de los metales.

En sus minas, haciendas e ingenios empleaba setenta mayordomos o administradores, con sueldos de cien pesos a la semana, y daba ocupación y buen salario a poco más de cuatro mil indios.

Para dar una idea de la (que si uniformemente no la testificaran muchos historiadores, tendríamos por fabulosa) fortuna de Quirós, nos bastará referir que en 1668, a poco de llegado a Lima el Virrey conde de Lemos, propúsose nuestros minero hacerle una visita, y salió de Potosí trayendo valiosísimos obsequios para su excelencia.

El conde de Lemos, a pesar de su beatitud y de ayudar la misa y de tocar el órgano en la iglesia de los Desamparados, era gran amigo del fausto y se trataba a cuerpo de rey. Pensaba mucho en el esplendor de las procesiones y fiestas religiosas y en la salvación de su alma; pero esto no embarazaba para que se ocupase también de las comodidades y regalos del cuerpo.

Conversando un día con Quirós el mayordomo del virrey, dijo éste que su señor era todo lo que había que ser de ostentoso y manirroto.

—Supóngase vuesa merced — decía el fámulo — si el señor conde será rumboso cuando me da quinientos pesos semanales para los gastos caseros.

—¡Gran puñado de moscas! — exclamó el maestre. — Quinientos pesos gasto yo a la semana en velas de sebo para mis ingenios y haciendas.

Y no hay que creerlo chilindrina, lectores míos. Así es la verdad.

Para poner punto al relato de las riquezas de Quirós, transcribiremos estas líneas, escritas por un contemporáneo: "Gastó en la infructuosa conquista del gran Paititi más de dos millones de plata; y a este modo tuvo otros desagües con su gran riqueza, la cual era en tanta suma que ignoraba el número de millones que tenía. Desocupando en cierta ocasión un cuarto, hallaron los criados en un rincón una partida de dos mil marcos en piñaas que no supo cómo las había puesto allí. Los quintos que dió a su majestad pasaron de quince millones, que es cosa que espanta, y esto se sabe por los libros reales, por donde se puede considerar qué suma de millones tendría de caudal".

Francamente, lectores. ¿no se les hace ustedes la boca agua?

EL PROFESOR Y EL CRISTAL

Primero pegue todo el dibujo en un cartón y cuando esté bien seco, recorte cada una de cuidadosamente. Hecho eso, corte la hendija, corte la línea curva que sigue el contorno de las hombre, de A a B; después corte la línea de C a D. Corte luego la hendija X. Tome la tira co que tiene el cristal y por la parte de adelante deslice el extremo de la pieza por la hendija luego la pieza larga y curva y por la parte de atrás deslice el extremo que tiene el insecto po C - B. Ahora debe usted colocar los puntos 2 y 3 detrás del punto 1 y asegurarlos con un broc que el punto 5 detrás del 4 y asegúrelo con un segundo broche. Lo que le falta hacer es desliz mo de la pieza curva por la hendija X y el juguete estará completo. Para que funcione se m tremo de la tira curva suavemente de uno a otro lado.

DE AUMENTO

Interesante y divertido juguete de movimiento

partes
nas del
hombre
. Tome
hendija
. Colo-
extre-
el ex-

Convengamos en que su merced no era ningún "pobre de hacha", nombre que se daba en Lima a los infelices que, por pequeña pitanza, concurrían cirio en mano al entierro de personas principales y que hacían coro al gimotear de las plañidoras o lloronas.

II

Se trata de un milagro que le colgaron al apóstol Santiago, patrón de Potosí

Residía en la real villa un honradísimo mestizo, cuya fortuna toda consistía en veinte mulas, con las que se ocupaba en transportar metales y mercaderías. Como se sabe, en el frigidísimo Potosí escasea el pasto para las bestias, y nuestro hombre acostumbraba enviar por la tarde sus veinte mulas a "Catamarca", pueblecito próximo, donde la tierra produce un gramalote que sirve de alimento a los rumiantes.

Una mañana levantóse el arriero con el alba y fué a Catamarca en busca de sus animales; pero no encontró ni huellas. Echóse a tomar lenguas y sacó en limpio la desoladora certidumbre de que su hacienda había pasado a otro dueño.

Afligidísimo regresó el arruinado arriero a Potosí, y pasando por la iglesia de San Lorenzo, sintió en su espíritu la necesidad dwe buscar consuelo en la oración. Tan cierto es que los hombres aun los más descreídos, nos acordamos de Dios y elevamos a él preces fervorosas cuando una desventura grande o pequeña nos hace probar su acíbar.

El mestizo, después de rezar y pedir al apóstol Santiago que le hiciese en su obsequio un milagrito de esos que el santo a quien tantos atribuían hacía entonces por debajo de la pierna, levantóse y se dispuso a salir del templo. Al pasar junto al cepillo de las ánimas metió mano al bolsillo y sacó un peso "macuquino", único caudal que le quedaba; pero al ir a depositar su ofrenda ocurrióle más piadoso pensamiento.

—¡No! Mejor será que mi última blanca se la dé de limosna al primer pobre que encuentre en las gradas de San Lorenzo. Perdonen las ánimas benditas, que sus mercedes no necesitan pan.

Las gradas de San Lorenzo en Potosí, como las gradas de la catedral de Lima, desde Pizarro hasta el pasado siglo eran el sitio de preferencia afluían los mendigos, los galanes y demás gentes desocupada. Las gradas eran el "mentidero" público y la sastrería donde se cortaban sayos, se zorcían voluntades y se desilvanaban honras.

Aquella mañana el sol tenía pereza para dorar los tejados de la villa, y entre sí salgo o no salgo andábase remolón y rebujado entre nubes. Las gradas de San Lorenzo estaban desiertas, y sólo se paseaba en ellas un viejecito enclenque, envuelto en una capa vieja como él, pero sin manchas ni remiendos, y cubierta la cabeza con el tradicional sombrero de vicuña.

Nuestro arriero pensó: "¡Cuánta será la gazuza de ese pobre cuando, con el frío que hace, ha madrugado en busca de un alma caritativa!"

Y acercándose al viejecito le puso en la mano el macuquito, diciéndole:

—Tome, hermano, y remédiese, y en sus oraciones pídale al santo patrón que le haga un milagro.

—Dios se lo pague, hermano, — contestó sonriéndose el mendigo, — y cuente que si el milagro es hacedero se lo hará Santiago, y con creces, en premio de su caridad y de su fe.

—Dios lo diga, — murmuró el arriero, y atravesando la plaza siguió calle adelante.

Tres días pasaron y notorio era ya en Potosí que unos pícaros ladrones habían dejado mano sobre mano a un infeliz arriero. En cuanto a éste, cansado de pesquisas y de entenderse con el corregidor y el alcalde y los aguaciles, comenzaba a desesperar de que Santiago se tomase la molestia de hacer por él un milagro, cuando en la mañana del cuarto día se le acercó un mestizo y le dijo.

—Véngase conmigo, compadre, que su merced don Antonio López Quirós lo necesita.

El arriero no conocía al maestre de campo más que por la fama de su caudal y por sus buenas acciones y larguezas; así es que, sorprendido del llamamiento, dijo:

—¿Y qué querrá conmigo ese señor? Si es asunto de transportar metales, excusado es que lo vea.

—Véngase conmigo, compadre, y déjese de imaginaciones, que lo que fuere ya se lo dirá don. Antonio. Despabílese, amigo, que el raposo durmiente no le amanece la gallina en el vientre.

Llegado el arriero a casa de Quirós, encontró en la sala al mendigo de las gradas de San Lorenzo, quien lo abrazó afectuosamente y le dijo:

—Hermano, tanto he pedido a Santiago apóstol, que ha hecho el milagro, y con usura. Vuélvase a su casa y hallará en el corral, no veinte, sino cuarenta mulas de Tucumán. ¡Ea! A trabajar... y constancia, que Dios ayuda a los buenos.

Y esquivándose a las manifestaciones de gratitud del arriero, dió un portazo y se encerró en su cuarto.

Aquel viejecito era Quirós.

"Vestía humildemente en Potosí — dice un cronista — calzón y zamarra de bayeta, capa de paño burdo y toscos zapatos, no diferenciándose su traje del de los pobres y trabajadores".

III

¡Dios te la depare buena!

Aseguraba Bartolomé Martínez Vela en sus "Anales", que el maestre de campo López Quirós pretendió merecer de su majestad el título de conde de Incahuasi, y que su pretensión fué cortésmente desechada por el rey. Paréceme que si entre ceja y ceja se le hubiera metido al archimillonario obtener, no digo un simple pergamino de conde, sino un bajalato de tres colas, de fijo que se

nabría salido con el empeño. ¡Bonito era Carlos II para hacer ascos a la plata! Bajo su reinado se vendieron en América por veinte mil duretes más de sesenta títulos de condes y marqueses. Precisamente en solo Perú creó los condados de Monterrico, Velleumbroso, Zelada de la Fuente, Otero y Villablanca, y los marquesados de Villafuerte, Castillo, Corpa, Concha, Vega del Ren, Cartago, Montemar, Sierrabella, Lurigancho, Villahermosa, Moscoso y Sotoflorido. Quede, pues, sentado que si nuestro minero no llegó a calzarse un título de Castilla fué porqué no le dió su regalada gana de pensar en candideces.

A propósito del apellido Quirós, recordamos haber leído en un genealogista que el primero que lo llevó fué un soldado griego llamado Constantino, el cual en una batalla contra los moros, allá por los años de 846, viendo en peligro de caer del caballo al rey don Ramiro, voló en su socorro, gritando "¡Ir Kirós! ¡is Kirós!" (tente firme, no te rindas); y ayudando al rey a levantarse dióle sus armas y caballo. El monarca quiso que en memoria de la hazaña tomase el apellido de Quirós, dándole por divisa escudo de plata y dos llaves de azur en aspas,anguladas de cuatro rosas y cuatro flores de lis, un cordón en orla y en una bordura este mote: "Después de Dios, la casa Quirós". El solar de la familia se fundó en el Castillo de Alba, en Asturias, después del matrimonio de Constantino con una hija de Bernardo del Carpio. Cuando la conquista de Granada, hubo un Quirós tan principal y valeroso que los Reyes Católicos lo llamaban el rey chiquito de Asturias.

Refiérense de Quirós, el de Potosí, excentricidades que hacen el más cumplido elogio de su carácter y persona. Apuntaremos algunas:

Cuando le denunciaban robos de gruesas sumas que le hacían sus mayordomos, don Antonio se conformaba con destituir al ladrón y daba su plaza al denunciante, diciendo: "No menear el arror aunque se pegue. Veamos si éste ha obrado por envidia o por lealtad".

En una ocasión le avisaron que uno de sus administradores había ocultado piñas de plata por valor de seis mil pesos. Reconvenido por Quirós, contestó el infiel dependiente que había robado por dar dote a una hija casadera.

—La franqueza y el propósito te salvan, que quien no cae no se levanta, — le dijo el patrón. — ¡Llévate los seis mil pesos, y que tu hija se conforme con esa dote, que no todas las muchachas bonitas nacen hijas de emperadores o de Antonio López Quirós.

Y en verdad que las dos hijas de nuestro personaje, al casarse con dos caballeros del hábido de Santiago, llevaron una dote que abriría el apetito al mismo autócrata de todas las Rusias.

Presentóse un joven, sobrino de un título de Castilla, pidiéndo la protección. Quirós le dijo que la ociosidad era mala senda, y que lo habilitaría con cinco mil pesos para que trabajase en el comercio. El hidalgüelo sin blanca se dió por agraviado, y contestó que él no envilecería sus pergaminos viviendo como un hortera plebeyo tras de un mostrador. Nuestro minero le volvió la espalda murmurando: "Si tan caballero, ¿por qué tan pobre? Y si tan pobre, ¿por qué tan caballero"?

En su manera de practicar la caridad había también mucho de original.

Durante los días de la semana santa acostumbraba Quirós sentarse dos horas en el salón de su casa, rodeado de sacos de plata y teniendo en la mano una copa de metal, la cual metía en uno de los sacos, y la cantidad que en ella cupiera la daba de limosna a cada pobre vergonzante que se acercaba en esos días. Supongo que esa casa estaría más concurrida que el jubileo magno.

Con personas de otro carácter que iban donde él a solicitar un donativo, empleaba un curioso expediente. En un cuarto tenía multitud de cajones clavados en la pared. Las dimensiones de ellos eran iguales, y en cad uno podía encerrarse holgadamente un talego de a mil. Quirós ponía en algunos toda esta suma, y en los demás los iba proporcionalmente disminuyendo hasta llegar a un peso. Todos los cajones estaban numerados; y cuando don Antonio tenía que habérselas con uno de los llamados hoy "pobres de levita" y que entonces se llamarían "pobres de capa larga", conducíalo al, diciéndole:

—Esocaja vuesa merced un número, y... ¡que Dios se lo depare bueno

IV

Entre col y col...

Entre los manuscritos de la Biblioteca de Lima existe un libro de autor anónimo, que creemos escrito en 1790. Titúlase "Viaje al globo de la luna" y uno de sus capítulos está consagrado a hablar extensamente de las riquezas de Potosí y el Titicaca. Dice que desprendido en 1681 un crestón de Illimani, se sacó de él tanto oro, que se vendía como el trigo o el maíz, y que en tiempo del virrey marqués de Castelfuerte se compró por su orden "una pepita" que pesaba cuarenta y cuatro libras. Hablando de las minas de plata, cuenta el mismo autor anónimo, que un minero de San Antonio de Esquilache, asiento de Chucuito, al retirarse del trabajo arrendó su mina por mil cuarenta pesos diarios; que en la mina de Huacullani la libra de metal sólo tenía cuatro onzas de tierra, siendo plata lo restante, y que allí se encontró la célebre mesa de plata maciza a cuyo alrededor podían comer cien hombres holgadamente.

Leemos en ese libro que un soldado, no creyendo bien premiados sus servicios por el presidente La Gasca, se dirigió a Carangas, donde, en un arranque de cólera, dió un puntapie sobre un crestoncillo, descubriendo una veta tan rica qeu hizo en breve poderosos a cuantos la trabajaron. Esta fué la conocida con el nombre de "Mina de los pobres".

Refiere el autor que una mina, llamada la "Hedionda", producía cerca de dos mil mar-

cos por cajón; pero que no puede explotarse por ser mortíferas sus emanaciones.

Larguísimo extracto podríamos hacer de las curiosas noticias que contiene este interesante manuscrito. Para satisfacer al lector bastará que hagamos un sumario de las materias de que se trata cada capítulo de la obra.

En el capítulo I se ocupa el autor de discutir sobre la posibilidad de la navegación aérea, y por incidencia consagra tres páginas a Santiago de Cárdenas el Volador, limeño que en la época del virrey Amat escribió un libro describiendo un aparato para viajar por los aires.

En el capítulo II contiene una importantísima disertación sobre la "coca", su cultivo y propiedades, y un estudio, también muy notable, sobre la despoblacion de España y población de las Indias.

Los capítulos III IV están consagrados a noticias sobre los sistemas para beneficiar metales, datos sobre las minas de azogue de Huancavélica, descripción del lago Titicaca, opinión sobre su desagüe, posibilidad de una inundación espantosa y pormenores sobre las minas de Puno y Potosí.

Los dos últimos capítulos son de importancia puramente científica o literaria Expone el autor sus teorías sobre las mareas, desviaciones de la aguja, vientos, etc., y diserta largamenta sobre el teatro yla poesía dramática.

Como se vé por este sumario, el manuscrito del autor anónimo, que fué un español que residió muchos años en el Perú, merece ser leído y consultado

Discúlpesenos estos párrafos que poca concomitancia tienen con la tradición, y concluyamos con López Quirós.

V

Donde concluimos copiando un párrafo de un historiador

"Fué este caballero muy humilde, su conversación muy decente, extrema su religiosidad y devoción, su conciencia muy ajustada. Lo que encargaba más a sus administradores era que a los indios les satisficiesen con puntualidad su trabajo y que en ninguna forma especulasen con ellos; porque de no tratarlos bien y medrar avariciosamente con su sudor, podría Dios castigarle quitándole lo que en tanta profusión le había dado. Finalmente, llegó a tener tanta edad (ciento nueve años) que era necesario sustentarlo con leche de los pechos de las mujeres, dándole de mamar. Pasó de esta vida al descanso de la eterna por el mes de abril de 1699. Fué muy llorado de los pobres que atentos a su ejemplar caridad y virtudes, decían. "Después de Dios, Quirós", estribillo que nunca morirá en Potosí, porque mejor que en láminas y bronces está grabado en los corazones.

Pucky
Magazine
APARECE TODOS LOS VIERNES
Un año de suscrición en toda la República (52 números)
$ 9.-- m/n.

Todo el mundo con voz de tenor.

Se trata de una invención del ingeniero Scheintacheff de Leningrado o sea la ciudad que se llamó Petrogrado y que antes fué San Petersburgo.

El ingeniero Scheintacheff ha inventado una laringe artificial.

Con el auxilio de esa laringe toda persona, aun cuando sea afónica o poseedora de una voz chillona y desagradable, puede, a su placer procurarse una voz dulce, melodiosa, encantadora, etc. (Así lo dice el prospecto que ha repartido el inventor de la laringe artificial).

Además habrá distintas clases de laringes: para tenores, barítonos y bajos; para sopranos, contraltos y mezzo-sopranos.

Esas laringes se componen, según parece, de una membrama de tripa de gato puesta en un armazón de aluminio. La colocación es instantánea.

Si el diario alemán del que tomamos esta noticia no se ha burlado de sus lectores y de nosotros por lo tanto, la nueva laringe postiza del ingeniero Scheintacheff constituye una verdadera maravilla y será una suerte para los empresarios de teatro, pues ya no escasearán los tenores ni los bajos y será la cosa más fácil organizar una espléndida compañía de ópera.

El verdadero autobús de sistema moderno.

Se trata de un autobús que circula en la ciudad de Los Angeles, en California, Estados Unidos de la América del Norte.

Ese autobús puede conducir a veintiocho pasajeros en unas condiciones de confort y de comodidad desconocidas por completo en cualquier otro país del mundo.

Ese autobús es, en efecto, un verdadero coche salón donde también se sirve de comer no sólo fiambres, sino también humeantes platos calientes.

Tiene un compartimiento especial para los fumadores y, sobre el techo, un jardín muy artístico desde el cual los pasajeros pueden admirar el paisaje en una forma tal como no se ve en ninguna otra parte del mundo civilizado.

Claro está que el precio del pasaje en esos autobús es algo más elevado que el que se paga en Buenos Aires. Los diarios estadounidenses, de donde tomamos esta información, no indican los precios, pero es de suponer que han de ser bastante caros, entre varias razones porque en Estados Unidos,— y menos en California, — nada es barato.

UN CASO INTERESANTE

EL UNICO EJEMPLAR

Por

GERMANA ACREMANT

Paulita y Enrique toman café en la sala. Es la hora de sus charlas y de sus confidencias.

Mariposean al azar sobre todos los temas. De pronto, detienen en uno su atención como embobados.

—Me gusta mucho nuestro pisito!..' —afirma Paulita, satisfecha.

—¡Nuestro trabajo nos ha costado encontrarlo, —replica el marido.

—A mí me gusta más desde hace ocho días.

—¿Desde hace ocho días?

—Sí. Desde que nos quitamos de encima aquel terrible jarrón monstruoso, regalo de boda de mi tío León.

—¡Ay sí! ¡Qué feo era!'..

—Afeaba todo el piso. ¡Era inmenso!... ¡No se veía más que jarrón Probé de colocarlo en todas partes; en el recibimiento, en el comedor, en una alcoba... ¡En todas partes hacía feo!

—¿De modo que hice bien en vendérselo a aquel viejo judío

—¡Admirablemente, querido! Aquel jarro me daba náuseas. Pesado, sin estilo, sin atractivo alguno... ¡Era tan grande!... Era de un tamado indecoroso. Mi tío León creyó que nos iba a deslumbrar con el regalo. ¡Es una pena no ha tenido nunca gusto nuestro pobre tío León!

—Gracias a que, como tú me dijiste, ese buen hombre no sale de Poitou; porque, si no fuera así, habríamos tenido que conservar su regalo. ¿Cómo íbamos a explicarle su desaparición

——Puedes estar tranquilo. París le da horror. Es un hidalgo campesino.

—Escucha... ¿Han llamado?

—Será mamá, probablemente.

—No; yo he oído una voz de hombre.

Comparece la doncella.

—Es el tío de la señora, don León Pourcy —dice.

Los esposos palidecen. Con voza apagada Paulita balbucea:

—Que pase...

Antes de que el enojoso visitante entre, tienen tiempo de cambiar un par de frases:

—¿Qué hacemos?

—Le diremos... que una criada ha roto su tibor.

Colorado, ventrudo, alegre, el tío León entra con los brazos abiertos. En ellos se precipitan el uno tras el otro, los dos jóvenes.

—¡Querido tío!... ¡Qué felicidad!

—¡Hijos míos, qué alegrías!

El señor Pourcy inspecciona en seguida la habitación.

—Estoy buscando el jarrón que os regalé. ¿Dónde lo habeis puesto?

Roja primero, pálida después, balbuciente, Paulita comienza:

—Querido tío...

Pero él la interrumpe.

—Ya me lo enseñarás luego... Primero quiero explicaros la causa de mi viaje a París.

—Le escuchamos.

——Ya recordaréis que cuando os regalé el tibor os dije: "Es un ejemplar único".

—Sí, lo recordamos.

——En realidad es un jarró interesante, relativamente antiguo; debió de ser fabricado allá... en el año 1880. Es imponente decorativo, bien acabado y de originalidad bastante para suponer único en su género...; que era lo que yo creía hasta anteayer.

—¿Eh? ¿Qué pasó anteayer?

—Pues figuraos que anteayer estaba yo en Poitiers haciendo algunas diligencias, cuando de pronto me paré ante una tienda de objetos de ocasión... ¡Un tibor, hijos mío! ¡¡Allí había un tibor igual, igual que el vuestro. No acababa de convencerme. Yo creía el vuestro un ejemplar único y comprobaba en aquel instante que había otro. Y pensé: "Pues voy a dar a mis sobrinos una sorpresa regalándoles este hallazgo. Así tendrán una magnífica pareja de jarrones".

—¡Oh, querido tío!...

—Nada, hijos míos; no tenéis que darme gracias por ello. ¡Fué una suerte mi ida a Poitiers! El vendedor me dijo que acababa de recibirlo; que se lo habían mandado directamente de las Indias.

Paulita y Enrique se miraban inquietos. ¿Qué era todo aquello, y cómo saldrían de aquel trance?

—He querido traerlo yo mismo. En el recibimiento hay un mozo con el tesoro. Vamos. Lo desemalaremos y lo pondremos haciendo juego con el otro. UHará un efecto magnífico!

—Es que..., querido tío...

—A ver el otro, Paulita.

—Es que..., querido tío... Ha ocurrido una desgracia.

—¿Una desgracia?

—La criada dejó caer el jarrón..., no debaí de ser muy fuerte..., ¡y se rompió!

—Naturalmente! Un tibor, cuando cae, se rompe. ¡Qué criada más estúpida! ¡A ver, que venga, que quiero reñirla yo mismo!

—En cuanto nos enteramos de la catástrofe la echamos a la calle.

—¡Muy bien hecho! Por su culpa me llevo yo un gran disgusto. ¡Con la ilusión que yo tenía de ver dos ejemplares "únicos", el uno junao al otro!...

El pobre tío se marchó desolado.

—¡Infeliz!... — exclamó Paulita. — ¡Y pensar que ha hecho el viaje expresamente para traernos el tibor, nuestro mismo tibor!

—Acaso no sea el nuestro...

—Sí, es el mismo; lo reconozco por un desconchado que tiene aquí, a la izquierda. Eso de que lo han mandado de las Indias es una invención del vendedor para cobrarlo más caro... Es el mismo, no cabe duda.

—Entonces, — afirmó Enrique, — resulta que este adefesio es, en realidad, un ejemplar único...

GERMANA ACREMANT.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países „ „	12.00 „

LAS TRES VIRTUDES

En este mundo es necesario tener fe, esperanza y caridad.

LA VENDEDORA

—Lo mismo que me está usted diciendo a mí, se lo habrá dicho ya a las de todas las secciones.

—¡Y qué culpa tengo yo de que usted esté en la última!

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

—Habláis como un libro, tía Lorrain, y tuvistéis razón en pensar que había guardado la receta para ahorrarme gastos de médicos en un caso.

—Bueno, puese, entonces podéis prestarme el servicio que os vengo a pedir.

—¡Y cómo no! si es posible. ¿De qué se trata?

—Se trata simplemente de prestarmel a receta.

—¿Para mandar a la botica por las drogas necesarias a Virginia?

—Justamente, señor Vacheux, si llega a tanto vuestra bondad.

—Con mil amores, tía Lorrain, y muy contento en poderos servir.

—No vale la pena de engordar a los médicos a costa nuestra, ¿no os parece?

—¡Punta de haraganes que os llevan tres francos por tomaros el pulso! ¡Ah, no! no vale la pena. ¡Mirad! ¡os aseguro que ese dinero lo sentí en el alma! ¡Treinta y cinco francos, tía Lorrain, treinta y cinco francos! ¡y sin comerlo ni beberlo!

—Es una atrocidad, señor Vacheux.

—¡Y un hombre que me privaba de todo; que ni siquiera que permitía tomar un vaso de vino que tanta falta me hacía para sostenerme!

—Sí, la dieta, ya sabemos, lo que es eso. Es una de tantas farsas. El mejor medio de debilitaros y hacer durar la enfermedad.

—Acabáis de poner el dedo en la llaga, tía Lorrain. Voy a buscar en seguida mi receta para que no caigáis en manos de esos canallas de médicos, y creedme, si Virginia tiene hambre, no la hagáis consumir, una buena tajada de tocino y un buen vaso de vino, esto nunca ha hecho daño a ningún cristiano.

Y después de esta máxima de buen sentido, Vacheux salió, volviendo en seguida con la receta en la mano.

—¡Tomad! — dijo entregándosela a la paisana, — aquí tenéis vuestro negocio.

—Gracias, señor Vacheux, esta tarde os la devolveré.

—No os incomodéis, tía Lorrain, gracias a Dios, creo que aquí, por el momento no estamos en camino de necesitaria ni unos ni otros.

—Al menos, no lo parece, — replicó la paisana.

En seguida se levantó, saludó a todo el mundo y se fué.

Diez minutos después, penetraba en aquel camino cercado de que había hablado Pedro Chenu en su declaración, y que, como se recordará, separaba la propiedad de éste del dominio de Vaudray.

Al cabo de cincuenta pasos, encontré a su izquierda una escalera de piedra, o más bien dicho de grandes pedruscos sin tallar y dispuestos irregularmente, al cabo de la cual había una puertecita con claraboya.

Subió aquella escalera entre dos rampas de musgo, con algunos arbustos y plantas trepadoras, todas llenas aun de brillantes gotas de rocío, abrió la puerta que sólo cerrababa con picaporte, y se encontró en una pequeña quinta, en cuyo centro se levantaba una vivienda de pobre aspecto.

Era el domicilio de Pedro Chenu.

Un momento después Juanita Lorrain penetraba en él por un vestíbulo obscuro, a cuyo extremo se vislumbraba vagamente una puerta que en aquel momento estaba entreabierta.

Después de dar algunos pasos iba a empujar aquella puerta, cuando sintió el ruido de dos voces, una de hombre y otra de mujer.

Entonces se paró, inclínose hacia delante y con el oído pegado a la entreabierta puerta se puso a escuchar atentamente.

XIX

LA RECETA

Bueno, ¿y qué? — decía Pedro Chenu a Catalina, su mujer; — ¿qué es esa carta que te hace llorar? ¿Me lo dirás por fin?

—Bien, sí, te lo voy a decir, — respondió

la esposa Chenu con sollozos en la voz, — y ese será tu castigo.

—¡Hein! — hizo el paisano con una mezcla de cólera y turbación; ¿mi castigo? ¿Y que es lo que he hecho ya para ser castigado?

—¿Y me lo preguntas? ¡ah! parece que eres corto de memoria, tú, cuando se trata de las malas acciones que cometes.

—En fin, no se trata de nada de esto. Qué es lo que dice esa carta?

—Pues bien, — respondió Catalina con una voz en la que se sentía vibrar a la vez el dolor y la cólera: dice que mi padre ha muerto.

—¡Ah! — hizo Chenu fríamente; — ¿y de qué?

—¡De miseria, de hambre y de frío! — exclamó Catalina prorrupiendo en sollozos.

Es raro.

¡Pobre viejo! — suspiró Catalina enjugándose las lágrimas que le rolaban por las [illegible] había reunido alguna cosa sueldo a sueldo, cón el sudor de su frente, privándose de todo, hasta del tabaco, que era su única necesidad y su sola diversión, en fin, a fuerza de trabajo y economía había adquirido con qué vivir en sus viejos días que le quedaban por vivir, no mucho, pero lo necesario para comer un pedazo de pan. Entonces, impulsado por tu espíritu maligno, te has puesto a calentarle la cabeza, repitiéndole día a día que sus bienes no le rendían bastante, que manejándolos tú, le darían el doble y como el pobre hombre estaba constantemente trabajando por el miedo de que le faltase al fin de su vida, llegó el momento en que se dejó convencer y te dió todo lo que poseía a condición de hacerle una rentita vitalicia que debía ponerlo para siempre al abrigo de la indigencia. Dos años después, lo echabas fuera de su propia casa, donde habíamos ido a vivir, y el pobre viejo, lo he tenido que ver yendo a mendigar el pan de puerta en puerta... y yo sola, yo, su hija, no podía hacer nada por él porque nunca me has dejado un cobre a mi disposición.

Aconsejado por unos amigos determinó dirigirse a la justicia, y entonces, para escapar de ella te fuiste del país, arrastrándome contigo y abandonando allá al pobre viejo, sin recursos, sin familia, porque no teníamos ninguna allí... y expuesto a morir de hambre, como ha sucedido. ¡Desventurado!

—¡Basta! — replicó Crenu, con una ironía feroz, — es preciso de todos modos morir de algo.

A esta abominable burla, Catalina se levantó de un salto, se enderezó delante de su marido, pálida de cólera, y clavando en él una mirada llena de odio:

—¡Ah! ¡con que es preciso morir de algo! — exclamó con los dientes apretados unos contra otros. Pues bien, escucha: por tu mal corazón, mi padre ha muerto de hambre; ¡ y bien tú, tengo el presentimiento de que has de morir en un patíbulo!

Su marido se la miraba con sorna mientras hablaba, pero ol oír estas últimas palabras, palideció a su vez y vacilando de pronto, balbuceó:

—¡El patíbulo! yo nada he hecho, yo nada he hecho para esto.

—¡Ya lo has merecido dos veces, miserable, canalla! — le gritó Catalina.

Pedro Chenu se dejó caer en una silla.

Estaba lívido y sus facciones trastornadas expresaban el terror.

—No es verdad, — murmuraba, — no es verdad; ¿por qué dos veces?

—La primera por haber muerto a mi padre, la segunda por haberme casi asesinado de un azodonazo en la cabeza al volver de la feria de Saint-Cloud.

—No me acuerdo de nada de esto, absolutamente, — murmuró el paisano, dando miradas extraviadas a su alrededor.

—Y yo me ocuerdo bien, era en plena noche. Yo no dormía. Me había quedado despierta para esperarte, cuando en medio del silencio siento que cerraban con precaución la puertecita del sendero, me pongo a escuchar, miro, pero la luna estaba tapada y llego apenas a entrever algo como una sombra que salía hacia el jardín con una azada al hombro. Siempre ha tenido miedo a los aparecidos, me pareció que era uno y me puse a temblar como una hoja en el árbol. Al cabo de diez minutos me pude reponer, y entonces me dije: ¿y si fuera un ladrón? Reflexione, procuro tomar valor y bajo al jardín, pero siempre temblando.

Acababa de salir, cuando me encuentro de manos a boca con el aparecido, con su azada al hombro. Doy un grito y quiero escaparme, pero me siento agarrada por las faldas y oigo tu voz que me dice: —¡Toma! ¡ahora aprenderás a espiarme! En el mismo momento recibía un golpe en la cabeza que me derribaba al suelo sin sentido. Era un golpe con el mango de la azada, y todavía conservo la señal.

—Estaba ebrio, — dijo Pedro Chenu, — y la prueba es que iba con la zada para trabajar en la quinta tomando la luna por la salida del sol.

—Sí, y durante el camino habrías perdido tu paletó de paño, que no ha vuelto a aparecer. Estabas borracho, es cierto, pero por poco me matas, ni más ni menos, y has muerto a mi padre, he aquí por qué te digo que has merecido dos veces morir en el cadalso.

Luego cambiando repentinamente de tono, Catalina se dejó caer en una silla y se puso a murmurar, regando con sus lágrimas aquella carta que le acababa de participar la muerte de su padre.

—¡Ah! ¡pobre viejo! ¡pobre viejo!

—Es tiempo de entrar, — se dijo entonces Juanita Lorrain.

Pero en lugar de llamar a la puerta o de empujarla, volvió sobre sus pasos en el vestíbulo, salió fuera de la casa, le dió vuelta y fué a llamar a otra puerta, aquella por la cual entraba habitualmente.

La voz de Chenu, le gritó: ¡Adelante! Y ella entró inmediatamente.

—¡Ah! ¡Sois vos! — le dijo el paisano de mal modo.

—Sí, yo soy, — respondió Juanita con su

tono impasible. ¿Os disgusta acaso que entre a ver a vuestra mujer al pasar por aquí?

—No me disgusta, pero tampoco me gusta.

—¡Qué me importa! Con tal que a ella le guste...

—Sentaos, tía Lorrain, — dijo Catalina.

—Por supuesto que me voy a sentar. ¡Oh! No tengáis cuidado; no me asusta a mí, no.

—Es posible, — dijo Chenu; — pero también sabrás que no me gusta ver en mi casa a la gente que apoya a los asesinos.

—Asesino, hoy, es cierto, — replicó Juanita; — pero ¿quién os dice que antes de un mes no será el hombre más honrado del mundo para los mismos que hoy lo desprecian?

—Antes de un mes, — dijo Chenu en tono de mofa, — le habrán cortado la cabeza.

—No lo creo, — dijo tranquilamente la tía Lorrain.

—¡Bah! — dijo el paisano vivamente.

Luego añadió con una sonrisa sarcástica:

—Tal vez obtengáis su perdón vos.

—No lo necesitará.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que apelará de la sentencia.

—Es un respiro, pero sólo será retroceder para saltar mejor. Es lo que hay.

—Tal vez.

—No hay ningún motivo para que ese juicio sea revocado.

—No es ese el parecer del abogado.

—Para esto serían menester errores graves.

—Y no hay pocos, según dicen.

—Os desafío a que me citéis uno solo, — exclamó Chenu, encolerizado.

A los labios de la tía Lorrain asomó una sonrisa misteriosa.

Después de una pausa:

—¿Conocéis a Virginia, — dijo ella, — la hija del zuequero?

—Sí, ¿qué hay? — preguntó Chenu malhumorado.

—Figuráos que tiene una bronquitis que la hace toser de un modo que da lástima verla.

—Bueno, ¿y qué puede importarme a mí eso?

—Esperad un poco. Me dice entonces su padre: — "Habrá que llamar a un médico".

—No hay necesidad de ningún médico, — le digo yo. — Conozco a alguien cerca de aquí que ha tenido una bronquitis; voy a verlo y si ha guardado la receta, me la presta y me voy derechita al farmacéutico. Era una buena idea esa, ¿verdad, Pedro Chenu?

—No digo que no.

—Pero todavía no sabéis hasta qué punto era buena la idea. Ahora veréis. Voy, pues, esta mañana a casa de Vacheux.

—¿Y por qué a casa de Vacheux? — preguntó Chenu vivamente.

—¿No os había dicho nada?... Era él quien tuvo la bronquitis. Le digo por lo que voy y va a traerme la receta. Me la llevo y en el camino la examino, porque conozco algo en eso de drogas, ¿y qué es lo que descubro por de pronto? No seríais capaz de adivinarlo. Según la fecha y los cuidados prescritos por el doctor, ví que Vacheux estaba en cama muy enfermo y hasta en peligro mortal, en lo más fuerte de la enfermedad del nueve al quince de Septiembre y que, por consiguiente, no podía ir a París, y por lo tanto no era posible que pudiéseis oir los cascabeles del caballo en la noche del diez al once de Septiembre.

—¡Hein! ¿Qué es lo que me estáis contando ahí? — exclamó Chenu, poniéndose más blanco que la cera.

Y añadió casi en seguida:

—No hay más que un pequeño inconveniente en vuestra historia.

—¿Cuál es?

—Que ayer he visto a Virginia y está tan enferma como yo.

—Ya lo sabía.

—Bueno, ¿y entonces?

—Entonces... yo tengo la receta, que esta tarde estará en poder del abogado de Carlos d'Estarbés; ya lo sabéis.

XX

EL CONVENIO

Las últimas palabras de Juana Lorrain fueron seguidas de un silencio prolongado.

La viejecita miró de soslayo a Pedro Chenu, notando que éste se hallaba presa de una violenta agitación.

—¿Qué tenéis, pues, Pedro Chenu? — le dijo ella con el tono más natural; — tenéis el aire de estar muy contrariado.

—Os engañáis, tía Lorrain; no tengo nada, — respondió él con tono melifluo.

Y añadió después de una pausa:

—Puesto que Virginia no tiene bronquitis, ¿qué queréis hacer con la receta de Vacheux?

—Creí habéroslo dicho.

—No me acuerdo.

—¡Y bien! Hoy mismo la entregaré al juez de instrucción o al abogado de Carlos d'Estarbés, quien se servirá de ella para probar delante de otro tribunal que por lo menos ha habido un testigo falso en este proceso. Entonces se verá claramente, como lo manifestó el pobre joven, que una mano oculta ha estado trabajando por bajo cuerda para salvar al verdadero culpable a expensas del inocente. Ahora bien, basta tener un cabo del hilo para desenvolver todo el ovillo; acordáos de esto, Pedro Chenu, y el extremo del hilo, yo lo tengo.

—¡Ah, ah! Pero decidme, pues, tía Lorrain; ¿acaso me acusaríais de falso testimonio?

—Yo no os acuso absolutamente de nada; vos dijisteis en pleno tribunal que habíais oído los cascabeles del caballo de Vacheux, en el momento en que Carlos d'Estarbés salía del castillo de Vaudray, que vuestra mujer os recordó esta circunstancia y que en esto reconocísteis que era la una de la madrugada; yo, por mi parte, traigo una pieza que prueba que no podíais sentir pasar a Vacheux por la sencilla razón de que esa noche no pudo moverse de su cama, donde estaba gravemente enfermo. Los jueces compararán esta pieza con vuestra declaración, y decidirán... lo que gusten. Esa es cuenta de ellos.

Pedro Chenu se había levantado de su asiento y caminaba agitadísimo arriba y abajo de la pieza.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Qué acabáis de decir, tía Lorrain? — exclamó Catalina; — ¿que yo recordé, Chenu que había oído pasar el carruaje de Vacheux?

—¡Caramba! Es lo que ha dicho en el tribunal.

—Pues ha mentido.

—¡Cómo! — dijo vivamente Pedro Chenu; — tú no recuerdas...

—No recuerdo más que una cosa, y es que me diste un golpe en la cabeza con el mango de tu azada, que caí sin conocimiento, y que al volver en mí, me fuí a acostar sin oir cascabeles, ni cosa parecida, ni nada, puesto que tenía la cabeza muy mala para eso.

—Pero, ¡desgraciada! — vociferó el paisano, poseído de un furor que a duras penas lograba dominar; — pero entonces, ¿no comprendes que si te obstinas en no recordar lo que me has dicho, me expones a ser condenado a trabajos forzados por falso testimonio?

—No tendrías más que lo que mereces.

Luego, mostrándole la carta que conservaba en la mano, le dijo con tono frío, implacable:

—Acuérdate del contenido de esta carta y no olvides lo que te voy a decir: Yo no diré una palabra para enviarte a presidio, pero no haré ni una seña para impedirlo. En cuanto a la verdad, si me la piden, la diré por completo, y si te acarrea alguna desgracia, ¡y bien!, tanto peor para tí; tú no has tenido lástima del pobre viejo; yo no tendré lástima de tí.

Y dejándose caer en su silla, le volvió la espalda y guardó silencio.

En cuanto a Pedro Chenu, también se había quedado inmóvil y mudo delante de ella. Se hallaba poseído de un sentimiento de idio y deseo de vengarse, tanto más violentos cuanto que no podía dejarlos desahogar.

Poco a poco, no obstante, se pudo dominar, y habiendo la reflexión predominado sobre el rencor, se volvió a la viejecita Lorrain, y le dijo:

—Escuchadme, tía Lorrain; nos estamos disputando por bagatelas; y después de todo, ¿qué interés tenéis en mezclaros en este asunto y en perjudicar a un infeliz que no os ha hecho ningún mal y que sólo tiene que reprocharse una equivocación a causa de la poca memoria al dar su declaración?

La paisana se volvió hacia él y con sonrisa imperceptible, pero llena de malicia:

—Bueno, ¿y qué? — dijo.

Pedro Chenu quedó un momento desconcertado. Sin embargo, se repuso pronto.

—¡Y bien! — dijo. — ¿Para qué ir a hablar de nada de esto a la justicia? Por de pronto, puede muy bien haber pasado esa noche otro coche que no sea el de Vacheux, por el sendero; y luego, supongamos que no haya pasado ninguno; hasta quiero suponer que yo sea convicto de falso testimonio; ¿qué podrá ganar en ello Carlos d'Estarbés? Nada, absolutamente; eso no podrá destruir las otras pruebas, y particularmente el testimonio del cuchillo, que bastaría por sí solo para convencerlo y hacerlo condenar, como lo dijo el fiscal.

—Esto, es asimismo verdad, — dijo Juanita con aire de duda.

—Entonces toda la vida tendríais que echaros en cara el haber hecho condenar a un pobre hombre a presidio, por una simple falta de memoria, y sin sacar del peligro a ese pobre Carlos d'Estarbés, a quien quiero yo también y compadezco tanto como vos.

—Hay algo de verdad, en eso que decís.

—Bueno, pues, oidme, — exclamó el paisano, animado por aquella respuesta; — ¿sabéis lo que haría yo en lugar vuestro?

—¿Qué cosa?

—Puesto que ya está probado que eso sólo puede perjudicar, sin ser útil a nadie, quemaría en seguida esa receta y no diría ni una palabra de este asunto.

Juanita pareció reflexionar un momento.

—En realidad, tenéis razón, Pedro Chenu, — dijo por fin; — y estoy dispuesta a seguir vuestro consejo.

—¡Enhorabuena! — exclamó Chenu, adelantándose hacia ella; — bien sabía yo que erais una excelente mujer, incapaz de hacer daño al prójimo: a ver esa receta, pues.

Y alargaba la mano para tomarla.

—Con mucho gusto, — dijo Juanita, metiéndose la mano en el bolsillo; — pero ha de ser con una pequeña condición.

—¿Cuál es? Decid.

—Pues bien, a condición de que me digais quién es el verdadero culpable, que conocéis perfectamente, puesto que trabajáis por él.

Pedro Chenu retrocedió bruscamente.

Comprendió que acababa de caer en un lazo.

Dejó caer sobre la vieja paisana una mirada llena de hiel; luego, encogiéndose desdeñosamente de hombros:

—Yo estoy por la justicia y con la justicia, — dijo; — lo he probado; y vos sois la que trabajáis por el culpable, lo que muy bien podría daros un mal rato, si continuais con ese papel delante del tribunal.

—Y es lo que haré; lo podéis tener por bien seguro.

—Sí, con tal que la enfermedad de Vacheux no sea alguna farsa, lo mismo que esa famosa receta, que apostaría no ha existido nunca.

—Tanto mejor para vos, si es una invención mía.

—Mostrádmela, pues, un poco para convencerme, — dijo Chenu, sonriendo irónicamente.

—Para que la queméis, ¿no es eso? — respondió Juanita en el mismo tono; no, no, prefiero dejaros creer que nunca ha existido, si tenéis tanto empeño en ello.

Se levantó en seguida y dijo:

—Con que Catalina, adiós.

Pedro Chenu se cruzó de brazos y parándose delante de la puerta en el momento en que ella iba a salir:

—Entonces, — le dijo, — ¿qué vinísteis a hacer aquí?

—Proponeros un convenio, — dijo Juani-

ta, clavando en él una mirada fría y penetrante.

—¡Ah! — dijo Chenu.

Y después de una pausa añadió:

—¿Y ese convenio?

—Es muy sencillo; yo me he jurado a mí misma salvar a Carlos d'Estarbés, a quien nutrí con mi leche, a quien quiero como a un hijo, y que es inocente; ya lo sabeis.

—Esto no es verdad.

—Fuí a la audiencia de la Corte y seguí toda la causa con la mayor atención y no tardé en comprender que vos jugábais allí un papel infame. Entonces me dije: tendré una prueba. Ya tengo una, y ahora vengo y os digo: Tengo con qué mandaros a presidio, pero no os deseo ningún mal; nombradme el verdadero culpable y no se tratará de vuestro falso testimonio, pues que ya no tendré necesidad de él para salvar al inocente. Tal es mi proposición: ¿os conviene, sí o no?

—No tengo más que una respuesta que dar: el señor d'Estarbés es culpable y no otro.

—Perfectamente; dentro de dos horas, la receta de Vacheux estará en manos de nuestro abogado, al cual transmitiré todas las palabras de Catalina, a quien citarán para repetirlas delante de los jueces.

Mientras iba hablando la Lorrain, la sangre de Chenu le había subido al rostro y con voz sorda y dando un paso hacia ella, murmuró:

—¡Mucho cuidado, tía Lorrain, mucho cuidado! No me tentéis.

La vieja paisana sonrió.

—¿De veras Pedro Chenu, que me tomáis por muy tonta si os figuráis que he venido a hablaros así sin tomar mis precauciones? Allí en el sendero, me espera alguien.

El paisano se estremeció.

—¿Quién es? — preguntó.

—Un gendarme.

—¿Un gendarme?

—Sí, mi sobrino Marcelo.

Y añadió:

—Abridme, pues, la puerta, Chenu.

Pedro Chenu se apresuró a obedecer, y la tía Lorrain salió diciendo:

—¡Vamos! ¡Hasta la vista!

XXI

UNA PALABRA

Al salir de casa de Pedro Chenu, Juana Lorrain tomó el mismo camino cercado por donde había venido, bajando aquella tosca escalera que conducía a él.

Cinco minutos después llegaba a un bosquecito que debía atravesar para ganar el pueblecito.

Había andado unos doscientos pasos dentro del monte, cuando de una espesura vió salir un hombre que vino directamente hacia ella.

Era el hombre de los anteojos de oro, o sea el señor Portal, que como recordarán los lectores de "La Vuelta de Rocambole", no era más que Rocambole mismo, ocultando su identidad y nombre verdaderos bajo el nombre y tipo de un buen burgués parisién.

—Y bien, — preguntó a la paisana; ¿tenéis algo de nuevo?

—Sí, — respondió Juanita, con su habitual impasibilidad.

Y luego añadió:

—Vamos caminando mientras conversamos.

—¿Vísteis a Vachieux?

—Hace media hora.

—¿Y qué supísteis?

—¡Oh! no me engañaba mi memoria; justamente fué en aquellos días que estuvo enfermo, en cama, no pudiendo ni siquiera pararse sobre sus piernas; en el bolsillo mismo tengo la prueba: mirad.

Y diciendo esto sacó la receta del bolsillo, y la entregó al señor Portal, a quien conservaremos este nombre en lo sucesivo.

—Bueno, — dijo éste después de haber leído; — aquí tenemos una pieza preciosa.

—Es la opinión de Pedro Chenu, a quien acabo de ver ahora, y que se quedó más blanco que la cera cuando le hice saber mi descubrimiento.

—Contadme, pues, vuestra entrevista con ese hombre, sin olvidar ni una palabra, ni un incidente; el más insignificante al parecer, puede ser de una gran importancia.

La tía Lorrain le refirió entonces hasta en sus más mínimos detalles el relato de lo que acababa de pasar entre ella y Chenu, sin omitir aquella conversación que había sorprendido antes entre los esposos, escuchando desde la puerta.

—Está muy bien, — dijo el señor Portal, después de un silencio prolongado durante el cual parecía estar repasando y grabando en su memoria todo lo que acababa de oir; — tomo nota de todo esto y veremos lo que hay que hacer. Sin embargo, no nos hagamos ilusiones. Chenu tiene razón en decir que esta pieza puede perderlo, pero que no puede salvar a Carlos, contra el que se levantan cargos mucho más aplastadores.

Y devolviéndole la receta, añadió:

—Vos, llevádsela a vuestro abogado; quiero dejaros la satisfacción de que vos misma se la entreguéis. Adiós, o más bien, hasta la vista, porque pronto os he de ver.

Y se separaron.

Ahora, nos transportaremos del bosque de Chaville a una casa de Versalles, en la calle de San Luis.

Allí, en un aposento en que las cortinas espesas y enteramente cerradas no dejaban penetrar sino una claridad difusa, hay una joven echada en un sofá, enteramente vestida de blanco, con la blonda cabellera completamente extendida a su alrededor.

Su palidez de mármol, sus párpados semicerrados, la completa impasibilidad de su semblante, le dan todas las apariencias de la muerte.

En aquella cabeza inmóvil, no hay más que una señal de vida, el rojo ardiente de las pupilas abrasadas por las lágrimas.

Como el lector habrá adivinado, esta infe-

iz no es sino la mujer del sentenciado, Cecilia d'Estarbés.

Un retrato descolgado de la pared ha sido colocado al pie del lecho de reposo, de manera a llamar la atención de la joven. Es el retrato de su marido, de tan perfecto parecido, de un efecto tan sorprendente en aquella penumbra en que se destaca la cabeza vigorosa y resplandeciente en el fondo negro, que se creera verlo a él mismo, de vuelta ya en su casa y parado al pie de su mujer.

Junto a Cecilia está sentada una señora joven, tan pálida como ella, con las facciones trastornadas y bañada en llanto que cae en las manos de la desgraciada Cecilia.

Es Tatiana Turgis.

Otra señora va y viene dentro de la pieza, caminando de puntillas, echando miradas tristes hacia la pobre Cecilia, y enjugándose ella también las lágrimas que le caen de los ojos.

Es la señora Fiernas.

Desde hace ocho días su hija no ha querido tomar nada, ni un bocado de pan, ni una gota de agua.

Todos los ruegos, todas las instancias han fracasado junto a ese dolor inmenso, inconsolable.

El médico dijo la víspera: "Si persiste todavía veinticuatro horas más en ese ayuno, la considero perdida".

Su madre le ha recordado veinte veces estas palabras suplicándole que tomase un caldo que ordenó el doctor.

La primera vez respondió:

—Su suerte será la mia; está condenado a muerte, yo también me condenaré a mi misma.

Y después, ya no ha sido posible arrancarle una palabra más.

Cuando le presentan la taza de caldo hace un signo negativo con la cabeza y vuelve a su inmovilidad de mármol.

Si alguna vez levanta los párpados, es para mirar el retrato de su marido.

Unicamente entonces pasa por aquella cabeza impasible un resplandor de vida, pero es sólo un relámpago, después del cual queda horas y horas inmóvil como una muerta.

—Tatiana, mi querida Tatiana, — murmura la infeliz madre al oído de la joven; —¡oh!, os lo suplico, decidirla a tomar esta taza del caldo; pensad en que para ella es cuestión de vida o muerte. Si tarda sólo una hora, una sola, está perdida, perdida sin remedio.

—¡Ay, querida señora! — respondió Tatiana, dando un suspiro; — será otra tentativa inútil.

—¡No importa! Probad, probad otra vez decidle... ¡oh! decidle cuanto pueda inspiraros vuestro buen corazón para decidirla a vivir.

—Voy a probar, — dijo la joven con la expresión de un vivo desaliento.

Se inclinó hacia la enferma y besándola cariñosamente en la frente:

—Mi buena Cecilia, — le dijo, — tú tan buena, tan perfecta, ¿has resuelto pues que tu madre se muera de dolor? tu madre que está desconsolada que no tiene a nadie más que a tí en el mundo, que llora y se desespera de no poder vencer tu funesta y culpable resolución, porque esto que haces, es un suicidio, mi querida y adorada Cecilia, porque obstinarte en no tomar este caldo es matarte, y dentro de una hora, no lo olvides, dentro de una hora será demasiado tarde.

Una sonrisa vaga se paseó por los descoloridos labios de la infeliz, y con una expresión de suave serenidad, — murmuró con voz débil como un soplo.

—¡Demasiado tarde!... ¡al fin!

—Piensa bien en ello, querida, — repuso Tatiana con voz baja e ensinuanante, tú que tienes principios religiosos, tú que crees en Dios y en otra vida, el suicidio te separará eternamente de tu amado Carlos, quien va a morir como mártir, él; ¿has pensado en esto?

La frente de Cecilia se contrajo ligeramente.

En los ojos de la madre brilló un rayo de esperanza.

Tatiana, sumamente emocionada, — murmuró en voz baja:

—Va a consentir.

Y diciendo así, hacía señales a la señora Fiernas para que presentase la taza de caldo a su hija, lo que se apresuró a cumplir.

—No, — murmuró suavemente Cecilia rechazando el caldo con un movimiento de cabeza; — dios ve mi dolor y me perdonará.

—¡Oh! ¡Ahora se acabó, no hay remedio, va a morir! — exclamó la infeliz madre prorrumpiendo en sollozos.

En aquel momento oyeron llamar a la puerta de la calle.

Acordándose de que la sirvienta había salido, la señora Fiernas se enjugó las lágrimas y corrió a abrir.

Su ausencia se prolongó por unos minutos.

Cuando volvió no venía sola.

—Cecilia, — dijo a su hija, — hija mía, aquí viene una persona que estarás contenta de ver.

La joven permaneció impasible y como muerta.

Su adre se le aproximó, añadiendo:

—Es la persona que Carlos amaba más en el mundo después de tí y tu madre.

Su padre se le aproximó, añadiendo: blor en las pupilas.

—Es su nodriza, Juanita Lorrain.

—¡Su nodriza! — exclamó la enferma cuyas facciones se animaron suavemente a ese nombre.

Y añadió con visible emoción:

—Que se acerque quiero verla.

Y tendió la mano a la tía Lorrain que la llevó a sus labios.

—Gracias, — dijo Cecilio con su pálida y vaga sonrisa; — gracias, Juanita, vos que lo alimentasteis, que lo visteis niño, vos que lo amáis y sabéis lo que vale su corazón, gracias, me traéis un rayo de alegría.

AYUDATE Y EL CIELO TE AYUDARA

LO QUE LE PASO A UN GORDO CON LOS TIRADORES

—Os traigo algo mejor que esto, — dijo Juanita gravemente.

—¿Qué me traéis, pues, Juanita? — preguntó la enferma clavando en la paisana una mirada de curiosidad.

—Una palabra señora.

Y mientras Cecilia la miraba sin comprender, ella continuó:

—Una palabra que vale más que todos los discursos y consuelos del mundo.

—¿Y esa palabra, Juanita?

—Es esta: ¡Confiad!

Las facciones de la enferma se contrajeron con una expresión de amargura.

—¿Acaso no sabéis que ha sido condenado? — le dijo.

—Condenado, pero no ejecutado, todavía vive, y el juicio puede ser apelado, y lo será.

—¡Es una locura! pobre Juanita, serían preciso para ello motivos...

—Yo los tengo, hay testigos falsos, los conozco y tengo pruebas; vuestro abogado, a quien acabo de manifestárselo, está lleno de confianza, y yo, por mi parte, os respondo que lo salvaré.

Al oir estas palabras, la puobre Cecilia, incorparándose con mucho trabajo, atrajo hacia sí a la tía Lorrain, y cubriéndola de lágrimas y de besos:

—¡Testigos falsos! — murmuró con voz ahogada por la emoción; ¡pruebas! vos tenéis pruebas, vos? ¿y lo salvaréis?.. ¡Ah! ¡Juanita, mi buena Juanita!

—¡Sí, sí, lo salvaré! pero con una condición, y es que vais a tomar esto.

Tomó la taza de caldo que había encima del velador, y se la presentó a Cecilia.

Luego, viendo que ésta titubeaba:

—Vamos, — dijo la paisana fríamente, — si no, lo abondono.

—¿Vos? ¿Imposible?

—¿Para qué salvarle la vida, si al volver él a su casa, os ha encontrado muerta? ¿Qué queréis que haga en el mundo sin su Cecilia a quien ama tanto? Su existencia sería un continuo llanto... más vale dejarlo morir. Y estoy resuelta a hacerlo.

—¡No, no lo salvareis! — exclamó la enferma.

Y apoderájndose de la taza de caldo que le ofrecía la nodriza, apuró todo el contenido.

Su madre explotó en sollozos.

Pero esta vez era un desborde de alegría.

XXII

LA APELACION

La señora Fiernas, Tatiana y Juanita se habían agrupado al rededor de la enferma, que, incorparada en su lecho de reposo, paseaba de la una a la otra una mirada serena y radiante.

En un minuto, se había operado en ella una completa transformación.

La muerta de un momento antes, estaba ahora llena de vida. Sus hermosos ojos azules habían recobrado todo el encanto y toda la inteligencia de los días felices y asomó una suave y tierno sonrisa por sus labios, que un momento antes parecían llevar impreso el sello de la muerte.

Sentados delante de ella, su madre y Tatiana, su amiga, casi su hermana, regocijadas y poseídas de una tierna emoción al observar aquella transfiguración repentina y feliz, la contemplaba en silencio, con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos.

—¡Por fin! ¡por fin! ¡hija mía, ya estás salvada! ¡vivirás! ¡vivirás! ¡Ah! ¿comprendes mi alegría? ¡Yo que te creía perdida ya Yo que había perdido ya la esperanza de decidirte...

En seguida cambiando de tono repentinamente:

—Pero, esto no basta, hija mía, seis días de ayuno te han puesto extremadamente débil, ese caldo no basta para restaurar tus fuerzas, es preciso comer algo, ¡oh! poca cosa, la mitad de un ala de perdiz que se te va a servir en seguida.

A medida que hablaba su madre, el aspecto de serenidad que hasta entonces resplandecía en el semblante de la enferma, se disipaba poco a poco para dar lugar a una preocupación que se iba acentuando por momentos; y cuando la señora Fiernas quisó levantarla, ella la detuvo con ademán y le dijo resueltamente:

—No, no comeré nada.

Su madre palideció, aterrada por la idea de verla caer de nuevo en aquella funesta obstinación que por poco le cuesta la vida y que ahora sería va imposible vencer.

—Mi querida Cecilia, — dijo Tatiana a su amiga, estrechándola cariñosamente la mano, — ¿qué significa ese capricho? ¿por qué te niegas... a...?

—Me han engañado,— respondió la joven con tono decidido, — ahora lo comprendo todo. Todo lo que acaba de suceder, la llegada de Juanita, ese testigo falso, esas pruebas en favor de Carlos, Todo no es más que una comedia arreglada para decidirme a tomar algo y recobrar la salud, se me ha engañado indignamente.

—¡Cómo! ¡hija mía!— dijo Juanita. ¿Es posible que me creais a mí capaz de representar semejante comedia? ¡Yo que amo a vuestro Carlos como un hijo! No, no ni aun para salvaros hubiera tenido valor de fingir la alegría en presencia de mi hijo condenado a muerte, si yo no tuviese casi la seguridad de poderlo salvar.

Este argumento produjo una viva impresión en el ánimo de Cecilia, quien con la vista fija en la paisana, estaba evidentemente indecisa por la expresión de buena fe impresa en su fisonomía.

—Podéis traer la perdiz, señora, — dijo la tía Lorrain, dirigiéndose a la señora Fiernas, — se lo voy a contar todo y os juro que dentro de un momento yo na dudará más.

La madre de Cicila salió.

Entonces la tía Lorrain, después de declrar que ella, jamás creyó en la culpabilidad de Carlos d'Estarbés, contó a Cecilia, quë ella había ido a presenciar el juicio del

asunto en la confianza de adquirir no la certidumbre, — ya la tenía, — sino alguna prueba palpable, flagrante, de la inocencia de su hijo, y de que era víctima de alguna maquinación urdida por el verdadero culpable.

Durante la primera mitad de la audiencia, no solamente vió burlada su esperanza, sino que vió acumularse contra el desgraciado Carlos los más terribles cargos. Inquebrantable su fe en la inocencia de su hijo, comprendía que los jueces no podían hallarse en el mismo caso, ni tampoco los jurados, cuyos sentimientos se podían apreciar por los del público que la rodeaba, y empezaba a desesperar de la salvación del acusado, cuando vino la declaración de Pedro Chenu.

Cecilia, que con la vista fija en la paisana parecía beber cada una de las palabras que le caían de la boca se inclinó hacia ella a estas últimas palabras, y con voz estremecida, en la que vibraban todas las angustias que agitaban su espíritu perturbado.

—¿Y... entonces? — preguntó toda anhelante.

—Entonces, aquella declaración, la más terrible de todas, la que acabó de disipar las dudas en el espíritu del auditorio y de los jueces y determinó de repente la condenación de mi pobre Carlos, como en seguida lo comprendí yo misma... ¡y bien! aquella declaración produjo en mí un efecto completamente contrario. Ella echó en mi corazón un rayo de esperanza, porque me pareció recordar un hecho, que, yo no me engañaba, debía probar hasta la evidencia la falsedad del testimonio.

—¡Oh! contadme, contadme eso, tía Lorrain, no sabéis el bien que me hacéis, — dijo Cecilia toda palpitante y con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, — referidme detalladamente toda esa declaración, si es que la recordáis.

—¡Que si la recuerdo! — exclamó la pobre. ¡Oh! no he olvidado ni una letra, y os la puedo repetir palabra por palabra, tal como lo podríais leer en el acta de la audiencia.

Y en efecto, empezó a referir al pie de la letra, toda la declaración de Pedro Chenu, haciendo observar a la joven esposa que la cuestión de la hora en que fué visto salir del castillo su marido, era una importancia esencial, y que la declaración por Chenu era aplastadora para el acusado.

—Es cierto, — dijo Cecilia estremecida.

—Y es justamente ahí donde yo entreví la posibilidad de salvar a Carlos, — repuso Juanita Lorrain, porque recordé inmediatamente que Vacheux había estado muy enfermo por aquella época.

Y entonces le contó su visita a Vacheux, la estratagena de que se había valido para saber la fecha precisa de la enfermedad, y la imposibilidad meterial en que se había visto par ir a París la noche del crimen; después, su entrevista con Pedro Chenu y su mujer, y el desmentido formal que había ésta dado a su marido, respecto de las palabras que le había atribuído a ella, en el tribunal, relativamente al paso del carruaje a la una de la madrugada.

—¡Ah! ¡pero entonces ya está salvado! — exclamó la joven abrazando a la nodriza en un transporte de alegría.

—Todavía, no, — respondió Juanita con gravedad; — pero hay un falso testimonio, esto es indudable, lo que prueba claro como el sol, que existe alguien interesado en engañar a la justicia y en perder a nuestro Carlos para salir él del pantano. Una vez que st haga constar estos hechos en el proceso, como dice nuestro abogado, podremos ya marchar con valor seguros de estar en la buena vía y de llegar pronto al descubrimiento de la verdad.

En este momento se abrió la puerta, y entró la señora Fiernas acompañada de su sirvienta que traía un cubierto en una mesita en medio de la cual había una perdiz asada y una botella de Burdeos.

—¿Y bien? — preguntó a su hija con cierta inquietud.

—Comeré todo lo que quieras, querida mamá, — respondió alegremente la joven.

—¡Ah! mi buena Juanita, — exclamó la pobre madre, —loca de alegría; — Dios ha sido quien os inspiró la idea de venir aquí habéis realizado un verdadero milagro.

—Yo y él, — dijo la nodriza señalando el retrato de Carlos.

—¿Quieres que yo te sirva? — preguntó Tatiana a su amiga; aseguran que sé trinchar muy bien.

—Entonces, acepto, — respondió Cecilia — hoy vas a ser mi sirvienta de comedor.

Tatiana se apoderó del cuchillo y tenedor y cortó una ala de perdiz con una gracia y una destreza que arrancaron un grito de admiración a la enferma.

Iba a principar la comida cuando de repente su frente se nubló de nuevo y dejó caer el tenedor en el plato.

—¿Qué hay, Cecilia? ¿qué es lo que tienes? — le preguntó la madre.

—Es una reflexión que viene a disipar toda mi alegría, — respondió Cecilia rechazando el plato lejos de sí.

—Pero ¿qué cosa, pues? dílo.

—Que hoy mismo es el día en que debe resolver sobre el recurso de apelación, lo sé bien, porque durante esta especie de letargo que he pasado, conté los días y las horas.

—Tienes razón, hoy es.

—¡Y bien! ¿y si rechazan el recurso? ¿de qué servirán todas las pruebas que se acaban de encontraar a favor de Carlos?

Y se dejó caer en el lecho con las señales de un profundo desconsuelo.

—Su abogado debía ir a toda prisa a ver al presidente, — dijo la nodriza, y gracias a la prueba de falso testimonio que se lleva, os aseguro...

—Sí, con tal de que llegué a tiempo; ¡pero si es demasiado tarde, si ya ha rechazado el recurso!... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío. A esta sola idea siento que la locura invade mi cerebro.

Y sumió la cara entre las manos, repitiendo sin cesar:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—La locura sería tan fácil... — murmuró la madre, pálida y desconsolada; ¡Dios mío! ¡Tened piedad de nosotros!

Un golpe de llamador dado con fuerza en la puerta de la calle hizo estremecer a las cuatro personas que levantaron espontáneamente la cabeza y esperaron con muda ansiedad:

—¡Eso es! — exclamó Cecilia; — es cuestión del recurso, lo temo, — dijo Cecilia, dirigiendo miradas azoradas hacia la puerta.

Esta se abrió en seguida y apareció un hombre en el umbral.

Cecilia se puso la mano en el corazón para sujetar los latidos y dirigiendo a aquel hombre sus grandes ojos azules en los que se retrataban ya la turbación y extravío de la locura.

—Señor, — balbuceó con voz extinguida, — ¿venís para anunciarme.. venís por la apelación?...

—Sí, señora.

—¡Negado! — exclamó enderezándose de toda su talla y esperando la respuesta con las facciones descompuestas, los labios agitados por un estremecimiento convulsivo y los ojos dilatados enormemente.

XXIII

UNA FIESTA IMPROVISADA

Entró el desconocido, y dirigiéndose a la joven.

—Calmaos, señora, — le dijo, — tranquilizaos.

—¿Qué tenéis que comnicarme? — preguntó Cecilia con voz breve, decid, decid pronto.

—Y bien, señora, nada hay todavía resuelto sobre la apelación.

Sus nervios, violentamente sobreexcitados, se aflojaron repentinamente y su cuerpo fué cayendo como si algo se hubiera roto en ella.

—¡Hija mía! — exclamó la madre, corriendo hacia ella.

Cecilia levantó penosamente la cabeza y con voz lánguida:

—No es nada mamá, — dijo, — acabo de experimentar algo horrible, de tan horrible, que, seguramente mi cabeza hubiera estallado si se me hubiera dado la respuesta... que temía. Pero mi angustia se ha disipado, mi corazón poco a poco se va tranquilizando y en mi espíritu renace la luz, por fin, empiezo a respirar... Unicamente que es preciso tiempo.

—¡Hola! Hola! — exclamó de pronto la tía Lorrain, mirando fijamente al recién venido, — pero yo os reconozco, vos... vos sois el señor... ¿cómo es ese nombre, pues? ¡señor Portal!

—¡El señor Portal! — dijo a su vez Tatiana estupefacta; ¿el señor Portal con ese traje y esos anteojos de oro?

—No tengo empeño por uno ni otros, — dijo el señor Portal sacándose los anteojos y las patillas postizas.

Y mientras Cecilia, su madre y Juanita, contemplaban al nuevo personje que tenían delante en el que era imposible reconocer al hombre de los anteojos de oro..

—Ya os explicaré esto más tarde, — dijo él,—bastará saber que tengo numerosos enemigos, y que muy a menudo me veo obligado a disfrazarme para poder circular sin obstáculos cuando me propongo llenar alguna misión. Esta vez me he puesto en campaña para obedecer una súplica de la bella Tatiana, pero sin advertirla, sin confiarle la encarnación burguesa bajo la que me iba a desfigurar.

—¡Ah! — dijo Cecilia, — es a instancias de Tatiana que...

—Entendámonos. Ella no me ha pedido

LA FIEBRE AMARILLA

Unicamente se propaga por la picadura del mosquito.

Sin mosquito no hay fiebre. Lo mismo pasa con la Malaria (chucho). Pulverizando sus habitaciones con FU-FU (Líquido insecticida Biol) no hay posibilidad de contraer esa temible enfermedad. Ningún insecto resiste su acción.

Preparado en el

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

SECCION INDUSTRIAL

Pedidos a RIVADAVIA 1745

Buenos Aires

nada, pero expresó un deseo delante de mí, y esto ha bastado. Me dijo que vos, señora, erais su mejor amiga, me contó lo que sabía de la trágica aventura de vuestro esposo, jurándome sobre su cabeza que era inocente, y no se jura de ligero en semejante cabeza, y en fin, exclamó que daría cuanto hay en el mundo por ver a Carlos d'Estarbés salir triunfante de esta terrible prueba.

Sin confiar nada de mi resolución a la señora Turgis me prometí estudiar este asunto seriamente, haciéndome solemne juramento de salvar a vuestro marido, si encontraba la prueba de su inocencia. Con este fin me trasladé al tribunal, escuché el acta de acusación, las declaraciones, la requisitoria, el alegato y el resumen del presidente, con la más escrupolusa atención, y salí de allí completamente convencido de que los jueces y los jurados acababan de cometer un gran error, y de que el culpable no era el que acababan de condenar. Por consecuencia de lo cual renuevo delante de vos, señora, el compromiso contraído conmigo mismo, de descubrir al verdadero culpable y de salvar a Carlos d'Estarbés. Y ahora, señora, vuestra amiga, que me conoce, y me ha visto a la labor, os podrá decir que cuando yo he tomado una resolución, es menester que se cumpla, cualesquiera que sean los obstáculos que encuentre en mi camino.

—¡Oh! señor, — murmuró Cecilia conmovida, — ¿cómo podré jamás pagaros...?

—No se pagan más que las deudas, señora, y todavía no me debéis nada, — repuso el señor Portal, — puesto que nada he hecho hasta aquí, pero voy a poner manos a la obra, a la que voy a consagrar todo mi tiempo, todo mi energía, todas mis facultades, no descansaré ni un minuto hasta el día en que os haya devuelto vuestro marido, y solamente en ese día podré aceptar vuestras gracias y creeré tener derecho a vuestra gratitud.

—¿De qué manera, señor, que vos estáis bien convencido de la inocencia de mi marido?

—Tan convencido como vos misma, señora, pero esto no basta. A quien hay que convencer es a la justicia y no debo ocultaros que hay muchísimo que hacer para alcanzar este resultado. En este momento, existen acumulados sobre la cabeza de vuestro esposo los cargos más abrumadores y las pruebas más concluyentes, y a los ojos de la opinión pública como a los de la justicia, és es quien asesinó al señor Doutreville. Ni siquiera existe la duda. Se reúnen un conjunto de circunstancias para probar su culpabilidad, y a todos los cargos surgidos de circunstancias desgraciadas, se han venido a reunir las que suscitaron las pérfidas maniobras del verdadero culpable. En él tenemos un enemigo terrible, señora, tanto más que temer cuando que permanece oculto en la sombra, en donde escapa a nuestros golpes. En este asunto, su vida es la que entra en juego, y del mismo modo que nosotros vamos a ponerlo todo en obra para salvar a vuestro marido, él va, por su parte, a hacer esfuerzos desesperados para terminar su pérdida, porque no verá asegurada su salvación sino el día en que haya visto caer la cabeza sobre la que he tenido la infernal habilidad de echar toda la responsabilidad de su crimen.

—¡Ah me hacéis temblar, — dijo Cecilia aterrada.

—Es preciso tener el valor de mirar el peligro cara a cara, señora; es el único medio de vencerlo.

—¡Oh! señor, — exclamó Cecilia, con voz suplicante, — tengo fe en vos, en vos sólo deposito mi confianza; no me abandonéis, señor, tened piedad de mi pobre Carlos porque ¡ay! ¿qué podríamos hacer nosotras, que podría él mismo, tampoco, contra el terrible enemigo que se ha encarnizado en perderlo?

Y añadió después de una pausa:

—Por lo demás, ¿no tenéis ya una prueba de las culpables tentativas que ha empleado para engañar a la justicia?

—Tenéis razón, señora, es una importante ventaja, la que hemos alcanzado ya sobre nuestro nemigo; pero, no lo dudéis, a esa hora debe estar advertido de ello y tratará de reparar el mal.

—Esto me parece imposible, ¿no está ya convencido el testigo Chenu de mentira, con esa receta del médico que Juanita acaba de depositar en manos de nuestro abogado? ¿y creéis que ese hombre una vez colocado en la alternativa de decir la verdad o de verse condenado a presidio, vacilaría un solo instante en dar a conocer al que lo impulsado a engañar a la justicia?

—No, no creo que vacile.

—¡Entonces, estamos salvados! — exclamó Cecilia toda contenta.

—¡Quién sabe!

—¡Qué queréis decir!

—Para nuestro enemigo, hay un medio de parar este golpe terrible.

—¿Cuál es?

—Hacer desaparecer al único que podría denunciarlo, obligado a ello por temor de un inevitable castigo.

—Pero, ¿de qué manera? por medio de un crimen?

—No, a rigor de dinero; una pequeña fortuna podría decidir a Chenu y a su mujer a expatriarse, y en ese caso, el verdadero culpable estaría salvado, y nosotros estaríamos perdidos.

—Es cierto, gran Dios, es cierto, — murmuró Cecilia, volviendo a caer en seguida en la más cruel angustia.

—Tal es el peligro, — repuso el señor Portal, — pero no es irremediable.

—¡Ah! — exclamó la joven levando de pronto la cabeza y clavando en él una mirada ardiente y febril.

—En semejantes condiciones, Pedro Chenu viene a ser para nosotros un verdadero tesoro, sobre el que debemos velar con la vigilancia y la solicitud de un avaro. Ahora bien, a partir de este momento yo no lo voy a perder de vista. De día y de noche yo, o un amigo que me reemplazará cuando sea menester, estaremos de centinela alrededor

de su persona, y quedaremos pegados a él como su sombra hasta el día en que comparezca delante del tribunal.

—¡Oh! con tal que no se nos escape...

—Mucho lo dudo. En el transcurso de mi vida he tenido que habérmelas cien veces con adversarios muchos más temibles que Chenu y nuestro enemigo oculto, y siempre triunfé de todos ellos. Tened, pues, confianza. No está todo ganado, es cierto, pero ha filtrado un rayo de verdad en las tinieblas que nos envolvían y hoy confiamos, cuando hace dos días todo estaba desesperado. Recodad esto y tomad valor.

Fué interrumpido por dos golpes dados a la puerta que en seguida se abrió.

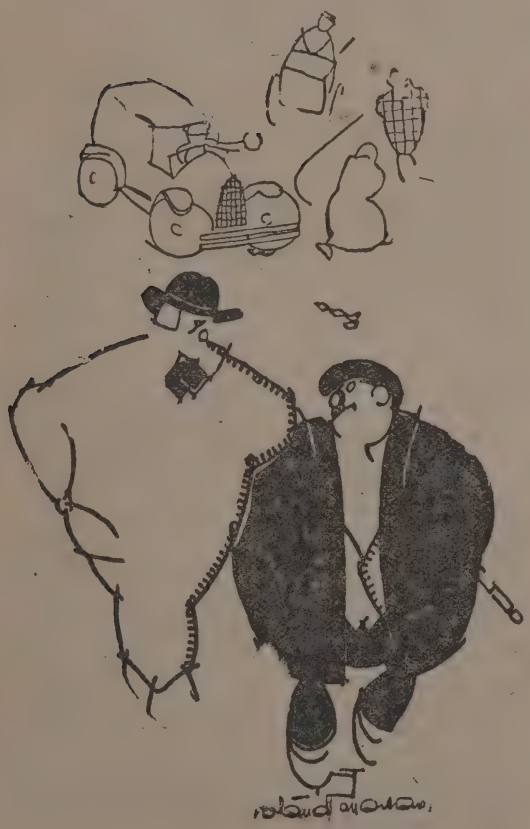
Era la sirvienta que venía con una carta en la mano lacrada de rojo.

—¿Para quién ese eso? — preguntó Cecilia estremecida.

El señor Portal se sonrió.

—Ya sé lo que es, — dijo, — había recomendado que me avisaran en seguida que...

CUESTION DE SUENO



—¿De veras no ha cerrado usted los ojos en toda la noche? ¿Tanto le impresionó el ver mi comedia?

—No; pero nos pasamos durmiento toda la noche en el teatro, durante la función.

en una palabra, es una pequeña fiesta con la que quise sorprenderos.

—¿Una fiesta en este momento? ¡Qué cruel broma! — exclamó la joven abriendo la carta con mano trémula.

Recorrióla con la mirada, y en seguida lanzó un grito.

—¡Oh! ¡mamá, Tatiana! mi buena Juanita! — gritaba poseída de un verdadero delirio; ¡concedido! ¡el recurso esta concedido!

—Y no es eso todo, — dijo el señor Portal, — yo recomendé que la noticia fuese traída aquí, antes de ser comunicada al condenado.

—¿Y por qué? ¡Pobre Carlos!

—¿Por qué, decís? Para que él la recibiese de labios de su mujer.

—¡Oh! ¡cuán bueno sois, señor! ¡Mamá, mamá! Vamos corriendo.

—Pero estás muy débil, hija mía; sería preciso comer antes un poco de esta perdiz.

—¡Comer! ¡oh! ¡imposible! Hace un instante era la desesperación; ahora lo que me ahoga es la alegría. Ayudadme a vestir y partamos.

Pasó con su madre a su aposento y diez minutos después salían ambas en un coche en dirección a la cárcel

XXIV

INQUIETUDES

Hemos visto a Cecilia subir en carruaje para correr junto a su marido a quien arde en deseos de anunciarle la buena nueva dejémosla por completo a su alegría, alegría loca que se desborda en risas; de sollozos y que fácilmente se imaginará el lector, dejémosla, pues, y pasaremos a un cuadro completamente distinto.

Penetraremos de nuevo en el domicilio de Pedro Chenu, a quien vimos poseído de la mayor inquittud después de la salida de la tía Lorrain.

Tan pronto como ella desapareció, se volvió hacia la puerta, mostrando el puño cerrado, murmuró con sorda voz.

—¡Mal rayo te parta, vieja bruja!

—El cielo está con ella, — dijo gravemente su mujer, — y tu maldición será vana.

—¿De verás ? — exclamó el paisano clavando en Catalina una mirada rencorosa.

—Sí, porque ella se desvela por el inocente, en tanto que tú, tus malos instintos te han inmpulsado a mentir y ponerte de parte del culpable. Es verdad que diciendo la verdad nada habríais ganado, al paso que los testigos falsos, eso se paga.

Pedro Chenu miraba a su mujer con una expresión mezclada de cólera y sorpresa. Desde hacía veinte años que estaban casados, él siempre la tuvo doblegada bajo un yugo de hierro, y no aun para acudir en auxilio de su padre, reducido por él a la mendicidad, nunca se atrevió a desafiar sus iras.

—¡Ah! ¡ah! ¿qué te pasa, pues? — exclamó por fin cruzándose de brazos; ¿de dónde sale tanto atrevimiento?

—Del odio que me inspira el asesino de mi padre.

—¡Tu padre! — exclamó el paisano encogiéndose de hombros, — de todos modos debía morir de hambre tarde o temprano, no entendía nada de negocios.

—Y la prueba es que confió en tu honradez.

Pedro Chenu se lanzó hacia ella con el puño levantado.

Catalina lo miró de pies a cabeza con un aire de desprecio y ni siquiera hizo un movimiento para sustraerse al golpe que la amenazaba.

Chenu se detuvo todo desconcertado.

Iba de sorpresa en sorpresa.

—¡Ah! —le dijo fríamente Catalina, — esto te sorprende, ¿no? que no agache la cabeza ni me eche a tus pies pidiendo perdón, como he acostumbrado desde el maldito día en que mi suerte estuvo unida a la tuya. ¡Oh! no, se acabó ya, En adelante será diferente, te lo prevengo.

El no dijo nada. La contemplaba estupefacto, preguntándose evidentemente si no se hallaba bajo el imperio de un sueño.

—¡Y bien! — dijo Catalina, — ¿por qué no me golpeas? ¿Qué te detiene hoy?

—Tengo lástima de tu locura, — respondió desdeñosamente su marido.

Catalina se le echó a reir en las barbas con insolente ironía.

—¿Lástima, tú? — exclamó. Vamos, hombre, ¿acaso has conocido nunca la lástima? No, no, lo que te priva de aplastarme como tantas veces lo has hecho, no es la lástima, es el miedo.

—¡Miedo! ¿Yo, miedo de tí? — dijo con mofa Chenu.

—Sí, el miedo miserable cobarde, el miedo que te ha privado nace un momento de asesinar a Juanita Lorrain y que te hace tan paciente ahora conmigo, porque no tienes tranquila la conciencia y sabes muy bien lo que diré si me golpeas. Es verdad que podríais cerrarme la boca para siempre dándome un mal golpe y no son las ganas las que te faltan, pero ya comprendes que a partir de ese mommento Juanita y yo estamos unidas, y ambas en guardia, bien decididas a protegernos mutuamente, y que si a mí me sucedía alguna desgracia, ella iría denunciarte inmediatamente, declarando sin vacilar que yo había muerto de accidente, sino que tú has debido asesinarme, porque no podías obligarme a apoyarte en tu falso testimonio.

Pedro Chenu estaba aterrado, y en la expresión de su fisonomía se veía que su mujer adivinaba sus verdaderos sentimientos.

Después de una prolongada vacilación, procuró imprimir a sus faciones duras y solapadas un aire de suavidad, y acercándose a ella.

—Catalina, — le dijo, — eres muy dura conmigo.

—Nunca lo seré bastante, — respondió Catalina, mostrándole aquella cara que tenía.

—Pero ¿no reflexionas que así puedes mandarme a presidio?

—Tú has mandado a mi pobre viejo a la sepultura de la que no se vuelve más.

—Te aseguro que me arrepiento, Catalina.

—Sí, como el condenado en presencia de la guillotina, por miedo, que le devuelvan la libertad y empezará de nuevo.

—En fin, tú eres cristiana, Catalina, no has de querer reprocharte haber hecho condenar a tu marido...

—Si me preguntasen diré la verdad, sin preocuparme de lo que pueda suceder, si te condenan, tan peor para tí.

La frente de Chenu se contrajo violentamente y un relámpago de furor pasó por sus negros ojos.

Pero esta vez, también la prudencia predominó sobre el furor. Se inclinó hacia su mujer y con un tono cada vez más suave le dijo al oído:

—Catalina, ¿no quieres, pues, hacer las paces?

Y con los labios le rozó el cuello.

Al sentir aquel contacto, ella se levantó dando un salto para atrás, estremecida de horror, como si hubiera sentido el roce de un asqueroso reptil.

Y clavando en él una mirada implacable:

—Entre los dos hay una tumba, — le dijo. — no lo olvides jamás.

Y se fué, dejándolo trastornado.

Un instante después, murmuró entre dientes con una rabia concentrada:

—¡Oh! ¡si pudiera mandarla a reunirse con su padre... sin peligro!

—Después empezó a pasearse por la cocina presa de una agitación que le hacía perder toda prudencia, porque iba hablando en voz alta mientras caminaba:

—¿Qué hacer ahora? se decía. ¿De qué manera salir de este atolladero? La tía Lorrain es una vieja testaruda que se ha enamorado de su antiguo hijo de leche y que no vacilaría en mandarme a mí al patíbulo en lugar de él. Nada del mundo la podrá impedir de hablar, y hasta sería imprudente el intentarlo; y lo más espantoso, es que mi mujer no me tendrá más lástima que ella, lo dirá todo,a un cuando supiera que su declaración tuviera que enviarme a la guillotina, y todo esto bajo el pretexto de que su padre ha muerto de hambre. ¿Acaso tengo la culpa yo, si tu estómago era incapaz de soportar el ayuno?

Se dejó caer en una silla, continuando con aire agobiado:

—Pero ¿qué hacer? ¿Qué partido tomar? ¡Si tuviese dinero! Si no hubiera sido robado como un imbécil por ese canalla de... otro que de buena gana recomendaría a los rayos de Tata Dios, si supiera su nombre. ¡Ah! ¡infame, infame! que me hizo sacar las castañas del fuego para luego...

Y lanzó un espantoso juramento. Después de una pausa, durante la cual había reflexionado profundamente, repuso:

—¡Sí, sí, eso es ¡buena idea! Es preciso huir, pasar al extranjero, si no, estoy perdido... Pero no tengo tiempo que perder, la tía Lorrain no es mujer para dormirse, sin duda habló ya al abogado del condenado, ya

debo haber sido designado al tribunal y si me dejo estar solamente hasta mañana... ¡Vamos! la idea es buena, es mi último recurso; es preciso ponerla en ejecución.

Se levantó, murmurando, mientras miraba por todas partes:

—¿Habrá aquí cómo escribir?

Y habiendo encontrado en un cajón tintero, papel y plumas, se sentó a una mesita que arrimó a la ventana y se puso a escribir.

Aquello debió ser largo, porque dieron las seis escribiendo, la hora de cenar.

Había llenado cuatro grandes páginas de papel de cartas.

Luego viendo que Catalina no bajaba de su cuarto y comprendiendo que ese día no habría cocinado, se resolvió a cenar con un pedazo de queso, una rabanada de pan y un vaso de agua.

Entonces esperó que fuera de noche.

Cuando cerró del todo, se levantó, murmurando:

—No basta escapar, es preciso no dejar nada arrastrando por detrás.

Abrió la puerta del jardín, fué a tomar una azada que había en un cobertizo, se dirigió hacia un sauco que se elevaba en un extremo del jardín, cuyas ramas salían por encima del sendero, y habiendo echado una mirada sobre la pequeña eminencia de musgo que cubría el pie del árbol, murmuró muy bajo:

—Es aquí.

Iba a meter la azada en la eminencia de tierra, cuando después de prestar el oído atento para asegurarse de que no era observado, se enderezó de repente, creyendo haber oído un ligero ruido en los arbustos que orillaban el sendero y servían de cercado natural a su propiedad.

—¿Me estarán espiando? — —murmuró todo estremecido.

Sacó la cabeza por entre los arbustos miró a un lado y otro a lo largo del camino y se cercioró de que no había nadie.

—Me equivoqué, — dijo — ¡no importa! vale más esperar a que sea media noche para hacer este trabajo, es más prudente.

Arrimó la azada al tronco del árbol y tanteando las hojas de papel que tenía en su bolsillo, añadió:

—Vamos a encontrar al señor Doutreville, y si me sale bien, mañana a esta misma hora, ya estaré muy lejos de aquí.

Un instante después estaba en el sendero caminando a grandes pasos, sin apercibirse de que se destacaba una sombra en las malezas de la orilla y se ponía a seguirlo a cierta distancia.

XXV

Aquella noche no había luna; el cielo estaba encapotado y la obscuridad tan profunda que no se veía nada a diez pasos de uno mismo.

Pero Pedro Chenu conocía el campo como su propia casa, y era capaz de recorrerlo en todas direcciones con los ojos cerrados.

Había salido de su casa a un paso regular, pero bajo la doble influencia de los siniestros pensamientos que lo preocupaban y de la negra noche que envolvía la naturaleza como un fúnebre manto, pronto se puso a apresurar el paso, echando a su alrededor miradas inquietas.

Por primera vez en su vida, tal vez, el silencio, la oscuridad y la soledad le daban miedo.

En aquel momento costeaba el parque de Vaudray, hacia el que parecía evitar de dirigir la vista, y cuando por casualidad el follaje de alguna rama venía a rozar su cara o sus vestidos, se echaba a un lado bruscamente y caminaba más a prisa.

Llegó un momento, sin embargo, en que fatigado de aquella marcha precipitada aniquilado por la violencia de las emociones que le asaltaban de continuo y bajo todas las formas, se vió obligado a detenerse a despecho del miedo que lo impulsaba hacia adelante.

Estaba bañado en sudor y las piernas le flaqueaban. Se detuvo cerca de un grupo de frondosos árboles.

Eran álamos de Holanda, cuyas cimas dilatadas, de una estructura colosal y agitadas por violentas ráfagas, afectaban las más fantásticas formas, y ya se inclinaban, ya se volvían a levantar, se revolvían en todos sentidos con contorsiones de condena, al mismo tiempo que atravesaban y sacudían el follaje extraños zumbidos, silbidos furiosos, como bandadas de demonios desencadenados.

A cada ráfaga que pasaba, Pedro Chenu volvía bruscamente la cabeza, y en aquellos ruidosos y prolongados lamentos que aullaban en la cimas esparramadas de los árboles, le parecía oir una voz humana.

—¡Si fuera su voz! — balbuceaba.

Y le corría un frío sudor por todo su cuerpo y las piernas, flaqueando bajo el peso de su cuerpo, se negaban a sostenerlo.

Atacado, por fin, por una especie de vértigo y queriendo a toda costa sustraerse a aquellas alucinaciones que, prolongándose, amenazaban alterar su razón, hizo un supremo esfuero para dominar la emoción que le paralipaba las fuerzas y quiso dar algunos pasos para alejarse del parque; pero entonces la sangre se le heló en las venas y se podían oir los dientes que le chocaban unos con otros.

Bajo el imperio del miedo que lo dominaba, le parecía que se enlazaban alrededor de su cuerpo como dedos humanos que lo sujeaban y lo tenían por los pies pegado al suelo;-y cuantos más esfuerzos hacía para desprenderse de ellos, más se multiplicaban aquellos lazos.

Se hubiera dicho que a cada paso que daba, hacía brotar del suelo, por centenares, dedos largos y nudosos como raíces, que enroscándose y pegándose alrededor de sus pies, le impedían dar un paso.

Esta vez se sintió que los cabellos se le erizaban en la cabeza y le pareció que su cerebro se iba a ver atacado por la locura.

¿Por qué extraño y espantoso fenómeno

se leantaban dedos bajo sus pasos para agarrarlo como ganchos y fijarlo en el suelo sin dejarlo mover?

He aquí lo que se preguntaba con un sentimiento de horror que le hacía recorrer un escalofrío por todo el cuerpo, y sin ni siquiera rechazar, como absurdo e imposible, lo que indudablemente hubiera rechazado su imaginación en otras circunstancias.

Es que en ese momento le acudían a la imaginación aquellas historias en las que grandes culpables, perseguidos por el remordimiento, habían visto como la misma naturaleza se rebelaba a su paso, aterrorizándolos en su huída con prodigios sobrenaturales.

Como la tormenta había parado un momento y Chenu ya no sentía gritar y silbar aquellas voces que cada vez lo dejaban frío de espanto, recobró un poco de serenidad y se sintió con valor para bajarse y pasar la mano por el suelo para darse cuenta del obstáculo que le estorbaba los pasos.

Entonces, en lugar de dedos humanos, lo que tocó fueron las raíces de plantas recién arrancadas en el campo en que se había metido.

Aquel hallazgo lo llamó al sentimiento de la realidad y le devolvió casi en seguida toda su sangre fría. Después de reflexionar un momento para orientarse, abandonó aquel campo en que se había extraviado y muy pronto dió otra vez con el camino que rodeaba el parque del que se había alejado, sin notarlo, para huir del siniestro silbido del viento entre los álamos.

Hacía cinco minutos que se había vuelto a poner en marcha, cuando le pareció oir detrás de sí un ruído que al principio tomó por el eco de sus propios pasos.

Se detuvo bruscamente, y en seguida volvió a caminar prestando el oído atento, y pronto se convenció de que andaba alguno detrás de él.

—¿Me seguirán, — se dijo temblando,— o bien será sólo la casualidad lo que hace que sigan mi mismo camino? ¿Y si fuera un agente de policía de Versalles?

A esta idea, se horrorizó.

Luego añadió:

—¡Oh! es preciso que yo sepa en seguida...

Y dando vuelta hacia atrás repentinamente, se puso a caminar con rapidez en la dirección de donde le parecía oir el ruido.

Se había figurado que apenas le separaría una distancia de veinte pasos del viajero; pero dió más de cincuenta sin encontrar a nadie.

Entonces se echó a correr en todas direcciones, batiendo el campo a derecha e izquierda, escudriñando todo, los surcos, las cañadas, detrás de los montones de piedras que había en la orilla del camino; pero todas sus pesquisas fueron inútiles. Volvió a emprender su camino, diciendo:

—Me habré equivocado.

Pero al cabo de diez minutos resonó de nuevo en el camino el mismo ruido seco y acompasado.

Se detuvo poseído de una fuerte emoción.

—No, — murmuró con voz alterada; — no me engañaba; me siguen los pasos. Y no es por casualidad que ese hombre sigue el mismo camino que yo, puesto que se escondió hace un momento, y que ahora mismo, también, acaba de pararse. No es posible ya dudar; me siguen.

Y con señales de la mayor angustia se pasó la mano por la frente, añadiendo:

—Es un agente... tal vez un gendarme, como pensé primero... si es así, estoy perdido.

Y se puso a reflexionar siempre inmóvil.

—¿Qué haré? — se preguntó. — Huir a través de los montes, es confesarme culpable y denunciarme yo mismo a ese hombre, que la policía ha de haber lanzado tras de mí, y si me ve correr, no vacilará en prenderme. No, lo más prudente es poner mi plan en ejecución: ver primero al señor Doutreville y después ir a sacar lo que tengo enterrado en el jardín.

Entonces, para engañar a su enemigo, se puso a caminar con paso más lento y tranquilo, y silbando de vez en cuando.

Pero, mientras afectaba la mayor tranquilidad, escuchaba atentamente y no tardó en reconocer los pasos de aquel desconocido.

—Va a ser como mi misma sombra, — se dijo, — ¡oh! no obstante, es preciso que le haga perder la pista.

Transcurrieron cinco minutos más, al cabo de los cuales, salió del montecito que acababan de atravesar y entró en el pueblecito.

Chenu andaba con la garganta seca. Se dirigió a un café que había en la plaza.

La primera cara que vió al entrar en el café fué la del sobrino de la tía Lorrain, el gendarme Marcelo.

—Buenas noches, Marcelo, — le dijo, — tendiéndole la mano.

—Buenas noches, Pedro Chenu, — respondió Marcelo tomando una copa de cerveza y llevándola a sus labios para evitar el contacto con él.

Al menos es la idea que se le ocurrió desde luego al paisano, que se turbó bajo la mirada del gendarme.

No tenía ya sed, y estuvo fuertemente tentado de abandonar el café acto continuo, pero comprendió que era imposible, y dijo al mozo que vino a servirle:

—¡Un chop!

Había una mesa libre y se sentó.

En aquel mismo instante se abría la puerta del café ruidosamente y entraba un individuo gritando:

—¡Mozo! un mazagrán.

Y fué en seguida a sentarse junto al paisano, exclamando:

—¡Hola, Pedro Chenu! ¡y cuánto me alegro de encontraros!

Aquel individuo, Pedro Chenu lo reconoció en seguida por aquel mismo con quien había trincado en un café de Versalles al salir de la audiencia.

Era el hombre de los anteojos de oro.

XXVI

MAL ENCUENTRO

Al entrar en el café de la Paz, Pedro Chenu había tenido un doble objeto, primeramente beber, porque tenía el gaznate seco como un pergamino, y luego, hacer perder la pista al que lo venía siguiendo desde hacía media hora, lo que creía haber conseguido cuando vió que no entraba detrás de él sino aquel personaje que conoció en Versalles.

Ahora bien, además de que aquel individuo con sus anteojos de oro, sus grandes patillas, la cara risueña y su gran aire doctoral, no podía ser más que un buen burgués, sin malicia y sin consecuencias, el paisano recordaba muy bien que había estado de su parte contra la tía Lorrain en aquella discusión que tuvo con ella a propósito del condenado; era pues imposible desconfiar de una persona tan inofensiva.

El lector, que conoce el personaje oculto bajo aquel cándido burgués, casi ridículo, habrá adivinado ya que el espía al cual Chenu creía haber escapado y se felicitaba por ello, era precisamente el hombre que vino a sentarse a la misma mesa que él, y cuya cara bonachona le inspiraba tan completa confianza.

Todos los clientes del café de la Paz se hallaban en un estado de agitación extraordinaria en el momento en que Pedro Chenu había entrado en el establecimiento, y el motivo de aquella extremada animación era precisamente el juicio que acababa de terminarse por una sentencia capital.

Allí, como en el café de Versalles, las opiniones estaban divididas: los unos defendían con calor a Carlos d'Estarbés, los otros aprobaban enérgicamente la sentencia del jurado, y hasta se indignaban de que se hubiese acordado tan gran culpable la facultad de apelar de la sentencia.

Naturalmente, Pedro Chanu, cuya declaración había hecho tanto peso en el desnlace del dramático acontecimiento, pronto se vió rodeado y felicitado de todos aquellos que creían en la culpabilidad del condenado; pero lejos de serle agradables aquellos agasajos, le hicieron poca gracia.

Hubiera querido irse después de tomar su chop y se veía obligado a quedarse para responder a las preguntas que le dirigían de todas partes.

—En cuanto a mí, — dijo de pronto un individuo de unos cincuenta años, un rico propietario de Chaville; no comprendo como todavía haya quien crea en la culpabilidad de señor d'Estarbes, después de la relación que su mujer vino a hacer ante el Tribunal, en efecto, ¿qué es lo que pasó, después de haber sido ella víctima de aquella infame violencia por parte del viejo, a cuyo respecto tanto nos habíamos engañado todos? Ella sale en plena noche, poseída de un delirio bien explicable en tales momentos; se lanza a través de campos y de montes, llega a su casa extenuada, loca por la desesperación y cuenta a su madre y a su marido la horrible emboscada de que acaba de ser víctima.

Lea
PUCKY
todos los viernes

¿Qué habríais hecho vosotros en lugar del marido? Lo mismo que hizo él. Ardiendo en odio contra el miserable, que ha echado la vergüenza y la desesperación en su vida, hasta entonces tan feliz y tan honorable, tomó un arma, un revólver, y corre inmediatamente a Chaville con la intención de hacerse justicia inmediatamente. Llega al aposento de Doutreville con su revólver en la mano y lo encuentra asesinado con un cuchillo clavado en la garganta. Pues bien, ¿qué me decís de esto? ¿Acaso todos estos hechos no se hallan íntimamente ligados entre sí? ¿Acaso la verdad no brota de ahí, clara como el sol? Y esa misma arma, ese revólver visto por Pedro Chenu en manos de d'Estarbés, ¿no prueba por ventura que éste nunca pudo ser asesino de un hombre asesinado a puñaladas! ¡Y la obstinación del acusado en no querer responder a las preguntas del presidente relativas al motivo que había impulsado a su mujer a huir en medio de las tinieblas de la noche! Esta obstinación de la que se le hacía un crimen y que se volvía un nuevo cargo contra él, ¿no se explica ya hoy por la repugnancia que debía experimentar un hombre de corabón en publicar su vergüenza y la de su mujer? ¿Qué tenéis que replicar a todo esto¿ ¿La declaración de Chenu? ¿Pero Chenu volvía de Sain-Cloud, donde había dejado su juicio, ¿y quién me asegura que su mujer, que en ese momento debía dormir, no habrá soñado que oía los cascabeles del caballo de Vacheux?

—Soy enteramente de vuestra opinión, señor Malot, — dijo un pasante de notario muy afecto a los Doutreville; — sí, la inocencia de Carlos d'Estarbés resalta claramente en la relación de su mujer, si ese relato es histórico y no un cuento.

—¡Cómo! — exclam indignado el señor Mallot, — ¿creeríais a una señora como esa capaz de inventar y de venir a referir delante del público un hecho que su pudor, el sentimiento de dignidad y el resguardo de su honor debían impulsar a mantener secreto, y que la-

LEA
Tit-Bits
TODOS LOS MARTES

más habría divulgado, puede afirmarse, si semejante sacrificio no le hubiera sido impuesto por una inexorable necesidad, puesto que de esta declaración dependía la vida de su esposo?

—No, la señora d'Estarbés no es una mujer capaz de esto; yo estoy tan convencido de ello como vos; únicamente vos olvidáis que la desgraciada joven había perdido el uso de la razón hacía más de dos meses. Ahora bien, ¿qué os dice que la hubiera recobrado por completo, o ni aun parcialmente, cuando ha venido a declarar delante del tribunal¿ El doctor que la acompañaba afirmó que en ese momento tenía la lucidez de espíritu, pero ¿dónde estaba la prueba de semejante afirmación? Es permitido pues, creer que la señora d'Estarbés no tenía en aquel momento plena conciencia de sus palabras ni de sus actos y es probable que el tribunal delante del cual será llevada de nuevo esta causa, se negará a tomar en consideración el testimonio de una mujer atacada todavía de locura dos horas antes de venir a declarar.

—¡La apelación! — gritó de pronto una voz — ¡pero si ya está acordada, y hay que empezarlo todo de nuevo!

—¡Bah! — hizo Pedro Chenu, que se turbó visiblemente al oir aquella noticia.

—Hasta se cree que tiene muchas probabilidades de salir en bien.

—¿Cómo es eso? — hizo Chenu con burla

—¡Caramba! Se dice que hay testigos falsos

—¡Vamos, hombre! exclamó el paisano tratando de sonreir, pero inútilmente; — son cuentos de viejas.

—Yo no sé nada,—dijo el señor Malot;— pero oí hablar algo de eso; hasta me han dicho que se iba a impartir una orden de arresto contra el testigo falso, y la persona de quie tengo el dato, debe estar bien informada, porque es Juanita Lorain, que on ha dudado nunca de la inocencia de d'Estarbés yque se mueve como un demonio para sacarlo en bien.

—¡Una orden de prisión! — murmuró Chenu tanto más turbado a esta palabra, caunto que le pareció que las miradas del gendarme Marcelo se fijaban en él con singular tenacidad.

—L añadió para sí:

—Esta condenada de Juanita es capaz de todo; ya debe haber removido todo el foro de Versalles con esa maldita receta, y es muy posible que esa orden de arresto de que hablaba Marcelo no puede arrestarme hasta tanto que no la reciba; pero no espera sino esto, lo conozco en el modo de mirarme de reojo, y si por desgracia. . .

Fué interrumpido en su monólogo por la entrada de un mocito que gritó todo azorado:

—¿Está aquí el señor Marcelo?

—Aquí estoy — respondió éste avanzando; — ¿qué hay?

—Una estafeta que acaba de llegar de Versalles.

Dadme.

Pedro Chenu se puso espantosamente pálido y le asaltó acto continuo un temblor nervioso que agitó todo su cuerpo.

Se sintió perdido, y presa de un repentino vértigo, vió que todo daba vueltas a su alrededor. Sin embargo, dándose cuenta de la necesidad de escuchar y comprender, logró dominarse por medio de un gran esfuerzo de voluntad.

—Pero — respondió el mocito — no tengo nada que daros.

—¿Y esa estafeta?

—Os espera en en la gendarmeria

Era menester haberlo dicho en seguida — exlcamó el gendarme lanzándose fuera del café

—¡Salvado! — pensó Chenu; pero no será por mucho tiempo.

Detuvo por el brazo al mozo del café que pasaba cerca de él, le entregó una moneda de cincuenta céntimos y esperó.

¿Qué esperaba? La vuelta.

Su libertad, su vida tal vez estaban en peligro; dos minutos eran para él cuestión de vida o muerte y esperaba el cambio, cuatro sueldos!

En cuanto los tuvo, echó una rápida mirada a su alrededor.

Los clientes del café formaban corro alrededor del señor Malot y del dependiente de notario, y estaban preocupados oyendo aquella animada discusión entre los dos distinguidos oradores.

El hombre de los anteojos de oro estaba completamente absorto en la lectura de un diario, que tenía levantado como una pared entre él y Pedro Chenu.

El momento era, pues, favorable.

El paisano se fué escurriendo solapadamente hacia la puerta, la abrió con precaución para no hacer ruido, y una ver fuera echó a correr con toda la fuerza de sus pantorrillas

XXVII

UNA CONFESION

Después de una carrera loca de diez minutos, Chenu se detenía anhelante enfrente de una casa de bastante bella apariencia situada como a una distancia de un kilómetro del pueblecito.

La entrada era por una verja, después de la cual se extendía un jardín primero, y después una especie de quinta en medio de la cual se elevaba el cuerpo del edificio.

A través de los árboles se veían brillar luces, lo que atestiguaban que aquella casa estaba habitada.

Chenu prestó oído y no sintió ningún ruido.

Una sonrisa maligna, muy pronunciada, se paseó por sus labios. Se acordaba de aquel que lo había seguido desde su casa hasta el pueblecito y se decía que era imposible que hubiera podido correr tanto como él, en la carrera que acababa de dar.

Después de darse un descanso de dos minutos para tomar aliento, costeó el cerco que rodeaba la propiedad examinándola con una atención minuciosa; luego, reparando en un claro, lo ensanchó, no sin lastimarse las manos con las espinas, pasó primero la ca-

beza, después el cuerpo entero y se paró del lado de adentro.

Un instante después penetraba en un vestíbulo abierto, porque no eran muchos más de las ocho, subía al primer piso, y abría bruscamente una puerta que había en la escalera.

La pieza en que acababa de introducirse estaba ocupada por un hombre de unos sesenta años, que en aquel momento estaba trabajando a la luz de la lámpara.

Tuvo un sobresalto en su asiento a esta irrupción inesperada, y lanzó un grito de terror al aspecto de Pedro Chenu, que venía tan pálido y trastornado, que estaba desconocido.

—¿Quién sois? ¿Qué me quereis? ¿Qué venís a buscar aquí? — exclamó el viejo con voz alterada.

—¿No me reconoceis, pues, señor Doutreville? — dijo el paisano. — Soy Pedro Chenu.

—En efecto, — dijo el viejo, tranquilizado de repente; — pero¿ qué es lo que teneis, Chenu? ¿Qué significa esta cara trastornada, y por qué entrais como un ladrón?

—Voy a explicaros esto en seguida; pero disculpad la libertad que me tomo; no puedo tenerme en pie.

Y se dejó caer en una silla.

El señor Doutreville lo contemplaba con más inquietud que simpatía.

—Veamos, —le dijo después de un momento de silencio; — decidme lo que os sucede, y si puedo serviros en algo...

—Es difícil de decir, — respondió Chenu dirigiendo miradas inquietas a las ventanas; — y sin embargo, no tengo un minuto que perder; es preciso que me explique sin tardanza.

Se levantó de pronto, diciendo:

—Primero, dejadme correr las cortinas.

Soltó las abrazaderas que sujetaban las tupidas cortinas de lana, y después de juntar bien los dos paños de manera que no se pudiera percibir la luz desde fuera, vino a sentarse luego junto al señor Doutreville que lo miraba hacer con la mayor sorpresa.

—¡Pero, hombre! — exclamó este último, — ¿me direis por fin qué significa todo esto?

—Todo os lo voy a decir, — respondió el paisano, visiblemente embarazado y con una expresión de humildad y abatimiento que acabó por intrigar al viejo; — y antes de todo, ¿sabeis lo que ocurre en Versalles

—No, no tengo noticias de ese lado... ¿Qué dicen? — preguntó cambiando de tono.

—Por de pronto, d'Estarbes ha obtenido el recurso de casación, de manera que toda la causa se va a ver de nuevo delante de otro tribunal.

—¡Ah!

—Después, se ha expedido una orden de arresto contra un testigo que ha prestado una declaración falsa

—¿Y ese testigo?

—Soy yo.

—¡Es una calumnia!

—¡Cómo! confesareis...

—Sí, dí un testimonio falso

—Eso es grave, Chenu.

—Bien lo se.

—Es cuestión de presidio

—Si no tuviera que temer más que eso...

—¿Qué más podéis temer?

—Antes de responder a esa pregunta, tengo una explicación que daros y un pedido que haceros. Por esto ha venido.

—Hablad, Chenu. Ya os escucho.

—Señor Doutreville, — repuso Chenu después de una pausa, y estudiando el efecto de sus palabras en la fisonomía del viejo; — ¿antes del crímen de que se ha hecho culpable, profesabais una grande amistad a Carlos d'Estarbés?

—Lo quería como a mis propios hijos.

—¿Entonces debisteis sentir un gran pesar al saber que era él quien había asesinado a vuestro hermano?

—Teneis razón, Chenu; ese día tuve una doble desesperación.

—¡Y bien! pero... — continuó Chenu bajando la voz y con tono insinuante; — si venía alguno a deciros: La justicia se ha equivocado, Carlos d'Estarbés es inocente.

—¡Será posible! — exclamó Doutreville con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Un momento, un momento, — repuso vivamente el paisano, — es una simple suposición.

—Entonces, decid pronto dónde quereis venir a parar.

—Continúo: si pues, alguien venía a anunciaros semejante noticia, y si añadía: Yo puedo proporcionaros la prueba de ello, pero una prueba tan clara, tan palpable que los jueces se verán obligados a reconocer en seguida la inocencia del que acaban de condenar?

—¡Ah! pagaría bien cara una alegría semejante.

—¿Cuánto daríais? — preguntó Chenu.

—Pagaría diez mil francos sin titubear y sería a mis ojos un desagravio bien débil del mal voluntario que he causado a ese pobre Carlos, agobiándolo bajo el peso de una acusación, que aun cuando me fuese impuesta por las circunstancias y por mi conciencia, no por esto dejó de serme extremadamente penosa.

—Ahora, otra suposición, — repuso Chenu, estudiando más seriamente que nunca las facciones del viejo; — si ese individuo venía y os decía: Sí, yo puedo salvar a Carlos d'Estarbés, pero no puedo hacerlo sino dando a conocer el verdadero asesino de vuestro hermano, y a condición de que, lejos de entregar éste a la justicia, vos mismo vais a favorecer su fuga y hasta darle los medios de que pueda atravesar la frontera y vivir en el extranjero con los diez mil francos, por ejemplo, de que estabais dispuesto a desprenderos hace un momento.

—¡Favorecer la fuga del asesino de mi hermano! — exclamó indignado Doutreville. — ¿Quién se atrevería a aconsejarme semejante acción?

—Aquel que os probase al mismo tiempo que semejante acción os era ordenada por

vuestra conciencia de hombre de bien.

—¡Vamos, hombre!

—Oídme, si no: asesinado vuestro hermano, un joveu acusado y muy pronto convicto de este crimen, es condenado a la pena de muerte y a punto de ser ejecutado; entonces alguien viene y os dice: el acusado es inocente; yo conozco al verdadero culpable; ponedlo en condiciones de sustraerse a la justicia, proporcionadle con qué vivir lejos de su país y él salvará al inocente, denunciándose a sí mismo con las más convincentes pruebas en apoyo de su declaración. Si, por el contrario, os negais a ello, él guarda el silencio, permanece en la sombra y espera tranquilamente la ejecución del inocente cuya sangre caerá sobre vuestra cabeza, señor Doutreville.

El anciano quedó callado.

Con el codo apoyado en el escritorio y la barba en la palma de la mano, se hallaba sumido en las más profundas reflexio-

—Teneis razón, — djo por fin; — sería un crimen, un espantoso crimen el que yo cometería con ello, y admitiendo vuestra suposición me encontraría en el terrible caso de tener que salvar al asesino de mi hermano.

Y después de reflexionar de nuevo, añadió:

—Pero, ¿cuál sería el motivo que podría impulsar a ese miserable a una acción que, no se puede negar, revela sentimientos generosos? ¿Será el remordimiento?

—No.

—¿A qué móvil pues podría obedecer?

—Ya os lo diré cuando hayais contestado a mis suposiciones.

—Pues bien; os respondo que me habeis convencido y que creeré, en efecto, hacer acto de hombre de bien, favoreciendo la fuga del culpable para salvar al inocente.

—Entonces ya puedo deciros la razón que determina al culpable a delatarse mediante una recompensa de diez mil francos; no es el remordimiento, sino el miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de ser arrestado como testigo falso y el temor de que la justicia, una vez en vías de escarbar su asunto, no dé con el motivo de ese testimonio falso!

—¡Pero el que persiguen como testigo falso sois vos! — exclamó Doutreville mirando al paisano de los pies a la cabeza.

—Y el testigo falso, acaba de decíroslo, — contestó el paisano bajando la vista ante la mirada de Doutreville, — es el asesino de vuestro hermano.

Se hizo un prolongado silencio durante el cual Doutreville parecía helado de horror.

Por fin, al cabo de cinco minutos, durante los cuales Chenu había conservado la vista clavada en el suelo sin hacer movimiento alguno, el anciano le dijo:

—Sois un gran miserable, Chenu; pero he dado mi palabra, y no faltaré a ella, puesto que por otra parte la vida y el honor de Carlos son a ese precio; únicamente, es menester decirme toda la verdad y probarme que podeis demostrar altamente vuestra culpabilidad y la inocencia de Carlos.

XXVIII

EL COMPLOT

Pedro Chenu empezó su narración de esta manera:

—Lo que hay es esto, señor Roberto, — dijo, nombrando a Doutreville por su nombre de pila, como se hacía comunmente para distinguirlo de su hermano mayor; — una noche que yo me hallaba en casa, solo y sin luz, porque acababa apenas de caer la noche, se abre de repente mi puerta y veo entrar a un hombre que me dió un gran miedo a primera vista, porque venía envuelto en una gran capa negra y con una máscara puesta. Viendo que yo no tenía el aspecto muy tranquilo, me dijo con una voz que no parecía natural, sin duda a causa de la máscara:

—Nada temas; es sólo en interés tuyo que vengo aquí.

Yo le dije que era muy bueno, pero que no me hacía falta nada.

No las tenía todas conmigo, y hubiera querido verlo lejos de casa.

—Tu mujer no está aquí, — me dijo; — está en París, en casa de una parienta, y no volverá antes de las nueve de la noche; he aquí por qué vine hoy, porque las mujeres no entienden de negocios.

—Es verdad, — —respondí yo sorprendido; — mi mujer no está aquí y...

—Nada de palabra inútiles, — dijo el fantasma negro imponiéndome silencio; — no tenemos tiempo que perder, óyeme pues. Un día, hace ya tiempo de esto, tú has echado a tu suegro de su propia casa, en seguida abandonaste el país para sustraerte a la obligacion de proporcionar al buen hombre la pequeña renta vitalicia que le debías; de manera que a la hora ésta, se halla mendigando su pan en el país en que lo dejaste.

Yo quise replicar, defenderme; pero me impuso silencio y continuó:

—Estoy informado perfectamente; es inútil mentir. Por lo demás, no te vitupero por ello, y si te recuerdo el hecho, es para probarte que yo sé que trato con un hombre enérgico, capaz de comprender, y enteramente libre de preocupaciones. Hago constar únicamente que eso no te ha traído al bienestar, puesto que desde hace un año, estás acribillado de papel sellado y que, finalmente, tu casa será vendida a fin de mes, si de aquí a entonces no has pagado una suma de seis mil francos, con más mil setecientos francos por lo menos.

Yo estaba aturdido por la sorpresa.

—Y efectivamente, es eso mismo, — dije yo a mi hombre negro.

—No es esto todo, — continuó. — Tú eres un hombre de bien y tienes horror a las deudas; pero llevas esto tan lejos que, para pagar una, has hecho una pequeña felonía que no se sabe apenas y que te llevará muy lejos si no encuentras setecientos francos dentro de ocho días; y no los encontrarás.

¡Era desgraciadamente verdad!, señor Roberto, y también sabía esto aquel diablo de hombre.

Y continuó así:

—De modo que sin hogar y una miseria espantosa si logras tapar la falsificación; si no, el presidio, ni más ni menos. Esto es claro y terminante. ¿No es así?

No podía negarlo; fué preciso convenir en ello.

—Continúo, — repuso mi hombre, — y aquí es donde debes prestarme toda tu atención. Yo conozco, no muy lejos de aquí a un hombre cuya caja, no una caja de hierro, sólida, sino un escritorio que se puede fracturar apoyándose encima; cuya caja, digo, contendrá muy bien, en este momento, sesenta u ochenta mil francos, es decir, cuatro mil libras de renta: ¡una fortuna! Ese hombre es el mismo de quien has tenido el capricho de imitar la firma al pie de una obligación y bien sabes que no es hombre muy suave para los que no andan derechos.

—¡Doutreville! — exclamé yo.

—Ahora bien; dentro de tres días es la fiesta de Saint-Cloud, fiesta a la cual irán todos los sirvientes del castillo, a los cuales la licencia hasta las dos o las tres de la madrugada.

—¡Bueno! — dije yo; — ya empiezo a comprender vuestro plan.

—Ese día la caja estará repleta, pero al día siguiente su contenido será trasladado a la de un banquero de París; tanto peor para los que no habrán sabido aprovechar la ocasión.

Yo me rascaba la oreja.

—Te lo repito, estará solo y durmiendo profundamente de doce a una de la noche, porque generalmente se acuesta a las once y en seguida se queda dormido, yo lo sé.

Yo estaba vacilante, lo confieso, y se lo dí a entender, murmurando en voz baja:

—¡Cuatro mil libras de renta! justamente mi cifra. ¡El sueño de toda mi vida!

Entonces aproximó su silla a la mía y me dijo bajando la voz:

—Pues bien; la realización de tu sueño o el presidio primero, y luego la miseria y la vergüenza para toda la vida, puedes elegir si dejas escapar esta ocasión, dentro de quince días eres delatado por el mismo a quien no causarías sino un pequeño perjuicio recortando sesenta u ochenta mil francos de su inmensa fortuna; te meten en la cárcel y entonces estás perdido sin remedio.

—La suma es tentadora, la verdad, — repliqué; — pero hay grandes peligros.

—¿Dónde los ves tú? Estará solo y durmiendo.

—¿Y la señora d'Estarbes, que está actualmente en el castillo?

—Vive en el extremo opuesto del edificio.

—Pero, ¿cómo penetrar allí de noche?

—No faltará quien te introduzca.

—¿Quién será?

—Yo.

—¿Y qué interés teneis en ese asunto?

—El escritorio en que está guardado el dinero... que será tuyo, contiene un documento que puede perderme; procurándote la fortuna, salvo mi honor.

—Perfectamente; ahora comprendo.

—¿Y consientes?

—¡¡Caramaba!...

—¿Sí, o no? Es necesario que yo sepa a qué atenerme al salir de aquí a fin de tomar mis precauciones con tiempo.

—Bien, pues... sí; pero con una condición.

—Dila.

—Es que no ha de haber sangre.

—¿No seré acaso tu cómplice, y crees que soy hombre para exponer mi cabeza?

—No me parece.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Dentro de tres días?

—El día de la fiesta de Saint-Cloud; ya está dicho. No saldré de casa ese día.

—Al contrario.

—¿Qué quereis decir?

—Has de ir a la fiesta con algunos amigos; allí te divertirás mucho, y hasta debes beber bastante; volverás muy tarde y fingirás que vuelves a tu casa un poco ebrio.

—Ya caigo; una estratagema para distraer las sospechas.

—Justamente.

—¿Y el lugar de la cita?

—En el sendero; al pie de la escalera de tu quinta.

—¿Y la hora?

—A media noche.

Cuando se levantaba, le dije:

—Ahora pienso en una cosa.

—¿Qué cosa?

—Me decís que habrá ochenta mil francos en el escritorio.

—Estoy seguro de ello.

—Bueno; supongamos sin embargo que os engañaseis y que no hubiese nada... na-

UN AVISO TARDIO

—Adiós, querida; si no puedo venir a comer te dirigiré un expreso urbano avisándote.

—No te molestes; ya lo he leído; estaba en el bolsillo de tu saco.

da más que el papel por el que tanto te interesais. El negocio sería de todos modos bueno para vos; pero yo, ¿qué es lo que habría ganado en arriesgar la "perpetua"?

—Tu observación es justa, y además yo había pensado en ello; haces bien en recordármelo.

—Entonces se sacó cinco cartuchos del bolsillo, rompió el primero que le vino al azar para mostrarme que eran luises de oro, y me dijo:

—En ese caso no te habrías expuesto en balde; aquí tienes cinco mil francos y te prometo otro tanto una vez concluído el negocio, si no encuentras en el escritorio la suma que te digo, lo que tengo por imposible.

Y se fué, dejándome cara a cara con los doscientos cincuenta luises, que me puse a contar y hacer relucir a la luz de la bujía, que encendí a propósito para esto, después de cerrar cuidadosamente la puerta y los postigos de la ventana.

Ese oro fué mi perdición, señor Roberto, y al pensar en ello después, siempre he creído que al ponerme eso en las manos, mi tentador había comprendido que eso sería lo que vencería todos mis escrúpulos y que sería capaz de todo al pensar que podría ser poseedor de doce o quince veces más oro que el que tenía a la vista.

—¡Oh! ¡La fascinación del oro, señor Roberto!

¡Si vos supierais lo que es eso para el hombre que ha pasado toda su vida en la penuria y la embrolla! ¡Doscientas monedas de oro que se escurren entre las manos, que suenan al oído y centellean a la vista! ¡Si supierais cuántos sueños, cuántas tentaciones levantan y despiertan en el ánimo del miserable! En una palabra: si era un cálculo que él hizo, fué buen cálculo, porque a partir de aquel instante en que hube desplegado y contemplado aquellas pilas de oro, todas mis dudas y vacilaciones desaparecieron acto continuo, y lejos de temer la hora fatal, la hora de la ejecución, la esperaba, por el contrario, impacientemente.

Tres días después, iba a la fiesta de Saint-Cloud con cinco o seis amigos y regresaba de allí como a las once y media de la noche; me metí en casa, es decir, en el vestíbulo que precede a la cocina, y a la media noche bajaba al sendero.

El hombre negro fué puntual.

Me esperaba allí, al pie de la escalera, envuelto siempre en su gran capa y con la máscara puesta.

Me miró al resplandor de un rayo de luna que filtraba a través de la arboleda del camino y sin decir una palabra se puso a caminar delante de mí.

Yo lo iba siguiendo, y a los pocos minutos nos deteníamos delante de una puertecita que comunicaba con el parque del castillo.

Entramos y alumbrados siempre por el claro de luna, atravesamos el parque y llegamos al pie del castillo.

El se apartó algunos pasos para echar una mirada a las ventanas, y le oí murmurar:

—¡Una luz a estas horas!

Vuelve a mirar y añadió:

—Es en la habitación de la señora d'Estarbés. En la suya está todo en silencio. ¡Vamos!

Entonces se dirige a una puerta, que se abre al empujarla, y entra de puntillas, perc sin titubear.

Yo sigo sus pasos; pero asaltado de pronto por una emoción tan violenta, que mi corazón parecía que me iba a saltar fuera del pecho.

XIXX

EL ASESINATO

Pedro Chenu se interrumpió un momento, se pasó la mano por la frente, que acababa de contraerse violentamente, y luego volvió a tomar la palabra de esta manera:

—Hablando al hermano de la víctima, el resto es difícil de contar; pero os he prometido toda la verdad y la diré hasta el fin, por más que tengo mucha prisa en ausentarme de este país, donde no me veo seguro.

Llegado al primer piso, mi cómplice se detuvo para tomar aliento. Parecía estar sofocado por la emoción, que en aquel momento era natural lo dominase. Cuando se hubo repuesto y que por fin se sintió dueño de sí, se acercó a una puerta, tocó con toda precaución una llave que había quedado a la parte de afuera y que se distinguía perfectamente con el reflejo de la luna, que esa noche era muy brillante, como os he dicho, e iba a dar vuelta a la llave, cuando notó que la puerta estaba entreabierta.

—¡Qué raro! — murmuró en voz baja.

En seguida con un aumento de precauciones, atrajo suavemente la puerta hacia sí hasta poder introducir la cabeza dentro.

Yo esperaba lo que iba a suceder poseído de un sobrecogimiento que paralizaba todos mis miembros. ¡Ah, señor Roberto! aquel oro cuya vista me había deslumbrado y fascinado, con cuánto placer lo habría devuelto en aquel instante para encontrarme repentinamente transportado a mi casa y acostarme en mi cama! Y yo os juro que si hubiese estado solo, no hubiera titubeado en volver sobre mis pasos huyendo a través del parque en vez de deslizarme en aquel aposento, donde no entraba sino con los más negros presentimientos!

Pero mi cómplice estaba allí caminando por delante, y una falsa verguenza me impedía retroceder... y... en una palabra, me resolví a seguirlo con la vista fija en él, esperando lo que iba á suceder con violentos latidos de corazón.

—¡No hay nadie! — murmuró entonces después de recorrer la pieza con la vista, — ¿qué significa esto?

Abrió la puerta y entró.

Yo seguí detrás de él.

Fué derecho a la cama. Estaba deshecha pero vacía. Metió la mano entre las sábanas.

—Todavía está caliente, — dijo. — ¿Dónde puede estar? ¡Es inaudito!

Y mostrándome el escritorio que había en un ángulo de la pieza, me dijo:

—Allá está el dinero, ochenta billetes de a mil francos; es fácil de llevar.

Pero yo no sabía lo que me pasaba. Miraba a derecha e izquierda, esperando ver entrar de un momento a otro al dueño de casa, y temblando como una hoja en el árbil.

—Ese mueble es fácil de abrir, — continuó; — pero antes de todo es preciso saber dónde está él.

—¿No visteis luz en una ventana? — le dije.

—Sí.

—¿Dónde era?

—Creo que en el aposento de la señora d'Estarbés.

—¿Quién sabe si está enferma, y como los domésticos están en la fiesta de Saint-Cloud?

—¿Los has visto?

—Sí, y les hablé.

—¿Estaban todos?

—Todos, menos el jardinero, que está enfermo.

—¿A qué hora deben volver?

—Como a las tres, y quizá al aclarar el día. Su patrón los dió permiso para toda la noche.

—Entonces, podría ser que, en efecto, la señora estuviese enferma y que él esté en su aposento; es lo que debemos averiguar antes de todo.

—¿Y cómo haremos?

—Tú has de seguir por este corredor hasta el extremo. Allí es el cuarto de la señora d'Estarbés.

—¿Y luego?

—Te pones a escuchar; si oyes el ruido de voces, me vienes a avisar en seguida; cinco minutos nos bastan para dar el golpe y cinco minutos más para estar ya lejos de aquí; ¡anda pronto!

Yo enfilé por el corredor sin hacer el menor ruido, porque me olvidé de deciros que al salir del jardín y antes de subir la escalera, nos habíamos quitado el calzado, dejándolo en el vestíbulo; y en seguida llegué a la puerta de la pieza que me había indicado mi cómplice. Entonces me puse a escuchar. ¡Ah! señor Roberto, si supierais lo que oí! Gritos, sollozos, cólera y lamentos, desbordes de indignación y arranques desesperados para haceros erizar los cabellos en la cabeza; en fin; toda la escena que la joven misma contó el otro día delante del tribunal. ¡Pobre mujer! Iba y venía sollozando que daba lástima, y todavía me resuenan sus lamentos en los oídos. Yo, nunca he oído acentos semejantes a aquéllos; esto partía el corazón y hacía brotar lágrimas de los ojos. Aquello me impresionó de tal manera que me olvidé de todo y ni siquiera me daba cuenta de cómo y por qué me encontraba allí. Al cabo de un cuarto de hora, comprendí que iba ella a salir, entonces fuí corriendo para prevenir a mi cómplice y explicarle lo que ocurría. El me esperaba en la puerta del aposento y quedó aterrado al saber lo que pasaba, y me iba a dirigir la palabra, cuando se sintió un roce de faldas en el corredor.

—¡Es ella, me dijo, entra pronto!

Y nos precipitamos dentro del cuarto entornando la puerta, pero sin cerrarla, y en seguida sentimos pasar a la joven, que bajó rápidamente la escalera.

—Ahora vendrá él, — dijo en voz baja el hombre enmascarado.

—Entonces, apresurémosnos antes que llegue, — le dije.

—Espera.

Y se apoderó de un lindo cuchillo que yo había notado ya encima de la mesita de noche.

—¿Qué quereis hacer con esto? — le pregunté.

—Defenderme contra los domésticos en el caso de que los encontrásemos en el parque cuando salgamos de aquí.

—¡Bueno! ¡Ahora, pronto! al escritorio.

Hice un movimiento para lanzarme hacia el mueble.

El me tomó de un brazo.

—¡Demasiado tarde! — murmuró en voz baja y trémula.

—¡Cómo!

—¡Ya viene!

—Presté oído y sentí el roce de su pantuflas en la alfombra del corredor.

—Huyamos pronto, exclamé.

—¡Imposible! Nos encontraríamos con él.

—¿Dónde ocultarnos?

—¡Ven!

Me arrastró al fondo del cuarto, abrió una puerta vidriera y me empujó adentro.

Me hallaba en un gabienete tocador; pero él no me había seguido, lo que echó de ver espantado.

Me preguntaba dónde podía estar mi cómplice y lo que iría a sobrevenir, cuando de repente veo el cuarto inundado de luz.

Era el señor Doutreville que entraba.

Casi en el mismo instante siento un grito, ¡Oh! pero un grito que me hizo horrorizar de pies a cabeza.

Estaba aterrado y temblando en un rincón en que me había emportado.

En seguida la misma voz grita con un acento desgarrador:

—¡Roberto! ¡Roberto!

Pensé que el señor Doutreville llamaba instintivamente a su hermano ausente en su auxilio, como el niño llama a su madre, sin saber siquiera si está presente.

En veinte segundos pasé por veinte angustias diferentes, más punzantes las unas que las otras.

Pero continuaba inmóvil en mi rincón. Estaba como paralizado e incapaz de hacer el menor movimiento.

—¡A mí Chenu, a mí, o estamos perdidos! — gritó en seguida una voz ahogada.

Era el hombre enmascarado.

Al oír aquel llamamiento, corro en seguida a abrir la puerta vidriera y penetro en el cuerto.

Entonces contemplé un cuadro horrible.

Los dos hombres, de pie y entrelazados, pro uraban mutuamente forcejando arrojarse al suelo; el hombre negro sujetándose con una mano la máscara que su adversario le había sin duda arrancado, y éste apretando

con mano crispada el cuello de su enemigo, mientras que con la otra hacía esfuerzos desesperados para arrancarse del cuello el puñal que tenía metido hasta el mango.

Sus ojos se cerraron, la sangre salía a chorro por la herida y era menester que en tales condiciones, ese hombre se hallaba dotado de un vigor y una energía extraordinaria para luchar con su asesino.

—Chenu, — exclamó mi cómplice, — arráncame pronto de sus garras; su mano me aprieta como unas tenazas; me estrangula; échalo al suelo y acabemos con él Estamos perdido los dos si damos tiempo a que vengan los domésticos.

Tenía razón. Si se prolongaba aquella lucha cinco minutos más, era tal vez nuestra perdición. Comprendí esto, tuve miedo, y el miedo me volvió feroz; dí al señor Doutreville una patada en los riñones. Entonces se desplomó en seguida, cayendo al suelo cuan largo era, con el cuchillo clavado siempre en la garganta, de la que continuaba manando la sangre en abundancia.

Pero no estaba muerto. Se retorcía en el suelo con espantosas convulsiones, ahogado por la sangre y llevándose siempre la mano al cuchillo, que no lograba empuar.

Tan pronto como estuvo libre, mi misterioso cómplice se apresuró a atarse los cordones de la máscara; leugo, contemplando al anciano, cuyas facciones desfiguradas por horrorosas contracciones, ya no tenía nada de humano:

—Después de todo, — dijo, — nosotros en este momento no somos más que los instrumentos de la Providencia, que acaba de castigarlo en el instante msimo que venía de cometer la fechoría más monstruosa.

—Es preciso arrancarle esa arma del cuello, — le dije; — esto podría traicionarnos.

Y me incliné hacia le moribundo, cuya sangre brotó de repente sobre mí.

—Guárdate bien de hacerlo, — me dijo mi cómplice; — esto podrá, por el contrario, inclinar las sospechas sobre otra cabeza. Baja pronto la escalera, continuó; escucha bien y mira si no viene nadie del lado del parque.

Obedecí.

Dos minutos después estaba a mi lado.

—¿Nada? — me preguntó.

—Nada.

—Bueno. Sube pronto, entonces; yo acabo de sacar del escritorio mi documento; allí encontrarás los ochenta billetes de mil francos que te prometí. Los he visto.

Y se fué.

Yo subí apresuradamente.

El anciano se movía aun, haciendo un supremo esfuerzo para arrancarse el puñal del cuelo que lo ahogaba.

Pero su mano ya no podía llegar allí, y sus crispados dedos se agitaban en el vacío.

Volví la cara todo horrorizado y corrí al escritorio.

¡Estaba vacío!

El miserable se había llevado todo.

Dí un grito de rabia, me llevé a toda prisa los papeles que quedaban en el escritorio, salí rápidamente y un momento después atravesaba el parque corriendo.

XXX

AL FUEGO

Roberto Doutreville escuchó toda esta narración con la cabeza entre las manos y sin dejar traslucir ninguna de las impresiones que debía experimentar.

—¡Pobre Santiago! excelente y querido hermano, — murmuró por fin suspirando.

—Comprendo todo el daño que debe causaros oír contar estas cosas, — le dijo Chenu; — pero sois vos quien lo habeis querido, señor Roberto.

—No necesitaba acasa conocer en sus menores detalles toda esa triste historia para poder restablecer la verdad y salvar a ese infeliz Carlos d'Estarbés, víctima de un error que le hubiera costado la vida sin esta revelación; de modo que para mí es un gran consuelo, en mi desgracia, el pensar que podré impedir una inmensa injusticia, ¡qué digo! un crimen espantoso, arrancando a un inocente del cadalso y haciendo caer sobre la cabeza del verdadero culpable el castigo que tiene merecido.

Y como Chenu lo miraba con inquetud, el señor Roberto continuó:

—Tranquilizaos; además de que yo soy incapaz de faltar a la palabra que os empeñé de ayudaros a escapar de la justicia, en cambio de una confesión que asegure la salvación de Carlos d'Estarbés y que pueda rehabilitarse, el verdadero culpable, a mis ojos no sois vos, sino el hombre que vino a tentaros, que todo lo puso en juego para seduciros y sin el cual pamás se os hubiera ocurrido la idea de ese crímen.

—En cuanto a eso, puedo aseguraros que es la pura verdad, — dijo el paisano.

—Y ese cómplice ,¿no lo habeis vuelto a ver?

—Jamás; y esto se comprende desde la mala pasada que me hizo respecto de los ochenta mil francos.

—¿Y nunca habéis sospechado quién podía ser?

—Absolutamente; ya comprendéis, con aquela gran capa que le ocultaba el cuerpo y maneras y aquella máscara que la tapaba la cara y le desfigurba la voz...

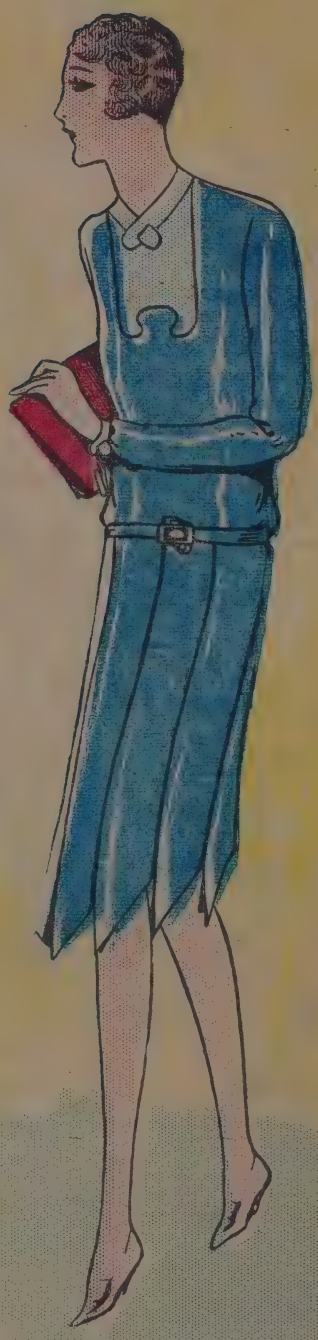
Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

—¿Quién le hizo a usted ese tatuaje, Jorge?
—Mi padre, señorita.
—Sí, sí: ya veo; es una obra ilustrada por el autor.

(De "London Opinion").

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES



Proporciona cada tarde la más amplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

inserta cada Jueves, las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada

Pida un ejemplar con este cupón.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . **F. C.** . . . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:
1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION DE LOS JUEVES:
1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

LECTURA BUENA DE VERDAD
LA MEJOR REVISTA DE MEJOR LECTURA

RTE
AGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Agosto 24
de 1928

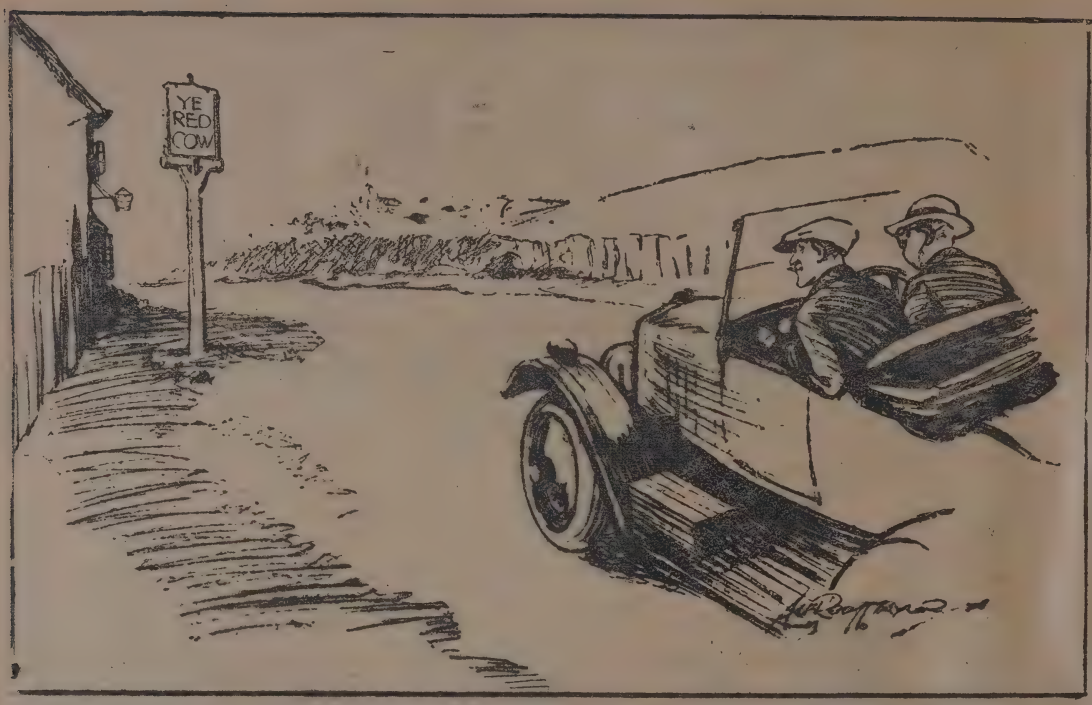
LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 256

Lea en este número

CASA DE ORO

por JAMES FRANCIS DUYER
(Traducción especial para "Pucky")



(Frente a una casa hay un letrero indicando que aquello es una cantina)

El que maneja (y es corto de vista: — ¿Qué letrero es ese? No recuerdo haber pasado nunca por aquí.

El pasajero sediento: — No lo se en verdad. Lo mejor será que paremos el coche y bajemos un momento.

El muchacho que está en la calle: — ¡Por vida del diablo! ¡Si tuvieses la cara limpia te ponía un ojo enteramente negro!

SUMARIO

LA CASA DE ORO

Una novela corta traducida del inglés especialmente para este magazine y de grandísimo interés de la primera a la última línea.

CONCURSO DE "PUCKY"

Lea el concurso de chistes y mande su chiste en tarjeta postal y con su cupón y gane cinco pesos.

TARZAN DE LOS MONOS

Segunda parte, — titulada "El regreso de Tarzán", — de la más notable y sensacional de las novelas modernas. Esta obra plantea un extraño problema: "¿puede un hombre ser como un mono? ¿Puede un mono ser como un hombre?

¡MIEDO!

Interesantísima producción que con seguridad ha de ser leída con satisfacción por todos los favorecedores de "Pucky".

TRADICIONES PERUANAS

Una de las más hermosas producciones de Ricardo Palma, el eminente escritor peruano y titulada "Los caballeros de la capa". Es atrayente del primero hasta el último párrafo y atrae al lector con el interés de su argumento y la galanura de su estilo.

BENITO DE PALERMO

Relato atrayente y ameno de la gran novelista española doña Emilia Pardo Bazán, tan elogiada en todos los países del mundo.

"Pucky" a través del mundo

Crónica amena de las cosas del mundo: "El triunfo del ersatz", "Nuevo sistema de matanza", "Un pueblo original y a la antigua", "Un club en el que viven entre panes de hielo".

ROCAMBOLE

La novela "Las tragedias del matrimonio", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en colores que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

CONCURSO PERMANENTE DE "PUCKY"

VARIOS CHISTES PREMIADOS CADA SEMANA

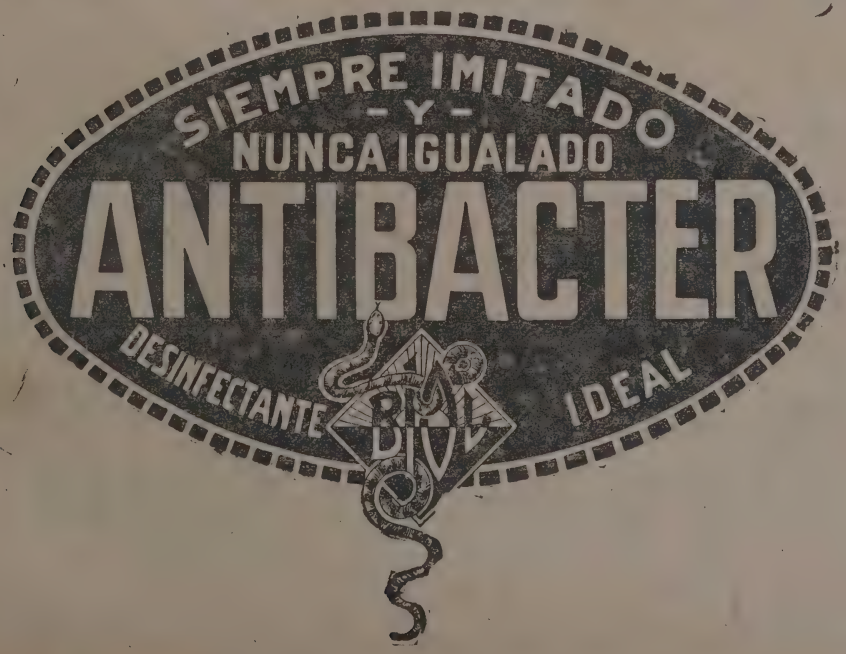
Desde esta semana, los lectores de "Pucky" podrán enviar cuantos chistes deseen. De esos se publicarán cada semana los que elija la dirección y a los mejores de cada semana se les otorgará un premio de pesos 5.

Los chistes deben llegar, para mayor facilidad, escritos en tarjetas postales, en las que estará pegado el cupón que, con ese objeto, se publica en este magazine.

No se limita el número de premios. Si una semana se presentan tres o cuatro o cinco chistes dignos de premio, todos serán premiados, si vienen en las debidas condiciones.

La única condición que no puede omitirse y que se debe tener en cuenta, es la moralidad.

EL DIRECTOR.



CONCURSO PERMANENTE de CHISTES para los LECTORES de "PUCKY"

TODO lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que a continuación se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones que las publicadas aquí.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas. En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página. No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5.— cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y las señas.

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

Los premios no tienen límite: Lo mismo pueden ser uno que muchos más. Lo que se desea es chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 256

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

LA CASA DE ORO

Por James Francis Dwyer

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Cuando yo era aun un niño de siete años de edad la señora Mary Harris vivía en una pequeña casa de madera y chapas de zinc situada cerca del puente. Era una de las tres casitas, absolutamente idénticas que habían sido construídas en es lugar y aun recuerdo que mi madre, al enviarme a ella por primera vez, se preocupó en darme instrucciones precisas, con el fin de encontrarla y distinguirla de las otras dos.

—Mary Harris vive en la casita del medio, — me dijo, — y yo, mientras caminaba por la calle del Pantano, tomando luego por la calle Central, repetía sin cesar las palabras de mi madre: "Mary Harris, vive en la casa del medio", "Mary Harris vive en la casa del medio", etc..

Y lo hacía porque era aun muchacho de corta edad y porque en ese momento me hallaba en una misión delicada. Mi madre me había dado seis huevos frescos, para que los llevara a casa de la señora de Harris, y yo no podía exponerme a ningún riesgo, como sería el de equivocarme de casa. Cuando legué al lugar señalado por mi madre, ví que, en efecto, había alí tres casitas, imposibles de distinguir para un muchacho de mi edad y yo, con inocencia infantil, creí que los ocupantes de cualquiera de las dos casas vecinas a la de la señora de Harris no tendrían inconveniente alguno en engañarme, con tal de que les entregara la media docena de huevos que llevaba.

La casa del medio era la mejor cuidada de las tres. El señor Harris la había pintado recientemente y su esposa se había entretenido en adornar con un buen número de flores vistosas el pequeño jardín existente al frente de la casa, distinguiendo así la pequeña construcción de las otras dos, que no veían pintura desde hacía varios años, y delante de las cuales había una cantidad de botellas avcías y trozos de vidrios rotos.

Cuando llamé, la señora de Harris vino a abrirme la puerta con una simpática sonrisa, diciéndome:

—Hola, Tommy Vance, — ¿qué te trae hasta aquí?

—Mi madre me ha mandado para que le entregue a usted esta media docena de huevos frescos, — dije, — mientras le alcanzaba la cafetera en que mi madre había colocado los huevos, para que no se rompieran en el caso de sostener yo alguna pequeña batalla callejera con los demás muchachos de la localidad.

—Pues ha sido muy bondadosa tu madre, al acordarse de mí, — dijo la señora de Harris; — entra, Tommy, y mira a mis nenas...

Por cierto debo hacer presente a ustedes que yo en aquel tiempo, sentía muy poca simpatía por los niños de corta edad; pero era el caso que la señora de Harris era tan buena, que me pareció mal decirle que, en mi concepto, todas las criaturas no pasaban de ser unas cosas sin valor. Cuando entré en la casa de Harris, puede ver que las nenas a que

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 41 de este número

ella se había referido eran mellizas, tan idénticas, que no podía yo reconocerlas.

—Esta es Agnes, — me dijo la señora de Harris, señalándome la chica que estaba más cerca de nosotros, — y la otra es Marjorie.

—¿Y cómo las distingue usted, señora? — pregunté. — ¿Les ata usted una cinta de distinto color?

—¡Oh, no, — me dijo la señora de Harris, — yo las distingo perfectamente, sin necesidad de colocarles una cinta.

—Pues yo no, — aseguré.

—Lo creo, — me contestó la señora de Harris, — pero es que tú no eres tampoco la madre de ellas. Para mí, en cambio, Agnes es completamente distinta de Marjorie, y sabría reconocerlas a diez cuadras ,y, cuando me hallo en el fondo de la casa lavando, y llora una de ellas, sé perfectamente cuál es.

Yo no lo creí; pero no dije nada, y la señora continuó hablándome de las chicas, hasta que me aburrió con su conversación. Me contó lo qué les daba de comer, cuántas horas dormían y cómo hacía para que las moscas no las molestaran.

Cuando llegué de vuelta a mi casa, conté a mi madre todo lo que ella me había dicho, y ella me contestó:

—La señora de Harris se cree demasiado con sus dos hijas. Debería envolverlas en algodón y colocarlas en una casa de vidrio.

—¿Por qué — pregunté.

—Para que nadie pudiera tocarlas, — respondió mi madre.

Las palabras de mi madre, me hi pensar que las hijas de la señora de Harris eran más importantes que las otras criaturas de la ciudad, lo que en verdad me preocupó al punto que, cuando la señora de Harris llevaba a sus hijas en el pequeño cochecito que su marido Tom Harris, había construído de exprofeso, yo las miraba con curiosidad.

Un día, mientras yo las miraba, la señora de Harris me preguntó si yo creía que eran lindas.

—Están gorditas, — dije, — pero no creo que valga la pena colocarlas en una casa de vidrio.

—¿Por qué? — me preguntó la señora de Harris. — ¿Quién quiere ponerlas en una casa de vidrio

—Mamá me dijo que usted las pondría en una casa de vidrio, si pudiera hacerlo, — respondí inocentemente.

La señora de Harris se ruborizó, y, por un momento miró a sus dos hijas como si hubieran sido dos grandes diamantes.

—Tommy Vance, — dijo, — si yo pudiera, las colocaría en una casa de oro.

Al decir estas palabras, los ojos de la señora de Harris se llenaron de lágrimas, y, sin proseguir hablándome, se retiró de mi lado. Yo me sentí molesto y volví a casa.

Al llegar, mi madre vió que algo me preocupaba y me preguntó lo qué me había ocurrido, respondiéndole yo, entonces, contándole mi entrevista con la señora de Harris. Cuando mi madre oyó lo que yo le había dicho a la señora de Harris y lo que ella me había contestado, púsose roja como una grana, y me reprendió:

—Eres el muchacho más idiota que he visto en mi vida! ¿no pudiste callarte y no decir a la señora de Harris que yo había dicho eso de sus hijas? Ahora me obligas a ir inmediatamente a su casa a disculparme.

En efecto, mi madre se quitó el chal, dirigiéndose inmediatamente a la casa de la señora de Harris, con quien habló durante más de una hora, volviendo luego a casa en compañía de ella, y de sus dos hijitas. Yo las vi venir, vi que la señora de Harris sonreía y tuve vergüenza de mí mismo; pero la amable señora me llamó y acariciándome la cabeza, me dijo:

—Sí, Tommy, si yo pudiera, pondría a mis hijas en una casa de oro, y si algún día puedo hacerlo, te llevaré a tí para que las veas en ella.

No supe qué contestar.

Una semana después el señor Harris se enfermó y murió. Trabajaba en la fábrica de papel, existente al lado del puente y todo el mundo dijo que había fallecido a causa del pesado trabajo que efectuaba. No sé si era cierto; pero el hecho es que el señor Harris murió y que su esposa quedó con sus dos hijitas y sin dinero.

El dueño de la fábrica de papel era el señor Gibson, un hombre extraordinariamente rico, y que vivía en una regia casa, situada en el camino que conduce a Leeds. Era un hombre de regular edad, pero aproximadamente por el mismo tiempo en que murió el señor Tom Harris, había contraído enlace con una joven mujer de Manchester, que era mucho más bonita que cualquier muchacha de nuestra pequeña localidad de Daleton.

Unos días después de la muerte del señor Harris, encontré a Mary Harris delante de la casa del señor Gibson. Llevaba a sus hijitas en el cochecito y lloraba cesconsoladamente. Me acerqué a ella y le dije:

—¿Señora, quiere usted que la acompañe?

—Sí, Tommy; te quedaré muy agradecido.

La acompañé hasta llegar delante de mi casa, y allí le pregunté si no quería entrar un momento y hablar con mi madre.

—Sí, Tommy, — dijo.

Un momento después, pude oír toda la conversación entre la señora de Harris y mi madre, y que se refería a la entrevista que la mencionada viuda había tenido con el rico dueño de la fábrica de papel. Supe que el señor Gibson le había negado toda ayuda financiera, alegando que él había pagado un buen jornal al señor Harris y que éste había tenido la calpa al no ahorrar dinero para un caso como éste.

—Es un miserable, — dipo mi madre, — que sólo piensa en explotar a los obreros que tiene en su fábrica.

—Sí, — dijo la señora de Harris, — acababa de decirme que no quería ayudarme, cuando entró en la habitación la joven esposa de Gibson, y al enterarse de lo que se trataba, me dijo que lo mejor que podía hacer era ocupar el puesto de mi marido en la fábrica y dar a criar a mis hijas a alguna veci-

aa. Yo he pensado en la oferta y la he aceptado, decidiendo empezar a rtabajar el lunes próximo.

—¿Y a quién va a confiar usted sus hijas? — preguntó mi madre.

—A la señora de Hopkins, que vive en la casa de al lado, — contestó la señora de Harris. — Pero, a mediodía, podré ir de una corrida a casa y preparar a las chicas para la tarde.

Efectivamente, desde el lunes siguiente, la señora de Harris comenzó a trabajar en la fábrica de papel, dejando a sus hijas al cuidado de la señora de Hopkins, que vivía en una de las casitas situadas al lado de la de los Harris, y que tenía el frente tan abandonado. Yo pude observar que el asunto entristecía sobremanera a mi madre, la que, no teniendo confianza en la mencionada señora de Hopkins, corría a menudo con una botella de leche a la casa de ésta, para vigilar personalmente el cuidado de las dos chicas.

Mientras tanto, la pobre madre trabajaba infatigablemente, envejeciendo a ojos vistos por la dura labor de la fábrica; pero, cada vez que alguno le decía por qué no tomaba un trabajo menos cansador, contestaba:

—Porque necesito ganar más, para dar un día a mis hijas una casa de oro.

A la primavera siguió el verano, casualmente, ese año fué sumamente caluroso, a tal punto, que el río que cruzaba Daleton amenazaba secarse por momentos.

En uno de esos calurosos días de Julio, sucedió algo terrible.: La pequeña casa, ocupada por la señora de Hopkins, se incedió el fuego no tardó en propagarse hasta transformar todo en una enorme hoguera .:Todo sucedió con tal rapidez que los que vieron el in-

CURIOSIDAD FEMENINA

El marido: — Una señora se ha caído muerta de repente, en la tienda de al lado mientras estaba probándose un vestido.

La esposa: — ¡Dios mío! ¿Cómo era el vestido?

cendió, sólo atinaron a quedar boquiabiertos ante el impresionante espectáculo.

En esos momentos, la señora Mary Harris salió corriendo de la fábrica, y gritando se acercó a su casa, completamente envuelta en llamas.

Y la pobre Mary Harris enloqueció desde aquel día.

Mi madre la trajo a casa; pero ella no quiso quedarse. A cada instante salía corriendo a la calle, gritando: "La casa de oro", "La casa de oro"...

Al principio, todos los vecinos se compadecieron de su desgracia; pero esa compasión sólo duró poco tiempo, y después, ya nadie se preocupaba por ella.

La señora de Harris ya no quería trabajar, sino que vagaba por las calles, completamente idiotizada, comiendo lo que buenamente le regalaban y durmiendo donde hallara un refugio donde guarecerse.

Seis meses después de la tragedia, y ya en pleno invierno, la señora de Harris pasó un día por delante de un comercio, viendo, entonces que delante del mismo, había un cochecito con un niño de corta edad. Sin preocuparse de quién era, y creyendo que el pequeño tendría frío, la alucinada se lo llevó tranquilamente. Pero resulta que el chico era de la señora de Mac Laren, banquero de la localidad, y, como era de esperarse, cuando la madre salió a la calle y no encontró a su hijo, escandalizó a todo el pueblo, no tardándose en encontrar al pequeño en brazos de la señora de Harris, sentada en el umbral de una casa.

La señora de Mc Laren exigió la intervención del agente de policía del pueblo; pero éste se negó a detener a la pobre mujer, prefiriendo oír todas las amenazas que le dirigió la esposa del banquero, de que iba a quejarse a las autoridades policiales superiores...

Siete años pasaron. Una gran cantidad de nuevos habitantes habían llegado a Daleton y ya nadie recordaba la tragedia de la señora de Harris, la que, por el contrario, era víctima de las burlas desconsideradas de los muchachos del pueblo.

Yo ya tenía catorce años de edad, y me dedicaba a vender diarios en la estación del ferrocarril. Era la víspera de Navidad. Nevaba copiosamente y todos los trenes llegaban con atraso. Yo estaba en la plataforma de la estación y me entretenía observando al jefe de la misma, quien se veía constantemente asediado, telefónicamente, por el señor Gibson, quien le solocitaba noticias sobre el tren que había tenido que llegar de Londres a las 18.45 y en que regresaban a Deleton la esposa del dueño de la importante fábrica de papel y su hija Adelide, de siete años de edad.

Por fin, legaron a la estación de Delton noticias telefónicas dando cuenta que el tren había tenido que detenerse en el Puente de los Tres Arboles, distante cuatro millas de Daleton, a causa de estar obstruída la vía por la nieve, y que los pasajeros, esperando el momento en que el tren pudiera seguir su marcha, habían descendido.

Finalmente, a las 22.55, entró el tren en la estación de Daleton. Gibson esperaba en el andén la llegada de su esposa y de su hija, y cuando la primera de las nombradas descendió del vagón, la estrechó efusivamente entre sus brazos.

—¿Dónde está Adelide — preguntó después.

—Con la niñera, — respondió la señora.

Poco después, descendió del tren la niñera; pero no estaba con ella la pequeña hija del señor Gibson. La pobre muchacha, al ser interrogada por sus patrones acerca del paradero de la chica, informóles que ésta había descendido también en el Puente, a igual que los otros pasajeros, habiéndose perdido luego de vista, y que, cuando el tren reanudó la marcha, ella, creyendo que la pequeña es hallaba en compañía de su madre, había subido al convoy.

Como es de suponer, la noticia se expandió inmediatamente por todo Daleton, máxime porque el señor Gibson, fuera de sí, ofreció un premio de mil libras esterlinas a la persona que hallara a la chica.

Mil libras esterlinas, en aquel pueblo pobre, era una verdadera fortuna, y, com es lógico, todos los habitantes salieron en busca de la pequeñuela, ansiosos de ganar el importante premio.

Yo corrí a casa y conté todo lo ocuprrido a mi madre y ella, sin perder un minuto, fué a despertar al almacenero, quien tenía un carrito de reparto, para que nos llevara al Puente de los Tres Arboles.

Fué aquel un viaje excepcionalmente penoso, y recién al amanecer llegamos a las proximidades del Puente.

En el preciso momento en que bajábamos del carrito del almacenero, alguien profirió un fuerte grito.

—La han encontrado, — dijo mi madre, — Tommy, corre a ver.

En una especie de cueva, dentro de la nieve, estaba la pequeña Adelaida Gibson. El obrero Bill Finley la había encontrado; pero antes que él otra persona se había hecho cargo de la niña. Descansaba la niña en el regazo de la señora de Harris, la que se había despojado de la mayor parte de sus ropas para abrigar a la menor.

Mary Harris tenía los ojos desmesuradamente abiertos y miraba hacia adelante y una sonrisa hallábase dibujada en sus labios.

—¿Qué le sucede? —preguntó uno de los presentes.

—Está muerta, — dijo Bill Finley. — La anciana está muerta de frío; pero la chica vive.

En ese momento, acercóse mi madre y, poniendo una de sus manos sobre mi hombro, dijo:

—¡Pobre Mary! Ya ves, Tommy que ahora, tanto ella como sus hijas Agnes y Marjorie, viven en la Casa de Oro.

JAMES FRANCIS DWYER.

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

SEGUNDA PARTE

EL REGRESO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

Apenas había entrado en los confines del desfiladero cuando la primera de las figuras vestidas de blanco salió al valle por el lado opuesto. Un momento estuvieron todos escrutando la pequeña depresión desde detrás de unas rocas que las cobijaban y cuando se convencieron de que no había nadie se aventuraron a entrar en ella. Detrás del árbol, en un lado, dieron con el cuerpo de "el adrea", y ahogando exclamaciones se apiñaron en torno de él. Un momento más tarde corrían por el mismo desfiladero que hollaba Tarzán a cierta distancia por delante de ellos. Avanzaban cautelosamente y en silencio y aprovechando todos los escondrijos, como hacen los hombres que van persiguiendo al hombre.

CAPITULO X

POR EL VALLE DE LA SOMBRA

Mientras bajaba Tarzán por el agrio desfiladero, alumbrado por la brillante luna africana, el atractivo de la selva ejercía el mayor influjo sobre él. La soledad y la libertad salvaje llenaban su corazón de vida y de entusiasmo. Volvía a ser Tarzán de los Monos, con todos los sentidos alerta contra la posibilidad de ser sorprendido por cualquier enemigo de la selva, pero andaba con ligereza, la cabeza erguida, con la altiva conciencia de su propio poder.

Los ruidos nocturnos de las montañas eran nuevos para él, y sin embargo sonaban en sus oídos como la suave voz de un cariño largo tiempo olvidado. Muchos los percibía intuitivamente... ¡Ah! Pero había uno familiar: la tos distante de Sheeta, el leopardo, y eso que el gemido final tenía una nota extraña que le hacía dudar. Era una pantera lo que oía. De pronto un nuevo sonido, suave y cauteloso, se abrió paso entre los toros. No lo habrían percibido otros oídos que los del hombre-mono. Al pronto no supo interceptarlo, pero finalmente comprendió que procedía de los pies desnudos de unos cuantos seres humanos. Estos llegaban detrás de él, y le ganaban terreno rápidamente.

Como un rayo comprendió por qué Gernois le había dejado en aquel vallecillo, pero el plan había tropezado con un obstáculo, pues los hombres llegaban tarde. Las pisadas sonaban cada vez más próximas. Tarzán se detuvo y se volvió de cara a los que llegaban, con el rifle preparado en la mano. De pronto vió una vislumbre de blancos albornoces y dió el quién vive en francés, preguntando qué le querían. La respuesta que obtuvo fué el fogonazo de un largo rifle y en el mismo momento de sonar el estampido, Tarzán de los Monos cayó de bruces.

Los árabes no se precipitaron inmediatamente, sino que aguardaron a cerciorarse de que su víctima no se levantaba. Luego salieron atropelladamente de su escondite y se inclinaron sobre él. Pronto vieron que no estaba muerto. Uno de los hombres apoyó el cañón de su arma en la nuca de Tarzán, para rematarlo, pero otro lo apartó a un lado.

—Si lo llevamos vivo la recompensa será mayor, — dijo.

Así, pues, lo ataron de pies y manos, lo levantaron y se lo echaron al hombro entre cuatro. Luego reanudaron la marcha hacia el desierto. Cuando salieron de las montañas se volvieron hacia el Sur, y al rayar el alba llegaron al sitio en que habían dejado los caballos al cuidado de dos hombres.

Desde entonces su avance fué más rápido. Tarzán, que había recobrado el conocimiento, estaba atado a un caballo de repuesto, que evidentemente habían llevado al efecto. Su herida no era más que un arañazo, que le había abierto un surco en la carne junto a la sien. Había cesado de sangrar, pero la sangre seca y coagulada le manchaba cara y ropa. No había pronunciado palabra desde su caída en poder de aquellos árabes, ni ellos se habían dirigido a él sino para darle unas cuantas órdenes secas cuando llegaron adonde estaban los caballos.

Durante seis horas cabalgaron rápidamente por el abrasador desierto, evitando los oasis junto a los cuales pasaba su ruta. A cosa del mediodía llegaron a un aduar de unas veinte tiendas. Allí se detuvieron y cuando uno de los árabes estaba soltando las cuerdas de esparto que ataban a Tarzán a su montura, se vieron rodeados por una turba de mujeres, hombres y niños. Muchos de la tribu, y más especialmente las mujeres, parecían complacerse en amontonar insultos sobre el prisionero, y algunas llegaron a arrojarle piedras y a golpearle con palos, hasta que apareció un jeque viejo y les obligó a alejarse.

—Me dice Alí ben Ahmed, — declaró el jeque, — que ese hombre, solo en los montes, ha matado a "el adrea". No sé qué se puede proponer el desconocido que nos mandó contra él, ni me importa lo que haga con él cuando lo pongamos en sus manos; pero el prisionero es hombre de valor, y mientras esté con nosotros será tratado con todo el respeto que se debe a quien solo y de noche caza al "señor de la gran cabeza" y de la muerte.

Tarzán sabía el respeto que tenían los árabes a los matadores de leones y no se lamentó de que la casualidad hubiera puesto en sus manos tan favorable ocasión de verse aliviado de las torturas de la tribu. Poco después lo condujeron a una tienda de piel del aduar. Allí le dieron de comer, y luego, del aduar. Allí le dieron de comer, y yluego, muy bien atado, lo dejaron tendido en un pedazo de alfombra indígena, solo en la tienda.

Veía a un centinela sentado ante la puerta de su frágil prisión, pero cuando trató de forzar las fuertes ligaduras que lo sujetaban comprendió que era innecesaria cualquier extraordinaria precaución por parte de sus captores. Ni siquiera sus gigantescos músculos podían romper tantos y tan fuertes vínculos.

Poco antes de obscurecer se acercaron varios hombres a la tienda en que yacía y entraron en ella. Todos iban vestidos de árabe, pero uno de ellos se adelantó hasta el lado de Tarzán, y cuando dejó caer los pliegues de tela que le cubrían la parte inferior del rostro, el hombre-mono vió las malvadas facciones de Nicolás Rokof, por cuyos barbudos labios vagaba una repulsiva sonrisa.

—¡Ah, "monsieur" Tarzán! — exclamó. — Tengo un verdadero placer en verle. ¿Por qué no se levanta usted a saludar a su huésped?

Y después de lanzar un juramento, prosiguió:

—¡Levántate, perro maldito!

Y golpeó fuertemente con el pie el costado de Tarzán.

—¡Ahí va otro, y otro, y otro! — continuó, mientras seguía dando puntapiés en la cara y el costado del hombre-mono. — ¡Uno por cada ofensa que me has hecho!

Tarzán no dió respuesta. Ni siquiera se dignó volver a mirar al ruso una vez que lo hubo conocido. Finalmente el jeque, que, mudo y con el ceño enarcado, había sido testigo del cobarde ataque, intervino:

—¡Alto! — ordenó. — Mátale, pero no sufriré que un valiente se vea sometido en mi presencia a tales indignidades. Me están dando tentaciones de soltarlo, para ver cuánto tiempo podrías darle puntapiés entonces.

Esta amenaza puso repentino fin a la brutalidad de Rokof, que no tenía ningún deseo de ver a Tarzán libre de sus ligaduras, mientras él estuviera al alcance de sus poderosas manos.

—Muy bien, — respondió el árabe. — Lo mataré en seguida.

—No será dentro de mi aduar, — replicó el jeque. — De aquí tiene que salir con vida. Me tiene sin cuidado lo que hagas con él en el desierto, pero no quiero que caiga sobre mi tribu la sangre de un francés por culpa del odio de otro: enviarían soldados, que matarían a muchos de mis hombres, quemarían nuestras tiendas y dispersarían nuestros rebaños.

—Está bien, — refunfuñó Rokof. — Me lo llevaré al desierto, debajo del aduar, y allí lo mataré.

—Te lo llevarás a la ditancia de un día de a caballo de mi tierra, — insistió el jeque, — y algunos de los míos te seguirán para que no me desobedezcas. De lo contrario, serán dos los franceses muertos en el desierto.

Rokof se encogió de hombros.

—Entonces tendré que esperar a mañana. Ya es de noche.

—Como quieras, — dijo el jeque. — Pero una hora después del alba tienes que estar fuera de mi aduar. No me inspiran simpatía ninguna los infieles, y menos todavía los cobardes.

Rokof habría contestado algo, pero se contuvo, porque comprendió que el anciano jeque no necesitaría más que un leve pretexto para volverse contra él. Juntos salieron de la tienda, y en la puerta Rokof no pudo resistir a la tentación de volverse y soltar una pulla postrera a Tarzán.

—Que duerma usted bien, caballero, — dijo; — y no olvide sus oraciones, porque cuando muera usted mañana será entre tales tormentos, que las blasfemias no le dejarán lugar de rezarlas.

Nadie se había preocupado por llevar a Tarzán ni alimento ni agua desde el mediodía, y por esta razón la sed le hacía padecer horriblemente. Se preguntó si valdría la pena pedir agua a su guardián. Mas después de hacerle dos o tres preguntas sin recibir respuesta, se dijo que no.

Muy arriba en las montañas, oyó el rugido de un león. ¡Cuánto más seguro se estaba, — pensó, — en las guaridas de las bestias feroces que en las moradas de los

hombres! Jamás, en toda su vida en la selva virgen, fué más implacablemente perseguido que en los pocos meses que pasó entre los hombres civilizados. Jamás se había visto más cerca de la muerte.

De nuevo rugió el león, y esta vez algo más cerca. Tarzán sintió su antiguo y salvaje impulso de contestarle con el grito de desafío de su tribu. ¿De su tribu? Casi se le había olvidado de que era hombre y no mono. Forcejeó con sus ligaduras. ¡Cielos! ¡Si pudiera acercárselas a los dientes! Sintió que una feroz oleada de locura barría todo su ser al fracasar sus esfuerzos por recobrar la libertad.

Numa rugía ya casi constantemente. Era palpable que bajaba al desierto a cazar, pues su voz era la de la fiera hambrienta. Tarzán le envidiaba porque estaba libre. Nadie le ataría con cuerdas ni le mataría como a un cordero. Esto era lo que amargaba al hombre-mono. No temía la muerte, no, sino la humillación de la derrota antes de morir, sin tener siquiera una esperanza de poder defender su vida.

Debía de ser, a juicio de Tarzán, cerca de media noche. Le quedaban unas cuantas horas que vivir. Era posible que encontrara un medio de llevarse consigo a Rokof al otro mundo.

Oía ya muy cerca al terrible señor del desierto. Quizá anduviera Numa buscando su comida entre los animales recogidos dentro del aduar.

Reinó largo rato de silencio, y luego los finos oídos de Tarzán oyeron el rumor de un cuerpo que se movía cautelosamente, y que procedía del lado de la tienda mas próxima a los montes, que era la espalda de ella. Cada vez se acercaba más. Tarzán esperó a que pasara, escuchando atentamente. Un momento reinó el silencio fuera, un silencio tan terrible, que Tarzán se sorprendió de no oír el respirar de la fiera, que debía de estar seguramente agazapada a espaldas de su tienda.

¡Hola, ya volvía a moverse! Más cerca se deslizaba. Tarzán volvió la cabeza en la dirección del sonido. Dentro de la tienda reinaba la mayor oscuridad. Lentamente se levantaron las pieles del suelo, forzadas por la cabeza y los hombres de un cuerpo que parecía todo negro en la semioscuridad. Más allá se veía una vislumbre del cielo del desierto, débilmente estrellado.

Por los labios de Tarzán vagó una sonrisa ceñuda. Por lo menos Rokof se llevaría un chasco. ¡Qué ira sentiría! Y la muerte sería más piadosa que la que podía haber esperado en manos del ruso.

De pronto la espalda de la tienda volvió a caer hasta ponerse en su sitio, y todo volvió a ser oscuridad. Lo que quiera que fuese estaba ya dentro con él. Tarzán lo sintió agazapado junto a sí, a su mismo lado. Cerró los ojos y esperó el golpe de la terrible garra. Pero sobre su rostro, vuelto boca arriba, sintió el contacto de una mano suave que tentaba en las sombras, y luego una voz femenina que pronunciaba su nombre en un susurro casi imperceptible.

—Sí, soy yo — cuchicheó Tarzán en respuesta. — Pero, ¿quién eres tú, en nombre del cielo?

—La Uled Nail de Sidi Aisa — le respondieron.

Y mientras hablaba, Tarzán notó que la joven trabajaba en sus ligaduras y en algún momento sintió el frío contacto del acero junto a su carne. Un momento después estaba libre.

—¡Ven! — cuchicheó ella.

A gatas la siguió Tarzán fuera de la tienda, por el camino que la joven había llevado. Ella continó arrastrándose hasta un matorral, donde se detuvo mientras Tarzán llegaba a a su lado. Un momento permaneció el hombre mono mirándola antes de pronunciar palabra.

—No me cabe en la cabeza — le dijo — que estés aquí. ¿Cómo has sabido que me tenían prisionero en esa tienda? ¿Cómo es que eres tú la que me has salvado?

—He recorido gran trecho de noche — respondió ella sonriendo, — y ya tenemos mucho que andar antes de estar fuera de peligro. Ven. Todo te lo contaré mientras andamos.

Se levantaron ambos y partieron al través del desierto en dirección a las montañas.

—No estaba segura siquiera de dar contigo, — dijo la joven al fin. — El "adrea" anda suelto esta noche y después de dejar a los caballos he creído que me había oído y me perseguía. He pasado un susto terrible.

—¡Qué niña valiente! — exclamó él. — ¿Y has corrido todo ese peligro por un desconocido, un extranjero, un infiel?

Ella se irguió con altivo continente.

—Soy hija del jueque Kadur ben Saden,— respondió. — No sería digna de serlo si no arriesgara mi vida por salvar la del hombre que me salvo la mía, y eso cuando aun pensaba que no era yo más que una Uled Nail cualquiera.

—A pesar de todo — insistió él — eres una valerosa muchacho. Pero, ¿cómo has sabido que me tenían allí prisionero?

—Achmet din Taieb, que es primo mio, por parte de padre, estaba en casa de unos amigos que pertenecen a la tribu que te capturó y se hallaba en el aduar cuando tú llegaste. Al volver a casa nos habló del gigantesco francés que haba sido preso por Alí ben Ahmed- para entregar a otro franc-s que quería matarlo; por las señas conocí yo que debías de ser tú. Mi padre estaba fuera. Traté de convencer a algunos de nuestros hombres para que vinieran a salvarte, pero se negaron a hacerlo, diciendo:—Que los infieles se maten unos a ortos si quieren. A nosotros no nos impordta, y si estorbamos los planes de Alí ben Ahmed, no hardemos más que suscitar una lucha entre nuestra gente. — De manera que, al obscurecer, he venido sola, montada en un caballo y trayendo otro para ti. Los he dejado atados no lejos de aquí. Cuando llegue el alba, estaremos en el aduar de mi padre, que ya debe de haber vuelto a estas horas. ¡Y luego que vayan a intentar llearse al amigo de Kadur ben Saden!

Unos momentos estuvieron andando en silencio.

—Debemos de estar cerca de los caballos — dijo ella. — Es raro no verlos ya.

Un momento después se detuvo lanzando un grito de consternación.

—¡Han desaparecido! — exclamó. — ¡Yo los dejé aquí atados!

Tarzán se inclinó a examinar el terreno y vió que un gran matorral había sido arrancado por las raíces. Luego encontró otra cosa, y cuando se levantó y se volvió a la joven se veía una sonrisa forzada en sus labios.

—El "adrea" ha estado aquí y, a juzgar por las señales, me parece que se le ha escapado la presa. Con un poco de delantera, los caballos se habrán librado de él en campo abierto.

No podían hacer otra cosa que continuar a pie. El camino los llevaba por un espolón de las montañas, pero la joven conocía el sendero tan bien como el semblante de su madre. Iban a grandes zancadas, manteniéndose Tarzán un poco detrás de la muchacha, para que fuese ésta la marcara el paso y así se fatigara menos. Mientras andaban iban hablando, y en ocasiones se detenían para escuchar si llegaban perseguidosres.

Era una hermosa noche de luna y el aire soplaba vivo y vigorizante. Detrás de ellos tenían la interminable vista del desierto, tachonado acá y acullá de algunos oasis. Las palmeras del reducido paraje fértil que acaban de dejar, y el círculo de tiendas de piel de cabra, se destacaban en áspero relieve sobre la amarilla arena, como un paraíso fantástico sobre un fantástico mar. Delante de ellos se alzaban los ceñudos y silenciosos montes. La sangre de Tarzán saltó en sus venas. ¡Aquello era la vida! Miró a la joven que llevaba al lado: ¡una hija del desierto, que recorría el haz de un mundo muerto, al lado de un hijo de la selva virgen! Esta idea le hizo sonreír. Lamentó no tener una hermana q que hubiera sido como aquella niña. ¡Qué magnífica compañera habría sido para él!

Habían entrado ya en los montes y avanzaban con más lentitud, porque el sendero era más empinado y pedregoso.

Unos minutos habían guardado silencio. La joven se preguntaba si estarían en el aduar de su padre antes que los alcanzasen sus perseguidores y Tarzán deseaba seguir así andando eternamente. Si la muchacha fuera un hombre bien podrían hacerlo. Anhelaba tener un amigo que amara la misma vida salvaje que él. Había aprendido a desear la compañía, pero su desgracia era que la mayor parte de los hombres que conocía preferían la ropa inmaculada y sus casinos a la desnudez y la selva virgen. Claro que era difícil de entender esto, pero era un hecho evidente.

Acababan de dar la vuelta a una prominente roca, en torno de la cual corría el sendero, cuando se vieron súbitamente detenidos. Delante de ellos, en medi del camino, estaba Numa "el adrea", el león negro, cuyos ojos verdes los miraban con perversa intención, en tanto que se mostraban sus dientes y su airada cola le azotaba furiosamente los lomos. Luego profirió el terrible y pavoroso rugido del león hambriento y encolerizado a un tiempo.

—Tu cuchillo — dijo Tarzán a la joven, extendiendo la mano. Ella se lo entregó por el puño, y al tomarlo él la echó hacia atrás y la colocó detrás de sí. — Vuélvete al desierto lo antes que juedas. Si me oyes llamarte será que puedes volver.

—Es inútil — replicó resignada la joven. — Esto es el fin.

—¡Haz lo que te digo! — le ordenó él.— ¡Pronto! ¡Que va a echarse encima!

La joven retrocedió unos pocos pasos y se quedó observando el terrible espectáculo que pronto iba a presenciar.

El león avanzaba lentamente contra Tarzán, con el hocico pegado al suelo, como un toro que reta, con la cola extendida y temblorosa como de intensa excitación.

El hombre-mono, medio agachado, empuñaba la larga gumía, que relucía a la luz de la luna. Detrás de él estaba la joven, inmóvil como una estatua de talla. Avanzaba ligeramente el cuerpo y tenía los labios entreabiertos y desorbitados los ojos. El único pensamiento de que se daba cuenta era de admiración por la bravura de aquel hombre, que con un triste cuchillo se atrevía a hacer frente al señor de la gran cabeza. Un hombre de su propia sangre se habría arrodillado a orar y habría muerto sin resistencia bajo las terribles garras. Claro que en cualquier caso, el resultado sería el mismo: era inevitable pero la joven no pudo reprimir un estremecimiento de admiración al posarse sus ojos en la heroica figura que tenía delante. Ni un temblor sacudía el gigantesco cuerpo, que observaba una actitud tan provocativa y amenazadora como la del mismo "el adrea".

El león estaba ya muy cerca de él, pero los separaban unos cuantos pasos. La fiera agazapó, y luego, con un rugido ensordecedor, dió el salto.

CAPITULO XI

JOHN CALDWELL, DE LONDRES

Cuando Numa "el adrea" se lanzó con las garras abiertas y los colmilos al aire, esperaba que aquel hombrecillo iba a ser tan fácil presa como los veintitantos que hasta entonces habían caído debajo de él. Para Numa era el hombre una criatura torpe, tarda de movimientos e incapaz de defenderse así es que le tenía muy poco respeto.

Pero aquella vez vió que se las había con una criatura tan ágil y viva como él mismo. Cuando su robusto cuerpo cayó en el lugar en que estuvo el hombre-mono, éste había desaparecido ya.

La joven Uled-Nail se quedó clavada de asombro ante la serenidad con que el agazapado Tarzán esquivó las gigantescas garras. Y luego, ¡oh, Alá!, se preciptó sobre el hombro de "el adrea" antes que el ani-

mal pudiera volverse y le agarróp por la melena. El león se encabritó sobre las patas traseras, como un caballo, pero Tarzán sabía que había de hacerlo y estaba apercibido. Un brazo de gigante rodeó el cuello cubierto por las negras melenas, y una, dos doces veces, una aguda hoja entró y salió por el costado detrás de la paletilla derecha.

Frenéticos eran los saltos de Núma, espantosos sus rugidos de rabia y de dolor, pero el gigante que tenía a la espalda no pudo ser despedido ni se puso al alcance de las garras o los colmillos, en el breve intervalo de vida que restaba al señor de la gran cabeza. Este quedaba completamente muerto cuando Tarzán de los Monos soltó su presa y se levantó. Entonces la hija del desierto fué testigo de una cosa que la aterró todavía más que la presencia de "el adrea" y fué que el hombre puso un pie sobre el cadáver del león, y con el hermoso rostro vuelto hacia la luna, exhaló el grito más espantoso que jamás llegó a los oídos de la joven.

Lanzando otro de temor se apartó de Tarzán, pensando que la horrible tensión del encuentro lo había vuelto loco. Cuando en los menguantes ecos de la lejanía expiró la última nota de aquel diabólico reto, el hombre bajó los ojos hasta posarlos en la joven.

Instantáneamente se iluminó su semblante con la bondadosa sonrisa que era prueba evidente de su cordura, y la Uled-Nail respiró de nuevo y sonrió también en respuesta.

—¿Qué clase de rombre eres? — le preguntó. — Lo que has hecho es una cosa inaudita. Aun ahora no puedo creer que sea posible a un hombre solo, y sin más armas que un cuchillo, luchar mano a mano con "el adrea" y vencerle sin recibir un rasguño... y aun vencerle de cualquier modo. Y ese grito... no era cosa humana. ¿Por qué has hecho eso?

Tarzán se sonrojó.

—Es porque a veces — dijo. — se me olvida que soy hombre civilizado. Debe de ser que, cuando mato, me convierto en otro ser.

No trató de dar más explicaciones, porque siempre le parecía que una mujer había de mirar con repugnancia a un ser que se hallaba todavía tan próximo a las bestias.

Juntos continuaron el viaje. El sol estaba una hora más alto cuando volvieron a salir al desierto en la otra vertiente de los montes. Al lado de un riachuelo encontraron los caballos de la doncella, los cuales habían llegado hasta allá en su camino de retorno, y, habiendo desaparecido la causa de sus temores, se habían detenido a pacer.

Con poco trabajo Tarzán y la joven los cogieron, y montaron en ellos emprendieron el camino por el desierto en dirección al aduar del jeque Kadur ben Saden.

No observaron señales de persecución, y sin tropiezo llegaron a su destino a cosa de las nueve. El jeque, que acababa de regresar, estaba frenético de pena ante la ausencia de su hija, a la cual creía otra vez secuestrada por merodeadores, y ya había montado en unión de cincuenta hombres para ir en su busca cuando la muchacha y Tarzán entraron en el aduar.

La alegría del jeque al ver el feliz regreso de su hija sólo fué igualada por su gratitud a Tarzán, por devolvérsela sana y salva al través de los peligros de la noche, y por su entusiasmo al enterarse de que la joven había llegado a tiempo de salvar la vida del hombre que un día salvara la de ella.

No omitió Kadur ben Saden ningún honor de cuantos pudo amontonar sobre la cabeza del hombre-mono en demostración de su respeto y amistad. Cuando la joven hubo referido el lance de la muerte de "el adrea", Tarzán se vió rodeado por una chusma de reverentes árabes, pues aquello era un camino seguro para su admiración y respeto.

El anciano jeque insistió en que Tarzán permaneciera como huésped suyo por tiempo indefinido. Hasta quería adoptarlo como miembro de su tribu, y por unos días reinó en la mente del hombre-mono una resolución casi firme de aceptar y quedarse por siempre con aquella gente semisalvaje a quien comprendía y que parecía comprenderle a él. Su amistad y simpatía a la joven eran poderosos factores que le inducían a tomar una decisión afirmativa.

Si ella hubiera sido un hombre, pensaba, no habría vacilado, porque habría significado para él un amigo del alma, con quien habría podido cabalgar y cazar cuanto quisiera; pero, en aquellas circunstancias, estaba constreñido por los convencionalismos, que se observaban aún más estrictamente por los salvajes nómadas del desierto que por sus hermanos más civilizados. Y al poco tiempo la joven se casaría con uno de aquellos atezados guerreros, y esto pondría término a su amistad. De manera que Tarzán se decidió a no aceptar la proposición del jeque, aunque permaneció con él una semana en calidad de huésped.

Cuando partió, Kadur ben Saden y cincuenta guerreros vestidos de blanco lo acompañaron hasta Bu Saada. Mientras montaba en el aduar la mañana de su partida, la doncella se acercó a decir adiós a Tarzán.

—He rezado para que te quedaras con nosótros — le dijo sencilamente, cuando él le tendió la mano para estrechársela, — y ahora rezaré para que vuelvas.

Se observaba una expresión de melancolía en sus bellos ojos y un pliegue de dolor en las comisuras de su boca. Tarzán se sintió conmovido.

—¿Quién sabe? — dijo.

Y dando media vuelta se alejó en pos de los árabes que partían.

Fuera de Bu Saada dijo adiós a Kadur ben Saden y sus hombres, porque por ciertas razones deseaba entrar en aquella ciudad tan secretamente como fuera posible, y cuando se las hubo explicado el jeque éste se mostró de acuerdo. Los árabes entrarían en Bu Saada delante de él, sin decir nada de su

presencia entre ellos. Más tarde Tarzán llegaría solo y se iría en derechura a una posada indígena.

Así, haciendo su entrada después de oscurecido, como lo realizó, no vió a nadie que lo conociera, y sin que se fijaran en él llegó a la posada. Después de comer con Kadur ben Saden como su huésped, se fué a su anterior hotel dando un rodeo, penetró por la entrada de atrás y buscó al dueño, quien pareció muy sorprendido de verlo vivo.

Sí, había correo para "monsieur"; iría por él. No, no diría a nadie el regreso de "monsieur". Pronto volvió con un paquete de cartas. Una de ellas era una orden de su superior para que dejara su trabajo presente y se trasladara a la ciudad de El Cabo en el primer vapor que encontrase. Allí le estarían esperando nuevas instrucciones en manos de otro agente cuyo nombre y señas le daban. Esto era todo: breve, pero explícito. Tarzán se dispuso a salir de Bu Saada a la mañana siguiente muy temprano. Luego se encaminó hacia el cuartel de la guarnición para ver al capitán Gérard, quien, según le dijo el hotelero, había vuelto el día anterior con su destacamento.

Encontró al oficial en su alojamiento y lo vió lleno de sorpresa y alegría al hallar a Tarzán bueno y sano.

—Cuando volvió el teniente Gernois y nos dijo que no le había encontrado a usted en el sitio en que usted había querido quedarse mientras el destacamento estaba de exploración, me llené de susto. Hemos estado días registrando las montañas. Luego vino la noticia de que un león lo había matado a usted y se lo había comido. Como prueba de ello nos trajeron su rifle. Su caballo volvió al campamento a los dos días de la desaparición de usted. No nos era posible dudar. El teniente Gernois estaba afiligidísimo y se echaba toda la culpa del suceso. El fué quien insistió en llevarle a usted. El fué el que encontró al árabe con su rifle. Se sentirá satisfechísimo de saber que está usted ileso.

—Sin duda — contestó Tarzán con forzada sonrisa.

—Ahora está en la ciudad. Si no fuera por eso mandaría por él — continuó el capitán Gérard. — Se lo diré tan pronto como vuelva.

Tarzán dejó que el oficial siguiera pensando que se había perdido, hasta llegar finalmente al aduar de Kadur ben Saden, el cual le había dado escolta hasta Bu Saada. En cuanto pudo dijo adiós al capitán y se apresuró a salir de la ciudad. En la posada indígena había recibido una noticia muy interesante de labios de Kadur ben Saden. Se refería a un hombre blanco de barba negra que vestía siempre como árabe. Algún tiempo había estado cuidándose una muñeca rota. Más recientemente había partido de Bu Saada, pero ahora estaba de regreso y Tarzán sabía el lugar en que se encontía. Y a él fué adonde se encaminó.

Por estrechas y malolientes callejas, negras como el infierno, avanzó Tarzán a tientas. Subió luego por una desvencijada escalera y al final de ella se encontró una puerta cerrada y un ventanuco con cristal sin esmerilar. La ventana estaba a mucha altura, pero Tarzán podía llegar al alféizar. Lentamente se levantó hasta poder asomarse a mirar. La habitación de dentro estaba iluminada, y a una mesa se hallaban sentados Rokof y Gernois. Este último estaba hablando.

—¡Rokof — decía — eres un demonio! ¡Me has perseguido y envuelto hasta hacerme perder el último vestigio de mi honor! Me ha inducido al asesinato, porque tengo sobre mi cabeza la sangre de ese Tarzán. Si no fuera porque el maldito Paulvich conoce también mi secreto, te mataría aquí ahora mismo, sin más que las manos.

Rokof se echó a reir.

—No harías eso, querido teniente — dijo. — En cuanto se supiera que me habían asesinado, mi querido Alexis mandaría al ministerio de la Guerra pruebas plenas del asunto que tanto anhelas ocultar. Además, te acusaría a ti de mi muerte. Vamos, sé juicioso. Soy tu mejor amigo. ¿No he protegido tu honor como si fuera el mío?

Genois rió sarcásticamente y profirió un puramento.

—Un poco más de dinero — continuó el ruso, — y los papeles que deseo, y te doy mi palabra de honor de que no te volveré a pedir un céntimo ni más informes.

—¡Buena es esa! — gruñó Gernois. — Lo que me pides me costará mi último céntimo y el único secreto militar de valor que poseo. Tendrías que ser tú el que me pagaras los informes, en vez de tomarlos y llevarte el dinero, todo a un tiempo.

—Te pago callándome, — replicó Rokof. — Pero acabemos. ¿Quieres, sí o no? Te doy tres minutos para decidir. Si no aceptas, esta noche mandaré a tu comandante una cartita, que terminará en una degradación como la que sufrió Dreyfus, con la única diferencia de que él no la merecía.

Un momento permaneció Gernois con la cabeza baja. Por fin se levantó y sacó de su guerrera dos papeles.

—Aquí — dijo desesperado, — lo tenía preparado todo, porque sabía que no podía haber más que un resultado.

Y tendió los papeles al ruso.

El cruel semblante de éste relució con perversas ansias. Cogió los papeles.

—Has hecho bien, Gernois — dijo. —No te volveré a molestar a no ser que llegues a reunir más dinero o más informes — terminó haciendo un guiño.

—¡No lo volverás a hacer, maldito! — silbó Gernois. — La vez siguiente te mataré. Poco me ha faltado para hacerlo esta noche. Una hora he estado sentado con esos papeles delante de la mesa... y con el revólver al lado. Estaba tratando de decidir qué debía traer. La vez siguiente la elección será más fácil, porque ya he decidido. Esta noche te has librado de una buena, Rokof; no tientes al destino por segunda vez.

Luego Gernois se levantó para partir.

Tarzán apenas tuvo tiempo de dejarse caer al rellano y agazaparse entre las sombras en el lado más remoto de la puerta. Aun así no esperaba librarse de ser descubierto. El rellano era muy pequeño, y aunque se aplastó contra la pared, apenas estaba a un pie de la puerta. Casi inmediatamente se abrió ésta y salió Gernois, seguido de Rokof. Ninguno de los dos dijo una palabra. Apenas había dado el teniente tres pasos por la escalera cuando se detuvo y se volvió a medias, como para desandar lo andado.

Tarzón pensó que el descubrimiento era inevitable. Rokof estaba aún en la puerta, a un paso de distancia de él, pero miraba en dirección opuesta, hacia Gernois. Luego éste pareció meditar mejor su acuerdo y volvió a bajar la escalera. Tarzán oyó el suspiro de consuelo del ruso. Un momento más tarde éste se metió en su cuarto y cerró la puerta.

Tarzán esperó a que Gernois se hubiera puesto fuera del alcance de poder oírle y entonces empujó la puerta y penetró en el cuarto. Estaba encima de Rokof antes que éste pudiera levantarse de la silla en que se hallaba mirando los papeles que Gernois le había entregado. Cuando volvió los ojos y vió al hombre-mono, su semblante se puso lívido.

—¡Usted! — exclamó.

—Yo — replicó Tarzán.

—¿Qué quiere usted? — cuchicheó Rokof porque la expresión de sus ojos de su enemigo lo llenó de susto. — ¿Ha venido a matarme? No se atreverá usted. Le guillotinarían.

—Me atrevería a matarte, Rokof — replicó Tarzán, — porque nadie sabe que tú estás aquí ni que estoy yo, y Paulvich diría que te ha matado Gernois. He oído que se lo decía así al teniente. Pero eso no influiría en mí, Rokof. Poco me importaría quién supiera que te había matado, porque el placer me compensaría cualquier castigo que pudieran imponerme. Eres el más despreciable perro y el más cobarde que he conocido en mi vida. Es preciso matarte. Sí, me gustaría matarte.

Y Tarzán se acercó más al ruso. Los nervios de Rokof estaban a punto de estallar. De un salto se lanzó gritando a una habitación contigua, pero el hombre-mono cayó sobre él cuando aun no había terminado el brinco.

Unos dedos de hierro buscaron la garganta del ruso y el cobarde gritó como un cerdo golpeado, hasta que Tarzán le cerró el gaznate. Luego lo puso en pie, sin dejarle de apretar la garganta. Rokof luchaba en vano, porque era como un nene en las potentes manos de Tarzán de los Monos. Este lo sentó en una silla, y mucho antes que hubiera peligro de muerte para el animal, le soltó la garganta. Una vez que aminó el aceso de tos del ruso, Tarzán volvió a dirigirle la palabra.

—Ya has probado los padecimientos de la muerte — dijo, — pero no te voy a matar esta vez. Te voy a dejar vivir sólo en atención a una pobre mujer, cuya desgracia ha sido nacer de la misma madre que te dió a ti la vida. Sin embargo, sólo esta vez te perdono por ella. Si vuelvo a saber que la has molestado a ella o a su marido, si me vuelves a molestar a m, si me entero de que has regresado a Francia o a cualquier posesión francesa, no pararé hasta dar contigo y acabar de ahogarte.

Luego se volvió a la mesa, donde estaban aún los dos papeles. Al cogelos, Rokof abrió la boca de terror. Tarzán examinó el cheque y el otro documento y se quedó asombrado al ver lo que este último contenía. Rokof lo había leído en arte, pero Tarzán vió que nadie podía recordar todos sus datos y cifras, que lo hacía de gran valor para un enemigo de Francia.

—Esto interesará al jefe del estado mayor —dijo, al guardarse los papeles en el bolsilo.

Rokof exhaló un gemido, sin atreverse a maldecir en voz alta.

A la mañana siguiente Tarzán montó a caballo y se encaminó al Norte, en dirección a Buira y a Argel. Cuando asó junto al hotel, el teniente Gernois estaba en la terraza y al ver a Tarzán se puso pálido como la cera. El hombre-mono se habría alegrado de no tener aquel encuentro, pero no le fué posible evitarlo y al pasar saludó al oficial. Maquinalmente le devolvió Geronis el saudo pero sus terribles y desorbitados ojos siguieron al jinete, sin otra expresión que la de horror. Fué como si un muerto, mirase a un fantasma. francés con el cual había trabado amistad En Sidi Aisa encontró a Tarzán a un oficial en su reciente permaenncia en la ciudad.

—¿Salió usted temprano de Bu Saada? — preguntó el oficial. — No habrá usted sabido del pobre Gernois.

—Es el último hombre a quien vi al salir — replicó Tarzán. — ¿Qué le pasa?

—Lo han encontrado muerto de un tiro a eso de las ocho de la mañana.

Dos días más tarde llegó Tarzán a Argel, donde se encontró con que tenía que esperar cuarenta y ocho horas antes de poder tomar un vapor destinado a la ciudad de El Cabo. Ocupó el tiempo escribiendo un informe detallado de su misión, pero no incluyó en él los papeles secretos que había quitado a Rokof, porque no se atrevía a dejarlos salir de su poder hasta que lo autorizaran para entregarlos a otro agente, o hasta que volviera él mismo a París con ellos.

Cuando Tarzán subió al buque, después de lo que le pareció una espera tediosísima, dos hombres le estaban observando desde una cubierta alta. Los dos iban elegantemente vestidos y afeitados con el mayor esmero El más alto tenía el pelo rubio, pero las cejas muy negras. Más avanzado el día se encontraron con Tarzán en cubierta, pero como uno de ellos llamó apresuradamente la atención del otro acerca de algo que iba en el mar, los dos tenían las caras vueltas al pasar el hombre-mono, de manera que éste no reparó en sus facciones. Es más, ni siquiera prestó atención ninguna.

Siguiendo las instrucciones de su jefe, Tarzán había tomado el pasaje con nombre

supuesto: John Caldwell, de Londres. No se hacía cargo de la necesidad de esto, que le obligaba a pensar más de la cuenta. Preguntábase cuál sería su papel en la ciudad de El Cabo.

—Bueno, — pensó, — afortunadamente me veo libre de Rokof, que empezaba a fastidiarme. ¿Será que estoy volviéndome tan civilizado que empiezo a echar nervios? Ese hombre me los atacaría si alguien pudiera conseguirlo, porque no juega limpio. Nunca sabe uno a qué nuevo medio va a recurrir para dar el golpe. Es como si Numa, el león, hubiera inducido a Tantor, el élfante, y a Histah, la serpiente, a que se pusieran de acuerdo con él para matarme. En tal caso, yo no habría sabido nunca en qué momento ni por quién iba después a ser atacado. Pero las fieras son más caballerosas que los hombres, pues no descienden a intrigas tan cobardes.

Aquella noche a la hora de cenar se sentó Tarzán al lado de una joven que estaba a la izquierda del capitán. Este los presentó.

¡Miss Strong! ¿Dónde había oído aquel nombre? Le era muy conocido. Y luego la madre de la joven le dió la solución, cuando se dirigió a su hija llamándola Hazel.

¡Hazel Strong! ¡Qué recuerdos suscitaba este nombre! Era una carta a aquella joven, escrita por la bella mano de Jane Porter, la que le llevó el primer mensaje de la mujer que amaba. ¡¡Cuán vivamente recordaba el día que la robó de la mesa de la cabaña de su padre, a la cual había estado Jane escribiéndola hasta ya avanzada la noche, en tanto que él permanecía agazapado en la oscuridad de fuera! ¡Cuán aterrada se habría sentido la doncella si hubiera sabido que el feroz animal de la selva estaba agazapado fuera de su ventana, observando todos sus movimientos!

¡Y aquella era Hazel Strong, la mejor amiga de Jane Porter!

CAPITULO XII

BUQUES QUE PASAN

Retrocedamos unos cuantos meses hasta situarnos en el reducido y ventoso andén de una estación del Wisconsin seytentrional. El humo de los incendios de los bosques se cierne sobre el paisaje circundante y a sus acres olores oscurecen los ojos del grupo de seis personas que están esperando la llegada del tren que ha de conducirlos hacia el Sur.

El profesor Arquímides Q. Porter, con las manos cruzadas bajo los faldones de su larga levita, pasea de un lado a otro bajo la mirada siempre vigilante de su fiel secretario, mister Samuel T. Philander. Dos veces, en los pocos minutos pasados, el distraído sabio ha cruzado la vía en dirección a una ciénaga vecina, sólo para verse rescatado y y arrastrado hacia atrás, por el infatigable mister Philander.

Jane Porter, la hija del profesor, está sosteniendo una forzada y sosa conversación con William Cecil Clayton y Tarzán de los Monos. En la salita de espera se han oído, unos segundos antes, una confesión de amor y una renunciación, que han destrozado la vida de dos de los presentes, pero William Cecil Clayton, lord Greystoke, no es ninguno de ellos.

Detrás de miss Porter estaba la maternal Esmeralda, la cual también se sentía feliz, porque ¿no volvía a su amado Maryland? Ya al través del velo de niebla podía columbrar la luz de la locomotora que llegaba. Los hombres empezaron a coger el equipaje de mano. De pronto exclamó Clayton:

—¡Caramba Me he dejado el ruso en la sala de espera, — y corrió a cogerlo.

—¡Adiós, Jane! — dijo Tarzán tendiéndo la mano. — ¡Dios te bendiga!

—Adiós, — replicó con voz débil la joven. — Trata de olvidarme... ¡No, no, eso no! No podría soportar la idea de que me habías olvidado.

—No hay peligro de eso, — replicó él. — ¡Ojalá quisiera Dios haverme olvidar! Sería mucho mejor que ir por la vida recordando siempre lo que podía haber sido. Pero tú serás feliz. Estoy seguro y así debe ser. Puedes decir a los demás mi resolución de ir en automóvil hasta Nueva York. No me siento con fuerzas para decirle adiós a Clayton. Quiero recordarlo siempre con buenos sentimientos, pero me parece que soy demasiado salvaje para que se confíe mucho en mí el hombre que se me lleva la única persona del mundo a quien quiero.

Cuando Clayton se bajó a coger su ruso en la sala de espera, se fijaron sus ojos en un telegrama que estaba boca abajo en el suelo. Se inclinó a cogerlo, pensando que sería alguna cosa de importancia que se le hubiera caído a alguien. Lo leyó apresuradamente y al instante se le olvidó su ruso; el tren que se acercaba, todo, menos aquel terrible pedacito de papel amarillo que tenía en la mano. Hubo de leerlo dos veces antes de poder hacerse pleno cargo del terrible significado que para él tenía.

Cuando lo cogió del suelo era un noble inglés, altivo y opulento poseedor de grandes bienes, y un momento después de leerlo se había convertido en un mendigo sin fortuna y sin título. El papel era el ablegrama de D'Arnot a Tarzán, y decía: "Huellas muestran eres Greystoke. Enhorbuena. — D'Arnot".

Vaciló Clayton como si hubiera recibido un golpe de muerte .En el mismo instante oyó que los demás le deban voces de que se apresurara, pues el tren se había detenido en el andén. Como un desatentado tomó su ruso. Les hablaría del telegrama cuando estuvieran todos en el vagón. Luego salió corriendo an andén. en el momento en que la máquina silbaba dos veces, con el aviso final que precede a su primer movimiento de topes. Los demás estaban ya asomados a la plataforma de un Pullman y le daban voces de que corriese. Pasaron cinco minutos antes de acomodarse todos en sus sitios y hasta entonces no decubrió Clayton que Tarzán no estaba con ellos.

—¿Dónde está Tarzán? — preguntó Jane Porter. — ¿En otro coche?

—No, — replicó la joven, — en el último momento ha resuelto volverse en auto a Nueva York. Desea conocer de América más de lo que se puede ver desde la ventana de un vagón. Se vuelve a Francia.

Clayton no replicó. Estaba tratando de encontrar las palabras más acertadas para explicar a Jane Porter la desgracia que había caído sobre él... y sobre ella. ¿Seguiría la joven decidida a casarse con él, a ser sencillamente mistress Clayton? Súbitamente el horrible sacrificio que uno de ellos tenía que hacer penetró en su espíritu. Y luego vino esta pregunta. ¿Reclamará Tarzán lo que es suyo? El hombre-mono conocía el contenido del telegrama antes de negar tan indiferentemente su parentela. Había confesado que Kala, la mona, era su madre. ¿Podría haber lo hecho por amor a Jane Porter?

No había otra explicación con visos de razonable. Y puesto que no había alegado lo que decía el telegrama, ¿no era lógico suponer que se proponía no reclamar nunca lo que le pertenecía por herencia? Si así era, ¿qué derecho tenía él, William Cecil Clayton, a estobar los deseos, a rechazar el sacrificio de aquel desconocido? Si Tarzán de los Monos podía obrar de tal suerte por salvar de la infelicidad a Jane Porter, ¿por qué él, en cuyas manos había confiado la joven su porvenir, iba a hacer nada que pusiera en peligro sus intereses?

Y así razonó hasta que el primer impulso generoso de proclamar la verdad y abandonar su título y sus bienes a su legítimo poseedor, quedó olvidado bajo el montón de argumentos sofísticos que había alegado su propio interés. Mas durante el resto del viaje, y en muchos días después, estuvo triste y apabullado. En ocasiones se le ocurría que Tarzán se arrepentiría algún día de su magnanimidad y reclamaría sus derechos.

Varios días después de llegar a Baltimore, Clayton propuso a Jane que se casaran cuanto antes.

—¿Qué quiere decir cuanto antes? — preguntó ella.

—Dentro de pocos días. Yo tengo que volver en seguida a Inglaterra y quisiera ya llevarte conmigo.

—No puedo preparar las cosas tan pronto,

INTERROGATORIO

El juez de instrucción: — ¿Dónde vive usted?
Acusado primero: — En ninguna parte.
El juez de instrucción (al otro). — ¿Y usted, dónde vive?
Acusado segundo: — En el piso de arriba.

— replicó Jane. — Lo menos necesito es un mes.

Se alegró de esto, porque esperaba que la llamada a Clayton a Inglaterra, fuera lo que fuese, significaría una nueva dilación de la boda. Había hecho un mal negocio, pero se proponía cumplir lealmente lo convenido hasta su amargo fin; sin embargo se creía con derecho a conseguir un respiro si le era posible. La respueta de Clayton la deconcertó.

—Muy bien, Jane. Me llevo chasco, pero mi viaje a Inglaterra esperará un mes. Luego nos iremos juntos.

Mas cuando iba a terminar el mes encontró Jane excusa para otro aplazamiento, asta que al fin, desalentado y dudoso, Clayton se vió obligado a volverse solo a Inglaterra.

Las varias cartas que se habían cruzado no acercaron más que antes a Clayton a la realización de sus esperanzas, y así fué que escribió directamente al profesor Porter y consiguió su ayuda. El anciano siempre había visto con buenos ojos el enlace. Gustaba de Clayton, y, como era de antigua familia meridional, atribuía un valor casi exagerado a las ventajas de un título, que en cambio para su hija significaba poco o nada.

Clayton apremiaba para que el profesor aceptase su invitación de ser su huésped en Londres, la cual se extendía a toda la familia, con inclusión de míster Philander y de Esmeralda. El inglés pensaba que, una vez que Jane estuviera allí y hubiera roto los vínculos que a su hogar la unían, temería menos el paso que tanto titubeaba en dar.

La noche en que recibió la carta de Clayton, el profesor Porter anunció que saldrían para Londres a la semana siguiente.

Pero una vez en Londres, Jane Porter no se mostró más tratable que en Baltimore. Buscó un pretexto tras otro, y cuando finalmente lord Tennington invitó a toda la partida a dar la vuelta a Africa en su yate, se mostró complacidísima de la idea, pero se negó en absoluto a casarse hasta que estuvieran de vuelta en Londres. Como la travesía había de durar por lo menos un año, porque se iban a detener por tiempo indefinido en varios puntos de interés, Clayton maldijo mentalmente a Tennington por haber propuesto siquiera tan ridículo viaje.

El plan de lord Tennington era hacer una travesía por el Mediterráneo, cruzar el canal de Suez y llegar por el mar Rojo hasta el Océano Indico, para bajar luego por la costa ariental, deteniéndose en todos los puertos que valiera la pena de ver.

Y así fué que un día determinado dos buques pasaron por el estrecho de Gibraltar. El más pequeño, un lindo yate blanco, corría hacia el Este, y en su cubierta iba sentada una joven mirando con tristes ojos un medallón de brillantes al que daba vueltas indolentemente entre los dedos. Sus pensamientos andaban muy lejos, en la espesura frondosa y remota de una selva virgen tropical... y su corazón estaba haciendo compañía a sus pensamientos.

Se preguntaba si el hombre que le había dado aquel pasaje con rumbo al Este, el hombre estaba sentado con otra mujer joven y los dos hablaban por hablar de qué buque sería aquel tan gracioso y lindo que cruzaba las leves olas del tranquilo Mediterráneo.

Cuando el yate hubo pasado, el hombre reanudó la conversación interrumpida al verlo.

—Sí, — dijo, — me gusta mucho América, y eso quiere decir, por supuesto, que me gustan los americanos, porque un país no es más que lo que de él hace su pueblo. Allí conocí a algunas personas de lo más simpático. Recuerdo una familia de la misma ciudad que usted, miss Strong, a quien tuve particular afecto: el profesor Porter y su hija.

—¡Jane Porter! — exclamó la joven. — Pero, ¿es que conoce usted a Jane Porter? ¡Si es la mejor amiga que tengo en el mundo! Nos conocemos desde niñas, hace siglos.

—¿Siglos? — dijo él sonriendo. — No convencería usted de eso a nadie que las conozca a ustedes.

—Entonces diré que nos hemos conocido hace quince años, — replicó ella riendo. — Pero, en serio, nos queremos como hermanas, y ahora que voy a perderla tengo un verdadero disgusto.

—¿Que va usted a perderla? — exclamó Tarzán. — ¿Qué quiere usted decir? ¡Ah, ya comprendo! Dice usted que va a casarse y vivir en Inglaterra. Así la verá usted muy poco, si es que vuelve a verla.

—Sí, — replicó ella, — y lo más triste de todo es que no se casa con el hombre que ama. ¡Oh, es terrible! ¡Casarse por deber! Creo que eso es una verdadera maldad, y así se lo he dicho a Jane. Me disgusta tanto eso, que, aun siendo yo la única persona de fuera de la familia que iba a asistir a la boda, no quise que me invitara, porque no quería ir a presenciar una catástrofe terible. Pero Jane Porter es una muchacha muy puntillosa. Se ha convencido de que hace lo único honroso que puede hacer, y nada en el mundo la quitaría de casarse con lord Greystoke, como no sea el mismo Greystoke, o la muerte.

—Lo siento por ella, — dijo Tarzán.

—Y yo lo siento por el hombre que ama, —dijo la muchacha, — porque él la quiere también. No lo conozco, pero por lo que me ha contado Jane, debe de ser un hombre admirable. Parece que nació en una selva virgen de Africa, y que lo criaron unos feroces monos antropoides. No había visto ninguna persona blanca hasta que el profesor Porter y su partida fueron abandonadas en la costa, delante precisamente de la cabaña de él. El los salvó de toda clase de bestias feroces y realizó las más asombrosas hazañas imaginables. Y luego, para coronarlo todo, se enamoró de Jane Porter y ella de él, aunque ella no lo supo fijamente hasta que se prometió a lord Greystoke.

—Es singular, — dijo Tarzán, buscando en su cerebro algún tema para desviar la conversación.

Le encantaba oír hablar de Jane a Hazel Strong, pero cuando era él el tema de la conversación se sentía perplejo y turbado.

¡LAS SUEGRAS!

—Está bien el retrato de mamá; ¿verdad, maridito?
—Mira, no me hables de tu madre... Ya sabes que no la puedo ver ni en pintura...

—Se dice doctor, que vuestra edad avanzada puede ser un obstáculo para su presidencia.
—No macanee amigo. Mientras continúe tomando el HIERRO QUINA BISLERI tendré energías para todo.

Sin embargo, pronto tuvo un respiro, porque la madre de la joven se unió a ellos y la conversación se generalizó.

Sin acontecimientos transcurrieron los pocos días siguientes. La mar estaba en calma y el cielo despejado. El buque seguía sin detenerse su ruta hacia el Sur. Tarzán pasaba no poco tiempo en compañía de Hazel Strong y de su madre. Estas mataban las horas leyendo en cubierta, hablando, o sacando fotografías con la máquina de miss Strong. Y una vez puesto el sol paseaban.

Un día Tarzán se encontró a miss Strong de conversación con un desconocido, un hombre a quien él no había visto a bordo hasta entonces. Cuando se acercó a la pareja, el hombre hizo una cortesía a la señorita y se alejó.

—Espere, monsieur Thuran, — dijo miss Strong. — Quiero presentarle a míster Caldwell. Son ustedes compañeros de viaje y es razón que se conozcan.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Cuando Tarzán miró a los ojos de monsieur Thuran, le llamó la atención lo familiar de su expresión.

—Tengo la seguridad de que en otro tiempo he conocido a este caballero. — dijo Tarzán, — aunque no puedo recordar en qué circunstancias.

Monsieur Thuran pareció no estar a sus anchas.

—Nada puedo decir, monsieur, — replicó. — Es posible. Yo mismo he tenido alguna vez sensaciones semejantes cuando me han presentado a un desconocido.

Tarzán prestó poca atención a la conversación subsiguiente, porque estaba tratando de recordar dónde había conocido a monsieur Thuran. Estaba seguro de que había sido en circunstancias extrañas. De pronto llegó el sol a darles y la joven pidió a Thuran que apartara su silla un poco más a la sombra. Tarzán estaba por casualidad observando al hombre en aquel momento y reparó en la torpeza con que movía el asiento. Tenía rígida la muñeca derecha. Este indicio fué suficiente, y una repetina asociación de ideas hizo lo que faltaba.

Monsieur Thuran había estado tratando de encontrar una excusa para alejarse decorosamente. La calma de la conversación que siguió al cambio de postura, le dió la ocasión que buscaba para excusarse. Hizo una gran reverencia miss Strong, saludó con la cabeza a Tarzán y dió media vuelta para alejarse.

—Un momento, — dijo el hombre-mono. — Si miss Strong me lo consiente le voy a acompañar a usted. Volveré dentro de un instante, miss Strong.

Thuran pareció molesto. Cuando estuvieron en sitio en que no podía verlos la joven, Tarzán se detuvo y puso la mano en el hombro del otro.

—¿Qué te propones ahora, Rokof? — preguntó.

—Salir de Francia, como lo prometí, — contestó el ruso con bronca voz.

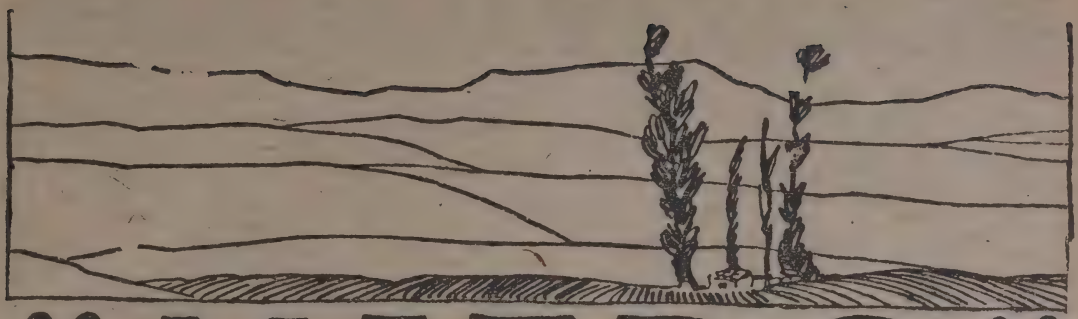
—Ya lo veo, — dijo Tarzán, — pero te conozco tan bien que apenas puedo creer que sea coincidencia eso de que estés en el mismo buque que yo. Y aunque pudiera creerlo, al encontrarte disfrazado se me quitaría la idea de la cabeza.

—Bueno, — gruñó Rokof encogiéndose de hombros. — No sé qué va usted a hacer. Este buque enarbola bandera inglesa. Yo tengo a bordo tanto derecho como usted, y aun creo que más, puesto que está usted con nombre supuesto.

—No hablemos de eso, Rokof. Lo único que quiero advertirte es que no te acerques a miss Strong, que es una muchacha decente.

Rokof se puso como una cereza.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO



¡¡MIEDO!!

Por F. CONZALEZ-RIGABERT

Fué aquella noche más terrible de mi vida. Todavía, al recordarla, siento calofríos en todo el cuerpo... La evidencia de una muerte alevosa y cruel excitó dolorosamente mis nervios y puso miedo en mi espíritu, ¡un miedo tremendo!..., del que hubo de contagiarse mi amigo Carlos Valiente.

Acababa yo de heredar de mi tía Dionisia — mujer soltera, entrada en años y gruñona, — sesenta mil duros; un capitalazo... para mí, acostumbrado, como estaba, a la modestia económima de mis padres, primero, y después a la tacañería de aquella tía (dicho sea con todos los respetos), que sólo me permitió disponer de tres o cuatro reales los domingos y fiestas de guardar...; cantidad irrisoria, descontada de mi sueldo como tenedor de libros en el comercio de un viejo anticuario.

Mi buen comportamiento con tía Dionisia — quien, por otra parte y dado su carácter enérgico e intransigente, no me hubiese consentido, a pesar de mi mayor edad, el más leve extravío, so pena de desheredarme — valióme al que, a su muerte, ocurrida a los dos años de comenzada su tutela, me viese dueño de trescientas mil pesetas. Ya lo he dicho: ¡un capital! ¡Una fortuna enorme! Y como consecuencia, mi cambio instantáneo de esclavo, de pobre oficinista, en potentado, en un mimado del Destino...

¡Era de ver el magnífico entresuelo, — amueblado conforme al "dernier cri" de la moda — que alquilé en una de las calles más céntricas de Madrid! Un negrito auténtico, uniformado de rojo, guapo mozo y excesivavamente cumplido, abría la puerta y recibía a los visitantes con toda clase de etiquetas y galanterías, sobre todo tratándose de "damas" y "damitas" — así decía él, — muy abundantes, por cierto, en el ya extenso número de mis relaciones.

Tres meses llevaba yo de "nuevo rico" y mi nombre y mis apellidos (Luciano García Gómez), este nombre y estos apellidos vulgares que me cupieron en suerte, eran pronunciados en un tono entre respetuoso y admirativo, debido a la excelente maña que supe darme para hacer ascender — mi capital a la fabulosa suma de ¡¡quince millones de pesetas!!... en fincas rústicas y urbanas importantes acciones de poderosas empresas y en dinero contante y sonante....

Nadie osó preguntarse quién fuera ni de dónde procedía; costumbre, por lo que pude ver, muy generalizada entre la moderna "gente bien", donde, a menudo, la apariencia, la hipocresía y la mentira encubren la plebeyez de muchos personajes hechos como yo, de golpe y porrazo.

* * * *

Paso por alto innúmero de accidentes de que fuí actor unas veces y otras espectador en mi flamante existencia de aparente millonario, y entro de lleno, temblándome las carnes al pensarlo, en el hecho objeto de este relato.

Un día, Carlos Valiente, que a la sazón dábase buena prisa a disfrutar conmigo la herencia de tía Dionisia (¡Dios la tenga en descanso!), me propuso un viaje en "auto", cuyo principal atractivo consistía en no llevar dirección conocida. Esto, que tal vez a alguien uarecerá una locura, no deja de tener sus alicientes, más para personas deseosas de sensaciones.

Acepté encantado y emprendimos la marcha al amanecer de un buen día de marzo, previo el cuidado de poner en mi cartera unos billetes de Banco en cantidad de veintinco mil pesetas.

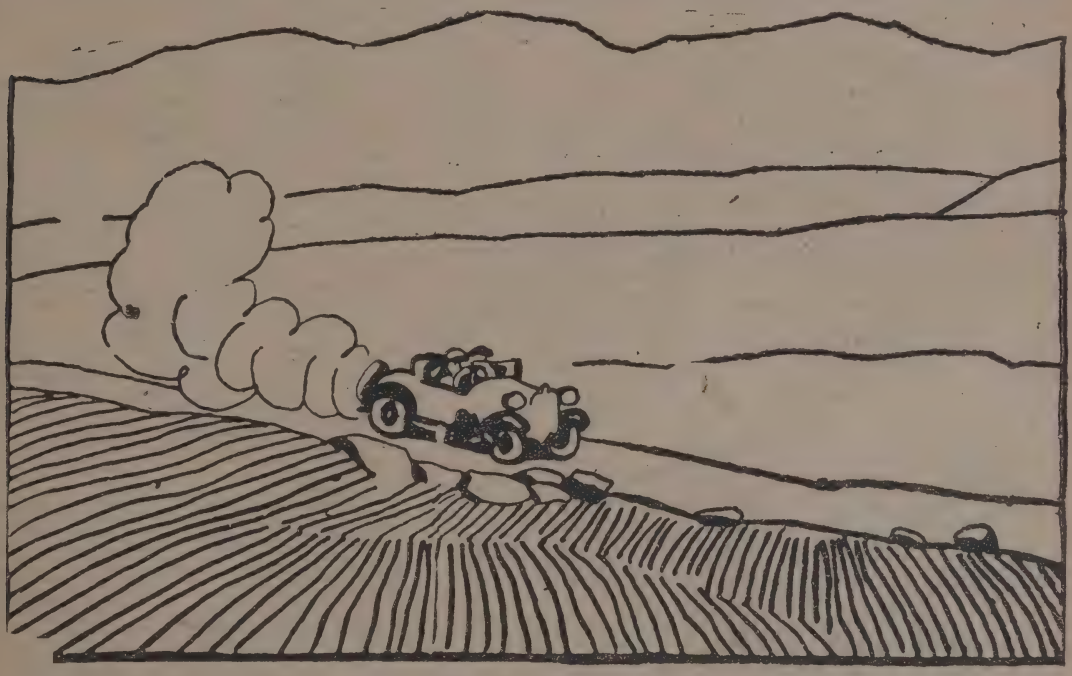
Todo fué bien al principio. La temperatura espléndida, propia del tiempo primaveral, y delicioso el paisaje. Ello y el coñas libado con frecuencia de unas botellas que llevábamos como única provisión de boca, aumentaba por instantes nuestro contento. Así, optimistas hasta más on poder, se nos pasó la mañana en tregar, a gran velocidad, kilómetros y kilómetros..., y grandes buches del rubio licor, que limpiaba nuestras gargantas del polvo del camino y daba, a la vez, alegría a nuestros espíritus. Sabido es que el coñac — como de Massenet ha dicho Gustave Charpentier: "Aime a remplir d'allégresse toux ceux qui l'approchent..."

—Pero, ¡ay! esta alegría nuestra fué tornándose en mal humor progresivo a medida que las horas iban pasando sin que nos

El silencio de la noche permitíanos oír casi todo el diálogo. ("¡Miedo!")

fuese dado hallar mesón o ventorro donde satisfacer, siquiera frugalmente, la necesidad de nuestros desfallecidos estómagos. Carlos, de rodillas en el estribo del coche y cruzadas devotamente las manos, rezaba fervoroso, encomendando nuestra suerte a todos los santos del cielo. Yo, a mi vez, muy de corazón, hice ofrenda de un gran cirio a Santa Rita de Casia, abogada de lo imposible...

A prima noche, una luz, a lo lejos, nos descubrió la existencia de seres humanos en aquel, para nosotros, inquietante desierto. Tratábase, en efecto, de una vivienda de humildes campesinos, matrimonio reciente, según supimos luego; garrida moza ella.



... Nos lanzamos a la carretera en el automóvil, a toda marcha... ("¡Miedo!")

opulenta de carnes y de saludables colores en su rostro simpático. Al igual de la mujer, tenía él ese aspecto vigoroso, sencillo e inconfundible de la gente del campo, encantadoramente ignorante, por lo general, de los cumplidos y etiquetas de uso en las grandes ciudades. Con ellos nos recibieron dos lustrosos gatos cenicientos, cuyos maullidos denotaban la extrañeza que les causara nuestra súbita presencia a tales horas.

Los buenos labriegos hiciéronnos participar de su modesta cena: una abundante sopa de ajo, bien condimentada con pimentón, huevo y anchos rtozos de tocino frito; rociado todo ello de un sabroso vino tinto, bebido a chorro de porrón, y como postre, unas rebanadas de exquisito queso manchego en aceite.

Levantado el mantel, y tras una breve y entretenida sobremesa, durante la cual no omití el hacer vanidosa mención de los quince millones, mi fantástica riqueza, hubimos de aceptar la blanda cama del matrimonio, que muy cordial y reiteradamente nos fué ofrecida. Era la alcoba una pequeña y limpia pieza de blanquísimas paredes enjalbegadas, comunicando al espacioso corral donde habíamos dejado el automóvil, y cuyo portón daba al campo, a poca distancia de la carretera.

* * * * *

Al punto de entregarnos al descanso percibimos el rumor de la conversación mantenida a media voz por nuestros improvisados hosteleros, en una habitación cercana.

Sabiendo, como sabíamos, que los jóvenes se hallaban en su luna de miel, Carlos y yo, picados por la curiosidad, quisimos escuchar lo que creíamos el "dulce arrullo de los dos tórtolos"...

Nos echamos con todo sigilo fuera de la cama y, a tientas en la completa oscuridad de la alcoba, llegamos hasta la puerta. El silencio de la noche permitíanos oir casi todo el diálogo. En él se hacía referencia a la inmensa fortuna de que yo, momentos antes, habíame fingido dueño... Luego de otras palabras que no pudimos entender, llegó a nosotros, pronunciada por el matrimonio, nada menos que... ¡nuestra sentencia de muerte!!

... Decidieron sacrificar, — no obstante el mucho cariño que les tenían, — a sus dos lustrosos gatos. ("¡Miedo!")

—Esperaremos, — dijo el hombre con una tranquilidad pasmosa, — a que estén bien dormidos. Entones, tú, con el mazo grande, y yo con el azadón, les damos a cada uno un golpe en la cabeza...

—No hará falta más... — terminó muy tranquila asimismo, la mujer.

—¿Oíste, Luciano?... — gimió mi amigo, horrorizado.

—¡Ay, Carlos!... — respondí con el pánico propio de un condenado a la última pena. — ¡Esto es horrible!

Empezó a rezar, balbuciente:

—Pa... padre nuestro..., que... que estás... tas... tas en los cielos... san... santificado...

Notando su temblor nervioso, hube de preguntarle, nerviosísimo a mi vez:

—¿Qué... tienes..., Va... Valiente

—¡Miedo!... — contestó. — ¡Un mi...: miedo tremendo!... ¿Tú no... no?...

—Sí..., sí... ¡ Tengo mi... miedo! ¡¡mu... mucho... mieeeedo!!

Todo, después, pasó como una pesadilla, una horrible pesadilla...

Vestidos apresuradamente, procurando no hacer ruido, salimos al corral, y abierto sin saber cómo el portón, nos lanzamos a la carretera, en el automóvil, a toda marcha... Carlos seguía rezando; yo reiteraba el piadoso ofrecimiento de un buen cirio a Santa Rita de Casia... En esto, eché de menos mi cartera con los cinco mil duros, que había quedado debajo de la almohada.

* * * *

Era ya bien entrado el día cuando llegamos de nuevo a la casa de los campesinos..., quienes nos dijeron su sorpresa por nuestra repentina y, para ellos, extraña ausencia.

Nosotros, no por completo repuestos del susto de la noche fatídica, achacamos aquélla a un súbito capricho de pasear por despoblado en la madrugada...

* * * *

Suculento, en verdad, fué el almuerzo: un abundante y muy sustancioso guisado de carne... Tampoco faltaron el confortable vino tinto, a chorro de porrón, y el queso manchego en aceite.

Al despedirnos, la opulenta recién casada, más franca que su marido, correspondiendo a nuestros elogios a sus buenas dotes de cocinera y a la exquisitez de las pitanzas, creyó un deber confesar que, en la imposibilidad de hacernos el regalo de otros manjares, ya que el pueblo más próximo distaba de allí una legua larga, decidieron sacrificar, — no obstante el mucho cariño que les tenían, — a sus dos lustrosos gatos...

—A tales señores, — concluyó con simpática ingenuidad, — tales honores.

En agradecimiento, entregué a nuestros obsequiosos huéspedes un billete de mil pesetas, que no rehusaron.

F. GONZALEZ RIGABERT.

Lea
TIT - BITS
todos los martes

¡SI LO SABRIA!

—Pero, hombre, por Dios; después de diez años que llevo de casado, ¿quiere usted saber mejor que yo dónde le aprieta él za pato a mi señora....

EL ROBO

El detenido. — ¡Señor comisario! Yo robé el pan porque tenía hambre.
El comisario. — Eso no es razón. Yo también tengo hambre todas las mañanas a la hora de desayunarme y no por eso se me ocurre robar a nadie!...

LITERATURA AMERICANA

Tradiciones peruanas

Por RICARDO PALMA

UN VIRREY HEREJE Y UN CAMPANERO BELLACO

(Crónica de la época del décimoséptimo virrey del Perú)

I

Azotes por un repique

El templo y el convento de los padres agustinos estuvieron primitivamente (1551) establecidos en el sitio que ahora es la iglesia parroquial de San Marcelo hasta que en 1573 se efectuó la traslación a la vasta área que hoy ocupan, no sin gran litigio y controversia de dominicos y mercedarios que se oponían al establecimiento de otras órdenes monásticas.

En breve los agustinianos, por la austeridad de sus costumbres y por su ilustración y ciencia, se conquistaron una especie de supremacía sobre las demás religiones. Adquirieron muy valiosas propiedades, así rústicas como urbanas, y tal fué el manejo y acrecentamiento de sus rentas, que durante más de un siglo pudieron distribuir anualmente por Semana Santa cinco mil pesos en limosnas. Los teólogos más eminentes y los más distinguidos predicadores pertenecían a esta comunidad, y de los claustros de San Ildefonso, colegio que ellos fundaron en 1606 para la educación de sus novicios, salieron hombres verdaderamente ilustres.

Por los años 1656, un limeño llamado Jorge Escoiquiz, mocetón de veinte abriles, consiguió vestir el hábito; pero como manifestase más disposición para la truhanería que para el estudio, los padres, que no querían tener en su noviciado gente molondra y holgazana, trataron de expulsarlo. Mas el pobre mocetón valedor en uno de los caracterizados conventuales, y los religiosos convinieron caritativamente en conservarlo y darle el elevado cargo de campanero.

Los campaneros de los conventos ricos tenían por subalternos dos muchachos esclavos, que vestían el hábito de donados. El empleo no era, pues, tan despreciable, cuando el que lo ejercía, aparte de seis pesos de sueldo, casa, refectorio y manos sucias tenía bajo su dependencia gente a quien mandar.

En tiempo del virrey conde de Chinchón creóse por el Cabildo de Lima el empleo de "campanero de la queda", destino que se abolió medio siglo después. El campanero de la queda era la categoría del gremio y no tenía más obligación que la de hacer tocar a las nueve de la noche campanadas en la torre de la catedral. Era cargo honorífico y muy pretendido, y disfrutaba el sueldo de un peso diario.

Tampoco era destino para dormir a pierna suelta; pues si hubo y hay en Lima oficio asendereado y que reclame actividad, es el de campanero; mucho más en los tiempos coloniales, en que abundaban las fiestas religiosas y se echaban a vuelo las campanas por tres días lo menos, siempre que llegaba "el cajón" de España con la plausible noticia de que al infantico real le había salido la última muela o librado con bien del sarampión y la alfombrilla.

Que no era el de campanero oficio exento de riesgo, nos lo dice bien claro la crucecita de madera que hoy mismo puede contemplar el lector limeño incrustada en la pared de la plazuela de San Agustín. Fué el caso que, a fines del siglo pasado, cogido un campanero por las aspas de la "Mónica" o campana volteadora, voló por el espacio sin necesidad de alas, y no paró hasta estrellarse en la pared fronteriza a la torre.

Hasta mediados del siglo XVII no se co-

nocían en Lima más carruajes que las carrozas del virrey y del arzobispo y cuatro o seis calesas pertenecientes a oidores o títulos de Castilla. Felipe II por real cédula de 24 de Noviembre de 1577, dispuso que en América no se fabricaran carruajes ni trajeran de España, dando por motivo para prohibir el uso de tales vehículos que, siendo escaso el número de caballos, éstos no debían emplearse sino en servicio militar. Las penas señaladas para los contraventores eran rigurosas. Esta real cédula que no fué derogada por Felipe III, empezó a desobedecerse en 1610. Poco a poco fué cundiendo el lujo de hacerse arrastrar, y sabido es que ya en los tiempos de Amat pasaban de mil los vehículos que el día de la Porciúncula lucían en la Alameda de los Descalzos.

Los campaneros y sus ayudantes, que vivían de perenne atalaya en las torres, tenían orden de repicar siempre que por la plazuela de sus conventos pasasen el virrey o el arzobispo, práctica que se conservó hasta los tiempos del marqués de Castel-dos-Riús.

Parece que el virrey conde de Alba de Liste, que, como verá el lector más adelante, sus motivos tenía para andar escamado con la gente de iglesia, salió un domingo en coche y con escolta a pagar visitas. El ruido de un carruaje era en esos tiempos un acontecimiento tal que las familias, confundiéndolo con el que precede a los temblores, se lanzaban presurosas a la puerta de la calle.

Hubo el coche de pasar por la plazuela de San Agustín; pero el campanero y sus adláteres se hallarían probablemente de regodeo y lejos del nido, pues no se movió badajo en la torre. Chocóle esta desatención a su excelencia, y hablando de ella en su tertulia nocturna, tuvo la ligereza de culpar al prior de los agustinos. Súpolo éste y fué al día siguiente a palacio a satisfacer al virrey, de quien era amigo personal; y averiguada bien la cosa, el campanero, por no confesar que no había estado en su puesto, dijo: "que aunque vió pasar el carruaje, no creyó obligatorio el repique, pues los bronces benditos no debían alegrarse por la presencia de un virrey hereje".

Para Jorge no era este el caso del obispo don Carlos Marcelo Corni, que cuando en 1621, después de consagrarse en Lima, llegó a Trujillo, lugar de su nacimiento y cuya diócesis iba a regir exclamó: "Las campanas que repican más alegremente, lo hacen porque son de mi familia, como que las fundió mi padre nada menos." Y así era en verdad.

La falta, que pudo traer grave desacuerdo entre el representante del monarca y la comunidad, fué calificada por el definitorio como digna de severo castigo, sin que valiese la disculpa al campanero; pues no era un pajarraco de torre el llamado a calificar la conducta del virrey en sus querellas con la Inquisición.

Y cada padre, armado de disciplina, descargó un ramalazo penitencial sobre las desnudas espaldas de Jorge Ezcoiquiz.

II

El virrey hereje

El Excmo. señor don Luis Henríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste y de Villaflor, y descendiente de la casa real de Aragón, fué el primer grande de España que vino al Perú con el título de virrey, en febrero de 1655, después de haber servido igual cargo en Méjico. Era tío del conde de Salvatierra, a quien relevó en el mando del Perú. Por Guzmán, sus armas eran escudo flanqueado, jefe y punta de azur y una caldera de oro, jaquelada de gules; con siete cabezas de sierpe, flancos de plata y cinco arminios de sable en sautor.

Magistrado de buenas dotes administrativas y hombre de ideas algo avanzadas para su época, su gobierno es notable en la historia únicamente por un cúculo de desdichas. Los seis años de su administrasión fueron seis años de lágrimas, luto y zozobra pública.

El galeón que bajo las órdenes del marqués de Villarrubia conducía a España cerca de seis millones en oro y plata y seiscientos pasajeros, desapareció en un naufragio en los arrecifes de Chanduy, salvándose únicamente cuarenta y cinco personas. Rara fué la familia de Lima que no perdió allí algún deuda. Una empresa particular consiguió sacar del fondo del mar cerca de trescientos mil pesos, dando la tercera parte a la corona.

Un año después, en 1656, el marqués de Baides, que acaba de ser gobernador de Chile, se trasladaba a Europa con tres buques cargados de riquezas, y vencido en combate naval cerca de Cádiz por pos corsarios ingleses, prefirió a rendirse pegar fuego a la santabárbara de su nave.

Y por fin, la escuadrilla de don Pablo Contrera que en 1652 zarpó de Cádiz conduciendo mercancías para el Perú, fué deshecha en un temporal, perdiéndose siete buques.

Pero para Lima la mayor de las desventuras fué el terremoto del 13 de Noviembre de 1655. Publicaciones de esa época describen minuciosamente sus estragos, las procesiones de penitencia y el arrepentimiento de grandes pecadores; y a tal punto se aterrorizaron las conciencias, que se vió el prodigio de que muchos pícaros devolviera na sus legítimos dueños fortunas usurpadas.

El 15 de Marzo de 1657 otro temblor, cuya duración pasó de un cuarto de hora, causó en Chile inmensa congoja; últimamente, la tremenda erupción del Pichincha, en octubre de 1660, son sucesos que bastan a demostrar que este virrey vino con aciaga estrella.

Para acrecentar el terror de los espíritus, apareció en 1660 el famoso cometa observado por el sabio limeño don Francisco Luis Lozano, que fué el primer cosmógrafo mayor que tuvo el Perú.

Y para que nada faltase a este sombrío cuadro, la guerra civil vino a enseñorearse de una parte del territorio. El indio Pedro Bohorques, escapándose del presidio de Valdivia, alzó bandera proclamándose descendiente de los incas, y haciéndose coronar, se puso a la cabeza de un ejército. Vencido y

prisionero, fué conducido a Lima, donde lo esperaba el patíbulo.

Jamaica, que hasta entonces había sido colonia española, fué tomada por los ingleses y se convirtió en foco de filibusterismo, que durante siglo y medio tuvo en constante alarma a estos países.

El virrey conde de Alba de Liste no fué querido en Lima por la despreocupación de sus ideas religiosas, creyendo el pueblo, en su candoroso fanatismo, que era él quien atraía sobre el Perú las iras del cielo. Y aun contribuyó a que la Universidad de Lima, bajo el rectorado del ilustre Ramón Pinelo, celebrase con gran pompa el breve de Alejandro VII sobre la Purísima Concepción de María, no por eso le retiraron el apodo de "virrey hereje" que un egregio jesuíta, el padre Alloza, había contribuído a generalizar; pues habiendo asistido su excelencia a una fiesta en la iglesia de San Pedro, aquel predicador lo sermoneó de lo lindo porque no atendía la palabra divina, distraído en conversación con uno de sus oidores.

El arzobispo Villagómez se presentó un año con quitasol en la procesión de Corpus, y como el virrey lo reprendiese, se retiró de la fiesta. El monarca los dejó iguales, resolviendo que ni virrey ni arzobispo usasen de quitasol.

Opúsose el de Alba de Liste a que se consagrase fray Cipriano Medina, por no estar muy en regla las bulas que lo instituían obispo de Guamanga. Pero el arzobispo se dirigió a media noche al noviciado de San Francisco, y allí consagró a Medina.

Habiendo puesto presos los alcaldes de corte a los escribanos de la curia por desacato, el arzobispo excomulgó a aquéllos. El virrey, apoyado por la Audiencia, obligó a su ilustrísima a levanar la excomunión.

Sobre provisión de beneficios eclesiásticos tuvo el de Alba de Liste infinitas cuestiones con el arzobispo, cuestiones que contribuyeron para que el fanático pueblo lo tuviese por hombre descreído y mal cristiano, cuando en realidad no era sino celoso defensor del patronato regio.

Don Luis Hernández de Guzmán tuvo también que vivir en guerra abierta con la Inquisición, tan omnipotente y prestigiosa entonces. El virrey, entre otros libros prohibidos, había traído de Méjico un folleto escrito por el holandés Guillermo Lombardo, folleto que en confianza mostró a un inquisidor o familiar del Santo Oficio. Mas éste lo denunció y el primer día de Pascua de Espíritu Santo, hallándose su excelencia en la catedral con todas las corporaciones, subió al púlpito un comisario del tribunal de la fe y leyó un edicto compeliendo al virrey a entregar el libelo y a poner a disposición del Santo Oficio a su médico César Nicolás Wandier, sospechoso de luteranismo. El virrey abandonó el templo con gran indignación, y elevó a Felipe IV una fundada queja. Surgieron de aquí serias cuestiones, a las que el monarca puso término reprobando la conducta inquisitorial, pero aconsejando amistosamente al de Alba de Liste que entregase el papelucho motivo de la querella.

En cuanto al médico francés, el noble conde hizo lo posible para libertarlo de caer bajo las garras de los feroces torniceros; pero no era cosa fácil arrebatarle una víctima a la Inquisición. En 8 de octubre de 1667, después de más de ocho años de encierro en las mazmorras del Santo Oficio, fué penitenciado Wandier. Acusáronlo, entre otras quimeras, de que con apariencias de religiosidad tenía en su cuarto un crucifijo y una imagen de la Virgen, a los que prodigaba palabras blasfemas. Después del auto de fe, en el que felizmente no se condenó al reo a la hoguera, hubo en Lima tres días de rogativas, procesión de desagravio y otras ceremonias religiosas, que terminaron trasladando las imágenes de la catedral a la iglesia del Prado, donde presumimos que existen hoy.

En agosto de 1661, y después de haber entregado el gobierno al conde de Santisteban, regresó a España el de Alba de Liste, muy contento de abandonar una tierra en la que corría el peligro de que lo convirtiesen en chicharrón, quemándolo por hereje.

III

La venganza de un campesino

Es probable que a Escoiquiz no se le pasara tan aína el escozor de los ramelazos, pues juró en su adentros vengorse del melindroso virrey que tanta importancia diera a repique más o menos.

No había aún transcurrido una semana desde el día del vapuleo, cuando una noche, entre doce y una, las campanas de la torre de San Agustín echaron un largo y entusiasta repique. Todos los habitantes de Lima se hallaban a esa hora entre palomas y en lo mejor del sueño, y se lanzaron a la calle preguntándose cuál era la halagüeña noticia que con lenguas de bronce festejaban las campanas.

Su excelencia don Luis Henríquez de Guzmán, sin ser por ello un libertino, tenía un trapicheo con una aristocrática dama; y cuando ya dadas las diez no había ya en Lima quien se aventurase a andar por las aceras, el virrey salía de tapadillo por una puerta excusada que cae a la calle de los Desamparados, muy rebujado en su embozo, y en compañía de su mayordomo encaminábase a visitar a la hermosa que le tenía el alma en cautiverio. Pasaba un par de horitas en sabrosa intimidad, y después de media noche se regresaba a palacio con la misma cautela y misterio.

Al día siguiente fué notorio en la ciudad que un paseo nocturno del virrey había motivado el importuno repique. Y hubo corrillos y mentidero largo en las gradas de la catedral, y todo era murmuraciones y conjeturas, entre las que tomó cuerpo y se abultó infinito la especie de que el señor conde se recataba para asistir a algún misterioso conciliábulo de herejes; pues nadie podía sospechar que un caballero tan serioté anduciese a picos pardos y con tapujos de contrabandista, como cualquier mozalbete.

Mas su excelencia no las tenía todas consigo, y recelando una indiscreción del campanero hízodo secretamente venir a palacio, y encerrándose secretamente con él en su camarín, le dijo:

—¡Gran tunante! ¿Quién te avisó anoche que yo pasaba

—Señor excelentísimo, — respondió Escoiquiz sin turbarse, — en mi torre hay lechuzas.

—¿Y qué diablo tengo yo que ver con que las haya?

—Vuecencia, que ha tenido sus dimes y diretes con la Inquisición y que anda con ella al morro, debe saber que las brujas se meten en el cuerpo de las lechuzas.

—¿Y para ahuyentarlas escandalizaste la ciudad con tus cencerros? Eres un bribón de marca, y tentaciones me dan de enviarte a presidio.

—No sería digno de vuecencia castigar con tan extremo rigor a quien como yo es discreto, y que ni al cuello de su camisa le ha contado lo que trae a todo un virrey del Perú en idas y venidas nocturnas por la calle de San Sebastián.

El caballeresco conde no necesitó de más apunte para conocer que su secreto, y con él la reputación de una dama, estaba a merced del campanero.

—¡Bien, bien! — le interrumpió. — Ata corto la lengua y que el badajo de tus campanas sea también mudo.

—Lo que soy yo, callaré como un difunto, que no me gusta informar a nadie de vidas ajenas; pero en lo que atañe al decoro de mis campanas no cedo ni el canto de una uña, que no las fundió el herrero para rufianas y tapadoras de paseos pecaminosos. Si vuecencia no quiere que ellas den voces, facilillo es el remedio. Con no pasar por la plazuela salimos de compromisos.

—Convenido. Y ahora dime: ¿en qué puedo servirte?

Jorge Escoiquiz, que, como se ve, no era corto de genio, rogó al virrey que intercediese con el prior para volver a ser admitido en el noviciado. Hubo su excelencia de ofrecérselo, y tres o cuatro meses después el superior de los agustinianos relevaba al campanero. Y tanto hubo de valerle el encumbrado protector, que en 1660 fray Jorge Escoiquiz celebraba su primera misa, teniendo por padrino de vinajeras nada menos que al virrey hereje.

Según unos, Escoiquiz no pasó de ser un fraile de misa y olla; y según otros, alcanzó a las primeras dignidades de su convento. La verdad quede en su lugar.

Lo que es para mí, punto formalmente averiguado es que el virrey, cobrando miedo a la vocinglería de las campanas, no volvió a pasar por la plazuela de San Agustín, cuando le ocurría ir de galanteo a la calle de San Sebastián.

Y aquí hago punto y rubrico,
sacando de esta conseja
la siguiente moraleja:
que no hay enemigo chico.

RICARDO PALMA.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mjn., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Precios de suscripción Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . . „ 9.—

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

Benito de Palermo

Por EMILIA PARDO BAZAN

Preguntáronle sus amigos al marqués de Bahama, — riquísimo criollo conocido por su fausto, sus derroches y su aristocrática manía de defender la esclavitud, — por qué singular capricho llevaba a su lado en el coche y sentaba a su mesa a cierto negrazo horrible, de lanuda testa y morros bestiales, y por contera siempre ebrio, siempre exhalando tufaradas de aguadiente, que no lograban encubrir el característico oloscillo de la raza de Cam.

—Hay, — le decían, — negros graciosos, bien configurados, de dientes bonitos, de piel de ébano, de formas esculturales; pero éste da grima: más que negro es verde violeta; es una pesadilla.

Y el marqués sonriendo, defendía a su negrazo con algunas frases de conmiseración indolente:

—¡Pobrecillo! ¡Qué diantre!... Yo soy así.

Al cabo, en una alegre cena donde se calentaron las cabezas, merced a que se bebió más champaña y más manzanilla y más licores de lo ordinario, y lo ordinario no era poco; viendo yo al marqués animado, decidor — en plata, algo chispo, — aproveché la ocasión de repetir la pregunta.

—¿Por qué Benito de Palermo, — así se llamaba el negrazo, — gozaba de tan extraordinarias franquicias? Y el marqués, a quien le relucían los hermosos ojos negros, de pupila ancha, contestó sonriendo y señalando a Benito, que yacía completamente beodo:

—Por borracho, caba!; por borracho.

No logré que entonces se explicase más. Parecióme tan rara la causa de privanza de Benito como la privanza misma.

De allí a dos días, paseando juntos, recordé al marqués su extraña contestación, y él, arrojando el magnífico "recorte" que chupaba distraídamente, murmuró con entonación perezosa:

—Bueno; pues ya que solté esa prenda, diré lo que falta... Ahora se sabrá cómo si no es la borrachera de Benito, estoy yo muerto hace años, y de la muerte más horrorosa y cruel.

No ignora usted que me he educado en los Estados Unidos, y me aficioné a los viajes desde la niñez, porque allí el viajar se considera complemento de toda escogida educación.

Antes de cumplir los veinticinco años había recorrido las principales ciudades de Francia, Inglaterra y Alemania; sabía cómo se vive en cada nación culta; en París, sobre todo, me había pasado inviernos enteros.

Sin embargo, la monotonía de la civilización empezaba a causarme tedio, y me hurgaba el caprichillo de ver países menos cultos a la moderna. Dediqué unos meses a registrar la hermosa Italia, parando mucho en Roma y consagrando temporaditas a Florencia, Nápoles, Sicilia, Malta y Córcega; y engolosinado ya, — Italia siempre será un paraíso, — propúseme realizar al año siguiente otro delicioso viaje el de Oriente: Grecia, Turquía y Palestina.

Para venir a lo que importa de este cuento, lleguemos ya a Atenas, donde, por recomendaciones que llevaba, encontré excelente acogida en el cuerpo diplomático y en la corte, lo cual, y otra cosa que añadiré, contribuyó a que se prolongase mi estancia en la capital de Grecia bastante más de lo que pensaba.

Es el caso que en una fonda magnífica de Florencia había yo visto, por espacio de pocas horas, a una hermosísima inglesa, la cual grabó en mi espíritu una impresión que no habían conseguido borrar el tiempo ni la distancia.

Era de esas mujeres que no se olvidan, porque a la belleza plástica, incomparable, reunía una gracia, una viveza y una originalidad excéntrica y picante, que empeñaban en perseguirla y adorarla. El vulgo cree que todas las inglesas son sosas; pero yo le aseguro a usted que la que sale donosa vale por diez.

Eva... (suponga usted que se llamaba así) era viuda, y viajaba con una dama de com-

pañía, sin rumbo fijo, adonde la llevaba su imaginación artística y fogosa. En los cortos momentos que conseguí hablarle, volvióme loco. No me atreví a galantearla abiertamente, y sólo con los ojos le revelé el efecto que en mí causaba.

Debo advertir que no me hizo maldito el caso, que me toreó, y en una vuelta que di me encontré con que había desaparecido, sin que me fuese posible acertar con ella, por más que la busqué desalado al través de toda Italia.

Calcule usted mi sorpresa y mi emoción, cuando en el primer sarao a que asisto en la embajada inglesa, en Atenas, me encuentro a Eva radiante de hermosura, divinamente prendida y dispuesta a valsar.

Excuso decir que inmediatamente me dediqué a cortejarla, y a fuerza de atenciones logré algunas ligeras señales de complacencia, pequeños indicios de que no le era desagradable mi persona.

Sin embargo, en los saraos sucesivos, y en todos los lugares donde yo procuraba encontrarme con Eva y acompañarla, noté cuán difícil era ganar terreno en aquel corazón caprichoso y rebelde. Eva me desesperaba con sus coqueterías y sus arrechuchos; nunca estaba yo seguro de llegar a vencerla; si me veía alegre, me quería triste; si yo decía negro, ella respondía blanco. Creo que este sistema me trastornaba más, y ya me encontraba a punto de darme a todos los demonios, cuando...

—Pero — interrumpí, — lo que no sale a relucir es Benito de Palermo; y confieso que Benito me importa más que la hermosa Eva.

—Cachaza, ya llegaremos a Benito, — respondió sonriendo el marqués. — Iba a decir que por entonces fué cuando parte de la colonia inglesa que se encontraba en Atenas dispuso organizar una excursión a caballo y en coche, con objeto de visitar la célebre llanura de Maratón.

—¡Ah! — exclamé estremeciéndome involuntariamente. — ¡Ya sé, ya sé! ¡Conque le tocó a usted ese chinazo! ¡Qué cosa tan horrible!

—Veo que recuerda usted el episodio. ¡No es para olvidado, no! Toda la prensa europea habló de eso detenidamente, publicando grabados, retratos y pormenores, día por día.

Pues sepa usted que la expedición se combinó en la embajada, entre un rigodón y un vals de Strauss. La colonia acogió la idea con fruición y entusiasmo; las mujeres, sobre todo, estaban alborotadísimas.

Pero yo, que había conversado largamente con palikaros, intérpretes y comerciantes judíos, recordé las noticias que me habían dado sobre una gavilla de bandoleros que infestaba las inemdiaciones de Atenas, y cuyo número, arrojo y sanguinarias costumbres eran motivo suficiente para alarmarse y reflexionar. Emití un dictamen de prudencia, indicando qué convendría, o llevar numerosa y bien armada escolta, o renunciar al proyecto. Y entonces adquirí la persuasión de que todos los ingleses tienen vena.

Lord..., y los demás, que formaron parte de la fatal expedición, sonrieron desdeñosamente cuando les hablé de peligros; y a aquella sonrisa, que ya me encendió la sangre, correspondió Eva con algunas frases tan secas y burlonas, que me restallaron como latigazos sobre las mejillas.

Vino a decir que el que no se sintiese con ánimos para arrostrar el riesgo haría mucho mejor en quedarse, pues las inglesas no quieren compañía sino de gente resuelta, capaz de no achicarse ante los bandidos, caso de haberlos, que eso estaba por ver.

El que recuerde los veintiséis años que yo tenía, y lo enamorado que andaba de Eva, comprenderá que me propuse formar parte de la expedición, aunque supusiese que nos acechaban todos los salteadores del mundo. ¡Ir con Eva de viaje! ¡Galopar a su lado! ¡Qué felicidad!

Y ella, al conocer mi propósito, giró como una veletilla, me sonrió, y estuvo conmigo insinuante, coqueta, hasta mimosa.

La excursión quedó fijada para la mañana siguiente: al despuntar el día nos reuniríamos en un punto dado, fuera de las murallas de Atenas, llevando cada cual o coche o caballo, provisiones y armas. De los guías se encargaba lord...

Aquí aparece Benito de Palermo; no se impaciente usted, que ya sale el figurón.

Nacido en casa de mis padres, yo le llevaba conmigo como quien lleva un perro de lanas, porque la verdad es que no me servía para maldita la cosa, pues siempre ha sido torpón y desidioso. Escondiéndole la bebida, aun se lograba hacer carrera de él; pero en cuanto lo cataba, un cepo, una piedra.

En Atenas, a fuerza de prohibir yo en el hotel que le diesen a probar ni vino ni alcohólicos, íbamos saliendo del paso.

Al regresar de la embajada, la víspera de la excursión, llamo al bueno de Benito, le doy órdenes y las llaves, y le encargo repetidamente que al rayar el día tenga mi caballo ensillado y preparadas mis armas, y me despierte aunque sea a trompicones: hecho lo cual, me adormezco pensando en Eva.

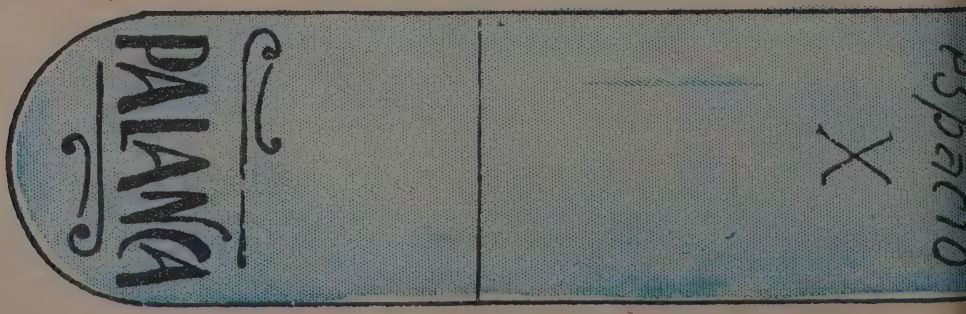
Cuando abro los ojos, el sol entra a torrentes en mi cuarto. Despavorido, me echo de la cama y miro el reloj; marcaba las once. Grito como un insensato llamando a Benito: Benito no contesta. Salgo al cuarto de tocador, de allí al pasillo... y tropiezo con un bulto negro, una bestia que ronca. Es Benito, ¡Benito, más borracho que un pellejo! Comprendo instantáneamente...

Dueño de mis llaves, había asaltado un armario donde yo guardaba, entre mis trastos, una "cave a liqueurs", y a aquellas horas la cabalgata se encontraría cerca de Maratón, y yo sería para Eva el ser más despreciable y más ridículo.

Desde que estaba en el viejo continente no había empleado el bejuco. Cegué, y

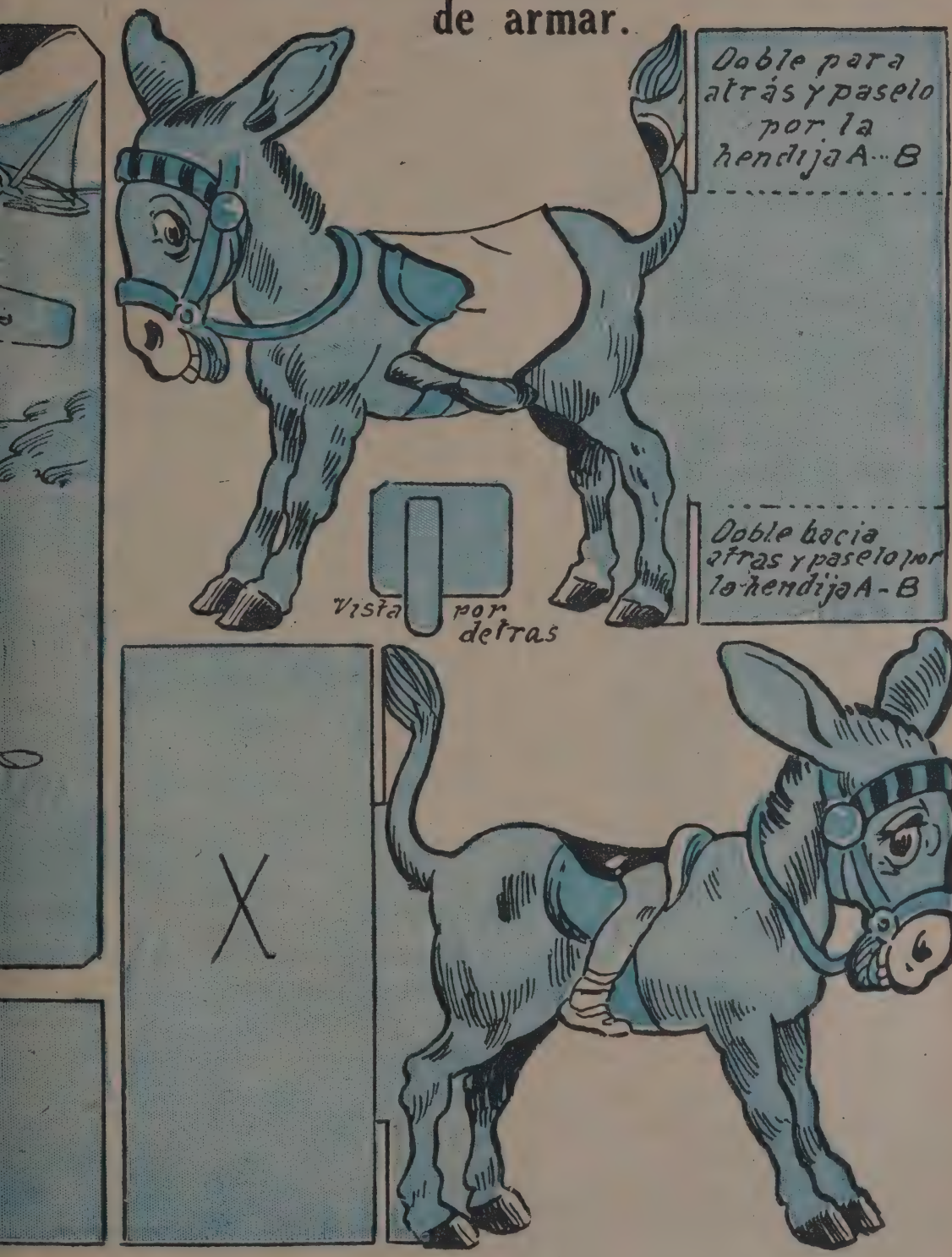
CAMBIO DE JINETES

Divertid

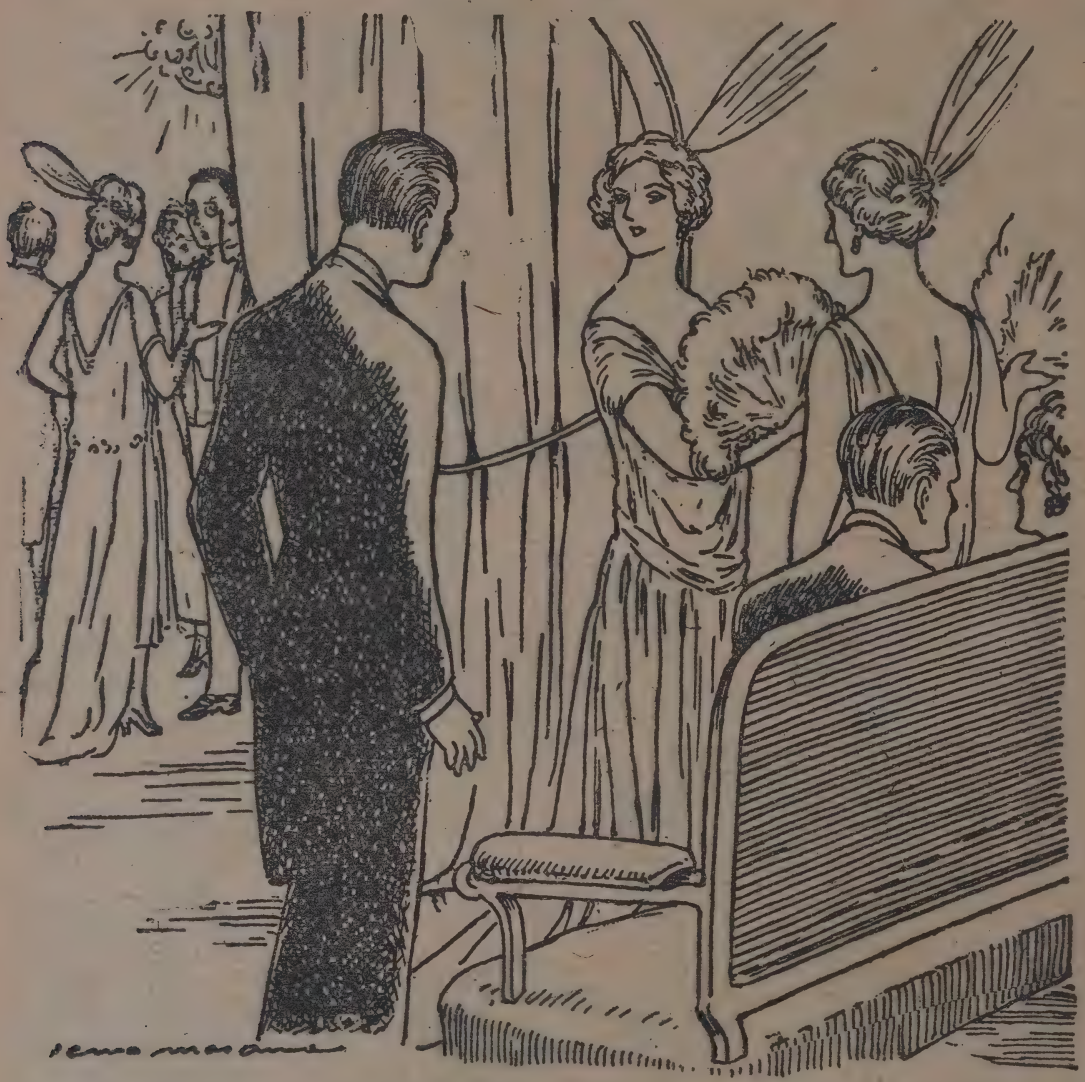


Primero corte el dibujo y péguelo en un cartón, exceptuando la sección con el burro marcado X. Hecho esto tome la sección que tiene el burro (X) y péguela a la espalda de la otra sección que pieza grande (A. B.) Tome el burro de doble faz, corte las hendijas de los lados y doble por las ha doblado para sujetar las aletas. Lo único que falta hacer es pegar el extremo de la palanca m

novedoso juguete de movimiento, muy facil de armar.



a que lo que ha pegado esté bien seco. Corte luego cada uno de los pedazos con toda limpieza. rro. Así tendrá usted una pieza de doble faz. Corte luego la hendija que hay en medio de la e puntos. Entonces, por delante pase las aletas dobladas por la hendija A. - B. Enderece lo que y el juguete quedará completo. Para que funcione se mueve el extremo de la palanca.



...correspondió Eva con algunas frases tan secas y burlonas... ("Benito de Palermo").

arremtiendo contra el negro, le dí tal soba, que volvió en sí llorando y gimiendo que le asesinaban. Cuando me harté de pegarle, pensé en ensillar el caballo y reunirme a la comitiva...

Pero era preciso buscar guía, pues de otro modo ¿cómo orientarme en la planicie?

Y antes de que el guía pareciese, ya se divulgaba por Atenas la noticia espantosa: los bandoleros habían copado la expedición ,cogiendo prisioneros a los expedicionarios, después de una heroica resistencia y de herir gravemente a alguno; las mujeres habían sufrido peor suerte, escarnecidas a la vista de sus maridos y hermanos, que atados de pies y manos no las podían defender...

Ya supone usted cuál me quedaría; no he sufrido nunca impresión más atroz.

—Recuerdo el caso... Se llevaron a los ingleses, exigiendo un enorme rescate y amenazando con atormentales mientras el rescate no llegara... Si no me equivoco, a lord... le fueron mechando y ocrtando en pedacitos: no hay idea de martirio semejante...

—Ea, pues de eso me libré yo por estar Benito borracho perdido, — afirmó el marqués requiriendo la petaca. — Desde en-

Cegué, y arremetiendo contra el negro... ("Benito de Palermo").

tonces le dejo beber lo que quiere... y el amo, aquí, es él.

—Según eso, ¿habrá usted comprendido que un hombre de color no es un perro?

—Claro que no. Los perros no se emborrachan nunca.

—¿Y Eva? ¿Sufrió el destino de las otras? Estaría muy bien empleado.

—¡Pues ahora caigo en que falta lo mejor! — exclamó el marqués. — Eva, por un antojito, porque no le gustaba su traje de amazona, también se había quedado en Atenas... ¡y si Benito me despierta y acierto a ir con la expedición, no sólo pierdo la vida, sino los deliciosos ratos que debí a Eva después... cuando ya se ablandó su corazón intrépido!

EMILIA PARDO BAZAN.

El triunfo de lo que se llama "ersatz".

El "ersatz" o sea la imitación, ha sido muy usado en Alemania durante la guerra. Allí apareció "ersatz" de manteca, "ersatz" de chocolate y tanto "ersatz" de caucho como de querosén.

Pero ¿será verdad que la costumbre es una segunda naturaleza? Ya ha pasado la guerra hace bastante tiempo y sin embargo, los fabricantes de "ersatz" siguen trabajando con actividad febril.

Todos han oído hablar del caucho sintético y del petróleo sintético fabricados por los químicos de Alemania.

Pero aun hay algo mejor.

Un químico de Iena ha anunciado en un diario que ha encontrado el modo de concentrar los alimentos en esencias tan vitales, tan sutiles, tan sabrosas que dos a tres gotas únicamente, echadas sobre una rebanada de pan son más que suficientes para dar la más perfecta idea de la vianda en sí misma.

Con varias botellas de esas esencias una dueña de casa tiene la provisión suficiente para alimentar durante largo tiempo a una numerosa familia.

Ya han sido fabricadas, — según las manifestaciones de su inventor, — las esencias perfectas de "choucroute" con jamón, flan a la vainilla, pato guisado con cerveza, conejo con ciruelas, macarrones con jengibre... y algunos otros platos de la cocina alemana.

El químico inventor se ocupa todavía de preparar otras nuevas esencias igualmente sabrosas.

Nuevo sistema eléctrico de matanza.

Las autoridades municipales de Munich ensayan en la actualidad y desde hace algunos meses, un nuevo sistema de matanza de sus reses, que según parece es más humanitario que el que se ha empleado hasta ahora en todo el mundo.

Ese sistema consiste en adormecer al animal por medio de una fuerte corriente eléctrica y aprovechar ese momento para darle muerte.

A decir verdad son dos los sistemas que se ensayan en la actualidad y los dos parecen ser convenientes.

El profesor Lieben, de Praga, se ha mostrado decidido partidario de un sistema de matanza con electricidad a baja tensión.

Esta idea llamó la atención de los estadounidenses, que lo aplican desde hace algún tiempo en los mataderos de cerdos de Cincinati con magnífico resultado, pues se declaran enteramente satisfechos de su éxito.

* * * *

Un pueblo muy original y a la antigua.

El doctor Williamson, sabio estadounidense que acaba de regresar de un largo viaje de exploración por Nueva Guinea, ha publicado un interesante volumen con detalles de su viaje.

Según dice en su libro el doctor Williamson tuvo oportunidad de conocer una tribu

de la raza de los papúes y que vive en la actualidad tal como vivió la humanidad en la llamada "edad de piedra".

Esos papúes, — que son caníbales, — tienen el rostro más parecido al de los monos que al de los seres humanos, pero eso no es inconveniente para qeu conozcan diversos cultivos agrícolas.

Como en otras tribus africanas, el trabajo lo hacen allí las mujeres y no los hombres. Las mujeres tiran de los arados uncidas a ellos como si fueran bueyes.

Esas mujeres viven en corrales con cobertizos de hojas de palmera y en compañía de las cabras, que son el único animal que crían esos papúes.

Mientras sus dueños y señores se alimentan de carne humana, — casi siempre de la de los prisioneros capturados en sus guerras entre tribus, — las mujeres siguen un régimen enteramente vegetariano y según dice Williamson, "parecen vivir muy felices".

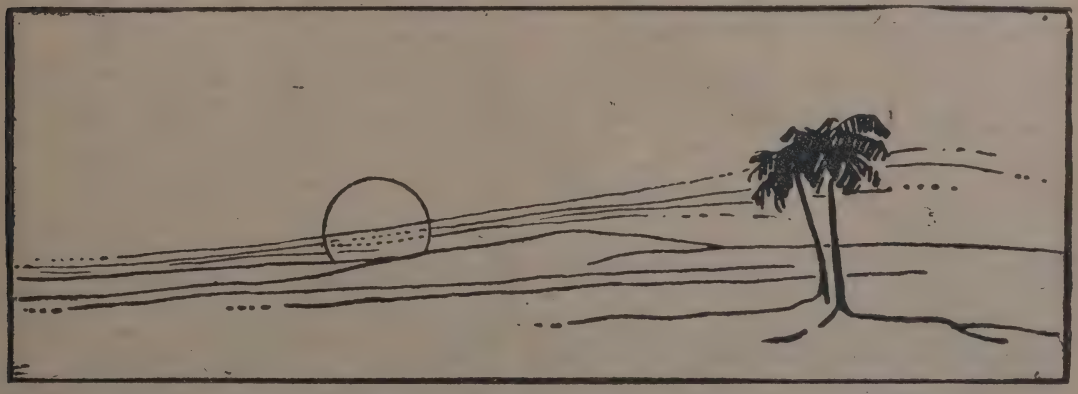
No es de suponer que tal felicidad tenga por origen su vida entre las cabras y en corrales donde son tratadas como animales. Pero cuando el doctor Williamson lo dice...

Un club en el que viven entre panes de hielo.

Dice una revista londinense que la ciudad australiana de Cookstown es considerada como una de las más cálidas de todo el mundo, pero que los millonarios que allí residen, — porque es una ciudad que exporta gran cantidad de ganado, — han resuelto combatir ese calor por medio de varios Ice-Clubs, — o Clubs de Hielo, — que son unos verdaderos frigoríficos amueblados como el más lujoso club.

Los días en que el calor es sumamente sofocante, los ricos de Cookstown se guarecen en sus Ice-Clubs, donde reina una temperatura verdaderamente polar.

La impresión que se experimenta al entrar en uno de esos Clubs de Hielo es sumamente agradable, pero ya han sido varios de sus concurrentes los que se han enfermado de bronquitis o de pulmonía, pagando algunos con la existencia su comodidad estrafalaria.



LEA "TIT-BITS" TODOS LOS MARTES

—¿Como anda de trabajo tu hijo mayor?
—¡No lo entiendo realmente! ¡Ayer me dijo que le gustaba trabajar!

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países „ „	12.00 „

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

—Sí, sí, tomó bien sus precuciones; esperemos, sin embargo, que no podrá escapar a la justicia. ¿De manera que ese miserable llevó todo lo que había en el escritorio y vos no encontrasteis sino algunos papeles?

—Nada más.

—¿Insignificantes?

—Absolutamente.

—Es inícuo.

—Es horrible, señor.

—Y sin embargo, debía daros una buena recompensa aunque no fuera más que por vuestra declaración, que, proporcionando un cargo terrible, una prueba decisiva contra Carlos d'Estarbés, lo ponía, a él, el abrigo de todo peligro.

—En cuanto a esto, nada me debe; al tratar de poner a Carlos d'Estarbés en lugar mío de él, yo sólo pensaba en mí.

Y Pedro Chenu continuó después de una pausa:

—Pero no es esto todo, señor Roberto; la confesión que acabo de haceros sólo os puede servir a vos, pero esto no basta. Es preciso ilustrar a la justicia y es en lo que he pensado. Mirad, todo lo que acbo de contaros lo tengo escrito aquí en estos pliegos de papel que os entregaré en cambio de los diez mil francos que me habéis prometido y que bien valen esto en cambio del hoonr y de la salvación del inocente que yo pongo en vuestras manos.

Y sacándose del bolsillo aquellas hojas de papel que había esmrito en su casa, las entregó al señor Doutreville.

—¿De manera — dijo éste recorriéndolas rápidamente — que toda la narración que acabáis de hacerme está consignada aquí por completo?

—Enteramente, y además la confesión de mi tesmimonio falso y de todo cuanto he dicho y hecho par hacer creer en la culpabilidad de Carlos.

—Está bien, — dijo Roberto.

Y guardando preciosamente las hojas de papel en el bolsillo de su paletó:

—¡Pobre Carlos! ¡Pobre Cecilia! — dijo con voz conmovida; — ¡cuánta dicha les voy a llevar! ¡ah! lo repito, esta será una gran alegría que me envía el cielo en mi desgracia y no sentiré esos diez mil francos, por cierto.

—Perdonad, señor Roberto — dijo entonces Pedro Chenu, quien desde hacía algunos instantes se estaba agitando en su silla, — pero sin querer ordenaros, os he de confesar que quisiera encontrarme ya lejos de aquí.

Roberto Doutreville se sacó una llave del bolsillo, abrió una de las gavetas del escritorio en que estaba trabajando, sacó un legajo de billetes de Banco, y entregándolos al paisano, le dijo:

—Aquí están los diez mil francos.

Por muy apurado que estuviese para alejarse, el paisano contó el dinero, y después de guardarlos cuidadosamente en el fondo de su bolsillo, dijo, levantándose:

—No quiero que os expongáis a caer de debilidad por el camino o a haceros arrestar en alguna taberna — dijo Doutreville; — voy a haceros tomar un vaso de vino y comer un pedazo de pan, a fin de que podáis caminar un gran trecho sin deteneros en parte alguna.

—Es prudente, en efecto, — dijo Chenu.

—Esperad; como sería peligroso que mis sirvientes os viesen aquí, voy a serviros yo mismo y de paso veré si podéis salir sin encontrar a nadie.

—Os lo suplicó, señor Roberto, porque hay ya un mandamiento de prisión lanzado contra mí, yo lo sé, y me temo mucho que los gendarmes del pueblo anden ya en busca mía.

—Saldremos por el monte y os voy a indicar un camino que podréis recorrer sin temor y que os llevará muy lejos de aquí sin ningún riesgo. No os mováis de aquí, no hagáis ruido ninguno, a fin de que vuestra presencia no sea sospechada, y vuelvo en seguida.

Salió, cerrando la puerta a doble vuelta por fuera.

Pedro Chenu se aprovechó de aquel momento que estaba solo para sacarse los billetes de Banco del bolsillo, volverlos a contar, y palparlos uno por uno.

TIEMPO CORTO

—¡Veinte años, zeñó; veinte años!

—¡Vamos hombre: no hay que afligirse; ahora vamos para el invierno y los días son muy cortos!...

(De "Buen Humor").

DESCUIDADO

—¡Figúrese usted, si de esa altura se rompe la cuerda!...

—¡Diez mil francos! — murmuró devorándolos cos la vista; — diez mil y cinco mil en oro que voy a buscar a casa, porque no puedo dejarlos por detrás, como tampoco lo que tengo enterrado al pie del sauce; ¡ah! ¡no, de ninguna manera! Eso sería mi perdición... y...

El ruido de la llave que daba vuelta a la cerradura lo sacó de sus reflexiones.

Se abrió la puerta y entró Roberto Doutreville. Traía una botella de vino, un vaso y un pan entero.

Había tenido la precaución de destapar la botella. Llenó el vaso y dijo a Chenu:

—Bebed esto. Es Burdeos añejo. Esto os fortalecerá.

—No es de despreciar, de todos modos, dijo Chenu, — apurando de un solo trago el contenido del vaso.

—Tomad, llevaos el pan y la botella; con esto podréis hacer un buen trecho de viaje sin entrar en ninguna parte, lo que debéis evitar todo el tiempo posible.

—Ya lo creo, — dijo Chenu.

Estuvo a punto en aquel momento de comunicar al señor Roberto la intención que tenía de volver a su casa para tomar el oro y desenterrar del jardín lo que había dejado de comprometedor; pero temió verse disuadido de su proyecto y juzgó oportuno más bien callarse la boca.

—Ahora que ya estoy reconfortado, — dijo levantándose, — me voy.

Tomó el pan y la botella y siguió al señor Roberto que acababa de abrir la puerta.

Bajaron la escalera sin hacer el menor ruido, atravesaron la quinta a toda prisa, después recorrieron una larga calle de tilos que salía al monte, y allí el señor Doutreville dijo al paisano, abriéndole un portoncito de hierro:

—Precisamente en frente de esta puerta encontraréis una hondonada cubierta de troncos, arbustos y altas hierbas que le forman como un puente de verdura durante más de una legua. En caso de que os viesels atajado entre el monte por vuestros enemigos, tenéis siempre una retirada segura, y tanto más cómoda cuanto que podéis escapar a vuestros perseguidores, marchando siempre adelante por esa especie de viaducto. Al cabo de una hora os encontraréis en pleno bosque de Meudon, de donde alcanzaréis fácilmente Clamart, luego Plaisance y por fin París.

—¡Bueno! Una vez allí, yo sabré arreglarme. Gracias y adiós, señor Roberto.

Y se perdió en la esperasura del monte.

Doutreville lo escuchó alejarse hasta tanto que no sintió más el ruedo de sus pasos en la hojarasca seca.

—¡Vamos! ¡Ya está salvado! — murmuró cerrando el portón.

Y tomó de nuevo el camino de su casa lando miradas a derecha e izquierda en la quinta y en el jardín para asegurarse de que nadie lo había seguido.

Un momento después, se encontraba otra vez sentado en el gabinetito en que acababa de tener lugar su entrevista con Chenu.

Una vez allí, se encerró primero a doble llave, se sentó n su sillón, se puso los anteojos, arrimó la lámpara, hizo en fin toda clase de preparativos que atestiguaban el interés que tenía para él la ocupación a que se iba a entregar; después sacándose del bolsillo los pliegos de papel que le acababa de entregar Chenu y que constituían toda su confesión, se puso a leer.

Esta lectura le absorbió como media hora. Cuando terminó, levantóse, se puso a pasear arriba y abajo, echando de vez en cuando una mirada a los pliegos y parándose a veces para volver a leer algún pasaje.

Se paró, por fin, delante del escritorio, y tomando los papeles:

—Sí, sí, — dijo—Chenu tiene razón. Aquí está la justificación completa de Carlos d'Estarbes.

Estas cuatro hojas de papel contienen su salvación y su rehabilitación. ¡De lo que lo que pende la vida de un hombre! El envío de estas cuatro hojas de papel al tribunal devuelve a ese joven a la sociedad a la dicha, a la mujer que ama; su destrucción lo borra de la lista de los vivos; envía su cabeza al verdugo!

Y añadió despus de una pausa:

—¡Vamos!

Y estrujando con violencia las cuatro hojas las echó al fuego que ardía en la chimenea.

—¡Ahora, — dijo en seguida frotándose las manos, — vamos a acostarnos!

XXXI

EL CASTIGO

Apenas acababa de salir Doutreville del gabinete, cuando se abrió lentamente una puerta que comunicaba con la biblioteca, y con infinitas precauciones salió una mujer y fué derecha a la chimenea.

El fuego, que se estaba extinguiendo, no tenía llama, y el papel había sido estrujado con tanta fuerza, que había quedado hecho una pelota y apenas se había empezado a consumir.

La mujer que acababa de entrar tomó el papel con las tenazas, lo echó al suelo y se puso a pisarlo, hasta que estuvo completamente apagado.

En seguida, sin desdoblarlo, sin mirar el estado en que se hallaba, se metió las cuatro hojas en el bolsillo y salió del mismo modo que había entrado, por la puerta de la biblioteca.

Aquella mujer era Juanita Lorrain.

En tanto que pasaban estos sucesos en casa de Roberto Doutreville, veamos qué se había hecho del señor Portal, a quien dejamos en el café de la Paz, en vías de leer un diario, en el momento en que Pedro Chenu salía furtivamente del establecimiento.

Como es de suponer, el señor Portal estaba mucho menos absorbido en la lectura de lo que el paisano había creído, y mientras parecía completamente absorto en la lectura de "Monitor", no perdía de vista la caza que perseguía desde hacía tiempo.

Notó las vueltas de Chenu, y al ver que se levantaba para ganar la puerta solapara-

mente, puso cincuenta céntimos encima de la mesa para estar libre de salir en un momento dado.

En efecto, apenas Chenu acababa de franquear el umbral de la puerta, cuando ya él le iba pisando los talones.

Tan listo y tan ágil como él, el señor Portal lo hubiera alcanzado fácilmente, si el paisano no hubiese tenido dos ventajas: la oscuridad y el conocimiento del terreno.

En este último caminaba entre las tinieblas como en pleno día y multiplicaba los rodeos para hacer perder la pista a quien se hubiese propuesto seguirlo, lo que no cesaba de temer.

Esta estratagema le salió bien.

Obligado, por decirlo así, a ir tanteando el terreno, y de consiguiente a moderar su impulso, el señor Portal no tardó en quedar rezagado, y al cabo de dos minutos, durante los cuales Chenu había tomado por dos o tres callejones solitarios, lo que cada vez desconcertaba más a su perseguidor y le hacía perder quince o veinte segundos, éste acabó por perder el rastro.

—¡Diablo! — se dijo entonces, mirando a todos lados; — ¿dónde poderlo cazar ahora?

Se puso a escuchar y oyó vagamente el ruido de una carrera precipitada.

Estudió la dirección de donde procedía aquel ruido, y pronto reconoció que era sobre la derecha, subiendo por el lado del monte.

Se lanzó en aquella direeción parándose de vez en cuando para escuchar y guiarse por el ruido de los pasos; pero muy pronto no oyó nada más.

—¡Vamos! — murmuró el señor Portal; — ahora ya será imposible dar con su pista. Es preciso renunciar a ello. Hasta me temo algo más serio: me temo que no vuelva a este país, pues en este momento corre dando la espalda a su casa y corre en dirección del bosque, lo que se parece mucho a una fuga.

Recordaba la profunda turbación manifestada por Chenu cuando oyó decir en el café que se había expedido una orden de arresto contra un testigo falso; el terror que se apoderó de él cuando vinieron a anunciar al gendarme Marcelo una estafeta que acababa de llegar de Versalles, y desde luego no le quedaba ninguna duda de que se iba de Chaville para no volver más. A esta idea quedó un momento aterrado.

Chenu, convencido de falso testimonio, arrestado y puesto en presencia de un juez de instrucción hábil, era el hilo conductor qué debía inevitablemente guiar a la justicia y llevarla al descubrimiento de la verdad; pero una vez desaparecido este precioso instrumento, ¿adónde conducir las investigaciones? ¿A qué punto llevar sus miradas para encontrar la claridad, el indicio que debía llevar a la luz y designar la pista del culpable?

La situación era cruel, aplastadora para Portal, que había tomado para con Cecilia d'Estarbés y de su madre toda la responsabilidad de este asunto, y se había comprometido solemnemente a hacer brillar la inocencia del condenado entregando el culpable verdadero.

Sin embargo, como no entraba en el temperamento de aquel hombre dejarse dominar por el desaliento, como veinte, cien veces en el curso de su prodigiosa existencia había destruído obstáculos que hubieran parecido imposibles para cualquier otro, se puso a reeflexionar sobre los medios de llegar al fin que se había propuesto sin el recurso de aquel precioso auxiliar, al que se debía renunciar decididamente.

Después de dos minutos de reflexión se golpeó la frente repentinamente, exclamando:

—¿Qué iría a buscar al pie de aquel árbol, en aquel montón de tierra donde iba a meter la azada, cuando yo lo espanté apartando los arbustos? ¿Quién sabe sino hay allí?...

Reflexionó todavía algunos instantes y luego murmuró:

—Tal vez... vamos allá.

Se puso a caminar apresuradamente, volviendo a tomar el camino del pueblecito, y al cabo de diez minutos, costeaba el muro del parque de Vaudray.

Poco después se engolfaba en el sendero, apresurando el paso a medida que se acercaba al sitio, porque estaba impaciente por cavar aquel montón de tierra, convencido de que allí haría algún importante descubrimiento.

Aquel aire inquieto y misterioso que observó en el paisano, en el momento en que éste se disponía a remover con la azada la tierra al pie del árbol, despertó desde luego sus sospechas y tenía el presentimiento de que debajo de aquel montón de musgo, estaban enterradas las pruebas de la inocencia del desgraciado Carlos.

Cuando llegó al pie de aquella escalera tosca y desvencijada que del sendero conducía a la quinta de Pedro Chenu, se preguntó si no se exponía a hacerse arrestar como un ladrón en el caso de que lo sorprendiesen cavando al pie del árbol en una casa ajena; pero esta consideración no era capaz de detenerlo en presencia de la importancia del resultado que esperaba obtener.

Trepó, pues, resueltamente los groseros peldaños de piedra, y ya iba a empujar la puertecita que cerraba la quinta por aquel lado, cuando le pareció oir como un gemido.

Bajó dos peldaños, se metió por entre los arbustos de la cerca de manera que su cara quedase a raíz del suelo, y dirigió una mirada hacia el lado de donde venía el ruido.

Entonces alcanzó a entrever, a través de la oscuridad, a un hombre que caminaba muy despacio, doblado por el espinazo, y parándose a cada paso, y en el cual, a medida que se acercaba, le pareción reconocer a Pedro Chenu.

Era él, en efecto; pronto lo reconoció bien el señor Portal, porque se detuvo a dos pasos de él, al pie del árbol, a cuyo tronco había arrimado la azada algunas horas antes.

Allí volvió a larzar un prolongado gemido,

llevándose la mano a la garganta y al pecho, como agobiado por atroces sufrimientos; después, haciendo un esfuerzo desesperado, sobrehumano, se enderezó en toda su talla, tomó la azada y se dispuso a cavar el montículo de musgo que cubría el pie del saúce.

Pero de repente la azada le escapó de las manos; un rugido de desesperación se escapó de su pecho y mirando al pie del árbol con una expresión de espanto indescriptible:

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Ya no está aquí! ¿Quién habrá venido a cavar este hoyo ancho y profundo? ¿Quién habrá llevado lo que yo tenía enterrado aquí? ¿Quién, pues, ¡Gran Dios! puede haber sido?

Gemía y se pasaba la mano por la frente con extremas contorsiones.

Callóse un momento, sofocado por la violencia de tantas emociones; luego, con voz entrecortada, casi ininteligible y con la mano siempre en la garganta:

—¿Quién será? No sé, pero ha de ser un enemigo flue conocía mi secreto... ¿De qué maera Es lo que no puedo comprender; esto es inaudito, porque nadie lo vió, nadie lo podía saber... y no obstante, él lo sabía, pues to que ha cavado la tierra justamentee en el sitio para apoderarse... ¡Esto es horrible, horrible! Porque, en fin, esto es mi perdición... es la prueba... la prueba palpable... y puesto que quería perderme ese enemigo oculto, ha debido llevar inmediatamente esta terrible pieza, el testimonio elocuente, al juez de instrucción, y entonces... ¡Ah! ¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!

Interrumpióse un momento; después, llevando la mano derecha al cuelo como si quisiera estrangularse, continuó:

—¿Qué tengo, pues, aquí? Es como una llama que me abrasa la garganta y el pecho. ¡Oh, cuanto sufro!... ¡Imposible caminar! ¡Imposible huir! ¡Oh, qué desgracia!... No puedo, no puedo... ¡Cuando ahora debía hallarme ya camino de París!... Pero, si me quedo aquí, puede venir Marcelo, arrestarme, y gracias a lo que habrán hallado ahí, al pie del saúce... Y, sin embargo, estaba solo cuando la puse ahí y la había enterrado tan bien! ¡Oh, Dios mío, qué sed tengo...! No puedo aguantar más... ¡Agua, agua, quiero beber!...

Se dirigió hacia su domicilio encogiéndose cada vez más y quejándose a cada paso.

Logró por fin ganar la casa y vino a caer rugiendo en un rincón de la cocina.

Su mujer estaba allí en vías de trabajar a la luz de una vela. Corrió hacia él con la luz en la mano y al verlo en aquel estado retrocedió horrorizada.

—¡Desgraciado! — le dijo. — ¿De dónde vienes? Estás más palido y desfigurado que un cadáver.

—No sé, — dijo Chenu, paseando a su alrededor sus ojos vidriosos; — me parece que me voy a morir.

—¡Morir!... ¿De qué? ¿Qué has tomado?

Pedro Chenu pareció reflexionar; después, fijando en su mujer los ojos desmesuradamente abiertos:

—Comprendo, — murmuró; — es el vino que me ha... ¡Oh! ¡Ahora lo comprendo todo! El él, es él... ¿Por qué? ¿Por qué?

Atrajo a su mujer hacia sí:

—Escucha, — le dijo; — voy a morir; es preciso que me hagas un juramento... mi saco estaba manchado de sangre, la sangre de la víctima; es por esto que lo enterré allá abajo; guárdalo, escóndelo; guarda también los papeles que hay en el bolsillo; no se sabe... Los diez mil francos son míos... míos. ¿Qué es lo que me aprieta la garganta?... ¡Ah, sí, es la muerte! ¡El pobre viejo está vengado! Es la providencia que... sí, como a Doutreville. Oyeme bien.

Yo era cómplice, sí, pero asesino, no; yo on soy quien ha herido, fué el otro... el señor Roberto lo coonce, acuérdate de esto, todo se lo he contado, todo; lo conoce... y...

Se cayó de repente.

Todos sus miembros se pusieron rígidos y ya no se movió más.

XXXII

UN CONFIDENTE PELIGROSO

En cuanto vió a Pedro Chenu doesaparecer dentro de su casa, el señor Portal, que había oído algunas de las frases escapadas al paisano, corrió en seguida al pie del saúco, con la esperanza de encontrar el objeto que éste había enterrado allí, y que quizás no pudo hallar por el estado de debilidad en que se encontraba en aquel momento.

La tierra había sido removida, en efecto, hasta cierta profundidad; pero como esta operación sólo pudo haber sido hecha en medio de la mayor oscuridad, y en el corto espacio de tiempo transcurrido entre el momento que Chenu salió de su casa para ir al pueblecito y aquel en que había vuelto, es decir, como una hora, podía ser que quien había dado aquel golpe temiendo ser sorprendido y trabajando en las tinieblas, hubiese olvidado alguna cosa en el fondo del escondite. Ahora bien, por poco que fuese, por nimio e insignificante que pudiera parecer a primera vista el objeto olvidado, ¿quién sabe sino bastaría para ponerlo sobre la pista del verdadero culpable?

Es lo que se permitía suponer, según las pocas palabras que pudo tomar de las incoherentes frases que había pronunciado el paisano junto al saúco.

Inclinándose, pus, sobre aquel agujero que tendría unos dos piés de profundidad, se puso a escarbar con las dos manos y en todos sentidos con gran cuidado y atención. Pero al cabo de pocos minutos renunciaba ya a toda esperanza de encontrar, y comprendió que era preeciso buscar en otra parte el indicio que había confiado encontrar allí.

Pensó entonces en ir a interrogar al mismo Pedro Chenu, y penetró en aquella especie de vestíbulo que precelía a la cocina, la más grande y principal pieza de la casa.

Cuando iba a abrir la puerto, vino a herir sus oídos la voz del paisano. Escuchó, y reconociendo que hablaba con su mujer, dejó caer la mano que tenía puesta en la llave.

—Escuchemos, — se dijo; — tal vez haga confidencias a su mujer que me negaría a mí.

Y pegó el oído a la cerradura.

—¡Vamos! — se dijo con un movimieento de impaciencia; — hoy no estoy de suerte.

Sin embargo, permaneció allí con el oído pegado a la puerta, convencido de que allí detrás de la puerta, y por decirlo así, a la mano, tenía el descubrimiento cuyo secreto debía salvar la vida de su protegido; y bien resuelto a no abandonar aquel lugar sin llevarse el testimonio irrecusable, la prueba palpable y decisiva que presentía cerca de sí.

De repente se dejó sentir un grito agudo, grito de mujer; luego sollozos, entre los cuales este nombre repetido varias veces:

—¡Muerto! ¡Muerto!

—¡Hein! — murmuró el señor Portal, es-muerto? ¡Chenu, el precioso testigo falso que conocía todo el misterio de este drama tenebroso, aquel cuyas confesiones nos habrían revelado la verdad y que se llevaría a la tumba todas las esperanzas que yo tenía fundadas en él! Pero la muerte de ese hombre, sería la perdición de Carlos d'Estarbés. ¿Dónde ir ahora a buscar las pruebas que únicamente él podría proporcionarnos? ¿A quién preguntar el nombre del asesino que él conocía, él, puesto que había mentido a la justicia, puesto que se había arriesgado a ir a presidio para salvarlo del patíbulo? ¡Pobre Carlos! ¡Ah, qué golpe tan terrible para él y qué decepción para mí, que ya veía nuestro triunfo asegurado en el interrogatorio de este desgraciado Chenu! Pero tal vez he oído mal. Veamos.

Golpeó ligeramente la puerta, abrió y entró.

Catalina estaba arrodillada cerca de su marido, tendido en el suelo de espaldas, y ya sin señales de vida.

—¿Qué queréis? — perguntó la mujer al señor Portal.

—Tengo que hablar a Pedro Chenu, — respondió éste.

—No está en estado de responderos.

—¿Qué queréis decir?

—Mirad, — dijo Catalina, mostrando el cuerpo de su marido; — acaba de entregar su alma a Dios.

—Esta muerte ha sido muy repentina, entonces.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo encontré hace apenos una hora.

—¿Dóndee ha sido? — preguntó vivamente la paisana.

—En el pueblo.

Vd. está intoxicado

porque no mueve bien su vientre. Los purgantes lo alivian momentáneamente, pero aumentan su intoxicación, porque irritan sus mucosas gastro-intestinales y las hacen más permeables a las toxinas.

Uvalina "Biol"

NO ES PURGANTE - no contiene substancias tóxicas. Está preparada con uva y lubrificantes. Es como el aceite y el combustible para la máquina nueva. Suaviza e impide la absorción de las toxinas. Desinfecta y descongestiona.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

—¿En casa de quién?

—En el café de la Paz.

Catalina se levantó y miró fijamente al señor Portal.

—¿Y con quién ha bebido? — le preguntó.

—Solo.

—¡Ah!

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque esta muerte no es natural.

—¿Qué os lo hace pensar?

—Primeramente, que ha sido como un rayo, con sufrimientos tan atroces que se retorcía como una culebra, y luego... miradle la cara.

Portal se inclinó hacia el cadáver y le examinó el semblante.

Tenía las facciones contraídas, hinchadas y violáceas, los ojos abiertos desmesuradamente y por los labios, lívidos y entreabiertas, asomaba una espuma abundante.

—Ha muerto envenenado, — dijo el señor Portal después del examen.

—¿Lo creeis así —exclamó Catalina estremecida.

—No tengo ni sombra de duda, y pronto váis a saberlo por el médico que es preciso llamar sin tardanza.

—¡Envenenado! — murmuró Catalina tapándose la cara con las manos. ¡Oh! pero esto es horrible, señor. Primero lo sospeché, pero no podía creer...

—Podéis creerme.

—Y decís que bebió en el café?

—Sí, ha bebido cerveza y estaba solo. No puede ser allí.

—¿Dónde podría ser? Al salir de allí ha debido venir aquí directamente, no tuvo tiempo de ir a ninguna otra parte.

—Me parece que os engañáis, señora.

—¿Cómo se entiende?

—Al salir del café de la Paz, donde estuvo apenas algunos minutos, en vez de dar vuelta a la izquierda para volver a su casa, tomó a la derecha y se puso a correr en esa dirección. Es, pues, indudable que iba a casa de alguien y que tenía prisa por llegar, de modo que es allí, no hay que dudarlo, donde le han propinado la muerte. ¿Dónde podía ir? Vos debéis saberlo.

—No, — contestó Catalina, procurando reunir sus recuerdos, — no conocemos a nadie por aquel lado, a nadie, fuera del señor Doutreville, pero no tenemos relaciones con él y además no se hubiera atrevido a ir a verlo estas horas de la noche.

Hubo un momento de silencio.

Después el señor Portal dijo a Catalina:

—¿Queréis q[illegible] que pienso, señora Chenu?

—Decir ,señor|

—Pues bien, no hay más que un hombre en el mundo, uno sólo, que tuviera interés en desembarazarse de vuestro marido por medio de una muerte violenta.

—¿Es posible, señor? pero, ¿quién, pues?

—El asesino del señor Doutreville.

—¿El señor Carlos d'Estarbés?

—¡Oh! no, ese es inocente. Yo digo el verdadero asesino, el que a fuerza de dinero, sin duda alguna, determinó a vuestro marido a llevar el falso testimonio en contra de Carlos d'Estarbés.

—¡Pero, señor! — protestó Catalina.

—¡Oh! es inútil negar, yo sé lo que ha pasado a ese repecto entre Pedro Chenu y Juanita Lorrain delante de vos.

—¿Quién os ha contado eso?

—La misma tía Lorrain que no puede ocultar nada, porque nos hemos impuesto la misión de salvar a Carlos d'Estarbés, cuya inocencia nos consta a nosotros.

—Entonces, está bien.

—El asesino ha sabido, pues, corromper a vuestro marido, y debe haber estado contento de él, porque es preciso confesarlo aun cuando no sea en alabanza supa, Pedro Chenu ha ganado bien el dinero.

—¡Desgraciado! — exclamó dolorosamento Catalina.

—Es indudable que es él. El solo, quien por medio de su declaración falsa, ha disipado en el ánimo de los jurados, la duda de que evidentemente se hallaban poseídos y que inevitablemente hubiera traído la absolución del acusado.

—Ya lo sé, — dijo Catalina, — Juanita Lorrain me lo contó todo.

—Hasta entonces, — repuso el señor Portal, — ha debido reinar la mayor armonía entre Pedro Chenu y el miserable que lo impulsó a ese espantoso crímen, pero cuando este último ha ído sabiendo sucesivamente el descubrimiento de la tía Lorrain acerca de la enfermedad de Vacheux, sus pasos en Versalles, la entrega de la receta del médico en manos del abogado de Carlos y finalmente el mandamiento de prisión expedido contra el testigo falso, ¡oh! entonces el verdadero asesino, que hasta ahora había visto un salavdor en Chenu, se le ha vuelto de repente un motivo de temor y desconfianbza, y se puede afirmar que comprendiendo que en lo sucesivo su vida esaba a la disposición de este mismo hombre, que antes lo había salvado y podía hoy sólo perderlo, no ha tenido más que una idea, desembarazarse de este peligroso confidente antes de que el mandato de arresto se cumpliese, es decir, inmediatamente.

—Y es verdad eso, ¡ah! ¡pero cuánta verdad es! — exclamó Catalina como iluminada repentinamente. No puede ser de otro modo.

—Entonces, Catalina, acordaos de todas las circunstancias que han podido llamaros la atención desde hace algunos días, acordaos de todas las palabras que han debido escapar a vuestro marido en la turbación de espíritu en que debía estar, haced todos los esfuerzos posibles para encontrar algún indicio que nos ponga sobre la pista de ese miserable, vuestro enemigo como el nuestro, como el de Carlos d'Estarbés, ya que acaba de matar a vuestro marido, y si encontrais esto, si tenemos la suerte de que el cielo os envíe una inspiración...

—¡Esperad! ¡esperad pues! — exclamó de repente Catalina interrumpiendo al señor Portal; ¿las palabras de mi marido, decís? pero yo me acuerdo de sus últimas palabras.

—¡Y bien! ¿Qué os ha dicho? — preguntó el señor Portal tomándole las manos.

—Me ha dicho: Hay un hombre que conoce al asesino del señor Doutreville, al verdadero asesino.

—¿Y su nombre? ¿Cómo se llama ese hombre? — preguntó el señor Portal estremecido.

—Es el señor Roberto Doutreville

—¿Su hermano?

—Sí, y os lo digo porque al morir me ha recomendado hacerlo, no diría nada si, por el contrario, me hubuise hecho jurar callarme, como lo ha hecho por otra cosa.

—Está bien, Juanita Lorrain está en casa de ese Roberto Doutreville, ¿no?

—Sí.

—Voy a verla ahora mismo, adiós, — exclamó el señor Portal.

Y se alejó con paso rápido.

XXXIV

MISTERIO

Eran cerca de las nueve de la noche cuando el señor Portal, después de recorrer el mismo trayecto por tercera vez, atravesaba Chaville, donde casi todas las casas estaban cerradas a esa hora, y se detenía de nuevo en el café de la Paz.

Pidió una copita de coñac en la que sólo mojó los labios, y luego dijo al mozo que le hiciera el favor de decirle el domicilio del señor Roberto Doutreville.

—¿Acaso el señor quiere ir a verlo esta noche? — le preguntó el mozo.

—Sí, pues.

—Es que tal vez sea algo tarde

—Acaban de dar las nueve.

—Es que desde la desgracia que ha sufrido el señor Roberto, que antes vivía ya muy retirado, se encierra muy a menudo desde las ocho de la noche y entonces no recibe ya a nadie, porque se enciera como en una fortaleza y no se abre más la puerta.

—Dicen que es muy buen hombre ese Roberto, — insinuó el señor Portal, — con el único obejeto de hacer hablar al mozo y de saber con qué clase de hombre iba a entrar en relación.

—Es la crema de los hombres de bien, señor, quería al hermano... de manera que desde la espantosa catástrofe ha quedado en la mayor tristeza.

—¿No está casado?

—Más que eso, señor. Es viudo.

—¿Tiene hijos, tal vez?

—Cuatro o cinco, entre varones y mujeres; pero todos casados, creo, y esparramados por todas partes de Francia y de Europa, de manera que casi no tenía más relación que con su hermano.

—Entonces, se comprende el desconsuelo.

—Está desesperado, señor.

—Dicen que es riquísimo

—Millonario, señor.

—Y muy inteligente; ¿no?

—¡Caramba! teniente alcalde y consejero municipal. Es cuanto hay que decir.

—Parece que es muy religioso, ¿no?

—Religioso... sí, ¡oh! sí. — respondió el mozo con una convicción equívoca: — pero no a reventar.

—Se pondera sobre todo su fuerza de voluntad y la firmeza de carácter.

—¡Oh! en cuanto a esto, una barra de hierro, cuando se le mete algo en la cabeza, ni el mismo Dios le haría ceder.

—Me gusta eso, la energía es una cosa a que doy mucha importancia.

—Pues bien, señor, si queréis ver una linda muestra no podíais ver mejor, el señor Roberto es lo qque hay de más enérgico.

—Me gustará tanto más entrar en relaciones con él cuanto que ya me inspira una gran simpatía.

—Tanto mejor si el señor lo considera bajo ese aspecto, generalmente no es ese el efecto que produce.

—¡Bah! ¿os parece?

—Sí, señor, la primera vez que se le ve, sobre todo, inspira más miedo que ganas de abrazarlo.

—Esto prueba que no es un hombre ordinario, y experimento cada vez más el deseo de conocerlo.

—¡Oh! por lo demás, es muy atento, y si lo sabéis llevar, no tendréis por qué quejaros de él.

—Vamos, ya veo que es un precioso carácter, un personaje enteramente amable, sólo se necesita dos cosas para no chocar con él, saberlo llevar y saberlo tomar. Procuraremos hacerlo.

—Es que el señor está en negocios con él tal vez?

—Sí, un negocio de alguna importancia.

—Tanto mejor para el señor, porque, lo repito, el señor Roberto es la crema de los hombres de bien, pero en cuanto a finura es lo que se llama un hombre fino.

—Decididamente, es un hombre completo.

—Es lo que se dice.

—Vamos sólo me resta daros las gracias por vuestros informes y a pediros un último servicio.

Mientras hablaba se sacó del bolsillo una moneda de cinco francos que entregó al mozo.

Este hizo un movimiento para lanzarse al mostrador.

El señor Portal lo detuvo

—¿Donde váis?

—A buscar la vuelta, señor.

—Es inútil. Es para vos.

A ese acto de munificencia, de que sólo había visto algunos ejemplos en el teatro, pero en la vida real, al menos en la suya, el mozo quedó tan aturdido como si le hubiese caído un rayo en la mano.

—El señor es muy generoso, — dijo dicidiéndose por fin a meterse la moneda en el bolsillo, y estoy a la disposición del señor para cuanto quiera ordenarme.

—Se trata sencillamente de indicarme el camino que conduce a casa del señor Roberto Doutreville.

—Voy ya hacer algo mejor, señor, voy a acompañaros, porque la noche es muy negra y no conociendo el terreno os exponéis a extrviaros veinte veces en el camino. El café está vacío, ya esta hora no va a venor nadie, voy a pedir permiso al patrón, y vuelvo...

UNA SOLA

—Una palabra... una sola palabra, y me hace usted el más feliz de los hombres...
—¡Pavo!

En efecto, al cabo de dos minutos volvía a salía con el señor Portal.

Este no tardó en reconocer que todas las indicaciones que se hnbiesen podido dar, hubieran sido efectivamente supérfluas, tan sombría era la noche y tan accidentado el camino, lleno de callejuelas y senderos angostos, que se perdían por entre las cercas y malezas entre las cuales serpenteaban.

Sin embargo, a pesar de la oscuridad, le parecía recordar que era por aquel lado por donde había arrastrado Chenu en su desesperada carrera.

Y pensaba:

—¡Quién sabe! Tal vez iba a casa de ese señor Roberto.

Después de diez minutos de camino el mozo de café, se detuvo delante de una verja y dijo al señor Portal

—Ya llegamos.

—Gracias.

—¿Queréis que llame?

—En vista de las costumbres algo monacales de ese señor, hubiera deseado entrar sin hacer tanto ruido a fin de no incomodarlo en el caso de que se hallase ya acostado y durmiendo, ahora bien ¿debe haber alguna otra entrada, además de esta grande verja?

—Sí, señor, del otro lado hay una pequeña reja que se abre por medio de un secreto que yo conozco, pues soy un poco familiar de la casa, pues una prima mía está aqui de cocinera.

—Bueno. Pues entonces hacedme entrar por ese portoncito.

El mozo dió vuelta a la propiedad y pronto llegaron a la verjita que salía al bosque.

Allí hizo jugar un resorte y se abrió la reja.

—Ya estáis servido, señor, — dijo al señor Portal.

Y hacía un movimiento para irse.

El señor Portal lo detuvo.

—Ya que conocéis la casa, — le dijo, — hacedme el favor de acompañarme adentro y así avisaréis a Juanita Lorrain que el señor Portal desea verla.

—¡Juanita Loorrain! ¡oh! la conozco, y voy a complaceros en seguida; venid.

Se metió por la calle de Tilos, que estaba negra como boca de lobo, atravesó la quinta seguido siempre del señor Portal y se detuvo al pie de un peristilo, diciéndole:

—Esperadme aquí, vuelvo en seguida.

Y desapareció en la casa, volviendo al cabo de un momento.

—¿Y...? — le preguntó vivamente el señor Portal; — ¿Juanita Lorrain?

—Os está esperando ahí.

El señor Portal subió con presteza los peldaños del peristilo, en donde, a la débil luz de un farol de color, reconoció a la tía Lorrain.

—Ya he cumplido con mi encargo, — dijo el mozo del café, — ahora me vuelvo a casa.

En cuanto se fué, la tía Lorrain empezó a subir la escalera, haciendo señas al señor Portal que la siguiese.

Un instante después los dos estaban instalados en un cuarto cerrado con doble llave.

—¿Qué tenéis que decirme? — preguntó la tía Lorrain.

—Una mala noticia.

—¿Qué hay?

—Ha muerto Pedro Chenu.

—¡Pedro Chenu muerto! — exclamó aterrorizado la paisana; — ¡imposible!

—Acabo de ver su cadáver.

—Estaba aquí no hace una hora.

—¿Y qué venía a hacer aquí?

—Ha permanecido más de media hora conferenciando en gran secreto con el señor Roberto, pero ¿qué ha pasado entre ellos? He aquí lo que no podía decir.

—¿No habéis visto ni oído nada?

—No he oído nada, pero he visto, porque antes había visto entrar furtivamente a nuestro testigo falso en las habitaciones del señor Roberto y me metí en seguida en la biblioteca, de donde creí que podría oir toda su conversación, lo que no me ha sido posible porque hablaban en voz muy baja; pero como os he dicho, he visto todo a través de una rendija.

—¿Y qué vísteis?

—He visto que Pedro Chenu entraba violentamente como un malhechor, venía todo anhelante, agitado, muy pálido y fué en seguida a correr las colgaduras de las ventanas como si temiese ser visto desde afuera.

—¿Y luego? — preguntó el señor Portal con la más viva ansiedad.

—En seguida, con un aire humilde y embarazado ha hecho un largo relato al señor Roberto, cuya cara expresaba a menudo el horror y la sorpresa.

—¿Y qué más?

—Cuando acabó de hablar Pedro Chenu se sacó del bolsillo tres o cuatro hojas de papel cubiertas de escritura y las entregó al señor Roberto quien las desdobló con aire emocionado y se puso a devorarlas con la vista.

—¡Oh! ¡esos papeles! — exclamó el señor Portal; — no sé lo que contienen, pero me parece... ¡ah! no sé cuánto daría para tenerlos.

—Esperad un poco. Cuando hubo leído todo hasta la última línea, el señor Roberto se guardó los papeles en el bolsillo, abrió la gabeta de su escritorio, sacó un legajo de billetes de banco y los entregó a Chenu.

—¡Un legajo de billetes de banco! — exclamó el señor Portal, — ¿qué signica todo esto? ¡Oh! continuad, continuad, Juanita.

—En seguida el señor Roberto salió sin hacer ruido y volvió en seguida con un pan, una botella de vino y un vaso.

—¿Para qué?

—Era para Chenu, a quien hizo tomar un vaso de vino.

—¡Ah! — hizo el señor Portal estupefacto, — ¿Chenu ha bebido?

—Sí, después de lo cual han salido juntos llevándose Chenu el pan y el vino.

—¿Y esto es todo?

—De ninguna manera. Todavía no conocéis lo más curioso del asunto.

—Decid pronto, pues.

—Al cabo de cinco minutos el señor Ro-

berto volvió, entonces se sacó del bolsillo los papeles que le había entregado Chenu, fuego, así que los hubo recorrido otra vez sumamente agitado, los ha estrujado con fuerza y los arrojó al fuego.

—¡Esos papeles que acababa de pagar con un atado de billetes de banco, echarlos al fuego! ¡Oh!, bien decía yo que debían conneter algo de terrible!

—Pues bien, — dijo la tía Lorrain, — esos papeles están en mi poder.

XXXIV

PAPELES QUEMADOS

A estas últimas palabras, el señor Portal dió un salto en su asiento, todo estremecido de impaciencia, y aproximándose a la vieja paisana:

—¿Decís que tenéis estos papeles? — exclamó.

—Sí, los tengo.

—Entonces os equivocábais hace un momento al decirme que habían sido echados al fuego.

—No me equivocaba.

—¿Y entonces?

—¡Y bien! entonces, es que los saque del fuego.

—No comprendo nada.

—Tan pronto como los hubo echado a la chimenea el señor Roberto, salió del gabinete frotándose las manos, como si se hubiera felicitado de lo que acababa de hacer; entonces yo abrí apresuradamente la puerta de la biblioteca, corrí a la chimenea, y viendo que los papeles esaban demasiados retorcidos para poder arder y sólo se habían quemado en parte, los saqué en seguida de la chimenea, y los apagué con las pies.

—¿Y los tenéis por fin?

—Allá en mi cómoda en donde los encerré hasta que viniérais vos, y ni siquiera los he mirado, persuadida de que nunca hubiera llegado a descifrarlos sin vos.

—Dadme, dadme pronto, Juanita; cuando pienso en todas las circunstancias que rodean este asunto, no me queda ninguna duda de que esos papeles se relacionan con el drama de Vaudray, y que deben contener detalles que servirán para ilustrar la justicia sobre....

Se interrumpió de repente, en seguida, golpeándose la frente, como asaltado por una súbita inspiración.

—¡Sí, eso es, es es! — exclamó, — ya no me queda ninguna duda al respecto, está claro y probado hasta la evidencia.

—Pero ¿cómo lo podéis saber? — le preguntó la tía Lorrain, sorprendida del transporte de alegría de que veía presa al señor Portal.

—¿Sabéis cuáles han sido las últimas palabras de Pedro Chenu, antes de morir? Dijo a su mujer con recomendación de que divulgase esta confesión: Hay un hombre que conoce al asesino, al verdadero asesino del señor Doutreville y ese hombre es su hermano Roberto.

—¿Ha dicho eso? — preguntó Juana.

—Son sus propias palabras, yo las tengo de la misma Catalina Chenu, por lo demás, al reflexionar en ello, uno se sorprende de la concordinancia que hay entre esta confesión y todo lo que pudistéis observar de la escena que ha pasado entre Pedro Chenu y el señor Roberto. — Vedlo si no, Chenu declara que el señor Roberto conoce al verdadero culpable y una hora antes él había entregado a ésta una especie de manuscrito de la mayor importancia, puesto que se ha pagado por él muy caro doce o quince mil francos tal vez.

—En efecto, esto es muy sospechoso, — dijo la tía Lorrain.

—Todo es sospechoso, misterio e inexplicable en lo que ha pasado entre estos dos hombres. Por ejemplo, ¿cómo explicar el paso de Pedro Chenu que viene a visitar al señor Doutreville, al hermano de la víctima, hablando largamente con él, y entregándole un manuscrito que, evidentemente, se relaciona con el asunto por el cual va a ser perseguido como testigo falso? ¿Cómo explicar la conducta del señor Roberto que paga por el manuscrito una fuerte suma, y que lo echa en seguida al fuego tan pronto como Chenu ya no está presente? ¿Qué pensar, en fin, del tenebroso desenlace de este asunto, que termina con el fallecimiento de Chenu, quien muere envenenado media hora después de haber bebido un vaso de vino que le sirvió el señor Roberto Doutreville?

—¿Es posible? — exclamó Juana aterrada.

—Vos misma, ¿no habéis visto llenar el vaso de vino?

—Es cierto, lo he visto.

—Y ese vaso, no lo apuró Chenu a vuestra misma vista?

—También es verdad.

—Pues bien, media hora después llegaba a su casa presa de los más atroces dolores y exhalaba el último suspiro con los más evidentes síntomas de un envenenamiento.

—¡El! ¡el señor Roberto! — exclamó la tía Lorrain con un gesto de horror. El habría.... oh! no! es imposible!

—Yo no acuso a nadie. Yo os digo lo que he visto, y busco la explicación. Pero no es esto todo, otro hecho no menos misterioso y no menos significativo acabo de pasar a mi vista en casa de Chenu. Cuando iba a entrar allí, lo he visto presa de las más crueles torturas, tomar una azada para cabar al pie de un árbol de su jardín, apercibirse que ya había sido abierto un agujero allí mismo, y desesperarse en voz alta al ver que habían sustraído de allí un objeto que él mismo había enterrado y cuyo descubrimiento acarrearía su pérdida. Ahora bien, ¿qué objeto podía ser ese cuya desaparición le causaba tan viva inquietud a no ser un indicio palpable de su falso testimonio de la inocencia de Carlos d'Estarbés y quién sabe si también alguna elocuente declaración relativa al culpable verdadero? Todo esto no son más que suposiciones, pero que adquieren casi un carácter de certidumbre, si se piensa en que Pedro Chenu, perseguido ya y a punto de ser arrestado bajo la imputación de testimonio falso, debía tener por única preocupación, esconder o destruir todas las pruebas que pudie-

tan acusarlo. Para mí, pues, está fuera de duda, que la luz debía brotar de esa pieza tan cuidadosamente enterrada por Chenu, pero ¿dónde está preciosa prenda? ¿Quién pudo venir a revolver ese rincón de tierra y llevarse ese misterioso objeto, que es evidente que no podía tener valor, sino para las personas comprometidas en este asunto? Tal es la cuestión que me planteo desde que he salido del domicilio de Chenu; tal es el problema cuya solución busco con la mayor ansiedad... Y ¡circunstancia rara y misteriosa! El individuo que ha dado este golpe lo ha ejecutado tan pronto como ha salido Pedro Chenu de su casa, el cual, habiendo clavado primera la azada en la tierra, decidió de repente aplazar la operación hasta el regreso de la casa del señor Roberto, lo que me prueba que ese individuo debía estar allí, en acecho, espiando incesantemente la ocasión que ha aprovechado con demasiada audacia y oportunidad para que dude en ver en él, al hombre que estaba más interesado en hacer desaparecer aquella pieza comprometedora, es decir, el mismo criminal....

—Esto es muy posible, — dijo Juanita convencida por la lógica de estas deducciones no puede ser sino él, pondría mis manos al fuego.

—Pero ese hombre, ese gran criminal, ?quién es? ¿cómo encontrar su pista?

—Sí, tal es la dificultad.

—Y es tanto más difícil, cuando que se trata de un hombre a la vez hábil, audaz, vigilante, sin cesar en acecho y en guardia, como lo demuestra este golpe que acaba de realizar en la quinta de Chenu. De modo que, ved en la situación en que nos hallamos; somos tres personas, vos, yo, y Catalina Chenu, que podemos en plena conciencia y con la mayor certidumbre afirmar la inocencia de Carlos d'Estarbés, que tenemos pruebas morales que equivalen a testimonios materiales, que, por mi parte, casi he visto en acción al verdadero culpable que venía a desenterrar una prueba terrible para él, puesto que vino, se puede decir, pisándome los talones, y somos impotentes para ilustrar a la justicia y no podemos arrancar del cadalso al infeliz cuya inocencia nos consta.

—¡Oh! sin embargo, es menester que lo salvemos — dijo Juanita resueltamente.

—Nos queda una esperanza, una probabilidad de salvación, — dijo el señor Portal.

—¿Cuál es?

—Los papeles que habéis salvado del fuego.

—Tenéis razón.

La tía Lorrain corrió a su cómoda, tomó de un cajón los papeles que había encerrado y los trajo a la mesita donde estaba la vela que alumbraba el cuarto.

Como dijimos, las cuatro hojas habían sido retorcidas juntas, de manera que sólo se habían consumido las extremidades de las hojas.

Pero lo que quedaba estaba negro, duro, quebradizo y carbonizado en ciertos parajes y todos los pliegues del papel estaban tan perfectamente incrustados y unidos uno con otro, que las cuatro hojas sólo formaban un todo absolutamente indivisible.

El señor Portal examinaba fríamente aquella pieza, bastante parecida a una petrificación, en tanto que la tía Lorrain la contemplaba con expresión de un profundo desaliento.

—¡Señor! ¡Jesús! — murmuró por fin; — eso no es un papel, es un carbón. Imposible de sacar nada en claro de esto, ni siquiera se distingue una letra. Es absolutamente como si nada tuviéramos entre las manos.

—La verdad es, — dijo el señor Portal muy preocupado — que no distingo gran cosa. — ¿Tenéis aquí un vaso de cristal?

—Nunca he teindo nada de eso.

—¡Es lástima! tal vez hubiera podido...

—¡Ah! ¡esperad!... esperad un poco — exclamó vivamente la paisana. Creo que tengo lo que necesitáis.

Y diciendo esto tomó la vela, salió de su cuarto, que estaba en el segundo piso, y bajó al primero, volviendo al poco rato.

Traía en la mano un pisapapeles de cristal, una especie de bola aplastada, cuyo centro estaba lleno de flores de todas formas y colores, igualmente de cristal.

—Tomad — dijo ella; — esto aumenta enormemente. Yo lo reparé un día que miré unas letras a través de ésto.

El señor Portal tomó el pisapapeles, lo aproximó a los papeles quemados, pegó la vela y los miró con atención.

Entonces, en aquel fondo negro, que un momento antes sólo le ofrecía un caos de informes caracteres casi invisoibles, logró a fuerza de paciencia, distinguir primero algunas letras, luego tal y cual palabra aquí y allá.

—¿Y bien? — le preguntó Juanita, que con la vista fija en él, esperaba con ansiedad el resultado de aquel estudio.

—Y bien, empiezo a entrever algo.

—¡Oh! leed, leed pues, señor.

El señor Portal leyó, o más bien deletreó las siguientes palabras:

"Saliendo... de ... cuarto... tarbés.... entró entonces. el hombre negro, sumió puñal... garganta... cuchillo.. el mismo... mesa.. convicción."

—¿No prueba todo esto?—murmuró Juanita desesperada.

—No os desalentéis, Juanita, — exclamó el señor Portal con la mirada radiante de confianza; la química tiene preciosos secretos; a ella es a la que voy a dirigirme para desenvolver a estas hojas de papel, su forma, su y hecho esto, os juro que lograré descifrar el elasticidad y después de despegarlas una de otra, y hecho esto os juro que lograré descifrar el misterio que encierran.

XXXV

LA BELLA MARTINA

Dos días después de los acontecimientos que acabamos de referir, encontramos al señor Roberto Doutreville en el mismo gabinete en que había tenido con Chenu aquella esce-

na que conocen nuestros lectores.

Era a la caída de la tarde.

Iba a llamar para que le trajesen luz, cuando sintió que golpeaban la puerta.

En el modo de llamar comprendió que no podía ser ni un amigo, ni ninguno de sus sirvientes.

Eran dos golpes discretos y tímidos, que revelaban evidentemente la mano vacilante de un inferior, de algún pobre hombre, tal vez, porque en su doble calidad de teniente alcalde y de millonario, el señor Roberto estaba expuesto muy a menudo a visitar de esta clase.

No era indudablemente de su agrado, porque respondió con un acento seco y duro:

—¡Entrad!

Se abrió una puerta y entró una mujer.

Era una paisana.

¿Era joven o vieja? Es lo que hubiera sido imposible de reconocer bajo el amplio manto de lana negra que la cubría casi enteramente, y cuyo capuchón echado encima la cabeza, ocultaba casi por completo sus facciones, precaución perfectamente justificada por el estado de la temperatura, porque ese día hacía un frío cuya intensidad era todavía aumentada por un viento vivo y seco.

—¿Qué queréis? — le preguntó el anciano con un tono breve y malhumorado que reservaba para los pobres y los pretendientes.

—Esto es lo que hay, señor, — respondió tranquilamente la paisana, entregándole una carta que se sacó del bolsillo de su pollera.

Doutreville le tomó bruscamente la carta de las manos, rompió el sobre y echó una rápida mirada sobre las primeras líenas, convencido de que se trataba de algún pedido de socorro o cosa por el estilo.

Pero su fisonomía cambió repentinamente de expresión al reconocer que se había equivocado.

—¡Ah! — dijo con un tono casi afable,— ¿con que venís de mi chacra de las Coudaies?

—Sí, señor — respondió la paisana haciendo una reverencia.

—Está bien, sentáos.

La paisana fué a sentarse en una silla que había arrimada a la pared en el rincón más oscuro del gabinete.

Entonces Doutreville se puso a leer la carta con la más profunda atención, porque hablaba de negocios, cosecha, reparaciones, etc.

Cuando acabó de leerla toda, la recorrió de nuevo para penetrase bien de todo lo que contenía, como hombre prudente acostumbrado a negocios serios; luego, volviéndose a la campesina:

—El tío Morel me asegura que todo anda bien por allá, — le dijo — y añade que vos me daréis algunas noticias.

Pero la palabra expiró repentinamente en sus labios, al aspecto de la paisana, quien habiéndose echado el capuchón negro sobre los hombros, mostraba ahora la cabeza enteramente libre.

Era una magnífica cabeza de trigueña, toda fresca y radiante de salud, con unos ojos negros y aterciopelados, una frente espaciosa y bien dibujada, tez lustrosa, pero vivamente coloreada en las mejillas por la sangre joven y ardiente que parecía verse circular por debajo de la epidermis.

Una espléndida cabellera negra, de la que el viento había hinchado las tupidas hondas, encuadraba con una amplitud y una gracia salvaje aquella cara superba, a la que una expresión de agreste sencillez daba un carácter de encanto original.

Doutreville, que primero creyó habérselas con una campesina vulgar, quedó petrificado delante de aquella mujer como en presencia de una aparición.

Esta, por su parte, lo miraba a él, inmóvil y muda, sorprendida de su estupor y pareciendo no comprender nad de aquella especie de turbación que parecía invadido.

—¿Qué es lo que tenéis, pues, señor? — le dijo ella por fin con un acento de terror que completaba su tipo de franca e ingenua aldeana; — sin comparación, tenéis un aspecto asustado como un pajarito bajo la vista del gavilán.

Doutreville no respondió.

No había aún vuelto en sí de su sorpresa.

—¡Ah! — dijo al fin — es que primero no os había visto la cara y no creí tratar con una mujer tan... joven.

—¡Oh! no es preciso tomarse por una muchacha, señor. No le parezco, pero no ando muy lejos de los treinta.

—¡Treinta años! y bien, os aseguro que estáis muy lejos de aparentarlos, señorita... o señora.... porque después de todo, ignoro quién sois.

Martina Gervaisot, y me quedé soltera hasta hoy, porque, aunque campesina, y bien los paisanos no me gustan y prefiero no casarme, que hacerlo con un aldeano sin maneras sin...

—¿Y sin fortuna?

—No, no es eso, no tengo el corazón interesado, pero me gustan los buenos modales y el lenguaje esmerado. De manera, que allá abajo, en el pueblo, me encuentran orgullosa.

—¿Entonces estáis acomodada allí en la chacra de Coudraies?

—Justamente.

—Es extraño. Me parece haberos visto ya en alguna parte.

—Y yo también recuerdo haberos visto, — replicó Martina con una sonrisa que dejó ver dos hileras de dientes blancos y resplandecientes.

—¡De veras — exclamó el viejo con singular vivacidad.

—¡Oh! sí, y podría hasta deciros el mes y el día, y hasta la fecha, porque me acuerdo como si fuera ayer.

—¿Tenéis tan buena memoria como todo eso?

—No, siempre no; pero, en fin, de esto me he acordado, la prueba es que fué en el setiembre último, el 18 del mes y día sábado, justamente ocho días después del accidente sucedido al otro Doutreville hermano vuestro.

—Esperad pues... yo me acuerdo también — dijo el viejo yendo a sentarse cerca de Martina para reunir sus recuerdos viéndola de más cerca; — era una noche,

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

—Sí, señor — respondió la paisana, toda confusa y avergonzada de verse tan cerca de Doutreville.

—Volvíais de trabajar del campo con otras cinco o seis muchachas?

—Precisamente, señor.

—¿Teníais los brazos desnudos?

—A causa del calor, es cierto, señor.

—Hasta me parecieron muy hermosos.

—¡Oh! — dijo Martina con indiferencia, — son robustos y nada más.

—¿Cómo no me acordé en seguida de vuestra casa? Yo me acordé mucho.

—Lo mismo que yo, — repuso Martina sonriendo de nuevo.

—¡Cómo! — exclamó el viejo inclinándose hacia la bella paisana, como bajo el imperio de una fascinación irresistible, — ¿habéis pensado en mí, bella Martina?

—Tal como os lo digo, y hasta hablé con mis compañeras, que se reían de mí, no sé por qué.

Doutreville guardó silencio.

Sin reparar en ello, se había inclinado de tal modo encima de la joven, que sus labios casi le rozaban el cuello, un cuello trigueño y ligeramente bronceado y en el que jugaban algunos rizos de sus negros y lustrosos cabellos.

Hubiera sido difícil imaginar una belleza más lujuriosa, más espléndida desarrollada, rebosante de salud, más irresistiblemente excitante que aquella fresca y magnífica paisana; de manera que, al cabo de aquellos diez minutos de conversación, el viejo, poseído de un vértigo, que le quitaba a la vez la razón y la voluntad, cedió por fin a la tentación que hasta entonces tuvo tanto trabajo en contener. Dió un brusco movimiento hacia adelante para aplicar los labios sobre aquel cuello tan exuberante, tan puro de forma y tan rico de tono que lo atraía irresistiblemente.

Pero esa astucia, sea casualidad, el caso fué que en el momento en que la iba a besar, la bella Martina estaba del lado opuesto para sacar una canasta de entre los anchos pliegues de su manto, y se la presentaba a Doutreville diciéndole con el tono más tranquilo y más natural del mundo.

—Tomad, señor, ved lo que os traigo.

Eran dos pichones de perdiz que se veían revolotear dentro de una canasta de mimbre.

—¿De parte de Morel? — dijo Doutreville con una sonrisa forzada, violentándose para recobrar su sangre fría.

—¡Cómo! Martina, sois vos la misma la que os acordasteis...

—¡Caramba! señor, yo sé que los parisienses se mueren por estas avecitas; entonces, cuando el señor Morel me dijo ayer que hoy tenía que enviarme a Chaville para traeros esta carta y recibir vuestras órdenes, entonces compré estos dos pichones a un vecino, pensando: ?

—Esto será del agrado del señor Doutreville.

—Esto me hace muy feliz, mi bella Martina, y os doy las gracias, — respondió el viejo tomándole la mano, que se admiró de encontrar tan pequeña, fina y modelada como la mano de una duquesa.

Mientras él la miraba todo estupefacto, Martina se la retiró sin afectación, y levantándose, dijo:

—Voy a llevar esto a la cocina, porque ya lo veis, me he de llevar la canasta.

—Id y quedáos a comer, Martina. Voy a llamar a Teresa para recomendarle que os trate bien.

—Sois muy amable, señor.

Y añadió con una sonrisa que acabó de trastornar al viejo:

—¿Y no se os verá pronto por Coudrais, señor?

—Dentro de pocos días — respondió vivamente Doutreville.

—Me alegraré mucho

Y salió con su canasta.

El viejo iba a tirar de la campanilla para hacer venir a la cocinera, cuando se presentó el sirviente:

—Señor — le dijo — ahí está un señor que desea hablaros

—¿Cómo se llama?

—El señor Portal.

—No sé quién es; en fin, hacedlo entrar

XXXVI

DE POTENCIA A POTENCIA

El señor Portal fué introducido inmediatamente junto a Roberto Doutreville.

Cuando entró en el gabinete, dejó caer en este último una mirada incisiva y penetrante que escudriñaba el alma como un rayo de luz y analiza a un hombre por completo con un solo golpe de vista

Le llamó sobre todo la atención lo que leía en él de fría resolución y de voluntad inflexible en aquella cabeza angulosa, y en seguida comprendió que era un combate terrible el que iba a entablar con semejante hombre.

—Sentáos, señor — le dijo Doutreville, mientras lo examinaba él también por su parte. — y decidme lo que os trae.

El señor Portal se sentó.

—Señor. — dijo al viejo que lo miraba y lo escuchaba con una frialdad capaz de desconcertar a acualquier otro hombre; — vengo a hablaros sobre una persona por la cual os interesáis tanto como yo mismo.

Hizo una pausa para dejar a su interlocutor el tiempo de replicar, pero éste, siempre impasible, se contentó con resonder por medio de un movimiento de cabeza que podía interpretarse así:

—Continuad; yo hablaré cuando sepa de qué se trata.

—Decididamente, es un rudo gladiador, — penhaba el señor Portal, — afortunadamente que tengo las bases en mi poder.

Y repuso:

—Esta persona es el señor Carlos d'Estarbés, a quien habéis manifestado siempre y hasta últimamente en el tribunal supremo que ha pronunciado su sentencia, una simpatía que me hace augurar bien sobre el éxito del

paso que doy en este momento.

Igual signo de cabeza de Doutreville, que no teniendo que responder todavía a ninguna pregunta directa, se contentó con guardar silencio todavía.

—Carlos d'Estarbés es inocente y vos lo sabéis, señor.

Esta vez Doutreville no podía prescindir de manifestar su opinión.

—Lo he creído mucho tiempo, señor — respondió; — quisiera creerlo todavía ahora, porque como vos mismo habéis dicho, siempre experimenté una viva afección por ese joven; pero la justicia se ha pronunciado, y aun cuando sangre mi corazón, tengo que inclinarme ante la sentencia.

—La justicia es administrada por hombres, señor y los hombres están sujetos a error.

—Convengo en ello, señor, pero los errores judiciales son tan raros, tan excepcionales, la justicia se rodea det antas precauciones cuando tiene que pronunciar una sentencia tan grave, que no es permtiido a nadie creer en la inocencia de quien ella ha creído deber condeanr, después de prolongados y serios debates.

—Saliendo de un hombre que profesa a Carlos una afección tan sincera, — replicó el señor Portal, — esta opinión, de vuestra parte, prueba un sentimiento de imparcialidad y una austeridad de principios que nunca se podrían alabar bastante, y delante de los cuales me inclinó con mucho respeto, aunque sin renunciar a convenceros de la inocencia de vuestro joven amigo.

—No pido otra cosa, señor; sería para mí una alegría inmensa poder adquirir semejante convicción; hablad, pues, os escucho.

Pero estas palabras fueron pronunciadas con un tono que anunciaba, por el contrario, por parte del viejo, una irrevocable resolución de no dejarse persuadir.

El señor Portal continuó así:

—Participo de vuestra opinión, sobre la casi infalibilidad de la justicia, pero permitidme una observación sobre qué se forma la opnión de los jurados? ¿En qué manantial beben los reflejos que deben iluminar su conciencia y determinar su juicio? En las declaraciones de los testigos, a cuya sinceridad apelan y que vienen a declarar en su presencia lo que han visto y oído relativamente al asunto sobre que tienen que pronunciarse. Ahora bien; supongamos que entre estos testigos, árbitros supremos del acusado, se encuentre un hombre bastante infame para levantar contra el acusado un testimonio falso. ¿A qué vienea quedar reducida en este caso la infalibilidad de la justicia, que no tiene más base para conocer la verdad que la palabra de aquel hombre?

Y bien, señor, he aquí precisamente, el caso en que nos encontramos hoy. Hay un testigo falso que ha mentido a la justicia, y cuya declaración, pagada por el verdadero culpable, ha dictado la sentencia del jurado.

—¿Y vos creéis eso, señor? — preguntó Doutreville con una vaga expresión de ironía.

—Estoy convencido de ello, señor, y como acabo de decíroslo, espero haceros participar de tal sentimiento.

—Y yo, señor, conforme os he declarado no pido otra cosa sino ver brillar la inocencia de mi joven amigo d'Estarbés; dame, pues. pronto la prueba de este falso testimonio.

—Vamos — dijo entre sí el señor Portal — ya temos las espadas cruzadas.

Y continuó:

—Empezaré por nombraros al testigo falso, que no es otro que Pedro Chenu.

—¡De veras! Entonces, señor, es preciso confesar que teneis poca suerte; descubris ese testigo falso precisamente en el el momento de su muerte, lo que poco adelanta los asuntos de ese pobre Carlos, puesto que ya Chenu no está aquí para retractarse de su testimonio falso y nobrar al miserable que había comprado su conciencia es decir, al verdadero culpable.

—Su presencia no es necesaria y los vais a comprender; él declaró haber visto a Carlos d'Estarbés en el momento mismo en que el carruaje de Vacheux pasaba por delante de su casa, y esa noche, así como la precedente y dos o tres más siguientes. Vacheux estaba enfermo en cama.

—¿Y vos teneis la prueba?

—Palpable.

—¡Ah!

—Es por esto que anteayer se expidió un mandamiento de prisión contra Pedro Chenu, como no podeis ignorarlo.

—¡Yo! ¿Y cómo quereis que sepa?...

Por muchas razones; en primer lugar aunque no fuera más que por vuestra calidad de teniente alcalde.

—¡Si es eso todo cuanto teneis que invocar contra el juicio que condena al desgraciado Carlos!...

—Esto es ya mucho, por más que digais, señor; pero tengo algo mejor que esto.

—Me felicito por ello, señor.

—Así me parece, y continúo, animado por la alegría que os proporciono. He aquí, pues, los diversos descubrimientos que he hecho espiando los pasos y las vueltas de Pedro Chenu, a quien no perdía de vista desde la condena de Carlos d'Estarbés. Hace dos días como a las siete de la noche al oscurecer, salió de su casa y se trasladó primero a Chaville, entró en el café de la Paz, del que volvió a salir en seguida, espantado, al saber que era perseguido, y ganaba, siempre corriendo, el domicilio de un personaje, que desde luego sospeché sería el verdadero asesino del señor Doutreville, vuestro hermano.

El señor Roberto tuvo un estremecimiento que reprimió en seguida, pero que no escapó al señor Portal.

Fingió no haber notado nada y continuó:

—Empezó por cerrar las colgaduras de la ventana, por temor de ser visto desde fuera y luego hubo una larga conversación entre los dos hombres, conversación muy interesante, porque era la relación exacta y circunstanciada del drama de Vaudray.

Presa de estupor a estas palabras, Doutrevilel clavó de repente en el señor Portal

una mirada en la que se reflejaba la violenta emoción que se acababa de apoderar de él.

Después de una pausa, el señor Portal continuó con la mayor tranquilidad.

—El interlocutor de Pedro Chenu estuvo escuchando aquel relato con un interés mezclado de ansiedad, y hasta a veces de espanto. Cuando hubo referido todo, Chenu se sacó del bolsillo cuatro hojas de papel escritas por completo y se las entregó al anciano, porque me olvidé de advertiros que su confidente era un anciano, el cual después de enterarse de aquel escrito, que parecía causarle una impresión tan viva como desagradable, sacó de su escritorio un legajo de billetes de banco y se los entregó a Chenu en cambio de su manuscrito.

Roberto Doutreville estaba aterrado.

La emoción era tan fuerte, su estupor tan completo, que su energía y su fuerza de voluntad se abismaron un instante bajo aquel golpe imprevisto.

No obstante, en aquella especie de aturdimiento bajo el que estaba aplastado, encontró la suficiente cangre fría para permanecer callado, comprendiendo vagamente que toda comedia le era imposible en aquel momento y no haría sino traicionarlo.

El señor Portal lo miraba fríamente, gozando interiormente con la espantosa angustia en que lo veía agitarse y que no lograba disimular, a pesar de los esfuerzos sobrehumanos que debía intentar para conseguirlo.

—¡Y bien! señor, — le dijo por fin, — ¿qué opináis del valor de estos descubrimientos? ¿Creéis que no sean estas, pruebas palpables de la inocencia de Carlos d'Estarbés, y de la existencia de otro culpable ocultándose en la sombra, en donde espera cobardamente el día en que el inocente pague con la cabeza el crimen que ha cometido él, el miserable?

Roberto Doutreville era de un temple poco común, y lo probó recobrando rápidamente su sangre fría y la lucidez de espíritu de que tanto necesitaba en semejante y terrible circunstancia.

—Habéis hecho descubrimientos curiosos, en efecto, — respondió; — uero falta alguna cosa; permitdme, pues, llenar la laguna dándonos a conocer el nombre de la persona en cuya casa pasaba la misteriosa aventura que acabáis de referirme.

—¡Ah! — hizo el señor Portal muy intrigado, — ¿conocéis entones esa persona?

—Muy íntimamente, puesto que soy yo mismo.

Hubo una pausa; el señor Portal pensaba: En lugar de esperar el macanazo con que pensaba aplastarlo, él se anticipa a recibirlo; decididamente es muy fuerte.

Doutreville comprendió que acababa de obtener una ventaja. Se apresuró a aprovecharse de ella, añadiendo en seguida:

—Y ahora, señor, decidme cómo encontrais en esas presuntas pruebas algo de "palpable", dando a esta palabra su acepción rigurosa libertad.

—Lo que yo llamo palpable, — replicó el señor Portal, — es, en primer lugar, la receta del médico que atestigua que Vachxue estaba en cama y muy enfermo la noche en que Pedro Chenu pretende haberlo visto pasar.

—Esto no me importa; ¿qué más hay?

—¿Qué más? — dijo el señor Portal dirigiendo a su adversario una mirada modestamente triunfante; esas cuatro hojas escritas que os ha entregado Chenu.

Doutreville lo aplastó bajo una mirada sardónica.

—En cuanto a esa prueba "palpable" — le dijo con tono burlón, — os desafío a que la mostreis.

—¿Per qué? — preguntó el señor Portal con la misma sonrisa burlona.

—Por que está quemada.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

—Y bien, aquí teneis una copia. En casa tengo el original.

Y sacándose del bolsillo cuatro hojas de papel escritas, las entregó a Doutreville.

XXXVII

EXPLICACIONES

No hay expresión capaz de traducir el efecto que produjeron en Roberto Doutreville las últimas palabras del señor Portal y la vista de las cuatro hojas que acababa de entregarle.

Eran en un todo semejantes a las mismas que le había dado Pedro Chenu, sobre las que parecía haber sido imitadas intencionalmente.

El mismo formato, el mismo tinte azuloso, la propia disposición de las líneas muy espaciadas, igual calidad de tinta, de un negro algo blancuzco.

Salvo la forma de los caracteres eran absolutamente idénticas.

Se las miró algunos instantes con vista atontada y sin parecer rendirse cuenta de lo que tenía entre las manos.

—Y bien, señor, — le preguntó Portal, — ¿creeis que se pueda llamar esto una prueba palpable?

—Es imposible, — murmuró Doustreville, — esto no puede ser una copia de las otras, puesto que aquellas fueron quemadas.

—Sin duda os acordais de su contenido; pues bien, leedlas y juzgareis vos mismo.

Era la copia exacta de la que había echado al fuego.

Ahora ya sabía a qué atenerse y no era posible dudar.

No obstante, continuó leyendo, no para acabarse de convencer, sino para tomarse tiempo de reponerse de la impresión que acababa de trastornarlo y buscar los medios de parar aquel terrible golpe.

Mientras fingía leer se hacía esta reflexión:

—¿Cómo el escrito ue yo he echado al fuego y he visto arder con mis ojos puede hallarse en poder de ese hombre? He aquí lo que no puedo comprender y lo que tampoco me he permitido poner en duda por inexplicable que parezca; sería insen-

sato negar lo que toco con las manos. ¿Qué hacer entonces?

Reflexionó todavíéa algunos momentos con la vista fija en el papel que parecía leer; luego, levantando la cabeza y mirando friamente a su interlocutor:

—Señor, — le dijo, — me parece que entre nosotros están singularmente invertidos los roles y que en vez de responder a vuestras preguntas, soy yo quien debería sorprenderme y pediros cuenta del vergonzoso espionaje que ejerceis alrededor de mi persona.

—Os daré todas cuantas cuentas os plazca, señor, cuando haya llenado la misión que me he impuesto de salvar a Carlos d'Estarbés, entregando a la justicia el verdadero asesino de vuestro hermano, es decir, ese mismo de quien se trata en este escrito y a quien vos conoceis.

—¡Yo! ¿que yo conozco?... ¿y qué os hace suponer?...

—No supongo nada, afirmo.

—Pero, en fin, ¿en qué basais esa afirmación?

—En la palabra de un hombre que lo ha declarado en la hora suprema en que nadie miente, algunos instantes antes de exhalar el último suspiro.

—¿De quién habais?

—De Pedro Chenu, que sintiéndose morir y comprendiendo, en el momento de comparecer delante de Dios, todo el horror del crimen de que se hizo culpable para con el desgraciado Carlos d'Estarbés, ha dicho a su mujer que vos conocíais al verdadero culpable y le ha recomendado que lo repitiese.

—Pedro Chenu hacía alusión en este escrito a él y a auqél a quien llama el hombre negro.

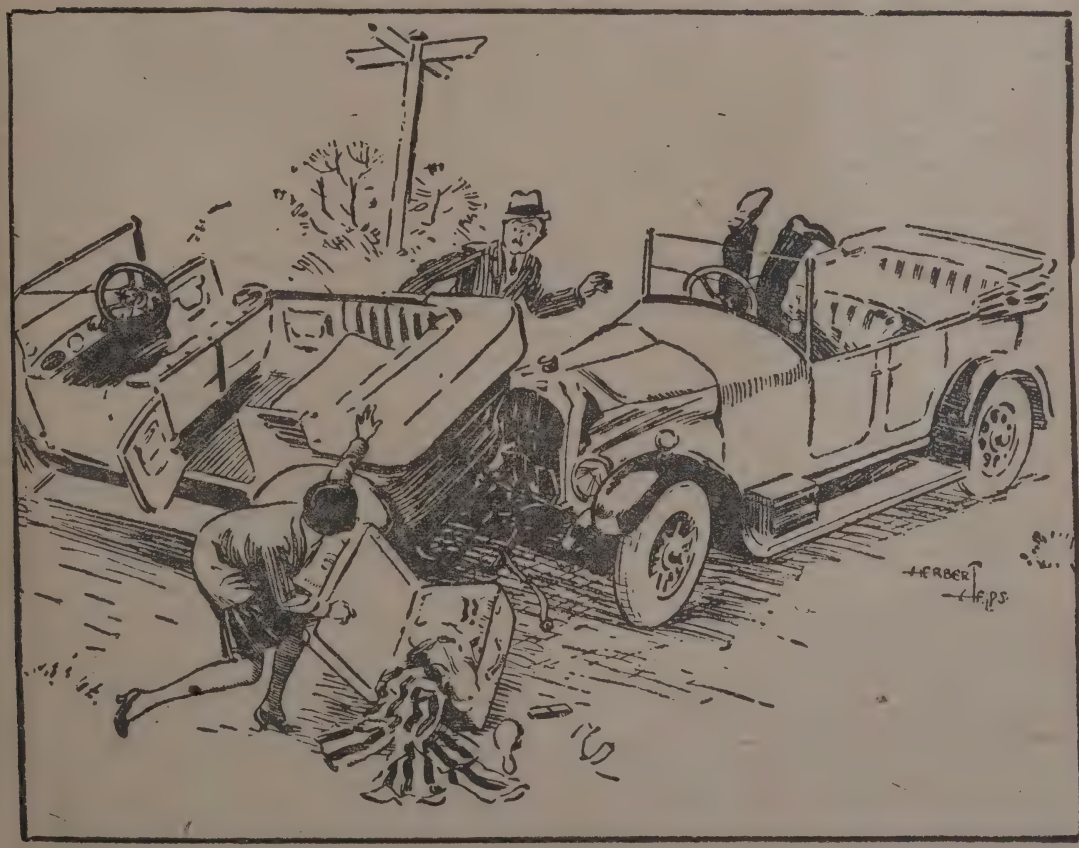
—Y ese hombre que se ocultaba bajo una máscara y una capa para introducirse en el castillo de Doutreville, de quien debía ser pariente o amigo, como lo atestiguan las infinitas precauciones de que se rodeaba para no ser reconocido por él, ees hombre ¿no sospechais quién puede ser?

—No lo sospecho: lo sé.

—¡Ah! — hizo el vivamente el señor Portal.

—Sí, señor; sé que ese misterioso perso-

COQUETERIA



La esposa (después del choque: — Espera un minuto, Guillermo. No lo saques antes de que yo te haya puesto el pyjama nuevo.

naje, es un ser imaginario inventado por Chenu.

Portal miró fijamente a su interlocutor. Después de un momento de silencio, repuso:

—Entonces, ¿Pedro Cheno había inventado igualmente todos los detalles del crimen y hasta el rol representado por el mismo?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Y esto con el único objeto y el solo placer de subir al patíbulo?

—No, — replicó Doutreville con aquella expresión irónica que acentuaba aun mas la dureza de su fisonomía, — no era ese el objeto que se proponía.

—No obstante, ese hubiera sido el resultado a que hubiera llegado con esa extraña e inexplicable comedia.

—Extraña, es posible; pero inexplicable, no.

—Supongo que habeis encontrado una explicación de ese misterio, y confieso que me gustaría conocerla.

—Voy a satisfacer vuestra curiosidad, señor, no por seros agradable, en lo que no tengo empeño absolutamente, sino en interés de ese pobre Carlos, a quien prepararíais la más cruel de las torturas, haciéndole concebir una esperanza que muy pronto quedaría destruída.

—En efecto, señor, esa sería una terrible decepción de la que no me consolaría en toda mi vida. Decidme pues, la verdad sobre este singular manuscrito, respecto del cual yo me apresuré quizás demasiado en ver la salvación de vuestro joven amigo.

Y como el viejo intentaba hablar:

—Os escucho con el mayor interés, señor, — añadió el señor Portal. — Se trata del honor y de la vida de un hombre cuyas horas son contadas; dispensadme, pues, si os impulso a explicaros; porque ya sea que vuestra explicación me pruebe la inocuidad del descubrimiento que creo haber hecho, sea que surja para mí una convicción más y más profunda de la inocencia del acusado, no tendré ni un minuto que perder para ocuparme de este infortunado.

—Comprendo esto perfectamente, señor, y he aquí la explicación. En cuanto al falso testimonio de que lo acusan, Chenu se defiende enérgicamente.

—¡Cómo! — exclamó el señor Portal, — ¡si en ese mismo escrito lo ratifica!

—Pero si es precisamente la explicación de ese escrito lo que os voy a dar. Oidme pues.

—Es cierto; continuad.

—Lo que nadie puede negar, ya que lo he confesado él mismo, es la presencia del acusado en el castillo de Vaudray la noche del crimen, y las intenciones de que se hallaba animado respecto de mi hermano, en cuyo aposento se introdujo furtivamente provisto de un revólver.

—Sí; después del infame atentado cometido por Doutreville sobre su mujer, es decir, entre las tres y las cuatro de la madrugada.

—Esto es lo que afirma al menos, y lo que debe afirmar para su defensa; pero Chenu sostiene lo contrario, y se apoya, respecto de la hora, en el ruido de los cascabeles del coche de Vacheux que oyó en aquel momento. Vacheux estaba enfermo dicen. Enhorabuena; entonces sería otro coche el que pasaba a la hora en que acostumbra pasar el de Vacheux, y nada más.

—Perfectamente. Lleguemos al punto importante: a la explicación del manuscrito de Pedro Chenu.

—Con mucho gusto. Conforme os lo han referido vuestros espías, Pedro Chenu vino a encontrarme anteayer y he aquí la conversación que tuvimos. Os la reproduzco textualmente.

—Señor Roberto, — me dijo, — vengo a haceros una proposición.

—Hablad, Chenu.

—Para comprenderla, — me dijo él, — es preciso que os ponga al corriente de mi situación. Por de pronto soy perseguido y a punto de ser arrestado bajo la inculpación de falso testimonio, delito de que soy inocente, pero del cual sería reconocido culpable a consecuencia de la imposibilidad en que se encontraba Vacheux esa noche para ir a París. No es esto todo; estoy agobiado de deudas y en vísperas de quedarme en la calle, pues mi casa y mis muebles van a ser vendidos dentro de esta misma quincena. Finalmente, y no es la parte más linda de mi asunto, tuve le desgraciada idea de una falsificación imitando la firma del señor Doutreville vuestro hermano, en cuyo poder habrán encontrado mi pagaré, lo que en vista de las actuales circunstancias y el falso testimonio de que me acusan y que se encontraría así explicado, me expondría fatalmente a ser perseguido por el crimen del que se encontraría, al mismo tiempo, reconocido inocente d'Estarbés.

—La situación era muy grave en efecto. — dijo el señor Portal con aire de completa candidez.

—"Esto es lo que hay, — me dijo al terminar. — Dentro de quince días me encuentro en la calle y en la más negra miseria, después arrestado y condenado como falsario, luego, en fin, acusado del asesinato del señor Doutreville y enviado al patíbulo. Ahora bien, viéndome reducido a este extremo, he aquí el razonamiento que me he hecho: si pudiera encontrar el medio de evitar todo esto y poderme retirar además al extranjero con un pequeño capital que me permitiese vivir modestamente de mis rentas, me parece que no sería del todo tonto.

—"Esto sería por lo menos preferible, — le contesté yo, — pero mucho dudo que el tribunal os permita la elección.

—"Por lo tanto no es a él a quien he pensado dirigirme.

—"¿Pues a quién?

—"A un amigo fiel del acusado, al cual le hablaré de esta manera. Dadme diez mil francos y me comprometo a salvar a Carlos d'Estarbés, denunciándome yo mismo a la justicia en una memoria tan bien circunstanciada, combinada tan hábilmente que no quedará ninguna duda en el espíritu de los jueces sobre mi culpabilidad y sobre la inocencia de vuestro protegido.

—"¿Y ese amigo! — le pregunté yo.

—"Sois vos mismo, — me respondió.

Y sacando del bolsillo las cuatro hojas

que me fueron robadas por vos o por vuestro cómplice, me dijo:

—"Tomad. Leed esto y decidme si la salvación de Carlos no se encierra en estos papeles.

—¡Hola, hola, hola! — hizo el señor Portal con una admiración muy bien fingida; — lindísima ¡oh! pero muy linda la historieta.

—Yo leí atentamente el manuscrito de Chenu, y no tardé en reconocer que aquella narración era de extremo a extremo de una invérosimilitud demasiado chocante para engañar a la justicia.

—Y es por esto que disteis a Chenu, en cambio de ese cuento absurdo, un atado de billetes de banco?

—Diez billetes de cien francos que le debía por maderas de construcción que me había vendido hace algún tiempo.

—Perfectamente, — dijo el señor Portal, — de esta manera se encuentra naturalmente explicado este misterioso asunto, inclusa la destrucción de la memoria, quemada como calificada de inverosimilitud.

—Precisamente — respondió con aplomo Doutreville.

—No queda más que una última cosa para aclarar, — repuso el señor Portal.

—¿Qué cosa, si gustais?

—El motivo que habeis tenido para envenenar a Pedro Chenu.

A estas palabras, Doutreville tuvo un sobresalto y de pálido que estaba, se puso lívido.

Iba a tratar de balbucear algunas frases, cuando su criado vino a anunciar al guarda-camprestre.

—¿Que me quiere? — preguntó todo azorado.

—Trae un pan y una botella de vino empezada que encontró en el bosque, a pocos pasos de aquí, y que supone habrá sido robado de vuestra casa.

—El vino del que ha bebido un vaso Chenu, — exclamó el señor Portal; — haced, pues, entrar a ese buen hombre.

Por la vista del viejo cruzó un relámpago de triunfo.

—Sí, sí, — dijo al sirviente, — hacedlo entrar y traed tres copas

XXXVIII

LAS CONCLUSIONES DEL Sr. PORTAL

Entró en seguida el guarda-bosque adornado de su sable en bandolera; en una mano traía el sombrero y en la otra la botella de vino, con un pan debajo del brazo.

—Salud, señor Roberto y la compañía — dijo saludando con un movimiento de cabeza.

Después, colocado en el escritorio la botella y el pan

—Señor Roberto, — dijo — el caso es que encontré acaso en el monte, cerca de la casa, esta botella y como el tapón está lacrado de rojo, me dije al verla:

Lo que eres tú no procedes de la taberna por cierto y me parece conocerte. ¡Bah! Y en seguida me vine aquí presuponiendo que alguna mano subrepticia y mal intencionada debió sutilizar esto de aquí, de vuestra casa.

—Hay ciertos y hay falsos en vuestra suposición, tío Jolibois, — respondió Doutreville; — es decir, que el pan y el vino proceden de casa, pero no han sido robados

—Bueno, entonces, será un don voluntario; disculpadme, señor alcalde, de todos modos no comprendo que haya un marchante tan mal educado que deje arrastrar por el lodo del monte una botella tan bien nacida; por que de seguro deber ser de una excelente familia del Bordelés.

—Precisamente, tío Jolibois, es de una de las principales viñas, es decir, de una de las primeras familias del país.

—¡Y no la bebió toda, el ganapán!

—Tanto peor para él, y tanto mejor para vos, tío Jolibois.

—¿Cómo se entiende, señor alcalde?

—Porque vos que no sois un hombre mal educado vais a apurar esta botella, ¿no?

—En cuanto a esto, señor Roberto, es preciso saber vivir. No he recibido educación, pero puedo decir que nunca rehusé una cortesía.

El criado entrada en ese momento trayendo tres copas en una bandeja.

Lo dejó todo en el escritorio y se fué

—¿Bien aceptareis un vaso de este vino señor? — preguntó Doutreville a Portal.

Después de lo que acababa de pasar entre ellos relativamente a la muerte de Pedro Chenu, el señor Portal quedó de pronto desconcertado al oír esta proposición.

Sin embargo no titubeó.

—Con mucho gusto, — respondió.

Y se dijo para sí:

—Vamos a ver si el también bebe.

Doutreville llenó las tres copas.

Luego, dirigiéndose al señor Portal y al guarda-bosque:

—Vamos, señores, tomad y bebed, os lo ruego.

El tío Jolibois no se hizo rogar; tomó una copa, la más llena, la hizo chocar con las de Portal y Doutreville y se la llevó a los labios.

El señor Portal, que con la vista fija en Doutreville había notado que éste no pensaba absolutamente en beber, le dijo bruscamente, deteniendo el brazo del guarda-bosque:

—¡Cómo! señor, ¿permitireis que beba?

—¿Y por qué no? — preguntó Roberto.

—Pero, señor, bien sabeis que ese vino...

—Es execelente y la prueba...

Dirigió una mirada burlona al señor Portal y se puso a beber el contenido de su baso, que apuró traguito a traguito.

El señor Portal recobró en seguida su serenidad y replicó al viejo saboreando su copa que apuró a su vez hasta la última gota:

—Puesto que es del gusto de todo el mundo, — repuso entonces Doutreville, — no veo el motivo porque no acabaríamos la botella.

—Por mi parte no veo ningún inconveniente, — dijo el señor Portal tendiendo su copa, pero bien resuelto a no tomar una gota más, sino después de Doutreville.

—Como reza el proverbio, — dijo a su

vez Jolibois, — dos finezas valen más que una.

Doutreville llenó los dos vasos.

—Os olvidais del vuestro, — le dijo el señor Portal.

—¿En qué estaba pensado? — exclamó Doutreville, llenándose la copa.

—El señor Portal pensaba: — Ahora ya podemos beber la partida es pareja.

Pero fingió que probaba el vino gota a gota, a fin de dejar tiempo al viejo, a quien observaba a escondidas para beber su copa.

Entonces hizo como él.

—Decididamente, es un verdadero néctar, — exclamó el guardabosque, enjugándose delicadamente la boca con el reverso de la mano.

Luego, saludando profundamente al señor Roberto:

—¿El señor alcalde no tiene nada que ordenarme? — preguntó.

—Nada, Jolibois, podeis retiraros.

El guarda-bosque hizo un saludo militar y se fué.

Cuando se volvió a encontrar a solar con su visitante, Doutreville le dijo con sorna:

—¿Y...? ¿No experimentais todavía nada señor?

—No os comprendo, — respondió el señor Portal.

—¿No empiezan a dejarse sentir aún los efectos del veneno?

—Es pasadero.

—Sin embargo, es el mismo vino con el que envenené a Pedro Chenu, ya sabeis.

—Sí, pero sé igualmente que no habríais cometido la torpeza de dejarle llevar una botella de vino envenenado.

—Al contrario, es el mismo vino que él llevó después de haber bebido un vaso.

—Os creo.

—¡Y bien! ¿Estais convencido ahora de que yo no he envenenado a Pedro Chenu?

—De ninguna manera.

—¿Cómo, señor, con una copa, Chenu se habría envenenado, y nosotros podríamos, por nuestra parte poder beber dos, cada uno impunemente?

—Perfectamente.

—Yo soy, a mi vez, señor, quien tendría curiosidad de saber cómo explicais este misterio.

—De la manera más sencilla.

—Veamos, pues, señor; — dijo el viejo con una mezcla de ironía y de cólera:

—Yo no afirmo que las cosas hayan pasado así; pero en lugar vuestro, he aquí el razonamiento que me habría hecho: Pedro Chenu acaba de entregarme una pequeña memoria que prueba claramente la inocencia de Carlos d'Estarbés, denunciando a los verdaderos culpables, en primer lugar a sí mismo, y luego a ese misterioso hombre negro por el cual siento infinitamente más interés que por mi amigo Carlos. Esta memoria se la he pagado liberalmeute a fin de procurarle los medios de pasar al extranjero, según sus deseos; pero no soy tan tonto para dejarlo llegar hasta allá. En cualquier país que se encuentren, los diarios lo tendrán al corriente de este asunto, del cual no dejara de preocuparse hasta su desenlace. Ahora bien; ¿qué dirá cuando descubra por los debates que no se hace para nada mención de su memoria, que voy a destruir cuanto antes, no porque se a absurda, sino por el contrario por que es demasiado clara y terminante?

¿Qué dirá cuando me vea renovar mi declaración pura y simple; cuando sepa la afirmación del juicio que ha condenado a Carlos Ed'starbés a la pena capital y cuando, por fin, lea los detalles de su ejecución? Lo que hará entonces, no lo sé, pero evidentemente adivinará la verdad que he conseguido ocultarle hasta ahora y me encontraré día a día amenazado de una denuncia cuyo resultado me será inevitablemente fatal.

Pues bien; no hay más que un medio de sustraerme de todos estos peligros y es desembarazarme de Chenu y el medio es sencillísimo: una copita de vino preparado "ad-hoc". Unicamente que para quitarle toda desconfienza y para que no puedan recaer las sopechas sobre mí, yo beberé con él o le daré a llevar la botella. Así, no es en la botella donde debo echar mi pequeño ingrediente, sino en su copa y antes de llenarla. He aquí del modo que yo hubiera raciocinado y obrado en vuestro lugar, — dijo terminando el señor Portal; — de esta manera habría podido ofrecer y beber yo mismo sin peligro ninguno el resto de la botella cuya primera copa habría sido tan fatal para ese pobre Chenu.

—No esperareis, me figuro, — dijo desdeñosamente Doutreville, — que yo me tome la molestia de responder a una acusación tan laboriosamente y ridículamente construída.

—Que respondais a ella o no, esto me importa poco; ya estoy enterado y aquí terminó nuestra conversación. Mis conclusiones son estas: Ahora que ya sé vuestras intenciones cuáles son, depositaré esta pequeña memoria en manos de nuestro abogado, que se apresurará a comunicarla al magistrado que se encargue nueyamente de la causa. En vista de la alta posición que os han granjeado en el país, vuestra inmensa fortuna, vuestra calidad de funcionario público, y una hipocresía a toda prueba, esta pieza aplastadora para cualquier otro, podrá ser victoriosamente combatida por vuestro abogado y quizás también por el mismo Procurador General. Ahora bien, en la hipótesis de un fracaso ante la Corte Suprema fracaso que acarrearía la inevitable pérdida de Carlos d'Estarbés tengo pensado emplear otras armas contra vos y os voy a prevenir lealmente lo que tengo resuelto. Vos teneis afecciones en esta vida; pues bien, a partir de este momento, la desgracia, como un pájaro de mal agüero, se va a cernei incensantemente sobre la cabeza de aquellos que amais, y caerá sobre ellos en el momento más imprevisto, tomando con preferencia a los que os son más allegados, tomando todas las formas, sembrando entre los vuestros la vergüenza, la desesperación, la muerte, no deteniéndose sino el día en que, loco de dolor, a la vista de tantas catástrofes como se multiplicarán a vuestro alrededor y que serán obra vuestra, aplastado bajo el peso de los remordimientos, en presencia

de las víctimas que caerán unas tras otra a vuestra vista, heridas en el corazón por una mano invisible, os decidais por fin a poner término a estas hecatombes viniendo a denunciar a la justicia el verdadero nombre del asesino de Santiago Doutreville. Voy a poner manos a la obra inmediatamente y las víctimas vendrán pronto, os lo prevengo, porque es necesario que os obligue a hablar antes del día en que Carlos d'Estarbés comparezca delante del tribunal encargado de estatuir definitivamente sobre su suerte.

Roberto había escuchado primeramente estas amenazas con una sonrisa desdeñosa; pero había en la mirada, en el acento, en la actitud del señor Portal una serenidad tan potente, una determinación tan fría e implacable, que sintió que se le helaba el corazón poco a poco bajo la influencia de aquella palabra y hasta que por fin se vió obligado a desviar la vista, no pudiendo sostener por más tiempo aquella mirada fija, centellante y magnética como la de un tigre.

—Adiós, señor Roberto, — añadió Portal después de una pausa, — o más bien, hasta la vista, porque muy pronto nos volveremos a ver y entonces sabreis con quien tratais.

Recogió aquellas cuatro hojas que le había dado a leer, tomó el sombrero y se fué dejando al viejo sumido en una profunda perplejidad

PERCANCES MATRIMONIALES

Chismes de lacayos

Como unos ocho días después de los acontecimientos que acabamos de referir, entre once y doce de la noche, el boulevard Malesherbes estaba atestado de carruajes, que, después de haber entrado en el patio de uno de los más espléndidos hoteles de aquel aristocrático barrio, salían vacíos e iban alineándose en la calle de Lisboa inmediata a dicho hotel.

Después que cada carruaje había tomado el sitio que le correspondía en la fila de los demás, el cochero y el lacayo, descendiendo de su dignidad, echaban pie a tierra y se dispersaban entre los dos o tres despachos de vinos establecidos en esa calle.

Si penetramos en casa de uno de estos industriales, encontraremos una concurrencia algo mezclada; las blusas se veían confundidas con riquísimas libreas, y los pálidos rostros de los atorrantes formaban un sorprendente y singular contraste con las caras frescas y lozanas de los lacayos de buena casa.

Naturalmente, esos caballeros hablan de sus patrones y los "desuellan" que es un gusto, al mismo tiempo que se confían mutuamente sus más íntimos asuntos.

—¡Eh! compañeros, decidme pues, — preguntó un gran diablo de cochero, mientras destapaba una botella de champagne, —¿Conocéis a ese Doutreville que se da aires de gran señor llamando a sus fiestas a todo París?

—¡Oh! — repuso un camarada con uña mueca desdeñosa, — no es una gran cosa; millones, pero nada de nombre, porque el apellido esa, carece absolutamente de apóstrofe.

—Entonces, ¿qué clase de gente son esa?

—¡Qué sé yo! Algún almacenero por mayor retirado de los negocios.

—Y al cual le queda por despachar tal vez una gran existencia de canela, chocolate, vainilla, etc., etc., y por esto se pone a dar fiestas, ¿no?

—A menos que no sea para poder llegar a la diputación; hoy en día la especiería lleva a todas partes.

—¿Y a qué propósito de que es esta fiesta? — preguntó el cochero grandulón repartiendo copas de champagne a todo el corro.

—Dicen que es por la entrada en la sociedad de su hija única, una rubia encantadora, linda como un angelito, y distinguida como una marquesa, a pesar de su falta de apóstrofe.

—No es nada de eso, — gritó otro cochero.

—¿Qué es, pues?

—¡Y bien! es para anunciar su próximo matrimonio con el señor duque de Olica, uno de los personajes más ricos y uno de los nombres más ilustres de España.

—¡Diablos! No tiene mal gusto la morada.

—Pues bien, está precisamente equivocado, porque dicen que el duque no es del gusto de ella en manera alguna; y que se casa con él, para obedecer a su mamá, que, a lo que parece no tiene muy buen gusto.

—El duque ha de estar bien "flechado" entonces para casarse a disgusto de ella.

—De lo que está bien "flechado" él es de la dote; se habla de medio millón, sin contar el testamento de un tío que acaba de entrar en reparto a consecuencia de una puñalada en la garganta, hace como dos meses.

—Sí, el asunto de Chaville, ya sabemos.

—¿Y por qué el duqeu de Olica se interesaría tanto a la dote, siendo tan rico como suponen?

—Sí, dicen que tiene magníficos dominios muchos castillos en Andalucía, pero ya sabeis, castillos en España, son castillos en el aire... En fin, no tengo confianza.

—Y luego echa un boato espantoso. Es jugador como las cartas.

—Mucho mejor; como el conde d'Aubignar, el primo de Doutreville.

—¡Oh! ese jugaría... su alma, si fuese cosa de poder echar en el tapete verde como los billetes de banco.

—Ya no se acuerda de nada en cuanto está en el juego y se cuentan de él historias que hacen poner los pelos de punta.

—¡Cuerpo de Cristo! ¡Y habrá quien pueda amar al juego siendo el marido de semejante mujer! ¿No conoceis a la condesa d'Aubignac, vosotros? ¡Yo la he visto! ¡Ah! compañeros! ¡Qué mujer! En fin, no os digo más. Hay cosas que no se pueden contar.

Mientras que los señores lacayos saboreaban su champagne, tres atorrantes de blusa, de siniestro aspecto, se regalaban con aguardiente de a treinta sueldos el litro, en el rincón más oscuro de la misma pieza.

—Oye tú, Collin, — dijo uno de sus camaradas, el más joven de los tres; un individuo de una veintena de años, cuya cara pálida y terrosa revelaban todos los síntomas de la tisis; el señor duque de Oliva no parece estar en olor de santidad para la servidumbre.

—No, — respondió Collin, el decano de la banda; — se ha hecho mucho ruido a su propósito y empiezan a mirarlo de reojo en la alta sociedad, donde es acusado de tener demasiada suerte para el juego, y veo que esto ha traspirado a la antesala.

—Dime, Brindille, ¿dónde es la fiesta?— preguntó el tercer bandido, un hombrecito tornido, cuyo cuello musculoso y anchas espaldas recordaban el tipo del hércules Farnesio.

—¡Oh! Apenas está empezando, — respondió el tísico atragantando un gran sorbo de aguardiente; — tendremos bien tiempo de acabar nuestro litro, no tengais cuidado, mi viejo Loupard.

—La lluvia hae hasta filtrar los huesos; lindo tiempo andar midiendo la vereda. ¡Si al menos os invitasen a entrar!

—Y a invitar una dama para el primer vals ¿no?

—¿Y por qué no?

—Como que tienes una estampa para presentarse en sociedad. ¡Tá, tá, tá!

—Tanto como toro, y puedo jactarme de que en el "Gallo Bravo" hago furor. Y si tuviera un frac y un par de guantes color de paja y veríais si tengo empacho para abordar una duquesa.

—Apuesto a que la convidarías con una ensalada de vino dulce, como en casa de Desnoyers, — exclamó Brindille con una carcajada.

—Déjame tranquilo, — exclamó Loupard con aire picado y levantado sus espaldas de cariátide; — yo conozco las etiquetas del gran mundo, y sé, también como tú lo que se debe ofrecer a las señoras "high-life", una copa de orchata como es sabido.

Brindille iba a prorrumpir en una nueva carcajada cuando Collin le hizo un gesto y le dijo en voz baja:

—Echa una mirada disimuladamente del lado de la calle, en el cristal del medio.

Brindille volvió la cabeza lentamente, fingió desperezarse y percibió dos ojos negros que centellaban bajo una especie de chal de seda encarnada que ocultaban el rostro de la cara.

—¡Es ella!

—¿Tienes tu arma? — preguntó Collin.

Brindille levantó un paño de su blusa y dejó ver la punta aguda y brillante de la hija de un cuchillo.

—¿Y tú? — dijo a Loupard.

El hércules se sacó la mano del bolsillo que está armada de un puño de acero.

—Con esto, — dijo, — me comprometo a desbaratar la quijada más dura; si es un lindo hocico de mujer, delicado y tierno, lo compadezco; no quedará ni rastro de él.

—Tal vez sea eso; no sé. En todo caso confío en tí. Unicamente, hijos míos, poneos en guardia y acordaos del lamentable fin del tío Vulcano, precioso hombre, que hablaba como un abogado, que poseía grandes maneras; pero que tenía la funesta manía de levantar el codo, y ya sabeis lo que le sucedió.

—Sí, murió en el fondo de una cloaca.

—Con los dedos cortados por la chapa de hierro que habían sacado de aquella cloaca, a cuyo borde se agarró con la mano derecha.

—Y Con la cara comida por las ratas de vivo en vivo... esto se supo.

—Muerto en el campo del honor — dijo Brindille enfáticamente.

—En el campo del honor, es posible, — repuso Loupard estremecido; — ¡pero qué muerte perra!

—Siempre disgustado, Loupard, — murmuró desdeñosamente Brindille.

—Bueno; vámonos, — dijo Collín.

Pasaron al mostrador, donde este último pagó el gasto, y un instante después los tres bandidos estaban en la calle.

El piso embetunado de la calzada y el granito azuloso de la vereda, lavados por la lluvia que caía a torrentes, resplandecían a los reflejos del gas.

—¿No parará este diluvio? — exclamó Loupard bajando la cabeza bajo las oleadas de lluvia que, empujadas por una furiosa ráfaga, le azotaban la cara. ¡Ira de Dios! Es divertido esto.

—Nunca estás contento, — le respondió Brindille; — tenemos un poco de lluvia, es cierto; pero no hay barro; mira, sinó, ¿no es una delicia pasearse por este lindo pavimento, limpio y lustroso como el piso de un salón

—De todos modos, daría algo para poderme guarecer en una cochera.

—¿Una puerta cochera? ¡Muchas gracias! Vaya una voluptuosidad. ¿Y por qué no en un lecho de plumas perfumado con azúcar?

Mientras iban hablando habían llegado al hotel Doutreville, donde todavía iban llegando equipajes, detrás de los cuales pudieron esconderse.

Al cabo de pocos instantes, Collín dijo en voz baja a sus compañeros, mostrándoles un coche, cuyos cristales estaban naturalmente corridos:

—Ahí está.

—Creí que había entrado, — dijo Loupard.

—Ha esperado su turno.

Cuando pasaba el coche por delante de ellos, entrevieron aquella misma mujer que

un rato antes había pegado la vista a los cristales del despacho de vinos.

Estaba desconocida a causa de aquella especie de manto de seda que le envolvía la cabeza.

El coche pasó rápidamente, desapareciendo bajo la puerta cochera del hotel.

Es allí que vamos a transcportar al lector.

II

SILUETAS

El salón de baile del hotel Doutreville, construído en proporciones gigantescas, podía contener muy bien unas trescientas personas. Pues bien, que se figure el lector un número igual de invitados, de los cuales doscientos por lo menos eran mujeres, vestidas con las más ricas toilettes de baile, con los brazos y los hombros desnudos, cubiertas de cintas, de flores, de perlas y diamantes; que se fulgure esta selva viva, fresca y deslumbradora, moviéndose y removiéndose, ondulando, centelleando bajo la espléndida luz de las bujías que se habían esparcido en indecible profusión y se comprenderá el mágico cuadro que debía ofrecer ese salón entre las doce y la una de la noche, es decir, en el momento en que todas aquellas mujeres acababan de hacer su entrada con todo el esplendor y riqueza de sus ricos atavíos.

Retirados en un ángulo del inmenso salón, no lejos de la puerta en que se hallaba el lacayo que anunciaba a los invitados, a medida que iban llegando, había dos jóvenes contemplando el seductor espectáculo; pero cada uno a su manera y según su temperamento.

Uno de ellos, como de unos veinte y cinco años de edad, de ojos y cabellos negros, de una elegancia natural, de fisonomía serena, tranquila y seria, pero bajo la cual se revelaba una idea absorbente contemplaba aquella encantadora barahunda con una sonrisa vaga y muy moderada emoción. —?

El otro, por el contrario, naturaleza viva, sonriente, despreocupada, con un aire de calavera que no excluía la distinción, se hallaba bajo el imperio de una emoción nueva y más y más viva, a cada mujer que veía entrar, pero sin llevar la admiración hasta el delirio, y conservando un buen hubor que atestiguaba en él un perfecto predominio de sus afectos.

—Con que, mi querido Luis, — dijo este último a su amigo, despus de haber pasado revista las mujeres más jóvenes y más lindas del baile; — no sé si querrás creerme, pero entre esas doscientas criaturas más o menos seductoras, más o menos adorables, hay lo menos cincuenta a las que he declarado mi llama.

—¡Vamos, hombre! estás bromeando.

—Como te lo digo.

—¿Cómo? ¿Habrías amado a cincuenta mujeres?

—¡Dispensa! Ya no te digo que las haya amado· te digo que las he declarado mi amor.

—¡Y bien! ¿Entonces?

—Y bien, no es manera alguna la misma cosa.

—¿Y les declararías tu pasión sin amarlas? No te comprendo.

—Es un sistema. Mira, querido, cada uno entiende la dicha a su modo. La mía consiste en verme bien recibido, bien mimado, bien agasajado, de ser en fin el objeto de las más tiernas solicitudes y de las más lisonjeras preferencias en todas las casas en que soy recibido.

—¡Caramba! No eres difícil que digamos. ¿Y quién no se conformaría con semejante felicidad?

—Bueno; pues está al alcance de todo el mundo.

—¡Vamos, hombre!

—Nada más sencillo; es un pequeño truc que he descubierto, y que no tengo inconveniente en revelarte, convencido, por lo demás, que no has de hacer uso de él, abscrbido como te hallas por un pensamiento que ignoro, pero que debe vestir faldas. En cuanto al truc que te digo, consiste sencillamente en enamorarme perdidamente de la mujer del amigo, de la simple conocida, y hasta de la extraña que me recibe bajo su techo.

—Pero esto es una infamia.

—Espera un poco, me enamoro perdidamente... al parecer, y mis declaraciones son siempre mudas. Una mirada apasionada, resignada o melancólica; un apretón de manos más o menos acentuado; un suspiro tímido; un ademán desesperado; una frase incoherente; una exclamación en la cual traiciono el secreto de mi corazón, y esto es todo.

—Comprendo tu táctica: tanteas el terreno, y si la dama desmaya, sigues adelante.

—¡Al contrario! Si desfallece, me bato en retirada, y, fingiendo tomar su turbación por una demostración del pudor ofendido, entonces es cuando me retiro a toda prisa parapetándome detrás del respeto y la resignación. dos trincheras desde las que desafío al enemigo que me venga a desalojar. Por lo demás, conozco el corazón femenino y sé perfectamente, al ponerme en campaña, los más o menos riesgos a que me expongo, según la edad, el carácter y el marido de la mujer a quien me dirijo. De veinte a treinta años, la mujer toma la cosa a broma, nada tengo que temer; de treinta a cuarenta, es mucho más grave. En esa edad crítica, encuentras la mujer en las más peligrosas condiciones; sueña con una caída, la segunda, porque la primera ya se cometió, y te la encuentras en vías de disentir la delicada cuestión de saber si va a entregarse a los remordimientos... o a un segundo amante. Ahora bien;; en esas luchas interiores el remordimiento tiene poca suerte, casi siempre pierde la partida. De manera que, cuando una mujer de esta edad, después de haber tenido algunas bondades conmigo, pasa repentinamente de la pasión a los pesares y me anuncia que, devorada por los remordimientos, está cansada de esta odiosa existencia, ya sé lo que significa eso, comprendo que basta... y me retiro discretamente, preguntándome únicamente si su remordimiento es rubio o trigueño: toda la cuestión

está ahí. Queda ahora la mujer de cuarenta a cincuenta; ¡ah! es con esa con la que hay que maniobrar con mucha prudencia; su corazón es como una arpa célica, que vibra y suspira a cuanto viento hay, y si dejas sospechar siquiera la menor emoción amorosa, estás perdido sin remedio. De manera, pues, que con esa clase de mujeres me contento con hablar del amor en tesis general, de las mujeres amadas, de las llamas puras y respetuosas, que brillan silenciosamente en el fondo de algún corazón dolorido y quebrantado; no aventuro ni una mirada, ni un suspiro, por miedo de poner fuego a la pólvora, evito estar a solas con ella, en donde me obligaría a sucumbir, y así me retiro con el honor, dejándola desconsolada, pero virtuosa.

Gracias a mi pequeño sistema, en lugar de angustiarme la vida con pasiones desordenadas y culpables, me proporciono una existencia tranquila, feliz, suavemente emocionada, dejando a las mujeres de toda edad, penetradas de la nobleza de mis sentimientos, profundamente agradecidas a mi resignación, llenas de compasión por mis torturas y murmurando por lo bajo: ¡Pobre mozo! ¡cuánto debe sufrir!" y diciendo a sus maridos en voz alta: "Si supieras qué gran carácter!" y en el fondo de su corazón me hacen un pequeño nido, muy modesto en apariencia y preferible en realidad al sitio que ocupan todos los otros, sin exceptuar al amante, que, como el marido, da lugar a veces a decepciones, en tanto que yo, yo soy el bello ideal, el ser etéreo, inmaterial y puro como un cielo sin nubes, como el suave melancólico mártir de un amor sin esperanzas, con quien se puede soñar sin temor, habiendo que se puede hacer sin peligro.

¡Y bien! ¿comprendes ahora las ventajas de mi idea? ¿Y no es cierto que no hay en el mundo situación más encantadora que la que yo he creado por medio de este "truc" enteramente nuevo, original, invención mía y que podría llamar el sistema de las "pasiones contenidas"?

—Lindísima tu sistema, en efecto, y en la práctica muy agradable.

—No me pareces muy convencido, y dudo mucho que me hayas comprendido bien; esto depende seguramente de que tu pensamiento y tus miradas están vueltos constantemente del lado de esta puerta, como si esperases por ahí la venida del Mesías.

—Te equivocas, amigo mío, te he escuchado con una religiosa atención.

—Esperando su llegada. Echa, pues, una mirada a esa preciosa trigueña que se adelanta hacia nosotros con una gracia y una sonrisa encantadoras, aunque algo afectadas.

—¿La conoces?

—Muchísimo. Es la señora de Reisbach;

Lea "TIT-BITS"
todos los maates

se casó con su marido, un personaje limitado y vulgar, pero que se llama Cristián y pronuncia este nombre con un tartamudeo enteramente adorable... Pero no se puede decir nunca Cristián por bien que se pronuncie; el corazón tiene otras aspiraciones; y es lo que comprendió al fin la joven. Después de estar balbuceando durante diez años el nombre de Cristián, con las modulaciones más atrayentes y variadas, ya no le bastó su felicidad y sucedió que un día su marido se sintió poseído de una gran amistad por un joven recién salido del colegio y que se llevaba a todas partes consigo, a paseo, al teatro, a la sociedad. Lo vieron tan joven, en compañía siempre del señor y la señora de Reisbach, que todo el mundo, a jemplo de esta última, lo llamaba y lo llama todavía, el pequeño Aubertín. Cuando el señor no puede salir, lo que sucede a menudo, él es quien acompaña a la señora, y cuando los amigos del marido le hacen alguna observación al respecto, él responde con una sonrisa bonachona:

—¡Lo ha visto nacer!

Y la misma respuesta por parte de la señora Reisbach a las mujeres que se admiran más o menos caritativamente de encontrarlas siempre con el pequeño Aubertín:

—¡Lo he visto nacer! — dice con un acento y un encogimiento de hombros que cortan en seco toda maliciosa interpretación.

En ese momento se presentó un nuevo invitado.

Era alto, bien portado, barbudo, grandes bigotes, de aire brusco y maneras torpes.

—¡Toma! Ahí tienes, — dijo Alberto a su amigo.

—¿Quién es ese joven? — preguntó Luis de Bruniéres.

—Es el pequeño Aubertín.

—¡Cáspita! Lo menos tiene veinticinco años.

—Tiene veintidós y la señora de Reisbach treinta y cinco; ¡lo ha visto nacer!

El lacayo acababa de anunciar al señor Ernesto Aubertín, cuando llegó casi en seguida una mujer magníficamente vestida, de una belleza altiva e imponente, y el lacayo gritó:

—¡La señora duquesa de Algueras!

Al oír ese nombre, todas las caras se volvieron hacia la puerta, y la señora Doutreville, separándose inmediatamente de un grupo de señoras con quien conversaba, avanzó hacia la duquesa, acompañada de su hija, la señorita Bautistina Doutreville.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

TOMADURA

—¿Qué va usted a tomar?
—(El reloj del señor)

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES

Proporciona cada tarde la más ámplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

Inserta cada Jueves, las páginas femeninas, dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada.

Pida un ejemplar con este cupón

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:
1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION DE LOS JUEVES:
1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

LECTURA BUENA DE VERDAD
LA MEJOR REVISTA DE MEJOR LECTURA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Agosto 31
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 257

Lea en este número

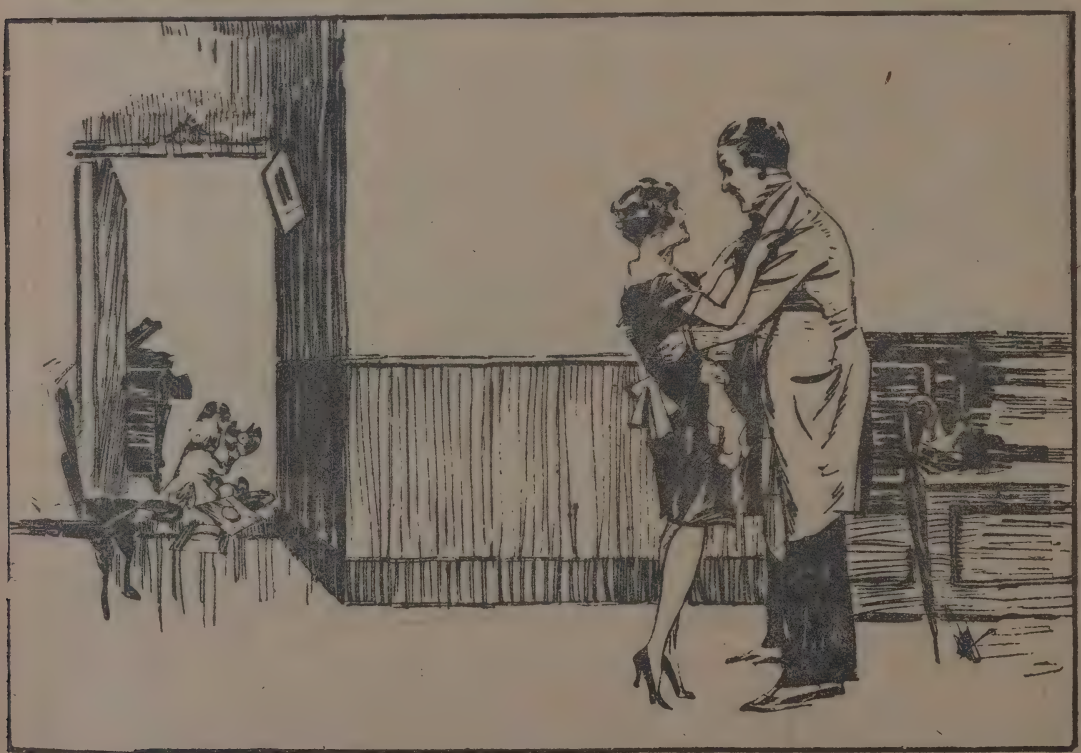
LA PEÑA

por J. M. HARRIS BURLAND
(Traducción especial para "Pucky")

La esposa: — Ya han vendido el vestido que estaba en la vidriera y que a tí no te gustaba.

El esposo: — ¡Bueno! Así dejarás de fastidiarme hablándome de él.

La esposa: — ¡Claro que sí, esposo mío! ¡Yo lo compré esta mañana!



La orgullosa mamá: — ¡Oh! Creo que nuestro hijo va a ser un genio musical. Lo he puesto a jugar con el gramófono ¡y si vi eras como lleva el compás con los discos.

SUMARIO

LA PEÑA

Novela corta traducida especialmente del inglés para "Pucky" del original de J. B. Harris Burland. Corresponde a ella el dibujo en colores de la primera página.

HABIA UNA VEZ

Relato interesantísimo original del gran novelista ruso Leonidas Andreieff y que resultará sumamente atrayente para todos los lectores de este magazine.

EL TRAJE NUEVO

Un cuento ameno y agradable para todos. No deje usted de leerlo porque es entretenido y original.

TRADICIONES PERUANAS

Crónica divertida y original de la época del virreinato, escrita por Ricardo Palma, el gran narrador peruano.

TARZAN DE LOS MONOS

Prosigue la segunda parte (titulada "El regreso de Tarzán") de la más sensacional de las novelas de nuestros tiempos. Exclusividad de "Pucky".

"PUCKY" EN EL MUNDO

Notas amenas, curiosas e ilustradas, dignas de ser leídas por todos por su original novedad.

ROCAMBOLE

La novela "Las tragedias del matrimonio", continuación de las notables aventuras escritas por el vizconde Ponson du Terrail.

SECCION HUMORISTICA

Numerosas páginas en negro y en color, que reproducen muy interesantes chistes de diversos orígenes y en las que figuran algunas desopilantes historietas traducidas para "Pucky" del inglés y de otros idiomas.

CONCURSO PERMANENTE DE "PUCKY"

VARIOS CHISTES PREMIADOS CADA SEMANA

Los estimados lectores de este magazine han enviado chistes en gran cantidad, pero no se han ceñido a las sencillas condiciones establecidas, razón por la cual no es posible publicar esta semana los chistes del concurso. Ruego a los favorecedores de "Pucky" que se fijen bien si desean que pueda realizarse el concurso en la forma deseada. — EL DIRECTOR.

LA SALUD DEL NIÑO

reside en el buen funcionamiento de su

INTESTINO

LA

UVALINA BIOL

(MERMELADA COM. DE UVAS)

LO CONSIGUE SIN PROVOCAR LA MENOR IRRITACION

INFORMES Y PROSPECTOS AL

Instituto Biólogico Argentino

RIVADAVIA 1745

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCURSO PERMANENTE de CHISTES para los LECTORES de "PUCKY"

TODO lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que a continuación se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones que las publicadas aquí.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas. En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página. No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5.— cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y las señas.

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

Los premios no tienen límite: Lo mismo pueden ser uno que muchos más. Lo que se desea es chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 257

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

LA PENA

Por J. B. HARRIS-BURLAND

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

I

Yo lo saqué de las aguas del mar con mis propias manos, y recuerdo que estuve a punto de volver a ser arrastrado con él por las olas. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo y sólo fué la obra de la casualidad que me dió a mi el papel de salvador.

Era una hora antes de que lográramos volver a la vida al hombre que había yo extraído del mar, único sobreviviente del naufragio de una pequeña embarcación, ocurrido en Whaleback Reef, a una distancia de una milla de la costa. Por cierto el destino no había querido que ese hombre se ahogara, puesto que las olas lo habían llevado al único lugar donde era posible salvarlo, una pequeña cueva a un centenar de metros de la costa, y a cuyos costados se levantaban las rocas a una altura considerable.

Aún persiste ante mis ojos aquel cuadro, iluminado por la débil luz de una lámpara de tormenta. Era un hombre de estatura considerable, que allí yacía en el suelo, entre la vida y la muerte.

Acercóse entonces a mi la anciana Rosa Tregenna, de 70 años de edad, pero que jamás estaba lejos de la playa en los días de tormenta. Me tomó de un brazo diciéndome:

—Hubiera tenido usted que dejarlo, señor Juan. Los que roban vidas al mar, jamás tienen suerte; pero es posible que el Todopoderoso se compadezca de usted y haga morir al hombre.

Pero la providencia no había querido hacer caso de la anciana, pues la vida fué volviendo paulatinamente al cuerpo de aquel hombre, cuya espléndida musculatura estaba, por cierto, en contraste con su estado en aquel momento. Le dimos a tomar algunos sorbos de whisky, después de lo cual, ya reanimado y cubierto con pesadas mantas, nos fué posible llevarlo al pueblo.

Lentamente, la procesión subía el sendero que, partiendo de la plaza, llegaba hasta la población. Seis de nosotros empujamos el carrito del panadero, que había sido utilizado como ambulancia, para facilitar el transporte del semiahogado. Rosa Tregenna nos acompañaba encabezando la procesión con la lámpara en la mano. Por sus gestos, parecía encabezar una procesión fúnebre.

Como es natural, todo el mundo estuvo de acuerdo conmigo en que había que hospitalizar al hombre en mi casa, teniendo en cuenta que yo soy médico, y, por lo tanto, era la persona más apropiada para seguir el curso del restablecimiento del accidentado.

Al llegar a casa, mi ama de llaves, una señora a de edad, acostó al hombre, — cuyo nombre era, como supimos después, Abraham Kingston, — y éste no tardó mucho en abrir los ojos, gracias a los solícitos cuidados que se le prodigaron.

—Ustedes estarán acostumbrados aquí a sacar náufragos del mar, — me dijo.

—SI, es una costa brava, — contesté, en tanto que el hombre me apretaba la mano, respondiendo:

—La costa será brava pero sus habitantes son bondadosos, lo que, por cierto, no sucede en el país de donde vengo yo...

. . . . . .

A la mañana siguiente, al salir ya de mi casa, para dar comienzo a mis visitas profesionales, me encontré con María Perran, delante de la casa de la madre de ella. Estaba hermosísima.

—Me han dicho que tú le has salvado la vida, — me dijo, — y, por cierto, Jack, te felicito...

—Sin embargo parece ser que me puede causar desgracias mi actitud, — dijo son-

La novela más famosa de todos los tiempos

ROCAMBOLE

Continúa en la página 45 de este número

riendo; — por lo menos así me lo ha asegurado Rosa Tregenna.

—No le hagas caso a las palabras de esa vieja, — dijo María Perran.

Como yo estaba apurado, no pude continuar conversando con la joven; y, después de preguntarle por el estado de salud de su madre, continué mi camino sin dejar de pensar, por cierto, en María, como lo había hecho todos los días desde seis meses antes, en que había llegado a aquella región de Cornwall.

II

—¡Qué hermoso conjunto de rocas! — dijo Kingston dos días después ya completamente restablecido, y en momentos en que ambos mirábamos el grupo de Las Rivales, enormes moles de granito que se levantan artísticas y majestuosas a una milla de distancia, al Oeste de Corthellis, alcanzando una altura considerable.

—¡Qué hermoso paisaje! — continuó diciendo Kingston; — sería un motivo espléndido para un hermoso cuadro. Además, esas dos rocas, se asemejan a un faro... ¿Por qué no habrán colocado en su cima alguna luz que guíe a los navegantes?

Sonreí.

—Es usted muy práctico, — dije; — estas dos rocas son Guthsus y Gulain, dos gigantes que se disputaban el amor de una mujer; pero, como ésta era una bruja, los transformó a ambos en rocas de granito.

—Me parece un relato muy bonito, — dijo, — y seguramente tendrá algún significado oculto. ¿Qué le parecería a usted subir a una de las peñas?

—Nadie lo ha hecho todavía.

—Entonces lo haré yo dentro de unos días.

—¿Sin cuerdas, escoleras u otras cosas?

—Sí, con mis manos solamente... es un desafío del hombre a la Naturaleza.

Al día siguiente, Kingston abandonó mi casa, para instalarse en la hostería del pueblo. No obstante haber llegado a la costa solamente con los pantalones, el hombre poseía bastante dinero, pues en una bolsita oculta en su cinturón de cuero, yo mismo había contado doscientas guineas, al ser acostado el hombre y confiado a mi hospitalidad. Abraham Kingston no tardó, pues, en poseer un nuevo traje, ocupando la mejor habitación existente en la hostería. Era, además, un hombre sumamente generoso.

Pero a mí, personalmente, no me resultaba simpático el hombre. Me pareció ser un hombre que no veía nada de solemne e impresionante en la muerte. Recuerdo que, cuando dimos sepultura a cuatro de los cadáveres de los tripulantes de la pequeña embarcación, que las aguas habían echado sobre la costa, él ni siquiera asistió al entierro, y cuando volví de la ceremonia, me dijo:

—Más de uno de esos debe haber salvado en esta forma de las galeras.

Yo creo que no tenía razón para decir esto. El buque hundido se llamaba "La Valette" y era una pequeña barca, que efectuaba un viaje de Marsella a Falmouth, llevando carga diversa. Su tripulación había estado constituída, seguramente, por honrados marineros franceses. Desde Francia habíamos recibido por cable la nómina de los tripulantes; pero no figuraba entre ellos el de Abraham Kingston.

—Yo me embarqué como pasajero, — dijo Kingston, — pues no me agradan los grandes transatlánticos. Sé que los buques como el "La Valette" no están autorizados para llevar pasajeros; pero con una pequeña propia al capitán todo se arregla.

Comprendí que se trataba de uno de los tantos casos que ocurren a diario; pero confieso que la antipatía que sentía por ese hombre aumentaba gradualmente, y estoy por creer que ella se debía a que yo me sintiera en cierto modo celoso ante su físico atrayente, que ya en varias oportunidades había sido elogiado por María Perran, cuya casa era objeto de frecuentes visitas por parte de Kingston.

Pero dos semanas después tuve una discusión con María Perran, siendo el culpable de ella el hombre a quien había salvado la vida.

Ella había estado alabando las condiciones de Kingston, terminando por decir que, si hubiera vivido mil años antes, hubiera podido ser o bien Guthris o Gulain.

Al oir sus palabras, yo ya no pude contenerme:

—Sí, — dije, — y tú hubieras podido hacer el papel de la bruja.

Ella se puso roja como una grana, y me ordenó salir inmediatamente de su casa.

Yo no contesté; pero cuando me iba a casa, recordé las palabras de Rosa Tregenna y comencé a creer en su exactitud.

III

Una mañana encontré a Kingston en la calle y, al pasar yo a su lado, saludándolo apenas, él me sujetó fuertemente del brazo, produciéndome un dolor intenso. Le pregunté lo que quería de mí y él, mostrándome sus dientes blancos y bien formados, me dijo:

—Doctor, no es esta la primera vez que pasa usted a mi lado, fingiendo no verme casi. Sin embargo, yo no he tenido nada con usted, sino que, por el contrario, le debo mucha gratitud por haberme salvado la vida.

Comprendí la necesidad de dar al hombre una explicación; pero traté de darla en la forma más política posible, para evitar que María Perran pudiera aparecer como causante de la situación.

—Es que nosotros los hombres de Cornwall quisiérámos saber algo más sobre usted, — dije.

Kingston lanzó una carcajada.

—No me diga eso, doctor, yo sé perfectamente que no es usted tampoco de aquí.

—Es que me puede haber resultado usted antipatico.

—Es cierto y ello me resultaría, verdaderamente desagradable.

—Nos hallábamos precisamente delante de las rocas de los Rivales. Kingston permaneció un minuto pensativo. Después, dijo:

—Estos dos gigantes han vivido hace mil años. Ambos amaban a la misma mujer.... Ahora bien, usted ama a la señorita Perran... pero no tiene ningún derecho sobre ella, pues no está comprometido con ella, lo que quiere decir que cualquier otro hombre también tiéne el derecho de cortejarla....

Con estas palabras Kingston me hizo girara sobre mis talones.

—Sería usted capaz de subir a esas rocas por la señorita Perran?

—No soy un niño, que hace pruebas por un determinado premio.

—Usted me ha salvado la vida, — me respondió — y estoy dispuesto a hacer por usted más de lo que hubiera hecho por cualquier otro hombre. Si usted consigue subir a esa peña, yo me retiro del pueblo antes de la noche, dejándole nuevamente abierto el camino para reanudar sus relaciones amorosas con la señorita Perran.

—Pero si es imposible subir a ella, — dije.

—Yo probaré de hacerlo primero, y después podrá usted imitarme.

Me negué al principio; pero él, entonces, interpretó mi negativa como cobardía, por lo que le dije que aceptaba y que después fijaríamos la fecha en que había de realizarse la prueba.

Con estas palabras, nos separamos y yo volví a mi casa, pensativo.

Al llegar, encontré que me esperaba un paciente conocido, el capitán Whites, uno de los hombres que habían logrado destacarse más en el deporte del alpinismo.

Le invité a que cenara conmigo, y después, como vivía a cierta distancia del pueblo, quise que se quedara como huésped para pasar la noche.

Cuando estabamos de sobremesa, le pregunté si a su juicio era posible efectuar el ascenso de los Rivales, sin ayuda de esca-

ABURRIMIENTO

—¿Te aburres?
—Pues yo encuentro que aquí se está muy bien.
—Sí; pero tú estás conmigo.

leras, contestándome el que le era imposible responder a mi pregunta sin antes haber observado bien la distancia existente entre ambas rocas, por lo que, después de haberle contado mi incidente con Kington, resolvimos ir par la mañana siguiente a los Rivales, para inspeccionar detenidamente el lugar.

Cuando llegamos, el capitán Whites observó con ojo técnico la distancia existente entre las paredes de las dos peñas, terminando por declararme que, un hombre joven y ágil, apayando los pies en una de las paredes y la espalda en la otra podía efectuar el ascenso, si bien no muy fácilmente, pero terminó diciéndome que yo difícilmente realizaría con buen éxito la prueba y que lo mejor que podía hacer era desistir de la prueba, o por lo menos, dejar que Kington probara primero su suerte.

Esa misma noche, fuí a la hostería en qué se hospedaba Abraham Pingston y convine con el, que la prueba había de realizarse a la mañana siguiente, sin espectadores, debiendo llegar ambos a una hora determinada al lugar en que se hallaban los Rivales.

IV

Por la mañana siguiente, de acuerdo a nuestro convenio, nos encontramos ambos al pie de los dos Rivales. Me pareció, en ese momento, notar en el ánimo de Kingston un cierto temor.

—Queda convenido entonces, — dije, — que usted prueba su suerte primero, y que, si yo llego a imitarlo, abandonará usted el pueblo antes de la noche.

—Sí, — respondió Kingston.

En ese momento recordé a María Terran, y pensé que no me había despedido de ella, para el caso en que me matara en la prueba, por lo que redacté rápidamente unas palabras sobre un papelito, entregandolo a mi rival, con la solicitud de que las hiciera llegar hasta las manos de la mujer a quien amaba, en el supuesto caso de perder yo la vida.

Cuando ya íbamos a iniciar la prueba, sentimos pasos, y poco después acercóse a nosotros el capitán Whites, quien alegando ser un entusiasta del alpinismo, demostro poseer el mayor interés en asistir a la prueba.

Al principio, protestamos; pero, después, el hombre nos convenció insistiendo en que Kingston fuera el primero en efectuar la prueba. Pero este parecía ahora haber cambiado de opinión, diciendo que no se encontraba en buenas condiciones e invitándome a que yo lo hiciera primero.

Whites, quiso desuardirme; pero yo, no queriendo ser considerado como un cobarde, corrí resueltamente a las peñas y dí comienzo a la difícil prueba de la ascensión.

Durante algnos minutos, y no obstante la gran dificultad que encerraba la prueba, pude subir regularmente, pero, cuando solo me faltaban unos tres metros para llegar a la parte superior de la roca sentí que las fuerzas me faltaban y que me sería imposible seguir, por lo que decidía descender. Pero, también esta tarea me resultaba imposible. Mi situación, en ese momento, no podía ser más desesperante, porque mis fuerzas iban siendo cada vez menores...

De repente, sentí que la voz de Kingston llegaba a mis oídos:

—Manténgase unos segundos allí, doctor, que subiré a ayudarle.

En efecto, unos momentos después, Kingston estaba debajo de mi cuerpo, formando a su vez, un puente entre ambas rocas. Poco a poco, fué descendiendo diciéndome que yo apoyara mi cuerpo en el suyo. Sus extraordinarios músculos parecían estallar bajo el enorme esfuerzo, pero al fin llegamos hasta el suelo.

. . . . . .

Cuando recobré el conocimiento, me encontré acostado en mi cama, con el capitán Whites prodigándome solícitos cuidados.

—¿Y Kingston? — pregunté.

—Le he dado dos horas para que se marchase de aquí, — me contestó.

—¿Cómo

—Muy sencillamente, ese hombre no se llama Abraham Kingston, sino Tom Ablett y fué uno de los alpinistas más famosos que yo he conocido en la Suiza. Pero ha cometido un asesinato y ahora anda ocultándose de la policía.... No le hubiera reconocido de no haber visto su habilidad, cuando fué a salvarlo...

—¿Y no dejó nada dicho para mí?

—Sí, — me dijo que se iba satisfecho al haber pagado a usted en la misma forma, por haberle salvada la vida....

En ese momento, entró en la habitación María Perrán, y de inmediato, arrodillóse ante el sofá en que yo me hallaba recostado, pidiéndome perdón por su loca acción...

. . . . . .

Abraham Kingston, empero, no salió nunca de Cornwall.

Un día su cadáver fué echado por el mar sobre la costa a seis millas de Corthellis. Y esta vez fué imposible salvarlo....

J. B. HARRINS-BURLAND.

LITERATURA RUSA

HABIA UNA VEZ...

Por LEONIDAS ANDREIEFF

I

Un rico comerciante que no tenía familia, Lorenzo Petrovich Koscheverov, llegó a Moscú para consultar con los médicos. En vista de que su enfermedad presentaba cierto interés científico, se le admitió en la clínica universitaria. Dejó su maleta y su pelliza abajo, en el vestíbulo. Arriba, donde estaba la sala de enfermos, le recogieron su traje negro y su ropa interior, dándole en cambio una larga blusa gris, ropa interior limpia, que llevaba el sello "sala número 8", y unas pantuflas. La camisa era demasiado pequeña y la asistenta fué a buscar otra.

—¡Es que sois tan grandes! — dijo al salir del cuarto de baño donde los enfermos cambiaban de ropa.

Lorenzo Petrovich, medio desnudo, esperó con paciencia su regreso. Bajando su gran cabeza calva, examinó su alto pecho minuciosamente, colgante como el de una vieja, y su vientre, un poco inflado, que caía hasta las rodillas. Todos los sábados tomaba un baño y examinaba su cuerpo, pero ahora le parecía muy otro, débil y enfermizo, a pesar de su vigor aparente. Desde el momento que le quitaron su ropa, llegó a creer que no se pertenecía ya, y estaba dispuesto a hacer todo lo que se le dijera.

La asistenta volvió con otra camisa, y aunque Lorenzo Petrovich tenía aún bastantes fuerzas para aplastar a la buena mujer con solo un dedo, la permitió dócilmente que le vistiera y pasó torpemente la cabeza por la camisa. Con la misma obediente torpeza esperó a que le anudara las cintas de la camisa alrededor del cuello, y la siguió a la sala. Anadaba muy suavemente, con sus pies de oso, como andan los niños cuando las personas mayores les conducen a donde no saben, quizás a castigarles. La nueva camisa era también estrecha y le molestaba, pero no tenía valor para decírselo a la asistenta, no obstante que en su casa de Saratov, docenas de hombres temblaban ante su mirada.

—¡Este es su sitio! — dijo la mujer, indicándole una cama limpia y alta, a cuyo lado había una mesa de noche.

No era más que un rinconcito de la sala pero precisamente por eso le agradó a aquel hombre, agotado por la vida. Apresuradamente, como si se librara de alguno, se quitó la blusa y las pantuflas, y se acostó. Y a partir de aquel momento, todo lo que le había irritado y atormentado aún aquella mañana, perdió su importancia para él. Por su memoria, como un relámpago, pasó toda su vida anterior: la enfermedad traidora que día tras día devoraba sus fuerzas, la soledad en medio de gentes egoístas y ávidas, la atmósfera de mentira, de odio y de terror, la huída a allí, a Muscú. Luego se borró todo, no dejando en el alma más que un dolor sordo. Y, sin pensamientos, Lorenzo Petrovich se durmió con un sueño pesado y profundo. La última cosa que vió antes de dormirse fué un rayo de sol sobre la pared. Después llegó el olvido largo y absoluto.

Al día siguiente pusieron en su cama, sobre su cabeza, una placa negra con la inscripción siguiente: "Lorenzo Koscheverov comerciante, cincuenta y dos años, admitido el 25 de Febrero". Placas semejantes estaban sobre las camas de los otros dos enfermos de la misma sala. En una de ellas se leía: "Felipe Speransky, chantre, cincuenta años". En la otra: "Constantino Torbetsky, estudiante, veintitrés años". Sobre las placas negras se destacaban lindamente inscripciones hechas con yeso, que recordaban las que se hacen sobre las tumbas: aquí, en esta tierra húmeda y helada, yace un hombre.

El mismo día se pesó a Lorenzo Petrovich. Pesó 102 kilos.

—¡Es usted el hombre más pesado de todas las clínicas! — bromeó el practicante.

Era un joven que hablaba y obraba como el médico mismo, porque se debía al azar el que no hubiese recibido instrucción universitaria. Esperó a que Lorenzo Petrovich respondiera con una sonrisa, como hacían todos los enfermos cuando el médico les di-

rigía una broma cualquiera. Pero aquel enfermo estaba visiblemente de mal humor. Sus ojos miraban al suelo y sus labios estaban apretados. Esto fué una desagradable sorpresa para el practicante: se creía un gran fisonomista, y el nuevo enfermo, al ver especialmente su cráneo calvo, fué clasificado por él entre las personas de buen humor. Ahora había que clasificarle entre los malos. Ivan Ivanovich, que este era el nombre del practicante, se dijo que, así todo, abría que pedir algún día un autógrafo al nuevo enfermo, para juzgar su carácter.

Después de haber sido pesado, los médicos examinaron por primera vez a Lorenzo Petróvich. Llevaban largas blusas blancas, lo que les daba un aire de mayor importancia aún. A partir de aquel día, le examinaban diariamente una o dos veces, ya solos, ya seguidos de estudiantes. A su demanda, se quitaba la camisa, y siempre dócil, acostaba en el lecho su masa enorme. Los médicos le auscultaban el pecho por medio de un pequeño martillo y un aparato especial, cambiando observaciones e indicando a los estudiwantes tal cual particularidad. Le preguntaban con frecuencia sobre su vida anterior, y él respondía con docilidad, por más que le enojara aquello. De sus respuestas se podía deducir que comía mucho, bebía mucho, le gustaban mucho las mujeres y trabajaba mucho. A cada uno de estos "muchos", él mismo se asombraba y se preguntaba cómo podía haber llevado una vida tan antihigiénica y tan irracional.

Los estudiantes le auscultaban también. Venían, frecuentemente, en ausencia de los médicos, y le pedían que se desnudara, unos con resolución y otros tímidamente. Y otra vez se ponían a examinar su cuerpo con interés. Graves y serios, escribían todos los detalles de su enfermedad en un cuaderno especial. Se diría que él no se pertenecía ya y durante todo el día su cuerpo era accesible a todos. Y, obedeciendo a los asistentes, llevaba pesadamente su cuerpo a la sala de baño, desde donde le dirigían a la mesa en que comían o tomaban el té los enfermos que podían andar.

Se le palpaba, se le examinaba por todos lados, como jamás se había hecho antes, y a pesar de esto, durante todo el día se sentía profundamente solitario. Le parecía que iba de viaje, que todo aquello era pasajero solamente, como en el vagón del ferrocarril. Las paredes blancas, sin una mancha, los altos techos, no eran como los de una casa donde las personas se instalan por mucho tiempo. El suelo estaba demasiado limpio y brillante, el aire mismo estaba demasiado regulado y no se percibía ninguno de esos olores especiales que se perciben en toda casa particular. Se diría que el aire aquí era indiferente. Los médicos y los estudiantes eran siempre amables y corteses. Bromeaban, dándole familiarmente golpecitos en los hombros con la mano, procurando consolarle; pero, después que se iban, le parecía que eran empleados de un tren que le llevaba a un destino desconocido. Habían transportado ya millones de hombres y continuaban transportándolos diariamente, y todas sus conversaciones y sus preguntas no se referían más que a los billetes del tren.

Cuanto más se interesaban por su cuerpo, más solitario se sentía.

—¿Qué días se admiten aquí las visitas? — pregnutó una vez a la asistenta, sin mirarla.

—Los domingos y los jueves. Pero el doctor puede autorizarlas también otros días.

—¿Y qué es lo que hay que hacer para que no se admita a nadie que venga a verme?

La asistenta, muy sorprendida, respondió que eso era posible, y él quedó contento. Estuvo todo el día de buen humor, y aunque casi no hablaba, escuchaba más benévolamente la charla alegre e interminable del chantre enfermo.

El chantre había venido del distrito de Tambov, un día antes que Lorenzo Petrovich; pero ya conocía a fondo a los habitantes de las cinco salas que había en aquel piso. Era pequeño y tan delgado, que cuándo se quitaba la camisa se veían claramente todas sus costillas, y su cuerpo, blanco y limpio, parecía el de un muchacho de diez años. Tenía largos y espesos cabellos, medio grises, que formaban un marco demasiado grande para su cara pequeña, de trazos regulares y minúsculos. Al ver que tenía cierta semejanza con los santos de los iconos, Ivan Ivanovich, el practicante, le había clasificado al principio entre los severos e intolerantes; pero después de la primera conversación con él, cambió de opinión, y aun su fe en la ciencia fisonómica quedó quebrantada por algún tiempo.

El padre chantre, como se le llamaba, hablaba con placer, y sin ocultar nada, de sí mismo, de su familia y de sus conocimientos; preguntaba sobre los mismos asuntos a los otros, con tan ingenua curiosidad, que nadie se ofendía, y le respondían con satisfacción. Si alguno estornudaba, gritaba de lejos alegremente:

—¡Cúfplanse tus deseos!

Nadie venía a verle. Su enfermedad era grave, pero él no se sentía desgraciado. Trabó conocimiento, no sólo con los enfermos, sino con los que visitaban la clínica, y no se aburría. A los enfermos les deseaba varias veces cada día una curación rápida, y a los sanos, que pasaran el tiempo divertidos. Sabía decir a todo el mundo algo agradable. Todas las mañanas felicitaba a sus vecinos por la llegada del nuevo día. Siempre afirmaba que hacía buen tiempo, aun cuando lloviera o nevara. Al decirlo, soltaba a reír dulcemente, y golpeaba entusiasmado sus rodillas con las manos y palmoteaba. Daba las gracias a todo el mundo, y frecuentemente, sin saber de qué. Habiendo tomado el té al mismo tiempo que Lorenzo Petrovich, le dió las gracias calurosamente:

—¡Qué bueno estaba! — dijo entusiasmado. — Un verdadero paraíso; ¿no es eso, padrecito? ¡Gracias, por haberme hecho compañía!

Estaba muy orgulloso de su título de chantre, que llevaba desde hacía tres años.

Preguntaba a todos, a los enfermos y a los sanos, de qué talla eran sus mujeres.

—La mía es muy alta, — decía con orgullo. — Y los niños también. Verdaderos granaderos; palabra de honor.

Todo lo que veía en redor suyo,—la limpieza, la amabilidad de los médicos, las flores en el corredor, — le parecía relicioso. Tan pronto riendo como haciendo la señal de la cruz, manifestaba su entusiasmo a Lorenbo Petrovich con palabras abundantes.

—¡Dios mío, qué hermoso es esto! ¡Un verdadero paraíso!

El tercer enfermo de la sala era el estudiante Torbetsky. Casi nunca abandonaba la cama. Todos los días venía a verle una joven, de alta estatutra, con los ojos bajos, modestamente, y de paso ligero y seguro. Esbelta y graciosa, con su vestido negro, atravesaba el corredor con paso rápido, se sentaba a la cabecera del enfermo y permanecía allí desde las dos hasta las cuatro, hrra en que, según el reglamento, las visitas debían irse y las criadas servían el té a los enfermos. A veces, hablaban con animación, sonriendo y bajando la voz; pero, así y todo, se les oían algunas frases, precisamente las que ellos no hubieran querido se oyeran: "¡Te amo!" "¡Mi dicha!", etcétera. A veces, callaban largo tiempo y se contentaban con cambiar miradas veladas. Entonces el chantre, tosiendo, salía de la sala con aire de hombre muy ocupado, y Lorenzo Petrovich, que fingía dormir en su cama, veía, con los ojos entreabiertos, cómo se besaban los dos. Su corazón empezaba a latir más rápidamente, y se sentía extrañamente turbado. Y le parecía que las blancas paredes tenían una sonrisa triste y rara.

II

La jornada en la sala comenzaba temprano: cuando los primeros resplandores del alba la inundaban de una luz grisácea. A las seis se servía a los enfermos el té, y lo bebían lentamente. Luego se les tomaba la temperatura. Algunos enfermos, y entre ellos el chantre, se enteraron allí, por primera vez, de que tenían temperatura. Les parecía ésta algo misterioso, y cuando se les colocaba el termómetro ponían un aire grave. El tubito de vidrio, con sus líneas negras y rojas, se convertía en cosa providencial; y, según indicara una décima más o menos, los enfermos se ponían alegres o tristes. Hasta el chantre, a pesar de su buen humor habitual, se ensombrecía por un instante cuando la temperatura de su cuerpo era más baja que la que se les decía ser normal.

—¡Esto si que es una gaita! — decía a Lorenzo Petrovich con el termómetro en la mano y examinándole con aire de reproche.

—Colócate el termómetro otra vez y quizás obtengas una temperatura más elevada, — le recomendaba el comerciante, burlándose de él.

El chantre seguía el consejo, y si lograba obtener una décima más, se ponía alegre y le daba las gracias calurosamente por el buen consejo.

Durante todo el día, cada cual se preocupaba de la salud, y todo lo que los médicos recomendaran se hacía puntualmente, con exactitud. El chantre era el más grave; y al tener el termómetro o al tomar una medicina cualquiera, ponía el rostro severo, como durante la ceremonia de su promoción al grado superior. Cuando se le daban, para el análisis, varios vasitos, los colocaba en un perfecto orden sobre su mesa, bien numerados; como tenía mala letra, pedía al estudiante que le escribiera los números. Reñía paternalmente a los enfermos que descuidaban las prescripciones de los médicos, sobre todo al gordo Minayev, que estaba en la sala número 10; los médicos habían prohibido a Minayev que comiera carne, pero él se la cogía a escondidas a sus vecinos de mesa y se la tragaba hasta sin masticarla.

Hacia las siete, la sala se inundaba de una luz clara, que pasaba por las inmensas ventanas. Había tanta claridad como en los campos; las blancas paredes, las camas, el suelo, la vasija de cobre, todo brillaba. Rara vez se acercaba alguno a las ventanas: la calle y lo que pasaba fuera de la clínica había perdido para los enfermos todo interés. Allá, la vida estaba en su plenitud; pasaba el tranvía lleno de viajeros, destacamentos de soldados grises, bomberos con cascos brillantes, se abrían y se cerraban las tiendas; aquí, no había más que personas enfermas que permanecían en la cama, frecuentemente sin fuerzas ni para volver la cabeza, o se paseaban, con sus blusas grises, sobre el suelo encerado; aquí se sufría y se moría. El estudiante recibía todas las mañanas un periódico, pero ni él ni los demás enfermos le leían apenas. Una pequeña irregularidad en las funciones del estómago de un vecino cualquiera, turbaba más que la guerra y los acontecimientos de importancia mundial.

Hacia las once venían los médicos y los estudiantes, y se consagraban horas enteras al examen minucioso de los enfermos. Lorenzo Petrovich se quedaba acostado tranquilamente, las miradas clavadas en el techo, y respondía a las preguntas con un tono de descontento. El chantre, emocionado, hablaba tan abundantemente y de una manera tan incomprensible, intentando complacer a todo el mundo, que con frecuencia no se podía comprender lo que quería decir. De sí mismo se expresaba en los términos siguientes:

—Cuando tuve el alto honor de llegar a la clínica...

De la asistencia decía:

—Cuando tuve la amabilidad de purgarme...

Sabía siempre, al minuto, a qué hora se levantaba, se acostaba, se sentía mal. Después que se iban los médicos, se ponía más alegre, se entusiasmaba, daba las gracias, y estaba más contento, si había tenido la suerte de saludar separadamente a alguno de los médicos.

—¡Esto está bien, tan bien! — exclamaba entusiasmado.

Y contaba de nuevo a Lorenzo Petrovich, que no decía nada, y al estudiante, que sonreía, de qué modo había saludado primero al doctor Alejandro Ivanovich, luego al doctor Semenio Nicolayevich.

Su enfermedad era incurable y sus días estaban contados; pero no lo sabía, y hablaba con efusión del viaje que tenía proyectado a un monasterio, después de curado, y de su manzano, que aquel año debía dar mucha fruta. Y cuando hacía buen tiempo, cuando las paredes y el suelo estaban abundantemente inundados de rayos de sol, incomparables de vigor y belleza; cuando las sombras, en los lechos blancos como la nieve, eran de un azul opaco, cantaba plegarias con voz conmovida. Su voz de tenor, débil y tierna, temblaba de emoción, y procurando no ser visto de sus vecinos, se enjugaba las lágrimas que ascendían a sus ojos. Luego se acercaba a la ventana y admiraba la profunda bóveda celeste, tan alejada de la tierra, tan serena en su belleza, que ella misma parecía un divino cántico.

—¡Sé clemente conmigo Dios omnipotente! — rezaba el chantre. — ¡Perdóname mis pecados y dirígeme por tus caminos!...

A horas fijas se servía el almuerzo, la merienda y la comida. A las nueve se cubría la lámpara eléctrica con una pantalla de tela azul, y en la gran sala comenzaba la larga noche silenciosa.

La clínica se sumía en el sueño. Solamente en el corredor, iluminado, ante el que permanecía abierta la puerta de la sala, velaban las asistentas, haciendo media y hablando entre ellas con voz ahogada. A veces, haciendo ruido con su andar pesado, atravesaba el corredor un asistente cualquiera. Hacia las once morían los últimos ruidos del día, y un silencio sonoro, sensible a los más leves rumores, comenzaba a reinar. Este silencio recogía ávidamente todo ruido ligero, transmitiendo de una en otra sala el ronquido de los enfermos, sus toses y sus gemidos. Con frecuencia eran ruidos engañosos, llenos de misterio, y no se sabía si era un ronquido apacible o la agonía de la muerte.

Excepto la primera noche, cuando Lorenzo Petrovich lo olvidó todo en un profundo sueño, no dormía ninguna noche, asaltado por una multitud de pensamientos conturbadores. Las manos cruzadas bajo la nuca, inmóvil, fijaba la mirada en la lámpara eléctrica, cubierta con una pantalla. No creía en Dios, no tenía apego a la vida y no temía la muerte. Había derrochado todas sus fuerzas vitales estúpidamente, inútilmente, sin ningún placer. Cuando todavía era joven y tenía hermosos cabellos, robaba el dinero a su amo; le pegaban cruelmente con frecuencia y odiaba a los que le pegaban. Convertido él mismo en amo, aplastaba con su dinero a la gente baja, a quien despreciaba, y a la que inspiraba odio y terror. Cuando vinieron la vejez y la enfermedad, comenzaron a robarle a su vez, y si cogía a alguno, le pegaba cruelmente, sin compasión. Tal era toda su vida. Estaba llena de odios y de injurias. Las chispas de amor se extinguían en seguida en aquella atmósfera, no dejando tras sí más que frías cenizas en el corazón. Ahora, quisiera aislarse de la vida, encontrar el olvido. Despreciaba profundamente su propia estupidez y la de los demás. No podía admitir que hubiera gentes que amaran la vida, y en sus noches sin sueño volvía frecuentemente la cabeza hacia el lecho donde dormía el chantre. Examinaba largamente los contornos de su vecino, que roncaba bajo la ropa del lecho, y se decía, con los dientes apretados:

—¡Qué idiota!

Después miraba al estudiante, que también dormía, rectificaba:

—¡Dos verdaderos idiotas!

Cuando llegaba el día, su alma se sumía en el silencio, y su cuerpo ejecutaba dócilmente cuanto se le ordenaba. Pero este cuerpo era cada día más débil, y permanecía como una masa inerte y pesada sobre el lecho.

El chantre se debilitaba también. No se paseaba ya a través de las salas, reía rara vez; pero cuando el sol inundaba la clínica, se ponía a charlar alegremente, a dar gracias al sol y a los médicos y a hablar de su manzano. Luego, empezaba a entonar un cántico religioso, y su rostro, enflaquecido, se ponía más sereno y adquiría una grave expresión. Cuando terminaba de cantar, se acercaba a la cama de Lorenzo Petrovich y le contaba otra vez los detales de la ceremonia de su promoción al grado de chantre.

—Me dieron un enorme certificado, así de grande, — y extendía los brazos, — y todo lleno de letras. ¡Había hasta lestras doradas, a fe mía!

Levantaba los ojos hacia el icono, hacía la señal de la cruz y añadía, con respeto para su propia persona:

—Al pie del certificado estaba el sello del mismo obispo. ¡Un sello enorme! ¡Ah, qué hermoso era todo aquello!...

Reía muy contento, feliz. Pero cuando el sol se iba de la sala, ocultándose tras una nube gris, y todo se ponía triste y sombrío a su alrededor, el chantre suspiraba y se metía en la cama.

III

En los campos y los jardines había nieve aún, pero las calles estaban ya libres. A lo largo de las casas corrían arroyuelos, que formaban pozos en el asfalto. El sol inundaba la sala con torrentes de luz, y calentaba tanto, que obligaba a esquivar sus rayos ardientes, como en el verano, y era difícil creer que, detrás de las ventanas, el aire fuera aún frío y húmedo. A esta luz, la sala, con su alta techumbre, parecía un estrecho rincón, pesado el aire, oprimido por las paredes. El ruido de la calle no penetraba por las dobles vidrieras; pero cuando se abrían las ventanas por la mañana la sala se llenaba de pronto con las voces alborotadas de los gorriones. Ahogaban todos los demás sonidos, que se eclipsaban modestamente; se apoderaban de los corredores, subían las escaleras, penetraban con impertinencia en el

laboratorio. Los enfermos, a los que se hacía salir al corredor, sonreían al escuchar los gritos de los gorriones, y el chantre susurraba, con una alegre extrañeza:

—¡Cómo alborotan los gorriones esos!

Pero las ventanas se volvían a cerrar, y el ruido moría tan de repente como había nacido. Los enfermos volvían apresurados a la sala, como si aún esperaran oir el eco de aquel ruido, y respiraban ávidamente el aire fresco.

Ahora se acercaban con más frecuencia a las ventanas, y permanecían junto a ellas mucho tiempo, enjugando los cristales con los dedos, por más que estaban bien limpios. Gruñían cuando les tomaban la temperatura, y no hablaban más que del porvenir. Todos se figuraban aquel porvenir sereno y bueno, hasta el muchachito de la sala 11, el que se llevaron a una habitación especial y había desaparecido después. Algunos de los enfermos le vieron cuando le transportaban, sobre su lecho, la cabeza hacia adelante; estaba inmóvil, y sólo sus ojos profundos miraban a su alrededor; había tanta tristeza y desesperación en sus miradas, que los enfermos volvían la cabeza. Todos adivinaban que el muchacho había muerto; pero nadie estaba turbado ni asustado por aquella muerte: allí, como en la guerra, la muerte era un fenómeno trivial y simple.

La muerte se llevó, casi por aquel mismo tiempo, a otro enfermo de la sala número 11. Era un viejecito muy vivo, atacado de parálisis. Se paseaba con aire despierto a través de la clínica, con un hombro hacia adelante, y contaba a todos siempre lo mismo: la historia de la conversión de Rusia al cristianismo bajo el rey Weldemas el Santo. No se podía comprender por qué esta historia le había conmovido tan profundamente; hablaba muy bajo, de una manera incomprensible, lleno de entusiasmo, agitando su mano derecha y moviendo su ojo derecho, pues todo el lado izquierdo de su cuerpo estaba paralizado. Si estaba de buen humor, terminaba su relato con una exclamición ardiente y triunfal: "¡Dios está con nosotros!" Luego se iba apresurado, con una risa confusa, tapándose la cara con la mano derecha. Pero con más frecuencia estaba triste, y se lamentaba de que no le pusieran un baño caliente que le hubiera curado por completo; seguro estaba de ello.

Algunos días antes de su muerte se declaró que por la noche tendría su baño caliente; durante todo el día estuvo agitado, y repetía: "¡Dios está con nosotros!" Cuando se encontraba ya en el baño, los enfermos

GRAN EXITO TEATRAL

—Desde la primera representación de mi nueva comedia el público ha tomado por asalto la ventanilla de la boletería.

—¡Ah! ¿Y consiguieron que les devolviesen la plata?

que pasaban por allí cerca afan su voz, contenta y rápida: contaba por última vez al vigilante la historia de la conversión de Rusia al cristianismo, bajo Woldemar el Santo.

No había grandes cambios en la salud de los enfermos de la sala número 8. El estudiante Torbetsky iba mejor, mientras que Lorenzo Petrovich y el chantre estaban más débiles cada día. La vida y las fuerzas los abandonaban de una manera imperceptible, y no se daban cuenta de ello, como si fuera muy natural que se pasearan ya por la sala y que estuvieran todo el día acostados.

Regularmente venían los médicos, con sus blusas blancas, y los estudiantes; examinaban a los enfermos y cambiaban sus opiniones.

Un día condujeron al chantre a la gran sala de conferencias, y cuando regresó, estaba agitado y charlaba sin cesar. Reía nerviosamente, se santiguaban, daba gracias, y, de cuando en cuando se enjugaba los ojos, que estaban enrojecidos con el pañuelo.

—¿Por qué llora usted padre mío? — preguntó el estudiante.

—¡Ah, querido, si usted hubiera visto aquello! ¡Era tan emocionante! Semenio Nicolayevich me hizo sentar en un sillón; se puso a mi lado y dijo a los estudiantes: '¡He aquí el chantre!"

Su rostro adquirió una expresión grave; pero las lágrimas ascendieron de nuevo a los ojos, y habiendo vuelto pudorosamente la cabeza, continuó:

—¡Tiene un modo de decir las cosas ese Semenio Nicolayevich! Es tan conmovedor, que le parte a uno el corazón...

Sollozó levemente.

—Había una vez, — dijo Nicolayevich, — había una vez un chantre... Había una vez...

Las lágrimas le cortaron la palabra. Después de haberse acostado ya, susurró con voz ahogada:

—Ese buen Semenio Nicolayevich ha contado toda mi vida. Cómo viví en la miseria mientras no fuí más que ayudante de chantre... todo... No ha olvidado tampoco a mi mujer... El buen Dios se lo recompense... ¡Era tan emocionante, tan emocionante! Como si yo estuviera ya muerto y se me hiciéra la despedida... Había una vez un chantre... había una vez...

Al oirle hablar así, todos comprendieron que no tardaría en morir. Era tan evidente como si ya estuviera allí la muerte, a su cabecera. Parecía que su lecho estaba ya envuelto en un frío de tumba, y cuando calló, tapándose la cabeza con la sábana, el estudiante se frotó nerviosamente las manos, que se le habían quedado frías. En cuanto a Lorenzo Petrovich, tuvo una risa brutal y se puso a toser.

Los últimos días, Lorenzo Petrovich estaba muy turbado, y volvía la cabeza sin cesar hacia el cielo azul, que se entreveía por la ventana. Ya no se quedaba inmóvil, como antes; se agitaba en la cama, gruñía y se enfadaba con los enfermeros. Manifestaba su mal humor aun con el doctor. Este era un hombre de buen corazón, y una vez le preguntó con afecto:

—¿Qué tiene usted?

—¡Me aburro! — respondió Lorenzo Petrovich, con el tono de un niño enfermo, cerrando los ojos para ocultar sus lágrimas.

Aquel día se anotó en el diario donde se inscribía la temperatura, así como todo el curso de su enefrmedad: "El enfermo se aburre".

El estudiante seguía recibiendo las visitas de la joven a quien amaba. Las mejillas de su bien amada estaban teñidas de un color vivo cuando llegaba de la calle, y era agradable y al mismo tiempo un poco triste, el mirarla.

—¡Mira qué calor tengo en las mejillas! — decía acercando su rostro a los ojos de Torbetsky.

Este miraba, pero no con los ojos, sino con los labios, largamente y muy fuerte, pues estaba mucho mejor y sus fuerzas aumentaban. Ahora no se preocupaban de la presencia de los otros enfermos, y se besaban sin recatarse. El chantre volvía delicadamente la cabeza; pero Lorenzo Petrovich no fingía ya que dormía, y miraba a los amantes con una expresión burlona. Y ellos querían al chantre y no querían a Lorenzo Petrovich.

El sábado, el chantre recibió una carta de su familia. Hacía una semana entera que la esperaba. Todo el mundo sabía que la esperaba, y participaba de su inquietud. Activo y alegre ya, iba de una a otra sala mostrando la carta, recibiendo felicitciones y dando las gracias. Todo el mundo sabía, desde hacía mucho tiempo, que su mujer era muy alta; pero aquella vez contó un nuevo detalle, inédito hasta entonces:

—¡Lo que ronca mi mujer! Cuando duerme, se la puede pegar con una maza, que no se despertará: ¡sigue roncando! ¡Lo mismo que un granadero!

Luego, el chantre, frunciendo maliciosamente las cejas, añadió con un tono de orgullo:

—Y esto; ¿a que no lo habéis visto? ¿Eh?

Al decirlo, enseñaba un pequeño extremo del papel, sobre el que se veían los contornos irregulares de una mano de niño, en medio de la cúal había una inscripción: "Tosía te envía sus saludos". La manita, antes de ser puesta sobre el papel, estaba, probablemente, muy sucia; por lo menos, había dejado manchas en la carta:

—¡Es mi hijito! ¡Es muy travieso! No tiene más que cuatro años; pero ¡tan inteligente tan inteligente!... ¡Ha puesto su manita el picarillo!...

Y retorciéndose de risa, se golpeba las rodillas con las manos. Su cara tomaba por un instante la expresión de un hombre sano, y al mirarle no se diría que estaban contados sus días. Hasta su voz se tornaba robusta y sonora cuando se ponía a cantar su cántico religioso favorito.

Aquel mismo día llevaron a la sala de conferencias a Lorenzo Petrovich. Se puso agitado, temblorosas las manos y con una sonrisa de maldad en los labios. Rechazó con cólera al enfermero, que le quería ayudar a desnudarse, se acostó y cerró los ojos. Pero el chantre esperaba con impaciencia a que los volviera a abrir, y cuando llegó este mo-

mento empezó a hacer preguntas a su vecino sobre lo que había pasado en la sala de conferencias.

—Es emocionante, ¿no es verdad? Han dicho probablemente: "Había una vez un comerciante"...

Lorenzo Petrovich, encolerizado, echó sobre el chantre una marida llena de desprecio, le volvió la espalda y cerró de nuevo los ojos.

—No te pudras la sangre, — continuó el chantre. — Pronto curarás, y todo irá bien.

Echado de espaldas, miró pensativo al techo, donde se veía un rayo de sol venido no se sabe de dónde. El estudiante había salido para fumar. En la sala reinaba un silencio, cortado por la respiración lenta de Lorenzo Petrovich.

—Sí, padrecito, — decía lleno de alegría el chantre. — Si te encontraras por casualidad en nuestro pueblo, ven a verme. No está más que a cinco kilómetros de la estación, cualquier campesino te conducirá a mi casa. Vas a verme, a fe mía; te recibiré como a un rey. Tengo allí una sidra superior, de una dulzura incomparable.

Suspiró, y tras una corta pausa, continuó:

—Antes de entrar en mi casa visitaré el monasterio, la catedral, luego me lavaré bien en los famosos baños de vapor... ¿Cómo se llaman?...

Lorenzo Petrovich callaba siempre, y era el chantre mismo quien se respondía:

—Baños del Comercio... Después iré a mi casa...

Se calló, muy contento. Durante algunos instantes no se oyó más que la respiración irregular de Lorenzo Petrovich, que parecía la de una locomotora mantenida en una vía de reserva. Y antes de que el cuadro de felicidad próxima imaginada por el chantre hubiera desaparecido de sus ojos, oyó palabras terribles; terribles, no solamente por su sentido, sino también por la maldad y la rudeza con que fueron pronunciadas.

—No es a tu casa, sino al cementerio donde irás, — dijo Lorenzo Petrovich.

—¿Cómo, padrecito? — preguntó el chantre, sin comprender.

—¡Digo que es el cemnterio lo que te espera!

Se volvió hacia el chantre para que lo oyera mejor, para que ni una sola de aquellas palabras crueles se perdiera, y añadió:

—O bien puede ser que te corten en pedazos aquí mismo, a la gloria de la ciencia y para instruir a los estudiantes.

Tuvo una risa larga y malvada.

—Pero vamos, padrecito, ¿qué es lo que dices? — balbuceó el chantre.

—Digo que se tiene aquí una manera chusca de enterrar a los muertos: primero, cortan al desgraciado un brazo, y le entierran; luego, una pierna, y la entierran igualmente, y así sucesivamente. Si el muerto no tiene suerte, su entierro se puede prolongar hasta todo un año.

El chantre miró con horror a su interlocutor, que continuó diciendo palabras terribles y repugnantes por su cinismo.

—A decirte verdad, pobre chantre, me causas extrañeza: a pesar de tu edad vanzada, eres tonto como un santo. Haces proyectos para el porvenir. Tienes intención de visitar el monasterio, la catedral; hablas de tu manzano, y, sin embargo... no tiene más que una semana de vida...

—¿Una semana?

—Sí, viejo mío; nada más. No soy yo quien te lo dice; son los médicos mismos quienes lo afirman. Ayer, cuando tú no estabas aquí, les oí hablar entre ellos... Creían que yo dormía. "Nuestro chantre es cosa acabada, — dijeron; — no tiene más que una semana de vida"...

—¿Nada más que una semana?— balbuceó el otro con una voz apenas comprensible.

—Nada más, viejo mío. La muerte no esperará. No tiene piedad.

Y habiendo alzado su enorme puño, añadió, después de mirarle un instante:

—¡Mírale! ¿Es forzudo, eh? Podría matar a cualquiera, y, sin embargo... Yo también... ¡Sí, yo también! ¡Ah, mi pobre chantre, qué tonto eres! "¡Visitar el monasterio la catedral!..." No, viejo; ya no visitarás nada...

El rostro del chantre se había puesto amarillo. No podía hablar ni llorar, ni gemir. Silencioso, dejó caer la cabeza sobre la almohada y, esquivando la luz del día, se tapó la cara con la sábana. Pero Lorenzo Petrovich no tenía ganas de callarse, como si aquellas pallabras crueles le hicieran un bien. Y con una hipócrita honradez, continuó:

—Sí, mi padrecito; una semana nada más. No tendrás tiempo de ir a los baños del Comercio. Quizá te pongan un baño caliente en el infierno... Es muy probable...

En este momento entró el estudiante, y Lorenzo Petrovich calló. Se tapó también la cabeza con la sábana; pero se la quitó en seguida, y mirando con ironía al estudiante, le preguntó, con la misma hipócrita hombría de bien y con una sonrisa de maldad:

—¿Y la señorita? ¿Tampoco hoy vendrá?

—No... no está bien de salud, — respondió fríamente el estudiante.

—Es lástima. Pero, ¿qué es lo que tienes?

El otro no respondió. Quizá ni quiera había cido la pregunta. Hacía tres días que no veía a la joven. El estudiante hacía como que miraba por la ventana sólo por distraerse; pero, en efecto, espiaba la entrada del hospital con la esperanza de ver venir a su amada. Así, pegado el rostro a los vidrios, nervioso, tan pronto esperando como desesperado, pasaba las dos horas durante las cuales se admitían las visitas en la clínica. Cansado, pálido, tomó un vaso de té y se acostó, sin darse cuenta del silencio inhabitual del chantre, ni de la locuacidad, inhabitual también, de Lorenzo Petrovich.

—¿No ha venido hoy la señorita? — dceía el último con una sonrisa malvada.

IV

Aquella noche era desmesuradamente larga. La lámpara eléctrica, cubierta con una pantalla, iluminaba débilmente la sala. El silencio era turbado, a veces, por los ronquidos o los gemidos de los enfermos. Una cu-

chara cayó al suelo, y el ruido producido por su caída fué como el de una campanilla y vibró largo tiempo en el aire, tranquilo e inmóvil.

Nadie durmió aquella noche en la sala número 8; pero todos estaban quietos en sus camas, y parecían dormir. Sólo el estudiante Torbetsky, no haciendo caso de los demás, se volvía de todos lados y suspiraba. Por dos veces, hasta salió al corredor para fumar un cigarrillo. Al fin, se durmió con un sueño profundo, y su pecho se levantaba en una respiración regular. Probablemente, tenía sueños de dicha, pues en sus labios florecía una sonrisa de contento. Aquella sonrisa parecía muy extraña, casi misteriosa, en el rostro de un hombre dormido.

El reloj, que se encontraba en el compartimento vecino, anunciaba las tres, cuando Lorenzo Petrovich, que empezaba a dormitar, oyó un pequeño sonido tembloroso y tierno, como una canción lejana y triste. Prestó oído: el sonido se prolongó, se hizo más fuerte y parecía ahora el llanto de un niño pequeño, encerrado en un cuarto obscuro, que, teniendo miedo a las tinieblas, y al mismo tiempo a los que le han encerrado, trata de contener sus sollozos. Lorenzo Petrovich completamente despierto, comprendió lo que pasaba: era una persona mayor que lloraba, sofocada, tragándose las lágri-

—¿Qué es eso? — preguntó asustado.

Nadie le respondió.

Los sollozos cesaron. La sala se había vuelto todavía más triste. Las paredes blancas estaban impasibles y frías. No había nadie a quien poderse quejar de la soledad y del miedo, y pedirle protección.

—¿Quién llora, pues? — insistió Lorenzo Petrovich. — ¿Eres tú, chantre?

Los sollozos, que por el momento se habían como escondido muy cerca de Lorenzo Petrovich, volvieron a empezar de nuevo. No contenidos ya, llenaron ahora la sala. La sábana que cubría el cuerpo del chantre se bajó, y la plaquita metálica adosada al lecho, temblaba.

El chantre lloraba cada vez más fuerte. Lorenzo Petrovich se sentó en la cama, y después de reflexionar un instante, bajó al suelo. Tuvo un vértigo, y le costó trabajo sostenerse sobre las piernas; parecíale que alguien hacía girar en su cerebro bolas pesadas de piedra. Su corazón latía tan fuerte como si le golpearan con un martillo desde dentro del pecho.

Se acercó, respirando con dificultad, al lecho del chantre, que se encontraba a un metro del suyo. Extenuado por este esfuerzo, tocó con su mano el cuerpo del chantre, que, sin decir nada, le cedió un pequeño sitio para que se pudiera sentar.

—¡No llores! ¡Eso no vale la pena! — dijo Lorenzo Petrovich. — ¿Temes tanto a la muerte?

El otro se estremeció en su lecho, y exclamó con tono lastimero:

—¡Ah, eso es tan!...

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo... no tengo miedo... — balbuceó, sollozando con más fuerza aún.

—No te tiene que enfadar conmigo por habértelo dicho... Sería tonto enfadarse...

—Pero si no estoy enfadado. ¿Y por qué había de enfadarme? No eres tú quien ha llamado a mi muerte... Viene ella sola...

—Entonces, ¿a qué lloras?

Esto no era piedad: Lorenzo Petrovich quería solamente comprender, mirando atentamente el rostro del chantre y su pequeña perilla gris, que se veían apenas en la semioscuridad.

—¿Por qué lloras, pues? — insistió.

El chantre se cubrió el rostro con las manos, y balanceando la cabeza, respondió con una voz lastimera:

—¡Ah, padrecito... Es el sollo que siento!... ¡Si supieras cómo brilla en nuestra casa... en nuestro país!... Es algo maravilloso...

¿De qué sol hablaba? Lorenzo Petrovich no comprendía, y se enfadó. Pero un instante después se acordó del torrente de luz que inundaba la sala aquella mañana, se acordó de cómo brillaba el sol en su país, sobre el Volga, en el bosque, en los senderos compestres, y dejando caer con desesperación sus brazos a lo largo del cuerpo, cayó sollozando sobre la almohada, al lado del chantre. Así lloraron los dos. Lloraron el sol, que no verían más; el magnífico manzano, que daría fruta cuando ellos no estuvieran ya en este mundo; las tinieblas, que les envolverían pronto; la vida, tan ardientemente deseada, la muerte, tan cruel. El silencio de la noche agarraba sus sollozos y los repartía por las salas, mezclándolos con los ronquidos de los enfermos, cansados del trabajo del día; con los gemidos de los enfermos graves y la respiración de los convalecientes.

El estudiante dormía; pero la sonrisa había desaparecido de sus labios, y sombras azules se posaron en su rostro, inmóvil, y triste en su inmovilidad. La lámpara eléctrica alumbraba la sala con su luz imperturbable, y las blancas paredes seguían impasibles.

La muerte se llevó a Lorenzo Petrovich a la noche siguiente, al amanecer. Se había dormido con un sueño profundo; luego se despertó de pronto, comprendió que se iba a morir en seguida y que debía gritar, pedir socorro, hacer la señal de la cruz. Pero no tuvo tiempo, pues perdió la conciencia. Su pecho se alzó y se bajó de nuevo, sus piernas tuvieron un entumecimiento, su cabeza resbaló de la almohada. El chantre, al oír un leve ruido en la cama de su vecino, preguntó sin abrir los ojos:

—¿Qué tienes, padrecito?

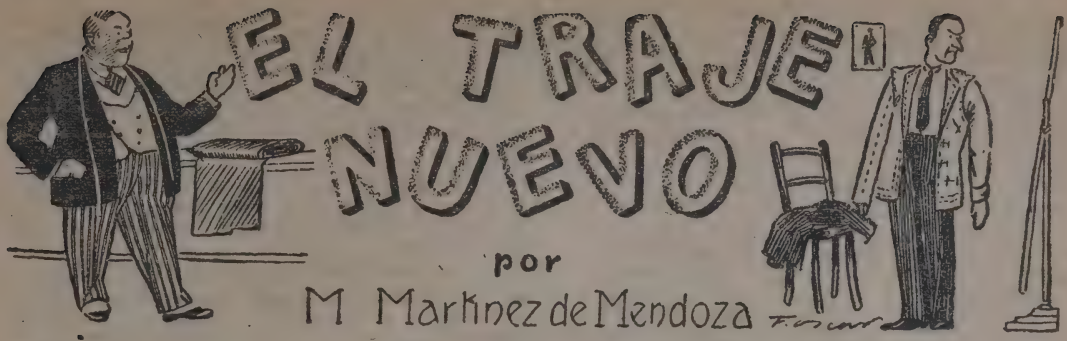
Nadie le respondió, y se durmió otra vez.

Cuando vinieron los médicos, le aseguraron que no tenía que temer a la muerte y que viviría aún mwucho tiempo, y él tuvo en aquello plena confianza. Desde la cama, saludaba con la cabeza y daba las gracis, muy dichoso.

El estudinte era también feliz, y durmió con sueño tranquilo: recibió la visita de su amada, que le besó muy fuerte, y estuvo a su lado veinte minutos más que de costumbre.

El sol había salido.

LEONIDAS ANDREIEFF.



EL TRAJE NUEVO

por

M Martínez de Mendoza

Si algún lector afortunado ha tenido la dicha de estrenar un traje en época no tan remota que de su imaginación se haya borrado tan solemne acto, yo le bendigo, le admiro y le compadezco. Y compadezco también al sastre confeccionador.

Los compadezco, sí; no rectifico ni una sola letra.

Yo conceptúo mucho más difícil estrenar un traje, que un sainete, porque, para esto último, basta tomar el asunto de otro ya estrenado, cambiando ligeramente el diálogo y el lugar de la acción; no rendirse ante las vejaciones de empresarios más o menos corteses y correctos—casi siempre menos—, y... tener paciencia para esperar una ocasión. Pero el estreno de un traje, es algo más serio, por mucha paciencia que se tenga almacenada en el recódito lugar del alma o del cuerpo destinado para albergue de esa cualidad, que no sé si es virtud o defecto...

Para estrenar un traje, lo primero que se necesita es dinero. Cuando se posee este talismán, no hay problema, en el sentido económico de la frase: el problema se inicia cuando se encarga el traje careciendo aún de dinero para pagar al sastre, que dicho sea secretamente, es el caso de la mayoría de los mortales.

Pero vamos al tema inicial de esta charla, del cual nos hemos desviado un tanto: el acto de estrenar un traje—un traje en un acto que suele dividirse en muchos cuadros; sobre todo si es así el dibujo de la tela.

La llegada del dependiente de la sastrería al domicilio del parroquiano, es un verdadero acontecimiento familiar.

—Señorito: aquí traen ya el traje, — grita la criada, o quien abra la puerta, si es que no hay criada a no la da la reverendísima gana de abrir.

—¡Ya!... ¡Ya era hora! — exclama a lo lejos, con vanidoso acento, una voz varonil.

—Está bien. — dice ufano al dependiente, tomando con despectivo gesto las prendas que componen el anhelado traje, y simulando no advertir un doblado papelito que también le ofrece el dependiente. — Me lo probaré, y ya veremos qué ha hecho aquí ese hombre — "ese hombre" es el sastre.

—¿Va usted a pagarlo ahora? — se atreve a insinuar tímidamente el portador, acercándole más la factura.

—¡Hombre, ya he dicho que me lo probaré! ¡No es puñalada de pícaro! — responde amostazado el señorito.

—Son cuarenta y tres duros nada más, — añade el dependiente, leyendo la factura.

—¡Se lo probará! ¡Se lo probará! — exclama al unísono toda la familia.

Y el dependiente sale cabizbajo, pensando en la "subida" que le dará su jefe al verle regresar con la factura, y en la esfumación de la propina que esperó alcanzar del parroquiano. ¡Ilusiones muertas!

No bien ha desaparecido tras la puerta de la escalera el desconsolado dependiente, en cuyos oídos sigue repercutiendo la fatídica frase: "¡Se lo probará!", el afortunado poseedor del traje corre a encerrarse en cualquier habitación para probarse, efectivamente, una trás otra, las prendas que lo componen. A la puerta quedan sus familiares, impacientes por ver al mimado de la suerte, cuya tardanza suele prolongarse demasiado.

—¿Qué tal te sienta? — pregunta la más impaciente de las mujeres, acercando su boquita a la rendija de la puerta, en la que deja estampada la huella del carmín de sus frescos y suaves labios.

—¡Ahora lo veréis, caramba! — responde el preguntado, ahuecando la voz y dando a la frase cierto acento mayestático y rimbombante.

—Pero... ¿cuándo vas a salir? — pregunta ya intranquila, otra.

—¡Ahora voy, diantre; que es que me había abrochado el chaleco en los ojales de la americana!...

Y tres segundos después, hora más o menos, se abre la puerta y en su centro aparece el ídolo de aquella pequeña multitud, ostentando orgulloso el flamante y codiciado terno y procurando erguir el cuerpo y elevar la faz, un poco sonriente, para dar mayor interés y vistosidad a su cuerpo jacarandoso.

—¿Qué tal me está?

—¡Admirable!

—¡Estupendo!

—¡Superferolítico!

—¡Brutal!

—Mejor que a una anguila su propia piel.

—No tiene ni un solo defecto.

—¡Gracias a Dios que voy a llevar un traje a mi gusto! — exclama el homenajeado, a la vez que gira lentamente sobre los talones, para exhibir el traje en toda su extensión.

—De aquí, de la sisa, parece que te tira un poco...

—Sí, eso iba a decir yo, — afirma otra.

—Y los botones no están a nivel de los ojales...

—A ver: vuélvete de espaldas, — tercia otra. — El cuello está bastante desbocado...

—Y la americana, en general, muy corta.

—Eso podría pasar, — reincide la primera. — Lo que no es admisible, ni tiene arreglo fácil es el pantalón. Te lo han dejado como una lavativa. ¡Ahora que se llevan tan holgaditos!...

—Y el chaleco está excesivamente descotado. ¡Parece para frac!

Cerca de media hora dura el capítulo de defectos, hasta que ya el "favorecido" termina por despojarse de las prendas y arrojarlas, malhumorado, como viles guiñapos, sobre la silla más a su alcance.

—¡Lo llevaré al sastre, y que lo rehaga totalmente!

—¿Llevárselo? Se le envia recado y que mande recogerlo a un dependiente. ¡Para eso se le paga!

—No; lo llevaré, puesto, para que pueda contemplar su obra.

Y, al siguiente día, el poseedor del traje cumple su palabra del día anterior y sale a la calle embutido en aquel terno, que a él sigue gustándole y pareciéndole admirablemente confeccionado; pero que, después de todo lo ocurrido, no sabe ya si va hecho un Adonis o un elefante con americana y pantalón "chanchullo".

Los amigos se encargan de poner el último capítulo de la obra.

—¡Chico, qué bien te está ese traje! Sino fuese porque el pantalón parece unos zahones y el chaleco es cerrado en demasía, admirable.

—Pero puede pasar, — tercia otro pollo. — Lo peor es la americana, que parece un levitón... Demasiado larga, para mi gusto.

—Pues para el mío, todo eso es "peccata minuta", — aduce un nuevo opinante. — Lo que no tiene cura es la tela, que parece el forro de un cortinón. ¡Qué mal gusto has tenido, guasonazo!

Esto de "guasonazo" suele sustituirse por cualquier otra frase más o menos sonora y ofensiva, según la confianza y educación del interlocutor.

Lo cierto es que el "víctima", anonadado ante la abrumadora avalancha de discrepantes opiniones, torna a su casa maltratado y cejijunto, renegando de la hora en que se le ocurrió encargarse un traje, y sin saber si el pantalón parece lavativa o zahones, si la

LEA

Tit-Bits

TODOS LOS MARTES

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

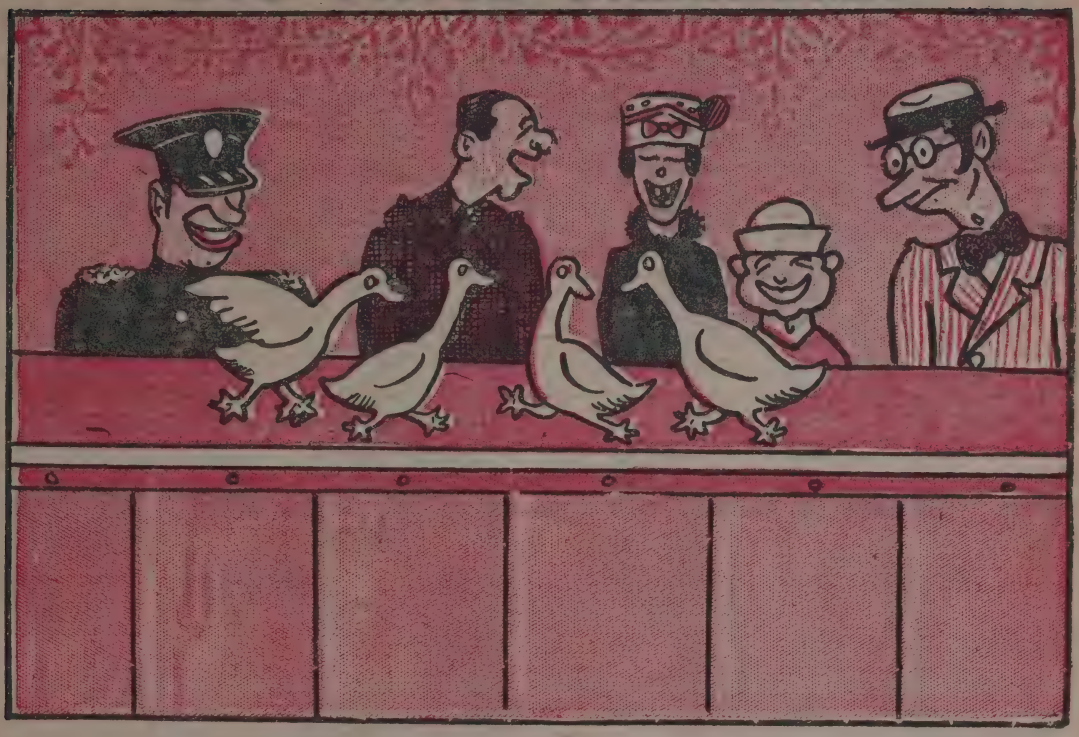
Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

LOS PATOS BAILARINES



Don Trampitis tenía unos patos que bailaban muy lindo. El público admirado aplaudía esta maravilla. ¿Cómo harán? se preguntaban todos.

Pero don Trampitis no decía que el piso era de acero y que calentado por unos braseros potentes hacía que los pobres animales danzaran exóticamente. ¡Pobres callos!

americana se asemeja a un levitón o a un cubrecorsé, si el chaleco peca de abierto o de cerrado, ni si la tela es lo bonita que a él le pareció o da la sensación de un cubrecamas de hospital.

Y, ante la duda, renuncia a visitar el sastre, ni siquiera para recoger la maldita factura que tan preparada llevara el dependiente en el solemne acto de la entrega del terno.

Es frecuente, en los casos de esta índole, que al regresar a casa el parroquiano se encuentre, sentadito en la escalera, al dependiente de la sastrería.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a presentarle la factura, y como me han dicho que no estaba usted en casa, cumpliendo el mandato de mi jefe, me he sentado a esperarle, dispuesto a no marcharme sin cobrar. Es una costumbre de la casa.

—Pues si es que tú te obstinas en cobrar, cobrarás... ¡Vaya si cobrarás! Pero mejor será que le digas a tu jefe, que no le pagaré hasta que yo quiera, por las mismas razones: porque... es una costumbre de la casa.

Y, por muchas veces que esta escena se repita el desgraciado sastre no consigue ver "traducido" a pesetas el manoseado papelito, hasta que, transcurridos algunos meses, la familia y amistades del parroquiano, acostumbrados ya al trajecito origen de sus censuras, se cansan de ponerle faltas.

Que es, precisamente, cuando empiezan a sentar bien los trajes nuevos: cuando nadie se ocupa en censurarlos y van perdiendo ya su acentuada novedad...

M. MARTINEZ DE MENDOZA.

LA IDEA

—No tenía yo idea de que iba usted a casarse con la viudita...

—Ni yo tampoco; la idea fué de ella.

LITERATURA AMERICANA

Tradiciones peruanas

Por RICARDO PALMA

UN VIRREY Y UN ARZOBISPO

(Crónica de la época del trigésimo virrey del Perú)

Crónica de la época del trigésimo virrey del Perú

La época del coloniaje, fecunda en acontecimientos, que de una manera providencial del Nuevo Mundo, es un venero poco explotado aún por las inteligencias americanas.

Por eso, y perdónese nuestra presuntuosa audacia, cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros, demonio tentador al que mal puede resistir la juventud, evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia de ayer de un pueblo que no vive de recuerdos ni de esperanzas, sino de actualidad.

Lo repetimos: en América la tradición apenas tiene vida. La América conserva todavía la novedad de un hallazgo y el valor de un fabuloso tesoro apenas principiado a explotar.

Sea por la indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos o por descuido de nuestros antepasados en no consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes. Los tiempos primitivos del imperio de los incas, tras los que está la huella sangrienta de la conquista, han llegado hasta nosotros con fabulosos e inverosímiles colores, Parece que igual suerte espera a los dos primeros siglos de la dominación española

Entretanto, toca a la juventud hacer algo para evitar que la tradición se pierda completamente. Por eso, en ella se fija de preferencia nuestra atención, y para atraer la del pueblo, creemos útil adornar con las galas del romance toda narración histórica. Si al escribir estos apuntes sobre el fundador de Talca y los Angeles no hemos logrado nuestro objeto, discúlpesenos en gracia de la buena intención que nos guiara y de la inmensa cantidad de polvo que hemos aspirado al hojear crónicas y deletrear manuscritos en países donde, aparte de la escasez de documentos, no están los archivos muy fácilmente a la disposición del que quiere consultarlos.

I

El número 13

El excelentísimo señor don José de Velazco, que mereció el título de conde de Superunda por haber reedificado el Calalao, (destruído a consecuencia del famoso terremoto de 1746), se encargó del mando de los reinos del Perú el 13 de Julio de 1745, en reemplazo del marqués de Villagarcía. Maldita la importancia que un cronista daría a esta fecha si, según cuentan añejos papeles, ella no hubiera tenido marcada influencia en el ánimo y porvenir del virrey; y aquí con venia suya, lector amigo, va mi pluma a permitirse un rato de charla y moraleja.

Cuanto más inteligente o audaz es el hombre, parece que su espíritu es más susceptible de acoger una superstición. El vuelo o el canto de un pájaro es para muchos un sombrío augurio, cuyo prestigio no alcanza a vencer la fuerza del raciocinio. Sólo el necio no es supersticioso César en una tempestad confiaba en su fortuna. Napoleón, el que repartía tronos como botín de guerra, recordaba al dar una batalla la brillantez

del sol de Austerlitz, y aun es fama que se hizo decir la buenaventura por una echadora de cartas (Mlle. Lenormarnd).

Pero la preocupación nunca es tan palmaria como cuando se trata del número 13. La casualidad hizo algunas veces que de trece convidados a un banquete, uno muriera en el término de un año; y es seguro que de allí nace el prolijo cuidado con que los cabalistas cuentan las personas que se sientan a una mesa. Los devotos explican que la desgracia del 13 surge de que Judas completó este número en la divina mesa.

Otra de las particularidade del 13, conocido también por "docna de fraile", es la de designar las monedas que se dan en arras cuando un prójimo resuelve hacer la última calaverada. Viene de allí el horror instintivo que los solteros profesan, horror que no sabemos decir si es o no fundado, como no osaríamos declararnos partidarios o enemigos de la santa coyunda matrimonial.

Quejábase un prójimo de haber asistido a un banquete en que eran trece los comensales. —¿Y murió alguno? ¿Aconteció suceso infausto? — ¡Cómo no! (Contestó el interrogado). En ese año... me casé.

El hecho es que cuando el virrey quedó solo en Palacio con su secretario Pedro Bravo de Ribera, no pudo excusarse de decirle:

—¡Tengo para mí, Pedro, que mi gobierno me ha de traer desgracia. El corazón me da que este otro 13 no no ha de parar en bien.

El secretario sonrió burlonamente de la superstición de su señor, en cuya vida, que él conocía a fondo, habría probablemente alguna aventura en la que desempeñaba papel importante el fatídico número a que acababa de aludir.

Y que el corazón fué leal profeta para el virrey (pues en sus quince años de gobierno abundaron las desgracias), nos lo comprueba una rápida reseña histórica.

Poco más de un año llevaba en el mando don José Manso de Velazco cuando aconteció la ruina del Callao, y tras ella una asoladora epidemia en la sierra, y el incendió del archivo del gobierno que se guardaba en casa del marqués de Salinas, incendio que se tuvo por malicioso. Temblores formidables en Quito, Latacunga, Trujillo y Concepción de Chile, la inundación de Santa, un incendio que devoró Panamá y la rebelión de los indios de Huarochirí, que se sofocó ahorcando a los principales cabecillas, figuran entre los sucesos siniestros de esa época.

En Agosto de 1747 fundóse a inmediaciones del destruído Callao el pueblo de Bellavista; se elevó el convento de Ocopa a colegio "de propaganda fide"; se consagró la iglesia de los padres descalzos; la monja y literata sor María Juana, con otras cuatro capuchinas, fundó un monasterio en Cajamarca; se observó el llamado cometa de Newton; se estableció el estanco de tabacos; se extinguió la Audiencia de Panamá, y en 1755 se formó un censo de Lima, resultando empadronados **54.000 habitantes.**

II

Que trata de una excomunión, de cómo por ella el virrey y el arzobispo se tornaron enemigos

La obligación de motivar el capítulo que a éste sigue nos haría correr el riesgo de tocar con hechos que acaso pudieran herir quisquillosas susceptibilidades, si no adoptáramos el partido de alterar nombres y narrar el suceso a galope. En una hacienda del valle de Ate, inmediata a Lima, existía un pobre sacerdote que desempeñaba las funciones de capellán del fundo. El propietario, que era nada menos que un título de Castilla, por cuestiones de poca monta y que no son del caso referir, hizo una mañana pasear por el patio de la hacienda, caballero en un burro y acompañado de rebenque, al bueno del capellán, el cual diz que murió a poco de verguenza y de dolor.

Este horrible castigo, realizado en un ungido del Señor, despertó en el pacífico pueblo una gran conmoción. El crimen era hasta entonces inaudito. La iglesia fulminó excomunión mayor contra el hacendado, en la que se mandaban derribar las paredes del patio donde fué escarnecido el capellán y que se sembrase sal en el terrero, amén de otras muchas ritualidades de las que haremos gracia al lector.

Nuestro hacendado, que disfrutaba de gran predicamento en el ánimo del virrey, y que además era pariente por afinidad del secretario Bravo, se encontró amparado por éstos, que recurrieron a cuantos medios hallaron a sus alcances para que se menguase en algo el rigor de la excomunión. El virrey fué varias veces a visitar al arzobispo con tal objeto; pero éste se manturo erre con erre.

Entretanto cundía ya en el pueblo una especie de somatén y crecían los temores de un serio conflicto para el gobierno. La multitud cada vez más irritada, exigía el pronto castigo del sacrílego; y el virrey, convencido de que el metropolitano no era hombre de provecho para su empeño, se vió mal de su grado en la precisión de ceder.

¡Vive Dios, que aquelos sí eran tiempos para Iglesia! El pueblo, no contaminado aun con la impiedad que, al decir de muchos, avanza a pasos de gigante, creía entonces con la fe del carbonero. ¡Pícara sociedad que ha dado en la maldita flebre de combatir las preocupaciones y errores del pasado! ¡Perversa raza humana que tiende a la libertad y al progreso y que en su roja bandera lleva impreso el imperativo de la civilización: "¡Adelante! ¡Adelante!".

Repetimos que muy en embrión y con cautela hemos apuntado este curioso hecho, desentendiéndonos de adornarlo con la multitud de glosas y de incidentes que sobre él corren. Las viejas cuentan que cuando murió el hacendado, desapareció el cadáver, que de seguro no recibió sepultura eclesiástica, arrebatado por el que pintan a los pies de San Miguel, y que en las altas horas de la noche paseaba por la calles de Lima en un carro inflamado por llamas infernales y

arrastrado por una cuadriga diabólica. Hoy mismo hay gente que cree en estas paparruchas a pie juntillos. Dejemos al pueblo con sus locas creencias y hagamos punto y acápite.

III

De cómo el arzobispo de Lima celebró misas después de haber almorzado

Sabido es que para los buenos habitantes de la republicana Lima las cuestiones de fueros y de regalías entre los poderes civil y eclesiásticos han sido siempre una piedrecilla de escándalo. Aun los que hemos nacido en estos asenderéados tiempos, recordamos muchas "enquinfingalfas" entre nuestros presidentes y el metropolitano o los obispos. Más en la época en que por su majestad don Fernando VI mandaba estos reinos del Perú el señor conde de Superunda, estaban casi contrabalanceados los dos poderes, y harto tímido era su excelencia para recurrir a golpes de autoridad. Cuestioncillas, fútiles acaso en su origen, como la que en otro capítulo lejamos consignada, agriaron los espíritus edl vierrey del arzobispo Barroeta hasta engendrar entre los dos una sería odiosidad

"Grande fué la competencia, — dice Córdova Urrutia — entre el arzobispo y el virrey, por haber dispuesto aquél que se le tocase órgano al entrar en la catedral y no al representante del monarca, y levantado quitasol, al igual de éste, en las procesiones. Las quejas fueron a la corte y ésta falló contra el arzobispo".

El conde de Superunda, en su relación de mando, dice hablando del arzobispo: "Tuvo la desgracia de encontrar genios de fuego conocidos por turbulentos y capaces de alterar la república más bien ordenada. Estos le indujeron a mandar sin reflexión, persuadiéndolo que debía mandar su jurisdicción con vigor y que ésta se extendía sin límite. Y como obraba sin experiencia, brevemente se llenó de tropiezos con su Cabildo y varios tribunales. Los caminos a que induje muchas veces al arzobispo, atendiendo su decoro y la tranquilliad de la ciudad, eran máximas muy contrarias a las de sus consultores, y no perdieron tiempo en persuadirle que se subordinaba con desaire de su dignidad y que debía dar a conocer que era arzobispo, desviándose del virrey que tanto le embarazaba. El concepto que le merecían los que así le cansejaban y la inclinación del arzobispo a mandar despóticamente lo precipitaron a escribirme una esquela privada con motivo de cierta cuestión particular, diciéndome que lo dejase obrar y procuró retirarse cuanto pudo de mi comunicación. A poco tiempo se aumentaron las competencias con casi todos los tribunales y se llenó de edictos y mandatos la ciudad, poniéndose en gran confusión su vecindario. Si se hubieran de expresar todos los incidentes y tropiezos que se ofrecieron posteriormente al gobierno con el arzobispo, se formaría un volumen o historia de mucho bulto".

Lea
TIT - BITS
todos los martes

Y prosigue el conde de Seperunda narrando la famosa querella del quitasol o baldaquino, en la procesión de la novena Concepción, que tuvo lugar por los años de 1752. No cumplendo ella a nuestro propósito, preferimos dejarla en el tintero y contraernos a la última cuestión entre el representante de la corona y el arzobispo de Lima.

Práctica era que sólo cuando pontificaba el metropolitano se sentase bajo un dosel inmediato al del virrey, y para evitar que el arzobispo pudiera sufrir lo que la vanidad calificaría de un desaire, iba siempre a palacio un familiar la víspera de la fiesta, con el encargo de preguntar si su excelencia concurría o no a la fiesta.

En la fiesta de Santa Clara, monasterio fundado por Toribio de Mogrovejo, y al que legó su corazón, encontró Manso el medio, infalible en su concepto, de humillar a su adversario, contestando al mensajero que se sentía enfermo y que por lo tanto no concurriría a la función. Preparáronse sillas para la Real Audiencia, y a las doce de la mañana se dirigió Barroeta a la iglesia y se arrellanó bajo el dosel; más con gran sorpresa vió poco después que entraba el virrey, precedido por las distintas corporaciones.

¿Qué había decidido a su excelencia a alterar así el ceremonial? Poca cosa. La certidumbre de que su ilustrísima acababa de almorzar, en presencia de legos y eclesiásticos, una tísica o robusta polla en estofado, con su correspondiente apéndice de bolos y chocolate de las monjas.

Convengamos en que era durilla la posición del arzobispo, que sin echarse a cuestas lo que el creía un inmenso ridículo, no podía hacer bajar su dosel. Su ilusstrísima se sentía tanto más confundido, cuanto más altivas y burlonas eran las miradas y sonrisas de los paalciegos. Pasaron así más de cinco minutos sin que diese principio la fiesta El virrey gozaba en la confusión de Barroeta y todos veían asegurado su triunfo. La espada humillaba a la sotana.

Pero el bueno del virrey hacía su cuento sin la huéspeda, o lo que es lo mismo, olvidaba que quien hizo la ley hizo la trampa. Manso habló al oído de uno de sus oficiales, y éste se acercó al arzobispo manifestándole en nombre de su excelencia cuán extraño era que permaneciese bajo el dosel y de igual a igual quien no pudiendo celebrar misa, por causa de la consabida polla del almuerzo, perdía el privilegio en cuestión. El arzobispo se puso de pie, paseó su

mirada por el lago de los golillas de la Audiencia y dio con notable sangre fría:

—¡Señor oficial! Anuncie usted a su excelencia que pontifico.

Y se dirigió resueltamente a la sacristía, de donde salió en breve revestido.

Y lo notable del cuento es que lo hizo como lo dijo.

IV

Donde la polla empieza a indigestarse

Dejamos a la imaginación de nuestros lectores calcular el escándalo que produciría la aparición del arzobispo en el altar mayor, escándalo que subió de punto cuando lo vieron consumir la divina Forma. El virrey no desperdició la ocasión de esparcir la cizaña en el pueblo, con el fin de que la grey decuarase que su pastor había incurrido en flagrante sacrilegio. ¡Bien se barrunta que su excelencia no conocía a esa sufrida oveja que se llama pueblo! Los criollos, después de comentar largamente el suceso, se disolvían con esta declaratoria, propia del fanatismo de aquella época:

—Pues que comulgó su ilustrísima después de almorzar, licencia tendría de Dios.

Acaso por estas quisquillas se despertó el encono de la gente de claustro contra el virrey Manso; pues un fraile, predicando el sermón del Domingo de Ramos, tuvo la insolencia de decir que Cristo había entrado en Jerusalén montado en un burro "manso" bufonería con la que creyó poner en ridículo a su excelencia.

Entretanto, el arzobispo no dormía, y mientras el virrey y su Real Audiencia dirigían al monarca y su Consejo de Indias una fundada acusación contra Barroeta, éste reunía en su palacio eclesiástico. Ello es que se extendió acta de lo ocurrido, en la que después de citar a los santos padres, de recurrir a los breves secretos de Paulo III y otros pontífices y de destrozar los cánones, fué aprobada la conducta del que no se paró en pollas ni panecillos, con tal de sacar avante lo que se llama fueros y dignidad de la Iglesia de Cristo. Con el acta ocurrió el arzobispo a Su Santidad, quien dió por bueno su proceder.

El Consejo de Indias no se sintió muy satisfecho, y aunque no increpó abiertamente a Barroeta, lo tildó de poco atento en haber recurrido a Roma sin tocar antes con la corona. Y para evitar que en lo sucesivo se renovasen las rencillas entre las autoridades políticas y religiosa, creyó conveniente su sacra real majestad trasladar a Barroeta a la silla archiepiscopal de Granada y que se encargarse de la de Lima el señor don Diego del Corro, que entró en la capital en 26 de Diciembre de 1758 y murió en Jauja después de dos años de gobierno.

D. Pedro Antonio de Barroeta y Angel, natural de la Rioja en Castilla la Vieja, es entre los arzobispos que ha tenido Lima uno de los más notables por la moralidad de su vida y por su intrucción e ingenio. Hizo reimprimir las sinodales de Lobo Guerrero, y durante los siete años que, según Unanue, duró su autoridad, publicó varios edictos y reglamentos para reformar las costumbres del clero, que, al decir de un escritor de entonces no eran muy evangélicas. A juzgar por el retrato que de él existe en la sacristía de la catedral, sus ojos revelan la energía del espíritu y su despejada frente muestra claros indicios de inteligencia. Consiguió hacerse amar del pueblo, más no de los canónigos, a quienes frecuentemente hizo entrar en vereda, y sostuvo con vigor los que para el espíritu de su siglo y para su educación consideraba como privilegios de la Iglesia.

En cuanto a nostros, si hemos de ser sinceros y declaramos que nos viene al magín medio de disculpar la conducta del arzobispo en la fiesta de Santa Clara; porque creemos, creencia de que no alcanzarán a apearnos todos los teólogos de la cristianidad, que la religión del Crucificado, religión de verdad severa, nop uede permitir dobleces ni litúrgicos lances teatrales. Antes de sacar triunfante el orgullo, la vanidad clerical; antes de hacer elásticas las leyes sagradas; antes de abusar de la fe de un pueblo y sembrar en él la alarma y la duda, debió el ministro del Altísimo recordar las palabras del libro inmortal: "¡Ay de aquel por quien venga el escándalo!". "Quémese la casa y no salga el humo", era el refrán con que nuestros abuelos condeanban el escándalo.

V

Agudezas episcopales

Y por si no vuelve a presentárseme ocasión para hablar del arzobispo Barroeta, aprovecho ésta y saco a relucir agudezas suyas. Cuando pasan rábanos, comprarlos.

Visitando su ilustrísima los conventos de Lima, llegó a uno donde encontró a los frailes arremolinados contra su provincial o superior. Quejábase la comunidad de que éste tiranizaba a sus inferiores, hasta el punto de prohibir que ninguno pusiese pie fuera del umbral de la portería sin previa licencia. El provincial empezó a defender su conducta; pero le interrumpió el señor Barroeta, diciéndole:

—¡Calle, padre; calle, calle, calle!

El provincial se puso candado en la boca el arzobispo echó una bendición y tomó el camino de la puerta, y los frailes quedaron contentísimos viendo desairado a su guardián.

Cuando le pasó a éste la estupefacción se dirigió al palacio arzobispal y respetuosamente se querelló ante su ilustrísima de que, a presencia de la comunidad, le hubiera impuesto silencio.

—Lejos, muy lejos, — le contestó Barroeta — estoy de ser grosero con nadie, y menos con su reverencia, a quien estimo. ¿Cuáles fueron mis palabras?

—Su ilustrísima interrumpió mis descargos diciéndome: "¡Calle, calle, calle!".

—¡Bendito de Dios! ¡Qué pedían los frailes! ¿Calle? Pues dele calle su reverencia, déjelos salir a la calle y lo dejarán en paz. No es culpa mía que su paternidad no me

entendiera y que tomara el ascua por donde quema.

Y el provincial se despidió, satisfecho de que en el señor Barroeta no hubiera habido propósito de agravio.

Fué este arzobispo aquel de quien cuentan que al salir del pueblo de Mala, lugarejo miserable y en el que su ilustrísima y comitiva tuvieron que conformarse con mala cena y peor lecho, y exclamó:

Entre médanos de grena,
para quien bien se regala,
no tiene otra cosa Mala
que tener el agua buena.

Y para concluir, vaya otra agudeza de su ilustrísima.

Parienta suya era la marquesa de X... y persona cuyo empeño fué siempre atendido por el arzobispo Interesóse ésta un día para que confiriese un curato vacante a cierto clérigo su protegido. Barroeta, que tenía poco concepto de la ilustración y moralidad del pretendiente, desairó a la marquesa. Encaprichóse ella, acudió a España, gastó largo, y en vez del curanto consiguió para su ahijado una canonjía metropolitana. Con la real cédula en la mano, fué la marquesa a visitar al arzobispo, y le dijo:

—Señor don Pedro: el rey hace canónigo al que usted no quiso hacer cura.

—¿Y mucho dinero le ha costado conseguirlo, señora marquesa?

—Claro está — contestó la dama, — pero mi fortuna la habría gastado con gusto por no quedarme con el desaire en el cuerpo.

—Pues, señora mía, si su empeño hubierá sido por canonjía, de balde se la hubiera otorgado; pero dar cura de almas a un molondro... "nequequan". El buen párroco necesita cabeza, y para ser buen canónigo no se necesita poseer más que una cosa buena.

—¿Qué cosa? — preguntó la marquesa

—Buenas posaderas para repantigarse en un sillón del coro.

VI

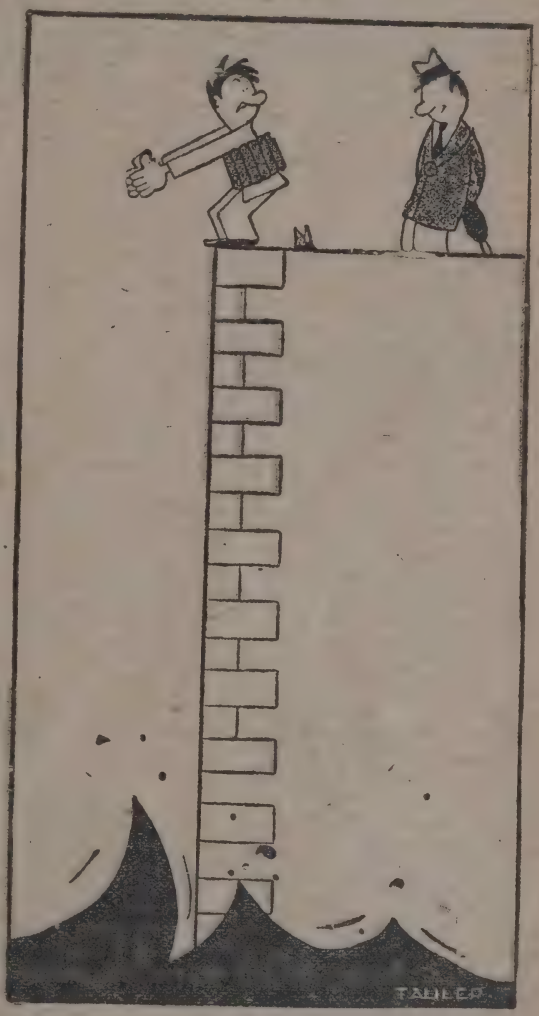
Donde se eclipsa la estrella de su excelencia

Después de dieciséis años de gobierno, sin contar los que había pasado en la presidencia de Chile, el conde de Superunda, que había solicitado de la corte su relevo, entregó el mando al excelentísimo señor don Manuel de Amat y Juniet, el 12 de Octubre de 1761.

El de Superunda es sin disputa una de las más notables figuras de la época del coloniaje. A él debe Chile la fundación de seis de sus más importantes ciudades, y la historia, justiciera siempre, le consagra páginas honrosas. El pueblo nunca es ingrato para los que se desvelan por su bien, halagueña verdad que por desgracia ponen frecuentemente en olvido los hombres públicos de Sud América. Manso, mientras ejerció la presidencia de Chile, fué recto en la administración, conciliador con las raza conquistadora y conquistada, infatigable en promover mejoras materiales, tenaz en despertar en la muchedumbre el hábito del trabajo. Con tan dignos antecedentes pasó al virreinato del Perú, en donde se necontró combatido por rastreras intrigas que entrabaron la marcha de su gobierno e hicieron inútiles sus buenas disposiciones

Por otra parte, su antecesor le entregaba el país en un estado de violenta conmoción.

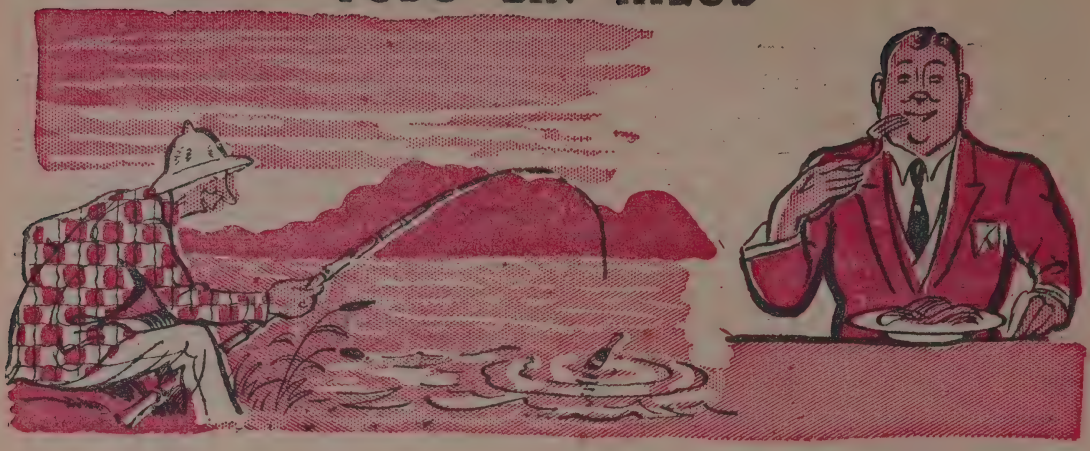
EL SUICIDA



—¿Va usted a suicidarse?
—Sí, señor.
—Entonces ¿para qué se pone salvavidas?
—Para no ahogarme.

Apu Inca, al frente de algunas tribus rebeldes y ensoberbecidas por pequeños triunfos alcanzados sobre las fuerzas españolas, amenazaba desde Huarochirí un repentino ataque sobre la capital. Manso desplegó toda su actividad y energía, y en breve consi-

TODO SIN HILOS



El que vaya a pescar con caña suprimirá la piola o línea; su pesca será... "sin hilo".

El que coma tallarines suprimirá el queso que forma hilos con la salsa: "¡tallarines sin hilos!"

Las arañas cazarán moscas pero sin telas y por lo tanto sin hilos. ¡Qué portentoso adelanto!

La hacendosa bordadora coserá sin enhebrar la aguja: "¡Bordado o cosido sin hilos! ¡Adelanto fabuloso!

También se suprimirá el hilo que ahora se usa para cortar las pellas de manteca o de jabón. ¡Progreso colosal!

La plomada de los albañiles se usará sin piola y las casas se edificarán verticales. ¡Ese sí que será un adelanto!

Y el dibujante de "Tit-Bits" no empleará hilo porque no lo ha empleado nunca y seguirá viviendo feliz.

LA FORTUNA VIENE MIENTRAS UNO DUERME

Sentado en un banco de una plaza, Rasca Padentro rentista y avaro, lee su diario.

Poco tarda en dormirse profundamente...

... y se le cae el sombrero.

Los que pasan, compadecidos al ver a aquel pobre viejo que duerme en un banco placero, arroja monedas de níquel en el sombrero que parece puesto allí para recibir limosnas.

Rasca Padentro se despierta lamentando haberse dormido en el banco. Se dispone a retirarse, recoge el sombrero y va a ponérselo.

Un chubasco de monedas de níquel le cae encima.

—¡Hola! — exclama el avaro. — Yo no lo hice a propósito, pero el invento es bueno y no dejaré de repetirlo en cuanto llegue la ocasión.

guió apresar y dar muerte al caudillo, cuya cabeza fué colocada en el arco del puente de Lima. No se nos tilde de faltos de amor a la causa americana porque llamamos rebelde a Apu Inca. Las naciones se hallan siempre dispuestas a recibir el bienhechor rocío de la libertad, y en nuestro concepto, dando fe a documentos que hemos podido consultar, Apu Inca no era ni el apóstol de la idea redentora ni decendiente de Manco Capac. Sus pretensiones eran las del ambicioso sin talento, que usurpando un nombre se convierte en jefe de una horda. El proclamaba el exterminio de la raza blanca, sin ofrecer al indígena su rehabilitación política. Su causa era la de la barbarie contra la civilización

Cansado Manso de los azares que lo rodeaban en el Perú, regresábase a Europa por Costa Firme, cuando, por su desdicha, tocó el buque que lo conducía en la isla de Cuba, asediada a la sazón por los ingleses.

D. Modesto de la Fuente en su "Historia de España", trae curiosos pormenores acerca del famoso sitio de la Habana, en el que verá el lector cuán triste papel le cupó desempeñar al conde de Superunda. Como teniente general, presidió el consejo de guerra reunido para decidir la rendición o resistencia de las plazas amenazadas; "más ya fuese que el aliento de Manso se hubiese gastado con los años", como lo supone el marqués de Obando, o porque en realidad creyese imposible resistir, arrastró la decisión del consejo a celebrar una capitulación, en virtud de la que un navío inglés condujo a Manso y sus compañeros al puerto de Cádiz.

Del juicio a que en el acto se les sujetó resultaba que la capitulación fué cobarde e ignominiosos los artículos consignados en ella, y que el conde Superunda, causa principal del desastre, merecía ser condenado a la pérdida de honores y empleos, con la añadidura, nada satisfactoria, de dos años de encierro en la fortaleza de Montjuich.

D. José Manso, hombre de caridad ejemplar no sacó por cierto una fortuna de su dilatado gobierno en el Perú. Cuéntase que habiéndosele un día pedido limosna un pordiosero, le dió la empuñadura de su espada que era de plata maciza, y notorios son los beneficios que prodigó a la multitud de familias que sufrieron las consecuencias del horrible terremoto que arruinó a Lima en 1746. Por ende al salir de la prisión de Montjuich se encontró el de Superunda tan falto de recursos como el más desarrapado mendigo.

VII

Donde aumenta en brillo la estrella de su ilustrísima

Empezaba la primavera del año 1770, cuando paseando una tarde por la Vega el arzobispo de Granada, encontró un ejército de chiquillos que con infantil travesura retozaban por las calles de árboles. La simpatía que los viejos experimentan por los niños nos la explicamos recordando que la ancianidad y la infancia, 'el ataúd y la cuna" están muy cerca de Dios.

Su ilustrísima se detuvo mirando con paternal sonrisa aquella alegre turba de escolares, disfrutando de la recreación que en los días jueves daban los preceptores de aquellos tiempos a sus discípulos. El dómine se hallaba sentado en un banco de césped, absorbido en la lectura de un libro, hasta que un familiar del arzobispo vino a sacarlo de su ocupación, llamándolo en nombre de su ilustrísima.

Era el "dómine" un viejo venerable, de facciones francas y nobles, y que a pesar de su pobreza, llevaba la raída ropilla con cierto aire de distinción. Poco tiempo hacía que, establecido en Granada, dirigía una escuela, siendo conocido bajo el nombre del maestro Velazco y si saberse nada de la historia de su vida.

Apenas lo miró el arzobispo, cuando reconoció en él al conde Superunda y lo estrechó en los brazos. Pasado el primer transporte vinieron las confidencias; y por último, Barroeta lo comprometió a vivir a su lado y aceptar sus favores y protección. Manso rehusaba obstinadamente hasta que su ilustrísima le dijo:

—Paréceme, señor conde, que aún me conserva rencor vueseñoría, y creeré que por soberbia rechaza mi apoyo, o que me injuria suponiendo que en la adversidad trato de humillarlo

—¡El poder, la gloria, la riqueza, no son más que vanidad de vanidades! Y si imaginais, señor arzobispo, que por altivez no aceptaba vuestro amparo, desde hoy abandonaré la escuela para vivir en vuestra casa.

El arzobispo lo abrazó nuevamente y lo hizo montar en su carroza.

—Así como así, — agregó el conde, — vuestro ministerio obliga a curarme de mi loco orgullo. "¡Debellare superbos!".

VIII

Desde aquel día, aunque amargadas por el recuerdo de sus desventuras y de la ingratitud del soberano, que al fin la devolvió su clase y honores, fueron más llevaderas y tranquilas las horas del desgraciado Superunda.

RICARDO PALMA.

Lea "TIT-BITS" todos los martes

LEA
Pucky
TODOS LOS VIERNES

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

SEGUNDA PARTE

EL REGRESO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

—Y si no me haces caso te tiraré al agua, — continuó Tarzán. — No olvides que lo único que estoy esperando es un pretexto.

Y dió media vuelta sobre sus talones, dejando a Rokof tembloroso de reprimida ira.

No volvió a ver al ruso en varios días, pero el bribón no estuvo ocioso. En su camarote, con Paulvich, juró y echó venablos, amenazando con la más terrible de las venganzas.

—Lo tiraría al mar esta misma noche,— exclamó, — si estuviera seguro de que no tiene esos papeles en su poder. No quiero tirarlo si los lleva encima. Si tú no fueras un cobardón tan estúpido, Alexis, encontrarías medio de entrar en su camarote y de registrarlo hasta dar con los documentos.

—Tú eres el cerebro de nuestra sociedad, Nicolás, — dijo Paulvich sonriendo. — ¿Por qué no buscas también el medio de registrar el camarote de míster Caldwell?

Dos horas más tarde los favoreció el destino, porque Paulvich, que estaba siempre alerta, vió que Tarzán salía de su camarote sin cerrar la puerta. Cinco minutos más tarde Rokof estaba apostado en sitio en que pudiera dar la voz de alarma en caso de que Tarzán volviera, y Paulvich registraba diestramente el contenido del equipaje del hombre-mono.

Iba a renunciar ya con desesperación, cuando de pronto vió una americana que Tarzán acababa de quitarse. Un momento más tarde tenía un pliego oficial en la mano y una ojeada rápida a su contenido arrancó una sonrisa al semblante del ruso.

Cuando salió del camarote, ni el mismo Tarzán habría podido decir que le habían tocado el menor objeto de como él os había dejado, pues Paulvich era nu maestro en aquellos menesteres.

Cuando entregó el pliego a Rokof en el camarote de éste, el ruso llamó a un camarero y pidió una botella de champán.

—Hay que celebrar esto, querido Alexis — dijo.

—Suerte ha sido, Nicolás — explicó Paulvich. — Es evidente que siempre lleva esos papeles encima y que sólo por descuido ha dejado de cambiarlos de bolsillo hace unos momentos al ponerse otra americana. Pero ya verás cuando descubra la pérdida. Mucho me temo que en seguida la relacione contigo. Ahora que sabe que está a bordo, sospechará de ti inmediatamente.

—Poco importará lo que sospeche... después de esta noche — dijo Rokof con malvada sonrisa.

Una vez que miss Strong se recogió para acostarse, Tarzán se quedó apoyado en la borda y mirando al mar a lo lejos. Todas las noches había hecho lo propio desde su entrada a bordo, y algunas veces, permanecía así una hora. Y los ojos que habían espiado todos sus movimientos desde la partida de Argel sabían que tal era su costumbre.

Aquel día los mismos ojos estaban fijos en él. Finalmente, el último trasnochador se fué hacia abajo. Era una noche clara pero sin luna y los objetos de cubierta apenas se discernían.

Desde la sombra del camarote, dos figuras salieron cautelosamente y se acercaron por detrás al hombre-mono. El golpe del agua contra los costados del buque, el ruido de la hélice y los latidos de las máquinas ahogaban la casi silenciosa proximidad de ambos.

Estaban ya muy cerca de él, y agachados como dos fieras que preparan el asalto. Uno de ellos levantó la mano y la bajó, como si

contara segundos. ¡Uno... dos... tres!

Como un solo hombre los dos saltaron sobre su víctima. Cada uno de ello le cogió por una pierna y antes que Tarzán de los Monos, a pesar de su ligereza, pudiera volverse para salvarse, lo pasaron de cabeza por cima de la borda y lo arrojaron al Atlántico.

Hazel Strong, estaba mirando por la portilla de su camarote a la oscuridad del mar. De pronto un cuerpo pasó por delante de sus ojos desde la cubierta de arriba. Pero cayó tan pronto en las negras aguas que la joven no tenía la seguridad de lo que era... Podía ser un hombre, pero no le era posible decirlo. Escuchó a ver si sonaba arriba algún grito, el siempre terrible de "hombre al agua", pero no lo oyó. Todo era silencio arriba en el buque, y todo era silencio abajo en el océano.

La joven se dijo que no sería más que un brazado de basura arrojado al agua por cualquiera de los tripulantes, y un momento después se metió en la cama.

CAPITULO XIII

EL NAUFRAGIO DEL "LADY ALICIA"

A la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, el puesto de Tarzán estaba vacío. Miss Strong sintió cierta curiosidad, porque mister Saldwell había tenido todos los días la atención de esperar para almorzar con ella y su madre. Más tarde, estando la joven sentada en cubierta, monsieur Thuran se detuvo a cambiar con ella media docena de palabras corteses. Parecía de excelente humor, y sus modales eran la afabilidad en persona. Cuando se alejó, miss Strong pensó cuán encantador sujeto era monsieur Thuran.

Transcurrió el día pesadamente. La joven echaba en falta la tranquila compañía de mister Caldwell, pues éste tenía algo que desde el primer momento había despertado su simpatía. ¡Le había hablado con tanto atractivo de los lugares que había visto, de las gentes y de sus costumbres, de las bestias feroces...! Y siempre había sacado comparaciones curiosas y sorprendentes entre los animales salvajes y los hombres civilizados, que mostraban considerable conocimiento de los primeros y una comprensión de los últimos muy perspicaz, pero un tanto cínica.

Cuando aquella tarde monsieur Thuran se detuvo de nuevo a charlar con ella, la joven acogió con agrado la ruptura de la monotonía de toda la jornada. Pero comenzaba ya a sentir serias inquietudes por la prolongada ausencia de mister Caldwell, pues sin saber cómo la relacionaba con el sobresalto que había sentido la noche antes, cuando aquel objeto oscuro cayó por delante de su portilla al mar. No tardó en hablar del asunto a monsieur Thuran. ¿Había visto a mister Caldwell aquel día — No ¿Por qué?

—Porque no se ha presentado a almorzar como de costumbre, ni le he vuelto a ver desde ayer — explicó la joven.

Thuran se mostró extremadamente solícito.

—No tenía el gusto de conocer íntimamente a mister Caldwell — dijo. — Pero me parecía un caballero muy estimable. Podrá ser que esté indispuesto y no haya salido de su camarote. No sería raro.

—No — replicó la joven, — no sería raro, naturalmente, pero por cierta razón inexplicable tengo uno de esos presentimientos femeninos de que algo le pasa a mister Caldwell. Es un sentimientro extrañísimo... como si supiera que no está a bordo del buque.

Thuren rompió a reir bondadosamente, y dijo:

—¡Dios mío, miss Strong! ¿Dónde iba a estar si no? Llevamos muchos días sin ver tierra.

—Claro que es una cosa ridícula — confesó ella, y añadió: — Pero no quiero preocuparme más tiempo y voy a averiguar dónde está mister Caldwell.

Y al decir esto hizo seña a un camarero que pasaba.

—Eso va a ser más difícil de lo que tú te crees, niña mía — pensó Thuran, pero dijo en voz alta: — Bien hecho.

—Hágame el favor de buscar a mister Caldwell — encargó la joven al camarero, — y decirle que sus amigos están muy preocupados por su prolongada ausencia.

—¿Tiene usted afecto a mister Caldwell? — apuntó Thuran.

—Me parece un joven excelente — replicó miss Strong. — Y mamá está encantada con él. Es de esos hombres que inspiran un sentimiento de seguridad absoluta. No es posible dejar de tener confianza en mister Caldwell.

Un momento más tarde volvió el camarero diciendo que mister Caldwell no estaba en su camarote.

—No puedo dar con él, miss Strong, y... — añadió titubeando, — me han dicho que esta noche no ha dormido en su litera. Parece prudente dar cuenta del asunto al capitán.

—Sí por cierto — exclamó Hazel. — — misma voy a ir con usted a ver al capitán. Esto es terrible. Tengo la seguridad que ha ocurrido una cosa espantosa. Al fin y al cabo, tenía razón mis presentimientos.

Pocos momentos después la asustadísima joven y el excitado camarero se presentaban al capitán. Este oyó en silencio, con expresión de ansiedad cuando aquél le aseguró que había buscado al pasajero por todas las partes del buque que podía frecuentar.

—¿Y está usted segura, miss Strong, de que vió caer anoche un cuerpo al agua? — preguntó el capitán.

—No me cabe la menor duda de ello — respondió Hazel. — No puedo asegurar que fuera el cuerpo de un hombre, y desde luego no oí grito ninguno. Pudo muy bien ser lo que yo me figuraba que era, un montón de basura. Pero si no se encuentra a bordo

a mister Caldwell, yo pensaré siempre que fué él el que yo vi caer por delante de mi portilla.

El capitán ordenó una pesquisa inmediata y completa de todo el buque, de popa a proa, sin olvidarse del menor rincón, y entre tanto miss Strong se quedó en el camarote del marino. Este le hizo infinidad de preguntas, pero ella no pudo decirle del desaparecido sino lo que había visto durante su breve amistad en el buque. Por primera vez se dió cuenta de lo poco que mister Caldwell le había contado acerca de sí mismo o de su vida pasada. Casi lo único que sabía era que había nacido en Africa y se había educado en París, y este conocimiento se debía a su sorpresa de que un caballero inglés hablara este idioma con tan marcadísimo acento francés.

—¿No le ha hablado a usted de ningún enemigo? — preguntó el capitán.

—Nunca.

—¿Conocía a algún otro de los viajeros?

—No ha estado más que conmigo... por la casualidad de habernos hallado cerca los primeros días de nuestra estancia a bordo.

—Y... en opinión de usted, miss Strong, ¿era hombre que... bebiera con exceso

—No creo que bebía ni poco ni mucho. Y desde luego no había bebido nada hacía media hora antes de caer el cuerpo al agua — respondió la joven, — porque estuvo conmigo en cubierta hasta entonces.

—Es muy raro — dijo el capitán. — No me parecía hombre sujeto a desvanecimientos, ni a nada por el estilo. Y aunque lo hubiera éstado, no es creíble que se hubiera caído dentro, sobre cubierta. Si no está a bordo, miss Strong, es que lo han tirado al mar. Y eso de no haber oído usted ningún grito indicaría que estaba ya muerto... que lo asesinaron antes.

La joven se estremeció.

Pasó una hora larga antes que volviera el primer oficial a dar cuenta del resultado del registro.

—Mister Caldwell no está a bordo — dijo.

—Me parece, mister Brently — dijo el capitán, — que se trata aquí de algo más serio que un accidente. Deseo que haga usted un persona un registro detenido de los efectos de mister Caldwell, para ver si hay algún indicio de que se trate de un suicidio o de un crimen... Agote usted la materia.

—Como usted mande, capitán — respondió mister Brently, y salió a dar comienzo a su investigación.

Hazel Strong se sintió postrada. En dos días no salió de su camarote, y cuando finalmente se aventuró a subir a cubierta, estaba muy pálida y demacrada, con enormes ojeras. Dormida o despierta, parecía que sin cesar estaba viendo caer aquel cuerpo negro, rápida y silenciosamente, a las frías y sombrías aguas del mar.

A poco de su primera aparición en cubierta después de la tragedia, monsieur Thuran se le acercó con mil expresiones de bondadosa solicitud.

—Es terrible, miss Strong — le dijo. — No me lo puedo quitar de la cabeza.

—Ni yo — respondió fatigada la joven. — No paro de pensar que podría haberle salvado si hubiese dado la voz de alarma.

—No debe usted reprocharse, mi querida miss Strong — le dijo Thuran. — No ha tenido usted culpa ninguna. Otro cualquiera habría hecho lo mismo que usted. ¿Quién iba a pensar, porque caía una cosa desde el buque al agua que tenía que ser forzosamente el cuerpo de un hombre? Y el resultado no habría sido distinto, aunque hubiese usted dado la voz de alarma. Un momento habrían dudado de las palabras de usted, creyéndola nerviosa alucinación de mujer, y aunque usted hubiera insistido, habría sido demasiado tarde cuando se hubiera llegado a parar el vapor, a arriar los botes y a bogar hacia atrás millas y millas en busca del desconocido lugar en que ocurrió la tragedia. No, no debe usted censurarse. Ha hecho usted por el pobre mister Caldwell más que cualquiera de nosotros, pues ha sido usted la única en notar su falta. A usted se debe que se haya registrado el vapor.

La joven no pudo menos de sentirse agradecida a las bondadosas y alentadoras palabras de monsieur Thuran. El cual estuvo con ella muy a menudo, casi constantemente, durante el resto del viaje, y logró hacérsele muy simpático. Thuran se había enterado de que la linda miss Strong, de Batilmore, era una joven norteamericana heredera de una buena fortuna, y además de ser bastante rica por derecho propio, tenía un porvenir cuyo pensamiento quitaba la respiración al ruso; y como pasaba la mayor parte del tiempo pensando en él, es maravilla que le quedara un átomo de aliento.

La intención de Thuran había sido desembarcar en el primer puerto en que tocara después de la desaparición de Tarzán. ¿No tenía en el bolsillo lo que le había hecho tomar pasaje en aquel buque? Ya nada lo detenía allí. No se le cocía el pan hasta verse en el continente europeo, para tomar el primer expreso con dirección a San Petersburgo.

Pero ahora se le había presentado otra idea, que iba dominando poco a poco a sus primitivos intentos. Aquella fortuna norteamericana no debía menospreciarse, sobre todo cuando su poseedora no tenía menos atractivos que los bienes.

—"Sapristi!" ¡Qué sensación causaría en San Petersburgo!

Y también él la causaría con ayuda del patrimonio de la joven.

Una vez que Thuran hubo derrochado "in mente" unos cuantos millones de dólares, vió que la profesión le agradaba tanto, que decidió continuar hasta la ciudad de El Cabo, donde súbitamente decidió que tenía compromisos urgentes que le detendrían algún tiempo.

Miss Strong le había dicho que ella y su madre iban a visitar al hermano de esta última y que no habían acordado nada respec-

to de la duración de su viaje, que probablemente sería de meses.

Hazel se mostró encantada cuando supo que también monsieur Thuran iba allí.

—Espero que se nos presentará ocasión de continuar esta amistad — dijo Hazel. — Es preciso que nos visite usted tan pronto como estemos instaladas.

Thuran se mostró también encantado de la perspectiva, y así lo dijo sin ambages ni rodeos. Pero a mistress Strong no le había hecho tan favorable impresión como a su hija.

—No tengo motivos para desconfiar de él — dijo a Hazel un día en que estaban hablando del ruso. — Parece un perfecto caballero por todos estilos, pero no sé qué tiene en los ojos... Es una expresión fugitiva que no te puedo describir, pero que me ocasiona una sensación rara.

—¡Qué tonta eres, mamita! — dijo la joven riendo.

—Es posible, pero siento mucho no tener aquí la compañía de mister Caldwell, en lugar de la de ese otro.

—También yo lo siento.

Monsieur Thuran vino a ser frecuente visita de la casa del tío de Hazel Strong en la ciudad de El Cabo. Sus atenciones eran señaladísimas y tenía tanto afán por anticiparse a todos los deseos de la joven que ésta vino a contar con él cada vez más. Si ella, su madre y cualquiera de sus primas necesitaba un acompañante, si había que prestar cualquier menudo servicio, el amable y ubicuo Thuran estaba siempre disponible para ello. El tío y la familia de Hazel le cobraron afecto por su nunca desmentida cortesía y su solicitud por servir de algo. Monsieur Thuran se estaba haciendo el indispensable. Por fin, cuando creyó llegado el momento propicio, se declaró, y miss Strong se quedó sobresaltada y sin saber qué decir.

Missi Strong le había dicho qué ella y su madre iban a visitar al hermano de esta última y que no habían acordado nada respecto de la duración de su viaje, que probablemente sería de meses.

Hazel se mostró encantada cuando supo que también monsieur Thuran iba allí.

—Espero que se nos presentará ocasión de continuar esta amistad. — dijo Hazel. — Es preciso que nos visite usted tan pronto como estemos instaladas.

Thuran se mostró también encantado de la perspectiva, y así lo dijo sin ambajes ni rodeos. Pero a mistress Strong no le había hecho tan favorable impresión como a su hija.

—No tengo motivos para desconfiar de él, — dijo a Hazel un día en que estaban hablando del ruso. — Parece un perfecto caballero por todos estilos, pero sé qué tiene en los ojos... Es una expresión fugitiva que no te puedo describir, pero que me ocasiona una sensación rara.

—¡Qué tonta eres, mamita! — dijo la joven riendo.

—Es posible, pero siento mucho no tener aquí la compañía de mister Caldwell, en lugar de la de ese otro.

También yo lo siento.

—No me podía figurar que me quisiera usted de ese modo. — le contestó. — Siempre le he mirado a usted como a un buen amigo. No le respondo a usted ahora. Olvida usted que me ha pedido que sea su esposa. Sigamos como estábamos y pensaré en usted de manera diferente durante algún tiempo. Puede ser que descubra que los sentimientos que usted me inspira son algo más que amistad. No se me ha ocurrido pensar ni por un momento que le amaba a usted.

Con este arreglo se mostró muy satisfecho Thuran, el cual lamentó profundamente haberse precipitado, pero llevaba queriéndola tanto tiempo y tan devotamente, que se figuraba que todo el mundo había de haberlo notado.

—Desde que la vi a usted pro primera vez, Hazel. — dijo, — la he querido. Estoy dispuesto a esperar, porque tengo la seguridad de que un amor tan grande y tan puro como el mío no puede menos de ser recompensado. Lo único que quiero saber es que no ama usted a otro. ¿Quiere usted decírmelo?

—No he sabido lo que es amor en toda mi vida, — replicó ella.

Y él se quedó completamente convencido. Aquella noche, al volverse a casa, compró un yate de vapor y se construyó en el mar Negro una quinta de un millón de dólares.

Al día siguiente tuvo Hazel Strong una de las mayores sorpresas de su vida, y de las más dichosas, pues se topó de manos a boca con Jane Porter, cuando salía ésta de una joyería.

—¡Jane! — exclamó. — Pero, ¿de dónde sales? ¡Si no puedo dar crédito a mis ojos!

—¡Lo mismo te digo yo! — exclamó la igualmente asombrada Jane. — ¡Y lo que he gastado yo de imaginación figurándome que estabas tan tranquila en Baltimore! ¿Te parece?

Y echó de nuevo los brazos al cuello de su amiga y le plantó una docena de besos.

Cuando se hubieran dado mutuas explicaciones, Hazel supo que el yate de lordd Tennington llevaba anclado en la ciudad de El Cabo la última semana, y que pronto iba a continuar el viaje, pero esta vez por la costa occidental, para volver a Inglaterra.

—Donde voy a casarme, — terminó Jane.

—Entonces, ¿no te has casado aún? — preguntó Hazel.

—Todavía no, — replicó Jane, y luego con la mayor incongruencia, añadió: — ¿Por qué no estará Inglaterra a un millón de millas de aquí?

Hubo visiteo entre el yate y los parientes de Hazel. Dispusiéronse comidas y excursiones a los alrededores para obsequiar a los visitantes. A todas ellas era invitado monsieur Thuran, a quien siempre se recibía bien. El también dió un banquete a los hombres de la partida y se las compuso para captarse la benevolencia de lord Tennington por muchos actos de hospitalidad.

Thuran había oído hablar de algo que podía resultar de aquella inesperada visita al yate de lord Tennington y quería que se con-

tara con él. Una vez que estuvo solo con el inglés buscó la ocasión de decirle claro que sus relaciones oficiales con miss Strong se anunciarían inmediatamente después de su regreso a América.

—Pero no diga usted ni media palabra, querido Tennington. Ni media palabra.

—Comprendo, querido, comprendo, — replicó Tennington. — Pero le felicito a usted. ¡Es una muchacha de primera!

Al día siguiente, mistres Strong, Hazel y Thuran eran huéspedes de lord Tennington a bordo de su yate. La madre les estaba diciendo cuánto le había agradado su visita a la ciudad de El Cabo, y lamentó que una carta que acababa de recibir de su procurador de Baltimore la obligase acortar la estancia allí más de lo que esperaba.

—¿Cuándo se embarcan ustedes? — preguntó Tennington.

—A primeros de la semana que viene, creo yo.

—¡Hombre! — exclamó Thuran. — ¡Estoy de suerte en verdad! Yo también tengo que volver en seguida, y así tendré el honor de acompañar y servir a ustedes.

—Se lo agradezco a usted infinito, monsieur Thuran, — replicó mistress Strong. — Tendremos mucho gusto en ponernos bajo la protección de usted.

Pero en el fondo de su corazón latía el deseo de librarse de él. No podría decir por qué causa.

—¡Demonio! — exclamó lord Tennington un momento después! — ¡Idea excelente, por Júpiter!

—Excelente será si tú la tienes, Tennington, — se aventuró a decir Clayton. — Pero, ¿qué diantres es? ¿Vamos a ir a la China dando la vuelta por el polo Sur?

—¿Sabes qué te digo, Clayton? Que no debes portarte así con un amigo sin más razón que la de no haber sido tú el que has propuesto este viaje. ¡Estás inaguantable desde que zarpamos! Pues aunque te enfades, es una idea magnífica y todos tendrán que confesarlo. Es que llevemos a mistress Strong, a su hija y a Thuran también, si quiere, en el yate hasta Inglaterra. ¿Es una tontería eso?

—Perdóname, querido Tenney, — exclamó Clayton. — ¡Es una idea estupendísima! Nunca habría sospechado que la tuvieras tú. ¿Estás seguro de que es original?

—Y zarparemos el lunes de la semana que viene, o cualquier otro día que le convenga a usted, señora. — añadió el magnánimo inglés, como si todo estuviera arreglado y sólo faltase la fecha de partida.

—¡Dios mío! ¡Si no nos ha dejado usted, lord Tennington, ni siquiera tiempo de darlle las gracias, y mucho menos de pensar si podemos aceptar su generosa invitación! — dijo la dama.

—¡Claro que la aceptan ustedes! — respondió Tennington. — Nosotros corremos tanto como cualquier buque de pasaje y estarán ustedes con la misma comodidad. Además, las queremos a ustedes y no aceptamos vuestras negativas.

Y así convino en zarpar el lunes siguiente.

Dos días después de la salida estaban las dos muchachas sentadas en el camarote de Hazel, mirando unas pruebas fotográficas que había hecho sacar la joven en la ciudad de El Cabo, y que representaban todas las películas que había empleado desde la salida de América. Estaban ambas absortas en su examen, y Jane no cesaba de hacer preguntas, en tanto que Hazel mantenía un torrente de comentarios y explicaciones sobre las diversas escenas y gentes.

—Y aquí, — dijo de pronto, — tienes a un conocido tuyo. ¡Pobrecillo! ¡Tantas veces como he pensado preguntarte por él! Y no he venido nunca a acordarme de él estantando las dos juntas.

Y sostenía la fotografía de manera que Jane no viese la cara del retratado.

—Se llama John Caldwell, — continuó Hazel. — ¿Lo recuerdas? Dice que te conoció en América. Es inglés.

—No recuerdo el nombre, — replicó Jane. — Enseñáme el retrato.

—El pobre se cayó al mar en nuestro viaje por la costa abajo, — dijo Hazel al entregar la fotografía a Jane.

—¿Que se cayó?... ¡Hazel!... ¡Hazel!... ¡No me digas que se ha mueto, que se ha ahogado! ¡Hazel! ¿Por qué no me dices que es broma?

Y antes que la asombrada miss Strong pudiera sujetarla, Jane Porter se había caído desmayada al suelo.

Una vez que Hazel le hizo recobrar el sentido, estuvo mirándola largo rato antes que ninguna de las dos pronunciara una palabra.

—No sabía, Jane. — dijo con voz temblorosa, — que conocieras a míster Caldwell tan íntimamente que su muerte te diera un golpe tan terrible.

—¿John Caldwell? — preguntó miss Porter. — ¿Es que no sabes quién era ese hombre, Hazel?

—Sí que lo sé, Jane. Sabía bien quién era. Se llamaba John Caldwell, de Londres.

—¡Oh, Hazel! ¡Ojalá pudiera creerlo! — gimió Jane. — ¡Ojalá pudiera creerlo! Pero esas facciones están tan grabadas en mi memoria y en mi corazón, que las conocería por doquiera entre otras mil, que podrían parecer idénticas a todas menos a mí.

—¿Qué quieres decir con eso, Jane?—exclamó Hazel, ya completamente alarmada. — ¿Quién te figuras que es?

—No me lo figuro, Hazel. ¡"Sé" que ese es un retrato de Tarzán de los Monos!

—¡Janē!

—No puedo equivocarme. ¡Oh, Hazel! ¿Estás segura de que ha muerto? ¿No puede haber equivocación?

—Mucho me temo que no, — respondió Hazel tristemente. — Ojalá pudiera creer que estás equivocada, pero se me ocurre infinidad de detalles que no significan nada para mí cuando creía que era John Caldwell, de Londres, y que ahora corroboran tu creencia. Me dijo que había nacido en Africa y que se educó en Francia.

—Sí, eso es verdad, — dijo tristemente Jane Porter.

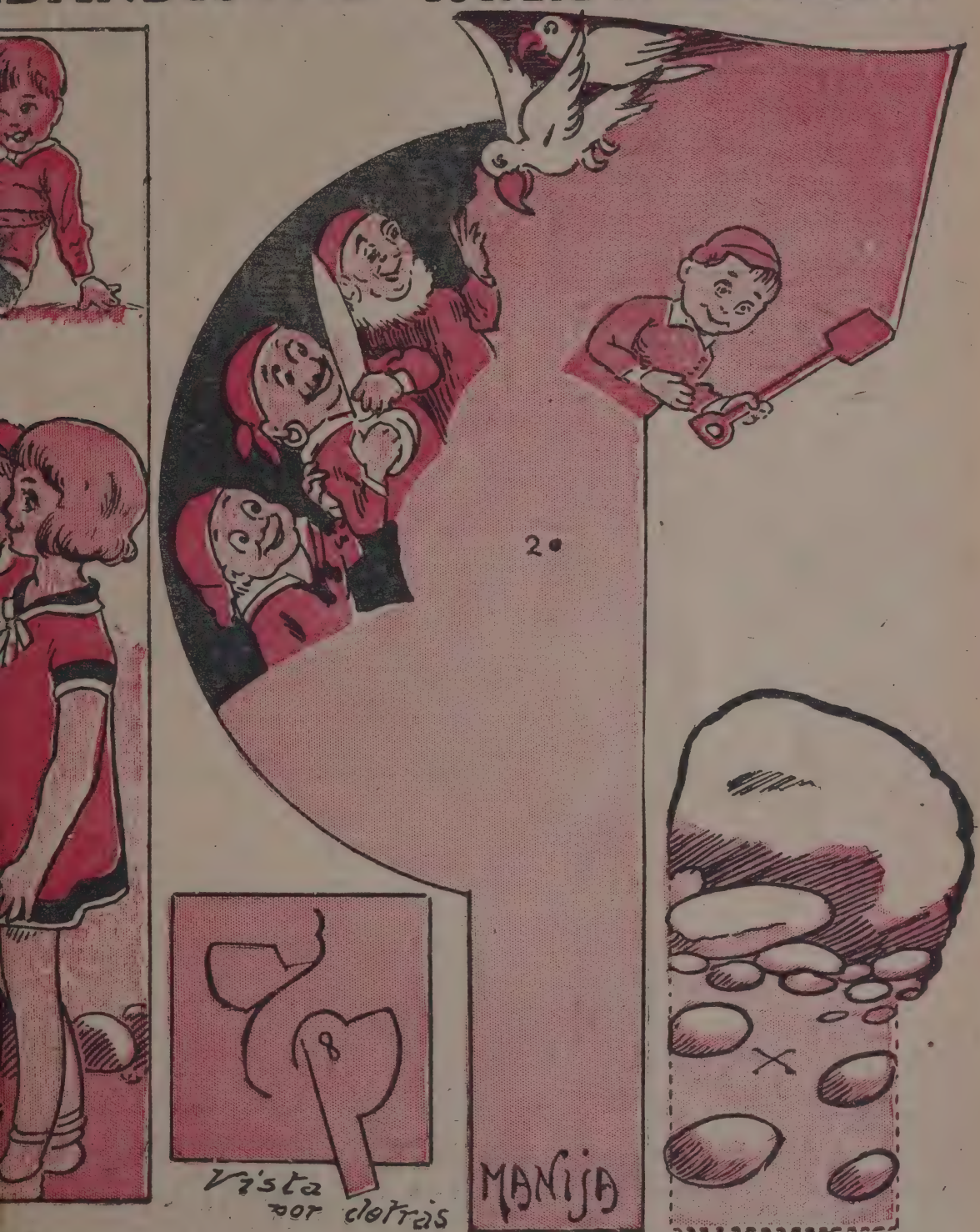
—El primer oficial que registró su equipaje, no halló nada que lo identificara como

LA CUEVA DE LOS CONTR

Primero pegue todo el dibujo en cartón y na vez seco recorte cada pieza con cuidado. Hecho
D a E. Tome después la sección marcada X y péguela en la pieza grande en el sitio marcado. Tó
va marcada D E. Después pásela por la hendija . B C. Empuje hacia abajo hasta que el punto
mueve la manija suavemente de arriba a abajo

BANDISTAS

NOVEDOSO Y SENCILLO JUGUETE DE MOVIMIENTO



corte la hendija curva marcada por una línea de puntos en la pieza grande, de A a B y C y luego de la sección que queda y de delante hacia atrás deslice el extremo marcado Manija por la hendija cer- uede detrás del 1 y sujételos con un brochecito. El juguete estará completo. Para que funcione se

John Caldwell, de Londres. Casi todos sus efectos se habían hecho o comprado en París Todo lo que tenía iniciales sólo lleva una T o J. C. T. Pensamos que viajaba de incógnito con los dos primeros nombres, y que J. C., quería decir John Coldwell.

—Tarzán de los Monos tomó el nombre de Jean C. Tarzán — dijo Jane con la misma voz monótona y sin vida. — ¡Y ha muerto! ¡Ah, Hazel! ¡Es posible! ¡Haber muerto solo en ese terrible océano! ¡Es increíble que su valeroso corazón haya cesado de latar... que sus poderosos músculos estén inmóviles y fríos para siempre! ¡Que él,, que era la personificación de la vida, de la salud, de la fuerza, sea pasto de unos seres viscosos que...!

No pudo acabar y exhalando un gemido escondió la cabeza entre las manos y se dejó caer sollozando al suelo.

Miss Porter estuvo mal varios días, y no quiso ver a nadie más que a Hazel y a la fiel Esmeralda. Cuando por fin subió a cubierta, a todos les llamó la atención el cambio que había sobrevenido en su semblante. Ya no era la despierta y vivaracha belleza norteamericana que había entusiasmado y encantado a todos los que se ponían en contacto con ella. Era una joven tranquila y triste, con expresión de melancolía y desesperanza que nadie más que Hazel Strong podía interpretar. Todos los de la partida se esforzaban cuanto podían por alegrarla y distraerla, pero en vano. A veces el dicharachero lord Tennington lograba arrancarle una triste sonrisa, pero la mayor parte de las horas se las pasaba con los ojos fijos y mirando al mar.

Con la enfermedad de Jane Porter pareció asaltar al yate una desgracia tras otra. Primero se rompió una máquina y estuvieron dos días sin moverse mientras se hacían las reparaciones necesarias. Luego una tormenta los cogió desprevenidos y se llevó de cubierto todo lo que pudo arrastrar. Más tarde dos marineros se dieron de cuchilladas a proa y uno de ellos quedó malherido y el otro hubo que meterlo en el calabozo. Luego, para remate de todo, el piloto se cayó al agua por la noche y se ahogó antes que pudieran salvarlo. El yate estuvo dando vueltas por el sitio del accidente durante diez horas, pero no se volvió a ver al oficial desde que cayó al mar. Todos los tripulantes y pasajeros estaban sombríos y deprimidos después de tal serie de aventuras. Todos temían que sobreviniera algo peor, en especial los marineros, que recordaban toda suerte de tristes presaglios y agüeros, ocurridos durante la primera parte del viaje y que ahora interpretaban claramente como precursores de una terrible tragedia que los amenazaba.

Y no tuvieron los agoreros que esperarla mucho. A las dos noches de haberse ahogado el piloto, el yate se sintió súbitamente estremecido de popa a proa. A la una de la mañana se percibió un terrible choque que lanzó de sus literas a los dormidos tripulantes y pasajeros. Un crujido intenso recorrió toda la frágil embarcación, que se inclinó a estribor. Las máquinas se pararon. Un momento estuvo la cubierta del buque formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la superficie del mar, y luego con súbito sonido de desgarro, se enderezó se enderezó de nuevo.

Instántáneaments corrieron los hombres a cubierta seguidos de cerca por las mujeres. Aunque la noche era nublada, había poco viento y poca mar y no estaba tan oscuro que no se pudiera divisar una masa negra, que flotaba a poca altura sobre el agua.

—¡El casco de un buque náufrago! — fue la concisa explicación del oficial de guardia.

No tardó el maquinista en subir en busca del capitán.

—El remiendo que pusimos en la tapa del cilindro se ha saltado, — dijo, — y estamos haciendo agua por la amura de babor.

Un instante después subió un marinero.

—¡Dios santo! — exclamó. — ¡Todo el fondo está roto! No podemos seguir a flote ni veinte minutos.

—¡Calla! — —exclamó Tennington. — Señoras, vayánse abajo y cojan algunas cosas. Puede que la situación no sea tan mala pero es posible que tengamos que pasar a los botes. Será mejor estar preparados. Bajen en seguida,, hagan el favor. Y usted, capitán Jerrold, mande abajo a un hombre competente, para que se cerciore de la extensión verdadera del daño. Entre tanto, me permito rogar que se preparen los botes.

La serena y tranquila voz del dueño del yate hizo mucho por tranquilizar a la gente y un momento más tarde todos se ocuparon en los deberes que Tenington había insinuado. Mas cuando las damas volvieron a cubierta estaban ya preparados y pertrechados los botes y un momento más tarde el oficial que había bajado volvía para dar su parte. Pero apenas se necesitaba su opinión para asegurar al compacto grupo de hombres y mujeres que el fin del "Lady Alicia" estaba próximo.

—¿Qué? — preguntó el capitán al ver que el oficial vacilaba.

—No quisiera asustar a las señoras, capitán — dijo, — pero mi opinión es que no podemos seguir a flote doce minutos. Hay una vía de agua tan grande como para dar paso a una vaca.

El "Lady Alicia" llevaba cinco minutos hundiéndose por la proa. Ya la popa estaba al aire y apenas se podía permanecer en pie sobre cubierta sin peligro de caerse. Llevaba el yate cuatro botes, todos los cuales se llenaron y fueron arriados sin tropiezo. Cuando remaban rápidamente para alejarse del buque, Jane Porter le lanzó la última mirada. Y en aquel preciso momento se sintió un fuerte estrépito y un siniestro golpeteo en el corazón del yate. La maquinaria se había destrozado y se dirigía hacia la proa rompiendo mamparas a su paso. La popa se levantó súbitamente y un instante pareció sobre el acéano y luego el buque se hundió de proa bajo las olas.

En uno de los botes, el valeroso lord Tennington se secó una lágrima. No era una fortuna de dinero lo que veía hundirse en el océano, sino un hermoso y fraternal amigo a quien quería con locura.

Por fin cesó la interminable noche y un sol tropical vino a herir las tranquilas aguas.

Jane Porter había caído en inquietn sueño, poro la despertó la cruda luz del sol al darle en la cara. Miró en torno y vió que en el bote con ella iban tres marineros, Clayton y monsieur Thuran. Luego buscaron sus ojos las otras embarcaciones, pero en cuanto divisaba no había nada que rompiera la terrible monotonía de aquel desierto de agua. Estaban solos en un botecillo en el vasto Atlántico.

CAPITULO XIV

RETORNO A LO PRIMITIVO

Cuando Tarzán cayó al agua, su primer impulso fué alejarse nadando del buque y del peligro que podían representar sus hélices. Sabía a quién debía su triste situación actual y mientras en el mar se sostenía con escasos movimientos de las manos, su principal emoción era la pena de haber sido vencido tan fácilmente por Rokof.

Así estuvo algún tiempo, observando las luces del buque, que rápidamente se alejaban y disminían, sin que una sola vez se le ocurriera gritar pidiendo auxilio. No lo había pedido en su vida, de suerte que no es de extrañar que no se le ocurriera entonces hacerlo. Siempre contó con su propio esfuerzo e inventiva, y además, desde los días de Kala, no tenía a nadie que pudiera responder a su llamamiento. Cuando se le ocurrió pedir socorro era ya demasiado tarde.

Había pensado Tarzán, acaso una sola posibilidad entre cien mil de que fuera recogido y una probabilidad aun menor de que llegara a tierra; por esto resolvió, para aunar las pequeñas esperanzas que hubiera, nadar lentamente en dirección a la costa, pues el buque podía estar más cerca de ella de lo que él se figuraba.

Sus brazadas eran largas y sueltas y habían de pasar muchas horas antes de que aquellos músculos de gigante empezaran a sentir fatiga. Al nadar, guiado hacia el Este por las estrellas, observó que le pesaban los zapatos, por lo cual se los quitó. Luego se despojó de los pantalones,, y se habría quitado la americana al mismo tiempo de no ser por los preciosos papeles que llevaba encima. Para cerciorarse de que aun estaban allí tentó con la mano, y con gran consternación, advirtió que no los tenía.

Entonces se dijo que algo más que la venganza había impulsado a Rokof a tirarlo al agua, y que el ruso se las había compuesto para apoderarse de los documentos que Tarzán le había arrancado en Bu Saada. El hombre mono lanzó su terno y dejó que su americana y su camisa se hundieran en el Atlántico. Antes de muchas horas se había despojado de las restantes prendas de ropa y nadaba sin fatiga ni estorbos en dirección a levante.

Los primeros reflejos del alba hacian palidecer las estrellas sobre su cabeza cuando en su misma ruta vió aparecer una masa negra y de poca altura. Unas cuantas brazadas largas lo acercaron a ella, y Tarzán vió que era el casco de un buque que estaba a merced de las olas. A él trepó el hombre mono. Allí descansaría siquiera hasta el día, pues no tenía intención de permanecer inactivo, expuesto al hambre y a la sed. Si tenía que morir, prefería sucumbir haciendo alguna tentativa por salvarse.

El mar estaba tranquilo, de manera que el casco del buque náufrago no tenía mas que un leve movimiento de ondulación, que significaba un calmante para el nadador que no había dormido en veinte horas. Tarzan de los Monos se hizo un ovillo sobre la escurridiza madera y no tardó en caer en profundo sueño.

El calor del sol lo despertó a prima tarde. La primera sensación de que se dió cuenta fué la sed, que creció hasta adquirir proporciones de padecimiento al recobrar plenamente la conciencia, pero un momento después quedó olvidada su tortura por la alegría de dos descubrimientos casi simultáneos. El primero fué un montón de restos de neufragio que flotaban al lado del buque en que se hallaba, y en medio de los cuales, boca abajo, subía y bajaba un bote salvavidas; el otro fué la débil línea de una costa lejana que se divisaba en el horizonte por oriente.

Tarzán se lanzó al agua y nadó hasta el bote salvavidas. El fresco océano le calmó casi tanto como habría hecho un trago de agua, de manera que con renovado vigor acercó el botecillo al costado del buque náufrago, y después de muchos esfuerzos, consiguió arrastrarlo hasta el fondo escurridizo del buque. Allí lo enderezó y lo examinó. Hallábase en buen estado y un momento más tarde, flotaba boca arriba al lado del buque. Luego eligió Tarzán varios restos de naufragio que pudieran servirle de remos y no tardó en ponerse en camino hacia la distante costa.

Estaba ya avanzada la tarde cuando llegó lo bastante cerca para distinguir los objetos de tierra o para hacerse cargo del contorno de lo línea de la costa. Ante él tenía la entrada de una rada pequeña. La punta septentrional, cubierta de bosques, le era extrañamente familiar. ¿Sería posible que el destino lo hubiera lanzado contra el mismo umbral de su amadísima selva virgen? Cuando la proa de su bote entró por la boca de la rada, se disipó el jirón de duda, porque delante de sí, en la otra orilla, bajo las sombras de su primitiva floresta, estaba su propia choza, construída antes de su nacimiento por la mano de su padre, John Clayton, lord Greystoke.

Poniendo en tensión para remar sus gigantescos músculos, Tarzán llevó el botecillo rápidamente hacia la playa. Y apenas había tocado su proa a ella cuando el hombre-mono saltó a tierra. Su corazón brincaba de alegría y de triunfo a medida que sus ojos iban posándose en cada objeto familiar: la choza, la playa, el arroyuelo, la espesa selva, la negra e impenetrable floresta. Veíanse millones de pájaros de brillante plumaje y las bellísimas flores tropicales de las festonadas enredaderas col-

gaban en grandes lazos de los gigantescos árboles.

Tarzán de los Monos había vuelto otra vez a lo suyo; y para que todo el mundo lo supiera echó atrás la juvenil cabeza y dió voz al feroz salvaje reto de su tribu. Un instante reinó el silencio en la selva, y luego, apagado y extraño, sonó otro reto en respuesta, el profundo rugido de Numa, el león. Y a gran distancia, débilmente, se oyó la pavorosa contestación de un mono macho.

Tarzán fué primero al arroyo, donde sació su sed. Luego se acercó a su cabaña, cuya puerta estaba aun cerrada y con el cerrojo pasado, tal como la había dejado D'Arnot. Abrióla y entró. Nada hallan tocado; allí se veían la mesa, la cama y la cunita construídas por su padre, los estantes y armarios tal como estaban veintitrés años largos antes, tal como él mismo los había dejado hacía dos años.

Satisfechos sus deseos, el estómago de Tarzán empezó a darle el quién vive, y el aguijón del hambre le impulsó a buscar alimentos. En la cabaña no había nada, ni él tenía arma ninguna, pero de una de las paredes pendía una de sus viejas cuerdas de hierba, la cual se había roto y deshecho infinidad de veces, y por eso la había deschado por otra mejor. Tarzán lamentó no tener un cuchillo. O mucho se equivocaba, o lo tendría, así como un venablo y flechas, antes que se pusiera otra vez el sol. De esto se encargaría la cuerda. Entre tanto, con ella tenía que procurarse alimento. Arrollóla cuidadosamente, se la echó al hombro y salió, cerrando la puerta tras sí.

Cerca de la cabaña comenzaba la selva virgen, en la cual se hundió Tarzán de los Monos, cautelosamente y sin hacer ruido, otra vez como el animal salvaje que va a caza de alimento. Un rato estuvo andando por el suelo, pero al fin, en vista de que no descubría huellas indicadoras de carne cercana, se lanzó a los árboles. En cuanto dió en ellos el primer salto vertiginoso de una rama a otra, volvió a invadirle su antigua alegría de vivir, que le hizo olvidar pesares vanos y tristezas sombrías. ¡Aquello era vivir de veras! ¡Aquella era la verdadera dicha de la libertad absoluta! ¿Quién iba a volver a las perversas y ahogadas ciudades de los hombres civilizados, cuando la vasta extensión de la selva le ofrecía la paz y la libertad? No sería él quien volviese.

Mientras había aún luz, llegó Tarzán a un abrevadero junto a un río de la selva. Allí había un vado, y a aquel sitio acudían a beber los animales del bosque desde las más remotas edades. Allí por las noches se podía ver siempre a Sabor o a Numa, agachados en el denso follaje de la selva, y esperando un antílope u otro animal que les sirviera de comida. Allí iba a beber Horta, el oso, y allí acudió Tarzán de los Monos para matar algún animal, porque tenía mucha hambre.

Se puso en cuclillas sobre una rama baja encima del sendero y estuvo esperando una hora, mientras se iba haciendo oscuro. A uno de los lados del abrevadero, en lo más denso del bosque, sintió el débil sonido de unos pies acolchados y el roce de un enorme cuerpo contra las altas hierbas y las enmarañadas enredaderas. Nadie más que Tarzán podía haberlo percibido, pero el hombre-mono lo oyó y supo traducirlo: era Numa, el león, que llevaba su mismo objeto. Tarzán sonrió.

No tardó en oir a un animal que se acercaba cautelosamente por el sendero, en dirección al abrevadero del arroyo. Un momento después apareció a su vista. Era Horta, el oso. Su carne era deliciosa y a Tarzán se le hizo la boca agua. Las hierbas en que se hallaba Numa permanecían todavía quietas, ominosamente inmóviles. Horta pasó por debajo de Tarzán. Unos cuantos pasos más y estaría al alcance del salto de Numa. Tarzán se imaginaba cómo debían de estar brillando los ojos del viejo león, y cómo debía de estar preparándose para emitir el espantoso rugido que dejaría helada a su presa un breve instante, entre el momento del salto y aquel en que las terribles fauces se hundieran en unos huesos destrozados.

Pero al prepararse Numa para saltar, una delgada cuerda voló por el aire desde las ramas de un árbol cercano. Un nudo se apretó en torno del cuello de Horta. Se sintió un gruñido de espanto, un rugido y Numa vió que su presa era arrastrada hacia atrás por el sendero, y al dar el salto, Horto, el oso, subió hasta ponerse fuera del alcance de sus garras, al árbol que tenía encima, y una faz burlona se quedó haciendo muecas al terrible león.

Entonces sí que rugió Numa de veras. Colérico, amenazador, hambriento, empezó a dar paseos de un lado a otro debajo del hombre-mono, que de él se burlaba. De pronto se detuvo, se apoyó con las patas delanteras en el tronco del árbol en que estaba su enemigo, afiló sus terribles garras en la corteza y desgarró al hacerlo grandes pedazos que dejaron al descubierto la blanca madera.

Entretanto, Tarzán había arrastrado al oso, que no dejaba de resistirse, a la rama en que se hallaba, y sus nervudos dedos terminaron la obra comenzada por el nudo corredizo. El hombre-mono no tenía cuchillo, pero la naturaleza le había provisto de medios de desgarrar su alimento de los palpitantes costados de su presa, y sus blanquísimos dientes se hundieron en la sabrosa carne, en tanto que el rabioso león miraba desde abajo cómo gozaba otro de la comida que él había creído ya suya.

Era noche cerrada cuando Tarzán se hubo saciado. ¡Ah, aquello era delicioso! Nunca había podido acostumbrarse del todo a la carne estropeada que le servían los hombres civilizados, y en el fondo de su salvaje corazón anheló constantemente la caliente carne del animal recién muerto y su rica sangre roja.

Se secó las ensangrentadas manos en un manojo de hojas, se echó al hombro los restos del oso y partió por entre las ramas medias del bosque en dirección a su cabaña. Y en el mismo instante, Jane Porter y William Cecil Clayton se levantaban de un

sunfuoso banquete en el "Lady Alicia", a miles de millas al Este, en el océano Indico.

Debajo de Tarzán andaba Numa, el león, y cuando el hombre-mono se dignó mirar hacia abajo, vió vislumbres de los relucientes ojos verdes que lo seguían en la oscuridad. Numa no rugía a la sazón, sino que se movía furtivamente, como la sombra de un gato enorme; sin embargo, no daba un solo paso que no llegara a los finisimos oídos del hombre-mono.

Tarzán se preguntó si lo iría siguiendo hasta la puerta de su cabaña. Esperaba que no, porque esto significaría una noche de dormir hecho un ovillo en la horquilla de un árbol y le era muy preferible la cama de hierbas de su propia morada. Pero sabía perfectamente cuál era el árbol y cuál era la horquilla más cómoda, si la necesidad le obligaba a dormir a la intemperie. Cien veces, en otros tiempos, algún enorme felino de la selva le había seguido a su casa, obligándole a buscar refugio en el mismo árbol, hasta que un cambio de humor o el sol naciente ahuyentaban a su enemigo.

Pero de pronto Numa renunció a la caza y con una serie de rugidos que cuajaban la sangre, se volvió rabioso hacia atrás en busca de otra comida más asequible. De manera que Tarzán volvió sin escolta a la cabaña, y pocos momentos después estaba acurrucado en los apolillados restos de lo que antaño había sido una cama de hierbas. ¡Con toda esta facilidad se despejó monsieur Jean C. Tarzán de la tenue corteza de su civilización artificial, y cayó dichoso y contento en el profundo sueño de la bestia feroz que se ha nutrido hasta hartarse! Y sin embargo, un "sí" de una mujer lo habría atado a la otra vida para siempre y le habría hecho repulsivo hasta el mero pensamiento de su salvaje existencia.

Tarzán durmió hasta muy entrada la mañana siguiente, porque estaba cansadísimo por sus trabajos y esfuerzos durante la larga noche y el día en el océano, y por la caza en la selva que había puesto a prueba unos músculos apenas ejercitados en dos años. Cuando se despertó se encaminó primero al arroyo para beber. Luego se dió un chapuzón en el mar y estuvo nadando cerca de un cuarto de hora. Después se volvió a su cabaña y almorzó con la carne de Horta. Hecho esto, enterró lo demás del oso en la blanda tierra de fuera de la choza, para comer aquella noche.

Una vez cogió su cuerda y desapareció en la selva virgen. Aquella vez iba en busca de una caza más noble: el hombre. Y eso que, si se le hubiera pedido su opinión, habría citado a nua docena de habitantes de la selva que él consideraba superiores en nobleza a los hombres a quienes buscaba. Pero Tarzán iba entonces en busca de armas. Se preguntó si las mujeres y los niños se habrían quedado en la aldea de Mbonga, después que la expedición de castigo del crucero francés hubo pasado a cuchillo a todos los guerreros, en venganza de la supuesta muerte de D'Arnot. Deseaba hallar allí salvajes, porque no sabía cuán larga tendría que ser su busca si se encontrara desierto el pueblo.

El hombre-mono viajó rápidamente por la selva, y a cosa del mediodía llegó al emplazamiento del pueblo, pero con gran desencanto vió que el boscaje había invadido los campos cultivados y que las chozas se habían derrumbado. No se veía señal de hombre Anduvo Tarzán media hora por entre las ruinas, deseando descubrir alguna arma olvidada, pero sus pesquisas no tuvieron resultado, de manera que emprendió la busca por otra parte y siguió hacia arriba el curso de la corriente, que fluía en dirección sudoriental. Sabía que cerca del agua sería fácil encontrar otro poblado.

Por el camino iba buscando alimento como lo hacía con sus monos en otro tiempo, como Kala le había enseñado a hacerlo; esto es, volviendo los leños podridos en busca de algunos insectos comestibles, subiéndose a los árboles para robar algún niño de ave, o cayendo sobre algún menudo roedor con la rapidez del gato. Comía además otras cosas, pero cuanto menos se detalle el régimen dietético de un mono, tanto mejor. Y Tarzán volvía a ser un mono, el mismo antropoide feroz y brutal que Kala le había enseñado a ser y que había sido durante los veinte primeros años de su vida.

En ocasiones sonreía al acordarse de algún amigo que podía estar en aquel momento, plácidamente sentado y vestido con impecable ropa, en su selecto club de París, como lo había hecho Tarzán mismo pocos meses antes, y luego se detenía, como súbitamente convertido en piedra, cuando la suave brisa llevaba a sus finas narices el olor de alguna nueva presa o de un formidable enemigo.

Aquella noche durmió tierra adentro, muy lejos de su cabaña, instalado en la horquilla de un árbol gigantesco a un centenar de pies sobre el suelo. Había vuelto a comer en abundancia, esta vez la carne de Bara el ciervo, que había caído bajo su nudo corredizo.

A la mañana siguiente muy temprano, prosiguio su viaje siguiendo siempre su curso del agua. Durante tres días continuó su busca, hasta llegar a una parte de la salva en que no había estado nunca antes. En ocasiones, en el terreno más elevado, el bosque era mucho menos denso, y en lejanía al través de los árboles, podía ver cadenas de ingerentes montañas, con vastas llanuras. Allí en los espacios libres, había caza nueva: innumerables antílopes y rebaños de cebras. Tarzán se sintió entusiasmado. Haría una visita larga a aquel nuevo mundo.

En la mañana del cuarto día su olfalto se vió sorprendido por un olor nuevo y bébil. Era el olor del hombre pero a gran distancia El hombre -mono se estremeció de placer. Tenía despiertos todos los sentidos mientras con furtiva maña se dirigía rápidamente a los árboles, viento arriba, en dirección a su presa. No tardó en llegar a

ella: era un guerrero solo que andaba sin hacer rundo por la selva.

Tarzán lo siguió de cerca, esperando un espacio más despejado para lanza su cuerda. Cuando alcanzó al desprevenido guerrero, nuevos pensamientos se presentaron al hombre-mono; pesamientos nacidos de la refinadora influencia de la civilización y de sus crueldades. Se le ocurrió que rara vez los seres humanos mataban a un hombre sin algún pretexto, por leve que fuese. Cierto que Tarzán deseaba las armas y los adornos de aquel hombre. Pero ¿era neesario privarle de la existencia para obtenerlos?

Cuando más pensaba en ello, más le repugnaba la idea de quitar sin necesidad la vida a un ser humaon y así ocurrió mientras estaba tratando de resolver lo que haría, llegaron a un pequeño calvero, al otro lado del cual había un pueblecillo de chozas como colmenas provisto de su empalizada.

Cuando el guerrero salió de la salva, Tarzán vió un instante una piel atezada que se abría paso por entre las enmarañadas lianas en dirección a él: era Numa, el león. El también daba caza al negro. En el instante en que Tarzán comprendió el peligro del indígena, su acitud con respecto a su presa varió completamente. Se trataba ahora de un semejante amenazado por un enemigo común.

Numa se dispuso a saltar. No había tiempo para comparar los diversos procedimientos ni para ponderar los probables resultados de cada uno de ellos. Luego ocurrieron una serie de cosas casi simultáneas: el león saltó hacia el negro que se alejaba. Tarzán exhaló un grito de aviso y el salvaje se volvió a tiempo de ver a Numa detenido a la mitad del salto por una delgada cuerda hecha de hierbas, cuyo extremo, en forma de nudo, había caído en torno de su cuello.

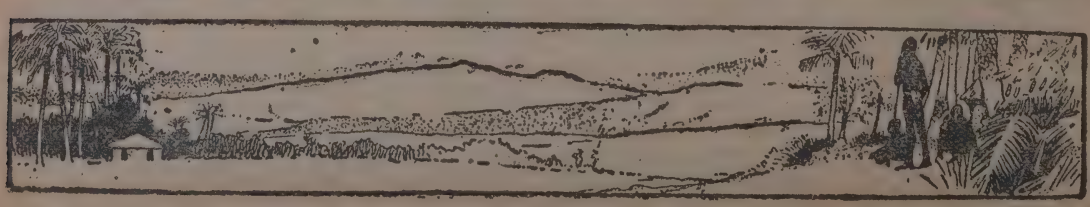
El hombre-mono había obrado con tal rapidez que no se había podido preparar para resistir el ímpetu y el tirón del gran cuerpo de Numa, de manera que, aunque la cuerda detuvo al león antes que sus potentes garrars pudieran clavarse en la carne del negro, el tirón hizo perder el equilibrio a Tarzán, que cayó al suelo a menos de seis pasos del enfurecido animal. Como un rayo se volvió Numa contra su nuevo enemigo e inerme como estaba, Tarzán de los Monos se vió más cerca de la muerte que nunca. El negro fué el que lo salvó, pues comprendió al instante que debía la vida a aquel extraño hombre blanco y vió también que sólo un milagro podía librar a su salvador de aquellas horribles fauces amarillas que tan cerca habían estado de su propia carne.

Con la rapidez del pensamiento, el brazo en que tenía el venablo se echó hacia atrás y luego partió hacia adelante con la fuerza de unos poderosos músculos que se hinchaban bajo la piel de reluciente ébano. Certera voló el arma de punta de hierro y atravesó el delgado cuerpo de Numa por debajo de la paletilla izquierda. Lanzando un terrible rugido de rabia y de dolor, la fiera se volvió de nuevo al negro. Había dado una docena de pasos, cuando la cuerda de Tarzán cayó de nuevo sobre su cuello y entonces el león se volvió otra vez al ombre-mono, pero sólo para sentir el doloroso pinhazo de una barbada flecha que se hundió hasta la mitad en su palpitante carne. La fiera se detuvo por tercera vez, pero entonces Tarzán había dado dos vueltas al tronco de un árbol gigantesco con su cuerda y tenía sujeto su extremo.

El negro vió la operación y su cara se contrajo en una mueca, pero Tarzán sabía que era preciso acabar con Numa antes que los fuertes dientes hubieran hallado y partido la delgada cuerda jue lo sujetaba. Fué obra de un instante llegar al lado del negro y sacarle de la vaina el largo cuchillo. Luego hizo señas al guerrerro de que continuara disparando flechas contra el animal mientras él, con el cuchillo, intentaba el ataque por el ostado. Así, mientras uno acosaba por una parte, el otro se acercó cautelosamente por la contraria. Numa, furioso, lanzaba una frenética serie de gritos, aullidos y rugidos, mientras se enderezaba sobre las patas traseras en el vano intento de alcanzar pronto a uno como a otro de sus atormentadores.

Pero al fin el ágil hombre-mono vió la ocasión y se lanzó contra el costado del animal, detrás de la fuerte paletilla. Un brazo de gigante rodeó el atezado cuello de la fiera y una larga hoja se hundió una sola vez, certera e infalible, en el terrible corazón. Luego, Tarzán se levantó y el negro y el blanco se miraron a los ojos por cima del cuerpo del rey de la selva. Y el negro hizo una seña de paz y de amistad y Tarzán de los Monos le contestó de la misma manera.

CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO



Una concha extraordinaria de tamaño colosal.

Un pescador de perlas ha descubierto en el golfo de Persia un molusco de los llamados tridacnes, que tienen la forma de las conchas que ostentaban los antiguos peregrinos, pero cuyo tamaño es de dos metros y medio de diámetro.

El pescador que hizo tan extraordinario hallazgo tuvo que hacerse ayudar por dos de sus compañeros para desprenderlo de la piedra a que estaba agarrado.

Una vez en tierra el feliz pescador vendió el enorme molusco en la suma de once dólares al capitán de un vapor mercante que luego lo vendió por algunos miles más en San Francisco de California.

Según parece un millonario se propone comprarlo para hacer con él dos magníficas fuentes, con las que adornará el jardín de su casa de campo en Los Angeles.

Muchos han sido los pescadores que han recorrido la región donde se verificó el hallazgo por si daban con otro ejemplar semejante, pero hasta ahora no se tuvo noticia de que ninguno de ellos haya tenido igual suerte del que encontró el mencionado y extraordinario molusco.

Un hipopótamo que baila al son que le tocan.

Dice la revista francesa "Le Pele Mele", que Hamburgo es conocida como el mercado mundial de fieras y animales extrakos y que surte las "menageries" y los jardines zoológicos de todo el mundo.

Esto no es realmente una novedad. Lo novedoso es que la mencionada revista afirma

que un domador argentino llamado Luis Gómez, — desconocido por cierto en Buenos Aires, — ha comprado un hipopótamo de corta edad y le ha enseñado con habilidad suma, a bailar tangos al son del violín.

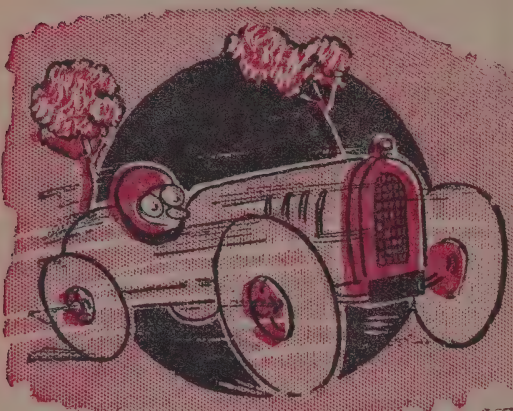
Según el "Pele Mele" la habilidad del hipopótomo de propiedad de Luis Gómez está llamando mucho la atención en Hamburgo y que, aun cuando su dueño tenía el propósito de traerlo a Buenos Aires para exhibirlo en el "barrio japonés" (debe ser el Parque Japonés), no tendrá ocasión de hacerlo, pues tanto en Estados Unidos como en otros países le han hecho propuestas espléndidas para que vaya a presentar al único hipopótamo que, en el mundo, baila el tango al son del violín.

La noticia es realmente extraordinaria y es ofrecida a los lectores de "Pucky" como algo raro, pero sin garantía de veracidad.

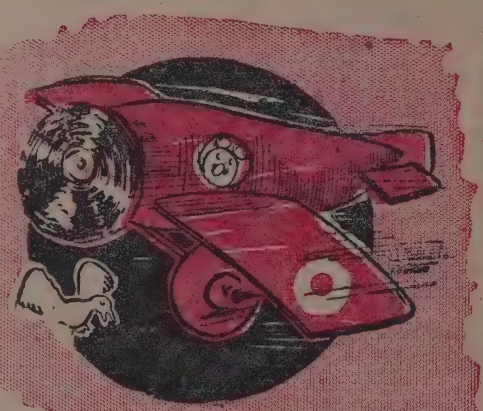
TODO SE EXPLICA

—¡Yo, señor, desearía vivir en la época deliciosa de todas las velocidades!...

...época en la que el obrero iría a su trabajo montado en una rauda motocicleta.

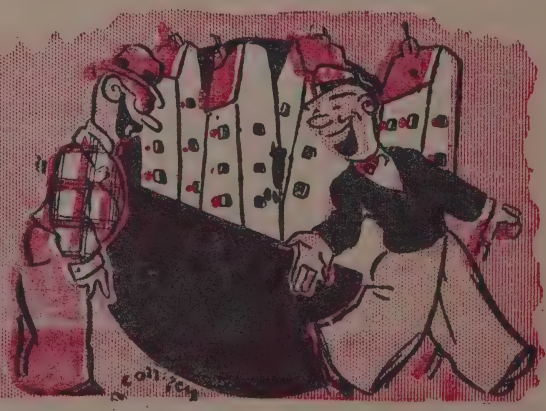


...en la que el burócrata iría a su escritorio en un bólido de 500 kilómetros por hora.



... en la que los patrones irían en pocas horas de Buenos Aires a París a tratar sus negocios.

—Se ve, señor, que es usted un gran partidario del progreso veloz.



—No, pero da la casualidad de que soy representante de una compañía de seguros contra accidentes.

PRIMERA DECEPCION DE LA VIDA PORTEÑA

—Para tener éxito en la vida porteña es necesario tener fuerza de voluntad... y yo la tengo..

...Hace falta inteligencia... y yo no carezco de ella;...

... Se necesita elasticidad... y yo no carezco de ella por cierto.

... Hace falta ser activo y trabajador... y yo lo soy.

... Se necesita buena presencia y la mía es de primera.

... Hay que ser valeroso y yo sabré serlo cuando la ocasión se presente. ¿No es así?

(Un cuarto de hora después. — En la calle).
—Pero en la vida porteña hay que saber manejar los codos y abrirse paso entre el prójimo para cruzar una calle... y eso no he podido conseguirlo aún.

Vd. no puede decir que HA LEIDO LA MEJOR INFORMACION DE FOOTBALL, BOXEO Y OTROS SPORTS si es que no ha leído aún

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO 662 -- Buenos Aires

que ofrece diariamente noticias serias y exactas, comentarios de redactores competentes y notas gráficas de interés, nítidas y variadas.
Pida Vd. al vendedor.

EL DIARIO

5a. EDICION

que además de UNA EXCELENTE INFORMACION SPORTIVA, a cargo del prestigioso cronista Sr. Miguel A. dos Reis, ofrece a Vd. todo cuanto pueda darle un periódico completo.

ROCAMBOLE

Por el VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

CONTINUACIÓN. -- (Véase el número 164 de "Pucky" subsiguientes.)

III

TIPOS FEMENINOS

La duquesa de Algueras era alta y de una hermosura que participaba a la vez de la cariátide y de la bacante antigua, por la amplitud magnífica y la voluptuosa armonía de las formas. Su tez, de un trigueño ardiente, y cálidamente coloreado; su cuello, sus hombros y brazos, tan superbamente modelados que se hubiera creído alguna divinidad pagana bajada de algún frontispicio de Fidias; su abundante cabellera negra, que encuadraba una frente griega, algo baja y fuertemente dibujada; sus ojos pardos en que brillaba esta altiva seguridad y este "no sé qué" de triunfante que encuéntra toda mujer hermosa en la conciencia de su belleza y en la costumbre de las apoteosis; todo este admirable conjunto hacía de aquella mujer, algo como la encarnación de una de esas cortesanas griegas, cuya perfecta belleza adoraban los antiguos como una encarnación divina para aquel pueblo amante sobre todo de la forma.

Venía en traje de baile, pero traía atada a la cintura y cayendo sobre su costado izquierdo una pequeña máscara de terciopelo negro, para poderse tapar la cara cuando lo careyere oportuno, porque nos olvidábamos de decir que aquel baile era de disfraz y de sociedad a gusto de cada invitado.

Después de haber pasado de algunos pasos el umbral del salón, se detuvo de repente, paseó rápidamente por la asamblea una mirada tan viva y tan penetrante, que debió abrazar y sorprender con aquel golpe de vista todas las cabezas que se encontraban aglomeradas allí; después, dejando caer la máscara, que se había puesto a la altura de la cara, y dirigiendo la palabra a la señora Doutreville, que le tendía la mano:

—Señora, — le dijo sonriente; — voy a haceros un cumplimiento muy banal y que de seguro habeis oído mil veces, pero no puedo menos de deciros que parecéis la hermana mayor de vuestra hija.

—No tiene nada de extraño, — dijo la niña, — puesto que apenas hay diez años de diferencia entre nosotros y que mamá es mucho más linda que yo.

—No la creáis, — repuso la señora Doutreville; — es una adulona y cualquiera juraría, al oirla, que yo soy su madre en vez de su madrasta.

Habiendo quedado viuda a los veinticinco años, la joven dama, en efecto, se había vuelto a casar hacía tres años con Julián Doutreville, a quien su belleza y juventud habían inspirado una pasión violenta.

La había encontrado en las más tristes condiciones, y al mismo tiempo las más favorables a sus deseos, es decir, reducida a vivir en casa de una amiga rica, cuya casa dirigía, en espera de que una feliz casualidad, aunque poco probable, viniese a traer un cambio a su destino.

Su marido, arquitecto de talento, había llevado una vida disoluta, género de existencia que, por lo demás, era del gusto de la joven, y una muerte repentina, fulminante, había dejado a ésta no solamente sin recursos sino acribillada de deudas.

La señora Doutreville, elegante de talle y maneras, era notable por la blancura deslumbrante de su tez y por una expresión de gravedad aristocrática que, atemperada por la más seductora sonrisa, le constituía un encanto irresistible. Pero su atractivo más poderoso, más personal,, era el brillo especial de sus ojos, cuya pupila, de un azul muy vivo, tenía bajo las cejas pardas que lo encuadraban los centelleos del más hermoso diamante al que la naturaleza ha dado el color y la transparencia del cielo. La llamita azul que brotaba de sus ojos, era como un filtro que trastornaba a todos los que clavaba la visita al pasar. ¡Cuántas toremntas y cuántos vértigos debía, pues, producir aquella mirada, si algún día la pasión venía a aumentarle su misteriosa potencia!

El tipo de Bautistina Doutreville era com-

pletamente diferente. Un poco más baja que su madrastra, delgada sin ser flaca, de un talle perfecto en sus delicadas proporciones, y una elasticidad de liana comunicaba a su andar y porte, a sus menores movimientos, una gracia tanto más exquisita cuanto que era inconsciente y perfectamente natural; formaba un notable contraste con la joven señora por la expresión de la fisonomía, llena de una gracia, de una dulzura y una ingenuidad completamente femeniles. Por un extraño y singular capricho de la naturaleza, tenía el cabello rubio y los ojos negros, rareza que comunicaba a su gracioso semblante un brillo singular, casi sobrenatural, y al mismo tiempo un carácter de originalidad de que se experimentaba el encanto sin darse cuenta de ello.

Su mirada, de una transparencia que tenía a la vez de la virgen y del niño, era, por decirlo así, deslumbrante de candor y de inocencia; en ella se leía su alma entera con sus gracias, sus sueños, sus pudores y su ignorancia virginal.

—Ahí viene mi marido, — dijo de pronto la señora Doutreville, con una inflexión de voz en la que hubiera sido difícil descubrir el más ligero matiz de ternura.

Julián Doutreville acudía a presentar sus respetos a la duquesa de Algueras, que había visto entrar.

Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto vulgar, de cara astuta, mirada inteligente, aire seco, positivo y chocante; en una palabra, bastante parecido, física y moralmente, a su tío Roberto.

Pero sabía transformar su fisonomía cuando era necesario, y lo probó en ese momento, confundiéndose en cumplimientos, en sonrisas y en galanterías para con la duquesa, a la que atestiguaba una consideración demasiado exagerada para estar exenta de interés.

Después de oírlo por algunos instantes con una complacencia un poco forzada, la duquesa se volvió de pronto a la señora y le dijo:

—Oidme, señora, no quiero retenerosr por más tiempo en detrimento de los demás invitados a quienes os debéis ambos; pero al privarme de vuestra sociedad, os rogaré a título de compensación que me déis por guía a través de esta brillante concurrencia, a esa hermosa niña, con la que tendré mucho placer en entrar en relaciones.

—Con muchísimo gusto, señora, — respondió la madrastra.

Y saludando a la duquesa, se alejó con su marido.

—Venid, — dijo entonces la gran señora a la niña, con un acento que llamó a ésta la atención; — venid, tenemos que hablar seriamente.

Y se la llevó por entre la multitud.

—Ahí tenéis a una de las más lindas trigueñas que yo haya visto jamás, — dijo Luis de Bruniéres a su amigo Alberto Desroches; — es el ideal de la especie; ¿quién es, pues, esa mujer?

—¡Ah, ah! — hizo Alberto; — ¿con que ya tenemos una que te saca de tu indiferencia?

Te equivocas completamente, mi querido amigo; es bellísima, en efecto, pero tiene sobre todo un no sé qué que no es común y que me ha llamado la atención; he aquí por qué te pregunto quién es, pero sin la menor emoción, te lo aseguro, y además sin mala intención.

—Y te creo porque estás más que enamorado, estás poseído, de modo que me gustaría mucho conocer la mujer...

—Basta sobre este asunto, querido, — interrumpió gravemente Luis de Brugniéres.

—Está bien, — dijo Alberto; — no desfloraré tú dulce sueño.

—Háblame más bien de esa bella duquesa española.

—Pues bien; esa hermosa andaluza, porque es de Granada, un país, a fe mía, muy conocido en las baladas y romances; esta adorable andaluza que debe descender de la caballeresca tribu de los Abencerrales, nos ha llegado de su hermoso país hará unos quince días, con un viejo duque de Algueras su marido, tan tieso, tan seco, tan arrugado tan inmóvil e impasible en su viejo sillón en que están esculpidas sus armas, que se tomaría por un contemporáneo del Cid petrificado y conservado hasta nuestros días por este procedimiento; y desde quince días que está entre nosotros su hotel, — ha alquilado un hotel completo, — es asaltado por visitantes que entran sanos de espíritu, raciocinando como tú y yo, y que salen absolutamente perturbados, con la vista alucinada, el aire exaltado, la voz trémula y sin poder pronunciar más que dos sílabas: ¡Inés!

Los desgraciados salen atacados por esa espantosa enfermedad que os mata cuando no os vuelve imbécil, y de la que tú mismo te hallas tan gravemente afectado: el "delirium" amoroso. Ahora bien; yo he hablado de esta encantadora Inés con algunos de esos infelices y, en cuanto me lo han podido hacer comprender en su incoherente lenguaje, parecería ser que esta hechicera criatura, es sencillamente una mujer superior, tan seductora por su talento como por su belleza, tan fina como espiritual, y, consiguientemente, de mucha influencia para con los más altos personajes, que vienen a adorarla en voz baja, bajo el pretexto de venir a llenar sus deberes para con esa momia llamada duque de Algueras que no habla, que no se mueve, que no se atreve ni aun a saludar, por miedo de romperse, y que se reduciría a polvo el día que haga un solo estornudo.

Mientras hablaban de la hermosa duquesa, los dos amigos dirigían la vista hacia el ángulo del salón donde había ido a sentarse con Bautistina.

—¡Hola! — hizo de pronto Alberto Desroches interrumpiéndose en su peroración; — ¿qué es lo que ocurre entre la duquesa y la linda Bautistina? La joven está trastornada; dirige a su alrededor miradas azora

das y su semblante se turba y palidece como si fuera a perder el sentido.

Oigamos lo que se hablaba por aquel lado y sabremos la ausa de esta violenta emoción.

IV

FALSA NOTICIA

—¿Deseáis hablarme, señora? — habia preguntado Bautistina a la duquesa, tan pronto como estuvieron sentadas en el rincón a que ésta la había llevado.

—Sí, he de pediros un consejo, — respondió Inés.

—¡Un consejo a mí! ¿Queréis burlaros, señora?

—De ninguna manera; yo tengo veinticinco años y vos tenéis diez y ocho; yo tengo una experiencia de la vida que a vos os falta por completo; o he perdido muchas ilusiones y vos las tenéis todas; todas las ventajas están, pues, de mi parte desde el punto de vista del juicio y del raciocinio; y no obstante, lo repito, sois vos la que me va a aconsejar, porque se trata de una joven de vuestra misma edad, de un carácter como el vuestro y en una situación semejante a la vuestra, que vacila en tomar una resolución muy grave. Estáis, pues, en mejor situación que nadie para comprender sus angustias, sus vacilaciones, y para decirme lo que haríais en su lugar; he aquí lo que os pido, y vuestra opinión le dictará la conducta que ha de seguir.

—En fin, señora, puesto que lo deseáis, os diré mi parecer, aunque...

—Esto me basta. Oidme, pues. Este joven...

—Me dijisteis que era una joven, señora.

—Es cierto, pero desde el momento que hay uan niña, el joven se sobre-entiende. Este joven se presenta, pues, en mi casa hace dos días; estaba pálido, trastornado, con la mirada ardiente por la fiebre y poseído de una exaltación que le daba un aspecto azorado.

—¿Y qué tenía? — preguntó Bautistina con mucho interés.

—Una fiebre perniciosa; la fiebre del amor. "Señora, — me dijo; — apenas os conozco, pero sois buena, sois hermosa y feliz, y tendréis lástima de mí. Esto, según y cómo, respondí yo, creyéndome amenazada de una declaración de amor. Me contó su historia, una historia de amor, siempre igual, pero siempre interesante. El primer apretón de manos, la primera turbación, el primer rubor de la niña; me lo refirió todo, con estos detalles infinitos, con esas contemplaciones estáticas, esas locas exaltaciones y las adoraciones extremadas que atestiguan un amor verdadero. La primera vez que, todo trémulo, se atrevió a expresarle el sentimiento que le había inspirado, fué en un jardín, bajo una lila en flor, en plena primavera; apenas podía hablar, la emoción le oprimía la garganta, balbuceaba frases incoherentes, tan locas, tan insensatas y desprovistas de sentido común, que temía no ser comprendido, temiendo no poder dominar la timidez que paralizaba sus palabras. Pero aquella misma timidez, aquellas mismas frases locas, absurdas, incoherentes, tenían una elocuencia que iba derecha al corazón de la joven y le comunicaban aquella turbación misma que él sentía. ¡Oh, sí! Ella lo comprendía, la pobre niña; lo comprendía tan bien, que se había puesto encarnada como una guinda, que su vista estaba clavada en el suelo, de donde no la levantaba, y que temblaba toda ella pero tan fuertemente, que su mano dejó escapar un guante, en el que trataba inútilmente de meter los dedos desde que lo escuchaba, y que cayó sobre el musgo del jardín.

—¡Ah! — exclamó Bautistina, cuyas facciones se había puesto del color de púrpura a estas últimas palabras.

—¿Qué tenéis, pues? — le preguntó la condesa.

—Nada, ¡oh! nada, — respondió la joven tratando de sonreirse para disimular su emoción.

Y repuso en seguida:

—Pero continuad, señora.

—¿Entonces os interesáis por ese pobre enamorado?

—¿No es, acaso, vuestro protegido?

—Continúa, pues. El joven se apresuró a recoger aquel guante, no para devolverlo sino para conservarlo como una preciosa reliquia. Y esa reliquia me la mostró. ¡Ah, pobre hija mía! ¡Si supiérais en qué estado se encontraba! Había recibido primero, tantos besos, y después tantas lágrimas, que ya no tenía forma de guante y que era imposible adivinar qué clase de objeto podría ser. Aquel amor duró un mes, así, fresco, delicado, virginal, como la lila blanca bajo la cual se reunían preferentemente y que afeccionaban sobre todo, porque fué el confidente de sus primeras confesiones. ¡Oh, cuán bellas, tiernas y puras son las impresiones del primer amor! ¡Qué indeleble y casta es la emoción de la primera angustia de un corazón joven que se embriaga con la vista de una cinta y se regocija bajo la mirada de la mujer amada, como la flor bajo los rayos del sol! ¡Qué profunda e incomparable voluptuosidad la que se encuentra en el choque de dos miradas húmedas por un amor todavía inconfesado! ¿Y qué son, comparadas con esas dulces embriagueces, los delirios y los vértigos, que más tarde, tal vez, vendrán a perturbar aquellos dos corazones?

La bella duquesa había pronunciado esas frases con una expresión de melancolía, que parecía en completa oposición con su naturaleza y sus sentimientos habituales.

—Pero, — repuso después de una pausa, — me parece que me aparto de mi asunto, y esto precisamente en el momento en que parecíais tomar algún interés. ¿Dónde estábamos?

—Hablábais del guate conservado por el joven, — dijo vivamente y ruborizándose la

linda Bautistina, y decíais que aquel guante...

—Estaba singularmente ajado por las lágrimas; pero, ¿por qué habría llorado tanto? He aquí lo que os iba a decir. De modo que, al cabo de un mes, durante el cual las confesiones, las confidencias, los juramentos de amor eterno, se habían cambiado con profusión de parte a parte, se convino, por fin, en que el joven iría a participar sus sentimientos a los padres de la niña y les pediría su mano. Pero el mismo día que estaba decidido para dar este paso, recibía una carta de San Petersburgo anunciándole la muerte de un tío, que había reunido en aquel país una gran fortuna y lo constituía su legatario universal.

Los dos amantes tuvieron consejo, y después de largos debates, tomaron una resolución que denotaba de su parte mucha más diplomacia que la que se hubiera podido esperar de dos cabezas de veinte años. Decidieron que, habiendo observado que las cuestiones de dinero entraban por mucho en las preocupaciones de los padres en materia de casamiento, el joven postergaría hasta su regreso de San Petersburgo, la demanda que debía hacer ese día, puesto que la sucesión del tío debía asegurar el éxito de su tentativa.

—Basta, ¡oh! basta, — murmuró de repente Bautistina, que desde hacía algunos momentos parecía estarse sofocando, oprimida por una cruel angustia.

—Pero, ¿qué tenéis? — le preguntó la duquesa.

—Se trata de Andrés, es tan inútil disimularlo por más tiempo, — dijo la joven poniéndose pálida y llevándose la mano al pecho para comprimir los latidos de su corazón.

—Pues bien, sí es de Andrés de quien os estoy hablando, de Andrés, que os ama y está loco de dolor...

—¡Basta! ¡basta! — gritó Bautistina con el acento de la cólera y de la indignación; basta os digo; su amor es una injuria para mí y os suplico...

—¿Una injuria el amor de Andrés? ¿Qué queréis decir?

Bautistina fijó en la duquesa sus hermosos ojos, a los que la emoción daba en ese momento un brillo extraordinario, y tomándole la mano con una energía de la que nadie la hubiera creído capaz:

—Pero, entonces, ¿no sabéis, señora?... ¿No os ha dicho nada?

—¿Qué cosa, pues? — preguntó la duquesa conmovida por el estado de exaltación en que veía a la joven, comúnmente tan serena.

—¡Pero está casado, señora!

La yobre niña había lanzado esta palabra con un sollozo y hacía esfuerzos visibles para contener las lágrimas que se desbordaban de su desgarrado corazón y bordaban sus largas pestañas como gotas de rocío.

Hubo un momento de silencio.

Luego, la duquesa dejando caer en la joven una mirada de lástima:

—¡Casado! ¡El! ¿Andrés? ¡Vamos, pues!

—Es la verdad, señora, se casó en San Petersgo con una rica heredera.

—Y vuestro corazón rebosa de desesperación, ¿verdad?

—No, no, — dijo Bautistina con un acento de firmeza que desmentía la alteración de su voz, y la prueba es que yo voy a casarme... dentro de pocos días... y amo... sí... amo a mi futuro esposo.

—¡Pobre niña! — dijo Inés, — ¿quién es pues el que os ha dicho esa infame mentira? ¿Quién os dijo que Andrés se había casado?

—Mi madre.

—Vuestra madrastra.

—Ha hecho más, señora; me lo ha probado.

—¿De qué manera?

—Por una carta enviada de San Petersgurgo a un amigo suyo; así...

—Así, ésto no prueba absolutamente nada.

—¿Cómo se entiende?

—¡Una carta de comunicación! Pero nada más fácil. Uno puede procurarse ese placer a razón de esis francos el ciento.

—¡Oh! ¡Pero eso sería una maquinación infame!

—Pero necesaria para resolveros a faltara a vuestros compromisos para con Andrés y a casaros, por despecho, con un hombre a quien no amáis.

—En fin, señora, Andrés os ha dicho...

—No me ha dicho nada ,sino que estaba resuelto a levantarse la tapa de los sesos si os negabáis a mantener la palabra que le habíais dado de ser su mujer.

—¡Oh! ¡Dios mío! — murmuró Bautistina con voz ahogada y clavando en la duquesa sus hermosos ojos que se habían vuelto a llenar de lágrimas, pero esta de lágrimas de gozo, ¿será posible que Andrés?

—Andrés os adora y está tan casado como vos.

—¡Oh! gracias, señora, — murmuró la joven enjugándose una lágrima que se había abierto paso a través de sus pestañas y rodaba lentamente por su mejilla, — gracias, no sabéis todo el contento...

Pero no pudo decir nada más.

—Ahora, — le dijo la duquesa, — hablemos del que os quieren dar por marido.

V

REVELACION

—¿Conocéis al conde de Oliva? — preguntó a la duquesa.

—Por haber oído hablar de él, sí.

—Y bien, ¿qué dicen de él?

—Por de pronto que es tan conde de Oliva como yo reina de España.

—¿Qué es pues? — preguntó la joven con un gesto de espanto.

—Primero os voy a decir lo que ha sido. Hace algunos años que vivía en París, con un nombre falso, como hoy. Entonces lo llamaban sir Ralph Selton y se había arreglado un tipo inglés con tanto éxito, como el tipo español en que se ha encarna-

Los viajes me marean, quien pudiera ser como usted.
—Es muy fácil.
—Cómo.
—Tomando HIERRO QUINA

do al crearse conde de Oliva por sí y ante sí.

—¡Gran Dios! me espantáis, señora, —exclamó Bautistina aterrada por aquella revelación.

—Bajo el nombre de sir Ralph, ejerció en París, una industria tan odiosa como infame, conocida bajo el nombre de chantage.

—¿Qué es eso?

—Hélo aquí. En París hay vicios, hay crímenes, hay misterios culpables que escapan a la justicia, o de los cuales no tiene por misión ocuparse, pero que ciertos individuos investigan y escudriñan con el único objeto de sacar partido de ellos. No perdonan medio para llegar a conocer el secreto comprometedor, toman sus espías en todos partes y particularmente entre los sirvientes de aquellos que han decidido explotar: luego, cuando ese secreto les es conocido en todos los detalles, entonces se presentan en casa de la víctima, le dan cuenta de su descubrimiento y le venden su discreción a precio de oro.

Bautistina con tamaños ojos abiertos y mirando fijamente a la duquesa con una expresión de sorpresa y de horror, la escuchaba azorada, como si oyese un cuento de las Mil y una noches.

—¡Cómo! — murmuró, — ¿hay hombres de esa clase, y el conde de Oliva?...

—Es uno de ellos.

—Y ¿estáis bien segura de lo que me decís, señora?

—Segurísima, hasta hay una persona aquí que podría confirmaros todo cuanto os digo respecto de sir Ralph, es vuestra amiga. la hermosa Tatiana Turgis, a la que había tendido el lazo más infernal que se haya imaginado jamás, a fin de obligarla a aceptarlo por marido, y que sólo pudo escapar a esa vergüenza por una especie de milagro.

—¿Y ese el el hombre que se ha atrevido a pedir mi mano y se la han concedido.

—Tienen todas las audacias, porque en este momento desafía a la policía, que lo busca; dicen, bajo el nombre de sir Ralph; pero esto, yo no podría afirmarlo.

La joven estaba muda de estupor.

Un escalofrío de horror recorría todo su cuerpo, y después de un momento de silencio, murmuró:

—¡Dios mío! Pero esto es horrible, tan espantoso que me pregunto si estoy despierta, o si me hallo bajo el imperio de una pesadilla.

Después dirigiéndose a la duquesa:

—Pero, — le dijo, ¿cómo se explica que Tatiana, que lo conoce de antes, no me hubiera prevenido de?...

—Como todos los aventureros de esa clase posee al más alto grado, la facultad de saberse transformar, y se ha vuelto tan absolutamente desconocido despojándose del tipo inglés, para adoptar el español, que vuestra amiga, que la ha visto, no obstante, a menudo, y de bien cerca, ni siquiera ha sospechado a sir Ralph en el conde de Oliva.

—¿Pero mi padre y mi madre no han inquirido entonces quién era ese hombre?

—Lo hubieran hecho con el mayor cuidado, no lo dudéis, si se hubiese presentado bajo un nombre vulgar como el señor Lefebreo de señor Durand, pero, cuando se vive de la tontería humana, se hace un estudio del corazón humano, y sir Ralph sabe bien que el padre de familia es como el negociante de diamantes; para obtener la confianza de uno y otro se necesita un gran nombre y un gran boato, se es engañado a menudo pero siempre se vuelve a caer en la trampa. Han acogido al conde de Oliva a ojos cerrados y sólo temen una cosa; el perder una alianza tan magnífica.

—Pero, vos, señora, vos que sabéis quién es ese hombre, ¿cómo no se os ha ocurrido decirles la verdad?

—Tuve esa idea, y hasta quise hacer más, quise ilustrar a la señora Doutreville a propósito de ese hombre, peso sólo pude hacerlo con la mayor prudencia no contando con prueba alguna en apoyo de mis afirmaciones.

—¿Y...? — preguntó Bautistina.

—Y... vuestra madrasta se sonrió, asegurándome que sabía de buena fuente los mejores informes sobre su futuro yerno, pero que no ignoraba que corrían a propósito de él los rumores más absurdos a consecuencia de una equivocación muy original que él contó riendo y haciéndola reir a ella también. De modo que es inútil tratéis de abriles los ojos, es una ceguera incurable.

—Me parece no obstante que hay un medio de desemgañarlos.

—¿Cuá es?

—Denunciar ese hombre a la policía, que bien sabrá, ella, reconocer bajo el falso conde Oliva, a ese sir Ralph que busca hace años.

—Había pensado ese medio, pero reflexionando bien, tuve que renunciar a él por vuestro mismo interés.

—No os comprendo.

—Un falso conde de Oliva preso, y después condenado a presidio, tal vez en el momento mismo en que iba a ser esposo de la señorita Bautistina Doutreville, ¿comprendéis cuánto sería desagradable esto para vos?

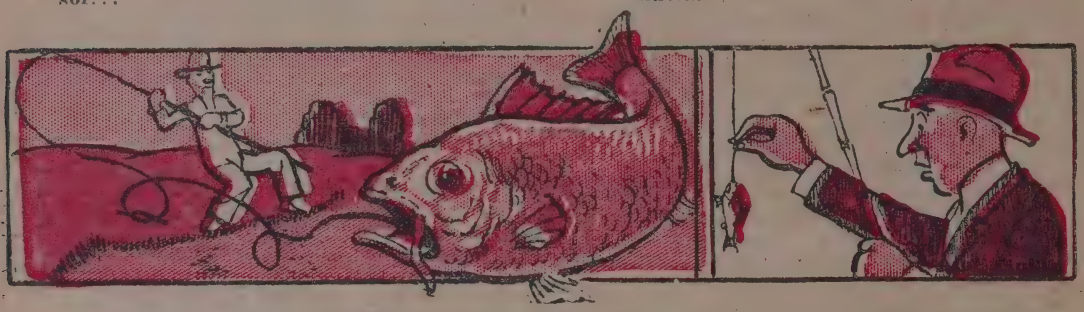
¡OJO, QUE LA VISTA ENGAÑA!

Mil pesos.
Cómo parece el papel de mil pesos que se ha pedido prestado.

... y cómo se ve cuando hay que devolverlo.

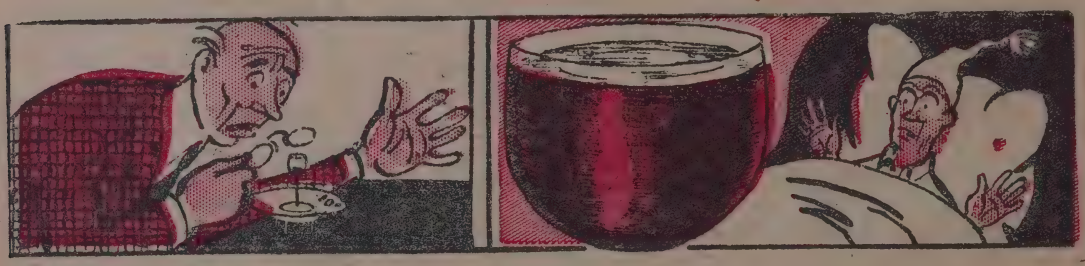
Tamaño que tiene el paraguas en un día de sol...

... y tamaño que tiene el día de lluvia.



El pescado cuando pica...

... y cuando se lleva a casa.



La copita de cognac que permite el médico... ¡qué chica es!

¡Y qué grande parece cuando hay que tomarla con aceite de ricino!

—Cuando nuestra esposa se corta el cabello... ¡Qué ridículamente corto parece!

¡En cambio qué enorme resulta cuando se le encuentra en la sopa!

—¡Oh! sí, sí, tenéis razón, señora y os doy las gracias por haber querido evitarme esa vergüenza.

Y repuso después de una pausa:

—Sin embargo, yo no puedo casarme con ese hombre. Por otra parte, no existiendo ya el motivo por el que me había desligado del compromiso contraído con Andrés, puesto que ese pretendido matrimonio era una calumnia, un lazo indigno tendido a mi credulidad, no tengo necesidad de buscar otro pretexto para romper este vergonzoso matrimonio.

—Os engañáis, Bautistina; este motivo, muy suficiente para vos, no lo será para vuestros padres, ya que semejante unión lisonjea demasiado la vanidad burguesa para que renuncien a ella delante de un simple compromiso de amor; no podría resolvérseles a semejante sacrificio sino desenmascarando al conde de Oliva, y acabo de demostraros la imposibilidad de hacerlo.

—¡Qué hacer, entonces, Dios mío! — exclamó la joven con un gesto desesperado, ¡oh! señora, señora, no me abandonéis, aconsejadme, ayudadme; ¡os lo suplico!

—Si no he venido aquí más que para eso, — respondió la duquesa tomándole la mano.

—¿Se podrá, señora? — preguntó la joven con efusión.

—Creéis, pues, que os habría metido la muerte en el alma, como acobo de hacerlo, mostrándoos el abismo abierto a vuestros pies, si no hubiese encontrado el medio de impedir que rodaseis al fondo?

—¡Oh! ¡cuán buena sois, señora, cuán buena sois!—murmuró Bautistina llevándose la mano de la duquesa a los labios.

Pero ésta se lo impidió.

—Andad con cuidado, — le dijo, — es menester que nadie sospeche entre nosotras más que una conversación banal, podrían sorprenderse, concebir algunas sospechas, observarnos, en fin, y esto es preciso evitarlo a toda costa porque, para el plan que he concebido es necesario que conservéis toda vuestra libertad de acción.

—¡Ah! tenéis un plan...

—Unico y que puede sustraeros a los dos peligros de que estáis amenazada, a una unión deshonrosa, o una prisión cuya escándolo recaería sobre vos, y dejaría para siempre sobre vuestro nombre una especie de estigma.

—Pero ese plan, ¿cuál es, señora? — preguntó Bautistina con ansiosa curiosidad.

—Os lo confiaré en el momento mismo de la ejecución.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Es un plan muy atrevido, y me temo que vuestro natural tímido y aprensivo no os haga vacilar en aceptarlo, es por esto que no os lo quiero comunnicar hasta el momento mismo que os vereis en la alternativa de salvaros por este recurso extremo, o resignaros a una unión que ocasionaría, al mismo tiempo, vuestra desgracia eterna y la muerte, la muerte violenta de aquel a quien amáis.

—¡Oh! todo, señora ¡todo menos esto! ¡Pobre Andrés! ¡Ha debido sufrir tanto al saber este proyecto de matrimonio, él que ignoraba la indigna astucia que habían empleado para obligarme a faltar a mi juramento!

—¿De modo que tenéis confianza en mí?

—Una confianza ciega.

—¿Y estáis resuelta a seguir mi consejo cualquiera que sea?

—Cualquiera que sea, os lo juro.

—No tenemos un momento que perder, es preciso que seáis salvada esta misma noche, antes de que tenga lugar el anuncio de vuestro matrimonio, afrenta que he querido evitaros, y por esta he venido a esta fiesta, mañana habría sido demasiado tarde.

Luego, levantándose:

—Ahora, — dijo a la joven, — separémonos y no os preocupéis de nada, nos os perderé de vista, y llegado el momento, os iré a prevenir.

—Gracias, gracias, señora, temblaré un poco, os lo confieso, pero vos estaréis aquí, vos que os interesáis tanto por mí...y por él, y no sé por qué, esto me tranquiliza y mi inspira confianza.

Estrechó una vez más la mano de la duquesa y fué derecha a Tatiana que pasaba en aquel momento.

De pie e inmóvil, en una postura que hacía admirablemente valer todas las excelencias de su talle, la duquesa la mirada alejarse, y con la barba apoyada en la palma de la mano, parecía entregarse al mismo tiempo a una profunda meditación, cuando ella con el acento de una profunda sorpresa, este nombre:

—¡Felina!

VI

UNA EQUIVOCACION

Este nombre de Felina, como hemos dicho, había sido pronunciado detrás de la duquesa de Algueras y casi a sus oídos, sin embargo aun cuando estuviese casi sola en aquel ángulo del salón, la duquesa absorbida en meditación, no volvió la cabeza hacia el que acababa de hablar.

Entonces, éste dió dos pasos, de manera a encontrarse enfrente de ella, y mirándola cara a cara, exclamó:

—Pero seguramente no me engaño; es ella.

Entonces la duquesa volvió lentamente la cabeza de ese lado y se puso a examinar con una curiosidad imposible al indiscreto.

Era un joven de veinticinco a veintisiete años, de maneras sueltas, cuyas facciones pálidas y regulares, estaban adornadas con unos bigotes negros retorcidos a la Van Dyck y cuyos ojos negros revelaban una naturaleza apasionada.

—Disculpad, señor — le dijo por fin la duquesa, — ¿qué nombre acabáis de pronunciar?

—Pero — respondió el joven desconcertado por la mirada fría y directa de la dama y por la altivez serena e imponente que acusa

ba tan clarmente en ella, a la gran señora acostumbrada a la vez al respeto y adoración de toda clase; — pero es vuestro nombre

—Repetidlo, os ruego.

—Pues bien, sí, Felina; pero vos lo debéis saber, por lo menos, tan bien como po.

—¡Felina....! — murmuró la duquesa; — sí, eso es.

—¡Caramba! — hizo el joven con una sonrisa ligeramente burlona; — pero me parece que es perfectamente eso.

La duquesa pareció no haber oído las últimas palabras y repuso con aquella voz serena, indiferente y algo altiva que añadía algo de imponente a aquel carácter de belleza patricia:

—Señor, — la dijo, — es la segunda vez que oigo llamar por este nombre, esto me intriga y estimula mi curiosidad, lo confieso; ¿quién es, pues, esa Felina con quien me confunden?

El joven perdía su aplomo cada vez más.

—¡Qué raro! — exclamó con la expresión del más profundo estupor — es la misma estatura, el mismo porte superbo, es ese incomparable tipo de trigueña que os transporta a Atenas, a los tiempos de Pericles y de Aspasia; pero esos aires de gran señora, esa imperturbable serenidad, y ese no sé qué de aristocrático y dominador... no, todo esto ya no es de ella, esto no puede ser de ella.

—Y bien, señor — repuso la duquesa con una familiaridad que no hacía más que acentuar su rango y la distancia que mantenía entre ella y el joven; — sentáos, pues, aquí cerca de mí, y hacedme el servicio de explicarme qué viene a ser eso de Felina.

Ella se sentó en una sill, y, con un gesto que era tanto una orden como una invitación, indicó un asiento al joven, quien, perdido todo el aplomo que había tenido al abordarla, se sentó con toda la torpeza y docilidad de un colegial.

—Vamos, señor, — dijo Inés golepando el suelo con un movimiento de impaciencia que descubrió un momento su pie, pequeño y adorablemente contorneado; — ya espero.

El joven había visto aquel pie y hasta el nacimiento de la pierna, y se sintió presa de una especie de vértigo, que le quitó la poca serenidad que le había quedado.

—Y bien, señora — le dijo — la mujer llamada Felina y con la cual...

—Se me confunde, ¿y bien?

—¡Caramba! es bastante difícil de decir...

—Tengo, sin embargo, empeño en ello, señor, y os lo ruega.

—Es que... ¡ah! ¿Seguisteis los debates de la causa d'Estarbés, señora?

—¡D'Estarbés! Esperad, pues; el asesino de Chaville, ¿no?

—Precisamente. ¿No recordáis que se trata allí de una mujer sospechada de haber impulsado a Carlos a aquel crimen por una suma de ochenta mil francos que éste le había entregado inmediatamente después del crimen?

—Perfectamente; ¿y esa mujer se llamaba Felina? — ahora me acuerdo de todo.

Y después de una pausa, añadió con una preciosa sonrisa:

—¿Y esa es la mujer por quien me habéis tomado? ¡una cortesana! Muchas gracias por el favor, señor; esto es muy lisonjero para mí.

—Os pido mil perdones, señora — balbuceó el joven; — ¡pero si supiérais cuánto os parecéis a ella!

—Me lo han dicho. ¿Entonces habéis conocido mucho a esa mujer?

—Mucho... no. La había visto algunas veces.

—¿Y qué decían de ella bajo el punto de vista plástico?

—Se os parecía mucho, señora; es cuanto hay que decir.

—¡Oh! ¡por favor! nada de cumplimientos.

—Pues bien, señora; pasaba por una belleza irreprochable.

—¿Siempre bajo el punto de vista plástico?

—Bajo todos los puntos de vista, señora.

—No es eso precisamente lo que se desprende de los debates de la causa de que me hablábais.

—La han calumniado, os lo juro, señora — exclamó el joven con calor, — y si yo no hubiera estado convencido desde el principio de la inocencia de mi amigo d'Estarbés, me la hubiera probado la absurda historia que Doutreville vino a contar relativamente a Felina y el retrato ridículamente falso que trazó de ella en su declaración.

—¡Oh! señor — replicó la duquesa con un tono un tanto irónico, — ¡y con qué calor os tomáis la defensa de esa mujer! Confesaréis, sin embargo, que es difícil admitir que un hombre tan honorable, tan universalmente querido como el señor Roberto Doutreville, haya podido prestar una declaración falsa; sobre todo, con el objeto de hacer condenar a un inocente, puesto que créis en la inocencia de Carlos d'Estarbés.

—Creo firmemente en ella, señora. En cuanto a Roberto Doutreville, no lo conozco, pero he aprendido a desconfiar de las apariencias. Todo el bien que dicen de él, puede ser tan falso como el mal que dijo él de Felina.

—Disculpadme, señor — contestó la duquesa; — siento en el alma destruir vuestras ilusiones; pero si desconfiais de Doutreville, tenéis confianza en vuestro amigo d'Estarbés y no podéis dudar de la sinceridad de sus confesiones, puesto que en ese punto se volvían fatlmente contra él. Ahora bien; ¿cómo explicáis sus visitas a esa Felina a quien defendéis tan calurosamente, visitas misteriosas, que él había ocultado tan cuidadosamente a su mujer y a su suegra, que esta última declaró que era la primera vez que oía pronunciar ese nombre?

—Por lo que respecta a Felina, señora lo explicaría de la manera que lo explicó la señora Fiernas; en cuanto a su yerno, diré que aun cuando las apariencias fuesen cien veces más comprometedoras, no por esto estaría menos convencido de la inocencia de sus relaciones con él.

—Os felicito, señor; tenéis una fe inquebrantable. Pero, en fin, puesto que estamos sobre este asunto, permitidme mostrarme un poco indiscreta.

—Hablad, señora.

—¿Cuál es la reputación de Felina a los ojos de la opinión pública?

—Detestable, señora.

—¡Ah!

—Para todo el mundo, Felina es una loreta, en toda la acepción de la palabra.

—Perdonad si insisto. Pero es bien natural que me inquiete un poco de lo que se relaciona con la mujer que es mi "alter ego". ¿En qué se funda esa... calumnia?

—En su manera de vivir, en sus maneras varoniles, sus vestidos excéntricos, en la absoluta independencia de su carácter y en sus relaciones muy poco selectas, lo confieso.

—Confesad, también, que hay en esto cuanto se necesita para confundirla con las mujeres que ha tomado intencionalmente por modelo, y que la opinión puede equivocarse en ello, sin merecer reproche.

—Ella lo sabe y se resigna ante todo vivir a su gusto, y pone su libertad por encima de la consideración social, contentándose con merecer su propia estima.

—Al oiros, sería hasta una mujer superior esa Felina; pero falta saber quién es el que se equivoca en sus juicios; si vos o la sociedad.

—Es la sociedad, señora. La sociedad, que la ve de lejos, en un tanto que yo la veo de cerca y que...

—Y que vos la amais, — dijo la duquesa sonriendo.

Hubo un momento de silencio.

En la fisonomía del joven se traslucía una violenta emoción.

—¡Y bien! ¡sí, señora, sí, yo la amo! — respondió con voz grave, — la amo hasta el sacrificio. Y ved, señora, vos que sois su imagen perfecta hasta el punto de que me cuesta trabajo persuadirme de que no es a ella misma a quien hablo en este momento....

—¡Hein! — hizo la duquesa con una altiva y frêal ironía, — ¿quisiérais hacerme el insigne honor de ofrecerme vuestro corazón en ausencia de la señorita Felina?

—Mi corazón, no, señora, sino mi abnegación.

Inés hizo un signo de sorpresa, casi de desdén.

—Os comprendo, señora; en este momento pensáis:

"¿Qué quereis que haga de vuestra abnegación?" y os indignáis de mi atrevimiento.

La duquesa pareció reflexionar un momento.

—¡Y bien! os engañáis, — respondió; — os encuentro, no atrevido, sino temerario, en ofrecer vuestra abnegación a una mujer a quien no conocéis, sin saber a lo que esto puede comprometeros.

—¡Oh! ¡Quiera Dios que pronto tuvieseis necesidad de mí, señora!

—Antes de lo que vos créeis, porque tal vez tenga ocasión de poneros a prueba esta misma noche, y esto, por un caso tan grave, tan peligroso, que vacilo mucho en...

—¡Oh! ¡os lo ruego, señora, os lo suplico!

Ella reflexionó todavía un instante poseída de una perplejidad visible.

—Sea, — dijo por fin; — pero saber de antemaso que esto no crea ningún lazo entre nosotros.

Ninguno, señora.

—Por lo demás, queda bien entendido que vos amáis a la señorita Felina y que no podríais amarme a mí?

—Os lo juro, no saldrá jamás una palabra de amor de mis labios.

—Perfectamente; sólo me resta saber con quien trato.

—Con Fernando de Hallier.

—Y yo, la duquesa de Algueras. Recibo todos los jueves en mi hotel del boulevard Haussmann.

Y con la cabeza hizo un signo al joven para darle a entender que podía retirarse.

Y así lo hizo éste.

Al volverse la duquesa, se encontró en presencia de un dominó negro que esperaba allí desde hacía algunos instantes.

VII

RAYO DE ESPERANZA

Antes de hablar al dominó negro, que, parado delante de ella, parecía esperar su venia, la duquesa siguió con la vista a Fernande Hallier en la dirección que acababa de tomar hasta que lo vió confundirse entre la multitud.

La expresión de su fisonomía había cambiado; se había apoderado de ella repentinamente una profunda emoción; emoción extraña, indefinible, bajo cuyo imperio su hermosa cabeza se había revestido de una tristeza que le creaba un tipo enteramente nuevo.

—¡Pobre joven! — murmuraba entre sí; — ¡tan joven, tan hermoso, tan leal y confiado! No, no, no quiero hacer uso de esa abnegación que me ofrece con tanta nobleza; no quiero que corra los peligros a que yo voy a exponerme por él... Yo debo intentarlo todo, desafiarlo todo, todo, hasta la muerte; pero él, ¿con qué derecho lo asociaría a la misión que me he impuesto y a los peligros que voy a arrostrar para cumplir con un deber sagrado? No, no quiero; no quiero!

En seguida, dirigiendo la palabra al dominó que continuaba esperando, inmóvil y mudo:

—¿Quién sois? — le preguntó, tomando de nuevo su habitual fisonomía.

—El agente Nicolo.

—¿Y bien?

—Vuestras órdenes se han cumplido, señora.

—¿Y salísteis bien?

—Así lo espero.

—Dadme cuenta de lo que habéis hecho.

—La misión de que me encargásteis, señora, no era precisamente fácil.

—Si hubiera sido fácil hubiiera encargado

de ella a un cualquiera en vez de dirigirme a vos.

—Es cierto.

—¡En fin!

—Me trasladé a Chaville hace tres días, y me instalé por de pronto en el café más acreditado del pueblo, en el café de la Paz, en donde me dí desde luego por los aires de un haragán de café, jugando a la baraja, al billar, al dominó y "trincando", perdonad, señora, bebiendo como cuatro truhanes, perdonad, como cuatro borrachos de primera clase.

—¿Era necesario?

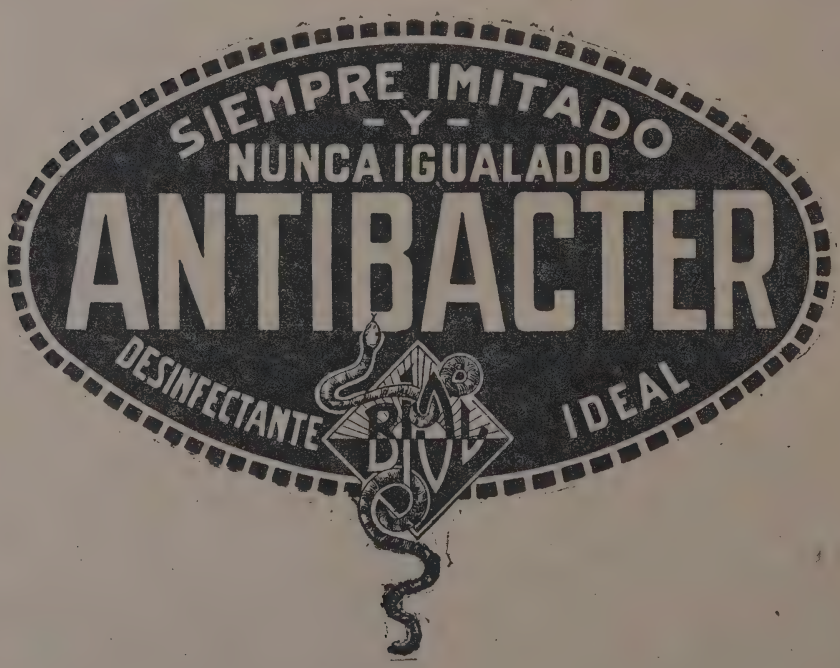
—Era indispensable.

—Continuad.

—Todo el día se pasó en consumo variados, tales como chops, ajenjos, coñacs, bitters, mezclas de toda especie, y todo ocuanto puede halagar una garganta humana. Una vez llegada la noche y estando el café lleno de concurentes me puse a hablar del drama de Vaudray con unos y otros, pero sin obtener otros informes que los que me eran conocidos por los debates de la causa. Empezaba a desesperar, cuando una especie de viejo atorrante, conocido con el apodo de "Bate Tierra", porque anda continuamente por caminos y senderos, tanto de día como de noche, declaró que esa noche había visto salir un fantasma negro del Castillo de Vaudray por la poterna del parque y tomar el camino del pueblo con un paso tan precipitado y ligero, que reconoció en seguida que aquello no podía ser una criatura de carne y hueso como él. ¡Bueno! — pensé — Aquí se encierra algo sospechoso; es preciso ver eso. Hice traer dos chops y me puse a hacer charlar al viejo, fingiéndome muy crédulo en la cuestión del fantasma, y le pregunté con el mayor interés de qué manera iba vestido. Me dijo entonces que iba vestido con una gran capa negra con triple cuello, tal como un día había visto en el teatro de Versalles, y que tenía la cara igualmente negra, pero de un negro tan obscuro que se hubiera dicho terciopelo. Después de cinco minutos de reflexión, me pareció haber penetrado aquel misterio; aquella capa debía ser un disfraz y la cara del fantasma no era negra sino porque estaba cubierta con una máscara de terciopelo. Evidentemente, aquel hombre sería el asesino de Deutreville. Pero, ¡cosa extraña! esta idea no se le ocurrió a nadie sino a mí; los paisanos, acostumbrados a las divagaciones del vagabundo se reían con el cuento del aparecido y no pasaban de ahí. Así, pues, me dije yo, el asesino ha tomado la precaución de enmascararse y de esconderse el cuerpo bajo una mplia capa negra; esto ya es un feliz descubrimiento, pero no me da ningún indicio sobre aquel individuo. Una máscara y una capa estilo Luis VIX o Luis XV, andad a averiguar... De repente atraviesa mi cerebro una inspiración y me golpe la frente, gritando como no sé qué general romano: ¡Encontré!

—¿Y qué habíais encontrado?

—Por de pronto me hice este razonamiento: generalmente no se tiene la costumbre



de tener en casa una capa Luis XV y una máscara; de manera qeu el falso fantasma tuvo que comprar o alquilar una y otra.

—El razonamiento era lógico, pero me parece que después de esto no estabáis mucho más adelantado; de modo que si eso es todo lo que habéis encontrado...

—Esperad, pues; siguiendo en mi idea me pregunté a mí mismo: ¿dónde se alquilan o venden estos artículos? ¡Pardiez! — me respondí en seguida, — en casa de los proveedores de disfraces para carnaval, o todos los que alquilan o negocian en máscara y trajes, y es por ese lado por donde es preciso dirigir mis pasos.

—Enhorabuena; ya es una idea.

—Otra pregunta: ¿había alquilado? ¿Había comprado? Necesité dos minutos de reflexión para comprender del modo que debían haber pasado los cosas. Evidentemente, mi hombre había alquilado máscara y capa, pero dejando al marchante, como garantía, una suma igual al valor de los dos objetos, suma que debía serle devuelta el día en que los restituiría, y era no menos evidente que se guardó muy bien de hacer esa restitución y de ir a reclamar su dinero, puesto que habrían podido ser vistos la noche del crimen, la máscara y la capa, denunciandos a la policía, y buscados en casa de los vendedores de trajes para convertirse más tarde en terribles pruebas de convicción.

—Sí, eso debe ser.

—Ahora bien, como el mes de Septiembre no es ni la época del carnaval ni la de las fiestas y bailes particulares, sólo un negociante de trajes pudo haber hecho en esa época estación absolutamente muerta para la profesión, una operación semejante, lo que hacía imposible todo error ni confusión. He aquí, pues, dónde llegué de deducción en deducción: la máscara y la capa proceden de un marchante de trajes; han sido comprados y no alquilados; no ha habido sino una sola venta de éstas entre los negociantes de esa clase, y, en cuanto a la fecha precisa, hasta podía señalarla hasta cierto punto, porque no debió ser mucho más anterior de ocho días al del crimen.

—Es muy lindo esto, — dijo vivamente la duquesa, — y decididamente sois un hombre hábil.

—Sí, pero quedaba lo más difícil.

—¿Qué era?

—Encontrar al vendedor de trajes.

—En efecto, — dijo Luis con una expresión de desaliento; — era una empresa imposible.

—¿Dónde ir? ¿De qué lado dirigir mis pasos? ¿A qué ciudad? Grave cuestión, porque, como me dijisteis, el tiempo apremiaba; hay un límite fatal más allá del cual no habría nada que hacer.

—Sí, — murmuró la duquesa; — todo se habría concluído. Se habría cometido una gran injusticia, la cabeza de un inocente caería en el cadalso, y yo, yo! desgraciada de mí!.

La palabra expiró en sus labios.

Una repentina palidez había caído sobre sus hermosas facciones como una máscara lívida.

—No, ¡oh! ¡no! ¡esto no será! — balbuceó con una voz profundamente alterada por la emoción, en la que parecía aniquilarse todo su ser.

El agente continuó:

—Primero pensé en Versalles, como la ciudad mas inmediata a Chaville; — pero no tardé en comprender que esta misma razón debió impedir al asesino eligir ese punto, donde debe ser conocido, si es que vive en Chaville o sus alrededores.

—¡Cómo! ¿os atrevisteis a emprender la tarea de revolver a París, ese abismo insondable, ese mar sin orillas

—Es menos espantoso que lo que vos creés, señora.

—¿Cómo pudisteis hacer par encontrar a todos los fabricantes vendeores de trajes que hay en París.

—En cuanto a esto, nada más sencillo; abrí un almanaque Bottin, y encontré la nómina de todos los marchantes de máscaras y trajes que hay en París.

—¿Y los visteis a todos?

—Casi, casi, a todos.

La duquesa le dirigió una mirada llena de lástima.

—Comprendo — dijo — ¿habéis renunciado?

—Sí, al llegar al penúltimo.

—¿Y por qué os detuvisteis ahí?

—Porque allí encontré lo que quería.

—¡Ah! — éxclamó la duquesa cuyas facciones se iluminaron repentinamente.

En seguida se llevó la mano al pecho y se dejó caer en una silla cerrando los ojos.

La alegría era demasiado fuerte.

—Sí, — continuó el agente; — como sucede siempre que se busca un objeto en un montón, ese estaba debajo de todos.

—¿Y se acordaba?....

—Mejor que esto. Me mostró el libro en el cual leí con mis propios ojos estas palabras:

"Vendido una capa Luis XV a triple cuello y una máscara de terciopelo."

—¡Eso es! ¡Eso es! — exclamó la duquesa.

—Y si alguna duda pudiera quedarme se habría desvanecido al ver la consignación de la fecha.

—¿Y esa fecha?

—El 11 de Septiembre.

—Y el crimen fué el 13.

—Dos días después. No hay duda, pues.

—¡Ah! ¡Loado sea Dios! — murmuró la dama con éxtasis.

—No os regocijéis demasiado pronto, señora.

—¿Qué queréis decir?

—Que hemos hecho importantes descubrimientos, pero nos falta todavía uno, sin el cual, los demás no son nada.

—¿Cuál es ese, señor? — preguntó temblando la señora.

—El mismo asesino, señora duquesa.

—¡Es cierto, Dios mío! ¿De qué sirve saber que andaba cubierto con una máscara y una capa, conocer el marchante que se las vendió, si no lo podemos descubrir a él mismo?

—Pero no desespero de llegar a ello.

—De qué manera?

—Con auxilio del marchante de trajes que he traído conmigo, que me espera afuera y a quien voy a introducir aquí.

—¿Para qué?

—Para reconocer a quien le vendió la capa y la máscara, respondió el agente.

VIII

LOS HEREDEROS

—No os comprendo, — dijo la duquesa. — Decís qus habeis traído aquí a ese hombre para que pueda reconocer a aquel a quien vendió la máscara y la capa, es decir, al asesino de Santiago Doutreville?

—Sí, señora.

—¿Y qué os hace suponer que el asesino va a encontrase en esta fiesta? He aquí una idea rara, cuando menos.

—Yo la tengo por razonable, y voy a deciros en qué me fundo, señora. Cuando se comete un asesinato, y el criminal no ha dejado indicio alguno que pueda poner sobre su pista, es tradicional en la policía, que es preciso buscar al criminal entre aquellos a quienes el crimen ha podido aprovechar.

—¿Y bien?

—Y bien, señora; ¿a quién pudo aprovechar el asesinato de Doutreville, sino a los que debían heredar su fortuna?

—A menos que el móvil del crimen no sea sencillamente el robo de los ochenta mil francos que esa noche se encontraban en el escritorio de la víctima, como lo declaró su hermano.

—Una y otra hipótesis son igualmente inverosímiles; sin embargo, es poco probable que un hombre tan serio, tan desconfiado y tan poco comunicativo como Santiago Doutreville, hubiera ido a confiar, a quien quiera que fuese, que acabase de recibir una suma tan considerable; semejante imprudencia hubiera estado en completa contradicción con su carácter, y cuando más pienso en ello, más inclinado me siento a sospechar de algún heredero apurado para explotar la sucesión. Imbuído en esta idea, he pensado que se presentaba una excelente ocasión para pasar revista a todos los herederos de la víctima, que seguramente estarán reunidos en esta fiesta, y he aquí por qué hice venir a mi negociante de trajes de disfraz.

—Al menos casi todos están aquí — dijo la duquesa.

—¿Falta alguno?

—Varios; pero todos vendrán, menos uno.

—¿Cuál es ese?

—El hermano de la víctima, Roberto Doutreville; a menos que no se deje ver hacia la terminacin de la fiesta para dar gusto a su sobrina Bautistina, a quien adora; lo dicen, pero yo no creo que venga, tan agobiado está con el pesar que le causa el triste fin de su hermano.

—¡Oh! ese poco me importa que venga o no; no puede ser ese el que buscamos.

—¿Y decís que el marchante os espera afuera?

—Sí, señora.

—Pero de qué manera hacerlo entrar?

—Nada más fácil. Vos me hicisteis dirigir por la señora Doutreville, una invitación a nombre del caballero d'Essol, un presunto primo vuestro.

—¿Y bien?

—Yo voy a salir; prestaré al señor Landry mi dominó, mi máscara y mi peluca y él volverá a entrar en lugar mío, dando al lacayo que está de centinela en la puerta e nombre de caballero d'Essol. Le haré un retrato de la señora duquesa, fácil de reconocer, le indicaré este sitio mismo, en donde tendréis la bondad de esperarlo, y vendrá derecho a encontraros.

—Id pronto, pues, y enviadme a ese hombre a quien mostraré todos los herederos del finado Doutreville.

El agente hizo un movimiento par retirarse; pero, retrocediendo, dijo a la duquesa:

—Si hoy fracasamos, os invitaría a venir conmigo para ver a la viuda de Pedro Chenu, a quien iban a arrestar como testigo falso, cuando murió de repente, con los síntomas más evidentes de envenenamiento, crimen que la opinión atribuye al verdadero asesino en favor del cual Chenu había mentido a la justicia, y que, temiendo sin duda una retractación, habrá creído prudente quitarlo de en medio.

—¿Y creéis que se pueda sacar algo de esa mujer?

—La noche que pasé en el café de la Paz, hice hablar a varias personas al respecto, y supe que desde la muerte de su marido, estaba asaltada por preocupaciones sombrías. Se diría que una idea fija, tal vez un remordimiento, la persigue sin cesar. Algunas personas, al entrar bruscamente en su casa, la han sorprendido en vías de leer algunos papeles que ocultaba en seguida con aire azorado, y que se cree le hayan sido entregados por su marido en el momento de morir. ¿Quién sabe lo que pueden contener esos papeles? Tal vez el nombre del verdadero criminal o algún detalle capaz de encontrar la pista de él.

—¡Oh, entonces, — dijo vivamente la duquesa, — iremos a ver a esa mujer.

En ese momento se oyó anunciar:

—El señor y la señora Chabert-Doutreville.

—Un heredero, — dijo la duquesa al agente.

—Veamos entonces un poco la cara de esas gentes, — dijo este último clavando una mirada sobre los recién venidos.

Pero no tardó en renunciar a la esperanza que había concebido vagamente de descubrir allí lo que quería.

Chabert-Doutreville, a quien llamaban comunmente Chabert a secas, era un hombre

AMBIENTE PARISIEN

El apache. — Sí; ella dice que es que yo me he confundido; pero lo cierto es que me dijo que vendría sola a las dos, y lo que resulta es que ha venido sólo con dos.

de unos cuarenta años, de mediana estatura, ni feo ni hermoso, ni vulgar ni distinguido, quien en todas las partes de su cara y de su persona hubiera sido perfectamente designado en un pasaporte con la palabra "regular", pero que hacía bastante simpático, una fisonomía contenta, abierta, que respiraba la confianza, la franqueza y la bondad.

La mujer formaba un notable contraste con él. De estatura también mediana, flexible y suelta, tenía en su andar ligeramente cadencioso, un abandono y una especie de negligencia que daba a toda su persona, una gracia extraña y profundamente seductora.

Sus facciones, de una hermosura orilginal, a la vez llena de capricho y de poesía, estaban revestidas de una palidez que no le era habitual, porque al pasar se manifestó en los que la conocían una especie de sorpresa, y muchas voces murmuraron en voz baja:

—¿Qué tendrá, pues?

—¿Cómo se atrevió a venir en ese estado?

—Se diría una muerta andando.

Luego se notó que aquel seductor abandono ,que entre muchas mujeres la hacía sobresalir de todas ellas, estaba más acentuado que de costumbre, y afectaba algo de enfermizo.

Sus grandes ojos negros, con tonos cobrizos, y a los que su extremada palidez comunicaba un brillo especial, se pasearon por la concurrencia con una lentitud que aumentaba todavía la profundidad de su mirada.

Aquella mirada, que quería ser vaga e indiferente, no lo podía lograr; a despecho de todos sus esfuerzos, era demasiado incisiva y penetrante para que no escondiera alguna ardiente preocupación.

—No, — dijo el agente, — cuya atención se había reconcentrado por completo en el marido; esa no es una cara de asesino; es inútil perder el tiempo en observarlo; hay que buscar en otra parte.

—¡Pobre mujer! — murmuró por su parte al duquesa, que, ella también, se sorprendió de la palidez de la joven y estudió con atención la mirada y las impresiones; debe tener una herida mortal en el corazón, y por la expresión de las miradas que pasea a su alrededor, juraría que viene aquí en busca de nuevas torturas.

Entonces distrajo su atención el anuncio de dos nuevos invitados.

—¡El señor conde y la señora condesa de Saubignac! — gritó el lacayo con marcada intención, como hombre seguro de producir su efecto.

El lacayo no se había equivocado.

Al oir aquel nombre se produjo en la asamblea un movimiento de ondulación muy acentuado.

Todas las cabezas, como movidas por un mismo resorte, se volvieron hacia la puerta, y todos los invitados, hombres y mujeres, hicieron un movimiento de curiosidad para ver mejor a los personajes anunciados.

Pero, entre aquella multitud vivamente impresionada, se encontraba un joven cuya emoción fué tan violenta, que sus facciones se habían transformado a la vista de los recién venidos.

Era Luis de Bruniéres.

Se estuvo paseando siempre no lejos de la puerta arriba y abajo del brazo de su amigo Alberto, cuyas historietas escuchaba, sonriendo, así como las ocurrencias y chistes, y cada vez que se abría la puerta para dar paso a algún nuevo invitado, se sentía estremecer.

—¡Ah, Dios Dío! Mi pobre Luis, ¿qué tienes, pues? — exclamó Alberto Desroches, sintiendo que el brazo de su amigo se apoyaba fuertemente en el suyo, como si temiese desmayarse.

Le miró la cara y estaba lívido.

—¿Qué tienes, pues? — repitió Alberto asustado. — ¿Vas a perder el conocimiento?

—No es nada, — dijo el joven, — dirigiendo una mirada a la condesa de Saubignac, — mirada que fué para Alberto una verdadera revelación.

—Bueno, bueno, — dijo éste; — ya caigo; es "ella".

—Otro heredero, — dijo la duquesa por su parte.

Hablemos primero del conde de Saubignac.

Era un hombre como de treinta y cinco años, de temperamento bilioso, como lo anunciaba su tez de un gris verdoso. Sus facciones, que no carecían de regularidad, tenían algo de violento, de irascible, de atormentado, que junto a la inmovilidad inquieta y el brillo febril de su mirada, revelaba en ese hombre las pasiones más funsetas y más desordenadas. Todas las había conocido y se abandonó a ellas con todo el arranque de una ardiente naturaleza, incapaz de imponerse un deber, ni de soportar un freno; después se habían ido bastando todas ellas una tras otras para no quedarle sino una sola que se posetonó por completo de sus facultades. Esta pasión, era el juego, y se contaban cosas inauditas, increíbles, a propósito de las locuras, las violencias, los excesos de toda clase a que lo había arrastrado aquella pasión.

Digamos ahora algunas palabras de la mujer cuya entrada en el salón de baile acababà de producir tan profunda sensación.

IX

UN CORAZON HERIDO

Lo que primero llamaba la atención en aquella mujer era su tez de un matiz de oro viejo, pero tan pálido, tan descolorido y al mismo tiempo de una pureza tan deslumbrante, que se hubiera creído ver un busto de plata vieja dorada, a los resplandores de ópalo de un claro de luna. Sus facciones, de una delicadeza de líneas, y de una suavidad exquisita de contornos, se rodeaban de un encanto indescriptible encuadradas en una abundante y negra callera, de reflejos azulados, como la pizarra después de la lluvia y tales como ya casi sólo se encuentran en la India; porque pertenecía a una de las más bellas razas del Indostán.

Tres signos traicionaban su origen: dos hileras de dientes diminutos y deslumbran-

tes de blancura, iguales entre sí como las perlas de un collar, de forma irreprochable; dos grandes ojos orientales, muy rasgados, de sorprendente limpidez, de un negro puro y sin mezcla que nadaban con voluptuosa lentitud debajo de dos cejas negras y arqueadas, de dibujo exquisito, y por fin, un talle de admirable flexibilidad, el talle de la indiana que había andado y corrido casi desnuda bajo el cielo ardiente de su patria, en donde se había criado sin trabas y desarrollado en completa libertad.

Cuando caminaba, se podían adivinar los accidentes armoniosamente acentuados de su bellísimo cuerpo y hasta se creía ver estremecerse la carne en las felinas ondulaciones de aquel talle incomparable; y luego, había en sus movimientos, de una gracia ingenua y natural como la de un niño, un sabor de salvaje extrañeza que daba a su admirable hermosura, atrayentes y vertiginosas seducciones.

En fin, otra singularidad que acababa de distinguirla de las demás mujeres; en lugar de encastillarse fieramente en el orgullo de su belleza, parecía querer sustraerse a las miradas, y sus grandes ojos negros en vez de afirmarse con aplomo sobre la hechizada multitud, expresaban el sobrecogimiento y la timidez y algo de vacilante y temeroso que comunicaba un sello conmovedor y simpático al encanto que respiraba toda su persona.

Al primero que encontró su mirada, al entrar en el salón, fué a Luis de Bruniéres que estaba allí a su paso.

El joven la contemplaba extasiado, como un iluminado delante de la aparición de la Virgen. En su mirada, profundamente turbada, había una mezcla de pasión y de ternura que traicionaba tan visiblemente el sentimiento que desbordaba en su alma y de que se hallaba trastornado todo su ser, que ella se turbó también y volvió la cara bajo la llama de aquella mirada.

—¡Cáspita, mi querido Luis! — le dijo Alberto a su amigo cuando el conde y la condesa hubieron pasado, — ¡qué bien colocas tus sueños!

Y añadió casi en seguida:

—O por mejor decir, los colocas muy mal, porque las pasiones nacen naturalmente, fatalmente, al paso de esta mujer, como las flores bajo el hálito primaveral, y con semejante amor en el alma, puedo, sin necesidad de ser adivino, presagiarte todas las torturas de los celos y todos los dramas que lleva va envueltos entre los pliegos de su vestido una hermosura como esa.

Luis de Bruniéres no había oído nada.

—¿No es cierto que es bella hasta la adoración? — murmuró con voz trémula por la emoción y siguiéndola con la vista por entre el gentío, que le abría paso como a una reina.

—¡Demasiado bella! — respondió Alberto; te repito que me espanto por tí.

—¡Y bien! Yo también me espanto a veces, — replicó Luis, — y cuando pienso en que ama, tal vez...

Palideció y Alberto sintió que sus uñas se le clavaban en el brazo.

—Cuando pienso en esto, — continuó Luis, — entonces siento que se retuercen todas las fibras de mi corazón; mis labios están sedientos de sangre y mataría sin piedad a quien ella favoreciese con su amor.

—He aquí precisamente lo que yo temo por tí, mi pobre amigo, algún acto de celos, accesos con alternativas de locas alegrías y de insoportables dolores, algunas horas de embriaguez profunda y siglos enteros de horribles tormentos. He aquí la vía dolorosa en que te engolfas al echarte en cperpo y alma en brazos de un amor semejante. Y sabes lo que veo en el fondo de esa pasión? La locura o el suicidio.

—Es posible, y hasta tengo un presentimiento de ello; pero aun cuando esta duda se convirtiese en una certidumbre para mí; aun cuando la certeza de ese trágico fin me fuese probado hasta la evidencia, lo aceptaría con entusiasmo por una mirada de amor de aquellos hermosos ojos, por una palabra tierna salida de sus labios.

—¡Vamos! — murmuró Alberto, — que el mal es incurable. — Eres hombre perdido.

—¡Perdido! ¡Oh! sí, tú lo has dicho, amigo mío, — replicó el joven, con sombría exaltación; — perdido sin remedio, si debo renunciar a ser amado por ella.

Alberto lo miró con inquietud.

—¿Con qué así, amiguito mío? — rppuso con amigable bondad; — sería preciso, no obstante, razonar un poco y procurar ver claro en el camino que vas a emprender. Vamos, a ver, ¿a qué altura te encuentras?

Luis de Bruniéres se lo quedó mirando atontado.

—¡Hein! — hizo.

—¡Pues bien, sí! ¿A qué altura estáis los dos? ¿Hasta dónde has llegado, y qué esperanzas te ha hecho concebir?

—Estás loco, — exclamó Luis.

—¡Cómo, estoy loco! ¡Qué diablos! Os habréis hablado. ¡Y bien! Te pregunto lo que le has pedido y lo qué ha responddio.

—Pero, mi queridísimo amigo, ¡si no le dirigí jamás la palabra!

—¡Será posible!

—Jamás la miré cara a cara.

—¡Vamos, hombre!

—Ni siquiera sabe que la amo.

—¡Canarios! ¡Sí que estás adelantado, compañero! Veamos, veamos, estudiemos seriamente la situación y analicemos las probabilidades de éxito. lo primero que hay que examinar en la mujer que se ama, es el marido; pues bien, en cuanto a ese no tiene nada de imponente para un enamorado, al contrario, tiene el aspecto irritable, brutal, incapaz de la menor atención para con su mujer a quien parece arrastrarla sin apercibirse siquiera de que la lleva del brazo; y en fin, es jugador ,lo que supone el esposo más desagradable, el más brutal, el menos celoso que se puede imaginar; porque el juego le absorbe hasta el extremo de volverlo indiferente y absolutamente ciego para todo lo demás; he aquí, pues, una linda carta en tu juego.

—¡Oh! Es imposible que ella lo ame, — exclamó el joven; — lo has juzgado perfectamente y semejante marido no puede ser sino odioso.

—Y una mujer tan hermosa y tan mal comprendida debe tener tesoros de melancolía en su alma y de ternura para un ser soñado; ¿y qué amante más ideal podría soñar que un enamorado como tú?

—No, no, — murmuró Luis; — no busques darme una esperanza irrealizable; es imposible, sería demasiada felicidad.

—¡Ah! He aquí lo que es elevar a una criatura a las nubes para adorarla luego como un ser sobrenatural, etéreo e impalpable; en tanto que tú pierdes el tiempo en tus sueños, tú que eres el único digno de su amor, tal vez, por tu naturaleza distinguida, bastante noble, bastante elevada para llegar hasta ella y para colmar los abismos de ternura que el dolor ha abierto en su alma; durante este tiempo, sobreviene un adorador vulgar, en quien, su deseo de amar, la imaginación de la infeliz presta todas las perfecciones y la toma como una presa.

—Tal vez tengas razón, — respondió Luis de Bruniéres, — pero, ¿qué quieres? Tiemblo a la idea de abordarla.

Se estremeció de repente a la vista de un personaje que el lacayo acababa de anunciar así:

—El señor Pedro Ramírez.

—¡El! — murmuró el joven con alterada voz.

—¿Quién es pues, ese hombre? — le preguntó Alberto.

—Un rico brasileño, que la sigue a todas partes.

—Casualidad, tal vez.

—No; lo encontré siempre sobre sus pasos; en Italia, donde la vi por primera vez; en Suiza, a donde la seguí, y aquí lo vuelvo a encontrar de nuevo, cuando lo creía de regreso al Brasil, a donde lo llamaban intereses de la mayor importancia como lo había anunciado. ¡La ama! ¡Oh, sí! ¡La ama! — murmuró el joven con acento desesperado.

—Es lo que vamos a saber en seguida observándolo, — respondió Alberto. — Y luego, ¿qué importa que la ame si no es amado? Vamos a seguirle la pista y pronto sabremos a qué atenernos.

X

ANGUSTIAS DE AMOR

Los dos amigos cogidos del brazo, se engolfaron lentamente entre la compacta muchedumbre, siguiendo a cierta distancia los pasos del señor Pedro Ramírez.

El brasileño era un hombre de unos treinta años a cuarenta algo elevado de estatura, pero sólidamente constituído. Su pescuezo, lleno y musculoso, soportaba una cabeza regular de enérgica expresión, iluminada por dos grandes ojos cobrizos que recordaban vagamente la mirada del tigre, del que tenían la expresión ardiente y salvaje. Estos ojos hacían una buena liga con una tez bronceada y vivamente coloreada, síntimas de robusta salud. Llevaba una barba negra y corta ligeramente rizada.

Después de abrirse paso por entre el gentío con mucha paciencia y lentitud, el brasileño se encontró muy pronto detrás del conde de Saubignac, a quien dirigió la palabra inclinándose a su oído.

El conde volvióse con una brusquedad que parecía entrar en sus hábitos, le sonrió tan graciosamente como lo permiten sus facciones duras y toscas y lo presentó a su mujer.

La indiana, también trató de sonreir a su vez aunque intútilmente; a la vista del brasileño, su hermosa cabeza había cambiado de expresión y le devolvió su saludo con visible turbación.

—¡Los conoce! — murmuró Luis al oído de su amigo. Y hasta hoy nunca les había dirigido la palabra!

Y sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—Es un enamorado vulgar que os refería hace un momento, — dijo Alberto, —Jtanto más atrevido, cuanto es menos digno de ser amado y que su pasión es más baja.

—Alberto — balbuceó con un esfuerzo el infeliz joven, — ¿no has notado?...

—¿Qpé cosa, pues?

Vaciló un instante como si las palabras no pudiesen escaparse de sus labios.

—Se ha turbado ella al verlo.

Y fijó en su amigo una mirada llena de angustia.

—Es verdad, — respondió tranquilamente

Luis de Bruniéres guardó silencio, pero sus facciones se contrajeron penosamente y se puso pálido.

Debía sufrir horriblemente.

—¿Era pues muy visible? — dijo por fin cuando pudo hablar.

Y esperaba la respuesta de su amigo como una sentencia de muerte.

—Lo más visble del mundo, — dijo; — sólo que hay una cosa que aparece mucho menos clara; ¿de qué clase era esa turbación?

—¡Ah! — exclamó vivamente Luis, cuya vista se reanimó de repente, ¿no estás bien convencido de que lo ame?

—Absolutamente. Es imposible basar la menor hipótesis en la turbación experimentada por la bella indiana a la vista de ese hombre, y si tengo algún consejo que darte, es de que no gastes toda tu energía en desesperaciones inmotivadas. Oyeme: si los sentimientos de la joven para el brasileño son absolutamente impenetrables, no sucede lo mismo en cuanto a éste; su pasión se traduce claramente en sus miradas, en la expresión de su fisonomía, en sus menores gestos, y es evidente, como lo acabas de decir, que no ha venido sino por ella, y que sólo por ella ha recorrido la Italia y la Suiza y ha olvidado los graves intereses que lo llamaban al Brasil.

Siente, pues, por esa mujer, una de esas pasiones devoradoras, incurables, que nada puede desalentar y que no retroceden delante de nadie, que están dispuestas a todos los sacrificios, y no podrían admitir la palabra "imposible". Añade a esto la inmensa fortuna que puede poner al servicio de sus pasiones y comprenderas que tiene ahí un rival de los más temibles, y que necesitas toda tu serenidad, toda tu sangre fría, todos los recursos de tu talento para salir triunfante en la

terrible lucha que se va a trabar entre los dos, y de la que "Jimena es el precio', como dice el gran Corneille.

—Sí, sí, comprendo todo esto, — respondió Luis poniéndose sombrío y reflexivo.

—A propósito ¿cómo es el nombre de pila de tu "Jimena"? Porque aun cuando nunca la hayas hablado, es imposible que lo ignores; los enamorados siempre saben eso...

—Diana, — respondió Luis.

—Bueno. Ahora, te has de penetrar bien de lo que acabo de decirte; puesto que echas en esa pasión todo tu corazón y toda tu alma, es preciso combatir seriamente y llamar en tu ayuda toda tu serenidad, toda tu destreza, toda tu energía, y presentar siempre la cara a tu enemigo, quien como ves, ha penetrado ya en la plaza y no es hombre para dejar de aprovecharse de una ventaja tan preciosa y sin duda alcanzada con grandes dificultades. Y antes de todo, es preciso empezar por cambiar de táctica con tu hermosa Diana.

—¿Qué quieres decir? — preguntó el joven Luis con cierto sobresalto.

—Que se viene al baile para bailar; debes ir pues, a invitarla tan pronto como la deje su marido para ir a asentarse a una mesa de juego, lo que no puede tardar.

—Pues bien; sí, sí, — dijo Luis, con el tono resuelto de un hombre que va a cumplir un acto heroico; — iré en seguida porque va a ser asaltada por multitud de danzantes. Dentro de diez minutos sería tarde y quiero ser el primero...

—El primero, oh, no; el segundo cuando menos.

—Y ¿por qué?

—Porque ya ha sido invitada.

—¿Por quién?

—Por el brasilero.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no lo sé, pero estoy seguro de ello

—Así debe ser, en efecto, tiene razon, — dijo Luis desalentado.

—Tanto mejor; en todas las cosas, y, sobre todo en amor, lo mejor es saber siempre a qué atenerse, y al respecto pronto lo vamos a saber después de verlos bailar juntos.

—¿Y ella lo amará ya? ¿Estaran de acuerdo? ¡Oh! Daría diez años de mi vida por saberlo.

—Y veinte por estar convencido de lo contrario, ¿verdad? — dijo Alberto.

Y añadió después de una pausa:

—He estudiado bien la fisonomía de esa mujer, y no veo en ella ninguno de los síntomas que revelan el amor; el carácter dominante de esa hermosa cabeza es un no sé qué de recogimiento, de entristecido y doloroso, que acusa un mal secreto y profundo, un incesante y misterioso martirio; veo en ella un corazón que sufre: no un corazón que ama.

—¡Pobre Diana! — murmuró Luis con una voz profundamente enternecida.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

. . . . . de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mln., de cjl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

. . . . . .

Con letra clara

Nombre y apellido . . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . .

Precios de suscripción Ciudad e Interior

6 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . . „ 4.80
1 año. . . . „ 9.—

—Es digna de lástima, sí; estoy seguro de ello. Tanto mejor para tí.

—¡Oh, amigo mío! — exclamó Luis indignado.

—¡Y cómo no! ¿No sabes que no hay corazón tan accesible como el corazón herido? Y con semejante marido es imposible que esa encantadora criatura no sufra mil martirios y sinsabores. Por lo demás, a la manera con que le habla y del modo que ella le responde, aun viendo sólo las cosas desde lejos, es evidente que la infeliz criatura tiene que habérselas con un tirano brutal, delante del que tiembla sin cesar, y ya puedes suponer que, en semejantes condiciones, ha de ser muy sensible a cualquier manifestación de simpatía.

—¡Al fin! — exclamó de pronto Luis de Bruniéres.

—¿Qué? ¿Qué hay? — preguntó su amigo.

—¿No lo ves? El marido acaba de acompañarla a un grupo de señoras entre las que acaba de sentarse, y ahí lo tienes ya alejándose.

—Sí, y naturalmente, el brasilero no lo sigue; va a confundirse entre la multitud, pero sin alejarse de la señora para estar pronto a acudir en cuanto la orquesta dé la señal de un vals o de una cuadrilla.

Luego añadió, sonriendo:

—Vamos, mi caro amigo, llegó el momento de exhibirse.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no hay un minuto que perder para invitarla, porque van a afluir los interesados, no tengas la menor duda.

—Voy allá, — dijo Luis de Bruniéres palideciendo un poco.

—Mucho aplomo, ¿eh? ¡Qué diablos? No vas a la muerte, por cierto!

Luis se apartó de su amigo dirigiéndose resueltamente hacia la bella condesa de Saubignac.

Ya no estaba sino a tres pasos de ella y se preguntaba cómo iba a salir del paso, porque tenía la garganta tan seca que le parecía no iba a poder pronunciar una palabra, cuando se oyó anunciar este singular personaje:

—¡El Hada de las Margaritas!

Al mismo tiempo se vió entrar al salón una vieja toda encorvada y vacilante, vestida con un traje de grandes ramazones, oro y rojo, arrastrando una cola de más de dos metros de largo y apoyada en una gran varita de oro. Paseaba a su alrededor sus ojitos negros que brillaban con centelleos fantásticos a través de grandes bucles de cabellos blancos empolvados estilo Luis XV. aquella cabellera esparcida ligera y transparente, cubría toda su frente y la mayor parte de su cara de la que se percibían las arrugas. los pómulos muy salientes y la barba puntiaguda.

XI

EL HADA DE LAS MARGARITAS

Aquel traje bastante original no hubiera tenido, sin embargo, nada de tan extraordinario para excitar el vivo movimiento de curiosidad que produjo en toda la concurrencia, sin un detalle que le daba un carácter especial.

Era la profusión de margaritas echadas en pintoresco desorden en la cabeza y por todo el cuerpo de la vieja hada. Era raro y precioso a la vez, y causaba admiración ver el efecto que producían tan esparcidas, en un traje de mujer, estas flores generalmente desdeñadas y reducidas en los jardines, donde abundan, al modesto rol de accesorias.

Aquella vieja ofrecía, pues, en cuadro gracioso y raro bajo la lluvia de flores que la cubrían de pies a cabeza, de modo que habían acudido de todas partes para verla de cerca, así es que al cabo de pocos minutos se vió rodeada de un círculo numeroso y compacto.

Acudieron de todos los salones; y hasta los mismos jugadores, viendo que todo el mundo corría hacia aquel lado, abandonaron las mesas del juego para gozar del espectáculo que les prometía la general curiosidad.

Diana se había leantado para seguir la multitud de los curiosos, cuando Luis de Bruniéres, temiendo, si dejaba escapar aquella ocasión, no volver a encontrar el soplo de valor de que se sentía poseído bajo la impresión de aquella barahunda general, avanzó intrépidamente hacia la condesa e inclinándose, pálido y conmovido:

—Señora, — le dijo, ¿queréis hacerme el honor de concederme el primer vals?

La joven se estremeció al acercar el joven y fué con una voz tan turbada como la de él, que respondió:

—El primero está comprometido, señor.

Y en vez de alejarse, esperó.

Lo que esperaba era evidentemente una nueva invitación.

Luis de Bruniéres creyó comprenderlo así, y, animado además por el acento penetrante y tierno con que le había sido hecho la respuesta, repuso con un poco más de aplomo y con la vista fija en los hermosos ojos negros de la indiana:

—¿Me permiteréis, pues, solicitar el segundo vals, señora?

—Con mucho gusto, señor, el segundo será para vos, — respondió Diana con una mezcla de emoción y de timidez que daba a sus facciones un profundo encanto.

Y pasando lentamente por delante del joven fué a confundirse en el círculo de curiosos que rodeaba al hada de las margaritas.

Al mismo tiempo que ella, llegaba al corro otra mujer, seguida de un dominó que parecía su sombra, pues no se apartaba un momento de ella.

Era la duquesa de Algueras seguida del marchante de disfraces.

—Todos los herederos están aquí, menos uno, del que no tenemos por qué preocuparnos, — dijo la duquesa a su acompañante; — os lo voy a indicar uno por uno a medido que pasen por delante de mí.

Sin darse cuenta de la impresión, todos los presentes esperaban algo extraordinario de parte de aquella extraña vieja, y conforme hemos dicho, todo el mundo había formado corro a su alrededor, con la esperanza de asistir a alguna escena o espectáculo cualquiera.

Como una actriz consumada a la que una larga práctica ha dado la costumbre de la escena y la experiencia de su público, el hada de las margaritas esperó pacientemente que reinara un profundo silencio en la concurrencia y que se hubiera excitado la curiosidad de los espectadores por duración de la espera.

Mientras tanto, ella daba vueltas lentamente sobre sí misma, y sus ojitos negros brillaban con unos reflejos diobólicos por entre la nube de sus blancos bucles esparcidos por la frente arrugada, escudriñaban minuciosamente la multitud de concurrentes clavando una centella en cada uno, como si hubiera querido retenerlos bien a todos en su memoria.

Después, de pasar esta revista, permaneció inmóvil un momento en una actitud reflexiva; luego, saliendo repentinamente de su meditación, colocó la punto de su varita en el suelo y trazó un círculo a su alrededor, en seguida, con una voz trémula y seca, perfectamente en armonía con su cuerpo encorvado y su cara arrugada, dijo:

—Se divierten bien, aquí, se rie, se baila, se juega, la coquetería hace de las suyas, se suelta la rienda a todas las pasiones, la alegría brilla en todos los ojos y rebosa de todos los corazones; sí, sí, aquí todo es diversión... Pero, mientras tanto, allá arriba hay un libro en que una mano invisible escribe el destino de cada una, libro terrible, misterioso, cerrado para todos, pero que se ha abierto para mí durante un segundo, y en se segundo, al deslumbrante resplandor de un relámpago, se me ha aparecido una página escrita con caracteres de fuego, y en el tiempo que ha durado ese relámpago yo la he leído toda entera y la conserva en la memoria; y ¿sabéis lo que la mano invisible había escrito en esa página del libro de los destinos humanos. La historia de una familia, de una familia que está aquí, entre los que me oyen en este momento y cuyo nombre ví brillar al frente de la faltal página, y ese nombre, del que la sangre caí gota a gota como de una herida, ese nombre era Doutreville.

Se calló la viejecita dejando caer la frente entre sus manos como doblada por la visión que acababa de evocar.

Muchos se pusieron a sonreir, pero la mayor parte sobre todo las mujeres, estaban impresionadas por las palabras de la vieja y por el tono siniestro y el acento convencido con que las había pronunciado.

—¿Quién es, pues, esa mujer? — se preguntaban todos en voz baja.

Pero nadie podía responder a la pregunta.

Nadie recordaba haber visto nunca una vieja semejante en las fiestas dadas por la familia Doutreville o por sus amigos.

Era un nuevo misterio añadido al que dejaba entrever la mística visión de la hada de la varita de oro.

Al cabo de algunos instantes ésta levantaba la cabeza y volvía tomar la palabra:

—Sí, — dijo con voz lenta y meneando la cabeza con aire sombrío, — he leído sus nombres y he visto los sangrientos dramas en los que cada uno de ellos iba a ser aplastado, como el grano bajo la rueda de moler, estos nombres tengo la misión de revelarlos a fin de que estén prevenidos y traten de conjurar la suerte, pero las torturas y las catástrofes de que se hallan amenazados, debo callarlas.

Luego paseando lentamente la mirada por el corro:

—Se creen muy seguros, —añadió; — piensan: Esta mujer que nos es desconocida y que no nos conoce, ¿como va a distinguirnos entre la multitud en que nos hallamos confundidos? ¡Pobres gentes! No, yo no los conocía antes de ahora, pero en este momento los veo y reconozco porque están todos marcados, en la frente con un signo sangriento visible para mí sola y que me los señala entre todos los concurrentes.

Hubo una pausa.

La curiosidad, excitada en el más alto grado, llegaba en algunos hasta la angustia.

En la asamblea reinaba un silencio profundo, ya nadie reía, esperaban, para pronunciarse y formar una opinión respecto de la vieja, la prueba decisiva que acaba de anunciar.

¿Reconocía efectivamente por medio de un signo misterioso a los miembros de la familia nombrada a quienes pretendía poder los designar sin haberlos visto jamás?

Esta era la cuestión decisiva.

La vieja levantó la varita de oro, y sin vacilar, dió algunos pasos adelante.

La ansiedad había llegado a su colmo.

Todas las miradas estaban clavadas en aquella varita, tratando de adivinar la dirección que iba a seguir.

La varitá cayó por fin en un punto del círculo y un estremecimiento recorrió toda la samblea cuando reconocieron a la persona sobre lo que había caído.

Era Bautistina.

La joven trató de sonreir, pero inútilmente.

Se pusa muy pálida y por medio de un movimiento involuntario, su mano rechazó, estremeciéndose, la varita de la bruja.

Todo el mundo se hallaba bajo la impresión de aquella sorpresa, cuando la vieja, después de haber dado algunos pasos, dejó coer de nuevo lá varita en un grupo compacto.

Había tocado a la joven, cuya extremada palidez tanto llamó la atención de los invitados, la señora Chabert Doutreville.

Esta vez también había acertado.

Al ontacto de la fatal varita, la joven se sintió desfallecer y un sentimiento de espanto contrajo su pálido semblante.

Durante este tiempo, la bruja de las margaritas, teniendo siempre levantada su fatal varita, inexorable como la guadaña de la muerte, continuaba su sieniestra tarea.

Muy pronto tocó a una tercera persona.

Era la hermosa dueña de la casa, la señora Doutreville.

Esta sonrió.

Pero, aun cuando evidentemente, menos emocionada que las otras dos, no pudo reprimir el movimiento de inquietud que vino de pronto a oscurecer su frente.

La bruja no se detenía por esto.

Con la varita de oro en la mano, y siempre levantada como una amenaza, proseguía su camino, y, después de estas tres pruebas, todas las miradas la seguían con verdadera angustia.

La varita coyó por cuarto vez.

Esta cuarto víctima dejó escapar un profundo suspiro, vaciló como si hubiese recibido una herida en el corazón, y se apoyó para no caer, en la persona que tenía a su lado.

Era la hermosa Diana Doutreville y se acababa de apoyar en el hombro de Luis de Bruniéres

XII

LOS MALOS CARACTERES

Esta escena había producido entre los invitados una emoción de la que tardaron en reponerse.

El éxito de la Hada había sido completo, y lo que contribuía, sobre todo, a hacer creer en su misterioso poder y en su don de adivinación, era la profunda turbabación de que se sentían sobresaltadas las cuatro mujeres amenazadas con su predicción.

Se hizo evidente para todos que cada una de ellas estaba en una situación de temer alguna desgracia, y era esa, indudablemente la causa de la emoción que las había trastornado al sentir el contacto de la fatal varita.

La más aterrada, como hemos dicho, fue la hermosa indiana, la condesa de Soubignac, a quien dejamos casi desmayada sobre el hombro de Luis de Bruniéres.

—Señora, — le dijo el joven con aquella voz dulce e insinuante y con el acento especial de los enamorados que saben dar el acento de la pasión hasta a las frases más banales, — señora, os habéis afectado dolorosamente por las palabras de esa vieja visionaria; reponeos, os lo suplico, y no deis ninguna importancia a esa ridícula profeta.

Y al hablar así, había puesto la mano debajo del brazo de Diana para sotenerla, era un brazo redondo soberbiamente modelado y del que el joven pudo apreciar todas las bellezas, porque lo tenía desnudo hasta el hombro.

De manera que el contacto de aquel brazo la trastornó completamente y fué con una voz muy turbada que añadió:

—Dignaos apoyaros en mí, señora, y permitidme que os acompañe a vuestro sitio.

—No podría rehusar vuestro ofrecimiento, señor, por que apenas puedo sostenerme, — respondió la indiana apoyándose en el brazo de Luis, cuyo corazón estaba henchido de felicidad.

Atravesaba en aquel momento uno de esos vértigos en que el alma, fuera de sí, es impotente para contenerse y tiéne que dejar escapar su secreto en una arranque irresistible.

—Señora, ¡oh, señora! — murmuró Luis con voz baja, impregnada de ternura y en la que cada nota decía más que la más ardiente declaración de amor; permitidme que me felicite de la casualidad que me ha colocado a vuestro lado en tan crítico momento.

Diana se sintió tan profundamente penetrada del acento, o por mejor decir, de la melodía que acompañaba aquellas palabras banales y que tan bien expresaban el verdadero pensamiento del joven, que se puso toda trémula y no tuvo valor para responder una sola palabra.

Se hallaban ambos absortos en sus sensaciones, cuándo al cabo de ocho o diez pasos vieron erguirse delante de ellos la figura del brasileño.

El señor Pedro Ramírez parecía hallarse bajo el imperio de una violenta agitación.

—Señora, — dijo a la condesa, haciendo un violento esfuerzo para permanecer tranquilo; — no estando aquí el señor conde para ofreceros su brazo, permitid a su mejor amigo que os acompañe a vuestro asiento.

A esta oferta insultante para él, puesto que era una indirecta para que le cediese el puesto, Luis se puso rojo de cólera, pero no se movió.

—¡Y bien, señor! — dijo el brasileño midiéndolo con la vista de pies a cabeza; — ¿es que no me habéis oído?

—Ni siquiera os he escuchado, señor, — respondió el joven con desdeñosa frialdad.

Luego, dirigiéndose a la condesa:

—Señora, — le dijo cambiando repentinamente de tono y de acento; — ¿me acordaréis el favor de acompañaros hasta vuestro sitio? O bien...

La condesa lo interrumpió con un signo y con serena y firme dignidad dijo:

—Señor, os doy las gracias por haberme ofrecido vuestro brazo, sin el cual hubiera caído desvanecida hace un momento, y os ruego me hagáis el obsequio de acompañarme hasta mi asiento.

A esta respuesta, que parecía tan lejos de esperar, el brasileño se puso pálido de rabia y un relámpago de odio y de venganza brotó de su pupila de bestia feroz, envolviendo a la vez a la dama y a su caballero.

Pero Luis de Bruniéres respondió a aque-

lla mirada amenazadora con una sonrisa provocativa; continuó lentamente su marcha interrumpida y acompañó a Diana hasta su asiento.

Na habían vuelto a cambiar una palabra hasta allí, pero cuando Luis de Bruniéres se iba a despedir de ella:

—Señor, — le dijo Diana casi en voz baja.

El joven se inclinó esperando.

Diana pareció vacilar en seguir adelante.

En fin, dominando el sentimiento bajo el imperio del cual se había interrumpido, añadió ruborizándose y con una voz que temblaba ligeramente:

—Ese hombre es peligroso, señor, os lo ruego; evitad todo altercado con él.

—Os lo prometo, señora, — respondió Luis, — y permitidme recordaros, antes de separarme de vos, que me tenéis acordado el segundo vals.

Y saludándola profundamente se alejo.

Parado a pocos pasos, el brasileño los estaba observando, mientras fingía dirigir sus miradas a otra parte y sus facciones pálidas y violentamente contraídas, indicaban bien a las claras la rabia que lo devoraba.

Cuando Luis de Bruniéres pasó cerca de él, con aire sereno, indiferente, y sin aparentar percibirlo, un estremecimiento agitó todo su cuerpo y hasta hizo un movimiento para lanzarse sobre él.

Pero la reflexión lo calmó en seguida; se mordió los labios, se pasó la mano por su frente contraída y respiró ruidosamente.

El acceso había pasado.

Entretanto, he aquí lo que había pasado en el otro extremo del salón:

Viendo que se rompía el círculo que se había formado a su alrededor y que la concurrencia se iba a dispersar, la bruja de las margaritas, que sin duda no se sentía retenida allí por ningún interés, se dirigía hacia la puerta sosteniendo con su varita de oro su andar lento y vacilante, cuando se vió detenida por un grupo de curiosos, que se pusieros a examinarla de muy cerca, preguntándole quién era y que le revelase el porvenir.

—Os lo acabo de decir hace un momento, — respondió la vieja, enderezándose con pena; — tenía una misión que cumplir, he llenado mi cometido y nada tengo que hacer aquí. En cuanto a todos los que me interrogáis, los unos para burlaros de mi vejez y los otros con la esperanza de conocer el porvenir que les está reservado y del jue se asustaraín tal vez, nada tengo que decir; dejadme pasar.

Y continuó su camino.

Pero después de algunos pasos, fué detenida de nuevo.

Esta vez era por una sola persona, porque los demás habían respetado su voluntad. Esta persona era el conde Saubignac, el marido de la hermosa indiana.

—¡Hola! ¡Hola! viejecita, — le dijo con desenfado y en tono imperativo, — ¿pensáis iros así no más?

—¿Qué queréis decir? — preguntó la bruja mirándolo fijamente.

—Y bien, mi viejecita, — repuso el conde con tono zumbón y una maliciosa sonrisa, — quiero decir que acabáis de perturbar el espíritu de muchas personas, que habéis espantado, particularmente a cuatro mujeres, entre ellas a la mía, y que tengo empeño en tranquilizarlas, haciéndolas saber lo que viene a ser esa bruja de las margaritas, cuyas patrañas han cogido como palabras del Evangelio. Dejadme, pues, apartar esa cortina de cabellos blancos, que me oculta una cara, tal vez conocida aquí de todo el mundo, y decidme quién sois para disipar ese misterio de que queréis rodearos y del que depende todo vuestro prestigio.

—Si me he presentado aquí bajo el nombre de la Hada de las Margaritas, — respondió la vieja con firmeza, es que no me conviene ser conocida de otro manera, y tengo el derecho como todas las personas que vienen disfrazadas aquí, de hacer respectar mi incógnito. Nada más tengo que deciros. Apartaos, pues, y dejadme pasar.

—Y yo, — replicó el conde, — cuyo natpral irascible ya no pudo aguantar más,— yo os digo que me parece haber oído esa voz en alguna parte, y que quiero conocer esa cara.

Y hablando, así, adelantaba la mano para tomar a la vieja.

Pero antes de haberla alcanzado, una mano vigorosa lo cogío del cuello y lo echaba a diez pasos de disctancia.

El conde, que faltó poco para que rodara por el suelo, se volvió dando un grito de rabia, y sin mirar siquiera con quién se las tenía que haber, dió un salto hacia el que acaba de tratarlo tan si miramientos.

Este lo esperaba cruzado de brazos.

Era un hombre de vigoroso aspecto, cuyo disfraz de changador del mercado, le ponía de relieve sus bien cortados miembros.

—¿El señor conde, querrá dedicarse al noble juego del pugilato — preguntó aquel hombre irónicamente.

—¡Vuestro nombre, vuestra tarjeta inmediatamente! — gritó el conde fuera de sí con voz ronca, la cara de color de púrpura y temblando de cólera.

—¡Un duelo! — dijo el desconocido con acento de profundo desdén; — ¡vamos hombre! tengo intereses demasiado graves para ocuparme de semejante futilezas.

—¿Queréis, pues, que arranque la máscara por mi mano? — replicó el conde cuya voz temblaba y echada espuma por la boca.

—Como queráis, pues, señor conde; esto me divertirá.

Apenas acababa de decirlo, cuando el conde le lanzaba un bofetón con toda su fuerza.

Pero antes de que la mano le hubiera llegado a la mejilla el changador se la había tomado y la mantuvo sujeta. Entonces el conde se puso pálido y lanzó un grito de dolor retorciéndose por aquel apretón del puño del changador.

Esto no duró sino un minuto.

El changador soltó al fin al conde, cuyo puño apareció aplastado y sangriento, luego ofreciendo galantemente el brazo a la bruja:

—Y ahora, señor conde,— dijo éste, — yo me llamo el señor Portal.

Y salió acompañando a la vieja.

XIII

UNA OPERACION FINANCIERA

Después de la extraña escena que atrajo a multitud alrededor del hada misteriosa y a la que ella había asistido también, la duquesa de Algueras dijo al marchante de difraces que le ofrecía el brazo a fin de recorrer con ella los salones.

Quería mostrarle los herederos de Doutreville, que no le había podido indicar bien a causa de la aglomeración que se había producido, y entre los que se hallaban confundidos.

—El agente Nicolo os ha explicado lo que se espera de vos, ¿no? — le preguntó la duquesa.

—Sí, señora, se trata de descubrir al hombre que me compró una máscara y una capa el día 11 de Septiembre último.

—¿Es todo cuanto os ha dicho?

—No, señora; añadió que ese hombre debía ser el autor del asesinato cometido el 13 del mismo mes en la persona de Santiago Doutreville en el castillo de Vaudray y que creía era uno de los mismos herederos el que había dado el golpe.

Pues bien; estos herederos todos están aquí; hay tres, y se espera el otro. Os voy a indicar sucesivamente los que ya está aquí; pero como podría suceder que el agente estuviese equivocado al suponer que el asesino no puede ser sino una de los herederos de la misma víctima, examinad atentamente todos los hombres que hallamos al paso.

—Así lo haré, señora.

Y acordaos bien del compromiso que voy a tomar para vos, señor Laudry; he prometido veinte milfrancos a Nicolo, si gracias a él, yo llegaba a descubrir al verdadero asesino de Doutreville. A vos os prometo diez mil, si esta noche lo reconoceis, o aunque sea un poco más tarde, pero antes de un mes

—Se trata de salvar un inocente condenado injustamente, ya lo sé, — dijo el marchante, y no tenía necesidad de esta promesa, señora, para...

—No importa, os la he hecho y la sostengo, — repuso la duquesa, — y si supierais, señor Laudry, ¡ah! si supierais con qué alegría os entregaría a vos y al agente esa suma de treinta mil francos!

Mientras conversaba con la duquesa, Laudry iba examinando con la mayor atención a todos los que encontraba en su camino.

Pero ese examen quedaba siempre sin resultado; ni una fisonomía le recordaba la de aquel comprador que buscaba.

—¡Mirad! — le dijo de pronto la duquesa, — fijaos bien en esa cabeza.

Era el conde de Saubignac que se hallaba aun bajo el imperio de la exaltación furiosa en que acababa de dejarlo el tratamiento que le dió el señor Portal.

—Mala cara, — dijo el marchante; — no se lee en ella nada bueno; pero ese individuo no tiene nada de parecido con el que buscamos.

—¿Y ese otro? — dijo Inés mostrándole a uno que venía en opuesta dirección, con las manos a la espalda y las facciones risueñas por una expresión de franqueza y de bondad.

—En cuanto a ese, — respondió Laudry, — si se le sorprendiera en flagrante delito de asesinato todavía se dudaría ver en él una cara de criminal.

—Nada parecido con nuestro hombre, ¿verdad?

—Absolutamente.

—Ya lo sabía de antemano; ese pobre Chabert, es la lealtad personificada

Dieron todavía algunos pasos hacia adelante.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó el marchante de repente.

—Es el señor Doutreville, el dueño de la casa.

Laudry se había parado en seco a pocos pasos de Doutreville, que se hallaba conversando con algunos invitados a la entrada del salón.

—¿Y bien? — preguntó la duquesa, — ¿qué hay? ¿Acaso esa fisonomía?...

Laudry se calló por algunos momentos; luego, después de vacilar un instante:

—No, no — dijo por fin, — no es eso, cuanto más lo miro más convencido quedo ese es mucho más joven, y decididamente no es la misma fisonomía; me equivoqué por un vago parecido.

—¡Ah! Se parece al hombre a quien vendísteis...

—Vagamente, lo repito; pero sin duda hay algo de semejante, aun cuando no sea él; lo afirmo sin vacilar.

—Ya no hay más que otro heredero: el que todavía no ha venido. Mientras tanto pasemos revista a los invitados, ¡quien sabe!

—La señora duquesa tiene razón; tal vez esté aquí, y es lo que yo sabré decirle, porque sus facciones quedaron impresas en mi memoria.

Se cruzaron con dos individuos que hablaban en voz baja con mucha animación.

Iban de frac negro uno y otro y se hacían notar por una rigidez de maneras que parecía algo afectada.

Lea usted la continuación de esta sensacional novela en el próximo número de "Pucky".

CABELLO CAMBIANTE

Comerciante 1o.: — Tengo en mis escritorios un tenedor de libros al que se le ha puesto el cabello blanco estando a mi servicio.

Comerciante 2o.: — Eso no es nada, viejo: mi dactilógrafa la señorita Pérez, ha tenido cabello negro, rubio, colorado y cobrizo desde que está en casa.

EL DIARIO

AVENIDA DE MAYO, 662 - BUENOS AIRES

Proporciona cada tarde la más ámplia información de las noticias del día.

EL DIARIO

inserta cada Jueves, las páginas femeninas dedicadas a la mujer y al hogar, en las que publica en colores los últimos figurines de la moda.

Para las modistas de profesión los modelos que publica EL DIARIO son la guía más segura para obtener éxito en la elección de modelos para satisfacer a la clientela.

En la sección "Contestando a las lectoras", "Bijou", que tiene a su cargo las páginas de la moda, contesta por correo a las lectoras de EL DIARIO cualquier consulta referente a los temas que trata en esas páginas como ser: toilettes, decoración del hogar, características de la moda, labores, etc., etc. Siendo esas contestaciones, ilustradas con dibujos de acuerdo a la consulta a fin de dejar ampliamente informada a la interesada.

Pida un ejemplar con este cupón

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. de Mayo, 662 — Buenos Aires.

Acompaño dos estampillas nuevas de 5 centavos para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerán los figurines en colores y una página con la graciosa historia de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y Apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Localidad . . . . . F. C. . . . .

Edición diaria; aparece a la hora 17.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
INTERIOR:

1 año, $ 28.—; 6 meses, $ 14.50; 3 meses, $ 7.50.
CIUDAD: $ 2.— por mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA EDICION E LOS JUEVES:

1 año, $ 5.—; 6 meses, $ 2.50; 3 meses $ 1.50.

3 0112 077628995